

Preparativos para salir de Nazaret, después de la visita de Simón de Alfeo con su familia. Durante el tercer año, Jesús será el Justo.

Juan, Santiago, Mateo y Andrés han llegado ya a Nazaret, y, mientras esperan a Pedro, pasean por el huerto de Nazaret, jugando con Margziam o hablando entre ellos. No veo a ningún otro, como si Jesús faltara en este momento de casa y María estuviera ocupada en algunas labores (por el humo del horno, yo diría que está allí dentro, haciendo el pan).

A los cuatro apóstoles se les ve contentos de estar en casa del Maestro, y lo exteriorizan. Hasta tres veces les dice Margziam:

-¡Pero no os riáis de esa forma!

Y, la tercera vez, Mateo nota la recomendación y pregunta:

-¿Por qué, chico? ¿No es justo sentirse contentos de estar aquí? Tú has disfrutado de este sitio, ¿no? Pues ahora nosotros - y le da afablemente un cachetito. Margziam lo mira muy serio. Pero sabe callar.

Regresa Jesús con sus primos Judas y Santiago, los cuales saludan efusivamente a los compañeros, de los que han estado separados muchos días. María de Alfeo asoma la cabeza desde el interior del horno, toda colorada y llena de harina, y sonríe a sus hijotes.

El último en regresar es el Zelote, que dice:

-He hecho todo, Maestro. Dentro de poco, Simón estará aquí.

-¿Qué Simón? ¿Mi hermano o Simón de Jonás?

-Tu hermano, Santiago. Viene a saludarte con toda la familia.

Efectivamente, pasados pocos minutos, unos golpes en la puerta y una densa parlada anuncian la llegada de la familia de Simón de Alfeo, que es el primero en entrar, llevando de la mano a un niño de unos ocho años; tras él, Salomé, rodeada por su nidada. María de Alfeo se apresura a salir del cuarto del horno y besa a sus nietos, contenta de verlos ahí.

-¿Te marchas, entonces, otra vez? - pregunta Simón, mientras sus hijos estrechan amistad con Margziam, el cual, me parece, conoce bien sólo a Alfeo, el curado.

-Sí, es hora.

-Tendrás todavía días lluviosos.

-No importa. Los días nos van acercando a la primavera.

-¿Vas a Cafarnaúm?

-Sí, iré también allí. Pero no enseguida. Ahora atravesaré la Galilea e iré allende sus confines.

-Cuando estés en Cafarnaúm y yo lo sepa, iré a verte. Te llevaré a tu Madre y a la mía.

-Te quedaré agradecido. Entretanto no la desatiendas. Se queda completamente sola. Tráele a los niños. Aquí puedes estar seguro de que no se vician...

Simón se pone como la brasa por la alusión de Jesús a sus pensamientos pasados y por la ojeada que le ha lanzado su mujer como diciendo: «¿Has oído? Te está bien empleado». Y Simón cambia de tema diciendo:

-¿Dónde está tu Madre?

-Está haciendo el pan. Ahora vendrá...

Pero los hijos de Simón no esperan y van al horno detrás de su abuela. Y una niña, poco mayor que el curado Alfeo, sale casi inmediatamente, diciendo:

-María está llorando. ¿Por qué? ¡Eh, Jesús!, ¿por qué llora tu Madre?

-¿Está llorando? ¡Oh, querida mía! Voy con ella - dice Salomé solícita.

Y Jesús explica:

-Llora porque me marchó... Pero vendrás a hacerle compañía, ¿no? Te enseñaré a bordar y tú alegrarás sus días. ¿Me lo prometes?

-Vendré también yo, ahora que mi padre me deja - dice Alfeo mientras se come un bollito caliente que le acaban de dar. Pero, aunque el bollo esté tan caliente que casi no puede ser sujetado con los dedos, creo que está helado respecto al calor de vergüenza que asalta a Simón de Alfeo por las palabras de su hijito. A pesar de ser una mañana de invierno más bien fresca (debido a un ligero cierzo que barre las nubes del cielo pero raspa la piel), Simón se cubre de abundante sudor, como si fuera pleno verano...

Jesús hace como que no se da cuenta y los apóstoles aparentan un gran interés por lo que están contando los hijos de Simón; así se concluye el incidente, y Simón puede reponerse y preguntar a Jesús que por qué no están todos los apóstoles.

-Simón de Jonás está para llegar. Los demás me alcanzarán en el momento oportuno. Ya está determinado.

-¿Todos?

-Todos.

-¿También Judas de Keriot?

-También él...

-Jesús, ven un momento conmigo - le solicita su primo Simón. Y, separados ya hacia el fondo del huerto, Simón pregunta:

-¿Pero sabes bien quién es Judas de Simón?

-Es un hombre de Israel. Nada más. Nada menos.

-¡No querrás decirme que es...!

Ya está para acalorarse y levantar la voz.

Pero Jesús lo calma interrumpiéndole y poniéndole una mano en un hombro mientras le dice:

-Es como lo hacen las ideas imperantes y los que entran en contacto con él. Porque, por ejemplo, si *aquí* (y recalca mucho las palabras) hubiera encontrado *solamente corazones justos y mentes inteligentes*, no habría sentido interés en pecar. Pero no los ha encontrado. Por el contrario, ha encontrado un elemento totalmente humano, y en él ha asentado sin ninguna dificultad su yo muy humano, que me sueña, me ve, trabaja por mí, como rey de Israel, en el sentido *humano* del término; de la misma forma que me sueñas y me quisieras ver tú, y estarías dispuesto a trabajar tú, y contigo José, tu hermano, y, con vosotros dos, Leví, arquisinagogo de Nazaret, y Matatías y Simeón y Matías y Benjamín, y Jacob, y, menos tres o cuatro, todos vosotros de Nazaret. Y no sólo los de Nazaret... Encuentra dificultades para formarse porque todos vosotros contribuís a deformarlo. Cada vez más. Es el más débil de mis apóstoles. Pero, por ahora, no es sino un débil. Tiene impulsos buenos, deseos rectos, amor por mí (desviado en cuanto a la forma, pero amor en todo caso). Vosotros no le ayudáis a separar estas partes buenas de las partes no buenas que forman suyo; antes al contrario, agraváis éstas cada vez más añadiendo vuestras incredulidades y limitaciones humanas. Pero vamos a casa. Los demás han entrado ya...

Simón lo sigue un poco apesadumbrado. Están ya casi en la puerta, cuando para a Jesús y dice:

-Hermano mío, ¿estás airado conmigo?

-No. Es que intento formarte también a ti, como formo a todos los demás discípulos. ¿No has dicho que quieres ser discípulo?

-Sí, Jesús. Pero las otras veces no hablabas así, ni siquiera cuando corregías. Eras más dulce...

-¿Y para qué ha servido? Antes lo era. Hace dos años que lo soy... Unos, a costa de mi paciencia y bondad, os habéis emperezado, otros habéis afilado colmillos y garras. El amor os ha servido para dañarme. ¿No es así?...

-Es así. Es verdad. Pero, ¿vas a seguir siendo bueno?

-Seré justo. Y aun así seré como no merecéis, vosotros de Israel que no queréis reconocer en mí al Mesías prometido.

Entran en la pequeña habitación, tan abarrotada de personas, que muchos han terminado en la cocina o en el taller de José. Y éstos son los apóstoles, menos los dos hijos de Alfeo, que se han quedado con su madre y su cuñada. A ellas ahora se añade María, que entra llevando de la mano al pequeño Alfeo. El rostro de María presenta claros signos de haber llorado.

Pero, mientras María está para responder a Simón, que le asegura que irá a su casa todos los días, por la callejuela serena avanza un carrito, con tanto sonido de cascabeles, que llama la atención de los hijos de Zebedeo por la bulla que hace, y... mientras afuera llaman, -contemporáneamente, dentro abren. Aparece el rostro alegre de Simón Pedro, que ha llamado con el mango de la tralla y está todavía sentado en el carro... A su lado, tímida pero sonriente, Porfiria, sentada encima de cajas de tamaño decreciente como si fuera un trono.

Margziam sale corriendo y trepa al carro para saludar a su madre adoptiva. Salen también los demás, entre los cuales Jesús.

-Maestro, aquí estoy. He traído a mi mujer; con este vehículo, porque es una mujer que resiste poco caminando. María, el Señor esté contigo. También contigo, María de Alfeo. Mira a todos, mientras baja de su vehículo y ayuda a bajar a su mujer, y saluda conjuntamente al grupo.

Quisieran ayudarle a descargar el carrito, pero él se opone enérgicamente. «Después, después» dice. Y, ni corto ni perezoso, se acerca a la ancha puerta del taller de José y la abre de par en par, tratando de hacer entrar el carrito como está. No pasa, naturalmente. Pero la maniobra sirve para atraer la atención de los que han venido de visita y hacer comprender que sobra gente... Efectivamente, Simón de Alfeo se despide con toda su familia...

-Oh, ahora que estamos solos, vamos a preocuparnos de nosotros...-dice Simón de Jonás haciendo retroceder al burrito, que, cubierto como está de cascabeles, hace bulla por diez; tanto que Santiago de Zebedeo no puede contenerse de preguntar, riendo: «¿Y dónde lo has encontrado tan enjaezado?».

Pero Pedro está concentrado en coger las cajas que había en el carro y pasárselas a Juan y Andrés, que se quedan asombrados, pues creían que iban a sentir peso y, sin embargo, las cajas son ligeras; y lo comentan...

-¡Venga, id para el huerto y no os quedéis ahí como chorlitos! - ordena Pedro, mientras, a su vez, baja con una cajita que sí que pesa, para colocarla en un rincón de la habitación.

-Y ahora el burro y el carro. ¿El burro y el carro? ¿El burro y el carro!... ¡Esto es lo difícil!... Y tiene que entrar todo en casa...

-Por el huerto, Simón - dice en voz baja María - Hay una valla en el seto del fondo. No lo parece, porque está cubierta de ramajes... Pero está. Sigue el sendero que va bordeando la casa, entre esta casa y el huerto vecino. Yo voy a mostrarte dónde está la valla... ¿Quién viene a apartar las matas que la cubren?

-Yo. Yo.

Todos se dirigen presurosos hacia el fondo del huerto. Entretanto, Pedro se marcha con su rumoroso cargamento y María de Alfeo cierra la puerta... Trabajando con un hocino, queda libre el rústico vallado y abren un paso por el que entran burro y carro.

-¡Bueno, bien! Y ahora quitamos todo esto. Me han roto los oídos - y Pedro se apresura a cortar los lazos que mantienen sujetos los cascabeles a los jaeces.

-¿Y por qué los has tenido, entonces? - pregunta Andrés.

-Para que toda Nazaret me oyera llegar. Y lo he conseguido... Ahora los quito para que nadie de Nazaret nos oiga partir. Lo mismo, he metido vacías las cajas... Nos marcharemos con las cajas llenas, y nadie, si es que alguien nos ve, se sorprenderá de

ver a una mujer sentada a mi lado en las cajas. El que ahora está lejos se las da de tener tino y sentido práctico. Bueno, pues, cuando quiero, también lo tengo yo...

-Perdona, hermano. ¿Para qué es necesario todo esto? - pregunta Andrés, que ha dado de beber al burro y lo ha llevado al lado de la tosca leñera que hay junto al horno.

-¿Para qué? ¡No sabes nada!... ¡Maestro, no saben todavía nada!

-No, Simón. Estaba esperándote a ti para hablar. Venid todos al taller. Las mujeres están bien donde están. Lo que has hecho ha estado bien hecho, Simón de Jonás.

Van al taller. Porfiria con el niño y las dos Marías se han quedado en casa.

-He querido que vinierais porque tenéis que ayudarme a mandar fuera de aquí, muy lejos, a Juan y a Síntica. Lo tengo decidido desde los Tabernáculos. Como habéis podido constatar, no era posible tenerlos con nosotros, ni siquiera aquí, sin poner en peligro su paz. Como siempre, Lázaro de Betania me ayuda en esta obra. Ellos ya lo saben. Simón Pedro lo sabe desde hace pocos días. Vosotros lo sabéis ahora. Esta noche dejaremos Nazaret. Aunque en lugar de la primera luna tuviéramos agua y viento. Ya deberíamos haber partido, pero supongo que es que Simón de Jonás habrá tenido dificultades para encontrar el medio de transporte...

-¡No lo sabes bien! Ya perdía la esperanza de encontrarlo. Pero, al final, lo he podido conseguir de un ruin griego... Será útil...

-Sí. Será útil, especialmente para Juan de Endor.

-¿Dónde está, que no se le ve? - pregunta Pedro.

-En su habitación, con Síntica.

-Y... ¿cómo ha recibido la cosa? - pregunta otra vez Pedro.

-Con mucho dolor. También la mujer...

-Y también Tú, Maestro. En tu frente hay una arruga que no tenías. Y tienes mirada grave y triste - observa Juan.

-Es verdad. Estoy muy apenado... Pero, hablemos de lo que tenemos que hacer. Escuchadme bien, porque luego nos tendremos que separar. Partimos esta noche, a mitad de la primera vigilia. Nos marcharemos como quien huye... porque son culpables. Sin embargo, nosotros no vamos con intención de hacer ningún mal, ni huimos por haberlo hecho; nos vamos para impedir que algún otro lo haga a quien no tendría la fuerza para soportarlo. Partiremos pues... Iremos por el camino de Sefori... Haremos un alto a mitad de camino, en una casa, para partir al alba. Es una casa que tiene muchos pórticos para los animales. En ella hay pastores amigos de Isaac. Los conozco. Me darán hospedaje sin pedir nada. Luego tenemos que llegar a Yiftael, necesariamente ese mismo día aunque sea de noche; allí pernoctaremos. ¿Crees que podrá el animal?

-¡Y mucho más! Ese griego deshonesto me lo ha hecho pagar, pero me ha dado un animal bueno y fuerte.

-Está bien. Al día siguiente por la mañana iremos a Tolemaida y nos separaremos. Vosotros, guiados por Pedro, que es vuestro jefe, y al cual debéis obedecer ciegamente, iréis por mar hasta Tiro. Allí encontraréis una nave preparada para zarpar en dirección a Antioquía. Subiréis y daréis esta carta al patrón de la nave para que la vea. Es de Lázaro de Teófilo. Vosotros pasáis por dependientes suyos enviados a sus tierras de Antioquía, o mejor, a sus jardines de Antigonio. Esto sois para todos. Sabed mostraos atentos, serios, prudentes y silenciosos. Cuando lleguéis a Antioquía, id enseguida a ver a Felipe, el administrador de Lázaro, y le dais esta carta...

-Maestro, él me conoce - dice el Zelote.

-Muy bien.

-¿Cómo va a creer que soy un subordinado?

-Para Felipe no hace falta. Sabe que debe recibir y hospedar a dos amigos de Lázaro y ayudarlos en todo. Así está escrito. Vosotros los habéis acompañado. Nada más. Él os llama: "sus queridos amigos de Palestina". Y es lo que sois, congregados por la fe y por la acción que lleváis a cabo. Descansaréis hasta que la nave, acabadas sus operaciones de descarga y carga, vuelva para Tiro. De Tiro, con la barca, vendréis a Tolemaida y desde allí vendréis a reuniros conmigo a Akzib...

-¡Por qué no vienes con nosotros? - suspira Juan.

-Porque me quedo a orar por vosotros, y especialmente por estos dos pobres. Me quedo para orar. Así empieza mi tercer año de vida pública. Empieza con una partida bien triste; como el primero y el segundo. Empieza con una intensa oración y penitencia, como el primero... Porque éste tiene las dificultades dolorosas del primero, y más aún. Entonces me preparaba para convertir al mundo. Ahora me preparo para una obra sin duda más vasta y potente. Pero, escuchadme atentamente: habéis de saber que, si en el primero fui el Hombre-Maestro, el Sabio que llama a la Sabiduría con humanidad perfecta e intelectual perfección, y en el segundo fui el Salvador y Amigo, el Misericordioso que pasa acogiendo, perdonando, compadeciéndose, soportando, en el tercero seré el Dios Redentor y Rey, el Justo. No os asombréis, pues, si veis en mí formas nuevas, si en el Cordero veis el súbito fulgor del Fuerte. ¿Qué ha respondido Israel a mi invitación de amor? ¿Qué ha respondido ante mis brazos abiertos a él y mis palabras: "Ven, Yo amo y perdono"? Ha respondido con embotamiento y dureza de corazón voluntarios y cada vez mayores, con el embuste, con la insidia. Pues bien, así sea. Lo había llamado - sin excluir clase alguna al hacerlo - plegando mi frente hasta el polvo: Israel ha escupido encima de la Santidad que se humillaba. Le había invitado a santificarse: me ha respondido entregándose al demonio. He cumplido mi deber en todo: ha llamado "pecado" a mi deber. He callado: ha llamado "prueba de culpabilidad" mi silencio. He hablado: ha llamado "blasfemia" mi palabra. ¡Basta ya! No me ha dado respiro, no me ha concedido una sola alegría. Y la alegría para mí era nutrir y formar en la vida del espíritu a los recién nacidos a la Gracia. Les tienden insidias y debo arrancármelos de mi pecho, produciendo en ellos y en mí el espasmo de padres e hijos arrancados el uno al otro, para ponerlos a salvo del maligno Israel. Los poderosos de Israel, que se llaman a sí mismos "santificadores" haciendo alarde de serlo, me impiden, quisieran impedirme, salvar y gozar de mis salvados. Hace ya muchos meses que tengo a un Leví publicano como amigo y a mi servicio: el mundo puede constatar si Mateo es motivo de escándalo o de emulación. Pero la acusación no cesa. Como no cesará tampoco para María de Lázaro ni para los otros muchos a quienes

salvaré. ¡Basta ya! Yo recorro mi camino, cada vez más áspero y regado de llanto... Yo camino... Ninguna de mis lágrimas caerá inútilmente. Elevan su grito a mi Padre... Después elevará su grito otro humor mucho más poderoso. Yo camino. El que me ame que me siga y se haga viril, porque llega la hora severa. No me detengo. Nada me detiene. Tampoco ellos se detendrán... Pero, ¡ay de ellos! ¡Ay de ellos! ¡Ay de aquellos para quienes el Amor se hace Justicia!... El signo del nuevo tiempo será una Justicia severa para todos los que se obstinan en su pecado contra las palabras del Señor y la acción del Verbo del Señor...

Jesús parece un arcángel castigador. Yo diría que tanto resplandecen sus ojos, que lanza fuego contra la pared humosa... Hasta su voz, que tiene tonos agudos de bronce y plata golpeados con violencia, parece resplandecer.

Los ocho apóstoles se han puesto pálidos y están casi encogidos de temor. Jesús los mira... con piedad y amor. Dice:

-No os lo digo a vosotros, amigos míos. No son para vosotros estas amenazas. Vosot^{os} sois mis apóstoles, Yo os he elegido.

La voz es ahora dulce y profunda. Termina:

-Vamos allí. Hagámosles ver a los dos perseguidos - y os recuerdo que piensan que parten para prepararme el camino a Antioquía - que los amamos más que a nosotros mismos. Venid...

314

La cena en la casa de Nazaret. La dolorosa partida

Y ya llegó la noche. Otra noche de despedida para la casita de Nazaret y sus habitantes. Otra cena durante la cual la pena quita las ganas de comer a las bocas y pone taciturnas a las personas.

Están sentados a la mesa Jesús, Juan y Síntica, Pedro, Juan, Simón y Mateo. Los demás no han podido: ¡es tan pequeña la mesa de Nazaret! ¡Hecha realmente para una pequeña familia de justos, que, al máximo, pueden invitar a sentarse al peregrino y al afligido, para ofrecerles un alivio más de amor que de alimento! Al máximo, esta noche, se hubiera podido sentar a la mesa Margziam, porque es un niño, y muy menudito, que ocupa poco sitio... Pero Margziam, muy serio y silencioso, está comiendo en un rincón, sentado en una banquetita, a los pies de Porfiria - para quien la Virgen ha reservado su silla del telar -, que, sumisa y silenciosa, come la comida que le han dado, mirando con ojos compasivos a los dos que están para partir. Estos tratan de tragar sus bocados con la cabeza muy baja para esconder el rostro excoriado por las lágrimas. Los demás, o sea, los dos hijos de Alfeo, Andrés y Santiago de Zebedeo, se han instalado en la cocina, junto a una especie de hintero. Pero se les ve por la puerta abierta.

María Santísima y María de Alfeo van y vienen sirviendo a éstos y a aquéllos, maternas, acongojadas, tristes. Y, si María santísima acaricia con su sonrisa - muy dolorosa esta noche - a aquellos a quienes se acerca, María de Alfeo, menos reservada y más campechana, une a la sonrisa el acto y la palabra, y más de una vez anima, añadiendo una caricia o incluso un beso, según quién sea la persona favorecida, a éste o a aquél a nutrirse tomando los alimentos más apropiados para su físico y para el próximo viaje. Tanto se aplica a convencer al exhausto Juan - que en estos días de espera está aún más demacrado - para que coma esto o aquello, alabando su sabor y sus propiedades salutíferas, que deduzco que, por amor compasivo hacia él, le daría de comer a sí misma. Pero, a pesar de sus... seducciones, los alimentos se quedan casi intactos en el plato de Juan, y María de Alfeo se aflige por ello como una madre que ve que su lactante rechaza el pezón.

-¡Pero así no puedes partir, hijo! - exclama. Y, movida por la maternidad de su alma, no reflexiona que Juan de Endor tiene más o menos su edad y que el nombre de hijo está mal dado. Pero ella ve en él sólo una criatura que sufre, y por ello, no encuentra sino este nombre para consolarlo... - Te va a hacer daño viajar con el estómago vacío en esa carreta tambaleante con el frío húmedo de la noche. Y, además, ¡a saber cómo comeréis durante este horrible y largo viaje!... ¡Eterna piedad! ¡Por mar tantas millas! Yo me moriría de miedo. Y costeando tierras fenicias. ¡Y luego!... ¡peor todavía! Claro, el patrón de la nave será filisteo, o fenicio, o de alguna otra nación infernal... y no tendrá piedad con vosotros... ¡Venga, hombre, ahora que tienes todavía a tu lado a una madre que te quiere!... Come: sólo un trocito de este pescado bonísimo... Aunque sólo sea por contentar a Simón de Jonás, que lo ha preparado en Betsaida con mucho amor y hoy me ha enseñado a cocinarlo de esta manera, para ti y para Jesús, para que os dé muchas fuerzas. ¿No te apetece realmente?... Entonces... ¡Ah, esto sí que te lo comerás! - y va ligera hacia la cocina y vuelve con una bandeja repleta de una humeante polentita. No sé lo que es... Ciertamente un tipo de harina, o de granos cocidos en leche hasta deshacerlos: «Mira, esto lo he hecho yo, porque me he acordado de que un día hablaste de ello como de un dulce recuerdo de tu niñez... Es rico y bueno. ¡Venga, un poco!».

Juan se deja meter en el plato alguna cucharada de este blando manjar, y trata de tragarlo; pero las lágrimas descienden para mezclar su sal con el alimento mientras pliega aún más su rostro hacia el plato.

Los otros reciben con muchos signos de alegría este alimento (quizás una gollería). Sus rostros se han iluminado al verlo. Margziam se ha puesto de pie... pero luego ha sentido la necesidad de preguntarle a María Santísima:

-¿Lo puedo comer? Faltan todavía cinco días para el final del voto...

-Sí, hijo mío. Lo puedes comer - dice María con una caricia.

Pero el niño vacila todavía. Entonces María, para calmar los escrúpulos del pequeño discípulo, consulta a su Hijo:

-Jesús, Margziam pregunta si puede comer la cebada monda... por la miel, que hace que sea un plato dulce, ¿sabes?...

-Sí, sí, Margziam. Esta noche te dispense Yo de tu sacrificio, a condición de que Juan se coma también su cebada con miel. ¿Ves cómo lo desea el niño? Pues ayúdale a conseguir esto.

Y Jesús, que está al lado de Juan, le toma la mano y se la sujeta mientras éste se esfuerza, obediente, en terminar su cebada.

María de Alfeo ahora está más contenta. Y vuelve al asalto con un buen plato de peras cocidas en el horno, humeantes. Entra, del huerto, con su bandeja y dice:

-Llueve. Empieza ahora. ¡Qué pena!

-¡No, mujer, no! ¡A1 revés! ¡Es mejor! Así no habrá nadie por las calles. Cuando uno se marcha, los saludos hacen siempre daño... Mejor correr con el viento en la vela y sin encontrar bajos o escollos que le hagan detenerse a uno y moverse lentamente; y los curiosos son exactamente eso: bajos y escollos... - dice Pedro, que en toda acción ve la vela y la navegación.

-Gracias, María. Pero no como más - dice Juan, tratando de rechazar la fruta.

-¡Ah, esto no! Las ha cocido María. ¿No querrás despreciar la comida hecha por ella? ¡Mira qué bien las ha preparado! Con sus especias en el agujerito... con su mantequilla en la parte baja... Deben ser un manjar regio. Almíbar. Para cocerlas tan doradas, se ha dorado también ella en el fuego del horno. Vienen bien para la garganta, para la tos... Dan calor y son medicinales. María dile cuánto bien le hacían a mi Alfeo cuando estaba enfermo. Pero las quería hechas por ti. ¡Sí, claro! ¡Tus manos son santas y dan salud!... ¡Benditos los alimentos que preparas tú!... Estaba más tranquilo mi Alfeo después de comer esas peras... respiraba con más suavidad... ¡Pobre marido mío!... - y María aprovecha la oportunidad de la evocación para poder por fin llorar, y salir a llorar.

Quizás es un mal pensamiento mío, pero creo que, sin la pena por los dos que parten, para el "pobre Alfeo" no habría habido ni una lágrima de la consorte, esa noche... María de Alfeo estaba llena de llanto por Juan y Síntica, y por Jesús, Santiago y Judas, que se marchan; tan llena, que abrió una salida al llanto para no ahogarse.

María toma su lugar ahora, pone delicadamente una mano en el hombro de Síntica, que está frente a Jesús, entre Simón y Mateo.

-¡Venga, ánimo, comed! ¿Queréis marcharos añadiendo a mi angustia la de que os habéis marchado casi en ayunas?

-Yo he comido, Madre - dice Síntica mientras levanta su cara cansada y signada por el llanto de varios días. Y luego la baja hacia el hombro en que está la mano de María, y roza la mejilla contra la mano menuda para recibir su terneza. María le acaricia con la otra mano los cabellos y acerca hacia sí la cabeza de Síntica, cuya cara ahora está apoyada en el pecho de María.

-Come, Juan. Te vendrá muy bien. No te puedes enfriar. Tú, Simón de Jonás, te encargarás de darle la leche caliente con miel todas las noches, o, al menos, agua muy caliente con miel. Acuérdate.

-También yo me ocuparé de ello, Madre. Puedes estar segura - dice Síntica.

-Efectivamente, estoy segura. Pero lo harás a partir de que te instales en Antioquía. Por ahora se encargará Simón de Jonás. Y acuérdate, Simón, de darle mucho aceite de oliva. Por eso te he dado esa orza. Cuida de que no se rompa. Y, si le ves más cerrado de respiración, haz como te he dicho con el otro frasco de bálsamo. Tomas la cantidad suficiente para untarle el pecho, la espalda y la parte de los riñones, y lo calientas hasta que lo puedas tocar sin quemarte; luego le untas y le recubres enseguida con esas fajas de lana que te he dado. Lo he preparado concretamente para eso. Tú, Síntica, recuerda su composición. Para volver a hacerlo. Siempre tendrás lirios, alcanfor y dictamo, resinas, claveles, laurel, artemisias y todo lo demás. He oído que Lázaro tiene en Antigonio jardines de esencias.

-Y además magníficos - dice el Zelote, que los ha visto. Y añade: «No doy ningún consejo. Pero digo que para Juan ese lugar debería ser saludable, para el espíritu y para el cuerpo; incluso más que Antioquía. Está protegido del viento. Tiene una brisa ligera que viene de los bosquecillos de árboles de resinas arraigados en las laderas de un pequeño collado que hace de barrera al viento del mar, pero que permite a las sales marinas beneficiosas extenderse hasta allí. Es un lugar sereno, silencioso, y, no obstante, alegre, por las mil flores y los mil pájaros que viven allí en paz... Bueno, bien, vosotros veréis lo que más os hace al caso. ¡Síntica es muy juiciosa! Porque en estas cosas es mejor ponerse en manos de las mujeres. ¿No es verdad?

-Por eso Yo confío a mi Juan al buen juicio y al buen corazón de Síntica - dice Jesús.

-Y yo también - dice Juan de Endor - Yo... yo... yo no tengo ya ninguna energía... y... ya jamás serviré para nada...

-¡Juan, no digas eso! Si el otoño desnuda los árboles, no se puede concluir que no tengan ya vitalidad; al contrario, trabajan, con celada energía, para preparar el triunfo de los próximos frutos. Tú eres lo mismo. Ahora te ves empobrecido por el viento frío de este dolor, pero, en realidad, en lo profundo de ti, trabajas ya para los ministerios nuevos. Tu propio dolor te servirá de acicate para la acción. Estoy segura. Entonces serás tú, siempre tú, el que me ayudarás a mí, que soy una pobre mujer que todavía tiene mucho que aprender para llegar a ser *algo* para Jesús.

-¿Pero qué crees que puedo ser ya? Ya nada tengo que hacer... ¡Estoy acabado!

-No. ¡No está bien decir eso! Sólo el que muere puede decir: "Como hombre estoy acabado". Otro no puede decirlo. ¿Crees que no tienes ya nada que hacer? Todavía te queda lo que un día me dijiste: cumplir el sacrificio. ¿Y cómo, sino con el sufrimiento? Juan, es necio citarte a los sabios a ti, que eres un pedagogo; pero te recuerdo a Gorgias de Leontina (o Leontine). Enseñaba que sólo *con los dolores y sufrimientos se expía en esta vida y en la otra*. Y te recuerdo también a nuestro gran Sócrates: "Desobedecer a quien es superior a nosotros, sea dios u hombre, es un mal y una vergüenza". Ahora bien, si éste era un justo modo de actuar ante una injusta sentencia emanada de hombres injustos, ¿qué no será, ante una orden emanada del Hombre santísimo y de nuestro Dios? Obedecer, por el solo hecho ya de que es obedecer, es una cosa grande; grandísima será, entonces, prestar obediencia a una orden santa que juzgo - y tú conmigo debes juzgarla igual - gran misericordia. Tú siempre dices que tu vida se acerca a su fin, y todavía no sientes haber anulado tu deuda con la Justicia. ¿Por qué no juzgas, entonces, este gran dolor como un medio para anular la deuda, y además para hacerlo en el breve tiempo que te queda? ¡Un gran dolor para conseguir una gran paz! Créeme: vale la pena sufrirlo. Lo único importante en la vida es llegar a la muerte habiendo conquistado la Virtud.

-Me das ánimos, Síntica... Hazlo siempre.

-Lo haré. Lo prometo aquí. Pero tú facilítamelo, como hombre y como cristiano.

La cena ha terminado. María recoge las peras que han quedado, las mete en un recipiente y se las da a Andrés, que sale, para volver luego diciendo:

-Llueve cada vez más. Yo diría que es mejor...

-Sí. Esperar siempre es más angustioso. Voy enseguida a preparar el burro. Venid también vosotros, con los arcones y todo lo demás. Tú también, Porfiria, ¡rápidamente! Eres tan paciente, que te has conquistado al asno y se deja vestir (dice exactamente esto) sin resistirse. Después se encargará Andrés, que te asemeja. ¡Venga, todos fuera!

Y Pedro incita a todos a que salgan de la habitación y de la cocina, excepto a María, a Jesús, a Juan de Endor y a Síntica.

-¡Maestro! ¡Oh, Maestro, ayúdame! ¡Llegó el momento de... sentir que se me desgarran el corazón! ¡Ha llegado, sí, el momento! ¿Por qué, Jesús bueno, no has hecho que muriese aquí, una vez experimentada la congoja de mi condena y hecho el esfuerzo de aceptarla?

Y Juan cae en el pecho de Jesús, llorando angustiosamente.

María y Síntica tratan de calmarlo. María, a pesar de que siempre es tan reservada, lo separa de Jesús, lo abraza y le dice:

-Hijo amado, hijo mío predilecto...

Síntica, entretanto, se arrodilla a los pies de Jesús y dice:

-Bendíceme, conságrame, para quedar fortalecida. Señor, Salvador, Rey, yo, aquí, en presencia de tu Madre, juro y profeso que seguiré tu doctrina y te serviré hasta el último respiro. Juro y profeso que me dedicaré a tu doctrina y a los seguidores de ella, por amor a ti, Maestro y Salvador. Juro y profeso que mi vida no tendrá ninguna otra finalidad, y que todo lo que significa mundo y carne ha muerto definitivamente para mí. Y espero, con la ayuda de Dios y de las oraciones de tu Madre, vencer al Demonio, para que no me arrastre al error y no ser condenada en la hora de tu Juicio. Juro y profeso que no me doblegarán ni las seducciones ni las amenazas y que no tendré memoria lábil, a menos que Dios permita que suceda de otra forma. Pero espero en Él y creo en su bondad, por lo cual estoy segura de que no me dejará a merced de fuerzas oscuras más fuertes que las mías. Consagra a tu sierva, oh Señor, para que se sienta defendida de las insidias de todos los enemigos.

Jesús extiende las manos sobre su cabeza, con las palmas abiertas, como hacen también los sacerdotes, y ora por ella.

María lleva a Juan al lado de Síntica y le hace arrodillarse, y dice:

-También a él, Hijo mío, para que te sirva con santidad y paz.

Y Jesús repite el acto sobre la cabeza inclinada del pobre Juan. Luego lo levanta y hace levantarse a Síntica, pone las manos de ellos en las de María, y dice:

-Que sea ella la última que os acaricia, aquí – y sale rápidamente para ir no sé a dónde.

-¡Madre, adiós! ¡No olvidaré nunca estos días! - gime Juan.

-Yo tampoco te olvidaré, amado hijo.

-Igual yo, Madre... Adiós. Déjame besarte una vez más... ¡Después de tantos años, me había saciado de besos maternos!... Pero ahora ya no... - Síntica llora en los brazos de María, que la besa.

Juan da rienda suelta a su llanto. María lo abraza también a él; ahora tiene - verdadera Madre de los cristianos - a los dos entre sus brazos, y toca apenas, con sus labios purísimos, la mejilla rugosa de Juan: un beso pudoroso, pero amorosísimo. Con el beso queda el llanto de la Virgen en la flaca mejilla...

Entra Pedro:

-Está preparado. Venga, vamos... - y no dice nada más, porque está emocionado.

Margziam, que sigue a su padre como la sombra al cuerpo, se echa al cuello de Síntica y la besa; luego abraza a Juan y lo besa, lo besa... Pero llora también él.

Salen: María, llevando de la mano a Síntica; Margziam de la mano de Juan.

-Nuestros mantos... - dice entre lágrimas Síntica, y hace ademán de entrar en las habitaciones.

-¡Están aquí, están aquí! ¡Tomad, rápido!... - Pedro se muestra rudo para no dejar ver su emoción; pero, detrás de los dos que ahora se arrojan en sus mantos se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano...

A1 otro lado del seto, el farolillo trémulo del carro dibuja un cerco amarillo en el ambiente oscuro... Se oye el susurro de la lluvia entre el ramaje de los olivos, y su choque contra el pilón rebosante de agua... Una paloma, despertada por la luz de las lámparas que llevan los apóstoles amparadas bajo los mantos, bajas, para iluminar los senderos llenos de charcos, zurea quejumbrosamente...

Jesús ya está al pie del carrito, sobre el cual ha sido extendida como techo una manta.

-¡Venga, venga, que llueve recio - incita Pedro. Y, mientras Santiago de Zebedeo sustituye a Porfiria en los ramales, él, sin muchas ceremonias, levanta del suelo a Síntica y la pone en el carro, y, todavía más expeditivamente, agarra a Juan de Endor y lo mete encima del carro; sube él, y da un fustazo tan enérgico al pobre burro, que éste, casi llevándose por delante a Santiago, empieza a correr inmediatamente. Y Pedro insiste hasta que llegan al camino propiamente dicho, bastante lejos de las casas... Un último grito de despedida sigue a los que parten, que lloran incontinentemente...

Pedro para luego al burro fuera de Nazaret, para esperar a Jesús y a los demás, que no tardan en darles alcance caminando ligeros bajo la lluvia que arrecia.

Toman un camino entre las huertas, para ir de nuevo hacia el norte de la ciudad sin cruzarla. Pero Nazaret está oscuro y duerme bajo el agua gélida de la noche de invierno... y creo que ni los que están despiertos oyen el chocar de los cascos del asno, poco perceptibles contra el suelo de tierra empapado...

La comitiva avanza con el máximo silencio. Sólo se oyen los sollozos de los dos discípulos, mezclados con el rumor de la lluvia entre las frondas de los olivares.

El viaje hacia Yiftael y las reflexiones de Juan de Endor

Debe haber llovido toda la noche. Pero con el alba ha venido un viento seco que ha repelido las nubes hacia el sur, más allá de las colinas de Nazaret. Por ello, un tímido sol invernal se atreve a asomarse y a encender con su rayo un diamante en cada hoja de los olivos; mas es vestido de gala que pronto pierden, porque el viento agita sus frondas y las desnuda, y parecen llorar esquivarlas de diamante que se desvanecen entre la hierba aljofarada o en el camino lodoso.

Pedro, con la ayuda de Santiago y Andrés, prepara carro y burro. No se ve a los otros todavía. Luego salen uno tras otro quizás de una cocina (porque dicen a los tres que ya estaban fuera):

-Id ahora vosotros a tomar algo - y los tres entran, para salir poco después, esta vez con Jesús.

-He vuelto a poner la cubierta, por el viento - explica Pedro. Si estás decidido a ir a Yiftael, tendremos de frente el viento... y punza. No comprendo por qué no cogemos el camino que va a Sicaminón, luego el del litoral... Es más largo, pero menos escabroso. ¿Has oído lo que decía ese pastor al que he logrado tirar de la lengua? Ha dicho: "Yotapata, durante los meses de invierno, queda aislada. Sólo hay un camino para llegar a ella. Y no se va con corderos, no... No se debe llevar nada en las espaldas, porque hay pasos que se salvan más con las manos que con los pies... Y los corderos no pueden nadar... Hay dos ríos, llenos muchas veces, y hasta el propio camino es un torrente que corre por un fondo de rocas. Yo voy allí después de los Tabernáculos, y en plena primavera, y vendo bien, porque entonces la gente se aprovisiona para meses". Eso ha dicho... Y nosotros... con este cacharro... (y da una patada a la rueda del carrito)... y con este burro... ¡Mmmm!...

-El camino que va de Sefori a Sicaminón era mejor. Pero lo utiliza mucha gente... Recuerda que conviene no dejar rastro de Juan...

-El Maestro tiene razón. Podríamos encontrar incluso a Isaac con otros discípulos... ¡Y en Sicaminón ya no digamos!... - observa el Zelote.

-Pues nada... vamos...

-Voy a llamar a esos dos... - dice Andrés.

Y mientras Andrés hace esto Jesús se despide de una anciana y de un niño, que salen de un aprisco con unos cubos de leche. Llegan también unos pastores, barbados. Jesús les agradece la hospitalidad ofrecida en la noche de lluvia.

Juan y Síntica ya están en el carro, que ahora, guiado por Pedro, emboca el camino. Jesús acelera el paso para seguirlo; a su lado el Zelote y Mateo; detrás de Él, Andrés, Santiago, Juan y los dos hijos de Alfeo.

El viento corta la cara e hincha los mantos. La cobertura extendida sobre los arcos del carro cruje como una vela, a pesar de que la lluvia de la noche la haya hecho más pesada.

-¡Bueno, hombre, pues se secará pronto! - susurra Pedro mirándola - ¡Basta con que a este pobre hombre no se le sequen los pulmones!... Espera, Simón de Jonás... Se hace así - Y para el burro, se quita el manto, sube al carro y arropa muy bien a Juan.

-¿Pero por qué? Ya tengo el mío...

-Porque yo, tirando del asno, tengo ya tanto calor como si estuviera en un horno de pan. Y además estoy habituado a estar desnudo en la barca, y cuanto más tormenta más desnudo. El frío es para mí un acicate y me hace más ágil. ¡Venga, arróptate bien! María me ha dado en Nazaret tantas recomendaciones, tantas, que, si te pones malo, no voy a poder presentarme a ella jamás...

Baja del carro y coge otra vez los ramales e incita al asno para que camine. Pero pronto debe pedir ayuda a su hermano y a Santiago, para ayudar al burro a salir de un sitio cenagoso en que se ha hundido la rueda. Y así van, empujando por turnos el carro para facilitar la labor al burro, que hinca sus robustas patas en el fango y tira - ¡pobre animal! -, resoplando afanoso y espurreando ávido (es que Pedro lo estimula a caminar ofreciéndole unos pedazos de pan y unos tronchos de manzana, que le concede sólo cuando hacen un alto en el camino).

-Eres un engañador, Simón de Jonás - dice bromeando Mateo, que observa la maniobra.

-No. Aplico con dulzura al animal a su deber. Si no hiciera esto, tendría que usar la tralla, y eso me duele. Si no pego a la barca cuando hace caprichos, y es de madera, ¿por qué debería pegar a éste, que es de carne? Ahora mi barca es éste... está en el agua... ¡vaya que si está en el agua! Por tanto, lo trato como a la barca. ¡Yo no soy Doras, eh! ¿Sabéis que quería llamarlo Doras, antes de comprarlo? Pero luego oí su nombre y me gustó. Se lo he dejado...

-¿Cómo se llama? - preguntan curiosos.

-¡Adivinad! - y Pedro se ríe bajo su barba.

Salen los más extraños nombres, y los de los más cafres fariseos o saduceos, etc. etc. Pero Pedro siempre meneaba su cabeza... Se dan por vencidos.

-¡Se llama Antonio! ¿No es un nombre bonito? ¡Ese maldito romano! ¡Se ve que el griego que me lo vendió también tenía sus resentimientos contra Antonio!

Todos ríen, mientras Juan de Endor explica:

-Será uno de los que obtuvo la libertad previo pago de una talla, después de la muerte de César. ¿Es viejo?

-Tendrá setenta años... y debe haber hecho todos los tipos de trabajos... Ahora tiene un hospedaje en Tiberiades...

Llegan al trivio de Sefori con el camino de Nazaret Tolemaida. Nazaret-Sicaminón, Nazaret-Jotapata (hago la observación de que la J la pronuncian como una "ye" muy sonora). El hito consular tiene escritas las tres indicaciones de Tolemaida, Sicaminón y Yotapata.

-¿Entramos en Sefori, Maestro?

-Es inútil. Vamos a Yiftael. Sin detenernos. Comeremos mientras andamos. Es preciso estar allí antes de que anochezca.

Marchan y marchan, atravesando dos torrentillos bien cargados, afrontando las primeras pendientes de un sistema de montes en dirección norte-sur, pero que forman al norte un nudo escabroso que luego se resuelve hacia el este.

-Allí está Yiftael - dice Jesús.

-No veo nada - observa Pedro.

-Está a septentrión. Por la parte nuestra hay pendientes a pico, y lo mismo a oriente y a poniente.

-De modo que hay que rodear todo aquel monte, ¿no?

-No. Hay un camino junto al monte más alto, al pie de él, en el valle. Acorta mucho, aunque es un camino muy empinado.

-¿Has estado allí alguna vez?

-No. Pero lo sé.

¡Verdaderamente es un camino empinado! Tanto que, llegados a él se sienten desfallecer: parece como si uno, de tanto como se reduce la luz en el fondo de este valle, tan horrendo y escarpado que me hace pensar en las dantescas simas del octavo círculo, descendiera veloz al encuentro de la noche. Es un camino verdaderamente ahondado en el volumen rocoso; tan lleno de desniveles, que está dispuesto casi en escalones; un camino estrecho, agreste, encajado entre un torrente rabioso y una pendiente aún más rabiosa, que continúa, con empinada subida, hacia el norte.

La luz aumenta a medida que se sube, pero, como contrapartida, aumenta también el cansancio; tanto que aligeran de los talegos personales el carro, y baja también Síntica para que el carrito vaya lo más ligero posible. Juan de Endor, que después de aquellas pocas palabras no había vuelto a abrir la boca sino para toser, querría bajarse también. No se lo conceden, así que se queda donde estaba, mientras todos empujan el carro y tiran del asno, y sudan cada vez que hay un desnivel. Pero ninguno se queja. Al contrario, todos tratan de mostrarse satisfechos del ejercicio para no humillar a los dos por los que lo hacen (los cuales ya más de una vez han expresado su pesar por este esfuerzo).

El camino hace un ángulo recto, y luego otro ángulo, más corto, que termina en una ciudad acocladada en lo alto de una ladera, o empinada que, como dice Juan de Zebedeo, da la impresión de que vaya a deslizarse hacia abajo con sus casas.

-Sin embargo, es muy sólida. Todo un bloque con la roca.

-Como Ramot entonces... - dice Síntica recordándose.

-Más todavía. Aquí la roca es parte de las casas, no sólo base de ellas. Recuerda más a Gamala. ¿Os acordáis?

-Sí, y también de aquellos cerdos... - dice Andrés.

-De allí justamente partimos para Tariquea, el Tabor y Endor...- recuerda Simón Zelote.

-Estoy destinado a daros recuerdos penosos y grandes trabajos... - suspira Juan de Endor.

-¡De ninguna manera! Tú nos has dado una amistad fiel. Nada más, amigo - dice impetuosamente Judas de Alfeo. Y todos se unen a él para confirmar más claramente.

-De todas formas... alguno no me ha amado... Ninguno me lo dice... Pero yo sé meditar, sé reunir en un solo cuadro los hechos diseminados. Esta partida, no, no estaba prevista, y la decisión no es espontánea...

-¿Por qué hablas así, Juan? - pregunta dulcemente afligido Jesús.

-Porque es verdad. Alguno no me ha aceptado. He sido elegido yo, no otros, ni siquiera los grandes discípulos, para ir lejos.

-¿Y entonces Síntica? - pregunta Santiago de Alfeo entristecido por esta luz que viene a la mente del hombre de Endor.

-Síntica viene para no trasladarme a mí solo... para celarme compasivamente la verdad...

-¡No, Juan!...

-Sí, Maestro. Fíjate, podría hasta decirte el nombre de mi torturador. ¿Sabes dónde lo leo? ¡Me basta mirar a estas ocho personas buenas para leerlo! ¡Me basta reflexionar en la ausencia de los otros para leerlo! El hombre por quien Tú me encontraste es el mismo que quisiera que Belcebú me encontrara. Y me ha conducido a este momento - y a ti también, Maestro, porque Tú también sufres como yo, o quizás más que yo - y me ha conducido a este momento para hacerme caer de nuevo en la desesperación y en el odio. Porque es malo, es cruel, es envidioso... y más cosas. El alma oscura en medio de tus siervos luminosísimos es Judas de Keriot...

-No hables así, Juan. No falta sólo él. Todos, excepto el Zelote, que no tiene familia, faltaron durante las Encenias. De Keriot, y menos aún en este período, no se viene en pocas etapas. Son casi doscientas millas de camino. Y era justo que fuera a casa de su madre, como Tomás. También he prescindido de Natanael, porque es anciano, y de Felipe, para que acompañara a Natanael...

-Sí. Faltan otros tres. Pero... ¡Oh, Jesús bueno!... Tú conoces los corazones porque eres el Santo. Pero no eres el único que los conoce. También los perversos conocen a los perversos, porque se reconocen en ellos. Yo fui perverso, y me he visto de nuevo, en mis peores instintos, en Judas. De todas formas, lo perdono. Solamente por una cosa le perdono el que me mande a morir tan lejos: porque precisamente por él vine a ti. Y que Dios le perdone todo lo demás... todo lo demás.

Jesús no intenta rebatir... Calla. Los apóstoles se miran unos a otros mientras a fuerza de brazos empujan al carro por el camino resbaladizo.

Está ya cerca la noche cuando llegan a la ciudad. Allí, desconocidos entre desconocidos, se alojan en una posada construida en el extremo sur del pueblo, el extremo sur: un risco, cuya pared está tan cortada a pico y es tan profunda, que lanzar hacia abajo la mirada por ella hace venir vértigo; mientras en el fondo - ruido, sólo ruido, en la sombra de pez que ya viste al valle - ruge un torrente.

Jesús se despide de Juan de Endor y de Síntica

A1 día siguiente, perseguidos por un tiempo lluvioso y frío que dificulta la marcha, reanudan el viaje por el mismo camino (el único, por lo demás, de este pueblo que parece un nido de águila en la cima de un pico solitario).

Tiene que bajar del carro también Juan de Endor, porque el camino cuesta abajo es todavía más peligroso que cuesta arriba, y, aunque el burro por sí solo no correría peligro, el peso del carro, fuertemente empujado hacia adelante por el desnivel, hace que el pobre animal vaya muy mal. Como van también mal sus conductores, que hoy tienen que sudar no ya para empujar sino para retener el vehículo, que podría despeñarse, provocando alguna desgracia o, por lo menos, pérdida de la carga. El camino es, así, horrible hasta llegar a un tercio, aproximadamente, de su longitud (el último tercio respecto al valle). Y se bifurca: un ramal, más cómodo y llano, va hacia el oeste.

Se paran a descansar y se secan el sudor. Pedro premia al borrico, que tiembla todo, de jadeo, y que sacude las orejas resoplando, ciertamente absorto en una profunda meditación sobre la dolorosa condición de los asnos y sobre los caprichos de los hombres que escogen estos caminos. A1 menos también Simón de Jonás atribuye a estas consideraciones la expresión pensativa del animal, y, para subirle los ánimos, le cuelga al cuello una saca de habas forrajeras, y, mientras el asno quebranta el duro alimento con ávido placer, también los hombres comen pan y queso y beben la leche de que sus odres están llenos.

Termina la comida. Pero Pedro quiere dar de beber a «mi Antonio, que merece los honores más que César» dice. Y va con un cubo que tiene en el carro a coger agua a un torrente que discurre hacia el mar.

-Ahora podemos reanudar la marcha... Iremos incluso al trote, porque pienso que detrás de aquel collado es todo llanura... Pero nosotros no podemos trotar. De todas formas, caminaremos ligero. ¡Venga, Juan y tú, mujer, montad y vamos!

-Yo también subo, Simón, y guío Yo. Todos los demás seguidnos... -dice Jesús en cuanto suben los dos.

-¿Por qué? ¿Te encuentras mal? ¡Estás muy pálido!...

-No, Simón. Quiero hablar a solas con ellos... - y señala a los dos que, como Él, están pálidos también, intuyendo que ha llegado el momento del adiós.

-Ah! Bien. Sube, sube. Nosotros te seguimos.

Jesús se sienta en la tabla que hace de asiento para el conductor y dice:

-Ven aquí a mi lado, Juan. Y tú, Síntica, acércate...

Juan se sienta a la izquierda del Señor. Síntica a sus pies, casi en el borde del carro, de espaldas al camino, con la cara alzada hacia Jesús. Colocada así, sentada sobre los talones, relajada como si soportara un peso agotador, abandonadas las manos en su regazo y unidas para mantenerlas quietas, porque tiemblan, la cara cansada, sus bellísimos ojos de color negro-violeta como empañados por el mucho llanto vertido, bajo la sombra de su velo y su manto - muy cubierta con ambos -, parece una Piedad desolada. ¡Y Juan...! Creo que si al final del camino le esperara el patíbulo estaría menos turbado.

El asno se pone al paso, tan obediente y juicioso que no obliga a Jesús a estrecha vigilancia. Y Jesús aprovecha de ello para abandonar los ramales y coger la mano de Juan y poner la otra en la cabeza de Síntica.

-Hijos míos, os agradezco toda la alegría que me habéis procurado. Este año ha estado para mí tachonado de flores de alegría, porque he podido tomar vuestras almas y ponérmelas delante, para no ver las cosas feas del mundo, y perfumarme el aire viciado por el pecado del mundo e infundirme dulzura y confirmarme en la esperanza de que mi misión no es inútil. Margziam, tú, Juan mío, Hermasteo, tú, Síntica, y María de Lázaro, y Alejandro Misax, y otros más... Las flores triunfales del Salvador, al que sólo sienten como tal los rectos de corazón... ¿Por qué meneas la cabeza, Juan?

-Porque eres bueno y me pones entre los rectos de corazón. Pero yo siempre tengo en mi pensamiento mi pecado...

-Tu pecado es el fruto de una carne azuzada por dos malvados. Tu rectitud de corazón es el substrato de tuyo honesto, deseoso de cosas honestas, desgraciado porque estas cosas te fueron arrebatadas por la muerte o la maldad, mas no por ello menos vivo aun bajo el cúmulo de tanto dolor. Fue suficiente que la voz del Salvador se filtrara en las profundidades donde tu yo se marchitaba, para que saltaras y te pusieras en pie, liberándote de todo peso, para venir a mí. ¿No es así? Pues entonces eres recto de corazón; mucho, mucho más recto que otros que no tienen tu pecado, pero que tienen otros mucho peores, que son pecados meditados y conservados vivos obstinadamente... Benditos seáis, pues, vosotros, mis flores de mi triunfo de Salvador en este mundo, tardo en comprender y enemigo, que da de beber amargura y aversión al Salvador, habéis representado el amor. ¡Gracias! En las horas más penosas que he vivido este año, os he tenido presentes para recibir de vosotros consuelo y apoyo; en las horas más penosas que viviré, os tendré todavía más presentes. Hasta la muerte. Y estaréis conmigo eternamente. Os lo prometo.

Os confío mis más estimados intereses, o sea, la preparación de mi Iglesia de Asia Menor. Allí no puedo ir porque aquí, en Palestina, está mi lugar de misión, y porque la mentalidad reaccionaria de los importantes de Israel me perjudicaría con todos los medios si fuera a otro lugar distinto. ¡Ya quisiera tener otros Juanes y otras Sínticas para otros países, de modo que mis apóstoles encontraran arada la tierra para esparcir la semilla en la hora que ha de llegar!

Sed dulces y pacientes, y al mismo tiempo fuertes para penetrar y soportar. Encontraréis cerrazón y escarnio. No os descorazonéis por ello. Pensad esto: "Comemos el mismo pan y bebemos el mismo cáliz que bebe nuestro Jesús". No sois más que vuestro Maestro y no podéis pretender mejor suerte que la suya. La mejor suerte es ésta: compartir lo que es del Maestro.

Doy una sola orden: que no os desaniméis, que no pretendáis daros una respuesta acerca de esta lejanía, que no es un destierro como quiere pensar Juan, sino que es, antes al contrario, un poneros a las puertas de la Patria antes que a todos los demás, como a siervos más formados que ningún otro. El Cielo descende para vosotros, como materno velo, y el Rey de los Cielos ya os acoge en su seno, os protege bajo sus alas de luz y amor, como a los primogénitos de la inconmensurable nidada de los siervos de Dios, del Verbo de Dios, que en nombre del Padre y del eterno Espíritu os bendice para ahora y para siempre.

Y orad por mí, el Hijo del hombre que se está acercando a todas sus torturas de Redentor. ¡Oh, verdaderamente mi Humanidad está para conocer todas las más amargas experiencias, que van a triturarla!... Orad por mí. Tendré necesidad de vuestras oraciones...

("Orad, por mí"...Para evitar malas interpretaciones, explico: Orar es acordarse de un ser, bien Dios, bien sea el prójimo. Acordarse de uno quiere decir amarlo, Jesús tenía deseos de amor y consuelo por todo el odio que lo rodeaba. También ahora, tiene deseos de que los hombres se acuerden de orar porque el mundo lo ame para obtener salud. Tendré necesidad de vuestras oraciones: necesidad no como puede tenerla un hombre cualquiera para sus más variadas necesidades, sino para sentir en su espíritu el consuelo del amor de sus discípulos, expresado con la oración, "a Él" y "para Él".

Estas dos observaciones de María Valtorta pueden valer también para otros pasos de la Obra en que Jesús pide amor y oración para Él)

Serán caricias... Serán profesiones de amor... Serán ayudas, para no llegar a decir: "La Humanidad está hecha sólo de demonios"...

-¡Adiós, Juan! Vamos a darnos el beso del adiós... No llores de ese modo... Aun a costa de arrancarme jirones de carne, te habría tenido conmigo, si no hubiera visto todo el bien que esta separación producirá para ti y para mí. Eterno bien...

Adiós, Síntica. Sí, besa si quieres mis manos, pero piensa que si la diversidad de sexo me veda besarte como a una hermana, a tu alma sí le doy mi beso fraterno...

Y esperadme, con vuestro espíritu. Iré. Me tendréis cerca de vuestros trabajos y de vuestras almas. Sí, porque, si bien el amor por el hombre ha encerrado mi naturaleza divina en carne mortal, no ha podido limitar su libertad. Libre soy de ir, como Dios, a quien merece tener consigo a Dios.

Adiós, hijos míos. El Señor está con vosotros...

Y se deshace del abrazo convulso de Juan, que circunda con fuerza sus espaldas, y de Síntica, que se ha agarrado a sus rodillas; y salta del carro, hace un gesto de saludo a sus apóstoles, y se echa a correr por el camino ya recorrido, rápido como ciervo perseguido. El asno, al sentir caer del todo los ramales que antes estaban encima de las rodillas de Jesús, se ha parado; y también, atónitos, los ocho apóstoles, mirando al Maestro que se aleja cada vez más.

-Lloraba... -susurra Juan.

-Y estaba pálido como un muerto... - dice en voz baja Santiago de Alfeo.

-Ni siquiera ha tomado su talego... Ahí está en el carro... - observa el otro Santiago.

-¿Y ahora cómo se las va a componer? - se pregunta Mateo.

Judas de Alfeo lanza toda su poderosa voz:

-¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!...

Pero un recodo del camino absorbe dentro del verde de sus plantas al Maestro, sin que Él se vuelva siquiera a mirar quién lo llama...

-Se ha marchado... Lo único que podemos hacer es ponernos en marcha también nosotros... - dice Pedro desolado mientras monta en el carro y coge los ramales para arrear al burro.

Y el carro se pone en camino, con su chirrido, acompañado del rítmico sonido de los cascos herrados y del angustioso llanto de los dos, que, abatidos en el fondo del carro, gimen:

-No lo volveremos a ver: Nunca, nunca...

317

La oración de Jesús por la salvación de Judas Iscariote

Jesús está de nuevo al pie del macizo sobre el que se alza Yiftael. No en la calzada - llamémosla así - o camino de herradura recorrido antes con el carro, sino en una senda, tan empinada, que se diría ser para cabras monteses, toda formada de grandes lascas, toda ella grietas profundas, pegada contra el monte, yo diría que excavada en la pared vertical del monte, como si éste hubiera sido rayado por una enorme uñarada. La limita un tajo que se abre a pico a nuevas profundidades, en cuyo fondo espuma rabioso un torrente.

Pisar en falso ahí significa despeñarse sin esperanza, rebotando de una mata a otra, matas de zarzas y de otras plantas agrestes, nacidas no sé cómo entre las fisuras de la roquedra y sin la disposición vertical propia de las plantas, sino oblicua, o incluso horizontal, porque a ello las constriñe su lugar de arraigamiento. Pisar en falso ahí significa la laceración a causa de todos los peines espinosos de estas plantas; quedar deslomado por los golpes contra los troncos rígidos que se asoman hacia el abismo. Pisar en falso ahí significa desgarraduras con las piedras aguzadas que sobresalen de las paredes del tajo. Pisar en falso ahí significa llegar sangrando y quebrantado a las aguas espumosas del rabioso torrente, y ahogarse, y yacer sumergido en un lecho de escollos puntiagudos, a merced de los ramalazos de las violentas aguas. Mas, a pesar de ello, Jesús recorre este sendero, este araño en roca, más peligroso aún por la humedad que sube del torrente, evaporándose; que rezuma de la pared superior; que gotea de las plantas nacidas en esta pared superior vertical (yo diría casi levemente cóncava).

Va lentamente, estudiando dónde pone el pie sobre las aguzadas piedras, algunas removidas. A veces, el sendero se estrecha tanto que se ve obligado a apretarse contra la pared. Para pasar puntos sobremano peligrosos, debe agarrarse a las ramas colgantes de la pared. Rodea así el lado oeste y llega al lado sur, que es el lado en que el monte, después de un descenso a plomada desde la cima, se hace más cóncavo, y da más respiro en anchura al sendero, aunque se lo quita en altura: tanto que, en ciertos puntos, Jesús tiene que caminar agachado para no golpear la cabeza contra las rocas.

Quizás tiene intención de detenerse al llegar a un lugar en que el sendero termina bruscamente como por rocas desprendidas. Pero observa, y ve que hay debajo una caverna - más que una caverna una grieta del monte -, y desciende a ella por entre las rocas caídas. Entra. Una grieta al principio; dentro, una amplia gruta (como si el monte hubiera sido excavado mucho tiempo atrás a golpe de pico, no sé con qué finalidad). Se ve claramente dónde se han asociado a las curvas naturales de la roca las producidas por los hombres, los cuales, en el lado opuesto a la hendidura de entrada, abrieron con una estrecha galería, en cuyo fondo hay una franja de luz y una lejana vista de bosques que indican que la galería penetra de sur a este cortando el espolón del monte.

Jesús se mete por esa galería semioscura y estrecha, y la recorre hasta llegar a la abertura, situada por encima del camino que sigue con los apóstoles y el carro para subir a Yiftael. Los montes que rodean el lago de Galilea están frente a Él, allende el valle; en dirección nordeste resplandece el gran Hermón vestido de nieve. Hay, excavada en la ladera del monte - aquí no tan vertical, ni hacia arriba ni hacia abajo -, una escalerita primitiva que conduce al camino de herradura del valle y también a la cima donde está Yiftael.

Jesús se muestra satisfecho de su exploración. Vuelve para atrás al interior de la vasta caverna, y busca un sitio resguardado. Allí amontona hojarasca que el viento ha empujado hacia dentro del antro: una bien mísera yacija, un velo de hojas secas entre su cuerpo y el suelo desnudo y gélido... Se deja caer encima, y se queda así, inmóvil, extendido, con las manos debajo de la cabeza, los ojos fijos en la bóveda rocosa, absorto, yo diría aturdido, como quien hubiera soportado un esfuerzo o un dolor superior a sus fuerzas.

Luego, lágrimas lentas, sin sollozos, empiezan a descender de sus ojos, y caen a ambos lados de la cara para perderse entre sus cabellos, hacia las orejas, y terminar ciertamente entre la hojarasca... Lloro así, largamente, y sin decir nada ni hacer ningún movimiento... Luego se sienta y con la cabeza entre las rodillas, alzadas y ceñidas con sus manos entrelazadas, llama, con toda su alma, a su lejana Madre:

-¡Madre! ¡Madre! ¡Madre mía! ¡Mi eterna dulzura! ¡Oh, Mamá, cuánto quisiera tenerte a mi lado! ¿Por qué no te tengo siempre, único consuelo de Dios?

Solamente la gruta hueca responde a sus palabras, a sus sollozos, con un susurro de imperfecto eco; y parece que ella misma llora y solloce también, con sus salientes, sus rocas, y las pocas y todavía pequeñas estalactitas que en un ángulo penden (quizás el más sujeto a labor de aguas internas).

El llanto de Jesús continúa, aunque ahora más tranquilo - como si el simple hecho de haber invocado a su Madre lo hubiera consolado, y, lentamente, se transforma en un monólogo.

-Han partido... ¿Y por qué? ¿Y por quién? ¿Por qué he tenido que dar este dolor, y a mí mismo también, si ya el mundo me llena de dolor mis jornadas?... ¡Judas!...

¿Quién sabrá a dónde vuela ahora el pensamiento de Jesús, que levanta la cabeza de las rodillas y mira hacia adelante con ojos dilatados y el rostro tenso propio de quien está absorto en espectáculos espirituales futuros o en gran meditación! Ya no llora, pero sufre visiblemente. Luego parece responder a un interlocutor invisible. Para hacerlo se yergue en pie.

-Soy hombre, Padre. Soy el Hombre. La virtud de la amistad, herida y arrancada de mí, se lamenta y se retuerce dolorosamente... Sé que debo sufrir todo. Lo sé. Como Dios, lo sé, y, como Dios, lo quiero por el bien del mundo. También como hombre lo sé, porque mi espíritu divino lo comunica a mi humanidad. Y también como hombre *lo quiero*, por el bien del mundo. ¡Pero, qué dolor, oh Padre mío! Esta hora es mucho más penosa que la que viví con mi espíritu y el tuyo en el desierto... Y es mucho más fuerte la tentación presente de no amar y no soportar a mi lado a ese ser legamoso y tortuoso que tiene por nombre Judas, causa del mucho dolor que hasta la saciedad como y bebo y que tortura las almas a las que Yo había dado paz.

(“Y es mucho más fuerte la tentación presente...” María Valtorta comenta esta expresión con la siguiente nota autógrafa en una copia mecanografiada: Lucha entre las dos naturalezas unidas en Cristo. Como Dios, no podía sino amar. Como Hombre, no podía no sentir rechazo por el falso discípulo. Aviándose hacia la meta de su misión redentora, advertía la preparación a ese abandono paterno que sería total en las horas de la Pasión. El gran Solitario y gran Desconocido, como era el Verbo encarnada, venido a vivir en medio de los hombres, se sintió siempre “solo y desconocido”. Sólo su Madre lo conoció verdaderamente y fue su perfecta compañera. En los demás, a medida que iba acercándose la hora redentora, iba aumentando la incompreensión, el odio o el abandono. La pasión incruenta, pero pasión al cabo. Y, respecto a la oración que sigue, aproximadamente una página después, María Valtorta hace esta observación: Que no sorprenda a los supercríticos esta oración al Padre. Es evangelio que Cristo fue tentado “como Hombre” en el desierto y que sufrió hasta sudar sangre en su lucha de Hombre, puro hombre, ya no sostenido por la Divinidad, en el Getsemaní, en la noche del Jueves Santo. Ésta es otra de sus horas de “auténtico” Hombre, de totalmente hombre, sujeto al amor y al dolor humanos, en Él perfectos porque era perfecto entre todos los hombres)

-Padre, siento que te vas haciendo riguroso con tu Hijo a medida que me voy acercando al final de esta expiación mía por el género humano. Se va alejando de mí cada vez más tu suavidad, y aparece severo tu rostro a mi espíritu, que cada vez se ve más apartado hacia las profundidades, donde la humanidad, padeciendo tu castigo, gime desde milenios. Me era suave el sufrimiento; suave el camino al principio de la existencia; suave, también, cuando, de hijo del carpintero, pasé a ser Maestro del mundo, arrancándome de una Madre para darte a ti, Padre, al hombre caído. Me fue suave también, respecto a este momento, la lucha con el Enemigo en la Tentación del desierto. La afronté con el ardimiento del héroe que cuenta con todas sus fuerzas... ¡Oh, Padre mío!... que ahora mis fuerzas están debilitadas por la falta de amor de demasiados y el conocimiento de demasiadas cosas...

Yo sabía que Satanás, una vez terminada la tentación, se marcharía; y así fue. Y los ángeles vinieron a consolar de ser hombre al Hijo tuyo, de ser objeto de la tentación del Demonio. Pero ahora no cesará, una vez pasada la hora en que el Amigo sufre por los amigos enviados a un país lejano, y por el amigo perjuro que lo perjudica de cerca y de lejos. No cesará. No vendrán tus ángeles a consolarme en este momento, ni pasado este momento. Antes al contrario, vendrá el mundo con todo su odio, su

burla, su incompreensión; vendrá y estará cada vez más cerca y será cada vez más tortuoso y legamoso el perjurio, el traidor, el vendido a Satanás. ¡Padre!...

Es verdaderamente un grito de congoja, de espanto, de invocación; y Jesús se estremece y me trae a la mente la hora del Getsemaní.

¡Padre! Lo sé. Lo veo... Mientras Yo aquí sufro y seguiré sufriendo, y te ofrezco mi sufrimiento por su conversión y por los que me han sido arrebatados de mis brazos y están marchando a su destino con el corazón traspasado, él se está vendiendo para ser mayor que Yo. ¡El Hijo del hombre!

¿Soy Yo, no es verdad, el Hijo del hombre? Sí. Pero no soy el único que lo es. La Humanidad, la Eva fecunda ha generado a sus hijos, si Yo soy Abel, el Inocente, no falta Caín entre la prole de la Humanidad. Y, si soy el Primogénito, porque soy como habrían debido ser los hijos del hombre, sin mancha ante tus ojos, él, el engendrado en pecado, es el primero de lo que vinieron a ser después de que mordieron el fruto envenenado. Ahora, no contento con tener dentro de los fómites repugnantes y blasfemos de la mentira, la anticaridad, la sed de sangre, la avaricia de dinero, la soberbia y la lujuria, se hace como el demonio para ser - hombre que podía hacerse ángel - el hombre que se convierte en demonio... "Y Lucifer quiso ser como Dios; por ello, fue expulsado del Paraíso, y, transformado en demonio, habitó el Infierno."

¡Pero, Padre! ¡Oh, Padre mío! Yo lo amo... lo amo todavía. Es un hombre... Es uno de aquellos por quienes te dejé... Por mi humillación, sálvalo... ¡concédeme redimirlo, Señor Altísimo! ¡Sé que es incongruente lo que pido, Yo, que conozco todo cuanto existe!... Pero, Padre mío, no veas en mí por un instante a tu Verbo. Contempla sólo mi humanidad de Justo... y deja que Yo, por un instante, pueda ser sólo "el Hombre" en gracia tuya, el Hombre que no conoce el futuro, que puede forjarse ilusiones... el Hombre que, no conociendo el ineluctable sino, puede orar, con esperanza absoluta, para arrancar el milagro. ¡Un milagro! ¡Un milagro a Jesús de Nazaret, a Jesús de María de Nazaret, nuestra eterna Amada! ¡Un milagro que viole lo signado y lo anule! ¡La salvación de Judas! Ha vivido a mi lado, ha bebido mis palabras, ha compartido conmigo el alimento, ha dormido sobre mi pecho... ¡No sea él, no, no sea él mi demonio!...

No te pido no ser traicionado... Debe suceder, y sucederá... para que, por mi dolor de ser traicionado, sean anuladas todas las mentiras; por mi dolor de ser vendido, quede expiada toda avaricia; por mi congoja de ser blasfemado, reparadas todas las blasfemias; y, por la congoja de no ser creído, reciban la fe aquellos que no la tienen ahora o en el futuro; para que, por mi tortura, queden purificados todos los pecados de la carne... ¡Pero, te lo ruego: no él, no él, Judas, mi amigo, mi apóstol!

Yo querría que ninguno traicionara... Ninguno... Ni siquiera el más lejano habitante de los hielos hiperbóreos o de los fuegos de la zona tórrida... Yo quisiera que sólo Tú fueras el Sacrificador... como otras veces lo fuiste, quemando los holocaustos con tu fuego... Mas, dado que debo morir a manos del hombre - y más que el verdugo real será verdugo el amigo traidor, el corrompido que portará en sí ese hedor de Satanás que ya está aspirando, buscando ser como Yo en cuanto al poder... así piensa en su orgullo y ansia -, dado que debo morir a manos del hombre, Padre, otorga que no sea el Traidor aquel a quien he llamado amigo y he amado como tal.

Multiplica, Padre mío, mis torturas, pero dame el alma de Judas... Pongo esta oración sobre el altar de mi Persona víctima... ¡Padre, acógela!...

¡El Cielo está cerrado y mudo!... ¿Es éste el horror que tendré conmigo hasta la muerte? ¡El Cielo está mudo y cerrado!... ¿Será éste el silencio y la mazmorra en que exhalaré mi espíritu? ¡El Cielo está cerrado y mudo!... ¿Será ésta la suprema tortura del Mártir?...

Padre, hágase tu Voluntad y no la mía... Pero, por mis penas, ¡oh, al menos esto!, por mis penas, da paz e ingenuidad al otro mártir de Judas, a Juan de Endor, Padre mío... Él realmente es mejor que muchos. Ha recorrido un camino como pocos saben ni sabrán. Para él ya se ha cumplido todo de la Redención. Dale, pues, tu paz plena y completa, para que Yo lo tenga en mi Gloria cuando también para mí todo se haya cumplido para honrarte y obedecerte...

¡Padre mío!...

Jesús, lentamente, ha ido arrodillándose. Ahora llora rostro en tierra, ora mientras la luz del breve día invernal muere precoz en el antro oscuro, y el grito del torrente parece ganar voz cuanto más aumenta la sombra en el valle...

En barca de Tolemaida a Tiro

La ciudad de Tolemaida da la impresión de que va a ser aplastada por un cielo bajo, de plomo, sin una rendija azul, sin una sola variación en su lóbrego aspecto. No. Ni una nube o un cirro o un nimbo que surquen aislados la capa cerrada del firmamento. Es una única bóveda cóncava y pesada como una tapa que fuera a ser abatida sobre una caja; una enorme tapa de estaño sucio, fuliginoso, opaco, agobiante. Las casas blancas de la ciudad parecen de yeso, un yeso áspero, crudo, desolado, bajo esta luz... y el verde de las plantas siempre verdes parece empañado, triste; los rostros de las personas, lívidos y espectrales; los colores de los vestidos, apagados. La ciudad se ahoga en el cargante siroco.

El mar responde al cielo con su mismo aspecto de muerte. Un mar sin límites, quieto, desierto. No es siquiera plumizo, sería errado definirlo así. Es una extensión ilimitada, diría incluso sin repliegues, de una sustancia oleaginosa, gris como deben ser los lagos de petróleo crudo, o, mejor, si fuera posible, los lagos de una plata mezclada con hollín, con ceniza, para formar una pomada. Tiene un especial brillo de lasca cuarzosa, y, no obstante, se ve tan muerto y paco, que no parece brillar. Su resplandor no se advierte sino con la molestia que sufren los ojos, deslumbrados por este cabrilleo de madreperla negruzca que cansa y no alegra. No se ve ni una sola ola hasta donde alcanza la vista. La mirada llega al horizonte, donde el muerto mar toca el cielo

muerto, sin ver movimiento alguno de ola, aunque, por su subyacente ondeo, apenas sensible en la superficie con el cabrilleo sucio de las aguas, se comprende que no son aguas solidificadas. Tan muerto, que en la orilla las aguas están detenidas como agua de un pilón, sin el más mínimo indicio de ola o resaca. Y la arena está claramente marcada de humedad a poco más de un metro del agua, confesando así que no ha habido movimiento de olas en la orilla desde hace muchas horas. Es la calma chicha absoluta.

Las naves, pocas, que hay en el puerto están completamente inmóviles. Tan inmóviles, que parecen clavadas en una materia sólida. Los pocos paños tendidos en los altos puentes - enseñas o indumentos, no lo sé - penden inmóviles.

Por una callecita del barrio popular del puerto, vienen hacia la marina los apóstoles con los dos que van a Antioquía. No sé qué ha sido del burro y el carro. No están ya. Pedro y Andrés llevan un arcón, Santiago y Juan el otro; Judas de Alfeo, por su parte, se ha liado a los hombros el telar, desmontado; Mateo, Santiago de Alfeo y Simón Zelote van cargados con los talegos de todos, incluido el de Jesús. Síntica lleva en la mano solamente un cesto con comida. Juan de Endor no lleva nada. Caminan deprisa por entre la gente que, en general, regresa de los mercados con las compras, o que, si son gente de mar, se apresura en dirección al puerto, para cargar o descargar las naves, o repararlas, según las necesidades.

Simón de Jonás camina seguro. Debe saber ya a dónde ir porque no mira a los lados. Todo colorado, sujeta de su parte el arcón, por una lazada de la cuerda, puesta como asidero; Andrés, de su parte, hace lo propio. Y se ve, tanto en ellos como en los compañeros Santiago y Juan, el esfuerzo del peso que llevan, porque se les ponen turgentes los músculos de las pantorrillas y de los brazos (y es que, para estar más libres, llevan sólo la prenda de debajo, corta y sin mangas); en todo, semejantes a los mozos de cuerda, que, ágiles, van de los fondaques a las naves, o viceversa, para sus operaciones. Por tanto, pasan completamente desapercibidos.

Pedro no va al muelle grande, sino a otro más pequeño, a través de una pasarela chirriante: es un andén construido en forma de arco, que delimita como un segundo embarcadero, mucho más pequeño, para las barcas de pesca. Mira y da una voz.

Responde un hombre, alzándose del fondo de una barca fuerte y bastante grande.

-¡Estás decidido a zarpar de verdad? Ten en cuenta que la vela hoy no sirve. Tendrás que ir a fuerza de remos.

-Así me caliento y se me abre el apetito.

-¿Pero sabes de verdad navegar?

-¿Pero qué dices, hombre? No sabía decir "mamá" y ya mi padre me había puesto en la mano la sondaleza y las cuerdas de las velas. He amolado con ellas los dientes de leche...

-Es porque... ¿sabes?... esta barca es todo lo que poseo, ¿sabes?...

-Ya desde ayer me lo estás diciendo. ¿No sabes otra canción?

-Lo que sé es que si te vas a pique pierdo todo y...

-¡Yo sí que pierdo todo, que me dejo la piel ahí, no tú!

-Pero esto es mi bien, mi pan, la alegría mía y de mi mujer, y es la dote de mi niña, y...

-¡Uf! ¡Mira, no me pinches más los nervios, que tienen ya un calambre... un calambre... mucho peor que el de los nadadores! Te he dado tanto, que podría decir: "he comprado la barca". No te he regateado lo que me has pedido. Tú eres un barquero largo de uñas, hombre. Te he demostrado que conozco el remo y la vela mejor que tú. Ya todo estaba acordado. Ahora, si la ensalada de puerros que has cenado ayer - que te huele la boca como una sentina - te ha dado una pesadilla y ahora te arrepientes, me importa un bledo. El acuerdo se ha efectuado delante de dos testigos, uno tuyo, otro mío, y es suficiente. Baja de ahí, cangrejo peludo, y déjame entrar.

-Pero yo... al menos una garantía... Si mueres, ¿quién me paga la nave?

-¿La nave? ¿Llamas nave a esta calabaza despulpada? ¡Miserable! ¡Soberbio! De todas formas, te voy a calmar, para que te decidas: te voy a dar otras cien dracmas. Con éstas y con lo que has pedido como alquiler te construyes otros tres topes de éstos... Bueno, no... de dinero nada. Serías capaz incluso de llamarme loco, y luego pedirme más todavía, a la vuelta. ¡Porque vuelvo, eh, puedes estar seguro! A lo mejor para quitarte la barba a tortazos, si me has dado una barca con los fondos defectuosos. Te dejo como seña el burro y el carro... ¡No! ¡Tampoco eso! No dejo en tus manos a mi Antonio. Te creo capaz de cambiar de oficio y pasarte de barquero a carretero, y escaparte en mi ausencia. Mi Antonio vale diez veces lo que tu barca. Mejor te dejo el dinero. Pero ten en cuenta que son como seña, y tú me lo devuelves a mi regreso. ¿Está bien claro? ¡Eh, los de esa nave! ¿Quién es de Tolemaida?

En una nave cercana se asoman tres caras:

-Nosotros.

-Venid aquí...

-No, no, no hace falta. Nos arreglamos entre nosotros - suplica el barquero.

Pedro lo mira indagador, razona para sí, y, viendo que el hombre baja de la barca y se apresura a cargar el telar que Judas había dejado en el suelo, susurra:

-¡Comprendo!

Luego grita a los de la nave:

-¡Ya no hace falta. Quedaos ahí - y extrae de una bolsa pequeña unas monedas, las cuentas, las besa y dice: « ¡Adiós, amigos!» y se las da al barquero.

-¿Por qué las has besado? - pregunta éste extrañado.

-Un... rito. ¡Adiós, ladrón! Arriba, vosotros; tú, al menos, sujeta la barca. Ya las contarás. Verás que están justas. No quiero tenerte como compañero en el infierno, ¡eh! Yo no robo... ¡Aaarriba! ¡Aaarriba!

Y embarca el primer baúl. Luego ayuda a los otros a estibar el suyo, los talegos y todo, equilibrando el peso y colocando los objetos de forma que pueda estar libre para las maniobras; y, después de las cosas, las personas.

-¿Ves como sé, vampiro? Suelta ahora y ve a tu destino.

Y, junto con Andrés, hinca el remo contra el andén para separar la barca.

Una vez tomada la dirección de la corriente, deja el timón a Mateo mientras le dice:

-Bueno, tú, para sacarnos los hígados, venías a pescarnos cuando pescábamos, y sabes llevar el timón pasablemente.

Luego se sienta en la proa, dando la espalda a la proa, en el primer banco, con Andrés a su lado. Frente a él están sentados Santiago y Juan de Zebedeo, que bogan con ritmo regular y poderoso.

La barca avanza - sin tirones, rápida, a pesar de ir bastante cargada - muy cerca del flanco de las naves grandes, desde cuya borda descienden palabras de alabanza por la perfecta boga. Luego, superados los espigones, el mar abierto... Tolemaida, al estar construida a orillas del mar y teniendo su puerto en el sur de la ciudad, desfila toda ante los ojos del grupo que parte. En la barca el silencio es absoluto. Sólo se oyen los chirridos de los remos en los toletes.

Pasado un buen rato, habiendo ya dejado atrás Tolemaida, Pedro dice:

-Pero si hubiera un poco de viento... ¡Pero nada! ¡Ni un hilo!...

-¡Con tal de que no llueva!... - dice Santiago de Zebedeo.

-¡Mmm! Tiene muchas ganas de llover...

Silencio y cansancio de remos durante largo tiempo.

Luego Andrés pregunta:

-¿Por qué has besado las monedas?

-Porque se saluda a quien parte para siempre. No las volveré a ver. Y lo siento. Hubiera preferido dárselas a algún necesitado... ¡Paciencia!... La barca la verdad es que es buena y fuerte y está bien construida. Es la mejor de Tolemaida. Por eso he cedido a las pretensiones de su dueño. También para evitar muchas preguntas sobre el lugar adonde vamos. Por eso le he dicho: "A comprar al Jardín blanco"... ¡Ay, ay, ay, que empieza a llover! Cubríos, vosotros que podéis hacerlo. Tú, Síntica, dale el huevo a Juan. Es la hora... Y a mayor razón porque con un mar así no se revuelve nada en el estómago... ¿Y que me estará haciendo Jesús? ¿Qué estará haciendo? ¡Sin vestidos, sin dinero! ¿Y dónde estará ahora?

-Sin duda, orando por nosotros - responde Juan de Zebedeo.

-Sí, pero ¿dónde?...

Ninguno puede decir dónde. Y la barca da bordadas, con dificultad, pesada, bajo el cielo de plomo, en un mar de betún cinéreo, en medio de un sirimiri fino como niebla y latoso como cosquillas prolongadas. Los montes, que tras una zona de llanura vuelven a arrimarse al mar, se acercan, lívidos en el ambiente neblinoso. El mar, de cerca, sigue produciendo molestia a los ojos con su extraña fosforescencia; más lejos, se pierde en un velo brumoso.

-En aquel pueblo nos detendremos para descansar y comer - dice Pedro, que boga incansablemente. Los demás asienten.

Llegan al pueblo: un pequeño conglomerado de casas de pescadores al abrigo del espolón de un monte que penetra en el mar.

-Aquí no se desembarca. No se toca fondo... - dice Pedro entre dientes - Bien, pues comeremos aquí donde estamos.

Y así es: los bogadores comen con buen apetito; los dos exiliados, sin ganas. La lluvia, alternativamente, sigue o se para.

No se ve a gente en el pueblo; como si estuviera deshabitado. Pero, vuelos de palomas de una casa a otra y ropa tendida en las azoteas dicen que hay gente. En fin, aparece en la orilla un hombre semidesnudo que va hacia una barquita sacada al margen.

-¡Eh! ¡Tú, hombre! ¿Eres pescador? - grita Pedro haciendo embudo con las manos.

-Sí.

El sí llega débil por la distancia.

-¿Qué tiempo hará?

-Mar tendida dentro de poco. Si no eres de aquí, te aconsejo que vayas enseguida más allá del cabo. Allá la ola es más calma, sobre todo si vas bordeando la orilla. Puedes, porque es profundo el mar. Pero ve sin demora...

-Sí. ¡Paz a ti!

-¡Paz y suerte a vosotros!

-Ánimo, entonces - dice Pedro a sus compañeros - Y que Dios esté con nosotros.

-Está ciertamente con nosotros. Jesús ciertamente ora por nosotros - responde Andrés mientras se pone de nuevo a remar.

Pero la ola tendida, en efecto, ya se ha formado, y repele y aspira la pobre barca cada vez que viene; mientras tanto, la lluvia se hace cada vez más tupida... y un viento rítmico se agrega para torturar a los pobres navegantes. Simón de Jonás lo gratifica con todos los más pintorescos epítetos, porque es un viento malo que no puede ser usado para la vela y que trata de empujar a la barca contra los escollos del cabo ya cercano. La barca navega con dificultad en la curva de este pequeño golfo, más oscuro que la tinta. Reman, reman, con dificultad, rojos, sudados, apretando los dientes, sin desaprovechar ni una miaja de fuerza en palabras. Los otros, sentados frente a ellos - yo los veo de espaldas - callan, mudos, bajo la tediosa lluvia. Juan y Síntica, en el centro (junto al mástil de la vela); detrás de ellos, los hijos de Alfeo; últimos, Mateo y Simón, que luchan por mantener derecho el timón a cada golpe de ola.

Doblar el cabo es empresa fatigosa. Por fin lo hacen... Los remadores, que deben estar extenuados, pueden gozar de un poco de paz. Se consultan sobre si refugiarse en un pueblecillo de allende el cabo. Pero se impone la idea de que «se debe obedecer al Maestro incluso contra lo sensato. Y Él dijo que se debe llegar a Tiro todo en una jornada». Y continúan...

El mar se calma al imprevisto. Notan el fenómeno. Alfeo dice:

-El premio de la obediencia.

-Sí, Satanás se ha marchado porque no ha logrado hacernos desobedecer - confirma Pedro.

-De todas formas llegaremos a Tiro de noche. Esto nos ha retrasado mucho... -dice Mateo.

-No importa. Iremos a dormir, y mañana buscaremos la nave - responde Simón Zelote.

-¿Y la encontraremos?

-Jesús lo ha dicho. Por tanto, la encontraremos - dice seguro el Tadeo.

-Podemos izar la vela, hermano - observa Andrés - Ahora hay viento bueno. Iremos raudos.

La vela, efectivamente, se hincha, no mucho, pero lo suficiente como para que sea mucho menos necesario remar; y la barca se desliza, como aligerada, hacia Tiro, cuyo promontorio - mejor: cuyo istmo - albea allá, al norte, con las últimas luces del día.

Y la noche cae rápida. Y parece extraño, después de tanta lóbreguez de cielo, ver asomarse las estrellas a través de un imprevisto claro, y titilar resplandecientes los astros de la Osa, mientras el mar se ilumina con los serenos rayos de luna, tan blancos que casi parece rayar el alba, después de un día penoso, sin el intervalo de la noche...

Juan de Zebedeo alza la cabeza al cielo, mira y sonríe, y, al improviso, abre su boca al canto, acompañando el movimiento del remo con la estrofa y ritmando ésta con el remo:

"Ave, Estrella de la Mañana,

Jazmín de la noche,
Luna de oro de mi Cielo,
Madre santa de Jesús.

Espera en ti el navegante,
Te sueña el que sufre y muere,
¡Ilumina, Estrella santa y pía,
a quien te ama, oh María!..."

Canta feliz, a pleno pulmón, con voz de tenor.

-¿Pero qué haces? Estamos hablando de Jesús ¿y tú hablas de María? - pregunta su hermano.

-Él está en Ella y Ella en Él. Pero si Él está aquí es porque ha estado antes Ella... Déjame cantar...

Y pone ahínco y arrastra a los demás...

Llegan así a Tiro. La arribada es cómoda en el puertecito más pequeño, el que está al sur del istmo, velado por lámparas que cuelgan de muchas barcas. Los que están allí no niegan su ayuda a los recién llegados.

Pedro y Santiago de Zebedeo se quedan en la barca para vigilar los baúles. Mientras tanto, los otros, con un hombre de otra barca, se dirigen al hospedaje para descansar.

319

Partida de Tiro en la nave del cretense Nicomedes

Tiro se despierta entre ráfagas de mistral. El mar es todo un cabrilleo de olitas, azul-blanco, esplendor agitado bajo un cielo azul y altos cirros blancos en movimiento (como abajo se mueve la espuma de las olas). El sol goza de su jornada de cielo claro después de tanta oscuridad de mal tiempo.

-Entendido - dice Pedro poniéndose en pie en la barca, donde ha dormido - Es hora de moverse. Y "él" (y señala al mar que entra inquieto incluso en el puerto) nos ha proporcionado el agua lustral... ¡Mmm! Vamos a consumir la segunda parte del sacrificio... Dime, Santiago... ¿No te da la impresión realmente de que estamos llevando a dos víctimas al sacrificio? A mí sí.

-También a mí, Simón. Y... le agradezco al Maestro la estima en que nos tiene, pero..., no hubiera querido ser yo el que viera tanto dolor; y nunca me habría imaginado que habría visto esto...

-Tampoco yo... Pero... ¿Sabes? Digo que el Maestro no lo habría hecho si el Sanedrín no hubiera metido el hocico...

-Ya lo ha dicho... Pero ¿quién habrá informado al Sanedrín? Esto es lo que querría saber...

-¿Quién? ¡Dios eterno, hazme guardar silencio, haz que no piense! Es un voto que he hecho, para quitarme esta sospecha que me trepana. Ayúdame, Santiago, a no pensar. Habla de otra cosa completamente distinta.

-Pero ¿de qué? ¿Del tiempo?

-Sí, por ejemplo.

-Es que no entiendo de mar...

-Yo creo que vamos a bailar - dice Pedro mirando al mar.

-¡No, hombre, no! Un poco de oleaje. Una cosa amena, nada más... Más feo estaba ayer. Desde encima de la nave será bonito este mar agitado. A Juan le va a gustar... Hará que se ponga a cantar. ¿Cuál será la nave?

Se pone de pie también Santiago, y observa las naves que están en la otra parte; visibles, con sus altas superestructuras, sobre todo cuando la ola alza la barquita de ellos con un movimiento de sube y baja. Miran, estudiando las distintas naves, haciendo pronósticos... El puerto se anima.

Pedro pregunta a un barquero, o algo parecido, que trajina en el muelle:

-¿Sabes si está en el puerto, en aquel puerto de allí, la nave de... espera que leo este nombre (y saca del cinturón un pergamino atado)... aquí está: Nicomedes Filadelfio de Filipo, cretense de Paleocastro...

-¡El gran navegante! ¿Quién no lo conoce? Creo que lo conocen no sólo desde el Golfo de las Perlas hasta las Columnas de Hércules, sino incluso hasta los mares fríos, aquellos de que se dice que durante meses enteros es de noche! ¿Cómo es que no lo conoces, tú que eres marinero?

-No. No lo conozco, pero pronto lo conoceré, porque lo busco de parte de nuestro amigo Lázaro de Teófilo, que fue gobernador en Siria.

-¡Ah! Cuando yo navegaba - ahora soy viejo - en Antioquía estaba él... Hermosos tiempos... ¿Tu amigo? ¿Y buscas a Nicomedes el cretense? Ve seguro entonces. ¿Ves aquella nave de allí, la más alta, con esos estandartes al viento? Es la suya. Zarpa antes de la hora sexta. ¡No le teme al mar! ...

-Efectivamente, no hay por qué tenerle miedo. No es nada del otro mundo - observa Santiago. Pero un rudo embate de una ola le demuestra lo contrario, mojando a los dos de los pies a la cabeza.

-Ayer, demasiado quieto; hoy, demasiado agitado. ¡Caramba, qué loco! Prefiero el lago... - refunfuña Pedro mientras se seca la cara.

-Os aconsejo que entréis en las dársenas. Van todos, ¿veis?

-Pero nosotros tenemos que partir. Tenemos que marcharnos con la nave de... de... espera: Nicomedes, y todo lo demás - dice Pedro, que no logra recordar los nombres extraños del cretense.

-¡No querréis cargar la barca en la nave!

-¡No, claro!

-Entonces en las dársenas hay sitio para la custodia, y hombres de guardia hasta el regreso. Una moneda al día hasta el regreso. Porque supongo que volveréis...

-¡Claro, claro! Vamos y volvemos... una vez visto el estado de los jardines de Lázaro.

-¡Ah!, ¿sois sus administradores?

-Y más que eso...

-Bien. Venid conmigo. Os enseño el sitio. Está pensado precisamente para los que dejan, como vosotros, las barcas...

-Espera... Ahí están los otros. Te alcanzamos enseguida.

Y Pedro salta al andén del puerto y corre al encuentro de los compañeros, que están viniendo.

-¿Has dormido bien, hermano? - pregunta solícito Andrés.

-Como un niño en la cuna. Y no me han faltado ni el meneo ni la canción...

-Me parece que tampoco te ha faltado el chapuzón - dice sonriendo el Tadeo.

-Tampoco. El mar es... tan bueno, que me ha lavado la cara para quitarme el sueño.

-Un poco rudo, me parece - objeta Mateo.

-¡Si supierais con quién vamos! ¡Uno conocido hasta por los peces de los hielos!

-¿Ya lo has visto?

-No. Pero me ha hablado de él uno que me dice que hay un sitio para las barcas, un depósito... Venid, vamos a descargar los arcones y nos ponemos en marcha, porque Nicodemo, no, Nicomedes el cretense, parte dentro de poco.

-En el canal de Chipre sí que vamos a bailar bien - dice Juan de Endor.

-¿Sí? - pregunta, preocupado, Mateo.

-Sí. Pero Dios nos ayudará.

Ya están otra vez al pie de la barca.

-Aquí estamos, hombre. Ahora descargamos estas cosas y luego vamos allí, dado que eres tan bueno.

-Nos ayudamos unos a otros... - dice el hombre de Tiro.

-¡Sí, claro! Nos ayudamos, nos deberíamos ayudar. Nos deberíamos amar unos a otros, porque ésta es la Ley de Dios...

-Me dicen que en Israel ha surgido un nuevo Profeta que predica esto. ¿Es verdad?

-¡Vaya que si es verdad! ¡Esto y otras cosas! ¡Y qué milagros hace! Ánimo, Andrés, aúpa, aúpa, más a la derecha. Venga, mientras la ola levanta la barca... ¡Eso es! ¡Ya está...! Te estaba diciendo, hombre: ¡y qué milagros! Muertos que resucitan, enfermos que quedan curados, ciegos que recuperan la vista, ladrones que se convierten, y hasta... ¿Ves? Si estuviera aquí, diría al mar: "Detente" y el mar se calmaría... ¿Puedes, Juan? Espera, voy yo. Vosotros sujetad fuerte y bien pegado... ¡Arriba!, ¡arriba!... Un poco más... Tú, Simón, agarra el asa... ¡Cuidado con la mano, Judas! ¡Arriba!, ¡arriba!, gracias, hombre... ¡Cuidado, no os caigáis al agua, vosotros los de Alfeo!... ¡Arriba!... ¡Eso es! ¡Loado sea Dios! Ha sido menor el trabajo para meterlas abajo que para sacarlas arriba... Yo es que tengo los brazos deshechos del ejercicio de ayer... Volviendo a lo que decía del mar...

-Pero, ¿y es verdad eso?

-¡Verdad! ¡Lo he visto yo!

-¡Sí!... Pero ¿dónde?

-En el lago de Genesaret. Sube a la barca, que te explico mientras vamos allí... - y se marcha, con el hombre y con Santiago, remando por el canal que conduce a las dársenas.

Y Pedro se queja de incapacidad... - observa el Zelote.

-Sin embargo, tiene el arte de explicar las cosas así, con sencillez; y hace más que todos.

-Lo que me gusta mucho de él es su honestidad - dice el hombre de Endor.

-Y su constancia - añade Mateo.

-Y su humildad. ¡Fijaos cómo no se ensoberbece sabiendo que es el "jefe"! Trabaja más que ninguno. Se preocupa más de nosotros que de sí mismo... - dice Santiago de Alfeo.

-Y así es virtuoso, como él entiende. Un hermano bueno. Ni más ni menos... - termina Síntica

-¿Así que está decidido? ¿Pasáis por hermanos? - pregunta después de un rato el Zelote a los dos discípulos.

-Sí. Es mejor. Y no es mentira. Es una verdad espiritual. Es mi hermano mayor. No de las mismas nupcias, pero sí de un único padre: el Padre es Dios; las nupcias distintas, Israel y Grecia. Y Juan es mayor que yo, y se ve, en edad y como discípulo más antiguo que yo (eso no se ve, pero es así). Ahí vuelve Simón...

-Ya está todo hecho. Vamos...

Se cargan con los arcones y, por el istmo estrecho, pasan al otro puerto. El hombre de Tiro los acompaña - tiene ya experiencia - por las callejuelas que forman las balas de mercancías apiladas bajo vastísimas cubiertas; los acompaña hasta la poderosa nave del cretense, que está haciendo las maniobras de la ya próxima partida, y da una voz a los marineros para que vuelvan a echar la pasarela que habían alzado.

-No se puede. Terminada la carga - grita el contraмаestre.

-Debe entregar en mano unas cartas - dice el hombre señalando a Simón de Jonás.

-¿Cartas? ¿De quién?

-De Lázaro de Teófilo, el que fue gobernador de Antioquía.

-¡Ah! Voy a decírselo al patrón.

Simón dice al otro Simón y a Mateo:

-Ahora os toca a vosotros. No soy hábil para tratar con estas personas...

-No. Tú eres el jefe. Actúas, y sabes actuar. Nosotros, eso sí, te ayudaremos, si hace falta. Pero no hará falta.

-¿Dónde está el hombre de las cartas? Que suba» dice, asomándose por la obra muerta, un hombre moreno como un egipcio, delgado, guapo, esbelto, severo, de cuarenta años o poco más. Y manda que echen de nuevo la pasarela.

Simón de Jonás, que se ha puesto túnica y manto mientras esperaba la respuesta, sube todo digno. Detrás de él, el Zelote y Mateo.

-La paz a ti, hombre - saluda gravemente Pedro.

El cretense responde al saludo y pregunta:

-¿La carta dónde está?

-Es ésta.

El cretense rompe el sello, desenrolla y lee.

-¡Bienvenidos sean los enviados de la familia de Teófilo! Los cretenses no olvidan su bondad y buen trato. Pero agiliza la operación. ¿Tenéis mucho que cargar?

-Lo que ves en el andén.

-¿Y cuántos sois...?

-Diez.

-Bien. Prepararemos un sitio para la mujer. Vosotros os arreglaréis como mejor podáis. Apresuraos. Hay que zarpar y llegar a alta mar antes de que el viento aumente, lo cual sucederá después de la hora sexta.

Y ordena, con silbidos lacerantes, cargar y estibar los arcones. Luego suben los apóstoles y los dos discípulos. Se alza la pasarela, se cierra la obra muerta, se sueltan las amarras, se izan las velas. Y la nave empieza su marcha. Bascula fuertemente al salir del puerto. Luego, las velas, muy hinchadas por el viento, se ponen tirantes y crujen. Y, con un amplio cabeceo, la nave sale a alta mar y huye rauda en dirección a Antioquía...

A pesar de la violencia del viento, Juan y Sántica, cerca el uno del otro, agarrados a un aparejo, en la popa, observan cómo la costa se va alejando, la tierra de Palestina, y lloran...

320

Prodigios en la nave en medio de una tempestad

El Mediterráneo es una planicie borrascosa de aguas verdeazules que se embisten entre sí formando altísimas olas con cresta de espuma. Hoy no hay niebla de calina, no. Pero el agua marina, pulverizada por los continuos embates de unas olas contra otras, se transforma en líquidas partículas saladas, que abrasan, que traspasan incluso los vestidos, enrojecen los ojos, queman las gargantas, y parecen esparcirse como un velo de polvos de tocador salinos por todas partes, tanto en el aire, haciéndola opaca como por una niebla sutil, como encima de las cosas, que parecen asperjadas con una harina brillante: los diminutos cristales salinos. Esto no sucede en los lugares a donde llegan los embates de las olas, o sus vigorosas mojaduras, que lavan el puente de un lado al otro, y se precipitan hacia dentro, saltando por encima de una parte de la obra muerta, para volver a caer al mar, con estrépito de cascada, por los vanos de la parte opuesta. Y la nave se alza y se hunde, pajuela a merced del océano, reducida a una nada respecto a éste, y cruje y se queja desde las sentinas a lo más alto de los mástiles... El mar es realmente el amo y la nave su juguete...

Aparte de los que están maniobrando, no hay ya nadie en el puente. Ni ninguna mercancía. Sólo los botes de salvamento. Los hombres de la tripulación (el primero de todos el cretense Nicomedes), completamente desnudos, bamboleándose como se bambolea la nave, corren acá o allá, a protegerse o a hacer maniobras, que son difíciles porque el puente está continuamente inundado y resbaladizo. Las escotillas, trancadas, no permiten ver lo que sucede bajo cubierta. Pero, ciertamente, no creo que ahí dentro estén muy tranquilos...

No logro hacerme una idea de dónde están, porque alrededor sólo hay mar, y una costa lejana, que se ve muy montañosa, con verdaderos montes, no colinas. Yo diría que ya ha pasado más de una jornada de navegación, porque se ve claramente que son horas de la mañana, dado que el sol, que aparece y desaparece tras nimbos muy densos, viene todavía de oriente. Creo que la nave, a pesar del zarandeo a que se ve sometida, avanza muy poco. Y el mar parece ponerse cada vez más feo.

Con una terrible, fragorosa avalancha, se rompe un trozo de mástil - desconozco el nombre exacto de esta parte de la arboladura -, y al caer, arrastrado ahora por una avalancha de agua que irrumpe en el puente junto con un verdadero torbellino de viento, abate un trozo del casco.

Los que están debajo deben tener la sensación de estar naufragando... Como demostración de esto, después de unos momentos, se ve que se entreabre el portillo de una escotilla y aparece la cabeza entrecana de Pedro. Mira, ve, vuelve a cerrar a tiempo de impedir a un torrente de agua descender por la escotilla entreabierto. Pero luego, en un momento de ausencia de ola, vuelve a abrir y salta afuera. Se agarra a los soportes y observa ese infierno en que se ha convertido el mar; silba como todo comentario, y masculla algunas palabras.

Lo ve Nicomedes:

-¡Fuera! ¡Fuera! – grita - ¡Cierra ese portillo! ¡Si la nave se carga, se va a pique! ¡Ya es mucho si no me veo obligado a deshacerme de la carga!... ¡Jamás he visto una tempestad como ésta! ¡Vete, te digo! No quiero hombres de tierra estorbándome. Éste no es sitio para jardineros, y...

No puede seguir, porque otra ola barre el puente, cubriendo a los que están en él.

-¿Lo ves? - grita a Pedro, que chorrea agua.

-Lo veo. Pero esto no me altera. No sólo sé vigilar jardines. He nacido en el agua. De lago, es verdad... ¡Pero también el lago!... Antes de... cultivador fui pescador y conozco...

Pedro está tranquilísimo y sabe acompañar las oscilaciones a la perfección con sus piernas separadas, y musculosas.

El cretense lo observa mientras se mueve para acercarse a él.

-¿No tienes miedo? - le pregunta.

-¡En absoluto!

-¿Y los otros?»

-Tres son pescadores como yo, o sea, lo eran... Los otros, excepto el enfermo, son fuertes.

-¿También la mujer?... ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Sujétate!

Otra avalancha de agua señorea en el puente.

Pedro espera a que pase y luego dice:

-Este frescor me habría hecho falta este verano... ¡Paciencia! ¿Decías que qué hace la mujer? Reza... y tú también deberías ponerte a rezar. Pero, ¿dónde estamos ahora exactamente? ¿En el canal de Chipre?

-¡Si así fuera!... Me arrimaría a la isla y esperaría a que se calmaran los elementos. Apenas si estamos a la altura de Colonia Julia, o Bertiús si lo prefieres. Y ahora viene lo feo... Aquellas son las montañas del Líbano.

-¿Y no podrías entrar allí, en aquel pueblo?

-El puerto no es bueno y hay bajíos y escollos. No se puede. ¡Cuidado!...

Otro torbellino y otro pedazo de mástil que se va; pero antes ha caído sobre un hombre, que, si no es arrastrado por las aguas, es sólo porque la ola lo lleva contra un obstáculo.

-¡Ve abajo! ¡Ve abajo! ¿Ves?

-Ya veo, ya veo... ¿Pero aquel hombre?...

-Si no está muerto, volverá en sí. ¡Ya ves que no puedo atenderlo!...

Efectivamente, el cretense debe estar atento a todo por la vida de todos.

-Déjame a mí. Le atenderá la mujer...

-¡Lo que quieras, pero vete!...

Pedro se arrastra hasta el hombre inmóvil. Lo agarra por un pie tirando, lo acerca a sí. Lo mira, silba... Masculla:

-Tiene la cabeza abierta como una granada madura. Aquí haría falta el Señor... ¡Si estuviera Él! ¡Señor Jesús! Maestro mío, ¿por qué nos has dejado?

Un gran dolor acompaña a su voz...

Se carga al moribundo a hombros. Se llena de sangre. Vuelve a la escotilla.

El cretense le grita:

-Esfuerzo inútil. Nada que hacer. ¿No lo ves? ...

Pero Pedro, yendo cargado, le hace un gesto como diciendo: «Veremos» y se arrima contra un palo para resistir una nueva ola. Abre la escotilla y grita:

-¡Santiago, Juan! ¡Aquí! - y con la ayuda de ellos descuelga al herido y baja también él; luego tranca el portillo.

A la luz humeante de lámparas suspendidas ven a Pedro lleno de sangre:

-¿Estás herido? - preguntan.

-Yo no. Es sangre de éste... Pero... pones a rezar, porque... Síntica, mira aquí un momento. Una vez me dijiste que sabías curar heridos. Mira esta cabeza...

Síntica deja de sujetar a Juan de Endor, que está bastante mal, para acercarse a la mesa sobre la que han extendido al desdichado, y mira...

-¡Una herida fea! La he visto dos veces, en dos esclavos: uno por un golpe del amo; el otro por un golpe de una piedra grande en Caprarola. Haría falta agua, mucha agua, para limpiar y cortar la hemorragia...

-¡Si solamente quieres agua!... ¡Hay incluso demasiada! Ven, Santiago, con la artesa. Es mejor entre dos.

Van y vuelven, chorreando. Y Síntica, con paños empapados en agua, lava y aplica compresas en la nuca... Pero la herida es fea. Desde la sien hasta la nuca el hueso está al descubierto. No obstante, el hombre abre de nuevo los ojos, vagarosos. Está estertoroso. Se apodera de él el miedo instintivo de morir.

-¡Tranquilízate! Ahora te curas - le dice, maternal, la griega para consolarlo (se lo dice en griego, porque él habla en griego).

El hombre, a pesar de estar aturdido, la mira con asombro y con un atisbo de sonrisa al oír la lengua natal, y busca la mano de Síntica... el hombre, que es niño en cuanto siente el sufrimiento, y busca a la mujer, que es siempre madre en esos casos.

-Voy a probar con el ungüento de María - dice Síntica cuando la sangre mana menos.

-Pero es para los dolores... - objeta Mateo, pálido como un muerto, no sé si por el mar o por la sangre, o si por las dos cosas.

-¡Lo ha hecho María con sus manos! Yo lo uso orando... Orad también vosotros. Mal no puede hacer. El aceite es siempre medicamentoso...

Va al talego de Pedro, saca un recipiente - yo diría que es de bronce -, lo abre, toma un poco de ungüento y lo calienta sobre una lámpara en la misma tapadera de la vasija. Lo vierte encima de un paño, doblado varias veces, y lo aplica en la cabeza herida. Luego, con unos pedazos de tela hechos tiras, hace un vendaje apretado. Pone un manto plegado debajo de la cabeza del herido, que parece adormecerse, y se sienta junto a él para orar; también los demás oran.

Arriba se sigue abatiendo la furia de los elementos sobre la nave, que se hunde y se empina sin tregua. Pasado un rato, se abre el portillo y entra presuroso un marinero.

-¿Qué pasa? - pregunta Pedro.

-Que estamos en peligro. Vengo por los inciensos y las oblaciones para un sacrificio...

-¡Olvídate de esas historias!

-¡Nicomedes quiere sacrificar a Venus! Estamos en su mar...

-Que está desenfrenado, como ella - barbota en voz baja Pedro, luego dice más fuerte: «Venid vosotros. Vamos al puente. Quizás tenemos que intervenir... ¿Tienes miedo de quedarte con el herido y con estos dos?

Los dos son Mateo y Juan de Endor, que están hechos unos guiñapos por el mal de mar.

-No, no. Id, id - responde Síntica.

De camino hacia el puente se topan con el cretense, que está tratando de encender los inciensos, y que arremete furioso contra ellos, para mandarlos dentro de nuevo, gritando:

-¿Pero no veis que sin milagro naufragamos? ¡La primera vez! ¡La primera vez desde que navego!

-¡Vas a ver como ahora dice que somos nosotros los del maleficio! - susurra Judas de Alfeo.

En efecto, el hombre grita más fuerte:

-¡Malditos israelitas, ¿qué lleváis con vosotros? ¡Perros hebreos, me habéis traído el maleficio! Fuera, que voy a sacrificar a Venus naciente...

-No, de ninguna manera. Sacrificamos nosotros...

-¡Fuera! Sois paganos, sois demonios, sois...

-¡Escucha! Te juro que si nos dejas verás el prodigio.

-No. ¡Fuera! - y enciende los inciensos, y tira al mar, como mejor puede, unos líquidos, que primero ha ofrecido y gustado, y unos polvos que no sé lo que son. Pero las olas apagan los inciensos, y, en vez calmarse, el mar se pone más furioso y se lleva todos los aparejos del rito, y por poco, también al propio Nicomedes...

-¡Buena respuesta te da tu diosa! Ahora a nosotros. También nosotros tenemos Una, más pura que ésta, hecha de espuma, y además... Canta, Juan, como ayer; nosotros te acompañamos; ¡vamos a ver qué sucede!

-¡Sí, vamos a ver! Pero, si sucede algo peor, os arrojo al mar como víctimas propiciatorias.

-Bien. ¡Ánimo, Juan!

Y Juan entona su canción, acompañado por todos los demás, incluso Pedro, que normalmente no canta, porque desafina. El cretense, con los brazos cruzados y una sonrisa entre colérica e irónica en su rostro, los mira. Luego, terminada la canción, oran con los brazos abiertos. Debe ser el "Pater noster", pero está recitado en hebreo y no entiendo nada. Luego cantan más fuerte. Y siguen así, alternativamente, sin miedo, sin interrupción, a pesar de los embates que reciben de las olas. Ni siquiera se sujetan a los soportes, y, no obstante, están seguros, como si formaran un bloque con la madera del puente. Y las olas realmente disminuyen de violencia poco a poco. No cesan del todo, y tampoco el viento, pero ya no es la furia de antes; de hecho las olas ya no llegan al puente.

La cara del cretense es todo un poema de estupor... Pedro lo mira de reojo y sigue orando. Juan sonríe, y canta más fuerte... Los otros lo acompañan, y van triunfando cada vez más netamente sobre el fragor, a medida que el mar para volver a su movimiento regular, y el viento para soplar normalmente, se van aplacando.

-¿Y ahora... qué tienes que decir?

-¿Pero, qué habéis dicho? ¿Qué fórmula es?

-La del Dios verdadero y de su santa Sierva. Puedes izar las velas y arreglar todos los desperfectos, esto... ¿Aquello no es una isla?

-Sí. Es Chipre... Y en el canal el mar está todavía más calmo... ¡Extraño! Pero, ¿esa estrella a la que adoráis quién es? En todo caso Venus, ¿no?

-Veneráis, se dice; se adora sólo a Dios. Pero nada de Venus. Es María. María de Nazaret, María hebrea, la Madre de Jesús, Mesías de Israel.

-¿Y eso otro qué era? No era hebreo eso...

-No, era nuestro dialecto, el de nuestro lago, de nuestra patria. Pero no te lo podemos decir a ti, que eres pagano. Es una oración a Yeohveh. Sólo los creyentes la pueden conocer. Hasta luego, Nicomedes. Y no te preocupes por lo que ha ido al fondo. Un... sortilegio me-nos para poderte atraer una desgracia. Hasta luego, jeh! ¿Eres de sal?

-No... Pero... Perdonad... Antes os he insultado.

-No importa. Son efectos del... del culto de Venus... Vamos, muchachos, a donde los demás... - y, sonriendo feliz, Pedro se encamina hacia la escotilla.

El cretense los sigue:

-¡Eh! ¿Y el hombre? ¿Muerto?

-¡No, hombre, no! Quizás te le devolvemos pronto sano... Otro juego de nuestros... maleficios...

-¡Perdonad! ¡Perdonad! Decidme: ¿dónde se pueden aprender, para gozar de su ayuda? Yo pagaría por esto...

-¡Adiós, Nicomedes! Es un trato largo y... no permitido. No se deben dar las cosas sagradas a los paganos. ¡Adiós! ¡Que te vaya bien, amigo! ¡Que te vaya bien!

Y Pedro, seguido de los demás, baja adentro, sonriendo. También sonríe el mar calmado, con un viento mistral armónico que favorece la navegación, mientras declina el sol y, a oriente, se dibuja un huso de luna tendente a su plenitud...

321

Arribo a Seleucia. Se despiden de Nicomedes

En una bellísima puesta de sol, se delinea la ciudad de Seleucia como un voluminoso aglomerado blanco en el límite de las aguas azules del mar calmo y risueño (todo un jugueteo de olitas bajo un cielo que funde su cobalto sin nubes con la púrpura del ocaso). La nave, desplegadas sus velas, enfila veloz hacia la ciudad lejana, y tanto inciden en ella los esplendores del sol poniente, que parece incendiarse, con fuego de alegría por la fiesta de la llegada ya cercana.

En el puente de la nave, entre los marineros, que ya ni traían ni están inquietos, están los pasajeros, que ven acercarse la meta. Sentado junto a Juan de Endor (más macilento aún que cuando partió), se ve al marinero herido. Todavía tiene fajada la cabeza con una venda ligera; su tez, pálida-marfil por la gran cantidad de sangre que ha perdido. Pero sonríe y habla con sus salvadores, o con los compañeros que, pasando, se congratulan con él de verlo en el puente.

También el cretense se percata de su presencia. Deja por un momento su puesto, poniéndolo en manos del jefe de la tripulación, para ir a saludar a su «óptimo Demetes», que ha vuelto al puente por primera vez después de sufrir la herida. «Y gracias a todos vosotros» dice a los apóstoles. «No tenía ninguna esperanza de que sobreviviera, después del golpe de ese pesado travesaño y del hierro que lo hacía todavía más pesado. Verdaderamente, Demetes, éstos te han dado de nuevo a la vida, porque estabas ya dos veces muerto. La primera, yaciendo como una mercancía en el puente, donde habrías perecido por la sangre que salía y por las olas, que te hubieran llevado al mar; habrías descendido al reino de Neptuno, a hacer compañía a nereidas y tritones. La segunda, por haberte curado con esos maravillosos ungüentos. ¡Déjame, pues, ver la herida!

El hombre se suelta la venda y muestra la cicatriz: bien cerrada, es como una señal roja desde la sien hasta la nuca, hasta el límite de los cabellos, que se ven cortados (quizás los cortó Síntica para que no entrasen en la herida).

Nicomedes toca apenas, levemente, la señal:

-¡También está soldado el hueso! ¡Te ha mostrado su amor Venus marina! Ha querido tenerte sólo en la superficie del mar y en las riberas de Grecia. Séate, pues, propicio Eros, ahora que ponemos pie en tierra, y contribuya a quitarte el recuerdo de la desgracia y el terror de Tánatos, que a te tenía en sus manos.

La cara de Pedro, al oír todas estas filigranas mitológicas, es todo un panorama de impresiones: apoyado en un mástil, con las manos detrás de la espalda, no habla; pero todo en él habla para aplicar un epíteto incisivo al pagano Nicomedes y a su paganismo, y para expresar su asco por todo lo que significa gentilismo.

No menos los otros... Judas de Alfeo tiene la cara de los momentos peores; su hermano se da la vuelta mostrando un gran interés por el mar. Santiago de Zebedeo y Andrés optan por dejar plantados a todos y bajar por los talegos y el telar. Mateo manosea su cinturón; el Zelote también se ocupa exageradamente de sus sandalias como si fueran una cosa nueva. Juan de Zebedeo se extasía mirando al mar.

Son tan manifiestos el desprecio y el tedio de los ocho - y no lo es menos el mutismo de los dos discípulos que están sentados junto al herido -, que el cretense se da cuenta y presenta disculpas:

-Mirad, es nuestra religión. Como vosotros creéis en la vuestra, yo y todos nosotros creemos en la nuestra...

Ninguno responde, y el cretense opta por dejar en paz a sus dioses y bajar del Olimpo a la tierra, o mejor, al mar, a la nave, e invita a los apóstoles a ir a la proa para ver bien la ciudad que ya se va acercando.

-Ahí tenéis, ¿veis? ¿Habéis estado alguna vez aquí?

-Yo una vez, pero viniendo por tierra - dice el Zelote, serio y seco. «

-¡Ah, bien! Entonces, al menos sabes que el verdadero puerto de Antioquía es Seleucia, en la costa, en la desembocadura del Oronte, que también se presta gentilmente a acoger a las naves, y, cuando las aguas son profundas, puede ser remontado por embarcaciones ligeras hasta Antioquía. Estáis viendo Seleucia, la más grande; la otra, orientada al sur, no es una ciudad, sino ruinas de un lugar devastado. Engañan: es sólo una ciudad muerta. Aquella cadena montañosa es el Pierio que da a la ciudad el nombre de Seleucia Pieria. Aquel pico más hacia dentro, después de la llanura, es el monte Casio, que domina como un gigante la llanura de Antioquía. La otra cadena, al norte, es la del Amán. ¡Ya veréis qué obras han hecho los romanos en Seleucia y Antioquía! Mayores ya no podían. Un puerto de tres fondeaderos, que es uno de los mejores; y canales, y rompeolas, y diques. Tanto no se ve en Palestina. Pero Siria es mejor que otras provincias del Imperio...

Sus palabras caen en un silencio glacial. Hasta Síntica, que por ser griega es menos quisquillosa que los demás, aprieta los labios y su rostro adquiere más que nunca la expresividad de un rostro esculpido en una medalla o un bajorrelieve: un rostro de diosa, desdeñosa de los contactos terrenos.

El cretense se da cuenta y se disculpa:

-¡En el fondo, yo gano con los romanos!...

La respuesta de Síntica es tajante cual golpe de sable: «Y el oro hace perder el filo a la espada del honor nacional y de la libertad», y lo dice de tal forma y con un latín tan puro que el otro se queda paralizado...

Luego se atreve a preguntar:

-¿Pero no eres griega?

-Soy griega. Pero tú amas a los romanos. Te hablo en la lengua de tus amos, no en la mía, la de la Patria mártir.

El cretense está desconcertado, y los apóstoles mudamente entusiastas por la lección dada al elogiador de Roma, el cual opta por cambiar de tema: pregunta que de qué se van a servir para ir de Seleucia a Antioquía.

-De las piernas, hombre - responde Pedro.

-Pero ya está anocheciendo. Cuando pongáis pie en tierra será de noche...

-Habrá un sitio donde dormir.

-¡Sí, claro! Pero también podríais dormir aquí hasta mañana.

Judas Tadeo, que ha visto que han traído ya todo lo necesario para un sacrificio a los dioses, que quizás se hará a la llegada al puerto, dice:

-No hace falta. Te agradecemos tu bondad. Pero preferimos viajar. ¿No, Simón?

-Sí, sí. También nosotros tenemos que hacer nuestras oraciones y... o tú y tus dioses o nosotros y nuestro Dios.

-Como os parezca mejor. Quería hacer algo que fuera grato al hijo de Teófilo.

-También nosotros al Hijo de Dios, convenciéndote de que hay un solo Dios. Pero eres un escollo que no cede. Como ves, estamos a la par. Pero quién sabe si un día nos encontraremos y tú para entonces -eras menos tenaz... - dice serio el Zelote.

Nicomedes hace un gesto que es como decir: « ¡A saber cuándo!»: es un gesto de irónico desinterés acerca de la invitación a reconocer al Dios verdadero y a abandonar al falso. Luego va a su puesto de piloto, porque el puerto está cerca.

-Vamos a bajar a coger los arcones. Nosotros solos. Quiero alejarme cuanto antes de este hedor pagano - dice Pedro. Y bajan todos, menos Síntica y Juan.

Ellos, los dos exiliados, están cerca el uno del otro, mirando a los espigones, que se van acercando cada vez más.

-Síntica, otro paso hacia lo desconocido, otra escisión respecto al dulce pasado, otra agonía, Síntica... Yo no puedo más...

Síntica le coge la mano. Está muy pálida, afligida, pero sigue siendo la mujer fuerte que sabe infundir fuerza.

-Sí, Juan, otra escisión, otra agonía. Pero no digas: otro paso hacia lo desconocido... No es justificable. Conocemos nuestra misión aquí. Jesús la ha declarado. Así que nosotros no vamos hacia lo desconocido; antes al contrario, cada vez nos fundimos más con lo que conocemos, con la voluntad de Dios. Tampoco es justificable decir: "otra escisión". Nos unimos a su voluntad. La escisión separa, nosotros nos unimos. Por tanto no nos escindimos. Únicamente nos desprendemos de todas las delicias sensibles de nuestro amor a Él, nuestro Maestro, reservándonos las delicias suprasensibles, trasladando el amor y el deber a un plano ultraterreno. ¿Estás convencido de que es así? ¿Sí? Entonces no debes decir tampoco: "otra agonía". Agonía presupone muerte próxima. Pero nosotros, alcanzando las alturas espirituales para morada, aire y alimento nuestros, no morimos; antes al contrario, "vivimos". Porque lo espiritual es eterno. Por tanto, ascendemos a una vida más viva, anticipación de la Vida grande de los Cielos. ¡Ánimo, pues! Olvídate de que eres el hombre-Juan y recuerda que eres el destinado al Cielo. Razona, obra, piensa y espera únicamente como ciudadano de esta Patria inmortal...

Vuelven los otros con sus cargas, precisamente en el momento en que la nave está entrando, majestuosa, en el vasto puerto de Seleucia.

-Y ahora desaparecemos lo antes posible y vamos a la primera posada que veamos. Tiene que haber alguna aquí cerca. Y mañana... o en barca o en carro, iremos a nuestro destino.

Entre secos silbidos de mando, la nave atraca, y echan la pasarela. Nicomedes se acerca a los que están para partir.

-Adiós, hombre. Y gracias - dice Pedro por todos.

-Adiós, hebreos. Gracias también de mi parte. Si seguís esa calle, encontraréis en seguida alojamiento. Adiós.

Los apóstoles bajan por esa parte; él se marcha por la otra, hacia su altar. Y, mientras Pedro y los demás, cargados como faquines, van a descansar, el pagano comienza su inútil rito...

322

Partida de Seleucia en un carro y llegada a Antioquía.

-En los mercados encontraréis seguro un carro. Pero, si queréis el mío, os lo dejo, en recuerdo de Teófilo. Si vivo tranquilo, se lo debo a él. Me defendió, porque era justo. Ciertas cosas no se olvidan - dice el anciano posadero, erguido enfrente de los apóstoles bajo el primer sol de la mañana.

-Es que tú estarías sin tu carro varios días... Y, además, ¿quién lo guía? Yo con un burro... todavía... ¡pero con un caballo!...

-¡Es igual! No te voy a dar un potro indómito. Te doy un prudente caballo de tiro, bueno como un cordero. Llegaréis pronto y sin fatigaros. Para la hora novena estaréis en Antioquía; mucho más considerando que el caballo conoce muy bien el camino y va solo. Me lo devolverás cuando quieras, sin interés por mi parte, si no es el de hacer una cosa grata al hijo de Teófilo. Decidle que todavía le debo muchas cosas, y que lo recuerdo y me siento siervo suyo.

-¿Qué hacemos? - pregunta Pedro a sus compañeros.

-Lo que te parezca mejor. Tú juzga y nosotros obedecemos...

-¿Probamos con el caballo? Por Juan lo digo... y también para abreviar... Me siento como si estuviera llevando a uno a la muerte y estoy deseando acabar todo esto lo antes posible...

-Tienes razón - dicen todos.

-Entonces, hombre, acepto.

-Y yo ofrezco con alegría. Voy a aparejar el vehículo.

El hospedero se marcha. Pedro da rienda suelta a su pensamiento:

-He consumido en estos pocos días la mitad del tiempo de vida que tenía. ¡Una pena!... ¡Una pena!... Habría querido tener el carro de Elías, el manto que cogió Eliseo, cualquier cosa rápida para abreviar el tiempo... Pero, sobre todo, habría deseado, a costa de morir, dar a esos pobres algo que los consolase, que les hiciera olvidar, que les... ¡No sé! Algo, en definitiva, que no les hiciera sufrir tanto... Pero, si logro saber quién es la causa principal de este dolor, dejo de ser Simón de Jonás si no lo retuerzo como a un paño empapado. No digo matarlo, ¡no!, pero sí exprimirlo, como él ha exprimido la alegría y la vida a esos dos pobrecillos...

-Tienes razón. Es una gran pena. Pero Jesús dice que se debe perdonar las ofensas... - dice Santiago de Alfeo.

-Si me las hubieran hecho a mí, debería perdonar. Y podría. Estoy sano y fuerte, y si alguien me ofende tengo fuerza para reaccionar incluso contra el dolor. ¡Pero, el pobre Juan! No, no puedo perdonar la ofensa contra el redimido del Señor, contra uno que muere afligido de esta forma...

-Yo pienso en el momento en que lo dejemos del todo... - suspira Andrés.

-Yo también. Es un pensamiento fijo y que aumenta a medida que se acerca el momento... - susurra Mateo.

-Hagámoslo pronto, por piedad - dice Pedro.

-No, Simón. Perdona si te observo que te equivocas deseando eso. Tu amor al prójimo se está transformando en un amor desviado, y esto no debe suceder en ti, que siempre has sido recto - dice sereno el Zelote, poniendo una mano en el hombro de Pedro.

-¿Por qué, Simón? Eres culto y bueno. Muéstrame mi error, y yo, si así lo veo, te diré: tienes razón.

-Tu amor se está haciendo malsano, porque está para transformarse en egoísmo.

-¿Cómo? ¿Me aflijo por ellos y soy egoísta?

-Sí, hermano, porque tú, por exceso de amor - todo exceso es desorden y, por tanto, induce al pecado - te envileces. Quieres no sufrir tú de ver sufrir. Eso es egoísmo, hermano en el nombre del Señor.

-¡Es verdad! Tienes razón. Y te agradezco esta advertencia. Así se debe hacer entre buenos compañeros. Bien. Entonces ya no tendré prisa... Pero, decid la verdad, ¿no es un acto de piedad?

-Lo es, lo es... - dicen todos.

-¿De qué forma los vamos a dejar?

-Propondría hacerlo cuando nos haya recibido Felipe, pero quedándonos quizás ocultos un tiempo en Antioquía y preguntándole a Felipe cómo se van adaptando... - sugiere Andrés.

-No. Sería hacerles sufrir demasiado con una separación tan brusca - dice Santiago de Alfeo.

-Entonces... sigamos a medias el consejo de Andrés. Quedémonos en Antioquía, pero no en casa de Felipe, y durante unos días vamos a verlos, cada vez menos, cada vez menos, hasta que... no volvemos - dice el otro Santiago.

-Dolor renovado una y otra vez, y cruel desilusión. No. No se debe hacer - dice Judas Tadeo.

-¿Qué hacemos, Simón?

-¡Ah!, por lo que a mí respecta, quisiera estar en su lugar más bien que tener que decir: "Me despido de vosotros" - dice Pedro abatido.

-Propongo una cosa. Vamos con ellos a casa de Felipe. Nos quedamos allí. Luego, siguiendo todavía juntos, vamos a Antigonio. Es un lugar ameno... Y allí también estamos un tiempo. Una vez que ellos se hayan aclimatado, nos retiramos, con dolor pero con virilidad. Yo diría esto. A menos que Simón-Pedro tenga órdenes distintas del Maestro - dice Simón Zelote.

-¿Yo? No. Me dijo: "Haz todo, bien, con amor, sin pereza y sin prisa, y de la forma que juzgues mejor". Hasta ahora creo que lo he hecho. ¡Está eso de que dije que era pescador!... Pero, si no lo hubiera dicho no me habría dejado estar en el puente.

-No te crees escrúpulos tontos, Simón. Son puntadas del demonio para turbarte - conforta Judas Tadeo.

-¡Verdaderamente es así! Creo que está alrededor de nosotros como no lo ha estado jamás, poniéndonos obstáculos y creándonos miedos para movernos a actos viles - dice Juan apóstol, y concluye en voz baja: «Creo que quería inducir a la desesperación a ellos dos reteniéndolos en Palestina... y ahora que se escapan de su asechanza se venga en nosotros... Me lo siento alrededor como una serpiente escondida entre la hierba... Y ya hace meses que me lo siento alrededor así... Mirad, ahí vienen el hospedero por un lado y Juan y Síntica por el otro. Os diré el resto cuando estemos solos, si os interesa.

En efecto, por un lado del patio viene el carro, un carro sólido al que está unido un robusto caballo guiado por el hospedero; por el otro, vienen hacia ellos los dos discípulos.

-¿Es hora de marcharnos? - pregunta Síntica.

-Sí. Es la hora. ¿Estás cubierto bien, Juan? ¿Van mejor tus dolores?

-Sí. Estoy envuelto en lana y la unción con el ungüento me ha hecho bien.

-Entonces sube, que ahora subimos también nosotros.

...Y, ultimada la carga, todos ya en el carro, salen por la amplia puerta, después de repetidos aseguramientos del hospedero de que el caballo es dócil. Cruzan una plaza que les ha sido indicada y entran por una calle que bordea los muros de la ciudad, hasta que salen por una puerta; después siguen el curso de un profundo canal y luego el propio río. Es un camino bonito y bien mantenido, que va en dirección norte-este, pero siguiendo los meandros del río. Por el otro lado hay montes muy verdes, con sus pendientes, sus concavidades, sus barrancas; y ya se ven en los matorrales del monte bajo, en los lugares más expuestos al sol, llenarse las gemas de mil arbustos.

-¡Cuántos arrayanes! - exclama Síntica.

-¡Y laurel! - añade Mateo.

-Cerca de Antioquía hay un lugar sagrado dedicado a Apolo - dice Juan de Endor.

-Quizás el viento ha traído las semillas hasta aquí...

-Quizás. Pero éste es un lugar todo lleno de plantas hermosas - dice el Zelote.

-Tú, que has estado aquí, ¿crees que pasaremos por Dafne?

-Por fuerza. Veréis uno de los valles más bonitos del mundo. Aparte del culto obscuro y degenerado en orgías que cada vez son más asquerosas, es un valle de paraíso terrenal, y si en él entra la Fe se transformará en un paraíso verdadero. ¡Cuánto bien podréis hacer aquí! Os deseo corazones fértiles como fértil es el suelo... - dice el Zelote para suscitar en los dos discípulos pensamientos consoladores.

Pero Juan agacha la cabeza y Sínica suspira.

E1 caballo trota cadencioso. Pedro, estando todo centrado en el esfuerzo de guiar, aunque el animal va seguro sin necesidad de guía o estímulo, no habla. Así que el camino discurre bastante rápidamente. Llegan a un puente y se detienen para comer y para que el caballo descanse. El sol está en su culmen; vese toda la hermosura de la bellísima naturaleza.

-De todas formas... prefiero estar aquí antes que en el mar... - dice Pedro observando en derredor.

-¡Pero qué tempestad!

-El Señor ha orado por nosotros. Lo he sentido cerca cuando orábamos en el puente de la nave. Cerca como si estuviera en medio de nosotros... - dice sonriendo Juan.

-¿Y dónde estará? No estoy tranquilo pensando que no tiene ropa... ¿Y si se moja? ¿Y qué come? Es capaz de hacer ayuno...

-Puedes estar convencido de que lo hace, para ayudarnos a nosotros - dice con seguridad Santiago de Alfeo.

-Y también por otros motivos. Nuestro hermano está muy afligido desde hace un tiempo. Creo que se mortifica continuamente para vencer al mundo - dice Judas Tadeo.

-Querrás decir: a1 demonio que hay en el mundo - dice Santiago de Zebedeo.

-Es lo mismo.

-No lo va a conseguir. Tengo el corazón oprimido por mil miedos... - suspira Andrés.

-¡Ahora que nosotros estarnos lejos, todo irá mejor! - dice, no sin aflicción, Juan de Endor.

-No pienses eso. Tú y ella no erais nada respecto a las "grandes culpas" del Mesías según los grandes de Israel - dice resueltamente Judas Tadeo.

-¿Estás seguro? Yo, dentro de mi sufrimiento, tengo en el corazón también la espina de haber sido con mi llegada causa de mal para Jesús. Si estuviera seguro de que no es así, sufriría menos - dice Juan de Endor.

-¿Me crees veraz, Juan? - pregunta Judas Tadeo.

-¡Sí que lo creo!

-Pues bien, entonces, en nombre de Dios y mío, te aseguro que tú has dado sólo una pena a Jesús: la de tener que mandarte aquí en misión. En todas las otras penas tuyas, pasadas, presentes y futuras, tú no estás implicado.

La primera sonrisa, después de tantos días de lóbrega melancolía ilumina el rostro asendereado de Juan de Endor, que dice:

-¡Qué alivio me das! E1 día me parece más luminoso, más ligero mi mal, más consolado el corazón. ¡Gracias, Judas de Alfeo! ¡Gracias!

Vuelven a subir al carro, y pasando por el puente, toman la otra orilla del río, el otro camino, que va derecho hacia Antioquía, a través de una zona fertilísima.

-¡Allí está! En aquel valle poético está Dafne, con su templo y sus bosquecillos. Y allá, en aquella llanura, se ve Antioquía, y sus torres que se alzan sobre las murallas. Entraremos por la puerta que hay al lado del río. La casa de Lázaro no está muy lejos de las murallas. Las casas más bonitas han sido vendidas. Queda ésta, que fue lugar de parada tanto para el personal de Teófilo como para sus clientes, con muchas caballerizas y graneros. Ahora vive en ella Felipe. Un buen viejo. Un fiel de Lázaro. Os encontraréis bien. Y, juntos, iremos a Antigonio, donde estaba la casa en que vivían Euqueria y sus hijos, que entonces eran niños...

-Muy fortificada esta ciudad, ¿eh?- observa Pedro, que respira tranquilo ahora que ve que su primer intento como auriga ha ido bien.

-Mucho. Murallas de altura y anchura grandiosas. Más de cien torres, que, como veis, parecen gigantes enhiestos encima de las murallas, y fosos infranqueables al pie de ellas. El Silpio también contribuye con sus cimas a la defensa, y hace de contrafuerte de las murallas en la parte más débil... Ahí está la puerta. Es mejor que pares y entres sujetando el bocado. Yo te guío porque sé el camino...

Pasan la puerta, vigilada por romanos.

Juan apóstol dice:

-Quién sabe si está aquí ese soldado de la puerta de los Peces... Jesús se alegraría de saberlo...

-Lo buscaremos. Pero ahora camina raudo - ordena Pedro, turbado por la idea de ir a una casa desconocida.

Juan obedece sin decir nada; se limita a mirar atentamente a todos los soldados que ve.

Un camino corto, luego una casa sólida y sencilla, o sea, un alto muro sin ventanas. Solamente un portal en el centro del muro.

-Aquí es. Para - dice el Zelote.

-¡Anda, Simón, habla tú ahora!

-¡Sí, hombre, si ello te agrada, hablo yo! - y el Zelote llama al recio portalón.

Simón se presenta como un enviado de Lázaro. Entra solo. Sale con un anciano alto y de noble porte, que se prodiga en profundas reverencias y da a uno del servicio la orden de abrir el portón para permitir entrar al carro; luego se disculpa por hacerles pasar a todos por esa puerta, en vez de por la puerta de casa.

El carro se para en un vasto patio con pórticos, bien cuidado, con cuatro recios plátanos en los cuatro ángulos y otros dos en el centro que amparan un pozo y un pilón para abreviar a los caballos.

-Preocúpate del caballo - ordena el administrador a su subordinado. Y dice a los que recibe como huéspedes: «Por favor, venid. Bendito sea el Señor, que me manda siervos suyos y amigos de mi jefe. Ordenad, que vuestro siervo escucha».

Pedro se pone colorado, porque especialmente a él van esas palabras y esas reverencias, y no sabe qué decir...

Le ayuda el Zelote.

-Los discípulos del Mesías de Israel, de que te habla Lázaro de Teófilo, que a partir de ahora vivirán en tu casa para servir al Señor, no necesitan sino descansar. ¿Nos enseñas dónde pueden habitar?

-Siempre tenemos preparadas habitaciones para peregrinos, como era costumbre de mi ama. Venid, venid...

Y, seguido por todos, entra en un pasillo y luego en un pequeño patio. Al final de este patio está la verdadera casa. Abre la puerta. Va por un vestíbulo. Tuerce a la derecha. Una escalera. Suben. Otro pasillo con habitaciones a los lados.

-Aquí tenéis. Que sea agradable vuestra permanencia. Voy a decir que traigan agua y ropa. Dios sea con vosotros - dice el anciano, y se marcha.

Abren las contraventanas de las habitaciones que eligen. Las murallas y fuertes de Antioquía están frente a las ventanas de un lado; el tranquilo patio ornado de rosales trepadores, por ahora pobres a causa del período del año en que están, se ve por las del otro lado.

Y, después de tanto caminar, por fin una casa, una habitación, un lecho... Para algunos, sólo una etapa; para otros, meta...

323

La visita a Antigonio

-Mi hijo Tolmái ha venido para los mercados. Hoy, a la sexta, regresa a Antigonio. El día está templado. ¿Queréis ir, según vuestro deseo? - pregunta el anciano Felipe mientras sirve a los huéspedes leche humeante.

-Iremos, seguro. ¿Cuándo has dicho?

-A la sexta. Podréis volver mañana, si queréis; o, si no, si preferís, en la víspera del sábado, al caer de la tarde, cuando vienen para las funciones del sábado todos los subalternos hebreos o los que han entrado en la fe.

-Lo haremos así. Y se podría incluso elegir ese lugar para que vivieran éstos.

-Será un placer en todo caso, aunque los pierda. Porque es un lugar salubre. Y podríais hacer mucho bien con los subalternos, algunos de los cuales son todavía los que dejó el amo. Otros provienen de la bondad de la bendita ama, que los rescató de amos crueles. Por eso no son todos israelitas. Pero ahora ya no son tampoco paganos. Hablo de las mujeres. Los hombres, todos, están circuncidados. No sintáis aversión... Pero están todavía muy lejos de la justicia de Israel. Los santos del Templo, que son perfectos, se escandalizarían de ellos...

-¡Ah, ya! ¡Ya! ¡Ya!... ¡Bueno, bien! Ahora podrán progresar aspirando sabiduría y bondad de los enviados del Señor... ¿Estáis oyendo cuántas cosas que hacer tenéis aquí? - termina Pedro, dirigiéndose a los dos.

-Lo haremos. No defraudaremos al Maestro - promete Síntica. Y sale para preparar lo que cree oportuno.

Juan de Endor pregunta a Felipe:

-¿Piensas que en Antigonio voy a poder hacer un poco de bien también a otros, enseñando como pedagogo?

-Mucho bien. El anciano Plauto ha muerto ya hace tres lunas y los niños de los gentiles no tienen escuela. En cuanto a los hebreos, no hay maestro, porque todos los nuestros huyen de ese lugar que está cerca de Dafne. Se necesita uno que sea... que sea... como era Teófilo... Sin rigideces para... para...

-Sí, en fin, sin fariseísmo, quieres decir - concluye Pedro expeditivo.

-Eso... sí... No quiero criticar... Pero pienso... Maldecir no sirve para nada. Mejor sería ayudar... Como hacía la ama, que con su sonrisa conducía a la Ley más y mejor que un rabí.

-¡Ahora comprendo por qué me ha enviado aquí el Maestro! Soy exactamente el hombre con los requisitos precisos... ¡Haré su voluntad! ¡Hasta el último respiro! Ahora creo, creo con firmeza que es exclusivamente una misión de predilección ésta mía. Voy a decírselo a Síntica. Vais a ver como nos quedamos allí... Voy, voy a decírselo - y sale, animado como hacía tiempo no lo estaba.

-¡Altísimo Señor, te doy las gracias y te bendigo! Sufrirá todavía, pero no como antes... ¡Ah, qué alivio! - exclama Pedro. Y luego siente el deber de explicar a Felipe un poco, de la forma que puede, el por qué de su alegría: «Debes saber que los... "rígidos" de Israel - tú los llamas "rígidos" - persiguen a Juan.

-¡Ah, comprendo! Perseguido político como... como... - y mira al Zelote.

-Sí, como yo y más; por otros motivos también. Porque, además de por la casta distinta, los irrita por ser del Mesías. Por lo cual, dicho sea de una vez por todas, él y ella quedan confiados a tu fidelidad... ¿Comprendes?

-Comprendo. Y sabré cómo moverme.

-Ante los demás, ¿cómo los vas a llamar?

-Dos pedagogos recomendados por Lázaro de Teófilo, él para los niños, ella para las niñas. Veo que tiene bordados y telares... Gente extranjera hace y vende muchas labores femeninas en Antioquía. Pero son labores toscas y recargadas. Ayer he visto una labor suya que me ha recordado a la buena ama mía... Serán labores muy solicitadas...

-Una vez más, alabado sea el Señor - dice Pedro.

-Sí. Esto disminuye en nosotros el dolor de la ya próxima despedida.

-¿Ya os queréis marchar?

-Tenemos que marcharnos. La tormenta nos ha hecho perder tiempo. Para los primeros días de Sabat tenemos que estar con el Maestro. Nos está esperando, porque ya vamos con retraso – explica Judas Tadeo.

Se separan y va cada uno a sus incumbencias: Felipe a donde llama una mujer; los apóstoles al sol, en la azotea.

-Podríamos partir el día siguiente del sábado. ¿Qué os parece? - pregunta Santiago de Alfeo.

-¡Por mí!... ¡Fíjate tú! Todos los días me levanto con el tormento de Jesús solo, sin ropa, desatendido, y todas las noches me acuesto con el mismo tormento. De todas formas, hoy lo decidimos.

-Decidme. ¿Creéis que el Maestro sabía todo esto? Hace días que me pregunto cómo sabía que encontraríamos al cretense; cómo ha visto con anticipación el trabajo de Juan y Síntica; cómo, cómo... en definitiva, muchas cosas - dice Andrés.

-Verdaderamente creo que el cretense tiene épocas fijas de estancia en Seleucia. Quizás Lázaro se lo dijo a Jesús, y Él, por ello, decidió la partida sin esperar a la Pascua... - explica el Zelote.

-¡Sí! ¡Eso! ¿Y Juan cómo va a celebrar la Pascua? - pregunta Santiago de Alfeo.

-Pues como todos los israelitas... - dice Mateo.

-No. Sería caer en la boca del lobo».

-¿Pero qué dices, hombre? Entre tanta gente, ¿quién lo va a descubrir?

-El Iscar... ¡Oh, ya hablé! No penséis en ello. Es un capricho de mi mente...

Pedro está colorado, afligido por haber hablado.

Judas de Alfeo le pone una mano en el hombro, sonriendo con su sonrisa grave, y dice:

-¡Bueno, hombre! Todos pensamos lo mismo... Pero mejor no decírselo a ninguno. Bendigamos, más bien, al Eterno, que ha desviado la mente de Juan de este pensamiento.

Todos, abstraídos, guardan silencio. Pero para ellos, verdaderos israelitas, es una preocupación el cómo va a poder celebrar la Pascua en Jerusalén el discípulo exiliado... y vuelven sobre el tema.

-Yo creo que Jesús proveerá. Quizás Juan lo sabe. Basta preguntárselo - dice Mateo.

-No lo hagáis. No creéis deseos y espinas donde apenas si se acaba de establecer la paz - suplica Juan apóstol.

-Sí. Es mejor preguntárselo al Maestro mismo - confirma Santiago de Alfeo.

-¿Cuándo lo veremos? ¿Qué pensáis vosotros? - pregunta Andrés.

-Si partimos el día siguiente del sábado, para el final de la luna estaremos seguro en Tolemaida... - dice Santiago de Zebedeo.

-Si encontramos nave... - observa Judas Tadeo.

Y su hermano añade:

-Y si no hay tempestad.

-Por lo que se refiere a la nave, siempre hay alguna que parte para. Y, pagando, haremos que se haga escala en Tolemaida aunque la nave vaya para Joppe. ¿Tienes todavía? - pregunta el Zelote a Pedro.

-Sí. Contando incluso con que me ha pelado bien ese ladrón del cretense, a pesar de todas sus declaraciones de querer favorecer a Lázaro. Pero tengo que pagar la permanencia de la barca y la de Antonio... Y no toco los denarios que me han dado para Juan y Síntica. Sagrados. Los dejo intactos, a costa incluso de no comer.

-Haces bien. Ese hombre está muy enfermo. Él cree que podrá ejercer la función de pedagogo. Yo creo que su única función será la de enfermo, pronto... - juzga el Zelote.

-Sí, también yo creo eso. Síntica, más que labores, tendrá que hacer ungüentos - confirma Santiago de Zebedeo.

-¿Ese ungüento, eh? ¡Qué prodigio! Síntica me ha dicho que quiere hacer más y usarlo para poder entrar en familias de aquí» dice Juan.

-¡Buena idea! Un enfermo que se cura es siempre un discípulo conquistado, y con él los suyos - proclama Mateo.

-¡Ah, no, eso no! - exclama Pedro.

-¿Cómo? ¿Quieres decir que el milagro no arrastra hacia el Señor? - le pregunta Andrés, y también dos o tres más.

-Sois unos niñitos! ¡Parece que acabáis de bajar del Cielo! ¿Pero no veis lo que le hacen a Jesús? ¿Se ha convertido Elí de Cafarnaúm? ¿Y Doras? ¿Y Oseas de Corazín? ¿Y Melquías de Betsaida? ¿Y - perdonad los de Nazaret - y toda Nazaret por los cinco, seis, diez milagros cumplidos, hasta el último, el de vuestro sobrino? - pregunta Pedro.

Ninguno replica, porque es la amarga verdad...

-No hemos encontrado todavía al soldado romano. Jesús ya lo había dado a entender... - dice Juan después de un poco.

-Se lo diremos a los que se quedan. Es más, será otra misión más en su vida - responde el Zelote.

-Vuelve Felipe:

-Mi hijo está ya listo. Se ha dado prisa. Está con su madre, que prepara regalos para los nietos.

(Mi hijo: así llama a Tolmái el anciano Felipe, abuelo suyo, padre de su padre José. Los hebreos llamaban hijo también al nieto, de la misma forma que a los abuelos los llamaban padre y madre; y extendían la calificación de hermano o hermana a los primos y cuñados. En la Obra valtortiana se encuentran los dos modos de llamar a los distintos grados de parentesco: el de los tiempos de Jesús y el de nuestros tiempos)

-¿Es buena tu nuera, no?

-Buena. Ha sido consuelo mío en la pérdida de mi José. Es como una hija. Era sierva de Euqueria. La educó ella. Venid a reponer fuerzas antes de poneros en marcha. Los otros ya lo están haciendo...

...Y, precedidos por el carro de Tolmái, nieto de Felipe, trotan hacia Antigonia...

Llegan pronto a esta pequeña ciudad. Sepultada en la feracidad de sus jardines, protegida de las corrientes por las cadenas de montes que tiene alrededor - suficientemente lejanas para no ahogarla, pero suficientemente cercanas para

protegerla y derramar sobre ella los efluvios de sus bosques de árboles resinosos y esenciales -, toda llena de sol, alegra la vista y el corazón con sólo cruzarla.

Los jardines de Lázaros están al sur de la ciudad. Están precedidos por un paseo, por ahora sin frondas, a lo largo del cual están las casas de los que trabajan en los jardines. Son casitas bajas, pero bien cuidadas. A sus puertas se asoman caras de niños que observan curiosos, y de mujeres que saludan sonriendo. Las razas distintas se manifiestan en la diversidad de los rostros.

Tolmái, en cuanto traspasan la cancilla donde empieza la propiedad, hace un especial chasquido de tralla al ir pasando por delante de todas las casas; debe ser como una señal. Y los que viven en ellas, tras haber observado, entran de nuevo y luego vuelven a salir, cierran las puertas y empiezan a caminar por el paseo, detrás de los dos carros, que van al paso y luego se paran en el centro de una confluencia de senderos (dirigidos, como los radios de una rueda, en todas las direcciones, entre muchos campos dispuestos en cuadros, cuáles desnudos, cuáles de un verde perenne, custodiados por laureles, por acacias o árboles semejantes, o por otros árboles que a través de los tajos incididos en su tronco rezuman leche olorosa y resinas). En el ambiente hay un olor mixto de aromas balsámicos, resinosos, fragantes. Panales por todas partes. Y pilones para el riego, en que beben palomas blanquísimas. Y, en zonas especiales, de tierra desnuda, recientemente cavada, escarban gallinitas también blancas custodiadas por muchachas.

Tolmái restalla la tralla repetidas veces, hasta que todos los súbditos del pequeño reino se reúnen en torno a los llegados. Entonces empieza su discurso:

-Escuchad. Felipe, jefe nuestro y padre de mi padre, manda y recomienda a estos santos de Israel, venidos aquí por voluntad de nuestro patrón. Que Dios esté siempre con él y con su casa. Mucho nos quejábamos porque aquí faltaba la voz de los rabíes santos. He aquí que la bondad del Señor y de nuestro patrón, lejano pero que mucho nos ama - Dios le compense el bien que ofrece a sus siervos -, nos procuran lo que nuestro corazón soñaba. En Israel ha aparecido Aquel que había sido prometido a las gentes. Ya nos lo habían dicho durante las Fiestas en el Templo y en la casa de Lázaros. Pero ahora realmente ha llegado para nosotros el tiempo de la gracia, porque el Rey de Israel ha pensado en sus siervos más pequeños y ha enviado a sus ministros a portarnos sus palabras. Éstos son sus discípulos, y dos de ellos vivirán en medio de nosotros, aquí o en Antioquía, enseñando la Sabiduría para ser instruidos en orden al Cielo, y también la otra que se necesita para la tierra. Juan, pedagogo y discípulo de Cristo, enseñará a nuestros niños estas dos sabidurías; Síntica, discípula y maestra con la aguja, enseñará la ciencia del amor a Dios y el arte del trabajo femenino a las muchachas. Recibidlos como bendición del Cielo, y amadlos como los ama Lázaros de Teófilo y Euqueria - gloria a sus almas y paz - y como los aman las hijas de Teófilo, Marta y María, nuestras amadas señoras y discípulas de Jesús de Nazaret, el Rabí de Israel, el Prometido, el Rey.

El pequeño pueblo de hombres, vestidos con cortas túnicas, de manos terrosas que sostienen utensilios de jardinería, de mujeres, de niños de todas las edades, escucha asombrado. Luego bisbisean. En fin, saludan con una profunda reverencia.

Tolmái empieza las presentaciones:

-Simón de Jonás, el jefe de los enviados del Señor; Simón el Cananeo, amigo de nuestro señor; Santiago y Judas, hermanos del Señor; Santiago y Juan, Andrés y Mateo.

Y luego, a los apóstoles y discípulos:

-Ana, mi mujer, de la tribu de Judá, como, por lo demás, mi madre, porque somos puros, venidos con Euqueria de Judá. José, el varón consagrado al Señor, y Teoqueria, primogénita, que en el nombre lleva el recuerdo de los justos señores, sabia hija y amante de Dios como una verdadera israelita. Nicolái y Dositeo. Nicolái es nazireo. Dositeo es el tercero de los hijos; ya lleva casado (y un fuerte suspiro acompaña el anuncio de esto) varios años con Hermiona. Ten aquí, mujer...

Se adelanta una jovencísima morenita con un lactante en brazos.

-Ésta es. Es hija de un prosélito y de una griega. Mi hijo la vio en Alejandrocena de Fenicia cuando fue para unas compraventas... y la quiso para sí... y Lázaros no se opuso, antes al contrario me dijo: "Mejor así que al mal". Y no es ningún mal. Pero yo quería sangre de Israel...

La pobre Hermiona está con la cabeza agachada como una acusa-da. Dositeo está visiblemente agitado y se ve que sufre. Ana, la madre y suegra, mira con ojos entristecidos...

Juan, a pesar de ser el más joven, siente la necesidad de elevar los espíritus humillados y dice:

-En el Reino del Señor no hay ya griegos o israelitas, romanos o fenicios, sino solamente hijos de Dios. Cuando, a través de estos que han venido, conozcas la Palabra de Dios, sentirás elevarse tu corazón a nuevas luces, y ésta ya no será "la extranjera" sino la discípula, como tú y como todos, del Señor nuestro Jesús.

Hermiona levanta la humillada cabeza y sonríe con gratitud a Juan. En los rostros de Dositeo y de Ana se ve la misma expresión de agradecimiento.

Tolmái responde austero:

-Y Dios quiera que sea así, porque, aparte del origen, nada tengo que recriminar a mi nuera. El que está en sus brazos es Alfeo, el último nacido, que del padre de ella, prosélito, ha tomado el nombre. La pequeña de los ojos de cielo bajo los rizos de ébano es Mirtica, del nombre de la madre de Hermiona, y éste, el primogénito, es Lázaros, porque así lo quiso el señor nuestro, y el otro es Hermas.

-El quinto se debe llamar Tolmái y la sexta Ana, para decir al Señor y al mundo que tu corazón se ha abierto a nuevas comprensiones - dice otra vez Juan.

Tolmái se inclina sin decir nada. Luego reanuda las presentaciones:

-Éstos son dos hermanos de Israel: Miriam y Silvano, de la tribu de Neftalí. Y éstos son Elbónides Danita y Simeón judío. Luego, aquí están los prosélitos, que eran romanos, o, al menos, de romanos, caridad de Euqueria hecha obra, arrancados por ella al yugo y a gentilidad: Lucio, Marcelo, Solón, hijo de Elateo.

-Nombre griego - observa Síntica.

-De Tesalónica. Esclavo de un siervo de Roma - el desprecio es manifiesto al decir "siervo de Roma" - Euqueria lo tomó, junto con el padre agonizante, en un momento confuso; si el padre murió pagano, Solón es prosélito... Priscila ven aquí adelante con tus hijos...

Una mujer alta y delgada, de rostro aquilino, se adelanta empujando a una niña y a un niño; cogidas de la falda lleva a dos rapazuelos.

-Ésta es la mujer de Solón, que fue liberta de una romana ya difunta, y Mario, Cornelia, María y Martila, gemelas. Priscila es experta en esencias. Amiclea, ven con tus hijos. Ésta es hija de prosélitos. Y prosélitos son los dos niños, Casio y Teodoro. Tecla, no te escondas. Es la mujer de Marcelo. Su dolor es que es estéril. También hija de prosélitos. Éstos son los colonos. Ahora a los jardines. Venid.

Y los guía por la vasta propiedad, seguido de los jardineros, que explican los cultivos y trabajos, mientras las muchachas vuelven a sus gallinitas, que han aprovechado la ausencia de las guardianas para irse a otros lugares sobrepasando los límites establecidos.

Tolmái explica:

-Se las trae aquí para limpiar la tierra de larvas antes de la siembra de los cultivos anuales.

Juan de Endor sonríe a las gallinitas, que cloquean, y dice:

-Parecen las que tenía yo... - y se agacha para echar miguitas de pan que tenía en el talego, hasta que se ve rodeado de polluelas, y ríe porque una de ellas, petulante, le arrebató el pan de los dedos.

-¡Menos mal! - exclama Pedro dando con el codo a Mateo y señalando a Juan, que juega con los pollos, y a Síntica, que está hablando griego con Solón y Hermiona.

Luego vuelven hacia la casa de Tolmái, que explica:

-Éste es el sitio. Pero, si queréis enseñar, se puede hacer un lugar. ¿Os quedáis aquí o...?

-¡Sí, Síntica! ¡Aquí! ¡Es más bonito! Antioquía me ahoga de recuerdos... - ruega quedamente Juan a su compañera.

-¡Sí, hombre, claro! Como quieras. Basta con que tú estés bien. Para mí todo es igual. No miro ya hacia atrás... sólo adelante, adelante... ¡Ánimo, Juan! Aquí estaremos bien. Niños, flores, palomas y gallinas para nosotros, pobres criaturas. Y para nuestra alma el gozo de servir al Señor. ¿Qué opináis vosotros? - pregunta volviéndose a los apóstoles.

-Pensamos como tú, mujer.

-Pues ya está dicho.

-Muy bien. Nos iremos contentos...

-¡Oh, no os marchéis! ¡No os volveré a ver! ¿Por qué tan pronto? ¿Por qué?... - Juan vuelve a su dolor.

-¡No nos marchamos ahora! Estamos aquí hasta... hasta que seas...

Pedro no sabe expresar lo que será Juan, y, para que no se vea que también él está repleto de lágrimas, abraza a Juan, que está llorando, y trata de consolarlo así.

324

Las pláticas de los ocho apóstoles antes de dejar Antioquía. El adiós a Juan de Endor y a Síntica

Los apóstoles están otra vez en la casa de Antioquía; con ellos, los dos discípulos y todos los hombres de Antigonio, no vestidos ya con túnicas cortas y de trabajo, sino con indumentos largos, festivos. De esto deduzco que es sábado.

Felipe ruega a los apóstoles que hablen al menos una vez a todos, antes de su ya inminente partida.

-¿Sobre qué?

-Sobre todo lo que queráis. Habéis oído estos días lo que hemos dicho. De acuerdo con ello, decidid.

Los apóstoles se miran unos a los otros. ¿Quién debe hablar? ¡Pedro, es natural! ¡Es el jefe! Pero Pedro no querría hablar y defiende a Santiago de Alfeo o a Juan de Zebedeo el honor de hacerlo. Sólo cuando los ve irremovibles se decide a hablar.

-Hoy hemos oído en la sinagoga explicar el capítulo 52 de Isaías. El comentario que se ha hecho ha sido docto según el mundo, pero deficiente según la Sabiduría. De todas formas no se debe recriminar al comentador, que ha dado lo que podía con esa sabiduría suya que carece de la parte mejor: el conocimiento del Mesías y del tiempo nuevo que Él ha traído. No obstante, no hagamos críticas, sino oraciones para que llegue al conocimiento de estas dos gracias y las pueda aceptar sin obstáculo. Me habéis dicho que durante la Pascua oísteis hablar del Maestro con fe y también con menosprecio. Y que solamente por la gran fe que llena los corazones de la casa de Lázaro, todos los corazones, habíais podido resistir a la desazón que las acusaciones de otros metían en el corazón; mucho más si se considera que estos otros eran precisamente los rabíes de Israel. Pero ser doctos no quiere decir ser santos ni poseer la Verdad. La Verdad es ésta: Jesús de Nazaret es el Mesías prometido, el Salvador de que hablan las Profetas, de los cuales el último descansa desde hace poco en el seno de Abraham después del glorioso martirio sufrido por la justicia. Juan el Bautista - y aquí están presentes los que oyeron esas palabras - dijo: "Éste es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Sus palabras fueron creídas por los más humildes de entre los que se hallaban presentes,

porque la humildad ayuda a llegar a la Fe, mientras que a los soberbios les es difícil el camino - cargados como están de lastre - para llegar a la cima del monte donde vive, casta y luminosa, la Fe. Estos humildes, porque tales eran y por haber creído, han merecido ser los primeros en el ejército del Señor Jesús. Podéis ver, pues, cuán necesaria es la humildad para tener fe solícita, y cuánto es premiado el saber creer, incluso cuando las apariencias se presentan contrarias. Os exhorto y estímulo a tener estas dos cualidades en vosotros; entonces seréis del ejército del Señor y conquistaréis el Reino de los Cielos... A ti, Simón Zelote. Yo he terminado. Continúa tú.

El Zelote, cogido tan al improviso y tan claramente indicado como segundo orador, tiene que salir adelante sin demoras ni quejas. Y dice:

-Voy a continuar la plática de Simón Pedro, cabeza de todos nosotros por voluntad del Señor. Voy a continuar sin dejar el tema del capítulo 52 de Isaías, visto por uno que conoce la Verdad encarnada, de la que es siervo para siempre. Está escrito: "¡Levántate, revístete de -tu fuerza, oh Sión, vístete de fiesta, ciudad del Santo!". Así verdaderamente debería ser. Porque, cuando una promesa se cumple, cuando una paz se establece, cuando cesa una condena y cuando viene el tiempo de la alegría, los corazones y las ciudades deberían vestirse de fiesta y levantar las frentes abatidas, sintiendo que ya no son personas odiadas, derrotadas, golpeadas, sino amadas y liberadas. No estamos aquí haciendo un proceso a Jerusalén. La caridad, primera entre todas las virtudes, lo prohíbe. Dejemos, pues, de observar el corazón de los demás y miremos al nuestro. Revistámonos de fuerza nuestro corazón con esa fe de que ha hablado Simón, y vistámonos de fiesta, porque nuestra fe secular en el Mesías ahora se corona con la realidad de la cosa. El Mesías, el Santo, el Verbo de Dios está realmente entre nosotros. Y tienen prueba de ello no sólo las almas, que reciben palabras de Sabiduría que las fortalecen e infunden santidad y paz, sino también los cuerpos, que por obra del Santo, al cual el Padre todo concede, se ven liberados de las más atroces enfermedades, e incluso de la muerte; para que las tierras y los valles de nuestra patria de Israel queden llenos de las alabanzas al Hijo de David y al Altísimo, que ha enviado a su Verbo, como había prometido a los Patriarcas y Profetas. El que os habla estaba leproso, destinado a morir, transcurriendo primero años de cruel angustia, en la soledad de fieras que es propia de los leprosos. Un hombre me dijo: "Ve a Él, al Rabí de Nazaret, y serás curado". Tuve fe. Fui. Quedé curado. En el cuerpo. En el corazón. En el primero desapareció la enfermedad que separa de los hombres; en el segundo, el rencor que separa de Dios. Y con un corazón nuevo, pasé, de proscrito, enfermo. inquieto, a ser su siervo, llamado a la feliz misión de ir a los hombres y amarlos en nombre suyo e instruirlos en la única cosa que es necesario conocer: que Jesús de Nazaret es el Salvador y que son bienaventurados los que creen en Él. Habla tú ahora, Santiago de Alfeo.

-Yo soy el hermano del Nazareno. Mi padre y su padre eran hermanos nacidos del mismo seno. Y, no obstante, no puedo llamarme hermano, sino siervo. Porque la paternidad de José, hermano de mi padre, fue una paternidad espiritual, y en verdad os digo que el verdadero Padre de Jesús, Maestro nuestro, es el Altísimo al que nosotros adoramos. El cual ha permitido que la Segunda Persona de su Divinidad Una y Trina se encarnara y viniera a la tierra, permaneciendo de todas formas siempre unida con aquellas que viven en el Cielo. Porque ello lo puede hacer Dios, el infinitamente Potente. Y lo hace por el Amor, que es su naturaleza. Jesús de Nazaret es nuestro hermano, ¡oh hombres!, porque ha nacido de mujer y es semejante a nosotros por su humanidad. Es nuestro Maestro porque es el Sabio, es la Palabra misma de Dios que ha venido a hablarnos para hacernos de Dios. Y es nuestro Dios, siendo uno con el Padre y con el Espíritu Santo, con los cuales está siempre en unión de amor, potencia y naturaleza. Sea propiedad vuestra también esta verdad, que con manifiestas pruebas fue concedido conociera el Justo que fue pariente mío. Y contra el mundo, que tratará de separaros de Cristo diciendo: "Es un hombre cualquiera", respondió: "No. Es el Hijo de Dios, es la Estrella nacida de Jacob, es el Cayado que se eleva en Israel, es el Dominador": no dejéis que ninguna cosa os disuada. Ésta es la Fe. A ti, Andrés.

-Ésta es la Fe. Yo soy un pobre pescador del lago de Galilea, y en las silenciosas noches de pesca, bajo la luz de los astros, tenía mudos coloquios conmigo mismo. Decía: "¿Cuándo vendrá? ¿Viviré todavía? Faltan todavía muchos años, según la profecía". Para el hombre, de vida limitada, unas pocas decenas de años son siglos... Me preguntaba: "¿Cómo vendrá? ¿Dónde? ¿De quién?". Y mi embotamiento humano me hacía soñar regios esplendores, regias moradas y cortejos y poder, e irresistible majestad... Y decía: "¿Quién podrá mirar a este gran Rey?". Lo imaginaba manifestándose en modo más aterrador que el propio Yeohveh en el Sinaí. Me decía: "Los hebreos, allí, vieron al monte lanzando resplandores, pero no quedaron reducidos a cenizas porque el Eterno estaba más allá de los nimbos. Pero aquí nos mirará con ojos mortíferos y moriremos...". Era discípulo del Bautista. Y en las pausas de la pesca iba donde él, con otros compañeros. Era un día de esta luna... Las márgenes del Jordán estaban llenas de gente que temblaba al oír las palabras del Bautista. Yo había visto a un joven hermoso y calmo venir hacia nosotros por un sendero. Humilde la túnica, dulce el aspecto. Parecía pedir amor y dar amor. Sus ojos azules se posaron un momento en mí, y experimenté una cosa que no he vuelto a experimentar jamás. Me pareció como si me acariciaran el alma, como si alas de ángel me rozaran apenas. Por un momento, me sentí tan lejos de la tierra, tan distinto, que dije: "¡Ahora muero! Es la convocatoria de Dios a mi espíritu". Pero no morí. Me quedé hechizado contemplando al joven desconocido, que, a su vez, había fijado su mirada azul en el Bautista. Y el Bautista se volvió, se apresuró a ir a Él, se inclinó ante Él. Se hablaron. Y, dado que la voz de Juan era un trueno continuo, las misteriosas palabras llegaron hasta mí, que estaba escuchando, deseando vehementemente saber quién era el joven desconocido. Mi alma lo sentía distinto de todos. Decían: "Yo debería ser bautizado por Ti...". "Deja, ahora. Conviene cumplir toda justicia"... Juan ya había dicho: "Vendrá uno al que no soy digno de desatar las correas de las sandalias". Había dicho ya: "En medio de vosotros, en Israel, hay uno que no conocéis. Tiene ya en su mano el aventador y limpiará su era y quemará la paja con el fuego inextinguible". Yo tenía ante mí a un joven común, de aspecto manso y humilde, y, no obstante había oído que era Aquel al que ni siquiera el Santo de Israel, el último profeta, el Precursor, era digno de desatarle las sandalias. Había oído que era Aquel al que no conocíamos. Pero no sentí miedo de Él. Es más, cuando Juan, pasado el superextasiante trueno de Dios, pasado el inconcebible esplendor de la Luz en forma de paloma de paz, dijo: "Éste es el Cordero de Dios", yo, con la voz del alma, jubiloso por haber presentido al Rey Mesías en el joven manso y humilde de

aspecto, grité con la voz del espíritu: "¡Creo!". Por esta fe soy su siervo. Sedlo vosotros también y tendréis paz. Mateo, a ti el narrar las otras glorias del Señor.

-Yo no puedo usar las palabras límpidas de Andrés. Él era un justo; yo, un pecador. Por eso mi palabra no tiene notas festivas, aunque no le falta la paz confidencial de un salmo. Era un pecador, un gran pecador. Vivía en el error completo. Me había endurecido en el error y no sentía desazón. Si alguna vez los fariseos o el arquisinagogo me herían con sus insultos o reprensiones, recordándome al Dios Juez implacable, experimentaba un momento de terror... y luego me arrellanaba en la necia idea: "Total ya soy un réprobo. Gocemos, pues, sentidos míos, mientras podamos hacerlo". Y, más que nunca, me hundía en el pecado. Hace dos primaveras, vino un Desconocido a Cafarnaúm. También para mí era un desconocido. Lo era para todos, porque estaba en los comienzos de su misión. Solamente unos pocos hombres lo conocían por lo que Él era realmente. Estos que veis y otros pocos. Me asombró su espléndida virilidad, más casta que la castidad de una virgen. Esto fue lo primero que me impresionó. Lo veía con porte grave, y, a pesar de ello, dispuesto a escuchar a los niños que iban a El como las abejas a la flor; su único entretenimiento eran sus juegos inocentes y sus palabras sin malicia. Luego me impresionó su poder. Hacía milagros. Dije: "Es un exorcista. Un santo". Pero me sentía tan ignominioso a su lado, que me apartaba de Él. Él me buscaba. Ésa era mi impresión. No había vez que pasara cerca de mi banco que no me mirase con su mirada dulce y un poco triste. Y cada vez se producía como un sobresalto de la conciencia entorpecida, la cual no volvía ya al mismo nivel de torpor. Un día - la gente magnificaba siempre su palabra - sentí deseos de oírle. Escondiéndome detrás de una esquina de una casa le oí hablar a un pequeño grupo de hombres. Hablaba con sencillez, sobre la caridad, que es como indulgencia por nuestros pecados... Desde aquella tarde yo, el exigente y duro de corazón, quise conseguir de Dios el perdón de muchos pecados. Hacía las cosas en secreto... Pero Él sabía que era yo, porque lo sabe todo. Otra vez, le oí explicar precisamente el capítulo 52 de Isaías: decía que en su Reino, en la Jerusalén celestial, no estarían los impuros ni los incircuncisos de corazón, y prometía que aquella Ciudad celeste - cuyas bellezas expresaba con tan persuasiva palabra, que me vino nostalgia de ella - sería de quien a Él fuera. Y luego... y luego... ¡oh, aquel día no fue una mirada de tristeza, sino de mando! Me desgarró el corazón, puso mi alma al desnudo, la cauterizó, tomó en su poder a esta pobre alma enferma, la atormentó con su amor exigente... y mi alma fue nueva. Fui a Él con arrepentimiento y deseo. No esperó a que le dijera: "¡Señor, piedad!". Dijo Él: "¡Sígueme!". El Manso había vencido a Satanás en el corazón del pecador. Que esto os diga, si alguno de vosotros tiene culpas que le turban, que es el Salvador bueno y que no hay que apartarse de Él, sino que, cuanto más pecador es uno, más debe ir a El con humildad y arrepentimiento para ser perdonado. Santiago de Zebedeo, habla tú.

-Verdaderamente no sé qué decir. Habéis hablado y dicho lo que yo habría dicho. Porque la verdad es ésta y no puede cambiar. Yo también estaba, con Andrés, en el Jordán, pero no me di cuenta de Él sino cuando me lo indicó la mención del Bautista. Yo también creí inmediatamente, y, cuando se marchó, después de su luminosa manifestación, me quedé como uno al que de una cima llena de sol lo llevan a una oscura cárcel. Sentía un incontenible deseo de volver a encontrar el sol. El mundo carecía totalmente de luz, después de haberseme presentado la Luz de Dios y luego haber desaparecido de mi presencia. Estaba solo entre los demás hombres. Mientras comía tenía hambre. Durante el sueño velaba con la parte mejor de mí mismo. Dinero, oficio, afectos, todo había pasado a un segundo lugar respecto a este deseo incontenible de El; había quedado lejos, sin atractivo. Cual niño que ha perdido a su madre, gemía: "¡Vuelve, Cordero del Señor! ¡Altísimo, como enviaste a Rafael a guiar a Tobías, envía a tu ángel a guiarme a los caminos del Señor para que lo encuentre, lo encuentre, lo encuentre!". Y, a pesar de todo, cuando, después de decenas de días de inútil espera y de búsqueda ansiosa - que, por su inutilidad, nos hacía sentir más cruel la pérdida de nuestro Juan, que había sido arrestado por primera vez -, se nos presentó por el sendero, viniendo del desierto, no lo reconocí inmediatamente. Llegado a este punto, quiero, hermanos en el Señor, enseñaros otro camino para ir a Él y reconocerlo. Simón de Jonás ha dicho que hace falta fe y humildad para reconocerlo. Simón Zelote ha confirmado la absoluta necesidad de la fe para reconocer en Jesús de Nazaret a Aquel que es, en el Cielo y en la tierra, según cuanto ha sido dicho. Y Simón Zelote necesitaba una fe muy grande, para esperar incluso para su cuerpo inevitablemente enfermo. Por eso Simón Zelote dice que fe y esperanza son los medios para poseer al Hijo de Dios. Santiago, hermano del Señor, habla del poder de la fortaleza para conservar lo hallado. La fortaleza, que impide que las insidias del mundo y de Satanás socaven nuestra fe. Andrés muestra toda la necesidad de unir a la fe una santa sed de justicia, tratando de conocer y retener la verdad, cualquiera que fuere la boca santa que la anuncie, no por un orgullo humano de ser doctos, sino por el deseo de conocer a Dios. Quien se instruye en las verdades encuentra a Dios. Mateo, que fue pecador, os indica otro camino por el que se alcanza a Dios: despojarse de la sensualidad por espíritu de imitación, yo diría que por reflejo de Dios, que es Pureza infinita. El, el pecador, se siente impresionado, lo primero, por la "virilidad casta" del Desconocido que había ido a Cafarnaúm, y, casi como si ésta tuviera el poder de resucitar su muerta continencia, se veda a sí mismo, lo primero, el sentido carnal, liberando así de obstáculos el camino para la llegada de Dios y para la resurrección de las otras virtudes muertas. De la continencia pasa a la misericordia, de ésta a la contrición, de la contrición a la superación de todo sí mismo y a la unión con Dios. "Sígueme." "Voy." Pero su alma había dicho ya: "Voy", y el Salvador había dicho ya: "Sígueme", desde la primera vez que la virtud del Maestro había atraído la atención del pecador. Imitad. Porque toda experiencia ajena, aunque fuera penosa, es guía para evitar el mal y encontrar el bien en aquellos que tienen buena voluntad. Yo, por mi, digo que, cuanto más se esfuerza el hombre en vivir para el espíritu, más apto es para reconocer al Señor; y la vida angélica favorece esto al máximo. Entre nosotros, discípulos de Juan, el que lo reconoció, después de la ausencia, fue el alma virgen. Él, más incluso que Andrés, lo reconoció, a pesar de que la penitencia hubiera cambiado el rostro del Cordero de Dios. Por eso digo: "Sed castos para poderlo reconocer". Judas, ¿quieres hablar tú ahora?

-Sí. Sed castos para poderlo reconocer. Pero sedlo también para poderlo conservar en vosotros con su Sabiduría, con su Amor, con todo Él mismo. Sigue diciendo Isaías en el capítulo 52: "No toquéis lo impuro,... purificaos los que lleváis los vasos del Señor". Verdaderamente, toda alma que se hace discípula suya es semejante a un vaso colmado del Señor, y el cuerpo que la contiene es como el portador del vaso consagrado al Señor. No puede Dios estar donde hay impureza. Mateo ha dicho cómo el

Señor estaba explicando que nada que fuera impuro o que estuviera separado de Dios habitará en la Jerusalén celeste. Sí. Pero es necesaria no ser impuros aquí abajo, y no estar separados de Dios, para poder entrar en ella. Desdichados aquellos que aplazan a la última hora su arrepentimiento. No siempre tendrán tiempo de hacerlo. De la misma manera que los que ahora lo calumnian no tendrán tiempo de hacer nuevo su corazón en el momento de su triunfo, siendo así que no gozarán de los frutos de este. Quienes esperan ver en el Rey santo y humilde un monarca terreno, y, más aún, quienes temen ver en El un monarca terreno, no estarán preparados para aquella hora; engañados y defraudado su pensamiento, que no es el pensamiento de Dios sino un pobre pensamiento humano, pecarán cada vez más. La humillación de ser el Hombre pesa sobre Él. Debemos tener presente esto. Isaías dice que todos nuestros pecados tienen mortificada a la Persona Divina bajo una apariencia común. Cuando pienso que el Verbo de Dios tiene alrededor de sí, como una costra sucia, toda la miseria de la Humanidad desde que ésta existe, pienso con profunda compasión y con profunda comprensión en el sufrimiento que debe producirle ello a su alma sin culpa: la repulsa de una persona sana que fuera recubierta con los andrajos y las porquerías de un leproso. Es verdaderamente el traspasado por nuestros pecados, el llagado por todas las concupiscencias del hombre. Su alma, que vive entre nosotros, debe temblar con los contactos como por escalofrío de fiebre. Y, no obstante, no dice nada. No abre la boca para decir: "Me producís horror". La abre solamente para decir: "Venid a mí, que os quite vuestros pecados". Es el Salvador. En su infinita bondad, ha querido velar su irresistible belleza. Esa belleza que, si se hubiera presentado cual es en el Cielo, nos habría reducido a cenizas, como ha dicho Andrés. Esa belleza ahora se ha hecho atractiva, como de manso Cordero, para poder acercarse a nosotros y salvarnos. Su opresión, su condena durará hasta que, consumido por el esfuerzo de ser el Hombre perfecto en medio de los hombres imperfectos, sea elevado por encima de la multitud de los rescatados, en el triunfo de su realeza santa. ¡Dios que conoce la muerte, para salvarnos a la Vida!... Que estos pensamientos os hagan amarlo sobre todas las cosas. El es el Santo. Yo lo puedo decir, yo que con Santiago he crecido con El. Y lo digo y lo diré, dispuesto a dar mi vida para firmar esta confesión; para que los hombres crean en El y tengan la Vida eterna. Juan de Zebedeo, te toca hablar a ti.

-¡Qué hermosos en los montes los pies del mensajero! Del Mensajero de paz, de Aquel que anuncia la felicidad y predica la salud, de Aquel que dice a Sión: "¡Reinará tu Dios!". Y estos pies van, incansables, desde hace dos años, por los montes de Israel, convocando a las ovejas de la grey de Dios para reunir las, confortando, sanando, perdonando, dando paz. Su paz. Verdaderamente me resulta extraño el no ver estremecerse de alegría los montes y exultar las aguas de la patria, bajo la caricia de su pie. Pero lo que más me asombra es el no ver a los corazones estremecerse de alegría y exultar diciendo: "¡Gloria al Señor! ¡El Esperado ha venido! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!". Aquel que derrama gracias y bendiciones, paz y salud, y llama para el Reino abriéndonos el camino que a Él conduce; Aquel, sobre todo, que espira amor de cada una de sus acciones o palabras, de cada mirada, de cada respiro. ¿Qué es este mundo, pues, para estar ciego a la Luz que vive en medio de nosotros? ¿Qué losas, más espesas que la piedra que cierra las puertas de los sepulcros, le muran la vista del alma para no ver esta Luz? ¿Qué montañas de pecados tiene encima de sí para estar tan oprimido, separado, cegado, ensordecido, encadenado, paralizado, de forma que permanece pasivo ante el Salvador? ¿Qué es el Salvador? Es la Luz fundida con el Amor. La boca de mis hermanos ha cantado las alabanzas del Señor, ha recordado sus obras, ha indicado las virtudes que deben practicarse para llegar a su camino. Yo os digo: amad. No hay virtud mayor ni más semejante a su Naturaleza. Si amáis, practicaréis todas las virtudes sin esfuerzo, empezando por la castidad. Y no os será gravoso el ser castos, porque amando a Jesús no amaréis a nadie inmoderadamente. Seréis humildes porque veréis en Él sus infinitas perfecciones con ojos amantes, por lo cual no os ensoberbeceréis de las vuestras, mínimas. Seréis creyentes. ¿Quién no cree en aquel a quien ama? Sentiréis la contrición del dolor que salva, porque será recto vuestro dolor, es decir será un dolor por la pena causada a Él, no por la pena por vosotros merecida. Seréis fuertes. ¡Oh, sí! ¡Cuando uno está unido a Jesús, es fuerte! Fuerte contra todo. Estaréis llenos de esperanza, porque no dudaréis del Corazón de los corazones, que os ama con la totalidad de sí mismo. Seréis sabios. Seréis todo. Amad a Aquel que anuncia la felicidad verdadera, que predica la salud, que va, incansable, por los montes y los valles convocando al rebaño para reunirlo; a Aquel en cuyo camino está la Paz, como también hay paz en su Reino, que no es de este mundo, sino que es verdadero, como verdadero es Dios. Abandonad cualquier camino que no sea el suyo. Liberaos de toda tiniebla. Id a la Luz. No seáis como el mundo, que no quiere ver la Luz, que no quiere conocerla. Vosotros id a nuestro Padre, que es el Padre de las luces, que es Luz sin medida, a través del Hijo, que es la Luz del mundo, para gozar de Dios en el abrazo del Paráclito, que es fulgor de las Luces en una sola beatitud de amor, que a los Tres centra en Uno. ¡Infinito océano del Amor, sin tempestades, sin tinieblas, acógenos! ¡A todos! A los inocentes y a los convertidos. ¡A todos! ¡En tu paz! ¡A todos! Para toda la eternidad. A todos los que habitamos sobre la tierra, para que te amemos a ti, Dios, y al prójimo como tú quieres. A todos, en el Cielo, para que sigamos amando, siempre, no sólo a ti y a los celestes habitantes, sino también, y todavía, a los hermanos que militan en la tierra en espera de la paz, y, cual ángeles de amor, los defendamos y apoyemos en las batallas y tentaciones, para que después puedan estar contigo en tu paz, para gloria eterna del Señor nuestro Jesús, Salvador, Amador del hombre, hasta el límite sin límite del anonadamiento sublime.

Como siempre, Juan, ascendiendo en sus vuelos de amor, lleva consigo a las almas a lugares de amor levísimo y silencio místico. Debe pasar un rato antes de que retorne la palabra a los labios del auditorio. El primero en hablar es Felipe, dirigiéndose a Pedro:

-¿Y Juan, el pedagogo, no habla?

-Os hablará por nosotros continuamente. Ahora dejadlo en su paz, y dejadnos también a nosotros un buen rato con él. Tú, Saba, haz lo que te he dicho antes; y tú también, buena Berenice...

Salen todos. Se quedan en la amplia sala los ocho con los dos. Hay un silencio grave: Están todos un poco pálidos: los apóstoles, porque saben lo que está para producirse; los dos discípulos, porque lo presienten.

Pedro abre sus labios, pero encuentra sólo esta palabra: «Oremos», y entona el "Pater noster". Luego - está verdaderamente pálido, quizás más que en el momento de la muerte -, yendo a ponerse entre los dos y colocando una mano sobre sus hombros, dice:

-Es la hora de la despedida, hijos. ¿Qué le digo al Señor en nombre vuestro? ¿A Él, que ciertamente estará ansioso de saber de vuestra santidad?

Síntica cae de rodillas y se cubre el rostro con las manos. Juan la imita. Pedro los tiene a sus pies, y, mecánicamente, los acaricia mientras se muerde los labios para no ceder a la emoción.

Juan de Endor alza su acongojado rostro y dice:

-Dirás al Maestro que nosotros hacemos su voluntad...

Y Síntica:

-Y que nos ayude a cumplirla hasta el final...

El llanto impide frases más largas.

-Bien. Démonos el beso de despedida. Esta hora debía llegar...

También Pedro se corta, ahogado por un nudo de llanto.

-Antes bendícenos - suplica Síntica.

-No. No yo. Mejor uno de los hermanos de Jesús...

-No. Tú eres el jefe. Nosotros los bendeciremos con el beso. Bendícenos a todos, a nosotros que nos marchamos y a ellos que se quedan - dice Judas Tadeo, poniéndose el primero de rodillas.

Y Pedro, el pobre Pedro - que ahora está rojo por el esfuerzo de mantener firme la voz y por la emoción de bendecir, con las manos extendidas hacia el pequeño núcleo arrodillado a sus pies - pronuncia, con voz aún más áspera por el llanto, casi de viejo, la bendición mosaica... Luego se agacha, besa en la frente a la mujer, como si fuera una hermana; levanta y abraza, besándolo fuerte, a Juan, y... se marcha valientemente de la habitación, mientras los otros imitan su acto para con los dos que se quedan...

Afuera, el carro está ya preparado. Sólo están presentes Felipe y Berenice, y el siervo, que sujeta el caballo. Pedro ha subido ya al carro...

-Dirás al amo que esté tranquilo respecto a sus recomendados - dice Felipe a Pedro.

-Dirás a María que siento la paz de Euqueria desde que ella es discípula - dice en voz baja Berenice al Zelote.

-Le diréis al Maestro, a María, a todos, que los amamos, y que... ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Oh, no los volveremos a ver! ¡Adiós, hermanos! Adiós...

Corren afuera, al camino, los dos discípulos... Pero el carro, que ha partido al trote, ya ha doblado la esquina... Ha desaparecido...

-¡Síntica!

-¡Juan!

-¡Estamos solos!

-¡Dios está con nosotros!... Ven, pobre Juan. El sol declina. Te sienta mal estar aquí...

-Para mí el Sol se ha puesto para siempre... Sólo volverá a salir en el Cielo.

Y entran donde antes estaban con los demás, se dejan caer sobre una mesa y se entregan, ya sin freno, al llanto...

Dice Jesús:

«Y el tormento causado por un hombre, sólo querido por el hombre malo, quedó consumado, deteniéndose como un curso de agua en un lago después de haber realizado su recorrido...

Te hago notar cómo también Judas de Alfeo, a pesar de estar más nutrido de sabiduría que los demás, da al texto de Isaías, sobre mis sufrimientos de Redentor, una explicación humana. Y así era todo Israel, que se negaba a aceptar la realidad profética y contemplaba las profecías sobre mis dolores como alegorías y símbolos. Fue el gran error, por el que, en la hora de la Redención, bien pocos en Israel supieron ver todavía al Mesías en el Condenado.

La Fe no es sólo una corona de flores. Tiene espinas también. Y es santo aquel que sabe creer tanto en las horas de gloria como en las horas trágicas; y sabe amar, tanto si Dios lo cubre de flores, como si lo coloca sobre espinas.

325

Los ocho apóstoles se reúnen con Jesús cerca de Akcib.

Jesús - un Jesús muy delgado y pálido, muy triste, atormentado yo diría - está en la cima, exactamente en la cima más alta de un montecito, que es sede de un pueblo. Pero Jesús no está en el pueblo (que está en la cima, sí, pero vuelto hacia la ladera sureste), sino en una pequeña prominencia, la más alta, que mira hacia el noroeste (la verdad es que más oeste que norte).

Jesús, dado que mira desde varios lados, ve una cadena ondulada de montes, que en los extremos noroeste y suroeste introduce sus últimos ramales en el mar: al suroeste, con el Carmelo, que se difumina a lo lejos en este día claro; al noroeste, con un cabo cortante como un espolón de nave, muy parecido a nuestras Apuanas, por las venas rocosas que albean bajo el sol. Por las laderas de esta cadena ondulada de montes descienden torrentes y regatos (todos bien colmados de aguas en esta estación del año) que por la llanura costera corren a introducirse en el mar. Cerca de la amplia bahía de Sicaminón, el más exuberante de ellos, el Kisón, desemboca en el mar, tras haber formado casi un pequeño lago en la confluencia con otro riachuelo, poco antes de la desembocadura. El sol meridiano del claro día extrae de los cursos de agua reflejos de topacios o zafiros, mientras que el mar es un inmenso zafiro veteado de livianos collares de perlas.

La primavera del sur se perfila ya con las nuevas hojas, que, de las abiertas gemas, brotan, tiernas, brillantes, tan nuevas, tan desconocedoras de polvo y tempestades, de mordeduras de insectos y de contactos de hombre, que yo diría virginales. Y las ramas de los almendros son ya borlas de espuma blanco-rosada; tan blandas, tan livianas, que da la impresión de que vayan a

desprenderse del tronco natal y navegar, cual pequeñas nubes, por el aire sereno. También los campos de la llanura, no vasta pero sí fértil, comprendida entre los dos cabos, el del noroeste y el del suroeste, muestra un tierno verdear de cereales, que quitan toda tristeza a los campos, poco antes desnudos.

Jesús mira. Desde el punto en que se encuentra, ve tres caminos: el que sale del pueblo y va a terminar ahí (es un caminito sólo para personas) y otros dos, que van hacia abajo, desde el pueblo, y se bifurcan en opuestas direcciones: hacia el noroeste, hacia el suroeste.

¡Qué Jesús tan desmejorado! Signado por la penitencia mucho más que cuando ayunó en el desierto: entonces era el hombre empalidecido, pero todavía joven y vigoroso; ahora es el hombre consumido por un complejo sufrir que deprime tanto las fuerzas físicas como las morales. Sus ojos están muy tristes, una tristeza dulce y grave al mismo tiempo. Las mejillas, enflaquecidas, hacen realzar aún más la espiritualidad del perfil, de la frente alta, de la nariz larga y derecha, de esa boca cuyos labios carecen absolutamente de sensualidad. Un rostro angélico, de tanto como excluye la materialidad. Tiene la barba más larga que de costumbre, crecida incluso en los carrillos hasta confundirse con los cabellos, que le caen sobre las orejas; de forma que de su rostro son visibles solamente la frente, los ojos, la nariz y los pómulos, flacos y de un color marfil sin sombra de róseo. Tiene los cabellos peinados rudimentariamente, cabellos que se han vuelto opacos y conservan, para recuerdo del antro en que ha estado, muchos pequeños fragmentos de hojas secas y de palitos que se han quedado enredados en la larga cabellera. Y la túnica y el manto, arrugados y polvorientos, denuncian también el lugar agreste en que han sido vestidos y usados sin tregua.

Jesús mira... El sol del mediodía lo calienta, y da la impresión de que ello le es agradable, porque evita la sombra de algunos robles para ir bien al sol; pero, a pesar de que sea un sol neto, resplandeciente, no enciende reflejos en sus cabellos polvorientos ni en sus ojos cansados, ni da color a su rostro enflaquecido.

No es el sol lo que lo conforta y aviva su color; es el ver a sus queridos apóstoles, que suben, gesticulando y mirando hacia el pueblo por el camino que viene del noroeste, el más llano. Entonces se produce la metamorfosis: la mirada se le aviva; el rostro parece perder en parte su aspecto demacrado, por una leve coloración rosada que se extiende sobre las mejillas, y más por la sonrisa que lo ilumina. Abre los brazos - los tenía cruzados - y exclama: «¡Mis amados!». Lo dice alzando la cara, extendiendo su mirada sobre las cosas, como queriendo comunicar su alegría a las hierbas y a los árboles, al cielo sereno, al aire, que ya sabe a primavera.

Recoge el manto ciñéndoselo bien al cuerpo, para que no se quede enganchado en las matas, y baja raudo, por un atajo, al encuentro de ellos, que suben y que todavía no lo han visto. Cuando la distancia puede ser salvada por la voz, los llama para detener su marcha en dirección al pueblo.

Oyen la llamada lejana. Quizás desde el punto en que están no pueden ver a Jesús, cuyo indumento oscuro se confunde con la espesura del bosque que cubre la ladera. Miran a su alrededor, gesticulan... Jesús los llama de nuevo... Por fin, un claro del bosque lo muestra a sus ojos, bajo el sol, con los brazos un poco extendidos, como queriéndolos abrazar ya. Entonces se oye un fuerte grito, que se refleja en la abrupta ladera:

-¡El Maestro! - y, dejando el camino, empieza una gran carrera hacia arriba por las escarpaduras, arañándose, tropezando, jadeando, sin sentir el peso de los talegos ni la fatiga del paso... llevados de la alegría de verlo de nuevo.

Naturalmente, los primeros en llegar son los más jóvenes y los más ágiles, es decir, los dos hijos de Alfeo, de paso seguro, propio de quien ha nacido en las colinas, y Juan y Andrés, que corren como dos cervatillos, sonriendo felices. Y caen a sus pies, amorosos y reverentes, felices, felices, felices... Luego llega Santiago de Zebedeo. Los últimos en llegar, casi juntos, son los tres menos expertos en carreras y en montañas: Mateo y el Zelote y, el último, el último de todos, Pedro.

Pero se abre paso - ¡vaya que si se abre paso! - para llegar al Maestro. Los primeros que han llegado están abrazados a sus piernas y no se cansan de besarle las vestiduras o las manos, que El les ha dejado abandonadas. Coge enérgicamente a Juan y a Andrés, que están agarrados a las vestiduras de Jesús como ostras a un escollo, y jadeante por el esfuerzo realizado, los aparta lo suficiente como para poder caer también él a los pies de Jesús, y dice:

-¡Oh, Maestro mío! ¡Ahora vuelvo a vivir, por fin! Ya no podía más. He envejecido y adelgazado como por una mala enfermedad. Mira como es verdad, Maestro... - y alza la cara para que Jesús lo mire. Pero, al hacerlo, ve en él el cambio de Jesús, y se pone en pie gritando: « ¿Maestro? ¿Pero qué has hecho? ¡Necios! ¡Pero mirad! ¿No veis nada vosotros? ¡Jesús ha estado enfermo!... ¡Maestro, Maestro mío, ¿qué has tenido? ¡Díselo a tu Simón!».

-Nada, amigo.

-¿Nada? ¿Con esa cara? ¡Entonces es que alguien te ha tratado mal!

-¡No, hombre, Simón!

-¡Imposible! ¡O enfermo o has sufrido persecución! ¡Que tengo ojos, eh!...

-Yo también los tengo. Y, efectivamente, te veo enflaquecido y más viejo. Entonces tú ¿por qué estás así? - pregunta sonriendo el Señor a su Pedro, el cual lo observa atentamente como si quisiera leer la verdad en el pelo, en la piel, en la barba de Jesús.

-¡Pero yo he sufrido! No lo niego. ¿Crees que ha sido placentero ver tanto dolor?

-¡Tú lo has dicho! Yo también he sufrido por el mismo motivo...

-¿Sólo por eso, realmente, Jesús? - pregunta, enternecido y afectuoso, Judas de Alfeo.

-Por el dolor, sí, hermano mío. El dolor causado por tener que mandar a otro sitio...

-Y por el dolor de haberte visto obligado a ello por...

-¡Por favor!... ¡Silencio! Prefiero el silencio ante mi herida a cualquier palabra que quiera consolarme diciéndome: "Sé por qué has sufrido". Y, además, sabedlo todos, he sufrido por muchas cosas, no solo por ésta. Y, si Judas no me hubiera interrumpido, os lo habría dicho - Jesús se muestra severo al decir esto. Todos se intimidan.

Pedro es el primero en reaccionar, y pregunta:

-¿Y dónde has estado, Maestro? ¿Qué has hecho?

-He estado en una gruta... orando... meditando... fortaleciendo mi espíritu, obteniendo fortaleza para vosotros en vuestra misión, para Juan y Síntica en su sufrimiento.

-¿Pero dónde, dónde? ¡Sin vestidos, sin dinero! ¿Cómo te las has arreglado?

Simón está nervioso.

-En una gruta no necesitaba nada.

-Pero, ¿y la comida?, ¿y el fuego?, ¿y la cama?, ¿y...? ¡Bueno, todo! Yo te imaginaba - era mi esperanza -, al menos, huésped, como un peregrino que hubiera perdido el camino, en Yiftael, o en otra parte... en definitiva, en una casa. Eso me tranquilizaba un poco. ¡Pero, de todas formas...! Decid vosotros si no era mi tormento el pensamiento de que Él estaba sin ropa, sin comida, sin medios para procurársela, sin, sobre todo esto, sin voluntad de procurársela. ¡Jesús, no debías haberlo hecho! ¡Y no me lo volverás a hacer, nunca! De ahora en adelante, no te dejaré ni por una hora. Me coseré a tu túnica, para seguirte como una sombra, quieras o no. Sólo si muero seré separado de ti.

-O si muero Yo.

-¡Tú no! Tú no debes morir antes que yo. No digas eso. ¿Quieres entristecerme del todo?

-No. Es más, quiero alegrarme contigo, con todos, en esta hermosa hora que me trae de nuevo a mis amados, predilectos amigos. ¿Veis? Ya estoy mejor, porque vuestro amor sincero me alimenta, me da calor, me consuela de todo.

Y los acaricia, uno a uno, mientras sus rostros resplandecen con una sonrisa dichosa y sus ojos brillan y tiemblan los labios por la emoción de estas palabras, preguntando:

-¿De verdad, Señor?

-¿Es realmente así?

-¿Tanto nos quieres?

-Sí. Os quiero mucho. ¿Habéis traído comida?

-Sí. Presentía que estabas exhausto y la he comprado por el camino. Tengo pan, carne asada, leche, queso y manzanas, y una borracha con vino generoso y huevos para ti, si es que no se han roto...

-Bien, entonces vamos a sentarnos aquí, bajo este buen sol, y vamos a comer. Mientras comemos me habláis...

Se sientan al sol en un risco. Pedro abre su talego y observa sus tesoros:

-¡Todo salvo! - exclama - Incluso la miel de Antigonio. ¡Pero hombre! ¡Si ya lo he dicho yo! Al regreso, aunque nos hubiéramos metido en una cuba para rodar impulsados por un loco, o en un bote sin remos, hasta incluso con agujero, y además en una tempestad, habríamos llegado sanos y salvos... ¡Pero a la ida! Cada vez me convenzo más de que era el demonio el que nos ponía obstáculos, para no dejarnos ir con esos dos pobrecitos...

-Sí, claro, ahora ya no tenía objeto... - confirma el Zelote.

-Maestro, ¿has hecho penitencia por nosotros? - pregunta Juan, que se olvida de comer por contemplar a Jesús.

-Sí, Juan. Os he seguido con el pensamiento. He sentido vuestros peligros y aflicciones. Os he ayudado como he podido...

-¡Yo lo he sentido! Y os lo dije, ¿os acordáis?

-Sí, es verdad - confirman todos.

-Ahora me estáis devolviendo lo que os he dado.

-¿Has ayunado, Señor? - pregunta Andrés.

-¿Qué remedio! - le responde Pedro - Aunque hubiera querido comer, sin dinero, en una gruta, ¿cómo querías que comiera?

-¡Por causa nuestra! ¡Cuánto me apena esto! - dice Santiago de Alfeo.

-¡Oh, no! ¡No os aflijáis! No solamente por vosotros. También por todo el mundo. He hecho lo que cuando empecé la misión. En aquella ocasión, al final, fui socorrido por los ángeles; ahora me socorréis vosotros. Y, creedme, para mí es doble alegría. Porque en los ángeles es inderogable el ministerio de caridad, pero en los hombres es menos fácil de encontrar. Vosotros lo estáis ejerciendo. Y habéis pasado, por amor a mí, de hombres a ángeles, habiendo elegido la santidad por encima de toda otra cosa. Por tanto, me hacéis feliz como Dios y como Hombre-Dios. Porque me dais aquello que es de Dios: la Caridad, y me dais aquello que es del Redentor: vuestra elevación a la Perfección. Esto me viene de vosotros, y alimenta más que cualquier otro alimento. También en aquel entonces, en el desierto, fui nutrido de amor después del ayuno. Y ello me confortó. ¡Lo mismo ahora, lo mismo ahora! Todos hemos sufrido. Yo y vosotros. Pero no ha sido un sufrimiento inútil. Creo, sé, que este sufrimiento os ha favorecido más que todo un año de instrucción. El dolor, la meditación sobre el mal que un hombre puede hacer a su semejante, la piedad, la fe, la esperanza, la caridad que habéis debido ejercer, y además solos, os han madurado, como niños que se hacen hombres...

-¡Oh, sí! Me he hecho viejo. No volveré a ser el Simón de Jonás que era al partir. He comprendido lo dolorosa y fatigosa que es nuestra misión, a pesar de ser hermosa... - suspira Pedro.

-Bueno, pues ahora estamos aquí, juntos. Referid...

-Habla tú, Simón. Sabes hacerlo mejor que yo - dice Pedro al Zelote.

-No. Tú, como jefe competente que eres, habla por todos - responde.

Y Pedro empieza, diciendo como preliminar:

-Pero ayudadme.

Narra con orden hasta la partida de Antioquía. Luego comienza la narración del regreso:

-Sufríamos todos, ¿eh? Nunca olvidaré las últimas voces de los dos...

Pedro se seca con el dorso de la mano dos lagrimones que ruedan al improviso...

-Me parecieron el último grito de uno que se estuviera ahogando... ¡En fin! Bueno, hablad vosotros... yo no puedo... - y se levanta y se aparta un poco para controlar su emoción.

Continúa Simón Zelote:

-Ninguno habló durante mucho camino... No podíamos hablar... La garganta estaba tan hinchada de llanto que nos dolía... Y no queríamos llorar... porque si hubiéramos empezado, aunque hubiera sido uno sólo, ya no habría tenido solución. Llevaba los ramales yo, porque Simón de Jonás, para que no se viera que sufría, se había puesto en el fondo del carro a hurgar en los talegos. Nos detuvimos en un pueblecito a mitad de camino entre Antioquía y Seleucia. A pesar de que la luna fuera cada vez más clara a medida que la noche avanzaba, no conociendo bien el lugar, nos detuvimos allí. Y nos quedamos adormilados ahí, entre nuestras cosas. No comimos, ninguno, porque... no podíamos. Pensábamos en ellos dos... Con la primera luz del alba, pasamos el puente y llegamos antes de la hora tercera a Seleucia. Restituimos el carro y el caballo al hospedero y - era un hombre muy bueno - le pedimos consejo respecto a la nave. Dijo: "Voy yo al puerto. Me conocen y conozco gente". Y así hizo. Encontró tres naves que estaban para zarpar para estos puertos. Pero en una de ellas había ciertos... seres que no quisimos tener cerca. Nos lo dijo el hombre, que lo había sabido por el jefe de la nave. La segunda era de Ascalón, y no quería hacer escala para nosotros en Tiro, a menos que hubiéramos dado una suma que ya no teníamos. La tercera era una goleta bien mísera, cargada de madera bruta. Una barca pobre, con pocos tripulantes, y creo que con mucha miseria. Por eso, a pesar de que se dirigía a Cesárea, aceptó detenerse en Tiro, previo desembolso de una jornada de comida y paga para toda la tripulación. Nos venía bien. Yo, verdaderamente, y conmigo Mateo, teníamos un poco de miedo. Es época de tempestades... Y ya sabes lo que encontramos a la ida. Pero Simón Pedro dijo: "No sucederá nada". Y subimos a la barca. Iba tan suave y veloz que parecía que los ángeles fueran las velas de la nave. Empleamos para llegar a Tiro menos de la mitad del tiempo tardado a la ida; y en Tiro el patrón fue tan bueno, que nos concedió remolcar la barca hasta cerca de Tolemaida. Bajaron a la barca Pedro, Andrés y Juan, para las maniobras. Pero era muy simple... No como a la ida... En Tolemaida nos separamos. Estábamos tan contentos, que, antes de bajar todos a la barca, donde estaban ya nuestras cosas, les dimos más dinero del convenido. En Tolemaida nos hemos detenido un día, y luego hemos venido aquí... Pero nunca olvidaremos el dolor sufrido. Simón de Jonás tiene razón.

-¿No tenemos también razón al decir que el demonio nos ponía obstáculos sólo a la ida? - preguntan más de uno.

-Tenéis razón. Ahora escuchad. Vuestra misión ha terminado. Volvemos hacia Yiftael, a esperar a Felipe y Natanael. Y hay que hacerlo pronto. Luego vendrán los demás. Entretanto, evangelizaremos aquí, en los confines de Fenicia y en la propia Fenicia. Pero todo lo ocurrido ha quedado para siempre sepultado en nuestros corazones. No se dará respuesta a ninguna pregunta.

-¿Ni siquiera a Felipe y Natanael? Saben que hemos venido contigo.

-Hablaré Yo. He sufrido mucho, amigos, y vosotros lo habéis visto. He pagado con mi sufrimiento la paz de Juan y Síntica. Haced que mi sufrimiento no sea inútil. No carguéis mis hombros con un peso más. ¡Tengo ya muchos!... Y su peso crece cada día que pasa, cada hora que pasa... Decid a Natanael que he sufrido mucho. Decídselo a Felipe. Y que sean buenos. Decídselo a los otros dos. Pero no digáis más. Decir que habéis entendido que he sufrido, y que os lo he confirmado, es una verdad. No hace falta más.

Jesús habla cansado... Los ocho lo miran apenados, y Pedro, que está detrás de Él, se atreve incluso a acariciarle la cabeza. Jesús la alza y mira a su honesto Simón con una sonrisa de tristeza afectuosa.

-¡No, no puedo verte así! Me parece, tengo la sensación de que la alegría de nuestra unión haya terminado, y que de ella quede la santidad, sólo la santidad. Entretanto... vamos a Akcib. Te cambiarás de túnica, te rasurarás los carrillos, ordenarás tus cabellos. ¡Así no, así no! No puedo verte así... Me pareces... uno que hubiera logrado huir de manos crueles, o que le hubieran maltratado, o una persona al límite de sus fuerzas... Me pareces Abel de Belén de Galilea, liberado de sus enemigos...

-Sí, Pedro. Pero el maltratado es el corazón de tu Maestro... y no se curará nunca... Es más, será herido cada vez más. Vamos...

Juan suspira:

-Lo siento... hubiera deseado contar a Tomás, que tanto quiere a tu Madre, el milagro de la canción y del ungüento...

-Un día lo contarás... No ahora. Todo manifestaréis un día. Entonces podréis hablar. Yo mismo os diré: "Id a decir todo lo que sabéis". Pero, entretanto, sabed ver en el milagro la verdad, ésta: el poder de la fe. Tanto Juan como Síntica han calmado el mar y curado al hombre no por las palabras, no por el ungüento, sino por la fe con que han usado el nombre de María y el ungüento hecho por Ella. Y otra cosa: ello se produjo porque en torno a su fe estaba la vuestra, la de todos vosotros, y vuestra caridad. Caridad hacia el herido. Caridad hacia el cretense. Al primero le quisisteis conservar la vida; al otro quisisteis darle la fe. Pero si aun es fácil curar los cuerpos, cosa muy dura es curar los espíritus... No hay morbo más difícil de erradicar que el espiritual... - y Jesús suspira fuerte.

Están a la vista de Akcib. Pedro se adelanta con Mateo para encontrar alojamiento. Le siguen los demás, compactos en torno a Jesús. El sol declina rápidamente mientras entran en el pueblo...

326

Un alto en Akcib

-Señor, esta noche he estado pensando... ¿Por qué quieres venir tan lejos, para luego volver a los confines fenicios? Deja que vaya yo con otro. Venderé a Antonio... Lo siento... pero ahora ya no hace falta y llamaría la atención. Me toparé con Felipe y Bartolomé. Sólo pueden recorrer ese camino, así que los encontraré, sin duda. Y puedes estar seguro de que no hablaré. No quiero causarte dolores... Tú descansas aquí, con los demás, nos ahorramos todos ese camino de Yiftael... y tardamos menos» - dice Pedro mientras salen de la casa donde han dormido. Y parecen menos demacrados, porque tienen túnicas frescas, y las barbas y los cabellos han sido arreglados por mano experta.

-Tu idea es buena. No te impido hacerlo. Bien, ve con quien quieras de tus compañeros.

-Entonces con Simón. Señor, bendícenos.

Jesús los abraza diciendo:

-Con un beso. Id.

Los miran mientras se marchan, descendiendo raudos hacia la llanura.

-¡Qué bueno es Simón de Jonás! Estos días lo he apreciado como nunca lo había hecho - dice Judas Tadeo.

-También yo - dice Mateo - Nunca egoísta, nunca soberbio, nunca exigente.

-No se ha aprovechado nunca del hecho de ser el jefe. ¡A1 contrario! Parecía el último de nosotros, y, no obstante, conservaba su puesto - añade Santiago de Alfeo.

-A nosotros esto no nos asombra. Lo conocemos desde hace años. Fogoso, pero todo corazón. ¡Y además tan honesto...! - dice Santiago de Zebedeo.

-Mi hermano, a pesar de ser rudo, es bueno. Y, desde que está con Jesús, se ha hecho doblemente bueno. Yo tengo un carácter completamente distinto, y... algunas veces se ponía nervioso, pero era porque comprendía que yo sufría por ese carácter; se inquietaba por mi bien. Uno, una vez que lo comprende, se lleva bien con él - dice Andrés.

-Estos días nos hemos entendido siempre y hemos sido un corazón solo - afirma Juan.

-¡Sí, sí! Yo también lo he percibido. Durante toda una luna, y en momentos incluso de verdadera tensión, no hemos tenido nunca malos humores... Mientras que otras veces... no sé por qué... monologa Santiago de Zebedeo.

-¿Por qué? ¡Pues es fácil de entender! Porque tenemos intención recta. No somos perfectos, pero sí rectos. Por eso aceptamos el bien que uno propone; o descartamos el mal, cuando uno de nosotros nos lo indica como tal y antes no lo habíamos intuido nosotros solos. ¿Por qué? ¡Es fácil responder! Porque nosotros ocho tenemos solo un pensamiento: hacer las cosas de forma que Jesús se sienta contento. ¡Eso es todo! - exclama Judas Tadeo.

-No creo que los otros tengan un pensamiento distinto - dice, conciliador, Andrés.

-No. No Felipe, ni Bartolomé, aunque sea muy anciano y muy Israel... Y tampoco Tomas, a pesar de que sea más hombre que espíritu. Sería injusto con ellos si los acusara de... Jesús, tienes razón. Perdona. Pero, si supieras lo que me produce el verte sufrir. ¡Y por él! Yo soy discípulo tuyo, como todos los otros. Pero, además, soy hermano y amigo tuyo, y llevo en mis venas la fogosa sangre de Alfeo. Jesús, no me mires tan severo y tan triste. Tú eres el Cordero y yo... el león. Créeme que a duras penas logro sujetarme para no romper de un zarpazo la red de calumnias que te circunda, y para no abatir el cobijo en que se cela el verdadero enemigo. Quisiera ver la realidad de su rostro espiritual, al cual doy un nombre... aunque quizás calumnio al hacerlo; y lo marcaría con una señal, si lograra conocer su realidad sin riesgo de error... que le quitaría para siempre las ganas de dañarte - dice vehementemente Judas Tadeo, que se ha contenido, al principio de su intervención, por una mirada de Jesús.

Santiago de Zebedeo le responde:

-¡Deberías marcar a la mitad de Israel!... Pero Jesús seguirá adelante igual. Ya has visto estos días que nada puede contra Jesús. ¿Qué hacemos ahora Maestro? ¿Has hablado aquí?

-No. Hacía menos de un día que había llegado a estas laderas. Dormí en el bosque.

-¿Porque no te recibieron?

-Su corazón rechazó al Peregrino... No tenía dinero...

-¡Entonces son corazones de piedra! ¿De qué tenían miedo?

-De que fuera un bandido... Pero no importa. El Padre que está en los Cielos hizo que encontrara una cabra, perdida o que había huido. Venid, os la muestro. Vive en la espesura con su cabritillo. No huyó al verme llegar. Es más, me dejó exprimir su leche en mi boca... como si fuera una criatura suya Yo también. Y dormí al lado de ella, con el cabritillo casi en mi corazón. ¡Dios es bueno con su Verbo!

Van hacia el lugar del día anterior, a un bosque espeso y espinoso. En su centro hay un roble secular, que no sé cómo puede vivir con esa base tan hendida: como si el terreno se hubiera abierto y hubiera desgajado su tronco poderoso, fajado todo de verdes hiedras y de espinos por ahora carentes de hojas. Allí cerca está pastando la cabra con su cabritillo. A1 ver a tantos hombres, apunta hacia ellos los cuernos en señal de defensa. Pero luego reconoce a Jesús y se calma. Le echan unas cortezas de pan y se retiran.

-Ahí dormí - explica Jesús - Y hubiera seguido allí, si no hubierais venido. Ya tenía hambre. El objetivo del ayuno estaba terminado... No era necesario insistir por otras cosas que ya no se pueden cambiar...

Jesús está de nuevo triste... Los seis se intercambian breves miradas, pero no dicen nada.

-¿Y ahora? ¿A dónde vamos?

-Nos quedamos aquí, por hoy. Mañana bajaremos a predicar en el camino de Tolemaida. Luego iremos hacia los confines fenicios, para regresar aquí antes del sábado.

Y, lentamente, regresan al pueblo.

En los confines de Fenicia. Palabras de Jesús sobre la igualdad de los pueblos. Parábola de la levadura

El camino que de Fenicia viene hacia Tolemaida es hermoso. Corta, muy derecha, la llanura que hay entre el mar y los montes. Y es muy transitado (por cómo está mantenido). A menudo cortado por caminos menores - que de los pueblos del interior van hacia los de la costa -, ofrece numerosos cruces, cabe los cuales generalmente hay una casa, un pozo y un rudimentario taller de herrador para los cuadrúpedos que puedan necesitar herraduras.

Jesús, con los seis que se han quedado con Él, recorre un buen trecho de camino, por lo menos dos kilómetros, viendo siempre las mismas cosas. Al final se detiene junto a una de estas casas con pozo y taller de herrador, en una bifurcación, junto a un torrente por encima del cual pasa un puente, que, siendo fuerte pero de una anchura que apenas si da para el paso de un carro, hace que tengan que detenerse los que van o los que vienen, porque las dos corrientes opuestas no podrían pasar al mismo tiempo. Y ello da ocasión a los transeúntes (de razas diversas, por lo que logro entender, o sea, fenicios e israelitas en el verdadero sentido de la palabra, que se odian recíprocamente), de aunarse en una única intención: imprecicar contra Roma... Pero sin Roma no tendrían ni siquiera ese puente, y con el torrente colmado no sé cómo habrían podido pasar. ¡Pero bueno... al opresor siempre se le odia, aunque haga cosas útiles!

Jesús se para junto al puente, en el ángulo lleno de sol en que está la casa. El maloliente taller de herrador está en el lado de la casa paralelo al torrente; en él se están forjando herraduras para un caballo y dos asnos, que las han perdido. El caballo está enganchado a un carro romano. En el carro hay unos soldados que, poniendo caras burlonas a los hebreos que imprecican, se lo pasan bien. Y, a un viejo narigudo, más avieso que todos los otros, una verdadera boca viperina, que creo que con mucho gusto mordería a los romanos con tal de envenenarlos, le tiran encima un puñado de estiércol equino...

¡Se puede uno imaginar lo que sucede! El viejo hebreo sale corriendo y gritando como si le hubieran infectado de lepra, y a él se agregan en coro otros hebreos. Los fenicios gritan irónicos:

-¿Os gusta el nuevo maná? Comed, comed, para tener energías para gritar contra estos que son demasiado buenos con vosotros, víboras hipócritas.

Los soldados sueltan burlonas risotadas... Jesús calla.

El carro romano, por fin, se pone en marcha, saludando al herrador con el grito:

-¡Salve, Tito, y próspera permanencia!

El hombre, vigoroso, anciano, de cuello toroso, desbarbado el rostro, ojos negríssimos a los lados de una nariz fuerte y bajo la cubierta de una frente saliente y amplia, un poco pelada en las sienes por falta de cabellos (los cuales, donde están, son cortos y muy crespos), alza el pesado martillo con un gesto de despedida, y de nuevo se vuelve hacia el yunque, donde un joven ha puesto un hierro candente, mientras otro muchacho está quemando el casco de un burrito, reglándolo para el herrado ya próximo.

-Casi todos estos herradores que están por los caminos son romanos; soldados que se han quedado aquí una vez terminado su servicio. Y ganan bien... Nunca tienen impedimentos para atender a las caballerías... Y un asno se puede desherrar también antes de la puesta del sol del sábado, o en tiempos de Encenias... - observa Mateo.

-E1 que herró a Antonio estaba casado con una hebrea - dice Juan.

-Hay más mujeres necias que sensatas - sentencia Santiago de Zebedeo.

-¿Y los hijos, de quién son? ¿De Dios o del paganismo? - pregunta Andrés.

-Son del cónyuge más fuerte, generalmente - responde Mateo - Y, basta con que la mujer no sea apóstata, para que sean hebreos, porque el hombre, estos hombres, dejan libertad. No son muy... fanáticos ni siquiera de su Olimpo. Me parece que ya no creen en ninguna otra cosa, si no es en la necesidad de ganar dinero. Están llenos de hijos.

-Pero son uniones abyectas. Sin una fe, sin una verdadera patria... mal vistos por todos... - dice Judas Tadeo.

-No. Te equivocas. Roma no los desprecia. Es más, siempre los ayuda. Sirven más así que cuando llevaban las armas. Desvirtuando la sangre, se introducen en nosotros más que con la violencia. La que sufre, si es que sufre, es la primera generación. Luego se dispersan... el mundo olvida... - dice Mateo, que parece muy práctico.

-Sí, son los hijos los que sufren. ¡Pero, hay que ver también las mujeres hebreas, unidas en matrimonio así!... Por ellas mismas y por sus hijos... Me dan pena. Nadie les habla ya de Dios. Mas no será así en el futuro. Entonces no permanecerán estas separaciones de personas y de naciones, porque las almas estarán unidas en una sola Patria: la mía - dice Jesús, que hasta ahora ha estado silencioso.

-¡Pero entonces ya habrán muerto!... - exclama Juan.

-No. Habrán sido congregadas en mi Nombre. No serán ya romanos o libios, griegos o pόνticos, iberos o galos, egipcios o hebreos, sino almas de Cristo. Y ¡ay de aquellos que quieran distinguir a las almas - todas igualmente amadas por mí y por las cuales habré sufrido de igual modo - según sus patrias terrenas! Quien así lo hiciere demostraría que no ha comprendido la Caridad, que es universal.

Los apóstoles sienten la velada corrección y agachan la cabeza y guardan silencio...

E1 fragor del hierro batido en el yunque ha callado; ya amainan los golpes en el último casco asnal. Jesús aprovecha para alzar la voz y ser oído por la gente. Parece como si continuara hablando a sus apóstoles, en realidad habla a los transeúntes, y quizás también a los habitantes de la casa, mujeres ciertamente, porque reclamos de femeniles voces recorren el aire tibio.

-Aunque parezca que no exista, siempre hay en los hombres un parentesco: el de proceder de un único Creador. Porque, aunque luego estos hijos de un único Padre se hayan separado, no por ello ha cambiado el vínculo de origen, de la misma forma que no cambia la sangre de un hijo cuando repudia la casa paterna. Después de que el delito lo hiciera fugitivo por el vasto mundo, siguió circulando la sangre de Adán por las venas de Caín; y, por las venas de los hijos nacidos después del dolor de Eva, que lloraba a su hijo asesinado, circulaba la misma sangre que hervía en las del lejano Caín.

Lo mismo, y con razón más pura, se diga de la igualdad entre los hijos del Creador. ¿Descarriados? Sí. ¿Exiliados? Sí. ¿Apóstatas? Sí. ¿Culpables? Sí. ¿Que hablan lenguas y creen fes que para nosotros son detestables? Sí. ¿Contaminados por uniones con paganos? Sí. Pero su alma procede de Uno solo, y es siempre esa alma, aunque esté lacerada, descarriada, exiliada, contaminada... Aunque sea motivo de dolor para el Padre Dios, sigue siendo un alma creada por Él.

Los hijos buenos de un Padre bonísimo deben tener sentimientos buenos. Buenos hacia su Padre, buenos hacia sus hermanos, al margen de lo que éstos hayan venido a ser, porque son hijos del Mismo. Buenos hacia su Padre, tratando de consolar su dolor conduciendo de nuevo a Él a los hijos, que son su dolor o porque son pecadores o porque son apóstatas o

porque son paganos. Buenos hacia ellos, porque tienen esa alma que procede del Padre cerrada en un cuerpo culpable, o manchada, u obnubilada por una religión errada, pero sigue siendo alma del Señor e igual que la nuestra.

Recordad, vosotros los de Israel, que no hay ninguno - aunque fuera el idólatra más lejano de Dios con su idolátrica religión, o el más pagano de los paganos, o el más ateo de los hombres -, no hay ninguno que esté absolutamente privado de una huella de su origen. Recordad, vosotros los que habéis errado separándoos de la justa religión, descendiendo a connubios de sexos que nuestra religión condena, recordad que, aunque os parezca que todo lo que era Israel haya muerto en vosotros sofocado por el amor a un hombre de distinta fe y raza, muerto no está. Hay uno que vive todavía, y es Israel. Y tenéis la obligación de soplar en este fuego que muere, debéis alimentar la chispa que subsiste por voluntad de Dios, para hacerla crecer por encima del amor carnal. Éste cesa con la muerte. Pero vuestra alma no cesa con la muerte. Recordadlo. Y vosotros, vosotros, quienesquiera que seáis, que veis y muchas veces os causa horror el ver esos híbridos connubios de una hija de Israel con un hombre de distinta raza y fe, recordad que tenéis la obligación, el deber, de ayudar caritativamente a esa hermana extraviada a volver a los caminos del Padre.

Ésta es la nueva Ley, santa y grata al Señor: que los seguidores del Redentor rediman dondequiera haya necesidad de redención, para que Dios sonría por las almas que vuelven a la Casa paterna, y para que no quede convertido en estéril o demasiado escaso el sacrificio del Redentor.

Para hacer fermentar mucha harina, la mujer de casa toma un trocito de la masa hecha la semana anterior. ¡Una cantidad mínima separada de la voluminosa masa! La sepulta en el montón de harina y mantiene todo ello al amparo de hostiles vientos, en el calorillo pródigo de la casa.

Haced vosotros lo mismo, verdaderos discípulos del Bien; haced vosotros lo mismo, criaturas que os habéis alejado del Padre y de su Reino. Dad vosotros, los primeros, una pequeña porción de vuestra levadura para ser añadida a las segundas y reforzarlas; ellas la unirán a la molécula de justicia que en ellas subsiste. Y, tanto vosotros como ellas, mantened al amparo de los vientos hostiles del Mal, en el calor de la Caridad - señora vuestra, o tenaz superviviente en vosotros, aunque esté ya languideciendo: según lo que seáis -, la levadura nueva. Y cerrad bien las paredes de la casa, de la correligión, en torno a lo que fermenta en el corazón de una correligionaria extraviada; que se sienta amada todavía por Israel, todavía hija de Sión y hermana vuestra, para que fermenten todos los buenos deseos y venga a las almas y para las almas, para todas, el Reino de los Cielos.

-¿Pero quién es? ¿Pero quién es? - se pregunta la gente, que ya no siente la prisa de pasar, a pesar de que el puente haya quedado libre; ni de proseguir, si ya lo ha atravesado.

-Un rabí.

-Un rabí de Israel.

-¿Aquí? ¿En los confines de Fenicia? ¡Es la primera vez que sucede!

-Pues es así. Aser me ha dicho que es el que llaman el Santo.

-Entonces quizás se refugia entre nosotros porque allá lo persiguen.

-¡Menudos reptiles son!

-¡Está bien que venga a nuestra tierra! Hará prodigios...

Entretanto, Jesús ha puesto tierra de por medio, por un sendero que atraviesa los campos. Y se marcha...

328

En Alejandrocena donde los hermanos de Hermiona

Llegan de nuevo a la vía, tras una larga vuelta por los campos y habiendo atravesado el torrente por un puentecito de tablas crujientes, que solamente puede ser utilizado para el paso de personas: una pasarela más que un puente.

La marcha prosigue por la llanura, que se va estrechando al aproximarse las colinas al litoral, tanto que, después de otro torrente, con su indispensable puente romano, la vía de llanura se transforma en camino de montaña, bifurcándose en el puente con otro menos empinado que se prolonga hacia el nordeste por un valle, mientras que éste, el que ha elegido Jesús, según la indicación del cipo romano: "Alejandrocena - m. Vª", es verdaderamente una escalera en el monte rocoso y empinado, que hunde su testera puntiaguda en el Mediterráneo, el cual se va ofreciendo cada vez más a la vista a medida que se sube. Sólo viandantes y asnos recorren esa vía, esas gradas, como sería mejor decir. Pero, quizás porque acorta mucho, es una vía muy transitada; y la gente observa con curiosidad al grupo tan insólito galileo que la recorre.

-Éste debe ser el cabo de la Tempestad - dice Mateo señalando al promontorio que penetra en el mar.

-Sí, ahí abajo está el pueblo desde el que nos habló el pescador - confirma Santiago de Zebedeo.

-¿Pero quién habrá hecho este camino?

-¿Quién sabe desde cuándo estará? Quizás es obra fenicia...

-Desde la cima veremos Alejandrocena, allende la cual está el cabo Blanco. ¡Verás mucho mar, Juan mío! - dice Jesús ciñendo con un brazo los hombros del apóstol.

-Me sentiré feliz. Pero... dentro de poco es de noche. ¿Dónde vamos a pararnos?

-En Alejandrocena. ¿Ves? El camino ya descende. Abajo es llanura, hasta la ciudad que se ve allí.

-Es la ciudad de aquella mujer de Antigonio... ¿Cómo podríamos cumplir su deseo? - dice Andrés.

-¿Sabes, Maestro? Nos dijo: "Id a Alejandrocena. Mis hermanos son propietarios de almacenes allí y son prosélitos. Proveed a que sepan del Maestro. También somos hijos de Dios nosotros..." y lloraba porque la soportan poco como nuera... de manera que sus hermanos nunca van a visitarla y ella no tiene noticias de ellos... - explica Juan.

-Buscaremos a los hermanos de la mujer. Si nos acogen como a peregrinos, tendremos modo de cumplir su deseo...

-Pero, ¿y cómo hacemos para decir que la hemos visto?

-Trabaja para Lázaro. Nosotros somos amigos de Lázaro - dice Jesús.

-Es verdad. Hablas Tú...

-Sí. Pero acelerad el paso para encontrar la casa. ¿Sabéis dónde es?

-Sí. Cerca del Castro. Tienen muchos contactos con los romanos. Les venden muchas cosas.

-Bien.

Recorren velozmente la calzada, toda llana, bonita: una verdadera vía consular, que enlaza con las del interior (o, mejor: prosigue hacia el interior tras haber proyectado su ramal rocoso, dispuesto en gradas, a lo largo de la costa, dominando el promontorio).

Alejandrocena es una ciudad más militar que civil. Debe tener una importancia estratégica que no conozco. Agazapada como está entre dos promontorios montañosos, parece un centinela puesto ahí para vigilar ese trecho de mar. Ahora que el ojo puede mirar a ambos cabos, se ve que en ellos abundan las torres militares, que forman cadena con las del llano, de la ciudad, donde, orientado hacia la marina, impera el majestuoso Castro.

Entran en la ciudad, después de haber atravesado otro torrente, pequeño, sito a las propias puertas de ésta. Se dirigen hacia la mole adusta de la fortaleza, mirando, curiosos, alrededor, y siendo observados con curiosidad. Los soldados son muy numerosos, y - parece -- en buenas relaciones con los habitantes de la ciudad, cosa que hace mascullar a los apóstoles:

-¡Gente fenicia! ¡Sin honor!

Llegan a los almacenes de los hermanos de Hermiona cuando los últimos marchantes salen cargados con los más variados tipos de mercancías, que van desde tejidos a vajillas, desde vajillas a heno y cereales, o aceite y otros alimentos. Olor de cueros, especias, almiar, lana basta, llena el amplio atrio por el que se accede al patio, vasto como una plaza, bajo cuyos pórticos están los distintos depósitos.

Acude un hombre barbudo y moreno.

-¿Qué queréis? ¿Viveres?

-Sí... y también alojamiento, si no te desdénas de hospedar peregrinos. Venimos de lejos. Nunca hemos estado aquí. Acógenos en nombre del Señor.

El hombre mira atentamente a Jesús, que habla por todos. Lo escruta... Luego dice:

-A decir verdad, no doy alojamiento. Pero Tú me caes bien. ¿Eres galileo, no es verdad? Mejores los galileos que los judíos. Demasiada arrogancia en ellos. No nos perdonan el tener sangre no pura. Más les valdría tener el alma pura. Ven, entra aquí, que vuelvo enseguida. Cierro, que ya es de noche.

Efectivamente, la luz ya es crepuscular, y más aún en el patio dominado por el poderoso Castro.

Entran en una estancia. Se sientan, fatigados, en asientos desperdigados acá o allá...

Vuelve el hombre con otros dos, uno más viejo, el otro más joven, y señala a los huéspedes, los cuales se levantan y saludan. Dice:

-Éstos son. ¿Qué pensáis vosotros? A mí me parecen honrados...

-Sí. Has hecho bien - dice el más viejo al hermano, y luego, vuelto hacia los huéspedes (mejor: hacia Jesús, que aparece claramente como el jefe), pregunta:

-¿Cómo os llamáis?

-Jesús de Nazaret, Santiago y Judas también de Nazaret, Santiago y Juan de Betsaida, y también Andrés, y Mateo de Cafarnaúm.

-¿Cómo es que estáis por aquí? ¿Os persiguen?

-No. Evangelizamos. Hemos recorrido más de una vez Palestina, desde Galilea a Judea, desde un mar al otro. Hemos estado incluso en Transjordania, en Auranítida. Ahora hemos venido aquí... a adoctrinar.

-¿Un rabí aquí? ¡Asombroso!, ¿no es verdad, Felipe y Elías?» pregunta el más anciano.

-Mucho. ¿De qué casta eres?

-De ninguna. Soy de Dios. Crean en mí los buenos del mundo. Soy pobre, amo a los pobres, pero no desprecio a los ricos; a éstos les enseño el amor a la misericordia y el desapego de las riquezas; a los pobres, a amar su pobreza confiando en Dios, que no deja perecer a ninguno. Entre los amigos ricos y discípulos míos está Lázaro de Betania...

-¿Lázaro? Una hermana nuestra está casada con uno que vive al servicio suyo.

-Lo sé. También he venido para esto, para deciros que ella os manda saludos y que os quiere.

-¿La has visto?

-Yo no. Estos que están conmigo, enviados por Lázaro a Antigonio.

-¡Oh! ¡Contadnos! ¿Qué hace Hermiona? ¿Vive feliz verdaderamente?

-Su marido y su suegra la quieren mucho. El suegro la respeta... - dice Judas Tadeo.

-Pero no le perdona la sangre materna. Dilo.

-Pronto se la perdonará. Nos ha hecho grandes alabanzas de ella. Y tiene cuatro niños muy guapos y buenos. Ello la hace feliz. A vosotros os tiene siempre en su corazón. Nos dijo que viniéramos a traeros al Maestro divino.

-Pero... cómo... ¿Eres el... eres ese que llaman el Mesías, Tú?

-Lo soy.

-Eres verdaderamente el...? Nos dijeron en Jerusalén que eres, que te llaman, el Verbo de Dios. ¿Es verdad?

-Sí.

-¿Pero lo eres para aquellos de allí o para todos?

-Para todos. ¿Podéis creer que lo soy?

-Creer no cuesta nada, mucho más cuando se espera que la cosa creída pueda quitar lo que hace sufrir.

-Es verdad, Elías. Pero no hables así. Es un pensamiento muy impuro, mucho más que la mezcla de sangre. Alégrate no en la esperanza de que caiga lo que hace que sufras como hombre el desprecio de los demás; alégrate, más bien, por la esperanza de conquistar el Reino de los Cielos.

-Tienes razón. Soy un medio pagano, Señor...

-No te deprimas por ello. También te amo a ti. Por ti también he venido.

-Estarán cansados, Elías. Los estás entreteniendo en hablar. Vamos a cenar y luego los llevamos a que descansen. Aquí no hay mujeres... Ninguna de Israel ha querido venir con nosotros, y nosotros queríamos una de ellas... Perdona, pues, si la casa te parece fría y desnuda.

-Vuestro corazón me la hará parecer adornada y cálida.

-¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

-No más de un día. Quiero ir hacia Tiro y Sidón, y quisiera estar en Akcib antes del sábado.

-¡No puedes, Señor! ¡Sidón está lejos!

-Mañana quisiera hablar aquí.

-Nuestra casa es como un puerto. Sin salir de ella, tendrás el auditorio que quieras; mucho más, siendo mañana día de mercado grande.

-Vamos, pues, y que el Señor os pague vuestra caridad.

329

En el mercado de Alejandrocena. La parábola de los obreros de la viña.

El patio de los tres hermanos está la mitad en sombra, la mitad luminoso de sol. Está lleno de gente que va y viene para sus compras, mientras que fuera del portón, en la placita, vocea el mercado de Alejandrocena en medio de un confuso ir y venir de adquirentes y compradores, de asnos, de ovejas, de corderos, de volatería; porque se comprende que aquí tienen menos remilgos y llevan al mercado también a los pollos, sin miedo a ningún tipo de contaminación. Rebuznos, balidos, cacareos de gallinas y triunfales quiquiriquíes de gallitos se mezclan con las voces de los hombres, formando un alegre coro que, de vez en cuando, adquiere notas agudas y dramáticas por algún altercado.

También dentro del patio de los hermanos hay bullicio, y no falta algún que otro altercado, o por el precio o porque un marchante ha tomado lo que otro para sus adentros había elegido. No falta el quejido lastimero de los mendigos que, en la plaza, cerca del portón, recitan la letanía de sus miserias con una cadencia cantora y triste como un aúllo de moribundo.

Soldados romanos, con aire de dueños, van y vienen por el fondac y la plaza; supongo que en servicio, porque los veo armados y nunca solos, en medio de los fenicios, que también van todos armados.

Jesús pasea arriba y abajo por el patio, con los seis apóstoles, como esperando el momento adecuado para hablar. Luego sale a la plaza un momento. Pasa cerca de los mendigos y les da una limosna. La gente se distrae unos minutos a mirar al grupo galileo y se pregunta quiénes serán esos extranjeros. Hay quien informa de quiénes son los huéspedes de los tres hermanos, porque les ha pedido a éstos información.

Un rumor sigue los pasos de Jesús, que va tranquilo, acariciando a los niños que encuentra en su camino. En el rumor no faltan risitas irónicas y epítetos poco halagüeños para los hebreos, como tampoco falta el honesto deseo de oír a este «Profeta», a este «Rabí», a este «Santo», a este «Mesías» de Israel (sí, se lo señalan unos a otros con tales nombres, según su grado de fe y su rectitud de corazón). Oigo a dos madres:

-¿Pero es verdad?

-Me lo ha dicho Daniel, precisamente a mí. Y él ha hablado en Jerusalén con gente que ha visto los milagros del Santo.

-Sí, de acuerdo. ¿Pero será el mismo hombre?

-Me ha dicho Daniel que no hay duda de que es Él, por lo que dice.

-Entonces... ¿qué piensas... me concederá la gracia aunque sea sólo prosélito?

-Yo diría que sí... Inténtalo. Quizás no vuelve. ¡Inténtalo, inténtalo! ¡Mal no te hará, eso está claro!

-Sí - dice la mujercita, y, dejando plantado a un vendedor de loza con el que estaba contratando unos cuencos, se marcha. Vendedor que ha oído la conversación de las dos, y ahora, defraudado, enfadado por el buen trato que se ha esfumado, se abalanza contra la mujer que queda y la cubre de improperios cuales: «Maldita neófita. Sangre de hebrea. Mujer vendida» etc., etc.

Oigo a dos hombres, barbudos y de porte grave:

-Me gustaría oírlo hablar. Dicen que es un gran Rabí.

-Un Profeta debes decir. Mayor que el Bautista. ¡Me ha dicho Elías unas cosas! ¡Unas cosas! Él las sabe porque tiene una hermana que está casada con uno que vive al servicio de un rico de Israel, y, para saber de ella, va a preguntar a los compañeros de servicio. Este rico es muy amigo del Rabí...

Un tercero, un fenicio quizás, que, estando cerca, ha oído la conversación, asoma su cara enjuta, satírica, entre los dos, y, con sardónica risotada, dice:

-¡Pues vaya santidad! ¡Aderezada con riquezas! ¡Por lo que yo sé, el santo debería vivir en pobreza!

-Calla, Doro, mala lengua. Tú, pagano, no eres digno de juzgar estas cosas.

-¡Ah, vosotros sí sois dignos, especialmente tú, Samuel! Mejor sería que me pagaras esa deuda.

-¡Ten, y no sigas dando vueltas alrededor de mí, vampiro de cara de fauno!...

Oigo a un anciano semiciego, que está acompañado de una muchachita y que pregunta:

-¿Dónde está, dónde está el Mesías? - y la niña: « ¡Dejad paso al viejo Marcos! ¡Por favor, decidle al viejo Marcos dónde está el Mesías!».

Las dos voces - la senil, feble y trémula; la niña, argentina y segura - se expanden en vano por la plaza, hasta que otro hombre dice:

-¿Buscáis al Rabí? Ha vuelto hacia la casa de Daniel. Ahí está, parado, hablando con los mendigos.

Oigo a dos soldados romanos:

-Debe ser ese al que persiguen los judíos. ¡Menudos bichos, éstos! A simple vista se ve que es mejor que ellos.

-¡Eso es lo que los fastidia!

-Vamos a decírselo al alférez. Ésa es la orden.

-¡Disparatada, Cayo! Roma se guarda de los corderos, y soporta, diría incluso que acaricia, a los tigres.

-¡No creo, Escipión! ¡A Poncio matar le es fácil!

-Sí... pero no cierra su casa a las hienas rastreras que lo adulan.

-¡Política, Escipión! ¡Política!.

-Vileza, Cayo, y necedad. De éste debería hacerse amigo. Ganaría una ayuda para mantener obediente a esta gentuza asiática. No sirve bien a Roma Poncio desatendiendo a este hombre bueno y adulando a los malos.

-No critiques al Procónsul. Somos soldados. El superior es sagrado como un dios. Hemos jurado obediencia al divino César y el Procónsul lo representa.

-Eso está bien en lo que respecta al deber hacia la Patria, sagrada e inmortal, pero no para el juicio interno.

-Pero la obediencia viene del juicio. Si tu juicio se rebela contra una orden y la critica, ya no obedecerás totalmente. Roma se apoya en nuestra obediencia ciega para tutelar sus conquistas.

-Pareces un tribuno, y es correcto lo que dices. Pero te hago una observación: Roma es reina, pero nosotros no somos esclavos, sino súbditos. Roma no tiene, no debe tener, ciudadanos esclavos, y esclavitud es imponer silencio a la razón de los ciudadanos. Yo digo que mi razón juzga que Poncio hace mal no ocupándose de este israelita... llámalo Mesías, Santo, Profeta, Rabí, lo que quieras. Y siento que puedo decirlo porque, diciéndolo, no viene a menos ni mi fidelidad a Roma, ni mi amor; es más, si deseo esto es porque siento que Él, enseñando respeto a las leyes y a los Cónsules, como hace, ayuda al bienestar de Roma.

-Eres culto, Escipión... Llegarás lejos. ¡Ya vas adelante! Yo soy un pobre soldado. Pero, ¿ves, mientras, allí? La gente se ha amontonado en torno al Hombre. Vamos a decírselo a los jefes militares...

Efectivamente, cerca del portón de los tres hermanos, hay un montón de gente alrededor de Jesús, al cual se le ve bien por su alta estatura. Luego, de repente, se eleva un grito y la gente se agita. Otros, que estaban en el mercado, acuden corriendo, y algunos del remolino de gente corren hacia la plaza e incluso más allá de la plaza. Preguntas... respuestas...

-¿Qué ha pasado? ¿Qué sucede?

-¡El Hombre de Israel ha curado a Marcos, el anciano! El velo de sus ojos se ha disipado.

Jesús, entretanto, ha entrado en el patio, seguido de una cola de gente. Renqueando, al final, viene uno de los mendigos: un renco que se arrastra más con las manos que con las piernas. Pero, si las piernas están torcidas y carecen de fuerza - por lo cual, sin los bastones, no andaría -, la voz, por el contrario, es bien vigorosa. Parece una sirena que desgarrar el aire luminoso de la mañana:

-¡Santo! ¡Santo! ¡Mesías! ¡Rabí! ¡Piedad de mí! - grita desgañitándose y sin tregua.

Se vuelven dos o tres personas:

-¡No malgastes energías! Marcos es hebreo, tú no. ¡Para los israelitas verdaderos hace milagros, no para los hijos de perro!

-Mi madre era hebrea...

-Y Dios la ha castigado dándole a ti, un monstruo, por su pecado. ¡Fuera, hijo de loba! Vuelve a tu sitio, lodo en el lodo...

El hombre se pega a la pared, acobardado, atemorizado ante los amenazadores puños levantados...

Jesús se detiene, se vuelve, mira. Ordena:

-¡Hombre, ven aquí!

El hombre lo mira, mira a los que lo amenazan... y no se atreve a avanzar.

Jesús se abre paso entre la pequeña muchedumbre y se acerca a él. Lo toma de la mano (o sea: le pone la mano en el hombro) y dice:

-No tengas miedo. Ven aquí delante conmigo - y, mirando a los despiadados, dice severo: «Dios es de todos los hombres que lo buscan y que son misericordiosos».

Comprenden la alusión, y ahora son ellos los que se quedan al final; más aún, los que se quedan parados donde están.

Jesús se vuelve de nuevo. Los ve allí, confusos, casi decididos a marcharse, y les dice:

-No, venid también vosotros. Os vendrá bien también a vosotros, para enderezar y fortalecer vuestra alma, de la misma forma que enderezo y fortalezo a éste porque ha sabido tener fe. Hombre, Yo te lo digo, queda curado de la enfermedad.

Y quita la mano del hombro del renco, tras haber experimentado éste como una sacudida.

El hombre se yergue, seguro, sobre sus propias piernas, arroja las muletas ya consumidas por el uso, y grita:

-¡El me ha curado! ¡Bendito sea el Dios de mi madre! - y se arrodilla para besar los bordes de la túnica de Jesús.

El tumulto de quien quiere ver, o ya ha visto y ahora comenta, alcanza su culmen. En el profundo atrio, que de la plaza conduce al patio, las voces resuenan con sonoridad de pozo y producen eco contra las murallas del Castro.

Los soldados deben temer que se haya producido una reyerta - debe ser fácil en estos lugares, con tantos contrastes de razas y fes, de forma que acude un pelotón y se abre paso rudamente preguntando que qué sucede.

-¡Un milagro, un milagro! Jonás, el renco, ha sido curado. Ahí está, al lado del Hombre galileo.

Los soldados se miran unos a otros. No hablan hasta que no ha pasado toda la muchedumbre (detrás se ha agregado más gente, de la que había en los locales del fondac y en la plaza, donde ahora se ve solamente a los vendedores, enojadísimos por el imprevisto reclamo, que hace fracasar el mercado de ese día). Luego, al ver pasar a uno de los tres hermanos, preguntan:

-Felipe, ¿sabes lo que piensa hacer ahora el Rabí?

-Va a hablar, a adoctrinar. ¡Y además en mi patio! - dice Felipe todo alborozado.

Los soldados se consultan. ¿Quedarse? ¿Marcharse?

-El alférez nos ha dicho que vigilemos...

-¿A quién? ¿A1 Hombre? Por Él podríamos ir a jugarnos a los dados un ánfora de vino de Chipre - dice Escipión, el soldado que antes defendía a Jesús ante su compañero.

-¡A mí me parece que es Él el que necesita ser protegido, no el derecho de Roma! ¿No lo veis? Ninguno de nuestros dioses tiene un aspecto tan manso, y al mismo tiempo tan viril. Esta gentuza no es digna de Él. Y los indignos son siempre malos. Vamos a quedarnos a protegerlo. Si hace falta le guardamos las espaldas, y se las acariciamos a estos bribones - dice, medio sarcástico, medio admirado, otro.

-Bien dices, Pudente. Es más, para que Prócoro, el alférez, que siempre está soñando complots contra Roma y... ascensos para él, por gracia y mérito de su solícita vigilancia por la salud del divino César y de la diosa Roma, madre y señora del mundo, se convenza de que aquí no va a conquistar brazaletes o corona, ve a llamarlo, Acio.

Un soldado joven se marcha corriendo, y corriendo vuelve, diciendo:

-Prócoro no viene, manda al triario Aquila...

-¡Bien! ¡Bien! Mejor él que el propio Cecilio Máximo. Aquila ha servido en África, en Galia, y estuvo en las crueles selvas que nos arrebataron a Varo y a sus legiones. Conoce a griegos y bretones y tiene buen olfato para distinguir... ¡Salve! ¡Aquí tenemos al glorioso Aquila! ¡Ven, enséñanos, a nosotros, míseros, a comprender el valor de los seres!

-¡Viva Aquila, maestro de soldados! - gritan todos, dándole afectuosos zarandeos al viejo soldado, marcado de cicatrices en el rostro (y, como el rostro, así tiene sus brazos y pantorrillas desnudos).

Él sonríe bonachón y exclama:

-¡Viva Roma, maestra del mundo; no yo, que soy un pobre soldado! ¿Qué sucede, pues?

-Vigilar a ese hombre alto y rubio como el más claro cobre.

-Bien. Pero, ¿quién es?

-El Mesías, según dicen. Se llama Jesús y es de Nazaret. Es aquel, ¿ya sabes, no?, por el que se comunicó aquella orden...

-¡Mmm! Bien... pero me parece que perseguimos nubes.

-Dicen que quiere hacerse rey y suplantarse a Roma. El Sanedrín, los fariseos, saduceos y herodianos, lo han denunciado ante Poncio. Ya sabes que los hebreos tienen esta obsesión en la cabeza y, de vez en cuando, aparece un rey...

-Sí, sí... ¡Pero si es por este hombre!... De todas formas, vamos a oír lo que dice. Creo que se dispone a hablar.

-He sabido por el soldado, que está con el centurión, que Publio Quintiliano le ha hablado de Él como de un filósofo divino...

-Las mujeres imperiales se muestran entusiastas... - dice otro soldado, joven.

-¡Claro! También yo me sentiría entusiasta de Él si fuera una mujer, y querría tenerlo en mi cama... - dice, riéndose abiertamente, otro soldado joven.

-¡Cállate, impúdico! ¡La lujuria te come! - dice otro bromeando.

-¿Y tú no, Fabio? Ana, Sira, Alba, María...

-Silencio, Sabino. Está hablando y quiero escuchar - ordena el triario. Y todos guardan silencio.

Jesús ha subido encima de una caja que está colocada contra una pared. Todos, por tanto, lo pueden ver bien. Ya se ha esparcido por el aire su dulce saludo, seguido luego por las palabras: «Hijos de un único Creador, escuchad», para proseguir, en el atento silencio de la gente:

-El tiempo de la Gracia para todos ha llegado, no sólo para Israel, sino para todo el mundo. Hombres hebreos que estáis aquí por diversas razones, prosélitos, fenicios, gentiles, todos: oíd la Palabra de Dios, comprended la Justicia, conoced la Caridad. Teniendo Sabiduría, Justicia y Caridad, dispondréis de los medios para llegar al Reino de Dios, a ese Reino que no es una exclusividad de los hijos de Israel, sino que es de todos aquellos que amen de ahora en adelante al verdadero, único Dios, y crean en la palabra de su Verbo.

Escuchad. He venido de muy lejos, no con miras de usurpador, ni con la violencia del conquistador. He venido sólo para ser el Salvador de vuestras almas. Los dominios, las riquezas, los cargos, no me seducen. Para mí no son nada; son cosas a las que ni siquiera miro. Es decir, las miro con conmiseración, porque me producen compasión, siendo como son cadenas para apresar a vuestro espíritu, impidiéndole así acercarse al Señor eterno, único, universal, santo y bendito. Las miro y me acerco a ellas como a las más grandes miserias. Y trato de liberarlas del lisonjero y cruel engaño que seduce a los hijos de los hombres, para que puedan usarlas con justicia y santidad, no como crueles armas que hieren y matan al hombre (y lo primero, siempre, al espíritu de aquel que las usa no santamente).

Pero, en verdad os digo, me es más fácil curar a un cuerpo deforme que a un alma deforme; me es más fácil dar luz a las pupilas apagadas, salud a un cuerpo agonizante, que luz a los espíritus y salud a las almas enfermas. ¿Por qué? Porque el hombre ha perdido de vista el verdadero fin de su vida, y se ocupa de lo transitorio.

El hombre no sabe, o no recuerda, o, recordando, no quiere prestar obediencia a esta santa orden del Señor - y hablo también para los gentiles que me escuchan - de hacer el bien, que es bien en Roma como lo es en Atenas, en Galia o en África, porque la ley moral existe bajo todos los cielos y en todas las religiones, en todo corazón recto. Y las religiones, desde la de Dios hasta la de la moral individual, dicen que la parte mejor de nosotros sobrevive, y que según como haya obrado en la tierra así será su suerte en la otra vida. Fin, pues, del hombre es la conquista de la paz en la otra vida; no las comilonas, la usura, el abuso

de la fuerza, el placer, aquí, por poco tiempo, para pagarlos eternamente con muy duros tormentos. Pues bien, el hombre no sabe, o no recuerda, o no quiere recordar esta verdad. Si no la sabe, es menos culpable; si no la recuerda, es bastante culpable, porque hay que tener encendida la verdad, cual antorcha santa, en las mentes y en los corazones; pero, si no la quiere recordar, y, cuando resplandece, cierra los ojos para no verla, aborreciéndola como a la voz de un orador pedante, entonces su culpa es grave, muy grave.

Y, no obstante, Dios perdona esta culpa, si el alma repudia su comportamiento malo y se propone perseguir durante el resto de la vida el fin verdadero del hombre, que es conquistarse la paz eterna en el Reino del Dios verdadero. ¿Habéis seguido hasta ahora un camino malo? ¿Abatidos, pensáis que es tarde para tomar el camino recto? ¿Desconsolados, decís: "¡No sabía nada de esto! Ahora me veo ignorante e inhábil"? No. No penséis que es como con las cosas materiales, y que hace falta mucho tiempo y fatiga para rehacer de nuevo, con santidad, lo ya hecho. La bondad del eterno, verdadero Señor Dios, es tal que, ciertamente, no os hace recorrer hacia atrás la vida vivida para colocaros de nuevo en la bifurcación en que vosotros, errando, dejarais el recto sendero para seguir el malo; es tanta que, desde el momento en que decís: "Quiero ser de la Verdad", o sea, de Dios, porque Dios es Verdad, Dios, por un milagro enteramente espiritual, infunde en vosotros la Sabiduría, siendo así que ya no sois ignorantes sino poseedores de la ciencia sobrenatural, igual que los que desde años antes la poseen.

Sabiduría es desear tener a Dios, amar a Dios, cultivar el espíritu, tender al Reino de Dios repudiando todo lo que es carne, mundo y Satanás. Sabiduría es obedecer a la ley de Dios, que es ley de caridad, de obediencia, de continencia, de honestidad. Sabiduría es amar a Dios con todo el propio ser, amar al prójimo como a nosotros mismos. Estos son los dos elementos indispensables para ser sabios con la Sabiduría de Dios. Y en el prójimo están incluidos no sólo los que tienen nuestra misma sangre o raza o religión, sino todos los hombres, ricos o pobres, sabios o ignorantes, hebreos, prosélitos, fenicios, griegos, romanos...

Jesús se ve interrumpido por un grito amenazador de algunos exaltados. Los mira y dice:

-Sí. Esto es el amor. Yo no soy un maestro servil. Digo la verdad porque debo hacerlo así para sembrar en vosotros lo necesario para la Vida eterna. Os guste o no, tengo que decíroslo, para cumplir mi deber de Redentor; os toca a vosotros cumplir con el vuestro de personas necesitadas de Redención. Amar al prójimo, pues. Todo el prójimo. Con un amor santo. No amarlo con deshonesto concubinato de intereses, de forma que es "anatema" el romano, fenicio o prosélito - o viceversa -, mientras no hay de por medio sensualidad o dinero; y luego, si surgen en vosotros el deseo carnal o de la ganancia, ya no es "anatema"... Se oye otra vez el rumor de la gente. Los romanos, por su parte, en su sitio en el atrio, exclaman: « ¡Por Júpiter! ¡Habla bien éste!». Jesús deja que se calme el rumor y prosigue:

-Amar al prójimo como querríamos ser amados nosotros. Porque no nos agrada ser maltratados, vejados, o que nos roben o subyuguen, ni ser calumniados o que nos traten groseramente. La misma susceptibilidad, nacional o individual, tienen los demás. No nos hagamos, pues, recíprocamente, el mal que no quisiéramos recibir nosotros. Sabiduría es prestar obediencia a los diez preceptos de Dios:

"Yo soy el Señor tu Dios. No tengas otro Dios aparte de mí. No tengas ídolos, no les rindas culto.

No tomes el Nombre de Dios en vano. Es el Nombre del Señor tu Dios, y Dios castigará a quien lo use sin razón o por imprecación o para convalidar un pecado.

Acuérdete de santificar las fiestas. El sábado está consagrado al Señor, que descansó en sábado de la Creación y le ha bendecido y santificado.

Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas en paz largamente sobre la tierra y eternamente en el Cielo.

No matarás.

No cometerás adulterio. No robarás.

No hablarás con falsedad contra tu prójimo.

No desearás la casa, la mujer, el siervo, la sierva, el buey, el asno, ni nada que pertenezca a tu prójimo".

Ésta es la Sabiduría. Quien esto hace es sabio y conquista la Vida y el Reino que no tienen fin. Desde hoy, pues, proponeos vivir según la Sabiduría, anteponiéndola a las pobres cosas de la tierra.

¿Qué decís? Hablad. ¿Decís que es tarde? No. Escuchad una parábola.

Un amo de una viña, al amanecer de un día, salió para contratar obreros para su viña, y ajustó con ellos un denario al día.

Salió de nuevo a la hora tercera, y, pensando que eran pocos los jornaleros contratados, viendo en la plaza a otros desocupados en espera de que los contratara, los tomó y dijo: "Id a mi viña, que os daré lo que he prometido a los otros". Y éstos fueron.

Habiendo salido a la hora sexta y a la hora nona, vio todavía a otros y les dijo: "¿Queréis trabajar para mí? Doy un denario al día a mis jornaleros". Aceptaron y fueron.

Salió, en fin, a la hora undécima. Vio a otros, que, ya declinando el sol, estaban inactivos: "¿Qué hacéis aquí, tan ociosos? ^No os da vergüenza estar sin hacer nada todo el día?", les preguntó.

"Nadie nos ha contratado. Hubiéramos querido trabajar y ganarnos el pan. Pero nadie nos ha llamado a su viña".

"Bien, pues yo os llamo a mi viña. Id y recibiréis el salario de los demás". Eso dijo porque era un buen patrón y sentía piedad del abatimiento de su prójimo.

Llegada la noche, terminados los trabajos, el hombre llamó a su administrador, y dijo: "Llama a los jornaleros y paga su salario, según lo que he fijado, empezando por los últimos, que son los más necesitados, porque no han tenido durante el día el alimento que los otros una o varias veces han tenido, y, además, son los que, agradeciendo mi piedad, más han trabajado; los he observado; licéncialos, que vayan a su merecido descanso y gocen con su familia de los frutos de su trabajo". Y el administrador hizo como el patrón le ordenaba, y dio a cada uno un denario.

Habiendo llegado al final aquellos que llevaban trabajando desde la primera hora del día, se asombraron al recibir también un solo denario, y manifestaron sus quejas entre sí y ante el administrador, el cual dijo: "He recibido esta orden. Id a

quejaros al patrón, no vengáis a quejaros a mí". Y fueron y dijeron: "¡No eres justo! Hemos trabajado doce horas, primero en medio del aguazo, luego bajo el sol de fuego, y luego otra vez con la humedad del anochecer, ¡y tú nos has dado lo mismo que a esos haraganes que han trabajado sólo una hora!... ¿Por qué?". Y especialmente uno de ellos levantaba la voz juzgándose traicionado y explotado indignamente.

"Amigo, ¿y en qué te he perjudicado? ¿Qué he pactado contigo al alba? Una jornada de continuo trabajo y, como salario, un denario. ¿No es verdad?".

"Sí. Es verdad. Pero tú has dado lo mismo a éstos, por mucho menos trabajo..."

"¿Has aceptado este salario porque te parecía bueno?"

"Sí. He aceptado porque los otros daban incluso menos".

"¿Te he maltratado aquí?"

"No, en conciencia no".

"Te he concedido reposo a lo largo de la jornada, y comida, ¿no es verdad? Te he dado tres comidas. Y la comida y el descanso no habían sido pactados. ¿No es verdad?".

"Sí, no estaban acordados."

"Entonces, ¿por qué los has aceptado?"

"Hombre, pues... Tú dijiste: 'Prefiero así, para evitar que os canséis volviendo a vuestras casas'. No dábamos crédito a nuestros oídos... Tu comida era buena, era un ahorro, era..."

"Era una gracia que os daba gratuitamente y que ninguno podía pretender. ¿No es verdad?".

"Es verdad."

"Por tanto, os he favorecido. ¿Por qué os quejáis entonces? Debería quejarme yo de vosotros, que, habiendo comprendido que tratábais con un patrón bueno, trabajabais perezosamente, mientras que éstos, que han llegado después de vosotros, habiendo gozado del beneficio de una sola comida - y los últimos de ninguna -, han trabajado con más ahínco, haciendo en menos tiempo el mismo trabajo que habéis hecho vosotros en doce horas. Os habría traicionado si os hubiera reducido a la mitad el salario para pagar también a éstos.

No así. Por tanto, coge lo tuyo y vete. ¿Pretendes venir a imponerme en mi casa lo que a ti te parece? Hago lo que quiero y lo que es justo. No quieras ser malo y tentarme a la injusticia. Yo soy bueno".

¡Oh, vosotros todos, que me escucháis! En verdad os digo que el Padre Dios propone a todos los hombres el mismo pacto y les promete la misma retribución. A1 que con diligencia se pone a servir al Señor, Él lo tratará con justicia, aunque fuere poco su trabajo debido a la muerte cercana. En verdad os digo que no siempre los primeros serán los primeros en el Reino de los Cielos, y que allí veremos a últimos ser primeros y a primeros ser últimos. Allí veremos a hombres no pertenecientes a Israel más santos que muchos de Israel. He venido a llamar a todos, en nombre de Dios. Pero, si muchos son los llamados, pocos son los elegidos, porque pocos desean la Sabiduría. No es sabio el que vive del mundo y de la carne y no de Dios. No es sabio ni para la tierra ni para el Cielo: en la tierra se crea enemigos, castigos, remordimientos, y pierde el Cielo para siempre.

Repito: sed buenos con el prójimo, quienquiera que sea. Sed obedientes, dejando a Dios la tarea de castigar a quien manda injustamente. Sed continentes sabiendo resistir a la sensualidad; honrados, sabiendo resistir al oro; coherentes, calificando de anatema a aquello que se lo merece, y no cuando os parece y luego estrecháis contactos con el objeto que antes habíais maldecido como idea. No hagáis a los demás lo que no querríais para vosotros, y entonces...

-¡Vete, profeta molesto! ¡Nos has fastidiado el mercado!... ¡Nos has arrebatado los clientes!... - gritan los vendedores irrumpiendo en el patio... Y los que habían hecho alboroto en el patio cuando Jesús había empezado a enseñar - no todos fenicios: también hay hebreos, que están en esta ciudad por un motivo que desconozco - se unen a los vendedores para insultar y amenazar, y sobre todo, para obligar a abandonar el lugar...

Jesús no gusta porque no aconseja en orden al mal... Cruza los brazos y mira, triste, solemne.

La gente, dividida en dos partidos, se enzarza, defendiendo u ofendiendo al Nazareno. Improperios, alabanzas, maldiciones, bendiciones, gritos de: «Tienen razón los fariseos. Eres un vendido a Roma, amigo de publicanos y meretrices», o de: « ¡Callad, lenguas blasfemas! ¡Vosotros sois los vendidos a Roma, fenicios del infierno!», «¡Sois diablos!», «¡Que os trague el infierno!», «¡Fuera! ¡Fuera!», « ¡Fuera vosotros, ladrones que venís a mercadear aquí, usureros!» etcétera, etcétera.

Intervienen los soldados diciendo: « ¡De amotinador nada! ¡Es Él la víctima!». Y con las lanzas echan fuera del patio a todos y cierran el portón.

Se quedan con Jesús los tres hermanos prosélitos y los seis apóstoles.

-¿Pero cómo se os ha ocurrido hacerle hablar? - pregunta el triario a los tres hermanos.

-¡Muchos hablan! - responde Elías.

-Sí. Y no pasa nada porque enseñan lo que gusta al hombre. Pero este no enseña eso. Y es indigesto...

El viejo soldado mira atentamente a Jesús, que ha bajado de su sitio y está callado, como abstraído.

Fuera, la gente sigue enzarzada. Tanto que, del recinto militar salen otros soldados y con ellos el propio centurión. Instan para que les abran, mientras otros se quedan a rechazar tanto a quien grita: « ¡Viva el Rey de Israel!», como a quien lo maldice.

El centurión, inquieto, da unos pasos adelante. Arremete coléricamente contra el viejo Aquila:

-¡Así tutelas a Roma tú? ¡Dejando aclamar a un rey extranjero en la tierra dominada?

El viejo saluda con reciedumbre y responde:

-Enseñaba respeto y obediencia y hablaba de un reino que no es de esta tierra. Por eso lo odian. Porque es bueno y respetuoso. No he hallado motivo para imponer silencio a quien no iba contra nuestra ley.

El centurión se calma, y barbota:

-Entonces es una nueva sedición de esta fétida gentuza... Bien. Dadle a este hombre la orden de marcharse inmediatamente. No quiero problemas aquí. Cumplid esto y, en cuanto esté libre el trayecto, escoltadlo hasta fuera de la ciudad. Que vaya a donde quiera. A los infiernos, si quiere. Pero que se vaya de mi jurisdicción. ¿Entendido?

-Sí. Lo haremos.

El centurión da media vuelta, con grandes resplandores de coraza y ondeos de manto purpurino, y se marcha sin ni siquiera mirar a Jesús. Los tres hermanos dicen a Jesús:

-Lamentamos...

-No tenéis la culpa vosotros. No temáis. No os ocasionará ningún mal, Yo os lo digo...

Los tres cambian de color... Felipe dice:

-¿Cómo es que sabes que tenemos este temor?

Jesús sonríe dulcemente (un rayo de sol en su rostro triste):

-Conozco lo que hay en los corazones y en el futuro.

Los soldados se han puesto al sol, a esperar; y no pierden ojo, más o menos solapadamente, mientras hacen comentarios...

-¿Podrán querernos a nosotros, si odian incluso a ése, que no los subyuga?

-Y que hace milagros, debes decir...

-¡Por Hércules! ¿Quién de nosotros ha sido el que ha venido avisar de que estaba el sospechoso y había que vigilarlo?

-¡Ha sido Cayo! H

-¡El cumplidor! Ya hemos perdido el rancho y perder el beso de una muchacha!... ¡Ah, sí!

-¡Epicúreo! ¿Dónde está la bella?

-¡Está claro que a ti no te lo digo, amigo!

-Detrás del alfarero, en los Cimientos. Lo sé, unas noches...dice otro.

El triario, como paseando, va hacia Jesús. Se mueve alrededor de Él, mirándolo insistentemente. No sabe qué decir... Jesús le sonríe para infundirle ánimo. El hombre no sabe qué hacer...Pero se acerca más.

Jesús, señalando las cicatrices, dice:

-¿Son todas heridas? Se ve que eres un hombre valeroso y fiel...

El viejo soldado se pone como la púrpura por el elogio.

-Has sufrido mucho por amor a tu patria y a tu emperador... ¿No querías sufrir algo por una patria más grande: el Cielo?; ¿por un eterno emperador: Dios?

El soldado mueve la cabeza y dice:

-Soy un pobre pagano. De todas formas, quién sabe si no llegaré también yo a la hora undécima. Pero, ¿quién me instruye? ¡Ya ves!... Te echan. ¡Éstas heridas sí que hacen daño, no las mías!... Al menos yo se las he devuelto a los enemigos. Pero Tú, a quién te hiere, ¿que le das?

-Perdón, soldado. Perdón y amor.

-Tengo razón yo. La sospecha sobre ti es estúpida. Adiós, galileo.

-Adiós, romano.

Jesús se queda solo, hasta que vuelven los tres hermanos y los discípulos, con comida: los hermanos ofrecen a los soldados; los discípulos, a Jesús. Éstos comen, inapetentes, al sol, mientras los soldados comen y beben alegremente.

Luego un soldado sale a dar una ojeada a la plaza silenciosa.

-Podemos ponernos en marcha – grita - Se han ido todos. Sólo están las patrullas.

Jesús se pone en pie dócilmente. Bendice y conforta a los tres hermanos, y les da una cita para la Pascua en el Getsemaní. Luego sale, encuadrado entre los soldados. Le siguen sus discípulos, apesadumbrados. Y recorren las calles vacías, hasta la campiña.

-Salve, galileo - dice el triario.

-Adiós, Aquila. Te ruego que no hagáis ningún mal a Daniel, Elías y Felipe. Sólo Yo soy el culpable. Díselo al centurión.

-No digo nada. A estas horas ya ni se acuerda de esto. Y los tres hermanos nos proveen bien, especialmente de ese vino de Chipre que el centurión prefiere a la propia vida. Quédate tranquilo. Adiós.

Se separan. Los soldados franquean, de regreso, las puertas, mientras Jesús y los suyos se encaminan por la campiña silenciosa, en dirección este.

Santiago y Juan "hijos del trueno". Hacia Akcib con el pastor Anás.

Jesús va caminando por una zona muy montañosa. No son montes altos, pero es un continuo subir y bajar de collados, y un fluir de torrentes (alegres en esta estación fresca y nueva; lípidos como el cielo; niños como las primeras hojas, cada vez más numerosas, sobre las ramas). Mas, a pesar de que la estación del año sea tan bella y alegre que podría aliviar el corazón, no parece que Jesús esté muy aliviado de espíritu, y menos que Él lo están los apóstoles. Caminan, muy callados, por el fondo de un valle. Solamente pastores y greyes se presentan ante sus ojos. Pero Jesús ni tan siquiera da muestras de verlos.

Lo que capta la atención de Jesús es el suspiro desconsolado de Santiago de Zebedeo, y sus improvisas palabras, fruto de un pensamiento amargo... Santiago dice:

-¡Derrotas y más derrotas!... Parecemos como malditos...

Jesús le pone la mano en el hombro: «

-¿No sabes que ése es el sino de los mejores?

-¡Sí, sí! ¡Lo sé desde cuando estoy contigo! Pero, de vez en cuando sería necesario algo distinto - y antes lo teníamos - para confortar el corazón y la fe...

-¿Dudas de mí, Santiago?

¡Cuánto dolor tiembla en la voz del Maestro!

-¡No, no!...

La verdad es que no es muy seguro el "no".

-Pero dudar, dudas. ¿De qué, entonces? ¿Ya no me amas como antes? ¿Ver que me echan de un lugar, o que se burlan de mí, o, sencillamente, que no me prestan atención en estos confines fenicios, ha debilitado tu amor?

Hay un llanto tembloroso en las palabras de Jesús, a pesar de que no haya sollozos ni lágrimas: es verdaderamente su alma la que llora.

-¡Eso no, Señor mío! Es más, mi amor a ti crece a medida que te veo menos comprendido, menos amado, más postrado, más afligido. Y, por no verte así, por poder cambiar el corazón a los hombres, solícito daría mi vida en sacrificio. Debes creerme. No me tritures el corazón, ya tan afligido, con la duda de que piensas que no te amo. Si no... Si no, romperé todos los cánones. Volveré para atrás y me vengaré de los que te causan dolor, para demostrarte que te amo, para quitarte esta duda. Y, si me atrapan y me matan, no me importará lo más mínimo. Me conformaré con haberte dado una prueba de amor.

-¡Oh, hijo del trueno! ¿De dónde tanta impetuosidad? ¿Es que quieres ser un rayo exterminador?

Jesús sonrío por la fogosidad y los propósitos de Santiago.

-¡A! menos, te veo sonreír! Ya es un fruto de estos propósitos míos. ¿Tú que opinas, Juan? ¿Debemos llevar a cabo mi pensamiento para confortar al Maestro, abatido por tantas reacciones contrarias?

-¡Sí, sí! Vamos nosotros. Hablamos de nuevo. Y si lo vuelven a insultar, llamándolo rey de palabras, rey hazmerreír, rey sin dinero, rey loco, repartimos palos a diestro y siniestro, para que se den cuenta de que el rey tiene también un ejército de fieles y que estos fieles no permiten burlas. La violencia es útil en ciertas cosas. ¡Vamos, hermano! - le responde Juan (y ahora, tan colérico como se manifiesta, no parece él, que siempre es dulce).

Jesús se mete entre los dos, los aferra por los brazos para detenerlos y dice:

-¿Pero los estáis oyendo? ¿Y Yo qué he predicado durante tanto tiempo? ¡Sorpresa de las sorpresas! ¡Hasta incluso Juan, mi paloma, se me ha transformado en gavilán! Miradlo, vosotros, qué feo está, tenebroso, hosco, desfigurado por el odio. ¡Qué vergüenza! ¿Y os asombráis porque unos fenicios reaccionen con indiferencia, y de que haya hebreos que tengan odio en su corazón, y de que unos romanos me conminen a marcharme, cuando vosotros sois los primeros que no habéis entendido todavía nada después de dos años de estar conmigo, cuando vosotros os habéis llenado de hiel por el rencor que tenéis en el corazón, cuando arrojáis de vuestros corazones mi doctrina de amor y perdón, la echáis afuera como cosa estúpida, y acogéis por buena aliada a la violencia? ¡Oh, Padre santo! ¡Esta sí que es una derrota! En vez de ser como gavilanes que se afilan rostro y garfas, ¿no sería mejor que fuerais ángeles que orasen al Padre para que confortara a su Hijo? ¿Cuándo se ha visto que un temporal beneficie con sus rayos y granizadas? Pues bien, para recuerdo de este pecado vuestro contra la caridad, para recuerdo de cuando vi aflorar en vuestra cara el animal-hombre en vez del hombre-ángel que quiero ver siempre en vosotros, os voy a apodar "los hijos del trueno".

Jesús está semiserio mientras habla a los dos inflamados hijos de Zebedeo. Pero el reproche, al ver el arrepentimiento de ellos, pasa, y, con cara luminosa de amor los estrecha contra su pecho diciendo:

-Nunca más, feos de esta forma. Y gracias por vuestro amor. Y también por el vuestro, amigos - dice, dirigiéndose a Andrés, Mateo y los dos primos.

-Venid aquí, que quiero abrazaros también a vosotros. ¿No sabéis que, aunque no tuviera nada más que la alegría de hacer la voluntad de mi Padre y vuestro amor, sería siempre feliz, aunque todo el mundo me abofetease? Estoy triste, mas no por mí, por mis derrotas, como vosotros las llamáis; estoy triste por piedad hacia las almas que rechazan la Vida. Bien, ahora estamos todos contentos, ¿no es verdad?, niños grandes, que es lo que sois. Ánimo, entonces. Id donde esos pastores que están ordeñando el rebaño. Pedid un poco de leche en nombre de Dios. No tengáis miedo - dice al ver la mirada desolada de los apóstoles.

-Obedeced con fe. Recibiréis leche y no palos, aunque el hombre sea fenicio.

Y los seis se dirigen hacia el hombre indicado, mientras Jesús los espera en el camino. Y ora, entretanto, este Jesús triste al que ninguno quiere...

Vuelven los apóstoles con un pequeño cubo de leche, y dicen:

-Ha dicho el hombre que vayas allí, que tiene que decirte algo y no puede dejar las cabras a los zagales, porque son antojadizas e imprevisibles.

Jesús dice:

-Vamos entonces allí, a comer nuestro pan.

Y suben todos a lo alto de la escarpa, desde donde se asoman, prominentemente, las caprichosas cabras.

Te agradezco la colodra de leche que me has dado. ¿Qué deseas de mí?

-Tú eres el Nazareno, ¿verdad? ¿El que hace milagros?

-Soy el que predica la Bienaventuranza eterna. Soy el Camino para ir al Dios verdadero; la Verdad que se da; la Vida que os vivifica. No soy el hechicero que hace prodigios. Éstos son las manifestaciones de mi bondad y de vuestra debilidad, que tiene necesidad de pruebas para creer. Pero, ¿qué deseas de mí?

-Mira... ¿Hace dos días estabas en Alejandrocena?

-Sí. ¿Por qué?

-Yo también estaba, con mis cabritillos. Cuando he comprendido que iba a producirse una riña, he desaparecido, porque es costumbre suscitarlas para robar lo que hay en los mercados. Son ladrones todos: los fenicios... y también los otros. No debería decirlo, porque soy de padre prosélito y de madre siria, y yo mismo soy prosélito. Pero es la verdad. Bien. Volvamos a lo que estaba diciendo. Me había metido en una caballeriza, con mis animales, esperando a que llegara el carro de mi hijo. A1 atardecer, al salir de la ciudad, encontré a una mujer que lloraba con una hijita suya en los brazos. Había recorrido ochos millas para llegar a ti, porque está fuera, en los campos. Le pregunté que qué le sucedía. Es prosélito. Había venido para vender y comprar. Había oído hablar de ti, y le había nacido la esperanza en el corazón. Había ido corriendo a casa, había tomado en brazos a la niña. ¡Pero con un peso se anda despacio! Cuando llegó a los almacenes de los hermanos, ya no estabas. Ellos, los hermanos, le dijeron: "Lo han echado. Pero ayer por la tarde nos dijo que haría de nuevo un alto en Tiro". Yo - también yo soy padre - le dije: "Pues entonces ve a Tiro". Pero ella me respondió: "¿Y si, después de todo lo que ha sucedido, pasa por otros caminos para volver a Galilea?". Le dije: "Mira. O ese confín o el otro. Yo pastoreo entre Rohob y Lesemdán, justamente en el camino que hace de confín entre aquí y Neftalí. Si lo veo, se lo digo; palabra de prosélito". Y te lo he dicho.

-Y que Dios te recompense por ello. Iré a ver a esa mujer. Tengo que volver a Akcib.

-¿Vas a Akcib? Entonces podemos ir juntos, si no desdeñas a un pastor.

-No desdeño a nadie. ¿Por qué vas a Akcib?

-Porque allí tengo los corderos. A no ser que... ya no los tenga...

-¿Por qué?

-Porque hay una enfermedad... No sé si ha sido una hechicería o qué. Sé que mi lindo rebaño se me ha enfermado. Por eso he traído aquí las cabras, que están todavía sanas, para separarlas de las ovejas. Aquí estarán con dos hijos míos. Ahora están en la ciudad, para hacer las compras. Vuelvo allá... para ver morir a mis lindas ovejas lanosas...

El hombre suspira... Mira a Jesús y se disculpa:

-Hablarle a ti, siendo quien eres, de estas cosas, y afligirte, estando ya afligido de cómo te tratan, es una necedad. Pero las ovejas son afecto y dinero, ¿sabes?, para nosotros...

-Comprendo. Pero se pondrán buenas. ¿No las has llevado a que las vea una persona entendida?

-Todos me han dicho lo mismo: "Mátalas y vende sus pieles. No hay otra posibilidad", e incluso me han amenazado si las saco... Tienen miedo de que las tuyas se cojan la enfermedad. Así que las tengo que tener encerradas... y aumenta la mortalidad. Son malos, ¿sabes?, los de Akcib...

Jesús dice simplemente:

-Lo sé.

-Yo digo que me las han embrujado...

-No. No creas esas historias... ¿En cuanto vengan tus hijos te pones en marcha?

-Inmediatamente. De un momento a otro llegarán. ¿Éstos son tus discípulos? ¿Son sólo éstos?

-No. Tengo otros más.

-¿Y por qué no vienen aquí? Una vez, cerca de Merón, me encontré con un grupo de ellos. A la cabeza del grupo había un pastor. Decía serlo. Uno alto, fuerte, de nombre Elías. Fue en Octubre, me parece. Antes o después de los Tabernáculos. ¿Ahora te ha abandonado?

-Ningún discípulo me ha abandonado.

-Me habían dicho que...

-¿Qué te habían dicho?

-Que Tú... que los fariseos... En fin, que los discípulos te habían abandonado por miedo, y porque Tú eras un...

-Demonio. Dilo tranquilamente. Lo sé. Doble mérito para ti, que crees igualmente.

-¿Y por este mérito no podrías?... Quizás estoy pidiendo una cosa sacrílega...

-Dila. Si es una cosa mala, te lo digo.

-¿No podrías, al pasar, bendecir a mi rebaño? - se le ve lleno de ansiedad al hombre...

-Bendeciré a tu rebaño. A éste... - y alza la mano bendiciendo a las cabritas desperdigadas,...y al de las ovejas.

-¿Crees que mi bendición las salvará?

-De la misma forma que salvas a los hombres de las enfermedades, podrás salvar a los animales. Dicen que eres el Hijo de Dios. Las ovejas las ha creado Dios. Por tanto son cosas del Padre. Yo... no sabía si era una cosa respetuosa el pedirte. Pero, si se puede, hazlo, Señor, y llevaré al Templo grandes ofrendas de alabanza; o, mejor: te lo doy a ti, para los pobres, que será mejor.

Jesús sonríe y calla.

Llegan los hijos del pastor. Poco después, Jesús con los suyos y el viejo se ponen en marcha. Dejan a los zagales custodiando las cabras. Caminan raudos porque quieren llegar pronto a Quedes, para dejarla también enseguida, con intención de tomar la vía que del mar va hacia el interior. Debe ser la misma que recorrieron yendo a Alejandrocena, la que se bifurca a los pies del promontorio. A1 menos yo lo entiendo así, por lo que conversan el pastor y los discípulos. Jesús va adelante, solo.

-¿No nos encontraremos con otros problemas? - pregunta Santiago de Alfeo.

-Quedes no depende de aquel centurión. Está fuera de los confines fenicios. A los centuriones basta con no pincharlos, y se desinteresan de religión.

-Y además no nos vamos a detener...

-¿Vais a aguantar más de treinta millas en un día? - pregunta el pastor.

-¡Sí, hombre! ¡Somos peregrinos perpetuos!

Caminan ininterrumpidamente... Llegan a Quedes. La atraviesan sin ningún contratiempo. Toman la vía directa. En el mojón está indicada Akciba. El pastor lo señala diciendo:

-Mañana llegaremos. Esta noche venís conmigo. Conozco labriegos de estos valles, pero muchos están dentro de los confines fenicios... ¡Bueno!, pues pasaremos los confines. Seguro que no nos van a descubrir inmediatamente... ¡Lo que es la vigilancia!... ¡Mejor sería que vigilaran a los bandidos!...

El sol declina, y los valles ciertamente no contribuyen a mantener la luz, menos aún siendo boscosos. Pero el pastor conoce muy bien la zona y va seguro.

Llegan a un pueblecito muy pequeño, verdaderamente un puñado de casas.

-Vamos a ver si nos dan posada. Aquí son israelitas. Estamos justamente en los confines. Si no nos reciben, vamos a otro pueblo, que es fenicio.

-No tengo prejuicios, hombre.

Llaman a una casa.

-¿Tú, Anás? ¿Con amigos? Ven, ven, y que Dios sea contigo - dice una mujer muy anciana.

Entran en una amplia cocina alegrada por una lumbre. Alrededor de la mesa está reunida una numerosa familia de todas las edades, pero que hace sitio amablemente a los que, al improviso, acaban de llegar.

-Éste es Jonás. Ésta es su esposa, y sus hijos y nietos y nueras. Una familia de patriarcas fieles al Señor - dice el pastor Anás a Jesús. Y luego, volviéndose hacia el anciano Jonás: «Y éste que está conmigo es el Rabí de Israel, al que deseabas conocer.

-Bendigo a Dios por ser hospitalario y por tener sitio esta noche. Y, pidiendo bendición, bendigo al Rabí que ha venido a mi casa.

Anás explica que la casa de Jonás es casi una posada para los peregrinos que del mar van hacia el interior.

Se sientan todos en la caliente cocina. Las mujeres sirven a los llegados. El respeto que hay es tal, que incluso paraliza. Pero Jesús resuelve la situación rodeándose, nada más terminar la cena, de los muchos niños presentes, e interesándose por ellos, los cuales en seguida fraternizan. Detrás de ellos, durante el breve espacio de tiempo que separa la cena del descanso, encuentran valor los hombres de la casa y narran lo que han sabido del Mesías, y preguntan cosas nuevas. Jesús, benigno, rectifica, confirma, explica, en serena conversación, hasta que peregrinos y familiares se van a descansar, tras haberlos bendecido Jesús a todos.

331

La fe de la mujer cananea y otras conquistas. Llegada a Akcib.

-¿El Maestro está contigo? - pregunta el viejo campesino Jonás a Judas Tadeo, que entra en la cocina, donde la lumbre ya resplandece para calentar la leche y el lugar, que está un poco frío en estas primeras horas de una bellísima mañana de finales de Enero, creo, o primeros de Febrero; bellísima, pero bastante punzante.

-Habrá salido a orar. Sale frecuentemente al alba, cuando sabe que puede estar solo. Regresará pronto. ¿Por qué lo preguntas?

-Lo he preguntado también a los otros, que se han desperdigado para buscarlo, porque hay una mujer allí, con mi esposa. Es una del pueblo de allende el confín. La verdad no sabría decir cómo ha podido saber que está aquí el Maestro. Pero lo sabe. Y quiere hablar con Él.

-Bien. Hablará con Él. Quizás es la mujer que Él está esperando, con una hijita enferma. La habrá guiado aquí su espíritu.

-No. Está sola. No tiene hijos consigo. Los pueblos están tan cercanos... por eso la conozco... y el valle es de todos. Yo, además, pienso que para servir al Señor no hace falta ser crueles con los vecinos si son fenicios. Estaré equivocado, pero...

-El Maestro también dice siempre que tenemos que ser compasivos con todos.

-Él lo es, ¿no es verdad.

-Lo es.

-Me ha dicho Anás que también esta vez lo han tratado mal. ¡Mal, siempre mal!... En Judea, en Galilea, en todos los lugares. ¿Por qué, me pregunto yo, Israel es tan malo con su Mesías? Me refiero a los principales de Israel. Porque el pueblo lo ama.

-¿Cómo sabes estas cosas?

-Vivo aquí, lejos; pero soy un fiel israelita. ¡Basta ir para las fiestas de precepto al Templo para saber todo lo bueno y todo lo malo! Y el bien se sabe menos que el mal. Porque el bien es humilde y no hace autoalabanza. Deberían proclamarlo los que han sido agraciados. Pero pocos son los agradecidos después de recibir una gracia. El hombre acepta el beneficio y lo olvida... El mal, sin embargo, toca fuerte sus trompetas y hace escuchar sus palabras incluso a quienes no quieren oírlas. ¡Vosotros, sus discípulos, no sabéis cuánto abundan en el Templo las críticas y acusaciones contra el Mesías! Los escribas ya sólo tratan de esto en sus lecciones. Yo creo que se han hecho un libro de lecciones sobre cómo acusar al Maestro, y de hechos que presentan como objetos de acusación verosímiles. Y se necesita una conciencia muy recta, firme y libre, para saber resistir y juzgar con cordura. ¿Él está al corriente de todas estas maniobras?

-De todas. Y también nosotros, más o menos, las conocemos. Pero Él no se intranquiliza. Continúa su obra, y los discípulos o las personas que creen en Él aumentan cada día que pasa.

-Dios quiera que perseveren hasta el final. Pero el hombre es de pensamiento mudable. Y débil... Está viniendo el Maestro hacia la casa, con tres discípulos.

Y el viejo sale afuera, seguido por Judas Tadeo, para venerar a Jesús, que, lleno de majestad, viene hacia la casa.

-La paz sea contigo hoy y siempre, Jonás.

-Gloria y paz contigo, Maestro, siempre.

-Paz a ti, Judas. ¿Andrés y Juan no han vuelto todavía?

-No. Y no los he oído salir. A ninguno. Estaba cansado y dormía profundamente.

-Entra, Maestro. Entrad. El ambiente está fresco esta mañana. En el bosque debía hacer mucho frío. Ahí hay leche caliente para todos.

Están bebiendo la leche, y - excepto Jesús - mojando en ella unos recios trozos de pan, cuando he aquí que llegan Andrés y Juan, junto con Anás, el pastor.

-¡Ah! ¿Estás aquí? Volvíamos para decir que no te habíamos encontrado... - exclama Andrés.

Jesús dirige su saludo de paz a los tres, y añade:

-Pronto. Tomad vuestra parte y pongámonos en marcha. Quiero estar, antes de que anochezca, al menos en las faldas del monte de Akcib. Esta noche empieza el sábado.

-¿Y mis ovejas? - pregunta, perplejo, el pastor.

Jesús sonríe y responde:

-Estarán curadas después de la bendición.

-¡Pero yo estoy a oriente del monte! Tú vas hacia poniente para ir a ver a esa mujer...

-Déjalo en manos de Dios y Él a todo proveerá.

Terminado el desayuno, los apóstoles suben por los talegos de viaje, preparándose para partir.

-Maestro... ¿no vas a escuchar a esa mujer que está allí?

-No tengo tiempo, Jonás. El camino es largo, y además Yo he venido para las ovejas de Israel. Adiós, Jonás. Que Dios te recompense por tu caridad. Mi bendición a ti y a todos tus parientes. Vamos.

El viejo, entonces, se pone a gritar con todas sus fuerzas:

-¡Hijos! ¡Mujeres! ¡El Maestro se marcha! ¡Venid!

Y, como responde a la voz de la clueca que los llama una nidada de pollitos desperdigados por un pajar, de todas las partes de la casa acuden mujeres y hombres, ocupados en sus labores o todavía medio dormidos, y niños semidesnudos con su carita sonriente recién salida del sueño... Se apiñan en torno a Jesús, que está en medio de la era, las madres envuelven en sus amplias faldas a los niños para protegerlos del aire, o los estrechan entre sus brazos hasta que una criada llega con los vestiditos, que enseguida son empleados.

Pero viene también una que no es de la casa. Una pobre mujer que llora. Se la ve abochornada. Camina encorvada, casi arrastrándose. Llegada cerca del grupo en cuyo centro está Jesús, se pone a gritar:

-¡Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David! Mi hija vive malamente atormentada por el demonio, que le hace hacer cosas vergonzosas. Ten piedad, porque sufro mucho y todos se burlan de mí por esto. Como si mi hija tuviera la culpa de hacer lo que hace... Ten piedad, Señor, Tú que lo puedes todo. Alza tu voz y tu mano y ordena al espíritu inmundo que salga de Palma. Sólo tengo a esta criatura, y soy viuda... ¡Oh, no te vayas! ¡Piedad!...

Jesús, efectivamente, una vez que ha terminado de bendecir a cada uno de los componentes de la familia, después de haber amonestado a los adultos por haber hablado de su venida - ellos se disculpan diciendo: « ¡Créenos, Señor, no hemos hablado! » - se marcha, inexplicablemente duro para con la pobre mujer, que se arrastra sobre sus rodillas, tendidos los brazos en actitud de congojosa súplica, mientras dice:

-¡Yo, yo te vi ayer cuando pasabas el torrente, y oí que te llamaban: "Maestro". He venido siguiéndoos, ocultándome entre las matas. Oía lo que iban diciendo éstos. He comprendido quién eres... Y esta mañana, todavía de noche, he venido a ponerme aquí a la puerta como un perrito; hasta que se ha levantado Sara y me ha invitado a entrar. ¡Señor, piedad! ¡Piedad de una madre y de una niña!

Pero Jesús camina ligero, sordo a toda apelación.

Los de la casa dicen a la mujer:

-¡Resígnate! No te quiere escuchar. Ya ha dicho que ha venido para los de Israel...

Pero ella se pone en pie desesperada, y al mismo tiempo llena de fe, y responde:

-No. Suplicaré tanto, que me escuchará.

Y se echa a seguir al Maestro suplicando a gritos sin parar. Sus súplicas hacen que salgan a las puertas de las casas del pueblo todos los que están despiertos, los cuales, como los de la casa de Jonás, se ponen a seguir a la mujer para ver en qué termina la cosa.

Los apóstoles, por su parte, se miran recíprocamente con estupor, y susurran:

-¿Pero por qué hace esto? ¡No lo ha hecho nunca! ...

Y Juan dice:

-En Alejandrocena ha curado incluso a aquellos dos.

-Pero eran prosélitos - responde Judas Tadeo. ¿Y esta a la que va a curar ahora?

-También es prosélito - dice el pastor Anás.

-¿Y cuántas veces ha curado también a gentiles o a paganos? ¿Y la niña romana, entonces?... - dice desconsolado Andrés, que no logra tranquilizarse ante la dureza de Jesús hacia la mujer cananea.

-Yo os digo lo que pasa - exclama Santiago de Zebedeo - Lo que pasa es que el Maestro está indignado. Su paciencia se acaba ante tantos asaltos de maldad humana. ¿No veis cómo ha cambiado? ¡Tiene razón! De ahora en adelante se dedicará sólo a los que conoce convenientemente. ¡Y hace bien!

-Sí. Pero, mientras tanto, ésta viene aquí detrás de nosotros gritando, y la sigue una buena cola de gente. Si quiere pasar inadvertido, ha encontrado la manera de llamar la atención hasta de los árboles... - se queja Mateo.

-Vamos a decirle que la despidan... ¡Fijaos aquí qué lindo cortejo tenemos a nuestras espaldas! ¡Si llegamos así a la vía consular, estamos frescos! Y ésta, si no le dice que se marche, no nos deja... - dice, molesto, Judas Tadeo, el cual, además, se vuelve y conmina a la mujer:

-¡Calla y vete!

Y lo mismo hace Santiago de Alfeo, solidario con su hermano. Pero ella no se impresiona por las amenazas y órdenes y sigue suplicando.

-Vamos a decirle al Maestro que la eche Él, dado que no quiere concederle lo que pide. ¡Así no se puede seguir! - dice Mateo, mientras Andrés susurra: «¡Pobrecilla!», y Juan repite sin tregua: «No comprendo... no comprendo...». Juan está confundido por el modo de actuar de Jesús.

Mas ya, acelerando el paso, han alcanzado al Maestro, que camina raudo como un perseguido.

-¡Maestro! ¡Dile a esa mujer que se vaya! ¡Es un escándalo! ¡Viene gritando detrás de nosotros! ¡Nos señala ante todos! El camino se va poblando cada vez más de gente... y muchos se ponen detrás de ella. Dile que se marche.

-Decídselo vosotros. Yo ya le he respondido.

-No nos escucha. ¡Díselo Tú, hombre! Y además severamente.

Jesús se detiene y se vuelve. La mujer interpreta ello como signo de gracia; acelera el paso y alza el tono, ya agudo, de la voz; su rostro palidece por la aumentada esperanza.

-Calla, mujer. Vuelve a casa. Ya lo he dicho: "He venido para las ovejas de Israel". Para curar a las enfermas y buscar a las perdidas. Tú no eres de Israel.

Pero la mujer ya está a sus pies y se los besa, adorándolo, sujetándolo fuerte por los tobillos como si fuera una náufraga que hubiera encontrado un escollo de salvación, y gime: -¡Señor, ayúdame! Tú lo puedes, Señor. Dale una orden al demonio, Tú que eres santo... Señor, Señor, Tú eres el amo de todo: de la gracia y del mundo. Todo está sometido a ti, Señor. Yo lo sé. Lo creo. Toma, pues, tu poder y úsalo para mi hija.

-No está bien tomar el pan de los hijos de la casa y arrojarlo a los perros de la calle.

-Yo creo en ti. Creyendo, he pasado de ser perro de la calle a ser perro de la casa. Ya te he dicho que he venido antes del alba a acurrucarme a la puerta de la casa donde estabas, y, si hubieras salido, habrías tropezado en mí. Pero has salido por el otro lado y no me has visto. No has visto a este pobre perro lacerado, hambriento de tu gracia, que esperaba entrar, arrastrándose, adonde Tú estabas, para besarte los pies así, pidiéndote que no la arrojaras de tu presencia...

-No está bien echar el pan de los hijos a los perros - repite Jesús.

-Pero los perros entran en la habitación donde come el amo con sus hijos, y comen lo que cae de la mesa, o los desperdicios que les dan los de la familia, lo que ya no sirve. No te pido que me trates como a una hija, no te pido que me invites a sentarme a tu mesa; te pido al menos las migas...

Jesús sonrío. ¡Cómo se transfigura su rostro con esta sonrisa de gozo!...

La gente, los apóstoles, la mujer, lo miran admirados... sintiendo que está para suceder algo.

Y Jesús dice:

-¡Oh, mujer! ¡Grande es tu fe! Con tu fe consuelas mi espíritu. Ve, pues, y te suceda como quieres. Desde este momento, el demonio ha salido de tu hijita. Ve en paz. Y, de la misma forma que, como perro extraviado, has sabido querer ser perro de casa, sabe ser hija en el futuro, sentada a la mesa del Padre. Adiós.

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!... Quisiera echarme a correr, para ver a mi Palma amada... ¡Quisiera estar contigo, seguirte! ¡Bendito! ¡Santo!

-Ve, ve, mujer. Ve en paz.

Y Jesús reanuda su camino, mientras la cananea, más ligera que una niña, regresa corriendo por el mismo camino que había venido; tras ella la gente, curiosa de ver el milagro...

-¿Pero, por qué, Maestro, la has hecho suplicar tanto, si luego la ibas a escuchar? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Por causa tuya y de todos vosotros. Esta no es una derrota, Santiago. Aquí no me han expulsado, no se han burlado de mí, no me han maldecido... Sirva ello para levantar vuestro espíritu abatido. Yo ya he recibido mi dulcísimo alimento. Y bendigo a Dios por ello. Y ahora vamos a ver a esta otra que sabe creer y esperar con fe segura.

-¿Y mis ovejas, Señor? Dentro de poco tendría que tomar un camino distinto del tuyo para ir a mi pastura... - Pregunta de nuevo el pastor Anás.

Jesús sonrío, pero no responde.

Es bonito andar, ahora que el sol calienta el aire y hace brillar como esmeraldas las hojitas nuevas de los bosques y la hierba de los prados, transformando en engastes los cálices de las flores para las gotas de rocío que brillan en los aros radiados multicolores de las florecillas del campo. Jesús camina, sonriente. Los apóstoles, en seguida animados de nuevo, lo siguen sonrientes...

Llegan a la desviación. El pastor Anás, afligido, dice:

-Y aquí tendría que dejarte... ¿Entonces no vienes a curar a mis ovejas? Yo también tengo fe, y soy prosélito... ¿Me prometes, al menos, que vendrás después del sábado?

-¡Anás! ¿Pero no has comprendido todavía que tus ovejas están curadas desde que alcé mi mano hacia Lesemdán? Ve, pues, tú también a ver el milagro y a bendecir al Señor.

Creo que la mujer de Lot, después de su petrificación en sal, no sería distinta del pastor, que se ha quedado en la posición en que estaba, un poco encorvado e inclinado, con la cabeza vuelta hacia arriba para mirar a Jesús, un brazo semiextendido a media altura... Parece una estatua. Podría tener debajo el cartel: "El suplicador". Mas luego vuelve en sí, se postra y dice:

-¡Bendito! ¡Bueno! ¡Santo!... Pero te había prometido mucho dinero y aquí solamente tengo algunas dracmas... Ven, ven a visitarme después del sábado...

-Iré. No por el dinero, sino para bendecirte una vez más por tu fe sencilla. Adiós, Anás. La paz sea contigo.

Y se separan...

-Y tampoco ésta es una derrota, amigos. Aquí tampoco se han burlado de mí, ni me han expulsado o maldecido...
"¡Venga, raudos! Hay una madre esperándonos desde hace días...

Y la marcha prosigue, con un breve alto en el camino para comer pan y queso y beber en un manantial...

El sol está en mediodía cuando se ve aparecer la bifurcación del camino.

Allá en el fondo empieza la escalera de Tiro - dice Mateo. Y se alegra al pensar que la mayor parte del trayecto está ya recorrido. Apoyada en el mojón romano hay una mujer. A sus pies, en un traspuntín, hay una pequeñuela de unos siete u ocho años. La mujer mira en todas las direcciones: hacia la escalera excavada en el monte rocoso, hacia la vía de Tolemaida, hacia el camino recorrido por Jesús. Y, de vez en cuando, se inclina para acariciar a su niña, para proteger su cabeza del sol con un paño, o cubrirle los pies y las manos con un chal.

-¡Ahí está la mujer! Pero, ¿dónde habrá dormido estos días? - pregunta Andrés.

-Quizás en aquella casa de cerca de la bifurcación. No hay otras casas cercanas responde Mateo.

-O al raso dice Santiago de Alfeo.

-No, por la niña - responde su hermano.

-¡Con tal de obtener la gracia!... - dice Juan.

Jesús no habla. Pero sonríe. Todos en fila (El en el centro, tres de esta parte, tres de la otra), ocupan toda la vía, en esta hora de pausa de viandantes, que se han parado a comer en los respectivos lugares en que los ha sorprendido el mediodía. Jesús sonríe, alto, hermoso, en el centro de la fila. Su rostro está tan radiante que parece como si toda la luz del sol se hubiera concentrado en él. Parece emanar rayos.

La mujer levanta los ojos... Ya están a unos cincuenta metros de distancia. Quizás ha llamado su atención, distraída al oír llorar a su hija, la mirada de Jesús fija en ella. Mira... Se lleva las manos al corazón con un gesto involuntario de ansia, de sobresalto.

Jesús aumenta su sonrisa. Y esa fúlgida sonrisa, inefable, debe decirle tantas cosas a la mujer, que, ya sin ansia, sonriente, como si va fuera feliz, se agacha a coger a su niña y, sosteniéndola en su jergoncillo, con los brazos extendidos, como si se la estuviera ofreciendo a Dios, da unos pasos hacia Jesús. En llegando a los pies de Él, se arrodilla levantando lo más que puede a la niña, que está en posición echada y que mira, extática, el hermosísimo rostro de Jesús.

La mujer no dice ni una palabra. ¿Qué podría decir que fuera más profundo que lo que dice con toda su figura?...

Jesús dice solamente una palabra, corta pero poderosa, letificante como el "Fiat" de Dios en la creación del mundo:

-Sí». Y apoya la mano sobre el pequeño pecho de la niña echada.

Entonces la niña, emitiendo un grito de calandria liberada de la jaula, exclama:

-¡Mamá! - se sienta de golpe, pasa a poner pie en tierra, abraza a su madre, la cual - ella sí -, exhausta, vacila y está a punto de caerse boca arriba, desmayada por el cansancio, por la cesación del ansia, por la alegría que sobrecarga las ya debilitadas fuerzas del corazón por tanto dolor pasado.

Jesús está atento a sujetarla: una ayuda más eficaz que la de la niñita, que, recargando con su peso los miembros maternos, no es, ciertamente, el más indicado factor para sujetar a su madre sobre las rodillas. Jesús la ayuda a sentarse y le transfunde fuerzas... Y la mira, mientras mudas lágrimas descienden por la cara, cansada y dichosa al mismo tiempo, de la mujer.

Luego es el momento de las palabras:

-¡Gracias, mi Señor! ¡Gracias y bendiciones! Mi esperanza ha sido coronada... Te he esperado mucho... Pera ahora soy feliz...

La mujer, superado su semidesmayo, se arrodilla de nuevo, adorando, teniendo delante de sí a la niñita curada y que ahora recibe las caricias de Jesús. Y explica:

-Hacía dos años que un hueso de la columna se le consumía, la paralizaba y la llevaba a la muerte lentamente y con grandes dolores. La habíamos llevado a que la vieran médicos de Antioquía, Tiro, Sidón, y también de Cesárea y Panéade. Hemos gastado tanto en médicos y medicinas, que hemos vendido la casa que poseíamos en la ciudad para retirarnos a la de campo. Habíamos despedido a los sirvientes de la casa y nos habíamos quedado sólo con los de los campos. Habíamos puesto en venta los productos que antes consumíamos nosotros... ¡Nada aprovechaba! Te vi. Tenía noticia de lo que hacías en otros lugares. He esperado la gracia también para mí... ¡Y la he obtenido! Ahora vuelvo a casa, aligerada, dichosa... Le daré una alegría a mi esposo... a mi Santiago, que me puso en el corazón la esperanza, narrándome lo que por tu poder sucede en Galilea y Judea. ¡Si no hubiéramos tenido miedo de no encontrarte, habríamos venido con la niña! ¡Pero Tú estás siempre en camino!...

-Caminando he venido a verte... Pero, ¿dónde has pasado estos días?

-En aquella casa... Bueno, por la noche, se quedaba sólo la niña. Hay allí una buena mujer, que me la cuidaba. Yo he estado siempre aquí, por miedo a que pasaras de noche.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza:

-Eres una buena madre. Dios te ama por ello. ¿Ves cómo te ha ayudado en todo?

-¡Oh, sí, lo he sentido precisamente mientras venía. Había venido de casa a la ciudad con la confianza de encontrarte; por tanto, con poco dinero, y sola. Luego, siguiendo el consejo de aquel hombre, seguí por este lugar. Mandé un aviso a casa y vine... y no me ha faltado nunca nada, ni pan, ni refugio, ni fuerza.

-¿Siempre con ese peso en los brazos? ¿No podías servirte de un carro?... - pregunta enternecido Santiago de Alfeo.

-No. Ella habría sufrido demasiado: hasta morir incluso. En los brazos de su mamá ha venido mi Juana a la Gracia.

Jesús acaricia en el pelo a las dos:

-Ahora podéis marcharos. Sed siempre fieles al Señor. El Señor esté con vosotras y con vosotras mi paz.

Jesús reanuda su camino por la vía que conduce a Tolemaida.

-Esta tampoco es una derrota, amigos. Tampoco aquí me han expulsado, ni se han burlado de mí, ni me han maldecido.

Siguiendo la vía directa, pronto se llega al taller del herrador que está al lado del puente. El herrador romano está descansando al sol, sentado contra el muro de la casa. Reconoce a Jesús y lo saluda.

Jesús devuelve el saludo y añade:

-¿Me dejas estar aquí, para descansar un poco y comer un poco de pan?

-Sí, Maestro. Mi mujer quería verte... porque le he referido la parte de tu discurso que ella no había oído la otra vez. Ester es hebrea. Pero, siendo romano, no me atrevía a decírtelo. Te la habría mandado...

-Llámalas, entonces.

Y Jesús se sienta en el banco que hay contra la pared, mientras Santiago de Zebedeo distribuye pan y queso... Sale una mujer de unos cuarenta años, turbada, roja de vergüenza.

-Paz a ti, Ester. ¿Tenías deseos de conocerme? ¿Por qué?

-Por lo que dijiste... Los rabíes nos desprecian a nosotras, casadas con un romano... Pero he llevado a todos mis hijos al Templo, y los varones están todos circuncidados. Se lo dije antes a Tito, cuando me quiso como esposa... Y él es bueno... Siempre me ha dejado libertad de acción con los hijos. Costumbres, ritos, ¡aquí todo es hebreo!... Pero los rabíes, los arquisinagogos, nos maldicen. Tú no... Tú tienes palabras de piedad para nosotras... ¡No sabes cuánto significa eso para nosotras! Es como sentirnos abrazadas por el padre y la madre que nos han repudiado y maldecido, o que se muestran severos con nosotras... Es como volver a poner pie en la casa que hemos dejado y no sentirse extranjeras en ella... Tito es bueno. Durante nuestras Fiestas cierra el taller, con gran pérdida de dinero, y me acompaña con nuestros hijos al Templo. Porque dice que sin religión no se puede estar. Él dice que su religión es la de la familia y el trabajo, como antes era la del deber de soldado... Pero yo... Señor... quería hablar contigo por una cosa... Tú dijiste que los seguidores del verdadero Dios deben separar un poco de su levadura santa y meterla en la buena harina para hacerla fermentar santamente. Yo lo he hecho con mi esposo. He tratado, en estos veinte años que llevamos juntos, de trabajar su alma, que es buena, con la levadura de Israel. Pero no se decide nunca... es ya mayor... Querría tenerlo conmigo en la otra vida... Unidos por la fe como lo estamos por el amor... No te pido riquezas, bienestar, salud. Lo que tenemos es suficiente, y bendito sea Dios por ello. Pero sí que querría esto... ¡Pide por mi esposo! Que sea del verdadero Dios...

-Lo será. Puedes estar segura. Pides una cosa santa y te será dada. Has comprendido los deberes de la esposa hacia Dios y hacia su esposo. ¡Si así fueran todas las esposas! En verdad te digo que muchas deberían imitarte. Sigue así y recibirás la alegría de tener a tu Tito a tu lado, en la oración y en el Cielo. Muéstrame a tus hijos.

La mujer llama a la numerosa prole: «Jacob, Judas, Leví, María, Juan, Ana, Elisa, Marco». Y luego entra en la casa y vuelve a salir con una que apenas si sabe andar todavía y con uno de tres meses como mucho:

-Y éste es Isaac, y esta pequeñita es Judit - dice terminando la presentación.

-¡Abundancia! - dice riendo Santiago de Zebedeo.

Y Judas exclama:

-¡Seis varones! ¡Y todos circuncisos! ¡Y con nombres puros! ¡Sí señora, muy bien!

La mujer está contenta, y hace elogios de Jacob, Judas y Leví, los cuales ayudan a su padre «todos los días menos el sábado, el día en que Tito trabaja solo, poniendo las herraduras ya hechas» dice. Elogia también a María y a Ana, «ayuda de su mamá». Pero no deja de elogiar también a los cuatro más pequeños «buenos y sin caprichos. Tito, que ha sido un soldado disciplinado, me ayuda a educarlos» dice mientras mira con mirada afectuosa al hombre, el cual, apoyado en la jamba, con una mano en la cadera, ha escuchado todo lo que ha dicho su mujer, con una franca sonrisa en su rostro claro, y que ahora, al oír la memoria de sus méritos de soldado, rebosa complacencia.

-Muy bien. La disciplina de las armas no repugna a Dios, cuando se cumple con humanidad el propio deber de soldado. Todo consiste en ser siempre moralmente honestos, en todos los trabajos, para ser siempre virtuosos. Tu pasada disciplina, que ahora transfundes en tus hijos, te debe preparar para incorporarte a un más alto servicio: el de Dios. Ahora vamos a despedirnos. Tengo el tiempo justo para llegar a Akcib antes de que se cumpla el ocaso. Paz a ti, Ester, y a tu casa. Sed, dentro de poco, todos del Señor».

La madre y los hijos se arrodillan, mientras Jesús alza la mano bendiciendo. El hombre, como si de nuevo fuera el soldado de Roma ante su emperador, se cuadra, saludando a la romana.

Y se ponen en marcha... Después de unos metros, Jesús pone la mano en el hombro de Santiago:

-Una vez más aún, la cuarta de hoy, te hago la observación de que ésta no es una derrota, ni es ser expulsado, satirizado o maldecido. ¿Qué dices ahora?

-Que soy un necio, Señor - dice impetuosamente Santiago de Zebedeo.

-No. Tú, como todos vosotros, sois todavía demasiado humanos. Todas vuestras opciones son las propias de quien está más sujeto a humanidad que a espíritu. El espíritu, cuando es soberano, no se altera ante cualquier soplo del viento, que no siempre puede ser brisa perfumada... Podrá sufrir, pero no se altera. Yo oro siempre porque alcancéis esta soberanía del espíritu. Pero vosotros me tenéis que ayudar con vuestro esfuerzo... ¡Bueno, este viaje ha terminado! En él he sembrado lo necesario para prepararos el trabajo, para cuando seáis vosotros los evangelizadores. Ahora podemos iniciar el reposo sabático con la conciencia de haber cumplido nuestro deber. Y esperaremos a los otros... Luego proseguiremos... todavía... siempre... hasta que todo quede cumplido...

La sufrida separación de Bartolomé, que con Felipe vuelve a unirse al Maestro.

Jesús está reunido con los seis en una habitación donde hay yacijas muy míseras, arrimadas unas a otras. El espacio que queda libre apenas si consiente andar de un lado a otro de la estancia. Comen su más que humilde comida sentados encima de los lechos, porque no hay ni mesa ni asientos. Pasa un rato y Juan va a sentarse en el alféizar de la ventana, en busca de sol. Por eso él es el primero que ve a los esperados Pedro, Simón, Felipe y Bartolomé, que vienen en dirección a la casa. Les da una voz y sale corriendo, seguido por todos. Se queda sólo Jesús, el cual los únicos movimientos que hace son ponerse en pie y volverse hacia la puerta para mirar...

Entran los Llegados. Es fácil imaginar la exuberancia de Pedro; también, la reverencia profunda de Simón Zelote. Lo que causa sorpresa es la actitud de Felipe, y especialmente la de Bartolomé. Entran, yo diría que casi con temor, con congoja, y, a pesar de que Jesús les abra los brazos para intercambiar con ellos el ósculo de paz que ya ha dado a Pedro y a Simón, ellos caen de rodillas y se curvan hasta tocar casi con la frente en el suelo, y besan los pies de Jesús. Permanecen así... Y los suspiros ahogados de Bartolomé denuncian que llora silenciosamente sobre los pies de Jesús.

-¿Por qué esta congoja, Bartolomái? ¿No vienes a los brazos de: Maestro? ¿Y tú, Felipe, por qué tan temeroso? Si no supiera que sois dos hombres honestos, en cuyo corazón no puede anidar la malicia, tendría que sospechar que sois culpables de algo. Pero no es así. ¡Ánimo, pues! Hace mucho que deseo vuestro beso y ver la límpida mirada de vuestros ojos fieles...

-También nosotros, Señor... - dice Bartolomé, levantando su cara, en que brillan las lágrimas - Tú has sido nuestro único deseo. Nos preguntábamos en qué podíamos haberte desagradado para merecer tanta separación. Nos parecía una cosa injustificada... Pero ahora sabemos... ¡Oh, perdón, Señor! Te pedimos perdón. Sobre todo yo, porque Felipe ha estado separado de ti por mí. A él ya le he pedido perdón. Yo, yo sólo culpable, yo, el viejo israelita reticente a renovarse, yo, que te he causado dolor...

Jesús se inclina y lo alza con la fuerza, como alza también a Felipe, y, juntos, los aprieta entre sus brazos, mientras dice:

-¿Pero de qué te acusas? No has hecho nada malo. ¡Ningún mal! Y Felipe tampoco. Sois mis amados apóstoles, y hoy me siento verdaderamente feliz de teneros conmigo, de nuevo juntos, para siempre...

-No, no... Durante mucho tiempo hemos ignorado el motivo por el que, justamente, has desconfiado de nosotros hasta el punto de excluirnos de tu familia apostólica. Pero ahora lo sabemos... y te pedimos perdón, perdón, perdón; yo especialmente. Jesús, Maestro mío...Y Bartolomé lo mira con congoja, con amor, con compasión. Siendo anciano como es, parece un padre mirando a su hijo afligido, examinando su rostro, más afilado a causa de una pena que no había intuido, y en el cual antes no había notado el enflaquecimiento, el envejecimiento... Entonces, nuevas lágrimas gotean en las mejillas de Bartolomé. Y exclama: -¿Pero qué te han hecho? ¿Qué nos han hecho, para hacernos sufrir a todos de este modo? Parece como si un espíritu malo hubiera entrado entre nosotros, para turbarnos, para volvernos tristes, débiles, apáticos, necios... Necios hasta el punto de no comprender que Tú sufrías... Es más, hasta el punto de aumentarte el sufrimiento con nuestras mezquindades, cerrazones, respetos humanos, y con nuestras vejeces, las de nuestro hombre viejo... Sí, el hombre viejo ha triunfado en nosotros, siempre, y tu vitalidad perfecta no nos ha podido renovar nunca. ¡Esto, esto es lo que no me deja tranquilo! No he sabido renovarme, comprenderte, seguirte, con todo mi amor... Te he seguido sólo materialmente... Pero Tú... Tú querías que te siguiéramos espiritualmente... y te comprendiéramos en tu perfección... para ser capaces de perpetuarte... ¡Oh! ¡Maestro mío! ¡Maestro mío, que un día te marcharás, después de tantas luchas, insidias, desazones, después de tantos dolores, y con el dolor de vernos todavía inmaduros!...

Y Bartolomé reclina su cabeza en el hombro de Jesús y llora, lleno de desolación, compungido por la conciencia de haber sido un discípulo obtuso.

-No te achiques, Natanael. Ves todo esto como una enormidad que te sorprende. Pero tu Jesús sabía que sois hombres... y no pretende nada por encima de cuanto podáis dar. ¡Ah, me daréis todo, absolutamente todo! Mas ahora tenéis que crecer, formaros... Es una obra lenta. Pero sé esperar. Y gozo con vuestro crecimiento. Porque es un crecimiento continuo en mi Vida. Incluso tu llanto, y la concordia de los que estaban conmigo, y la piedad que ha sustituido a las intransigencias que constituían vuestra naturaleza, a egoísmos, a avaricias espirituales; incluso vuestra seriedad actual: todo es fase de crecimiento en mí. Animo, pues. Queda en paz, porque Yo sé. Todo. Conozco tu honestidad, tu buena fe, tu generosidad, tu sincero amor. ¿Dudar Yo de mi sabio Bartolomái y de Felipe, tan equilibrado y fiel? Sería hacer un agravio a mi Padre, que me ha concedido el contaros entre los más amados. Pero ahora... ¡venga, vamos a sentarnos aquí!, y que quien ya haya descansado se ocupe de los hermanos cansados y hambrientos, ofreciéndoles comida y descanso. Entretanto contad a vuestro Maestro y a los hermanos lo que ellos ignoran.

Y se sienta en su yacija, teniendo consigo, a ambos lados, a Felipe y a Natanael; Pedro y Simón se sientan en la yacija que hay frente a Jesús: unas rodillas contra otras.

-Habla tú, Felipe. Yo ya he hablado. Y tú has sido más justo que yo en este tiempo...

-¡Oh! ¡Bartolomé! ¡Justo! Sólo había entendido que el hecho de no haber querido que estuviéramos a su lado no era ni animosidad ni cambio voluble del Maestro respecto a nosotros... Intentaba tranquilizarte así... tratando de impedirte que pensaras en cosas que te habrían dado dolor por haberlas pensado, y remordimiento. Yo tenía sólo un remordimiento: haberte retenido la desobediencia al Maestro cuando querías seguir a Simón de Jonás, que iba por Margziam a Nazaret... Después... te veía sufrir tanto en el cuerpo y en el alma, que decía: "¡Mejor hubiera sido dejarle hacer lo que quería! El Maestro le habría perdonado su desobediencia, y Bartolomé no se seguiría envenenando el alma con estas ideas"... Pero tú mismo puedes ver

que, si hubieras partido, no habrías tenido nunca la clave del misterio... y quizás tu sospecha sobre la volubilidad del Maestro no habría desaparecido ya nunca. Sin embargo, así...

-Sí. Sin embargo, así he entendido. Maestro, Simón de Jonás y Simón Zelote - los asalté con mis preguntas para saber muchas cosas o para que me confirmaran muchas otras que ya sabía - me dijeron solamente: "El Maestro ha sufrido mucho; tanto, que ha adelgazado y se ha envejecido. Y todo Israel, nosotros los primeros, tenemos la culpa. Él nos ama y perdona. Pero desea no hablar del pasado. Por tanto os aconsejamos que ni preguntéis ni habléis...". Pero yo quiero hablar. Preguntar, no preguntaré. Pero debo hablar. Para que Tú sepas. Porque ninguna cosa presente en el alma de tu apóstol te debe quedar celada. Un día - ya llevaban varios fuera Simón y los otros - vino a verme Micael de Caná. Un poco pariente, muy amigo, compañero de estudios ya desde la infancia... El, estoy seguro, venía con buena fe. Por afecto hacia mí. Pero quien le enviaba no tenía buena fe. Quería saber por qué yo me había quedado en casa... mientras que los otros se habían marchado. Y me dijo: "¡Entonces es verdad! Te has separado porque eres un buen israelita y no puedes aprobar ciertas cosas. Y de buena gana te dejan separado los otros, empezando por Jesús de Nazaret, porque están seguros de que no los ayudarías ni siquiera con la complicidad del silencio. ¡Haces bien! Reconozco en ti al hombre de tiempos pasados. Creía que te habías corrompido, que habías renegado de Israel. Haces bien, por tu espíritu y por tu bienestar y el de los tuyos. Porque lo que está sucediendo no será perdonado por el Sanedrín, y serán perseguidos los que hayan participado en ello". Yo le dije: "¿Pero de qué estás hablando? Ya te he dicho que recibí la orden de quedarme en casa por la estación que era. Eso por una parte, y también por si venían peregrinos, para encaminarlos hacia Nazaret, o decirles que esperasen al Maestro para el final de Sabat en Cafarnaúm. ¿Y tú me hablas de separaciones, complicidades, persecuciones! ¡Explícate!...". ¿No es verdad que le dije eso, Felipe?

Felipe asiente con un gesto.

-Entonces - prosigue Bartolomé - Micael me dijo que se sabía que Tú te mostrabas rebelde al consejo y a la orden de los miembros del Sanedrín, porque seguías teniendo contigo a Juan de Endor y a una griega... Señor, te causo dolor, ¿verdad? Pero... tengo que hablar. Te pregunto: ¿Es verdad que estaban en Nazaret?

-Sí. Es verdad.

-¿Es verdad que partieron contigo?

-Sí. Es verdad.

-¡Felipe, Micael tenía razón! ¿Pero cómo podía saberlo?

-¡Pero hombre, si son las serpientes que me pararon a mí, y a Simón, y quién sabe a cuántos más! Son las víboras de siempre - dice Pedro, vehemente.

Jesús, sin embargo, sereno pregunta:

-¿No te dijo nada más? Sé totalmente sincero con tu Maestro.

-Nada más. Quería saber por boca mía... Pero yo le mentí a Micael. Dije: "Hasta Pascua estoy en mi casa". Por miedo a que me siguiera, por miedo a que... no sé... Por miedo a perjudicarte... Y entonces comprendí también por qué me habías dejado... Habías sentido que yo era todavía demasiado Israel...

Bartolomé llora de nuevo...

...Y dudaste de mí...

-No. ¡Eso no! En absoluto. En ese momento no se necesitaba tu presencia junto a tus compañeros; sin embargo, eras necesario, como puedes ver, en Betsaida. A cada uno su misión. A cada edad sus fatigas...

-¡No, no! No me vuelvas a separar por ninguna fatiga, Señor. No tengas en cuenta nada... Tú eres bueno. Pero yo quiero estar contigo. Es un castigo estar lejos de ti... Y yo, necio, incapaz de todo, hubiera podido al menos consolarte, si no podía hacer otra cosa. He comprendido... Has enviado a éstos con los dos... No me lo digas. No quiero saberlo. Pero siento que es así y lo digo. Pues entonces, habría podido, y debido, estar contigo. Pero Tú no me has tomado contigo como castigo por ser tan reacio a hacerme "nuevo". Pero, te juro, Maestro, que lo que he sufrido me ha renovado, y que jamás volverás a ver al viejo Natanael.

-Como puedes ver, el sufrimiento ha terminado para todos en alegría. Ahora nos pondremos en marcha, al encuentro de Tomás y Judas. Sin esperar a que vayan al lugar establecido. Luego, con ellos, seguiremos caminando... ¡Hay mucho que hacer!... Mañana nos pondremos en camino. Pronto.

-Y harás bien. Porque el tiempo se pone nórdico. Una desgracia para los cultivos... - dice Felipe.

-¡Pues sí! Las últimas granizadas han quemado en franjas los campos. ¡Si lo hubieras visto, Señor! Parece como si hubiera pasado el fuego por ciertos lugares. Y lo curioso es que son así verdaderamente: devastaciones en franjas - dice Pedro.

-En vuestra ausencia, ha granizado mucho. Un día, a mitad de la luna de Tébet, parecía un flagelo. Me dicen que en la llanura algunos tienen que volver a sembrar. Hacía más calor antes. Pero, desde entonces, se busca el sol con placer. Se vuelve para atrás... ¡Qué signos más extraños! ¿Qué serán? - pregunta Felipe.

-Sólo efectos de lunaciones. No le des importancia. No son éstas las cosas que deben causar impresión. Además, nosotros iremos hacia la llanura, y la marcha será bonita. Frío, pero no mucho; en cambio, tiempo seco. Entretanto, venid. En la terraza hay buen sol. Estaremos ahí arriba descansando todos juntos...

Y ahora que hemos complacido también al pastor, ¿qué hacemos? - pregunta Pedro, que está solo con Jesús, mientras que los otros van en grupo unos metros más atrás.

-Volvemos a la vía de la costa, y vamos hacia Sicaminón.

-¿Sí? Creía que íbamos a Cafarnaúm...

-No es necesario, Simón de Jonás. No es necesario. Has tenido noticias de tu mujer y del niño, y, por lo que se refiere a Judas,... será más sencillo ir a su encuentro.

-Pues precisamente, Señor. ¿No toma el camino del interior, del río y del lago? Es el más corto y resguardado...

-Pero él no lo tomará. Recuerda que debe prestar atención a los discípulos, y están muy desperdigados en el lado occidental en esta época del año, de nuevo tan fría además.

-Bueno, bien. Si Tú lo dices... Por lo que a mí respecta, me conformo con estar contigo y verte menos triste. Y... no tengo ninguna prisa de encontrar a Judas de Simón. ¡Ojalá no lo encontráramos!... ¡Hemos estado tan bien entre nosotros!...

-¡Simón! ¡Simón! ¿Es ésta tu caridad fraterna?

-Señor... ésta es mi verdad - dice Pedro con franqueza. Y lo dice con tal ímpetu y tal expresión, que Jesús se tiene que esforzar en no reírse. Pero, ¿cómo se puede amonestar severamente a un hombre tan franco y fiel?

Jesús prefiere guardar silencio, mostrando un excesivo interés por las cuestas que hay a su izquierda; a la derecha, sin embargo, la llanura se abre, cada vez más plana. Detrás de ellos, en grupo, van hablando los otros nueve; Juan parece un "buen pastor" para un cordero que lleva sobre los hombros, quizás un regalo del manadero Anás.

Pasa un rato, y Pedro vuelve a preguntar:

-¿Y no vamos a Nazaret?

-Iremos, sí. A mi Madre le agrada tener noticias del viaje de Juan y Síntica.

-¡Y verte!

-Y verme.

-¿A1 menos a Ella la habrán dejado en paz?

-Ya lo sabremos.

-Pero, ¿y por qué son tan sañosos? También en Judea hay muchos como Juan (de Endor), y no obstante... Es más, se protegen y se ocultan por fastidiar a Roma...

-Convéncete de que no lo hacen por Juan, sino porque él es un elemento de acusación contra mí.

-¡No le encontrarán nunca! Has hecho bien todo... Mandarnos solos... por mar... primero en una barca una serie de millas, luego, más allá de los confines, en una nave... ¡Oh, todo bien! Espero verdaderamente que se lleven una desilusión.

-Se la llevarán.

-Tengo curiosidad por ver a Judas de Keriot, para astrologar en él un poco, como en un cielo lleno de vientos y signos, y ver si...

-¡Pero bueno, hombre!...

-Tienes razón. Es un clavo aquí dentro - y se golpea en la frente.

Jesús, para distraerlo, llama a todos los demás y les hace notar la extraña destrucción producida por el granizo y el frío, llegado éste cuando era presumible considerarlo ya superado por ese año... Quién dice una cosa, quién otra: todos queriendo ver en ello un signo de castigo divino a la proterva Palestina que no acoge al Señor. Los más doctos citan hechos semejantes, conocidos por las narraciones antiguas; los más jóvenes y menos cultos escuchan admirados y atentos.

Jesús meneaba la cabeza.

-Es efecto lunar y de vientos lejanos. Ya os lo he dicho. En los países septentrionales se ha producido un fenómeno y sufren sus consecuencias regiones enteras.

-Pero, ¿por qué, entonces, algunos campos están bien?

-Así se comporta el granizo.

-¿Pero no podría ser un castigo para los más malos?

-Podría ser. Pero no lo es. ¡Ay si lo fuera!...

-Quedaría yerma y desolada casi toda nuestra Patria, ¿no es verdad, Señor? - dice Andrés.

-Pero en las profecías está escrito, a través de símbolos, qué daño va a recibir quien no acoja al Mesías. ¿Es que pueden mentir los Profetas?

-No, Bartolomé. Lo que está escrito sucederá. Pero el Altísimo es tan bueno, infinitamente bueno, que necesita mucho más de lo que ahora está sucediendo para castigar. Sed buenos también vosotros, sin desear siempre castigos para los duros de corazón y de intelecto. Desead para ellos conversión, no castigo. Juan, pasa el cordero a un compañero, y ven a mirar tu mar desde lo alto de aquellas crestas de arena. Voy Yo también.

En efecto, ahora van por un camino muy cercano al mar, separado de éste sólo por una larga faja de dunas onduladas, en las que ondean finas palmas, o vegetan tarayes de desordenadas frondas, lentiscos y otras plantas de las arenas.

Jesús va con Juan. Pero ¡quién deja a Jesús! Ninguno. Y, pronto están todos arriba, bajo el lindo sol que no molesta, frente al mar sereno y riente...

La ciudad de Tolemaida está muy cerca con sus casas blancas.

-¿Vamos a entrar en la ciudad? - pregunta Judas de Alfeo.

-No es necesario. Nos detendremos a comer junto a las primeras casas. Quiero estar esta noche en Sicaminón. Quizás encontramos allí a Isaac.

-Cuánto bien hace, ¿eh? ¿Has oído lo que han dicho Abel, Juan y José?

-Sí. Pero todos los discípulos son muy diligentes. Por esto bendigo día y noche a mi Padre. Todos vosotros... Mis alegrías, mis paces, mis seguridades... - y los mira con tal amor, que a los diez les suben las lágrimas a los ojos...

También Tomas y Judas Iscariote se unen de nuevo al grupo apostólico

El valle del Kisón, a pesar del sol resplandeciente en el cielo sereno, aparece inclemente, peinado por un viento helado que viene salvando los collados septentrionales y destruyendo los tiernos cultivos, que se estremecen de frío y se arrugan quemados, destinados a morir en sus verdes renuevos.

-¿Pero va a durar todavía mucho este frío? - pregunta Mateo, arrebujiándose más todavía en el manto, bajo el cual aparece únicamente un trocito de cara, o sea, los ojos y la nariz.

Con voz ahogada por el manto, que también a él le cubre la boca, le responde Bartolomé:

-Quizás el resto de la luna.

-¡Pues estamos apañados! ¡Bueno, paciencia! Menos mal que en Nazaret estaremos en casa hospitalaria... Mientras tanto, pasará.

-Sí, Mateo. Pero para mí ya ha pasado la cosa, viendo a Jesús menos apesadumbrado. ¿No te parece que está más alegre? - pregunta Andrés.

-Lo está. Pero yo... bueno, quiero decir que me parece imposible que se haya consumido tanto por lo que sabemos. ¿No ha habido realmente ninguna otra cosa nueva, que vosotros sepáis? - pregunta Felipe.

-Nada. Nada, nada. Te digo que en los confines siro-fenicios le dieron mucha alegría espíritus creyentes, e hizo esos milagros que te hemos dicho - asegura Santiago de Alfeo.

-Desde hace algunos días está mucho con Simón de Jonás. Y Simón está muy cambiado... ¡Sí! Estáis todos cambiados. No sé... sois más... eso: austeros - dice Felipe.

-¡Eso es que te da esa impresión!... En realidad somos iguales que antes. Claro, ver al Maestro tan apenado por tantas cosas, no ha sido motivo de satisfacción, ni tampoco el oír con qué saña le atacan... Pero lo defenderemos. ¡No le harán nada si estamos con Él! Ayer noche le he dicho, después de haber oído lo que decía Hermas, que es un hombre serio y digno de credibilidad: "De ahora en adelante, no debes estar solo. Ya tienes a los discípulos, que, ya lo ves, actúan, y bien, y aumentan continuamente. Por tanto, nosotros estaremos contigo. No quiero decir que tengas que hacer todo Tú, que ya es hora de aliviarte, hermano mío. Pero Tú estarás con nosotros, entre nosotros, como Moisés en el monte, y nos batiremos por ti, dispuestos, si fuese necesario, a defenderte incluso físicamente. Lo que le ha sucedido a Juan Bautista no te debe suceder a ti". Porque, en fin, si los discípulos del Bautista no se hubieran reducido a dos o tres, no habría sido apresado. Nosotros, al fin y al cabo, somos doce, y quiero convencerlo de que se una, o, por lo menos, de tener a su lado a alguno de los más fieles y enérgicos discípulos. Los que estaban con Juan en Maqueronte, por ejemplo. Hombres de fe y coraje. Juan, Matías y también José. ¿Sabéis que ese joven promete mucho? - dice Judas Tadeo.

-Sí, Isaac es un ángel, pero su fuerza está enteramente en el espíritu. José, sin embargo, es fuerte también en el cuerpo. Tiene la misma edad que nosotros.

-Y aprende rápidamente. ¿Has oído lo que ha dicho Hermas? "Si éste hubiera estudiado, sería, además de un justo, un rabí." Y Hermas sabe lo que dice.

-Yo, no obstante... tendría cerca también a Esteban y a Hermas y al sacerdote Juan. Por su conocimiento de la Ley y del Templo. ¿Sabéis lo que significa su presencia frente a los escribas y fariseos? Un control, un freno... Y para la gente vacilante equivale a decir: "¿Veis como no faltan en torno al Rabí, a su servicio y como discípulos, los mejores de Israel?" - dice Santiago de Alfeo.

-Tienes razón. Se lo decimos al Maestro. Ya habéis oído lo que ha dicho ayer: "Vosotros debéis obedecer, pero tenéis también la obligación de abrirme vuestro corazón y decirme lo que juzgáis justo. Para habituaros a saber dirigir en un futuro. Yo, si veo que es como decís, aceptaré vuestros pensamientos" - dice el Zelote.

-Quizás lo hace también para mostrarnos que nos quiere, visto que estamos todos más o menos convencidos de que somos la causa de su sufrimiento - observa Bartolomé.

-O está realmente cansado de tener que pensar en todo y de ser el único que toma decisiones y asume responsabilidades. Quizás también reconoce que su santidad perfecta es... casi una imperfección, yo diría, respecto a quienes tiene frente a sí: el mundo, que no es santo. Nosotros no somos santos perfectos. Sólo un poquito menos granujas que los otros... y, por tanto, capaces de responder a aquellos que son casi como nosotros - dice Simón Zelote.

-¡Y de conocerlos, debes decir! - aumenta Mateo.

-¡Oh, respecto a esto, estoy seguro de que El también los conoce.' Es más, los conoce mejor que nosotros, porque lee en los corazones. Estoy seguro de ello como de que estoy vivo - dice Santiago de Zebedeo.

-¿Y entonces por qué algunas veces hace lo que hace, buscándose problemas y peligros? - pregunta, desconsolado, Andrés.

-La verdad es que no sé que responder - dice Judas Tadeo encogiéndose de hombros; y con él confiesan lo mismo los otros.

Juan guarda silencio. Su hermano lo provoca:

-Tú que sabes siempre todo de Jesús - parecéis dos enamorados algunas veces -, ¿no te ha dicho nunca por qué actúa así?

-Sí. Se lo he preguntado, incluso recientemente. Siempre me ha respondido: "Porque debo hacerlo. Debo actuar como si el mundo estuviera compuesto enteramente de criaturas ignorantes pero buenas. A todos les doy la misma doctrina; así se separarán los hijos de la Verdad de los de la Mentira". Me ha dicho también: "¿Ves, Juan? Esto es como un primer juicio, no

universal, colectivo, sino individual. Sobre la base de sus acciones de fe, caridad, justicia, serán separados los corderos de las cabras. Esto continuará después, cuando Yo ya no esté, cuando esté mi Iglesia, durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. El primer juicio de las masas humanas se cumplirá en el mundo, en el lugar en que los hombres actúan con libertad, teniendo frente a sí el Bien y el Mal, la Verdad y la Mentira; como el primer juicio fue dictado en el Paraíso Terrenal, ante el árbol del Bien y del Mal, violado por los que desobedecieron a Dios. Después, en la hora de la muerte de cada uno de los hombres, será ratificado el juicio, ya escrito en el libro de las acciones humanas, por una Mente que no tiene defecto alguno. Por último, el Gran Juicio, el Terrible, y entonces, nuevamente, en masa, serán juzgados los hombres. Desde Adán al último hombre. Juzgados por aquello que hayan querido para ellos, libremente, en la tierra. Ahora bien, si Yo por mí mismo ya seleccionara a quien merece el Milagro, el Amor, la Palabra de Dios, y a quien no la merece - y podría hacerlo por derecho divino y por divina capacidad -, los que quedasen excluidos, aunque fueran verdaderos diablos, gritarían fuerte el día de su juicio individual: "¡El culpable es tu Verbo, que no quiso adoctrinarnos!" Pero esto no podrán decirlo... O sea, lo dirán mintiendo una vez más. Y serán juzgados por ello".

-¿Entonces, no acoger la doctrina es ser un réprobo? - pregunta Mateo.

-Eso no lo sé. No sé si todos los que no crean serán realmente réprobos. Si os acordáis, hablando a Síntica, dio a entender que los que obran con honestidad en la vida no son réprobos, aunque crean en otras religiones. Pero se lo podemos preguntar. Claro que Israel, que tiene conocimiento del Mesías y que ahora cree parcialmente y mal en el Mesías, o que lo rechaza, será severamente juzgado.

-El Maestro habla mucho contigo, y sabes muchas cosas que nosotros no sabemos- observa su hermano Santiago.

-Culpa tuya y vuestra. Yo le pregunto con sencillez. Algunas veces pregunto cosas que deben darle una imagen de su Juan como persona muy necia. Pero no me importa dar esta imagen. Me basta con conocer su pensamiento, y tenerlo dentro de mí para hacerlo mío. Deberíais hacer lo mismo vosotros. ¡Pero tenéis siempre miedo!... ¿Y de qué? ¿De ser ignorantes? ¿De ser superficiales? ¿De ser cabezotas? Deberíais tener miedo sólo de estar todavía pobremente preparados cuando Él se marche. Lo dice siempre... y me lo digo siempre, para prepararme a la separación... Pero siento que significará siempre un gran dolor...

-¡No me lo recuerdes! - exclama Andrés. Y repiten lo mismo los otros, y suspiran.

-Pero, ¿cuándo sucederá? Dice siempre: "Pronto". Pero "pronto" puede ser dentro de un mes o de años. Es muy joven y el tiempo pasa muy rápido... ¿Qué te pasa, hermano? Te estás poniendo muy pálido... - pregunta Judas Tadeo a Santiago.

-¡Nada, nada! Pensaba... - dice pronto Santiago, con la cabeza agachada.

Y Judas Tadeo se inclina para verlo bien...

-¡Pero si se te saltan las lágrimas! ¿Qué te pasa?...

-No más que lo que os pasa a vosotros... Pensaba en cuando estemos solos.

-¿Pero qué le pasa a Simón de Jonás, que se adelanta corriendo y gritando como un somorgujo en día de tempestad? - pregunta Santiago de Zebedeo, señalando a Pedro, que ha dejado a Jesús solo, y que ahora corre, gritando palabras que el viento impide oír.

Aceleran el paso y ven que Pedro ha tomado un senderillo que viene de la ya cercana Sefori (eso dicen los discípulos, mientras se preguntan si va a Sefori por orden de Jesús por aquel atajo). Pero luego, observando bien, ven que los dos únicos viandantes que de la ciudad vienen hacia la vía principal son Tomás y Judas.

-¡Atiza! ¡Aquí? ¿Precisamente aquí? ¿Y qué hacen aquí? De Nazaret, si acaso, tenían que ir a Caná y luego a Tiberíades... - se preguntan varios.

-Quizás venían buscando a los discípulos. Era su misión - dice prudente el Zelote, que siente que la sospecha, cual serpiente despertada, alza su cabeza en el corazón de muchos.

-Vamos a acelerar el paso. Jesús está solo y parece que nos espera... - aconseja Mateo.

Van, y llegan donde Jesús al mismo tiempo que Pedro, Judas y Tomás.

Jesús está palidísimo, tanto que Juan pregunta:

-¿Te encuentras mal?

Pero Jesús le sonríe y hace un gesto de negación; mientras tanto, saluda a los dos que han regresado después de tanta ausencia.

Abraza primero a Tomás, pujante y alegre como siempre, pero que se pone serio mirando al Maestro, tan manifiestamente cambiado, y pregunta solícito:

-¿Has estado enfermo?

-No, Tomás. En absoluto. ¿Y tú?, ¿has estado bien, contento?

-Yo sí, Señor. Siempre bien y siempre contento. Sólo me faltabas Tú para hacer beato a mi corazón. Mi padre y mi madre te agradecen el que me hayas mandado un tiempo. Mi padre estaba un poco enfermo, así que he trabajado yo. He estado donde mi hermana gemela y he conocido al sobrinito. Le hemos puesto el nombre que me dijiste. Luego vino Judas, y me ha hecho dar más vueltas que una tórtola en período de amores: arriba, abajo... donde había discípulos. Él ya se había movido, por su propia cuenta, no poco. Pero bueno, ahora te contará él, porque ha trabajado como diez y merece que lo escuches.

Jesús lo deja y ahora es la vez de Judas, que ha esperado pacientemente y que se acerca franco, desenvuelto, triunfante. Jesús lo perfora con su mirada de zafiro. Pero lo besa y recibe su beso, igual que con Tomás. Y las palabras que siguen son afectuosas:

-¿Y tu madre, Judas, ha estado contenta de tenerte? ¿Está bien esa santa mujer?

-Sí, Maestro, y te bendice por haberle enviado a su Judas. Quería mandarte unos presentes. Pero, ¿cómo podía llevármelos conmigo acá y allá por montes y valles? Puedes estar tranquilo, Maestro. Todos los grupos de discípulos que he visitado trabajan santamente. La idea se va extendiendo cada vez más. Yo he querido personalmente controlar las repercusiones de ella en los más poderosos escribas y fariseos. A muchos de ellos ya los conocía, a otros los he conocido ahora, por amor a ti.

He tratado con saduceos, herodianos... ¡Oh, te aseguro que me han machacado bien la dignidad!... ¡Pero, por amor a ti, haré esto y más! He sido desdeñosamente rechazado, he recibido anatemas. Pero también he logrado suscitar simpatías en algunos que tenían prevenciones respecto a ti. No quiero tus elogios. Me basta con haber cumplido mi deber, y agradezco al Eterno el que me haya ayudado siempre. He tenido que usar el milagro en algunos casos, lo cual me ha dolido, porque merecían rayos y no bendiciones. Pero Tú dices que hay que amar y ser pacientes... Lo he sido, para honor y gloria de Dios y para alegría tuya. Espero que muchos obstáculos queden abatidos para siempre; mucho más si consideramos que por mi honor he garantizado que ya no estaban aquellos dos que creaban tanta sombra. Después me vino el escrúpulo de haber afirmado lo que no sabía con certeza. Y entonces quise verificar para poder tomar las oportunas medidas, para no ser hallado en embuste, lo cual me habría colocado para siempre en situación sospechosa ante los que caminan hacia la conversión... ¡Fíjate! ¡He ido a ver incluso a Anás y a Caifás!... ¡Oh, querían reducirme a cenizas con sus censuras!... Pero yo me he mostrado tan humilde y persuasivo, que al final me han dicho: "Bueno, pues si las cosas están exactamente así... Pensábamos que estaban de otro modo. Los rectores del Sanedrín, que podían conocer la situación, nos habían referido lo contrario y..."

-No querrás decir que José y Nicodemo han sido unos embusteros» interrumpe el Zelote, que se ha contenido hasta ese momento, pero no más, y está lívido por el esfuerzo hecho.

-¿Y quién ha dicho eso? ¡Todo lo contrario! José me vio cuando salía de donde Anás y me dijo: "¿Por qué estás tan alterado?". Le conté todo. Le dije también que, siguiendo el consejo suyo y de Nicodemo, Tú, Maestro, habías despedido al presidiario y a la griega. Porque los has despedido, ¿no es verdad? - dice Judas mirando fijamente a Jesús con sus ojos de azabache, brillantes hasta la fosforescencia. Parece como si quisiera perforarlo con la mirada para leer lo que Jesús ha hecho.

Jesús, que sigue frente a Judas, cercanísimo, dice sereno:

-Te ruego que continúes tu narración, que me interesa mucho. Es un relato exacto, que puede ser muy útil.

-¡Ah!, bueno, decía que Anás y Caifás han cambiado de opinión. Lo cual significa mucho para nosotros, ¿no es verdad? ¡Y luego!... ¡Ahora os voy a hacer reír! ¿Sabéis que los rabíes me metieron en medio y me sometieron a otro examen, como si fuera un menor en el paso a la mayoría de edad? ¡Y qué examen! Bien. Los convencí y ya no me entretuvieron más. Entonces me vino la duda y el miedo de haber dicho algo que no fuera verdad. Y pensé tomar conmigo a Tomás e ir de nuevo a donde estaban los discípulos, o donde se podía pensar que se hubieran refugiado Juan y la griega. He estado con Lázaro, con Manahén, en el palacio de Cusa, con Elisa de Betsur, en Béter en los jardines de Juana, en el Getsemaní, en la casita de Salomón del otro lado del Jordán, en Agua Especiosa, donde Nicodemo, donde José...

-¿Pero no lo habías visto?

-Sí. Y me había asegurado que no había vuelto a ver a esos dos. Pero... ya sabes... yo quería asegurarme... Resumiendo: he inspeccionado todos los lugares en que pensaba que pudiera estar él... Y no creas que sufría por no encontrarlo. Sería injusto. Siempre - y Tomás lo puede confirmar - siempre que salía de un lugar sin haberlo encontrado y sin haber visto siquiera algún indicio de él, decía: "¡Alabado sea el Señor!", y decía: "¡Oh, Eterno, haz que no lo encuentre jamás!". Exactamente así. El suspiro de mi alma... El último lugar fue Esdrelón... ¡Ah, a propósito! Ismael ben Fabí, que está en su palacio de los campos de Meguidó, desea invitarte a su casa... Pero yo en tu lugar no iría...

-¿Por qué? Iré sin falta. También Yo deseo verlo. Es más, iremos enseguida. En vez de ir a Sefori, vamos a Esdrelón, y, pasado mañana, que es vigilia de sábado, a Meguidó, y de allí a la casa de Ismael».

-¡No, no, Señor! ¿Por qué? ¿Piensas que te estima?

-Pero, si has ido a hablar con él y lo has cambiado a favor mío, ¿por qué no quieres que vaya?

-No fui a hablar con él... Estaba él en las tierras y me reconoció. Pero yo - ¿verdad, Tomás? - quería huir cuando lo vi. No pude porque me llamó por el nombre. Yo... sólo puedo aconsejarte que no vayas nunca más donde ningún fariseo, o escriba, o seres semejantes. No es útil para ti. Quedémonos nosotros solos con el pueblo y basta. Incluso Lázaro, Nicodemo, José... será un sacrificio... pero es mejor, para no crear celos, rencores, y dar armas a las críticas... En la mesa se habla... y ellos estudian deslealmente tus palabras. Pero, volvamos a Juan... Yo estaba yendo a Sicaminón, a pesar de que Isaac, que lo he visto en los confines de Samaria, me había jurado que desde Octubre no lo había vuelto a ver.

-Pues Isaac ha jurado una cosa verdadera. Pero esto que aconsejas respecto a los contactos con escribas y fariseos se contradice con lo que has dicho antes. Tú me has defendido... Eso has hecho, ¿no es verdad? Has dicho: "He desmontado muchas prevenciones contra ti". Has dicho esto, ¿no es verdad?

-Sí, Maestro.

-¿Y entonces por qué no puedo Yo mismo terminar de defenderme? Así que iremos a casa de Ismael. Y tú, ahora, vuelves, y vas a avisarle. Contigo van Andrés, Simón el Zelote y Bartolomé. Nosotros nos detendremos donde los campesinos. Respecto a Sicaminón, venimos de allí. Éramos once. Te aseguramos que Juan no está allí. Y tampoco en Cafarnaúm, o en Betsaida, Tiberíades, Magdala, Nazaret, Corazín, Belén de Galilea, y así sucesivamente en todas las etapas que quizás tenías pensado recorrer para... tu propia seguridad respecto a la presencia de Juan entre los discípulos o en casas amigas.

Jesús habla sereno, con tono natural... Y, no obstante, algo debe haber en El que turba a Judas, el cual, por un instante, cambia de color. Jesús lo abraza como para besarlo... Y, mientras lo tiene así, su mejilla al lado de la de Judas, le susurra quedo:

-¡Desdichado! ¿Qué has hecho de tu alma!

-Maestro... yo...

-¡Vete! ¡Que apestas a infierno más que el mismo Satanás! ¡Calla!... Y arrepíentete si puedes.

Judas... Bueno yo me habría escapado a todo correr. ¡Pero él!... Dice con desfachatez en alta voz:

-Gracias, Maestro. Lo que sí que te rogaría, antes de marcharme, sería dos palabras en secreto.

Todos se separan bastantes metros.

-¿Por qué, Señor, me has dicho esas palabras? Me han dolido.

-Porque son la verdad. Quien trata con Satanás se coge el olor de Satanás.

-¡Ah! ¿Es por la nigromancia? ¡Qué miedo me has hecho pasar! ¡Una broma! ¡Sólo una broma de niño curioso! Y me ha servido para conocer a algunos saduceos y perder el hambre de la nigromancia. Como ves, me puedes absolver con toda tranquilidad. Son cosas inútiles cuando se tiene tu poder. Tenías razón. ¡Venga, Maestro! ¡Es tan leve el pecado!... Grande es tu sabiduría. Pero, ¿quién te lo ha dicho?

Jesús lo mira severamente y no responde.

-¿Pero verdaderamente me has visto en el corazón el pecado? - pregunta un poco atemorizado Judas.

-Y me has dado repugnancia. ¡Vete! Y no digas ni una sola palabra más.

Y le vuelve la espalda. Regresa adonde los discípulos y les ordena que cambien de camino. Pero primero despide a Bartolomé, Simón y Andrés, los cuales van hasta donde Judas y se echan a andar a buen paso. Los que se quedan, por el contrario, caminan lentamente, desconocedores de la verdad que sólo Jesús conoce.

Tan desconocedores, que elogian a Judas por su actividad y sagacidad. Y el honesto de Pedro se acusa sinceramente del pensamiento temerario que tenía en el corazón respecto a su compañero...

Jesús sonríe, una sonrisa leve, de persona un poco cansada, como si estuviera abstraído y apenas oyera el charloteo de sus compañeros, que de las cosas saben sólo aquello que su humanidad les permite saber.

335

La falsa amistad de Ismael ben Fabí, y el hidrópico curado en sábado.

Veo a Jesús que va andando rápidamente por una vía de primer orden que el viento frío de una mañana de invierno barre y endurece. Los campos, aquende y allende la vía, apenas presentan una tímida pelusa de gramíneas que ya brotan, un velo de verde en que hay una promesa de futuro pan, pero una promesa que apenas si ha sido pensada. Los surcos umbrosos carecen todavía de este verde bendito; sólo los que están en lugares más soleados tienen ese verdear, tan leve y ya tan festivo porque habla de próxima primavera. Los árboles frutales están todavía desnudos; ni siquiera una yema se hincha en sus oscuras ramas. Sólo los olivos presentan su eterno pardo verde, triste tanto bajo el sol de Agosto como bajo este claror de reciente mañana invernal. Y, como ellos, también tienen verde - un verde pastoso de cerámicas acabadas de pintar - las carnosas hojas de las cácteas.

Jesús camina, como sucede a menudo, dos o tres pasos más adelante que los discípulos. Van todos bien tapados con sus mantos de lana. En llegando a un punto, Jesús se para, se vuelve y pregunta a los discípulos:

-¿Conocéis bien el camino?

-El camino es éste. Pero... ¿la casa?... no se sabe, porque está en el interior... Quizás allí, donde aquella mata de olivos...

-No. Debe estar allá al final, donde aquellos árboles grandes sin hojas...

-Debería haber un camino para carros...

En definitiva, no saben nada con precisión. No se ven personas ni por la vía ni por los campos. Van sin rumbo definido, hacia delante, buscando el camino.

Encuentran una pequeña casita de pobres, con dos o tres terrenitos alrededor. Una niña saca agua de un pozo.

-Paz a ti, niña - dice Jesús mientras se detiene en el limen del seto, que tiene una abertura para quien va o viene.

-Paz a ti. ¿Qué quieres?

-Una información. ¿Dónde está la casa de Ismael el fariseo?

-Vas mal por aquí, Señor. Tienes que volver a la bifurcación y tomar el camino que va hacia donde se pone el sol. Pero tienes que andar mucho, mucho, porque tienes que volver allí, a la bifurcación, y luego andar y andar. ¿Has comido? Hace frío y se siente más con el estómago vacío. Entra, si quieres. Somos pobres. Pero tú tampoco eres rico. Te puedes adaptar. Ven.

Y llama con voz aguda:

-¡Mamá!

Se asoma a la puerta una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años. Su cara es honesta, aunque un poco triste. Lleva en brazos a un niño de unos tres años, medio desnudo.

-Entra. El fuego está encendido. Voy a darte leche y pan.

-No vengo sólo. Tengo conmigo a estos amigos.

-Que entren todos y que la bendición de Dios descienda sobre los peregrinos mis huéspedes.

Entran en una cocina baja y oscura alegrada por un fuego vivo. Se sientan acá o allá en rústicos arquibancos.

-Ahora os preparo... Es pronto... No he puesto en orden nada todavía... Perdonad.

-¿Vives sola?

Es Jesús el que habla.

-Tengo marido e hijos. Siete. Los dos mayores están todavía en el mercado de Naím. Tienen que ir ellos porque mi marido está enfermo. ¡Qué pena!... Las niñas me ayudan. Este es el más pequeño. Pero tengo otro muy poco mayor que él.

El pequeñuelo, ya vestido con su tuniquita, corre descalzo hacia Jesús y lo mira con curiosidad. Jesús le sonríe. Ya son amigos.

-¿Quién eres? - pregunta el niño con confianza.

-Soy Jesús.

La mujer se vuelve y lo mira atentamente. Se ha quedado ahí, con un pan en las manos, entre el hogar y la mesa. Abre la boca para hablar, pero calla.

El niño continúa:

-¿A dónde vas?

-Voy por los caminos del mundo.

-¿Para qué?

-Para bendecir a los niños buenos y a sus casas, donde hay fidelidad a la Ley.

La mujer hace otra vez un gesto. Luego hace una seña a Judas Iscariote, que es el que está más cerca de ella. Judas se inclina hacia la mujer, y ésta pregunta:

-¿Pero quién es tu amigo?

Y Judas, todo presumido (parece como si el Mesías fuera tal por su mérito y bondad):

-Es el Rabí de Galilea, Jesús de Nazaret. ¿No lo sabes mujer?

-¡Esta vía queda apartada y yo tengo muchas penas!... Pero... ¿podría hablarle?

-Puedes - dice con entono Judas. Me parece como una persona importante del mundo concediendo audiencia...

Jesús sigue hablando con el niño, que le pregunta si tiene también Él niños.

Mientras la niña vista antes y otra más mayorcita traen leche y avíos de mesa, la mujer se acerca a Jesús. Un momento de pausa y luego un grito ahogado:

-¡Jesús, piedad de mi marido!

Jesús se levanta. La domina con su estatura, pero la mira con tanta bondad, que ella recobra la seguridad.

-¿Qué quieres que haga?

-Está muy enfermo. Hinchado como un odre. No puede ya agacharse y trabajar. No puede descansar porque se ahoga, y se agita... Y nuestros hijos son todavía pequeñitos...

-¿Quieres que lo cure? ¿Pero, por qué lo quieres de mí?

-Porque Tú eres Tú. No te conocía, pero había oído hablar de ti. La fortuna te ha conducido a mi casa después de haberte buscado yo tres veces en Naím y en Caná. Dos veces estaba también mi marido. Ir en carro le hace sufrir mucho, y, no obstante, te buscaba... Está también fuera ahora, con su hermano... Nos habían comunicado que el Rabí, dejada Tiberíades, iba hacia Cesárea de Filipo. Ha ido allí a esperarte...

-No he ido a Cesárea. Voy a casa del fariseo Ismael y luego hacia el Jordán...

-¿Tú, que eres bueno, donde Ismael.

-Sí. ¿Por qué?

-Porque... porque... Señor, sé que dices que no hay que juzgar, que hay que perdonar y que tenemos que amarnos. No te había visto nunca. Pero he tratado de saber de ti lo más que podía, y rogaba al Eterno poderte escuchar al menos una vez. No quiero hacer nada que te desagrade... Pero, ¿cómo se puede no juzgar a Ismael, y amarlo? No tengo nada en común con él, y, por tanto, no tengo nada que perdonarle. Nos sacudimos las insolencias que nos lanza cuando encuentra nuestra pobreza en su camino, con la misma paciencia con que nos sacudimos el barro y el polvo que nos echa cuando pasa rápido con sus carruajes. Pero amarlo y no juzgarlo es demasiado difícil... ¡Es muy malo!

-¿Es muy malo? ¿Con quién?

-Con todos. Subyuga a sus siervos, presta con usura, y es exigente hasta la crueldad. Sólo se ama a sí mismo. Es el más cruel de la comarca. No lo merece, Señor.

-Lo sé. Dices la verdad.

-¿Y Tú vas allí?

-Me ha invitado.

-Desconfía, Señor. No lo habrá hecho por amor. No te puede amar. Y Tú... no lo puedes amar.

-Yo amo también a los pecadores, mujer. He venido para salvar a quien está perdido...

-Pero a éste no lo salvarás. ¡Oh, perdón por haber juzgado! Tú eres sabio... Todo lo que haces está bien hecho. Perdona a mi necia lengua y no me castigues.

-No te castigo. Pero no lo vuelvas a hacer. Ama a los malvados también. No por su maldad, sino porque con el amor es como se obtiene para ellos la misericordia que convierte. Tú eres buena y tienes deseos de serlo más todavía. Amas la Verdad, y la Verdad que te está hablando te dice que te ama porque eres compasiva para con el huésped y el peregrino, según la Ley, y así has educado a tus hijos. Dios será tu recompensa. Yo tengo que ir a casa de Ismael, que me ha invitado para presentarme a muchos amigos suyos que me quieren conocer. No puedo esperar más a tu marido. Has de saber que está regresando. Pero, exhórtale a sufrir todavía un poco y dile que venga enseguida a casa de Ismael. Ven tú también. Lo curaré.

-¡Oh, Señor!... - la mujer está de rodillas a los pies de Jesús, y lo mira con sonrisa y llanto. Luego dice: « ¡Pero hoy es sábado!... ».

-Lo sé. Necesito que sea sábado para decirle a Ismael algo al respecto. Todo lo que Yo hago lo hago con una finalidad clara y sin error. Sabedlo todos, también vosotros, amigos míos que tenéis miedo y queráis que me comportara según las conveniencias humanas para no recibir, de lo contrario, daño. Os guía el amor. Lo sé. Pero tenéis que saber amar mejor a quien amáis. No posponiendo nunca el interés divino al interés de vuestro amado. Mujer, voy y te espero. La paz sea perenne en esta casa en que se ama a Dios y a su Ley, se respeta el vínculo matrimonial, se educa santamente a la prole, se ama al prójimo y se busca la Verdad. Adiós.

Jesús pone la mano en la cabeza de la mujer y de las dos mocitas y luego se agacha para besar a los niños más pequeños, y sale. Ahora un solecillo de invierno templará el aire crudo. Un muchacho de unos quince años espera con un rústico carro muy desvencijado.

-Sólo tengo esto, Señor. Pero, en todo caso, llegarás antes y con más comodidad.

-No, mujer. Conserva fresco tu caballo para venir a casa de Ismael. Indícame sólo el camino más corto.

El muchacho se pone a su lado y, por campos y prados, van hacia una ondulación del terreno, tras la cual hay una depresión de algunas hectáreas, bien cultivada, en cuyo centro hay una hermosa casa ancha y baja, circundada por una faja de jardín bien cultivado.

-La casa es aquella, Señor - dice el muchacho. «Si no te hago más falta, vuelvo a casa para ayudar a mi madre.

-Ve, y sé siempre un hijo bueno. Dios está contigo...

...Jesús entra en la suntuosa casa de campo de Ismael. Gran número de siervos acuden al encuentro del Huésped, ciertamente esperado. Otros van a avisar al amo, y éste sale al encuentro de Jesús haciendo profundas reverencias.

-¡Bien vienes, Maestro, a mi casa!

-Paz a ti, Ismael ben Fabí. Deseabas mi presencia. Vengo. ¿Para qué querías verme?

-Para ser honrado con tu presencia y para presentarte a mis amigos. Quiero que lo sean también tuyos. De la misma forma que deseo que Tú seas amigo mío.

-Yo soy amigo de todos, Ismael.

-Lo sé. Pero, ya sabes... Conviene tener amistades en las altas esferas. Y la mía y las de mis amigos son de esas. Tú - perdona si te lo digo - pasas por alto demasiado a quienes te pueden apoyar...

-¿Y tú eres de esos? ¿Por qué?

-Yo soy de esos. ¿Por qué? Porque te admiro y quiero tenerte como amigo.

-¡Amigo! ¿Pero sabes, Ismael, el significado que doy Yo a esta palabra? Para muchos, "amigo" quiere decir "conocido"; para otros, "cómplice"; para otros, "siervo". Para mí quiere decir "fiel a la Palabra del Padre". Quien no es tal no puede ser amigo mío, ni Yo suyo.

-Pero si quiero tu amistad precisamente porque quiero ser fiel, Maestro. ¿No lo crees? Mira: ahí llega Eleazar. Pregúntale cómo te he defendido ante los Ancianos. Eleazar, te saludo. Ven, que el Rabí quiere preguntarte una cosa.

Grandes saludos y recíprocas ojeadas indagadoras.

-Di tú, Eleazar, lo que dije del Maestro la última vez que nos reunimos.

-¡Oh, un verdadero elogio! ¡Una defensa apasionada! Ismael habló de ti tanto (como del Profeta más grande que haya venido al pueblo de Israel), Maestro, que sentí apetencia de escucharte. Recuerdo que dijo que ninguno tenía palabra más profunda que la tuya, ni atractivo mayor que el tuyo, y que, si como sabes hablar sabes sujetar la espada, no habrá ningún rey más grande que Tú en Israel.

-¡Mi Reino!... Este Reino no es humano, Eleazar.

-¿Pero el Rey de Israel?

«Ábranse vuestras mentes para comprender el sentido de las palabras arcanas. Vendrá el Reino del Rey de los reyes. Pero no en la medida humana. No respecto a lo perecedero, sino a lo eterno. A él se accede no por florida vía de triunfos ni sobre purpúrea alfombra de sangre enemiga, sino por empinado sendero de sacrificio y por benigna escalera de perdón y amor. Las victorias contra nosotros mismos nos darán este Reino. Y quiera Dios que la mayor parte de Israel pueda entenderme. Mas no será así. Vosotros pensáis lo que no es. En mi mano habrá un cetro puesto por el pueblo de Israel. Regio y eterno. Ningún rey podrá ya arrebatárselo a mi Casa. Pero muchos en Israel no podrán verlo sin estremecerse de horror, porque tendrá un nombre atroz para ellos.

-¿No nos crees capaces de seguirte?

-Si quisierais, podríais. Pero no queréis. ¿Por qué no queréis? Sois ya ancianos. La edad debería haceros comprender y ser justos. Justos incluso con vosotros mismos. Los jóvenes... podrán errar y luego arrepentirse. ¡Pero vosotros! La muerte está siempre muy cerca de los ancianos. Eleazar, tú estás menos envuelto en las teorías de muchos de tus iguales. Abre tu corazón a la Luz...

Vuelve Ismael con otros cinco pomposos fariseos:

-Venid, pues, adentro - dice el amo de la casa. Y, dejado el atrio, rico de sillas y alfombras, entran en una estancia. Traen ánforas y palanganas para las abluciones. Luego pasan al comedor, muy ricamente preparado.

-Jesús a mi lado, entre yo y Eleazar - ordena el amo. Y Jesús, que había permanecido en el fondo de la sala, junto a los discípulos, un poco arredrados y olvidados, debe sentarse en el sitio de honor.

Empieza el banquete, con numerosos servicios de carnes y pescados asados. Vinos y, según me parece, jarabes, o por lo menos aguamieles, pasan una y otra vez.

Todos tratan de hacer hablar a Jesús. Uno, un viejo todo tembloroso, pregunta con voz bronca de decrepito:

-Maestro, ¿es verdad lo que se dice, que pretendes modificar la Ley?

-No cambiaré ni una iota a la Ley. Es más - y Jesús recalca las palabras -, he venido realmente para devolverle su integridad, como cuando le fue dada a Moisés.

-¿Insinúas que ha sido modificada?

-De ninguna manera. Ha sufrido la suerte de todas las cosas excelsas que han sido puestas en manos del hombre, nada más.

-¿Qué quieres decir? Especifica.

Quiero decir que el hombre, por la antigua soberbia o por el antiguo fomes de la triple lujuria, quiso retocar la palabra clara, e hizo de ella una cosa opresiva para los fieles; mientras que para los autores de los retoques no es más que un cúmulo de frases que... bueno, que es para los demás.

-¡Pero, Maestro! Nuestros rabíes...

-¡Esto es una acusación!

-¡No frustres nuestro deseo de favorecerte!...

-¡Ah, ya! ¡Tienen razón cuando te llaman rebelde!

-¡Silencio! Jesús es mi invitado. Que hable libremente.

Nuestros rabíes comenzaron su esfuerzo con la santa finalidad de facilitar la aplicación de la Ley. Dios mismo dio comienzo a esta escuela cuando a las palabras de los diez mandamientos añadió explicaciones más detalladas. Para que el hombre no tuviera la excusa de no haber sabido comprender. Obra santa, pues, la de los maestros que desmenuzan para los pequeñuelos de Dios el pan que Dios ha dado al espíritu: santa si persigue recto fin. No siempre fue así. Y ahora menos que nunca. Pero, ¿por qué me queréis hacer hablar, vosotros que os ofendéis si os enumero las culpas de los poderosos?

-¿Culpas? ¿Culpas? ¿No tenemos sino culpas?

-¡Quisiera que tuvierais sólo méritos!

-Pero no los tenemos: eso es lo que piensas, y tu mirada lo delata. Jesús, no se logra la amistad de los poderosos criticando. No reinarás. No conoces el arte de reinar.

-No pido reinar a la manera que vosotros creéis. Ni mendigo amistades. Quiero amor. Pero un amor honesto y santo. Un amor que vaya de mí a aquellos a quienes amo, y que se demuestre usando con los pobres lo que predico que se use: misericordia.

-Yo, desde que te oí hablar, no he vuelto a prestar con usura – dice uno.

-Dios te recompensará.

-El Señor me es testigo de que no he vuelto a pegar a los siervos que merecían azotes, desde que me refirieron una parábola tuya - dice otro.

-¿Y yo? ¡He dejado en los campos, para los pobres, más de diez moyos de cebada! - dice un tercero.

Los fariseos se alaban excelsamente.

Ismael no ha hablado. Jesús pregunta:

-¿Y tú, Ismael?

-Oh, ¿yo? Siempre he usado misericordia. Sólo debo seguir actuando como siempre.

-¡Bien para ti! Si es realmente así, eres el hombre que no conoce remordimientos.

-¡Ciertamente no!

Jesús lo perfora con su mirada de zafiro.

Eleazar le toca en el brazo:

-Maestro, escúchame. Tengo un caso especial que someter a tu consideración. Recientemente he adquirido de un pobre desdichado una propiedad; este hombre se ha echado a perder por una mujer. Me ha vendido la propiedad, pero sin decirme que en ella hay una sierva anciana, su nodriza, ya ciega y medio chiflada. El vendedor no la quiere. Yo... no la querría. Pero, ponerla en plena calle... ¿Qué harías tú, Maestro?

-¿Tú qué harías, si tuvieras que dar a otro un consejo?

-Diría: "Quédate con ella, que no va a ser un pan lo que te arruine".

-¿Y por qué dirías eso?

-Bueno, pues... porque creo que yo actuaría así y querría que hicieran eso conmigo...

-Estás muy cerca de la justicia, Eleazar, y el Dios de Jacob estará siempre contigo.

-Gracias, Maestro.

Los otros murmuran entre sí.

-¿Qué tenéis que criticar? - pregunta Jesús - ¿No he hablado rectamente? ¿Y éste?, ¿no ha hablado también rectamente? Ismael, defiende a tus invitados, tú que siempre has usado misericordia.

-Maestro, hablas bien, pero... ¡si se actuara siempre así!... Seríamos víctimas de los demás.

-Y es mejor, según tú, que sean los demás víctimas nuestras ¿no?

No digo eso. Pero hay casos...

-La Ley dice que hay que tener misericordia...

-Sí, hacia el hermano pobre, hacia el forastero, el peregrino, la viuda y el huérfano. Pero esta vieja que ha venido a parar a los brazos de Eleazar no es su hermana, ni peregrina, forastera, huérfana o viuda. Para él no es nada; ni menos ni más que un objeto viejo del ajuar - no suyo -, olvidado en la propiedad vendida por quien es su verdadero dueño. Por eso Eleazar podría incluso echarla sin escrúpulos de ningún tipo. A fin de cuentas, la culpa de la muerte de la vieja no sería suya, sino de su verdadero amo...

-...El cual, siendo también pobre, no la puede seguir manteniendo; de forma que también está exento de obligaciones. Así que, si la anciana se muere de hambre, la culpa es de la anciana. ¿No es así?

-Así, Maestro. Es la suerte de los que... ya no sirven. Enfermos, viejos, incapaces, están condenados a la miseria, a la mendicidad. Y la muerte es lo mejor para ellos... Así es desde que el mundo existe, y así será...

-¡Jesús, ten piedad de mí!

Un lamento entra a través de las ventanas trancadas (porque la sala está cerrada y las lámparas encendidas; quizás por el frío).

-¿Quién me llama?

-Algún importuno. Haré que lo manden afuera. O algún mendigo. Diré que le den un pan.

-Jesús, estoy enfermo. ¡Sálvame!

-Ya decía yo. Un importuno. Castigaré a los siervos por haberlo dejado pasar.

Y se levanta Ismael.

Pero Jesús, al menos veinte años más joven que él, y todo el cuello y la cabeza más alto, lo sienta de nuevo poniéndole la mano en el hombro mientras ordena:

-Quédate ahí, Ismael. Quiero ver a este que me busca. Que entre.

Entra un hombre de cabellos todavía negros. Puede tener unos cuarenta años. Pero está hinchado como una cuba y amarillo como un limón; violáceos los labios en la boca jadeante. Le acompaña la mujer de la primera parte de la visión. El hombre avanza con dificultad, por la enfermedad y por temor. ¡Se ve tan mal mirado!...

Pero ya Jesús ha dejado su sitio y ha ido hasta el infeliz. Luego lo ha tomado de la mano y lo ha llevado al centro de la sala, al espacio vacío que hay entre las mesas, colocadas en forma de "u" justo debajo de la lámpara.

-¿Qué quieres de mí?

-Maestro... te he buscado mucho... desde hace mucho... Nada quiero aparte de salud... por mis hijos y mi mujer... Tú puedes todo... Ya ves mi mísero estado...

-¿Y crees que te puedo curar?

-¡Vaya que si lo creo!... Cada paso que doy me hace sufrir... cada movimiento brusco es un dolor para mí... y, no obstante, he recorrido kilómetros para buscarte... y luego, con el carro, te he seguido aún... pero no te alcanzaba nunca... ¡Vaya que si lo creo! Me extraña no estar ya curado desde que mi mano está en la tuya, porque todo en ti es santo, ¡oh, Santo de Dios!

El pobrecillo resopla como un fuelle por el esfuerzo de tantas palabras. La mujer mira a su marido y a Jesús, y llora.

Jesús los mira y sonríe. Luego se vuelve y pregunta:

-Tú, anciano escribe (habla al viejo tembloroso que ha hablado el primero), respóndeme: ¿es lícito curar en sábado?

-En sábado no es lícito hacer obra alguna.

-¿Ni siquiera salvar a uno de la desesperación? No es trabajo manual.

-El sábado está consagrado al Señor.

-¿Cuál obra más digna de un día sagrado que hacer que un hijo de Dios diga al Padre: "Te amo y te alabo porque me has curado"?».

-Debe hacerlo aunque sea infeliz.

-Canañas, ¿sabes que en este momento tu bosque más hermoso está ardiendo y toda la ladera del Hermón resplandece envuelta en purpúreas llamas?

El viejecillo pega un salto como si le hubiera mordido un áspid:

-Maestro, ¿dices la verdad o estás bromeando?

-Digo la verdad. Yo veo y sé.

-¡Oh, pobre de mí! ¡Mi más hermoso bosque! ¡Miles de siclos reducidos a ceniza! ¡Maldición! ¡Malditos sean los perros que me lo han prendido fuego! ¡Que ardan sus entrañas como mi madera!

El viejecillo está desesperado.

-¡No es más que un bosque, Canañas, y te lamentas! ¿Por qué no alabas a Dios en esta desventura? Éste no pierde madera, que renace, sino la vida y el pan para los hijos, y debería dar a Dios esa alabanza que tú no le das. Entonces, escribe, ¿no me es lícito curar en sábado a éste?

-¡Maldito Tú, él y el sábado! Tengo otras cosas mucho más graves en que pensar... - y, dando un empujón a Jesús, que le había puesto una mano en el brazo, sale enfurecido, y se le oye dar gritos con su voz bronca para que le traigan su carro.

-¿Y ahora? - pregunta Jesús mirando a los que tiene alrededor.

-Y ahora, decidme, ¿es lícito o no?

Ninguna respuesta. Eleazar agacha la cabeza. Antes había entreabierto los labios, pero vuelve a cerrarlos, sobrecogido por el hielo que reina en la sala.

-Bien, pues voy a hablar Yo - dice Jesús, con majestuoso aspecto y voz tronante, como siempre cuando está para realizar un milagro.

-Voy a hablar Yo. Hablo. Digo: hombre, hágase en ti según crees. Estás curado. Alaba al Eterno. Ve en paz.

El hombre se queda desorientado. Quizás pensaba que iba a volverse de golpe esbelto, como tiempo atrás. Y le da la impresión de no estar curado. Pero... a saber lo que siente... Emite un grito de alegría, se arroja a los pies de Jesús y se los besa.

-¡Ve, ve! Sé siempre bueno. ¡Adiós!

El hombre sale, seguido de la mujer, la cual hasta el último momento se vuelve a saludar a Jesús.

-Pero, Maestro... En mi casa... En sábado...

-¿No das tu aprobación? Ya lo sé. Por esto he venido. ¿Tú, amigo? No. Enemigo mío. No eres sincero ni conmigo ni con Dios.

-¿Ofendes ahora?

-No. Digo la verdad. Has dicho que Eleazar no está obligado a socorrer a esa anciana porque no es de su propiedad. Pero tú tenías a dos huérfanos en tu propiedad. Eran hijos de dos de tus siervos fieles, que se han muerto trabajando, uno de ellos con la hoz en el puño, la otra matada por la excesiva fatiga por haberte tenido que servir - como le exigías para no despedirla -, servirte por ella y por su marido. Tú decías: "He hecho contrato por dos personas que trabajaran, y para seguirte teniendo, quiero el trabajo tuyo y el del muerto". Y ella te lo ha dado, y ha muerto con el fruto de su concebimiento; porque esa mujer era madre. Y no hubo para ella la piedad que se tiene con la bestia encinta. ¿Dónde están ahora esos dos niños?

-No lo sé... Desaparecieron un día.

-No mientas ahora. Basta haber sido cruel. No es necesario añadir el embuste para que Dios aborrezca tus sábados, a pesar de su total carencia de obras serviles. ¿Dónde están esos niños?

-No lo sé. Ya no lo sé. Créelo.

-Yo lo sé. Los encontré una noche de Noviembre, fría, lluviosa, oscura. Los encontré hambrientos y temblando, cerca de una casa, como dos perrillos en busca de un pedazo de pan que llevarse a la boca... Maldecidos y despedidos por quien tenía entrañas de perro más que un perro verdadero. Porque un perro habría tenido piedad de aquellos dos huerfanitos. Y ni tú ni aquel hombre la habéis tenido. ¿Ya no te servían sus padres, verdad? Estaban muertos. Los muertos sólo lloran, en sus

sepulcros, al oír los sollozos de esos hijos infelices de que los demás no se ocupan. Pero los muertos, con su espíritu, elevan sus llantos y los de sus huérfanos a Dios, y dicen: "Señor, vénganos tú, porque el mundo aplasta cuando ya no le es posible seguir explotando". ¿No te servían todavía los dos pequeñuelos, verdad? Apenas si la niña podía servir para espigar... Y tú los despediste negándoles incluso aquellos pocos bienes que pertenecían a su padre y a su madre. Podían morir de hambre y frío como dos perros en un camino de carros. Podían vivir y hacerse el uno ladrón, la otra prostituta. Porque el hambre porta al pecado. ¿Pero a ti qué te importaba?

Hace un rato citabas la Ley como apoyo de tus teorías. ¿Es que la Ley no dice: "No vejéis a la viuda y al huérfano, porque, si lo hacéis y elevan su voz hacia mí, escucharé su grito y mi furor se desencadenará y os exterminaré y vuestras mujeres se quedarán viudas y vuestros hijos huérfanos"? ¿No dice eso la Ley? Y entonces, ¿por qué no la observas? ¿Me defiendes ante los demás? ¿Y por qué no defiendes mi doctrina en ti mismo? ¿Quieres ser amigo mío? ¿Y por qué haces lo opuesto de lo que Yo digo? Uno de vosotros va corriendo a más no poder, arrancándose los pelos, por la destrucción de su bosque. ¡Y no se los arranca ante las ruinas de su corazón! ¿Y tú a qué esperas a hacerlo?

¿Por qué queréis siempre creeros perfectos, vosotros a quienes la suerte ha hecho subir? Y, suponiendo que lo fuerais en algo, ¿por qué no tratáis de serlo en todo? ¿Por qué me odiáis porque os destapo las llagas? Yo soy el Médico de vuestro espíritu. ¿Puede un médico curar si no destapa y limpia las llagas? ¿No sabéis que muchos - y esa mujer que ha salido es uno de ellos - merecen, a pesar de su pobre apariencia, el primer puesto en el banquete de Dios? No es lo externo, es el corazón, es el espíritu, lo que vale. Dios os ve desde lo alto de su trono. Y os juzga. ¡Cuántos ve mejores que vosotros! Por tanto, escuchad. Como regla comportaos así, siempre: cuando os inviten a un banquete de bodas, elegid siempre el último puesto. Recibiréis doble honor cuando el amo de la casa os diga: "Amigo, ven adelante". Honor de méritos y honor de humildad. Mientras... ¡Oh, triste hora para un soberbio, ser puesto en evidencia y oír que le dicen: "Ve allá, al final, que aquí hay uno que es más que tú"! Y haced lo mismo en el banquete secreto del desposorio de vuestro espíritu con Dios. Quien se humilla será ensalzado y quien se ensalza será humillado.

Ismael, no me odies porque te medico. Yo no te odio. He venido para curarte. Estás más enfermo que aquel hombre. Tú me has invitado para darte lustre a ti mismo y satisfacción a los amigos. Invitas a menudo, pero es por soberbia y gusto. No lo hagas. No invites a ricos, a parientes y a amigos. Abre, más bien, la casa, abre el corazón, a los pobres, mendigos, lisiados, cojos, huérfanos y viudas. La única compensación que te darán serán bendiciones. Pero Dios las transformará para ti en gracias. Y al final... ¡oh, al final, qué feliz ventura para todos los misericordiosos, que serán retribuidos por Dios en la resurrección de los muertos! ¡Ay de aquellos que acarician solamente una esperanza de ganancia y luego cierran su corazón al hermano que ya no puede ser útil! ¡Ay de ellos! Yo vengaré a los abandonados.

-Maestro... yo... quiero complacerte. Tomaré de nuevo a esos niños.

-No.

-¿Por qué?

-¿Ismael?!...

Ismael agacha la cabeza. Quiere aparentar humildad. Pero es una víbora a la que se le ha hecho soltar el veneno, y no muerde porque sabe que no lo tiene, pero espera la ocasión para morder...

Eleazar trata de instaurar de nuevo la paz diciendo:

-Dichosos los que participan en el banquete con Dios, en su espíritu y en el Reino eterno. Pero, créelo, Maestro, a veces es la vida la que supone un obstáculo. Los cargos... las ocupaciones...

Jesús dice aquí la parábola del banquete, y termina:

-Has dicho los cargos... las ocupaciones. Es verdad. Pero por eso te he dicho al principio de este convite que mi Reino se conquista con victorias sobre uno mismo y no con victorias de armas en el campo de batalla. El puesto en la gran Cena es para estos humildes de corazón que saben ser grandes con su amor fiel que no mide el sacrificio y que todo lo supera para venir a mí. Una hora basta para transformar un corazón. Si ese corazón quiere. Y basta una palabra. Yo os he dicho muchas. Y miro... En un corazón está naciendo una planta santa. En los otros, espinos para mí, y dentro de los espinos hay áspides y escorpiones. No importa. Yo voy por mi camino recto. El que me ame que me siga. Yo paso llamando. Los que sean rectos que vengan a mí. Paso instruyendo. Los buscadores de justicia acérquense a la Fuente. Respecto a los otros... respecto a los otros juzgará el Padre santo. Ismael, me despido de ti. No me odies. Medita. Siente que fui severo por amor, no por odio. Paz a esta casa y a sus habitantes. Paz a todos, si merecéis paz.

En Nazaret con cuatro apóstoles. El amor de Tomás por María Santísima.

Jesús con los suyos están de nuevo en la vía que va de la llanura Esdrelón a Nazaret. Deben haber pernoctado en algún lugar, porque es otra vez por la mañana. Van en silencio durante un tiempo. Primero va Jesús solo delante; luego Jesús con Pedro y Simón (los ha llamado); después todos juntos, hasta una bifurcación que es intersección de la vía de Nazaret con una que va hacia el nordeste. Los montes ya están cercanos por los dos lados.

Jesús indica a los que van hablando que guarden silencio, y dice:

-Dividámonos ahora. Yo voy a Nazaret con los hermanos, con Pedro y con Tomás. Vosotros, dirigidos por Simón Zelote, id, por la vía del Tabor y de las caravanas, a Debaret, a Tiberíades, Magdala, Cafarnaúm; y de allí iréis hacia Merón y os detenéis en casa de Jacob para ver si se ha convertido, y lleváis mi bendición a Judas y Ana. Os alojaréis donde os hospeden con más

insistencia. Una noche sólo en cada sitio, porque la noche del sábado nos encontraremos en la vía de Sefet. Pasaré el sábado en Corazín, en casa de la viuda. Pasad a avisarle. Así terminaremos de dar paz al alma de Judas, que se persuadirá de que Juan no está tampoco en estos cobijos hospitalarios...

-¡Maestro, que yo creo!...

-Pero siempre conviene que te asegures, para que no tengas que ponerte colorado delante de Caifás y Anás, como no me pongo colorado Yo delante de ti ni delante de ningún otro hombre afirmando que Juan ya no está con nosotros. A Tomás me lo llevo a Nazaret. Así podrá tranquilizarse también respecto a ese lugar, viendo con sus propios ojos...

-¡Pero yo, Maestro! ¿Qué crees que me puede interesar! A1 contrario, siento que no esté ya con nosotros ese hombre. Habrá sido lo que haya sido. Pero, desde que lo hemos conocido, ha sido siempre mejor que muchos ilustres fariseos. Me bastaría con saber que no te ha renegado ni causado dolor. Y además... sea que esté en la tierra, sea que lo tenga Abraham en su seno, a mí no me interesa. Créeme. Aunque estuviera en mi casa... no sentiría ninguna repulsa. Espero que no pienses que tu Tomás tenga en el corazón más que una natural curiosidad, y ninguna mala intención, ningún estímulo de investigar con más o menos rectitud, ninguna tendencia al espionaje, ni voluntario ni involuntario ni autorizado, ningún deseo de causar daño...

-¡Tú me ofendes! ¡Estás haciendo insinuaciones! ¡Mientes! ¿Por qué dices eso, si has visto que en todo este tiempo no he tenido sino un único modo santo de actuar? ¿Qué puedes decir de mí? ¡Habla! - Judas está encolerizado, furioso.

-¡Silencio! Tomás me responde a mí. A mí sólo, que soy quien le ha hablado. Creo en las palabras de Tomás. Pero quiero que se haga así, y así sea, y ninguno de vosotros tiene derecho a criticar mi modo de actuar.

-No te estoy criticando. Es que la insinuación me ha tocado y...

-Sois doce. ¿Por qué te ha tocado sólo a ti lo que he dicho a todos? - pregunta Tomás.

-Porque he sido yo el que ha buscado a Juan.

Jesús dice:

-También lo han hecho otros compañeros tuyos, y otros discípulos lo harán, y por ello ninguno se considerará ofendido por las palabras de Tomás. No es pecado preguntar honestamente por un condiscípulo. No duele oír palabras como las que han sido dichas cuando en nosotros no hay sino amor y honestidad; cuando nada remuerde en el corazón y cuando, por no haber sido herido ya el corazón por el diente del remordimiento, nada le hace ultrasensible. ¿Por que quieres hacer estas protestas en presencia de tus compañeros? ¿Quieres que sospechen pecado en ti? La ira y la soberbia son dos malas compañeras, Judas. Arrastran al delirio, y uno que delira ve lo que no existe, dice lo que no debería decir... de la misma forma que la avaricia y la lujuria arrastran a acciones culpables con tal de satisfacerse... Líbrate de estas malvadas siervas... Y de momento has de saber que durante estos muchos, muchos días de ausencia tuya ha habido buena concordia entre nosotros, siempre, y ha habido obediencia y respeto siempre. Nos hemos amado, ¿comprendes?... Adiós, amados amigos. Idos, y amad. ¿Comprendéis? Amaos, sed compasivos los unos para con los otros, hablad poco y actuad bien. La paz sea con vosotros.

Los bendice. Mientras ellos van a la derecha, Jesús continúa su camino con los primos y con Pedro y Tomás.

Continúa en medio de un gran silencio, hasta que Pedro salta con un potente y solitario:

-¡Sabe Dios!... - puesto como corolario de quién sabe qué larga meditación. Los demás lo miran...

Jesús, al quite, desvía otras preguntas diciendo:

-Estáis contentos vosotros dos de venir a Nazaret conmigo? - y pasa los brazos por los hombros a Pedro y a Tomás.

-¿Y lo preguntas? - dice Pedro con su exuberancia.

Tomás, más tranquilo, pero con su cara regordeta resplandeciente de alegría, añade: -¿No sabes que para mí estar al lado de tu Madre es una dulzura que no encuentro palabras para describirtela? María es mi amor. No estoy consagrado virgen, y no era contrario a tener una familia; ya había puesto mi mirada en algunas jóvenes, sin decidirme sobre cuál elegir por esposa. ¡Pero ahora... ahora!... ¡Que sí, que mi amor es María! El inasible amor para la carne. ¡Pero la carne muere con sólo pensar en Ella! El letificante amor para el espíritu. ¡Ah!, todo lo que he visto en las mujeres - incluso las más queridas, como mi madre y mi hermana gemela -, todo lo que de bueno veo en ellas, lo comparo con lo que veo en tu Madre, y digo dentro de mí: "En Ella habita toda justicia, toda gracia y belleza. Plantío de flores paradisíacos es su espíritu amable... un poema su figura...". ¡Oh, porque nosotros israelitas no osamos pensar en los ángeles y con pávida reverencia observamos a los querubines del Santo de los Santos!... ¡Qué necios! ¿Y no sentimos luego diez veces más de devotísimo temblor mirándola a Ella! Ella, que - estoy seguro - supera ante los ojos de Dios toda belleza angélica...

Jesús mira al enamorado de su Madre, que parece espiritualizarse de tanto como su sentimiento hacia María le muda la expresión bondadosa del rostro.

-Bueno, pues unas horas, pocas, estaremos con Ella. Nos detendremos hasta pasado mañana. Luego vamos a ir a Tiberíades, a ver a los dos niños y a tomar una barca para Cafarnaúm.

-¿Y a Betsaida? - pregunta Pedro.

-Al regreso, Simón. A1 regreso iremos a Betsaida para recoger a Margziam para el peregrinaje de Pascua...

...Y es la noche del mismo día, en Nazaret, en la casita pacífica, donde Pedro y Tomás ya duermen. Y se oye el coloquio delicado entre la Madre y el Hijo.

-Todo ha ido bien, Madre mía. Ahora tienen paz. Tus oraciones han ayudado a los peregrinos, y ahora, como rocío en flores agostadas, están curando su dolor.

-¡Quisiera curar el tuyo, Hijo mío! ¡Cuánto debes haber sufrido!

-Mira. Aquí, en las sienes, tu carne se hunde, y aquí, en las mejillas una arruga corta tu frente como señal de espada. ¿Quién te ha herido de este modo, corazón mío?

-El dolor de tener que dar dolor, Mamá.

-¿Eso sólo, Jesús mío? ¿Tus discípulos no te han dado dolor?

-No, Mamá. Han sido de una bondad de santos.

-Los que estaban contigo... Pero yo me refiero a todos...

-Como puedes ver, he traído a Tomás para premiarlo, y hubiera querido traer también a los que no habían estado aquí la otra vez. Pero tenía que enviarlos a otro lugar, adelante...

-¿Y Judas de Keriot?

-Judas está con ellos.

María abraza a su Hijo y reclina la cabeza en su hombro llorando.

-¿Por qué lloras, Mamá? - pregunta Jesús acariciando su pelo.

María guarda silencio y llora. Sólo a la tercera pregunta susurra:

-Por el terror que siento... Siempre deseo que te abandone... ¿Peco - no es verdad, deseando esto? Pero es tan fuerte, tan fuerte el miedo que le tengo, por ti...

-Sólo si desapareciera muriendo cambiarían las cosas. Pero, ¿por qué debería morir?

-No soy tan mala como para desearlo... ¡Él también tiene una madre! Y tiene un alma... Un alma que todavía puede salvarse. Pero... ¡oh, Hijo mío!... ¿no sería, acaso, un bien para él la muerte?

Jesús suspira y susurra:

-Para muchos sería un bien la muerte...

Y luego, en voz alta:

-¿Has sabido algo de la anciana Juana? ¿Sus campos?...

-He ido con María de Alfeo y Salomé de Simón después de las granizadas. Pero su trigo, al haber sido sembrado con retraso, no había nacido todavía y no se ha dañado. Hace tres días volvió María para ver cómo iba. Dice que parece una alfombra. Los campos más lindos de esta tierra. Raquel está bien y la anciana contenta. También María de Alfeo está contenta, ahora que Simón es todo para ti. Mañana lo verás. Viene todos los días. Hoy acababa de salir cuando has llegado. ¿Sabes?, ninguno se dio cuenta de nada. Alguno habría hablado, si se hubiera dado cuenta de que estaban aquí. Pero... si verdaderamente no estás cansado, cuéntame su viaje...

Y Jesús cuenta todo a la Madre atenta, menos su sufrimiento en la gruta de Yiftael.

337

El sábado en Corazín. Parábola sobre los corazones imposibles de labrar. Curación de una mujer encorvada.

Jesús está en Corazín, en la sinagoga, que se va llenando lentamente de gente. Los notables del lugar deben haber insistido para que Jesús este sábado adoctrinase allí. Lo comprendo por las razones que aducen y por las respuestas de Jesús.

-No somos más arrogantes que los judíos o que los de la Decápolis – dicen - y, sin embargo, vas una y otra vez... y vuelves allí a menudo.

-También aquí lo mismo. Con palabras y obras, con mi silencio y mis actos, os he adoctrinado.

-Pero, si somos más duros que los otros, razón de más para insistir...

-Bien, bien.

-¡Claro que sí; que bien! Te dejamos que uses nuestra sinagoga como lugar de adoctrinamiento, precisamente porque juzgamos que está bien hecho. Acepta, pues, la invitación y habla.

Jesús abre los brazos - señal de silencio para los presentes - y empieza su discurso, y habla con tono de salmo: una recitación lenta, melodiosa y enfática:

-Arauná respondió a David: "Que el rey mi señor tome y ofrende como quiera. Ahí están los bueyes para el holocausto, el carro y los yugos de los bueyes como leña; todo, ¡oh rey!, da Arauná al rey". Y añadió: "Que el Señor Dios acepte propicio tu voto". Mas el rey respondió y dijo: "No será como quisieras. No. Quiero comprar con dinero. No quiero ofrecer al Señor mi Dios holocaustos que me hayan sido regalados".

Jesús baja la mirada, pues hablaba con la cara casi vuelta hacia el techo; mira fijamente, agudamente, al arquisinagogo y a los cuatro notables que estaban con él, y pregunta:

-¿Habéis comprendido el significado?

-Esto está en el segundo de los Reyes, cuando el rey santo compró la era de Arauná... Pero no comprendemos por qué nos lo has citado. Aquí no hay pestilencia y no se tiene que ofrecer un sacrificio. Tú no eres rey... Bueno, queremos decir: no todavía.

-En verdad, tarda es vuestra mente para comprender los símbolos, e insegura vuestra fe. Si fuera segura, veríais que ya soy Rey como he dicho; si tuvierais intuición despierta, comprenderíais que aquí hay una pestilencia muy grave, más que la que preocupaba a David: tenéis la de la incredulidad que os hace perecer.

-¡Bien! Pues si somos tardos e incrédulos, danos inteligencia y fe y explícanos lo que has querido decir.

-Digo: no ofrezco a Dios los holocaustos forzados, los que se ofrecen por mezquino interés. Y Aquel que para hablar ha venido no acepta el hablar sólo si se le concede: es mi derecho y me lo tomo. Bajo el sol o entre cerradas paredes, encima de los montes o en el fondo de los valles, en el mar o sentado en las orillas del Jordán, en todas partes, tengo el derecho y el deber de adoctrinar y de comprar con mi esfuerzo los únicos holocaustos agradables a Dios: los corazones convertidos y hechos fieles por mi palabra.

Aquí, vosotros de Corazín, habéis concedido al Verbo la palabra no por respeto y fe, sino porque tenéis en vuestro corazón una voz que os tortura como carcoma que roe la madera: "Este castigo del hielo es por nuestra dureza de corazón". Y

queréis arreglar las cosas. Por la economía, no por el alma. ¡Oh, Corazín pagana y obcecada! Pero no toda Corazín es igual. Para los que no son así, hablaré, con una parábola.

Oíd. Un necio rico llevó a un artista un trozo grande de una sustancia blanda como la miel más fina, y le ordenó que lo trabajara para hacer de él un ánfora decorada.

"No es un material bueno para ser trabajado" dijo el artista al adinerado. "¿Ves? Es blando, elástico. ¿Cómo puedo esculpirlo y modelarlo?"

"¿Cómo! ¿No es bueno? Es una resina preciada. Y un amigo mío tiene una pequeña ánfora de esta resina y en ella su vino adquiere un sabor delicioso. La he pagado a precio de oro, para disponer de un ánfora más grande y humillar así a mi amigo jactancioso. Házmela inmediatamente. Si no, diré que eres un artista incapaz".

"La de tu amigo será de alabastro blando." "No. Es de este material".

"Será de ámbar fino." "No. Es de este material".

"Aunque fuera de este material - vamos a suponerlo - habrá adquirido compacidad, dureza, por siglos de antigüedad o con la mezcla de otras sustancias solidificantes. Pregúntaselo y vuelve a decirme cómo fue hecha la suya".

"No. Me la ha vendido él mismo, asegurándome que se usa así". "Pues entonces te ha timado para castigarte por envidiar su bonita ánfora."

"¡Mide tus palabras! Trabaja. Si no, te castigo quitándote el taller; que todo lo que tienes no vale cuanto me cuesta esta estupenda resina".

El artista, desconsolado, se puso manos a la obra. Plasmaba la sustancia... Pero ésta se le quedaba pegada a las manos. Trataba de solidificar un trocito con mástiques y polvos... Pero la resina perdía su transparencia de oro. La ponía junto al horno de fusión esperando que el calor la endureciera... Pero, desesperado, tenía que quitarla porque se licuaba. Mandó por nieve helada a la cima del alto Hermón; metió la resina dentro de la nieve... Se endurecía, seguía siendo bonita, pero ya no se podía modelar. "La voy a modelar con el cincel" dijo. Pero al primer golpe de cincel la resina se hizo pedazos.

El artista, totalmente desesperado, convencido ya de que nada podía hacer apto para ser trabajado a aquel material, intentó una última prueba. Reunió los trozos, los hizo de nuevo líquidos al calor del horno, los volvió a congelar con la nieve, aunque esta vez no demasiado, e intentó trabajar en la masa ligeramente blanda con el cincel y la espátula. ¡Se modelaba!, ¡sí!... Pero, nada más dejar cincel y espátula, volvía a la forma de antes, como si fuera masa de pan en fermentación en la artesa.

El hombre se dio por vencido. Y para huir de las represalias del rico, y de la ruina, durante la noche cargó en un carro a su mujer, a sus hijos, los enseres y los instrumentos de trabajo; y dejó en el centro del taller completamente vacío la masa blanda de la resina con una tira de papel encima con las palabras: "Imposible de labrar". Luego huyó allende los confines...

Yo he sido enviado a labrar los corazones en orden a la Verdad y la Salud. Han venido a mis manos corazones de hierro, plomo, estaño, alabastro, mármol, plata, oro, jaspe, piedras preciosas. Corazones duros, corazones toscos, corazones demasiado tiernos, corazones volubles, corazones endurecidos por las penas, corazones valiosísimos: todo tipo de corazones. Los he labrado a todos. Y a muchos los he modelado según el deseo de Aquel que me ha enviado. Algunos me han herido mientras los trabajaba, otros han preferido romperse antes que dejarse trabajar con toda profundidad. Pero, quizás con odio, conservarán siempre un recuerdo mío.

Vosotros sois imposibles de labrar. Calor de amor, paciencia de instrucción, frío de reprensiones, fatiga de cincel... nada sirve con vosotros. Nada más retirar mis manos, volvéis a ser como erais. Tendríais que hacer una única cosa para ser cambiados: abandonaros totalmente en mí. No lo hacéis. No lo haréis nunca. El Trabajador, desconsolado, os abandona a vuestro destino. Pero, dado que es justo, no os abandona a todos igual. Desconsolado, sabe todavía elegir a los que merecen su amor, y los consuela y bendice.

-¡Mujer, ven aquí! - dice señalando a una mujer que está junto a la pared, tan encorvada que parece un signo de interrogación.

La gente ve a dónde señala Jesús, pero no ve a la mujer, la cual por su conformación, no puede ver a Jesús ni tampoco su mano.

-¡Ve Marta! Que te llama - le dicen varias personas. Y la pobrecita va renqueando con su bastón, que le llega a la altura de la cabeza.

Ahora está delante de Jesús, que le dice:

-Mujer, quédate con un recuerdo de mi paso y con un premio a tu fe silenciosa y humilde. Queda liberada de tu enfermedad - grita al final, poniéndole las manos en la espalda.

Y enseguida la mujer se alza y, derecha como una palma, levanta los brazos y grita: -¡Hosanna! ¡Me ha curado! Ha visto a su sierva fiel y la ha agraciado. ¡Sea alabado el Salvador y Rey de Israel! ¡Hosanna al Hijo de David!

La gente responde con sus "¡hosanna!" a los de la mujer, la cual ahora está de rodillas a los pies de Jesús, besándole el borde de la túnica, mientras Él le dice:

-Ve en paz y persevera en la fe.

El arquisinagogo - deben quemarle todavía las palabras dichas por Jesús antes de la parábola - quiere responder con veneno a la reprensión, y, mientras la muchedumbre se abre para dejar pasar a la mujer curada milagrosamente, grita indignado:

-¡Hay seis días para trabajar, seis días para pedir y dar! ¡Venid, pues, en esos días, tanto para pedir como para dar! ¡Venid a recobrar la salud en esos días, sin violar el sábado, pecadores e infieles, corrompidos y corruptores de la Ley! - y trata de empujar a todos fuera de la sinagoga, como para arrojar la profanación del lugar de oración.

Pero Jesús, que lo ve ayudado en su acción por los cuatro notables de antes y por otros que están repartidos entre la muchedumbre (los cuales dan los signos más manifiestos de estar escandalizados, torturados por el... delito de Jesús), a su vez grita (mientras con los brazos recogidos sobre el pecho, severo, majestuoso, lo mira):

-¡Hipócritas! ¿Quién de vosotros en este día no ha desatado el buey o el asno del pesebre y lo ha llevado a beber? ¿Y quién no ha llevado los haces de hierba a las ovejas del rebaño y no ha extraído la leche de las ubres llenas? ¿Y por qué, si tenéis seis días para hacerlo, lo habéis hecho también hoy, por unos pocos denarios de leche, o por miedo de perder el buey y el asno a causa de la sed? ¿Y no debía soltar Yo a ésta de sus cadenas, después de que Satanás la ha tenido atada durante dieciocho años, sólo porque es sábado? Idos. He podido soltar a esta mujer de su desventura involuntaria; mas no podré jamás soltaros a vosotros de las vuestras, que son voluntarias, ¡oh enemigos de la Sabiduría y de la Verdad!

La gente buena, de entre los muchos no buenos de Corazín, aprueba y alaba; la otra parte, lívida de rabia, huye, dejando plantado al también lívido arquisinagogo.

También Jesús lo deja plantado y sale de la sinagoga, rodeado de los buenos, que siguen circundándole hasta que llega a los campos, lugar donde Él bendice una última vez, para tomar luego la vía de primer orden, junto con los primos y Pedro y Tomás...

338

Judas Iscariote pierde el poder de milagros. La parábola del cultivador

La vía que conduce a Sefet deja la llanura de Corazín para arremeter contra un grupo montañoso bastante notable y muy poblado de árboles. Un curso de agua desciende de estos montes para dirigirse ciertamente al lago de Tiberíades.

Los peregrinos esperan en este puente a que lleguen los otros, los que habían sido enviados al lago de Merón. No esperan mucho. Puntuales a la cita, vienen ligeros, y se reúnen alegres con el Maestro y los compañeros. Luego refieren cómo se ha desarrollado su viaje, que ha sido bendecido por algunos milagros hechos a turno por «todos los apóstoles» dicen; pero Judas de Keriot corrige: «Menos por mí, que no he logrado hacer nada», y su bochorno al confesarlo es penoso.

-Ya te hemos dicho que era porque estábamos frente a un gran pecador - le responde Santiago de Zebedeo. Y explica: «¿Sabes, Maestro? Era Jacob. Estaba muy enfermo. Te invoca por este motivo. Porque tiene miedo a la muerte y al juicio de Dios. Pero ahora es más avaro que nunca, porque prevé un verdadero desastre para su cosecha, que ha sido completamente destruida por el hielo. Ha perdido toda la simiente de trigo, y no puede sembrar más porque está enfermo, y la sierva, agotada de fatigas y hambre - porque él economiza incluso la harina para el pan, pues tiene miedo a quedarse un día sin comer -, no tiene fuerzas para arar el campo. Nosotros - quizás hemos pecado, porque trabajamos todo el viernes, y después de la puesta del sol, hasta la última luz, e incluso con antorchas y hogueras encendidas para ver -, nosotros aramos una gran extensión de terreno. Felipe, Juan y Andrés saben, y yo también. ¡Lo que hemos currado!... Simón, Mateo y Bartolomé venían detrás de nosotros limpiando las glebas del trigo nacido pero luego muerto. Judas fue, en tu nombre, a pedir un poco de simiente a Judas y Ana, y les prometió nuestra visita de hoy. Se la dieron, y además selecta. Entonces dijimos: "Mañana sembramos". Por este motivo hemos tardado un poco. Porque empezamos al principio de la puesta del sol. Que el Eterno nos perdone por el motivo por el que hemos pecado. Judas, mientras tanto, estaba al pie de la cama de Jacob para convertirlo. Él sabe hablar mejor que nosotros. Al menos eso es lo que dijeron también Bartolomé y el Zelote. Pero Jacob se mostraba sordo a toda razón. Quería la curación porque la enfermedad le cuesta, e injuriaba a la mujer llamándola holgazana. Para calmarlo, visto que decía "Me convertiré si me curo", Judas le impuso las manos. Pero Jacob siguió enfermo como antes. Judas, desconsolado, nos lo dijo. Lo intentamos nosotros antes de irnos a dormir. Pero no obtuvimos el milagro. Ahora Judas sostiene que es porque él, habiéndote disgustado, ha caído en desgracia tuya; y está deprimido. Pero nosotros decimos que es porque teníamos frente a nosotros a un pecador obstinado, que pretende obtener todo lo que quiere, poniendo condiciones y dando órdenes hasta a Dios. ¿Quién tiene razón?

-Vosotros siete. Es como habéis dicho. ¿Y Judas y Ana? ¿Sus campos?

-Muy dañados. Pero tienen recursos y ya está todo solucionado. ¡Pero ellos son buenos! Ten. Te mandan este donativo y estos alimentos. Esperan verte en alguna ocasión. Lo que entristece es el estado espiritual de Jacob. Habría deseado curarle el alma más que el cuerpo... - dice Andrés.

-¿Y en los otros lugares?

-¡Oh! En el camino de Debaret, cerca del pueblo, curamos - fue Mateo - a uno que tenía fiebres y que volvía de un médico que lo había desahuciado. Nos hospedamos en su casa y la fiebre no volvió desde la puesta del sol hasta la aurora, y él afirmaba que se sentía bien y fuerte. Luego, en Tiberíades, fue Andrés el que curó a un barquero que se había roto un hombro cayendo en el puente. Le impuso las manos y el hombro quedó curado. ¡Imagínate el hombre! Nos quiso llevar sin pagar a Magdala y a Cafarnaúm, luego a Betsaida, y allí se ha quedado, porque allí están los discípulos Timoneo de Aera, Felipe de Arbela, Hermasteo y Marcos de Josías, uno de los liberados del demonio cerca de Gamala. Quiere ser discípulo también José el barquero... Los niños, en casa de Juana, están bien. Ya no parecen los mismos. Estaban en el jardín jugando con Juana y Cusa...

-Los he visto. Yo también he pasado por allí. Seguid.

-En Magdala fue Bartolomé el que convirtió a un corazón vicioso y curó un cuerpo vicioso. ¡Qué bien habló! Explicó que el desorden del espíritu genera desorden en el cuerpo, y que toda concesión a la deshonestidad degenera en pérdida de la tranquilidad, de la salud y al final del alma. Cuando lo vio arrepentido y convencido, le impuso las manos y el hombre quedó curado. Querían retenernos en Magdala. Pero nosotros obedecimos: pasada la noche, proseguimos para Cafarnaúm. Allí había cinco que pedían les concedieras una gracia. Y ya estaban para marcharse desconsolados. Los curamos. No vimos a ninguno porque embarcamos de nuevo enseguida para Betsaida, para evitar preguntas de Elí, Urías y sus compañeros. ¡En Betsaida!... ¡Cuenta tú, Andrés, a tu hermano!... - termina Santiago de Zebedeo, que era el que hablaba.

-¡Oh! ¡Maestro! ¡Simón! ¡Si vierais a Margziam! ¡No se le reconoce!...

-¡Maldición! ¿Qué?, ¿es mujer ahora? - exclama y pregunta Pedro.

-¿Pero qué dices, hombre? Un jovencito muy majo, alto, delgado, porque ha crecido mucho... ¡Una cosa maravillosa! Nos costó reconocerlo. Está tan alto como tu mujer y yo...

-¡Hombre, ni yo ni tú ni Porfiria somos palmas! A1 máximo se nos podrá comparar con una zarza... - dice Pedro (pero exulta de alegría al oír que su hijo adoptivo se ha desarrollado).

-Sí, hermano. Pero en las Encenias, no más, era todavía un niño escasamente desarrollado, que apenas si nos llegaba a los hombros. Ahora es verdaderamente un hombre joven, por la estatura, la voz y la gravedad. Ha hecho como esas plantas que no crecen durante años y luego, al improviso, se desarrollan de forma asombrosa. Tu mujer ha estado muy ocupada en alargar túnicas o hacerlas nuevas. Y las hace con dobladillos muy anchos y amplios pliegues en la cintura, porque prevé, con razón, que Margziam seguirá creciendo. Y en sabiduría crece todavía más. Maestro, la humildad de Natanael no te había dicho que durante casi dos meses Bartolomé ha sido maestro del más pequeño y heroico de los discípulos, que se levanta antes del amanecer para llevar a pastar a las ovejas, cortar la leña, sacar agua, encender el fuego, barrer, hacer las compras por amor a su mamá de adopción, y luego, por la tarde y hasta bien de noche, estudia y escribe como un pequeño doctor. ¡Fíjate! Ha reunido a todos los niños de Betsaida y los sábados les imparte pequeñas lecciones evangélicas. Así, los pequeños, excluidos de la sinagoga porque no molesten en las funciones, tienen su jornada de oración como los mayores. Y me han dicho las madres que es bonito oírle hablar, y que los niños lo quieren y le obedecen con respeto y se hacen mejores. ¡Qué discípulo va a ser!

-¡Pues fíjate!, ¡fíjate! Yo... estoy emocionado... ¡Mi Margziam! Pero ya también en Nazaret, ¿eh?: ¡qué heroísmo por... aquella niña! ¿Raquel, verdad?

Pedro se para a tiempo, y se pone como la púrpura por el miedo a haber dicho demasiado.

Por suerte, Jesús viene en su auxilio, y Judas está meditabundo o distraído. O finge estarlo. Jesús dice:

-Raquel. Tienes buena memoria. Está curada. Y sus campos producirán mucho trigo. Hemos pasado por allí Yo y Santiago. Mucho puede el sacrificio de un niño justo.

-En Betsaida fue Santiago el que realizó un milagro en aquel pobre lisiado; y Mateo, por el camino, yendo a la casa de Jacob, curó a un niño. Y precisamente hoy, en la plaza de aquel pueblecito que está al pie del puente, Felipe y Juan han hecho curaciones: el primero a un enfermo de los ojos; el segundo, a un niño endemoniado.

-Lo habéis hecho todos bien. Muy bien. Ahora vamos a ir hasta aquel pueblo de las laderas. Nos detendremos en alguna casa para dormir.

-¿Y tú, Maestro mío, qué has hecho? ¿Cómo está María? ¿Y la otra María? - pregunta Juan.

-Están bien y os saludan a todos. Están preparando túnicas y cuanto se necesita para el peregrinaje de primavera. Están ya deseando que llegue, para estar con nosotros.

-Susana y Juana y nuestra madre tienen la misma ansia - dice también Juan.

Bartolomé dice:

-También mi mujer, con las hijas, quiere ir este año, después de tantos, a Jerusalén. Dice que nunca volverá a ser tan bonito como este año... No sé por qué lo dice. Pero ella sostiene que lo siente en el corazón.

-Entonces seguro que vendrá también la mía. No me lo ha dicho... Pero lo que hace Ana lo hace siempre María - dice Felipe.

-¿Y las hermanas de Lázaro? Vosotros que las habéis visto... - pregunta Simón Zelote.

-Obedecen con sufrimiento a la orden del Maestro y a la necesidad... Lázaro está muy enfermo, ¿verdad, Judas? Casi siempre está en la cama. Pero esperan con mucha ansia al Maestro - dice Tomás.

-Pronto será Pascua e iremos a casa de Lázaro.

-¿Pero Tú qué has hecho en Nazaret y Corazín?

-En Nazaret he saludado a los parientes y amigos y a los parientes de los dos discípulos. En Corazín he hablado en la sinagoga y he curado a una mujer. Nos hemos detenido donde la viuda. Se le ha muerto la madre. Un dolor y un alivio al mismo tiempo, por los pocos recursos y por el tiempo que la asistencia a la enferma quitaba del trabajo de la viuda, que se ha puesto a hilar por cuenta de terceros. Pero ya no está desesperada. Tiene asegurado lo necesario y se siente satisfecha con eso. José va todas las mañanas donde un carpintero del Pozo de Jacob para aprender el oficio.

-¿Son mejores los de Corazín? - pregunta Mateo.

-No, Mateo. Son cada vez peores - confiesa con franqueza Jesús - Y nos han tratado mal. Los notables, es natural, no el pueblo llano.

-Es un lugar muy poco recomendable. No vuelvas - dice Felipe

-Sería causa de dolor para el discípulo Elías, y para la viuda y la mujer curada hoy y las otras personas buenas.

-Sí. Pero son tan pocos, que... yo no me ocuparía más de ese lugar. Tú lo has dicho: "Es imposible de labrar" - dice Tomás.

-Una cosa es la resina y otra los corazones. Algo permanecerá, como semilla hundida bajo muchas glebas muy compactas. Tardará mucho en nacer, pero, al final, nacerá. Lo mismo Corazín. Un día nacerá lo que he sembrado. No hay que desmoralizarse ante las primeras derrotas.

-Oíd esta parábola. Podría ser titulada: "La parábola del buen labrador".

Un rico tenía una grande y hermosa viña. En ella había también higueras de distintas variedades. A la viña se dedicaba un sirviente, experto viñador y podador de árboles frutales, que cumplía con su deber con amor a su señor y a las plantas. Todos los años, el rico, en el mejor período del año, iba reiteradas veces a su viña para ver madurar las uvas y los higos y probar estos frutos cogiéndolos de las plantas con sus manos. Un día, pues, se acercó a una higuera de muchísima calidad, el único árbol de esa calidad que había en la viña. Pero también aquel día, como en los dos años anteriores, la encontró todo follaje y nada fruta.

Llamó al viñador y dijo: "Hace tres años que vengo a buscar fruta a esta higuera y no encuentro sino hojas. Se ve que el árbol ha terminado de dar frutos. Córtalo, pues. Es inútil que esté aquí ocupando sitio y ocupando tu tiempo, para después no acabar en nada. Córtala, échala al fuego, limpia de raíces el terreno, y en el lugar suyo planta un arbolito nuevo. Dentro de algunos años dará fruto". El viñador, que era paciente y amoroso, respondió: "Tienes razón. Pero déjame todavía un año. No corto el árbol. Es más, con mayor dedicación aún, le cavaré el suelo de alrededor, lo abonaré, lo podaré. ¿Quién sabe, a lo mejor da todavía fruto? Si después de esta última prueba no da fruto, obedeceré tu deseo y lo cortaré".

Corazón es la higuera que no da frutos. Yo soy el buen Labrador. El rico impaciente sois vosotros. Dejad actuar al buen Labrador.

-De acuerdo. Pero tu parábola no concluye. ¿La higuera, al año siguiente, dio fruto? - pregunta el Zelote.

-No dio fruto y fue cortada. Pero el labrador quedó justificado de haber cortado un árbol que todavía era joven y pujante, porque había hecho todo su deber. Yo también quiero ser justificado por aquellos a quienes tenga que meter la segur y separarlos de mi viña, donde son árboles estériles o plantas venenosas, cobijos de serpientes, acaparadores de jugos nutritivos, parásitos o elementos tóxicos, que deterioran y dañan a los compañeros discípulos; o bien, que entran sin haber sido llamados, reptando con sus malignas raíces para proliferar en mi viña, rebeldes a todo injerto, venidos sólo para espiar, menoscabar y hacer estéril mi campo. A éstos los cortaré cuando todo haya sido intentado para convertirlos. Por ahora, antes de la segur, alzo las tijeras y el cuchillo del podador, desramo e injerto... Será un trabajo duro, para mí, que lo hago, y para los que lo sufran. Pero hay que hacerlo. Para que se pueda decir en el Cielo: "Ha cumplido todo. Pero ellos, cuanto más los ha podado, cuanto más ha injertado o removido la tierra de alrededor o abonado, con sudor y lágrimas, fatiga y sangre, ellos se han hecho cada vez más estériles y malos"... Hemos llegado al pueblo. Id todos adelante y pedid alojamiento. Tú, Judas de Keriot, quédate conmigo.

Se quedan solos y, en la penumbra de la noche, caminan uno al lado del otro en el máximo silencio.

Por fin Jesús dice, como hablando consigo mismo:

-Y, no obstante, aunque se haya caído en desgracia de Dios por haber infringido su Ley, siempre podemos volver a ser lo que éramos, renunciando al pecado...

Judas no responde nada.

Jesús sigue:

-Y si hemos comprendido que no podemos seguir recibiendo de Dios el poder, porque Dios no está donde está Satanás, con facilidad se puede solucionar, prefiriendo lo que Dios concede a lo que quiere nuestra soberbia.

Judas calla.

Jesús - y ya están a la altura de la primera casa del pueblo - todavía como hablando consigo mismo, dice:

-Y pensar que he sufrido áspera penitencia para que se enmiende y torne al Padre suyo...

Judas se estremece, levanta la cabeza, lo mira... pero no dice nada.

También Jesús lo mira... y luego pregunta:

-Judas, ¿a quién estoy hablando?

-A mí, Maestro. Por ti ya no tengo poder. Porque me lo has quitado para aumentárselo a Juan, a Simón, a Santiago, a todos, excepto a mí. ¡No me amas, eso es lo que pasa! Y acabaré por no amarte y por maldecir la hora en que te amé, y me hundí ante los ojos del mundo por un rey imbele que se deja supeditar incluso por la plebe. ¡No esperaba esto de ti!

-Ni Yo tampoco de ti. Pero nunca te he engañado, ni te he obligado. ¿Por qué, pues, permaneces a mi lado?

-Porque te amo. No puedo ya separarme de ti. Me atraes y me produces repulsión. Te deseo como el aire que respiro y... me das miedo. ¡Ah, soy un maldito! ¡Estoy condenado! ¿Por qué no arrojas de mí el demonio, Tú que puedes?

La cara de Judas está lívida y descompuesta, enajenada, llena de miedo y odio... Recuerda ya, aunque pálidamente, la máscara satánica del Judas del Viernes Santo.

Y el rostro de Jesús recuerda el del Nazareno flagelado, que, sentado en el patio del Pretorio encima de la artesa puesta boca abajo, mira a los que se burlan de Él con toda su piedad amorosa. Dice, y parece que hay ya un sollozo en su voz:

-Porque no hay arrepentimiento en ti, sino solamente ira contra Dios, casi como si Él fuera el culpable de tu pecado.

Judas dice entre dientes una fea imprecación...

-¡Maestro, hemos encontrado lo que buscábamos. Cinco en un sitio, tres en otro, dos en otro, y uno y uno en otros dos. No hemos podido mejor - dicen los discípulos.

-Está bien. Yo voy con Judas de Keriot - dice Jesús.

-No. Prefiero estar solo. Estoy inquieto. No te dejaría descansar...

-Como quieras... Entonces iré con Bartolomé. Vosotros haced lo que queráis. Entretanto vamos a donde haya más sitio, para poder cenar juntos.

La noche pecaminosa de Judas Iscariote

Una bonita aurora de primavera pone rosicler el cielo y alegra las colinas. Los discípulos se manifiestan unos a otros su contento por ello, mientras se reúnen a la entrada del pueblo en espera de los rezagados.

-Es el primer día que no hace frío, después de las granizadas - dice Mateo frotándose las manos.

-¡Ya era hora de que llegara! ¡Estamos en la neomenia de Adar! - exclama Andrés.

-¡Bien! ¡Bien! ¡Si hubiéramos tenido que subir a los montes con el fresco de estos días pasados!... - comenta Felipe.

-¿Pero luego a dónde vamos? - pregunta Andrés.

-No sé... De aquí vamos a Sefet o a Meirón. ¿Pero luego...? -le responde Santiago de Zebedeo, y se vuelve a preguntar a los dos hijos de Alfeo: «¿Sabéis vosotros a dónde vamos?».

-Jesús nos ha dicho que quiere ir hacia septentrión; nada más - dice lacónico Judas de Alfeo.

-¿Otra vez? Para la próxima luna tenemos que empezar el peregrinaje de Pascua... - dice no demasiado entusiasta Pedro.

-Tendremos tiempo de sobra - le rebate Judas Tadeo.

-Sí, pero nada de descanso en Betsaida...

-Pasaremos por allí seguro para recoger a las mujeres y a Margziam - responde Felipe a Pedro.

-Lo que os ruego es que no deis muestras de fastidio, desgana u otras cosas por el estilo. Jesús está muy afligido... Ayer por la noche lloraba. Me lo he encontrado llorando mientras preparábamos la cena. No estaba orando afuera, en la terraza, como creíamos. Lloraba - dice Juan.

-¿Por qué? ¿Se lo preguntaste? - dicen todos.

-Sí. Pero sólo me dijo: "Ámame, Juan".

-Quizás... es por los de Corazín.

El Zelote, que está llegando en ese momento, dice:

-El Maestro está viniendo con Bartolomé. Vamos a su encuentro.

Van... pero siguen con lo que estaban comentando:

-O es por Judas. Ayer por la noche se habían quedado solos... - dice Mateo.

-¡Ya! Y Judas había declarado antes que estaba inquieto y no quería a ninguno consigo - observa Felipe.

-¡No ha querido estar ni siquiera con el Maestro! ¡Y yo que de tan buena gana habría estado! - suspira Juan.

-¡También yo! - dicen todos los demás.

-Ese hombre no me gusta... O está enfermo o hechizado o loco o endemoniado... Algo le pasa - dice seguro Judas Tadeo.

-Y, sin embargo, creedlo, en el viaje de regreso fue ejemplar. Defendió constantemente al Maestro y los intereses del Maestro como ninguno de nosotros ha hecho nunca. ¡Lo vi yo, lo oí yo! Espero que no dudéis de mi palabra - afirma Tomás.

-¿Cómo piensas que no te creemos? ¡No, hombre, no, Tomás! Y estamos contentos de que Judas sea mejor que nosotros. Pero ya lo ves tú. ¿Es extraño, sí o no? - pregunta Andrés.

-¡Extraño lo es! Pero quizás es que sufre por cosas íntimas... Quizás también porque no ha hecho milagros. Es un poco orgulloso. ¡Con buena finalidad, claro! Pero para él es importante hacer mucho y ser encomiado...

-¡Mmm...! ¡Será así! La cosa es que el Maestro está triste. Miradlo allí, decidme si asemeja al hombre que conocimos. Pero, ¡vive Dios, que si logro descubrir quién es el que hace sufrir al Maestro!... ¡Basta! ¡Yo sé lo que le hago! - dice Pedro.

Jesús, que viene en vivaz conversación con Natanael, los ve y acelera el paso sonriendo.

-Paz a vosotros. ¿Estáis todos?

-Falta Judas de Simón... Creía que estaba contigo, porque en la casa donde dormía me han dicho que han encontrado la habitación vacía y todo en orden... - explica Andrés.

Jesús frunce un momento la frente, agacha la cabeza y se concentra en su pensamiento. Luego dice:

-No importa. Vámonos de todas formas. Decid a los de las últimas casas que vamos a Meirón y luego a Yiscala. Si Judas nos busca, que lo manden allí. Vamos.

Todos sienten borrasca en el ambiente y obedecen sin rechistar. Jesús sigue hablando con Bartolomé, adelantado algunos pasos respecto a los demás. Y oigo pasar grandes nombres en lo que dicen, Hil.lél, Yael, Barac; y glorias patrias, que pasan por la mente y las palabras; y comentarios de admiración sobre grandes doctores; y añoranzas en Bartolomé...

-¡Si viviera todavía el Sabio! Hil.lél era bueno. Pero también era fuerte. No se habría dejado turbar. ¡Habría emitido su propio juicio acerca de ti!

-¡No te lo tomes a pecho, Bartolmái! Bendice al Altísimo que lo ha llamado a su paz. El espíritu del Sabio no conoció así la turbación de tanto odio contra mí.

-¡Mi Señor! ¡No sólo odio!...

-Más odio que amor, amigo. Y así será siempre.

-No estés triste. Nosotros te defenderemos...

-No me angustia la muerte... sino el ver el pecado de los hombres.

-¡La muerte no!... No hables de muerte. No llegarán a tanto... porque tienen miedo...

-El odio será más fuerte que el miedo. Bartolomé, después de mi muerte, luego, cuando esté lejos, en el Cielo santo, di a los hombres: "El, más que por la muerte, sufrió por vuestro odio"...

-¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡No hables así! Nadie te va a odiar hasta el punto de hacer que mueras. Y Tú siempre puedes impedirlo, Tú que eres poderoso...

Jesús sonríe con tristeza (yo diría: cansado), mientras sube con su paso medido el camino montano que conduce a Meirón, y que a medida que se eleva va descubriendo un vasto y bonito panorama sobre el lago de Tiberíades, visible a través de la brecha de una hoz, y sobre colinas cercanas que, en forma de arco, hacen de mampara a la vista del lago de Merón, y luego, más allá del lago de Tiberíades, sobre el altiplano de la Transjordania, hasta los recortados montes lejanos de Aurán, Traconítida y Perea.

Jesús señala, no obstante, en dirección norte-nordeste diciendo:

-Después de la Pascua tendremos que ir allá, a la tetrarquía de Filipo; en cuanto tengamos tiempo, para estar de nuevo para Pentecostés en Jerusalén.

-¿Pero no te convendría más hacerlo ahora? Pasando a la Transjordania, hacia el nacimiento del Jordán... volviendo por la Decápolis...

Jesús se pasa la mano por la frente, con gesto cansado, como cuando uno tiene la mente ofuscada, y susurra:
 -No sé, no sé todavía!... ¡Bartolomé!...
 ¡Cuánto desconsuelo, dolor, invocación hay en la voz!...
 Bartolomé se curva un poco, como herido por ese tono extraño y nuevo en Jesús, y dice, congojoso de amor:
 -¿Maestro? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres del viejo Natanael?
 -Nada, Bartolomé... Tu oración... Por que vea bien lo que hay que hacer... Pero, nos llaman, Bartolomé... Parémonos aquí...
 Y se paran junto a un grupo de árboles.
 Se ve por la curva del sendero a los otros, en grupo:
 -Maestro, Judas nos sigue, corriendo a toda velocidad...
 -Bueno, pues lo esperamos.
 Judas, en efecto, aparece pronto, corriendo...
 -Maestro... Me he retrasado... Me he quedado dormido y...
 -¿Dónde, si en casa no te he encontrado? - pregunta extrañado Andrés.
 Judas se queda confundido un momento, pero rápidamente se rehace y dice:
 -¡Oh, siento que mi penitencia haya quedado manifiesta! He estado en el bosque, toda la noche, orando, haciendo sacrificio... A1 alba me ha vencido el sueño... Soy una persona débil... Pero el Señor altísimo tendrá compasión de su pobre siervo. ¿No es verdad, Maestro? Me he despertado tarde y todo dolorido.
 -Efectivamente, tienes una cara muy deslucida - observa Santiago de Zebedeo.
 Judas se echa a reír:
 -¡Sí! ¡Ya! Pero tengo el alma más contenta. La oración sienta bien. La penitencia da un corazón alegre, y también humildad y generosidad. Maestro, perdona a tu necio Judas... - y se arrodilla a los pies de Jesús.
 -Sí. Levántate y vamos.
 -Dame la paz con un beso tuyo. Será la señal de que me has perdonado los malos humores de ayer. No deseé estar contigo, es verdad. Pero era porque quería orar...
 -Habríamos podido orar juntos...
 Judas se ríe y dice:
 -No, no podías orar conmigo esta noche, estar donde yo estaba...
 -¡Esta sí que es buena! ¿Por qué? ¡Está siempre con nosotros, y nos ha enseñado Él a orar! - dice Pedro asombrado.
 Todos se echan a reír. Pero Jesús no se ríe. Fija sus ojos en Judas, que lo ha besado y ahora lo está mirando con ojos jocosos de punzante malicia, como si lo desafiara.
 Tiene la osadía de repetir:
 -¿No es verdad que no podías estar conmigo esta noche?
 -No podía. No podía y no podré nunca, en efecto, compartir los abrazos de mi espíritu y mi Padre con un tercero, todo carne y sangre, como eres tú, y en los lugares a donde tú vas. Amo la soledad poblada de ángeles, para olvidar que el hombre es un hedor de carne corrompida por la sensualidad, el oro, el mundo y Satanás.
 Judas ya no se ríe ni siquiera con los ojos. Responde serio:
 -Tienes razón. Tu espíritu ha visto la verdad. ¿A dónde vamos ahora?
 -A venerar las tumbas de los grandes rabíes y héroes de Israel
 -¿Qué? ¿Cómo? Pero si Gamaliel no te ama. Pero si los otros te odian - dicen muchos de los presentes.
 -No importa. Yo me inclino ante las tumbas de los justos que esperan Redención. Voy a decir a sus huesos: "Pronto Aquel que os espiró vuestro espíritu estará en el Reino de los Cielos, pronto para bajar de allí al extremo Día, para hacer que viváis de nuevo, eternamente, en el Paraíso".
 Caminan, caminan hasta que encuentran el pueblo de Meirón. Bonito, bien cuidado, lleno de luz y de sol, situado entre fértiles colinas y cumbres.
 -Detengámonos. Por la tarde iremos hacia Yiscala. Las grandes tumbas están esparcidas por estas pendientes, en espera de su glorioso despertar.

El enmendamiento de Judas Iscariote y el choque con los rabíes junto al sepulcro de Hil.lél.

Dejando el pueblo de Meirón, Jesús, con sus apóstoles, toma un camino, también éste de montaña, que va en dirección noroeste, entre bosques y prados. Sigue subiendo. Quizás han venerado ya algunas tumbas, porque oigo que hablan de ello.
 Ahora es precisamente Judas Iscariote el que va delante con Jesús. Se comprende que en Meirón han recibido y dado limosnas. Judas rinde cuentas, diciendo los donativos que han recibido y las limosnas que han dado. Termina diciendo:
 -Y ahora, aquí, mi donativo. He jurado esta noche que te lo iba a dar para los pobres, como penitencia. No es mucho. Pero no tengo mucho dinero. De todas formas, he convencido a mi madre de que me mande dinero a menudo a través de muchos amigos. Las otras veces que dejaba mi casa era con mucho dinero. Pero esta vez, teniendo que ir por los montes solo, o sólo con Tomás, he tomado lo suficiente para la duración del viaje. Prefiero hacerlo así. La única cosa es que... tendré que pedirte alguna vez autorización para separarme de vosotros durante unas horas para ir donde mis amigos. Ya he dispuesto todo... Maestro, ¿sigo teniendo el dinero yo? ¿Todavía yo? ¿Te fías todavía de mí?

-Judas, tú solo dices todo. Y no sé el motivo por el que lo haces. Has de saber que para mí nada ha cambiado... porque espero con ello que cambies tú y vuelvas a ser el discípulo que fuiste, y llegues a ser el justo por cuya conversión oro y sufro.

-Tienes razón, Maestro. Pero, con tu ayuda, ciertamente lo seré. Por lo demás... son imperfecciones de juventud. Cosas sin peso. Es más, sirven para poder comprender a los semejantes y para curarlos.

-¡Verdaderamente, Judas, tu moral es muy extraña! Y debería decir más. Nunca se ha visto a un médico que enferme voluntariamente para poder decir después: "Ahora sé curar mejor a los que tienen esta enfermedad". ¿Así que Yo soy un incapaz?

-¿Quién lo dice, Maestro?

-Tú. Yo no cometo pecados; por tanto, no sé curar a los pecadores.

-Tú eres Tú. Pero nosotros no somos Tú, y tenemos necesidad de la experiencia para saber hacer...

-Es tu vieja idea. La misma de hace unas veinte lunas. Sólo que entonces opinabas que Yo debía pecar para ser capaz de redimir. Verdaderamente me sorprende que no hayas tratado de corregir este... defecto mío, según tus modos de juzgar, y de dotarme de esta... capacidad de comprender a los pecadores.

-Estás bromeando, Maestro. Bien, me agrada que bromees. Me causabas pena. Estabas muy triste. Y para mí es doble satisfacción el que sea precisamente yo quien te hace bromear. Pero nunca he pensado en elevarme a ser tu pedagogo. Además, ya ves que he corregido mi modo de pensar; tanto, que digo que esta experiencia es necesaria sólo para nosotros. Para nosotros, pobres hombres. Tú eres el Hijo de Dios, ¿no es verdad? Tienes, por tanto, una sabiduría que, para ser sabiduría, no tiene necesidad de experiencias

-Bueno, pues, has de saber que la inocencia también es sabiduría, mucho mayor que el bajo y peligroso conocimiento del pecador. Donde la santa ignorancia del mal limitaría la capacidad de guiarse y de guiar, suple el ministerio angélico, que jamás se ausenta de un corazón puro. Cree que los ángeles, aun siendo purísimos, saben distinguir el Bien y el Mal, y conducir al hombre puro que custodian por el sendero recto y hacia actos rectos. El pecado no es aumento de sabiduría. No es luz. No es guía. Jamás. Es corrupción. Es privación de ver. Es caos. De modo que quien lo cometa conocerá su sabor, mas perderá también la capacidad de saber muchas otras espirituales cosas y ya no tendrá a un ángel de Dios, espíritu de orden y amor, que lo guíe; sino a un ángel de Satanás, para conducirlo por la vía de un desorden cada vez mayor, por el odio insaciable que devora a estos espíritus diabólicos.

-Y... escucha, Maestro. ¿Si uno quisiera volver a tener la guía angélica? ¿Basta el arrepentimiento, o, por el contrario, el veneno del pecado perdura incluso después de que uno se ha arrepentido y ha sido perdonado?... Ya sabes... uno que se ha dado al vino, por ejemplo, aunque jure no volver a emborracharse, y lo jure con verdadera voluntad de cumplirlo, sigue sintiendo la incitación a beber. Y sufre...

-Claro. Sufre. Por este motivo uno no se debería hacer nunca esclavo de lo malo. Pero sufrir no es pecar. Es expiar. Como un borracho arrepentido no comete pecado, sino que adquiere mérito, si resiste heroicamente a la incitación y deja de beber vino; asimismo, quien ha pecado y se arrepiente y resiste a todas las incitaciones, adquiere un mérito; y no le falta la ayuda sobrenatural para esta resistencia. Ser uno tentado no es pecado. Es más, es batalla que procura victoria. Y - cree también esto - Dios desea sólo perdonar y ayudar a quien habiendo errado luego se arrepiente...

Judas está en silencio un rato... Luego, toma la mano de Jesús y la besa, y curvado todavía hacia la mano que ha besado, dice:

-Pero yo ayer por la noche me he pasado de la raya. Te he insultado, Maestro... Te he dicho que acabaré odiándote... ¡He dicho estas blasfemias! ¿Pueden acaso serme perdonadas?

-El mayor pecado es desesperar de la misericordia divina... Judas, Yo he dicho: "Todo pecado contra el Hijo del hombre será perdonado". El Hijo del hombre ha venido para perdonar, salvar, curar, para llevar al Cielo. ¿Por qué quieres perder el Cielo? ¡Judas! ¡Judas! ¡Mírame! Lávate el alma en el amor que brota de mis ojos...

-¿Pero no te causo repulsa?

-Sí... Pero el amor es mayor que la repulsa. Judas, pobre leproso, el mayor leproso de Israel, ven a invocar la salud a Aquel que te la puede dar...

-Dame la salud, Maestro.

-No. No así. No hay en ti arrepentimiento verdadero y voluntad firme. Hay sólo un conato de amor sobreviviente por mí, por tu pasada vocación. Hay un pulular de sentimiento, pero enteramente humano. No es que sea malo todo esto. Es más, es el primer paso hacia el Bien. Cultívalo, auméntalo, injértalo en lo sobrenatural, haz de ello un verdadero amor por mí, una vuelta verdadera a lo que eras cuando viniste a mí, ¡jeso al menos!, ¡jeso al menos! Haz de ello, no un latido transitorio, emotivo, de sentimentalismo inactivo, sino un verdadero sentimiento, activo, de atracción al Bien. Judas, Yo espero. Sé esperar. Yo oro. Soy Yo quien suple, en esta espera, a tu ángel disgustado. Mi piedad, mi paciencia, mi amor; siendo perfectos, son superiores a los angélicos, y pueden permanecer a tu lado, en medio de los desagradables hedores de lo que te fermenta en el corazón, para ayudarte...

Judas se estremece, no fingidamente, sino en la realidad. Con labios temblorosos, con voz quebradiza por lo que le estremece, pálido, pregunta:

-¿Pero Tú sabes realmente lo que he hecho?

-Todo, Judas. ¿Quieres que te lo diga o prefieres que te ahorre esta humillación?

-Pero... bueno, es que no puedo creer...

-Bien, pues entonces vamos a recorrer hacia atrás el camino y a decirle al incrédulo la verdad. Esta mañana ya has mentido más de una vez, sobre el dinero y sobre cómo has pasado la noche. Tú ayer por la noche has tratado de ahogar con la lujuria todos tus otros sentimientos, todos los odios, los remordimientos. Tú...

-¡Basta! ¡Basta! ¡Por caridad, no sigas! O huiré de tu presencia.

-Deberías, por el contrario, abrazarte a mis rodillas pidiendo perdón.

-¡Sí, sí! ¡Perdón! ¡Perdón, Maestro mío! ¡Perdón! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Es más fuerte que yo! Todo es más fuerte que yo.

-Menos el amor que deberías tener por Jesús... Pero, ven aquí, para vencerte la tentación y librarte de ella.

Y lo toma entre sus brazos y llora silenciosas lágrimas encima de la cabeza morena de Judas.

Los demás, que están algunos metros más atrás, se han detenido prudentemente y ahora comentan:

-¿Veis? Quizás Judas tiene verdaderamente algún pesar.

-Y esta mañana se ha abierto con el Maestro.

-¡Qué tonto! Yo lo hubiera hecho inmediatamente.

-Serán cosas penosas.

-¡Seguro que no es por mala conducta de su madre! ¡Es una santa mujer! ¿Qué puede ser de penoso?

-Quizás intereses que van mal...

-¡No, hombre, no! ¡Él gasta y da, según le parece, con generosidad!

-¡Bueno! ¡Asuntos suyos! Lo importante es que esté concorde con el Maestro, y parece que es así. Ya llevan mucho tiempo hablando y en paz. Ahora están abrazados... Muy bien.

-Sí, porque es una persona con capacidad y que conoce a mucha gente. Es buena cosa que esté en armonía y con buena voluntad con nosotros, y especialmente con el Maestro.

-Jesús dijo en Hebrón que las tumbas de los justos son lugares de milagros, o más o menos... En estos lugares hay muchas tumbas de justos. Quizás las de Meirón han hecho un milagro respecto a la turbación de Judas.

-¡Entonces terminará de hacerse santo ahora ante la tumba de Hil.lel! ¿Aquello no es Yiscala?

-Sí, Bartolomé.

-Pues el año pasado no pasamos por aquí...

-¡Hombre, claro; como que vinimos por la otra parte!

Jesús se vuelve y los llama. Se acercan alegres.

-Venid. La ciudad está cerca. Tenemos que cruzarla para encontrar la tumba de Hil.lel. Hagámoslo en grupo - dice Jesús sin explicar nada más, mientras los once miran curiosos con el raballo del ojo tanto a Él como a Judas. Pero si éste último muestra un rostro pacificado, aunque mustio, Jesús no lo tiene radiante: su expresión es solemne, pero seria.

Entran en Yiscala, que es vasta y bonita, y está bien cuidada. Debe haber en ella un floreciente centro rabínico porque veo a muchos doctores reunidos acá o allá, con alumnos a su lado escuchando sus lecciones. Bien se nota el paso de los apóstoles, y especialmente, del Maestro, y muchos se ponen detrás del grupo. Alguno sonrío maliciosamente, otros llaman a Judas de Keriot; pero él va al lado del Maestro y ni siquiera se vuelve.

Salen de la ciudad y se dirigen a la tumba de Hil.lel.

-¡Qué descaró!

-¡Es imprudente.

-Nos provoca.

-¡Profanador!

-¡Díselo, Uziel!

-Yo no me contamina. Díselo tú, Saúl, que eres sólo alumno.

-No. Se lo decimos a Judas. Ve a llamarlo.

El joven llamado Saúl, menudo, pálido, todo ojos y boca, va a donde Judas y le dice: -Ven. Te llaman los rabíes.

-No voy. Me quedo donde estoy. Dejadme.

El joven vuelve y refiere esto a sus jefes.

Entretanto, Jesús, circundado por los suyos, ora con veneración ante el sepulcro de Hil.lel, bien cándido de cal.

Los rabíes se acercan despacio, como serpientes silenciosas, y observan. Dos de ellos, barbudos, ancianos, tiran de la túnica de Judas, el cual, al ponerse a hacer oración ha quedado desprotegido de las parejas de los otros compañeros.

-Pero bueno, ¿qué queréis? - pregunta en voz baja, aunque con resentimiento. ¿Ni siquiera orar se puede?

-Sólo una palabra. Luego te dejamos en paz.

Simón Zelote y Judas Tadeo se vuelven y se callan los cuchicheadores.

Judas se separa dos o tres pasos y pregunta:

-¿Qué queréis?

No percibo lo que el más viejo le susurra al oído. Pero sí veo bien la reacción de Judas, que, sin mediar reflexión alguna, se separa de repente y dice:

-No. Dejadme en paz, ánimas de veneno. No os conozco, no quiero seguiros conociendo.

Una carcajada de burla sale del grupito rabínico, y una amenaza:

-¡Atento a lo que haces, muchacho estúpido!

-Atentos vosotros. ¡Fuera! Id a decírselo también a los demás. A todos los demás. ¿Habéis entendido? Hablad con quien queráis, pero no conmigo, demonios, que es lo que sois - y los deja plantados.

Ha hablado tan fuerte que los apóstoles, atónitos, se han vuelto; Jesús, no, ni siquiera por la carcajada burlona y la promesa: « ¡Nos volveremos a ver, Judas de Simón! » que resuena en el silencio del lugar.

Judas vuelve a su sitio; es más, aparta a Andrés, que se había puesto al lado de Jesús, y, casi como para buscar defensa y protección, toma con sus manos un extremo del manto de Jesús.

La ira, entonces, arremete contra Jesús. Se aproximan, amenazadores, y gritan:

-¿Qué haces aquí, anatema de Israel? ¡Fuera! No turbes los huesos del Justo al que no eres digno de acercarte. Se lo diremos a Gamaliel para que seas castigado.

Jesús se vuelve y los mira, uno por uno.

-¿Por qué nos miras así, endemoniado?

-Para conocer bien vuestras caras y vuestros corazones. Porque no sólo mi apóstol os volverá a ver. Yo también, y entonces querré haberos conocido bien para poderlos reconocer enseguida.

-Bien, ¿ya nos has visto? Márchate de aquí. Gamaliel, si estuviera, no lo permitiría.

-El año pasado he estado con él aquí...

-¡No es verdad, embustero!

-Preguntádselo. Como es una persona honesta, os dirá que es verdad. Yo amo y venero a Hil.lél, y respeto y honro a Gamaliel. Son dos hombres en los cuales, por su justicia y sabiduría, se pone de manifiesto el origen del hombre, recordando que el hombre ha sido hecho a semejanza de Dios.

-¿En nosotros no, eh? - interrumpen los energúmenos.

-En vosotros está entenebrecido por los intereses y el odio.

-¿Pero lo estáis oyendo? ¡En casa ajena así habla y ofende! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí, corruptor de los mejores de Israel! Si no, echamos mano a las piedras. Que aquí no está Roma para protegerte, amigo de contubernios con el enemigo pagano...

-¿Por qué me odiáis? ¿Por qué me perseguís? ¿Qué mal os he hecho? Algunos de vosotros han recibido beneficios de mí; todos, respeto. ¿Por qué, pues, sois crueles conmigo?

Jesús se muestra humilde, manso, afligido y amoroso. Les suplica su amor.

Ellos toman esto como signo de debilidad y miedo, y acosan: la primera piedra vuela, y roza a Santiago de Zebedeo. Éste, rápido, hace el gesto de reaccionar lanzándola a los agresores. Mientras, todos se apiñan en torno a Jesús. Pero son doce contra aproximadamente un centenar. Otra piedra le da a Jesús en la mano, que está ordenando a los suyos que no reaccionen. La mano, herida en el dorso, sangra: parece ya la herida del clavo...

Entonces Jesús ya no ora. Se yergue, imponente; los mira, los fulmina con sus miradas. Pero otra piedra hace sangrar a Santiago de Alfeo en la sien. Jesús debe paralizar cualquier otro acto con su poder, para defender a sus apóstoles, los cuales, obedientes, sufren la apedrea sin reaccionar. Y cuando la voluntad de Jesús domina a los viles, Él - su imponencia es terrible - dice con voz de trueno:

-Me voy. Pero sabed que, por lo que hacéis, Hil.lél os habría maldecido. Me voy. Pero recordad que ni siquiera el mar Rojo detuvo a los israelitas en el camino que Dios les había señalado. Todo se allanó y quedó abierto el camino ante la voluntad de Dios que pasaba. Y lo mismo para mí. De la misma forma que ni egipcios ni filisteos ni amorreos ni cananeos ni ningún otro pueblo detuvieron la marcha triunfal de Israel, así vosotros, que sois peores que ellos, tampoco detendréis mi camino ni mi misión: Israel. Recordad que fue cantado al pozo del agua por Dios dada: "Mana, pozo, pozo cavado por los príncipes, preparado por los jefes del pueblo, con el dador de la Ley, con los propios bastones". ¡Yo soy aquel Pozo! ¡Aquel Pozo soy Yo! Cavado desde los Cielos por todas las oraciones y la justicia de los verdaderos príncipes y jefes del Pueblo santo, que no sois vosotros. No. No lo sois. Por vosotros jamás el Mesías habría venido, porque no os lo merecéis. Porque su venida es vuestra ruina. Porque el Altísimo conoce todos los pensamientos de los hombres, y los conoce desde siempre, desde antes de que existiera Caín, del cual procedéis, y Abel, al que asemejo; desde antes de Noé, figura mía; antes que Moisés, que fue el primero en usar mi símbolo; desde antes de que existiera Balaam, que profetizó la Estrella, e Isaías, y todos los profetas. Y conoce los vuestros, Dios, y le horrorizan. Siempre le han horrorizado, de la misma forma que siempre ha exultado por los justos por quienes justo era enviarme, y que verdaderamente, ¡oh, sí, verdaderamente!, me han aspirado desde las profundidades de los Cielos para portar el Agua viva para la sed de los hombres. Yo soy la Fuente de Vida eterna. Pero vosotros no queréis beber. Y moriréis.

Y pasa lentamente por entre los paralizados rabíes y alumnos, y sigue su camino, lento, solemne, en un silencio atónito de hombres y cosas.

341

La mano herida de Jesús. Curación de un sordomudo en los confines sirofenicios.

No sé dónde han pernoctado los peregrinos. Sé que es de nuevo por la mañana, que están en camino, por lugares montañosos como antes, que Jesús tiene vendada la mano y Santiago de Alfeo la frente, que Andrés cojea bastante y Santiago de Zebedeo no lleva el talego (lo ha cogido su hermano Juan).

Jesús ha preguntado dos veces:

-¿Puedes seguir andando, Andrés?

-Sí, Maestro. Camino mal por el vendaje. Pero el dolor no es fuerte.

Y la segunda vez añade:

-¿Y tu mano, Maestro?

-Una mano no es una pierna. Está en descanso y duele poco.

-¡Mmm! Poco no creo, tan hinchada como está y tan abierta, hasta el hueso... El aceite hace bien. Pero quizás hubiera sido mejor si de ese ungüento de tu Madre le hubiéramos pedido un poco a...

-A mi Madre. Tienes razón - dice rápidamente Jesús, sintiendo lo que está para salir de los labios de Pedro, el cual, confuso, se pone colorado y mira con mirada desolada a su Jesús; tan desolada, que Él sonríe y apoya la mano, precisamente la herida, encima del hombro de Pedro, para arrimársele a sí.

-Te hará daño estar así.

-No. Simón. Tú me quieres y tu amor es un magnífico aceite saludable.

-¡Oh, entonces, si es por eso, ya deberías estar curado! Hemos sufrido todos de verte tratado de ese modo, y hay quien ha llorado.

Pedro mira a Juan y a Andrés...

-Aceite y agua son buena medicina, pero el llanto de amor y piedad es más potente que cualquier otra cosa. ¿Veis? Estoy mucho más alegre hoy que ayer. Porque hoy sé cuán obedientes sois y cuánto me queréis. Todos - y Jesús los mira con su mirada dulce, en cuya ya habitual tristeza hay una tenue luz de alegría esta mañana.

¶ Pero qué hienas, ¡eh! ¡Jamás he visto un odio como ése! - dice Judas de Alfeo. -Debían ser todos judíos.

-No, hermano. La región no tiene nada que ver. El odio es igual en todos los sitios. Recuerda que en Nazaret, hace meses, fui expulsado y me querían apedrear. ¿No te acuerdas? - dice sereno Jesús (y ello sirve de consuelo de las palabras de Judas Tadeo para los que son judíos).

Tanto consuelo, que el Iscariote dice:

-¡Ah, pero esto lo voy a decir! ¡Vaya que si lo voy a decir! No estábamos haciendo nada malo No hemos reaccionado. Y Él ha hablado lleno de amor al principio. Han empezado a pedradas con nosotros, como si fuéramos serpientes. Lo voy a decir.

-¿Y a quién se lo vas a decir, si están todos contra nosotros?

-Yo sé a quién decírselo. De momento, en cuanto vea a Esteban y a Hermas se lo digo. Lo sabrá enseguida Gamaliel. Pero para Pascua se lo digo a quien yo me sé. Voy a decir: "No es justo actuar así. Con vuestro furor sois ilegales. Vosotros sois culpables, no Él"

-Mejor sería que no te acercaras mucho a esos "señores"!... Tengo la impresión de que para ellos tú también eres culpable - aconseja sabiamente Felipe.

-Es verdad. Mejor es que no vuelva a tener nunca contacto con ellos. Sí. Es mejor. Pero a Esteban sí se lo digo. Es bueno y no envenena...

-¡Déjalo, hombre, Judas! No harías mejorar nada. Yo he perdonado. No pensemos más en ello - dice sereno y persuasivo Jesús.

Dos veces que encuentran riachuelos, tanto Andrés como los dos Santiagos se mojan las vendas que cubren sus contusiones. Jesús no. Prosigue tranquilo, como si no sintiera dolor.

Y, sin embargo, el dolor debe ser notable, si, cuando se detienen para comer, debe pedir a Andrés que le parta el pan; si, cuando se le desata una sandalia, debe rogar a Mateo que se la ate de nuevo; si, sobre todo, al bajar por un atajo con fuerte declive, y yendo a chocar contra un tronco porque su pie ha resbalado, no puede reprimir un quejido; si se le pone otra vez roja de sangre la venda (tanto que, en la primera casa de un pueblo, al que llegan hacia el crepúsculo, se detienen y piden agua y aceite para medicarle la mano, la cual, quitadas las vendas, aparece muy hinchada y de un color aturquesado en el dorso, con la herida rojiza en el centro).

Mientras esperan a que la mujer de la casa llegue con lo que han pedido, se arriman todos a la mano herida para observarla, y hacen sus respectivos comentarios. Pero Juan se retira un poco más allá para esconder su llanto.

Jesús lo llama:

-Ven aquí. No es una cosa grave. No llores.

-Lo sé. Si lo tuviera yo, no lloraría. Pero lo tienes Tú; y no dices todo el daño que te hace esta amada mano, que no ha dañado nunca a nadie - responde Juan. Jesús le ha dejado la mano relajada. Juan la acaricia dulcemente, en la punta de los dedos, en la muñeca, todo alrededor de la moradura, y la vuelve con dulzura, para besar su palma y apoyar su mejilla en el cuenco de la mano, y dice: «Está ardiendo... ¡Cuánto te debe doler! - y lágrimas de piedad caen sobre ella.

La mujer trae el agua y el aceite. Con un pedazo de tela, Juan quiere limpiar la mano manchada de sangre; con delicadeza, hace circular agua tibia sobre la parte herida; luego la unge, la venda con unas tiras limpias de tela, y en el lazo pone un beso. Jesús le coloca la otra mano en la cabeza, que tiene agachada.

La mujer pregunta:

-¿Es tu hermano?

-No. Es mi Maestro, nuestro Maestro.

La mujer sigue preguntando, esta vez a los otros:

-¿De dónde venís?

Del Mar de Galilea. ¡Lejos! ¿Para qué?

Para predicar la Salud.

-Es casi de noche. Quedaos en mi casa. Casa de pobres, pero de gente honrada. Puedo daros leche en cuanto vuelvan mis hijos con las ovejas. Mi marido os acogerá con gusto.

-Gracias, mujer. Si el Maestro quiere, nos quedamos aquí.

La mujer va a sus labores mientras los apóstoles le preguntan a Jesús qué deben hacer.

-Sí. Bien. Mañana vamos a ir a Quedes y luego hacia Panéade. He reflexionado, Bartolomé. Conviene hacer como dices. Me has dado un buen consejo. Espero encontrar así a otros discípulos y enviarlos delante de mí a Cafarnaúm. Sé que a estas alturas ya deben haber estado algunos discípulos en Quedes, entre los cuales los tres pastores libaneses.

Vuelve la mujer y pregunta:

-¿Entonces?

-Sí, buena mujer. Pasamos aquí esta noche.

-Y cenáis. Aceptadlo. No me pesa. Y, además, algunos, que son discípulos de ese Jesús de Galilea, al que llaman Mesías, que hace tantos milagros y predica el Reino de Dios, nos han enseñado la misericordia. Pero El no ha venido nunca aquí. Quizás

porque estamos en los confines sirofenicios. Pero sí han venido sus discípulos. Y ya es mucho. Para Pascua, los del pueblo queremos ir todos a Judea para ver si vemos a este Jesús. Porque tenemos enfermos y los discípulos han curado a algunos, pero a otros no. Y entre éstos está un hijo, joven, de un hermano de la mujer de mi cuñado.

-¿Qué le pasa? - pregunta Jesús sonriendo.

-Es... No habla y no oye. Nació así. Quizás un demonio entró en el vientre de la madre para hacerla desesperarse y sufrir. Pero es bueno. Un endemoniado no sería así. Los discípulos han dicho que para él es necesario Jesús de Nazaret, porque debe faltarle algo, y sólo este Jesús... ¡Ah, aquí están mis hijos y mi marido! Melquíás, he acogido a estos peregrinos en nombre del Señor. Estaba hablando de Leví... Sara, ve pronto a ordeñar la leche, y tú, Samuel, baja a la gruta por aceite y vino, y trae manzanas del desván. Date prisa, Sara; preparamos las camas en las habitaciones altas.

-No te afanes, mujer. Estaremos bien en cualquier sitio. ¿Podría ver al hombre de que hablabas?

-Sí... Pero... ¡Oh! ¡Señor! ¿No serás Tú el Nazareno?

-Soy Yo.

La mujer cae de rodillas, y grita:

-¡Melquíás, Sara, Samuel! ¡Venid a adorar al Mesías! ¡Qué gran día! ¡Qué gran día! ¡Y yo lo tengo en mi casa! ¡Y estaba hablando con Él, así! ¡Y le he traído el agua para lavar la herida!... ¡Oh!... - se ahoga de emoción. Y corre a donde el barreño. Lo ve vacío: « ¿Por qué habéis tirado esa agua? ¡Era santa! ¡Melquíás! ¡El Mesías en nuestra casa!

-Sí. Pero tranquilízate, mujer. Y no se lo digas a nadie. Más bien, ve por el sordomudo y tráemelo... - dice Jesús sonriendo...

...Y pronto regresa Melquíás con el joven sordomudo, los parientes de él y medio pueblo al menos... La madre del infeliz adora a Jesús y le suplica.

-Sí, será como tú quieres.

Toma de la mano al sordomudo, le separa un poco de la masa de personas que se apiña, mientras los apóstoles, por compasión hacia la mano herida, luchan por mantener a la gente separada. Jesús arrima a sí bien al sordomudo; le pone los índices en las orejas y la lengua en los entreabiertos labios; luego, alzando los ojos al cielo ya algo oscurecido, expele su aliento sobre el rostro del sordomudo y grita fuertemente: «¡Abríos!» y lo suelta.

El joven lo mira por un momento, mientras la gente cuchichea.

Es sorprendente el cambio de la cara del sordomudo: primero apática y triste, ahora sorprendida y sonriente. Se lleva las manos a las orejas. Aprieta y suelta... Se convence de que realmente oye... Abre a boca y dice:

-¡Mamá! ¡Oigo! ¡Oh, Señor, yo te adoro!

Se apodera de la gente el entusiasmo habitual; mucho más todavía, porque se preguntan:

-¿Y cómo puede saber hablar, si nunca, desde que nació, oyó palabra alguna? ¡Un milagro en el milagro! Le ha soltado el habla y al mismo tiempo le ha enseñado a hablar. ¡Viva Jesús de Nazaret! ¡Hosanna al Santo, al Mesías!

Y se apiñan contra Él, que levanta su mano herida para bendecir, mientras algunas personas, informadas por la mujer de la casa, se mojan la cara y los miembros con las gotas de agua que habían quedado en el barreño.

Jesús los ve y grita:

-Por vuestra fe, quedad todos curados. Id a vuestras casas. Sed buenos, honestos. Creed en la palabra del Evangelio. Y conservad para vosotros lo que sabéis, hasta que llegue la hora de proclamarlo en las plazas y por los caminos de la tierra. Mi paz sea con vosotros.

Y entra en la amplia cocina, donde resplandece el fuego y tiemblan las luces de dos lámparas.

En Quedes. Los fariseos piden un signo. La profecía de Habacuc.

La ciudad de Quedes está situada en un montecillo, separado un poco de una larga cadena que va de norte a sur, dispuesta a oriente respecto a aquél; a occidente, una cadena de colinas, casi paralelas, que se orienta igualmente de norte a sur: dos líneas paralelas, que, sin embargo, se estrechan y forman casi un esbozo de X. En el punto más estrecho, y más apoyado en la cadena oriental que en la occidental está el otero en cuyas pendientes se sitúa Quedes: extendida desde la cima a las laderas, más bien poco inclinadas, dominando el valle fresco y verde, muy estrecho al sur, más amplio al oeste.

Es una bonita ciudad rodeada de muros, con casas bonitas y una imponente sinagoga; como imponente es la fuente, con sus muchas bocas que dejan caer agua fresca y abundante en la pila de debajo de la cual salen unos canalillos destinados a alimentar otras fuentes, quizás, o jardines... no sé.

Jesús entra en esta ciudad en día de mercado. Su mano ya no está vendada, pero tiene todavía una costra oscura y un amplio hematoma en el dorso. También Santiago de Alfeo tiene una pequeña costra, de color entre rojo y marrón, en la sien, y, todo alrededor, una amplia moradura. Andrés y Santiago de Zebedeo, menos heridos, ya no muestran señales de la pasada aventura. Y caminan ligero, mirando a todas partes, especialmente a los lados y hacia atrás, porque están escalonados, delante, detrás y al lado de Jesús. Tengo la impresión de que se hayan detenido dos o tres días en el lugar descrito ayer, o en sus cercanías, quizás para descansar, o para distanciar a los rabíes, temiendo que hubieran ido a las ciudades principales con la esperanza de cogerlos en renuncio y dañarlos más todavía. Al menos esto hace pensar lo que dicen.

-¡Pero ésta es una ciudad de refugio! - dice Andrés.

-¡Sí, vaya, precisamente ellos van a respetar el amparo y la santidad de un lugar! ¡Pero qué ingenuo eres, hermano! - le responde Pedro.

Jesús va entre los dos Judas. Delante de Él, en vanguardia, Santiago y Juan, y luego el otro Santiago con Felipe y Mateo. Detrás de Él, Pedro, Andrés y Tomás. Los últimos, Simón Zelote y Bartolomé.

Todo va bien hasta la entrada en una bonita plaza (la de la taza de la fuente y la sinagoga) en que se aglomera la gente que trata de negocios. El mercado, no obstante, está más abajo y en el suroeste de la ciudad, donde desembocan la vía principal que viene del sur y la otra, la que ha recorrido Jesús, que viene del oeste (ambas confluyen en ángulo recto y se funden en una sola, que penetra por la puerta de la ciudad hasta transformarse en una vasta plaza oblonga, en que hay asnos y esteras, vendedores, compradores, y el consabido jaleo...

Pero cuando llegan a esta plaza más bonita - el corazón de la ciudad, creo, no tanto porque equidiste del contorno de los muros, cuanto porque la vida espiritual y comercial de Quedes late aquí (parece decirlo también su posición elevada respecto a la mayor parte del pueblo, posición dominadora, fácil para la defensa, como una ciudadela) - cuando llegan a esta plaza, empiezan las dificultades. Junto al portón amplio y bello de esculturas y frisos de la rica sinagoga, hay un grupo numeroso de fariseos y saduceos, grupo de perros gruñidores a la espera de saltarle encima a un inerte cachorro, o, mejor, grupo de perros rastreros al acecho de la caza, cuyo olor han sentido ya en el viento; grupo mezclado - como elemento excitante - con un grupito de rabíes ya vistos en Yiscala, entre los cuales aquél llamado Uziel. Y, enseguida, unos a otros se hacen señas indicando a Jesús y a los apóstoles.

-¡Vaya, Señor! ¡Están también aquí! - dice asustado Juan volviéndose hacia atrás a hablar con Jesús.

-No temas. Sigue adelante seguro. De todas formas, los que no se sientan dispuestos a hacer frente a esos desdichados que se retiren y se vayan a la posada. Quiero, por encima de todo, hablar aquí, antigua ciudad levítica y de refugio.

Protestan todos:

-Maestro, ¿cómo puedes pensar que te vamos a dejar solo?! Que nos maten a todos, si quieren!. Nosotros compartiremos tu suerte.

Jesús pasa por delante del grupo enemigo y va a colocarse contra la tapia de un jardín, por encima de la cual llueven los cándidos pétalos de un peral en flor: la tapia oscura y la nube cándida son marco y corona de Cristo, que tiene enfrente a sus doce.

Jesús empieza a hablar, y su bonita voz entonada, que dice:

-¡Vosotros, aquí reunidos, venid a escuchar la Buena Nueva, porque más útil que los negocios y las monedas es la conquista del Reino de los Cielos! - Llena la plaza y hace volverse a quienes están en ella.

-¡Oh, pero si ése es el Rabí galileo! - dice uno. Venid. Vamos a oír lo que dice. Quizás hace algún milagro.

Y otro:

-Yo, en Bet Yinna, le vi hacer uno. ¡Y qué bien habla! No como esos gavilanes rapaces y esas serpientes astutas.

Pronto mucha gente circunda a Jesús. Y Él prosigue para esta gente atenta:

-En el corazón de esta ciudad levítica no quiero recordar la Ley. Sé que la tenéis presente en vuestros corazones como en pocas ciudades de Israel, y lo demuestra incluso el orden que en ella he encontrado, la honestidad de que me han dado prueba los comerciantes a quienes he comprado el alimento para mí y mi pequeño rebaño, y esta sinagoga, ornamentada como conviene al lugar donde se honra a Dios. Mas, dentro de vosotros hay también un lugar donde se honra a Dios, un lugar donde residen las aspiraciones más santas y resuenan las palabras más dulcemente esperanzadoras de nuestra fe y las oraciones más ardientes para que la esperanza se haga realidad: el alma: éste es el lugar santo e individual, donde se habla de Dios y con Dios en espera de que la Promesa se cumpla. Pero la Promesa se ha cumplido ya. Israel tiene su Mesías, y Él os trae la palabra y la certeza de que el tiempo de la Gracia ha llegado, de que la Redención está próxima, de que el Salvador está en medio de vosotros, de que el invicto Reino de Dios comienza.

¡Cuántas veces habréis oído la lectura de Habacuc! Y los más meditativos de vosotros habrán susurrado: "Yo también puedo decir "¡Hasta cuándo, Señor, tendré que gritar sin que me prestes oídos?" Desde siglos Israel gime así. Mas ahora el Salvador ha venido. El gran hurto, el perpetuo apuro, el desorden y la injusticia causado por Satanás, están a punto de caer, porque el Enviado por Dios está para reintegrar al hombre en lo que es su dignidad de hijo de Dios y coheredero del Reino de Dios. Miremos la profecía de Habacuc con ojos nuevos, y sentiremos que da testimonio de mí, que habla ya el lenguaje de la Buena Nueva que Yo traigo a los hijos de Israel.

Mas aquí soy Yo quien debe expresar un lamento: "Se ha verificado el juicio, y, no obstante, la oposición triunfa". Y lo expreso con profundo dolor. No tanto por mí, que estoy por encima del parecer humano, cuanto por aquellos que, por ser adversarios, se condenan, y por los que se extravían por causa de los adversarios. ¿Os asombra lo que digo? Entre vosotros hay mercaderes de otros lugares de Israel. Ellos os pueden decir que no miento. No miento con una vida contraria a lo que enseño o no haciendo lo que del Salvador se espera. No miento cuando digo que la oposición humana se yergue contra el juicio de Dios, que me ha enviado, y contra el juicio de las gentes humildes y sinceras, que me han oído y juzgado rectamente en lo que soy.

Algunos de la multitud comentan:

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Nosotros, del pueblo, lo estimamos, y sentimos que es santo. Pero aquéllos (y señalan a los fariseos y compañeros) lo hostigan.

Jesús prosigue:

-En aras de esta oposición se lacera la Ley, y cada vez será más maltratada, hasta llegar incluso a abolirla, con tal de cometer la suprema injusticia, la cual, no obstante, no durará mucho. Bienaventurados los que en la breve y espantosa espera, cuando parezca que la oposición haya triunfado contra mí, sepan seguir creyendo en Jesús de Nazaret, en el Hijo de Dios, en el Hijo del hombre, anunciado por los profetas: Yo podría cumplir el juicio de Dios con toda extensión, salvando a todos los hijos de Israel. Mas no podré hacerlo, porque el impío triunfará contra sí mismo, *contra la parte mejor de sí mismo*, y, de la misma forma que pisotea mis derechos y a mis fieles, pisoteará los derechos de su espíritu, que tiene necesidad de mí para ser salvado y que es entregado a Satanás con tal de negármelo a mí.

Los fariseos murmuran turbulentos. Pero un anciano de majestuoso porte hace ya un rato que se ha acercado al lugar donde está Jesús, y ahora, durante un momento de pausa del discurso, dice:

-Entra en la sinagoga, te lo ruego; enseña en ella. Nadie tiene más derecho que Tú a hacerlo. Soy Matías, el jefe de la sinagoga. Ven, que la Palabra de Dios habite mi casa como mora en tu boca.

-Gracias, justo de Israel. La paz sea siempre contigo.

Y Jesús, a través de la muchedumbre, que se abre como una ola para dejarlo pasar, y luego se cierra formando estela y lo sigue, cruza de nuevo la plaza y entra en la sinagoga, pasando otra vez por delante de los fariseos gruñidores, que entran también en la sinagoga, tratando de abrirse paso violentamente. Pero la gente los mira con cara de pocos amigos y dice:

-¿De dónde venís? Id a vuestras sinagogas y esperad allí al Rabí. Ésta es nuestra casa y entramos nosotros.

Y rabíes, saduceos y fariseos, tienen que soportar quedarse humildemente a la puerta para no ser expulsados por los habitantes de Quedes.

Jesús está en su sitio. Tiene cerca al arquisinagogo y a otros de la sinagoga, no sé si hijos o coadyutores. Reanuda su discurso:

-Habacuc dice - ¡y con qué amor os invita a observar! -: "Extended vuestra mirada sobre las naciones, y observad, maravillaos, asombrados, porque en vuestros días ha sucedido una cosa que nadie creará cuando se la cuenten". También ahora tenemos enemigos materiales en Israel. Pero dejad pasar este pequeño detalle de la profecía y miremos solamente al gran vaticinio enteramente espiritual que contiene. Porque las profecías, aunque parecen tener una referencia material, su contenido es siempre espiritual. La cosa, pues, que ha sucedido - y es tal, que nadie podrá aceptarla si no está convencido de la infinita bondad del verdadero Dios - es que Él ha mandado a su Verbo para salvar y redimir al mundo. Dios que se separa de Dios (*María Valtorta explica en una copia mecanografiada la expresión Dios que se separa de Dios con la siguiente nota: Aun siendo todavía "una cosa" con el Padre, el Verbo ya no estaba en el Padre como antes de la Encarnación. La nota puede valer también para otras afirmaciones análogas*) para salvar a la criatura culpable. Pues bien, Yo he sido mandado a esto. Y ninguna fuerza del mundo podrá detener mi ímpetu de Triunfador sobre reyes y tiranos, sobre pecados y necesidades. Venceré porque soy el Triunfador.

Una carcajada burlona y un grito se dejan oír desde el fondo de la sinagoga. La gente protesta. El jefe de la sinagoga, que está tan concentrado en escuchar a Jesús que tiene incluso los ojos cerrados se pone de pie e impone silencio, amenazando con la expulsión a los perturbadores.

-No te opongas a ellos; es más, invítalos a que expongan sus divergencias - dice Jesús en voz alta.

-¡Bien! ¡Esto esta bien! Déjanos acercarnos a ti, que queremos hacerte unas preguntas - gritan en tono irónico los objetores.

-Venid. Dejadlos pasar, vosotros de Quedes.

Y la gente, con miradas hostiles y caras disgustadas - y no falta algún que otro epíteto - los deja ir adelante.

-¿Qué queréis saber? - pregunta Jesús en tono severo.

-¿Tú, entonces, dices que eres el Mesías? ¿Estás verdaderamente seguro de ello?

Jesús, cruzados los brazos, mira con tal autoridad al que ha hablado, que a éste se le cae de golpe la ironía y cierra la boca.

Pero otro toma la palabra en su lugar y dice:

-No puedes pretender que se te crea por tu palabra. Cualquiera puede mentir, incluso con buena intención. Para creer se necesitan pruebas. Danos, pues pruebas de que eres eso que dices ser.

-Israel está lleno de mis pruebas - dice secamente Jesús.

-¡Ah! ¡Esas!... Pequeñas cosas que cualquier santo puede hacer ¡Han sido hechas y serán hechas en el futuro por los justos de Israel! - dice un fariseo.

Otro añade:

-¡Y no se da por sentado que Tú las hagas por santidad y ayuda de Dios! Se dice, y verdaderamente es muy verosímil, que cuentas con la ayuda de Satanás. Queremos otras pruebas. Superiores, cuales Satanás no pueda dar.

-¡Sí, hombre, una victoria sobre la muerte!... - dice otro.

-Ya la habéis visto.

-Eran apariencias de muerte. Muéstranos a uno ya descompuesto que se reanime y recomponga, por ejemplo, para tener la seguridad de que Dios está contigo. Dios: el único que puede dar de nuevo respiro al fango que ya se vuelve polvo.

-Nunca fue pedido esto a los Profetas para creer en ellos.

Un saduceo grita:

-¡Tú eres más que un profeta. ¡Tú, al menos Tú lo dices, eres el Hijo de Dios!... ¡Ja! ja! ¿Por qué, entonces, no actúas como Dios? ¡Ánimo, pues! ¡Danos una señal! ¡Una señal!

-¡Sí, eso! Una señal del Cielo que diga que eres Hijo de Dios. Entonces te adoraremos - grita un fariseo.

-¡Sí! ¡Eso es, Simón! No queremos caer de nuevo en el pecado de Aarón. No adoramos al ídolo, al becerro de oro, ¡pero podríamos adorar al Cordero de Dios! ¿No eres Tú? Si es que el Cielo nos indica que lo eres - dice el que tiene por nombre Uriel, que estaba en Yiscala, y ríe sarcásticamente.

Interviene otro, a voces:

-Déjame hablar a mí, a Sadoq, el escriba de oro. ¡Óyeme, oh Cristo! Demasiados te han precedido, que no eran cristos. Basta ya de engaños. Una señal de que lo eres. Dios, si está contigo, no te lo puede negar. Y nosotros crearemos en ti y te ayudaremos. Si no, ya sabes lo que te espera, según el Mandamiento de Dios.

Jesús alza la diestra herida y la muestra bien a su interlocutor.

-¿Ves esta señal? La has hecho tú. Has indicado otra señal. Te alegrarás cuando la veas abierta en la carne del Cordero. ¡Mírala! ¿La ves? La verás también en el Cielo, cuando te presentes a rendir cuentas de tu modo de vivir. *Porque Yo te he de juzgar*, y estaré allí arriba con mi Cuerpo glorificado, con las señales de mi ministerio y del vuestro, de mi amor y de vuestro odio. Y tú también la verás, Uriel, y tú, Simón, y la verán Caifás y Anás, y otros muchos, en el último Día, día de ira, día tremendo, y por ello preferiréis estar en el abismo, porque mi señal abierta en la mano herida os asaeteará más que los fuegos del Infierno.

-¡Eso son palabras y blasfemias! ¿Tú en el Cielo con el cuerpo? ¡Blasfemo! ¿Tú juez en lugar de Dios? ¡Anatema seas! ¡Insultas al Pontífice! Merecerías la lapidación - gritan en coro fariseos, saduceos y doctores.

El jefe de la sinagoga se pone de nuevo en pie, patriarcal, con su espléndida canicie como un Moisés, y grita:

-Quedes es ciudad de refugio y levítica. Tened respeto...

-¡Viejas historias! ¡Ya no cuentan!

-¡Oh, lenguas blasfemas! Vosotros sois los pecadores, no Él, y yo lo defiendo. No dice nada malo. Explica los Profetas. Nos trae la Promesa Buena. Y vosotros lo interrumpís, lo tentáis, lo ofendéis. No lo permito. Él está bajo la protección del viejo Matías, de la estirpe de Leví por parte de padre y de Aarón por parte de madre. Salid y dejad que ilumine con su doctrina mi vejez y la madurez de mis hijos.

Y, mientras, tiene su anciana, rugosa mano puesta en el antebrazo de Jesús, como defendiendo.

-¡Que nos dé una señal verdadera y nos iremos convencidos!- gritan los enemigos.

-No te inquietes, Matías. Hablo Yo - dice Jesús calmado al arquisinagogo. Y, dirigiéndose a los fariseos, saduceos y doctores, dice:

-A1 atardecer examináis el cielo, y si, en llegando el ocaso, está rojizo, sentenciáis en virtud de un viejo proverbio: "Mañana hará buen tiempo, porque el ocaso pone rojo el cielo". Lo mismo al alba, cuando en el aire pesado de niebla y vaho el sol no se anuncia áureo, sino que parece esparcir sangre por el firmamento, decís: "No pasará este día sin que haya tormenta". Sabéis, pues, leer el futuro del día a partir de los signos inestables del cielo y de los aún más volubles de los vientos. ¿Y no alcanzáis a distinguir los signos de los tiempos? Esto no honra ni vuestra mente ni vuestra ciencia, y completamente deshonra vuestro espíritu y vuestra presunta sabiduría. Sois de una generación malvada y adúltera, nacida en Israel de la unión de quien fornicó con el Mal. Vosotros sois sus herederos, y aumentáis vuestra maldad y vuestro adulterio repitiendo el pecado de los padres de este desmán. Pues bien, sabedlo, tú, Matías, vosotros, habitantes de Quedes, y todos los presentes, fieles o enemigos: Esta es la profecía que digo, profecía mía, en vez de la que quería explicar de Habacuc: a esta generación malvada y adúltera, que pide una señal, no le será dada sino la de Jonás... Vamos. La paz sea con los buenos de voluntad.

Y, por una puerta lateral, que da a una calle silenciosa situada entre huertos y casas, se aleja con sus apóstoles.

Pero los de Quedes no se dan por vencidos. Algunos lo siguen, y, al ver que ha entrado en una pequeña posada de los arrabales orientales del pueblo, lo comunican al arquisinagogo y a los conciudadanos; de forma que no ha terminado de comer todavía Jesús y ya el patio soleado de la posada está abarrotado de gente, y el anciano arquisinagogo de Quedes se asoma a la puerta de la habitación donde está Jesús y se inclina implorando:

-Maestro, en nosotros ha quedado todavía el deseo de tu palabra. ¡Era tan hermosa, explicada por ti la profecía de Habacuc! ¿Porque haya quien te odia, deberán quedarse sin conocerte los que te aman y creen en tu verdad?

-No, padre. No sería justicia castigar a los buenos por causa de los malos. Oíd entonces...- (y Jesús deja de comer para asomarse a la puerta y hablar a los que están aglomerados en el patio sereno).

-En las palabras de vuestro arquisinagogo se oye un eco de las de Habacuc. Él, en nombre propio y vuestro, confiesa y profesa que Yo soy la Verdad. Habacuc confiesa y profesa: "Desde el principio Tú eres, y estás con nosotros y no moriremos". Y así será. No perecerá quien cree en mí. Me pinta el Profeta como Aquel que ha sido establecido por Dios para juzgar, como Aquel al que Dios ha hecho fuerte para castigar, como Aquel cuyos ojos son demasiado puros como para ver el mal, y que no podrá soportar la iniquidad. Pero, si bien es verdad que el pecado me repugna, podéis ver que abro los brazos a los que están arrepentidos de su pecar, porque soy el Salvador. Por esto vuelvo la mirada también hacia el culpable e invito al impío a arrepentirse...

¡Oh, vosotros de Quedes, ciudad levítica, ciudad santificada por el edicto de la caridad para el culpable de un delito - y todo hombre tiene delitos hacia Dios, hacia su alma, hacia su prójimo -, venid, pues, a mí, Refugio de los pecadores! Aquí, en mi amor, ni siquiera el anatema de Dios podría alcanzaros, porque mi mirada suplicante en favor de vosotros transforma el anatema de Dios en bendición de perdón.

¡Escuchad, escuchad! Escribid en vuestros corazones esta promesa, como Habacuc escribió su profecía cierta en el rollo. Allí se lee: "Si tarda, esperadlo, porque quien ha de venir vendrá sin tardanza". Pues bien, Aquel que había de venir ha venido: soy Yo.

"El incrédulo no tiene en sí un alma justa" dice el Profeta, y su palabra condena a los que me han tentado e insultado. No los condeno Yo. Los condena el Profeta que me vio anticipadamente y en mí creyó. El, de la misma forma que me describe a mí, al Triunfador, describe al hombre soberbio, diciendo que no tiene honor porque ha abierto su alma a la avidez y a la insaciabilidad, como ávido e insaciable es el infierno. Y amenaza: "¡Ay de aquel que acumula cosas que no son suyas y se echa encima denso fango!". Las malas acciones contra el Hijo del hombre son este fango; querer despojarle a Él de su santidad para que no haga sombra a la propia es avidez.

"¡Ay de aquel - dice el Profeta - que reúne en su casa los frutos de su perversa avaricia para colocar alto su nido, creyendo salvarse de las garras del mal!" Es deshonorarse y matar la propia alma.

"¡Ay de aquel que edifica una ciudad sobre la sangre y apresta castillos sobre la injusticia!". En verdad, demasiados en Israel consolidan sus ávidas fortalezas amasando con sus lágrimas y su sangre, y esperan hasta el final para obtener la más dura mezcla. ¿Pero, qué puede una fortaleza contra los dardos de Dios; qué, un puñado de hombres contra la justicia de todo el mundo, que gritará de horror por el sin par delito?

¡Qué bien lo expresa Habacuc!: "¿Para qué sirve la estatua?". Estatua idolátrica ha venido a ser la falsa santidad de Israel. Sólo el Señor mora en su Templo santo, sólo ante Él se inclinará la tierra adoradora y temblará atemorizada, mientras la señal prometida será dada, más de una vez, y el Templo verdadero en que Dios descansa subirá, glorioso, a decir en los Cielos: "¡Ha quedado cumplido!", de la misma forma que, con lágrimas, lo habrá manifestado a la tierra para limpiarla con su anuncio.

"¡Fiat!" dijo el Altísimo, y el mundo empezó a ser; "fiat" dirá el Redentor, y el mundo será redimido. Yo procuraré al mundo con qué ser redimido. Los redimidos serán aquellos que tengan la voluntad de serlo.

"Ahora alzaos. Vamos a decir la oración del Profeta... ¡Qué apropiado es pronunciarla en este tiempo de gracia!:

"He oído, Señor, tu anuncio, y he exultado." Ya no es tiempo de miedo, vosotros que creéis en el Mesías.

"Señor, tu obra está en medio de los años, hazla vivir a pesar de las insidias de los enemigos. En medio de los años la darás a conocer". Sí, cuando la edad sea perfecta, la obra quedará cumplida.

"Y en el enojo resplandecerá la misericordia", porque el enojo será sólo para aquellos que hayan echado redes y lazos y lanzado flechas al Cordero Salvador.

"Dios viene de la Luz al mundo." Yo soy la Luz que viene a traeros a Dios. Mi esplendor inundará la tierra brotando a raudales "donde los afilados cuernos" hayan desgarrado las Carnes de la Víctima, última victoria "de la Muerte y de Satanás, que huirán, derrotados, ante el Viviente y el Santo".

¡Gloria al Señor! ¡Gloria al Hacedor! ¡Gloria al Dador del Sol y de los astros! ¡Al Artífice de los montes! ¡Al Creador de los mares! ¡Gloria, infinita gloria al Bueno que quiso a Cristo para salvación de su pueblo, para redención del hombre!

Uníos, cantad conmigo, porque la Misericordia ha venido al mundo y se acerca el tiempo de la Paz. Aquel que tiende hacia vosotros sus manos os exhorta a creer en el Señor y a vivir en Él, porque se acerca el tiempo en que Israel será juzgado con verdad.

Paz a vosotros, aquí presentes, a vuestras familias, a vuestras casas.

Jesús traza un amplio gesto de bendición y hace ademán de retirarse.

Pero el jefe de la sinagoga suplica:

-Quédate más tiempo.

-No puedo, padre.

-A1 menos, envíanos aquí a tus discípulos.

-Los tendréis, sin duda. Adiós. Ve en paz.

Se quedan solos...

-Yo quisiera saber quién nos los ha enredado entre las piernas. Parecen nigromantes... - dice Pedro.

Judas Iscariote se adelanta, pálido; se arrodilla a los pies de Jesús:

-Maestro, yo soy el culpable. He hablado en aquel pueblo... con uno de ellos, que me hospedaba...

-¿Cómo? ¡Vaya, vaya, conque penitencia ¿eh? Tú eres...

-¡Silencio, Simón de Jonás! Tu hermano, sinceramente, se está excusando. Hónralo por esta humillación suya. No te angusties, Judas. Te perdono. Tú *sabes* que Yo perdono. Sé prudente otra vez... Y ahora vamos. Caminaremos mientras dure la luna. Tenemos que cruzar el río antes del amanecer. Vamos. Aquí detrás empieza el bosque. Perderán nuestras huellas tanto los buenos como los malos. Mañana estaremos en el camino de Paneas.

343

La levadura de los fariseos. El Hijo del hombre. El primado a Simón Pedro.

La llanura costea el Jordán antes de que éste vierta sus aguas en lago de Merón. Un hermoso llano, en que, cada día que pasa, crecen más exuberantes los cereales y van enfloriéndose los árboles frutales. Los montes, allende los cuales está Quedes, ahora quedan a espaldas de los peregrinos, que con frío andan ligeros bajo las primeras luces del día, mirando anhelantes al sol, que sube, y buscándolo, apenas su rayo toca los prados y acaricia el follaje. Deben haber dormido al raso, o como mucho en un pajar, porque los indumentos están arrugados y conservan algunas pajuelas y hojas secas, que ellos se van quitando según las van descubriendo con la luz más fuerte.

El río anuncia su presencia por su murmullo, que parece fuerte en medio del silencio matutino del campo, y también por una densa hilera de árboles con hojas nuevas que tiemblan con la leve brisa de la mañana; pero todavía no se ve, porque fluye profundo en la rasa llanura. Cuando sus aguas azules, incrementadas por numerosos torrentillos que bajan de los montes occidentales, se ven brillar entre la hierba nueva de las márgenes, se está casi en la orilla.

-¿Seguimos la orilla hasta el puente, o pasamos el río por aquí? - preguntan a Jesús, que estaba solo, meditativo, y que se había parado a esperarlos.

-Mirad a ver si hay una barca para pasar. Es mejor atravesar por aquí...

-Sí. En el puente, que está justo en la vía para Cesárea Paneas, podríamos encontrar otra vez a algunos que hubieran seguido nuestra pista - observa Bartolomé, ceñudo, mirando a Judas.

-No. No me mires mal. Yo no sabía que íbamos a venir aquí, y no he dicho nada. Era fácil comprender que de Sefet Jesús iría a las tumbas de los rabíes y a Quedes. Pero jamás habría imaginado que quisiera llegar hasta la capital de Filipo. Por tanto, ellos lo ignoran. Y no nos los encontraremos por culpa mía, ni por su voluntad. A menos que no tengan como guía a Belcebú - dice tranquilo y humilde Judas Iscariote.

-Esto está bien. Porque con cierta gente... Hay que tener ojo y medir las palabras; no dejar indicios de nuestros proyectos. Tenemos que estar atentos a todo. Si no, nuestra evangelización se transformará en un huir permanente - replica Bartolomé.

Vuelven Juan y Andrés. Dicen:

-Hemos encontrado dos barcas. Nos pasan a una dracma por barca. Vamos a bajar al borde.

Y en dos barquichuelas, en dos veces, pasan a la otra orilla. La llanura rasa y fértil los acoge también aquí. Una llanura fértil y, sin embargo, poco poblada. Sólo los campesinos que la cultivan tienen casa en ella.

-¡Mmm! ¿Cómo vamos a conseguir el pan? Yo tengo hambre. Y aquí... no tenemos ni siquiera las espigas filisteas... Hierba y hojas, hojas y flores. No soy ni una oveja ni una abeja - comenta Pedro a sus compañeros, los cuales sonríen ante la observación.

Judas Tadeo - que iba un poco más adelante - se vuelve y dice:

-Compraremos pan en el próximo pueblo.

-Siempre y cuando no nos hagan huir - termina Santiago de Zebedeo.

-Absteneos, vosotros que decís que hay que estar atentos a todo, de la levadura de los fariseos y saduceos; que creo que la estáis tomando sin reflexionar en lo que de malo hacéis. ¡Tened cuidado! ¡Guardaos! - dice Jesús.

Los apóstoles se miran unos a otros y cuchichean:

-¿Pero qué dice? Han sido aquella mujer del sordomudo y el posadero de Quedes los que nos han dado el pan. Y está todavía aquí; es el único que tenemos. Y no sabemos si podremos encontrar pan que comprar para nuestra hambre. ¿Cómo dice, entonces, que compramos a saduceos y fariseos pan con su levadura? Quizás no quiere que se compre en estos pueblos...

Jesús, que, todo solo, estaba de nuevo delante, se vuelve otra vez.

-¿Por qué tenéis miedo a quedaros sin pan para vuestra hambre? Aunque aquí todos fueran saduceos y fariseos, no os quedaríais sin comida por causa de mi consejo. No me refiero a la levadura del pan. Por tanto, podéis comprar donde os parezca el pan para vuestros vientres. Y, si nadie quisiera vendéroslo, igualmente no os quedaríais sin pan. ¿No os acordáis de los cinco panes con que comieron cinco mil personas? ¿No os acordáis que recogisteis doce cestas colmadas de los trozos sobrados? Podría hacer para vosotros, que sois doce y tenéis un pan, lo que hice para cinco mil con cinco panes. ¿No comprendéis a qué levadura aludo? A la que fermenta en el corazón de los fariseos, saduceos y doctores, contra mí. Eso es odio, es herejía. Y vosotros estáis yendo hacia el odio como si hubiera entrado en vosotros parte de la levadura farisaica. No debemos odiar ni siquiera a nuestro enemigo. No abráis siquiera una rendija a lo que no es Dios. Tras el primero entrarían otros elementos contrarios a Dios. Hay veces que, por excesivo deseo de combatir a los enemigos con las mismas armas, uno termina pereciendo o vencido. Y, una vez vencidos, podríais, por contacto, absorber sus doctrinas. No. Tened caridad y prudencia. No tenéis en vosotros todavía tanto como para poder combatir estas doctrinas, sin que ellas mismas os contaminen. Porque también vosotros tenéis algunos de sus elementos, de los cuales uno es el odio a ellos. Os digo más: podrían cambiar de método para seduciros y arrancaros de mí, usando con vosotros mil amabilidades, mostrándose arrepentidos, deseosos de hacer la paz. No debéis huir de ellos. Pero, cuando quieran daros sus doctrinas, habréis de saber no acogerlas. A esta levadura me refiero. Es la malevolencia que va contra el amor, y las falsas doctrinas. Os digo: sed prudentes.

-¿Esa señal que pedían los fariseos ayer tarde era "levadura" Maestro? - pregunta Tomás.

-Era levadura y veneno.

-Has hecho bien en no dársela.

-Pero se la daré un día.

-¿Cuándo? ¿Cuándo? - preguntan curiosos.

-Un día...

-¿Y qué señal es? ¿No nos lo dices ni siquiera a nosotros, tus apóstoles? Para poder reconocerla inmediatamente - pregunta, deseoso, Pedro.

-Vosotros no deberíais necesitar una señal.

-¡Bueno, no para poder creer en ti! No somos gente con muchos pensamientos. Tenemos uno sólo: amarte a ti - dice vehementemente Santiago de Zebedeo

-Pero, la gente - vosotros que tratáis con ella, así llanamente más que Yo, sin el sentido de temor que Yo puedo infundir - ¿quién dice que soy? ¿Y cómo define al Hijo del hombre?

-Hay quien dice que Tú eres Jesús, o sea, el Cristo, y son los mejores; los otros te consideran Profeta, otros sólo Rabí, y otros - ya lo sabes - un loco y un endemoniado.

-Pero hay alguno que usa para ti el mismo nombre que Tú te das y te llama: "Hijo del hombre".

-Y algunos dicen también que no puede ser eso, porque el Hijo del hombre es otra cosa muy distinta. Y esto no es siempre una cosa negativa, porque, en el fondo, admiten que eres más que el Hijo del hombre: eres el Hijo de Dios. Otros, sin embargo, dicen que Tú no eres siquiera el Hijo del hombre, sino un pobre hombre agitado por Satanás o a merced de la demencia. Como puedes ver, los pareceres son muchos y todos distintos - dice Bartolomé.

-¿Pero, para la gente, entonces, quién es el Hijo del hombre?

-Es un hombre que debe poseer todas las virtudes más hermosas del hombre, un hombre que reúna en sí todos los requisitos de la inteligencia, sabiduría, gracia, que pensamos que tenía Adán; y algunos, a estos requisitos, añaden el de no morir. Ya sabes que circula la voz de que Juan Bautista no ha muerto, sino solamente que ha sido transportado a otro lugar por los ángeles, y que Herodes, para no reconocerse vencido por Dios, y más todavía Herodías, han mostrado, como cadáver del Bautista, el cuerpo mutilado del siervo. ¡Bueno, la gente dice tantas cosas!... Por eso, hay muchos que piensan que el Hijo del hombre es o Jeremías, o Elías, o alguno de los Profetas, e incluso el mismo Bautista, que tenía sabiduría y gracia, y se decía el Precursor del Cristo. Cristo: el Ungido de Dios. El Hijo del hombre: un gran hombre nacido del hombre. Muchos no pueden

admitir, o no quieren admitirlo, que Dios haya podido enviar a su Hijo a la tierra. Tú ayer lo dijiste: "Creerán sólo los que están convencidos de la infinita bondad de Dios". Israel cree en el rigor de Dios más que en su bondad... - añade Bartolomé.

-Ya, claro. Se sienten, efectivamente, tan indignos, que juzgan imposible que Dios sea tan bueno como para mandar a su Verbo a salvarlos. El estado degradado de su alma les es obstáculo para creerlo - confirma el Zelote. Y añade: «Tú mismo dices que eres el Hijo de Dios y del hombre. En efecto, en ti mora toda gracia y sabiduría como hombre. Y yo pienso que, realmente, uno que hubiera nacido de un Adán en gracia se habría parecido a ti en belleza, inteligencia en todas las demás cualidades. Y en ti brilla Dios por la potencia. ¿Pero quiénes de los que se creen dioses y en su soberbia infinita miden a Dios con el patrón de sí mismos podrán creerlo? Ellos, los crueles, los que odian, los rapaces, los impuros, no pueden, claro, pensar que Dios haya extendido su dulzura hasta darse a sí mismo para redimirlos; su amor hasta salvarlos, su generosidad hasta entregarse a merced del hombre, su pureza hasta sacrificarse en medio de nosotros. No pueden, no, siendo como son tan inexorables y escrupulosos en buscar y castigar las culpas.

-¿Y vosotros quién decís que soy Yo? Decidlo por vuestro juicio, sin más; sin tener en cuenta ni mis palabras ni las de los demás. Si estuvierais obligados a dar un juicio sobre mí, ¿qué diríais que soy?

-¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo! - grita Pedro mientras se arrodilla con los brazos extendidos hacia arriba, hacia Jesús. Y Jesús lo mira con una faz toda luz y se agacha a levantarlo de nuevo para abrazarlo, y dice:

-¡Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás! Porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Desde el primer día que viniste a mí te hiciste esta pregunta, y, por ser sencillo y honesto, supiste comprender y aceptar la respuesta que te venía de los Cielos. No viste manifestaciones sobrenaturales, como tu hermano y Juan y Santiago. No conocías mi santidad de hijo, de obrero, de ciudadano, como Judas y Santiago, mis hermanos. No fuiste objeto de milagros ni los viste hacer, ni te di señal de poder, como hice y vieron en el caso de Felipe, Natanael, Simón Cananeo, Tomás, Judas. No fuiste subyugado por mi voluntad como en el caso de Leví el publicano. Y, no obstante, exclamaste: "¡El es el Cristo!". Desde la primera hora en que me viste, creíste, y nunca tu fe se ha tambaleado. Por eso te llamé Cefas. Y por esto, sobre ti, Piedra, edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos. Lo que atares en la tierra será atado en los Cielos; lo que desatares en la tierra será desatado en los Cielos. Sí, hombre fiel y prudente, cuyo corazón he podido pulsar. Y aquí, desde este momento, tú eres el jefe y se te debe obediencia y respeto como a otro Yo mismo. Esto le proclamo delante de todos vosotros.

Si Jesús hubiera aplastado a Pedro con una granizada de correcciones, el llanto de Pedro no habría sido tan alto. Lloro todo convulso de sollozos, apoyada la cara en el pecho de Jesús. Un llanto que encuentra paralelo sólo en aquél, incontenible, de su dolor de haber renegado a Jesús. El de ahora está hecho de mil sentimientos humildes y buenos... Otro poco del antiguo Simón - el pescador de Betsaida que, ante el primer anuncio de su hermano, se había reído diciendo: « ¡El Mesías se te aparece a ti!... ¡Precisamente!» incrédulo y jocosos - un poco mucho del antiguo Simón se desmorona bajo ese llanto, para dejar aparecer, bajo la costra ahora más delgada de su humanidad, cada vez más claramente, al Pedro pontífice de la Iglesia de Cristo.

Cuando alza la cara, tímido, confuso, no sabe hacer sino un acto para decir *todo*, para prometer *todo*, para entregarse *todo* con renovada energía al nuevo ministerio: echar sus cortos y musculosos brazos al cuello de Jesús y obligarle a agacharse más para besarlo, mezclando sus cabellos y su barba, un poco hispídos y entrecanos, con los cabellos y la barba, suaves y dorados, de Jesús; y luego lo mira, con una mirada de adoración, amorosa, suplicante, de sus ojos un poco overos, brillantes y rojos de las lágrimas lloradas, mientras tiene entre sus manos callosas, anchas, rudas, cual si se tratara de un vaso del que fluyera licor vital, el rostro ascético del Maestro, inclinado hacia el suyo... y bebe, bebe, bebe dulzura y gracia, seguridad y fuerza, de ese rostro, de esos ojos, de esa sonrisa...

Se separan por fin y reanudan la marcha hacia Cesárea de Filipo. Jesús entonces dice a todos:

-Pedro ha dicho la verdad. Muchos la intuyen, vosotros la sabéis. Pero, por ahora, no digáis a nadie lo que es el Cristo, en la verdad completa de lo que sabéis. Dejad que Dios hable en los corazones como habla en el vuestro. En verdad os digo que quienes a mis afirmaciones o a las vuestras añaden la fe perfecta y el perfecto amor, llegan a saber el verdadero significado de las palabras `Jesús, el Cristo, el Verbo, el Hijo del hombre y de Dios".

344

Encuentro con los discípulos en Cesárea de Filipo y explicación de la sedal de Jonás.

Debe ser una ciudad de reciente construcción, como Tiberíades y Ascalón. Dispuesta en plano inclinado, culmina en la maciza fortaleza erizada de torres. Está circundada por murallas ciclópeas, y defendida por profundos fosos que reciben parte del agua de dos riachuelos que, casi unidos antes formando un ángulo, se separan luego, para fluir uno por fuera de la ciudad, el otro por dentro. Y las bonitas calles, plazas, fuentes, el aire de moda romana en las construcciones dicen que también aquí el obsequio servil de los Tetrarcas, pisoteando todo respeto por las costumbres de la Patria, se ha manifestado.

La ciudad, quizás por ser nudo de importantes vías de primer orden y rutas de caravanas dirigidas a Damasco, Tiro, Sefet y Tiberíades, como indican en cada puerta los postes señaladores, está llena de movimiento y gente. Gente a pie o a caballo y largas caravanas de asnos y camellos se cruzan en las calles amplias y bien conservadas; en las plazas, bajo los soportales, o junto a las casas lujosas - quizás hay también termas -, corrillos de negociantes o de ociosos, tratan de negocios u ocian en charloteos fatuos.

-¿Sabes dónde podremos encontrarlos? - pregunta Jesús a Pedro.

-Sí. Me han dicho las personas a las que he preguntado que los discípulos del Rabí suelen reunirse a las horas de comer en una casa de fieles israelitas que está cerca de la ciudadela. Y me la han descrito. No puedo equivocarme: una casa de Israel

incluso en el aspecto externo: una fachada sin ventanas exteriores y un portón alto con ventanillo; en un lado del muro, una fuentecita; las tapias altas del jardín prolongadas por dos lados en callejuelas; una terraza llena de palomas, en el tejado.

-Bien. Entonces vamos...

Cruzan toda la ciudad hasta la ciudadela. Llegan a la casa que buscaban. Llamen. Al ventanillo se asoma el rostro rugoso de una anciana.

Jesús se pone delante y saluda:

-La paz sea contigo, mujer. ¿Han vuelto los discípulos del Rabí?

-No, hombre. Están hacia la "fuente grande", con otros que han venido de muchos pueblos de la otra orilla a buscar precisamente al Rabí. Todos lo están esperando. ¿Tú también eres de ellos?

-No, Yo buscaba a los discípulos.

-Entonces mira: ¿ves aquella calle casi enfrente de la fuente? Tómala y ve hacia arriba, hasta que te encuentres de frente un paredón de rocas del que sale agua que cae en una especie de pilón y luego forma como un regato. Por allí cerca los encontrarás. ¿Pero, vienes de lejos? ¿Quieres reposar?, ¿entrar aquí a esperarlos? Si quieres llamo a mis señores. ¡Son buenos israelitas, eh! Y creen en el Mesías Son discípulos sólo por haberlo visto una vez en Jerusalén en el Templo. Pero ahora los discípulos del Mesías los han instruido sobre Él y han hecho milagros aquí, porque...

-Bien, buena mujer. Volveré más tarde con los discípulos. Paz a ti. Vuelve, vuelve a tus labores - dice Jesús con bondad, aunque también con autoridad para detener esa avalancha de palabras.

Se ponen de nuevo en marcha. Los más jóvenes de los apóstoles se ríen con ganas por la escena de la mujer, y hacen sonreír también a Jesús.

-Maestro - dice Juan -parecía ella la "fuente grande". ¿No te parece? Echaba palabras sin interrupción, y ha hecho de cada uno de nosotros un pilón que se hace regato al estar lleno de palabras...

-Sí. Espero que los discípulos no hayan hecho milagros en su lengua... Habría que decir: habéis hecho *demasiado* milagro - dice Judas Tadeo, que, contrariamente a lo normal, se ríe con ganas.

-¡Lo mejor va a ser cuando nos vea volver y conozca al Maestro por lo que es! ¿Quién va a poderla callar? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-No, no, se quedará muda de asombro - dice, tomando parte en los juveniles comentarios, Mateo.

-Alabaré al Altísimo si el asombro le paraliza la lengua. Será porque estoy casi en ayunas, pero, la verdad, ese remolino de palabras me ha mareado - dice Pedro.

-¡Y cómo gritaba! ¿Será que es sorda? - pregunta Tomás.

-No. Creía que los sordos éramos nosotros - responde Judas Iscariote.

-Dejadla en paz. ¡Pobre viejecita! Era buena y creyente. Su corazón es tan generoso como su lengua - dice semiserio Jesús.

-¡Entonces, Maestro mío, entonces esa anciana es generosa hasta el heroísmo! - dice riéndose abiertamente Juan.

Ya se puede ver la pared rocosa y calcárea, ya se oye el murmullo de las aguas que caen en el pilón.

-Éste es el regato. Vamos a seguirlo... Ahí está la fuente... y allí..., ¡Benjamín! ¡Daniel! ¡Abel! ¡Felipe! ¡Hermasteo! ¡Estamos aquí! ¡Viene también el Maestro! - grita Juan a un nutrido grupo de hombres que están congregados en torno a uno que no se ve.

-Calla, muchacho, que, si no, vas a ser tú también como esa vieja gallina - aconseja Pedro.

Los discípulos se han vuelto. Han visto. Y ver y lanzarse hacia abajo a saltos desde el escalón ha sido todo uno. Veo, ahora que se disgrega el compacto grupo, que con los discípulos, que son muchos, ya ancianos, están mezclados habitantes de Quedes y del pueblo del sordomudo. Deben haber tomado caminos más directos, porque han precedido al Maestro.

La alegría es mucha; también las preguntas y respuestas. Jesús, pacientemente, escucha y responde, hasta que, con otros dos, se ve venir al delgado y risueño Isaac, cargado de provisiones.

-Vamos a la casa hospitalaria, mi Señor. Allí nos dirás lo que no hemos podido decir por no saberlo tampoco nosotros. Éstos, los últimos en llegar - están con nosotros desde hace unas pocas horas - quieren saber qué es para ti la señal de Jonás que has prometido dar a la generación malvada que te persigue - dice Isaac.

-Se lo explicaré mientras vamos...

¡Ir! ¡Es fácil decirlo! Como si un aroma de flores se hubiera esparcido por el aire y numerosas abejas hubieran acudido, de todas partes viene gente para unirse a los que ya están alrededor de Jesús.

-Son nuestros amigos - explica Isaac - Gente que ha creído y que te esperaba...

-¡Gente que de éstos, y de él en especial, han recibido beneficios! - grita uno de la muchedumbre mientras señala a Isaac.

Isaac se pone rojo como la brasa, y, casi excusándose, dice:

-Pero yo soy el siervo, Él es el Señor. ¡Vosotros que esperáis, aquí tenéis al Maestro Jesús!

¡Entonces sí! El ángulo tranquilo de Cesárea, un poco apartado por estar relegado a la periferia, se transforma en un lugar más animado que un mercado, y también más rumoroso. Voces de aleluya, aclamaciones, súplicas... de todo hay.

Jesús avanza muy lentamente, comprimido en esa tenaza de amor. Pero sonríe y bendice. Tan lentamente, que algunos tienen tiempo de marcharse corriendo a esparcir la noticia y a volver con amigos o parientes, que traen a los niños y los aúpan para que puedan llegar, sin sufrir daño, hasta Jesús, el cual los acaricia y bendice.

Llegan así a la casa de antes. Llamen. La criada anciana de antes, al oír las voces, abre sin reserva alguna. Pero... ve a Jesús en medio del gentío aclamador, y comprende... Cae al suelo gimiendo:

-¡Piedad, mi Señor! ¡Tu sierva no te había conocido y no te había venerado!

-No hay mal en ello, mujer. No conocías al hombre, pero creías en Él. Esto es lo que se requiere para ser amados por Dios. Levántate y condúceme adonde tus señores.

La anciana obedece, toda temblorosa de respeto. Y ve a sus señores, también anonadados de respeto, literalmente contra la pared en el fondo del vestíbulo un poco oscuro. Los señala:

-¡Ahí están!

-Paz a vosotros y a esta casa. Os bendiga el Señor por vuestra fe en el Cristo y por vuestra caridad para con sus discípulos - dice Jesús yendo hacia los dos ancianos cónyuges, o hermano y hermana. Un gesto de veneración y lo acompañan al vasto mirador, donde tienen preparadas muchas mesas, bajo un tupido toldo. La vista se extiende libre sobre Cesárea y los montes que la ciudad tiene a sus espaldas y a los lados. Las palomas trenzan vuelos desde la terraza al jardín, lleno de plantas en flor.

Mientras un doméstico aumenta los puestos, Isaac explica

-¡Benjamín y Ana no sólo nos reciben en su casa a nosotros, sino también a todos los que vienen en busca de ti! Lo hacen en tu Nombre.

-Que el Cielo los bendiga cada vez que lo hacen.

-Disponemos de medios y no tenemos herederos. En el ocaso de la vida, adoptamos como hijos a los pobres del Señor - dice con sencillez la anciana.

Y Jesús le pone la mano en su encanecida cabeza diciendo:

-Y esto te hace madre más que si hubieras concebido superabundantemente. Mas ahora permitidme que explique a éstos lo que deseaban saber, para poder despedir luego a los de la ciudad y sentarnos a la mesa.

La terraza está invadida de gente, que sigue entrando y apiñándose en los espacios libres.

Jesús está sentado en medio de una corona de niños, que lo miran extáticos con sus ojazos inocentes. Vuelve las espaldas a la mesa y sonríe a estos niños, aunque esté hablando de un tema grave. Parece como si leyera en sus caritas inocentes las palabras de la verdad solicitada.

-Escuchad. La señal de Jonás, que prometí a los malos, y que prometo también a vosotros, no porque seáis malos, sino, al contrario, para que podáis creer con perfección cuando la veáis cumplida, es ésta.

Como Jonás permaneció tres días en el vientre del monstruo marino y luego fue restituido a la tierra para convertir y salvar a Nínive, así será para el Hijo del hombre. Para calmar las violentas olas de una grande, satánica tempestad, los principales de Israel crearán útil sacrificar al Inocente. Lo único que conseguirán será aumentar sus peligros, porque, además del conturbador Satanás, tendrán a Dios con su castigo tras el delito cometido. Podrían triunfar contra la tempestad de Satanás creyendo en mí. Pero no lo hacen porque ven en mí la razón de sus inquietudes, miedos, peligros y desmentidas contra su insincera santidad. Mas, llegada la hora, ese monstruo insaciable que es el vientre de la tierra, que se traga a todo hombre que muere, se abrirá de nuevo para restituir la Luz al mundo que renegó de ella.

He aquí, pues, que, como Jonás fue signo para los ninivitas de la potencia y misericordia del Señor, así el Hijo del hombre lo será para esta generación; con la diferencia de que Nínive se convirtió, mientras que Jerusalén no se convertirá, porque está llena de esta generación malvada de que he hablado. Por ello, la Reina del Mediodía se alzarán el Día del Juicio contra los hombres de esta generación y los condenará. Porque ella vino, en su tiempo, desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, mientras que esta generación, que me tiene presente, y siendo Yo mucho más que Salomón, no quiere oírme, y me persigue y expele como a un leproso y a un pecador. También los ninivitas, que se convirtieron con la predicación de un hombre, se alzarán en el día del Juicio contra la generación malvada que no se convierte al Señor su Dios. Yo soy más que un hombre, aunque se tratara de Jonás o cualquier otro Profeta.

Por tanto, daré la señal de Jonás a quien pide una señal sin posibles equívocos. Más de una señal daré a quien no baja la frente proterva ante las pruebas ya dadas de vidas que renacen por voluntad mía. Daré todas las señales: tanto la de un cuerpo en descomposición que vuelve a vivir y a recomponerse, como la de un Cuerpo que por sí solo se resucita porque a su Espíritu le es dada la plenitud del poder. Pero éstas no serán gracias. No significarán aligeramiento de la situación. Ni aquí ni en los libros eternos. Lo escrito escrito está. Y, como piedras para una próxima lapidación, las pruebas se amontonarán: contra mí, para perjudicarme sin lograrlo; contra ellos, para arrollarlos eternamente con la condena de Dios a los incrédulos malvados.

A esta señal de Jonás me refería. ¿Tenéis más cosas que preguntar?

-No, Maestro. Se lo comunicaremos a nuestro jefe de la sinagoga, que ha juzgado la señal prometida con juicio muy cercano a la verdad.

-Matías es un justo. La Verdad se revela a los justos como se revela a estos inocentes, que mejor que nadie saben quién soy Yo. Dejadme, antes de despedirme de vosotros, oír alabar la misericordia de Dios por boca de los ángeles de la tierra. Venid niños.

Los niños, que habían estado quietos con pena hasta ese momento, corren hacia Él.

-Decidme, criaturas sin malicia, ¿para vosotros, cuál es mi señal?

-Que eres bueno.

-Que curas a mi mamá con tu Nombre.

-Que quieres a todos.

-Que ninguno puede ser tan guapo como Tú.

-Que haces volverse bueno hasta al que era malo como mi padre.

Cada una de las boquitas, más o menos niñas, anuncia una dulce propiedad de Jesús, y testifica penas que Jesús ha transformado en sonrisas.

Pero el más simpático de todos es un pilluelo de unos cuatro años que trepa hasta el regazo de Jesús y se abraza a su cuello diciendo

-Tu señal es que quieres a todos los niños y que los niños te quieren. Así te quieren... - y abre lo más que puede sus bracitos regordetes, y ríe, para luego abrazarse otra vez al cuello de Jesús restregando su mejilla infantil con la de Jesús, que lo besa y pregunta: «Pero, ¿por qué me queréis si no me habéis visto nunca antes de ahora?».

-Porque pareces el ángel del Señor.

-Tú no lo has visto, pequeñuelo... - prueba Jesús, sonriendo.

El niño se queda un momento desorientado. Pero luego se echa a reír, mostrando todos los dientecitos, y dice:

-¡Pero lo ha visto bien mi alma! Dice mi mamá que la tengo, y está aquí, y Dios la ve, y el alma ha visto a Dios y a los ángeles, y los ve. Y mi alma te conoce porque eres el Señor.

Jesús lo besa en la frente y dice:

-Que te aumente, por este beso, la luz en el intelecto - y lo pone en el suelo. El niño, entonces, corre donde su padre dando brincos, teniendo la mano apretada contra la frente en el lugar en que ha sido besado, y grita: «¡Vamos donde mamá, donde mamá! Que bese aquí, donde ha besado el Señor y le vuelva la voz y no llore más.

Explican a Jesús que se trata de una mujer casada, enferma de la garganta, deseosa de milagro, pero que no lo habían realizado en ella los discípulos, los cuales no habrían podido curar ese mal, que no se podía tocar de tan profundo como estaba.

-La curará el discípulo más pequeño, su hijito. Ve en paz, hombre Y ten fe como tu hijo - dice mientras despide al padre del pequeñuelo

Besa a los otros niños, que se han quedado deseosos del mismo beso en la frente, y despide a los que viven en la ciudad. Se quedan los discípulos, los de Quedes y los del otro lugar.

Mientras se espera la comida, Jesús ordena la partida, para el día siguiente, de todos los discípulos, que habrán de precederlo a Cafarnaúm para unirse con los otros procedentes de otros lugares.

-Tomaréis luego con vosotros a Salomé y a las mujeres e hijas de Natanael y Felipe, y a Juana y Susana, según vais descendiendo hacia Nazaret. Allí tomaréis con vosotros a mi Madre y a la madre de mis hermanos, y las acompañaréis a Betania, a la casa donde está José, en las tierras de Lázaro. Nosotros iremos por la Decápolis.

-¿Y Margziam? - pregunta Pedro.

-He dicho: "precededme a Cafarnaúm". No "id". Pero desde Cafarnaúm podrán avisar a las mujeres de nuestra llegada, de modo que estén preparadas cuando nosotros vayamos hacia Jerusalén por la Decápolis. Margziam, que ya es un jovencito, irá con los discípulos escoltando a las mujeres...

-Es que... quería llevar también a mi mujer, pobrecilla, a Jerusalén. Siempre lo ha deseado y... no ha ido nunca porque no quería yo problemas... Pero este año querría darle esta satisfacción. ¡Es tan buena!

-Pues sí, Simón. Razón de más para que Margziam vaya con ella. Harán lentamente el viaje y nos reuniremos de nuevo todos allí...

El anciano dueño de la casa dice:

-¿Tan poco tiempo aquí?

-Padre, tengo todavía mucho que hacer, y quiero estar en Jerusalén al menos ocho días antes de la Pascua. Ten en cuenta que la primera fase de la luna de Adar ya ha terminado...

-Es verdad. ¡Pero tanto te he anhelado!... Teniéndote, me parece estar en la luz del Cielo... y que esta luz se haya de apagar en cuanto te marches.

-No, padre. Te la dejaré en tu corazón. Y a tu esposa. A toda esta casa hospitalaria.

Se sientan a las mesas y Jesús ofrece y bendice los alimentos, que luego el doméstico distribuye a las distintas mesas.

345

Milagro en el castillo de Cesárea Paneas

Terminada la comida en la casa hospitalaria, Jesús sale con los doce, los discípulos y el anciano dueño de la casa. Vuelven al "manantial grande". Pero no se detienen allí. Siguen el camino siempre subiendo en dirección norte.

El camino que han tomado, aunque vaya muy cuesta arriba, es cómodo, porque es un verdadero camino, por el que pueden transitar incluso carros y cabalgaduras. En su parte más alta, en la cima del monte, hay un macizo castillo, o fortaleza si se prefiere, que causa estupor por su forma singular. Parece formado por dos construcciones colocadas a algunos metros de desnivel una de la otra, de manera que la más retrasada, y al mismo tiempo la más belicosa, está más alta que la otra, a la que domina y defiende. Hay un alto y ancho muro - sobre el cual se alzan torres cuadradas, bajas pero sólidas - entre las dos construcciones, que, aun siendo así, son una única construcción, porque está rodeada por un único cerco de murallas de bloques de piedra almohadillados, murallas derechas, o un poco oblicuas en la base para sostener mejor el peso del bastión. No veo el lado oeste. Pero los dos lados norte y sur caen a pico, formando una unidad con el monte, que está aislado y desciende también a pico por esos dos lados. Y creo que el lado oeste presentará las mismas características.

El anciano Benjamín, por ese sutil orgullo propio de todo ciudadano respecto a su ciudad, ilustra el castillo del Tetrarca, que es, además de castillo, lugar de defensa de la ciudad, y enumera su belleza y fortaleza, su solidez, las comodidades de las cisternas y pilones para el agua, y del amplio espacio, las facilidades de su vasto radio de visión, de su posición, etc. etc.

-Los romanos también dicen que es bonito. ¡Y ellos entienden de castillos!... - termina el anciano. Y añade: «Conozco al administrador. Por eso puedo entrar. Os voy a enseñar el más amplio y bonito panorama de Palestina».

Jesús escucha benigno. Los otros sonríen un poco: jellos que han visto tantos panoramas!... pero el anciano es tan bueno que no tienen corazón para contrariarlo y secundan su deseo de mostrar cosas bonitas a Jesús.

Llegan a la cima. La vista es verdaderamente bonita ya incluso desde la plazoleta que hay delante del portón de entrada guarnecido de hierro. Pero el anciano dice:

-¡Venid, venid!... Dentro es más bonito. Vamos a subir a la torre más alta de la ciudadela. Veréis...

Y penetran en el oscuro pasaje abierto en la muralla de bastantes metros de anchura. Van hasta un patio. Allí están esperándolos el administrador y su familia. Los dos amigos se saludan y el anciano explica el objeto de la visita.

-¡El Rabí de Israel! ¡Qué pena que no esté Filipo! Deseaba verlo, porque su fama ha llegado hasta aquí. Filipo estima a los rabíes verdaderos, porque son los únicos que han defendido sus derechos, y también por desdén hacia Antipa, que no los estima. ¡Venid, venid!... - El hombre, al principio, ha mirado un momento a Jesús; luego ha decidido honrarlo con una reverencia digna de un rey.

Cruzan otro pasaje. Aparece un segundo patio y una nueva poterna que da acceso a un tercer patio. Pasado éste, hay una profunda cárcava y el murallón torreado de la ciudadela. Caras curiosas de armígeros o domésticos se asoman por todas partes. Entran en la ciudadela, y luego, por una estrecha escalera, suben al bastión, y de éste a una torre. En la torre entran sólo Jesús y el administrador, Benjamín y los doce. Más no podrían, porque ya están apretados como sardinas. Los otros se quedan en el bastión.

¡Qué vista, cuando desde la torre Jesús y los que están con él salen a la terracita que corona la torre y asoman todos la cabeza por el alto parapeto de bloques de piedra! Asomándose hacia el precipicio que hay en este lado oeste, el más alto del castillo, se ve toda Cesárea, extendida a los pies de este monte, y se ve bien, porque ella tampoco es llana, sino que está construida sobre suaves ondulaciones. Más allá de Cesárea, se extiende toda la fértil llanura que precede al lago Merón. Y parece un pequeño mar de un verde tierno, con tornasoles de aguas de turquesas claras, resplandescentes en la vasta llanura glauca cual jirones de cielo sereno. Y luego graciosas colinas dispuestas como collares de un esmeralda oscuro irisado con la plata de los olivos, esparcidos acá o allá en los confines de la llanura. Y penachos esponjosos de árboles que florecen, o bolas compactas de árboles ya florecidos... Y, mirando hacia el norte y hacia oriente se ve el Líbano potente, el Hermón que brilla bajo el sol con sus nieves perladas y los montes de Iturea; y el valle del Jordán, por la cavidad comprendida entre los collados del mar de Tiberíades y los montes de la Galaunítida, aparece en un atrevido recorte, para perderse luego en lejanías de ensueño.

-¡Bonito! ¡Bonito! ¡Muy bonito - exclama Jesús mientras mira con admiración, y parece bendecir y querer abrazar estos lugares tan hermosos con su rostro sonriente y sus brazos abiertos. Y responde a los apóstoles, que piden una u otra explicación, señalando los lugares donde han estado, o sea las comarcas y las direcciones en que éstas se encuentran.

-Pero no veo el Jordán - dice Bartolomé.

-No lo ves, pero está allá, en aquella extensión entre dos cadenas montañosas; al pie de esa de poniente está el río. Bajaremos por allí, porque la Perea y la Decápolis todavía esperan al Evangelizador.

Pero, entretanto, se vuelve, preguntando casi al aire, por un quejido largo, ahogado, que no es la primera vez que hiere su oído. Y mira al administrador como para preguntarle qué sucede.

-Es una de las mujeres del castillo. Una mujer casada. Va a tener un niño. El primero y el último, porque su marido murió en las calendas de Kisléu. No sé si vivirá siquiera, porque la mujer, desde que se ha quedado viuda, no hace sino consumirse en llanto. Es un espectro. ¿Oyes? Ni siquiera tiene fuerza para gritar... Claro que... viuda a los diecisiete años... Y se querían mucho. Mi mujer y su suegra le dicen: "En tu hijo tendrás de nuevo a Tobit". Pero son palabras...

Bajan de la torre y pasan por los bastiones, admirando el lugar y el panorama. Luego el administrador quiere ofrecer a la fuerza unas bebidas y fruta a los visitantes; entran, pues, en una vasta habitación de la parte anterior del castillo, a donde los siervos traen las cosas requeridas.

El quejido es más desgarrador y más cercano. El administrador presenta disculpas por ello, incluso porque el hecho tiene ocupada a su mujer y no puede venir con el Maestro. Pero al lamento de antes sigue un griterío aún más doloroso, y hace suspender en el aire las manos que traen la fruta, o las copas en las bocas.

-Voy a ver qué ha sucedido - dice el administrador. Y sale, mientras la cacofonía de gritos y llantos penetra aún más intensamente por la puerta entreabierta.

Vuelve el administrador:

-Se le ha muerto el niño nada más nacer... ¡Qué congoja! Está tratando de reanimarlo con sus fuerzas huidizas... Pero ya no respira. ¡Está negro!... - y menea la cabeza, para concluir: «¡Pobre Dorca!».

-Tráeme al niño

-¡Pero si está muerto, Señor!

-Tráeme al niño, te digo. Como está. Y di a la madre que tenga fe.

El administrador se marcha corriendo. Vuelve:

-No quiere. Dice que no se lo deja a nadie. Parece loca. Dice que lo que queremos es quitárselo.

-Llévame a la puerta de su habitación. Que me vea.

-Pero...

-¡No te preocupes! Ya me purificaré después, si acaso...

Van raudos por un corredor oscuro hasta una puerta cerrada. Jesús mismo la abre y se queda en el umbral, frente a la cama, donde una liviana criatura alabastrina aprieta contra su corazón a una criaturita que no da señales de vida.

-La paz a ti, Dorca. Mírame. No llores. Soy el Salvador. Dame a tu pequeñuelo...

No sé lo que hay en la voz de Jesús. Sé que la desesperada, que en el primer momento, al verlo, había apretado ferozmente al recién nacido contra su corazón, lo mira y sus ojos acongojados y dementes se abren a una luz dolorosa pero llena de esperanza. Cede a la criaturita envuelta en paños delicados a la mujer del administrador... y se queda allí, con las manos extendidas hacia delante, con la vida, con la fe en sus ojos dilatados, sorda a las súplicas de la suegra que querría ponerla cómoda sobre las almohadones,

Jesús toma el fardito de carnes semifrías y de paños. Mantiene al pequeñuelo derecho por las axilas. Apoya su boca en los labiecitos entreabiertos, curvado hacia adelante porque la cabecita pende hacia atrás. Sopla fuerte en la inerte garganta... Está un instante con los labios apoyados en la boquita, luego se separa... Y un piar de pajarillo tiembla en el aire inmóvil... un segundo, más fuerte... un tercero... y, en fin, un verdadero vagido mientras oscila la cabecita, se agitan las manitas y los piecitos, y, contemporáneamente, durante el largo, triunfal llanto del recién nacido, toma color la cabecita pelada, la carita minúscula... Le responde el grito de la madre:

-¡Hijo mío! ¡Mi amor! ¡La semilla de mi Tobit! ¡En el corazón! ¡En el corazón de tu mamá... para que muera feliz!... - dice con un susurro que se apaga en un beso y en una reacción comprensible de abandono.

-¡Se muere! - gritan las mujeres.

-No. Entra en un merecido descanso. Cuando se despierte, decíle que al niño le ponga por nombre Iesá Tobit. La paz sea con vosotras.

Cierra de nuevo, lentamente, la puerta, y se vuelve para regresar adonde estaba antes, adonde sus discípulos. Pero están todos allí, montón conmovido que ha presenciado y que ahora lo mira con maravilla.

Vuelven juntos al patio. Saludan al estupefacto administrador, que no hace sino repetir:

-¡Cuánto va a sentir el Tetrarca no haber estado! - y emprenden de nuevo la bajada para volver a la ciudad.

Jesús pone la mano en el hombro del anciano Benjamín diciendo:

-Te agradezco lo que nos has mostrado y el haber sido la razón de un milagro...

346

Primer anuncio de la Pasión y reprensión a Simón Pedro.

Jesús debe haber dejado la ciudad de Cesárea de Filipo con las primeras luces de la mañana, porque ya queda lejos con sus montes y la llanura lo rodea de nuevo. Se dirige hacia el lago de Merón para ir después hacia el de Genesaret. Van con Él los apóstoles y todos los discípulos que estaban en Cesárea. Pero una expedición tan numerosa por el camino no causa estupor a nadie, porque ya se ven otras, dirigidas a Jerusalén, de israelitas o prosélitos, procedentes de todos los lugares de la Diáspora, que desean pasar un tiempo en la Ciudad Santa para escuchar a los rabíes y respirar largamente el aire del Templo.

Caminan a buena marcha, bajo un sol ya alto pero que todavía no molesta, porque es un sol de primavera que juega con el follaje nuevo y las frondas florecidas, y suscita flores, flores, flores por todas partes. La llanura que precede al lago, toda ella, es una alfombra florecida. La mirada, volviéndose hacia los montes que la circundan, ve a éstos remendados con las matas cándidas, tenuemente róseas, o de color rosa intenso, o rosa casi rojo, de los diversos tipos de árboles frutales; y, al pasar cerca de las raras casas de campesinos o de los talleres de herrador esparcidos por el camino, la vista se alegra ante los primeros rosales florecidos en los huertos o a lo largo de los setos o contra las tapias de las casas.

-Los jardines de Juana deben estar todos en flor - observa Simón Zelote.

-También el huerto de Nazaret debe parecer un cesto lleno de flores. María es la dulce abeja que va de rosal en rosal; de los rosales a los jazmines, que pronto florecerán; a las azucenas, que ya tienen los capullos en el tallo; y tomará la rama del almendro, como hace siempre, es más, ahora tomará la del peral o del granado, para ponerla en el ánfora de su habitación. Cuando éramos niños le preguntábamos todos los años: "¿Por qué tienes siempre ahí una rama de árbol en flor y no metes en su lugar las primeras rosas?". Y Ella respondía: "Porque en esos pétalos veo escrita una orden que me vino de Dios y siento el aroma puro del aura celeste". ¿Te acuerdas, Judas? - pregunta Santiago de Alfeo a su hermano.

-Sí. Me acuerdo. Y recuerdo que, ya hombre, esperaba con ansia la primavera, para ver a María caminar por su huerto bajo las nubes de sus árboles en flor y entre los setos de las primeras rosas; nunca vi espectáculo más hermoso que esa eterna niña moviéndose evanescente entre las flores y entre vuelos de palomas...

-¡Oh, vamos pronto a verla, Señor! ¡Yo también quiero ver todo eso! - suplica Tomás.

-Basta con que aceleremos el paso y hagamos paradas breves, por las noches, para llegar a Nazaret a tiempo - responde Jesús.

-¿Me das esta satisfacción verdaderamente, Señor?

-Sí, Tomás. Iremos a Betsaida todos, y luego a Cafarnaúm. Allí nos separaremos: nosotros vamos en la barca a Tiberíades, y luego a Nazaret. Así cada uno, salvo vosotros judíos, vamos a tomar los indumentos más ligeros. El invierno ha concluido.

-Sí. Y nosotros vamos a decir a la Paloma: "Álzate, apresúrate, amada mía; ven, porque el invierno ha pasado, la lluvia ha terminado, las flores pueblan el suelo... Álzate, amiga mía; ven, paloma escondida, muéstrame tu faz y deja que oiga tu voz".

-¡Sí señor, Juan! ¡Pareces un enamorado cantando su canción a su amada! - dice Pedro.

-Lo estoy. De María lo estoy. No veré a otras mujeres que despierten mi amor. Sólo María, la amada de todo mi ser.

-También lo decía yo hace un mes. ¿Verdad, Señor? - dice Tomás.

-Yo creo que estamos todos enamorados de Ella. ¡Un amor tan alto, tan celestial!... Como sólo esa Mujer puede inspirar. Y el alma ama completamente su alma, la mente ama y admira su intelecto, la vista mira y se complace en su gracia pura, que embelesa sin producir agitación, como cuando se mira una flor... María, la Belleza de la tierra y creo, la Belleza del Cielo... - dice Mateo.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Todos vemos en María cuanto de más dulce hay en la mujer: la niña pura y la madre dulcísima; y no se sabe por cuál de estas dos gracias se la ama... - dice Felipe.

-Se la ama porque es "María". ¡Eso es! - sentencia Pedro.

Jesús los ha estado oyendo hablar y dice:

-Todos habéis hablado bien, y Pedro muy bien. María se ama porque es "María". Os dije, mientras íbamos a Cesárea, que solamente aquéllos que unan una fe perfecta a un amor perfecto llegarán a conocer el verdadero significado de las palabras: "Jesús, el Cristo, el Verbo, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre". Pero ahora os digo que hay otro nombre denso en significados. Y es el de mi Madre. Sólo aquellos que unan una perfecta fe a un perfecto amor llegarán a conocer el verdadero significado del nombre "María", de la Madre del Hijo de Dios. Y el verdadero significado empezará a aparecer claro para los verdaderos creyentes y para los verdaderos amantes en una hora tremenda de tormento, cuando la Madre sea sometida a suplicio con su Hijo, cuando la Redentora redima con el Redentor, a los ojos de todo el mundo y por todos los siglos de los siglos.

-¿Cuándo? - pregunta Bartolomé mientras se detienen a orillas de un caudaloso arroyo, en el que están bebiendo muchos discípulos.

-Detengámonos aquí a compartir el pan. El sol marca mediodía. A1 caer de la tarde, estaremos en el lago Merón, y podremos acortar el camino con unas barcas - responde Jesús evasivamente.

Se sientan todos sobre la tierna hierbecita, tibia de sol, de las orillas del arroyo. Juan dice:

-Es una pena echar a perder estas flores tan delicadas. Parecen pedacitos de cielo caídos aquí en los prados. Son cientos y cientos de miosotis.

-Renacerán más bonitas mañana. Han florecido para hacer del suelo una sala de banquetes para su Señor - lo consuela Santiago, su hermano.

Jesús ofrece y bendice los alimentos y todos se ponen a comer alegremente. Los discípulos, todos, como si fueran girasoles, miran en dirección a Jesús, que está sentado en el centro de la fila de sus apóstoles.

La comida pronto termina, condimentada con serenidad y agua pura. Pero, dado que Jesús permanece sentado, ninguno se mueve. Es más, los discípulos se cambian de sitio para acercarse, para oír lo que dice Jesús como respuesta a los apóstoles, que siguen preguntando sobre lo que había dicho antes, de su Madre.

-Sí. Porque ser madre de mi carne ya sería una gran cosa. Fijaos que se recuerda a Ana de Elcana como madre de Samuel, y él era sólo un profeta; pues bien, la madre es recordada por haberlo engendrado. Por tanto ya María sería recordada, y con altísimas alabanzas, por haber dado al mundo a Jesús el Salvador. Pero ello sería poco, respecto a cuanto Dios exige de Ella para completar la medida requerida para la redención del mundo. María no defraudará el deseo de Dios. Jamás lo ha *defraudado*. Desde las demandas de amor *total* hasta las de sacrificio *total*. Ella se ha entregado y se entregará. Y, cuando haya consumado el máximo sacrificio, conmigo, por mí, en favor del mundo, los verdaderos fieles y los verdaderos amantes comprenderán el verdadero significado de su Nombre. Y, por todos los siglos, a todo verdadero fiel, a todo verdadero amante, le será concedido comprenderlo. El Nombre de la Gran Madre, de la Santa Nutriz que lactará por todos los siglos a los párvulos de Cristo con su llanto, para criarlos para la Vida de los Cielos.

-¿Llanto, Señor? ¿Debe llorar tu Madre? - pregunta Judas Iscariote.

-Todas las madres lloran. La mía llorará más que ninguna otra.

-¿Pero por qué? Yo he hecho llorar a la mía alguna vez, porque no soy siempre un buen hijo. ¿Pero Tú? No das nunca pesares a tu Madre.

-No. Efectivamente, como Hijo suyo, no le doy pesares. Pero le daré muchos como Redentor. Dos harán llorar con un llanto sin fin a mi Madre: Yo, salvando a la Humanidad; la Humanidad, con sus continuos pecados. Todo hombre que haya vivido, que vive, o que vivirá, cuesta lágrimas a María.

-¿Pero por qué? - pregunta, sorprendido, Santiago de Zebedeo.

-Porque todo hombre me cuesta torturas a mí para redimirlo.

-¡Pero decir esto de los que ya han muerto o no han nacido toda vía! Te harán sufrir los vivos, los escribas, fariseos, saduceos, con sus acusaciones, sus celos, sus mezquindades; pero más no - afirma con tono seguro Bartolomé.

-También mataron a Juan Bautista... Israel no ha matado sólo a este profeta, ni es el único sacerdote de la Voluntad eterna matado por causa del odio de los que no obedecen a Dios.

-Pero Tú eres más que un profeta y que el mismo Bautista, tu Precursor. Tú eres el Verbo de Dios. Israel no levantará su mano contra ti - dice Judas Tadeo.

-¿Lo piensas así, hermano? Estás en un error - le responde Jesús.

-No. ¡No puede ser! ¡No puede suceder! ¡Dios no lo permitirá! Sería degradar para siempre a su Cristo! - Judas Tadeo está tan agitado que se pone en pie.

Jesús también se levanta y lo mira fijamente a la cara palidecida, a los ojos sinceros. Dice lentamente:

-Y sin embargo así será - y baja el brazo derecho, que lo tenía alzado, como jurando.

Todos se ponen en pie y se arriman aún más a Él: una corona de caras afligidas, y, más aún, incrédulas. Una serie de comentarios recorre el grupo:

-Si fuera así... tendría razón Judas Tadeo.

-Lo que le sucedió a Juan el Bautista fue una cosa mala, pero exaltó al hombre, heroico hasta el final; si le sucediera eso al Cristo sería disminuirlo.

-Cristo puede ser perseguido, pero no degradado.

-Tiene la unción de Dios.

-¿Y quién podría ya creer, si te vieran en poder de los hombres?

-No lo permitiremos.

El único que permanece en silencio es Santiago de Alfeo.

Su hermano arremete contra él:

-¿No hablas? ¡No te mueves! ¡No oyes! ¡Defiende a Cristo contra sí mismo!

Santiago, por toda respuesta, se lleva las manos a la cara, se separa bastante, y llora.

-¡Es un estúpido! - sentencia su hermano.

-Quizás menos de lo que crees - le responde Hermasteo. Y añade - Ayer, explicando la profecía, el Maestro habló de un cuerpo deshecho que se reintegra y de uno que por sí mismo se resucita. Creo que uno no puede resucitar sin estar antes muerto.

-Pero puede haber muerto de muerte natural, de vejez. ¡Y ya sería mucho para el Cristo! - rebate Judas Tadeo, y muchos le dan la razón.

-Sí, pero entonces no sería una señal para esta generación, que es mucho más vieja que Él - observa Simón Zelote.

-Ya. Pero no está claro que hable de sí mismo - rebate Judas Tadeo, obstinado en su amor y respeto.

-Ninguno que no sea el Hijo de Dios puede resucitarse a sí mismo, como tampoco ninguno que no sea el Hijo de Dios puede nacer como nació Él. Yo lo digo, yo que vi su gloria natal - dice Isaac testimoniando firmemente.

Jesús, con los brazos cruzados, los ha escuchado mirándolos a medida que hablaban. Ahora es Él el que hace ademán de hablar, y dice:

-El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres porque es el Hijo de Dios, sí, pero también el Redentor del hombre; y no hay redención sin sufrimiento. Mi sufrimiento será corporal, de la carne y de la sangre, para reparar los pecados de la carne y de la sangre; moral, para reparación de los pecados de la mente y las pasiones; espiritual, para reparación de las culpas del espíritu. Será completo. Por tanto, a la hora establecida, me prenderán, en Jerusalén, y tras haber sufrido ya mucho por culpa de los Ancianos y de los Sumos Sacerdotes, de los escribas y fariseos, seré condenado a una muerte infamante. Y Dios no lo impedirá, porque así debe suceder, siendo Yo el Cordero de expiación por los pecados del mundo entero. Y, en un mar de angustia, compartida por mi Madre y por otras, pocas personas, moriré en el patíbulo; y tres días después, por mi voluntad divina, por ella sola, resucitaré a una vida eterna y gloriosa como Hombre y volveré a ser: Dios en el Cielo con el Padre y el Espíritu. *(Volveré a ser: Dios en el Cielo, es decir, ya no Dios en la tierra (Hijo que permanece unido con el Padre), sino Dios en el Cielo (Hijo que vuelve al Padre) La expresión es similar a la reseñada en Juan 16, 28: "Salí del Padre y he venido al mundo, ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre"; y es conforme con la formulación del Credo: "bajó del Cielo, ... subió al Cielo, y está sentado a la derecha del Padre")* Pero antes tendré que padecer toda suerte de oprobios, y sentir mi corazón traspasado por la Mentira y el Odio.

Un coro de gritos se eleva en el aire tibio y perfumado de primavera.

Pedro - el rostro profundamente preocupado, y escandalizado como los demás - coge de un brazo a Jesús, lo separa un poco y le dice en voz baja al oído:

-Pero, Señor...! No digas esto. No está bien. Ya ves que se escandalizan. Decae el concepto en que te tienen. Por nada del mundo debes permitir esto. Ya de por sí nunca te va a pasar nada semejante, ¿por qué pensarlo como si fuera verdadero? Debes subir cada vez más en el concepto de los hombres, si te quieres afirmar; debes terminar, por ejemplo, con un último milagro, como reducir a cenizas a tus enemigos. Pero nunca degradarte hasta aparecer como un malhechor castigado. Pedro parece un maestro o un padre afligido corrigiendo con amorosa angustia a un hijo que ha dicho una necedad.

Jesús, que estaba un poco agachado para escuchar el bisbiseo de Pedro, se yergue severo, con rayos en los ojos, pero rayos de amargura, y grita fuerte, para que todos oigan y la lección sirva para todos:

-¡Aléjate de mí, tú que en este momento eres un diablo que me aconseja desistir de la obediencia a mi Padre! ¡Para esto he venido! ¡No para los honores! Tú, aconsejándome la soberbia, la desobediencia y el rigor sin caridad, tratas de seducirme al mal. ¡Vete! ¡Me escandalizas! ¿No comprendes que la grandeza no está en los honores sino en el sacrificio, y que nada importa aparecer a los ojos de los hombres como gusanos si Dios nos considera ángeles? Tú, hombre ignorante, no comprendes lo que es grandeza y razón según Dios, y ves, juzgas, sientes, hablas según el hombre.

El pobre Pedro queda anonadado por esta severa corrección; se separa, compungido, y rompe a llorar... No es el llanto gozoso de pocos días antes, sino el sollozo desolado de quien comprende que ha pecado y ha causado dolor a la persona amada.

Jesús lo deja llorar. Se descalza, se remanga las vestiduras y vadea el arroyo. Los demás hacen lo mismo en silencio. Ninguno se atreve a decir una palabra. Al final de todos va el pobre Pedro, en vano consolado por Isaac y el Zelote.

Andrés se vuelve más de una vez y lo mira, y luego susurra algo a Juan, que está muy afligido; pero Juan meneaba la cabeza en señal de negación. Entonces Andrés se decide. Se adelanta corriendo. Alcanza a Jesús. Lo llama suavemente, con visible temor:

-¡Maestro! ¡Maestro!...

Jesús deja que lo llame varias veces. Al final se vuelve, severo, y pregunta:

-¿Qué quieres?

-Maestro, mi hermano está compungido... llora...

-Se lo ha merecido.

-Es verdad, Señor. Pero de todas formas es un hombre... No puede hablar bien siempre.

-Efectivamente, hoy ha hablado muy mal - responde Jesús. Pero ya se le ve menos severo, y un atisbo de sonrisa dulcifica la mirada divina.

Andrés se siente más seguro y aumenta la peroración en pro de su hermano.

-Pero Tú eres justo, y sabes que el amor a ti ha sido lo que le ha hecho caer...

-El amor debe ser luz, no tinieblas. Él lo ha hecho tinieblas y ha envuelto en ellas su espíritu.

-Es verdad, Señor. Pero las vendas se pueden quitar cuando se quiera. No es como tener el espíritu mismo tenebroso. Las vendas son lo externo; el espíritu es lo interno, el núcleo vivo... El interior de mi hermano es bueno.

-Que se quite entonces las vendas que se ha puesto.

-¡Lo haré, sin duda, Señor! Ya lo está haciendo. Vuélvete y mira: lo desfigurado que está por ese llanto que no consuelas Tú. ¿Por qué tan severo con él?

-Porque él tiene el deber de ser "el primero", de la misma forma que le he dado el honor de serlo. Quien mucho recibe mucho debe dar.

-¡Es verdad, Señor, sí! Pero, ¿no te acuerdas de María de Lázaro?, ¿de Juan de Endor?, ¿de Áglae?, ¿de la Beldad de Corazín?, ¿de Levi? A éstos les diste todo... y ellos todavía te habían dado sólo la intención de redimirse... ¡Señor!... Atendiste mi súplica por la Beldad de Corazín y por Áglae... ¿No lo harías ahora por tu Simón y mi Simón, que ha pecado por amor a ti?

Jesús baja su mirada hacia este hombre apacible que se vuelve intrépido y apremiante en favor de su hermano, como lo fue, silenciosamente, en favor de Áglae y de la Beldad de Corazín, y su rostro resplandece de luz:

-Ve a llamar a tu hermano – dice - y tráemelo aquí.

-¡Gracias, mi Señor! Voy... - y se echa a correr, raudo como una golondrina.

-¡Ven, Simón. El Maestro ya no está irritado contigo. Ven, que te lo quiere decir.

-No, no. Me da vergüenza... Hace demasiado poco que me ha corregido... Será que quiere que vaya para reprenderme otra vez...

-¡Qué mal lo conoces! ¡Venga, ven! ¿Piensas que yo te llevaría a otro sufrimiento? Si no estuviera seguro de que te espera allí una alegría, no insistiría. Ven.

-¿Y qué le voy a decir? - dice Pedro mientras se pone en marcha un poco recalcitrante, frenado por su humanidad, aguijado por su espíritu, que no puede estar sin la indulgencia de Jesús y sin su amor - ¿Qué le voy a decir? - sigue preguntando.

-¡Nada, hombre! ¡Será suficiente con que le muestres tu rostro! - le dice su hermano animándolo.

Todos los discípulos, a medida que los dos hermanos los van adelantando, los miran y, comprendiendo lo que sucede, sonríen. Llegan donde Jesús. Pero Pedro, al último momento, se detiene. Andrés no se anda con chiquitas. Con un enérgico envite, como los que da a la barca para empujarla al mar, lo echa hacia adelante. Jesús se para... Pedro alza la cara... Jesús la baja... Se miran... Dos lagrimones se deslizan por las mejillas enrojecidas de Pedro...

-Ven aquí, niño grande irreflexivo, que te haga de padre enjugando este llanto - dice Jesús, y levanta su mano, en que es bien visible aún la señal de la pedrada de Yiscala, y seca con sus dedos esas dos lágrimas.

-¡Oh, Señor! ¿Me has perdonado? - pregunta Pedro lleno de temblor, agarrando la mano de Jesús con las suyas y mirándolo con unos ojos como los de un perro fiel que desea obtener el perdón del amo resentido.

-Nunca te he condenado...

-Pero antes...

-Te he amado. Es amor no permitir que en ti arraiguen desviaciones de sentimiento y de pensamiento. Debes ser el primero en todo, Simón Pedro.

-¿Entonces... entonces me estimas todavía? ¿Me quieres contigo todavía? No es que yo quiera el primer puesto, ¡eh! Me conformo con el último, pero estar contigo, a tu servicio... y morir verdaderamente a tu servicio, Señor, mi Dios.

Jesús le pasa el brazo por encima de los hombros y lo estrecha contra su costado.

Entonces Simón, que no ha dejado suelta en todo este tiempo la otra mano de Jesús, se la cubre de besos... dichoso. Y susurra:

-¡Cuánto he sufrido!... Gracias, Jesús.

-Da las gracias más bien a tu hermano. Y en el futuro lleva bien tu carga con justicia y heroísmo. Vamos a esperar a los otros. ¿Dónde están?

Están parados en el lugar en que se encontraban cuando Pedro alcanzó a Jesús, para dejar libertad al Maestro de hablar a su apóstol humillado. Jesús les hace señas para que se acerquen. Con ellos hay un grupito de labriegos, que habían dejado de trabajar en los campos para venir a hacer preguntas a los discípulos.

Jesús, todavía con la mano en el hombro de Pedro, dice:

-Por lo que ha pasado habéis entendido que estar a mi servicio es una cosa severa. Le he reprendido a él. Pero la corrección era para todos. Porque los mismos sentimientos estaban en la mayoría de los corazones, o formados o en gestación. Así os los he truncado; y quien todavía los cultiva muestra que no comprende ni mi Doctrina ni mi Misión ni mi Persona.

He venido para ser Camino, Verdad y Vida. Os doy la Verdad con lo que enseño. Os aliso el Camino con mi sacrificio; os lo trazo e indico. Pero la Vida os la doy con mi Muerte. Y acordaos de que quien responde a mi llamada y se alista en mis filas para cooperar en la redención del mundo debe estar dispuesto a morir para dar a otros la Vida. Por tanto, quien quiera seguirme debe estar dispuesto a negarse a sí mismo, *al viejo yo* con sus pasiones, tendencias, costumbres, tradiciones, pensamientos, y seguirme con su *nuevo yo*.

Tome cada cual su cruz como Yo la tomaré. La tome, aunque le parezca demasiado infamante. Deje que el peso de su cruz triture a su yo humano para liberar al yo espiritual, al cual no produce horror la cruz; antes al contrario, le es apoyo y objeto de veneración, porque *el espíritu sabe y recuerda*. Y que me siga con su cruz. ¿Que al final del camino le esperará la muerte ignominiosa como me espera a mí? No importa. No se aflija; antes al contrario, exulte por ello, porque la ignominia de la tierra se transformará en grande gloria en el Cielo, mientras que será un deshonor la vileza frente a los heroísmos espirituales.

Siempre decís que queréis seguirme hasta la muerte. Seguidme entonces, y os guiaré al Reino por un camino abrupto, pero santo y glorioso, al final del cual conquistaréis la Vida eternamente inmutable. Esto será "vivir". Por el contrario, seguir los caminos del mundo y la carne es "morir". De modo que quien quiera salvar su vida en esta tierra la perderá, mas aquel que pierda su vida en esta tierra por causa mía y por amor a mi Evangelio la salvará. Pensad esto: ¿de qué le servirá al hombre ganar todo el mundo, si luego pierde su alma?

Y otra cosa: guardaos bien, ahora y en el futuro, de avergonzaros de mis palabras y acciones. Eso también sería "morir". Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras delante de esta generación necia, adúltera y pecadora, de que he hablado,

y esperando recibir su protección y ganancia, la adule, renegando de mí y de mi Doctrina, arrojando a las bocas inmundas de los cerdos y perros las perlas recibidas, para recibir luego, como paga, excrementos en vez de dinero, será juzgado por el Hijo del hombre cuando venga en la gloria de su Padre, con los ángeles y santos, a juzgar al mundo. Él, entonces, se avergonzará de estos adúlteros y fornicadores, de estos villanos y usureros, y los arrojará fuera de su Reino; porque no hay sitio en la Jerusalén celeste para adúlteros, ruines, fornicadores, blasfemos y ladrones. Y os digo, en verdad, que algunos de mis discípulos y discípulas presentes no experimentarán la muerte antes de haber visto la fundación del Reino de Dios, y ungido y coronado a su Rey. *(El Reino de Dios vio sus comienzos el Viernes Santo, por los méritos de Cristo, y luego se afirmó con la Iglesia constituida. Pero no todos vieron esta creciente afirmación)*

Reemprenden la marcha, hablando animadamente, mientras el sol desciende lentamente en el cielo...

347

En Betsaida. Profecía sobre el martirio de los Apóstoles y curación de un ciego.

Ya no andan. Corren. Corren con la nueva aurora, aún más riente y genuina que las anteriores; todo un destellar de gotas de rocío que llueven, junto con pétalos multicolores, sobre cabezas y prados, para poner tonalidades de flores deshojadas junto a las ya innumerables de las florecillas de las márgenes y del interior que se yerguen sobre sus tallos, y para encender nuevos diamantes en los hilos de hierba reciente. Corren entre cantos de aves en celo y de brisa ligera, de risueñas aguas, que suspiran o arpegian: pasando entre las ramas, acariciando el heno y los cereales que crecen día tras día, o fluyendo entre las márgenes, y alejándose, plegando delicadamente los tallos que tocan las límpidas aguas. Corren como si fueran a un banquete de amor. Incluso los ancianos, como Felipe, Bartolomé, Mateo, el Zelote, comparten la alegre prisa de los jóvenes. Y lo mismo sucede entre los discípulos: los más viejos emulan a los más jóvenes en andar deprisa. No se ha secado todavía el rocío en los prados cuando llegan a la zona de Betsaida comprendida en el poco espacio que hay entre el lago, el río y el monte.

Y, del bosque del monte, desciende por un sendero un jovencito corvo bajo el peso de un haz de ramas. Baja raudo, casi corriendo. Por la postura no ve a los apóstoles... Canta contento, corriendo así, bajo su haz de leña. Cuando llega al camino principal, a la altura de las primeras casas de Betsaida, deja caer al suelo su carga y se endereza para descansar, y echa hacia atrás sus cabellos oscuros. Alto y fino, derecho, de cuerpo fuerte y extremidades ágiles y delgadas, también fuertes: una bonita figura juvenil.

-Es Margziam - dice Andrés.

-¿Estás mal de la cabeza? Ése es un hombre ya - le responde Pedro.

Andrés pone abocinadas las manos en la boca y lo llama con fuerza.

El jovencito, que estaba agachándose para coger de nuevo la carga, tras haberse ceñido bien con el cinturón la corta túnica - que apenas si le llega a las rodillas, y que está abierta en el pecho, porque probablemente ya no cabe en ella -, se vuelve en la dirección del reclamo y ve a Jesús, a Pedro y a los demás, que lo están mirando, parados junto a un grupo de sauces llorones que sueltan sus frondas en las aguas de un ancho arroyo, el último afluente del Jordán por la izquierda antes del lago de Galilea y situado justamente en donde empieza el pueblo. Deja caer el haz, alza los brazos y grita:

-¡Mi Señor! ¡Mi padre! - y se lanza de carrera.

Pero también Pedro se echa a correr, vadea el arroyo sin quitarse siquiera las sandalias, limitándose a remangarse las vestiduras, para correr luego por el camino polvoriento, dejando las grandes señales húmedas de sus sandalias marcadas en el terreno seco.

-¡Padre mío!

-¡Hijo mío querido!

Están, recíprocamente, el uno entre los brazos del otro. Y, verdaderamente, Margziam es tan alto como Pedro, de forma que sus cabellos oscuros, durante el beso de amor, caen sobre el rostro de Pedro; de todas formas, siendo esbelto, parece más alto que Pedro.

Pero Margziam se separa del dulce abrazo y prosigue su carrera hacia Jesús, que ya está en esta parte del arroyo y viene caminando lentamente en medio de la corona de los apóstoles. Margziam cae a sus pies, con los brazos alzados, y dice:

-¡Oh, mi Señor, bendice a tu siervo!

Mas Jesús se inclina, lo pone de pie, lo acerca a su corazón, lo besa en las dos mejillas y le desea «continua paz y crecimiento en sabiduría y en gracia en los caminos del Señor.

También los demás apóstoles saludan jovialmente al jovencito: especialmente los que no lo veían desde hacía meses le manifiestan su contento por su desarrollo.

¡Pero Pedro! ¡Ah, Pedro!... ¡Si lo hubiera procreado él, no se sentiría tan contento! Da una vuelta alrededor de Margziam, lo mira, lo toca y pregunta a éste o a este otro:

-¿No es acaso guapo? ¿No está bien modelado? ¡Fijaos que derecho! ¡Qué pecho tan alto! ¡Qué piernas más derechas!... Un poco delgado, con poco músculo todavía. ¡Pero promete! ¡Verdaderamente promete mucho! ¡Y la cara? Observad y decidme si parece ahora esa criaturita que llevaba en brazos el año pasado y me parecía como llevar a un pajarillo: desnutrido, apagado, triste, asustadizo... ¡Hay que ver Porfiria! ¡Verdaderamente lo ha hecho muy bien, con toda su miel, mantequilla, aceite, huevos, hígado de pescado. Merece que se lo diga inmediatamente. ¿Me dejas, no, Maestro, ir donde mi esposa?

-Ve, ve, Simón. Yo iré pronto.

Margziam, todavía de la mano de Jesús, dice:

-Maestro, estoy seguro de que mi padre encarga a mi madre que haga de comer. Déjame dejarte para ayudarla...

-Ve. Y que Dios te bendiga por honrar a quienes son para ti padre y madre.

Margziam se marcha corriendo, toma de nuevo su haz de leña, se lo carga, da alcance a Pedro y camina al lado de él.

-Parecen Abraham e Isaac subiendo el monte - observa Bartolomé.

-¡Pobre Margziam! ¡Sólo faltaría eso! - dice Simón Zelote.

-¡Y pobre hermano mío! No sé si sería capaz de hacer de Abraham... - dice Andrés.

Jesús lo mira, luego mira la cabeza entrecana de Pedro, que se va distanciando al lado de su Margziam, y dice:

-En verdad os digo que llegará un día en que Simón Pedro sentirá alegría al saber que su Margziam ha sido encarcelado, herido, flagelado, colocado ante el umbral de la muerte; y que se sentiría con fuerzas incluso de extenderlo con su propias manos sobre el patíbulo para revestirlo de la púrpura de los Cielos y para fecundar con la sangre del mártir la tierra; envidioso y afligido sólo por un motivo: por no estar él en el lugar de su hijo y subalterno, porque su elección como Jefe supremo de mi Iglesia le obligará a reservarse para ella hasta que Yo le diga: "Ve a morir por ella". Vosotros no conocéis todavía a Pedro. Yo lo conozco.

-¿Prevés el martirio para Margziam y mi hermano?

-¿Te duele, Andrés?

-No. Lo que me duele es que no lo preveas también para mí.

-En verdad, en verdad os digo que seréis revestidos todos de púrpura, menos uno.

-¿Quién? ¿Quién?

-Dejemos el silencio sobre el dolor de Dios - dice triste y solemne Jesús. Y todos callan atemorizados y pensativos.

Entran en la primera calle de Betsaida, entre huertas llenas de plantas tiernas. Pedro, con otros de Betsaida, está llevando a un ciego a la presencia de Jesús. Margziam no está. Sin duda se ha quedado a ayudar a Porfiria. Con los de Betsaida y los padres del ciego hay muchos discípulos venidos a Betsaida de Sicaminón y otras ciudades; entre éstos, Esteban, Hermas, el sacerdote Juan y Juan el escriba y muchos otros. (Recordarse de todos ya es un buen jaleo. Son muchos).

-Te lo he traído, Señor. Estaba aquí esperando desde hace varios días - explica Pedro mientras el ciego y sus padres entonan una nenia de «¡Jesús, Hijo de David, piedad de nosotros!», «Pon tu mano en los ojos de mi hijo y verá», «¡Ten piedad de mí, Señor! ¡Yo creo ti!».

Jesús toma de la mano al ciego y retrocede con él unos metros para resguardarlo del sol, que ya inunda la calle. Lo arrima a la pared cubierta de follaje de una casa, la primera del pueblo, y Él se pone de frente. Se moja de saliva los dos índices y le restriega los párpados con los dedos húmedos; luego le aprieta los ojos con las manos (la base de la mano en la concavidad de las órbitas y los dedos abiertos y metidos entre los cabellos del desdichado). Así ora. Luego le quita las manos.

-¿Qué ves? - pregunta al ciego.

-Veo hombres. Son sin duda hombres. Pero así me imaginaba los árboles vestidos de flores; pero son hombres, porque andan y gesticulan en dirección a mí.

Jesús impone otra vez las manos y las vuelve a quitar y dice:

-¿Y ahora?

-¡Ahora veo bien la diferencia entre los árboles plantados en la tierra y estos hombres que me están mirando!... ¡Y te veo a ti! ¡Que hermosura la tuya! Tus ojos son iguales que el cielo y tus cabellos parecen rayos de sol... y tu mirada y tu sonrisa son propios de Dios ¡Señor, te adoro! - y se arrodilla para besarle la orla de su túnica.

-Levántate y ven adonde tu madre, que durante tantos años ha sido para ti luz y consolación y de la cual no conoces otra cosa sino el amor.

Lo toma de la mano y lo lleva a su madre, que está arrodillada a algunos pasos de distancia, en actitud de adoración, de la misma forma que antes estaba en actitud de súplica.

-Levántate, mujer. Aquí tienes a tu hijo, que ve la luz del día Quiera su corazón seguir la Luz eterna. Ve a casa. Sed felices. Y sed santos por agradecimiento a Dios. Pero, al pasar por los pueblos, no digáis a ninguno que te he curado, para que la muchedumbre no se desplace aquí enseguida para impedirme ir a donde es justo que vaya a llevar confirmación en la fe y luz y alegría a otros hijos de mi Padre.

Y, rápido, por un senderillo que discurre entre huertos, se escabulle en dirección hacia la casa de Pedro, donde entra saludando a Porfiria con su dulce saludo.

Manahén da algunas noticias acerca de Herodes Antipas, y desde Cafarnaúm va con Jesús a Nazaret.

Revelación de las transfiguraciones de la Virgen.

Cuando ponen pie en la playita de Cafarnaúm, los recibe el griterío de los niños, que, tanto corren, veloces, chillando con sus vocecitas, desde la playa a las casas, que emulan a las golondrinas afanadas en la construcción de los nuevos nidos; alborozados con esa sencilla alegría de los niños, para los cuales es espectáculo maravilloso un pecesito muerto encontrado en la orilla, y mágico objeto una piedrecita pulida por las olas y que por su color asemeja a una piedra preciosa, o la flor descubierta entre dos piedras, o el escarabajo tornasolado capturado en vuelo: prodigios todos dignos de ser mostrados a las mamás, para que participen de la alegría de su hijito.

Mas ahora estas golondrinitas humanas han visto a Jesús, y todos sus vuelos convergen hacia Él, que está para desembarcar en la playita. Entonces se abate sobre Jesús una templada, viva avalancha de carnes niñas, y lo ciñe; una cadena suave de tiernas manitas, que lo ata; un amor de corazones infantiles, que, cual dulce fuego, le da calor.

-¡Yo! ¡Yo!

-¡Un beso!

-¡A mí!

-¡También yo!

-¡Jesús! ¡Te quiero!

-¡No te vuelvas a marchar por tanto tiempo!

-¡Venía todos los días aquí para ver si venías!

-¡Yo iba a tu casa!

-Ten esta flor. Era para mi mamá. Pero te la doy.

-Otro beso más para mí, muy fuerte. El de antes no me ha tocado, porque Yael me ha empujado para atrás...

Y las vocecitas continúan mientras Jesús trata de caminar entre esa red de ternuras.

-¡Pero dejadlo un poco en paz! ¡Fuera! ¡Basta! - gritan discípulos y apóstoles tratando de aflojar el cerco. ¡Ya, ya! ¡Parecen lianas provistas de ventosas! Por esta parte las separan, por allá se pegan.

-¡Dejad! ¡Dejadlos! Con paciencia llegaremos - dice Jesús sonriendo, y da pasos increíblemente pequeños para poder andar sin pisar piecitos descalzos.

Pero lo que le libra del amoroso cerco es la improvisa llegada de Manahén con otros discípulos, entre los cuales los pastores que estaban en Judea.

-¡La paz a ti, Maestro! - dice con voz potente el solemne Manahén, espléndidamente vestido, aunque ya sin objetos de oro en la frente y en los dedos; eso sí, con una magnífica espada a la cintura que suscita la admiración llena de reverencia de los niños, los cuales, ante este magnífico caballero vestido de púrpura y con un arma tan estupenda en su cintura, se apartan atemorizados.

Y así Jesús puede abrazarlo, y abrazar a Elías, a Leví, a Matías; a José, a Juan, a Simeón, y no sé a cuántos otros más.

-¿Cómo es que estás aquí? ¿Y cómo has sabido que había arribado?

-Saberlo, se ha sabido por los gritos de los niños. Han traspasado los muros como flechas de alegría. Pero he venido aquí porque pensaba que está próximo tu viaje a Judea y que ciertamente tomarán parte en él las mujeres... He querido estar también yo... Para protegerte, Señor, si no es demasiada soberbia pensarlo. Hay mucha efervescencia en Israel contra ti. Esto es una cosa dolorosa de decir. Pero no la ignoras.

Hablando así, llegan a la casa y entran en ella. Manahén continúa hablando después de que el jefe de casa y su mujer han saludado reverentemente al Maestro.

-Ya en estos momentos la efervescencia y el interés que suscitás ha penetrado por todas partes, agitando y llamando la atención incluso de los más insensibles y distraídos por cosas muy distintas de lo que Tú eres. Las noticias de tus obras han penetrado incluso dentro de las sucias murallas de Maqueronte y en los lujuriosos refugio de Herodes, bien sean éstos el palacio de Tiberíades, o los castillos de Herodías o la espléndida mansión de los Asmoneos cerca del Sixto. Franquean, como oleadas de luz y poder, las barreras de tinieblas y mezquindad. Abaten los cúmulos de pecados dispuestos como trinchera y refugio para los sucios amores de la Corte y los atroces delitos. Asaetean, como dardos de fuego, escribiendo palabras mucho más graves que las del banquete de Baltasar en las licenciosas paredes de las alcobas y de las salas del trono y de los banquetes. Gritan tu Nombre y tu poder, tu naturaleza y tu misión. Y Herodes tiembla de miedo por ello; y Herodías se contuerce en los lechos, con miedo a que Tú seas el Rey vengador que habrá de arrebatarle riquezas e inmunidades, si no incluso la vida, y arrojarla a merced de las turbas, que vengarían sus muchos delitos. En la Corte tiemblan. Y es por ti. Tiemblan de miedo humano y sobrehumano. Desde que la cabeza de Juan cayó cortada, un fuego parece devorar las entrañas de quienes lo mataron. Ya no tienen siquiera su mísera paz de antes, paz de puercos hartos de comilonas, que encuentran el silencio a las acusaciones de la conciencia en la ebriedad y en la cópula. Ya no hay nada que les dé paz... Están perseguidos... Y después de cada una de las horas de amor se odian, hartos el uno de la otra, culpándose recíprocamente de haber cometido el delito que turba, que ha sobrepasado la medida; mientras que Salomé, como poseída por un demonio, vive zarandeada por un erotismo que degradaría a una esclava de las moliendas. El Palacio es más hediondo que un albañal. Herodes me ha preguntado varias veces acerca de ti. Siempre he respondido: "Para mí es el Mesías, el Rey de Israel de la única estirpe real, la de David. Es el Hijo del hombre a que se refieren los Profetas, es el Verbo de Dios, Aquel que, por ser el Cristo, el Ungido de Dios, tiene derecho a reinar sobre todos los vivientes". Y Herodes palidece de miedo sintiéndote el Vengador. Y rechaza el miedo, el grito de la conciencia desmembrada por el remordimiento, diciendo - porque los de la Corte para confortarlo dicen que Tú eres Juan falsamente considerado muerto, y con ello le hacen deprimirse más que nunca, de horror; o Elías, o algún otro profeta del pasado -, diciendo: "¡No, no puede ser Juan! Lo decapitaron por orden mía y su cabeza la tiene Herodías en segura custodia. Y no puede ser uno de los profetas. No se vive de nuevo una vez muertos. Pero tampoco puede ser el Cristo. ¿Quién lo dice? ¿Quién dice que lo es? ¿Quién osa decirme que es el Rey de la única estirpe regia? ¡Yo soy el rey! ¡Yo! Y ningún otro. El Mesías fue matado por Herodes el Grande: fue ahogado, recién nacido, en un mar de sangre. Fue degollado como un corderito... y tenía pocos meses... ¿Oyes cómo llora? Su balido me grita continuamente dentro de la cabeza, junto con el rugido de Juan: 'No te es lícito'... ¿No me es lícito? Sí. Todo me es lícito, porque yo soy 'el rey'. Aquí vino y mujeres, si Herodías rechaza mis abrazos amorosos, y que dance Salomé para despertar mis apetitos aterrorizados por esas cosas pavorosas que dices". Y se emborracha entre las mimas de la Corte, mientras en sus habitaciones grita la desquiciada mujer sus blasfemias contra el Mártir, y sus amenazas contra ti; y, en las suyas, Salomé conoce lo que es el haber nacido del pecado de dos lujuriosos y el haber sido cómplice de un delito conseguido con el abandono del propio cuerpo a los frenesíes lúbricos de un hombre inmundo. Pero luego Herodes vuelve en sí y quiere saber de ti, y querría verte. Y por este motivo favorece el que yo venga a ti, con la esperanza de que te lleve a su presencia; cosa que no haré nunca, para no llevar tu santidad a un antro de fieras inmundas. Y querría tenerte Herodías para agredirte; y lo grita con su estilete en

las manos... Y querría tenerte Salomé, que te vio en Tiberíades sin que Tú lo supieras, el pasado Etanim, en su insania por ti... ¡Éste es el Palacio, Maestro! Pero yo permanezco en él, porque así vigilo las intenciones respecto a ti.

-Yo te lo agradezco y el Altísimo te bendice por ello. También esto es servir al Eterno en sus decretos.

-Lo he pensado. Y por este motivo he venido.

-Manahén, dado que has venido, te ruego una cosa. No bajas a Jerusalén conmigo, sino con las mujeres. Yo voy con éstos por camino ignoto; no podrán hacerme ningún mal. Pero ellas son mujeres indefensas, y el que las acompaña es de corazón manso y está enseñado a ofrecer la mejilla a quien ya lo ha golpeado. Tu presencia será segura protección. Un sacrificio, lo comprendo. Pero estaremos juntos en Judea. No me niegues esto, amigo.

-Señor, todo deseo tuyo es ley para tu siervo. Estoy al servicio de tu Madre y de las condiscípulas, desde este momento hasta cuando quieras.

-Gracias. Esta obediencia tuya también será escrita en el Cielo. Ahora vamos a dedicar la espera de las barcas para todos a curar a los enfermos que me aguardan.

Y Jesús baja al huerto, donde hay camillas o enfermos, y los cura rápidamente, mientras recibe el saludo deferente de Jairo y de los amigos, pocos, de Cafarnaúm.

Las mujeres, entretanto - y son Porfiria y Salomé, más la anciana esposa de Bartolomé y la menos anciana de Felipe con sus hijas jovencitas - se ocupan de la comida para el numeroso grupo de los discípulos, que habrán de saciar el hambre con las nasas de pescado que Betsaida y Cafarnaúm han ofrecido. Y una intensa actividad de abrir vientres argénteos todavía palpitantes, de enjuagar peces en los barreños, y una intensa crepitación de frito sobre las parrillas, se produce en la cocina, mientras Margziam, con otros discípulos, alimenta los fuegos y trae cántaros de agua para ayudar a las mujeres.

La comida pronto está hecha y pronto consumida. Y habiendo sido ya reclutadas las barcas para el transporte de tanta gente, no falta sino embarcarse en dirección a Magdala, por un lago de encanto: tan sereno... tan angélico, engastado en sus orillas esmeraldinas. Los jardines y la casa de María de Magdala se abren hospitalarios en el mediodía solar para recibir al Maestro y a sus discípulos, y toda Magdala se lanza a la calle a saludar al Rabí que va hacia Jerusalén.

Y las frescas laderas de las colinas galileas sienten la marcha diligente y alegre de la turba fiel, seguida de un cómodo carro en que van Juana con Porfiria, Salomé, las mujeres de Bartolomé y Felipe y las dos hijas jovencitas de este último, más los risueños María y Matías, de aspecto irreconocible respecto a lo que eran cinco meses antes. Margziam marcha con bravura con los adultos; es más, por voluntad de Jesús, está incluso en el grupo apostólico, entre Pedro y Juan, y no se pierde ni una palabra de cuanto dice Jesús.

El sol resplandece en un cielo purísimo. Tibias rachas de viento traen olor a bosque, a calamanto, a violeta, y el olor de los primeros muguets y de los rosales que se van poblando cada vez más de flores; soberano, sobrepujando a todos, ese olor fresco, levemente amargoso, de las flores de los árboles frutales, que, desde todas partes, esparcen nieve de pétalos sobre los prados. Todos tienen algunos de estos pétalos entre el pelo, mientras caminan en medio de un continuo gorjeo de pájaros, en medio de cantos de seducción y vibrantes reclamos de unas frondas a otras entre los audaces machos y las púdicas hembras; y mientras las ovejas rozan, pingües de maternidad, y los primeros corderitos chocan el morrito rosado contra la torneada ubre para aumentar la secreción de leche, o, como niños felices, corretean haciendo círculos por los prados de hierba reciente.

¡Qué pronto llega Nazaret después de Caná!, donde Susana se une a las otras mujeres llevando consigo los productos de su tierra en cestas y frascos, y una rama entera de rosas rojas, todas en capullo todavía, próximos a abrirse, que - dice - «son ofrenda para María».

-Yo también, ¿ves? - dice Juana, y destapa una especie de caja donde están cuidadosamente colocadas bastantes rosas entre musgo húmedo: «Las primeras y las más bonitas. ¡Siempre será nada para Ella, que es tan encantadora!

Veo que todas las mujeres han traído consigo provisiones para el viaje pascual; y, con las provisiones, quién esta flor, quién esa otra planta, para el huerto de María... Porfiria se disculpa porque no ha traído más que una maceta de alcanfor, espléndido con esas diminutas hojitas glaucas que emanan su aroma con sólo rozarlas.

-María deseaba esta planta balsámica... - dice.

Y todas la elogian por la belleza exuberante del arbolito.

-¡Oh! Lo he vigilado todo el invierno, resguardándolo del hielo y del granizo en mi habitación. Margziam me ayudaba a llevarla al sol todas las mañanas y a retirarla cuando caía la tarde... Este niño encantador, si no hubiera estado la barca y ahora el carro, se lo habría cargado a las espaldas para llevárselo a María, por cortesía con Ella y conmigo - dice la humilde mujer, que cada vez se siente más segura por la bondad de Juana, y que no cabe en sí de la alegría de estar en viaje hacia Jerusalén, y además con el Maestro, con su marido y con su Margziam.

-¿No has estado nunca en Jerusalén?

-Mientras vivía mi padre, todos los años. Pero luego... Mi madre no volvió a ir... Mis hermanos me habrían llevado, pero yo servía de ayuda a mi madre y ella no me dejaba partir. Después me casé con Simón... y no he vuelto a estar muy bien de salud. Simón habría debido estar mucho de viaje, y se aburría... Así que me quedaba en casa esperándolo... El Señor veía mi deseo... y era como si hiciera el sacrificio en el Templo... - dice la mansa mujer.

Y Juana, que la tiene cerca, le pone una mano en sus espléndidas trenzas y le dice: -¡Querida mía!

Y en esa expresión hay mucho amor, mucha comprensión, mucho significado.

Llegan a Nazaret... Llegan a la casa de María de Alfeo, que ya está entre los brazos de sus hijos, y ella, con las manos goteando y rojas por la colada que está haciendo, los acaricia, para correr luego, secándoselas en el toско mandil, a abrazar a Jesús... Llegan a la casa de Alfeo de Sara, que precede inmediatamente a la de María. Alfeo ordena al nietecito más grande que corra a avisar a María, mientras se dirige a pasos de gigante hacia Jesús, con una brazada de nietecitos encima; y lo saluda junto con esa nidada estrechada entre sus brazos como un ramo de flores ofrecido a Jesús.

He ahí a María, asomándose a la puerta, bajo el sol, con su vestido de casa de un azul claro un poco descolorido, y con el oro - brillante, vaporoso sobre la frente virginal, macizo en el tupido nudo de las trenzas sobre la nuca - el oro de sus cabellos; hela cayendo sobre el pecho de su Hijo, que la besa con todo su amor. Los demás se detienen, prudentes, para dejarlos libres en los primeros momentos.

Pero Ella se separa enseguida y vuelve el rostro, inexpugnable a la edad, ahora todo rosado por la sorpresa y luminoso por la sonrisa, y saluda con su voz de ángel:

-La paz a vosotros, siervos del Señor y discípulos de mi Hijo. La paz a vosotras, hermanas en el Señor – y, con las discípulas, que han bajado del carro, intercambia un beso fraterno.

-¡Oh, Margziam, ya no voy a poder tenerte entre mis brazos! Ya eres un hombre. Pero ven con la Mamá de todos los buenos, que sí te daré un beso todavía. ¡Tesoro mío! Que Dios te bendiga y te haga crecer en sus caminos, robusto como crece tu joven cuerpo, y más aún. Hijo mío, habrá que llevarlo a que lo vea su abuelo. Se pondrá muy contento de verlo así - dice luego volviéndose hacia Jesús.

Y luego abraza a Santiago y a Judas de Alfeo. Y les da la noticia que ciertamente desean oír:

-Este año Simón viene conmigo, como discípulo del Maestro. Me lo ha dicho.

Luego saluda, uno por uno, a los más conocidos, a los más influyentes, y tiene para cada uno de ellos una palabra de gracia. Jesús acerca a Manahén a Ella y se lo presenta como escolta suya en el viaje hacia Jerusalén.

-¿No vienes con nosotros, Hijo?

-Madre, tengo más lugares que evangelizar. Nos veremos en Betania.

-Hágase tu voluntad ahora y siempre. Gracias, Manahén. Tú: ángel humano; nuestros custodios: ángeles del Cielo; estaremos tan seguras como estando en el Santo de los Santos. Y ofrece su mano menuda a Manahén en señal de amistad. El caballero, crecido en el fasto, se arrodilla para besar la gentil mano que se le ofrece.

Entretanto, han descargado las flores y todas las otras cosas que deben quedarse en Nazaret. Luego el carro va a su lugar: alguna de las caballerizas de la ciudad.

La pequeña casa parece una rosalería por las rosas que las discípulas han distribuido por todas partes. Pero la planta de Porfiria, que ha sido puesta encima de la mesa, recoge la más viva admiración de María; y dice que la lleven a un lugar apropiado según las indicaciones de la mujer de Pedro.

Ciertamente no pueden entrar todos en la minúscula casa, ni en el huerto, que no es ni un latifundio ni una hacienda, pero que, eso sí, parece ascender hacia el cielo sereno, hacerse etéreo (por la gran cantidad de nubes de flores de los árboles de este hortalizuelo).

Y Judas de Alfeo, sonriendo, pregunta a María:

-¿Has cortado hoy también la rama para tu ánfora?

-Claro, Judas. La estaba contemplando cuando habéis llegado...

-Y soñando de nuevo, Mamá, tu vasto misterio - dice Jesús, ciñéndola con su brazo izquierdo y arrimándola contra su pecho.

María alza su rostro enrojecido, y suspira:

-Sí, Hijo mío... y también el primer latido de tu corazón en mí...

Jesús dice:

-Que se queden las discípulas, los apóstoles, Margziam, los discípulos pastores, el sacerdote Juan, Esteban, Hermas y Manahén. Los demás que se dispersen en busca de alojamiento...

-Muchos pueden alojarse en mi casa... - grita desde la puerta, donde está retenido, Simón de Alfeo.

-Soy condiscípulo de ellos y los reclamo.

-¡Hermano, acércate para que te pueda besar - dice, efusivo, Jesús, mientras Alfeo de Sara e Ismael y Aser, los dos discípulos ex arrieros de asnos, de Nazaret, dicen, a su vez:

-¡A nuestra casa. ¡Venid, venid!

Los discípulos que no habían sido nombrados se marchan. Se puede entonces cerrar la puerta... para ser abierta de nuevo inmediatamente, por la llegada de María de Alfeo, que no puede estar lejos aunque se estropee su colada. Son casi cuarenta personas, así que se esparcen por el huerto tibio y calmo. Se distribuyen los alimentos. Todos, tan contentos como están de consumirlos en la casa del Señor y además distribuidos por María, los encuentran de un sabor celestial.

Regresa Simón, después de acomodar convenientemente a los discípulos, y dice:

-No me has llamado como a los demás, pero soy hermano tuyo y vengo de todas formas.

-Bien. Ven, Simón. He querido que estuvierais aquí para daros a conocer a María. Muchos de vosotros conocéis a la "madre" María algunos a la "esposa" María. Pero ninguno conoce a la "virgen" María. Os la quiero dar a conocer en este jardín en flor, al cual vuestro corazón viene, con el deseo, en los momentos de lejanía forzada, como a un lugar de reposo, durante las fatigas del apostolado.

He oído lo que decíais, apóstoles, discípulos y parientes; he oído vuestras impresiones, vuestros recuerdos, vuestras afirmaciones acerca de mi Madre. Quiero transfiguraros todo esto - cargado de admiración pero todavía muy humano - en conocimiento sobrenatural. Porque mi Madre, antes de mí, debe ser transfigurada ante los ojos de los más merecedores, para ser mostrada cual Ella es. Veis a una mujer. Una mujer que por su santidad os parece distinta de las demás, y que veis en realidad como un alma envuelta en la carne, como la de todas sus hermanas de sexo. Pero ahora quiero descubrirlos el alma de mi Madre, su verdadera y eterna belleza.

Ven aquí, Madre mía. No te ruborices. No te eches hacia atrás atemorizada, paloma suave de Dios. Tu Hijo es la Palabra de Dios, No puede hablar de ti y de tu misterio, de tus misterios, ¡oh sublime Misterio de Dios! Vamos a sentarnos aquí, bajo esta sombra ligera de árboles en flor, junto a la casa, junto a tu habitación santa. ¡Así! Vamos a descorrer esta cortina ondeante.

Que salgan olas de santidad y de Paraíso de esta habitación virginal para saturarnos de ti a todos... Sí. A mí también, y quede perfumado de ti, Virgen perfecta, para poder soportar los hedores del mundo, para, teniendo saturada la pupila de tu Candor, poder ver candor... Venid aquí, Margziam, Juan, Esteban, y vosotras, discípulas, poneos bien de frente a la puerta abierta de la morada casta de la que es Casta entre todas las mujeres. Y detrás vosotros, amigos míos. Y aquí, a mi lado, tú, amada Madre mía.

Poco antes os he dicho: "la eterna belleza del alma de mi Madre". Soy la Palabra y por ello sé hacer uso de la palabra sin error. He dicho: eterna, no inmortal. Y no lo he dicho sin una finalidad. Inmortal es quien, habiendo nacido, ya no muere. Así, el alma de los justos es inmortal en el Cielo, el alma de los pecadores es inmortal en el Infierno; porque el alma, una vez creada, ya no muere sino a la gracia. Pero el alma tiene vida, existe desde el momento en que Dios la piensa. La crea el Pensamiento de Dios. El alma de mi Madre *desde siempre* es pensada por Dios. Por tanto es eterna en su belleza, en la cual Dios ha vertido todas las perfecciones para recibir de ella delicia y confortación.

Está escrito en el Libro de nuestro antepasado Salomón, que te antevió, y, por tanto, puede ser llamado profeta tuyo: "Dios me poseyó al principio de sus obras, desde el mismo principio, antes de la Creación. Ab aeterno fui establecida, al principio, antes de que fuera hecha la Tierra. No existían todavía los abismos y yo había sido ya concebida. No manaban aún las fuentes de las aguas, no habían sido asentadas aún las montañas sobre su pesada mole y yo ya existía. Antes de las colinas había sido dada a luz. Él no había hecho todavía la Tierra, ni los ríos, ni los fundamentos del mundo, y yo ya existía. Cuando preparaba los cielos y el Cielo, estaba presente. Cuando con ley inviolable cerró debajo de la bóveda el abismo, cuando afianzó en lo alto la bóveda celeste y colgó de ella las fuentes de las aguas, cuando fijó al mar sus confines y dictó a las aguas la ley de no superarlos, mientras echaba los cimientos de la Tierra, yo estaba con Él dando orden a todas las cosas. En medio de una constante alegría, jugaba en su presencia continuamente. Jugaba en el orbe".

¡Sí, oh Madre de la que Dios, el Inmenso, el Sublime, el Increado, estaba grávido, y te llevaba como al dulcísimo fruto de su seno, exultando al sentirte agitarte dentro de Él, dándole las sonrisas con las que hizo la Creación! Tú, a la que dio a luz al dolor para darte al Mundo, alma suavísima, nacida del Virgen para ser la "Virgen", Perfección de la Creación, Luz del Paraíso, Consejo de Dios, el cual, mirándote, pudo perdonar la Culpa, porque sólo tú, tú sola, sabes amar como no sabe hacerlo toda la Humanidad junta. ¡En ti el Perdón de Dios! ¡En ti la Medicina de Dios, tú, caricia del Eterno en la herida infligida por el hombre a Dios! ¡En ti la Salud del mundo, Madre del Amor encarnado y del Redentor concedido!

¡Oh, el alma de mi Madre! ¡Fundido en el Amor con el Padre, te miraba dentro de mí, oh alma de mi Madre!... Tu esplendor, tu oración, la idea de que tú me llevaras, eran eterno consuelo de mi destino de dolor y de experiencias inhumanas, de lo que significa para el Dios perfectísimo el mundo corrompido. ¡Gracias, Madre! He venido ya saturado de tus consuelos, he descendido sintiéndote sólo a ti, tu perfume, tu canto, tu amor... ¡Alegría, alegría mía!

Pero, oíd, vosotros que ahora sabéis que una sola es la mujer en la que no hay mancha, una sola la Criatura que no cuesta heridas al Redentor, oíd la segunda transfiguración de María, la Elegida de Dios.

Era una tarde serena de Adar. Estaban en flor los árboles en el huerto silencioso. María, desposada con José, había cogido una rama de árbol florecido para sustituir a la otra que había en su habitación. Hacía poco que María había venido a Nazaret, tomada del Templo para adornar una casa de santos. Y, con el alma tripartita (entre el Templo, la casa y el Cielo), miraba la rama florecida, pensando que con una parecida a ésa, florecida en modo insólito, una rama cortada en este hortezuelo en pleno invierno y que había echado flores como en primavera delante del Arca del Señor - quizás le había dado calor el Sol-Dios radiante en el lugar de su Gloria - Dios le había expresado su voluntad... Y pensaba también que el día de la boda José le había llevado otras flores, aunque no como esa primera, que tenía escrito en sus pétalos ligeros: "Te quiero unida a José"... Muchas cosas pensaba... Y pensando subió a Dios. Las manos se movían diligentes entre la rueca y el huso, e hilaban un hilo más delgado que un cabello de su joven cabeza...

El alma tejía un tapiz de amor, yendo diligente, como la lanzadera del telar, de la tierra al Cielo; de las necesidades de la casa, de su esposo, a las del alma, de Dios. Y cantaba y oraba. El tapiz se formaba en el místico telar, se desenrollaba desde la tierra al Cielo, subía para perderse arriba... ¿Formado con qué? Con los hilos finos, perfectos, fuertes, de sus virtudes; con el veloz hilo de la lanzadera que Ella creía "suya", y, sin embargo, era de Dios: la lanzadera de la Voluntad de Dios en la cual estaba arrollada la voluntad de la pequeña, grande Virgen de Israel, la Desconocida para el Mundo, la Conocida para Dios; su voluntad arrollada, hecha una con la Voluntad del Señor. Y el tapiz se adornaba con flores de amor, de pureza, con palmas de paz, de gloria, con violetas, jazmines... Todas las virtudes florecían en el tapiz del amor que la Virgen de Dios extendía, invitante, desde la tierra hasta el Cielo. Y, no bastando el tapiz, lanzaba su corazón cantando: "Venga mi Amado a su jardín y coma el fruto de sus árboles frutales... Baje mi Amado a su jardín, a la era de los aromas, a halagarse en los jardines, a recoger lirios. ¡Yo soy de mi Amado, y mi Amado es mío; Él, que se halaga entre los lirios!".

Y, desde lejanías infinitas, entre torrentes de Luz, venía una Voz cual oído humano no puede oír, ni garganta humana formar. Decía: "¡Cuán hermosa eres, amiga mía! ¡Qué hermosa!... Miel gotean tus labios... ¡Un jardín cerrado eres tú, una fuente sellada, oh hermana, esposa mía!...", y las dos voces se unían para cantar la eterna verdad: "El amor es más fuerte que la muerte. Nada puede extinguir o ahogar 'nuestro' amor". La Virgen se transfiguraba así..., así... así... mientras descendía Gabriel y la reclamaba, con su llamear, a la Tierra; uníale de nuevo el espíritu al cuerpo, para que Ella pudiera oír y comprender la demanda de Aquel que la había llamado "Hermana" pero que la quería "Esposa".

Pues bien, allí tuvo lugar el Misterio... Y una púdica, la más púdica entre todas las mujeres, Aquella que ni siquiera conocía el estímulo instintivo de la carne, se turbó ante el ángel de Dios, porque hasta un ángel turba la humildad y la verecundia de la Virgen; y sólo se calmó oyéndolo hablar; y creyó; y dijo la palabra por la que el amor "*de Ella y Él*" se hizo Carne y vencerá a la Muerte, y no habrá agua que pueda apagarlo ni maldad que pueda sumergirlo...

Jesús se inclina dulcemente hacia María, que ha caído a sus pies, casi extática, al rememorar la lejana hora, iluminada con una luz especial que parece exhalar del alma; y le pregunta quedo:

-¡Cuál fue, ¡Purísima!, tu respuesta a aquel que te aseguraba que viniendo a ser Madre de Dios no perderías tu perfecta Virginidad?

Y María, casi en sueño, lentamente, sonriendo, con los *ojos* dilatados por un feliz llanto:

-¡He aquí a la Sierva del Señor! Hágase en mí según su Palabra - y reclina, adorando, la cabeza en las rodillas de su Hijo. Jesús la cubre con su manto, celándola así a los *ojos* de todos, y dice:

-Y se cumplió. Y se cumplirá hasta el final. Hasta sus otras transfiguraciones. Ella será siempre "la Sierva de Dios". Hará siempre lo que diga "la Palabra". ¡Ésta es mi Madre! Bueno es que empecéis a conocerla en toda su santa Figura... ¡Madre! ¡Madre! Alza tu cara, Amada... Llama a tus devotos a esta Tierra en que por ahora estamos... - dice mientras destapa a María, después de un rato en que no se ha oído ningún sonido aparte del zumbido de las abejas Y el gorgoteo de la fuentecita.

María levanta la cara, cubierta de llanto, y susurra:

-¿Por que me has hecho esto Hijo? Los secretos del Rey son sagrados...

-Pero el Rey los puede revelar cuando quiere. Madre, lo he hecho para que se comprenda lo que dijo un Profeta: "Una Mujer abarcará al Hombre", y lo otro del otro Profeta: "La Virgen concebirá y dará a luz a un Hijo". Y también para que ellos, que se horrorizan por demasiadas cosas del Verbo de Dios que consideran humillantes, tengan como contrapeso otras muchas cosas que los confirmen en el gozo de ser "míos". Así no se volverán a escandalizar, y conquistarán así también el Cielo... Ahora los que tengan que ir a las casas hospitalarias que vayan. Yo me quedo aquí con las mujeres y Margziam. Que mañana, al alba, estén aquí todos los hombres; quiero llevaros a un lugar cercano. Luego regresaremos para saludar a las discípulas. Después volveremos a Cafarnaúm y reuniremos a los otros discípulos para enviarlos detrás de ellas...

349

La Transfiguración en el monte Tabor y el epiléptico curado al pie del monte. Un comentario para los predilectos.

¿Hay, acaso, algún hombre que no haya visto, al menos una vez, un alba serena de Marzo? Si tal hombre existe, es un gran desagraciado, porque desconoce una de las gracias más hermosas de la naturaleza despertada de primavera, de nuevo virgen, niña, cual debía ser el primer día.

En esta gracia, que es pura en todos sus aspectos y cosas - desde las hierbas nuevas y cargadas de rocío, hasta las florecillas que se abren, como niños que nacen. ante la primera sonrisa de la luz del día: hasta los pájaros que se despiertan con un batir de alas y dicen su primer "¿chip?" interrogativo, preludio de todos sus canoros discursos de la jornada; hasta el mismo olor del aire, que ha perdido durante la noche, por la lavación del rocío y la ausencia del hombre, hasta la más mínima contaminación de polvo, humo e indicio de cuerpos humanos -, en medio de esta gracia, van Jesús, los apóstoles y los discípulos. Está con ellos también Simón de Alfeo.

Van en dirección sureste, superando las colinas que hacen de corona a Nazaret, vadeando un torrente, atravesando una llanura estrecha situada entre las colinas nazarenas y un grupo de montes hacia el este. Estos montes están precedidos por el cono semitruncado del Tabor, cuya cima, curiosamente, me recuerda, vista de perfil, la punta del gorro de nuestra policía nacional.

Llegan al monte. Jesús se para y dice:

-Pedro, Juan y Santiago de Zebedeo subirán conmigo al monte. Vosotros diseminados por la base, separándoos hacia los caminos que la bordean, y predicad al Señor. A1 atardecer quiero estar de nuevo en Nazaret, así que no os alejéis mucho. La paz sea con vosotros. Y, volviéndose a los tres que había nombrado, dice:

-Vamos.

Y empieza a subir sin volverse ya, y con un paso tan expedito, que pone a Pedro en dificultad para seguirle.

En un alto que hacen, Pedro, rojo y sudado, le pregunta con respiración afanosa:

-¿Pero a dónde vamos? No hay casas en el monte. En la cima, aquella vieja fortaleza. ¿Quieres ir a predicar allí?

-Habría subido por la otra vertiente. Como puedes ver, le vuelvo las espaldas. No vamos a ir a la fortaleza, y quien esté en ella ni siquiera nos verá. Voy a unirme con mi Padre. He querido teneros conmigo porque os amo. ¡Venga, ligeros!

-¡Oh, mi Señor! ¿Y no podríamos ir un poco más despacio, y hablar de lo que oímos y vimos ayer, que nos ha tenido despiertos toda la noche para comentarlo?

-*A las citas con Dios hay que ir siempre sin demora.* ¡Ánimo, Simón Pedro! Que arriba os permitiré que descanséis.

Y reanuda la subida...

Suben más alto todavía y la mirada se expande por dilatados horizontes que un hermoso día sereno hace detalladamente nítidos hasta en las zonas más lejanas.

El monte no forma parte de un sistema montañoso como el de Judea; se yergue aislado, teniendo, respecto al lugar en que nos encontramos, el oriente de frente, el norte a la izquierda, el sur a la derecha, y, detrás, al oeste, la cima, que se alza aún unos centenares de pasos. Es muy alto, y la mirada puede ver libremente en un vasto radio.

El lago de Genesaret parece un recorte de cielo engastado en el verde de la tierra, una turquesa oval ceñida de esmeraldas de distintas tonalidades; un espejo trémulo, que se riza con el viento leve y por el que se deslizan, con agilidad de gaviotas, las barcas con sus velas desplegadas, ligeramente inclinadas hacia la superficie azulina, con la misma gracia del vuelo cándido de una gaviota cuando sigue el curso de la onda en busca de presa. Luego, de la vasta turquesa sale una vena, de un azul más pálido en los lugares donde el guijaral es más ancho, y más oscuro donde las orillas se estrechan y el agua es más

profunda y opaca por la sombra que proyectan los árboles que crecen vigorosos junto al río, nutridos con su linfa. El Jordán parece una pincelada casi rectilínea en el verde de la llanura.

A uno y otro lado del río, diseminados por la llanura, hay unos pueblecillos. Algunos de ellos son realmente un puñado de casas, otros son más grandes, ya con aire de pequeñas ciudades. Las vías de comunicación son rugosidades amarillentas en el verde. Pero aquí, en la parte del monte, la llanura está mucho más cultivada y es mucho más fértil, muy bonita. Se ve a los distintos cultivos, con sus distintos colores, sonreír al bonito sol que descende del cielo sereno.

Debe ser primavera, quizás Marzo, si calculo la latitud de Palestina, porque veo los cereales ya altos, aunque todavía verdes, ondear como un mar glauco, y veo a los penachos de los más precoces de entre los árboles frutales colocar como nubecillas blancas y róseas sobre este pequeño mar vegetal, y luego prados enteramente florecidos, por los altos henos, sobre los cuales, ovejitas al pasto parecen pequeños cúmulos de nieve amontonadas acá o allá sobre la hierba.

A1 pie del monte, en las colinas que constituyen su base - bajas y breves colinas -, hay dos pequeñas ciudaditas, una hacia el sur, la otra hacia el norte. La llanura ubérrima se extiende especial y más ampliamente hacia el sur.

Jesús, después de una breve pausa al fresco de un puñado de árboles (pausa que, sin duda, ha sido concedida por piedad hacia Pedro, que en las subidas se cansa visiblemente), reanuda la ascensión. Sube casi hasta la cima, hasta un rellano herboso con un semicírculo de árboles hacia la parte de la ladera.

-Descansad, amigos. Yo voy allí a orar.

Y señala con la mano una voluminosa roca que sobresale del monte y que se encuentra, por tanto, no hacia la ladera sino hacia dentro, hacia la cima.

Jesús se arrodilla en la tierra herbosa y apoya las manos y la cabeza en la roca, en la postura que tomará también en la oración del Getsemaní. El sol no incide en Él, porque la cima lo resguarda. Pero el resto de la explanada herbosa está toda alegre de sol, hasta el límite de sombra del borde arbolado a cuya sombra se han sentado los apóstoles.

Pedro se quita las sandalias y las sacude para quitar el polvo y las piedrecitas, y se queda así, descalzo, con sus pies cansados entre la hierba fresca, casi echado, apoyada la cabeza, como almohada, en un matojo esmeraldino que sobresale más que los demás en su trozo de prado. Santiago hace lo mismo, pero, para estar cómodo, busca un tronco de árbol; en él apoya su manto, y en el manto la espalda. Juan permanece sentado, observando al Maestro. Pero la calma del lugar, el vientecillo fresco, el silencio y el cansancio lo vencen a él también, y se le caen: sobre el pecho, la cabeza; sobre los ojos, los párpados. Ninguno de los tres duerme profundamente; están en ese estado de somnolencia veraniega que atonta.

Los despabila una luminosidad tan viva, que anula la del Sol y se esparce y penetra hasta debajo del follaje de las matas y árboles bajo los cuales se han puesto.

Abren, estupefactos, los ojos, y ven a Jesús transfigurado. Es ahora como lo veo en las visiones del Paraíso, tal cual. Naturalmente sin las Llagas y sin la enseña de la Cruz. Pero la majestad del Rostro y del Cuerpo es igual; igual es su luminosidad, igual el indumento, que, de un rojo oscuro, se ha transformado en el adiamantado y perlino tejido inmaterial que le viste en el Cielo. Su Rostro es un sol de luz sideral, pero intensísima, en el cual centellean los ojos de zafiro. Parece más alto aún, como si su glorificación hubiera aumentado su estatura. No sabría decir si la luminosidad, que pone incluso fosforescente el rellano, proviene enteramente de Él, o si a la luz propia se une toda la luz que hay en el universo y en los cielos, concentrada en su Señor. Sé que es algo indescriptible.

(Nota de María Valtorta sobre la Transfiguración "Para desviar las intrigas de Satanás y las insidias de los futuros - y no desconocidos para Dios Padre - enemigos del Verbo Encarnado, Dios envolvió a Cristo de aspectos que son comunes a todos los nacidos de mujer, y no sólo mientras fue "el niño y el hijo del carpintero", sino también cuando fue "el Maestro". Sólo la sabiduría y los milagros lo distinguían de los demás. Pero Israel - aunque en menor medida - conocía otros maestros (los profetas) y obradores de milagros. Ello debía ser también para probar la fe de sus elegidos: los apóstoles y discípulos- quienes debían "creer sin ver" cosas extraordinarias y divinas. Así, veían al Hombre docto y santo que, también, hacía milagros, pero que, en todo lo demás, era similar a ellos en sus necesidades humanas. Pero, para confirmar a los tres, después de la turbación sufrida por el anuncio de la futura muerte de cruz, El ahora se manifiesta en toda la gloria de su Naturaleza Divina. Después de ello, ya no podía subsistir la duda que el anuncio de la muerte de cruz había insinuado en sus más cercanos seguidores. Habían visto a Dios, a Dios en el Hombre que sería crucificado. Era la manifestación de las dos Naturalezas hipostáticamente unidas, manifestación innegable que no podía dejar dudas. Y al Hijo-Dios que como tal se manifiesta se une el Padre-Dios con sus palabras y el Cielo, representado por Moisés y Elías. Después de zarandear su fe por el anuncio de su muerte, Jesús restablece - es más, la aumenta - la fe de los tres apóstoles, transfigurándose)

Jesús está ahora de pie; bueno, diría incluso que está levantado del suelo, porque entre Él y la hierba del prado hay como una luz en evaporación, un espacio constituido únicamente por una luz, sobre el cual parece erguirse Él. Pero es tan viva, que podría incluso engañarme, y el no ver el verde de la hierba bajo las plantas de Jesús podría estar provocado por esta luz intensa que vibra y produce ondas como algunas veces se ve en los fuegos intensos. Ondas, aquí, de un color blanco, incandescente. Jesús tiene el Rostro alzado hacia el cielo y sonríe como respuesta a una visión que lo sublima.

Los apóstoles sienten casi miedo y lo llaman, porque ya no les parece que sea su Maestro, de tanto como está transfigurado.

-¡Maestro, Maestro! - dicen bajo, pero con ansia. Él no oye.

-Está en éxtasis - dice Pedro temblando - ¿Qué estará viendo?

Los tres se han puesto en pie. Querrían acercarse a Jesús, pero no se atreven.

La luz aumenta todavía más, debido a dos llamas que bajan del cielo y se colocan a ambos lados de Jesús. Una vez asentadas en el rellano, se abre su velo y aparecen dos majestuosos y luminosos personajes. Uno, más anciano, de mirada aguda y grave y con barba larga bipartida. De su frente salen cuernos de luz que me dicen que es Moisés. El otro es más joven, enjuto, barbudo y velloso, aproximadamente como el Bautista, al cual yo diría que se asemeja por estatura, delgadez, conformación y

gravedad. Mientras que la luz de Moisés es cándida como la de Jesús, especialmente en los rayos de la frente, la que emana Elías es solar, de llama viva.

Los dos Profetas toman una postura reverente ante su Dios Encarnado, y, aunque Él les hable con familiaridad, ellos no abandonan esa su postura reverente. No comprendo ni siquiera una de las palabras que dicen.

Los tres apóstoles caen de rodillas temblando, cubriéndose el rostro con las manos. Querrían ver, pero tienen miedo.

Por fin Pedro habla:

-¡Maestro, Maestro, óyeme!

Jesús vuelve la mirada sonriente hacia su Pedro, el cual recobra vigor y dice:

-Es hermoso estar aquí contigo, con Moisés y con Elías. Si quieres hacemos tres tiendas para ti, para Moisés y para Elías, y nosotros os servimos...

Jesús vuelve a mirarlo y sonríe más vivamente. Mira también a Juan y a Santiago: una mirada que los abraza con amor. También Moisés y Elías miran a los tres fijamente. Sus ojos centellean. Deben de ser como rayos que atraviesan los corazones.

Los apóstoles no se atreven a decir nada más. Atemorizados, callan. Dan la impresión de personas un poco ebrias, como personas aturcidas. Pero, cuando un velo, que no es niebla, que no es nube, que no es rayo, envuelve y separa a los Tres gloriosos detrás de una pantalla aún más luminosa que la que ya los circundaba, celándolos a la vista de los tres, y una Voz potente y armónica vibra y llena de sí el espacio, los tres caen con el rostro contra la hierba.

-Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido. Escuchadlo.

Pedro, al arrojarse rostro en tierra, exclama:

-¡Misericordia de mí, que soy un pecador! ¡La Gloria de Dios está descendiendo!

Santiago no dice nada. Juan susurra, con un suspiro, como si estuviera próximo a desmayarse:

-¡El Señor habla!

Ninguno se atreve a levantar la cabeza, ni siquiera cuando el silencio se hace de nuevo absoluto. No ven, por tanto, siquiera el retorno de la luz a su naturaleza de luz solar, que muestra a Jesús solo, de nuevo el Jesús de siempre, con su túnica roja.

Él anda en dirección a ellos, sonriendo; los mueve y toca y llama por su nombre.

-Alzaos. Soy Yo. No temáis - dice, porque los tres no se atreven a levantar la cara e invocan misericordia para sus pecados, temiendo que sea el Ángel de Dios queriendo mostrarles al Altísimo.

-Alzaos. Os lo ordeno - repite Jesús con tono imperioso.

Alzan el rostro y ven a Jesús sonriente.

-¡Oh, Maestro, Dios mío! - exclama Pedro - ¿Cómo vamos a vivir a tu lado, ahora que hemos visto tu gloria? ¿Cómo vamos a vivir en medio de los hombres, y nosotros, hombres pecadores, ahora que hemos oído la voz de Dios?

-*Deberéis* vivir conmigo y ver mi gloria hasta el final. Sed dignos de ello, porque el tiempo está próximo. Obedeced al Padre mío y vuestro. Volvemos ahora con los hombres, porque he venido para estar con ellos y para llevarlos a Dios. Vamos. Sed santos en recuerdo de esta hora, fuertes, fieles. Participaréis en mi más completa gloria. Pero no habléis ahora de esto que habéis visto a nadie, ni siquiera a vuestros compañeros. Cuando el Hijo del hombre resucite de entre los muertos y vuelva a la gloria del Padre, entonces hablaréis. Porque entonces será necesario creer para tener parte en mi Reino. *(Pero no habléis... ni siquiera a vuestros compañeros. La prudencia, perfecta en Cristo, lo impuso así para evitar fanatismos de veneración y de odio, ambos prematuros y nocivos: así lo anota MV en una copia mecanografiada)*

-¿Pero no tiene que venir Elías para preparar tu Reino? Los rabíes dicen eso.

-Elías ha venido ya y ha preparado los caminos al Señor. Todo sucede como ha sido revelado. Pero los que enseñan la Revelación no la conocen ni la comprenden, y no ven ni reconocen los signos de los tiempos ni a los enviados de Dios. Elías ha vuelto una vez. Vendrá la segunda cuando esté cercano el último tiempo, para preparar a los últimos para Dios. Ahora ha venido para preparar a los primeros para Cristo, y los hombres no lo han querido reconocer, le han hecho sufrir y lo han matado. Lo mismo harán con el Hijo del hombre, porque los hombres no quieren reconocer lo que es su bien. *(Elías ha vuelto una vez. El Elías que "ha vuelto una vez", al que alude Jesús, era Juan el Bautista: así lo anota MV en una copia mecanografiada)*

Los tres agachan la cabeza pensativos y tristes, y bajan con Jesús por el mismo camino por el que han subido.

... Y es otra vez Pedro el que, en un alto a mitad de camino, dice:

-¡Ah, Señor! Yo también digo como tu Madre ayer: "¿Por qué nos has hecho esto?", y también digo: "¿Por qué nos has dicho esto?". ¡Tus últimas palabras han borrado de nuestro corazón la alegría de la gloriosa visión! ¡Ha sido un día de grandes miedos! Primero, el miedo de la gran luz que nos ha despertado, más fuerte que si el monte ardiera, o que si la Luna hubiera bajado a resplandecer al rellano ante nuestros ojos; luego tu aspecto, y el hecho de separarte del suelo como si estuvieras para echar a volar y marcharte. He tenido miedo de que Tú, disgustado por las iniquidades de Israel, volvieras a los Cielos, quizás por orden del Altísimo. Luego he tenido miedo de ver aparecer a Moisés, al que los suyos de su tiempo no podían ver ya sin velo, de tanto como resplandecía en su rostro el reflejo de Dios, y todavía era hombre, mientras que ahora es espíritu bienaventurado y encendido de Dios; y a Elías... ¡Misericordia divina! He pensado que había llegado a mi último momento, y todos los pecados de mi vida, desde cuando robaba de pequeño la fruta de la despensa hasta el último de haberte aconsejado mal hace unos días, me han venido a la mente. ¡Con qué temblor me he arrepentido! Luego me dio la impresión de que me amaban esos dos justos... y he tenido la intrepidez de hablar. Pero incluso su amor me producía miedo, porque no merezco el amor de semejantes espíritus. ¡Y después... después!... ¡El miedo de los miedos! ¡La voz de Dios!... ¡Yeohveh ha hablado! ¡A nosotros! Nos ha dicho: "¡Escuchadle!". Tú. Y te ha proclamado "su Hijo amado en el cual Él se complace". ¡Qué miedo! ¡Yeohveh!... ¡A nosotros!... ¡Verdaderamente sólo tu fuerza nos ha mantenido en vida!... Cuando nos has tocado y tus dedos ardían como puntas de fuego, he sentido el último momento de terror. He creído que era la hora de ser juzgado y que el Ángel me tocaba para tomar mi alma

y llevársela al Altísimo... ¡Pero, ¿cómo pudo tu Madre ver... oír... vivir en definitiva, ese momento del que hablaste ayer, sin morir, Ella que estaba sola, siendo jovencita aún, sin Ti?!

-María, la Sin Mancha, no podía tener miedo de Dios. Eva no tuvo miedo de Dios mientras fue inocente. Y Yo estaba en ese lugar. Yo, el Padre y el Espíritu, Nosotros, que estamos en el Cielo y en la tierra y en todas partes, y que teníamos nuestro Tabernáculo en el corazón de María - dice dulcemente Jesús.

-¡Qué cosa! ¡Qué cosa!... Pero después hablaste de muerte... Y toda alegría se borró... Pero, ¿por qué a nosotros tres todo esto?, ¿por qué a nosotros? ¿No convenía dar a todos esta visión de tu gloria?

-Precisamente porque desfallecéis al oír hablar de muerte, y muerte de suplicio, del Hijo del hombre, el Hombre-Dios os ha querido fortalecer para aquella hora y para siempre, con la precognición de lo que seré después de la Muerte: recordad todo esto, para decirlo a su tiempo... ¿Habéis entendido?

-¡Oh, sí, Señor. No es posible olvidar. Y sería inútil decirlo. Dirían que estaríamos ebrios.

Reanudan la marcha hacia el valle. Pero, llegados a un punto, Jesús tuerce por un sendero pino en dirección a Endor, o sea, por el lado opuesto al otro en que dejó a los discípulos.

-No los encontraremos - dice Santiago - El sol empieza a bajar. Se estarán agrupando para esperarte en el lugar donde los dejaste.

-Ven y no te crees pensamientos necios.

En efecto, en cuanto la espesura se abre dando lugar a una pradera que desciende suavemente hasta tocar el camino de primer orden, ven a toda la masa de los discípulos, aumentada por la presencia de viandantes curiosos, de escribas venidos de no sé dónde, moviéndose en la base del monte.

-¡Vaya! ¡Escribas!... ¡Y ya disputan! - dice Pedro señalándolos. Y baja los últimos metros disgustado.

Pero también los que están abajo los han visto y unos a otros se los señalan, y luego se echan a correr hacia Jesús, gritando:

-¿Cómo es que vienes por esta parte, Maestro? Estábamos para encaminarnos al lugar establecido. Pero nos han entretenido en disputas los escribas, y con sus súplicas un padre afligido.

-¿De qué discutíais entre vosotros?

-Por un endemoniado. Los escribas se han burlado de nosotros porque no hemos podido liberarlo. Lo ha intentado de nuevo, ya por pundonor, Judas de Keriot; pero ha sido inútil. Entonces hemos dicho: "Intentadlo vosotros". Han respondido: "No somos exorcistas". Ha coincidido que pasaban algunos, que venían de Caslot - Tabor, entre los que había dos exorcistas. Pero ellos tampoco nada. Aquí viene el padre a suplicarte. Escúchalo.

Un hombre, en efecto, se acerca suplicante. Se arrodilla frente a Jesús, que se ha quedado en el prado en pendiente, estando, pues, al menos, tres metros por encima del camino, y, por tanto, bien visible a todos.

-Maestro - le dice el hombre - venía a Cafarnaúm con mi hijo, buscándote. Te traía a mi hijo infeliz para que lo liberaras, Tú que expulsas los demonios y curas toda enfermedad. Frecuentemente se apodera de él un espíritu mudo. Cuando se apodera de él sólo puede emitir gritos roncacos, como un animal que se estuviera ahogando. El espíritu lo tira al suelo, y él, en el suelo, se revuelca, le crujen los dientes, echa espuma como un caballo que muerde el bocado, y se hiere, o puede incluso morir por asfixia, o quemado, o destrozado, porque el espíritu, más de una vez, lo ha arrojado al agua, al fuego, o lo ha tirado por las escaleras. Tus discípulos lo han intentado, pero no han podido. ¡Oh, Señor bueno! ¡Piedad de mí y de mi niño!

Jesús centellea de poder mientras grita:

-¡Oh generación perversa, oh turba satánica, legión rebelde, pueblo del infierno incrédulo y cruel, ¿hasta cuándo tendré que estar contigo?, ¿hasta cuándo tendré que soportarte?

Se muestra majestuoso, tanto, que se hace un silencio absoluto y cesan las risitas maliciosas de los escribas.

Jesús dice al padre:

-Levántate y tráeme a tu hijo.

El hombre se marcha y regresa con otros hombres; en medio de éstos viene un muchacho de unos doce o catorce años. Un muchacho guapo, pero con una mirada un poco cretina, como si estuviera aturdido. En su frente rojea una herida alargada; más abajo se ve una cicatriz vieja, blanquecina. Nada más ver a Jesús, que lo está mirando fijamente con sus ojos magnéticos, lanza un grito ronco, y se contuerce todo su cuerpo convulsivamente, y cae al suelo echando espuma y girándole los ojos (de forma que se ve solamente el bulbo blanco, mientras se revuelca por el suelo con una típica convulsión epiléptica).

Jesús se acerca unos pasos para llegar a su lado y dice:

-¿Desde cuándo le sucede esto? Habla fuerte, que todos te oigan.

Y el hombre, gritando, mientras se va estrechando el círculo, y los escribas se ponen más arriba de Jesús para dominar la escena, dice:

-Desde niño. Ya te he dicho que a menudo cae en el fuego, en el agua, o desde las escaleras o desde los árboles, porque el espíritu lo asalta desprevenidamente y lo empuja con violencia para acabar con él. Está todo lleno de cicatrices y quemaduras. Ya es mucho que no se haya quedado ciego a causa de las llamas de la lumbre. Ningún médico, ningún exorcista, ni siquiera tus discípulos lo han podido curar. Pero Tú, si, como creo firmemente, puedes algo, ten piedad de nosotros y socórrenos.

-Si puedes creer así, todo me es posible, porque todo se le concede al que cree.

-¡Oh, Señor, claro que creo! Pero, si no creo todavía suficientemente, aumenta mi fe: para que sea completa y obtenga el milagro - dice el hombre llorando de rodillas junto al hijo, que padece más convulsiones que nunca.

Jesús se endereza, retrocede dos pasos, y, mientras la muchedumbre, más que nunca, restringe su círculo, grita fuerte:

-¡Espíritu maldito que haces sordo y mudo al niño y lo atormentas, te ordeno que salgas de él y no vuelvas a entrar nunca!

El niño, a pesar de su postura (está echado en el suelo), da unos botes espantosos, haciendo presión contra el suelo con la cabeza y los pies, en forma de arco, y lanza gritos no humanos. Un último salto, con el que se vuelve boca abajo y golpea la frente y la boca contra una roca que sobresale de la hierba; ésta se pone roja de sangre. Luego se queda inmóvil.

-« ¡Se ha muerto!» gritan muchos. « ¡Pobre niño!», « ¡Pobre padre!» - dicen, compasivos, los mejores.

Y los escribas, riéndose burlonamente, dicen:

-¡Buen servicio te ha hecho el Nazareno! - o: « ¡Maestro ¿cómo es esto?! Esta vez Belcebú te ha hecho quedar mal...» y se echan a reír venenosamente.

Jesús no responde a nadie. Ni siquiera al padre, que ha dado la vuelta a su hijo y ahora le está secando la sangre de la frente herida y de los labios heridos, gimiendo, invocando a Jesús. Pero el Maestro se inclina y toma de la mano al niño. Y éste abre los ojos dando un fuerte suspiro, como si se despertase de un sueño, luego se sienta y sonríe. Jesús lo acerca hacia sí, le hace ponerse de pie y se lo entrega a su padre, mientras los presentes gritan de entusiasmo y los escribas huyen seguidos de las burlas de la gente...

-Y ahora vamos - dice Jesús a sus discípulos.

Despide a la gente, costea el lado del monte y va al camino recorrido por la mañana.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-No te elijo sólo para conocer las tristezas de tu Maestro, y sus dolores; quien sabe estar conmigo en el dolor debe tener parte conmigo en la alegría.

Quiero que tengas, delante de tu Jesús, que se te muestra, los mismos sentimientos de humildad y arrepentimiento de mis discípulos. Jamás soberbia. Serías castigada perdiéndome.

Continuo recuerdo de quién soy Yo y de quién eres tú.

Continuo pensamiento de tus faltas y de mi perfección, para tener un corazón lavado por la contrición; pero, al mismo tiempo, también mucha confianza en mí.

He dicho: "No temáis. Alzaos. Vamos. Vamos con los hombres, porque he venido para estar con ellos. Sed santos, fuertes y fieles en recuerdo de esta hora". Te lo digo a ti también, y a todos mis predilectos de entre los hombres, a los que me tienen de forma especial. No tengáis miedo de mí. Me muestro para elevaros, no para reduciros a cenizas.

Alzaos: que la alegría del don os dé vigor y no os embote en el sopor del quietismo, creyendoos ya salvados porque os haya mostrado el Cielo.

Vamos juntos a los hombres. Os he invitado a obras sobrehumanas con sobrehumanas visiones y lecciones, para que podáis servirme más de ayuda. Os asocio a mi obra. Pero Yo no he conocido, ni conozco, descanso. Porque el Mal no descansa nunca y el Bien debe estar siempre activo para anular lo más que se pueda la obra del Enemigo. Descansaremos cuando el Tiempo llegue a su cumplimiento. Ahora es necesario caminar incansablemente, obrar continuamente, consumirse infatigablemente por la mies de Dios. Que mi continuo contacto os santifique, mi continua lección os fortalezca, mi amor de predilección os haga fieles contra toda insidia.

No seáis como los antiguos rabíes, que enseñaban la Revelación y luego no le prestaban fe, hasta el punto de que no reconocían los signos de los tiempos ni a los enviados de Dios. Reconoced a los precursores de Cristo en su segunda venida, porque las fuerzas del Anticristo están en marcha, y, haciendo una excepción a la medida que me he impuesto, porque sé que bebéis de ciertas verdades no por espíritu sobrenatural sino por sed de curiosidad humana, os digo en verdad que lo que muchos creerán victoria sobre el Anticristo, paz ya próxima, no será sino un alto para dar tiempo al Enemigo de Cristo de recuperar fuerzas, curarse las heridas, reunir su ejército para una lucha más cruel.

Reconoced, vosotros que sois las "voces" de este vuestro Jesús, del Rey de reyes, del Fiel y Veraz, que juzga y combate con justicia y será el Vencedor de la Bestia y de sus siervos y profetas, reconoced vuestro Bien y seguidle siempre. Que ningún engañoso aspecto os seduzca y ninguna persecución os aterre. Diga vuestra "voz" mis palabras. Sea vuestra vida para esta obra. Y si tenéis destino, en la tierra, común con Cristo, su Precursor y Elías, destino cruento o atormentado por vejaciones morales, sonreíd a vuestro destino futuro y seguro, el que tendréis en común con Cristo, con su Precursor, con su Profeta.

Iguales en el trabajo, en el dolor, en la gloria. Aquí Yo Maestro y Ejemplo; allí Yo Premio y Rey. Tenerme será vuestra bienaventuranza. Será olvidar el dolor. Será algo que para hacéroslo comprender ninguna revelación es suficiente, porque la alegría de la vida futura es demasiado superior a la posibilidad de imaginar de la criatura que todavía está unida a la carne.

350

Lección a los discípulos sobre el poder de vencer a los demonios.

Están ahora nuevamente en la casa de Nazaret. Es más, para ser más exactos, están esparcidos en el rellano de los olivos, en espera de separarse para ir a descansar. Ya ha oscurecido y la Luna se alza tarde, así que han encendido una pequeña hoguera para aclarar la noche; noche tibia, «demasiado incluso» como sentencian los pescadores previendo próximas lluvias. Y es bonito estar allí, todos unidos: las mujeres en el huerto florecido, alrededor de María; los hombres aquí arriba; y, en el borde del rellano, de forma que lo vean tanto éstos como aquéllas, Jesús, respondiendo a uno o a otro, mientras las discípulas escuchan atentas. Deben haber referido lo del lunático curado al pie del monte y todavía siguen los comentarios al respecto.

-¡Vamos, que has hecho falta Tú! - exclama el primo Simón.

-¡Pero ni siquiera el ver que incluso sus exorcistas no podían nada, a pesar de haber dicho que habían usado las fórmulas más fuertes, ha convencido a esos cernícalos! - dice, meneando la cabeza, el barquero Salomón.

-Y no convencerán a sus escribas ni siquiera diciéndoles sus conclusiones.

-¡Ya, claro! Me parecía que hablaban bien, ¿no es verdad? - pregunta uno que no conozco.

-Muy bien. Excluyeron todo tipo de sortilegio demoníaco en el poder de Jesús, y dijeron que se sintieron invadidos de profunda paz cuando el Maestro hizo el milagro; mientras que - decían - cuando sale de uno un poder malvado lo sienten como un sufrimiento - responde Hermas.

-¡Pero hay que ver qué espíritu más fuerte! ¡No se quería marchar! Pero, ¿cómo es que no lo tenía continuamente poseído?

-¿Era un espíritu rechazado, solitario; o era tan santo el muchacho, que por sí mismo lo repelía?- pregunta otro discípulo cuyo nombre desconozco.

Jesús responde espontáneamente:

-He explicado varias veces que toda enfermedad, siendo un tormento y un desorden, puede esconder a Satanás, y Satanás se puede esconder en una enfermedad, usarla, crearla, para atormentar y hacer blasfemar contra Dios. El niño era un enfermo, no un poseído. Un alma pura. Por eso con gran alegría la he liberado del astutísimo demonio, que quería dominarla hasta el punto de hacerla impura.

-¿Y por qué, si era una simple enfermedad, no hemos podido resolverlo nosotros? - pregunta Judas de Keriot.

-¡Sí, eso! Se comprende que los exorcistas, si no era un endemoniado, no hayan podido hacer nada. Pero nosotros... - observa Tomás.

Y Judas de Keriot (que no ha encajado la afrenta de haber intentado muchas veces con el muchacho y haber obtenido sólo que cayera en un estado de agitación o incluso en convulsiones) dice:

-Pero nosotros... hasta parecía que se le empeorase. ¿Recuerdas, Felipe? Tú que me ayudabas oíste y viste las burlas que me dirigía. Me dijo incluso: "¡Vete! De los dos el más demonio eres tú". Lo cual hizo que a mis espaldas se rieran los escribas.

-¿Y ello te ha dolido? - pregunta Jesús como sin interés.

-¡Claro que sí! No es una cosa bonita que se burlen de uno. Y no es útil cuando se es apóstol tuyo. Se pierde autoridad.

-Cuando uno tiene a Dios tiene autoridad, aunque el mundo entero se burle, Judas de Simón.

-De acuerdo. Pero Tú aumenta, al menos en nosotros los apóstoles, el poder, para no sufrir otra vez ciertas derrotas.

-Ni es justo ni sería útil que Yo aumentara el poder. Por vosotros mismos lo tenéis que hacer, para salir vencedores. Si habéis fracasado ha sido por vuestra insuficiencia, y también por haber disminuido cuanto os había dado, con elementos no santos que habéis querido añadir esperando mayores triunfos.

-¿Lo dices por mí, Señor? - pregunta Judas Iscariote.

-Tú sabrás si lo mereces. Hablo a todos.

Bartolomé pregunta:

-¿Pero entonces qué hay que tener para vencer a estos demonios?

-Oración y ayuno. No se necesita nada más. Orad y ayunad. Y no sólo en la carne. Por eso bien está el que vuestro orgullo haya quedado en ayunas, sin ser satisfecho. El orgullo saciado vuelve apáticas la mente y el alma, y la oración se hace tibia, inerte; de la misma forma que el cuerpo demasiado lleno está somnoliento y pesado. Y ahora vamos también nosotros al justo descanso. Que mañana al amanecer todos, menos Manahén y los discípulos pastores, estén en el camino de Caná. La paz sea con vosotros.

Y retiene a Isaac y a Manahén y da particulares instrucciones para el día siguiente, día de la partida para las discípulas y María, que, junto con Simón de Alfeo, y Alfeo de Sara empiezan el peregrinaje pascual.

-Pasaréis por Esdrelón para que Margziam vea al anciano. Daréis a los labriegos la bolsa que por indicación mía os he dado Judas de Keriot. Y durante el viaje socorreréis a todos los pobres que os encontréis con la otra que os he dado hace poco. Cuando lleguéis a Jerusalén, id a Betania, y decid que me esperen para la neomenia de Nisán. Poco podré tardar a partir de ese día. Os confío a la persona que más estimo y a las discípulas. Pero estoy tranquilo de que estarán seguras. Partid. Nos volveremos a ver en Betania y estaremos bastante tiempo juntos.

Los bendice y, mientras ellos se alejan en la noche, salta hacia abajo, al huerto, y entra en casa, donde ya están las discípulas y su Madre, que, con Margziam, están apretando los cordones de los fardos de viaje, y disponiendo todas las cosas para esta ausencia cuya duración no se conoce.

351

El tributo al Templo pagado con la moneda hallada en la boca del pez.

Las dos barcas tomadas para volver a Cafarnaúm se deslizan por un lago inverosímilmente calmo: una verdadera lastra de cristal zarco, que, en cuanto pasan las dos barcas, recompone su lisa unidad. Pero no son las barcas de Pedro y Santiago, sino otras dos, quizás alquiladas en Tiberíades. Y oigo que Judas se lamenta un poco por haberse quedado sin dinero después de este último gasto.

-Hemos pensado en los demás. ¿Pero en nosotros? ¿Cómo nos las vamos a arreglar ahora? Tenía esperanzas de que Cusa... Pero nada Estamos en las condiciones de un mendigo, uno de tantos como ahora salen a los caminos a pedir limosna a los peregrinos - dice a Tomás, rezongando, en voz baja.

Pero éste, bondadoso, responde:

-¿Y qué tendría de malo si fuera así? Yo no me preocupo de nada.

-Sí, pero a la hora de comer eres el que quiere comer más que ninguno.

-¡Claro! Tengo hambre. También en el hambre soy vigoroso Bien, pues hoy, en vez de pedir al que suministra el pan y las viandas, pediré directamente a Dios.

-¡Hoy! ¡Hoy! Mañana estaremos en las mismas condiciones, y pasado mañana lo mismo; y estamos yendo hacia la Decápolis, donde no nos conocen y son medio paganos. Y no es sólo el pan, también se gastan las sandalias, y luego... los pobres que te dan la lata, y uno se podría sentir mal y...

-Y, si sigues más todavía, dentro de poco ya me habrás imaginado muerto y tendrás que proveer para un funeral. ¡Pero cuántas preocupaciones! Yo... es que no tengo ninguna preocupación. Estoy alegre, tranquilo como un recién nacido.

Jesús, que parecía absorto en sus pensamientos, sentado en la proa, casi en el borde, se vuelve y dice fuerte a Judas, que está en la popa (pero lo dice como hablando a todos): -Está muy bien no tener ni una perra, así brillará más la paternidad de Dios incluso en las cosas más pequeñas.

-Desde hace unos días para ti está todo bien. Bien si no se produce un milagro, bien si no nos dan dinero, bien haber dado todo lo que teníamos; en definitiva, todo bien... Pero yo me siento muy incómodo... Eres un Maestro grato, un santo Maestro, pero para la vida material... no vales nada - dice sin acritud Judas, como haciendo una observación a un hermano bueno de cuya bondad imprevisora incluso se gloria.

Y Jesús, sonriendo, le responde:

-Es mi mejor cualidad, ser un hombre que no vale nada para la vida material... Y, repito: está muy bien no tener ni una perra - y sonríe luminosamente.

La barca roza en el guijarral. Se detiene. Bajan de ella. Mientras tanto, la otra barca se acerca para detenerse. Jesús, con Judas, Tomás, Judas y Santiago, Felipe y Bartolomé, se encamina hacia la casa...

Pedro baja de la segunda barca, con Mateo, los hijos de Zebedeo, Simón Zelote y Andrés. Pero Pedro no se pone en marcha como todos, sino que se queda en la orilla hablando con los barqueros que los han traído, y que quizás conoce, y luego los ayuda a partir de nuevo. Después, se vuelve a poner la túnica larga y remonta la playa en dirección a la casa.

Atravesando la plaza del mercado, vienen hacia él dos, lo paran y dicen:

-Escucha, Simón de Jonás.

-Escucho. ¿Qué queréis?

-¿Tu Maestro, por el hecho de serlo, paga o no las dos dracmas que corresponden al Templo?

-¡Claro que las paga! ¿Por qué no lo iba a hacer?

-Pues... porque dice que es el Hijo de Dios y...

-Y lo es - replica secamente Pedro, que ya está rojo de indignación. Luego añade: «Pero, dado que también es un hijo de la Ley, el mejor que tiene la Ley, paga sus dracmas como todo israelita...

-Según lo que sabemos no es así. Nos han dicho que no paga, así que le aconsejamos que pague.

-Mmm-m-m - balbuce Pedro, cuya paciencia está para agotarse - Mmm-m-m... Mi Maestro no necesita vuestros consejos. Id en paz y decid al que os envía que las dracmas serán depositadas en la primera ocasión.

-¡En la primera ocasión!... ¿Y por qué no enseguida? ¿Quién nos asegura que lo vaya a hacer, si está siempre acá o allá sin rumbo fijo?

-Enseguida no, porque en este momento no tiene ni una perra. Podríais ponerlo boca abajo y no caería al suelo ni una sola moneda. Estamos todos sin un solo denario, porque nosotros, que no somos fariseos, que no somos escribas, que no somos saduceos, que no somos ricos, que no somos espías, que no somos áspides, normalmente damos lo que tenemos a los pobres, por su doctrina. ¿Entendéis? Y ahora hemos dado todo, y mientras no intervenga el Altísimo podemos morir de hambre o ponernos a pedir limosna en una esquina de la calle. Decid también esto a los que dicen que Él es un comilón ¡Adiós! - y los deja plantados y se marcha barbotando y ardiendo de enojo.

Entra en casa y sube a la habitación de arriba, donde está Jesús escuchando a uno que le ruega que vaya a una casa que está en el monte de detrás de Magdala, donde hay uno muriéndose.

Jesús despide al hombre prometiendo que irá enseguida, Luego cuando éste se marcha, se vuelve hacia Pedro, que se ha sentado en un rincón y está pensativo, y le dice: -¿Qué opinas, Simón? ¿Según las reglas, los reyes de la tierra de quién reciben los tributos y el censo?, ¿de sus propios hijos o de los extraños?

Pedro se sobresalta. Dice:

-¿Cómo sabes, Señor, lo que debía decirte?

Jesús sonríe haciendo un gesto como diciendo: «No le des importancia»; luego dice: -Responde a lo que te pregunto.

-De los extraños, Señor.

-Entonces los hijos están eximidos, como efectivamente es justo Porque un hijo es de la sangre y casa de su padre, y no debe pagar al padre sino el tributo del amor y la obediencia. Así que Yo, Hijo del Padre, no debería pagar tributo al Templo, que es la casa del Padre. Les has respondido bien. Pero, como hay una diferencia entre tú y ellos, y es ésta: que tú crees que Yo soy el Hijo de Dios, y ellos y quienes los han enviado no lo creen, pues, para no escandalizarlos, pagaré el tributo, y además enseguida, mientras están todavía en la plaza recaudando.

-¿Y con qué, si no tenemos ni una perra? - pregunta Judas, que se ha acercado con los otros.

-¿Ves como es necesario tener algo?

-Se lo pedimos prestado al dueño de la casa - dice Felipe.

Jesús hace con la mano un gesto de guardar silencio y dice:

-Simón de Jonás, ve a la orilla del mar y echa lo más lejos que puedas un sedal provisto de un anzuelo resistente. En cuanto pique el pez, tira hacia ti el sedal. Será un pez grande. En la orilla ábrele la boca. Encontrarás dentro un estáter. Tómallo, ve donde aquellos dos y paga por mí y por ti. Luego trae el pez. Lo asaremos; y Tomás, caritativamente, nos proveerá de un poco

de pan. Comeremos e iremos enseguida donde el hombre que está muriéndose. Santiago y Andrés, preparad las barcas, que las usaremos para ir a Magdala; la vuelta la haremos esta noche a pie para no estorbar la pesca a Zebedeo y al cuñado de Simón.

Pedro se marcha. Un rato después se le ve en la orilla montando en una barca cuya proa está ya metida en el agua. Echa un cordel delgado y fuerte, provisto hacia el final de una piedra pequeña, o plomo, y que termina en el hilo fino del sedal propiamente dicho. Las aguas del lago se abren con salpicaduras de plata cuando el peso se hunde en él; luego todo vuelve a la calma mientras las aguas se serenar después de un alejarse de giros concéntricos...

Pasa un rato. El cordel, que estaba flojo en las manos de Pedro, se tensa y vibra... Pedro tira, tira, tira. La cuerda sufre sacudidas cada vez más enérgicas. Al final, da un tirón y el sedal emerge con su presa, que se contorsiona en el aire, formando un arco por encima de la cabeza del pescador, para luego caer en la arena amarillenta, donde se contuerce, sufriendo el espasmo del anzuelo que le hiende el paladar y el de la asfixia que comienza.

Es un magnífico pez, grande como un rombo del peso de al menos tres quilos. Pedro le arranca el anzuelo de los labios carnosos, le mete en la garganta su grueso dedo y extrae una gruesa moneda de plata. La coge entre el pulgar y el índice y la alza para mostrársela al Maestro, que está en el pretil de la terraza. Luego recoge el cordel, lo enrolla, toma el pez y se echa a correr en dirección a la plaza.

Los apóstoles se han quedado todos de piedra... Jesús sonríe y dice:

-Así habremos eliminado un escándalo...

Regresa Pedro:

-Ya estaban para venir aquí. Y además con Elí, el fariseo. He tratado de ser delicado como una niña. Los he llamado y he dicho: "¡Eh, enviados del Fisco! Tomad. ¿Son cuatro dracmas, verdad? Pues dos por el Maestro y dos por mí. ¿Estamos en paz, no? Hasta que nos veamos en el valle de Josafat, especialmente contigo, querido amigo". Se han ofendido porque he dicho "Fisco". "Somos del templo, no del Fisco." "Cobráis impuestos como los recaudadores. Todo recaudador para mí es "fisco" "" he respondido. Pero él me ha dicho: "¡Insolente! ¿Me estás deseando la muerte?". "¡No, amigo! De ninguna manera. Te deseo un feliz viaje al valle de Josafat. ¿No vas para la Pascua a Jerusalén? Pues podremos encontrarnos por allí, amigo". "No lo deseo, ni quiero que te permitas llamarme amigo tuyo." "Efectivamente, es demasiado honor" he respondido. Y me he vuelto. Lo mejor es que estaba allí medio Cafarnaúm, que ha visto que he pagado por ti y por mí. Así esa vieja serpiente ya no podrá decir nada.

Los apóstoles no han podido evitar reírse por la narración y 1a mímica de Pedro. Jesús quiere estar serio, pero una leve sonrisa se escapa, no obstante, de sus labios mientras dice:

-Eres peor que 1amostaza - y termina: «Asad el pez; y vamos a darnos prisa, que para la puesta del sol quiero estar aquí de nuevo.

352

Un convertido de María de Magdala. Parábola para el pequeño Benjamín y lección sobre quién es grande en el reino de los Cielos.

Y justo mientras se incendian el cielo y el lago por el fuego del ocaso, regresan hacia Cafarnaúm. Están contentos. Vienen hablando unos con otros. Jesús habla poco, pero sonríe. Hacen la observación de que, si el mensajero hubiera sido más preciso, habrían podido ahorrar camino. Pero también dicen que la fatiga ha merecido la pena, porque un grupo de hijos de tierna edad ha recuperado a su padre sano, cuando ya se estaba enfriando por la cercana muerte; y también porque ya no están sin un mínimo de dinero.

-Ya os había dicho que el Padre proveería a todo - dice Jesús.

-¿Y es un antiguo amante de María de Magdala? - pregunta Felipe.

-Parece... Según lo que nos han dicho... - responde Tomás.

-¿A ti, Señor, que te dijo el hombre? - pregunta Judas de Alfeo.

Jesús sonríe evasivamente.

-Yo lo he visto más de una vez con ella cuando iba a Tiberíades con amigos. Esto es cierto - afirma Mateo.

-¡Venga hombre, hermano, condesciende a nuestra pregunta!... ¡El hombre te pidió sólo la salud o también ser perdonado? - pregunta Santiago de Alfeo.

-¡Qué pregunta más sin sentido! ¿Pero cuándo el Señor no exige arrepentimiento para conceder una gracia? - dice Judas Iscariote con mucho desdén hacia Santiago de Alfeo.

-Mi hermano no ha dicho una estupidez. Jesús cura, o libera, y luego dice: "Ve y no peques más" - le responde Judas Tadeo.

-Porque ve ya el arrepentimiento en los corazones - rebate Judas Iscariote.

-En los endemoniados no hay arrepentimiento ni voluntad de ser liberados. Lo cual no lo ha demostrado sólo uno. Recuerda todos los casos y verás que o huían o arremetían como enemigos, o por lo menos intentaban una o la otra cosa, y si no lo llevaban a cabo era sólo porque se lo impedían sus parientes - replica Judas Tadeo.

-Y por el poder de Jesús - añade el Zelote.

-Pero en ese caso Jesús tiene en cuenta la voluntad de los parientes, que representan la voluntad del endemoniado, el cual, si no estuviera impedido por el demonio, desearía la liberación.

-¡Cuántas sutilezas! ¿Y para los pecadores entonces? Me da la impresión de que usas la misma fórmula, aunque no sean endemoniados - dice Santiago de Zebedeo.

-A mí me dijo: "Sígueme", y no le había dicho todavía ni una palabra respecto a mi estado» observa Mateo.

-Pero te la veía en el corazón - dice el Iscariote, que quiere tener siempre razón, a toda costa.

-¡Bueno, bien! Pero ese hombre, que según la opinión general era un gran lujurioso y un gran pecador, no endemoniado, o, mejor, no poseído - porque un demonio, con los pecados que tenía ese hombre, lo debía tener por maestro, si no incluso por poseedor -, moribundo, etc. etc., ¿qué ha pedido?, en definitiva. Estamos paseando por las nubes, me parece... Estamos en la primera pregunta - dice Pedro.

Jesús condesciende a su deseo:

-Ese hombre ha querido estar solo conmigo para poder hablar con libertad. Lo primero que ha expuesto no ha sido su estado de salud... sino el de su espíritu. Ha dicho: "Estoy muriendo, pero no cuanto he hecho creer a los demás para poderte tener pronto. Necesito tu perdón para sanar. Pero me basta tu perdón. Si no me curas, me resignaré. Lo he merecido. Lo que te pido es que salves mi alma" y me ha confesado sus muchos pecados. Una nauseante cadena de pecados...

Jesús dice esto, pero su rostro resplandece de alegría.

-¿Y sonríes, Maestro? ¡Me sorprende! - observa Bartolomé.

-Sí, Bartolmái. Sonrío. Porque esos pecados ya no existen, y por-que junto con los pecados he sabido el nombre de la redentora. En este caso el apóstol ha sido una mujer.

-¡Tu Madre! - dicen bastantes.

Otros:

-¡Juana de Cusa! Si él iba a menudo a Tiberíades, quizás la conoce.

Jesús meneaba la cabeza.

Le preguntan:

-¿Entonces quién?

-María de Lázaro - responde Jesús.

-¿Ha venido aquí? ¿Por qué sin que la viéramos ninguno de nosotros?

-No ha venido. Ha escrito a su antiguo compañero de pecado. He leído las cartas. Todas suplican lo mismo: escucharla, redimirse como ella se ha redimido, seguirla en el Bien como la había seguido en el pecado, y, con palabras de lágrimas, esas cartas le ruegan que alivie el alma de María del remordimiento de haber seducido su alma. Y lo ha convertido. Tanto, que se había aislado en su campiña para vencer las tentaciones de las ciudades. La enfermedad, más de remordimiento del alma que física, ha acabado de prepararlo a la Gracia. Eso es. ¿Estáis contentos ahora? ¿Comprendéis ahora por qué sonrío?

-Sí, Maestro - dicen todos.

Y luego, viendo que Jesús alarga el paso como para aislarse, se ponen a conversar en tono bajo entre sí...

Están a la vista de Cafarnaúm cuando, en la confluencia del camino que han recorrido ellos con el que bordea el lago viniendo de Magdala, se cruzan con los discípulos, que han venido a pie, evangelizando desde Tiberíades. Todos, menos Margziam, los pastores y Manahén, que han ido desde Nazaret hacia Jerusalén con las mujeres. Es más, los discípulos han aumentado, por algún otro que se ha unido a ellos de retorno de la misión y que trae consigo nuevos prosélitos de la doctrina cristiana.

Jesús los saluda dulcemente. Pero enseguida se vuelve a aislar en una meditación y oración profundas, unos pasos más adelante que ellos.

Los apóstoles, por su parte, se unen al grupo de los discípulos, especialmente con los más influyentes, o sea, Esteban, Hermas, el sacerdote Juan, Juan el escriba, Timoneo, José de Emaús, Hermasteo (que por lo que entiendo vuela en el camino de la perfección), Abel de Belén de Galilea, cuya madre va al final del nutrido grupo con otras mujeres. Y discípulos y apóstoles se intercambian preguntas y respuestas sobre las cosas acaecidas desde que se dejaron. Así, se habla de la curación y conversión de hoy, y del milagro del estáter en la boca del pez... Esto, por las causas que lo han originado, suscita grandes comentarios, que se propagan de fila en fila cual fuego aplicado a pajas secas...

Veo, andando por un camino, a Jesús, seguido y circundado por sus apóstoles y discípulos.

Se entrevé poco lejano el lago de Galilea, resplandeciente, todo sereno y azul, bajo un lindo sol de primavera o de otoño (porque no es un sol violento como el de verano). Pero me inclinaría a pensar que es primavera, porque la naturaleza se ve muy fresca, sin esos tonos dorados y cansinos del otoño.

Parece que, acercándose la noche, Jesús se está retirando a la casa que lo hospeda; parece que se dirige, por tanto, al pueblo que se ve ya aparecer. Jesús, como hace frecuentemente, va unos pasos más adelante de los discípulos; dos o tres, no más: lo suficiente como para poder aislarse en sus pensamientos, necesitado de silencio después de una jornada de evangelización. Camina absorto. Lleva en la mano derecha una ramita verde, que, sin duda, ha arrancado de alguna mata, y con ella golpea levemente, ensimismado, las hierbas del ribazo.

Por el contrario, los discípulos, detrás de Él van hablando animadamente. Evocan los episodios de la jornada y no son demasiado delicados al sopesar los defectos o bribonadas ajenos. Todos, más o menos, critican el hecho de que los de la recaudación del tributo al Templo hayan querido que Jesús les pagara.

Pedro, siempre vehemente, define el hecho como un sacrilegio, porque el Mesías no está obligado a pagar el tributo:

-Esto es como pretender que Dios se pague a sí mismo - dice - Y no es justo. Y si lo que pasa es que creen que no es el Mesías, pues entonces ya es un sacrilegio.

Jesús se vuelve un momento y dice:

-¡Simón, Simón, muchos habrá que duden de mí! Incluso de los que se creen seguros e inquebrantables en la fe en mí. No juzgues a los hermanos, Simón. Júzgate, siempre primero a ti mismo.

Judas, con una sonrisita irónica, dice al humillado Pedro que ha agachado la cabeza: -Ésta es para ti. Por ser el más anciano siempre quieres hablar como un doctor. ¿Quién ha dicho que a uno lo juzguen los méritos por la edad? Entre nosotros hay quien te supera en saber y en poder social.

Se enciende una disputa sobre los respectivos méritos: quién se jacta de ser uno de los primeros discípulos, quién apoya su tesis de preferencia en que para seguir a Jesús ha dejado un puesto influyente, quién dice que ninguno tiene tantos derechos como él porque ninguno se ha convertido tanto a sí mismo como él al pasar de publicano a discípulo. La disputa se alarga, y, si no temiera ofender a los apóstoles, diría que asume el tono de una verdadera discusión.

Jesús se abstrae de ello. Da la impresión de no oír ya nada. Mientras tanto, han llegado a las primeras casas del pueblo, que sé que es Cafarnaúm. Jesús prosigue, y los otros detrás discutiendo todavía.

Un niño pequeño, de unos siete u ocho años, viene tras Jesús corriendo y dando brincos. Adelanta al grupo vocinglero de los apóstoles. Es un niño guapo, de cabellos castaño oscuro muy rizados, cortos. En su faz morena tiene dos ojitos negros e inteligentes. Llama: confidencialmente al Maestro como si lo conociera bien.

-Jesús - dice - ¿me dejas ir contigo hasta tu casa?

-¿Tu mamá lo sabe? - pregunta Jesús, mirándolo con una sonrisa buena.

-Lo sabe.

-¿De verdad?

Jesús, aunque sigue sonriendo, mira con una mirada penetrante.

-Sí, Jesús, de verdad.

-Entonces ven.

El niño da un salto de alegría, y agarra la mano izquierda que Jesús le tiende. ¡Con qué amorosa confianza el niño mete su manita morena en la larga mano de mi Jesús! ¡Quisiera hacer lo mismo yo!

-Cuéntame una parábola bonita, Jesús - dice el niño, que va dando saltitos al lado de Jesús y mirándolo de abajo arriba con una carita resplandeciente de alegría.

También Jesús lo mira con una alegre sonrisa que le entreabre la boca sombreada por el bigote y la barba rubio-roja, que el sol enciende como si fuera de oro; los ojos de zafiro oscuro le ríen de alegría mientras mira al niño.

-¿Y qué vas a hacer con la parábola? No es un juego.

-Es más bonita que un juego. Cuando me voy a la cama la pienso para mí y la sueño y mañana la recuerdo y me la repito para mis adentros para ser bueno. Me hace ser bueno.

-¿La recuerdas?

-Sí. ¿Quieres que te diga todas las que me has dicho?

-Eres grande, Benjamín; más que los hombres, que olvidan. Como premio te voy a decir la parábola.

El niño ya no salta. Camina serio y mesurado como un adulto, y no se pierde ni una palabra, ni una inflexión, de Jesús, al cual mira atentamente sin preocuparse siquiera de en dónde pisa.

-Un pastor muy bueno, habiendo venido a saber que en un lugar del mundo había muchas ovejas que habían sido abandonadas por pastores poco buenos, y que corrían peligro por caminos perversos y en pastos nocivos, y que se acercaban cada vez a barrancos sombríos, fue a ese lugar, y, sacrificando todo lo que poseía, adquirió esas ovejas y corderos. Quería llevarlos a su reino, porque ese pastor era también rey, como lo han sido muchos reyes en Israel. En su reino, esas ovejas y esos corderos encontrarían pastos sanos, frescas y puras aguas, caminos seguros y refugios invulnerables contra los ladrones y lobos feroces. Por eso ese pastor reunió a sus ovejas y corderos y les dijo: "He venido a salvaros, a llevaros a un lugar donde ya no sufriréis, donde ya no conoceréis peligros ni dolor. Amadme, seguidme, porque yo os amo mucho y por teneros me he sacrificado en todos los modos. Pero, si me amáis, mi sacrificio no me pesará. Venid tras mí y vamos". Y el pastor delante, detrás las ovejas, tomaron el camino que conducía al reino de la alegría. El pastor, a cada momento, se volvía para ver si le seguían; para exhortar a las cansadas, infundir coraje a las desanimadas, socorrer a las enfermas, acariciar a los corderos. ¡Cómo las quería! Les ofrecía su pan y su sal. Probaba antes él el agua de las fuentes y la bendecía, para experimentar si era sana y hacerla santa. Pero las ovejas - ¿lo crees, Benjamín? -, las ovejas, pasado un tiempo, se cansaron. Primero una, luego dos, luego diez, luego cien, se quedaron atrás a rozar la hierba hasta llenarse y no poder moverse; luego se echaron, cansadas y llenas en el polvo y en el lodo. Otras se asomaban prominentemente a los precipicios, a pesar de que el pastor dijera: "No lo hagáis"; y algunas, dado que él se ponía donde había mayor peligro para impedirles que fueran a esos sitios, le chocaron con la cabeza proterva y trataron de despeñarlo más de una vez. Así, muchas terminaron en los barrancos y murieron miseramente. Otras se enzarzaron y, a fuerza de cornadas y mochadas, se mataron unas a otras. Sólo un corderito no se distrajo nunca. Corría, baltando, y con su balido decía al pastor: "Te quiero". Corría tras el pastor bueno. Cuando llegaron a las puertas de su reino, sólo quedaban ellos dos: el pastor, el corderito fiel. Entonces el pastor no dijo: "entra", sino dijo: "ven" y lo tomó en brazos y lo estrechó contra su pecho y lo llevó adentro; luego llamó a todos sus súbditos y les dijo: "Mirad. Este me ama. Quiero que esté eternamente conmigo. Vosotros amadlo, porque es el predilecto de mi corazón". La parábola ha terminado, Benjamín. ¿Ahora sabes decirme quién es ese pastor bueno?

-Tú, Jesús.

-¿Y ese corderito quién es?

-Soy yo, Jesús.

-Pero Yo ahora me voy a marchar y te olvidarás de mí.

-No, Jesús. No me olvidaré de ti porque te quiero.

-Se te terminará el amor cuando dejes de verme.

-Diré dentro de mí las palabras que me has dicho y será como si estuvieras presente. Te voy a querer y a obedecer así.

¿Y Tú, Jesús, dime: te vas a acordar de Benjamín?

-Siempre.

-¿Y cómo vas a hacer para acordarte?

-Me diré a mí mismo que me has prometido amarme y obedecerme; y así me acordaré de ti.

-¿Y me vas a dar tu Reino?

-Si eres bueno, sí.

-Seré bueno.

-¿Cómo vas a llevarlo a cabo? La vida es larga.

-Pero también tus palabras son muy buenas. Si me las repito y hago lo que tus palabras dicen que hay que hacer, me conservaré bueno toda la vida. Y lo voy a hacer porque te quiero. Cuando se ama no cuesta ser bueno. A mí no me cuesta obedecer a mi mamá, porque la quiero. Y no me va a costar obedecerte a ti porque te quiero.

Jesús se ha parado y está mirando a esta carita encendida más que por el sol por el amor. La alegría de Jesús es tan viva, que parece que otro sol se ha encendido en su alma y emite sus resplandores a través de las pupilas. Se agacha y besa en la frente al niño.

Se ha detenido a la altura de una casita modesta que tiene en la parte de delante un pozo. Jesús va luego a sentarse junto al pozo, y allí le alcanzan los discípulos, que siguen todavía midiendo las respectivas prerrogativas.

Jesús los mira. Luego los convoca:

-Venid aquí, alrededor, y oíd la última enseñanza de la jornada, vosotros que os quedáis roncos celebrando vuestros méritos y tenéis vuestro pensamiento centrado en adjudicaros un puesto según la medida de ellos. ¿Veis a este niño? Está más que vosotros en la verdad. Su inocencia le da la llave para abrir las puertas de mi Reino. Ha comprendido, en su sencillez infantil, que en el amor está la fuerza para llegar a ser grandes, y en la obediencia realizada por amor la fuerza para entrar en mi Reino. Sed sencillos, humildes; amad con un amor que no sea sólo para mí, sino recíproco entre vosotros; sed obedientes a mis palabras, a todas, también a éstas, si queréis llegar al lugar en que habrán de entrar estos inocentes. Aprended de los pequeños. Como el Padre les revela a ellos la verdad, no se la revela a los sabios.

Jesús, mientras habla, mantiene contra sus rodillas, derecho, a Benjamín, y tiene apoyadas las manos en los hombros del niño. El rostro de Jesús ahora se muestra lleno de majestad. Está serio; no enojado, pero sí serio. Verdaderamente como Maestro. El último rayo de sol forma un nimbo de rayos encima de su cabeza rubia.

La visión se me termina aquí, y me deja llena de dulzura en medio de mis dolores.

Bien, pues los discípulos no han podido entrar en la casa. Es natural. Por el número y por respeto. Nunca lo hacen, si no es por invitación del Maestro a todos o a algunos en particular. Observo siempre un gran respeto, una gran discreción, a pesar de la afabilidad del Maestro y la ya duradera familiaridad con él. Incluso Isaac (del que podría decir que es el primero del número de los discípulos), no se permite jamás la libertad de acercarse a Jesús si una sonrisa, al menos una sonrisa del Maestro, no lo llama.

¿Un poco distinto, no? respecto al modo como muchos tratan lo sobrenatural: a la ligera y casi burlescamente... Es un comentario mío que veo justo, porque no acabo de digerir el que la gente tenga para con lo que está por encima de nosotros maneras que no usamos para con los hombres como nosotros por el solo hecho de que estén una miaja por encima... ¡En fin!... Vamos a seguir adelante...

Los discípulos, pues, se han esparcido, por la margen del lago, para comprar pescado para la cena, pan y las demás cosas necesarias. Vuelve también Santiago de Zebedeo y llama al Maestro, que está sentado en la terraza, con Juan, que está acocladado a sus pies, en un dulce y sosegado coloquio. Jesús se levanta y se asoma por el guardalado.

Santiago dice:

-¡Cuánto pescado, Maestro! Mi padre dice que has bendecido las redes con tu llegada. Mira: esto es para nosotros - y enseña una cesta de pescado, de un pescado que parece de plata.

-Dios le sea grato por su generosidad. Preparadlo, que después de cenar vamos a ir a la orilla, donde los discípulos.

Y así lo hacen. La noche pone negro el lago, en espera de la Luna, que se levanta tarde. Más que vérselo, se le oye borbollar, gorgotear entre los cantos del guijaral. Sólo las inverosímiles estrellas propias de los países de oriente se reflejan en las aguas tranquilas. Se sientan en círculo, alrededor de una barca vuelta, sobre la que se ha sentado Jesús. Han traído al centro del círculo los pequeños faroles de las barcas, los cuales apenas si iluminan las caras más cercanas. El rostro de Jesús está todo iluminado, de abajo arriba, por un farolillo colocado a sus pies; todos, por tanto, lo pueden ver bien mientras habla a uno o a otro de los presentes.

A1 principio es una conversación sencilla, familiar. Pero luego adquiere el tono de una lección. Es más, Jesús lo dice abiertamente:

-Venid. Escuchad. Dentro de poco nos vamos a separar. Quiero adoctrinaros más para formaros mejor.

Hoy os he oído disputar, y no siempre con caridad. A los mayores de entre vosotros les he dado ya la lección. Pero quiero dárosela a vosotros también. No les vendrá mal tampoco a éstos, mayores que vosotros, oírla repetir. Ahora no está aquí, apoyado contra mis rodillas, el pequeño Benjamín. Está durmiendo en su cama, soñando sus sueños inocentes. Pero quizás su alma cándida está de todas formas aquí, en medio de nosotros. Imaginad que él, o cualquier otro niño, estuviera aquí, para ejemplo vuestro.

En vuestro corazón tenéis todos una obsesión que os preocupa, una curiosidad, un peligro. La obsesión: ser el primero en el Reino de los Cielos. La curiosidad: saber quién será este primero. Y, en fin, el peligro: el deseo, aún humano, de oírse responder: "Tú eres el primero en el Reino de los Cielos", o bien de los compañeros con un sentido de aprobación, o bien y sobre todo del Maestro, cuya verdad y penetración de las cosas futuras conocéis. ¿No es, acaso, así? Las preguntas tiemblan en vuestros labios y viven en el fondo del corazón.

El Maestro, mirando a vuestro bien, secunda esta curiosidad, a pesar de que aborrezca condescender con las curiosidades humanas. Vuestro Maestro no es un charlatán al que se le consulta por dos centavos en medio del bullicio de un mercado; no es uno poseído por un espíritu pitónico que le procura dinero con el oficio de adivino, para secundar las restringidas mentes del hombre, que quiere conocer el futuro para "*saberse guiar*". El hombre no se puede guiar por sí solo. Dios lo guía, ¡si el hombre tiene fe en Él! Y no aprovecha el conocer, o creer que se conoce, el futuro, si luego no se dispone de los medios para desviar ese futuro profetizado. Sólo hay un medio: la oración al Padre y Señor para que por su misericordia nos ayude. En verdad os digo que la oración confiada puede transformar un castigo en bendición. Pero quien recurre a los hombres para intentar, como hombre y con los medios de los hombres, desviar el futuro no sabe orar o sabe orar muy mal. Yo, esta vez, dado que esta curiosidad puede daros una buena enseñanza, le doy respuesta, aunque aborrezco las preguntas dictadas por la curiosidad e irrespetuosas.

Os preguntáis: "¿Quién de entre nosotros es el mayor en el Reino de los Cielos?".

Anulo la limitación "entre nosotros". Amplío los límites a todo el mundo, presente y futuro, y respondo: "El mayor en el Reino de los Cielos es el más pequeño entre los hombres". O sea, aquel que es considerado "mínimo" por los hombres. El sencillo, el humilde, el que no desconfía, el inexperto. Por tanto: el niño, o aquel que sabe construirse de nuevo un alma de niño. No es la ciencia ni el poder ni la riqueza o la actividad (aunque sea buena) lo que os harán "el mayor" en el Reino bienaventurado, sino el ser como los pequeñuelos, en benevolencia, humildad, sencillez, fe.

Observad cómo me aman los niños, e imitadlos; cómo creen en mí, e imitadlos; cómo recuerdan lo que digo, e imitadlos; cómo ponen en práctica mis enseñanzas, e imitadlos; cómo no se ensoberbecen de lo que hacen, e imitadlos; cómo no experimentan rivalidades contra mí o contra sus compañeros, e imitadlos. En verdad os digo que si no cambiáis vuestra manera de pensar, actuar y amar, reconstruyéndola según el modelo de los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Ellos saben lo mismo que vosotros sabéis de esencial en mi doctrina. ¡Pero con qué diferencia practican lo que enseño! Vosotros, a cada acto bueno que realizáis, decís: "Lo he hecho yo"; el niño me dice: "Jesús, me he acordado de ti hoy, y por ti he obedecido, he amado, he contenido un deseo de reñir... y estoy contento porque Tú, lo sé, sabes cuándo soy bueno y te alegras". Observad también a los niños cuando cometen una falta. Con qué humildad me confiesan: "Hoy he sido malo. Lo siento, porque te he apenado". No buscan disculpas. Saben que Yo sé las cosas. Creen. Sienten dolor por mi dolor.

¡Oh, amados de mi corazón, niños, en los cuales no hay soberbia, doblez, lujuria! Os digo: Hacedos como los niños, si queréis entrar en mi Reino. Amad a los niños como al ejemplo angélico que todavía podéis tener. Porque como ángeles deberíais ser. Podríais decir para disculparos: "No vemos a los ángeles". Pero Dios os da a los niños por modelos, y los tenéis en medio de vosotros. Y si veis a un niño abandonado material o moralmente, y que puede perecer, acogedlo en mi Nombre, porque son los muy amados de Dios. Quienquiera que reciba a un niño en mi Nombre me recibe a mí mismo, porque Yo estoy en el alma de los niños, que es inocente. Y quien me recibe a mí recibe a Aquel que me ha enviado, es decir, al Señor Altísimo.

Y guardaos de escandalizar a uno de estos pequeños, cuyos ojos ven a Dios. No se debe nunca escandalizar a nadie. Pero, ¡ay!, ¡tres veces ay de aquel que tan sólo roce el ingenuo candor de los niños! Dejadlos ángeles lo más que podáis. ¡Demasiado repugnante es el mundo y la carne para el alma que viene del Cielo! Y el niño, por su inocencia, es todavía todo alma. Tened respeto hacia el alma del niño, y a su propio cuerpo, como lo tenéis para con un lugar sagrado. También el niño es sagrado, porque tiene a Dios dentro de sí. En todo cuerpo está el templo del Espíritu; pero el templo del niño es el más sagrado y profundo, está más allá del doble Velo. No mováis tan siquiera las cortinas de la sublime ignorancia de la concupiscencia con el viento de vuestras pasiones.

Yo querría un niño en cada familia, en medio de cada grupo de personas, para que fuera freno de las pasiones de los hombres. El niño santifica, da confortación y frescura, con sólo el rayo de sus *ojos* sin malicia. Pero, ¡ay de aquellos que sustraen santidad al niño con su manera de actuar escandalosa! ¡Ay de aquellos que con sus licencias infunden malicia en los niños! ¡Ay de aquellos que con sus palabras e ironías lesionan la fe en mí de los niños! Sería mejor que a todos éstos se les atara al cuello una piedra de molino y se los arrojara al mar para que se ahogaran junto con su escándalo. ¡Ay del mundo por los escándalos que da a los inocentes! Porque, si es inevitable que sucedan escándalos, ¡ay del hombre que los provoca!

Nadie tiene derecho de hacer violencia a su cuerpo ni a su vida, porque vida y cuerpo nos vienen de Dios y solamente Él tiene derecho a tomar o partes o el todo. Pero Yo os digo que si vuestra mano os escandaliza es mejor que la cortéis, que si vuestro pie os lleva a dar escándalo conviene que lo cortéis. Es mejor para vosotros entrar mancos o cojos en la Vida, que ser arrojados al fuego eterno con las dos manos y los dos pies. Y si no es suficiente tener un pie cortado o una mano, haced que os corten también la otra mano o el otro pie, para no escandalizar más y para tener tiempo de arrepentiros antes de ser arrojados adonde el fuego no se extingue y roe eternamente como un gusano. Y, si es vuestro ojo el que os es motivo de escándalo, sacáoslo: es mejor no tener un ojo que estar en el infierno con los dos: con un ojo sólo, o incluso sin ojos, llegados al Cielo veríais la Luz, mientras que con los dos ojos escandalosos sólo tinieblas y horror veríais en el infierno. Recordad todo esto.

No despreciéis a los pequeños, no los escandalicéis, no os burléis de ellos. Son más que vosotros, porque sus ángeles ven siempre a Dios, que les dice las verdades que han de revelar a los niños y a los que tienen el corazón de niño.

Y vosotros, como niños, amaos unos a otros. Sin disputas, sin orgullos. Estad en paz unos con otros. Tened espíritu de paz con todos. Sois hermanos, en el nombre del Señor; no enemigos. No hay, no debe haber enemigos para los discípulos de Jesús. El único Enemigo es Satanás. De ése sed enemigos acérrimos. Descended a combatir contra él y contra los pecados que llevan a Satanás a los corazones.

Sed incansables en combatir el Mal, cualquiera que fuere la forma que asuma. Y pacientes. No hay limitación al actuar del apóstol, porque no hay limitación al actuar del Mal. El demonio no dice nunca: "Basta. Ahora estoy cansado, así que voy a descansar". Es el incansable. Pasa de un hombre a otro, ágil como el pensamiento y más aún; tienta y atrapa y seduce y atormenta y no da tregua. Asalta traidoramente y derriba, si uno no está más que vigilante. A veces se instala como conquistador por debilidad de la víctima; otras veces entra como amigo, porque el modo de vivir de la víctima buscada es ya tal

que constituye alianza con el Enemigo. Hay veces que, habiendo sido arrojado de uno, da vueltas para caer sobre el mejor, para vengarse de la afrenta recibida de Dios o de un siervo de Dios. Pues bien, vosotros debéis decir lo mismo: "No descanso". Él no descansa para poblar el infierno, vosotros no debéis descansar para poblar el Paraíso. No le deis tregua. Os predigo que cuanto más combatáis contra él más os hará sufrir. *Pero no debéis tener en cuenta esto*. Puede recorrer, agresivo, la tierra, pero en el Cielo no entra. Por tanto, allí no os molestará más. Y allí estarán todos aquellos que hayan combatido contra él...

Jesús interrumpe bruscamente y dice:

-Pero bueno, ¿por qué estáis siempre molestando a Juan? ¿Qué quieren de ti?

Juan se pone rojo como el fuego. Bartolomé, Tomás y Judas Iscariote, viéndose descubiertos, agachan la cabeza.

-¿Entonces? - pregunta imperativamente Jesús.

-Maestro, mis compañeros quieren que te diga una cosa.

-Pues dila.

-Hoy, mientras estabas en casa de ese enfermo y nosotros estábamos por el pueblo como habías dicho, hemos visto a un hombre, que no es discípulo tuyo y que nunca hemos visto entre los que escuchan tu doctrina, que arrojaba demonios en tu nombre de un grupo de peregrinos que iban a Jerusalén. Y lo conseguía. Ha curado a uno que tenía un temblor que le impedía cualquier tipo de trabajo; y ha devuelto el habla a una niña que había sido agredida en el bosque por un demonio con apariencia de perro que le había trabado la lengua. Decía: "Vete, demonio maldito, en nombre del Señor Jesús, el Cristo, Rey de la estirpe de David, Rey de Israel. Él es el Salvador y Vencedor. ¡Huye ante su Nombre!", y el demonio huía realmente. Nosotros nos hemos resentido. Y se lo hemos prohibido. Nos ha dicho: "¿Qué hago de malo? Honro al Cristo liberándole el camino de los demonios que no son dignos de verlo". Le hemos respondido: "No eres exorcista según Israel ni discípulo según Cristo. No te es lícito hacerlo". Ha dicho: "Hacer el bien es siempre lícito", y se ha rebelado contra nuestra orden diciendo: "Y seguiré haciendo lo que hago". Bien, querían que te dijera esto, especialmente ahora que has dicho que en el Cielo estarán todos aquellos que hayan combatido contra Satanás.

-Bien. Ese hombre será uno de ellos. Lo es. Tenía razón. Los equivocados habéis sido vosotros. Los caminos del Señor son infinitos. No se puede afirmar que sólo los que tomen el camino directo llegarán al Cielo. En cualquier lugar, siempre, de mil modos distintos, habrá criaturas que vendrán a mí quizás por un camino inicialmente malo. Dios verá su recta intención y los atraerá hacia el camino bueno. Y, de la misma forma, habrá algunos que por concupiscente y ternaria embriaguez saldrán del camino bueno y tomarán un camino más largo, o incluso desviado. Por tanto, no debéis jamás juzgar a vuestros semejantes. Sólo Dios ve. Cuidad de no salir vosotros del camino bueno, en el que, más que vuestra voluntad, la voluntad de Dios os ha puesto. Y, cuando veáis a uno que cree en mi Nombre y por él actúa, no lo llaméis extranjero ni enemigo ni sacrílego. Es en todo caso un súbdito mío, amigo y fiel, porque cree en mi Nombre, espontáneamente y mejor que muchos de vosotros. Por eso mi Nombre, en sus labios, obra prodigios como los vuestros y quizás mayores. Dios lo ama porque me ama, y terminará de llevarlo al Cielo. Ninguno que haga prodigios en mi Nombre puede ser enemigo mío ni hablar mal de mí; antes al contrario, con su actuación da honor a Cristo y testimonio de fe. En verdad os digo que creer en mi Nombre es Salvación. Así que os digo: si lo encontráis otra vez, no se lo volváis a prohibir. Antes al contrario, llamadle "hermano", porque lo es, aunque esté todavía fuera del recinto de mi Redil. Quien no está contra mí está conmigo. Quien no está contra vosotros está con vosotros.

-¿Hemos pecado, Señor? - pregunta, afligido, Juan.

-No. Habéis actuado por ignorancia, pero sin malicia. Por tanto, no hay pecado. Pero en lo sucesivo sería pecado, porque ahora ya sabéis. Y ahora vamos a nuestras casas. La paz sea con vosotros.

Dice luego Jesús(a los que leen este Evangelio):

-Lo que he dicho a mi pequeño discípulo os lo digo también a vosotros. El Reino es de los corderos fieles que me aman y me siguen sin perderse en lisonjas. Me aman hasta el final. Y os digo también a vosotros lo que dije a mis discípulos adultos: "Aprended de los pequeños".

Lo que hace conquistar el Reino de los Cielos no es el hecho de ser doctos, ricos, audaces. No es serlo humanamente, sino con la ciencia del amor, que hace a uno docto, rico, audaz, sobrenaturalmente: ¡Cómo ilumina el amor para comprender la Verdad!, ¡cuán rico lo hace a uno para adquirirla, cuán audaz para conquistarla!, ¡qué confianza inspira, qué seguridad!

Haced lo que el pequeño Benjamín, mi pequeña flor que perfumó mi corazón en aquel atardecer y cubrió el olor de la humanidad que fermentaba en los discípulos; que le cantó una música angélica y cubrió el rumor de las disputas humanas.

¿Quieres saber lo que fue de Benjamín después? Siguió siendo el pequeño cordero de Cristo, y, una vez perdido su gran Pastor, porque había vuelto al Cielo, se hizo discípulo del que más se me parecía, y de la mano de éste recibió el bautismo y el nombre de Esteban, el primer mártir mío. Fue fiel hasta la muerte, y con él sus parientes, que fueron atraídos a la Fe por el ejemplo de su pequeño apóstol de familia.

¿No es conocido? Son muchos los desconocidos de los hombres que son conocidos por mí en mi Reino. Y esto los hace felices. La fama del mundo no añade ni un destello a la aureola de los bienaventurados.

Pequeño Juan (a María Valtorta), camina siempre con tu mano en la mía. Irás segura, y, cuando llegues al Reino, no te diré "entra", sino "ven", y te tomaré en mis brazos para colocarte en el lugar preparado por mi Amor y merecido por el tuyo.

Ve en paz. Te bendigo.

Veo un lugar que ciertamente no es llanura - no es tampoco montaña: hay unos montes a oriente, pero bastante lejanos; luego hay un pequeño valle y otras elevaciones más bajas y planas: planicies elevadas, herbosas -. Parecen los primeros relieves de un sistema de colinas. El terreno es más bien adusto y carente de árboles. Puede verse algo de hierba, corta y rala, diseminada por el terreno pedregoso. Acá o allá algún que otro matojo muy bajo de plantas espinosas. Hacia occidente el horizonte se abre amplio y luminoso. No veo nada más, en cuanto a paisaje. Es todavía de día, pero yo diría que declina la tarde, porque el poniente está rojo, por el ocaso, mientras que los montes de oriente están ya violáceos con la luz que se hace crepuscular: un comienzo de crepúsculo, que hace más negras las hendeduras profundas y pone apenas violeta las partes más elevadas.

Jesús está erguido encima de una voluminosa piedra. Habla a mucha, a muchísima gente que está esparcida por el páramo. Los discípulos lo circundan. El, sobrepujando en altura, porque su pedestal lo eleva, domina la muchedumbre de todas las edades y condiciones que está en torno a Él.

Debe haber realizado milagros, pues oigo que dice:

-No a mí, sino al que me ha enviado, debéis ofrecer alabanza y gratitud. Y la alabanza no es la que sale, como el sonido del viento, de labios distraídos; es la que sale del corazón y es el sentimiento verdadero de vuestro corazón. Ésta es la alabanza que le es grata a Dios. Los curados amen al Señor con un amor de fidelidad; y así también los parientes de los curados. No hagáis mal uso del don de la salud recuperada. Tened más miedo de las enfermedades del corazón que de las del cuerpo. Y no queráis pecar. Porque todo pecado es una enfermedad. Y las hay que pueden acarrear la muerte. Así pues, vosotros que ahora exultáis, no destruyáis la bendición de Dios con el pecado. Cesaría vuestro júbilo, porque las malas acciones quitan la paz, y donde no hay paz no hay júbilo. Antes al contrario, sed santos. Sed perfectos como el Padre vuestro quiere. Lo quiere porque os ama, y a los que ama quiere darles un Reino. Mas en su Reino santo sólo entran aquellos a quienes la fidelidad a la Ley hace perfectos. La paz de Dios sea con vosotros.

Y Jesús calla. Recoge sobre el pecho los brazos y con los brazos así, observa a la muchedumbre que tiene alrededor. Luego mira en torno a sí. Alza los ojos al cielo sereno, que se está oscureciendo al menguar la luz. Piensa. Baja de su roca. Habla a los discípulos. -Siento compasión de esta gente. Me siguen desde hace tres días. No tienen ya provisiones. Estamos lejos de todos los lugares habitados. Temo que los más débiles sufran demasiado si los despido sin alimentarlos.

-¿Y cómo quieres resolverlo, Maestro? Tú mismo dices que estamos lejos de todo centro habitado. ¿Dónde encontrar pan en este lugar desierto? ¿Y quién nos daría tanto dinero como para comprarlo para todos?

-¿No tenéis nada vosotros ahí?

-Tenemos unos pocos peces y algún pedazo de pan. Las sobras de nuestra comida. No es suficiente para nadie. Si se lo das a los más cercanos se produce una revolución. Nos privas a nosotros y no haces un bien a nadie.

Es Pedro el que habla.

-Traedme todo lo que tenéis.

Traen, dentro de una cesta pequeña, siete pedazos de pan. No son ni siquiera panes enteros. Parecen gruesas rebanadas cortadas de hogazas grandes. Los pececillos... un puñado de pobres animalitos chamuscados por la llama.

-Encargaos de que esta muchedumbre se siente en corros de cincuenta y que estén quietos y callados si quieren comer.

Los discípulos, parte subiendo encima de piedras, parte circulando entre la gente, se afanan, solícitos, para poner el orden que ha pedido Jesús. Con empeño, lo consiguen. Algún niño lloriquea porque tiene hambre y sueño, algún otro gimotea porque, para hacerle obedecer, su mamá, o algún otro pariente, le ha administrado un bofetón.

Jesús toma los panes, no todos, naturalmente: dos, uno en cada mano, y los ofrece; luego los deposita en la cesta y los bendice. Toma los pececillos (son tan pocos, que caben casi todos en la concavidad de sus largas manos), los ofrece también, los deposita y también los bendice.

-Y ahora tomad, circular por entre la muchedumbre y dad a cada uno *con abundancia*.

Los discípulos obedecen.

Jesús, de pie, erguido, blanca figura que sobresale en medio de este pueblo de personas sentadas en vastos círculos que cubren toda la planicie, observa y sonríe.

Los discípulos se alejan cada vez más, y dan sin cesar, y la cesta siempre está llena de comida. La gente come mientras llega la noche, y hay un gran silencio y una gran paz.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-He aquí otra cosa que molestará a los doctores difíciles: cómo aplico esta visión evangélica. No te propongo meditar en mi poder y bondad, ni en la fe y obediencia de los discípulos. Nada de esto. Quiero que veas la analogía del episodio con la obra del Espíritu Santo.

Mira: Yo ofrezco mi palabra, todo aquello que podéis comprender y, por tanto, asimilar como alimento del alma. Pero la fatiga y el tedio os han vuelto tan tardos, que no podéis asimilar todo el alimento que hay en mi palabra. Os haría falta mucha, mucha, mucha. Pero no sabéis recibir mucha. ¡Estáis tan pobres de fuerzas espirituales! Os pesa sin daros ni sangre ni fuerza. He aquí que entonces el Espíritu obra el milagro para vosotros. El milagro espiritual de la multiplicación de la Palabra. Os *ilumina* - y por tanto, la multiplica - *todos sus más recónditos significados*, de forma que vosotros, sin cargaros con un peso que os aplastaría sin fortaleceros, os nutríis de ella, de forma que ya no caéis, quebrantados, en el desierto de la vida.

¡Siete panes y pocos peces!

Prediqué durante tres años, y, como dice mi amado Juan, "si se escribieran todas las palabras que dije y los milagros que llevé a cabo para daros un alimento abundante, capaz de llevaros sin debilidades hasta el Reino, no bastaría la Tierra para contener los volúmenes". Pero, aunque se hubiera hecho esto, no habríais podido leer una mole tan grande de libros. ¡No leéis ni siquiera, como deberíais lo poco que de mí se ha escrito!... Lo único que deberíais conocer, como conocéis las palabras más necesarias desde la más tierna edad.

Y entonces el Amor viene y multiplica. También Él, Uno conmigo y con el Padre, siente "compasión de vosotros que morís de hambre" y, con un milagro que se repite desde siglos, dobla, decuplica, centuplica los significados, las luces, el alimento de todas mis palabras. Y así tenéis un tesoro sin fondo de celeste alimento que la Caridad os ofrece. Extraed de él sin miedo. Cuanto más extraiga vuestro amor de ese tesoro, éste, fruto del Amor, ampliará más su afluencia.

Dios no conoce límites en sus riquezas ni en sus posibilidades. Vosotros sois relativos, Él no. Es infinito. En todas sus obras. También en ésta, o sea, en poderos dar en cada momento, en cada cosa que sucede, aquellas luces que necesitáis *en ese determinado instante*. Y, de la misma forma que el día de Pentecostés, el Espíritu derramado sobre los apóstoles hizo la palabra de éstos comprensible pan: Partos, Medas, Escitas, Capadocios, Pónticos y Frigios, y, como lengua natal, para Egipcios y Romanos, Griegos y Libios; de la misma forma, os consolará si lloráis, os dará consejo si pedís, compartirá vuestra alegría si estáis alegres, con la misma Palabra.

Porque, verdaderamente, si el Espíritu os manifiesta: "Ve en paz,, *no quieras pecar*", esta frase significa premio para quien no ha pecado, ánimo para el que todavía es débil pero no quiere pecar, perdón para el culpable que se arrepiente, reprensión no sin misericordia para aquel que no tiene más que un barrunto de arrepentimiento. Y es *sólo una* frase, y de las más sencillas. ¡Y cuántas hay en mi Evangelio! Cuántas que, como capullos de flor que después de un aguacero y un sol abrilero se abren para poblar la rama en que había uno sólo florecido, y la cubren por entero, para gozo de quien los mira, se abren en nosotros con su espiritual perfume para atraernos hacia el Cielo. Descansa, ahora. La paz del Amor esté contigo.

354

Jesús habla sobre el Pan del Cielo en la sinagoga de Cafarnaúm.

La playa de Cafarnaúm bulle de gente que desembarca de una verdadera flotilla de barcas de todas las dimensiones. Y los primeros que echan pie a tierra se ponen a buscar entre la gente para ver si ven al Maestro, a un apóstol o, al menos, a un discípulo. Y van preguntando...

Un hombre, por fin, responde:

-¿Maestro? ¿Apóstoles? No. Se han marchado después del sábado, enseguida, y no han vuelto. Pero volverán porque hay algunos discípulos. Acabo de hablar con uno de ellos. Debe ser un discípulo importante. ¡Habla como Jairo! Ha ido hacia aquella casa que está entre los campos, costeano el mar.

El hombre que ha preguntado hace extender la voz, y todos se ponen en rápido movimiento hacia el lugar indicado. Pero, recorridos unos doscientos metros por la orilla, encuentran a todo un grupo de discípulos que vienen hacia Cafarnaúm gesticulando animadamente. Los saludan y preguntan:

-¿El Maestro dónde está?

Los discípulos responden:

-Durante la noche, después del milagro, se ha marchado con los suyos con las barcas atravesando el mar. Hemos visto las velas bajo el claror de la Luna, en dirección a Dalmanuta.

-¡Ah! ¡Claro! ¡Lo hemos buscado en Magdala, en casa de María, y no estaba! ¡De todas formas... nos lo podían haber dicho los pescadores de Magdala!

-No lo sabrían. Quizás había subido a los montes de Arbela a orar. Ya fue allí una vez el año pasado antes de la Pascua. Lo encontré en esa ocasión por suma gracia del Señor a su pobre siervo - dice Esteban.

-¿Pero no va a volver aquí?

-Ciertamente volverá. Nos debe despedir y darnos las indicaciones. Pero, ¿qué queréis?

-Seguirle oyendo. Seguirlo. Hacernos suyos.

-Ahora va a Jerusalén. Lo encontraréis allí. Allí, en la Casa de Dios, el Señor os hablará. Si os conviene ir tras Él. Porque debéis saber que, si bien Él no rechaza a nadie, nosotros tenemos dentro aspectos que rechazan la Luz. De forma que quien tenga tantos aspectos de éstos que no sólo esté ya saturado -lo cual no sería un gran mal, porque Él es la Luz y cuando nos hacemos lealmente suyos con voluntad decidida, su Luz penetra en nosotros venciendo a las tinieblas -, sino que esté incluso unido a ellos como a la carne de nuestro cuerpo, y los estime como a la carne de su cuerpo, entonces éste conviene que se abstenga de venir, a menos que no se destruya para rehacerse nuevo. Meditad, pues, sobre si tenéis en vosotros la fuerza de asumir un nuevo espíritu, un nuevo modo de pensar, un nuevo modo de querer. Y luego, si lo juzgáis conveniente, venid. Quiera el Altísimo, que guió a Israel en su "paso", guiaros a vosotros en este "pésac" a seguir la estela del Cordero, allende los desiertos, hacia la Tierra eterna, hacia el Reino de Dios - dice Esteban, hablando por todos sus compañeros.

-¡No, no! ¡Inmediatamente! ¡Inmediatamente! Nadie hace las cosas que Él hace. Queremos seguirle - dice, agitada, la muchedumbre.

Esteban expresa con una sonrisa muchas cosas. Abre los brazos y dice:

-¿Porque os haya dado pan bueno y abundante queréis venir? ¿Creéis que os va a dar siempre sólo esto? A los que le siguen les promete aquello que constituye su acervo: dolor, persecución, martirio: no rosas sino espinas, no caricias sino bofetadas, no pan sino piedras están preparadas para los "cristos". Y diciendo esto no blasfemo, porque sus verdaderos fieles serán ungidos con el aceite santo hecho con su Gracia, generado con su sufrimiento; nosotros seremos "ungidos" para ser víctimas en el altar y reyes en el Cielo.

-¡Y! ¿Es que tienes celos? ¿No estás tú? Pues también queremos estar nosotros. El Maestro es de todos.

-Bien. Os lo decía porque os amo y quiero que sepáis lo que significa ser "discípulos", de forma que después no sea uno un desertor. Vamos entonces todos juntos a esperarlo a su casa. Se está empezando a poner el sol y comienza el sábado. Vendrá para pasarlo aquí antes de partir.

Y se dirigen, conversando, a la ciudad. Muchos hacen preguntas a Esteban y a Hermas (que ha llegado también); los israelitas ven a los dos con una luz especial por ser alumnos predilectos de Gamaliel.

Muchos preguntan:

-¿Pero qué dice Gamaliel de Él?», otros: « ¿Os ha dicho él que vinierais?», y otros: « ¿No le ha dolido perderos?», o: « ¿Y el Maestro qué dice del gran rabí?».

Los dos, pacientemente, responden:

-Gamaliel habla de Jesús de Nazaret como del hombre más grande de Israel.

-¿Más grande que Moisés? - dicen casi escandalizados.

-Dice que Moisés es uno de los muchos precursores del Cristo, pero que no es sino el siervo suyo.

-¿Entonces para Gamaliel es el Cristo? ¿Es esto lo que dice? Si dice eso el rabí Gamaliel, la cosa está clara: ¡es el Cristo!

-No dice eso. Todavía no es capaz de creerlo, por desgracia para él. Pero dice que el Cristo está ya en la Tierra porque habló con Él hace muchos años; él y el sabio Hil.lél. Espera una señal que aquel Cristo le prometió para reconocerlo - dice Hermas.

-¡Pero por qué creyó que aquél era el Cristo? ¿Qué hacía? Yo tengo tantos años como Gamaliel y no he oído nunca que en nuestra tierra alguien hiciera las cosas que el Maestro hace. Si no se convence con estos milagros, ¿qué vio de milagroso en aquel Cristo para poder creer en El?

-Vio que estaba unido con la Sabiduría de Dios. Así dice - responde otra vez Hermas.

-¿Y entonces qué es éste para Gamaliel?

-El mayor de entre los hombres, maestro y precursor de Israel. Si pudiera decir: "Es el Cristo", quedaría salvada el alma sabia y justa de mi primer maestro - dice Esteban, y termina: «Y pido porque se cumpla esto cueste lo que cueste».

-Y si no cree que es el Cristo, ¿por qué os ha dicho que vinierais?

-Nosotros queríamos venir. Nos ha dejado venir, diciendo que estaba bien venir.

-Quizás para sacar informaciones y referírselas al Sanedrín... - insinúa uno.

-¿Qué dices? Gamaliel es una persona honesta. No espía al servicio de nadie, ¡y menos al servicio de los enemigos de un inocente! - reacciona inmediatamente Esteban (y tanto es su desdén, casi radiante santamente indignado, que parece un arcángel).

-De todas formas, le habrá dolido perderos - dice otro.

-Sí y no: como hombre que nos quería, sí; como espíritu muy recto, no. Porque dijo: "El es más que yo y más joven; por tanto podré cerrar los ojos en paz respecto a vuestro futuro, sabiendo que sois del `Maestro de los maestros`».

-¿Y Jesús de Nazaret qué dice del gran rabí?

-¡Sólo tiene para él palabras selectas!

-¿No le tiene envidia?

-Dios no envidia - dice Hermas en tono severo - No hagas suposiciones sacrílegas.

-¿Pero para vosotros entonces es Dios? ¿Estáis seguros?

Y los dos, a una sola voz:

-Como de que estamos vivos en este momento.

Y Esteban termina:

-Y os exhorto a que queráis creerlo también vosotros para obtener la verdadera Vida.

Están otra vez en la playa, que se ha transformado en plaza; la atraviesan para ir a la casa. En la puerta está Jesús acariciando a unos niños.

Discípulos y curiosos se aglomeran y preguntan:

-Maestro, ¿cuándo has venido?

-Hace unos momentos.

El rostro de Jesús presenta todavía esa majestuosidad solemne un poco extática de cuando ha orado mucho.

-¿Has estado en oración, Maestro? - pregunta Esteban en voz baja por reverencia (y, por el mismo motivo, tiene inclinado su cuerpo)

-Sí. ¿Qué te lo hace pensar, hijo mío? - pregunta Jesús mientras le pone, con una dulce caricia, la mano sobre su pelo oscuro.

-Tu rostro de ángel. Yo soy un pobre hombre, pero tu aspecto es tan límpido que en él se leen los latidos y acciones de tu espíritu.

-También el tuyo es límpido. Tú eres uno de esos que permanecen niños...

-¿Qué hay en mi rostro, Señor?

-Ven aparte y te lo digo - y lo toma de la muñeca y lo lleva a un pasillo oscuro. -Caridad, fe, pureza, generosidad, sabiduría. Te las ha dado Dios. Tú las has cultivado y las cultivarás más todavía. En fin, de acuerdo con tu nombre, tienes la corona: de oro puro con una gran gema que brilla en la frente. En el oro y en la gema hay dos palabras grabadas: "Predestinación" y "Primicia". Sé digno de tu destino, Esteban. Ve en paz con mi bendición. Y le pone nuevamente la mano en el pelo mientras Esteban se arrodilla para luego inclinarse y besar los pies de Jesús.

Vuelven adonde los demás.

-Esta gente ha venido para escucharte... - dice Felipe.

-Aquí no se puede hablar. Vamos a la sinagoga. Jairo se pondrá contento.

Jesús delante, detrás el cortejo de los demás, se encaminan hacia la bonita sinagoga de Cafarnaúm. Jesús es saludado por Jairo y luego entra. Ordena que todas las puertas queden abiertas para que los que no logren entrar puedan oírle desde la calle y la plaza, que están a los lados de la sinagoga.

Jesús va a su sitio, en esta sinagoga amiga en que hoy, por buena ventura, no están los fariseos (quizás se han puesto ya en marcha pomposamente hacia Jerusalén). Empieza a hablar.

-En verdad os digo: me buscáis no por escucharme y por los milagros que habéis visto, sino por el abundante pan que os he dado, gratis, con que saciar vuestra hambre. Las tres cuartas partes de vosotros por esto me buscabais, y por curiosidad, viniendo de todas las partes de nuestra patria. Es, pues, una búsqueda sin espíritu sobrenatural. Domina el espíritu humano con sus curiosidades malsanas (o, al menos, de una imperfección infantil: no por ser curiosidad sencilla como la de los niños, sino deficiente cual la inteligencia de un obtuso mental). Y, con la curiosidad, quedan la sensualidad y el sentimiento viciado: la sensualidad, que se esconde, sutil como el demonio, de quien es hija, detrás de apariencias y en actos aparentemente buenos; el sentimiento viciado, que es simplemente una desviación morbosa del sentimiento y que, como todo aquello que es "enfermedad" necesita drogas, y tiende a ellas, drogas que no son el alimento sencillo (el buen pan, el agua buena, el aceite genuino, la leche pura) suficiente para vivir, y vivir bien. El sentimiento viciado quiere cosas extraordinarias para sentirse impresionado y sentir el estremecimiento placentero, el estremecimiento enfermo de los paralizados, que necesitan drogas para experimentar sensaciones con que creerse aún íntegros y vigorosos. La sensualidad que quiere satisfacer sin esfuerzo la gula (en este caso con el pan no sudado recibido por bondad de Dios).

Estos regalos de Dios no son lo habitual, sino lo extraordinario. No se pueden exigir. No se puede uno volver perezoso y decir: "Dios me los dará". Está escrito: "Comerás el pan mojado con el sudor de tu frente", o sea, el pan ganado con el trabajo. Porque si Aquel que es Misericordia dijo: "Siento compasión de las turbas, que me siguen desde hace tres días y no tienen ya nada que comer y podrían desfallecer por el camino antes de llegar a Ippo, en la orilla del lago, o a Gamala o a otras ciudades", y proveyó a esta necesidad, no quiere ello decir que deba ser seguido por esto. A mí se me ha de seguir por mucho más que por un poco de pan, destinado a estiércol después de la digestión; no por el alimento que llena el vientre, sino por el que nutre al alma. Porque no sois sólo animales que deben rozar y rumiar, u hozar en el plato y engordar. ¡Sois almas! ¡Esto es lo que sois! La carne es la vestidura, el ser es el alma. Es el alma la que perdura. La carne, como todo vestido, se aja y acaba, y no merece la pena ocuparse de ella cual si fuere una perfección a la que hubiera que prestar todos los cuidados.

Buscad, pues, lo que es oportuno procurarse, no lo que no lo es. Tratad de procuraros no el alimento perecedero, sino el que permanece para la vida eterna. El Hijo del hombre os dará siempre este alimento, cuando lo queráis. Porque el Hijo del hombre tiene a su disposición todo lo que viene de Dios, y puede darlo, El, que es el dueño, magnánimo dueño, de los tesoros del Padre Dios, que ha imprimido en El su sello para que los ojos honestos no sean confundidos. Y, si tenéis en vosotros el alimento imperecedero, siendo nutridos con el alimento de Dios, podréis hacer obras de Dios.

¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios? Observamos la Ley y los Profetas. Por tanto, ya nos nutrimos de Dios y hacemos obras de Dios.

Es verdad. Observáis la Ley; más exactamente: "conocéis" la Ley. Pero conocer no es practicar. Nosotros conocemos, por ejemplo, las leyes de Roma, y, no obstante, un fiel israelita no las practica sino en aquellas fórmulas impuestas por su condición de súbdito. Por lo demás, nosotros - hablo de los fieles israelitas - no practicamos las costumbres paganas de los romanos aunque las conozcamos. La Ley que todos vosotros conocéis, y los Profetas, debería, efectivamente, nutrirnos de Dios, y daros, por tanto, capacidad de realizar obras de Dios. Pero, para hacer esto, debería haberse hecho unidad en vosotros, como sucede con el aire que respiráis y el alimento que asimiláis, que se transforman en vida y sangre. Sin embargo, os son extraños, a pesar de estar en vuestra casa, como lo es un objeto de la casa, que conocéis y os es útil pero que si un día faltara no os quitaría la existencia. Mientras que... ¡privaos unos minutos de respirar, o, durante muchos días, de comer, a ver qué sucede! Veréis que no podéis vivir. Pues así debería sentirse vuestro yo en la desnutrición y asfixia de una Ley y unos Profetas conocidos pero no asimilados y hechos unidad con vosotros. Yo he venido a enseñar y dar esto: la savia, el aire de la Ley y los Profetas; para procurar de nuevo sangre y respiro a vuestras almas agonizantes por inanición y asfixia. Sois semejantes a niños incapacitados, por una enfermedad, para distinguir aquello que puede nutrirlos. Tenéis ante vosotros mucha abundancia de alimentos, pero no sabéis que deben ser ingeridos para transformarse en algo vital, o sea, que debemos hacerlos verdaderamente nuestros, con una fidelidad pura y generosa a la Ley del Señor, que habló a Moisés y a los Profetas por todos vosotros. Venir, pues, a mí para recibir aire y savia de Vida eterna es un deber. Pero este deber presupone en vosotros una fe. Porque si uno no tiene fe no puede creer en mis palabras, y si no cree no viene a decirme: "Dame el verdadero pan". Y si no tiene el verdadero pan no puede hacer obras de Dios, no teniendo la capacidad de realizarlas. Por tanto, para nutrirnos de Dios y realizar obras de Dios es necesario que realicéis la obra-base, que es ésta: creer en Aquel que Dios ha enviado.

-Bien, ¿pero qué milagros haces para que podamos creer en ti como en el Enviado de Dios, y para que podamos ver en ti el sello de Dios? ¿Qué haces Tú que ya - aunque de forma menor - no hayan hecho los Profetas? Moisés incluso te superó, porque durante cuarenta años, y no sólo alguna que otra vez, nutrió con maravilloso alimento a nuestros padres. Así está escrito: que nuestros padres, durante cuarenta años, comieron el maná en el desierto; y está escrito que, por eso, Moisés - él, que podía dárselo - les dio de comer pan bajado del cielo.

-Estáis en un error. No Moisés, sino el Señor, pudo hacer eso. En el Éxodo se lee: "Mira: haré llover pan del cielo. Que el pueblo salga y recoja la cantidad suficiente cada día; así probaré si el pueblo camina según mi ley. Y que el sexto día recoja el doble, por respeto al séptimo día, que es el sábado". Y los hebreos vieron que el desierto se cubría cada mañana de aquella "cosa menuda, como algo machacado en el mortero, semejante a la escarcha de la tierra, semejante a la semilla de cilantro, con agradable sabor a flor de harina mezclada con miel". Así pues, no fue Moisés, sino Dios, quien proporcionó el maná. Dios, que *todo lo puede. Todo*. Castigar y bendecir. Privar de algo y concederlo. Y os digo que de estas dos cosas prefiere siempre bendecir y conceder, antes que castigar o negar.

Dios, como dice la Sabiduría, por amor a Moisés - de quien el Eclesiástico dice que era "amado de Dios y de los hombres, de bendita memoria, hecho por Dios semejante en gloria a los santos, grande y terrible para los enemigos, capaz de suscitar prodigios y poner fin a ellos, glorioso delante de los reyes, ministro suyo ante su pueblo, conocedor de la gloria de Dios y de la voz del Altísimo, custodio de los preceptos y de la Ley de vida y ciencia" -, Dios, decía, por amor a Moisés, alimentó a su pueblo con el pan de los ángeles; le dio un pan que bajaba del cielo, ya bien hechito, sin necesidad de trabajo, y que contenía todas las delicias, todas las suavidades de sabor. Y - tened bien presente lo que dice la Sabiduría -, y, como venía del Cielo, de Dios, y revelaba su dulzura hacia sus hijos, para cada uno tenía el sabor que cada uno quería, y en cada uno producía los efectos deseados: era útil tanto al niño, con su estómago todavía imperfecto, como al adulto, con su apetito y digestión vigorosos; tanto a la niña delicada, como al anciano caduco. Y también, para testificar que no era obra de hombre, subvirtió las leyes de los elementos, de forma que resistió al fuego ese misterioso pan que cuando salía el sol se derretía como escarcha. O más exactamente: el fuego - sigue diciendo la Sabiduría - olvidó su propia naturaleza por respeto a la obra de Dios su Creador y a las necesidades de los justos de Dios; de forma que, mientras que lo que normalmente hace es inflamarse para consumir, aquí se hizo suave para hacer el bien a los que confiaban en el Señor.

Por eso entonces, transformándose todo, sirvió a la gracia del Señor que a todos sustentaba, según la voluntad de quien oraba al Eterno Padre, para que sus hijos amados aprendieran que no es la reproducción de los frutos lo que alimenta a los hombres, sino que es la palabra del Señor la que conserva a quien cree en Dios. Efectivamente, el fuego no consumió - como habría podido - el suave maná, a pesar de que la llama era alta y viva, mientras que bastaba para derretirlo el suave sol de la mañana; para que los hombres recordaran y aprendieran que deben buscar los dones de Dios desde el principio de la jornada y de la vida, y que, para recibirlos, es necesario adelantarse a la luz, y erguirse para alabar al Eterno desde el rayar del día.

Esto les enseñó el maná a los hebreos. Yo os lo recuerdo porque es un deber que permanece, y permanecerá, hasta el final de los siglos. Buscad al Señor y sus dones celestes, sin ser perezosos, hasta las postreras horas del día o de la vida. Levantaos para alabarlos antes incluso de que lo haga el naciente sol; alimentaos con su palabra, que conserva, preserva y conduce a la Vida verdadera.

No fue Moisés el que os dio el pan del Cielo; en verdad, fue el Padre Dios el que lo dio; y ahora, verdad de las verdades, es mi Padre el que os da el *verdadero* Pan, el Pan nuevo, el Pan eterno que baja del Cielo, el Pan de misericordia, de Vida, el Pan que da al mundo la Vida, que calma toda hambre y elimina toda flaqueza, el Pan que da, a quien lo toma, la Vida eterna y la eterna alegría.

-Danos, Señor, ese pan, y ya no moriremos.

-Vosotros moriréis como muere todo hombre. Pero, si os alimentáis *santamente* con este Pan, resucitaréis para Vida eterna, porque hace incorruptible a quien lo come. Respecto a dároslo, será dado a quienes se lo piden a mi Padre con puro corazón, recta intención y santa caridad. Por eso he enseñado a decir: "Danos el pan cotidiano". Pero los que se nutran indignamente con este Pan vendrán a ser un hervidero de gusanos infernales, como los gomor de maná conservados en contra de la orden recibida. Ese Pan de salvación y vida se transformará para ellos en muerte y condena. Porque el sacrilegio más grande lo cometerán aquellos que pongan ese Pan en una mesa espiritual corrompida y fétida, o lo profanen mezclándolo con la sentina de sus incurables pasiones. ¡Más les valdría no haberlo tomado nunca!

-¿Pero dónde está este Pan? ¿Cómo se halla? ¿Qué nombre tiene?

-Yo soy el Pan de Vida. En mí se halla. Su nombre es Jesús. Quien viene a mí no tendrá ya hambre, y quien cree en mí no tendrá ya sed, porque los ríos celestes verterán sobre él sus aguas y extinguirán toda sed material. Ya os lo he dicho. Ya me habéis conocido. Y, a pesar de todo, no creéis. No podéis creer que todo está en mí. Y, sin embargo, es así. En mí están todos los tesoros de Dios. Todas las cosas de la tierra me han sido dadas. De forma que en mí se reúnen el glorioso Cielo y la tierra militante; e incluso está en mí la masa, la que purga y espera, de los muertos en gracia de Dios. Porque todo poder está en mí y a mí me es dado todo poder. Y os digo que todo lo que el Padre me da vendrá a mí, y no rechazaré a quien venga a mí, porque he bajado del Cielo no para hacer mi voluntad sino la de Aquel que me ha enviado. Y la voluntad del Padre mío, del Padre que me ha enviado, es ésta: que no pierda ni siquiera uno de los que me ha dado, sino que los resucite en el último día. Ahora bien, la voluntad del Padre que me ha enviado es que todo el que conoce al Hijo y cree en Él tenga la Vida eterna y Yo lo pueda resucitar en el Último Día, viéndolo nutrido de la fe en mí y signado con mi sello.

Se oye no poco rumor en la sinagoga y fuera de ella por las nuevas e intrépidas palabras del Maestro, el cual, tras un momento para recuperar el aliento, vuelve sus ojos centelleantes de arrobamiento hacia el lugar donde más se murmura (son exactamente los grupos en que hay judíos). Reanuda su discurso.

-¿Por qué murmuráis entre vosotros? Sí, Yo soy el Hijo de María de Nazaret, hija de Joaquín de la estirpe de David, virgen consagrada en el Templo, luego casada con José de Jacob, de la estirpe de David. Muchos de vosotros conocieron a los justos que dieron vida a José, carpintero regio, y a María, virgen heredera de la estirpe regia. Por ello murmuráis: "¿Cómo puede éste decir que ha bajado del Cielo?" y surge en vosotros la duda.

Os recuerdo a los Profetas, sus profecías sobre la Encarnación del Verbo. Os recuerdo también cómo - más para nosotros israelitas que para cualquier otro pueblo -, es dogmático que Aquel que no osamos nombrar no podía darse una Carne según las leyes de la humanidad, y de una humanidad, además, caída. El Purísimo, el Increado, si se ha humillado haciéndose Hombre por amor al hombre, no podía sino elegir un seno de Virgen más pura que las azucenas para revestir de Carne su Divinidad.

El pan bajado del Cielo en tiempos de Moisés fue depositado en el arca de oro cubierta por el propiciatorio, custodiada por los querubines, tras los velos del Tabernáculo. Y con el pan estaba la Palabra de Dios. Así debía ser, porque debe prestarse sumo respeto a los dones de Dios y a las tablas de su santísima Palabra. Pues bien, ¿qué habrá preparado entonces Dios para su misma Palabra y para el Pan verdadero venido del Cielo? Un arca más inviolada y preciosa que el arca de oro, y cubierta con el

precioso propiciatorio de su pura voluntad de inmolación, custodiada por los querubines de Dios, velada tras el velo de un candor virginal, de una humildad perfecta, de una caridad sublime, de todas las más santas virtudes.

¿Entonces? ¿No comprendéis todavía que mi paternidad está en el Cielo y que, por tanto, de allí vengo? Sí, Yo he bajado del Cielo para cumplir el decreto de mi Padre, el decreto de salvación de los hombres, según cuanto prometió en el momento mismo de la condena y repitió a los Patriarcas y Profetas.

Pero esto es fe. Y la fe la da Dios a quien tiene una disposición de buena voluntad. Por tanto, nadie puede venir a mí si mi Padre no lo trae, viéndolo en las tinieblas pero rectamente deseoso de luz. Está escrito en los Profetas: "Serán todos adoctrinados por Dios". Está escrito. *Es Dios quien les enseña a dónde ir para ser instruidos en orden a Dios*. Todo aquel, pues, que ha oído, en el fondo de su espíritu recto, hablar a Dios ha aprendido del Padre a venir a mí.

-¿Y quién puede haber oído a Dios o haber visto su Rostro? - preguntan no pocos de los presentes, y empiezan a dar señales de irritación y de escándalo. Y terminan: «0 deliras o eres un iluso».

-Nadie ha visto a Dios excepto Aquel que viene de Dios. Éste ha visto al Padre. Éste soy Yo.

Y ahora escuchad el "credo" de la vida futura, sin el cual ninguno se puede salvar.

En verdad, en verdad os digo que quien cree en mí tiene la Vida eterna. En verdad, en verdad os digo que Yo soy el Pan de la Vida eterna.

Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. Porque el maná era un alimento santo pero temporal, y daba la vida en la medida necesitada para llegar a la tierra prometida por Dios a su pueblo. Mas el Maná que Yo soy no tendrá límites ni de tiempo ni de poder. No sólo es celeste, es divino; produce aquello que es divino: la incorruptibilidad, la inmortalidad de cuanto Dios ha creado a su imagen y semejanza. Este Maná no durará sólo cuarenta días, cuarenta meses, cuarenta años, cuarenta siglos. Durará mientras dure el tiempo, y será dado a todos aquellos que tengan hambre de él, hambre santa y grata al Señor, que exultará dándose sin medida a los hombres por quienes se ha encarnado, para que tengan la Vida que no muere.

Yo puedo darme, puedo transubstanciarme por amor a los hombres, para que el pan sea Carne y la Carne sea Pan, para saciar el hambre espiritual de los hombres, que sin este Alimento morirían de hambre y enfermedades espirituales. Pero el que coma de este Pan con justicia vivirá eternamente. El pan que Yo daré será mi Carne inmolada para la vida del mundo, será mi Amor distribuido en las casas de Dios para que a la mesa del Señor se acerquen todos los que aman o son infelices, y encuentren la satisfacción de su necesidad de unirse con Dios o de sentir aliviada su pena.

-¿Pero cómo puedes darnos de comer tu carne? ¿Por quién nos has tomado? ¿Por fieras sanguinarias?, ¿por salvajes?, ¿por homicidas? Nos repugna la sangre y el delito.

-En verdad, en verdad os digo que muchas veces el hombre es peor que una fiera, y que el pecado hace al hombre más que salvaje, que el orgullo provoca sed homicida y que no a todos los presentes les repugnaré ni la sangre ni el delito. Y también en el futuro el hombre será así, porque Satanás se pone ferino con la sensualidad y el orgullo. Por tanto, más necesidad que nunca tiene y tendrá el hombre de eliminar de sí los terribles gérmenes con la infusión del Santo. *En verdad, en verdad os digo que si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre no tendréis en vosotros la Vida*. Quien come dignamente mi Carne y bebe mi Sangre tiene la Vida eterna y Yo lo resucitaré en el último Día. Porque mi Carne es verdaderamente Comida y mi Sangre es verdaderamente Bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí y Yo en él. Como el Padre que vive me envió, y Yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí e irá a donde lo envíe, y hará lo que Yo deseo; vivirá austero como hombre, ardiente como serafín; será santo, porque para poder nutrirse de mi Carne y de mi Sangre se prohibirá a sí mismo los pecados y vivirá ascendiendo para acabar su ascensión a los pies del Eterno.

-¡Pero éste está desquiciado! ¿Quién puede vivir así? En nuestra religión sólo el sacerdote debe ser purificado para ofrecer la víctima. Aquí Él quiere hacer de cada uno de nosotros una víctima de su demencia. ¡Esta doctrina es demasiado penosa y este lenguaje es demasiado duro! ¿Quién puede escuchar esto y practicarlo? - murmuran los presentes, y muchos son de los ya reputados discípulos.

La gente desaloja el lugar haciendo comentarios. Y muy mermadas aparecen las filas de los discípulos cuando se quedan solos en la sinagoga el Maestro y los más fieles. No los cuento, pero digo que, a ojo de buen cubero, no sé si llegarán a cien. Es decir que la defección ha debido ser abundante incluso en las filas de los antiguos discípulos que ya estaban al servicio de Dios.

Entre los que quedan están los apóstoles, el sacerdote Juan y el escriba Juan, Esteban, Hermas, Timoneo, Hermasteo, Ágapo, José, Salomón, Abel de Belén de Galilea y Abel el que fue leproso de Corazín, con su amigo Samuel, Elías (el que dejó de enterrar a su padre por seguir a Jesús), Felipe de Arbela, Aser e Ismael de Nazaret, y otros que no conozco de nombre. Todos éstos hablan en voz baja entre sí, comentando la defección de los otros y las palabras de Jesús, que está pensativo, con los brazos cruzados y apoyado en un alto ambón.

-¿Y os escandalizáis de lo que he dicho? ¿Y si os dijera que veréis un día al Hijo del hombre subir al Cielo adonde estaba antes y sentarse al lado del Padre? ¿Qué habéis entendido, absorbido, creído hasta ahora? ¿Con qué habéis escuchado y asimilado? ¿Sólo con vuestra humanidad? *Es el espíritu lo que vivifica y tiene valor. La carne nada aprovecha. Mis palabras son espíritu y vida; hay que oírlas y comprenderlas con el espíritu para que den vida*. Pero muchos de vosotros tienen muerto el espíritu porque no tienen fe. Muchos de vosotros no creen con verdad. Inútilmente permanecen conmigo. No recibirán Vida, sino Muerte. Porque están, como he dicho al principio, o por curiosidad o por humano gusto, o, peor, con fines todavía más indignos. No los trae el Padre como premio a su buena voluntad, sino Satanás. En verdad, ninguno puede venir a mí si no le es concedido por mi Padre. Marchaos, sí, vosotros que permaneceréis a duras penas porque humanamente os avergonzáis de abandonarme pero sentís más vergüenza aún de estar al servicio de Uno que os parece "loco y duro". Marchaos. Mejor lejos que aquí para perjudicar.

Y muchos otros se separan del grupo de los discípulos (entre ellos el escriba Juan y Marcos, el geraseno endemoniado que había sido curado mandando los demonios a los cerdos). Los discípulos buenos se consultan y corren tras estos renegados tratando de pararlos.

En la sinagoga están ahora Jesús, el arquisinagogo y los apóstoles...

Jesús se vuelve a los doce - que, apesadumbrados, están en un rincón - y dice: -¿Queréis marcharos también vosotros?

Lo dice sin acritud, sin tristeza, pero sí con mucha seriedad.

Pedro, con ímpetu doloroso, le dice:

-Señor, ¿y a dónde quieres que vayamos? ¿Con quién? Tú eres nuestra vida y nuestro amor. Sólo Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos conocido que eres el Cristo, Hijo de Dios. Si quieres, recházanos. Pero nosotros, por nosotros, no te dejaremos, ni aunque... ni aunque dejaras de amarnos... - y Pedro llora quedo, con grandes lagrimones...

También Andrés, Juan, las dos hijas de Alfeo, lloran abiertamente. Los otros, pálidos o rojos por la emoción, no lloran, pero sufren visiblemente.

-¿Por qué habría de rechazaros? ¿No os he elegido Yo a vosotros doce?...

Jairo, prudentemente, se ha retirado para dejar a Jesús que conforte o reprenda a sus apóstoles. Jesús, notando su silencioso alejamiento, sentándose abatido, como si la revelación que hace le costase un esfuerzo superior a lo que puede hacer, cansado, disgustado, apenado, dice:

-Y, sin embargo, uno de vosotros es un demonio.

La frase cae lenta, terrible, en la sinagoga en que la única cosa alegre es la luz de las muchas lámparas... y ninguno se atreve a decir nada. Pero se miran unos a otros con pálido horror, angustiosamente inquisitivos; y cada uno, con un interrogante aún más angustioso e íntimo, se examina a sí mismo...

Pasa un tiempo en que ninguno se mueve. Jesús está ahí, solo, en su asiento, con las manos cruzadas encima de las rodillas y la cara baja. La alza, en fin, y dice:

-Venid. ¡No me he vuelto leproso! ¿O creéis que lo soy?...

Entonces Juan corre adelante, se enrosca a su cuello y dice:

-Contigo entonces en la lepra, mi único amor. Contigo en la condena, contigo en la muerte, si crees que te espera eso...

Pedro se arrastra hasta sus pies, los toma y los pone encima de sus hombros y dice entre singultos:

-¡Aquí, aprieta, pisa! Pero evita que piense que desconfías de tu Simón.

Los otros, viendo que Jesús acaricia a los dos primeros, se acercan y besan a Jesús en el vestido, en las manos, en el pelo... Sólo Judas Iscariote osa besarle en la cara.

Jesús se levanta de repente, y su reacción es tan improvisa que casi lo aparta bruscamente, y dice:

Vamos a casa. Mañana por la noche partiremos con las barcas hacia Ippo.

355

El nuevo discípulo Nicolái de Antioquía y el segundo anuncio de la Pasión.

Jesús está completamente solo en la terraza de la casa de Tomás de Cafarnaúm. El pueblo ocia por el sábado. Un pueblo ya muy reducido de habitantes, porque los más cuidadosos en cumplir las prácticas de fe se han puesto ya en marcha hacia Jerusalén; como también aquellos que van con las familias, y tienen niños que no pueden hacer marchas largas y obligan a los adultos a pararse y a hacer breves trayectos. Así que falta, en este día ya de por sí un poco nublado, la nota de oro de la infancia festiva.

Jesús está muy pensativo: sentado en un banco pequeño y bajo, en un rincón, junto al pretil, de espaldas a la escalera, casi escondido por el antepecho; tiene un codo apoyado en la rodilla, y la frente en la mano con gesto cansado, casi de sufrimiento.

Interrumpe su meditación la llegada de un niño que quiere saludarlo antes de salir para Jerusalén. « ¡Jesús! ¡Jesús!» llama, a cada peldaño que sube (no ve a Jesús, que está celado por el murete a la vista de quien está abajo). Y Jesús está tan concentrado que no oye la vocecita ligera ni el paso de palomita... de forma que, cuando el pequeño llega a la terraza, está todavía en esa postura de sufrimiento. El niño se atemoriza. Se para en el umbral de la terraza, se mete un dedito entre los labios y piensa... luego decide: lentamente se acerca... ya está casi junto a Jesús por detrás... se inclina para ver lo que hace... y dice:

-¡No, bonito! ¡No llores! ¿Por qué? ¿Por esos hombrachos feos de ayer? Lo hablaba mi padre con Jairo, que son indignos de ti. Pero no debes llorar. Yo te quiero. Y también te quiere mi hermanita y Santiago y Tobías, y Juana y María y Miqueas y todos, todos los niños de Cafarnaúm. No llores más... - y se echa a su cuello, muy cariñoso, para terminar: «Si no, voy a llorar también yo, y siempre... durante todo el viaje...

-No, David, ya no lloro. Tú me has consolado. ¡Has venido solo! ¿Cuándo partís?

-Después de que se ponga el sol. Con la barca hasta Tiberíades Ven con nosotros. Mi padre te quiere, ¿sabes?

-Lo sé, querido mío. Pero tengo que ir a ver a otros niños... Gracias por haber venido a saludarme. Te bendigo, pequeño David. Vamos a darnos el beso de adiós y luego vuelve con tu mamá. ¿Sabe que estás aquí?...

-No. Me he escabullido porque no te he visto con tus discípulos y he pensado que estabas llorando.

-Ya ves que ya no lloro. Ve, ve donde tu mamá, que quizás te está buscando temiendo mucho por ti. Adiós. Ten cuidado con los asnos de las caravanas. ¿Ves? En todas partes hay asnos parados.

-¿Pero ya de verdad que no lloras?

-No. Ya no estoy afligido. Tú me has consolado. Gracias, niño.

El niño baja la escalera saltando. Jesús lo observa. Menea la cabeza. Luego vuelve a su sitio, a la dolorosa meditación de antes. Pasa un rato. El sol, cuando se abren las nubes, se muestra descendiendo.

Un paso más pesado en la escalera. Jesús alza la cara. Ve a Jairo, que viene hacia Él. Lo saluda. Recibe de Jairo un saludo respetuoso.

-¿Cómo por aquí, Jairo?

-¡Señor! Quizás me he equivocado. Pero Tú que ves el corazón de los hombres verás que en mi error no había mala voluntad. Yo hoy no te he invitado a la sinagoga para que hablaras. Pero he sufrido mucho por ti, ayer, y te he visto sufrir tanto, que... no me he atrevido. He consultado a los tuyos y me han respondido: "Quiere estar solo"... Pero hace poco ha llegado Felipe, padre de David, diciéndome que su hijo te ha visto llorar. Ha dicho que le has dado las gracias por haber venido a ti. He venido yo también. Maestro, los que quedan todavía en Cafarnaúm están para reunirse en la sinagoga. Y mi sinagoga es tuya, Señor.

-Gracias, Jairo. Hoy hablarán otros en ella. Iré como simple fiel...

-No estarías obligado. Tu sinagoga es el mundo. ¿Entonces no vienes, Maestro?

-No, Jairo. Estoy aquí con mi espíritu ante el Padre, que me conoce y que no encuentra culpas en mí.

Un titileo de lágrimas aparece en los ojos tristes de Jesús.

-Yo tampoco encuentro culpas en ti... Adiós, Señor.

-Adiós, Jairo.

Y Jesús se sienta de nuevo. Sigue meditabundo.

Ligera como una paloma sube, vestida de blanco, la hija de Jairo. Mira... Llama delicadamente:

-¡Salvador mío!

Jesús vuelve la cabeza, la ve, le sonríe, le dice:

-Ven a mí.

-Sí, mi Señor. Pero quisiera llevarte a los demás. ¿Por qué debe estar hoy muda la sinagoga?

-Están tu padre y muchos otros para llenarla de palabras.

-Pero son palabras... La tuya es la Palabra. ¡Oh, mi Señor! Con tu palabra me restituiste para mi madre y mi padre, y estaba muerta. ¡Mira a los que se dirigen a la sinagoga! Muchos están más muertos que yo entonces. Ven a darles la Vida.

-Hija, tú la merecías; ellos... Ninguna palabra puede dar vida a uno que para sí elige la muerte.

-Sí, mi Señor. Pero ven de todas formas. Hay también personas que, oyéndote, viven cada vez más... Ven. Pon tu mano en la mía y vamos. Yo soy el testimonio de tu poder, y estoy pronta para testificarlo incluso ante tus enemigos, aunque me costara perder esta segunda vida, que la verdad es que ya no es mía. Tú me la has dado, Maestro bueno, por compasión hacia una madre y un padre. Pero yo...

La niña, una bonita niña, ya mujercita, de dulces ojos grandes que brillan en su rostro puro e inteligente, se detiene a causa de un acceso de llanto que la ahoga y gotea de las largas pestañas a las mejillas.

-¿Por qué lloras ahora? - pregunta Jesús poniéndole la mano en el pelo.

-Porque... me han dicho que Tú dices que vas a morir...

-Todos morimos, niña.

-¡Pero no como Tú dices! Yo... no querría ahora estar viva de nuevo, para no verlo, para no estar cuando... suceda este horror...

-Entonces no habrías estado tampoco para darme el consuelo que ahora me das. ¿No sabes que la palabra - una sola incluso - de una persona pura y de una persona que me ama me quita todas las penas?

-¿Sí? ¡Oh! ¡Entonces no tienes que tener ya penas, porque te quiero más que a mi padre, más que a mi madre y más que a mi vida!

-Así es.

-Entonces ven. No estés solo. Habla para mí, para Jairo, para mi madre, para el pequeño David, en fin, para los que te quieren. Somos muchos. Y seremos más todavía. Pero no estés solo. Viene melancolía - y, materna por instinto, como toda mujer honesta, termina así: «Conmigo cerca, ninguno te hará ningún mal. Y además yo te defenderé».

Jesús la complace y se levanta. La mano en la mano, atraviesan las calles y entran en la sinagoga por una puerta lateral.

Jairo, que está leyendo en voz alta un libro, suspende la lectura y, mediando un reverente saludo, dice:

-Maestro, te ruego que hables para los rectos de corazón. Prepáranos para la Pascua con tu santa palabra.

-¿Estás leyendo de los Reyes, no?

-Sí, Maestro. Quería que meditaran que quien se separa del Dios verdadero cae en idolatría de becerros de oro.

-Bien has hablado. ¿Ninguno tiene nada que decir?

Se crea rumor entre la gente. Quién quiere que hable Jesús, quién grita:

-¡Tenemos prisa! ¡Que se digan las oraciones y se concluya la reunión! Además, vamos a Jerusalén; allí oiremos a los rabíes.

Los que gritan así son los muchos desertores de ayer, retenidos en Cafarnaúm por el sábado.

Jesús los mira con suma tristeza y dice:

-Tenéis prisa. Es verdad. También Dios tiene prisa de juzgaros. Marchaos, marchaos. Luego, volviéndose hacia los que los reprenden, dice: «No los increpéis. Cada planta da su fruto».

-¡Señor! ¡Repite el gesto de Nehemías! ¡Habla contra ellos, Tú, Sacerdote supremo! - grita, indignado, Jairo; y le hacen coro los apóstoles, los discípulos fieles y los de Cafarnaúm.

Jesús extiende en cruz los brazos. Palidísimo (un rostro verdaderamente mortificado, y, no obstante, dulcísimo), grita:

-¡Acuérdate, propicio, de mí, oh mi Dios! ¡Y acuérdate también propiciamente de ellos! ¡Yo los perdono!

La sinagoga se vacía. Quedan los que son fieles a Jesús...

Hay un extranjero en un rincón. Un hombre robusto, no observado por ninguno, al que ninguno dirige la palabra; bueno, él tampoco habla con nadie. Sólo mira fijamente a Jesús; tanto que el Maestro vuelve su mirada en aquella dirección, lo ve y pregunta a Jairo que quién es.

-No sé. Sin duda uno de paso.

Jesús lo interpela:

-¿Quién eres?

-Nicolái, prosélito de Antioquía. Me dirijo a Jerusalén para la Pascua.

-¿A quién buscas?

-A ti, Señor Jesús de Nazaret. Deseo hablarte.

-Ven.

Y sale, ya con él al lado, al huerto de detrás de la sinagoga para escucharlo.

-Hablé en Antioquía con un discípulo tuyo de nombre Félix. He deseado ardientemente conocerte. Me dijo que Cafarnaúm es lugar en que te detienes, y que tienes a tu Madre en Nazaret; y también que vas al Getsemaní o a Betania. El Eterno ha hecho que te encuentre en el primer lugar. Estaba ayer... Estaba no lejos de ti, esta mañana, mientras llorabas orando cabe la fuente... Te amo, Señor. Porque eres santo y manso. Creo en ti. Tus acciones, tus palabras, me habían hecho ya tuyo. Pero tu misericordia de hace un rato para con los culpables me ha determinado. ¡Señor, acógeme en cambio de quien te abandona! Vengo a ti con todo lo que tengo: la vida, los bienes, todo.

Se ha arrodillado diciendo las últimas palabras.

Jesús lo mira fijamente... luego dice:

-Ven. Desde hoy serás del Maestro. Vamos adonde tus compañeros.

Vuelven a la sinagoga, donde hay una intensa conversación de los discípulos y los apóstoles con Jairo.

-Aquí tenéis a un nuevo discípulo. El Padre me consuela. Amadlo como a un hermano. Vamos con él a compartir el pan y la sal. Luego, ya de noche, saldréis con él hacia Jerusalén; nosotros iremos a Ippo con las barcas... Y no digáis mi camino a nadie, para que no me entretengan.

Entretanto el sábado ha terminado, y los que quieren evitar a Jesús se agolpan en la playa para contratar las barcas para Tiberíades. Y discuten con Zebedeo, que no quiere ceder su barca ya preparada para la partida nocturna de Jesús con los doce y cercana a la de Pedro.

-¡Voy a ayudarlo! - dice Pedro, que está irritado.

Jesús, para evitar choques demasiado fuertes, lo retiene y dice:

-Vamos todos, no tú solo.

Y así lo hacen... Y saborean la amargura de ver que los que huyen se van sin siquiera un saludo, cortando netamente toda discusión con tal de alejarse de Jesús... y oyen algún que otro epíteto despreciante y consejos mordaces a los discípulos fieles...

Jesús se vuelve para regresar a casa, una vez que la turba hostil se ha marchado, y dice al nuevo discípulo:

-¿Los has oído? Esto es lo que te espera siguiéndome.

-Lo sé. Por eso me quedo. Te había visto en un día glorioso, entre la muchedumbre que te aclamaba y te saludaba como rey. Me encogí de hombros diciendo: "¡Otro pobre iluso! ¡Otro azote para Israel!", y no te seguí porque parecías un rey. Ya me había olvidado de ti. Ahora te sigo porque en tus palabras y en tu bondad veo al Mesías prometido».

-Verdaderamente eres más justo que muchos otros. Y digo, una vez más, que se retire quien espere de mí un rey terreno; se retire quien siente que se va a avergonzar de mí ante el mundo acusador; se retire quien se vaya a escandalizar de verme tratado como un malhechor. Os digo esto mientras todavía podéis hacerlo sin veros comprometidos ante los ojos del mundo. Imitad a los que huyen en aquellas barcas, si no os sentís dispuestos a compartir mi destino en el oprobio para poder compartirlo después en la gloria. Porque va a suceder pronto esto: van a acusar al Hijo del hombre, lo van a entregar en manos de los hombres, los cuales lo van a matar como a un malhechor y creerán que lo han vencido. Pero habrán cometido su delito inútilmente, porque resucitaré a los tres días y triunfaré. ¡Dichosos aquellos que sepan estar conmigo hasta el final!

Ya han llegado a la casa. Jesús confía a los discípulos el nuevo llegado, y sube solo al lugar de antes; más exactamente, entra en la habitación de arriba, y se sienta a pensar.

Pasa un rato. Suben Judas Iscariote y Pedro.

-Maestro, Judas me ha hecho reflexionar en cosas convenientes.

-Dilas.

-Tomas contigo a este Nicolái, un prosélito cuyo pasado además ignoramos. Ya hemos tenido muchas complicaciones... y las tenemos todavía. ¿Y ahora? ¿Qué sabemos de él? ¿Podemos fiarnos? Judas, con razón, dice que podría ser un espía enviado por los enemigos.

-¡Que sí! ¡Un traidor! ¿Por qué no quiere decir de dónde viene ni quién lo envía? Le he hecho preguntas, pero sólo dice: "Soy Nicolái de Antioquía, prosélito". Yo tengo serias sospechas.

-Te recuerdo que viene porque me ve traicionado.

-¡Puede ser mentira! ¡Puede ser una traición!

-Quien por todas partes ve mentira o traición es alma capaz de esas cosas. Porque se mide con el propio modelo - dice serio Jesús.

-¡Señor, me ofendes! - grita Judas indignado.

-Pues déjame y vete con los que me abandonan.

Judas sale dando un portazo con malos modales.

-De todas formas, Señor, Judas no está equivocado en todo... Y además no quisiera que... ese hombre hablara de Juan. Sólo puede ser el hombre de Endor el Félix que te lo manda...

-Ciertamente es así. Pero Juan de Endor es prudente y ha tomado de nuevo su viejo nombre. Estáte tranquilo, Simón. Un hombre que se hace discípulo porque siente que mi causa humana está ya perdida, no puede ser sino una persona recta de espíritu. Muy distinto es el que ha salido ahora, que vino a mí porque esperaba ser príncipe de un rey poderoso... y no se convence de que Yo soy Rey sólo para el espíritu...

-¿Sospechas de él, Señor?

-De ninguno. Pero, en verdad te digo que adonde llegará Nicolái, discípulo y prosélito, Judas de Simón, apóstol, israelita y judío, no llegará.

-Señor, quisiera preguntar a Nicolái sobre... Juan.

-No lo hagas. Juan no le ha dado ningún encargo porque es prudente. No seas tú el imprudente.

-No, Señor. Sólo te lo preguntaba...

-Vamos a bajar para acelerar la cena. Partiremos con la noche plena... Simón... ¿me amas tú?

-Maestro, pero ¿qué dices?

-Simón, mi corazón está más oscuro que el lago en una noche de tormenta, y tan desazonado como él...

-¡Oh, Maestro mío!... ¿Qué te puedo decir, si yo estoy todavía más... oscuro y desazonado que Tú? Te digo: "Aquí tienes a tu Simón. Si mi corazón te puede confortar, tómallo". Es lo único que tengo. Pero es sincero.

Jesús pone unos momentos la cabeza en ese pecho amplio y fuerte; luego se pone de pie y baja con Pedro.

356

Hacia Gadara. Las herejías de Judas Iscariote y las renunciaciones de Juan, que quiere sólo amar.

Jesús está ya en Transjordania. Y, por lo que entiendo, la ciudad que se ve en lo alto de una colina toda verde es Gadara; es también la primera ciudad que tocan después de haber bajado de las barcas en la orilla suroriental del lago de Galilea, porque allí han puesto pie en tierra, sin bajar a Ippo, adonde habían llegado ya las barcas que llevaban a los contrarios de Jesús. Creo que han desembarcado, por tanto, justo enfrente de Tariquea, en la salida del Jordán del lago.

-¿Sabes el camino más corto para ir a Gadara, ¿no? ¿Te acuerdas de por dónde es? - pregunta Jesús.

-¡Hombre, claro! Cuando lleguemos a las caldas del Yarmok, sólo tendremos que seguir el camino - responde Pedro.

-¿Y dónde vas a encontrar los manantiales? - pregunta Tomás.

-¡Basta tener buen olfato para encontrarlos! ¡Huelen desde algunas millas antes de llegar! - exclama Pedro arrugando con disgusto la nariz.

-No sabía que sufrieras de dolores... - observa Judas Iscariote.

-¿Dolores yo? ¿Y cuándo!

-¡Es que conoces tan bien las caldas del Yarmok que debes haber estado allí!

-¡Nunca he tenido necesidad de baños para estar bien! Me han salido los venenos de los huesos con las sudaderas del trabajo honrado... y, además, habiendo trabajado más que gozado, han entrado pocos venenos, siempre pocos, en mí...

-Lo dices por mí, ¿no es verdad? ¡Ya! ¡Yo tengo la culpa de todo!... - dice inquieto Judas.

-¿Pero quién te ha picado? Tú preguntas, yo respondo; a ti como habría respondido al Maestro o a un compañero. Y creo que ninguno de ellos, ni siquiera Mateo, que... ha sido una persona de mundo, se lo habría tomado a mal.

-¡Pues yo me lo tomo a mal!

-No te creía tan delicado. Pero te pido perdón de esa supuesta insinuación. Por amor al Maestro, ¿sabes? Al Maestro, que tanta aflicción recibe de los extraños y no tiene necesidad de recibir más de nosotros. Míralo, en vez de correr tras tus sensibilidades, y verás que necesita paz y amor.

Jesús no habla. Se limita a mirar a Pedro y a sonreírle agradecido. Judas no responde al respecto de la justa observación de Pedro. Está cerrado e inquieto. Quiere aparecer amable, pero la rabia, el malhumor, la desilusión que tiene en su corazón, se manifiestan a través de la mirada, la voz, la expresión, y hasta a través de su paso arrogante, que choca fuertemente las suelas, como para desahogarse, golpeando con ira el suelo para desfogarse de todo lo que le hierve dentro.

Pero se esfuerza en parecer sereno y en ser amable; no lo consigue, pero lo intenta... Pregunta a Pedro:

-¿Y entonces cómo conoces estos lugares? Quizás es que has estado aquí con tu mujer...

-No. He pasado por aquí en Etanim, cuando vinimos a Aurán con el Maestro. Acompañé a su Madre y las discípulas hasta las tierras de Cusa; por eso, viniendo de Bosra, pasé por aquí - responde sincera y prudentemente Pedro.

-¿Estabas tú solo? - pregunta con ironía Judas.

-¿Por qué? ¿No crees que valgo solo por muchos, cuando hay que valer y hay que hacer un encargo de confianza y, además, se hace por amor?

-¡Cuánta soberbia! ¡Querría haberte visto!

-Habrías visto a un hombre serio acompañando a mujeres santas.

-¿Pero estabas realmente solo? - pregunta Judas con acto verdaderamente de inquisidor.

-Estaba con los hermanos del Señor.

-¡Ah! ¡Ya empiezan las admisiones!

-¡Y empiezan a ponérseme de punta los nervios! ¿Se puede saber qué te pasa?

-Es verdad. Es una vergüenza - dice Judas Tadeo.

-Y ya es hora de acabar con esto - añade Santiago de Zebedeo.

-No te es lícito injuriar a Simón - dice Bartolomé en tono de reproche.

-Porque deberías recordar que es el jefe de todos nosotros - termina el Zelote.

Jesús no habla.

-No injurio a nadie, y no me pasa nada en absoluto; lo único es que me gusta pincharle un poco...

-¡No es verdad! ¡Mientes! Haces preguntas astutas porque quieres llegar a precisar algo. El artero considera a todos arteros. Aquí no hay secretos. Estábamos todos. Todos hicimos lo mismo: lo que había ordenado el Maestro. Y no hay nada más. ¿Comprendes? - grita, verdaderamente airado, el otro Judas.

-Silencio. Parecéis mujeres riñendo. Todos estáis en error. Y me avergüenzo de vosotros - dice severo Jesús.

Se abate un profundo silencio, mientras van hacia la ciudad situada sobre la colina.

Rompe el silencio Tomás diciendo:

-¡Qué mal olor!

-Son las caldas. Aquél es el Yarmok y aquellas construcciones son las termas de los romanos. Detrás de las termas hay una calle bonita toda adoquinada que va a Gadara. Los romanos quieren viajar bien. ¡Gadara es muy bonita! - dice Pedro.

-Será todavía más bonita porque no nos encontraremos en ella a ciertos..., seres... A1 menos no abundantes - murmura Mateo entre dientes.

Cruzan el puente del río entre acres olores de aguas sulfurosas. Pasan muy cerca de las termas, entre los vehículos romanos; toman una bonita calle pavimentada con losas grandes, que conduce a la ciudad edificada en lo alto de la colina, hermosa dentro de sus murallas.

Juan se pone al lado del Maestro:

-¿Es verdad que donde están aquellas aguas, antiguamente, fue arrojado a las entrañas de la tierra un réprobo? Mi madre, cuando éramos pequeños, nos lo decía, para que comprendiéramos que no se debe pecar; si no, el infierno se abre bajo los pies de aquel a quien Dios maldice, y se lo traga. Y luego, como recuerdo y advertencia, quedan fisuras de las que sale olor, calor y aguas de infierno. Yo tendría miedo a bañarme en esas aguas...

-¿De qué, muchacho? No te corromperían. Es más fácil ser corrompidos por los hombres que llevan dentro el infierno y de él emanan hedor y venenos. Pero se corrompen solamente aquellos que, por sí mismos, tienen ya tendencia a corromperse.

-¿Me podrían corromper a mí?

-No. Aunque estuvieras en medio de una turba de demonios, no.

-¿Por qué? ¿Qué tiene de distinto de los demás? - pregunta inmediatamente Judas de Keriot.

-Tiene que es puro bajo todos los aspectos. Por tanto, ve a Dios - responde Jesús. Y Judas ríe maliciosamente.

Juan pregunta otra vez:

-¿Entonces no son bocas del infierno esos manantiales?

-No. Son, al contrario, cosas buenas puestas por el Creador para sus hijos. El infierno no está bajo la tierra. Está sobre la tierra, Juan; en el corazón de los hombres. Más allá, se completa. *(Aquí Jesús no niega que el Infierno esté en el centro de la Tierra, sino que, lo que quiere decir es que el Infierno, fundamentalmente, está, en primer lugar, en el alma del condenado, lo lleva cada réprobo en su propia alma, lo que no quiere decir que no exista el Infierno como lugar físico, real, en el centro de la Tierra, como afirman San Francisco Javier, la Beata Ana Catalina Emmerick, etc.)*

-¿Pero existe verdaderamente el Infierno? - pregunta Judas Iscariote.

-¿Pero qué dices? - le preguntan, escandalizados, los compañeros.

-Digo: ¿existe verdaderamente? Yo - y hay otros, no soy sólo yo - no lo creo.

-¡Pagano! - gritan con horror.

-No. Israelita. Somos muchos en Israel los que no creemos en ciertas patrañas.

-¿Pero, entonces, cómo puedes creer en el Paraíso?, ¿y en la justicia de Dios?, ¿dónde metes a los pecadores?, ¿cómo explicas a Satanás? - gritan muchos.

-Digo lo que pienso. Se me ha echado en cara hace poco que soy un embustero. Os demuestro que soy sincero, aunque esto os haga escandalizaros de mí y me haga odioso ante vuestros ojos. Además, no soy el único en Israel que cree esto, desde que Israel ha progresado en el saber, en contacto con helenistas y romanos. Y el Maestro, el único cuyo juicio respeto, y que protege a los griegos y es visiblemente amigo de los romanos, no puede censurarnos ni a mí ni a Israel... Yo parto de este concepto filosófico: si Dios controla todo, todo lo que hacemos es por su voluntad; por tanto, nos debe premiar a todos de una única forma, porque no somos sino autómatas movidos por Él. Somos seres desprovistos de voluntad. Lo dice también el Maestro. Dice: "La voluntad del Altísimo. La voluntad del Padre". Ésa es la única Voluntad. Y es tan infinita, que aplasta y anula la voluntad limitada de las criaturas. Por tanto, Dios hace tanto el bien como el mal, porque nos los impone, aunque parezcan hechos por nosotros. Y, por tanto, no nos castigará por el mal y así quedará ejercida su justicia, porque nuestras culpas no son voluntarias, sino impuestas por quien quiere que las hagamos para que en la tierra haya bien y mal. El malo es el medio de expiación de los menos malos. Y él sufre el no poder ser considerado bueno, expiando así su parte de culpa. Jesús ha dicho que el infierno está sobre la tierra y en el corazón de los hombres. Yo no siento a Satanás. No existe. Tiempo ha lo creía. Pero ya desde hace algo de tiempo estoy seguro de que todo es una patraña. Y creer de esta forma es llegar a la paz.

Judas exhibe estas... teorías con un engreimiento tan formidable, que los otros se quedan sin respiración...

Jesús guarda silencio. Y Judas le incita:

-¿No tengo razón, Maestro?

-No.

El "no" es tan seco, que parece un estallido.

-Pues a pesar de todo yo... no siento a Satanás y no admito el libre albedrío, el Mal. Y todos los saduceos están conmigo, y muchos otros, de Israel o de fuera de Israel. No. Satanás no existe.

Jesús lo mira. Una mirada tan compleja, que no se puede analizar: de juez, de médico, de persona afligida, asombrada... hay todo en esa mirada...

Judas, ya lanzado, termina:

-Será que he superado el terror de los hombres hacia Satanás porque soy mejor que los demás, más perfecto.

Y Jesús guarda silencio.

Y él pincha:

-¡Pero habla! ¿Por qué no siento terror de él?

Jesús calla.

-¿No respondes, Maestro? ¿Por qué? ¿Tienes miedo?

-No. Soy la Caridad. Y la Caridad retiene su juicio hasta que no se ve obligada a emitirlo... Déjame, y retírate - dice, terminando, porque Judas intenta abrazarlo; y termina, susurrando, estrechado a la fuerza entre los brazos del blasfemo: « ¡Me horrorizas! ¡No ves ni sientes a Satanás porque forma unidad contigo! ¡Márchate, diablo!

Judas, con verdadero descaro, lo besa y ríe, como si el Maestro le hubiera hecho en secreto algún elogio.

Vuelve donde los otros, que se han detenido horrorizados, y dice:

-¿Os dais cuenta? Yo sé abrir el corazón al Maestro. Y lo hago feliz porque me abro a Él y de Él recibo la lección correspondiente. ¡Vosotros, por el contrario!... Jamás os atrevéis a hablar. Porque sois soberbios. ¡Oh, yo seré el que más sepa de Él! Y podré hablar...

Llegan a las puertas de la ciudad. Entran todos juntos, porque Jesús los ha esperado. Pero, mientras cruzan el pasaje, Jesús ordena:

-Que mis hermanos y Simón se adelanten para reunir a la gente.

-¿Por qué no yo, Maestro? ¿Ya no me encargas misiones? ¿No son ahora ya necesarias? Me diste dos seguidas, y de varios meses...

-Y te quejaste diciendo que quería tenerte lejos. ¿Ahora te quejas porque te tengo cerca?

Judas no sabe qué responder y calla. Se pone delante con Tomás, el Zelote, Santiago de Zebedeo y Andrés. Jesús se detiene para dejar pasar a Felipe, a Bartolomé, a Mateo y a Juan, como si quisiera estar solo. No se oponen.

Pero Juan, cuyos ojos durante las disputas y blasfemias de Judas más de una vez han brillado de lágrimas, movido por su amoroso corazón, se vuelve poco después: a tiempo para ver que Jesús, creyendo pasar desapercibido en la callecita solitaria y sombría (por las ininterrumpidas arcadas que la cubren), se lleva las manos a la frente con un gesto de dolor, y se curva como quien sufre mucho. Deja plantados a sus compañeros el rubio Juan y vuelve donde su Maestro:

-¿Qué te pasa, Señor mío? ¿Sufres otra vez tanto como cuando nos reunimos contigo en Akcib? ¡Oh, mi Señor!

-¡Nada, Juan, nada! Ayúdame tú, con tu amor. Y calla ante los demás. Ora por Judas.

-Sí, Maestro. ¿Es muy infeliz, no es verdad? Está en las tinieblas y no lo sabe. Cree haber alcanzado la paz... ¿Es paz ésa?

-Es muy infeliz - dice Jesús abatido.

-No te abatas de esta forma, Maestro. Piensa en cuántos pecadores, endurecidos en el pecado, han vuelto a ser buenos. Lo mismo hará Judas. ¡Oh, Tú ciertamente lo salvarás! Pasaré esta noche en oración por esto. Le voy a decir al Padre que haga de mí uno que sólo sepa amar; no deseo ninguna otra cosa. Soñaba con dar la vida por ti y hacer brillar tu potencia a través de mis obras. Ahora sólo esto. Renuncio a todo, elijo la vida más humilde y común y pido al Padre que dé todo lo mío a Judas... para hacerlo feliz... y para que así se vuelva hacia la santidad... Señor... tendría que decirte algunas cosas... Creo saber por qué Judas es así.

-Ven esta noche. Oraremos juntos y hablaremos.

-¿Y el Padre me escuchará? ¿Aceptará mi sacrificio?

-El Padre te bendecirá. Pero sufrirás por ello...

-No, no; me basta con verte a ti contento... y con que Judas... y con que Judas...

-Sí, Juan. Mira, nos están llamando. Corramos.

La callecita se transforma en una bonita calle, y luego en una arteria adornada con pórticos y fuentes; y se adorna de plazas, a cuál más hermosa; se cruza con otra arteria igual. Al final, hay ciertamente un anfiteatro. Y en un ángulo de los pórticos ya están reunidos en espera del Salvador distintos enfermos.

Pedro viene al encuentro de Jesús:

-Han conservado la fe en lo que dijimos de ti en Etanim. Han venido inmediatamente.

-Y Yo inmediatamente voy a premiar su fe. Vamos.

Y se dirige, en el ocaso ya avanzado que tiñe de rojo los mármoles, a sanar a los que con fe le esperan.

Juan y las culpas de Judas Iscariote. Los fariseos y la cuestión del divorcio.

Las magníficas estrellas de una serena noche de marzo resplandecen en el cielo de Oriente; tan amplias y vivaces, que parece que el firmamento haya descendido, como un baldaquino, hacia la terraza de la casa que ha acogido a Jesús: una casa muy alta, y edificada en uno de los puntos más altos de la ciudad; de modo que el horizonte infinito se abre delante, y alrededor, de quien mira, desde cualquier ángulo. Y, si la tierra - no alegrada todavía por la Luna, que está en su fase menguante - se anula en la oscuridad de la noche, el cielo resplandece con un sinfín de luces. Es verdaderamente la revancha del firmamento, que expone victoriosamente sus pensiles de astros, sus praderas de Galatea, sus gigantes planetarios, sus bosques de constelaciones contra la efímera vegetación de la tierra, que, aunque sea secular, es, en todo caso, de una hora respecto a éstas, que existen desde cuando el Creador hizo el firmamento. Y, perdiéndose mirando arriba, paseando la mirada por esas esplendorosas avenidas, en que las estrellas son los árboles, uno tiene la impresión de percibir las voces, los cantos de aquellas florestas de esplendores, de ese enorme órgano de la más sublime de las catedrales, en que gustosamente imagino que hacen de fuelles y registros los vientos de las carreras astrales, y de voces las estrellas lanzadas en sus trayectorias. Y parece percibirse mucho más, dado que el silencio nocturno de esta Gadara durmiente es absoluto. No canta una fuente, no canta un pájaro. El mundo duerme, duermen las criaturas. Duermen los hombres - menos inocentes que las otras criaturas - sus sueños, más o menos tranquilos, en las casas oscuras.

Pero, por la puerta de la habitación que da a la terraza inferior - porque hay otra, superior, que está encima de la habitación más alta - se muestra una sombra alta, apenas visible en la noche, por la blancura del rostro y de las manos que contrastan con el indumento oscuro; le sigue otra más baja. Caminan de puntillas para no despertar a los que quizás duermen en la habitación de abajo, y de puntillas suben la escalera externa que conduce a la última terraza. Luego se toman de la mano y van, así, a sentarse en un banco que está adosado a todo lo largo del antepecho, muy alto, que circunda la terraza. El banco bajo y el antepecho alto hacen que todas las cosas desaparezcan ante sus ojos. Aunque hubiera en el cielo la más clara Luna, que bajara a iluminar el mundo, para ellos no sería nada; porque la ciudad está escondida toda, y con ella las sombras más oscuras, en la oscuridad de la noche, de los montes cercanos. Solamente se les muestra el cielo con sus constelaciones de primavera y las magníficas estrellas de Orión (Rigel y Betelgeuse), Aldebarán, Perseo, y Andrómeda y Casiopea, y las Pléyades unidas como hermanas. Y Venus (zafíreo y diamantino), Marte (de pálido rubí) y el topacio de Júpiter son los reyes del pueblo astral, y titilan, titilan como saludando al Señor, acelerando sus latidos de luz para la Luz del mundo.

Jesús levanta la cabeza, apoyándola contra el alto pretil, para mirarlas; Juan hace lo mismo, perdiéndose mirando arriba, donde se puede ignorar el mundo... Luego Jesús dice:

-Y ahora que nos hemos limpiado en las estrellas, vamos a orar.

Se pone en pie. Juan también. Una larga oración, silenciosa, apremiante, toda alma, con los brazos abiertos en cruz, la cara alzada vuelta hacia oriente, donde se preludia un primer claror de luna. Y luego el Pater dicho en común, lentamente, no una vez sino tres, y - lo manifiesta claramente la voz - con un progresivo aumento de insistencia en la súplica; una súplica que es tan ardiente, que separa de la carne el alma y deja a ésta por los caminos del infinito.

Luego silencio. Se sientan donde estaban antes, mientras la Luna blanquece cada vez más la tierra durmiente.

Jesús pasa un brazo por los hombros de Juan, lo arrima hacia sí, y dice:

-Dime, pues, lo que sientes que tienes que decirme. ¿Qué cosas son las que mi Juan ha intuido, con ayuda de la luz espiritual, en el alma tenebrosa del compañero?

-Maestro... estoy arrepentido de haberte dicho eso. Cometeré dos pecados...

-¿Por qué?

-Porque te voy a causar dolor manifestándote incluso lo que no sabes, y... porque... Maestro, ¿es pecado manifestar el mal que vemos en otro? Sí, ¿no es verdad? ¿Y entonces cómo puedo decir esto si lesiono la caridad!...

Juan está angustiado.

Jesús da luz a su alma:

-Escucha, Juan. ¿Para ti es más el Maestro o el discípulo?

-El Maestro, Señor. Tú estás por encima de todos.

-¿Y qué soy Yo para ti?

-El Principio y el Fin. Eres el Todo.

-¿Crees que Yo, siendo Todo, conozco también todo lo que existe?

-Sí, Señor. Por esto siento una gran contrariedad dentro de mí. Porque pienso que sabes y sufres. Y porque recuerdo que un día me dijiste que en ocasiones Tú eres el Hombre, sólo el Hombre, y por tanto el Padre te hace conocer lo que es ser hombre que debe conducirse según razón. Y pienso también que Dios, por compasión hacia ti, podría ocultarte estas feas verdades...

-Atente a este pensamiento, Juan. Y habla. Con confianza. Confiar lo que sabes a quien para ti es "Todo" no es pecado. Porque el "Todo" no se escandaliza, ni murmura, ni faltará a la caridad, ni siquiera con el pensamiento, hacia el desdichado. Sería pecado si dijeras lo que sabes a quien no puede ser todo amor, a tus compañeros por ejemplo, que murmurarían, e incluso agredirían sin misericordia al culpable, dañándolo a él y a sí mismos. Porque hay que tener misericordia, una misericordia que ha de ser mucho mayor en la medida en que tengamos ante nosotros a una pobre alma enferma de todas las enfermedades: un médico, un enfermero compasivo, o una madre, si es poco el mal que sufre un enfermo, se impresionan

poco, y poco luchan por curarle; pero si el hijo, o el hombre, está muy enfermo, en peligro de muerte, ya gangrenoso y paralizado, ¡cómo luchan, venciendo repugnancias y fatigas, para curarlo! ¿No es así?

-Así es, Maestro - dice Juan, que ahora está en esa postura suya del brazo en torno al cuello del Maestro y la cabeza apoyada en su hombro.

-Pues bien, no todos saben tener misericordia con las almas enfermas. Por eso hay que ser prudentes en dar a conocer sus males, para que el mundo no las rehuya y no las dañe con el desprecio. Un enfermo que se ve menospreciado se entristece, y empeora. Si, por el contrario, le asisten con alegre esperanza, puede sanar, porque la alegría esperanzada del que le asiste entra en él y ayuda a la acción de la medicina. Pero tú sabes que Yo soy la Misericordia y que no humillaré a Judas. Habla, pues, sin escrúpulos. No eres un espía. Eres un hijo que confía a su padre, con amorosa solicitud, el mal que ha descubierto en su hermano, para que el padre le asista. ¡Animo, pues...!

Juan emite un fuerte suspiro, luego inclina aún más la cabeza, dejándola caer hasta el pecho de Jesús, y dice:

-¡Cuán penoso es hablar de cosas corrompidas!... Señor... Judas es un impuro... y me tienta a la impureza. No me importan sus escarnios hacia mí, lo que me duele es que se acerque a ti manchado de sus amores. Desde que ha vuelto me ha tentado varias veces. Cuando las circunstancias nos dejan solos - cosa que él provoca en todos los modos - no hace otra cosa que hablar de mujeres... y yo siento la repulsa que sentiría si me sumergieran en materias fétidas que trataran de introducirme en la boca...

-¿Pero en lo profundo te sientes turbado?

-¿En qué sentido turbado? Mi alma se estremece. La razón grita contra estas tentaciones... No quiero ser corrompido...

-¿Y tu carne qué hace?

-Se retrae horrorizada.

-¿Solamente esto?

-Esto, Maestro, y lloro entonces, porque me parece que Judas no podría ofender más a quien se ha consagrado a Dios. Dime: ¿esto va a lesionar mi ofrenda?

-No. No más que un puñado de barro arrojado a una lámina de diamante. No raya la lámina, no penetra en ella. Para limpiarla basta echar encima una copa de agua. Y queda más bonita que antes.

-Límpiname entonces.

-Tu caridad te limpia, y tu ángel. Nada queda en ti. Eres un altar limpio y Dios baja a él. ¿Qué más hace Judas?

-Señor, él... ¡Oh, Señor! - la cabeza de Juan desciende más todavía.

-¿Qué?

-El... No es verdad que sea dinero suyo el que te da para los pobres; es el dinero de los pobres que roba para sí: para ser alabado por una generosidad no verdadera. Le enfureciste al quitarle todo el dinero al regreso del Tabor. Y a mí me dijo: "Hay soplones entre nosotros". Yo dije: "¿Soplones de qué? ¿Acaso robas?". "No" me respondió, "pero soy previsor y hago dos bolsas. Alguno se lo ha dicho al Maestro y El me ha impuesto que dé todo; tan enérgicamente lo ha impuesto, que me he visto constreñido a hacerlo". Pero no es verdad, Señor, que haga eso por previsión. Lo hace para tener dinero. Podría declararlo con la casi certeza de decir la verdad.

-¡Casi certeza! Esta duda sí que es leve culpa. No puedes acusarlo de ser ladrón si no estás absolutamente seguro de ello. Las acciones de los hombres a veces tienen apariencia mala y son buenas.

-Es verdad, Maestro. No lo volveré a acusar, ni siquiera con el pensamiento. De todas formas, eso de que tiene dos bolsas, y que la que dice que es suya y te da es tuya, y que lo hace buscando alabanza, eso es verdad. Y yo eso no lo haría. Siento que no está bien hacerlo.

-¡Tienes razón. ¿Qué más debes decir?

Juan alza una cara asustada, abre la boca para hablar, pero la cierra. Se desliza hasta caer de rodillas. Esconde la cara en la túnica de Jesús. Él le pone una mano sobre sus cabellos.

-¡Ánimo! Quizás has juzgado equivocadamente. Yo te ayudaré a juzgar bien. Me debes decir también lo que piensas acerca de las posibles causas de que Judas peque.

-Señor, Judas se siente sin la fuerza que querría para hacer milagros... Tú sabes que siempre lo ha deseado fogosamente... ¿Te acuerdas de Endor? Y, sin embargo, es el que hace menos milagros. Y... bueno... desde que ha regresado, ya no consigue nada... y por la noche se queja de ello incluso en sueños, como si fuera una pesadilla, y... ¡Maestro, Maestro mío!

-Venga. Habla. Todo.

-Impreca... y practica la magia. Esto no es una mentira ni una duda. Lo he visto. Me elige como compañero porque tengo un sueño profundo. Es más, lo tenía. Ahora, lo confieso, lo vigilo, y mi sueño es menos profundo porque en cuanto se mueve lo oigo... Quizás he hecho mal. Pero he fingido dormir para ver lo que hacía. Y dos veces le he visto y oído hacer cosas feas. No es que yo entienda de magia, pero eso es magia.

-¿Sólo?

-No y sí. En Tiberíades lo seguí. Fue a una casa. Después pregunté quién vivía allí. Uno que practica la necromancia con otros. Y, cuando Judas salió, casi de mañana, por las palabras que dijeron, comprendí que se conocen y que son muchos... y no todos extranjeros. Pide al demonio la fuerza que Tú no le das. Por esto sacrifico yo mi fuerza al Padre, para que se la pase a él, y él deje de ser pecador.

-Haría falta que le dieras tu alma. Pero eso no lo permitiríamos ni el Padre ni Yo...

Un largo silencio. Luego dice Jesús con voz cansada:

-Vamos. Juan. Vamos a bajar y a descansar en espera del alba.

-¡Estás más triste que antes, Señor! ¡No debía haber hablado!

-No. Yo ya lo sabía. Pero tú al menos estás más tranquilo... y eso es lo que importa...

-Señor, ¿debo evitarlo?

-No. No temas. Satanás no perjudica a los Juanes. Los aterroriza, pero no puede quitarles la gracia que Dios continuamente les otorga. Ven. Por la mañana voy a hablar. Luego iremos a Pel.ía. No podemos demorarnos, porque el río está crecido, por la fusión de las nieves y el agua de los días pasados. Pronto estará colmo, y mucho más teniendo en cuenta que la Luna aureolada predice lluvias abundantes...

Bajan y deja de vérselos en la habitación de debajo de la terraza.

Es por la mañana. Una mañana de Marzo. Por tanto, nubes y claros se alternan en el cielo. Pero las nubes sobrepujan a los claros y tratan de apoderarse del cielo. Un aire caliente, con rachas rítmicas, sopla y carga el ambiente enrareciéndolo con polvo venido probablemente de las zonas del altiplano.

-¡Si no cambia el viento, esto es agua! - sentencia Pedro al salir de la casa con los otros.

El último en salir es Jesús, que se despide de las dueñas de la casa. El dueño acompaña a Jesús. Se dirigen hacia una plaza.

Dados pocos pasos, los para un suboficial romano que está con otros soldados.

-¿Eres Tú Jesús de Nazaret?

-Lo soy.

-¿Qué haces?

-Hablo a las gentes.

-¿Dónde?

-En la plaza.

-¿Palabras sediciosas?

-No. Preceptos de virtud.

-¡Ojo! No mientas. Roma ya tiene suficientes falsos dioses.

-Ven tú también. Verás como no estoy mintiendo.

El hombre que ha alojado a Jesús siente el deber de intervenir:

-¿Pero desde cuándo tantas preguntas a un rabí?

-Denuncia de hombre sedicioso.

-¿Sedicioso? ¿Él? ¡Pero hombre, Mario Severo, eso es una ilusión! Éste es el hombre más manso de la Tierra. Te lo digo yo.

El suboficial se encoge de hombros y responde:

-Mejor para Él. Pero esta es la denuncia que ha recibido el centurión. Que vaya si quiere. Está avisado.

Se da la media vuelta y se marcha con los subalternos.

-¿Pero quién puede haber sido? ¡No lo entiendo! - dicen varios. Jesús responde: -Dejad de entender. No hace falta. Vamos a la plaza mientras haya muchos. Luego nos marcharemos también de aquí.

Debe ser una plaza más bien comercial. No es un mercado pero poco le falta, porque está circundada de fondaques en los que hay depósitos de mercancías de todos los tipos. Y la gente se aglomera en ellos. Por tanto, hay mucha gente en la plaza, y alguno hace señas de que está Jesús, de forma que pronto un círculo de gente está alrededor del "Nazareno". Un círculo compuesto de personas de todo tipo, clase y nación. Quién por veneración, quién por curiosidad.

Jesús hace un gesto de querer hablar.

-¡Vamos a escucharlo! - dice un romano que sale de un almacén.

-¿No nos tocará oír alguna lamentación? - le responde un compañero suyo.

-No lo creas, Constancio. Es menos indigesto que uno de nuestros oradores de rigor.

-¡Paz a quien me escucha! Está escrito en el libro de Esdras, en la oración de Esdras: "¿Qué vamos a decir ahora, Dios nuestro, después de las cosas que han sucedido? ¿Qué, si hemos abandonado los preceptos que habías decretado por medio de tus siervos...?".

-¡Detente, Tú que hablas! ¡Nosotros proponemos el tema! - grita un puñado de fariseos que se abre paso entre la gente.

Casi al mismo tiempo, vuelve a aparecer la unidad armada y se detiene en el ángulo más cercano. Los fariseos están ya frente a Jesús.

-¿Eres Tú el Galileo? ¿Eres Jesús de Nazaret?

-¡Lo soy!

-¡Bendito sea Dios por haberte encontrado!

La verdad es que tienen unas caras de tanta mala uva, que no se ve que estén alegres por el encuentro...

El más viejo habla:

-Te seguimos desde hace muchos días, pero llegamos siempre cuando Tú ya te has marchado.

-¿Por qué me seguís?

-Porque eres el Maestro y deseamos ser adoctrinados sobre un punto oscuro de la Ley.

-No hay puntos oscuros en la Ley de Dios.

-En ella no. Pero... en fin... pero la Ley ha sufrido "superposiciones", como Tú dices... en fin... que han proyectado oscuridad.

-Penumbra, al máximo. Y basta volver el intelecto a Dios para eliminarlas.

-No todos lo saben hacer. Nosotros, por ejemplo, permanecemos en penumbra. Tú eres el Rabí, así que ayúdanos.

-¿Qué queréis saber?

-Queríamos saber si le es lícito al hombre repudiar por un motivo cualquiera a su mujer. Es una cosa que sucede frecuentemente, y, siempre, donde sucede esto, da mucho que hablar. Vienen a nosotros para saber si es lícito. Y nosotros, según el caso, respondemos.

-Aprobando lo sucedido en el noventa por ciento de los casos. Y el diez por ciento que queda desaprobado pertenece a la categoría de los pobres o de vuestros enemigos.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque sucede así en todas las cosas humanas. Y agrego a la categoría la tercera clase: la que - si fuera lícito el divorcio - más derecho tendría, por ser la de los verdaderos casos penosos: como una lepra incurable, o una cadena perpetua, o enfermedades innominables...

-¿Entonces para ti nunca es lícito?

-Ni para mí ni para el Altísimo ni para ninguno de corazón recto. ¿No habéis leído que el Creador, al comienzo de los días, creó al hombre y a la mujer? Y los creó varón y hembra; y no tenía necesidad de hacerlo, porque, si hubiera querido, habría podido, para el rey de la creación, hecho a su imagen y semejanza, crear otro modo de procreación, y hubiera sido igualmente bueno aun siendo distinto de todos los otros naturales. Y dijo: "Así, por esto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne". Así pues, Dios los unió en una sola unidad. No son, por tanto, ya "dos" sino "una" sola carne. Lo que Dios ha unido, porque vio que "es buena cosa", no lo separe el hombre, pues si así sucediera sería una cosa ya no buena.

-¿Pero por qué, entonces, Moisés dijo: "Si el hombre ha tomado consigo una mujer, pero la mujer no ha hallado gracia ante sus ojos por algún defecto desagradable, él escribirá un libelo de repudio, se lo entregará en mano y la despedirá de su casa"?

-Lo dijo por la dureza de vuestro corazón. Para evitar, con una orden, desórdenes demasiado graves. Por esto os permitió repudiar a vuestras mujeres. Pero desde el principio no fue así. Porque la mujer es más que el animal, el cual sigue el capricho del amo o de las libres circunstancias naturales, y va a este o a aquel macho, es carne sin alma que hace pareja para reproducirse. Vuestras mujeres tienen un alma como vosotros, y no es justo pisotearla despiadadamente. Porque, si bien la condena dice: "Estarás sometida a la potestad de tu marido y él te dominará", ello debe acaecer según justicia y no con atropello lesivo de los derechos del alma libre y digna de respeto. Vosotros, con el repudio, que no os es lícito, ofendéis al alma de vuestra compañera, a la carne gemela que se ha unido a la vuestra, a ese todo que es la mujer con que os habéis casado exigiendo su honestidad, mientras que vosotros, ¡perjuros!, vais a ella deshonestos, minorados, a veces corrompidos, y seguís corrompidos, y aprovecháis todas las ocasiones para herirla y dar mayor campo a la lujuria insaciable que hay en vosotros. ¡Prostituidores de vuestras esposas! Por ningún motivo podéis separaros de la mujer que está unida a vosotros según la Ley y la Bendición. Sólo en el caso de que la gracia os toque, y comprendáis que la mujer no es una propiedad sino un alma, y que, por tanto, tiene iguales derechos que vosotros de ser reconocida parte del hombre y no su objeto de placer, y sólo en el caso de que vuestro corazón sea tan duro que no sepáis elevarla a esposa, después de haber gozado de ella como una prostituta, sólo en el caso de anular este escándalo de dos que conviven sin que Dios bendiga su unión, podéis despedirla. Porque entonces vuestra unión no es tal, sino que es fornicación, y frecuentemente sin el honor de unos hijos, porque, o son eliminados forzando la naturaleza, o repudiados como una vergüenza. En ningún otro caso. En ningún otro. Porque si tenéis hijos ilegítimos de vuestra concubina, tenéis el deber de poner término al escándalo casándoos con ella, si sois libres. No contemplo el caso del adulterio consumado contra la esposa ignara. Para ese caso, santas son las piedras de la lapidación y las llamas del Seol. Y para el que repudia a su esposa legítima, porque está saciado de ella, y toma a otra, hay sólo una sentencia: ése es adultero. Y es adúltero el que toma a la repudiada, porque, si el hombre se ha arrogado el derecho de separar lo que Dios ha unido, *la unión matrimonial continúa ante los ojos de Dios, y maldito aquel que pasa a segunda esposa sin ser viudo*. Y maldito aquel que toma otra vez a su mujer primera después de haberla despedido por repudio y haberla abandonado a los miedos de la vida, siendo así que ella haya cedido a nuevo matrimonio para ganarse el pan, si queda viuda del segundo marido. Porque, aunque sea viuda, fue adúltera por culpa vuestra, y haríais doble su adulterio. ¿Habéis comprendido, fariseos que me tentáis? Éstos se van humillados, sin responder.

-Es un hombre severo. Si fuera a Roma, vería que allí fermenta un fango aún más hediondo - dice un romano.

También algunos de Gadara se quejan:

-¡Dura cosa ser hombres, si hay que ser castos de esa forma!...

Y algunos, más fuerte:

-¡Si tal es la condición del hombre respecto a la mujer, es mejor no casarse!

Y también los apóstoles repiten este razonamiento mientras toman de nuevo el camino que conduce a los campos, tras haber dejado a los de Gadara. Lo dice Judas con sarcasmo. Lo dice Santiago de Zebedeo con respeto y reflexión. Y Jesús responde al uno y al otro:

-No todos comprenden esto, ni lo comprenden bien. Algunos, efectivamente, prefieren el celibato para tener libertad de secundar sus vicios; otros para evitar la posibilidad de pecar siendo maridos no buenos. Sólo algunos - a los cuales les es concedido - comprenden la belleza de estar limpios de sensualidad e incluso de una honesta hambre de mujer. Y son los más santos, los más libres, los más angélicos sobre la faz de la tierra. Hablo de aquellos que se hacen eunucos por el Reino de Dios. Hay hombres que nacen así. A otros los hacen eunucos. Los primeros son personas deformes que deben suscitar compasión; los segundos... son abusos que hay que reprimir. Mas está esa tercera categoría de eunucos voluntarios, los cuales, sin usar violencia para consigo - por tanto con doble mérito -, saben adherirse a eso que Dios pide, y viven como ángeles para que el altar abandonado de la tierra tenga todavía flores e inciensos para el Señor. Éstos no complacen a su parte inferior, para crecer en la parte superior, de forma que ésta florezca, en el Cielo, en los arriates más próximos al trono del Rey. Y en verdad os digo

que no son personas mutiladas, sino seres dotados de aquello que a la mayor parte de los hombres les falta. No son, pues, objeto de necio escarnio; antes al contrario, de gran veneración. Comprenda esto quien debe, y respete, si puede.

Los apóstoles casados musitan entre sí.

-¿Qué os pasa? - pregunta Jesús.

-¿Y nosotros? No sabíamos esto, y hemos tomado mujer. Pero nos gustaría ser como Tú dices... - dice por todos Bartolomé.

-Y no os está prohibido hacerlo de ahora en adelante. Vivid en continencia, viendo en vuestra compañera a vuestra hermana, y tendréis gran mérito ante los ojos de Dios. Vamos a acelerar el paso. Para estar en Pel.la antes de la lluvia.

358

En Pel.la. El jovencito Yaia y la madre de Marcos de Josías

El camino que de Gadara va a Pel.la recorre una zona fértil extendida entre dos órdenes de collados, uno más alto que el otro. Parecen dos enormes peldaños de una escalera de gigantes fabulosos, para subir del valle del Jordán a los montes de Aurán. Cuando el camino se junta más al escalón de occidente, la mirada se enseñoa no sólo sobre los montes del otro lado - creo que son los de la Galilea meridional, y ciertamente los de Samaria -, sino también sobre la verde lindura que hace de ala al río azul por una y otra parte; cuando se separa, acercándose a las cadenas de oriente, entonces pierde de vista el valle del Jordán, pero ve todavía las cimas de las cadenas de Samaria y Galilea recortadas con su verde en el fondo gris del cielo.

En día de sol sería un hermoso panorama, con tonalidades vivas de graciosa belleza. Hoy que el cielo está ya enteramente cubierto de nubes bajas, acumuladas por un siroco que aumenta sin cesar y va empujando nuevas masas de nubes densas para superponerse a las ya existentes, bajando así el cielo con toda esta guata gris y enredada, el panorama pierde la luminosidad de los colores verdes, que aparecen apagados como por una opacidad de niebla.

Llegan a algún que otro pueblecito, y los dejan atrás, sin que suceda nada particular. La indiferencia acoge y sigue al Maestro. Sólo los pordioseros, que van pidiendo limosna, no dejan de interesarse por el grupo de peregrinos galileos. No faltan los ciegos, que en su mayor parte tienen los ojos destruidos por el tracoma, o los casi ciegos, que van con la cabeza baja, soportando malamente la luz, pegados a las tapias, unas veces solos, otras con una mujer o un niño. En un pueblo, donde se entrecruza el camino hacia Pel.la con el de Gerasa y Bosra hacia el Lago de Tiberíades, hay un grupo numeroso que asalta las caravanas con sus quejidos semejantes a gruñidos de perros, quebrados de tanto en tanto por verdaderos ululatos. Están atentos. Es un grupo de miseria, mugre y harapos, pegado a las tapias de las primeras casas. Mordisquean cortezas de pan, y aceitunas; o están adormilados, y las moscas pican con toda libertad en los párpados ulcerados. Pero, al primer ruido de cascos o de roces de numerosos pies, se alzan y van - harapiiento coro de tragedia antigua -, todos con las mismas palabras y los mismos gestos, hacia los que llegan. alguna moneda vuela y algún mendrugo de pan, y los ciegos o semiciegos exploran nerviosamente el polvo y la inmundicia para encontrar el óbolo.

Jesús los observa y dice a Simón Zelote y a Felipe:

-Llevadles dinero y pan. Judas tiene el dinero; el pan, Juan.

Los dos se adelantan solícitos a realizar lo que ha sido ordenado, y se detienen a hablar mientras Jesús se acerca despacio, impedido por una fila de asnos que tapa el camino.

Los mendigos se asombran de la forma de saludarlos y de la gracia que les ofrecen los recién llegados, y preguntan:

-¿Quiénes sois, que nos tratáis amablemente?

-Los discípulos de Jesús de Nazaret, el Rabí de Israel, el que ama a los pobres y a los infelices porque es el Salvador, y pasa anunciando la Buena Nueva y haciendo milagros.

-Este es el milagro - dice uno que tiene los párpados atrozmente devastados. Y le da un mordisco a su pedazo de pan limpio; un verdadero animal que no siente y admira sino las cosas materiales.

Una mujer que, al pasar con sus ánforas de cobre, oye y dice:

-¡Cállate ahí, holgazán indecente!

Y se vuelve a los discípulos para decir:

-No es del pueblo. Es pendenciero y violento con sus semejantes. Habría que echarlo, porque roba a los pobres del pueblo. Pero tenemos miedo de sus venganzas - y, en voz baja, verdaderamente una pizca de voz, susurra: «Se dice que es un ladrón que, durante años, ha robado y matado - bajando de los montes de Caracamoab y Sela, que ahora los dominadores llaman Petra - a los que recorren los caminos de los desiertos. Se dice que es un soldado desertor de aquel romano que fue allí para... que vieran lo que es Roma... Elio, me parece, y otro nombre más... Si le hacéis beber, habla... Ahora, ciego, ha venido a parar aquí... ¿Es aquel el Salvador? - pregunta luego señalando a Jesús, que ha pasado recto.

-Es ése. ¿Quieres decirle algo?

-¡No, no! - dice la mujer con indiferencia.

Los dos apóstoles se despiden de ella y se encaminan para alcanzar al Maestro. En esto, se produce un alboroto entre los ciegos, y se alza un llanto casi de niño. Varios se vuelven. La mujer de antes, que está en el umbral de la puerta de su casa, explica:

-Será ese despiadado que quita el dinero a los más débiles. Siempre lo hace.

También Jesús se ha vuelto, a mirar.

Efectivamente, un niño, o más bien un adolescente, sale sangrando y llorando del grupo y se queja:

-¡Me ha quitado todo! ¡Y mi madre ya no tiene pan!

Unos se muestras compasivos, otros se ríen...

-¿Quién es? - pregunta Jesús a la mujer.

-Un niño de Pel.la. Pobre. Viene mendigando. Todos ciegos en su casa, por una enfermedad cogida los unos de los otros. El padre ha muerto. La madre está en casa. El jovencito pide limosna a los que pasan y a los campesinos.

El muchacho se acerca con su bastoncito, secándose con un ribete de su manto desgarrado el llanto y la sangre, que le mana de la frente.

La mujer lo llama:

-¡Párate, Yaia! ¡Te lavo la frente y te doy un pan!

-¡Tenía dinero y pan para varios días! ¡Ahora nada! Mi madre me espera para comer... - se lamenta el desdichado mientras se lava con el agua de la mujer.

Jesús se acerca y dice:

-Yo te doy todo lo que tengo. No llores.

-¿Pero Señor? ¿Por qué? ¿Dónde vamos a hospedarnos? ¿Qué haremos? - dice inquieto Judas.

-Alabaremos a Dios, que nos conserva sanos. Es ya suma gracia.

El muchacho dice:

-¡Sí que lo es! ¡Si yo viera! Trabajaría para mi madre.

-¿Querías curarte?

-Sí.

-¿Por qué no vas a los médicos?

-Ninguno nos ha curado nunca. Nos han dicho que hay Uno en Galilea que no es médico pero que cura. Pero, ¿cómo vamos a donde Él?

-Ve a Jerusalén. Al Getsemaní. Es un olivar que está en las faldas del monte de los olivos, cerca del camino de Betania.

Pregunta por Marcos y Jonás. Todos los del arrabal de Ofel te darán indicaciones. Puedes unirte a una caravana. Pasan muchas.

A Jonás pregúntale por Jesús de Nazaret...

-¡Eso! ¡Es ese nombre! ¿Me curará?

-Si tienes fe, sí.

-Tengo fe. ¿Tú a dónde vas, Tú que eres bueno?

-A Jerusalén, para la Pascua.

-¡Llévame contigo entonces! No te daré fastidio. Dormiré al raso, me bastará un pedazo de pan. Vamos a Pel.la ¿Tú vas allí, verdad? Y se lo decimos a mi madre, y luego vamos... ¡Ver! ¡Eres bueno, Señor!... - y el jovencito se arrodilla buscando los pies de Jesús para besarlos.

-Ven. Te llevaré a la luz.

-¡Bendito seas!

Reanudan el camino y la mano de Jesús sujeta de un brazo al niño para guiarlo solícitamente. Y el niño habla:

-¿Quién eres? ¿Un discípulo del Salvador?

-No.

-¿Pero lo conoces al menos?

-Sí.

-¿Y crees que me va a curar?

-Lo creo.

-Pero... ¿querrá dinero? No tengo. ¡Los médicos quieren mucho dinero! Por las curas hemos conocido el hambre...

-Jesús de Nazaret sólo quiere fe y amor.

-Es muy bueno entonces. Pero también Tú eres bueno - dice el jovencito, y, para coger y acariciar la mano que lo guía, palpa la manga de la túnica.

-¡Qué buena túnica llevas! ¡Eres un señor! ¿No te avergüenzas de mí, que voy andrajoso?

-Me avergüenzo sólo de las culpas que deshonran al hombre.

-Yo tengo las de murmurar alguna vez por mi estado, y de desear ropa caliente, pan y, sobre todo, la vista.

Jesús lo acaricia:

-No son culpas que deshonren. Pero trata de no tener ni siquiera esas imperfecciones y serás santo.

-Pero, si me curo, ya no las tendré... ¿O es que no me voy a curar y Tú lo sabes y me estás preparando para mi destino y enseñándome a santificarme como Job?

-Te curarás. Pero después, sobre todo después, tienes que estar siempre contento de tu condición, aun no siendo de las más halagüeñas.

Llegan a Pel.la. Las huertas que siempre preceden a las ciudades exponen la fecundidad de sus cuadros con un pujante verdecir de hortalizas.

Algunas mujeres que están trabajando en los surcos, o en las tinas de la colada, saludan a Yaia y le dicen:

-Vuelves pronto hoy. ¿Te ha ido bien? ¿Has encontrado un protector? Pobre hijo.

Una, anciana, grita desde el fondo de una huerta:

-¡Yaia! Si tienes hambre, hay una escudilla para ti. Si no, para tu madre. ¿Vas a casa? Tómala.

-Voy a decir a mi madre que voy con este señor bueno a Jerusalén para curarme. Conoce a Jesús de Nazaret y me guía a donde Él.

El camino, casi a las puertas de Pel.la, está lleno de gente. Hay mercaderes, pero hay también peregrinos.

Una mujer de buen aspecto, que hace su viaje en un burro, acompañada de una sierva y un siervo, al oír hablar de Jesús, se vuelve; luego tira de las riendas, para al burro, baja, y se dirige a Jesús.

-¿Conoces a Jesús de Nazaret? ¿Vas a donde Él? Yo también voy... Para la curación de un hijo. Quisiera hablar con el Maestro porque... - se echa a llorar debajo del tupido velo.

-¿Qué enfermedad tiene tu hijo? ¿Dónde está?

-Es de Gerasa. Pero ahora está camino de Judea. Va como un poseso... ¡Oh!, ¿qué he dicho?

-¿Está endemoniado?

-Señor, lo estaba y fue curado. Ahora... es más demonio que antes, porque... ¡Esto sólo se lo puedo decir a Jesús de Nazaret!

-Santiago, tomad al niño entre Simón y tú, e id adelante con los otros. Esperadme fuera de la puerta. Mujer, puedes decir a los siervos que sigan adelante. Hablaremos entre nosotros.

La mujer dice:

-¡Pero Tú no eres el Nazareno! Yo quiero hablarle sólo a Él. Porque sólo Él puede comprender y tener misericordia.

Entretanto se han quedado solos. Los otros ya se han adelantado por su cuenta. Jesús espera a que la calle se desaloje y luego dice:

-Puedes hablar. Yo soy Jesús de Nazaret.

La mujer gime y hace ademán de arrodillarse.

-No. La gente no debe saberlo por ahora. Vamos. Allí hay una casa abierta. Vamos a pedir un lugar para estar y vamos a hablar. Ven.

Van por una callecita que discurre entre dos huertas, a una casa aldeana en cuya era retozan unos niños.

-La paz sea con vosotros. ¿Me permitís que pueda descansar unos momentos esta mujer? Debo hablar con ella. Venimos de lejos para podernos hablar y Dios nos ha hecho confluír antes de la meta.

-Entrad. El huésped es bendición. Os daremos leche y pan, y agua para los pies cansados - dice una anciana.

-No hace falta. Nos basta un lugar tranquilo para poder hablar.

-Venid - y sube con ellos a una terraza enguinaldada con una vid en que ya brotan hojas esmeraldinas.

Se quedan solos.

-Habla, mujer. Ya he dicho que Dios nos ha hecho encontrarnos antes de la meta para alivio tuyo.

-¡No hay, no hay ya alivio para mí! Tenía un hijo. Quedó poseído por el demonio. Una fiera entre los sepulcros. Nada lo tenía sujeto. Nada lo curaba. Te vio. Te adoró con la boca del demonio, y Tú le curaste. Quería seguirte. Tú pensaste en mí, su madre, y me lo enviaste. Para que me diera nueva vida y nuevo juicio, que vacilaban por el dolor de un hijo endemoniado. Le enviaste también para que te predicara, dado que quería amarte. Yo... ¡Oh! ¡Ser madre de nuevo; y además, de un hijo santo, de un siervo tuyo! Pero, ¡dime, dime! Cuando le dijiste que regresara, ¿sabías que era... que sería otra vez un demonio? Porque es un demonio, que te deja después de tanto bien recibido, después de haberte conocido, después de haber sido elegido para el Cielo... ¡Dímelo! ¿Lo sabías? ¡Oh, estoy desvariando! Hablo y no te digo por qué es un demonio... Hace algo de tiempo que ha caído otra vez en locura. Pocos días, pero para mí más penosos que los largos años que vivió endemoniado... Y entonces creía que nunca sufriría penas más grandes que ésa... Ha venido... y ha demolido la fe que Gerasa cultivaba hacia ti por mérito tuyo y suyo, diciendo infamias de ti. ¡Y ahora te precede hacia el vado de Jericó, procurándote daño, procurándote daño!

La mujer, que no se ha quitado en todo este tiempo el velo bajo el cual solloza desconsoladamente, se arroja a los pies de Jesús suplicando:

-¡Márchate! ¡Aléjate! ¡No te dejes insultar! Yo me he puesto en camino, de acuerdo con mi marido enfermo, rogando a Dios hallarte. ¡Me ha escuchado! ¡Bendito sea! ¡No quiero, no quiero permitir que Tú, Salvador, seas maltratado por causa de mi hijo! ¿Por qué lo he traído al mundo? ¡Te ha traicionado, Señor! Cita mal tus palabras. El demonio se ha apoderado de nuevo de él. Y... ¡oh, Altísimo y Santo!... ¡piedad de una madre! Y se condenará. ¡Mi hijo, mi hijo! Antes no tenía culpa de estar lleno de demonios. Era una desventura que le había sucedido. ¡Pero ahora, ahora que lo habías liberado, ahora que había conocido a Dios, ahora que Tú lo habías instruido! ¡Ahora ha querido ser un demonio, y ya ninguna fuerza lo liberará! ¡Oh!

La mujer está por el suelo: un amasijo de vestidos y carne agitándose en medio de los sollozos. Y gime:

-Dime, dime qué debo hacer por ti, por mi hijo. ¡Para desagraviar! ¡Para salvar! No. ¡Desagraviar! Ya ves que mi dolor es desagravio. ¡Pero salvar! No puedo salvar al que reniega de Dios. Está condenado... Y, para mí, israelita, ¿qué es esto? Tormento.

Jesús se agacha. Le pone la mano en el hombro.

-¡Álzate, cálmate! Te tengo amor. Escucha, pobre madre.

-¿No me maldices por haberlo generado?

-¡No! No eres responsable de su error. Has de saber, además, para consuelo tuyo, que sí puedes ser causa de su salvación. Los quebrantos de los hijos pueden ser reparados por las madres. Y tú lo vas a hacer. Tu dolor, siendo bueno como es, no es estéril; es fecundo. Por tu dolor será salvada el alma que amas. Expías por él, y expías con una intención tan recta, que eres la indulgencia de tu hijo. Volverá a Dios. No llores.

-¿Pero cuándo? ¿Cuándo será?

-Cuando tu llanto se disuelva en mi Sangre.

-¿Tu Sangre? ¿Entonces es verdad lo que dice él? ¿Que te matarán porque mereces la muerte?... ¡Blasfemia horrenda!

-Es verdad verdadera en la primera parte. Me matarán para haceros dignos de Vida. Soy el Salvador, mujer. La salvación se da con la palabra, con la misericordia y con el holocausto. Para tu hijo es necesario esto. Y lo daré. Pero ayúdame. Dame tu dolor. Ve con mi bendición. Consévala en ti para poder ser misericordiosa y paciente con tu hijo, y recordarle así que Otro fue misericordioso con él. Ve, ve en paz.

-¡Pero no hables en Pel.la! ¡No hables en Perea! Te los ha puesto en contra. Y no está solo. Pero yo veo sólo a él y hablo sólo de él...

-Hablaré con un hecho, que será suficiente para anular la obra de otros. Ve en paz a tu casa.

-Señor, ahora que me has absuelto de haberlo generado, ve mi rostro, para saber cómo es el rostro de una madre acongojada - y se destapa la cara diciendo «Aquí ves la cara de la madre de Marcos de Josías, renegador del Mesías y torturador de la que lo engendró» y baja de nuevo el tupido velo para cubrir su rostro devastado por el llanto, y dice gimiendo:

-¡Ninguna otra madre de Israel me igualará en el dolor!

Bajan del lugar hospitalario. Toman la calle otra vez. Entran en Pel.la y se reúnen de nuevo la mujer con los siervos y Jesús con los apóstoles.

Pero la mujer le sigue, como hechizada, mientras Jesús va detrás del muchacho, que se dirige a su pobre casuca: una casa situada en un sótano de una construcción pegada a la ladera del monte, característica de esta ciudad que sube a escalones, de forma que el bajo del lado oeste es el segundo piso del lado este, pero en realidad es un bajo también allí, porque se puede acceder a él desde el camino que pasa por arriba, que está al nivel del último piso.

El muchacho llama con fuerza:

-¡Madre! ¡Madre!

Del interior del antro mísero y oscuro sale una mujer todavía joven, ciega, desenvuelta porque conoce bien el recinto.

-¿Ya de regreso, hijo mío? ¡Tan numerosas han sido las limosnas, que regresas estando todavía alto el día?

-Mamá, he encontrado a uno que conoce a Jesús de Nazaret y que dice que me lleva a donde Él para que me cure. Es muy bueno. ¿Me dejas ir, mamá?

-¡Claro, Yaia! Me quedo sola, pero ve, ve, bendito, ¡y mira también por mí al Salvador!

La adhesión, la fe de la mujer es absoluta. Jesús sonríe. Habla:

-¿No dudas, mujer, ni de mí ni del Salvador?

-No. Si Tú lo conoces y eres amigo suyo, tienes que ser bueno sin duda. ¡Él puede hacerlo! ¡Ve, ve, hijo! No te retrases ni un momento. Vamos a darnos un beso y ve con Dios.

A tientas se encuentran y se besan.

Jesús pone encima de la tosca mesa un pan y unas monedas.

-Adiós, mujer. Aquí tienes con qué procurarte comida. La paz sea contigo.

-Salen. La comitiva reanuda la marcha. Caen las primeras gotas de lluvia.

-¿Pero no nos paramos? Llueve... - dicen los apóstoles.

-En Yabés Galaad nos detendremos. Caminad.

Se echan los mantos por encima de las cabezas. Jesús extiende el suyo sobre la cabeza del muchacho. La madre de Marcos de Josías le sigue con los siervos, en su asno. Da la impresión de que no se puede separar de Él.

Salen de Pel.la. Se adentran en la verde campiña, triste en este día lluvioso.

Recorren al menos un kilómetro. Luego Jesús se para. Toma la cabeza del cieguito entre sus manos, le besa en los ojos extinguidos y dice:

-Y ahora regresa. Ve a decir a tu madre que el Señor premia a quien tiene fe, y ve a decir a los de Pel.la lo que es el Señor.

Lo deja marcharse y se aleja rápido.

Pero no han pasado tres minutos cuando el muchacho grita:

-¡Pero si veo! ¡Oh! ¡No te vayas! ¡Tú eres Jesús! ¡Haz que Tú seas lo primero que vea! - y cae de rodillas en el camino mojado de lluvia.

Por una parte la mujer gerasena y los siervos, por otra los apóstoles, corren a ver el milagro.

También Jesús vuelve, lentamente, sonriente. Se agacha a acariciar al muchacho. -Ve; ve donde tu mamá. ¡Que sepas creer en mí, siempre!

-Sí, Señor mío... ¿Pero a mi madre nada? ¿En la oscuridad ella, que cree como yo?

Jesús sonríe aún más luminosamente. Mira a su alrededor. Ve en el borde del camino una mata de pequeñas margaritas aljofaradas de agua. Se agacha. Las coge. Las bendice. Se las da al niño.

-Pásalas por encima de los ojos de tu madre y ella verá. Yo no vuelvo para atrás. Voy adelante. El que sea bueno que me siga con su espíritu, y que hable de mí a los que vacilan. Tú habla de mí en Pel.la, que titubea en la fe. Ve. Dios está contigo.

Y luego se vuelve a la mujer de Gerasa:

-Y tú síguele. Ésta es la respuesta de Dios a todos los que tratan de disminuir la fe de los hombres en el Cristo. Que esto refuerce tu fe y la de Josías. Ve en paz.

Se separan. Jesús reanuda la marcha hacia el sur; el niño, la gerasena y los siervos, hacia el norte. El velo tupido del agua los separa como tras una cortina de humo...

En la cabaña de Matías cerca de Yabés Galaad.

El valle profundo y boscoso donde surge Yabés Galaad se oye rumoroso debido a un arroyuelo muy cargado de agua, que va espumando hacia el cercano Jordán. El crepúsculo y la jornada, tenebrosos, agravan los aspectos sombríos de las frondas; así que el pueblo se presenta triste e inhóspito ya desde los primeros momentos.

-¡Mmm! No quisiera que después de siglos se vengara en nosotros este pueblo, de la desagradable sorpresa que le dio Israel. ¡Basta! ¡Vamos a sufrir por el Señor! - dice Tomás, que conserva su buen humor, a pesar de que su ropa esté como recién sacada de una tina (barro caminando, de la cabeza a las caderas, de las caderas a los pies). *(La desagradable sorpresa que le dio Israel está narrada en: I Macabeos 5, 9-36)*

No los vapulean, eso no. Pero los echan de todas partes, llamándolos ladrones, y peor todavía. Felipe y Mateo tienen que pegarse una buena carrera para salvarse de un perro de grandes dimensiones embrascado por un pastor cuando habían ido a la puerta de un aprisco a pedir alojamiento para la noche «al menos en el cobertizo de los animales».

-¿Y ahora qué hacemos? No tenemos pan.

-Ni dinero. ¡Sin dinero no se encuentra ni pan ni posada!

-Y estamos empapados, helados, hambrientos.

-Y llega la noche. ¡Sí que vamos a estar cucos mañana, después de una noche en el bosque!

De doce que son, siete rezongan abiertamente; tres tienen escrito en el rostro su mal humor, y aunque de hecho guardan silencio, es como si hablaran. Simón Zelote va cabizbajo, indescifrable. Juan parece como sobre las brasas encendidas, y su cabeza se vuelve veloz, de los rezongones a Jesús y de éste a aquéllos, con la pena dibujada en la cara. Jesús continúa llamando de casa en casa, personalmente, puesto que los apóstoles no quieren o lo hacen con temor; continúa recorriendo, paciente, las callejuelas convertidas en pantanos resbaladizos y fétidos. Pero en todas partes es rechazado.

Ya están en el extremo del pueblo. Allí el valle se abre en los pastos de la llanura transjordánica. Alguna que otra casa, todavía... Todo son desilusiones...

-Busquemos en los campos. ¿Juan, eres capaz de subir a este olmo? Desde arriba puedes ver.

-Sí, mi Señor.

-El olmo está resbaladizo de lluvia. El muchacho no va a subir y se va a hacer daño. Y, por si fuera poco, vamos a tener un herido - dice Pedro descontento.

Y, Jesús, mansamente:

-¡Subo Yo!

-¡De ninguna manera! - gritan en coro. Los que más alzan la voz son los pescadores, que añaden: «Si es peligroso para nosotros, que somos pescadores, ¿cómo vas a poder Tú, que no has trepado nunca por las costanas ni por las cuerdas?

-Lo hacía por vosotros. Para buscaros un alojamiento. Para mí es indiferente. No es el agua lo que me resulta penoso...

¡Cuánta tristeza! ¡Cuánta noción a la piedad por El hay en la voz!

Algunos se aperciben y callan. Otros, que son, para mayor exactitud, Bartolomé y Mateo, dicen:

-Ya es demasiado tarde para poner remedio. Se debía haber pensado antes.

-Sí, y no hacer caprichos queriendo salir de Pel.la aunque ya lloviera. Has sido un testarudo, y un imprudente, y ahora todos tenemos que pagar las consecuencias. ¿Qué remedio vas a poner ahora? ¡Si hubiéramos tenido una bolsa bien nutrida, hubieras visto como se habrían abierto todas las casas! ¡Pero Tú!... ¿Por qué no haces un milagro, al menos un milagro para tus apóstoles, puesto que los haces hasta para los indignos? - dice Judas de Keriot, gesticulando como un loco, agresivo; tanto que los otros, aunque en el fondo piensen en parte como él, sienten la necesidad de exigirle respeto.

Jesús parece ya el Condenado mirando pacífico a sus verdugos. Y calla. Este callar, que va siendo cada vez más frecuente en Jesús desde hace un tiempo, preludio del "gran silencio" ante el Sanedrín, ante Pilatos y ante Herodes, me da mucha pena. Me semejan esas pausas de silencio que se oyen en el quejido de un moribundo, que no son signo de calma de los dolores, sino preludio de la muerte. Siento la impresión de que estos silencios de Jesús gritan, más que cualquier otra palabra, con su callar, y que expresan todo el dolor de Jesús ante la incompreensión de los hombres y su desamor. Y su mansedumbre que no reacciona, esta postura suya con la cabeza un poco baja, me lo presentan ya atado, consignado al odio de los hombres.

-¿Por qué no hablas? - le preguntan.

-Porque diría palabras que vuestro corazón no entendería en este momento... Vamos. Vamos a andar para no congelarnos... Y perdonad...

Se vuelve sin demora y se pone a la cabeza de esta comitiva que en parte es comprensiva; en parte, acusadora; en parte, polémica con los compañeros.

Juan se rezaga un poco, pero de forma que ninguno se dé cuenta. Luego se acerca a un árbol grande, alto - creo que es chopo o fresno-, y, arrojados manto y túnica, se pone a subir semidesnudo, fatigosamente, hasta que las primeras ramas no le facilitan la subida. Sube, sube, sube, como un gato. Alguna vez también resbala, pero se afianza de nuevo. Está ya casi en la cima. Escudriña el horizonte bajo las últimas luces del día, más claras aquí - en abierta llanura - que en el valle, porque además las plomizas nubes son menos espesas. Agudiza la mirada en todas las direcciones. Por fin un gesto de alegría. Se deja resbalar rápidamente hasta el suelo, se pone los indumentes que se había quitado, se echa a correr hasta alcanzar y pasar a sus compañeros. Ya llegó donde el Maestro. Dice, jadeante por el esfuerzo realizado y por la carrera:

-Una cabaña, Señor... una cabaña hacia oriente... pero hay que volver atrás... He subido a un árbol... Ven, ven...

-Voy con Juan por esta parte. Si queréis venir, venid; si no, proseguid hasta el próximo pueblo siguiendo el río. Allí nos encontraremos - dice Jesús serio y decidido.

Los siguen todos por los prados empapados.

-¡Pero estamos volviendo a Yabés!

-Yo no veo casas...

-¿Quién sabe lo que habrá visto el muchacho!

-¡Quizás un pajar!

-O la cabaña de un leproso.

-Así terminamos de mojarnos. Estos prados parecen esponjas - se lamentan los apóstoles.

Pero no es ni la cabaña de un leproso ni un pajar lo que se presenta a sus ojos detrás de una espesura de troncos. Es una cabaña, eso sí. Ancha, baja, semejante a un aprisco pobre. Tejado de paja hasta la mitad, paredes de barro que apenas si se sujetan con los cuatro machones angulares de piedras sin desbatar. Una serie de estacas circuye la casucha; en el espacio intermedio, hortalizas que chorrean agua.

Juan da una voz. Se asoma un anciano.

-¿Quién es?

-Peregrinos camino de Jerusalén. ¿Posada en nombre de Dios! - dice Jesús.

-Siempre. Es un deber. Pero mal sitio os ha tocado. Tengo poco espacio y no tengo camas.

-No importa. Tendrás fuego al menos.

El hombre se afana en abrir el cierre y lo abre.

-Entrad. La paz sea con vosotros.

Pasan por la minúscula huerta. Entran en la habitación única, que es cocina y dormitorio. En el hogar está encendido el fuego. Hay orden y pobreza. No hay ni un utensilio más de los necesarios.

-¿Veis? ¡Lo único que tengo es un corazón grande y adornado! Pero si os adaptáis... ¿Tenéis pan?

-No. Un puñado de aceitunas...

-Yo no tengo pan para todos. Pero os voy a hacer una cosa con la leche, Tengo dos ovejas. Me bastan. Voy a ordeñarlas. ¿Me dais los mantos? Así los extendiendo en el aprisco, aquí detrás. Se secarán un poco. Mañana con la llama se acabarán de secar.

El hombre sale cargado con la ropa húmeda. Todos están cerca del fuego y se alegran por el calor.

Vuelve el hombre trayendo una tosca estera. La extiende.

-Quitaos las sandalias. Así las lavo y les quito el barro y las cuelgo para que se sequen. También os voy a dar agua caliente para quitaros el barro de los pies. La estera es tosca, pero es gruesa y está limpia; la agradeceréis más que el suelo frío.

Descuelga un caldero lleno de agua verdosa, por las verduras que cuecen dentro, y vierte el agua mitad en un barreño mitad en una tina. La alarga con agua fría y dice:

-Aquí tenéis. Os reanimaré. Lavaos. Éste es un paño limpio.

Y, entretanto, se afana avivando la llama, vierte leche en un caldero y la pone en el fuego. Y, en cuanto empieza a hervir, echa semillas dentro de la leche (creo que son o cebada molida o millo descascarado). Y remueve la papilla.

Jesús, que ha sido uno de los primeros que se ha lavado, se acerca a él:

-Que Dios te recompense por tu caridad.

-No hago sino restituir lo que he recibido de El. Estaba leproso. De los treinta y siete a los cincuenta y uno, leproso. Luego me curé. Pero en el pueblo me encontré ya que mis padres habían muerto, y mi mujer; y la casa estaba devastada. Además yo era "el leproso"... Vine aquí y me hice mi nido; yo solo y con la ayuda de Dios. Primero una cabaña de juncos, luego de madera. Luego tapias... Todos los años una cosa nueva. El año pasado hice el lugar para las ovejas. Las he comprado fabricando esteras que vendo, y también platos y vasos de madera. Tengo un manzano, un peral, una higuera, una vid. Detrás tengo una parcelita de cebada; delante, las hortalizas. Cuatro parejas de palomas y dos ovejas. Dentro de poco tendré corderos. Esperemos que sean hembras esta vez. Bendigo al Señor y no pido más cosas. ¿Y Tú quién eres?

-Un galileo. ¿Tienes prejuicios?

-Ninguno, aunque sea de raza judía. Si hubiera tenido hijos, habría podido tener uno como Tú... Hago de padre a las palomitas...

-Estoy acostumbrado a estar solo.

-¿Y para las Fiestas?

-Lleno los comederos y me marchó. Alquilo un asno. Corro, hago lo que tengo que hacer, y vuelvo. Jamás me ha faltado ni una sola hoja. Dios es bueno.

-Sí, con los buenos y con los menos buenos; pero los buenos están bajo sus alas.

-Sí. Lo dice también Isaías... A mí me ha protegido.

-De todas formas, has sido leproso» observa Tomás.

-Y me he quedado pobre y solo. Pero, mira, volver a ser un hombre y tener techo y pan es gracia de Dios. Mi modelo en la desventura fue Job. Espero merecer como él la bendición de Dios, no en riquezas sino en gracia.

-La tendrás. Eres un justo. '¿Cómo te llamas?

-Matías.

Y quita del fuego su caldero, lo lleva a la mesa, añade mantequilla y miel, remueve, vuelve a ponerlo en el fuego y dice:

-Tengo sólo seis piezas de vajilla entre platos y cuencos. Os turnáis.

-¿Y tú?

-El que da hospitalidad es el último en servirse. Primero los hermanos que Dios envía. Bueno, ya está a punto. Esto sienta bien.

Y echa unos cazos de papilla humeante en cuatro platos y dos cuencos. Cucharas de madera sí que hay.

Jesús sugiere a los más jóvenes que coman.

-No. Tú, Maestro - dice Juan.

-No, no. Conviene que se sacie Judas, y vea que hay siempre comida para los hijos.

Judas Iscariote cambia de color, pero come.

-¿Eres un rabí?

-Sí. Éstos son mis discípulos.

-Yo iba donde el Bautista, cuando él estaba en Betabara. ¿Sabes algo del Mesías? Dicen que ya ha venido y que Juan lo señaló. Siempre que voy a Jerusalén espero verlo. Pero nunca lo he logrado. Cumpló el rito y no me detengo. Será por esto por

lo que no lo veo. Aquí vivo aislado, y además... gente no buena en Perea. Hablé con unos pastores que vienen aquí por los pastos. Ellos sabían del Mesías. Me hablaron. ¡Qué palabras! ¿Qué será cuando las diga Él!...

Jesús no se da a conocer. Le toca ahora comer y lo hace serenamente, al lado del buen anciano.

-¿Y ahora? ¿Cómo vamos a hacer para dormir? Os cedo la cama. Pero es solo una... Yo voy donde las ovejas.

-No, vamos nosotros. El heno es bueno para quien está cansado.

La cena ha terminado. Ahora piensan en acostarse para partir al alba. Pero el anciano insiste y a su cama va Mateo, que está muy constipado.

Pero la aurora es un diluvio. ¿Cómo ponerse en marcha bajo esas cataratas? Siguen el consejo del viejo y se quedan. Entretanto cepillan y secan las túnicas, untan las sandalias, dan descanso a sus cuerpos. El viejo cuece otra vez cebada en la leche, para todos; luego mete unas manzanas entre las cenizas. La comida de todos. Lo están consumiendo cuando llega de fuera una voz.

-¿Otro peregrino? ¿Cómo nos vamos a arreglar? - dice el anciano. Pero se pone en pie y sale, envuelto en una manta de lana basta, impermeable.

En la cocina hay calor de fuego, pero no de humor bueno. Jesús guarda silencio.

Vuelve el anciano, con los ojos desmesuradamente abiertos. Mira a Jesús, mira a los otros. Parece sentir miedo... parece en duda y escrutador. Al fin dice:

-¿Uno de vosotros es el Mesías? Decidlo, porque los de Pel.la lo buscan para adorarlo, por un gran milagro que ha hecho. Llevan llamando, desde ayer tarde, a todas las casas, hasta el río, hasta el primer pueblo... Ahora, regresando, han pensado en mí. Alguno ha indicado mi casa. Están afuera, con los carros. ¡Mucha gente!

Jesús se levanta. Los doce dicen:

-No vayas. Si has dicho que era prudente no detenernos en Pel.la, es inútil mostrarte ahora.

-¡Pero entonces!... ¡Oh! ¡Bendito! ¡Bendito Tú y quien te ha enviado! ¡Y bendito yo, que te he acogido! Eres el rabí Jesús, aquel... ¡Oh!

El hombre está de rodillas, con la frente contra el suelo.

-Soy Yo. Pero deja que vaya a estos que me buscan. Luego vendré a ti, hombre bueno. Se libera los tobillos apresados por las manos del anciano y sale a la huerta inundada.

-¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Hosanna!

Se apean rápidamente de los carros. Son hombres y mujeres, y está el cieguito de ayer con su madre, y está la gerasena. Sin preocuparse del barro, se arrodillan y suplican:

-¡Regresa, regresa donde nosotros, a Pel.la!

-¡No: a Yabés! - gritan otros, que son ciertamente de allí.

-¡Te queremos con nosotros! ¡Estamos arrepentidos de haberte echado! - gritan los de Yabés.

-No, donde nosotros. A Pel.la, donde está vivo tu milagro. A ellos los ojos; a nosotros, la luz del alma.

-No puedo. Voy a Jerusalén. Allí me encontraréis.

-Estás enfadado porque te hayamos echado.

-Estás disgustado porque sabes que habíamos creído las calumnias de un pecador.

La madre de Marcos se tapa la cara y llora.

-Dile tú, Yaia, al que te ha amado, que vuelva.

-Me encontraréis en Jerusalén. Marchaos. Y perseverad. No seáis como los vientos, que van en todas las direcciones.

Adiós.

-No. Ven. Te raptamos por la fuerza, si no vienes.

-Vosotros no alzaréis contra mí vuestra mano. Esto es idolatría, no verdadera fe. La fe cree incluso sin ver. Persevera aunque se la combata. Crece aun sin milagros. Me quedo en casa de Matías, que ha sabido creer sin ver nada y que es un justo.

-Al menos, acepta nuestros presentes. Dinero, pan. Nos han dicho que habéis dado todo lo que teníais a Yaia y a su madre. Toma un carro. Irás en él. Lo dejas en Jericó, en casa de Timón el posadero. Tómallo. Llueve. Y va a seguir lloviendo. Estarás resguardado. Llegarás antes. Muéstranos que no nos odias.

Ellos al otro lado de la estacada, Jesús a este lado, se miran; los de la parte de allá están agitados. Detrás de Jesús está el anciano Matías, de rodillas, con la boca abierta; luego, de pie, los apóstoles.

Jesús tiende la mano y dice:

-Acepto para los pobres. Pero no acepto el carro. Soy el Pobre entre los pobres. No insistáis. Yaia, mujer, y tú de Gerasa, venid que os bendiga en particular.

Y cuando los tiene a su lado, puesto que Matías ha abierto la estacada, los acaricia y bendice, y se despidе de ellos. Bendice luego a los otros, que se han aglomerado en torno a la entrada y están dando a los apóstoles monedas y víveres, y los despide.

Vuelve a casa...

-¿Por qué no les has hablado?

-Habla el milagro de los dos ciegos.

-¿Por qué no has tomado el carro?

-Porque ir a pie está bien.

Y se vuelve a Matías:

-Te habría recompensado con las bendiciones. Ahora puedo darte, además, un poco de dinero por los gastos que te ocasionamos...

-No, Señor Jesús... No lo quiero. Esto lo he hecho de buen corazón. Ahora... ahora lo hago sirviendo al Señor. No paga el Señor. No está obligado a ello. ¡He sido yo quien ha recibido, no Tú! ¡Este día vendrá, con su recuerdo, hasta la otra vida!

-Bien has hablado. Encontrarás tu misericordia hacia los peregrinos escrita en el Cielo, y también tu fe solícita. En cuanto se aclare el cielo un poco, te dejo. Aquellos podrían volver. Insistentes mientras están bajo la impresión del milagro; luego... tardos como antes, o enemigos. Yo continúo mi camino. Hasta ahora me he detenido, tratando de convertirlos. Ahora vengo y paso, sin detenerme. Voy al destino mío que me apremia. Dios y el hombre me acucian. No puedo ya detenerme. Me aguija el amor y me aguija el odio. Quien me ama puede seguirme. Pero el Maestro ya no va a correr detrás de las ovejas indóciles.

-¿No te aman, Maestro divino? - pregunta Matías.

-No me comprenden.

-Son malos.

-Los gravan las concupiscencias.

El hombre ya no se atreve a mostrarse con la libertad de antes. Parece como si estuviera delante del altar. Jesús, por el contrario, ahora que ya no es el Desconocido, se muestra menos reservado y habla al anciano como a un familiar.

Y así pasan las horas, hasta un principio de sol de mediodía. La nube, rota, promete suspensión de la lluvia. Jesús ordena la partida. Y, mientras el anciano va a recoger los mantos ya secos, deposita en un cajón unas monedas y dispone que metan panes y quesos en una masera.

Regresa el anciano. Jesús lo bendice. Luego reanuda su camino, y se vuelve todavía a mirar a la blanca cabeza que sobresale de la estacada oscura.

360

El malhumor de los apóstoles y el descanso en una gruta. El encuentro con Rosa de Jericó.

La llanura del lado oriental del Jordán, por las continuas lluvias, parece haberse convertido en una laguna, especialmente en el lugar en que se encuentran ahora Jesús y los apóstoles. Hace poco, han cruzado un torrente que desciende por una estrechura de las cercanas colinas, las cuales parecen formar verdaderamente una presa ciclópica, de norte a sur, paralela al Jordán, interrumpida acá o allá por estrechos valles por los que surge el inevitable torrente. Parece como si Dios hubiera puesto un gran festón de collados para orla del gran valle del Jordán, por esta parte. Diría, incluso, que son tan iguales sus salientes, formas y alturas, que es un festón monótono. El grupo apostólico está entre los dos últimos torrentes, que además se han desbordado y han ocupado las zonas rayanas de sus orillas, ampliando así su lecho; especialmente el que está al sur, imponente por la masa de agua que trae de las montañas, que rumorea, turbia, en dirección al Jordán, cuyo rumor, a su vez, se oye fuerte, especialmente en las zonas en que las curvas naturales - podría decir, las estrechuras que continuamente presenta - o la desembocadura de un afluente producen una excesiva acumulación de aguas. Pues bien, Jesús está dentro de este triángulo truncado, formado por tres cursos de agua crecidos; y salir de ese pantano no es cosa fácil.

E1 humor apostólico está más turbio que el día. Con eso está todo dicho. Todos quieren expresar su opinión. Todas las cosas que se dicen celan, bajo la apariencia de un consejo, una crítica. Es la hora de los: «Yo lo había dicho», «si se hubiera hecho como aconsejaba yo»... tan violentos para una persona que haya cometido un error, para alguien que ya de por sí se sienta abatido por ello.

Aquí se dice: «Hubiera sido mejor pasar el río a la altura de Pel.ía y luego ir por la otra parte, que es menos dificultosa», o: « ¡Hubiera convenido tomar aquel carro! Sí, hemos cumplido, ¿pero luego?...», y también: «¡Si nos hubiéramos quedado en los montes, no habría este barro!».

Juan dice:

-Sois los profetas de las cosas realizadas. ¿Quién podía prever esta insistencia de la lluvia?

Es su tiempo. Era natural - sentencia Bartolomé.

-Los otros años no han sido así antes de la Pascua. Cuando fui donde vosotros, el Cedrón no estaba crecido, y el año pasado hemos tenido incluso tiempo seco. Vosotros que os quejáis, ¿no os acordáis de la sed que pasamos en la llanura filisteá? - dice el Zelote.

-¡Claro! ¡Natural! ¡Hablan los dos sabios y nos contradicen! - dice con ironía Judas de Keriot.

-Tú cállate, por favor. Sabes sólo criticar. Pero, en los momentos importantes, cuando hay que hablar con algún fariseo o similar, te quedas callado como si tuvieras trabada la lengua - le dice, inquieto, Judas Tadeo.

-Sí. Tiene razón. ¿Por qué no has replicado ni una palabra a esas tres serpientes en el último pueblo? Sabías que habíamos estado también en Yiscalá y en Meirón, respetuosos y obsequiosos; y que allí quiso ir Él, justamente Él, que honra a los grandes rabíes difuntos. ¡Pero no has hablado! Sabes cómo exige de nosotros respeto a la Ley y a los sacerdotes. ¡Pero no has hablado! Hablas ahora. Ahora, porque hay alguna ironía que hacer sobre los mejores de entre nosotros, y críticas que hacer a las acciones del Maestro - dice, en tono apremiante, Andrés, que normalmente es paciente pero que hoy se manifiesta muy nervioso.

-Calla tú. Judas está equivocado. Él, que es amigo de muchos, demasiados, samaritanos... - dice Pedro.

-¡Yo! ¿Quiénes son? Dime sus nombres, si puedes.

-¡Sí, sí, amigo! Todos los fariseos, saduceos y gente influyente de cuya amistad te jactas. ¡Se ve que te conocen! A mí no me saludan nunca. A ti, sí.

-¡Estás celoso! Bueno, yo pertenezco al Templo y tú no.

-Por gracia de Dios soy un pescador. Sí, y me glorió de ello.

-Un pescador tan necio, que no ha sabido ni siquiera prever este tiempo.

-¿No? Ya lo dije: "Luna de Nisán mojada, agua a cantaradas" - sentencia Pedro.

-¡Ah! ¡Aquí te quería ver! ¿Y tú qué opinas, Judas de Alfeo? ¿Y tú, Andrés? ¡También Pedro, el Jefe, critica al Maestro!

-Yo no critico absolutamente a ninguno. Estoy diciendo un proverbio.

-Que, para quien lo oye, significa crítica y reproche

-Sí... pero todo esto no sirve para secar la tierra, me parece. Ya estamos aquí, y aquí debemos estar. Vamos a reservar el aliento para desencajar los pies de este pantano - dice Tomás.

¿Y Jesús? Jesús guarda silencio. Va un poco adelantado, chapoteando en el lodo, o buscando pedazos de tierra herbosa no sumergidos. Pero también basta con pisarlos para que salpiquen agua hasta la mitad de las espinillas, como si el pie hubiera pisado una bolsa, en vez de un trozo de tierra con hierba. Guarda silencio, los deja hablar, descontentos, enteramente hombres, nada más que hombres a quienes la mínima molestia vuelve irascibles e injustos.

Ya está cerca el río más meridional. Jesús, viendo pasar a lo largo del ribazo inundado a un hombre a lomos de un mulo, pregunta:

-¿Dónde está el puente?

-Más arriba. Yo también paso por él. El otro, hacia abajo, el romano, está ya sumergido.

Otro coro de quejas... Pero se apresuran a seguir al hombre, que habla con Jesús.

-De todas formas, te conviene subir hacia las colinas - dice. Y termina: «Vuelve al llano cuando encuentres el tercer río después del Yaloc. Tendrás ya cerca el vado. Pero apresúrate. No te detengas. Porque el río crece cada hora que pasa. ¡Qué estación más horrible! Primero el hielo, luego el agua. Y fuerte como ahora. Un castigo de Dios. ¡Pero es justo! Cuando no se apedrea a los blasfemos de la Ley, Dios castiga. ¡Y tenemos blasfemos de éstos! ¿Tú eres galileo, no es verdad? Entonces conocerás a ese de Nazaret del que todos los buenos se separan porque provoca todos los males. ¡Atrae las potencias destructoras con su palabra! ¡Los castigos! Hay que oír lo que cuentan de Él los que lo seguían. Tienen razón los fariseos en perseguirlo. ¡Qué gran ladrón será! Debe dar miedo como Belcebú. Me vinieron ganas de ir a escucharlo, porque antes me habían hablado muy bien de Él. Pero... eran discursos de los de su banda. Todos gente sin escrúpulos como Él. Los buenos lo abandonan. Y hacen bien. Yo, por mi parte, ya no trataré de verlo otra vez. Y si me coincide en mi camino, lo apedreo, como se debe hacer contra los blasfemos.

-Apedréame entonces. Soy Yo Jesús de Nazaret. No huyo ni te maldigo. He venido para redimir al mundo derramando mi Sangre. Aquí me tienes. Sacrificame, pero hazte justo.

Jesús dice esto abriendo un poco los brazos, hacia abajo; lo dice lentamente, mansamente, con tristeza. Pero, si hubiera maldecido al hombre, no le habría impresionado más. Éste tira tan bruscamente de los ramales, que el mulo pega una reparada que por poco si no se cae por el ribazo al río hinchado. Jesús echa mano al bocado y sujeta al animal, a tiempo de salvar hombre y mulo.

El hombre no hace sino repetir:

-¡Tú! ¡Tú!... - y, viendo el acto que lo ha salvado, grita:

-¡Pero si te he dicho que te apedrearía!... ¿No comprendes?

-Y Yo te digo que te perdono y que sufriré también por ti para redimirte. Esto es el Salvador.

El hombre lo mira todavía; luego da un golpe de talón en el costado del mulo y se marcha veloz... Huye... Jesús agacha la cabeza... Los apóstoles sienten la necesidad de olvidarse del barro, la lluvia y todas las otras miserias, para consolarlo. Lo circundan y dicen: -¡No te aflijas! No tenemos necesidad de bandidos. Y ése lo es. Porque sólo una persona mala puede creer que son verdaderas las calumnias que se dicen de ti, y tener miedo de ti.

-De todas formas - dicen también - ¡qué imprudencia, Maestro! ¿Y si te hubiera agredido? ¿Por qué decir que eras Tú Jesús de Nazaret?

-Porque es la verdad... Vamos hacia las colinas, como ha aconsejado. Perderemos un día, pero vosotros saldréis del pantano.

-También Tú - objetan.

-¡Para mí no cuenta! El pantano que me cansa es el de las almas muertas - y dos lágrimas gotean de sus ojos.

-No llores, Maestro. Nosotros nos quejamos, pero te queremos. ¡Si encontramos a los que te difaman!... Nos vengaremos.

-Vosotros perdonaréis como perdono Yo. Pero dejadme llorar. ¡Al fin y al cabo, soy el Hombre! Y que me traicionen, que renieguen de mí, que me abandonen, me causa dolor.

-Míranos a nosotros, a nosotros. Pocos pero buenos. Ninguno de nosotros te traicionará ni te abandonará. Créelo, Maestro.

-¡Ciertas cosas no hay ni que decirlas! ¡Pensar que podamos cometer una traición es una ofensa a nuestra alma! - exclama Judas Iscariote.

Pero Jesús está afligido. Guarda silencio. Y lentas lágrimas ruedan por las pálidas mejillas de un rostro cansado y enflaquecido.

Se acercan a los montes.

-¿Vamos a subir allá arriba o sólo vamos a bordear las bases de los montes? Hay pueblos a mitad de la ladera. Mira. De esta parte del río y de la otra - le indican.

-Está cayendo la tarde. Vamos a tratar de llegar a un pueblo. Que sea uno u otro es lo mismo.

Judas Tadeo, que tiene muy buenos ojos, escruta las laderas. Se acerca a Jesús. Dice: -En caso de necesidad, hay grietas en el monte. ¿Las ves allí? Nos podemos refugiar en ellas. Siempre será mejor que no el barro.

-Encendemos fuego - dice Andrés queriendo consolar.

-¿Con la leña húmeda? - pregunta con ironía Judas de Keriot. Ninguno le responde.

Pedro susurra:

-Bendigo al Eterno porque no están con nosotros ni las mujeres ni Margziam.

Pasan el puente - verdaderamente prehistórico -, que está justo en los lindes del valle. Toman el lado meridional de éste, por un camino de herradura que lleva a un pueblo. Las sombras descienden rápidamente; tanto, que deciden refugiarse en una amplia gruta para huir de un chaparrón violento. Quizás es una gruta que sirve de refugio a los pastores, porque hay paja, suciedad y un tosco hogar.

-Como cama no sirve. Pero para hacer fuego... - dice Tomás, señalando los ramajes sucios y desmenuzados que hay por el suelo, desperdigados; y helechos secos y ramas de enebro o de otra planta similar. Y los arrima al hogar ayudándose con un palo. Los amontona. Prende fuego.

Humo y hedor, junto a olor de resina y enebro, se alzan del fuego. Y, no obstante, se agradece ese calor; todos hacen un semicírculo, y comen pan y queso a la luz móvil de las llamas.

-De todas formas se habría podido intentar en el pueblo - dice Mateo, que está ronco y resfriado.

-¡Sí, ya! ¿Para repetir la historia de hace tres noches? De aquí no nos echa nadie. Estamos sentados en aquella leña y hacemos fuego hasta que podamos. Ahora que se ve, ¿hay leña en cantidad, eh? ¡Mira, mira, también paja!... Es un redil. Para verano, o para cuando trashuman. ¿Y por aquí? ¿A dónde se va? Coge una rama encendida, Andrés, que quiero ver - ordena Pedro, mientras se mueve buscando hacer algún descubrimiento.

Andrés obedece. Se meten por una estrecha hendidura que hay en una pared de la gruta.

-¡Tened cuidado, no vaya a haber algún animal peligroso! - gritan los otros.

-O leprosos - dice Judas Tadeo.

A1 cabo de poco, llega la voz de Pedro.

-¡Venid! ¡Venid! Aquí se está mejor. Está limpio y seco, y hay bancos de madera, y leña para el fuego. ¡Es un palacio para nosotros! Traed ramas encendidas, que hacemos fuego inmediatamente.

Debe ser, sí, un refugio de pastores: ésta es la gruta donde duermen los que están de descanso, mientras que en la otra velan los que, por turno, vigilan el rebaño. Es una excavación en el monte, mucho más pequeña, quizás hecha por el hombre, o por lo menos ampliada y reforzada con palos, colocados para sujetar la bóveda. Una campana de chimenea primitiva se pliega en forma de gancho hacia la primera gruta, para aspirar el humo que, si no, no tendría salida. Contra las paredes, toscos bancos y paja; en éstas hay clavados unos ganchos para colgar lámparas, indumentos o bolsas.

-¡Está magnífico, hombre! ¡Venga, vamos a hacer un buen fuego! Estaremos calientes y se secarán los mantos. Fuera los cintos; vamos a usarlos como cuerdas para tender los mantos - indica Pedro.

Luego se pone a colocar los bancos y la paja y dice:

-Y ahora, un poco cada uno, dormimos y nos turnamos en mantener vivo el fuego. Para ver y estar calientes. ¡Qué gracia de Dios!

Judas barbota entre dientes. Pedro se vuelve resentido:

-Respecto a la gruta de Belén, donde nació el Señor, esto es un palacio; si Él nació allí, podremos estar una noche nosotros aquí.

-También es más bonita que las grutas de Arbela. Allí lo único hermoso que había era nuestro corazón, que era mejor que ahora - dice Juan, internándose en un místico recuerdo suyo.

-También es mucho mejor que la que hospedó al Maestro para prepararse a la predicación - dice en tono severo el Zelote, mirando a Judas Iscariote como diciéndole "ya está bien, ¿no?".

Jesús, por último, abre su boca y dice:

-Y es, sin comparación, más caliente y cómoda que en la que hice penitencia por ti, Judas de Simón, el pasado Tébet.

-¡Penitencia por mí! ¿Por qué? ¡No hacía falta!

-¡Verdaderamente deberíamos tú y Yo pasar la vida en penitencia para liberarte de todo lo que te grava! Y no sería suficiente todavía.

La sentencia, muy decidida aunque haya sido dada con serenidad, cae como un rayo en el grupo atónito... Judas baja la cara y se retira a un rincón. No tiene la audacia de reaccionar.

-Yo me quedo despierto. Me encargo del fuego. Dormid vosotros - ordena Jesús pasado un rato.

Y, poco después, a los chasquidos de la leña se une la respiración pesada de los doce cansados, echados entre paja encima de los toscos bancos. Y Jesús, sí la paja se cae y los deja descubiertos, se levanta y vuelve a extenderla encima de los durmientes, amoroso como una madre. Y llora incluso mientras contempla los rostros herméticos de algunos en el sueño, o plácidos, o contrariados. Mira a Judas Iscariote, que parece sonreír maliciosamente incluso en el sueño, torvo, con los puños cerrados... Mira a Juan, que duerme con una mano debajo de la cara, velado el rostro por sus rubios cabellos, róseo, sereno como un niño en la cuna. Mira el rostro honesto de Pedro y el grave de Natanael, el picado de viruelas del Zelote, el rostro aristocrático de su primo -Judas, y se detiene largamente a mirar a Santiago de Alfeo, que es un José de Nazaret muy joven. Sonríe al oír los monólogos de Tomás y Andrés, que parecen hablar al Maestro. Tapa muy bien a Mateo, que respira con dificultad, cogiendo más paja para que esté caliente; paja que extiende encima de sus pies después de haberla calentado al fuego. Sonríe al oír a Santiago proclamar: «Creed en el Maestro y tendréis la Vida»... y continuar predicando a personajes de sueño. Y se inclina a recoger una bolsa donde Felipe conserva entrañables recuerdos, y se la coloca despacio debajo de la cabeza. En los intervalos medita y ora...

El primero en despertarse es el Zelote. Ve a Jesús todavía cabe el fuego encendido en la gruta ya bien caliente. Y, por el montón de la leña, reducido a una miseria, comprende que han pasado muchas horas. Baja de su yacija y se acerca de puntillas a Jesús.

-¿Maestro, no vienes a dormir? Velo yo.

-Ya amanece, Simón. Hace poco he ido allí y he visto que el cielo se está aclarando.

-Pero, ¿por qué no nos has llamado? ¡Tú también estás cansado!

-Simón, tenía mucha necesidad de pensar... y de orar - y le apoya la cabeza sobre el pecho.

El Zelote, en pie, junto a Él sentado, lo acaricia, y suspira. Pregunta:

-¿Pensar en qué, Maestro? Tú no tienes necesidad de pensar. Tú sabes todo.

-Pensar no en lo que debo decir, sino en lo que debo hacer. Estoy desarmado frente al mundo astuto, porque no tengo ni la malicia del mundo ni la astucia de Satanás. Y el mundo me vence... Y estoy muy cansado...

-Y apenado. Y nosotros contribuimos a ello, Maestro bueno inmerecido por nuestra parte. Perdóname a mí y a mis compañeros. Lo digo por todos.

-Os amo mucho... Sufro mucho... ¿Por qué tantas veces no me comprendéis?

E1 bisbiseo de los dos despierta a Juan, que es el que está más cerca. Abre sus ojos azul claro, mira a su alrededor extrañado, luego recuerda y enseguida, se pone de pie, y se acerca por detrás a los dos que están hablando.

Por este motivo, oye las palabras de Jesús:

-Para que todo el odio y las incomprensiones se transformaran en una insignificancia soportable, me bastaría vuestro amor, vuestra comprensión... Pero vosotros no me comprendéis... Y ésta es mi primera tortura. ¡Es dura! ¡Dura! Pero no tenéis culpa de ello. Sois hombres... Será vuestro dolor el no haberme comprendido, cuando ya no podáis repararlo... Por eso, porque entonces expiaréis las superficialidades de ahora, las mezquindades de ahora, las cerrazones de ahora, Yo os perdono y digo anticipadamente: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen, ni el dolor que me causan".

Juan cae delante y de rodillas, y abraza las rodillas de su Jesús afligido, y ya está para llorar cuando susurra:

-¡Oh, Maestro mío!

El Zelote, que sigue teniendo en su pecho la cabeza de Jesús, se inclina a besarlo en los cabellos y dice:

-¡Y, a pesar de todo, te queremos mucho! Sólo que pretenderíamos de ti una capacidad de defenderte, de defendernos, de triunfar. Nos deprime el verte hombre, sujeto a los hombres, a las inclemencias, a la miseria, a la maldad, a las necesidades de la vida... Somos unos necios. Pero así es. Para nosotros eres el Rey, el Triunfador, el Dios. No logramos comprender la sublimidad de tu renuncia a tanto por amor nuestro. Porque Tú sólo sabes amar. Nosotros no sabemos...

-Sí, Maestro. Simón ha hablado bien. No sabemos amar como ama Dios: Tú. Y lo que es infinita bondad, infinito amor, lo interpretamos como debilidad y nos aprovechamos de ello... Aumenta nuestro amor, aumenta tu amor, Tú que eres su fuente; hazlo desbordarse como ahora se desbordan los ríos; empápanos, satúranos de amor, como están los prados en todo el valle. No son necesarios la sabiduría, el coraje, la austeridad, para ser perfectos como Tú quieres. Basta con tener el amor... Señor, yo me acuso por todos: no sabemos amar.

-Vosotros, los dos que más comprenden, os acusáis. Sois la humildad. *Y la humildad es amor*. Pero también los otros tienen sólo una barrera para ser como vosotros. Y Yo la abatiré. Porque efectivamente soy Rey, Triunfador y Dios. Eternamente. Pero ahora soy el Hombre. Mi frente pesa ya bajo el suplicio de mi corona. Siempre ha sido una corona torturadora el ser Hombre... Gracias, amigos. Me habéis consolado. Porque esto tiene de bueno el ser hombres: tener una madre que ama y amigos sinceros. Ahora vamos a despertar a los compañeros. Ya no llueve. Los mantos están secos. Los cuerpos descansados. Comed y nos ponemos en marcha.

Alza la voz lentamente, hasta que el «nos ponemos en marcha» es una orden firme. Todos se levantan y manifiestan su contrariedad por haber dormido todo el tiempo mientras Jesús velaba. Se arreglan un poco, comen, cogen los mantos, apagan el fuego y salen al sendero húmedo, y empiezan a bajar hasta el camino de herradura, que tiene el suficiente desnivel como para no ser un mar de lodo. La luz todavía es poca, porque ni hay sol ni el cielo está claro. Suficiente, de todas formas, para ver.

Andrés y los dos hijos de Alfeo van delante de todos. Llegados a un punto del camino, se inclinan, miran y rápidamente vuelven.

-¡Hay una mujer! ¡Parece muerta! Tapa el sendero.

-¡Qué lata! Ya empezamos mal. ¿Cómo es posible? ¡Ahora vamos a tener que purificarnos incluso!». Las primeras quejas del día.

-Vamos a ver nosotros si está muerta - dice Tomás a Judas Iscariote.

-Voy yo contigo, Tomás - dice el Zelote, y va adelante.

-Llegan adonde la mujer, se agachan, y Tomás regresa corriendo y gritando.

-Quizás la han asesinado - dice Santiago de Zebedeo.

-O ha muerto de frío - responde Felipe.

Pero Tomás se llega a ellos y grita:

-¡Lleva la túnica descosida de los leprosos...! (está tan desconcertado, que parece como si hubiera visto al diablo).

-¿Pero está muerta? - preguntan.

-¿Qué sé yo? He salido corriendo.

El Zelote se levanta y a buen paso, viene hacia Jesús. Dice:

-Maestro, una hermana leprosa. No sé si está muerta. Creo que no. Creo que el corazón todavía late.

-¿La has tocado?! - gritan bastantes separándose.

-Sí. Desde que soy de Jesús, no tengo miedo de la lepra. Y siento compasión, porque sé lo que es ser leproso. Quizás le han dado un golpe, porque está sangrando por la cabeza. Quizás había bajado buscando algo de comer. Es tremendo, ¿sabéis?, morirse de hambre y tener que hacer frente a los hombres para conseguir un pan.

-¿Está muy maltrecha?

-No. Es más, no sé cómo es que está con los leprosos. No tiene ni escamas ni llagas ni gangrenas. Quizás es leprosa desde hace poco. Ven, Maestro. Te lo ruego. ¡Como de mí, ten piedad de esta hermana leprosa!

-Vamos. Dadme pan, queso y ese poco de vino que tenemos todavía.

-¿No le irás a dar de beber de donde bebemos nosotros! - grita aterrorizado Judas Iscariote.

-No temas. Beberá en mi mano. Ven, Simón.

Van hacia delante... pero la curiosidad manda adelante también a los otros. Sin sentir ya molestias por el agua del follaje (que llueve de las ramas encima de las cabezas cuando menean aquéllas) ni por el musgo empapado, suben por la ladera para ver a la mujer sin acercarse. Y ven que Jesús se agacha, la toma por las axilas, la arrastra sentada y la apoya contra una roca. La cabeza pende como si estuviera muerta.

-Simón, vuélvele la cabeza, para que pueda echarle en la garganta un poco de vino.

El Zelote obedece sin miedo, y Jesús, manteniendo en alto el calabacino, deja caer unas gotas de vino dentro de los labios entreabiertos y lívidos. Y dice:

-¡Está helada esta infeliz! Y empapada.

-Si no fuera leprosa, la podíamos llevar adonde hemos estado nosotros - dice Andrés compadecido.

-¡Sí! - prorrumpe Judas - ¡sólo faltaba eso!

-¡Pero si no está leprosa! No tiene señales de lepra.

-Tiene la túnica y es suficiente.

El vino actúa mientras tanto. La mujer emite un suspiro cansado. Jesús, viendo que traga, le vierte un chorro en la boca. La mujer abre los ojos obnubilados y asustados. Ve a algunos hombres. Trata de alzarse y de huir, mientras grita:

-¡Estoy contaminada! ¡Estoy contaminada!

Pero las fuerzas no le ayudan. Se tapa el rostro con las manos y gime:

-¡No me apedreéis! He bajado porque tengo hambre... Hace tres días que ninguno me echa nada...

-Aquí hay pan y queso. Come. No tengas miedo. Bebe un poco de vino en mi mano - dice Jesús echando en el cuenco de su mano un poco de vino y dándoselo.

-¡Pero no tienes miedo! - dice, asombrada, la infeliz.

-No tengo miedo - responde Jesús. Y, poniéndose en pie, sonríe; se queda, de todas formas junto a la mujer, que come con avidez el pan y el queso.

Parece una fiera hambrienta. Jadea incluso, por el ansia de nutrirse. Luego, sedada la animalidad de las entrañas vacías, mira alrededor de sí... Cuenta en voz alta:

-Uno... dos... tres... trece... ¿Pero entonces?... ¿Quién es el Nazareno? ¿Tú, no? ¡Sólo Tú puedes tener compasión como has tenido de una leprosa!...

La mujer se pone de rodillas con dificultad por la flaqueza.

-Soy Yo, sí. ¿Qué quieres? ¿Curarte?

-Eso también... Pero antes debo decirte una cosa... Yo tenía noticia de ti. Me habían hablado hace mucho unos que pasaron... ¿Mucho? No. El otoño pasado. Pero para un leproso... cada día es un año... Hubiera deseado verte. Pero ¿cómo podía ir a Judea o a Galilea? Me llaman "leprosa". Pero lo único que tengo es una llaga en el pecho, que me la ha transmitido mi marido, que me tomó virgen y sana, y él no estaba sano. Pero es una persona importante... y puede todo. Incluso decir que le había traicionado yendo a él ya enferma, y así repudiarme, para tomar a otra mujer de la que estaba prendado. Me denunció como leprosa. Por pretender justificarme, empezaron a pedradas conmigo. ¿Era justo, Señor? Ayer tarde, un hombre ha pasado, de Bet Yaboc, avisando que venías, y exhortando a salir a tu encuentro para echarte de aquí. Yo estaba... Había bajado hasta las casas porque tenía hambre. Habría hurgado incluso en los estercoleros para matar mi hambre... Yo, que era la "señora", habría querido quitarles a los pollos un poco de su frangollo agriado...

Llora... Luego continúa:

-La ansiedad por encontrarte - por ti, para decirte: "¡Huye!"; por mí, para decirte: "¡Piedad!" - me ha hecho olvidarme de que, infringiendo nuestra ley, perros, cerdos y pollos viven junto a las casas de Israel pero que el leproso no puede bajar a pedir un pan, ni siquiera cuando es una que de leprosa sólo tiene el nombre. Y he venido, preguntando dónde estabas. No me vieron en ese momento, por la oscuridad, y me dijeron: "Sube por el ribazo del río". Pero luego me vieron, y en vez de pan me dieron piedras. Salí corriendo, en la noche, para venir a tu encuentro, para evitar los perros. Tenía hambre, tenía frío, tenía miedo. Caí donde me has encontrado. Aquí. Creía que moría. Sin embargo, te he encontrado a ti. Señor, no estoy leprosa. Pero esta llaga que tengo aquí en el pecho me impide volver con los vivos. No pido volver a ser la Rosa de Jericó de los tiempos de mi padre; pero por lo menos vivir con los demás hombres y seguirte a ti. Los que me hablaron en Octubre dijeron que tienes discípulos y que estabas con ellas... Pero primero sálvate Tú. ¡No mueras, Tú que eres bueno!

-No moriré hasta que no llegue mi hora. Ve allí, a aquella peña. Hay una gruta segura. Descansa. Luego ve al sacerdote.

-¿Para qué, Señor?

La mujer tiembla de ansiedad.

Jesús sonríe:

-Vuelve a ser la Rosa de Jericó que florece en el desierto y que siempre está viva aunque parezca muerta. Tu fe te ha curado.

La mujer alza ligeramente la parte de vestido que cubre el pecho, mira... y grita:

-¡Ya no hay nada! ¡Oh, Señor, mi Dios! - y cae rostro en tierra.

-Dadle pan y otras cosas de comer. Y tú, Mateo, dale un par de sandalias tuyas. Yo doy un manto. Para que pueda ir, después de reponer fuerzas, al sacerdote. Dale también el óbolo, Judas. Para los gastos de purificación. La esperaremos en Getsemaní para dársela a Elisa, que me pidió una hija.

-No, Señor. No descanso. Me pongo en marcha ya. Enseguida. Enseguida.

-Baja, entonces al río, lávate, ponte encima el manto...

-Señor, se lo doy yo a la hermana leprosa. Deja que lo haga. Yo la guío adonde Elisa. Me curo otra vez viéndome a mí en ella, así, dichosa - dice el Zelote.

-Sea como quieras. Dale todo lo necesario. Mujer, escucha bien. Irás a purificarte. Luego irás a Betania y preguntarás por Lázaro. Le dices que te dé hospedaje hasta que llegue Yo. Ve en paz.

-¡Señor! ¿Cuándo voy a poder besarte los pies?

-Pronto. Ve. Pero has de saber que sólo el pecado me produce horror. Y perdona a tu marido, porque por medio suyo me has encontrado a mí.

-Es verdad. Lo perdono. Me voy... ¡Oh, Señor! No te detengas aquí que te odian. Piensa que he caminado exhausta, durante una noche, para venir a decírtelo, y que si en vez de encontrarte a ti hubiera encontrado a otros me podían haber matado a pedradas como a una serpiente.

-Lo recordaré. Vete, mujer. Quema la túnica. Acompáñala, Simón. Nosotros os seguiremos. En el puente os alcanzaremos.

Se separan.

-Pero ahora tenemos que purificarnos. Todos estamos contaminados.

-No era lepra, Judas de Simón. Yo te lo digo.

-Bueno, pues, de todas formas me voy a purificar. No quiero cargar con impurezas.

-¡Que cándida azucena! - exclama Pedro. ¡No se siente impuro el Señor, y te vas a sentir tú impuro!

-¿Y por una que El dice que no está leprosa? Pero, ¿qué tenía, Maestro? ¿Has visto la llaga?

-Sí. Un fruto de la lujuria masculina. Pero no era lepra. Y si el hombre hubiera sido honesto no la habría repudiado, porque estaba más enfermo que ella. Pero todo les sirve a los lujuriosos para saciar su hambre. Tú, Judas, si quieres, vete también. Nos encontraremos en el Getsemaní. ¡Y purifícate! ¡Purifícate! Pero la primera purificación es la sinceridad. Tú eres hipócrita. No lo olvides. Vete, vete, si quieres.

-¡No, no, que me quedo! Si Tú lo dices, creo. No estoy, por tanto, contaminado y me quedo contigo. Tú quieres decir que soy lujurioso y que aprovechaba la ocasión para... Te demuestro que mi amor eres Tú.

Y caminan raudos cuesta abajo.

361

Los dos iniertos que transformarán a los apóstoles. María de Magdala advierte a Jesús de un peligro. Milagro ante la riada del Jordán.

Por fin puedo escribir lo que desde el rayar del alba de esta mañana ocupa mi vista y oído mentales, y me hace sufrir por el esfuerzo de oír cosas externas y de casa mientras que lo que *debo* ver y oír son las cosas de Dios, y me hace intolerante respecto a todas las demás cosas que no sean lo que el espíritu ve.

¡Cuánta paciencia necesito para... no perder la paciencia esperando el momento de decir a Jesús: «¡Aquí me tienes! ¡Ahora puedes seguir adelante!»! Porque - lo he dicho otras veces y ahora lo repito - cuando no puedo proseguir o empezar la narración de lo que veo, la escena se detiene al principio, o en el punto en que me interrumpen, y luego continúa su secuencia o empieza de nuevo, cuando puedo seguirla libremente. Creo que Dios quiere esto para que no omita o confunda ni siquiera un detalle particular, lo cual podría sucederme si escribiera un tiempo después de haber visto.

Aseguro por mi conciencia, que cuanto escribo, por verlo u oírlo, lo escribo mientras lo veo y oigo.

Así pues, esto es lo que veo desde el comienzo de la mañana, y mi interno consejero me dice que es el comienzo de una larga y hermosa visión.

Jesús, con un tiempo de lobos, va por un camino campestre embarradísimo. El camino es un pequeño río de lodo que a cada pisada cede y salpica; un lodo amarillento, pegajoso, resbaladizo cual jabón blando, que se agarra a las sandalias y las aspira como si fuera una ventosa, y al mismo tiempo se desliza bajo sus suelas, haciendo penosa la marcha en medio de muchos patinazos.

Debe haber llovido y requetellovido en esos días. Y el cielo (un cielo bajo, plúmbeo, recorrido por nubarrones densos impulsados por los vientos siroco o gregal, tan densos que el aire parece, en la boca, un cuerpo dulzarrón, una pátina empalagosa) todavía promete más lluvia. No alivia este rítmico soplo de viento, que plega hierbas y ramas y luego pasa para tornar todo a la inmovilidad pesada del bochorno tempestuoso. De vez en cuando, un nubarrón se abre, y gruesas gotas, calientes como si provinieran de una ducha templada, caen para formar borbollones en el lodo, que salpica aún más en las túnicas y las piernas.

Los bajos de las túnicas - a pesar de que Jesús y los suyos las hayan recogido, disponiéndolas muy abolsadas en torno a las caderas con la ayuda del cordón que las ciñe a las cinturas - son una entera cazcarria de fango, muy húmedo en la parte más baja, casi seco en las salpicaduras más altas. Túnicas y mantos - éstos también los llevan lo más alto posible: los han plegado en dos y así los llevan, por limpieza y para protegerse doblemente de los chaparrazos breves pero violentos - están enteramente sucios de barro. ¿Y los pies y las piernas?: hasta la mitad de las espinillas parecen cubiertos de una espesa media de lana cascarriosa, y que, sin embargo, es lodo, lodo y más lodo encostrado.

Hasta aquí el comienzo. Ahora prosigue.

Los discípulos se quejan un poco del tiempo y del camino, y, digámoslo también, de las ganas poco... aconsejables del Maestro de estar por ahí caminando con un tiempo como éste.

Jesús parece que no oye. Pero oye. Y dos o tres veces se vuelve levemente - van casi en fila india para seguir el lado izquierdo del camino, que, por su nivel un poco más alto que el derecho, está menos cenagoso -, se vuelve para mirarlos, pero no habla.

La última vez es el más anciano de los apóstoles el que dice:

-¡Pobre de mí! ¡Con esta humedad que se me está secando encima voy a tener dolores para tomar y dejar! ¡Yo ya soy viejo! ¡Ya no tengo treinta años!

También Mateo refunfuña:

-¿Y yo, entonces? Yo es que no estaba acostumbrado... Cuando llovía en Cafarnaúm, ya sabes, Pedro, que no salía de mi casa. Ponía a unos siervos en la mesa de los impuestos y ellos me traían a los que tenían que pagar. Había organizado un verdadero servicio para esto. ¡Hombre, claro! ¿Quién salía cuando hacía mal tiempo? ¡Pues... algún que otro melancólico y nada más! Mercados y viajes se hacen con el buen tiempo...

-¡Callad! ¡Que oye! - dice Juan.

-No, hombre, que no oye. Está pensando, y cuando piensa... es como si nosotros no existiéramos - dice Tomás.

-Y cuando establece una cosa no la remueve ninguna justa consideración. Quiere hacer lo que quiere Él. Sólo se fía de sí mismo. Será su ruina. Si se asesorase un poco conmigo... ¡Que yo sé muchas cosas! - dice Judas con ese empaque de "yo hago todo" y de "soy más que los demás".

-¿Qué sabes tú?- pregunta Pedro, ya rajo como un gallito. ¡Tú sabes todo! ¿Qué amigos tienes? ¿Qué es, que eres una personalidad de Israel? ¡Vete por ahí, hombre! Tú eres un pobre hombre como yo y los demás. Un poco más guapo... Pero la belleza de juventud es una flor que dura un día. ¡Yo también era guapo!

-Una fresca carcajada de Juan quiebra el aire. También los otros se ríen, y toman un poco el pelo a Pedro por sus arrugas, sus piernas divergentes, como las de todos los marineros, sus ojos un poco prominentes y enrojecidos por los vientos del lago.

-Reíos si queréis, pero es así. Y... no me interrumpáis. Di, Judas. ¿Qué amigos tienes? ¿Qué sabes? Para saber lo que das a entender, debes tener amigos entre los enemigos de Jesús. Y quien tiene amigos entre los enemigos es un traidor. ¡De modo que, muchacho, cuida de ti, si te preocupa tu belleza! Porque, si bien es verdad que ya no soy guapo, es verdad que soy todavía fuerte, y no me costaría mucho esfuerzo dejarte desdentado o deshacerte un ojo - dice Pedro.

-¡Qué modos de hablar! ¡Verdaderamente propios de un tosco pescador! - dice Judas con un desprecio de príncipe ofendido.

-Sí señor, y a mucha honra. Pescador, pero sincero como mi lago, que si quiere hacer tormenta no dice: "Hago bonanza", sino que se estremece y se pone, como testigos en el zócalo del cielo, unas borlas de nubes que para qué; de forma que basta con que uno no sea un animal o esté borracho para que entienda la alusión y tome las medidas que correspondan. Tú... tú me asemejas a este barro, que parece sólido y, mira» (y pisa enérgicamente, y el barro salpica hasta el mentón del guapo Iscariote).

-¡Pero Pedro! ¡Son modales indignos! ¡Pues sí que dan en ti buen fruto las palabras del Maestro sobre la caridad!

-Y en ti sobre la humildad y la sinceridad. Venga. Escupe lo que sabes. ¿Qué sabes? ¿Es verdad que sabes, o te das importancia para hacer creer que tienes amigos poderosos? ¡Tú, que eres sólo un pobre gusano!

-Yo sé lo que sé, y no vengo a decírtelo a ti para que se produzcan riñas como te gustaría, como galileo que eres. Repito que sería una cosa muy buena que el Maestro fuera menos testarudo. Y menos violento. La gente se cansa de oír que la ofenden.

-¡Violento! Si lo fuera, debería hacerte volar al río, inmediatamente. Un buen vuelo por encima de aquellos árboles. Así te lavarías el barro que te ensucia el perfil. ¡Ojalá sirviera para lavarte el corazón, que... me equivocaré, pero debe estar más costroso que mis piernas embarradas!

Efectivamente, Pedro, velludo y bajo de estatura, tiene las piernas más embarradas. El y Mateo son verdaderamente de arcilla casi hasta la rodilla.

-Dejadlo, ¿no? ¡Ya está bien! - dice precisamente Mateo.

Juan, que ha notado que Jesús ha aminorado la marcha, sospecha que haya oído, y, acelerando el paso, pasando a dos o tres compañeros, se llega hasta Él, se pone a su lado y lo llama:

-¡Maestro! - dulcemente como siempre, y con esa mirada suya de amor, volviendo la cabeza hacia arriba, porque es más bajo y porque va hacia el centro del camino y, por tanto, fuera del ligero desnivel por el que todos marchan.

-¡Juan! ¿Me has alcanzado?

Jesús le sonríe.

Juan, estudiando con amor y preocupación su rostro para tratar de ver si ha oído, responde:

-Sí, Maestro mío. ¿Me quieres contigo?

-Siempre te quiero conmigo. A todos os querría tener al lado, ¡y con tu corazón! Pero, si sigues caminando por ahí, te acabarás de mojar.

-¡No me importa, Maestro! ¡Nada me importa, con tal de estar a tu lado!

-¿Siempre quieres estar conmigo? Tú no piensas que soy imprudente y que puedo meteros en líos también a vosotros. ¿No te sientes ofendido porque no atiendes tus consejos?

-¡Maestro! ¿Entonces has oído? - Juan está consternado.

-He oído todo. Desde las primeras palabras. De todas formas, no te aflijas. No sois perfectos. Lo sabía desde cuando os llamé. Y no pretendo que seáis perfectos rápidamente. Antes deberéis ser transformados de agrestes en delicados, con dos injertos...

-¿Cuáles, Maestro?

-Uno de sangre, otro de fuego. Después seréis héroes del Cielo y convertiréis al mundo, empezando por vosotros.

-¿De sangre? ¿De fuego?

-Sí, Juan. La Sangre: la mía...

-¡No, Jesús!

Juan le interrumpe con un gemido.

-Serénate, amigo. No me interrumpas. Sé tú el primero en escuchar estas verdades. Lo mereces. La Sangre: la mía. Ya sabes que para esto he venido. Soy el Redentor... Piensa en los Profetas. No omitieron ni una iota describiendo mi misión. Seré el Hombre descrito por Isaías. Y, cuando me desangren, mi Sangre os fecundará a vosotros. Pero no me limitaré a esto. Sois tan imperfectos, débiles, obtusos y miedosos, que Yo, glorioso al lado del Padre, os enviaré el Fuego, la Fuerza que procede de mi ser por generación del Padre y que vincula al Padre y al Hijo en una arra indisoluble, haciendo de Uno, Tres: el *Pensamiento*, la *Sangre*, el *Amor*. Cuando el Espíritu de Dios, o mejor, el Espíritu del Espíritu de Dios, la Perfección de las Perfecciones divinas, descienda sobre vosotros, vosotros dejaréis de ser lo que ahora sois. Seréis nuevos, potentes, santos... Pero para uno nulo será la Sangre y nulo el Fuego. Porque la Sangre, para él, significará poder de condenación, y para toda la eternidad conocerá otro fuego, en el cual arderá, arrojando y tragando sangre, porque verá sangre en todos los lugares donde ponga sus ojos mortales o sus ojos espirituales, desde cuando haya traicionado la Sangre de un Dios.

-¡Oh, Maestro! ¿Quién es?

-Lo sabrás un día. Ahora ignora. Y, por la caridad, no trates ni siquiera de indagar. La averiguación presupone sospecha. No debes sospechar de tus hermanos, porque la sospecha es ya falta de caridad.

-Me basta con que me asegures que no seremos ni yo ni Santiago los que te traicionemos.

-¡No, tú no! Y tampoco Santiago. ¡Tú eres mi consuelo, Juan bueno! - y Jesús le pone un brazo encima de los hombros y lo arrima hacia sí, y prosiguen así unidos.

Van en silencio un rato. También los demás ahora guardan silencio. Se oyen sólo las pisaduras sobre el lodo.

Luego, otro ruido. Es un susurro, un gorgoteo: me asemeja al pesado ronquido de una persona acatarrada. Un ronquido monótono, interrumpido de vez en cuando por pequeños chasquidos.

-¿Oyes? - dice Jesús - El río está cerca.

-Pero al vado no llegaremos antes de la noche. Dentro de poco empezará a oscurecer.

-Dormiremos en alguna cabaña. Y mañana pasaremos. Hubiera querido llegar antes, porque cada hora que pasa se engrosa más el río. ¿Oyes? Los cañizares de las orillas se rompen bajo el peso de las aguas crecidas.

-¡Te han entretenido mucho en las ciudades de la Decápolis! Nosotros se lo decíamos a aquellos enfermos: "¡Otra vez será!" pero...

-Pero quien está enfermo quiere curarse, Juan. Y quien tiene piedad cura inmediatamente, Juan. No importa. Pasaremos de todas formas. Quiero recorrer la otra orilla antes de volver a Jerusalén para Pentecostés.

Callan de nuevo. Cae la tarde con la rapidez de las tardes lluviosas. La marcha, en el crepúsculo cada vez más oscuro, se hace aún más difícil. Y los árboles que hay a lo largo del camino aumentan la oscuridad con su follaje.

-Vamos a pasar a la otra margen del camino. Ya estamos muy cerca del vado. Vamos a buscar una cabaña.

Cruzan. Los demás los siguen. Salvan un pequeño canal cenagoso - más cieno que agua - que va a afluir, burbujeando, al río. Casi a tientas pasan entre los árboles, y se dirigen hacia el río, cuyo rumor se oye cada vez más cercano y fuerte.

Un primer rayo de luna perfora las nubes, penetra entre dos nubes y baja haciendo brillar el agua limosa del Jordán, que está muy engrosado y ancho en ese punto. (Si calculo bien, el río tiene una anchura de cincuenta o sesenta metros. Soy una verdadera calamidad en cuestión de cálculo de medidas, pero creo que mi casa cabría en ese cauce, al menos, nueve o diez veces, y tenía una anchura de aproximadamente cinco metros y medio).

Ahora no es el hermoso, calmo y azul Jordán, de aguas pacíficas y bajas que dejan al descubierto la fina arena del guijarral en las orillas, donde empiezan los cañizares, que siempre son un temblor sonoro. Ahora el agua ha invadido toda, y los primeros cañizares, combados, rotos y sumergidos, ya no se ven; todo lo más, alguna cinta de las hojas ondea en la superficie del agua y parece hacer un gesto de adiós y pedir ayuda. El agua está ya al pie de los primeros árboles gruesos. No sé qué árboles son. Son altos y frondosos, compactos como una muralla, oscura en la noche oscura. Algún sauce hunde las cimas de sus desordenadas frondas en el agua amarillenta.

-Por aquí ya no se puede vadear - dice Pedro.

-Por aquí no. ¿Pero allí? ¿Ves? Se pasa todavía - dice Andrés.

Efectivamente, dos cuadrúpedos están pasando con cautela el río. El agua toca el vientre de los animales.

Si pasan ellos, pasan también las barcas.

-Pero es mejor pasar enseguida, aunque ya sea de noche. Hay menos nubes, y hay luna. No dejemos pasar este momento. Vamos a buscar si hay una barca...

Y Pedro lanza tres veces un largo y lamentoso "¡O... eh!"

Ninguna respuesta.

Vamos abajo, al pie del vado. Melquíades con sus hijos debe estar. Es el mejor período del año para él. Nos pasará.

Andan lo más deprisa que pueden por el senderillo que, casi lamido por el río, lo bordea.

-¿Pero aquélla no es una mujer? - dice Jesús, mirando a los dos que ya han cruzado el río con los caballos y que ahora están parados en el sendero.

-¿Una mujer?

Pedro y los demás no ven ni distinguen si es hombre o mujer el bulto oscuro que ha bajado del caballo y está esperando.

-Sí. Es una mujer. Es... es María. Mirad, ahora que cae bajo el rayo de la luna.

-¡Dichoso Tú que ves! ¡Dichosos tus ojos!

-María es. ¿Qué querrá? - y Jesús grita: « ¡María!».

-¡Rabbuní! ¿Eres Tú? ¡Gloria a Dios, que te he encontrado! - y María corre como una gacela hacia Jesús. No me explico cómo no tropieza en el accidentado sendero. Ha dejado caer un primer manto grande y grueso, y ahora viene con su velo y un manto más ligero arrollado al cuerpo encima de una túnica oscura.

Cuando llega donde Jesús, se arroja a sus pies sin tener en cuenta el barro. Jadea, pero se la ve feliz. Repite:

-¡Gloria a Dios, que me ha hecho encontrarte!

-¿Por qué, María? ¿Qué sucede? ¿No estabas en Betania?

-Estaba en Betania con tu Madre y las mujeres, como habías dicho... Pero he venido a tu encuentro... Lázaro no podía porque sufre mucho... Entonces he venido yo con el doméstico...

-¡Tú salir de casa sola con un muchacho y con este tiempo!

-¡Rabbuní, no irás a decirme que piensas que tengo miedo! No he tenido miedo de hacer tanto mal... no lo tengo ahora de hacer el bien.

-¿Y bien? ¿Para qué has venido?

-Para decirte que no pases... En la otra parte te esperan con intención de hacerte daño... Lo he sabido... Lo he sabido de un herodiano que hace tiempo... que hace tiempo me amaba... No sé si lo habrá dicho por amor, todavía, o por odio... Sé que anteayer me vio a través de la cancilla y me dijo: "María necia, ¿estás esperando a tu Maestro? Haces bien, porque será la última vez, porque en cuanto pase y venga a Judea le echan mano. Míralo bien y luego huye, porque no es prudente estar cerca de Él ahora...". Entonces... te puedes imaginar con qué coraje... he indagado... Como sabes... he conocido a muchos... y, aunque quizás llamándome loca y... poseída, todavía me hablan... He sabido que es verdad. Entonces he tomado dos caballos y he venido, sin decir nada a tu Madre... para no causarle dolor. Regresa..., vuélvete inmediatamente, Maestro. Si saben que estás aquí, pasado el Jordán, vienen. Y estás ya demasiado cerca de Maqueronte. ¡Vete, vete por piedad, vete por piedad, Maestro!...

-No llores, María...

-¡Tengo miedo, Maestro!

-¡No! ¿Miedo tú, tan valiente que has pasado el río crecido y de noche?..,

-Pero esto es un río y éstos son hombres enemigos tuyos y que te odian... Tengo miedo del odio a ti... Porque te quiero, Maestro.

-No temas. No me prenderán aún. No es mi hora. Aunque pusieran a lo largo de todos los caminos formaciones y más formaciones de soldados, no me prenderían. No es mi hora. Pero seguiré tu deseo. Regresaré...

Judas barbota unas palabras entre dientes. Jesús responde:

-Sí, Judas. Es exactamente como dices. Exactamente en la primera mitad de tu frase. Hago caso de ésta; sí, hago caso de ella. Pero no porque sea mujer, como insinúas, sino porque es la que ha recorrido más camino de amor. María, vuelve a casa mientras puedas hacerlo. Yo regreso. Pasaré... por donde pueda, y me iré a Galilea. Ven con mi Madre y las otras a Caná, a casa de Susana. Allí os daré instrucciones. Ve en paz, bendita. Dios está contigo.

Jesús le pone la mano en la cabeza, bendiciéndola así. María toma las manos de Cristo y las besa, luego se levanta y se vuelve. Jesús la mira mientras se marcha. La mira mientras recoge el grueso manto y se lo pone, mientras va hasta el caballo y monta, mientras entra de nuevo en el vado y pasa.

-Y ahora vamos - dice.

-Quería que descansarais, pero no me es posible. Me preocupo de vuestra incolumidad, piense lo que piense Judas en contra. Creedme: si cayerais en manos de mis enemigos sería peor para vuestra salud que el agua y el barro...

Todos bajan la cabeza, porque han comprendido el reproche velado, y dado como respuesta a sus conversaciones de antes.

Caminan, caminan, caminan toda la noche, entre disipaciones de nubes y breves chubascos. A la entrada de una pobrísima aldea, que se extiende junto al río con sus casuchas de barro, los sorprende una aurora cenicienta. El río es un poco menos ancho que en el vado. Hay algunas barcas que han sido arrastradas a la tierra, incluso hasta dentro de la propia aldea, para salvarlas de la crecida.

Pedro lanza su grito: "¡0... eh!"

Sale de un tugurio un hombre vigoroso, aunque anciano.

-¿Qué quieres?

-Barcas para pasar.

-¡Imposible! El río está demasiado crecido... La corriente...

-¡Eh, amigo! ¿A quién se lo estás diciendo? Soy pescador de Galilea.

-Una cosa es el mar... esto es río... no quiero quedarme sin barca. Y además... sólo tengo una, y tú y los que te acompañan sois muchos.

-¡Embustero! ¿Me vas a contar que tienes una barca sólo?

-¡Que se me sequen los ojos si miento, yo...

-Ten cuidado, no sea que se te vayan a secar de verdad. Éste es el Rabí de Galilea, que da ojos a los ciegos y que... puede complacerte secándote los tuyos...

-¡Misericordia! ¡El Rabí! ¡Perdóname, Rabbuní!

-Sí. Pero no vuelvas a mentir. Dios ama a los sinceros. ¿Por qué decir que tienes una barca sólo, cuándo todo el pueblo puede desmentirte? ¡Demasiado humillante es para un hombre la mentira y el quedar desenmascarado! ¿Me prestas tus barcas?

-Todas, Maestro.

-¿Cuántas hacen falta, Pedro?

-En tiempos normales son suficientes dos. Pero con el río crecido es más difícil la maniobra y hacen falta tres.

-Tómalas, pescador. Pero, ¿cómo voy a recuperarlas?

-Ven en una. ¿No tienes hijos?

-Tengo un hijo y dos yernos y algunos nietos.

-Dos por cada barca son suficientes para regresar.

-Vamos.

El hombre llama a los otros, y, con la ayuda de Pedro, Andrés, Santiago y Juan, empujan las barcas adentro. La corriente es fuerte y trata de arrastrarlas enseguida corriente abajo. Las cuerdas que sujetan las barcas a los troncos más cercanos están tensas como las de un arco, y crujen por la tensión. Pedro mira. Mira las barcas, el río; mira y menea la cabeza y se alborota con una mano sus cabellos entrecanos; luego lanza una ojeada curiosa a Jesús.

-¿Tienes miedo, Pedro?

-¡Hombre!... casi, casi...

-No temas. Ten fe. Y también tú, hombre. Quien lleva a Dios y a sus enviados no debe temer. Vamos a bajar a las barcas. Yo a la primera.

El dueño de las barcas hace un gesto de resignación. Estará pensando que ha llegado la última hora para sí y para sus parientes; lo mínimo que estará pensando es que va a perder las barcas o que quién sabe dónde van a terminar.

Jesús ya está en la barca. De pie, en la proa. Bajan también los otros, a ésta o a las otras dos barcas. Queda en tierra solamente un viejecito, el ayudante quizás, que vigila las sogas.

-¿Ya?

-Sí, ya.

-¿Preparados los remos?

-Preparados.

-Suelta, tú, de la orilla.

El viejecito desanuda los cabos de la espiga con que formaban nudo cabe el tronco. Las barcas, a medida que van quedando libres, dan un bandazo un poco hacia el sur en la dirección de la corriente.

Pero Jesús tiene la expresión del rostro de cuando obra milagros. No sé lo que le dice al río. Lo que sé es que la corriente casi se para (tiene sólo el movimiento lento del Jordán cuando no está crecido). Las barcas cortan el agua sin esfuerzo; es más, a una velocidad que debe asombrar al dueño de las barcas.

Ya están en la otra parte. Bajan fácilmente; y la corriente, mientras están parados los remos, no intenta arrastrar hacia abajo a las barcas.

-Maestro, veo que eres verdaderamente poderoso - dice el dueño de las barcas. Bendice a tu siervo y acuérdate de mí, que soy un pecador.

-¿Por qué poderoso?

-¿Hombre, te parece poco? ¡Has detenido la corriente impetuosa del Jordán!...

-Josué ya hizo este milagro, y mayor aún, porque desaparecieron las aguas del río, para que pasara el Arca...

-Y tú, hombre, has pasado a la verdadera Arca de Dios - dice Judas con su empaque.

-¡Oh, Dios Altísimo! ¡Sí, lo creo! ¡Tú eres el verdadero Mesías! El Hijo de Dios Altísimo. Voy a decir esto por ciudades y pueblos de la ribera. Voy a decir esto, lo que has hecho, lo que te he visto hacer. ¡Vuelve, Maestro! Mi pobre aldea tiene muchos enfermos. ¡Ven a curarlos!

-Iré. Tú, mientras, predica en mi Nombre la fe y la santidad para ser gratos a Dios. Adiós, hombre. Ve en paz. Y no temas por el regreso.

-No tengo miedo. Si tuviera miedo, te habría pedido que tuvieras compasión de mi vida. Pero creo en ti y en tu bondad y voy a la otra orilla sin pedir nada. Adiós.

Vuelve a subir a la barca. Es el primero en meter la proa en el río. Y marcha seguro y veloz. Toca la orilla.

Jesús, que ha estado parado hasta que lo ha visto en tierra, hace un gesto de bendición. Luego se retira hacia el camino.

El río reemprende su marcha vortiginosa... Y todo termina así.

La misión de las "voces" en la Iglesia futura. El encuentro con la Madre y las discípulas.

Están ahora en la otra parte del Jordán y andan ligeros en dirección suroeste, orientados hacia una segunda cadena de montes - más elevada que la primera, formada por bajas colinas - pasada la cual se ve la llanura del Jordán. Por lo que comentan, comprendo que han evitado la llanura para no caer de nuevo en el limo que han dejado en la otra parte, y piensan ir a donde deben siguiendo los caminos internos, mejor mantenidos y más transitables, especialmente en tiempo de lluvia.

-¿A qué altura estaremos? - pregunta Mateo, que se orienta mal.

-Sin duda, entre Silo y Betel. Reconozco los montes - dice Tomás.

-Pasamos hace poco por aquí, con Judas, que en Betel se hospedó donde algunos fariseos.

-Te podían hospedar también a ti. No quisiste venir. Pero ni yo ni ellos te dijimos: "No vengas".

-Yo tampoco digo que me lo dijerais. Digo sólo que preferí quedarme con los discípulos que evangelizaban aquí.

Y el incidente termina. Es más, Andrés manifiesta su alegría:

-Si en Betel tenemos fariseos amigos, no vendrán contra nosotros.

-Pero estamos volviendo, no estamos yendo a Jerusalén - le objetan.

-¡Tendremos que ir en todo caso para la Pascua! Y no sé cómo nos las vamos a ingeniar...

-¡Sí, claro! ¿Por qué ha dicho que vuelve a Caná? Podían volver las mujeres, y nosotros cumplir el peregrinaje...

-¡Está escrito que mi mujer no celebre la Pascua en Jerusalén! - exclama Pedro.

Juan le consulta a Jesús, que está hablando animadamente con el Zelote:

-Maestro, ¿cómo nos las vamos a ingeniar para que nos dé tiempo a ir y volver?

-No lo sé. Me pongo en las manos de Dios. Si nos retrasamos, no será culpa mía.

-Has hecho bien siendo prudente - dice el Zelote.

-¡Por mí habría seguido! Porque no ha llegado todavía mi hora. Esto Yo lo siento.

-Pero, ¿cómo habríais soportado, vosotros, la aventura; vosotros que de un tiempo a esta parte estáis tan... cansados?

-Maestro... tienes razón. Parece como si un demonio hubiera espirado su aliento entre nosotros. ¡Estamos muy cambiados!

-El hombre se cansa. Quiere las cosas rápidas. Y sueña cosas estúpidas. Cuando se percata de que el sueño es distinto de la realidad, se agita y, si no tiene buena voluntad, cede. Olvida que el Omnipotente, que hubiera podido, en un instante, hacer del Caos el Universo, lo hizo en fases ordenadas y separadas en espacios de tiempo que se han llamado días. Yo debo sacar del Caos espiritual de todo un mundo el Reino de Dios. Y lo haré. Construiré sus bases. Ya las estoy construyendo. Y debo quebrar la roca durísima, para labrar dentro de ella los cimientos que no han de derrumbarse. Vosotros levantaréis lentamente los muros. Vuestros sucesores continuarán la obra, en altura y anchura. De la misma manera que Yo moriré en la obra, vosotros también moriréis, y habrá muchos otros que morirán cruenta o incruentamente, consumidos, de todas formas, por este trabajo que requiere espíritu de inmolación, de generosidad, y lágrimas y sangre y paciencia sin medida...

Pedro introduce su cabeza entrecana entre Jesús y Juan. «

-¿Se puede saber qué decís?

-¡Hombre, Simón! Ven aquí. Hablábamos de la futura Iglesia. Estaba explicando que, al contrario de vuestras prisas, cansancios, desánimos, etc. requiere calma, constancia, esfuerzo, confianza. Estaba explicando que requiere el sacrificio de todos sus miembros. Desde mí, que soy su Fundador, su Cabeza mística, hasta vosotros, hasta todos los discípulos, hasta todos aquellos que lleven el nombre de cristianos y el de pertenecientes a la Iglesia universal. Y, en verdad, los que harán verdaderamente vital a la Iglesia, no pocas veces, serán los más humildes de la gran escala de las jerarquías, es decir, aquellos que parezcan simplemente "números". Verdaderamente, no pocas veces tendré que refugiarme en éstos para seguir manteniendo viva la fe y la fuerza de los colegios apostólicos que se renovarán siempre; y tendré que hacer de estos apóstoles personas atormentadas por Satanás y por los hombres envidiosos, soberbios e incrédulos. Y su martirio moral no será menos penoso que el martirio material: sí, se verán entre la voluntad activa de Dios, y la voluntad mala del hombre, instrumento de Satanás, que tratará con todas las artes y violencias de presentarlos embusteros, locos, obsesos, para paralizar mi obra en ellos y los frutos de mi obra, cada uno de los cuales es un golpe victorioso contra la Bestia.

-¿Y resistirán?

-Resistirán. Incluso sin tenerme materialmente a su lado. Deberán creer no sólo en lo que se debe creer, sino también en su secreta misión; creerla santa, creerla útil, creerla proveniente de mí. Y, mientras, en torno a ellos, Satanás, sibilante, tratará de aterrorizarlos, y el mundo gritará para escarnecerlos, y gritarán los no siempre perfectamente luminosos ministros de Dios para condenarlos. Éste es el destino de mis futuras voces. Y, con todo, no tendré otro modo de hacer reaccionar a los hombres y llevarlos al Evangelio y a Cristo. Ahora bien, como contrapartida de todo lo que les pida y les imponga y de todo lo que reciba de ellos, ¡oh, les daré eterno gozo, una gloria especial! En el Cielo hay un libro cerrado. Sólo Dios puede leerlo. En él están todas las verdades. Pero Dios alguna vez quita los sellos y despierta las verdades ya dichas a los hombres, y constriñe a un hombre, elegido para tal destino, a conocer el pasado, presente y futuro como están contenidos en el libro misterioso. ¿Habéis visto alguna vez a un hijo, el mejor de la familia, o a un alumno, el mejor de la escuela, ser convocados por el padre o el maestro para leer en un libro de adultos y para escuchar la explicación? Está al lado de su padre o de su maestro, abarcado por uno de sus brazos, mientras la otra mano, del padre o maestro, señala con el índice los renglones que quiere que lea y conozca el predilecto. Lo mismo hace Dios con sus consagradas para tal destino. Los acerca hacia sí, los tiene cogidos con su brazo, y los fuerza a leer lo que Él quiere, y a saber su significado, y luego a decirlo, y recibir a cambio burlas y dolor. Yo, el Hombre, encabezo la estirpe de los que dicen las Verdades del libro celeste; y recibo burlas, dolor y muerte. Pero el Padre ya prepara mi Gloria. Y Yo, cuando haya subido a ella, prepararé la gloria de aquellos a quienes haya forzado a leer en el libro cerrado los puntos que quería que leyeran, y, en presencia de toda la Humanidad resucitada y de los coros angélicos, los señalaré como lo que fueron, y los invitaré a acercarse; entonces abriré los sellos del Libro que ya será inútil tener cerrado, y ellos sonreirán al verlas de nuevo escritas, al volver a leer las palabras que ya les fueran iluminadas cuando sufrían en la tierra.

-¿Y los otros? - pregunta Juan, que está atentísimo a la lección.

-¿Qué otros?

-Los otros, que como yo no han leído en la tierra aquel libro, ¿no sabrán nunca lo que dice?

-Los bienaventurados en el Cielo, absorbidos en la Sabiduría infinita, sabrán todo.

-¿Inmediatamente? ¿Nada más morir?

-Nada más entrar en la Vida.

-¿Pero entonces por qué en el Último Día vas a hacer ver que los llamas para conocer el Libro?

-Porque no estarán sólo los bienaventurados viendo esto, sino toda la Humanidad. Y muchos, en la parte de los condenados, serán de aquellos que se burlaron de las voces de Dios como de voces de locos y de endemoniados, y los atormentaron por causa de aquel don suyo. Tardía pero obligada revancha concedida a estos mártires del malvado embotamiento del mundo.

-¡Qué bonito será verlo! - exclama Juan arrobado.

-Sí. Y ver a todos los fariseos amolar los dientes de rabia - dice Pedro, y se frota las manos.

-¡Yo creo que miraré sólo a Jesús y a los benditos que lean con Él el Libro!... - responde Juan con una sonrisa de niño en sus labios rojos, soñando con esa hora, perdidos sus ojos en quién sabe qué visión de luz, ahora más brillantes por un acceso de llanto emotivo que no brota pero pone esplendorosos sus iris garzos.

El Zelote lo mira, también Jesús lo mira. Pero Jesús no dice nada. El Zelote, sin embargo, dice:

-¡Te mirarás entonces a ti mismo! Porque si entre nosotros hay uno que será "voz de Dios" en la tierra y será llamada a leer los puntos del Libro sellado, ése eres tú, Juan, predilecto de Jesús y amigo de Dios.

-¡No digas eso! Yo soy el más ignorante de todos. Soy tan negado para todo, que, si Jesús no dijera que de los niños es el Reino de Dios, pensaría que no podría nunca alcanzarlo. ¿No es verdad, Maestro, que yo valgo sólo porque soy semejante a un niño?

-Sí, perteneces a la bienaventurada infancia. ¡Y bendito seas por ello!

Siguen andando todavía un rato; luego Pedro, que mira hacia atrás por el camino de caravanas en que ya se encuentran, exclama:

-¡Misericordiosa Providencia! ¡Aquél es el carro de las mujeres!

Todos se vuelven. Es realmente el pesado carro de Juana. Viene tirado por dos robustos caballos al trote. Se paran para esperarlo. La cubierta de cuero, enteramente echada, impide ver a las personas que vienen dentro del carro. Pero Jesús hace un gesto de que se detenga, y el conductor reacciona con una exclamación de alegría cuando ve a Jesús erguido y con el brazo levantado al borde del camino.

Mientras el hombre para a los dos caballos que venían resoplando, se asoma por la apertura del tendal el rostro flaco de Isaac:

-¡El Maestro! - grita - ¡Madre, alégrate! ¡Está aquí!

Voces de mujeres y confuso rumor de pisadas se producen en el interior del carro; pero antes de que una sola de las mujeres baje, ya han saltado al suelo Manahén, Margziam e Isaac, y corren para venerar al Maestro.

-¿Todavía aquí, Manahén?

-Fiel a la consigna. Y ahora más que nunca, porque las mujeres tenían miedo... Pero... Te hemos obedecido porque se debe obedecer, aunque - créelo - no había nada preocupante. Sé con certeza que Pilatos ha llamado al orden a los turbulentos, diciendo que quienquiera que provoque sediciones en estos días de fiesta será castigado duramente. Creo que no es ajena a esta protección de Pilatos su mujer, y, sobre todo, las damas amigas de su mujer. En la Corte se sabe todo y nada. Pero se sabe lo suficiente... - y Manahén se aparta para ceder el sitio a María, que ha bajado del carro y ha recorrido los pocos metros de camino, trémula y emocionada toda.

Se besan, mientras las discípulas, todas, veneran al Maestro. Pero no están ni María ni Marta de Lázaro.

María susurra:

-¡Cuánta congoja desde aquella noche! ¡Hijo, cómo te odian todos! - y unas lágrimas descienden siguiendo las líneas rojas que son señal en el rostro de muchas otras vertidas esos días.

-Pero ya ves que el Padre provee. ¡Así que no llores! Yo desafío con coraje a todo el odio del mundo. Pero una sola lágrima tuya me abate. ¡Ánimo, Madre santa! - y, teniéndola arrimada contra sí con un brazo, se vuelve hacia las discípulas para saludarlas; y dedica palabras especiales a Juana, que ha querido regresar para acompañar a María.

-¡Maestro, no es ningún esfuerzo estar con tu Madre! María está retenida en Betania por los sufrimientos de su hermano. He venido yo. He dejado los niños a la mujer del guardián del palacio; es una mujer buena y maternal. Y ya está también Cusa. ¡Fíjate Tú si le va a faltar algo a nuestro querido Matías, predilecto de mi marido! Pero también Cusa me dijo que partir era inútil. La medida de contención impuesta por el Procónsul le ha roto las uñas también a Herodías. Y además él, el Tetrarca, tiembla de miedo, y no tiene más que un pensamiento: vigilar para que Herodías no lo destruya ante los ojos de Roma. La muerte de Juan ha echado abajo muchas cosas que estaban a favor de Herodías. Y Herodes siente también, y muy bien, que el pueblo está rebelado contra él por la muerte de Juan. La raposa intuye que el peor castigo sería perder la odiosa y humillante protección de Roma. El pueblo arremetería contra él inmediatamente. Por tanto, no dudes que no hará nada por propia iniciativa.

-¡Entonces volvemos a Jerusalén! Podéis caminar tranquilos respecto a vuestra incolumidad. Vamos. Que las mujeres monten de nuevo en el carro, y con ellas Mateo y quien esté cansado. Descansaremos en Betel. Vamos.

Las mujeres obedecen. Suben con ellas Mateo y Bartolomé. Los otros prefieren seguir al carro a pie junto con Manahén, Isaac y Margziam. Y Manahén cuenta cómo ha hecho las averiguaciones para saber lo que había de verdad en la bravata del herodiano que había extendido un velo de dolor sobre el grupo tranquilo reunido en Betania en casa de Lázaro, «que sufre mucho» (dice Manahén).

-¿Ha ido una mujer a Betania?

-No, Señor. Pero nosotros hace tres días que faltamos de allí. ¿Quién es?

-Una discípula. Se la daré a Elisa, porque es joven, está sola y no tiene medios.

-Elisa está en el palacio de Juana. Quería venir. Pero está muy constipada. Ardía en deseos de verte. Decía: "¿Pero no comprendéis que mi paz está en verlo?"

-Voy a darle también una alegría con esta joven. ¿Y tú, Margziam, no hablas?

-Escucho, Maestro.

-El muchacho escucha y escribe. De uno u otro requiere que le repitamos tus palabras, y escribe, escribe. ¿Pero las habremos dicho bien? - dice Isaac.

-Las miraré Yo y añadiré lo que falte en el trabajo de mi discípulo - dice Jesús acariciando el carrillo morenito de Margziam. Y pregunta: « ¿Y el anciano padre? ¿Lo has visto? ».

-¡Sí! No me reconocía. Lloró de alegría. Pero lo veremos en el Templo porque Ismael los envía. Es más, les ha dado más días este año. Tiene miedo de ti.

-¡Claro, mira tú éste! ¡Después de la bromita que le sucedió a Cananías en Sebat! - dice Pedro, y ríe.

-Pero el miedo a Dios no construye; al contrario, destruye. No es amistad. Es sólo una espera que a menudo se transforma en odio. Pero cada uno da lo que puede...

Prosiguen el camino y los pierdo de vista.

363

En Rama, en casa de la hermana de Tomás. Jesús habla sobre la salvación. Apóstrofe a Jerusalén.

Tomás, que iba en la cola de la comitiva hablando con Manahén y Bartolomé, se separa de los compañeros y alcanza al Maestro, que va delante con Margziam e Isaac.

-Maestro, dentro de poco estaremos cerca de Rama. ¿Quieres venir a bendecir al hijo de mi hermana? ¡Ella tiene muchos deseos de verte! Podremos hacer un alto allí. Hay sitio para todos. ¡Dime que sí, Señor!

-Te complaceré, y además con alegría. Mañana entraremos en Jerusalén descansados.

-¡Oh! ¡Entonces me adelanto para avisar! ¿Me dejas ir?

-Ve. Pero recuerda que no soy el amigo mundano. No obligues a los tuyos a un gasto grande. Trátame como "Maestro". ¿Entiendes?

-Sí, mi Señor. Se lo diré a mi familia. ¿Vienes conmigo, Margziam?

-Si Jesús quiere...

-Ve, ve, hijo.

Los otros, que han visto a Tomás y a Margziam marcharse en dirección a Rama, situada un poco a la izquierda del camino que de Samaria, creo, va a Jerusalén, aceleran el paso para preguntar que qué pasa.

-Vamos a casa de la hermana de Tomás. He estado en las casas de todas vuestras familias. Es justo que vaya también a su casa. Lo he mandado adelante por esto.

-Entonces, con tu permiso, hoy me adelanto yo también, para sondear si no hay novedades. Cuando entres por la puerta de Damasco, si hay dificultades, estaré yo. Si no, te veo... ¿dónde, Señor? - dice Manahén.

-En Betania, Manahén. Me dirijo sin demora a casa de Lázaro. Pero dejaré a las mujeres en Jerusalén. Voy solo. Es más, te ruego que después de la pausa de hoy las escoltes a sus casas.

-Como quieras, Señor.

-Avisad al conductor que nos siga hacia Rama.

En efecto, el carro sube lentamente para ir detrás de la comitiva apostólica. Isaac y el Zelote se detienen para esperarlo, mientras todos los demás toman el camino secundario que, con suave desnivel, conduce a la colina, muy baja, sobre la cual está Rama.

Tomás, que no cabe dentro de sí y que aparece aún más rubicundo por la alegría que resplandece en su rostro, está a la entrada del pueblo, esperando. Corre al encuentro de Jesús:

-¡Qué felicidad, Maestro! ¡Está toda mi familia! ¡Mi padre, que tantos deseos tenía de verte, mi madre, mis hermanos! ¡Qué contento estoy!

Y se pone al lado de Jesús, y va tan derecho mientras atraviesa el pueblo, que parece un conquistador en la hora del triunfo.

La casa de la hermana de Tomás está en un cruce situado hacia el este de la ciudad. Es la típica casa acomodada israelita: fachada casi sin ventanas, puerta principal herrada, con su ventanillo; por techo la terraza; los muros del jardín, altos y oscuros - por encima de los cuales sobresalen las copas de los árboles frutales -, que se prolongan por detrás de la casa.

Pero hoy la doméstica no necesita mirar por el ventanillo. La puerta está abierta de par en par. Todos los habitantes de la casa están dispuestos en orden en el atrio. Y continuamente se ven manos adultas alargarse para sujetar a un niño o a una niña del nutrido grupo de los niños, los cuales, agitados, exaltados por el anuncio, rompen continuamente filas y jerarquías, se escabullen y van a la delantera de la familia, a los sitios de honor, donde, en primera fila están los padres de Tomás, y la hermana con su marido.

Pero cuando Jesús llega al umbral de la puerta, no hay quien sujete a los rapazuelos. Parecen una nidada saliendo del nido después de una noche de descanso. Y Jesús recibe el choque de este pelotón gorjeador y primoroso que se abate contra sus rodillas y lo ciñe, y que levanta las caritas en busca de besos y no se separa a pesar de las llamadas maternas o paternas, ni por algún que otro pescozón afectuoso propinado por Tomás para poner orden.

-¡Dejadlos! ¡Dejadlos! ¡Ojalá fuera todo el mundo así! - exclama Jesús, que se ha agachado para complacer a todos estos rapazuelos.

Por fin puede entrar, entre saludos más reverenciales de los adultos. Pero el que me gusta especialmente es el saludo del padre de Tomás, un anciano típicamente judío, al que Jesús invita y ayuda a levantarse, y luego lo besa «en señal de gratitud por la generosidad de haberle dado un apóstol.

-Dios me ha amado más que a ningún otro en Israel, porque mientras todo hebreo tiene un varón, el primogénito, consagrado al Señor, yo tengo dos: el primero y el último; y la consagración del último es incluso mayor, porque, sin ser levita ni sacerdote, hace lo que ni siquiera el Sumo Sacerdote hace: ve constantemente a Dios y acoge sus mandatos - dice con esa voz un poco temblorosa de los ancianos, y aún más trémula por la emoción. Y termina:

-Dime sólo una cosa, para hacer dichosa mi alma. Tú, que no mientes, dime: ¿este hijo mío, por la forma en que te sigue, es digno de servirte y de merecer la Vida eterna?

-Reposa en la paz, padre. Tu Tomás tiene un gran puesto en el corazón de Dios por el modo como vive, y tendrá un gran puesto en el Cielo por la forma como habrá servido a Dios hasta el último respiro.

Tomás boquea como un pez, de la emoción por lo que está oyendo decir.

El anciano levanta sus trémulas manos, mientras dos hilos de llanto se deslizan por las incisiones de las profundas arrugas para perderse entre la barbotía patriarcal, y dice:

-Descienda sobre ti la bendición de Jacob; la bendición del patriarca al más justo de sus hijos: "Te bendiga el Omnipotente con las bendiciones del cielo, que está arriba, con las bendiciones del abismo, que abajo yace, con las bendiciones de los pechos y del seno. Las bendiciones de tu padre sobrepujen las de mis padres, y, hasta que no se cumpla el anhelo de los collados eternos, descendan sobre la cabeza de Tomás, sobre la cabeza del consagrado entre sus hermanos".

Y todos responden:

-¡Así sea!

-Y ahora bendice Tú, Señor, a esta casa, y, sobre todo, a éstos que son sangre de mi sangre - dice el anciano señalando a los niños.

Y Jesús, abriendo los brazos, recita con voz potente la bendición mosaica, y la alarga diciendo:

-Dios, en cuya presencia caminaron vuestros padres, Dios que me nutre desde mi adolescencia hasta hoy, que me ha librado de todo mal, bendiga a estos niños, lleven ellos mi Nombre y los nombres de mis padres y se multipliquen copiosamente sobre la tierra - y termina tomando de los brazos de la madre al último nacido para besarlo en la frente y dice: «Y a ti descendan, como miel y mantequilla, las virtudes selectas que vivieron en el Justo cuyo nombre te he dado, y lo hagan pingüe cual palma de dorados dátiles, adornado como cedro de regia copa, para los Cielos».

(La bendición de Jacob está en Génesis 49, 25-26; la sucesiva bendición mosaica está en Números 6, 22-27)

Todos los presentes están emocionados y extáticos. Pero luego un gorjeo de alegría estalla en todas las bocas y acompaña a Jesús, que entra en la casa y no se detiene hasta llegar al patio, donde hace la presentación de su Madre, de las discípulas, apóstoles y discípulos, a los huéspedes.

Ya no es por la mañana, ni mediodía. El rayo enfermo de un sol que a duras penas orada las desmadejadas nubes de un tiempo que lucha por restablecerse dice que el astro se encamina al ocaso y el día al crepúsculo.

Las mujeres ya no están, y tampoco Isaac y Manahén; Margziam sí, se ha quedado y está feliz al lado de Jesús, que sale de casa y va caminando con los apóstoles y todos los familiares varones de Tomás a ver algunas vides, que al parecer tienen un especial valor. Tanto el anciano como el cuñado de Tomás explican la posición del majuelo y la rareza de las plantas, que por ahora tienen sólo pequeñas y tiernas hojas.

Jesús, benignamente, escucha estas explicaciones, interesándose de podas y escardaduras como de las cosas más útiles del mundo. Al final dice a Tomás sonriendo:

-¿Debo bendecir esta dote de tu gemela?

-¡Mi Señor! Yo no soy Doras ni Ismael. Sé que tu respiro, tu presencia en un lugar, son ya bendición. Pero si quieres levantar tu diestra sobre estas plantas hazlo, y su fruto ciertamente será santo.

-¿Y abundante, no? ¿Tú que opinas, padre?

-Basta que sea santo. ¡Santo basta! Y lo pisaré y te lo mandaré para la próxima Pascua. Lo usarás en el cáliz del rito.

-Está dicho. Cuento con ello. Quiero, en la próxima Pascua, consumir el vino de un verdadero israelita.

Salen de la viña para volver al pueblo.

La noticia de la presencia en el pueblo de Jesús de Nazaret se ha esparcido, y todos los de Rama están en las calles, y con fervientes ganas de acercarse.

Jesús lo ve y dice a Tomás:

-¿Por qué no vienen? ¿Es que tienen miedo de mí? Diles que los quiero.

¡Tomás no deja que se lo repita dos veces! Va de uno a otro corrillo, tan rápido que parece una mariposa volando de flor en flor. Y los que oyen la invitación tampoco esperan a que se lo digan dos veces. Todos se pasan la voz y, corriendo, van alrededor de Jesús; de forma que, llegados al cruce donde está la casa de Tomás, hay ya una discreta aglomeración de personas que respetuosamente habla con los apóstoles y los familiares de Tomás, preguntando esto o aquello.

Comprendo que Tomás ha trabajado mucho durante los meses de invierno, y mucho de la doctrina evangélica se conoce en el pueblo.

Pero desean una explicación más detallada, y uno, que se ha quedado muy impresionado por la bendición que Jesús ha dado a los niños de la casa que lo hospeda y por cuanto ha dicho de Tomás, pregunta:

-¿Entonces todos serán justos por esta bendición tuya?

-No por la bendición. Por sus acciones. Les he dado la fuerza de la bendición para confirmarlos en sus acciones. Pero son ellos los que tienen que cumplir las acciones, y que éstas sean sólo acciones justas, para conseguir el Cielo. Yo bendigo a todos... pero no todos se salvarán en Israel.

-Es más, se salvarán muy pocos, si siguen como ahora - dice Tomás en tono de queja.

-¿Qué dices?

-La verdad. El que persigue a Cristo y lo calumnia, el que no practica lo que Él enseña, no tendrá parte en su Reino - dice Tomás con su voz fuerte.

Uno le tira de la manga:

-¿Es muy severo? - pregunta, señalando a Jesús.

-¡Lo contrario, demasiado bueno!

-¿Yo? ¿Tú que opinas, que me salvaré? No estoy entre los discípulos. Pero tú sabes cómo soy y cómo he creído siempre en lo que me decías. Más no sé hacer. ¿Qué tengo que hacer, exactamente, para salvarme, además de lo que ya hago?

-Pregúntaselo a Él. Tendrá mano más suave que la mía, y juicio más justo.

El hombre avanza hacia Jesús y dice:

-Maestro, yo observo la Ley, y, desde que Tomás me repitió tus palabras, trato de ser todavía más observante. Pero soy poco generoso. Hago lo que no tengo más remedio que hacer. Me abstengo de hacer lo que no está bien porque tengo miedo del Infierno. Pero estoy apegado a mis comodidades, y... lo confieso, me las ingenio mucho para hacer las cosas sin pecar pero tampoco incomodándome demasiado a mí mismo. ¿Con esta forma de actuar me salvaré?

-Te salvarás. Pero, ¿por qué ser avaro con el buen Dios, que tan generoso es contigo? ¿Por qué pretender para uno mismo sólo la salvación, a duras penas arrebatada, y no la gran santidad que produce inmediatamente eterna paz? ¡Ánimo, hombre! ¡Sé generoso con tu alma!

El hombre dice humildemente:

-Lo pensaré, Señor. Lo pensaré. Siento que tienes razón, y que perjudico a mi alma obligándola a una larga expiación antes de conseguir la paz.

-¡Eso es! Este pensamiento ya es un comienzo de perfeccionamiento.

Otro de Rama pregunta:

-¿Señor, son pocos los que se salvan?

-Si el hombre supiera vivir con respeto hacia sí mismo y amor reverencial a Dios, todos los hombres se salvarían, como Dios desea. Pero el hombre no actúa así. Como un necio, se entretiene con el simulacro, en vez de coger el oro verdadero. Sed generosos en vuestro deseo del Bien. ¿Os cuesta? En eso está el mérito. Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. La otra, bien ancha y engalanada, es una seducción de Satanás para descaminaros. La del Cielo es estrecha, baja, austera, adusta. Para pasar por ella hay que ser ágiles y ligeros y no estar apegados a la pompa ni a la materialidad. Para poder pasar hay que ser espirituales. Si no, cuando llegue la hora de la muerte, no lograréis cruzarla. En verdad, se verá a muchos que tratarán de entrar, pero tan engrosados de materialidad, tan engalanados de pompas humanas, tan endurecidos por una costra de pecado, tan incapaces de agacharse a causa de la soberbia que ya es su esqueleto, que no lo lograrán. Irá entonces el Amo del Reino para cerrar la puerta, y los que estén afuera, los que no hayan podido entrar en el debido momento, desde fuera, llamarán a la puerta gritando: "¡Señor, ábrenos! ¡Estamos también nosotros aquí!". Pero Él dirá: "En verdad os digo que no os conozco, ni sé de dónde venís". Y ellos: "¿Cómo es posible? ¿No te acuerdas de nosotros? Hemos comido y bebido contigo, te hemos escuchado cuando enseñabas en nuestras plazas". Pero Él responderá: "En verdad no os reconozco. Cuanto más os miro, más os veo saciados de aquellas cosas que declaré alimento impuro. En verdad, cuanto más os escuto, más veo que no sois de mi familia. En verdad, veo ahora de quién sois hijos y súbditos: del Otro. Tenéis por padre a Satanás, por madre la Carne, por nodriza la Soberbia, por siervo el Odio, por tesoro tenéis el pecado y vuestras gemas son los vicios. En vuestro corazón está escrito "Egoísmo". Vuestras manos están manchadas de fraudes contra los hermanos. ¡Fuera de aquí! ¡Lejos de mí todos vosotros obradores de iniquidad!". Y entonces, mientras que Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas y justos del Reino de Dios se presentarán viniendo de lo profundo del Cielo fúlgidos de gloria, ellos, los que no tuvieron amor sino egoísmo, no sacrificio sino molición, serán arrojados lejos, reclusos en el lugar donde el llanto es eterno y no hay sino terror. Y los resucitados gloriosos, venidos de oriente y occidente, de septentrión y mediodía, se congregarán a la mesa nupcial del Cordero, Rey del Reino de Dios. Entonces se verá que muchos que parecieron "mínimos" en el ejército de la tierra serán los primeros en la ciudadanía del Reino. Y, de la misma forma, verán que no todos los poderosos de Israel serán poderosos en el Cielo, ni todos los que Cristo eligiera para el destino de siervos suyos habrán sabido merecer la elección para la mesa nupcial. Antes al contrario, verán que muchos, considerados "los primeros", serán no sólo los últimos, sino que no serán ni siquiera últimos. Porque muchos son los llamados, mas pocos los que de la elección saben hacerse una verdadera gloria.

Mientras Jesús está hablando, al improviso llegan unos fariseos. Forman parte de un peregrinaje que se dirige a Jerusalén, o que viene, en busca de alojamiento, de una Jerusalén saturada. Ven la concentración de gente y se acercan para ver. Pronto descubren la rubia cabeza de Jesús resplandeciente contra el fondo oscuro de la casa de Tomás.

-¡Dejad paso, que queremos decir unas palabras al Nazareno! - irrumpen gritando.

Sin ningún entusiasmo se separa la gente. Los apóstoles ven venir hacia ellos al grupo farisaico.

-¡Maestro, paz a ti!

-La paz a vosotros. ¿Qué queréis?

-¿Vas a Jerusalén?

-Como todo fiel israelita.

-¡No vayas! Te espera un peligro allí. Lo sabemos porque venimos de allá al encuentro de vuestras familias. Hemos venido a advertirte, porque hemos sabido que estabas en Rama.

-¿Quién os lo ha dicho, si es lícito preguntarlo? - dice Pedro, escamado y dispuesto a empezar una discusión.

-No es asunto de tu incumbencia, hombre. Basta con que sepas, tú que nos llamas serpientes, que hay muchas serpientes cerca del Maestro, y que deberías desconfiar de los demasiados, y de los *demasiado poderosos*, discípulos.

-¿Cómo dices? ¿No querrás insinuar que Manahén o...

-Silencio, Pedro. Y tú, fariseo, has de saber que ningún peligro puede apartar de su deber a un fiel. Si se pierde la vida, no pasa nada. Lo grave es perder la propia alma contraviniendo a la Ley. Pero tú lo sabes, y sabes que Yo lo sé. ¿Por qué, entonces, me tientas? ¿No sabes, acaso, que sé por qué lo haces?

-No te tiento. Te digo la verdad. Muchos de nosotros serán enemigos tuyos, pero no todos. Nosotros no te odiamos. Sabemos que Herodes te busca, y te decimos: márchate. Márchate de aquí, porque si Herodes te captura te mata seguro. Lo está deseando.

-Lo está deseando, pero no lo hará. Esto lo sé Yo. ¿Y sabéis lo que os digo?: id a decirle a esa vieja raposa que la persona que él busca está en Jerusalén. Pues vengo expulsando demonios y obrando curaciones, sin esconderme. Y lo seguiré haciendo hoy, mañana y pasado mañana, mientras dure mi tiempo. Y es que es necesario que siga caminando hasta tocar el final. Y es necesario que hoy y luego otra vez, y otra, y otra más, entre en Jerusalén; porque no es posible que mi camino se detenga antes. Y debe cumplirse en justicia, o sea, en Jerusalén.

-El Bautista murió en otro lugar.

-Murió en santidad, y santidad quiere decir: "Jerusalén". Porque, si bien ahora Jerusalén quiere decir "Pecado", ello se refiere sólo a lo que sólo es terrestre y pronto perecerá. Yo me refiero a lo eterno y espiritual, o sea, a la Jerusalén de los Cielos. En ella, en su santidad, mueren todos los justos y los profetas. En ella moriré Yo, e inútil es vuestro deseo de inducirme al pecado. Y moriré, además, entre las colinas de Jerusalén; pero no por mano de Herodes, sino por voluntad de quien me odia más refinadamente que él, porque ve en mí al usurpador del Sacerdocio apetecido, al purificador de Israel, de todas las enfermedades que lo corrompen. No le carguéis, pues, a Herodes todo el afán de matar; tomad, más bien, cada uno vuestra parte... en efecto, el Cordero está encima de un monte al que suben por todas partes lobos y chacales, para degollarlo y...

Los fariseos huyen bajo la granizada de estas verdades que queman...

Jesús los mira mientras huyen. Luego se vuelve hacia mediodía, hacia un claror más luminoso, que quizás indica la zona de Jerusalén, y, con tristeza, dice:

-¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a tus profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como reúne el ave en el nido a sus pequeñuelos bajo sus alas, y tú no has querido! Pues bien, tu verdadero Amo dejará desierta tu Casa. Él vendrá, hará - como establece el rito - lo que deben hacer el primero y el último de Israel, y luego se marchará. Ya no permanecerá dentro de tu recinto, para purificarte con su presencia. Y te aseguro que ni tú ni tus habitantes me volveréis a ver, *en mi verdadera figura*, hasta que llegue el día en que digáis: "Bendito el que viene en nombre del Señor"... Y vosotros de Rama recordad estas palabras, y todas las otras, para no tener parte en el castigo de Dios. Sed fieles... Podéis marcharos. La paz sea con vosotros.

Y Jesús se retira a la casa de Tomás con todos los familiares de éste y con sus apóstoles.

364

En el Templo. Oración universal y parábola del hijo verdadero y los hijos bastardos.

Dice Jesús:

-Levántate, María. Vamos a santificar el día con una página del Evangelio. Porque mi Palabra es santificación. Ve, María. Porque ver los días terrenos de Cristo es santificación. Escribe, María. Porque escribir acerca de Cristo es santificación, repetir lo que dice Jesús es santificación, predicar a Jesús es santificación, instruir a los hermanos es santificación. Grande será tu recompensa por esta obra de caridad.

Jesús ha dejado Rama y ya está a la vista de Jerusalén. Mientras anda - como el año pasado - va cantando los salmos prescritos. Muchos, en la vía llena de gente, se vuelven para mirar al grupo apostólico que pasa. Quién saluda con reverencia; quién se limita a echar una ojeada curiosa (éstas son por lo general las mujeres), sonriendo respetuosamente; quién se limita a observar; quién dibuja en sus labios una sonrisita irónica y desdeñosa; quién, en fin, pasa altivo y con evidente malevolencia. Jesús va tranquilo, vestido con una túnica limpia y buena. También Él, como todos, se ha cambiado, para entrar con orden y, diría, con elegancia, en la ciudad santa.

Y también Margziam este año está a la altura de las circunstancias con su ropa nueva. Camina al lado de Jesús, cantando a pleno pulmón, con esa voz suya que la verdad es que es un poquillo áspera porque no es todavía viril. Pero su tono imperfecto se pierde en el coro, lleno, de las voces de sus compañeros, emergiendo sólo, límpido como tintín de plata, en los agudos que emite todavía con voz blanca y segura. Está feliz Margziam...

En un intervalo de los cantos - ya a la vista de la Puerta de Damasco, porque entran por allí para ir inmediatamente al Templo -, mientras esperan a que pase una pomposa caravana que ocupa toda la vía y crea obstrucciones (de forma que los prudentes se detienen en los márgenes), Margziam pregunta:

-Señor mío, ¿no vas a decir otra parábola bonita para tu hijo lejano? Querría unirla a los otros escritos que tengo; porque está claro que en Betania vamos a encontrar a sus enviados y sus noticias. Y me consume el deseo de darle una alegría, según le prometí y su corazón y el mío queremos...

-Sí, hijo mío. Te daré la parábola.

-Pero una que lo consuele, que le diga que sigue siendo tu amado...

-Así lo diré. Y será para mí alegría porque será decir una verdad.

-¿Cuándo la vas a decir, Señor?

-Inmediatamente. Vamos a ir enseguida al Templo, como es deber, y allí hablaré antes de que se me impida hacerlo.

-¿Y vas a hablar para él?

-Sí, hijo mío.

-¡Gracias, Señor! Debe ser muy doloroso el estar separado así... - dice Margziam, que tiene casi un brillo de llanto en sus ojos negros. Jesús le pone la mano encima del pelo y se vuelve para indicar a los doce que se acerquen y así reemprender la marcha. Y es que los doce se habían detenido a oír lo que decían algunos, no sé si creyentes en el Maestro o deseosos de conocerlo, que a su vez se habían parado por la misma causa que había detenido a Jesús y a los suyos.

-Ya vamos, Maestro. Estábamos escuchando a éstos. Algunos de ellos son prosélitos que vienen de lejos y preguntaban que dónde podrían acercarse a conocerte - dice Pedro yendo.

-¿Por qué motivo lo desean?

Y Pedro, ya al lado de Jesús - que está reanudando la marcha - dice:

-Porque quieren oír tu palabra, y para ser curados de algunas enfermedades. ¿Ves ese carro cubierto, después de ellos? Dentro hay prosélitos de la Diáspora que han venido por mar o con un largo viaje, movidos a realizarlo además de por el respeto a la Ley por la fe en ti. Los hay de Éfeso, Perge e Iconio, y hay uno, pobre, de Filadelfia, al que han acogido en el carro por piedad los otros, que son mercantes ricos por lo general, pensando propiciarse al Señor.

-Margziam, ve a decirles que me sigan al Templo. Tendrán lo uno y lo otro: salud del alma, con la palabra, y salud para los cuerpos si saben tener fe.

El jovencito va ligero. Pero de los doce se eleva un coro de desaprobación por "la imprudencia" de Jesús, que quiere mostrarse públicamente en el Templo...

-Vamos a propósito, para que vean que no tengo miedo. Para que vean que ninguna amenaza me puede hacer desobedecer al precepto. ¿Pero es que no habéis entendido todavía su juego? Todas estas amenazas, todos estos consejos, amigables sólo en apariencia, tienen la pretensión de hacerme pecar, para poder disponer de un elemento verdadero de acusación. No seáis cobardes. Tened fe. No es mi hora.

-¿Pero por qué no vas antes a tranquilizar a tu Madre? Te espera... - dice Judas Iscariote.

-No. Primero voy al Templo, que, hasta el momento señalado por el Eterno para la nueva época, es la Casa de Dios. Mi Madre, esperándome, sufrirá menos de lo que sufriría sabiendo que estoy predicando en el Templo. De esta forma, honraré al Padre y a la Madre, dándole al Primero la primicia de mis horas pascuales, y a la segunda la tranquilidad. Vamos. No temáis. Por lo demás, quien tenga miedo que vaya al Getsemaní, a incubar su miedo entre las mujeres.

Los apóstoles, con la pulla de esta última observación, no hablan más. Se ponen de nuevo en fila, de tres en tres. Sólo en la fila donde está Jesús, la primera, son cuatro, hasta que llega Margziam y la hace de cinco (tanto que Judas Tadeo y el Zelote se ponen detrás de Jesús, dejándolo así en el centro entre Pedro y Margziam).

En la Puerta de Damasco ven a Manahén.

-Señor, he pensado que era mejor que me vieran, para disolver toda posible duda sobre la situación. Te aseguro que, aparte de la malevolencia de los fariseos y escribas, no hay nada que sea peligroso para ti. Puedes ir seguro.

-Lo sabía, Manahén. De todas formas, te lo agradezco. Ven conmigo al Templo, si no te es molestia...

-¿Molestia? ¡Por ti desafiaría al mundo entero! ¡Afrontaría cualquier fatiga!

Judas Iscariote barbota algunas palabras. Manahén se vuelve ofendido. Dice con voz segura:

-No, hombre. No son "palabras". Le ruego al Maestro que compruebe mi sinceridad.

-No hace falta, Manahén. Vamos.

Siguen adelante entre el atasco de gente. Llegados a una casa amiga, se liberan de los talegos; Santiago, Juan y Andrés los depositan por todos en un atrio largo y oscuro, y luego dan alcance a sus compañeros.

Entran en el recinto del Templo pasando cerca de la Antonia. Los soldados romanos miran, pero no se mueven. Se susurran algunas cosas. Jesús los observa, para ver si hay alguno que conozca. Pero no ve ni a Quintiliano ni al mílite Alejandro.

Ya están en el Templo, en medio del hormigueo de gente, poco sagrado, de los primeros patios, donde hay mercaderes y cambistas. Jesús mira y vibra. Se pone pálido. Su andadura severa es tan solemne, que parece aumentar más todavía de estatura.

Judas Iscariote lo tienta:

-¿Por qué no repites aquel gesto santo? Ya ves... lo han olvidado... De nuevo la profanación ha entrado en la Casa de Dios. ¿No te duele? ¿No te lanzas a defender?

Este rostro moreno y bello, pero irónico y falso (a pesar de todas las artes de Judas para que no aparezca así), toma un aspecto incluso zorruno mientras, un poco agachado, como por reverencial respeto, dice estas palabras a Jesús, escrutándolo de abajo arriba.

-No es la hora. Pero todo eso será purificado. ¡Y para siempre!.. - dice secamente Jesús.

Judas sonríe ligeramente y comenta:

-¡El "para siempre" de los hombres! ¡Ya ves, Maestro, que es muy precario!...

Jesús no le responde, pues trata de saludar desde lejos a José de Arimatea, que pasa seguido por otras personas, envuelto en sus vistosos indumentos.

Recitan las oraciones rituales y luego regresan al Patio de los Gentiles, bajo cuyos pórticos se agolpa la gente.

Los prosélitos a los que habían encontrado viniendo al Templo han seguido todo este tiempo a Jesús. Han traído con ellos a sus enfermos y ahora los están colocando a la sombra, debajo de los pórticos, cerca del Maestro. Sus mujeres, que los han esperado aquí, se acercan muy despacio. Todas veladas. Pero una está ya sentada, quizás por estar enferma, y las

compañeras la llevan al lado de los otros enfermos. Más gente se agolpa alrededor de Jesús. Veo estupor y desorientación en los grupos rabínicos y sacerdotales por la abierta venida y la abierta predicación de Jesús.

-¡La paz sea con todos vosotros que escucháis!

La Pascua Santa trae de nuevo a los hijos fieles a la Casa del Padre. Parece, esta Pascua bendita nuestra, una madre que piensa solícita en el bien de sus hijos, que los llama con fuerte voz para que vengan de todas partes, aplazando todas las ocupaciones por una más importante, la única que es verdaderamente grande y útil: honrar al Señor y Padre. En esto se comprende que somos hermanos; de esto, con testimonio delicado, surge el orden y el compromiso de amar al prójimo como a uno mismo. ¿No nos hemos visto nunca? ¿No sabíamos los unos de los otros? Así es. Pero, si estamos aquí, porque somos hijos de un único Padre que quiere congregarnos en su Casa para el banquete pascual, entonces, aunque no sea con los sentidos materiales, sí ciertamente con la parte superior, sentimos que somos iguales, hermanos, provenientes de Uno solo, y nos amamos, por tanto, como si hubiéramos crecido juntos. Y esta unión de amor nuestra es anticipación de la otra, más perfecta, de que gozaremos en el Reino de los Cielos, bajo la mirada de Dios, abrazados todos por su Amor: Yo, Hijo de Dios y del hombre, con vosotros, hombres hijos de Dios; Yo, Primogénito, con vosotros, hermanos amados sobre toda humana medida, hasta hacerme Cordero por los pecados de los hombres.

Recordemos también, nosotros que gozamos en el momento presente de nuestra fraterna unión en la Casa del Padre, a los que están lejos y también son hermanos nuestros en el Señor y en el origen. Tengámoslos en nuestro corazón. Llevemos en nuestro corazón ante el altar santo a los ausentes. Oremos por ellos, recogiendo con el espíritu sus lejanas voces, sus añoranzas de estar aquí, sus anhelos. Y, de la misma forma que recogemos estos conscientes anhelos de los israelitas lejanos, recojamos también los de las almas que pertenecen a hombres que no saben siquiera que tienen un alma y que son hijos de Uno solo. Todas las almas del mundo gritan en las prisiones de los cuerpos hacia el Altísimo. Alzan, en oscura cárcel, su gemido hacia la Luz. Nosotros, que estamos en la luz de la fe verdadera, tengamos misericordia de ellos. Oremos así:

Padre nuestro que estás en los Cielos, sea santificado por toda la humanidad tu Nombre. Conocer tu Nombre es encaminarse hacia la santidad. Haz, Padre santo, que los gentiles y paganos conozcan tu existencia, y que vengan a Dios, a ti, Padre, guiados por la Estrella de Jacob, por la Estrella de la Mañana, por el Rey y Redentor de la estirpe de David, por tu Ungido, ya ofrecido y consagrado para ser Víctima por los pecados del mundo; que vengan como los tres sabios de entonces, de un tiempo ya lejano pero no inoperante, porque nada de lo que tiene algo que ver con la venida de la Redención al mundo es inoperante.

Venga tu Reino a todos los lugares de la tierra: donde se te conoce y ama, y donde aún no se te conoce; y, sobre todo, a los que son triplemente pecadores, los cuales, aun conociéndote, no te aman en tus obras y manifestaciones de luz, y tratan de rechazar y apagar la Luz que ha venido al mundo, porque son almas de tinieblas, que prefieren las obras de tinieblas, y no saben que querer apagar la Luz del mundo es ofenderte a ti mismo, porque Tú eres Luz santísima y Padre de todas las luces, comenzando por la que se ha hecho Carne y Palabra para traer tu luz a todos los corazones de buena voluntad.

Padre santísimo, que todos los corazones de este mundo hagan tu voluntad, es decir, que se salven todos los corazones y no quede para ninguno sin fruto el sacrificio de la Gran Víctima; porque ésta es tu voluntad: que el hombre se salve y goce de ti, Padre santo, después del perdón que está para ser otorgado.

Danos tu ayuda, Señor: *todas* tus ayudas. Ayuda a todos los que esperan, a los que no saben esperar, a los pecadores con el arrepentimiento que salva, a los paganos con la herida de tu llamada que estremece; ayuda a los infelices, a los reclusos, a los desterrados, a los enfermos en el cuerpo o en el espíritu, a todos, Tú que eres el Todo; porque el tiempo de la Misericordia ha llegado.

Perdona, Padre bueno, los pecados de tus hijos. Los de tu pueblo, que son los más graves, los de los culpables de querer estar en el error, mientras que tu amor de predilección ha dado la Luz precisamente a este pueblo. Perdona a los que están afeados por un paganismo corrompido que enseña el vicio, y se hunden en la idolatría de este paganismo pesado y mefítico, mientras que entre ellos hay almas preciadas y que Tú amas porque las has creado. Nosotros perdonamos, Yo el primero, para que Tú puedas perdonar. E invocamos tu protección sobre la debilidad de las criaturas para que libres del Principio del Mal, del cual vienen todos los delitos, idolatrías, culpas, tentaciones y errores, a tus criaturas. Líbralas, Señor, del Príncipe horrendo, para que puedan acercarse a la Luz eterna.

La gente ha seguido atenta esta solemne oración. Se han acercado rabíes famosos, entre los cuales, sujetándose pensativo el barbado mentón, está Gamaliel... Y se ha acercado también un grupo de mujeres, enteramente envueltas en mantos, con una especie de capucha que oculta sus rostros. Y los rabíes se han acercado con desprecio... Y también han venido, reclamados por la noticia de que había llegado el Maestro, muchos discípulos fieles, entre los cuales están Hermas, Esteban y el sacerdote Juan. Y también Nicodemo y José, inseparables, y otros amigos suyos que creo haber visto ya.

Durante la pausa que sigue a la oración del Señor, recogido ahora dentro de sí, solemnemente austero, se oye a José de Arimatea decir:

-¿Y entonces, Gamaliel? ¿No te parece todavía palabra del Señor?

-José, se me dijo: "Estas piedras se estremecerán con el sonido de mis palabras" - responde Gamaliel.

Esteban, impetuosamente, grita:

-¡Cumple el prodigio, Señor! ¡Da la orden, y se desarticularán! ¡Gran don sería que se derrumbase el edificio, pero se elevaran en los corazones las murallas de tu Fe! ¡Házselo a mi maestro!

-¡Blasfemo! - grita un grupo rabioso de rabíes con sus alumnos.

-No - grita a su vez Gamaliel - Mi discípulo habla con palabra inspirada. Pero nosotros no somos capaces de aceptarla porque el Ángel de Dios todavía no nos ha purificado del pasado con el tizón tomado del Altar de Dios... Y, quizás, ni aunque el grito de su voz - y señala a Jesús - desencajara los quicios de estas puertas, sabríamos creer...

Se recoge un extremo del amplio manto blanquísimo y con él se cubre la cabeza, ocultándose casi el rostro; luego se marcha. Jesús lo mira mientras se va... Luego continúa hablando. Ahora responde a algunos que murmuran entre sí, que se muestran escandalizados y que hacen más visible su escándalo descargándolo sobre Judas de Keriot, con una rociada de protestas que el apóstol encaja sin reaccionar, encogiéndose de hombros y poniendo una cara que de satisfecha no tiene nada.

Jesús dice:

-En verdad, en verdad os digo que los que parecen ilegítimos son hijos verdaderos, y que los que son hijos verdaderos se hacen ilegítimos. Escuchad todos una parábola.

Hubo una vez un hombre que, debido a algunas ocupaciones, tuvo que ausentarse durante largo tiempo de casa, dejando en ella a algunos hijos que todavía eran poco más que unos niños. Desde el lugar en que se hallaba, escribía cartas a sus hijos mayores para mantener siempre en ellos el respeto hacia el padre lejano y para recordarles sus enseñanzas. El último, nacido después de su partida, se estaba criando todavía con una mujer que vivía lejos de allí, de la región de la esposa, que no era de su raza. Y la esposa murió, siendo pequeño y viviendo lejos de casa todavía este hijo. Los hermanos dijeron: "Dejémoslo allí, donde está, con los parientes de nuestra madre. Quizás nuestro padre se olvida de él. Saldremos ganando porque tendremos que repartir con uno menos, cuando nuestro padre muera". Y así lo hicieron. De esta forma, el niño lejano creció con los parientes maternos, ignorando las enseñanzas de su padre, ignorando que tenía un padre y unos hermanos, o, peor, conociendo la amargura de esta reflexión: "Todos ellos me han desechado como si fuera ilegítimo", y tanto se sentía repudiado por su padre, que llegó incluso a creer que ello fuera verdad.

Siendo ya un hombre y habiéndose puesto a trabajar - porque, agriado como estaba por los pensamientos mencionados, aborrecía también a la familia de su madre, a quien consideraba culpable de adulterio -, quiso el azar que este joven fuera a la ciudad donde estaba su padre. Y entró en contacto con él, aunque no sabía quién era, y tuvo la ocasión de oírlo hablar. El hombre era un sabio. No teniendo la satisfacción de los hijos, que estaban lejos - a esas alturas ya vivían por su cuenta y mantenían con su padre lejano sólo unas relaciones convencionales... bueno, para recordarle que eran "sus" hijos y que, como consecuencia, se acordara de ellos en el testamento -, se ocupaba mucho en dar rectos consejos a los jóvenes a quienes tenía ocasión de conocer en esa tierra en que estaba. El joven se sintió atraído por esa rectitud, que era paterna hacia muchos jóvenes; no sólo se acercó a él, sino que atesoró todas sus palabras, y vino a hacer bueno su agriado ánimo. El hombre enfermó. Tuvo que decidir regresar a su patria. El joven le dijo: "Señor, eres la única persona que me ha hablado con justicia y me ha elevado el corazón. Deja que te siga como siervo. No quiero volver a caer en el mal de antes". "Ven conmigo. Ocuparás el puesto de un hijo del que no he podido volver a tener noticias". Y regresaron juntos a la casa paterna.

Ni el padre ni los hermanos ni el propio joven intuyeron que el Señor hubiera congregado de nuevo a los de una única sangre bajo un único techo.

Mas el padre hubo de llorar mucho por sus hijos conocidos, porque los encontró olvidados de sus enseñanzas, codiciosos, duros de corazón, con muchas idolatrías en sus corazones en vez de creyentes en Dios: la soberbia, la avaricia y la lujuria eran sus dioses, y no querían oír hablar de nada que no fuera ganancia humana. El extranjero, sin embargo, cada vez se acercaba más a Dios; se hacía cada vez más justo, bueno, amoroso, obediente. Los hermanos lo odiaban porque el padre quería a ese extranjero. Él perdonaba y amaba porque había comprendido que en el amor estaba la paz.

El padre, un día, disgustado con la conducta de sus hijos, dijo: "Vosotros os habéis desinteresado de los parientes de vuestra madre, y hasta de vuestro hermano. Me recordáis la conducta de los hijos de Jacob hacia su hermano José. Quiero ir a esas tierras para tener noticias de él. Quizás lo encuentro para consuelo mío". Y se despidió, tanto de los hijos conocidos como del joven desconocido, dando a este último una reserva de dinero para que pudiera volver al lugar de donde había venido y montar allí un pequeño comercio.

Llegado a la región de su difunta esposa, los familiares de ella le contaron que el hijo abandonado había pasado a llamarse Manasés, de Moisés que se llamaba, porque realmente con su nacimiento había hecho olvidar al padre que era justo, pues lo había abandonado.

"¡No me ofendáis! Me habían referido que se había perdido el rastro del niño. Y no esperaba siquiera encontrar aquí a ninguno de vosotros. Pero hablarme de él. ¿Cómo es? ¿Ha crecido robusto? ¿Se parece a mi amada esposa que se consumió dándomelo? ¿Es bueno? ¿Me ama?"

"Robusto, es robusto, y guapo como su madre, aparte de tener los ojos de un color negro intenso. De su madre tiene hasta la mancha de forma de algarroba en la cadera, y de ti ese estorbo ligero de la pronunciación. Cuando se hizo hombre, se marchó, agriado por su sino, con dudas sobre la honestidad de su madre, y sintiendo rencor hacia ti. Habría sido bueno, si no hubiera tenido este rencor en el alma. Se marchó más allá de los montes y de los ríos. Llegó a Trapecius para..."

"¿Decís Trapecius? ¿En Sinopio? Seguid, seguid, que yo estaba allí, y vi a un joven con este ligero estorbo en la pronunciación, solo y triste, y muy bueno por debajo de su costra de dureza. ¿Es él? ¡Hablad!"

«Quizás es. Búscalo. En la cadera derecha tiene la algarroba saliente y oscura como la tenía tu mujer».

El hombre se marchó a toda velocidad, con la esperanza de encontrar todavía al extranjero en su casa. Había partido ya para regresar a la colonia de Sinopio. El hombre fue detrás... Lo encontró. Le hizo acercarse para descubrirle la cadera. Lo reconoció. Cayó de rodillas alabando a Dios por haberle devuelto el hijo, y más bueno que los otros, que cada vez se hacían más animales, mientras que éste, en estos meses que habían pasado, se había hecho cada vez más santo. Y dijo al hijo bueno: "Recibirás la parte de tus hermanos, porque, sin ser amado por nadie, te has hecho más justo que todos los demás".

¿No era, acaso, justicia? Lo era. En verdad os digo que son verdaderos hijos del Bien aquellos que, rechazados por el mundo y despreciados, odiados, vilipendiados, abandonados como ilegítimos, considerados oprobio y muerte, saben superar a los hijos crecidos en la casa pero rebeldes a las leyes de ésta. No es el hecho de ser de Israel lo que da derecho al Cielo; ni asegura el destino el ser fariseos, escribas o doctores. La cosa es tener buena voluntad y acercarse generosamente a la Doctrina de amor, hacerse nuevos en ella, hacerse por ella hijos de Dios en espíritu y verdad.

Sabed todos los que me escucháis que muchos, que se creen seguros en Israel, serán sustituidos por los que para ellos son publicanos, meretrices, gentiles, paganos y galeotes. El Reino de los Cielos es de quien sabe renovarse acogiendo la Verdad y el Amor.

Jesús se vuelve hacia el grupo de los enfermos prosélitos.

-¿Sabéis creer en cuanto he dicho? - pregunta con voz fuerte.

-¡Sí! ¡Señor! - responden en coro.

-¿Queréis acoger la Verdad y el Amor?

-¡Sí! ¡Señor!

-¿Os quedaríais satisfechos aunque no os diera más que Verdad y Amor?

-Señor, Tú sabes qué es lo que necesitamos más. Danos, sobre todo, tu paz y la vida eterna.

-¡Levantaos e id a alabar al Señor! Estáis curados en el Nombre santo de Dios.

Y, rápido, se dirige hacia la primera puerta que encuentra, y se mezcla con la muchedumbre que satura Jerusalén, antes de que la emoción y el estupor que hay en el Patio de los Paganos puedan transformarse en aclamadora búsqueda de Él...

Los apóstoles, desorientados, lo pierden de vista. Sólo Margziam, que no ha dejado nunca de tenerle cogido un extremo del manto, corre a su lado, feliz, y dice:

-¡Gracias, gracias, gracias, Maestro! ¡Por Juan, gracias! He escrito todo mientras hablabas. Sólo me queda añadir el milagro. ¡Qué bonito! ¡Justo para él! ¡Se pondrá muy contento!...

365

Judas Iscariote insidia la inocencia de Margziam. Un nuevo discípulo, hermano de leche de Jesús. En Betania, en la casa de Lázaro, enfermo.

Jesús entra en la verde quietud del Huerto de los Olivos.

Margziam sigue a su lado, y sonríe al pensar en la afanosa carrera que va a pegarse Pedro para alcanzarlos. Dice:

-Maestro, quién sabe lo que dirá! Y, si hubieras seguido hasta Betania sin pararte aquí, se sentiría verdaderamente desconsolado.

También sonríe Jesús, mirando al jovencito, y responde:

-Sí. Me va a sepultar a lamentos. De todas formas, le servirá para otra vez. Así estará más atento. Yo hablaba y él se distraía charlando con unos o con otros...

-Es que le preguntaban, Señor - dice Margziam para disculpar, sin reírse ya.

-Se hace un gesto delicado de que se responderá después, cuando calle la Palabra del Señor. Acuérdate de esto para tu vida futura. Para cuando seas sacerdote. Exige el máximo respeto en las horas y lugares de instrucción.

-Pero entonces será el pobre Margziam, Señor, el que hable...

-No importa. Es Dios el que habla por los labios de sus siervos en las horas de su ministerio, y como tal debe ser escuchado con silencio y respeto.

Margziam hace una leve mueca significativa, como comentario de un razonamiento suyo interior.

Jesús, que lo observa, dice:

-¿No estás convencido? ¿Por qué esa expresión? Habla, hijo, sin temor.

-Señor mío, me preguntaba si Dios está también en los labios y en el corazón de sus sacerdotes de ahora... y... con terror me decía si serían iguales los futuros... Y concluía diciendo que... muchos sacerdotes hacen quedar mal al Señor... He pecado, sin duda... Pero son tan malos y antipáticos, tan secos... que...

-No juzgues. Pero recuerda esta impresión de disgusto. Tenla presente en el futuro. Y, con todas tus fuerzas, preocúpate de no ser como estos que te desagradan; y que tampoco lo sean los que dependan de ti. Haz servir para el bien incluso el mal que ves. Toda acción y toda cognición deben ser transformadas en bien pasando por un juicio y una voluntad rectos.

-¡Señor, antes de entrar en la casa, que ya se ve, respóndeme a otra cosa! Tú no niegas que el actual sacerdocio sea defectuoso. Me dices a mí que no juzgue. Pero Tú juzgas. Y puedes hacerlo. Y juzgas con justicia. Escucha, Señor, mi pensamiento. Cuando los actuales sacerdotes hablan de Dios y de la religión - siendo la mayoría de ellos como son, y me refiero ahora a los peores -, ¿deben ser escuchados como verdad?

-Siempre, hijo mío. Por respeto a su misión. Cuando realizan actos de su ministerio, no son el hombre Anás, el hombre Sadoq... Son "el sacerdote". Separa siempre del ministerio la pobre humanidad.

-Pero si realizan mal también su ministerio...

-Dios suplirá. ¡Y, además!... ¡Escúchame, Margziam! No hay ningún hombre completamente bueno ni completamente malo. Y ninguno es tan completamente bueno que tenga derecho a juzgar a los hermanos como completamente malos. Tenemos que tener presentes nuestros defectos, contrastar con ellos las buenas cualidades de los que queremos juzgar. Entonces tendríamos una medida justa de juicio caritativo. Yo todavía no he encontrado un hombre completamente malo.

-¿Ni siquiera Doras, Señor?

-Ni siquiera él, porque es marido honesto y padre amoroso.

-¿Ni siquiera el padre de Doras?

-También él era marido honesto y padre amoroso.

-Pero nada más que eso, ¿eh?

-Sólo eso. Pero en eso no era malo. Por tanto, no era completamente malo.

-¿Y tampoco Judas es malo?

-No.

-Pero no es bueno.

-No es totalmente bueno, como no es totalmente malo. ¿No estás convencido de lo que digo?

-Estoy convencido de que Tú eres totalmente bueno, y que estás absolutamente exento de maldad. Tanto, que no encuentras nunca una acusación para ninguno. Esto sí.

-¡Oh, hijo mío! ¡Si pronunciara la primera sílaba de una palabra de acusación, todos vosotros arremeteríais como fieras contra el acusado!... Yo, actuando así, evito que os manchéis con pecado de juicio. Entiéndeme, Margziam. No es que Yo no vea el mal donde lo hay. No es que no vea la mezcla de mal y bien que hay en algunos. No es que no comprenda cuándo un alma sube o baja del nivel en que la puse. No es nada de esto, hijo mío. Es prudencia, para evitar las anticaridades entre vosotros. Y actuaré siempre así. *También en los siglos venideros, cuando tenga que pronunciarme sobre una criatura. ¿No sabes, hijo, que a veces vale más una palabra de alabanza, de ánimo, que mil reprensiones? ¿No sabes que de cien casos pésimos, señalados como relativamente buenos, al menos la mitad vienen a ser realmente buenos al no faltarles, después de mi benévola palabra, la ayuda de los buenos, que, en caso distinto, huirían del individuo señalado como pésimo? Hay que sostener a las almas, no hundirlas.* Pero si Yo no soy el primero en sostener, en celar las partes feas, en solicitar para ellas vuestra benevolencia y ayuda, jamás os entregaríais a ellas con activa misericordia. Recuérдалo, Margziam...

-Sí, Señor... (un fuerte suspiro). Lo recordaré... (otro fuerte suspiro)... Pero es muy difícil ante ciertas evidencias...

Jesús lo mira fijamente. Pero del jovencito no ve sino la parte alta de la frente porque baja mucho la cara.

-Margziam, levanta la cara. Mírame. Y respóndeme. ¿Qué evidencia es esa que es difícil pasar por alto?

Margziam se azora... Se pone rojo bajo el color morenito de la piel... Responde:

-Pues... son muchas, Señor...

Jesús insta:

-¿Por qué has nombrado a Judas? Porque es una "evidencia". Quizás la que te es más difícil superar... ¿Qué te ha hecho Judas? ¿En qué te ha escandalizado? - y Jesús pone las manos encima de los hombros del muchacho, que ahora está tan colorado que es todo púrpura oscura.

Margziam lo mira, con los ojos brillantes... luego se suelta y se marcha gritando:

-¡Judas es un profanador!... Pero no puedo hablar... ¡Respétame, Señor!... - y se introduce en el bosque, llorando, en vano llamado por Jesús, que pone un gesto de desconsolado dolor.

Su voz, de todas formas, ha llamado la atención de los que están en la casa del Getsemaní. Y a la puerta de la cocina se asoma Jonás, luego la Madre de Jesús, detrás las discípulas: María de Cleofás, María Salomé y Porfiria. Ven a Jesús y se echan a andar hacia Él.

-¡La paz a todos vosotros! ¡Aquí me tienes, Mamá!

-¿Sólo? ¿Por qué?

-Me he adelantado. He dejado a los demás en el Templo... Pero estaba con Margziam...

-¿Y dónde está ahora mi hijo, que no lo veo? - pregunta Porfiria un poco inquieta.

-Ha subido allá arriba... Pero ahora vendrá. ¿Tenéis comida para todos? Dentro de poco vendrán los demás.

-No, Señor. Habías dicho que ibas a Betania...

-Sí, claro... Pero he pensado que convenía hacer esto. Id sin demora por todo lo necesario, y volved sin demora. Yo me quedo con mi Madre.

Las discípulas obedecen sin replicar.

Se quedan solos Jesús y María, y pasean lentamente bajo los enmarañados ramajes de los árboles, a través de cuyas copas se filtran agujas solares que ponen circulitos de oro en la hierbecilla verde y florida.

-Después de comer iré a Betania con Simón.

-¿Simón de Jonás?

-No. Con Simón Zelote. Y llevaré conmigo a Margziam...

Jesús calla pensativo.

María lo observa. Luego pregunta:

-¿Te causa sinsabores Margziam?

-¡No, Mamá, todo lo contrario! ¿Por qué piensas eso?

-¿Por qué estás pensativo?... ¿Por qué lo llamabas con autoridad? ¿Por qué te ha dejado? ¿Por qué se ha separado de ti como vergonzoso? ¡No ha venido siquiera a saludar a su madre ni a mí!

-El niño ha huido por una pregunta que le he hecho.

-¡Oh!... - el estupor de María es profundísimo. Guarda silencio por un momento y luego susurra, como hablando para sí:

-Los dos en el Paraíso Terrenal huyeron, después del pecado, al oír la voz de Dios... Pero, Hijo mío, hay que tener compasión del niño. Empieza a ser hombre... y quizás... Hijo mío, Satanás muerde a todos los hombres...

Es una María toda compasiva y suplicante...

Jesús la mira y le dice:

-¡Cuán madre eres! ¡Cuánto eres "la Madre"! Pero no pienses que el niño ha pecado. Debes pensar que sufre por la quemadura de una revelación. Es muy puro. Es muy bueno... Lo llevaré conmigo, hoy. Para que comprenda, sin palabras, que lo comprendo. Cualquier palabra sobraría... y no encontraría ninguna para disculpar al profanador de un inocente. Es un Jesús severo en estas últimas palabras.

-¡Hijo! ¿En esto estamos? No te pido nombres. Pero si uno de entre nosotros ha sido capaz de turbar al niño, sólo puede haber sido uno... ¡Hay que ver qué diablo!

-Vamos a buscar a Margziam, Mamá. Ante ti no huiré.

Van y lo descubren detrás de una mata de espino albar.

-¿Estabas cogiendo flores para mí, hijo mío? - pregunta María mientras se acerca a él y lo abraza...

-No. Pero te echaba de menos - dice Margziam con lágrimas en la cara todavía.

-Y yo he venido. ¡Ánimo, sin demora! ¡Que hoy tienes que ir con mi Jesús a Betania! Y debes estar arreglado como conviene.

La cara de Margziam, ya olvidado de su turbación de antes, se ilumina, y dice:

-¿Yo solo con Él?

-Y con Simón Zelote.

Margziam, muy niño todavía, da un salto de alegría, sale inmediatamente de su escondite y va a caer en el pecho de Jesús... Está confuso.

Pero Jesús sonríe y le instiga diciendo:

-Corre a ver si ha venido tu padre.

Margziam se echa a correr, y Jesús observa:

-Es un niño todavía, a pesar de ser ya juicioso de pensamiento. Turbar su corazón es un gran delito. Pero pondré una solución - y mientras tanto camina con María hacia la casa.

Pero antes de llegar ya ven a Margziam galopando tras ellos.

-Maestro... Madre... Hay personas... personas de las que estaban en el Templo... Los prosélitos... Hay una mujer... Una mujer que quiere verte, Madre... Dice que te conoció en Belén... Se llama Noemí.

-¡Conocí a muchas entonces! Pero vamos...

Llegan a la pequeña explanada donde está la casa. Un grupo de personas espera. En cuanto ven a Jesús se postran. Pero, enseguida, una mujer se levanta y corre a arrojarle a los pies de María mientras la saluda con su nombre.

-¿Quién eres? No me acuerdo de quién eres. Levántate.

La mujer se alza, pero, cuando está para hablar, llegan, jadeantes, los apóstoles.

-¡Pero Señor! ¿Por qué? Hemos corrido como locos por Jerusalén. Pensábamos que habías ido a casa de Juana o de Ana... ¿Por qué no has esperado? - preguntan, e informan, confusamente.

-Ahora estamos juntos. Es inútil explicar el porqué. Dejad que esta mujer hable tranquila.

Todos se apiñan para escuchar.

-Tú no te acuerdas de mí, María de Belén. Pero yo recuerdo desde hace treinta y un años tu nombre y tu rostro como nombre y rostro de piedad. Había venido yo también de lejos, de Perge, por el Edicto. Estaba embarazada. Pero esperaba regresar a tiempo. Mi marido enfermó por el camino, y en Belén se debilitó hasta el extremo de que murió. Yo había dado a luz veinte días antes de que muriera. Mis gritos perforaron el cielo y me secaron la leche y la hicieron veneno. Me cubrí de pústulas, y de pústulas se cubrió mi hijo... Nos arrojaron a una gruta a morir... Pues bien... tú, sólo tú, viniste, cautelosa, cada poco tiempo durante toda la luna, a traerme comida y a curar mis llagas, y llorabas conmigo y dabas leche a mi criatura, que si vive es sólo por ti... Corriste el riesgo de que te lapidaran, porque me llamaban "la leprosa"... ¡Oh, mi estrella delicada! Esto no lo he olvidado. Una vez curada, me marché. En Éfeso tuve noticias de la matanza. ¡Te busqué mucho! ¡Mucho! ¡Mucho! No podía pensar que te hubieran matado con tu Hijo en aquella noche tremenda. Pero jamás te encontré. El verano pasado, uno de Éfeso oyó a tu Hijo, supo quién era, lo siguió durante un tiempo, fue, acompañado de otros, a los Tabernáculos... Y, cuando volvió, contó. He venido para verte, ¡oh Santa!, antes de morir. Para bendecirte tantas veces cuantas fueron las gotas de leche que diste a mi Juan, en detrimento incluso de tu Hijo bendito...

La mujer llora, en una posición reverencial, un poco inclinada, agarrando con sus manos los brazos de María...

-La leche no se niega nunca, hermana. Y...

-¡Oh, no! ¡No hermana tuya! Tú, Madre del Salvador. Yo era una pobre mujer sola, lejos de su casa, viuda, con un hijo de pecho y con el pecho agotado como torrente en verano... Sin ti me habría muerto. Me diste todo, y, si pude volver donde mis hermanos, mercaderes de Éfeso, fue por ti.

-Éramos dos madres, dos pobres madres, con dos hijos, por el mundo. Tú tenías el dolor de haberte quedado viuda, yo el de tener que ser traspasada en mi Hijo, como decía en el Templo el anciano Simeón. No hice otra cosa sino cumplir con mi deber de hermana dándote lo que tú ya no tenías. ¿Y tu hijo vive?

-Está ahí. Tu Hijo santo me lo ha curado esta mañana. ¡Bendito sea! - y la mujer se postra ante el Salvador gritando:

-¡Ven, Juan, a dar gracias al Señor!

Se aproxima, dejando a sus compañeros, un hombre de la edad de Jesús, fuerte, de rostro no hermoso pero leal; de hermoso tiene la expresión de sus ojos profundos.

-La paz a ti, hermano de Belén. ¿De qué te he curado?

-De la ceguera, Señor. Un ojo perdido, el otro próximo a perderse. Era arquisinagogo, pero ya no podía leer los sagrados rollos.

-Ahora los leerás con mayor fe.

-No, Señor. Ahora te leeré a ti. Quiero quedarme como discípulo. Y sin pretender derechos por las gotas de leche extraídas del pecho en que Tú te nutrías. Nada son los días de una luna para crear un vínculo; todo, la piedad de tu Madre entonces y la tuya de esta mañana.

Jesús se vuelve hacia la mujer:

-¿Y tú que opinas?

-Que mi hijo te pertenece doblemente. Acéptalo, Señor. Y se cumplirá el sueño de la pobre Noemí.

-De acuerdo. Serás de Cristo. A vosotros: recibid a este compañero en nombre del Señor - dice volviéndose a los apóstoles.

Los prosélitos están exaltados de emoción. Los hombres querrían quedarse también inmediatamente. Todos. Pero Jesús dice con firmeza:

-No. Vosotros seguid siendo lo que sois. Volved a vuestras casas, conservad la fe y esperad la hora de la llamada. El Señor esté siempre con vosotros. Podéis marcharos.

-¿Podremos encontrarte todavía aquí? -preguntan.

-No. Como un pájaro que vuela de rama en rama me moveré continuamente. No me encontraréis aquí. No tengo ni itinerario ni morada. Pero, si es justo, nos veremos y me escucharéis. Marchaos. Que se quede la mujer con el nuevo discípulo.

Y entra en casa, seguido por las mujeres y los apóstoles, que comentan con emoción el episodio ignorado hasta ese momento y la caridad profunda de María.

* * *

Jesús, con paso raudo, va hacia Betania; a un lado y otro de Él, Simón Zelote y Margziam. Felices de ser ellos dos los preferidos para esta visita.

Margziam, ya completamente tranquilo, hace mil preguntas sobre la mujer que ha venido de Éfeso, pregunta si Jesús sabía ese hecho, etc.

-No lo sabía. El tesoro de bondades de mi Madre es infinito, y lo hace con un silencio tan delicado, que, la mayor parte de las veces, sus buenas acciones quedan secretas.

-Pero es un episodio muy bonito, ¿eh?» dice el Zelote.

-Sí. Tanto que quiero contárselo a Juan de Endor. Maestro, ¿crees que vamos a encontrar sus cartas en Betania?

-Estoy casi seguro.

-Debería estar también la mujer curada de la lepra - observa el Zelote.

-Sí. Ha observado con fidelidad los preceptos. Pero ya debe haberse cumplido el tiempo de la purificación.

Betania aparece en su llanura elevada. Pasan por delante de la casa en que en otros tiempos había pavos reales, flamencos y grullas. Ahora está abandonada y cerrada. Simón lo observa.

Pero su observación se ve interrumpida por el jovial saludo de Maximino que improvisamente sale por la cancilla.

-¡Maestro santo! ¡Qué felicidad en medio de tanto dolor!

-Paz a ti. ¿Por qué, dolor?

-Porque Lázaro tiene dolores lancinantes a causa de sus piernas ulceradas. Y no sabemos qué hacer para aliviar ese dolor. Pero viéndote a ti estará mejor, al menos de espíritu.

Entran en el jardín, y, mientras Maximino se adelanta veloz, ellos siguen a paso lento hacia la casa.

Corre afuera María de Magdala con su grito adorador:

-Rabbuní!

La sigue, más sosegada, Marta. Ambas están pálidas como quien ha sufrido y velado.

-Levantaos. Vamos inmediatamente donde Lázaro.

-¡Maestro, Maestro que todo lo puedes, cúrame a mi hermano! - suplica Marta.

-¡Sí, Maestro bueno! ¡Sufre por encima de sus fuerzas! Se está consumiendo. Gime. Y, claro, morirá si sigue así. ¡Ten piedad de él, Señor! - insta María.

-Tengo toda la piedad. Pero no es para él hora de milagro. Debe ser fuerte, y vosotras con él. Ayudadle a hacer la voluntad del Señor.

-¿Quieres decir que deberá morir? - pregunta, gimiendo, Marta en lágrimas.

Y María, nadando sus ojos en el llanto y la pasión en la voz, la dúplice pasión por Jesús y por su hermano:

-¡Oh, Maestro, pero de esta forma me impides seguirte y servirte, e impides a mi hermano gozar de mi resurrección! ¿Es que no quieres en casa de Lázaro el júbilo por una resurrección?

Jesús la mira con una sonrisa buena y perspicaz, y dice:

-¿Por una? ¿Sólo una? ¡Pero entonces me creéis muy poca cosa, si creéis que puedo una cosa sola! Sed buenas y fuertes. Vamos. Y no lloréis de esa forma. Lo abatiríais con dolorosas conjeturas.

Y, Él el primero, se encamina hacia donde está Lázaro, el cual, sin duda para que sea más fácil asistirle, ha sido acomodado en una sala que está junto a la biblioteca, en frente de la sala mayor, dedicada a convites. Maximino señala la puerta, pero deja a Jesús que entre solo.

-¡Paz a ti, Lázaro, amigo mío!

-¡Oh, Maestro santo! La paz a ti. Para mí, en mis miembros, la paz ya no existe. Y siento abatido mi espíritu. ¡Sufro mucho, Señor! Pronuncia para mí la amada orden: "Lázaro, sal afuera", y me pondré en pie, curado, para servirte...

-Te daré esa orden, Lázaro. Pero no ahora - responde Jesús abrazándolo.

Lázaro está muy delgado, amarillento, visiblemente muy enfermo y muy debilitado, y tiene hundidos los ojos. Lloro como un niño al enseñar sus piernas hinchadas, azuladas, con llagas que yo diría varicosas, abiertas en varios puntos. Quizás espera que Jesús, al mostrarle ese destrozo, se conmueva y haga un milagro. Pero Jesús se limita a colocar de nuevo, con delicadeza, sobre las llagas, las vendas untadas de bálsamo.

-¿Has venido para quedarte? - pregunta Lázaro, no sin desilusión.

-No. Pero vendré a menudo.

-¿Cómo? ¿Tampoco vas a celebrar este año la Pascua conmigo? He dicho que me trajeran aquí por ese motivo. Me habías prometido, cuando los Tabernáculos, que ibas a estar mucho conmigo, después de las Encenias...

Y estaré. Pero no ahora. ¿Te molesto si me siento aquí en la orilla de tu cama?

-¡No, no! Todo lo contrario. La frescura de tu mano parece como si mitigara el ardor de mi fiebre. ¿Por qué no te quedas, Señor?

-Porque como a ti te atormentan las llagas, a mí los enemigos. A pesar de que Betania esté considerada dentro de los límites para la Cena, y para todos; para mí, celebrar aquí la Pascua se consideraría pecado. De lo que Yo hago, para el Sanedrín y los fariseos, todo son camellos y vigas...

-¡Ah! ¡Los fariseos! ¡Es verdad! Pero entonces en una casa mía... ¡Esto al menos!

-Eso sí. Pero lo diré en el último momento. Por prudencia.

-¡Ah, sí, no te fíes! Te ha ido bien con Juan, ¡eh!, ¿sabes? Ayer ha venido Tolmái con otros y me ha traído cartas para ti. Las tienen mis hermanas. ¿Pero dónde se han quedado Marta y María? ¿No se preocupan de recibirte con honor?

Lázaro está inquieto, como muchos enfermos.

-Tranquilo. Están afuera, con Simón y Margziam. He venido con ellos. Y no necesito nada. Ahora los llamo.

Y así es; llama a los que prudentemente se habían quedado afuera.

Marta sale y vuelve con dos rollos y se los entrega a Jesús. María, entretanto, refiere que el siervo de Nicodemo ha dicho que precede a su señor, que viene con José de Arimatea. Y, contemporáneamente, Lázaro se acuerda de una mujer («que ha llegado ayer en nombre tuyo» dice).

-¡Ah! ¡Sí! ¿Sabes quién es?

-Nos lo ha dicho. Es hija de un rico de Jericó que hace años fue a Siria, de joven. La llamó Anastásica, en recuerdo de la flor del desierto. Pero no ha querido revelar el nombre de su marido - explica Marta.

-No es necesario. La ha repudiado. Por tanto, ella es únicamente "la discípula". ¿Dónde está?

-Duerme. Está cansada. Ha vivido muy mal estos días y estas noches. Si quieres la llamo.

-No. Deja que duerma. Me ocuparé mañana.

Lázaro mira admirado a Margziam, el cual está en ascuas; y es que quisiera saber lo que dicen los rollos. Jesús lo comprende y los abre. Lázaro dice: ¿Cómo? ¿Él lo sabe?

-Sí. Él y los otros, excepto Natanael, Felipe, Tomás y Judas...

-¡Has hecho bien en no revelárselo a él! - interviene bruscamente Lázaro - Tengo muchas sospechas...

-No soy imprudente, amigo - le interrumpe Jesús. Lee los rollos y luego refiere las noticias principales, o sea, que los dos se han aclimatado, que la escuela prospera y que, si no fuera por el declinar de Juan, todo iría bien.

Pero no puede decir nada más porque se anuncia la llegada de Nicodemo y José.

-¡Dios te salve, Maestro, esta mañana y siempre!

-Gracias, José. ¿Y tú, Nicodemo, no estabas?

-No. Pero, sabido que habías llegado, he pensado en venir a casa de Lázaro, casi seguro de que te encontraría. Y José se ha unido a mí.

Hablan alrededor de la cama de Lázaro de los hechos de la mañana. Y él se interesa tanto, que parece aliviado de su sufrimiento.

-¿Y Gamaliel, Señor? ¿Oíste? - dice José de Arimatea.

-Oí.

Nicodemo dice:

-Yo, sin embargo, digo: ¿Y Judas de Keriot, Señor? Después de tu partida, me lo encontré vociferando como un demonio en medio de un grupo de alumnos de los rabíes. Te acusaba y defendía al mismo tiempo. Estoy seguro de que estaba convencido de actuar bien. Ellos querían encontrarte culpas, ciertamente estimulados por sus maestros. Él rebatía las acusaciones con pasión enardecida. Decía: «Sólo una culpa tiene mi Maestro: hacer resaltar demasiado poco su poder. Deja pasar el momento oportuno. Cansa a los buenos con su excesiva mansedumbre. ¡Rey es, debe actuar como rey! Vosotros lo tratáis como a un siervo, porque es manso. Y El, por ser sólo manso, se destruye. Para vosotros, que sois viles y crueles, no hay otra cosa aparte del azote de un poder absoluto y violento. ¡Ah, si pudiera hacer de El un violento Saúl!»

Jesús meneaba la cabeza sin decir nada.

-De todas formas, a su manera, te ama - observa Nicodemo.

-¡Qué hombre más desconcertante! - exclama Lázaro.

-Sí. Bien has dicho. Yo no lo entiendo, y hace dos años que estoy con él - confirma el Zelote.

María de Magdala se alza, con majestuosidad de reina, y con su espléndida voz proclama:

-Yo lo he entendido más que todos: es el oprobio al lado la Perfección. Y no hay nada más que decir - y sale para alguna gestión, llevándose consigo a Margziam.

-Quizás María tiene razón - dice Lázaro.

-También lo creo yo - dice José.

-¿Y Tú, Maestro, qué dices?

-Digo que Judas es "el hombre". Como lo es Gamaliel. El hombre limitado junto a Dios infinito. El hombre está tan restringido en su pensamiento, mientras no lo airean sobrenaturalmente, que puede acoger una sola idea, incrustarla dentro de sí, o incrustarse en ella, y quedarse así. Incluso contra la evidencia. Terco. Obstinado. Incluso por fidelidad hacia la cosa que más le ha impresionado. En el fondo, Gamaliel tiene una fe, como pocos en Israel, en el Mesías que vislumbró y reconoció en un niño. Y es fiel a las palabras de aquel niño... Y lo mismo Judas. Saturado de la idea mesiánica como la mayor parte de Israel la

cultiva, confirmado en ella por mi primera manifestación a él, ve, quiere ver, en el Cristo el rey. El rey temporal y poderoso... Y es fiel a este concepto suyo. ¡Cuántos, incluso en el futuro, se malograrán por una concepción de fe equivocada, terca contra toda razón! ¿Pero qué creéis, que es fácil seguir la verdad y la Justicia en todas las cosas? ¿Qué creéis, que es fácil salvarse sólo porque se sea un Gamaliel y un Judas apóstol? No. En verdad, en verdad os digo que es más fácil que se salve un niño, un fiel común, que uno elevado a especial cargo y a especial misión. Generalmente entra, en los llamados a extraordinaria suerte, la soberbia de su vocación, y esta soberbia abre las puertas a Satanás, expulsando a Dios. Las caídas de las estrellas son más fáciles que las de las piedras. El Maldito trata de apagar los astros y se insinúa, se insinúa tortuoso para hacer de palanca contra los elegidos y poder volcarlos. Si miles de hombres caen en los errores comunes, su caída no arrastra nada más que a ellos mismos. Pero si cae uno de los elegidos para una extraordinaria suerte, y viene a ser instrumento de Satanás en vez de serlo de Dios, su voz en vez de "mi" voz, su discípulo en vez de "mi" discípulo, entonces la ruina es mucho mayor y puede dar origen incluso a profundas herejías que dañan a un número sin número de espíritus. El bien que Yo doy a una persona producirá mucho bien si cae en un terreno humilde y que sabe permanecer humilde; pero, si cae en un terreno soberbio o que se hace soberbio por el don recibido, entonces de bien se transforma en mal. A Gamaliel le fue concedida una de las primeras epifanías del Cristo. Debía ser su precoz llamada a Cristo; sin embargo, es la razón de su sordera a mi voz que lo llama. A Judas le ha sido concedido ser apóstol: uno de los doce apóstoles entre los millares de hombres de Israel. Debía ser esto su santificación. Pero, ¿qué será?... Amigos míos, el hombre es el eterno Adán... Adán tenía todo. Todo menos una cosa. Quiso ésa. ¡Y si el hombre se queda en Adán! ¡Ah, pero muy a menudo se transforma en Lucifer! Tiene todo menos la divinidad. Quiere la divinidad. Quiere lo sobrenatural para causar asombro, para ser aclamado, temido, conocido, celebrado... Y, para conseguir algo de eso que sólo Dios puede gratuitamente dar, se agarra fuertemente a Satanás, que es el Simio de Dios y da sucedáneos de dones sobrenaturales. ¡Qué horrenda suerte la de estos que se han transformado en demonios! Os dejo, amigos. Me retiro bastante. Tengo necesidad de recogerme en Dios...

Jesús, muy turbado, sale... Los que se quedan (Lázaro, José, Nicodemo y el Zelote) se miran.

-¿Has visto cómo se ha turbado? - pregunta en voz baja José a Lázaro.

-Sí, lo he visto. Parecía como si estuviera viendo un espectáculo horrendo.

-¿Qué tendrá en el corazón? - pregunta Nicodemo.

-Sólo Él y el Eterno lo saben - responde José - ¿Tú no sabes nada, Simón?

-No. Lo cierto es que hace meses que está muy angustiado.

-¡Dios lo proteja! Pero lo cierto es que el odio aumenta.

-Sí, José. El odio aumenta... Creo que pronto el Odio va a vencer al Amor.

-¡No digas eso, Simón! ¡Si debe suceder así, no volveré a pedir la curación! Mejor morir que asistir al más horrendo de los errores».

-De los sacrilegios, debes decir, Lázaro...

-Y... Israel es capaz de esto. Está maduro para repetir el gesto de Lucifer declarando la guerra al Señor bendito - suspira Nicodemo.

Un silencio penoso se forma, cual mordaza que estrangula todas las gargantas... Declina la tarde en la habitación en que cuatro hombres honestos piensan en los futuros delincuentes.

366

Anastática entre las discípulas. Las cartas de Antioquía.

Jesús ha dejado Betania junto con los que estaban con Él, o sea, Simón Zelote y Margziam; pero a ellos se ha unido Anastática, la cual, velada toda, camina al lado de Margziam. Jesús va un poco retrasado con Simón. Las dos parejas conversan mientras caminan, cada una por su cuenta y del tema que prefieren.

Dice Anastática a Margziam, continuando un tema ya empezado:

-Ardo en deseos de conocerla.

Quizás la mujer se refiera a Elisa de Betsur.

-Creo que no estaba tan nerviosa cuando mis bodas ni cuando me declararon leprosa. ¿Cómo la voy a saludar?

Y Margziam, sonriendo dulce y seriamente al mismo tiempo:

-¡Con su verdadero nombre! ¡Mamá!

-¡Pero si yo no la conozco! ¿No es demasiada confianza? A fin de cuentas, ¿quién soy yo respecto a ella?

-Lo que yo el año pasado. ¡Bueno, tú mucho más que yo! Yo era un pobre huerfanito sucio, aterrorizado, paleta. Y, a pesar de todo, ella me ha llamado siempre hijo, desde el primer momento, y ha sido para mí una verdadera madre. El año pasado era yo el que estaba tan agitado que temblaba, en espera de verla. Pero luego, sólo con verla, se me paró el temblor. Se pasó del todo el terror que se me había quedado en la sangre desde que había visto con mis ojos de niño, primero, la furia de la naturaleza que había destruido todo de mí casa y de mi familia, y luego... y luego, con estos ojos míos de niño, había podido, había tenido que ver cómo el hombre es una fiera más cruel que el chacal y el vampiro... Temblar siempre... Llorar siempre... sentir un nudo aquí, estrecho, duro, doloroso, de miedo, de sufrimiento, de odio, de todo... En pocos meses conocí todo el mal, el dolor y la crueldad que hay en el mundo... Y ya no podía creer que existieran todavía la bondad, el amor, el amparo...

-¿Y cómo es eso? ¿Y cuando el Maestro te tomó consigo?... ¿Y cuando te viste entre esos discípulos suyos tan buenos?

-Temblaba todavía, hermana... y oí todavía. Ha hecho falta tiempo para convencerme de no tener miedo... Y más tiempo todavía para no odiar a quien había hecho sufrir a mi alma dándole a conocer lo que puede ser un hombre: un demonio

con aspecto de fiera. No se sufre, especialmente cuando uno es niño, sin que haya consecuencias largas... Queda la señal, porque nuestro corazón está todavía tierno y tiene aún el calor materno de los besos; más hambriento de besos que de pan. Y, en vez de besos, ve dar golpes...

-¡Pobre niño!

-Sí. Pobre. ¡Muy pobre! No tenía ni siquiera ya la esperanza en Dios ni el respeto por el hombre... Tenía miedo del hombre. Incluso al lado de Jesús y en los brazos de Pedro tenía miedo... Decía: "¿Es posible? No, no durará así. Ellos también se cansarán de ser buenos...". Y suspiraba por llegar donde María. Una mamá es siempre una mamá, ¿no es verdad? Y así fue: cuando la vi, cuando me vi entre sus brazos, dejé de temer. Comprendí que todo el pasado había terminado y que del infierno había pasado al paraíso... El último dolor fue que vi que me olvidaban aparte, solo... Siempre sospechaba algo malo. Y lloré con ganas. ¡Ah! ¡Con qué amor me tomó entonces! No. No he vuelto a llorar añorando a mi madre desde aquel momento, no he vuelto a temblar... María es la dulzura y la paz de los infelices...

-Y de dulzura y paz tengo necesidad yo... - suspira la mujer.

-Dentro de poco las tendrás. ¿Ves aquella zona verde de allá abajo? Allí la dulzura y la paz, ocultas dentro de la casa del Getsemaní.

-¿Estará también Elisa? ¿Y qué les voy a decir? ¿Qué me dirán?

-No sé si estará Elisa. Estaba enferma.

-¿No se morirá? ¿Quién me tomaría como hija, en ese caso?

-No temas. Él ha dicho: "Tendrás madre y casa". Y así será. Vamos a seguir un poco más ligeros. No sé frenarme cuando estoy cercano a María.

Aceleran y ya no oigo lo que dicen.

El Zelote lo ve casi correr por el poblado camino y hace a Jesús esta observación: -Parecen hermanos. Mira qué buenos amigos son.

-Margziam sabe estar con todos. Es una virtud difícil y muy necesaria para su futura misión. Pongo cuidado en aumentar en él esta oportuna disposición, porque le servirá mucho.

-A él lo modelas a tu gusto, ¿verdad, Maestro?

-Sí. La edad me lo permite.

-Pero también has podido modelar al anciano Juan Félix...

-Sí. Pero porque se ha dejado abatir y crear de nuevo, completamente, por mí.

-Es verdad. He notado que los más grandes pecadores, cuando se convierten, nos superan en la justicia a nosotros, hombres de relativa culpabilidad. ¿Por qué?

-Porque su contrición es proporcional a su pecado. Inmensa. Por tanto, los tritura con la muela del dolor y la humildad. "Mi pecado está siempre frente a mí" dice el salmista. Ello mantiene humilde al espíritu. Es un recuerdo bueno, cuando está unido a esperanza y confianza en la Misericordia. Las medias perfecciones, o incluso menos que medias, muchas veces se detienen porque carecen del acicate del remordimiento de haber pecado gravemente y de tener que expiar, carecen de este acicate que las haga continuar hacia la perfección verdadera. Se estancan como aguas cerradas. Se sienten satisfechas de ser límpidas. Pero hasta el agua más cristalina, si no se depura con el movimiento de las partículas de polvo, de los detritos que el viento le aporta, termina siendo lodosa y putrefacta.

-¿Y las imperfecciones que dejamos existir y persistir en nosotros son polvo y detritos?

-Sí, Simón. Todavía tendéis demasiado a estancaros. Tenéis un movimiento casi imperceptible hacia la perfección. ¿No sabéis que el tiempo es veloz? ¿No sabéis que en el espacio que queda deberíais esforzaros por alcanzar vuestra perfección? Si no poseéis la fuerza de la perfección, conquistada con decidida voluntad en este tiempo que queda, ¿cómo podréis resistir a la tempestad que Satanás y sus hijos desencadenarán contra el Maestro y su Doctrina? Llegará un día en que, desconcertados, os preguntaréis: "¿Cómo es que fuimos arrollados, nosotros que estuvimos tres años con Él?". La respuesta está en vosotros, en vuestro modo de actuar. El que más se esfuerce en alcanzar la perfección en este tiempo que queda será más capaz de ser fiel.

-Tres años... Pero, entonces... ¡Oh! ¡Mi Señor!... ¿Entonces te vamos a perder la primavera que viene?

-Estos árboles tienen ya frutos incipientes. Los comeré maduros. Pero no volveré a probar, después de los frutos de este año, nuevas cosechas... No te abatas, Simón. El abatimiento es estéril. Debes saber esto y poner los medios para confirmarte en la justicia, para poder ser fiel en el momento terrible.

-Sí. Lo haré. Con todas mis fuerzas. ¡Puedo decir esto a los demás? Para que se preparen también ellos.

-Puedes decirlo. Pero sólo quien tenga fuerte voluntad querrá.

-¿Y los otros? ¿Perdidos?

-No, pero sí duramente probados por su propio acto. Serán como uno que se creía fuerte y se encuentra en el suelo y vencido. Desconcertados. Humillados. ¡Humildes, por fin! Porque - créelo, Simón -, si no hay humildad, no se avanza. El orgullo es la piedra que Satanás usa como pedestal. ¿Por qué tenerla en el corazón? ¿Es maestro agradable este horrendo ser?

-No, Maestro.

-Y, no obstante, tenéis en el corazón el punto de apoyo, la tarima para sus lecciones. Estáis penetrados de orgullo. Tenéis orgullo en todo y por todos los motivos. Incluso del hecho de ser "míos". ¡Cortos de inteligencia! ¿No os cura el comparar lo que sois con Aquel que os ha elegido? No es porque os haya llamado por lo que seréis santos. Será por el modo en que hayáis evolucionado después de mi llamada. La santidad es edificio que cada uno eleva por sí mismo. La Sabiduría le puede indicar el método y el proyecto. Pero la obra material os toca a vosotros.

Es verdad. ¿Pero entonces no nos vamos a perder? ¿Después de la prueba vamos a ser más santos por ser más humildes?...

-Sí.

El "sí" es breve y grave.

-¿Lo dices así, Maestro?

-Así lo digo.

-Querrías de nosotros santidad antes de la prueba...

-Eso querría. Y para todos.

-¿Para todos? ¿No seremos iguales en la prueba?

-No seréis iguales ni antes ni durante ni después de ella... a pesar de que a todos os haya ofrecido la misma palabra...

-Y el mismo amor, Maestro. Nuestra culpa hacia ti es grande...

Jesús suspira...

El Zelote, después de un silencio más bien largo, está ya para hablar cuando, casi corriendo, vienen hacia ellos los apóstoles y discípulos que han encontrado a Margziam en las primeras subidas del Getsemaní. Simón guarda silencio. Jesús responde a los saludos de todos, para caminar luego al lado de Pedro en dirección al olivar y a la casa.

Pedro informa de que estaban alerta desde el alba; de que Elisa está todavía enferma en casa de Juana; de que la noche anterior habían venido unos fariseos; de que... de que... de que... un haz muy enmarañado de noticias, de las cuales, al final, surge la pregunta: «¿Y Lázaro?», pregunta a la que Jesús responde exhaustivamente. Pedro, muy curioso, no sabe contenerse y pregunta: «¿Y... nada, Señor? Ninguna... noticia...».

-Sí. A su tiempo las sabrás. ¿Dónde están Margziam y la mujer? ¿Ya en la casa?

-¡No, no! La mujer no se ha atrevido a seguir adelante. Está sentada en un cembo y te espera. Margziam... Margziam... me ha desaparecido. Habrá ido corriendo a la casa.

-Vamos a acelerar el paso.

Pero, a pesar de acelerar, no llegan a la casa antes de que María con su cuñada, Salomé, Porfiria y las mujeres de Bartolomé y Felipe hayan salido ya, venerantes. Jesús las saluda de lejos, pero se dirige hacia el lugar en que, humilde, está Anastática; la toma de la mano y la conduce hacia su Madre y las mujeres.

-Mira, ésta es la flor de esta Pascua, Madre. Aunque sea sólo una este año, que te signifique delicadeza, puesto que te la traigo Yo.

La mujer se ha arrodillado. María se agacha y la levanta mientras dice:

-Las hijas están en el corazón de sus madres, no a sus pies. Ven, hija. Conozcamos nuestras caras como ya se conocen nuestros espíritus. Aquí están las hermanas. Vendrán otras. Que sea una dulce familia, toda ella santidad para la gloria de Dios y amor entre sus miembros.

Las discípulas se dan recíprocamente el beso de amor, y recíproca y profundamente se miran. Entran y suben a la terraza de la casa, circundada del glauco de centenares de olivos. Los grupos se separan: Jesús con los hombres; las mujeres, aparte, en torno a la nueva llegada. Regresa Susana, que había ido a la ciudad con su marido. Viene Juana con los niños. Aparece Analía con su cara de ángel. Jairo, mezclado con los discípulos que venían presurosos hacia Jesús, regresa con su hija, la cual va al grupo de las mujeres y se pone junto a María, que la acaricia.

Paz y amor hay en esta reunión de personas. Luego el sol declina, y Jesús, antes de saludar a los que regresan a sus propias casas o a las casas en que se alojan, reúne a todos en oración y los bendice. Luego los saluda. Se queda solamente con los que prefieren estar estrechos en la casa del Getsemaní o pernoctar debajo de los olivos antes que marcharse. Así pues, se quedan María, María de Alfeo, Salomé, Anastática, Porfiria y otras mujeres; y Jesús, Pedro, Andrés, Santiago y Judas de Alfeo, Santiago y Juan de Zebedeo, Simón Zelote, Mateo, Margziam y otros hombres.

Pronto consumen la cena. Después, Jesús invita a su Madre y a María de Alfeo a ir con Él y con los discípulos por el olivar silencioso. Quizás las otras tres mujeres irían también de buena gana. Pero Jesús no las llama; es más, dice a Salomé y a Porfiria:

-Hablad santas palabras con la nueva hermana y luego acostaos. No nos esperéis. La paz sea con vosotros.

Y las tres se resignan a su destino.

Pedro está un poco enfurruñado, y calla mientras todos hablan yendo en grupo, precisamente hacia el futuro peñasco de la agonía. Se sientan en el ribazo. Tienen frente a ellos a Jerusalén, la cual, tras el ajetreo de la jornada, se aquieta.

-Enciende unas ramas, Pedro - ordena Jesús.

-¿Para qué?

-Quiero leerlos lo que escriben Juan y Síntica. Y has de saber, tú que estás enfadado, que éste es el motivo por el que no he dejado venir a las tres mujeres.

-¡Pero si mi mujer estaba aquella noche!...

-Pero excluir de las antiguas discípulas sólo a Salomé habría sido feo... Además esto te dará la manera de desahogar tu lengua contando a tu prudente esposa lo que ahora vas a oír.

Pedro, alborozado por el elogio dado a Porfiria y por la concesión de poderla poner al corriente del secreto, pierde de golpe su gesto de enfado, y se dedica a encender una alegre hoguera de la que se elevan llamas derechas, quietas en el ambiente calmo.

Jesús saca de su cinturón las dos cartas. Las abre. Lee en medio del círculo atento de once rostros:

"A Jesús de Nazaret, honor y bendición. A María de Nazaret, bendición y paz. A los hermanos santos, paz y salud. Al bien amado Margziam, paz y caricias.

Lágrimas y sonrisas hay en mi corazón y en mi rostro mientras me siento a escribir esta carta para todos vosotros. Recuerdos, nostalgias, esperanzas y paz del deber cumplido hay en mí. Tengo ante mí todo el pasado que considero de valor, es decir, el que empezó hace doce meses; y un salmo de agradecimiento a Dios, demasiado compasivo con el culpable, brota de mi corazón. ¡Bendito seas, y contigo la Santa que te ha dado al mundo, y la otra madre que recuerdo como la compasión

encarnada; y contigo Pedro, Juan, Simón, Santiago y Judas y el otro Santiago, y Andrés y Mateo, y, en fin, el amadísimo Margziam, a quien pongo en mi pecho para bendecirlo! ¡Benditos por todo lo que me habéis dado desde el momento en que os conocí hasta el momento en que os dejé, ciertamente no por voluntad mía! Os he sido arrebatado. ¡Que Dios los perdone! ¡Que Dios los perdone! Y que aumente en mí la capacidad de perdonar por mi parte. Por ahora, con su ayuda, junto con Él lo puedo hacer. Pero solo no puedo; no, todavía no podría, porque demasiado quema la herida que me han hecho arrancándome de mi verdadera Vida, de ti, Santísimo. Demasiado quema todavía, a pesar de que tus consuelos sean una lluvia continua y balsámica que desciende sobre mí..."

Jesús pasa muchas líneas sin leerlas. Y reanuda: «"Mi vida..."».

Pero Pedro, que para ayudar al Maestro a ver ha cogido una rama encendida y la mantiene alzada, estando junto al Maestro y alargando el cuello para ver el escrito, dice:

-¡No, no, no es así! ¿Por qué no lees, Maestro? ¡Hay otras cosas entre medias! Soy animal, pero no tanto como para no saber leer despacio. Yo leo: "Tus promesas han superado mis esperanzas..."

-Eres terrible, ¿eh? ¡Peor que un muchacho! - dice Jesús sonriendo.

-¡Hombre, claro! ¡Ya me estoy haciendo viejo! Por eso tengo más malicia que un muchacho.

-Deberías tener también más prudencia.

-Es buena para los enemigos. Aquí estamos entre amigos. Aquí Juan dice una serie de cosas bonitas de ti. Quiero saberlas. Para saber cómo tendría que hacer yo, cuando me expidieras a otro lugar como una mercancía. ¡Venga, hombre, lee todo! Madre, dile tú también que no es justo darnos las noticias triadas como si fueran pececillos. ¡Saca! ¡Saca todo! Algas, barro, peces pequeños y peces excelentes. ¡Todo! ¡Ayudadme vosotros! Parecéis un conjunto de estatuas. ¡Es que me sacáis de quicio! ¡Y se rien!

Ante la agitación de Pedro, que salta acá y allá como un potro encabritado, sacudiendo su rama encendida sin preocuparse de las chispas que le llueven encima, es difícil no reírse.

Jesús tiene que ceder para calmarlo y poder seguir leyendo:

"Tus promesas han superado mis esperanzas en ellas. Maestro santo, cuando, aquella triste mañana de invierno, me prometiste que vendrías a consolar a tu discípulo triste, no comprendí el verdadero valor de tu promesa. El dolor y la relatividad del hombre oprimían las facultades del espíritu, de forma que éste era tardo en entender el alcance de tu promesa. ¡Bendito seas, espiritual visitador de mis noches, que no son por eso desolación ni dolor, como pensaba, sino una espera de ti. ¡Oh, gozoso encuentro contigo! La noche - horror de los enfermos, de los desterrados, de los que están solos, de los culpables -, para mí, que soy verdaderamente Félix haciendo tu voluntad y sirviéndote, se ha convertido en "la espera de las vírgenes prudentes a que llegue el esposo". E incluso más tiene mi pobre alma: la beatitud de ser la esposa que espera a su Amor, que viene a la estancia nupcial para darle todas las veces la alegría del primer encuentro y el éxtasis fortalecedor de la fusión.

¡Oh, Señor y Maestro mío, mientras te bendigo por lo mucho que me das, te ruego que recuerdes las otras dos promesas que me hiciste. La más importante, para este hombre débil en demasía que soy yo, es no mantenerme en vida para la hora de tu dolor. Conoces mi debilidad. No permitas que aquel que por tu amor se ha despojado del odio haya de volver a vestir, por el odio hacia los hombres tus verdugos, el uniforme hispido e hiriente del odio. La segunda es para tu pobre discípulo, igualmente débil en demasía e incompleto en la perfección: ven a mi lado, como dijiste, a la hora de mi muerte. Ahora que sé que para ti no existen distancias, y que ni mares ni monte ni ríos ni voluntad de hombre te impiden dar a quien te ama el consuelo de tu sensible presencia, no dudo poder tenerte cuando expire. ¡Ven, Señor Jesús! Y ven pronto a introducirme en la paz.

Y ahora que he hablado del espíritu, te daré noticias de mi trabajo.

Tengo muchos discípulos, de todas las razas y países. Para no herir la sensibilidad de unos u otros y dada la ausencia de pedagogo aquí, he dividido los días, de forma que alterno un día a los paganos, uno a los fieles, con mucho provecho. Doy lo que gano a los pobres, así los atraigo hacia el Señor. He vuelto a tomar mi viejo nombre; no por apego, sino por prudencia. En las horas en que soy del mundo soy "Félix". En las horas en que soy sólo de Jesús, soy "Juan": la gracia de Dios. He explicado a Felipe que el verdadero nombre era Félix que me llamaban Juan sólo para distinguirme entre los hermanos. Y la cosa no ha creado ningún estupor, dada la facilidad con que cambiamos de nombre o llamamos por sobrenombres.

Espero hacer aquí mucho trabajo, para preparar el camino a los hermanos santos. Si tuviera más fuerzas, querría adentrarme en la campiña para dar a conocer tu Nombre. Quizás pueda al principio del verano o con el frescor del otoño. Basta que pueda y lo haré. El aire puro de Antigonio, estos jardines tan serenos y hermosos, las flores, los niños, las gallinitas, el afecto de los jardineros, y sobre todo, el grande, sabio, filial afecto de Síntica me hacen mucho bien. Yo diría que he mejorado. No piensa lo mismo Síntica... Bueno, esta opinión suya se manifiesta solamente por los solícitos y continuos cuidados que me dispensa: mi comida, mi descanso, que no coja frío... Pero me siento mejor. ¿Esta sensación no viene, quizás, del deber heroicamente cumplido? Eso dice Síntica. Querría saber si está acertada. Porque el deber es cosa moral, mientras que la enfermedad es cosa carnal.

Y querría saber también si Tú vienes realmente o sólo te me apareces a los sentidos espirituales, aunque de forma tan perfecta que no me dejas distinguir dónde termina la realidad material de tu Presencia.

Maestro amado y bendito, tu Juan se arrodilla pidiéndote tu bendición. A la Madre, a María, a los hermanos santos, paz y bendición. A Margziam un beso para que se acuerde de enviar las santas palabras, pan para los que estamos en tierras lejanas trabajando en la viña del Señor".

-Esta es la carta de Juan... ¿Qué opináis?

Se cruzan diversas impresiones... Pero la más fuerte de todas es la que se refiere a la presencia de Jesús. Le abruma a preguntas... sobre cómo puede ser, sobre si puede ser, si Síntica ve, etc. etc.

Jesús hace un gesto de silencio y abre el rollo de Síntica. Lee:

"Sintica al Señor Jesús con todo el amor de que es capaz. A la Madre bendita, veneración y alabanza. A los hermanos en el Señor, gratitud y bendición. A Margziam el abrazo de su hermana distante. Juan te ha expuesto, Maestro, nuestra vida. Muy sintéticamente, te ha dicho lo que hace y lo que yo, como mujer, hago. Tengo mi pequeña escuela llena de niñas. Gano mucho espiritualmente, porque las gano para ti, ¡oh mi Señor!, hablando del verdadero Dios a través incluso del trabajo. Esta región, donde tantas razas se han mezclado, es una maraña enredada de religiones. Tan enredada, que... ya no son sino religiones impracticables, deshiladuras de religiones que ya no sirven para nada. En medio, rígida e intransigente, la fe de los israelitas, que con su peso rompe los hilos ya deteriorados de las otras, sin obtener nada.

Juan, teniendo varones, debe actuar con prudencia. Yo, con las niñas, me muevo más libremente. Ser mujer es siempre una inferioridad; tanto, que a las familias de distintas religiones no les importa si las niñas se mezclan en una única escuela. Basta con que aprendan el productivo arte del bordado. Y bendito sea este concepto despreciativo que el mundo tiene de nosotras las mujeres, porque así me permite extender cada vez más mi radio de acción. Los bordados se venden maravillosamente, la fama se difunde, vienen damas de lejos. A todas les puedo hablar de Dios... ¡Ah, los hilos, que, en el telar o en la tela, se transforman en flores, animales, estrellas, también sirven, con sólo quererlos, para encauzar a las almas hacia la Verdad! Conociendo varias lenguas, puedo usar el griego con los griegos, el latín con los romanos, el hebreo con los hebreos; es más, en esta última lengua progreso cada vez más con la ayuda de Juan.

Otro medio de penetración es el ungüento de María. He hecho mucho ungüento nuevo, con las esencias que existen aquí, mezclando en él una porción de la original para santificarlo. Úlceras y dolores, heridas y dolor de pecho desaparecen. Verdad es que yo, mientras unto y vendo, no ceso de repetir los dos Nombres santos: Jesús-María. Es más, haciendo una relación con el significado griego de Cristo, he llamado a este bálsamo "Ungüento Mirra". ¿Es así, no? ¿No posee, acaso, la esencia salutar de la Mirra de Dios que te engendró, Óleo precioso que nos haces reyes? Muchas veces me debo quedar levantada para poder preparar más ungüento. Le rogaré a la Santa que preparase también Ella más, y que me lo mandase para los Tabernáculos, para poderlo mezclar con el otro, hecho por la ínfima sierva de Dios. De todas formas, si no fuera correcto lo que hago, dímelo, Señor, y jamás lo volveré a hacer.

El amado Juan me ensalza mucho. ¿Qué debería decir yo de él, entonces? Sufre agudamente, pero tiene una fortaleza maravillosa. Si no conociera su secreto, estaría asombrada. Pero desde aquella noche en que, regresando de un enfermo, lo descubrí extático y transfigurado, y oí sus palabras y me arrodillé porque intuí que Tú estabas presente ante tu siervo, ya no puedo asombrarme. Quizás algún hermano sí que se asombrará si oye que no deploro el no haber visto yo misma. ¿Por qué debería hacerlo? Todo está bien, todo lo que Tú das es suficiente. Cada uno recibe la parte que merece y que le es necesaria. Bien está, pues, que Juan te tenga en forma visible y yo sólo en el espíritu.

¿Soy feliz? Como mujer, hecho de menos el tiempo en que estaba contigo y María. Pero como alma, soy felicísima, porque sólo ahora te sirvo, mi Señor. Pienso que el tiempo es nada. Pienso que la obediencia es moneda para entrar en tu Reino. Pienso que ayudarte es gracia que supera cuanto la pobre esclava podía soñar, incluso en horas de delirio, y que Tú me has concedido ayudarte. Pienso que, separada ahora, te tendré al final para toda la eternidad. Y canto la canción de Juan cual calandria en primavera por los campos de oro de la Hélade. Mis niñas la cantan porque dicen que es bonita. Yo las dejo cantar al compás del telar, tan semejante al del remo de aquel día lejano, porque pienso que decir tu nombre, Madre, es prepararse a la Gracia.

Juan me ruega que añada la noticia de que te ha enviado un magnífico ciudadano de Antioquía. Se llama Nicolái. Es su primera conquista para tu rebaño. Tenemos mucha confianza en que Nicolái no defraude el concepto que tenemos de él en nuestro corazón.

Bendice a tu sierva, Señor. Bendícela, Madre. Bendecidme todos, santos, y tú, niño bendito que creces en sabiduría junto al Señor".

-Esto escribe Sintica. Y ha añadido una apostilla sin que Juan lo supiera. Dice: "Juan sólo en el espíritu se manifiesta grande y se refuerza; en lo demás declina, a pesar de todos los cuidados. Tiene muchos proyectos para el principio del verano, pero creo que no podrá llevar a cabo lo que dice. Creo que el invierno ahogará su exigua vida... Pero está en paz. Y se santifica con las obras y el sufrimiento. ¡Mantenle la fuerza con tu presencia, mi Señor! Te pido que me sometas a mí a cualquier pena a cambio de este don para tu discípulo. Enviando las presentes con Tolmái a Lázaro, te suplico que les digas a él y a sus hermanas que recordamos su bondad hacia nosotros y que constante y ardientemente oramos por ellos".

Todos se intercambian de nuevo impresiones.

Andrés se inclina para preguntar algo a María, pero se queda sorprendido al ver lágrimas en su cara.

-¿Lloras? - pregunta.

-¿Por qué llora? ¿Cómo es eso, Madre? - dicen muchos de los presentes.

-Yo sé por qué llora - dice Margziam.

-¿Por qué llora?

-Porque Juan ha recordado la muerte del Señor.

-Ya, claro. ¿Es verdad? ¿Y cómo lo sabe, si ya no estaba cuando la predijiste?

-Porque lo ha sabido de mi boca, para su consuelo.

-¡Mmm! ¡Consuelo! ...

-Sí, consuelo. La promesa de que no esperará mucho a tener el Reino. El lo merece porque os ha superado en la voluntad y obediencia. Vamos a volver a casa. Vamos a preparar las respuestas para dárselas a Tolmái; tú, Margziam, adjuntarás tus libros.

-¡Ah! ¡Comprendo! ¡Comprendo! ¡Escribía para ellos!...

-Sí. Vamos. Mañana iremos al Templo...

El jueves prepascual. Preparativos en el Getsemaní.

Apenas un principio de aurora. Mas ya los hombres imitan a las aves, que bullen con sus primeros vuelos y trabajos y cantos del día. La casa del Getsemaní, poco a poco, se va despertando; y se ve precedida por el Maestro, que regresa ya de la oración hecha en las primeras luces del alba, después de una noche entera de oración; pero no entra.

Se va despertando poco a poco el cercano campo de los galileos en la planicie del Monte de los Olivos, y gritos y llamadas van por el aire sereno, atenuados por la distancia, aunque suficientemente netos como para comprender que los píos peregrinos reunidos allí de un momento a otro van a reanudar las ceremonias pascuales interrumpidas la noche anterior.

Se despierta la ciudad, más abajo. Empieza el clamor que la llena (superpoblada en estos días), con los rebuznos de los burritos (de hortelanos y vendedores de corderos que se apretujan en las puertas para entrar), y con el llanto - ¡qué conmovedor! - de centenares de corderos que, montados en carros, o dentro de bastos más o menos grandes, o simplemente a hombros, se dirigen a su trágico destino, y llaman a las madres... lloran su lejanía, sin saber que deberían llorar la vida que tan precozmente llega a su fin. Y sigue aumentando, sin cesar, el rumor en Jerusalén, por el ruido de los pasos en las calles y las llamadas de una terraza a otra o de éstas a la calle, o viceversa; y el rumor llega, como el de las ondas marinas, atenuado por la distancia, hasta la serena hondonada del Getsemaní.

Un primer rayo de sol corta el aire en dirección a una exquisita cúpula del Templo, y la inflama toda, como si un sol hubiera descendido a la Tierra, un pequeño sol posado encima de un cándido pedestal, pero bellísimo a pesar de su pequeñez.

Los discípulos y las discípulas miran admirados ese punto de oro. ¡Es la Casa del Señor! ¡Es el Templo! Para comprender lo que era este lugar para los israelitas, basta ver cómo fijan en él sus miradas. Parecen ver relampaguear, entre el rutilar del oro encendido por el sol, la Faz Santísima de Dios. Adoración y amor patrio, santo orgullo de ser hebreos, aparecen evidentes en esas miradas, más que si hablaran los labios.

Porfiria, que no ha vuelto a Jerusalén desde hace muchos años, vierte incluso lágrimas de emoción, mientras, inconscientemente, aprieta el brazo de su marido, que le está señalando no sé qué con la mano, y se abandona un poco sobre él, como una recién casada, enamorada de su esposo, admirada de él, feliz de ser por él instruida. Entretanto, las otras mujeres hablan quedo, casi en monosílabas, para consultarse lo que debe hacerse este día. Anastática, todavía sin práctica y un poco ajena a este nuevo ambiente, está ligeramente separada, absorta en sus pensamientos.

María, que estaba hablando con Margziam, la ve, se acerca a ella y le pasa un brazo alrededor de la cintura:

-¿Te sientes un poco sola, hija mía? Bueno, hoy irá mejor. ¿Ves? Mi Hijo está indicando a los apóstoles que vayan a las casas de las discípulas para advertirles que se reúnan y lo esperen por la tarde en casa de Juana. Se ve que quiere hablarnos, concretamente a las mujeres; bueno, antes te habrá dado ya una madre. ¿Es buena, sabes? La conozco desde cuando estaba yo en el Templo. Era una madre ya desde entonces para con las más pequeñas de las consagradas. Y comprenderá tu corazón, porque también ella ha llorado mucho. Mi Hijo la curó el año pasado de una melancolía mortal que se había apoderado de ella después de la muerte de sus dos hijos. Te lo digo sólo para que sepas quién es la que de ahora en adelante te va a querer, y a la que tú vas a querer. Pero te digo lo mismo que el año pasado dije a Simón cuando recibía por hijo a Margziam: "Que este afecto no debilite la voluntad de tu corazón de servir a Jesús". Si así fuera, el don de Dios te sería más pernicioso que la lepra, porque apagaría en ti la voluntad buena que un día te dará la posesión del Reino».

-No temas, Madre. En lo que está de mi parte, haré una llama de este afecto para encenderme a mí misma cada vez más al servicio del Salvador. No me gravaré con él, ni gravaré a Elisa, sino que, al contrario, juntas, apoyándonos y estimulándonos recíprocamente en una santa competición, volaremos, con la ayuda del Señor, por sus caminos.

Mientras están hablando, del campo de los galileos, de la ciudad, de casas esparcidas por las laderas, del suburbio - o quizás es un barrio - que está ligeramente fuera de la ciudad (en una de las dos vías que van de Jerusalén a Betania, y, más exactamente, en la más larga, la que Jesús recorre sólo raras veces), empiezan a llegar discípulos antiguos y recientes; los últimos son: Felipe y su familia, Tomás solo, Bartolomé con su mujer.

-¿Dónde están los hijos de Alfeo, Simón y Mateo? - pregunta Tomás, que no los ve.

Jesús le responde:

-Ya van delante. Los dos últimos, a Betania, para avisar a las hermanas de que estén por la tarde en casa de Juana; los dos primeros, a ver a Juana y a Analía, para avisarlas de lo mismo. Nos encontraremos a la hora tercera en la Puerta Dorada. Vamos entretanto a dar la limosna a los mendigos y leprosos. Que Bartolomé se adelante con Andrés, para comprar alimentos para ellos. Nosotros los seguiremos lentamente. Nos detendremos en el barrio de Ofel, junto a la Puerta. Y luego iremos donde los pobres leprosos.

-¿Todos? - dicen poco entusiastas algunos.

-Todos y todas. La Pascua, este año, nos reúne como hasta ahora nunca había sido posible. Vamos a hacer juntos lo que serán los deberes futuros de los hombres y mujeres que trabajen en mi Nombre. Ahí viene de prisa Judas de Simón. Me alegro, porque quiero que esté él también con nosotros.

En efecto, Judas viene jadeante.

-¿Llego con retraso, Maestro? Culpa de mi madre. Ha venido, en contra de la costumbre y de lo que le había dicho. La he encontrado ayer noche en casa de un amigo de nuestra familia. Y esta mañana me ha entretenido hablándome... Quería venir conmigo, pero yo no he querido.

-¿Por qué? ¡María de Simón no merece, acaso, estar donde tú estás? Es más, lo merece mucho más que tú. Así que ve corriendo a recogerla y luego nos alcanzas en el Templo, en la Puerta Dorada.

Judas se marcha sin poner objeciones. Jesús se pone en camino, delante, con los apóstoles y los discípulos; las mujeres, con María en el centro, detrás de los hombres.

368

El jueves prepascual. En Jerusalén y en el Templo.

No veo la distribución de comida a los leprosos de Hinnon, de los cuales sólo oigo hablar. No creo que se hayan producido milagros entre ellos, porque Simón Pedro dice:

-La soledad atroz no les ha dado la gracia de creer y saber dónde está la Salud.

Después la ciudad los recibe por la Puerta que introduce en el bullicioso y poblado barrio de Ofel.

Después de algunos metros, por la puerta entreabierta de una casa, aparece al improviso, jubilosa, Analía, que hace un acto de veneración al Maestro mientras dice:

-Tengo permiso de mi madre para estar hasta la noche contigo, Señor.

-¿No se sentirá molesto Samuel?

-Ya no existe Samuel en mi vida, Señor. Y gracias sean dadas al Altísimo. Solamente me conceda que no te deje a ti, mi Dios, como me ha dejado a mí.

La boca juvenil sonríe heroicamente, mientras un brillo de llanto resplandece en sus ojos castos.

Jesús la mira fijamente y, por toda respuesta, le dice:

-Únete a las discípulas - y reanuda el camino.

Pero la anciana madre de Analía, más anciana por los dolores que por la edad, se acerca a su vez, muy inclinada en un saludo devotísimo y rendido, y dice:

-La paz a ti, Maestro. ¿Cuándo podría hablar contigo? ¡Estoy muy acongojada!...

-Enseguida, mujer.

Y, volviéndose a los que están con Él, ordena:

-Quedaos aquí fuera. Voy a entrar un momento en esta casa - y hace ademán de seguir a la mujer.

Pero Analía, desde el grupo de las mujeres, reclama su atención, con una sola palabra: « ¡Maestro! », ¡pero cuánto hay en esa palabra! Y junta las manos al decirla, como si suplicara...

-No temas. Ten paz. Tu causa está en mis manos, y también tu secreto - la tranquiliza Jesús. Y luego, raudo, entra por la puerta entreabierta.

Fuera se hacen comentarios sobre este hecho, y curiosidades masculinas y femeninas compiten para saber... saber... saber... Dentro se escucha y se llora. Jesús escucha. Apoyado de espaldas contra la puerta, que ha cerrado tras sí en cuanto ha entrado, con los brazos recogidos sobre el pecho, escucha a la madre de la muchacha, que le habla de la volubilidad del novio, el cual habría aprovechado un pretexto para liberarse completamente del vínculo...

-De forma que Analía es como una repudiada, y nunca más se casará, porque ha declarado que Tú no apruebas a quien después del repudio vuelve a casarse. Pero no es así. ¡Ella es célibe todavía! No se vende a otro hombre, porque de ningún hombre ha sido. Y él es culpable de crueldad. Y más. Porque le han venido ganas de otras bodas; pero es mi hija la que va a aparecer como culpable, y el mundo la escarnecerá. Haz algo, Señor, porque es por ti por quien sucede esto.

-¿Por mí, mujer? ¿En qué he pecado?

-¡No, Tú no has pecado! Pero él dice que Analía te ama. Y finge estar celoso. Ayer noche ha venido. Ella había ido a verte. Se enfureció y juró que ya no la querría por esposa. Analía, que llegó en ese momento, le respondió: "Haces bien. Lo único que siento es que vistas la verdad de mentira o de calumnia. Sabes que a Jesús se le ama sólo con el alma. Pero es precisamente tu alma la que se ha corrompido y deja la Luz por la carne, mientras que yo dejo la carne por la Luz. No podríamos ser ya un solo pensamiento, como dos esposos deben ser. Ve, pues, y que Dios te ampare". Ni una lágrima, ¿comprendes? ¡Nada que tocara el corazón del hombre! ¡Mis esperanzas defraudadas! Ella... ciertamente por superficialidad, causa su ruina. Llámala, Señor. Habla con ella. Doblégala a la razón. Busca a Samuel. Está en casa de Abraham su pariente, en la tercera casa después de la Fuente de la higuera. ¡Ayúdame! Pero primero habla enseguida con ella...

-Hablar, hablaré. Pero deberías dar gracias a Dios, que rompe un vínculo humano que está claro que no prometía mucho. Ese hombre es voluble e injusto para con Dios y para con su novia...

-Sí, pero es atroz que el mundo la crea culpable, y que te crea culpable a ti, por el simple hecho de que sea discípula tuya.

-El mundo acusa y luego olvida. El Cielo, por el contrario, es eterno. Tu hija será una flor del Cielo.

-¿Entonces por qué has permitido que viviera? Habría sido una flor sin sufrir la lapidación de las calumnias. Tú que eres Dios llámala, hazla razonar, y luego haz razonar a Samuel...

-Recuerda, mujer, que ni siquiera Dios puede avasallar la voluntad y libertad del hombre. Ellos, Samuel y tu hija, tienen derecho a seguir lo que sienten que es bueno para ellos. Especialmente Analía tiene derecho...

-¿Por qué?

-Porque Dios la ama más que a Samuel. Porque ella da a Dios más amor que Samuel. ¡Tu hija es de Dios!

-No. En Israel no es así. La mujer debe casarse... Es mía la hija... Sus esponsales me prometían paz para el futuro...

-Tu hija estaría en el sepulcro desde hace un año, si Yo no hubiera actuado. ¿Quién soy Yo para ti?

-El Maestro y Dios.

-Y como Dios y Maestro digo que el Altísimo tiene más derecho que nadie sobre sus hijos, y que mucho va a cambiar en la Religión, y de ahora en adelante podrán las vírgenes ser vírgenes eternamente por amor a Dios. No llores, madre. Deja tu casa y ven con nosotros, hoy. ¡Ven! Ahí afuera está mi Madre y otras madres heroicas que han dado sus hijos al Señor. Únete a ellas...

-Habla con Analía... ¡Inténtalo, Señor! - gime la mujer entre sollozos.

-De acuerdo. Haré como quieres - dice Jesús. Y, abierta la puerta, llama: «Madre, ven con Analía».

Las dos requeridas van presurosas. Entran.

-Muchacha, tu madre quiere que te diga que lo pienses más. Quiere que hable con Samuel. ¿Qué debo hacer? ¿Qué respuesta me das?

-Habla con Samuel si quieres. Es más, te suplico que lo hagas. Pero sólo porque querría que se hiciera justo oyéndote. Respecto a mí, ya sabes; te ruego que le des a mi madre la respuesta más verdadera.

-¿Has oído, mujer?

-¿Cuál es la respuesta? - pregunta con voz quebrada la anciana, la cual al principio de las palabras de su hija creía que ésta se hubiera vuelto atrás y luego ha comprendido que no es así.

-La respuesta es que desde hace un año tu hija es de Dios, y el voto es perenne mientras dura la vida.

-¡Pobre de mí! ¿Qué madre hay más infeliz que yo?

María suelta la mano de la joven para abrazar a la mujer y decirle dulcemente:

-No peques con tu pensamiento y con tu lengua. Dar a Dios un hijo no es una desdicha; antes al contrario, es una gran gloria. Un día me dijiste que tu dolor era el haber tenido sólo una hija, porque querrías haber tenido el varón consagrado al Señor. Tú tienes no un varón sino un ángel, un ángel que precederá al Salvador en su triunfo. ¿Y te vas a considerar infeliz? Mi madre, habiéndome concebido en tarda edad, espontáneamente me consagró al Señor desde el primer latido mío que oyó en su seno. Y me tuvo sólo tres años. Y yo tampoco la tuve, sino en mi corazón. Pues bien, su paz al morir fue el haberme dado a Dios... ¡Ánimo, ven al Templo a cantar las alabanzas a Aquel que tanto te ama que ha elegido a tu hija como esposa! Ten una verdadera sabiduría en tu corazón. Verdadera sabiduría es no poner límites a la propia generosidad hacia el Señor.

La mujer ha dejado de llorar. Escucha... Luego se decide. Toma el manto y se envuelve en él. Y al pasar por delante de la hija suspira:

-Primero la enfermedad, luego el Señor... ¡Se ve que no debía tenerte!...

-No, mamá. No digas eso. Nunca me has tenido tanto como ahora. Tú y Dios. Dios y tú. Sólo vosotros, hasta la muerte... - y la abraza dulcemente y le pide: «¡Una bendición, madre! Una bendición... porque he sufrido por tener que hacerte sufrir. Pero Dios me quería así...».

Se besan llorando. Luego salen, precedidas por Jesús y María, y cierran la casa; luego se ponen detrás del grupo de las discípulas...

-¿Por qué entramos por aquí, Señor? ¿No era mejor entrar por la otra parte? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Porque, pasando por aquí, pasamos por delante de la Antonia.

-Y esperas... ¡Ten cuidado, Maestro!... El Sanedrín te espía - dice Tomás.

-¿Cómo lo sabes? - le pregunta Bartolomé.

-Basta reflexionar en el interés de los fariseos para comprender. ¡Me decís que con mil disculpas vienen continuamente a observar lo que hacemos!... ¿Con qué finalidad, si no es buscando de qué acusar al Maestro?

-Tienes razón. Entonces es mejor no pasar por delante de la Antonia, Maestro. Si los romanos no te ven, pues mejor.

-Y en esta razón está contenido más el asco por ellos que la solicitud por mí, ¿no es verdad, Bartolmái? ¡Qué sabio serías si quitaras de tu corazón estas miserias! - responde Jesús, que sigue de todas formas por su camino sin escuchar a nadie.

Para ir a la Antonia tienen que pasar por el Sixto, donde están el palacio de Juana y el de Herodes, poco separados el uno del otro. Jonatán está en la puerta del palacio de Cusa. En cuanto ve a Jesús, da la voz a los de la casa. Sale inmediatamente Cusa y hace una reverencia. Le sigue Juana, ya preparada para unirse al grupo de las discípulas.

Cusa habla:

-He oído que hoy estarás donde Juana. Concede a tu siervo tenerte como invitado en un banquete.

-Sí. Con tal de que me concedas que haga de él un banquete de caridad para los pobres y los infelices.

-Como te parezca, Señor. Ordena y haré lo que Tú quieras.

-Gracias. La paz sea contigo, Cusa.

Juana pregunta:

-¿Tienes órdenes para Jonatán? Está a tu disposición.

-Las daré cuando vuelva del Templo. Vamos, porque nos esperan.

Pasan poco después junto al bonito y cruel palacio de Herodes (cerrado como si estuviera deshabitado). Pasan junto a la Antonia. Los soldados observan el pequeño cortejo del Nazareno.

Entran en el Templo. Mientras las mujeres se detienen en la parte inferior, los hombres prosiguen por el lugar concedido a ellos. Llegan así al sitio donde se presenta a los niños y se purifican las mujeres. Un pequeño grupito de gente acompaña a una joven madre y se detiene para cumplir las ceremonias del rito.

-¡Un pequeñuelo consagrado a1 Señor, Maestro! - dice Andrés, que observa la escena.

-Es, si no me equivoco, la mujer de Cesárea de Filipo, la del castillo. Pasó por delante de mí mientras te esperábamos en la Puerta Dorada - dice Santiago de Alfeo.

-Sí. Está también la suegra y el administrador de Felipe. No nos han visto. Pero nosotros los hemos visto a ellos - añade Judas Tadeo.

Y Mateo añade:

-Y nosotros dos hemos visto a María de Simón con un anciano. Pero Judas no estaba. Parecía muy triste la mujer. Miraba afligida a su alrededor.

-Luego la buscaremos. Ahora vamos a orar. Y tú, Simón de Jonás, presenta la ofrenda en el gazofilacio. Por todos.

Oran largamente. La gente advierte claramente su presencia y unos a otros se señalan al Maestro.

Un breve altercado, del que sobresale la nota aguda de una voz femenina, hace volver la cabeza a los que oran menos recogidos.

-¡Si he estado aquí para ofrecer el hijo varón a Dios, puedo quedarme otro poco para ofrecérselo a quien lo salvó para el Señor! - dice la voz aguda.

La joven Dorca, implicada en medio, causa de tanto jaleo, rompe a llorar y grita:

-¡No le hagáis ningún mal por causa mía!

Pero ya algunos exaltados han llegado donde el Señor y le dicen impositivamente:

-¡Ven aquí y responde!

Los apóstoles y discípulos están agitados de ira y temor. Jesús, sereno y solemne, sigue a los que lo han llamado.

-¿Reconoces a esta mujer? - gritan mientras lo empujan al centro del corro que se ha formado alrededor de Dorca, a la que señalan como si fuera una leprosa.

-Sí. Es una joven viuda y madre de Cesárea de Filipo. Y ésa es su suegra. Y ése es el administrador del castillo. ¿Y entonces...?

-Ella te acusa de que entraste en su habitación mientras se producía el parto.

-¡No es verdad, Señor! No he dicho eso. He dicho que me reviviste a mi hijo. ¡Y nada más! Quería rendirte honor, y te he perjudicado. ¡Perdón, perdón!

El administrador de Filipo interviene para ayudarla y dice:

-No es verdad. Vosotros mentís. La mujer no ha dicho eso, y yo soy testigo y puedo jurarlo; como también que el Rabí no entró en la habitación, sino que obró el milagro desde la puerta.

-¡Calla, siervo!

-¡No! ¡No callaré! ¡Y se lo diré a Filipo, que venera al Rabí más que vosotros, falsos devotos del Dios altísimo!

El altercado pasa de la mujer al terreno religioso y político. Jesús guarda silencio. Dorca llora.

Eleazar, el invitado justo del banquete de la casa de Ismael, dice:

-Creo que se ha aclarado la duda y no tiene ya objeto la acusación; y que el Rabí, justificado, puede libremente marcharse.

-No. Quiero saber si se purificó después de tocar al muerto. ¡Que lo jure por Yeohveh! - grita Jonatán de Uziel.

-¡No me purifiqué porque el niño no estaba muerto, sino que sólo tenía dificultad para respirar.

-Ah, ahora te va bien decir que no resucitó, ¿eh?! - grita un fariseo.

-¿Por qué no haces ostentación como en Quedes? - pregunta otro.

-¡No perdamos tiempo en palabras! Vamos a echarlo de aquí y a llevar esta nueva imputación al Sanedrín. ¡Un cúmulo de imputaciones!

-¿Qué otra? - pregunta Jesús.

-¿Que qué otra! ¡El haber tocado a la leprosa sin purificarte después! ¿Puedes negarlo? ¿Y haber blasfemado en Cafarnaúm, tanto que los más justos te han abandonado? ¿Puedes negarlo?

-No niego nada. Pero no tengo pecado, porque tú, Sadoq, tú que acusas, sabes por el marido de Anastática que no *estaba leprosa*; tú lo sabes, paraninfo del adulterio de Samuel, tú, embustero con él ante el mundo para favorecer la lujuria de un inmundo, dando el nombre de lepra a lo que no era tal, y condenando a una mujer a la tortura que significa el ser llamado "leproso" en Israel, sólo porque eres cómplice del marido culpable.

El escriba Sadoq, uno de los que estaban en Yiscala y luego en Quedes, herido en pleno centro, se escabulle sin decir nada más. Le siguen los gritos burlones de la gente.

-¡Silencio! Es lugar sagrado - dice Jesús. Y ordena a la mujer y a los que estaban con ella: «Vamos. Venid conmigo a donde me esperan». Y se encamina, severo y majestuoso, seguido por los suyos.

Entretanto, la mujer, ante las preguntas de muchos, cuenta una y otra vez, repitiendo siempre: «Mi hijo es suyo y a Él se lo consagro». El administrador se acerca a Jesús y dice:

-Maestro, he referido a Filipo el milagro. Me ha enviado para decirte que te estima. Tenlo presente en las insidias de Herodes... y de los otros. Querría ver también él, y oírte. ¿No vienes hoy a su casa? Te acogería con gusto, incluso en la Tetrarquía.

-No soy ni un histrión ni un mago. Soy el Maestro de la Verdad. Que venga a la Verdad y no lo rechazaré.

Están en el patio de las mujeres.

-¡Ahí está! ¡Ahí está! - dicen las discípulas a María, que está preocupada por el retraso.

Se reúnen. Jesús quisiera despedirse de los de Cesárea, para ir a buscar a María, madre de Judas; pero Dorca se arrodilla y dice:

-Te buscaba yo antes que ella, antes que esa mujer que buscas y que es madre de un discípulo. Te buscaba para decirte: "Este hijo es tuyo. Varón unigénito. Te lo consagro. Tú eres el Dios vivo. Que sea siervo tuvo".

-¿Sabes lo que esto significa? Quiere decir consagrar a tu hijo al dolor, perderlo como madre y ganarlo como mártir en el Cielo. ¿Te sientes con fuerzas de ser mártir en tu hijo?

-Sí, mi Señor. Mártir me habría hecho su muerte, un martirio de una pobre mujer madre. Por ti seré mártir de forma perfecta, grata al Señor.

-¡Pues así sea!... ¡Oh, María de Simón! ¿Cuándo has venido?

-Ahora. Con Ananías, un pariente mío... Yo también te buscaba, Señor...

-Lo sé. Y había enviado a Judas a decirte que vinieras. ¿No ha ido?

La madre de Judas agacha la cabeza, y susurra:

-Salí inmediatamente después de él para ir al Getsemaní. ¡Pero ya te habías marchado!... He venido rápidamente al Templo... Ahora te encuentro... A tiempo de oír a esta muchacha, ya madre, ¡y tan dichosa!... ¡Cómo desearía poder decirte sus mismas palabras, Señor, respecto a un Judas recién nacido... lleno de dulzura... como uno de estos corderitos... - y, llorando, señala a los corderitos baladores que van hacia los que los han de inmolar. Se envuelve en el manto para esconder su llanto.

-Ven conmigo, madre. Hablaremos en casa de Juana. Este no es el sitio apropiado.

Las discípulas toman consigo, en medio de ellas, a María, madre de Judas. El pariente Ananías, por su parte, se mezcla con los discípulos. Entre las discípulas también van Dorca y su suegra. María de Alfeo y Salomé entran en éxtasis haciendo mimos al pequeñuelo.

Se encaminan hacia la salida. Pero, antes de llegar, he aquí que un esclavo romano trae una tablilla encerada a Juana, que la lee y responde:

-Dirás que sí. Por la tarde en mi casa, en el palacio.

Y luego es el gorjeo de Yaia y su madre al ver al Salvador:

-¡Ahí está el Donador de la luz! ¡Bendito seas, Luz de Dios! - y están rostro en tierra, felices.

La gente se arremolina, pregunta, comprende, aclama.

Y luego es el anciano Matías el que venera y bendice (el hombre que ofreció hospedaje en la noche de tormenta a Jesús y a los suyos cerca de Yabés Galaad).

Luego es el abuelo de Margziam y los otros campesinos. Jesús, después de hablar con Juana, les dice: «Venid conmigo». Y ya se lo ha dicho a Dorca, a Yaia, a Matías.

Pero, cerca de la Puerta Dorada, están Marcos de Josías (el discípulo apóstata) y Judas Iscariote hablando animadamente. Judas ve venir al Maestro y se lo dice a su compañero; éste, cuando tiene a Jesús detrás, se vuelve. Las miradas se entrecruzan. ¡Qué mirada la de Cristo! Pero el otro ya está sordo ante cualquier santo poder. Para huir antes, casi echa a Jesús contra una columna. Y Jesús no reacciona sino diciendo:

-¡Marcos, detente! ¡Por piedad de tu alma y de tu madre!

-¡Satanás! - grita el otro. Y se marcha.

-¡Qué horror! - gritan los discípulos.

-¡Maldícelo, Señor!

Y el primero en decirlo es Judas Iscariote.

-No. Dejaría de ser Jesús... Vamos...

-¿Pero cómo, cómo es que se ha vuelto así? ¡Tan bueno como era! - dice Isaac, que parece como traspasado por una flecha de lo apenado que está por el cambio de Marcos.

-Es un misterio. ¡Una cosa inexplicable! - dicen muchos.

Y Judas de Keriot:

-Sí. Le dejaba hablar. Todo una herejía. ¡Pero cómo la dice! Casi te persuade. No era tan sabio cuando era justo.

-Debes decir que no estaba tan enajenado cuando estaba endemoniado cerca de Gamala - dice Santiago de Zebedeo.

Y Juan pregunta:

-¿Por qué, Señor, cuando estaba endemoniado te causaba menos daño que ahora? ¿No puedes curarlo para que no te perjudique?

-Porque ahora ha recibido dentro de sí a un demonio inteligente. Antes era una posada tomada por la fuerza por una legión de demonios. Pero faltaba en él el consenso de tenerlos. Ahora su inteligencia ha *querido* a Satanás, y Satanás ha puesto en él una fuerza demoníaca inteligente. Contra esta segunda posesión nada puedo. Debería violentar la voluntad libre del hombre.

-¿Sufres, Maestro?

-Sí. Son mis angustias... mis derrotas... Y si me aflijo es porque son almas que se pierden. Sólo por esto. No por el mal que me hacen a mí.

Estando todos parados, a la espera de que el camino quede libre de un atasco de gente y caballerías, forman corrillo. La mirada de la madre de Judas es de una potencia tal, que su hijo le pregunta:

-¡Pero bueno!, ¿qué te pasa? ¿Es la primera vez que ves mi cara? Tú es que estás enferma. Tengo que llevarte al médico...

-¡No estoy enferma, hijo! ¡Ni es la primera vez que te veo!

-¿Y entonces?

-Entonces... nada. Lo único es que quisiera que no merecieras jamás estas palabras del Maestro.

-Yo ni lo abandono ni lo acuso. ¡Soy su apóstol!

Reanudan la marcha, hasta que Jesús se detiene para saludar a Juana y a las discípulas que van con Juana a su casa. Los hombres, todos, van al Getsemaní.

-Podíamos haber ido todos allá. Hubiera querido ver lo que decía Elisa - mascullo Pedro.

-Lo verás. Porque será hoy cuando sepa, y de mi boca, que a Anastática se la confió a ella.

-¿Y esta noche banquete?

-Sí. Ya he dicho a Juana lo que debe hacer.

-¿Qué debe hacer? ¿Cuándo se lo has dicho? - pregunta más de uno.

-Lo veréis. Antes de dejarla. Mientras la saludaba. Vamos sin demora, para estar pronto en el jardín de Juana.

El jueves prepascual. Parábola de la lepra de las casas.

Y en el camino de regreso hacia la casa de Juana, estando un poco aislados en medio de la gente que se aglomera en los caminos y que separa a unos de otros a los componentes de la nutrida comitiva que sigue a Jesús, Pedro, que va con el Maestro y con los dos hijos de Alfeo, pregunta:

-Ahora que podemos hablar un poco entre nosotros, Señor, ¿me dices una cosa que estoy pensando desde ayer por la noche?

-Sí, Simón. Dime de qué se trata y te responderé.

-Ya desde ayer por la noche pienso en la gracia especial que concedes a Juan en Antigonio. Es muy grande esa gracia, ¿eh? Es una cosa única. ¡Exclusivamente para él! Y la verdad es que Síntica también merece mucho... Y, en fin, hay mucha gente magnífica que... merecería verte... y que no te ve sino cuando está a tu lado. Nosotros, por ejemplo, ¡qué consolados nos habríamos sentido cuando nos has mandado por los caminos! Y hemos atravesado momentos en que una palabra tuya nos habría sacado de la incertidumbre... Pero a nosotros no vienes nunca... ¿Por qué esta diferencia?

-Concluyendo, ¿tú, Simón mío, estás un poco celoso?...

-¡No, hombre, no! Pero... Bueno... querría saber tres cosas: ¿por qué a Juan de Endor?; si sólo a él; y si no existe la posibilidad de que un día nos suceda también a nosotros, a mí, por ejemplo, que te vea milagrosamente y sepa de tu boca cómo actuar.

-Te respondo. A Juan porque es un espíritu lleno de buena voluntad, que, no obstante, tiene debilidades, más bien de tipo físico, que podrían derrumbar el edificio de su elevación a Dios, que él ha construido. ¿Ves, amigo mío? El pasado, habiendo estado mucho tiempo sobre nosotros como una costra profundamente radicada, no sólo ha incidido signos indelebles, sino que deja indelebles tendencias en todos los hombres. Mira, por ejemplo, aquella casucha construida al pie del monte. Las aguas del suelo, las que corren monte abajo durante las lluvias, se han filtrado lentamente en ella. Ahora hay sol caliente, y lo habrá durante meses. Pero el moho que ha penetrado en la argamasa estará siempre presente cual manchas de lepra. La casa ha sido abandonada por haber sido declarada leprosa. En otros tiempos menos irrespetuosos la casa habría sido demolida, según la Ley. ¿Porque le ha acaecido este desastre a la pobre casa? Porque los propietarios no se han preocupado de disponer zanjas alrededor para no permitir que las aguas se estancaran en la base, para desviar, lejos del lado que apoya en el monte, las aguas que bajan. Ahora la casa no sólo es fea, sino que está minada por la humedad. Si un hombre voluntarioso se preocupara de hacer esos trabajos, y luego la limpiara bien, y raspara las paredes y cambiara los adobes enmohecidos por otros nuevos; podría ser usada todavía. Pero, de todas formas, presentaría unas debilidades tales, que en un terremoto sería la primera en derrumbarse. Juan ha estado, durante años, penetrado de los venenos del mal del mundo. Ha puesto los medios, con su voluntad, para desterrarlos de su alma revivida. Pero en la base escondida en la carne, en la parte inferior, han quedado debilidades... El espíritu está fuerte, pero su carne es débil; y la carne se desata incluso en tempestades, cuando sus fómites se juntan con elementos del mundo, capaces de zarandear el yo. ¡Juan!... ¡Qué remoción de partículas del pasado por cuanto ha sucedido! Yo le ayudo en la resistencia, en la depuración, en la victoria sobre el pasado que tiende a resurgir; doy consuelo a su excesivo sufrimiento en la manera que puedo. Porque lo merece. Porque es justo ayudar a una voluntad santa que sufre el asalto de toda la iniquidad del mundo. ¿Te convences?

-Sí, Maestro. ¿Y... sólo te muestras a él?

Jesús sonríe mirando a Pedro, que a su vez lo mira desde abajo y parece un niño observando la cara de su padre. Responde:

-No sólo a él. También a otros que están lejos construyéndose su santidad, fatigosamente y solos.

-¿Quiénes son?

-No es necesario saberlo.

Santiago de Alfeo pregunta:

-¿Y a nosotros, por ejemplo, cuando estemos solos y - ¡a saber cuánto! - atormentados por el mundo?... ¿no nos vas a ayudar con tu presencia?

-Tendréis al Paráclito con sus luces.

De acuerdo... Pero yo... no lo conozco... y... creo que no lograré jamás comprenderlo. Tú... es otra cosa... Diré: "¡Oh, el Maestro!" y te preguntaré lo que hay que hacer, con la seguridad de que eres Tú..." dice Pedro. Y termina: « ¡El Paráclito! ¡Demasiado excelso para este pobre pescador! ¡Quién sabe lo difícil que habla y lo... ligero que es: un soplo que pasa...! No sé si alguno se dará cuenta siquiera... Yo necesito un buen meneo, un grito, para que mi cocota se despierte y pueda entender. ¡Pero, si te me apareces Tú, te veo, y entonces!... Prométeme, o mejor a todos, prométenos que te nos vas a aparecer también a nosotros. ¡Pero así, ¿eh?! De carne y sangre. Que se te vea bien y se te oiga mejor.

-¿Y si lo hiciera para regañar?

-¡No importa! Al menos - ¿verdad, vosotros dos? -, al menos sabríamos lo que tendríamos que hacer.

Los dos hijos de Alfeo asienten.

-Pues os lo prometo. A pesar de que - creedlo - el Paráclito sabrá hacer que vuestras almas lo entiendan. Pero iré Yo a deciros: "Santiago, haz esto o aquello. Simón Pedro, no está bien que hagas esa otra cosa. Judas, fortalécete para estar preparado para esto o para aquello".

-Muy bien. Ahora estoy más tranquilo. ¡Y ven a menudo, ¿eh?! Porque yo estaré como un pobre niño desamparado que no hará sino que llorar y... hacer cosas no buenas...

Y casi casi Pedro ya se echa a llorar desde ahora...

Judas Tadeo pregunta:

-¿No podrías hacerlo para todos desde ahora? Quiero decir: para los que dudan, para los culpables, los desleales. Quizás un milagro...

-No, hermano. El milagro hace mucho bien, especialmente el milagro de ese tipo, cuando se da a tiempo y en el lugar oportuno, a personas no maliciosamente culpables. Dado a personas maliciosamente culpables, aumenta su culpabilidad porque aumenta su soberbia. Toman el don de Dios como debilidad de Dios, que les suplicaría a ellos, a los orgullosos, permitir amarlos. Toman el don de Dios como producto de sus grandes méritos. Se dicen a sí mismos: "Dios se humilla conmigo porque soy santo". Entonces es la ruina completa. La ruina, por ejemplo, de un Marcos de Josías, y con él de otros... ¡Ay de aquel que entra por este camino satánico!: el don de Dios se transforma en él en veneno de Satanás. Ser agraciado con dones extraordinarios constituye la prueba más grande y segura del grado de elevación y de voluntad santa en un hombre. Muy frecuentemente, el hombre se embriaga de ello humanamente, y de espiritual, pasa a ser todo humanidad, y luego baja y se hace satanicidad.

-¿Y entonces por qué los concede Dios? ¿Sería mejor que no los concediera!

-Simón de Jonás, ¿para enseñarte a andar tu madre te tuvo siempre entre pañales y en brazos?

-No. Me ponía en el suelo, y me soltaba.

-¡Pero te caerías, ¿no?!

-¡Una infinidad de veces! Bueno y mucho más porque yo era muy... Bueno, que ya desde pequeño tenía pretensiones de actuar por mí mismo y de hacer todo bien.

-¡Pero ahora ya no te caes!

-¡Estaría bueno! Ahora sé que subirme al respaldo de una silla es peligroso, sé que pretender usar los desagües para bajar del tejado al patio es un error, sé que querer volar desde la higuera hasta dentro de la casa, como si fuéramos pájaros, es cosa de locos. Pero de pequeño no lo sabía. Y lo que es un misterio es que no me matara. Pero poco a poco fui aprendiendo a usar bien las piernas y la cabeza.

-Entonces Dios ha hecho bien dándote piernas y cabeza; y tu madre, dejándote aprender sufriendo en ti las consecuencias, ¿no?

-¡Claro está!

-Lo mismo hace Dios con las almas. Les da los dones y, como una madre, advierte y enseña. Pero luego cada uno debe razonar por sí mismo sobre cómo usarlos.

-¿Y si es un deficiente mental?

-Dios no da los dones a los deficientes mentales. A éstos los ama, porque son infelices, pero no les da aquello de cuya posesión no tendrían conciencia.

-¡Pero si se los diera y los usaran mal?

-Dios los trataría según su realidad, es decir, como a personas incapaces y por tanto, sin responsabilidad. No los juzgaría.

-¿Y si uno es inteligente cuando los recibe y luego se vuelve necio o loco?

-Si es por enfermedad, no es culpable de no usar el don recibido.

-¿Pero... uno de nosotros, por ejemplo? ¿Josías... o... ¡bueno... u otro!?

-¡Más le valdría no haber nacido! Pero así se separan los buenos los malos... Operación dolorosa, pero justa.

-¿Qué decís de bueno? ¿Nada para nosotros? - preguntan otros apóstoles que, dada la anchura de la calle, pueden reunirse con Jesús.

-Hablabamos de muchas cosas. Jesús me ha dicho una parábola sobre la lepra de las casas. Luego os la digo yo - responde Pedro.

-¡De todas formas, qué supersticiones, ¿eh?! Dignas de aquellos tiempos. Las paredes no cogen lepra. Los antiguos, ignorantes, aplicaban a vestidos y a paredes propiedades animales. Cosas ridículas que nos hacen ridículos - dice con aires de sabio Judas Iscariote.

-No son como dices, Judas. Bajo la apariencia - que era como era necesaria para las mentes de aquel tiempo - hay una finalidad grande formada de santas previsiones. Como muchos otros preceptos del viejo Israel. Preceptos orientados a la salud del pueblo. Conservar sano a un pueblo es deber de los legisladores, es honrar a Dios y servirle, porque el pueblo está constituido por criaturas de Dios. No se le debe desatender, de la misma forma que no se desatiende ni a los animales ni a las plantas. Las casas definidas leprosas no tienen, es verdad, la enfermedad carnal de la lepra. Pero tienen defectos de construcción y de ubicación que las hacen malsanas y que se manifiestan con las manchas definidas "lepra de las paredes". Con el paso del tiempo se hacen no sólo malsanas para el hombre, sino peligrosas porque están expuestas a un fácil derrumbamiento. Por eso bien prescribe la Ley, y ordena abandonarlas y reconstruirlas, e incluso destruirlas si, una vez reconstruidas, vuelven a aparecer enfermas.

-¡Hombre, pero un poco de humedad, qué va a hacer? Se seca con braseros.

-Y la humedad no aparece externamente, y el engaño aumenta. La humedad aumenta por dentro, y mina, y un buen día se derrumba la casa y sepulta a sus habitantes. ¡Judas, Judas! ¡Mejor tener excesiva vigilancia que ser imprudentes!

-Yo no soy una casa.

-Eres la casa de tu alma. No dejes que en la casa se filtre el mal y corroa... Vigila por la incolumidad de tu alma. Vigila todos.

-Vigilaré, Maestro. Pero, dime la verdad, ¿estás impresionado por las palabras de mi madre? Esta mujer está enferma. Ve fantasmas. Tengo que llevarla al médico. Cúramela Tú, Maestro.

-La consolaré. Pero tú eres el único que puedes curarla, calmando su congoja.

-Congoja sin fundamento. Créeme, Señor.

-Mejor así, Judas. Mejor así. Pero tú, con una conducta cada vez más justa, trata de anular esa congoja. Si ha surgido, habrá habido un motivo. Anula incluso el recuerdo de ese motivo, y tu madre y Yo te bendeciremos.

-¡Maestro, temías que me pusiera de acuerdo con Marcos de Josías?

-No temo nada.

-¡Ah! ¡Bien! Porque yo trataba de convencerlo. Creo que era mi deber. ¡Ninguno lo hace! ¡Yo tengo celo por las almas!

-Ten cuidado de que no te ocurra un mal - dice Pedro bondadosamente.

-¿Qué quieres decir? - dice Judas agresivo.

-Nada más que esto: que para tocar algo que quema hay que coger algo que aísle.

-¿Qué, en nuestro caso?

-¿Qué? Una gran santidad.

-¿Y yo no la tengo, no es verdad?

-Ni tú, ni yo, ni ninguno de nosotros. Por eso... podríamos quemarnos y quedar marcados.

-¿Y entonces quién se va a ocupar de las almas?

-Por ahora el Maestro. Después, cuando, según la promesa, tengamos los medios para poderlo hacer, nosotros.

-Pero yo quiero actuar antes. Nunca se trabaja demasiado pronto para el Señor.

-Creo que lo que dices está bien, pero también creo que el primer trabajo para el Señor lo tenemos que hacer en nosotros. ¿Ir a predicar santidad a los otros antes que a nosotros mismos?...

-Eres egoísta.

-En absoluto.

-Sí.

-No.

Empieza la discusión. Interviene Jesús:

-Pedro tiene razón en buena parte. Tú también tienes un poco de razón. Porque la predicación se debe apoyar sobre los hechos. Por eso santificarse para poder decir: "Haced lo que digo porque es justo". Y esto apoya lo que dice Pedro. Pero también el trabajar en los espíritus de los demás sirve para formar los propios, porque nos obliga a mejorarnos para no ser objeto de observaciones por parte de los que se hayan de convertir. Pero ya hemos llegado a la casa de Juana... Vamos a entrar a gozar del amor de contarnos entre los obreros del Señor; y a predicar, con los hechos, el tiempo futuro.

370

El jueves prepascual. En el convite de los pobres en el palacio de Cusa.

-Paz a esta casa y a todos los presentes - es el saludo de Jesús mientras entra en el vasto vestíbulo, muy fastuoso, que está todo iluminado a pesar de ser de día.

Y no son superfluas las lámparas. Y es que, si bien es cierto que es de día, no es menos cierto que afuera hay un sol cegador, en las calles y en las fachadas blancas de cal, mientras que aquí, en este amplio, pero sobre todo largo, corredor vestíbulo, que debe cortar toda la casa, desde el sólido portal hasta el jardín - cuyo verde lleno de sol aparece allá, en el fondo, y parece lejano por un juego de la perspectiva -, debe haber habitualmente una penumbra que, para quien viene de fuera, cegados sus ojos por el intenso sol, es sombra completa. Por eso, Cusa se ha preocupado de que las grandes y numerosas lamparillas de cobre repujado, fijadas a distancias constantes en ambas paredes del vestíbulo, estén todas encendidas, y también la lámpara central (un cuenco grande de alabastro rosa en que están incrustados, en el róseo leve del alabastro, diaspros y otras lascas preciosas y multicolores que, por la luz encendida dentro, resplandecen como si fueran estrellas, proyectando arcoiris sobre las paredes pintadas de azul oscuro, sobre las caras, sobre el suelo de mármol vetado). Y parece como si menudas estrellas se posaran en las paredes, en los rostros, en el suelo, menudas y móviles estrellitas multicolores, porque la lámpara ondea levemente debido a la corriente de aire que recorre el vestíbulo y los tornasoles de las lascas preciosas cambian continuamente de posición.

-Paz a esta casa - repite Jesús mientras se adentra y va bendiciendo sin cesar a los criados, que le hacen una profunda reverencia, y a los invitados, asombrados de estar allí reunidos, en contacto con el Rabí, en un palacio principesco...

¡Los invitados! El pensamiento de Jesús se delinea claramente. El convite de amor querido por Él en casa de la buena discípula es una página del Evangelio traducida en acción. Son mendigos, tullidos, ciegos, huérfanos, ancianos, jóvenes viudas con sus pequeñuelos agarrados a los vestidos o que maman la escasa leche de su desnutrida madre. La riqueza de Juana ya ha proveído a sustituir los vestidos harapientos con vestidos modestos pero limpios y nuevos. Mas si las cabelleras ordenadas, como oportuna medida de aseo, y si los vestidos limpios dan a estos desdichados - a quienes los criados alinean o sujetan para llevarlos al sitio - un aspecto ciertamente menos miserable del que tenían cuando Juana dispuso que fueran a recogerlos a los callejones, a los cruces, a los caminos que conducen a Jerusalén, a aquellos lugares en que su miseria se celaba abochornada o se exponía en busca de limosnas; si ello es así, por el contrario, resultan todavía visibles las penalidades en las caras, las debilidades en los miembros, las desventuras, las soledades en las miradas...

Jesús pasa y bendice. Cada infeliz recibe su bendición. Si la derecha está levantada bendiciendo, la izquierda baja a acariciar temblorosas y canas cabezas de ancianos, o inocentes cabecitas de niños. Recorre así, hacia arriba y hacia abajo, el

vestíbulo, para bendecir a todos, incluso a los que entran mientras ya está bendiciendo y todavía haraposos, se esconden con miedo y empacho en un rincón, hasta que los criados, con modos corteses, los llevan a otro sitio para ser lavados y vestidos con ropa limpia, como los que han llegado antes que ellos.

Pasa una joven viuda con su nidada de niños... ¡Qué miseria! El más pequeño, completamente desnudo, envuelto en el velo desgarrado de su madre... los más grandecitos sólo con lo indispensable para salvar la decencia; sólo el mayor, un jovencito flaquéisimo, lleva un vestido que puede llamarse tal, pero como contrapartida va descalzo.

Jesús observa esto, llama a la mujer y dice:

-¿De dónde vienes?

- De la llanura de Sarón, Señor. Leví ya me ha llegado a la mayoría de edad... He tenido que acompañarle al Templo... yo... porque ya no tiene padre - y la mujer llora quedo, ese llanto mudo de quien ha llorado *demasiado*.

-¿Cuándo se te ha muerto tu marido?

-Ha hecho un año en Sebat. Hacía dos lunas que estaba encinta... - y traga los sollozos para no causar turbación, curvándose toda hacia el pequeñuelo.

-¿El niño tiene entonces ocho meses?

-Sí, Señor.

-¿Qué hacía tu marido?

La mujer susurra tan bajo, que Jesús no entiende. Se inclina para oír, diciendo:

-Repite sin temor.

-Mí marido trabajaba como herrador en una forja... Pero se enfermó mucho... porque tenía heridas que supuraban.

Y termina en voz bajísima:

-Era un soldado de Roma.

-Pero ¿tú eres de Israel?

-Sí, Señor. No me arrojes de tu presencia como impura, como hicieron mis hermanos cuando fui a implorar piedad después de la muerte de Cornelio...

-¡No tengas esos miedos! ¿Qué haces ahora como trabajo?

-Soy criada, si me aceptan; espigadora, batanera, bato el cáñamo... hago de todo... para el pan de éstos. Leví ahora va a ponerse a trabajar en el campo... si lo aceptan, porque... es bastardo de raza.

-¡Confía en el Señor!

-Si no hubiera confiado, me habría matado con todos ellos, Señor.

-Ve, mujer. Nos veremos aún - y la saluda.

Juana, entretanto, se ha acercado y está arrodillada, a la espera de que el Maestro la vea. Él, efectivamente, se vuelve y la ve.

-Paz a ti, Juana. Me has obedecido a la perfección.

-Obedecerte es mi alegría. Pero no he sido la única que te ha procurado "la corte" como Tú querías. Cusa me ha ayudado en todos los modos, y Marta y María también. Y Elisa. Quién mandando a los criados por lo necesario y a ayudar a los criados míos a reunir a los invitados, quién ayudando a las siervas y a los siervos de los baños a limpiar a los "bienamados", como Tú los llamas. Ahora, con tu permiso, voy a dar a todos un poco de comida, para que no desfallezcan mientras esperan las viandas.

-Sí, sí, como quieras. ¿Dónde están las discípulas?

-En la terraza superior, donde he dispuesto que se preparen las mesas. ¿He pensado bien?

-Sí, Juana. Arriba estarán tranquilos, y también nosotros.

-Sí, yo también he pensado lo mismo. Y es que, además, en ninguna sala habría podido preparar para tantos... Y no quería hacer separaciones para no crear celos y dolor. ¡Las personas desagraciadas tienen una sensibilidad, es más, una dolorabilidad, tan aguda!... Son todo una llaga, y basta una mirada para hacerlos sufrir.

-Sí, Juana. Tienes alma compasiva y comprendes. Que Dios te recompense tu piedad. ¿Hay muchas discípulas?

-¡Todas las que están en Jerusalén!... Pero... Señor... yo quizás he pecado... Querría decirte una cosa en secreto.

-Llévame a un lugar solitario.

Van los dos solos a una habitación. Por los juguetes que hay diseminados por todas partes, se intuye que es lugar de juegos de María y Matías.

-¿Entonces, Juana?

-Mí Señor, sin duda he sido imprudente... Pero el gesto me ha venido tan espontáneo, tan impetuoso... Cusa me ha regañado. Pero la verdad es que ya... Ha venido al Templo un esclavo de Plautina con una tablilla. Ella y sus compañeras preguntaban si era posible verte. He respondido: "Sí, por la tarde en mi casa". Y vendrán... ¿He hecho mal? ¡No por ti!... Por los demás, por las que son *enteramente* Israel... y no amor como Tú. Si he faltado, repararé como convenga... Pero es que deseo tanto que el mundo, el *mundo entero*, te ame, que... que no me he parado a pensar que en el mundo sólo Tú eres Perfección, y demasiados pocos tratan de parecerse a ti.

-Has hecho bien. Hoy os predico a todos vosotros con las obras. Y en el futuro una de las cosas que habrán de hacer los que crean en mí será el que entre los creyentes en Jesús Salvador haya gentiles. ¿Dónde están los niños?

-Por todas partes, Señor - sonríe Juana, ya tranquilizada, y termina: «La fiesta los exalta y corren de un lado para otro como pajarillos felices».

-Jesús la deja. Vuelve al vestíbulo, hace un gesto a los hombres que estaban con Él y se encamina hacia el jardín para luego subir a la amplia terraza.

Una alegre laboriosidad llena la casa desde los subterráneos hasta el tejado. Unos van, otros vienen, con comida o enseres, con fajos de vestidos, con asientos; otros acompañan a invitados o responden a quien pregunta. Todos con alegría y amor. Jonatán, solemne en su función de administrador, incansable, dirige, vigila, aconseja.

La anciana Ester, feliz de ver a Juana tan animada y lozana, ríe en medio de un círculo de niños pobres, y les distribuye unos bollos mientras relata cosas maravillosas. Jesús se detiene un momento a escuchar la conclusión espléndida de uno de estos relatos: «Dios concedió a la buena Alba de mayo, que nunca se rebelaba contra el Señor por motivo de los dolores que habían sobrevenido a su casa, muchas ayudas, por las que en Alba de mayo pudieron hallar salvación y bien sus hermanitos. Los ángeles llenaban la pequeña masera, terminaban el trabajo en el telar para ayudar a la niña buena, diciendo: "Es nuestra hermana porque ama al Señor y a su prójimo. Tenemos que ayudarla".

-¡Que Dios te bendiga, Ester! ¡Casi que me paro Yo también a escuchar tus parábolas! ¿Me aceptas? - dice Jesús sonriendo.

-¡Oh, mi Señor! ¡Soy yo quien debe escucharte a ti! ¡Pero para los pequeñuelos basto yo, que soy una pobre vieja ignorante!

-Tu alma justa es útil también para los adultos. Sigue, sigue, Ester... - y le sonríe mientras se marcha.

Ya están diseminados por el vasto jardín los invitados y consumen su primer bocado mirando a su alrededor y mirándose recíprocamente con asombro. Hablan, se intercambian comentarios sobre esta inesperada suerte. Pero, cuando ven pasar a Jesús, se ponen en pie si pueden hacerlo y se inclinan adorando.

-Comed, comed. Sentíos con libertad y bendecid al Señor - dice Jesús al pasar, yendo hacia las dependencias de los jardineros, desde las cuales empieza la escalera que por una ventilada rampa conduce a la amplia terraza.

-¡Rabbuní mío! - grita la Magdalena, saliendo rauda de una habitación, con los brazos cargados de pañales y camisolas para los párvulos. Y su voz aterciopelada de órgano de oro llena el pasaje umbrío, bajo el cual hay festones de rosas.

-María, Dios esté contigo. ¿A dónde vas tan deprisa?

-¡Tengo a diez bebés que vestir! Los he lavado y ahora voy a vestirlos, y luego te los traeré, frescos como flores. Voy corriendo, Maestro, porque... ¿no los oyes? parecen diez corderitos que balan... - y se marcha corriendo y sonriente, espléndida y serena, con su sencilla y señorial túnica de blanco lino, ceñida a la cintura con un cinturón delgado de plata, y los cabellos recogidos en un moño simple sobre la nuca, sujetos con una cinta blanca anudada a la frente.

-¡Qué distinta de la que estaba en el Monte de las Bienaventuranzas! - exclama Simón Zelote.

En la primera rampa de las escaleras se cruzan con la hija de Jairo y Analía, que bajan tan veloces que parecen volar.

-¡Maestro! ¡Señor! - exclaman.

-Dios esté con vosotras. ¿A dónde vais?

-Por unos manteles. Nos ha mandado la criada de Juana. ¿Vas a hablar, Maestro?

-¡Por supuesto!

-¡Entonces corre, Miriam! ¡Vamos a darnos prisa! - dice Analía.

-Tenéis todo el tiempo que queráis para hacer eso que tenéis que hacer. Espero a otras personas. Pero, ¿desde cuándo, niña, te llamas Miriam? - dice mirando a la hija de Jairo.

-Desde hoy. Desde ahora. Me ha puesto este nombre tu Madre. Porque... ¿verdad, Analía? Hoy es un gran día para cuatro vírgenes...

-¡Oh, sí! ¡Se lo decimos al Señor, o dejamos que sea María la que lo diga?

-María, María. Ve, ve, Señor, Tu Madre te hablará - y se marchan ágiles, apenas en la flor de su juventud, humanas en sus hermosas formas, angélicas en sus miradas radiantes...

Están en la tercera rampa cuando se cruzan con Elisa de Betsur, que baja sosegadamente junto con la mujer de Felipe.

-¡Ah, Señor! - grita esta última - ¡A unos quitas y a otros das!... ¡De todas formas, bendito seas!

-¿De qué hablas, mujer?

-Ahora lo sabrás... ¡Qué dolor y qué gloria, Señor! Me mutilas y me coronas.

Felipe, que está al lado de Jesús, dice:

-¿Qué dices? ¿De qué hablas? Eres mi mujer, y lo que a ti te pasa me toca también a mí...

-Lo sabrás, Felipe. Ve, ve con el Maestro.

Jesús, entretanto, le está preguntando a Elisa si está bien curada. Y la mujer, a la cual el gran dolor de los tiempos pasados ha dado una majestad de reina doliente, dice:

-Sí, mi Señor. Pues sufrir con la paz en el corazón no es congoja. Y yo ahora tengo la paz en mi corazón.

-Y pronto tendrás más todavía.

-¿Qué, Señor?

-Ve y vuelve, y lo sabrás.

-¡Está Jesús! ¡Está Jesús!»

Es el trino de dos niños, que tienen su carita apoyada en la baranda de arabescos que limita la terraza por los dos lados que miran al jardín; y de la baranda penden ramas florecidas de rosas y jazmines (porque la terraza - sobre la cual, en esta hora de sol, está extendido un toldo multicolor - es un vasto jardín pénsil).

Todas las personas que en la terraza se mueven de un lado para otro en preparativos se vuelven al oír el grito de María y Matías, y dejando a medias lo que estaban haciendo, van hacia Jesús, en cuyas rodillas ya están enroscados los dos niños.

Jesús saluda a las numerosas mujeres que se aglomeran. Mezcladas con las que son discípulas en el verdadero sentido de la palabra, o con las esposas, hijas o hermanas de apóstoles y discípulos, están otras menos conocidas, menos íntimas, como la mujer del primo Simón, las madres de los asnerizos de Nazaret, la madre de Abel de Belén de Galilea, Ana de Judas (casa junto al lago Merón), María de Simón, madre de Judas de Keriot, Noemí de Éfeso, Sara y Marcela de Betania (Sara es la mujer a la que

curó Jesús en el Monte de las Bienaventuranzas y envió a casa de Lázaro con el anciano Ismael; ahora parece doméstica de María de Lázaro), luego la madre de Yaia, la madre de Felipe de Arbela, Dorca (la joven madre de Cesárea de Filipo) y su suegra, la madre de Analía, María de Bosrá (la curada de lepra que ha venido con su marido a Jerusalén), y otras, y otras... nuevas para la vista, pero a las que la mente no sabe mencionar con nombre propio.

Jesús se adentra en la vasta terraza rectangular que por un lado mira al Sixto, y va a colocarse al lado de la habitación en que termina la escalera interior - creo - y que asemeja a un hexaedro bajo puesto en el ángulo septentrional de la terraza. Jerusalén se muestra toda, y sus cercanías con ella: una vista estupenda. Todas las discípulas, o mejor: todas las mujeres, dejan de ocuparse de las mesas para juntarse alrededor de Él. Los criados prosiguen sus trabajos.

María está al lado de su Hijo. Bajo la luz dorada que se filtra a través del gran toldo extendido sobre buena parte de la terraza, y que se hace luz delicadamente esmeraldina en los lugares en que, para llegar a las caras, debe filtrarse a través de un enredo de jazmines y rosales dispuestos como pérgola, Ella parece todavía más joven y esbelta: una hermana de las más jóvenes discípulas, apenas un poco mayor, y hermosa, hermosa como la más espléndida de las rosas florecidas en el jardín pénsil, en los vastos macetones que lo rodean para contener rosas, jazmines, muguets, lirios y otras plantas finas.

-Madre, mi mujer ha dicho una serie de cosas que... ¿Qué ha pasado para que mi mujer se pueda considerar mutilada y coronada al mismo tiempo? - pregunta Felipe, que se consume en el deseo de saber.

María sonríe dulcemente mientras lo mira y - Ella que es tan poco dada a confidencias - le toma la mano y le dice:

-¿Serías capaz de dar a mi Jesús lo que más amas? La verdad es que deberías... porque Él te da a ti el Cielo y el camino para ir.

-Por supuesto, Madre, que sabría... especialmente si lo que le diera tuviera el poder de hacerlo feliz

-Lo tiene. Felipe, también tu otra hija se consagra al Señor. Nos lo ha dicho hace poco a mí y a su madre, en presencia de muchas discípulas...

-¿Tú? ¿Tú? - pregunta Felipe turbado, señalando con el índice a la gentil muchacha, que se arrima a María casi buscando protección. El apóstol encaja con dificultad este segundo golpe, que le priva para siempre de la esperanza de unos nietos. Se seca el sudor repentino que le ha producido la noticia... vuelve su mirada hacia las caras que tiene alrededor. Lucha... Sufre.

La hija gime:

-Padre... tu perdón... y tu bendición... - y cae a sus pies.

Felipe le acaricia mecánicamente los cabellos castaños, despeja su garganta del nudo que la comprime, y, en fin, habla:

-Se perdona a los hijos que pecan... Tú no pecas consagrándote al Maestro... y... y... y tu pobre padre sólo puede decirte... decirte: "¡Bendita seas!"... ¡Ah! ¡Hija! ¡Hija mía!... ¡Cuán suave y tremenda es la voluntad de Dios! - y se inclina, la levanta, la abraza, la besa en la frente y en el pelo, llorando... Y luego, teniéndola todavía entre sus brazos, va hacia Jesús y le dice: «Mira, yo la he engendrado, pero Tú eres su Dios... Tu derecho es mayor que el mío... Gracias... gracias, Señor, por la... por la alegría que... - no puede continuar. Cae de rodillas a los pies de Jesús y se agacha para besarle los pies gimiendo: « ¡Nunca más, nunca más tendré nietos!... ¡Mí sueño!... ¡La sonrisa de mí ancianidad!... Perdona este llanto, Señor... Soy un pobre hombre...».

-Levántate, amigo mío. Y alégrate de ofrecer las primicias a los jardines angélicos. Ven. Ven aquí, entre mí y mi Madre. Oigamos de Ella cómo ha sucedido la cosa, porque te aseguro que por mi parte no tengo ni culpa ni mérito.

María explica:

-Poco sé yo también. Estábamos hablando las mujeres entre nosotras y, como sucede a menudo, me preguntaban acerca de mi voto virginal, y también sobre cómo serán las vírgenes del futuro, y sobre qué oficios y glorias preveía para ellas. Yo respondía como sé... Para el futuro preveía para ellas vida de oración, de consuelo de los sufrimientos que el mundo dará a mi Jesús. Decía. "Serán las vírgenes las que sostendrán a los apóstoles, las que lavarán este mundo ensuciado, y lo vestirán con su pureza y con ella lo perfumarán; serán los ángeles que cantarán las alabanzas para cubrir las blasfemias. Y Jesús se sentirá feliz, y otorgará gracias al mundo, y misericordia a estas corderas diseminadas en medio de lobos..." y otras cosas decía. Ha sido entonces cuando la hija de Jairo me ha dicho: "Dame un nombre, Madre, para mi futuro de virgen, porque no puedo conceder el que un hombre goce el cuerpo que fue reanimado por Jesús. Sólo de Él es este cuerpo mío, hasta que no sea la carne del sepulcro y el alma del Cielo"; y Analía dijo: "Yo también he sentido que debo hacer lo mismo. Y hoy estoy más alegre que las golondrinas, porque se han roto todas las ataduras". Y ha sido también entonces cuando tu hija, Felipe, ha dicho: "Yo también seré como vosotras. ¡Virgen para toda la eternidad!". Su madre se acercó entonces y le hizo considerar que así no se podía tomar una decisión tan importante. Pero ella no cambió de parecer. Y a quien le preguntaba si era un pensamiento ya viejo decía "no", y a quien le preguntaba cómo le había venido decía: "No lo sé. Como una flecha de luz, me ha abierto en dos el corazón y he comprendido con qué amor amo a Jesús".

La mujer de Felipe dice a su marido:

-¿Has oído?

-Sí, mujer, la carne gime... y debería cantar, porque es su glorificación. Nuestra carne pesada ha engendrado a dos ángeles. No llores, mujer. Tú has dicho antes que Él te ha coronado... Una reina no llora cuando recibe la corona...

Pero llora también Felipe, "y otros muchos lloran, hombres y mujeres, ahora que todos están recogidos aquí arriba. María de Simón llora a lágrima viva en un rincón... María de Magdala llora en otro, manoseando el lino de su túnica y arrancando mecánicamente los hilos del ribete que la adorna. Anastática llora mientras trata de esconder con la mano su cara llorosa.

-¿Por qué lloráis? - pregunta Jesús.

Ninguno responde.

Jesús llama a Anastática y le pregunta de nuevo, y ella:

-Porque, Señor, por un goce nauseabundo de una sola noche he perdido el ser una virgen tuya.

-*Todos los estados son buenos, si en ellos se sirve al Señor.* En la Iglesia futura harán falta vírgenes y matronas. Todas útiles para el triunfo del Reino de Dios en el mundo y para el trabajo de los hermanos sacerdotes. Elisa de Betsur, ven aquí. Consuela a esta casi niña... - Y pone con sus propias manos a Anastática entre los brazos de Elisa.

Las observa mientras Elisa la acaricia y la otra se abandona en esos brazos de madre, y luego pregunta:

-Elisa, ¿conoces su historia?

-Sí, Señor. Y me da mucha pena de esta pobre paloma sin nido.

-Elisa, ¿amas a esta hermana?

-¿Amarla? Mucho. Pero no como hermana. Ella podría ser hija mía. Y ahora que la tengo entre mis brazos me parece volver a ser la madre feliz del tiempo pasado. ¿A quién vas a confiar esta dulce gacela?

-A ti, Elisa.

-¿A mí?

La mujer desata el círculo de sus brazos para mirar, incrédula, al Señor...

-A ti. ¿No la quieres?

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!...

Elisa, de rodillas, se arrastra hasta Jesús, y no sabe, no sabe qué decir, ni cómo, ni qué hacer, para expresar su alegría.

-Levántate. Sé para ella una madre santa, y que ella sea para ti una hija santa, y caminad las dos por el camino del Señor. María de Lázaro, ¿por qué lloras, tú que estabas hace poco tan alegre? ¿Dónde están esas diez flores que me querías traer?...

-Duermen satisfechos en la limpieza, Maestro... Y yo lloro porque ya jamás tendré esa limpieza de las vírgenes, y mi alma siempre llorará, nunca satisfecha, porque... porque pequé...

-Mi perdón y tu llanto te hacen más limpia que esas flores. Ven aquí. No llores más. Deja el llanto para quien tenga algo de qué avergonzarse. ¡Ánimo! Ve por tus flores; id también vosotras, esposas y vírgenes. Id a decir a los invitados de Dios que suban. Hay que despedirlos antes de que cierren las Puertas, porque muchos de ellos viven diseminados por los campos.

Obedecen. En la terraza se quedan solamente: Jesús, donde estaba, acariciando a María y a Matías; Elisa y Anastática, que, un poco más allá están cogidas de la mano, mirándose a los ojos, con una sonrisa embebida en un llanto dichoso; María de Simón, hacia la cual se inclina piadosamente María Stma.; y Juana, que está en la puerta de la habitación y mira titubeante, un poco hacia dentro un poco hacia fuera (hacia Jesús). Los apóstoles y discípulos han bajado, junto con las mujeres, para ayudar a los criados a traer a los tullidos, ciegos, cojos, lisiados, ancianos, por la larga escalera.

Jesús, que tenía inclinada su cabeza hacia los dos niños, la alza y ve a María que está atendiendo a la madre de Judas. Se levanta y se acerca a ellas. Pone la mano encima de la cabeza entrecana de María de Simón:

-¿Por qué lloras, mujer?

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Yo he dado a luz a un demonio! ¡Ninguna otra madre de Israel me igualará en el dolor!

-María, otra madre, y también por ese motivo tuyo, me ha dicho y dice estas palabras. ¡Pobres madres!...

-¡Mi Señor! ¿Entonces hay otro que sea como mi Judas, pérfido y desalmado contigo? ¡No puede ser! Él, que te tiene a ti, se ha dado a prácticas inmundas; él, que respira tu aliento, es un lujurioso y un ladrón, y quizás se hará homicida. ¡Mentira es su pensamiento, fiebre su vida! ¡Haz que muera, Señor! ¡Por piedad, haz que muera!

María, tu corazón te lo hace ver peor de lo que es; el miedo te enajena. Cálmate y razona. ¿Qué pruebas tienes de su actuación?

-Respecto a ti, nada. Pero es un alud que está descendiendo. Lo he sorprendido y no ha podido ocultar las pruebas de... Ahí está... ¡Calla, por piedad! Me mira. Sospecha. Es mi dolor. ¡No hay ninguna Madre más desdichada que yo en Israel!...

María susurra:

-Yo... Porque a mi dolor uno el de todas las madres infelices... Porque la causa de mi dolor es el odio no de uno sino de todo un mundo.

Jesús va donde Juana, que ha solicitado su presencia. Entretanto, Judas viene donde su madre, a la que María sigue consolando. Y le regaña:

-¿Ya has podido manifestar tus delirios? ¿Calumniarme? ¿Estás contenta ya?

-¡Judas! ¿Hablas así a tu madre? - pregunta, severa, María. Es la primera vez que la veo así...

-Sí, porque estoy cansado de su persecución.

-¡Hijo mío, no es una persecución! Es amor. Dices que estoy enferma. Pero el enfermo eres tú. Dices que te calumnio y que escucho a tus enemigos. Pero tú te haces daño a ti mismo y sigues a personas nefastas que te arrastrarán tras sí, y cultivas su compañía. Porque eres débil, hijo mío, y ellos se han dado cuenta... Escucha a tu madre. Escucha a Ananías, anciano y sabio. ¡Judas! ¡Judas! ¡Piedad de ti, de mí! ¡¡¡Judas!!! ¿A dónde vas, Judas?

Judas, que está cruzando casi corriendo la terraza, se vuelve y grita:

-¡A donde soy útil y venerado! - y baja atropelladamente la escalera, mientras la infeliz madre, asomándose al antepecho, le grita:

-¡No vayas! ¡No vayas! ¡Quieren tu ruina! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo mío!...

Judas ha llegado abajo, y los árboles lo ocultan a la vista de su madre. Se le vuelve a ver un momento en un espacio vacío antes de entrar en el vestíbulo.

-Va... La soberbia le devora - gime su madre.

-Vamos a orar por él, María. Las dos juntas... - dice la Virgen teniendo cogida de la mano a la triste madre del futuro deicida.

Mientras tanto, empiezan a subir los invitados... y Jesús habla con Juana.

-De acuerdo. Que vengan. Sí. Mucho mejor si se han puesto vestidos hebreos, para no chocar con el prejuicio de muchos. Las espero aquí. Ve a llamarlas - y, apoyado a la jamba, observa el aflujo de los invitados, guiados con amorosidad a las mesas por discípulos y discípulas según un orden ya establecido. En el centro está la mesa baja de los niños; luego, a una parte y a otra, todas las otras mesas, paralelas.

Y, mientras ciegos, cojos, lisiados, tullidos, ancianos, viudas y mendigos, imprimidas en sus rostros sus historias de dolores, se colocan, he aquí que traen - delicados como cestos de flores - unos cestos transformados en cunas, e incluso unas pequeñas arquetas, donde duermen satisfechos, colocados encima de almohadones, los lactantes tomados de sus madres mendigas. Y María de Magdala, ya tranquila, se acerca a Jesús presurosa y dice:

-Han llegado las flores. Ven a bendecirlas, Señor.

Pero contemporáneamente aparece Juana por la escalera interior y dice:

-Maestro, están aquí las discípulas paganas.

Son siete mujeres, que vienen con vestidos oscuros y humildes semejantes a los de las hebreas. Todas traen los rostros velados y vienen cubiertas hasta los pies con un manto. Dos son altas y de aspecto majestuoso; las otras, de media estatura. Pero cuando, habiendo venerado antes al Maestro, se quitan el manto, es fácil reconocer a Plautina, a Lidia, a Valeria, a la liberta Flavia (la que escribió las palabras de Jesús en el jardín de Lázaro). Y otras tres desconocidas: una que, a pesar de tener mirada acostumbrada a mandar, se arrodilla y le dice al Señor: «Y que conmigo se postre Roma a tus pies»; otra es una venusta matrona de unos cincuenta años; en fin, una jovencita grácil y serena como una flor del campo.

María de Magdala reconoce a las romanas, a pesar de sus vestidos hebreos, y susurra: «¡¡¡Claudia!!!», con los ojos como platos. «Yo. ¡Basta ya de oír por palabras ajenas! La Verdad y la Sabiduría deben ser recogidas directamente de la fuente».

-¿Crees que nos reconocerán? - pregunta Valeria a María de Magdala.

-Si no os descubris nombrándoos, creo que no. Además, os voy a poner en un sitio seguro.

-No, María. A las mesas, a servir a los mendigos. Ninguno podrá pensar que las patricias sean siervas de los pobres, de los ínfimos del mundo hebraico - dice Jesús.

-Bien sentencias, Maestro. Porque la soberbia es innata en nosotros.

-Y la humildad es el signo más claro de mi doctrina. Quien me quiera seguir debe amar la Verdad, la Pureza y la Humildad, debe tener caridad con todos y heroísmo para desafiar la opinión de los hombres y las presiones de los tiranos. Vamos.

-Perdona, Rabí. Esta jovencita es una esclava hija de esclavos. La he rescatado porque es de origen israelita y Plautina la tiene consigo. Pero yo te la ofrezco, porque pienso que es lo correcto. Su nombre es Eglá. Te pertenece.

-María, acógela. Luego veremos cómo... Gracias, mujer.

Jesús va a la terraza a bendecir a los niños. Las damas despiertan mucha curiosidad, pero vestidas y peinadas así a la hebrea, con túnicas casi pobres, no levantan sospechas. Jesús va al centro de la terraza, junto a la mesa de los niños, y ora, ofreciendo por todos el alimento al Señor, bendice y da la orden de empezar la comida. Apóstoles, discípulos, discípulas, damas, son los siervos de los pobres, y Jesús da ejemplo remangándose las amplias mangas de la túnica roja y ocupándose de "sus" niños, ayudado por Miriam de Jairo y por Juan. Las bocas de muchos desnutridos trabajan egregiamente, pero todos los ojos se centran en el Señor. Cae la tarde y se recoge el toldo; contemporáneamente, los criados traen lámparas que todavía son innecesarias.

Jesús circula entre las mesas. No deja a ninguno sin el consuelo de unas palabras o de una ayuda. Así, pasa varias veces casi rozando a las regias Claudia y Plautina, que, humildes, cortan el pan o acercan el vino a los labios de los ciegos, paralíticos y mancos; sonrío a las vírgenes, que se ocupan de las mujeres; a las madres discípulas llenas de piedad para con estos pobrecillos; a María de Magdala, dedicada solícitamente a una mesa de personas muy ancianas, la mesa más triste de todas, llena de toses, de temblores, de mandíbulas desdentadas que mascujan y de bocas que babean; y ayuda a Mateo que da unos zarandeos a un niño al que se le ha atravesado una miga de torta que estaba chupando y mordiendo con sus dientecitos nuevos; felicita a Cusa, quien, llegado al principio de la comida, está trinchando las carnes y sirviendo como un criado experto.

La comida termina. En las caras con color, en los ojos ahora más alegres, se manifiesta la satisfacción de estos pobrecillos.

Jesús se inclina hacia un anciano tembloroso y dice:

-¿En qué piensas, padre, que sonrías?

-Pienso que no es un sueño. No, no lo es. Hasta hace poco creía dormir y estar soñando. Pero ahora siento que realmente es verdad. ¿Pero quién te hace tan bueno, que haces tan buenos a tus discípulos? ¡Viva Jesús! - grita para terminar.

Y todas las voces de estos desdichados - y son centenares - gritan: «¡Viva Jesús!».

Jesús va de nuevo al centro y abre los brazos haciendo señal de que guarden silencio y estén quietos, y empieza a hablar, sentado con un niño encima de sus rodillas.

-Viva, sí, viva Jesús. No porque Yo sea Jesús, sino porque Jesús quiere decir el amor de Dios hecho carne y venido aquí abajo, en medio de los hombres, para que lo conozcan y para dar a conocer el amor, que será el signo de la nueva era. Viva Jesús porque Jesús quiere decir "Salvador". Y Yo os salvo. A todos: ricos y pobres, niños y ancianos, israelitas y paganos. A todos. Con tal de que vosotros queráis darme la voluntad de ser salvados. Jesús es para todos, no es para éste o para aquél, es de todos; de todos los hombres y para todos los hombres. Para todos soy el Amor misericordioso y la Salvación segura. ¿Qué es necesario hacer para ser de Jesús, y, por tanto, para ser salvados? Pocas cosas, pero grandes. No grandes porque sean cosas difíciles como las que hacen los reyes, sino grandes porque exigen que el hombre se renueve para llevarlas a cabo y para ser de Jesús. Por tanto, amor, humildad, fe, resignación, compasión. Esto es. Vosotros, que sois discípulos, ¿qué habéis hecho hoy de grande? Diréis: "Nada. Hemos servido una comida". No. Habéis servido el amor. Os habéis humillado. Habéis tratado como hermanos a desconocidos de todas las razas, sin preguntar quiénes son, si están sanos, si son buenos. Y lo habéis hecho en nombre del

Señor. Quizás esperabais de mí grandes palabras, para vuestra instrucción. He querido que hicierais grandes hechos. Hemos empezado el día con la oración, hemos socorrido a leprosos y mendigos, hemos adorado al Altísimo en su Casa, hemos comenzado los ágapes fraternos y el cuidado de peregrinos y pobres, hemos servido porque servir por amor es asemejarse a mí, que soy Siervo de los siervos de Dios, Siervo hasta el anonadamiento de la muerte para daros salvación...

(Y Yo os salvo. A todos: ...Con tal de que vosotros queráis darme la voluntad de ser salvados. Este concepto, que aparece repetidamente en la Obra, sirve para justificar ciertas expresiones de impotencia por parte de Jesús. Incluso cuando no está cuestionada la salvación Jesús puede no ejercitar la propia omnipotencia divina si falta la adhesión de la libre voluntad del hombre)

Un fuerte rumor de voces y pasos interrumpe a Jesús. Un grupo exaltado de israelitas está subiendo apresuradamente las escaleras. Las romanas más conocidas, o sea, Plautina, Claudia, Valeria y Lidia, buscan un lugar retirado y se echan el velo. El grupo perturbador irrumpe en la terraza como si buscaran..., ¡qué sé yo que cosa! Cusa, ofendido, se pone delante de ellos y pregunta:

-¿Qué queréis?

-Nada que se refiera a ti. Buscamos a Jesús de Nazaret, no a ti.

-Aquí estoy. ¿No me veis? - pregunta Jesús dejando en el suelo al niño e irguiéndose majestuoso.

-¿Qué haces aquí?

-Ya lo veis. Hago lo que enseño, y enseño lo que se debe hacer: el amor a los pobres. ¿Qué os habían dicho?

-Se han oído gritos de sedición. Y, dado que donde Tú estás hay sedición, hemos venido a ver.

-Donde Yo estoy hay paz. El grito era: "Viva Jesús"».

-Precisamente eso. Se ha pensado, tanto en el Templo como en el palacio de Herodes, que aquí hubiera una conjura contra...

-¿Quién? ¿Contra quién? ¿Quién es rey en Israel? No es el Templo, ni Herodes. Domina Roma. Y quien piense en proclamarse rey donde Roma impera es un loco.

-Tú dices que eres rey.

-Soy Rey. Pero no de este reino. ¡Demasiado mísero para mí! Demasiado mísero es también el imperio. Soy Rey del Reino santo de los Cielos, del Reino del Amor y del Espíritu. Idos en paz, o quedaos, si queréis, y aprended cómo se entra en este Reino mío. Estos son mis súbditos: los pobres, los infelices, los oprimidos; y también los buenos, los humildes, los caritativos. Quedaos, uníos a ellos.

-Pero siempre estás en banquetes en casas lujosas, entre mujeres guapas y...

-¡Basta! No se provoca ni se ofende al Rabí en mi casa. ¡Salid! - grita Cusa con voz de trueno.

Pero en esto, de la escalera interna, sale al improviso a la terraza una figurita esbelta de joven velada. Corre ligera, como una mariposa, hasta Jesús, y arroja velo y manto; cae a sus pies y trata de besárselos.

-¡Salomé! - grita Cusa, y con él otros.

Jesús se ha retirado tan violentamente, para huir del contacto, que su asiento se vuelca y Él aprovecha para ponerlo entre sí y Salomé como separación. Sus ojos están fosforescentes, son terribles: tanto que dan miedo.

Salomé, frívola y descarada, zalamera al máximo, dice:

-Sí, yo. La aclamación ha llegado al Palacio. Herodes envía una embajada para decirte que desea verte. Pero la he precedido. Ven conmigo, Señor. ¡Yo te amo mucho y te deseo mucho! Yo también soy carne de Israel.

-Márchate a tu casa.

-La Corte te espera para tributarte honor.

-Mi Corte es ésta. No conozco otra Corte, ni otros honores - y con la mano señala a los pobres que están sentados a las mesas.

-Te traigo presentes para ella. Aquí tienes mis joyas.

-No las quiero.

-¿Por qué las rechazas?

-Porque son inmundas y se ofrecen con inmunda finalidad. ¡Vete!

Salomé se levanta confundida. Mira de refilón al Terrible, al Purísimo que la fulmina con su brazo extendido y su mirada de fuego. Mira furtivamente a todos, y ve burla y náusea en las caras. Los fariseos están petrificados observando la fuerte escena. Las romanas se aventuran a acercarse para ver mejor.

Salomé intenta una última prueba:

-Tratas incluso con los leprosos... - dice en tono sumiso y suplicante.

-Son personas enfermas. Tú eres una impúdica. ¡Vete!

El último « ¡vete! » es tan imperioso que Salomé recoge velo y manto, y, agachada, se arrastra hacia las escaleras.

-¡Ten cuidado, Señor!... Tiene poder... ¡Podría perjudicarte! - susurra Cusa en voz baja.

Pero Jesús responde con voz fortísima, para que todos puedan oír, sobre todo la expulsada.

-No importa. Prefiero que me maten antes que aliarme con el vicio. Sudor de mujer lasciva y oro de meretriz son venenos de infierno. Las alianzas viles con los poderosos son pecado. Yo soy Verdad, Pureza y Redención. Y no cambio. Ve. Acompáñala...

-Castigaré a los criados que la han dejado pasar.

-No castigarás a nadie. Sólo una debe ser castigada. Ella. Y ya lo es. Y que sepa, y sepáis vosotros, que conozco su pensamiento, y me repele. Que vuelva la serpiente a su guarida, que el Cordero vuelva a sus jardines.

Se sienta. Suda. Guarda silencio. Luego dice:

-Juana, da a cada uno el óbolo, para que durante algunos días sea menos triste la vida... ¿Qué más debo hacer con vosotros, hijos del dolor? ¿Qué queréis, que os pueda dar? Leo en los corazones. ¡A los enfermos que saben creer, paz y salud!

Un instante de pausa y luego un grito... y son muchísimos los que se alzan curados. Los judíos, que habían venido con ánimo de pillar a Jesús en renuncio, se marchan atónitos por el milagro y la pureza de Jesús, y desapercibidos en medio del delirio general de aclamaciones.

Jesús sonríe mientras besa a los niños. Luego despide a los invitados. Pero detiene un momento a las viudas y habla con Juana en favor de ellas. Juana toma nota y las invita para el día siguiente; luego se marchan también ellas. Los últimos en salir son los ancianos...

Se quedan los apóstoles, los discípulos, las discípulas y las romanas. Jesús dice:

-Así es y debe ser la unión futura. No hay palabras. Que sean los hechos los que hablen con su evidencia a los espíritus y a las mentes. La paz sea con vosotros.

Se dirige hacia la escalera interior y desaparece seguido por Juana y luego por los demás.

Al pie de la escalera se topa con Judas:

-¡Maestro, no vayas a Getsemaní! Hay enemigos que te buscan allí. Y tú, madre, ¿qué dices ahora?, tú que me acusas. Si no hubiera ido, no me habría enterado de la asechanza que tienden al Maestro. ¡A otra casa! ¡Vamos a otra casa!

-A la nuestra, entonces. En casa de Lázaro sólo entran los que son amigos de Dios - dice María de Magdala.

-Sí. Los que ayer estaban en Getsemaní que vengan con las hermanas a la residencia de Lázaro. Mañana tomaremos una serie de medidas.

371

El jueves prepascual. Por la noche en el palacio de Lázaro.

¡Ciertamente no brillan por su heroísmo los que siguen a Jesús! La noticia que ha traído Judas es semejante a la aparición de un gavilán en una era llena de pollitos; o de un lobo en el rebazo, cercano a un rebaño. Terror, o por lo menos agitación, se ven en, al menos, nueve décimos de los rostros presentes, y especialmente de los rostros masculinos. Yo creo que muchos tienen ya la impresión del filo de la espada o del azote contra la epidermis, y a decir poco piensan que tendrán que experimentar las mazmorras de las cárceles en espera de juicio. Las mujeres están menos agitadas. Más que agitadas, están preocupadas por los hijos o los maridos y aconsejan a unos o a otros que desaparezcan en pequeños grupos diseminándose por los campos.

María de Magdala arremete contra esta ola de miedo exagerado:

-¡Cuántas gacelas hay en Israel! ¿No os da vergüenza temblar de ese modo? Os he dicho que en mi residencia estaréis más seguros que en una fortaleza. Así que venid. Os aseguro, y empeño mi palabra, que no os sucederá nada de nada. Si, además de los que ya ha designado Jesús, hay otros que piensan que estarán seguros en mi casa, que vengan. Hay camas o divanes para una centuria. ¡Vamos, decidid, en vez de acoquinaros! Lo único que ruego a Juana es que ordene a sus criados seguirnos con provisiones. Porque en nuestra casa no hay comida para tantos, y ya es de noche. Una buena comida es la mejor medicina para dar nuevas fuerzas a los pusilánimes.

Y no sólo está majestuosa con su túnica blanca, sino que tiene también una buena dosis de ironía en sus espléndidos ojos mientras mira, desde su alta estatura, a este rebaño aterrorizado que se apiña en el vestíbulo de Juana.

-Me encargo enseguida. Podéis marcharos, que Jonatán os seguirá con los criados; y yo iré con él, os lo aseguro, tan sin miedo que voy a llevar conmigo a los niños - dice Juana.

Se retira a dar las indicaciones oportunas, mientras los de vanguardia del aterrado ejército asoman cautos la cabeza por el portal, y, viendo que no hay nada temible, se aventuran a salir a la calle y a encaminarse seguidos por los otros.

El grupo virginal va en el centro, inmediatamente después de Jesús, que está en las primeras filas. Detrás... ¡oh, detrás de las vírgenes las mujeres, y luego los más... vacilantes en el coraje, cubiertas sus espaldas por María de Lázaro, que se ha unido a las romanas, decididas a no separarse de Jesús tan pronto! Pero luego María de Lázaro, rauda, va adelante a decir algo a su hermana, y las siete romanas se quedan con Sara y Marcela, que se mantienen también en la retaguardia por orden de María, quien intenta que pasen aún más desapercibidas las siete romanas.

En esto, llega, a paso rápido, Juana, trayendo de la mano a los niños; detrás de ella, Jonatán con los criados cargados de bolsas y cestas. Estos se ponen en la cola de la pequeña multitud que, a decir verdad, pasa desapercibida de todos, porque en las calles pululan grupos dirigidos a las casas o a los campamentos, y la penumbra hace menos reconocibles las caras. Ahora María de Magdala, junto con Juana, Anastática y Elisa, va en primera fila, guiando hacia su residencia, por callejuelas secundarias, a sus huéspedes.

Jonatán camina casi a la altura de las romanas, y les dirige la palabra como si fueran siervas de las discípulas más ricas. Aprovecha Claudia para decirle:

-Hombre, te ruego que vayas a llamar al discípulo que ha traído la noticia. Dile que venga aquí. Pero dilo sin llamar la atención. ¡Ve!

El vestido es humilde, pero el modo es, involuntariamente, potente, como de persona habituada a mandar. Jonatán abre mucho sus ojos tratando de ver, a través del velo bajado, quién le habla así. Pero no logra ver sino el centelleo de dos ojos imperiosos. Debe intuir que no es una sierva la mujer que le habla, y antes de obedecer hace una reverencia.

Llega adonde Judas de Keriot, que va hablando animadamente con Esteban y Timoneo, y le tira de la túnica.

-¿Qué quieres?

-Tengo que decirte una cosa.

-Dila.

-No. Ven atrás conmigo. Te requieren, creo que para una limosna...

La disculpa es buena y es aceptada con tranquilidad por los compañeros de Judas y con entusiasmo por él, de forma que, ligero, se retrasa junto con Jonatán.

Ya está en la última fila.

-Mujer, aquí tienes al hombre que querías - dice Jonatán a Claudia.

-Te quedo agradecida por este servicio - responde ella, que permanece velada. Y luego, dirigiéndose a Judas: «Ten a bien quedarte n momento a escucharme».

Judas, que oye un modo de hablar muy refinado y ve dos ojos espléndidos a través del velo sutil, y sintiéndose quizás próximo a una gran aventura, acepta sin poner dificultad.

El grupo de las romanas se separa. Se quedan, con Claudia, Plautina y Valeria; las otras siguen adelante. Claudia mira alrededor, ve que la callecita en que se han detenido está solitaria, y, con su bellísima mano, aparta el velo y descubre la cara.

Judas la reconoce y, pasado un momento de estupor, se inclina para saludar con una mezcla de gestos judíos y palabra romana:

-¡Dómina!

-Sí. Yo. Yérguete y escucha. Tú amas al Nazareno. Te preocupas por su bien. Eso es correcto. Es una persona virtuosa y se le debe defender. Nosotros lo veneramos como *grande y justo*. Los judíos no lo veneran. Lo odian. Lo sé. Escucha y comprende bien, recuerda bien y aplica bien. Quiero protegerlo. No como la lujuriosa de poco antes, sino con honestidad y virtud. Cuando tu amor y sagacidad te hagan comprender que se trama contra Él, ven o envía a alguien. Claudia tiene todo el poder sobre Poncio. Claudia obtendrá protección para el Justo. ¿Entiendes?

-Perfectamente, dómina. Que nuestro Dios te proteja. Iré, si puedo, yo personalmente. Pero ¿cómo puedo pasar a ti?

-Pregunta siempre por Albula Domitila. Es una segunda yo misma, y ninguno se sorprende si habla con los judíos, siendo ella la que se ocupa de mi prodigalidad. Te creerán un cliente. Quizás te humilla...

-No, dómina. Servir al Maestro y obtener tu protección es un honor.

-Sí. Os protegeré. Soy mujer. Pero soy de los Claudios. Tengo más poder que todos los grandes de Israel, porque detrás de mí está Roma. Entretanto, ten. Para los pobres del Cristo. Es nuestro óbolo. Pero... quisiera permanecer entre los discípulos esta noche. Procúrame este honor y Claudia te protegerá.

En una persona como el Iscariote, las palabras de la patricia obran prodigiosamente. ¡Sube al séptimo cielo!... Osa incluso preguntar:

-¿Pero verdaderamente le vas a ayudar?

-Sí. Su Reino merece ser fundado, porque es reino de virtud. Bienvenido sea en oposición a las ruines corrientes que cubren los reinos actuales y me dan asco. Roma es grande, pero el Rabí es mucho más grande que Roma. Nosotros tenemos las águilas en nuestras enseñas y la soberbia sigla. Pero en las tuyas estarán los Genios y su santo Nombre. Grandes serán, verdaderamente grandes, Roma y la Tierra, cuando pongan ese Nombre en sus enseñas y esté su signo en los lábaros y en los templos, en los arcos y columnas.

Judas está maravillado, soñante, extático. Sopesa en forma mecánica la pesada bolsa que le han dado, y dice con la cabeza "sí", "sí", "sí", a todo...

-Bien, ahora vamos a alcanzarlos. ¿Somos aliados, no es verdad? Aliados para proteger a tu Maestro y al Rey de los corazones honestos.

Se echa el velo y ágil, va presurosa, casi corriendo a alcanzar al grupo que la ha adelantado, seguida por las otras y por Judas, que jadea, no tanto por el ritmo veloz, cuanto por lo que ha oído. La residencia de Lázaro está engullendo las últimas parejas de discípulos cuando llegan a ella. Entran rápidamente y el portón se cierra con fragor de cerrojos que el guardián echa.

Una solitaria lámpara, que lleva la mujer del guardián, a duras penas da claridad al cuadrado vestíbulo, todo blanco, de la residencia de Lázaro. Se comprende que la casa no está habitada, a pesar de que esté bien guardada y mantenida en orden. María y Marta guían a los huéspedes a un vasto salón - reservado para banquetes, ciertamente - de fastuosas paredes cubiertas de preciosos tejidos que dejan ver sus arabescos a medida que van siendo encendidas las lámparas y puestas las luces encima de los aparadores, o de los baúles preciosos colocados junto a las paredes alrededor de la sala, o en las mesas arrimadas a un lado, listas para ser usadas, pero desde hace tiempo ineficientes. María ordena, en efecto, que las lleven al centro de la sala y las preparen con las cosas para la cena con los alimentos que los criados de Juana están ya extrayendo de las bolsas y cestas y poniendo encima de los aparadores.

Judas toma aparte a Pedro y le dice algo al oído.

Veo a Pedro que pone los ojos como platos y sacude una mano como si se hubiera quemado los dedos, mientras exclama:

-¡Rayos y ciclones! ¿Pero qué dices?

-Sí. Mira. ¡Y fíjate! ¡No tener ya miedo, no estar ya tan angustiados!

-¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! ¿Pero qué ha dicho? ¿Que nos protege? ¿Ha dicho eso? ¡Que Dios la bendiga! ¿Pero cuál es?

-Aquella vestida de color tórtola silvestre, alta, esbelta. Nos está mirando...

Pedro mira a la alta mujer de cara armónica y seria, de ojos dulces pero imperiosos.

-¿Y... cómo has conseguido hablar con ella? No has tenido...

-No, no, en absoluto.

-¡Pues tú aborrecías todo contacto con ellos! Como yo, como todos...

-Sí, pero lo he superado por amor al Maestro. Como también he superado el deseo de truncar las relaciones con mis antiguos compañeros del Templo... ¡Todo por el Maestro! Todos vosotros, y mi madre también, creéis que soy ambiguo. Tú., recientemente, me has echado en cara las amistades que tengo. Pero si no las mantuviera, no sin fuerte dolor, no sabría muchas cosas. No debemos ponernos vendas en los ojos y cera en los oídos por miedo a que el mundo entre en nosotros por los ojos y los oídos. Cuando uno está en una empresa como la nuestra, es necesario vigilar con ojos y oídos más que libres. Vigilar por Él, por su bien, por su misión, por la fundación de este reino bendito...

Muchos de los apóstoles y algún discípulo se han acercado y están escuchando, asintiendo con la cabeza; porque, efectivamente, no se puede decir que Judas hable mal.

Pedro, honesto y humilde, lo reconoce y dice:

-¡Tienes toda la razón! Perdona mis recriminaciones. Tú vales más que yo, eres hábil. Vamos a decírselo al Maestro, a su Madre, a la tuya. Estaba muy angustiada.

-Porque malas lenguas han murmurado... Pero por ahora calla. Después, más tarde. ¿Ves? Se están sentando a la mesa y el Maestro nos hace señales de que vayamos...

...La cena es rápida. Las romanas, sentadas en la mesa de las mujeres, entremezcladas con ellas, de forma que precisamente Claudia está entre Porfiria y Dorca, también comen en silencio lo que les ponen, y entre ellas y Juana y María de Magdala se intercambian misteriosas palabras hechas de sonrisas y guiños. Parecen escolares en vacaciones.

Jesús, después de la cena, ordena que se forme un cuadrado de sillas y que tomen asiento para escucharlo. Él se pone en el centro y empieza a hablar en medio de un cuadrado de rostros atentos, de los que sólo los inocentes ojos del hijito de Dorca, que duerme en el regazo de su madre, están cerrados, y están velándose de sueño los de María, que está sentada en las rodillas de Juana, y los de Matías, que se ha acurrucado encima de las rodillas de Jonatán.

-Discípulos y discípulas aquí reunidos en nombre del Señor, o atraídos por un deseo de Verdad, deseo que también viene de Dios, que quiere luz y verdad en todos los corazones, escuchad.

Esta noche se nos concede estar todos juntos, y nos lo procura precisamente la maldad que nos quiere ver separados. Vosotros, de sentidos limitados, no sabéis cuán profunda y vasta es esta unión, verdadera aurora de las que habrán de venir, cuando el Maestro ya no esté entre vosotros físicamente sino con su espíritu. Entonces sabréis amar. Entonces sabréis practicar. Por ahora sois como niños todavía de pecho; entonces seréis como adultos que podréis comer todo tipo de alimentos sin que ello os perjudique; entonces sabréis, como Yo digo, decir: "Venid a mí todos vosotros, porque todos somos hermanos, y El se ha inmolado por todos".

¡Demasiados prejuicios en Israel!: cada uno un dardo que lesiona la caridad. Os hablo a vosotros, fieles, porque entre vosotros no hay traidores, ni personas llenas de prejuicios que separan, que se transforman en incompreensión, en obcecación, en odio hacia mí que os señalo los caminos del futuro. Yo no puedo hablar de otra forma. Y de ahora en adelante hablaré menos, porque veo que las palabras son inútiles o casi. Habéis oído palabras capaces de santificaros e instruiros de forma perfecta. Pero poco habéis avanzado, especialmente vosotros, hombres hermanos, porque os gusta la palabra pero no la ponéis por obra. De ahora en adelante, y con una medida cada vez más restringente, os haré realizar lo que tendréis que hacer una vez que el Maestro haya vuelto al Cielo del que viniera. Haré que presenciéis lo que es el Sacerdote futuro. Más que las palabras, observad mis hechos; repetidlos, aprendedlos, unidlos a la enseñanza. Entonces seréis discípulos perfectos.

¿Qué ha hecho hoy el Maestro? ¿Qué os ha hecho hacer y practicar hoy el Maestro? La caridad en sus múltiples formas. Caridad hacia Dios. No la caridad de oración, vocal, de rito solamente; sino la caridad activa que renueva en el Señor, que despoja del espíritu del mundo, de las herejías del paganismo, el cual no está sólo en los paganos, sino también en Israel con las mil costumbres que han desplazado a la verdadera Religión, santa, abierta, simple como todo lo que de Dios viene. No acciones buenas, o aparentemente buenas, para ser alabados por los hombres, sino acciones santas para merecer la alabanza de Dios.

Todo el que ha nacido muere. Ya lo sabéis. Pero la vida no termina con la muerte. Prosigue de otra forma y eternamente con un premio para quien fue justo, con un castigo para quien fue malvado. Este pensamiento de un juicio cierto no signifique parálisis durante la vida ni a la hora de la muerte; antes bien, acícate y freno: acícate que estimula al bien; freno que contiene de malas pasiones. Sed, por tanto, verdaderamente amantes del Dios verdadero y actuad en la vida siempre con la finalidad de merecerlo en la vida futura. Vosotros que amáis las grandezas, ¿cuál grandeza mayor que haceros hijos de Dios y, por tanto, dioses? Vosotros que teméis el dolor, ¿cuál seguridad de no sufrir mayor que la que os espera en el Cielo? Sed santos. ¿Queréis fundar también un reino en la Tierra? ¿Os sentís hostigados y teméis no lograrlo? Si obráis como santos, lo lograréis. Porque ni la misma autoridad que nos domina podrá impedirlo, a pesar de sus cohortes, porque convenceréis a las cohortes de que sigan la doctrina santa, de la misma forma que Yo, sin coacción, he persuadido a las mujeres de Roma que aquí hay Verdad...

-¡Señor!... - exclaman las romanas, viéndose descubiertas.

-Sí, mujeres. Escuchad y recordad. Yo manifiesto a mis seguidores de Israel y a vosotras - que no sois de Israel pero tenéis corazón justo - el estatuto de mi Reino.

No motines. No hacen falta. Santificar a la autoridad impregnándola de nuestra santidad. Será un largo trabajo, pero victorioso. Con mansedumbre y paciencia, sin estúpidas prisas, sin desviaciones humanas, sin inútiles sublevaciones, obedeciendo donde obedecer no perjudique a la propia alma, llegaréis a hacer de la autoridad que ahora os domina paganamente una autoridad protectora y cristiana. Cumplid vuestro deber de súbditos para con la autoridad, como cumplís el

de fieles para con Dios. Ved en cualesquiera autoridades no a un opresor sino a alguien que eleva, porque os proporciona la manera de santificarlo y de santificaros con el ejemplo y el heroísmo.

De la misma forma que sois buenos fieles y ciudadanos, sed buenos maridos, buenas esposas, santos, castos, obedientes, amorosos recíprocamente, unidos para educar a los hijos en el Señor, para ser paternos y maternos incluso con los que estén a vuestro servicio y con los esclavos, porque también ellos tienen alma y carne, sentimientos y afectos como vosotros los tenéis. Si la muerte os arrebatara al compañero o la compañera, no queráis, si podéis, desear nuevo matrimonio; amad a los huérfanos también por la parte del compañero desaparecido. Y vosotros, criados, estad sometidos a vuestros señores, y, si son imperfectos, santificadlos con vuestro ejemplo. Tendréis gran mérito a los ojos del Señor. En el futuro, en mi Nombre, no habrá ya amos y siervos, sino hermanos; no habrá ya razas, sino hermanos; no habrá ya oprimidos y opresores que se odian, porque los oprimidos llamarán hermanos a sus opresores.

Amaos vosotros de la misma fe, ayudándoos recíprocamente, como hoy os he puesto a hacer. Pero no os limitéis a la ayuda a los pobres, peregrinos o enfermos, de vuestra raza; abrid los brazos a todos, de la misma forma que la Misericordia os abre los brazos a vosotros. El que tenga más que dé a quien no tiene o tiene poco. El que sepa más que enseñe al que no sabe o sabe poco, y que enseñe con paciencia y humildad, recordando que, en verdad, antes de que Yo os instruyera nada sabíais. Buscad la Sabiduría no para prestigio vuestro, sino como ayuda en el camino por las vías del Señor.

Las mujeres casadas que amen a las vírgenes, y éstas a las casadas, y que ambas den afecto a las viudas; todas sois útiles en el Reino del Señor. Los pobres no envidien, los ricos no susciten odios creando sus riquezas y siendo duros de corazón. Preocupaos de los huérfanos, de los enfermos, de los que no poseen una casa. Abrid el corazón antes incluso que la bolsa y la casa, porque si dais, pero con mal garbo, no honráis a Dios, que está presente en todos los desdichados; antes al contrario, lo ofendéis.

En verdad, en verdad os digo que no es difícil servir al Señor. Es suficiente con amar. Amar al Dios verdadero, amar al prójimo, cualquiera que sea. En todas las heridas o fiebres que sanéis, Yo estaré. En todas las desventuras que socorráis, Yo estaré. Y todo lo que me hagáis a mí en el prójimo, si está bien, habrá sido hecho a mí; y, si mal, también habrá sido hecho a mí. ¿Queréis hacerme sufrir? ¿Queréis perder el Reino de paz? ¿Queréis no haceros dioses? ¿Sólo por no ser buenos con vuestro prójimo?

Nunca volveremos a estar todos unidos de esta forma. Vendrán otras Pascuas... y no podremos estar juntos por muchas causas. Respecto a las primeras: una prudencia santa en parte y en parte excesiva - y todo exceso es culpa - que nos hará estar divididos. Respecto a las otras Pascuas, porque ya no estaré entre vosotros... Pero acordaos de este día. Haced en el futuro, y no sólo en Pascua sino siempre, lo que os he hecho hacer.

Nunca he sido lisonjero diciéndoos que era fácil pertenecerme. Pertenecerme quiere decir vivir en la Luz y la Verdad, pero comer también el pan de la lucha y de las persecuciones. Ahora bien, cuanto más fuertes seáis en el amor, más fuertes seréis en la lucha y en la persecución.

Creed en mí. En lo que soy realmente: Jesucristo, el Salvador, cuyo Reino no es de este mundo, cuya venida señala la paz a los buenos, cuya posesión quiere decir conocer y poseer a Dios; porque verdaderamente quien me tiene a mí en sí y se tiene a sí en mí está en Dios, y posee a Dios en su espíritu para poseerlo después en el Reino celeste para siempre.

La noche ha descendido. Mañana es Parasceve. ¡D! Purificaos, medita, cumplid una Pascua santa.

Mujeres de raza distinta, pero de recto espíritu, podéis iros; la buena voluntad que os anima sea para vosotras camino para alcanzar la Luz. En nombre de los pobres, de los que Yo mismo soy uno, os bendigo por la limosna generosa y os bendigo por vuestras buenas intenciones hacia el Hombre que ha venido a traer amor y paz a la tierra. ¡D! Y tú, Juana, y los demás que ya no temen asechanzas, podéis marcharos también.

Un rumor de asombro recorre a la asamblea mientras las romanas, reducidas a seis porque Eglá se queda con María de Magdala, guardadas en una bolsa las tablillas enceradas que Flavia ha escrito mientras Jesús hablaba, salen después de un saludo colectivo. Tanto es el estupor, que ninguno de los presentes se mueve, excepto Juana, Jonatán y los siervos de Juana, que llevan en brazos a los pequeños durmientes. Pero, cuando el ruido sordo del portón al cerrarse dice que las romanas se han marchado, un clamor sucede al rumor.

-¿Pero quiénes son? ¿Cómo entre nosotros? ¿Qué han hecho?

Y más que nadie, grita Judas:

-¿Cómo tienes noticia, Señor, de la limosna que me han dado?

Jesús apacigua el tumulto con un gesto y dice:

-Son Claudia y sus damas. Y, mientras que las altas damas de Israel, temiendo la ira de sus consortes, o con el mismo pensamiento y corazón de sus consortes, no se atreven a ser seguidoras mías, las despreciadas paganas, con santa astucia, saben venir a recibir la Doctrina que, aunque por ahora la acepten sólo humanamente, siempre eleva... Y esta niña, que fue esclava, pero de raza judía, es la flor que Claudia ofrece a las filas de Cristo, devolviéndola a la libertad y dándola a la fe de Cristo. Respecto a lo de tener noticia de la limosna... ¡Judas! ¡Todos menos tú podrían hacerme esta pregunta! Tú sabes que veo dentro de los corazones.

-¡Entonces verás que dije la verdad hablando de que había una asechanza y que yo la he disuelto yendo a hablar con... seres culpables!

-Es verdad.

-Dilo entonces bien fuerte. Que mi madre lo oiga... Madre, soy un muchacho, sí, pero no un truhán... Madre, vamos a hacer las paces. Vamos a comprendernos, a amarnos, unidos sirviendo a nuestro Jesús.

Y Judas va, humilde y amoroso, a abrazar a su madre, que dice:

-¡Sí, hijito! ¡Sí, Judas mío! ¡Sé bueno! ¡Sé bueno! ¡Sé siempre bueno, hijo mío! ¡Por ti, por el Señor, por tu pobre mamá!

Entretanto, la sala se ha llenado de agitación y comentarios, y muchos definen imprudente el haber acogido a las romanas y censuran a Jesús.

Judas lo oye. Deja a su madre y acude en defensa del Maestro. Cuenta su coloquio con Claudia y termina:

-No es una ayuda despreciable. Antes de recibirla entre nosotros tampoco nos hemos librado de la persecución. Dejémosla actuar. Y tened bien presente que es mejor callar con todo el mundo. Pensad que, si es peligroso para el Maestro, no lo es menos para nosotros el ser amigos de paganos. El Sanedrín, que en el fondo se contiene por miedo hacia Jesús por un temor que les queda a alzar la mano contra el Ungido de Dios, no tendría muchos escrúpulos en matarnos como a perros, a nosotros, que somos unos pobres hombres cualesquiera. En vez de poner esas caras escandalizadas, acordaos de que hace poco erais como gorrionas aterrorizadas; y bendecid al Señor porque nos ayuda, con medios impensados, ilegales si queréis, pero muy fuertes, a fundar el Reino del Mesías. ¡Todo lo podremos si Roma nos defiende! ¡Yo ya no temo! ¡Gran día hoy! Más que por todas las otras cosas, por ésta... ¡Ah, cuando Tú seas la Cabeza! ¡Qué poder tan dulce, fuerte y bendito! ¡Qué paz! ¡Qué justicia! ¡El Reino fuerte y benévolo del Justo! ¡Y el mundo que se acerca a él lentamente!... ¡Las profecías cumpliéndose! ¡Turbas, naciones... el mundo a tus pies! ¡Oh, Maestro! ¡Maestro mío! Tú, Rey; nosotros, tus ministros... En la Tierra paz, en el Cielo gloria... Jesucristo de Nazaret, Rey de la estirpe de David, Mesías Salvador, te saludo y te adoro.

Y Judas, que parece en un raptó de éxtasis, se postra y termina:

-En la Tierra, en el Cielo y hasta en los Infiernos tu Nombre es conocido, infinito tu poder. ¿Qué fuerza puede resistirte, Cordero y León, Sacerdote y Rey, Santo, Santo, Santo? - y se queda en actitud de gran reverencia, en esta sala muda de estupor.

372

El día de la Parasceve. Despertar en el palacio de Lázaro.

La residencia de Lázaro, transformada esa noche en dormitorio, muestra, diseminados por todas partes, cuerpos de hombres dormidos. No se ve a las mujeres. Quizás las han conducido a las habitaciones superiores. El alba clara blanquece lentamente la ciudad, penetra en los patios de la casa, provoca los primeros gorjeos tímidos entre las frondas de los árboles plantados para dar sombra a aquéllos, y también los primeros arrullos de las palomas que duermen en la armadura del alero. Pero los hombres no se despiertan: cansados saciados de comida y emociones, duermen y sueñan...

Jesús sale al vestíbulo sin hacer ruido, y de ahí pasa al patio de honor. Se lava en una fuente clara que canta en el centro, dentro de un cuadrado de arrayanes a cuyo pie hay pequeños lirios muy parecidos a los llamados muguetes franceses. Se asea y, también sin hacer ruido, vuelve a donde está la escalera que conduce a los pisos de arriba y a la terraza que corona la casa; sube hasta ella, a orar, a meditar...

Paseando lentamente, va y viene. Sólo lo ven las palomas, las cuales, alargando el cuello y haciendo arrullos, parecen preguntarse una a otra: « ¿Quién es éste? ». Luego se apoya en el antepecho y se queda recogido dentro de sí, inmóvil. En fin, alza 1a cabeza, reclamada quizás su atención por los primeros rayos del sol, que se levanta tras las colinas que celan Betania y el valle del Jordán. Jesús mira el panorama puesto a sus pies.

La residencia de Lázaro se alza sobre una de las tantas elevaciones del suelo que hacen de las calles de Jerusalén, especialmente de las menos bonitas, una ondulación continua. Está casi en el centro de la ciudad, pero ligeramente retirada hacia el suroeste. Construida en una bonita calle que termina en el Sixto, formando con ella una T, domina la ciudad baja. Tiene, enfrente, Beceta, Moria y Ofel, y, detrás de éstos, la cadena del monte de los Olivos; en la parte de atrás, perteneciente ya al lugar en que está construida, el monte Sión; Mientras que, por el lado sur, la vista se extiende hacia las colinas meridionales, y al Norte, Beceta oculta buena parte del panorama. Pero, allende el valle de Guijón, la cabeza calva del Gólgota emerge amarillenta - siempre lúgubre, incluso con esta luz alegre - bajo el rosicler de la aurora.

Jesús la mira... Su mirada, aunque ahora es más viril y pensativa, me recuerda a aquella de la lejana visión de Jesús a los doce años en la escena de la disputa con los doctores. Ahora, como tampoco entonces, no es una mirada de terror. No. Es una mirada digna, de un héroe que mira al campo de su postrera batalla.

Luego se vuelve a mirar a las colinas del sur de la ciudad y dice: « ¡La casa de Caifás! » y, con la mirada, traza todo un itinerario desde aquel sitio hasta el Getsemaní, y luego al Templo, y luego mira más allá de las murallas de la ciudad, hacia el Calvario...

El sol, entretanto, ha salido del todo y la ciudad se enciende de luz...

Alguien da vigorosos golpes al portón de la casa, sin dejar intervalo entre uno y otro. Jesús se asoma para ver, pero el alero, muy saliente, y el hecho de que el portón esté muy adentro en los gruesos muros, le impiden ver quién llama. Eso sí, oye enseguida las voces de los durmientes, que se despiertan, mientras alguien cierra con estrépito el portón, abierto por Leví. Luego oye que muchas voces de hombre y de mujer gritan su Nombre... Se apresura a bajar y dice:

-Estoy aquí. ¿Qué queréis?

Los que lo llamaban, nada más oírlo, toman al asalto la escalera y suben corriendo y hablando alto. Son los apóstoles y los discípulos más antiguos; en medio de ellos, Jonás, el encargado del Getsemaní. Hablan todos a la vez y no se entiende nada.

Jesús debe imponer con violencia que se paren donde están y que guarden silencio, para poderlos calmar; se llega a ellos y dice al instante:

-¿Qué sucede?

Otro alboroto fragoroso, inútil por incomprensible. A las espaldas de los que gritan se asoman caras de aflicción o estupor, de mujeres y discípulos...

-Hablad de uno en uno. Tú, Pedro, el primero.

-Ha venido Jonás... Ha dicho que eran muchos y que te habían buscado por todas partes. Él ha estado mal toda la noche; luego, a la hora de la apertura de las puertas, ha ido a casa de Juana y ha sabido que estabas aquí. Pero ¿qué hacemos? ¡Tendremos que celebrar la Pascua, digo yo!

Jonás del Getsemaní refuerza la noticia diciendo:

-Sí, me han maltratado incluso. He dicho que no sabía dónde estabas, que quizás no volvías. Pero han visto vuestras túnicas y han comprendido que volvéis al Getsemaní. ¡No me seas causa de daño, Maestro! Siempre te he hospedado con amor. Esta noche he sufrido por ti. Pero... pero...

-¡No tengas miedo! No te volveré a poner en peligro de ahora en adelante. No volveré a detenerme en tu casa. Me limitaré a ir de paso, durante la noche, a orar... No me lo puedes prohibir...

Jesús se muestra dulcísimo hacia el aterrorizado Jonás del Getsemaní.

Pero la voz de oro de María de Magdala prorrumpe vehemente:

-¿Desde cuándo, hombre, te olvidas de que eres siervo y que es nuestra condescendencia la que te hace usar modos de amo? ¿De quién son la casa y el olivar? Sólo nosotros podemos decir al Rabí: "No vayas a causar daño a nuestros bienes". Pero no lo decimos. Porque sumo bien sería siempre si, por buscarlo a Él, los enemigos del Cristo destruyeran incluso los árboles y las paredes, y hundieran los bancales; porque todo habría sido destruido por haber hospedado al Amor, y el Amor nos daría amor a nosotros sus fieles amigos. ¡Que vengan! ¡Que destruyan! ¡Que pisoteen! ¿Y qué? ¡Basta con que El nos ame y resulte ileso!

Jonás está entre dos miedos: a los enemigos y a su ardiente ama, y susurra: «

-¿Y si hacen daño a mi hijo?...

Jesús lo conforta:

-No temas, te digo. No volveré a detenerme en tu casa. Puedes decir a quien te lo pregunte que el Maestro ya no se hospeda en el Getsemaní... ¡No, María! Conviene hacerlo así, y déjame que lo haga así. Te agradezco tu generosidad... Pero no es mi hora, ¡no es todavía mi hora! Supongo que serían fariseos...

.Y miembros del Sanedrín, y herodianos y saduceos... y soldados de Herodes... y... todos... todos... No me logro quitar el temblor del miedo... Pero, ¿ves, Señor, que he venido corriendo a avisarte?... a casa de Juana... luego aquí...

El hombre se preocupa de que se vea que, con el riesgo de su paz, ha cumplido su deber hacia el Maestro.

Jesús sonríe con compasión y bondad y dice:

-¡Lo veo! ¡Lo veo! ¡Que Dios te lo pague! Ahora ve en paz a tu casa. Enviaré a alguien para que te diga a dónde se deben mandar las bolsas, o a que las retire directamente.

El hombre se marcha, y ninguno, excepto Jesús y María Stma., le ahorran reproches o afrentas. Lo que dice Pedro es punzante, mordaz lo de Judas Iscariote, irónico lo de Bartolomé. Judas Tadeo no habla, ¡pero lo mira de una manera...! Y el murmullo y las miradas de reproche le acompañan también entre las filas de las mujeres, para terminar con la pulla final de María de Magdala, la cual, a la reverencia del servidor-campesino cuando la saluda, responde:

-Referiré a Lázaro que para la comida de la fiesta... vaya a procurarse pollos bien cebados a las tierras del Getsemaní.

-No tengo gallinero, ama.

-Tú, Marcos y María: ¡tres magníficos capones!

Todos se echan a reír por la salida nerviosa y... significativa de María de Lázaro, que está furiosa por ver el miedo de sus subordinados y por la molestia que sufre el Maestro, privado del tranquilo nido del Getsemaní.

-¡No te inquietes, María! ¡Paz! ¡Paz! ¡No todos tienen tu coraje!

-¡Ah, no, por desgracia! ¡Si todos tuvieran mi coraje, Rabbuní! ¡Ni lanzas y flechas dirigidas contra mí me harían separarme de ti!

Un murmullo entre los hombres... María lo recoge y responde solícita:

-Sí. ¡Y lo veremos! Y esperemos que sea pronto, si puede servir para enseñaros la valentía. ¡Nada me dará miedo si puedo servir a mi Rabí! ¡Servir! ¡Servir! ¡Y se sirve en las horas de peligro, hermanos! En las otras... ¡En las otras no es servir! ¡Es gozar!... ¡Y al Mesías no se le sigue para gozar!

Los hombres agachan la cabeza, punzados por esta verdad.

María hiende las filas y se pone enfrente de Jesús.

-¿Qué decides, Maestro? Es Parasceve. ¿Dónde tu Pascua? Ordena... y, si tanto he encontrado gracia ante ti, concédeme ofrecerte un cenáculo mío y ocuparme de todo...

-Has hallado gracia ante el Padre de los Cielos, y por tanto, gracia ante el Hijo del Padre, para el que es sagrado todo movimiento del Padre. Acepto el cenáculo, pero deja que a sacrificar el cordero, al Templo, vaya yo como buen israelita...

-¿Y si te echan mano? - dicen muchos.

-No me echarán mano. En la noche, en la oscuridad, como acostumbran a hacer los granujas, pueden atreverse; pero no entre la muchedumbre que me venera. ¡No me os hagáis cobardes!...

-¡Además ahora está Claudia! - grita Judas - ¡El Rey y el Reino ya no están en peligro!...

-Judas, te ruego que no dejes que se derrumben en ti. No los hostigues dentro de ti. Mi Reino no es de este mundo. No soy un rey como los que están en los tronos. Mi Reino es del espíritu. Si lo rebajas a la pequeñez de un reino humano, en ti mismo lo hostigas y lo derrumbas.

-¡Pero Claudia...!

-Pero Claudia es una pagana. Así que no puede conocer el valor del espíritu. Ya es mucho si intuye y apoya a quien para ella es un Sabio... ¡Muchos en Israel no me juzgan siquiera como sabio!... ¡Pero tú no eres pagano, amigo mío! No hagas que tu encuentro providencial con Claudia se vuelva perjuicio; y no hagas que todos los dones que Dios te da para afirmar tu fe y tu voluntad de servir al Señor se te transformen en ruina espiritual.

-¿Cómo podría suceder, mi Señor?

-Fácilmente. No sólo en ti. Si un don, dado como socorro de la debilidad del hombre, en lugar de fortalecerlo y aumentar cada vez más su deseo de bien sobrenatural, o incluso simplemente moral, le sirviera para tener más rémoras de apetitos humanos y alejarlo del recto camino, por caminos en cuesta abajo, entonces el don se habría transformado en daño. Basta la soberbia para hacer de un don un daño. Basta perder el norte, a causa de algo que exalta, perdiendo, por tanto, de vista el Fin supremo y bueno, para hacer de un don un daño. ¿Estás convencido de esto? El que haya venido Claudia debe darte sólo la fuerza de una consideración. Ésta: si una pagana ha sentido la grandeza de mi doctrina y la necesidad de que triunfe, tú, y contigo todos los discípulos, debéis sentir todo esto con más fuerza aún, y, como consecuencia, entregaros a ello totalmente. Pero siempre espiritualmente. Siempre... Y ahora vamos a decidir. ¿Dónde decís que conviene celebrar la Pascua? Quiero que estéis en paz de espíritu para esta Cena de rito, para oír a Dios, que no se oye en la agitación. Somos muchos. Pero me sería dulce que estuviéramos todos juntos para que pudierais decir: "Celebramos una Pascua con Él". Elegid, pues, un lugar donde podamos decir: "Estábamos unidos y cada uno oía la voz del otro hermano", a pesar de subdividirnos según el ritual formando grupos que puedan comer el propio cordero.

Quién menciona un lugar, quién menciona otro. Pero las hermanas de Lázaro se salen con la suya.

-¡Señor, aquí! Mandamos a alguien por nuestro hermano. ¡Aquí! Hay muchas salas y habitaciones. Estaremos juntos y según el rito. ¡Acepta, Señor! La casa tiene habitaciones con capacidad para, al menos, doscientas personas divididas en grupos de veinte. Y tantos no somos. ¡Danos esta alegría, Señor! Por nuestro Lázaro que está tan triste... tan enfermo... - Las dos hermanas lloran, y terminan: «...», que no se puede pensar que coma otra Pascua...».

-¿Qué opináis? ¿Pensáis que se les debe conceder a estas buenas hermanas? - dice Jesús dirigiéndose a todos.

-Yo diría que sí - dice Pedro.

-Yo también - dice Judas Iscariote, y muchos otros. Quien no habla asiente.

-Encargaos entonces de ello. Nosotros vamos al Templo, a mostrar que quien está seguro de obedecer al Altísimo ni tiene miedo ni es vil. Vámonos. Mi paz para quien queda.

Y Jesús baja el resto de la escalera, atraviesa el vestíbulo y sale con los discípulos a la calle llena de gente.

373

El día de la Parasceve. En el Templo.

Jesús entra en el Templo. Y, desde sus primeros pasos en él, es fácil comprender el humor de los ánimos hacia el Nazareno: miradas hostiles; órdenes a los miembros de la guardia del Templo de vigilar al «conturbador», órdenes dadas abiertamente, para que todos vean y oigan; palabras de desprecio para los que vienen con Él; incluso empujones voluntarios a los discípulos... En fin, el odio es tal, que los relumbrantes fariseos, escribas y doctores asumen posturas y acciones de mozos de cuerda o peor todavía: y están tan cegados por el rencor, que no piensan que se rebajan mucho, incluso como hombres, actuando así.

Jesús pasa tranquilo, ¡como si ni siquiera se refiriera a Él eso que hacen! Es el primero en saludar, en cuanto ve a algún personaje que, por grado sacro o por poder, es un "superior" del mundo hebreo. Y, si éste no responde al saludo correcto que Jesús le dirige, no por ello Jesús cambia de actitud. Eso sí, su rostro, cuando se vuelve de uno de estos soberbios hacia uno o varios de los muchos humildes que hay, toma un aspecto de sonrisa dulcísimo. Y muchos son los mendigos y enfermos pobres que ayer ha recogido y que, debido a la suerte imprevista que han tenido, pueden celebrar una Pascua como quizás desde hacía años no celebraban. Ahora, reunidos en grupos, en pequeñas sociedades nacidas espontáneamente, van a comprar los corderos que habrán de ser inmolados, contentos de ser - ellos que eran los despreciados - iguales que los demás, en vestidos y posibilidades. Y Jesús se para, benigno, a escucharlos: sus propósitos, sus narraciones de asombro, sus bendiciones... Ancianos, niños, viudas, enfermos ayer, ahora curados; miserables ayer, andrajosos, hambrientos, despreciados, hoy vestidos, ¡y felices de ser hombres como los demás en estos días de la gran fiesta de los Ázimos!

Las voces - muy variadas: desde las de plata de los pequeñuelos a las temblorosas de los viejos, y, entre estos dos extremos, las voces vibrantes de las mujeres - saludan, acompañan, siguen a Jesús. Llueven los besos en sus vestiduras y en sus manos. Y Jesús sonríe y bendice, mientras sus enemigos, lívidos de rabia por la gran luminosidad de paz que hay en Él, se concomen de ira impotente.

Capto fragmentos de lo que dicen unos u otros...

-¡Tienes razón! Pero a nada que hagamos nos destrozan -(y un fariseo señala al pueblo que se apiña en torno a Jesús).

-¡Fijaos! Nos ha recogido, nos ha dado de comer, nos ha vestido, nos ha curado, y muchos, por medio de los discípulos ricos, han encontrado trabajo y asistencia. Pero la verdad es que todo ha venido por Él. ¡Que Dios lo salve siempre! - dice un hombre que quizás ayer estaba enfermo y mendigaba.

-¡Claro, así yo también! ¡Este sedicioso compra a la plebe así, para lanzarla contra nosotros! - gruñe entre dientes un escriba, hablando con un colega.

-Una discípula suya ha tomado mi nombre, y me ha dicho que vaya a su casa después de la Pascua, que me va a llevar a los campos que tiene en Béter. ¿Comprendes, mujer? Yo y mis hijos. Voy a trabajar. Pero, ¿qué es trabajar cuando hay protección y seguridad? ¡Es una alegría! Y mi Leví ya no tendrá que destrozarse trabajando en los cereales, porque la discípula que se hace cargo de nosotros lo va a poner en las rosaleras... ¡Vamos, te digo que un juego! ¡El Eterno dé gloria y bien a su Mesías! - dice la viuda de la llanura de Sarón a una israelita de clase más bien rica que le está preguntando.

-¡Oh! ¿Y yo no puedo?... ¿Estáis ya todos situados, todos a los que ayer ha recogido? - dice la mujer rica israelita.

-No, mujer. Hay todavía otras viudas con hijos, y otros hombres.

-Quisiera decirle que si me concede la gracia de ayudarlo.

-¡Llámallo!

-No me atrevo.

-Ve tú, Leví mío, a decirle que una mujer quiere hablar con Él...

El niño va raudo y refiere esto a Jesús.

Entretanto, un saduceo trata con violencia a un anciano, que pontifica en medio de una masa de gente venida de la Transjordania y que teje el elogio del Maestro de Galilea.

El anciano se defiende diciendo:

-¿Qué estoy haciendo de malo? ¿Querías que te alabara a ti? Bastaría con que hicieras lo que hace Él. Pero tú - que Dios te perdone - desprecias las canas y la miseria en vez de amarlas; falso israelita, que no respetas el Deuteronomio teniendo piedad de los pobres.

-¿Estáis oyendo? ¡Este es el fruto de la doctrina del agitador! Enseña a la plebe a ofender a los santos de Israel.

Le responde un sacerdote del Templo:

-Pero la culpa es nuestra si sucede esto. No hacemos más que amenazar, sin traducir en acción las amenazas.

...Jesús, mientras tanto, dice a la mujer de Israel:

-Si verdaderamente te comprometes a ser madre de los huérfanos y hermana de las viudas, ve al palacio de Cusa, al Sixto. Di a Juana que te mando Yo. Ve, y fructifique tu tierra como la del Edén por tu piedad, y más aún fructifique tu corazón en un amor cada vez mayor a tu prójimo.

En esto, ve a los miembros de la guardia que arrastran al anciano que había hablado antes. Grita.:

-¿Qué le hacéis a ese anciano? ¿Qué ha hecho?

-¡Ha insultado a los oficiales que le reprendían!

-¡No es verdad! Un saduceo ha arremetido contra mí porque hablaba de ti a aquellos peregrinos. Y, como ha levantado contra mí su mano, porque soy viejo y pobre, le he dicho que es un falso israelita que pisotea las palabras del Deuteronomio.

-Soltad a ese anciano. Está conmigo. Su boca ha expresado la verdad. No la sinceridad: la Verdad. Dios habla por los labios de los niños, pero también por los de los ancianos. Está escrito: "No desprecies al hombre en su vejez, porque son de los nuestros los que envejecen". Y también: "No desprecies las palabras de los ancianos sabios: antes bien, te sean familiares sus máximas, porque de ellos aprenderás la sabiduría y las enseñanzas de la inteligencia". Y también: "Donde hay ancianos no hables mucho". Recuerde esto Israel, esa parte de Israel que quiere llamarse perfecta, porque en caso contrario el Altísimo sabe cómo desmentirla. Padre, ven a mi lado.

El anciano, de porte señorial, va donde Jesús, mientras los saduceos, afectados por el reproche, se marchan airados.

-Soy una mujer hebrea de la Diáspora, Rey esperado. ¿Podría servirte como esa mujer que has enviado a Juana? - dice una que me recuerda en todo a la que, de nombre Nique, enjugó el rostro de Jesús en el Gólgota y obtuvo el Sudario. Pero las hebreas son muy semejantes entre sí, y pasados ya meses desde aquella visión, podría equivocarme.

Jesús la mira. Ve a una mujer de unos cuarenta años, bien vestida, de maneras francas. Le pregunta:

-¿Eres viuda, no es verdad?

-Sí, y sin hijos. He vuelto hace poco y he adquirido unas tierras en Jericó. Para estar cerca de la Ciudad Santa. Pero ahora veo que Tú eres más grande que ella. Y te sigo. Y te ruego que me recibas a tu servicio. Sé de ti por discípulos. Pero superas lo que ellos cuentan.

-De acuerdo. Concretamente, ¿qué quieres?

-Ayudarte en los pobres y, según mis posibilidades, hacer que seas amado y conocido. Conozco a muchos de las colonias de la Diáspora, porque he seguido a mi marido en sus actividades comerciales. Dispongo de medios y me basta con poco, así que puedo hacer mucho; y quiero hacer mucho, por tu amor y para sufragio del espíritu de aquel que me tomó, virgen, hace veinte años, y fue para mí dulce compañero hasta el último suspiro. Parecía profetizar cuando moría. Decía: "Cuando muera, entrega a la tumba la carne que te amó, y ve a nuestra patria. Encontrarás al Prometido. ¡Tú lo verás! Búscalos. Síguelos. Es el Redentor y Resucitador, y me abrirá las puertas de la Vida. Sé buena para ayudarme a estar preparado cuando abra los Cielos a los que no tengan ya deudas con la Justicia; y sé buena para merecer encontrarlo pronto. Jura que lo harás y que cambiarás en fortaleza hacendosa las estériles lágrimas de una viudez. Ten, esposa, a Judit como ejemplo tuyo, y todas las naciones conocerán tu nombre". ¡Pobre esposo mío! Lo único que pido es que me conozcas Tú...

-Te conoceré como discípula buena. Ve tú también donde Juana, y que Dios esté contigo...

..Pesados como abejas, vuelven al asalto los enemigos de Jesús, mientras Él, inmolado el cordero y habiendo esperado a que fueran inmolados los que habían tomado los discípulos para tener los necesarios para tantos, regresa hacia las murallas del Templo.

-¿Cuándo tienes pensado acabar con estas ostentaciones de rey? ¡Tú no eres rey! ¡Tú no eres profeta! ¿Hasta cuándo vas a abusar de nuestra bondad, hombre pecador, rebelde, causa de mal para Israel? ¿Cuántas veces te tenemos que decir que no tienes derecho a venir aquí como rabí?

-He venido a inmolarse el cordero. No podéis impedírmelo. No obstante, os recuerdo a Adonías y Salomón.

-¿Qué tienen que ver con esto? ¿Qué quieres decir? ¿Eres Tú Adonías?

-No. Adonías se hizo rey fraudulentamente, pero la Sabiduría velaba y aconsejaba, de forma que fue rey sólo Salomón. Yo no soy Adonías, sino Salomón.

-¿Y Adonías quién es?

-Todos vosotros.

-¿Nosotros? ¡Atento a lo que dices!

-Hablo con verdad y justicia.

-Observamos todos los puntos de la Ley, creemos en los profetas y...

-No. No creéis en los profetas. Ellos me nombran, y vosotros no creéis en mí. No. No observáis la Ley. La Ley aconseja obras justas. Vosotros no las hacéis. Ni siquiera son rectas esas ofrendas que venís a hacer.

Está escrito: "Inmunda es la ofrenda de quien sacrifica bienes malamente adquiridos". Está escrito: "El Altísimo no acepta los dones de los inicuos, no vuelve su mirada hacia sus oblationes, ni perdonará sus pecados porque acumulen muchos sacrificios". Está escrito: "Quien ofrece sacrificio con los bienes de los pobres es como quien degüella a un hijo ante los ojos de su padre". ¡Esto está escrito, Jocanáan! Está escrito: "El pan de los indigentes es la vida de los pobres, quien se lo arrebatara es un asesino". ¡Esto está escrito, Ismael!

Está escrito: "Quien arrebatara el pan del sudor es como si matara al pobre". ¡Esto está escrito, Doras hijo de Doras!

Está escrito: "Quien vierte la sangre y quien quita su jornal al jornalero son hermanos". ¡Esto está escrito, Jocanáan, Ismael, Cananías, Doras, Jonatán. Y recordad también que está escrito: "Quienquiera que sea el que cierre sus oídos a los gritos de los pobres, gritará también él y no será escuchado".

Y tú, Eleazar ben Anás, recuerda, y recuerda a tu padre, que está escrito: "Mis sacerdotes han de ser santos y no se contaminarán por ningún motivo".

Y tú, Cornelio, ten presente que está escrito: "Quien maldiga a su padre y a su madre sea muerto", y no es muerte sólo la que procura el verdugo: una muerte mayor espera a los que pecan contra los padres, eterna, tremenda muerte.

Y tú, Tolmé, recuerda que está escrito: "A1 que practica la magia lo extermino Yo".

Y tú, Sadoq, escriba de oro, recuerda que entre el adúltero y su paraninfo en el adulterio no hay diferencia a los ojos de Dios; y está escrito que quien jura lo falso es consumido por las llamas sin fin. Y di a aquel que lo ha olvidado que quien toma a una virgen y saciado ya, la separa de sí con acusaciones falsas, recibe condena. ¡No aquí! En la otra vida: por la mentira, el juramento falso, el daño contra la esposa, y por el adulterio.

¿Qué sucede? ¿Huís? ¿Ante el inerme que dice palabras no tuyas, sino de aquellos a quienes vosotros citáis como santos en Israel? De forma que no podéis decir que el inerme sea un blasfemo, porque, si lo dijerais, llamaríais blasfemos a los libros sapienciales y a los libros mosaicos, que han sido dictados por Dios. ¿Huís ante el inerme? ¿Son, acaso, piedras mis palabras? ¿O es que despiertan en vosotros, golpeando en el bronce duro de vuestro duro corazón, la conciencia, y la conciencia siente el deber de purificarse - ella y no sólo los miembros - en esta Parasceve, para poder consumir, sin pecado de impureza, el cordero santo? ¡Oh, si así es, gloria al Señor! Porque, os lo digo a vosotros que queréis ser alabados como sabios, verdadera sabiduría es conocerse a sí mismo, reconocer los propios errores, arrepentirse de ellos e ir a los ritos con "verdadera" devoción, o sea, con culto y rito en el alma, y no rito externo...

-¡Se han marchado! Vámonos también nosotros, a dar paz a quien nos espera...

374

El día de la Parasceve. Por las calles de Jerusalén y en el barrio de Ofel.

Salen del Templo, que hormiguea de gente, para sumergirse en el hormigueo de las calles en que todos se mueven presurosos, atareados en los últimos preparativos pascuales; y los que llegan con retraso buscan afanosamente una habitación, un vestíbulo, un sitio cualquiera, y transformarlo en cenáculo para comer el cordero.

Es fácil así encontrarse. También es fácil no reconocerse, en medio de este gentío que se agolpa, agitado continuamente, y que hace pasar ante los ojos caras de todas las edades, de todas las regiones en que hay israelitas y donde la sangre pura de Israel ha contraído, por mezclas de sangre o simplemente por mimetismo, semejanzas con otras razas. De forma que se ven hebreos que parecen egipcios, y también que, por los labios salientes, las narices chatas y el ángulo facial, parecen cruzamientos con nubios; otros que, por las caras afiladas, pequeñas, las extremidades gráciles, las miradas perspicaces, delatan su procedencia de las colonias griegas o su mezcla con griegos; mientras que otros, hombres altos y fuertes, de rostros escuadrados, revelan claramente que no son del todo ajenos a los latinos; y hay también muchos que nosotros modernos diríamos que son circasianos o persas, con un vestigio de ojos mongólicos o indios: en los rostros blanquísimos de los primeros, en los rostros aceitunados de los segundos. ¡Un bonito calidoscopio de caras y vestidos! Los ojos se cansan, tanto que es fácil que al final miren sin ver. Pero lo que a uno le pasa desapercibido otro lo observa. Es, pues, comprensible que lo que le pasa desapercibido al Maestro, siempre un poco absorto dentro de sí cuando lo dejan en paz y no le hacen preguntas, lo note uno u otro de los que están con Él. Y los apóstoles, los que van más cerca de Jesús, se señalan unos a otros lo que ven, y cuchichean entre sí una serie de comentarios... muy humanos, respecto a las personas señaladas.

Jesús capta uno de estos comentarios incisivos, sobre un ex discípulo que pasa con empaque fingiendo no verlos:

-¿A quién decís esas palabras? - pregunta.

-A ese mochuelo - dice Santiago de Zebedeo mientras lo señala - Ha hecho como que no nos veía. Y no es el único que lo hace. Pero cuando debías curarlo y te buscaba, ¡ah, entonces sabía vernos! ¡A ver si le viene la pústula maligna!

-¡¡Santiago!! ¿Con estos sentimientos estás a mi lado y te preparas a comer el cordero? Verdaderamente tú eres más incoherente que él. Él se ha separado con franqueza, cuando ha sentido que no podía hacer lo que Yo decía. Tú te quedas, pero no haces lo que digo. ¿No eres entonces más pecador que él?

Santiago se pone colorado hasta de los compañeros, avergonzado.

-¡Es que duele ver que actúan así, Maestro! - dice Juan, para ayudar a su hermano que ha sido corregido - Nuestro amor se rebela al ver su desamor...

-Sí, ya. ¿Y pensáis que los vais a llevar al amor de esta forma? Desaires, malas palabras, insultos nunca han llevado a un rival o a uno que piense de forma distinta al punto a donde se querría llevar. Son la dulzura, la paciencia, la caridad - perseverantes a pesar de todas las negativas -, las que al final consiguen. Yo comprendo vuestro corazón, que sufre al no verme amado, y lo compadezco. Pero querría percibirlos, veros más sobrenaturales en vuestras acciones y en vuestros medios para hacer que me amen. ¡Ánimo, Santiago, ven aquí! No he hablado para avergonzarte. Comprendámonos, amémonos al menos entre nosotros, amigos míos... ¡Que ya hay mucha incompreensión y dolor para el Hijo del hombre!

Santiago, tranquilizado, vuelve junto a Jesús.

Andan un rato en silencio. Luego Tomás interviene bruscamente con una fuerte exclamación:

-¡Pero es una verdadera vergüenza!

-¿El qué? - pregunta Jesús.

-¡Pues la vileza de muchos! Maestro, ¿no ves cuántos fingen que no te conocen?

-¿Y qué? ¿Cambiará, acaso, su modo de actuar una iota de lo que está escrito acerca de mí? No. Sólo para ellos se cambia lo que se podría escribir. Porque en los libros eternos se podría decir de ellos: "Los discípulos buenos", y se escribirá: "Los que no fueron buenos, aquellos para quienes fue nada la venida del Mesías". Palabra tremenda, ¿sabéis? Peor que la de: "Adán, con Eva, pecó". Porque Yo puedo anular aquel pecado. Pero no podré anular este de renegar del Verbo Salvador... Vamos a torcer por esta parte. Yo me detengo con los hermanos, con Simón Pedro y Santiago en el barrio de Ofel. Judas de Simón se quedará también. Pero Simón Zelote, Juan y Tomás irán al Getsemaní por las bolsas...

-Sí, así no se le atravesará el cordero a Jonás - dice Pedro todavía inquieto. Los otros ríen...

-¡Tranquilo, tranquilo! No te asombres de que tenga miedo. Mañana podrías tener miedo tú.

-¿Yo, Maestro? Es más fácil que el mar de Galilea se transforme en vino que no que tenga miedo yo - afirma Pedro con seguridad.

-Sin embargo... la otra noche... Simón... no parecías muy valiente en la escalera del palacio de Cusa - muerde Judas de Keriot, sin mucha ironía pero... siempre con el sarcasmo suficiente como para punzar a Pedro.

-¡Estaba agitado porque... temía por el Señor! No por otra cosa.

-¡Bien! ¡Bien! Esperemos que no tengamos nunca... miedo a quedar mal nosotros, ¿eh?» responde Judas de Keriot dándole una palmada en el hombro, protector y maligno... En otros momentos su modo de actuar habría desencadenado una reacción. Pero Pedro, desde la noche anterior, vive en estado de... admiración por Judas y lo soporta en todo.

Jesús dice:

-Felipe y Natanael con Andrés y Mateo que vayan al palacio de Lázaro, a decir que estamos yendo.

Se separan estos últimos, y los otros siguen con Jesús. Los discípulos, menos Esteban e Isaac, van con los apóstoles que han sido enviados al palacio.

En el barrio de Ofel, una nueva separación. Los encargados de ir al Getsemaní se encaminan, raudos, junto con Isaac. Esteban se queda con Jesús, los hijos de Alfeo, Pedro, Santiago y Judas Iscariote: y, para no estar parados en el cruce, prosiguen lentamente en la misma dirección de los que van al Getsemaní. Van precisamente por la callecilla que será recorrida por Jesús entre sus torturadores la noche del Jueves Santo. Ahora, que es hacia mediodía, está vacía de gente. Después de pocos pasos, hay una pequeña placita, con una fuente sombreada por una higuera que abre sus tiernas hojas sobre la balsa del agua quieta.

-Ahí está Samuel de Analía - dice Santiago de Alfeo, que debe conocerlo bien. El joven está para entrar en casa con el cordero... Va cargado también con otros alimentos.

-Se ocupa de la cena pascual también para su pariente - observa Judas de Alfeo.

-¿Pero ahora se ha establecido aquí? ¿No estaba fuera? - dice Pedro.

-Sí. Se ha establecido aquí. Se dice que tiene relaciones con la hija de Cleofás, el fabricante de sandalias. Tiene mucho dinero esa mujer...

-¡Ah! ¿Y por qué dice, entonces, que Analía lo ha abandonado? - pregunta Judas Iscariote.

-¡Es una mentira!

-El hombre se sirve fácilmente de la mentira. Y no sabe que haciéndolo se mete por el camino del mal. Basta el primer paso, un paso, para no poderse ya liberar... Es como el ajonje... es un laberinto... una armadilla. Una armadilla en bajada... - dice Jesús a Judas

-¡Qué pena! ¡Parecía tan bueno el año pasado ese hombre! - dice Santiago de Zebedeo.

-Sí. Yo creía que imitaría a su prometida en cuanto a entregarse totalmente a ti, haciendo así una pareja de esposos ángeles y siervos tuyos. ¡Vamos que lo habría jurado!... - dice Pedro.

-¡Simón mío! No jures nunca sobre el futuro de un hombre. Es la cosa más incierta que hay. Ningún elemento presente en el momento del juramento puede ser fianza de juramento seguro. Hay delincuentes que se hacen santos, y hay justos, o que tienen apariencia de justos, que se hacen delincuentes - le responde Jesús.

Samuel, entretanto, después de entrar en casa, ha vuelto a salir para ir a la fuente por agua pura... Y ve a Jesús. Lo mira con visible desprecio y lanza un insulto; sí, ciertamente es un insulto, pero es en hebreo y no lo entiendo.

Judas Iscariote se lanza repentinamente hacia delante, lo coge por un brazo y le da unos meneos como si fuera un árbol del que se quisiera hacer caer la fruta madura:

-¿Así hablas al Maestro, pecador? ¡Abajo! ¡De rodillas! ¡Inmediatamente! ¡Pídele perdón, lengua sucia de inmundicia de cerdo! ¡Abajo! ¡O te destrozó!

Es terrible este Judas con esta violencia repentina. Su rostro se altera terriblemente. Inútilmente Jesús trata de calmarlo. Hasta que no ve al blasfemo arrodillado en la tierra fangosa que hay alrededor de la fuente, no afloja la presión.

-Perdón - dice entre dientes el malaventurado, que debe sentirse torturado por la tenaza de los dedos de Judas. Pero lo dice mal. Sólo porque se ve forzado.

Jesús responde:

-No guardo rencor. Tú sí, a pesar de lo que dices. La palabra es inútil, si no está acompañada del movimiento del corazón. Tú, en el corazón, blasfemas contra mí todavía. Y con doble culpa; porque me acusas y me odias por un motivo que tu conciencia, en lo profundo, te dice que no es verdad, y porque tú eres el único que ha faltado, no Analía, ni tampoco Yo. Pero te lo perdono todo. Ve y trata de volver a ser honesto y grato a Dios. Déjalo, Judas.

-Me marchó. ¡Pero te odio! Me has pervertido a Analía y te odio...

-De todas formas, te consuelas con Rebeca, hija del fabricante de sandalias; y te consolabas con ella ya desde cuando Analía era tu prometida y, estando enferma, pensaba sólo en ti...

-Me veía ya sin mujer... eso pensaba... y me buscaba esposa... Ahora he vuelto a Rebeca porque... porque... Analía no me acepta - dice Samuel disculpándose, al ver descubiertos sus enjuagues.

Judas Iscariote termina:

...Y porque Rebeca es muy rica. Fea como una sandalia destaconada... y vieja como una suela perdida en el sendero... pero rica, eso sí, rica... - y ríe sarcásticamente mientras el otro huye.

-¿Cómo lo sabes? - pregunta Pedro.

-¡Es fácil saber dónde hay vírgenes y dinero!

-¡Bien! ¿Vamos por esa calle estrecha, Maestro? Esta plaza es un horno de pan. Allí hay sombra y ventilación - suplica Pedro, que está sudando.

Y caminan, despacio porque esperan a los otros de regreso. La pequeña calle está desierta.

Una mujer se separa de una puerta y viene a postrarse a los pies de Jesús llorando.

-¿Qué te pasa?

-¡Maestro!... ¿Ya te has purificado?

-Sí. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque quería decirte... Pero no te puedes acercar a él. Es todo podredumbre... El médico dice que está infectado. Después de la Pascua voy a llamar al sacerdote... y... Hinnon lo recibirá. No me culpes. No lo sabía... Trabajé durante muchos meses en Joppe y me volvió así, diciendo que se había herido. Usé bálsamos y lavados con aromas... Pero no aprovechaban. Consulté a un herbolario. Me dio polvos para la sangre... Separé a los hijos... separé la cama... porque... me empezaba a dar cuenta. Empeoró. Llamé a un médico. Me dijo: "Mujer, tú sabes tu deber y yo el mío. Esto es herida de lujuria. Sepáralo de ti; yo lo separaré del pueblo; el sacerdote, de Israel. Tenía que haber reflexionado cuando ofendía a Dios, te ofendía a ti y se ofendía a sí mismo. Ahora que pague". Obtuve el silencio suyo hasta el día siguiente de los Ázimos. Pero, si Tú tuvieras piedad del pecador, y de mí, que todavía lo amo, y de los cinco hijos inocentes...

-¿Qué quieres que te haga? ¿No crees que quien ha pecado es justo que expíe?

-¡Sí, Señor! ¡Pero Tú eres la Misericordia viviente!

Toda la fe de que una mujer es capaz está presente en la voz, en la mirada, en el gesto de la mujer arrodillada con los brazos extendidos hacia el Salvador.

-¿Y él que tiene en su corazón?

-Humillación... ¿Qué otra cosa podría tener, Señor?

-¡Sería suficiente un movimiento sobrenatural de arrepentimiento, de justicia, para obtener piedad!...

-¿Justicia?

-Sí. Decir: "He pecado... Mi pecado merece esto y mucho más, y a los que he ofendido les pido misericordia".

-Yo ya se la he dado. Tú, Dios, dásela. No puedo decirte: entra... Ya ves que no te toco ni siquiera yo... Pero, si quieres, lo llamo, y le digo que hable desde la terraza.

-Sí.

La mujer mete la cabeza dentro de la puerta de casa y llama fuerte:

-¡Jacob! ¡Jacob! Sube al tejado. Asómate. No temas.

El hombre, pasados unos momentos, se asoma por el antepecho de la terraza. Una cara amarillenta, hinchada; vendados el cuello y una mano... Una ruina tábida de hombre... Mira con los ojos aguosos propios del enfermo de innobles enfermedades. Pregunta:

-¿Quién me requiere?

-¡Jacob, está aquí el Salvador!...

La mujer no dice nada más, pero parece como si quisiera hipnotizar al enfermo, infundirle su pensamiento...

El hombre, sea porque siente este pensamiento de ella, sea por un movimiento espontáneo, extiende los brazos y dice:

-¡Libérame! ¡Creo en ti! ¡Es horrible morir así!

-Es horrible faltar al propio deber. ¿No pensabas en ésta, ni en los hijos?

-Piedad, Señor... Por ellos, por mí... ¡Perdón! ¡Perdón!

Y se deja caer encima del murete, llorando. Las manos, vendadas, sobresalen con todo el brazo, descubierto ahora por haberse subido la manga, con manchas por las ya próximas pústulas, hinchado, repelente... El hombre, así como está, parece una marioneta macabra, un cadáver arrojado allí, ya próximo a la descomposición: da pena y náusea al mismo tiempo.

La mujer llora, todavía en el polvo del suelo, de rodillas.

Jesús parece esperar aún una palabra... que, por fin, baja, entre sollozos:

-¡Elevo mi dolor a ti contrito de corazón! Dame al menos la promesa de que ellos no sufrirán hambre... y luego... me marcharé, resignado, a expiar. ¡Y salva mi alma, Salvador bendito! ¡Al menos mi alma! ¡Al menos mi alma!

-Sí. Te curo. Por los inocentes. Para darte el modo de mostrarte justo. ¿Comprendes? Recuerda que el Salvador te ha curado. Dios, por el modo en que respondas a esta gracia, te absolverá de tus pecados. Adiós. La paz a ti, mujer.

Y se marcha, casi corriendo, al encuentro de los que regresan del Getsemaní. Ni siquiera los gritos del hombre, que siente y ve que se está curando, lo detienen, ni tampoco los de la mujer...

-Vamos a torcer por esta callejuela, para no pasar otra vez por allí - dice Jesús después de haberse reunido con los otros.

Entran por una callejuela miserable, tan estrecha que a duras penas dos pasan de lado, y, si viene por ella un burro con albardas, no queda otra solución sino aplastarse contra la pared como un sello. Hay penumbra, por los tejados que casi se tocan, y soledad, silencio y mal olor. Van en fila, como si fueran frailes, hasta el final de la callejuela miserable. Luego, en una placita llena de muchachos, se reúnen otra vez en grupo.

-¿Por qué has dicho esas palabras a aquel hombre? No las usas nunca... - pregunta curioso Pedro.

-Porque aquel hombre será uno de mis enemigos. Y este pecado agravará el que ya tiene.

-¿Y lo has curado?! - preguntan todos, estupefactos.

-Sí. Por los pequeñuelos inocentes.

-¡Mmm! Volverá a enfermar...

-No. De la vida del cuerpo, después del susto y el sufrimiento pasados, tendrá cuidado; no volverá a enfermar.

-Pero dices que pecará contra ti. Yo le quitaba la vida.

-Tú eres un hombre pecador, Simón de Jonás.

-Y Tú demasiado bueno, Jesús de Nazaret - replica Pedro.

Los absorbe una calle central y ya no veo nada más.

Nota mía. (de María Valtorta.-) Reconozco tanto al hombre curado como a Samuel. El primero es el que, en la Pasión, golpea con una piedra a Jesús en la cabeza. Reconozco más que a él a su mujer, doliente ahora como entonces; y la casa, que tiene una puerta sui generis, alta, sobre tres peldaños. Y lo mismo, con la máscara de odio que lo transforma, reconozco en Samuel al joven que mata a su madre de una patada, para poder ir a golpear al Maestro con un garrote.

375

La cena ritual en casa de Lázaro y el banquete sacrílego en la casa de Samuel.

Cuando Jesús entra en el palacio, ve que está invadido por una gran cantidad de personas de servicio que han venido de Betania y se apresuran en los preparativos. Lázaro, echado en un triclinio y con muchos dolores, saluda con una pálida sonrisa a su Maestro, el cual acelera el paso hacia él y se inclina, todo amor, hacia el triclinio, diciendo:

-Has sufrido mucho con los bamboleos del carro, ¿no es verdad, amigo mío?

-Mucho, Maestro - responde Lázaro, tan postrado que con sólo evocar lo que ha sufrido le vuelven de nuevo las lágrimas a los ojos.

-¡Por culpa mía! ¡Perdóname!

Lázaro coge una de las manos de Jesús y se la lleva a la cara, frota contra ella el carrillo enflaquecido, la besa, y susurra:

-¡No por culpa tuya, Señor! Y estoy muy contento de que celebres conmigo la Pascua... mi última Pascua...

-Si Dios lo quiere, a pesar de todo, celebrarás muchas otras todavía, Lázaro. Y tu corazón siempre estará conmigo.

-Ha llegado mi fin. Me quieres consolar... pero ya es el fin. Y lo siento...

Llora.

-¿Lo ves, Señor? Lázaro no hace más que llorar - dice Marta compasiva - Dile que no lo haga. ¡Se agota!

-La carne tiene también sus derechos. El sufrimiento es penoso, Marta, y la carne llora. Necesita este desahogo. Pero el alma está resignada, ¿no es verdad, amigo mío? Tu alma de justo hace complacientemente la voluntad del Señor...

-Sí... Pero ahora lloro porque Tú, estando tan perseguido, no vas a poder asistirme en la muerte... Me estremece la muerte, tengo miedo de morir... Si estuvieras Tú, no tendría nada de esto. Me refugiaría en tus brazos... y me dormiría así... ¿Cómo voy a lograr morir sin sentir movimientos contra la obediencia a esta tremenda voluntad?

-¡Ánimo, hombre! ¡No pienses en estas cosas! ¿Ves? Haces llorar a tus hermanas... El Señor te ayudará tan paternamente que no sentirás miedo. Son los pecadores los que tienen que tener miedo...

-¿Pero Tú, si puedes, vienes a mi agonía? ¡Prométemelo!

-Te lo prometo. Esto y más todavía.

-Mientras preparan las cosas, cuéntame lo que has hecho esta mañana...

Y Jesús, sentado en el borde del triclinio, con una de las enflaquecidas manos de Lázaro entre las suyas, cuenta can pelos y señales todo lo que ha sucedido, hasta que Lázaro, rendido, se adormece; y Jesús no lo deja ni siquiera entonces; permanece inmóvil para no disturbar ese sueño reparador, y hace señas de que se haga el menor ruido posible, tanto que Marta, después de traer a Jesús algo de comer, se retira de puntillas, corre la tupida cortina y cierra la robusta puerta. El ruido de la casa, toda en movimiento, se atenúa así para transformarse en un susurro apenas sensible. Lázaro duerme. Jesús ora y medita.

Pasan las horas así, hasta que María de Magdala viene a traer una lamparilla, porque cae la tarde y ya se cierran las ventanas.

-¿Duerme todavía? - susurra.

-Sí. Está muy tranquilo. Le viene bien.

-Hacía meses que no dormía tanto... Creo que mucha de su agitación era el miedo a la muerte. Contigo al lado, no hay miedo... a nada... ¡Qué fortuna para él!

-¿Por qué, María?

-Porque te podrá tener a su lado cuando muera. Pero yo...

-¿Por qué tú no?

-Porque Tú quieres morir... y pronto. Y yo, ¿quién sabe cuándo moriré? ¡Haz que muera antes de ti, Maestro!

-No, debes servirme mucho tiempo todavía.

-¡Entonces tengo razón al hablar de la fortuna de Lázaro!

-Todos los amados tendrán su misma fortuna, y más que él.

-¿Quiénes son? ¿Las personas puras, verdad?

-Los que saben amar totalmente. Por ejemplo tú, María.

-¡Oh, Maestro mío!

María se deja caer al suelo, encima de la estera multicolor que cubre el piso de esta habitación, y ahí permanece en adoración a su Jesús.

Marta, buscándola, introduce la cabeza.

-¡Ven, oye! Tenemos que decorar la sala roja para la cena del Señor.

-No, Marta. Dejad esa sala para los más humildes, para los campesinos de Jocanán, por ejemplo.

-¿Pero por qué, Maestro'?

-Porque cada pobre es otro Jesús y Yo estoy en ellos. Honrad siempre al pobre al que ninguno ama, si queréis ser perfectas. Para mí preparad en el atrio. Teniendo abiertas las puertas de las muchas habitaciones que dan a él, todos me verán por igual, y Yo veré a todos.

Marta, no demasiado satisfecha, objeta:

-¡Pero Tú en un vestíbulo!... ¡No es digno para ti! ...

-Ve, ve. Haz lo que te digo. Es dignísimo hacer lo que el Maestro aconseja.

Marta y María salen sin hacer ruido y Jesús se queda, paciente, velando al amigo que descansa.

Las cenas están en pleno desarrollo: con una poca justa distribución de los invitados, según el punto de vista humano, pero con una visión superior, tendente a dar honor y amor a aquellos que el mundo normalmente no considera.

Así, en la espléndida, regia sala roja, cuya bóveda apoya en dos columnas de pórfido rojo, entre las cuales ha sido colocada la larga mesa, están sentados los campesinos de Jocanán, junto con Margziam e Isaac, más otros discípulos, hasta completar el número adecuado. En la sala en que tuvo lugar la cena de la noche precedente hay otros discípulos de entre los más humildes. En la sala blanca - un sueño de candor - están las discípulas vírgenes, y con ellas, que son sólo cuatro, están las hermanas de Lázaro y Anastática y otras jóvenes; pero la reina de la fiesta es María, la Virgen por excelencia. En la habitación de al lado, que quizás es una biblioteca - porque está recubierta de altas arcas oscuras que quizás contienen rollos, o los contenían - , están las viudas y las mujeres casadas; presiden el grupo Elisa de Betsur y María de Alfeo. Y así sucesivamente.

Pero lo que impresiona es ver a Jesús en el atrio marmóreo. Es verdad que el gusto señorial de las dos hermanas de Lázaro ha hecho del cuadrado vestíbulo un verdadero salón luminoso, floreteado, más espléndido que una sala. ¡Pero sigue siendo un vestíbulo! Jesús está con los doce; a su lado, Lázaro y con Lázaro Maximino.

Prosiguen las cenas según el rito... Jesús rebosa de alegría por estar en el centro de todos sus discípulos fieles.

Terminada la cena, bebido el último cáliz, cantado el último salmo, todos los que estaban en las distintas salas afluyen al atrio; pero no caben, dada la presencia de la mesa, que ocupa no poco espacio.

-Vamos a la sala roja, Maestro. Corremos la mesa contra la pared y nos ponemos todos alrededor de ti - sugiere Lázaro, y hace una señal a los criados para que así lo hagan.

Ahora Jesús, sentado en el centro, entre dos columnas de preciado valor, bajo la lámpara rutilante, elevado encima de un pedestal hecho con dos triclinios usados para la cena, parece verdaderamente un rey sentado en el trono en medio de sus cortesanos. La túnica de lino que se ha puesto antes de la cena resplandece como si estuviera confeccionada con hilos preciosos, y parece aún más blanca en el contraste con el rojo mate de las paredes y el rojo brillante de las columnas. Y su rostro es verdaderamente divino y regio mientras habla o escucha a los que tiene alrededor. Los más humildes - a quienes ha querido tener muy cerca -, sintiéndose amados por los demás fraternalmente, hablan con seguridad, manifestando sus esperanzas y congojas con sencillez y fe.

¡Pero el más feliz entre tantas personas felices es el abuelo de Margziam! No se separa ni un instante de su nieto, goza mirándolo y escuchándolo... De vez en cuando, dado que está sentado junto a Margziam, que está de pie, reclina su cabeza cana en el pecho de su nieto, y éste la acaricia.

Jesús ve este gesto varias veces y pregunta al anciano:

-¿Padre, tu corazón se siente feliz?

-¡Muy feliz, mi Señor! Ni siquiera me parece verdad. Sólo quisiera una cosa...

-¿Cuál?

-Morir, si fuera posible, en esta paz. Pronto por lo menos. Porque el máximo bien ya lo he recibido. Más no puede tener una criatura sobre la faz de la tierra... Irme... no sufrir más... Marcharme... Como has dicho justamente en el Templo, Señor. "Quien ofrece sacrificios con los bienes de los pobres es como quien degüella a un hijo ante los ojos de su padre." Lo único que retiene a Jocanán para emular a Doras es el miedo a ti. Está empezando a pasársele el recuerdo de lo que le sucedió al otro. Sus campos prosperan y él los fertiliza con nuestro sudor. ¿No es el sudor, acaso, un bien de los pobres, su propio yo que se expresa

en trabajos superiores a sus fuerzas? No nos pega, nos da lo que hace falta para mantenernos fuertes para el trabajo. Pero, ¿no nos explota más que a los bueyes? Decidlo vosotros, compañeros míos...

Los labriegos de Jocaná - los viejos y los nuevos - asienten.

-¡Mmm! Creo que... Sí, que tus palabras le hacen ser más vampiro que nunca; y a costa de éstos... ¿Por qué las dijiste, Maestro? - pregunta Pedro.

-Porque se las merecía. ¿No es verdad, vosotros de los campos?

-¡Sí! Los primeros meses... fue bien. Pero ahora... peor que antes - afirma Miqueas.

-El cubo del pozo por su propio peso desciende - sentencia el sacerdote Juan.

-Sí, y el lobo pronto se cansa de aparecer como cordero - añade Hermas.

Las mujeres hablan bajo entre sí, compasivas. Jesús, dilatados sus ojos por la compasión, mira a los pobres labriegos, afligido de verse impotente para quitarles este peso.

Lázaro dice:

-Había ofrecido sumas locas para conseguir esos campos y dar a éstos la paz. Pero no he logrado hacerme con ellos. Doras me odia. Es semejante en todo a su padre.

-Bueno... pues moriremos así. Este es nuestro destino. ¡Pero bienvenido será el descanso en el seno de Abraham! - exclama Saulo, otro campesino de Jocaná.

-¡En el seno de Dios, hijo! En el seno de Dios. La Redención se cumplirá, los Cielos se abrirán, y vosotros iréis al Cielo y...

Alguien golpea vigorosamente el portón. Los golpes retumban fuertes. Nace la alarma entre los presentes.

-¿Quién es?

-¿Quién está por la calle la noche de Pascua?

-¿Soldados?

-¿Fariseos?

-¿Soldados de Herodes?

Pero, mientras la agitación se extiende, aparece Leví, el guardián del palacio:

-Perdona, Rabí - dice - hay un hombre que pregunta por ti. Está en la entrada. Parece muy afligido. Es una persona anciana; del pueblo llano, me parece. Pregunta por ti. Y con urgencia.

-¡Hala! ¡No es ésta la noche más adecuada para milagros! Que vuelva mañana... - dice Pedro.

-No. Todas las noches son tiempo de milagros y de misericordia - dice Jesús poniéndose en pie; y desciende de su sitio para ir hacia el atrio.

-¿Vas solo? ¡Voy yo también! - dice Pedro.

-No. Quédate donde estás.

Sale al lado de Leví.

En el fondo, junto al pesado portón, en el atrio semioscuro - han sido apagadas las lámparas que antes lo iluminaban - hay un anciano. Está muy nervioso. Jesús se acerca a él.

-Detente, Maestro. Quizás he tocado un muerto y no quiero contaminarte. Soy el pariente de Samuel, el prometido de Analía. Estábamos consumiendo la cena, y Samuel bebía, bebía, bebía... contra lo que es lícito. Pero es que ese joven, desde hace un tiempo, me parece un desquiciado. ¡Es el remordimiento, Señor! Medio borracho y bebiendo más, decía: "Así no me acordaré de que le he dicho que lo odio. Porque yo, sabedlo, he maldecido al Rabí". Y me parecía Caín, porque repetía: "Mi iniquidad es demasiado grande. ¡No merezco perdón! ¡Tengo que beber! Beber para no recordar. Porque está escrito que quien maldice a su Dios llevará consigo su pecado y es reo de muerte". Deliraba ya así, cuando ha entrado en la casa un pariente de la madre de Analía para preguntar el porqué del repudio. Samuel, medio borracho, ha reaccionado con malas palabras. El hombre, por su parte, lo ha amenazado con llevarlo al magistrado por el perjuicio que causa al honor de la familia. Samuel ha sido el primero en darle una bofetada. Se han enzarzado... Yo soy viejo, como también es vieja mi hermana, y viejos son el criado y la criada. ¿Qué podíamos hacer nosotros cuatro, y qué podían hacer las dos niñas, hermanas de Samuel? ¡Podíamos gritar! ¡Podíamos tratar de separarlos! Nada más... Y Samuel ha cogido el hacha con que habíamos preparado la leña para el cordero y le ha dado con ella en la cabeza... No le ha abierto la cabeza porque ha golpeado con el reverso, no con al tajo. Pero el otro ha empezado a tambalearse, borbotando, y se ha caído... Hemos dejado de gritar... para... para que no viniera gente... Nos hemos atrincherado en casa... Aterrorizados... Esperábamos que el hombre volviera en sí echándole agua en la cabeza. Pero sigue borbotando, borbotando. Se va a morir, está claro. En algunos momentos parece ya muerto. Yo, en uno de estos momentos, me he marchado para venir a llamarte. Mañana... quizás antes, los parientes buscarán al hombre. En nuestra casa, porque sabían que había venido. Y lo encontrarán muerto... Y matarán a Samuel, según la Ley... ¡Señor! ¡Señor! La deshonra ya ha caído sobre nosotros... ¡Pero esto no! ¡Por mi hermana piedad, Señor! El te ha maldecido... pero su madre te ama... ¿Qué debemos hacer?

-Espérame aquí. Voy Yo - y Jesús vuelve a la sala y desde la puerta, dice:

-Judas de Keriot, ven conmigo.

-¿A dónde, Señor? - dice Judas obedeciendo inmediatamente.

-Lo sabrás. Vosotros todos seguid aquí con paz y amor. Volvemos pronto.

Salen de la sala, del vestíbulo, de la casa. Pronto recorren las calles, desiertas y oscuras. Llegan a la casa fatal.

-¿La casa de Samuel? ¿Por qué?...

-Silencio, Judas. Te he tomado conmigo porque tengo confianza en tu buen sentido.

El viejo se ha dado a reconocer. Entran. Suben al comedor, hasta donde han arrastrado al hombre agredido.

-¿Un muerto? ¡Pero Maestro! ¡Nos contaminamos!

-No está muerto. ¿No ves que respira?, ¿no oyes los estertores? Ahora lo voy a curar...

-¡Pero tiene un golpe en la cabeza! ¡Aquí ha habido un delito! ¿Quién ha sido?... ¡Y en el día del cordero!

Judas está horrorizado.

-Ha sido él - dice Jesús señalando a Samuel, que está en el suelo, en un rincón, hecho un ovillo, más moribundo que el propio moribundo, con estertores de terror como el otro de agonía, cubierta su cabeza con el extremo del manto, para no ver y no ser visto, mirado por todos con horror, por todos menos por la madre, que al horror por el homicida une la angustia por el hijo culpable y condenado ya de antemano por la férrea ley de Israel.

-¿Ves a dónde conduce un primer pecado? ¡A esto. Judas! Empezó siendo perjurio contra la mujer, luego contra Dios; luego se ha hecho calumniador, embustero, blasfemo, luego se ha dado al vino y ahora es un homicida. Así se cae en el poder de Satanás. Judas. Tenlo siempre presente...

Jesús se muestra terrible mientras señala a Samuel con su brazo extendido.

Pero luego mira a la madre, que, agarrada a una contraventana, apenas si se tiene en pie, temblorosa (parece ya cercana a la muerte), y con tristeza dice:

-¡Y así, Judas, se mata, sin más arma que la del delito del hijo, a las pobres madres!... De ella siento compasión. ¡Yo siento compasión por las madres! Yo, el Hijo que no verá compasión hacia su Madre...

Jesús llora... Judas lo mira estupefacto...

Jesús se inclina hacia el moribundo y le pone una mano en la cabeza. Ora. El hombre abre los ojos. Parece como un poco ebrio. Atónito... Pero pronto vuelve en sí.

Hincando los puños contra el suelo, se sienta. Mira a Jesús. Pregunta:

-¿Quién eres?

-Jesús de Nazaret.

-¡El Santo! ¿Por qué aquí junto a mí? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi hermana y su hija? ¿Qué ha sucedido?

Trata de recordar.

-Hombre, tú me llamas santo. ¿Me crees santo entonces?

-Sí, Señor. Tú eres el Mesías del Señor.

-¿Entonces mi palabra es sagrada para ti?

-Sí, Señor.

-Entonces - Jesús se yergue, está majestuoso - ...entonces Yo, como Maestro y Mesías, te ordeno que perdones. Has venido aquí y has sido insultado...

-¡Ah! ¡Samuel! ¡Sí!... ¡El hacha! Lo denun...» dice mientras se levanta.

-No. Perdona en nombre de Dios. Te he curado para esto. Nutres afecto por la madre de Analía porque ha sufrido; pues esta de Samuel sufriría más todavía. Perdona.

El hombre se muestra muy elusivo. Mira con claro rencor al que lo ha herido. Mira a la madre angustiada. Mira a Jesús, que lo domina... No se sabe decidir.

Jesús le abre los brazos y lo arrima contra su pecho, diciendo:

-¡Por amor a mí!

El hombre rompe a llorar... ¡Estar entre los brazos del Mesías, sentir su aliento en los cabellos y un beso que desciende al lugar donde estaba el golpe!... Lloro, lloro...

Jesús dice:

-¿Sí, no es verdad? ¿Perdonas por amor a mí? ¡Dichosos los misericordiosos! Lloro, lloro en mi corazón. ¡Salga con el llanto todo rencor! ¡Completamente nuevo! ¡Completamente puro! ¡Así! ¡Manso, manso como debe ser un hijo de Dios!...

El hombre levanta la cara y dice entre lágrimas:

-Sí. Sí. ¡Tu amor es muy dulce! ¡Tiene razón Analía! Ahora la comprendo... ¡Mujer! ¡No llores más! El pasado es pasado. Nadie sabrá nada por boca mía. Goza de tu hijo, si es que puede darte alegría. Adiós, mujer. Regreso a mi casa - y hace además de salir.

Jesús le dice:

-Voy contigo, hombre. Adiós, madre. Adiós, Abraham. Adiós, niñas.

No dice una sola palabra a Samuel, el cual, a su vez, no encuentra ninguna palabra.

La madre le quita de la cabeza bruscamente el manto, y, como reacción al momento pasado, se abalanza hacia el hijo:

-¡Da gracias al Salvador, alma dura! ¡Dale gracias, hombre indigno, que no eres otra cosa!...

-Déjalo, déjalo, mujer. Su palabra no tendría valor. El vino lo tiene alelado y su alma está cerrada. Ora por él... Adiós.

Baja las escaleras, alcanza en la calle a Judas y al otro, se libera del anciano Abraham, que quiere besarle las manos, y se pone a andar raudo bajo los primeros rayos de la Luna.

-¿Estás lejos? - pregunta al hombre.

-A1 pie del Moria.

-Entonces tenemos que separarnos.

-Señor, me has conservado para los hijos, para mi mujer, para mi vida. ¿Qué debo hacer por ti?

-Ser bueno, perdonar y callar. Jamás, por ningún motivo, debes decir ni una palabra de cuanto ha sucedido. ¿Lo prometes?

-¡Lo juro por el sagrado Templo! A pesar de que me duela el no poder decir que me has salvado...

-Sé un hombre justo y Yo salvaré tu alma. Y esto sí que lo podrás decir. Adiós, hombre. La paz sea contigo.

El hombre se arrodilla, saluda, se separan.

-¡Qué cosas! ¡Qué cosas! - dice Judas, ahora que están solos.

-Sí. Horrendas. Judas, tú tampoco debes hablar.

-No, Señor. Pero, ¿por qué has querido que viniera yo contigo?

-¿No estás contento de mi confianza?

-¡Mucho! Pero...

-Pues porque quería que meditaras sobre esto: a dónde puede conducir la mentira, la avaricia de dinero, la crápula y las prácticas inertes de una religión que ha dejado de sentirse, y de practicarse, espiritualmente. ¿Qué era el banquete simbólico para Samuel? ¡Nada! Crápula. Un sacrilegio. Y en él se ha hecho homicida. Muchos en el futuro serán como él, y con el sabor del Cordero en la lengua - y no del cordero nacido de oveja, sino del Cordero divino - irán al delito. ¿Y por qué sucede eso? ¿Cómo sucede? ¿No te lo preguntas? Pues te lo digo igualmente: porque habrán preparado esa hora con muchos hechos precedentes cometidos, primero por desatenciones, por obstinación después. Recuerda esto, Judas.

-Sí, Maestro. ¿Y qué vamos a decir a los demás?

-Que había uno muy grave. Es verdad.

Tuercen rápidamente por una calle y los pierdo de vista.

376

Lección sobre la obra salvífica de los santos, y condena al Templo corrompido.

Muchos discípulos y discípulas ya se han despedido, y han regresado a las casas que los hospedaban, o han tomado de nuevo el camino por el que habían venido.

En la espléndida tarde de este Abril ya avanzado, quedan en la casa de Lázaro los discípulos en el verdadero sentido de la palabra, y especialmente los más consagrados a la predicación, o sea, los pastores, Hermas y Esteban, el sacerdote Juan, Timoneo, Hermasteo, José de Emaús, Salomón, Abel de Belén de Galilea, Samuel y Abel de Corazín, Agapo, Aser e Ismael de Nazaret, Elías de Corazín, Felipe de Arbela, José (el barquero de Tiberíades), Juan de Éfeso, Nicolái de Antioquía. De las mujeres, quedan, además de las discípulas más conocidas, Analía, Dorca, la madre de Judas, Mirta, Anastática, las hijas de Felipe. Ya no veo a Miriam de Jairo, ni al propio Jairo (quizás ha regresado a donde estaba hospedado).

Pasean lentamente por los patios, o también por la terraza de la casa. Alrededor de Jesús, que está sentado junto al triclinio de Lázaro, están casi todas las mujeres y todas las antiguas discípulas. Lo escuchan mientras habla con Lázaro describiendo los pueblos que han atravesado en las últimas semanas que han precedido al viaje pascual.

-Has llegado justo a tiempo de salvar al pequeño - comenta Lázaro después de la narración de lo del castillo de Cesárea de Filipo, señalando al lactante que duerme feliz en los brazos maternos. Y Lázaro añade: « ¡Es un niño muy bonito! Mujer, ¿me lo dejas ver de cerca?

Dorca se levanta y, silenciosamente, pero triunfalmente, ofrece a su hijo a la admiración del enfermo.

-¡Un niño muy bonito! ¡Precioso! Que el Señor te lo proteja y lo haga crecer sano y santo.

-Y fiel a su Salvador. Si no fuera fiel en el futuro, lo querría muerto, ya ahora. ¡Todo menos que, después de haber sido salvado, sea ingrato con el Señor! - dice Dorca firmemente, y vuelve a su sitio.

- Señor llega siempre a tiempo de salvar - dice Mirta, madre de Abel de Belén - El mío no estaba menos cerca de la muerte que el pequeñuelo de Dorca. ¡Y qué muerte! Pero llegó Él... y salvó. ¡Qué hora tan tremenda!...

Mirta palidece todavía al recordarlo...

-Entonces vendrás a tiempo también para mí, ¿no es verdad? Para darme paz... - dice Lázaro acariciando la mano de Jesús.

-¿Pero no estás un poco mejor, hermano mío? - pregunta Marta. Ya desde ayer te veo mejorado...

-Sí. Estoy asombrado yo mismo. Quizás Jesús...

-No, amigo. Es que vierto en ti mi paz. Tu alma está saturada de esta paz, y ello atenúa el sufrimiento de los miembros. Es decreto de Dios que sufras.

-Y que muera. Dilo, dilo. Bien, pues... hágase su voluntad, como Tú enseñas. Desde este momento no volveré a pedir ni curación ni alivio. He recibido tanto de Dios (y mira involuntariamente a María, su hermana), que es justo que con mi docilidad corresponda a lo mucho que he recibido...

-Haz más, amigo mío. Ya es mucho el que uno se resigne y sufra el dolor. Tú, no obstante, da al dolor un valor mayor.

-¿Cuál, mi Señor?

-Ofrecerlo por la redención de los hombres.

-Yo soy también un pobre hombre, Maestro. No puedo aspirar a ser un redentor.

-Lo dices tú. Pero estás equivocado. Dios se ha hecho Hombre para ayudar a los hombres. Pero los hombres pueden ayudar a Dios. Las obras de los justos serán unidas a las mías en la hora de la Redención; de los justos muertos ya hace siglos, de los que viven y de los futuros. Tú, ya desde ahora, agrega las tuyas. ¡Es tan hermoso unirse a la Bondad infinita, agregar a ella aquello que podamos ofrecer de *nuestra* bondad limitada, y decir: "Yo también contribuyo, Padre, al bien de los hermanos"! No puede haber amor más grande, hacia el Señor y hacia el prójimo, que este de saber padecer y morir por dar gloria al Señor y salvación eterna a nuestros hermanos. ¿Salvarse uno para sí mismo? Es poco. Es un "mínimo" de santidad. Hermoso es salvar. Darse para salvar. Impulsar el amor hasta convertirnos en hoguera inmoladora para salvar. Entonces el amor es perfecto. Y grandísima será la santidad del generoso.

-Qué bonito es todo esto, ¿no es verdad, hermanas mías? - dice Lázaro con embelesada sonrisa en su rostro afilado.

Marta asiente, emocionada, con la cabeza.

María, que está sentada en un almohadón a los pies de Jesús, en su postura habitual de humilde y ardiente adoradora, dice:

-¿Cuesto yo estos sufrimientos a mi hermano? ¡Dímelo, Señor, para que mi congoja sea completa!...

Lázaro exclama:

-¡No, María, no! Yo... debía morir a causa de ello. No te claves flechas en el corazón.

Pero Jesús, sincero hasta el extremo, dice:

-¡Sí, ciertamente! Yo he oído las oraciones de tu buen hermano, y los latidos de su corazón. Pero esto no debe producirte una angustia gravosa; antes bien, debe darte la voluntad de ser perfecta, por lo que cuestas. ¡Y exulta! Exulta porque Lázaro, por haberte arrebatado al demonio...

-¡No yo! Tú, Maestro.

...Por haberte arrebatado al demonio, ha merecido de Dios un premio futuro, por el que hablarán de él las gentes y los ángeles. Y, lo mismo que para el caso de Lázaro, también de otros, y especialmente de otras, que han arrancado con su heroísmo la presa de las manos de Satanás.

-¿Quiénes son? ¿Quiénes son? - preguntan curiosas las mujeres, y quizás todas esperan ser ellas, una por una.

María de Judas no habla. Pero mira, mira al Maestro... Jesús también la mira. Podría darle falsas esperanzas. No lo hace. No la mortifica, pero tampoco le infunde falsas esperanzas. Responde a todas:

-Lo sabréis en el Cielo.

La siempre angustiada madre de Judas pregunta:

-¿Y sí una, a pesar de quererlo, no logra el objetivo? ¿Cuál será su destino?

-El que merece su alma buena.

-¿El Cielo? Pero, Señor, una esposa, una hermana, una madre que... que no lograra salvar a aquellos a quienes ama y los viera condenados, ¿podría tener el Paraíso aun estando en el Paraíso? ¿No crees que esa mujer no tendrá jamás alegría, porque... la carne de su carne y la sangre de su sangre habrán merecido condena eterna? Yo creo que no podrá gozar mientras ve a su amado en atroz pena...

-Estás en un error, María. La visión de Dios, la posesión de Dios, son fuentes de una dicha tan infinita, que para los bienaventurados no subsiste ninguna pena. Diligentes y atentos para ayudar todavía a los que pueden ser salvados, no sufren por los que están separados de Dios y, por tanto, de ellos mismos que están en Dios. La comunión de los santos es para los santos.

-Pero si siguen ayudando a los que pueden ser salvados, es señal de que estos que reciben la ayuda no son todavía santos - objeta Pedro.

-Pero tienen voluntad, al menos pasiva, de serlo. Los santos en Dios ayudan incluso en las necesidades materiales para hacer pasar a aquéllos de una voluntad pasiva a una activa. ¿Me comprendes?

-Sí y no. Te pongo un ejemplo. Si yo estuviera en el Cielo y viera, vamos a suponerlo, un movimiento apenas perceptible de bondad en... digamos Elí el fariseo, ¿qué haría?

-Echarías mano de todos los medios para aumentar sus movimientos buenos.

-¿Y si no sirviera para nada? ¿Después?

-Después, una vez condenado, te desinteresarías de él.

-Y si, como sucede ahora, mereciera completamente la condenación, pero lo estimase - cosa que no sucederá jamás - ¿qué debería hacer?

-En primer lugar has de saber que corres peligro de condenarte si dices que jamás lo estimarás; en segundo lugar, has de saber que si estuvieras en el Cielo, formando unidad con la Caridad, pedirías por él, por su salvación, hasta el momento de su juicio. Habrá espíritus que serán salvados en el último momento, después de toda una vida de oración por ellos.

Entra un criado diciendo:

-Ha venido Manahén. Quiere ver al Maestro.

-Que venga. Sin duda querrá hablar de cosas serias.

Las mujeres, discretas, se retiran; los discípulos las siguen. Pero Jesús llama a Isaac, al sacerdote Juan, a Esteban y a Hermas, y de los pastores discípulos, a Matías y a José.

-Conviene que lo oigáis también vosotros que sois discípulos - explica.

Entra Manahén y se inclina.

-La paz a ti - saluda Jesús.

-La paz a ti, Maestro. El sol se está poniendo. Para ti el primer paso después del sábado, mi Señor.

-¿Has tenido una buena Pascua?

-¿Buena? ¡Nada bueno puede suceder donde están Herodes y Herodías! Espero haber comido por última vez el cordero con ellos. ¡A costa de la vida, no prolongo mi permanencia con ellos!

-Creo que cometes un error. Puedes servir al Maestro quedándote -objeta Judas Iscariote.

-Eso es verdad. Y es lo que hasta ahora me ha retenido. Pero, ¡qué náusea! Podría substituirme Cusa...

Bartolomé le hace una observación:

-Cusa no es Manahén. Cusa es... Sí. Se mueve entre dos aguas. No denunciaría jamás a su señor. Tú eres más franco.

-Eso es verdad. Y es verdad lo que dices. Cusa es el cortesano. Es sensible al hechizo de la realeza... ¿Realeza? ¿Qué estoy diciendo? ¡Del fango regio! Pero se ve rey estando con el rey... Le acongoja la pérdida de la privanza del rey. La otra noche parecía un lebel apaleado cuando, casi arrastrándose, se presentó ante Herodes, que lo había llamado tras haber escuchado las quejas de Salomé, a la que Tú habías arrojado de tu presencia. Cusa estaba en un momento muy escabroso. El deseo de salvarse, a toda costa, incluso quizás acusándote a ti, criticándote, estaba escrito en su cara. Pero Herodes... Quería sólo reírse a espaldas de la muchacha, de la cual ya ha llegado un momento que siente náuseas, como también de la madre de ella. Y se reía como un desquiciado oyendo tus palabras dichas por Cusa. Repetía: "Demasiado, demasiado dulces todavía, para esa joven... (y

dijo una palabra tan indecente que no te la digo). Habría debido pisotear sus entrañas insaciables... ¡Pero se habría contaminado!" y reía. Luego, poniéndose serio, dijo: "Pero... la afrenta, merecida por esa hembra, no se puede permitir para la corona. Yo soy magnánimo (está obsesionado con que lo es, y, dado que nadie se lo dice, pues se lo dice él a sí mismo) y perdono al Rabí, incluso considerando que ha dicho a Salomé la verdad. Pero quiero que venga a la Corte para perdonarlo del todo. Quiero verlo, oírlo y hacerle obrar milagros. Que venga y yo me haré protector suyo". Esto decía la otra noche. Y Cusa no sabía qué responder. No quería decirle que no al monarca. Por otra parte, no podía decirle que sí. Porque Tú, ciertamente, no puedes condescender con los caprichos de Herodes. Hoy me ha dicho a mí: "Tú que vas donde Él... Hazle saber mi voluntad". La hago saber. Pero... ya sé la respuesta. De todas formas dímela, para poder transmitirla.

-¡No!

Un "no" que parece un rayo.

-¿No te crearás un enemigo demasiado fuerte? - pregunta Tomás.

-Y un verdugo también. Pero no puedo responder sino: "no".

-Nos perseguirá...

-Dentro de tres días ya no se acordará - dice Manahén encogiéndose de hombros. Y añade: «Le han prometido unas mimas... Llegan mañana... ¡Se olvidará de todo!...

Vuelve el doméstico:

-Señor - dice a Lázaro -, han venido Nicodemo, José, Eleazar y otros fariseos y jefes del Sanedrín. Quieren saludarte.

Lázaro mira a Jesús interrogativamente. Jesús comprende:

-Que vengan. Los saludaré de buena gana.

Poco después entran: José; Nicodemo; Eleazar, aquel justo del banquete de Ismael; Juan, aquel del banquete, ya lejano en el tiempo, del de Arimatea; otro, que oigo que le llaman Josué; otro, Felipe; otro, Judas; el último, Joaquín. Saludos sin fin. Menos mal que la sala es grande... si no, ¿cómo habrían podido meter en ella tantas reverencias y tanto abrir de brazos y tantas ampulósidades? Pero, a pesar de ser grande, se llena tanto, que los discípulos deciden desaparecer. ¡Quizás no dan crédito al hecho de no estar bajo el fuego de tantas pupilas de miembros del Sanedrín! Se quedan solamente Lázaro y Jesús.

-Lázaro, sabemos que estás en Jerusalén. ¡Así que hemos venido! - dice el que tiene por nombre Joaquín.

-Me asombra y me alegra. Ya casi que no recordaba tu cara - dice, un poco irónico Lázaro.

-¡Hombre!... ya sabes... Queríamos venir. Pero... habías desaparecido...

-¡Lo cual hubiera sido maravilloso! ¡Efectivamente, es muy difícil visitar a un desdichado!

-¡No! ¡No digas eso! Nosotros... respetábamos tu deseo. Pero ahora que... ahora que... ¿verdad Nicodemo?

-Sí, Lázaro. Los viejos amigos vuelven. Incluso por el deseo de saber noticias tuyas y de venerar al Rabí.

-¿Qué noticias me traéis?

-¡Mmm!... Las cosas de siempre... El mundo... Ya... - miran de reojo a Jesús, que está rígido en su asiento, un poco absorto.

-¿Y cómo es que estáis todos juntos hoy nada más terminar el sábado?

-Ha habido una reunión extraordinaria.

-¿Hoy? ¿Pues qué motivo había tan urgente?...

Los recién llegados miran furtiva y significativamente a Jesús. Pero Él está absorto...

Muchos motivos... - responden luego.

-¿No tienen que ver con el Rabí?

-Sí, Lázaro. También con Él. Pero también se ha juzgado un hecho grave, acaecido mientras estábamos todos reunidos en la ciudad por las fiestas... - explica José de Arimatea.

-¿Un hecho grave? ¿Cuál?

-Un... un error de... juventud... ¡Mmm! ¡En fin! Una grave controversia... porque... Rabí, escúchanos. Estás entre personas honestas. No somos discípulos tuyos, pero tampoco somos enemigos. En casa de Ismael me dijiste que no estaba lejos de la justicia - dice Eleazar.

-Es verdad. Y lo confirmo.

-Y yo te defendí contra Félix en el banquete de José - dice Juan.

-Eso también es verdad.

-Y éstos piensan como nosotros. Hoy hemos sido llamados a decidir... y no estamos contentos de lo que se ha decidido. Porque se han salido con la suya la mayoría, que estaban contra nosotros. Escucha y juzga Tú, que eres más sabio que Salomón.

Jesús los perfora con su profunda mirada. Luego dice:

-Hablad.

-¿Estamos seguros de que nadie nos oye? Porque es... una cosa horrenda... - dice el que se llama Judas.

-Cierra la puerta y corre la cortina, y estaremos en una tumba - le responde Lázaro.

-Maestro, ayer por la mañana dijiste a Eleazar de Anás que no se contaminara por ninguna razón. ¿Por qué se lo dijiste? - pregunta Felipe.

-Porque había que decirlo. Él se contamina, Yo no; los libros sagrados lo dicen.

-Es verdad. Pero ¿cómo sabes que se contamina? ¿Te habló quizás la joven antes de la muerte? - pregunta Eleazar.

-¿Qué joven?

-La que ha muerto después de la violencia, y con ella su madre. Y no se sabe si las ha matado el dolor o si se han matado, o si las han matado con veneno para que no hablaran.

-Yo no sé nada de esto. Veía el alma depravada del hijo de Anás. Sentía su mal olor. Hablé. Ni sabía ni veía más cosas.

-¿Pero qué ha pasado? - pregunta Lázaro con interés.

-Ha pasado que Eleazar de Anás vio a una joven, hija única de una viuda, y... la atrajo a sí con el pretexto de encargarle un trabajo, porque para vivir hacían labores de costura, y... abusó de ella. La joven murió... tres días después, y con ella la madre. Pero, antes de morir, a pesar de las amenazas recibidas, dijeron todo a su único pariente... Y éste fue donde Anás con la acusación. Pero, no contento todavía, se lo dijo a José, a mí y a otros... Anás ha mandado que lo arresten y lo metan en la cárcel. De ahí pasará a la muerte, o no volverá a ser libre. Hoy Anás ha querido saber nuestra opinión - dice Nicodemo.

-No lo habría hecho, si no hubiera sabido que nosotros ya estábamos al corriente - masculla entre dientes José.

-Sí... Vamos que con una apariencia de votación, con una simulación de juicio, se ha decidido sobre el honor y la vida de tres desdichados y sobre la pena para el culpable - termina Nicodemo.

-¿Y entonces?

-¡Pues entonces! ¡Es natural! Nosotros, que hemos votado por la libertad del hombre y el castigo de Eleazar, hemos sido amenazados y expulsados como personas injustas. ¿Tú qué opinas?

-Que Jerusalén me produce náuseas, y que en Jerusalén el bubón más fétido es el Templo - dice pausada y terriblemente Jesús. Y termina: «Se lo podéis decir a los del Templo».

-¿Y Gamaliel qué ha hecho? - pregunta Lázaro.

-En cuanto oyó el hecho, se tapó la cara y salió diciendo: "¡Venga pronto el nuevo Sansón para acabar con los filisteos depravados!".

-¡Bien ha dicho! Pronto vendrá.

Un momento de silencio.

-¿Y de El no se ha hablado? - pregunta Lázaro señalando a Jesús.

-¡Sí, claro! Antes que de ninguna otra cosa. Ha habido quien ha referido que calificaste de mezquino al reino de Israel. Por eso te han tachado de blasfemo; es más, de sacrílego. Porque el reino de Israel viene de Dios.

-¿Ah, sí? ¿Y cómo ha llamado el Pontífice al violador de una virgen, al profanador de su ministerio? ¡Responded! - pregunta Jesús.

-Es el hijo del Sumo Sacerdote. Porque el verdadero rey allí dentro es Anás - dice, atemorizado por la majestuosidad de Jesús, Joaquín, que está frente a Él, alto, de pie, con el brazo extendido...

-Sí. El rey de la depravación. ¿Y queréis que no llame mezquino a un País en que tenemos un Tetrarca que es un sucio y un homicida un Sumo Sacerdote cómplice de un violador y asesino?...

-Quizás la joven se ha matado o ha muerto de dolor - susurra Eleazar.

-Asesinada, en cualquier caso, por su violador... ¿Y ahora no se hace una tercera víctima con el pariente, encarcelado para que no hable? ¿Y no se profana el altar acercándose a él con tantos delitos? ¿Y no se ahoga la justicia imponiendo silencio a los justos, demasiado escasos, del Sanedrín? ¡Sí, venga pronto el nuevo Sansón, y abata este lugar profanado; extermine para dar nueva salud!... Yo, a punto de vomitar, por la náusea que siento, no sólo llamo mezquino a este País desdichado, sino que me alejo de su corazón lleno de podredumbre, lleno de delitos sin nombre, cueva de Satanás... Me marchó. No por miedo a la muerte. Os demostraré que no tengo miedo. Me marchó porque no ha llegado mi hora y no doy perlas a los puercos de Israel, sino que se las llevo a los humildes, diseminados por las cabañas, por los montes, por los valles de los pueblos pobres. Lugares donde todavía se sabe creer y amar, si alguien lo enseña; lugares donde, bajo las toscas vestiduras hay espíritus. Aquí, por el contrario, las túnicas y mantos sagrados, y más todavía el efod y el racional, sirven para cubrir inmundas carroñas y para contener armas homicidas. Decid a éstos que en nombre del Dios verdadero los consagro a su condena, y, como nuevo Miguel, los arrojo del Paraíso. Y para siempre. Ellos que quisieron ser dioses y son demonios. No necesitan estar muertos para ser juzgados. Ya están juzgados. Y sin remisión.

Los miembros del Sanedrín y los fariseos, antes solemnes, se arrinconan de tal forma, ante la tremenda ira de Cristo, que parecen hacerse pequeños. Jesús, por el contrario, parece hacerse un gigante, de tanto fulgor como hay en sus miradas y de tanta impetuosidad como hay en sus gestos.

Lázaro gime:

-¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Jesús lo oye, y, cambiando de tono y aspecto, dice:

-¿Qué te sucede, amigo mío?

-¡No! ¡No con ese aspecto terrible! ¡No eres ya el mismo! ¿Cómo se podrá tener esperanza en la misericordia, si te muestras tan terrible?

-Y, no obstante, así estaré, y más todavía, cuando juzgue a las doce tribus de Israel. Pero, ten valor, Lázaro. Quien cree en Cristo ya ha sido juzgado...

Se sienta de nuevo.

Un momento de silencio.

A1 final, Juan pregunta:

-¿Y nosotros, por haber preferido los improperios a mentir en el ejercicio de la justicia, cómo seremos juzgados?

-Con justicia. Perseverad y llegaréis a donde Lázaro ya ha llegado: a la amistad con Dios.

Se levantan.

-Maestro, nos marchamos. La paz a ti. Y a ti, Lázaro.

-La paz a vosotros.

Varios suplican:

-Que lo que se ha dicho quede aquí.

-No temáis. Marchaos. Que Dios os guíe en todos los nuevos actos.

Salen.

Se quedan solos Jesús y Lázaro. Después de un poco, éste dice
-¡Qué horror!
-Sí. ¡Qué horror!... Lázaro, voy a preparar la partida de Jerusalén. Seré huésped tuyo en Betania hasta el final de los
Ázimos.
Y sale...

Parábola del agua y del junco para María de Magdala, que ha elegido la mejor parte.

Comprendo inmediatamente que la figura de la Magdalena ocupa todavía el lugar central, porque lo primero que veo es a ella, vestida con una sencilla túnica de un rosa lila semejante a la flor de la malva. Ningún adorno precioso, los cabellos simplemente recogidos en trenzas sobre la nuca. Parece más joven que cuando era una obra maestra de tocador. No tiene ya los ojos altaneros de cuando era la "pecadora", ni la mirada humillada de cuando escuchaba la parábola de la oveja, avergonzada y brillante de llanto de cuando estaba en la sala del fariseo... Ahora tiene una mirada serena, límpida otra vez como la de un niño, y una sonrisa pacífica resplandece en sus ojos.

Está apoyada en un árbol, cerca del linde de la propiedad de Betania, y mira hacia la calle. Espera. Luego lanza un grito de alegría. Se vuelve hacia la casa y grita fuerte, para ser oída, grita con su espléndida voz pastosa y pasional, inconfundible:

-¡Está llegando!... ¡Marta, era como nos habían dicho! ¡E1 Rabí está aquí! - y corre a abrir la pesada cancella. No les da a los domésticos el tiempo de hacerlo y sale a la calle con los brazos abiertos, como hace un niño hacia su mamá, y con un grito de amorosa alegría: -¡Rabbuní mío! - (yo escribo "Rabbuní" porque veo que el Evangelio dice eso. Pero todas las veces que he oído a la Magdalena llamarlo me ha parecido como si dijera "Rabbuní", con la *eme* y no con la *ene*), y se postra a los pies de Jesús y se los besa entre el polvo de la calle.

-Paz a ti. María. Vengo a descansar bajo tu techo.

-¡Maestro mío! - repite María levantando la cara con una expresión de reverencia, y de amor que dice muchas cosas... Es gratitud, bendición, alegría, invitación a entrar, y júbilo por el hecho de que entre...

Jesús le ha puesto la mano sobre la cabeza y parece como si la absolviera una vez más.

María se levanta y, al lado de Jesús, vuelve a entrar en el recinto de la propiedad. Entretanto han acudido ya los domésticos y Marta: éstos, con ánforas y copas; Marta sólo con su amor, pero es mucho.

Los apóstoles, sudorosos, beben las frescas bebidas que los criados vierten. Hubieran querido ofrecérselo primero a Jesús, pero Marta se les ha adelantado: ha tomado una copa llena de leche y se la ha ofrecido a Jesús; debe saber que le gusta mucho.

Una vez que los discípulos han apagado su sed, Jesús les dice:

-Id a advertir a los fieles. Por la noche hablaré para ellos.

Los apóstoles, dejado apenas el jardín, se diseminan en distintas direcciones.

Jesús se adentra en él entre Marta y María.

-Ven, Maestro - dice Marta - Mientras llega Lázaro, descansa y repón fuerzas.

Están poniendo pie en una fresca habitación que da al pórtico umbroso, cuando regresa María, que se había alejado a paso rápido. Vuelve con un ánfora de agua, seguida por uno de los domésticos, que trae una jofaina. Pero es María la que quiere lavar los pies a Jesús. Desata sus sandalias polvorientas y se las da al criado para que las traiga limpias, junto con el manto (también se lo ha dado para que le sacuda el abundante polvo). Luego sumerge los pies en el agua, que está un poco rosada por algún aroma que contiene, los seca, los besa. Luego cambia el agua y ofrece agua limpia a Jesús para las manos. Y, mientras espera a que el criado vuelva con las sandalias, acoclad a los pies de Jesús, se los acaricia, y, antes de meterle las sandalias, se los besa una vez más diciendo:

-¡Santos pies que tanto habéis andado para buscarme!

Marta, con un amor más práctico, va a lo humanamente positivo: pregunta:

-Maestro, ¿además de tus discípulos, quién va a venir?

Y Jesús:

-No lo sé con exactitud todavía. Pero puedes preparar para otros cinco además de los apóstoles.

Marta se marcha.

Jesús sale al fresco del jardín umbroso. Lleva simplemente su túnica azul marina. El manto, cuidadosamente plegado por María, queda encima de un arquibanco de la habitación. María sale al lado de Jesús.

Caminan por paseos bien cuidados, entre parterres floridos, hasta el estanque de los peces, que parece un espejo caído entre el verde. Sólo el zigzagueo argénteo de algún pez y la menudísima lluvia del finísimo surtidor alto y central rompe apenas, acá o allá, el agua límpida. Junto al amplio estanque, que parece un pequeño lago, hay unos lugares para sentarse; de él salen pequeños canales de riego. Más exactamente: creo que uno es el que alimenta el estanque y los otros, más pequeños, son los de desagüe y se utilizan para el riego.

Jesús se sienta en un asiento que está colocado justo contra el borde del estanque. María se sienta a los pies de Jesús, en la hierba verde y bien cuidada. En un primer momento no hablan. Jesús, visiblemente, goza del silencio y del descanso en el fresco del jardín. María se deleita en mirarlo.

Jesús juega con el agua cristalina del estanque. Sumerge en ella sus dedos, la peina separándola en pequeñas estelas, y luego deja que toda la mano se sumerja en ese frescor puro.

-¡Qué bonita es esta agua límpida! - dice.

Y María:

-¿Tanto te gusta, Maestro?

-Sí, María. Porque es cristalina. Mira, no tiene ni un vestigio de barro. Hay agua, pero es tan pura que parece que no hay nada, casi como si no fuera un elemento, sino espíritu. Podemos leer en el fondo las palabras que se dicen los pececillos...

-Como se lee en el fondo de las almas puras. ¿No es verdad, Maestro? - y María suspira con una celada nostalgia.

Jesús oye el suspiro cortado, lee la nostalgia celada con una sonrisa, y medica inmediatamente la pena de María.

-¿Dónde tenemos las almas puras, María? Es más fácil que un monte ande que no que una criatura sepa mantenerse pura con las tres purezas. Demasiadas cosas se mueven y fermentan en torno a un adulto. Y no siempre se puede impedir que entren dentro. Sólo los niños tienen el alma angélica, preservada por su inocencia de las cogniciones que pueden transformarse en fango. Por esto los amo tanto. Veo en ellos un reflejo de la Pureza infinita. Son los únicos que llevan consigo este recuerdo de los Cielos.

Mi Madre es la Mujer de alma de niño. Más aún, es la Mujer de alma de ángel. Cual era Eva cuando salió de las manos del Padre. ¿Te imaginas, María, qué sería la primera azucena florecida en el jardín terrenal? También son muy bonitas estas que hacen de guía a esta agua. ¡Pero la primera que salió de las manos del Creador!... ¡Ah!, ¿era flor o diamante?, ¿eran pétalos o láminas de plata purísima? Pues bien, mi Madre es más pura que esa primera azucena que perfumó el viento. Y su perfume de Virgen intacta llena Cielo y Tierra, y tras él irán los buenos por los siglos de los siglos. El Paraíso es luz, perfume y armonía. Pero si en él no se deleitara el Padre en contemplar a la Toda Hermosa que hace de la Tierra un paraíso, y si el Paraíso no tuviere en el futuro a la Azucena viva en cuyo seno están los tres pistilos de fuego de la Divina Trinidad, quedarían disminuidos en la mitad la luz, el perfume y la armonía, la alegría del Paraíso. La pureza de la Madre será la gema del Paraíso.

(El Paraíso es luz... Todos los elementos del discurso, considerados en su contexto, no pueden llevar sino a la siguiente interpretación: El Paraíso sin la Virgen estaría disminuido a su mitad, no en la bienaventuranza (que consiste en la posesión y contemplación de Dios, y, en cuanto tal, es inalterable), sino en la preciosidad del pueblo de los bienaventurados, que son como gemas que, todas juntas, valen lo que la gema por excelencia: a Virgen Stma.)

¡Pero el Paraíso es inconmensurable! ¿Qué diríais de un rey que tuviera sólo una gema en su tesoro?, ¿aunque fuera la Gema por excelencia? Cuando Yo abra las puertas del Reino de los Cielos... - no suspires, María: para esto he venido - muchas almas de justos y de niños entrarán, estela de candor, detrás de la púrpura del Redentor. Pero serán todavía pocas gemas para poblar los Cielos, pocos para formar los ciudadanos de la Jerusalén eterna. Y después... cuando los hombres conozcan la Doctrina de verdad y santificación, cuando mi Muerte haya dado de nuevo la Gracia a los hombres, ¿cómo podrían los adultos conquistar los Cielos, si la pobre vida humana es continuo lodo que contamina? ¿Será entonces sólo de los niños el Paraíso? ¡No!, ¡no! Es necesario saber hacerse niños, pero el Reino se abre también para los adultos. Como niños... Esta es la pureza.

¿Ves esta agua? Parece muy limpia. Pero, observa: basta con que Yo, con un junco, remueva el fondo, para que se vuelva turbia. Afloran detritos, y lodo. Su cristal se pone amarillento y ninguno bebería de ella. Pero si quito el junco, vuelve la paz, y el agua, poco a poco, vuelve a ser cristalina y bonita. El junco: el pecado. Así sucede con las almas. El arrepentimiento, créeme, es lo que depura...

Llega improvisamente Marta, apurada:

-¿Estás todavía aquí, María? ¡Y yo agobiada!... Pasa el tiempo. Los invitados vendrán pronto y hay muchas cosas que hacer. Las criadas están con el pan, los domésticos desollando y cocinando las carnes, yo estoy con la vajilla, las mesas y las bebidas. Pero todavía hay que coger la fruta y preparar el agua de menta y miel...

María medio escucha las quejas de su hermana. Con una sonrisa dichosa sigue mirando a Jesús, sin cambiar de posición.

Marta invoca la ayuda de Jesús:

-Maestro, mira cómo sudo. ¿Te parece justo que trajine yo sola? Dile que me ayude. Marta está verdaderamente inquieta.

Jesús la mira con una sonrisa mitad dulce mitad un poco irónica, mejor: un poco de broma.

Marta se inquieta un poco más:

-Lo digo de verdad, Maestro. Mira cómo está ociosa mientras yo trabajo. Y está aquí y ve...

Jesús se pone más serio:

-No es ocio, Marta. Es amor. El ocio era *antes*. Y tú lloraste mucho por aquel ocio indigno. Tu llanto puso más alas a mi marcha para salvarla para mí y devolverla a tu honesto afecto. ¿Vas a querer impedirle amar a su Salvador? ¿Preferirías, entonces, verla lejos de aquí para no verte trabajar, pero lejos también de mí? ¡Marta, Marta! ¿Tendré que decirte, entonces, que ésta (Jesús le pone una mano en la cabeza), venida de tan lejos, te ha superado en el amor? ¿Debo decirte, entonces, que ésta, que no conocía ni una palabra de bien, es ahora docta en la ciencia del amor? ¡Déjala en su paz! ¡Ha estado muy enferma! Ahora es una convaleciente que se cura bebiendo las bebidas que la fortalecen. Ha vivido muy atormentada... Ahora que se ha liberado de la pesadilla, mira alrededor de sí y hacia dentro de sí, y se descubre *nueva* y descubre un mundo nuevo. Déjala que se refuerce con ello. Con esta "novedad" suya debe olvidar el pasado, y conquistarse la eternidad... que no será conquistada únicamente con el trabajo, sino también con la adoración. El que dé un pan a un apóstol o a un profeta recibirá recompensa. Sí. Pero doble recompensa recibirá el que, por amarme, se olvide incluso de comer, porque más grande que la carne habrá tenido el espíritu, que habrá oído voces más fuertes que las de las necesidades -incluso lícitas- humanas. Tú te preocupas de demasiadas cosas, Marta; ella, de una sola. Pero es la que es suficiente para su espíritu y sobre todo, para su Señor y el tuyo. Deja pasar las cosas inútiles. Imita a tu hermana. María ha escogido la parte mejor, la que no le será arrebatada jamás. Cuando todas las virtudes queden atrás, al no serles ya necesarias a los ciudadanos del Reino, quedará sólo la caridad. La caridad permanecerá siempre. Ella sola. Soberana. Ella, María, ha escogido la caridad, la ha tomado por escudo y bordón, y con ella, como impulsada por alas de ángel, vendrá a mi Cielo.

Marta agacha su cara avergonzada y se marcha.

-Mi hermana te quiere mucho y se preocupa por darte honor... - dice María para disculparla.

-Lo sé. Y será recompensada por ello. Pero necesita ser depurada de su modo de pensar humano, como se ha limpiado esta agua. ¡Mira cómo se ha aclarado otra vez mientras hablábamos! Marta se depurará por las palabras que le he dicho. Tú... tú por la sinceridad de tu arrepentimiento...

-No. Por tu perdón, Maestro. No bastaba mi arrepentimiento para lavar mi gran pecado...

-Bastaba y bastará a las hermanas tuyas que te imiten; a todos los pobres enfermos del espíritu. El arrepentimiento sincero es filtro que depura; y el amor es sustancia que preserva de todo nuevo emponzoñamiento. Por eso aquellos a quienes la vida hace adultos y pecadores podrán volver a ser inocentes como niños, y entrar como ellos en mi Reino. Vamos ahora a la casa. Que Marta no esté demasiado en su dolor. Vamos a llevarle nuestra sonrisa de Amigo y hermana.

Dice Jesús:

-No hace falta hacer un comentario. La parábola del agua es comentario de la operación del arrepentimiento en los corazones.

Así tienes completo el ciclo de la Magdalena. De la muerte a la Vida. Es la más grande de las resucitadas de mi Evangelio. Resucitó de siete muertes. Nació de nuevo. Ya has visto cómo, cual planta que da flores, ha alzado del lodo el tallo de su nueva flor, cada vez más alto; y luego la has visto florecer para mí, esparcir fragancia para mí, morir para mí. La has visto pecadora, luego mujer sedienta que se acercaba a la Fuente, luego arrepentida, luego perdonada, luego amante, luego piadosa ante el Cuerpo despojado de vida de su Señor, luego sirviendo a mi Madre, amada por ser Madre mía; en fin, penitente ante el umbral de su Paraíso.

Almas que teméis, aprended a no tener miedo de mí leyendo la vida de María de Magdala. Almas que amáis, aprended de ella a amar con seráfico ardor. Almas que habéis cometido errores, aprended de ella la ciencia que prepara para el Cielo.

Os bendigo a todos para ayudaros a subir. Ve en paz.

378

La parábola de los pájaros, criticada por unos judíos enemigos que tienden una trampa.

Jesús está en Betania (toda fértil y florida en este hermoso mes de Nisán, sereno, puro, como si la creación hubiera sido lavada de toda suciedad). Pero las turbas, que sin duda lo han buscado en Jerusalén y que no quieren marcharse sin antes escucharlo, para poderse llevar en su corazón su palabra, le dan alcance. Es tanta gente, que Jesús ordena reunirla para poder adoctrinarla. Y los doce con los setenta y dos - que han vuelto a formar ese número, más o menos con los nuevos discípulos que se han agregado a ellos en estos últimos tiempos - se diseminan por todas partes para llevar a cabo la orden recibida.

Entretanto, Jesús, en el jardín de Lázaros, se despidió de las mujeres (especialmente de su Madre), que por orden suya vuelven a Galilea acompañadas por Simón de Alfeo, Jairo, Alfeo de Sara, Margziam, el marido de Susana y Zebedeo. Hay saludos y lágrimas. No faltan tampoco muchos deseos de no obedecer, deseos que nacen también del amor al Maestro. Pero más fuerte aún es la fuerza del amor perfecto, perfecto, por ser enteramente sobrenatural, hacia el Verbo Stmo: y esta fuerza hace que obedezcan aceptando la dolorosa separación.

La que menos habla es María, la Madre de Jesús. Pero su mirada dice más que todas las otras juntas. Jesús, que lee su mirada, la tranquiliza, la consuela, la sacia de caricias, si es que una madre puede ser saciada, y especialmente esta Madre toda amor y congoja por el Hijo perseguido. Y las mujeres al final se marchan, y se vuelven una y otra vez saludando al Maestro, saludando a los hijos y a las afortunadas discípulas judías que todavía se quedan con el Maestro.

-Han sufrido por marcharse... - observa Simón Zelote.

-Pero convenía que se marcharan, Simón.

-¿Prevés días tristes?

-Turbulentos, por lo menos. Las mujeres no pueden soportar las fatigas como nosotros. Además, ahora que tengo un número casi igual de judías y galileas, conviene que estén separadas. Me tendrán por turnos, y por turnos tendrán la alegría de servirme; y Yo el consuelo de su afecto santo.

La gente, mientras tanto, va aumentando. El pomar que hay entre la casa de Lázaros y la que era del Zelote hormiguea de gente. Hay personas de todas las castas y condiciones; y no faltan fariseos de Judea, miembros del Sanedrín y mujeres veladas.

De la casa de Lázaros salen en grupo, bien juntos alrededor de una litera en que aquél es transportado, los miembros del Sanedrín que el sábado pascual estaban de visita en casa de Lázaros en Jerusalén, y otros más. Lázaros, al pasar, dedica a Jesús un gesto y una sonrisa feliz. Jesús se lo devuelve mientras se pone al final del pequeño cortejo para ir al lugar donde ya espera la gente.

Los apóstoles vienen a Él, y Judas Iscariote, al que desde hace algunos días se le ve jubiloso, en una fase felicísima, lanza en todas las direcciones las miradas de sus ojos negrísimos y centelleantes, y anuncia al oído de Jesús los descubrimientos que va haciendo.

-¡Mira, hay también sacerdotes!... ¡Mira, mira, está también Simón el del Sanedrín! Y Elquías. ¡Mira qué mentiroso! Hace sólo unos pocos meses decía cosas infernales de Lázaros, y ahora lo reverencia como si fuera un dios... Y allí están Doro el Anciano y Trisón. ¿Ves que saluda a José? Y el escriba Samuel con Saulo... ¡Y el hijo de Gamaliel! Y allí hay un grupo de los de Herodes... Y aquel grupo de mujeres tan veladas son, sin lugar a dudas, las romanas; están apartadas, pero ¿ves cómo observan

dónde te diriges para poder cambiar de sitio y oírte? Reconozco sus figuras, a pesar de los mantos. ¿Ves? Dos altas, una más bien ancha que alta, las otras de media estatura, pero en la justa proporción. ¿Voy a saludarlas?

-No. Vienen como desconocidas, como personas anónimas que desean la palabra del Rabí. Debemos considerarlas como tales.

-Como quieras, Maestro. Lo decía por... recordarle a Claudia la promesa...

-No hay necesidad. Y aunque la hubiera, no nos volveremos nunca pedigüños, Judas. ¿No es verdad? El heroísmo de la fe debe formarse en medio de las dificultades.

-Pero era por... por ti, Maestro.

-Y por tu perenne idea de un triunfo humano. Judas, no te crees ficciones, ni sobre mi modo de actuar futuro ni sobre las promesas recibidas. Tú crees en lo que te dices tú solo. Pero nada podrá cambiar el pensamiento de Dios, que es que Yo sea Redentor y Rey de un reino espiritual.

Judas no replica.

Jesús está en su sitio, con los apóstoles en círculo en torno a Él. Casi a sus pies está Lázaro en su triclinio; poco lejos de Él, las discípulas judías, o sea, las hermanas de Lázaro, Elisa, Anastática, Juana con los pequeños, Analía, Sara, Marcela, Nique. Las romanas, o al menos las mujeres a las que Judas ha señalado como tales, están más atrás, casi en el fondo, mezcladas entre un montón de gente poblana. Los miembros del Sanedrín, fariseos, escribas, sacerdotes, están - es inevitable - en primera fila; pero Jesús les ruega que dejen paso a tres camillas con enfermos, a los cuales hace algunas preguntas, aunque sin curarlos enseguida.

Jesús, para tomar la idea de su discurso, centra la atención de los presentes en el gran número de pájaros que tienen sus nidos en las frondas del jardín de Lázaro y del huerto en que está reunido el auditorio.

-Observad. Hay pájaros autóctonos y exóticos, de todas las razas y dimensiones. Y, cuando descendan las sombras, en su lugar, aparecerán las aves nocturnas, que también son numerosas aquí, a pesar de que, sólo por el hecho de no verlas, es casi posible olvidarlas. ¿Por qué hay tantas aves del aire aquí? Porque encuentran de qué vivir felices: sol, paz, abundante comida, lugares de amparo seguros, frescas aguas. Y se congregan, viniendo de oriente y occidente, de mediodía y septentrión, si son migratorias, o permaneciendo fieles a este lugar, si son autóctonas. ¿Qué pensar? ¿Que las aves del aire superan en sabiduría a los hijos del hombre? ¡Cuántos de estos pájaros son hijos de pájaros ya muertos pero que el año pasado, o más lejos en el tiempo, nidificaron aquí y encontraron el bienestar! Ellos se lo han dicho a sus hijos antes de morir. Han indicado este lugar, y éstos, los hijos, han venido obedientes. Y el Padre que está en los Cielos, el Padre de los hombres todos, ¿no ha dicho a sus santos sus verdades?, ¿no ha dado todas las indicaciones posibles para el bienestar de sus hijos? Todas las indicaciones: las que tienen por objeto el bien de la carne y las que tienen por objeto el bien del espíritu. ¿Pero qué observamos? Vemos que lo que fue enseñado para la carne - desde las túnicas de pieles que Él hizo a Adán y Eva, despojados ya ante sus propios ojos del vestido de la inocencia que el pecado había desgarrado, hasta los últimos descubrimientos que el hombre, por la luz de Dios, ha hecho - se recuerda, transmite y enseña; mientras que lo otro, lo que fue enseñado, mandado, indicado para el espíritu, no se conserva, no se enseña, no se practica.

Muchos del Templo cuchichean. Pero Jesús los calma con un gesto.

-El Padre, de una bondad que el hombre ni con mucho puede pensar, manda a su Siervo a recordar su enseñanza, a reunir a las aves en los lugares de salvación, a darles exacto conocimiento de aquello que es útil y santo, a fundar el Reino en que toda angélica ave, todo espíritu, encontrará gracia y paz, sabiduría y salvación. Y en verdad, en verdad os digo que, de la misma forma que los pájaros nacidos en este lugar en primavera dirán a otros de otros lugares: "Venid con nosotros, que hay un lugar bueno donde exultaréis con la paz y la abundancia del Señor", siendo así que se verá para el nuevo año nuevos pájaros que afluirán aquí; del mismo modo, de todas las partes del mundo, como dicen los profetas, veremos afluir gran número de espíritus a la Doctrina venida de Dios, al Salvador fundador del Reino de Dios. Pero entre las aves diurnas están mezcladas en este lugar pájaros nocturnos, rapaces, que alteran el orden, capaces de sembrar terror y muerte entre los pajaritos buenos. Éstas son las aves que desde hace años, desde una serie de generaciones, son lo que son, y nada las puede desanidar porque sus obras se hacen en las tinieblas y en lugares impenetrables para el hombre. Éstas, con su cruel mirada, con su vuelo mudo, con su voracidad, con su crueldad, trabajan en las tinieblas, y siembran, ellas inmundas, inmundicia y dolor. ¿A quién podremos compararlas? A cuantos en Israel no quieren aceptar la Luz que ha venido a iluminar las tinieblas, la Palabra que ha venido a adoctrinar, la Justicia que ha venido a santificar. Para ellos he venido inútilmente. Es más, para ellos soy motivo de pecado, porque me persiguen a mí y persiguen a mis fieles. ¿Qué diré entonces? Una cosa que ya he dicho otras veces: "Muchos vendrán de oriente y occidente y se sentarán con Abraham y Jacob en el Reino de los Cielos. Pero los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores".

-¿Los hijos de Dios a las tinieblas? ¡Blasfemas! - grita uno de los miembros del Sanedrín que están en contra. Es la primera salpicadura de la baba de los reptiles que han estado demasiado tiempo callados, y que no pueden seguir callados porque se ahogarían en su propio veneno.

-No los hijos de Dios - responde Jesús.

-¡Lo has dicho Tú! Has dicho: "Los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores".

-Y lo repito. Los hijos de este reino. Del reino donde señorean la carne, la sangre, la avaricia, el hurto, la lujuria, el delito. Pero éste no es mi Reino, que es Reino de la Luz. Éste, el vuestro, es el reino de las tinieblas. Al Reino de la Luz vendrán de oriente y occidente, mediodía y septentrión, los espíritus rectos, incluso los que por ahora son paganos, idólatras, despreciables para Israel. Y vivirán en santa comunión con Dios, habiendo acogido dentro de ellos la luz de Dios, en espera de ascender a la verdadera Jerusalén, donde ya no habrá lágrimas ni dolor, y sobre todo, donde no hay mentiras. La mentira que ahora gobierna el mundo de las tinieblas y satura a los hijos de ese mundo hasta el punto de que en ellos no cabe ni una pizca de luz divina. ¡Oh!

¡Que vengan los hijos nuevos a ocupar el lugar de los hijos apóstatas! ¡Vengan! ¡Cualquiera fuere su procedencia, Dios los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos!

-¡Has hablado para insultarnos! - gritan los judíos enemigos.

-He hablado para decir la verdad.

-Tu poder está en la lengua; con ella Tú, serpiente nueva, seduces a las multitudes y las perviertes.

-Mi poder está en la potencia que me viene de ser uno con mi Padre.

-¡Blasfemo! - gritan los sacerdotes.

-¡Salvador!... Tú, que yaces a mis pies, ¿qué mal padeces?

-De niño tuve rota la columna, y desde hace treinta años estoy echado sobre la espalda.

-¡Levántate y anda! Y tú, mujer, ¿qué mal padeces?

-Mis piernas penden inertes desde que este que me lleva con mi marido vio la luz - y señala a un joven de al menos dieciséis años.

-También tú levántate y alaba al Señor. Y ese niño ¿por qué no va solo?

-Porque nació idiota, sordo, ciego, mudo. Un amasijo de carne que respira - dicen los que están con el desdichado.

-En el nombre de Dios, recibe inteligencia, palabra, vista y oído. ¡Lo quiero!

Y, realizado el tercer milagro, se vuelve a los enemigos y dice:

-¿Qué decís ahora?

-Milagros de dudoso valor. Si lo puedes todo, ¿por qué no curas a tu amigo y defensor?

-La voluntad de Dios es otra.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ya! ¡Dios! ¡CÓmoda disculpa! Si te trajéramos nosotros un enfermo, o mejor dos, ¿los curas?

-Sí. Si lo merecen.

-Espéranos entonces - y se marchan raudos sonriendo maliciosamente.

-¡Ten cuidado, Maestro! ¡Te están tendiendo alguna trampa!» dicen muchos.

Jesús hace un gesto como queriendo decir: « ¡Bah, dejadlos!», y se inclina a acariciar a unos niños que poco a poco se han ido acercando. Él dejando a sus padres; algunas madres también se acercan, y llevan a Jesús a los que todavía andan inseguramente o a los lactantes. -¡Bendice a nuestras criaturas, Tú, bendito, para que sean amantes de la Luz - dicen las madres.

Y Jesús impone las manos bendiciendo. Ello origina todo un movimiento en la multitud. Todos los que tienen niños quieren la misma bendición, y empujan y gritan para abrirse paso. Los apóstoles, en parte porque están nerviosos por las habituales ruindades de los escribas y fariseos, en parte por compasión hacia Lázaro, en peligro de ser arrollado por la oleada de padres que conducen a los pequeñuelos a la divina bendición, se inquietan, y llaman la atención a unos o a otros gritando, y rechazan a unos o a otros, especialmente a los niños pequeños que han llegado allí solos.

Pero Jesús, dulce, amoroso, dice:

-¡No, no! ¡No hagáis eso! No impidáis nunca a los niños venir a mí, ni les impidáis a los padres traérmelos. El Reino es precisamente de estos inocentes. Ellos serán inocentes del gran Delito, y crecerán en mi Fe. Dejad, pues, que los consagre a ella. Los traen a mí sus ángeles.

Jesús está ahora rodeado por un seto hecho de niños mirándolo arrobados, un seto de caritas alzadas, de ojos inocentes, de boquitas sonrientes...

Las mujeres veladas han aprovechado el desorden para dar un rodeo por detrás de la multitud y venir detrás de Jesús, como incitadas por la curiosidad.

Vuelven los fariseos, escribas, etc. etc., con dos que parecen muy enfermos. Uno, especialmente, gime en su camilla, todo cubierto con el manto. El otro está, al menos aparentemente, menos grave, pero ciertamente muy enfermo porque está en los huesos y respira con dificultad.

-Éstos son nuestros amigos. Cúralos. Estos están verdaderamente enfermos. Sobre todo, éste - y señalan al que gime.

Jesús baja los ojos hacia los enfermos, luego los alza de nuevo, hacia los judíos. Asaetea a sus enemigos con una mirada terrible. Erguido detrás del seto inocente de niños, que no le llegan ni a la ingle, parece alzarse sobre una macolla de pureza para ser el Vengador, como si de esta pureza sacara la fuerza para serlo. Abre los brazos y grita:

-¡Embusteros! ¡Éste no está enfermo! Yo os lo digo. ¡Destapadlo! Si no, realmente estará muerto dentro de un instante por este engaño contra Dios.

El hombre salta bruscamente de su camilla gritando:

-¡No, no! ¡No descargues tu mano sobre mí! ¡Y vosotros, malditos, quedaos con vuestras monedas! - y arroja una bolsa a los pies de los fariseos y huye a todo correr...

La gente gruñe, ríe, silba, aplaude...

El otro enfermo dice:

-¿Y yo, Señor? A mí me han sacado de mi cama con la fuerza y ya desde esta mañana me molestan... Pero no sabía que estaba en manos de tus enemigos...

-¡Para ti, pobre hijo, salud y bendición! - y le impone las manos abriendo el seto vivo de los niños.

El hombre levanta por un momento la manta que estaba extendida encima de su cuerpo, mira no sé qué... Luego se pone en pie. Aparece desnudo de los muslos hacia abajo. Y grita, grita hasta quedarse ronco:

-¡Mi pie! ¡Mi pie! ¿Pero quién eres, quién eres, que devuelves las cosas perdidas? - y cae a los pies de Jesús, y se pone otra vez de pie, se pone de un brinco, en equilibrio inestable, encima de su camilla y grita: «¡La enfermedad me roía los huesos! ¡El médico me había arrancado los dedos, me había quemado la carne, me había sajado hasta el hueso de la rodilla! ¡Mirad! ¡Mirad las señales! ¡Y me moría de todas formas! Y ahora... ¡Todo curado! ¡Mi pie! ¡Mi pie recompuesto!... ¡Y ya no tengo dolor! Y siento fuerza y bienestar... ¡El pecho libre!... ¡El corazón sano!... ¡Madre! ¡Madre! ¡Voy a llevarte la alegría!

Hace ademán de echarse a correr. Pero el agradecimiento lo detiene. Vuelve de nuevo donde Jesús y besa continuamente los benditos pies hasta que Jesús no le dice, acariciándole en el pelo:

-Ve. Ve donde tu madre y sé bueno.

Luego mira a sus chasqueados enemigos y dice con voz de trueno:

-¿Y ahora? ¿Qué debería hacer con vosotros? ¿Qué debería hacer, digo a todos los presentes, después de este juicio de Dios?

La muchedumbre grita:

-¡A la lapidación los ofensores de Dios! ¡A muerte! ¡Basta ya de insidiar al Santo! ¡Malditos seáis! - y agarran terruños, ramas, cantos, ya dispuestos a empezar a apedrear.

Los detiene Jesús.

-Esta es la palabra de la multitud, ésta es su respuesta. La mía es distinta. Digo: ¡Marchaos! No me ensucio descargando mi mano sobre vosotros. El Altísimo, que es mi defensa contra los impíos, se encargará de vosotros.

Los culpables, en vez de callarse, a pesar de tener miedo de la multitud, tienen el descaro de ofender al Maestro, y echando baba de ira gritan:

-¡Nosotros somos judíos y poderosos! ¡Te ordenamos que te vayas! ¡Te prohibimos enseñar! Te expulsamos de aquí. ¡Vete! ¡Vete! ¡Basta ya de ti! Tenemos el poder en nuestras manos y hacemos uso de él, y cada vez más lo haremos, maldito, usurpador...

Quieren todavía decir más cosas, en medio de un tumulto de gritos, llantos, silbidos, cuando la más alta de las mujeres veladas, que ha avanzado con movimiento rápido e imperioso hasta colocarse entre Jesús y sus enemigos, descubre su rostro. Y, con mirada y voz aún más imperiosos, cae su frase, cortante, más zaheridora que un látigo para los galeotes y que una segur para el cuello:

-¿Quién olvida que es esclavo de Roma?

Es Claudia. Vuelve a bajar el velo. Se inclina levemente ante el Maestro. Vuelve a su sitio.

Pero ha sido suficiente. Los fariseos se calman de golpe. Uno solo, en nombre de todos, y con un servilismo arrastrado, dice:

-¡Dómina, perdona! Pero es que Él turba el antiguo espíritu de Israel. Tú, que eres poderosa, deberías impedirlo; haz que lo impida el justo y valeroso Procónsul. ¡A él vida y larga salud!

-No son cosas nuestras. Basta con que no altere el orden de Roma. ¡Y no lo hace! - responde desdeñosa la patricia; luego da una seca orden a sus compañeras y se aleja, yendo hacia una espesura de árboles que hay en el fondo del sendero, y tras los árboles desaparece de la escena, para volver a aparecer montada en el carro chasqueante, cubierto, cuyas cortinas han sido echadas por orden de ella.

-¿Estás contento de habernos expuesto al insulto? - preguntan volviendo al ataque los judíos, fariseos, escribas y otros compañeros.

La muchedumbre grita indignada. José, Nicodemo y todos los que han dado muestras de amistad - y con éstos, sin unirse a ellos pero con palabras iguales, está el hijo de Gamaliel - sienten la necesidad de intervenir reprochándoles su exceso. La discusión pasa de ser de los enemigos contra Jesús a ser de los dos grupos opuestos, de forma que dejan fuera de la disputa al más relacionado con ella.

Y Jesús guarda silencio, con los brazos cruzados, escuchando. Yo creo que despide fuerza para contener a la multitud, y especialmente a los apóstoles, que de la ira que sienten ven rojo.

-¡Tenemos que defendernos y defender! - grita un judío exaltado.

-¡Ya está bien de ver a las turbas siguiéndole hechizadas! - dice otro.

-¡Nosotros somos los poderosos!

-¡Sólo nosotros! Sólo a nosotros se nos tiene que escuchar y seguir - vocea un escriba. -¡Que se marche de aquí! ¡Jerusalén es nuestra! - se desgañita un sacerdote, rojo como un pavo.

-¡Sois pérfidos!

-¡Estáis más que ciegos!

-¡Las turbas os abandonan porque os lo merecéis!

-¡Sed santos, si queréis ser amados!

-¡No se conserva el poder cometiendo vejaciones! ¡El poder se funda en la estima del pueblo hacia quien le gobierna! - gritan a su vez los del partido opuesto y muchos de la multitud.

-¡Silencio! - impone Jesús.

Y, cuando se hace el silencio, dice:

-La tiranía y las imposiciones no pueden modificar ni los sentimientos íntimos ni las consecuencias del bien recibido. Recojo lo que he dado: amor. Vosotros, persiguiéndome, lo único que hacéis es aumentar este amor que quiere compensarme de vuestro desamor. ¿No sabéis, con toda vuestra sabiduría, que *perseguir una doctrina no sirve sino para aumentar su poder*, especialmente cuando corresponde en los hechos a lo que se enseña? Oíd una profecía mía, vosotros de Israel. Cuanto más persigáis al Rabí de Galilea y a sus seguidores, tratando con esa tiranía de anular su doctrina, que es divina, más próspera y extendida por el mundo haréis a esta doctrina. Cada una de las gotas de los mártires que hagáis, esperando triunfar y reinar con vuestros preceptos y leyes corrompidos e hipócritas, que ya no responden a la Ley de Dios, y cada lágrima de los santos vilipendiados, será semilla de futuros creyentes. Y seréis vencidos cuando creáis que habréis triunfado. Marchaos. Yo también me marchó. Los que me aman que me busquen en los confines de Judea y en Transjordania, o que me esperen allí, porque veloz como relámpago que corre de oriente a occidente será el paso del Hijo del hombre hasta que suba al altar y al trono, como

Pontífice y Rey nuevo, y en ellos permanezca, bien firme ante la presencia del mundo, de la creación y de los Cielos, en una de sus muchas epifanías, que solamente saben comprender los buenos.

Los fariseos hostiles y sus compañeros se han marchado. Se quedan los otros. El hijo de Gamaliel lucha dentro de sí por acercarse a Jesús, y, al final, se marcha sin decir nada...

-Maestro, no nos odiarás por ser de sus mismas castas, ¿no? - pregunta Eleazar.

-Nunca pronuncio un anatema contra el individuo por el hecho de que la clase sea rea. No temas - responde Jesús.

-Ahora nos van a odiar... - susurra Joaquín.

-¡Honor para nosotros, si nos odian! - exclama Juan, el miembro del Sanedrín.

-Fortalezca Dios a los que vacilan y bendiga a los fuertes. Yo os bendigo a todos en nombre del Señor - y, abiertos los brazos, da la bendición mosaica a todos los presentes.

Luego se despide de Lázaro y de las hermanas de éste, de Maximino, de las discípulas, y empieza su marcha...

Las verdes campiñas paralelas al camino que va a Jericó lo reciben con su verdor que enrojece ahora por un fastuoso ocaso.

379

Una premonición del apóstol Juan.

-¿A dónde vamos?, porque cae ya la tarde - se preguntan entre sí los apóstoles. Y van hablando con circunspección sobre las cosas que han sucedido. Pero no dicen nada alto para no abrumar al Maestro, que se ve muy pensativo.

Cae la tarde mientras prosiguen detrás del Maestro pensativo. En esto, un pueblo aparece al pie de una cadena de montes muy recortados.

-Quedémonos ahí para pernoctar - ordena Jesús - Mejor: quedaos ahí; Yo voy a aquellos montes a orar...

-¿Solo? ¡No, no! ¡No vas solo al Adomín, no! ¡Con todos esos bandidos que te acechan! ¡De ninguna manera!... - dice muy resueltamente Pedro.

-¿Y qué piensas que me van a hacer? ¡No tengo nada!

-Tienes... a ti mismo. Me refiero a los bandidos más auténticos, a los que te odian. Para éstos es suficiente tu vida. No debes morir como... como... eso... en una mísera emboscada. Y dar a tus enemigos la forma de inventar qué sé yo qué cosa para alejar a las turbas incluso de tu doctrina - rebate Pedro.

-Simón de Jonás tiene razón, Maestro. Serían capaces de hacer desaparecer tu cuerpo y decir que has huido porque te habías visto desenmascarado. O, de... pues de llevarte incluso a un lugar malo, a casa de una meretriz, para poder decir: "¿Veis dónde y cómo ha muerto? En una pelea por una meretriz". Tú has dicho bien: *"Perseguir una doctrina quiere decir aumentar su poder"*, y he notado, porque no lo he perdido nunca de vista, que el hijo de Gamaliel aprobaba con la cabeza mientras lo decías. Pero decir que *cubrir de ridículo a un santo y su doctrina es el arma más segura para derrumbar la doctrina y para quitar al santo la estima de las turbas*, también es exacto - dice Judas Tadeo.

-Sí. Y no tiene que suceder eso contigo - termina Bartolomé.

-No te prestes al juego de tus enemigos. Piensa que esta imprudencia acarrearía no sólo la anulación de ti, sino también de la Voluntad de quien te ha enviado; y que se vería que los hijos de las Tinieblas habrían derrotado a la Luz, al menos momentáneamente - añade el Zelote.

-¡Sí, hombre! Siempre dices, que han de matarte, y cuando lo dices nos traspasas el corazón. Recuerdo tu reprensión a Simón Pedro y no te digo: "No suceda jamás eso". Pero creo que no soy Satanás si digo: "Que al menos suceda de forma que signifique glorificación para ti, inequívoco sello de tu Ser santo y condena segura para tus enemigos. Que las multitudes sepan, puedan tener elementos para distinguir y creer". Al menos esto, Maestro. La misión santa de los Macabeos nunca apareció así tanto como cuando Judas, hijo de Matatías, murió como héroe y salvador sobre el campo de batalla. ¿Quieres ir al Adomín? Bien, nosotros contigo. ¡Somos tus apóstoles! Donde estés Tú, la Cabeza, allí hemos de estar nosotros, tus ministros - dice Tomás, y pocas veces lo he oído hablar con tanta solemne elocuencia.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Y si te asaltan, tienen que asaltarnos antes a nosotros! - dicen varios.

-¡No nos asaltarán tan fácilmente! Están medicándose la quemazón de las palabras de Claudia y... son astutos, mucho, demasiado. No pasan por alto en su reflexión el hecho de que Poncio sabría a quién castigar por tu muerte. Se han traicionado demasiado a sí mismos, y ante los ojos de Claudia, así que lo meditarán, estudiando trampas más seguras que una vulgar agresión. Quizás nuestro miedo es estúpido. Ya no somos los pobres desconocidos de antes. ¡Ahora está Claudia! - dice Judas Iscariote.

-Bien, bien... Pero no nos sometamos a nosotros mismos a dura prueba. ¿Y qué es lo que quieres hacer en el Adomín? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Orar y buscar un sitio para orar todos, en los días futuros, para prepararnos a las nuevas luchas, cada vez más ensañadas.

-¿De nuestros enemigos?

-También de nuestro yo. Tiene mucha necesidad de ser fortalecido.

-¿Pero no has dicho que quieres ir a los confines de Judea y a la Transjordania?

-Sí. Iré. Pero después de la oración. Iré a Acor, y luego por Doc a Jericó.

-¡No, no, Señor! Son lugares nefastos para los santos de Israel. ¡No vayas allí, no vayas allí! ¡Yo te lo digo, lo percibo! Hay algo en mí que me lo dice. ¡No vayas allí! ¡En nombre de Dios, no vayas! - grita Juan, que parece próximo a salir de sus sentidos, como dominado por una especie de éxtasis terrible...

Todos lo miran estupefactos, porque así no lo han visto nunca. Pero ninguno se burla de él. Tienen todos la percepción de que están en presencia de un hecho sobrenatural, y, respetuosos, mantienen silencio.

También Jesús calla, hasta que no ve a Juan adquirir de nuevo su aspecto habitual y decir:

-¡Oh, mi Señor! ¡Cómo he sufrido!

-Lo sé. Iremos al Carit. ¿Qué dice tu espíritu?

Me impresiona profundamente el respeto con que Jesús se dirige al inspirado...

-¿Me preguntas esto a mí, Señor? ¿Tú, Sabiduría Stma., al pobre muchacho ignorante?

-A ti. Sí. El más pequeño es el más grande cuando, con humildad, comunica con su Señor para el bien de los hermanos.

Habla...

-Sí, Señor. Vamos al Carit, donde hay hoces seguras para recogerse en Dios, y están cerca los caminos de Jericó y los que van a Samaria. Nosotros bajaremos para reunir a los que te aman y esperan en ti, y los conduciremos a ti, o te conduciremos a ti a ellos, y luego seguiremos nutriéndonos de oración... Y descenderá el Señor a hablar a nuestros espíritus... a abrir nuestros oídos, que oyen al Verbo pero no lo comprenden enteramente... y, sobre todo, a invadir nuestros corazones con su fuego. Porque sólo si ardemos sabremos resistir los martirios de la tierra. Porque sólo habiendo sufrido antes el dulce martirio del completo amor podremos estar preparados para sufrir los del odio humano... Señor... ¿qué he dicho?

-Mis palabras, Juan. No temas. Entonces nos quedamos aquí, y mañana, al alba, iremos a los montes.

380

El amor de los apóstoles, de la contemplación a la acción.

Desde un grupo montañoso, que parece ocupado y concentrado en elevarse cada vez más - y, voy a decirlo así, cada fase de su esfuerzo está marcada por una abrupta cadena de colinas rocosas, de laderas escarpadas, a pico, cortadas por valles estrechos como gigantescos tajos, coronadas por agrestes crestas -, se puede vislumbrar fortuitamente retazos de Mar Muerto, que está situado al sureste del lugar en que se hallan los apóstoles con el Maestro. No se ven ni el Jordán ni su amplio valle, fértil y sereno; ni se ve Jericó ni tampoco otras ciudades. Sólo montes y más montes, que se alzan en dirección a Samaria; y el oscuro Mar Muerto entre dos secciones puntiagudas de monte. Abajo, un torrente en dirección oeste-este, que va sin duda al Jordán. Intenso chillar de halcones y graznar de cuervos en el cielo azul vivo; intenso trinar de pájaros bajo las frondas de las agrestes laderas. Y las flautas de los vientos por los desfiladeros, traen olores y sonidos lejanos, que sobrepujan incluso a los cercanos, según que sean aquéllos ligeros o intensos. Algún sonido de cascabeles que sube desde el camino (situado, más abajo). Algún balido de oveja que pasta en las llanuras altas. Algún rumor de aguas goteando de las rocas o resonando en los torrentes. Pero la época del año es buena, seca, templada; las laderas son todo un esmaltado de flores sobre la esmeralda de la hierba, y más flores, en racimos y festones, penden de los troncos y de las frondas. Alegre es el aspecto del lugar.

Muy alegres, sobrenaturalmente alegres, se ven las caras de los trece que están allí reunidos. El mundo ha sido olvidado. Está lejos... Los espíritus han recuperado el equilibrio removido por tantos envites, han podido entrar de nuevo en el halo de Dios, o sea, en la paz. Y la paz se lee en las caras.

Pero la parada ha terminado, y Jesús lo dice. Pedro, entonces, repite su súplica del Tabor:

-¿Por qué no nos quedamos aquí? ¡Es hermoso estar aquí contigo!

-Porque nos espera el trabajo, Simón de Jonás. No podemos ser sólo personas contemplativas. El mundo nos espera para ser adoctrinado. Los obreros del Señor no pueden estar parados mientras haya campos que sembrar.

-Pero entonces... yo, que sólo cuando me aílo así es cuando me hago un poco bueno, no voy a poder nunca... ¡El mundo es muy grande! ¿Cómo vamos a arreglárnoslas para trabajarlo todo y, antes de morir, alcanzar el recogimiento en Ti?

-No, no lo trabajaréis todo. Se requerirán muchos siglos. Y, cuando ya una parte esté trabajada, Satanás entrará en ella para estropear lo realizado. Por eso, será un trabajo continuo hasta el final de los siglos.

-¿Y entonces cómo me las voy a arreglar para prepararme a morir!

Pedro está verdaderamente desconsolado.

Jesús lo tranquiliza abrazándolo y diciendo:

-Tendrás tiempo. No hace falta mucho. Basta un instante de recogimiento perfecto para prepararse a comparecer ante Dios. Pero tú tendrás tiempo de sobra. Además, has de saber que llevar a cabo la voluntad de Dios es siempre preparación para la muerte en santidad. Si Dios quiere que seas activo y tú obedeces, te preparas mejor en la acción obediente, que si te encerraras entre las más solitarias rocas a orar y contemplar. ¿Estás convencido de esto?

-¡Sí, claro! ¡Lo dices Tú! ¿Entonces qué tenemos que hacer?

-Diseminarnos por los caminos de los valles. Reunir a los que están esperándome, predicar al Señor y la Fe hasta que Yo vaya».

-¿Te quedas solo?

-¡Pues claro! No temáis. Como podéis observar, el mal sirve al bien alguna vez. Aquí los cuervos dieron de comer a Elías. Nosotros podemos decir que los feroces buitres nos dieron de comer.

-¿Crees que ha habido un movimiento de conversión?

-No. Pero la caridad, aun siendo movida por la idea de que usando generosidad nos habrían puesto en condiciones de no traicionarlos.

-¡Pero nosotros no los habríamos traicionado! - exclama Andrés.

-No. Pero ellos, los desdichados bandidos, no lo saben. Nada espiritual obra en ellos, estando - como están - cargados de delitos.

-Señor, decías que la caridad... ¿Qué querías decir? - pregunta Juan.

-Quería decir: la caridad que han practicado hacia nosotros no quedará sin recompensa, al menos en los mejores. La conversión, que no se ha dado ahora, puede producirse lentamente; lentamente pero puede llegar. Por eso os dije: "No rechacéis lo que den". Y lo he aceptado aunque para mí tuviera hedor de pecado.

-Pero Tú ni siquiera lo has probado...

-Pero no he humillado a los pecadores rechazándolos. Tenían un movimiento inicial de bondad. ¿Por qué destruirlo? ¿Aquel torrente del fondo no nace del manantial que gotea de aquella escarpa? Recordadlo siempre. Es una lección para vuestra vida futura. Para cuando Yo no esté ya con vosotros. Si encontráis maleantes por los caminos de vuestros viajes apostólicos, no seáis como los fariseos, que desprecian a todos y no se preocupan de - estando pervertidos como están - despreciarse antes a sí mismos. Tratad con ellos con amor grande. Quisiera poder decir con "infinito amor". Es más, lo digo. Y ello es posible, a pesar de que el hombre sea "finito y limitado" en sus hechos y acciones.

¿Sabéis cómo puede poseer el hombre infinito amor? Estando unido a Dios de tal forma que sea una sola cosa con Dios. Entonces verdaderamente, desapareciendo la criatura en el Creador, obra el Creador, que es infinito. Y así deben ser mis apóstoles: una cosa con su Dios, por una potencia de amor abrazada al Origen hasta el punto de fundirse con él. *Convertiréis a los corazones, no por cómo habléis, sino por cómo améis.* ¿Vais a encontrar pecadores? Amadlos. ¿Vais a sufrir por discípulos que se descarrien? Tratad de salvarlos con el amor. Recordad la parábola de la oveja perdida. Esta parábola, durante muchos siglos, será la dulcísima llamada lanzada a los pecadores; mas será también la orden segura dada a mis sacerdotes. Con suma habilidad, con sumo sacrificio, incluso a costa de perder la vida por tratar de salvar un alma, con suma paciencia, habéis de ir buscando a los descarriados para devolverlos al Redil. El amor os producirá gozo. Os dirá: "No temas". Os dará un poder de expansión en el mundo como ni Yo mismo tuve.

El amor de los futuros justos ya no debe ponerse, cual signo exterior, sobre el corazón y en el brazo, como dice el Cantar de los Cantares; sino que debe ser puesto en el corazón. Debe ser la palanca que impulse al alma a todas las acciones. Y *todas las acciones deben ser sobreabundancia de la caridad*, que no se siente ya satisfecha de amar a Dios o al prójimo sólo mentalmente, sino que salta a la palestra, a luchar contra los enemigos de Dios, para amar a Dios y al prójimo incluso en lo contingente, en acciones incluso materiales, que son vías para acciones más grandes y perfectas que concluyen en la redención y santificación de los hermanos. Por la contemplación se ama a Dios, pero por la acción se ama al prójimo. Estos dos amores no están separados, porque uno solo es el amor, y amando al prójimo amamos a Dios, que nos ordena este amor y que nos ha dado al prójimo por hermano.

No podréis, ni vosotros ni los sacerdotes futuros, decir que sois mis amigos si vuestra caridad, y la de ellos, no se vuelve toda a la salvación de las almas por las cuales Yo me he encarnado y por las cuales sufriré. Os doy ejemplo de cómo se ama. Y lo que hago Yo debéis hacerlo vosotros y deberán hacerlo los que vendrán después de vosotros. Llega el tiempo nuevo. El del amor. Yo he venido a derramar este fuego en los corazones, y crecerá aún más después de mi Pasión y Ascensión, y os inflamará cuando el Amor del Padre y del Hijo descienda a consagraros al ministerio.

¡Divinísimo Amor! ¿A qué esta tardanza tuya en consumir la Víctima y en abrir los ojos y oídos, en soltar las lenguas y los miembros a este rebaño mío, para que se meta en medio de los lobos y enseñe que Dios es Caridad y que quien no tiene caridad dentro de sí no es sino una bestia y un demonio? ¡Ven, Espíritu dulcísimo y fortísimo, e inflama la Tierra, no para destruirla sino para purificarla! ¡Inflama los corazones! Haz de ellos otros como Yo, otros Cristos, o sea, ungidos por el amor, obradores por amor, santos y santificadores por amor.

¡Bienaventurados los que aman, porque serán amados; no cesará ni un momento su alma de cantar a Dios, junto con los ángeles, hasta que canten la eterna gloria en la luz de los Cielos. Cúmplase esto en vosotros, amigos míos. Ahora podéis marcharos, y haced con amor lo que os he dicho.

La parábola del administrador infiel y sagaz. Hipocresía de los fariseos y conversión de un esenio.

Espera al Maestro mucha gente, diseminada por las laderas más bajas de un monte que está más bien aislado, porque sobresale de una red de valles que lo circundan, a partir de los cuales sus laderas se alzan (mejor: afloran bruscamente, escarpadas, casi a pico, en ciertos casos totalmente a pico). Para llegar a la cima, un sendero labrado en la roca calcárea araña, serpenteando, las abruptas laderas del monte; en ciertos lugares tiene, como límite, por una parte la pared recta del monte, por otra el despeñadero escarpado. Y el sendero escabroso, amarillento oscuro, tendente casi al rojizo, parece una cinta arrojada en medio del verde polvoriento de bajos matorrales espinosos, punzantísimos; yo diría que las hojas son las púas mismas que cubren las rocosas y áridas pendientes, adornándose acá o allá con una flor espléndida morado-roja semejante a un penacho o a un copo de seda arrancado de las vestiduras de algún desventurado que ha pasado por este zarzal. Y este manto desapacible, hecho de puntas espinosas, de un verde glauco, triste como si estuviera empolvado con impalpable ceniza, se extiende en franjas hasta el pie del monte y por la llanura que hay entre él y otras elevaciones, tanto al noroeste coma al sureste, para alternar con los primeros lugares de hierba verdadera y verdaderos arbustos que no significan ni tortura ni inutilidad.

La gente está acampada en estos lugares y espera pacientemente la llegada del Señor. Debe ser el día siguiente del discurso a los apóstoles, porque es por la mañana. Una mañana fresca. El rocío todavía no se ha evaporado de todos los pedúnculos, y, especialmente en los que están más a la sombra, todavía decora de sí espinas y hojas, y transforma en una borla adiamantada las originales flores de los arbustos espinosos. Es ciertamente la hora de la belleza para este triste monte; porque en las otras horas, bajo el sol despiadado o en las noches de luna, debe tener el horrible aspecto de un lugar de expiación infernal.

A1 este, una rica y vasta ciudad se ve en la ubérrima llanura. Y, desde esta ladera, baja todavía, donde están los peregrinos, no se ve nada más; pero, desde la cima, la vista debe gozar de un panorama sin par sobre las zonas cercanas. Yo creo que, por la altura del monte, deberá dominarse el Mar Muerto y las zonas orientales de éste, y hasta las cadenas de Samaria y las que ocultan Jerusalén. Pero yo no he estado en la cima, así que...

Los apóstoles circulan por entre la muchedumbre tratando de mantenerla serena y ordenada, y de poner en los puestos mejores a los enfermos. Algunos discípulos los ayudan en esta labor. Quizás son los que desarrollan su actividad en esa zona, y que habían guiado hasta cerca de los confines de Judea a los peregrinos deseosos de escuchar al Maestro.

De improviso, aparece Jesús, vestido de lino blanco, pero envuelto en su manto rojo, para conciliar el calor de las horas solares con el fresco de las noches aún no veraniegas. Mira - a Él no lo han visto todavía - a la gente que lo espera, y sonríe. Parece que viene de detrás (oeste) del monte, de una altura media. Desciende rápido por el difícil sendero.

Es un niño el que ve a Jesús (no sé si por seguir el vuelo de unos pájaros que están anidados entre los matorrales y han alzado el vuelo, asustados, por una piedra que desde arriba ha caído rodando, o quizás por atracción de la mirada), y grita mientras se pone en pie de un salto:

-¡El Señor!

Todos se vuelven y ven a Jesús, que está ya como mucho a doscientos metros. Su intención sería ir a su encuentro, pero Él, con el gesto de los brazos y la voz que llega nítida, quizás por la resonancia del monte, dice:

-Quedaos donde estáis.

Y, sonriendo todavía, baja hasta los que esperan. Se detiene en el punto más alto del rellano. Desde allí saluda:

-La paz a todos vosotros - y con una sonrisa especial repite el saludo a los apóstoles y discípulos que se han acercado dispuesto en torno a Él.

Jesús está radiante de belleza. Con el sol en la frente y la pared verdosa del monte a sus espaldas, parece una visión de sueño. Las horas pasadas en soledad, algún hecho que no conocemos, quizás una sobreabundancia en Él de las caricias paternas, no sé realmente qué cosa, acentúan su siempre perfecta belleza, la hacen gloriosa y majestuosa, pacífica, serena, yo diría: gozosa, como de uno que regresa de un encuentro de amor y trae consigo la alegría del momento en todo su aspecto, en la sonrisa, en las miradas. Aquí el testimonio de este encuentro de amor, que es divino, se trasluce multiplicado cientos de veces respecto a lo que habitualmente es visible después de un encuentro de pobre amor humano: Cristo está radiante. Y subyuga a los presentes, que, admirados, lo contemplan en silencio, como acobardados por la intuición de un misterio de conjunción del Altísimo con su Verbo... Es un secreto, una secreta hora de amor entre el Padre y el Hijo. Ninguno la conocerá jamás. Pero el Hijo conserva la señal, casi como si, después de haber sido el Verbo del Padre cual es en el Cielo, a duras penas pudiera volver a ser el Hijo del hombre. La infinitad, la sublimidad encuentra dificultad para ser otra vez "el Hombre". La Divinidad rebosa, estalla, irradia a través de la humanidad como óleo suave a través de un vaso de arcilla poroso, o como luz de horno a través de un velo de cristales opacos.

Y Jesús baja sus ojos radiantes, agacha la cara gozosa, esconde su prodigiosa sonrisa, encorvándose hacia los enfermos, acariciándolos y curándolos; los cuales, a su vez, miran, asombrados, ese rostro de sol y amor inclinado hacia su miseria para dar alegría. Pero al final se tiene que erguir de nuevo y debe mostrar a las turbas lo que es el rostro del Pacífico, del Santo, del Dios hecho Carne, todo envuelto todavía en la luminosidad dejada por el éxtasis. Repite:

-La paz a vosotros.

Hasta la voz es más musical que de costumbre, penetrada de notas suaves y triunfales... Poderosa, se expande sobre los mudos oyentes, busca los corazones, los acaricia, los hace reaccionar, los llama a amar.

Todos están impresionados, menos el grupo de fariseos, más secos y ásperos, más espinosos y desabridos que el propio monte, que están como estatuas de incompreensión y odio en un ángulo; y menos otro grupo que, todo blanco y apartado, escucha desde un ribazo, un grupo al que oigo que Bartolomé y el Iscariote señalan como «esenos» (y Pedro dice con tono arisco:

-¡Y así hay una camada más de gaviñanes!

-¡Déjalos! ¡El Verbo es para todos! - dice Jesús sonriendo a su Pedro, aludiendo a los esenos.

Luego empieza a hablar.

-Hermoso sería que el hombre fuera perfecto como desea el Padre de los Cielos. Perfecto en todos sus pensamientos, afectos, actos. Pero el hombre no sabe ser perfecto y usa mal los dones de Dios, que ha dado al hombre libertad de obrar, aunque mandando las cosas buenas y aconsejando las perfectas, para que el hombre no pudiera decir: "No sabía".

¿Cómo usa el hombre la libertad que Dios le ha dado? Pues, la mayor parte de la Humanidad como podría usarla un niño, o un estúpido; o como un malhechor, las otras partes. Pero luego viene la muerte. Entonces el hombre estará sujeto al Juez, que preguntará severo: "¿Qué uso y qué abuso hiciste de lo que te di?". ¡Tremenda pregunta! ¡Ah, entonces los bienes de la tierra, aquellos por los que tan a menudo el hombre se hace pecador, con qué claridad aparecerán menores que briznas de paja! Pobre - una pobreza eterna -, despojado de un vestido irremplazable, estará abatido y tembloroso ante la majestad del Señor, y no hallará palabra con que justificarse. Porque en la Tierra es fácil justificarse, engañando al pobre ser humano. Pero en el Cielo esto no puede suceder. A Dios no se le engaña. Jamás. Y Dios no acepta contubernios. Jamás.

¿Cómo salvarse entonces? ¿Cómo hacer que sirva todo para la salvación, incluso lo que proviene de la Corrupción, que ha mostrado los metales y las gemas como instrumentos de riqueza, que ha encendido ansias de poder y apetitos carnales? ¿No podrá entonces el hombre - que, por muy pobre que sea, siempre puede pecar deseando inmoderadamente el oro, los cargos, la mujer, haciéndose a veces ladrón de estas cosas para poseer lo que el rico tenía -, no podrá entonces el hombre, sea pobre o sea rico, salvarse nunca? Sí puede. ¿Cómo? Aprovechando la abundancia para el Bien, aprovechando la miseria para el Bien. El pobre que no envidia, que no impreca ni atenta contra lo que a otros pertenece, sino que se conforma con lo que tiene, ése, aprovecha su humilde condición para obtener de ella santidad futura. En verdad, la mayoría de los pobres lo sabe hacer. Menos lo saben hacer los ricos, para los cuales la riqueza es una continua trampa de Satanás, de la ternaria concupiscencia.

Mas oíd una parábola, y veréis que también los ricos pueden salvarse a pesar de ser ricos, o reparar sus pasados errores con un buen uso de las riquezas, aunque hayan sido adquiridas mal. Porque Dios, el Bonísimo, deja siempre muchos medios a sus hijos para que se salven.

Había, pues, un rico que tenía un administrador. Algunos, enemigos de éste porque envidiaban el buen puesto que tenía, o muy amigos del rico y por tanto, celosos de su bienestar, acusaron al administrador ante su jefe. "Disipa tus bienes. Se queda con una parte. No se preocupa de que produzcan. ¡Ten cuidado! ¡Defiéndete!".

El rico, oídas estas repetidas acusaciones, ordenó al administrador que compareciera ante él. Y le dijo: "Me han dicho de ti esto y aquello. ¿Cómo es que has actuado así? Ríndeme cuentas de tu administración porque ya no te permito que sigas llevándola. No puedo fiarme de ti ni puedo dar un ejemplo de injusticia y de excesiva condescendencia que induciría a los consiervos a actuar como tú has obrado. Ve y regresa mañana con todas las escrituras, para que las examine y vea cuál es la situación de mis bienes, antes de confiarlos a un nuevo administrador".

Y despidió al administrador, que se marchó pensativo diciendo para sí: "¿Y ahora? ¿Cómo me las voy a arreglar ahora que el amo me quita la administración? No tengo ahorros porque, convencido como estaba que no me iban a pillar, dilapidaba en mis placeres todo lo que distraía. Entrar como labrador, y además subordinado, no me hace ninguna gracia, porque ya no tengo costumbre de trabajar y siento el peso de las juergas. Pedir limosna me hace menos gracia todavía. ¡Demasiada humillación! ¿Qué voy a hacer?".

Pensando y pensando, encontró la manera de salir de la penosa situación. Dijo: "¡Ya sé! Con el mismo medio con que me he asegurado una buena vida hasta ahora, en el futuro me voy a asegurar amigos que me reciban, por agradecimiento, cuando ya no tenga la administración. Quien hace favores tiene siempre amigos. Vamos, pues, a hacer favores para recibirlos; inmediatamente además, antes de que la noticia se difunda y sea demasiado tarde".

Y fue a casa de los distintos deudores de su amo. Dijo al primero: "¿Cuánto debes a mi jefe, por la suma que te prestó en la primavera de hace tres años?".

El interlocutor respondió: "Cien barriles de aceite por la suma y los intereses".

"¡Vaya, hombre, pobrecillo! ¡Tú que estás tan cargado de prole, afligido por enfermedades de tus hijos, tener que dar tanto!... ¿Pero no te dio por un valor de treinta barriles?".

"Sí. Pero tenía urgente necesidad, y me dijo: "Yo te lo doy. Pero con la condición de que me devuelvas todo lo que esta suma te produzca en tres años". Ha producido por un valor de cien barriles. Tengo que entregarlos".

« ¡Pero hombre, es usura! No, no. É1 es rico, y a ti poco te falta para pasar hambre. El tiene poca familia; tú, mucha. Escribe que te ha producido por valor de cincuenta barriles y despreocúpate ya de ello. Yo juraré que es verdad, y tú tendrás bienestar".

« ¿No me traicionarás, no? ¿Si viene a saberlo?".

« ¡Pero hombre!... Yo soy el administrador, y lo que juro es sagrado. Haz lo que te digo y vive feliz".

El hombre escribió, entregó y dijo: "¡Bendito seas, amigo y salvador mío! ¿Cómo pagarte esto?".

"¡Con nada! Esto significa que si por ti sufriera algún daño y me echaran, me recibirías por agradecimiento".

"¡Hombre claro! ¡Claro! Puedes contar con ello".

El administrador fue a casa de otro deudor, y mantuvo más o menos la misma conversación. Éste tenía que devolver cien fanegas de trigo porque durante tres años la sequía había destruido sus cereales y había tenido que pedir al rico para dar de comer a la familia.

"¡No hombre, no te preocupes de doblar lo que te dio! ¡Negar el trigo! ¡Exigir el doble a uno que tiene hambre e hijos, mientras que su trigo se agorja en los graneros por sobreabundancia! Escribe ochenta fanegas".

"¿Pero si se acuerda de que me dio veinte, y veinte y luego diez?". "¿Cómo se va a acordar? Te las di yo, y yo *no quiero* acordarme. Hazlo así. Haz como te digo y arregla tu situación. ¡Hace falta justicia entre pobres y ricos! Por mi parte, si fuera yo el patrón, hubiera pedido sólo las cincuenta, y quizás las perdonase incluso".

"Tú eres bueno. ¡Si fueran todos como tú! Recuerda que ésta es una casa amiga para ti".

El administrador fue a ver a otros, usando el mismo método, manifestándose dispuesto a sufrir para subsanar las cosas con justicia. Y le llovieron bendiciones y ofertas de ayuda.

Despreocupado ya respecto al futuro, fue tranquilo a ver a su jefe, el cual, por su parte, había estado siguiendo los pasos del administrador y había descubierto su juego. Y, no obstante, lo alabó diciendo: "Tu acción no es buena. No te alabo por ella. Pero debo alabarte por tu sagacidad. En verdad, en verdad los hijos del siglo son más astutos que los hijos de la luz".

Y Yo os digo también lo que dijo el rico: "El fraude no es una cosa bonita y nunca alabaré por él a ninguno. Pero os exhorto a ser, al menos en cuanto hijos del siglo, astutos con los medios del siglo, para darles un uso como monedas para entrar en el Reino de la Luz". O sea, con las riquezas terrenas, medios injustos en la repartición y usados para alcanzar un bienestar transitorio que no tiene valor en el Reino eterno, haceos amigos que os abran las puertas de él. Haced el bien con los medios de que disponéis, restituid lo que vosotros, u otros de vuestra familia, hayáis tomado sin derecho, separaos del apego enfermo y

culpable hacia las riquezas. Y todas estas cosas serán como amigos que, en la hora de la muerte, os abrirán las puertas eternas y os recibirán en las moradas bienaventuradas.

¿Cómo podéis exigir que Dios os dé sus bienes paradisíacos, si veis que no sabéis hacer buen uso ni siquiera de los bienes terrenos? ¿Pretendéis que, suponiendo un imposible, admita en la Jerusalén celeste elementos disipadores? No, nunca. Allá arriba se vivirá con caridad y con generosidad y justicia. Todos para Uno y todos para todos. La comunión de los santos es sociedad activa y honesta, es sociedad santa. Y ninguno que haya mostrado ser injusto e infiel puede entrar en ella.

No digáis: "Pero allá arriba seremos fieles y justos, porque tendremos todo sin sujeción a temor alguno". No. El que es infiel en lo poco sería infiel aunque poseyera el Todo, y quien es injusto en lo poco es injusto en lo mucho. Dios no confía las verdaderas riquezas al que en la prueba terrena muestra que no sabe hacer uso de las riquezas terrenas. ¿Cómo podrá Dios confiaros un día en el Cielo la misión de ser espíritus auxiliares de vuestros hermanos de la Tierra, cuando habéis mostrado que arrebatar y robar, o conservar con avaricia, es vuestra prerrogativa? Por eso os negará vuestro tesoro, el que había conservado para vosotros; y se lo dará a aquellos que supieron ser astutos en la Tierra usando incluso lo injusto y malsano en obras que lo hacían justo y sano.

(El que es infiel en lo poco sería infiel aunque poseyera el Todo... La expresión, que ha de entenderse a la luz de Lucas 16, 10-12 fue aclarada por MV con la siguiente observación en una copia mecanografiada: "Lenguaje figurado para hacer comprensible la comparación. Es cierto que en el Cielo no se puede pecar ni ser infieles porque los que están en el Cielo están ya confirmados en gracia y ya no pueden pecar. Pero Jesús pone esta comparación para ser comprendido más fácilmente")

Ningún siervo puede servir a dos señores. Porque será de uno de los dos u odiará a uno de los dos. Los dos señores que el hombre puede elegir son Dios o la Ganancia, Pero, si quiere ser del primero no puede ponerse los distintivos, seguir las voces, usar los medios del segundo».

Una voz se alza del grupo de los esenios:

-El hombre no es libre para elegir. Está obligado a seguir un destino. Y no se diga que éste está distribuido sin sabiduría. Es lo contrario: la Mente perfecta ha establecido, como propio designio perfecto, el número de los que serán dignos de los Cielos. Los otros inútilmente se esfuerzan en serlo. Así es. No puede ser de otra forma. De la misma manera que uno, saliendo de casa, puede encontrar la muerte a causa de una piedra desprendida de la cornisa, y otro, en el corazón de una batalla, se puede salvar hasta de la más pequeña herida, igualmente el que quiere salvarse, pero no está escrito que se haya de salvar, lo único que hará será pecar incluso sin saberlo, porque su condenación está ya designada.

-No, hombre. No es así. Y cambia de idea. Pensando así haces una grave injuria al Señor.

-¿Por qué? Demuéstramelo y me enmendaré.

-Porque tú, diciendo esto, admites mentalmente que Dios es injusto hacia sus criaturas. Él las ha creado de igual modo y con un mismo amor. Él es un Padre. Perfecto en su paternidad, como en todas las cosas. ¿Cómo puede entonces hacer distinciones y maldecir a un hombre cuando es concebido y es un inocente embrión, maldecirlo desde cuando es incapaz de pecar?

-Para resarcirse de la ofensa recibida del hombre.

-No. ¡Dios no se resarca así! No se conformaría con un mísero sacrificio como éste, de un injusto y forzado sacrificio. La culpa contra Dios sólo la puede quitar el Dios hecho Hombre. Él será el Expiador. No éste o aquel hombre. ¡Ojalá hubiera sido posible que Yo tuviera que quitar sólo la culpa original! ¡Que la Tierra no hubiera tenido ningún Caín, ningún Lámeq, ningún perverso sodomita, ningún homicida, ladrón, fornicador, adúltero, blasfemo, ninguno sin amor a sus padres, ningún perjuro, y así sucesivamente! Mas, de cada uno de estos pecados el pecador, y no Dios, es culpable y autor. Dios ha dejado libertad a sus hijos de elegir el Bien o el Mal.

-¡No hizo bien! - grita un escriba - ¡Nos ha tentado sobremodo!. Sabiendo que éramos débiles, ignorantes, gente corrompida, nos puso en la tentación. Ello es o imprudencia o maldad. Tú que eres justo deberás convenir en que digo una verdad.

-Dices una mentira para tentarme. Dios había dado a Adán y Eva todos los consejos. ¿Y de qué sirvió?

-Hizo mal también entonces. No debía haber puesto el árbol, la tentación, en el Jardín.

-¿Y entonces dónde está el mérito del hombre?

-Hubiera prescindido del mérito. Hubiera vivido sin mérito propio, sólo por mérito de Dios.

-Te quieren tentar, Maestro. Deja a esas serpientes. Escúchanos a nosotros, que vivimos en continencia y meditación - grita de nuevo el esenio.

-Sí, vivís así. Pero malamente. ¿Por qué no vivir así santamente?

El esenio no responde a esta pregunta, sino que pregunta:

-De la misma forma que me has dado una razón convincente sobre el libre arbitrio, y la voy a meditar sin animosidad, esperando poder aceptarla, dime ahora: ¿Crees realmente en una resurrección de la carne y en una vida de los espíritus completados por ella?

-¿Tú crees que Dios va a poner fin así, sin más, a la vida del hombre?

-Pero el alma... Dado que el premio la hace dichosa, ¿para qué sirve hacer resucitar la materia? ¿Va a aumentar eso el gozo de los santos?

-Nada aumentará el gozo que un santo tendrá cuando posea a Dios. O sea, sólo una cosa lo aumentará en el último Día: el saber que el pecado ya no existe. ¿Y no te parece justo que, de la misma forma que durante este día carne y alma estuvieron unidas en la lucha por poseer el Cielo, en el Día eterno carne y alma estén unidas para gozar del premio? ¿No estás convencido de esto? ¿Y entonces por qué vives en continencia y meditación?

-Para... para ser más plenamente hombre, señor por encima de los otros animales, que obedecen a los instintos sin freno; y para ser superior a la mayor parte de los hombres, que están embadurnados de animalidad, a pesar de ostentar filacterias y fimbrias, y fórmulas, y amplias vestiduras, y se llaman "los apartados".

-¡Anatema!

Los fariseos, recibido de lleno el flechazo, que hace murmurar aprobadora a la multitud, se retuercen y gritan como endemoniados.

-¡Nos está insultando, Maestro! Tú conoces nuestra santidad. Defiéndenos - gritan gesticulando.

Jesús responde:

-También él conoce vuestra hipocresía. Las vestiduras no corresponden a la santidad. Mereced las alabanzas y entonces podré hablar. Pero a ti, esenio, te respondo que te sacrificas por demasiado poco. ¿Por qué? ¿Por quién? ¿Por cuánto? Por una alabanza humana. Por un cuerpo mortal. Por un tiempo rápido como vuelo de halcón. Eleva tu sacrificio. Cree en el Dios verdadero, en la bienaventurada resurrección, en la voluntad libre del hombre. Vive como asceta. Pero por estas razones sobrenaturales. Y con la carne resucitada gozarás de la eterna alegría.

-¡Es tarde! ¡Soy viejo! Quizás he malgastado mi vida estando en una secta de error... ¡Ya nada!...

-No. ¡Nunca es demasiado tarde para quien quiere el bien! Oíd, vosotros pecadores, vosotros que estáis en errores, vosotros, cualquiera que sea vuestro pasado. Arrepentíos. Venid a la Misericordia. Os abre los brazos. Os indica el camino. Yo soy fuente pura, fuente vital. Alejad de vosotros las cosas que os han descarriado hasta este momento. Venid desnudos al lavacro. Revestíos de luz. Renaced. ¿Habéis robado como salteadores de caminos, o elegante y astutamente en las transacciones y administraciones? Venid. ¿Habéis tenido vicios o pasiones impuras? Venid. ¿Habéis sido opresores? Venid. Venid. Arrepentíos. Venid al amor y a la paz. Dejad que el amor de Dios pueda derramarse sobre vosotros. Consolad este amor acongojado por vuestra resistencia, por vuestro miedo, por vuestra vacilación. Os lo ruego en nombre del Padre mío y vuestro. Venid a la Vida y a la Verdad, y tendréis la vida eterna.

Un hombre de la muchedumbre grita:

-¡Yo soy rico y pecador! ¿Qué debo hacer para ir?

-Renuncia a todo por amor a Dios y por amor a tu alma.

Los fariseos murmuran y satirizan a Jesús como «vendedor de cosas ilusorias y de herejías», como «pecador que pasa por santo», y le advierten que los herejes son siempre herejes, y que eso son los esenios. Dicen que las conversiones repentinas no son sino exaltaciones momentáneas y que el impuro seguirá siéndolo siempre, el ladrón ladrón, el homicida homicida, para terminar diciendo que sólo ellos, que viven en santidad perfecta, tienen el derecho al Cielo y a la predicación.

-Era un día feliz. Una siembra de santidad caía en los corazones. Mi amor, nutrido por el beso de Dios, daba a las semillas vida. El Hijo del hombre se sentía feliz de santificar... Vosotros me amargáis el día. Pero no importa. Yo os digo - y si no soy dulce la culpa es vuestra -, Yo os digo que sois de esos que se muestran justos, o tratan de hacerlo, a los ojos de los hombres, pero que no lo son. Dios conoce vuestros corazones. Lo que es grande a los ojos de los hombres es abominable ante la inmensidad y perfección de Dios. Vosotros citáis la Ley antigua. ¿Por qué, entonces, no la vivís? Modificáis para ventaja vuestra la Ley, cargándola con pesos que os producen una ventaja. ¿Por qué, entonces, no dejáis que Yo la modifique en favor de estos pequeños, quitándole todas las fórmulas y sutilezas cargosas, inútiles, de los preceptos que habéis establecido vosotros, tales y tantos que la Ley esencial desaparece bajo ellos y muere ahogada? Yo siento compasión de estas turbas, de estas almas que buscan respiro en la Religión y encuentran un nudo corredizo; que buscan el amor y encuentran el terror...

No. ¡Venid, pequeños de Israel! ¡La Ley es amor! ¡Dios es amor! Esto digo a los que vosotros atemorizáis. La Ley severa y los profetas amenazadores que me han anunciado sin lograr mantener distanciado el pecado, a pesar de los gritos de su profetismo angustioso, llegan hasta Juan. De Juan en adelante viene el Reino de Dios, el Reino del amor. Y digo a los humildes: "Entrad en él. Es para vosotros". Y todos los que tienen buena voluntad se esfuerzan en entrar. Pero, para los que no quieren agachar la cabeza, golpearse el pecho, decir: "He pecado", no habrá Reino. Está escrito: "Circuncidad vuestro corazón y no endurezcáis más vuestra cerviz".

Esta tierra vio el prodigio de Eliseo, que hizo dulces las aguas amargas echando en ellas la sal. ¿Y Yo no echo la sal de la Sabiduría en vuestros corazones? ¿Y entonces por qué sois inferiores al agua y no cambiáis vuestro espíritu? Añadid a vuestras fórmulas mi sal y tendrán un nuevo sabor, porque volverán a dar a la Ley la primitiva fuerza. En vosotros, los más necesitados, antes que en ningún otro. ¿Decís que cambio la Ley? No. No mintáis. Devuelvo a la Ley su primitiva forma, que vosotros habéis alterado. Porque es una Ley que durará cuanto dure la Tierra, y antes desaparecerán el cielo y la tierra que uno solo de sus elementos constitutivos o de sus consejos. Y si la cambiáis, por satisfacer vuestro gusto, y entráis en sutilezas buscando escapatorias a vuestras culpas, sabed que ello no es beneficioso. ¡No es beneficioso, Samuel! ¡No es beneficioso, Isaías! Permanentemente está escrito: "No cometas adulterio", y Yo completo: "Quien despide a su esposa para tomar otra es adúltero, y quien se casa con una mujer repudiada por su marido es adúltero, porque sólo la muerte puede dividir lo que Dios ha unido".

Pero las palabras duras son para los pecadores impenitentes. Los que han pecado pero se afligen desconsoladamente por haberlo hecho, sepan, crean que Dios es Bondad, y se acerquen a Aquel que absuelve, perdona y admite a la Vida. Salid de aquí con esta certeza. Esparcidla en los corazones. Predicad la misericordia que os da la paz bendiciéndoos en el nombre del Señor.

La gente empieza a marcharse del lugar, lentamente (bien porque el sendero es estrecho, bien porque Jesús los atrae), pero dejan el lugar...

Se quedan con Jesús los apóstoles. A su vez se ponen en marcha, y van hablando. Buscan sombra caminando al lado de un pequeño bosquecillo de tamarices de desordenadas frondas. Pero dentro hay un esenio. El que ha hablado con Jesús. Se está quitando sus vestiduras blancas.

Pedro, que va delante de todos, lleno de estupor al ver que el hombre se queda sólo con el calzón corto, se echa a correr hacia el grupo diciendo:

-¡Maestro! ¡Un loco! El que hablaba contigo, el esenio. Se ha desnudado y llora y suspira. No podemos ir allí.

Pero el hombre, delgado, con poblada barba, su cuerpo completamente desnudo a excepción del calzón corto y las sandalias, ya sale de la espesura del bosque y viene hacia Jesús llorando y golpeándose el pecho. Se arrodilla:

-Yo soy el curado milagrosamente en el corazón. Me has curado el espíritu. Obedezco tu palabra. Tomo nuevo vestido, de luz, dejando todo pensamiento que fuera para mí vestido de error. Me separo para meditar sobre el Dios verdadero, para obtener vida y resurrección. ¿Es suficiente? Dame el nuevo nombre y un lugar donde vivir de ti y de tus palabras.

-¡Está loco! ¡No sabemos hacerlo nosotros que oímos tantas! Y él... por un solo discurso... - comentan entre sí los apóstoles.

Pero el hombre, que lo oye, dice:

-¿Queréis poner límites a Dios? Él me ha quebrantado el corazón para darme un espíritu libre. ¡Señor!... - suplica con los brazos extendidos hacia Jesús.

-Sí. Llámate Elías y sé fuego. Aquel monte está lleno de cavernas. Ve a él, y cuando sientas temblar la tierra por un tremendo terremoto, sal y busca a los siervos del Señor para unirte a ellos. Habrás nacido de nuevo, para ser siervo tú también. Ve.

El hombre le besa los pies, se alza y se pone en camino.

-¿Pero va así desnudo? - preguntan asombrados.

-Dadle un manto, un cuchillo, yesca y eslabón, y un pan. Caminará hoy y mañana, y luego se retirará en oración al lugar donde estuvimos nosotros. El Padre se ocupará de su hijo.

Andrés y Juan se echan a correr y le dan alcance cuando ya está para desaparecer tras un recodo.

Vuelven diciendo:

-Lo ha cogido. Le hemos indicado también el lugar donde estábamos. ¡Qué conquista tan inesperada, Señor!

-Dios hace germinar flores hasta en las rocas. También en los desiertos de los corazones hace surgir espíritus de voluntad para consuelo mío. Ahora vamos hacia Jericó. Nos alojaremos en alguna casa del campo.

382

Un alto en casa de Nique.

El camino, a pesar de que corte verdes campos orlados de árboles frondosos en su linde con él, es un horno bajo el sol cenital. De los campos - los cereales se encaminan rápidamente a su maduración - viene un calor y olor como de horno en que la flor de la harina se transforma en pan. La luz es deslumbradora. Cada espiga, entre las glumas áureas y las aristas puntiagudas, parece una pequeña lámpara de oro, y los visos del sol en la paja de los tallos molestan a los ojos, como también los reflejos del camino, cegador de tanto sol. En vano los ojos buscan alivio en las frondas: si se alzan buscándolo, quedan aún más a merced del sol despiadado y han de bajarse enseguida, huyendo de esa violencia, y restringirse, reducirse a una abertura sutil entre las pestañas polvorientas, entre los bordes de los párpados enrojecidos y doloridos. El sudor forma líneas brillantes en los carrillos polvorientos. Los pies cansados se arrastran levantando nuevo polvo que atormenta, atormenta, atormenta.

Jesús consuela a sus cansados apóstoles. Aunque Él también suda, se ha puesto sobre la cabeza el manto, para defenderse del sol, y aconseja a los demás que hagan lo mismo. Ellos obedecen sin decir nada. Están demasiado cansados para encontrar la fuerza necesaria para una de sus habituales manifestaciones de descontento. Van como borrachos...

-¡Ánimo!, que allá entre los campos hay una casa... - dice Jesús.

-Si es como las otras... lo único será el desconsuelo de recorrer mucho camino sin sentido por esas tierras abrasadoras - rezonga Pedro bajo el manto. Y los otros lo confirman con un « ¡mmm!» desconsolado.

-Voy Yo. Quedaos aquí, debajo de esta poca sombra.

-No. No. Vamos también nosotros. Aquí no falta el agua. Al menos tendrán un pozo... Y bebemos para apagar el fuego que tenemos dentro.

-Beber tan sudorosos os haría daño.

-Moriremos..., pero en todo caso será mejor que lo que tenemos ahora...

Jesús no rebate. Suspira y se pone a caminar delante del grupo, por un senderillo que hay entre los campos de cereales.

Los campos no llegan hasta la casa, sino sólo hasta los límites de un pomar maravilloso, lleno de sombra, donde la luz y el calor están mitigados, y que forma un cinturón óptimo y reconfortador en torno a la casa. Y los apóstoles, con un «jah!» de alivio, se lanzan adentro. Jesús sigue andando, sin tener en cuenta sus peticiones de quedarse allí un buen rato.

Zurear de palomas, chirrío de garruchas, serenas voces de mujer vienen de la casa y se esparcen en el silencio soleado del campo. Jesús aparece en una placita que circunda a la casa, como una acera ancha y limpia sobre la que una pérgola de uva extiende un bordado de frondas y sombra protectora. Dos pozos, uno en el lado derecho, otro en el lado izquierdo de la casa, ensombrados por la vid. Arriates junto a las paredes de la casa. Cortinas ligeras, de rayas oscuras, ondean en las puertas abiertas. Voces de mujeres y rumor de movimiento de loza salen de una habitación.

Jesús se dirige a ella, y a su paso una docena de palomas, que estaban picoteando unos granos de cereales, alcanzan el vuelo con fuerte aleteo. El ruido atrae la atención de quien está en la habitación, y mientras Jesús aparta la cortina con la mano por la parte derecha, al mismo tiempo una criada la aparta por la izquierda... y se queda asombrada ante el Desconocido.

-¡Paz a esta casa! ¿Podéis darme refrigerio, como peregrino? - dice Jesús desde la puerta de esta habitación, que es una cocina grande donde las domésticas están lavando la loza usada para la comida del mediodía.

-La ama no te cerrará su casa. Voy a avisarle.

-Pero traigo conmigo a otros doce, y si pudiera darme refrigerio sólo a mí preferiría quedarme sin él.

-Vamos a decírselo a la ama sin duda...

-¡Maestro y Señor! ¿Tú aquí? ¿En mi casa? ¿Qué gracia especial es ésta? - interrumpe una voz; y una mujer, Nique, se acerca rápidamente y se arrodilla a besar los pies de Jesús.

Las criadas parecen estatuas. La que estaba lavando los platos se ha quedado con el trapo en la derecha y un plato que gotea en la izquierda enrojecida por el agua hirviendo. Otra, que estaba sacando brillo a los cuchillos, en un rincón, sentada en el suelo sobre los talones, se yergue sobre sus rodillas para ver mejor, y se le caen los cuchillos al suelo con estrépito. Una tercera, que estaba vaciando de ceniza los fogones, levanta la cara cenizosa y se queda así, por encima del nivel del hogar, con la boca abierta.

-¡Aquí estoy. Nos han rechazado en muchas casas. Estamos cansados y sedientos.

-¡Oh! ¡Ven! ¡Ven! No aquí. A las salas de septentrión, que son frescas y umbrosas. Y vosotras preparad agua para los cuerpos y bebidas aromáticas. Y tú, niña, corre a despertar al administrador; que te ayude para las primeras cosas de comer, en espera del banquete...

-¡No, Nique! No soy el invitado mundano. Soy tu Maestro perseguido. Te pido alojamiento y amor más que comida. Pido piedad. Más para mis amigos que para mí mismo...

-Sí, Señor. Pero ¿cuándo habéis comido por última vez?

-Ellos no lo sé. Yo ayer, al rayar el día, con ellos.

-¿Lo ves?... No voy a derrochar. Pero, como una madre o hermana, voy a darles a todos lo necesario, y a ti, como sierva y discípula, honor y ayuda. ¿Dónde están los hermanos?

-En el huerto. Pero quizás ya vienen. Oigo voces.

Nique corre fuera y los ve. Los llama y luego los conduce, junto con Jesús, a un fresco vestíbulo donde ya hay barreños y toallas y pueden refrescarse la cara, brazos y pies, del abundante polvo y del sudor.

-Por favor, quitaos esa ropa tan sudada; dádselo todo inmediatamente a las criadas. Es un gran descanso tener los vestidos limpios y las sandalias frescas. Y luego venid a esa sala. Os espero allí.

Y Nique se marcha, cerrando la puerta...

...¡Ah! ¡Pues se está bien en esta sombra y así, bien refrescados! - suspira Pedro entrando en 1a sala donde Nique los espera, atenta y respetuosa.

-Mi alegría por poderos aliviar es más grande que tu propio alivio, apóstol de mi Señor.

-¡Mmm! Apóstol... Ya... bueno... Mira, Nique, vamos a hacer una cosa simple, ¿eh? Tú sin mostrar que eres rica y culta, yo sin mostrar que soy apóstol; así... como buenos hermanos, que tienen necesidad el uno del otro para el alma y el cuerpo. Me da demasiado... miedo pensar que soy "apóstol".

-¿Miedo a qué? - pregunta sorprendida la mujer, y sonríe.

-De... ser demasiado... demasiado voluminoso respecto a la arcilla que soy, y de que vaya a romperme por el peso... Miedo a... hacerme un engréido por la soberbia... Miedo de que... con la idea de que soy el apóstol, los otros... quiero decir, los discípulos... y las almas buenas, se mantengan distantes de mí y callen aunque me equivoque... Y yo esto no lo quiero, porque entre los discípulos, incluso entre los que creen, así, llanamente y sin más, hay muchos que son mejores que yo, unos en una cosa, otros en otra; y yo quiero hacer como... como esa abeja que ha entrado y se ha chupado un poco de esto un poco de lo otro de las cestas de fruta que has mandado traer para nosotros, y ahora, para completar, añade los jugos de esas flores, y luego irá afuera a chupar tréboles y flores de lis, manzanillas y convólvulos. Toma de todos. Y yo necesito hacer como ella...

-¡Tú libas la más hermosa flor: el Maestro!

-Sí, Nique. Pero de Él aprendo a hacerme hijo de Dios; de los hombres aprenderé a hacerme hombre.

-Lo eres.

-No, mujer. Soy poco menos que un animal. Y no sé verdaderamente cómo es que me soporta el Maestro...

-Te soporto porque sabes lo que eres, y por eso puedes ser trabajado como la pasta. Pero si hicieras resistencia y fueras terco, soberbio sobre todo, te alejaría de mí como a un demonio - dice Jesús.

Entran unas criadas con tazas de leche fría, y ánforas porosas donde los líquidos ciertamente están muy frescos.

-Por favor, tomad este refresco - dice Nique - Después podréis descansar hasta la noche. La casa tiene habitaciones y camas. Y, si no las tuviera, dejaría las mías para que descansarais vosotros. Maestro, me retiro para las labores de la casa. Sabéis todos dónde encontrarme, a mí y a las criadas.

-Ve. Y no estés preocupada por nosotros.

Nique sale. Los apóstoles hacen honor al refresco que les ha sido ofrecido. Y, comiendo con alegre apetito, hablan y comentan.

-¡Buena fruta!

-Y buena discípula.

-Bonita casa. No lujosa, pero no pobre.

-Y gobernada por una mujer que es dulce y fuerte al mismo tiempo. Orden, limpieza, respeto, y al mismo tiempo afectuosidad.

-¡Qué campos tan bonitos tiene alrededor! ¡Una buena riqueza!

-Sí. ¡Un horno!... - dice Pedro, que no ha olvidado todavía lo que ha sufrido. Los otros ríen.

-Pero aquí se está bien. ¿Y sabías que Nique estaba aquí? - pregunta Tomás.

-No más de lo que lo supierais vosotros. Sabía que cerca de Jericó tenía unas tierras que había adquirido hacía poco. Nada más. El amado ángel de los peregrinos nos ha guiado.

-La verdad es que te ha guiado a ti. Nosotros no queríamos venir.

-Yo estaba dispuesto ya a echarme al suelo y dejarme achicharrar por el sol antes que dar un sólo paso más - dice Mateo.

-Ya no se puede andar de día. Este año el sol muy pronto es fuerte. Parece que también él se está volviendo loco.

-Sí. Vamos a caminar durante las primeras horas del día y cuando sea de noche. Pero pronto iremos a los montes. Allí el calor está más mitigado.

-¿A mi casa? - pregunta Judas Iscariote.

-Sí, Judas. Y a Yuttá y a Hebrón.

-Pero no a Ascalón, ¿eh?

-No, Pedro. Iremos a lugares a donde no hayamos ido todavía. De todas formas, tendremos también sol y calor. Un poco de sacrificio por amor a mí y a las almas. Ahora descansad. Voy a orar al huerto.

-¿Pero Tú no estás nunca cansado? ¿No sería mejor que descansaras Tú también? - pregunta Judas de Alfeo.

-Quizás el Maestro quiere estar aquí un tiempo... - observa el Zelote.

-No, partimos al rayar el alba. Para esguazar el río durante las horas frescas.

-¿A dónde vamos a la otra orilla del Jordán?

-Las turbas regresan después de la Pascua a sus casas. En Jerusalén demasiados me buscaron en vano. Predicaré y curaré en el vado. Luego iremos a poner en orden la casita de Salomón. Nos será preciosa...

-¿Pero no volvemos a Galilea?

-También iremos allí. Pero estaremos mucho en estas partes meridionales y un refugio será precioso. Dormid. Yo salgo.

La cena debe haber tenido lugar. Es de noche. Abundantes gotas de rocío que de los aleros caen sonando en las hojas de la vid. Estrellas inverosímiles en el cielo; un número incalculable de estrellas, de estrellas en que se pierde la mirada. Cantos de grillos y aves nocturnas, y silencio de los campos.

Los apóstoles ya se han retirado. Pero Nique está levantada, escuchando al Maestro. Él está sentado rígidamente en un asiento de piedra que apoya contra la casa. La mujer está de pie, delante de Él, con postura de atento respeto.

Jesús debe estar terminando de desarrollar unas palabras. Dice:

-Sí. La observación es cabal. Pero es cierto que a este penitente, o mejor: a este que "está renaciendo", no le habría faltado la ayuda del Señor. Mientras cenábamos y tú preguntabas al mismo tiempo que servías, Yo pensaba que la ayuda eres tú. Has dicho: "No puedo seguirte sino por breves períodos, porque se debe vigilar la casa y a la servidumbre nueva". Y manifestabas tu desazón por ello, diciendo que si hubieras sabido que me ibas a haber encontrado enseguida, no habrías adquirido esto que te vincula. Como puedes ver, esto ha servido para hospedar a los evangelizadores. Por tanto, es bueno. Pero es que, de todas formas, puedes servir... En espera de servir perfectamente a tu Señor, te pido un servicio, por amor a esa alma que está renaciendo, que está llena de buena voluntad, pero que es muy débil. El exceso de penitencia podría angustiarla, y Satanás servirse de esa angustia.

-¿Qué debo hacer, mi Señor?

-Ir. Cada luna, ir como si fuera un rito. Lo es. Es un rito de amor fraterno. Irás al Carit y, subiendo por el sendero que va entre los robles, llamarás: "¡Elías! ¡Elías!". Él se asomará, extrañado, para ver. Tú lo saludarás así: "La paz a ti, hermano, en nombre de Jesús el Nazareno". Le llevarás tantos panes bizcochados cuantos días tiene una luna. Nada más en el verano. Desde los Tabernáculos en adelante, junto con los panes le llevarás cuatro loges de aceite cada mes. Y para los Tabernáculos le llevarás una túnica caprina, que es pesada y no se moja, y una manta. Ninguna otra cosa.

-¿Y ninguna palabra?

-Las estrictamente útiles. Te preguntará por mí. Dirás lo que sabes. Te confiará sus dudas, esperanzas y desalientos. Tú dirás lo que tu fe y piedad te inspiren. Por otra parte, no durará mucho el sacrificio... Ni siquiera doce lunas... ¿Quieres ser compasiva conmigo y con el penitente?

-Sí, mi Señor... Pero ¿por qué tan triste?

-¿Y tú por qué lloras?

-Porque en tus palabras presiento presagio de muerte... ¿Te voy a perder tan pronto, Señor?

Nique llora en su velo.

-¡No llores! Tendré mucha paz, después... Sin odio. Sin celadas. Sin todo este... horror del pecado contra mí, en torno a mí... Sin compañías atroces... ¡No llores, Nique! Tu Salvador estará en paz. Victorioso...

-Pero antes... pero antes... Con mi marido siempre leíamos a los profetas... Y temblábamos de horror por las palabras de David e Isaías... Pero, ¿te va a pasar eso?, ¿exactamente eso?

-Eso y más todavía...

-¡Oh!... ¿Quién te consolará? ¿Quién hará que en tu muerte tengas... esperanza todavía?

-El amor de los discípulos, y especialmente de las discípulas fieles.

-También el mío, entonces. Porque yo bajo ningún concepto estaré lejos de mi Redentor. Sólo... ¡oh! ¡Señor!... exige de mi todas las penitencias, todos los sacrificios, pero dame un coraje viril para esa hora. Cuando Tú seas "como una teja reseca", y tengas "la lengua pegada al paladar" por la sed, cuando parezcas "el leproso que se cubre la cara", haz que yo te conozca como Rey de reyes y te asista como sierva devota. ¡No me escondas tu rostro torturado, Dios mío! Como ahora dejas que me deleite en tu fulgor, Estrella de la mañana, haz que pueda mirarte entonces, y que tu rostro se estampe en mi corazón, que - ¡ay, el mío también, como el tuyo! - ese día estará blando como la cera, por el dolor...

Nique está ahora de rodillas, casi abatida, y de vez en cuando levanta su cara bañada en lágrimas a mirar a su Señor, candor de carne bajo el candor de la luna contra el color oscuro de la pared.

-Tendrás todo esto. Y Yo, tu piedad. Subirá conmigo a mi patíbulo y de allí subirá conmigo al Cielo. Tu corona para toda la eternidad. Ángeles y hombres dirán de ti la más bella alabanza: "En la hora de la desventura, del pecado, de la duda, ella fue fiel, no pecó y socorrió a su Señor". Levántate, mujer. Y bendita seas ya desde ahora y para siempre.

Le impone las manos mientras ella hace ademán de ponerse de pie, y luego vuelven a la casa silenciosa, para el descanso de la noche.

383

Discurso sobre la muerte junto al vado del Jordán.

Las orillas del Jordán en las inmediaciones del vado, en estos días de regreso de las caravanas hacia las diversas comarcas de residencia, asemejan en todo a un campamento nómada. Hay, esparcidas por todas partes, a lo largo de los bosques que forman una orla verde en los lados del río, tiendas, o incluso simplemente mantas extendidas de un tronco a otro, apoyadas en palos hincados en el suelo, atadas a la alta silla de un camello, en definitiva, sujetas de alguna manera, lo suficiente como para poderse meter uno debajo y ampararse del aguazo, que debe ser hasta lluvia en estos lugares por debajo del nivel del mar.

Cuando Jesús llega a las orillas con los suyos, al norte del vado, los campamentos se están despertando lentamente. Jesús debe haber salido de la casa de Nique verdaderamente con los primeros albos, porque todavía no es plena aurora. Ya el aspecto del lugar es bello, fresco, sereno. Los más diligentes empiezan a salir de las variopintas tiendas y a bajar al río para lavarse, despertados por los relinchos o rebuznos, por los gritos estridentes de caballos, asnos y camellos, y por las peleas o cantos de centenares de pájaros y otras aves que están entre el follaje de los sauces, de los cañaverales, o de los altos árboles que forman galerías verdes sobre las márgenes floridas. Algún lloro de niño y voces dulces de madres hablando a sus hijos. La vida vuelve en todas sus manifestaciones, a cada minuto. De la cercana Jericó vienen vendedores de todas las especies y nuevos peregrinos, y guardias y soldados con la misión de vigilar y mantener el orden, en estos días en que gente de todas las regiones se encuentran y no se ahorran insultos ni reproches, y en los cuales no deben ser poco frecuentes los robos de rateros que se mezclan con apariencia de peregrinos - en realidad para cometer ladronerías - entre el gentío. Tampoco faltan las mujeres públicas que tratan de hacer "su" peregrinaje pascual, o sea, sacar a los peregrinos más ricos y lujuriosos dinero y regalos como pago a una hora de placer, en la cual miseramente quedan anuladas todas las purificaciones pascales... Las mujeres honestas que están entre los peregrinos junto con sus maridos o sus hijos ya adultos chillan como urracas inquietas para llamar a sus hombres (a los que están embobados - o les parece que lo están a sus mujeres o madres- observando a las meretrices). Éstas ríen con desfachatez, y responden ásperamente a los... apelativos que las honestas les propinan. Los hombres, especialmente los soldados, ríen, y no rehúsan bromear con las mujeres públicas. Algún israelita, verdaderamente rígido de moral, o sólo hipócritamente, se aleja desdeñado, y otros... anticipan el alfabeto de los sordomudos, porque con gestos se entienden maravillosamente con las mundanas.

Jesús no sigue el camino recto que le llevaría al centro del campamento, sino que baja al guijarral del río, se descalza y camina por donde el agua ya lame la hierba. Los apóstoles lo siguen.

Los más ancianos, los más intransigentes, dicen con enfado:

-¡Y pensar que aquí el Bautista predicó penitencia!

-¡Ya! ¡Claro! ¡Este lugar ahora está más degradado que un pórtico de termas romanas!

-¡Y los que se llaman santos no se desdeñan de buscar aquí su pasatiempo!

-¿Ves también tú?

-También tengo ojos en la cara. ¡Veo! ¡Veo!...

En la cola de la pequeña tropa, que lleva a la cabeza a Jesús, entre Andrés, Juan, Judas y Santiago de Alfeo, van los más jóvenes o los menos severos, o sea: Judas de Keriot, que ríe y mira muy atentamente lo que sucede en los grupos acampados y no se desdeña de contemplar a las guapas descaradas que han venido en busca de clientes; Tomás, que se ríe con ganas al ver las iras de las honestas; los desdenes de los fariseos; Mateo, que, habiendo sido un pecador, no puede hablar severamente contra el vicio y los viciosos, y se limita a suspirar y a menear la cabeza; y Santiago de Zebedeo, que observa sin interés ni críticas, con indiferencia.

El rostro de Jesús está serio, marmóreo, como esculpido en una piedra. Y se pone cada vez más serio cuanto más llegan a Él, desde lo alto del ribazo, frases admiradoras, o conversaciones desvergonzadas entre un hombre poco honesto y una mujer de placer. Mira siempre hacia adelante, fijamente. No quiere ver. Y su intención es muy clara por todo su aspecto.

Pero un joven, muy ricamente vestido, que con otros de su edad está hablando con dos mujeres mundanas, dice fuerte a una de ellas:

-¡Venga, venga! Que nos queremos reír un poco. ¡Ofrécete! ¡Consuéllalo! Está triste porque es pobre y no puede comprarse hembras.

A Jesús le afluye por un momento el color rojo a su cara de marfil, que luego palidece de nuevo; pero no vuelve la mirada: la alteración del color es la única señal de que ha oído.

La desvergonzada, toda ella un traqueteo de adornos entre un liviano ondear de vestidos, con un grito zalamero, salta al guijarral desde la parte baja del ribazo, y encuentra la forma, al hacerlo, de mostrar furtivamente muchas secretas bellezas. Cae justo a los pies de Jesús, y toda ella un trino de risas en su bonita boca, y una invitación de ojos y de formas, grita:

-¡Oh, el más guapo de los nacidos de mujer! ¡Por un beso de tu boca, toda yo gratis!

Juan, Andrés, Judas y Santiago de Alfeo se han quedado inmóviles de escandalizado estupor y no saben hacer ningún gesto. ¡Pero Pedro! Da un salto de pantera y, desde su grupo, se abalanza sobre la malaventurada, que está de rodillas medio echada para atrás, la zarandea, la levanta, la arroja contra el ribazo con un epíteto tremendo, y arremete contra ella para darle el resto.

Jesús dice:

-¡Simón!

Un grito en que hay más que en un discurso.

Y Simón vuelve, rojo de ira, donde su Señor.

-¿Por qué no me dejas castigarla?

-Simón, no se castiga un vestido manchado. Se le lava. Esa mujer tiene por vestido su carne manchada, y su alma está profanada. Debemos orar para limpiarla en el alma y en la carne.

Y lo dice dulcemente, en voz baja, pero no tan baja que no lo pueda oír la mujer; y, reanudando la marcha, vuelve - ahora sí que la vuelve - un instante la mirada de sus dulces ojos a la desventurada. ¡Una mirada, una sola! ¡Un instante, uno solo! ¡Pero hay en ella toda la potencia del misericordioso amor! Y la mujer agacha la cabeza y sube el velo, se envuelve en él... Jesús prosigue su camino.

Ya está en el vado. Las aguas, bajas, permiten que pasen por ellas a pie los adultos. Basta con subirse la ropa por encima de las rodillas y buscar las piedras anchas y sumergidas que blanquean bajo las aguas cristalinas para hacer de acera a los que vadean el río; mientras que los que van en cabalgaduras pasan río abajo.

Los apóstoles chapotean contentos dentro del agua, que les llega hasta la mitad del muslo. Pedro... no da crédito a ello. Promete y se promete que durante la estancia en casa de Salomón no faltará el modo de regalarse un baño «refrescante», dice él, como compensación de la «tostadura» de ayer.

Ya están en la otra parte. También aquí hay mucha gente, que se pone en movimiento después de la noche o que se seca tras haber vadeado el río.

Jesús ordena:

-Diseminaos para decir que está el Rabí. Yo voy junto a aquel tronco derribado y os espero.

Pronto mucha gente ha sido avisada y ya acude.

Jesús empieza a hablar. Toma como motivo un cortejo que pasa llorando detrás de unas angarillas, sobre las cuales hay uno que se ha enfermado en Jerusalén; ahora, desahuciado por los médicos, lo llevan rápidamente a casa para que muera allí. Todos hablan de él porque es rico y joven todavía. Y muchos dicen:

-¡Pues debe ser un gran dolor el morir con tantas riquezas y tan pocos años!

Y hay quien dice (quizás son personas que ya creen en Jesús):

-¡Le está bien empleado! No sabe tener fe. Los discípulos han ido a decir a los parientes: "Allí está el Salvador. Si tenéis fe y pedís, el enfermo se curará". Pero - el primero él - se han negado a venir al Rabí.

Las críticas siguen a las manifestaciones de compasión. Y Jesús se sirve de todo esto para empezar a hablar.

-¡La paz a todos vosotros!

Ciertamente a los ricos y jóvenes que son ricos y jóvenes sólo en dinero y años les duele morir, pero a los que son ricos en virtud y jóvenes por pureza de costumbres no les duele. El verdadero sabio, desde el uso de razón en adelante, se conduce de forma tal, que su muerte sea plácida. *La vida es la preparación de la muerte, como la muerte es la preparación a la Vida más grande que hay.* El verdadero sabio, desde que comprende la verdad de la vida y de la muerte, de la muerte para la resurrección, se industria en todos los modos posibles para despojarse de todo lo inútil y para enriquecerse con todo lo útil, o sea, las virtudes y las buenas acciones, y así disponer de un bagaje de bienes ante Aquel que lo llama a su presencia para juzgarlo, para premiarlo, o para castigarlo con justicia perfecta. El verdadero sabio conduce una vida que lo hace más adulto en la sabiduría que un anciano, y más joven que un adolescente, porque, viviendo con virtud y justicia, conserva en el corazón una frescura de sentimientos que en algunos casos ni siquiera los adolescentes tienen. ¡Qué dulce es entonces morir! Reclinar la cabeza cansada en el seno del Padre, recogerse en su abrazo, decir entre las brumas de la vida que huye: "Te amo, espero en ti, en ti creo", decirlo por última vez en la Tierra para decir después el jubiloso "¡Te amo!", eternamente, entre los fulgores del Paraíso.

¿Duro pensamiento la muerte? No. Justo decreto para todos los mortales, no grávido de angustia sino para aquellos que no creen y están cargados de culpas. Inútilmente el hombre, para explicar las angustias exasperadas de uno que muere y que en su vida no fue bueno, dice: "Es porque no quisiera morir todavía, porque no ha hecho ningún bien, o ha hecho poco bien, y querría vivir más para satisfacer por ello". En vano dice: "Si hubiera vivido más, habría podido conseguir un premio mayor, porque habría hecho más". El alma sabe, al menos confusamente, cuánto tiempo le es dado: respecto a la eternidad, prácticamente *nada*. Y el alma incita a todo el yo a actuar. *(El alma sabe... Con una nota en una copia mecanografiada, MV precisa: "Sabe que la duración de la vida terrena es breve y la muerte puede descargar su mano de improviso, incluso en tierna edad o juventud. Por eso incita a obrar bien, enseguida...")* Pero, ¡pobre alma! La verdad es que en muchas ocasiones se ve oprimida, pisoteada, amordazada para no oír sus palabras.

Esto sucede en los que no tienen buena voluntad. Por el contrario, los hombres justos, desde la niñez, escuchan al alma, obedecen sus consejos, y, laboriosos, obran continuamente. Joven en años pero rico en méritos muere el santo, algunas veces en la aurora de la vida; y no podría ser más santo de cuanto lo es ya, por cien o mil años que se añadieran, porque el amor a Dios y al prójimo, practicados en todas sus formas y con toda generosidad, lo hacen perfecto. En el Cielo no se mira cuántos años ha vivido uno, sino cómo ha vivido.

Se hace duelo ante los cadáveres. Se lloran. Pero el cadáver no llora. Uno tiembla por tenerse que morir, pero esa misma persona no se preocupa de vivir de forma que no haya de temblar en la hora de la muerte. ¿Y por qué no se llora y se

hace duelo ante los cadáveres vivos, que son los cadáveres más verdaderos, aquellos que, como en un sepulcro, llevan en el cuerpo un alma muerta? ¿Y por qué los que lloran al pensar que su carne tiene que morir, no lloran por el cadáver que llevan dentro? ¡Cuántos cadáveres veo Yo, y que ríen y gastan bromas y no se lloran a sí mismos! ¡Cuántos padres, madres, esposos, hermanos, hijos, amigos, sacerdotes, maestros, veo que lloran sin sentido por un hijo, un cónyuge, un hermano, un padre, un amigo, un fiel, un discípulo, fallecidos en evidente amistad con Dios, después de una vida que ha sido una guirnalda de perfecciones; y que no lloran ante los cadáveres de las almas de un hijo, cónyuge, hermano, padre, amigo, fiel, discípulo, que está muerto por el vicio, por el pecado, y además muerto eternamente, perdido para siempre, si no se enmienda! ¿Por qué no tratar de resucitarlos? ¡Es amor, ¿sabéis?! Es el más grande amor. ¡Oh, lágrimas sin sentido por algo que era polvo y en polvo se ha convertido! ¡Idolatría del afecto! ¡Hipocresía del afecto! Llorad, sí, pero que sea por las almas muertas de vuestras personas más amadas. Tratad de llevarlos a la Vida. Y os hablo especialmente a vosotras, mujeres, que tanto podéis ante aquellos a quienes amáis.

Ahora, juntos, veamos aquello que la Sabiduría indica como causa de muerte y vergüenza.

No insultéis a Dios haciendo mal uso de la vida que os ha dado, manchándola con malas acciones que deshonran al hombre. No insultéis a vuestros padres con una conducta que arroja fango sobre sus cabellos blancos y espinos de fuego sobre sus últimos días. No injuriéis a quien os hace el bien, para no ser maldecidos por el amor que pisoteáis. No injuriéis a quien gobierna, porque no es con la rebelión contra los gobernantes como se hacen grandes y libres las naciones, sino que la ayuda del Señor se obtiene con la conducta santa de los ciudadanos, y el Señor puede tocar el corazón de los gobernantes o quitarlos de su puesto o quitarles incluso la vida, como ha enseñado en repetidas ocasiones nuestra historia de Israel, cuando sobrepasan la medida, y, especialmente, cuando el pueblo, santificándose, merece el perdón por parte de Dios y Dios retira el instrumento opresor del cuello de los castigados. No injuriéis a vuestra mujer con la afrenta de adúlteros amores, ni hiráis la inocencia de vuestros hijos con el conocimiento de amores ilícitos.

Sed santos ante aquellos que en vosotros ven, por afecto y por deber, a la persona que debe ser el ejemplo de su vida. No podéis escindir la santidad hacia el prójimo más próximo de la santidad hacia Dios, porque una genera la otra como los dos amores, a Dios y al prójimo, se generan recíprocamente.

Sed justos con los amigos. La amistad es un parentesco del alma. Está escrito: "¡Cuán bello es para los amigos caminar juntos!". Pero es hermoso si se camina por un camino de bien. ¡Ay de aquel que corrompe y traiciona la amistad haciendo de ella un egoísmo, o una traición, o un vicio, o una injusticia! Demasiados son los que dicen: "Te amo" para saber las cosas del amigo y aprovecharlas en propio beneficio. Demasiados, los que usurpan los derechos del amigo.

Sed honestos con los jueces. Todos los jueces. Desde el altísimo, que es Dios, al cual no se le tima ni se le engaña con prácticas hipócritas, hasta el íntimo, que es la conciencia; hasta los amorosos, y dolientes, y atentos con su amor vigilante, que son los ojos de los familiares; hasta el severo, que son los jueces del pueblo. No mintáis invocando a Dios para dar fuerza a la mentira.

Sed honestos en las ventas y en las compras. Cuando vendéis y la concupiscencia os dice: "Roba para conseguir más ganancia", mientras que la conciencia os dice: "Sé honrado porque a ti te dolería que te robaran", escuchad esta última voz, recordando que no se debe hacer a los demás aquello que no querríamos que nos hicieran a nosotros mismos. El dinero que os dan a cambio de un producto muchas veces está bañado del sudor y el llanto del pobre. Cuesta esfuerzo. Vosotros no sabéis cuánto dolor cuesta ese dinero, cuántos dolores hay detrás de esa moneda que a vosotros, vendedores, os parece siempre demasiado escasa por lo que dais. Niños enfermos, niños sin padre, ancianos escasos de dinero... ¡Oh, dolor santo y santa dignidad del pobre que el rico no comprende, ¿con qué finalidad no sois meditados?! ¿Por qué se vende con honradez al fuerte, al poderoso, por miedo a sus represalias, mientras que se abusa del indefenso, del hermano desconocido? Ello es un delito más contra el amor que contra la honradez misma. Y Dios lo maldice, porque la lágrima extraída de los ojos del pobre, que sólo posee el llanto como reacción contra el atropello, para el Señor tiene la misma voz que la sangre extraída de las venas de un hombre por un homicida, por un Caín de su propio semejante.

Sed honestos en las miradas, como en la palabra y en las acciones. Una mirada dada a quien no la merece es semejante a un lazo, una mirada negada a quien la merece es como un puñal. La mirada que se anuda con la pupila desvergonzada de la meretriz, y le dice: "¡Eres guapa!", y responde a su mirada invitante con la suya de adhesión, es peor que el nudo corredizo para el ahorcado. La mirada negada al pariente pobre o al amigo caído en la miseria es semejante a un puñal clavado en el corazón de estos desdichados. Y lo mismo la mirada de odio para el enemigo, o de desprecio para el mendigo. Al enemigo se le debe perdonar y amar al menos con el espíritu, si la carne se niega a amarlo. El *perdón es amor del espíritu. No vengarse es amor del espíritu*. Al mendigo se le debe amar porque ninguno lo conforta. No es suficiente arrojar una limosna y pasar despreciativos. La limosna sirve para la carne hambrienta, desnuda, sin cobijo. Pero la piedad que sonríe cuando da, que se interesa por el llanto del infeliz, es pan del corazón. Amad, amad, amad.

Sed honestos en los diezmos y en las costumbres. Sed honestos dentro de vuestras casas, sin abusar del siervo sobrepasando la medida y sin atentar contra la sierva que duerme bajo vuestro techo: si bien el mundo ignora el hurto cometido en el secreto de la casa, el hurto a la esposa desconocedora de los hechos y a la sierva a la que deshonráis, Dios conoce vuestro pecado.

Sed honestos en cuanto a la lengua. Y honestos en la educación de los hijos y las hijas. Está escrito: "Haz esto para que tu hija no te haga el hazmerreír de la ciudad". Yo digo: "Haced esto para que el espíritu de vuestra hija no muera".

Y ahora idos. Yo os he dado un viático de sabiduría y también me marchó ahora. El Señor esté con los que se esfuerzan en amarlo.

Los bendice con el gesto y rápido, baja del tronco derribado para tomar un senderillo que hay entre los árboles. Remonta el río y pronto desaparece entre las verdes marañas de frondas.

La muchedumbre hace animados comentarios, no sin pareceres contrarios. Naturalmente los contrarios son los pocos ejemplares de escribas y fariseos presentes entre las turbas de los humildes.

El anciano Ananías, guardián de la casita de Salomón.

La casita de Salomón - la que vi sin saber quién era su propietario, en Marzo de 1944, en la visión de la resurrección de Lázaro - es una de las últimas de la única calle, que acaba en el río, de este pueblecito pobre y apartado. Un pueblecito de barqueros. Sus casitas más... ricas están dispuestas a lo largo de esta callecita polvorienta: las otras, esparcidas a la buena de Dios entre los árboles de las orillas. Verdaderamente no son muchas - no creo que lleguen a cincuenta -, y tan pequeñas que cabrían todas en uno de esos bloques de viviendas proletarias de las grandes ciudades actuales. Ahora la primavera les da una apariencia menos mísera, porque las decora con su frescura, y hay guirlandas de convólvulos, o festones de vides, o un franco reír de flores amarillas de calabaza, en las rudimentarias estacadas que señalan las propiedades, en las orillas de los techos, u orlando las puertas de las casas, y no falta alguna rosa como desorientada, ella bella en medio de cestas y redes, en medio del dorado de la mostaza en flor, en medio del humilde cimbreo de las primeras vainas de las legumbres.

La calle también parece menos fea, porque el cañaveral del fondo no tiene sólo las cuentas duras de los nudos polvorientos, sino que se adorna con los penachos de las heleocarias, y, entre las cintas de las hojas de las cañas, eleva los cuchillos de los gladios silvestres, que lucen las multicolores mazorcas de sus flores, mientras los sutiles zarcillos de tallito filiforme abrazan en espiral nudos y cañas y en cada giro ponen el cáliz delicadísimo de su florecilla de un color rosa lila tenuísimo. Y pájaros, a miríadas, se requieren de amores entre los cañizares, coqueteando en lo alto de las cañas, acunándose colgados de los zarcillos, poniendo trinos y colores entre el verdor de las orillas palustres.

Jesús empuja la tosca cancilla, pequeña, que introduce en una huertecilla o patio. La verdad es que, si era una huerta, ahora es un revoltijo agreste de hierbas crecidas de nuevo; y, si era un patio, es igualmente un lío de yerbajos sembrados por los vientos. Sólo algunas calabazas han mostrado inteligencia, agarrándose a la única planta de vid y a la higuera, y subiendo a poner las bocas rientes de sus flores al lado de los racimos en miniatura de la vid o al lado de las tiernas hojas de la higuera, las cuales en su base, en la concavidad del pecíolo, tienen la yema dura de los higos-flor apenas formados. Las ortigas martirizan los pies desnudos, tanto que Pedro y Tomás, recogidos dos remos carcomidos, se lían a abatir las irritantes plantas para disminuir su veneno.

Entretanto, Santiago y Juan tratan de hacer funcionar la gran cerradura oxidada, y, conseguido su objetivo, abren la tosca puerta y entran en una habitación-cocina que huele fuertemente a moho y a cerrado. Polvo y telarañas decoran las paredes; una basta mesa, unos bancos y otros asientos, una repisa, son su mobiliario; dos puertas se abren en una de las paredes.

Pedro explora...

-Aquí hay un cuarto pequeño con una cama sola. Buena para Jesús... ¿Y aquí? ¡Ah! ¡Ya! Esto es la despensa, el trastero, el granero y la ratonera... ¡Fíjate qué carreras de ratones! Han roído todo en estos meses. Pero ahora voy a arreglarlos yo, no lo dudéis. Maestro... ¿podemos movernos aquí como si fuéramos los amos?

-Eso dijo Salomón.

-¡Muy bien! ¡Venga, hermano, y tú, Santiago! Venid aquí a cerrar todos los agujeros. Y Tú, Mateo, con Judas, métete en la puerta, y estate atento a que no salga ni un solo ratón. Imagínate que eres todavía el amable recaudador de Cafarnaúm. Entonces no se te escapaba ni un solo cliente, ni aunque se hiciera ligero como una lagartija cuando se despierta... Y vosotros id a la huerta a recoger la mayor cantidad que podáis de yerbajos y traedlos aquí. Y tú, Maestro, ve... donde quieras, mientras... yo arreglo a estos diablos inmundos que han destrozado estas cómodas redes y se han comido la quilla entera de una barca...

Y mientras habla amontona maderas roídas, pedazos de red reducida a estopa, haces de leña... todo en medio de la habitación, y, cuando ya tiene las hierbas verdes, las pone encima de lo demás y prende fuego y se separa mientras las primeras espiras de humo se alzan del montón. Ríe diciendo:

-¡Y que mueran todos los filisteos!

-¿No vas a prender fuego a todo? - pregunta Simón Zelote.

-No, amigo. Porque la humedad de los ramajes mantiene bajas las llamas, y las llamas sacan de las yerbas el humo, de forma que, con buena alianza, lo seco y lo verde se ayudan en la venganza. ¿Sientes qué mal huele? ¡Dentro de poco verás qué chillidos! ¿Quién me hablaba de los cisnes que cantan antes de morir? ¡Ah, Síntica! Dentro de poco también cantarán los ratones.

Judas Iscariote corta bruscamente una carcajada y observa:

-No se ha podido saber nada más de ella. Y tampoco nada de Juan de Endor. ¿Quién sabe a dónde habrán ido a parar?

-Sin duda al lugar adecuado - responde Pedro.

-¿Lo sabes?

-Sé que ya no están para ser diana de la malevolencia.

-¿No has preguntado a nadie? Yo sí.

-Y yo no. No es una cosa que me interese el saber dónde están. Me basta con pensar que son santos y orar porque sigan siéndolo.

Tomás dice:

-A mí me han preguntado por ellos algunos fariseos ricos, clientes de mi padre. Pero he respondido que no sé nada.

-¿Y no sientes curiosidad por saberlo? - insiste Judas.

-Yo no, y digo la verdad...

-¡Mirad! ¡Mirad! El humo hace efecto. Pero vamos a salir, que, si no, nos ahogamos también nosotros - dice Pedro. Y desviando así la atención se pone fin al tema.

Jesús está en la huerta. Endereza unos tallos de legumbres arrastradas por el suelo, nacidas de semillas que han caído ahí.

-¿Estás de hortelano, Maestro? - pregunta sonriendo Felipe.

-Sí. Me da pena ver una planta arrastrada por el suelo, inútil, cuando, por el contrario, está destinada a elevarse hacia el sol y a dar fruto.

-Bonito tema para un discurso, Maestro - observa Bartolomé.

-Sí. Bonito. Todo sirve como tema para quien sabe meditar.

-Te ayudamos también nosotros. ¡Venga! ¿Quién va a las cañas del río, a coger algunas para las legumbres?

Van los jóvenes, riendo, y los más ancianos se ponen a hacer limpieza arrancando con atención las hierbas parásitas.

-¡Así se ve que es una huerta! No hay hortalizas para ensalada. Pero sí que hay puerros, ajos, verduras, hierbas delicadas y legumbres. ¡Y calabazas! ¡Cuántas calabazas! Hay que podar la vid, liberar la higuera y...

-¡Pero Simón, no nos vamos a quedar aquí!... - dice Mateo.

-Pero vendremos varias veces. Lo ha dicho Él. Y no nos perjudicará el tener un poco de orden aquí alrededor. ¡Mira, mira! También hay un jasmín - ¡pobrecito! - debajo de esta cascada de calabazas. Si viera Porfiria esta planta tan triste, lloraría sobre ella y le hablaría como a un niño. Sí, porque antes de tener a Margziam les hablaba a sus flores como a hijos... Exactamente. También aquí he hecho espacio. He quitado la calabaza porque... "¡Ah!, ahí vienen los muchachos con las cañas y con un... ¡Maestro, hay trabajo para ti! ¡Está ciego!

En efecto, entran Santiago y Juan, Andrés y Tomás, cargados de cañas, y Tomás trae, casi en peso, a un pobre viejecito todo harapiento y que tiene los ojos blancos debido a las cataratas.

-Maestro, estaba buscando plantas de achicoria en las orillas y le ha faltado poco para caerse al agua. Está solo desde hace algunos meses, porque el hijo que lo mantenía ha muerto; la nuera se ha vuelto a su casa y él..., vive como puede. ¿Verdad, padre?

.Sí. Sí. ¿Dónde está el Señor? - dice mientras le giran los ojos velados.

-Aquí está. ¿Ves esa blancura alargada? Es Él.

Pero Jesús ya se ha acercado y lo toma de la mano.

-¿Estás solo, pobre padre? ¿Y no ves?

-No. Mientras podía ver, tejía cestas y nasas, y hacía redes. Pero ahora... Veo más con los dedos que con los ojos, y cuando busco hierbas me equivoco y algunas veces me hago daño al vientre con hierbas nocivas.

-Pero en el pueblo...

-Son todos pobres y están llenos de hijos, y yo soy viejo... Duele que se muera un burro.... ¡Pero si se muere un viejo!... ¿Qué es un viejo? ¿Qué soy? Mi nuera se me ha llevado todo. Pero si por lo menos me hubiera llevado con ella, como una oveja vieja, para que gozara de la presencia de mis nietos... los hijos de mi hijo... - llora apoyado en el pecho de Jesús, que lo tiene entre sus brazos y lo acaricia.

-¿No tienes casa?

-La vendí.

-¿Y cómo vives?

-Como los animales. Los primeros días me ayudaba el pueblo. Pero luego se cansaron...

-Salomón está degenerando entonces, porque es generoso - observa Mateo.

-Es generoso con nosotros. ¿Por qué no ha dado la casa a este anciano? - pregunta Felipe.

-Porque, cuando pasó por aquí la última vez, yo tenía todavía una casa. Salomón es bueno. Pero el pueblo lo llama "el loco" desde hace un tiempo, y ya no hacen lo que él había enseñado que había que hacer - dice el anciano.

-¿Quisieras quedarte aquí conmigo?

-¡Ya no echaría de menos a mis nietos!

-Aunque siguieras siendo pobre y siguieras estando ciego, ¿te bastaría servirme para ser feliz?

-¡Sí!

Un "sí" tembloroso pero muy seguro.

-De acuerdo, padre. Escúchame. Tú no puedes andar el camino que ando Yo. No puedo quedarme aquí. Pero podemos querernos y hacernos el bien mutuamente.

-Tú a mí, sí. Pero yo... ¿Qué puede hacer el viejo Ananías?

-Cuidarme la casa y la huerta, para que cada vez que vuelva las encuentre ordenadas. ¿Te gusta?

-¡Sí! Pero estoy ciego... La casa... me acostumbraré a las paredes. Pero la huerta... ¿Qué puedo hacer para cuidarla, si no distingo las hierbas? ¡Oh, sí, qué bonito sería servirte, Señor! Terminar la vida así...

El viejecito tiene las manos contra el corazón, soñando esta cosa imposible.

Jesús se inclina sonriendo y le besa los ojos velados...

-Pero yo... empiezo a ver... Veo... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!...

Vacila de alegría, y se desplomaría si Jesús no lo sujetase.

-¡Claro... la alegría!... - dice Pedro con la voz ronca de la emoción.

-Y también el hambre... Ha dicho que hace días que vive sólo a base de achicoria, sin aceite ni sal... - termina Tomás.

-Sí, por eso lo hemos traído. Para darle de comer...

-¡Pobre anciano! - todos se muestran compasivos.

El viejecito vuelve en sí y llora, llora. El pobre llanto de los ancianos... tan triste, aun cuando es de alegría; y susurra:

-¡Ahora sí, ahora puedo servirte, bendito! ¡Bendito! ¡Bendito! - y hace ademán de agacharse a besar los pies de Jesús.

-No, padre. Ahora vamos a entrar, vamos a comer, y luego te damos una túnica; tú estarás entre hijos y nosotros tendremos un padre que nos dará su bienvenida cada vez que volvamos y su bendición cada vez que salgamos. Buscaremos dos palomas, para que tengas criaturas vivas a tu alrededor. Buscaremos simientes para la huerta. Sembrarás semillas en los cuadros de la huerta, y la fe en mí en los corazones de este pueblo.

-¡Enseñaré la caridad! ¡No la tienen!

-También la caridad. Pero sé dulce...

-Lo seré. No dije ninguna palabra dura a mi nuera mientras me abandonaba. He comprendido y perdonado.

-Te lo he visto en tu corazón. Por eso te he amado. Ven. Ven conmigo...

Y Jesús entra en la casa llevando de la mano al viejecito. Pedro los ve caminar y se seca una lágrima con el dorso de la mano, antes de reanudar el trabajo interrumpido.

-¿Lloras, hermano?

Pedro no responde. Andrés insiste:

-¿Por qué lloras, hermano?

-Tú preocúpate de las gramas. Si lloro es porque... bueno, yo sé por qué...

-Dínoslo, sé condescendiente - dicen varios.

-Es porque... Es porque a mí me tocan más el corazón estas lecciones tan... tan... bueno este tipo de lecciones, que no sus solemnes invectivas...

-¡Pero en esos casos se ve en Él el Rey! - exclama Judas.

-Y aquí se ve el Santo. Tiene razón Pedro - dice Bartolomé.

-Pero para reinar tiene que ser fuerte.

-Pero para redimir tiene que ser santo.

-Para las almas, sí; para Israel...

-Israel no será nunca Israel si las almas no se santifican.

Los síes y los noes se entrecruzan. Y cada uno con su distinto parecer.

El viejecito sale de nuevo, esta vez con una jarra en la mano. Va a tomar agua a la fuente. Está tan feliz, que no parece el mismo de antes.

-Anciano padre, escucha. Según tú, ¿de qué tiene necesidad Israel para ser grande - pregunta Andrés -, de un rey o de un santo?

-Tiene necesidad de Dios. De ese Dios que ahí dentro ora y medita. ¡Ah! ¡Hijos, hijos! ¡Sed buenos, vosotros que lo seguís! ¡Sed buenos, buenos, buenos! ¡Qué don os ha dado el Señor! ¡Qué don! ¡Qué don! - y se aleja, agitando los brazos hacia el cielo y susurrando: « ¡Qué don! ¡Qué don!»...

385

Parábola de la encrucijada y milagros cerca del pueblo de Salomón.

Sale de la casita la pequeña tropa, aumentada por el anciano, que se contempla a sí mismo, admirado, con la túnica de alguno de los apóstoles de pequeña estatura.

-Si quieres quedarte, padre... - empieza a decir Jesús.

Pero el anciano le interrumpe:

-¡No, no! ¡Voy yo también! ¡Déjame ir! ¡He comido ayer! He dormido esta noche, ¡y además en una cama! ¡Y ya no tengo el dolor en el corazón! Estoy fuerte como un joven...

-Pues ven. Estarás conmigo, con Bartolomé y mi hermano Judas. Vosotros, de dos en dos, diseminados como se ha dicho. Antes de la sexta todos aquí de nuevo. Id, y que la paz sea con vosotros.

Se separan. Unos van hacia el río, otros hacia los campos. Jesús deja que se adelanten y luego se pone en marcha Él también, el último. Cruza lentamente el pueblo, y no pasa desapercibido a los pescadores que regresan del río o que van a él, ni a las diligentes amas de casa que se han levantado con el alba para las coladas, para regar sus pequeñas huertas o para hacer el pan. Pero ninguno dice nada.

Sólo un muchachito, que empuja hacia el río a siete ovejas, pregunta al anciano:

-¿A dónde vas, Ananías? ¿Te vas del pueblo?

-Voy con el Rabí. Pero vuelvo con Él. Soy su siervo.

-No. Eres mi padre. Todos los ancianos justos son un padre y una bendición para el lugar que los hospeda y para quien los socorre. Bienaventurados los que aman y honran a los ancianos - dice Jesús con aspecto solemne.

El niño lo mira con temor. Luego susurra:

-Yo daba siempre un poco de mi pan a Ananías... - como queriendo decir: «No me regañes, que no lo merezco».

-Sí. Micael era bueno conmigo. Era amigo de mis nietos... y luego ha seguido siéndolo también del abuelo. Su madre no es mala tampoco. Ayudaría. Pero tiene once hijos y viven todos con la pesca...

Algunas mujeres se acercan curiosas y se ponen a escuchar

-Dios ayudará siempre a quien ayuda lo que puede al pobre. Y siempre hay forma de ayudar. Muchas veces, el decir: "No puedo" es embuste. Porque, si uno se lo propone, siempre se encuentra el bocado superfluo, la manta rota, el vestido que ya no se usa, para dárselo a quien no tiene estas cosas. Y el Cielo recompensa el don. Dios te recompensará, Micael, por esos pedazos de pan que has dado al anciano.

Jesús acaricia al niño y reanuda su camino.

Las mujeres se quedan cabizbajas donde estaban. Luego preguntan al niño, el cual dice lo que sabe. Y el miedo se apodera de las avaras mujeres que han cerrado el corazón a las necesidades del anciano...

Entretanto, Jesús ha llegado a la altura de la última casa y ahora se dirige hacia la bifurcación que desde el camino de primer orden se desvía hacia el pueblecito. Se ve desde aquí que por el camino principal pasan caravanas que van de regreso hacia las ciudades de la Decápolis y la Perea.

-Vamos allí y predicamos. ¿Quieres hacerlo tú también, padre?

-No sé hacerlo. ¿Qué digo?

-Sí que sabes. Tu alma posee la sabiduría de perdonar y de ser fiel a Dios y de tener resignación incluso en las horas de dolor. Y sabes que Dios socorre a quien en Él espera. Ve y díselo a los peregrinos.

-¡Ah, esto sí!

-Judas, ve con él. Yo me quedo con Bartolomé en la bifurcación.

Y así es: en llegando allí, se pone a la sombra de un grupo de plátanos frondosos, y espera paciente.

Alrededor, los campos están bonitos de espigas y de árboles frutales. Frescos en esta hora matutina. La mirada los contempla con placer. Y las caravanas pasan por el camino... Pocos miran a los dos que están apoyados a los troncos de los plátanos. Quizás creen que son viandantes cansados. Pero alguno reconoce a Jesús y lo señala, o se inclina saludando.

En fin... El primero para su burrito y los de los parientes, y que baja y se dirige hacia Jesús:

-¡Dios sea contigo, Rabí! Soy de Arbela. Te escuché el otoño pasado. Ésta es mi esposa; ésta, su hermana viuda; y mi madre. Este hombre anciano es su hermano. Y ése, joven, es el hermano de mi mujer. Y aquí ves a los hijos de todos nosotros. Tu bendición, Maestro. He sabido que has hablado en el vado. Pero llegué allí de noche... ¿No nos vas a decir a nosotros ninguna palabra?

-La Palabra no se niega nunca. Pero espera unos minutos, porque están viniendo otros...

En efecto, abatidos, están llegando a la bifurcación los habitantes del pueblo, y otros, que ya habían pasado por el camino en dirección hacia el norte, regresan; otros, despertada su curiosidad, se detienen y bajan de sus cabalgaduras, o se quedan sobre la silla. Se forma un pequeño auditorio, que va aumentando cada vez más.

Vuelven también Judas de Alfeo y el anciano, y con ellos vienen dos enfermos y varios sanos.

Jesús empieza a hablar.

Los que recorren los caminos del Señor, los caminos indicados por el Señor, y los recorren con voluntad buena, acaban encontrando al Señor. Vosotros encontráis al Señor regresando de cumplir vuestro deber de fieles israelitas respecto a la Pascua santa. Y he aquí que la Sabiduría os habla, como deseáis, en este cruce donde nos hace encontrarnos la bondad divina. Muchas son las encrucijadas que el hombre encuentra en el camino de su vida, y más encrucijadas sobrenaturales que materiales. Todos los días, la conciencia se ve puesta ante las bifurcaciones y cruces del Bien y del Mal. Y debe elegir con atención para no errar. Y, si yerra, debe saber volver para atrás humildemente cuando alguien lo llama o le advierte. Y, aunque le pareciera más bonita la vía del Mal, o simplemente la de la tibieza, debe saber elegir la vía escabrosa pero segura del Bien.

Escuchad una parábola.

Un grupo de peregrinos, venidos de lejanas regiones en busca de trabajo, se encontró en los confines de un estado. En estos confines había unos contratantes de trabajo, que habían sido enviados por distintos patrones. Había quien buscaba hombres para las minas. Otros buscaban hombres para las tierras de labor y para los bosques; otros, siervos para un rico infame; otros, soldados para un rey que estaba en la cima de un monte, en su castillo, al cual se llegaba por un camino muy empinado.

El rey quería soldados, pero exigía que fueran no tanto soldados de violencia cuanto soldados de sabiduría, para enviarlos luego por las ciudades a santificar a sus súbditos. Por eso vivía arriba, como en un eremitorio, para formar a sus siervos sin que las distracciones mundanas los corrompieran ni retrasaran o anulasen la formación de su espíritu. No prometía altos salarios. No prometía vida cómoda. Pero aseguraba que el estar a su servicio produciría santidad y premio. Esto decían sus enviados a los que llegaban a las fronteras. Sin embargo, los enviados de los patrones de las minas o de las tierras decían: "No será una vida cómoda, pero seréis libres y ganaréis lo suficiente para vivir un poco holgadamente". Y los que buscaban siervos para un patrón infame prometían incluso abundante comida, ocio, goces, riquezas: "Basta con que consintáis a sus caprichos - ¡de ninguna manera penosos! - y todos gozaréis como sátrapas".

Los peregrinos se consultaron entre sí. No querían dividirse... Preguntaron: "¿Pero están cerca las tierras y las minas y el palacio del mundano y el del rey?"

"¡No!" respondieron los contratantes. "Venid a esa encrucijada para mostraros los distintos caminos."

Fueron.

"Mirad. Aquel camino espléndido, umbrío, florido, liso, con fuentes frescas, desciende hacia el palacio del señor" dijeron los contratantes de los siervos.

"Mirad. Este camino polvoriento, que va entre campos serenos, conduce a las tierras de labor. Calienta el sol, pero, como podéis ver, también está bien" dijeron los de las tierras.

"Mirad. Este camino, tan marcado por ruedas pesadas, y con manchas oscuras, señala la dirección de las minas. No es ni buena ni mala..." dijeron los de las minas.

"Mirad. Este sendero empinado, hundido entre rocas encendidas por el sol, sembrado de espinos y barrancos, que hacen lenta la marcha, pero, en compensación, procuran una fácil defensa contra los asaltos de los enemigos, conduce a oriente, al castillo severo, diríamos casi sagrado, donde los espíritus se forman en el Bien" dijeron los del rey.

Y los peregrinos miraban y miraban, y calculaban... Tentados por muchas cosas, de las cuales sólo una era totalmente buena. Y lentamente se fueron dividiendo. Eran diez. Tres torcieron hacia los campos... dos hacia las minas. Los que quedaban se miraron, y dos dijeron: "Venid con nosotros. Donde el rey. No vamos a ganar, ni vamos a gozar en la Tierra, pero seremos santos eternamente".

"¿Aquel sendero de allí? ¡Ni locos! ¿No ganar? ¿No gozar? No merecía la pena dejar todo y venir a tierras extranjeras para tener todavía menos de lo que teníamos en nuestra patria. Nosotros queremos ganar y gozar..."

"¡Pero perderéis el Bien eterno! ¿No habéis oído que es un patrón infame?"

"¡Eso son cuentos! Después de un poco lo dejamos, y habremos gozado y seremos ricos".

"No os liberaréis jamás de él. Mal han hecho los primeros, siguiendo la avidez de dinero. ¡Pero, vosotros! Vosotros seguís la avidez de placer. ¡Oh! ¡No cambiéis el destino eterno por una hora que pasa!"

"Sois unos estúpidos y creéis en las promesas ideales. Nosotros vamos a la realidad. ¡Adiós!..." y echándose a correr entraron por el bonito camino umbrío, florido, rico en agua, liso, en cuyo fondo brillaba bajo el sol el mágico palacio del mundano.

Los dos restantes tomaron, llorando y orando, el empinado sendero. Y era tan difícil que, a los pocos metros, casi se desanimaron. Pero perseveraron. Y la carne parecía cada vez más ligera, a medida que avanzaban. Y la fatiga se sentía consolada por un extraño júbilo.

Llegaron jadeantes, arañados, a la cima del monte. Fueron admitidos a comparecer ante el rey, el cual les dijo todo lo que exigía para incorporarlos en el número de sus valientes, y terminó: "Pensadlo durante ocho días y luego dad una respuesta".

Y ellos pensaron mucho y sostuvieron duras luchas contra el Tentador, que quería amilanar; contra la carne, que decía: "Vosotros me sacrificáis"; contra el mundo, cuyos recuerdos todavía seducían. Pero vencieron. Permanecieron. Vinieron a ser héroes del Bien.

Llegó la muerte, o sea, la glorificación. Desde lo alto del Cielo vieron en las profundidades a aquellos que habían ido donde el amo infame. Encadenados también ahora, después de la vida, gemían en la oscuridad del Infierno. "¡Y querían ser libres y gozar!" dijeron los dos santos.

Y los tres condenados, horrendos de aspecto, los vieron y los maldijeron, y maldijeron a todos, a Dios el primero, diciendo: "¡Nos habéis engañado a todos!"

"No. No podéis decir eso. Se os había advertido el peligro. Habéis querido vosotros vuestro mal" respondieron los bienaventurados, que, a pesar de que veían y oían los torpes gestos de burla y blasfemias lanzados contra ellos, estaban serenos.

Y vieron a los de los campos, y las minas en distintas regiones purgativas, y ellos a su vez los vieron y dijeron: "No fuimos ni buenos ni malos, y ahora expiamos nuestra tibieza. ¡Orad por nosotros!". "¡Lo haremos! Pero, ¿por qué no vinisteis con nosotros?"

"Porque fuimos no demonios, pero sí hombres... No tuvimos generosidad. Amamos más que al Eterno y Santo a lo que, aun siendo honesto, era transitorio. Ahora aprendemos a conocer y a amar con justicia".

La parábola ha terminado. Todos los hombres están en la encrucijada. Toda la vida en una encrucijada. Bienaventurados los que son firmes y generosos en la voluntad de seguir los caminos del Bien. Dios sea con ellos. Y Dios toque y convierta a quien así no es y lo conduzca a serlo. Idos en paz.

-¿Y los enfermos? ¿Qué tiene la mujer?

-Fiebres malignas que le retuercen los huesos. Ha ido hasta las aguas milagrosas del Mar Grande. Pero sin alivio.

Jesús se inclina hacia la enferma y le pregunta: ¿Quién crees tú que soy Yo?

-El que buscaba. El Mesías de Dios. ¡Piedad de mí, que te he buscado mucho!

-Tu fe te dé salud, tanto a tus miembros como a tu corazón. ¿Y tú, hombre?

El hombre no responde. Por él habla la mujer que le acompaña:

-Un cáncer le roe la lengua. No puede hablar. Y muere de hambre.

Efectivamente, el hombre es un esqueleto.

-¿Tienes fe en que te puedo curar?

El hombre indica que sí con la cabeza.

-Abre tu boca - ordena Jesús, y acerca su cara a la horrenda boca roída por el cáncer. Echa en ella su aliento y dice: « ¡Quiero! ».

Un momento de espera y luego dos gritos:

-¡Mis huesos otra vez sanos!

-¡María, estoy curado! ¡Mirad! Mirad mi boca. ¡Hosanna! ¡Hosanna! - y quiere levantarse, pero se tambalea por la flaqueza.

-Dadle de comer - ordena Jesús. Y hace ademán de retirarse.

-¡No te marches! ¡Vendrán otros enfermos! Volverán atrás otros... ¡También a ellos, también a ellos! - grita la multitud.

-Todas las mañanas, desde la aurora hasta la hora sexta vendré aquí. Que alguna persona voluntariosa se ocupe de reunir a los peregrinos.

-¡Yo, yo, Señor! - dicen no pocos.

-Que Dios os bendiga por esto.

Y Jesús tuerce hacia el pueblo con sus primeros compañeros, y con los otros, que han ido viniendo poco a poco - todos con más gente - mientras hablaba.

-¿Pero dónde están Pedro y Judas de Keriot? - pregunta Jesús.

-Han ido a la ciudad que está cercana. Llenos de dinero. A comprar...

-Sí. Judas ha obrado un milagro y está de fiesta - observa sonriendo Simón Zelote.

-También Andrés, y tiene una oveja como recuerdo. Le ha curado a un pastor la pierna rota, y el pastor le ha recompensado así. Se la daremos al padre... la leche es buena para los ancianos... - dice Juan mientras acaricia al viejecito, que está alegre.

Entran en la casa y preparan un poco de comida...

Están ya para sentarse a la mesa, cuando llegan los dos que faltaban, cargados como burros y seguidos por un carrito cargado de esos cañizos que sirven de cama a los pobres de Palestina.

-Perdona, Maestro. Pero esto era necesario. Ahora estaremos bien - dice Pedro.

Y Judas:

-Observa. Hemos comprado lo estrictamente necesario, limpio y pobre. Como te gusta a ti - y se ponen a trabajar para descargar, y luego despiden al carrero.

-Doce yacijas y doce cañizos. Algunos utensilios para la comida. Aquí las semillas. Aquí las palomas. Ahí los denarios. Y mañana mucha gente. ¡Uf! ¡Qué calor! Pero ahora va todo bien. ¿Tú qué has hecho Maestro?...

Y, mientras Jesús narra, se sientan a la mesa, contentos.

386

Hacia la orilla occidental del Jordán.

Jesús está de nuevo en camino. Ha dado la espalda al norte y ahora bordea los meandros del río en busca de alguien que lo pase a la otra orilla. Está acompañado de los suyos, que evocan los acontecimientos de los pocos días pasados en el pueblecito y en la casa de Salomón. Según lo que entiendo, han estado allí hasta que se ha difundido entre los ambientes enemigos la voz de la presencia del Maestro en ese lugar; entonces, se han marchado, dejando al anciano Ananías, sereno en su pobreza ya no desconsolada, como custodio de la casita, ahora de nuevo en orden.

-Esperemos que los estados de ánimo permanezcan como al presente - dice Bartolomé.

-Si vamos y venimos como el Maestro dice, los mantendremos en esas disposiciones - responde Judas de Alfeo.

-¡Pobre anciano! Lloraba. Ha cogido cariño...

-Y me ha gustado su último discurso. ¿Verdad, Maestro, que habló sabiamente? - dice Santiago de Zebedeo.

-¡Santamente ha hablado, yo digo! - exclama Tomás.

-Sí. Y tendré presente su deseo - responde Jesús.

-¿Pero qué ha dicho exactamente? Yo estaba fuera con Juan para decirle a la madre de Micael que se acordara de hacer lo que el Maestro había dicho, y no sé exactamente - dice el Iscariote.

-Ha dicho: "Señor, si pasas por el pueblo de mi nuera, dile que no le guardo rencor y que estoy contento por no ser ya un desamparado, porque así será menor para ella el juicio de Dios. Dile que eduque a mis nietos en la fe del Mesías porque así los tendré conmigo en el Cielo, y en cuanto esté en la paz pediré por ellos y por su salud". Y lo voy a decir. Voy a buscar a la mujer y se lo voy a decir, porque es una cosa buena - dice Jesús.

-¡Ni una palabra acusatoria! Al contrario, se congratula porque, no muriendo ya de hambre y desamparo, disminuye el pecado de la mujer. ¡Es admirable! - observa Santiago de Alfeo.

-¿Pero disminuirá realmente a los ojos de Dios la culpa de la nuera? ¡No está tan clara la cosa! - dice Judas de Alfeo.

Pareceres contrarios. Mateo se dirige a Jesús:

-¿Tú que piensas, Maestro? ¿Las cosas seguirán como antes o cambiarán?

-Cambiarán...

-¿Ves como tengo razón yo?... - dice Tomás victorioso.

Pero Jesús hace un gesto de que le dejen hablar y dice:

-Cambiarán para el anciano: de la misma forma que han cambiado en la Tierra por su dulzura indulgente, cambiarán en el Cielo. Para la mujer no cambiarán: su pecado sigue gritando en la presencia de Dios; sólo arrepintiéndose podría modificarse el juicio severo. Y se lo voy a decir.

-¿Dónde vive?

-En Masada, con sus hermanos.

-¿Y quieres ir hasta allí?

-También hay que evangelizar esos lugares...

-¿Y a Keriot'?

-Desde Masada subiremos a Keriot. Luego iremos a Yuttá, a Hebrón, Betsur, Béter, para subir de nuevo a Jerusalén para Pentecostés.

-Masada es un sitio de Herodes...

-¿Qué importa? Es una fortaleza, pero él no está allí. ¡Y aunque estuviera!... La presencia de un hombre no me podrá impedir ser el Salvador.

-Pero ¿por dónde atravesamos el río?

-A la altura de Guilgal. Desde allí seguiremos adelante bordeando los montes. Las noches son frescas y la nueva luna de Ziv está luminosa en cielo sereno.

-Si vamos por esos lugares, ¿por qué no vamos al monte donde ayunaste? Bueno es que todos lo conozcamos bien - dice Mateo.

-Iremos también allí. ¡Ah, ahí hay una barca! Contratad el pasaje para que podamos cruzar a la otra parte.

387

En Guilgal. El mendigo Ogla y los escribas tentadores. Los apóstoles comparados con las doce piedras del prodigio de Josué.

No sé cómo será ahora Guilgal. En este momento en que entra Jesús, es como una de las tantas ciudades palestinas. Bastante poblada, construida sobre un collado poco alto y cubierto, por lo general, de viñas y olivos. Pero el sol domina tanto aquí, que también los cereales pueden encontrar un lugar, sembrados al azar, bajo los árboles o entre las hileras de vides; y maduran, a pesar de las frondas, porque los tuesta bien este sol que ya evoca el cercano desierto. Polvo, rumor de voces, suciedad, confusión de día de mercado. Y, como el destino, inexorables, los consabidos escrupulosos fariseos y escribas, que con vistosos gestos polemizan y conversan con aire de sabios en el mejor ángulo de la plaza, y que fingen no ver a Jesús, o no conocerlo.

Jesús continúa recto. Va a comer a una placita secundaria, casi de la periferia, toda umbrosa debido al entrelazado de ramas que forman los árboles (árboles de todo tipo). Mi impresión es que se trata de una parte de monte incluida hace poco en el poblado y que conserva todavía ese recuerdo de su estado natural.

E1 primero que se acerca a Jesús, que está comiendo pan y aceitunas, es un hombre andrajoso. Pide un poco de pan. Jesús le da el suyo y todas las aceitunas que tiene en la mano.

-¿Y Tú? Ya sabes que no tenemos cuartos, ¿no?... - observa Pedro.

-Hemos dejado todo a Ananías...

-No importa. No tengo hambre. Sed, sí...

El mendigo dice:

-Aquí detrás hay un pozo. Pero, ¿por qué me has dado todo? Podías haberme dado la mitad de tu pan... Si no te da asco tomarlo de nuevo...

-Come, come. Puedo pasar sin él. Pero, para quitarte esa sospecha de que tengo asco de ti, dame con tus manos un solo bocado; me lo comeré para ser tu amigo...

El hombre, de rostro triste y deslucido, se reviste de la belleza de una sonrisa de admiración, y dice:

-¡Es la primera vez, desde que soy el pobre Ogla, que uno me dice que quiere ser amigo mío! - y da el pedazo de pan a Jesús. Y pregunta: « ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ».

-Soy Jesús de Nazaret, el Rabí de Galilea.

-¡Ah!... He oído por otros hablar de ti... Pero... ¿no eres el Mesías?..

-Lo soy.

-Y Tú, el Mesías, ¿eres tan bueno con los mendigos? El Tetrarca manda a sus siervos que nos peguen si nos encuentra en su camino...

-Yo soy el Salvador. No pego. Amo.

El hombre lo mira muy fijamente. Luego empieza a llorar lentamente.

-¿Por qué lloras?

-Porque... querría ser salvado... ¿Ya no tienes sed, Señor? Te llevaría hasta el pozo y hablaría contigo...

Jesús intuye que el hombre quiere confesar algo. Se levanta y dice:

-Vamos.

-¡Voy yo también! - reacciona Pedro.

-No. Además... vuelvo enseguida... Y debemos sentir estima por los que se arrepienten.

Va con el hombre detrás de una casa a partir de la cual ya empiezan los campos.

-Allí está el pozo... Bebe y luego escúchame.

-No, hombre. Vierte antes en mí tu preocupación... Luego beberé- Quizás hallo una fuente aún más dulce que el agua del suelo para mi sed.

-¿Cuál, Maestro?

-Tu arrepentimiento. Vamos debajo de aquellos árboles. Aquí las mujeres nos observan. Ven - y le pone la mano en el hombro y lo mueve hacia una espesura de olivos.

-¿Cómo sabes que tengo culpas y que estoy arrepentido?

-¡Habla, hombre! Y no tengas miedo de mí.

-Señor... Éramos siete hermanos de un solo padre, pero yo había nacido de la mujer con que mi padre se había casado cuando se quedó viudo. Y los otros seis me odiaban. Mi padre, al morir, dividió entre todos por igual. Pero, una vez fallecido,

sobornando a los jueces, los seis me despojaron de todo y nos expulsaron a mí y a mi madre con acusaciones infames. Ella murió cuando yo tenía dieciséis años... Murió a causa de la penuria... Desde entonces no he tenido a nadie que me amara... - llora con ahogo.

Toma nuevas fuerzas y continúa:

-Los seis, ricos y felices, prosperaban sirviéndose también de lo mío, y yo me moría de hambre, porque me había puesto enfermo asistiendo a mi agotada madre... Pero Dios los castigó, uno a uno. Los maldije tanto, los odié tanto, que se abatió sobre ellos el maleficio. ¿Hice mal? Sí, sin duda. Lo sé. Y lo sabía. Pero, ¿cómo podía no odiarlos y maldecirlos? El último, que en realidad era el tercero, resistía contra todas las maldiciones; es más, prosperaba con los bienes de los otros cinco, que había tomado: legítimamente respecto a los tres más pequeños, que habían muerto sin dejar mujer, casándose con la mujer del primogénito, que había muerto sin dejar hijos; fraudulentamente respecto al segundo, habiendo adquirido, con engaños y préstamos, de la viuda y de los huérfanos, buena parte de los bienes del padre. Y, cuando me encontraba de casualidad en los mercados a donde yo iba, como siervo de un rico, a vender alimentos, me insultaba y me pegaba... Una noche me encontré con él... Yo estaba solo; él también, y un poco embriagado de vino... yo, embriagado de recuerdos y odio... Habían pasado diez años desde el día en que había muerto mi madre... Me insultó, e insultó a la muerta... La llamó "perra inmundada" y a mí me llamó "hijo de hiena...". Señor... si no hubiera tocado a mi madre... habría soportado. Pero la insultó... Lo agarré por el cuello. Luchamos... Quería solamente pegarle... Pero resbaló y cayó al suelo... y la tierra estaba cubierta de hierba resbaladiza, en pendiente... y abajo había un barranco y un torrente... Rodó - estaba borracho -, y cayó... Después de tantos años, todavía lo buscan... Pero está debajo de las rocas y de la arena de uno de los torrentes del Líbano. Yo no volví donde mi patrón. Y él no volvió a Cesárea Paneas. Yo me alejé, sin paz... ¡La maldición de Caín! Miedo a la vida... miedo a la muerte... Enfermé... Y luego... oí hablar de ti... Pero tenía miedo... Decían que veías el interior de los corazones. ¡Y son tan malos los rabíes de Israel!... No conocen la piedad... Tú, Rabí de los rabíes, eras mi terror... Y huía de ti. Y, no obstante, querría ser perdonado...

Llora echado en el suelo...

Jesús lo mira y susurra:

-¡Carguemos sobre mí también estos pecados!... ¡Hijo! Escucha. Yo soy la Piedad, no el terror. También he venido para ti. No te acobardes ante mí... Soy el Redentor. ¿Quieres ser perdonado? ¿De qué?

-De mi delito. ¿Me lo preguntas? He matado a mi hermano.

-Has dicho: "Quería sólo pegarle", porque en ese momento te sentías herido y airado. Lo hacías como el respirar: espontáneamente. El odio y la maldición, la alegría cuando veías su castigo era tu pan espiritual, ¿no es verdad?

-Sí, Señor. Mi pan durante diez años.

-Pues bien, en realidad tu mayor delito lo empezaste desde el momento en que odiaste y maldijiste. Eres seis veces homicida de tus hermanos.

-Pero Señor, me habían arruinado y odiado... Y mi madre había muerto de hambre...

-¿Quieres decir que tenías razón en vengarte?

-Sí. Quiero decir esto.

-No tienes razón. Para castigar estaba Dios, tú debías amar. Y Dios te habría bendecido en la Tierra y en el Cielo.

-¿Entonces ya no me va a bendecir nunca?

-El arrepentimiento atrae de nuevo la bendición. ¡Pero, cuánto dolor, cuanta angustia te has causado con tu odio! Mucho más de cuanto te causaban tus hermanos...

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Un horror que dura ya desde hace veintiséis años. ¡Perdóname en nombre de Dios! Tú eres testigo de mi dolor por el pecado. No pido nada para mi vida. Soy un mendigo y un enfermo. Quiero seguir así y sufrir y expiar. ¡Pero dame la paz de Dios! He hecho sacrificios en el Templo, padeciendo hambre para acumular la suma para el holocausto. Pero no podía manifestar mi delito, y no sé si habrá sido grato mi sacrificio.

-Nulo. Aunque todos los días hubieras ofrecido uno, ¿de qué te servía, cuando lo inmolabas con falsedad? El *rito que no va precedido de una sincera confesión del pecado es supersticioso e inútil*. Una culpa añadida a otra culpa, y; por tanto, aún más que inútil. Ofrenda sacrílega. ¿Qué le decías al sacerdote?

-Decía: "Quiero expiar, porque he pecado por ignorancia haciendo cosas que el Señor ha prohibido". Yo pensaba: "Sé en qué he pecado, y Dios también lo sabe. Pero al hombre no le puedo hablar con claridad. Dios, que ve todo, sabe que pienso en mi pecado".

-Restricciones mentales, escapatorias indignas. El Altísimo odia estas cosas. Cuando se peca, se expía. No lo vuelvas a hacer.

(Nota: la restricción mental a veces es necesaria y la Iglesia la admite, como aquel sacerdote perseguido que preguntado si era sacerdote, para fusilarlo, respondió: ¡No, soy presbítero!... y se escapó. En el caso que Jesús reprueba, el mendigo, en confesión, ante el sacerdote, no debía haber usado la restricción mental, sólo lícita cuando el que nos pregunta no tiene derecho a saber la verdad: el médico que es preguntado, imprudente y maliciosamente sobre la enfermedad de su enfermo, el abogado sobre la causa que defiende, el profesor sobre el examen que pondrá, el sacerdote sobre la confesión de un penitente, etc.)

-No, Señor. ¿Y seré perdonado? ¿O debo ir a confesar todo? ¿Pagar con la vida la vida que tomé? Me basta morir con el perdón de Dios.

-Vive para expiar. No podrías devolver el marido a la viuda, ni el padre a los hijos... ¡Antes de matar, antes de dejar que el odio se haga nuestro amo, habría que pensar! Pero levántate, y camina por la nueva vía. Encontrarás en tu camino a algunos discípulos míos. Ellos recorren los montes de Judea, si vas de Tecua a Belén, y más allá, hacia Hebrón. Diles que te manda Jesús y que dice que antes de Pentecostés subirá hacia Jerusalén, pasando por Betsur y Béter. Pregunta por Elías, José, Leví, Matías, Juan, Benjamín, Daniel, Isaac. ¿Te acordarás de estos nombres? Dirígete especialmente a ellos. Ahora vamos...

-¿Y no bebes?

-He bebido tu llanto. ¡Un alma que vuelve a Dios! No hay para mí refrigerio mejor.

-¿Entonces estoy perdonado? Dices: "Vuelve a Dios"...

-Sí. Estás perdonado. Y no vuelvas a odiar nunca.

El hombre se agacha de nuevo, porque se había puesto de pie, y besa los pies de Jesús.

Vuelven donde los apóstoles y los encuentran disputando con algunos escribas.

-Ahí está el Maestro. Él os puede responder y decir que sois pecadores.

-¿Qué sucede? - pregunta Jesús, con un saludo deferente que no halla respuesta.

-Maestro, nos están humillando con preguntas y burlas...

-Soportar las molestias es obra de misericordia.

-Pero te están ofendiendo a ti. Te hacen objeto de burla... y la gente titubea. ¿Ves? Habíamos logrado reunir a unas personas... ¿Ahora quién queda? Dos o tres mujeres...

-¡No, no, tenéis también a un hombre, a un hombre repugnante! ¡Y es demasiado incluso para vosotros! Sólo una cosa, Maestro: ¿No te parece que te contaminas demasiado, Tú que dices siempre que te estremecen las cosas inmundas? - dice con mofa un escriba joven, señalando al mendigo que está al lado de Jesús.

-Éste no es inmundicia. Esta miseria no me estremece. Éste es "el pobre". El pobre no repugna. Su miseria debe solamente abrir el alma a sentimientos de piedad fraterna. Lo que me estremece son las miserias morales de los corazones hediondos, de las almas harapientas, de los espíritus llagados.

-¿Y Tú sabes si él no es de éstos?

-Sé que cree y espera en Dios y en su misericordia, ahora que la ha conocido.

-¿Conocido? ¿Y dónde vive? Dilo, para ir también nosotros a ver su rostro. ¡Ja, ja! ¡El Dios terrible, al que Moisés no se atrevía a mirar, debe tener un rostro no poco terrible incluso en la misericordia, aún cuando se hubiera suavizado su rigor después de tantos siglos! - rebate el joven escriba, y se ríe con una risa más opugnadora que una blasfemia.

-¡Yo, que te estoy hablando, soy la Misericordia de Dios! - grita Jesús, erguido e irradiando poder a través de sus ojos y su gesto.

No me explico cómo el otro no tiene miedo... De todas formas, aunque no huya, no se atreve a seguir haciendo sarcasmos y se calla, mientras otro lo reemplaza:

-¡Oh, cuántas palabras inútiles! Nosotros quisiéramos sólo poder creer. No pediríamos nada mejor. Pero para creer hay que tener pruebas. Maestro, ¿sabes lo que es Guilgal para nosotros?

-¿Me crees un ignorante? - dice Jesús. Y, tomando tono de salmo, lento, un poco espacioso, empieza: «"Y Josué, habiéndose alzado antes del alba, levantó el campamento. Partieron de Setim él y todos los hijos de Israel, y llegaron al Jordán, donde se detuvieron tres días, al final de los cuales los heraldos recorrieron el campamento gritando: "Cuando veáis el Arca de la Alianza del Señor Dios vuestro y a los sacerdotes de la estirpe de Leví llevándola, partid también vosotros y seguidlos. Pero entre vosotros y el Arca ha de haber un trecho de dos mil codos, para que podáis ver desde lejos y distinguir el camino por donde debéis andar, pues no habéis pasado nunca y..."».

-¡Basta, basta! Sabes la lección. Ahora bien, nosotros queríamos de ti, para creer, un milagro igual. En el Templo, en la Pascua, nos quedamos maravillados por la noticia que traía un barquero de que habías calmado la corriente del río crecido. Pues bien, si por un hombre cualquiera hiciste tanto, por nosotros - mucho más que un hombre - baja al Jordán con los tuyos y atraviésalo a pie enjuto, como Moisés el Mar Rojo, y Josué en Guilgal. ¡Animo! Los sortilegios sirven sólo para los ignorantes. A nosotros no nos seducirá tu nigromancia, aunque conozcas - y esto es sabido - los secretos de Egipto y las fórmulas mágicas.

-No tengo necesidad de ello.

-Bajemos al río y creeremos en ti.

-¡Está escrito: "No tientes al Señor tu Dios"!

-¡Tú no eres Dios! Eres un pobre loco. Eres un agitador de las masas ignorantes. Con ellas es fácil, porque Belcebú está contigo. Pero con nosotros, adornados con los distintivos del exorcismo, eres menos que nada - zahiere un escriba.

-¡No lo ofendas! Ruégale que nos complazca. De esa forma que usas se deprime y pierde el poder. ¡Ánimo, Rabí de Nazaret! Danos una prueba y te adoraremos - dice, serpentino, un viejo escriba, y con sus lisonjas sinuosas es más enemigo que los otros con su abierta saña.

Jesús lo mira. Luego se vuelve hacia el suroeste y abre los brazos extendiéndolos hacia delante. Dice:

-Allí está el desierto de Judá, y allí me propuso el Espíritu del Mal que tentara al Señor mi Dios. Y le respondí: "¡Aléjate, Satanás! Está escrito que sólo a Dios hay que adorar, y no tentarlo, y ha de seguirsele por encima de la carne y la sangre". Lo mismo os digo a vosotros.

-¿Nos estás llamando Satanás a nosotros? ¿A nosotros? ¡Ah! ¡Maldito! - y, pareciendo más unos gamberros que doctores de la Ley, echan mano a las piedras que hay diseminadas por el suelo con intención de lanzárselas, y gritan: « ¡Vete! ¡Vete! ¡Maldito para siempre!».

Jesús los mira, sin miedo. Les paraliza el sacrílego gesto. Recoge su manto y dice: -¡Vamos! Hombre, tú ve delante de mí - y vuelve hacia el pozo, hacia el olivar de la confesión, y se adentra en la espesura... Y baja la cabeza, abatido, con dos lágrimas incontenibles que desde las pestañas ruedan por su pálido rostro.

Llegan a un camino. Jesús se para y dice al mendigo:

-No puedo darte dinero. No tengo. Te bendigo. Adiós. Haz lo que te he dicho.

Se separan...

Los apóstoles están afligidos. No hablan. Se miran de reojo... Jesús rompe el silencio reanudando el tono de salmo interrumpido por el escriba:

-“Y el Señor dijo a Josué: ‘Toma a doce hombres, uno por cada tribu, y diles que saquen del medio del Jordán, donde han pisado los pies de los sacerdotes, doce durísimas piedras; y las erigiréis en el lugar de los campamentos, donde vais a montar las tiendas esta noche’. Y Josué, habiendo convocado a doce hombres elegidos entre los hijos de Israel, uno por cada tribu, les dijo: “Id delante del Arca del Señor Dios vuestro al medio del Jordán y sacad de allí, cargadas sobre vuestros hombros, cada uno una piedra, según el número de los hijos de Israel, para hacer con ellas un monumento en medio de vosotros. Y cuando, en el futuro, vuestros hijos os pregunten: ¿Qué significan estas piedras?, respondedles: Las aguas del Jordán desaparecieron delante del Arca de la Alianza del Señor, que las cruzaba, y estas piedras fueron colocadas como eterno monumento de los hijos de Israel”.

Levanta la cabeza (la tenía bajada). Recorre con su mirada a los doce, que a su vez lo miran. Dice con otra voz, su voz de los momentos de mayor tristeza:

-Y el Arca penetró en el río. Y no las aguas, sino los cielos se abrieron, por respeto al Verbo, que estaba dentro de ellas santificándolas más que cuando el Arca se detuvo en el lecho del río. Y el Verbo ha elegido para sí doce piedras. Durísimas. Porque tienen que durar hasta el fin del mundo. Y porque tienen que servir de fundamentos al Templo nuevo y a la Jerusalén eterna. Doce. Recordadlo. Éste debe ser el número. Y luego escogió otras doce para un segundo testimonio. Los primeros pastores y Abel el leproso y Samuel el tullido, los primeros curados... y agradecidos... ¡Durísimas también, porque habrán de resistir los golpes de Israel, que odia a Dios!... ¡Que odia a Dios!...

¡Qué voz tan afligida y mortecina, casi blanca, la de Jesús llorando por la dureza de Israel!

Prosigue:

-“En el río los siglos y el hombre desparramaron las piedras-recuerdo... En la Tierra, el odio desparramará a mis doce. En las orillas del río, los siglos y los hombres han destruido el altar-recuerdo... Las primeras y las segundas piedras, habiendo servido para todos los usos por el odio de los demonios - que no están sólo en el infierno, sino también dentro de los hombres - ya no se reconocen. Algunas sirvieron incluso para matar. ¿Y quién me asegura que entre las piedras alzadas contra mí no había fragmentos de las piedras durísimas elegidas por Josué? ¡Durísimas! ¡Enemigas! ¡Oh, durísimas! También entre los míos habrá quienes, diseminados, harán de acera para los demonios que marcharán contra mí... y se harán piedras para herirme... y ya no serán piedras elegidas... sino diablos... ¡Oh, Santiago, hermano mío! Israel es durísimo con su Señor! - y, una cosa que nunca he visto, Jesús, abatido por no sé qué imponente desconsuelo, se apoya sobre el hombro de Santiago de Alfeo y lo abraza llorando...

388

Exhortación a Judas Iscariote, que irá a Betania con Simón Zelote.

Deben haber proseguido en la noche de luna. Deben haberse detenido en alguna caverna, durante unas horas, para reanudar la marcha al alba. Están visiblemente cansados, por el difícil camino sobre rocas desmenuzadas y entre arbustos espinosos y lianas rasantes que apresan los pies. Guía la marcha Simón Zelote, que parece conocer muy bien el lugar y que se disculpa por la dificultad del camino, como si la dificultad dependiera de él.

-Ahora, cuando subamos de nuevo a esos montes que veis, iremos mejor, y os prometo abundante miel silvestre y aguas cristalinas también abundantes...

-¿Agua? ¡Me lanzo a ella! La arena me ha roído los pies como si hubieran caminado por sal, y me escuece toda la piel. ¡Qué lugares más malditos! ¡Se siente, sí, se siente que estamos cerca de los lugares castigados con el fuego del Cielo! Ha quedado en el viento, en la tierra, en las espinas. ¡En todo! - exclama Pedro.

-Sin embargo, eran lugares bellos tiempo ha. ¿Verdad, Maestro?

-Mucho. En los primeros siglos del mundo, eran un pequeño Edén. Fertilísimo el suelo, rico en manantiales que podían ser utilizados para muchos usos, manantiales ordenados sólo para producir cosas buenas. Luego... el desorden de los hombres pareció pasar a los elementos. Y fue la ruina. Los sabios del mundo pagano explican de muchas maneras el terrible castigo. Pero de maneras humanas, y algunas veces con terror supersticioso. Y, sin embargo, habéis de creer que lo que quitó de los elementos el orden fue la voluntad de Dios, sólo la voluntad de Dios. Entonces, los elementos del cielo llamaron a los de las profundidades, se estremecieron, arremetieron los unos contra los otros por un maléfico torbellino; los rayos encendieron el betún esparcido desordenadamente por las venas del suelo abiertas. Y fuego proveniente de las entrañas de la tierra y en la tierra, y fuego del cielo para alimentar el de la tierra y para abrir, con las espadas de los rayos, nuevas heridas en la tierra que temblaba con convulsión espantosa, quemó, destruyó, consumió muchos estadios de un lugar que antes era un paraíso, e hizo de él el infierno que veis y en el cual no puede haber vida.

Los apóstoles escuchan atentamente...

Bartolomé pregunta:

-¿Crees que, si se pudiera eliminar la capa de las aguas profundas, en el fondo del Mar Grande encontraríamos restos de las ciudades castigadas?

-Sin duda. Y casi intactas, porque el espesor de las aguas forma a manera de argamasa para las ciudades sepultadas. Y mucha arena ha vertido sobre ellas el Jordán. Y están doblemente sepultadas, para que no vuelvan a renacer: símbolo de aquellos que, obstinados en el pecado, están inexorablemente sepultados por la maldición de Dios y por el despotismo de Satanás, al que con tanto frenesí han servido durante su vida.

-¿Y aquí se refugió Matatías de Juan de Simeón, el justo asmoneo que es gloria, junto con sus hijos, de todo Israel?

-Aquí. Entre montes y desiertos. Y aquí reorganizó al pueblo y al ejército. Y Dios estuvo con él.

-Pero, al menos... A él le fue más fácil, ¡porque los Asideos fueron más justos que no los fariseos contigo!

-¡La verdad es que ser más justo que los fariseos es fácil! Más fácil que pinchar para este espino que se me ha agarrado a las piernas... ¡Mirad esto! - dice Pedro, que, escuchando, no ha mirado al suelo y se ha enredado en una maraña espinosa que le hace sangrar en las pantorrillas.

-En los montes hay menos espinos. ¿Ves como ya están disminuyendo? - dice Simón de Zelote para consolar.

-¡Mmm! Conoces muy bien...

-He vivido aquí proscrito y perseguido...

-¡Ah! ¡Bueno, entonces!...

Efectivamente, los pequeños montes se visten de un verde menos molesto, aunque tienen poca sombra y hierbas poco altas (pero olorosas, y tachonadas de flores, como una alfombra de colores). Un sinfín de abejas allí se sacian, y luego van a las cavernas que hay en

las laderas montanas, y allí, debajo de colgantes cortinas de hiedras : madreselvas, depositan la miel en colmenas naturales.

Simón Zelote va a una caverna y sale con panales de miel de oro; a otra, y a otra más, hasta que tiene para todos; y ofrece al Maestro y a los amigos, que comen con gusto la dulce y filamentosamente miel.

-¡Si hubiera pan! ¡Qué buena está! - dice Tomás.

-Sin pan, también está buena. Mejor que las espigas filisteas. Y... esperemos que ningún fariseo venga a decirnos que no podemos comerla! - dice Santiago de Zebedeo.

Van comiendo así, y llegan a una cisterna donde vierten sus aguas algunos regatos, para ser dirigidas luego no sé a dónde. El agua que rebosa sale del depósito por la bóveda de la roca en que está excavada la cisterna. Estando protegida del sol y de las impurezas, es fresca y cristalina. Cayendo luego, forma como un laguito minúsculo en la roca silícea y negruzca. Con visible placer, los apóstoles se quitan sus ropas y, por turnos, se zambullen en la piscina inesperada. Pero antes han querido que disfrutara del agua Jesús, «para luego ser santificados en el cuerpo» dice Mateo.

Reanudan la marcha, refrescados pero con más hambre que antes; y los más hambrientos, además de comerse la miel, mordisquean unos tallos de hinojo silvestre y otros vástagos comestibles cuyos nombres desconozco.

La vista es bella desde los rellanos elevados de estos originales montes, a los que parece se les hubiera decapitado la cima de un espadazo. Retazos de otros montes verdes y de llanuras fértiles se ven al sur, y también algún fragmento de horizonte del Mar Muerto, bien visible al este, con los montes lejanos de la otra orilla vaporosos por una niebla de livianas nubes que surgen del sudeste; al norte, cuando se muestra entre crestas de montes, se ve el verde lejano de la llanura jordánica; al oeste, los altos montes de Judea.

El sol empieza a quemar y Pedro sentencia que «aquellas nubes en los montes de Moab son señal de calor fuerte».

-Ahora vamos a bajar al valle del Cedrón. Es umbroso... - dice Simón.

-¿El Cedrón? ¿Cómo es que hemos llegado tan pronto al Cedrón?

-Sí, Simón de Jonás. Ha sido un camino áspero, pero ¡cuánto ha abreviado el trayecto! Yendo por su valle, pronto se llega a Jerusalén - explica el Zelote.

-Y a Betania... "Debería enviar a algunos de vosotros a Betania, para decir a las hermanas que lleven a Eglá a casa de Nique. Me lo ha pedido con mucha insistencia. Y es una petición justa. La viuda sin hijos tendrá un santo amor. La niña sin padres tendrá una madre verdaderamente israelita, que la educará en nuestra antigua fe y en la mía. Quisiera ir Yo también... Descanso de paz para el espíritu afligido... En la casa de Lázaro el corazón de Cristo encuentra amor, sólo amor... ¡Pero es largo el viaje que quiero hacer antes de Pentecostés!

-Mándame a mí, Señor. Y, conmigo, a alguno que tenga buenas piernas. Iremos a Betania; luego subo a Keriot y allí nos encontramos - dice, entusiasta, Judas Iscariote. Los otros, sin embargo, ante la expectativa de ser elegidos para ese viaje que los separaría del Maestro, no se muestran de ninguna manera entusiastas.

Jesús piensa. Y mientras piensa mira a Judas. Duda si consentir. Judas insta:

-¡Sí, Maestro! ¡Di que sí! ¡Dame esta satisfacción!...

-Judas, eres el menos indicado de todos para ir a Jerusalén.

-¿Por qué, Señor? ¡La conozco mejor que ningún otro!

-¡Es precisamente por eso!... No sólo la conoces. Penetra en ti más que en ningún otro.

-Maestro, te doy mi palabra de que no me detendré en Jerusalén, y de que no veré a ninguno de Israel, por propia voluntad... Pero, déjame ir. Te precederé en Keriot y...

-¿Y no vas a hacer presiones para darme honores humanos?

-No, Maestro. Lo prometo.

Jesús piensa aún.

-¿Por qué, Maestro, titubeas tanto? ¿Tanto desconfías de mí?

-Eres un débil, Judas. En cuanto te alejas de la Fuerza, caes. ¡Estás siendo tan bueno desde hace una temporada...! ¿Por qué quieres turbarte a ti y causarme dolor a mí?

-¡Que no, Maestro, que no quiero eso! ¡Día llegará en que tendré que estar sin ti, ¿no?! ¡Y entonces? ¿Cómo voy a afrontarlo, si no me he preparado?

-Judas tiene razón - dicen varios.

-¡Bien, de acuerdo!... Ve. Ve con Santiago, mi hermano.

Los otros respiran de alivio. Santiago suspira de pena, pero dócilmente dice:

-¡Sí, mi Señor! Bendícenos y nos pondremos en marcha.

Simón Zelote tiene compasión de su pena y dice:

-Maestro, los padres sustituyen gustosamente a sus hijos para darles una alegría. Yo a éste lo he tomado, junto con Judas, como a hijo. El tiempo ha pasado, pero mi pensamiento sigue siendo el mismo. Acoge mi petición... Mándame a mí con Judas de Simón. Soy viejo, pero resistente como un joven, y Judas no tendrá motivo de queja conmigo.

-¡No, no es justo que te sacrifiques tú separándote del Maestro en mi lugar! Ciertamente para ti es un dolor no ir con Él... - dice Santiago de Alfeo.

-El dolor se mitiga con la alegría de dejarte a ti con el Maestro. Después me contarás lo que hicisteis... Por otra parte... voy de buen grado a Betania... - termina el Zelote como queriendo disminuir el valor de su ofrecimiento.

-Bien. Iréis vosotros dos. Entretanto, vamos a seguir hasta aquel pueblecito. ¿Quién sube a buscar pan en nombre de Dios?

-¡Yo! ¡Yo!

Quieren ir todos.

Pero Jesús retiene a Judas de Keriot. Una vez que todos se han alejado, Jesús lo toma las manos y le habla cara a cara, verdaderamente cara a cara. Parece como si quisiera transfundirle su pensamiento, sugestionarle hasta el punto de que Judas no pudiera tener otros pensamientos sino los que Jesús quiere.

-Judas... ¡No te dañes a ti mismo! ¡No te dañes, Judas mío! ¿No te sientes más tranquilo y feliz desde hace una temporada, libre de los potentes tentáculos de tu peor yo, de ese yo humano que es juguete tan fácil de Satanás y del mundo? ¡Sí, sí que te sientes así! Pues protege tu paz, tu bienestar. No te perjudiques, Judas. Yo leo en ti. ¡Estás en un momento tan bueno...! ¡Ah, si pudiera, si pudiera, a costa de toda mi sangre, mantenerte así, destruir el último baluarte en que anida un gran enemigo para ti, y hacerte todo espíritu, inteligencia espiritual, amor espiritual, espíritu, espíritu!

Judas, frente a frente, cara a cara con Jesús, las manos en sus manos, está casi aturdido. Susurra:

-¿Perjudicarme? ¿Ultimo baluarte? ¿Pero cuál?...

-¿Cuál?! Tú lo sabes. ¡Sabes con qué te perjudicas! Cultivando pensamientos de grandeza humana, y amistades que supones útiles para proporcionarte esta grandeza. Créeme: Israel no te ama. Te odia, como me odia a mí y como odia a quienquiera que pueda tener aspecto de posible triunfador. Y tú, precisamente porque no ocultas tu pensamiento de querer serlo, eres odiado. No creas en sus engañosas palabras, ni en sus preguntas falaces, hechas con la disculpa de interesarse en lo que piensas para ayudarte. Merodean a tu alrededor para hacer daño, para saber y hacer daño. Y no te ruego por mí, sino por ti, por nadie más. Yo, aunque sea blanco de la iniquidad, seré siempre el Señor. Podrán torturar la carne, matarla; más no. ¡Pero tú! ¡Pero tú! A ti te matarían el alma... ¡Evita la tentación, amigo mío! ¡Dime que vas a evitarla! ¡Da a tu pobre Maestro perseguido, afligido, esta palabra de paz!

Lo tiene ahora tomado entre sus brazos y le está hablando junto al oído, su cara arrimada a la de Judas, y sus cabellos de oro oscuro se mezclan con los espesos rizos morenos de Judas.

-Yo sé que tengo que padecer y morir. Sé que mi única corona será la del mártir. Sé que mi única púrpura será la de mi Sangre. Para esto he venido. Porque por este martirio redimiré a la Humanidad, y el amor me impulsa desde un tiempo sin límites a esta acción. Pero quisiera que ninguno de los míos se perdiera. ¡Oh, amo a todos los hombres, porque llevan en sí la imagen y semejanza de mi Padre, el alma inmortal que Él ha creado! Pero vosotros, vosotros amados con predilección, vosotros sangre de mi Sangre, niña de mis ojos, ¿perderos?, ¡no, no! ¡Que no habrá tortura semejante a ésta - ni Satanás que clavara en mí sus armas ardientes de azufres infernales, y me mordiera, me estrujara, él, el Pecado, el Horror, la Repugnancia -, no habrá tortura semejante a ésta para mí: la de un elegido mío que se pierda...! ¡Judas, Judas, Judas mío! ¿Quieres que pida al Padre sufrir tres veces mi horrenda Pasión, y que de estas tres dos sean para salvarte solamente a ti? Dímelo, amigo, y lo haré. Diré que se multipliquen hasta el infinito mis sufrimientos por esto. Te amo, Judas. Mucho te amo. Y querría, querría darte a mí mismo, hacerte ser Yo mismo, para que te salvaras por ti mismo...

-No llores, no digas eso, Maestro. Yo también te amo. Yo también me ofrecería a mí mismo para verte fuerte, respetado, temido, triunfante. No te amaré con perfección... No pensaré con perfección... Pero todo lo que soy lo uso, quizás abusando, por el ansia de verte amado. Pero te juro, te juro por Yeohveh, que no trataré con escribas, ni fariseos, ni saduceos, ni judíos, ni sacerdotes. Dirán que estoy loco. Pero no me importa. Me basta con que Tú no estés afligido por mí. ¿Estás contento? Un beso, Maestro, un beso como tu bendición, como tu protección.

Se dan un beso y se separan, mientras los otros regresan raudos colina abajo agitando hogazas grandes y quesos frescos. Se sientan en la hierba verde de las laderas y se reparten la comida contando que han sido bien recibidos, porque en las pocas casas que hay hay gente que conoce a los pastores-discípulos y se muestra propicia al Mesías.

-No hemos dicho que estabas, porque si no... - termina Tomás.

-Trataremos de pasar por aquí alguna vez. No se debe desatender a ninguno - responde Jesús.

La comida termina. Jesús se pone en pie y bendice a los dos que van a Betania, y que no esperan a que caiga la tarde para reanudar el camino, dado que el valle es umbroso y tiene agua fresca. Jesús y los diez que quedan se echan en la hierba y descansan en espera de la puesta del sol para volver hacia el camino de Engadí y Masada, como oigo que dicen los que se han quedado.

Los peregrinos, a pesar de estar cansados por una larga marcha, cubierta quizás en dos etapas, desde el ocaso a esta aurora, y por senderos ciertamente no fáciles, no pueden contener una exclamación de maravilla cuando, dejado atrás el último tramo del camino que va por una pendiente encendida de diamantes con el primer sol le la mañana, se encuentran abierto frente a ellas el panorama completo del Mar Muerto con sus dos orillas.

Mientras que la orilla occidental deja un pequeño espacio de llanura entre el Mar Muerto y la línea de los pequeños montes que, siendo poco altos, parecen la última ondulación de las cadenas de montes de Judea - una ondulación que ha avanzado hacia el litoral bajo desolado y se ha quedado allí, hermosa de vegetación, después de haber puesto el desierto desnudo entre sí y la primera cadena judía -, en la oriental los montes descienden casi a pico en el lecho del Mar Muerto. Se tiene verdaderamente la impresión de que la tierra, en una espantosa catástrofe telúrica, se haya derrumbado así, con un corte neto, dejando fallas, verticales al lago, por las cuales descienden torrentes más o menos ricos de aguas destinadas a evaporarse en sal en las sombrías y malditas aguas del Mar Muerto. Detrás, más allá del lago y del primer marco de montes, más y más montes, hermosos con el sol de la mañana. Al norte, la entrada verde-azul del Jordán; al sur, montes que hacen de marco al lago.

Un espectáculo de grandeza solemne, triste, monitoria, en que se funden los graciosos aspectos de los montes y el sombrío aspecto del Mar Muerto, que parece recordar así lo que pueden el pecado y la ira del Señor. ¡Porque es tremenda una superficie de agua tan extensa y sin una vela, una barca, un ave, un animal, que lo surque o lo recorra en vuelo, o beba en sus orillas! Y, como contraste del aspecto punitivo del mar, los milagros del sol en las colinas y en las dunas, hasta en las arenas del desierto, donde los cristales de sal adquieren el aspecto de jaspes preciosos diseminados en la arena, en las piedras, en los tallos rígidos de las plantas desérticas, transformando todo en belleza, recubierto por el polvo diamantino esparcido sobre todas las cosas. Y, aún más milagroso, el fértil aspecto de una meseta situada a unos cien o ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar, espléndida con sus palmas y plantas y vides de todo tipo, donde fluyen aguas azules y se extiende una bonita ciudad rodeada de sus exuberantes campiñas. Parece, pasando la mirada desde el sombrío aspecto del mar; desde el aspecto desapacible de la orilla oriental, que muestra paz, desabrida paz, solamente en una lengua de tierra baja y verde que se adentra hacia el sureste en el mar; desde el aspecto desolado del desierto de Judea; desde el severo aspecto de los montes judíos... hasta éste, tan delicado, risueño, florido... parece como si terminara bruscamente una febril pesadilla para transformarse en una suave visión de paz.

-Aquella ciudad es Engadí, cantada por los poetas de nuestra Patria. ¡Admirad cuán bella es la región alimentada por aguas de gracia en medio de tanta desolación! Vamos a bajar a sumergirnos en sus jardines, porque todo es jardín allí: el prado, el bosque, las viñas. Es la antigua Jasasón Tamar, cuyo nombre hace referencia a sus hermosas palmas, bajo las cuales más hermoso aún era levantar las cabañas y cultivar la tierra y amarse y criar a los hijos y a los rebaños bajo el frufrú cantarín del follaje de las palmas. Es el oasis riente, resto, entre las otras tierras, del edén castigado por Dios; circundado, cual perla en un engaste, por senderos practicables sólo para las cabras y corzos, como está escrito en los Reyes; senderos en que se abren cavernas hospitalarias para los perseguidos cansados o abandonados. Recordad a David, rey nuestro, y su bondad hacia Saúl, su enemigo. Es Jasasontamar, que es Engadí, la fuente, la bendita, la belleza, la ciudad desde donde atacaron los enemigos del rey Josafat y de los hijos del pueblo suyo, los cuales, desalentados, fueron confortados por Yajaziel, hijo de Zacarías, hablando en él el Espíritu de Dios. Y obtuvieron una gran victoria porque tuvieron fe en el Señor y merecieron ayuda por la penitencia y la oración que hicieron antes de la batalla. Es la ciudad cantada por Salomón como semejanza de las bellezas de la Bella entre las bellas. Es la ciudad mencionada por Ezequiel como una de las alimentadas por las aguas del Señor... ¡Vamos a bajar! Vamos a llevar el Agua viva, que del Cielo desciende, a la gema de Israel.

Y empieza a descender, casi corriendo, por un sendero tremendamente inclinado, todo vueltas, y zigzagues en el roquedo calcáreo rojizo, y que, en los puntos en que más se acerca al mar, va justo hasta el extremo del monte que enmarca a éste: un sendero que haría venirles el vértigo hasta a los más diestros montañeros. Los apóstoles sólo con dificultad siguen su paso; y los más viejos, cuando el Maestro se para ante las primeras palmas y viñas de la fértil meseta que canta con sus aguas cristalinas y con sus aves de todas las especies, están ya totalmente distanciados.

Ovejas blancas pacen bajo el susurrante techo de palmeras, de mimosas, de árboles balsamíferos, de árboles de pistachos, y de otros, que exhalan aromas delicados o penetrantes para fundirse con los de los rosales y del espliego en flor, de la canela, el cinamomo, la mirra, el incienso, el azafrán, los jazmines, lirios, muguetes, y de la flor de aloe, que aquí es gigante, y de los claveles, y de los benjuíes que exudan, junto con otras resinas, de los tajos hechos en los troncos. Verdaderamente es "el huerto cerrado, la fuente de jardín", ¡y frutas y flores y fragancias y belleza se alzan de todas las partes! No hay en Palestina un lugar tan hermosamente vasto y sincero como éste. Se comprenden, al mirarlo, muchas páginas de poetas de Oriente, cuando cantan las bellezas de los oasis como bellezas de paraísos desperdigados sobre la superficie de la Tierra.

Los apóstoles, sudorosos, pero maravillados, se juntan de nuevo con el Maestro y, en grupo, bajan, por un camino bien cuidado, hacia la orilla, a la que se llega después de pasar una serie de terrazas, todas cultivadas, a través de las cuales, con cascadas risueñas, descienden beneficiosas aguas a alimentar todos los cultivos hasta la llanura, que termina en la playa. A mitad de la pendiente, entran en la ciudad blanca, susurrante por las palmeras, olorosa por los rosales y las mil flores de sus jardines. Buscan alojamiento, en nombre de Dios, en las primeras casas. Y las casas, benignas como la naturaleza, se abren sin vacilaciones, mientras los que en ellas viven preguntan que quién es «el profeta que parece el rey Salomón vestido de lino y radiante de belleza»...

Jesús, con Juan y Pedro, entra en una casita donde vive una viuda con su hijo. Los otros se dispersan acá o allá, después de la bendición del Maestro y el acuerdo de reunirse a la puesta del sol en la plaza más grande.

La fe de Abraham de Engadí y la parábola de la semilla de palma.

Jesús, hacia la hora de la puesta del sol, un ocaso de fuego que enrojece las casas blanquísimas de Engadí y da visos de madreperla negra al Mar Muerto, se encamina hacia la plaza principal. Está con Él el joven que lo ha hospedado y que ahora lo guía por las vueltas y revueltas de la ciudad, de arquitectura verdaderamente oriental. Para defenderse del sol - que debe ser muy fuerte en estos lugares tan abiertos, situados cara a la superficie densa del Mar Salado, del cual me da la impresión de que en los meses de verano deben provenir masas de aire abrasador; en estos lugares tan aislados en medio del desierto yermo, sobre el que el sol debe incidir despiadado y poner el suelo incandescente - para defenderse del sol, digo, los habitantes de Engadí han construido calles estrechas, que parecen aún más estrechas a causa de los canalones y los aleros de las casas, que sobresalen mucho, de forma que si se alza la mirada se ve sólo una cintita de cielo, de un azul violento, aparecer arriba.

Las casas son altas, casi todas de dos pisos, coronadas por una terraza hasta la que han trepado, a pesar de la altura, extendiéndose, las vides para dar sombra y deleite de racimos, que deben ser - cumplida su maduración bajo el sol soberano, entre la reverberación de las tapias y del suelo de la terraza - dulces como moscatel paso. Y las vides se hacen la competencia unas a otras en refrescar a los hombres y a los numerosísimos pájaros que, desde el gorrión a la paloma, hacen sus nidos en Engadí, con sus palmeras nacidas por todas partes y que agitan sus ramas; con sus árboles frutales de magnífica opulencia, que se alzan en los patios, en los huertos comprendidos entre las casas, y se asoman a las callejuelas, y rebosan, colgantes, por las tapias blancas con sus ramas ya cargadas de fruta que madura bajo el sol festivo, y sobrepasan los numerosísimos arcos, que en ciertos lugares forman verdaderas galerías, interrumpidas acá o allá por exigencias arquitectónicas, y se elevan hacia el cielo azul, un cielo tan uniforme, de un color tan pastoso, que da la impresión de que, si fuera posible tocarlo, sería como tocar tupido terciopelo o cuero liso, pintados o teñidos por un sabio artífice con tintura perfecta, más cargada de turquesa, menos cargada de zafiro, bellísima, inolvidable.

Y agua... ¡Cuántos manantiales y fuentes deben gorgotear en los patios y jardines de las casas, entre el verdor de mil plantas! Pasando por las callejuelas aún desiertas - porque los habitantes están o trabajando o en sus casas - se oye su gorgoteo y el caer de las gotas y el frufrú de las frondas, como notas de arpa arrebatadas por una arpista escondida. Y aumentan su hechizo los arcos arquitectónicos y los continuos rincones de las calles, recogiendo esas voces de aguas, amplificándolas, aumentando su número con los ecos, haciendo de ellas todo un arpeggiar de acordes.

Y palmeras, palmeras, palmeras. Dondequiera que haya una placita, que puede ser no más grande que una habitación normal, allí se ven lanzarse hacia el cielo sus esbeltos, altísimos tallos; y allá arriba apenas oscila la copa de hojas susurrantes abrazadas en forma de pincel en la cúspide del tallo; mientras la sombra, que a mediodía cae perpendicular sobre las minúsculas plazas cubriéndolas enteras, ahora se refleja caprichosamente en los muretes de las terrazas más altas.

Pero la ciudad está limpia respecto a las otras ciudades palestinas. Quizás las casas, tan pegadas unas a otras, o el hecho de que todas tengan patios y jardines cultivados, ha sido lo que ha contribuido a enseñar a los habitantes a no arrojar basura a las calles, sino a reunirla, junto con las suciedades animales, en estercoleros ya dispuestos para ello, y así abonar los árboles y parterres... o quizás es un caso muy raro de orden. Las callecitas están limpias, secas por el sol, y no se encuentran esas poco graciosas exposiciones de desechos de verduras, sandalias rotas, trapos sucios, excrementos y cosas semejantes, que se ven en la propia Jerusalén, en cuanto una calle es un poco periférica.

Pero está llegando el primer labriego. Vuelve de su trabajo a lomos de un borrico gris. Como defensa contra las moscas, el hombre ha puesto toda una gualdrapa de ramas de jazmín a su borrico, que va dando trotecillos y meneando las orejas y los cascabeles en medio de la ondeante y perfumada cubierta de ramas. El hombre mira y saluda. El joven dice:

-Ven a la plaza grande, para oír al Rabí que está en mi casa»

También un rebaño de ovejas. Invade la calle, encanalándose en ella proveniente de una placita allende la cual se ve la campiña como fondo. Van encajonadas unas con otras, metiendo las pezuñitas en los mismos sitios que las otras; todas con la cabeza agachada, como si fueran cabezas demasiado pesadas para el cuello delgado en relación al cuerpo obeso; trotando con su paso extraño y sus cuerpos regordetes que parecen fardos apoyados en cuatro estacas... Jesús, Juan y Pedro, hacen lo mismo que el hombre que está con ellos y se pegan contra la pared caliente de una casa para dejarlas pasar. Un hombre y un mozalbete siguen al rebaño. Miran y saludan. El joven dice:

-Meted las ovejas en el aprisco y venid a la plaza grande con vuestros parientes. Tenemos con nosotros al Rabí de Galilea. Nos habla.

Y también la primera mujer que sale, rodeada de una nidada de hijos, para ir quién sabe a dónde. El joven dice:

-Ven con Juan y los hijos a oír al Rabí que llaman Mesías.

Las casas se van abriendo al caer de la tarde, y permiten ver fondos verdes de jardines, o serenos patios en que las palomas comen su última comida. El joven introduce la cabeza en cada una de las puertas abiertas y grita: ¡Venid a oír al Rabí, el Señor!

Aparecen, en fin, en una calle recta, la única recta en esta ciudad, que no se ha construido como habría querido, sino como han querido las palmeras o los robustos árboles de pistachos, sin duda centenarios, y respetados como a ciudadanos ilustres por los vecinos, que a ellos deben el no morir de insolación. Y se ve, en el fondo, una plaza en que hacen de columnas los troncos de numerosas palmas: parece una de esas salas hipóstilas de templos y palacios antiquísimos, hechas de un amplio espacio colmado de columnas colocadas a distancias constantes para formar una selva de piedra que sujete el techo. Aquí las palmeras hacen de columnas, y, siendo muchas y bien juntas, forman, con las hojas que se besan, un techo de esmeralda para la blanca plaza, en medio de la cual hay una alta y cuadrada fuente colmada de aguas cristalinas que brotan de una columnita

situada en el centro de la taza, que caen en pilas más bajas, donde pueden beber los animales. En este momento las palomas, domésticas, pacíficas, la han tomado al asalto y beben o se mueven a ritmo de minué con sus patitas rosas en el borde más alto; o se salpican las plumas, que brillan aumentando sus tornasoles por las gotas de agua suspendidas un instante de las barbas de las plumas.

Hay gente. También están los ocho apóstoles que habían ido a distintos sitios en busca de alojamiento, y cada uno ha juntado a sus fieles, deseosos de oír a Aquel que han indicado como el Mesías prometido. Los apóstoles, provenientes de todas las partes, acuden presurosos hacia el Maestro, y, como las cometas, arrastran tras sí a los grupitos de sus conquistas.

Jesús levanta la mano para bendecir a los discípulos y a los de Engadí.

Judas de Alfeo habla por todos:

-Maestro y Señor: Hemos hecho lo que nos dijiste. Éstos saben que hoy la Gracia de Dios está en medio de ellos. Pero desean también la Palabra. Muchos te conocen de oídas. Algunos porque te han visto en Jerusalén. Todos, especialmente las mujeres, querían verte, y el primero de todos el jefe de la sinagoga. Aquí está. Ven, Abraham.

El hombre, muy anciano (mucho), se acerca. Está emocionado. Querría hablar, hablar, pero, con la emoción que tiene, ya no encuentra ninguna palabra de las que se había preparado. Se inclina para arrodillarse apoyándose en su bastón, pero Jesús se lo impide y lo primero que hace es abrazarlo, luego dice:

-¡Paz al anciano y justo siervo de Dios! - y el otro, cada vez más emocionado, sólo sabe responder:

-¡Alabado sea Dios! ¡Mis ojos han visto al Prometido! ¿Qué más podría pedir a Dios? - y, levantando los brazos, con postura hierática, entona el salmo de David (el 40°): «"Esperé ansiosamente al Señor y Él se inclinó hacia mí"». Pero no lo dice entero. Recita los puntos más adecuados al acontecimiento:

«"Escuchó mi grito y me sacó del abismo de la miseria y del fango del pantano...

Puso en mi boca un canto nuevo.

Dichoso el hombre que ha puesto su esperanza en el Señor. Muchas cosas maravillosas has hecho, oh Señor Dios mío. Ninguno es comparable a ti en tus designios. Quisiera enunciarlos, manifestarlos, mas su número excede toda cuenta.

No has querido sacrificio ni oblación, pero has abierto mis oídos... (se emociona cada vez más).

Está escrito que debo hacer tu voluntad... Tu ley está en el centro de mi corazón.

He anunciado tu justicia en la gran asamblea. No, Tú sabes, Señor, que no he tenido mis labios cerrados.

No he escondido tu justicia dentro de mí, he proclamado tu verdad y la salvación que de ti viene...

Pero Tú, Señor, no alejes de mí tu compasión...

Desgracias sin fin (y ahora ya llora abiertamente, diciendo las palabras con voz aún más vieja y temblorosa a causa del llanto) me han envuelto...

Soy un mendigo, un necesitado, pero el Señor me cuida. Tú eres mi auxilio, mi protector, ¡oh Dios mío, no tardes!..."

-Éste es el salmo, mi Señor, y añado cosas mías: Dime: "Ven" y te responderé lo que dice el salmo: "¡Sí, voy!"».

Y guarda silencio, llorando, con toda la fe concentrada en sus ojos nublados por los años.

La gente explica:

-Se le ha muerto su hija y le ha dejado nietos de corta edad. Su mujer se ha quedado ciega y alelada por las muchas penas. Y de su único hijo varón no se sabe nada. Desapareció, sin más, de la noche a la mañana...

Jesús pone la mano encima del hombro del anciano y le dice:

-Los sufrimientos de los justos pasan veloces como las golondrinas, respecto a la duración del premio eterno. Pero devolveremos a tu Sara los ojos que tenía y la mente de sus veinte años, para que dé consuelo a tu vejez.

-Se llama Paloma - observa uno del pueblo...

-Para él es su princesa. Mas ahora escuchad la parábola que os propongo...

-¿No vas a liberar antes de las tinieblas los ojos y la mente de mi mujer para que pueda también ella saborear la Sabiduría? - pregunta ansioso el viejo arquisinagogo.

-¿Eres capaz de creer que Dios lo puede todo, y que su poder va desde un mundo al otro?

-¡Sí, Señor! Recuerdo un atardecer de hace muchos años. Entonces yo era feliz. Pero era creyente aun viviendo en la alegría. ¡Porque es así! El hombre mientras es feliz puede a lo mejor olvidarse de Dios. Yo creía en Dios incluso en aquel tiempo de alegría, cuando mi mujer era joven y estaba sana, y crecía mi Elisa, ya novia, una jovencita bonita como una palmera, y Eliseo la igualaba en hermosura y la superaba en fuerza, como es natural en el hombre... Yo había ido con el niño a las fuentes que están rayanas con las viñas de la dote de Paloma. Había dejado a mi mujer y a mi hija en los telares, donde se tejía el ajuar nupcial... Pero quizás te estoy aburriendo. El mísero sueña la pasada alegría recordando... pero a los demás no les interesa...

-¡Habla, habla!

-Había ido con el niño... Las fuentes... Si has venido por el camino de occidente, sabes dónde están... Las fuentes estaban en el límite del lugar bendito, y mirando se veía, en el fondo, el desierto, y el camino blanquecino por las piedras romanas (entonces todavía bien visibles en las arenas de Judá)... Después... se borró también aquella señal. Al fin y al cabo, no importa que una señal se pierda en las arenas. Lo que sí es una mala cosa es que se haya borrado la señal de Dios, enviada para señalarte, en los espíritus de Israel. ¡En demasiados espíritus!

Mi hijo dijo: "¡Padre! ¡Mira! Una gran caravana y caballos y camellos y pajes y señores en dirección a Engadí. Quizás vienen a las fuentes antes de que anochezca...". Levanté los ojos de los sarmientos que estaba trabajando, mis ojos cansados después de mucha vendimia, y vi... Sí, los hombres venían precisamente a las fuentes. Y bajaron y me vieron y preguntaron si podían acampar en ese lugar durante una noche.

"Engadí tiene casas hospitalarias, y está cerca" respondí.

"No. Estamos alerta para estar preparados para huir, porque nos busca Herodes. Los que estén de guardia desde aquí verán todos los caminos, y será fácil escaparnos de quien nos busca".

"¿Qué pecado habéis cometido?" pregunté asombrado y ya dispuesto a indicarles las cavernas de nuestros montes, como es nuestra sagrada costumbre hacia los perseguidos. Y añadí: "Sois extranjeros, y de lugares distintos... No sé cómo habréis podido pecar contra Herodes..."

"Hemos adorado al Mesías que ha nacido en Belén de Judá. Nos había guiado a Él la estrella del Señor. Herodes lo busca, y por eso nos busca también a nosotros, para que le indiquemos dónde se encuentra. Y lo busca para darle muerte. Nosotros quizás muramos en los desiertos, o a causa del camino largo y desconocido, ¡pero no denunciaremos al Santo que ha bajado del Cielo!"

¡El Mesías! ¡El sueño de todo verdadero israelita! ¡Mi sueño! ¡Y estaba en el mundo! ¡Y en Belén de Judá, según lo predicho!... Pedí, abrazando contra mi pecho a mi hijo, todas las noticias que pudieran darme, y decía: "¡Escucha, Eliseo! ¡Recuerda! ¡Tú lo verás sin duda!". Yo tenía ya cincuenta años y no esperaba verlo... ni esperaba vivir tanto como para verlo ya adulto... Eliseo... ya no lo puede adorar..."

El anciano llora nuevamente. Pero recobra ánimos. Dice:

-Los tres Sabios hablaron con paciente dulzura y te describieron como eras en tu santidad niña, y a tu Madre, y a tu padre... Habría transcurrido con ellos la noche... Pero Eliseo se adormecía en mi pecho. Saludé a los tres Sabios con la promesa de guardar silencio para no permitir posibles delaciones contra ellos. Pero a Paloma, en la habitación nupcial, le conté todo... y esto fue el sol en las desventuras que habían de ocurrirnos después. Luego se tuvo noticia de la matanza... y durante años no supe si te habías salvado. Ahora lo sé. Pero sólo yo, porque Elisa ha muerto, Eliseo no está, y Paloma no puede entender la feliz noticia... Pero la fe en el poder de Dios, que ya era viva, se hizo perfecta desde aquel lejano atardecer en que tres hombres, de distinta raza, testimoniaron la potencia de Dios con su unión, por la voz de los astros y de las almas, en el camino de Dios, para adorar a su Verbo.

-Y tu fe será premiada. Ahora escuchad.

¿Qué es la fe? Semejante a una dura semilla de palma, algunas veces es minúscula, formada por una breve frase: "Dios existe", nutrida con una sola aserción: "Yo lo he visto". Como fue la de Abraham en mí por las palabras de los tres Sabios de Oriente. Como fue la de nuestro pueblo, desde los más lejanos patriarcas, transmitida de uno a otro, desde Adán a los descendientes, desde Adán, pecador, pero que fue creído cuando dijo: "Dios existe, y nosotros existimos porque Él nos ha creado. Y yo lo he conocido". Como fue - cada vez más revelada y por tanto cada vez más perfecta - la que vino después y es para nosotros herencia, refulgente de manifestaciones divinas, de apariciones angélicas, de luces del Espíritu. En todo caso, minúsculas semillas respecto al Infinito. Minúsculas semillas. Pero, echando raíces, hendiendo la dura corteza de la animalidad con sus dudas y tendencias, triunfando sobre las hierbas nocivas de las pasiones, de los pecados, sobre el moho de los desalientos, sobre las carcomas de los vicios, triunfando sobre todo, se alza en los corazones, crece, se eleva impetuosa hacia el Sol, hacia el cielo, y sube, sube... hasta que se libera de la restricción de la carne y se funde con Dios, en su conocimiento perfecto, en su completa posesión, más allá de la vida y la muerte, en la verdadera Vida.

Quien posee la fe posee el camino de la Vida. El que sabe creer no yerra. Ve, reconoce, sirve al Señor y tiene la salvación eterna. Para él es vital el Decálogo, y cada mandamiento que contiene es una gema con la que adorna su futura corona. Para él es salud la promesa del Redentor. ¿Ha muerto ya el creyente que creía antes de que Yo viniera a la Tierra? No importa. Su fe lo equipara a aquellos que ahora se acercan a mí con amor y fe. Los justos ya fallecidos exultarán pronto, porque su fe está para recibir el premio. Yo iré, después de cumplir la voluntad de mi Padre, y diré: "¡Venid!", y todos los que murieron en la fe subirán conmigo al Reino del Señor.

Imitad en la fe a las palmeras de vuestra tierra, nacidas de una pequeña semilla, pero con este gran deseo de crecer, y de crecer tan derechas, olvidadas del suelo y enamoradas del sol, de los astros, del cielo. Tened fe en mí. Sabed creer lo que demasiados pocos en Israel creen, y Yo os prometo que poseeréis el Reino celeste, por el perdón del pecado de origen y por la justa recompensa a todos los que practican mi doctrina, que es la dulcísima perfección del perfecto Decálogo de Dios.

Voy a quedarme aquí con vosotros hoy y mañana, que es sábado sacro, y partiré al alba del día después del sábado. ¡El que esté afligido que venga a mí! ¡El que dude que venga a mí! ¡E1 que quiera la Vida venga a mí! Sin temor, porque Yo soy la Misericordia y el Amor.

Y Jesús hace un amplio gesto de bendición para despedir a los que lo están escuchando, de forma que puedan ir a cenar y a descansar; y hace ademán de moverse, cuando he aquí que una ancianita, hasta ahora ocultada por la esquina de una callejuela, hiende la multitud que aún quiere estar con el Maestro, y, entre el asombrado clamor de la misma muchedumbre, va a arrodillarse a los pies de Jesús gritando:

-¡Bendito seas! ¡Y el Altísimo que te ha enviado! ¡Y las entrañas que te engendraron, que son más que de mujer, si han podido llevarte a ti!

Un grito de hombre se funde con el suyo:

-¡Paloma! ¡Paloma! ¡Ves! ¡Comprendes! ¡Hablas con sabiduría reconociendo al Señor! ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios de mis padres! ¡Dios de Abraham, Isaac y Jacob! ¡Dios de los profetas! ¡Dios de Juan, el Profeta! ¡Dios! ¡Dios mío! ¡Hijo del Padre! ¡Rey como el Padre! ¡Salvador en obediencia al Padre! ¡Dios como el Padre, y Dios mío, Dios de tu siervo! ¡Bendito seas, y amado, seguido, adorado eternamente!

Y el anciano jefe de la sinagoga cae de rodillas al lado de su ancianita, y abrazándola con el brazo izquierdo, apretándola contra su corazón, se inclina y la mueve a inclinarse para besar los pies del Salvador, mientras un clamor exultante de toda la gente hace vibrar los troncos, de tan intenso como es; y hace que se asusten las palomas, las cuales, ya posadas en sus nidos, ahora alzan de nuevo su vuelo, y rolan por Engadí como para difundir por todos los rincones de la ciudad buena la nueva de que el Salvador está en ella.

Curación del leproso Eliseo de Engadí

Deben haber adelantado la hora de salida, quizás por consejo de los propios habitantes de Engadí, porque es totalmente de noche y la Luna, que se prepara al plenilunio, ilumina con vivísima luz la ciudad. Las callecitas son cintas de plata entre los cubos de las casas y las tapias de los jardines, que parecen transformar la cal en mármol escultórico por el efecto del mágico rayo lunar. Las palmeras y los otros árboles, envueltos en la fosforescencia de la luna, adquieren un aspecto fantasmal. Las fuentes, los regatillos de agua, son, respectivamente, pequeñas cascadas y collares de diamantes. Y en las frondas los ruiseñores desgranaban collares de notas de oro, uniendo sus prodigios a las voces de las aguas, que, en la noche, parecen sonar cada vez más nítidas.

La ciudad duerme. Pero algunas personas están con Jesús, que se marcha: son los hombres de las casas que lo habían hospedado a Él y también a los apóstoles. Algunos otros vecinos se han añadido. El arquisinagogo camina al lado de Jesús. ¡No quiere renunciar a acompañarlo, ni siquiera cuando Jesús se lo ruega antes de adentrarse en abierta campiña! Y marchan, en dirección al camino que conduce a Masada: no el camino bajo, el que bordea el Mar Muerto y que oigo que lo catalogan como insalubre y peligroso por la noche, sino el camino del interior, hendido en la ladera montana, casi en las cimas de los collados que bordean el lago.

¡Es espléndido el oasis en la noche de luna! Da la impresión de caminar por un país de ensueño. Luego el oasis, el verdadero oasis, termina, y se hacen más raras las palmeras. Entonces empieza el terreno de monte propiamente dicho, con sus árboles agrestes y sus prados y sus laderas escindidas por cavernas, como casi todos los montes palestinos. Pero yo diría que aquí las cavernas son más abundantes, y sus bocas extrañas - unas longitudinales, otras planas, unas derechas, otras oblicuas, unas redondas, a mitad de la ladera, otras reducidas a una fisura - presentan espantosos aspectos bajo el claro de luna.

-Abraham, el camino está más abajo. ¿Por qué subes de nuevo? ¡Alargas el camino y tomas un sendero impracticable! - dice con tono autoritario uno de Engadí.

-Porque tengo que enseñarle al Mesías una cosa, y pedirle que sume una cosa más a los grandes favores que ya ha hecho para nosotros. Pero, si estáis cansados, volved a casa o esperadme aquí. Iré yo solo - responde el viejo arquisinagogo, que va renqueando y jadeando por el sendero difícil y empinado.

-¡No! Vamos contigo. Pero nos da pena tu fatiga. Tu corazón trabaja demasiado...

-No es el sendero... Es otra cosa. Es una espada que me da vueltas dentro del corazón... es una esperanza que lo hincha. Venid, hijos míos, y sabréis cuánto dolor, cuánto dolor había en el corazón del que consolaba todos vuestros dolores. Cuánta... no desesperación, eso no, pero sí... aceptación de que no había que hacerse ya ilusiones de volver a ser feliz había en el que siempre os decía que esperaseis en el Señor, que todo lo puede... Os he enseñado a creer en el Mesías... ¿Os acordáis de la seguridad con que hablaba de Él, cuando podía hacerlo ya sin perjudicarlo? Vosotros decíais: "¡Pero la matanza de Herodes?". ¡Sí! ¡Era una espina muy grande en el corazón! Pero me agarraba con todo mi ser a la esperanza... Decía: "Si Dios a tres que no eran ni siquiera de Israel les mandó la estrella para invitarlos a adorar al Niño Mesías, y los guió con ella a la casa pobre ignorada por los rabíes de Israel y los príncipes de los sacerdotes y escribas; si con un sueño les advirtió que no volvieran donde Herodes, para salvar al Niño, ¿no va a haber avisado, con más poder aún, a su padre y a su Madre, de que huyan para poner a salvo la esperanza de Dios y del hombre?". Y la fe en que se había salvado crecía, inútilmente acosada por la duda humana y por las palabras de otros... y cuando... y cuando el mayor dolor de un padre se apoderó de mí... cuando tuve que conducir a un sepulcro a un vivo... y decirle... y decirle... "Estáte aquí mientras dure tu vida... y piensa que si el deseo de las caricias maternas u otro motivo te impulsaran hacia las casas, Yo tendría que maldecirte, tendría que ser el primero en golpearte, y relegarte al lugar donde ni siquiera ya mi desolado amor podría darte auxilio", cuando tuve que hacer esto... me aferré aún más a la fe en Dios, Salvador de su Salvador; y también cuando tuve que decirme a mí mismo y a mi hijo... a mi hijo leproso... ¿os dais cuenta?, leproso... decir... "¡Inclinemos nuestra cabeza ante la voluntad del Señor y creamos en su Mesías! Yo, Abraham, y tú, Isaac, inmolado por la enfermedad, no por el fuego, ofrezcamos el dolor para obtener el milagro...". Y cada mes, en cada neomenia... al venir aquí a escondidas, cargado de alimentos... de vestidos... de amor... que debía depositar lejos de mi hijo... porque tenía que volver donde vosotros... hijos míos... y donde mi esposa ciega, la esposa que había perdido la razón, cegada y aledada por el tremendo dolor... volver a mi casa que ya no tenía hijos... que ya no tenía la paz de un recíproco consciente amor... a mi sinagoga y hablaros de Dios... de sus grandezas... de sus bellezas esparcidas por la creación... y tenía ante mis ojos la figura corroída de mi hijo... y ni siquiera podía defenderlo cuando llegaban a mis oídos murmuraciones contra él, en que se decía que era un ingrato, o un malhechor escapado de casa... y todos los meses, al hacer este peregrinaje de padre a la tumba de mi hijo vivo, le decía, para sostener su corazón, le repetía: "El Mesías está entre nosotros. Vendrá. Te curará...". El año pasado, en Pascua en Jerusalén, mientras te buscaba, durante el breve tiempo que estaba lejos de mi mujer ciega, me dijeron: "Es verdad que está entre nosotros. Ayer ha estado aquí. Incluso ha curado a unos leprosos. Va por toda Palestina curando, consolando, adoctrinando". ¡Oh! ¡Regresé tan veloz, que parecía un joven yendo a su boda! Ni siquiera me detuve en Engadí, sino que vine aquí y llamé a mi niño, a mi hijo varón, al fruto mío que se muere, y le dije: "¡Vendrá!". "Señor... Has beneficiado en todo a nuestra ciudad. Te marchas sin dejar ni siquiera a uno enfermo... Has bendecido incluso nuestras plantas y nuestros animales... ¿No vas a querer?... Me has curado a mi mujer... ¿No vas a tener piedad del fruto de sus entrañas?... ¡Un hijo a la madre! ¡Devuelve un hijo a la madre, Tú que eres el Hijo perfecto de la Madre de todas las gracias! ¡En nombre de tu Madre, ten piedad de mí, de nosotros!...

Lloran todos junto con el anciano, que ha hablado al mismo tiempo con fuerza y con angustia...

Y Jesús lo recibe entre sus brazos mientras él solloza, y le dice:

-¡No llores más! Vamos a donde tu Eliseo. Tu fe, tu justicia, tu esperanza, merecen esto y más todavía. ¡No llores, padre! Bien, no nos demoremos más en liberar del horror a una criatura.

-La Luna se oculta. El sendero es difícil. ¿No podríamos esperar a la aurora? - dicen algunos.

-No. Abundan en torno a nosotros los árboles de resina. Coged unas ramas, encendedlas, y vamos - ordena Jesús.

Suben todavía por un sendero estrecho y penoso; parece el lecho desecado de alguna agua aluvial. Las antorchas crepitan humosas y rojizas, esparciendo un fuerte olor de resinas por el aire.

Una caverna, estrecha de abertura, casi celada tras una frondosa espesura, nacida a los lados de un manantial, muéstrase allende un estrecho rellano dividido en medio por una hendidura en la que aquél vierte su agua.

-Allí está Eliseo, desde hace años... en espera de la muerte o de la gracia de Dios... - dice el anciano en voz baja señalando hacia la gruta.

-Llama a tu hijo. Consuéllalo. Que no tenga miedo, sino fe.

Y Abraham llama fuerte:

-¡Eliseo! ¡Eliseo! ¡Hijo mío! - y repite el grito temblando de miedo por el silencio que sólo le responde.

-¿Habrá muerto? - dicen algunos.

-¡No! ¡Muerto ahora, no! ¡A1 final de la tortura! ¡Sin ninguna alegría, no! ¡Oh, mi hijo! - gime el padre...

-No llores. Llama otra vez.

-¡Eliseo! ¡Eliseo! ¿Por qué no respondes al...?

-¡Padre! ¡Padre mío! ¿Cómo es que vienes fuera del tiempo normal? ¿Es que ha muerto mi madre y me lo vienes a... - la voz, primero lejana, se ha acercado, y un espectro separa las ramas que ocultan la abertura, un horrendo espectro, un esqueleto, semidesnudo, corroído... el cual, al ver a tanta gente con antorchas y palos, quién sabe qué se imaginará, y retrocede gritando: «Padre, ¿por qué me has traicionado? No he salido nunca de aquí... ¿Por qué me traes a mis apedreadores?!»

La voz se aleja, mientras de la aparición no queda como recuerdo sino el ondear de las ramas.

-¡Confórtalo! ¡Dile que está aquí el Salvador - insta Jesús. Pero el hombre ya no tiene fuerzas... Lloro desolado...

Es Jesús el que habla:

-Hijo de Abraham y del Padre de los Cielos, escucha. Se cumple lo que tu justo padre te profetizaba. Aquí está el Salvador, y con Él tus amigos de Engadí y los apóstoles del Mesías, que han venido a gozar de tu resurrección. ¡Ven sin miedo! Acércate hasta la quebraja. Yo también me acerco. Te tocaré y quedarás limpio. ¡Ven sin miedo al Señor, que te ama!

Las ramas vuelven a separarse y el leproso mira adelante lleno de miedo. Mira a Jesús, forma blanca que camina sobre la hierba del rellano y que se detiene en el límite de la quebraja... Mira a los otros... especialmente a su anciano padre, que, como hechizado, sigue a Jesús con los brazos extendidos y los ojos fijos en el rostro de su hijo leproso. Se acerca, ya más tranquilo; cojea mucho, por las llagas de los pies... extiende los brazos con sus manos corroídas... Se pone frente a Jesús... Lo mira... Y Jesús alarga sus bellísimas manos, alza los ojos al cielo, recoge, parece recoger en sí, toda la luz de las infinitas estrellas, e irradiar su esplendor purísimo sobre las carnes maculadas, pútridas, desprendidas, que las antorchas, agitadas para que den más luz, hacen aparecer aún más terribles a la luz roja de las ramas encendidas.

Jesús se inclina hacia la quebraja y toca con el extremo de sus dedos el extremo de los dedos leprosos y dice:

-¡Quiero! - y lo dice con una sonrisa de belleza indescriptible.

Repite:

-¡Quiero! - otras dos veces.

Ora y manda con esa palabra...

Luego se separa, retrocede un paso, abre los brazos en cruz y dice:

-Purifícate y luego predica al Señor porque a Él perteneces. Recuerda que Dios te ha amado para que fueras un buen israelita y un hijo bueno. Ten una esposa e hijos, y edúcalos para el Señor. Tu amarguísima amargura ha quedado anulada. ¡Bendice a Dios y vive gozoso!

Luego se vuelve y dice:

-¡Vosotros, los de las antorchas! Acercaos y ved lo que puede el Señor para los que lo merecen.

Baja los brazos - que, abiertos y cubiertos con el manto, obstaculizaban la visión del leproso - y se separa.

El primer grito es el del anciano, arrodillado detrás de Jesús:

-¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo, como eras a tus veinte años! ¡Guapo como entonces! ¡Sano como entonces! ¡Guapo, oh, más guapo que entonces!... ¡Oh, una tabla, una rama, algo para pasar adonde estás! - y hace ademán de lanzarse.

Pero Jesús le retiene:

-¡No! Tu alegría no te haga violar la Ley. Antes debe purificarse. ¡Míralo! Bésalo con los ojos y el corazón. Sé fuerte ahora como lo has sido durante tantos años. Y sé feliz...

Efectivamente éste es un milagro completo. No es sólo curación, sino restauración de lo que la enfermedad había destruido, y el hombre, de unos cuarenta años, está intacto como si no hubiera tenido nunca nada; sólo sigue muy delgado: una delgadez que le da un aspecto ascético de una belleza no común y sobrenatural. Y él agita los brazos, se arrodilla, bendice... no sabe qué hacer para decirle a Jesús que le da las gracias. En fin, ve unas flores entre la hierba, las arranca, las besa y las arroja al otro lado de la grieta, a los pies del Salvador.

-¡Vamos! Vosotros de Engadí quedaos con vuestro arquisinagogo. Nosotros proseguimos hacia Masada.

-Pero no sabéis... No veis...

-Sé, sé el camino. ¡Sé todo! Y conozco los caminos de la Tierra y los de los corazones por los que pasan Dios y el Enemigo de Dios, y veo quién acepta a éste o a Aquél. ¡Quedaos! ¡Quedaos con mi paz! Además, pronto se hará de día y con ramas encendidas iluminaremos hasta el alba. Abraham, ven que te dé el beso de despedida. El Señor esté siempre contigo, como lo ha estado hasta ahora, y con los tuyos y con tu ciudad buena.

-¿No vas a volver a ella, Señor?, ¿para ver mi casa feliz?

-No. Mi camino está ya cercano a su meta. Pero en el Cielo estarás conmigo, y los tuyos contigo. Amadme y educad a los pequeños en la fe de Cristo... Adiós a todos. Paz y bendición a todos los presentes y a sus familias. Paz a ti, Eliseo. Sé perfecto por agradecimiento al Señor. Venid vosotros, apóstoles míos...

Y se pone a la cabeza del pequeño cortejo, que lleva en alto ramas encendidas, y camina, y tuerce tras un peñasco saledizo, y desaparece con su indumento blanco; luego desaparecen, uno a uno, los apóstoles; se aleja el rumor de sus pasos; se desvanece la rojura de las ramas encendidas...

Se quedan en el rellano padre e hijo, sentados en los márgenes de la grieta, en mutua contemplación... Y, detrás, en grupo, con bisbiseos de admiración, los de Engadí... Esperan al alba para volver al pueblo con la noticia de la prodigiosa curación.

392

La hostilidad de Masada, ciudad-fortaleza.

Están ascendiendo por una subida de cabras a una ciudad que parece un nido de águilas en la cima de un pico alpino. Sí, es verdaderamente un pico alto, solitario, de laderas escarpadas, como les gusta a las águilas para sus regios amores, que desdeñan testigos y colectividades. Y con gran fatiga lo acometen, yendo de occidente hacia oriente, volviendo las espaldas a una cadena continua de montes que ya forman parte del sistema montañoso judío, y que, con un ramal poderoso, semejante al contrafuerte de una colosal muralla, se extiende hacia el Mar Muerto en su lado occidental extremo, o sea, hacia el extremo sur de este mar.

-¡Qué camino, Dios mío! - gime Pedro.

-Peor todavía que el de Yiftael - confirma Mateo.

-Pero aquí no llueve, no hay humedad, no resbala uno; lo cual ya es algo... - observa Judas Tadeo.

-¡Sí, bueno, tenemos este consuelo... pero sólo éste! ¡Que no, hombre, que no caes en manos de los enemigos! ¡Si no te echa abajo un terremoto, tú, por mano de hombre, no caes! - dice Pedro hablando a la ciudad-fortaleza, bien cerrada dentro del anillo estrecho de sus defensas, con sus casas apiñadas, apretadas unas contra otras como las semillas de una granada en el escriño de su gruesa cáscara.

-¿Tú crees, Pedro? - pregunta Jesús.

-¿Que si lo creo? ¡Lo veo, que es más!

Jesús mueve la cabeza, pero no rebate.

-Quizás hubiera sido mejor venir por la parte del mar. Si hubiera estado Simón... Conoce bien estos lugares - suspira Bartolomé, que ya no puede más.

-Cuando estemos en la ciudad, y veáis el otro camino, me agradeceréis haber elegido éste. Por aquí puede subir con fatiga un hombre. Por el otro, con fatiga sube una cabra - responde Jesús.

-¿Cómo lo sabes? ¿Alguno te ha informado, o...?

-Sé. Y, además, por esta parte está la nuera de Ananías. La primera cosa que quiero hacer es hablar con ella.

-Maestro... ¿no habrá peligros allá arriba?... Porque... aquí no puede uno escaparse rápidamente, y, si nos siguen... no volvemos a ver nuestra casa. ¡Mira qué precipicios! ¡Y qué piedras tan cortantes! ... - dice Tomás.

-No tengáis miedo. No encontraremos una Engadí. Poquísimas hay como Engadí en Israel. Pero no nos sucederá nada malo.

-Es porque... ¿Sabes que es una fortaleza de Herodes?...

-¿Y qué quieres decir con eso? ¡Que no tengas miedo, Tomás! Hasta que no llega la hora, nada sucede verdaderamente grave.

Caminan, caminan, y llegan al pie de los adustos muros cuando el sol ya está alto. Pero la altura mitiga el calor.

Entran en la ciudad pasando bajo el arco de una puerta estrecha, tenebrosa. Los muros de los bastiones son robustos, con macizas torres y estrechas aberturas.

-¡Qué trampa para caza! - dice Mateo.

-Yo pienso en los desdichados que hayan traído aquí los materiales, estos bloques, estas grandes láminas de hierro... - dice Santiago de Alfeo.

-El amor santo a la patria y a la independencia les hizo ligeros los pesos a los hombres de Jonatán Macabeo; el amor malvado de sí mismo y el terror a la ira del pueblo impuso un pesado yugo, no a súbditos sino a peor que esclavos, por voluntad de Herodes el Grande. Y, bautizada con sangre y lágrimas, perecerá en la sangre y en las lágrimas, cuando llegue la hora del castigo divino.

-Maestro, ¿pero qué culpa tienen los habitantes?

-Ninguna. Y toda. Porque cuando los súbditos emulan a los jefes en las culpas o en los méritos, reciben el mismo premio o castigo que sus jefes. Pero hemos llegado a la casa, que es la tercera de la segunda calle, la que tiene el pozo delante. Vamos...

Jesús llama a la puerta cerrada de una casa alta y estrecha. Abre un niño.

-¿Eres pariente de Ananías?

-Llevo su nombre porque es padre de mi padre.

-Llama a tu madre. Dile que vengo del pueblo donde está Ananías y el sepulcro de su marido fallecido.

El niño se marcha y vuelve.

-Ha dicho que no le interesa saber nada del viejo. Que te puedes marchar.

Jesús pone una cara muy severa.

-No me iré sino después de haber hablado con ella. Niño, ve y dile que Jesús de Nazaret, en quien creía su marido, está aquí y quiere hablar con ella. Dile que no tema. El anciano no está...

El niño se marcha otra vez. La espera es larga. Algunas personas se han parado a observar y alguno pregunta a los discípulos. Pero se percibe un ambiente arisco, o indiferente, o irónico... Los apóstoles tratan de ser amables, pero están visiblemente influenciados por la situación. Y terminan de estarlo cuando llegan los notables de la ciudad y hombres de armas; tanto unos como otros con unas caras de... delincuentes, que no inspiran ni pizca de confianza.

Jesús, en el umbral de la puerta, apoyado en una jamba, con los brazos cruzados, espera, paciente, absorto.

Por fin sale la mujer. Alta, morena, de mirada dura y perfil desabrido. No es ni vieja ni fea, pero su expresión la hace parecer vieja y fea.

-¿Qué quieres? Date prisa, que tengo cosas que hacer - dice altanera.

-No quiero nada. Nada. Tranquila. Que sólo te traigo el perdón de Ananías, su afecto, su súplica...

-¡No lo tomo conmigo de nuevo! Inútil suplicar. No quiero viejos lamentosos. Ya no tenemos nada que ver yo y él. Y, además, pronto me voy a casar otra vez y no puedo imponer en la casa de un rico a ese burdo labriego que es él. ¡Ya he tenido de sobra con mi error de aceptar casarme con su hijo! Pero entonces era una niña ignorante y me fijé sólo en la belleza del hombre. ¡Qué desventura para mí! ¡Qué desventura! ¡Maldito sea el motivo que me lo puso en mi camino! ¡Y maldito el recuerdo de...

Parece una máquina...

-¡Basta! Respeta, mujer más árida que el sílex, a los vivos y a los muertos que no merecías tener. ¡Desventura para ti! ¡Sí! ¡Desventura! Porque en ti no hay amor al prójimo, y por tanto Satanás está en ti. ¡Pues teme, mujer! ¡Teme que las lágrimas del anciano, que las del marido, al cual ciertamente has oprimido con tu aborrecimiento, no se vuelvan lluvia de fuego sobre lo que tú amas! ¡Tienes hijos, mujer!...

-¡Hijos! ¡Ojalá no los tuviera! ¡Habría desaparecido el último vínculo! Y... bueno, además no quiero oír nada. No quiero oírte. ¡Vete! Estoy en mi casa, en casa de mi hermano. No te conozco. No quiero recordar al viejo. No... - grita como una urraca desplumada viva. Una verdadera arpía...

-Atenta! - dice Jesús.

-¿Me estás amenazando?

-Es un llamamiento que te hago en orden a Dios, a su Ley, por piedad hacia tu alma. ¿Qué hijos vas a educar con estos sentimientos? ¿No temes el juicio de Dios?

-¡Basta! Saúl, ve a llamar a mi hermano y dile que venga con Jonatán. ¡Ahora verás! Te...

-No. No hace falta. Dios no va a forzar tu alma. Adiós.

Y Jesús se marcha abriéndose paso entre la gente.

La calle es estrecha, entre altas casas. Pero la ciudad, adecuada para la defensa, tiene el corazón como la propia defensa de la parte oriental, donde todo cae a plomo por cientos de metros, y donde la delgada cinta de un sendero sinuoso, de una inclinación verdaderamente impresionante, sube desde la llanura, desde las orillas del mar, hasta la cima del pico.

Jesús va precisamente allí, donde hay una placita para las máquinas de guerra, y empieza a hablar, repitiendo una vez más su llamada al Reino de los Cielos, del cual expone las líneas esquemáticas.

Y está para desarrollarlas cuando, abriéndose un pasaje entre la pequeña muchedumbre, más curiosa que creyente, van hacia Él, voceando entre sí, unos notables. En cuanto están frente a Jesús, dicen - confusamente porque hablan todos juntos, concordes sólo en expulsarlo - en tono conminatorio:

-¡Vete de esta ciudad! Aquí nos bastamos nosotros para educar a los hijos de Israel.

-¡Márchate! ¡Nuestras mujeres no necesitan de tus recriminaciones, galileo!

-¡Vete con tus ultrajes! ¿Cómo te atreves a ofender a la mujer de un herodiano, en una de las ciudades predilectas del gran Herodes? ¡Usurpador, ya desde el nacimiento, de sus derechos soberanos! ¡Fuera de aquí!

Jesús los mira, especialmente a estos últimos, y dice una sola palabra:

-¡Hipócritas!

-¡Fuera! ¡Fuera!

Un verdadero tumulto de voces discordes, y, cada una por su cuenta, acusa o defiende a la propia casta. No hay quien se aclare. En la placita estrecha, hay mujeres que chillan y se desmayan, niños que lloran, soldados que tratan de abrirse paso - salen de la fortaleza propiamente dicha - y que para abrirse paso hacen daño a la gente que está apiñada en la plaza, la cual reacciona imprecando contra Herodes y sus soldados, contra el Mesías y sus seguidores. ¡Un buen jaleo! Los apóstoles, formando una barrera en torno a Jesús - son los únicos que lo defienden, más o menos valientemente - gritan a su vez improperios punzantes, y no se salva de sus improperios ninguno.

Jesús los llama y dice:

-Nos marchamos de aquí. Torcemos por detrás de la ciudad y nos marchamos...

-¡Y para siempre, ¿eh?! ¡Para siempre! - grita Pedro, lívido de ira.

-Sí, para siempre...

Se marchan, uno después de otro. Contra todas las insistencias de los suyos, el último es Jesús. Los soldados, a pesar de sus burlas hacia el «profeta burlado», como dicen, haciendo todo tipo de gestos burlescos, tienen la prudencia de cerrar enseguida el portillo de la muralla y apoyarse contra él con las armas vueltas hacia la plaza. Jesús camina por un senderito que bordea las murallas, un sendero de dos palmos de ancho, bajo el cual está el vacío, la muerte. Los apóstoles lo siguen, evitando

mirar al abismo pavoroso. Ya están otra vez delante de la puerta por la que habían entrado. Jesús, sin detenerse, empieza a bajar. La ciudad tiene cerrada la puerta también por este lado...

A muchos metros de la ciudad, Jesús se para y pone la mano en el hombro de Pedro, el cual, secándose el sudor, dice:

-¡De buena nos hemos librado! ¡Maldita ciudad! ¡Y maldita mujer! ¡Pobre Ananías! ¡Esa es peor que mi suegra!... ¡Qué serpiente!

-Sí. Tiene el corazón frío de las serpientes... Simón de Jonás, ¿tú qué opinas? ¿Te parece segura esta ciudad, a pesar de todas las defensas?

-¡No, Señor! No tiene a Dios consigo. Digo que compartiré con Sodoma y Gomorra la misma suerte.

-Bien has respondido, Simón de Jonás. Está acumulando contra sí los rayos de la ira divina. Y no tanto por haberme echado, cuanto porque en ella se violan todos los mandamientos del Decálogo. Vámonos. Nos acogerá la sombra fresca de una gruta, en estas horas de sol. Y, cuando se ponga el sol, nos encaminaremos hacia Keriót, mientras lo permita la Luna...

-¡Maestro mío! - gime Juan en un imprevisto acceso de llanto.

-¿Pero qué te pasa? - preguntan todos.

Juan no se explica. Lloro, llevadas las manos a la cara, un poco agachado... Parece ya el Juan desolado del día de la Pasión...

-¡No llores! Ven aquí... Nos quedan todavía horas dulces por delante - dice Jesús arrimándolo hacia sí (lo cual consuela el corazón, pero hace aumentar el llanto).

-¡Oh! ¡Maestro! ¡Maestro mío! ¿Cómo voy a resistir? ¿Cómo voy a resistir?

-¿Pero el qué, hermano? ¿El qué, amigo? - preguntan Santiago y los otros.

Juan no logra hablar. Luego, levantando la cara y echándole los brazos al cuello a Jesús, y obligándole a agacharse hacia su rostro desolado, grita, respondiendo a Jesús en vez de a los que le han preguntado:

-¡El verte morir!

-¡Dios te socorrerá, niño suyo predilecto! No te faltará su ayuda. No llores más. ¡Vamos! Vamos... - y Jesús se echa a andar, llevando de la mano al ciego a causa de las lágrimas...

393

En la casa de campo de María de Keriót.

Llegan a la casa de campo de Judas, en una fresca y espléndida mañana. Los manzanos están aljofarados de rocío, y la hierba a sus pies es una alfombra de flores sobre la cual zumban las abejas. La casa tiene ya abiertas de par en par las ventanas. La que la dirige, la mujer fuerte que mitiga su autoridad con una gran bondad, está impartiendo órdenes a los criados y campesinos, y distribuye con sus propias manos los alimentos antes de mandar a cada uno a su trabajo. Por la amplia puerta, abierta también de par en par, de la vasta cocina, se la ve pasar una y otra vez, vestida de oscuro, hablando con uno u otro, haciendo las fracciones según las necesidades del trabajador. Una banda de palomas espera su parte arrullando delante de la puerta.

Jesús se aproxima sonriendo, y ya está casi en la puerta cuando, con un saquito de grano en la mano, María de Salomé se asoma diciendo:

-Y ahora a vosotras, palomitas. Ésta es la primera comida. Luego id, felices, a alabar al Señor. ¡Tranquilas, tranquilas, que hay para todas sin necesidad de picaros!...

Y esparce las semillas, arrojándolas en todas las direcciones para impedir peleas violentas entre las voraces palomas. No ve a Jesús porque tiene la cabeza baja, y se agacha incluso a acariciar a algunas aves que le picotean suavemente los dedos de los pies como caricia de amor. María toma una de ellas entre sus manos y la acaricia. Luego la deja en el suelo y suspira.

Jesús da un paso hacia delante y dice:

-¡La paz a ti, María, y a tu casa!

-¡El Maestro! - exclama la mujer, dejando caer el saquito que tenía debajo del brazo, y corre hacia Jesús, y al hacerlo espanta a las palomas, las cuales, no obstante, se posan inmediatamente en el suelo, y trabajan con ahínco en la cuerdecita del saquito para soltarla y en su tela para aflojarla y satisfacer su voracidad.

-¡Oh! ¡Señor! ¡Qué día más santo y dichoso! - y hace ademán de arrodillarse a besar los pies de Jesús.

Pero Él se lo impide diciendo:

-Las madres de mis apóstoles y las israelitas santas no deben humillarse como esclavas en mi presencia. Me han dado su espíritu fiel y su hijo, Yo les doy a ellas un amor de predilección.

La madre de Judas, emocionada, le besa entonces las manos susurrando:

-¡Gracias, Señor!

Luego alza la cabeza y mira al pequeño grupo de los apóstoles, que se había detenido a la altura de los últimos árboles, y, extrañada de no ver que su hijo venga a ella, observa mejor al grupo. Su rostro palidece por el temor. Casi se le escapa un grito para preguntar:

-¡Mi hijo dónde está? - y mira con miedo y dolor a Jesús.

-No temas, María. Lo he mandado con Simón Zelote a casa de Lázaro para una misión. Si me hubiera podido detener en Masada el tiempo que había decidido, lo habría encontrado aquí; pero no he podido quedarme allí: la ciudad hostil me ha expulsado. Y he venido sin demora a buscar consuelo en una madre y a darle a ella el consuelo de saber que su hijo sirve al Señor - dice Jesús subrayando las últimas palabras para darles un significado más amplio.

María es como una flor mustia que cobrase nuevo vigor. Recupera el color de sus mejillas y la luz de su mirada.
Pregunta:

-¡Verdaderamente, Señor, es bueno y te es motivo de satisfacción? ¿Sí? ¡Oh, gozo, gozo del corazón de la madre! ¡He orado mucho! ¡Mucho! ¡He dado muchas limosnas! ¡Muchas! Y he hecho muchas penitencias... Muchas... ¿Y qué no haría para hacer de mi hijo un santo? ¡Gracias, Señor! Gracias por amarlo tanto. Porque tu amor es lo que salva a mi Judas...

-Sí. Lo... sostiene "nuestro" amor...

-¡Nuestro amor! ¡Qué bueno eres, Señor! ¡Poner mi pobre amor al lado del tuyo, unido al tuyo, divino!... ¡Oh, qué palabra me has dicho! ¡Cuánta seguridad! ¡Cuánto consuelo y paz me das con ella! Mientras se trataba de mi pobre amor, poco beneficio podía obtener -Judas de él. Pero Tú, con tu perdón... porque conoces sus pecados, Tú, con tu infinito amor, que parece crecer en la medida en que él, después de un pecado, lo necesita, ¡oh! Tú... mi Judas se vencerá a sí mismo, finalmente, para siempre. ¿No es verdad, Maestro?

La mujer lo mira fijamente, con sus ojos serios y profundos, las manos juntas suplicantes.

Jesús... Jesús, que no puede decirle que sí y que no quiere negarle esta hora de paz, de dispersión de sus temores, encuentra unas palabras que no son una mentira, y que tampoco son una promesa, pero que pueden ser recibidas por la mujer con alivio. Dice:

-Su buena voluntad unida a nuestro amor puede hacer verdaderos milagros, María. Ten paz en tu corazón pensando siempre que Dios te ama. Mucho. Te comprende. Mucho. Y será *siempre* amigo tuyo.

María le besa de nuevo las manos en señal de agradecimiento. Y luego dice:

-Entra entonces en mi casa hasta que llegue Judas. Aquí hay amor y paz, Maestro bendito.

Jesús llama a los suyos y entra en la casa para descansar y reponer fuerzas.

Atardece. La noche desciende lentamente sobre la campiña. Cesan los ruidos, uno a uno, y no queda más que el viento ligero entre las frondas como voz en el silencio. Luego... oyes el primer grillo en los campos de mieses. Otro... otro... y toda la campiña canta monótonamente... hasta que un ruiseñor lanza la primera pregunta canora a las estrellas... calla escuchando y luego repite. Calla de nuevo... ¿Qué espera?... ¿Quizás el primer rayo de luna?... Musita quedamente. Debe haberse metido en el tupido nogal que hay junto a la casa; quizás tiene ahí su nido. Parece cuchichear con su compañera, que quizás está encobando... Un balido insistente poco lejano. Un sonar de cascabeles en el camino que conduce a Keriot. Luego silencio.

Jesús está sentado al lado de María, en unos asientos que han sido colocados delante de la casa. Descansa en ambiente sereno, entre los suyos y los domésticos. Es una hora dulce, sosegada. Y ello es descanso para los cuerpos y los espíritus. Jesús habla poco, sólo de vez en cuando; deja que hablen los apóstoles, de Engadí, del anciano jefe de la sinagoga, del milagro. María y los criados escuchan atentos.

Algo se mueve entre los troncos de los manzanos. Pero, si bien aquí, en la plazoleta de delante de la casa, aún se ve un poco, por las claras estrellas que pueblan el cielo, allí, bajo el tupido follaje, no hay ni pizca de luz, y solamente llega a los oídos el ruido de algo que se mueve.

-¿Algún animal nocturno? ¿Alguna oveja descarriada? - se preguntan varios. Y el haber mencionado una oveja evoca en el pensamiento de muchos una oveja que se queja porque le han quitado a su cordero para matarlo.

-¡No acaba de resignarse! - dice el administrador - Temo que se le coagule la leche. Desde esta mañana no come y no hace otra cosa que balar... ¡Oídlas!...

-Se le pasará... Tienen hijos para que nosotros nos comamos el cordero - dice filosóficamente uno de los domésticos.

-Pero no todas son iguales. Ésta es más inteligente y sufre más. ¿Oyes? ¿No parece realmente llanto? No me llares tonta, Maestro... Me duele como el llanto de una mujer que hubiera perdido a su hijo.

-¡Tú, por el contrario, madre, encuentras a tu hijo! - dice Judas de Keriot apareciendo a sus espaldas junto con Simón y haciéndoles sobresaltarse a todos por la sorpresa.

-¡Maestro! Danos tu bendición ahora que regresamos, como nos la diste cuando nos marchamos.

-Sí, Judas - y Jesús abraza a los dos que han vuelto.

-La tuya, mamá...

También María besa y abraza a su hijo.

-¡No creíamos verte ya aquí, Maestro. Hemos andado incansablemente, casi siempre por atajos para evitar que nos entretuvieran. Pero hemos encontrado a algunos discípulos y hemos avisado a Juana y a Elisa de que pronto nos verán - explica Simón.

-Sí. Y Simón caminaba como un joven. Maestro, hemos llevado el mensaje. Lázaro está muy mal. El calor le hace sufrir más todavía. Solicita que vayamos pronto a verlo... Maestro, no he ido a ningún sitio aparte de a la Antonia, por caridad hacia Eglá, que antes de partir para Jericó quería dar las gracias a Claudia. ¿Verdad, Simón?

-Es verdad. Y a la Antonia fuimos a la hora sexta, un día de bochorno que aconsejaba a todos quedarse en casa. Mientras Judas hablaba con Claudia, a la que Álbula Domitila había llamado al jardín, me hacían preguntas las otras mujeres. No creo haber hecho mal explicando como podía lo que querían saber.

-Hiciste bien. En ellas hay verdadera voluntad de conocer la Verdad.

-Y en Claudia hay verdadera voluntad de ayudarte. Se despidió de Eglá, que fue a saludar a Plautina y a las otras, y me hizo muchas preguntas. Si entendí bien, quiere convencer a Poncio de que no crea las calumnias fariseas, saduceas, etc. Poncio sólo hasta cierto punto se fía de sus centuriones, que son buenos para la batalla pero poco buenos para transmitir mensajes. Y, para saber con seguridad las cosas, se sirve mucho de su mujer, que debe ser inteligente hasta rayar con la astucia. La verdad es que el Procónsul es Claudia. Poncio debe ser una nulidad que si está arriba es porque ella es quien es, como poder y como consejera. Quisieron darnos dinero para tus pobres. Aquí está.

-¿Cuándo habéis llegado? No parecéis cansados ni traéis polvo - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Entre la hora tercera y la sexta. Hemos ido a Keriot para ver si estaba mi madre y para avisar de tu llegada. Pero me he comportado como Tú quieres, Maestro. No me he dejado tentar por deseos humanos. ¿No es verdad, Simón?

-Es verdad.

-Has hecho bien. Obedece siempre y te salvarás.

-Sí, Maestro. ¡Oh, ahora que sé que Claudia está con nosotros, ya no tengo mis necias prisas! Todas amor, de todas formas. Tienes que reconocerlo. Amor desordenado... Desordenado porque se sentía sin protección, sin ayuda para conseguir su finalidad, que es que te amen, que te respeten como mereces, como *debe* ser. Ahora estoy más tranquilo. Ya no tengo miedo. Y me resulta suave incluso esperar...

Judas sueña con los ojos abiertos.

-No te abandones a los sueños, Judas. Estáte en la verdad. Yo soy la Luz del mundo y la luz será siempre odiada por las tinieblas... advierte Jesús.

La Luna se ha levantado. Su blancura inunda la campiña, pone pálidos los rostros, viste de plata las casas y los árboles. El nogal está envuelto todo de luna a oriente. El ruiseñor recoge la invitación lunar y desata su canto, largo, melodioso, que tenía reservado, para saludar a la noche y a la Luna.

394

Parábola de las dos voluntades y despedida de los habitantes de Keriot.

Jesús habla en el interior de la sinagoga de Keriot, que está increíblemente abarrotada de gente. Está respondiendo a éste o a aquél, que le consultan aparte pidiéndole consejos íntimos. Luego, una vez que ha satisfecho a todos, empieza a hablar en voz alta.

-Gentes de Keriot, oíd mi parábola de despedida. Le vamos a dar el nombre de: "Las dos voluntades".

Un padre perfecto tenía dos hijos, amados ambos con igual amor sabio. Orientados los dos por caminos buenos. Ninguna diferencia en su modo de amar o de dirigir. Y sin embargo había entre los dos hijos una sensible diferencia. Uno, el primogénito, era humilde, obediente: hacía la voluntad paterna sin discutir; siempre jovial y contento de su trabajo. El otro, aun siendo menor, frecuentemente se mostraba malcontento y tenía controversias con su padre y con su propio yo. Siempre meditaba - con meditación muy humana - acerca de las órdenes y consejos que recibía; y, en vez de llevarlos a cabo como le eran propuestos, se permitía el modificarlos en todo o en parte, como si quien lo mandaba fuera un necio. El mayor le decía: "No te comportes así. ¡Das dolor a nuestro padre!". Pero él respondía: "Eres un necio. Ya eres grande y desarrollado, y además el primogénito, y ya adulto... yo no querría quedarme en el rango en que nuestro padre te ha puesto. Yo querría hacer más. Imponerme a los subalternos. Que comprendan que soy el amo. Pareces un subalterno tú también, con tu perpetua mansedumbre. ¿No ves que en el fondo pasas desapercibido con toda tu primogenitura? Alguno se burla de ti incluso...". El segundogénito, tentado - más que tentado, discípulo de Satanás, cuyas insinuaciones ponía atentamente en práctica -, tentaba al primogénito. Pero éste, que era fiel al Señor en el respeto de la Ley, se mantenía fiel también a su padre, al cual honraba con su conducta perfecta.

Pasaron los años. El segundogénito, molesto por no poder reinar como soñaba, después de haber rogado al padre varias veces: "Dame la facultad de actuar en tu nombre, por tu honor, en vez de confirmársela a ese necio que es más manso que una oveja", después de haber tratado de mover a su hermano a hacer más de lo que el padre hubiera dispuesto, para imponerse a los subalternos, a los conciudadanos y vecinos, se dijo a sí mismo: "¡Basta! ¡Aquí está en juego también nuestra reputación! Dado que ninguno quiere actuar, voy a actuar yo". Y se puso a hacer cosas según su propio criterio, abandonándose a la soberbia y a la mentira y desobedeciendo sin escrúpulos. Su padre le decía: "Hijo mío, estáte sujeto al primogénito. Él sabe lo que hace". Decía: "Me dicen que has hecho esto. ¿Es verdad?". Y el hijo menor decía, encogiéndose de hombros, respectivamente, a una y a otra de las cosas que su padre le decía: "¡Ya... sabe, sabe! Es demasiado tímido, titubea demasiado. Pierde las ocasiones de triunfo"; "no lo he hecho". El padre decía: "No busques ayudas de unos u otros. ¿Quién crees que podrá ayudarte mejor que nosotros a dar lustre a nuestro nombre? Son falsos amigos, que te azuzan para luego reírse a tus espaldas". Y el hijo menor respondía: "¿Estás celoso de que sea yo el que tiene iniciativa? Por lo demás, sé que estoy haciendo bien las cosas".

Pasó más tiempo. El primero crecía cada vez más en justicia y el otro nutría cada vez más las malas pasiones. Al final, el padre dijo: "¡Ya se ha terminado, ¡eh?: o te doblégas a lo que se ha dicho o pierdes mi amor!". Y el rebelde fue a decírselo a sus falsos amigos. "¡Y te preocupas por esto! ¡No, hombre, no! Hay una manera de poner al padre en la imposibilidad de preferir un hijo al otro. Ponlo en nuestras manos y nosotros lo resolvemos. Tú no tendrás culpa material, y florecerán con nuevo vigor las riquezas, porque, una vez quitado de en medio el demasiado bueno, podrás darles gran esplendor. ¿No sabes que es mejor una acción fuerte, aunque produzca dolor, que no la inercia, que produce daño a los bienes?" respondieron. Y el segundogénito, ya saturado de malevolencia, prestó su adhesión al indigno complot.

Ahora decidme vosotros: ¿se puede acusar al padre de haber dado dos sistemas de educación a los dos hijos?; ¿se le puede llamar cómplice? No. ¿Y cómo es que, mientras que un hijo es santo, el otro es malo? ¿Acaso el hombre recibe, con anterioridad, la voluntad en dos modos? No. La voluntad es dada de una sola manera. Pero el hombre, en su propio interés, la muta: el que es bueno hace buena su voluntad; el malo, mala.

Os exhorto a vosotros de Keriot - y esta exhortación a que sigáis caminos de sabiduría será la última - a seguir únicamente la buena voluntad. Casi al final de mi ministerio, os repito las palabras que fueron cantadas cuando nació: "Paz hay para los hombres de buena voluntad". ¡Paz! O sea, éxito, o sea, victoria en la Tierra y en el Cielo, *porque Dios está con quien*

tiene la buena voluntad de obedecerlo. Dios no mira tanto a las obras altisonantes que el hombre hace por propia iniciativa, cuanto a la humilde obediencia, diligente, fiel, a las obras que Él propone.

Os recuerdo dos episodios de la historia de Israel. Dos demostraciones de que Dios no está donde el hombre quiere actuar por su propia cuenta pisoteando la orden recibida.

Veamos los Macabeos. Está escrito en ellos que, mientras Judas Macabeo con Jonatán iba a combatir a Galaad, y Simón iba a liberar a los otros de Galilea, les había sido ordenado a José de Zacarías y a Azarías, jefes del pueblo, que permanecieran en Judea para defenderla. Y Judas les dijo: "Cuidad de este pueblo y no entabléis batalla con las naciones hasta nuestro regreso". Pero José y Azarías, oyendo las grandes victorias de los Macabeos, quisieron actuar también, y dijeron: "Vamos a hacer célebre también nuestro nombre y vamos a combatir contra las naciones de los alrededores". Y fueron vencidos y castigados y "grande fue la huida del pueblo, porque no habían hecho caso a Judas y a sus hermanos, creyendo que obraban como héroes". La soberbia y la desobediencia.

¿Y qué se lee en los Reyes? Se lee que Saúl fue corregido una vez y luego otra, y la segunda fue tan corregido por haber desobedecido, que se eligió en su lugar a David. ¡Por haber desobedecido! ¡Recordad! ¡Recordad! "¿Acaso quiere el Señor holocaustos o víctimas, y no más bien que se obedezca la voz del Señor? La obediencia vale más que los sacrificios; el hacer caso, más que ofrecer la grasa de los carneros; porque la rebelión es como un reato de magia, el no querer someterse es como un delito de idolatría. Pues bien, como has rechazado la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado a ti para no dejarte seguir siendo rey".

¡Recordad! ¡Recordad! Cuando Samuel, obediente, llenó su cuerno de aceite y fue a ver a Jesé Betlemita, porque allí el Señor se había procurado otro rey, habiendo entrado Jesé con sus hijos al banquete, después del sacrificio, le fueron presentados a Samuel estos hijos. Primero Eliab, hermoso de cara, edad y estatura. Pero el Señor dijo a Samuel: "No te fijas en su cara ni en su gran estatura, porque Yo lo he descartado. No juzgo según los criterios humanos. Porque el hombre mira las cosas que ven sus ojos, pero el Señor ve el corazón". Y Samuel no quiso tomar como rey a Eliab. Le fue presentado a Abinadab, pero Samuel dijo: "El Señor no ha elegido tampoco a éste". Y Jesé le presentó a Sammá. Pero Samuel dijo: "Tampoco éste es el elegido del Señor". Y así con los siete hijos de Jesé presentes en el banquete. Pero Samuel dijo: "¿Todos tus hijos están aquí?". "No" respondió Jesé. "Queda uno, todavía niño, que está apacentando las ovejas." "Dile que venga, porque no nos sentaremos a la mesa sino cuando él haya llegado." Y vino David, rubio y hermoso, un niño. Y el Señor dijo: "Úngelo. Es él el rey". Porque, sabedlo siempre, *Dios elige a quien quiere y depone a quien, habiendo degradado su voluntad con soberbia y desobediencia, desmerece.*

No volveré a vuestra ciudad. El Maestro está para cumplir su ministerio. Después será más que Maestro. Preparad vuestro corazón para aquella hora; porque habéis de tener presente que, de la misma forma que mi nacimiento fue salud para los que tuvieron buena voluntad, así mi elevación significará salud para los que me hayan seguido como Maestro en mi doctrina con buena voluntad, y para los que en ella me sigan después, incluso después de mi elevación.

¡Adiós, hombres, mujeres, niños de keriot! ¡Adiós! ¡Mirémonos bien a los ojos! Hagamos que los corazones, el mío y los vuestros, se fundan en un abrazo de amor y de despedida, y que el amor permanezca, siempre vivo, incluso cuando Yo ya no esté, no vuelva a estar nunca más, entre vosotros... Aquí, la primera vez que vine, un justo expiró en el beso de su Salvador, en una visión de gloria... Aquí, esta vez, la última que vengo, os bendigo con el amor...

¡Adiós!... Que el Señor os dé fe, esperanza y caridad en medida perfecta. Os dé amor, amor, amor. Por El, por mí, por los buenos, por los desdichados, por los culpables, por los que llevan el peso de una culpa no propia...

Acordaos. Sed buenos. No seáis injustos. Recordad que Yo he perdonado siempre no sólo a los culpables, sino que he envuelto de amor a todo Israel. Todo Israel, que está compuesto de buenos y no buenos, de la misma forma que en una familia están los buenos y los no buenos, y sería una injusticia decir que toda una familia es mala porque lo fuera uno de sus miembros.

Yo me marchó... Si todavía alguno de vosotros tiene que hablar conmigo, que venga esta noche a la casa de labranza de María de Simón.

Jesús levanta la mano y bendice, luego sale raudo por la puertecita secundaria, seguido de los suyos.

La gente susurra:

-¡No vuelve!

-¿Qué ha querido decir?

-En la despedida tenía lágrimas...

-¿Habéis oído? ¡Ha hablado de su elevación!

-¡Entonces verdaderamente tiene razón Judas! Está claro que después, como rey, ya no estará entre nosotros como ahora...

-Pero yo he hablado con sus hermanos. Dicen que no será rey como nosotros pensamos, sino Rey de redención como dicen los profetas. O sea, que será el Mesías.

-¡Sí, claro, el Rey Mesías!

-¡Que no, hombre! El Rey Redentor. El varón de dolores.

-Sí.

-No...

Jesús, entretanto, camina ligero hacia los campos.

Las dos madres infelices de Keriot. Adiós a la madre de Judas.

-¡Señor, aceptarías venir conmigo, sólo conmigo, a ver a una madre infeliz? Esto es lo que deseo, más que ninguna otra cosa - dice María de Simón, en actitud respetuosa delante de Jesús, mientras, después de la comida de mediodía, los apóstoles se han separado para el descanso, antes de reanudar el camino al atardecer. Jesús, por su parte, está bajo la sombra fresca de los manzanos plagados de manzanas verdes que levemente empiezan a madurar. Da la impresión de que María reanudara una precedente conversación.

-Sí, mujer. Yo también he deseado estar contigo, solos en estas últimas horas, como en las primeras que estuve aquí. Vamos.

Y entran en la casa para tomar Jesús el manto y María el velo y el manto.

Van por unos caminos situados entre los campos, entre manzanos y otros árboles, agrestes. Hace todavía calor. De los campos de cereales maduros llegan hálitos ardientes; pero el viento de la montaña atenúa el calor, que en la llanura sería insoportable.

-Siento hacerte caminar con este calor. Pero después... ya no podríamos. Y he deseado mucho esto, aunque nunca me atrevía a pedírtelo. Hace poco me has dicho: "María, para mostrarte que te quiero como si fueras mi madre, te digo: pídemelo lo que desees, que te complaceré", y entonces me he atrevido. Señor, ¿sabes a dónde vamos?

-No, mujer.

-Vamos a la casa de la que debería haber sido la suegra de Judas... (María suspira con dolor). Debería haber sido... Pero ni lo es ni lo será jamás, porque Judas abandonó a la muchacha, que murió de dolor... y la madre nos guarda rencor a mí y a mi hijo. Lo maldice siempre... Judas es tan... es tan... tan débil para el Mal, que la verdad es que necesita sólo bendiciones... Yo quisiera que hablaras con ella... Tú la puedes convencer... decirle que ha sido una gracia el que no se verificara esa boda... decirle que yo no tengo culpa de ello... decirle que muera sin rencor; porque esa mujer está muriendo lentamente, y con ese nudo en el alma. Querría que entre nosotras hubiera paz... porque he sufrido, y con vergüenza, por cuanto sucedió; y veo con dolor rota una amistad con una que era para mí una compañera desde que vine aquí cuando me casé. Bueno, ya lo sabes, Señor...

-Sí, no te angusties. Tu petición es justa, y Yo cumpliré esta petición buena.

Suben, después de dejar atrás un pequeño valle, a otra elevación sobre la cual hay un pueblecillo.

-Ana está aquí desde que ocurrió la muerte de su hija. En sus propiedades. Antes estaba en Keriot. Pero, mientras vivía allí, cuando nos veíamos, sus reproches me atormentaban el corazón.

Tuercen por un sendero poco antes del pueblo y llegan a una casa baja que está entre los campos.

-Hemos llegado. Se estremece mi corazón ahora que estoy aquí. No querrá verme... me echará... se irritará y su pobre corazón sufrirá más todavía... Maestro...

-Sí, voy Yo. Tú quédate aquí hasta que te llame. Y ora para ayudarme.

Y Jesús va adelante, solo, hasta la puerta de la casa, abierta de par en par; entra saludando con su dulce saludo.

Acude una mujer:

-¿Qué quieres? ¿Quién eres?

-Vengo a dar consuelo a tu ama. Llévame donde ella.

-¿Un médico? ¡No hace falta ya! ¡Ya no hay esperanza! Su corazón se está muriendo.

-Todavía hay que curar el alma. Soy el Rabí.

-No haces falta tampoco en ese sentido. Está irritada con el Eterno y no quiere oír sermones. Déjala tranquila.

-Precisamente porque está en ese estado, he venido. Déjame pasar y ella será menos infeliz en sus últimos días.

La mujer se encoge de hombros y dice:

-Entra.

Un pasillo semioscuro y fresco. Unas puertas. En el fondo, la última está entreabierta y por ella salen unos lamentos. La mujer va allí y entra. Dice:

-Ama mía, hay un rabí que quiere hablar contigo.

-¿Para qué?... ¿Para llamarme maldita? ¿Para decirme que no tendré paz ni siquiera en la otra vida? - dice, jadeando, inquieta, la enferma.

-No. Para decirte que tu paz será completa y que serás bienaventurada con tu Yoana, eternamente, con sólo quererlo tú - dice Jesús apareciendo en el umbral de la puerta.

La enferma, amarilla, hinchada, jadeante en la cama, apoyada sobre muchos almohadones, le mira y dice:

-¡Qué palabras! Es la primera vez que un rabí no me reprende... ¡Qué esperanza!... Mi Yoana... conmigo... en bienaventuranza... sin dolor ya... el dolor producido por un hombre maldito... no impedido por la que lo engendró... y que me traicionó... después de decirme lisonjas... Pobre hija mía...

Jadea cada vez más fuerte.

-¿Ves como la haces estar mal? Ya lo sabía yo. Sal.

-No. Sal tú. Déjame sólo...

La mujer sale meneando la cabeza.

Jesús se acerca a la cama lentamente. Seca con bondad el sudor de la enferma, que ella con dificultad trata de enjugar con sus manos increíblemente hinchadas; le da aire con un abanico de palma; le da de beber, pues ella busca refresco en la bebida que hay encima de una mesilla: parece un hijo junto a su madre enferma. Luego se sienta, dulcemente pero firmemente decidido a cumplir su misión.

La mujer lo observa y contemporáneamente se calma, y con una sonrisa impregnada de sufrimiento dice:

-Eres hermoso y bueno. ¿Quién eres, Rabí? Me alivias con la delicadeza de mi amada hija.

-¡Soy Jesús de Nazaret!

-¡¿Tú?! ¡¿Tú?!... ¿Has venido a mi casa?... ¿Por qué?...

-Porque te amo. Yo también tengo una madre, y en todas las madres veo a la mía, y en las lágrimas de las madres veo las de la mía...

-¿Por qué? ¿Llora tu Madre? ¿Por qué? ¿Es que se le ha muerto un hijo?

-Todavía no... Yo soy su unigénito y vivo todavía. Pero llora porque sabe que *debo* morir.

-¡Pobrecilla! ¡Saber con antelación que un hijo debe morir! Pero, ¿cómo lo sabe? Estás sano y fuerte. Eres bueno. ¡Yo me hice ilusiones hasta que se me murió, y estaba muy enferma!... ¿Cómo puede saber tu Madre que debes morir?

-Porque soy el Hijo del hombre, anunciado por los profetas. Soy el Varón de dolores que vio Isaías, el Mesías cantado por David y descrito en sus torturas de Redentor. Soy el Salvador, el Redentor, mujer. Y la muerte me espera, una muerte horrenda... y mi Madre asistirá a ella... y mi Madre sabe, desde que nací, que su corazón será abierto como el mío por el dolor... No llores... Con mi muerte abriré las puertas del Paraíso a tu Yoana...

-¡También a mí! ¡También a mí!

-Sí. A su tiempo. Pero antes debes aprender a amar y a perdonar. A volver a amar. A ser justa. Y a perdonar... Si no, no podrás ir al Cielo, con Yoana, conmigo...

La mujer llora con congoja. Gime:

-Amar... Amar cuando los hombres nos han enseñado a odiar... cuando Dios ha dejado de amarnos no usando piedad con nosotros, es difícil... ¿Cómo amar, cuando los hombres nos han torturado, las amigas nos han herido y Dios nos ha abandonado?...

-No. Abandonado, no. Yo estoy aquí. Para hablarte de promesas celestiales. Para asegurarte que tu dolor acabará en gozo con sólo quererlo tú. Ana, escúchame... Lloras por unas nupcias anuladas, a las que consideras causante de todos tus dolores; acusas de homicidio a un hombre por esto, y de cómplice a su infeliz madre. Escucha, Ana. No pasarán más que unos meses y verás que fue una gracia del Cielo el que Yoana no fuera mujer de Judas...

-¡No lo menciones! - grita la mujer.

-Lo menciono. Y es para decirte que debes dar gracias al Señor, y le darás gracias dentro de pocos meses...

-Pronto moriré...

-No. Estarás viva y me recordarás, y comprenderás que hay dolores mayores que el tuyo...

-¿Mayores? ¡Imposible!

-¿Dónde colocas el dolor de mi Madre, que me verá morir en una cruz?

Jesús se ha puesto de pie. Su aspecto es majestuoso.

-¿Y dónde colocas el de la madre del traidor de Jesucristo, del Hijo de Dios? Piensa, mujer, en esa madre... Tú... Toda Keriot, y los campos y otros lugares más lejanos, se han compadecido de tu dolor, del cual has podido gloriarte como de corona de mártir. ¡Pero esa madre! Como Caín, sin ser Caín, es más siendo Abel - la víctima de su hijo traidor, asesino de Dios, sacrílego, hombre maldito -, ella no podrá soportar la mirada de los hombres, porque todas las miradas serán como una piedra de lapidación, y en todas las palabras de los hombres, en todas las palabras, le parecerá oír una maldición, un improperio, y no encontrará refugio sobre la faz de la Tierra, jamás, hasta la muerte, hasta que Dios, que es justo, no tome consigo a la mártir y cancele de su memoria el hecho de ser la madre del asesino de Dios, dándole la posesión de Dios... ¿No es mayor este dolor de esta madre?

-¡Un inmenso dolor!...

-Ya lo ves... Sé buena, Ana. Reconoce que Dios ha sido bueno en su actuación...

-¡Pero mi hija ha muerto! Judas hizo que se me muriera, porque buscaba una dote mayor... Su madre lo aprobó.

-No. Eso no. Te lo digo Yo, que veo dentro de los corazones. Judas - es mi apóstol, pero lo digo - ha obrado mal, y recibirá su castigo. Pero la madre es inocente. Te ama, querría que tú la amaras... Ana, sois dos madres infelices. Pero tú te glorías de tu niña muerta, inocente, pura, celebrada con honor por el mundo... María de Simón no puede gloriarse de su hijo. Los hombres condenan sus acciones.

-Eso es verdad. Pero si se hubiera casado con Yoana no sería censurado.

-Pero dentro de poco verías morir de dolor a Yoana, porque Judas morirá de muerte violenta.

-¿Qué dices? ¡Oh, pobre María! ¿Cuándo? ¿Dónde?

-Pronto. Y de una manera horrenda... ¡Ana! ¡Ana! ¡Tú eres buena! ¡Eres madre! ¡Sabes lo que es el dolor de una madre! ¡Ana, vuelve a ser amiga de María! Que el dolor os una como habría debido uniros la alegría. Déjame partir contento sabiendo que ella tendrá una amiga, *una sola, una al menos*...

-Señor... amarla... quiere decir perdonarla... Es muy penoso... Me parece como sepultar de nuevo a mi hija... matarla yo también...

-¡Pensamientos que vienen de las Tinieblas! No los escuches. Escúchame a mí, Luz del mundo. La Luz te dice que la suerte de Yoana, muriendo virgen, ha sido menos amarga que muriendo viuda de Judas. Créeme, Ana. Y piensa que, más infeliz que tú es María de Simón...

La mujer piensa, piensa, lucha, llora, dice:

-Pero yo la he maldecido, a ella y al fruto de sus entrañas. He pecado...

-Y Yo te absuelvo de ello. Y, cuanto más la ames, mayor será tu absolución en el Cielo.

-Pero, si soy amiga suya... me verá con Judas. ¡No puedo hacer esto, Señor!...

-No te volverás a encontrar con él. Yo no volveré ya nunca más a Keriot, y Judas tampoco. Hemos saludado ya a los de Keriot...

-Has dicho...

-Que no volveré nunca más. Judas ha dicho que no podrá volver hasta después de mi elevación; pero él cree que me verá subir a un trono. Y, sin embargo, me espera la muerte de cruz. Y cree que será un ministro mío. Y, sin embargo, le espera la muerte. Pero tú no has de decir esto. Jamás. Que la madre lo ignore hasta que todo se cumpla. Tú lo has dicho: "¡Pobrecilla! ¡Saber con antelación que el hijo debe morir!". Pero, si los sufrimientos de mi Madre, incluido ése, van a aumentar ya los méritos de mi sacrificio, para María de Simón es misericordioso el silencio. No hablarás.

-No, Señor. Lo juro en nombre de mi Yoana.

-¡Quiero otra promesa! ¡Grande! ¡Santa! Tú eres buena. Me amas ya...

-Sí. Mucho. Estoy en paz desde que estás aquí...

-Cuando María de Simón no tenga ya a su hijo y el mundo la cubra de... desprecio, tú - y serás la única - le abrirás casa y corazón. ¿Me lo prometes? En nombre de Dios y de Yoana. Ella lo habría hecho, porque María era siempre para ella la madre del siempre amado - insta Jesús.

-¡...Sí! - y un sollozo...

-¡Dios te bendiga, mujer, y te dé paz... y salud!... Ven, vamos a ver a María, a darle el beso de paz...

-Pero... Señor... Yo no puedo andar. Tengo hinchadas e inmóviles las piernas. ¿Ves? Estoy aquí, vestida, pero soy sólo un tronco...

-Lo eras. ¡Ven! - y alarga, invitante, hacia ella la mano.

La mujer, fijos sus ojos en los de Jesús, mueve las piernas, las saca de la cama, pone en el suelo sus pies descalzos, se levanta, anda... Parece hechizada, No se da cuenta siquiera de la curación que se ha producido... Sale, cogida todo el tiempo de la mano de Jesús, al pasillo semioscuro... Va hacia la salida. Estando ya cerca, encuentra a la criada de antes, la cual da un grito de gozoso susto... Acuden otros servidores, temiendo que sea indicio de muerte, y ven a su ama, que antes se moría y guardaba rencor a María de Simón, ir deprisa ahora, habiendo dejado a Jesús; ir hacia María, que está abatida; ir con los brazos abiertos y llamarla y recibirla en su corazón, llorando ambas...

...Y, regresando hacia la casa, después del saludo de paz, María de Simón da las gracias a su Señor y pregunta:

-¿Cuándo vas a venir otra vez a hacer otro bien?

-Nunca más, mujer. Ya se lo he dicho a los de Keriot. Pero mi corazón estará siempre contigo. Recuerda, recuerda siempre que te he amado y que te amo. Recuerda que sé que eres buena, y que Dios te ama por ello. Recuérdalo siempre. Incluso cuando lleguen tremendas horas. Que no se apodere de ti jamás el pensamiento de que Dios te juzga como culpable. A sus ojos, tu alma aparece y aparecerá siempre adornada con las gemas de tus virtudes y con las perlas de tu sufrimiento. María de Simón, madre de Judas, quiero bendecirte, quiero abrazarte y besarte, para que tu beso materno, sincero, fiel, me compense todos los otros... para que mi beso te compense de todos los dolores. Ven, madre de Judas. Y gracias, gracias por todo el amor y honor que me has dado - y la abraza y la besa en la frente, como hace con María de Alfeo.

-¡Pero nos veremos todavía! Iré para la Pascua...

-No. No vayas. Te lo ruego. ¿Quieres hacerme feliz? No vayas. ¡Las mujeres en la próxima Pascua no!

-¿Y por qué?...

-Porque... Jerusalén estará tremendamente revuelta la próxima Pascua. ¡No es lugar para mujeres! Es más... María, ordenaré a tu pariente que venga aquí contigo. Estad juntos. Lo necesitas, porque... Judas, de ahora en adelante, no va a poder ayudarte ni venir...

-Haré como Tú dices... ¿Y entonces ya nunca más voy a ver tu rostro, que refleja la paz del Cielo? ¡Cuánta paz has vertido en mi corazón doliente a través de tus ojos!... - María llora.

-No llores. La vida es breve. Después me verás para siempre en mi Reino.

-¿Entonces piensas que tu humilde sierva va a entrar en él?...

-Veo ya tu sitio entre las filas de las mártires y de las corredoras. No temas, María. El Señor será tu eterno premio. Vamos. Cae la tarde y es hora de ponerse en camino...

Y recorren en sentido inverso el mismo camino entre los campos y las matas de árboles frutales, hasta la casa donde están esperando los apóstoles.

Jesús abrevia las despedidas, bendice, se pone a la cabeza de los suyos... Se marcha... María llora, de rodillas...

En Yuttá, con los niños. La mano de Jesús obradora de curaciones.

Veo un lugar de montaña. No sé dónde está.

(No sé dónde está. La presente visión, en efecto, es anterior a las de los capítulos 76 y 212, relativas a las precedentes visitas de Jesús a Yuttá)

Hay una angostura formada por montes que entran y salen con sus ramales en un valle por cuyo lecho corre un riachuelo torrentoso lleno de saltos y espumas. Es estrecho, pero, como todos los cursos de agua montanos es rápido, todo un sonar de cascadas. Va en dirección sur respecto a mí. Hay otros montes más lejanos, tras otra ladera de pendiente muy pronunciada, tras otro valle.

Comprendo que estoy en un grupo de montes, no excesivamente altos, pero ya montes, no colinas. Como son nuestros Apeninos en muchos lugares, como, por ejemplo, en el valle de la Magra o hacia Porretta. La vegetación es más adecuada para el pastoreo que para cultivos. Veo prados verdes que descienden o suben, arriba y abajo, por las escarpas, que, en esta hora que me parece aviarse ya al ocaso, parecen teñirse, en las partes más bajas, de un violeta añil. La estación del año debe ser un comienzo de verano, porque la hierba está hermosa (ya alta, pero todavía no agostada).

Veó, desde el lugar en que me encuentro, un camino de herradura que sube hacia un pueblo y entra por entre sus casas. Un típico camino de montaña, pedregoso y con continuos desniveles. Sube de sur a norte (siempre respecto a mí), de forma que lo veo entrar en esa dirección en el pueblo y correr al encuentro del arroyo, que va en la dirección contraria, pero no por el pueblo sino abajo, por el valle.

Hay también otro caminito, que desde el valle trepa hacia lo alto de este espolón donde se anida el pueblo. Un caminito que es más un sendero que un camino, y que sigue exactamente la cresta del monte; por debajo de este sendero, la montaña desciende en pronunciado declive con pastos verdes que llegan hasta el torrentillo espumeante, allende el cual hay más pastos que acometen otros montes agrupados al este.

Por el sendero sube Jesús junto con los discípulos. No todos. Veo a Pedro y a Andrés, a Juan y a Judas Iscariote. No veo a los otros. -Jesús está vestido de blanco, y envuelto en un manto azul oscuro, más azul marino que azul. Va con la cabeza descubierta y sube ágilmente, solo. Detrás, en grupo, los cuatro apóstoles, hablando entre sí. Jesús los precede unos metros y no habla. Piensa. Mira en torno a sí, pero no habla nunca.

En un cierto lugar, el caminito bordea un murete de piedra seca que delimita - al menos me lo parece - una propiedad, como para impedir que la tierra de ésta se deslice hacia el valle. Jesús entra en esta propiedad, de pastos muy bien cuidados, en los cuales hay, diseminados, manzanos, nogales e higueras, árboles todos ellos cuidados con esmero y ya llenos de frutos.

Jesús se detiene un instante justo en el punto donde el espolón del monte forma como un triángulo puntiagudo, semejante al tajamar de un barco. Se apoya en el murete y mira hacia abajo, hacia arriba, alrededor. Espera a los apóstoles, que suben, especialmente Pedro, más bien lentos. Luego, una vez juntos, les dice unas palabras que no capto. Lo veo inclinarse ligeramente para hablar, porque es mucho más alto que ellos. No comprendo las palabras, pero intuyo su significado, porque veo a Judas Iscariote dirigirse a buen paso hacia una casa que se alza al final del murete.

Es una casa muy distinta de la de Caná. Ésta no tiene terraza en el tejado, sino que está coronada por una especie de cúpula de doble curvatura, quizás para impedir que las nieves invernales se depositen en el tejado, porque, dada la zona, el invierno debe ser, sin duda, nevoso, o por lo menos muy lluvioso. En vez de la terraza que falta, tiene un ala que sobresale por un lado, ala en la que termina la escalera, externa pero protegida como por un techo saliente. Esta ala tiene: en el bajo, un pórtico; encima, una galería cubierta. La casa es toda blanca y destaca contra el verde que la rodea. Tiene en la parte de delante una explanada herbosa, con un pozo en el centro, rodeado de árboles frutales plantados ya con la intención de hacer un jardín, porque hay florecillas sembradas alrededor de ellos formando parterres circulares. Me da la impresión de que es casa de personas acomodadas y más finas que las de la casa de Caná.

El camino de herradura pasa por el frente de la casa, de forma que se puede acceder a ésta tanto por el atajo como por este camino. El seto de espinos no es una barrera infranqueable, y mucho más si se considera que las dos toscas cancillas que en él se abren están sólo un poco entornadas.

Judas entra libremente en la casa, como si conociera muy bien a sus habitantes. Y sale enseguida una lozana mamá rodeada por tres niños y con el más pequeño en brazos. Se dirige sonriendo hacia Jesús, que entretanto se ha acercado hasta el pozo.

Observo que esta mujer es muy morena y de formas hermosas y agraciadas. Tiene unos treinta años. Lleva el pelo, negrísimo y más bien rizado, recogido en dos trenzas que rodean su cabeza. También los ojos son negros y grandes. La nariz, aguileña; su boca, con labios más bien gruesos y muy rojos. Es alta, y bien modelada. Observo también que va vestida de forma distinta de como visten María y las otras mujeres vistas en Caná. Lleva también ésta una larga túnica de un azul casi blanco; pero está toda envuelta en una especie de chal azul oscuro, ceñido, que resalta sus formas y que pasa por debajo de las axilas, por las dos partes, y un extremo, el superior, va luego por detrás del hombro izquierdo, sube hasta velar la cabeza, para caer luego su punta franjeada sobre la frente. El conjunto de todo me hace pensar que no es galilea, porque los caracteres somáticos y el vestido son distintos de los observados en las mujeres galileas.

El pequeñuelo que está en brazos de la mujer, morenito como ella, tendrá dos años como mucho. Es un niño lindo, vestido con una especie de camisita de lana blanca. Los otros niños son: una niña de aproximadamente seis años, de pelo muy rizado rubio castaño, vestida de color rosa pálido; y dos chiquillos, más pequeños, que llevan también dos tuniquitas de lana color azul claro, como su mamá. Deben conocer muy bien a Jesús, porque se arremolinan risueños alrededor de Él.

La joven mamá lo saluda:

-Entra, Maestro, que mi casa es tuya - y sonrío.

Jesús le responde:

-El Señor te recompense - y luego alarga el brazo derecho - el izquierdo lo tiene doblado, en el pecho, y tiene recogido con la mano un extremo del manto - para acariciar al pequeñín. Veo la bonita mano de mi Jesús acariciando la frente del pequeñuelo, que se pone mimoso y esconde su cabecita, riendo, contra el cuello de su mamá, y desde ese nido mira a Jesús y ríe, ríe para invitarle a repetir la caricia.

Cerca del pozo, bajo un manzano, cargado de fruta que ya empieza a madurar, hay un banco de piedra, un lugar para sentarse. Jesús se sienta allí, mientras la mujer entra en casa y vuelve con un ánfora. Jesús le dice que le deje el niño, y lo sienta en sus piernas mientras la mujer saca el agua y luego vuelve con una copa colmada de agua y otra de leche, y se las da a Jesús, y elige para Él manzanas maduras (entre otras agrias), y se las ofrece también, disponiendo todo en una bandeja colocada encima del banco, al lado de Jesús. Se comprende que ya otras veces lo ha hecho así. Sabe lo que le gusta a Jesús.

Los apóstoles han seguido a Judas y también beben bajo el pórtico.

Jesús bebe primero el agua; sigue teniendo al pequeñuelo en sus piernas, y ríe, porque el niño le coge el pelo y la barba. Los otros tres están alrededor de Jesús. Jesús coge las manzanas y da, una a una, a los tres más grandes y, por último, toma Él también una y se la come. Al pequeño, sin embargo, le da de beber de la leche que hay en la copa y luego bebe Él también. Jesús está contento. Ríe como nunca lo he visto reír.

La niña se echa contra sus rodillas y, confidentemente, le pone la cabecita encima de las piernas. Jesús le acaricia los rizos. Los dos chiquitos, que se habían alejado corriendo, vuelven: uno con una palomita contra su pecho; el otro arrastrando, cogido de una oreja, a un corderito de pocos días, que bala desesperadamente. Muestran a Jesús sus tesoros.

Jesús se interesa, pero, apiadado de la condición de los dos pobres animales, dice que le den la palomita y, después de admirarla, la deja volar a su nido, y sube al corderito al banco y lo acaricia y lo tiene custodiado hasta que la mamá de los niños vuelve y lo lleva de nuevo a su sitio.

La niña, no teniendo otra cosa, se agacha, hace un ramito de flores y se lo da a Jesús.

El Maestro es *maestro* también con estos pequeñuelos, y habla de las flores a los más grandes, mientras sigue teniendo en brazos al más pequeño, de las flores «hechas tan bonitas por el Padre celestial, desde las más grandes a las más pequeñas; las flores, que son a los ojos de Dios bonitas como los niños *cuando son buenos*. Y para ser buenos hay que ser como las flores que no hacen el mal a nadie, sino que, al contrario, dan perfume y alegría a todos y hacen siempre la voluntad del Señor naciendo donde Él quiere, floreciendo cuando Él quiere, dejándose arrancar si le place a Él.

Habla de las palomas «tan fieles a su nido y tan limpias, que no se posan nunca encima de las cosas feas, y que recuerdan siempre su casa, y amadas por Dios porque son fieles y puras. También los hijos de Dios deben ser así: como tortolitas que aman la casa del Señor y en ella hacen su nido de amor y que, para ser dignos de ella, saben conservarse puros».

Habla de los corderitos «tan mansos, tan pacientes, tan resignados, que dan lana y leche y carne y se dejan inmolar para bien nuestro, dándonos un gran ejemplo de amor y mansedumbre; los corderitos, tan amados de Dios, que Dios llamará "Cordero" a su Hijo. El buen Dios ama, como a hijos predilectos, a aquellos que saben conservar su alma de cordero hasta la muerte».

Mientras Jesús habla, otros niños entran en el recinto y se arremolinan a su alrededor. Y no sólo niños. También hay adultos escuchando. Hay otras mamás, que ofrecen a los más pequeños y a algunos que están enfermos a Jesús para que los acaricie, los suba un momento a sus piernas. Los más grandecitos se las arreglan solos.

Jesús está rodeado de una nidada de niños. Tiene niños delante, a los lados, detrás, entre las piernas. No puede moverse. Pero ríe en medio de esta barrera agitada y también un poco reñidora. Todos querían el primer puesto y los amitos de casa no tienen intención de cederlo, cosa que da la manera a Jesús de ser maestro una vez más:

-No hay que ser egoístas ni siquiera en el bien. Sé que me queréis, y me alegro por ello. Yo también os quiero, pero os querré más si ahora dejáis a los otros venir a mí. Un poco para cada uno. Como buenos hermanos. Sois todos hermanos e iguales ante los ojos de Dios y ante *los ojos* míos. Todos iguales. Es más, los que son obedientes y amorosos para con sus compañeros son los más amados por mí y por Dios.

El enjambre, para mostrar que... es obediente y amoroso, se aleja de golpe. *Son todos buenos* (i). Jesús ríe.

Pero luego vuelve otra vez el enjambre inocente; vuelve a despecho de las mamás, que no querían tanta extralimitación impertinente, y a despecho, sobre todo, de los discípulos. Judas Iscariote es el más intransigente, Juan el menos (se ha sentado en la hierba y ríe él también, rodeado de niños). Pero Judas pone ojos amenazadores y gruñe. También Pedro se queja.

Pero los niños, apiñados en torno a Jesús, no hacen caso. Miran desafiantes a los rezongadores y sólo el respeto a Jesús los contiene de hacer alguna mueca contra los dos. Se sienten protegidos por Jesús, que ha abierto los brazos y ha arrimado hacia sí a la mayor cantidad de niños que ha podido: un ramo de flores vivas.

Hay algunos niños que enseñan a Jesús unos juguetes... rotos. Y Jesús, con un trocito de rama, pone de nuevo el eje a las ruedas de un carrito, y arregla (con una cuerdecita y el refuerzo de un palo) la pierna a un caballito de madera que le enseña un niño morenito. Hay unos pastorcitos que, dejado un momento el rebaño en el camino - ya cae la tarde -, se acercan a Jesús, que los acaricia y bendice. Uno le trae una corderita herida, y Jesús, que no quiere que el patrón regañe a su pequeño amigo, detiene la sangre de la corderita y la devuelve.

Entra una mamá y se abre paso. Lleva en brazos a un niño céreo, enfermo. Está muy enfermo. Totalmente sin fuerzas sobre el pecho de su madre. Jesús, que ya ha tocado a otros niños enfermizos que le habían presentado las madres, abre los brazos y toma en sus piernas al casi muertecito. La madre implora llorando.

Jesús la escucha y la mira. Luego mira a la pobre criaturita flaca y pálida. La acaricia y la besa, y la acuna un poco porque llora. El niño, o niña - no distingo lo que es, porque tiene el pelito largo hasta las orejas - abre los ojos y mira a Jesús con una triste sonrisa. Jesús le habla en voz baja. No entiendo lo que dice, porque lo dice susurrando. El enfermito sonríe otra vez.

Jesús se lo devuelve a su mamá, que está llorando, y la mira fijamente con sus ojos dominadores:

-Mujer, ten fe. Mañana por la mañana, tu niño jugará junto con éstos. Ve en paz.

Y traza una señal de bendición en la carita de cera.

Y aquí tengo la impresión de acercarme a mi Jesús y decirle:

-Maestro, ¿qué hay en tu mano, que toda se arregla o se cura, o cambia de aspecto, cuando uno la toca?

Una pregunta muy tonta, verdaderamente. Pero a ella mi Jesús responde con divina bondad:

-Nada, hija, aparte del fluido de mi inmenso amor. Mira mi mano, obsérvala.

Y me ofrece la derecha.

La tomo con veneración, con la punta de los dedos, por la punta de los dedos. No me atrevo a más, mientras el corazón me late muy fuerte. No he tocado nunca a Jesús. El me ha tocado, pero yo no me había atrevido nunca. Ahora lo toco. Siento el

leve calor de sus dedos. Siento su epidermis lisa, las uñas muy largas (no salientes, sino largas de forma en la última falange). Veo los largos dedos delgados, la palma marcadamente cóncava; noto que el metacarpo es mucho más corto que los dedos; observo, en donde empieza la muñeca, el recamo de las venas.

Jesús me deja su mano benigneamente. Ahora se ha puesto de pie y yo estoy de rodillas. Por eso no veo su cara, pero siento que sonrío, porque su voz porta la sonrisa:

-Como puedes ver, alma amada, no hay nada. Mis años de trabajo me han proporcionado la habilidad de arreglar los juguetes de los niños, y uso esta habilidad mía porque sirve también para atraer hacia mí a las criaturas que prefiero: los niños. Mi humanidad, que se acuerda de haber sido obrera, obra en esto. Mi divinidad obra en esto otro de curar a los niños enfermos, de la misma forma que curo los juguetes enfermos y los corderitos. No tengo nada *aparte de mi amor y mi poder de Dios*. Y no lo derramo sobre nadie con tanta alegría como sobre estos inocentes que os doy como modelo para entrar en el reino de los Cielos. En su compañía, Yo descanso. Son sencillos y francos. Y Yo, que soy el Traicionado, y siento horror de quien traiciona, hallo paz junto a estos que no saben traicionar; y Yo, que seré Aquel de quien tantos desconfiarán, hallo alegría junto a estos que no saben desconfiar. Y Yo, que seré abandonado por quienes, con reflexión de adulto, piensen en ponerse a salvo en horas de borrasca, hallo consuelo junto a estos que creen en mí sin pensar si su fe puede acarrearles un bien o un mal; creen porque me aman. Sé tú también una niña. Como una de éstas, y tuyo será el reino de los Cielos, que se abre con el empuje impaciente de Jesús, que arde en deseos de tener a su lado a aquellos a quienes más ha amado porque lo han amado más. Puedes ir en paz ahora. Te acaricio como a uno de estos pequeñuelos para hacerte feliz. Ve en paz.

La visión ha venido mientras, con el sinsabor de una respuesta desconsiderada - que no es la primera de hoy - lloraba desconsolada y desolada y llena de nostalgia y sinsabor por las cosas que constato del corazón de otros. La visión me ha tranquilizado desde que empecé, y luego me ha dado alegría. Y, cuando luego he podido experimentar la alegría de sentir los dedos de Jesús, he sentido la dulzura del éxtasis sobrepujando todas las amarguras.

Miro mi mano, que escribe y conserva la sensación de haber tocado la mano de Jesús, y me parece santa como una cosa que ha tocado una reliquia. ¡Bendito sea mi Jesús!

397

Despedida de los fieles de Yuttá.

Jesús habla en una tranquila mañana a la gente de Yuttá. Verdaderamente se puede decir que toda Yuttá está a sus pies. Incluso los pastorcillos - normalmente diseminados arriba en los montes - están allí, con sus ovejas, a los márgenes de la multitud; y también están allí los que normalmente se desplazan a los campos, a los bosques, a los mercados; y los ancianos caducos; y alrededor de Jesús, pegados a Él, los joviales pequeñuelos; y las jovencitas; y las recién casadas; y las que darán pronto a luz una criatura; y las que ya la lactan: toda Yuttá.

El espolón montano que se alarga hacia el sur es el anfiteatro que acoge a esta serena reunión de gente. Sentados en la hierba o a caballo del murete de piedra seca, con el vasto horizonte alrededor, el cielo ilimitado encima, el torrente abajo, que ríe y brilla bajo el sol matutino, la belleza de los montes herbosos, boscosos, que se alzan por todas partes, los de Yuttá escuchan la palabra del Maestro, que habla en pie, erguido, apoyado en un altísimo nogal, vestido de blanco lino, contra el oscuro tronco, sonriente el rostro, encendidos los ojos por la alegría de ser amado y los cabellos por el sol de oriente que lo acaricia. En medio de un silencio reverente, atento, roto sólo por los cantos de los pájaros y la voz del torrente de allá abajo, sus palabras caen lentas en los corazones, y su voz perfecta llena de musicalidad el aire tranquilo.

Está repitiendo, mientras yo escribo, una vez más la necesidad de obedecer al Decálogo, perfeccionado en su aplicación en los corazones por su doctrina de amor «para edificar en los espíritus la morada donde el Señor vivirá hasta el día en que aquellos que hayan vivido fieles a la Ley vayan a vivir en Él al Reino de los Cielos» esto dice. Y prosigue:

-Porque es así. La inhabitación de Dios en los hombres y de los hombres en Dios se lleva a cabo con la obediencia a su Ley, que empieza con un precepto de amor y que es toda ella amor desde el primero al último precepto del Decálogo. Ésta es la verdadera casa que Dios quiere, donde Dios habita; y el premio del Cielo, premio por la obediencia a la Ley, es la verdadera Casa en que habitaréis con Dios, eternamente. Porque - tened presente el capítulo 66º - de Isaías - Dios no tiene morada en la Tierra, que es escabel, sólo escabel para su inmensidad Dios tiene por trono el cielo, que es en todo caso pequeño, una nada, para contener al Infinito, pero lo tiene en el corazón de los hombres.

Sólo la perfectísima bondad del Padre de todo amor puede conceder a sus hijos recibirlo; y el hecho de poder estar el Dios uno y trino, el purísimo triniforme Espíritu, en el corazón de los hombres es ya un infinito misterio que cada vez más se perfecciona. ¡Oh, ¿cuándo, cuándo, Padre santo, me vas a otorgar hacer, de estos que te aman, no sólo, no ya sólo un templo a nuestro Espíritu, sino, por tu perfección de amor y de perdón, un tabernáculo, y hacer de cada uno de los corazones fieles el arca donde esté el verdadero Pan del Cielo, como estuvo en el seno de la Bendita entre todas las mujeres?!

Amadísimos discípulos de Yuttá, que me fue preparada por un justo, tened presente al Profeta y lo que dice - y es el Señor el que habla - cuando se dirige a aquellos que edifican vacíos templos de piedra en que no hay justicia y amor, y no saben edificar en sí mismos el trono de su Señor con la obediencia a sus preceptos. Dice el Profeta: "¿Qué es esta casa que me vais a edificar?, ¿qué es este lugar para mi descanso?". Y quiere decir: "¿Creéis que me tenéis, por edificarme unas pobres paredes?, ¿creéis que me dais alegría con unas prácticas falsas que no se manifiestan en una santidad de vida?". No. A Dios no se le tiene por una serie de exterioridades que ocultan úlceras y vacío, cual manto de oro arrojado sobre un leproso o sobre una estatua de arcilla que por dentro está vacía, sin la vida del alma. Y dice el Señor, confesando - Él, que es el Amo del mundo - su pobreza de Rey con demasiado pocos súbditos, de Padre de demasiados hijos fugitivos de su casa: "¿A quién volveré mi mirada, sino al

pobre, al contrito de corazón trémulo ante mis palabras?". ¿A qué se debe su temblor? ¿Es sólo por temor a Dios? No. tiembla por profundo respeto, por auténtico amor. Por humildad de súbdito, de hijo, que dice, que reconoce que el Señor es el Todo y él la nada, y vibra de emoción sintiéndose amado, perdonado, asistido por el Todo.

¡Oh, no busquéis a Dios donde están los soberbios! Allí no esta: No lo busquéis donde están los duros de corazón. Allí no está. No le busquéis donde están los impenitentes. Allí no está. Él está en los sencillos, en los puros, en los misericordiosos, en los pobres de espíritu, en los mansos, en los que lloran sin imprecicar, en los buscadores de justicia, en los perseguidos, en los pacíficos. Allí está Dios. Y está en los que se arrepienten y quieren perdón y piden expiar. Y no ofrecen, todos éstos, el sacrificio de un buey o de una oveja, la oblación de esto o de aquello, para ser aplaudidos, por terror supersticioso a un castigo, por la soberbia de aparecer perfectos. Sino que hacen el sacrificio del propio corazón contrito y humillado, si son pecadores: del propio corazón obediente hasta el heroísmo, si son justos. Éstas son las cosas gratas al Señor; éstos son los ofrecimientos por los cuales Él se dona con sus inefables tesoros de amor Y de delicias sobrenaturales. A los otros no se dona. Los otros tienen ya *sus pobres* delicias en las abominaciones, y es inútil que Dios los llame a sus caminos, dado que ellos ya han elegido su propio camino. A éstos les enviará sólo abandono, miedo, castigo, porque no han respondido al Señor, no han obedecido, han hecho el mal ante los ojos de Dios, con burla y malvada elección.

Mas vosotros, vosotros, mis amados de Yuttá, vosotros que vibráis de amor en el conocimiento de Dios, vosotros que por mi causa sois escarnecidos como necios por los poderosos, y seguís amándome a pesar de las burlas, vosotros que sois rechazados, y lo seréis cada vez más, por causa de mi Nombre y de mí, y repudiados como hijos bastardos de Israel, como hijos bastardos de Dios, mientras que precisamente en vosotros y en quienes son como vosotros está injertado el sarmiento de la Vid eterna, de Aquel que tiene sus raíces en el Padre, y por tanto sois parte de Dios, de Dios, y de su savia vivís, vosotros a quienes quisieran convencer de error, y ante cuyos ojos, los vuestros, sencillos pero iluminados por la Gracia, querrían justificarse para no aparecer como sacrílegos y malhechores, vosotros a quienes se dice: "Muestre el Señor su gloria y lo reconoceremos por vuestra misma alegría", sólo vosotros tendréis la alegría. Ellos quedarán confundidos.

-¡Oh, ya oigo, tras la confusión que los aplastará, pero sin hacerlos mejores; ya oigo las víboras, que no cesan de ser nocivas sino cuando se les aplasta su execrable cabeza, y muerden y matan aunque estén partidas en dos, aunque sobresalga sólo su cabeza de debajo de una aplastante manifestación de Dios; ya las oigo gritar: "¿Cómo va a haber dado a luz el Señor de repente a su nuevo pueblo, si nosotros, a quienes lleva desde hace mucho tiempo en su seno, todavía no hemos nacido a la Luz? ¿Puede, acaso, una dar a luz sin que el grito de los dolores del parto llene toda la casa? ¿Ha podido el Señor dar alguna vez a luz antes del tiempo? ¿Puede, acaso, dar a luz la Tierra en un solo día; y puede, acaso, ser dado a luz un pueblo todo junto?"

Yo respondo, y acordaos de esta respuesta para dársela a los que os persigan con burla: "Jamás podrían nacer a la Luz los que son fruto muerto en el seno de Dios, fruto que se ha secado porque se ha separado de la matriz y ha quedado inerte, como cosa mala oculta en el seno en vez de embrión que se completa. Y para expulsar del seno el fruto muerto, y tener hijos, de forma que no muera su Nombre en la Tierra, Dios se ha hecho fecundo en nuevos hijos, signados con su Tau, y, en el secreto, en el silencio, de forma que Satanás y los diablos que sirven a Lucifer no pudieran perjudicar, con anticipación debida a ardor de amor, ha dado a luz a su Hijo varón, y con Él da al mismo tiempo a Luz a su nuevo pueblo, porque el Señor lo puede todo". ¡OH! Él lo dice por boca del profeta Isaías: "¿Acaso no voy a poder dar a Luz yo, que hago dar a luz a los otros? ¿Voy a ser estéril Yo, que a los demás concedo la fecundidad?"

¡Alegraos con la Jerusalén de los Cielos, exultad con ella, todos vosotros, los que amáis al Señor! Alegraos con ella con verdadera alegría, vosotros que esperáis, vosotros que esperáis, vosotros que sufrís!

¡Volved, volved a mí palabras! Palabras salidas del Verbo de Dios. Palabras pronunciadas por el portavoz de Dios, Isaías, su profeta. ¡Venid, volved a la Fuente, palabras eternas, para ser esparcidas sobre esta era de Dios, sobre este rebaño, sobre esta prole! ¡Oh, venid! ¡Ésta es una de las horas, una de las asambleas, para las que fuisteis dadas, vosotras proféticas palabras, sonido de amor, voces veraces! Ved, ya vuelven, ya vuelven a quien las inspirara. Y Yo, en nombre del Padre, de mi Ser y del Espíritu, las digo a estos a quienes Dios ama, a los elegidos de entre el rebaño de Dios, que debía estar formado sólo por corderos, pero que se ha degenerado con carneros e incluso con otros animales más inmundos. Mamaréis y os hartaréis en los pechos de la Consolación divina y extraeréis abundantes delicias de la múltiple gloria de Dios.

Ved, os dice el Señor: Derramaré sobre vosotros como un río de paz, y os veréis inundados mucho más que por la gloria de las naciones, porque os inundará la gloria del Cielo cual torrente desbordante. De ella os alimentaréis, y seréis llevados en brazos y acariciados encima de sus rodillas. Sí, como una madre acaricia a su niño, como Yo acaricio a este pequeñuelo al que puse mi nombre - y realmente Jesús toma al pequeño lesaí de los brazos de su madre, que está casi a sus pies, entre sus tres hijos -, así os he de consolar Yo a vosotros, que me amáis y seguiréis amándome, y pronto seréis consolados para siempre en mi Reino. Esto lo veréis, vosotros los libres de todo miedo por ser fieles a mí, y vuestro corazón exultará y vuestros huesos reverdecerán como la hierba, cuando el Señor venga en el fuego, en una carroza semejante a un torbellino, a guiar hacia el fuego del amor y de la justicia, y a castigar o a glorificar, separando a los corderos de los lobos, es decir, de aquellos que creían santificarse, y hacerse puros y, sin embargo, se hacían idólatras.

El Señor, que ahora se marcha, vendrá. ¡Bienaventurados aquellos a los que encuentre perseverantes hasta el final! Este es mi adiós, y con él mi bendición. Arrodillaos para que os fortalezca con ella. El Señor os bendiga y os guarde; os muestre su rostro y tenga misericordia de vosotros; os dé su paz el Señor. Podéis marcharos. Dejad que me despida de los buenos de entre los buenos de Yuttá.

La gente se marcha, aunque con pocas ganas. Y, cuando un niño dice:

-Señor, deja que te bese la mano - y, consintiéndolo Jesús, es el primero en hacerlo, entonces todos quieren dar un beso en la carne santa del Cordero de Dios, e incluso quien ya se estaba encaminando hacia el pueblo vuelve atrás: y besos de niños en la cara, de ancianos en las manos, de mujeres en los pies desnudos que pisan la hierba, caen junto con lágrimas y palabras de adiós y bendición. Jesús, paciente, los acoge y dedica a todos un saludo especial.

En fin, todos han sido complacidos... Se queda la familia de la casa hospitalaria, y se arriman a Jesús. Y Sara dice:

-¿Realmente no vas a volver?

-No, mujer. Nunca. Pero no nos separaremos. Mi amor estará siempre contigo, con vosotros, y el vuestro conmigo. Sé que no me olvidaréis. De todas formas os digo: no acojáis la Mentira ni siquiera en las horas más tremendas, que vendrán; no la acojáis ni siquiera como huésped que va de paso o como invasor inesperado... Déjame el pequeño, Sara.

La mujer le da a lesaí y Jesús se sienta en la hierba con el pequeño en sus piernas, y, bajando su cara hacia los delicados cabellos del niño, habla. Dice:

-Recordad siempre que Yo soy el Cordero del que Isaac os enamoró antes incluso de que me conocierais. Y que un cordero es siempre inocente, como este niño pequeño, aunque lo cubran de piel de lobo para hacerlo pasar por un malhechor. Recordad que Yo soy más inocente aún que este niño..., que - ¡dichoso él! - por su inocencia y niñez no podrá comprender la calumnia contra su Señor por parte de los hombres, y por este motivo no sufrirá turbación... y seguirá queriéndome así... como ahora... Tened su mismo corazón, tenedlo para el Cordero, el Amigo, el Inocente, el Salvador, que os ama y bendice de forma muy especial. ¡Adiós, María! Ven a darme un beso... ¡Adiós, Emmanuel! Ven tú también... ¡Adiós, lesaí, corderito del Cordero!... Sed buenos... Amadme...

-¿Estás llorando, Señor? - pregunta asombrada la niña, viendo brillar una lágrima entre los cabellos de lesaí.

-¿Llora? - pregunta el marido de Sara.

-¡Estás llorando, Maestro! ¿Por qué? - pregunta la mujer.

-No os aflijáis por mi llanto. Es amor y bendición... ¡Adiós, Sara! ¡Adiós, hombre! Venid, como los otros, a besar a vuestro Amigo que se marcha... - y tras recibir en sus manos el beso de los dos esposos pone de nuevo al pequeño en los brazos de su madre, bendice una vez más; luego, sin demora, empieza la bajada por la misma vereda usada para venir.

Las voces de adiós de los que se quedan le siguen: profunda, la del hombre; conmovida, la de la mujer; gorjeantes, las de los niños... hasta el pie del collado. Luego es sólo el torrente, remontado hacia el norte, el que saluda todavía al Maestro, que para siempre deja la tierra de Yuttá.

398

Palabras de despedida en Hebrón. Los delirios de Judas Iscariote.

Y ahí está Hebrón, en medio de sus montes ricos en bosques y prados. La entrada de Jesús en ella es recibida con gritos de hosanna de los primeros que lo ven, parte de los cuales van veloces a difundir la noticia por todo el pueblo. Viene el arquisinagogo, vienen los curados del año anterior, vienen los notables de la ciudad. Todos quieren que el Señor se aloje en su casa.

Pero Jesús, dando las gracias a todos, dice:

-No, me voy a detener sólo el tiempo indispensable para dirigiros unas palabras... Vamos, pues, a la pobre y santa casa del Bautista. Para saludar también a esa casa... Es lugar de milagro. Vosotros no lo sabéis.

-Sí que lo sabemos, Maestro. ¡Los que fueron curados allí viven entre nosotros!... - dicen muchos.

-Mucho antes de hace un año fue lugar de milagro. Lo fue, por primera vez, hace treinta y tres años, cuando la gracia del Señor reverdeció las entrañas aridecidas para hacer de ellas árbol para el dulce pomo de mi Precursor. Lo fue hace treinta y dos años, cuando, por obra misteriosa lo presantifiqué, siendo Yo y él dos frutos que maduraban en profundo seno. Y luego cuando liberé la palabra trabada al padre de Juan. Pero, a las secretas operaciones del Encarnado que todavía no había nacido, se añade un gran milagro acaecido hace dos años y que todos vosotros ignoráis. ¿Os acordáis de la mujer que vivía en esa casa?...

-¿Quién? ¿Aglae? - preguntan muchos.

-Ella. La reverdecí, no respecto a sus entrañas sino a su alma aridecida por el paganismo y el pecado, y la hice fecunda en justicia, liberándola de lo que la sujetaba, ayudado por su buena voluntad. Y os la propongo como modelo. No os escandalicéis. En verdad os digo que ella debe ser citada como ejemplo digno de imitación, porque pocos en Israel han recorrido tanto camino como ella, pagana y pecadora, para alcanzar las fuentes de Dios.

-Creíamos que había huido con otros amantes... Había quien decía que había cambiado, que era buena... Pero decíamos: "¡Es un capricho!". Había quien decía que había ido a ti para... pecar... - explica el arquisinagogo.

-Vino a mí, en efecto; pero para ser redimida.

-Hemos cometido pecado de juicio...

-Por eso digo: "No juzguéis".

-¿Y dónde está ahora?

-Sólo Dios lo sabe. Sin duda cumpliendo áspera penitencia. Orad para sostenerla... ¡Te saludo, casa santa de mi Pariente y Precursor! ¡Paz a ti! ¡A pesar de que ahora estés sola y desolada, siempre la paz a ti, santa morada de paz y fe!

Jesús pone pie, bendiciendo, en el jardín ahora agreste, y se adentra en medio de las hierbas invasoras, y bordea lo que en otro tiempo eran pérgolas u ordenadas espalderas de laureles y boj es y ahora son una enmarañada familia de árboles o plantas ceñidos de hiedras, clemátides, convólvulos, que oprimen. Va hasta el fondo, hasta los restos de lo que era el sepulcro, y se detiene allí. La gente se apiña, ordenada y silenciosa, en círculo, alrededor de Él.

-¡Hijos de Dios, pueblo de Hebrón, escuchad!

Para que no os sintáis turbados ni caigáis en un error de juicio acerca de vuestro Salvador, como caísteis respecto a la pecadora, vengo a confirmaros y a fortaleceros en la fe. Vengo a daros el viático de mi palabra, para que permanezca luminosa en vosotros en la hora de las tinieblas, y Satanás no os haga perder el camino del Cielo.

Pronto llegarán horas en que vuestros corazones dirán con gemido las palabras del salmo de Asaf, cantor profético, y diréis: "¿Por qué, oh Dios, nos has rechazado para siempre? ¿Por qué tu furor se enciende contra las ovejas que pastoreas?", y verdaderamente podréis, en ese momento, alzar, cual derecho de protección, la redención cumplida, y gritar: "¡Éste es tu pueblo, Tú lo has redimido!" para invocar protección contra los enemigos, que habrán llevado a cabo toda suerte de males en el verdadero Santuario donde Dios está como en el Cielo, en el Cristo del Señor, y, habiendo primero abatido al Santo, tratarán de abatir después los muros de aquél, sus fieles. Verdaderos profanadores y perseguidores de Dios, más que Nabucodonosor y Antíoco, más que los que habrán de venir, levantan ya sus manos para abatirme en su soberbia sin límites, que no quiere ser convertida, que no quiere tener fe, caridad, justicia, y que, como levadura en un montón de harina, crece y rebosa del Santuario, transformado en ciudadela de los enemigos de Dios.

¡Hijos, escuchad! Cuando os persigan por haberme amado, fortaleced vuestro corazón pensando que antes que vosotros Yo fui el Perseguido. Recordad que ya tienen en su garganta el ululato de sus gritos de triunfo, y ya preparan sus banderas para que ondeen al viento en una hora de victoria, y en cada una de esas banderas habrá una mentira contra mí, que pareceré el Vencido, el Malhechor, el Maldito.

¿Meneáis la cabeza? ¿No creéis? Vuestro amor os es obstáculo para creer... Gran cosa es el amor... gran fuerza... y gran peligro. Sí, peligro. *El choque de la realidad en la hora de las tinieblas será de una violencia sobrehumana en aquellos corazones a los que el amor, no ordenado todavía en perfección, hace ciegos.* No podéis creer que Yo, el Rey, el Poderoso, pueda ser entregado al capricho de los que no son nada. No lo podréis creer sobre todo entonces, y surgirá la duda: "¿Era realmente El? Si lo era, ¿cómo ha podido ser derrotado?"

¡Reforzad el corazón para esa hora! Sabed que, si "en un momento" los enemigos del Santo han cercenado las puertas, han derruido todo, y han incendiado con fuego de odio el Santo de Dios, si han abatido y derruido el Tabernáculo del Nombre santísimo, diciendo en su corazón: "Hagamos cesar sobre la faz de la Tierra todas las fiestas de Dios" (porque es fiesta tener a Dios entre vosotros), diciendo: "No vuelvan a verse sus enseñanzas, no vuelva a haber ningún profeta que nos conozca por lo que somos", pronto, más pronto todavía, Aquel que hizo sólido el mar y aplastó en las aguas las impuras cabezas de los cocodrilos sagrados y de sus adoradores, Aquel que hizo brotar fuentes y torrentes y secar ríos perennes, Aquel de quien son el día y la noche, el verano y la primavera, la vida y la muerte, *todo*, hará resucitar, como está escrito, a su Cristo, y será Rey. Rey para toda la eternidad. Y los que se hayan mantenido firmes en la fe reinarán con Él en el Cielo.

Recordad esto. Y, cuando me veáis elevado y escarnecido, no vaciléis; y, cuando seáis elevados y escarnecidos, no vaciléis.

¡Oh, Padre! ¡Padre mío! ¡Te ruego en nombre de éstos, amados por ti y por mí! ¡Escucha a tu Verbo, escucha al Propiciador! No abandones en manos de las bestias a las almas de los que, amándome, te glorifican, no olvides para siempre a las almas de tus pequeñuelos; considera, oh Dios bueno, tu pacto, porque los lugares oscuros de la Tierra son cubiles de iniquidad de donde sale el terror para asustar a tus pequeñuelos. ¡Padre! ¡Oh, Padre mío! ¡No se marche confundido el humilde que espera en ti! ¡El pobre y el necesitado glorifiquen tu Nombre por la ayuda que de ti recibirán! ¡Manifiéstate, oh Dios! Te ruego por esa hora, por esas horas. ¡Manifiéstate, oh Dios! ¡Por el sacrificio de Juan y la santidad de tus patriarcas y profetas! ¡Por mi sacrificio, Padre, defiende a este rebaño tuyo y mío! ¡Dale luz en las tinieblas, fe y fortaleza contra los seductores! ¡Date Tú mismo a ellos, Padre! ¡Danos a Nosotros mismos a ellos, ahora, mañana y siempre, hasta la entrada en tu Reino! Nosotros en su corazón hasta la hora en que donde Nosotros estemos estén ellos también por los siglos de los siglos. Y así sea.

Y Jesús, en ausencia de milagros que cumplir, pasa por entre las filas de la gente, casi extática, y bendice, uno a uno, a los que lo escuchaban. Y reanuda el camino, bajo el sol ya alto, pero soportable por los frondosos árboles y el aire montano.

Detrás, en grupo, van hablando los apóstoles. Hablan sin parar.

-¡Qué palabras! ¡Son estremecedoras! - dice Bartolomé.

-¡Pero qué tristes son! ¡Provocan llanto! - suspira Andrés.

-¡Hombre, es su despedida! Tengo razón yo. Se está encaminando directamente al trono - exclama Judas Iscariote.

-¿Trono? ¡Mmm! ¡Me parece que hablan de persecuciones y no de honores! - observa Pedro.

-¿Pero qué dices, hombre? ¡El tiempo de las persecuciones se ha terminado! ¡Ah, soy feliz! - grita Judas Iscariote.

-¡Suerte la tuya! Yo querría estar todavía en los días en que no nos conocían, hace dos años... o en Agua Especiosa... Estoy angustiado por los días futuros... - dice Juan.

-Porque eres un corazón de cervatillo... ¡Pero yo! Veo ya en el futuro... ¡Cortejos!... ¡Cantores!... ¡Pueblo postrado!... ¡Honores de otras naciones!... ¡Oh, es la hora! Verdaderamente vendrán los camellos de Madián y las turbas de todas partes... y no serán los tres pobres Magos... sino una multitud... Israel grande como Roma... Más que Roma... Superadas las glorias de los Macabeos, de Salomón... todas las glorias... Él, el Rey de los reyes... y nosotros sus amigos... ¡Oh, Dios Altísimo, ¿quién me dará fuerza para esa hora?!... ¡Si viviera mi padre todavía!...

Judas está exaltado. Resplandece evocando el futuro que sueña vivir...

Jesús está muy adelante. Pero se para el futuro rey según Judas, y, sediento, con el cuenco de las dos manos toma agua de un regatillo, y bebe... como un pajarillo de bosque o un cordero que pace; luego se vuelve y dice:

-Aquí hay frutos silvestres. Vamos a recoger algunos para nuestra hambre...

-¿Tienes hambre, Maestro? - pregunta el Zelote.

-Sí - confiesa humildemente Jesús.

-¡Hombre claro! ¡Ayer noche has dado todo a aquel pobrecillo! - exclama Pedro.

-¿Pero y por qué no has querido detenerte en Hebrón? - pregunta Felipe.

-Porque Dios me llama a otra parte. Vosotros no sabéis.

Los apóstoles se encogen de hombros y se ponen a recoger los pequeños frutos, todavía acerbos, de árboles silvestres esparcidos por las prominencias montanas. Parecen pequeñas manzanas silvestres. Y el Rey de los reyes se nutre de ellas, junto con sus compañeros, que ponen caras de disgusto por la aspereza del fruto silvestre y acerbo. Jesús, absorto, come y sonríe.

-¡Me das casi rabia! - exclama Pedro.

-¿Por qué?

-Porque podías estar bien y hacer felices a los de Hebrón, y, sin embargo, te estropeas el estómago y los dientes en este veneno más amargo y ácido que la cañarroya.

-¡Os tengo a vosotros, que me queréis! Cuando sea alzado y tenga sed y hambre, pensaré con añoranza en esta hora, en este alimento, en vosotros, que ahora estáis conmigo, y que entonces...

-¡Pero Tú en esa hora no tendrás ni sed ni hambre! ¡Un rey tiene de todo! ¡Y nosotros estaremos todavía más cerca de ti! - exclama Judas Iscariote.

-Lo dices tú.

-¿Y crees que no será así, Maestro? - pregunta Bartolomé.

-No, Bartolomé. Cuando te vi debajo de la higuera, sus frutos eran tan acerbos que a quien los hubiera cogido se le habrían abrasado la lengua y la garganta... Y, sin embargo, los frutos acerbos de la higuera o de estos árboles son, respecto a lo que será para mí mi elevación, más dulces que un panal de miel... Vamos...

E inicia de nuevo la marcha, delante de todos, meditabundo, mientras los doce, detrás, bisbisean, bisbisean.

399

Palabras de despedida en Betsur. El amor materno de Elisa.

Acaba de hacerse de día cuando los infatigables caminantes ya ven Betsur. Cansados, con sus túnicas arrugadas debido a un descanso ciertamente muy incómodo en los bosques, miran con alegría a la pequeña ciudad ya cercana donde están seguros de que hallarán hospitalidad.

Los campesinos que se dirigen a sus labores son los primeros que encuentran a Jesús, y piensan que lo mejor es olvidarse de sus tareas y volver a la ciudad para escuchar al Maestro. Lo mismo hacen unos pastores, después de haber preguntado si se va a detener o no. -A1 atardecer dejo Betsur - responde Jesús.

-¿Y vas a hablar, Maestro?

-Ciertamente».

-¿Cuándo?

-Enseguida.

-Nosotros tenemos los rebaños... ¿No podrías hablar aquí, en el campo? Las ovejas comerían la hierba y nosotros no perderíamos tu palabra.

-Seguidme. Hablaré en los pastos de septentrión. Tengo que ver antes a Elisa.

Los pastores con sus cayados hacen volver a las ovejas, y detrás de los hombres se ponen ellos y sus ovejas, que van balando. Cruzan el pueblo.

Mas ya ha llegado la noticia a la casa de Elisa. Y Elisa y Anastática rinden su homenaje de discípulas al Maestro, que las bendice en la plaza de delante de su casa.

-Entra en mi casa, Señor. La liberaste del dolor y ella quiere ser, en cada uno de sus habitantes y objetos, confortante para ti - dice Elisa.

-Sí, Elisa. Pero, ¿ves cuánta gente nos sigue? Ahora voy a hablar a todos; luego, después de la hora tercia, vendré y estaré en tu casa, para partir de nuevo al atardecer. Y hablaremos entre nosotros... - promete para consolar a Elisa, que esperaba una estancia más larga y que pone cara de desilusión al oír lo que tiene pensado hacer Jesús.

Pero Elisa es una buena discípula y no pone objeciones. Solamente pide permiso para dar indicaciones a los subalternos antes de ir con los demás a donde Jesús se dirige. Y lo hace con rapidez: bien distinta de la mujer inactiva del año pasado...

Jesús está ya parado en un vasto prado sobre el cual juguetea el sol filtrándose a través de las leves frondas de agrestes árboles, que, si no me equivoco, son fresnos. Está curando a un niño y a un anciano: el primero, enfermo de alguna enfermedad interna; el segundo, de *los ojos*. No hay otros enfermos y Jesús bendice a los niños que las madres le acercan, y espera pacientemente a que Elisa llegue junto con Anastática. Ahí están, por fin.

Jesús empieza inmediatamente a hablar.

-Pueblo de Betsur, escucha. El año pasado os dije qué había que hacer para ganar el Reino de Dios. Ahora os lo confirmo, para que no suceda que perdáis lo que habéis ganado. Es la última vez que el Maestro os habla así, en una asamblea en que no falta ninguno. Después podré encontraros, por azar, separadamente o en pequeños grupos, por los caminos de nuestra patria terrena. Después, pasado más tiempo, podré veros en mi Reino. Pero, como ahora, no volverá a ser.

Llegará un momento en que os digan de mí muchas cosas, contra mí, y de vosotros y contra vosotros. Pretenderán aterrorizaros. Yo, con Isaías, os digo: No temáis, porque os he redimido y os he llamado por vuestro nombre. Solamente los que quieran abandonarme tendrán motivo de temer; no los que, siendo fieles, son míos. ¡No temáis! Sois míos y Yo soy vuestro. Ni aguas de ríos ni llamas de hogueras ni piedras ni espadas podrán separaros de mí, si en mí perseveráis; es más, llamas, aguas,

espadas, piedras, reforzarán vuestra unión conmigo, y seréis otros Cristos y recibiréis mi premio. Yo estaré con vosotros en las horas de los tormentos, con vosotros en las pruebas, con vosotros hasta la muerte; y después, nada podrá separarnos jamás.

¡Oh, pueblo mío, pueblo al que he llamado y congregado, y más aún llamaré y congregaré cuando sea elevado, atrayéndote entero hacia mí, oh pueblo elegido, pueblo santo, no temas! Porque estoy y estaré contigo, y tú me anunciarás, pueblo mío, por lo cual, vosotros que lo componéis, seréis llamados ministros míos, y a vosotros os daré, os doy ya desde ahora, la orden de decir al septentrión, al oriente, al occidente y al mediodía, que restituyan a los hijos e hijas del Dios Creador, incluso a los de los extremos confines del mundo, para que todos me conozcan como Rey suyo y me invoquen según mi verdadero Nombre, y tengan aquella gloria para la que han sido creados y sean la gloria de quien los ha hecho y formado.

Dice Isaías que las tribus y naciones, para crear, invocarán testigos de mi gloria. ¿Y dónde encontraré testigos, si el Templo y el Palacio, si las castas poderosas me odian, y mienten por no querer decir que Yo soy quien soy? ¿Dónde los hallaré? ¡Aquí están, oh Dios, mis testigos! Estos a quienes he instruido en la Ley, estos cuyo cuerpo y cuyo espíritu he curado, estos que estaban ciegos y ahora ven, sordos y ahora oyen, mudos y ahora saben decir tu Nombre, estos que estaban subyugados y ahora están liberados, todos, todos estos para los cuales tu Verbo ha sido Luz, Verdad, Camino, Vida. Vosotros sois mis testigos, los siervos que he elegido para que conozcan y crean y comprendan que soy Yo, Yo y no otro, el Salvador. Creedlo. Para bien vuestro. Fuera de mí no hay otro Salvador. Sabed creer esto contra toda calumnia humana o satánica. Olvidad todo lo que os haya sido dicho por otra boca que no sea la mía y que discrepe de mi palabra. Rechazad todo lo que en el futuro os puedan decir. Decid a quienquiera que os quiera hacer abjurar de Cristo: "Sus obras hablan a nuestro espíritu" y sed perseverantes en la fe.

Mucho he hecho para daros una fe intrépida. He curado a vuestros enfermos, he aliviado vuestros dolores, os he instruido como un Maestro bueno, os he escuchado como un Amigo, he partido con vosotros el pan y he compartido la bebida. Mas son éstas todavía obras de santo y profeta; otras haré, tales que harán desaparecer toda duda que las tinieblas puedan suscitar, como el torbellino pone nubes de tormenta en la claridad de un cielo de verano. Dejad pasar el nimbo firme en la caridad hacia vuestro Jesús, hacia este Jesús que ha dejado al Padre para venir a salvaros y que dejará la vida para daros la salud.

Vosotros, vosotros, a quienes he amado y amo mucho más que a mi mismo (porque no hay amor más grande que el de inmolarse por el bien de aquellos a quienes se ama), no aceptéis el ser inferiores a aquellos que en la profecía de Isaías son llamados bestias salvajes, dragones y avestruces, o sea, gentiles, idólatras, paganos, impuros, los cuales - cuando Yo solo haya testificado el poder de mi amor y de mi Naturaleza, venciendo solo incluso a la Muerte, cosa constatable y que ninguno, que no sea embustero, podrá negar - dirán: "¡Era el Hijo de Dios!", y, venciendo obstáculos aparentemente insuperables de siglos y siglos de impuro paganismo y de tinieblas y vicio, vendrán a la Luz, a la Fuente, a la Vida. No seáis, no seáis como demasiado Israel, que no me ofrece su holocausto ni me honra con sus víctimas, sino que, al contrario, me produce dolor con sus iniquidades y me hace víctima de su duro corazón, y a mi amor que perdona responde con el odio subterráneo que me socava el suelo para hacerme caer y poder decir: "¿Lo veis? Ha caído porque Dios lo ha fulminado".

Habitantes de Betsur, sed fuertes. Amad mi Palabra porque es verdadera, y mi Señal porque es santa, ¡Que el Señor esté siempre con vosotros y vosotros con los siervos del Señor; todos unidos, para que cada uno de vosotros esté donde Yo voy y tengan una morada eterna en el Cielo todos los que, superada la tribulación y vencida la batalla, mueran en el Señor y en el Señor resuciten, para toda la eternidad!

-¡Señor, pero ¿qué has querido decir? ¡En tu discurso ha habido gritos de triunfo y de dolor! - dicen algunos de Betsur.

-Sí. Pareces a uno que se supiera rodeado de enemigos - dicen otros.

-Y nos has dado a entender que nosotros también lo estaremos - dicen otros.

-¿Qué hay en tu mañana, Señor? - otros.

-¡La gloria! - grita Judas de Keriot.

-¡La muerte! - suspira Elisa llorando.

-La Redención. El cumplimiento de mi misión. No temáis. No lloréis. Amadme. Yo me siento feliz de ser el Redentor. Ven, Elisa. Vamos a tu casa... - y Él el primero, se pone en marcha, abriéndose paso entre la gente, que está turbada por opuestas emociones.

-Pero, ¿por qué, Señor, siempre estos discursos? - dice Judas, de mal genio, preguntando y censurando.

Y añade:

-No son propios de un rey.

Jesús no le responde. Responde, sin embargo, a su primo Santiago, que le pregunta con los ojos empañados de llanto:

-¿Por qué, hermano, haces siempre citas del Libro en tus despedidas?

Para que quien me acuse no diga ni que desvarío ni que blasfemo, y para que quien no quiera rendirse ante la realidad de las cosas comprenda que desde siempre la Revelación me ha mostrado Rey de un reino *no humano*, que se configura, se construye y cimenta con la inmolación de la Víctima, de la *única* Víctima que puede recrear el Reino de los Cielos, destruido por Satanás y la primera pareja. Soberbia, odio, mentira, lujuria, desobediencia, han destruido; humildad, obediencia, amor, pureza, sacrificio, reconstruirán... No llores, mujer. Los que tú amas, que esperan, suspiran por la hora de mi inmolación...

Entran en la casa y, mientras los apóstoles se dedican a reponer las fuerzas de sus cuerpos y a confortar su estómago, Jesús va al jardín (un jardín ordenado, florido) y, sólo con Elisa, la escucha.

-Maestro, Juana quiere hablar contigo en secreto; sólo yo lo sé. Me ha mandado aquí a Jonatán. Ha dicho: "Por cosas muy graves". Ni siquiera la hija que me diste - y bendito seas por ello - lo sabe. Juana ha enviado a servidores suyos en todas las direcciones para buscarte. Pero no te han encontrado...

-Estaba muy lejos, y habría ido aún más lejos, si no me hubiera impulsado el espíritu a volver... Elisa, vendrás conmigo y con el Zelote a casa de Juana. Los otros se quedarán aquí dos días descansando, luego irán a Béter. Tú regresarás con Jonatán.

-Sí, mi Señor...

Elisa lo mira, maternal, lo escudriña... No sabe contenerse una palabra:

-¿Sufres?

Jesús meneaba la cabeza sin un verdadero signo de negación, pero con claro desconsuelo.

-Soy una madre... Tú eres mi Dios... pero... ¡Oh, mi Señor! ¿Qué crees que quiere Juana? Hablabas de muerte y yo lo he comprendido, porque en el Templo las vírgenes leían mucho los lugares de las Escrituras donde se habla de ti, Salvador, y me acuerdo de esas palabras. Hablabas de muerte y tu rostro resplandecía de alegría celestial... Ahora no resplandece tu rostro... María fue para mí como una hija... y Tú eres el Hijo de Ella... Por eso, si no es pecado decirlo, te veo un poco como hijo mío... Tu Madre está lejos... Pero tienes a tu lado a una madre. Bendito de Dios, ¿no puedo aliviar tu pena?

Ya la alivias porque me quieres. ¿Que qué pienso acerca de lo que Juana me tiene que decir? Mi vida es como este rosal. Las rosas sois vosotras, discípulas buenas. ¿Pero, si se quitan las rosas, que queda? Espinas...

-Pero a nosotras nos tendrás hasta la muerte.

-Es verdad. ¡Hasta la muerte! Y el Padre os bendecirá por el consuelo que me habréis de procurar. Vamos a entrar en la casa. Descansemos. A la puesta del sol partiremos para Béter.

400

En Béter, en casa de Juana de Cusa, la cual habla del daño provocado por Judas Iscariote ante Claudia.

Jesús, seguido por el Zelote, que lleva de la rienda el burrito cabalgado por Elisa, llama a la puerta del guardián de Béter. No han recorrido el camino de la otra vez. Han llegado a la propiedad de Juana por el pueblecillo que hay diseminado por las pendientes occidentales del monte sobre el que se alza el castillo.

El guardián, reconociendo al Señor, se apresura a abrir de par en par la cancilla que está a un lado de su casita y que introduce en el jardín que precede al edificio: es el principio de ese lugar de ensueño que son los jardines de rosas de Juana. Un intenso olor de rosas frescas y de esencia de rosas está suspendido en el aire caliente del ere crepúsculo, y, cuando la primera corriente de aire de la noche, proveniente de levante, pasa cimbreado los rosales en flor, más penetrante se hace el perfume, más fresco, más genuino, porque viene de las lomas de rosales cultivados y sobrepuja el denso perfume de la esencia, proveniente de un bajo y vasto cobertizo colocado contra el muro occidental de la propiedad.

El guarda explica:

-Mi ama está allí. Todos los días, al anochecer va donde se reúnen a esta hora los recolectores y los de las esencias y habla con ellos, les pregunta cosas, los cura, los anima. Nuestra ama es muy buena. Siempre lo ha sido. ¡Y no digamos desde que es tu discípula!... Voy a llamarla... Es una temporada de mucho trabajo y no son suficientes los recolectores fijos, a pesar de que hayan aumentado desde Pascua con los nuevos dependientes, hombres y mujeres, que ha contratado. Espérame, Señor...

-No, voy Yo donde ella. Que Dios te bendiga y te dé paz - dice Jesús mientras alza la mano para bendecir al anciano guarda, al que hasta ese momento, ha estado escuchando pacientemente. Lo deja y se dirige hacia el bajo y vasto cobertizo.

El ruido de los pasos contra la tierra dura del sendero hace sacar la cabeza a Matías, muy curiosón. Y el niño, dando un grito, sale corriendo, con los brazos abierto; y subidos, como invitación y deseo de abrazo.

-¡Está aquí Jesús! ¡Está aquí Jesús! - grita echándose a correr. Y cuando está ya entre los brazos del Señor, que lo besa, se asoma Juana y con ella sus dependientes.

-¡El Señor! - grita a su vez, y cae de rodillas para venerarlo inmediatamente desde el lugar en que se encuentra. Se postra y luego se alza (la faz teñida, por la emoción, de un color purpurino semejante a pétalo de rosa encendida). Luego se acerca a Jesús. Se postra otra vez para besarle los pies.

-La paz a ti, Juana. ¿Me requerías? He venido.

-Te requería... Sí, Señor...

La tez de Juana palidece de nuevo y su rostro se pone serio.

Jesús lo nota.

-Levántate, Juana. ¿Cusa está bien?

-Sí, mi Señor.

-¿Y María, la pequeña, que no la veo?

-También, Señor... Ha ido con Ester a llevar medicinas a un trabajador enfermo.

-¿Por ese hombre me has llamado?

-No, Señor... Por... ti.

Es bien visible que Juana no quiere hablar en presencia de todos, que se han aglomerado alrededor.

Jesús, comprendiéndolo, dice:

-Bien. Vamos a ver tus rosales...

-Estarás cansado, Señor. Tendrás que comer... Tendrás sed...

-No. Durante las horas de mayor calor nos hemos detenido en una casa de discípulos de los pastores. No estoy cansado...

-Entonces vamos... Jonatán, prepara todo para el Señor y los que han venido con Él... Baja, Matías... - indica al encargado, que está al lado de ella, respetuoso, y al niño, que se ha hecho un nido en los brazos de Jesús y cariñoso, tiene su cabecita morena en la concavidad del cuello de Jesús, como una tortolita bajo el ala paterna. El niño lanza un suspirón de pena, pero hace ademán de obedecer.

Pero Jesús dice:

-No. Viene con nosotros. No molestará. Será un pequeño ángel, ante el cual no puede hacerse ni decirse nada escandaloso, y que impedirá que surja la más leve sospecha en los corazones. Vamos...

-Maestro, ¿yo y Elisa entramos en casa, o quieres que estemos contigo? - pregunta el Zelote.

-Id, id.

Juana guía a Jesús por un amplio paseo que divide el jardín, y dirige hacia las parcelas de rosales, que suben y bajan las opuestas ondulaciones que constituyen la propiedad florida de la discípula. Juana continúa, como buscando aislarse en donde no haya sino rosales y árboles, y pajaritos entre las frondas (en las últimas riñas por encontrar un sitio para el sueño, o en los últimos cuidados a las crías en los nidos). Las rosas, cerradas aún en su capullo en este atardecer - mañana, abiertas, caerán bajo las tijeras-, esparcen intensa fragancia antes de descansar bajo las gotas de rocío. Se paran en una hondonada entre dos pliegues del terreno en que, formando festones, ríen, por una parte rosas encarnadas, por la otra rosas rojas como manchas de sangre que se esté coagulando. Y hay una piedra grande, que sirve de asiento o de apoyo para los cestos de los recolectores. Hay rosas y pétalos ajados entre la hierba y encima de la piedra, testimonio del trabajo del día.

Juana, con la mano ensortijada, quita del asiento esos restos y dice:

-Siéntate, Maestro. Tengo que hablar contigo... mucho.

Jesús se sienta. Matías se pone a correr para acá o para allá por la hierba, hasta que encuentra un gran interés en perseguir a un grueso sapo que había venido a tomar el fresco del atardecer, y se aleja con gritos y saltos de alegría, yendo y viniendo, detrás del pobre sapo, hasta que distrae su atención la hura de un grillo, y se pone a hurgar en ella con un palito.

-Juana, estoy aquí para escucharte... ¿No hablas? - pregunta Jesús después de un rato de silencio, y deja de observar al niño para mirar a la discípula, que está frente a Él erguida, seria y silenciosa.

-Sí, Maestro. Pero... es muy difícil..., y creo que es una cosa dolorosa de escuchar...

-Habla con sencillez y confianza...

Juana se deja deslizar hasta la hierba, semisentada en los calcañares, baja respecto a Jesús, que está sentado más arriba, en su asiento, con actitud austera y rígida, distante como hombre más que si estuviera separado por muchos metros y por muchos obstáculos cercano como Dios y Amigo por la bondad de la mirada y la sonrisa. Y Juana lo mira, lo mira, en el suave crepúsculo de la tarde de Mayo. Por fin habla:

-Mi Señor... antes de hablar... necesito preguntarte... necesito conocer tu pensamiento... comprender si me he equivocado siempre al comprender tus palabras... Soy mujer, una mujer ignorante... quizás he soñado... y solamente ahora sé realmente las cosas... las cosas como las has dicho, como las has preparado, como la quieres para tu Reino... Quizás tiene razón Cusa... y yo estoy equivocada...

-¿Te ha regañado Cusa?

-Sí y no, Señor. Sólo me ha dicho, con autoridad de marido, que si es como los últimos hechos hacen pensar, *debo* dejarte, porque él, dignatario de Herodes, no puede permitir que su mujer conspire contra Herodes.

-¿Y cuándo has sido conspiradora! ¿Quién tiene intención de dañar a Herodes? Su pobre trono, tan ruin como es, es menos que este asiento entre los rosales. Aquí me siento, allí no me sentaría. ¡Se puede tranquilizar Cusa! No despierta mi interés el trono de Herodes, y ni siquiera el de César. No son éstos mis tronos, ni son éstos mis reinos.

-¿Sí, Señor? ¡Bendito seas! ¡Cuánta paz me das! Hacía días que sufría por esto. ¡Maestro mío, santo y divino, mi amado Maestro, mi Maestro de siempre, como te he comprendido, te he visto, te he amado, como te he creído, tan alto, tan por encima de la Tierra, tan... tan divino, mi Señor y Rey celeste! - y Juana, habiendo cogido la mano de Jesús, besa su dorso respetuosamente mientras está de rodillas, como en adoración.

-¿Qué es lo que ha pasado, entonces? ¿Qué cosa, que ignoro, capaz de turbarte de esta forma, capaz de empañar en ti la claridad de mi figura moral y espiritual? ¡Habla!

-¿Qué cosa? Maestro, los ríos del error, de la soberbia, de la codicia, de la obstinación, se han elevado, como de fétidos cráteres, y han empañado el concepto de ti en algunos, en algunas... y trataban de hacer lo mismo en mí. Pero yo soy tu Juana; tu gracia, oh Dios. Y no me habría perdido, al menos eso espero, sabiendo lo bueno que es Dios. Pero el que es todavía sólo un embrión de alma que lucha por formarse, bien puede morir por una desilusión. Y quien todavía no es más que uno que desde el mar fangoso, agitado por corrientes violentas, trata de arribar a la orilla, al puerto, trata de purificarse, de conocer otros lugares de paz, de justicia, bien puede sucumbir de cansancio, si desespera de esta playa, de estos lugares, y dejarse atrapar de nuevo por las corrientes y el fango. Y yo, por esta ruina de almas para las cuales impetro tu Luz, sentía dolor y tortura. Amamos más a las almas que damos a la Luz eterna que a los cuerpos que damos a la luz terrena. Ahora comprendo lo que es ser madre de una carne y madre de un alma. Se llora por el hijito que muere. Pero ese dolor es sólo el nuestro. Por un espíritu al que hemos tratado de formar en tu Luz, y que muere, se sufre no por nosotras solas. Se sufre contigo, con Dios... porque en nuestro dolor por la muerte espiritual de un alma está también tu dolor, infinito dolor de Dios... No sé si me explico bien...

-¡Te explicas muy bien! Pero cuéntame con orden las cosas. Si quieres que te consuele.

-Sí, Maestro. Mandaste a Simón Zelote y a Judas de Keriot a Betania, ¿no es verdad? Por aquella niña hebrea que te han dado las romanas y que has enviado a Nique...

-Sí. ¿Y entonces?

-Maestro... Debo darte un dolor... ¿Maestro, Tú eres un Rey del espíritu y no piensas de ninguna manera en reinos terrenos?

-¡Que no, Juana! ¿Cómo puedes pensar esto todavía?

Maestro, es para sentir de nuevo la alegría de verte divino, sólo divino. Pero, precisamente porque lo eres, te he de dar un dolor... Maestro, el hombre de Keriot no te comprende, y no comprende a quien te respeta como sabio, como gran filósofo, como Virtud sobre la Tierra, y aunque sólo sea por eso ya te admira y se profesa protectora tuya. Es extraño que unas mujeres paganas comprendan lo que un apóstol tuyo no comprende, después de estar contigo desde hace tanto...

-Lo ciega la humanidad, el amor humano.

-Lo disculpas... Pero te perjudica, Maestro. Mientras Simón hablaba con Plautina, Lidia y Valeria, Judas habló con Claudia, en tu nombre, como embajador tuyo. Quería arrancarle promesas para una restauración del reino de Israel. Claudia le hizo *muchas* preguntas... El habló *mucho*. Ciertamente piensa que está a las puertas de su sueño demencial, en las regiones donde el sueño se transforma en realidad. Maestro, Claudia se ha enojado por esto. Es hija de Roma... Lleva el imperio en su sangre... ¡Querer Tú que ella, precisamente ella, hija de los Claudios, vaya contra Roma! Ha sido para ella un choque tan hondo, que ha dudado de ti y de la santidad de tu doctrina. Ella todavía no puede concebir, comprender la santidad de tu origen... Pero llegará a ello, porque tiene buena voluntad. Llegará a ello cuando se haya tranquilizado respecto a ti. Ahora le apareces como rebelde, usurpador, ambicioso, falso... Plautina y las otras han tratado de infundirle seguridad... Pero ella quiere una respuesta inmediata y tuya.

-Dile que no tema. Yo soy el Rey de los reyes, el que los crea y los juzga, y no tendré trono alguno aparte del del Cordero, primero inmolado, luego triunfante en el Cielo. Transmíteselo inmediatamente.

-Sí, Maestro. Iré yo personalmente. Antes de que dejen Jerusalén, porque Claudia está tan enojada que no sigue ya más tiempo en la Antonia... para no... ver a los enemigos de Roma, dice.

-¿Quién te ha dicho esto?

-Plautina y Lidia. Vinieron... y Cusa estaba presente... y después... me puso en el dilema: o Tú eres el Mesías espiritual o dejarte para siempre.

En el rostro de Jesús, palidecido de dolor por lo que ha contado Juana, se ve una sonrisa de cansancio, y dice:

-¿Cusa no viene aquí?

-Mañana es sábado y estará él.

-Y Yo lo tranquilizaré. No temas. Ninguno tema. Ni Cusa por su puesto en la Corte, ni Herodes por posibles usurpaciones, ni Claudia por amor a Roma, ni tú por miedo a haberte equivocado, a verte separada... Ninguno tema... Sólo yo debo temer... y sufrir...

-Maestro. No hubiera querido darte este dolor. Pero callar hubiera sido un engaño... Maestro ¿cómo te vas a comportar con Judas?... Tengo miedo de sus reacciones... por ti, que conste que es por ti...

-Con verdad. Haciéndole comprender que estoy al corriente de las cosas y que desapruebo su acción y su obstinación.

-Me odiará, porque comprenderá que lo sabes por mí...

-¿Te duele?

-Tu odio me dolería, no el suyo. Soy mujer, pero más viril que él en servirte. Yo te sirvo porque te amo, no para recibir honores de ti. Si mañana por ti perdiera las riquezas, el amor de mi marido e incluso la libertad y la vida, te amaría más todavía. Porque entonces Tú serías el único para mi amor y para amarme - dice Juana, con ímpetu, poniéndose de pie.

También Jesús se levanta y dice:

-Bendita tú, Juana, por estas palabras. Y quédate tranquila. Ni el odio ni el amor de Judas pueden alterar lo que está escrito en el Cielo. Mi misión será cumplida como está decidido. No tengas remordimientos, nunca. Estáte tranquila como el pequeño Matías, que después de haber trabajado en hacerle una casa, según él más bonita, a su grillo, se ha dormido con la frente contra unos pétalos de rosa, y sonríe... creyendo tenerla sobre las rosas. Porque es bonita la vida cuando uno es inocente. Yo también sonrío, a pesar de que mi vida humana no tiene flores, sino pétalos deshojados, lacios. Pero en el Cielo tendré todas las rosas de los salvados... Ven. Está anocheciendo. Dentro de poco ya no veremos el sendero.

Juana hace ademán de tomar al niño en brazos.

-Deja... Lo tomo yo. ¡Mira cómo sonríe! Sin duda está soñando con el Cielo. Con su mamá. Y contigo... Yo también, en mis penas de todas las horas, sueño con el Cielo, con mi Madre y con las buenas discípulas.

Y lentamente se encaminan hacia la casa...

Pedro y Bartolomé en Béter por un grave motivo. Éxtasis de la escritora.

Jesús pasea entre las florestas de rosas, donde bulle el trabajo de los recolectores. Halla así la manera de hablar con uno o con otro, y también con la mujer viuda y sus hijos, a la que Juana en la Pascua ha tomado, por su amor, a su servicio después del banquete de los pobres. Ya no parecen los mismos. Con nueva vitalidad, serenos, cumplen su trabajo con alegría, cada uno según sus propias capacidades, y los más pequeños, que verdaderamente no saben todavía ni siquiera distinguir una rosa de otra por el color o por la lozanía para escogerlas, juegan con otros pequeñuelos en los sitios más tranquilos, y sus gorjeos de pajarillos humanos todavía en el nido se unen a los de los implumes que pían, que chillan entre las frondas de los árboles para saludar a sus padres que regresan con la comida para sus bocas.

Jesús se acerca a estas pequeñas nidadas humanas, y se agacha, se interesa, acaricia, calma pequeñas riñas, levanta al que se ha caído y gimotea, sucio de tierra, arañadas con el suelo la frente o las manitas. Y los llantos, las riñas, los celos, cesan de golpe con la caricia y la palabra del Inocente a los inocentes, o se transforman incluso en el ofrecimiento del objeto causa de la discusión o de la caída (el escarabajo dorado, la piedrecita de color o brillante, una flor cortada, etc.)... Jesús tiene llenas de estas cosas las manos y el cinturón, y, cuando deposita escarabajos y mariquitas entre el follaje, restituyéndolos así a la libertad, lo hace sin ser visto.

¡Cuántas veces he notado el perfecto tacto de Jesús incluso en los más pequeños, para no herirlos, para no defraudarlos! Tiene el arte y el atractivo para saber mejorarlos y para hacerse querer, con cosas aparentemente insignificantes, aunque en realidad son perfecciones de amor adaptado a la pequeñez del niño...

Como a mí. ¡A mí me ha tratado siempre como a un "niño" para mejorar mi miseria, para hacerse querer! Después, cuando lo he amado con todo mi ser, ha apretado la mano, me ha tratado como adulta, sordo a mis súplicas: « ¿Pero no ves que soy una inútil?». Ha sonreído y me ha obligado a hacer obras de adultos... ¡Oh! Sólo cuando la pobre María está toda llena de aflicción, Él vuelve a ser el Jesús de los niños para mi pobre alma, tan incapaz, y se muestra satisfecho de... mis escarabajos y mis piedrecitas... y mis florecillas... de lo que logro darle... y me muestra que los ve bonitos... y que me ama porque soy "la nada que se abandona, se pierde, en el Todo".

¡Querido Jesús mío! ¡Amado, amado hasta la locura! ¡Amado con todo mi ser! ¡Sí, lo puedo proclamar! En la vigilia de mi año 49, examinándome atentamente, en la vigilia de la sentencia humana sobre mi obra como portavoz, escudriñando atentamente mi espíritu y toda mí misma para descifrar las palabras verdaderas que hay en mí, puedo decir que ahora amo, comprendo que amo a mi Dios con todo mi ser. He tardado 48 años en llegar a este amor total, tan total que excluye un pensamiento de temor personal en vistas de una condena, teniendo tan sólo una profunda aflicción por la repercusión que ésta pudiera tener en almas que yo he llevado a Dios, que estoy convencida de que han sido redimidas por el Jesús vivo dentro de mí, y que se separarían de la Iglesia, anillo de enlace entre la humanidad y Dios.

Dirán algunos: « ¿No te da vergüenza haber tardado tanto?». No, en absoluto. Era tan débil, tan nada, que he tardado todo este tiempo. Y además estoy convencida de que he tardado exactamente el tiempo que Jesús ha querido. Ni un minuto más ni un minuto menos; porque - esto puedo decirlo - desde que empecé a comprender - qué es Dios, no le he negado a Dios nada. Desde cuando, teniendo yo cuatro años, lo *sentía tan omnipresente*, que creía incluso que estar en la madera del respaldo de la silla en que me sentaba y le pedía disculpa por darle la espalda y por apoyarme en Él; desde cuando también a los cuatro años, hasta en el sueño meditaba que nuestros pecados lo habían herido y matado, y me ponía de pie encima de mi cama, suplicando, vestida con mi camisón de noche, sin mirar a ningún cuadro sagrado, sino volviéndome a mi Amado matado por nosotros, suplicando: «¡Yo no! ¡Yo no! ¡Quítame la vida, pero no me digas que yo te he herido!». Y así sucesivamente...

Amor mío, Tú conoces mis ardores, no desconoces ni siquiera uno... Tú sabes que bastaba que se perfilase una propuesta tuya para que ya *inmediatamente* fuera aceptación en tu María. Aunque me propusieras que te diera mi amor de novia - es más, precisamente entonces, en la Navidad del 1921, se reafirmó mi amor por ti -, o el amor de los parientes o la vida o la salud o la comodidad... y que, cada vez más, fuera una "nada" en la vida social, un desecho, mirado por el mundo con compasión o burla... Una que no puede tomar un vaso de agua si tiene sed si no hay quien se lo acerque, una que está clavada como Tú, como Tú, y como he deseado tanto estarlo, y como quisiera enseguida volver a estar si Tú me curaras. ¡Todo! La nada ha dado todo, su todo de criatura... Bien, pues también ahora, también ahora, que puedo ser juzgada negativamente, que puedo sufrir interdicción, que pueden actuar contra mí, ¿qué te digo? «Déjame a ti, déjame tu Gracia. Todo el resto es nada. Lo único que te ruego es que no me suspendas tu amor y que no permitas que los que te he dado vuelvan a caer en las tinieblas.

¿Pero, a dónde he ido, oh Sol mío, mientras paseas entre los rosales? A donde mi corazón, que ha hecho esfuerzo de amor por ti, me lleva. Y late, y me enciende la sangre en las venas. Y la gente dirá: «Tiene fiebre y palpitaciones». No. Es que esta mañana te estás derramando en mí con la fuerza de un divino huracán de amor, y yo... y yo me anulo en ti, que me invades, y ya no coordino como criatura, y siento lo que debe ser el vivir de los serafines... y ardo y deliro y te amo, te amo, te amo. ¡Piedad, en tu amor! Piedad, si quieres que viva todavía para servirte, oh Amor divinísimo, eterno, oh Amor dulcísimo, oh Amor de los Cielos y de la Creación, Dios, Dios, Dios...

¡O... no... piedad, no! ¡Antes al contrario, más aún! ¡Hasta la muerte en la hoguera del amor! ¡Fundámonos! ¡Amémonos! Para estar en el Padre, como dijiste orando por nosotros: «Que estén (los que me aman) donde estamos Nosotros. Que sean uno». ¡Uno! Ésta es una de *las* afirmaciones del Evangelio que siempre me han hecho sumirme en un abismo de adoración amorosa. ¿Qué pediste para nosotros, mi Divino Maestro y Redentor? ¿Qué pediste, mi Divino loco de amor? Que nosotros seamos uno contigo, con el Padre, con el Espíritu Santo, porque quien está en Uno está en los Tres, ¡oh, inseparable y verdaderamente libre Trinidad del Dios uno y trino! ¡Bendito! ¡Bendito! ¡Bendito con cada uno de mis latidos y respiros!...

Pero volvamos a la visión, porque veo venir con paso veloz, tanto que sus vestiduras se mueven como una vela azotada por el viento, a Pedro, seguido por Bartolomé, que camina más tranquilo. Se presenta repentinamente a espaldas del Maestro, que está agachado acariciando a unos lactantes - los cuales son, sin duda, hijos de recolectoras - puestos en unos traspuntines a la sombra fresca de las plantas.

-¡Maestro!

-¡Simón! ¿Cómo es que estás aquí? ¿Y tú, Bartolomé? Teníais que partir mañana por la tarde, después de la puesta de sol del sábado...

-Maestro, no nos regañes... Escúchanos antes.

-Os escucho. Y no os regaño, porque pienso que habréis desobedecido por un grave motivo. Solamente aseguradme que ninguno de vosotros está herido o enfermo.

-No, no, Señor. No nos ha sucedido ningún mal - se apresura a decir Bartolomé.

Pero Pedro, siempre sincero e impulsivo, dice:

-¡Mmm! Yo por mí digo que hubiera sido mejor si tuviéramos todos las piernas rotas, o incluso la cabeza, antes que...

-¿Qué ha sucedido entonces?

-Maestro, hemos pensado que era mejor venir para acabar con... - está diciendo Bartolomé cuando Pedro le interrumpe:

-¡Pero habla más deprisa!

Y termina:

-Judas es un verdadero demonio desde que te has marchado. Ya no podíamos hablar, no razonaba. Ha discutido con todos... Y ha escandalizado a todos los dependientes de Elisa y a otras personas...

-Quizás se ha puesto celoso porque has tomado a Simón contigo... - dice Bartolomé queriendo disculpar, al ver que la cara de Jesús se pone muy severa.

-¡Qué van a ser celos! ¡Deja de una vez de disculparlo!... O riño contigo para desahogarme de no haber podido reñir con él... ¡Porque Maestro, he logrado estar callado! ¡Fíjate! ¡Estar callado! Por pura obediencia y amor a ti... ¡Pero qué esfuerzo! Bien. En un momento en que Judas se marchó, dando portazos, hemos deliberado entre nosotros... y hemos pensado que era mejor partir para poner fin al escándalo en Betsur y... evitar... darle unos guantazos... Y yo y Bartolomé nos hemos marchado inmediatamente. He rogado a los otros que me dejaran marcharme enseguida, antes de que él volviera... porque... porque sentía realmente que no me iba a contener ya más... Esto es. He dicho. Ahora corrígeme, si te parece que he cometido un error.

-Has hecho bien. Habéis hecho todos bien.

-¿También Judas? ¡Ah, no, mi Señor! ¡No digas esto! ¡Ha dado un espectáculo indigno!

-No. Él no ha hecho bien. Pero no lo juzgues.

-...No, Señor...

El "no" sale con mucho esfuerzo.

Un momento de silencio. Luego Pedro pregunta:

-¿Me dices, al menos, por qué Judas, de repente, se ha vuelto así? ¡Parecía haberse vuelto tan bueno! ¡Se estaba tan bien! Yo había hecho oraciones y sacrificios para que continuara... Porque no puedo verte afligido. Y Tú estás afligido cuando nos causamos daño... Y, desde las Encenias, sé que incluso el sacrificio de una cucharada de miel tiene valor... Esta verdad me la ha tenido que enseñar un discípulo, el más pequeño de los discípulos, un pobre niño, a mí, tu apóstol necio. Pero no la he desatendido. Porque he visto su fruto. Porque también yo, que soy un zopenco, he comprendido algo por luz de la Sabiduría que se ha inclinado benigna hacia mí, que ha bajado hasta mí, hasta el rudo pescador, hasta el hombre pecador. He comprendido que es necesario amarte no sólo con las palabras, sino salvándote las almas con nuestro sacrificio. Para darte una alegría. Para no verte así como estás ahora, como estabas en Sebat. Tan pálido y triste, mi Maestro y Señor que no somos dignos de tenerte, que no te comprendemos: nosotros, gusanos al lado de ti, Hijo de Dios; nosotros, lodo al lado de ti, Estrella; nosotros, tinieblas al lado de ti, Luz. ¡Pero no ha servido para nada! ¡Para nada! Es verdad. Mis pobres ofrendas... tan pobres; tan defectuosas... ¿Y para qué iban a servir? Ha sido soberbia mía, creer que pudieran servir... Perdóname. Pero te he dado cuanto tenía. Me he ofrecido para darte todo lo que tengo. Y creía estar justificado porque te he amado, oh mi Dios, con todo mi ser, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, como está escrito. Y ahora comprendo también esto y lo digo yo también como dice siempre Juan, nuestro ángel, y te ruego (y se arrodilla a los pies de Jesús) que aumentes tu amor en tu pobre Simón, para que aumente mi amor por ti, oh mi Dios.

Y Pedro se agacha a besar los pies de Jesús, y se queda así. Bartolomé, que ha estado escuchando, admirando y asintiendo, hace lo mismo.

-Alzaos, amigos. Mi amor crece sin pausa en vosotros, y crecerá cada vez más. Y benditos seáis por el corazón que tenéis. ¿Cuándo van a venir los otros?

-Antes de la puesta del sol.

-Está bien. También Juana y Elisa y Cusa volverán antes del ocaso. Pasaremos el sábado aquí y luego partiremos.

-Sí, Señor. ¿Pero para qué te ha llamado Juana con tanta urgencia? ¿No podía esperar? ¡Estaba ya concordado que vendríamos aquí!

-¡Con su imprudencia ha causado un buen jaleo!...

-No la acuses, Simón de Jonás. Ha actuado por prudencia y amor. Me ha llamado porque había almas cuya buena voluntad había que confirmar.

-¡Ah! Entonces ya no hablo más... Pero, Señor, ¿por qué Judas se ha alterado de esa forma?

-¡No pienses en ello! ¡No pienses en ello! Goza de este Edén, todo flores y paz. Goza de tu Señor. Y deja, y olvida, las formas peores de la Humanidad, sus asaltos contra el espíritu de tu pobre compañero. Lo único que debes recordar es orar por él, mucho, mucho. Venid. Vamos donde aquellos pequeños que nos miran asombrados. Hace poco les estaba hablando de Dios, de alma a alma, con el amor, y a los más grandecitos con las bellezas de Dios...

Y echa sus brazos alrededor del talle de sus dos apóstoles, para dirigirse a un círculo de niños que lo esperan.

Veo a Jesús en la parte de delante del palacio de Juana en Béter. Ahí el jardín que precede a la casa se ensancha, formando como dos alas verdes en forma de tenaza, creando así una pequeña explanada semicircular, desnuda de árboles en el centro, pero limitada en los bordes por árboles muy altos y añosos, frondosos, que, con la brisa que corre por esta cima de colina, susurran levemente su frufrú y proyectan una propicia sombra para protección del sol cuando éste está en occidente. Debajo de los árboles, un seto de rosas pone un semicírculo de colores y fragancias como linde de la explanada.

La hora se acerca al ocaso, porque el sol, que - estando este castillo sobre un lugar elevado - se ve nítidamente descender por un buen arco de horizonte, está para ocultarse detrás de los montes que hay a occidente y que Andrés señala a Felipe recordando el miedo de los dos, allí, en Bet Yinna, por tener que anunciar al Señor. Se comprende que en estos montes está Bet Yinna, donde el Señor, hace un año, curó a la hija del posadero, al principio de su peregrinaje hacia las orillas mediterráneas, si recuerdo bien. Estoy sola y no puedo pedir que me den los fascículos de hace unos meses, para confrontar; y mi cabeza no es capaz de recordar.

Están presentes todos los apóstoles. No sé cómo ha tenido lugar el encuentro de Jesús con Judas. Aparentemente en el mejor de los modos, porque no noto caras serias ni alteradas, y Judas se muestra desenvuelto, alegre, como si no pasara nada; tanto que es todo amabilidad incluso con los subalternos más humildes, cosa que no es muy fácil en él y que desaparece del todo cuando está inquieto.

Está todavía Elisa, y también Anastática, que ha venido, sin duda, con los apóstoles y la doméstica de Elisa. Y está Cusa, respetuoso todo, con Matías de la mano; y Juana, junto a Elisa, con la pequeña María al lado. Y Jonatán está detrás de su ama.

Frente a Jesús - a quien protege del sol, que todavía cae sobre esta fachada occidental, un toldo tendido sobre unas cuerdas y unos postes, como un baldaquino - están todos los domésticos y jardineros de Béter, y no son sólo los habituales, sino también los adventicios, tomados del pueblo que depende del castillo. Están a la sombra fresca del frondoso semicírculo, protegidos del sol, silenciosos, alineados, esperando la bendición de Jesús, que parece ya próximo a la partida, en espera sólo de que el ocaso señale el final del sábado.

Jesús habla ahora con Cusa; están un poco retirados. No sé qué le dice, porque hablan en voz baja. Pero veo que Cusa se prodiga en reverencias y en declaraciones de garantías, poniéndose la mano derecha en el pecho como para decir: «Empeño mi palabra, esté seguro de que por mi parte» etc. etc.

Los apóstoles, discretos, se han reunido en un ángulo. Pero ninguno les puede impedir observar, y si en el rostro de Pedro y Bartolomé se ve la sencilla mirada de quien sabe ya un poco de qué se trata, en el rostro de los otros, menos Judas, hay aprensión, una expresión triste, especialmente en los rostros de Santiago de Alfeo, Juan y Simón y Andrés, mientras que Judas de Alfeo parece casi inquieto y severo; el otro Judas, que quiere aparecer desenvuelto, mira más que todos, y parece querer descifrar, por los movimientos de las manos, de los labios, lo que Jesús y Cusa dicen.

Las discípulas, calladas, respetuosas, también observan, y Juana sonríe involuntariamente, con un poco de ironía en medio de su tristeza, y parece compadecer a su esposo cuando Cusa, alzando la voz al final del coloquio, proclama:

-Mi deuda de gratitud es tal, que de ninguna manera podré jamás quedar desobligado. Por tanto, te concedo lo que más amo: mi Juana... Pero debes comprender mi prudente amor por ella... El enojo de Herodes... su legítima defensa... se habrían descargado en forma de represalias contra nuestros bienes, contra... contra nuestro poder... y Juana está habituada a estas cosas, está delicada... necesita estas cosas... Yo tutelo sus intereses. Pero te juro que ahora que estoy seguro de que Herodes no se va a enojar conmigo, como contra un siervo suyo cómplice de un enemigo, te voy a servir con absoluta alegría y nada más, y concederé a Juana toda libertad...

-Está bien. Pero recuerda que trocar los bienes eternos por un breve honor humano es como trocar la primogenitura por un plato de lentejas. Y mucho peor todavía...

Las discípulas han oído estas palabras. Pero también los apóstoles. Y, mientras que a la mayor parte les sabe a discurso académico, Judas de Keriot percibe en ellas un sabor especial: cambia de color y de expresión, y echa una mirada entre asustada e irritada a Juana. Intuyo que hasta este momento Jesús no ha hablado de cuanto ha sucedido, y que sólo ahora Judas tiene la primera sospecha de que su juego ha sido descubierto.

Jesús se vuelve a Juana y le dice:

-Bueno, pues ahora vamos complacer a la buena discípula. Voy a hablar, como has deseado, a tus dependientes antes de partir.

Da unos pasos hacia delante, hasta el límite de sombra que se va alargando cada vez más, debido a que el sol va descendiendo, va descendiendo lentamente (parece ya una naranja cortada por la base, y cada vez más se va ensanchando el corte, a medida que el astro va bajando por detrás de los montes de Bet - Yinna, dejando un enrojecimiento de fuego en el cielo terso).

-Amados amigos Cusa y Juana, y vosotros, servidores buenos de ella, que ya conocéis al Señor por boca de mi discípulo Jonatán, desde hace muchos años, y por boca de Juana desde cuando es fiel discípula mía, escuchad.

Me he despedido de todos los lugares judíos donde tengo mayor número de discípulos, por obra de mis primeros discípulos, los pastores, y también por la respuesta coherente al Verbo, que ha pasado instruyendo para salvar. Ahora me despido de vosotros, porque no volveré nunca más a este Edén, bellissimo (no tanto por los rosales y la paz que reinan en él, y no sólo por la buena ama que en él es reina, cuanto porque aquí se cree en el Señor y se vive según su Palabra). ¡Un paraíso! Sí. ¿Qué era el paraíso de Adán y Eva? Un espléndido jardín donde se vivía sin pecado y donde resonaba la voz de Dios, amada, acogida con alegría por sus primeros dos hijos...

Ahora bien, Yo os exhorto a vigilar para que no os suceda lo que sucedió en el Edén: no suceda que se introduzca la serpiente de la mentira, de la calumnia, del pecado, y os muerda en el corazón y separe de Dios. Vigilad y manteneos firmes en la Fe... No os turbéis. No hagáis actos de incredulidad, lo cual podría suceder porque el Maldito entrará, tratará de entrar, por todas partes, como ya ha entrado en muchos lugares, para destruir la obra de Dios. Y mientras que entre en los lugares, el

Perspicaz, el Astuto, el Incansable, y escudriñe y se ponga a la escucha y tienda asechanzas y desbabe y trate de seducir, poco mal será todavía. Nada ni nadie pueden impedirle que lo haga. Lo hizo en el Paraíso Terrenal... *Pero un mal mayor es dejarlo estar y no echarlo*. El enemigo que no se expulsa acaba haciéndose amo del lugar, porque se instala en él y en él construye sus defensas y sus ofensas. Id a la caza de él enseguida, ponédlo en fuga usando el arma de la fe, de la caridad, de la esperanza en el Señor. Pero es sumo mal cuando no sólo se le deja vivir tranquilamente entre los hombres, sino que se le deja penetrar desde el exterior hasta el interior, y se le deja hacer un nido en el corazón del hombre. ¡¡Ah, entonces!!

Y, a pesar de todo, ya muchos hombres lo han acogido en su corazón, contra Cristo. Han acogido a Satanás con sus malas pasiones, arrojando fuera a Cristo. Y si no hubieran conocido todavía a Cristo en su verdad; si su conocimiento hubiera sido superficial, como se conocen unos viandantes que se ven por casualidad en un camino, muchas veces sólo mirándose un momento, desconocidos que se ven por primera y última vez, otras veces intercambiando solamente algunas palabras para preguntar el camino procedente, para pedir un poco de sal, o yesca para encender el fuego, o el cuchillo para preparar la carne; si así hubieran conocido a Cristo estos corazones que ahora, y más mañana, cada vez más, arrojan a Cristo para dejar espacio a Satanás... aún podrían ser compadecidos y tratados con misericordia, por ser ignorantes respecto a Cristo. Pero, ¡ay de aquellos que me conocen como lo que soy, realmente, que se han nutrido de mi palabra y de mi amor, y ahora me arrojan afuera, acogiendo a Satanás, que los seduce con falaces promesas de triunfos humanos cuya realidad será la eterna condenación!

Vosotros, vosotros que sois humildes y no soñáis tronos ni coronas, vosotros que no buscáis las glorias humanas, sino la paz y el triunfo de Dios, su Reino, su amor, la vida eterna, y sólo esto, no los imitéis jamás. ¡Vigilad! ¡Vigilad! Conservaos limpios de corrupciones, fuertes contra las acusaciones malignas, contra las amenazas, contra todo.

Judas, que ha comprendido que Jesús sabe algo, ha tomado el aspecto de una máscara térrea de hiel. Sus ojos lanzan fulgores malignos contra el Maestro y contra Juana... Se retira, detrás de sus compañeros, como para apoyarse en la pared. En realidad lo hace para que no se vea su contrariedad.

Jesús prosigue después de una breve interrupción, colocada como para separar la primera parte del discurso de la segunda. Dice:

-Hubo un tiempo en que el yizraelita Nabot tenía una viña junto al palacio de Ajab, rey de Samaria. Una viña de sus padres, muy apreciada, por tanto, por su corazón, casi sagrada para él porque era la herencia que su padre le había dejado tras haberla heredado a su vez de su padre, y éste del suyo, y así sucesivamente. Generaciones de parientes habían sudado en aquella viña para que fuera cada vez más pujante y hermosa. Nabot la apreciaba mucho. Ajab le dijo: "Cédeme tu viña, que está pegando a mi casa y me servirá para hacerme una huerta para mí y los que viven conmigo. Yo en cambio te daré una viña mejor, o dinero si lo prefieres". Pero Nabot respondió "Siento no complacerte, oh rey. No puedo complacerte. Esta viña me viene en herencia de mis padres y me es sagrada. Dios me guarde de darte la herencia de mis padres". (1 Reyes 21)

Vamos a meditar esta respuesta. Se medita en ella demasiado poco, y demasiados pocos en Israel meditan en ella. Los otros, la mayoría, los que he mencionado antes, que con facilidad arrojan afuera a Cristo para acoger a Satanás, no tienen mucho respeto hacia la herencia de sus padres, y, con tal de tener mucho dinero o mucho terreno, o sea, los honores y la seguridad de que no los suplantén fácilmente, aceptan ceder la herencia de sus padres, a sea, la idea mesiánica en lo que ella es verdaderamente, como ha sido revelada a los santos de Israel, y que debía ser sagrada en todos sus detalles sin manipular en ella, sin alterarla, sin rebajarla con limitaciones humanas. ¡Cuántos, cuántos, cuántos truecan la luminosa idea mesiánica, enteramente santa y espiritual, por un títere de regiedumbre humana, agitado como un espantajo para perjuicio de la autoridad o blasfemo contra la verdad!

Yo, Misericordia, no llego a maldecirlos con las tremendas maldiciones de Moisés contra los transgresores de la Ley. Pero detrás de la Misericordia está la Justicia. ¡Deben recordarlo todos! Yo, por mi parte, les recuerdo a éstos - y, si entre los presentes hay alguno de éstos, que reciba la corrección con corazón bueno -, les recuerdo otras palabras de Moisés, dichas para los que querían ser más de lo que Dios había establecido para ellos.

Dijo Moisés a Coré, Datán y Abirón, que se consideraban santos al igual que Moisés y Aarón y se oponían a ser sólo hijos de Leví en el pueblo de Israel: "Mañana el Señor dará a conocer quién le pertenece y dejará que se acerquen a El los santos; aquellos a quienes haya elegido se acercarán a Él. Meted fuego en vuestro incensario y, en el fuego, incienso delante del Señor, y venid vosotros y los vuestros con Aarón. Y veremos a quién elige el Señor. ¡Os ensalzáis un poco demasiado, hijos de Leví!". (Números 16)

Vosotros, buenos israelitas, conocéis cuál fue la respuesta de Dios a los que se querían ensalzar un poco demasiado, olvidándose de que el único que destina los puestos de sus hijos y elige es Dios, y elige con justicia, y elige hasta el punto exacto. Yo también tengo que decir: "Hay algunos que se quieren ensalzar un poco demasiado, y serán castigados de forma que los buenos comprendan que aquellos han blasfemado contra el Señor".

Los que truecan la idea mesiánica, tal y como la ha revelado el Altísimo, por la pobre idea suya, humana, onerosa, limitada, vindicativa, ¿no son, acaso, semejantes a aquellos que querían juzgar la santidad de Moisés y Aarón? ¿No os parece que los que, con tal de alcanzar su objetivo, la realización de su pobre idea, quieren tomar propias iniciativas motu proprio, considerándolas soberbiamente más justas que las de Dios, no os parece que quieren ensalzarse un poco demasiado y que quieren pasar ilegalmente de estirpe de Leví a estirpe de Aarón? Aquellos que sueñan con un pobre rey de Israel y lo prefieren al Rey de reyes espiritual, aquellos que tienen por pupilas, enfermas, la soberbia y la ambición - por lo cual ven deformadas las verdades eternas que están escritas en los libros santos - y a los cuales la fiebre de una humanidad concupiscente les hace incomprensibles las palabras clarísimas de la Verdad revelada, ¿no son, acaso, los que truecan por una insignificancia sin valor la herencia de toda la estirpe, la más sagrada herencia?

Pero, aunque ellos lo hagan, Yo no trocaré la herencia del Padre y de los padres, y moriré fiel a esta promesa, que vive desde cuando la redención fue necesaria, fiel a esta obediencia que *existe desde siempre*, porque Yo no he defraudado nunca a mi Padre y nunca lo defraudaré por temor a la muerte, por horrenda que sea. Se procuren los enemigos los falsos testigos, finjan

celo y práctica perfectas. No cambiaré esto ni su delito ni mi santidad. Mas aquel y aquellos que - cómplices suyos después de haber sido sus corruptores - crean poder extender la mano sobre lo que es *mío*, hallarán en la Tierra a perros y buitres para ingerir su cuerpo y su sangre, y en el Infierno a demonios para ingerir su sacrílego espíritu, sacrílego y deicida.

Os he dicho esto para vuestro conocimiento. Para que todos tengáis conocimiento, y quien sea malvado pueda arrepentirse mientras pueda hacerlo, imitando a Ajab, y quien es bueno no sea turbado en la hora de las tinieblas.

¡Oh, hijos de Béter, adiós! Que el Dios de Israel esté siempre con vosotros y la Redención haga descender su rocío sobre un campo limpio, para que en él se abran todas las semillas que el Maestro, que os ha amado hasta la muerte, ha esparcido en vuestros corazones.

Jesús los bendice y los mira mientras ellos se marchan lentamente. Ya se ha puesto el sol, del cual, como recuerdo, queda sólo un color rojo, que se va apagando lentamente, pasando a violáceo. El reposo sabático ha terminado.

Jesús puede partir. Besa a los pequeños, saluda a las discípulas, saluda a Cusa. Y en el umbral de la cancilla se vuelve y dice fuerte, para que todos oigan:

-Hablaré, cuando pueda, a esas criaturas. Pero tú, Juana, preocúpate de hacerles saber que en mí sólo se halla e", enemigo del pecado y el rey del espíritu. Y recuérdalo tú también. Cusa. Y no temas. Ninguno debe tener miedo de mí. Ni siquiera los pecadores, porque soy la Salud. Sólo los impenitentes hasta la muerte deben tener miedo de Cristo, Juez después de haber sido el Todo Amor... La paz sea con vosotros.

Y es el primero en salir, y empieza a bajar...

403

Una lucha y victoria espiritual de Simón de Jonás.

Y te aferro por fin de nuevo, dulce Evangelio, santo seguimiento de mi Maestro por los caminos de Palestina. Llevadas a cabo todas las obediencias, vuelvo a ti; mejor dicho, vuelves a mí.

No sé si hay alguien que reflexione sobre la lección muda, pero muy formativa, que da el Señor con sus silencios, causados por tres motivos distintos: 1º, la piedad por la debilidad del portavoz enfermo, a veces verdaderamente a los bordes de la muerte; 2º, el castigo del silencio para quien no se comporta bien respecto a su don; 3º, la lección que me da - y es de ésta de la que quiero hablar - del deber de obedecer *siempre*, aunque sea una obediencia que nos pueda parecer inferior al trabajo que por ella suspendemos.

¡Oh, no es fácil ser "voz"! Se vive siempre en un ejercicio continuo de vigilancia y obediencia. Y Jesús - Él, que es el Amo del mundo - no se permite hacer transgredir la obediencia que está cumpliendo su instrumento, cuando es una obediencia dada por quien goza de competencia para poder darla.

Yo, en estos días, debía obedecer a las cosas que me había indicado el P Migliorini; eran muy burocráticas y, por tanto, muy latosas. Pero Jesús no ha intervenido en ningún momento, porque *debía* llevar a cabo la obediencia. Y además exacta, total, como ayer dijo Azarías en su explicación de la Santa Misa. (*Como ayer dijo Azarías en uno de los comentarios a las Misas festivas, que forman parte del "Libro de Azarías"*)

Pero ahora, hecho todo, te puedo contemplar, oh mi Señor que descienes por los caminos escarpados hacia el fértil valle, dejando a tus espaldas el castillo de Béter, aún luminoso en este día que ya muere, allá arriba, en lo alto de su collado florido... Dejando allá arriba el amor de las discípulas, de los niños, de los humildes, y bajando hacia los caminos que van a Jerusalén, hacia el mundo, hacia abajo... Y no son más oscuros que las cimas sólo porque sean "valle" - y, por tanto, el sol, la luz, desde hace un rato se han ido -, sino porque, sobre todo porque abajo, en el mundo, está la emboscada, el odio... mucho mal hay esperándote, mi Señor...

Jesús va delante de todos: forma blanca y silenciosa que, incluso descendiendo por los senderos incómodos y abruptos, tomados para acortar el recorrido, camina majestuosa. En la bajada, la larga túnica, el amplio manto, rozan el suelo de la pendiente, y Jesús parece ya envuelto en regio manto que forma cola tras sus pasos.

Detrás de Él, menos majestuosos, pero igualmente silenciosos, los apóstoles... El último, Judas, un poco distanciado, feo con su sombría rabia. Alguna vez los más simples - Andrés, Tomás - se vuelven a mirarlo, y Andrés incluso le dice: « ¿Por qué estás tan solo y tan atrás? ¿Te sientes mal? », lo cual provoca un áspero: « ¡Preocúpate de ti! » que sorprende a Andrés, mucho más considerando que la frase va acompañada de un epíteto vulgar.

Pedro es el segundo de la fila de los apóstoles (detrás de Santiago de Alfeo, que sigue inmediatamente al Maestro). Y Pedro oye, en medio del gran silencio de la noche en los montes. Y, como impulsado por un resorte, se vuelve. Está ya para volver hacia atrás impulsivamente, para ir donde Judas... pero se queda clavado con sus dos pies. Piensa un momento, corre donde Jesús. Le agarra un brazo bruscamente y lo menea diciendo inquieto: -Maestro, ¿me aseguras que es exactamente como me has dicho la otra noche? ¿Que sacrificios y oraciones no quedan nunca frustrados, aunque parezca que no sirvan?...

Jesús, manso, triste, pálido, mira a su Simón, que suda por el esfuerzo de no reaccionar inmediatamente al insulto, que está lívido, que incluso tiembla, que quizás le hace daño por lo rudamente que le tiene cogido el brazo, y responde con una sonrisa de triste paz:

-No quedan nunca sin premio. Puedes estar seguro de ello.

Pedro lo deja, y va no a su sitio sino a la pendiente del monte, se mete entre los árboles y se desahoga rompiendo, rompiendo arbustos y árboles jóvenes con una violencia que estaba dirigida a otro lugar y que se descarga ahí, en los troncos.

-¿Pero qué haces? ¿Estás loco? - le preguntan varios.

Pedro no responde. Rompe, rompe, rompe. Se deja pasar por toda la fila de los apóstoles, por Judas... y rompe, rompe, rompe. Parece como si trabajara a destajo de tanta velocidad como imprime. A sus pies hay un haz que sería suficiente para asar un ternero. Se lo carga con dificultad y se pone a dar alcance a sus compañeros. No sé cómo lo logra, tan obstaculizado como está por el manto, el peso, la alforja, el sendero incómodo... pero va, muy curvado, como bajo un yugo...

Y Judas se ríe al verlo venir, y dice:

-¡Pareces un esclavo!

Pedro tuerce con dificultad la cabeza desde debajo de su yugo y está para decir algo, pero calla, aprieta los dientes y sigue adelante.

-¿Te ayudo, hermano? - dice Andrés.

-No.

-Pero para un cordero es demasiada leña - observa Santiago de Zebedeo.

Pedro no responde. Prosigue así. Debe estar que no puede más, pero no cede.

Por fin, cerca de una gruta que está casi al final de la bajada, Jesús se para, y con Él todos.

-Nos detendremos aquí. Reanudaremos la marcha con las primeras luces - indica el Maestro - Preparad la cena.

Entonces Pedro arroja al suelo su carga y se sienta encima, sin explicar a nadie el motivo de ese gran esfuerzo suyo. Hay leña por todas partes.

Pero, cuando unos van a un sitio y otros a otro, para tomar agua de beber, para limpiar el suelo de la gruta o para lavar el cordero que será asado, y Pedro se queda sólo con su Maestro, entonces Jesús, de pie, pone la mano en la cabeza entrecana de su Simón y acaricia esa cabeza honesta...

Entonces Pedro aferra esa mano y la besa, y la mantiene contra su cara y vuelve a besarla y la acaricia... Una gota desciende a la mano blanca, una gota que no es sudor del rudo y honesto apóstol, sino que es su llanto silencioso de amor y aflicción, de victoria después del esfuerzo.

Jesús se inclina, lo besa y le dice:

-¡Gracias, Simón!

Pedro, la verdad, no es un hombre guapo; pero sucede que cuando echa hacia atrás la cabeza para mirar a su Jesús, que lo ha besado y le ha dado las gracias porque ha comprendido, sólo Él ha comprendido, entonces la veneración y la alegría lo hacen guapo...

Y con esta transformación me cesa la visión.

404

En camino hacia Emaús de la llanura.

E1 alba pone una luminosidad verde láctea en la bóveda del cielo, alto sobre el valle fresco y silencioso. Y luego ese claror suyo tan indefinible, que es ya luz y no lo es todavía, baña las cimas de las dos vertientes. Parece acariciar levemente las partes más altas de los montes judíos; decir a los árboles añosos que las coronan: «Aquí estoy. Bajo del cielo. Vengo de oriente. Precedo a la aurora. Pongo en fuga las sombras. Traigo la luz, la laboriosidad, la bendición de un nuevo día que Dios os concede», y las cimas se despiertan con un suspiro de frondas, con el silbo de los primeros pájaros despertados por ese leve vibrar del follaje y ese primer claror. Y baja más el alba, a los matorrales del monte bajo, luego a las hierbas, luego a las laderas, cada vez más abajo, y lo saludan gorjeos cada vez más numerosos entre las frondas, y rumores, entre las hierbas, de los lagartos despertados. Y llega al torrentillo del fondo, transforma sus aguas oscuras en un opaco cabrilleo de plata, que se va haciendo cada vez más limpio y brillante. Y arriba, entretanto, en el cielo, que apenas si había aclarado su añil nocturno en un celeste pálido verdoso de alba, marca sus pinceladas el primer anuncio de aurora, que pone celeste el cielo con notas de rosa... Y luego un cirro, delicado, esponjoso, ya todo de espuma rosada, surcando el cielo...

Jesús sale de la gruta y mira... Luego se lava en el torrente, se asea, se viste de nuevo, echa una ojeada dentro de la gruta... No llama... Sube al monte y va a orar encima de un pico que sobresale, ya tan elevado que concede un vasto radio de visibilidad sobre el oriente todo róseo de la aurora, y sobre el occidente aún penetrado de añil. Ora... ora ardientemente, de rodillas, apoyados los codos en la tierra, casi prono... Y ora así hasta que desde abajo suben las voces de los doce, que se han despertado y lo llaman.

Se levanta. Responde:

-¡Voy!

Y el eco del angosto valle repite varias veces el eco de la voz perfecta. El valle parece propagar a la llanura, que se vislumbra al oeste, la promesa del Señor: «Voy», para que exulte anticipadamente.

Jesús se encamina con un suspiro y una frase que compendian su larga oración y la explican:

-Y Tú, Padre, confórtame...

Baja a buen paso y, en llegando abajo, saluda con una sonrisa dulcísima a sus apóstoles y con las palabras habituales:

-La paz sea con vosotros en este nuevo día.

-También a ti, Maestro - responden los apóstoles. Todos. 'También Judas, que, no sé si es porque el silencio mantenido por Jesús, que no le ha reprendido y que lo trata como a todos los otros, lo ha tranquilizado o si es porque durante la noche ha meditado un plan en favor propio, está menos torvo y menos apartado. Es más, es precisamente él el que pregunta por todos:

-¿Vamos a Jerusalén? Si vamos, hay que recorrer un poco de camino hacia atrás y tomar aquel puente; al otro lado hay un camino que va recto a Jerusalén.

-No. Vamos a Emaús de la llanura.

-¿Pero por qué? ¿Y Pentecostés?

-Hay tiempo. Quiero ir a ver a Nicodemo y a José, por las llanuras hacia el mar...

-¿Pero para qué?

-Porque no he estado todavía allí y ese pueblo me espera... Y porque así lo han deseado los buenos discípulos. Tendremos tiempo para todo.

-¿Te dijo eso Juana? ¿Para eso te llamó?

-No había necesidad de ello. Me lo dijeron directamente a mí en los días de la Pascua. Y Yo cumplo.

-Yo no iría... Quizás estarán ya en Jerusalén... La fiesta está cercana... Y además... Podrías encontrar enemigos, y...

-En todas partes encuentro enemigos, y los tengo siempre cerca... — y Jesús lanza una mirada que es una saeta al apóstol de su dolor... Judas no dice nada más. ¡Demasiado peligroso es seguir adentrándose! Lo percibe y calla.

Vuelven Juan y Andrés con unas frutas de pequeño tamaño, parecen de la familia de la frambuesa, o fresas grandes, pero son más oscuras, casi como moras no maduras; se las ofrecen al Maestro:

-Te gustan. Las vimos ayer al anochecer y hemos subido a cogerlas para ti. Cómelas, Maestro. Son buenas.

Jesús acaricia a los dos buenos y jóvenes apóstoles, que le ofrecen sus frutos en una ancha hoja lavada en el torrente, y que, más que los frutos, le ofrecen su amor; escoge las frutitas mejores y da un poco de ellas a todos, que las comen con el pan.

-Hemos buscado leche para ti. Pero todavía no hay ningún pastor... - dice excusándose Andrés.

-No importa. Vamos a ponernos en marcha para estar en Emaús antes del calor intenso.

Y van caminando - los que tienen más apetito siguen comiendo - por el fresco valle, que se va haciendo cada vez más ancho y termina por desembocar en una fértil llanura en que ya bulle el trabajo de los segadores.

-No sabía que Nicodemo tuviera casas en Emaús - observa Bartolomé.

-No en, sino después de Emaús. Tierras que ha heredado de parientes... - explica Jesús.

-¡Qué bonita campiña! - exclama el Tadeo.

Efectivamente, es un mar de espigas de oro, en que están intercalados pomares de ensueño y viñas que ya prometen una gloria de racimos. Estando bien regada por los cercanos montes que vierten en ella innumerables torrentillos en los meses más necesitados de irrigación, y ciertamente dotada de venas de agua subterránea, es un verdadero edén agrícola.

-¡Mmm! Está más bonita que el año pasado - murmura Pedro - ¡A1 menos hay agua y fruta...

-La de Sarón está más bonita incluso - le responde el Zelote.

-¿Pero no es ya ésta?

-No. Viene después de ésta. Pero en ésta ya se presiente la Llanura de Sarón...

Los dos apóstoles se ponen a hablar entre sí, alejándose un poco.

-¿Esto es de fariseos, no? - pregunta Santiago de Zebedeo, señalando la bonita campiña.

-De judíos, sin duda. Han cogido los lugares mejores usurpándoselos, con mil modos, a los primeros propietarios - le responde Judas Tadeo, que quizás recuerda los bienes paternos de Judea, de los cuales fueron expulsados, perdiendo mucho bienestar.

Judas Iscariote se da por aludido:

-Si han sido cogidos es porque vosotros, galileos, sois menos santos, inferiores...

-Te ruego que recuerdes que Alfeo y José eran de la estirpe de David. Tanto que el edicto les hizo ir a apuntarse a Belén de Judá. Y Él nació allí por esto - responde sereno Santiago de Alfeo, previniendo la respuesta punzante de su fogoso hermano y señalando al Señor, que está hablando con Mateo y Felipe.

-¡Ah! ¡Bueno! Yo lo que pienso es que buenos y malos hay en todas partes. En nuestras compraventas hemos tenido contacto con personas de todas las razas, y os aseguro que en todas he encontrado honestos y deshonestos. Y además... ¿por qué enorgullecerse de ser judíos? ¿Acaso lo hemos querido *nosotros*? ¡Mmm! ¡Sí tenía yo mucho conocimiento, cuando estaba en el seno de mi madre, de lo que era ser judío o galileo! Estaba allí... y estaba conforme. Luego, cuando nací, estuve entre pañales, bien calentito, sin preguntarme si el aire que respiraba era judío o galileo... Lo único que conocía era el pezón materno... Y, como, yo, todos nosotros. Ahora, ¿por qué tomarse tan a pecho el que uno haya nacido más arriba y el otro más abajo? ¿No somos igualmente de Israel? - dice, bondadoso y justo, Tomás.

-Tienes razón, Toma - responde Juan. Y concluye: «Y además ahora somos de una única estirpe, la de Jesús».

-Sí, el cual - y creo que lo haya querido el Altísimo para enseñarnos que las divisiones atentan al amor al prójimo y que ha sido enviado a recoger a *todos* como la amorosa clueca de que hablan los libros santos - es de estirpe judía, pero fue concebido en Galilea y ha vivido allí, después de nacer en Belén, como si quisiera decirnos, con la voz de los hechos, que es el Redentor de todo Israel, del septentrión al mediodía. Por el simple hecho de que le llamen "el Galileo" ya no se debería sentir desprecio por los galileos - dice, dulce y firme, Santiago de Alfeo.

Jesús, que parecía distraído hablando, unos metros más adelante, con Mateo y Felipe, se vuelve y dice:

-Bien has hablado, Santiago de Alfeo. Comprendes la Verdad y las verdades, y la justicia de cada acto de Dios. Porque Dios, recordad esto todos y siempre, no hace nunca nada sin una finalidad, como tampoco deja sin premio nada de lo que hacen los que tienen recto corazón. ¡Bienaventurados los que saben ver las razones de Dios en las cosas que suceden, incluso en las más insignificantes, y las respuestas de Dios a los sacrificios de los hombres!

Pedro se vuelve y hace ademán de hablar. Luego cierra de nuevo la boca y se limita a sonreír a su Maestro, que ahora, siendo el lugar por donde van una ancha vía de primer orden entre campos de oro, se une al grupo de sus apóstoles.

Prosiguen hacia Emaús, que está ya cercana: una aglomeración de un blanco cegador en medio del oro de los cereales maduros y el verde de los óptimos pomares.

-¡Maestro! ¡Maestro! ¡Detente! ¡Tus discípulos! - gritan voces lejanas, y un puñado de hombres, dejando plantados a unos labradores que descansan un poco a la sombra de un manzano, corren hacia Jesús por una senda llena de sol. Son Matías y Juan, ex pastores, discípulos luego del Bautista; y, con ellos, Nicolái, Abel ex leproso, Samuel, Hermasteo y otros más.

-¡La paz a vosotros. ¿Estáis aquí?

-Sí, Maestro. Hemos recorrido toda la costa. Ahora vamos hacia Jerusalén. Más arriba están Esteban y otros; más arriba todavía, Hermas y otros. Y luego, más arriba aún, Isaac, el pequeño maestro de todos nosotros. A1 menos estaba. Como también estaba Timoneo en Transjordania. Pero a estas alturas estarán todos para ir a la fiesta de Pentecostés. Nos hemos dividido así, en muchos grupos, pequeños pero no pasivos. Así, si nos persiguen, podrán capturar a algunos, pero no a todos - explica Matías.

-Habéis hecho bien. Me extrañaba no encontraros por toda la Judea meridional...

-Maestro... Por ahí ibas Tú... ¿Quién mejor que Tú? ¡Y además... ha recibido más de lo necesario para hacerse santa!... ¡Y sin embargo!... Da piedras a quien lleva la palabra del Cielo. Elías y José fueron agredidos en las hoces del Cedrón, y fueron a la Transjordania, a casa de Salomón. A José le dieron un golpe en la cabeza con una piedra y casi lo mataron. Pasaron ocho días en una gruta profunda, con uno que Tú habías mandado y que conocía todos los secretos de los montes. Después, de noche, lentamente, fueron a la otra parte...

Discípulos y apóstoles están agitados: los primeros evocando estas persecuciones, los segundos conociéndolas. Pero Jesús los calma diciendo:

-Los Inocentes han teñido con la púrpura de su sangre inocente el camino de Cristo. Pero ese camino debe ser purpurado una y otra vez, constantemente, para borrar las huellas del Mal en el camino de Dios. Es camino regio. Lo purpuran los mártires por amor a mí. ¡Bienaventurados entre los bienaventurados aquellos que por mí sufren persecución!

-Maestro, estábamos hablando a esos labriegos. ¿No vas a hablar Tú ahora? - pregunta el ex pastor Juan.

-Id a decir que a la puerta del sol hablaré en la puerta de Emaús. Ahora el sol lo impide. Id. Y que Dios esté con vosotros. Yo estaré al final de este camino.

Los bendice y reanuda la marcha, buscando sombra, porque el sol es abrasador en el blanco camino, en el que no hay más que dos delgadas franjas de sombra, de plátanos puestos como protección en los bordes del camino.

405

Descanso en un henil y discurso a la entrada de Emaús de la llanura. El pequeño Miguel.

Cabe la puerta de Emaús hay una casa de campesinos. Silenciosa, porque todos están en los campos trabajando. En el corral ya están amontonadas las gavillas del día anterior. Y hay heno en los rústicos heniles. El sol abrasador del mediodía extrae un olor caliente del heno y las gavillas. No se oye ruido alguno, aparte del zureo de las palomas y la parlería de los gorriones, siempre chismosos y pendencieros. Las unas y los otros van, sin tregua, del tejado o de los árboles cercanos a los montones de gavillas y de heno, y - son los primeros de entre todos los que saborearán esos productos - picotean entre las espigas enhiestas, se enzarzan con golpes de ala, giran para arramplar más semillas, para robar las pajitas más blandas de heno, ávidos, batalladores, libres de escrúpulos.

Los únicos ladrones comunes en Israel (donde - lo he notado - existe el máximo respeto a la propiedad ajena). ¡Las casas tienen ganas de estar abiertas, y los corrales y viñas sin guardia! Aparte de los rarísimos profesionales de la depredación, los verdaderos bandidos que asaltan en las quebradas de los montes, no hay ladronzuelos, y, ni siquiera, simplemente... golosos que alarguen la mano hacia el árbol frutal o hacia el pichón ajeno. Cada uno va por su camino y, aun cuando atraviesa la propiedad del prójimo, es como si no tuviera ni ojos ni manos. Es verdad que la hospitalidad se ejercita tan ampliamente que no hay necesidad de robar para poder comer. Sólo para Jesús, y por causa de un odio que es tan grande que suspende la costumbre secular de ser hospitalarios con el peregrino; sólo para Él, se verifica el hecho de casas que niegan hospitalidad y comida. Pero para los otros, generalmente, siempre hay piedad, especialmente entre las clases humildes.

Y así sucede que, sin miedo, los apóstoles, después de haber llamado a esta casa cerrada y no haber encontrado a nadie, se han refugiado debajo de un cobertizo en que hay aperos de labranza y cántaros vacíos; y, como si fuera suyo, han hecho uso del heno para sentarse, de los cubos para sacar agua del pozo, de las jarros para beber y mojar así los bocados de pan viejo y de cordero frío, que comen casi en silencio, por el mucho sueño que tienen y lo aturdidos que están por el sol. Y, con la misma libertad con que se han servido del heno y de las jarras, se tumban en el fragante heno; y pronto se oye un coro de ronquidos de distintos tonos y duración.

También Jesús está cansado. Más que cansado, triste. Mira durante un rato a los doce durmientes. Ora. Piensa... Piensa mientras sigue con los ojos, mecánicamente, las luchas de los gorriones y las palomas y el vuelo de saeta de las golondrinas por el corral lleno de sol. Da la impresión de que los chillidos de estas veloces dominadoras del vuelo ponen afirmaciones netas a las preguntas dolorosas que Jesús se plantea. Luego también Él se echa sobre el heno, y pronto los dulces y tristes ojos de zafiro se velan bajo los párpados, mientras el rostro se entona en el sueño, y quizás porque se sume en el sueño con la tristeza en el corazón, su rostro toma mucho de la expresión cansada y dolorosa que tendrá en la muerte.

Regresan los campesinos propietarios de la casa. Hombres, mujeres, niños. Y con ellos están también los discípulos vistos antes. Ven a Jesús y a los suyos, durmiendo en el heno, y convierten las voces en susurros, para no despertarlos. Alguna mamá propina un pescozón al niño que no quiere callarse; o al menos hace ademán de querer hacerlo.

Un crío va con pasitos de tortolita y un dedito en la boca a observar a Jesús, «el más guapo» dice, que duerme con la cabeza apoyada en el brazo doblado para hacer de almohada. Y todos, descalzos, de puntillas, acaban imitándolo; los primeros, Matías y Juan, que se enternecen viéndolo durmiendo así en el heno. Y Matías observa:

-Como en su primer sueño está nuestro Maestro, pero menos feliz que entonces... Le falta también su Madre...

-Sí. Lo único que tiene es siempre cerca la persecución. Pero nosotros lo amaremos siempre, lo amamos siempre como en aquella hora... - responde Juan.

-Más que entonces, Matías. Más que entonces. Entonces amábamos sólo por fe y porque es tierno amar a un niño; pero ahora amamos también por conocimiento...

-Ha sido odiado desde pequeño, Juan. ¡Recuerda lo que sucedió para matarlo!... - y el rostro de Matías se quiebra recordando.

-Es verdad... ¡Pero, bendito sea aquel dolor! Todo lo perdimos, menos a Él. Y eso es lo que cuenta. ¿De qué nos habría servido el tener todavía parientes y casa y nuestro pequeño bienestar, si Él hubiera muerto?

-Es verdad. Tienes razón, Matías. ¿Y de qué nos servirá tener todo el mundo, cuándo no esté ya en el mundo?

-No me hables de eso... Entonces seremos verdaderamente unos desvalidos... Marchaos vosotros. Nosotros nos quedamos con el Maestro - dice luego Juan despidiéndose de los campesinos.

-Siento no haber pensado en dejarles la llave. Podían entrar en casa, estar mejor... - dice el hombre más anciano de la casa.

-Se lo diremos... De todas formas, se sentirá feliz también por vuestro amor. Id, id...

Los campesinos entran en la casa, y pronto el humo que sube de la chimenea dice que están preparando la comida. Pero lo hacen con finura, conteniendo a los niños, haciendo poco ruido... y, también sin hacer ruido, llevan lo que han cocinado a los discípulos, y susurran:

-Para cuando se despierten. Lo hemos tenido aparte para ellos...

Luego el silencio envuelve de nuevo la casa. Quizás los segadores, que han estado trabajando desde el alba, se han echado en las camas para descansar en estas horas en que imposible sería estar en las tierras bajo el sol incandescente. Se adormilan también los discípulos... Las palomas y los gorriones han hecho una pausa... Sólo las golondrinas pasan como saetas, incansables, y su vuelo rápido escribe palabras azules en los espacios y palabras de sombra en el blanco corral...

El pequeñín de antes, precioso con su camisita corta, único indumento a que se ha quedado reducido en esta hora tórrida, saca su cabecita morena por la puerta de la cocina, echa una ojeada, da unos pasos, cautamente, con sus tiernos piecitos, que sufren en contacto con el suelo hirviente de sol. La camisita, desatada, se le cae casi del hombro regordete. Llega donde los discípulos e intenta pasar por encima de ellos, para ir otra vez a mirar a Jesús. Pero sus piernecitas son demasiado cortas para poder superar los cuerpos musculosos de los adultos; tropieza y se cae encima de Matías, que se despierta y ve la carita turbada, próxima al llanto, del pequeñuelo. Sonríe y dice, intuyendo la maniobra del niño: -Ven aquí, te pongo entre Jesús y yo. Pero estate callado y quieto. Déjalo dormir, que está cansado.

Y el niño, feliz, se sienta a adorar el hermoso rostro de Jesús. Lo mira, lo escruta, siente grandes deseos de hacerle una caricia, de tocarle sus cabellos de oro. Pero Matías vigila sonriente y no se lo permite. Entonces el pequeño pregunta en voz baja:

-¿Duerme siempre así?

-Siempre así - responde Matías.

-¿Está cansado? ¡Por qué?

-Porque anda mucho y habla mucho.

-¿Por qué habla y anda?

-Para enseñar a los niños a ser buenos, a amar al Señor para ir con Él al Cielo.

-¿Allí arriba? ¿Y cómo? Está lejos...

-El alma. ¿Sabes lo que es el alma?

-¡Nooo!

-Es la cosa más bonita que hay en nosotros, y...

-¿Más que los ojos? Mi mamá me dice que mis ojos son dos estrellas. ¡Y las estrellas son muy bonitas, eh!

El discípulo sonríe y responde:

-Es más bonita que las estrellitas de tus ojos, porque el alma buena es más bonita que el Sol.

-¡Oh! ¿Y dónde está? ¿Dónde la tengo?

-Aquí. En tu corazoncito. Y ve, oye todo, y no muere nunca. Y cuando uno no es nunca malo y muere como un justo, el alma vuela arriba con el Señor.

-¿Con Él - y el niño señala a Jesús.

-Con Él.

-¿Pero Él tiene alma?

-Tiene alma y divinidad. Porque ese Hombre al que estás mirando es Dios.

-¿Tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

-Los ángeles.

El niño, que se había sentado completamente encima de Matías, no puede recibir esta noticia tranquilamente, y bruscamente se pone de pie y dice:

-¿Tú has visto a los ángeles? - y mira a Matías con los ojos como platos. La noticia es tan impresionante, que por un instante se olvida de Jesús, siendo así que no ve que Él entreabre los ojos, despertado por el grito ligero del niño, y los vuelve a cerrar y gira la cabeza hacia la otra parte.

-¡Calla! ¿Lo ves? Lo despiertas... Te mando a casa.

-Estoy quieto. ¿Pero cómo son los ángeles? ¿Cuándo los has visto? - la vocecita es de nuevo un susurro.

Y Matías, paciente, cuenta la noche de Navidad al pequeñuelo que se ha vuelto a sentar en su pecho, arrobado. Y, paciente, responde a todos los porqués: « ¿Por qué había nacido en un establo? ¿No tenía casa? ¿Era tan pobre que no encontraba una casa? ¿Y ahora no tiene casa? ¿No tiene a su Mamá? ¿Dónde está su Mamá? ¿Por qué lo deja solo, si sabe que ya lo han querido matar? ¿No lo quiere?...»

Una lluvia de preguntas y también de respuestas. Y la última - a la que Matías responde:

-Esta Mamá santa quiere mucho a su divino Hijo. Pero hace el sacrificio de su dolor de dejar que se marche para que los hombres se salven. Para consolarse piensa que hay todavía hombres buenos capaces de amarlo...» - suscita esta respuesta: « ¿Y no sabe que hay niños buenos que lo quieren? ¿Dónde está? Dímelo, que voy y le digo: "No llores. Yo le doy el amor a tu Hijo". ¿Tú qué crees, que se pondrá contenta?

-Mucho, niño - dice Matías, y lo besa.

-¿Y Él se pondrá contento?

-Mucho, mucho. Díselo cuando se despierte.

-¡Sí, sí! ¿Pero cuándo se despierta?

El niño está ansioso...

Jesús no resiste más. Se vuelve otra vez, con los *ojos* bien abiertos y una sonrisa luminosa, y dice:

-Ya me lo has dicho, porque he oído todo. Ven aquí niño.

El niño no se lo hace repetir dos veces. Se vuelca encima de Jesús y lo acaricia, lo besa, le toca con su dedito la frente, las cejas, las pestañas de oro, se mira en el espejo de sus ojos azules, se frota contra la blanda barba y contra los sedosos cabellos, y dice a cada descubrimiento: « ¿Qué bonito eres! ¡Bonito! ¡Bonito! ». Jesús sonríe y también Matías.

Y luego, a medida que se van despertando los otros, porque ahora el pequeño ya no tiene tantos miramientos, sonríen discípulos y apóstoles al ver ese examen detallado, repetido por este hombrecito en miniatura, semidesnudo, regordete, que se pasea todo tranquilo y feliz por el cuerpo de Jesús para observarlo de la cabeza a los pies, y al final dice:

-¡Date la vuelta! - y explica: «para ver las alas» y pregunta desilusionado: «¿Por qué no las tienes?».

-No soy un ángel, niño.

-¡Pero eres Dios! ¿Cómo puedes ser Dios sin estar lleno de alas? ¿Cómo vas a poder ir al Cielo?

-Soy Dios. Precisamente porque soy Dios no necesito alas. Hago lo que quiero y todo lo puedo.

-Entonces hazme los *ojos* como los tuyos. Son bonitos.

-No. Los que tienes te los he dado Yo, y me gustan así. Di, más bien, que te haga un alma de justo para amarme cada vez más.

-También me has dado Tú el alma. Entonces te gustará como la tengo - dice con lógica infantil el pequeño.

-Sí, ahora me gusta mucho porque es inocente. Pero, mientras que tus ojos serán siempre de este color de aceituna madura, tu alma de blanca puede pasar a negra si te vuelves malo.

-Malo no. Te quiero y quiero hacer lo que decían los ángeles cuando naciste: "Paz a Dios en el Cielo y gloria a los hombres de buena voluntad" - dice el niño equivocándose, lo cual provoca una fragorosa carcajada en los adultos, cosa que le hace sentir vergüenza y callarse.

Pero Jesús lo consuela, no sin corregirle:

-Dios es siempre Paz, niño. Es la Paz. Los ángeles lo glorificaban por el nacimiento del Salvador, y daban a los hombres la primera regla para obtener la paz que vendría por mi nacimiento: "tener buena voluntad". La que tú quieres.

-Sí. Dámela entonces. Métemela aquí, donde ese hombre dice que tengo el alma - y con los dos índices se golpea repetidamente el pequeño pecho.

-Sí, pequeño amigo. ¿Cómo te llamas?

-¡Miguel!

-Nombre del poderoso arcángel. Entonces buena voluntad para ti, Miguel. Y que seas un confesor del Dios verdadero, diciendo a los perseguidores lo que tu angélico patrón: "¿Quién como Dios?". Te bendigo, ahora y para siempre - y le impone las manos.

Pero el pequeñuelo no está convencido. Dice:

-No. Besa aquí, en el alma; entrará dentro tu bendición y quedará cerrada dentro - y descubre el pequeño pecho para ser besado sin que ningún obstáculo se interponga entre su cuerpecito y los labios divinos.

Los presentes sonríen y, al mismo tiempo, están conmovidos. ¡Y no falta el motivo! La fe maravillosa del inocente, que - por instinto, dirían algunos; por impulso espiritual, digo yo - ha ido a Jesús, es verdaderamente conmovedora; y Jesús lo señala diciendo:

-¡Si todos tuvieran el corazón de los niños!...

Entretanto han pasado las horas. La casa toma vida de nuevo. Óyense voces de mujer, de niños, de hombres. Y una madre llama:

-¡Miguel! ¡Miguel! ¿Dónde estás? - y se asoma asustada, mirando, con un atroz pensamiento en su corazón, al pozo bajo.

-No temas, mujer. Tu hijo está conmigo.

-¡Oh! Temía... Le gusta mucho el agua...

-Sí, ha venido al Agua viva que baja del cielo a dar Vida a los hombres.

-Te ha molestado... Se me ha escabullido tan callandito que no he oído... - dice la mujer excusándose.

-¡Oh! ¡No! No me ha molestado. Me ha consolado. Los niños nunca causan dolor a Jesús.

Se acercan los hombres y las otras mujeres. El jefe de la familia dice:

-Entra y repón fuerzas. Y perdona si no te hemos hecho amo de nuestra casa nada más verte...

-No tengo que perdonar nada. He estado aquí, y he estado bien. Tu respeto me da todo honor. Teníamos comida y tu pozo es fresco, mullido el heno: más de lo que necesita el Hijo del hombre; no soy un sátrapa sirio.

Y Jesús, seguido por los suyos, entra en la vasta cocina para comer, mientras en el corral los hombres preparan sitio para los que ya están llegando procedentes de todos los lugares para oír al Maestro; otros se apresuran a preparar bebidas y comida, y a despellejar un corderito para dárselo a los evangelizadores como viático, y las mujeres traen huevos y mantequilla. Esto provoca las protestas de Pedro, que, con razón, dice que no puede llevar en las alforjas ese alimento tan fácil de derretirse con esos calores. Pero para algo están los jarros... Y ellas colman uno de mantequilla, lo cierran y lo meten en el pozo para que esté más frío que nunca.

Jesús manifiesta su agradecimiento. Quisiera limitar estos presentes. ¡Pero ya, ya!... Palabras desperdiciadas: otros dones vienen de todas partes y cada uno se excusa de dar poco...

Pedro susurra:

-Se ve que aquí han estado los pastores. Terreno bonificado... terreno bueno.

El corral está lleno de gente, imperturbable, a pesar de que todavía no haya refrescado el día y aún roce el corral el último rayo de sol. Jesús empieza a hablar:

-¡La paz sea con todos vosotros! No voy a repetir, aquí que veo que ya es conocida la doctrina del Maestro de Israel por obra de los discípulos buenos, lo que vosotros ya sabéis. Dejo a los discípulos buenos la gloria de haberos instruido y la misión de seguir haciéndolo siempre, hasta daros la perfecta seguridad de que Yo soy el Prometido por Dios y que mi Palabra es propia de Dios.

-¡Y tus milagros son propios de Dios, bendito! - grita una voz de mujer desde el medio de la aglomeración de gente, y muchos se vuelven a mirar en esa dirección. La mujer levanta en los brazos a un niño lozano y sonriente y grita: «Maestro, es el pequeño Juan, el que curaste en Agua Especiosa. El niño de las caderas rotas, que ningún médico podía curar y que yo te llevé con fe y Tú lo curaste teniéndolo sentado en tus piernas».

-Me acuerdo, mujer. Tu fe merecía el milagro.

-Ha aumentado, Maestro. Toda mi parentela cree en ti. Ve, hijo, a dar las gracias al Salvador. Dejadlo que vaya donde Él... - ruega la mujer.

Y la multitud se abre y deja pasar al niño, que va raudo hacia Jesús tendiendo hacia adelante los brazos para poder abrazarlo, lo cual sucede en medio de las aclamaciones y comentarios de la gente de la ciudad o de los forasteros; porque los de los campos ya conocen el hecho y no muestran estupor. Jesús reanuda su discurso teniendo de la mano al niño.

-Y aquí veis confirmada por una madre agradecida mi Naturaleza y confirmado el poder que ejerce la fe en el corazón de Dios, que no defrauda jamás las confiadas y justas peticiones de sus hijos.

Os invito a recordar a Judas Macabeo, cuando se asomó a esta llanura para estudiar el formidable campamento de Gorgias, que contaba con cinco mil infantes y mil caballeros, adiestrados a la batalla, bien protegidos con corazas y armas y torres de guerra. Judas miraba con sus tres mil infantes sin escudo ni espada, y sentía insinuarse el temor en el corazón de sus soldados. Entonces habló, respaldado por su derecho, aprobado por Dios por estar orientado no a abusos sino a la defensa de la Patria invadida y profanada. Y dijo: "No os asuste su número, no tengáis miedo de su ataque. Recordad cómo nuestros padres fueron salvados en el Mar Rojo, cuando el Faraón los seguía con un gran ejército". Y, reanimada la fe en la potencia de Dios, que está siempre con los justos, enseñó a los suyos los medios para obtener ayuda. Dijo: "Alcemos, pues, la voz al Cielo y el Señor tendrá piedad de nosotros, y, recordándose de la alianza que hizo con nuestros padres, hoy destruirá delante de nosotros a este ejército, y todas las gentes sabrán que hay un Salvador que libera a Israel".

(I Macabeos 4, 1-25. Forman parte de ese fragmento dos referencias bíblicas (versículos 6-11 y 14-25).

Bien. Yo os señalo dos puntos capitales para tener a Dios con nosotros, como ayuda en las empresas justas.

La primera cosa: para tenerlo como aliado, tener el corazón justo que tenían nuestros padres. Recordad la santidad, la prontitud de los patriarcas en obedecer al Señor, tanto si la cosa solicitada era de poco valor como si era de valor sumo. Recordad con qué fidelidad permanecieron fieles al Señor. Mucho nos quejamos en Israel de no tener ya al Señor con nosotros, mientras que en el pasado era benigno. ¿Pero sigue teniendo Israel el corazón de sus padres? ¿Quién rompió y rompe continuamente la alianza con el Padre?

Segunda cosa capital para tener a Dios con nosotros: la humildad. Judas Macabeo era un gran israelita y un gran soldado. Pero no dice: "Yo hoy destruiré a este ejército y las gentes sabrán que soy el salvador de Israel". No. Dice: "Y el Señor destruirá a este ejército delante de nosotros, que somos incapaces de hacerlo porque somos débiles". Porque Dios es Padre y tiene cuidado de sus pequeñuelos.-para que no mueran, manda a sus poderosas formaciones para combatir a los enemigos de sus hijos con armas sobrehumanas. Cuando Dios está con nosotros, ¿quién podrá vencernos? Decid siempre esto ahora y en un futuro, cuando pretendan derrotaros, y no ya en una cosa relativa como es una batalla nacional, sino en una cosa mucho más vasta en el tiempo y en las consecuencias, como es en el caso de vuestra alma. No dejéis que se apoderen de vosotros ni el temor ni la soberbia. Ambos son dañinos. Dios estará con vosotros si sois perseguidos a causa de mi Nombre, y os dará fuerza en las persecuciones Dios estará con vosotros si sois humildes, si reconocéis que vosotros, por vosotros mismos, no sois capaces de nada, pero que todo lo podéis si estáis unidos al Padre.

Judas no se pavonea ornándose con el título de Salvador de Israel, sino que da ese título al Dios eterno. Efectivamente, vanos son los afanes de los hombres si Dios no acompaña sus esfuerzos. Mientras que sin afanarse vence quien confía en el

Señor, que sabe cuándo es justo premiar con victorias y cuándo es justo castigar con derrotas Necio el hombre que quiere juzgar a Dios, aconsejarle o criticarle ¿Os imagináis a una hormiga que, observando la obra de un cortador de mármol, dijera: "No sabes hacerlo. Yo lo haría mejor y antes que tú"? La misma imagen de sí da el hombre que quiere ser maestro de Dios. Y a la imagen ridícula añade la de un ser ingrato y arrogante que se ha olvidado de lo que es: criatura, y de lo que es Dios: Creador. Ahora bien, si Dios ha creado un ser tan bien creado que puede creerse capaz de dar consejos al mismo Dios, ¿cuál será la perfección del Autor de todas las criaturas? Debería bastar este pensamiento para mantener baja la soberbia, para destruir este malo y satánico árbol, este parásito que, una vez que se insinúa en un intelecto, lo invade; y suplanta, ahoga, mata todo árbol bueno, toda virtud que hace grande al hombre en la Tierra, verdaderamente grande, no por censo ni por coronas, sino por justicia y sabiduría sobrenaturales, y bienaventurado en el Cielo para toda la eternidad.

Y observemos otro consejo que nos dan el gran Judas Macabeo y los acontecimientos de ese día en esta llanura. Habiéndose encendido la batalla, las tropas de Judas, con las cuales estaba Dios, vencieron y desbarataron a los enemigos, a una parte poniéndolos en fuga hasta Jéceron, Azoto, Idumea y Yamnia, dice la historia, a otra parte traspasándolos con la espada y dejando muertos en los campos a más de tres mil. Pero Judas dice a sus soldados ebrios de victoria: "No os detengáis a recoger botín, porque la guerra no ha terminado y Gorgias con su ejército está en la montaña cerca de nosotros. Tenemos que seguir combatiendo contra nuestros enemigos y vencerlos completamente; después, tranquilamente, recogeremos el botín". Y así hicieron. Y obtuvieron segura victoria y rico botín y liberación, y, al regreso, cantaban bendiciones a Dios porque "es bueno, porque su misericordia es eterna".

También el hombre, todo hombre, es como los campos que están alrededor de la ciudad santa de los judíos. Rodeado de enemigos externos e internos, todos crueles, todos anhelosos de presentar batalla a la ciudad santa del individuo humano - su espíritu -, y presentarla además al improviso, para cogerla de sorpresa con mil astucias, y destruirla. Las pasiones, cultivadas e incitadas por Satanás, y no vigiladas por el hombre con toda su voluntad para tenerlas sujetas, peligrosas si no logra domarlas, pero inocuas si están vigiladas como un ladrón encadenado, y el mundo, que desde fuera conjura con ellas con sus seducciones de carnalidad, de riquezas, de orgullo, bien asemejan a los poderosos ejércitos de Gorgias, revestidos de coraza, dotados de torres de guerra, de arqueros buenos flechadores, de caballeros veloces, siempre preparados para empezar el ataque a las órdenes del Mal. ¿Pero qué puede el Mal si Dios está con el hombre que quiere ser justo? El hombre sufrirá, será herido, pero salvará su libertad y su vida, y conocerá la victoria después de la buena batalla, que no se produce sólo una vez, sino que se renueva siempre mientras dura la vida, o hasta que el hombre se despoja tanto de su humanidad y se convierte en espíritu más que carne, espíritu fundido con Dios, que las flechas, los ataques, los fuegos de guerra no pueden ya dañarlo en lo profundo y caen, tras haberlo agredido superficialmente, como puede hacer una gota en la superficie de un duro y resplandeciente jaspe.

No os detengáis a recoger botín, no os distraigáis hasta llegar a la puerta de la vida, no de esta vida de la Tierra, sino de la verdadera Vida de los Cielos. Entonces, victoriosos, recoged vuestro botín y entrad, adentraos, gloriosos, hasta la presencia del Rey de los reyes, y decid: "He vencido. Aquí está mi botín. Lo he recogido con tu ayuda y con mi buena voluntad, y te bendigo, Señor, porque eres bueno y tu misericordia es eterna".

Esto se refiere a la vida en general, para todos. Pero para vosotros, para vosotros que en mí creéis, se esconde, al acecho, otra batalla. Más batallas. Las batallas contra la duda, contra las palabras que os dirán, contra las persecuciones.

Dentro de poco seré elevado al lugar para el que he venido del Cielo. Este lugar os va a producir miedo, os va a parecer un mentís contra mis palabras. No. Mirad el hecho con ojo espiritual, y veréis que lo que va a suceder será la confirmación de lo que soy realmente: no el pobre rey de un pobre reino, sino el Rey anunciado por los profetas, a los pies de cuyo trono único, inmortal, vendrán, como ríos al océano, todas las gentes de la Tierra, y dirán: "Te adoramos, oh Rey de los reyes y Juez eterno, porque por tu santo Sacrificio has redimido al mundo".

Resistid a la duda. Yo no miento. Yo soy Aquel de quien hablan los profetas. Como la madre de Juan hace un rato, alzar el recuerdo de lo que os he hecho, y decid: "Estas obras son propias de Dios. Nos las ha dejado como recuerdo, como confirmación, como ayuda para creer, y creer además en esta hora precisamente". Luchad y venceréis contra la duda que sofoca la respiración de las almas. Luchad contra las palabras que os van a decir. Recordad a los profetas y mis obras. A las palabras enemigas responded con los profetas y con los milagros que me habéis visto hacer. No tengáis miedo. Y no seáis ingratos por miedo, callando lo que Yo he hecho para vosotros. Luchad contra las persecuciones; mas no luchéis persiguiendo a quien os persiga, sino ofreciendo el heroísmo de vuestra confesión a quien pretenda persuadiros, con amenazas de muerte, a que reneguéis de mí. Luchad siempre contra los enemigos. Todos. Contra vuestra humanidad, vuestros miedos, los compromisos indignos, los pactos interesados, las presiones, las amenazas, las torturas, la muerte.

¡La muerte! No soy el jefe de un pueblo que dice a su pueblo: "Sufrir por mí mientras yo gozo". No. Yo soy el primero en sufrir, para daros ejemplo. No soy un caudillo de ejércitos que dice a los ejércitos "Combatid para defenderme. Morid para darme la vida". No. Yo soy el primero que combate. Seré el primero en morir, para enseñaros a morir. De la misma forma que siempre he hecho lo que he dicho que se haga, y predicando la pobreza he sido pobre; la continencia, casto; la templanza, temperante; la justicia, justo; el perdón, he perdonado, y perdonaré... y, de la misma forma que he hecho todo esto, haré también la última cosa. Os voy a enseñar cómo se redime. Os lo voy a enseñar no con palabras, sino con los hechos. Os voy a enseñar a obedecer obedeciendo a la más dura de las obediencias, la de mi muerte...

Os voy a enseñar a perdonar, perdonando en medio de los últimos tormentos como perdoné en la paja de mi cuna a la Humanidad que me había arrancado de los Cielos. Perdonaré como he perdonado siempre. *A todos. Por cuenta mía, a todos.* A los pequeños enemigos, a los neutrales, indiferentes, volubles, y a los grandes enemigos, que no sólo me causan el dolor de ser apáticos ante mi poder y mi deseo de salvarlos, sino que me dan, y darán, el inmenso dolor de ser los deicidas. Perdonaré. Y, puesto que a los deicidas impenitentes no podré darles absolución, seguiré orando, con mis últimos tormentos, al Padre por ellos... para que los perdone... pues estarán ebrios de un satánico licor... Perdonaré... Y vosotros perdonad en mi nombre. Y amad. Amad como amo Yo, como os amo y os amaré, eternamente.

Adiós. Cae la tarde. Vamos a orar juntos. Luego que cada una vuelva a su casa con la palabra del Señor en su corazón, y en vuestros corazones haga espiga ya granada para vuestras hambres futuras, cuando deseéis oír todavía al Amigo, al Maestro, al Salvador vuestro, y sólo lanzando el espíritu a los Cielos podáis encontrar a Aquel que os ha amado más que a sí mismo. Padre nuestro que estás en el Cielo...

Y Jesús, con los brazos abiertos - alta y cándida cruz contra el fondo del oscuro muro de la fachada septentrional -, dice lentamente el *Pater*. Luego bendice con la bendición mosaica. Besa a los niños. Los bendice una vez más. Se despide y va hacia el norte, bordeando los muros de Emaús sin entrar en la ciudad. Los tonos violáceos del crepúsculo absorben lentamente la dulce visión del Maestro, que va, que va cada vez más hacia su destino...

En el corral semioscuro hay un silencio de paz dolorosa... Casi de espera. Luego el llanto del pequeño Miguel, un llanto semejante al de un corderito que se encuentra solo, rompe el hechizo, y muchos ojos se humedecen de lágrimas y muchos labios repiten las inocentes palabras del pequeño:

-¡Oh! ¿Por qué te has marchado? ¡Vuelve! ¡Vuelve!... ¡Hazle volver, Señor!

Y, una vez que Jesús desaparece del todo, el desolado reconocimiento del hecho cumplido: « ¡Ya no está Jesús!», que inútilmente trata de aliviar la madre del pequeño Miguel, el cual llora como si hubiera perdido más que a la madre, y desde los brazos de ella tiene ojos solamente para el punto donde ha desaparecido Jesús, y extiende los brazos, y llama:

-¡Jesús! ¡Jesús!

...Jesús espera a estar bastante lejos. Luego dice:

-Vamos a ir a Joppe. Los discípulos han trabajado mucho en esa ciudad, que ahora espera la palabra del Señor.

No hay mucho entusiasmo por este plan, que alarga más el camino, pero Simón Zelote puntualiza que desde Joppe hasta las propiedades de Nicodemo y José se llega pronto y por buenos caminos, y Juan está contento de ir hacia el mar... Y los otros, movidos por estas consideraciones, terminan por ir con más voluntad por el camino que se dirige al mar.

406

En Joppe. Palabras inútiles a Judas de Keriot y diálogo sobre el alma con algunos Gentiles.

Veo a Jesús sentado en un patio interior de una casa de decente aspecto, pero no lujosa. Parece muy cansado. Está sentado en un banco de piedra colocado al lado de un pozo, bajo de brocal, sobre el cual hay una pérgola verde en forma de arco. Los racimos apenas si se insinúan. Hace poco debe haber caído la flor, y los pequeños granos parecen de mijo, colgados de sutiles pedúnculos verdes. Jesús tiene apoyado el codo derecho en la rodilla derecha, y el mentón en el hueco de la mano; algunas veces, como para descansar mejor, apoya el brazo, doblado, en el borde del pozo, y en el brazo la cabeza. Como si quisiera dormir. El pelo entonces descende como velo sobre su rostro cansado, que, si no, vese pálido y serio entre las matas onduladas de sus cabellos blanco-rojos.

Una mujer va y viene con las manos enharinadas, pasando de una habitación de la casa a un tabuco que está en el lado opuesto del patio y que debe ser el horno. Todas las veces mira a Jesús. Pero no turba su descanso. Debe estar ya cercano el atardecer, porque el sol apenas ya toca la cima de la terraza que corona la casa; cada vez menos, cada vez menos, hasta que la abandona.

Unas diez palomas quieren bajar al patio, zureando, para su última comida. Giran alrededor de Jesús, como para hacerse idea de quién es el desconocido, y, desconfiadas, no se atreven a posarse en el suelo. Jesús deja sus pensamientos y sonríe, extiende una mano, vuelta hacia arriba la palma, y dice:

-¿Tenéis hambre? Venid - como si hablara a seres humanos. La más audaz se posa en esa mano, y después de ésta, otra y otra más. Jesús sonríe: «No tengo nada Yo» dice ante sus peticiones hechas de arrullos. Y luego llama a la mujer en voz alta: « ¡Mujer! Tus palomas tienen hambre. ¿Tienes grano para ellas?».

-Sí, Maestro. Está en el saco que hay debajo del pórtico. Voy yo ahora.

-Deja. Se lo doy Yo. Me gusta.

-No irán. No te conocen.

-¡Tengo ya palomas en los hombros y hasta en la cabeza!...

Jesús camina, en efecto, con su extraña cimera, hecha de una paloma plomosa, que tiene un pecho que parece una coraza preciosa por su riqueza de tornasoles.

La mujer, incrédula, se asoma y exclama:

-¡Oh!

-¿Lo ves? Las palomas son mejores que los hombres, mujer. Sienten quién las quiere. Los hombres... no.

-No te preocupes por lo sucedido, Maestro. Aquí son pocos los que te odian; los otros, si no todos, te quieren, te respetan al menos.

-No, si esto no me deprime. Lo digo para hacerte la observación de que frecuentemente los animales son mejores que los hombres.

Jesús ha abierto el saco y ha hundido en él su larga mano, ha extraído el dorado grano y se lo ha puesto en el vuelo de su manto. Lo cierra y vuelve al centro del patio, defendiéndose de la intromisión de las palomas, que quieren servirse ellas mismas. Abre su taleguito y esparce por el suelo los granos, y ríe ante el carrusel que forman estas glotonas aves, y por sus riñas. Pronto acaba la comida. Las palomas beben en un plato hondo que hay junto al pozo, y miran todavía a Jesús.

-Ahora marchaos. No hay nada más.

Los animalitos revolotean y se posan aún un poco en los hombros y las rodillas de Jesús para volver luego a sus nidos. Jesús cae de nuevo en su meditación.

Golpes vigorosos en la puerta. La mujer se apresura a abrir. Son los discípulos.

-Venid - dice Jesús.

-¿Habéis distribuido el dinero a los pobres?

-Sí, Maestro.

-¿Hasta la última moneda? Recordad que lo que nos dan no es para nosotros, sino para la caridad. Nosotros somos pobres y vivimos de la misericordia de los demás. *¡Desdichado el apóstol que aprovecha su misión para fines humanos!*

-¿Y si un día estamos sin pan y nos acusan de violar la Ley porque imitamos a los gorriones desgranando espigas?

-¿Te ha faltado algo alguna vez, Judas?, ¿algo esencial, desde que estás conmigo? ¿Has caído desfallecido alguna vez por el camino?

-No, Maestro.

-¿Cuando te dije: "Ven", te prometí comodidades y riquezas? En mis palabras a los que me escuchan, he prometido alguna vez que daría a los "míos" ganancia en la Tierra'?

-No, Maestro.

-¿Y entonces, Judas? ¿Por qué estás tan distinto? ¿No sabes, no sientes que tu descontento, tu mengua me producen dolor? ¿No ves que este descontento se comunica a tus hermanos? ¿Por qué, Judas, amigo, tú que has sido llamado a tan alto destino, tú que viniste con tanto entusiasmo a mi amor y a mi luz, ahora me abandonas?

-Maestro, no te abandono. Soy el que más se preocupa de ti, de tus intereses, de tu éxito. Quisiera verte triunfar en todas partes, créeme.

-Lo sé. Humanamente quieres esto. Ya es mucho. Pero Yo no quiero eso, Judas, amigo mío... He venido para mucho más que un triunfo humano y un reino humano... He venido, no para dar a mis amigos migajas de un triunfo humano, sino para daros una retribución generosa, llena, copiosa; una retribución que de tan llena no es ya retribución: es coparticipación en mi Reino eterno, es unión en los derechos de hijos de Dios... ¡Oh! ¡Judas! ¿Por qué no te exalta esta sublime herencia, a que se accede por renuncia, pero que no conoce ocaso?

Ven más cerca, Judas. ¿Ves? Estamos solos. Los otros han comprendido que quería hablarte a ti, distribuidor de mis... riquezas, de las limosnas que el Hijo del hombre, que el Hijo de Dios recibe para darlas en nombre de Dios y del Hombre al hombre. Y se han retirado a la casa. Estamos solos, Judas, en esta hora tan dulce del atardecer en que nuestro corazón vuela a nuestras casas lejanas, a nuestra, madres, que, sin duda, mientras preparan sus cenas solitarias, piensan en nosotros y acarician con su mano el lugar donde nos sentábamos antes de esta hora de Dios, en que la Voluntad santísima nos ha tomado para promover el amor a Él en espíritu y en verdad.

¡Nuestras madres! La mía, tan santa y pura, y que tanto os quiere y que ora por vosotros, amigos de su Jesús... La mía, cuya única paz en las tribulaciones de su maternidad de Madre del Cristo, es la de verme rodeado de vuestro afecto... No defraudéis, no hiráis este corazón de Madre, amigos. ¡No lo quebrantéis con una mala acción vuestra! Tu madre, Judas. Tu madre, que la última vez que hemos pasado por Keriot no terminaba de bendecirme y quería besarme los pies, porque es feliz de que su Judas esté en la luz de Dios, y me decía: "¡Oh! ¡Maestro! ¡Haz santo a mi Judas! ¿Qué quiere un corazón de madre, sino el bien de su hijo? ¿Y qué bien hay mayor que el Bien eterno?". ¡Exacto! ¡Qué bien será mayor, Judas, que aquel al que quiero llevaros y al cual se llega siguiendo mi camino? Santa mujer tu madre, Judas. Una verdadera hija de Israel. No quise que me besara los pies, porque sois mis amigos y porque en cada una de vuestras madres, en cada madre buena, veo a la mía, Judas. Y Yo quisiera que vosotros, en la vuestra, vierais a la mía con su *tremendo* destino de Corredentora; y no quisierais matarla, no, no quisierais matarla... porque os parecería matar a la vuestra.

Judas, no llores. ¿Por qué llorar? Si no tienes en el corazón nada que te remuerda hacia tu madre, que lo es también mía, ¿por qué te brota ese llanto? Ven aquí, pon la cabeza en mi hombro y manifiesta a tu Amigo tu angustia. ¿Has faltado? ¿Te sientes próximo a faltar? ¡Oh! ¡No estés solo! Vence a Satanás con la ayuda de quien te ama. Soy Jesús, Judas. Soy el Jesús que sana las enfermedades y expulsa a los demonios. Soy el Jesús que salva... y que te quiere mucho, que se aflige viéndote tan debilitado. Soy el Jesús que enseña que se debe perdonar setenta veces siete. Pero Yo, en mi caso, no setenta sino setecientas, siete mil veces siete os perdono... y *no hay pecado, Judas, no hay pecado, Judas, no hay pecado, Judas, que Yo no perdone, que Yo no perdone, que Yo no perdone, si*, arrepentido, el culpable me dice: "Jesús, he pecado". Menos aún, si tan sólo dice: "¡Jesús!". Aún menos, con sólo mirarme suplicante. Y los primeros pecados que perdono, ¿sabes, amigo, a quiénes se los perdono? A los más *culpables* y a los más *arrepentidos*. Y los primeros en absoluto que perdono, ¿sabes cuáles son?: los *pecados contra* mí.

¿Judas?... ¿No encuentras una palabra de respuesta para tu Maestro?... ¿Tan grave es tu angustia que te corta la palabra? ¿Temes que te denuncie? ¡No lo temas! Hace mucho que quiero hablarte así, teniéndote apoyado en mi Corazón, como dos hermanos nacidos en una cuna, de un único parto, casi una carne sola, dos que se han intercambiado recíprocamente el tibio pezón y han sentido el sabor de la saliva fraterna unida al dulzor de la leche materna. Ahora te tengo y no te dejo, hasta que no me digas que te he curado. No temas, Judas. Es una confesión lo que quiero. Pero tus compañeros, de tanto como resplandecerán después de este coloquio nuestros rostros, de paz recíproca y de recíproco amor, pensarán que es un coloquio de amor. Y haré que lo crean cada vez más, teniendo tu cabeza sobre mi pecho esta noche en la cena, untándote mi propio pan y ofreciéndotelo con predilección, y serás el primero al que dé la copa, después de haber dado las gracias a Dios. Serás el rey del convite, Judas. Y lo serás realmente. Esposa del Esposo serás, oh alma a la que amo, si te haces puro y libre, depositando tu fango en mi seno purificador ¿Todavía no hablas para explicarme tu llanto?

-Me has hablado tan dulcemente... de mi madre... de la casa... de tu amor... Un momento de debilidad... ¡Estoy tan cansado!... Y me parecía que Tú ya no me amaras así desde hacía tiempo...

-No. No es esto. En tus palabras no hay más que una verdad: que estás cansado. Pero no cansado del camino, del polvo, del sol, del barro, de la multitud. *Estás cansado de ti. Tu alma está cansada de tu carne y de tu mente. Tan cansada que acabará apagándose por mortal cansancio. ¡Pobre alma a la que llamé a los resplandores eternos! ¡Pobre alma que sabe que te amo y te acusa de arrebatarla a mi amor! ¡Pobre alma que te acusa - inútilmente, como Yo, inútilmente, te acaricio con mi amor - de obrar engañosamente con tu Maestro! Pero no eres tú el que actúa. Es el que te odia y me odia. Por eso te decía: "No estés solo".* Pues bien, escucha. Tú sabes que mis noches pasan en gran parte en oración. Si un día sientes en ti la valentía de ser hombre y la voluntad de ser mío, ven a mí mientras tus compañeros duermen. Las estrellas, las flores, los pájaros son testigos prudentes y buenos. Secretos. Compasivos. Se horrorizan por el delito cometido, ante sus ojos, pero no toman la palabra para decir a los hombres: "Éste es un Caín de su hermano". ¿Has comprendido, Judas?

-Sí, Maestro. Pero, créeme, lo único que me pasa es que estoy cansado y emocionado. Yo te amo con todo mi corazón y...

-Bien. Basta.

-¿Me das un beso, Maestro?

-Sí, Judas. Éste y otros te daré...

Jesús suspira profundamente, con pena. Pero besa a Judas en la mejilla. Y luego le toma la cabeza entre las palmas y teniéndolo bien apretado entre la prensa de sus manos, frente a sí, a la distancia de pocos decímetros, lo mira fijamente, lo escruta, lo perfora con su mirada magnética. Y el infame de Judas ni se inmuta. Aparentemente permanece impertérrito ante este examen. Sólo se pone un poco pálido y cierra un instante los ojos. Y Jesús lo besa en los párpados bajados, y luego en la boca y luego en el corazón, agachando la cabeza para buscar el corazón del discípulo... y dice:

-Para alejar las ofuscaciones, para hacerte sentir la dulzura de Jesús, para fortalecerte el corazón.

(El beso en la boca como señal de amistad en el Israel del tiempo de Jesús era algo usual, acostumbrado; actualmente se practica en el pueblo ruso y otros países orientales; en España o Francia es costumbre, sin embargo, besarse en las mejillas los parientes)

Y luego lo suelta y se encamina hacia la casa, seguido por Judas.

-¡Llegas a punto, Maestro! Todo está listo. Te esperábamos sólo a ti - dice Pedro.

-Ya. Bien. Estaba hablando con Judas de muchas cosas... ¿Verdad, Judas? Habrá que pensar también en aquel pobre anciano al que le mataron al hijo.

-¡Ah!

Judas coge al vuelo esta buena ocasión para terminar de recobrarse y para desviar las sospechas de los demás, si es que las hubiera.

-¡Ah! ¿Sabes, Maestro? Hoy nos ha parado un grupo de gentiles mezclados con judíos de las colonias romanas de Grecia. Querían saber muchas cosas. Hemos respondido como hemos podido. Pero está claro que no los hemos convencido. De todas formas, han sido buenos y nos han dado mucha moneda. Aquí está, Maestro. Vamos a poder hacer mucho bien.

Y Judas pone en la mesa una gruesa bolsa de blanda piel, la cual, golpeando contra aquélla, suena con sonido de plata. Es gruesa como una cabeza de niño.

-De acuerdo, Judas. Distribuirás el dinero con equidad. ¿Qué querían saber esos gentiles?

-Cosas sobre la vida futura... si el hombre tiene alma y si es inmortal. Mencionaban los nombres de maestros suyos. Pero nosotros... ¿qué podíamos decir?

-Debíais haberles dicho que vinieran.

-Se lo hemos dicho. Quizás vienen.

Sigue la comida. Jesús tiene cerca a Judas y le da el pan mojado en el jugo que hay en el plato de la carne asada.

Están comiendo pequeñas aceitunas negras cuando se oye llamar a la puerta. Pasado un momento, entra la mujer de la casa y dice:

-Maestro, te requieren.

-¿Quiénes son?

-Hombres extranjeros.

-¡Imposible! ¡El Maestro está cansado! ¡Lleva todo el día andando y hablando! ¡Y además, gentiles en casa! ¡Figúrate!». Los doce están revolucionados como una colmena disturbada.

-¡Chist! ¡Paz! No me es fatigoso escuchar a quien me busca. Es mi descanso.

-¡Podría ser una trampa! ¡A esta hora!...

-No. No lo es. Estad tranquilos y descansad vosotros. Yo ya he descansado mientras os esperaba. Voy. No os pido que vengáis conmigo, a pesar de que... a pesar de que os digo que precisamente a los gentiles tendréis que llevar vuestro judaísmo, que ya no será sino cristianismo. Esperadme aquí».

-¿Vas solo? ¡Ah! ¡Eso nunca! - dice Pedro, y se levanta.

-Quédate donde estás. Voy solo.

Sale. Se asoma a la puerta de la calle. En el crepúsculo son muchos hombres los que esperan.

-La paz sea con vosotros. ¡Me requeríais?

-¡Salve, Maestro!

Habla un anciano de grave aspecto, vestido con una túnica romana que sobresale bajo un pequeño manto de forma redondeada y provista de capucha, que cubre su cabeza.

-Hoy hemos hablado con tus discípulos. Pero no nos han sabido decir mucho. Quisiéramos hablar contigo.

-¿Sois los de la generosa limosna? Gracias por los pobres d^e Dios». Jesús se vuelve a la dueña de la casa y dice: «Mujer, salgo con éstos. Di a los míos que vengan a reunirse conmigo a la orilla, porque, si no veo mal, éstos son comerciantes de los emporios...

-Y navegantes, Maestro. Bien ves.

Salen todos juntos a la calle, iluminada por un hermoso claro de luna.

-¿Venís de lejos?

Jesús está en el centro del grupo. A su lado, el anciano que habló primero, un anciano de buena presencia y afilado perfil latino. A1 otro lado va otro también entrado en años, de rostro netamente hebreo; y luego, alrededor, dos o tres delgados y aceitunados, de ojos penetrantes y un poco irónicos, y otros más robustos de distintas edades. Unas diez personas.

-Somos de las colonias romanas de Grecia y Asia. Parte judíos, parte gentiles... No nos atrevíamos a venir por este motivo... Pero nos han asegurado que no desprecias a los gentiles... como hacen los otros... Los judíos observantes, quería decir, los de Israel, porque en otros lugares también los judíos son... menos intransigentes. Tanto que yo, romano, tengo por esposa a una judía de Licaonia, y éste, hebreo de Éfeso, tiene por esposa a una romana.

-No desprecio a nadie... Pero hay que comprender a quienes todavía no saben pensar que, *siendo Uno el Creador, todos los hombres son de una única sangre.*

-Sabemos que eres grande entre los filósofos. Y cuanto dices lo confirma. Grande y bueno.

-Bueno es quien hace el bien. No quien habla bien.

-Tú hablas bien y obras el bien. Por tanto eres bueno.

-¿Qué queráis saber por mí?

-Hoy - y perdona, Maestro, si te cansamos con nuestras curiosidades, pero son curiosidades buenas, porque buscan con amor la Verdad -, hoy queríamos saber por los tuyos la verdad acerca de una doctrina que fue ya señalada por filósofos antiguos de Grecia, y que Tú - eso nos dicen - vuelves a predicar más grande y hermosa. Eunica, mi mujer, habló con judíos que te escucharon y me repitió aquellas palabras. Es que Eunica, griega, es culta y conoce las palabras de los sabios de su patria. Encontró puntos comunes entre tus palabras y las de un gran filósofo griego. Y también a Éfeso llegaron esas palabras tuyas. Conque, habiendo venido a este puerto, quién por comercio, quién por rito, nos hemos encontrado de nuevo los amigos y hemos hablado. Los negocios no distraen de pensar también en otras cosas más elevadas. Llenados los almacenes, y las bodegas, tenemos tiempo de resolver esta duda. Tú dices que el alma es eterna. Sócrates dice que es inmortal. ¿Conoces las palabras del maestro griego?

-No. No he estudiado en las escuelas de Roma ni de Atenas. Pero, de todas formas, habla. Te entiendo igualmente. No ignoro el pensamiento del filósofo griego.

-Sócrates, contrariamente a lo que creemos nosotros los de Roma, y también a lo que creen vuestros saduceos, admite y sostiene que el hombre tiene un alma, y que ésta es inmortal. Dice que, siendo inmortal, la muerte no es más que una liberación para el alma y paso de ella de una cárcel a un lugar libre, donde se reúne con aquellos a quienes amó, y allí conoce a los sabios de cuyo ingenio oyó hablar, y a los grandes, a los héroes, a los poetas, y no encuentra ya ni injusticias ni dolor, sino felicidad eterna, en una morada de paz, abierta a las almas inmortales que vivieron con justicia. ¿Tú que opinas de esto, Maestro?

-En verdad te digo que el maestro griego, a pesar de estar en el error de una religión no verdadera, estaba en la verdad llamando inmortal al alma. Buscador de lo Verdadero y cultor de la Virtud, sen tía en el fondo de su espíritu susurrar la voz del Dios desconocido, del verdadero Dios, del Dios único: el altísimo Padre de quien Yo vengo para llevar a los hombres a la Verdad. El hombre tiene un alma. Una. Verdadera. Eterna. Señora. Merecedora de premio o castigo. Toda suya. Creada por Dios. Destinada, en el Pensamiento creador, a volver a Dios. Vosotros, gentiles, demasiado os dedicáis al culto de la carne. Admirable obra, en verdad, que lleva la señal del Pulgar eterno. Demasiado admiráis la mente, joya encerrada en el cofre de vuestra cabeza, desde donde emana sus sublimes rayos. Grande, supremo don de Dios Creador, que os ha hecho según su Pensamiento como formas, o sea, obra perfecta de órganos y miembros, y os ha dado su semejanza con el Pensamiento y con el Espíritu. Pero la perfección de la semejanza está en el espíritu. Porque Dios no tiene miembros ni calígine de carne, como tampoco tiene sentidos ni fómite de lujuria, sino que es Espíritu purísimo, eterno, perfecto, inmutable, incansable en el obrar, y se renueva continuamente en sus obras, adecuadas paternalmente al camino ascendente de su criatura. El espíritu, creado por una misma Fuente de potencia y bondad, para cada hombre, no conoce inicial variación de perfección, pero conoce muchas variaciones a partir de su infusión en la carne. Uno solo es el Espíritu increado y perfectísimo, y que siempre ha permanecido así; tres han sido los espíritus creados perfectos y...

-Uno eres Tú, Maestro.

-No Yo. En mi Carne Yo tengo el Espíritu divino, no creado sino generado por el Padre por exuberancia de amor. Y tengo alma, el alma que me ha creado el Padre, siendo Yo, ahora, el Hombre; alma perfecta como conviene al Hombre Dios. Hablo de otros espíritus.

(No Yo. En una copia mecanografiada, MV añadió: Habla aquí como Dios-Verbo "por quien todas las cosas fueron hechas ", incluso su alma de Hombre. Si hablara como Hombre, diría que Dios, o sea, también Él, creó "el único espíritu perfectísimo" para unirlo a su Carne de Verbo encarnado en que todas las perfecciones convergen. Y habla con gentiles, por tanto, de forma adecuada a su ignorancia pagana)

-¿Cuáles, pues?

-Los dos progenitores de quienes viene la raza, creados perfectos y posteriormente caídos, voluntariamente, en imperfección. El tercero, creado para delicia de Dios y del Universo, es demasiado superior a la posibilidad de pensamiento y de fe del mundo de ahora como para que os lo señale. Los espíritus, decía, creados por una misma Fuente con igual medida de perfección, sufren luego, por su mérito y voluntad, una dúplice metamorfosis.

-¿Entonces admites segundas vidas?

-*No hay más que una vida.* En ella el alma, que ha recibido la semejanza inicial con Dios, pasa, por la justicia fielmente practicada en todas las cosas, a una más perfecta semejanza, a una, diría, segunda creación de sí misma, por lo que pasa a una doble semejanza con su Creador, haciéndose capaz de pasar a poseer la santidad, que *es perfección de justicia y semejanza de hijo con el Padre.* Ésta se da en los bienaventurados, o sea, en aquellos que vuestro Sócrates dice que habitan en el Hades, mientras que Yo os digo que, cuando la Sabiduría haya dicho sus palabras y las haya firmado con la sangre, éstos serán llamados los bienaventurados del Paraíso, del Reino, es decir, de Dios.

-¿Y dónde están ahora éstos?

-Esperando.

-¿A qué?

-A1 Sacrificio. A1 Perdón. A la Liberación.

-Se dice que será el Mesías el Redentor, y que ése eres Tú... ¿Es verdad?

-Es verdad. Soy Yo, el que os habla.

-¿Entonces deberás morir? ¿Por qué, Maestro? El mundo tiene mucha necesidad de Luz, ¿y Tú quieres dejarlo?

-¿Tú, griego, me preguntas esto? ¿Tú, en quien las palabras de Sócrates tienen trono?

-Maestro, Sócrates era un justo. Tú eres santo. Mira cuánta necesidad de santidad tiene la Tierra.

Aumentará potenciada diez mil veces por cada dolor, cada herida, cada gota de mi Sangre.

-¡Por Júpiter! Jamás hubo un estoico mayor que Tú, que no te limitas a predicar el desprecio de la vida, sino que te apresuras a desecharla.

-No desprecio la vida. La amo como la cosa más útil para comprar la salvación del mundo.

-¡Pero eres joven, Maestro, para morir!

-Tu filósofo dice que los dioses aman lo santo, y tú me has llamado santo. Si soy santo, debo tener sed de volver a la Santidad de la cual he venido. Nunca tan joven, pues, como para no tener esta sed. Dice también Sócrates que quien es santo anhela hacer cosas gratas a los dioses. ¿Qué cosa más grata que restituir al abrazo del Padre a los hijos que la culpa ha alejado y dar al hombre la paz con Dios, fuente de todo bien?

-Dices que no conoces las palabras socráticas. ¿Cómo es que sabes entonces estas que dices?

-Yo sé todo. El pensamiento de los hombres - cuanto es pensamiento bueno - no es sino el reflejo de un pensamiento mío. Cuanto no es bueno no es mío; de todas formas, lo he leído en las épocas históricas y he sabido, sé y sabré, cuando fue, es y será dicho. Yo sé.

-Señor, ven a Roma, faro del mundo. Aquí estás rodeado de odio, allí te rodeará la veneración.

-A1 hombre. No al Maestro de lo sobrenatural. Yo he venido para lo sobrenatural, que debo ofrecer a los hijos del pueblo de Dios, a pesar de que sean los más duros con el Verbo.

-¿Roma y Atenas no te tendrán, entonces?

-Me tendrán. No temáis. Me tendrán. Los que quieran tenerme me tendrán.

-Pero si te matan...

-El espíritu es inmortal. El de cada uno de los hombres. ¿No lo va a ser el mío, Espíritu del Hijo de Dios? Iré con mi Espíritu operante... Iré... Veo las muchedumbres infinitas y las casas elevadas en honor de mi Nombre... Están en todos los lugares... Hablaré en las catedrales y en los corazones... No conocerá pausa mi evangelización... El Evangelio recorrerá la Tierra... los buenos, todos a mí... y... paso a la cabeza de mi ejército de santos, y lo llevo al Cielo. Venid a la Verdad...

-¡Oh! ¡Señor! Tenemos el alma envuelta en fórmulas y en errores ¿Cómo lograremos abrir sus puertas?

-Yo abriré las puertas del Infierno, abriré las puertas de vuestro Hades y de mi Limbo. ¿No voy a poder abrir las vuestras? Decid "Quiero" y, como cierre hecho con alas de mariposa, caerán pulverizadas al paso de mi Rayo.

-¿Quién vendrá en tu Nombre?

-¿Veis a aquel hombre que viene hacia aquí junto con otro poco más que adolescente? Ellos irán a Roma y al mundo. Y con ellos muchos otros. Tan diligentes, como ahora, por el amor a mí que los impulsa y que no los deja hallar descanso sino a mi lado, irán, por el amor de los redimidos por mi Sacrificio, a buscaros, a reuniros, a conducirlos a la Luz. ¡Pedro! ¡Juan! Venid. He terminado, creo. Ahora estoy con vosotros. ¿Tenéis algo más que decirme?

-Sí, Maestro. Que nos vamos y llevamos con nosotros tus palabras.

-Germinen en vosotros con raíces eternas. Id. La paz sea con vosotros.

-Salve a ti, Maestro. Y la visión termina...

Pero dice todavía Jesús:

-¿Estás agotada? El dictado ha sido cansado. Más dictado que visión. Pero es un tema deseado por algunos. ¿Quién? Lo sabrás en mí Día. Ahora ve en paz tú también.

Por mi parte añado que el coloquio entre Jesús y los gentiles tenía lugar en una calle de ciudad marítima paralela a la orilla. Bien visibles con el claro de luna eran las serenas olas, que iban a morir con resaca en los escollos del rompeolas de un vasto puerto lleno de naves. No he podido decirlo antes, porque el grupo ha hablado sin parar y, si describía el lugar, perdía el hilo de las palabras. Hablan caminando por un tramo de la calle cercano al puerto. La calle está solitaria porque no hay viandantes, y todos los marineros han regresado a sus naves, cuyos faroles rojos se ven resplandecer como estrellas de rubí en la noche. Esta ciudad (Joppe) es bonita e importante.

En los campos de Nicodemo. La parábola de los dos hijos.

Jesús llega durante una fresca aurora. Es hermosa esta fértil campiña del buen Nicodemo bajo las primeras luces del sol. Hermosa a pesar de que muchas parcelas ya hayan sido segadas y muestren el aspecto cansado de los campos tras la muerte de las mieses, que, en parvas de oro, o todavía extendidas en el suelo como cadáveres, esperan a que las lleven a las eras. Y con ellas mueren los lises estrellados y zafíreos, las violáceas becerras, las menudas corolas de las escabiosas, el lábil cáliz de las campanillas, los rientes nimbos radiados de las camomilas y margaritas, las violentas amapolas y las cien otras flores que, en forma de estrellas o de panojas, de ramos o de nimbos radiados, reían antes donde ahora hay... amarillez de rastros. Pero, para consuelo del dolor de la tierra despojada de sus mieses, están las frondas de los árboles frutales, cada vez más alegres por los frutos que ya crecen y se pincelan con distintas tonalidades, y que, en esta hora, tienen el brillo de un polvo diamantino por las gotitas de rocío todavía no evaporadas por el sol.

Los campesinos están ya trabajando, contentos de acercarse ya al final del fatigoso trabajo de la siega; y cantan mientras siegan, y ríen alegres, desafiándose a quién es más rápido y experto en manejar la hoz o apretar las gavillas... Filas y filas de bien nutridos campesinos, contentos de trabajar para su buen señor. Y, en las lindes de los campos, o detrás de los atadores, niños, viudas, ancianos, que esperan para espigar, y esperan sin ansia porque saben que habrá para todos, como siempre, «por orden de Nicodemo», como explica una viuda a Jesús, que le ha preguntado.

-Vigila – dice - para que, a sabiendas, se dejen muchas espigas fuera de las gavillas, para nosotros. Y, no satisfecho todavía de tanta caridad, después de coger el justo fruto en proporción a lo sembrado, distribuye el resto entre nosotros. ¡Y no es que espere a hacerlo en el **año sabático**! *(El año sabático era el último año de una serie de siete, y en él debía cesar, por ejemplo, un estado de esclavitud o el pago de una deuda. Respecto a la tierra, cesaba el trabajo del hombre, y los productos crecidos espontáneamente estaban reservados para los pobres y para los animales, como se prescribe en Éxodo 23, 10-11 y en Levítico 25, 3 – 7. La institución del año sabático está en relación con la del sábado, es decir, del reposo del séptimo día, recordado con frecuencia en la Obra valtortiana, y prescrito en Éxodo 20, 8-11; 23, 12; 31, 12-17, Levítico 23, 3; 25, 1-2)* Esto de favorecer al pobre con sus cereales lo hace siempre, y lo mismo hace con las aceitunas y la vid. Por eso Dios lo bendice con cosechas milagrosas. Las bendiciones de los pobres son como rocío para las semillas y las flores, y hacen que cada semilla dé varias espigas y que no caiga una flor sin cuajar en fruto. Y este año nos ha dicho que todo es nuestro, porque es un año de gracia. No sé a qué gracia se refiere. A no ser que sea porque decimos nosotros los pobrecillos y dicen sus felices dependientes que es discípulo en secreto del que dice ser el Cristo, que predica el amor a los pobres para mostrar amor a Dios... Quizás lo conoces, si eres amigo de Nicodemo... Porque los amigos normalmente tienen los mismos afectos... José de Arimatea, por ejemplo, es muy amigo de Nicodemo, y también de él se dice que es amigo del Rabí... ¿Oh, qué he dicho? ¡Que Dios me perdone! ¡He perjudicado a dos hombres buenos de la llanura!...

La mujer está consternada.

Jesús sonríe y pregunta:

-¿Por qué, mujer?

-Porque... Dime: ¿eres verdadero amigo de Nicodemo y de José, o eres uno del Sanedrín, uno de los falsos amigos que harían daño a dos hombres buenos si tuvieran la certeza de que son amigos del Galileo?

-Tranquilízate. Soy verdadero amigo de estos dos hombres buenos. Pero tú sabes muchas cosas, mujer. ¿Cómo las sabes?

-¡Todos las sabemos! Arriba con odio, abajo con amor. Porque, aunque no conozcamos al Cristo, lo amamos; nosotros, el desecho de todos, amados sólo por Él, que enseña a amarnos. Y tememos por Él... ¡Son tan péfidos los judíos, los fariseos, los escribas y los sacerdotes!... ¡Oh, te estoy escandalizando!... Perdona. Es lengua de mujer y no sabe callar... Pero es porque todo el dolor nos viene de ellos, de los poderosos que nos aplastan sin piedad y nos obligan a ayunos no prescritos por la Ley, sino impuestos por la necesidad de encontrar denarios para pagar todos los diezmos que ellos, los ricos, han cargado sobre los pobres... Y es porque toda la esperanza está en el reino de este Rabí que, si es tan bueno ahora que lo persiguen, ¿cómo será cuando pueda ser rey!

-Su Reino no es de este mundo, mujer. No tendrá ni palacios ni soldados. No impondrá leyes humanas. No distribuirá denarios, pero enseñará a los mejores a hacerlo. Y los pobres encontrarán no dos o diez o cien amigos entre los ricos, sino que todos los que creen en el Maestro unirán sus bienes para ayudar a los hermanos sin bienes. Porque de ahora en adelante no se llamará "prójimo" al propio semejante, sino "*hermano*", en nombre del Señor.

-¡Oh!...

La mujer está admirada, soñando ya esta era del amor. Acaricia a sus niños, sonríe, luego levanta la cabeza y dice:

-¿Entonces me aseguras que no he perjudicado a Nicodemo... hablando contigo? Me ha venido espontáneo... ¡Son tan dulces tus ojos!... ¡Es tan sereno tu aspecto!... No sé... Me siento segura como si estuviera al lado de un ángel de Dios... Por eso he hablado...

-No has perjudicado. Puedes estar segura. Es más, has dicho de mi amigo una gran alabanza, por la que Yo lo alabaré y lo apreciaré más todavía... ¿Eres de estos lugares?

-¡No, no, Señor! Soy de entre Lida, y Bet-Dagón. ¡Pero, cuando hay posibilidad de alivio, uno corre, Señor, aunque sea largo el camino! Más largos son los meses de invierno y hambre...

-Y más larga que la vida es la eternidad. Habría que tener para el alma la diligencia que se tiene para la carne, y correr a donde hay palabras de vida...

-Yo lo hago con los discípulos del Rabí Jesús, el bueno, el único bueno de entre los demasiados rabíes que tenemos.

-Haces bien, mujer - dice Jesús sonriendo y haciendo una señal a Andrés y a Santiago de Zebedeo - que están con Él, mientras que los otros han ido hacia la casa de Nicodemo - de que dejen de hacer un verdadero jeribequé para dar a entender a la mujer que el Rabí Jesús es el que le está hablando.

-Claro que hago bien. No quiero tener el pecado de no haberlo amado y no haber creído en Él... Dicen que es el Cristo... Yo no lo conozco. Pero quiero creer. Porque pienso que buena les va a caer a los que no quieren aceptarlo como tal.

-¿Y si sus discípulos estuvieran en un error? - pone a prueba Jesús.

-No puede ser, Señor. Son demasiado buenos, humildes y pobres como para pensar que sigan a uno no santo. Y además... He hablado con gente curada por Él. ¡No cometes el pecado de no creer, Señor! Te condenarías el alma... En fin..., yo creo que, aun en el caso de que todos estuviéramos en error y Él no fuera el Rey prometido, seguro que es santo y amigo de Dios, si dice esas palabras y cura almas y cuerpos... Y estimar a los buenos siempre beneficia.

-Bien has hablado. Persevera en tu fe... Ahí está Nicodemo...

-Sí. Con algunos discípulos del Rabí. Es que están evangelizando por los campos a los segadores. También ayer comimos su pan.

Nicodemo, entretanto, sin haber visto al Maestro, se acerca, vestido con una sucinta túnica, y ordena a los campesinos que no recojan ni siquiera una espiga de las que han segado.

-Tenemos pan para nosotros... Vamos a dar el don de Dios a quien carece de él. Y démoselo sin temor. El hielo tardío podía habernos destruido los cereales, y no se ha perdido ni una sola semilla. Devolvamos a Dios su pan dándoselo a sus hijos infelices. Y os aseguro que la cosecha del año que viene será aún más fructífera, el mil por ciento, porque Él lo ha dicho: "A quien dé le será dada una medida rebosante".

Los campesinos, deferentes y contentos, escuchan al amo con gesto de asentimiento. Y Nicodemo, de una parcela a otra, de una fila a otra, va repitiendo su orden buena.

Jesús, semiculto por una cortina de cañas que hay en una zanja divisoria, aprueba y sonríe. Y aumenta su sonrisa a medida que Nicodemo se va acercando y va siendo inminente el encuentro y la sorpresa.

Ya está saltando la pequeña zanja para pasar a las otras parcelas... ya se queda petrificado frente a Jesús, que tiende a él los brazos. En fin, le vuelve la palabra:

-Maestro santo, ¿cómo Tú, bendito, a mí?

-Para conocerte, si hubiera necesidad, por las palabras de los testigos más verdaderos: las personas a las que favoreces...

Nicodemo está de rodillas, profundamente prosternado hasta tocar el suelo; también están de rodillas los discípulos, capitaneados por Esteban y José de la Emaús montana. Los campesinos intuyen, intuyen los pobres, y todos están de rodillas con devotísimo estupor. -Alzas. Hasta hace poco era el Viandante que inspira confianza... Seguidme viendo todavía así. Y amadme sin miedos. Nicodemo, he mandado a tu casa a los diez que faltan...

-He pasado la noche fuera, para cuidar de que se cumpliera una orden...

-Sí. Una orden por la que Dios te bendice. ¿Qué voz te ha dicho que éste es un año de gracia, y no el año que viene, por ejemplo?

...No lo sé... Y sí que lo sé... No soy profeta, pero tampoco estúpido. A mi inteligencia se ha unido una luz del Cielo. Maestro mío... quería que los pobres gozaran de los dones de Dios mientras Dios está todavía en medio de los pobres... Y no me atrevía a esperar tenerte aquí, a dar sabor delicado y potencia santificadora a estos cereales, y a mis aceitunas, y a las viñas y pomares, que serán para los pobres hijos de Dios, mis hermanos... Pero ahora que estás aquí, alza tu bendita mano y bendice, para que, junto con el alimento para la carne, descienda a los que lo comen la santidad que de ti emana.

-Sí, Nicodemo. Justo deseo que el Cielo apruebe.

Y Jesús abre los brazos para bendecir.

-¡Espera! Que voy a llamar a los campesinos - y con un silbato silba tres veces; un silbido agudo que se expande por el aire quieto y provoca una carrera de segadores, espigadores, curiosos, de todas las partes. Una pequeña muchedumbre...

Jesús abre los brazos y dice:

-Por la fuerza del Señor, por el deseo de su siervo, la gracia de la salud del espíritu y de la carne descienda a cada uno de los granos, a cada uva, aceituna o fruto, y favorezca y santifique a los que lo comen con espíritu bueno, libre de concupiscencias y de odios y deseoso de servir al Señor con la obediencia a su divina y perfecta Voluntad.

-Así sea - responden Nicodemo, Andrés, Santiago, Esteban y los otros discípulos... -Así sea - repite la pequeña muchedumbre, y se levantan, porque se habían arrodillado para ser bendecidos.

Suspende las labores, amigo. Quiero hablarles.

-Don sobre don. ¡Gracias por ellos, Maestro!

Van a la sombra de un espeso pomar y esperan a que se unan a ellos los diez que han sido enviados a la casa. Estos llegan jadeantes, y desilusionados de no haber encontrado a Nicodemo.

Luego Jesús habla:

-La paz sea con vosotros. Os voy a proponer, a todos vosotros que estáis alrededor de mí, una parábola. Y que cada uno coja la enseñanza y la parte que más sintonice con él. Oíd.

Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y dijo: "Hijo mío, ven a trabajar hoy en la viña de tu padre". ¡Gran signo de honor este del padre! Consideraba al hijo capaz de trabajar en donde, hasta ese momento, el padre había trabajado. Señal de que veía en su hijo buena voluntad, constancia, aptitud, experiencia y amor hacia su padre. Pero el hijo, un poco distraído por cosas del mundo, temiendo aparecer externamente como un siervo - Satanás usa estos espejismos para alejar del Bien -, temiendo burlas y quizás incluso represalias de enemigos de su padre, que contra éste no se atrevían a levantar la mano pero

que tendrían menos consideraciones con su hijo, respondió: "No voy. No tengo ganas". El padre fue entonces al otro hijo y le dijo lo mismo que había dicho al primero; y el segundo hijo respondió enseguida: "Sí, padre. Voy inmediatamente".

¿Pero qué sucedió? Pues que el primer hijo, siendo de ánimo recto, después de un primer momento de debilidad en la tentación y de rebelión, arrepentido de haber disgustado a su padre, fue a la viña sin decir nada y estuvo trabajando todo el día aprovechando hasta la anochecida; luego volvió satisfecho a su casa, con la paz en el corazón por el deber cumplido. El segundo, por el contrario, mentiroso y débil, salió de casa, sí, pero luego se entretuvo a vagabundear por el pueblo haciendo inútiles visitas a amigos influyentes, de los cuales esperaba obtener alguna ventaja. Y decía en su corazón: "Mi padre es viejo y no sale de casa. Le diré que le he obedecido y se lo creará...". Pero, llegado el anochecer también para él y habiendo regresado a casa, su aspecto cansado de ocioso, los indumentos sin arrugas y el saludo inseguro a su padre, que lo observaba y lo comparaba con el primero - que había vuelto cansado, sucio, despeinado, pero jovial y con una mirada humilde y sincera, buena, que, sin querer jactarse del deber cumplido, quería decir al padre: "Te amo. Te amo de verdad. Tanto que, para complacerte, he vencido la tentación" - hablaron claramente al intelecto del padre, el cual, abrazando al hijo cansado, dijo: "¡Bendito tú, porque has comprendido el amor!". Efectivamente, ¿qué os parece? ¿Cuál de los dos había amado? Sin duda decís: "El que había hecho la voluntad del padre suyo". ¿Y quién la había hecho? ¿El primero o el segundo hijo?

-El primero - responde la gente con unanimidad.

-El primero. Sí. También en Israel, y vosotros os quejáis de ello, no son los que dicen: "¡Señor! ¡Señor!", dándose golpes de pecho sin tener en su corazón el verdadero arrepentimiento de sus pecados - tanto es así, que cada vez se hacen más duros de corazón -, no son los que ostentan devotos ritos para que los llamen santos, y luego, privadamente, se comportan sin caridad ni justicia, no son éstos, que se rebelan en verdad contra la voluntad de Dios que me envía y la impugnan como si fuera voluntad de Satanás - y esto no será perdonado -, no son éstos los que son santos a los ojos de Dios; sino que lo son los que, reconociendo que Dios todo lo que hace lo hace bien, acogen al Enviado de Dios y escuchan su palabra para saber hacer mejor, cada vez mejor, lo que el Padre quiere; son éstos los que son santos y amados para el Altísimo.

En verdad os digo: los ignorantes, los pobres, los publicanos, las meretrices precederán a muchos que son llamados "maestros", "poderosos", "santos", y entrarán en el Reino de Dios.

Y será justo. Porque vino Juan a Israel para guiarlo por los caminos de la Justicia, y demasiado Israel no lo creyó, el Israel que a sí mismo se llama "docto y santo", mientras que los publicanos y las meretrices lo creyeron. Y he venido Yo, y los doctos y santos no me creen, y, sin embargo, creen en mí los pobres, los ignorantes, los pecadores. Y he hecho milagros, y ni siquiera se ha creído en ellos, y tampoco viene arrepentimiento de no creer en mí; al contrario, se desata el odio contra mí y contra los que me aman.

Pues bien, digo: "Benditos los que saben creer en mí y hacer esta voluntad del Señor en que hay salud eterna". Aumentad vuestra fe y sed constantes. Poseeréis el Cielo, porque habréis sabido amar la Verdad.

Podéis marcharos. Dios esté siempre con vosotros.

Los bendice y se despide de ellos. Luego, al lado de Nicodemo, se dirige hacia la casa del discípulo para estar en ella mientras el sol abrasa...

408

Multiplicación del trigo en los campos de José de Arimatea.

También aquí trabajan fervientemente los segadores. Es más - está mejor dicho - ha sido ferviente el trabajo de las segadoras. Ya son inútiles las hoces, porque no hay en pie una sola espiga en estos campos aún más cercanos a la orilla mediterránea que los de Nicodemo. Pero Jesús no ha ido a Arimatea, sino a los terrenos que José posee en el llano, hacia el mar, y que antes de la siega, por su gran extensión, debían ser otro pequeño mar de espigas.

Una casa baja, ancha, blanca, está ahí, en el centro de los campos desnudos. Una casa de campo, pero bien cuidada. Sus cuatro eras se están llenando de gran cantidad de gavillas, puestas en haces (como disponen los soldados el bagaje durante los altos en el campo). Muchos carros traen ese tesoro de los campos a las eras, y muchos hombres descargan y amontonan. José va de una era a otra y vigila que todo se haga, y se haga bien.

Un campesino, desde lo alto del montón hacinado en un carro, anuncia:

-Hemos terminado, patrón. Todo el trigo está en tus eras. Este es el último carro de tu último terreno.

-Bien. Descarga y luego suelta a los bueyes y llévalos a los pilones y a los establos. Han trabajado bien y merecen descanso. Y también todos vosotros habéis trabajado bien y merecéis descanso. Pero la última fatiga será leve, porque para los corazones buenos es alivio la alegría de los demás. Ahora vamos a traer a los hijos de Dios y vamos a darles el don del Padre. Abraham, ve a llamarlos - dice luego volviéndose hacia un patriarcal campesino, que quizás es el primero de los campesinos al servicio de esta propiedad de José. Pienso esto porque veo que el respeto de los otros dependientes es muy visible hacia este anciano, que no trabaja pero ayuda al patrón vigilando y aconsejando.

Y el anciano va... Lo veo dirigirse hacia una vasta y muy baja construcción, más parecida a un cobertizo que a una casa, provista de dos puertas gigantescas que tocan el canalón. Creo que será una especie de almacén donde estén guardados los carros y los otros aperos de labranza. Entra allí dentro y luego sale seguido por un heterogéneo y mísero grupo humano de todas las edades... y de todas las miserias... Hay seres macilentos, aunque sin desgracias físicas, y hay tullidos, ciegos, mancos, enfermos de los ojos... Muchas viudas rodeadas de sus muchos huerfanitos, o también las mujeres de algún enfermo, tristes, apocadas, enflaquecidas por las noches en vela y los sacrificios para cuidar al enfermo.

Vienen con ese aspecto particular de los pobres cuando van a un lugar donde recibirán una gracia: timidez en las miradas, esquivar propia del pobre honrado, no sin una sonrisa que aflora encima de la tristeza imprimida por días de dolor en los rostros demacrados, no sin una chispa mínima de triunfo, casi como una respuesta al destino, que se ha cebado sobre ellos en días tristes, continuos, una respuesta al destino:

-¡Hoy es fiesta, para nosotros también hay un día de fiesta, hoy es fiesta, es alegría, es consuelo para nosotros!

Los pequeños ponen ojos como platos al ver los montones de gavillas, más altos que la casa, y dicen a sus mamás mientras las señalan:

-¿Para nosotros? ¡Qué bonitas!

Los ancianos susurran:

-¡El Bendito bendiga al compasivo!

Los mendigos, tullidos, o ciegos, o mancos, o enfermos de los ojos:

-¡Por fin tendremos pan también nosotros, sin tener que alargar siempre la mano!

Y los enfermos a sus familiares:

-Al menos podremos medicarnos sabiendo que vosotros no sufrís por nosotros. Nos harán bien ahora las medicinas.

Y los familiares a los enfermos:

-¿Veis? Ahora ya no diréis que ayunamos para dejaros a vosotros el pedazo de pan. ¡Alegraos, pues, ahora!...

Y las viudas a los huerfanitos:

-Hijitos míos, habrá que bendecir mucho al Padre de los Cielos que os hace de padre, y al buen José, que es su administrador. Ahora no os oiremos llorar por hambre, hijos nuestros que tenéis sólo a vuestras madres para ayudaros... a vuestras pobres mamás, que de rico tienen sólo el corazón...

Un coro y un espectáculo que alegran, pero también hacen venir lágrimas a los ojos...

Y José, teniendo ya delante a estos infelices, se pone a recorrer las filas, a llamar a uno por uno, preguntando cuántos son en su familia, desde cuánto tiempo están viudas, o desde cuándo están en enfermos, etc... y toma nota. Y para cada caso ordena a los campesinos que están a su servicio:

-Da diez. Da treinta.

-Da sesenta - dice después de escuchar a un anciano semiciego que se le ha acercado con diecisiete nietecitos, todos por debajo de los doce años, hijos de dos hijos suyos, muertos uno en la siega del año anterior, la otra de parto...

-...Y - dice el anciano - el marido ha encontrado consuelo y se ha casado otra vez, pasado un año. Me ha remitido los cinco hijos diciendo que se preocuparía de ellos. Sin embargo, ¡jamás un sólo denario!... Ahora se me ha muerto también mi mujer estoy solo... con éstos...

-Da sesenta al anciano padre. Tú, padre, espera, que después te voy a dar vestidos para los pequeños.

El campesino observa que, si se va a sesenta gavillas por cada vez, no va a llegar el trigo para todos...

-¿Dónde está tu fe? Si acumulo y distribuyo las gavillas, ¿lo hago por mí? No. Es para los más amados hijos del Señor. El Señor mismo proveerá a que baste para todos - responde José al campesino.

-Sí, patrón. Pero el número es número...

-Y la fe es fe. Y yo, para mostrarte que la fe puede todo, ordeno que se doble la medida que ha sido dada a los primeros. Quien ha recibido diez que reciba otras diez, quien veinte otras veinte, y al anciano dadle ciento veinte. ¡Hacedlo! ¡Hacedlo!

Los campesinos se encogen de hombros y cumplen la orden. Y continúa la distribución, en medio del gozoso asombro de los beneficiados, que ven que les dan una medida que supera todas sus más descabelladas esperanzas. José sonríe por ello, y acaricia a los pequeñuelos, que ponen todo su ahínco en ayudar a sus mamás; o ayuda a los tullidos, que hacen su pequeño montón; ayuda a los ancianos demasiado caducos como para hacerlo; o a las mujeres demasiado macilentas; y ordena apartar a dos enfermos para darles otras ayudas, como ha hecho con el anciano de los diecisiete nietos. Los montones, más altos que la casa, ahora son muy bajos, casi al nivel del suelo. Pero todos han recibido su parte, y en medida abundante. José pregunta:

-¿Cuántas gavillas quedan todavía?

-Ciento doce, patrón - dicen los campesinos tras contar lo que queda.

-Bien. Tomaréis...

José recorre la lista de los nombres que ha apuntado, y dice:

-Tomaréis cincuenta. Las guardaréis para simiente, porque es semilla santa. Que se dé el resto, una a cada uno, a cada cabeza de familia aquí presente. Son exactamente sesenta y dos cabezas de familia.

Los campesinos obedecen. Meten bajo un pórtico las cincuenta gavillas y distribuyen el resto. Ahora las eras ya no tienen los voluminosos montones de oro. Pero, en el suelo, hay sesenta y dos pequeños montones de distinto volumen. Y sus propietarios, solícitos, los atan y los cargan en rudimentarias carretillas, o en precarios jumentos a los que han ido a desatar de un vallado que está detrás de la casa.

El anciano Abraham, que ha hablado aparte con los principales campesinos al servicio de José, se acerca con éstos al patrón, y éste les pregunta:

-¿Entonces? ¿Habéis visto? ¡Ha habido para todos! ¡Y ha sobrado!

-¡Pero patrón, aquí hay un misterio! Nuestros campos no pueden haber dado el número de gavillas que has distribuido. Yo he nacido aquí y tengo setenta y ocho años. Siego desde hace sesenta y seis. Y sé. Mi hijo tenía razón. ¡Sin un misterio, no habríamos podido dar tanto!...

-Pero que lo hemos dado es una realidad, Abraham. Tú estabas a mi lado. Los campesinos han entregado las gavillas. No hay ningún sortilegio. No es irre realidad. Las gavillas se pueden contar todavía. Están todavía allí, aunque sea divididas en muchas partes.

-Sí, patrón. Pero... No es posible que los campos hayan dado tantas gavillas.

-¿Y la fe, hijos míos? ¿Y la fe? ¿Dónde metéis la fe? ¿Podía desacreditar el Señor a su siervo, que prometía en su Nombre y con santo fin?

-¿Entonces tú has hecho un milagro? - dicen los campesinos, ya dispuestos a los gritos de hosanna.

-No soy hombre de milagros. Soy un pobre hombre. Lo ha hecho el Señor. Ha leído en mi corazón y ha visto en él dos deseos: el primero, llevaros a la misma fe; el segundo, dar mucho, mucho, mucho a estos hermanos míos infelices. Dios ha asentido a mis deseos... y ha actuado. ¡Bendito sea! - dice José inclinándose reverentemente como si estuviera delante de un altar.

-Y su siervo con Él - dice Jesús, que hasta ese momento ha estado oculto detrás de la esquina de una pequeña casa - no sé si horno o almazara - rodeada por un seto, y que ahora aparece abiertamente en la era donde está José.

-¡Maestro mío y Señor mío!! - exclama José, cayendo de rodillas para venerar a Jesús.

-La paz a ti. He venido para bendecirte en nombre del Padre. Para premiar tu caridad y tu fe. Soy huésped tuyo esta noche. ¿Me aceptas?

-¡Oh, Maestro! ¿Y lo preguntas? La única cosa... La única cosa es que aquí no voy a poder darte honor... Estoy con mis domésticos-campesinos... en mi casa del campo... No tengo vajilla fina ni maestros de mesa ni criados capacitados... No tengo ni manjares ni vinos selectos... No tengo amigos... Será una hospitalidad muy pobre... Pero bueno, serás comprensivo... ¿Por qué, Señor, no me has avisado? Habría dispuesto lo necesario... Pero anteayer Hermas, con los suyos, estuvo aquí... Es más, he aprovechado sus servicios para avisar a éstos, a quienes quería dar, devolver, lo que es de Dios... ¡Pero Hermas no me dijo nada! ¡Si lo hubiera sabido!... Permíteme, Maestro, que dé indicaciones, que trate de remediar... ¿Por qué sonríes así? - pregunta, en fin, José, que está todo agitado por la improvisa alegría y por la situación que juzga... desastrosa.

-Sonrío por tus inútiles penas. José, ¿qué buscas? ¿Lo que tienes?

-¿Qué tengo? No tengo nada.

-¡Cuán hombre eres todavía! ¿Por qué no eres ya el José espiritual de hace un rato, cuando hablabas como persona sabia y prometías, seguro, por la fe y para dar la fe?

-¡Oh! ¿Has estado oyendo?

-He oído y he visto, José. Aquel seto de laureles es muy útil para ver que lo que he sembrado no ha muerto en ti. Y por esto te dije que te creas inútiles penas. ¿Que no tienes ni maestros de mesa ni servidores capacitados? Pero si donde se ejercita la caridad esta Dios, y donde está Dios están sus ángeles. ¿Y qué maestros de casa quieres tener más capacitados que ellos? ¿Que no tienes ni manjares ni vinos selectos? ¿Y qué manjar quieres ofrecerme, y qué bebida, más selectos que el amor que has tenido hacia éstos y tienes hacia mí? ¿Que no tienes amigos para darme honor? ¿Y éstos? ¿A qué amigos ama el Maestro de nombre Jesús más que a los pobres y a los infelices? ¡Ánimo, hombre, José! Ni siquiera convirtiéndose Herodes y abriéndome sus salas para recibirme y darme honor, en un palacio purificado, y teniendo con él los jefes de todas las castas para darme honor, Yo tendría una corte más selecta que ésta. Y quiero dirigirles unas palabras y ofrecerles un don. ¿Permites?

-¡Pero Maestro, si todo lo que Tú quieres lo quiero yo! Ordena.

-Diles que se reúnan. Que se reúnan también los campesinos. Para nosotros siempre habrá un pan... Mejor es que ahora escuchen mi palabra en vez de correr para acá o allá, afanándose en pobres cuidados.

La gente se apiña con diligencia, asombrada...

Jesús habla:

-Aquí habéis visto que la fe puede multiplicar el trigo cuando este deseo viene de un deseo de amor. Pero no limitéis vuestra fe a las necesidades materiales. Dios creó el primer grano de trigo y desde entonces el trigo produce espigas para el pan de los hombres. Pero Dios creó también el Paraíso, que espera a sus ciudadanos. Ha sido creado para los que viven en la Ley y permanecen fieles a pesar de las pruebas dolorosas de la vida. Tened fe y lograréis conservaros santos con la ayuda del Señor, de la misma forma que José ha logrado asignar el doble de trigo para haceros felices doblemente y confirmar en la fe a sus campesinos. En verdad, en verdad os digo que si el hombre tuviera fe en el Señor, y esa fe fuera por un justo motivo, ni siquiera las montañas, hincadas en el suelo con sus entrañas rocosas, podrían resistir, y ante la orden de quien tiene fe en el Señor cambiarían de sitio. ¿Tenéis vosotros fe en Dios? - pregunta dirigiéndose a todos.

-¡Sí, Señor!

-¿Quién es Dios para vosotros?

-El Padre santísimo, como enseñan los discípulos del Cristo.

-¿Y el Cristo quién es para vosotros?

-El Salvador. El Maestro. ¡El Santo!

-¿Sólo esto?

-El Hijo de Dios. Pero no se debe decir, porque los fariseos nos persiguen si lo decimos.

-¿Pero vosotros creéis que lo es?

-Sí, Señor.

-Pues bien, creed en vuestra fe. Aunque calléis vosotros, las piedras, las plantas, las estrellas, el suelo, todas las cosas, proclamarán que el Cristo es el verdadero Redentor y Rey. Lo proclamarán en la hora de su elevación, cuando lo envuelva la púrpura santísima y tenga la corona de Redención. Bienaventurados los que sepan creer esto ya desde ahora, y que más aún lo crean entonces, y tengan fe en Cristo y, por tanto, vida eterna. ¿Tenéis vosotros esta fe inquebrantable en Cristo?

-Sí, Señor. Enséñanos dónde está Él, y nosotros le pediremos que aumente nuestra fe para ser bienaventurados de esa forma.

Y la última parte de esta súplica la dicen no sólo los pobres, sino también los campesinos, los apóstoles y José.

-Sí tenéis fe como un grano de mostaza, y la tenéis - perla preciosa - en el corazón, sin dejar que os la arrebatase ninguna cosa humana, o sobrehumana pero mala, podréis todos decir incluso a ese robusto moral que da sombra al pozo de José: "Arráncate de ahí y trasplántate a las olas del mar".

-¿Pero Cristo dónde está? Lo esperamos para ser curados. Los discípulos no nos han curado, pero nos han dicho: "Él puede hacerlo". Quisiéramos curarnos para trabajar - dicen unos hombres enfermos o impedidos.

-¿Y creéis que Cristo lo puede? - dice Jesús mientras hace una señal a José de que no diga que Cristo es Él.

-Lo creemos. Es el Hijo de Dios. Lo puede todo.

-Sí. Lo puede todo... ¡Y lo quiere todo! - grita Jesús extendiendo con imperio el brazo derecho y bajándolo como para jurar. Y termina con un grito potente: « ¡Y así sea, para gloria de Dios!».

Y hace ademán de volverse hacia la casa. Pero los curados, unos veinte, gritan, se acercan y lo encierran en un laberinto de manos extendidas para tocar, bendecir, buscar sus manos, sus vestidos, para besar, acariciar. Lo aíslan de José, de todos...

Y Jesús sonríe, acaricia, bendice... Se libera lentamente y, todavía seguido, desaparece entrando en la casa, mientras los gritos de hosanna suben al cielo, que se pone violáceo con el principio del crepúsculo.

409

El drama familiar del Anciano Juan.

José de Arimatea descansa en una habitación que está semioscura debido a que todas las cortinas están echadas, para proteger del sol. En toda la casa hay un silencio absoluto. José duerme con sueño ligero en un bajo diván cubierto de esteras... Entra un criado, se dirige al patrón, le toca para despertarlo. José abre sus ojos cargados y mira al criado con gesto interrogativo.

-Señor, está aquí tu amigo Juan...

-¿Mi amigo Juan? ¿Cómo es que está aquí no habiéndose terminado el sábado?

José se ha despertado de golpe ante la sorpresa de la visita de un Anciano en sábado. Y ordena:

-Que entre enseguida.

El criado sale. José, mientras espera, pasea pensativo por la habitación semioscura y fresca...

-¡Dios sea contigo, José! - dice el Anciano Juan, el que vimos ya en el primer banquete ofrecido a Jesús en Arimatea y también en casa de Lázaro en la última Pascua (siempre en una actitud que, aunque no fuera de discípulo, al menos no era hostil respecto a Jesús).

-¡Y contigo, Juan! Pero... sabiendo que eres justo, me asombra verte antes del ocaso...

-Es verdad. He quebrantado la ley sabática. Y he pecado sabiendo que pecaba. Por tanto, gran pecado el mío... Y grande será el sacrificio que ofreceré para ser perdonado. Pero también es muy grande el motivo que me ha incitado a este pecado... Yahveh, que es justo, tendrá compasión de su siervo culpable considerando el importante motivo que me ha impulsado a la culpa...

-Hace un tiempo no hablabas así. Para ti el Altísimo era sólo rigor, inflexibilidad. Y eras perfecto porque le temías como a un Dios intransigente...

-¡Oh! ¡Perfecto!... José, a ti nunca te he confesado mis culpas secretas... Pero es verdad. Consideraba a Dios *intransigente*. Como muchos en Israel. Nos han enseñado a considerarlo el Dios de las venganzas...

-Y has seguido creyéndolo después de que el Rabí ha venido a dar a conocer a su pueblo el verdadero Rostro de Dios, su verdadero Corazón... Un rostro y un corazón de Padre...

-Es verdad. Es verdad. Pero... todavía no le había oído hablar extensamente... De todas formas, como recordarás, desde la primera vez que lo vi, en el convite en tu casa, ya tomé una actitud hacia el Rabí que, si no era de amor, al menos era de... respeto.

-Es verdad... Pero por lo que yo te quiero quisiera que pasaras a una actitud de amor a El. Es demasiado poco el respeto...

-¿Tú lo amas, verdad, José?

-Sí. Y te lo digo, aun sabiendo que los príncipes de los sacerdotes odian a los que aman al Rabí. Pero tú no eres capaz de delación...

No. No soy capaz... Y quisiera ser como tú. Pero, ¿lo lograré alguna vez?

-Pediré porque lo logres. Significaría tu bienaventuranza eterna, amigo...

Un silencio lleno de reflexiones...

Luego José pregunta:

-Me has dicho que un importante motivo te ha movido a violar el sábado. ¿Y cuál? ¿Puedo preguntártelo sin ser demasiado indiscreto? Creo que has venido a casa de tu amigo en busca de ayuda... Y para ayudarte tengo que saber...

Juan se pasa la mano por la frente, aprieta esta frente de hombre en plena madurez, amplia y con ligeras entradas; se acaricia mecánicamente el pelo, que apenas ha empezado a encanecerse, y la tupida y escuadrada barba... Luego levanta la cabeza y mira fijamente a José. Dice:

-Sí. Un motivo importante, y penoso; y... y una gran esperanza...

-¿Cuáles?

-José, ¿te imaginas que mi casa es un infierno y que pronto ya no será una casa, sino... sino una cosa devastada, desbaratada, destruida, acabada?

-¿Qué? ¿Qué dices? ¿Desvarías?

-No. No desvarío... Mi mujer quiere marcharse... ¿Estás sorprendido?

-...Sí... porque... siempre la he visto buena y... porque vuestra familia me parecía ejemplar... tú, todo bondad... ella, toda virtud...

Juan se sienta y mete la cabeza entre las manos...

José prosigue:

-Ahora... esta... esta decisión... Yo... bueno que no puedo creer que Ana haya faltado... o que tú hayas faltado... Pero todavía menos lo creo de ella... toda casa, toda hijos... ¡No!... ¡En ella no puede haber culpa!...

-¿Estás seguro? ¿Estás completamente seguro?

-¡Oh! ¡Pobre amigo! No tengo el ojo de Dios. Pero, por lo que puedo juzgar, juzgo así...

-¿No crees que Ana sea... infiel...?

-¿Ana? ¡Pero, amigo! ¿El sol del verano te ha enfermado la cabeza? ¿Infidel con quién? No sale nunca de casa. Prefiere el campo a la ciudad. Trabaja como la primera de las domésticas. Es humilde, discreta, trabajadora, amorosa contigo y con los niños. Una mujer ligera no ama estas cosas. Créelo. ¡Oh, Juan!, pero ¿en qué fundas las sospechas? ¿Desde cuándo?

-Desde siempre.

-¿Desde siempre? ¡Ah, entonces esto tuyo es una enfermedad!...

-Sí. Y... José, yo he cometido muchos errores. Pero no quiero confesártelos a ti solo. Anteayer han pasado unos discípulos por mi casa, y también unos pobres. Decían que el Rabí estaba viniendo a tu casa. Y ayer... ayer fue un día muy turbulento para mi casa... tanto que Ana ha tomado la decisión que he dicho... Por la noche - ¡y que noche! - he pensado mucho... Y he sacado la conclusión de que sólo Él, el Rabí perfecto...

-¡Divino, Juan, divino!

-..Como quieras... Que sólo Él puede curarme y reparar... reconstruir mi casa, darme de nuevo a Ana... y a mis hijos... reconstruirme todo...

El hombre llora. Entre lágrimas prosigue:

-Porque sólo Él ve y dice la verdad... y a Él lo creeré... José, amigo mío, déjame estar aquí esperándolo...

-El Maestro está aquí. Partirá después de la puesta del sol. Voy a llamarlo - y José sale...

Pocos minutos de espera y la cortina se separa nuevamente para dejar paso a Jesús... Juan se pone de pie y se inclina con deferente saludo.

-La paz a ti, Juan. ¿Por qué motivo me buscas?

-Para que me ayudes a ver... y para que me salves. Soy muy infeliz. He pecado contra Dios y contra mi carne gemela. Y de pecado en pecado he llegado a violar la ley del sábado. Absuélveme, Maestro.

-¡La ley del sábado! ¡Grande, santa ley! ¡Lejos de mí el pensamiento de considerarla pequeña y superada! Pero ¿por qué la antepones al primero de los mandamientos? ¿Y cómo es que pides absolución por haber violado el sábado y no la pides por haber faltado al amor y torturado a una inocente, y haber llevado a la desesperación y al umbral del pecado al alma de tu esposa? ¡Por esto debes angustiarte más que por todas las otras cosas! Por haberla calumniado...

-Señor, sólo con José, hace poco, he hablado de ella. Con ningún otro, créelo. Tenía tan celado mi dolor, que José, buen amigo mío, no se había percatado de nada y se ha quedado sorprendido. Ahora él te lo ha dicho. Pero ha sido para ayudarme. Con ninguna otra persona hablará el justo José.

-Conmigo no ha hablado. Me ha dicho solamente que me buscabas.

-¿Y entonces cómo lo sabes?

-¿Cómo lo sé? Como sabe Dios los secretos de los corazones. ¿Quieres que te diga el estado del tuyo?...

José hace ademán de retirarse discretamente. Pero es el propio Juan el que lo detiene diciendo:

-¡Quédate. ¡Tú eres amigo mío! ¡Puedes ayudarme ante el Rabí, tú, paraninfo de mi boda!... - y José vuelve a ponerse junto a los dos.

-¿Quieres que te lo diga? ¿Quieres que te ayude a conocerte? ¡No temas! No tengo mano cruel. Sé descubrir las heridas. No las hago sangrar para curarlas. Sé comprender y compadecerme. Y sé cuidar y curar; basta con que uno quiera ser curado. Tú tienes este deseo. Tanto que me has buscado. Siéntate aquí, a mi lado, entre mí y José. Él fue el paraninfo de tu boda terrestre, Yo quisiera ser el paraninfo de tu boda espiritual... ¡Oh, cuánto lo quisiera!... ¡Así! Y ahora escúchame bien. Y responde con sinceridad a todo. ¿Tú cómo crees que fue el acto de Dios de crear al hombre y a la mujer para que estuvieran unidos? ¿Un acto bueno o un acto malo?

-Bueno, Señor. Como todas las cosas hechas por Dios.

-Has respondido bien. Ahora dime: si el acto era bueno, ¿cuáles debían ser sus consecuencias?

-Igualmente buenas, Señor. Y fueron buenas, a pesar de que Satanás entrara a disturbarlas, porque Adán siempre encontró confortación en Eva y Eva en Adán. Es más, fue aún más sensible esta confortación cuando solos, desterrados en la Tierra, fueron ayuda el uno para el otro. Y fueron buenas las consecuencias materiales, o sea, los hijos, por los cuales se propagó el hombre, y a través de los cuales brilló el poder y la bondad de Dios.

-¿Por qué? ¿Qué poder y bondad?

-Hombre, pues... la que ha sido desarrollada en favor de los hombres. Si miramos hacia atrás... sí... hay justos castigos, pero hay también, y más numerosos, actos de bondad... Bondad infinita es el pacto establecido con Abraham y repetido luego a Jacob, y así hasta... hasta el día de hoy. Y repetido por bocas sin mentira: los profetas... hasta Juan...

-Y por la boca del Rabí, Juan - interrumpe José.

-No es boca de profeta... No es boca de Maestro... Es... más.

Jesús sonríe, aunque casi imperceptiblemente, ante la... profesión de fe, aún vinculada, del Anciano, que no llega a decir: «Es boca divina» pero ya lo piensa.

-Entonces Dios ha hecho bien uniendo al hombre y a la mujer. Está escrito. ¿Pero cómo quiso que fueran el hombre y la mujer - pregunta Jesús.

-Una carne sola.

-Bien. ¿Entonces puede la carne odiarse a sí misma?

-No.

-¿Puede un miembro odiar al otro miembro?

-No.

-¿Puede un miembro separarse del otro miembro?

-No. Sólo una gangrena o una lepra o una desventura pueden separar un miembro del resto del cuerpo.

-Muy bien. ¿Entonces solamente una cosa dolorosa o mala puede separar lo que por voluntad de Dios no es sino una unidad?

-Así es, Maestro.

-¿Y entonces por qué tú, convencido como estás de estas cosas, no amas a tu carne; y tanto la odias, que haces surgir una gangrena entre uno y el otro miembro, por lo cual, el miembro más débil, cayendo en mortificación, se separa y te deja solo?

Juan agacha la cabeza y guarda silencio mientras manosea las franjas de la túnica...

-Yo te digo el porqué. Porque Satanás ha entrado, a turbar, entre ti y tu mujer. Es más, ha entrado en ti con un amor desordenado hacia tu mujer. El amor, cuando es desordenado se transforma en odio. Juan. Satanás ha trabajado en tu sensualidad de varón para conseguir hacerte pecar. Porque ahí ha empezado tu pecado, a partir de tu desorden que ha ido engendrando nuevos y cada vez mayores desórdenes. En tu mujer no has visto solamente la buena compañera y la madre de tus hijos, sino también el objeto de placer. Y esto te ha puesto pupilas como las del buey, que ve todo alterado. Has visto como tú veías. Así has visto a tu mujer. Objeto de placer para ti, la has juzgado lo mismo para los demás; y de aquí vienen tus febriles celos, tu miedo infundado, tu arrogancia pecaminosa que ha hecho de ella una miedosa, una encarcelada, una torturada, una calumniada ¿Qué importa si no le pegas, si públicamente no la vituperas? ¡Tu sospecha es un palo! ¡Tu duda es una calumnia! La calumnias pensando de ella que es capaz de traicionar. ¿Qué importa si la tratas como su rango te impone? En lo íntimo de tu casa es para ti menos que una esclava, por tu bestialidad lujuriosa, que la humilla sobremedida, y que ha sido soportada siempre por ella en silencio y con docilidad esperando persuadirte, calmarte, hacerte bueno, y lo cual no ha servido sino para aumentar tu exasperación, hasta el punto de que has hecho de tu casa un infierno donde rugen los demonios de la lujuria y de los celos. ¡Los celos! ¿Qué habrá más calumniador, para una esposa, que los celos? ¿Qué, más claramente indicador del estado real de un corazón que los celos? Debes creer que donde los celos se anidan - ¡y tan estúpidos e irracionales, infundados, ofensivos, y obstinados! - no hay ni amor al prójimo ni amor a Dios. Lo que hay es egoísmo. ¡Por esto debes angustiarte, no por una fracción de sábado violado! Y para ser perdonado debes satisfacer por la devastación que has provocado...

-Pero Ana se quiere marchar ya... Ven a convencerla Tú... Sólo Tú puedes, oyéndola hablar, juzgar si verdaderamente es inocente y...

-¡Juan! ¿Quieres sanar y no quieres creer en lo que digo?

-Tienes razón, Señor. Cámbiame el corazón. Es verdad. No tengo motivo de fundada sospecha. Pero la quiero mucho... lujuriosamente, es verdad... Has visto bien... Y todo me es tiniebla...

-Entra en la luz. Sal de la maraña ardiente de una sensualidad tan feroz. Al principio te costará... Pero mucho más te costaría perder a una buena esposa y ganarte el infierno y pagar por tu pecado de desamor, calumnia y adulterio, y por el suyo, porque te recuerdo que quien mueve a una mujer al divorcio se pone a sí mismo y la pone a ella en el camino del adulterio. Si sabes resistir durante una luna, al menos durante una luna, a tu demonio, te prometo que terminará la pesadilla. ¿Me lo prometes?

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! Quisiera... Pero es un fuego... Apágamelo Tú. Tú que eres poderoso...

El Anciano Juan ha caído de rodillas delante de Jesús y llora con la cabeza en las manos apoyadas en el suelo.

-Te lo adormeceré. Te lo circunscribiré. Pondré frenos y límites a este demonio... Pero tú has pecado mucho, Juan, y tienes que trabajar tú mismo en tu resurrección. Los que Yo he convertido han venido a mí con la plena voluntad de hacerse nuevos, de quedar liberados... Habían obrado ya, con sus propias fuerzas, el comienzo de su redención. Así Mateo y María de Lázaro y otros. Tú has venido aquí sólo para saber si ella era culpable y para que te ayudase a no perder la fuente en que se sacia tu placer. Yo circunscribo el poder de tu demonio, no durante una luna, sino durante tres. Durante este tiempo medita y elévate. Propóntele tomar una nueva vida de marido. Una vida de hombre dotado de alma. Y no la vida animal que has llevado hasta ahora. Y, que sepas, fortalecido por la oración y la meditación, por la paz que te doy durante tres meses, luchar y conquistarte la Vida eterna y reconquistarte el amor de tu esposa y la paz de tu casa. Ve.

-¿Pero qué le voy a decir a Ana? Quizás me la encontraré ya preparada para marcharse... ¿Qué palabras, después de tantos años de... ofensas, para convencerla de que la amo y de que no quiero perderla? Ven Tú...

-No puedo. Pero, ¡es tan simple!... Sé humilde. Llámala aparte y confiesa tu tormento. Dile que has venido a verme porque quieres ser perdonado por Dios. Y dile que te perdone, porque recibirás el perdón de Dios sólo si ella te lo invoca y es la primera en dártelo... ¡Oh! ¡Desdichado! ¡Cuánto bien, cuánta paz has desparramado con tu fiebre! ¿Cuánto mal crea la indisciplina de los sentidos, el desorden en los afectos! ¡Ánimo, levántate! Y vete tranquilo. ¿Pero no comprendes que ella, siendo buena y fiel a ti, está más angustiada que tú por el pensamiento de dejarte y no espera más que una palabra tuya para decirte: "Todo te es perdonado"? Ánimo, muévete. El ocaso ya está cumplido. No cometes, pues, pecado por volver a tu casa... Y de haberlo cometido por venir a tu Salvador; tu Salvador te absuelve. Vete en paz. Y no peques más.

-¡Oh! ¡Maestro! ¡Maestro!... ¡No merezco estas palabras!... Maestro... yo... querré amarte de ahora en adelante...

-Sí, sí, ve. No te demores. Y recuerda esta hora en la hora en que Yo sea el Inocente calumniado.

-¿Qué quieres decir?

-Nada. Ve. Adiós.

Y Jesús se retira, dejando a los dos miembros del Sanedrín conmovidos y, enardecidos, juzgándole verdaderamente santo y sabio como sólo Dios puede serlo.

(Nota: aquí se observa que el sanedrita Juan se excedía en su vida sexual con su mujer, buscando más el placer sexual que la comprensión, el afecto, la vida espiritual y conyugal con su esposa, ya que el placer sexual, dentro del matrimonio y siendo generosos en hijos ante Dios, no sólo no es malo sino positivo, pero sin obsesiones ni desviaciones, en las que, por lo visto, Juan, el sanedrita, incurrió con su esposa, por lo que pecó ante Dios y el diablo actuó contra él)

410

Provocaciones de Judas Iscariote en el grupo apostólico.

-¡Tengo unas ganas locas de estar en los montes! - exclama Pedro, resoplando y secándose el sudor que le gotea por los carrillos y el cuello.

-¿Cómo? ¿Tú que odiabas los montes ahora los añoras? - pregunta con sarcasmo Judas Iscariote, que, habiendo visto que su miedo de ser descubierto había terminado en nada, vuelve a mostrarse desconsiderado y atrevido.

-Sí, exactamente. Ahora los añoro. En esta época del año son benignos. Nunca como mi mar... ¡Mi mar... ah!... Pero, no sé por qué los campos están más calientes después de la siega. El sol es el mismo, y no obstante...

-No es que estén más calientes. Es que están más tristes y uno se cansa más al verlos así que cuando tienen cereales - responde con buen sentido Mateo.

-No. Simón tiene razón. Después de la siega están de un caliente insoportable. Jamás he sentido un calor como éste - dice Santiago de Zebedeo.

-¿Nunca? ¿Y dónde metes el que sentimos yendo a casa de Nique? - replica Judas de Keriot.

-No como éste - le responde Andrés.

-¡Vaya que sí! El verano está cuarenta días más adelantado y el sol calienta en proporción - insiste Judas.

-Hay una cosa objetiva: los rastrojos emanan más calor que los campos con espigas. Y esto tiene una explicación. El sol, que antes se detenía encima de las espigas, ahora calienta directamente el suelo desnudo y agostado, y el suelo refleja sus calores hacia arriba como respuesta al sol que de arriba baja abajo, y el hombre se encuentra entre dos llamas - sentencia Bartolomé.

El Iscariote se ríe irónicamente y hace un ampuloso saludo a su compañero diciendo:

-Rabí Natanael, te saludo y te agradezco tu docta lección.

Se muestra más ofensivo que nunca.

Bartolomé lo mira... y calla. Pero Felipe lo defiende:

-¡No veo de qué haya que hacer ironía! ¡Ha dicha una verdad! No querrás negar una verdad que millones de cerebros con sentido común han juzgado verdadera, lógica y constatable, ¿no?

-¡Sí, hombre, sí! Ya sé, ya sé que vosotros sois doctos, expertos, sensatos; buenos, perfectos... ¡Sois todo! ¡Todo! ¡Yo soy la única oveja negra de este rebaño blanco!... El único cordero bastardo, el oprobio manifiesto y que saca cuernos de carnero... Yo soy el único pecador, el imperfecto, la causa de todos nuestros males, y de Israel y del mundo... e incluso quizás de las estrellas... ¡Ya no aguanto más! No aguanto más el ver que soy el último, el ver que unas nulidades, como aquellos dos necios que están hablando con el Maestro, son admirados como dos oráculos santos. Estoy cansado de...

-Mira, muchacho... - empieza a decir Pedro, que está más rojo por el esfuerzo de contenerse que por el calor.

Pero Judas Tadeo le interrumpe:

-¿Mides a los demás con tu medida? Trata de ser tú "nulidad", como lo son Santiago, mi hermano, y Juan de Zebedeo, y dejará de haber imperfecciones en el grupo apostólico.

-¡Fijaos si no tengo razón yo! ¡La imperfección soy yo! ¡Ah, esto es demasiado! Esto es...

-Sí, efectivamente, creo que ha sido demasiado el vino que nos ha hecho beber José... y con este calor te hace daño... Malas pasadas de la sangre... - dice con toda tranquilidad Tomás, para transformar en broma la disputa que se está encendiendo...

Pero Pedro ha agotado ya su aguante y, apretando los dientes y los puños para dominarse todavía, dice:

-Mira, muchacho. Para ti es aconsejable una cosa. Sepárate durante un poco...

-¿Yo? ¿Separarme yo? ¿Porque lo dices tú? El único que me puede mandar es el Maestro y sólo lo obedezco a Él. ¿Quién eres tú? Un pobre...

-Pescador, ignorante, tosco, que no vale para nada. Tienes razón... Me lo digo yo antes que tú. Y, delante de nuestro Yeohveh omnipresente y omnividente, testifico que preferiría ser el último antes que el primero, testifico que querría verte a ti, a cualquier otro, en mi lugar, pero a ti más que a ninguno, para que te vieras liberado del monstruo de los celos que te hace injusto, y para no tener que hacer otra cosa sino obedecer, obedecerte, muchacho... Y, créeme, me costaría menos esfuerzo que tener que hablarte como "primero". Pero Él, el Maestro, me ha hecho "primero" entre vosotros... Y debo obedecerlo a Él lo primero, y a Él más que a ninguna otra persona... Y tú debes obedecer. Y con mi sentido común de pescador te digo, no que te separes, en el sentido que tú, viendo fuego en las palabras más frescas, has entendido, sino que te retrases un rato, que estés

solo, que reflexiones... ¿No fuiste desde Béter al valle en la cola del grupo? Haz lo mismo ahora... El Maestro en cabeza... tú en la cola En medio, nosotros... las nulidades... Basta con estar solos para comprender, y para calmarse... Haz caso... Es mejor para todos, Para ti el primero...

Y lo toma por un brazo, lo separa del grupo y dice:

-Ahí, estate ahí mientras nosotros alcanzamos al Maestro. Y Luego... continuas muy lentamente... y verás como se te pasa... la tormenta - y lo deja plantado y da alcance a los compañeros, que ya están unos metros más adelante.

-¡Uf! He sudado más hablándole que andando... ¡Qué temperamento! ¿Pero se va a poder obtener algo alguna vez de él?

-Nunca, Simón. Mi hermano se empeña en tenerlo. Pero... nunca hará nada bueno - le responde Judas Tadeo.

-¡Es un buen castigo que tenemos en medio de nosotros!» suspira Andrés, y termina: «Yo y Juan tenemos casi miedo de él y siempre nos callamos por temor a otras discusiones».

-Es la medida mejor, efectivamente - dice Bartolomé.

-Yo no logro callarme - confiesa el Tadeo.

-Yo también lo logro a duras penas... Pero he encontrado el secreto - dice Pedro.

-¿Cuál? ¿Cuál? Enséñanoslo... - dicen todos.

-Trabajando como un buey en el arado. Un trabajo que puede ser inútil a lo mejor... Pero que sirva para hacerme arrojar lo que me bulle dentro sobre... algo que no sea Judas.

-¡Ah! ¡Comprendo! ¡Por eso hiciste esa devastación en los árboles cuando bajábamos el valle! ¿Por eso, no? - le pregunta Santiago de Zebedeo.

-Sí, por eso... Pero hoy... aquí... no tenía nada que romper sin hacer un daño. No hay más que árboles frutales y hubiera sido una pena destruirlos... Me ha costado tres veces más... romperme a mí mismo para no... para no ser el viejo Simón de Cafarnaúm... Tengo los huesos doloridos por ello...

Bartolomé y el Zelote hacen el mismo gesto y dicen las mismas palabras: abrazan a Pedro exclamando:

-¿Y te asombras de que Él te haya hecho el primero entre nosotros? Eres un maestro para nosotros...

-¿Yo? ¿Por esto?... ¡Bah! Son insignificancias... Soy un pobre hombre... Lo único que os pido es que me améis dándome sabios consejos, amorosos y sencillos consejos. Amor y sencillez, para que me haga como vosotros... Y únicamente por amor a Él, que tiene ya muchas penas...

-Tienes razón. ¡A1 menos no se las demos nosotros! - exclama Mateo.

-Me dio mucho miedo la llamada de Juana. Vosotros dos que os habéis adelantado ¿no sabéis absolutamente nada? - pregunta Tomás.

-No, con certeza no. Pero dentro de nosotros hemos pensado que ha sido ese que viene detrás, que... ha armado algún lío - responde Pedro.

-¡Calla! Tuve el mismo pensamiento cuando aquel sábado oí hablar al Maestro - confiesa Judas Tadeo.

-Yo también - añade Santiago de Zebedeo.

-¡Tate!... No lo había pensado... ni siquiera cuando vi a Judas tan sombrío aquel atardecer... y tan grosero, que ésa es la pura verdad - dice Tomás.

-Bien. No hablemos más de esto. Tratemos de... hacerlo mejor con mucho amor y mucho sacrificio, como nos ha enseñado Margziam... - dice Pedro.

-¿Qué hará Margziam? - pregunta, sonriendo, Andrés.

-¿Mmm?... Pronto estaremos con él. Tengo unas ganas locas... Me cuestan muchísimo estas separaciones.

-¿Quién sabe por qué las querrá el Maestro? Ya podría estar con nosotros también Margziam. Ya ni es un niño ni está físicamente frágil - observa Santiago de Zebedeo.

-Además... Si ha recorrido tanto camino el año pasado cuando estaba tan flaco, con mayor motivo podría caminar ahora - dice Felipe.

-Yo creo que es para que no presencie ciertas bribonadas... - dice Mateo.

-O que no esté con ciertas compañías... - dice con enfado el Tadeo, que verdaderamente no soporta a Judas Iscariote.

-Quizás tenéis razón los dos - dice Pedro.

-¡No, hombre, no! Lo hará para que se fortalezca del todo. Ya veréis como para el año que viene está con nosotros - afirma Tomás.

-¡El año que viene! ¿Estará todavía con nosotros el Maestro el año que viene? - pregunta pensativo Bartolomé - ¡A mí sus discursos me parecen tan... significativos...!

-¡No digas eso! - suplican los otros.

-No quisiera decirlo. Pero no hablar no sirve para alejar lo que está designado.

-Bueno, pues... razón de más para nosotros para mejorarnos mucho en estos meses... Para no causarle penas y estar preparados. Quiero decirle que ahora, cuando estemos descansando en Galilea, nos instruya mucho, mucho, estrictamente a nosotros doce... Muy pronto llegaremos...

-Sí. Y tengo unas ganas locas. Soy viejo y estas marchas con este calor me dan muchas molestias que no se ven - confiesa Bartolomé

-A mí también. He sido un vicioso y estoy más viejo de lo que se piensa contando los años. ¡Los excesos... claro! Ahora los siento todos en los huesos... Además nosotros, hijos de Leví, sufrimos de dolores ya por naturaleza...

-¿Y yo? He estado enfermo durante años... y aquella vida, en cavernas, con poca y mísera comida. ¡Estas cosas aparecen ahora!... - dice el Zelote.

-¿Pero no has dicho siempre que desde tu curación te has sentido siempre fuerte? - pregunta a sus espaldas Judas, que los ha alcanzado - ¿Se te ha terminado el efecto del milagro?

El Zelote pone una expresión típica en su rostro feo y expresivo; parece decir: «¡Está aquí! ¡Señor, dame paciencia!». Pero responde con suma cortesía:

-No. No se ha terminado el efecto del milagro, como puede verse, porque no he vuelto a enfermar. Estoy fuerte. Tengo resistencia. Pero los años son años y las fatigas fatigas. Y estos calores que nos hacen sudar como si hubiéramos caído en una acequia, y luego estas noches, yo diría gélidas respecto al calor del día, que nos hielan el sudor encima, y luego el aguazo que termina de mojar ropa ya empapada de sudor, ciertamente no me hacen ningún bien. Y tengo unas ganas enormes de un tiempo de reposo para cuidarme un poco. Por la mañana, especialmente si dormimos al raso, estoy todo rígido. Si me enfermo del todo, ¿para qué sirvo?

-Para sufrir. Él dice que el sufrimiento vale como trabajo y como oración - le responde Andrés.

-De acuerdo. Pero yo preferiría servirle apostólicamente y...

-Y estás cansado también tú. Confíesalo. Estás cansado de continuar con esta vida sin perspectivas de tiempos buenos, sino, al contrario, con perspectivas de persecuciones y... derrotas. Empiezas a pensar que corres el peligro de volver a ser un proscrito - dice Judas de Keriot.

-No pienso nada. Digo que siento que enfermo.

-¡Oh, de la misma manera, que te ha curado una vez...! - y Judas ríe irónico.

Bartolomé siente cercana otra discusión y la desvía llamando a Jesús.

-¡Maestro! ¿Para nosotros no hay nada? ¡Siempre estás adelante! ...

-Tienes razón, Bartolomé. Ahora nos paramos. ¿Ves aquella casita? Vamos allí, porque el sol es demasiado fuerte. Con el atardecer reanudaremos la marcha. Tenemos que apresurar el retorno a Jerusalén, porque Pentecostés está a las puertas.

-¿De qué hablabais entre vosotros? - pregunta Judas Tadeo a su hermano.

-¡Fíjate! Habíamos empezado a hablar de José de Arimatea y hemos terminado hablando de la vieja propiedad de Joaquín en Nazaret y de su costumbre - mientras pudo hacerlo - de tomar para sí la mitad de lo que recogía y dar el resto a los pobres, cosa que los viejos de Nazaret recuerdan muy bien. ¡Cuántas abstinencias aquellos dos justos que eran Ana y Joaquín! ¡Cómo no iban a obtener el milagro de la Hija, de esa Hija!... Y con Jesús evocaba cuando éramos niños...

Continúa la narración mientras siguen caminando en dirección a la casa entre los campos llenos de sol.

411

Una lección extraída de la naturaleza y espiguelo milagroso para una viejecita. Cómo ayudar a quien se enmienda.

Por una campiña toda gualda de mieses pasa Jesús con sus discípulos. Hace mucho calor, a pesar de que el día esté en sus primeras horas. Los segadores hacen vacíos en el oro de los cereales cortando con las hoces entre los surcos repletos de espigas. Las hoces brillan un instante bajo el sol, desaparecen entre las altas espigas, vuelven luego un instante por la otra parte, y el manojo se pliega y se recuesta, como cansado de haber estado enhiesto muchos meses, en la tierra caliente de sol. Pasan unas mujeres, atando gavillas, detrás los segadores. La campiña, por todas partes, está dedicada a este trabajo. La cosecha ha sido muy buena y los segadores exultan. Muchos, cuando el grupo apostólico pasa por el camino y están ya cerca, suspenden un momento el trabajo; se apoyan en la hoz, se secan el sudor y miran, y lo mismo las mujeres que atan las gavillas. Vestidas de colores vivos, cubierta su cabeza con un pedazo de tela blanca, parecen flores que emergen de la tierra despojada de trigo: amapolas, lises, margaritas. Los hombres, vestidos con cortas túnicas, pardas o amarillentas, son menos visibles. No tienen, de tono claro, nada más que el pedazo blanco de tela atado a la cabeza con una cuerdecita y que cae sobre el cuello y los carrillos. En el marco de ese blanco, los rostros bronceados por el sol parecen incluso más negros.

Jesús, cuando se ve observado, pasa saludando:

-La paz y la bendición de Dios sea con vosotros - y ellos responden: «Se revierta sobre ti la bendición de Dios», o también, más sencillamente: «Sea también contigo».

Algunos, más locuaces, reclaman el interés de Jesús por la cosecha diciendo:

-Ha sido buena este año. Mira qué espigas más granadas, y lo apretadas que están en los surcos. Se siegan con dificultad ¡Pero es pan!...

-Mostraos agradecidos al Señor. Y ya sabéis que la gratitud se debe mostrar no con palabras sino con obras. Sed misericordiosos en esta cosecha vuestra, pensando en el Altísimo, que ha sido magnánimo en rocío y sol para vuestros campos, para que tuvierais mucho trigo. Recordad el precepto del Deuteronomio (24, 19). Pensad, mientras recogéis la riqueza que os ha dado Dios, en quien no la tiene, y dejad para ellos un poco de lo vuestro. Santa ficción esta que es caridad con el prójimo vuestro, y que Dios ve. Mejor ser diligentes en dejar que ávidos en recoger. Dios bendice a los generosos. *Dar es mejor que recibir*, porque obliga al justo Dios a dar más abundante retribución a aquel que fue compasivo.

Jesús pasa y va repitiendo sus consejos de amor.

Viene el sol más caliente. Los segadores suspenden el trabajo: los que están cerca de sus casas entran en ellas; los que están lejos se recogen a la sombra de árboles y allí descansan, comen, se adormecen.

También Jesús se refugia en una arboleda muy espesa que hay en el interior de la campiña, y, sentado en la hierba, después de haber orado ofreciendo la parca comida de pan, queso y aceitunas, distribuye las fracciones y come mientras habla

con los suyos. Hay sombra y aire fresco y un gran silencio. El silencio de las horas llenas de sol del estío. Un silencio que invita al sueño. La mayoría, efectivamente, se quedan traspuestos después de la comida. Jesús no. Descansa con la espalda apoyada contra un árbol, y, entretanto, se interesa por el trabajo de los insectos en las flores.

Pasa un tiempo. Hace una señal a Juan, a Judas Iscariote y a uno de los más ancianos - Bartolomé - y, cuando están a su lado, dice:

-Observad qué trabajo está haciendo este pequeño insecto. Mirad. Hace bastante tiempo que lo observo. Quiere arrebatarse a este cáliz tan pequeñito la miel que llena su fondo, y, dado que no pasa, mirad, alarga primero una patita y luego la otra, las unta en la miel y luego se la come. Dentro de poco la habrá vaciado. ¡Observad qué cosa más admirable es la providencia de Dios! No ignorando que sin ciertos órganos el insecto, creado para ser un crisólito volador sobre la hierba de los prados, no podría nutrirse, lo ha provisto de esos minúsculos filamentos en la superficie de sus patitas. ¿Los veis? ¿Tú, Bartolomé? ¿No? Mira. Ahora lo cojo y te le enseño a contraluz - y, delicadamente, coge el escarabajo, que parece de oro bruñido, y lo pone boca arriba en la mano.

E1 escarabajo se hace el muerto y los tres observan sus patitas. Y luego se pone a mover las patas para huir. No lo consigue, naturalmente, pero Jesús le ayuda y lo apoya sobre las patas. El animalito camina por la palma, sube a la punta de los dedos, se balancea, abre las alas. Pero está receloso.

-No sabe que no quiero sino el bien de todos los seres. Sólo dispone de su pequeño instinto; perfecto en relación con su naturaleza, suficiente para todo lo que necesita, pero muy inferior al pensamiento humano. Por eso el insecto no es responsable si hace una mala acción. No así el hombre. El hombre dispone de una luz de inteligencia superior, y la aumentará en la medida en que aumente su instrucción en las cosas de Dios. Por eso será responsable de sus acciones.

-¿Entonces, Maestro - dice Bartolomé -, nosotros, instruidos por Ti, tenemos mucha responsabilidad?

-Mucha. Y más tendréis en el futuro, cuando el Sacrificio se cumpla y venga la Redención y con ésta la Gracia, que es fuerza y luz. Y, después de ella, vendrá uno que os hará aún más capaces de querer. Quien, luego, no quiera, tendrá mucha responsabilidad.

-¡Entonces muy pocos se salvarán!

-¿Por qué, Bartolomé?

-¡Porque es muy débil el hombre!

-Pero, si fortalece su debilidad con la confianza en mí, se hace fuerte. ¿Creéis que no comprendo vuestras luchas y no me compadezco de vuestras debilidades? ¿Veis? Satanás es como esa araña que está tendiendo su lazo desde aquella ramita a este talluelo. ¡Es tan fina y subrepticia...! Mirad cómo resplandece ese hilo. Parece plata de una impalpable filigrana. Por la noche será invisible, mañana al alba estará esplendoroso de gemas, y las moscas imprudentes, que dan vueltas por la noche en busca de alimento poco limpio, caerán dentro, y también las mariposas ligeras, que se ven atraídas por lo que resplandece...

Otros apóstoles se han acercado y están escuchando esta lección sacada de los reinos vegetal y animal.

-...Pues bien, mi amor hace, respecto a Satanás, lo que ahora hace mi mano. Destruye la tela. Mirad como huye la araña y se esconde. Tiene miedo del más fuerte. *También Satanás tiene miedo del más fuerte. Y el más fuerte es el Amor.*

-¿No sería mejor destruir a la araña? - dice Pedro, que es muy práctico en sus conclusiones.

-Sería mejor. Pero esa araña hace su deber. Es verdad que mata a las pobres mariposas, que son tan bonitas, pero extermina también a un gran número de moscas sucias que transmiten enfermedades y contaminaciones de enfermos a sanos, de muertos a vivos.

-¿Pero, en nuestro caso, qué hace la araña?

-¿Que qué hace, Simón? - Simón es muy anciano, y es el que se quejaba de los reumatismos -. Hace lo que hace la buena voluntad en vosotros. Destruye las tibiezas, los quietismos, las vanas presunciones. Os obliga a estar vigilantes ¿Qué es lo que os hace dignos de premio? La lucha y la victoria. ¿Podéis vencer sin luchar? La presencia de Satanás obliga a una vigilancia continua. Por su parte el Amor, que os ama, hace que esta presencia no sea inexorablemente nociva. Si estáis cerca del Amor, Satanás intenta, pero queda incapacitado para perjudicar verdaderamente.

-¿Siempre?

-Siempre. En las cosas grandes y en las pequeñas. Por ejemplo, una cosa pequeña: a ti inútilmente te aconseja tener cuidado de tu salud. Es un consejo subrepticio para tratar de separarte de mí. El Amor te tiene bien cogido, Simón, y tus dolores pierden valor incluso ante tus ojos.

-¡Señor! ¿Lo sabes?...

-Sí. Pero no te deprimas. ¡Ánimo, ánimo! El Amor, que ahora es el primero en sonreír ante tu humanidad que tiembla por sus reumas, te dará mucho coraje.

Jesús ríe ante su desconcertado apóstol y, para consolarlo, lo abraza. Aun riendo muestra plena dignidad. También los otros ríen.

-¿Quién viene a ayudar a aquella pobre anciana? - dice Jesús señalando a una viejecita que, desafiando al sol tórrido, espiga en los surcos segados.

-Yo - dice Juan y, con él, Tomás y Santiago.

Pero Pedro toma a Juan por una manga, se lo lleva un poco aparte y le dice:

-Pregúntale al Maestro que qué es lo que le produce tanta felicidad. Yo ya se lo he preguntado, pero sólo me ha dicho: "Mi felicidad es ver que un alma busca la Luz". Pero si se lo preguntas tú... A ti te dice todo.

Juan se debate entre la discreción y el deseo de complacer a Pedro. Se llega lentamente donde Jesús, que está ya en las tierras espigando. La viejecita, al ver a todos esos jóvenes, pone un gesto de desconuelo y se empeña en ser rápida.

-¡Mujer! ¡Mujer! - grita Jesús - Estoy espigando para ti. No estés al sol, madre. Ahora voy.

La viejecita, desorientada por tanta bondad, lo mira fijamente; luego obedece y lleva su cuerpecito delgadito, curvado y un poco tembloroso, a la estrecha faja de sombra del ribazo. Jesús se mueve diligentemente, recogiendo espigas. Juan le sigue de cerca. Más lejos están Tomás y Santiago.

-¡Maestro! -dice afanado Juan - ¿Cómo encuentras tantas espigas? ¡Yo en el surco de al lado encuentro tan pocas!

Jesús sonríe y no habla. No podría jurarlo, pero me parece que donde se deposita la mirada divina surgen espigas cortadas y no recogidas. Jesús recoge y sonríe. Tiene un verdadero fajo de espigas entre los brazos.

-Ten, Juan, el mío. Así tienes muchas también tú y la pequeña madre se pondrá contenta.

-Pero, Maestro... ¿Estás haciendo un milagro? ¡No es posible que encuentres tantas!

-¡Chist! Es para esa pequeña madre... pensando en la mía y en la tuya. ¡Mira de qué viejecita se trata!... El buen Dios, que da de comer al pajarillo recién nacido, quiere llenar el minúsculo granero de esta abuelita. Tendrá pan para estos meses que le quedan. No verá la nueva cosecha. Pero no quiero que pase hambre en su último invierno. ¡Ahora vas a ver qué exclamaciones! Prepárate, Juan, que se te van a lastimar los oídos; como Yo me preparo a ser lavado de llanto y besos...

-¡Qué contento estás, Jesús, desde hace unos días! ¿Por qué?

-¿Lo quieres saber tú o alguien te manda?

Juan, ya rojo por el esfuerzo, se pone carmesí.

Jesús comprende:

-Di a quien te manda que hay un hermano mío que está enfermo y busca curación. Su voluntad de curarse me llena de alegría.

-¿Quién es, Maestro?

-Un hermano tuyo, uno a quien ama Jesús, un pecador.

-¿Entonces no es uno de nosotros?

-Juan, ¿crees que entre vosotros no exista el pecado? ¿Crees que Yo sólo exulto por vosotros?

-No, Maestro. Sé que también nosotros somos pecadores y que quieres salvar a todos los hombres.

-¿Entonces? Te dije: "No indagues" cuando se trataba de descubrir el mal. Te digo lo mismo ahora que hay una aurora de bien. ¡Paz a ti, madre! Aquí están nuestras espigas. Mis compañeros vendrán después con las suyas.

-Que Dios te bendiga, hijo. ¿Cómo has encontrado tantas? En verdad que veo poco, pero son dos gavillas grandísimas... La anciana las palpa, su mano temblorosa las acaricia, las quiere alzar. No puede.

-Te ayudaremos. ¿Dónde está tu casa?

-Aquella - señala a una casita que está detrás de los campos.

-¿Estás sola, verdad?

-Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres

-Soy uno que tiene una madre.

-¿Éste es tu hermano?

-Es mi amigo.

El amigo, desde detrás de Jesús, hace grandes gestos a la ancianita. Pero ésta, que tiene veladas sus pupilas, no los ve. Y además está demasiado centrada en observar a Jesús. Su anciano corazón de madre se conmueve.

-Estás sudando, hijo. Ven aquí a la sombra de este árbol. Siéntate. ¡Mira cómo te gotea el sudor! Sécate con mi velo. Está raído pero limpio. Toma, toma, hijo mío.

-Gracias, madre.

-¡Bendita la que es madre de ti, que eres bueno! Dime tu nombre y el suyo. Para decírselos a Dios y que os bendiga.

-María y Jesús.

-María y Jesús... María y Jesús... Espera. Una vez lloré mucho... El hijo de mi hijo había caído muerto por defender a su niño. Mi hijo murió de dolor por esto... Entonces se decía que había caído el inocente porque se buscaba a uno de nombre Jesús... Ahora estoy a las puertas de la muerte y vuelve ese nombre...

-En aquellos días lloraste por aquel Nombre, madre. Bendígate ahora ese nombre...

-Eres Tú aquel Jesús... díselo a una que se acerca a la muerte, y que ha vivido sin maldecir porque le dijeron que su dolor era para salvar el Mesías, a Israel.

Juan redobla sus gestos. Jesús calla.

-¡Oh! ¡Dímelo! ¿Eres Tú? ¿Tú que me bendice al final de mi vida? En nombre de Dios, habla.

-Yo soy.

-¡Ah!

La viejecita se postra contra el suelo.

-¡Salvador mío! He vivido esperando y no esperaba ya verte. ¿Veré tu triunfo?

-No, madre. Como Moisés, morirás sin conocer ese día. Pero te anticipo la paz de Dios. Yo soy la Paz, el Camino y la Vida. Tú, madre y abuela de justos, me verás en otro, eterno triunfo, y te abriré las puertas, a ti y a tu hijo, al hijo de tu hijo y a su niño. ¡Consagrado al Señor aquel niño muerto por Mí! ¡No llores, madre!...

-¡Y yo te he tocado! ¡Y Tú me has recogido las espigas! ¡Oh, ¿cómo he merecido este honor?!

-Por tu resignación santa. Ven, madre. A tu casa. Y que este trigo te dé pan para el alma más que para el cuerpo. Yo soy el Pan verdadero que ha bajado del Cielo para saciar todas las hambres de los corazones. Vosotros - Tomás y Santiago han llegado con sus manojos - tomad estas gavillas. Y vamos.

Y van los tres cargados de espigas, y Jesús los sigue con la abuelita que llora y susurra palabras de oración.

Llegan a la casita. Dos cuartitos, un horno minúsculo, una higuera, un poco de vid. Limpieza y pobreza.

-¿Este es tu nido?

-Este. ¡Bendícelo, Señor!

-Llámame hijo. Y pide porque mi madre tenga consuelo en su dolor, tú que sabes lo que es el dolor de una madre. Adiós, madre. Te bendigo en el nombre del Dios verdadero.

Y Jesús alza la mano y bendice la pequeña morada. Luego se agacha para abrazar a la viejecita, la aprieta contra su corazón y la besa en la cabeza cubierta de pocos pelitos blancos. Y ella llora y pasa sus labios por las manos de Jesús, lo venera, lo ama... y a mí me abate el dolor, porque pienso en mi madre, que tuvo miedo de ti, Jesús, cuando te vio... ¿Por qué miedo de ti, Jesús?

Dice Jesús (a María Valtorta):

-La otra pregunta que tienes en tu corazón es saber si Yo sabía que Judas no se salvaría a pesar de aquel conato hacia la salvación. Lo sabía. ¿Y entonces por qué estaba contento? Porque el simple deseo de ese momento, flor en la landa del corazón de Judas, hacía que el Padre mirase benignamente a este discípulo mío que Yo amaba y que *no* podría salvar. ¡La mirada de Dios sobre un corazón! ¿Qué más quisiera Yo, sino que el Padre os mirase a todos y con amor? Y *debía estar dichoso, para dar al desdichado también ese medio para resurgir. El acicate de mi alegría al verlo volver a mí.* Un día, después de mi muerte, Juan supo esta verdad, y la comunicó a Pedro, Santiago, Andrés y a los otros, porque así se lo había ordenado Yo al Predilecto, el cual no desconoció *ningún* secreto de mi corazón. Lo supo y lo dijo, para que todos dispusieran, después, de una norma en la guía de los discípulos y fieles.

Al alma que, caída, va al ministro de Dios y confiesa su error, al amigo o hijo, al marido o hermano que, habiendo errado, vienen diciendo: "Tenme contigo. Quiero no cometer más errores para no causar dolor a Dios y a ti", no se le debe - además de las otras cosas - privar de la satisfacción de ver nuestra dicha por verlos deseosos de hacernos felices. *Se requiere un tacto infinito en el cuidado de los corazones. Yo, Sabiduría, aun sabiendo que en el caso de Judas era inútil, tuve este tacto para enseñar a todos el arte de redimir, de ayudar a quien se redime.*

Y ahora te digo a ti también, como a Simón cananeo: "¡Ánimo, ánimo!", y te abrazo para hacerte sentir que hay quien te ama. De estas manos descenden castigos y también caricias, y de mis labios palabras severas y también - más numerosas y dichas con mucha más alegría - palabras de complacencia.

Ve en paz, María. No has causado dolor a tu Jesús. Ello sea tu consuelo.

412

Elogio del lirio de los valles, símbolo de María. Pedro se sacrifica por el bien de Judas.

El grupo apostólico ha vuelto las espaldas a la llanura y, por caminos de colinas, entre montes y abiertos valles, se dirige hacia Jerusalén. Para abreviar, no han tomado el camino de primer orden, sino atajos solitarios, fatigosos pero muy rápidos.

En este momento están en el fondo de un verde valle, rico en aguas y florecillas, y no faltan los escapos olorosos de los muguets, cosa que hace observar a Judas Tadeo que es muy apropiado el llamar "lirio del valle" al muguete y exaltar su belleza; frágil y al mismo tiempo resistente, y tan delicadamente fragante.

-Pero son lirios al revés - observa Tomás - Miran hacia abajo en vez de hacia arriba.

-¡Pero qué pequeños son! Tenemos flores más pomposas que ésta. No sé por qué la han alabado tanto... - dice Judas, golpeando con desprecio una matita de muguets en flor.

-¡No! ¿Por qué? ¡Tan graciosas como son! - interviene Andrés en defensa de las pobres flores, y se agacha a recoger los escapos rotos.

-Parecen heno y nada más. Más bonita es la flor de la agave, tan majestuosa y potente. Digna de Dios y de florecer para Dios.

-Yo veo más a Dios en estos cálices menudos... ¡Fíjate qué finura!... Denticulados, y tan cóncavos... parecen de alabastro, de cera virgen, labrados por manitas pequeñísimas... ¡Sin embargo, los ha hecho el Inmenso! ¡Oh! ¡Potencia de Dios!...

Andrés está casi extático en la contemplación y meditación de las flores y de la Perfección creadora.

-¡Me pareces una mujercita enferma de los nervios!... - dice en tono de mofa Judas de Keriot, riendo maliciosamente.

-No. Verdaderamente encuentro también yo - y soy orfebre y, por tanto, entiendo de esto - que estos escapos son una perfección. En el metal es más difícil de hacer que la agave. Porque has de saber, amigo, que lo que revela la habilidad del artista es la infinita pequeñez. Dame un escapo, Andrés... Y tú, con tus ojos de buey que admiran sólo lo grandioso, ven aquí y observa. ¿Qué artista podría hacer estas copas tan ligeras, perfectas; decorarlas con este topacio minúsculo ahí en el fondo, y unir las al tallo con este escapo de filigrana combado de esta forma, liviano como éste... ¡Es una maravilla!...

-¡Oh, qué poetas han surgido entre nosotros! También tú, Tomás, así...

-No soy ni un necio ni una mujer, ¿sabes? Soy un artista, y además sensible. Y me glorío de ello. Maestro, ¿te gustan estas flores? - Tomás pregunta al Maestro, que ha estado oyendo todo sin decir nada.

-De la creación todo me gusta. Pero estas flores están entre las cosas predilectas...

-¿Por qué? - preguntan varios. Y, al mismo tiempo, pregunta Judas:

-¿También te gustan las víboras? - y se ríe.

-También ellas. Son útiles...

-¿Para qué? - preguntan bastantes de los presentes.

-Para morder. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - se ríe, ofensivo, Judas.

-Entonces te deberían gustar muchísimo a ti - le rebate el Tadeo, truncándole la carcajada con esta alusión muy explícita. Ahora son los otros los que se ríen por el buen palo que le ha dado.

Jesús no ríe. Es más, está pálido y triste. Mira a sus doce, especialmente a los dos antagonistas, que se miran el uno con ira, el otro con severidad, y responde a todos para responder a Judas Iscariote en particular.

-Si Dios las ha hecho es señal de que son útiles. Nada inútil, totalmente nocivo, hay en la creación. Sólo el Mal es netamente, y solamente, nocivo. ¡Ay de aquellos que se dejan morder por él! Uno de los frutos de su mordisco es la posterior incapacidad de distinguir el Bien del Mal, es la desviación hacia cosas no buenas de la razón y de la conciencia pervertida, y es la ceguera espiritual, por la cual, ¡oh Judas de Simón!, ya no se ve resplandecer la potencia de Dios en las cosas... incluso en las diminutas. En esta flor, la potencia de Dios está grabada, por la belleza, el perfume, la forma tan distinta de la de todas las demás flores, por esta gota de rocío que tiembla y brilla suspendida del borde céreo del minúsculo pétalo (y parece una lágrima de gratitud para el Creador que ha hecho todo, y todo bien, todo útil, todo variado). Pero está escrito que todo era hermoso para los dos primeros, hasta que les vinieron las cataratas del pecado... Y todo les hablaba de Dios, hasta que en las cosas, o mejor: en sus pupilas, fue instilado el humor que trastornó su capacidad de ver a Dios... También en el momento actual, cuanto más se revela Dios, más el espíritu es rey en una criatura...

-¡Salomón cantó las maravillas de Dios, y lo mismo David... y, ciertamente, no tenían como rey al espíritu! Maestro, esta vez te he pillado en un error.

-¡Pero qué descarado eres! ¿Cómo te atreves a decir esto? - reacciona bruscamente Bartolomé.

-Déjalo hablar... No tengo en cuenta sus palabras. Son palabras que disemina el viento. De ellas no se escandalizan ni las hierbas ni los árboles. Nosotros, los únicos que las escuchamos, sabemos darles el peso que merecen, ¿no es verdad? Y no nos acordamos ya de ellas. La juventud es frecuentemente irreflexiva, Bartolomé; sé comprensivo con ella... Pero uno de vosotros me había preguntado que por qué prefiero el lirio de los valles... Bien, respondo: "Por su humildad". Todo en él habla de humildad... Los lugares que prefiere... la actitud de la flor... Me hace pensar en mi Madre... Esta flor... tan pequeña y sin embargo, fijaos cómo perfuma un solo escapo. El aire de alrededor queda perfumado... También mi Madre humilde, modesta, ignorada y que no pedía otra cosa sino seguir siendo ignorada... Y sin embargo su perfume de santidad fue tan intenso, que me aspiró del Cielo...

-¿Ves un símbolo de tu Madre en esta flor?

-Sí, Tomás.

-¿Y piensas que nuestros antiguos, cantando al lirio de los valles, la presentían? - pregunta Santiago de Alfeo.

-La compararon con otros árboles y flores: con el olivo, con la rosa; y con los más graciosos animales: tórtolas, palomas... - dice casi con ira el Iscariote.

-Cada uno de ellos le decía lo más hermoso que veía en la creación. Y de la creación Ella es realmente la Toda Hermosa. Pero Yo, para cantar sus alabanzas, la llamaría Lirio del valle y pacífico Olivo - y Jesús se serena y se ilumina al pensar en su Madre, y se adelanta para aislarse...

La caminata continúa, a pesar de la hora calurosa, porque el fondo del valle es una sucesión de árboles que protegen del sol.

Pedro, pasado un rato, acelera el paso y alcanza al Maestro. Lo llama quedo: -¡Maestro mío!

-¡Mi Pedro!

-¿Te molesto si voy contigo?

-No, amigo. ¿Qué cosa tan urgente quieres decirme, que te mueve a venir al lado de tu Maestro?

-Una pregunta... Maestro, yo soy un hombre curioso...

-¿Y entonces? - Jesús mira a su apóstol sonriendo.

-Y me gusta saber muchas cosas...

-Eso es un defecto, Pedro mío.

-Lo sé... Pero no creo que esta vez sea defecto. Si quisiera saber cosas negativas, o bribonadas para poder criticar a quien las hizo, ¡ah entonces sería defecto! Pero ya ves que no te he preguntado si Judas tenía que ver con la llamada a Béter, y para qué...

-Pero tenías muchas ganas de preguntar...

-Sí. Es verdad. Pero eso es un mérito mayor, ¿no?

-Es mérito mayor. Como es mérito grande el dominarse a sí mismo. Esto demuestra, en quien lo hace, una buena, seria evolución en lo espiritual, un verdaderamente activo aprender y asimilar las lecciones del Maestro.

-¿Sí, verdad? ¡Y Tú te sientes contento de ello?

-¿Me lo preguntas, Pedro? Me siento dichoso.

-¿Sí? ¿Verdaderamente? ¡Oh, Maestro mío! ¿Pero entonces es tu pobre Simón el que te hace feliz?

-Sí. Pero ¿no lo sabías ya?

-No osaba creerlo. Pero, al verte tan contento ayer, he mandado a uno a preguntarte. Porque pensaba que podía ser también Judas el que se mejoraba... aunque no tenga pruebas de ello... Pero puede ser que vea mal yo. Juan me dijo que le dijiste que te sentías feliz porque había uno que se hacía santo... Luego, hace un momento, me has dicho que estás contento de mí porque me hago mejor. Ahora sé. El que te hace feliz y alegre soy yo, el pobre Simón... Pero ahora quisiera que mis sacrificios hicieran cambiar a Judas. No soy envidioso. Quisiera ver a todos perfectos para hacerte verdaderamente feliz. ¿Lo lograré?

-Confía, Simón, confía y persevera.

-¡Lo haré! Ciento que lo haré. Por ti... y también por él. Porque seguro que no goza de ser siempre así. En el fondo... podría ser casi hijo mío... ¡Mmm! ¡Verdaderamente prefiero ser padre de Margziam Pero... seré padre para él, trabajando para darle un alma digna de ti.

-Y de ti, Simón - y Jesús se inclina y lo besa en el pelo.
 Pedro está lleno de felicidad... Pasado un momento, pregunta
 -¿Y no me dices nada más? ¿No hay ninguna otra cosa buena, alguna flor entre las espinas que encuentras por todas partes?
 -Sí. Un amigo de José que viene a la Luz.
 -¿Sí? ¿Un miembro del Sanedrín?
 -Sí. Pero no hay que decirlo. Se debe orar. Sufrir por esto. ¿No me preguntas quién es? ¿No tienes curiosidad?
 -¡Mucha! Pero no lo pregunto. Un sacrificio por este desconocido.
 -¡Bendito tú, Simón! Hoy me haces verdaderamente feliz. Continúa así y te amaré cada vez más y cada vez más te amaré Dios. Ahora vamos a pararnos a esperar a los demás...

413

Llegada a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés y disputa con los doctores del Templo.

La ciudad está llena de gente. Jesús ha subido al Templo nada más entrar en Jerusalén, casi inmediatamente porque ha entrado por la puerta situada junto a la Probática, antes de que la gente se pudiera dar cuenta de que estaba en la ciudad, antes de que la noticia se propagase desde la casa en que han dejado las bolsas y se han limpiado el polvo y el sudor para entrar limpios en el Templo, que está abarrotado de gente.

La indecorosa algarabía de siempre, de vendedores y cambistas; el aspecto calidoscópico de siempre, de colores y rostros.

Jesús con los apóstoles, que han comprado lo necesario para la ofrenda, va directamente al lugar de oración y allí se detiene largamente. Naturalmente lo ven muchos, buenos y malos, de forma que un susurro corre como el viento, y con rumor de viento entre frondas, por el vasto patio exterior donde la gente se detiene a orar. Y cuando, después de la oración, Él se mueve para volver sobre sus pasos, un séquito de gente, que se va engrosando cada vez más, lo sigue por los otros atrios, pórticos, patios, hasta que, ya muchedumbre, lo circunda y pide su palabra.

-En otro momento, hijos. En otro lugar - dice Jesús, y alza la mano para bendecir mientras trata de alejarse.

Pero si bien, esparcidos entre la gente, hay escribas, fariseos y doctores (éstos con sus discípulos) que hacen risitas y se dicen los unos a los otros medias frases que son burlas (como: «Lo aconseja la prudencia», o: «¡Eh, un poco de miedo...!», o: «Ha alcanzado la edad del discernimiento», o también: «Menos estúpido de cuanto pensábamos...»), la mayoría, los que o por conocerlo con amor o por un buen deseo de conocerlo no odian, insisten diciendo: -¿Nos vas a privar de esta fiesta en la Fiesta? ¡Maestro bueno, no puedes hacerlo! Muchos de nosotros han hecho sacrificios para estar aquí esperándote... - y algunos tapan la boca, o responden bruscamente, a algún sarcástico.

Está claro que la masa estaría dispuesta a pisotear a estas minorías malvadas, las cuales, astutas y subrepticias, captan el mensaje y no sólo se callan sino que tratan de alejarse. Y, a pesar de estar dentro de los muros del Templo, muchos no vacilan en hacer, a espaldas de los que se alejan, gestos de burla, o en lanzar algún epíteto; mientras otros, de los más ancianos y por tanto más reflexivos, preguntan a Jesús:

-¿Qué va a ser, Tú que sabes, de este lugar, de esta ciudad, de todo Israel: que no se pliegan a la Voz del Señor?

Jesús mira con piedad a estas cabezas entrecanas, o blancas por completo, y responde:

-Jeremías (18, 1-11, 19, 10; 20, 1-2; 24, 1-2) os dijo lo que será de aquellos que ante la centella del enojo divino responden con aumento de pecado, de aquellos que toman la piedad divina como prueba de debilidad por parte de Dios. Porque de Dios nadie se burla, hijos. Vosotros, como dijo el Eterno por boca de Jeremías, sois como la arcilla en las manos del alfarero, como arcilla son los que se creen potentes, como arcilla son los habitantes de este lugar y los del palacio. No hay poder humano que pueda oponer resistencia a Dios. Y si la arcilla se opone al alfarero y quiere tomar formas extrañas, horribles, el alfarero reduce de nuevo lo ya hecho a un puñado de arcilla y da nueva forma a su vasija, hasta que ésta se persuade de que el más fuerte es el alfarero y hasta que no se pliega a su voluntad. Y puede incluso suceder que la vasija, por obstinarse en no dejarse modelar, por repeler el agua con que el alfarero la moja para poder modelarla sin grietas, quede reducida a fragmentos. Entonces el alfarero arroja a la basura la arcilla reacia, los cascotes inútiles, intrabajables, y toma arcilla nueva y la plasma en la forma que mejor le parece.

¿No dice esto el Profeta narrando el símbolo del alfarero y de la vasija de arcilla? Esto dice. Y, repitiendo las palabras del Señor, dice "Así, como la arcilla en las manos del alfarero, tú estás, oh Israel, en las manos de Dios". Y añade el Señor, como aviso a los reacios, que sólo la penitencia y el arrepentimiento ante la corrección de Dios pueden hacer modificar el decreto de Dios de castigo hacia el pueblo rebelde.

Israel no se ha arrepentido. Por eso las amenazas de Dios contra Israel se han repetido una y mil veces con toda gravedad. Israel no se arrepiente ni siquiera ahora, ahora que no un profeta, sino más que un profeta, le habla. Y Dios, que ha tenido para con Israel la suprema misericordia y me ha enviado, ahora os dice: "Puesto que no escucháis a mi propia Voz, me doleré del bien que os he hecho y prepararé contra vosotros la desventura". Y Yo, que soy la Misericordia, aun sabiendo que esparzo inútilmente mi voz, grito a Israel: "Que cada uno vuelva sobre sus pasos dejando su mal camino. Haced, cada uno, recta vuestra conducta y vuestras tendencias. Para que, al menos, cuando se cumpla el designio de Dios para la Nación culpable, los mejores de ella, en medio de la pérdida general de los bienes, de la libertad, de la unión, conserven su espíritu libre de la culpa, unido a Dios, y no pierdan los bienes eternos de la misma forma que habrán perdido los bienes terrenos".

Las visiones de los profetas no suceden sin una finalidad: la de avisar a los hombres de lo que puede ocurrir. Y ha sido dicho, por medio de la figura de la vasija de arcilla cocida, rota en presencia del pueblo, lo que les espera a las ciudades y reinos que no se dobleguen ante el Señor y...

Los ancianos, escribas, doctores y fariseos, que antes se habían marchado, deben haber ido a avisar a los guardias del Templo y a los magistrados encargados del orden. Y uno de ellos, seguido por un puñado de estos guardias de pasta de papel, que de guerrero sólo tienen las caras (una mixtura de estupidez con un poco de malicia y una buena dosis de dureza, por no decir de delincuencia), viene hacia Jesús, que está hablando apoyado en una columna del pórtico de los Paganos, y, no pudiendo atravesar la compacta barrera de la muchedumbre que hace círculo en torno al Maestro, grita:

-¡Vete! ¡O haré que mis soldados te pongan fuera de los muros...!

-¡Uf! ¡Uf! ¡Los moscardones verdes! ¡Los héroes contra corderos! ¿Y no sabéis entrar a arrestar a los que hacen de Jerusalén un lupanar, del Templo un mercado? Vete de aquí, cara de conejo, ve con las garduñas... ¡Uuu! ¡Uuu!

La gente se rebela contra estos soldados de caricatura, y muestra claramente que no tiene intención de dejar que se injurie al Maestro.

-Obedezco las órdenes recibidas... - dice, excusándose, el jefe de estos... tutores del orden.

-Tú obedeces a Satanás y no te das cuenta. Ve, ve a impetrar misericordia por haber osado insultar y amenazar al Maestro. ¡El Maestro no se toca! ¿Habéis entendido? Vosotros, nuestros opresores; É1, el Amigo de los pobres. Vosotros, nuestros corruptores; Él, nuestro Maestro santo. Vosotros, ruina nuestra; Él, nuestra Salud. Vosotros, pérfidos; Él, bueno. ¡Fuera! Si no, os haremos lo que Matatías hizo en Modín. Os tiramos abajo por la cuesta del Moira como a altares idolátricos y hacemos limpieza lavando con vuestra sangre el lugar profanado, y los pies del único Santo de Israel pisarán esa sangre para ir al Santo de los Santos a reinar, Él que lo merece. ¡Fuera de aquí! ¡Vosotros y vuestros jefes! ¡Fuera, esbirros siervos de esbirros!...

Un tumulto espantoso... De la Antonia acuden las guardias romanas con un suboficial viejo, severo, expeditivo.

-¡Abrid paso, asquerosos! ¿Qué pasa aquí? ¿Os estáis descuartizando entre vosotros por alguno de vuestros corderos sarnosos?

Se rebelan contra los guardias... - quiere explicar el magistrado.

-¡Por Marte invicto! ¿Estos... guardias? ¡Ja! ¡Ja! Ve a combatir contra las cucarachas, guerrero de bodega. Hablad vosotros... - ordena a la gente.

-Querían imponer silencio al Rabí galileo. Querían echarlo. Quizás arrestarlo...

-¿A1 Galileo? Non licet. En la lengua de Roma os digo la frase del degollado. ¡Ja! ¡Ja! Vete a tu caseta tú y tus gozquezuelos. Y di que se estén en su caseta también los mastines (que la Loba los sabe también descuartizar)... ¿Comprendido? Sólo Roma tiene derecho de juicio. Y Tú, Galileo, cuenta tus fábulas si quieres... ¡Ja! ¡Ja! - y vuelve de golpe, con relumbramiento de corazas al sol, y se marcha.

-Exactamente como a Jeremías...

-Como a todos los profetas debes decir...

-Pero Dios triunfa igual.

-Maestro, sigue hablando. Las víboras han huido.

-No. Dejadlo que se marche. No vaya a ser que vuelvan con más fuerza y lo encadenen los nuevos Pasjures...

-No hay peligro... Mientras dura el rugido del león, no salen las hienas...

La gente habla y comenta formando una buena confusión.

-Os equivocáis - dice todo almibarado un fariseo pomposamente vestido, seguido de otros semejantes a él y de algunos doctores de Ley - Os equivocáis. No debéis creer que toda una casta sea como algunos de sus componentes. ¡En todos los árboles hay parte buena y parte mala!

-Sí. Efectivamente, los higos en general son dulces. Pero, si todavía no están maduros o lo están demasiado, son ásperos o ácidos. Vosotros, ácidos. Como los del pésimo cesto del profeta Jeremías - dice en medio de la multitud uno que no conozco, pero que deben conocerlo bien muchos, y debe ser influyente además, porque veo que muchos se hacen señas y observo que el fariseo encaja el golpe sin reaccionar.

No sólo eso, sino que, aún más almibarado, se dirige al Maestro y le dice:

-Espléndido tema para tu sabiduría. Háblanos, Rabí, sobre este tema. Tus explicaciones son tan... nuevas... tan... doctas... Las saboreamos con ávida hambre.

Jesús mira fijamente a este ejemplo farisaico y le responde:

-Tienes también otra hambre, no confesada, Elquías, y también tus amigos. Pero recibiréis también ese alimento... Y más ácido que los higos. Y corromperá vuestro interior como los higos acedados corrompen las entrañas.

-No. Maestro. ¡Te juro en nombre del Dios vivo que ni yo ni mis amigos tenemos otra hambre aparte de la de oírte hablar!... Dios ve si nosotros...

-Basta así... El honesto no necesita juramentos. Sus obras son juramentos y testimonios. Pero no voy a hablar de los higos óptimos y de los higos estropeados...

-¿Por qué, Maestro? Temes que los hechos contradigan tus explicaciones?

-¡No, no! Es más...

-¿Entonces es que prevés para nosotros aflicciones y oprobios, espada, peste y hambre?

-Eso y más.

-¿Más todavía? ¿Y qué es? ¿Es que ya no nos ama Dios?

-Os ama tanto, que ha cumplido la promesa.

-¿Tú? ¿Porque Tú eres la promesa?

-Lo soy.

-¿Y entonces cuándo vas a fundar tu Reino?

-Ya están echados los cimientos.

-¿Dónde? ¿Dónde?

-En el corazón de los buenos.

-¡Pero eso no es un reino! ¡Es una enseñanza!

-Mi Reino, siendo espiritual, tiene por súbditos a los espíritus. Y los espíritus no tienen necesidad de palacios, casas, guardias, muros, sino de conocer la Palabra de Dios y ponerla en práctica: lo que se está produciendo en los buenos.

-¿Tú puedes decir esta Palabra? ¿Quién te autoriza?

-La propiedad.

-¿Qué propiedad?

-La propiedad de la Palabra. Doy lo que soy. Uno que tiene vida puede dar la vida. Uno que tiene dinero puede dar dinero. Yo tengo, por mi eterna naturaleza la Palabra que traduce el divino Pensamiento, y doy la Palabra; pues el Amor me mueve a este don de dar a conocer el Pensamiento del Altísimo, que es mi Padre.

-¡Cuidado con lo que dices! ¡Es un modo audaz de hablar! ¡Podría perjudicarte!

-Más me perjudicaría mentir, porque sería desnaturalizar mi Naturaleza y renegar de Aquel de quien procedo.

-¿Entonces eres Dios, el Verbo de Dios?

-Lo soy.

-¿Y lo dices así? ¿En presencia de tantos testigos que podrían denunciarte?

-La Verdad no miente. La Verdad no hace cálculos. La Verdad es heroica.

-¿Y esto es una verdad?

-La Verdad es el que os habla. Porque el Verbo de Dios traduce Pensamiento de Dios, y Dios es Verdad.

La gente escucha concentrada, en medio de un silencio atento, para seguir la disputa, la cual, de todas formas, se desarrolla sin asperezas. Otros, desde otros lugares, han ido allí. El patio está lleno, abarrotado de gente. Centenares de caras dirigidas hacia un solo punto. Y por los desembocaderos que conducen de otros patios a éste se asoman muchas caras, alargando el cuello para ver y oír...

El Anciano Elquías y sus amigos se miran... Una verdadera telefonía de miradas. Pero se contienen. No sólo eso, sino que un viejo doctor pregunta todo amable:

-¿Y para evitar los castigos que prevés, qué tendríamos que hacer?

-Seguirme. Y, sobre todo, creermme. Y más aún, amarme.

-¿Eres una especie de mascota?

-No. Soy el Salvador.

-Pero no tienes ejércitos...

-Me tengo a mí mismo. Recordad, recordad, por vuestro bien, por piedad hacia vuestras almas, recordad las palabras del Señor a Moisés y a Aarón cuando estaban todavía en la tierra de Egipto: "Cada miembro del pueblo de Dios tome un cordero sin mancha, macho, de un año. Uno por cada casa. Y, si no basta el número de los miembros de la familia para acabar el cordero, que llame a los vecinos. Lo inmolaréis el día decimocuarto de Abid, que ahora se llama Nisán, y con la sangre del inmolado untaréis las jambas y el dintel de la puerta de vuestras casas. Esa misma noche comeréis su carne asada al fuego, con pan sin levadura y hierbas silvestres. Y lo que pudiera sobrar destruidlo con el fuego. Comeréis así: ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies, el bastón en la mano. Comeréis deprisa, porque pasa el Señor. Y esa noche pasaré hiriendo a todos los primogénitos de hombre o de animal que se encuentren en las casas no señaladas con la sangre del cordero". (Éxodo 12, 1-13) A1 presente, ahora que pasa de nuevo Dios - *el más verdadero* paso porque realmente Dios pasa visible entre vosotros, reconocible por sus signos -, la salvación se detendrá en aquellos que estén señalados con la señal salvífica de la Sangre del Cordero. Porque, en verdad, todos seréis señalados por ella, pero sólo los que aman al Cordero y amen su Signo obtendrán de esa Sangre salvación. Para los otros será la marca de Caín. Y ya sabéis que Caín no mereció volver a ver el rostro del Señor, y que jamás conoció descanso. Y, con el peso a sus espaldas del remordimiento, del castigo y de Satanás, su cruel rey, fue errante y fugitivo por la Tierra mientras tuvo vida. Gran figura, grande, del Pueblo que agredirá al nuevo Abel...

-También Ezequiel (9, 4-6) habla de la Tau... ¿Tú crees que tu Signo es la Tau de Ezequiel?

-Es ése.

-¿Entonces nos estás acusando de que en Jerusalén haya abominaciones?

-Quisiera no poder hacerlo. Pero es así.

-¿Y entre los signados con la Tau no hay pecadores? ¿Puedes jurarlo?

-Yo no juro nada. Pero digo que, si entre los signados hay pecadores, su castigo será aún más tremendo, porque los adúlteros del espíritu, los apóstatas, los que después de haber sido seguidores de Dios sean sus asesinos serán los más grandes en el Infierno.

-Pero los que no pueden creer que Tú seas Dios no tendrán pecado. Serán justificados...

-No. Si no me hubierais conocido, si no hubierais podido constatar mis obras, si no hubierais podido verificar mis palabras, no tendríais culpa. Si no fuerais doctores en Israel, no tendríais culpa. Pero vosotros conocéis las Escrituras y veis mis obras. Podéis confrontarlas. Y, si lo hacéis con honestidad, me veréis a mí en las palabras de la Escritura, y veréis las palabras de la Escritura traducidas en obras en mí. Por eso no seréis justificados de no reconocerme y de odiarme. Demasiadas abominaciones, demasiados ídolos, demasiadas fornicaciones, donde sólo Dios debería estar. Y en todos los lugares donde estáis vosotros. La salvación está en repudiar estas cosas y en acoger a la Verdad que os habla. Por eso, donde matáis o tratáis de matar seréis muertos. Y por eso seréis juzgados en las fronteras de Israel, donde todo poder humano viene a menos y solamente el Eterno es Juez de sus criaturas.

-¿Por qué hablas así, Señor? Te muestras severo.

-Me muestro veraz. Yo soy la Luz. La Luz ha sido enviada para iluminar las Tinieblas. Y la Luz debe resplandecer libremente. Sería inútil el que el Altísimo hubiera enviado su Luz, si luego la hubiera cubierto con el moyo. No hacen eso los hombres cuando encienden una luz, porque habría sido inútil encenderla. Si la encienden es para que ilumine y que el que entre en la casa vea. Yo vengo a dar Luz a la entenebrecida casa terrena de mi Padre, para que los que la habitan vean. Y la Luz brilla. Bendecidla si con su rayo purísimo os descubre reptiles, escorpiones, trampas, telas de araña, grietas en las paredes. Os hace esto por amor. Para daros la manera de conocerlos, limpiarlos, arrojar los animales perjudiciales - las pasiones, los pecados -; para daros la manera de reconstruirlos antes de que sea demasiado tarde; para daros la manera de ver dónde ponéis el pie - en la trampa de Satanás - antes de que os hundáis. Pero para ver, además de la luz nítida, es necesario tener el ojo limpio. A través de un ojo cubierto de materia por una enfermedad, no pasa la luz. Limpiad vuestros ojos. Limpiad vuestro espíritu para que la Luz pueda descender y entrar en vosotros. ¿Por qué perecer en las Tinieblas, cuando el Bonísimo os envía la Luz y la Medicina para curaros? No es todavía demasiado tarde. Venid, en el tiempo que os queda, venid a la Luz, a la Verdad, a la Vida. Venid al Salvador vuestro, que os abre los brazos, que os abre el corazón, que os suplica que lo acojáis para vuestro eterno bien.

Jesús se muestra verdaderamente suplicante, amorosamente suplicante, despojado de cualquier otra cosa que no sea amor... Hasta las fieras más obstinadas, más ebrias de odio, lo sienten, y sus armas se sienten vencidas, sus rencores no tienen fuerza de escupir su ácido.

Se miran. Luego Elquías habla por todos:

-¡Has hablado bien Maestro! Te ruego que aceptes el convite que ofrezco en tu honor. -No pido ningún honor aparte del de conquistar vuestras almas. Déjame en mi pobreza...

-¿No querrás ofenderme negándote a aceptar?

-No hay ninguna ofensa. Te ruego que me dejes con mis amigos.

-¡También ellos! ¿Quién puede dudarlos? Ellos también contigo ¡Gran honor para mi casa!... ¡Gran honor!... Vas también a la casa de otros grandes. ¿Por qué no a la casa de Elquías?

-Bien, voy a ir. Pero cree que no podré decirte en el secreto de la casa palabras distintas de las que te he dicho aquí delante del pueblo.

-¡Tampoco yo! ¡Y tampoco mis amigos! ¿Lo dudas acaso?...

Jesús lo mira muy fijamente. Dice:

-No dudo sino de lo que ignoro. Pero no ignoro el pensamiento de los hombres. Vamos a tu casa... La paz a los que me han escuchado.

Y al lado de Elquías se dirige hacia la salida del Templo, seguido de la fila de sus apóstoles, mezclados - no entusiastas de ello - con los amigos de Elquías.

414

Invectiva contra fariseos y doctores en el convite en casa del Anciano Elquías.

Elquías ha invitado a Jesús a su casa, situada poco lejos del Templo, aunque un poco avanzada hacia el barrio que está al pie de Tofet. Jesús entra en ella. Es una casa decorosa, un poco severa, de cumplidor estricto. Creo que hasta los clavos están puestos en número y posición tales, que alguno de los seiscientos trece preceptos lo indique como bueno. No hay ni un motivo ornamental en las cortinas, ni un friso en las paredes, ni un pequeño objeto de adorno... ninguna de esas mínimas cosas que hasta en las casas de José y Nicodemo y de los mismos fariseos de Cafarnaúm hay, para embellecerlas. Gélida, de tan desnuda como está de todo lo que signifique ornamento; adusta, con sus muebles oscuros y pesados escuadrados como sarcófagos: rezuma por todas partes el espíritu de su amo: es una casa que repele, que no acoge, sino que se clausura, como casa enemiga, a quien en ella entra.

Y Elquías lo señala con jactancia:

-¿Ves, Maestro, como soy cumplidor? Todo lo dice. Mira: cortinas sin motivos ornamentales, muebles sin objetos de adorno, nada de vasijas de formas esculpidas o lámparas que imiten flores. No falta nada. Pero todo está regulado según el precepto: "No te harás ninguna escultura, ni representación de lo que hay arriba en el cielo, o abajo en la tierra, o en las aguas de debajo de la tierra". Tanto en la casa como en mis indumentos o los de mis familiares. Yo, por ejemplo, no apruebo en este discípulo tuyo (Judas Iscariote) estas labores en la túnica y en el manto. Me dirás: "Muchos las llevan". Dirás: "Es sólo una greca". De acuerdo. Pero con esos ángulos, con esas curvas, recuerda demasiado los signos de Egipto. ¡Qué horror! ¡Cifras demoníacas! ¡Signos de nigromancia! ¡Siglas de Belcebú! Llevar estas cosas no te honra, Judas de Simón; ni a ti tampoco, Maestro, el permitirselo.

Judas responde con una risita sarcástica. Jesús responde humildemente:

-Más que las señales en los vestidos, vigilo que no haya señales de horror en los corazones. De todas formas, solicitaré, es más, ya desde este momento solicito de mi discípulo que lleve indumentos menos adornados, para no escandalizar a nadie.

Judas tiene una buena reacción:

-Verdaderamente mi Maestro me ha dicho varias veces que habría preferido más sencillez en mis indumentos. Pero yo... he hecho mi voluntad porque me gusta vestirme así.

-Mal, muy mal. Que un galileo enseñe a un judío está muy mal, además a ti, que eras del Templo... ¡oh!

Elquías muestra todo su escándalo, y sus amigos lo apoyan.

Judas está ya cansado de ser bueno, y replica:

-¡Entonces habría muchas pomposidades que quitaros también a vosotros del Sanedrín! Si os quitarais todos los motivos ornamentales con que cubrís las caras de vuestras almas, apareceríais bien feos.

-¡Mide tus palabras!

-Son las palabras de uno que os conoce.

-¡Maestro! ¿Lo estás oyendo?

-Oigo y digo que hace falta humildad por ambas partes, y, en ambas, verdad. Y recíproca indulgencia. Sólo Dios es perfecto.

-¡Bien dicho, Rabí! - dice uno de los amigos... Escuálida y solitaria voz en el grupo farisaico y doctoral.

-No. Está mal dicho - rebate Elquías - El Deuteronomio es claro en sus maldiciones. Dice: "Maldito el hombre que hace una imagen esculpida, o fundida, cosa abominable, obra de manos de artífice y..."

-Pero éstos son indumentos, no esculturas - responde Judas.

-Silencio tú. Habla tu Maestro. Elquías, sé justo y distingue Maldito quien hace ídolos. Pero no el que hace motivos ornamentales copiando la belleza que el Creador ha puesto en la creación. Cogemos las flores para adornar...

-Yo no cojo flores, ni quiero ver adornadas de flores las habitaciones. ¡Ay de las mujeres de mi casa, si cometen este pecado, aunque sea en las habitaciones propias! Sólo debe ser admirado Dios.

-Es un pensamiento justo. Sólo Dios. Pero se puede admirar a Dios también en una flor, reconociendo que Él es el artífice de la flor.

-¡No, no! ¡Paganismo! ¡Paganismo!

-Judit se adornó, y se adornó Ester para finalidad santa...

-¡Mujeres! Y la mujer es siempre un ser despreciable. Pero te ruego, Maestro, que entres en la sala del banquete mientras yo me retiro un momento, porque tengo que hablar con mis amigos.

Jesús da su consentimiento sin oposición.

-¡Maestro!... ¡Siento ahogo!... - exclama Pedro.

-¿Por qué? ¿Te sientes mal? - preguntan algunos.

-No. Pero sí, molesto... como uno que hubiera caído en una trampa.

-No te pongas nervioso. Y sed todos muy prudentes - aconseja Jesús.

Permanecen en grupo, de pie, hasta que vuelven los fariseos, seguidos por los criados.

-A las mesas sin demora. Tenemos una reunión y no podemos retrasarnos - ordena Elquías. Y distribuye los puestos, mientras ya los criados trinchan las carnes.

Jesús está al lado de Elquías y junto a Él Pedro. Elquías ofrece los alimentos y la comida empieza en medio de un silencio helador... Pero luego empiezan las primeras palabras, naturalmente dirigidas a Jesús, porque a los otros doce no se los considera; es como si no estuvieran.

E1 primero que pregunta es un doctor de la Ley.

-Maestro, ¿entonces estás seguro de que eres lo que dices?

-No es que sea Yo el que lo diga; ya los profetas lo habían dicho, antes de mi venida a vosotros.

-¡Los profetas!... Tú que niegas que nosotros somos santos, puedes también recibir como buenas mis palabras, si digo que nuestros profetas pueden ser unos exaltados.

-Los profetas son santos.

-Y nosotros no, ¿no es verdad? Considera que Sofonías une los profetas a los sacerdotes en la condena contra Jerusalén: "Sus profetas son unos exaltados, hombres sin fe, y sus sacerdotes profanan las cosas santas y violan la Ley". Tú nos echas en cara esto continuamente. Pero, si aceptas al profeta en la segunda parte de lo que dice, debes aceptarlo también en la primera, y reconocer que no hay base de apoyo en las palabras que vienen de los exaltados.

-Rabí de Israel, respóndeme. Cuando pocos renglones después Sofonías dice: "Canta y alégrate, hija de Sión... El Señor ha retirado el decreto que había contra ti... El Rey de Israel en medio de ti", ¿tu corazón acepta estas palabras?

-Mi gloria consiste en repetírmelas a mí mismo soñando aquel día.

-Pero son palabras de un profeta, por tanto de un exaltado...

El doctor de la Ley se queda desorientado un momento.

Le ayuda un amigo:

-Ninguno puede poner en duda que Israel reinará. No sólo uno, sino todos los profetas y los pre-profetas, o sea los patriarcas, han manifestado esta promesa de Dios.

-Y ninguno de los pre-profetas ni de los profetas ha dejado de señalarme como lo que soy.

-¡Sí! ¡Bueno! ¡Pero no tenemos pruebas! Puedes ser Tú también un exaltado. ¿Qué pruebas nos das de que eres el Mesías, el Hijo de Dios? Dame una señal para que pueda juzgar.

-No te digo mi muerte, descrita por David e Isaías, sino que te digo mi resurrección.

-¿Tú? ¿Tú? ¿Resucitar Tú? ¿Y quién te va a hacer resucitar?

-Vosotros no, está claro; ni el Pontífice ni el monarca ni las castas ni el pueblo. Resucitaré por mí mismo.

-¡No blasfemes, Galileo, ni mientas!

-Sólo doy honor a Dios y digo la verdad. Y con Sofonías te digo "Espérame en mi resurrección". Hasta ese momento podrás tener dudas, podréis tenerlas todos, podréis trabajar en instilarlas en el pueblo. Pero no podréis ya cuando el Eterno Viviente, por sí mismo, después de haber redimido, resucite para no volver a morir, Juez intocable, Rey perfecto que con su cetro y su justicia gobernará y juzgará hasta el final de los siglos y seguirá reinando en los Cielos para siempre.

-¿Pero no sabes que estás hablando a doctores y Ancianos? – dice Elquías.

-¿Y qué, pues? Me preguntáis, Yo respondo. Mostráis deseos de saber, Yo os ilustro la verdad. No querrás hacerme venir a la mente, tú que por un motivo ornamental en un vestido has recordado la maldición del Deuteronomio, la otra maldición del mismo: "Maldito el que hiere a traición a su prójimo".

-No te hiero, te doy comida.

-No. Pero las insidiosas preguntas son golpes dados por la espalda. Ten cuidado, Elquías, porque las maldiciones de Dios se siguen, y la que he citado va seguida por esta otra: "Maldito quien acepta regalos para condenar a muerte a un inocente".

-En este caso el que aceptas regalos eres Tú, que eres mi invitado.

-Yo no condeno ni siquiera a los culpables si están arrepentidos.

-No eres justo, entonces.

-No, es justo, porque Él considera que el arrepentimiento merece perdón, y por eso no condena - dice el mismo que ya había manifestado su aprobación en el atrio de la casa a las palabras de Jesús.

-¡Cállate, Daniel! ¿Pretendes saber de estas cosas más que nosotros? ¿O es que estás seducido por uno sobre el cual mucho hay que decidir todavía y que no hace nada por ayudarnos a decidir en su favor? - dice un doctor.

-Sé que sois los que sabéis, y yo un simple judío, que ni siquiera sé por qué a menudo queréis que esté con vosotros...

-¡Pues porque eres de la familia! ¡Es fácil de entender! ¡Quiero que los que entran en mi parentela sean santos y sabios! No puedo consentir ignorancias en la Escritura, ni en la Ley, ni en los Halasiots, Midrasiots y en la Haggada. Y no las soporto. Hay que conocer todo. Hay que observar todo...

-Y te agradezco tanta preocupación. Pero yo, simple labriego de tierras, que indignamente he pasado a ser pariente tuyo, me he preocupado solamente de conocer la Escritura y los Profetas para consuelo de mi vida. Y, con la sencillez de un iletrado, te confieso que reconozco en el Rabí el Mesías, precedido por su Precursor, que nos lo ha señalado... Y Juan - no puedes negarlo - estaba penetrado del Espíritu de Dios.

Un momento de silencio. No quieren negar que Juan el Bautista fuera infalible; afirmarlo, tampoco.

Entonces otro dice:

-Bien... digamos que el Precursor es precursor del ángel que Dios envía para preparar el camino del Cristo. Y... admitamos que en el Galileo hay santidad suficiente para juzgar que Él es ese ángel. Después de Él vendrá el tiempo del Mesías. ¿No os parece a todos conciliador este pensamiento? ¿Lo aceptas, Elquías? ¿Y vosotros, amigos? ¿Y Tú, Nazareno?

-No. No. No.

Los tres noes son seguros.

-¿Cómo? ¿Por qué no lo aprobáis?

Elquías calla. Callan sus amigos. Solamente Jesús, sincero, responde:

-Porque no puedo aprobar un error. Yo soy más que un ángel. El ángel fue el Bautista, Precursor del Cristo, y el Cristo soy Yo.

Un silencio glacial, largo. Elquías, apoyado el codo sobre el triclinio y la cara en la mano, piensa, adusto, cerrado como toda su casa. Jesús se vuelve y lo mira. Luego dice:

-¡Elquías, Elquías, no confundas la Ley y los Profetas con las minucias!

-Veo que has leído mi pensamiento. Pero no puedes negar que has pecado incumpliendo el precepto.

-Como tú has incumplido el deber hacia el invitado; además con astucia, por tanto con más culpa. Lo has hecho con *voluntad* de hacerlo. Me has distraído y me has mandado aquí, mientras tú con tus amigos te purificabas, y cuando has vuelto nos has pedido que no nos demorásemos, porque tenías una reunión. Todo para poder decirme: "Has pecado".

-Podías recordarme mi deber de darte con qué purificarte.

-Te podría recordar muchas cosas, pero no serviría para nada más que para hacerte más intransigente y enemigo.

-No. Dilas. Dilas. Queremos escucharte y...

-Y acusarme ante los Príncipes de los Sacerdotes. Por este motivo te he recordado la última y la penúltima maldición. Lo sé. Os conozco. Estoy aquí, inerme, entre vosotros. Estoy aquí, aislado del pueblo que me ama, ante el cual no os atrevéis a agredirme. Pero no tengo miedo. Y no acepto arreglos ni me comporto cobardemente. Y os manifiesto vuestro pecado, de toda vuestra casta y vuestro, oh fariseos, falsos puros de la Ley, oh doctores, falsos sabios, que confundís y mezcláis a propósito lo verdaderamente bueno y lo falsamente bueno; que a los demás y de los demás exigís la perfección incluso en las cosas exteriores y a vosotros no os exigís nada. Me criticáis, unidos al que nos ha invitado aquí, a mí y a vosotros, el que no me haya lavado antes de la comida. Sabéis que vengo del Templo, donde no se entra sino tras haberse purificado de las suciedades del polvo y del camino. ¿Es que queréis confesar que el Sagrado Lugar es contaminación?

-Nosotros nos hemos purificado antes de la comida.

-Y a nosotros nos ha sido impuesto: "Id allí, esperad". Y después "A las mesas sin demora". Luego entonces, entre tus paredes desnudas de motivos ornamentales había un motivo intencional: engañarme. ¿Qué mano ha escrito en las paredes el motivo para poderme acusar? ¿Tu espíritu u otra potencia a la que escuchas y que dicta a tu espíritu sus reglas? Pues bien, oíd todos.

Jesús se pone en pie. Tiene las manos apoyadas en el borde de la mesa. Empieza su invectiva:

-Vosotros, fariseos, laváis la copa y el plato por fuera, y os laváis las manos y os laváis los pies, casi como si plato y copa, manos y pies, entrasen en ese espíritu vuestro que os place proclamar puro y perfecto. Pero no sois vosotros, sino Dios, quien tiene que proclamarlo. Pues bien, sabed lo que Dios piensa de vuestro espíritu. Piensa que está lleno de mentira, suciedad y codicia; lleno de iniquidad está, y nada puede desde fuera corromper lo que ya está corrompido.

Quita la derecha de la mesa y empieza involuntariamente a hacer gestos con ella mientras prosigue:

-¿Y no puede, acaso, quien ha hecho vuestro espíritu, como ha hecho vuestro cuerpo, exigir, al menos en igual medida, para lo interno el respeto que tenéis para lo externo? Necios que cambiáis los dos valores e invertís su potencia, ¿no querrá el Altísimo un cuidado aún mayor para el espíritu - hecho a semejanza suya y que por la corrupción pierde la Vida eterna -, que no para la mano o el pie, cuya suciedad puede ser eliminada con facilidad, y que, aunque permanecieran sucios no influirían en la limpieza interior? ¿Puede Dios preocuparse de la limpieza de una copa o de una bandeja, cuando no son sino cosas sin alma y que no pueden influir en vuestra alma?

Leo tu pensamiento, Simón Boetos. No. No es consistente. Vosotros no tenéis estos cuidados, ni practicáis estas purificaciones, por una preocupación por la salud, ni por una tutela de la carne o de la vida. El pecado carnal, más claramente, los pecados carnales de gula, de intemperancia, de lujuria, son ciertamente más dañinos para la carne que no un poco de polvo en las manos o en el plato. Y, a pesar de ello, los practicáis sin preocuparos de tutelar vuestra existencia y la incolumidad de vuestros familiares. Y cometéis pecados de más de una naturaleza, porque, además de la contaminación de vuestro espíritu y de vuestro cuerpo, además del despilfarro de bienes, de la falta de respeto a los familiares, ofendéis al Señor por la profanación de vuestro cuerpo, templo de vuestro espíritu, en que debería estar el trono para el Espíritu Santo; y lo ofendéis por el juicio que hacéis de que os debéis tutelar por vosotros mismos de las enfermedades que vienen de un poco de polvo, como si Dios no pudiera intervenir para protegernos de las enfermedades físicas si recurrierais a Él con espíritu puro.

¿Es que Aquel que ha creado lo interno no ha creado acaso también lo externo y viceversa? ¿Y no es lo interno lo más noble y lo más marcado por la divina semejanza? Haced entonces obras que sean dignas de Dios, y no mezquindades que no se elevan por encima del polvo para el cual y del cual están hechas, del pobre polvo que es el hombre considerado como criatura animal, barro compuesto en una forma y que a ser polvo vuelve, polvo dispersado por el viento de los siglos. Haced obras que permanezcan, obras regias y santas, obras que se coronen de la divina bendición. Haced caridad, haced limosna, sed honestos, sed puros en las obras y en las intenciones, y sin recurrir al agua de las abluciones todo será puro en vosotros.

¿Pero qué os creéis? ¿Que estáis en regla porque pagáis los diezmos de las especias? No. ¡Ay de vosotros, fariseos que pagáis los diezmos de la menta y de la ruda, de la mostaza y del comino, del hinojo y de todas las demás verduras, y luego descuidáis la justicia y el amor a Dios! Pagar los diezmos es un deber y hay que cumplirlo. Pero hay otros deberes más altos, que también hay que cumplir. ¡Ay de quien cumple las cosas exteriores y descuida las interiores basadas en el amor a Dios y al prójimo! ¡Ay de vosotros, fariseos, que estimáis los primeros puestos en las sinagogas y en las asambleas y deseáis que os hagan reverencias en las plazas, y no pensáis en hacer obras que os den un puesto en el Cielo y os merezcan la reverencia de los ángeles. Sois semejantes a sepulcros escondidos, inadvertidos para el que pasa junto a ellos sin repulsa (sentiría repulsa si pudiera ver lo que encierran); pero Dios ve las más recónditas cosas y no se equivoca cuando os juzga.

Le interrumpe, poniéndose también de pie, en oposición, un doctor de la Ley.

-Maestro, hablando así nos ofendes también a nosotros; y no te conviene, porque nosotros debemos juzgarte.

-No. No vosotros. Vosotros no podéis juzgarme. Vosotros sois los juzgados, no los jueces, y quien os juzga es Dios. Vosotros podéis hablar, emitir sonidos con vuestros labios. Pero ni la más potente de las voces llega a los cielos, ni recorre toda la Tierra. Después de un poco de espacio es silencio... Después de un poco de tiempo es olvido. Pero el juicio de Dios es voz que permanece y no está sujeto a olvidos. Siglos y siglos han pasado desde que Dios juzgó a Lucifer y juzgó a Adán. Y la voz de ese juicio no se apaga, las consecuencias de ese juicio permanecen. Y si ahora he venido para traer de nuevo la Gracia a los hombres, mediante el Sacrificio perfecto, el juicio sobre la acción de Adán permanece igual, y siempre será llamado "pecado original". Los hombres serán redimidos, lavados con una purificación que supera todas las demás, pero nacerán con esa marca, porque Dios ha juzgado que esa marca debe estar en todos los nacidos de mujer, menos para Aquel que, no por obra de hombre, sino por Espíritu Santo fue hecho, y para la Preservada y el Presantificado, vírgenes eternamente: la Primera, para poder ser la Virgen Déjpara; el segundo, para poder preceder al Inocente naciendo ya limpio por un disfrute anticipado de los méritos infinitos del Salvador Redentor.

Y Yo os digo que Dios os juzga. Y os juzga diciendo: "¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, porque cargáis a la gente con pesos insoportables, transformando en castigo el paterno decálogo del Altísimo para su pueblo". Lo había dado con amor y por amor, para que una justa guía sostuviera al hombre, al hombre, a ese eterno e imprudente e ignorante niño. Y vosotros, habéis cambiado la amorosa pollera con que Dios había abrazado a sus criaturas para que pudieran andar por el camino suyo y llegar a su corazón; la habéis cambiado por montañas de puntiagudas piedras, pesadas, angustiosas, un laberinto de prescripciones, una pesadilla de escrúpulos, a causa de lo cual el hombre se abate, se pierde, se detiene, teme a Dios como a un enemigo. Obstaculizáis la marcha de los corazones hacia Dios. Separáis al Padre de los hijos. Negáis con vuestras imposiciones esta dulce, bendita, verdadera Paternidad. Pero vosotros no tocáis ni con un dedo esos pesos que cargáis a los demás. Os creéis justificados sólo por haberlos dado. Necios, ¿no sabéis que seréis juzgados precisamente por lo que habéis considerado necesario para salvarse? ¿No sabéis que Dios os va a decir: "Juzgabais como sagrada, justa, vuestra palabra. Pues bien, también Yo la juzgo así. Y os juzgo con vuestra palabra, porque se la habéis impuesto a todos y habéis juzgado a los hermanos conforme a cómo la acogieron y practicaron. Quedad condenados porque no habéis hecho lo que habéis dicho que había que hacer"?

¡Ay de vosotros, que erigís sepulcros a los profetas asesinados por vuestros padres! ¿Es que creéis disminuir con ello la dimensión de la culpa de vuestros padres?, ¿cancelarla ante los ojos de la posteridad? No. Al contrario. Dais testimonio de estas obras de vuestros padres. No sólo eso, sino que las aprobáis, dispuestos a imitarlos, elevando luego un sepulcro al profeta perseguido para deciros a vosotros mismos: "Lo hemos honrado". ¡Hipócritas! Por esto la Sabiduría de Dios dijo: "Les enviaré profetas y apóstoles. A unos los matarán, a otros los perseguirán; para que se pueda pedir a esta generación la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la creación del mundo en adelante, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, asesinado entre el altar y el santuario. Sí, en verdad, en verdad os digo que de toda esta sangre de santos se pedirá cuentas a esta generación que no sabe distinguir a Dios en donde está, y persigue al justo y lo aflige porque el justo es el vivo cotejo con su injusticia.

¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, que habéis arrebatado la llave de la ciencia y habéis cerrado su templo para no entrar, y así no ser juzgados por ella, y tampoco habéis permitido que otros entraran! Porque sabéis que, si el pueblo fuera instruido por la verdadera Ciencia, o sea, la Sabiduría santa, podría juzgaros. De forma que preferís que sea ignorante para que no os juzgue. Y me odiáis porque soy la Palabra de la Sabiduría, y quisierais encerrarme prematuramente en una cárcel, en un sepulcro para que ya no siguiera hablando.

Pero hablaré hasta que plazca a mi Padre que lo haga. Y después hablarán mis obras, más aún que mis palabras; y hablarán mis méritos, más aún que mis obras; y el mundo será instruido y sabrá y os juzgará. Este es el primer juicio contra vosotros. Luego vendrá el segundo, el juicio particular para cada uno de vosotros que muera. En fin, el último: el universal. Y recordaréis este día y estos días, y vosotros, sólo vosotros, conoceréis a ese Dios terrible que os habéis esforzado en agitar, como una visión de pesadilla, ante los espíritus de los sencillos, mientras que vosotros, dentro de vuestro sepulcro, os habéis mofado de Él, y no habéis obedecido ni respetado los mandamientos, desde el primero y principal (el del amor) hasta el último que fue dado en el Sinaí.

Es inútil, Elquías, que no tengas figuras en tu casa. Es inútil, todos vosotros, que no tengáis objetos esculpidos en vuestras casas. Dentro de vuestro corazón tenéis el ídolo, los ídolos. El de creeros dioses, los de vuestras concupiscencias.

Venid, vosotros. Vamos.

Y, haciéndose preceder por los doce, sale el último.

Un silencio...

Luego, los que se han quedado en la casa, rompen en un clamor diciendo todos juntos:

-¡Hay que perseguirlo, pillarlo en un renuncio, encontrar motivos de imputación! ¡Hay que matarlo!

Otro silencio.

Y luego, mientras dos de ellos se marchan con la náusea del odio o de los propósitos farisaicos - son el pariente de Elquías y el otro que dos veces ha defendido al Maestro -, los que se quedan se preguntan:

-¿Y cómo?

Otro silencio.

Luego, con una carcajada ronca, Elquías dice:

-Hay que trabajar a Judas de Simón...

-¡Sí, claro! ¡Buena idea! ¡Pero lo has ofendido!...

-Me encargo yo - dice el que ha sido llamado Simón Boetos por Jesús - Yo y Eleazar de Anás... Lo embaucaremos...

-Unas pocas promesas...

-Un poco de miedo...

-Mucho dinero...

-No. Mucho no... Promesas, promesas de mucho dinero...

-¿Y luego?

-¿Cómo "y luego"?

-Sí. Luego. Terminada la cosa. ¿Qué le vamos a dar?

-Pues nada! La muerte. Así... *no hablará nunca* - dice lenta y cruelmente Elquías.

-¡Oh, la muerte!...

-¿Te aterroriza? ¡Venga hombre! Si matamos al Nazareno, que es un justo... podremos matar también al Iscariote, que es un pecador...

Hay vacilaciones...

Pero Elquías, poniéndose de pie, dice:

-Se lo diremos también a Anás... Y veréis como... juzgará buena la idea. Y vendréis también vosotros... ¡Claro que vendréis! ...

Salen todos detrás del amo de la casa, que se marcha diciendo:

-Vendréis... ¡Claro que vendréis!

415

Un alto en el camino en Betania.

El ocaso arrebola el cielo cuando Jesús llega a Betania. Sudorosos, llenos de polvo, le siguen los suyos. Y Jesús y los apóstoles son los únicos que desafían al horno del camino, poco amparado por los árboles que se extienden desde el Monte de los Olivos hasta los relieves de Betania.

El verano se intensifica. Pero más aún se intensifica el odio. Los campos están pelados y agostados: hornos son que reflejan soplos de fuego. Los corazones de los enemigos de Jesús están todavía más pelados, no digo ya de amor, sino de honradez, de moral incluso humana, agostados por el odio... Y para Jesús sólo hay una casa. Hay sólo un refugio: Betania. Allí hay amor, alivio, protección, fidelidad... El Peregrino perseguido se dirige allí con su indumento blanco, su rostro apenado, su paso cansado - como quien no puede detenerse por venir detrás, aguijoneándole, los enemigos - y la mirada resignada como quien ya contempla la muerte que de hora en hora, a cada paso, se acerca, y que ya acepta, por obediencia a Dios...

La casa, en medio de su vasto jardín, está toda cerrada y muda, en espera de horas más frescas. El jardín está vacío y mudo; en él sólo el sol reina, despótico.

Tomás llama con su fuerte voz de barítono.

Una cortina se separa, una cara mira... Luego un grito:

-¡El Maestro! - y los siervos se apresuran a salir afuera, seguidos por las asombradas amas, que ciertamente no esperaban a Jesús en esa hora todavía de fuego.

-¡Rabbuní!, ¡Mi Señor!

Marta y María saludan desde lejos, ya inclinadas, preparadas para postrarse, cosa que hacen en cuanto, abierta la cancilla, Jesús no está ya separado de ellas.

-Marta, María, la paz a vosotras y a vuestra casa.

La paz a ti, Maestro y Señor... Pero, ¿cómo a esta hora? - preguntan las hermanas (indicando a los domésticos que se marchen para que Jesús pueda hablar libremente).

-Para dar reposo al cuerpo y al espíritu donde no se me odia... - dice con tristeza Jesús mientras tiende hacia ellas las manos como para decir: « ¿Me queréis con vosotras?», y se esfuerza en sonreír pero es una sonrisa bien triste, contradicha por la mirada de sus ojos apenados).

-¿Te han hecho algún mal? - pregunta María encendiéndose.

-¿Qué te ha sucedido? - pregunta Marta, y, materna, añade:

-Ven, te daré alivio. ¿Desde cuándo andas, que estás tan cansado?

-Desde el alba... y puedo decir que sin parar, porque la corta pausa en casa de Elquías el Anciano ha sido peor que un largo camino.

-¿Allí te han angustiado?...

-Sí... y antes en el Templo...

-¿Pero por qué has ido a casa de esa serpiente? - pregunta María.

-Porque no ir hubiera servido para justificar su odio, que me habría acusado de despreciar a los miembros del Sanedrín. Pero ya... vaya Yo o no vaya, la medida del odio farisaico está colmada... y ya no habrá tregua...

-¿En esta situación estamos? Quédate con nosotros. Maestro. Aquí no te harán ningún mal...

-Faltaría a mi misión... Muchas almas esperan a su Salvador. Debo ir...

-¡Pero no te van a dejar ir!

-No. Me perseguirán permitiéndome moverme para estudiar todos los pasos que dé, dejándome hablar para estudiar todas mis palabras, vigilándome como los sabuesos a su presa para tener... algo que pueda parecer falta... y todo servirá para ese fin...

Marta, que es siempre tan discreta, se siente tan invadida de piedad, que alza la mano como para una caricia en la mejilla enflaquecida; pero se detiene y se ruboriza. Dice:

-¡Perdona! ¡Me has hecho sentir la misma pena que me hace sentir nuestro Lázaro! ¡Perdóname, Señor, por haberte amado como a un hermano que sufre!

-Soy el hermano que sufre... Amadme con puro amor de hermanas... Pero, ¿y Lázaro?

-Cada vez más desfallecido, Señor... - responde María, y a las lágrimas que ya le irritan los ojos da rienda suelta con esta confesión, que se une a la pena de ver tan afligido a su Maestro.

-No llores, María. Ni por mí ni por él. Hacemos la divina voluntad. Se debe llorar por quien no sabe hacer esta voluntad...

María se inclina para tomar la mano de Jesús y la besa en la punta de los dedos.

Entretanto han llegado a la casa. Entran y van inmediatamente a donde Lázaro; los apóstoles por su parte descansan y se refrescan con lo que ofrecen los criados.

Jesús se inclina hacia el consumido Lázaro, cada vez más consumido; lo besa sonriente para aligerar la tristeza de su corazón.

-¡Maestro, cuánto me quieres! Ni siquiera has esperado a la caída de la tarde para venir a mí. Con este calor...

-Amigo mío, Yo me deleito en ti y tú en mí. Lo demás es nada.

-Es verdad. Es nada. Incluso mi sufrimiento me es nada... Ahora sé por qué sufro, y qué puedo con mi sufrimiento - y Lázaro sonríe con una íntima, espiritual sonrisa.

-Así es, Maestro. Casi se diría que nuestro Lázaro ve con placer la enfermedad y... - un sollozo quiebra la voz de Marta, que calla.

-Sí, dilo, ¿por qué no?: y la muerte. Maestro, diles a ellas que me deben ayudar, como hacen los levitas con los sacerdotes.

-¿A qué, amigo mío?

-A consumir el sacrificio...

-¡Y sin embargo tenías miedo de la muerte hasta hace poco tiempo! ¿Entonces ya no nos quieres? ¿Ya no quieres al Maestro? ¿No le quieres servir?... - pregunta más fuerte, pero pálida de dolor, María, acariciando la mano amarillenta de su hermano.

-¿Y lo preguntas tú, precisamente tú, alma ardiente y generosa? ¿No soy tu hermano? ¿No tengo tu misma sangre y tus mismos santos amores: Jesús, las almas y vosotras, amadas hermanas?... Pero desde Pascua mi alma conserva una gran palabra. Y amo la muerte. Señor, te la ofrezco por tu misma intención.

-¿Entonces ya no me pides la curación?

-No, Rabbuní. Te pido bendición para saber sufrir y... morir... y, si no es demasiado pedir, para redimir... Tú lo dijiste...

-Lo dije. Y te bendigo para darte todas las fuerzas.

Y le impone las manos. Luego lo besa.

-Estaremos juntos y me instruirás...

-No ahora, Lázaro. No me detengo. He venido unas pocas horas. Cuando se haga de noche me marchó.

-¿Por qué - preguntan, desilusionados, los tres hermanos.

-Porque no puedo detenerme... Volveré en otoño. Y entonces... estaré mucho aquí y mucho haré aquí... y en los alrededores...

Silencio triste. Luego Marta suplica:

-Entonces, al menos, descansa y repón fuerzas...

-Nada me dará como vuestro amor nuevas fuerzas. Haced que descansen mis apóstoles y a mí dejadme estar aquí, con vosotros, con esta paz...

Marta sale, llorando, y vuelve con unas tazas de leche fría y fruta temprana...

-Los apóstoles han comido y ahora duermen cansados. Maestro mío, ¿verdaderamente no quieres descansar?

-No insistas, Marta. No habrá surgido todavía el alba y ellos ya me estarán buscando aquí, en el Getsemaní, en casa de Juana, en todas las casas amigas. Pero para el alba Yo ya estaré lejos.

-¿A dónde vas, Maestro? - pregunta Lázaro.

-Hacia Jericó, pero no por el camino usual... Tuerzo hacia Tecua y luego retrocedo hacia Jericó.

-Camino molesto en este período... - susurra Marta.

-Precisamente por eso está solitario. Caminaremos de noche. Las noches son claras, incluso antes de que se alce la Luna... Y el alba viene tan rápido...

-¿Y luego? - pregunta María.

-Y luego la Transjordania. Y a la altura de Samaria, en su septentrión, pasaré el río y vendré a esta parte.

-Ve pronto a Nazaret. Estás cansado... - dice Lázaro.

-Antes tengo que ir a la orilla del mar... Luego... iré a Galilea. Pero también me perseguirán allí...

-Tendrás en todo caso a tu Madre, que te consuela... - dice Marta.

-¡Sí, pobre Mamá!

-Maestro, Magdala es tuya. Ya lo sabes - recuerda María.

-Lo sé, María... Conozco todo el bien y todo el mal...

-¡Separados así!... ¡durante tanto tiempo! ¿Me encontrarás vivo, Maestro?

-No lo dudes. No llores... Hay que habituarse también a las separaciones. Y son útiles para probar la fuerza de los afectos. Se entienden mejor los corazones amados viéndolos con ojo espiritual, desde lejos. Cuando, no bajo el efecto del gusto humano por la cercanía física del amado, se puede meditar en su espíritu y en su amor... se comprende más el yo de la persona lejana... Estoy seguro de que pensando en vuestro Maestro lo comprenderéis mejor todavía cuando veáis y contempléis en paz mis acciones y mis afectos.

-¡Oh, Maestro! ¡Pero nosotros no tenemos dudas respecto a ti!

-Ni yo respecto a vosotros. Lo sé. Pero me conoceréis más todavía. Y no os digo que me améis, porque conozco vuestro corazón. Digo solamente: orad por mí.

Los tres hermanos lloran... ¡Está tan triste Jesús!... ¿Cómo no llorar?

-¿Qué queréis? Dios había puesto el amor entre los hombres. Pero los hombres, en su lugar, han metido el odio... Y el odio divide no sólo a los enemigos entre sí, sino que también se introduce astutamente para separar a los amigos.

Un silencio largo. Luego Lázaro dice:

-¡Maestro, vete de Palestina durante un tiempo!...

-No. Mi puesto está aquí. Para vivir, evangelizar, morir.

-Pero encontraste un remedio para Juan y la griega. Ve con ellos.

-No. A ellos había que salvarlos. Yo *debo* salvar. Y ésta es la diferencia que explica todo. El altar está aquí, y aquí está la cátedra. No puedo ir a otro lugar. Y además... ¿Creéis que ello cambiaría lo que está decidido? No. Ni en la Tierra ni en el Cielo. Lo único que haría sería empañar la pureza espiritual de la figura mesiánica. Sería "el cobarde" que se salva con la fuga. Debo dar el ejemplo, a los del presente y a los del futuro, de que en las cosas de Dios, en las cosas santas, no hay que ser cobardes...

-Tienes razón, Maestro - suspira Lázaro...

Y Marta, apartando la cortina, dice:

-Tienes razón... La tarde avanza. Ya no hay sol...

María se echa a llorar angustiosamente, como si esta palabra hubiera tenido el poder de disolver su fuerza moral, que contenía su llanto vertiendo lágrimas sólo silenciosamente. Lloro más desconsoladamente que en la casa del fariseo, cuando con su llanto pedía perdón al Salvador...

-¿Por qué lloras así? - pregunta Marta.

-¡Porque has dicho la verdad, hermana! Ya no hay Sol... El Maestro se marcha... Ya no hay Sol para mí... para nosotros...

-Calmaos. Os bendigo. Quede con vosotros mi bendición. Y ahora dejadme con Lázaro, que está cansado y necesita silencio. Velando a mi amigo descansaré. Asistid a los apóstoles y haced que estén preparados para la hora de las sombras...

Las discípulas se retiran y Jesús se queda silencioso, recogido en sí mismo, sentado al lado del amigo que pierde vigor y que, satisfecho con esa cercanía, se duerme con una leve sonrisa en el rostro.

Un mendigo samaritano en el camino de Jericó.

Veo a Jesús yendo por una calzada de primer orden llena de polvo y sol. No hay ni un hilo de sombra ni una pizca de verdor. Polvo en el camino y en las incultas tierras que lo bordean. Ciertamente no son las dulces colinas de Galilea, ni los montes más bosquiosos de Judea, tan ricos en agua y pastos. Este terreno no es desértico por propia naturaleza, pero ha venido a serlo por la acción del hombre, que lo ha dejado yermo. Es llanura. No veo ninguna colina, ni siquiera en la lejanía. No conociendo en absoluto Palestina, no puedo decir qué región es. Eso sí, es una región que no he visto nunca en las precedentes visiones. A un lado de la calzada hay montones de pedralla; quizás acumulados para repararla, pues está en pésimas condiciones. Por ahora uno se hunde en la arena. Cuando llueve debe transformarse en un torrente de lodo. No veo ninguna casa, ni cercana ni lejana.

Jesús, como siempre, va algunos metros delante de los apóstoles, que lo siguen en grupo, sudorosos y cansados. Para resguardarse del sol se han echado sobre la cabeza los mantos: parecen una cofradía vestida con hábitos multicolores. Jesús, sin embargo, lleva la cabeza descubierta. Parece que no le da ninguna molestia el sol. Viste una túnica de lino blanco, de mangas cortas hasta el codo, muy amplia y suelta; no lleva siquiera el habitual cinturón de cordones: es un indumento verdaderamente indicado para este lugar tórrido. También el manto debe ser de lino - teñido de azul -, porque es muy fino y cae liviano sobre el cuerpo, al que arroja mucho menos de lo habitual; cubre los hombros pero deja libres los brazos. No sé cómo lo ha sujetado para hacer que esté así.

Sentado, semiechado más bien, en uno de los montones de pedralla, hay un hombre. Un pobre, un mendigo sin duda. Está vestido - digámoslo así - con una sucia y andrajosa, pequeña túnica que quizás ha sido blanca pero que ahora es de color barro. Calza dos miserables sandalias destaconadas: dos suelas semidesfondadas sujetas con unos cordeles. En las manos, un bastón hecho con una rama de árbol. En la frente una venda sucia; en la pierna izquierda, entre la rodilla y el extremo superior, otro trapajo sucio y ensangrentado. El pobre está demacrado: un montón de huesos; abatido, sucio, hirsuto, despeinado.

Antes de que él invoque a Jesús, Jesús va hacia él. Se acerca al mísero y pregunta:

-¿Quién eres?

-Un pobre que pide pan.

-¿Por este camino?

-Voy a Jericó.

-El camino es largo y la región está despoblada.

-Lo sé, pero es más fácil que me den un pan y una moneda los gentiles que pasan por este camino, que no los judíos. Vengo de estar entre judíos.

-¿Vienes de Judea?

-Sí. De Jerusalén. Pero he tenido que dar una vuelta grande para pasar por donde ciertas personas buenas de los campos, que siempre me ofrecen ayuda. En la ciudad no. No hay piedad.

-Es como has dicho. No hay piedad.

-Tú la tienes. ¿Eres judío?

-No. De Nazaret.

-Hace tiempo tenían mal nombre los nazarenos. Pero ahora hay que decir que son mejores que los de Judá. También en Jerusalén sólo los seguidores de ese Nazareno que llaman Profeta son buenos. ¿Lo conoces?

-¿Y tú lo conoces?

-No. Había ido porque, mira, tengo la pierna muerta y agarrotada, y me muevo con dificultad. No puedo trabajar. Me muero de hambre, y también por los golpes. Tenía esperanza de encontrarlo, porque me dicen que cura a quien toca. Es verdad que no soy del pueblo elegido... pero dicen que es bueno con todos. Me habían dicho que estaba en Jerusalén para la fiesta de las Semanas. Pero yo andaba lento... y me han pegado, y he enfermado por el camino... Cuando llegué a Jerusalén ya se había marchado, porque, me han dicho, los judíos le han tratado mal también a Él.

-¿Y a ti te han maltratado?

-Siempre. Sólo los soldados romanos me dan un pan.

-¿Y qué se dice en Jerusalén, entre el pueblo, de este Nazareno?

-Que es Hijo de Dios, un gran profeta, un santo, un justo.

-¿Y tú qué crees que es?

-Yo soy... soy un idólatra. Pero creo que es el Hijo de Dios.

-¿Cómo puedes creerlo, si ni siquiera lo conoces?

-Conozco sus obras. Sólo un Dios puede ser bueno como Él y decir las palabras que dice Él.

-¿Quién te ha referido esas palabras?

-Otros pobres, enfermos curados, niños que me traen el pan... Los niños son buenos y no saben nada ni de creyentes ni de idólatras.

-¿Pero de dónde eres?

-...

-Dilo. Yo soy como los niños. No tengas miedo. Sólo sé sincero.

-Soy... samaritano. Pero no me pegues...

-No pego a nadie. No desprecio nunca a nadie. Tengo piedad de todos.

-Entonces... ¡Entonces eres el Rabí de Galilea!

El mendigo se postra, se arroja abajo desde su montón de piedras, como un cuerpo muerto, rostro en tierra delante de Jesús.

-Levántate. Soy Yo. No temas. Levántate y mírame.

El mendigo alza el rostro, aunque sigue de rodillas, muy ladeado por su deformidad.

-Dad un pan y de beber a este hombre - ordena Jesús a los discípulos que ya han llegado. Es Juan el que da pan y agua - Ponedlo sentado, que coma tranquilamente. Come, hermano.

El pobre llora. No come. Mira a Jesús con los ojos de un pobre perro vagabundo que por primera vez se ve acariciado y alimentado por una persona compasiva.

-¡Come! - ordena Jesús sonriendo.

El pobrecillo come entre un sollozo y otro, y las lágrimas mojan el pan. Pero en su llanto hay también una sonrisa. Poco a poco se tranquiliza.

-¿Quién te ha hecho esta herida? - pregunta Jesús, tocando con sus dedos la venda sucia de la frente.

-Me atropelló, adrede, con su carro, un fariseo rico... Yo me había puesto en un cruce pidiendo un pan. Dirigió contra mí a los caballos, tan rápido que no pude apartarme. Por eso he estado a punto de morir. Tengo todavía un agujero en la cabeza que mana materia putrefacta.

-¿Y ahí quién te ha golpeado?

-Me había acercado a la casa de un saduceo, donde había un banquete, para pedir las sobras de las mesas, después de que habían elegido los restos mejores para los perros. Me vio y me embrascó los perros. Uno me desgarró el muslo.

-¿Y esta cicatriz grande que te deforma la mano?

-Fue un golpe con un palo que me dio un escriba hace tres años. Me reconoció como samaritano y me golpeó y me rompió los dedos. Por esto no puedo trabajar. Deformada la derecha, muerta una pierna, ¿cómo puedo ganar para vivir?

-¿Pero por qué sales de la Samaria?

-La necesidad es dura, Maestro. Somos muchos los necesitados y no hay pan para todos. Si Tú me ayudaras...

-¿Qué quieres que haga contigo?

-Sanar para trabajar.

-¿Crees que puedo hacerlo?

-Sí, lo creo, porque Tú eres el Hijo de Dios.

-¿Crees tú esto?

-Lo creo.

-¿Tú, samaritano, lo crees? ¿Por qué?

-Por qué, no lo sé. Sé que creo en ti y en quien te ha enviado. Ahora que has venido, ya no hay diferencia de adoración. Basta adorarte a ti para adorar a tu Padre, Señor eterno. Donde Tú estás está el Padre.

-¿Oís, amigos? (Jesús se vuelve a los discípulos). Este hombre habla por el Espíritu que le ilumina la verdad. Y este hombre, en verdad os digo, es superior a los escribas y fariseos, a los saduceos crueles, a todos estos idólatras que mentirosamente se dicen hijos de la Ley. La Ley dice que hay que amar al prójimo, después de a Dios. Y éstos al prójimo que sufre y pide pan le dan palos; contra el prójimo que suplica lanzan caballos y perros; al prójimo que se rebaja, que se coloca más abajo que los perros del rico, le embrascan a los mismos perros para hacerlo todavía más infeliz de lo que ya la enfermedad lo hace. Despreciadores, crueles, hipócritas, *no quieren* que Dios sea conocido ni amado. Si lo quisieran, lo darían a conocer a través de las obras, como éste ha dicho. Son las obras, no las prácticas, las que revelan a Dios vivo en el corazón de los hombres y llevan a los hombres a Dios. ¿No debo, Judas que me echas en cara que soy imprudente, censurarlos? Callar, fingir que los apruebo, sería aprobar su conducta. No. Por la gloria de Dios, no puedo Yo, su Hijo, permitir que la gente humilde, infeliz, buena, crea que apruebo los pecados de éstos. He venido para hacer, de los gentiles, hijos de Dios. ¿Pero cómo puedo hacerlo si ellos ven que los hijos de la Ley - se llaman eso a sí mismos, pero son bastardos - practican un paganismo más culpable que el suyo?, porque estos hebreos han conocido la Ley de Dios y ahora escupen encima de nosotros el vómito de sus pasiones apagadas a la manera de animales inmundos. ¿Debo creer, Judas, que tú eres como ellos? ¿Tú que me censuras por las verdades que digo? ¿O debo pensar que estás preocupado por tu vida? El *que me sigue no debe tener preocupaciones humanas*. Lo he dicho. Estás a tiempo todavía, Judas, de elegir entre mi vida y la de los judíos que apruebas. Pero piensa: la mía va a Dios; la otra, al Enemigo de Dios. Piensa y decide. Pero sé auténtico. Y tú, amigo, levántate y anda. Quitáte esas vendas. Vuelve a tu casa. Estás curado por tu fe.

El mendigo lo mira asombrado. No se atreve a tratar de extender la mano... luego prueba. Está intacta. Vuelve a ser idéntica a la izquierda. Deja el bastón, apoya las manos en el montón de piedras y hace fuerza. Se levanta. Se sujeta de pie. La parálisis que agarrotaba la pierna está curada. Mueve la pierna, la dobla... da un paso, dos, tres. Camina... Mira a Jesús con un grito y un sollozo de alegría. Se quita la venda de la cabeza de un tirón. Se toca hacia el occipital, donde estaba el agujero purulento. Nada. Todo curado. Se quita, también bruscamente, del muslo el andrajo ensangrentado: la piel está intacta.

-¡Maestro! ¡Maestro y Dios mío! - grita alzando los brazos para arrojarlos luego de rodillas a besar los pies de Jesús.

-Ve a casa ahora y cree siempre en el Señor.

-¿Y a dónde debo ir, Maestro y Dios, sino tras ti, que eres santo y bueno? No me rechaces, Maestro...

-Ve a Samaria. Y habla de Jesús de Nazaret. La hora de la Redención está cercana. Sé mi discípulo entre tus hermanos. Ve en paz.

Jesús lo bendice y luego se separan. El curado va raudo hacia el norte. Se vuelve de vez en cuando para mirar otra vez.

Jesús con los apóstoles deja el camino, y se adentran hacia oriente por los campos incultos, para tomar una vereda que corta al camino de primer orden y que no se hace más ancha hasta mucho más adelante. Quizás es el camino de Jericó. No lo sé.

Historia de Zacarías el leproso y conversión de Zaqueo el publicano.

Veo una vasta plaza - parece un mercado - rica en sombra de palmeras y otros árboles más bajos y frondosos. Las palmeras crecen, acá o allá sin orden, y cimbrean el penacho de sus hojas, que crepitan con un viento caliente y alto portador de abundante polvo rojizo como si viniera de un desierto o, por lo menos, de lugares agrestes de tierra rojiza. Los otros árboles forman como una galería a lo largo de los lados de la plaza, una galería de sombra, bajo la cual están refugiados vendedores y compradores, en medio de un jaleo inquieto y vocinglero.

En un ángulo de la plaza, exactamente en donde termina el camino principal, hay una primitiva oficina de recaudación de impuestos donde se ven balanzas y medidas y un banco, tras el cual está sentado un hombre pequeño que vigila, observa y cobra, y con el cual todos hablan como si fuera conocidísimo. Sé que es Zaqueo el recaudador, porque muchos lo llaman, quién para preguntarle sobre las cosas sucedidas en la ciudad - son los forasteros -, quién para depositarle sus impuestos. Muchos se asombran de su preocupación. En efecto, parece distraído y absorto en un pensamiento. Responde con monosílabos y a veces con gestos. Ello asombra a muchos, porque se ve que habitualmente Zaqueo es locuaz. Alguno le pregunta si se siente mal, o si tiene parientes enfermos. Pero él lo niega.

Sólo dos veces se interesa vivamente. La primera, cuando pregunta a dos que vienen de Jerusalén y que hablan del Nazareno, contando milagros y predicación. Entonces Zaqueo hace muchas preguntas:

-¿Es verdaderamente bueno como dicen que es? ¿Sus palabras corresponden a los hechos? ¿La misericordia que predica la usa realmente? ¿Para todos? ¿Incluso para los publicanos? ¿Es verdad que no rechaza a nadie?

Y escucha y piensa y suspira. Otra vez es cuando uno le señala a un hombre de poblada barba, que pasa con su jumento cargado de enseres.

-¿Ves, Zaqueo? Aquél es Zacarías el leproso. Hacía diez años que vivía en un sepulcro. Ahora que está curado compra de nuevo los enseres para su casa, vaciada por la Ley cuando él y los suyos fueron declarados leprosos.

-Llamadlo.

Zacarías viene.

-¿Tú eras leproso?

-Lo era, y conmigo mi mujer y mis dos hijos. La enfermedad se apoderó primero de ella y no nos dimos cuenta inmediatamente. Los niños se contagiaron durmiendo en brazos de su madre y yo acercándome a mi mujer. ¡Todos estábamos leprosos! Cuando se dieron cuenta, nos echaron del pueblo... Habrían podido dejarnos en nuestra casa. Era la última... al final de la calle. No habríamos creado dificultades... Ya había dejado crecer mucho el seto, para que ni siquiera fuéramos vistos. Era ya un sepulcro... pero era nuestra casa... Nos echaron. Nos echaban. Ningún pueblo nos aceptaba. ¡Es justo! ¡Ni siquiera el nuestro nos había aceptado! Nos instalamos cerca de Jerusalén, en un sepulcro vacío. Allí hay muchos desdichados. Pero los niños, con el frío de la caverna, murieron. Enfermedad, frío y hambre los mataron pronto... Eran dos varones... guapos antes de la enfermedad. Fuertes y guapos. Brunos como dos moras de agosto, de cabellos rizados, despabilados... Se habían convertido en dos esqueletos cubiertos de llagas... Sin pelo, cerrados los ojos por las costras, cayéndose en escamas blancas los piecitos y las manos. ¡Se fueron deshaciendo ante mis ojos mis niños!... No tenían ya figura humana aquella mañana en que murieron, a pocas horas de distancia... Los sepulté como a despojos de animales, debajo de poca tierra y muchas piedras, mientras la madre gritaba... Unos meses después murió la madre... y me quedé solo... Estaba esperando la muerte, y no habría tenido ni siquiera una fosa excavada con las manos de los demás...

Estaba casi ciego ya, cuando un día pasó el Nazareno. Desde mi sepulcro grité: "¡Jesús! ¡Hijo de David, ten piedad de mí!". Me había referido un mendigo, que no había tenido miedo de llevarme su pan, que él había sido curado de su ceguera invocando al Nazareno con aquel grito. Y decía: "No me ha dado sólo la vista de los ojos, sino también la del alma. He visto que es el Hijo de Dios y veo a todos a través de Él. Por este motivo no huyo de ti, hermano, sino que te traigo pan y fe. Ve donde el Cristo. Que haya uno más que lo bendiga". Ir no podía. Los pies, llagados hasta el hueso, no me permitían caminar... y además... me habrían apedreado, si me hubieran visto. Estuve atento a cuando pasase (lo hacía frecuentemente para ir a Jerusalén). Un día vi - lo que podía ver - una polvareda en el camino, y muchedumbre de gente, y oí voces. Me arrastré hasta el borde de la colina donde estaban las grutas sepulcrales, y cuando me pareció ver una cabeza rubia descubierta que resplandecía entre las otras cabezas cubiertas, grité. Fuerte. Con toda la voz que tenía: Tres veces grité. Hasta que le llegó mi grito.

Se volvió. Se detuvo. Vino hacia mí. Solo. Llegó justo debajo del lugar donde yo estaba y me miró. ¡Hermoso, bueno, con dos ojos, una voz, una sonrisa...! Dijo: "¿Qué quieres que te haga?".

"Quiero quedar limpio".

"¿Crees que puedo hacerlo? ¿Por qué?" me preguntó.

"Porque eres el Hijo de Dios."

"¿Lo crees?"

"Lo creo" respondí. "Veo el resplandor de la gloria del Altísimo sobre tu cabeza. ¡Hijo de Dios, piedad de mí!".

Él entonces extendió la mano con un rostro que era todo fuego. Los ojos parecían dos soles azules. Dijo: "Lo quiero. Queda limpio" ¡Y me bendijo con una sonrisa!... ¡Qué sonrisa! Sentí que una fuerza entraba en mí. Como una espada de fuego que corría buscándome el corazón, que corría por las venas. El corazón, que estaba muy enfermo, volvió a como cuando tenía veinte años; la sangre helada de mis venas se volvió de nuevo caliente y rápida. Cesaron el dolor y la debilidad, y... ¡una alegría...

una alegría...! Él me miraba, con esa sonrisa suya que me hacía feliz. Luego dijo: "Ve, preséntate a los sacerdotes. Tu fe te ha salvado".

Entonces comprendí que estaba curado. Miré mis manos y mis piernas. Ya no estaban las llagas. Donde antes estaba descubierto el hueso, había entonces carne rosada y fresca. Corrí a un regato y me miré. La cara también estaba limpia. ¡Estaba limpio! ¡Estaba limpio después de diez años de asquerosidad!... ¡Ah! ¿Por qué no había pasado antes, en los años en que estaba viva mi mujer y mis niños? Nos habría curado. Ahora, ¿ves? Compró para mi casa... ¡Pero estoy solo!...

-¿No lo has vuelto a ver?

-No. Pero sé que está por esta zona y he venido a propósito. Quisiera bendecirlo una vez más y ser bendecido para tener fuerza en mi soledad.

Zaqueo baja la cabeza y calla. El grupo se disuelve.

Pasa un tiempo. La hora se hace calurosa. La gente desaloja el mercado. El recaudador, con la cabeza apoyada en la mano piensa, sentado tras su banco.

-¡Ahí está! ¡Ahí está el Nazareno! - gritan unos niños, señalando al camino principal.

Mujeres, hombres, enfermos, mendigos se apresuran a correr a su encuentro. La plaza se queda vacía. Sólo los asnos, los camellos, atados a las palmeras, permanecen en su sitio; y Zaqueo en su banco.

Pero luego se pone en pie. Se sube encima de su banco. Todavía no ve nada, porque muchos han arrancado ramajes y los ondean como por júbilo y Jesús está inclinado hacia algunos enfermos. Entonces Zaqueo se quita el vestido, de forma que se queda sólo con la túnica corta, y trepa a uno de los árboles. Sube con dificultad, contra el tronco grueso y liso que mal aferran sus cortas piernas y sus cortos brazos. Pero lo consigue, y se pone entre dos ramas, como en una terraza: las piernas penden por delante de este barandal; y de la cintura para arriba se asoma, como uno a una ventana, y mira.

La muchedumbre llega a la plaza. Jesús alza los ojos y sonríe al solitario espectador acomodado entre las ramas.

-Zaqueo, baja enseguida. Hoy me alojo en tu casa - ordena.

Y Zaqueo, tras un momento de estupor, con la cara lívida por la emoción, se desliza hacia abajo como un saco. Está nervioso y, patosamente, se pone de nuevo su vestido. Cierra sus registros y su caja con movimientos que, queriendo ser demasiado rápidos, son más lentos. Pero Jesús es paciente. Acaricia a unos niños mientras espera.

Por fin Zaqueo está preparado. Se acerca al Maestro y lo guía hasta una bonita casa, con un amplio jardín alrededor, que está en el centro de la ciudad (una ciudad bonita; es más, una ciudad inferior en poco a Jerusalén, si no en cuanto a las dimensiones, sí en cuanto a las construcciones).

Jesús entra. Mientras espera a que la comida esté preparada, se ocupa de enfermos y sanos. Con una paciencia... que sólo puede ser suya.

Zaqueo va y viene muy activamente. No cabe dentro de sí mismo de la alegría. Quisiera hablar con Jesús, pero Jesús está rodeado siempre de una muchedumbre.

A1 fin, Jesús se despide de todos, diciendo:

-Volved a la puesta del sol. Ahora id a vuestras casas. La paz a vosotros.

El jardín se desaloja. Se sirve la comida en una bonita y fresca sala que da al jardín. Zaqueo ha hecho las cosas con riqueza. No veo a otros familiares, por lo cual pienso que Zaqueo era célibe y vivía solo con muchos criados.

Acabada la comida, cuando los discípulos se diseminan a la sombra de las matas para descansar, Zaqueo se queda con Jesús en la fresca sala. Es más, durante un poco se queda solo Jesús, porque Zaqueo se retira como para dejarlo descansar. Pero luego vuelve y mira por una rendija de una cortina. Ve que Jesús no está durmiendo, sino que piensa. Entonces se acerca. Trae en sus brazos una pesada arca. La pone en la mesa al lado de Jesús y dice:

-Maestro... hace tiempo me hablaste de ti. Un día dijiste en un monte muchas verdades que nuestros doctores ya no saben decir. Se me quedaron en el corazón... y desde entonces pienso en ti... Me ha sido referido después que eres bueno y no rechazas a los pecadores. Yo soy pecador. Maestro. Me han dicho que curas a los enfermos. Yo tengo enfermo el corazón porque he cometido hurto, porque he cometido usura, porque he sido vicioso, ladrón, duro con los pobres. Pero ahora, ahora estoy curado porque me has hablado. Te has acercado a mí y el demonio de la sensualidad y de la riqueza ha huido. Y desde hoy soy tuyo, si no me rechazas, y para mostrarte que nazco de nuevo en ti, mira, me despojo de las riquezas mal adquiridas y te doy la mitad de mis bienes para los pobres; la otra mitad la usaré para restituir, cuadruplicado, cuanto he tomado con fraude. Sé a quién he robado. Luego, después de haber devuelto a cada uno lo suyo, te seguiré, Maestro, si lo permites...

-Lo quiero. Ven. He venido para salvar y llamar a la Luz. Hoy Luz y Salvación han venido a la casa de tu corazón. Los que allí, al otro lado de la cancilla, murmuran porque te he redimido sentándome a tu banquete, olvidan que eres hijo de Abraham como ellos y que he venido para salvar a quien estaba perdido y a dar Vida a los muertos del espíritu. Ven, Zaqueo. Has comprendido mi palabra mejor que muchos que me siguen sólo para poder acusarme. Por eso de ahora en adelante estarás conmigo.

La visión cesa aquí.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Hay levadura y levadura. Está la levadura del Bien y está la del Mal. La levadura del Mal, veneno satánico, fermenta con mayor facilidad que la del Bien, porque encuentra la materia más adecuada para su fermentación en el corazón del hombre, en el pensamiento del hombre, en la carne del hombre, seducidos los tres por una voluntad egoísta, contraria, por tanto, a la Voluntad universal que es la de Dios.

La voluntad de Dios es universal porque no se limita nunca a un pensamiento personal, sino que tiene presente el bien de todo el Universo. A Dios nada puede aumentarle ninguna perfección, habiendo poseído siempre todo de forma perfecta. Por tanto, no puede haber en Él un pensamiento de propia ganancia en la base de ninguna acción suya.

Cuando se dice: "Se hace esto para mayor gloria de Dios, en el interés de Dios", no es porque la gloria divina sea susceptible en sí misma de aumento, sino porque toda cosa que en la creación lleve una impronta de bien y toda persona que haga el bien -, y por tanto merezca poseerlo -, se adorna con el signo de la Gloria divina y da así gloria a la Gloria misma, que ha creado gloriosamente todas las cosas. Es un testimonio, en definitiva, dado a Dios por las personas y las cosas: testificando con hechos acerca del Origen perfecto del que proceden.

Por eso Dios, cuando os manda, os aconseja u os inspira una acción, no lo hace por interés egoísta, sino por un pensamiento altruista, caritativo, de bienestar vuestro. Por eso la voluntad de Dios no es nunca egoísta; antes bien, es una voluntad enteramente abierta al altruismo, a la universalidad; la única y verdadera fuerza en el mundo universo que tenga pensamiento de bien universal.

Pero la levadura del Bien, germen espiritual que viene de Dios, crece con mucha adversidad y esfuerzo, con mucha dificultad, teniendo como tiene, en contra, los estímulos propicios para la otra levadura: la carne, el corazón y el pensamiento del hombre, impregnados de un egoísmo que es la antítesis del Bien, que por su origen no puede ser sino Amor. Falta en la mayoría de los hombres la voluntad de bien, y por tanto el Bien pierde la fecundidad y muere, o vive tan precariamente, que no fermenta: se queda ahí. No hay culpa grave, pero tampoco hay un esfuerzo para hacer el máximo bien. Por eso el espíritu yace inerte; no muerto, pero sí infructífero.

Considerad que *no hacer el mal sirve solamente para evitar el Infierno*. Para gozar enseguida del hermoso Paraíso es absolutamente necesario hacer el bien. En la medida en que se logre hacer. Luchando contra uno mismo y contra los demás. Porque Yo he dicho que había venido a traer guerra y no paz entre padre e hijos, entre hermanos y hermanas, cuando esta guerra viniera del hecho de defender la Voluntad de Dios y su Ley contra las supercherías de las voluntades humanas, orientadas en direcciones contrarias a lo que Dios quiere. En Zaqueo, el pequeño puñado de levadura de bien había fermentado para masa grande. En su corazón había caído sólo una partícula originaria: le habían referido mi discurso de la Montaña. Incluso deficientemente, sin duda amputado en muchas de sus partes, como sucede con los discursos referidos.

Publicano y pecador, Zaqueo. Pero no por mala voluntad. Era como uno que con un velo de catarata en las pupilas viera mal las cosas. Pero sabe que la vista, liberada de ese velo, vuelve a tener la capacidad de ver bien. Y ese enfermo desea que le quiten ese velo. Lo mismo Zaqueo. Ni estaba convencido ni era feliz: no estaba convencido de las prácticas farisaicas, que habían llegado a sustituir a la verdadera Ley; no se sentía feliz de su manera de vivir.

Buscaba instintivamente la luz, la verdadera Luz. Vio un resplandor de Luz en ese fragmento de discurso y lo guardó en su corazón como un tesoro. Y, puesto que lo amaba - date cuenta, María, de esto -, dado que lo amaba, el resplandor se fue haciendo cada vez más vivo, amplio e impetuoso, y lo llevó a ver nítidamente el Bien y el Mal y a elegir rectamente, cortando con generosidad todos los tentáculos que antes, de las cosas al corazón y del corazón a las cosas, lo habían envuelto en una red de esclavitud maligna.

"Puesto que lo amaba". Éste es el secreto del éxito o del no éxito. Se tiene éxito cuando se ama. Se tiene poco éxito cuando se ama raquíticamente. No se tiene ningún éxito cuando no se ama. En cualquier cosa. Con mayor razón en las cosas de Dios, donde, por ser Dios invisible para los sentidos corporales, hace falta tener un amor que me atrevería a llamarlo perfecto, respecto a la perfección que puede tocar la criatura, para tener éxito en una empresa, en la santidad en este caso.

Zaqueo - sintiendo aversión del mundo y de la carne, asqueado también por las mezquindades de las prácticas farisaicas, tan capciosas, intransigentes para los demás y demasiado condescendientes para ellos - amó ese pequeño tesoro de mi palabra, llegado a él por puro azar, humanamente hablando; lo amó como a la cosa más hermosa que su vida de cuarenta años hubiera poseído. Y desde ese momento polarizó su corazón y su pensamiento hacia este punto.

Donde está el tesoro está el corazón del hombre. No sólo en el mal. También en el bien. ¿Los santos no han tenido, acaso, en la vida su corazón en donde estaba su tesoro: Dios? Sí. Y, por este motivo, mirando sólo a Dios, supieron pasar por la Tierra sin corromper su alma con el fango de la Tierra.

Aquella mañana, aunque no hubiera hecho acto de presencia, habría conseguido igualmente un prosélito. Porque la narración del leproso había acabado la metamorfosis de Zaqueo. Tras el banco de la recaudación ya no estaba el publicano ladrón y vicioso, sino el hombre arrepentido de su pasado y decidido a cambiar de vida. Si no hubiera hecho acto de presencia en Jericó, él habría cerrado su banco, habría cogido su dinero y habría venido en busca de mí, porque no podía ya estar sin el agua de la Verdad, sin el pan del Amor, sin el beso del Perdón.

Esto no lo veían, y mucho menos lo entendían, los censores de siempre, que siempre me observaban para criticarme. Por eso se asombraban de que comiera con un pecador. ¡Ah, si no juzgarais nunca, y dejarais a Dios esta tarea, pobres ciegos incapaces incluso de juzgaros a vosotros mismos! Nunca fui con los pecadores para aprobar su pecado. Iba para sacarlos del pecado, a menudo porque ellos ya sólo tenían lo externo del pecado: el alma contrita estaba ya transformada en una nueva alma viva para expiar. ¿Entonces, estaba Yo con un pecador? No. Con un redimido que necesitaba sólo un guía para sujetarse en medio de su debilidad de resucitado de la muerte.

"¡Cuánto os puede enseñar el episodio de Zaqueo! El poder de la recta intención que suscita el deseo. El deseo recto que impulsa a buscar una cognición cada vez mayor del bien y a buscar a Dios continuamente hasta alcanzarlo. Un recto arrepentimiento que da el coraje de la renuncia. Zaqueo tenía la recta intención de oír palabras de *verdadera* Doctrina. Habiendo oído alguna, su recto deseo le impulsa a mayor deseo y, por tanto, a una continua búsqueda de esta Doctrina. La búsqueda de Dios, oculto en la verdadera Doctrina, lo separa de los mezquinos dioses del dinero y la sensualidad y lo hace héroe de renuncia.

"Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y ven detrás de mí" dije al joven rico, que no lo supo hacer. Pero Zaqueo, a pesar de estar más endurecido en la avaricia y en la sensualidad, sabe hacerlo. Porque, a través de la escasa Palabra que le había sido transmitida, había visto a Dios, como el mendigo ciego y leproso que curé. ¿Podrá, acaso, un espíritu que ha visto a Dios encontrar ya atracción alguna en las pequeñas cosas de la Tierra? ¿Lo puede, acaso, mi pequeña esposa?

Curación del discípulo José, herido en la cabeza y recogido en la casita de Salomón.

Jesús llega al pueblo de Salomón ya muy de noche. La Luna, por la posición en que se encuentra, hace pensar que son más o menos las dos antemeridianas. Una bonita Luna, apenas un poco menguada, que desde el medio del cielo sereno resplandece expandiendo paz sobre la tierra. Paz y abundante rocío, los fuertes rocíos de los países calientes, benéficos para las plantas después de la quemazón diurna del sol.

Los peregrinos deben haber seguido el guijaral del río, que hacia las orillas está seco, porque el caudal es más restringido por el estiaje. Y suben de los cañizares al bosque que limita las márgenes, y las sostiene con la red de las raíces hundidas en la tierra cercana al agua.

-Vamos a detenernos aquí, en espera de que llegue el día – dice Jesús.

-Maestro... yo soy todo un dolor... - dice Mateo.

-Y yo temo que me haya venido la fiebre. No es sano este río en verano... Ya lo sabes - añade Felipe.

-De todas formas, hubiera sido peor si del río hubiéramos subido a los montes judíos. También se sabe esto - dice el Zelote, que siente piedad de Jesús, al cual todos manifiestan sus pequeños miedos y quejas y del cual ninguno comprende el estado de ánimo.

-Deja, deja, Simón. Tienen razón. Pero dentro de poco descansaremos... Os ruego un poco de camino todavía... Y un poco de espera aquí. Ya veis cómo la Luna cambia su curso hacia occidente. ¿Por que despertar a ese anciano y a José, que quizás está enfermo todavía cuando dentro de poco será de día?...

-Es que aquí está todo empapado de aguazo. No se sabe dónde estar... - refunfuña Judas Iscariote.

-¿Tienes miedo de estropearte la túnica? ¡Venga, hombre, que después de estas marchas de penados entre polvo y rocío, huelga ya presumir de túnica! Y además... así le gustaría más al afable Elquías. Tus grecas... ¡Ja! ¡Ja!, las de los bajos y de las mangas se han quedado, a jirones, en los arbustos espinosos del desierto de Judá, y el sudor te ha destruido la del cuello... Ahora eres un perfecto judío... - dice, siempre alegre, Tomás.

-Un perfecto sucio, y me da asco - replica airado Judas.

-Te sea suficiente tener el corazón limpio, Judas - dice serenamente Jesús - Es lo que tiene valor...

-¡Valor! ¡Valor! Estamos extenuados de cansancio, de hambre... Perdemos la salud, que es lo único que tiene valor - dice con malos modales Judas.

-No te retengo a la fuerza... Tú eres el que quiere estar.

-¿A estas alturas?... Me conviene hacerlo. Estoy...

-¡Di la palabra que te quema, hombre!: "Estás comprometido ante los ojos del Sanedrín". Pero siempre puedes remediar... y volver a conseguir su confianza...

-No quiero remediar... porque te amo y quiero estar contigo.

-Verdaderamente lo dices de una forma que más que amor parece odio... - masculla entre dientes Judas de Alfeo.

-Bien, pues... cada uno tiene su manera de expresar el amor.

-Sí, claro. También hay quien ama a su mujer pero la mata a palos... No me gustaría este tipo de amor - dice Santiago de Zebedeo, tratando de cortar el incidente con una broma.

Pero ninguno se ríe. De todas formas, gracias a Dios, ninguno replica.

Jesús aconseja:

-Vamos a sentarnos a la puerta de la casa. El alero es ancho y protege del aguazo, y está ese resalto que hace de base a la casa...

Obedecen sin decir nada. Llegados a la casa, se sientan en fila en su base.

Pero la simple observación de Tomás:

-Tengo hambre. Estas caminatas nocturnas dan hambre - enciende de nuevo la cuestión.

-¡Caminatas! ¡Lo que pasa es que desde hace días se vive con nada! - sigue siendo Judas Iscariote el que responde.

-La verdad es que en casa de Nique y de Zaqueo hemos comido, y bien; y Nique nos dio tanto, que hemos tenido que dar a los pobres, porque se habría estropeado. El pan no nos ha faltado nunca. Nos dio también pan y compango aquel caravanero... - observa Andrés. Judas, que no puede negarlo, calla.

Un gallo lejano saluda el primer indicio de albor.

-¡Oh! ¡Bien! ¡Dentro de poco el alba! - dice Pedro desperezándose, porque se había dormido casi.

Esperan en silencio a que se aproxime el día.

Un balido en un aprisco... Luego un cascabillo lejano que viene del camino principal, a las espaldas de ellos... Un cercano cru-cru de las palomas de Ananías. Una ronca voz de hombre entre los cañizares... Es un pescador que vuelve con la pesca nocturna y que profiere imprecaciones porque es poca. Ve a Jesús y se para. Vacila. Dice:

-¡Si te doy la pesca, me prometes abundancia en el futuro?

-¿Por ganancia o por necesidad?

-Por necesidad. Tengo siete hijos, mi mujer y la madre de mi mujer.

-Tienes razón. Sé una persona benéfica y te prometo que no te faltará lo necesario.

-Ten, entonces. Está también allá dentro ese herido que no se recupera a pesar de los cuidados...

-Que Dios te remunere y te dé paz - dice Jesús.

El hombre saluda y se marcha, dejando sus peces ensartados por la boca en una ramita de sauce.

Se abate de nuevo el silencio, quebrado apenas por el frufrú de las cañas, por algún silbo de pájaro... Luego un chirrido cercano... La rústica verja que Ananías ha construido gira chirriando, y el anciano se asoma al camino escrutando el cielo. Le sigue la oveja balando...

-¡La paz a ti, Ananías!

-¡Maestro! Pero... ¿desde cuándo estás ahí? ¿Por qué no has llamado para que se te abriera?

-Desde hace poco. No quería molestar a nadie... ¿Cómo está José?

-¿Lo sabes?... Está mal. Le sale materia de una oreja y sufre mucho de la cabeza. Creo que morirá. Quiero decir que creía. Ahora estás Tú y creo que se curará. Salía para buscar hierbas para unas cataplasmas...

-¿Están aquí los compañeros de José?

-Dos. Los otros se han adelantado ya. Aquí están Salomón y Elías.

-¿Os han molestado los fariseos?

-Poco después de tu partida. Luego ya no. Querían saber a dónde habías ido. Dije: "A casa de mi nuera, a Masada".

¿Hice mal?

-Hiciste bien.

-¿Y... has estado? - el anciano está ansioso y expectante.

-Sí. Está bien.

-Pero... ¿No te escuchó?

-No. Hace falta orar mucho por ella.

-Y por sus hijos pequeños... Que los eduque para el Señor... - dice el anciano, y dos lagrimones caen para decir lo que él calla.

-Termina:

-¿Los viste?

-A uno puedo decir que lo vi... A los otros sólo de refilón. Están todos bien.

-Ofrezco a Dios renuncia y perdón... De todas formas... es muy amargo decir: "No volveré a verlos"...

-Pronto verás a tu hijo, y con él estarás en el Cielo en paz.

-Gracias, Señor. Entra...

-Sí. Vamos enseguida donde el herido. ¿Dónde está?

-En la mejor cama.

Entran en el huerto, que está bien ordenado, y del huerto a la cocina y de la cocina a la pequeña habitación. Jesús se agacha hacia el enfermo, que duerme gimiendo. Se agacha, se agacha... y espira hacia la oreja, envuelta en hilas ya llenas de pus. Se endereza de nuevo. Retrocede sin hacer ruido.

-¿No lo despiertas? - pregunta el anciano en voz baja.

-No. Déjalo dormir. Ya no tiene dolor. Se repondrá. Vamos donde los demás.

Jesús entorna la puerta sin hacer ruido y pasa a la habitación grande, donde están los lechos comprados la otra vez. Los dos discípulos, cansados, duermen todavía.

-Velan hasta el alba. Yo del alba hasta la caída de la tarde. Así que están cansados. Son muy buenos.

Los dos deben dormir con los oídos abiertos, porque se despiertan inmediatamente:

-¡Maestro! ¡Nuestro Maestro! ¡A tiempo has llegado! José está...

-Curado. Ya lo he hecho. Duerme sin saberlo. Pero ya no tiene nada. Sólo tendrá que limpiarse la podredumbre y estará sano como antes.

-¡Oh! Entonces límpianos también a nosotros, porque hemos pecado.

-¿En qué?

-Por asistir a José no hemos estado en el Templo...

-La caridad hace un templo en todo lugar. Y en el Templo de la caridad está Dios. Si todos nos amáramos, la Tierra sería toda un Templo. Estad en paz. Día llegará en que Pentecostés quiera decir "Amor". Manifestación del amor. Vosotros habéis celebrado, precediendo a los meses, el Pentecostés futuro, porque habéis amado a vuestro hermano.

Desde la otra habitación, la voz de José llama:

-¡Ananías! ¡Elías! ¡Salomón! ¡Que estoy curado! - y el hombre aparece, vestido sólo con la túnica corta, enflaquecido, todavía pálido, pero sin sufrimiento. Ve a Jesús y dice:

-¡Ah! ¡Has sido Tú, Maestro mío! - y corre a besarle los pies.

-Que Dios te dé paz, José; y perdóname si has sufrido por mí.

-Me glorío de haber derramado sangre por ti, como la derramó mi padre. Te bendigo por haberme hecho digno de esto.

El rostro rústico de José resplandece con la alegría de estas palabras y adquiere nobleza, una belleza que viene de una luz interior.

Jesús le hace una caricia y dice a Salomón:

-Tu casa sirve para hacer mucho bien.

-¡Porque es tuya, ahora! Antes servía sólo para el sueño pesado del barquero. Pero me alegro de que te haya servido y haya servido a este justo. Ahora tendremos algunos días buenos aquí contigo.

-No, amigo. Vosotros partiréis enseguida. Ya no se nos concede descanso. Este tiempo será verdaderamente de prueba, y sólo las voluntades fuertes permanecerán fieles. Ahora vamos a compartir el pan, luego partiréis, enseguida, siguiendo el curso del río, precediéndome en media jornada.

-Sí, Maestro. ¿También José?

-También. A menos que tema una nueva herida...

-¡Maestro! ¡Quisiera Dios que te precediera en la muerte dando mi sangre por ti!

Salen al huerto rociado, brillante bajo el sol primero. Y Ananías hace los honores recogiendo los higos tempranos de las ramas más propicias para la maduración, y pide disculpas por no poder ofrecer un pichoncito, debido a que las dos nidadas han sido usadas para el enfermo. Pero están los peces; y, con gran rapidez, se ponen a preparar la comida.

Jesús pasea entre Elías y José, los cuales cuentan la aventura pasada y la fuerza de Salomón, que llevó a hombros al herido durante kilómetros y kilómetros, recorridos de noche en pequeñas etapas...

-Pero tú, José, perdonas, ¿no? A quien te hirió.

-Nunca he sentido rencor hacia esos desdichados. He ofrecido el perdón y el sufrimiento por su redención.

-¡Es como hay que hacer, discípulo bueno! ¿Y Oglá?

-Oglá fue con Timoneo. No sé si continuará siguiéndolo o si se detendrá en el Hermón. Hablaba siempre de que quería ir al Líbano.

-Ya. Que Dios lo guíe para lo mejor.

Ahora un intenso trinar de pájaros hace coro en las frondas; y balidos, voces de niños, de mujeres, rebuznos, garruchas chirriantes en los pozos denotan que el pueblo está despierto.

En el mismo huerto se parten los panes y se distribuyen los peces. Se consume la comida y, sin dilación, los tres discípulos, bendecidos por Jesús, dejan la casa. Recorren raudos el camino que va hasta el río y se introducen en los cañaverales frescos y umbrosos... Ya no se los ve...

-Ahora vamos a descansar hasta la caída de la tarde. Luego los seguiremos - ordena Jesús.

Y, quién en las yacijas, quién encima de un montón de redes, trenzadas por Ananías - el cual explica que así no está ocioso y gana su pan de cada día -, se echan, buscando un buen sueño reparador.

Ananías, entretanto, recoge las túnicas sudadas, sale sin hacer ruido, cierra la puerta y la verja y baja al río a lavar aquéllas, para que estén frescas y secas para el atardecer...

419

Curaciones en un pueblecito de la Decápolis. Parábola del escultor y de las estatuas.

Veo cuanto sigue. Un pueblecito fluvial de pocas casas muy modestas. Debe ser aquel del que salió Jesús cuando atravesó en barca el Jordán cuando la avenida, porque veo que hacia Jesús - que había mandado delante a Judas Iscariote y a Tomás para prepararle la vía - se dirige el barquero con sus parientes.

El barquero, cuando lo ve venir de lejos, acelera el paso. Llegado a la presencia de Jesús, se inclina con suma reverencia y dice:

-Bien vienes, Maestro, a nuestros enfermos. Te esperan. He hablado mucho de ti. Todo el pueblo te saluda por mi boca diciendo: "¡Bendito el Mesías del Dios Altísimo!"

-La paz a ti y a este pueblo. Estoy aquí por vosotros. No quedarán defraudadas vuestras esperanzas. El que cree hallará compasivo el Cielo. Vamos.

Y Jesús se pone al lado del barquero, y sigue caminando hacia el centro del pueblecillo.

Mujeres, niños, hombres, salen a las puertas para seguir luego al pequeño cortejo, a medida que éste va avanzando. A cada metro que pasa, la gente va creciendo, porque incesantemente se une más gente a la que ya había. Unos saludan, otros bendicen, otros invocan.

-¡Maestro! - grita una madre - ¡Mi hijo está enfermo! ¡Ven, bendito!

Y Jesús cambia de dirección, hacia una casa pobre; pone una mano en el hombro de la madre envuelta en lágrimas y pregunta

-¿Dónde está tu hijo?

-Aquí, Maestro. Ven.

Entran la madre, Jesús, el barquero, Pedro, Juan, el Tadeo y algunas personas del lugar. Los demás se arremolinan delante de la puerta y miran alargando los cuellos para ver.

En un rincón de la pobre y oscura cocina, hay una pobre yacija junto al hogar encendido. Y, encima, un cadaverito de niño de unos siete años. Digo un cadaverito por lo consumido, amarillento e inmóvil que está. El único movimiento es el jadeo estertoroso del pequeño pecho, enfermo - diría - de tuberculosis.

-Mira, Maestro. He gastado todos mis recursos para salvarlo, al menos, a él. Ya no tengo marido. Los otros dos hijos se me murieron a la misma edad de éste. Lo he llevado hasta Cesárea Marítima para que lo viera un médico romano. Pero lo único que ha sabido decirme ha sido: "Resígnate. Lo corroe la caries". Mira...

Y la madre descubre a la pobre criaturita echando hacia atrás las cobijas. En donde no hay vendas, se ven huesecitos que sobresalen bajo una piel reseca y amarillenta. Pero poca parte del cuerpo está descubierta. La otra parte está bajo vendas y pañales, que, cuando los quita la madre, muestran los típicos agujeros exudativos de las caries óseas. Un espectáculo lastimoso.

E1 enfermito está tan decaído, que no hace ningún gesto. Da la impresión de que no se tratara siquiera de él. Abre levemente los ojos hundidos y alelados, echa una mirada indiferente - diría: molesta - a la gente. Luego los vuelve a cerrar.

Jesús lo acaricia. Pone su larga mano encima de la cabecita relajada y el niño abre de nuevo los ojos; ahora mira con más interés a ese hombre desconocido, que con tanto amor lo toca y con tanta piedad le sonrío.

-¿Quieres curarte?

Jesús habla quedo, agachándose hacia la carita macilenta. Antes ha tapado el cuerpecito, diciendo a la madre, que quería poner otros lienzos:

-No hace falta, mujer. Déjalo así.

El enfermito asiente sin hablar.

-¿Para qué?

-Por mi mamá - dice la labilísima vocecita. La madre llora más fuerte.

-¿Vas a ser siempre bueno si te curas? ¿Un buen hijo? ¿Bueno en el pueblo? ¿Un buen fiel?

Hace las preguntas bien separadas, para darle tiempo al pequeñuelo de responder a cada una.

-¿Vas a recordar lo que ahora prometes? ¿Siempre?

Los leves, y no obstante tan profundos de deseo, síes, caen uno tras otro como suspiros de alma.

-Dame una mano, pequeño.

El enfermito quiere dar la sana, la izquierda. Pero Jesús dice:

-Dame la otra. No te voy a hacer daño.

-Señor - dice la madre - es toda una llaga. Deja que la vende. Por ti...

-No importa, mujer. Sólo me repugnan las impurezas de los corazones. Dame la mano y di conmigo: "Quiero ser siempre bueno como hijo, como hombre y como creyente del Dios verdadero".

El niño repite forzando la vocecita. ¡Oh, está toda su alma en esa voz, y la esperanza... y ciertamente también la de su madre!

Un silencio solemne se ha hecho en la habitación y en la calle. Jesús, que sujeta con la izquierda la derecha del enfermo, levanta su mano derecha - su gesto de cuando anuncia una verdad o de cuando impone su voluntad a las enfermedades y a los elementos - y, erguido, solemne, con potente voz, dice:

-Y Yo quiero que quedes curado. Levántate, niño, y alaba al Señor - y le suelta la manita, que ahora está completamente sana, delgada, pero sin la más mínima excoiación, y dice a la madre: «Destapa a tu criatura».

La mujer, que tiene la cara de quien está entre una sentencia de muerte y una de gracia, retira titubeante las cobijas... y grita y se echa encima del cuerpecito, delgadísimo pero sano, lo besa, lo abraza... está fuera de sí de la alegría. Tanto que no ve que Jesús se separa del lecho y se encamina hacia la puerta.

Pero el enfermito lo ve y dice:

-¡Bendíceme, Señor, y deja que yo te bendiga! ¿Mamá, no das las gracias?

-¡Oh! ¡Perdón!...

La mujer, con el niño entre sus brazos, se arroja a los pies de Jesús.

-Comprendo, mujer. Ve en paz y sé feliz. Adiós, niño. Sé bueno. Adiós a todos.

Y sale.

Numerosas mujeres aúpan a sus hijos para que la bendición de Jesús los preserve del mal en el futuro. Algunos niños se introducen entre los grandes en busca de caricias. Y Jesús bendice, acaricia, escucha, y se detiene a curar a tres enfermos de los ojos y a uno que tiembla muchísimo, como por el baile de San Vito. Ahora está en el centro del pueblo.

-Hay aquí un pariente mío que es sordo y mudo de nacimiento. Tiene inteligencia despierta, pero no puede hacer nada. Cúralo, Jesús - dice el barquero.

-Llévame donde él.

Entran en un huertecito en cuyo fondo hay un joven de unos treinta años que está sacando agua de un pozo y echándola en las verduras. Siendo sordo y estando vuelto de espaldas, no se percata de cuanto sucede, de modo que continúa inmutable su ocupación, a pesar de que los gritos de la gente sean tan fuertes que las palomas de los tejados se espanten.

El barquero se llega a él. Lo toma de un brazo y lo lleva a Jesús. Jesús se pone enfrente del desdichado; muy cerca, rayanos los dos cuerpos, de forma que con su lengua toca la lengua del mudo, que tiene la boca abierta. Y con los dos medios en los oídos del sordomudo ora un instante, levantados los ojos hacia el cielo. Luego dice: « ¡Abríos!», y quita las manos y se separa.

-¿Quién eres, que me destraba la palabra y el oído? - grita el curado.

Jesús hace un gesto y trata de proseguir para salir por detrás de la casa. Pero tanto el curado como el barquero lo detienen, uno diciendo: «Es Jesús de Nazaret, el Mesías» y el otro exclamando: « ¡Quédate, que yo te adore!».

-Adora al Dios Altísimo y sé siempre fiel a Él. Ve. No pierdas tiempo en inútiles palabras, no hagas del milagro objeto de humano pasatiempo. Usa el habla en el bien; más que con los oídos, escucha con el corazón las voces del Espíritu Creador que te ama y bendice.

¡Ya, ya! ¡Decirle a uno que está felicísimo que no hable de su felicidad, es inútil! El curado se desquita de los muchos años de mutismo y sordera hablando con todos los presentes.

E1 barquero insiste para que Jesús entre en su casa a descansar y tomar algo. Se siente el autor de todo el respeto que circunda a Jesús, y se siente orgulloso de ello. Quiere que sea reconocido su derecho.

-Pero yo aquí en el pueblo soy el ciudadano ilustre - dice un anciano de aspecto grave.

-Pero si no hubiera estado yo con mis barcas, tú qué ibas a haber visto a Jesús - responde el barquero.

Y Pedro, siempre franco e impulsivo:

-La verdad es que... si no te hubiera dicho yo una cosita, tú... las barcas...

Jesús interviene providencialmente, contentando a todos.

-Vamos a la orilla del río. Allí, mientras esperamos la comida - y que sea parca y frugal, porque el alimento debe servir al cuerpo y no ser finalidad del cuerpo -, evangelizaré. Quien me quiera oír y hacerme preguntas que venga conmigo.

Podría decir que todo el pueblo lo sigue.

Jesús sube a una barca sacada al guijaral. Desde esa tribuna improvisada, habla a los que lo escuchan, que están frente a Él, sentados en semicírculo en la orilla y entre los árboles.

Toma como motivo la pregunta que hace un hombre:

-Nuestra Ley Maestro, casi señala como castigados por Dios a los que nacen desdichados; tanto que les prohíbe cualquier servicio al altar. Pero, ¿qué culpa tienen de ello estas personas? ¿No sería justo considerar culpables a sus padres, que los traen a este mundo desdichados? Especialmente las madres. ¿Y cómo debemos comportarnos con estos que han nacido desgraciados?

-Escuchad. Un escultor sumo y perfecto hizo un día la forma de una estatua. Y su obra fue tan perfecta, que se complació en ella y dijo: "Quiero que la Tierra esté llena de una tal maravilla". Pero él solo no podía llevar a cabo un trabajo así. Pidió entonces ayuda a otras personas. Les dijo: "Con este modelo hacedme millares de estatuas igualmente perfectas. Yo después les daré el último retoque, infundiendo expresión a sus fisonomías". Pero los ayudantes no eran capaces de tanto, pues, además de ser muy inferiores a su maestro en habilidad, se habían embriagado un poco saboreando un fruto cuyo jugo creaba delirios y ofuscaciones. Entonces el escultor les dio como formas y dijo: "Modelad en ellas la materia; será una obra adecuada, y yo la haré completa dándole la vitalidad del último golpe". Y los ayudantes se pusieron manos a la obra.

Pero el escultor tenía un gran enemigo, suyo personal y de sus ayudantes, que trataba con todos los medios de hacer quedar mal al escultor y de crear desavenencias entre él y los ayudantes. Por eso éste en las obras de ellos metió su astucia: acá, alterando la materia que había de ser vertida en la forma; allá, haciendo más débil el fuego; más allá, infundiendo sopor en los ayudantes. Por lo cual sucedió que el rector del mundo, para tratar de impedir lo más posible que la obra saliera en copias imperfectas, puso sanciones graves contra los modelos salidos en modo imperfecto. Una de estas sanciones fue que tales modelos no pudieran ser expuestos en la Casa de Dios. Allí todo debe, o debería, ser perfecto. Digo: debería, porque no es así. La apariencia es buena, pero la realidad no lo es. Los que están en la Casa de Dios parecen sin defectos, pero el ojo de Dios descubre en ellos los más graves: los que están en el corazón.

¡Oh! ¡El corazón! Con él se sirve a Dios; en verdad, se le sirve con él. No hace falta ni es suficiente tener el ojo limpio y el oído perfecto, voz armoniosa, hermosos miembros, para cantar las alabanzas que a Dios placen. No hace falta ni basta tener bonitos indumentos y limpios y perfumados. Limpio ha de ser el espíritu en la mirada, perfecto ha de tener el oído, y armoniosa la voz, bien construido ha de resultar en sus formas espirituales, que deben estar adornadas de pureza: ésta es la túnica hermosa y limpia y perfumada de caridad; éste, el aceite henchido de esencia que agrada a Dios.

¿Y qué caridad sería la de uno que, siendo feliz y viendo a un infeliz, manifestara hacia él burla y odio? Pues más aún para quien, inculpable, ha nacido desgraciado: ha de dársele doble y triple caridad. La desgracia es pena que da mérito a quien la lleva y a quien, familiar del que tiene la desgracia, la ve llevar y sufre por ello por amor de pariente y quizás se da golpes de pecho pensando: "La causa de este dolor soy yo, con mis vicios". Y no debe ser jamás causa de culpa espiritual en quien la ve. Se transforma en culpa si viene a ser anticaridad. Por eso os digo: "Nunca seáis personas sin caridad hacia vuestro prójimo. ¿Ha nacido con una desgracia? Amadlo porque lleva su gran dolor. ¿La desgracia le ha venido por su culpa? Amadlo porque su culpa ya se ha transformado en castigo. ¿Es padre o madre de uno que ha nacido desgraciado o que lo ha venido a ser después? Amadlos, porque no hay dolor mayor que el de un padre o una madre heridos en su hijo. ¿Es una madre que ha engendrado a un monstruo? Amadla, porque está literalmente aplastada por ese dolor, que considera el más inhumano. Inhumano es.

Pero aún mayor es el dolor de una que es madre de un monstruo de alma y que se da cuenta de que ha dado a luz a un demonio y a un peligro para la tierra, la patria, la familia, los amigos. ¡Oh! ¡Esta mujer no se atreve ya ni siquiera a levantar la frente, pobre madre de un hombre feroz, de un abyecto, de un homicida, un traidor, un ladrón, un degenerado! Pues bien, os digo: amad también a estas madres, las más infelices. Las que a través de los siglos pasarán con el nombre de madres de un asesino, de un traidor.

En todas partes la Tierra ha oído el llanto de las madres torturadas por la muerte cruel del propio hijo. De Eva en adelante, cuántas madres han sentido desgarrárseles las entrañas más que en los dolores del parto. Y mucho más aún: han sentido que una mano feroz les arrancaba las entrañas y con ellas el corazón, ante el cadáver del hijo asesinado, ajusticiado, martirizado por los hombres; y han gritado su espasmo, revolcándose, con un delirio de espasmódico amor doliente, abrazadas a esos despojos que ya no las oían, que no se calentaban ya con su calor, que no podían ya hacer ningún movimiento para decir con la mirada o con el gesto, si no con la boca: "Madre, te oigo".

Y, a pesar de todo, os digo que todavía la Tierra no ha oído el grito y recogido el llanto de la más santa y de la más infeliz. De aquellas que estarán eternamente en el recuerdo del hombre. La Madre del asesinado Redentor y la madre del que será su traidor. Estas dos, mártires en modos distintos, se oirán gemir; y será la Madre inocente y santa, la más inocente, la inocente Madre del Inocente, la que dirá a su hermana lejana, mártir de un hijo cruel más que de ninguna otra cosa: "Hermana, yo te amo".

Amad, para sed dignos de Esta que amará por todos y a todos. El amor es lo que salvará a la Tierra.

Jesús baja de su tosco púlpito y se agacha para acariciar a un niño semidesnudo, sólo vestido con una camisita, que se revuelca en la hierba de la orilla. Después de tantas sublimes palabras de Maestro, es dulce el verlo así, interesándose por un niño, como un hombre sencillo, y luego partir el pan y ofrecerlo y darlo a los que tiene más cerca, y sentarse y comer humanamente, mientras oye ya en su corazón, sin duda, el grito de su Madre y ve a Judas a su lado.

A mí, a mí que soy tan impulsiva, me impresiona más que muchas otras cosas este dominio suyo sobre los sentimientos. Para mí es una lección continua. Pero los presentes, sin embargo, parece como si se hubieran quedado yo diría incluso hechizados. Comen, pensativos y silenciosos, mirando con veneración al dulce Maestro de amor.

420

Curación de un endemoniado completo. La vocación de la mujer al amor.

Jesús y los suyos siguen estando por los campos. Aquí la siega de los cereales está ya terminada y los campos muestran los rastrojos resecos. Jesús camina por el margen de un sendero umbroso. Va hablando con unos hombres que se han unido al grupo de los apóstoles.

-Sí - dice uno - Nada lo cura. Está más que desquiciado. Mira, es el terror de todos, especialmente de las mujeres, porque las sigue con gestos o palabras obscenos. ¡Y ay si las echara mano?

-Nunca se sabe dónde está - dice otro.

-En los montes, en los bosques, en los surcos de los prados... aparece al improviso como una serpiente... Las mujeres tienen mucho miedo de él. Una, jovencita, murió a causa de él en pocos días por una fuerte fiebre.

-El otro día, mi cuñado había ido al lugar donde ha preparado para sí y los suyos el sepulcro, porque se le ha muerto el padre de su mujer, para aprestar todo para la sepultura. Pero tuvo que huir, porque dentro estaba el poseso, desnudo y gritando, como siempre, y lo amenazaba lanzándole piedras... Lo siguió hasta el pueblo y luego volvió al sepulcro, y ha tenido que sepultar al muerto en mi sepulcro.

-¿Y aquella vez que se recordó de que Tobías y Daniel lo habían cogido por la fuerza, lo habían atado y lo habían llevado de nuevo a su casa? Los esperó medio sepultado entre las cañas y el barro del río y, cuando montaron en barca para la pesca o para atravesar el río, no sé bien, con su fuerza de demonio alzó la barca y la volcó. Salvaron la vida de milagro, pero todo lo que había en la barca se perdió y la misma barca salió de aquello con la quilla rota y los remos destrozados.

-¿Pero no lo mostrasteis a los sacerdotes?

-Sí. Atado como una carga de mercancía lo llevaron hasta Jerusalén... ¡Qué viaje! ¡Qué viaje!... Te digo - yo estaba - que no necesito bajar al infierno para saber lo que sucede y se dice allí. Pero no sirvió de nada...

-¿Como antes?

-¡Peor!

-¡Y, sin embargo... el sacerdote!...

-Sí, ya, pero... Se necesitaría...

-¿Qué? Continúa...

Silencio.

-Habla, pues. No temas. No te voy a acusar.

-Bien... estaba diciendo... pero no quiero pecar... estaba diciendo... que... sí... el sacerdote lo podría conseguir si... si...

-Si fuese santo, quieres decir, y no te atreves a decirlo. Yo te digo: evita el juzgar. Pero es verdad cuanto dices. ¡Es dolorosamente verdadero! ... - dice Pedro.

Jesús calla y suspira. Un breve silencio embarazoso.

Luego uno se atreve a hablar de nuevo.

-Si lo encontramos, ¿lo curas? ¿Liberas estas comarcas?

-¿Esperas que pueda hacerlo? ¿Por qué?

-Porque eres santo.

-Santo es Dios».

-Y Tú, que eres Hijo suyo.

-¿Cómo puedes saberlo?

-¡Hombre, corre la voz! Y además somos del río y sabemos lo que hiciste hace tres lunas. ¿Quién para una crecida, si no es Hijo o Dios?

-¿Y Moisés? ¿Y Josué?

-Obraban en nombre de Dios y para su gloria. Y podían porque eran santos. Tú los superas.

-¿Lo vas a hacer, Maestro?

-Lo haré, si lo encontramos.

Prosiguen. El calor, que aumenta, los induce a dejar el camino y a buscar alivio en una espesura de árboles que hay en la orilla del río, que ya no está agitado como cuando la crecida, sino que, aunque todavía baja rico en aguas, las tiene quietas y azules, llenas de resplandor bajo el sol.

El sendero se ensancha y muestra en el fondo una blancura de casas. Debe ser un pueblo que se va haciendo cada vez más cercano. En las márgenes, construcciones pequeñas, blanquísimas y sin más aberturas que una en una pared. Parte están abiertas; la mayoría, sin embargo, cerradas herméticamente. En los alrededores de ellas no hay nadie. Están diseminadas en un terreno yermo y agreste; parece abandonado. Sólo yerbajos y pedruscos.

-¡Vete! ¡Vete! ¡Retrocede o te mato!

-¡Ahí está el poseso y nos ha visto! Yo me marchó.

-Yo también.

-Y yo os sigo.

-No temáis. Quedaos y ved.

Jesús se muestra tan seguro que los... valientes obedecen, aunque, eso sí, se ponen detrás de Jesús. También se quedan atrás los discípulos. Jesús va adelante solo y solemne, como si nada viera ni oyera.

-¡Vete!

El grito de la voz es desgarrador, tiene componentes de gruñido y aullido. Parece imposible que pueda salir de garganta humana.

-¡Vete! ¡Atrás! ¡Te mato! ¿Por qué me persigues? ¡No quiero verte!

El poseso pega saltos, completamente desnudo, moreno, barba y pelo largos y enredados. Los mechones negros e hirsutos, llenos de hojas secas y polvo, le caen por encima de los ojos torvos, inyectados de sangre, móviles alrededor de sus órbitas; y llegan hasta la boca, abierta mientras grita y mientras emite demenciales carcajadas que parecen una pesadilla, hasta la boca que emite espuma y que sangra (porque el desquiciado se golpea la boca con una piedra puntiaguda) y dice:

-¿Por qué no te puedo matar? ¿Quién me ata la fuerza? ¿Tú? ¿Tú?

Jesús lo mira y sigue adelante.

El loco se revuelca por el suelo, se muerde, echa más espuma todavía, se golpea con su piedra, se pone de nuevo en pie bruscamente, apunta el índice hacia Jesús, mirándolo fuera de sí, y dice:

-¡Oíd! ¡Oíd! Este que viene es...

-¡Calla, demonio del hombre! Te lo ordeno.

-¡No! ¡No! ¡No! No me callo, no, no me callo. ¿Qué hay entre nosotros y Tú? ¿Por qué no nos dejas tranquilos? ¿No te ha bastado habernos encerrado en el reino de infierno? ¿No te basta venir, haber venido para arrebatarnos al hombre? ¿Por qué nos impeles hasta allá abajo? ¡Déjanos vivir en nuestras presas! Tú, grande y poderoso^o pasa y conquista, si puedes. Pero déjanos a nosotros gozar y hacer daño. Para eso estamos. ¡Oh! ¡Mal...! ¡No! ¡No puedo decirlo! ¡No te lo dejes decir! ¡No te lo dejes decir! ¡No puedo maldecirte! ¡Te odio! ¡Te persigo! ¡Te espero para torturarte! ¡Te odio a ti y a Aquel de quien procedes, y odio a Aquel que es vuestro Espíritu! ¡Odio el Amor, yo que soy Odio! ¡Quiero maldecirte! ¡Quiero matarte! Pero no puedo. ¡No puedo! ¡No puedo todavía! Pero te espero, Cristo, te espero. ¡Muerto te veré! ¡Oh, hora de felicidad! ¡No! ¡No felicidad! ¿Muerto Tú? No. No muerto. ¡Y yo vencido! ¡Vencido! ¡Siempre vencido'... ¡¡¡Ah!!!...

El paroxismo toca su culmen.

Jesús sigue andando hacia el poseso, teniéndolo bajo el rayo de sus ojos magnéticos. Ahora Jesús está completamente solo. Apóstoles y lugareños se han quedado atrás. Éstos, detrás de los apóstoles, los apóstoles, separados de Jesús unos treinta metros al menos.

Algunos habitantes del pueblo, que parece muy poblado y también rico, han salido, atraídos por los gritos; están observando la escena, preparados también para huir como el otro grupo. Así la escena se desarrolla de esta manera: en el centro el poseso y Jesús, ya a pocos metros el uno del otro; detrás de Jesús, a la izquierda, apóstoles y lugareños; a la derecha, detrás del poseso, los habitantes de pueblo.

Jesús, después de la orden de callar, no ha vuelto a hablar. Solamente mira fijo al poseso. Pero ahora Jesús se detiene y alza los brazos, los extiende hacia el endemoniado, está para hablar. Los gritos se hacen verdaderamente infernales. El poseso se retuerce, da saltos a la derecha, a la izquierda, hacia arriba. Parece como si quisiera huir o arremeter, pero no puede. Está clavado allí y aparte de sus contorsiones no se le concede ningún otro movimiento. Cuando Jesús tiende sus brazos, con las manos extendidas como quien jura, el demente grita más fuerte y, después de mucho haber imprecado, reído y blasfemado, se pone a llorar y a suplicar.

-¡En el infierno no! ¡No en el infierno! ¡No me mandes allí! Horrenda es mi vida ya aquí, en esta cárcel de hombre, porque quiero recorrer el mundo y despedazarte a tus criaturas. ¡Pero allí, allí, allí! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Déjame fuera!...

-Sal de éste. Te lo mando.

-¡No!

-¡Sal!

-¡No!

-¡Sal!

-¡No!

-¡En el nombre del Dios verdadero, sal!

-¡Oh! ¿Por qué me vences? Pero no salgo, no. Tú eres el Cristo, Hijo de Dios, pero yo soy...

-¿Quién eres?

-Yo soy Belcebú, Belcebú soy, el Amo del mundo, y no me doblego. ¡Te desafío, Cristo!

El poseso se inmoviliza de golpe, rígido, casi hierático, y mira fijo a Jesús con ojos fosforescentes, apenas moviendo los labios con palabras no inteligibles y haciendo, con las manos llevadas hacia los hombros, los codos flexionados, leves movimientos.

Jesús también se ha detenido. Ahora tiene los brazos recogidos sobre el pecho. Lo mira. También Jesús mueve levemente los labios. Pero no oigo ninguna palabra.

Los presentes esperan con opiniones contrarias:

-¡No lo consigue!

-Sí, ahora el Cristo lo consigue.

-No. Vence el otro.

-Es bien fuerte.

-¡Sí!,

-¡No!

Jesús abre los brazos. Su rostro es un resplandor de imperio, su voz un trueno.

-Sal. Por última vez. ¡Sal, Satanás! ¡Lo mando Yo!

-¡Aaaaah! (es un grito larguísimo de aflicción infinita. No lo emite así uno que sea traspasado lentamente por una espada). Y luego el grito se concreta en palabras:

-Salgo, sí. Me has vencido. Pero me vengaré. Tú me echas a mí, pero tienes un demonio a tu lado y en ése entraré para poseerlo, invistiéndolo con todos mis poderes. Y no habrá orden tuya que me lo arrebathe. En todo tiempo, en todo lugar, me engendro hijos. Yo, el autor del Mal. Y como Dios se ha generado por sí mismo yo por mí mismo me genero. Me concibo en el corazón del hombre, y éste me da a luz, da a luz un nuevo Satanás que es él mismo, y yo exulto, ¡exulto de tener tanta prole! Tú y los hombres siempre encontraréis estas criaturas mías que son otros idénticos a mí. Voy, Cristo, a tomar posesión de mi nuevo reino, como Tú quieres, y te dejo este trazo de hombre maltratado por mí. Por este que te dejo, limosna de Satanás a ti, Dios, me tomo ahora mil, diez mil, y los encontrarás cuando seas un sucio harapo de carne, arrojada como escarnio a los perros; y tomaré otros, en el transcurso de los siglos, millares y millares, para hacer de ellos mi instrumento y tu tormento. ¿Crees vencer alzando tu Signo? Los míos lo echarán abajo y yo venceré... ¡Ah! ¡No, no te venzo! ¡Pero te torturo en ti y en los tuyos! ...

Se oye un fragor como de rayo. Pero no hay ni culebrina de luz ni rumor de trueno. Sólo un estallido seco y desgarrador, y, mientras el poseo cae como muerto al suelo y se queda allí, un grueso tronco que está cerca de los discípulos cae al suelo, como si a un metro de la base hubiera sido segado por una sierra de acción fulmínea. El grupo apostólico apenas si tiene tiempo de apartarse. ¿Y los lugareños?... Huyen del todo.

Pero Jesús, que se ha agachado a tomar de la mano al hombre caído, se vuelve, estando así agachado y teniendo la mano del liberado en la suya, y dice:

-¡Venid. No temáis!

Temerosa, la gente se acerca.

-Está curado. Traed una túnica.

Uno sale a la carrera.

El hombre vuelve en sí poco a poco. Abre los ojos y encuentra la mirada de Jesús. Se sienta. Con la mano libre se seca el sudor, la sangre y la baba, se echa hacia atrás el pelo, se observa. Se ve desnudo delante de tanta gente y se avergüenza. Se acurruca y pregunta:

-¿Qué ha sido? ¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí, desnudo?

-Nada, amigo. Ahora te traerán ropa y volverás a tu casa.

-¿De dónde vengo? ¿Y tú de dónde vienes?

Habla con voz de enfermo, cansada y blanca.

-Vengo del Mar de Galilea.

-¿Y cómo me conoces? ¿Por qué me socorres? ¿Cómo te llamas?

Llegan algunos hombres con una túnica. Se la ofrecen al hombre que ha recibido el milagro. Y llega una pobre vieja llorando y aprieta al curado contra su corazón.

-¡Hijo mío!

-¡Mamá! ¿Por qué me has dejado durante tanto tiempo?

La anciana llora más fuerte y lo besa y acaricia. Quizás iba a decir otras palabras, pero Jesús la domina con sus ojos y le inspira otras, más compasivas:

-¡Has estado muy enfermo, hijo mío! Alaba a Dios, que te ha curado, y a su Mesías, que ha obrado en el nombre de Dios.

-¿Éste? ¿Cómo se llama?

-Jesús de Galilea. Pero su nombre es Bondad. Bésale las manos, hijo; dile que te perdone por cuanto has hecho o dicho... Ciertamente que has hablado estando...

-Sí, ha hablado estando con fiebre - dice Jesús para detener las palabras imprudentes - Pero no era él el que hablaba, y Yo no soy severo con él. Sé bueno ahora. Sé continente- recalca la palabra. El hombre baja la cabeza, confundido.

Pero lo que Jesús ahorra no lo ahorran los ciudadanos ricos, que ahora ya están cerca. Entre ellos están los indefinibles fariseos.

-¡Te ha ido bien! ¡Suerte la tuya, que has encontrado a éste, amo de los demonios!

-¿Endemoniado yo?

El hombre está aterrorizado.

La vieja reacciona:

-¡Malditos! ¡Sin piedad ni respeto! ¡Víboras odiosas y crueles! Y tú también, inútil ministro de la sinagoga. ¿Amo de los demonios el Santo?

-¿Y quién crees que puede tener poder sobre ellos, si no su rey y padre?

-¡Sacrílegos! ¡Blasfemos! ¡M...!

-Silencio, mujer. Sé feliz con tu hijo. No impreques. A mí no me causa ni preocupación ni afrenta. Id en paz todos. A los buenos, mi bendición. Vamos, amigos.

-¿Puedo seguirte? - Es el curado el que habla.

-No. Quédate. Sé testimonio mío y alegría para tu madre. Ve.

Y, entre gritos de aplauso y cuchicheos de burla, Jesús atraviesa parte de la ciudad para luego entrar de nuevo en las sombras de los árboles que están a lo largo del río.

Los apóstoles se pegan a Él.

Pedro pregunta:

-¿Por qué, Maestro, el espíritu inmundo ha opuesto tanta resistencia?

-Porque era un espíritu completo.

-¿Qué quiere decir esta palabra?

-Escuchadme. Hay quien se da a Satanás abriendo una puerta a un vicio capital. Hay quien se da dos veces, quién tres, quién siete. Cuando uno ha abierto el espíritu a los siete vicios, entonces entra en él un espíritu completo. Entra Satanás, el príncipe negro.

-¿Ese hombre, joven todavía, cómo podía estar poseído por Satanás?

-¡Oh! ¡Amigos! ¿Sabéis por qué sendero viene Satanás? Tres son las vías generalmente holladas, y una no falta nunca. Tres: la carnalidad, el dinero, la soberbia de la mente. La carnalidad es la que no falta nunca. Emisaria de las otras concupiscencias, pasa sembrando su veneno y todo florece con floración satánica. Por esto os digo: "Sed dueños de vuestra carne". Que sea este dominio el comienzo de cualquier otro dominio, de la misma forma que esta esclavitud es el comienzo de cualquier otra. El esclavo de la lujuria se hace ladrón y tramposo, cruel, homicida, con tal de servir a su ama. La misma sed de poder está emparentada con la carne. ¿No os parece así? Así es. Meditad y veréis si me equivoco. Por la carne Satanás entró en el hombre, y feliz si puede hacerlo, por la carne entra de nuevo; él, uno y septipartito, con la proliferación de sus legiones de demonios menores.

-María de Magdala, Tú dijiste que tenía siete demonios, Tú lo dijiste, y ciertamente eran demonios de lujuria. Y, sin embargo, la liberaste con mucha facilidad.

-Sí, Judas, es verdad.

-¿Y entonces?

-Y entonces - dices - mi teoría se viene abajo. No, amigo. La mujer quería ya ser liberada de su posesión. Quería. La voluntad es todo.

-¿Por qué, Maestro, vemos que muchas mujeres están atrapadas por el demonio y - se puede decir - por este demonio?

-Mira, Mateo. La mujer no es igual que el hombre ni en su formación ni en las reacciones a la culpa original. El hombre tiene otras metas para su deseo, mejor o peor. La mujer tiene una meta: el amor. El hombre tiene otra formación. La mujer tiene ésta, sensible, aún más perfecta porque está destinada a la generación. Tú sabes que toda perfección genera un aumento de sensibilidad. Un oído perfecto oye aquello que pasa desapercibido a otro oído menos perfecto, y goza en ello. Y así el ojo, el paladar y el olfato. La mujer debía haber sido la dulzura de Dios en la Tierra; debía haber sido el amor, la encarnación de este fuego que mueve Aquel que es; la manifestación, el testimonio de este amor. Dios, por eso, la había dotado de un espíritu supraeminentemente sensible, para que, madre un día, supiera y pudiera, a sus hijos, abrirles los ojos del corazón al amor hacia Dios y hacia sus semejantes, de la misma forma que el hombre habría abierto los ojos de la mente a sus hijos para la inteligencia y la acción. Reflexiona sobre el imperativo de Dios a sí mismo: "Hagámosle a Adán una compañera". Dios-Bondad no podía sino querer hacer una buena compañera a Adán. Quien es bueno ama. La compañera de Adán debía, por tanto, ser capaz de amar para acabar de hacer dichoso el día de Adán en el Jardín feliz. Debía ser tan capaz de amar, que fuera segunda, colaboradora y sustituta de Dios en amar al hombre, su criatura, de forma que, incluso en las horas en que la Divinidad no se revelaba a su criatura con su voz de amor, el hombre no se sintiera infeliz por falta de amor. Satanás sabía que existía esta perfección. *Muchas cosas sabe Satanás*. Es él el que habla en los labios de los pitones, diciendo mentiras entremezcladas con verdades. Y dice estas verdades, que él odia porque es Mentira, sólo - tenedlo presente todos vosotros y los futuros - para *seduciros con la quimera de que no es la Tiniebla la que habla sino la Luz*. Satanás, astuto, tortuoso y cruel, se introdujo en esta perfección y ahí mordió, y ahí dejó su veneno. La perfección de la mujer en el amar se hizo así instrumento de Satanás para dominar a la mujer y al hombre y propagar el mal...

-¿Pero y nuestras madres, entonces?

-Juan, ¿temes por ellas? No todas las mujeres sirven de instrumento a Satanás. Perfectas en el sentimiento, son siempre extremas en la acción: ángeles, si quieren ser de Dios; demonios, si quieren ser de Satanás. Las mujeres santas, y tu madre entre ellas, quieren ser de Dios, y son ángeles.

-¿No te parece injusto el castigo de la mujer, Maestro? También el hombre pecó.

-¿Y el premio entonces? Está escrito que por la Mujer volverá al mundo el Bien y será vencido Satanás.

-No juzguéis nunca las obras de Dios. Esto lo primero. Pensad, más bien, que, como por la mujer entró el Mal, por la Mujer es justo que entre el Bien en el mundo. Debe ser anulada una página escrita por Satanás. Y lo hará el llanto de una Mujer. Y, puesto que Satanás gritará eternamente sus voces, he aquí que una voz de Mujer cantará para cubrir esas voces.

-¿Cuándo?

-En verdad os digo que su voz ya ha descendido de los Cielos donde eternamente cantaba su aleluya.

-¿Será más grande que Judit?

-Más grande que cualquier otra mujer.

-¿Qué hará? ¿Qué será lo que hará!

-Invertirá a Eva y a su ternario pecado. Obediencia absoluta. Pureza absoluta. Humildad absoluta. Sobre esta base se erguirá, regia y victoriosa...

-¿Pero no es tu Madre, Jesús, la más grande por haberte engendrado?

-Grande es quien hace la voluntad de Dios. Y María por esto es grande. Todo otro mérito viene de Dios. Pero éste es todo suyo, y bendita sea por ello.

Y todo termina.

Dice Jesús:

-Has visto a un "poseso" de Satanás. Muchas respuestas hay en mis palabras. No tanto para ti; más bien para otros. ¿Les servirán? No. A aquellos a quienes más necesidad tienen de ellas no les servirán. Descansa con mi paz.

El endemoniado curado, los fariseos y la blasfemia contra el Espíritu Santo.

Pasada la Semana Santa y la consecuente penitencia del no ver, vuelve esta mañana la visión espiritual del Evangelio. Y todas mis angustias se olvidan en esta alegría, que se anuncia siempre con una indescriptible sensación de júbilo sobrehumano...

...Y veo a Jesús - caminando todavía por las arboledas que bordean el río - que se detiene y ordena un alto en el camino, en estas horas demasiado calientes para permitir la marcha. Porque, si es verdad que la tupida maraña de las frondas protege del sol, esta misma maraña forma también como una capa de impedimento al paso de las brisas, apenas sensibles, siendo así que el aire bajo las frondas es caliente, está parado, es pesado y húmedo (la humedad que emana del suelo cercano al río, una humedad que no es alivio, sino tormento pegajoso que se mezcla, aumentándolo, con el ya de por sí tormentoso sudor que se desliza por los cuerpos).

-Vamos a detenernos hasta el atardecer. Luego bajaremos al guijarral claro, visible incluso con la luz de las estrellas, y proseguiremos de noche. Ahora vamos a comer y a descansar.

¡-Ah!, antes de la comida me tomo el alivio del agua. Estará también tibia, como un brebaje para la tos; pero servirá para quitarme el sudor. ¿Quién viene conmigo? - pregunta Pedro.

Todos van con él. Todos, incluso Jesús, que está sudado como todos y con la túnica pesada de polvo y sudor. Toma cada uno, de la bolsa, una túnica limpia y bajan al río. En la hierba, como señal de su presencia, no quedan más que las trece bolsas y los odres del agua, velado ello por los añosos árboles y por innumerables pájaros, que observan curiosos con sus ojitos de azabache las trece bolsas hinchadas y multicolores diseminadas en la hierba. Las voces de los bañistas se alejan y se confunden entre el rumor del río. Sólo de vez en cuando alguna risa aguda vibra como una nota alta por encima de los acordes bajos y monótonos del río.

Pero pronto un rumor de pisaduras rompe el silencio. Algunas cabezas se asoman a través de unos ramajes, dan una ojeada, dicen con expresión contenta:

-Están aquí. Se han parado. Vamos a decírselo a los otros - y desaparecen alejándose tras las matas...

...Mientras tanto, refrescados, con los cabellos todavía húmedos a pesar de que hayan sido rudimentariamente secados, descalzos y con las sandalias lavadas, que gotean, sujetas de las correas, vestidos con túnicas frescas - quizás han dejado las otras sobre los cañizares, después de una enjuagadura en las aguas azules del Jordán - regresan los apóstoles con el Maestro. Visiblemente aliviados por el prolongado baño.

Ignorando que han sido descubiertos, se sientan, después de que Jesús ha ofrecido y distribuido la comida. Después de la comida, cargados de sueño, se tumbarían y dormirían. Pero... viene un hombre, y después del primero el segundo, y el tercero...

-¿Qué queréis? - pregunta Santiago de Zebedeo, que los ve venir y pararse cerca de una espesura, dudando si acercarse o no. Los otros, incluido Jesús, se vuelven para ver con quién habla Santiago.

-¡Ah, son los del pueblo!... ¡Nos han seguido! - dice sin entusiasmo Tomás, que se disponía a dormir un poco.

Entretanto los interpelados responden, un poco atemorizados al ver la manifiesta aversión de los apóstoles a recibirlos:

-Queríamos hablar con el Maestro... Decir que... ¿Verdad Samuel?... - y, como no se atreven a seguir hablando, se interrumpen.

Pero Jesús, benigno, alzándose y dirigiéndose hacia ellos, los anima:

-Hablad, hablad. ¿Tenéis otros enfermos?

-Maestro, estás cansado, incluso más que nosotros. Descansa un poco y que ellos esperen... - dice más de un apóstol.

-Aquí hay criaturas que me requieren. Por eso ellos tampoco tienen descanso de paz en el corazón. Y el cansancio del corazón supera al de los miembros. Dejad que los escuche.

-¡Bueno, pues bien! ¡Adiós descanso nuestro!... - dicen en tono malhumorado los apóstoles, subyugados por el cansancio y el calor hasta el punto de hacer un reproche a su Maestro en presencia de extraños, tanto que dicen: «Y cuando, sin prudencia, nos hayas enfermado a todos, demasiado tarde comprenderás que te éramos necesarios».

Jesús los mira... con piedad. No hay otra cosa en sus dulces ojos cansados... Pero responde:

-No, amigos. No pretendo que hagáis lo mismo que Yo. Mirad, vosotros quedaos aquí descansando; Yo me alejo un poco con éstos, los escucho y luego vengo a descansar con vosotros.

Es tan dulce la respuesta, que obtiene más que con un reproche. El buen corazón, el afecto de los doce se despierta y toma la iniciativa:

-¡No, hombre, no, Señor! Quédate ahí y habla con ellos. Nosotros vamos a dar la vuelta a las túnicas para que se sequen por el otro lado. Así vencemos el sueño y luego venimos y descansamos juntos.

Y los que más sueño tienen van hacia el río... Se quedan Mateo, Juan y Bartolomé.

Pero, mientras tanto, los tres habitantes del pueblo se han transformado en más de diez, y siguen aumentando...

-¿Entonces? Acercaos y hablad sin temor.

-Maestro, cuando te has marchado, los fariseos se han hecho todavía más violentos... Han arremetido contra el hombre que has liberado y... si no se vuelve loco será un nuevo milagro... porque... le han dicho que... que lo has liberado de un demonio que sólo obstaculizaba a la razón, pero que le has dado un demonio más fuerte, tan fuerte que ha vencido al primero, más

fuerte que el primero porque éste condena y domina su espíritu, y por eso mientras que de la primera posesión no habría debido llevar las consecuencias a la otra vida, porque sus acciones no eran... ¿cómo han dicho, Abraham?...

-Han dicho... ¡oh, es un nombre extraño!... Bueno, que de esas acciones Dios no le habría pedido cuentas, porque habían sido hechas sin libertad de mente, mientras que ahora él, adorando por imposición del demonio que tiene dentro de su corazón, introducido por ti - ¡perdona si te lo decimos! -, por ti, príncipe de los demonios, adorándote a ti con mente ya cuerda, es sacrílego y maldito, y será condenado. Así que el pobre infeliz añora el estado de antes, y... casi impreca contra ti... Por tanto, más desquiciado que antes... y la madre se desespera por el hijo que desespera de salvarse... y toda alegría se ha transformado en congoja. Nosotros, para dar paz, te hemos buscado, y ciertamente nos ha guiado hasta aquí el ángel... Señor, nosotros creemos que Tú eres el Mesías. Y creemos que el Mesías tiene dentro de sí al Espíritu de Dios. Por tanto, es Verdad y Sabiduría. Y te pedimos que nos des paz y explicación...

-Estáis en la justicia y en la caridad. Benditos seáis. Pero, ¿dónde está el infeliz?

-Viene detrás de nosotros con su madre, llorando su desesperación. ¿Ves? Todo el pueblo, menos ellos, menos los crueles fariseos, viene hacia aquí, sin preocuparse de las amenazas de ellos. Porque nos han amenazado castigos porque creemos en ti. Pero Dios nos protegerá.

-Dios os protegerá. Llevadme donde el beneficiado.

-No. Te lo traemos aquí. Espera - y muchos se dirigen hacia el núcleo más numeroso, que se acerca gesticulando, mientras dos llantos agudos dominan el murmullo de la muchedumbre. Los otros, los que se han quedado, son muchos ya, y, cuando a éstos se unen los otros teniendo en el centro al endemoniado curado y a la madre de éste, alrededor de Jesús, entre los árboles, se apiña verdaderamente una muchedumbre. La gente se sube incluso a los árboles en busca de un sitio para oír y ver.

Jesús va hacia el beneficiado con el milagro. Éste, en cuanto lo ve, arrancándose los pelos y arrodillándose, dice:

-¡Devuélveme el primer demonio! ¡Por piedad de mí, de mi alma! ¿Qué te he hecho para que me perjudicaras tanto?

Y su madre, también de rodillas:

-¡Delira por el miedo, Señor! No escuches sus blasfemas palabras. No. Líbralo del miedo que esos crueles le han infundido, para que no pierda la vida del alma. Lo has liberado una vez... ¡Por piedad de una madre, libéralo otra vez!

-Sí, mujer. ¡No temas! ¡Hijo de Dios, escucha!

Y Jesús apoya sus manos sobre la cabeza despeinada del hombre que delira de miedo sobrenatural.

-Escucha. Y juzga. Juzga por ti mismo, porque ahora tienes un juicio libre y puedes juzgar con justicia. Hay un modo seguro para comprender si un prodigio viene de Dios o de un demonio. Y es lo que experimenta el alma. Si el hecho extraordinario viene de Dios, se infunde paz en el alma, paz y júbilo majestuoso; si viene de un demonio, con el prodigio viene turbación y dolor. Y también viene paz y júbilo de las palabras de Dios, mientras que de las de un demonio - sea demonio espíritu o demonio hombre - viene turbación y dolor. Y también de la proximidad de Dios viene paz y júbilo, mientras que de la proximidad de espíritus u hombres malvados viene turbación y dolor. Ahora reflexiona, hijo de Dios. ¿Cuando, cediendo al demonio de la lujuria, empezaste a acoger dentro de ti a tu opresor, gozabas de júbilo y paz?

El hombre reflexiona y, ruborizándose, responde:

-No, Señor.

-¿Y cuando el perpetuo Adversario se apoderó de ti del todo, tuviste paz y júbilo?

-No, Señor. Jamás. Mientras comprendía, mientras tuve un retal de mente libre, experimenté turbación y dolor por el atropello del Adversario. Luego... no sé... Ya mi intelecto no era capaz de comprender lo que yo sufría... Era peor que un animal... Pero incluso en ese estado en que parecía menos inteligente que un animal... ¡oh, cuánto podía sufrir todavía! No sé decir de qué... ¡El infierno es tremendo! Es una totalidad horrenda... y no se puede decir lo que es...

El hombre tiembla ante el informe recuerdo de sus sufrimientos de poseído. Tiembla, palidece, suda... La madre lo abraza y lo besa en la mejilla para distraerlo de esa pesadilla... La gente susurra comentarios.

-¿Y cuando te has despertado con la mano en mi mano, que has experimentado?

-¡Oh, un estupor tan dulce!... y luego una alegría, una paz mayor aún... Parecía como si saliera de una cárcel oscura donde un sinnúmero de serpientes habían sido las cadenas, y el aire hedores de pútrida cloaca, y entrara en un jardín en flor, pleno de sol, de cantos... He conocido el Paraíso... pero tampoco esto se puede describir... - El hombre sonríe como arrobado en el recuerdo de su breve y reciente hora de júbilo. Luego suspira y termina: «Pero pronto ha terminado...».

-¿Estás seguro? Dime, ahora que estás a mi lado y lejos de los que te han turbado, ¿qué sientes?

-La paz también. Aquí contigo no puedo creer que esté condenado y sus palabras me parecen blasfemia... Pero yo las he creído... ¿No he pecado contra ti entonces?

-No has pecado tú. Ellos sí. Levántate, hijo de Dios, y cree en la paz que hay en ti. La paz viene de Dios. Tú estás con Dios. No peques y no temas - y quita las manos de la cabeza del hombre permitiéndole así levantarse.

¿Verdaderamente es así, Señor? - preguntan muchos.

-Verdaderamente es así. La duda suscitada por estas palabras deliberadamente dañinas ha sido la última venganza de Satanás que ha salido de éste vencido y deseoso de recuperar la presa perdida.

Con muy buen sentido un lugareño dice:

-¡Pero entonces... los fariseos... han servido a Satanás! - y muchos aplauden esta justa observación.

-No juzguéis. Hay quien juzga.

-Pero al menos somos francos en nuestros juicios... y Dios ve que juzgamos por culpas claras. Ellos fingen ser lo que no son. Actúan con falsedad y con miras no buenas. Y, a pesar de ello, triunfan más que nosotros, que somos honrados y sinceros. Son nuestro terror. Extienden su poder hasta la libertad de fe. Se tiene que creer y practicar como les gusta a ellos. Y nos

amenazan porque te amamos. Tratan de reducir tus milagros a brujerías, para que la gente te tema. Conspiran, oprimen, hacen daño...

La muchedumbre habla tumultuosamente. Jesús hace un gesto imponiendo silencio y dice:

-No acojáis en el corazón lo que es de ellos. Ni sus insinuaciones ni sus sistemas. Y ni siquiera la idea: "son malos y, a pesar de ello, triunfan". ¿No os acordáis de las palabras de la Sabiduría: "Breve es el triunfo del pérfido" y de la otras, de los Proverbios: "No sigas, hijo, los ejemplos de los pecadores y no escuches las palabras de los impíos, porque quedarán atrapados en las cadenas de sus culpas y engañados por su gran necedad"? No introduzcáis en vosotros lo que es de aquellos que vosotros mismos, aún siendo imperfectos, juzgáis injustos. Introduciríais en vosotros la misma levadura que los corrompe a ellos. La levadura de los fariseos es la hipocresía. Que la hipocresía no esté nunca en vosotros, ni respecto a las formas del culto a Dios, ni respecto al modo de manifestaros con los hermanos. Guardaos de la levadura de los fariseos. Pensad que no hay nada oculto que no pueda ser descubierto, nada escondido que no termine siendo conocido.

Ya veis. Me habían dejado partir y luego habían sembrado cizaña donde el Señor había esparcido selecta semilla. Creían haber actuado fina y victoriosamente. Y habría sido suficiente que no me hubierais encontrado, que Yo hubiera pasado el río sin dejar huella mía en el agua, que se junta después de abrirla la proa, para que su mala forma de obrar, bajo apariencia de un obrar recto, triunfase. Pero pronto ha sido descubierto el juego, y su mala acción ha sido anulada. Y así de todas las acciones del hombre, Uno al menos, Dios, las conoce, y provee. Lo que se dice en la oscuridad termina siendo revelado por la Luz, y lo que se trama en secreto en una habitación puede ser revelado como si hubiera sido preparado en una plaza. Porque todo hombre puede tener su delator. Y porque Dios ve a todos los hombres, y Dios puede intervenir y desenmascarar a los culpables.

Por eso hay que actuar siempre con honestidad para vivir con paz. Y quien vive así no tenga miedo. Ni miedo en esta vida, ni miedo por la otra vida. No, amigos míos, os digo: quien obra como justo no tema. Ni miedo de los que matan - sí, de los que pueden matar el cuerpo -, pero que después de eso no pueden hacer más. Os digo qué debéis temer. Temed a aquellos que, después de haberos hecho morir, os pueden mandar al infierno, o sea temed a los vicios, a los malos compañeros, a los falsos maestros, a todos los que os insinúan el pecado o la duda en el corazón, temed a los que más que al cuerpo tratan de corromper al alma y llevaros a la separación de Dios y a pensamientos de desesperación de la divina Misericordia. Temed esto, os lo repito. Porque en ese caso vuestra muerte será eterna. Pero, por lo demás, por vuestra existencia, no temáis. El Padre vuestro no pierde de vista ni siquiera a uno de estos pájaros pequeñitos que hacen sus nidos entre las frondas de los árboles. Ni uno de ellos cae en la red sin que su Creador lo sepa. Y, no obstante, es muy pequeño su valor material: cinco pájaros por dos ases. Y nulo es su valor espiritual. Y, a pesar de ello, Dios los cuida. ¿Cómo, entonces, no va a cuidar de vosotros, de vuestra vida, de vuestro bien? Hasta los cabellos de vuestra cabeza son manifiestos al Padre, y ninguna injuria que hagan a sus hijos le pasa desapercibida; porque vosotros sois sus hijos, o sea, mucho más que los pájaros que hacen sus nidos en los tejados o entre el follaje.

Hijos sois mientras no renunciáis por propia iniciativa a serlo por vuestra libre voluntad. Y se renuncia a esta filiación cuando uno reniega de Dios y del Verbo que Dios ha enviado al mundo para llevar a los hombres a Dios. Entonces, si uno no me quiere reconocer ante los hombres, por temor a un daño por causa de este reconocimiento, entonces tampoco Dios lo reconocerá como hijo suyo, y el Hijo de Dios y del hombre tampoco lo reconocerá delante de los ángeles del Cielo; y quien haya renegado de mí delante de los hombres será negado como hijo ante los ángeles de Dios. Y quien haya hablado mal y contra el Hijo del hombre será todavía perdonado, porque Yo intercederé ante el Padre por su perdón; pero el que haya blasfemado contra el Espíritu Santo no será perdonado. ¿Por qué esto? Porque no todos pueden conocer la extensión del Amor, su perfecta infinitad, y ver a Dios en una carne semejante a toda otra carne de hombre. Los gentiles, los paganos no pueden creer esto por fe, porque su religión no es amor. También entre nosotros el respeto temeroso que tiene Israel por Yeohveh puede impedir el creer que Dios se haya hecho hombre, y el más humilde de los hombres. Es una culpa el no creer en mí. Pero, cuando ésta se apoya en un excesivo temor de Dios, todavía se perdona. Sin embargo, no puede ser perdonado aquel que no se rinde a la verdad que se transparenta a través de mis actos, y niega al Espíritu de Amor el que haya podido mantener la palabra dada de enviar al Salvador en el tiempo establecido, el Salvador precedido y acompañado por los signos anunciados.

Éstos, los que me persiguen, conocen a los profetas. Las profecías están llenas de mí. Conocen las profecías y conocen lo que Yo hago. La verdad es manifiesta. Pero la niegan por voluntad de negarla. Sistemáticamente niegan que Yo sea no sólo el Hijo del hombre, sino también el Hijo de Dios anunciado por los profetas, el Nacido de una Virgen no por voluntad del hombre sino del Amor eterno, del eterno Espíritu que me ha anunciado para que los hombres me pudieran reconocer. Ellos, para poder decir que la oscuridad de la espera del Cristo continúa, se obstinan en tener cerrados los ojos para no ver la Luz presente en el mundo, y por eso reniegan del Espíritu Santo, de su Verdad, de su Luz. Y para éstos el juicio será más severo que para los que no saben. Y llamarme "satanás" no les será perdonado, porque el Espíritu por mí hace obras divinas, no satánicas. Y llevar a otros a la desesperación cuando el Amor los ha llevado a la paz no será perdonado. Porque todas estas cosas son ofensas al Espíritu Santo, a este Espíritu Paráclito que es Amor y da amor y pide amor, y que espera mi holocausto de amor para derramarse en amor de sabiduría que iluminará los corazones de mis fieles. Y cuando esto suceda, y os sigan persiguiendo acusándoos ante los magistrados y los príncipes en los tribunales y en las sinagogas, no os preocupéis pensando en cómo os justificaréis. El mismo Espíritu os dirá lo que habréis de responder para servir a la Verdad y conquistaros la Vida, de la misma forma que el Verbo os está dando cuanto es necesario para entrar en el Reino de la Vida eterna.

Idos en paz. En mi paz. En esa paz que es Dios y que Dios emana para saturar con ella a sus hijos. Idos y no temáis. Yo no he venido para engañaros, sino para instruiros; no para perderos, sino para redimiros. Bienaventurados los que sepan creer en mis palabras. Y tú, hombre, dos veces salvado, sé fuerte y recuerda la paz mía para decir a los tentadores: "No tratéis de seducirme. Mi fe es que Él es el Cristo". Ve, mujer. Ve con él y queda en paz. Adiós. Volved a las casas y dejad al Hijo del hombre con el humilde descanso sobre la hierba, antes de reanudar su perseguido camino en busca de otros a quienes salvar, hasta el final. Mi paz esté con vosotros.

Los bendice y regresa al lugar en donde han comido. Y los apóstoles con Él. Y, habiéndose marchado la gente, se echan, apoyadas las cabezas en las bolsas, y pronto el sueño se apodera de ellos, con el calor bochornoso de la tarde y el pesado silencio de estas horas tórridas.

El Iscariote, con sus malos humores, ocasiona la lección sobre los deberes y los siervos inútiles.

Y así el guijaral se ve blanco en la noche sin luna, pero clarísima por millares de estrellas, grandes, inverosímilmente grandes estrellas de cielo de Oriente. No es luz intensa como la de la Luna, pero es una fosforescencia delicada que permite, a quien tiene la vista acostumbrada a la oscuridad, ver por dónde camina y lo que le rodea. Aquí, a la derecha de los caminantes, que suben hacia el norte siguiendo el curso del río, la suave luminosidad estelar muestra el límite vegetal hecho de cañedos, de sauces y luego de árboles altos, y, dado que la luz es muy leve, parece formar un muro compacto, continuo, sin interrupción, sin posibilidad de penetración, apenas roto en el lugar en que el lecho de un riachuelo o torrente, completamente secos, coloca una raya blanca que se adentra hacia oriente y desaparece en la primera curva del minúsculo afluente ahora seco. A la izquierda, sin embargo, los caminantes disciernen el brillo de las aguas que descienden hacia el Mar Muerto, borbollando, suspirando, susurradoras, tranquilas, serenas. Y entre la línea brillante de las aguas de color añil, en la noche, y la masa negro-opaca de hierbas, arbustos y árboles, se extiende la cinta clara del guijaral, a veces más ancha, a veces más estrecha, a veces interrumpida por una minúscula balsa - residuo de la pasada avenida -, todavía con un poco de agua en curso de reabsorción, y donde forman aún mata verde las hierbas, que en otras partes están reseca en la sequedad del guijaral, sin duda ardiente en las horas de sol.

Los apóstoles se ven obligados - por estas pequeñas balsas, o también por marañas de juncos secos, pero peligrosos como cuchillos para el pie sólo semicubierto por las sandalias - a separarse de vez en cuando, para juntarse de nuevo luego en torno a su Maestro, que va siempre majestuoso, generalmente callado, con su paso largo, levantando la mirada hacia las estrellas más que inclinándola hacia el suelo. Los apóstoles no, no callan; hablan entre sí, recapitulando los hechos de la jornada, sacando las conclusiones de éstos o previendo su futuro desarrollo. Alguna rara palabra de Jesús, la mayoría de las veces dicha para responder a una pregunta directa o para corregir alguna ponderación errada o no caritativa, se intercala en la partería de los doce. Y el camino continúa en la noche, ritmando el silencio nocturno con un elemento nuevo en esas regiones desiertas: las voces humanas y el triscar de los pasos. Y se callan los ruiseñores entre las frondas, asombrados de que sonidos disonantes y ásperos se mezclen, turbadores, con el habitual rumor de las aguas y las brisas, habituales acompañamientos de sus solos virtuosos.

Pero una pregunta directa, que no tiene que ver con lo que ha pasado, sino con lo que ha de suceder, va a romper, con la violencia de una rebelión, además de con el tono más agudo de las voces agitadas por indignación o ira, la paz (no sólo la de la noche, sino también la más íntima de los corazones). Felipe pregunta si y dentro de cuántos días estarán en sus casas. Una latente necesidad de descanso, un no dicho pero sí implícito deseo de afectos familiares están presentes en la sencilla pregunta del apóstol ya entrado en años, que es marido y padre además de apóstol, que tiene intereses de que ocuparse...

Jesús siente todo esto y se vuelve a mirar a Felipe, se detiene para esperarlo, pues Felipe va un poco más atrás, con Mateo y Natanael. Cuando lo tiene a su lado, lo coge con un brazo mientras le dice:

-Pronto, amigo mío. Pero pido a tu bondad todavía otro pequeño sacrificio, a no ser que quieras separarte antes de mí...

-¿Yo? ¿Separarme? ¡Jamás!

-Entonces... te tengo todavía un poco de tiempo lejos de Betsaida. Quiero ir a Cesárea Marítima pasando por Samaria. A1 regreso iremos a Nazaret y estarán conmigo los que no tienen familia en Galilea. Luego, después de un poco, os alcanzaré en Cafarnaúm... Y allí os evangelizaré, para haceros aún más aptos. Pero si crees que tu presencia en Betsaida es necesaria... vete si quieres, Felipe. Nos encontraremos allá...

-No, Maestro. ¡Es más necesario estar contigo! Pero... Es dulce la casa... y las hijas... Pienso que no las tendré mucho conmigo en el futuro... y quisiera gozar un poco de su casta dulzura. Pero si debo elegir entre ellas y Tú, te elijo a ti... y por más de un motivo... - termina, suspirando, Felipe.

-Y haces bien, amigo. Porque Yo te seré arrebatado antes que tus hijas...

-¡Maestro! ... - dice con pena el apóstol.

-Así es, Felipe - termina Jesús, y besa al apóstol en la sien.

Judas Iscariote, que ha estado barbotando entre dientes desde que Jesús ha nombrado Cesárea, alza la voz, como si ver el beso dado a Felipe le hiciera perder el control de sus acciones. Y dice:

-¡Cuántas cosas inútiles! ¡Verdaderamente no sé qué necesidad hay de ir a Cesárea! - y lo dice con una impetuosidad llena de bilis; parece como si quisiera decir implícitamente: «y Tú que vas eres un necio».

-No eres tú quien tiene que juzgar sobre las necesidades de las cosas que hacemos, sino el Maestro - le responde Bartolomé.

-¿Sí, eh? ¡Casi como si Él viera claras las necesidades naturales!

-¡Oye! ¿Estás sano o estás loco? ¿Sabes de quién hablas? - le pregunta Pedro meneándole por un brazo.

-No estoy loco. Soy el único que tiene el cerebro sano. Y sé lo que digo.

-« ¡Pues vaya cosas que dices tú! », « ¡Ruega a Dios que no te lleve la cuenta de ellas! », « ¡La modestia no es amiga tuya! », « Se diría que tienes miedo de que, yendo a Cesárea, se te pueda conocer por lo que eres » - dicen juntos y respectivamente Santiago de Zebedeo, Simón Zelote, Tomás y Judas de Alfeo.

Judas Iscariote se vuelve contra este último:

-No tengo nada que temer y vosotros no tenéis nada que conocer. Lo que sucede es que estoy cansado de ver que se pasa de un error a otro y nos destruimos. Choques con los ancianos, disputas con los fariseos. Ahora nos faltan los romanos...

-¿Cómo? ¿Pero si hace apenas dos lunas que estabas exaltado de alegría, estabas seguro, estabas, estabas, estabas... todo estabas, porque tenías por amiga a Claudia! - observa con ironía Bartolomé, el cual, siendo el más... intransigente, es el que si no se rebela contra los contactos con los romanos es sólo por obediencia al Maestro. Judas enmudece un momento, porque la lógica de la irónica pregunta es evidente, y, so pena de aparecer ilógico, uno no puede contradecir lo que ha dicho antes. Pero luego se recobra:

-No digo esto por los romanos. Me refiero a los romanos como enemigos. Ellas, porque en el fondo no son más que cuatro mujeres romanas, cuatro, cinco, seis como mucho, ellas nos han prometido ayuda y nos la darán. Pero lo que pasa es que ello aumentará el odio de sus enemigos, y Él no lo comprende y...

-Su odio es completo, Judas. Y tú lo sabes como Yo, e incluso mejor que Yo - dice con serenidad Jesús, recalcando la palabra "mejor".

-¿Yo? ¿Yo? ¿Qué quieres decir? ¿Quién sabe las cosas mejor que Tú?

-Acabas de decir que sólo tú conoces las necesidades y el cómo comportarse en ellas... - le rebate Jesús.

-Pero para las cosas naturales. Yo digo que conoces las cosas espirituales mejor que nadie.

-Eso es verdad. Pero precisamente por eso te decía que conoces mejor que Yo las cosas - feas si quieres, degradantes si quieres - naturales, como el odio de mis enemigos, como sus propósitos...

-¡Yo no sé nada! Nada sé yo. Lo juro por mi alma, por mi madre, por Yeohveh...

-¡Basta! Está escrito que no se ha de jurar - dice con tono tajante Jesús, con una severidad que parece endurecerle hasta los rasgos del rostro dándole perfección de estatua.

-Bueno, pues no juraré. Pero me será lícito decir, porque no soy un esclavo, que no es necesario, que no es útil, es más, que es peligroso ir a Cesárea, hablar con las romanas...

-¿Y quién te dice que va a ser así? - pregunta Jesús.

-¿Quién? ¡Hombre, pues todo! Tú tienes necesidad de asegurarte de una cosa. Estás siguiendo las huellas de una... - se para, porque comprende que la ira le hace hablar demasiado. Luego continúa: «Y yo te digo que deberías pensar también en nuestros intereses. Nos has arrebatado todo. Casa, ganancias, afectos, tranquilidad. Somos gente perseguida por causa tuya y lo seguiremos siendo después. Porque Tú - lo dices de todos los modos - un buen día de marcharás. Nosotros, sin embargo, nos quedamos. Y nos quedaremos destruidos, y nosotros...

-Tú no serás perseguido cuando Yo ya no esté entre vosotros. Esto te lo digo Yo, que soy la Verdad. Y te digo que he tomado lo que espontánea e insistentemente me habéis dado. Así que no puedes acusarme de haberos arrebatado violentamente ni un solo cabello de los que se os caen cuando os peináis. ¿Por qué me acusas?

Jesús está ya menos severo, muestra ahora una tristeza deseosa de reconducir a la razón con dulzura, y creo que esta misericordia suya, tan plena, tan divina, es freno para los demás, que no la tendrían, no, hacia el culpable.

Judas también siente esto, y, con una de esas bruscas mudanzas de su alma atrapada entre dos fuerzas contrarias, se arroja al suelo y se golpea la cabeza y el pecho y grita:

-Porque soy un demonio. Un demonio soy yo. ¡Sálvame, Maestro, como salvas a tantos endemoniados! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

-No esté inerte tu voluntad de ser salvado.

-La hay. Ya lo ves. Quiero ser salvado.

-Por mí. Pretendes que Yo haga todo. Pero Yo soy Dios y respeto tu libre arbitrio. Te daré las fuerzas para llegar a "querer". Pero querer no ser esclavo debe venir de ti.

-¡Lo quiero! ¡Lo quiero! ¡Pero no vayas a Cesárea! ¡No vayas! Escúchame a mí como escuchaste a Juan cuando querías ir a Acor. Tenemos todos los mismos derechos. Te servimos todos igualmente. Tienes la obligación de complacernos por lo que hacemos... ¡Trátame como a Juan! ¡Lo quiero! ¿Qué hay de distinto entre yo y él?

-¡El corazón! Mi hermano no habría hablado jamás como tú hablas. Mi hermano no...

-Silencio, Santiago. Hablo Yo. Y a todos. Y tú levántate y compórtate como un hombre, como Yo te trato, no como un esclavo lastimero a los pies de su amo. Sé hombre, puesto que tanto te importa ser tratado como Juan, el cual, en verdad, es más que un hombre, porque es casto y está saturado de Caridad. Vamos. Es tarde. Y al alba quiero pasar el río. A esa hora regresan los pescadores que han retirado las nasas y es fácil encontrar un bote para cruzar el río. La Luna en sus últimos días eleva cada vez más su arco fino, así que podemos, con su mayor luz, caminar más de prisa.

Oíd. En verdad os digo que ninguno debe gloriarse de cumplir con el propio deber y exigir por ello, que es una obligación, especiales favores.

Judas ha recordado que me habéis dado todo. Y me ha dicho que por ello tengo el deber de complacerlos a cambio de lo que hacéis. Pero, considerad esto. Entre vosotros hay pescadores, propietarios de tierras, más de uno que tiene un obrador, y el Zelote que tenía un criado. Ahora bien, cuando los mozos de la barca, o los hombres que como subalternos os ayudaban en el olivar, en la viña o en los campos, o los aprendices del obrador, o simplemente el criado fiel que cuidaba la casa y la mesa, terminaban sus trabajos, ¿acaso os poníais vosotros a servirlos? ¿Y no es así en todas las casas e incumbencias? ¿Qué hombre que tiene un siervo arando o apacentando, o un obrero en el obrador, dice a éste cuando termina el trabajo: "Ve inmediatamente a la mesa"? Ninguno. Más bien, sea que vuelva de los campos, sea que haya dejado las herramientas del trabajo, todo patrón dice: "Hazme de comer, límpiame, y, con túnica limpia y ceñida, sítame mientras yo como y bebo. Después comerás y beberás tú". Y no se puede decir que ello sea dureza de corazón. Porque el siervo debe servir a su señor, y éste no le queda deudor porque el siervo haya hecho lo que por la mañana el señor había ordenado. Porque, si es verdad que el señor

tiene el deber de ser humano con el propio siervo, así el siervo tiene el deber de no ser holgazán y dilapidador, sino de cooperar al bienestar de su señor, que lo viste y le da de comer. ¿Soportaríais vosotros que vuestros mozos de barca, los campesinos, los obreros, el criado de casa, os dijeran: "Sírvenme porque he trabajado"? No creo.

Así también vosotros, mirando a lo que habéis hecho y hacéis por mí - y, en el futuro, mirando a lo que haréis para continuar mi obra y seguir sirviendo a vuestro Maestro - debéis decir siempre, porque veréis también que habréis hecho siempre mucho menos de cuanto era justo hacer para estar nivelados con la mucha ayuda recibida de Dios: "Somos siervos inútiles, porque no hemos hecho sino nuestro deber". Si razonáis así, veréis como no sentiréis ya más surgir en vosotros ni exigencias ni malos humores, y obraréis con justicia.

Jesús calla. Todos reflexionan.

Pedro choca a Juan con el codo, que reflexiona teniendo sus ojos zarcos fijos en las aguas, las cuales del color añil pasan a un plata azul por el toque de la Luna, y le dice:

-Pregúntale cuándo uno hace más de su deber. Quisiera llegar a hacer más de mi deber, yo...

-Yo también, Simón. Estaba pensando precisamente en esto - le responde Juan con su hermosa sonrisa en los labios, y pregunta con voz fuerte: «Maestro, dime: ¿el hombre siervo tuyo no podrá nunca hacer más de su deber, para decirte con este "más" que te ama completamente?».

-Niño, Dios te ha dado tanto que, por justicia, todo heroísmo tuyo sería siempre poco. Pero el Señor es tan bueno, que mide lo que le dais no con su medida infinita. Lo mide con la medida limitada de la capacidad humana. Y, cuando ve que habéis dado sin parsimonia, con una medida colmada, rebosante, generosa, entonces dice: "Este siervo mío me ha dado más de cuanto era su deber. Por eso le daré la sobreabundancia de mis premios".

-¡Oh! ¡Qué feliz me siento! Entonces te voy a dar medida rebosante para recibir esta sobreabundancia! - exclama Pedro.

-Sí. Me darás esa medida. Vosotros me la daréis. Todos los que son amantes de la Verdad, de la Luz, me la darán. Y conmigo serán sobrenaturalmente felices.

423

Partida del Iscariote, que ocasiona la lección sobre el amor y el perdón.

Ya están en la otra margen. Tienen a la derecha el monte Tabor y el pequeño Hermón; a la izquierda, los montes de Samaria; a sus espaldas, el Jordán; de frente, acabada la llanura en que se hallan, los collados ante los que se encuentra Meguidó (si recuerdo bien este nombre, oído en una visión ya lejana, la en que Jesús se reúne con Judas de Keriot y Tomás, después de la separación causada por la necesidad de tener oculta la presencia de Síntica y Juan de Endor).

Deben haber descansado todo el día en alguna casa hospitalaria, porque ya cae de nuevo la tarde y es visible que están descansados. Hace todavía calor, pero el relente empieza a bajar y a suavizar el ardor. Y descienden las sombras violáceas del crepúsculo tras los últimos arreboles de un ocaso de fuego.

-Aquí se camina bien - observa, contento, Mateo.

-Sí. Andando tan bien, estaremos antes del galicinio en Meguidó - le responde el Zelote.

-Y al alba habremos pasado los collados y veremos la llanura de Sarón - termina Juan.

-Y tu mar, ¿eh? - lo anima su hermano.

-Sí. Mi mar... - responde Juan sonriendo.

-Y te marcharás con el espíritu en una de tus peregrinaciones espirituales - le dice Pedro, agarrándole con fuerza un brazo con afecto rudo y benigno. Y termina: «Enséñame también a mí la manera de extraer, a partir de la visión de las cosas, ciertos pensamientos tan... angélicos. Yo he mirado muchas veces el agua... la he amado... pero... nunca me ha servido para otra cosa sino para navegar y pescar. ¿Qué ves tú en el mar?».

-Veo agua, Simón. Como tú y como todos. De la misma forma que ahora veo campos y árboles frutales... Pero luego, además de los ojos de la cabeza, tengo como otros ojos aquí dentro y ya no veo la hierba y el agua, sino palabras de sabiduría que salen de esas cosas materiales. No soy yo quien piensa. No sería capaz de ello. Es otro quien piensa en mí.

-¿Eres acaso profeta? - pregunta un poco irónico Judas Iscariote.

-¡Oh, no! No soy profeta...

-¿Y entonces? ¿Crees que posees a Dios?

-Menos todavía...

-Entonces desvarías.

-Puede ser, porque soy muy pequeño y débil. Pero si es así, es un desvarío bien dulce y me lleva a Dios. Mi enfermedad se transforma entonces en un don, y bendigo por ello al Señor.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - ríe fragorosa y falsamente Judas.

Jesús, que ha escuchado, dice:

-No está enfermo, no es profeta. Pero el alma pura posee la sabiduría, que es la que habla en el corazón del hombre justo.

-Entonces yo no llegaré nunca, porque no he sido siempre bueno... - dice Pedro desconsolado.

-¿Y yo entonces? - le responde Mateo.

-Amigos, pocos, demasiado pocos serían los que podrían poseer la sabiduría por ser puros desde siempre. Pero el arrepentimiento y la buena voluntad hacen al hombre, antes culpable e imperfecto, justo; entonces la conciencia recobra su virginidad en el lavacro de la humildad, de la contrición y del amor; y, virgen así de nuevo, puede emular a los puros.

-Gracias, Señor - dice Mateo, inclinándose a besar la mano del Maestro.

Un silencio. Luego Judas Iscariote exclama:

-¡Estoy cansado! No sé si voy a ser capaz de andar toda la noche.

-¡Hombre, claro! ¡Hoy has querido estar dando vueltas por ahí como un moscardón mientras nosotros dormíamos! - le responde Santiago de Zebedeo.

-Quería ver si encontraba a algunos discípulos...

-¿Y qué te apuraba? El Maestro no lo ha dicho, así que...

-Bien. Y yo lo he hecho. Y, si el Maestro me lo permite, me quedo en Meguiddó. Creo que hay allí un amigo nuestro que baja todos los años por esta época, después de la cosecha de los cereales. Querría hablarle de mi madre y...

-Haz lo que creas conveniente. Una vez terminada tu ocupación te dirigirás a Nazaret. Allí llegaremos nosotros. Avisarás así a mi Madre y a María de Alfeo de que al cabo de poco estaremos en casa.

-Yo también te digo como Mateo: "Gracias, Señor".

Jesús no responde nada y acoge el beso en la mano como ha acogido el de Mateo. No es posible ver las expresiones porque es ese momento de la noche en que la luz diurna ha desaparecido ya totalmente y todavía no hay luz estelar. Hay tanta oscuridad, que con dificultad siguen por el camino y para eliminar todo inconveniente, Pedro y Tomás se deciden a encender unas ramas - que arden crepitando - cogidas de las matas. Pero la luz, primero ausente, ahora móvil y humeante, no permite ver bien las expresiones de los rostros.

Los collados, entretanto, se aproximan. Sus oscuras prominencias se delinean con un negro más negro que el de los campos segados y blancuzcos de rastros en medio de la negrura de la noche, y cada vez se delinean más por la cercanía y el claror de las primeras estrellas...

-Yo te dejaría aquí, porque mi amigo está un poco fuera de Meguiddó. Estoy muy cansado...

-Bien, ve. Que el Señor vele sobre tus pasos.

-Gracias, Maestro. Adiós, amigos.

-Adiós, adiós - dicen los otros sin dar mucha importancia al saludo.

Jesús repite:

-Que el Señor vele sobre tus acciones.

Judas se marcha raudo.

-¡Mmm! Ya no parece tan cansado - observa Pedro.

-Sí. Aquí iba arrastrando las sandalias. Allí corre como una gacela... - dice Natanael.

-Tu saludo ha sido santo, Hermano. Pero, a menos que el Señor lo someta con su voluntad, no servirá la asistencia de Dios para hacerle cumplir buenos pasos y acciones justas.

-¡Judas, no porque me seas hermano estás exento de reprensión! Te reprendo, por tanto, tu acritud e intransigencia hacia tu compañero. El tiene sus culpas. Pero tú también tienes las tuyas. Y la primera es el no saber ayudarme a formar esa alma. Lo exasperas con tus palabras. Los corazones no se vencen con la violencia. ¿Crees que tienes derecho a censurar todas sus acciones? ¿Te sientes tan perfecto como para poder hacerlo? Te recuerdo que Yo, tu Maestro, no lo hago, porque amo a esa alma informe. Es la que más piedad me produce de todas... precisamente por ser informe. ¿Crees que goza de su estado? ¿Y cómo vas a poder ser mañana maestro de espíritus, si no te ejercitas con un compañero en usar la infinita caridad que redime a los pecadores?

Judas de Alfeo agacha la cabeza ya desde las primeras palabras. Pero, al final, hinca en tierra sus rodillas y dice:

-Perdóname. Soy un pecador. Y repréndeme cuando esté en culpa, porque la corrección es amor y el único que no comprende la gracia de ser corregido por el sabio es el necio.

-Ya ves que lo hago, por tu bien. Pero con la reprensión va unido el perdón, porque sé comprender la razón de tu rigor y porque la humildad del corregido desarma al que corrige. Levántate, Judas, y no peques más - y lo tiene a su lado con Juan.

Los otros apóstoles hacen comentarios entre sí, primero bisbiseando, luego más alto por el hábito que tienen de hablar en voz alta. Y así oigo que están comparando a los dos Judas.

-¡Si hubiera sido Judas de Keriot el que hubiera oído ese reproche! ¡Habría que haber visto cómo se habría sublevado! Tu hermano es bueno - dice Tomás a Santiago.

-Pero... bueno... no se puede decir que haya hablado mal. Ha dicho una verdad sobre Judas de Keriot. ¿Tú crees eso del amigo que va a Judea? Yo no - dice con franqueza Mateo.

-Serán... cuestiones de viñas como en el mercado de Jericó - dice Pedro recordando la escena que no puede olvidar. Todos ríen.

-Cierto que se necesita el Maestro para compadecerlo tanto... - observa Felipe.

-¿Tanto? "Siempre", debes decir - le rebate Santiago de Zebedeo.

-Si fuera yo, yo no sería tan paciente - dice Natanael.

-Tampoco yo. La escena de ayer ha sido verdaderamente desagradable - confirma Mateo.

-Ese hombre no debe estar completamente sano de mente - dice conciliador el Zelote.

-Pero siempre sabe hacer bien sus cosas, demasiado bien incluso. Me apostaría mi barca, mis redes, la casa incluso, con la seguridad de no perder nada, a que está yendo a ver a algún fariseo mendigando protecciones... - dice Pedro.

-¡Es verdad! ¡Ismael! ¡Ismael está en Meguiddó! ¿Cómo no lo hemos pensado?! Hay que decírselo al Maestro! - exclama Tomás, dándose un manotazo en la frente.

-Es inútil. El Maestro lo seguiría disculpando y a nosotros nos reprendería - dice el Zelote.

-De todas formas... vamos a probar. Ve tú, Santiago. Te ama, eres su pariente...

-Para Él somos todos iguales. Aquí, en nosotros, no ve parientes o amigos; ve solamente apóstoles, y es imparcial. Pero por complacerlos voy - dice Santiago de Alfeo. Y acelera el paso para destacarse de los compañeros y alcanzar a Jesús.

-Pensáis que ha ido a ver a un fariseo. A uno o a otro, poco importa... Pero yo pienso que lo ha hecho por no venir a Cesárea. No va allí de buena gana... - dice Andrés.

-De un tiempo a esta parte, da la impresión de que siente repulsa por las romanas - nota Tomás.

-Y, a pesar de todo... mientras vosotros ibais a Engadí y yo a casa de Lázaro con él, estuvo todo contento de hablar con Claudia... - observa el Zelote.

-Sí... pero... Creo que precisamente entonces había hecho alguna cosa mal hecha. Y yo creo que Juana lo sabe y que llamó a Jesús por eso y... y... muchas cosas trituro aquí dentro desde que Judas se enfureció así en Betsur... - masculla Pedro.

-¿Dices que...? - pregunta curioso Mateo.

-Pues... No sé... Ideas... Veremos...

-¡No pensemos mal! El Maestro no quiere. Y no tenemos ninguna prueba de que haya hecho algo malo - dice Andrés con tono de ruego.

-¡No me querrás decir que hace bien causando dolor al Maestro, faltándole al respeto, creando malos humores...!

-¡Tranquilo, Simón! Te aseguro que está un poco loco... - dice el Zelote.

-Bien. Será así. Pero es uno que peca contra la bondad de nuestro Señor. Yo, aunque me escupiera en la cara, aunque me abofeteara, lo soportaría por ofrecérselo a Dios por su redención. Me he metido en la cabeza hacer todo tipo de sacrificio por esto, y para dominarme, me muerdo la lengua, me hincó las uñas en las palmas cuando se comporta como un loco. Pero lo que no puedo perdonar es que sea malo con nuestro Maestro. El pecado que comete contra Él es como si me lo hiciera a mí, y no lo perdono. ¡Además... si fuera de vez en cuando! ¡Qué va! ¡Está siempre detrás! ¡No consigo hacer que se me pase la rabia que me hierve dentro por alguna escena suya, y ya arma otra! Una, dos, tres... ¡Hay un límite!

Pedro habla casi gritando, y gesticulando lleno de genio.

Jesús, que va unos diez metros por delante, se vuelve -sombra blanca en la noche - y dice:

-No hay límite para el amor y el perdón. No lo hay. Ni en Dios ni en los verdaderos hijos de Dios. Mientras hay vida no hay límite. La única barrera que es obstáculo para que descienda el perdón y el amor es la resistencia impenitente del pecador. Pero, si éste se arrepiente, se le ha de perdonar siempre. Aunque pecase no una, dos, tres veces al día, sino muchas más.

Vosotros también pecáis y queréis perdón de Dios y a Él vais y decís: "¡He pecado! ¡Perdóname!". Y os es dulce el perdón, de la misma forma que a Dios le es dulce perdonar. Y vosotros no sois dioses. Por eso, menos grave es la ofensa que un semejante vuestro os hace, que la que hace a Aquel que no es semejante de ningún otro. ¿No os parece? Y, sin embargo, Dios perdona. Haced también vosotros lo mismo. ¡Estad atentos a vosotros! Estad atentos a que vuestra intransigencia no se transforme en daño, provocando intransigencia de Dios hacia vosotros. Ya lo he dicho, pero lo repito otra vez: Sed misericordiosos para obtener misericordia. Ninguno está tan sin pecado, que pueda ser intransigente con el pecador. Mirad vuestros pesos, antes de los que gravan el corazón ajeno; quitad primero de vuestro espíritu los vuestros, luego ocupaos de los ajenos, para mostrar a los demás no rigor que condena sino amor que enseña, y ayuda a ser liberados del mal.

Para poder decir - sin que el pecador te haga callar -, para poder decir: "Has pecado respecto a Dios y respecto al prójimo", es necesario no haber pecado, o, al menos, haber expiado el pecado. Para poder decir a quien se siente abatido por haber pecado: "Ten fe, que Dios perdona a quien se arrepiente", como siervos de este Dios que perdona a quien se arrepiente, debéis perdonar mostrando mucha misericordia. Entonces podréis decir: "¿Ves, pecador arrepentido? Yo perdono tus culpas una y mil veces, porque soy siervo de Aquel que perdona innumerables veces a quien otras tantas veces se arrepiente de sus pecados. Piensa entonces cómo te perdona el Perfecto, si yo, sólo porque lo sirvo, sé perdonar. ¡Ten fe!". Esto debéis poder decir. Y decirlo con la acción, no con las palabras. Decir perdonando.

Por eso, si vuestro hermano peca, reprendedlo con amor y si se arrepiente, perdonadlo. Y si al cabo del día ha pecado siete veces y siete veces os dice: "Me arrepiento", otras tantas veces perdonadlo. ¿Habéis comprendido? ¿Me prometéis que lo haréis? Mientras está lejos, ¿me prometéis que tendréis compasión de él? ¿Me prometéis ayudarme a curarlo con vuestro sacrificio de contenedores cuando yerra? ¿No queréis ayudarme a salvarlo? Es un hermano vuestro de espíritu, al venir de un único Padre; de raza, al venir de un único pueblo; de misión, al ser apóstol como vosotros. Tres veces debéis amarlo pues. Si en vuestra familia tuvierais un hermano que diera dolor a vuestro padre y diera de sí motivo de críticas, ¿no trataríais de corregirlo para que vuestro padre no sufriera más y el pueblo no hablase mal de vuestra familia? ¿Y entonces? ¿No es la vuestra una más grande y santa familia cuyo Padre es Dios, cuyo Primogénito soy Yo? ¿Por qué, entonces, no queréis consolarnos al Padre y a mí, y ayudarnos a hacer bueno al pobre hermano que - creedme - no es feliz de ser así?...

Jesús, angustiadamente, suplica por el apóstol tan lleno de faltas... Y termina:

-Yo soy el gran Mendigo. Y os pido el óbolo más preciado: almas os pido. Las voy buscando. Pero vosotros me tenéis que ayudar... Saciad el hambre de mi Corazón, que busca amor y no lo encuentra sino en demasiado pocos. Porque los que no tienden a la perfección, para mí son como panes arrebatados a mi hambre espiritual. Dad almas a vuestro Maestro, afligido de ser aborrecido e incomprendido...

Los apóstoles están conmovidos... Muchas cosas quisieran decir. Y todas las palabras les parecen demasiado mezquinas... Se arriman al Maestro, todos quieren acariciarlo para hacerle sentir que lo quieren.

En fin, es el manso Andrés el que dice:

-Sí, Señor. Con paciencia y silencio y sacrificio, las armas que convierten, te daremos almas. También ésa... si Dios nos ayuda...

-Sí, Señor. Y Tú ayúdanos con tu oración.

-Sí, amigos. Entretanto, vamos a orar juntos por el compañero que se ha marchado. "Padre nuestro que estás en el Cielo..."

La voz perfecta de Jesús dice las palabras del Pater articulándolas clara y lentamente. Los otros le hacen coro en tono bajo. Y, orando, se alejan en la noche.

424

Pensamientos de gloria y martirio ante la vista de la costa mediterránea.

Desde las cimas de las últimas elevaciones, que ya no es propio llamar colinas, pues son de una altura muy relativa, aparece un amplio radio de la costa mediterránea, limitado al norte por la elevación del Carmelo, libre al sur hasta las extremas lejanías que la vista humana puede alcanzar. Una plácida costa, casi recta, que tiene a sus espaldas una llanura feraz, apenas interrumpida por levísimas ondulaciones. Las ciudades marítimas son visibles con la blancura de sus casas entre el verde del interior y el azul espléndido del mar plácido y sereno que refleja el azul puro del cielo.

Cesárea se halla un poco al norte del lugar en que están los apóstoles con Jesús y algunos discípulos, encontrados quizás en los pueblos que han atravesado al anochecer o al alba. Porque ahora ya está superada el alba, y superada la aurora, a pesar de que todavía el día transcurra sus primeras horas: esas horas tan hermosas de las mañanas estivales en que el cielo, después del rosicler de la aurora, vuelve a ser azul, y fresco el aire nítido, frescos los campos, intacto de velas el mar; horas virginales del día, en que se abren las nuevas flores, y las gotas de rocío, secándose con el primer sol, exhalan consigo los aromas de las hierbas, y confían el frescor y el perfume al respiro leve de la brisa matutina, que apenas si mueve las hojas en sus tallitos y riza apenas la superficie llana del mar.

La ciudad - bonita como todos los lugares en que el refinamiento romano tiene sede - aparece extendida sobre la orilla. Termas y palacios marmóreos albean, como bloques de nieve endurecida, en los barrios más cercanos al mar, custodiados por una torre, también blanca, alta, cuadrada, enclavada junto al puerto. Quizás un castro o un lugar de vigía. Luego las casitas más modestas, periféricas, construidas en estilo hebreo. Y, por todas partes, verdor de pérgolas y jardines elevados (más o menos fastuosos, ubicados en las terrazas que coronan las casas) y descollar de copas de árboles.

Los apóstoles admiran, se detienen a la sombra fresca de un grupo de plátanos puesto casi en la cima de la colina.

-¡Se ensancha el respiro viendo esta inmensidad! - exclama Felipe.

-Y a uno le parece ya sentir todo el frescor de aquellas bonitas aguas azules - dice Pedro.

-¡Sí, verdaderamente! ¡Después de tanto polvo, piedras, zarzas... mira que tersura! ¡Qué frescor! ¡Qué paz! El mar da siempre paz - comenta Santiago de Alfeo.

-¡Mmm! Menos cuando... te bambolea y te hace dar vueltas a ti y a la barca como a bolos en manos de chavales... - le responde Mateo, que probablemente recuerda su mal de mar.

-Maestro... yo pienso... pienso en todas las palabras de nuestros salmistas, en el libro de Job, en las palabras de los libros sapienciales... pienso en los lugares en que se celebra la potencia de Dios. Y, no sé por qué, este pensar, que me viene de lo que veo, me hace brotar el pensamiento de que seremos sublimados hasta una belleza perfecta en una pureza azul y luminosa, si somos justos hasta el final, hasta la gran revista, hasta el momento de tu triunfo eterno, el que Tú nos describes y que significará el final del Mal... Y me parece ver poblada esta inmensidad celeste de luminosos cuerpos resucitados en ti, refulgente más que mil soles, en el centro de los bienaventurados, y ya no habrá dolor ni lágrimas ni insultos ni denigraciones como las de ayer al anochecer... y paz, paz, paz... Pero, ¿cuándo va a terminar de hacer daño el Mal? ¿Va a romper, acaso, las puntas de sus saetas contra tu Sacrificio? ¿Se va a persuadir de estar derrotado? - dice Juan, el cual, si al principio sonreía, ahora está angustiado.

-Jamás. Siempre creará que es triunfador, a pesar de todos los mentís que le den los santos. Y mi Sacrificio no despuntará sus saetas. Pero llegará la hora, la hora final, en que el Mal será vencido, y en una belleza aún más infinita de la que tu espíritu prevé, los elegidos serán el único Pueblo, eterno, santo, el Pueblo verdadero del Dios verdadero.

-¿Y nosotros estaremos allí todos? - preguntan los apóstoles.

-Todos.

(Todos. María Valtorta precisa en una copia mecanografiada: "Puede decir "todos" porque Judas Iscariote no está presente, y de los apóstoles sólo el hombre de Keriot se condenó")

-¿Y nosotros? - pregunta el grupo, más numeroso, de los discípulos.

-Vosotros también estaréis todos.

-¿Todos los presentes o todos los que somos discípulos? Ya somos muchos, a pesar de los que se han separado.

-Y cada vez seréis más. Aunque no todos seréis fieles hasta el final. Pero muchos estarán conmigo en el Paraíso. Unos recibirán el premio después de una expiación, otros desde el primer momento después de la muerte; pero el premio será tal, que, de la misma forma que olvidaréis la Tierra y sus dolores, olvidaréis también el Purgatorio con sus penitenciales nostalgias de amor.

-Maestro, Tú nos has dicho que sufriremos persecuciones y martirios. Entonces, podremos ser apresados y muertos sin tener tiempo de arrepentirnos; o nuestra debilidad nos hará faltar de resignación a la muerte cruenta... ¿Y entonces? - pregunta Nicolái de Antioquía, que está entre los discípulos.

-No creas eso. Por vuestra debilidad de hombres no podríais, efectivamente, sufrir resignados el martirio. Pero a los grandes espíritus, que deben dar testimonio del Señor, el Señor les infunde una ayuda sobrenatural...

-¿Cuál? ¿La insensibilidad quizás?

-No, Nicolái. El amor perfecto. Llegarán a un amor tan completo, que el suplicio de la tortura, el suplicio de las acusaciones, el suplicio de las separaciones de los parientes o de la vida o de todo, no serán ya una realidad que abate. Antes al contrario, y sobre todo, se transformará en base para elevarse al Cielo, para acoger este Cielo, para verlo; por tanto, para tender los brazos y el corazón hacia las torturas y así ir a donde ya estará su corazón: al Cielo.

-Uno que muera así estará muy perdonado entonces - dice un discípulo anciano cuyo nombre desconozco.

-No mucho, perdonado del todo, Papías. Porque el amor es absolución y el sacrificio es absolución, y la confesión heroica de la fe es absolución. Así pues, como ves, los mártires recibirán un ternario lavacro.

-¡Oh! Entonces... Yo he pecado mucho, Maestro, y he seguido a éstos para obtener perdón, y ayer me lo has dado y por eso has sido insultado por quien no perdona y es culpable. Yo creo que tu perdón es válido. Pero por mis largos años de culpa dame el martirio absolutorio.

-Mucho pides, hombre.

-No será nunca cuanto debo dar para obtener la bienaventuranza que Juan de Zebedeo ha descrito y Tú has confirmado. Te lo suplico, Señor: haz que muera por ti, por tu doctrina...

-Mucho pides, hombre. La vida del hombre está en las manos de mi Padre...

-Pero todas tus oraciones hayan acogida, como hayan acogida todos tus juicios. Pídele al Eterno este perdón para mí...

El hombre está de rodillas a los pies de Jesús, que lo mira a los ojos y dice:

-¿Y no te parece martirio vivir cuando el mundo ha perdido todo atractivo y cuando el corazón tiene su anhelo puesto en el Cielo; y vivir para adoctrinar a otros en orden al amor y conocer las desilusiones del Maestro y perseverar sin cansancios para darle almas al Maestro? Haz la voluntad de Dios, siempre, aunque te pareciera más heroica la tuya, y serás santo... Pero ahí están los compañeros que vienen con las provisiones. Vamos a ponernos en camino para llegar a la ciudad antes de las horas tórridas.

Y se pone Él el primero en marcha por la suave bajada, que pronto toca la llanura cortada por la cinta blanca de la calzada que conduce a Cesárea Marítima.

425

En Cesárea Marítima. Romanos mundanos y parábola de los hijos con destinos distintos.

Cesárea tiene vastos mercados, a los que afluyen productos alimenticios finos para las refinadas mesas romanas. Cerca de las plazas de los mercados donde, formando una imagen calidoscópica de rostros, colores y géneros, están los alimentos más humildes, se encuentran los almacenes para los alimentos más ricos, importados de todas partes - bien sea de las distintas colonias romanas o de la distante Italia - para hacer menos penosa la ausencia de la lejana Patria. Y los almacenes de los vinos o de las finuras culinarias traídas de otros lugares están bajo profundos pórticos, porque a los romanos no les gusta que el sol los queme, ni que los mojen las lluvias, mientras buscan para sus paladares refinados los alimentos que consumirán en los festines. De acuerdo con ser epicúreos en el gusto del paladar, pero ello no debe faltar al respeto a los otros miembros... así que sombras de pórticos frescos, arcos protectores para las lluvias conducen desde el barrio romano - casi todo él reunido en torno al palacio del Procónsul, apretado entre la vía litoral y la plaza de los edificios militares y telonios - a los almacenes romanos cercanos a los mercados de los judíos.

Hay mucha gente bajo estos pórticos, que, si bien no son bonitos en esta parte extrema suya que desemboca en los mercados, cómodos sí que son. Gente de todos los tipos. Esclavos y libertos, y también algún que otro epicúreo señor circundado de esclavos, que, dejada su litera en la vía, va indolente de una tienda a otra, comprando cosas que los esclavos llevan a casa. Las consabidas ociosas conversaciones, cuando dos señores romanos se encuentran: el tiempo, el aburrimiento de la ciudad, que no ofrece las satisfacciones de la Italia lejana, añoranzas de espectáculos grandiosos, programas de festines y conversaciones licenciosas.

Un romano, precedido por un grupo de unos diez esclavos cargados de sacos y paquetes, se cruza con otros dos de su clase. Saludos recíprocos:

-¡Salve, Enio!

-¡Salud, Floro Tulio Cornelio! ¡Salud, Marco Heracles Flavio!

-¿Cuándo has vuelto?

-Cansado, al alba de anteayer.

-¿Tú cansado? ¿Pero cuándo sudas tú! - dice, burlón, el joven llamado Floro.

-No te burles, Floro Tulio Cornelio. ¡También ahora estoy sudando por los amigos!

-¿Por los amigos? No te hemos pedido fatigas - objeta el otro, más anciano, llamado Marco Heracles Flavio.

-Pero mi amor piensa en vosotros. ¿Veis, vosotros, crueles que os burláis de mí, esta fila de esclavos cargados de pesos? Otros los han precedido con otros pesos. Y todo para vosotros. Para daros honores».

-¿Este es entonces tu trabajo? ¿Un banquete? ¿Y por qué? - gritan rumorosamente los dos amigos.

-¡Chist! ¡Un alboroto como éste entre nobles patricios! Os parecéis a la plebe de esta ciudad donde nos consumimos en...

-Orgías y ocio. Que no hacemos sino eso. Todavía me pregunto: ¿para qué estamos aquí?, ¿qué misiones tenemos?

-Morir de aburrimiento es una.

-Enseñar a vivir a estas plañideras quejumbrosas es otra.

-Y... sembrar a Roma en los sagrados bacinetes de las mujeres hebreas es otra más.

-Y otra es gozar, aquí como en otras partes, de nuestra riqueza y poder, al cual todo le está permitido.

Los tres se alternan como por una letanía, y ríen.

Pero el joven Floro se para y se pone serio, y dice:

-Pero desde hace ya un tiempo una neblina se abate sobre la alegre corte de Pilato. Las más hermosas damas parecen castas vestales y sus maridos las secundan en el capricho. Ello quita mucho a las habituales fiestas...

-¡Ya! El capricho por ese tosco Galileo... Pero pasará pronto...

-Te equivocas, Enio. Sé que también Claudia está conquistada, y por eso una... extraña morigeración de costumbres se ha establecido en su palacio. Parece como si reviviera allí la austera Roma republicana...

-¡Uf! ¡Qué aburrimiento! ¿Pero desde cuándo?

-Desde el dulce Abril propicio a los amores. Tú no lo sabes... Estabas ausente. Nuestras damas han regresado fúnebres como las lloronas de las urnas cinerarias, y nosotros, pobres hombres, tenemos que buscar en otros lugares muchos solaces, que tampoco se nos conceden en presencia de las púdicas.

-Una razón más para que os socorra. Esta noche gran cena... y además gran orgía, en mi casa. En Cintium, donde he estado, he encontrado delicias que estos inmundos consideran impuras: pavos reales, perdices y zancudas de todas las especies, y crías de jabalíes: la madre matada y ellos cogidos vivos y criados para nuestras cenas. Y vinos... ¡Ah, delicados, preciosos vinos de las colinas romanas, de mis cálidas pendientes de Liternum y de tus soleadas playas en Aciri!... Y aromáticos vinos de Quío y de la isla en que Cintium es la gema. Y embriagadores vinos de Iberia, propicios para encender la sensualidad para el goce final. ¡Oh, tiene que ser una gran fiesta! Para sacudirnos el aburrimiento de este exilio. Para persuadirnos de que somos todavía viriles...

-¿También mujeres'?

-También... Y más guapas que rosas. De todos los colores y... sabores. Un tesoro me ha costado adquirir todas las mercancías, y entre ellas las hembras... Pero soy generoso para los amigos... Ahora aquí estaba terminando de comprar las últimas cosas: las que en el viaje podían estropearse. ¡Después del banquete... a nosotros el amor!...

-¿Has tenido buena navegación?

-Magnífica. Venus marina me ha sido propicia. En fin... le dedico a ella el rito de esta noche...

Los tres se ríen de forma vulgar, catando ya con anticipación las próximas, indignas delicias...

Pero Floro pregunta:

-¿Por qué esta extraordinaria fiesta? ¿Hay un motivo para ella?...

-Tres motivos: mi amado nieto se pone en estos días la toga viril. Debo dar solemnidad a este acontecimiento. Una obediencia al presagio que me decía que Cesárea se transformaba en dolorosa morada y había que conjurar el hado con un rito a Venus. El tercero... - bajo, os lo digo bajo - es que estoy de boda...

-¡Tú! ¡Embustero!

-Estoy de boda. Es "boda" cada vez que uno saborea el primer trago de un ánfora cerrada. Yo esta noche lo voy a hacer. He pagado por ella veinte mil sextercios o, si lo preferís, doscientos áureos, porque en realidad es lo que he terminado por desembolsar entre intermediarios y... similares. Pero no la habría encontrado más hermosa y pura ni aunque la hubiera dado a luz Venus en una aurora de Abril y la hubiera hecho de espumas y rayos de oro. Un capullo, un capullo cerrado... ¡Ah, y yo soy su dueño!

-¡Profanador! - dice, burlón, Marco Heracles.

-¡No te pongas censor, que eres como yo!... Cuando se marchó Valeriano, aquí languidecíamos de aburrimiento. Pero yo tomo su lugar... Los tesoros de los antepasados están para esto. Y no voy a ser como él, tan necio que espere a que la más rubia que la miel, Gala Ciprina - la he llamado así -, sea corrompida por las melancolías y filosofías de los emasculados que no saben gozarse la vida...

-¡Sí señor! pero, de todas formas... la esclava de Valeriano era culta y...

-... y estaba desquiciada con sus lecturas de los filósofos... Alma, segunda vida, virtud... ¡qué va hombre!... vivir es gozar. Y aquí se vive. Ayer he arrojado a las llamas todos los volúmenes funestos, y so pena de muerte, he mandado a los esclavos que no recuerden miserias de filósofos ni de galileos. Y la muchacha me conocerá sólo a mí...

-¿Pero dónde la has encontrado?

-Ya ves, hubo quien fue sagaz y adquirió esclavos después de las guerras gálicas y no los usó más que como reproductores, manteniéndolos bien. Sólo debían procrear para dar flores nuevas... Y Gala es una de éstas. Ahora es púber, y el amo la ha vendido... Y yo la he comprado... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

-¡Libidinoso!

-Si no hubiera sido yo, hubiera sido otro... Por tanto... no debía nacer mujer...

-Si te oyera... ¡Oh, ahí está!

-¿Quién?

-El Nazareno que ha hechizado a nuestras damas. Está detrás de ti...

Enio se vuelve como si tuviera a sus espaldas un áspid. Mira a Jesús, que avanza lentamente entre la gente que se apiña alrededor de Él, pobre gente común y también esclavos de romanos, y, riendo maliciosamente, dice:

-¿Ese andrajoso? Las mujeres son unas depravadas. Pero vamos a largarnos, ¡no vaya a ser que nos hechice también a nosotros! Vosotros - dice por fin a sus pobres esclavos, que han estado todo el tiempo bajo sus cargas, semejantes a cariatides para las cuales no hay piedad - vosotros, id a casa, y raudos, que habéis perdido tiempo hasta ahora y los preparadores están

esperando las especias, los perfumes. ¡Corriendo! Y recordad que os espera el azote, si todo no está preparado para la puesta del sol.

Los esclavos se marchan corriendo y más lentamente, los sigue el romano con los dos amigos...

Jesús avanza. Triste, porque ha oído el final de la conversación de Enio. Y desde lo alto de su estatura mira con infinita compasión a los esclavos que corren bajo sus pesos. Se vuelve en torno a sí, busca otras caras de esclavos de romanos... Ve algunas, mezcladas entre la turba que le aprieta, temblorosas de miedo (los esclavos tienen miedo a ser sorprendidos por los encargados u obligados por los hebreos a marcharse), y, deteniéndose, dice:

-¿No hay entre vosotros alguno de aquella casa?

-No, Señor. Pero los conocemos - responden los esclavos presentes.

-Mateo, dales abundante limosna. Lo repartirán con sus compañeros, para que sepan que hay quien los quiere. Y vosotros sabed, y decídselo a los otros, que con la vida cesa el dolor sólo para los que fueron buenos y honestos en sus cadenas, y con el dolor cesa la diferencia entre ricos y pobres, esclavos y libres. Después hay un único y justo Dios para todos, el cual, sin tener en cuenta ni riquezas ni cadenas, dará premio a los buenos y castigo a los no buenos. Recordadlo.

-Sí, Señor. Pero nosotros los de las casas de Claudia y Plautina vivimos bastante felices, como también los de Livia y Valeria; y te bendicimos porque has mejorado nuestra condición - dice un anciano, al que todos escuchan como jefe.

-Para mostrarme que me estáis agradecidos, sed cada vez más buenos, y tendréis al verdadero Dios como vuestro eterno Amigo.

Jesús alza la mano como para despedirse y bendecir, y luego se pone junto a una columna y empieza a hablar en medio del atento silencio de la muchedumbre. Y ya no se marchan los esclavos, sino que se quedan a escuchar las palabras que salen de la boca divina.

-Oíd. Un padre que tenía muchos hijos dio a cada uno de ellos, ya adultos, dos monedas de mucho valor, y les dijo: "No pienso seguir trabajando para cada uno de vosotros. Ya estáis en la edad de ganáros la vida. Por tanto os doy a cada uno una cantidad igual de dinero, para que la empleéis como más os plazca y para vuestro interés. Yo estaré esperando aquí, dispuesto a aconsejaros, dispuesto también a ayudaros, si por una involuntaria calamidad perdierais todo el dinero que ahora os doy o parte de él. Pero recordad bien que seré intransigente con el que lo disipe con malicia voluntaria y con los holgazanes que lo gasten o lo dejen como está, con el ocio o con los vicios. A todos os he mostrado el Bien y el Mal. Así que no podéis decir que vais ignorantes al encuentro de la vida. A todos os he dado ejemplo de laboriosidad sabia y justa y de vida honesta. Por tanto, no podéis decir que os haya pervertido el espíritu con mi mal ejemplo. He cumplido con mi deber. Cumplid vosotros ahora con el vuestro, que ni sois tontos ni estáis sin la necesaria preparación ni sois analfabetos. Idos", y se despidió de ellos y se quedó solo, a la espera, en su casa.

Los hijos se dispersaron por el mundo. Tenían todos las mismas cosas: dos monedas de gran valor, de las que podían libremente disponer, y un tesoro mayor de salud, energía, conocimientos y ejemplos paternos. Por tanto, habrían debido llegar todos de la misma forma a un resultado positivo. Pero ¿qué sucedió? Que entre los hijos hubo quien hizo buen uso de las monedas y consiguió pronto un grande y honesto tesoro con el trabajo asiduo y honesto y una vida moderada, conformada a las enseñanzas del padre; hubo quien al principio se enriqueció honestamente, pero luego despilfarró la fortuna con el ocio y las orgías; hubo quien hizo dinero con usura y comercio indigno; y hubo quien no hizo nada, porque fue pasivo, perezoso, vacilante, y acabó las monedas de mucho valor sin haber podido encontrar todavía una ocupación cualquiera.

Después de un tiempo, el padre de familia mandó servidores a todas las partes donde sabía que estaban sus hijos, y dijo a los servidores: "Diréis a mis hijos que se reúnan en mi casa. Quiero que rindan cuentas de lo que han hecho en este tiempo, y hacerme idea directa de sus condiciones". Y los servidores fueron por todos los lugares y encontraron a los hijos de su señor; transmitieron el mensaje y cada uno de ellos regresó con el hijo de su señor encontrado.

El padre de familia los recibió con mucha solemnidad. Como padre, pero también como juez. Y todos los parientes de la familia estaban presentes, y con los parientes los amigos, los conocidos, los criados, los convecinos y los de los lugares limítrofes. Una reunión solemne. El padre estaba en su sitial de cabeza de familia. En torno, en semicírculo, todos los parientes, amigos, conocidos, servidores, convecinos y habitantes de zonas limítrofes. Enfrente, alineados, los hijos.

Incluso sin preguntas, su diverso aspecto daba respuesta acerca de la verdad: los que habían sido laboriosos, honrados, morigerados, y habían construido una santa fortuna, tenían el aspecto lozano, pacífico y holgado propio de quien tiene abundantes medios, buena salud y serenidad de conciencia. Miraban a su padre con una sonrisa buena, agradecida, humilde pero al mismo tiempo triunfadora, esplendorosa por la alegría de haber honrado al padre y a la familia y por haber sido buenos hijos, buenos ciudadanos y buenos fieles. Los que habían derrochado sus haberes en la negligencia o en el vicio estaban apesadumbrados, mustios, deslucidos la cara y el vestido, con las señales de las orgías o del hambre claramente imprimidas en todos ellos. Los que se habían enriquecido con maniobras delictivas tenían la agresividad, la dureza, en su rostro, la mirada cruel y turbada de fieras que temen al domador y se preparan a reaccionar...

El padre empezó el interrogatorio por estos últimos: "¿Cómo es que vosotros, que teníais un aspecto tan sereno cuando os marchasteis, ahora parecéis fieras preparadas a despedazar? ¿De dónde os viene ese aspecto?"

"Nos lo ha dado la vida. Y tu dureza de mandarnos fuera de casa. Tú nos pusiste en contacto con el mundo".

"Bien. ¿Y qué habéis hecho en el mundo?"

"Lo que hemos podido para obedecer a tu orden de ganarnos la vida con la nada que nos diste."

"Bien. Poneos en aquel rincón... Y ahora a vosotros, delgados, enfermos y mal vestidos. ¿Qué habéis hecho para acabar así? Cuando os marchasteis estabais sanos y bien vestidos".

"En diez años la ropa se deteriora..." objetaron los holgazanes.

"¿Es que ya no hay telares en el mundo que hagan telas para los indumentos de los hombres?"

"Sí... Pero se necesita dinero para comprar estas cosas...". "Lo teníais."

"En diez años... se han requeteterminado. Todo lo que tiene principio tiene fin".

"Sí, si se saca sin meter. Pero, ¿por qué habéis sacado sólo? Si hubierais trabajado, podríais meter y sacar sin que se terminara el dinero; es más, consiguiendo que aumentara. ¿Habéis estado enfermos?"

"No, padre".

"¿Y entonces?"

"Nos sentimos desorientados... sin saber qué hacer, sin saber qué fuera lo bueno... Temíamos actuar mal, y para no actuar mal no hicimos nada".

"¿Y no estaba vuestro padre a quien dirigirse para ser aconsejados? ¿Es que he sido alguna vez un padre intransigente, amedrentador?"

"¡Oh, no! Pero nos avergonzábamos de decirte: 'No somos capaces de tomar iniciativas'. ¡Tú has sido siempre tan activo!... Nos hemos escondido por vergüenza".

"Bien. Id al centro de la estancia. ¡A vosotros! ¿Qué me decís vosotros, vosotros que al aspecto del hambre unís el de la enfermedad? ¿Quizás os ha enfermado el excesivo trabajo? Sed sinceros y no os regañaré".

Algunos de los interpelados se hincaron de rodillas golpeándose el pecho y diciendo: "¡Perdónanos, padre! Ya Dios nos ha castigado, y nos lo merecemos. Pero tú, que eres nuestro padre, perdónanos... Habíamos empezado bien, pero no perseveramos. Viéndonos fácilmente ricos, dijimos: 'Pues bien, ahora vamos a gozar un poco, como nos sugieren los amigos, y luego volveremos al trabajo y reconstruiremos lo perdido'. Y queríamos hacerlo así de verdad. Volver a las dos monedas y luego volver a hacerlas producir, como por juego. Y dos veces - dos dicen dos, uno dice tres - lo conseguimos. Pero luego la suerte nos abandonó... y consumimos todo el dinero".

"Pero ¿por qué no os corregisteis después de la primera vez?"

"Porque el pan condimentado con el vicio corrompe el paladar y ya uno no puede prescindir de él..."

"Estaba vuestro padre..."

"Es verdad. Y te anhelábamos con añoranza y nostalgia. Pero te hemos ofendido... Suplicábamos al Cielo que te inspirara llamarnos para recibir tu reprensión y tu perdón; esto pedíamos y pedimos, más que las riquezas que ya no queremos porque nos han extraviado".

"Bien. Poneos también junto a los de antes, en el centro de la estancia. ¿Y vosotros, enfermos y pobres como éstos, pero que estáis silenciosos y no mostráis dolor, qué decís?"

"Lo que han dicho los primeros. Que te odiamos porque con tu imprudente modo de actuar nos has causado la ruina. Tú, que nos conocías, no debías lanzarnos a las tentaciones. Nos has odiado y te odiamos. Nos has preparado esta trampa para librarte de nosotros. ¡Maldito seas!"

"Bien. Id junto a los primeros a aquel rincón. Y ahora a vosotros, de lozano aspecto, serenos, ricos hijos míos. Decid. ¿Cómo habéis alcanzado esto?"

"Poniendo en práctica tus enseñanzas, ejemplos, consejos, órdenes, todo. Resistiendo a los tentadores por amor a ti, padre bendito que nos has dado la vida y los conocimientos".

"Bien. Venid a mi derecha. Y oíd todos mi juicio y mi defensa. Yo he dado a todos igual en dinero, ejemplo y conocimientos; mis hijos han respondido de formas diferentes. De un padre trabajador, honrado, morigerado, han salido algunos semejantes a él, luego ociosos, luego débiles que con facilidad caen en tentación, y crueles que odian a su padre, a sus hermanos y al prójimo, contra quien - aunque no lo digan, lo sé - han ejercitado usura y han cometido delitos. Y en los débiles y los ociosos están los arrepentidos y los impenitentes. Ahora juzgo. Los perfectos ya están a mi derecha, a mi nivel en la gloria como en las obras; los arrepentidos estarán de nuevo sujetos, como niños que han de instruirse todavía, hasta que alcancen el grado de capacidad que los haga de nuevo adultos; los impenitentes y culpables, que sean arrojados fuera de mis fronteras y perseguidos por la maldición de quien ya no es su padre, porque su odio a mí anula las relaciones de paternidad y filiación entre nosotros. Y recuerdo a todos que cada uno se ha construido su destino, porque yo he dado a todos las mismas cosas, que, en los que las han recibido, han producido cuatro desenlaces distintos, y no puedo ser acusado de haber querido su mal".

La parábola ha terminado, oh vosotros que habéis escuchado. Ahora os doy sus equivalencias.

El Padre de los Cielos está celado en el padre de familia numerosa. Las dos monedas dadas por el padre a todos los hijos antes de mandarlos al mundo son el tiempo y la libre voluntad que Dios da a cada uno de los hombres, para que los use como mejor le parezca, después de haber sido adoctrinado y edificado con la Ley y los ejemplos de los justos. A todos, iguales dones. Pero cada hombre los usa como su voluntad quiere: quién atesora el tiempo, los medios, la educación, la riqueza, todo, en el bien y se mantiene sano y santo, rico con una riqueza multiplicada; quién empieza bien y luego se cansa y disipa los bienes; quién no hace nada pretendiendo que sean los demás los que hagan las cosas; quién acusa al Padre de los propios errores; quién se arrepiente, dispuesto a ofrecer reparación; quién no se arrepiente y acusa y maldice como si su ruina hubiera estado forzada por otros. Y Dios a los justos les da inmediatamente premio; a los arrepentidos, misericordia y tiempo de expiar para alcanzar el premio por su arrepentimiento y expiación; y da maldición y castigo a quien pisotea el amor con la impenitencia después del pecado. A cada uno le da lo suyo.

No malgastéis nunca las dos monedas, el tiempo y el libre arbitrio; antes bien, usad éstos con justicia para estar a la derecha del padre, y, si habéis faltado, arrepentíos y tened fe en el misericordioso Amor. Idos. ¡La paz esté con vosotros!

Los bendice y los mira mientras se alejan bajo el sol que inunda la plaza y las calles. Pero los esclavos están todavía allí...

-¿Todavía aquí, pobres amigos? ¿Y no os van a castigar?"

-No, Señor, si decimos que te hemos estado escuchando a ti. Nuestras amas te veneran. ¿A dónde vas ahora, Señor? Desean verte desde hace mucho...

-A casa del soguero del puerto. Pero me marchó esta noche, y vuestras amas estarán en la fiesta...

-Lo diremos igualmente. Nos tienen ordenado, desde hace meses y meses, que señalemos todas las veces que pases.

-De acuerdo. Marchaos. Y también vosotros haced buen uso del tiempo y del pensamiento, que es siempre libre aunque el hombre esté encadenado.

Los esclavos se prosternan y se marchan hacia los barrios romanos; Jesús y los suyos, por una callecita modesta, van hacia el puerto.

426

Con las romanas en Cesárea Marítima. Profecía en Virgilio. La joven esclava salvada.

Jesús es huésped de la humilde familia del soguero. Una casita baja, y salitrosa por la proximidad de las aguas marinas. Detrás de la casa, unos almacenes poco fragantes, donde se descargan las mercancías antes de que los distintos compradores las retiren. Delante, un camino polvoriento, surcado por pesadas ruedas, rumoroso a causa de los descargadores, de los muchachos traviesos, de los carreteros, de los marineros que van y vienen ininterrumpidamente. A1 otro lado del camino, una pequeña dársena, de agua oleaginosa por los detritos arrojados en ella y por su inmovilidad. De la dársena sale un pequeño puerto-canal, que desemboca en el verdadero, amplio puerto capaz de recibir naves grandes. Por la parte occidental, una plaza arenosa donde se fabrica la cuerda en medio de un fuerte rechinar de cabrestantes de torsión movidos a mano. En la parte oriental otra plaza, mucho más pequeña y aún más ruidosa y desordenada, donde hombres y mujeres apañan redes y velas. Luego casuchas bajas y salitrosas, llenas de críos semidesnudos.

Ciertamente no se puede decir que Jesús haya elegido un lugar señorial de alojamiento. Moscas, polvo, batahola, olor de agua detenida y cáñamo puesto a remojo antes de ser usado son los soberanos del lugar. Y el Rey de los reyes, echado con sus apóstoles encima de un montón de cáñamo sin elaborar, duerme, cansado, en ese pobre cuarto, medio trastero, medio almacén, que está en la parte de atrás de la casita y a través del cual se entra, por una puerta negra como el alquitrán, a la cocina, también negra, y por una puerta carcomida y corroída por el polvo y el salitre, que le dan una tonalidad blanco-gris de pómez, se sale a la plaza donde se fabrica la cuerda y de donde llegan olores de cáñamo en maceración.

E1 sol azota la plaza, a pesar de cuatro enormes plátanos, dos a un lado, dos al otro, de la plaza rectangular, bajo los cuales están los cabrestantes para retorcer el cáñamo. No sé si digo la palabra correcta para nombrar la máquina que usan. Los hombres, cubiertos con una túnica reducida a lo esencial para tapar lo que la decencia impone, empapados de sudor como si estuvieran debajo de una ducha, dan vueltas y vueltas a su cabrestante, con movimiento continuo como galeotes condenados... No hablan sino para decir las indispensables palabras inherentes al trabajo. Por tanto, si se quita el chirrido de las ruedas de los cabrestantes y el del cáñamo estirado en la torsión, no hay ningún otro ruido en la plaza, extraño contraste con el que hay en los otros lugares de alrededor de la casa del soguero.

Por eso sorprende, como cosa no pensada, la exclamación de uno de los sogueros:

-¿Mujeres?! ¿A estas horas tremendas? ¡Mirad! Vienen justamente hacia aquí...

-Tendrán necesidad de cuerdas para atar a sus maridos... - dice bromeando un joven soguero.

-Pueden necesitar también cáñamo para labores.

-¡Mmm! ¿El nuestro, tan tosco como es, cuando hay quien lo da espadillado?

-Cuesta menos el nuestro. ¿Ves? Son pobres...

-Pero no son hebreas. Fíjate que el manto es distinto...

-Serán no hebreas. En Cesárea ya hay un poco de todo...

-Quizás buscan al Rabí. Estarán enfermas... Fíjate cómo están completamente tapadas a pesar de este calor...

-Con tal de que no sean leprosas... Miseria sí, pero lepra no; no la quiero ni siquiera por resignación a Dios - dice el soguero al que todos obedecen.

-¿Pero oyes lo que dice el Maestro?: "Hay que aceptar todo lo que Dios manda".

-Pero Dios no manda la lepra. La mandan los pecados, los vicios y los contagios...

Las mujeres han llegado ya a las espaldas, no de estos que hablan, y que están en el lado opuesto de la plaza, sino de los que están en la parte de la casa - más próximos, por tanto, para llegar a ellos -, y una se inclina a decir algo a uno de los sogueros, el cual se vuelve, asombrado, y se queda donde está como atolondrado.

-Vamos un poco a oír qué dicen... Tan tapadas... ¡Lo único que me faltaría sería lepra en casa, con todos los hijos que tengo!... - dice el soguero patrón, dejando de mover el cabrestante y poniéndose en camino. Sus compañeros lo siguen...

-Simón, esta mujer quiero algo, pero habla extranjero. Mira a ver tú, que has navegado - dice el hombre al que se ha dirigido la mujer.

-¿Qué quieres? - pregunta el rudo soguero, tratando de verla a través del lino cendalí teñido de oscuro que cubre su rostro.

Y en un griego purísimo la mujer responde:

-El Rey de Israel. El Maestro.

-¡Ah! Comprendo. ¿Pero... sois leprosas?

-No.

-¿Quién me lo asegura?

-Él mismo. Pregúntale a Él.

El hombre duda... Luego dice:

-Bien. Pondré un acto de fe y Dios me protegerá... Voy a llamarlo. Quedaos ahí.

Las mujeres, cuatro, no se mueven: grupo ceniciento y mudo, mirado con estupor y con muy claro temor por parte de los sogueros, que se han agrupado a algunos pasos de distancia.

El hombre va al almacén y toca a Jesús, que duerme.

-Maestro... Sal afuera. Te buscan.

Jesús se despierta y se alza enseguida, preguntando:

-¿Quién?

-¡Mmm!... Mujeres griegas... Tapadas completamente... Dicen que no son leprosas y que Tú me lo puedes asegurar...

-Voy enseguida - dice Jesús. Se anuda las sandalias que se había quitado, se ata la túnica en la parte del cuello y se ciñe el cinturón (se lo había quitado para estar más libre en el sueño). Y sale con el soguero.

Las mujeres hacen ademán de ir hacia Él.

-¡Estad ahí, os digo! No quiero que caminéis por donde juegan mis hijos... Primero quiero que Él diga que estáis sanas.

Las mujeres se paran.

Jesús se llega a ellas. La más alta, no la que ha hablado antes en griego, dice en voz baja una palabra. Jesús se vuelve al soguero:

-Simón, puedes estar tranquilo. Las mujeres están sanas y necesito escucharlas en paz. ¿Puedo entrar en casa?...

-No. Está la vieja, más charlatana y curiosa que una urraca. Ve allí, al final, debajo del cobertizo de los pilones. Hay también un cuartito. Allí estás solo y en paz.

-Venid... - dice Jesús a las mujeres. Y va con ellas al final de la plaza, debajo del hediondo cobertizo, dentro del cuartucho - estrecho como una celda - donde hay herramientas rotas, trapajos, sobras de cáñamo, telas de araña gigantescas, y donde el olor de la maceración y del moho raspan la garganta, de lo penetrantes que son. Jesús, que está muy serio y pálido, sonríe levemente y dice:

-No es un lugar adecuado para vuestros gustos... Pero no tengo otro...

-No vemos el lugar, porque vemos a Aquel que está en él en este momento - responde Plautina quitándose el velo y el manto. Y las otras, que son Lidia, Valeria y la liberta Álbula Domitila, hacen lo mismo.

-De ello arguyo que, a pesar de todo, me creéis todavía un justo.

-Más que un justo. Y Claudia nos manda precisamente porque te cree más que un justo y no tiene en cuenta las palabras oídas. Pero quiere tu confirmación al respecto para tributarte doble veneración.

-O suspenderla, si le aparezco como han querido dibujarme. Pero, tranquilizadla. No tengo miras humanas. Mi ministerio y mi deseo son total y solamente sobrenaturales. Quiero, sí, reunir en un único reino a todos los hombres. ¿Pero qué de los hombres? ¿La carne y la sangre? No. Eso se lo dejo, materia lábil, a las lábiles monarquías, a los imperios inseguros. Quiero reunir bajo mi cetro solamente a los espíritus de los hombres, espíritus inmortales en un reino inmortal. Yo repudio cualquier otra versión de mi voluntad, quienquiera que fuere el que la diese, distinta de ésta. Y os ruego que creáis y que digáis a la que os envía que la Verdad tiene solamente una palabra...

-Tu apóstol hablaba con tal seguridad...

-Es un muchacho exaltado, y tal hay que considerarlo cuando se le escucha.

-¡Pero te perjudica! Repréndelo... Despídelo...

-¿Y mi misericordia entonces dónde estaría? Hace eso por un amor errado. ¿No debo tener compasión, pues? ¿Y qué cambiaría si lo despидiera? Se haría doble mal a sí mismo y me haría doble mal a mí.

-¿Entonces para ti es como una bola atada al pie!...

-Para mí es como un infeliz al que redimir...

Plautina cae de rodillas extendiendo los brazos y diciendo:

-¡Ah, Maestro más grande que cualquier otro, qué fácil es creerte santo cuando se siente tu corazón en tus palabras! ¡Qué fácil es amarte y seguirte por esta caridad tuya que es más grande aún que tu inteligencia!

-No más grande, sino más comprensible para vosotras... que tenéis vuestro intelecto estorbado por demasiados errores y no tenéis la generosidad de despojarlo de todo para acoger la Verdad.

-Tienes razón. Eres adivino y sabio.

-La sabiduría, siendo forma de santidad, da siempre luminosidad de juicio, ya sobre hechos pasados o presentes, ya sobre premoniciones de hechos futuros.

-Por eso vuestros profetas...

-Eran personas santas. Dios por eso se comunicaba a ellos con gran plenitud.

-¿Eran santos porque eran de Israel?

-Eran santos porque eran de Israel y porque eran justos en sus acciones. Porque no todo Israel es ni ha sido santo, aun siendo Israel. No es la pertenencia casual a un pueblo o a una religión lo que puede hacer a uno santo. Estas dos cosas pueden ayudar grandemente a serlo. Pero no son el factor absoluto de la santidad.

-¿Cuál es, entonces, el factor?

-La voluntad del hombre. La voluntad que conduce las acciones del hombre: a santidad, si es buena; a iniquidad, si es mala.

-Entonces... no se excluye que haya justos también entre nosotros.

-No se excluye. Es más, ciertamente hay justos entre vuestros antepasados, y ciertamente los habrá entre los que viven. Porque sería demasiado horrendo que todo el mundo pagano fuera de demonios. Los que, de entre vosotros, sienten atracción hacia el Bien, hacia la Verdad, y repugnancia contra el Vicio, y evitan las malas acciones como degradantes del hombre, habéis de creer que están ya en el sendero de la justicia.

-Entonces Claudia...

-Sí. Y vosotras. Perseverad.

-Pero, ¿en el caso de que muriéramos antes de habernos... convertido a Ti... de qué serviría el haber sido virtuosas?...

-Dios juzga con justicia. Pero ¿por qué aplazar el venir al Dios verdadero?

Las tres damas agachan la cabeza... Un silencio... Y luego la gran confesión, que será la que dé explicación de tantas crueldades y resistencias romanas hacia el cristianismo...

-Porque nos parecería traicionar a la Patria...

-A1 contrario, serviríais a la Patria haciéndola moral, y espiritualmente más grande, porque tendría la fuerza de la posesión y protección de Dios, además de la de su ejército y riquezas. ¡Roma, la Urbe mundial, Urbe de la religión universal!... Fijaos...

Un silencio...

Luego Livia, poniéndose roja como la llama, dice:

-Maestro, hace tiempo te buscábamos a ti aun en las páginas de nuestro Virgilio. Porque para nosotros tienen más valor las... profecías de los completamente vírgenes respecto a la fe de Israel, que las de vuestros profetas, en los cuales podemos sentir la sugestión de creencias milenarias... Y hemos discutido de ello... Comparando las diversas personas que en todo tiempo, nación y religión, te han presentado. Pero ninguno te sintió con tanta exactitud como nuestro Virgilio... ¡Cuánto hablamos aquel día con Diomedes, el liberto griego, astrólogo, que goza de la estima de Claudia! Él sostenía que esto ha sucedido porque los tiempos estaban más cercanos, y los astros hablaban con sus conjunciones... Y en apoyo de su tesis esgrimía el hecho de los tres Sabios de tres países de Oriente que vinieron a adorarte infante, y provocaron la matanza de que Roma se horrorizó... Pero no nos convenció, porque... en más de cincuenta años ningún otro sabio de todo el mundo ha hablado de ti por noticia de los astros, a pesar de estar más próximos aún a tu manifestación actual. Claudia exclamó: "¡Se requeriría aquí la presencia del Maestro! El daría la palabra de la verdad y sabríamos el lugar y el destino inmortal de nuestro máximo poeta". ¿Quisieras decirnos... para Claudia...? Un don para mostrarnos que no le tienes antipatía por su duda acerca de ti...

-He comprendido su reacción de romana y no le he guardado rencor. Tranquilizadla. Y escuchad. ¿Virgilio no fue grande únicamente como poeta, no es verdad?

-¡Oh, no! También como hombre. En medio de una sociedad ya corrompida y viciosa, resplandeció de pureza espiritual. Ninguno pudo decir que lo hubiera visto lujurioso, amante de orgías y de licencias. Sus escritos son castos, pero más casto tuvo el corazón. Tanto que en los lugares en que más vivió le llamaban "la virgencita": con burla los viciosos, con veneración los buenos.

-Y entonces, ¿en un alma límpida de hombre casto no habrá podido reflejarse Dios, aunque fuera un hombre pagano? ¿La Virtud perfecta no habrá amado al virtuoso? Y si le fueron concedidos el amor y la visión de la Verdad por la belleza pura de su espíritu, ¿no habrá podido tener una chispa de profecía, de una profecía que no es sino verdad que se revela a quien merece conocer la Verdad como premio y estímulo a una virtud cada vez mayor?

-¿Entonces... te profetizó realmente?

-Su mente encendida de pureza y genio ascendió para conocer una página referida a mí, y puede ser considerado el poeta pagano y justo, un espíritu profético y precristiano como premio a sus virtudes.

-¡Oh! ¡Nuestro Virgilio! ¿Y recibirá un premio?

-He dicho: "Dios es justo". Pero vosotras no imitéis al poeta deteniéndoos en su límite. Seguid, porque a vosotras la Verdad no se os ha mostrado por intuición y en parte, sino completa, y os ha hablado.

Plautina, sin dar respuesta, dice:

-Gracias, Maestro... Nos retiramos. Claudia nos ha dicho que te preguntemos si te puede ser útil en cosas morales.

-Y os ha dicho que me lo dijerais si no era un usurpador...

-¡Oh, Maestro! ¿Cómo lo sabes?

-Yo soy más que Virgilio y los profetas...

-¿Es verdad! ¡Todo es verdad! ¿Podemos servirte?...

-Para mí no tengo necesidad sino de fe y amor. Pero hay una criatura que está en gran peligro y cuya alma será muerta esta noche. Claudia podría salvarla.

-¿Aquí? ¿Quién? ¿Muerta el alma?

Un patricio vuestro ofrece una cena y...

-¡Ah, sí! Enio Casio. También mi marido está invitado... - dice Livia.

-Y también el mío... Y la verdad es que nosotras también. Pero, dado que Claudia se abstiene de ir, también nosotras nos abstendremos. Habíamos decidido retirarnos nada más acabar la cena, en el caso de que hubiéramos ido... Porque... nuestras cenas terminan en orgías... que ya no podemos soportar... Y, con el desdén de la esposa desatendida, dejamos que se queden allí nuestros maridos... - dice, severa, Valeria.

-No con desdén... Con piedad de su miseria moral... - corrige Jesús.

-Es difícil, Maestro... Sabemos lo que sucede allí dentro...

-Yo también sé muchas cosas que suceden en los corazones... y no obstante perdono...

-Tú eres santo...

-Vosotras debéis haceros santas. Por deseo mío y por acicate de vuestra voluntad...

-¡Maestro!...

-Sí. ¿Podéis afirmar que sois felices como antes de conocerme, con la pobre felicidad animal, sensual de paganas desconocedoras de que son más que carne, ahora que conocéis un poco de Sabiduría?..

-No, Maestro. Lo confesamos. Nos sentimos insatisfechas, inquietas, como uno que busca un tesoro y no lo encuentra.

-¡Pues lo tenéis delante! Lo que os pone inquietas es el anhelo de Luz de vuestro espíritu, la impaciencia de vuestro espíritu por vuestra tardanza... en darle lo que os pide...

Un momento de silencio... Luego, Plautina otra vez, sin dar respuesta, dice:

-¿Y qué podría hacer Claudia?

-Salvar a esa criatura. Una niña comprada por placer por el romano. Una virgen que mañana ya no lo será.

-Si la ha comprado... le pertenece.

-No es un mueble. Dentro de la materia hay un espíritu...

-Maestro... nuestras leyes...

-¡Mujeres: la Ley de Dios!...

-Claudia no va a la fiesta...

-No le digo que vaya. Os digo que le digáis: "El Maestro, para tener la certeza de que Claudia no lo acusa, le pide ayuda para esta alma niña"...

-Se lo diremos. Pero no podrás hacer nada... Esclava adquirida... objeto del que se puede disponer...

-El cristianismo enseñará que el esclavo tiene un alma como la del César, mejor en la mayor parte de los casos, y que el alma pertenece a Dios; y la maldición pesa sobre quien la corrompa.

Jesús se muestra majestuoso al decir esto.

Las mujeres sienten su imperiosidad y severidad. Se inclinan sin replicar. Se ponen de nuevo los mantos y los velos y dicen:

-Lo transmitiremos. ^¡, Maestro!

-Adiós.

Las mujeres salen a la plaza caliente. Pero Plautina se vuelve y dice:

-Para todos éramos mujeres griegas. ¿Entiendes?

-Entiendo. Marchaos tranquilas.

Jesús se queda solo, debajo del bajo cobertizo, y ellas se marchan por el mismo camino recorrido para venir.

Los sogueros vuelven al trabajo...

Jesús vuelve, lentamente, al almacén. Está pensativo. Ya no se echa: sentado encima de un montón de cuerdas enrolladas, ora intensamente... Los once siguen durmiendo profundamente...

Pasa un rato así... Una hora más o menos. Luego el soguero introduce la cabeza y hace un gesto a Jesús de que vaya a la puerta.

-Hay un esclavo. Pregunta por ti.

El esclavo, un nómada, está afuera, en la plaza llena de sol todavía. Se inclina y, sin decir nada, entrega una tablilla encerada.

Jesús lee y dice:

-Dirás que esperaré hasta el alba. ¿Has comprendido?

El hombre asiente con la cabeza y, para que se entienda por qué no habla, abre la boca y enseña la lengua cortada.

-¡Pobrecillo! - dice Jesús acariciándolo.

Al esclavo le ruedan dos lágrimas por las negras mejillas. Toma la blanca mano entre las suyas negras - muy semejantes a las de un mono grande - y se la pasa por su cara, la besa, la pone sobre su corazón y luego se arroja al suelo, toma el pie de Jesús y se lo pone encima de la cabeza... Todo un lenguaje de gestos para expresar su gratitud por ese gesto de amor compasivo...

Y Jesús repite:

-¡Pobrecillo! - pero no hace el gesto curativo.

El esclavo se pone en pie y pide la tablilla encerada... Claudia no quiere dejar señales de su contacto epistolar... Jesús sonríe y devuelve la tablilla. El nómada se marcha y Jesús se acerca al soguero.

-Tengo que quedarme hasta el alba... ¿Lo concedes?...

-Todo lo que quieras. Siento ser pobre...

-Y a mí me place el que seas honesto.

-¿Quiénes eran esas mujeres?

-Extranjeras necesitadas de consejo.

-¿Sanas?

-Como Yo y como tú.

-¡Ah! ¡Bien!... Ahí están tus apóstoles...

Efectivamente, restregándose los ojos, desperezándose, todavía medio adormilados, los once salen del almacén y van hacia el Maestro.

-Maestro... habrá que cenar, si quieres partir al anochecer... - dice Pedro.

-No. Ya no parto hasta el alba.

-¿Por qué?

-Porque me han rogado que lo haga así.

-¿Pero por qué? ¿Por quién? Era mejor andar de noche. Ya hay Luna nueva...

-Espero salvar a una criatura... Y ello es más luminoso que la Luna y más aliviador para mí que los frescores de la noche.

Pedro le lleva aparte:

-¿Qué ha sucedido? ¿Has visto a las romanas? ¿De qué humor están? ¿Son ellas las que se convierten? Dímelo...

Jesús sonríe:

-Si me dejas responder te lo digo, curiosísimo hombre. He visto a las romanas. Caminan hacia la Verdad, aunque lentamente. Pero no retroceden. Ya es mucho.

-Y... respecto a lo que decía Judas... ¿Qué hay?

-Que continúan venerándome como a un sabio.

-Pero... ¿por Judas? ¿No está él en medio?...

-Han venido a buscarme a mí, no a él...

-Pero entonces, ¿por qué ha tenido miedo de encontrarse con ellas? ¿Por qué no quería que vinieras a Cesárea?

-Simón, no es la primera vez que Judas tiene extraños caprichos...

-Eso es verdad. Y... ¿vienen esta noche las romanas?

-Ya han venido.

-¿Y entonces por qué esperamos al alba?

-¿Y por qué eres tan curioso?

-¡Anda, Maestro... dime todo!

-Bueno. Para quitarte toda sospecha... Tú también has oído la conversación de aquellos tres romanos...

-Sí. ¡Inmundos! ¡Peste! ¡Demonios! ¿Pero nosotros qué tenemos que ver con ello?... ¡Ah, comprendo! Las romanas van a la cena y luego vienen a pedir perdón de haber estado en la inmundicia... Me maravillo que des tu conformidad.

-¡Me maravillo de que hagas juicios temerarios!

-¡Perdóname, Maestro!

-Sí. Pero debes saber que las romanas no van a esa fiesta y que Yo he pedido a Claudia que intervenga en favor de aquella niña...

-¡Pero Claudia no puede hacer nada! ¡La muchacha ha sido comprada por el romano y él tiene plenos poderes respecto a ella!

-Pero Claudia tiene mucho poder sobre el romano. Y Claudia me ha mandado el mensaje de que espere al alba para partir. Nada más. ¿Estás contento?

-Sí, Maestro. Pero lo que está claro es que de momento no has descansado... Ven ahora... ¡Estás tan cansado...! Vigilaré para que te dejen en paz... Ven, ven... - y, amorosamente tiránico, tira de El, lo empuja, le obliga a echarse de nuevo...

Pasan las horas. Desciende el crepúsculo, cesa el trabajo, más fuerte chillan los niños por las calles y placitas, y las golondrinas en el cielo. Y luego descienden las primeras sombras. Las golondrinas van al nido y los niños a la cama. Uno a uno los ruidos cesan, hasta que queda solamente el leve chapoteo del agua en el canal y el ruido más fuerte de las olas en la playa. Las casas se cierran. Estas casas de trabajadores cansados. Se apagan en ellas las luces. El descanso desciende a hacer a todos ciegos y mudos... a alejar a todos... Se levanta la Luna y ennoblece con su plata también la balsa sucia de la pequeña dársena, que ahora parece una lámina de plata...

Los apóstoles duermen de nuevo encima del cáñamo... Jesús, sentado en uno de los cabrestantes parados, apoyadas las manos en su regazo, ora, piensa, espera... No aparta los ojos del camino que viene de la ciudad.

La Luna se alza, se alza. Está perpendicular sobre la cabeza. El mar tiene ahora voz más fuerte y el agua del canal más fuerte olor, y el cono de la Luna que hunde sus rayos en el mar se hace más amplio, abraza toda la balsa de agua que está frente a Jesús, y se pierde cada vez más lejano: senda de luz que desde los confines del mundo parece venir hacia Jesús, remontando el canal, terminando en la balsa de la dársena. Y por esta senda viene una barca, pequeña, blanca. Avanza, avanza, sin dejar huellas de su paso en el camino de agua que se reconstruye después de su paso... Remonta el canal... Ya está en la dársena silenciosa. Aborda. Se para. Y tres sombras bajan. Un hombre musculoso, una mujer y una grácil figurita entre los dos. Se dirigen hacia la casa del soguero.

Jesús se pone en pie y va hacia ellos.

-La paz a vosotros. ¿A quién buscáis?

-A ti, Maestro - dice Lidia mientras se descubre y se aproxima sola. Y continúa: «Claudia te ha servido. Porque era una cosa justa y completamente moral. Ésa es la muchacha. Valeria, dentro de un poco, la tomará como niñera de la pequeña Fausta. Pero, entretanto, te ruega que la tengas Tú; es más, que se la confíes a tu Madre o a la madre de tus parientes. Es completamente pagana. Bueno, más que pagana. El amo con quien ha crecido ha metido en ella la absoluta nada. No sabe ni de Olimpo ni de ninguna otra cosa. Lo único que tiene es un terror loco de los hombres, porque la vida se le ha descubierto totalmente y en toda su brutalidad desde hace algunas horas...».

-¡Oh, triste palabra! ¿Demasiado tarde?

-No materialmente... Pero él ya la preparaba para su... digamos sacrilegio. Y la criatura está aterrorizada... Claudia ha tenido que dejarla durante toda la cena junto a ese sátiro, reservándose para entrar en acción cuando el vino le hubiera hecho menos capaz de reflexionar. No es necesario que yo te recuerde que, si el hombre es siempre lúbrico en sus amores sensuales, lo es en modo sumo cuando está ebrio... Pero sólo entonces es un juguete que puede ser instado por una fuerza y privado de su tesoro. Y Claudia se ha aprovechado de esto. Enio desea el regreso a Italia, de la que ha sido alejado por desaire... Claudia ha prometido el regreso a cambio de la muchacha. Enio se ha tragado el anzuelo... Pero mañana, pasada la embriaguez, se rebelará, la buscará, montará un jaleo. Verdad es que mañana Claudia tendrá la manera de hacerle callar.

-¿Violencia? ¡No!...

-¡La violencia usada con buen fin es útil! Pero no será usada. Lo único es que Pilatos, todavía un poco atontado por el mucho vino bebido esta noche, firmará la orden para Enio de ir a informar a Roma... ¡Ja! ¡Ja!... Y con la primera nave militar partirá. Pero entretanto... conviene que la muchacha esté en otro lugar, por temor a que Pilatos se arrepienta y revoque la orden... ¡Es tan variable! Y conviene que la muchacha olvide, si puede, las porquerías humanas. Maestro... Hemos ido a la cena por esto... Pero, ¿cómo hemos podido ir a esas orgías hasta hace pocos meses sin sentir náusea? Hemos huido de allí en cuanto

hemos obtenido lo que queríamos... Allí nuestros maridos emulan todavía a los animales... ¡Qué náusea, Maestro!... Y tenemos que recibirlos después de que... después de que...

-Sed austeras y pacientes. Con el ejemplo mejoraréis a vuestros consortes.

-¡Oh, no es posible!... No sabes...

La mujer llora más de indignación que de dolor. Jesús suspira.

Lidia continúa:

-Claudia te dice que ha hecho esto para mostrarte que te venera como al único Hombre que merece veneración. Y quiere que te diga que te agradece el que le hayas enseñado el valor de un alma y de la pureza. Lo recordará. ¿Quieres ver a la muchacha?

-Sí. ¿Y el hombre quién es?

-El nómada mudo de quien se sirve Claudia en las cosas más secretas. No hay peligro de delación... No tiene lengua...

Jesús repite, como por la tarde: « ¡Pobrecillo!». Pero tampoco ahora hace el milagro.

Lidia va por la muchacha. La toma de la mano y casi la lleva a rastras frente a Jesús. Explica:

-Sabe pocas palabras latinas y menos aún judías... Un animalito salvaje... Únicamente objeto de placer. Y a la muchacha: «No tengas miedo. Dile "gracias". Es el que te ha salvado... Arrodíllate. Bésale los pies. ¡Ánimo! ¡No tiembles!... ¡Perdona, Maestro! Está aterrorizada por las últimas caricias de Enio ya borracho...

-¡Pobre criatura! - dice Jesús poniendo la mano en la cabeza cubierta de la muchacha - ¡No temas! Te llevaré donde mi Madre durante un tiempo. Con una Mamá, ¿comprendes? Y tendrás a tu alrededor a muchos buenos hermanos... ¡No temas, hija mía!

¿Qué hay en la voz de Jesús y en la mirada? Todo: paz, seguridad, pureza, amor santo. La muchacha lo siente, echa hacia atrás el manto y la capucha para mirarlo mejor, y la figurita grácil, de joven que apenas si está en los umbrales de la pubertad, casi todavía niña, de gracias inmaduras e inocente aspecto, aparece envuelta en una túnica demasiado ancha para ella...

-Estaba semidesnuda... Le he puesto y le he metido en el fardel los primeros vestidos que he encontrado... - explica Lidia.

-¡Una niña! - dice con piedad Jesús, y tendiéndole la mano pregunta: « ¿Quieres venir conmigo, sin miedo?».

-Sí, amo.

-No. No amo. Dime: Maestro.

-Sí, Maestro - dice más segura la muchacha, y una tímida sonrisa substituye a la expresión de miedo que había antes en el rostro blanquísimo.

-¿Eres capaz de andar mucho camino?

-Sí, Maestro.

-Luego descansarás donde mi Madre, en mi casa, en espera de Fausta... una niñita a la que querrás mucho... ¿Te gusta?

-¡Oh, sí!... - y la muchacha levanta segura los claros ojos de un gris azul bellissimo, entre pestañas de oro, y osa preguntar:

-¿Ya nunca más aquel amo? - y un destello de terror todavía le turba la mirada.

-Jamás - vuelve a prometer Jesús, poniendo de nuevo la mano en los tupidos cabellos de color blondo miel de la muchacha.

-Adiós, Maestro. Dentro de pocos días estaremos en el lago también nosotras. Quizás nos veremos todavía. Ruega por las pobres romanas.

-Adiós, Livia. Dile a Claudia que estas son las conquistas que Yo pretendo, y no otras. Ven, niña. Partiremos inmediatamente...

Y, llevándola de la mano, se asoma a la puerta del almacén llamando a los apóstoles.

Mientras la barca, sin dejar huella de su venida, regresa al mar abierto, Jesús y los apóstoles, con la niña en medio del grupo cubierta con un manto, van, por las callejuelas periféricas y desérticas, hacia los campos...

Bartolomé instruye a Áurea Gala.

Son tan precoces las albas estivas, que breve es el tiempo que media entre el ocaso de la Luna y la aparición del primer albor. De manera que, a pesar de que hayan andado ligeros, la fase más oscura de la noche los sorprende todavía en las cercanías de Cesárea; y tampoco da suficiente luz una rama encendida de un arbusto espinoso. Es necesario hacer un alto, incluso porque la jovencita, menos acostumbrada que ellos a andar de noche, tropieza a menudo en las piedras medio sepultadas en la arena.

-Es mejor pararse un poco. La niña no ve y está cansada - dice Jesús.

-No, no, puedo... Vamos lejos, lejos... Podría venir. Por aquí hemos pasado para ir a aquella casa - dice, entrechocando los dientes, la jovencita, mezclando hebreo y latín en un nuevo idioma, para que la entiendan.

-Iremos detrás de aquellos árboles y no nos verá nadie. No temas - le responde Jesús.

-Sí, no temas. Ese... romano a esta hora está debajo de la mesa como una cuba... - dice Bartolomé para tranquilizarla.

-Y además estás con nosotros. ¡Nosotros te queremos! No dejamos que te hagan daño. ¡Oye, que somos doce hombres fornidos!... - dice Pedro, poco más alto que ella, pero tan corpulento cuanto grácil es ella, tan quemado por el sol cuanto nívea es ella, pobre flor crecida a la sombra para que fuera más estimulante y valiosa.

-Eres una hermanita. Y los hermanos defienden a las hermanas... - dice Juan.

La jovencita, a la luz última de la improvisada antorcha, alza hacia sus consoladores los claros iris gris hierro apenas teñido de azul, dos limpios iris aún brillantes por el llanto vertido con el terror de poco antes... Es recelosa, pero, no obstante, de ellos se fía. Y cruza con los otros el reguero seco que está pasado el camino, para entrar en una propiedad que termina allí en un tupido huerto.

Se sientan. Es noche oscura. Esperan. Los hombres quizás dormirían. Pero cualquier ruido hace dar un gemido a la muchacha, y el galope de un caballo le hace agarrarse convulsa al cuello de Bartolomé, que, quizás, por ser muy anciano, atrae su confianza y confidencia. Por tanto es imposible dormir.

-¡Pero no tengas miedo! Cuando se está con Jesús ya no pasa nada malo - dice Bartolomé.

-¿Por qué? - pregunta la muchacha, temblorosa y enroscada todavía al cuello del apóstol.

-Porque Jesús es Dios en la Tierra, y Dios es más fuerte que los hombres.

-¿Dios? ¿Qué es Dios?

-¡Pobre criatura! ¡Pero cómo te han criado! ¿No te han enseñado nada?

-A tener blanca la piel, brillante el pelo, a obedecer a los amos... a decir siempre que sí... Pero yo no podía decir que sí al romano... era feo y me producía miedo... Todo el día miedo... Siempre allí... cuando el baño, cuando una se viste... y unos ojos... y las manos... ¡oh!... Y a quien no dice "sí" le dan de palos...

-No recibirás palos. Ya no está el romano, ni sus manos... Lo que hay es la paz... - le responde Jesús.

Y los otros comentan:

-¡Pero qué horror! ¡Como a animales de valor, no más que como a animales! Y peor todavía... Porque un animal sabe al menos que le enseñan a arar o a llevar la montura y el bocado porque ésa es su función. ¡Pero esta criatura ha sido arrojada allí sin saber!...

-Yo, si hubiera sabido, me habría echado al mar. Había dicho: "Te haré feliz"...

-Efectivamente te ha hecho feliz. De una manera que no imaginaba. Feliz para la Tierra y para el Cielo. Porque conocer a Jesús es felicidad - le dice el Zelote.

Un silencio, en que cada uno medita en los horrores del mundo. Luego, en voz baja, la niña pregunta a Bartolomé:

-¿Me dices lo que es Dios? ¿Y por qué Él es Dios? ¿Porque es guapo y bueno?

-Dios... ¿Cómo arreglárselas para enseñarte tanto a ti que estás vacía de toda idea religiosa?

-¿Religiosa? ¿Qué es?

-¡Altísima Sabiduría! ¡Me siento como uno que se está ahogando en un gran mar! ¿Cómo me las arreglo ante esta sima?

-Es muy sencillo, Bartolomé, lo que difícil te parece. Es una sima, sí, pero vacía. Y puedes colmarla de Verdad. Peor es cuando las simas están colmas de fango, venenos, serpientes... Habla con la sencillez con que hablarías a un niño pequeño. Te comprenderá de forma que mejor que ella no te comprendería un adulto.

-¡Maestro! ¿Pero no podrías hacerlo Tú?

-Podría. Pero la muchacha aceptará las palabras de un semejante suyo más fácilmente que las mías de Dios. Y además es que... en el futuro os encontraréis ante estas simas, para llenarlas de mí, y debéis aprender a hacerlo.

-Es verdad. Voy a intentarlo. Escúchame, niña... ¿Te acuerdas de tu mamá?

-Sí, Señor. Hace siete años que las flores florecen sin ella. Pero antes estaba con ella.

-De acuerdo. ¿Y te acuerdas de ella? ¿La quieres?

-¡Oh! - un acceso de llanto unido a la exclamación dice todo.

-Pobre criatura, no llores... Escucha... El amor que sientes por tu mamá...

-...Y mi padre... y mis hermanitos... - dice entre sollozos la niña.

-Sí... por tu familia, el amor por tu familia, el pensamiento que tienes de tu familia, el deseo de volver a ella...

-¡Ya nunca!...

-Bueno pues... todo esto es una cosa que se puede llamar la religión de la familia. Las religiones, las ideas religiosas, por tanto, son el amor, el pensamiento y el deseo de ir a donde está Aquel o aquellos en quienes creemos, a quienes amamos y anhelamos.

-¡Ah! Y si yo creo en ese Dios, tendré una religión... ¡Es fácil!

-Bien. ¿Fácil qué? ¿Tener una religión o creer en ese Dios?

-Una cosa y la otra. Porque se cree fácilmente en un Dios bueno como ése. El romano nombraba muchos dioses y juraba... decía: "¡Por la diosa Venus!", "¡por el dios Cupido!". Pero debían ser dioses no buenos, porque él hacía cosas no buenas cuando los nombraba.

-No es estúpida la niña - comenta Pedro en voz baja.

-Pero todavía no sé qué es Dios. Yo lo veo hombre como tú... Es un hombre Dios entonces. ¿Y entonces cómo podemos comprenderlo? ¿En qué es más fuerte que todos? No tiene ni espadas ni siervos...

-Maestro, ayúdame...

-¡No, hombre, Natanael, que enseñas muy bien!...

-Lo dices por bondad... De todas formas vamos a intentar seguir adelante. Escucha, niña... Dios no es hombre. Él es como una luz, una mirada, un sonido, tan grandes, que llenan el cielo y la tierra e iluminan todo, y todo lo ve, instruye todo y a todo da órdenes...

-¿También al romano? Entonces no es un Dios bueno. ¡Tengo miedo!

-Dios es bueno y da órdenes buenas, y a los hombres les había dado órdenes de no hacer guerras, de no hacer esclavos, de dejar a las niñas con sus madres y no aterrorizar a las muchachas. Pero los hombres no escuchan siempre las órdenes de Dios.

-Pero tú sí...

-Yo sí.

-Pero, si es más fuerte que nadie, ¿por qué no se hace obedecer? ¿Y cómo habla, si no es hombre?

-Dios... ¡oh, Maestro!...

-Sigue, Bartolmái. ¿Siendo un maestro tan sabio y sabiendo decir con tanta sencillez los más altos pensamientos, tienes miedo? ¿No sabes que el Espíritu Santo está en los labios de los que enseñan la Justicia?

-¡Parece tan fácil cuándo uno te escucha!... Y todas tus palabras están aquí dentro... ¡Pero para sacarlas afuera cuando se debe hacer lo que Tú haces!... ¡Ay, míseros de nosotros, pobres hombres! ¡Qué maestros de tres al cuarto!

-Reconocer vuestra nada predispone al espíritu a la enseñanza del Espíritu Paráclito...

-De acuerdo. Escucha, niña. Dios es fuerte, fortísimo, más que César, más que todos los hombres puestos juntos con sus ejércitos y máquinas de guerra. Pero no es un amo despiadado que haga decir siempre que sí, so pena del azote para quien no lo dice. Dios es un padre. ¿Tu padre te quería?

-¡Mucho! Me puso por nombre Áurea Gala, porque el oro es precioso y Galia es la patria, y decía que me quería más que al oro que un tiempo tuvo y más que a la patria...

-¿Tu padre te apaleaba?

-No. Nunca. Aunque fuese mala me decía: "¡Pobre hija mía!" y lloraba...

-¡Eso! Así hace Dios. Es padre, nos ama y llora si somos malos, pero no nos fuerza a obedecerle. Pero el que es malo será un día castigado con suplicios horribles...

-¡Oh, qué bien! ¡En los suplicios el amo que me arrebató de mi madre y me llevó a la isla y el romano! ¿Y lo voy a ver yo?

-Tú verás a Dios de cerca, si crees en Él y eres buena. Pero para ser buena no debes odiar ni siquiera al romano.

-¿No? ¿Y cómo lo hago?

-Orando por él o...

-¿Qué es orar?

Hablarle a Dios diciéndole lo que queremos...

-¡Pero yo quiero la mala muerte para los amos! - dice con salvaje vehemencia la muchacha.

-No, no debes hacerlo. Jesús no te quiere si hablas así...

-¿Por qué?

-Porque no se debe odiar a quien nos haya hecho el mal.

-Pero no puedo quererlos...

-Por ahora olvídalos... Trata de olvidarlos... Luego, cuando estés más... instruida en Dios, orarás por ellos... Bueno, estábamos diciendo que Dios es poderoso, pero deja libres a sus hijos.

-¿Yo hija de Dios? ¿Tengo dos padres? ¿Cuántos hijos tiene?

-Todos los hombres son hijos de Dios, porque han sido hechos por Él. ¿Ves las estrellas allá arriba? Las ha hecho Él. ¿Y estos árboles? Los ha hecho Él. Y la tierra donde estamos sentados, y aquel pájaro que canta, y el mar con su grandeza, todo, y a todos los hombres. Y los hombres son más hijos que todo, porque son hijos por una cosa que se llama alma y que es luz, sonido, mirada, no grandes como su luz, su sonido, su mirada, que llenan el Cielo y la Tierra, pero bonitos de todas formas, y que no mueren nunca, como tampoco muere Él.

-¿Dónde está el alma? ¿Yo la tengo?

-Sí. En tu corazón, y es la que te ha hecho comprender que el romano era malo, y ciertamente no te hará desear ser como él. ¿No es verdad?

-Sí...

La jovencita reflexiona después del titubeante sí... Luego dice con seguridad:

-Sí! Era como una voz de dentro y una necesidad de que alguien me auxiliara... y con otra voz aquí dentro - pero esta era mía - llamaba a mi mamá... porque no sabía que existía Dios, que existía Jesús... Si lo hubiera sabido, le habría llamado a Él con aquella voz que tenía aquí dentro...

-Has comprendido bien, niña, y crecerás en la Luz. Yo te lo digo. Cree en el Dios verdadero, escucha la voz de tu alma virgen respecto a la sabiduría adquirida, pero virgen también respecto a la mala voluntad, y tendrás en Dios a un Padre, y en la muerte, que es paso de la Tierra al Cielo para los que creen en el Dios verdadero y son buenos, tendrás un puesto en el Cielo, cerca de tu Señor - dice Jesús, poniendo la mano en la cabeza de la jovencita, la cual cambia de postura, se arrodilla y dice:

-De ti. Es bonito estar contigo. No te separes de mí, Jesús. Ahora sé quién eres y me postro. En Cesárea tenía miedo de hacerlo... Pero me parecías un hombre. Ahora sé que eres un Dios escondido en un hombre y para mí eres Padre, y Protector.

-Y Salvador. Áurea Gala.

-Y Salvador. Me has salvado.

-Y te salvaré más. Tendrás un nombre nuevo...

-¿Me quitas el nombre que me dio mi padre? El amo en la isla me llamaba Aurea Quintilia, porque nos dividían por color y por número y yo era la quinta rubia así... Pero ¿por qué no me dejas el nombre que me dio mi padre?

-No te lo quito. Llevarás, añadido a tu antiguo nombre, el nombre nuevo, eterno».

-¿Cuál?

-Cristiana. Porque Cristo te ha salvado. Pero ya clarea. Vamos... ¿Ves, Natanael, como es fácil hablar de Dios a las simas vacías?... Has hablado muy bien. La niña se formará rápidamente en la Verdad... Ve adelante con mis hermanos, Áurea... La niña obedece, pero con temor. Preferiría permanecer junto a Bartolomé, el cual comprende y promete:

-Voy inmediatamente yo también. Ve, obedece...

Y va sólo con Jesús, Pedro, Simón y Mateo, observa:

-Es una pena que la tenga Valeria. A1 fin y al cabo es una pagana...

-No puedo imponérsela a Lázaro...

-Está también Nique, Maestro - sugiere Mateo.

-Y Elisa... - dice Pedro.

-Y Juana... Es amiga de Valeria, y Valeria se la cede sin duda de buena gana. Estaría en una casa buena - dice el Zelote. Jesús piensa y guarda silencio...

-Bueno, Tú verás... Yo voy donde la muchacha, que se vuelve continuamente. Se fía de mí porque soy viejo... La tomaría conmigo... una hija más... Pero no es de Israel... - y se marcha el bueno de Natanael, bueno aunque demasiado israelita.

Jesús lo mira mientras camina y meneaba la cabeza.

-¿Por qué ese gesto, Maestro? - pregunta el Zelote.

-Porque... me da pena ver que los sabios también son esclavos de los prejuicios...

-Pero... así, entre nosotros... Bartolomé tiene razón... y, es más, deberías tomar medidas... Acuérdate de Sántica y Juan... No vaya a suceder una cosa igual... Mándasela a Sántica... - dice Pedro, que tiene miedo de complicaciones por la presencia de la paganita entre ellos.

-Pronto morirá Juan... Sántica no está todavía suficientemente formada como para ser maestra de una niña como ésta... No es ambiente adecuado...

-De todas formas, no debes tenerla. Piensa que Judas pronto estará con nosotros. Y Judas, Maestro, déjame que lo diga, es un lujurioso y un... uno que suelta la lengua con facilidad con tal de obtener ganancias... y tiene demasiados amigos entre los fariseos... - insiste el Zelote.

-¡Sí, Simón tiene razón! ¡Es exactamente lo que pensaba yo! - exclama Pedro. ¡Hazle caso, Maestro!...

Jesús piensa y calla... Luego dice:

-Vamos a orar y el Padre nos ayudará... - y, al final del grupo, oran fervorosamente...

El alba se transforma en aurora... Pasan un pueblecillo, vuelven al camino que va entre los campos... El sol se hace cada vez más fuerte. Se paran a comer a la sombra de un gigantesco nogal.

-¿Estás cansada? - pregunta Jesús a la niña, que come sin apetito - Dilo y nos paramos.

-No, no. Vamos...

-Se lo hemos preguntado varias veces. Pero contesta siempre que no... - dice Santiago de Alfeo.

-¡Puedo, puedo! Vamos lejos...

Reanudan la marcha. Pero Áurea se acuerda:

-Tengo una bolsa. Me han dicho las damas: "La darás cuando empiecen los montes". Los montes están aquí. Y la doy. Y hurgo en la talega donde Livia le ha metido algún indumento... Saca la bolsa y se la da a Jesús.

-La dádiva... No han querido que les diéramos las gracias. Son mejores que muchos de nosotros... Toma, Mateo. Y conserva estas monedas. Servirán para limosnas secretas.

-¿No debo decírselo a Judas de Keriot?

-No.

-Pero verá a la niña...

Jesús no responde... Reanudan la marcha fatigosamente, por el gran calor, el polvo y la luz cegadora. Luego empieza la subida a las primeras estribaciones del Carmelo, creo. Pero, a pesar de que aquí haya más sombra y más frescor, Áurea va lentamente, tropezando a menudo.

Bartolomé vuelve hacia atrás, a donde el Maestro.

-Maestro, la niña está febricitante y exhausta. ¿Qué hacemos?

Se consultan. ¿Pararse? ¿Cargar con ella y seguir? Sí. No. A1 final deciden que es necesario, al menos, llegar hasta el camino que va a Sicaminón, para pedir ayuda a algún viandante que tenga cabalgadura o carro. Ellos quisieran tomar en brazos a la niña, pero ella, heroica en su voluntad de alejarse, repite su: « ¡Puedo! ¡Puedo! », y quiere caminar por sí sola. Está roja, tiene ojos febriles, está realmente exhausta. Pero no cede... Va lentamente, aceptando ser sujeta por Bartolomé y Felipe... Pero anda... Están todos cansados verdaderamente. Pero comprenden que es necesario andar, y andan...

Ya han superado la colina. Ya tienen enfrente la ladera opuesta... el llano de Esdrelón allá abajo, y más allá... las colinas donde se halla Nazaret...

-Si no encontramos, nos detendremos donde los campesinos... - dice Jesús...

Caminan, caminan... Ya casi en el llano, ven a un grupo de discípulos. Están Isaac y Juan de Éfeso con su madre, y Abel de Belén con la suya, y otros que no conozco de nombre. Y para las mujeres llevan un rústico carro tirado por un fuerte mulito. Están también los pastores Daniel y Benjamín, y el barquero José y otros.

-¡Es la Providencia, que nos socorre! - exclama Jesús, y ordena que se detengan mientras Él va a hablar con los discípulos y especialmente con las dos discípulas.

Las toma aparte, junto con Isaac, y cuenta en parte el caso de Áurea:

-Se la hemos arrebatado a un inmundo amo... Quisiera llevarla a Nazaret para atenderla, porque está enferma de miedo y de fatiga. Pero no tengo vehículo. ¿Vosotros a dónde ibais?

-A Belén de Galilea, a casa de Mirta. Es imposible resistir los calores del llano - responde Isaac.

-Id a Nazaret primero, os lo pido por caridad. Llevadle la niña a mi Madre y decidle que Yo, dentro de dos o tres días, llegaré. La niña está febril. Por tanto no hagáis caso de sus delirios. Más adelante os explicaré...

-Sí, Maestro. Lo que quierais. Partimos inmediatamente. ¡Pobre criatura! ¿La apaleaba? - preguntan los tres.

-Quería profanarla.

-¡Oh!... ¿Cuántos años tiene?

-A lo mejor ni trece...

-¡Qué vil! ¡Qué inundo! Pero nosotros la queremos. No somos madres por ganancia, ¿verdad Noemí?

-Por supuesto, Mirta. Señor, ¿la recibes como discípula?

-No sé todavía...

-Si la recibes, estamos nosotras. Yo no vuelvo a Éfeso. He mandado a unos amigos para que liquiden todo. Me quedo con Mirta... Acuérdate de nosotras para la niña. Tú nos has salvado a nuestros hijos. Nosotras queremos salvar a esta niña.

-Veremos más adelante...

-Maestro, estas dos discípulas dan garantías de santidad... - intercede Isaac.

-No depende de mí... Orad mucho y guardad silencio con todos. ¿Entendéis? Con todos.

-Guardaremos silencio.

-Venid con el carro.

Y Jesús retrocede, seguido por Isaac (que guía el carro) y por las dos mujeres. La muchacha está echada en el prado, buscando refrigerio entre la hierba para la fuerte fiebre...

-¡Pobre criatura! Pero no morirá, ¿verdad?

-¡Qué niña más bonita!

-Bonita, no temas. Soy una mamá, ¿sabes? Ven... Sujétala, Mirta... Vacila... Ayúdanos, Isaac... Aquí donde hay menos traqueteos... El talego debajo de la cabeza... Vamos a meterle debajo nuestros mantos... Isaac, moja estos paños para ponérselos en la frente... ¡Qué fiebre, pobre hija!...

Las dos mujeres se muestran solícitas y maternas. Áurea, obnubilada por el febrón, está casi ausente...

Todo listo... El carro puede empezar a moverse... Isaac, antes de dar con la tralla, se acuerda:

-Maestro, si vas al puente encuentras a Judas de Keriot. Te espera como un mendigo... Es él el que nos ha dicho que ibas a pasar por aquí. La paz a ti, Maestro. Hoy por la noche estaremos en Nazaret.

-La paz a ti, Maestro - dicen las discípulas.

-¡La paz a vosotros!...

El carro se va al trote...

-¡Gracias sean dadas al Señor!... - dice Jesús.

-Sí. Bien para la niña y para Judas... Mejor si no sabe nada...

-Sí, es mejor; tanto, que pido a vuestro corazón un sacrificio: nos separaremos antes de llegar a Nazaret, y vosotros, los del lago, iréis con Judas a Cafarnaúm, mientras Yo con mis hermanos y Tomás y Simón iremos a Nazaret.

-Así lo haremos, Maestro. ¿Y a esos que te esperan qué les vas a decir?

-Que teníamos urgencia de advertir a mi Madre de mi llegada... Vamos... - y va donde los discípulos, que, demasiado felices por tener con ellos al Maestro, no hacen ninguna pregunta.

428

Parábola de la viña y del viñador, figuras del alma y del libre albedrío.

-La paz a vosotros, amigos míos. El Señor es bueno. Nos concede reunirnos para un ágape fraterno, ¿A dónde ibais? - pregunta Jesús a los ex pastores, mientras se adentra en un bosque para resguardarse del sol.

-Unos hacia el mar, otros hacia los montes. Pero hasta aquí hemos venido juntos y creciendo cada vez más en número, por otros grupos que hemos encontrado por el camino - dice Daniel, el que fue pastor del Líbano.

-Sí, y nosotros dos quisiéramos ir hasta el gran Hermón, donde hemos pastoreado a los rebaños, para pastorear corazones - dice Benjamín, su compañero.

-Es una buena idea. Yo voy a estar un poco en Nazaret; luego estaré entre Cafarnaúm y Betsaida hasta la neomenia de Elul. Os lo digo para que, en caso de necesidad, podáis encontrarme. Sentaos, pongamos en común nuestros alimentos para repartirlos con justicia.

Así lo hacen. Extienden encima de un lienzo sus... riquezas: tortas de pan, quesos pequeños, pescado salado, aceitunas, algunos huevos, las primeras manzanas... y, de la misma forma que han entregado alegremente, con alegría reparten, después del ofrecimiento y la bendición de Jesús.

¡Qué contentos están de este inesperado banquete de amor! Inmersos en la alegría de escuchar a Jesús - que les hace preguntas acerca de las cosas que han hecho, y que los aconseja o les cuenta lo que Él ha hecho -, se han olvidado del cansancio y del calor. Y, a pesar de que esta hora calentísima de un día de bochorno produzca un atontamiento de somnolencia, el interés es tanto, que ninguno se abandona al sueño; antes al contrario, terminada la comida, recogidas las pocas provisiones que han sobrado, dividiéndolas en sendas partes iguales, se retiran aún más hacia la espesura de los primeros boscajes del collado, y, a la sombra fresca de los árboles, sentados en círculo en torno a Jesús, le ruegan que les exponga una bonita parábola que sirva como regla de vida y como enseñanza.

Jesús, que está sentado de forma que tiene enfrente la llanura de Esdrelón, ya despojada de mieses, pero rica en viñas y árboles frutales, extiende su mirada por el paisaje como buscando un tema en lo que ve. Sonríe. Ha encontrado. Empieza con una pregunta genérica:

-¿Verdad que son bonitas las viñas de esta llanura?

-Muy bonitas. Están increíblemente cargadas de uvas que maduran. Y muy bien cuidadas. Por eso producen tanto.

-Pero serán plantas selectas... - insinúa Jesús. Y termina: «La llanura, estando casi toda dividida en propiedades de ricos fariseos, ha sido cultivada con plantas buenas sin dolerse del precio de adquisición».

-¡No serviría el haber adquirido las mejores plantas, si luego no hubieran seguido cuidándolas! Yo entiendo de esto, porque todos mis bienes consisten en vides. Pero, si no sudo yo, o sea, si no hubiera sudado, como ahora siguen sudando mis hermanos, créeme, Maestro, que no podría ofrecerte para la vendimia racimos iguales que los del año pasado - dice un hombre vigoroso, de unos cuarenta años, que me parece haber visto ya pero cuyo nombre no recuerdo.

-Tienes razón, Cleofás. Todo el secreto para tener buenos frutos está en el cuidado que se da a nuestros bienes - dice otro.

-Buenos frutos y buena ganancia. Porque, si la tierra diera sólo lo que se ha gastado por ella, sería siempre un mal empleo del dinero. La tierra debe producir el fruto del capital que nos cuesta, más una ganancia que nos permita aumentar nuestro patrimonio. Porque hay que pensar que un padre debe repartir entre los hijos. Y de unos bienes, sea en tierras o en dinero, debe hacer varias partes, tantas como hijos tiene, para dar a todos con qué vivir. No creo que multiplicar así los bienes en beneficio de los hijos sea una cosa reproachable - insiste Cleofás.

-No lo es si se consigue con el trabajo honrado y de forma honrada. ¿Entonces tú dices que, a pesar de la calidad de los vástagos plantados, para sacar ganancia es necesario trabajar mucho en ellos?

-¡Hombre claro! Antes de que den el primer racimo... ¡Porque tiene que pasar tiempo, eh! Y por tanto hay que tener paciencia y también hay que trabajar mientras las cepas tiernas tienen sólo hojas. Y después también, cuando ya dan fruto y son fuertes. Estar atentos a que no tengan ramas inútiles ni insectos nocivos, a que las hierbas parásitas no debiliten el terreno, o a que no se ahoguen los sarmientos bajo el follaje de las zarzas y de las enredaderas; mullir en la base, hacer los círculos para que el aguazo penetre y las aguas se detengan un poco más que en otras partes para nutrir a la planta, y abonar... ¡Trabajo duro! Pero es necesario, aunque sea muy arduo, porque la uva, tan dulce, tan espléndida que cada racimo parece una aglomeración de piedras preciosas, se forma precisamente absorbiendo ese negro y fétido estiércol. ¡Parece imposible pero es así! Y quitar hojas para dejar que baje el sol a los racimos; y, terminada la vendimia, arreglar las plantas, atando, podando, cubriendo las raíces con paja y excrementos para defenderlas del hielo; e ir también en invierno, a ver si los vientos o algún malandrín han arrancado los palos, y si el tiempo ha soltado los mimbres usados para sujetar las ramas a los soportes... ¡Siempre hay cosas que hacer mientras la vid no muere del todo!... Y después hay que trabajar todavía para sacarla de la tierra y limpiar el terreno de raíces para prepararla para recibir un nuevo vástago. ¿Y sabes qué mano tan suave y paciente y qué ojo tan fino hay que tener para desenredar los sarmientos de las plantas muertas, mezclados con los de las plantas todavía vivas! ¡Si se fuera con ignorancia y mano ruda, se harían daños! ¡Hay que dedicarse a este oficio para saber!... ¿Las vides? ¡Hombre, son como hijos! ¡Y, antes de que un hijo sea hombre, cuánto hay que sudar para mantenerlo sano de cuerpo y de espíritu!... Pero yo estoy hablando sin parar y no te dejo hablar a ti... Nos has prometido una parábola...

-Verdaderamente ya la has dicho tú. Bastaría con aplicar tu conclusión y decir que las almas son como las vides...

-¡No, Maestro! Habla Tú. Yo... he dicho simplezas y no podemos hacer por nosotros mismos la labor de aplicarlo...

-De acuerdo. Oíd.

Llegado el momento en que tuvimos una carne animal en el seno de nuestra madre, Dios, en los Cielos, creó el alma para hacer a semejanza de Él al futuro hombre, y la puso en esa carne en formación en un seno materno. Y el hombre, llegado su tiempo de nacer, nació con su alma, la cual, hasta el uso de razón, fue como una tierra no cultivada por su dueño. Pero, llegada la edad de la razón, el hombre empezó a razonar y a distinguir el Bien y el Mal. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía una viña, para cultivarla como él quisiera. Y se dio cuenta de que tenía a un viñador encargado de esa viña: su libre arbitrio. En efecto, la libertad de guiarse, que Dios ha dejado al hombre hijo suyo, es como un siervo idóneo dado por Dios al hombre hijo suyo para que le ayude a hacer fértil la viña, o sea, el alma.

Si el hombre no debiera trabajar con sus propias manos para hacerse rico, para construirse un futuro eterno de prosperidad sobrenatural; si hubiese tenido que recibir todo de Dios, ¿qué mérito tendría por restaurarse de nuevo en santidad, después de que Lucifer corrompió la santidad inicial, dada gratuitamente por Dios a los primeros hombres? Mucho es ya el que Dios conceda a las criaturas caídas por la herencia de la culpa merecer el premio y ser santas, volviendo, por voluntad propia, a aquella naturaleza inicial de criaturas perfectas que el Creador había dado a Adán y Eva, y a sus descendientes si sus progenitores se hubieran conservado inmunes de la culpa original. El hombre caído debe volver a ser hombre elegido, por su libre voluntad.

Ahora bien, ¿qué sucede en las almas? Esto. El hombre confía su alma a su voluntad, a su libre arbitrio, que se pone a trabajar la viña que hasta entonces había sido un terreno sin plantas, bueno, pero sin plantas duraderas; sólo gráciles hierbas y florecillas caducas habían estado esparcidas en aquélla: las bondades instintivas del niño que es bueno porque es todavía un ángel desconocedor del Bien y del Mal.

Diréis: "¿Durante cuánto tiempo permanece así?". Generalmente se dice: durante los primeros seis años. Pero verdad es que hay razones precoces, siendo así que tenemos niños responsables de sus acciones antes de los seis años. Tenemos niños responsables de sus acciones incluso a los tres o cuatro años, responsables porque saben que eso es Bueno, y que eso es Malo, y quieren libremente esto o aquello. Cuando una criatura sabe distinguir la mala acción de la buena acción ya es responsable. No antes. Por tanto, un subnormal, incluso a los cien años, es irresponsable; pero se asumen su responsabilidad sus tutores, que deben velar amorosamente por él y por el prójimo que puede sufrir daño por parte del subnormal o del loco, a fin de que éste

no se haga daño a sí mismo ni se lo haga a otros. Pero Dios no imputa al subnormal o al loco culpa alguna, porque, desgraciadamente para él, está privado de la razón. Pero nosotros hablamos de seres inteligentes y sanos de mente y cuerpo.

Así pues, el hombre confía su viña sin cultivar a su trabajador, el libre arbitrio, y éste empieza a cultivarla. El alma, la viña, tiene, no obstante, voz, y se la hace oír al arbitrio. Una voz sobrenatural, nutrida de voces sobrenaturales que Dios no niega nunca a las almas: la del Custodio, la de los espíritus enviados por Dios, la de la Sabiduría, la de los recuerdos sobrenaturales que toda alma recuerda aun sin la percepción exacta por parte del hombre entero. *(Recuerdos sobrenaturales que MV explica con la siguiente nota en una copia mecanografiada: "Dios ha puesto en el hombre la conciencia además de la razón. Y la conciencia tiene una voz propia que recuerda, advierte o amonesta. Recuerda aquello que debería hacerse y aquello que no se debe hacer porque está mal. Advierte que no se haga el mal, porque va contra toda ley natural y sobrenatural. Amonesta por el mal hecho, moviendo a la reparación y al arrepentimiento. Hace sentir que el mal obrado en la Tierra provoca la pérdida de un premio futuro, la pérdida del Bien supremo. Esto hace la conciencia, porque, habiendo sido dada por Dios, no puede sino mantener despierto o suscitar en la criatura el recuerdo de Aquel que se la dio al hombre como guía.")* Y habla al arbitrio, con voz suave, incluso suplicante, para rogarle que la adorne con buenas plantas, y que sea activo y sabio para no hacer de ella un zarzal agreste, malo, venenoso, donde aniden serpientes y escorpiones y hagan su madriguera la zorra y la garduña y otros cuadrúpedos malos.

El libre albedrío no siempre es un buen cultivador; no siempre vigila la viña y la defiende con un seto infranqueable, o sea, con una voluntad firme y buena en actitud de defender al alma de ladrones y parásitos y de todas las cosas perniciosas, de los vientos violentos que podrían hacer caer las florecillas de las buenas resoluciones apenas formadas en el deseo. ¡Oh, qué alto y fuerte deberá ser el seto que hay que levantar en torno al corazón para salvarlo del mal! ¡Qué atención hay que tener para que no sea forzado, para que no abran en él ni grandes aberturas - puerta para disipaciones -, ni encubiertas y pequeñas aberturas en su base, por las que se introduzcan las víboras: los siete pecados capitales! ¡Cómo hay que escardar, quemar las malas hierbas, podar, mullir el terreno, abonar con la mortificación, cuidar con el amor a Dios y a1 prójimo, la propia alma! Y vigilar con ojo abierto y luminoso, y con mente despierta, para que los majuelos que podían parecer buenos no se manifiesten luego dañinos; y si sucede esto, arrancarlos sin piedad: mejor es una planta sola pero perfecta, que no muchas inútiles y dañinas.

Tenemos corazones, tenemos por tanto viñas siempre trabajadas, plantadas de nuevas plantas por un desordenado cultivador que hacina nuevas plantas: este trabajo, aquella idea, aquel deseo; incluso no malos, pero que luego se dejan sin cuidar y se hacen malos; caen al suelo, se degeneran, mueren... ¡Cuántas virtudes perecen por estar mezcladas con las sensualidades, por falta de cultivo, por... en conclusión, por no estar sostenido por el amor el libre arbitrio! ¡Cuántos ladrones entran a robar, a profanar, a devastar, porque la conciencia duerme en vez de velar, porque la voluntad se enerva y se corrompe, porque el arbitrio se deja seducir y, siendo libre, se hace esclavo del Mal.

¡Fijaos, Dios lo deja libre, y el arbitrio se hace esclavo de las pasiones, del pecado, de las concupiscencias, en definitiva, del Mal! Soberbia, ira, avaricia, lujuria, primero mezcladas, luego triunfadoras sobre las plantas buenas... ¡Un desastre! ¡Cuánto ardor que reseca las plantas por no existir ya la oración que es unión con Dios, y, por tanto, rocío de benéfica linfa en el alma! ¡Cuánto hielo que hiela las raíces con la falta de amor a Dios y a1 prójimo! ¡Cuánta pobreza del terreno por rechazar el abono de la mortificación, de la humildad! ¡Qué maraña inextricable de ramas buenas y no buenas, por no tener el valor de sufrir por amputarse lo que es nocivo! Éste es el estado de un alma que tiene como custodio y cultivador un arbitrio desordenado y vuelto hacia el Mal.

Mientras que el alma que tiene un arbitrio que vive en el orden, y por tanto en la obediencia de la Ley - que ha sido dada para que el hombre sepa lo que es el orden, cómo es el orden y cómo se conserva -, y que es heroicamente fiel al Bien - porque el Bien eleva al hombre y lo hace símil a Dios, mientras que el Mal lo afea y lo hace símil al demonio -, es una viña regada por las aguas puras, abundantes, útiles, de la fe, y adecuadamente sombreada por los árboles de la esperanza, y calentada por el sol de la caridad, corregida por la voluntad, abonada por la mortificación, ligada con la obediencia, podada por la fortaleza, conducida por la justicia, vigilada por la prudencia y por la conciencia. Y la gracia crece, ayudada por tantas cosas, crece la santidad, y la viña viene a ser un maravilloso jardín al que baja Dios a gustar sus delicias hasta que, conservándose la misma viña siempre como jardín perfecto, hasta la muerte de la criatura, Dios manda a sus ángeles que lleven este trabajo de un libre arbitrio voluntarioso y bueno al grande y eterno jardín de los Cielos.

(Ángeles: MV precisa su papel en la siguiente nota escrita en una copia mecanografiada: No es que el alma tenga necesidad de los ángeles para subir a Dios. Lo que se quiere decir es que los ángeles de alguna forma presentan a Dios el trabajo "bueno" para que quede escrito en los libros eternos)

Ciertamente, vosotros queréis este destino. Pues entonces velad para que el Demonio, el Mundo, la Carne no seduzcan a vuestro albedrío y devasten vuestra alma. Velad porque en vosotros haya amor, y no amor propio, que apaga el amor y arroja al alma a merced de las distintas sensualidades y del desorden. Velad hasta el final, y las tempestades podrán mojaros pero no dañaros, y, cargados de frutos, iréis a vuestro Señor para el premio eterno.

He terminado. Ahora meditat y descansad hasta el ocaso mientras Yo me retiro a orar.

-No, Maestro. No debemos tardar en ponernos en camino para llegar a las casas - dice Pedro.

-¿Pero por qué? ¡Falta tiempo hasta la puesta del Sol! - dicen muchos.

-No estoy pensando ni en la puesta del sol, ni en el sábado. Pienso que no pasará una hora sin que venga una furiosa tempestad. ¿Veis aquellas lenguas negras que aparecen lentamente por las montañas de Samaria?, ¿y aquellas tan blancas que vienen veloces galopando desde Occidente?: un viento alto empuja a éstas; uno bajo, a las otras. Pero, cuando estén aquí encima, el viento alto cederá al siroco, y las nubes negras, cargadas de granizo, descenderán y chocarán contra las blancas, cargadas de rayos, ¡y ya oiréis la música!

-¡Venga, rápidos! ¡Soy pescador y leo el cielo!

Jesús es el primero en obedecer, y, diligentes, todos se ponen a caminar hacia las alquerías del llano...

En el puente se encuentran con Judas, que grita:

-¡Maestro mío! ¡Cómo he sufrido sin ti! ¡Alabado sea Dios, que ha premiado mi constancia esperándote aquí! ¿Cómo ha ido por Cesárea?

-Paz a ti, Judas - responde brevemente Jesús y añade: «Hablaremos en las casas. Ven, que la tormenta amenaza inminente».

Efectivamente, ya empiezan las oleadas de viento que levantan nubes de polvo por los caminos reseco; el cielo ya se cubre de nubes de todas las formas y colores; el aire se pone amarillo y cárdeno... Ya empiezan a caer las primeras, escasas gotas calientes; ya surcan el cielo, que se ha puesto casi nocturno, los primeros relámpagos... Se echan a correr. Sólo sus buenas piernas, estimuladas por el deseo de no quedar empapados por un aguacero, les hace llegar a la primera casa cuando un diluvio de agua mezclada con granizo, entre un estampido de saeta que cae poco lejos, se abate sobre la zona, en medio de un gran olor a tierra mojada y a ozono liberado por los relámpagos sin pausa...

Entran. Por suerte, es una casa provista de pórticos y habitada por campesinos que creen en el Mesías. Con veneración invitan al Maestro a alojarse con sus compañeros «como si la casa fuera tuya. Pero levanta tu mano para alejar el pedrisco, por piedad de nuestro trabajo» dicen arremolinándose alrededor de Jesús.

Jesús alza la mano y señala los cuatro puntos cardinales: y del cielo baja sólo agua, para dar de beber a los pomares, a los viñedos, a los prados, y para purificar esa atmósfera tan cargada.

-¡Bendito seas, Señor! - dice el cabeza de familia - ¡Entra, mi Señor!

Y, mientras sigue el chaparrón, Jesús entra en una habitación grandísima, sin duda un almacén, y se sienta cansado, rodeado de los suyos.

429

Con Judas Iscariote en la llanura de Esdrelón.

Debe haber seguido lloviendo durante todo el día anterior y durante la noche, porque la tierra está muy húmeda y en los caminos ya tiende al barro. Pero, en compensación, el ambiente está terso, sin rastro de polvo a ninguna altura. Y el cielo ríe allá arriba, casi nuevamente virgen, con aspecto primaveral por la tormenta que lo ha limpiado; y ríe la tierra, también regada, fresca, limpia, también con un recuerdo de primavera en el frescor de esta aurora serena de después de la tormenta. Y las últimas gotas, retenidas en la maraña del follaje, o suspendidas de los zarcillos, brillan como diamantes bajo el sol que las hiere; mientras las frutas, limpias por el aguacero, muestran los colores de sus pieles que, con tonalidades de pintura al pastel, van tomando cada día más las tonalidades perfectas de la completa maduración. Sólo las uvas y las aceitunas, en agraz, duras, se confunden entre el verde del follaje; pero cada aceitunita tiene su gotita suspendida en el extremo, y los apretados racimitos son toda una red de gotas que cuelgan de los rabillos de los granos.

-¡Qué bien se anda hoy! - dice Pedro, pisando con gusto la tierra que no produce polvo, ni quema, y que tampoco está legamosa de barro.

-Da la impresión de respirar con pureza. ¡Fíjate que color de cielo! - le responde Judas Tadeo.

-¿Y aquellas manzanas, aquel grupo de allí, todas alrededor de esa rama, que no sé como puede soportar el peso, y que muestra bajo el racimo de las manzanas una mata de hojas? ¡Cuántos colores! Aquéllas, las más escondidas, levemente esfumadas del verde al amarillo, y las otras ya rosadas, y las dos más expuestas completamente rojas en la parte que da al sol. ¡Parecen cubiertas de lacre! - dice el Zelote.

Y caminan alegres, contemplando la belleza de la creación, hasta que Judas Tadeo - seguido inmediatamente por Tomás y luego por los otros - entona un salmo que celebra las glorias creativas de Dios.

Jesús sonríe al oírlos cantar contentos, y une su bella voz al coro; pero no puede terminar, porque Judas Iscariote, mientras los demás siguen cantando, se le acerca, y le dice: -Maestro, mientras ellos están ocupados y distraídos con el canto, dime lo que hiciste, y cómo, en Cesárea. Todavía no me lo has dicho... Y es el primer momento en que podemos hablar de tú a tú. Primero los compañeros, los discípulos y los campesinos que nos han recibido en su casa. Luego los compañeros y los discípulos. Ahora que los discípulos nos han dejado y se han adelantado los compañeros... No he podido preguntarte nunca...

-Mucho interés tienes... De todas formas, en Cesárea hice lo mismo que voy a hacer en las propiedades de Jocánán: hablé de la Ley y del Reino de los Cielos.

-¿A quién?

-A la gente de la ciudad. Cerca de los mercados.

-¡Ah! ¿A los romanos, no? ¿No los viste?

-¿Cómo es posible estar en Cesárea, sede del Procónsul, y no ver romanos?

-Ya lo sé. Pero yo digo... Bueno... ¿Les hablaste expresamente a ellos?

-Repito: ¡mucho interés tienes!

-No, Maestro. Simple curiosidad.

-Bien, pues hablé a las romanas.

-¿También a Claudia? ¿Qué te dijo?

-Nada, porque Claudia no se ha presentado. Es más, me hizo entender que no desea que se sepa que tiene contactos con nosotros.

Jesús marca mucho la frase y observa mucho a Judas, el cual, a pesar de ser un descarado, cambia de color y tras un ligero rubor, se pone térreo. Pero se rehace inmediatamente y dice:

-¿No quiere? ¿Ya no te considera? Es una loca.

-No. No está loca, sino equilibrada. Sabe distinguir y separar su deber de romana y su deber hacia sí misma. Y si, para sí misma, para su espíritu, procura luz y respiro, viniendo hacia la Luz y la Pureza, siendo una criatura que busca instintivamente la Verdad y no halla paz en la mentira del paganismo, no quiere perjudicar a la Patria, ni siquiera con formas teóricas, como podrían ser el hacer que se piense que está de la parte de un posible rival de Roma...

-Pero... ¡Tú eres Rey de espíritu!...

-Pero de entre vosotros mismos, que sabéis esto, hay quien no sabe persuadirse de ello. ¿Puedes negarlo?

Judas vuelve a ponerse colorado y luego pálido; no puede mentir, así que dice:

-Nooo! Pero es el exceso de amor lo que...

-Con mayor razón quien no me conoce, o sea, Roma, puede temer en mí a un rival. Claudia actúa con rectitud, tanto hacia Dios como hacia su Patria, dándome honor a mí - si no como Dios, sí como rey y maestro de espíritus - y mostrándose fiel a su Patria. Admiro a los espíritus fieles. Y justos. Y no obstinados. Y quisiera que mis apóstoles merecieran la alabanza que doy a esta pagana.

Judas no sabe qué decir. Está a punto de separarse del Maestro, pero se siente todavía incitado por la curiosidad. Más que curiosidad, el deseo de saber hasta qué punto el Maestro sabe... y pregunta:

-¿Se interesaron por mí?

-Ni por ti ni por ningún otro apóstol.

-¿Pero, entonces, de qué hablasteis?

-De la vida casta. Y de su poeta Virgilio. Como puedes ver, no era un tema que tuviera que ver ni con Pedro ni con Juan ni con otros.

-Pero... ¿qué tenía que ver eso...? Palabras inútiles...

-No. Me sirvió para hacerles considerar que el hombre casto tiene intelecto luminoso y corazón honesto. Muy interesante para unas paganas... y no sólo para ellas.

-Tienes razón... Ya no te entretengo más, Maestro - y se marcha, casi corriendo, para alcanzar a los que ya han terminado de cantar y ahora están esperando a los dos que se habían quedado atrás...

Jesús los alcanza más lentamente y se une al grupo. Dice:

-Vamos a tomar este sendero boscoso. Acortaremos el camino y estaremos protegidos del sol, que ya toma nuevamente vigor. Podremos también detenernos en la espesura y comer en paz entre nosotros.

Y así lo hacen. Van hacia el noroeste, hacia las tierras de Jocaná, sin duda, porque oigo que hablan de los campesinos de este fariseo...

430

El nido caído y el escriba cruel. La letra y el espíritu de la Ley.

Veo a Jesús que va por un caminito boscoso - a una parte y a otra hay árboles y arbustos -, vestido de blanco y con su manto azul oscuro echado sobre los hombros. Y una serie de senderillos corta la maraña verde. Pero no debe ser un lugar solitario y lejano de alguna zona habitada, porque a menudo se ven otras personas. Se diría que es un camino que une dos pueblos cercanos, y que atraviesa las propiedades agrícolas de sus habitantes. El lugar es llano, lejos se ven unos montes. No sé qué lugar es.

Jesús, que iba hablando con los discípulos, se detiene y escucha, y vuelve la mirada en torno a sí; luego toma un senderillo del bosque y va hacia una espesura formada por pequeños árboles y arbustos. Se agacha y busca. Y encuentra. En la hierba hay un nido (no sé si derribado por una tormenta, como hace pensar el hecho de que el suelo esté húmedo y las ramas aún goteen como por una tormenta; o quizás agredido por mano de hombre y luego abandonado allí, para evitar el ser sorprendido con la nidada en la mano). No lo sé. Lo único que veo es un pequeño nido hecho de heno entrelazado y lleno de hojitas secas, de pelusas de árboles y de lana, entre las cuales se mueven, piando, cinco pajaritos de pocos días, rojos, pelados, feos por sus picos abiertos totalmente y los ojos saltones. Arriba, en un árbol, chillan desesperados los que encobaban.

Jesús recoge con cuidado el nidito. Lo mantiene en el cuenco de una mano y busca con la mirada el lugar donde estaba o donde se puede poner en seguro. Encuentra unas ramas de zarza trenzadas, tan bien unidas que parecen una cestita, y seguras por estar muy adentro en la mata. Sin preocuparse de las espinas que le arañan los brazos, El - primero da el nido a Pedro (y el apóstol, ya de edad y tan ancho y robusto de constitución, resulta muy curioso de ver con ese nidito en sus cortas y callosas manos) - se recoge las anchas y largas mangas y se afana en hacer todavía más defendido y cóncavo el trenzado de las zarzas. ¡Ya está! Toma otra vez el nido y lo pone allí, en el medio, y lo asegura arrancando hilos de largas hierbas cilíndricas que parecen delgadísimos juncos. Ahora está seguro. Se separa y sonríe. Luego pide un trozo de pan a un discípulo, que lleva una bolsa en bandolera, y desmigaja un poco de pan en el suelo, encima de una piedra.

Jesús, ahora, está contento. Se vuelve para regresar al camino principal, mientras los que encobaban, con chillidos de alegría, se lanzan hacia el nido salvado.

Un pequeño grupo de hombres está parado al margen del camino. Jesús se los encuentra delante. Los mira. Se borra la sonrisa de su rostro, que se pone muy severo - yo diría sombrío -; mientras que, cuando recogía el nido, era un rostro muy compasivo, y muy feliz al verlo colocado. Jesús se para a mirar a sus inesperados testigos; parece mirar su corazón y sus pensamientos escondidos. No puede seguir adelante, porque el grupito tapa el sendero. Pero calla. No calla Pedro.

-Dejad pasar al Maestro - dice.

-Calla, nazareno - responde uno del grupo - ¿Tu Maestro cómo se ha permitido entrar en mi bosque y realizar una obra manual en sábado?

Jesús lo mira directamente con una expresión extraña. Es y no es sonrisa. Y, si es sonrisa, no es ciertamente de aprobación. Pedro está para replicar, pero Jesús toma la palabra.

-¿Quién eres?

-El amo de este sitio. Joacana ben Zaccái.

-Ilustre escriba. ¿Y qué me echas en cara?

-Haber violado el sábado.

Joacana ben Zaccái, ¿conoces el Deuteronomio?

-¿Me lo preguntas a mí? ¿A mí, que soy un verdadero rabí de Israel?

-Sé lo que quieres decirme: que Yo, porque no soy escriba, sino un pobre galileo, no puedo ser "rabí". Pero, te pregunto otra vez: "¿Conoces el Deuteronomio?"

-Mejor que Tú ciertamente.

-Respecto a la letra... ciertamente, si así quieres creerlo. Pero, ¿lo conoces en su verdadero significado?

-Lo que está escrito está escrito. No hay más que un significado.

-En efecto, no hay más que un significado. Y es de amor. O de misericordia, si no quieres llamarlo amor. O también, si te repele llamarlo así, pues llámalo humanidad. Y el Deuteronomio dice: "Si ves que se pierde la oveja o el buey de tu hermano, aunque no sea vecino tuyo, no pasarás de largo. Antes bien, los llevarás a él, o los tendrás contigo hasta que él venga por ellos". Dice: "Si ves que se cae el asno o el buey de tu hermano, no hagas como si no hubieras visto; antes bien ayúdale a levantarlos". Dice: "Si encuentras en un árbol o por el suelo un nido con la madre encobando a los pequeñuelos o a los huevos, no tomarás a la madre (porque es sagrada para la procreación), sino que tomarás sólo a los pequeñuelos". (*Deuteronomio 22, 1-4 y 6-7*)

Yo he visto en el suelo un nido, y a una madre que lloraba por él. He sentido compasión porque era una madre. Y le he restituido los pequeñuelos. No he creído violar el sábado por haber consolado a una madre. No se debe permitir que se pierda la oveja del hermano, no dice la Ley si es culpa alzar a un asno en sábado; dice sólo que usemos misericordia con el hermano y humanidad con el asno, criatura de Dios. He pensado que Dios había creado a esa madre para que procreara, y que ella había obedecido a la orden de Dios, y que impedirle criar a su prole era poner obstáculo a su obediencia a una orden divina. Pero tú, esto, no lo comprendes. Tú y los tuyos miráis a la letra y no al espíritu. Tú y los tuyos no pensáis que violáis dos veces el sábado, es más, tres veces, rebajando la Palabra divina a la pequeñez de la mentalidad humana, obstaculizando una orden de Dios y faltando de misericordia para con el prójimo. Para herir con el reproche no juzgáis que mover la lengua sin necesidad está mal hecho. Eso, que también es un trabajo, y además inútil e innecesario y no bueno, no os parece violación del sábado.

Joacana ben Zaccái, escúchame. De la misma forma que hoy no tienes piedad de una curruca, y por la práctica farisaica la harías morir de dolor, y dejarías morir de congoja a su prole, abandonada al alcance del áspid y del hombre perverso, así mañana no tendrás piedad de una madre y la harás morir de congoja haciendo que le maten a su prole, diciendo que es una cosa buena por respeto a tu ley. A la tuya. No a la de Dios. A la que tú y los que son como tú os habéis dictado para oprimir a los débiles y triunfar vosotros, los fuertes. Pero, como puedes ver, los débiles encuentran siempre un salvador; mientras que los soberbios, los fuertes según la ley del mundo, serán aplastados por el peso de su misma pesada ley.

Adiós, Joacana ben Zaccái. Recuerda esta hora y pon cuidado en no violar tú otro sábado con la complacencia por un delito cumplido.

Y Jesús, fulminando las pupilas en el rostro encendido de ira del viejo iracundo, mirando al escriba desde arriba, porque éste es bajo y gordo, mientras que Jesús parece una palma respecto a él, pasa, pisando la hierba porque el escriba no se aparta.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-He querido levantarte el espíritu con una visión verdadera, aunque no la contemplen los Evangelios.

Para ti la enseñanza es ésta: que siento mucha compasión de los pajarillos sin nido, aunque en vez de llevar por nombre curruca, lleven por nombre María o Juan. Y me preocupo de darles de nuevo un nido cuando un hecho los ha despojado de él.

Para todos la enseñanza es ésta: que demasiados conocen las palabras de la Ley (demasiados aun siendo pocos, porque todos deberían saberlas). *Pero únicamente conocen las "palabras". No las viven.* Éste es el error.

El Deuteronomio prescribía leyes de humanidad porque los hombres, entonces, eran, por puericia espiritual, inhumanos, semillas silvestres. Había que llevarlos de la mano por los floridos senderos de la piedad, del respeto, del amor hacia el hermano que pierde un animal, hacia el animal que se cae, hacia el pájaro que encoba; para enseñarles a ascender a piedad, respeto y amor más altos. Pero, cuando vine Yo, perfeccioné las normas mosaicas y abrí horizontes más vastos. La letra ya no era "el todo". El espíritu pasó a ser "el todo". Más allá del pequeño acto humano, respecto a un nido y a sus habitantes, es necesario ver el significado que puse en mi gesto: inclinarme, Yo, el Hijo del Creador, ante la obra del Creador. Aquella nidada era también obra suya.

¡Oh, dichosos aquellos que en todas las cosas saben ver a Dios y servirle con espíritu de amor reverente! ¡Ay de aquellos que, como la serpiente, no saben levantar la cabeza de su fango, y no pudiendo entonar un canto de alabanza para Dios manifestado en las obras de los hermanos, muerden a éstos por un exceso de veneno que los ahoga! Demasiados hay que torturan a los mejores, diciendo como justificación de su perversidad que está bien actuar así por respeto a la ley. Ley suya. No de Dios, que, si no puede impedir sus obras malvadas, sabe vengar a sus "pequeñuelos".

Y esto es para aquellos a quienes hay que decírselo. Mi paz, que vela, esté contigo.

Tomás prepara el encuentro de Jesús con los campesinos de Jocanán.

Han seguido caminando, después del incidente, en silencio durante un tiempo; pero, llegados a una bifurcación que hay entre los campos, Santiago de Zebedeo dice:

-¡Por aquí se va a donde Miqueas!... Pero... ¿vamos a ir ahora? Ese hombre nos espera en sus propiedades para tratarnos mal...

-Y para impedirte hablarles a los campesinos. Santiago tiene razón. No vayas - aconseja Judas Iscariote.

-Me esperan. He mandado aviso de que voy. Su corazón está en fiesta. Soy el Amigo que va para consolarlos...

-Irás otra vez. Se resignarán - dice, encogiéndose de hombros, Judas.

-Tú no te resignas tan fácilmente cuando se te priva de una cosa con la que contabas.

-Las mías son cosas serias. Las de ellos...

-¿Y qué más serio, más grande que la formación y el consuelo de un corazón? Ellos son corazones a los que todo trata de alejar de la paz, de la esperanza... Y tiene sólo una esperanza: la de una vida futura. Y sólo tienen un medio para ir a ella: mi ayuda. No. Iré a verlos, a costa de que me apedreen.

-¡No, Hermano! ¡No, Señor! - dicen juntos el Zelote y Santiago de Alfeo - Serviría sólo para que castigaran a esos pobres siervos. Tú no oíste, pero Jocanán dijo: "Hasta ahora he soportado. Pero ahora ya no soportaré más. ¡Y ay de aquel siervo que vaya a Él o lo reciba! Es un réprobo, es un demonio. No quiero corrupciones en mi casa", y a un compañero le dijo: "A costa de matarlos les curaré su endiablamiento por este maldito".

Jesús agacha la cabeza, pensando... y sufriendo. Es visible su dolor... Los otros se afligen por ello, pero ¿qué hacer?

La serenidad práctica de Tomás es la que resuelve la situación:

-Hagamos así. Quedémonos aquí hasta la puesta del sol, para no violar el sábado. Entretanto uno de nosotros va sin ser notado hasta las casas, y dice: "En plena noche, cabe la fuente de fuera de Sefori". Y nosotros, después del ocaso, vamos allí y los esperamos en las arboledas que hay al pie del monte sobre el que está Sefori. El Maestro habla a esos pobrecitos, los consuela, y con las primeras luces ellos vuelven a sus casas y nosotros, superando el collado, vamos a Nazaret.

-Tomás tiene razón. ¡Sí señor, Tomás! - dicen varios.

Pero Felipe observa:

-¿Y quién va a avisar? Nos conoce a todos y nos puede ver...

-Podría ir Judas de Simón. Conoce bien a los fariseos... - dice inocentemente Andrés.

-¿Qué quieres insinuar? - ataca Judas.

-¿Yo? Nada. Digo que los conoces porque has estado mucho en el Templo y tienes buenas amistades. Siempre te glorías de esto. A un amigo no le harán daño... - dice el manso Andrés.

-No estés tan seguro, ¡eh! Que ninguno lo esté. Si todavía nos protegiera Claudia, quizás... podría yo, pero ahora ya no. Porque ahora, en conclusión, ¿se ha desinteresado, no es verdad, Maestro?

-Claudia sigue admirando al Sabio. Nunca ha hecho nada ni distinto ni mayor que esto. De esta admiración pasará quizás a la fe en el Dios verdadero. Pero sólo la fantasía de una mente exaltada podía creer que ella tuviera otros sentimientos hacia mí. Y, si los tuviera, Yo no los querría. Puedo todavía aceptar su paganismo, porque espero cambiarlo en cristianismo. No puedo aceptar lo que sería su idolatría: la adoración de un Hombre pobre ídolo en un pobre trono humano.

Jesús dice esto con sosiego, como hablando a todos en una lección. Pero lo dice tan tajantemente, que no deja dudas acerca de su intención y sus decisiones de reprimir cualquier posible desviación en ese sentido entre sus apóstoles.

Ninguno replica, por tanto, acerca de la realeza humana. Pero sí preguntan:

-¿Entonces qué se hace respecto a los campesinos?

-Voy yo. Yo lo he propuesto, voy yo, si el Maestro lo consiente. En todo caso, no me van a comer los fariseos... - dice Tomás.

-Ve si quieres. Y que tu caridad sea bendecida.

-¡Es tan poca cosa, Maestro!...

-Es una cosa muy grande, Tomás. Sientes los deseos de tus hermanos, de Jesús y de los campesinos, y te compadeces. Y tu Hermano en la carne te bendice también por ellos - dice Jesús, poniendo la mano en la cabeza inclinada ante Él de Tomás, que, emocionado, su-surra: « ¿Yo... tu... hermano? Es demasiado honor, mi Señor. Yo, tu siervo; Tú, mi Dios... Esto sí... Me pongo en marcha».

-¿Vas solo? ¡Voy yo también! - dicen Judas Tadeo y Pedro.

-No. Sois demasiado fogosos. Yo sé cambiar todo en risa... el mejor medio para desarmar a ciertos... caracteres. Vosotros os calentáis enseguida... Voy solo.

-Voy yo - dicen Juan y Andrés.

-¡Sí! Uno de vosotros sí, y también uno como Simón Zelote o Santiago de Alfeo.

-No, no. Yo. Yo no reacciono mal. Callo y hago - insiste Andrés.

-Ven - y se marchan por una parte, mientras Jesús prosigue por la otra con los que se han quedado...

-¿Vendrán? - pregunta Mateo a los compañeros que están sentados en un bosque de acebos en las primeras pendientes de la colina donde se alza Sefori.

La llanura de Esdrelón, estando al otro lado del collado en que se encuentran, ya no es visible. Pero hay otra llanura, mucho más pequeña, entre este collado y los de la zona de Nazaret, que se distinguen netamente con el límpido claror de la Luna.

-Lo han prometido y vendrán - responde Andrés.

-Al menos algunos de ellos. Salían a la mitad de la primera vigilia. Estarán aquí al principio de la segunda - dice Tomás.

-Más tarde - dice Judas Tadeo.

-Nosotros hemos tardado menos de tres horas - objeta Andrés.

-Nosotros somos hombres, y vigorosos. Ellos están cansados y traerán con ellos algunas mujeres - responde otra vez Judas Tadeo.

-¿Si no se da cuenta el patrón!...-suspira Mateo.

-No hay peligro. Se ha ido a Yizreel, invitado por un amigo. Está el administrador. Pero viene también él, porque no odia al Maestro - dice Tomás.

-¿Será sincero aquel hombre? - pregunta Felipe.

-Sí. Porque no tiene motivo para no serlo.

-¡Hombre, pues atraerse la benevolencia del patrón y...

-No, Felipe. Después de las vendimias Jocánán lo despide, precisamente porque no odia al Maestro - responde Andrés.

-¿Quién os lo ha dicho? - preguntan varios.

-Él y los campesinos... por separado. Y cuando dos de distinta categoría están de acuerdo en decir una cosa es señal de que lo dicho es verdadero. Los campesinos lloraban porque el administrador se marchaba. Se había hecho muy humano. Y él nos dijo: "Soy un hombre y no un fantoche de arcilla. El año pasado me dijo: 'Honra al Maestro, conócelo, hazte uno de sus fieles'. Obedecí. Ahora me dice: '¡Ay de ti si amas a mi enemigo y permites que ellos lo amen. No quiero maldición para mis tierras recibiendo a ese maldito'. Pero ¿cómo puedo, ahora que lo he conocido, sentir justa esa orden? Le he dicho al patrón: 'Hablabas de forma distinta el año pasado, y Él sigue siendo el mismo'. Me pegó una vez. Dije: 'No soy esclavo. Y, aunque lo fuera, no tendrías poder sobre mi pensamiento. Mi pensamiento juzga santo a Aquel a quien tú llamas maldito'. Me pegó entonces otra vez. Esta mañana me ha dicho: 'El anatema de Israel está en mis lugares. ¡Ay de ti si infringes lo que te mando! Dejarás de ser servidor mío'. He respondido: 'Bien has dicho. Dejaré de ser servidor tuyo. Busca a otro que tenga tu corazón, y tenga para con tus bienes la rapacidad que tú tienes para con las almas de los demás'. Y me ha arrojado al suelo y me ha pegado... Pero pronto termina el trabajo del año y, con la luna de Tisrí, quedo libre. Lo siento sólo por éstos..." y señalaba a los campesinos» narra Tomás.

-¿Pero dónde lo visteis?...

-En el bosque. Como ladrones. Miqueas - habíamos hablado con él - le había advertido y él vino, sangrando aún, y también vinieron en pequeños grupos los siervos y las siervas... - dice Andrés.

-¡Mmm! ¡Entonces tenía razón Judas! Conoce el humor del fariseo... - observa Bartolomé.

-¡Demasiadas cosas sabe Judas!... - dice Santiago de Zebedeo.

-¡Calla! ¡Te puede oír! - le aconseja Mateo.

-No. Se ha alejado, diciendo que tenía sueño y que le dolía la cabeza... - responde Santiago.

-¡Luna! Luna en el cielo y luna en su cabeza. Así es: más variable que el viento - sentencia Pedro, que hasta entonces había estado mudo.

-¡Ya! ¡Sí! ¡Una buena desgracia en medio de nosotros! - suspira Bartolomé.

-No. ¡No hables así! ¡No desgracia! Es más, es un modo de santificarse uno... - dice el Zelote.

-O de condenarse, porque hace perder las virtudes... - dice secamente Judas Tadeo.

-Es un desdichado - comenta Andrés con tristeza.

-Un rato de silencio. Luego Pedro pregunta:

-¿Pero el Maestro sigue orando?

-No. Mientras estabas adormilado ha pasado y ha ido a donde Juan y su hermano, que estaban puestos de guardia en el camino. Quiere estar enseguida con los pobres campesinos. Quizás es la última vez que los va a ver - responde el Zelote.

-¿Por qué la última vez? ¿Por qué? No digas esa palabra. ¡Parece como si acarreamos desventura! - dice, agitado, Judas Tadeo.

-¡Hombre, ya lo ves... cada vez más perseguidos!... No sé qué tendremos que hacer en el futuro...

-Simón tiene razón... Será una cosa hermosa el ser enteramente espirituales... Pero... si hubiera sido lícito tener un poquito de... humanidad... una miaja de protección de Claudia no habría perjudicado - dice Mateo.

-No. Mejor estar solos... y, sobre todo, puros en cuanto a contactos con los gentiles. Yo... no los apruebo - dice secamente Bartolomé.

-Yo también poco... Pero... el Maestro dice que su Doctrina debe extenderse por todo el mundo. Y que lo tendremos que hacer nosotros... Sembrar en todas partes su palabra... Y entonces tendremos que adaptarnos a tratar con gentiles e idólatras... - dice Judas Tadeo.

-Impuros. Me parece como hacer una cosa sacrílega. ¡La Sabiduría a los cerdos! ...

-¡También tienen ellos un alma, Natanael! Tú has tenido compasión de la muchacha ayer...

-Porque... es una... es una nada a la que hay que formar. Es como una recién nacida... ¡Pero los otros!... Y además no es romana...

-¿Crees que los Galos no son idólatras? También ellos tienen a sus dioses crueles. ¡Lo advertirás, si tienes que ir a convertirlos!... - dice el Zelote, cuya cultura es más cosmopolita - voy a llamarla así - que la de los otros.

-Pero no es de la raza de los profanadores de Israel. No predicaré nunca a los enemigos de Israel, ni a los actuales ni a los antiguos.

-Entonces... tendrás que ir muy lejos, a los pueblos hiperbóreos, porque... no lo parece, pero Israel ya ha tenido experiencia de todos los pueblos vecinos... - dice Tomás.

-Iré lejos... ¡Ah, ahí está el Maestro! Vamos a acercarnos. ¡Cuánta gente! ¡Han venido todos, incluso los niños!...

-El Maestro estará contento...

Se unen al Maestro, que camina con dificultad por el prado (y es que va apretujado entre los muchos que le rodean).

-¿Judas todavía ausente? - pregunta Jesús.

-Sí, Maestro. Pero si quieres lo llamamos...

-No hace falta. Mi voz lo alcanza en el lugar donde esté. Y su conciencia, libre, le habla con su propia voz. No es necesario añadir vuestras voces, y forzar una voluntad. Venid, sentémonos aquí con estos hermanos nuestros. Y perdonad si no he podido compartir con vosotros el pan en un ágape de amor.

Se sientan en círculo con Jesús en el centro, quien quiere alrededor de Él a todos los niños, los cuales, se pegan a Él mimosos y con confianza.

-¡Bendícelos, Señor! Que vean lo que nosotros anhelamos ver. ¡La libertad de amarte! - grita una mujer.

-Sí. Nos quitan incluso esa libertad. No quieren ver grabadas tus palabras en nuestro espíritu. Y ahora nos impiden vernos, y te prohíben a ti venir... ¡Ya no oiremos palabras santas! - gime un anciano.

-Abandonados así, nos volveremos pecadores. Tú nos enseñabas el perdón... Nos dabas tanto amor, que podíamos soportar la malevolencia del patrón... Pero ahora... - dice un joven (distingo mal su rostro, y no sé exactamente quiénes hablan; me baso en el sonido de las voces).

-No llores. No os dejaré sin mi palabra. Volveré, mientras pueda...

-No, Maestro y Señor. Él es malo, y también sus amigos. Podrían dañarte, y por causa nuestra. Nosotros hacemos el sacrificio de perderte, pero no nos des el dolor de decir: "Por nosotros lo prendieron"».

-Sí, sálvate, Maestro.

-No temáis. Se lee en Jeremías (*Jeremías 36*) cómo él mismo dijo a su secretario Baruc que escribiera lo que el Señor le dictaba, y que fuera a leer el escrito recibido a los que estaban reunidos en la casa del Señor, leerlo en vez del profeta, que estaba preso y no podía ir. Así voy a hacer Yo. Muchos y fieles Baruc tengo entre mis apóstoles y discípulos. Ellos vendrán a deciros la palabra del Señor, y no perecerán vuestras almas. Y Yo no seré prendido por causa vuestra, porque el Dios altísimo me ocultará a sus ojos hasta que llegue la hora en que el Rey de Israel deba ser mostrado a las turbas para que el mundo entero lo conozca.

Y no temáis tampoco perder las palabras que hay en vosotros. También en Jeremías se lee que, aun después de que Yoyaquim, rey de Judá - el cual esperaba destruir las palabras eternas y veraces quemando el rollo -, destruyera el volumen, el dictado de Dios permaneció, porque el Señor mandó al profeta: "Toma otro volumen y escribe en él todas las cosas que había en el volumen quemado por el rey". Y Jeremías dio un volumen a Baruc, un volumen sin escritura, y dictó nuevamente a su secretario las palabras eternas, y otras más como complemento de las primeras, porque el Señor remedia los estropicios humanos cuando el remedio es un bien para las almas, y no permite que el odio anule lo que es obra de amor.

Ahora bien, aunque a mí, comparándome a un volumen lleno de verdades santas, me destruyeran, ¿creéis que el Señor os dejaría perecer sin la ayuda de otros volúmenes? En ellos estarán mis palabras y las de mis testigos que narrarán lo que Yo no voy a poder decir por estar prisionero de la Violencia y ser destruido por ella. ¿Y creéis que lo que está impreso en el libro de vuestros corazones podrá borrarse por el paso del tiempo sobre las palabras? No. El ángel del Señor os las repetirá y las mantendrá frescas en vuestros espíritus deseosos de Sabiduría. Y no sólo eso, sino que os las explicará y seréis sabios en la palabra de vuestro Maestro. Vosotros selláis el amor a mí con el dolor. ¿Puede, acaso, perecer lo que resiste incluso la persecución? No puede perecer. Yo os lo digo. El don de Dios no se cancela. El pecado es lo único que lo anula. Pero vosotros, ciertamente, no queréis pecar, ¿no es verdad, amigos míos?

-No, Señor. Significaría perderte también en la otra vida - dicen muchos.

-Pero nos harán pecar. Nos ha impuesto que no salgamos ya más de las tierras el sábado... y ya no volverá a haber Pascua para nosotros. Así que pecaremos... - dicen otros.

-No. No pecaréis vosotros. Pecará él. Sólo él. Él, que hace violencia al derecho de Dios y de los hijos de Dios de abrazarse y amarse en dulce coloquio de amor y enseñanza en el día del Señor.

-Pero él hace reparación con muchos ayunos y dádivas. Nosotros no podemos, porque ya es demasiado poca la comida en proporción al esfuerzo que hacemos, y no tenemos qué ofrecer... Somos pobres...

-Ofrecéis aquello que Dios aprecia: vuestro corazón. Dice Isaías (58, 3 – 7) hablando en nombre de Dios a los falsos penitentes: "En el día de vuestro ayuno aparece vuestra voluntad y oprimís a vuestros deudores. Ayunáis para refír y discutir y, perversamente, pelear. Dejad de ayunar como hasta hoy, para hacer oír en las alturas vuestros clamores. ¿Es éste, acaso, el ayuno que Yo deseo? ¿Que el hombre se limite a afligir durante un día su alma y castigue su cuerpo y duerma sobre la ceniza? ¿Vas a llamar a esto ayuno y día grato al Señor? El ayuno que prefiero es otro. Rompe las cadenas del pecado, disuelve las obligaciones que abruman, da libertad a quien está oprimido, quita todo yugo. Comparte tu pan con quien tiene hambre, acoge a los pobres y a los peregrinos, viste a los desnudos y no desprecies a tu prójimo".

Pero Jocanáan no hace esto. Vosotros, por el trabajo que le hacéis y que lo hace rico, sois sus acreedores, y os trata peor que a deudores morosos, y alza la voz para amenazaros y la mano para golpearos. No es misericordioso con vosotros y os desprecia por ser siervos. Pero el siervo es tan hombre como el patrón, y si tiene el deber de servir tiene también el derecho a

recibir lo necesario para un hombre, tanto materialmente como en el espíritu. No se honra el sábado, aunque se pase en la sinagoga, si ese mismo día el que lo practica pone cadenas y da a sus hermanos áloe como bebida. Celebrad vuestros sábados razonando entre vosotros acerca del Señor y el Señor estará en medio de vosotros, perdonad y el Señor os glorificará.

Yo soy el buen Pastor y tengo piedad de todas las ovejas. Pero, sin duda, amo con especial amor a las que han recibido golpes de los pastores ídolos para que se alejen de mis caminos. Para éstas, más que para ninguna otra, he venido. Porque el Padre mío y vuestro me ha ordenado: "Apacienta estas ovejas destinadas al matadero, matadas sin piedad por sus amos, que las han vendido diciendo: '¡Nos hemos enriquecido!', y de las que no han tenido compasión los pastores". Pues bien, apacentaré el rebaño destinado al matadero, ¡oh pobres del rebaño!, y abandonaré a sus iniquidades a los que os afligen y afligen al Padre, que en sus hijos sufre. Extenderé la mano hacia los pequeños de entre los hijos de Dios y los atraeré hacia mí para que tengan mi gloria.

Lo promete el Señor por la boca de los profetas que celebran mi piedad y mi poder como Pastor. Y os lo prometo Yo directamente a vosotros que me amáis. Cuidaré de mi rebaño. A quienes acusen a las ovejas buenas de enturbiar el agua y de deteriorar los pastos por venir a mí, les diré: "Retiraos. Vosotros sois los que hacéis que falte el manantial y se agoste el pasto de mis hijos. Pero Yo los he llevado a otros pastos y los seguiré llevando. A los pastos que sacian el espíritu. Os dejaré a vosotros el pasto para vuestros gruesos vientres, dejaré el manantial amargo que habéis hecho manar vosotros, y Yo me iré con éstos, separando las verdaderas de las falsas ovejas de Dios; ya nada atormentará a mis corderos, sino que exultarán eternamente en los pastos del Cielo".

¡Perseverad, hijos amados! Tened todavía un poco de paciencia, de la misma forma que la tengo Yo. Sed fieles, haciendo lo que os permite el patrón injusto. Y Dios juzgará que habéis hecho todo y por todo os premiará. No odiéis, aunque todo se conjure para enseñaros a odiar. Tened fe en Dios. Ya visteis que Jonás fue liberado de su padecimiento y Yabés fue conducido al amor. Como con el anciano y el niño, lo mismo el Señor hará con vosotros: en esta vida, parcialmente; en la otra, totalmente.

Lo único que os puedo dar son monedas, para hacer menos dura vuestra condición material. Os las doy. Dáselas, Mateo. Que se las repartan. Son muchas, pero en todo caso pocas para vosotros que sois tantos y estáis tan necesitados. No tengo otras cosas... Otras cosas materiales. Pero tengo mi amor, mi potencia de ser Hijo del Padre, para pedir para vosotros los infinitos tesoros sobrenaturales como consuelo de vuestros llantos y luz de vuestras brumas.

¡Oh, triste vida que Dios puede hacer luminosa! ¡Él sólo! ¡Él sólo!... Y digo: "Padre, te pido por éstos. No te pido por los felices y ricos del mundo, sino por estos que lo único que tienen es a ti y a mí. Haz que asciendan tanto en los caminos del espíritu, que encuentren toda consolación en nuestro amor, y démonos a ellos con el amor, con todo nuestro amor infinito, para cubrir de paz, serenidad y coraje sobrenaturales, sus jornadas, sus ocupaciones, de forma que, como enajenados del mundo por el amor nuestro, puedan resistir su calvario y, después de la muerte, tenerte a ti, a Nosotros, beatitud infinita".

Jesús, mientras oraba, ha ido poniéndose de pie y librándose poco a poco de los niños que se habían dormido sobre Él. En su oración su aspecto es majestuoso y dulce.

Ahora baja de nuevo los ojos y dice:

-Me marcho. Es la hora, para que podáis volver a vuestras casas a tiempo. Nos veremos todavía. Y traeré a Margziam. Pero, cuando ya no pueda volver, mi Espíritu estará siempre con vosotros, y estos apóstoles míos os amarán como Yo os he amado. Deposite el Señor sobre vosotros su bendición. Poneos en camino.

Y se inclina a acariciar a los niños, que duermen, y no opone resistencia a las expresiones de afecto de esta pobre turba que no sabe separarse de Él...

Pero, al final, cada uno se pone en camino por su parte, de forma que los dos grupos se separan mientras la Luna descende y ramas encendidas deben dar algo de luz al camino. Y el humo acre de las ramas aún ligeramente húmedas es una buena justificación del brillo de los ojos...

Judas los está esperando apoyado en un tronco. Jesús lo mira y no dice nada, ni siquiera cuando Judas dice: «Estoy mejor».

Siguen caminando: durante la noche, como mejor pueden; luego, con el alba, más ágilmente.

A la vista de un cuadrivio Jesús se detiene y dice:

-Separémonos. Conmigo vienen Tomás, Simón Zelote y mis hermanos. Los otros irán al lago, a esperarme.

-Gracias, Maestro... No me atrevía a pedirte. Pero Tú me lo has facilitado. Estoy verdaderamente cansado. Sí lo permites, me detengo en Tiberiades...

-En casa de un amigo - Santiago de Zebedeo no se puede contener de decirlo.

Judas abre muchísimo los ojos... pero se limita a esto.

Jesús se apresura a decir:

-Me basta con que el sábado vayáis a Cafarnaúm con los compañeros. Venid para que os bese a los que me dejáis.

Y, con afecto, besa a los que se marchan, dando a cada uno de ellos un consejo en voz baja...

Ninguno expresa objeción alguna. Sólo Pedro, ya cuando se marcha, dice:

-Ven pronto, Maestro.

-Sí, ven pronto - dicen los otros, y Juan termina:

-Estará muy triste el lago sin ti.

Jesús los bendice una vez más y promete:

-¡Pronto! - y luego cada uno se marcha por su parte.

Llegada a Nazaret. Alabanzas a la Virgen. Curación de Áurea.

Viniendo de Sefori, se entra en Nazaret por el noroeste, o sea, por la parte más alta y pedregosa. El anfiteatro en que, a escalones, se extiende Nazaret se muestra todo en cuanto se alcanza la cresta del collado, que es el último si se viene de Seforí, y que desciende hacia la pequeña ciudad, por barrancos, con declive más o menos pronunciado. Si reconozco bien el lugar - ha pasado tiempo y muchos lugares de montaña se parecen -, este en que se encuentra Jesús es justamente el sitio en que sus conciudadanos intentaron lapidarlo y Él los detuvo con su poder y pasó en medio de ellos.

Jesús se para a mirar a su ciudad amada y hostil. Una sonrisa de contento le ilumina el rostro. ¡Qué bendición, ignorada e innecesaria por los nazarenos, esta sonrisa divina que se derrama y expande en gracias sobre esta tierra que lo recibió de niño y lo vio crecer, y donde su Madre nació y vino a ser Esposa de Dios y Madre de Dios!

También los dos primos miran a su ciudad con una visible alegría, aunque la de Judas Tadeo está impregnada de seriedad austera, grave, mientras que la de Santiago es más abierta y dulce, más semejante a la de Jesús.

Tomás, aunque no sea su ciudad, tiene la cara que es un luminar de alegría, y dice, señalando hacia la casita de María - del horno salen círculos de humo:

-La Madre está en casa y está haciendo el pan... - y dice estas sencillas palabras con tanto fuego de amor, que parece como si hablara de la propia madre con todo el afecto de un hijo.

El Zelote, más sosegado por la edad y por la educación recibida, sonríe diciendo: -Sí, y su paz ya llega a nuestros corazones.

-Vamos pronto - dice Santiago - Vamos a pasar por este sendero para llegar sin que casi nos vean los nazarenos. Nos entretendrían...

-Pero os alejáis de vuestra casa... También vuestra madre deseará veros.

-Puedes estar seguro, Simón, de que nuestra madre está en casa de María. Está allí casi siempre... Y estará, porque están haciendo el pan, y por la niña enferma...

-Sí, vamos por aquí. Llegaremos al seto de nuestro huerto pasando por detrás del huerto de Alfeo - dice Jesús.

Bajan a buen paso por el sendero: muy inclinado al principio, más suave cuando está ya cerca de la ciudad. Pasan por olivares, luego por pequeñas parcelas ya sin mieses, y pasan muy cerca de los primeros huertos de la ciudad. Y los altos setos de tupidas frondas que rodean a aquéllos o hacia los cuales se pliegan las frondas de los árboles pesados de fruta, o los muretes de piedra seca cubiertos enteramente por las ramas que cuelgan hacia fuera desde dentro de los huertezuelos, hacen que su tránsito pase inadvertido por las amas de casa, que van y vienen por los huertos, o hacen la colada y tienden la ropa en los pequeños prados que hay cerca de las casas...

El seto - toda una maraña de espinos durante el invierno, después del enrojecimiento de los pequeños frutos en otoño, o todo un adensarse de hojas durante el verano, después de la floración del espino albar en primavera -, que limita por un lado al huerto de María, ahora está embellecido con una exuberante planta de jazmín y con un ondear de cálices de una flor cuyo nombre desconozco; estas plantas, desde el interior del huerto, extienden sus ramas sobre el seto, de forma que hacen a éste más tupido y hermoso; un curruco canta en su espesura, y del interior del huerto llega el zureo de las palomas.

-También la barrera está resguardada y toda cubierta de ramas en flor - dice Santiago, que ha ido más deprisa y se ha adelantado a mirar la rústica cancilla de detrás del huerto, la que después de años de no servir para nada fue usada para que entrara y saliera el carrito de Pedro para Juan y Síntica.

-Vamos por el sendero y llamamos a la puerta. A mi Madre le dolería ver estropeada esta barrera - le responde Jesús.

-¡Su huerto cerrado! - exclama Judas Tadeo.

-Sí. Y Ella es su rosa - dice Tomás.

-El lirio entre los espinos - dice Santiago.

-La fuente sellada - dice el Zelote.

-Mejor: el manantial de agua viva que, brotando con ímpetu del monte hermoso, da a la Tierra el Agua de Vida y surge con su perfumada pureza hacia el Cielo - dice Jesús.

(Huerto cerrado y las otras imágenes, que en el presente capítulo se aplican a María Stma., están sacadas de: Cantar de los Cantares 2, 2; 4, 8-12; 4, 15; 5, 1; 8, 11-12)

-Dentro de poco estará dichosa viéndote - dice Santiago

-Hermano mío, dime una cosa que desde hace tiempo deseo saber. ¿Cómo ves Tú a María? ¿Como Madre o como súbdita? Es madre para ti, pero es mujer y Tú eres Dios... - dice Judas Tadeo.

-Como hermana y esposa, como delicia y reposo del Dios y como confort del Hombre. Yo veo y tengo todo en María, como Dios y como Hombre. Aquella que era la Delicia de la Segunda de la Tríada en el Cielo, Delicia del Verbo y del Padre y del Espíritu, es la Delicia del Dios Encarnado, y lo será del Hombre Dios glorificado.

-¡Qué misterio! ¿Entonces Dios se ha privado dos veces de sus complacencias? En ti y en María, y os ha dado a la Tierra... - medita el Zelote.

-¡Qué amor! Esto es lo que debes decir. El amor impulsó a la Tríada a dar a María y a Jesús a la Tierra - dice Santiago.

-Y, no por ti que eres Dios, sino por su Rosa, ¿no temió confiarla a los hombres, todos ellos indignos de tutelarla? - pregunta Tomás.

-Tomás, el Cantar te responde: "El Pacífico tenía una viña y la confió a los viñadores, los cuales, profanadores azuzados por el Profanador, muchas sumas de dinero habrían dado por poseerla, o sea, todas las seducciones para seducirla, pero la Viña

hermosa del Señor se custodió por sí sola, y no quiso dar sus frutos sino al Señor y a Él abrirse y generar el Tesoro sin precio: el Salvador".

Ya han llegado a la puerta de la casa. Judas de Alfeo comenta, mientras Jesús golpea en la puerta cerrada:

-Habría que decir: "Ábreme, hermana mía esposa, amada, paloma, inmaculada"...

Pero, cuando la puerta se entreabre y aparece el dulce rostro de la Virgen, Jesús dice sólo la más dulce de las palabras, abriendo los brazos para recibirla:

-¡Mamá!

-¡Oh, Hijo mío! ¡Bendito! Entra. ¡La paz y el amor estén contigo!

-Y a mi Madre y a la casa y a quien en ella está - dice Jesús entrando, seguido por los otros.

-Allí está vuestra madre. Las dos discípulas están con el pan y la colada... - explica María después del saludo recíproco con los apóstoles y sobrinos. Y éstos, discretos, se retiran, para dejar solos a la Madre y al Hijo.

-Aquí me tienes, Madre mía. Estaremos juntos bastante... Qué dulce es el regreso... la casa y, sobre todo, tú, Madre, después de tanto camino en medio de los hombres...

-Que cada vez te conocen más y, por este conocimiento, se dividen en dos ramas: los que te aman... y los que te odian... Y la rama más gruesa es la última...

-El Mal siente que pronto va a ser vencido y está furioso... y hace enfurecer... ¿Cómo está la niña?

-Levemente mejor... Pero estuvo a punto de morir... Y sus palabras, ahora que no delira, corresponden, aunque más reservadas, a las que le salían en el delirio. Sería mentir decir que no hemos reconstruido su historia... ¡Pobrecilla!...

-Sí. Pero la Providencia veló por ella.

-¿Y ahora?...

-Y ahora... No sé. Áurea no me pertenece como tal niña. Su alma es mía; su cuerpo, de Valeria. Por ahora estará aquí, para olvidar...

-Mirta la quería.

-Lo sé... Pero no tengo el derecho a actuar sin el permiso de la romana. Tampoco sé si la adquirieron con dinero o si usaron sólo el arma de las promesas... Cuando la romana la solicite...

-Iré yo por ti, Hijo mío. Es mejor que no vayas Tú... Déjalo en manos de tu Mamá. Nosotras mujeres... seres ínfimos para Israel, no somos tan observadas, si vamos a hablar con los gentiles. ¡Y tu Mamá es tan desconocida para el mundo! Ninguno advertirá la presencia de una hebrea lugareña que, envuelta en su manto, va por las calles de Tiberíades y llama a la casa de una dama romana...

-Podrías ir a casa de Juana... y allí hablar con la dama...

-Lo haré así, Hijo mío. ¡Que tu corazón halle alivio, Jesús mío!... Estás muy afligido... Lo comprendo... y quisiera hacer mucho por ti...

-Y mucho haces, Mamá. Gracias por todo lo que haces...

-¡Oh! ¡Bien pobre ayuda soy, Hijo mío! Porque no consigo que te amen, ni darte... dicha... mientras se te concede tener un poco de dicha... ¿Qué soy, entonces? Una bien pobre discípula...

¡Mamá! ¡Mamá! ¡No digas eso! Mi fuerza me viene de tus oraciones. Pensando en ti descansa mi mente, y ahora el corazón halla confort estando así, con mi cabeza en tu corazón bendito... ¡Mamá mía!...

Jesús, sentado en el arquibanco que está junto a la pared, ha arrimado hacia sí a su Madre, erguida al lado de Él, y apoya la frente sobre el pecho de María, la cual, levemente, acaricia sus cabellos... Una pausa todo amor.

Luego Jesús alza la cabeza y se pone de pie. Dice:

-Vamos donde los otros, y donde la niña - y sale con su Madre al huerto.

Las tres discípulas, en el umbral de la habitación donde está la joven enferma, hablan a ritmo rápido con los apóstoles. Pero cuando ven a Jesús se callan y se arrodillan.

-La paz a ti, María de Alfeo, y a vosotras, Mirta y Noemí. ¿La niña duerme?

-Sí, persiste la fiebre, que la aturde y la consume. Si sigue así, morirá. Su tierno cuerpo no resiste la enfermedad, y la mente se turba por los recuerdos - dice María de Alfeo.

-Sí... y no reacciona porque dice que quiere morir para no volver a ver romanos... - confirma Mirta.

-Un dolor para nosotras que ya la queremos... - dice Noemí.

-¡No temáis! - responde Jesús mientras se acerca a la entrada de la pequeña habitación y levanta la cortina...

En el lecho que está pegado a la pared, frente a la puerta, se ve la carita enflaquecida, sepultada bajo la masa de los largos cabellos dorados, una carita de nieve, excepto en los pómulos, que presentan un color rojo encendido. Duerme con fatiga, profiriendo entre dientes palabras balbucientes, incomprensibles, mientras, con la mano relajada encima de la cubrecama, hace, de vez en cuando, un gesto como para rechazar algo.

Jesús no entra. La mira con mirada de compasión. Luego llama fuerte:

-¡Áurea! ¡Ven! ¡Está aquí tu Salvador!

La niña se sienta bruscamente en el lecho, lo ve y emitiendo un grito, baja y corre, vestida con una larga y suelta túnica, descalza, hacia Jesús, y se arroja a sus pies diciendo:

-¡Señor! ¡Ahora sí que me has liberado!

-Está curada. ¿Veis? No podía morir, porque antes debe conocer la Verdad.

Y a la niña, que le besa los pies, le dice:

-¡Arriba! Y vive en paz - y le pone la mano encima de la cabeza ya no febricitante.

Áurea, con su larga túnica de lino, quizás una de la Virgen, tan larga que le forma cola, con los cabellos sueltos como un manto sobre su esbelto cuerpo, con los ojos grises-azules brillantes todavía por la fiebre que acaba de desaparecer y por la alegría que acaba de nacer, parece un ángel.

-Adiós. Nos retiramos al taller mientras vosotras os ocupáis de la niña y de la casa... - dice el Maestro: y seguido por los cuatro, entra en el viejo taller de José, y se sienta con los suyos en los bancos de carpintero desusados...

434

Trabajos manuales en Nazaret y parábola de la madera barnizada.

El tosco hogar del taller está encendido, después de tanto tiempo de inactividad, y el olor de la cola hirviendo en un recipiente se mezcla con el típico olor del serrín y las virutas recién sacados, es más, que están saliendo, al pie de uno de los bancos de carpintero.

Jesús trabaja con ahínco unas tablas de madera, que, con la ayuda de la sierra y del cepillo, se transforman en patas de sillas, cajones, etc. Unos muebles, los modestos muebles de la casita de Nazaret, han sido llevados al taller: la mesa para amasar el pan, para repararla; uno de los telares de María; dos taburetes; una escalera de hortelano; un pequeño arquibanco; y la puerta del horno, creo, corroída en la parte de abajo, quizás por los ratones. Jesús trabaja en arreglar lo que el uso y el tiempo han consumido.

Tomás, por su parte, con todo un equipo de pequeños instrumentos de orfebre, sacados de su talego, que yace encima de su lecho (colocado, como el del Zelote, contra la pared), trabaja con mano ligera unas láminas de plata. Y el golpeteo de su martillito en el buril, que da sonido de plata, se funde con el vigoroso ruido de los instrumentos de trabajo usados por Jesús.

De vez en cuando intercambian algunas palabras, y Tomás está tan contento de estar allí con el Maestro y en su trabajo de orfebre - y, efectivamente, lo dice -, que durante las pausas del diálogo silba entre dientes muy bajo. De vez en cuando levanta los ojos y piensa, fijando su mirada, absorto, en la pared ahumada de la espaciosa habitación.

Jesús advierte esto y dice:

-¿Sacas la inspiración de aquella pared negra, Tomás? Verdad es que así la ha puesto el largo trabajo de un justo, pero no me parece que pueda dar motivos a un orfebre...

-No, Maestro, un orfebre, efectivamente, no puede representar con el metal rico la poesía de la santa pobreza... Pero sí puede, con su metal, representar cosas bellas de la naturaleza, y ennoblecer así el oro y la plata imitando con ellos las flores, las hojas, que hay en la creación. Pienso en esas flores, en esas hojas, y, para recordar exactamente su aspecto, miro fijamente así con los ojos a la pared, pero en realidad veo los bosques y los prados de nuestra Patria, las hojas livianas, las flores que parecen copas o estrellas, la compostura de escapos y frondas...

-Eres un poeta, entonces, un poeta que canta en el metal lo que otro canta en el pergamino con la tinta.

-Sí. Efectivamente, el orfebre es un poeta que escribe en el metal las bellezas de la naturaleza. Pero nuestra obra, de arte y bella, no vale cuanto la tuya, humilde y santa, porque la nuestra sirve para la vanidad de los ricos, mientras que la tuya sirve para la santidad de la casa y la utilidad del pobre.

-Es como dices, Tomás - dice el Zelote, que se ha asomado a la puerta que da al huerto, con la túnica ceñida, remangado, un viejo mandil delante y en la mano un recipiente con barniz.

Jesús y Tomás se vuelven a mirarlo, sonriendo. Y Tomás responde:

-Sí, es como digo. Pero quiero que al menos en alguna ocasión el trabajo del orfebre sirva para adornar una... cosa buena, santa...

-¿Qué?

-Es un secreto mío. Hace mucho que pienso esto, y, desde que fuimos a Ramá, llevo conmigo un pequeño equipo de orfebre esperando este momento. ¿Y tu trabajo, Simón?

-¡Yo no soy un artífice perfecto como tú eres, Toma! Es la primera vez que tengo el pincel en la mano, y mis tinturas son desiguales, a pesar de que ponga toda mi buena voluntad. Por eso he empezado por las partes más... humildes... para coger algo de práctica... y te aseguro que mi impericia le ha hecho a la niña reírse con ganas. ¡Pero eso me hace feliz! Cada hora que pasa renace a una vida serena, y es lo que se requiere para borrar el pasado y hacerla completamente nueva, para ti, Maestro.

-Ya, pero quizás Valeria no cede... - dice Tomás.

-¿Y qué crees que le puede importar el tenerla o no tenerla? Si la tenía consigo, era sólo para no dejarla sola por el mundo. Y la verdad es que sería una buena cosa el que la niña estuviera a salvo para siempre y en todo, en el espíritu sobre todo. ¿No es verdad, Maestro?

-Es verdad. Hay que orar mucho por esto. La criatura es sencilla y buena realmente, y educada en la Verdad podría dar mucho. Tiende instintivamente a la Luz.

-¡Claro! No tiene consuelos en la Tierra... y la pobrecita los busca en el Cielo. Yo creo que, cuando tu Buena Nueva pueda ser predicada por el mundo, los primeros que la acogerán, y los más numerosos, van a ser precisamente los esclavos, los que no tienen ningún consuelo humano y se refugiarán en tus promesas para tenerlos... Y yo digo que, si me toca precisamente este honor de predicarte, tendré un especial amor por estos desdichados...

-Harás bien, Tomás - dice Jesús.

-Sí, pero ¿cómo vas a tomar contacto con ellos?

-Seré orfebre para las damas y... maestro para sus esclavos. Un orfebre entra en las casas, o a su casa vienen los siervos de los ricos... y trabajaré... Dos metales: los de la Tierra para los ricos... los de los espíritus para los esclavos.

-Que Dios te bendiga por estos propósitos, Tomás. Persevera en ellos...

-Sí, Maestro.

Bueno, ahora que ya has respondido a Tomás, ven conmigo, Maestro... a ver mi trabajo y a decirme qué es lo que debo barnizar ahora. Cosas humildes todavía, porque soy un obrero con muy poca habilidad.

-Vamos, Simón... - y Jesús deja sus herramientas y sale con el Zelote...

Vuelven después de un poco de tiempo. Jesús señala la escalera de hortelano: -Pásale el barniz a ésa. El barniz hace impenetrable la madera y la conserva más, además de hacerla más bonita. Es como la defensa y embellecimiento de las virtudes en el corazón humano. Puede ser agreste, tosco... Pero, en cuanto las virtudes lo visten, se hace hermoso, agradable. Mira, para obtener una tinta bonita y un servicio real de ella, es necesario tener en cuenta muchas cosas. La primera: tomar con atención lo que se necesita para hacerla. O sea, un recipiente que no tenga tierra o residuos de otras tintas anteriores, aceites buenos y buenos colores, y, con paciencia, mezclar, trabajar, hacer un líquido que no sea ni demasiado denso ni demasiado líquido. No cansarse de trabajar mientras no esté disuelto hasta el más pequeño grumo. Una vez hecho esto, hay que coger un pincel que no pierda las cerdas, que no las tenga ni excesivamente duras ni excesivamente blandas, que esté bien limpio de cualquier tinte precedente. Antes de aplicar el barniz, hay que quitar las asperezas de la madera y los viejos barnices descascarillados y el barro y todo. Luego, así, con orden, hay que tener mano segura en ir siempre en una dirección, extender con paciencia, mucha paciencia, el barniz. Porque en una misma tabla hay distintas resistencias. En los nudos, por ejemplo, el barniz queda más liso, es verdad, pero en ellos la tintura se fija mal, como si la materia leñosa la rechazara. Al contrario, en las partes blandas de la madera el barniz se fija enseguida, pero las partes blandas generalmente son poco lisas, y entonces pueden formarse pequeñas bolsas, o estrías... Estos casos se deben solucionar extendiendo el color con mano constante. Luego hay, en los muebles viejos, partes nuevas, como este peldaño, por ejemplo. Y, para que no se vea que la pobre escalera está apañada pero que es muy vieja, hay que arreglárselas para que tanto el peldaño nuevo como los viejos resulten iguales... ¡Mira, así!

Jesús, agachado al pie de la escalera, mientras habla trabaja...

Tomás, que ha dejado sus buriles para ir a ver, pregunta:

-¿Por qué has empezado por la parte de abajo en vez de por la de arriba? ¿No era mejor hacer lo contrario?

-Parecería mejor, pero no lo es. Porque la parte de abajo es la que está más deteriorada y la que está destinada a deteriorarse más, porque apoya en el suelo. Por ese motivo debe trabajarse varias veces abajo. Una primera mano, luego una segunda, y una tercera si es necesario... y para no estar ociosos esperando a que la parte de abajo se seque para poder dar una nueva mano, barnizar mientras tanto la parte alta, luego el centro de la escalera.

-Pero al hacerlo uno se puede manchar la túnica y puede estropear las partes barnizadas antes.

-Con cuidado, uno no se mancha y no se estropea nada. ¿Ves? Se hace así. Se recoge la túnica y se está separado. No por asco de la tintura, sino para no dañar la tintura que, por haber sido dada poco antes, es delicada.

Y Jesús, elevados los brazos, barniza ahora la parte alta de la escalera. Y sigue hablando.

-Así se hace con las almas. He dicho al principio que el barniz es como el embellecimiento de las virtudes en los corazones humanos. Embellecimiento y preservación de la madera contra la carcoma, las lluvias y el sol intenso. ¡Mal le irá al amo de casa que no tenga cuidado de las cosas barnizadas y las deje deteriorarse! Cuando se ve que la madera pierde su barniz, sin perder tiempo, hay que poner barniz nuevo. Refrescar la pintura... También las virtudes, puestas en un primer momento de impulso hacia la justicia, pueden deteriorarse o desaparecer del todo, si el amo de la casa no vigila; y la carne y el espíritu, desnudos, a merced de la intemperie y de los parásitos, o sea, de las pasiones y de las disipaciones, pueden sufrir el asalto de estos elementos, perder la túnica que los embellece, terminar siendo... válidos sólo para el fuego. Por tanto, bien sea en nosotros, bien sea en aquellos a quienes amamos como discípulos nuestros, cuando se notan agrietamientos, decoloraciones, en las virtudes colocadas como defensa en nuestro yo, es necesario, enseguida, poner remedio con un trabajo asiduo, paciente, hasta el final de la vida, para que uno pueda dormirse en la muerte con una carne y un espíritu dignos de la resurrección gloriosa. Y para que las virtudes sean verdaderas, buenas, hay que empezarlas con una intención pura, valiente, que elimina todo detrito, todo resto de tierra, y trabajar para no dejar imperfecciones en la formación virtuosa, y luego tomar una actitud ni demasiado dura ni demasiado indulgente, porque tanto la intransigencia como la excesiva indulgencia perjudican. Y el pincel, la voluntad, debe estar limpio de las preexistentes tendencias humanas, que podrían hacer vetas en la tintura espiritual con rayas materiales; y uno se debe preparar a sí mismo - o preparar a otros, con oportunas operaciones, trabajosas, es verdad, pero necesarias - para limpiar al viejo yo de toda vieja lepra, para tenerlo limpio en orden a recibir la virtud. Porque no se puede mezclar lo viejo con lo nuevo.

Luego empezar el trabajo, con orden, con reflexión. No saltar acá o allá sin un serio motivo. No ir un poco en un sentido y un poco en otro. Uno se cansaría menos, es verdad. Pero el barniz quedaría irregular. Como sucede en las almas desordenadas. Presentan lugares perfectos, pero al lado de éstos se ven errores, color distinto... Insistir en los puntos resistentes a la tinta, en los nudos, maraña de la materia o de pasiones desordenadas, que están mortificados, sí, por voluntad (la cual, como un cepillo, los ha alisado fatigosamente), pero que siguen oponiendo resistencia como un nudo tajado pero no destruido. Y a veces engañan, porque parecen ya bien revestidos de virtud, cuando en realidad tienen sólo un velo ligero que cae inmediatamente. Estar atentos a los nudos de las concupiscencias. Hacer que encima de ellos, una y otra vez, sea puesta la virtud, para que no reemerjan y afeen el yo nuevo. Y en las partes blandas, en las partes tendientes a deformarse que reciben con demasiada facilidad el barniz, pero que lo reciben según su tendencia, con bolsas y rayas, insistir en lijar con la piel de pescado, lijar, lijar, para dar una o más manos de barniz, para que esas partes queden lisas como un esmalte compacto. Y atentos a no sobrecargar. Pretender excesivamente en las virtudes hace que la persona se rebele, se agite y salte al primer choque. No. Ni demasiado ni demasiado poco. Justicia en el trabajo con uno mismo y con las criaturas hechas de carne y alma.

Y si, como en la mayor parte de los casos - porque las personas como Áurea son excepciones y no regla - hay partes nuevas mezcladas con las viejas - y las tienen los israelitas, que de Moisés pasan al Cristo, y los paganos con su mosaico de

creencias, que no podrán ser anuladas de repente y emergerán con nostalgias y recuerdos, al menos en las cosas más puras -, entonces son necesarios todavía más ojo y tacto, e insistir hasta que lo viejo se homogeneice con lo nuevo, haciendo uso de las cosas preexistentes para completar las nuevas virtudes. Por ejemplo, en los romanos hay mucho espíritu de Patria y valor viril. Estas dos cosas son casi mitos. Pues bien, no tratéis de destruirlas, sino inculcad un espíritu nuevo al espíritu patrio: el espíritu de hacer grande también espiritualmente a Roma como centro de cristiandad; y usad la virilidad romana para hacer fuertes en la fe a quienes son fuertes en la batalla. Otro ejemplo: Áurea. El asco de una revelación brutal la impulsa a amar lo puro y a odiar lo impuro. Pues bien, usad estas dos cosas para conducirla a una perfecta pureza, odiando la corrupción como si fuera el romano brutal.

¿Me entendéis? Y haced de las costumbres medios para entrar. No destruyáis brutalmente. No tendríais a mano inmediatamente con qué edificar; substituid, más bien, poco a poco, lo que no debe seguir existiendo en un convertido, con caridad, paciencia, tenacidad. Y, puesto que la materia, especialmente en los paganos, predomina, y ellos, aunque estén convertidos, estarán siempre apoyados en el mundo pagano, pues en él viven, insistid mucho en que se preserven de la carnalidad. Detrás de la sensualidad entra todo lo demás. Vigilad en los paganos la exasperación de la sensualidad, la cual, confesémoslo, también está vivísima entre nosotros; y cuando veáis que el contacto con el mundo abre el barniz que preserva, no sigáis dando pinceladas en lo alto, sino volved a la parte de abajo, manteniendo en equilibrio el espíritu y la carne, lo alto y lo bajo. Pero empezad siempre por la carne, por el vicio material, para preparar a recibir al Huésped que no inhabita en cuerpos impuros con espíritus malolientes por corrupciones carnales... ¿Me entendéis?

Y no temáis corromperos tocando con vuestra túnica lo bajo, lo material, de aquellos cuyo espíritu cuidáis. Con prudencia, para no ser causa de ruina en vez de causa de edificación. Vivid recogidos en vuestro yo nutrido de Dios, envuelto en virtud; moveos con delicadeza, especialmente cuando tengáis que ocuparos del sensibilísimo yo espiritual de los demás: ciertamente lograréis hacer seres dignos del Cielo incluso de los seres más despreciables.

-¡Qué parábola más hermosa nos has expuesto! Voy a escribirla para Margziam - dice el Zelote.

-Y para mí, que debo ser hecha toda hermosa para el Señor - dice lentamente, buscando las palabras, Áurea, que, descalza, está desde hace un poco de tiempo erguida en la puerta que da al huerto.

-¡Oh! ¡Áurea! ¿Nos estabas escuchando? - pregunta Jesús.

-Te estaba escuchando. ¡Es tan bonito! ¿He hecho mal?

-No, niña. ¿Hace mucho que estás aquí?

-No. Y lo siento, porque no sé lo que has dicho antes. Me ha mandado aquí tu Madre para decirte que dentro de poco es la hora de la comida. Se va a sacar de un momento a otro el pan del horno. He aprendido a hacerlo yo... ¡Qué bonito! Y he aprendido a blanquear la tela, y sobre el pan y la tela tu Madre me ha dicho otras dos parábolas.

-¿Ah, sí? ¿Qué ha dicho?

-Que yo soy como una harina todavía con el salvado, pero tu bondad me depura, tu gracia trabaja en mí y tu apostolado me forma, tu amor me cuece y de harina fea mezclada con mucho salvado pasará a ser, si dejas que trabajes en mí, harina de hostia, harina y pan de sacrificio, que sirve para el altar. Y en la tela, que era oscura, oleosa, áspera, y que después de mucha jabonera y muchos golpes se ha limpiado y se ha hecho suave, ahora el Sol va a meter sus rayos, y será blanca... Y me dijo que lo mismo hará de mí el Sol de Dios, si yo estoy siempre bajo el Sol y acepto lavaduras y mortificaciones para llegar a ser digna del Rey de los reyes, de ti, mi Señor. ¡Qué cosas más bonitas aprendo!... Me parece un sueño... ¡Bonito! ¡Bonito! ¡Bonito! ¡Aquí todo es bonito... ¡No me mandes a otro sitio, Señor!

-¿No irías con gusto con Mirta y Noemí?

-Preferiría aquí... Pero... también con ellas. Pero con romanos no, no, Señor...

-¡Ora, niña! - dice Jesús poniendo su mano en sus cabellos color rubio-miel. ¿Has aprendido la oración?

-¡Oh! ¡Sí! ¡Es tan bonito decir: "Padre mío!" y pensar en el Cielo... Pero... la voluntad de Dios me da un poco de miedo... porque no sé si Dios quiere lo que yo quiero...

-Dios quiere tu bien.

-¿Sí? ¿Dices eso Tú? Entonces ya no tengo miedo... Siento que me quedará en Israel... a conocer cada vez más a este Padre mío... Y... a ser la primera discípula de Galia, ¡oh mi Señor!

-Tu fe será escuchada porque es buena. Vamos...

Y salen todos. Van a lavarse a la pila que está debajo del manantial, mientras Áurea corre ligera donde María. Y se oyen dos voces femeninas: de palabra ágil la de María; titubeante, como de quien busca las palabras, la otra; y risitas agudas por algún error lingüístico que María corrige dulcemente...

-Aprende pronto y bien la niña - observa Tomás.

-Sí. Es buena y voluntariosa.

-¡Y, además, tu Madre es maestra!... ¡Ni Satanás le opondría resistencia!... - dice el Zelote.

Jesús suspira pero no habla...

-¿Por qué suspiras así, Maestro? ¿No es como he dicho?

-Lo has dicho muy bien. Pero hay hombres más resistentes que Satanás, que al menos huye de la presencia de María. Hay hombres que están a su lado y que, aun siendo adoctrinados por ella, no mejoran...

-¿Pero no nosotros, no? - dice Tomás.

-No vosotros... Vamos...

Entran en casa y todo termina.

Comienzo del tercer sábado en Nazaret y llegada de Pedro con otros apóstoles.

El sábado es el descanso. Ya se sabe. Descansan los hombres y las herramientas, cubiertas o colocadas con buen orden en sus sitios.

Ahora que el ocaso rojo de un viernes de verano está para cumplirse, María, sentada a la sombra del gran manzano ante su telar más pequeño, se levanta, tapa el telar y, con la ayuda de Tomás, lo devuelve a la casa, a su sitio, e invita a Áurea - que, sentada en un pequeño taburete a sus pies, cosía todavía, con mano desmañada, los vestidos que le habían dado las romanas y que María ha adaptados a su talle -, la invita a doblar el trabajo con orden y a poner todo encima de la repisa de su habitación. Y, mientras Áurea lleva a cabo esto, la Madre entra con Tomás en el local laboratorio donde Jesús y el Zelote se dan prisa en poner de nuevo en sus sitios sierras, cepillos, destornilladores, martillos, botes de barniz y de cola, y a barrer el serrín y las virutas de los bancos y del suelo. Del trabajo realizado hasta ese momento sólo quedan dos tablas dispuestas en ángulo, apretadas en el torno para que se solidifique la cola en las junturas (quizás es un futuro cajón), y un taburete barnizado a la mitad; además de quedar el olor agudo de los barnices todavía frescos.

Entra también Áurea. Va hacia el trabajo de buril de Tomás, se curva hacia él, lo admira y pregunta, curiosa, que para qué sirve, y también, instintivamente coqueta, pregunta que si a ella le quedaría bien.

-Te quedaría bien, pero te queda mejor el ser buena. Éstos son adornos que sólo hacen más hermoso el cuerpo, pero que no sirven para el espíritu; es más, cultivando la coquetería, perjudican al espíritu.

-¿Y entonces por qué lo haces? - pregunta, lógica, la niña - ¿Es que quieres perjudicar a un espíritu?

Tomás, siempre afable, sonríe ante esta observación y dice:

-Perjudica lo superfluo, a un espíritu débil. Pero, para un espíritu fuerte, el adorno se queda en lo que es, ni más ni menos: un alfiler necesario para tener sujeta la túnica.

-¿Para quién lo haces? ¿Para tu mujer?

-Yo no tengo mujer ni la tendré nunca.

-Entonces para tu hermana.

-Tiene más de los que necesita.

-Entonces para tu madre.

-¡Pobre anciana! ¿Y qué hace con él?

-Pero es para una mujer...

-Sí. Pero que no eres tú.

-¡Ni siquiera lo pienso!... Y además, ahora que has dicho que estas cosas perjudican al espíritu débil, no lo querría. Voy a quitar también esas guarniciones a los vestidos. ¡No quiero perjudicar a lo que es de mi Salvador!

-¡Eres una niña como se debe! Fíjate, tú, con esta voluntad tuya, has hecho un trabajo más bonito que el mío.

-Lo dices porque eres bueno...

-Lo digo porque es verdad. Mira: yo he cogido este bloque de plata, lo he reducido a hojas a medida que iba siendo necesario; luego, con el instrumento, o, mejor, con los instrumentos, lo he doblado así. Pero todavía tengo que hacer la parte mayor. Juntar las partes, y de forma natural. Por ahora completas sólo están estas dos hojitas con su florecita unida - y Tomás levanta entre sus gruesos dedos un liviano escapo de muguete, recogido en una hoja que imita a la perfección las naturales. Hace un cierto efecto ver esa cosita, que resplandece con el brillo blanco de la plata pura, entre los dedos fuertes y bronceados del orfebre.

-Oh! ¡Bonito! Había muchos de éstos en la isla y nos dejaban cogerlos antes de que el Sol saliera. Porque las rubias no debíamos nunca tomar el sol para valer más; a las morenas, sin embargo, las hacían estar fuera, al sol, hasta sentirse incluso mal, para que fueran más morenas. Las... ¿Cómo se dice vender una cosa diciendo que es una cuando en realidad es otra?...

-Pues... con engaño... con trampa... no lo sé.

-Las engañaban diciendo que eran árabes o del alto Nilo, de donde nace; a una la vendieron como descendiente de la reina Saba.

-¡Nada menos! Pero no las engañaban a ellas, sino a los compradores. Se dice entonces que timaban. ¡Qué gentuza! Una buena sorpresa para el comprador, cuando haya visto descolorirse la... falsa etíope! ¿Estás oyendo, Maestro? ¡Cuántas cosas que nosotros ignoramos! ...

-Estoy oyendo. Pero lo más triste no está en el timo al comprador... sino en el destino de esas muchachas...

-Es verdad. Almas profanadas para siempre. Perdidas...

-No. Dios puede siempre intervenir...

-Respecto a mí lo ha hecho. ¡Tú me has salvado!... - dice Áurea, volviéndose hacia el Señor con su mirada clara, serena. Y termina: « ¡Y yo soy muy feliz! » y, no pudiendo ir a abrazar a Jesús, va a ceñir a María con un brazo, apoyando su rubia cabeza en el hombro de la Virgen en un gesto de confiado amor. Las dos cabezas rubias resaltan, con sus distintas coloraciones, contra la pared oscura: un grupo dulcísimo.

Pero María se acuerda de la cena. Se sueltan y se van.

-¿Se puede entrar? - dice tras la puerta del taller que da a la calle la voz un poco ronca de Pedro.

-¡Simón! ¡Abrid!

-¡Simón! ¡No ha sabido estar separado! - dice Tomás riendo, mientras se apresura a abrir.

-¡Simón! Era previsible... - dice sonriendo el Zelote.

Pero no es sólo el rostro de Pedro el que se enmarca en el cuadro de la puerta; son todos los apóstoles del lago, todos menos Bartolomé y menos Judas Iscariote. Y con ellos están ya Judas y Santiago de Alfeo.

-¡La paz a vosotros! ¿Pero, por qué habéis venido con este calor?

-Porque... ya no podíamos estar separados. Han pasado dos semanas y media, ¿sabes? ¿Comprendes? ¡Dos semanas y media que no te vemos! - y Pedro parece decir: ¡Dos siglos! ¡Una enormidad!

-Pero os había dicho que esperarais a Judas todos los sábados.

-Sí. Pero no ha venido dos sábados... y al tercero venimos nosotros. Allí se ha quedado Natanael, que no está demasiado bien. Si Judas va, lo recibirá... Pero ciertamente no irá... Benjamín y Daniel nos dijeron que lo habían visto en Tiberíades, pasando por Tiberíades para venir donde nosotros, antes de ir hacia el Hermón grande, y... bueno, ya te diré después... - dice Pedro, cuya palabra ha sido cortada por un tirón de la túnica por parte de su hermano.

-De acuerdo. Luego me dirás... ¡Pero, deseabais tanto descansar, y ahora que podéis reposar os pegáis estas carreras!... ¿Cuándo habéis salido?

-Ayer al caer de la tarde. Con un lago que era un espejo. Hemos desembarcado en Tariquea para evitar Tiberíades para... para no encontrar a Judas...

-¿Por qué?

-Porque, Maestro, queríamos gozar de ti en paz.

-¡Sois egoístas!

-No. El ya tiene sus alegrías... ¡En fin! No sé quién le da tanto dinero para gozárselo con... Sí, comprendido, Andrés. Pero deja de tirarme tan fuerte de la túnica. Ya sabes que sólo tengo ésta. ¿Quieres que me vaya con la túnica rasgada?

Andrés se pone colorado. Los otros se ríen. Jesús sonríe.

-Bien. Hemos bajado a Tariquea también porque... bueno no me regañes... Será el calor, será que lejos de ti me hago malo, será que pensar que él se ha separado de ti para unirse a... ¡Pero bueno, deja ya de arrancarme la manga! ¡Ya ves que sé pararme a tiempo!... En fin, Maestro, será por muchas cosas... Yo no quería pecar, y si veía a Judas lo hacía. Así que me he dirigido a Tariquea. Y al alba nos hemos puesto en camino.

-¿Habéis pasado por Caná?

-No. No queríamos alargar el viaje... Pero ha sido muy largo de todas formas. Y el pescado se ponía malo... Se lo dimos a la gente de una casa, en cambio de alojamiento durante algunas horas, las más calurosas. Y hemos partido de allí a mitad de tiempo de después de la nona... ¡Un horno!...

-Os lo podíais haber ahorrado. Yo habría ido pronto...

-¿Cuándo?

-Cuando el sol hubiera salido del León.

-¿Y Tú crees que podíamos estar tanto sin ti? ¡Hombre, desafiamos a mil calores semejantes pero venimos a verte! ¡Nuestro Maestro! ¡Nuestro adorado Maestro! - y Pedro se abraza a su Tesoro de nuevo hallado.

-Y pensar que cuando estamos juntos no hacéis otra cosa sino quejaros del tiempo, de lo largo que es el camino...

-Porque somos unos necios. Porque, mientras estamos juntos, no comprendemos bien lo que Tú eres para nosotros... Pero aquí nos tienes. Ya tenemos lugares. Quién en casa de María de Alfeo, quién con Simón de Alfeo, quién con Ismael, quién con Aser y quién con Alfeo, que está aquí cerca. Ahora descansamos y mañana, al caer de la tarde, otra vez en marcha, más contentos.

-El sábado pasado hemos tenido aquí a Mirta y a Noemí, que habían venido para ver otra vez a la niña - dice Tomás.

-¿Ves como quien tiene la posibilidad de venir, en cuanto puede viene aquí?

-Sí, Pedro. Y vosotros ¿qué habéis hecho en este tiempo?

-Hemos pescado... hemos barnizado barcas... reparado redes... Ahora Margziam sale frecuentemente con los mozos, cosa que hace disminuir los improperios de mi suegra contra "el holgazán que hace morir de hambre a su mujer después de traerle un bastardo". ¡Y pensar que Porfiria no ha estado nunca tan bien como ahora que tiene a Margziam, por el corazón y por todo lo demás! Las ovejas, de tres, han pasado a cinco, y pronto serán más... ¡No es poco útil esto para una pequeña familia como la nuestra! Y Margziam con la pesca suple a lo que yo no hago sino muy raramente. Pero esa mujer tiene lengua viperina, a pesar de que su hija la tiene de paloma... Veo que tú también has trabajado...

-Sí, Simón. Hemos trabajado. Todos. Mis hermanos en su casa, Yo con éstos en la mía; para procurar satisfacción y descanso a nuestras madres.

-¡Hombre, también nosotros! - dicen los hijos de Zebedeo.

-Y yo a mi mujer, trabajando en colmenas y viñas - dice Felipe.

-¿Y tú, Mateo?

-Yo no tengo a quién hacer feliz... y ahora me he hecho feliz a mí mismo, escribiendo las cosas que más me gusta recordar...

-Entonces te vamos a referir la parábola del barniz. La he provocado yo, muy inexperto pintor... - dice el Zelote.

-Pero has aprendido pronto el oficio. ¡Fijaos qué bien ha dejado esta silla! - dice Judas Tadeo.

El acuerdo entre ellos es perfecto. Y Jesús, cuya cara aparece más descansada desde que está en su casa, resplandece de alegría por tener en torno a sí a sus queridos apóstoles.

Entra Áurea y se queda sorprendida en el umbral de la puerta.

-¡Ah, ahí está! ¡Fíjate qué bien está! Pasa por una pequeña hebrea, vestida así.

Áurea se pone roja como la púrpura y no sabe qué decir. Pero Pedro se muestra tan afable y paternal, que en seguida se recupera y dice:

-Me esfuerzo en serlo y... con mi Maestra espero serlo pronto... Maestro, voy a decir a tu Madre que están ellos... - y se retira ágil.

-Es una buena muchacha - declara el Zelote.

-Sí. Quisiera que se quedara con nosotros israelitas. Bartolomé, rechazándola, ha perdido una buena ocasión y una alegría... - dice Tomás.

-Bartolomé está muy ligado a las... fórmulas - dice Felipe para disculparlo.

-Es su único defecto - observa Jesús. Entra María...

-La paz a ti, María - dicen los que han venido de Cafarnaúm.

-La paz a vosotros... No sabía que estabais aquí. Enseguida me ocupo de vosotros... Entretanto venid...

-De casa vendrá nuestra madre con bastante comida, y también Salomé. No te preocupes, María - dice Santiago de Alfeo.

-Vamos al huerto... Se está alzando el viento de la noche y se está bien... - dice Jesús.

Y entran en el huerto. Se sientan acá o allá. Hablan fraternalmente, mientras las palomas zurean disputándose la última comida, que Áurea esparce por el suelo... Luego es el riego de los cuadros florecidos, o simplemente de útiles y bonitas verduras necesarias para el hombre. Quieren hacerlos los apóstoles, alegremente, mientras María de Alfeo, que ha llegado en ese momento, con Áurea y María, preparan la cena para los llegados. Y el olor de los alimentos que chirrían se mezcla con el de la tierra regada, de la misma forma que el gorjeo de los pájaros, que se disputan, presuntuosos, un buen sitio entre las tupidas frondas del huerto, se mezclan con las voces profundas o agudas de los apóstoles...

436

En el huerto de Nazaret, revelado a apóstoles y discípulas el precio de la Redención.

Y el sábado continúa, propiamente en el sábado. En la espléndida mañana, no pesado aún el aire por el calor, es agradable estar sentados, reunidos fraternal y pacíficamente debajo de la pérgola llena de sombra, o donde el manzano que está al lado de la higuera y del almendro proyecta, con éstos, manchas de sombra, prolongando la de la pérgola en que madura la uva. Es bonito ir y venir paseando por los senderos que hay entre los cuadros, yendo de la colmena hasta el palomar, desde éste hasta la pequeña gruta, y luego, pasando detrás las mujeres - María, María Cleofás, la nuera de ésta: Salomé de Simón, Áurea -, ir hacia los pocos olivos que desde el promontorio se alargan hacia el huerto quieto. Y esto es lo que hacen Jesús y los suyos, María y las otras mujeres. Y Jesús adoctrina incluso sin querer. Y María adoctrina incluso sin querer. Y los discípulos del primero y las discípulas de la segunda están atentos a las palabras de los dos Maestros.

Áurea, sentada en su taburetito habitual a los pies de María, casi acucillada, está con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas, la cara levantada, con los ojos abiertos completamente y fijos en el rostro de María: parece una niña escuchando una fábula. Pero no es una fábula, es una hermosa verdad. María cuenta las antiguas historias de Israel a la pequeña paganita de ayer, y las otras, aunque conozcan las historias patrias, escuchan también con atención. Porque es muy dulce oír fluir de esos labios la historia de Raquel, la de la hija de Jefté, la de Ana de Elcaná.

Judas de Alfeo se acerca lentamente y escucha sonriendo. Está detrás de María, que, por tanto, no lo ve. Pero la mirada sonriente de María Cleofás a su Judas advierte a María de que alguno está detrás de Ella, y se vuelve:

-¡Oh, Judas! ¿Has dejado a Jesús por escucharme a mí, una pobre mujer?

-Sí. Te dejé a ti para ir con Jesús, porque la primera maestra mía fuiste tú, pero me es dulce alguna vez dejarlo a Él para venir contigo, a hacerme niño como cuando era un escolar tuyo. Continúa, te lo ruego...

-Áurea quiere su premio todos los sábados. El premio es narrarle aquello que más impresión le haya causado de nuestra Historia (yo se la voy explicando un poco cada día mientras trabajamos).

También los otros se han acercado... Judas Tadeo dice:

-¿Y qué te gusta, niña?

-Muchas cosas; todo, podría decir... Pero, mucho mucho, Raquel, y Ana de Elcaná, luego Rut... y luego... ¡ah!, es muy bonito Tobit y Tobías con el Ángel, y luego la esposa que ora para ser liberada....

-¿Y Moisés no?

-Me da miedo... Demasiado grande... Y en los profetas me gusta Daniel defendiendo a Susana.

Mira a su alrededor y susurra:

-...También a mí me ha defendido mi Daniel - y mira a Jesús.

-¡Pero también son bonitos los libros de Moisés!

-Sí. Donde enseñan a no hacer las cosas que son feas. Y también donde hablan de aquella estrella que nacerá de Jacob. Yo ahora sé su nombre. Antes no sabía nada. Y mi fortuna es mayor que la de aquel profeta, porque yo la veo, y además de cerca. Ella me ha dicho todo, así que sé también yo - termina con un cierto aire triunfal.

-¿Y la Pascua no te gusta?

-Sí... pero... también los hijos de los demás tienen mamá. ¿Por qué matarlos? Yo entre el Dios que salva y el que mata, prefiero al primero...

-Tienes razón... María, ¿no le has contado todavía nada de su Nacimiento? - dice Santiago, señalando al Señor, que escucha y calla.

-Todavía no. Quiero que conozca bien el pasado, antes del presente; para comprender este presente, que tiene su razón de ser en el pasado. Cuando lo conozca, verá que el Dios que le produce miedo, el Dios del Sinaí, es un Dios de amor severo, pero en todo caso amor.

-¡Oh, Madre, dímelo ahora, que me costará menos esfuerzo comprender el pasado cuando sepa el presente, que, por lo que yo sé de él, es muy bonito y hace amar a Dios sin miedo! ¡Yo necesito no tener miedo!

-La niña tiene razón. Recordad siempre toda esta verdad cuando evangelicéis. Las almas necesitan no tener miedo para ir a Dios con toda confianza. Es lo que Yo me esfuerzo en hacer, y más aún cuando, o por ignorancia o por culpas, están sujetos a temer mucho a Dios. Pero Dios, incluso el Dios que castigó a los egipcios y que te produce miedo, Áurea, es siempre bueno. Mira: cuando quitó la vida a los hijos de los egipcios crueles, tuvo piedad con ellos, los cuales, no creciendo, no se hicieron pecadores como sus padres, y dio tiempo de arrepentirse a sus padres del mal cometido. Así pues, fue una severa bondad. Hay que saber distinguir la verdadera bondad de lo que es sólo debilidad de educación. Cuando Yo era un pequeño infante, fueron asesinados muchos pequeñuelos en el pecho mismo de sus madres. Y el mundo gritó de horror. Pero, cuando el Tiempo ya no exista ni para los individuos ni para la Humanidad entera, comprenderéis, una y mil veces, que fueron afortunados, benditos en Israel, en la Israel de los tiempos de Cristo, aquellos que, por haber sido exterminados en la infancia, fueron preservados del mayor de los pecados, el de ser cómplices de la muerte del Salvador.

-¡Jesús! - grita María de Alfeo poniéndose en pie, asustada, mirando a su alrededor como si temiera ver salir a los deidades de detrás de los setos y de los troncos del huerto.

-¡Jesús! - repite mirándolo con pena.

-¿Es que ya no conoces las Escrituras, que tanto te asombras de esto que digo? - le pregunta Jesús.

-Pero... Pero... No es posible... No debes permitirlo... Tu Madre...

-Es Salvadora conmigo, y sabe. Mírala e imítala.

María, en efecto, está austera, regia con su palidez, que es intensa; e inmóvil. Tiene las manos apoyadas en su regazo, apretadas, como en oración; alta la cabeza, la mirada fija en el vacío...

María de Alfeo la mira. Luego se dirige de nuevo a Jesús:

-¡Pero, de todas formas, no debes hablar de este horrendo futuro! Le clavas una espada en el corazón.

-Hace treinta y dos años que está esta espada en su corazón.

-¡Nooo! ¡No es posible! María... siempre tan serena... María...

-Pregúntaselo a Ella, si no crees en lo que digo.

-¡Sí que se lo pregunto! ¿Es verdad, María? ¿Sabes esto?...

Y María, con voz blanca pero firme, dice:

-Es verdad. Tenía Él cuarenta días cuando me lo dijo un santo... Pero incluso antes... ¡oh!, cuando el Ángel me dijo que, sin dejar de ser la Virgen, concebiría un Hijo, que por su concepción divina sería llamado Hijo de Dios, lo que realmente es; cuando se me dijo esto, y que en el seno de Isabel estéril estaba formado un fruto por milagro del Eterno, no me fue difícil recordar las palabras de Isaías: "La Virgen dará a luz un hijo que será llamado Emmanuel"... ¡Todo, todo Isaías! Y donde habla del Precursor... Y donde habla del Varón de dolores, rojo, rojo de sangre, irreconocible... un leproso... por nuestros pecados... La espada está en el corazón desde entonces, y todo ha servido para hincarla más: el cantar de los ángeles y las palabras de Simeón y la venida de los Reyes de Oriente, y todo, todo...

-¿Pero, todo, qué otras cosas, María mía? Jesús triunfa, Jesús hace prodigios, le siguen turbas cada vez más numerosas... ¿No es, acaso, verdad? - dice María de Alfeo.

Y María, siguiendo en la misma postura, dice a cada pregunta: «Sí, sí, sí» sin congoja, sin alegría, solamente asiente con serenidad, porque así es...

-¿Y entonces? ¿Qué otro todo te clava la espada en el corazón?

-¡Oh!... Todo...

-¿Y estás tan serena? ¡Tan serena? Siempre igual que cuando llegaste aquí, casada, hace treinta y tres años. Y me parece ayer todo este cúmulo de recuerdos... ¿Pero cómo tienes esta fuerza?... Yo... yo estaría como loca... yo haría... no sé lo que haría... Yo... ¡Bueno, que no, que no es posible que una madre sepa esto y esté serena!

-Antes de ser Madre, soy hija y sierva de Dios... Mi serenidad ¿dónde la encuentro? En hacer la voluntad de Dios. Mi serenidad ¿de qué me viene? De hacer esta voluntad. Si hiciera la voluntad de un hombre, podría sentirme turbada, porque un hombre, aun el más sabio, siempre puede imponer una voluntad errada. ¡Pero la de Dios!... Si Él ha querido que sea Madre de su Cristo, ¿deberé acaso pensar que es un hecho cruel, y perder en este pensamiento mi serenidad? ¿Saber lo que será la Redención para Él, y para mí, también para mí, deberá turbarme con el pensamiento de cómo voy a superar ese momento? ¡Oh! será tremenda... - y María sufre un involuntario sobresalto, como un escalofrío imprevisto, y cierra las manos como para impedirles temblar, como para orar más ardientemente, mientras que su cara se pone aún más blanca, y los párpados sutiles, con un parpadeo de angustia, se cierran sobre sus dulces ojos garzos. Pero, después de un profundo suspiro de congoja, reafirma su voz y termina: «Pero Él, Aquel que me ha impuesto su voluntad y a quien sirvo con amor confiado, me dará la ayuda para ese momento. A mí, a Él... Porque no puede el Padre dictar designios demasiado fuertes para las fuerzas del hombre... y socorre... siempre... Y nos socorrerá, Hijo mío... nos socorrerá... Él nos socorrerá... y sólo podrá ser Él, que tiene medios infinitos, el que nos socorra...

-Sí, Madre. El Amor nos socorrerá, y en el amor nos socorreremos recíprocamente. Y en el amor redimiremos...

Jesús se ha puesto al lado de su Madre y ahora le pone una mano en el hombro. Ella levanta la cara para mirar a su hermoso y sano Jesús, destinado a quedar desfigurado por las torturas, muerto con mil heridas, y dice:

-En el amor y en el dolor... Sí. Y juntos...

Ya ninguno dice nada... En círculo - alrededor de los dos Protagonistas principales de la futura tragedia del Gólgota -, apóstoles y discípulos parecen estatuas pensativas...

Áurea se ha quedado petrificada en su taburete... Pero es la primera que se recobra, y, sin ponerse en pie, se arrodilla, de forma que se encuentra justo contra María; le abraza las rodillas y agacha su cabeza y la apoya en su regazo; diciendo: - ¡También por mí todo esto!... ¡Cuánto cuestó y cuánto os amo por lo que os cuestó! ¡Oh, Madre de Mi Dios, bendíceme para que no os cueste sin fruto...

-Sí, hija mía. No temas. Dios también te ayudará a ti, si aceptas siempre su voluntad.

Le acaricia los cabellos y las mejillas, y siente estas empapadas de llanto.

-¡No llores! Del Cristo lo primero que has conocido ha sido el destino de dolor, el final de su misión de Hombre. No es justo que, habiendo conocido esto, ignores los momentos primeros de su vida en el mundo. Escucha... A todos les gustará salir de la contemplación amarga, tenebrosa, evocando el dulce momento, todo luz, todo canto, todo hosanna, de su Nacimiento... Escucha... - y María, explicando la razón del viaje a Belén de Judá, ciudad anunciada como ciudad natal del Salvador, dulcemente narra la noche del Nacimiento de Cristo.

437

Coloquio de Jesús con su Madre.

No sé si es la noche del mismo sábado. Sé que veo a Jesús y a María sentados en el asiento de piedra que hay contra la casa, cerca de la puerta del comedor, del que sale el tenue claror de una lámpara de aceite colocada cerca del umbral, una lámpara que late en el aire con aumentos y disminuciones de luz, como si su luminosidad estuviera regulada por un movimiento respiratorio; es la única luz de esta noche todavía sin Luna. Un mínimo de claror que sale al huerto, alumbrando una estrecha franja de terreno delante de la puerta, para morir en el primer rosal del parterre. Pero ese mínimo es suficiente para iluminar los dos perfiles de los Dos, reunidos en íntimo coloquio en la noche serena llena de perfumes de jazmines y otras flores de verano.

Hablan de los parientes... de José de Alfeo, siempre testarudo, de Simón, no muy valiente en su profesión de fe por estar dominado por el primero de los hermanos, que es autoritario y obstinado en sus ideas como lo era el padre. El gran dolor de María, que quisiera ver a todos sus sobrinos discípulos de su Jesús...

Jesús la consuela; habla de la fuerte fe israelita de su primo, para disculparlo: -Es un obstáculo, ¿sabes? Un verdadero obstáculo. Porque todas las fórmulas y preceptos hacen de barrera para la aceptación de la idea mesiánica en su verdad. Es más fácil convertir a un pagano, si no es un espíritu totalmente pervertido. El pagano reflexiona y ve la diferencia buena entre su Olimpo y mi Reino. Pero a Israel... a Israel en su parte más culta... le cuesta trabajo seguir el concepto nuevo...

-¡Y a pesar de todo es el mismo concepto!

-Sí. Es el mismo Decálogo, son las mismas profecías. Pero han sido profundamente alterados por el hombre, que los ha tomado de las esferas sobrenaturales donde estaban y los ha bajado al nivel de la Tierra, al ambiente del mundo, los ha manipulado con su humanidad, y los ha alterado... El Mesías, Rey espiritual del gran Reino - que se llama de Israel porque el Mesías nace del tronco de Israel, pero que es más justo llamarlo de Cristo, porque Cristo centra en sí lo mejor de Israel, actual y pasado, y lo sublima con su perfección de Dios-Hombre -, el Mesías, para ellos, no puede ser el hombre manso, pobre, sin aspiraciones al poder y a la riqueza, obediente para con los que nos dominan por castigo divino; porque en la obediencia hay santidad cuando esta obediencia no debilita la gran Ley. Y por esto se puede decir que su fe trabaja contra la Fe verdadera. ¿Personas así, tercas y convencidas de ser justas?... Hay muchas... en todas las clases... y también entre mis parientes y apóstoles. Sí, Madre, su cerrazón respecto a creer en mi Pasión está en esto. Sus errores de valoración tienen su origen en esto... Y también su actitud reacia, que se obstina en considerar idólatras a los gentiles, mirando al hombre y no al espíritu del hombre, ese espíritu que tiene un solo Origen y al cual Dios querría dar un solo Destino: el Cielo. Fíjate Bartolomé... Es un ejemplo. Es óptimo, sabio, está dispuesto a todo para darme honor y consuelo... Pero ante - no digo ya una Áglæ o una Síntica, que es una flor respecto a la pobre Áglæ, a la que solamente la penitencia le hace cambiar de fango a flor -, ni siquiera ante una muchacha, una pobre muchacha cuyo sino suscita todas las compasiones y cuyo instintivo pudor induce admiración, ni siquiera ante ella cae su repugnancia hacia los gentiles; y ni siquiera mi ejemplo lo vence, ni mis palabras sobre que he venido para todos.

-Tienes razón. Es más, precisamente los dos más resistentes son Bartolomé y Judas de Keriot, los dos más doctos, o, por lo menos, el docto Bartolmái, y Judas de Keriot, que no sé exactamente en qué clase se puede colocar, pero que está embebido, saturado del ambiente del Templo. Pero... Bartolmái es bueno y su resistencia todavía se puede disculpar. Judas... no. Ya has oído lo que ha dicho Mateo, que fue a propósito a Tiberíades... Y Mateo es experto de la vida, sobre todo de esa vida... Y es apropiada la observación de Santiago de Zebedeo: "¿Pero quién es el que da tanto dinero a Judas?". Porque esa vida cuesta... ¡Pobre María de Simón!

Jesús hace su típico gesto con las manos, para decir: «Así es...» y suspira. Luego dice:

-¿Has oído? Las romanas están en Tiberíades... Valeria no me ha comunicado nada. Pero Yo, antes de reanudar mi camino, tengo que saber. Quiero que estés conmigo en Cafarnaúm durante un tiempo, Mamá... Luego regresas aquí. Yo iré hacia los confines siro-fenicios y luego volveré para saludarte antes de bajar hacia Judea, la oveja terca de Israel...

-Hijo, iré mañana por la noche... Llevaré conmigo a María de Alfeo. Áurea irá a casa de Simón de Alfeo, porque no pasaría sin crítica el que se quedara aquí con vosotros varios días... Así es el mundo... Y yo iré... La primera etapa, Caná; luego, al alba, partiré para la casa de la madre de Salomé de Simón; después, al caer de la tarde, reanudo la marcha: llegaremos, todavía con luz, a Tiberíades. Iré a la casa del discípulo José, porque quiero ir yo, personalmente, a ver a Valeria, y, si fuera donde Juana, querría ir ella... No. Yo, Madre del Salvador, para Valeria, seré distinta de la discípula del Salvador... y no me dirá no. ¡No temas, Hijo mío!

-No temo. Pero me aflige tu fatiga.

-¡Oh... para salvar a un alma! ¿Qué es esta nada de unas veinte millas recorridas en un buen período?

-La fatiga será también moral. Pedir... ser, quizás, humillada...

-Poca cosa que pasa. ¡Pero un alma permanece!

-Serás como una golondrina extraviada en la pervertida Tiberíades... Lleva contigo a Simón.

-No, Hijo mío. Nosotras dos solas, dos pobres mujeres... Pero dos madres y dos discípulas, o sea, dos grandes fuerzas morales... No me demoraré. Déjame ir... únicamente bendíceme.

-Sí, Mamá. Con todo mi corazón de Hijo y con todo mi poder de Dios. Ve y que los ángeles te escolten por el camino.

-Gracias, Jesús. Ahora vamos a entrar. Me tendré que levantar con el alba para preparar todo, para quien parte y para quien se queda. Di la oración, Hijo...

Jesús se levanta, y también María, y juntos dicen el Pater... Luego entran de nuevo en la casa, cierran la puerta... la luz desaparece y cesa toda voz humana. Queda sólo el viento ligero entre las frondas y el gorgoteo ligero del hilo de agua en la pila...

438

María Santísima con María de Alfeo en Tiberíades, donde Valeria. Encuentro con Judas Iscariote.

Tiberíades está ya a la vista y las dos peregrinas, cansadas, prosiguen mientras descende el crepúsculo.

-Dentro de poco será de noche... Y estamos todavía en medio de los campos... Dos mujeres solas... Y cerca de una ciudad grande llena de... ¡huy, qué gente! ¡Diablos, la mayor parte diablos!... - dice María de Alfeo mirando asustada a su alrededor.

-No temas, María. Belcebú no nos hará ningún mal. Sólo daña a quien lo acoge en su corazón...

-¡Pero estos paganos lo tienen!...

-En Tiberíades no hay sólo paganos, y entre los paganos también hay justos.

-¡Que no! ¡Que no tienen a nuestro Dios!...

María no rebate porque comprende que es inútil. La buena cuñada no es sino una de las muchas israelitas que se creen las únicas depositarias de la virtud... por ser israelitas.

Un momento de silencio en que se oye sólo el roce de las sandalias que calzan los pies cansados y polvorientos.

Hubiera sido mejor recorrer el camino habitual... Ése lo conocíamos... Lo recorre más gente... Éste... entre huertas, solitario... desconocido... ¡Bueno, que tengo miedo!

-¡No, María! Mira. La ciudad está allí, a dos pasos. Y aquí hay huertos tranquilos de los cultivadores de Tiberíades, y allí, a dos pasos, está la orilla. ¿Quieres que vayamos por la orilla? Encontraremos pescadores... Hay que atravesar sólo estas huertas.

-¡No, no! ¡Nos alejamos otra vez de la ciudad! Y además... los barqueros son casi todos griegos, cretenses, árabes, egipcios, romanos... y parece como si nombrara clases infernales con cada una de estas palabras. María Santísima no puede evitar sonreír tras la sombra de su velo.

Prosiguen. El camino se transforma en una alameda; por tanto, la máxima sombra... y el ápice del miedo para María de Alfeo, que invoca a Yeohveh a cada paso que da, cada vez más lento.

-¡Venga, sé fuerte! ¡Rauda, si tienes miedo! - la anima María, que a cada invocación ha respondido: « ¡Maran Athá! ».

Pero María de Alfeo se para del todo y pregunta:

-¿Pero por qué has querido venir aquí? ¿Quizás para hablar con Judas Iscariote?

-No, María. O, por lo menos, no exactamente para eso. He venido para hablar con la romana Valeria...

-¡Misericordia! ¿Vamos a su casa? ¡Ah! ¡No! ¡María! ¡No hagas eso! ¡Yo... yo ya no te acompaño! ¿Pero qué vas a hacer allí? ¡Donde ésas... donde ésas... donde esos reprobados!...

María Santísima cambia su dulce sonrisa por una expresión seria, y pregunta:

-¿Y no recuerdas que Áurea ha de ser salvada? Mi Hijo ha comenzado su liberación. Yo la cumpliré. ¿Así practicas tú el amor hacia las almas?

-Pero no es de Israel...

-¡Verdaderamente no has entendido todavía ni una palabra de la Buena Nueva! Eres una discípula muy imperfecta... No trabajas para tu Maestro y me causas mucho dolor.

María de Alfeo agacha la cabeza... Y su corazón, lleno de los prejuicios de Israel, sí, pero congénitamente bueno, prevalece. Rompe a llorar, abraza a María y dice: -¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡No me digas que te causo dolor y que no sirvo a mi Jesús! ¡Sí, sí! Soy muy imperfecta, merezco reprensión... Pero no lo volveré a hacer... ¡Voy, voy! Hasta al Infierno, si vas tú a él a arrancar un alma para dársela a Jesús... Dame un beso, María, para decir que me perdonas...

María la besa y vuelven al camino, ágiles, alentadas de nuevo por el amor...

Ya están en Tiberíades, hacia el pequeño puerto de los pescadores. Buscan la casita de José, el barquero discípulo... La encuentran. Llamen...

-¡La Madre de mi Maestro! ¡Entra, Mujer! Y Dios esté contigo y conmigo que te recibo en mi casa. Entra también tú y que la paz sea contigo, madre de apóstoles.

Entran, mientras la mujer y la jovencita hija del barquero acuden para saludarlas, seguidas por un grupo de hijuelos más pequeños... Pronto toman la parca comida, y María de Cleofás, cansada, se retira con los niños de la casa. En la terraza alta, desde la cual se ve el lago - se oye, más que verse, porque no hay luna todavía - chocando en la playa con sus olas, se quedan María Santísima, el barquero y la mujer de éste, que se esfuerza en hacer buena compañía, pero que en realidad duerme cabeceando contra el pecho.

-¡Está cansada!... - la disculpa José.

-¡Pobrecilla! Las mujeres de casa están siempre cansadas por la noche.

-Sí, trabajan ellas. No son como aquéllas de allí, entregadas a la diversión - dice con desprecio el barquero, señalando a unas barcas iluminadas que se separan de la orilla entre cantos y sonidos -Ellas salen ahora. Para ellas empieza ahora la fatiga. Cuando las buenas personas duermen. Y perjudican a los que trabajan, porque van a fingir que pescan a los lugares mejores y nos echan a nosotros, que del lago sacamos el pan para la familia...

-¿Quiénes son?

-Romanas y sus semejantes. Y en las semejantes mete a Herodías, a su lujuriosa hija y también otras hebreas... Porque tenemos muchas Marías Magdalenas... Quiero decir Marías antes del arrepentimiento...

-Son infelices...

-¿Infelices? Infelices nosotros, que no las apedreamos para limpiar a Israel de esas que se han pervertido y nos acarrearán las maldiciones de Dios.

Entretanto otras barcas se separan de la orilla y las luces de las barcas de los vividores rojean en el lago.

-¡Sientes qué hedor de resinas! Lo primero se embriagan con el humo, luego hacen el resto en los banquetes. Son capaces de ir a los manantiales calientes de la otra orilla... En las Termas de allí... suceden cosas de Infierno. Regresarán al alba, a la aurora, quizás más tarde... borrachos, tumbados como sacos los unos encima de los otros, hombres y mujeres; los esclavos los llevarán a sus casas, a que se les pase la orgía... ¡Esta noche es que van todas las barcas elegantes, eh! ¡Mira! ¡Mira!... Pero mi ira es más contra los judíos que se mezclan allí, que no contra ellos. ¡Ellos... ya se sabe! Animales sin recato. ¡Pero nosotros!... Mujer, ¿sabes que está aquí Judas el apóstol?

-Lo sé.

-No da buen ejemplo, ¿sabes?

-¿Por qué? ¿Va con aquéllos?...

-No... Pero... malos compañeros..., y una mujer. Yo no lo he visto... Ninguno de nosotros lo ve así. Pero unos fariseos se han mofado de nosotros diciéndonos: "Vuestro apóstol ha cambiado de maestro. Ahora tiene una mujer y está en buena compañía de publicanos".

-No juzgues, José, sobre lo que solamente has oído referir. Tú sabes que los fariseos no os aman y que tampoco alaban al Maestro.

-Eso es verdad... Pero la voz circula... y daña...

-De la misma forma que ha empezado terminará. Tú no peques contra tu hermano. ¿Sabes en qué casa está?

-Sí. En casa de un amigo, creo. Uno que tiene un almacén de vinos y especias. El tercer almacén del lado de oriente del mercado, después de la fuente...

-¿Todas las romanas son iguales?

-¡Más o menos!... Aunque eviten ser vistas, hacen el mal.

-¿Quiénes son las que evitan ser vistas?

-Las que fueron a casa de Lázaro en Pascua. Están más retiradas... Quiero decir que no siempre van a los banquetes. Pero en todo caso van lo suficiente como para poder decir que son impuras.

-¿Pero hablas así porque estás seguro de ello, o porque tu prejuicio hebreo te hace hablar así? Examínate de verdad...

-Bueno... en realidad... no sé... No las he vuelto a ver en las barcas de los inmundos... Pero van en barca de noche por el lago.

-Tú también vas.

-¡Claro! ¡Si quiero pescar!

-El calor es muy fuerte. Sólo hay alivio en el lago de noche. Son tus palabras mientras cenábamos.

-Es verdad.

-¿Y entonces, por qué no pensar que ellas también van por este motivo por el lago?

El hombre calla... Luego dice:

-Es tarde. Las estrellas dicen que es la segunda vigilia. Me voy a retirar, Mujer. ¿No vienes?

-No. Me quedo aquí en oración. Saldré pronto. No te asombres si no me ves al alba.

-Eres dueña de hacer lo que quieras. ¡Ana! ¡Venga! ¡Vamos a la cama! - y mene a su mujer, que duerme profundamente. Se marchan.

María se queda sola... Se arrodilla y ora, ora, ora... pero no pierde nunca de vista las barcas que surcan el lago, las barcas de los señores, las que navegan llenas de luz, entre flores, cantos e inciensos... Muchas van, van, van hacia oriente, se hacen pequeñas en la lejanía... y el sonido de los cantos ya no llega. Queda, solitaria, una barca, ante Tiberíades, resplandeciente en medio del lago luminoso por la luna menguante. Navega lentamente hacia arriba y hacia abajo... María la observa hasta que la ve volver la proa hacia la orilla.

Entonces se pone de pie y dice:

-¡Señor, ayúdame! Haz que sea...

Y desciende ágil la pequeña escalera, y entra despacio en una habitación que tiene la puerta entornada... A1 blanco claror de la luna es posible distinguir un lecho. María se inclina hacia él y llama:

-¡María! ¡María! ¡Despiértate! ¡Vamos!

María de Alfeo se despierta y, atónita por el sueño, pregunta mientras se restriega los ojos:

-¿Ya es hora de marcharnos? ¡Qué pronto se ha hecho de día!

Está tan adormilada, que ni siquiera comprende que no es luz de alba sino de luna la tenue fosforescencia que entra por la puerta abierta. Pero se da cuenta de esto cuando está fuera, en el pequeño pedazo de tierra cultivada que hay delante de la casa del barquero.

-¡Pero si es de noche! - exclama.

-Sí. Pero vamos a acortar el tiempo y a salir antes de esta ciudad... al menos eso espero. ¡Ven! Por aquí, siguiendo la orilla. ¡Apresúrate! Antes de que la barca toque tierra...

-¿La barca? ¿Qué barca? - pregunta María. Pero corre detrás de la Virgen, que va muy deprisa por la orilla desierta en dirección al pequeño espigón hacia el que se dirige la barca.

Llegan, jadeantes, unos instantes antes que ésta... María agudiza la mirada. Exclama:

-¡Alabado sea Dios! Son ellas. Ahora ven detrás de mí... porque hay que ir a donde vayan ellas... No sé dónde viven...

-¡Pero María... por piedad!... ¡Nos van a tomar por meretrices! ...

La Purísima mene a la cabeza y susurra:

-Basta con no serlo. ¡Ven! - y la lleva a la penumbra de una casa.

La barca arriba, y, mientras hace las maniobras para abordar, una litera que estaba esperando cerca y que ahora estaban acercando, se detiene. Suben a ella dos mujeres, mientras que otras dos se quedan abajo y van andando al lado de la litera. La litera se pone en movimiento al paso cadencioso de cuatro húmedas vestidas con una cortísima túnica sin mangas que apenas si les cubre el torso...

Y María detrás, a pesar de las protestas medio veladas de María de Alfeo:

-¡Dos mujeres solas!... ¡Detrás de éstos! Están medio desnudos... ¡Válgame Dios!...

Pocos metros de camino y luego la litera se detiene. Baja una mujer, mientras el guía llama a un portal.

-¡Adiós, Lidia!

-¡Adiós, Valeria! Acaricia a Faustina por mí. Mañana por la noche volveremos a leer en tranquilidad, mientras los otros jueguen.

El portal se abre, y Valeria, con su esclava o liberta, está ya para entrar.

María va hacia ella y dice:

-¡Señora! ¡Una palabra!

Valeria mira a las dos mujeres envueltas en un manto hebreo, muy sencillo y que cubre mucho el rostro, y cree que son unas mendigas. Ordena:

-¡Bárbara, da el óbolo!

-No, señora. No pido dinero. Soy la Madre de Jesús de Nazaret y ésta es mi pariente. Vengo en su Nombre para solicitarte una cosa.

-¡Dómina! Quizás... es que persiguen a tu Hijo...

-No más de lo habitual. Pero Él querría...

-Entra, Dómina. No es digno que te quedes en la calle como una mendiga.

-No. Lo digo pronto, si me escuchas en secreto...

-¡Fuera todos vosotros! - ordena Valeria a la esclava, o quizás liberta, y a los porteros - Estamos solas. ¿Qué quiere el Maestro? Yo no he ido por no ser causa de mal para Él en su ciudad. ¿Y Él? ¿No ha venido por no causarme daño ante mi esposo?

-No. Por consejo mío. A mi Hijo lo odian, señora.

-Lo sé.

-Encuentra consuelo sólo en su misión.

-Lo sé.

-No pide honores ni soldados, no aspira a reinos ni a riquezas. Pero hace valer su derecho sobre los espíritus.

-Lo sé.

-Señora... El debería traerte a aquella niña... Pero, y no te enojas si te lo digo, aquí ella no podría hacer que su espíritu fuera de Jesús. Tú eres mejor que las otras... Pero alrededor de ti... demasiado vivo está el fango del mundo.

-Es verdad. ¿Y entonces?

-Tú eres madre... Mi Hijo tiene sentimientos de padre para con todos los espíritus. ¿Soportarías tú que tu hija creciera en medio de quienes podrían causar su ruina?...

-No. Y he comprendido... Bueno, pues... di a tu Hijo estas palabras: "En recuerdo de Faustina, salvada en la carne, Valeria te deja a Áurea para que salves su espíritu...". ¡Es cierto! Estamos demasiado pervertidos como para inspirar confianza a un santo... ¡Señora, ora por mí! - y se retira antes de que María pueda darle las gracias. Se retira, yo diría, llorando...

María de Alfeo se ha quedado de piedra.

-Vamos, María... Mañana al anochecer partimos y al caer de la tarde estaremos en Nazaret...

-Vamos... La ha cedido como... como una cosa...

-Para ellos es una cosa. Para nosotras es un alma. Ven. Mira... Ya blanquea el cielo allá en el fondo. Se puede decir que no hay noche en este mes...

Van, en vez de por el camino de la orilla, por el que se abre ante ellas no ya en penumbra. Un camino que va por detrás de una fila de casitas modestas... Cuando están a la mitad del recorrido, de detrás de una esquina sale Judas, visiblemente embriagado; un Judas que viene de quién sabe qué festín, despeinado, arrugadas las vestiduras, el rostro ajado.

-¡Judas! ¿Tú? ¿En este estado?

A Judas no le da tiempo a fingir que no la conoce, tampoco puede huir... La sorpresa le aclara la mente y lo clava donde está, sin reacción.

María se le acerca, venciendo la repugnancia que despierta en ella el aspecto del apóstol, y le dice:

-Judas, desgraciado hijo, ¿qué haces? ¿No piensas en Dios? ¿En tu alma? ¿En tu madre? ¿Qué haces, Judas? ¿Por qué quieres ser pecador? ¡Mírame, Judas! No tienes derecho a matar tu alma... - y lo toca, tratando de tomarle una mano.

-Déjame tranquilo. A1 fin y al cabo soy un hombre. Y... y soy libre de hacer lo que todos hacen. Dile a Él, que te manda para espiarme, que no soy todavía todo espíritu, y que soy joven.

-No eres libre de destruirte. ¡Judas, ten piedad de ti mismo!... Actuando así no serás nunca un espíritu santo... Judas... Él no me ha mandado para espiarte. Él ora por ti, sólo eso, y yo con Él. En nombre de tu madre...

-Déjame tranquilo - dice Judas con descortesía. Y luego, quizás sintiéndose ruin, corrige: «No merezco tu piedad... Adiós...» y huye...

-¡Qué demonio!... Se lo voy a decir a Jesús - exclama María de Alfeo. ¡Tiene razón mi Judas!

-Tú no dirás nada a nadie. Orarás por él, eso sí...

-¿Lloras? ¿Lloras por él? ¡Oh!...

-Lloro... Me sentía feliz de haber salvado a Áurea... Ahora lloro porque Judas es pecador. Pero a Jesús, que está muy afligido, le llevaremos sólo la noticia hermosa. Y le arrebatemos, con penitencias y oraciones, el pecador a Satanás... ¡Como si fuera hijo nuestro, María! ¡Como si fuera hijo nuestro!... Tú también eres madre, y sabes... Por esa madre infeliz, por esta alma pecadora, por nuestro Jesús...

-Sí, oraré... Pero no creo que él lo merezca...

-¡María! No digas eso...

-No lo digo. Pero... es así. ¿No vamos a casa de Juana?

-No. Iremos pronto a su casa con Jesús...

439

María Santísima enseña a Áurea a hacer la voluntad de Dios.

Está muy cansada la Virgen cuando vuelve a poner pie en su casa. Pero viene muy feliz. Pregunta enseguida por su Jesús, el cual está todavía trabajando, con las últimas luces del día que ya muere, en la puerta del horno (ya va a colocarla de nuevo en su sitio). Le ha abierto Simón, quien, después del saludo, se retira prudentemente a la sala-taller. A Tomás no lo veo. Quizás está fuera.

Jesús deja sus herramientas en cuanto ve a su Madre, y va hacia Ella limpiándose las manos manchadas de grasa (está suavizando con aceite los goznes y los cerrojos) en su mandil de trabajo. Su recíproca sonrisa parece hacer luminoso el huerto en que va mermando la luz.

-La paz a ti, Mamá.

-La paz a ti, Hijo.

-¡Qué cansada estás! No has descansado...

-Desde un alba a un ocaso en casa de José. Pero sin estos grandes calores me habría puesto en camino enseguida para venir a decirte que Aurea es tuya.

-¿Sí?

El rostro de Jesús hasta se hace más joven por esta gozosa sorpresa. Parece un rostro de poco más de veinte años, y, con la alegría, perdiendo esa gravedad que generalmente tienen su rostro y sus gestos, adquiere aún mayor semejanza con el de su Madre, siempre tan serenamente niña en los ademanes y en el aspecto.

-Sí, Jesús. Y he obtenido esto sin ningún esfuerzo. La dama ha aceptado inmediatamente. Se ha conmovido al reconocer que ella, y con ella sus amigas, están demasiado contaminadas para educar a una criatura en orden a Dios. Un reconocimiento muy humilde, muy sincero, verdadero. No es fácil encontrar a alguien que, sin ser forzado a ello, reconozca que es defectuoso.

-Sí, no es fácil. Muchos en Israel no lo saben hacer. Son almas hermosas sepultadas bajo una costra de suciedad. Pero cuando caiga la suciedad...

-¿Sucederá, Hijo?

-Estoy seguro. Tienden instintivamente al Bien. Acabarán adhiriéndose. ¿Qué te ha dicho?

-Pocas palabras... Nos hemos entendido enseguida. Pero bueno será tener aquí en seguida a Áurea. Quiero decirle yo esto; bueno, si Tú quieres, Hijo mío.

-Sí, Mamá. Mandamos a Simón - y llama con fuerte voz al Zelote, que viene enseguida.

-Simón, ve a casa de Simón de Alfeo y di que mi Madre ha vuelto; luego ven con la muchacha y con Tomás, que está allí para terminar ese trabajito que le ha rogado hacer Salomé.

Simón se inclina y sale acto seguido.

-Cuenta, Mamá... Tu viaje... tu coloquio... ¡Pobre Mamá, qué cansada estás por causa mía!

-¡Oh, no, Jesús! Ningún cansancio cuando Tú te sientes feliz... - y María cuenta su viaje y los miedos de María de Alfeo, el alto en el camino en casa del barquero, el encuentro con Valeria; y termina: «Dado que el Cielo lo permitía, he preferido verla a esa hora. Más libre ella, más libre yo, y María Cleofás consolada antes, porque de estar dos mujeres solas por Tiberíades sentía un terror que sólo el amor por ti, el pensamiento de servirte, podía superar...», y María sonríe, recordando las angustias de su cuñada...

Jesús también sonríe. Dice:

-¡Pobrecilla! Es la verdadera mujer de Israel, la antigua mujer, reservada, toda ella casa, la mujer fuerte según los Proverbios. Pero en la nueva Religión la mujer no será sólo fuerte en la casa... Serán muchas las que superarán a Judit y a Yael, siendo heroicas en sí, con un heroísmo propio de la madre de los Macabeos... Y también lo será nuestra María. Pero por ahora... es todavía así... ¿Has visto a Juana?

María ya no sonríe. Quizás teme otra pregunta, sobre Judas. Y responde rápidamente:

-No he querido imponer más angustias a María. Hemos estado dentro de casa hasta la mitad entre la nona y la caída de la tarde, descansando, y luego hemos partido... Pensé que pronto la veríamos, en el lago...

-Has hecho bien. Me has dado la prueba del sentimiento de las romanas hacia mí. Si Juana hubiera intervenido, se hubiera podido pensar que cedían ante la amiga. Ahora vamos a esperar hasta el sábado y, si Mirta no viene, iremos nosotros con Áurea.

-Hijo, yo quisiera quedarme...

-Estás muy cansada. Lo veo.

-No, no por ese motivo... Pienso que Judas podría venir aquí... Si conviene que en Cafarnaúm haya siempre alguien que lo espere para acogerlo como amigo, también conviene aquí que haya alguien que le acoja con amor.

-Gracias, Mamá. Tú eres la única que comprende lo que le puede salvar todavía...

Suspiran los dos por el discípulo causante de dolor...

Regresan Simón y Tomás con Áurea, que corre hacia María. Jesús la deja con su Madre y se dirige a casa con los apóstoles.

-Hasorado mucho, hija, y el buen Dios te ha escuchado... - empieza a hablar María.

Pero la niña la interrumpe con un grito de alegría:

-¡Me quedo contigo! - le echa los brazos al cuello y la besa.

María devuelve el beso y, teniéndola aún entre sus brazos, dice:

-Cuando uno hace un gran favor hay que corresponder, ¿no es verdad?

-¡Oh, sí! Y yo corresponderé contigo con mucho amor.

-Sí, hija. Pero por encima de mí está Dios. Es Él el que te ha hecho este gran favor, el que te ha concedido esta gracia sin medida, de acogerte entre los miembros de su pueblo, de hacerte discípula del Maestro Salvador. Yo no he sido sino el instrumento de la gracia, pero la gracia ha sido Él, el Altísimo, el que te la ha concedido. ¿Qué vas a dar, pues, al Altísimo para decirle que se lo agradeces?

-Pues... no sé... Dímelo tú, Madre...

-Amor, esto sin duda. Pero el amor, para ser tal verdaderamente, debe estar unido al sacrificio, porque si una cosa cuesta tiene más valor, ¿no es verdad?

-Sí, Madre.

-Bien, pues entonces diría que tú, con la misma alegría con que has gritado: "¡Me quedo contigo!", deberías gritar: "¡Sí, oh Señor!" cuando yo, pobre sierva suya, te diga la voluntad del Señor para ti.

-Dímela, Madre - dice Áurea, aunque poniéndose serio su rostro.

-La voluntad de Dios te confía a dos buenas madres, a Noemí y a Mirta...

En los ojos claros de la muchacha brillan gruesos lagrimones, y ruedan luego abajo por su carita rosada.

-Son buenas. Jesús y yo las queremos. A una le ha salvado Jesús al hijo, a la otra yo se lo he alactado. Y tú misma has visto que son buenas...

-Sí... pero esperaba estar contigo...

-Hija, no todo se puede tener. Ta ves que yo tampoco estoy con mi Jesús. Os lo doy, y estoy lejos, muy lejos de Él, mientras va recorriendo Palestina, predicando, curando, salvando a las jovencitas...

-Es verdad...

-Si lo quisiera para mí sola, no habrías sido salvada; si lo quisiera para mí sola, vuestras almas no serían salvadas. Considera cuán grande es mi sacrificio. Os doy a un Hijo para que sea inmolado por vuestras almas. Por lo demás, yo y tú estaremos siempre unidas, porque las discípulas están y estarán siempre unidas en torno a Cristo, formando una gran familia unida por el amor a Él.

-Es verdad. Y luego... voy a volver aquí, ¿no es verdad? ¿Nos seguiremos viendo?

-Ciertamente. Mientras Dios lo quiera.

-Y orarás siempre por mí...

-Oraré siempre por ti.

-Y, cuando estemos juntas, ¿me vas a seguir instruyendo?

-Sí, hija...

-¡Ah, yo quería llegar a ser como tú! ¿Podré? Saber, para ser buena...

-Noemí es madre de un arquisinagogo y discípulo del Señor; Mirta, de un hijo que ha merecido la gracia del milagro y es discípulo bueno. Y las dos mujeres son buenas y sabias, además de personas muy llenas de amor.

-¿Me lo aseguras?

-Sí, hija.

-Entonces... bendíceme y hágase la voluntad del Señor... como dice la oración de Jesús. La he dicho muchas veces... Es justo que ahora haga lo que he dicho, para obtener el no volver jamás con los romanos...

-Eres una buena muchacha. Y Dios te ayudará cada vez más. Ven, vamos a decirle a Jesús que la más joven discípula sabe hacer la voluntad de Dios... - y, llevándola de la mano, María vuelve a entrar en casa, con la niña.

440

Otro sábado en Nazaret. Obstinación de José de Alfeo.

Un nuevo sábado en Nazaret, o sea, un nuevo comienzo de sábado, porque apenas está empezando la puesta del sol del viernes, cuando, sudorosas pero contentas, llegan Mirta y Noemí junto con el joven Abel. Se apean de sus burritos - Abel los lleva a otro lugar, ciertamente a algún establo amigo, quizás al de los dos asnerizos de Nazaret, ahora discípulos - y entran por la puerta del taller, abierta para dar ventilación a la amplia habitación, donde hasta poco antes el calor de la rústica chimenea se ha hecho cómplice del gran calor estival.

Tomás está dejando en su sitio los instrumentos y Simón barre el serrín, mientras Jesús limpia cazuelas y cazoletas, de colas y barnices.

-La paz a ti, Maestro, y a vosotros, discípulos - saludan las mujeres, inclinándose mucho ya desde el primer momento en que entran, para, atravesado el taller, terminar postrándose a los pies de Jesús.

-La paz a vosotras. ¡Sois muy fieles! ¡Venir con este calor!

-¡Oh, nada! Se está tan bien aquí, que se olvida todo. ¿Tu Madre dónde está?

-Está por allí, terminando una túnica de Áurea. Id si queréis.

Las dos se marchan deprisa con sus alforjas y se oyen sus voces armónicas, más bien bajas, que se funden con la vocecita aún no pulida de Áurea y con la voz argentina de María.

-¡Ahora se sentirán felices! - dice Tomás.

-Sí. Son buenas mujeres - responde Jesús.

-Maestro, Mirta, además de conservar el hijo que tenía, ha adquirido una nueva hija. Y en poco más de un año... - dice el Zelote.

-Sí. En poco más de un año. Hace ya más de un año que María de Lázaro se ha convertido. ¡Cómo pasa el tiempo! Me parece ayer... ¡Cuántas cosas también el año pasado! ¡Aquel hermoso retiro antes de la elección! ¡Luego Juan de Endor! ¡Luego Margziam! Luego Daniel de Naím y luego María de Lázaro y luego Síntica... Pero, ¿dónde estará Síntica? Pienso en ello frecuentemente, y no sé comprender por qué...

Tomás termina monologando consigo mismo, porque Jesús y Simón no le responden; es más, salen al huerto a lavarse para después llegarse donde las discípulas.

Y se nos reanuda la visión... Regresa Abel de Belén y encuentra todavía a Tomás, que está pensando, delante del lugar donde generalmente trabaja, mientras remueve distraídamente sus finas obras maestras de orfebre.

-¿Has encontrado en qué trabajar? - pregunta el discípulo inclinándose hacia esos objetos finos.

-¡Oh! He hecho felices a todas las mujeres de Nazaret. No habría imaginado nunca que hubiera que arreglar tantas hebillas y brazaletes y collares y lises. Hasta he tenido que rogar a Mateo que me trajera metal de Tiberíades. Me he hecho una clientela... ¡Ja! ¡Ja! (ríe alegre) como no la tiene ni siquiera mi padre. Verdad es que no pido dinero...

-¿Pones tú todo?

-No. Cobro sólo el valor del metal. El trabajo lo regalo.

-Eres generoso.

-No. Sabio. No estoy ocioso. Doy ejemplo de laboriosidad y de desapego del dinero y... predico... ¡Calla! Creo que actuando así he predicado más, sin decir una palabra, sin haber dicho una palabra en la sinagoga, que si hubiera estado hablando sin parar. Y además... hago práctica. Me he prometido a mí mismo que con el trabajo haré propaganda, cuando tenga que ir a predicar a Jesús en medio de los infieles; me estoy adestrando a ello.

-Eres sabio como orfebre y como apóstol.

-Me esfuerzo en serlo por amor a Jesús... ¿Así que tú has ganado una hermana? Trátala bien, ¿eh? Es como una palomita de nido; te lo digo yo, que estoy acostumbrado por mi oficio a tratar con las mujeres. Es una ingenua palomita que ha tenido gran miedo del gavilán, y que busca alas maternas y fraternas como defensa. Si tu madre no la hubiera deseado, la habría pedido yo para mi hermana gemela. ¡Un hijo más, un hijo menos! Es muy buena mi hermana, ¿sabes?

-También mi madre. Se le murió una niña cuando se quedó viuda. Quizás con el dolor de la muerte de su marido la leche se había hecho mala... Yo apenas me acuerdo de esa hermanita... y quizás ni siquiera la recordaría, si mi madre no la llorase frecuentemente, y si todas las niñas pobres de Belén no hubieran tenido derecho a comida y vestidos de nuestra casa en recuerdo de la pequeñuela muerta... Y, como he crecido yo solo con mi madre, he acabado teniendo yo también un gran amor por las niñas pequeñas... Me doy cuenta de que ésta ya no es una niña pequeña... pero la veré como si lo fuera, por su corazón, si es como decís mi madre, Noemí y tú...

-Puedes estar seguro de ello. Vamos allá...

Allá, o sea, en el comedor, están las mujeres, Jesús y el Zelote. Y Mirta, que ha venido ya con una gran esperanza, está conquistando a Áurea, probándole una túnica de lino que ha cosido para la muchacha.

-Te cae muy bien - dice mientras se la quita y la acaricia, y mientras le coloca bien la túnica que, al meter la nueva, se ha descolocado - Te cae muy bien. Bueno, todo irá bien. Ya verás, hija mía... ¡Oh, ahí está mi Abel! Acércate, hijo. Ésta es Áurea. ¿Sabes que ahora va a ser nuestra?

-Lo sé, madre, y estoy contento junto contigo.

Mira a la muchacha... la estudia... sus ojos oscuros se quedan fijos y se pierden en los grandes iris de pálido cielo de ella. El examen le satisface. Le sonríe. Le dice: -Nos amaremos en el Señor, que nos ha salvado, y lo amaremos a Él y haremos que lo amen. Y seré para ti hermano en el espíritu y en el afecto. Lo prometo delante del Maestro y de mi madre - y con una hermosa sonrisa límpida de joven puro, ya encaminado hacia la alta espiritualidad, le tiende la mano fuerte y morena.

Áurea titubea, pero luego, ruborizándose, pone su mano izquierda en la derecha que le ofrecen, y dice:

-Así lo haremos. En el Señor.

Los adultos se sonríen entre sí...

-Aquí se puede entrar sin llamar a las puertas...

-¡Ahí está Simón de Jonás! Esta vez no ha resistido la tentación... - ríe Tomás mientras se apresura a ir afuera.

-Sí, no he resistido... ¡La paz a ti, Maestro!

Besa a Jesús y Jesús lo besa.

-¿Quién puede resistir?

Ve a María y se inclina para saludar, luego prosigue:

-Pero, por escrúpulo, hemos pasado por Tiberíades y hemos buscado a Judas. Porque... ¡estamos todos, eh! Los otros están llegando. También Margziam... Bueno, estaba diciendo que hemos pasado por Tiberíades. ¡Mmm!... en fin, buscando a Judas, por sí... hubiera pensado, al menos para el cuarto sábado, venir a Cafarnaúm... Habría sido feo que no hubiéramos estado ninguno... Y lo hemos encontrado... En fin, bueno, lo ha encontrado Isaac, que iba a saludar a Jonatán... Porque Isaac ha terminado por venir a Cafarnaúm a esperarte con no sé cuántos, que se han quedado allí para hacerse más sabios bajo la guía de Hermas y Esteban, de tu hijo, Noemí, y del sacerdote Juan... Pero Isaac debe haber destruido las impacencias, los resentimientos, las furias, en su larga enfermedad... ¡No reacciona nunca! Aunque le estén dando bofetadas, sonríe... ¡Qué hombre más pacífico! Bien. Nos dijo: "He visto a Judas. No va. No insistáis". Comprendí. Y dije: "¿Te ha respondido mal? Dilo. Soy el jefe y debo saberlo...". "¡Oh, no!" respondió. "No ha respondido mal él, sino su mal. Hay que compadecerse de él"... Pues nada, compadecámoslo... Bueno, en definitiva, que estamos aquí. Y bien contentos de... Ahí están los otros...

Y con los otros están también Judas y Santiago de Alfeo, con su madre y los discípulos de Nazaret: Aser, Ismael y Simón de Alfeo, y, cosa rara, también José de Alfeo.

Descargan sus bolsas. Natanael ha traído miel. Felipe una cesta pequeña de uva blanca como los cabellos de Áurea. Pedro, pescado marinado, y lo mismo los hijos de Zebedeo. Mateo, que no tiene una casa gobernada por mujeres, y por tanto, no tiene ninguna cosa buena, ha traído un ánfora llena de tierra y dentro de ella un tronco sutil, que, por las hojas, diría que es un limonero o un naranjo u otra planta de agrios, y explica:

-Una primicia... Sólo quien haya estado en Cirene puede tenerlo, y conozco a uno que ha ido a Cirene, uno del fisco, como era yo antes. Ahora ya no trabaja y está en Ippo. He ido para que me diera esta plantita, porque se debe plantar con la Luna nueva. Son frutos buenos, hermosos, y la flor tiene un suave aroma y parece una estrella de cera, una estrella como tu nombre... Aquí tienes - y ofrece la planta a María.

-¡Pero cuánto has trabajado con este peso, Mateo! Te lo agradezco. Mi huerto cada vez es más bonito por vosotros: el alcanfor de Porfiria, las rosas de Juana, tu planta rara, Mateo, las otras, de flores, que trajo Judas de Keriot... ¡Cuántas cosas bonitas! ¡Qué buenos sois todos con la Madre de Jesús!

Todos los apóstoles están conmovidos; lo único, se miran con el rabillo del ojo unos a otros cuando María nombra a Judas.

-Sí. Te quieren. Pero también nosotros - dice serio y todo erguido José de Alfeo.

-¡Ciertamente! Vosotros sois los queridos hijos de Alfeo, pariente mío y de María, que es muy buena. Y me queréis. Pero esto es natural. Somos parientes... Éstos, sin embargo, no son de la sangre, y, no obstante, son como hijos para mí, como hermanos para Jesús, por lo mucho que lo aman y por cómo lo siguen...

José comprende la alusión; se aclara la voz buscando las palabras... Las encuentra... Dice:

-Ya, claro. Pero si yo no estoy todavía con ellos es porque pienso también en las consecuencias para Él, para ti... y... y... En definitiva, también es amor el mío, especialmente hacia ti, pobre mujer que te quedas sola demasiado tiempo... Y he venido a decir a Jesús que me alegro de que se haya recordado también de las necesidades de su Madre y haya hecho lo que era útil hacer aquí... - y, contento de ser la "cabeza" de la parentela y de poder alabar y reconvenir, se digna encomiar a Jesús por todos los trabajos de carpintería, barnizado y otros, hechos en ese mes: « ¡Así hay que hacer! ¡Ahora se ve que esta mujer tiene un hijo! Y me alegro de poder decir que reconozco a mi sabio Jesús de Nazaret. ¡Sí, señor, muy bien!».

Y el sabio Jesús de José, el sapientísimo Verbo Divino humillado en una carne, manso y humilde, acoge estas alabanzas mezcladas con los... autorizados consejos de su primo José con una sonrisa tan dulce, que sirve para frenar cualquier intempestiva reacción apostólica en favor de Jesús.

Y José, que ya ha tomado carrerilla, viéndose escuchado de esa manera, no se refrena, sino que prosigue:

-Mi esperanza es que de ahora en adelante Nazaret no tenga ya la imagen de una pobre madre abandonada y de un hijo suyo que, imprudente, se sale del sendero común para recorrer caminos poco seguros respecto a las metas y a las consecuencias. Hablaré con mis amigos, con el arquisinagogo... Te perdonaremos... Nazaret se alegrará mucho de volverte a abrir sus brazos como a un hijo que vuelve, y que vuelve como ejemplo de virtud para todos los habitantes; mañana mismo, yo mismo, iré de nuevo contigo a la sinagoga y...

Jesús alza la mano, imponiendo silencio, y, sereno pero bien decidido, dice:

-A la sinagoga, como fiel, ciertamente iré, como he ido los otros sábados. Pero no hace falta que intercedas en favor mío. Porque una hora después de la puesta del sol me marcharé para evangelizar de nuevo, como es mi deber de obediencia al Altísimo.

-¡Oh, una humillación grande para José! ... ¡Muy grande!... Toda su mansedumbre se quebranta y vuelve a emerger su hostil intransigencia:

-De acuerdo. Pero no me busques cuando necesites algo. Yo he cumplido con mi deber. Tus seguras desventuras no caen sobre mí. Adiós. Aquí sobro, porque no puedo comprenderos a vosotros y vosotros no podéis comprenderme a mí. Me retiro, sin rencor, pero muy afligido... Que el Señor te proteja como protege a todos los... simples de mente, incompletos... ¡Adiós, María! ¡Sé fuerte, pobre madre!

-Adiós, José. Pero no es por Él por quien debo ser fuerte, sino por ti. Porque tú eres el que está fuera del camino de Dios, y me causas dolor - dice serena pero segura María.

-¡Lo que pasa es que eres un necio! Y, si no fuera porque ahora eres el jefe de casa, te pegaría, fruto de mi sangre pero no de mi espíritu... - grita María de Alfeo. Y diría más cosas, pero María le suplica:

-¡Calla! Por amor a mí.

-Callo. Sí. Pero... fijaos... ¡que tenga que ver entre mis hijos a un bastardo como ése!...

Entretanto, el bastardo se ha marchado, mientras la buena María de Alfeo descarga todo su peso por este hijo obstinado. Y termina su desahogo en un fuerte llanto, y, en medio de sollozos, manifiesta lo que, dentro de su pena, es su mayor pena: -¡Y a ése no lo voy a tener conmigo en el Cielo, no lo voy a tener! ¡Lo veré en medio de tormentos! ¡Oh, Jesús, haz Tú el milagro!

-¡Sí, mujer! ¡Sí, María! ¡No llores! También tendrá su hora él. La undécima, quizás. Pero la tendrá. Te lo aseguro. No llores... - la consuela Jesús... Y, una vez terminado el llanto, dice a los apóstoles y discípulos:

-Venid al olivar mientras las mujeres preparan sus cosas. Vamos a hablar entre nosotros.

441

Partida de Nazaret. Un incendio de brezos durante el viaje viene a ser el tema de una parábola.

Declina la tarde del verdadero sábado y la vida comienza de nuevo, después del descanso sabático; aquí, en la casita de Nazaret, comienza, después del descanso, con los preparativos para la partida: se colocan provisiones; se dispone la ropa aprovechando bien el espacio dentro de las alforjas - alforjas atadas fuertemente con prietos nudos -; se observan las sandalias (si están bien seguras sus correas de cuero y sus hebillas); se da de beber y comer a los burritos, cerca del seto del huerto... Y saludos, y alguna lágrima entre sonrisas y bendiciones. Promesas de volver a verse pronto... Y el don, inesperado, de Tomás a María: una fíbula - nosotros diríamos un broche -, para tener recogida la túnica en el escote, hecha de tres delgados, livianos, perfectos tallitos de muguete, recogidos en dos hojas, cuya exactitud respecto a las verdaderas resulta del metal tratado por mano maestra.

-Sé, Madre, que no la llevarás. Pero, de todas formas, acéptala. Deseaba hacer esto para ti desde que un día mi Señor habló de ti comparándote a los lirios de los valles... No he hecho nada para tu casa... pero he hecho esto para ti, para que la alabanza de tu Hijo quedara traducida en símbolo, para ti que la mereces más que ninguna otra mujer. Y si no he podido dar al metal la suavidad del tallo vivo y la fragancia de la flor, que mi sincero amor por ti, lleno de veneración, lo haga suave como una caricia y lo perfume con mi devoción hacia ti, Madre de mi Señor.

-¡Oh, Tomás! Es verdad, yo no llevo joyas, porque me parecen cosas vanas; pero esto no es vano: esto es amor de mi Jesús y de su apóstol, y lo recibo con amor. Lo miraré todos los días y pensaré en el buen Tomás, que ama tanto a su Maestro, que retiene no sólo la Doctrina suya, sino también sus más humildes palabras sobre las cosas más humildes y sobre las más humildes insignificantes personas. Gracia, Tomás. ¡No por el valor, sino por tu amor! Gracias.

Todos observan con admiración la obra perfecta, y Tomás, todo feliz, saca una cosita aún más pequeña que ha hecho: tres estrellitas de jazmín con minúsculas hojas y unidas en un círculo sutil. Se lo da a Áurea.

-Porque no lo has querido con coquetería, porque has estado aquí mientras el jazmín florece, y para que las estrellitas te recuerden a nuestra Estrella. Pero, pon atención: tú, con tus virtudes, debes perfumar a las flores y ser tú misma una flor, cándida, hermosa, pura, que perfume hacia el Cielo. Si no lo haces así, pido la restitución del broche. Ánimo, no llores... que todo pasa... y... y pronto volveremos a casa de María o Ella vendrá donde nosotros... y...

Pero Tomás, ante el aumento de las lágrimas de Áurea, siente que es mejor no proseguir. Y sale afligido. Dice a Pedro:

-Si hubiera imaginado que... se ponía a llorar más, no le hubiera dado nada... Ese broche lo he hecho precisamente para consolarla en este momento... No he acertado...

Y Pedro, con la confusión del momento, pierde el control y dice:

-Siempre es así en las despedidas... Si hubieras visto a Síntica enton...

Se da cuenta de que ha hablado, quiere recobrarse, se pone lívido... pero ya no tiene solución...

Tomás comprende y, con bondad, le echa un brazo alrededor del cuello y dice: -No te aflijas, Simón. Sé callar. Y comprendo por qué habéis callado... Por Judas de Simón. Yo, por el Dios de nuestros padres, te juro que lo que involuntariamente he sabido está olvidado. ¡No sufras, Simón!...

-Es que el Maestro no quería...

-Sin duda tenía todas las razones para hacerlo. No lo tomo a mal.

-Ya lo sé. Pero ¿qué dirá?...

-Nada, porque no sabrá nada. Fíate de mí.

-¡Ah, no! Yo al Maestro no le ando con ningún subterfugio. He errado, merezco reprensión, y además inmediatamente. No voy a tener paz si no le confieso mi error. Tomás, sé bueno, ve a llamarlo...

-Voy al taller. Ve y vuelve con Él. Yo estoy demasiado turbado para hacerlo y los otros lo notarían.

Tomás lo mira con admirada compasión y vuelve a la casa para llamar a Jesús: -Maestro, ven un momento. Tengo que decirte una cosa.

Jesús, que estaba saludando a María de Alfeo, lo sigue sin dilación:

-¿Qué quieres? - pregunta mientras camina a su lado.

-Yo nada. Es Simón el que tiene que decirte algo. Ahí está...

-¡Simón! ¿Qué te pasa que estás tan turbado?

Pedro se arroja a los pies de Jesús gimiendo:

-¡He pecado! ¡Absuélveme!

-¿Pecado? ¿En qué? Estabas con nosotros, contento, tranquilo...

-¡Maestro, te he desobedecido! He hecho mención de Síntica a Tomás... Estaba turbado por las lágrimas; él lo estaba más que yo y creía que las había aumentado él... Para consolarlo, he dicho: "Siempre sucede esto en las despedidas... Si hubieras visto a Síntica...", ¡y él ha comprendido!...

Pedro levanta su desenchajada cara; su mirada está llena de humillación, de desolación.

-... ¡Alabado sea Dios, mi Simón! creía que hubieras hecho cosas mucho más graves que ésta. Y tu sinceridad anula incluso esta cosa. Has hablado sin malicia, has hablado a un compañero tuyo. Tomás es bueno y no divulgará...

-Sí, me lo ha jurado... Pero, ¿ves?, ahora tengo miedo de ser demasiado necio y de no saber custodiar un secreto.

-Hasta ahora lo has hecho.

-Sí, pero fíjate, jamás ni una palabra a Felipe y Natanael, y ahora...

-¡Vamos, levántate! El hombre es siempre imperfecto. Pero cuando lo es sin malicia no comete pecado. Vigílate. Pero no te aflijas más. Tu Jesús tiene para ti un beso, y ninguna otra cosa. Tomás, ven aquí.

Tomás se acerca inmediatamente.

-Sin duda has comprendido las razones del silencio, ¿no?

-Sí, Maestro. Y he jurado respetarlo por mi parte y según mi capacidad. Ya se lo he dicho a Simón...

-A1 necio Simón - suspira Pedro.

-No, amigo. Me has edificado por tu humildad y sinceridad perfectas. Me has dado una gran lección y la recordaré. No puedo darla a conocer, por prudencia, y ello me duele, porque pocos de entre nosotros tienen y tendrían la justicia que tú has tenido... Pero, nos están llamando. Vamos.

En efecto, muchos están ya en la calle. Las tres mujeres - Noemí, Mirta y Aurea - están ya subidas a los burros. María está con su cuñada al lado de Áurea, y la besan de nuevo, y, cuando ven venir a Jesús, besan a las dos discípulas; como última cosa, saludan a Jesús, que las bendice antes de ponerse en camino...

María y María Cleofás vuelven a la casa... A la casa, en que quedan, como recuerdo de lo que poco antes había, sillas movidas, vajilla sin recoger... el desorden que sigue a una partida.

María, distraídamente, acaricia el pequeño telar en que enseñaba a Áurea a trabajar... Tiene los ojos brillantes de llanto contenido.

-¡Estás sufriendo, María! - le dice María Cleofás, que llora sin poner esfuerzo por no hacerlo - ¡Le habías tomado cariño!... Viene aquí... luego se van... y nosotras sufrimos...

-Es nuestra vida de discípulas. Ya has oído lo que decía hoy Jesús: "Así haréis en el futuro; viendo en todas las criaturas almas fraternas, seréis hospitalarias, sobrenaturalmente hospitalarias, sintiéndooos peregrinas vosotras mismas que a los que acogéis los acogéis como peregrinos. Ayudaréis, ofreceréis descanso, consejo, y luego dejaréis que los hermanos vayan hacia sus destinos sin retenerlos con amor celoso, seguras de que más allá de la muerte os volveréis a encontrar con ellos. Vendrán las persecuciones y muchos os dejarán para ir al martirio. Ni seáis cobardes ni aconsejéis la cobardía. Quedaos en oración en las casas vacías para sostener el coraje de los mártires, serenas para fortalecer a los más débiles, fuertes para estar preparadas a imitar a los héroes. Habituaos a las separaciones, a los heroísmos, al apostolado de la caridad fraterna, ya desde ahora...". Y nosotras lo hacemos. Sufriendo,... ¡es verdad! Somos criaturas de carne... Pero el espíritu goza con una alegría espiritual suya que es hacer la voluntad del Señor y cooperar a su gloria. Y además... yo soy la Madre de todos... y no debo serlo de uno solo. No soy exclusivamente ni siquiera de Jesús... Ya ves que lo dejo marcharse sin retenerlo... Quisiera estar con Él, eso sí. Pero El juzga que debo quedarme aquí hasta que me diga: "Ven". Y me quedo aquí ¿Sus estancias aquí?: mis alegrías de Madre. ¿Mis peregrinaciones con Él?: mis alegrías de discípula. ¿Mis soledades aquí?: mis alegrías de fiel que hace la voluntad de su Señor.

-El Señor es tu Hijo, María...

-Sí. Pero no deja de ser mi Señor... ¿Vas a estar aquí conmigo María?

-Sí, si me dejas... ¡Está tan triste mi casa las primeras horas en que está vacía de mis hijos!... Mañana ya es otra cosa... Y esta vez... bueno, esta vez lloraría más...

-¿Por qué, María?

-Porque ya desde ayer estoy llena de llanto... Soy un aljibe, un aljibe en tiempo de lluvias.

-¿Pero por qué, María?

-Por José... ayer... ¡Oh! No sé si ir y reprenderle severamente porque, al fin y al cabo... porque este seno lo ha llevado y estos pechos lo han amamantado, y no hay primogenitura que sea superior a una madre,... o si no volver a hablarle, jamás, a este bastardo que me nació y que ofende a mi Jesús y a ti y...

-No harás nada de eso. Serás para él siempre "la mamá". La mamá que se compadece del hijo obstinado, enfermo, descarriado, y lo amansa con la bondad y lo lleva a Dios con la oración y la paciencia... ¡Venga, ánimo, no llores!... Más bien, ven conmigo. Vamos a orar por él en mi habitación, por los que se marchan, por la joven, para que sufra poco y se forme santamente... Ven, ven, María mía - y la lleva consigo...

Mientras tanto los peregrinos van siguiendo su camino hacia el sudoeste. Adelante van las mujeres, montadas en sus burritos, los cuales, bien alimentados y descansados, van con un trote alegre, obligando a Margziam y a Abel - que por prudencia están a los lados de Áurea, que monta en silla por primera vez - a ir casi corriendo. Y, si bien la cosa es fatigosa, ello sirve para distraer a la joven del dolor por haberse separado de María. De vez en cuando, para dejar un momento de respiro a los dos jovencitos, Mirta para a su burrito ordenando el alto, y no se vuelve a poner en movimiento sino cuando las alcanza el grupo apostólico. Y, en las paradas, Áurea, al dejar de estar distraída por las peripecias de la equitación, vuelve a ponerse triste...

Margziam, experto en sus dolorosas, dilatadas vicisitudes de huerfanito, recogido por caridad por una madre adoptiva después de haber conocido a María, la consuela diciéndole cómo después uno le coge cariño a la madre adoptiva «exactamente igual que si fuera nuestra mamá», y cuenta sus impresiones, y cuenta cómo María y Matías son fe-ices con Juana, y Anastática con Elisa.

Áurea escucha estas narraciones, y, cuando Margziam termina con estas palabras: «Créeme que todas las discípulas son buenas y Jesús sabe a quién confiar a los pobrecillos como nosotros», y Abel remacha: «No debes desconfiar de mi madre, que está muy contenta de tenerte y ha orado mucho en estos días para conseguirte de las manos de Dios», Áurea dice:

-Lo creo. Y la quiero... Pero María es María... y debéis comprender...

-Sí. Pero es que nos duele el verte triste...

-¡Pero yo no estoy triste como en casa del romano y como en las primeras horas de la liberación!... Me siento sólo... desorientada. Yo hacía años que no recibía caricias... Nadie, hasta María, me había vuelto a hacer caricias, después de tantos años de amos...

-¡Alma mía! ¡Pero si yo estoy aquí para hacerte caricias! Seré una segunda María para ti. Ven aquí, cerca... Si fueras más pequeña, te llevaría en mi silla, como hacía con mi Abel cuando era niño... Pero ya eres una mujer... - dice Mirta acercándose y tomándole una mano - Una mujercita, para mí, a la que voy a enseñar muchas cosas; y, cuando Abel se marche lejos, a evangelizar, yo y tú acogeremos a los peregrinos, como dice el Señor, haremos mucho bien en su Nombre. Eres joven, me ayudarás...

-¡Fijaos qué luz hay allí, detrás de aquella loma! - exclama Santiago de Zebedeo, que les ha dado alcance.

-¿Se está quemando un bosque?

-¿O un pueblo?

-Vamos corriendo a ver...

Ya ninguno está cansado, porque la curiosidad anula cualquier otra sensación. Jesús los sigue benévolo, dejando el camino para tomar una vereda que sube por una loma. Pronto llegan a la cima...

No es ni un bosque ni un pueblo lo que arde, sino una vasta depresión entre dos elevaciones, poblada de brezos, que reseca por el verano, han prendido fuego quizás por alguna chispa proveniente de los leñadores que han estado trabajando más arriba, talando árboles, y ahora arde: una alfombra de llamas bajas, pero vivas, que se desplaza, después de haber devastado los lugares en que ha prendido primero, en busca de nuevos brezos que quemar. Los leñadores intentan la acción contra el fuego. Pero es inútil. Son pocos y, si trabajan en un lado, el fuego se extiende por otro.

-Si llega al bosque es un desastre. Hay árboles de resinas - sentencia Felipe.

Jesús, con los brazos cruzados, erguido en el límite de la loma, mira y sonríe mientras piensa...

El contraste entre la luz blanca de la Luna, a oriente, y la roja de las llamas, a occidente, es vivo, y mientras que las espaldas de los que miran se presentan llenas de blancura por los rayos lunares, sus rostros se ven intensamente rojos por el reflejo de las llamas, las cuales corren, corren, como agua que crece, se desborda y se extiende por todas partes... Está a pocos metros del bosque el incendio, ya ilumina las pilas de leña colocadas en su límite, y el claror, que cada vez es más vivo, muestra las casitas de un pueblecito que está situado en la cima de la loma por la que sube el fuego.

-¡Pobre gente! ¡Van a perderlo todo! - dicen muchos de los presentes. Y miran a Jesús, que no habla y sonríe...

Pero luego... Jesús abre los brazos y grita:

-¡Detente! ¡Muere! Lo quiero.

Y, como si un moyo de grandes dimensiones bajase a sofocar las llamas, prodigiosamente el fuego deja de llamear y la viva y ágil danza de las lenguas se transforma en carbones rojos, encendidos pero sin llamas, luego el rojo se hace violáceo, gris rojo... algún zig-zagueo todavía entre la ceniza... y luego no queda más que la Luna con su plata para dar luz a la floresta.

A1 nítido claror, se ve a los leñadores reunirse gesticulando, mirando a su alrededor, hacia arriba... buscando al ángel del milagro...

-Vamos a bajar. Voy a labrar esas almas con este inesperado motivo que me han proporcionado. Nos detendremos en el pueblecillo en vez de en la ciudad. Partiremos al alba. Tendrán un sitio para las mujeres. Para nosotros es suficiente el bosque - dice Jesús, y baja veloz, seguido por los demás.

-¿Pero por qué sonreías así? ¡Parecías dichoso! - pregunta Pedro.

-Lo sabrás por mis palabras.

Ya están donde el baldío se ha transformado en cenizas, todavía calientes y crujientes bajo las sandalias. La atraviesan. Cuando llegan al centro, al lugar en que la Luna incide de lleno, los leñadores los ven.

-¡Como decía yo! ¡El único que podía haber hecho esto era Él! Vamos a correr a venerarlo - grita un leñador, y lo hace arrojándose entre las cenizas a los pies de Jesús.

-¿Por qué crees que he podido hacerlo?

-Porque sólo el Mesías puede esto.

-¿Y cómo sabes que Yo soy el Mesías? ¿Es que me conoces?

-No. Pero sólo el Bueno que ama a los pobres puede haber tenido piedad, y sólo el Santo de Dios puede haber mandado al fuego y ser obedecido. ¡Bendito sea el Altísimo, que nos ha enviado a su Mesías! ¡Y el Mesías, que ha llegado a tiempo de salvarnos las casas!

-Deberíais tener más apremio por salvaros el alma.

-El alma se salva creyendo en ti y tratando de hacer lo que enseñas. Pero como puedes comprender, Señor, la desolación de ser despojados de todo puede hacer débiles a nuestras débiles almas... y llevarlas a dudar de la Providencia.

-¿Quién os ha instruido acerca de mí?

-Algunos discípulos tuyos... Ahí están nuestras familias... Temiendo que todo el collado prendiese fuego, habíamos dicho que los despertaran... Acercaos... Y luego enviamos a otro hombre para que dijera que había un milagro y que vinieran a ver, Aquí están, Señor. La mía. La de Jacob. Ésta es la de Jonatán; ésta, la de Marco; ésta, la de mi hermano Tobías; y ésta, la de Eleazar; y luego las otras, de los que son pastores y ahora están en los altos montes, en los pastos...

Es un grupo de unas doscientas cincuenta personas como mucho, comprendidos los numerosos niños, todavía lactantes o poco ha separados del pecho, que lloriquean despertados a la mitad o que duermen, desconocedores del peligro que han corrido.

-La paz a vosotros todos. El ángel de Dios os ha salvado. Alabemos juntos al Señor.

-¡Nos has salvado Tú! ¡Tú, que siempre estás presente donde hay fieles que creen en ti! - dicen muchas mujeres... Y los hombres asienten con gravedad.

-Sí. Donde hay fe en mí, está presente la Providencia. De todas formas, tanto en las cosas del espíritu como en las de la materia, es necesario actuar con continua prudencia. ¿Qué es lo que ha encendido los brezos? Probablemente una chispa que se ha escapado de vuestros fuegos, o una ramita que haya querido encender en el fuego uno de los niños, para divertirse en agitarla y lanzarla hacia abajo con la despreocupación de su edad. En efecto, es bonito ver una flecha de fuego surcar el aire que oscurece. Pero, ¡ya veis lo que puede causar una imprudencia! Puede causar graves desastres. Una chispa, o una ramita caída entre los brezos secos, ha sido suficiente para hacer arder un valle, y, si el Eterno no me hubiera enviado, todo el bosque se habría transformado en un brasero que habría consumido en medio de una mordaza de fuego vuestros bienes y vuestras vidas

Lo mismo con las cosas del espíritu. Hay que estar continua y prudentemente atentos, para que una flecha de fuego, una chispa, no prenda en vuestra fe y la destruyan, después de un proceso inadvertido de incubación en el corazón, con un fuego deseado por los que me odian y provocado para hacerme pobre en fieles. Aquí, el fuego, detenido a tiempo, se ha transformado de maléfico en benéfico, destruyendo el baldío inútil, que habíais dejado prosperar en el valle, y preparándoos, con su destrucción y con el abono que supone las cenizas, un terreno que, si sois trabajadores, podréis explotar con útiles cultivos. ¡Pero en los corazones lo que sucede es muy distinto cuando se os destruye todo el Bien, ya nada más puede brotar ahí, excepción de zarzas para cama de demonios.

Recordad esto y vigilad contra las insinuaciones de mis enemigos; que, como chispas infernales, serán lanzadas a vuestros corazones. Cuando llegue, estad preparados para el contrafuego. ¿Y cuál es este contrafuego? Es una fe cada vez más fuerte, una voluntad inquebrantable de ser de Dios. Es un pertenecer al Fuego santo. Porque el fuego no se come al fuego. Ahora bien, si sois fuego de amor al Dios verdadero, el fuego del odio a Dios no podrá perjudicaros. El Fuego del amor vence a cualquier otro fuego. Mi Doctrina es amor, y quien la recoge entra en el Fuego de la Caridad, y ya no puede ser torturado por el fuego del Demonio.

Desde lo alto de aquella loma, mientras veía arder los brezos y oía las palabras que vuestros espíritus dirigían al Señor Dios suyo - más aún que ver vuestras acciones orientadas a apagar las llamas -, Yo sonreía. Y un apóstol mío me ha dicho: "¿Por qué sonríes?". Le he prometido: "Te lo diré hablando a los salvados". Lo hago. Sonreía pensando en que, de la misma forma que las llamas se extendían entre los brezos del valle, en vano agredidos por vuestras maniobras, así se va a extender mi Doctrina por el mundo, en vano perseguida por quien no quiere la Luz. Y habrá luz y purificación y bonificación. Cuántas pequeñas serpientes han perecido entre estas cenizas, y con ellas otros seres dañinos! Vosotros teníais miedo a este valle porque en él había demasiados áspides. Pues podéis ver que ni uno sólo se ha salvado. Igualmente el mundo será liberado de muchas herejías, de muchos pecados, de muchos dolores, cuando me haya conocido y haya sido purificado por el fuego de mi Doctrina. Limpiado y liberado de las plantas inútiles, capacitado para recibir la semilla, enriquecido en frutos santos.

Por esto sonreía... Veía en el fuego que avanzaba un símbolo de la extensión de mi Doctrina por el mundo... Luego la caridad hacia el prójimo, que no ha de separarse nunca de la caridad hacia el Señor, ha devuelto mi pensamiento a vuestras necesidades. Y he bajado la mirada mental desde la contemplación de los intereses de Dios hasta la de los intereses de los hermanos, y he parado el fuego para que en medio de vuestro júbilo alabaseis al Señor. Veis, pues, que mi pensamiento ha subido a Dios, de Él ha bajado, más poderoso aún porque el ensimismamiento con Dios aumenta siempre nuestras facultades, y ha vuelto a subir después, junto con el vuestro, a Dios. De esta forma, por la caridad, he realizado conjuntamente los intereses del Padre y de mis hermanos. Actuad también vosotros de modo semejante en el futuro de vuestra vida.

-Y ahora, para estas mujeres, os pido un lugar para pasar la noche. La Luna se está poniendo y el incendio ha retardado nuestro camino. Así que no podemos proseguir hasta la ciudad cercana.

-¡Venid! ¡Venid! Hay sitio para todos. ¡Podíamos estar nosotros sin techo! Nuestras casas son vuestras. Son casas de pobres, pero están limpias. ¡Venid! ¡Venid y quedarán bendecidas!- gritan todos.

Y lentamente suben la ladera, más bien empinada, hasta llegar al pueblecillo que milagrosamente se ha salvado de la destrucción, para desaparecer después cada uno con quien le da alojamiento...

Judas Iscariote en Nazaret en casa de María.

Leve, levísimamente rojea oriente con el primer atisbo de aurora, cuando Judas de Keriot llama a la puerta de la pequeña casa de Nazaret.

En la calle sólo hay campesinos, mejor dicho: pequeños propietarios de Nazaret, en dirección a sus viñas u olivares, con sus herramientas de trabajo; y miran con asombro a ese hombre que llama a una hora tan mañanera a la casa de María. Cuchichean.

-Es un discípulo - dice uno, respondiendo al comentario de otro.

-Está claro que busca a Jesús de José.

-Es inútil. Ayer noche se ha marchado. Lo he visto yo. Voy a decírselo...- dice otro.

-¡Déjalo! Es Judas de Keriot. No me gusta ese hombre. Nosotros quizás cometemos muchos errores con Jesús y hacemos mal. Pero él, ése, el año pasado ha hecho mucho daño aquí entre nosotros... Quizás nos hubiéramos convertido. Pero él...

-¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

-Yo estaba presente una noche en casa del arquisinagogo y, necio de mí, creí inmediatamente en todo... ¡Ahora... basta! Creo que he pecado.

-Quizás él también se ha dado cuenta de que ha pecado y...

Se alejan y ya no oigo nada de lo que dicen.

Judas vuelve a golpear en la puerta. Ha estado pegado a ella, la cara contra la madera, como para evitar ser visto y reconocido. Pero la pequeña puerta no se abre. Judas hace un gesto de contrariedad y se aleja por la callecilla que bordea el huerto. Da la vuelta hacia la parte de atrás de la casa. Da una ojeada por encima del seto al huerto quieto, animado sólo por las palomas.

Judas piensa qué hacer. Habla consigo mismo: «A lo mejor se ha marchado Ella también. No obstante... la habría visto. Bueno y... No. Ayer, al atardecer, oía su voz... Quizás ha ido a dormir donde su cuñada... ¡Uf! Eso es tan latoso como tener una abeja delante de la cara, porque volverán juntas, y yo quiero hablarle estando sola, sin esa vieja como testimonio. Es una lenguaraz y me haría una serie de observaciones. No quiero observaciones yo. Y es astuta, como todas las viejas lugareñas. No aceptaría como buenas mis disculpas, y se lo comentaría a esa ignorante paloma de su cuñada... A ésa estoy seguro de engañarla en todos los sentidos. Es tarda como una oveja... Y debo poner remedio a lo que sucedió en Tiberíades. Porque si habla... ¿Habrà hablado, o habrá guardado silencio? Si ha hablado... es más difícil arreglar las cosas... Pero no habrá hablado... Confunde la virtud con la necesidad. Como es la Madre, así es el Hijo... Y los otros actúan mientras ellos duermen. Y la verdad es que tienen razón. ¿Por qué dejarlos aparte si parece que quieren?... Pero, por otra parte, ¿qué es lo que quieren?... Tengo la cabeza tan embarullada... Tengo que dejar de beber y... ¡Ya!, pero es que el dinero tiente, y soy como un potro al que hubieran tenido demasiado tiempo encerrado. Dos años, eh! ¡Más de dos años! Dos años de todas las abstinencias... Pero... entretanto... ¿Qué decía anteayer Elquías? ¡No son malas sus enseñanzas! ¡Ciertamente! Todo es lícito con tal de lograr establecer a Jesús en el trono. ¿Pero si El no quiere? De todas formas, debo pensar, ciertamente, que, si no triunfamos, todos nosotros vamos a acabar como los seguidores de Teodas o de Judas el Galileo... Quizás haría bien en separarme porque... bueno porque no sé si lo que ellos quieren es bueno. Me fío poco de ellos... Demasiado cambiados de un tiempo a esta parte... Y si... ¡Qué horror! ¿Ser yo el medio para perjudicar a Jesús? No. Me separo. De todas formas, es amargo haber soñado el reino y volver a ser, ¿qué?... Nada... Pero mejor nada que... Él dice siempre: "aquel que cometa el gran pecado". ¿Oye? ¡No iré a ser yo, eh! ¿Yo? ¿Yo? Antes me ahogo en el lago... Me marchó. Es mejor que me marche. Iré donde mi madre. Le pediré dinero, porque está claro que no puedo pedirles a los miembros del Sanedrín el dinero para marcharme. Me... me ayudan porque esperan que yo los ayude a salir de la incertidumbre. Una vez que Jesús sea rey, estamos seguros. La muchedumbre con nosotros... Herodes... ¿quién se va a preocupar de él? Los romanos no, el pueblo tampoco. ¡Todos lo odian! Y... y... Pero Jesús es capaz de renunciar nada más ser proclamado rey. ¡Oh! ¡Bien! ¡Si Eleazar de Anás me asegura que su padre está preparado para ceñirlo rey!... Después ya no puede quitarse el carácter sagrado. En el fondo... yo hago como aquel administrador infiel de su parábola... Recorro a los amigos por mí, sí, es verdad, pero también por Él. Hago, por tanto, servir los medios injustos para... ¡Y, a pesar de todo, no! Debo tratar de persuadirlo. No estoy convencido de actuar bien haciendo este subterfugio... y... ¡Oh, si pudiera convencerlo! ¡Porque sería tan hermoso! Mucho... ¡Sí! Ésta es la mejor idea. Decir todo al Maestro con franqueza. Suplicarle... Si es que María no le ha hablado de Tiberíades... ¿Cómo he dicho que hay que decir a María? ¡Ah! ¡Sí! La negativa de las romanas. ¡Maldita mujer aquélla! ¡Si no hubiera ido a donde ella aquella noche, no me habría encontrado con María! ¡Pero quién iba a imaginarse que María estuviera en Tiberíades! Y pensar que todos los días anteriores al sábado y durante el sábado y el día siguiente del sábado yo no salía nunca para no ver a ningún apóstol... ¡Necio! ¡Necio! ¿No podía haber ido yo a Ippo, a Guerguesa, a buscar mujeres? ¡No! ¡Precisamente allí! A Tiberíades, por donde los de Cafarnaúm tienen que pasar para venir aquí... Pero todo por causa de las romanas... Tenía la esperanza... No, esto es lo que debo decir para disculparme, pero no es cierto. Es inútil que me lo diga a mí mismo, a mí que sé por qué fui allí: para reunirme con los poderosos de Israel y para gozar, porque estoy bien de dinero. De todas formas... qué pronto se consume el dinero... Dentro de poco ya no voy a tener más... ¡Ja! ¡Ja!, contaré algún cuento a Elquías y a los compinches y me darán más...

-¡Judas! ¿Estás loco? Te estoy mirando desde hace un rato, desde encima de un olivo. Gesticulas... hablas solo... ¿Te ha hecho daño el sol de Tammuz? - grita Alfeo de Sara, asomándose por una bifurcación de ramas de un gigantesco olivo que está a unos treinta metros del lugar donde está Judas.

Judas se estremece, vuelve la mirada, lo ve y barbota:

-¡Que te lleve la muerte! ¡Maldito pueblo de espías!

Pero con una sonrisa afable grita:

-No. Estoy preocupado porque María no abre... ¿No se encontrará mal? ¡He llamado mucho!...

-¿María? ¡Ya podías llamar! Está con una pobre anciana que se está muriendo. Cuando la han llamado era la tercera vigilia...

-Pues tengo que hablar con ella.

-Espera. Bajo y voy a avisarla. ¿Pero tienes verdadera necesidad?

-¡Hombre, digo yo! Estoy aquí desde los primeros rayos del sol.

Alfeo, solícito, baja del árbol y se aleja a buen paso.

-¡También me ha visto ése ahora! ¡Y está claro que va a volver con la otra! ¡Es que no me sale una a derechas! - y echa una letanía de improperios contra Nazaret, los nazarenos, María de Alfeo, e incluso contra la caridad de María Santísima, hacia la moribunda, y contra la propia moribunda...

No ha terminado todavía y ya la puerta -que desde el comedor introduce en el huerto- se abre. En el umbral aparece una María muy pálida y triste.

-¡Judas!, ¡María! - dicen al mismo tiempo.

-Ahora te abro la puerta. Alfeo sólo me ha dicho: "Ve a casa. Hay uno que pregunta por ti", y he venido rápidamente, y mucho más porque la pobre anciana ya no me necesita. Ha terminado de sufrir por un hijo malo...

Judas, mientras habla María, corre por la callejuela y vuelve a la parte de delante de la casa... María abre.

-La paz a ti, Judas de Keriot. Entra.

-La paz a ti, María.

Judas está un poco titubeante. María está tranquila, pero seria.

-He llamado mucho, esta mañana al amanecer.

-Ayer noche un hijo ha quebrantado el corazón de una madre... Y han venido a buscar a Jesús. Pero Jesús no está. También te lo digo a ti: Jesús no está. Has venido tarde.

-Ya sé que no está.

-¿Cómo lo sabes? Has llegado de reciente...

-Madre, quiero ser franco contigo, que eres buena: estoy aquí desde ayer...

-¿Y por qué no has venido? Tus compañeros, en estos sábados, sólo no han venido una vez...

-¡Ya lo sé! He ido a Cafarnaúm y no los he encontrado.

-No mientas, Judas. En Cafarnaúm no has estado en todo este tiempo. Bartolomé ha estado siempre allí y no te ha visto. Y Bartolomé no ha venido hasta ayer. Pero tú ayer estabas aquí. Por tanto... ¿Por qué mientes, Judas? ¿No sabes que la mentira es el primer paso hacia el hurto y el homicidio?... La pobre Ester ha muerto incluso, matada por el dolor causado por la conducta de su hijo. Y Samuel, su hijo, empezó a ser la vergüenza de Nazaret con pequeñas mentiras, que cada vez se iban haciendo más grandes... De ellas a todo lo demás. ¿Quieres imitarlo tú, apóstol del Señor? ¿Quieres hacer morir de dolor a tu madre?

El reproche se verifica con voz baja, y lentamente. ¡Pero cómo incide! Judas no sabe qué replicar. Se sienta de golpe, con la cabeza entre las manos.

María lo observa. Luego dice:

-¿Entonces? ¿Para qué querías verme? Mientras asistía a la pobre Ester oraba por tu madre... y por ti... Porque me producís compasión, el uno y la otra, por dos motivos diferentes.

-Entonces, si sientes compasión, perdóname.

-Nunca he tenido rencor.

-¿Cómo?... ¿Ni siquiera por... aquella mañana de Tiberíades?...

-Mira, estaba así porque la noche anterior las romanas me habían tratado mal, como a un loco y como... traidor del Maestro. Sí, lo confieso. Hice mal en hablar con Claudia. Me he equivocado respecto a ella. Pero lo hago buscando el bien. He causado dolor al Maestro. No me lo ha dicho, pero sé que sabe que he hablado. Seguro que ha sido Juana la que ha avisado. Juana no me ha podido ver nunca, y las romanas me causaron dolor... Para olvidar bebí...

-María reacciona con una expresión de compasión involuntariamente irónica, y dice:

-Pues Jesús, por todo el dolor que gusta todos los días, debería estar borracho todas las noches...

-¿Se lo has dicho?

-Yo no aumento la amargura del cáliz a mi Hijo con noticias de nuevas defecciones, caídas, pecados, asechanzas... He callado y callaré.

Judas cae de hinojos, tratando de besar la mano de María, pero ella se retira, sin descortesía, pero sí muy decidida a no dejarse besar ni tocar.

-¡Gracias, Madre! Tú me salvas. Había venido aquí para esto... y para que me facilitaras el camino de acercarme al Maestro sin reprensiones y vergüenza.

-Yendo a Cafarnaúm para venir con los otros, lo habrías evitado. Era muy sencillo.

-Es verdad... Pero los otros no son buenos, y me han puesto espías para luego amonestarme y acusarme.

-Judas, no ofendas a tus hermanos. ¡Basta de pecar! Tú has espiado, aquí, en Nazaret, patria del Cristo, tú...

Judas la interrumpe:

-¿Cuándo? ¿El año pasado? ¿Ves? Han tergiversado mis palabras. Pero créeme que yo...

-No sé lo que has dicho ni hecho el año pasado. Hablo de ayer. Tú estás aquí desde ayer. Sabes que Jesús se ha marchado. Así que has indagado. Y no en las casas amigas: de Aser, Ismael, Alfeo, ni donde los pocos que aquí aman a Jesús. Porque, si lo hubieras hecho, habrían venido a decírmelo. La casa de Ester se ha llenado de mujeres, al alba, cuando ella ha muerto. Pero ninguna tenía noticia de ti. Eran las mejores de entre las mujeres de Nazaret, las que me quieren y quieren a Jesús, y se esfuerzan en practicar su Doctrina a pesar de la hostilidad de sus maridos, padres e hijos. Por tanto, tú has indagado entre los enemigos de mi Jesús. ¿Cómo llamas tú a esto? Yo no lo digo. Lo debes decir tú. A ti mismo. ¿Por qué lo has hecho? No quiero saberlo. Te digo sólo esto. En mi corazón serán clavadas muchas espadas, clavadas y vueltas a clavar, sin piedad, por los hombres que causan dolor a mi Jesús y lo odian. Y una será la tuya, y no será desclavada. Porque el recuerdo de ti, Judas, que no te quieres salvar, de ti que te destruyes, de ti que me produces miedo -no miedo por mí misma, sino por tu alma- no saldrá ya de mi corazón. Una la clavó en mi corazón el justo Simeón, mientras llevaba yo en mi pecho a mi Niño, al Corderito mío santo... La otra... la otra eres tú... La punta de tu espada ya me tortura el corazón. Pero, no sintiéndote satisfecho todavía de producir esta pena en una pobre mujer, esperas a clavar del todo tu espada de verdugo en el corazón de quien no te ha dado sino amor... ¡Pero, estúpida soy pretendiendo de ti piedad, que no la has tenido con tu madre!... Es más, mira: con un solo golpe me atravesarás a mí y a ella, ¡oh hijo desgraciado, al que no salvan las oraciones de dos madres!...

María habla llorando, y las lágrimas no caen en la cabeza morena de Judas, porque él se ha quedado en el lugar donde ha caído de rodillas, separado de María... Esas lágrimas santas las bebe el enlosado...Y la escena me trae el recuerdo de Áglae, sobre la que, por el contrario, puesto que ella se ceñía a María en un sincero deseo de redención, caían las lágrimas.

-¿No encuentras una palabra, Judas? ¿No consigues encontrar en ti la fuerza de un propósito bueno? ¡Oh! ¡Judas! ¡Judas! Pero, dime: ¿Estás contento de tu vida? Examínate, Judas. Sé humilde, sincero contigo mismo lo primero. Y luego con Dios, para ir a Él con tu saco de piedras quitadas de tu corazón y decirle: "Mira, me he quitado estos pedruscos por amor a ti".

-No tengo... el valor de confesarme a Jesús.

-No tienes la humildad para hacerlo.

-Es verdad. Ayúdame tú...

-Ve a Cafarnaúm y espéralo, con humildad.

-Pero, tú podrías...

-Lo único que podré será decir que se haga lo que mi Hijo hace siempre: tener misericordia. No soy yo la que adoctrina a Jesús, sino que es Jesús quien adoctrina a su discípula.

-Tú eres su Madre.

-Eso es para mi corazón. Pero, por derecho suyo, Él es mi Maestro. Ni más ni menos que para todas las otras discípulas.

-Tú eres perfecta.

-Él es el Perfectísimo.

Judas calla y guarda silencio. Luego pregunta:

-¿A dónde ha ido el Maestro?

-A Belén de Galilea.

-¿Y después!

-No lo sé.

-¿Pero vuelve aquí?

-Sí.

-¿Cuándo?

-No lo sé.

-¡No me lo quieres decir!

-No puedo decir lo que no sé. Tú lo sigues desde hace dos años. ¿Puedes decir que haya tenido siempre un itinerario seguro? ¿Cuántas veces la voluntad de los hombres le ha obligado a cambios?

-Es verdad. Me marcharé... Iré a Cafarnaúm.

-El sol está demasiado caliente para ir. Quédate. Eres un peregrino como todos los demás. Y Él ha dicho que las discípulas deben atenderlos.

-Mi vista te es molesta...

-Tu no querer sanar me es doloroso! Sólo eso... Quitate el manto... ¿Dónde has dormido?

-No he dormido. He esperado al alba para verte sola.

-Entonces estarás cansado. En la habitación grande hay lechos. Los han usado Simón y Tomás. Todavía hay sosiego y frescor allí. Ve y duerme mientras te preparo de comer.

Judas se marcha sin replicar. Y María, sin descansar después de la noche pasada en vela, va a la cocina a preparar el fuego, y al huerto a coger las verduras. Y lágrimas, lágrimas, lágrimas caen silenciosas mientras se agacha hacia el hogar para colocar la leña, o hacia la tierra a coger las verduras, y mientras las limpia con agua en la palangana y las prepara... Y lágrimas caen junto con los granos de trigo mientras da la comida a las palomas, o en la ropa que saca del pilón y tiende al sol... Las lágrimas de la Madre de Dios... de Aquella que, Sin Culpa, no estuvo exenta del dolor y sufrió más que ninguna otra mujer, por ser la Corredentora...

La muerte del abuelo de Margziam.

Jesús debe haber dejado ya a las mujeres, porque está con los apóstoles, con Isaac y con Margziam. Están bajando las últimas pendientes hacia la llanura de Esdrelón mientras la tarde cae lentamente.

Margziam está muy contento de que el Señor lo lleve a donde su querido abuelo. Menos contentos están los apóstoles, que recuerdan el reciente incidente con Joacana. Pero guardan silencio, serios, para no apenar al jovencito, que se alegra de no haber tocado la miel que Porfiria le ha dado, «porque tenía la esperanza de que el Señor con-cediera a mi corazón la alegría de ver a mi padre. No sé por qué... pero desde hace un tiempo lo tengo siempre presente en el espíritu, como si me llamara. Se lo he dicho a Porfiria y me ha dicho: "Me sucede también a mí lo mismo cuando Simón está lejos". Pero no debe de ser como dice, porque antes nunca me había sucedido».

-Porque antes eras un niño. Ahora eres un hombre y tu pensamiento piensa más - le dice Pedro.

-Tengo también dos quesitos y unas pocas aceitunas. Lo que he podido traer, mío mío, a mi querido padre. Y luego tengo una túnica y un manto de cáñamo. Porfiria los quería hacer para mí. Pero le he dicho: "Si me quieres, hazlos para el anciano". ¡Lleva siempre vestidos tan rotos, y está siempre tan sudoroso con sus vestidos de mala lana!... Sentirá alivio».

-Pero ya, para empezar, tú te has quedado sin vestidos frescos, y sudas como una esponja, con esos de lana - le dice Pedro.

-¡No importa! Se ha quedado tantas veces sin comer mi padre para dármele a mí cuando yo estaba en el bosque... Por fin puedo darle yo también algo. ¡Ojalá pudiera ahorrar y darle lo suficiente para que pudiera rescatarse!

-¿Cuánto tienes hasta este momento? - pregunta Andrés.

-Poco. Con el pescado he sacado ciento diez didracmas. Pero voy a vender pronto los corderos, y entonces... ¡Si pudiera hacerlo antes del frío fuerte!...

-¿Lo recibís vosotros? - pregunta Natanael a Pedro.

-Sí. No nos vamos a quedar en la miseria si ese pobre anciano toma un bocado de nuestro plato...

-Y además... Puede hacer algún pequeño trabajo... Venir a Betsaida donde nosotros, ¿verdad Felipe?

-Claro... Te ayudaremos, Simón, dando esta alegría a nuestro buen Margziam y al anciano...

-Esperemos que no esté Jocanán... - dice Judas Tadeo.

-Iré yo delante para avisar - dice Isaac.

Caminan ligeros bajo la luz de la Luna... Llegados a un determinado punto, Isaac se separa, acelerando más aún el paso, mientras el grupo lo sigue más lentamente. Un gran silencio hay en la llanura. Hasta los ruiseñores callan.

Caminan, caminan, hasta que ven dos sombras que corren hacia ellos.

-Uno es Isaac, seguro... El otro... puede ser tanto Miqueas como el administrador; son igual de altos... - dice Juan.

Ya están cerca... cerquísima. Y es exactamente el administrador, seguido de Isaac, que está consternado.

-Maestro... Margziam... ¡pobre hijo!... Venid pronto... Tu padre, Margziam, está enfermo... mucho...

-Ay! ¡Señor!... - grita el jovencito, con dolor.

-Vamos, vamos... Sé fuerte, Margziam - y Jesús le toma la mano, echándose casi a correr mientras dice a los apóstoles:

-Seguidme vosotros...

-Sí... Pero con cuidado... Está Jocanán - grita el administrador, ya desde lejos.

El pobre anciano está en casa de Miqueas. Hasta un estúpido puede comprender que está a las puertas de la muerte. Su estado es de completa postración, tiene los ojos cerrados, sus facciones ya aparecen relajadas, como de uno que muere. Está céreo, excepto en le pómulos, donde resiste aún un rojo cianótico.

Margziam se agacha hacia la yacija y llama:

-¡Padre! ¡Padre mío! ¡Soy Margziam! ¿Entiendes? ¡Margziam! ¡Yabés! ¡Tu Yabés!... ¡Oh Señor! Ya no me oye... Ven aquí, Señor... Ven aquí. Inténtalo Tú. Cúralo... Haz que me vea, que me hable... ¿Voy a tener que ver morir así a todos los míos, sin que me den un adiós?...

Jesús se acerca, se inclina hacia el moribundo, le pone una mano en la cabeza y dice:

-Hijo del Padre mío, escúchame.

Como uno que sale de un sueño profundo, el anciano respira hondo y, abriendo los ojos ya vítreos, mira vacilante a las dos caras que están inclinadas hacia la suya. Hace ademán de hablar, pero la lengua está muy entorpecida. Pero debe haber reconocido ahora, porque sonrío y trata de coger las manos de los dos para llevárselas a los labios.

-Padre... había venido... ¡He rezado mucho para venir!... Te quería decir... que pronto tendré lo suficiente... para darte con qué rescatarte... y venir conmigo, a casa de Simón y Porfiria, ¡que son tan buenos, tan buenos con tu Yabés!... y con todos...

El anciano logra mover la lengua, y a duras penas dice:

-Que Dios los recompense, y te recompense a ti... Pero es tarde... Voy con Abraham... a no sufrir más...

Se vuelve hacia Jesús y, con ansia, pregunta:

-Así, ¿no es verdad?

-Así. ¡Estáte en paz! - y Jesús se yergue, majestuoso, y dice:

-Yo, con mi poder de Juez y Salvador, te absuelvo de todo lo que en tu vida hayas podido cometer en culpas u omisiones, y de los movimientos del corazón contra la caridad y hacia quien te ha odiado. De todo de perdono, hijo. ¡Ve en paz!

Jesús ha extendido las manos, altas, encima de la yacija, como si fuera un altar y Él, Sacerdote, estuviera para consagrar la víctima.

Margziam llora, mientras el viejo sonrío dulcemente susurrando:

-Se duerme uno en paz con tu ayuda... Gracias, Señor... - y se abate.

-¡Padre! ¡Padre! ¡Oh! ¡Se muere! ¡Se muere! ¡Hay que darle un poco de miel... tiene la boca seca...! ¡Está frío...! ¡La miel da calor...! - grita Margziam, y trata de rebuscar en el talego con una mano, mientras sujeta con la otra a su abuelo la cabeza, que se hace más pesada. En el umbral de la puerta han aparecido los apóstoles... y observan mudos...

-Bien, Margziam. Sujeto yo al padre - dice Jesús... y luego, a Pedro:

-Simón, ven aquí...

Y Simón, emocionado, se acerca...

Margziam trata de dar un poco de miel al viejo. Hunde un dedo en el tarro y lo saca cubierto de miel filamentosas, que pone en los labios de su abuelo; y éste vuelve a abrir sus ojos, lo mira, le sonríe, dice:

-Está buena.

-La he hecho para ti..., y también la túnica fresca de cáñamo...

El anciano levanta la mano temblorosa y trata de ponerla en la morena cabeza. Dice:

-Eres bueno..., más que la miel... Y es esto... el hecho de que seas bueno, lo que me hace bien... Pero tu miel... ya no hace falta... Y tampoco la túnica fresca... Ten tú esas cosas... Tenlas tú con mi bendición...

Margziam cae de rodillas y llora, apoyada la cabeza en la orilla del lecho, gimiendo:

-¡Solo! ¡Me quedo solo!

Simón da la vuelta en torno al lecho y, con voz más áspera que nunca, por la emoción, dice, mientras acaricia los cabellos de Margziam:

-No... Solo no... Yo te quiero. Porfiria te quiere... Los discípulos... Muchos hermanos... Y luego... Jesús... Jesús te quiere... ¡No llores, hijo mío!

-Tuyo... hijo... sí... dichoso yo... ¡Señor!... Señor... - el anciano gorgotea, hace movimientos bruscos... siente el fin.

Jesús lo rodea con el brazo, lo levanta algo, entona lentamente:

-Alzo los ojos hacia los montes, ¿de dónde vendrá mi auxilio? - y prosigue con todo el salmo 121. Luego se para y observa al hombre que se le muere entre los brazos calmado por esas palabras... Entona el salmo 122. Pero dice poco de él, porque en cuanto empieza el cuarto versículo se interrumpe y dice:

-¡Ve en paz, alma justa! - y lo vuelve a recostar, lentamente, y le baja los párpados con la mano. Una muerte tan serena, que ninguno, excepto Jesús, se ha dado cuenta del tránsito; pero lo comprenden por este acto del Maestro. Inmediatamente se oye un murmullo.

Jesús hace un gesto de silencio. Va donde Margziam, el cual, llorando como está con la cabeza agachada y apoyada en el lecho, no se ha dado cuenta de nada. Jesús se agacha hacia él, lo abraza tratando de alzarlo y dice:

-Él está en paz, Margziam. Ya no sufre. La mayor gracia de Dios para con él es ésta: la muerte, ¡y en los brazos de Señor! No llores, hijo amado. Mira cómo está en paz... En paz... Pocos en Israel han recibido el premio de este justo: morir apoyado en el pecho del Salvador. Ven aquí, a mis brazos... No estás solo. Y además, está Dios, y es todo, que te ama por todo el mundo.

El pobre Margziam da verdaderamente pena, pero encuentra todavía la fuerza de decir:

-Gracias, Señor, por haber venido... Y a ti Simón, por haberme traído... Y a todos, a todos, gracias... por lo que me habéis dado para él... Pero ya no hace falta... Pero... la túnica sí... Somos pobres... No podemos hacer el embalsamamiento... ¡oh padre mío! ¡Ni siquiera un sepulcro te puedo dar!... Pero, si os fiáis, si podéis... haced los gastos y os daré en Octubre el precio de los corderos y del pescado...

-¡Oye! ¡Digo yo que todavía tienes un padre! ¡Lo arreglo yo! A costa de vender una barca. Daremos al anciano todos los honores. Lo más difícil es conseguir quién anticipe... y quién dé un sepulcro...

El administrador dice:

-En Yizreel, entre la gente del pueblo, hay discípulos. No negarán nada. Me voy a poner en camino enseguida. Volveré antes de que acabe la hora tercia...

-Sí, pero... ¿y el Fariseo?

-No temáis. Haré que sepa que hay un muerto y, por no contaminarse, no saldrá de casa. Me voy...

Y Miqueas y los otros van y vienen, preparando lo necesario para los últimos honores del compañero muerto, mientras Margziam, inclinado hacia su abuelo, llora y lo acaricia, y Jesús habla en voz baja con los apóstoles e Isaac.

Y aquí hago una observación mía. Me ha sucedido a veces que me he visto en semejantes vicisitudes, y frecuentemente he notado que los presentes, con finalidad buena o con actitudes intransigentes no buenas, recriminan a los que se sienten desolados por haber perdido a un pariente. Comparo esto con la dulzura de Jesús, que se compadece del sufrimiento del huérfano y no pretende de él un heroísmo innatural... ¡Cuánto hay que aprender de la más mínima acción de Jesús!....

Las dotes de Margziam. Lección sobre la caridad, sobre la salvación, sobre los méritos del Salvador.

-¿Dónde has dejado las barcas, Simón, cuando has venido a Nazaret? - pregunta Jesús mientras camina en dirección nordeste, dando la espalda a la llanura de Esdrelón y en dirección al Tabor.

-Las he mandado de nuevo a pescar, Maestro. Pero he dicho que cada tres días estén en Tariquea... No sabía cuánto tiempo me quedaría contigo.

-Muy bien. ¿Quién de vosotros quiere ir a advertir a mi Madre y a María de Alfeo que se agreguen a nosotros en Tiberíades? En casa de José es la cita.

-Maestro... quisiéramos todos. Di Tú quién debe ir y será mejor.

-Entonces Mateo, Felipe, Andrés y Santiago de Zebedeo. Los otros que vengan conmigo a Tariquea. Explicaréis a las mujeres el motivo del retraso. Y decidles que cierren la casa y que vengan. Estaremos juntos durante una luna entera. Marchaos, que aquí está la bifurcación. Y que la paz esté con vosotros.

Besa a los cuatro que se separan y reanuda la marcha con los otros.

Pero después de pocos pasos se detiene y observa a Margziam, que camina un poco retrasado, con la cabeza baja. Cuando el jovencito llega a donde Él, Jesús le pasa la mano por debajo del mentón y le fuerza a levantar la cara: dos líneas de llanto hay en el rostro morenito.

-¿Irías con gusto también tú a Nazaret?

-Sí, Maestro... Pero haz lo que Tú quieras.

-Quiero que te sientas confortado, hijo mío... Ve... corre detrás de aquéllos. La Madre te consolará.

Lo besa y lo deja partir. Margziam se echa a correr y pronto alcanza a los cuatro.

-Es todavía un niño... - observa Pedro.

-Y sufre mucho... Ayer por la noche, que lo encontré llorando en un rincón de la casa, me dijo: "Es como si se me hubieran muerto ayer mi padre y mi madre... La muerte del anciano padre me ha abierto de nuevo todo el corazón..." - dice Juan.

-¡Pobre hijo!... Pero ha sido buena cosa el que haya estado presente en esa muerte... - dice el Zelote.

-¡Se había hecho tantas ilusiones de poder hacer algo por el anciano!... Me decía Porfiria que hacía todo tipo de sacrificios para poder reunir el dinero. Ha trabajado en los campos, ha hecho haces de leña para los hornos, ha pescado, no ha comido los quesitos, para venderlos, ni la miel, para venderla... Tenía esa preocupación en su corazón y quería tener consigo al anciano... ¡En fin! - dice Pedro.

-Es un hombre de propósitos serios. No le pesa ni el sacrificio ni el trabajo. Buenas cualidades - dice Bartolomé.

-Sí, es un buen hijo y se contará entre los mejores discípulos. Ya veis con qué disciplina se guía incluso en los momentos más desazonados... Su corazón afligido añoraba a María, pero no ha pedido ir con ella. Ha entendido tan bien lo que es fuerza en la oración, que supera a muchos adultos - dice Jesús.

-¿Tú crees que hace los sacrificios con una finalidad determinada? - pregunta Tomás.

-Estoy seguro de ello.

-Es verdad. Ayer dio la fruta a un viejo diciéndole: "Reza por el padre de mi padre, que se me ha muerto hace poco", y yo le hice esta observación: "Él está en paz, Margziam. ¿No crees válida la absolución de Jesús?". Me respondió: "La creo válida. Pero al ofrecer sufragios pienso en las almas por las que ninguno reza, y digo: si a mi padre ya no le hace falta, pues que vayan estos sacrificios para aquellos en quien nadie piensa". Y me he sentido edificado - dice Santiago de Alfeo.

-Sí. Ayer se acercó a mí y, echándome los brazos al cuello, porque en el fondo es todavía un niño, me dijo: "Ahora sí que eres mi padre del todo... y te devuelvo lo que tu bondad me había posibilitado ahorrar. Ya no le sirve ese dinero a mi anciano padre,... y tú y Porfiria hacéis mucho por mí...". Yo, conteniendo a duras penas las lágrimas, le respondí: "No, hijo mío. Vamos a usar ese dinero en limosnas para los ancianos pobres o para huerfanitos pobres, y Dios usará tus limosnas para aumentar la paz al pobre anciano". Y Margziam me dio dos besos tan fuertes, que... bueno... que ya no pude contener las lágrimas. Y, Bartolomé, como te está agradecido por haber corrido con los gastos, me decía: "Para mí, el honor dado al anciano no tiene precio. Le voy a decir a Bartolomé que me tenga como criado".

-¡Pobre hijo! ¡Ni durante una hora! Él sirve al Señor y nos edifica a todos. He honrado a un justo. Podía hacerlo, porque mi nombre es conocido y me es fácil encontrar a alguien que me anticipe. Desde Betsaida me encargaré de saldar la pequeña deuda, en el fondo una menudencia...

-Sí. Como dinero es poco, porque los de Yizreel han sido generosos. Pero tu amor hacia el condiscípulo no es una menudencia. Porque todo acto de amor tiene un valor grande.

Vosotros estáis formándoos en este amor al prójimo, que es la segunda parte del precepto básico de la Ley de Dios, y que en realidad en Israel ha caído mucho en abandono. Los muchos preceptos y ese andarse con tiquismiquis -cosas que han subseguido a la clara, coherente, completa Ley del Sinaí, dentro de su brevedad- han tergiversado la primera parte de ese precepto básico, reduciéndolo a un cúmulo de ritos exteriores a los que les falta lo que les da el nervio, el valor, la verdad; o sea, falta la adhesión activa del interior - con las obras que cumple, con las tentaciones que supera- a las formas de culto externo. ¿Qué valor puede tener a los ojos de Dios la ostentación de un culto, cuando luego en el interior el corazón no ama a Dios, no se anonada en un respetuosísimo amor a Dios, cuando no lo alaba y admira teniendo amor por las cosas hechas por Él, y en primer lugar por el hombre, que es la obra maestra de la Creación terrestre?

¿Veis dónde se ha producido el error en Israel?: en haber hecho, en un primer momento, de un único precepto dos preceptos, para separar luego netamente, con la decadencia de los espíritus, el segundo del primero, como si fuera una rama inútil. No era una rama inútil, no eran ni siquiera dos ramas: era un único tronco, que ya desde la base se había adornado con las distintas virtudes de los dos amores.

Mirad esa gruesa higuera que ha nacido allá arriba, encima de aquel collado. Nacida espontáneamente, casi en la raíz, o sea, apenas salida de la tierra, se ha formado en dos ramas tan unidas, que las dos cortezas se han fundido; pero cada una de las dos ramas han dado las propias frondas a los lados, en forma tan caprichosa, que ha dado el nombre de "Casa de la higuera gemela" a este pueblecillo que está en este pequeño collado. Ahora bien, si uno quisiera ahora separar los dos troncos, que en el fondo son un solo tronco, debería usar la segur o la sierra. Pero, ¿qué haría? Haría morir a la planta, o, si fuera tan hábil que guiara la segur o la sierra de forma que lesionara a uno de los dos troncos solamente, salvaría uno de los dos, pero el otro moriría inexorablemente, y el que quedara, aunque siguiera vivo, estaría semimuerto, y probablemente perdería vigor y no daría ya fruto o lo daría muy escaso.

Lo mismo ha sucedido en Israel. Han querido cortar, separar las dos partes (tan unidas que son verdaderamente una cosa sola); han querido retocar lo que era perfecto. Porque todas las obras de Dios son perfectas, todos los pensamientos, todas las palabras. Por tanto, si Dios en el Sinaí mandó amar a Dios santísimo y al prójimo con un único precepto, está claro que no son dos preceptos que puedan ser practicados con independencia el uno del otro, sino que son un solo precepto. Y, no bastándome nunca la formación de que os hago objeto en esta sublime virtud (la mayor de todas, la que sube con el espíritu al Cielo, porque es la única que subsiste en el Cielo), insisto en ella, que es alma de toda la vida del espíritu, el cual pierde la vida si pierde la Caridad, porque pierde a Dios.

Oídmelo. Imaginad que a vuestra puerta vengan un día a llamar dos riquísimos esposos, pidiendo hospitalidad para toda la vida. ¿Podrías decir: "Aceptamos al esposo, pero no queremos a la esposa", sin oír esta respuesta del esposo: "Eso no puede ser, porque no me puedo separar de la carne de mi carne. Si no queréis acogerla, yo tampoco me puedo alojar en vuestra casa, y me voy con todos mis tesoros, de los cuales os habría hecho copartícipes"?

Dios está aunado con la Caridad. Esta es verdaderamente, y más íntima y verdaderamente que dos esposos que se aman intensamente, espíritu de su Espíritu. Es Dios mismo la Caridad. La Caridad no es sino el aspecto más manifiesto, más ilustrativo de Dios. Entre todos sus atributos, es el atributo rey y el atributo origen, porque todos los demás atributos de Dios nacen de la caridad. ¿Qué es la Potencia sino caridad que obra? ¿Qué es la Sabiduría sino caridad que enseña? ¿Qué es la Misericordia sino caridad que perdona? ¿Qué es la Justicia sino caridad que administra? Y podría continuar así para todos los innumerables atributos de Dios.

¿Y bien?, ¿teniendo en cuenta esto que digo, podéis pensar que quien no tiene la Caridad puede tener a Dios? No lo tiene. ¿Podéis pensar que pueda acoger a Dios y no la Caridad, esa Caridad que es única y abraza Creador y criaturas y no se puede tener de ella sólo una mitad, la tributada al Creador, sin tener también la otra mitad, la tributada al prójimo?

Dios está en las criaturas. Está en ellas con su señal imborrable, con sus derechos de Padre, de Esposo, de Rey. El alma es su trono; el cuerpo, su templo. Ahora bien, el que no ama a un hermano suyo y lo hace objeto de desprecio, hace desprecio, produce dolor, niega su reconocimiento al Amo de la casa de su hermano, al Rey, al Padre, al Esposo de su hermano; y es natural que este gran Ser que es Todo, y que está presente en un hermano, en todos los hermanos, haga suya la ofensa infligida al ser menor, a la parte del Todo, o sea, a éste o a aquel hombre. Por este motivo os he enseñado las obras de misericordia corporales y espirituales; por esto, os he enseñado a no escandalizar a los hermanos; por esto, os he enseñado a no juzgar, a no despreciar, a no rechazar a los hermanos, ya sean buenos, ya sean no buenos, fieles o gentiles, amigos o enemigos, ricos o pobres.

Cuando en un tálamo se verifica una concepción, ésta se forma con el mismo acto, ya se produzca en un tálamo de oro, ya se produzca en el mullido de paja de un establo. Y la criatura que se forma en el seno regio no es distinta de la que se forma en el seno de una mendiga. La concepción, el hecho de formar un nuevo ser es igual en todos los puntos de la Tierra, cualquiera que fuere su religión. Todas las criaturas nacen como nacieron Abel y Caín del seno de Eva. Y a la igualdad de la concepción, formación y modo de nacer, de los hijos de un hombre y una mujer en la Tierra, corresponde otra igualdad en el Cielo: la creación de un alma para ser infundida en el embrión, para que el embrión *sea de hombre y no de animal* y lo acompañe desde el momento en que es creada hasta la muerte, y sobreviva a él en espera de la resurrección universal para volver a unirse, entonces, al cuerpo resucitado y recibir con él el premio o el castigo. El premio o el castigo, según las acciones realizadas en la vida terrena.

Porque no os penséis que la Caridad es injusta y que, sólo porque muchos no vayan a ser de Israel o de Cristo, aun siendo virtuosos en la religión que siguen, convencidos de estar en la *verdadera*, vayan a permanecer para toda la eternidad sin premio. Después del fin del mundo, ninguna virtud sobrevivirá, sino la Caridad, o sea, la unión del Creador y de todas las criaturas que vivieron con justicia. No habrá muchos Cielos (uno para Israel, uno para los cristianos, uno para los católicos, uno para los gentiles, uno para los paganos); no los habrá, sino que habrá *un solo Cielo*. Igualmente, habrá un solo premio: Dios, el Creador que se une de nuevo con aquellas criaturas suyas que han vivido en justicia, en las cuales, por la belleza de los espíritus y de los cuerpos de los santos, admirará su propio Ser con alegría de Padre y de Dios. Habrá un solo Señor. No un Señor para Israel, uno para el catolicismo, uno para cada una de las otras religiones.

Ahora os voy a revelar una gran verdad. Recordadla. Transmitidla a vuestros sucesores. No esperéis siempre a que el Espíritu Santo proyecte luz sobre las verdades, después de años o siglos de oscuridad. Oíd.

Vosotros quizás decís: "Pero entonces, ¿qué justicia hay en el hecho de ser de la religión verdadera, si al final del mundo vamos a ser tratados de la misma manera que los gentiles?". Os respondo: la misma justicia que hay -y es justicia verdadera- para aquellos que aun siendo de la religión santa no serán bienaventurados por no haber vivido como santos. Un pagano virtuoso, por el solo hecho de haber vivido con virtud escogida, convencido de que su religión era buena, tendrá al final el Cielo. ¿Pero cuándo? Cuando llegue el fin del mundo, cuando de las cuatro moradas de los que han muerto queden sólo dos: el Paraíso y el Infierno. Porque la Justicia en ese momento deberá conservar y dar estos dos reinos eternos, respectivamente a quien del árbol del libre albedrío escogió los frutos buenos y a quien quiso los malos.

¡Pero, cuánta espera antes de que un pagano virtuoso llegue a ese premio!... ¿No consideraréis esto? Y esa espera, especialmente desde el momento en que la Redención, con todos los consiguientes prodigios, se verifique, y el Evangelio sea predicado en el mundo, será la purgación de las almas que vivieron con justicia en otras religiones y que no pudieron entrar en la Fe verdadera después de conocerla como existente y efectivamente real. Para ellos el Limbo durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. Para los creyentes que creen en el Dios verdadero y que no supieron ser heroicamente santos, el largo Purgatorio (y para algunos podrá terminar en el fin del mundo). Pero, después de la expiación y la espera, todos los buenos, cualquiera que fuere su procedencia, estarán a la derecha de Dios; los malos, cualquiera que fuere su procedencia, a la izquierda, y luego en el Infierno horrendo; mientras que el Salvador entrará con los buenos en el Reino eterno.

Señor, perdona si no te entiendo. Lo que dices es muy difícil... al menos para mí... Dices siempre que eres el Salvador y que redimirás a los que creen en ti. ¿Y entonces los que no creen, o porque no te han conocido por haber vivido antes, o porque -¡es tan grande el mundo!- no han tenido noticia de ti, cómo pueden ser salvados? - pregunta Bartolomé.

-Ya te lo he dicho: por su vida de justos, por sus obras buenas, por esa fe suya que consideran *verdadera*.

-Pero no han recurrido al Salvador...

-Pero el Salvador por ellos, también por ellos, sufrirá. ¿No consideras, Bartolomé, qué gran valor tendrán mis méritos de Hombre Dios?

-Mi Señor, en todo caso inferiores a los de Dios, a los que, por consiguiente, posees desde siempre.

-Respuesta correcta y no correcta. Los méritos de Dios son infinitos, dices, Todo es infinito en Dios. Pero Dios no tiene méritos, en el sentido de que no ha merecido. Tiene atributos, virtudes propias suyas. Él es el que es: la Perfección, el Infinito, el Omnipotente. Pero para merecer hay que llevar a cabo, con esfuerzo, algo que sea superior a nuestra naturaleza. No es un mérito comer, por ejemplo. Pero puede ser un mérito el saber comer parcamente, haciendo verdaderos sacrificios para dar a los pobres lo que ahorramos. No es un mérito el estar callados, pero lo es cuando lo estamos no replicando contra una ofensa. Y así sucesivamente. Ahora bien, como tú puedes comprender, Dios, que es perfecto, infinito, no tiene necesidad de someterse a esfuerzo. Pero el Hombre Dios puede someterse a esfuerzo, humillando la infinita Naturaleza divina a la limitación humana, venciendo a la naturaleza humana, que no está ausente de Él ni en Él es metafórica, sino que es real, con todos sus sentidos y sentimientos, con sus posibilidades de sufrimiento y muerte, con su voluntad libre.

A nadie le gusta la muerte, especialmente si es dolorosa, precoz e inmerecida. A ninguno le gusta. Y, no obstante, todo hombre debe morir. Por tanto, el hombre debería mirar a la muerte con la misma alma con que ve que termina todo lo que tiene vida. Pues bien, Yo fuerzo a mi Humanidad a amar la muerte. No sólo esto. He elegido la vida para poder tener la muerte. Por la Humanidad. Por eso, Yo, en mi condición de Hombre-Dios, adquiero esos méritos que en mi condición de Dios no podía adquirir. Y, con ellos, que son infinitos por la forma como los adquiero, por la Naturaleza divina unida a la humana, por las virtudes de caridad y obediencia con las cuales me he puesto en condiciones de merecerlos, por la fortaleza, la justicia, la templanza, la prudencia, por todas las virtudes que he puesto en mi corazón para hacerlo grato a Dios, mi Padre, Yo tendré un poder infinito no sólo como Dios, sino como Hombre que se inmola por todos, o sea, que alcanza el límite máximo de la caridad. Lo que da el mérito es el sacrificio. Cuanto mayor es el sacrificio, mayor es el mérito. Si es completo el sacrificio, completo es el mérito; si perfecto el sacrificio, perfecto el mérito, y utilizable según la santa voluntad de la víctima, a la que el Padre dice: "¡Sea como tú quieras!", porque la víctima lo ha amado sin medida y ha amado al prójimo sin medida.

Y os digo que el más pobre de los hombres puede ser el más rico y beneficiar a un número sin medida de hermanos, si sabe amar hasta el sacrificio. Os digo que, aunque no tuvierais ni una miga de pan ni un vaso de agua ni un vestido roto, podríais hacer un bien siempre. ¿Cómo? Orando y sufriendo por los hermanos. ¿Hacer un bien a quién? A todos. ¿De qué forma? De mil maneras, todas santas, porque si supierais amar sabríais obrar como Dios, y enseñar, perdonar, administrar, y, como el Hombre-Dios, redimir.

-¡Oh, Señor, danos esta caridad! - suspira Juan.

-Os la da Dios, porque se da a vosotros. Pero vosotros debéis acogerla y practicarla cada vez más perfectamente. Ningún hecho debe estar para vosotros separado de la caridad. Desde los hechos materiales a los del espíritu. Todo se haga con caridad y por la Caridad. Santificad vuestras acciones, vuestras jornadas; poned la sal en vuestras oraciones, la luz en vuestras acciones. La luz, el sabor, la santificación, es la caridad. Sin ella, nulos son los ritos y vanas las oraciones, falsas las ofrendas. En verdad os digo que la sonrisa con que un pobre os saluda como a hermanos tiene más valor que el saco de monedas que uno puede arrojaros a los pies sólo para ser notado. Sabed amar y Dios estará con vosotros, siempre.

-Enseñanos a amar así, Señor.

-Hace dos años que lo estoy haciendo. Haced lo que me veis hacer y estaréis en la Caridad, y la Caridad estará en vosotros, y tendréis el sello, el crisma, la corona que harán que seáis verdaderamente reconocidos como ministros de Dios-Caridad. Ahora vamos a detenernos en este lugar umbrío. Aquí hay hierba tupida y alta, y los árboles mitigan el calor. Proseguiremos cuando atardezca...

445

Dos parábolas durante una tormenta en Tiberíades. Llegada de Maria Stma. e impenitencia de Judas Iscariote

Jesús llega con los suyos a Tiberíades en una mañana borrascosa. Y llega, cabeceando fuertemente las barcas en el lago, que está muy agitado y gris, como el cielo en que corretean nubarrones poco prometedores, por el breve trayecto que une Táriquee a Tiberíades. Pedro escudriña el cielo y el lago, y ordena a los mozos que pongan las barcas en seguro:

-Dentro de poco vais a oír qué música. Dejo de ser Simón el pescador, si dentro de poco las avalanchas de agua del cielo y del lago no causan daños. ¿Hay alguien en el lago? se pregunta a sí mismo, mientras escudriña el agitado mar de Galilea. Y lo ve desierto, recorrido sólo por fuertes olas, cada vez más altas bajo la cada vez más amenazadora bóveda del cielo. Se consuela al verlo vacío, pensando que no causará víctimas humanas. Y sigue más contento al Maestro, que ya camina en medio de las embestidas del viento, tan fuertes que con dificultad avanzan los hombres entre nubes de polvo y en medio de un gran golpeteo de túnicas.

En Tiberíades, en esta parte de Tiberíades, la popular, constituida por familias de pescadores o de obreros menores dedicados a trabajos inherentes a la pesca, hay un intenso ajetreo para guardar en las casas aquellas cosas que podría dañar el

temporal: quién corre cargado con las redes, con los remos de las barcas ya puestas en seguro, quién arrastra hasta las casas los instrumentos de trabajo: todo entre silbidos de viento y nubes de polvo y portazos. La otra Tiberíades, la que está más al norte, la de las construcciones dispuestas a lo largo del lago, la de los hermosos parques que se ven en el arco de la orilla, duerme ociosa. Únicamente algunos criados o esclavos -según sean de israelitas o romanos las casas- se afanan en quitar toldos en lo alto de las terrazas, en retirar las barcas ligeras de recreo, los asientos que están desperdigados por los jardines...

Jesús, que ha dirigido sus pasos hacia esta parte, dice a su primo Judas y a Simón Zelote:

-Id donde el portero de Juana de Cusa, a ver si alguno de los nuestros ha preguntado por nosotros. Yo espero aquí.

-De acuerdo. ¿Y Juana?

-La veremos después. Id y haced esto que digo.

Los dos van sin demora, y mientras los otros esperan su regreso, Jesús manda a éstos, a uno acá a otro allá, a conseguir comida «para ellos y para las mujeres, porque no es justo cargarlo sobre la familia del discípulo» dice Jesús. Y se queda solo, apoyado en la tapia de un jardín del que viene -tan grande es la lucha que sus altos árboles sostienen contra el viento- un ruido de huracán.

Jesús está recogido dentro de sí mismo y en los indumentos (los ha ajustado bien bajo su manto, y el manto se lo ha echado sobre la cabeza, ciñéndolo bien a ella como una capucha, para defenderse del viento, que mete el pelo en los ojos). Y así, lleno de polvo, el rostro semioculto con los extremos del manto, apoyado en una tapia que está casi en la esquina de la calle que se cruza con una bella arteria que va del lago al centro de la ciudad, parece un mendigo en espera de limosnas. Alguno pasa y lo mira. Pero, dado que Él no dice nada ni pide nada y está así con la cabeza agachada, ninguno se para a dar nada ni a decir nada. Y, mientras tanto, la borrasca aumenta de intensidad y el rumor del lago crece en violencia llenando ya toda la ciudad con su mugido.

Un hombre alto, caminando encorvado para defenderse del viento, también todo arropado en su manto, que mantiene ceñido bajo la garganta con la mano, viene desde el camino interior hacia este camino litoral. Cuando levanta la mirada del suelo para esquivar una fila de burritos de hortelanos que, dejadas las verduras en los mercados, vuelven a sus huertos, ve a Jesús (y yo veo que el joven es Judas de Keriot).

-¡Oh, Maestro! - dice desde el otro lado, separado por la fila asnal - Venía precisamente a casa de Juana a buscarte a ti. He estado en Cafarnaúm buscándote, pero...

El último asno ha pasado y Judas se apresura a acercarse al Maestro, y termina lo que estaba diciendo:

-...pero en Cafarnaúm no estaba ninguno. He esperado algunos días y luego he vuelto aquí, y todos los días iba donde José y donde Juana a buscarte...

Jesús lo mira con sus ojos penetrantes, y detiene esta avalancha de palabras diciendo solamente:

-La paz sea contigo.

-¡Es verdad! ¡Ni siquiera te he saludado! La paz sea contigo, Maestro. ¡Bueno, pero Tú siempre tienes esta paz!

-¿Y tú no?

-Yo soy un hombre, Maestro.

-El hombre justo tiene la paz. Sólo el hombre culpable está turbado. ¿Tal eres tú?

-¿Yo?... No, no, Maestro. A1 menos... Bueno, si he de decir la verdad, estar lejos de ti no me ponía feliz... pero eso no era todavía estar sin paz. Era nostalgia de ti, por el afecto que te tengo... Pero la paz es otra cosa, ¿no es verdad?...

-Sí. Es otra cosa. Las separaciones no lesionan la paz del corazón, *si el corazón del ausente no hace cosas que su conciencia le dice que entristecerían al amado si las supiera.*

-Pero los ausentes no saben... A menos que haya alguien que lo informe.

Jesús lo mira y calla.

-¿Estás solo, Maestro? - pregunta Judas, tratando de desviar la conversación hacia argumentos más banales.

-Estoy esperando a los que he enviado a casa de Juana para preguntar si mi Madre ha venido de Nazaret.

-¿Tu Madre? ¿Traes aquí a tu Madre?

-Sí. Voy a estar con ella en Cafarnaúm durante toda esta luna. Iré con las barcas por los pueblos de la ribera, pero volviendo todos los días a Cafarnaúm. Debe haber muchos discípulos en esta zona...

-Sí... Muchos... - Judas ha perdido la parlería. Está pensativo.

-¿No tienes nada que decirme, Judas? Estamos los dos solos. ¿No te ha sucedido nada en este tiempo de separación, ningún hecho respecto al cual sientas necesario oír la palabra de tu Jesús? - dice Jesús dulcemente, como para ayudar al discípulo a confesar haciéndole sentir todo su misericordioso amor.

-¿Y Tú conoces algo en mí que necesite tus palabras? Si lo con^oces -yo la verdad es que no sé de nada que pueda merecer esas palabras-, habla. Es duro para un hombre el tener que indagar sobre las culpas y los defectos y confesarlos a otro...

-E1 que te habla no es *otro* hombre, sino...

-No. Eres Dios. Lo sé. Por eso mismo, no es ni siquiera necesario que sea yo el que hable. Tú ya conoces...

-Yo no soy *otro* hombre, te estaba diciendo, sino tu amigo más amoroso; no te digo el Maestro, el superior, sino que te digo: el amigo...

-Sigue siendo lo mismo. Y sigue siendo fastidiosa la indagación sobre lo que se ha hecho en el pasado y cuya confesión podría acarrearle a uno una serie de reproches. Aunque la verdad es que más que los reproches duele el hecho de venir a menos en la estima del amigo...

-En Nazaret, el último sábado que estuve allí, Simón Pedro dijo a un compañero, sin darse cuenta, una cosa que debía callar. No era una desobediencia voluntaria, no era maledicencia, no era algo que pudiera causar daño al prójimo. Simón Pedro se la había dicho a un corazón honesto y a un hombre serio, el cual, viendo que tenía conocimiento, sin voluntad suya ni de Pedro, de una cosa secreta, juró que no repetiría a otros el secreto. Simón podía tranquilizarse... Pero no se tranquilizó hasta

que no me confesó la culpa. Enseguida... ¡Pobre Simón! ¡La llamaba culpa! Pero si en el corazón de los discípulos hubiera sólo culpas como ésta, y mucha, mucha humildad, mucha confidencia, mucho amor, como tiene Pedro, ¡debería proclamarme Maestro de una muchedumbre de santos!...

-Lo que me quieres decir con esto es que Pedro es santo y yo no. Es verdad. No soy un santo. Arrójame de tu presencia entonces...

-Lo que no eres es humilde, Judas. La soberbia te destruye. Y no me conoces todavía... - termina Jesús tristísimamente.

Judas siente esta pena y susurra:

-¡Perdóname, Maestro!...

-Siempre. Pero sé bueno, hijo. ¡Sé bueno! ¿Por qué quieres causarte el mal a ti mismo?

Judas -si son verdaderas o falsas no lo sé- tiene lágrimas en las pestañas y se refugia entre los brazos de Jesús, llorando encima de su hombro.

Y Jesús lo acaricia en el pelo susurrando:

-¡Pobre Judas! ¡Pobre, pobre Judas, que va buscando su paz, y a quien pueda comprenderlo, en lugares donde no puede encontrarlos!...

-Sí. Es verdad. Tienes razón, Maestro. La paz está aquí... entre tus brazos... Soy un desdichado... Sólo Tú me comprendes y me amas... Sólo Tú... El necio soy yo... Perdóname, Maestro.

-Sí, sé bueno, sé humilde. Si caes, ven a mí y te levantaré. Si te sientes tentado, corre a mí; te defenderé, de ti mismo, de quien te odie, de todo... Pero, estáte erguido. Vienen los demás...

-Un beso, Maestro... Un beso...

Jesús lo besa..., y Judas recupera su compostura... Sí, pero -pienso yo- la realidad es que no ha confesado en absoluto sus culpas...

-Hemos tardado mucho porque Juana estaba ya levantada y el portero ha querido avisarla. Vendrá hoy, a venerarte, a casa de José - dice Judas Tadeo.

-¿A casa de José? Si cae toda el agua que el cielo promete, esos caminos serán pantanos. No, está claro que Juana no va a venir ni a esa choza ni por esos caminos. Sería mejor que fuéramos nosotros a su casa... - dice Judas, que ya ha recuperado la seguridad.

Jesús no le responde, pero contesta a su primo preguntando:

-¿No nos ha buscado ninguno de los nuestros en casa de Juana?

-Todavía ninguno.

-De acuerdo. Vamos a casa de José. Los otros nos alcanzarán allí...

-Para estar seguros de que nuestras madres están en camino, yo iría a su encuentro... - dice Judas de Alfeo.

-Estaría bien. Pero más de un camino trae a Tiberíades. Y quizás no han tomado el principal...

-Es verdad, Jesús... Vamos...

Andan a buen paso, entre los primeros truenos, con su fuerte fragor en las hoces de los collados que rodean casi por completo al lago, y entre los primeros relámpagos que surcan el cielo lívido. Entran en la casa pobre de José, que parece aún más pobre y oscura con el aire borrascoso. Lo único luminoso que hay es el rostro del discípulo y de sus familiares, dichosos de tener en su casa al Maestro.

-Pero llegas en mal momento, Señor - dice el barquero disculpándose - Con este lago no he podido pescar y... tengo sólo verduras...

-Y tu buen corazón. Pero ya he pensado en ello: ahora van a venir los compañeros con lo que necesitamos. No estés trajinando, mujer... Podemos sentarnos también en el suelo. Hay mucha limpieza. Eres una mujer excelente, lo sé. Y el orden que aquí veo lo confirma.

-¡Oh, mi esposa! ¡Una verdadera mujer fuerte! Mi alegría, nuestra alegría - proclama el barquero, embelesado por el elogio del Señor, que se ha sentado tranquilamente en el borde bajo del hogar apagado, casi en el suelo, y ha puesto entre sus rodillas a un niño que lo observa asombrado.

Los que habían ido a las compras entran bajo el primer chaparrón. En el umbral de la puerta sacuden los mantos y las sandalias para no meter agua y barro en la casa. Es un maremágnum de truenos, relámpagos, lluvia, viento. El fragor del lago hace de acompañamiento a los solos de las centellas y a los aullidos del viento.

-¡Salud! El verano se moja las plumas y remoja el hogar... Después estaremos mejor... Con tal de que no haga daños a las vides... ¿Puedo ir arriba a mirar el lago? Quiero ver que humor tiene...

-Ve, ve. La casa es vuestra - responde el discípulo a Pedro.

Y Pedro, sólo con la túnica, sale feliz para fruir con la tempestad. Sube la escalera exterior y se queda en la terraza, refrescándose y dando sus responsos a los de dentro, como si estuviera en el puente de su barca y dirigiera las maniobras.

Los demás están sentados, acá o allá, en la cocina, donde apenas se ve, porque tienen que tener la puerta entornada, por el chaparrón; y por el resquicio entra un hilo de luz verdosa, excepto cuando relumbran breves y cegadores los relámpagos...

Vuelve Pedro, mojado como si se hubiera caído en el lago, y sentencia:

-Ahora la tenemos encima de la cabeza. Se aleja hacia Samaria. Va a mojar allí...

-¡A ti te ha mojado ya! Estás chorreando como una fuente - observa Tomás.

-Sí. Pero estoy muy bien después de tanto calor.

-Pasa, que te va a caer mal estar en la puerta mojado de esa forma - aconseja Bartolomé.

-¡No, hombre, no! Yo soy madera añejada... Ya estaba en el agua y todavía no sabía decir bien "padre". ¡Ah, con qué facilidad se respira!... Pero... el camino... es un río... ¡Si vierais el lago! Está de todos los colores y hierve como una cazuela. Ya no sabe uno siquiera hacia dónde van las olas. Hierven donde están... Pero hacía falta...

-Sí, hacía falta. Las paredes ya no se enfriaban, de tanto como las calentaba el sol. Mi vid tenía las hojas abarquilladas, polvorientas... Le echaba agua en la base... Pero, ¡ya, ya!... ¿Qué hace un poco de agua cuando todo el resto es fuego? - dice José.

-Más mal que bien, amigo - sentencia Bartolomé - Las plantas necesitan el agua del cielo, porque beben también con las hojas, ¡eh! Parece que no, pero es así. ¡Las raíces, las raíces! Está bien. Pero también las hojas están para algo y tienen sus derechos...

-¿No te parece, Maestro, que Bartolomé está proponiendo el tema de una hermosa parábola? - dice el Zelote, incitando a Jesús a hablar.

Pero Jesús, que está arrullando al niño, que tiene miedo a los rayos, no dice la parábola, sino que asiente diciendo:

-¿Y tú cómo la plantearías?

-Sin duda, mal, Maestro. Yo no soy Tú...

-Dila como la sepa. Predicar con parábolas os servirá mucho. Acostumbraos. Te escucho, Simón...

-¡Oh!... Tú, Maestro, yo... necio... Pero obedezco. Yo diría esto: "Un hombre tenía una hermosa planta de vid. Pero, no poseyendo aquel hombre una viña, había plantado su vid en el pequeño huerto de su casa, para que trepara hasta la terraza a dar sombra y a dar racimos; y cuidaba mucho a su vid. Pero ésta crecía entre casas, junto al camino: por tanto, el humo de las cocinas y hornos y el polvo que venía del camino subían a molestar a la vid. Y, mientras descendían del cielo las lluvias de Nisán, las hojas de la vid se limpiaban de las impurezas y, no teniendo en la superficie una fea costra de suciedad que lo impidiera, gozaban del sol y del aire. Pero, cuando llegó el verano y el agua dejó de caer del cielo, humo, polvo, excrementos de aves se depositaron en espesos estratos sobre las hojas, mientras el sol, demasiado ardiente, las secaba. El dueño de la vid echaba agua a las raíces que se hundían en el terreno, y por eso la planta no moría; pero vegetaba enfermiza, porque el agua que absorbían las raíces subía sólo internamente, sin que gozaran de ella las miserables hojas. Es más, del suelo tórrido, humedecido con poca agua, subían efervescencias y emanaciones que estropeaban las hojas, manchándolas como por pústulas dañinas. Pero al final vino una gran lluvia del cielo que cayó sobre las hojas, corrió por las ramas, por los racimos, por el tronco, sofocó el ardor de las paredes y del terreno. Pasada la tormenta, el dueño de la vid vio su planta limpia, fresca, gozando y produciendo gozo bajo el cielo sereno". Ésta es la parábola».

-Está bien: Pero ¿el parangón con el hombre?...

-Maestro, hazlo Tú.

-No. Tú. Estamos entre hermanos, no debes temer quedar mal.

-Si es por quedar mal, no lo temo como cosa desdichada. Es más, lo amo, porque sirve para mantenerme humilde. Es que no quisiera decir cosas equivocadas...

-Te las corrijo Yo.

-¡Oh, entonces! Mira, yo diría: "Así le sucede al hombre que no vive aislado en los huertos de Dios, sino que vive en medio del polvo y del humo de las cosas del mundo, que lo recubren lentamente de una costra, casi desapercibidamente, y su espíritu se hace infecundo, debajo de una costra de humanidad tan espesa, que la brisa de Dios y el sol de la Sabiduría no pueden ya beneficiarlo. Y trata inútilmente de poner remedio con un poco de agua, sacada de las prácticas y dada con mucha humanidad a la parte inferior, siendo así que la parte superior no se beneficia... ¡Ay del hombre que no se limpia con el agua del Cielo que limpia las impurezas, que sofoca los ardores de las pasiones, que verdaderamente nutre el yo todo". He dicho.

-Bien has dicho. Yo diría también que, a diferencia de la planta, criatura carente de libre albedrío y clavada en la tierra - no libre, por tanto, de ir en busca de lo que la beneficia ni de evitar lo que la perjudica- el hombre puede ir a buscar el agua del Cielo y evitar el polvo, el humo y el ardor de la carne y del mundo y del demonio. Sería una enseñanza más completa.

-Gracias, Maestro. Lo recordaré - responde el Zelote.

-No somos unos solitarios... Vivimos en el mundo... Por tanto... - dice Judas de Keriot.

-¿Por tanto, qué? ¿Quieres decir que Simón ha hablado como un necio? - le pregunta Judas de Alfeo.

-No digo eso. Digo que, no pudiéndonos aislar..., tenemos que estar, por fuerza, cubiertos de lo que hay en el mundo.

-El Maestro y Simón dicen precisamente que se debe buscar el agua del Cielo para conservarse uno limpio, a pesar del mundo que nos rodea - dice Santiago de Alfeo.

-¡Ya, claro! Pero ¿está siempre preparada el agua del Cielo para limpiarnos?

-Sí - dice seguro Juan.

-¿Sí? ¿Y dónde la encuentras?

-En el amor.

-El amor es fuego. Te quema más.

-Es fuego, sí. Pero también es agua que lava. Porque se lleva todo lo que es de la Tierra y da todo lo que es del Cielo.

-...No entiendo esas operaciones. Quitá, poné...

-Sí. No estoy loco. Digo que te quita lo que es humanidad y te da lo que de Dios viene y por tanto es divino. Y una cosa divina no puede sino nutrir y santificar. Día tras día, el amor te purifica de lo que el mundo te ha dado.

Judas está para rebatir, pero el pequeñuelo que está sobre las piernas de Jesús dice:

-Otra parábola, bonita, bonita... para mí... - y esto hace desviar la controversia.

-¿Sobre qué, niño? - pregunta, condescendiente, Jesús.

El niño mira a su alrededor y halla. Dirige un dedito hacia su madre y dice: -Sobre mamá.

-Una mamá es para el alma y para el cuerpo lo que para estos mismos es Dios. ¿Qué te hace tu mamá? Vela por ti, te cuida, te enseña, te quiere, está atenta a que no te hagas daño, te tiene, como hace la paloma con sus crías, debajo de las alas de su amor. Y se ha de obedecer y querer a la propia mamá, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien. También el buen Dios, y mucho más perfectamente que la más perfecta de las mamás, tiene a sus hijos bajo las alas de su amor, los protege, los

instruye, les ayuda, piensa en ellos de día y le noche. Pero también al buen Dios, como y mucho más que a la propia mamá - porque la mamá es el más grande amor de la Tierra, pero Dios es el más grande y eterno amor de la Tierra y del Cielo-ha de obedecerse y amarlo, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien...

-¿También los rayos? – interrumpe el pequeño, que tiene mucho miedo de ellos.

-También.

-¿Por qué?

-Porque limpian el cielo, el aire y...

-¡Y después viene el arco iris!... - exclama Pedro, que, medio fuera y medio dentro, ha escuchado y ha callado. Y añade:

-Ven, tortolito que te lo muestro. ¡Mira qué bonito!...

Y, efectivamente, la luz se aclara porque la tempestad ha pasado, y un amplio arco iris, que empieza en las orillas de Ippo, proyecta su cinta en forma de arco sobre el lago, para desvanecerse tras los montes a espaldas de Magdala.

Van todos a la puerta, pero para ver el lago tienen que descalzarse, porque el patio es un pequeño estanque de agua amarillenta que lentamente mengua. De la tempestad, queda como recuerdo el color amarillento del lago y todavía una agitación de sus aguas que tiende a calmarse. Pero el cielo está sereno y el aire descargado, y las frondas han tomado de nuevo color.

Tiberíades recobra vida... Pronto se ve venir a Juana -viene con Jonatán- por el camino aún lleno de agua y barro. Alza su rostro para saludar al Maestro, que está en la terraza, y sube rauda para postrarse, feliz... Los apóstoles hablan entre sí; sólo Judas, a mitad de distancia entre Jesús y Juana por un lado y los apóstoles por el otro, se abstrae como pensativo. Apostaría porque está todo atento a escuchar las palabras de Juana, cuyo pensamiento respecto a Judas no se ha hecho descifrable, porque ha saludado a todos los apóstoles con un único: «La paz a vosotros». Pero Juana habla únicamente de los niños y del permiso que Cusa le ha dado para ir con la barca a Cafarnaúm mientras está el Maestro en la ciudad. Y la sospecha de Judas se calma. Se reúne entonces con los otros compañeros...

Embarradas en los bajos de los vestidos, pero secas en el resto del cuerpo, vese venir a María Santísima y a María de Alfeo, junto con los cinco que han ido a recogerlas. La sonrisa de María, mientras sube por la corta escalera, es más hermosa que el arco iris persistente aún en el cielo.

-¡Tu Madre, Maestro! - avisa Tomás.

Jesús va a su encuentro, y todos los demás con Él. Y se felicitan que las mujeres no presenten signos de dificultades aparte de un poco de barro en el borde de los vestidos.

-Nos hemos parado en casa de un hortelano cuando han empezado las primeras gotas - explica Mateo. Y pregunta:

-¿Hace mucho que nos esperáis?

-No. Hemos llegado al amanecer.

-Hemos tardado por causa de un necesitado... - dice Andrés.

-Bien. Ahora que estáis todos y que el tiempo se pone bueno, propondría salir al atardecer para Cafarnaúm - dice Pedro.

María, siempre condescendiente, esta vez dice:

-No, Simón. No podemos partir si antes... Hijo mío, una madre me suplicó que Tú, que eres el único que puede hacerlo, convirtieras el alma de su único hijo varón. Yo te lo ruego, escúchame, porque le prometí... Perdónalo... Tu perdón...

-Ya está concedido, María. Ya he hablado yo con el Maestro... -interrumpe Judas Iscariote, creyendo que María habla de él.

-No hablo de ti, Judas de Simón. Hablo de Ester de Leví, nazarena, madre que ha muerto a causa de los comportamientos de su hijo. Jesús, ella murió en la noche que te marchaste. Sus invocaciones dirigidas a ti no eran por ella, pobre madre mártir de un hijo infame, sino por su hijo... porque nosotras las madres es de vosotros, los hijos, y no de nosotras, de quienes nos preocupamos... Ella quiere ver salvo a su Samuel... Pero ahora, ahora que ha muerto, Samuel, víctima del remordimiento, parece enloquecido, y no escucha ningún tipo de razones... Pero Tú puedes, Hijo, sanarle la mente y el espíritu...

-¿Está arrepentido?

-¿Cómo quieres que lo esté, si está desesperado?

-Efectivamente, matar a la propia madre dándole un dolor continuo debe hacerle a uno un desesperado. No se viola impunemente el primero de los mandamientos de amor hacia el prójimo. Madre, ¿cómo quieres que Yo perdone y Dios dé paz al matricida impenitente?

-Hijo mío, esa madre te pide paz desde la otra vida... Era buena... ha sufrido mucho...

La paz será suya...

No, Jesús. No puede tener paz un espíritu de madre, si ve a su hijo privado de Dios...

-Justo es que esté privado.

-Sí, Hijo. Sí. Pero por la pobre Ester... La última palabra fue oración por su hijo... Y me dijo que te lo dijera, Jesús, Ester durante su vida no tuvo nunca una alegría, Tú lo sabes. Dale ésta, ahora que ha muerto; dásela a su espíritu, que sufre por su hijo.

-Madre, he tratado de convertir a Samuel en mis permanencias en Nazaret. Pero mis palabras han sido inútiles, porque en él estaba apagado el amor...

Lo sé. Pero Ester ofreció su perdón, sus sufrimientos, porque renaciera el amor en Samuel. Y, ¿quién sabe?, ¿este tormento suyo actual no podría ser amor que está resucitando? Un amor doloroso, y, alguno podría decir, un amor inútil, porque la madre ya no puede gozarlo. Pero Tú, pero yo, sabemos, yo por fe, Tú por conocimiento, que la caridad de los difuntos está atenta y cercana. Ni ignoran lo que sucede en los amados que han dejado aquí ni se desinteresan de ello... Y Ester puede aún gozar de este tardío amor por ella de su hijo ingrato, ahora perturbado por el remordimiento. ¡Oh, mi Jesús, ya sé que este

hombre te causa horror por la enormidad de su culpa! ¡Un hijo que odia a su madre! Un monstruo para ti que eres todo amor hacia la tuya. Pero, precisamente porque eres todo amor hacia mí, escúchame. Volvamos juntos a Nazaret, enseguida. No siento el peso del camino, nada me pesa si sirve para salvar un alma...

-Bien. Has vencido, Madre...

-Judas de Simón, toma contigo a José y parte para Nazaret. Me llevarás a Samuel a Cafarnaúm.

-¿Yo? ¿Por qué yo?

-Porque tú no estás cansado. Los otros sí. Durante mucho tiempo han andado, mientras tú descansabas...

-También he andado yo. He estado en Nazaret, buscándote. Tu Madre lo puede decir.

-Tus compañeros han estado en Nazaret todos los sábados y ahora regresan de un largo recorrido. Ve y no discutas...

-Es que... en Nazaret no me estiman... ¿Por qué me mandas precisamente a mí?

-Tampoco me estiman a mí, y no obstante voy a Nazaret. No es necesario que lo estimen a uno en un lugar para ir a él.

Ve y no discutas, te repito.

-Maestro... yo tengo miedo de los dementes...

-Ese hombre está perturbado por el remordimiento, pero no está loco.

-Tu Madre lo ha dicho...

-Y Yo te digo por tercera vez: ve y no discutas. Meditar sobre las consecuencias que puede acarrear el hacer sufrir a una madre sólo podrá hacerte un bien...

-¿Me estás comparando con Samuel? Mi madre es reina en su casa. Ni siquiera estoy con ella controlándola, ni siéndole gravoso con mi mantenimiento...

-A las madres no les son gravosas estas cosas: Pero la falta de amor de los hijos, el que sean imperfectos a los ojos de Dios y de los hombres es una roca que las aplasta. Ve, te digo.

-Voy. ¿Y qué le voy a decir a ese hombre?

-Que venga a verme a Cafarnaúm.

-Si no ha obedecido nunca ni siquiera a su madre, ¿cómo quieres que me obedezca a mí ahora, estando además tan desesperado?

-¿Y no has comprendido todavía que si te envío es señal de que ya he actuado en el espíritu de Samuel, sacándolo del delirio del remordimiento desesperado?

-Voy. Adiós, Maestro. Adiós, Madre. Adiós, amigos.

-Y se marcha, sin ningún entusiasmo, seguido por José, que por el contrario está todo contento de ser elegido para esa misión.

Pedro, entre dientes, canturrea algunas palabras...

Jesús le pregunta:

-¿Qué dices, Simón de Jonás.

-Cantaba una vieja canción del lago...

-¿Y cuál es?

-Es: "¡Siempre así! ¡Le gusta la pesca al agricultor, no le gusta pescar al pescador!". Y en verdad aquí se ha visto que ha tenido más ganas de pescar el discípulo que el apóstol...

Muchos se echan a reír. Jesús no se ríe, suspira.

-¿Te he apenado, Maestro? - pregunta Pedro.

-No. Pero no critiques siempre.

-Es por Judas por quien está apenado mi hermano - dice Judas de Alfeo.

-Guarda silencio también tú; sobre todo, en lo hondo de tu corazón.

-Pero ¿verdaderamente se ha efectuado ya en Samuel el milagro? - pregunta, curioso y un poco incrédulo, Tomás.

-Sí.

-Entonces es inútil que vaya a Cafarnaúm.

-Es necesario. No he curado del todo su corazón. Samuel tiene que buscar por sí mismo la curación, o sea, el perdón con un arrepentimiento santo. Pero he hecho que de nuevo sea capaz de razonar. Ahora le toca a él obtener el resto con su libre voluntad. Vamos a bajar. Vamos a estar con los humildes...

--¿No a mi casa, Maestro?

-No, Juana. Tú podrás venir a verme cuando quieras. Ellos están atados por sus trabajos, así que voy yo a ellos...

-Y Jesús baja de la terraza y sale a la calle seguido por los demás, también por Juana, que está bien decidida a no separarse de Jesús, dado que Jesús no está dispuesto a ir a su casa.

Van por entre las casitas pobres, en dirección a lugares cada vez más pobres y periféricos... Y la visión termina así.

Llegada a Cafarnaúm en medio de un cálido recibimiento.

No sé si espontáneamente o si es porque alguien la ha avisado, lo cierto es que Porfiria está ya en la pequeña playa de Cafarnaúm cuando llegan las barcas, que son tres en vez de dos, lo cual me hace pensar que alguno se ha adelantado a Cafarnaúm para avisar de que el Maestro llega y para tomar una barca para las mujeres y Margziam. Y con Porfiria están las hijas de Felipe, y Miriam de Jairo, además de la madre de Santiago y Juan.

Pero observo con claridad que Porfiria, sin hacer caso de las pequeñas olas del lago -todavía un poco agitado- que recorren el guijarral con su fluir riente y descocado, entra en el agua hasta la mitad de la pierna y se asoma hacia dentro de la barca, a la altura de Margziam, y lo besa; le dice:

-¡Te querré también por él, por todos te querré, hijo amado! - y lo dice muy conmovida; y en cuanto se detiene la barca y bajan los que estaban en ella, Porfiria abraza a Margziam, no cediendo a nadie la tarea de hacer sentir al jovencito que es muy amado.

Va así a reunirse con el grupo de la otra barca, para venerar al Maestro, y poder hacerlo antes de que los de Cafarnaúm y los muchos discípulos que esperan desde hace bastante la llegada de Jesús se apoderen del Maestro, substrayendo a las discípulas la alegría de tenerlo para ellas. Las mujeres están apiñadas en torno al Maestro, y sólo los niños de Cafarnaúm pueden romper este círculo de las discípulas, introduciendo sus cuerpecitos con su propia fuerza entre una y otra mujer para poder llegar a Jesús, que va lentamente hacia la casa.

Dado que es una hora temprana, hay poca gente por los caminos, la mayor parte mujeres que van al manantial o al mercado rodeadas de la nidada de hijitos; o algún pescador que vuelve, a dejar remos y redes en las barcas para prepararlas para la pesca de la noche. Pero no se ve a ninguna persona importante del lugar, aparte de Jairo, que acude lleno de deferencia a venerar a Jesús y a congratularse, pues ha oído que tiene intención de quedarse algunas semanas, yendo de noche a las ciudades del lago para hablar en ellas por la mañana y volver luego a descansar durante el día a Cafarnaúm. Y es Jairo, por el respeto que infunde a sus paisanos, el que logra primero ponerse al lado de Jesús. Y lo consigue porque aparta a su hija con autoridad de padre. Después de él logran juntarse a Jesús los discípulos más influyentes, aquellos a quienes, por un instintivo impulso de justicia, los otros ceden el primer puesto después de los apóstoles, o sea: el anciano sacerdote Juan (el ex leproso), Esteban, Hermas, Timoneo, Juan el hijo de Noemí, Nicolái y los discípulos ex pastores (todos presentes excepto los dos que han ido hacia el Líbano).

Jesús se interesa por los otros, por los ausentes, y pregunta por ellos a sus compañeros.

-¿Son todavía fervorosos?

-¡Oh, mucho!

-¿Descansan en sus casas?

-No. Trabajan en hacer nuevos discípulos en sus ciudades y en los pueblos cercanos.

-¿Y Hermasteo? Hermasteo ha ido por el litoral, bajando hacia su ciudad; va con José, el de Emaús, y quieren hablar del Salvador por toda la costa, y a ellos se han unido los dos amigos Samuel y Abel (para mostrar lo que puede el Señor, pues ellos estaban uno cojo y el otro leproso).

Preguntas y respuestas. Y no basta el camino para agotarlas, como tampoco la casa de Tomás de Cafarnaúm para acoger a tanta gente, que ya se apretuja en torno al Maestro, que ha regresado después de tanta ausencia. Y Jesús decide ir a los campos para estar en medio de todos sin hacer preferencias.

447

En Cafarnaúm unas palabras de Jesús sobre la misericordia y el perdón no encuentran eco.

Es sábado. Eso creo yo, porque veo a la gente reunida en la sinagoga. Pero también podría ser que se hubieran reunido allí huyendo del sol, o para estar más seguros en la casa de Jairo. La gente se apiña, y está atenta a pesar del calor que no logran atenuar ni siquiera las puertas y ventanas, abiertas para crear corrientes de aire. Los que no han podido entrar en la sinagoga se han refugiado, para que no los cueza el sol en la calle, en el umbrío jardín que hay detrás de la sinagoga, el jardín de Jairo, de tupidas enramadas y de frondosos árboles frutales.

Jesús está hablando junto a la puerta que da al jardín, para que lo oiga tanto este auditorio como el de la sinagoga. Jairo está a su lado, atento; los apóstoles, en grupo, cerca de la puerta que da al jardín; las discípulas, con María en el centro, están sentadas bajo una enramada que casi toca la casa; Miriam de Jairo y las dos hijas de Felipe están sentadas a los pies de María.

Por las palabras que llegan a mis oídos -porque Jesús exhorta a la paz y al perdón, diciendo que en corazones turbados no puede penetrar con fruto la palabra de Dios-, intuyo que ha habido algún incidente entre los fariseos de marras y Jesús, y que la gente está inquieta por este motivo.

-No podemos tolerar que se te insulte - grita alguno de entre la multitud.

-Dejad al Padre mío y vuestro que resuelva. Vosotros imitadme a mí. Tolerad, perdonad. No se persuade a los enemigos respondiendo al insulto con el insulto.

-Pero tampoco con la mansedumbre continua. Te dejas pisotear - grita Judas Iscariote.

-Tú, apóstol mío, no sirvas de escándalo dando un ejemplo de ira y crítica.

-De todas formas, tu apóstol tiene razón. Sus palabras son justas.

-No es justo el corazón que las formula ni el que las escucha. Quien quiere ser discípulo mío debe imitarme. Yo tolero y perdono. Soy manso, humilde y pacífico. Los hijos de la ira no pueden estar conmigo, porque son hijos del siglo y de sus propias pasiones.

¿No recordáis el libro cuarto de los Reyes? En un punto (2 Reyes 19, 20-37) se dice que Isaías habló contra Senaquerib, que creía que podía atreverse a todo, y le profetizó que nada lo salvaría del castigo de Dios. Lo compara a un animal al que se pone un anillo en las narices y un freno en los labios para domar su inicuo furor. Y ya sabéis que Senaquerib murió de manos de sus propios hijos. Porque, en verdad, el cruel perece por su propia crueldad; perece en la carne y en el espíritu. Yo no

amo a los crueles, no amo a los soberbios, no amo a los iracundos, a los ambiciosos, a los lujuriosos. *(Yo no amo debe interpretarse no con referencia a las personas de los pecadores, sino, como se lee en los renglones siguientes, a estas cosas y más exactamente a las malas pasiones. En este mismo sentido deberían interpretarse ciertas expresiones presentes en la Biblia sobre el odio de Dios hacia los pecadores (como en Sabiduría 14, 9; Eclesiástico 12, 6; Malaquías 1, 3), y presentes en la Obra valtortiana)*

No os he dado ni palabra ni ejemplo de estas cosas; antes bien, siempre os he enseñado las virtudes opuestas a estas malas pasiones.

¡Qué bonita es la oración de David, *(1 Crónicas 29, 10-19)*, y la cita de unos renglones adelante está en *1 Crónicas 22, 8-10* rey nuestro, cuando, santificado de nuevo por el sincero arrepentimiento de las culpas pasadas y por años de sabia conducta, alabó al Señor, manso y resignado ante el decreto de no poder ser él el que erigiera el nuevo Templo! Vamos a decirla juntos dando gloria al Señor Altísimo...

Y Jesús entona -mientras los que están sentados se levantan y los que están apoyados en las paredes dejan el apoyo para tomar una postura de respeto- la oración de David. Luego Jesús sigue, con su tono habitual:

-Hay que recordar siempre que todas las cosas están en las manos de Dios, todas las empresas, todas las victorias. Magnificencia, potencia, gloria y victoria son del Señor. Él concede una u otra cosa al hombre, si juzga que es la hora de concederla para un bien cierto. Pero el hombre no puede reivindicarla. Dios no le concede a David - ya perdonado pero aún necesitado de victoria sobre sí mismo después de los pasados errores - no le concede erigir el Templo: "Has derramado mucha sangre y has hecho demasiadas guerras; no podrás, por tanto, erigir una casa a mi Nombre, habiendo derramado tanta sangre delante de mí. Te nacerá un hijo que será hombre de paz... por eso será llamado el Pacífico... Él edificará la casa a mi Nombre". Esto dice el Altísimo a su siervo David. Esto os digo Yo. ¿Queréis, por ser iracundos, no merecer erigir en vuestros corazones la casa al Señor Dios vuestro? Lejos, pues, de vosotros todo sentimiento que no sea de amor. Tened un corazón perfecto, como el que invocaba David para su hijo, constructor del Templo, para que, custodiando mis mandamientos y realizando todas las cosas según lo que os he enseñado, lleguéis a edificar en vosotros la morada de vuestro Dios, en espera de ir vosotros a la suya, eterna y jubilosa. Pásame un rollo, Jairo. Voy a explicarles lo que Dios quiera.

Jairo va adonde están apilados los rollos y toma al azar uno que está en el centro del montón, y, quitándole previamente el polvo, se lo entrega a Jesús, que lo desenrolla y lee: «Jeremías, capítulo 5. Caminad por las calles de Jerusalén, mirad, observad, buscad por sus plazas a ver si encontráis un hombre que practique la justicia y quiera ser fiel, y Yo tendré misericordia de ella"». (Me dice el Señor: «No continúes. Digo todo el capítulo».)

Jesús, después de leer todo el capítulo, devuelve el volumen a Jairo y se pone a hablar.

-Hijos míos. Habéis oído qué tremendos castigos están reservados a Jerusalén, al Israel que no es justo. Pero no os alegréis de ello. Es nuestra Patria. No os alegréis pensando: "Quizás ya no estaremos". En todo caso está llena de hermanos vuestros. No digáis: "Le está bien empleado, porque es cruel con el Señor" Las desventuras de la Patria, los dolores de los convecinos deben afligir siempre a los justos. No midáis como miden los demás, sino como Dios mide, o sea, con misericordia.

¿Qué debéis hacer, entonces, para con esta Patria, para con estos compatriotas, bien sea que por Patria y compatriotas se entiendan la gran Patria y sus habitantes, toda la Palestina, bien sea que se entienda esta pequeña que es Cafarnaúm, ciudad vuestra, bien sea que se entiendan todos los hebreos o estos pocos, enemigos míos, en esta pequeña ciudad de Galilea? Debéis hacer obras de amor. Hacer lo posible por salvar Patria y compatriotas. ¿Cómo? ¿Quizás con la violencia? ¿Con el desprecio? No. Con el amor, con el paciente amor para convertirlos a Dios.

Habéis oído: "Si encuentro un hombre que practique la justicia, usaré con aquélla misericordia". Trabajad, pues, para que los corazones se acerquen a la justicia y se hagan justos. Verdaderamente, en su injusticia, dicen de mí: "No es Él", y por eso creen que por perseguirme no les vendrá ningún mal. Verdaderamente dicen: "Estas cosas no sucederán nunca. Los profetas han hablado al azar". Y tratarán de llevaros también a vosotros a que digáis lo mismo que ellos.

Los que estáis aquí presentes sois fieles. Pero ¿dónde está Cafarnaúm? ¿Es ésta toda Cafarnaúm? ¿Dónde están los que otras veces veía agolparse alrededor de mí? ¿Entonces la levadura, fermentada la última vez que estuve aquí, ha obrado la destrucción en muchos corazones? ¿Dónde está Alfeo? ¿Dónde, José con sus tres hijos? ¿Dónde, Ageo de Malaquías? ¿Dónde, José y Noemí? ¿Dónde, Leví, Abel, Saúl y Zacarías? ¿Olvidado a causa de palabras engañosas el claro beneficio recibido? ¿Pero pueden las palabras destruir los hechos?

¡Ya veis! Es sólo un pequeño lugar. En este lugar, donde los agraciados son los más numerosos, el odio ha podido devastar la fe en mí. Sólo veo reunidos aquí a los perfectos en la fe. ¿Podéis pretender que una serie de hechos lejanos y lejanas palabras puedan mantener a todo Israel fiel a Dios? Así debería ser, porque la fe debe ser fe aún sin el soporte de los hechos. Pero no es así. Y cuanto más grande es la ciencia, más baja es la fe, porque los doctos se creen dispensados de la fe simple y franca, que cree por la fuerza del amor y no por el auxilio de la ciencia.

Lo que hay que transmitir y encender es el amor. Y, para hacer esto, es necesario arder. Estar convencidos, heroicamente convencidos para convencer. En vez de los desaires, como respuesta a los insultos, humildad y amor. E ir con humildad y amor, recordando las palabras del Señor a quien ya no las recuerda: "Temamos al Señor, que nos da la lluvia de la primera y la última estación".

¡No nos comprenderían! Es más, nos ofenderían, diciendo que somos unos sacrílegos por enseñar sin tener derecho a hacerlo. ¡No ignoras quiénes son los escribas y los fariseos!...

No, no lo ignoro. Aunque lo hubiera ignorado, ahora lo sabría. Pero no importa lo que ellos sean; importa lo que nosotros somos. Si ellos y los sacerdotes aplauden a los falsos profetas que profetizan lo que les proporciona una ganancia, olvidando que sólo ha de aplaudirse a las obras buenas que el Decálogo ordena, no por ello mis fieles deben imitarlos, y tampoco deben intranquilizarse y ponerse a mirar como gente vencida. Vosotros debéis trabajar tanto cuanto el Mal trabaja...

-¡Nosotros no somos el Mal! - grita desde el límite con la calle la voz cascada de Elí el fariseo, que trata de entrar mientras va gritando:

-¡Nosotros no somos el Mal, alborotador!

-¡Tú sí que alborotas! ¡Fuera! - dice enseguida el centurión, que debía estar atento allí, junto a la sinagoga, a juzgar por lo rápido de su intervención.

-¿Tú?, ¿tú, pagano, te atreves a imponerme?...

-Yo, romano, sí. ¡Fuera! El Rabí no te molesta a ti. Tú sí lo molestas a Él. No puedes hacerlo.

-Nosotros somos los rabíes, no el carpintero galileo - grita el viejo, más parecido a una hortelana que a un maestro.

-Uno más, uno menos... Los tenéis a cientos, y todos de mala doctrina. El único virtuoso es Éste. Te ordeno que salgas.

-¿Virtuoso, eh?! ¿Virtuoso uno que trafica con Roma la propia incolumidad? ¡Sacrílego! ¡Impuro!

El centurión lanza un grito, y el paso pesado de algunos soldados se mezcla con los estridentes insultos de Elí.

-¡Prended a ese hombre y arrojadlo afuera! - ordena el centurión.

-¿Yo? ¿Paganos me ponen la mano encima? ¡Pies paganos en una sinagoga nuestra! ¡Anatema! ¡Auxilio! ¡Me están profanando! ¡Me...!

-Soldados, os ruego que lo dejéis marcharse. No entréis. Respetad este lugar y la canicie de este hombre - dice Jesús desde donde está.

-Como quieras, Rabí.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Embollón! Pero lo sabrá el Sanedrín. ¡Tengo la prueba! ¡Tengo la prueba! Ahora creo en las palabras que nos han sido referidas. Tengo la prueba. ¡Y sobre ti pesa el anatema!.

-Y la espada va a pesar sobre ti, si dices una palabra más. Roma defiende el derecho. No embrolla, vieja hiena, a nadie. El Sanedrín sabrá tus mentiras y el Procónsul mi informe. Voy a redactarlo. Ve a casa y estate en ella a disposición de Roma - y el centurión, hecha antes una media vuelta perfecta, se marcha, seguido de los cuatro soldados, dejando plantado al palidecido y tembloroso, vilmente tembloroso Elí...

Jesús reanuda su discurso, como si nada le hubiera interrumpido:

-Debéis trabajar tanto cuanto el Mal trabaja, para edificar en vosotros y en torno a vosotros la casa del Señor, como os decía al principio. Hacer, con una gran santidad, que Dios pueda seguir descendiendo a los corazones y a nuestra amada Patria natal, que tan castigada está ya y que no sabe qué nimbo de desventura se está hinchando para ella en el septentrión, en la nación fuerte que ya nos domina y que nos dominará cada vez más, porque las acciones de los ciudadanos son tales, que suscitan la repugnancia del Bonísimo e instigan al fuerte. Y, enojados Dios y el dominador, ¿cómo pretendéis gozar de paz y bien? Sed, sed buenos, hijos de Dios. Haced que en Israel no uno sino una multitud sean buenos, para alejar los tremendos castigos del Cielo. Os he dicho al principio que, donde no hay paz, la palabra de Dios no puede, pacíficamente escuchada, dar frutos en los corazones. Y ya veis que esta reunión no ha sido tranquila y no será fructífera. Demasiada agitación en los corazones... Podéis marcharos. Tendremos todavía unas horas para estar juntos. Y orad, como Yo oro, para que quien nos turba se convierta... Vamos, Madre - y, abriéndose paso entre la multitud, sale a la calle.

Elí está todavía allí, y, térreo como un muerto, se arroja a los pies de Jesús. -¡Piedad! Me salvaste una vez al nieto. Sálvame a mí, para tener tiempo de convertirme. ¡He pecado! Lo confieso. Pero Tú eres bueno... Roma... ¡Oh, qué me va a hacer Roma?

-Te va a desempolvar bien el polvo del verano con unos buenos zurriagazos - grita uno, y la gente se ríe mientras Elí emite un grito de agudo dolor, como si ya sintiera los azotes, y gime:

-Soy viejo... Enfermo de dolores... ¡Ay de mí!

-¡La cura hará que se te pasen, viejo chacal!

-¡Te vas a rejuvenecer y vas a bailar!...

-¡Silencio! - dice Jesús en tono impositivo a los protagonistas de esta burla. Y al fariseo:

-Levántate, ten decoro. Tú sabes que no desciendo a complots con Roma. ¿Qué quieres, pues, que te haga?

-Es verdad. Sí. Es verdad. Tú no conspiras. Es más, desprecias a los romanos, los odias, los mal...

-Nada de eso. No mientas ensalzándome como antes acusándome. Y ten presente que no sería alabanza el decir de mí que odio a éste o a aquél, o maldigo a éste o a aquél: Yo soy el Salvador de todos los espíritus, y ante mis ojos no hay razas ni rostros, sino espíritus.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Pero Tú eres justo y Roma lo sabe, y te defiende por ello. Mantienes tranquilas a las turbas, enseñas el respeto a las leyes y...

-¿Es acaso un pecado ante tus ojos?

-¡No! ¡No! ¡Es justicia! Sabes hacer lo que todos deberíamos hacer, porque eres justo, porque...

La gente hace risitas y cuchichea. No pocos epítetos se oyen, aunque se digan en voz baja:

-¡Embustero! ¡Bellaco! ¡Esta misma mañana hablaba de otra manera! etc.

-Bien, ¿y qué tengo que hacer Yo?

-¡Ir allí, donde el centurión! ¡Rápido! Antes de que se marche la estafeta. ¿Ves? ¡Ya están preparando los caballos! ¡Piedad!

Jesús lo mira: pequeño, tembloroso, lívido de miedo, miserable... Lo mira atentamente, y con compasión. Sólo cuatro pupilas lo miran con compasión: las del Hijo y las de la Madre. Todas las demás son o irónicas o severas o inquietas... Incluso Juan, incluso Andrés tienen mirada dura de severidad desdeñosa.

-Tengo piedad. Pero Yo donde el centurión no voy...

-Está en buena amistad contigo...

-Que no.
 -Quería decir que te está agradecido por... por motivo del siervo que le curaste.
 -También a ti te curé al nieto, y no me estás agradecido, a pesar de ser israelita como Yo. La merced no crea obligación.
 -Sí que la crea. ¡Ay de aquel que no sea agradecido para con...! - comprende que se está condenando a sí mismo y, trabándose, se calla. La gente se burla.
 -¡Pronto, Rabí! ¡Gran Rabí! ¡Santo Rabí! ¿No ves que está dando órdenes? ¡Ya se van a marchar! ¿Deseas verme escarnecido?, ¿muerto?
 -No. Yo no voy a recordar una merced. Ve tú y dile: "El Maestro dice que seas compasivo". ¡Ve!
 Elí se echa a trotar, mientras Jesús se dirige hacia su casa, en sentido opuesto.
 El centurión debe haber aceptado, porque se ve que desmontan los soldados que ya estaban a caballo, y que le devuelven al centurión una tablilla encerada y se llevan los caballos.
 -¡Qué pena! ¡Venía de maravilla! - exclama Pedro, y Mateo le responde:
 -Sí. El Maestro debía haber dejado que lo castigaran. Tantos golpes como insultos nos propina. ¡Viejo odioso!
 -¡Y así otra vez dispuesto a empezar! - exclama Tomás.
 Jesús se vuelve severo:
 -¿Tengo seguidores o demonios? ¡Marchaos vosotros que tenéis un corazón sin misericordia! Me resulta penosa vuestra presencia.
 Los tres se quedan donde están, petrificados por el reproche.
 -¡Hijo mío! ¡Ya tienes mucho dolor! ¡Y yo tengo ya mucha pena! No añadas ésta... ¡Míralos!... - implora María.
 Y Jesús se vuelve a mirar a los tres... Tres rostros desolados, con toda la esperanza y el dolor en los ojos.
 -¡Venid! - ordena Jesús.
 ¡Oh, las golondrinas son menos rápidas!
 -Que sea la última vez que os oigo decir palabras como éstas. Tú, Mateo, no tienes derecho a decirlas; tú, Tomás, no has muerto todavía para juzgar quién es perfecto creyéndote salvado; y tú, Simón de Jonás, lo que has hecho es como subir fatigosamente a una cima una piedra voluminosa y dejarla rodar hacia abajo. Entiéndeme rectamente lo que quiero decir... Y ahora escuchad. Aquí, en la sinagoga y en la ciudad es inútil hablar. Voy a hablar desde las barcas, en el lago, ahora en un lugar, luego en otro. Prepararéis las barcas, las que hagan falta, e iremos o en las tardes serenas o en las auroras frescas...

448

Encuentro de barcas en el lago y parábola sugerida por Simón Pedro.

-¿A dónde, Maestro? - pregunta Pedro, que ha ultimado las maniobras y los preparativos de la navegación y está, con su barca, a la cabeza de la pequeña flotilla que, cargada de gente, está dispuesta a seguir al Maestro.
 -A Magdala. Se lo prometí a María de Lázaro.
 -Bien - responde Pedro, y mueve el timón en el modo adecuado para tomar la dirección requerida, dando bordadas.
 Juana -que está en la barca con el Maestro, María Stma., María Cleofás, Margziam, Mateo, Santiago de Alfeo y uno que no conozco - señalando a las muchas barcas que hay en el lago en el sosegado atardecer estival que aplaca los fuegos del ocaso transformándolos en cascadas de velos violáceos, casi como si del cielo llovieran cascadas de amatistas o de racimos de glicina en flor, dice:
 -Quizás entre aquéllas están también las barcas de las romanas. Fingir una pesca en estos atardeceres serenos es uno de sus entretenimientos preferidos.
 -Pero estarán más hacia el sur - observa el hombre que no conozco.
 -¡No, hombre, Benjamín! Tienen barcas rápidas y expertos barqueros. Suben hasta aquí.
 -Para lo que tienen que hacer... - refunfuña Pedro, y prosigue, hablando entre dientes, con la intransigencia del pescador que ve la navegación y la pesca como una profesión, no como un entretenimiento, casi como una religión, enteramente reglada por leyes severas y útiles, y que este hecho de usarla torpemente le parece una profanación - Con sus incensos, flores, perfumes y otras cosas demoníacas - continúa mascullando Simón de Jonás - corrompen las aguas; con sus sonidos, gritos y lenguajes molestan a los peces; con sus lámparas humeantes los espantan; con sus malditas redes, que echan sin miramientos, dañan los fondos y a las crías... Debería estar prohibido. El Mar de Galilea es de los galileos, y que además sean pescadores, no de las prostitutas y de sus compinches... ¡Si fuera yo el amo! Veríais vosotras, fétidas barcas paganas, sentinas flotantes de vicio, alcobas navegantes para traer también a estas aguas de Dios, de nuestro Dios para sus hijos, a los vuestros... ¡Oh! ¡Pero mirad! ¡Si se dirigen hacia aquí, precisamente hacia nosotros! ¡Pero habráse visto!... ¿Pero se puede consentir?... ¡Pero...!»
 Jesús interrumpe este discurso acusatorio, en que Pedro da rienda suelta a todo su espíritu de israelita y de pescador, poniéndose rojo, sofocado por la indignación, jadeante como si luchara contra fuerzas infernales, y dice, con una tranquila sonrisa: -Pero es mejor que no seas tú el amo. ¡Por fortuna no lo eres! Por ellos y por ti. Porque a ellos les impedirías seguir un buen impulso, y, por tanto, un impulso imprimido en su espíritu -pagano, estoy de acuerdo, pero por naturaleza bueno-imprimido en su espíritu por la Misericordia eterna que mira a estas criaturas -que no tienen culpa de haber nacido en la nación romana en vez de en la hebrea- con mirada piadosa, precisamente porque las ve tender a lo bueno. Y te perjudicarías a ti mismo, porque cometerías un acto contra la caridad y otro contra la humildad...
 -¿Humildad? No veo... Siendo el amo del lago, me sería lícito disponer de él según mi gusto.

-No. Simón de Jonás. No. Te equivocas. Hasta las cosas que nos pertenecen nos pertenecen porque Dios nos las concede. Por tanto, aunque durante un tiempo limitado se posean, hay que pensar siempre que Uno sólo es el que posee todo y sin limitación alguna en el tiempo ni en la medida. Uno sólo es el Amo. Los hombres... ¡Oh, los hombres son sólo los administradores de pequeñas parcelas de la gran Creación. Pero el Amo es Él, el Padre mío y tuyo y de todos los vivientes. Además, Él es Dios, y por tanto, son perfectísimos todos sus pensamientos y acciones. Ahora bien, si Dios mira benigno el impulso de estos corazones paganos hacia la Verdad, y no sólo mira sino que favorece este impulso imprimiéndole un movimiento cada vez más fuerte hacia el Bien, ¿no te parece que tú, oh hombre, pretendiendo impedírsele, en el fondo pretendes impedirle a Dios una acción? Y ¿cuándo se impide una cosa? Cuando se la juzga no buena. Tú, por tanto, pensarías esto de tu Dios: que realiza una acción no buena. Ahora bien, si juzgar a los hermanos no es cosa buena (porque todos los hombres tienen sus defectos y una facultad de conocer y juzgar tan limitada, que siete veces de diez yerra su juicio), absolutamente malvado será el juzgar las acciones de Dios. ¡Simón! ¡Simón! Lucifer quiso juzgar un pensamiento de Dios, y lo definió como errado, y quiso ocupar el lugar de Dios, creyéndose más justo que Él. Y ya sabes, Simón, lo que consiguió Lucifer; y ya sabes que todo el dolor que padecemos ha venido por aquella soberbia...

-¡Tienes razón, Maestro! ¡Soy un gran desdichado! ¡Perdóname, Maestro!

Y Pedro, siempre impulsivo, deja la barra del timón para arrojarse a los pies de Jesús. Y en esto la barca, improvisamente abandonada a sí misma, y precisamente en el curso de una corriente, se desvía y ladea tremendamente, en medio de los chillidos de María Cleofás y Juana y los gritos de los de la ligera barca gemela, que ven que se les echa encima la pesada barca de Pedro. Afortunadamente, Mateo puede tomar prontamente el timón, y la barca se estabiliza, después de unos tremendos cabeceos (incluso por el hecho de que, para mantenerla a distancia, los otros han usado los remos, imprimiendo bruscos zarandeos y agitando las aguas).

-¡Hombre, Simón! Una vez lanzaste invectivas contra los romanos, como navegantes de tres al cuarto porque se nos echaban encima. Pero ahora eres tú el que te pones en evidencia... Y además delante de ellos. Mira: están todos de pie en las barcas, observando... - dice Judas Iscariote, provocador, señalando a las barcas romanas, que ya están -en la porción de lago de frente a Magdala- tan cercanas, que se puede ver (a pesar de que los velos violáceos del atardecer se hayan ido entenebreciendo cada vez más, reduciendo la luz).

-Has perdido también una nasa y un cubo, Simón. ¿Quieres que tratemos de pescarlos con los garfios? - dice Santiago de Zebedeo desde otra barca ya cercana, porque, después del incidente, todos se han agrupado en torno a la barca de Pedro.

-¿Pero qué has hecho? ¡No te sucede nunca! - dice y exclama Andrés desde otra barca distinta.

Pedro responde a todos, a uno después de otro, mientras que los otros han hablado casi juntos.

-¿Me han visto? ¡No importa! Aunque hubieran visto también mi corazón y... Bien, esto no lo digas, Pedro... Pero has de saber que no me dañan. Lo que me puede mortificar no es una mala maniobra, y además sucedida por una buena causa... ¡No te preocupes, Santiago! Cosas viejas que se han ido al fondo... ¡Ojalá pudiera arrojar también tras ellas al hombre viejo que resiste en mí! Quisiera perder todo, incluso la barca, pero ser exactamente como el Maestro quiere... ¿Que qué he hecho? Hombre, pues me he mostrado a mí mismo, a mi soberbia -que quiere enseñar incluso a Dios en las cosas del espíritu- que soy un animal incluso para las cosas de la barca... Me viene bien. Me he hecho una parábola yo a mí mismo... Maestro, ¿no es verdad?

Jesús sonríe asintiendo... Sentado en la popa, sereno, en su sitio habitual, blanco en contraste con el ambiente, que se viste de noche, sus cabellos ondeando levemente con el viento vespertino, destaca en el crepúsculo como un ángel de paz luminosa. Las barcas romanas los han alcanzado.

-Tienen naves excelentes y velas perfectas... ¡bueno y unos marineros...! ¡Van veloces como gaviotas! Aprovechan hasta el más mínimo hilo de viento, la más mínima vena de corriente...

-Los remadores son casi todos esclavos cretenses o nilotas» explica Juana.

-Los marineros del delta son expertísimos, y lo mismo los de Creta. Pero son muy buenos también los de Italia... Superan a Escila y Caribdis... y es suficiente para decir que son excelentes - confirma el desconocido llamado Benjamín.

-¿A dónde vamos, Señor? ¿A Magdala propiamente, o...? ¡Mira! Los de Magdala vienen hacia nosotros...

En efecto, todas las barcas de este lugar se apresuran a dejar el guijaral y el pequeño puerto, cargadas, terriblemente sobrecargadas, de gente; tanto, que casi tienen el borde al ras del agua. Y se dirigen fatigosamente hacia las barcas de Cafarnaúm.

-No. Vamos a detenernos aquí, aguas adentro en el lago, frente a la ciudad. Hablaré desde la barca...

-Es que... Esos imprudentes se quieren ahogar. ¡Pero mira, Maestro! Verdad es que el lago está calmo como una lámina de plata... Pero el agua es siempre agua... y el peso es peso... y allí... parece como si creyeran que están en tierra, no en agua... Da la orden de que vayan para atrás... Se van a ahogar...

-¡Hombre de poca fe! ¿Y no recuerdas que, mientras creíste en mi invitación, caminaste sobre el agua como en terreno sólido? Ellos tienen fe. Por tanto, contra las leyes de equilibrio entre peso y densidad, las aguas sujetarán a esas barcas súper repletas.

-Si sucede eso... es verdaderamente una noche de gran milagro... - susurra Pedro encogiéndose de hombros mientras echa la pequeña ancla para detener la barca, la cual, así, se queda en el centro de un nimbo radiado de barcas, parte de Cafarnaúm, parte de Magdala y parte de Tiberíades (y éstas son las de las romanas, que, prudentemente, se ponen detrás de las de Cafarnaúm, hacia el centro del lago).

Jesús vuelve las espaldas a éstas: mira hacia los de Magdala, hacia el vasto y umbrío jardín de María de Lázaro, hacia las casitas que albean en la noche dispuestas a lo largo en la orilla.

Ya las proas y los remos no rompen el lago; de forma que éste se recompone en paz: una vasta lámina de cristal veteada de plata por la primera claridad de la Luna y sembrada de topacios o rubíes en los lugares en que los fuegos de los faroles o las llamas de las antorchas, colocados en todas las proas, se espejan en el lago.

Las caras parecen extrañas en el contraste de luces rojo-amarillas o de rayos de luna: en parte aparecen nitidísimas, en parte apenas se ve cuáles son; otras parecen partidas en dos, o a lo largo o a lo ancho, sólo con la frente o el mentón iluminados, o con un solo carrillo (una media cara que resalta con anguloso perfil, como si en la otra parte no hubiera cara); los ojos de algunos rostros brillan, otros parecen cuencas vacías, y lo mismo las bocas (en alguna de las cuales se aprecia una abierta sonrisa en los dientes fuertes, mientras que otras parecen anuladas en las caras en sombra).

Pero, para ver todos a Jesús, la gente pasa muchos faroles de las barcas de Cafarnaúm y Magdala, faroles que se ponen a los pies de Él, en los bancos, colgados de los remos inactivos, o colocados en la madera de la popa y la proa, e incluso dispuestos en racimos en el mástil del que se ha arriado la vela. Así, la barca donde está Jesús resplandece en medio de un círculo de barcas que se han quedado sin lámparas, y Jesús ahora aparece bien visible, iluminado desde todas las partes. Sólo las barcas romanas rojean aún por sus antorchas rojas, que apenas pliegan su llama bajo la brisa ligerísima.

-¡La paz sea con vosotros! - empieza Jesús, poniéndose en pie, seguro a pesar del leve cabeceo de la barca, y abriendo los brazos para bendecir. Luego prosigue, hablando lentamente, para que lo oigan bien todos; y la voz se esparce por el lago silencioso, potente y armoniosa.

-Hace un rato, un apóstol mío me ha propuesto una parábola. Ahora os la propongo Yo a vosotros, porque puede ser útil para todos, dado que todos podéis entenderla. Oídla.

Un hombre, navegando por el lago en una noche serena como ésta y sintiéndose seguro de sí mismo, se figuró que no tenía defectos. Era un hombre expertísimo en las maniobras y, por tanto, se sentía superior a los otros con que se cruzaba en las aguas, de los cuales muchos venían al lago por placer, y por tanto sin esa experiencia que da el trabajo asiduo y realizado para ganarse la vida. Además, era un buen israelita, y, por tanto, se creía posesor de todas las virtudes. Y, en fin, era realmente un buen hombre.

Así pues, en un atardecer en que navegaba seguro, se permitió expresar juicios sobre su prójimo. Según él, un prójimo tan lejano, que ni tenía condición de prójimo: ningún vínculo de nacionalidad ni de oficio ni de fe lo unía a aquel prójimo, y, por tanto, él, sin ningún freno de solidaridad nacional, religiosa o profesional, tranquilamente lo despreciaba; es más: con dureza. Y se quejaba de no ser el amo del lugar, porque, de haberlo sido, habría arrojado de aquel lugar a ese prójimo suyo; y, en su fe intransigente, casi reprochaba al Altísimo el hecho de conceder a éstos, distintos de él, que hicieran lo que hacían y que vivieran donde él vivía.

En su barca iba un amigo suyo, un buen amigo suyo, que lo quería con justicia, y por eso quería que fuera sabio, un amigo que, cuando era necesario hacerlo, le corregía las ideas no rectas. Aquel atardecer, pues, este amigo dijo al barquero: "¿Por qué estos pensamientos? ¿No es uno el Padre de los hombres? ¿No es Él el Señor del Universo? ¿Su sol no desciende, acaso, a todos los hombres para darles calor, y sus nubes no riegan, acaso, los campos de los gentiles igual que los de los hebreos? Y, si hace esto por las necesidades materiales del hombre, ¿no tendrá los mismos cuidados para sus necesidades espirituales? ¿Pretendes sugerir a Dios lo que debe hacer? ¿Quién como Dios?"

El hombre era bueno. En su intransigencia había mucha ignorancia, muchas ideas erradas; pero no había mala voluntad, no había intención de ofender a Dios; antes al contrario, había intención de defender los intereses de Dios. Al oír esas palabras, se arrojó a los pies del sabio y le pidió perdón por haberse expresado como un necio. Tan impetuosamente lo pidió, que por poco no causó una catástrofe haciendo hundirse la barca y perecer a quien en ella iba: porque con el afán de pedir perdón, descuidó el timón, la vela y las corrientes. Por tanto, después del primer error de juicio, cometió un segundo error de mala maniobra, demostrándose a sí mismo que no sólo era un defectuoso juez, sino también un ineficiente marinero.

Ésta es la parábola. Ahora escuchad. Según vosotros, ¿habrá perdonado Dios a ese hombre o no? Recordad que había pecado contra Dios y contra el prójimo, juzgando las acciones de ambos; y por poco no había sido homicida de sus compañeros. Meditad y responded...

Y Jesús cruza los brazos y pasa su mirada por todas las barcas, hasta las más lejanas, hasta las romanas (en que se ve, sobresaliendo de los bordes de las barcas, una fila de rostros atentos de patricias y remadores)...

La gente habla en tono bajo, se consultan unos a otros... un susurro apenas sensible de voces, que se funde con el chapoteo, apenas perceptible, del agua contra el cuerpo de las barcas. El juicio es difícil. De todas formas, la mayor parte opina que el hombre no habrá sido perdonado porque había pecado. No, no habrá sido perdonado, al menos por lo que se refiere al primer pecado...

Jesús oye cómo va aumentando el murmullo de los que opinan esto, y sonríe con la mirada de sus bellísimos ojos, luminosos incluso en la noche como dos zafiros heridos por el rayo de la Luna, cada vez más hermosa y resplandeciente, tanto que muchos deciden apagar antorchas y faroles para quedarse, por toda luz, con la fosforescente luz lunar.

-Apaga también éstas, Simón. Son miséras como chispas, respecto a las estrellas, bajo este cielo lleno de astros y planetas - dice Jesús a Pedro, que está pendiente de oír el juicio de la gente. Y, mientras Pedro alarga los brazos para descolgar los faroles, Jesús, acariciando a su apóstol, le pregunta en voz baja:

-¿Por qué esos ojos turbados?

-Porque esta vez me expones al juicio del pueblo...

-¿Y por qué lo temes!

-Porque... es como yo... injusto...

-¡El que juzga es Dios, Simón!

-Sí. Pero Tú no me has perdonado todavía y estás esperando su juicio para hacerlo... Tienes razón, Maestro... Soy incorregible... Pero... ¿por qué a tu pobre Simón este juicio de Dios?...

Jesús le pone la mano en el hombro, y lo hace cómodamente porque Pedro está en el suelo de la barca y Él está erguido encima de la madera de la popa, por tanto altísimo respecto a Pedro. Y sonríe... pero no le responde. Lo que hace es dirigirse a la gente:

-¿Entonces? Responded fuerte. Barca por barca.

¡Ay, pobre Pedro! Si Dios lo hubiera juzgado según el parecer de los presentes, lo habría condenado. Menos tres barcas, todas las demás, incluidas las apostólicas, lo condenan. Las romanas no se pronuncian -tampoco les preguntan-, pero es visible que ellas también juzgan digno de condena al hombre, porque desde una a otra barca -son tres- se hacen el gesto del pulgar vuelto hacia abajo.

Pedro levanta sus ojos overos, turbados, hacia el rostro de Jesús, y encuentra una mirada aún más dulce, que fluye de los ojos de zafiro, que fluye como una paz; y ve inclinarse hacia él un rostro resplandeciente de amor, y se siente atraído hacia un lado de Jesús, siendo así que su cabeza entrecana está contra el costado de éste, mientras el brazo del Maestro lo estrecha hacia sí abrazándolo por los hombros.

-Así juzga el hombre. Pero Dios no juzga así, ¡oh, hijos míos! Vosotros decís: "No habrá sido perdonado". Yo digo: "El Señor no vio siquiera en él materia de perdón". Porque perdón presupone culpa. Pero aquí no había culpa.

No, no murmuréis meneando la cabeza. Repito: aquí no había culpa. ¿Cuándo se forma la culpa? Cuando hay voluntad de pecar, conocimiento de que se peca y persistencia en querer pecar aun después de haber entendido que una acción es pecado. Todo depende de la voluntad con que uno cumple un acto, sea virtuoso, sea pecaminoso. Incluso cuando uno cumple un acto aparentemente bueno, pero no sabe que está haciendo un acto bueno, sino que, al contrario, cree que está realizando un acto malo, comete pecado como si llevara a cabo un acto malo, y viceversa.

Pensad en un ejemplo. Uno tiene un enemigo y sabe que está enfermo. Sabe que por orden médica no debe beber agua fría; es más, ningún líquido. Va a verlo, fingiendo afecto. Lo oye quejarse: "¡Tengo sed! ¡Tengo sed!", y, fingiendo piedad, se preocupa solícito de darle agua helada de pozo diciendo: "Bebe, amigo. Te quiero y no puedo verte sufrir de esta manera por el ardor. Mira. He pensado en traerte esta agua tan fresca. Bebe, bebe, que gran recompensa recibe el que asiste a los enfermos y da de beber a los sedientos". Y, dándole de beber, le acarrea la muerte. ¿Creéis que ese acto, bueno en sí por estar constituido de dos obras de misericordia, es bueno ahora, que se verifica con finalidad mala? No lo es.

Otro ejemplo: un hijo que tenga un padre borracho y que, para salvarlo de la muerte por la continua bebida, cierre la bodega, quite el dinero a su padre y se imponga, incluso severamente, para que no salga por el pueblo a beber y a destruirse, ¿os parece que falte al cuarto mandamiento sólo por el hecho de regañar a su padre y hacer él de cabeza de familia para con su propio padre? Aparentemente hace sufrir a su padre, y parece culpable. En realidad es un buen hijo, porque su voluntad es buena, tiene voluntad de salvar a su padre de la muerte. Siempre es la voluntad la que da valor a la acción.

Y otro ejemplo: ¿el soldado que mata en guerra es homicida? No, si su espíritu no acepta la masacre y combate porque se ve obligado a ello, pero combate con ese mínimo de humanidad que la dura ley de la guerra y de la subordinación impone.

Por tanto, ese hombre de la barca, que por una buena voluntad de creyente, patriota y pescador, no soportaba a aquellos que, según él, eran unos profanadores, no cometía pecado contra el amor al prójimo, sino que solamente tenía un errado concepto del amor al prójimo. Y no cometía pecado contra el respeto a Dios, porque su resentimiento hacia Dios venía de su espíritu bueno -aunque no equilibrado y luminoso- de creyente. Y no cometía homicidio, porque era por una buena voluntad de pedir perdón por lo que provocaba el que la barca se ladeara. Sabed discernir siempre.

Dios es Misericordia más que intransigencia. Dios es bueno. Dios es Padre. Dios es Amor. El verdadero Dios es esto. Y el verdadero Dios abre su corazón a todos, a todos, diciendo: "Venid", indicando a todos su Reino. Y es libre de hacerlo, porque es Él el Señor único, universal, creador, eterno.

Os ruego, a vosotros israelitas, que seáis justos. Recordad estas cosas. Que no os suceda que las comprendan los que veis como cosa impura y para vosotros permanezcan incomprensibles. También es pecado el excesivo y desordenado amor a la religión y a la patria, porque se hace egoísmo. Y el egoísmo es siempre razón y motivo de pecado.

Sí. El egoísmo es pecado porque siembra en el corazón una mala voluntad que hace al hombre rebelde a Dios y a sus mandamientos. La mente del egoísta ya no ve a Dios nítidamente, ni tampoco las verdades de Dios. La soberbia exhala sus vapores en el egoísta y empaña las verdades. En la calígne, la mente, que ya no ve la luz clara de la verdad como la veía antes de hacerse soberbia, empieza el proceso de los porqués, y de los porqués pasa a la duda, de la duda a la indiferencia, no sólo respecto al amor y a la confianza en Dios y en su justicia, sino también respecto al temor de Dios y al temor a su castigo. De ahí la predisposición a pecar, y de ésta se pasa a la soledad del alma que se aleja de Dios, la cual, no teniendo ya la voluntad de Dios como guía, cae en la ley de su voluntad de pecador.

¡Muy mala cadena es la voluntad del pecador, uno de cuyos extremos lo tiene en su mano Satanás, mientras que el otro ata a los pies del hombre una bola pesada, para tenerlo sujeto, esclavo en el fango, abatido, en tinieblas! ¿Puede entonces el hombre no incurrir en culpas mortales? ¿Puede no incurrir en ellas, teniendo en sí sólo mala voluntad? Entonces, sólo entonces, Dios no perdona. Pero, cuando el hombre tiene algo de buena voluntad y lleva a cabo incluso actos espontáneos de virtud, ciertamente acaba poseyendo la Verdad, porque la buena voluntad conduce a Dios, y Dios, el Padre Stmo. se inclina amoroso, compasivo, indulgente a ayudar, a bendecir, a perdonar a sus hijos que tienen buena voluntad.

Por eso el amor hacia el hombre de aquella barca fue amplio, porque, no queriendo cometer el pecado, no había pecado.

Marchaos en paz, ahora, a vuestras casas. Las estrellas han ocupado todo el cielo y la Luna viste de pureza el mundo. Marchaos obedientes como las estrellas y haceos puros como la Luna. Porque Dios ama a los obedientes y a los puros de espíritu, y bendice a los que ponen en todas sus acciones la buena voluntad de amar a Dios y a los hermanos y trabajar para su gloria y para su utilidad. ¡La paz sea con vosotros!

Y Jesús, abriendo de nuevo sus brazos, bendice, mientras el círculo de las barcas se aleja, se disgrega, tomando cada uno la propia dirección.

Pedro se siente tan feliz, que no piensa en moverse.

Lo hace reaccionar Mateo:

-¿No te mueves, Simón? Yo no soy muy ducho...

-Es verdad... ¡Oh, Maestro mío! ¿Entonces no me habías condenado? Y yo tenía mucho miedo...

-No tengas miedo, Simón de Jonás. Te he tomado conmigo para salvarte, no para perderte. Te he tomado conmigo por tu buena voluntad... ¡Ánimo! Toma el timón y mira a la Polar y ve seguro, Simón de Jonás. Siempre seguro... En todas las travesías... Dios, tu -Jesús, estará siempre en pie a tu lado en la proa de tu barca espiritua¹. Y te comprenderá siempre, Simón de Jonás. ¿Comprendes? Siempre. Y no tendrá que perdonarte, porque podrás incluso caer, como un débil niño, pero no tendrás jamás la mala voluntad de caer... Alégrate, Simón de Jonás.

Y Pedro asiente, asiente, demasiado emocionado como para hablar, sofocado por el amor; y la mano le tiembla un poco en el timón, pero su rostro resplandece de paz, de seguridad, de amor, mientras mira a su Maestro, que está erguido a su lado, allí, en el extremo de la barca, como un cándido arcángel.

449

El pequeño Alfeo desamado de su madre.

-Tomad provisiones y ropa para varios días. Vamos a Ippo y de allí a Gamala y Afeq, para bajar a Guerguesa y volver aquí antes del sábado - ordena Jesús, enhiesto en el umbral de la puerta de la casa y acariciando mecánicamente a unos niños de Cafarnaúm que han venido a saludar a su gran Amigo, en cuanto el sol poniente ha dejado de abrasar tan fuertemente y ha permitido dejar las casas. Y uno de los primeros en hacerlo ha sido Jesús, uno de los primeros de esta ciudad que sale del torpor asfixiante de las horas llenas de sol.

Los apóstoles no parecen muy entusiastas de la orden recibida. Se miran unos a otros y miran al sol -aún tan despiadado- y tocan los muros de las casas, todavía abrasadores, y tantean con el pie desnudo el suelo y dicen:

-Está caliente como un ladrillo sacado del fuego... - dando a entender con toda esta pantomima que es de locos ir por los caminos...

Jesús se separa de las jambas en que apoyaba un poco su cuerpo y dice:

-El que no se sienta con fuerzas para venir puede quedarse. No obligo a nadie. Pero no quiero dejar a esta región sin la palabra.

-Maestro... ¿cómo se te ocurre eso? Vamos todos... Lo único... es que nos parecía todavía pronto para estar por ahí...

-Antes de los Tabernáculos, quiero ir hacia el norte, es decir, mucho más lejos; y sin barca, por caminos. Por eso ahora se debe recorrer esta zona, donde el lago ahorra mucho camino.

-Tienes razón. Voy a preparar las barcas... - y Simón de Jonás va con su hermano, y con los dos hijos de Zebedeo y algún discípulo a preparar la partida.

Jesús se queda con el Zelote, sus primos, Mateo, Judas Iscariote, Tomás y los inseparables Felipe y Bartolomé, que preparan sus morrales y llenan las cantimploras, meten panes, fruta... todo lo necesario.

Un mocosuelo gimotea entre las rodillas de Jesús.

-¿Por qué lloras, Alfeo? - pregunta Jesús inclinándose a besarlo...

-Nada...

Un lloriqueo más fuerte.

-Ha visto la fruta y la quiere - dice, con tedio, Judas Iscariote.

-¡Pobrecito! ¡Tiene razón! No se debe pasar ciertas cosas delante de los ojos de los niños sin darles un poco. Ten, hijo. ¡No llores! - dice María de Alfeo, arrancando un racimo de un sarmiento, que ha sido puesto en un cesto con todas las hojas y los racimos todavía prendidos.

-No quiero las uvas... - y llora más fuerte.

-Lo que quiere es el agua con miel - dice Tomás, y ofrece su odre, diciendo:

-A los niños les gusta, y es saludable. También a mis sobrinitos...

-No quiero tu agua... - y el llanto aumenta más en tono y en intensidad.

-¿Pero qué quiere entonces? - pregunta entre severo y molesto Judas de Alfeo.

-¡Dos bofetones, eso es lo que quiere! - dice Judas Iscariote.

-¿Por qué? ¡Pobre niño! - pregunta Mateo.

-Porque es un pesado.

-¡Si tuviéramos que liarnos a tortazos con todos los pesados... deberíamos ocupar toda nuestra vida en dárselos! - dice con toda calma Tomás.

-Quizás no se siente bien. Fruta y agua, agua y fruta... hace que duela el cuerpo - sentencia María Salomé, que está entre las discípulas.

-Y ese niño, si come pan, agua y fruta, ya es mucho... ¡Son tan pobres! - dice Mateo, que conoce por la experiencia de recaudador todas las economías de Cafarnaúm.

-¿Qué te sucede, hijito? ¿Te duele aquí?... Pues no está más caliente de la cuenta... - dice María de Cleofás de rodillas al lado del niño.

-¡Pero mamá, que es un capricho!... ¿No lo ves? Tú mimarías a todos.

-¡Yo no te he mimado, Judas mío; te he querido. Y no dabas crédito a tus ojos al ver que te quería hasta el punto de protegerte contra la severidad de Alfeo...

-Es verdad, mamá... Te he regañado injustamente.

-Ningún mal, hijo. Pero, si quieres ser apóstol, debes saber tener entrañas de madre hacia los fieles. Ten en cuenta que son como niños... y se necesita paciencia de amor hacia ellos...

-¡Bien dicho, María! - aprueba Jesús.

-Acabaremos siendo instruidos por las mujeres - murmura Judas Iscariote - Y quizás hasta por mujeres paganas...

-Sin duda. Os superarán con mucho, si seguís siendo lo que sois, tú más que los demás, Judas; ciertamente te superarán todos: los niños, los mendigos, los ignorantes, las mujeres, los gentiles...

-Acabarías antes si dijeras que seré el aborto del mundo - responde Judas, y se ríe con una risa biliosa.

-Están volviendo los otros... ¿convendrá partir, no? - dice Bartolomé para cortar esta escena que hace sufrir a muchos, a todos de distinto modo.

El llanto del niño toca el punto máximo.

-¡Pero bueno! ¿Qué quieres? ¿Qué te pasa? - le dice, agresivo, Judas Iscariote, dándole un rudo meneo, para separarlo de las rodillas de Jesús, a las que el niño se ha aferrado, y, sobre todo, para descargar su enojo sobre el inocente.

-¡Contigo, Jesús! ¡Contigo!... Te vas... y palos, palos, palos...

-¡Ah!... ¡Oh, pobre niño! ¡Es verdad! Desde que se ha vuelto a casar, los del primer marido... son como pordioseros,... como si no hubieran nacido de ella... Los manda a la calle como mendigos y... ¡oh! para ellos no hay pan... - dice la mujer del dueño de la casa, que parece conocer bien los hechos y a sus protagonistas. Y termina: -Haría falta alguien que adoptara a estos tres abandonados...

-No le digas eso a Simón de Jonás, mujer. Te atraerías un odio mortal de su suegra, que está más irritada que nunca contra él y contra todos nosotros. Esta mañana, una vez más, ha cubierto de insolencias a Simón y a Margziam, y a mí que estaba con ellos... - dice Mateo.

-No se lo diré a Simón... Pero es así...

-¿Y tú no los tomarías contigo? No tienes hijos... - dice Jesús mirándola fijamente.

-Yo... ¡oh! me gustaría... Pero somos pobres... y además... Tomás... en ese caso, tiene sobrinos... y yo también... y... y...

-Y te falta, sobre todo, la voluntad de hacer el bien a tus semejantes... Mujer, ayer criticabas como duros de corazón a los fariseos de aquí, criticabas como insensibles a mi palabra a los habitantes de la ciudad... Pero, tú, que hace más de dos años que me conoces, ¿en qué te diferencias?...

La mujer agacha la cabeza mientras arrebujaba la túnica con sus manos... Pero no dice ni una palabra en favor del pequeño, que sigue llorando.

-Estamos preparados, Maestro - grita Pedro, que está llegando.

-¡Oh, ser pobre!... ¡Y perseguido!... - dice Jesús suspirando y levantando los brazos y moviéndolos con gesto de desconsuelo...

-¡Hijo mío!... - lo conforta María, que hasta ese momento había guardado silencio. Y basta esa palabra para consolar a Jesús.

-Id adelante con las provisiones, vosotros. Yo voy con mi Madre hasta la casa del niño - ordena a los que han llegado y a los que ya estaban con Él, y se pone en camino con su Madre, que ha tomado en brazos al niño...

Van hacia el campo.

-¿Qué le vas a decir, Hijo mío?

-Mamá, ¿qué quieres que diga a una que no tiene amor en sus entrañas de madre ni siquiera para los que han nacido de su seno?

-Tienes razón... ¿Y entonces?

-Y entonces... Vamos a orar, Madre mía.

Van caminando y orando.

Una anciana les pregunta:

-¿Lleváis a Alfeo a Meroba? Decidle que ya es hora de que se preocupe de él. A la fuerza tienen que acabar siendo ladrones... y donde caen son como la langosta... Pero mi enfado es contra ella, no contra estos tres pobrecillos... ¡Qué injusta es la muerte! ¿No podía seguir viviendo Jacob y morir ella? Deberías hacer que muriera; así...

-Mujer, ¿eres anciana y aún no eres sabia? ¿Y dices esas palabras pudiendo morir en cualquier minuto? Verdaderamente eres tan injusta como Meroba. Arrepiéntete de esto y no peques más.

-Perdón, Maestro... Es que su pecado me hace disparatar...

-Sí. Te perdono. Pero no vuelvas a decir, ni siquiera dentro de ti misma, esas palabras. Los errores no se reparan con la maldición, sino con el amor. Si muriera Meroba, ¿cambiaría el sino de éstos? Quizás el viudo tomaría otra mujer y tendría hijos de terceras nupcias, y éstos una madrastra... Y, entonces, más grave su suerte.

-Es verdad. Soy vieja y necia. Ahí está Meroba, imprecando ya... Te dejo, Maestro. No quiero que piense que te he hablado de ella. Es una víbora...

Pero la curiosidad es más fuerte que el miedo a la "víbora", y la viejecita, a pesar de que se distancie de Jesús y María, lo hace muy relativamente, y se agacha a arrancar la hierba del lindazo, que está húmeda por su cercanía a una fuente, para escuchar sin llamar la atención.

-¿Estás aquí? ¿Qué has hecho? ¡A casa! Siempre en la calle, como animales vagabundos, como perros sin amo, como...

-Como hijos sin madre. Mujer, ¿sabes que dan mal testimonio de la madre los hijos que no están pegados a sus faldas?

-Es porque son malos...

-No. Yo estoy viniendo aquí desde hace treinta meses. Antes, cuando vivía Jacob y durante los primeros meses de viudez, no era así. Luego has tomado otro marido... y con la memoria de las primeras nupcias has perdido también la de tus hijos. Pero ¿qué tienen de distinto respecto al que ahora crece en tu seno? ¿No los llevaste así también a éstos? ¿Acaso no los

amamantaste? Mira aquella paloma de allí... Los cuidados que prodiga a aquel pichoncito... a pesar de estar incubando ya otros huevos... Mira aquella oveja de allí. Ya no amamanta al cordero del parto precedente, porque está preñada de nueva prole. Y, no obstante, ¿ves cómo le lame el morrito y deja que ese vivaracho corderito choque contra su costado? ¿No me respondes? Mujer, ¿tú oras al Señor?

-Claro. No soy pagana...

-¿Y cómo puedes hablarle al justo Señor si eres injusta? ¿Y cómo puedes ir a la sinagoga y oír leer los volúmenes, cuando hablan del amor de Dios hacia sus hijos, sin sentir el remordimiento en el corazón? ¿Por qué callas, con ese gesto arrogante?

-Porque no he solicitado tus palabras... ni sé por qué vienes a molestarme... Mi estado merece respeto...

-¿Y el de tu alma, no? ¿Por qué no respetas los derechos de tu alma? Sé lo que quieres decirme: que encolerizarte puede poner en peligro la vida del niño que ha de nacer... ¿Y no sientes solicitud por la vida de tu alma? Es más preciosa que la vida de un niño que ha de nacer... Tú sabes... que tu estado puede acabar en la muerte. ¿Y quieres afrontar esa hora con el alma turbada, enferma, injusta?

-Mi marido dice que Tú eres una persona a la que no hay que escuchar. No te escucho. "Ven, Alfeo... - y hace además de volverse, entre los gritos del niño, que ya sabe que le esperan palos y no quiere separarse de los brazos de María, la cual, suspirando, trata de persuadirla, y se dirige a la mujer diciendo:

-Yo también soy madre y sé comprender muchas cosas. Y soy mujer... Sé, por tanto, sentir compasión de las mujeres. Atraviesas una temporada no buena, ¿no es verdad? Sufres y no sabes sufrir... y así te irritas... Hermana mía, escucha. Si yo te diera ahora al pequeño Alfeo, serías injusta con él y contigo. Déjamelos unos pocos días, ¡po-cos! Verás como, cuando no lo veas a tu lado, suspirarás por él... porque un hijo es una cosa tan dulce que, cuando se aleja de nosotras, nos sentimos pobres, heladas, sin luz...

-¡Pues tómallo! ¡Tómallo! ¡Ojalá tomases contigo también a los otros dos! Pero no sé dónde están...

-Me lo llevo, sí. Adiós, mujer. Ven, Jesús.

Y María se vuelve rápidamente y se aleja, con un sollozo...

-No llores, Mamá.

-No la juzgues, Hijo...

Las dos frases -compasivas las dos- se entrecruzan. Luego, por un mismo pensamiento, las dos bocas se despegan para proferir las mismas palabras:

-Si no comprenden los amores naturales, ¿podrán, acaso, comprender el amor que hay en la Buena Nueva? - y se miran, este Hijo y esta Madre, por encima de la cabecita del inocente, que se abandona ahora confiado y feliz a los brazos de María...

-Tendremos un discípulo más de lo previsto, Mamá.

-Y gozará de días de paz...

-¿Habéis visto, eh? Sorda, sorda como un pandero desfondado... ¡Ya os lo había dicho! ¿Y ahora? ¿Y después?

-Y ahora hay paz. Y después, Dios quiera que haya piedad en algún corazón... ¿Por qué no en el tuyo, mujer? Un vaso de agua dado por amor queda registrado en el Cielo. Y a quien ama a un inocente por amor mío... ¡oh! ¡Qué bienaventuranza para los que aman a los pequeñuelos y los salvan del mal!...

La viejecita se queda pensativa..., y Jesús continúa por un atajo que conduce al lago. Y llega al lago. Coge al niño de los brazos de María, para que Ella pueda subir más cómodamente a la barca. Alza al niño lo más que puede para mostrarlo; sonrío luminosamente y dice a los que están ya en las barcas:

-¡Mirad! Esta vez sí que vamos a tener una predicación fructífera, porque llevamos con nosotros a un inocente - y sube con firmeza al tablón, que oscila, y entra en la barca. Se sienta al lado de su Madre, mientras la barca se separa de la orilla para poner enseguida rumbo al sudeste, hacia Ippo.

450

Milagros en el arrabal cercano a Ippo y curación del leproso Juan.

Ippo no está en la orilla del lago, como yo creía al ver las casas que hay en el margen (casi en el extremo sudeste del lago). Me hacen percatarme de ello las palabras de los discípulos. Este núcleo de casas es -yo lo llamaría así- la vanguardia de Ippo, que está más hacia el interior. Como Ostia para Roma o el Lido para Venecia, representa para la ciudad del interior la salida al lago; y la ciudad se sirve de esta salida como vía lacustre de importación y exportación, y también para abreviar los viajes desde esta zona a la orilla opuesta galilea, y, en fin, también como lugar de recreo para los ociosos de la ciudad, y de aprovisionamiento del pescado que le procuran los muchos pescadores del arrabal.

Aquí, donde abordan en un sosegado atardecer en el pequeño puerto natural formado por el lecho de un torrente que ahora está seco; aquí, donde, en el tramo de unos metros, ondea la ola cerúlea del lago -no repelida por el agua del torrente-, hay casas, de mayor o menor tamaño, de hortelanos y pescadores. Éstos explotan las aguas ricas en pesca; aquéllos, la faja de tierra que va desde el litoral hacia el interior, pingüe y húmeda por las aguas cercanas, que se extiende más hacia el norte y menos hacia el sur (para terminar pronto en donde empieza la barrancada que entra casi a pico en el lago y desde la cual se arrojaron a éste los puercos del milagro hecho a los gerasenos).

Dada la hora que es, los habitantes están en las terrazas o en los huertos, y están cenando. Pero, como los huertos tienen setos bajos y también las terrazas tienen pretiles bajos, pronto los habitantes ven la pequeña flota de barcas que toma tierra en el pequeño puerto, y, unos por curiosidad, otros porque conocen a los que llegan, se levantan y salen a su encuentro.

-Es la barca de Simón de Jonás, y la de Zebedeo. Entonces no puede ser sino el Rabí, que viene aquí con sus discípulos - afirma tajantemente un pescador.

-Mujer, coge inmediatamente al niño y sígueme. Quizás es Él. Él lo curará. Nos lo trae el ángel de Dios - dice en tono impositivo un hortelano a su mujer, la cual tiene el rostro quemado por las lágrimas.

-Yo, por mí, creo. Recuerdo aquel milagro. ¡Vaya que si lo recuerdo! ¡Todos esos cerdos! Los cerdos que apagan en las aguas el calor de los demonios entrados en ellos... Gran tormento debía ser, si los cerdos, siempre tan desdeñosos de limpieza, se arrojaron al agua... - dice un hombre mientras camina y hace propaganda al Maestro.

-¡Tú lo dices! Sin duda tenía que ser un tormento. Estaba también yo y me acuerdo. Los cuerpos echaban humo, y también el agua. El lago se puso más caliente que cuando las aguas de Hamatha. Y por donde pasaron corriendo quedó abrasado bosque y hierba.

-Yo he ido, pero no he visto nada de particular... - le responde un tercero.

-¿Nada? ¡Entonces es que tienes escamas en los ojos! ¡Mira! Se ve desde aquí. ¿Ves allí? ¿Allí donde está ese río seco? Ve con la vista un poco más adelante y mira si...

-¡Que no, hombre! Que eso lo han destruido los soldados de Roma, cuando buscaban a aquel granuja en las frías noches de Tébet. Acamparon allí e hicieron fuego.

-¿Y quemaron todo un bosque para hacer fuego? ¡Mira cuántos árboles faltan allí!

-¡Un bosque! ¡Dos o tres encinas!

-¿Y te parece poco?

-No. Pero ya se sabe. Para ellos lo nuestro es pajuz. Ellos son los dominadores y nosotros los oprimidos. ¡Ah! ¿Hasta cuándo...?

La discusión pasa del terreno sobrenatural al político.

-¿Quién me lleva donde el Rabí? ¡Piedad de un ciego! ¡Dónde está? Decídmelo. Lo he buscado en Jerusalén, en Nazaret, en Cafarnaúm. Siempre había salido antes de llegar yo... ¿Dónde está? ¡Oh! ¡Piedad de mí! - dice quejumbrosamente un hombre de unos cuarenta años, tanteando en torno a sí con un bastón.

Recoge improperios de los que se llevan el golpe en las piernas o en la espalda, pero ninguno se mueve a piedad, y todos chocan contra él al pasar, sin que una mano se tienda para guiarlo. El pobre ciego se para amedrentado y desconsolado...

-¡El Rabí! ¡El Rabí! ¡Ajch-Ajch, il il leee! » (me esfuerzo en transcribir... Es una palabra el grito agudo modulado por las mujeres. ¡Pero es un grito, no una palabra! Tiene más de chillido de ciertas aves que de palabra humana.)

-¡Bendecirá a nuestros hijos!

-Su palabra hará saltar al fruto que llevo en mi seno. ¡Goza, criatura mía! El Salvador te habla - dice una lozana esposa mientras se acaricia el vientre abultado bajo la suelta túnica.

-Quizás a mí me lo hace fecundo! Significaría la alegría y la paz entre yo y Eliseo. He ido a todos los lugares donde se dice que la mujer consigue la fecundidad. He bebido el agua del pozo que hay cerca de la tumba de Raquel y la del regatillo de la gruta donde su Madre le dio a luz... He ido a Hebrón a aplicarme durante tres días la tierra del lugar en donde nació Juan el Bautista... He comido los frutos de la encina de Abraham y he llorado invocando a Abel en el lugar en que fue dado a luz y asesinado... He ensayado todas las cosas santas, todas las cosas milagrosas del suelo y del Cielo, y médicos y medicinas y votos y oraciones y dádivas... pero mi seno no se ha abierto a la semilla, y Eliseo apenas si me soporta. ¡Le cuesta no odiarme! ¡Pobre de mí! - gime una mujer ya ajada.

-¡Ya eres vieja, Sela! ¡Resígnate! - le dicen con una piedad que está mezclada con un leve desprecio y un notorio sentido de triunfo las que pasan con su seno henchido de maternidad o con los lactantes prendidos de sus pingües senos.

-¡No! ¡No digáis eso! ¡Ha hecho resucitar a los muertos! ¿No va a poder dar vida a mis entrañas?

-¡Paso! ¡Paso! Dejad paso a mi madre enferma - grita un joven que viene sujetando las varas de una improvisada parihuela, sujeta por el otro lado por una niña muy afligida. En la camilla hay una mujer, todavía joven, aunque reducida a un esqueleto amarillento.

-Habrás que hablarle del pobre Juan. Enseñarle el lugar donde está. Es el más infeliz de todos, porque estando leproso no puede ir en busca del Maestro... - dice un hombre añoso que parece influyente.

-¡Antes nosotros! ¡Antes nosotros! Si se adentra hacia Ippo, se acabó. Los de la ciudad se lo cogen y nosotros nos quedamos, como siempre, atrás.

-¿Pero qué pasa allí? ¿Por qué gritan así las mujeres, allí en la orilla?

-¡Porque son estúpidas!

-No. Son gritos festivos. Corramos...

La calle es un río humano que se encanala hacia el guijaral del lago y del torrente, hacia el lugar donde están Jesús y los que le acompañan, bloqueados por los primeros que han llegado.

-¡Milagro! ¡Milagro! ¡Mirad, el hijo de Elisa, desahuciado por los médicos, está curado! El Rabí lo ha curado metiéndole saliva en la garganta.

Los «Ajch-Ajch-il-il-leee» de las mujeres se hacen aún más vibrantes y agudos, mezclados con los fuertes «hosanna» masculinos. Jesús, a pesar de su estatura, ha sido literalmente excedido. Los apóstoles hacen todo lo que pueden para abrirle paso. ¡Ya, ya! Las discípulas, con María en el centro, se ven separadas del grupo apostólico; el niño, en los brazos de María de Alfeo, llora aterrorizado, y su llanto hace converger en el grupo de las discípulas la atención de muchos; y se oye decir al enteradillo de siempre:

-¡Ah, pues si está también la Madre del Rabí y las madres de los discípulos!...

-¿Cuáles? ¿Quiénes son?

-La Madre es aquella pálida y rubia vestida de lino; y las otras, aquellas ancianas que llevan una al niño y la otra aquel cesto encima de la cabeza.

-¿Y el niño quién es?

-¡Hombre, el hijo! ¿No oís que dice "mamá"?

-¿Hijo de quién? ¿De la anciana? ¡No puede ser!

-De la joven. ¿No ves que quiere ir con ella?

-No. El Rabí no tiene hermanos. Lo sé seguro.

Algunas mujeres oyen esto y, mientras Jesús, moviéndose con dificultad, logra llegar hasta la camilla donde está la enferma a la que han llevado allí sus hijos, y la cura, ellas se dirigen con curiosidad hacia María.

Pero una no es curiosa, una se postra a sus pies y dice:

-Por tu maternidad, ten piedad de mí.

Es la estéril.

María se inclina hacia ella y le dice:

-¿Qué quieres hermana?

-Ser madre... ¡Un niño!... ¡Uno sólo!... Soy odiada por ser estéril. Yo creo que tu Hijo todo lo puede. Pero tengo una fe tan grande en Él que pienso que, por haber nacido de ti, te ha hecho santa y poderosa como Él. Ahora yo te ruego... por tus delicias de madre te lo ruego: hazme fecunda. Tócame con tu mano y seré feliz...

-Tu fe es grande, mujer. Pero la fe es para quien tiene derecho a ella: para Dios. Ven, pues, donde mi Jesús... - y la toma de la mano y, con gracia apremiante, pide paso para poder llegar donde Jesús.

Las otras discípulas la siguen por el canal que se abre entre la gente, y lo mismo las mujeres que se habían acercado a María (y aprovechan para preguntar a María de Alfeo quién es el pequeño al que lleva alzado por encima de la multitud).

-Un niño al que su madre ya no lo quiere. Ha venido al Rabí a buscar amor...

-¡Un niño al que la madre ya no le quiere! ¿Has oído, Susana?

-¿Quién es esa hiena?

-¡Ay! ¡Y a mí que me consume el no tenerlo! ¡Déjame, déjame! ¡Que me bese al menos una vez un hijo!... - y Sela, la estéril, casi arranca de los brazos de María de Alfeo al pequeñuelo, y lo estrecha contra su corazón, mientras trata de seguir a María (que ya se había distanciado de ella en el instante en que Sela dejó la mano de María para coger al pequeño).

-Jesús, escucha. Hay una mujer que pide una gracia. Es estéril...

-No incomodes al Maestro por ella, mujer. Sus entrañas están muertas - dice uno que no sabe que está hablando a la Madre de Dios. Y luego, habiendo sido advertido de su error, desconcertado, quiere achicarse y desaparecer, mientras Jesús responde de una vez a él y a la mujer suplicante, diciendo:

-Yo soy la Vida. Mujer, hágase lo que pides - y pone un instante la mano en la cabeza de Sela.

-¡Jesús! ¡Hijo de David, ten piedad de mí! - grita el ciego de antes, que lentamente ha llegado a la aglomeración de gente y desde el fondo lanza su grito de invocación.

Jesús, que tenía agachada la cabeza para escuchar las palabras de súplica de Sela, la alza de nuevo y mira hacia el punto de donde viene, sincopada como el grito de un naufrago, la voz del ciego.

-¿Qué quieres de mí? - grita.

-Ver. Estoy en las tinieblas.

-Yo soy la Luz. ¡Quiero!

-¡Ah! ¡Veo! ¡Veo! ¡De nuevo veo! ¡Dejadme pasar! ¡Para besar los pies de mi Señor!

-Maestro, has curado a todos aquí. Pero hay un leproso en una cabaña del bosque. Siempre nos ruega que te llevemos a él...

-¡Vamos! ¡Hala! Dejadme que vaya. ¡No os hagáis daño! Yo estoy aquí para todos... Animo, dejad paso. Hacéis daño a las mujeres y a los niños. No me marchó inmediatamente. Estoy aquí mañana, y luego estaré por esta región durante cinco días. Me podréis seguir, si queréis...

Jesús trata de disciplinar a la multitud, de evitar que por obtener beneficio de su venida se haga daño la gente. Pero la multitud es como una sustancia blanduzca que se aparta pero luego vuelve a apretarse en torno a Él; es como una avalancha que, por ley natural, no puede evitar comprimirse a medida que avanza; es como partículas de hierro atraídas por el imán... Y es lento el andar, trabado, fatigoso... Todos sudan, los apóstoles gritan, se sirven de codazos en los pechos y de golpes con los pies en las espinillas para abrir paso... ¡Todo esfuerzo es inútil! Se requiere un cuarto de hora para avanzar diez metros.

Una mujer de unos cuarenta años logra, a fuerza de constancia abrirse camino hasta Jesús y lo toca en un codo.

-¿Qué quieres, mujer?

-Ese niño... he sabido que... Yo soy viuda y sin hijos... Acuérdate de mí. Soy Sara de Afeq, la viuda del vendedor de esteras. Acuérdate. Tengo casa en la plaza de la fuente roja. Pero tengo también algunas parcelas de viña y de bosque. Tengo algo que ofrecer a quien se encuentre solo... y me sentiría feliz...

-Me acordaré, mujer. Que tu piedad sea bendecida.

Pronto atraviesan el pueblo, más paralelo que vertical al lago, y la campiña, dulce, silenciosa en el crepúsculo que desciende sin hacer sombra nocturna (porque, entre la luz diurna y la nocturna de la Luna, hay sólo un paso imperceptible) los acoge. Van hacia los primeros desniveles del alto cantil que, más hacia el sur, bordea al lago. En el escalón natural hay grutas, no sé si naturales o intencionadamente excavadas en la roca, muchas tapiadas y blanqueadas por fuera (sin duda, sepulcros).

-Hemos llegado. Vamos a detenernos, para no contaminarnos. Estamos cerca de la tumba del vivo, y a esta hora va a aquella peña a recoger las dádivas. Era rico, ¿eh? Nosotros li recordamos. Era también bueno. Pero ahora es un santo. Cuanto más le ha castigado el dolor, más justo se ha hecho. Sabemos cómo sucedió. Se dice que por unos peregrinos a los que dio

posada. Iban a Jerusalén, eso decían. Parecían sanos, pero estaban ciertamente leprosos. El hecho es que, después de su paso, primero su mujer y sus criados, luego sus hijos, por último él, se cogieron la lepra. Todos. Los primeros y empezando por las manos los que habían lavado los pies y los indumentos a los peregrinos, por eso decimos que debieron ser ellos causa de todo. Los niños, tres, pronto muertos, pronto. Luego su mujer, más de dolor que de enfermedad... Él... cuando el sacerdote declaró a todos leprosos, se compró este trozo de monte con sus bienes, que ya resultaban inútiles, y mandó que almacenasen provisiones para él y los suyos... criados incluidos, y azadas y picos... y empezó a excavar los sepulcros... y, uno por uno, distribuyó en ellos a todos: a sus hijitos, luego a su mujer, a los criados... Ha quedado él, solo y pobre, porque todo termina con el tiempo... y ya lleva quince años... Y, a pesar de todo, jamás una queja. Era culto: de memoria repite la Escritura. Se la dice a las estrellas, a las hierbas, a los árboles, a los pájaros; a nosotros, que tanto tenemos que aprender de él; y consuela nuestros dolores... él, ¿comprendes?, consuela nuestros dolores. Vienen de Ippo y Gamala, y hasta de Guerguesa y Afeq a escucharlo... ¡oh, se ha puesto a predicar la fe en ti! Señor, si los hombres te han saludado con tu nombre de Mesías, si las mujeres te han saludado como al vencedor y rey, si nuestros niños saben tu Nombre y que eres el Santo de Israel, es por el pobre leproso - refiere por todos el hombre añoso que primero ha hablado de Juan.

-¿Lo vas a curar? - preguntan muchos.

-¿Y lo preguntáis? Tengo piedad de los pecadores, ¿qué tendré por un justo?... ¿Es ese que está viniendo? Allí, entre aquellos matorrales...

-Sin duda es él. ¡Pero, qué vista tienes, Señor! Oímos rumor, pero no vemos nada...

Cesa también el rumor. Todo es silencio y espera...

Jesús está bien iluminado. Está solo, un poco adelantado, porque ha dado unos pasos hacia la peña en que están colocadas las provisiones; los demás, en la penumbra de algunos árboles, desaparecen, confundándose con los troncos y los matorrales de la gándara. También los niños callan, o por estar dormidos en brazos de sus madres, por miedo del silencio, de los sepulcros, de las caprichosas sombras que forma la Luna de las plantas y las rocas.

Pero el leproso debe ver, desde su escondite, y ver bien. Debe ver la alta y solemne persona del Señor, todo blanco bajo el blanco de la Luna, hermosísimo. Las miradas cansadas del leproso, sin duda, se cruzan con la mirada esplendorosa de Jesús. ¿Qué lenguaje saldrá de aquellas pupilas divinas, grandes, fúlgidas como estrellas?; ¿qué, de la boca entreabierta sonriente de amor?; ¿qué, del corazón, sobre todo del corazón de Cristo? Misterio. Uno de tantos misterios en las relaciones espirituales de Dios y las almas.

Una cosa es clara: el leproso comprende, porque grita:

-¡El Cordero de Dios! ¡El que ha venido a sanar todo el dolor del mundo! ¡Jesús, Mesías bendito, Rey y Salvador nuestro, piedad de mí!

-¿Qué quieres? ¿Cómo puedes creer en el Desconocido y ver en Él al Esperado? ¿Qué soy Yo para ti? ¿El Desconocido...?

-No. Tú eres el Hijo de Dios vivo. ¿Que cómo lo sé y lo veo? No lo sé. Aquí, dentro de mí una voz ha gritado: "¡Es el Esperado! Ha venido a premiar tu fe". ¿Desconocido? Sí. Nadie conoce el rostro de Dios. Por tanto, eres "el Desconocido" en tu apariencia. Pero eres el Conocido por tu Naturaleza, por tu Realidad: Jesús, Hijo del Padre, Verbo Encarnado y Dios como el Padre. Este eres, y yo te saludo y te suplico, creyendo en ti.

-¿Y si no pudiera nada y tu fe quedara defraudada?

-Diría que es la voluntad del Altísimo y seguiría creyendo y amando, esperando siempre en el Señor.

Jesús se vuelve hacia la muchedumbre, que escucha el diálogo con el ánimo suspendido, y dice:

-En verdad, en verdad os digo que este hombre tiene esa fe que mueve las montañas. En verdad, en verdad os digo que la verdadera caridad, fe y esperanza se prueban en el dolor más que en la alegría; aunque el exceso de alegría supone, a veces, la ruina de un espíritu aún no formado. Es fácil creer y ser buenos cuando la vida no es sino un plácido, si no gozoso, transcurrir de días iguales. Pero el que sabe persistir en la fe, esperanza y caridad, aún cuando enfermedades, miserias, muertes, desventuras, hacen de él un hombre solo, abandonado, evitado por todos, y en sus labios no se oye sino: "Hágase lo que el Altísimo considera útil para mí", en verdad es un hombre que no sólo merece ayuda de Dios, sino que, Yo os lo digo, en el Reino de los Cielos está preparado su lugar y no conocerá espera en la purgación, porque su justicia ha anulado toda deuda de la vida pasada. Hombre, Yo te lo digo: "¡Ve en paz, que Dios está contigo!"

Se vuelve al decir esto, y extiende los brazos hacia el leproso, lo atrae hacia sí casi con su gesto, y, cuando está bien cerca, bien visible, ordena:

-¡Quiero! ¡Queda limpio!... - y parece como si la Luna limpiara y arrastrara, con su rayo de plata, las pústulas, las llagas, los nódulos y las costras de la horrenda enfermedad. El cuerpo se reforma y modela en salud.

Es un hombre viejo, de noble aspecto, de delgadez ascética, el que, informado del milagro por los gritos de hosanna de la muchedumbre y no pudiendo tocar a Jesús ni a hombre alguno antes del tiempo prescrito por la Ley, se postra para besar el suelo.

-Levántate. Te traerán una túnica limpia, para que puedas presentarte al sacerdote. Y que sepas caminar siempre limpio de espíritu en la presencia de tu Dios. Adiós, hombre. ¡La paz sea contigo!

Y Jesús se reúne con la gente y, lentamente, regresa al pueblo para descansar.

Discurso en el arrabal cercano a Ippo sobre los deberes de los cónyuges y de los hijos.

Y es, sin embargo, ya de mañana, una fresca mañana, cuando se espera a que Jesús salga de una casa del arrabal del lago para empezar su predicación.

Yo creo que durante esa noche han dormido poco los vecinos de esta localidad, emocionados como estaban por los milagros ocurridos, por la alegría de tener entre ellos al Mesías, por el deseo de no perder ni un minuto de su presencia. Lento en llegar el sueño, por haber sido precedido por muchas conversaciones, dentro de las casas, para recapitular los acontecimientos, para examinar si el espíritu de cada uno en particular estaba dotado de aquella fe, esperanza y caridad, resistentes contra todo hecho penoso, que el Maestro alabó y calificó de seguro medio para obtener gracia de parte de Dios en esta vida y en la otra; solícito en marcharse el sueño, alejado por el temor de que el Maestro pudiera salir a los caminos y marcharse temprano sin estar presentes cuando partiera: así que las casas pronto se han abierto para restituir a la calle sus moradores, los cuales, asombrados de verse numerosos, de ver que están ahí muchos, que están todos, movidos por los mismos pensamientos, se han dicho:

-Verdaderamente es la primera vez que un único pensamiento mueve nuestros corazones y los une - y con una amistad nueva, buena, fraterna, se han dirigido concordes a la casa en que se hospeda Jesús, y la han asediado, sin hacer ruido, sin impacencias pero sin desistir, bien decididos a seguir al Maestro en cuanto salga a la calle.

Y muchos, hortelanos, han cogido los aljofarados frutos de sus huertos y los tienen resguardados del sol que surge, y del polvo y las moscas, bajo una cubierta de frescas pámpanas o de anchas hojas de higuera, por cuyo borde recortado se dejan entrever manzanas rosillas como pintadas por un miniaturista, y cárares u ónicos de granos de uvas, o blandas formas abultadas de higos de todos los tipos, cuáles bien cerrados dentro de la piel apenas sunsida que cubre la pulpa almibarada, cuáles túrgidos y lisos como si fueran seda bien alisada y adornados en el fondo con una gota de brillante, cuáles abiertos a una sonrisa de fibras blondas, róseas, rojas oscuras, según el tipo. Y unos pescadores han traído en pequeñas nasas unos peces, sin duda pescados durante la noche, sacrificando el sueño, porque algunos están todavía vivos y dan las bocanadas de las últimas, penosas aspiraciones y convulsiones de la agonía, aumentando así con el leve golpeteo de la respiración y los débiles cuarteos los tornasoles argentinos o azulinos de los vientres o de los dorsos, extendidos sobre un lecho de grises-verdes hojas de sauce o de chopo.

E1 lago -tan puro, yo diría: tan angélico, casi absorto, por el cumplido reposo de las ondas lentas en el guijaral, que hacen apenas un delicado frufrú al asomarse entre los cantos-, el lago, entretanto, ha pasado del delicado color lácteo, que el alba transfunde a las aguas que dejan atrás la noche, al risueño, más humano, yo diría: de carne, de la aurora, que ilumina el agua con las primeras tonalidades rosas de las nubes róseas reflejadas en el lago, para volver a ser cerúleo con la luz segura de la aurora, y que recobra vida y palpita de nuevo con el vaivén de sus olitas corriendo a reír a la playa orladas de espuma, retrocediendo luego para danzar con otras ondas, decorando así todo el espejo lacustre con un encaje liviano, cándido, extendido sobre la seda celeste del agua que la brisa de la mañana recorre. Y luego es el primer rayo de sol el que surca veloz el agua, allí, hacia Tariquea, allí, donde era tan verdeazul por el reflejo en ella de los bosques, y que ahora se tiñe de color dorado y resplandece como un espejo roto herido por el sol, y este espejo se va extendiendo cada vez más, vistiendo de oro y topacios nuevas aguas aún cerúleas, cancelando los tonos rosados de las nubes reflejadas en las olas, fajando las quillas de las últimas barcas que regresan al puerto después de la pesca, y las de las primeras que salen, mientras las velas, bajo la luz triunfal del sol ya alzado, albean como alas de ángel sobre el fondo azul y el verde del cielo y las colinas: ¡bellísimo lago de Galilea que, por la fecundidad de sus riberas, me recuerda al nuestro de Garda y, por la paz mística, al Trasimeno; gema de Palestina, digno marco para la mayor parte de la vida pública de Jesús!

Y Jesús se asoma a la puerta de la casa que lo hospeda, y sonríe, alzando los brazos para bendecir a los pacientes habitantes del lugar que lo están esperando...

-La paz sea con todos vosotros.

¿Me esperabais? ¿Temíais que me fuera a escapar sin saludaros? Nunca faltó a mis promesas. Hoy me quedo aquí para evangelizaros y estar con vosotros, como he prometido, para bendecir vuestras casas, vuestros huertos y barcas; para santificación de todas las familias y del trabajo. Pero recordad que mi bendición, para que sea fructífera, debe estar ayudada por vuestra buena voluntad. Y ya sabéis cuál es la buena voluntad que debe animar a una familia para que sea santa la casa en que reside. El hombre, en la casa, debe ser cabeza, pero no déspota, ni respecto a la esposa ni respecto a los hijos ni respecto a los criados; y, al mismo tiempo, debe ser el rey, el auténtico rey en el sentido bíblico de la palabra. ¿Recordáis el capítulo octavo del primer libro de los Reyes? (*1 Samuel 8, 4-5*)

Los ancianos de Israel se reunieron y fueron a Ramá, donde residía Samuel, y dijeron a éste: "Mira, te has hecho viejo y tus hijos no siguen tu camino. Constituye sobre nosotros, para que nos juzgue, a un rey, como tienen todas las naciones".

"Rey", pues, quiere decir "juez". Y debería ser juez justo, para no hacer de los súbditos personas infelices, en este tiempo, con guerras, atropellos, tributos injustos; ni en la eternidad, con un reino que sea sólo molicie y vicio. ¡Ay de aquellos reyes que faltan a su ministerio, que cierran los oídos a las voces de los súbditos, que cierran los ojos ante las llagas de la nación, que se hacen cómplices del dolor del pueblo, llevando a cabo alianzas injustas con tal de reforzar su poder con la ayuda de sus aliados!

Mas también, ¡ay de aquellos padres que faltan a su oficio, que son ciegos y sordos ante las necesidades y los defectos de los miembros de las familias, que son causa de escándalo o dolor para ésta, que descienden a pactos de indignas nupcias con tal de aliarse con familias ricas y fuertes, sin pensar que el matrimonio es una unión destinada a la elevación y consuelo del

hombre y la mujer, además de a la procreación; es deber, es ministerio, no es comercio, no es dolor, no es humillación de uno u otro cónyuge. Es amor y no odio. Justo ha de ser, pues, el que es cabeza, sin excesiva dureza o exigencias, sin excesivas condescendencias ni debilidades. Pero, si os vierais en dilema de elegir entre uno u otro exceso, elegid más bien el segundo. Porque por éste, al menos, sí, Dios podrá deciros: "¿Por qué fuiste in bueno?", pero sin condenaros, dado que el exceso de bondad ya castiga al hombre con los abusos que los demás se permiten respecto al bueno; mientras que siempre os reprochará la dureza, porque es falta contra el amor al prójimo más próximo.

Y justa ha de ser la mujer en casa respecto a su esposo, a los hijos y a los criados. Al esposo le dé obediencia y respeto, consuelo y ayuda. Obediencia no hasta el punto de que ésta asuma la sustancia de un consentimiento al pecado. Sumisión de la esposa, no degradación. Mirad, esposas, que el primero que os juzga, después de Dios, por ciertas culpables condescendencias, es el propio marido vuestro que a ellas os induce. No siempre son deseos de amor, son también pruebas respecto a vuestra virtud. Aunque en ese momento no lo piense, puede llegar un día en que el esposo se diga: "Mi mujer es fuertemente sensual" y de ahí empezar a nutrir sospechas sobre vuestra fidelidad marital.

Sed castas en el vínculo matrimonial. Haced que vuestra castidad imponga a vuestro esposo esa moderación que se tiene ante las cosas puras, y os trate con consideración, como a personas iguales que él, no como a esclavas o concubinas mantenidas para ser sólo "placer", y rehusadas después, cuando ya no gustan. La esposa virtuosa -Yo diría: la esposa que incluso consumado el matrimonio conserva ese "algo", que es virginal, en las acciones, en las palabras, en los abandonos de amor- puede llevar a su marido a una elevación desde la carnalidad al sentimiento; siendo así que el marido se despoja de la lujuria y se hace verdaderamente una única cosa con su esposa, a la que trata con el respeto con que uno trata a una parte de sí mismo; y es justo que así sea, porque la mujer es "hueso de sus huesos y carne de su carne", y nadie maltrata a sus huesos ni a su carne, sino que, al contrario, los ama; de forma que el esposo y la esposa, como los dos primeros esposos, se miren y no se vean en su desnudez sexual, sino que se amen por el espíritu, sin humillantes vergüenzas.

Que la esposa sea paciente, materna con su marido. Considérele como al primero de sus hijos, porque la mujer es siempre madre y el hombre tiene siempre necesidad de una madre que sea paciente, prudente, afectuosa, consoladora. ¡Dichosa la mujer que sabe ser compañera del propio cónyuge, y al mismo tiempo madre para sostenerlo, e hija para ser guiada! Que la mujer sea hacendosa. El trabajo, impidiendo el fantasear, beneficia a la honestidad, además de beneficiar a la bolsa. Que no atormente al marido con infundados celos que a nada son útiles. ¿El marido es honesto? Los celos vanos, moviéndolo a apartarse de casa, lo ponen en peligro de caer en las redes de una meretriz. ¿No es honesto y fiel? No serán las iras de la celosa las que lo corrijan, sino, más bien, el porte serio, sin caras de malhumor ni desaires, el porte digno y amoroso, y más amoroso, el que lo hagan reflexionar y volver a sus cabales. Sabed reconquistar a vuestro marido con vuestra virtud, cuando una pasión lo haya alejado de vosotras, como en la juventud lo conquistasteis con vuestra belleza. Y, para sacar fuerzas ante este deber, y resistir el dolor que os podría hacer injustas, amad y considerad a vuestros hijos y su bien.

Una mujer tiene todo en sus hijos: la alegría, la corona regia para las horas joviales, en que realmente es reina de la casa y del consorte, y el bálsamo para las horas dolorosas en que una traición, u otras penosas experiencias de la vida conyugal, flagelan su frente y, sobre todo, su corazón, con las espinas de su triste regalidad de esposa mártir. ¡Tan pisoteadas como para desear volver a casa, divorciándoos, o buscar compensación en un falso amigo que, fingiendo piedad hacia el corazón de la traicionada, en realidad su apetito está puesto en la hembra? ¡No, mujeres, no! Esos hijos, esos hijos inocentes, ya turbados, precozmente tristes a causa de un ambiente doméstico que ya no es ni sereno ni justo, tienen derecho a una madre, a un padre, al consuelo de una casa en que, aun habiendo fenecido un amor, el otro permanezca atento velando por ellos. Esos ojos suyos inocentes os miran, os escudriñan y comprenden más de lo que pensáis, y plasman sus espíritus según lo que ven y comprenden. No seáis nunca motivo de escándalo para vuestros inocentes; antes bien, refugiaos en ellos como en un baluarte de adamantinas azucenas contra las debilidades de la carne y las insidias de las serpientes.

Y que la mujer sea madre, esa madre justa que es al mismo tiempo hermana, que es amiga al mismo tiempo que hermana de sus hijos e hijas, y que es ejemplo, sobre todo, y en todo. Velar por los hijos y por las hijas, corregir amorosamente, sostener, hacer meditar, y todo sin preferencias; porque todos los hijos han nacido de una semilla y de un seno materno, y, si es natural el cariño, por la alegría que dan, hacia los hijos buenos, también es un deber amar -aunque con amor doloroso- a los hijos no buenos, recordando que el hombre no debe ser más severo que Dios, que ama no sólo a los buenos sino también a los no buenos, y los ama para tratar de hacerlos buenos, para tratar de darles manera, y tiempo de hacerse buenos, y soporta hasta que muere el hombre, reservándose el ser justo Juez cuando el hombre ya no puede rectificar.

Y permitidme, llegado a este punto, que diga una cosa que no es propiamente inherente a esta materia, pero que es útil que tengáis presente. Muchas veces, demasiadas, se oye que los malos tienen más alegría que los buenos, y que ello no es justo. Antes de nada, os digo: "No juzguéis las apariencias y lo que no conocéis". Las apariencias son a menudo falaces y el juicio de Dios está oculto en esta Tierra. Conoceréis en la otra parte, y veréis que el transitorio bienestar del malo fue concedido como medio para conducirlo al Bien y como merma de ese poco bien que hasta el más malvado puede hacer. Mas, cuando veáis las cosas con la luz adecuada de la otra vida, veréis que más breve que la vida del tallito de hierba nacido en primavera en el guijarral de un torrente que el verano seca es el tiempo de dicha del pecador, mientras que un solo instante de gloria en el Cielo es, por la dicha que comunica al espíritu que de ello goza, más vasto que la vida humana más triunfal que jamás haya habido. No envidiéis, por tanto, la prosperidad del malo; antes bien, tratad, con buena voluntad, de alcanzar el tesoro eterno del justo.

Y volviendo a cómo deben ser los miembros de una familia y los moradores de una casa para que en ella se mantenga con fruto mi bendición, os digo, oh hijos, que vosotros estéis sometidos a vuestros padres, que seáis respetuosos, obedientes, para poder serlo también para con el Señor Dios vuestro. Porque, si no aprendéis a obedecer las pequeñas indicaciones del padre o de la madre, a los que veis, ¿cómo podréis obedecer las indicaciones de Dios, que en su nombre se os dicen pero que ni veis ni oís? Y si no aprendéis a creer que quien ama, como un padre y una madre aman, no pueden mandar más que cosas buenas, ¿cómo vais a poder creer que sea bueno lo que se os dice como indicaciones de Dios? ¡Dios ama, y es Padre, eh! Pero,

queridos jovencitos, precisamente porque os ama y quiere teneros con Él, quiere que seáis buenos. Y la primera escuela donde aprendéis a haceros buenos es la familia. En ella aprendéis a amar y a obedecer, y en ella empieza para vosotros el camino que conduce al Cielo.

Sed, pues, buenos, respetuosos, dóciles. Amad a vuestro padre, aunque os corrija, porque lo hace por vuestro bien; y a vuestra madre, si os impide acciones que su experiencia juzga no buenas. Honradlos, no haciendo que se avergüencen de vuestras malas acciones. El orgullo no es cosa buena, pero existe un santo orgullo, el de decir: "No he causado dolor ni a mi padre ni a mi madre". Esto, que os hace gozar de su presencia mientras viven, os pone paz ante la herida de su muerte; mientras que, por el contrario, las lágrimas que un hijo hace derramar a su padre o a su madre hienden, como plomo fundido, el corazón del hijo malvado, y, por mucho que se industrie para adormecer esa herida, la herida duele, y duele, y duele más aún cuando la muerte del padre o de la madre le impiden al hijo reparar... ¡Oh, hijos, sed buenos, siempre, si queréis que Dios os ame! En fin, santa es la casa en que, por la justicia de sus dueños, se hacen justos también los criados y peones. Recuerden los señores que un mal comportamiento irrita y estraga al criado; y, el criado, que un mal comportamiento suyo disgusta al señor: que esté cada uno en su lugar, pero con un vínculo de amor al prójimo que colme la separación que hay entre siervos y señores.

Y entonces la casa bendecida por mí conservará su bendición y Dios permanecerá en ella. Igualmente, conservarán mi bendición - por tanto, protección- las barcas, los huertos, los aperos de trabajo y de pesca, cuando, santamente activos en los días lícitos y santamente dedicados al culto de Dios en los sagrados sábados, viváis vuestra vida de pescadores u hortelanos, sin robar en las ventas ni en las medidas, sin maldecir el trabajo, y sin hacerlo tan rey de vuestra vida, que lo antepongáis a Dios; porque, si el trabajo os da un beneficio, Dios os da el Cielo.

Y ahora podemos ir a bendecir casas y barcas y remos y huertos y azadas, y luego iremos a hablar al lugar de Juan, antes de que vaya a ver al sacerdote. Porque Yo aquí ya no volveré, y justo es que me escuche al menos una vez. Tomad el pan, el pescado y la fruta; lo llevaremos allí, al bosque, y comeremos en presencia del leproso curado, dándole a él la parte mejor, para que también su carne exulte y se sienta ya hermano entre los creyentes del Señor.

Y Jesús se pone en marcha, seguido por la gente del arrabal y por más que han venido de las ciudades cercanas, a donde, quizás durante la noche, han ido algunos de este arrabal a llevar la noticia de que el Salvador está en esta ribera.

452

El ex leproso Juan se hace discípulo. Parábola de los diez monumentos.

-¡Mi Señor! - grita el ex leproso, postrándose de rodillas, en cuanto ve aparecer a Jesús en la gándara que precede al lugar rocoso donde ha vivido durante muchos años. Y luego, levantándose, grita otra vez:

-¿Cómo es que vienes de nuevo a verme?

-Para darte el viático de la palabra, después del de la salud.

-El viático se da a uno que se pone en camino, y yo realmente me marchó hoy al atardecer para las purificaciones. Pero me marchó para volver y unirme a los discípulos, si me quieres acoger. Ya no tengo casa ni parientes, Señor. Soy viejo para volver a nueva actividad y vida. Me restituirán la posesión de los bienes. ¿Pero, cómo estará la casa, después de quince años sin ser de nadie? ¿Qué encontraré en ella? Quizás paredes derrumbadas... Soy un pájaro sin nido. Deja que me una a las filas de los que te siguen. Además... no me pertenezco ya a mí mismo, porque por lo que me has dado soy tuyo; ya no pertenezco al mundo, que durante tanto tiempo me apartó de sí (justamente, porque era impuro). Ahora, después de conocerte, soy yo quien encuentro impuro al mundo, y me aparto del mundo para ir a ti.

-Y Yo no te rechazo. De todas formas, te digo que querría de ti que estuvieras un tiempo en esta región. Aera y Arbela tienen a un hijo suyo evangelizando. Tú sélo de Ippo, de Gamala, de Afeq y de los pueblos cercanos. Dentro de poco voy a bajar a Judea, y no regresaré a estos lugares. Quiero que tengan evangelizadores.

-Tu voluntad me hace amable cualquier renuncia. Haré lo que desees. Lo haré en cuanto cumpla las purificaciones. Había pensado no preocuparme ya más de mi casa. Pero ahora digo que la voy a arreglar para poder vivir en ella y recibir durante el invierno a almas deseosas de saber de ti, y pediré a alguno de los discípulos que te sigue desde hace años que venga conmigo, porque, si quieres que sea un pequeño maestro, necesito ser instruido por alguien que sea más maestro que yo. Y en primavera iré, como los otros, predicando tu Nombre.

-Es un pensamiento correcto. Dios te ayudará a cumplirlo.

-Ya he empezado, destruyendo con el fuego todo lo que me pertenecía: o sea, la mísera yacija y los enseres que usaba, la túnica que he llevado hasta ayer, todo lo que había tocado con mi cuerpo enfermo. La gruta donde vivía está negra por el fuego que he encendido dentro para destruir y purificar. Nadie se contagiará si entra en ella para refugiarse en una noche de tormenta. Y... (la voz del hombre pierde fuerza, casi se empaña, y habla más lentamente...) y... tenía una vieja arca ya desvencijada... carcomida... parecía que la lepra la hubiera corroído también a ella... Pero para mí... era más preciosa que las riquezas del mundo... Dentro estaban las cosas amadas... recuerdos de mi madre... el velo de boda de mi Ana... ¡Ah, cuando se lo quité, lleno de felicidad, el día de nuestra boda al caer de la tarde, y contemplé aquel rostro de azucenas tan hermoso y puro, ¿quién me iba a decir que pocos años después lo iba a ver convertido todo en una llaga? Y... los vestidos de mis hijos... y sus juguetes... que sujetaron entre sus pequeñas manos mientras pudieron apretar... algo... y... ¡oh, es mucho el dolor!... perdona mi llanto... La llaga duele mucho ahora que los he quemado por justicia... sin poder besarlos... porque eran de leprosos... Soy injusto, Señor... Te muestro lágrimas... Pero ten conmiseración... He destruido el último recuerdo de ellos... y ahora me siento como un extraviado en un desierto...

El hombre se agacha, llorando, junto al montón de ceniza, recuerdo de su pasado...

-No estás extraviado, Juan; ni solo. Yo estoy contigo. Y los tuyos pronto estarán conmigo, en el Cielo, esperándote. Esos recuerdos te los evocaban desfigurados por la enfermedad, o con la hermosura de la salud antes de la desgracia: recuerdos todos dolorosos. Déjalos entre las cenizas de la hoguera. Anúlalos en la certidumbre que te doy Yo de que volverás a encontrarlos, felices, con la hermosura de la alegría del Cielo. El pasado ha muerto, Juan; no lo llores más. La luz ya no se demora en mirar a las tinieblas de la noche, sino que exulta por separarse de ellas y resplandecer, subiendo en el cielo tras el sol todas las mañanas. Y el sol no se demora en el oriente, sino que aparece, se muestra todo, hasta emitir sus rayos desde lo alto de la bóveda celeste que surca. Tu noche ha terminado. No la recuerdes ya. Sube con el espíritu a donde Yo, Luz, te llevo. Allí, por la dulce esperanza y la hermosa fe, encontrarás la alegría, porque tu caridad podrá derramarse en Dios y en los amados que esperan. Es sólo una rápida ascensión... y pronto estarás arriba, con ellos. La vida es un soplo... La eternidad es el eterno presente.

-Tienes razón, Señor. Me confortas y me enseñas cómo superar esta hora con justicia... Pero Tú estás al sol por estar lo más cerca de mí que te es concedido. Retírate, Maestro. Ya me has dado bastante. Podría hacerte daño el sol, que ya es fuerte.

-He venido para estar contigo. Todos hemos venido para esto. Lo que puedes hacer es acercarte tú a los árboles, y estaremos cerca sin peligro.

El hombre obedece y deja la peña a cuyos pies está el montón de ceniza, el pasado, y va hacia el lugar a que se dirige Jesús, donde están, emocionados, los apóstoles y las mujeres y los habitantes del arrabal y los que han venido de las ciudades a escuchar al Maestro.

-Encended las hogueras para asar el pescado. Repartiremos la comida en banquete de amor - ordena Jesús.

Y, mientras los apóstoles llevan a cabo las indicaciones, Él se mueve por entre los árboles y matas crecidos en desorden en este lugar que todos evitan por la cercanía del leproso. Una tupida maraña, agreste, de plantas que no conocen podaderas ni hachas desde que nacieron. Personas enfermas o afligidas por algo están bajo la sombra propicia de esta espesura y narran a Jesús sus angustias, y Jesús cura, aconseja o consuela, con paciencia y potencia. Más allá, en un pequeño prado, el niño de Cafarnaúm juega feliz con los niños del pueblo, y los gritos alegres de los niños compiten con el canto de muchos pájaros que hay en las tupidas frondas; mientras sus vestidos variopintos, agitados, al correr, contra el fondo verde de la hierba, hacen que parezcan grandes mariposas yendo de una flor a otra.

La comida está preparada. Llamen a Jesús, que pide prestado el cesto a un campesino que había traído higos y uva y lo llena de pan, del pescado más hermoso, de fruta muy sabrosa; añade a ello su cantimplora de agua endulzada con miel, y se dirige hacia el leproso.

-Te quedas sin cantimplora - le observa Bartolomé - No te la puede devolver.

Y Jesús, sonriendo:

-¡Hay mucha agua todavía para la sed del hijo del hombre! Está el agua que el Padre ha puesto en los pozos profundos. Y el Hijo del hombre tiene todavía las manos libres para usar sus cuencos... Día llegará en que no tendré ni éstas ni aquella... ni tendré ya tampoco el agua del amor, que aplaque la sed del sediento... Ahora tengo mucho amor en torno a mí... - y prosigue, llevando con las dos manos la canasta ancha, redonda y baja, que deposita en la hierba a unos metros de Juan; y dice a éste:

-¡Toma y come! Es el banquete de Dios.

Luego vuelve a su lugar. Ofrece y bendice el alimento y lo manda distribuir entre los presentes, que han añadido a ello todo lo que tenían. Todos comen con gusto y pacífica alegría, y María se ocupa del pequeño Alfeo con maternal dulzura. Luego, acabada la refacción, Jesús se pone entre la gente y el ex leproso y empieza a hablar, mientras las madres colocan en sus regazos a los niños, saciados de alimento y juegos, y los mecen para dormirlos y que no molesten.

Escuchad todos. En un salmo de David (*Salmo 15*) el salmista se pregunta: "¿Quién habitará en el Tabernáculo de Dios? ¿Quién descansará en el monte de Dios?". Y pasa a enumerar a los que estarán en el número de los afortunados, y los motivos de su bienaventuranza. Dice: "El que vive sin mancha y practica la justicia. El que dice la verdad de corazón y no urde engaños con su lengua. El que no perjudica a su prójimo. El que no se hace eco de palabras infamantes contra sus semejantes". Y en pocos renglones, después de decir quién habitará en los dominios de Dios, refiere el bien que hacen estos bienaventurados después de no haber hecho el mal. Así dice: "A sus ojos el malvado es nada. Honra a los que temen a Dios. No jura para engaño de su prójimo. No presta a usura su dinero, no recibe regalos en perjuicio del inocente". Y termina: "Quien estas cosas hace no vacilará jamás".

En verdad, en verdad os digo que el salmista dijo la verdad, y confirmo con mi sabiduría que quien así obra no vacilará jamás.

Primera condición para entrar en el Reino de los Cielos: "Vivir sin mancha".

¿Pero puede el hombre, criatura débil, vivir sin mancha? La carne, el mundo y Satanás, en una continua agitación de pasiones, tendencias y odio, lanzan sus chorretadas para manchar a los espíritus y, si el Cielo estuviera abierto sólo para los que hubieran vivido sin mancha desde que tuvieron uso de razón en adelante, poquísimos de toda la Humanidad entrarían en el Cielo, de la misma forma que poquísimos son los hombres que llegan a la muerte sin haber conocido enfermedades más o menos graves durante la existencia. ¿Y entonces? ¿Está así cerrado el Cielo para los hijos de Dios? ¿Tendrán que decirse éstos a sí mismos: "Lo he perdido" cuando un asalto de Satanás o un torbellino de la carne los hacen caer y ven manchada su alma? ¿No habrá ya perdón para el que haya pecado? ¿Nada borrarán la mancha que desfigura al espíritu? No temáis a vuestro Dios con injusto temor. Él es Padre. Y un padre tiende siempre una mano a los hijos que vacilan, les ofrece ayuda para que se pongan en pie de nuevo, conforta con medios delicados para que su abatimiento no degeneren en desesperación, sino que florezca en forma de humildad deseosa de ofrecer reparación para volver al amor del Padre.

Así es: el arrepentimiento del pecador: la buena voluntad de ofrecer reparación -nacidas ambas de un verdadero amor al Señor-, lavan la mancha de la culpa y hacen al hombre digno del perdón divino. Y cuando el que os habla haya cumplido su misión en la Tierra, a las absoluciones del amor, del arrepentimiento y de la buena voluntad, se unirá, poderosísima, la

absolución que el Cristo os habrá obtenido a precio de su sacrificio. Más cándidos en el alma que niños recién nacidos -mucho más cándidos porque a quien crea en mí le brotarán desde dentro de su seno ríos de agua viva que lavarán incluso el pecado original, causa primera de todas las debilidades del hombre-, podréis aspirar al Cielo, al Reino de Dios, a morar en sus Tabernáculos. Porque la Gracia que voy a devolveros os ayudará a practicar la justicia, que aumenta – más cuanto más es practicada - el derecho que os da un espíritu sin mancha a entrar en la alegría del Reino de los Cielos. Entrarán en él los niños pequeños y gozarán, por la bienaventuranza gratuitamente ofrecida; gozarán, porque el Cielo es alegría. Mas entrarán también los adultos, los viejos, los que hayan vivido, luchado, vencido, y que a la cándida corona de la Gracia unan la corona multicolor de sus obras santas, de sus victorias contra Satanás, el mundo y la carne, y grande, grandísima será su bienaventuranza de vencedores, grande, como el hombre no puede imaginar.

¿Cómo se practica la justicia? ¿Cómo se conquista la victoria? Con honestidad de palabras y de acciones, con caridad hacia el prójimo. Reconociendo que Dios es Dios y no poniendo en el lugar del Dios Santísimo los ídolos de las criaturas, el dinero, el poder. Ofreciendo cada uno el lugar que le corresponde, sin tratar de dar más ni de dar menos de aquello que debe darse. No es justo el hombre que, porque uno sea amigo o pariente suyo influyente, lo honre y sirva incluso en las obras no buenas. Y quien -caso contrario- perjudique a su prójimo porque de él no pueda esperar ningún beneficio, y jure contra él, o se deje comprar con regalos para testificar contra el inocente o juzgar con favoritismo, no según la justicia sino según el cálculo de lo que el injusto juicio le puede producir del más poderoso de los contendientes, no es justo, y vanas son sus oraciones, sus dádivas, porque a los ojos de Dios están manchadas de injusticia.

Como veis, lo que digo sigue siendo Decálogo. Siempre es Decálogo la palabra del Rabí. Porque el bien, la justicia, la gloria están en cumplir lo que el Decálogo enseña y ordena hacer. No hay otra doctrina. En el pasado fue dada entre los rayos del Sinaí, ahora es dada entre los resplandores de la Misericordia, pero es esa Doctrina. Y no cambia. Y no puede cambiar. Muchos, como propia disculpa, dirán en Israel, para justificar el no haber sido santos incluso después del paso del Salvador por la Tierra: "No he tenido posibilidad de seguirlo y escucharlo". Mas su disculpa no tiene ningún valor, porque el Salvador no ha venido a instaurar una nueva Ley, sino a confirmar la primera, la única Ley; es más, a confirmarla precisamente en su santa desnudez, en su sencillez perfecta. A confirmar con amor, y con promesas de seguro amor de Dios, lo que en el pasado había sido dicho con rigor, por una parte, y había sido escuchado con temor, por la otra parte.

Para que comprendáis bien lo que son los diez mandamientos, y la importancia que tiene el seguirlos, os digo esta parábola.

Un padre de familia tenía dos hijos. Igualmente amados. De ambos quería ser, en igual medida, benefactor. Este padre tenía, además de la casa donde vivían los hijos, otras propiedades donde había grandes tesoros escondidos. Los hijos tenían noticia de estos tesoros, pero no sabían el camino que a ellos conducía, porque su padre, por motivos personales, no les había revelado a sus hijos el camino para llegar, y ello durante muchos, muchos años.

Un día llamó a sus dos hijos y dijo: "Ya conviene que sepáis dónde están los tesoros que vuestro padre ha tenido reservados para vosotros, para que podáis ir por ellos cuando os lo diga. Entretanto, sabed cuál es el camino y las señales que he puesto en él para que no os extraviéis. Oídmelo. Los tesoros no están en la llanura, donde las aguas se depositan, arde el sol tórrido, el polvo deteriora, los espinos y los tréboles ahogan, y adonde fácilmente los ladrones pueden llegar y robar. Los tesoros están en la cima de aquel alto monte, alto y abrupto. Los puse allá en la cima. Allí os esperan. El monte tiene más de un sendero; es más, tiene muchos senderos. Pero sólo uno de ellos es bueno. Los otros terminan o en precipicio o en cavernas sin salida o en fosas de agua legamosa o en cubiles de víboras o en cráteres de azufre encendido o contra muros infranqueables. El bueno, sin embargo, aunque es fatigoso, llega a la cima sin interrupción de precipicios u otros obstáculos. Para que lo podáis reconocer, he puesto a lo largo del sendero, a distancias uniformes diez monumentos de piedra en que están grabadas estas palabras de reconocimiento: *amor, obediencia, victoria*. Id, siguiendo este sendero, y llegad al lugar del tesoro. Yo, luego, por otro camino que sólo yo conozco, iré y os abriré las puertas para dicha vuestra".

Los dos hijos se despidieron de su padre, quien, hasta que podían oírlo, repitió: "Seguid el camino que os he dicho. Es por vuestro bien. No os dejéis tentar por los otros, aunque os parezcan mejores. Perderíais el tesoro, y a mí con él..."

Ya han llegado al pie del monte. El primer monumento estaba en la base, justo al principio del sendero que estaba en el centro de una estrella de sendas que subían a la conquista del monte en todas las direcciones. Los dos hermanos empezaron la subida por el sendero bueno. En los primeros momentos era muy ligero, aunque sin una pizca de sombra. Desde lo alto del cielo, el sol descendía a pico inundándolo de luz y calor. La blanca roca en que el sendero se abría, el terso cielo sobre sus cabezas, el sol caliente que abrazaba sus cuerpos: esto veían y sentían los hermanos. Pero, animados aún por una buena voluntad, por el recuerdo de su padre y de sus recomendaciones, subían alegres hacia la cima. Llegan al segundo monumento... y luego al tercero. El sendero se hacía cada vez más fatigoso, solitario y ardiente. Ya no se veían siquiera los otros senderos, los cuales tenían hierba y árboles o aguas claras, y, sobre todo, una subida más suave, porque era menos empinada y estaba trazada en la tierra, no en la roca.

"Nuestro padre quiere que lleguemos muertos" dijo uno de los dos hijos al llegar al cuarto monumento. Y empezó a aminorar el paso. El otro lo animó a continuar, diciendo: "Si ha salvado para nosotros tan maravillosamente el tesoro, es que nos quiere como si fuéramos él mismo, y más todavía. Este sendero de la roca, que sube sin pérdida desde el pie hasta la cima, lo ha excavado él. Y ha hecho estos monumentos para que nos sirvan de guía. ¡Piensa, hermano mío, que él solo ha hecho todo esto, por amor! ¡Para darnoslo a nosotros! Para hacer que lleguemos sin error posible y sin peligro".

Siguieron andando. Pero los senderos que quedaban abajo, de vez en cuando, se acercaban al sendero de la roca, y esto sucedía cada vez más, en la medida en que el monte, acercándose a la cima, se iba haciendo más estrecho en su cono. ¡Y qué hermosos eran, umbríos, tentadores!...

"Estoy por tomar uno de éstos" dijo el descontento al llegar al sexto monumento. "En realidad, también aquél va a la cima."

"Hablas sin saber... No ves si sube o baja..."

"¡Ahí arriba está!"

"No sabes si es ése. Y además nuestro padre dijo que no dejásemos el recto camino..."

De mala gana continuó el insatisfecho. Ya llegó el séptimo monumento: "¡Bueno yo me voy, ¿eh?!".

"¡No lo hagas, hermano!"

Sendero arriba, un tramo verdaderamente difícilísimo; pero la cima ya estaba cercana...

Han llegado al octavo monumento, que está cerca del sendero florido, rayano con él.

"¿Ves cómo, aunque no sea en línea recta, lleva arriba también éste?"

"No sabes si es ése."

"Sí, que lo reconozco."

"Te engañas."

"No. Voy al otro".

"No lo hagas. Piensa en nuestro padre, en los peligros, en el tesoro"

"¡Pues prescindo de todo y de todos! ¿Para qué me sirve el tesoro, si llego a la cima agonizando? ¡Qué peligro es mayor que este camino? ¿Y qué odio, mayor que este de nuestro padre que se ha burlado de nosotros con este sendero para que muriésemos? Adiós. Llegaré antes que tú, y vivo..." y se lanzó al sendero contiguo, y desapareció con una exclamación de gozo tras los troncos que daban sombra al sendero.

"El otro prosiguió, con gran dificultad... ¡Oh, el último trecho del camino era verdaderamente tremendo! El viandante ya no podía más. Estaba como ebrio de fatiga, de sol. A1 llegar al noveno monumento, se detuvo jadeando. Se apoyó en la piedra esculpida y leyó instintivamente las palabras en ella grabadas. A poca distancia había un sendero de sombra, de aguas, de flores... "Casi, casi... ¡No! No. Ahí está escrito, y lo ha escrito mi padre: *amor, obediencia, victoria*. Debo creer. En su amor, en su verdad, y *debo* obedecer para mostrar mi amor... Vamos... Que el amor me sostenga...". Llegó el décimo monumento... El viandante exhausto, abrasado por el sol, caminaba encorvado como bajo un yugo... Era el amoroso y santo yugo de la fidelidad que es amor, obediencia, fortaleza, esperanza, justicia, prudencia, todo... En vez de apoyarse, se dejó caer, sentado, en la sombra insignificante que el monumento proyectaba en el suelo. Se sentía morir... Desde el sendero de al lado llegaba un rumor de arroyos y olor de bosque...

"¡Padre, padre, ayúdame con tu espíritu, en la tentación... ayúdame a ser fiel hasta el final!"

Desde lejos, la voz jubilosa de su hermano: "Ven, te espero. Esto es un edén... Ven..."

"¿Y si fuera?... " y gritando fuerte: "¿Estás seguro de que se sube la cima?"

"Sí, ven. Hay una galería fresca que lleva arriba. ¡Ven! Ya veo la cima, detrás de la galería que atraviesa la roca..."

"¿Voy? ¿No voy?... ¿Quién me socorre?... Voy..." Calcó las manos para levantarse, pero, mientras lo hacía, observó que las palabras incididas ya no eran seguras, como las del primer monumento: "En cada monumento que pasaba las palabras eran más ligeras... como si a mi padre, derrengado, le hubiera costado incidirlas. Y... ¡fíjate!... Aquí también esas marcas rojas oscuras que ya se veían desde el quinto monumento... Pero aquí llenan las hendiduras de todas las palabras e incluso ha escurrido hacia afuera, formando rayas como de lágrimas oscuras en la piedra, como... de sangre...". Rascó con el dedo en el lugar en que había una mancha de la extensión de dos manos. Y la mancha se redujo a polvo, dejando al descubierto, frescas, estas palabras: "Así os he amado. Hasta derramar la sangre por llevaros al Tesoro".

"¡Oh! ¡Oh! ¡Padre mío! ¡Y me venía la idea de no cumplir tu orden! ¡Perdón, padre mío! Perdón". El hijo lloró contra la piedra, y la sangre que llenaba las palabras recobró su frescura, resplandeciendo como el rubí, y las lágrimas fueron comida y bebida del hijo bueno, y le dieron fuerza... Se levantó... Por amor llamó a su hermano, lo llamó fuerte, fuerte... Quería que supiera lo que había descubierto... el amor de su padre, decirle: "Vuelve". Nadie respondió...

El joven reanudó la marcha, casi de rodillas sobre la piedra ardiente, porque su cuerpo estaba totalmente agotado por el esfuerzo pero su espíritu estaba sereno.

Ya se ve la cima... En ella, su padre.

"¡Padre mío!"

"¡Hijo amado!"

El joven se dejó caer sobre el pecho paterno, el padre lo acogió cubriéndolo de besos.

"¿Estás solo?"

"Sí... Pero mi hermano llegará pronto..."

"No. No llegará jamás. Ha abandonado el camino de los diez monumentos. No ha vuelto a él después de los primeros desengaños admonitorios. ¿Quieres verlo? Allí está. En el abismo de fuego... Ha sido pertinazmente culpable. Si, después de conocer el error, hubiera vuelto sobre sus pasos y, aunque hubiera sido con retraso, hubiera pasado por donde el amor pasó primero, sufriendo hasta derramar su mejor sangre, la parte más preciada de sí mismo por vosotros, yo lo habría perdonado todavía, y le habría esperado".

"Él no sabía..."

"Si hubiera mirado con amor las palabras incididas en los diez monumentos, habría leído su verdadero significado. Tú lo has leído desde el quinto monumento y se lo has observado al otro, diciéndole: "Nuestro padre aquí debe haberse herido". Y lo has leído en el sexto, séptimo, octavo, noveno... cada vez con más claridad, hasta que has tenido el instinto de destapar lo que se ocultaba bajo mi sangre. ¿Sabes cómo se llama ese instinto?: "Tu verdadera unión conmigo". Las fibras de tu corazón, fundidas con mis fibras, se han sobresaltado, y te han dicho: "Aquí hallarás la medida del amor de tu padre". Ahora toma posesión del Tesoro, y de mí con él, tú, amoroso, obediente, victorioso para siempre".

Ésta es la parábola.

Los diez monumentos son los diez mandamientos. Vuestro Dios os ha grabado y colocado en el sendero que lleva al Tesoro eterno, y ha sufrido para conducirlos a ese sendero. ¿Vosotros sufrís? También Dios. ¿Vosotros tenéis que forzaros a vosotros mismos? También Dios. ¿Y sabéis hasta qué punto? Sufriendo el separarse de sí mismo y forzarse a conocer el hecho de ser hombre con todas las miserias que la humanidad lleva consigo: nacer, padecer frío, hambre, cansancio, burlas, afrentas, odios, insidias y finalmente la muerte, dando toda su Sangre para daros el Tesoro. Esto es lo que sufre Dios que ha bajado a salvarlos. Esto es lo que sufre Dios en lo alto del Cielo, permitiéndose a sí mismo sufrirlo.

En verdad os digo que ningún hombre, por fatigosa que sea su senda para llegar al Cielo, recorrerá jamás un sendero más fatigoso y doloroso que el que el Hijo del hombre recorre para venir del Cielo a la Tierra y de la Tierra ir al Sacrificio para abrirnos las puertas del Tesoro.

En las tablas de la Ley ya está mi Sangre. En el Camino que os trazo está mi Sangre. La puerta del Tesoro se abre con el empuje de la ola de mi Sangre. Vuestra alma se hace cándida por el lavacro de mi Sangre, y fuerte por la nutrición de mi Sangre. Pero, para que no sea derramada en vano, vosotros debéis recorrer el camino inmutable de los diez mandamientos.

Ahora vamos a descansar. Cuando se ponga el sol iré hacia Ippo: Juan, a la purificación; vosotros, a vuestras casas. La paz del Señor esté con vosotros.

453

Llegada a Ippo y discurso en pro de los pobres. Curación de un esclavo paralítico.

Jesús entra en Ippo una clara mañana. Debe haber pernoctado en la casa campestre de algún habitante de la ciudad que ha venido a escucharlo, para entrar luego en la ciudad en las primeras horas de la mañana de un rumoroso día de mercado. Muchos de Ippo están con Él. Muchos de Ippo, habiendo sido avisados por otros de que ha llegado el Rabí, acuden solícitos a su encuentro. Mas no son sólo los habitantes de esta ciudad los que están alrededor de Jesús; están presentes también los del arrabal del lago. Falta sólo alguna mujer que, por sus condiciones físicas o por tener niños demasiado pequeños, no ha podido alejarse demasiado de casa.

La ciudad, ligeramente elevada sobre el nivel del lago, extendida sobre las primeras ondulaciones de la llanura elevada que está allende el lago y que va subiendo hacia oriente para alcanzar al sudeste los montes de la Auranítida y al nordeste el grupo montañoso presidido por el gran Hermón, tiene buena presencia: ciudad rica en comercio y en bienes; importante también como nudo de caminos, y eslabón de enlace entre muchas regiones de allende el lago, como se deduce de los postes de los caminos (están colocados en sus cercanías y llevan los nombres de Gamala, Gadara, Pel.la, Arbela, Bosra. Gerguesa, y otros más).

Muy poblada y muy visitada por forasteros que vienen de los pueblos vecinos para compras o ventas o por otros motivos de negocios. Veo a muchos romanos, civiles o militares, entre la multitud, la cual -no sé si es propiedad de esta ciudad o si lo es de la región- no me parece tan agresiva contra los romanos, no me parece que los rechace tanto. Quizás los negocios, más que en las zonas de la otra orilla, han estrechado vínculos recíprocos, que, si no son de amistad, por lo menos son de conveniencia.

La muchedumbre aumenta a medida que Jesús avanza hacia el centro de la ciudad, hasta que se detiene en una vasta plaza arbolada, donde, a la sombra de los árboles, se desarrolla el mercado, o sea, conciertan los negocios más importantes. Porque la compraventa de poca envergadura de alimentos y enseres se realiza detrás de esta plaza, en un terreno sin pavimentar donde ya pega el sol. De éste se defienden los compradores y vendedores con toldos montados sobre estacas y que proyectan un pequeño espacio de sombra sobre las mercancías expuestas en el suelo. El lugar, estando así cubierto con toldos poco elevados y de todos los colores, entre los cuales hormiguea la gente, vestida con indumentos variopintos, parece un prado engalanado con flores gigantescas: unas fijas, otras móviles por los senderillos que hay entre uno y otro toldo. Ello comunica al lugar un aspecto de belleza, que pierde, sin duda, cuando, desmontadas las... barracas prehistóricas, la explanada debe aparecer con su amarillenta desolación de lugar estéril y desierto.

Ahora está lleno de vocerío. ¡Pero cuánto gritan estos pueblos, y cuántas palabras dicen gritando para llegar a un acuerdo... pues... simplemente sobre una escudilla de madera, un cernedor, o un puñado de semillas! Y al vocerío de los que compran y venden se une todo un coro de mendigos que fuerzan la voz para que se les oiga por encima del vocerío.

-¡Pero aquí no puedes hablar, Maestro! - exclama Bartolomé - ¡Tu voz es potente, pero no puede superar este ruido!

-Esperaremos. ¿Veis? El mercado está terminando. Ya hay quien empieza a quitar las mercancías. Entretanto, id a ofrecer a los mendigos la limosna, con lo que han dado los ricos de aquí. Será para el discurso prólogo y bendición, porque la limosna dada con amor pasa del grado de ayuda material al de amor al prójimo, y atrae gracias - responde Jesús.

Los apóstoles van a cumplir la orden.

Jesús sigue hablando entre la atenta gente:

-La ciudad es rica y próspera. Al menos en esta parte. Veo que estáis vestidos con túnicas limpias y bonitas. Vuestras caras denotan buena alimentación. Todo me dice que no sufrís la miseria. Lo que os pregunto ahora es si aquellos que allí se lamentan son de Ippo o son mendigos ocasionales que han venido aquí de otros lugares en busca de una ayuda. Sed sinceros...

-Mira. Te vamos a responder, aunque ya la reprensión se entrevé en tus palabras. Algunos han venido de fuera. La mayor parte son de Ippo.

-¿Y no hay trabajo para ellos? He visto que aquí se construye mucho y debería haber trabajo para todos...

-Los que alistan para el trabajo casi siempre son los romanos...

-Casi siempre. Tú lo has dicho. Porque también he visto a habitantes de aquí superentendiendo trabajos; y entre ellos he visto a muchos que tienen a gente que no es de aquí. ¿Por qué no ayudar primero a los del lugar?

-Porque... es difícil trabajar aquí, porque, sobre todo, hace años, antes de que los romanos construyeran buenas calzadas, era laborioso traer aquí los bloques de piedra y abrir los caminos... Y muchos enfermaron o quedaron maltrechos... y ahora son mendigos porque ya no pueden trabajar.

-Pero ¿vosotros disfrutáis del trabajo que hicieron?

-¡Por supuesto, Maestro! Fíjate qué bonita ciudad, qué cómoda, con agua abundante en cisternas profundas, y hermosos caminos que comunican con otras ciudades ricas. Fíjate qué construcciones más sólidas. Fíjate cuántos trabajadores. Fíjate...

-Veo todo. ¿Y a construir estas cosas os han ayudado los que ahora os piden quejumbrosamente un pan? ¿Respondéis que sí? ¿Y entonces por qué, si disfrutáis de lo que ellos os han ayudado a tener, no les dais ni una pequeña porción de disfrute? El pan, sin que lo pidan: una yacija, para que no se vean obligados a compartir las madrigueras de los animales agrestes; una ayuda para sus enfermedades (que si se curasen de ellas tendrían la manera de hacer todavía algo, en vez de sentirse rebajados a un ocio forzado y humillante). ¿Cómo podéis sentaros contentos a la mesa y participar con alegría de la abundante comida, rodeados de vuestros hijos festivos, sabiendo que, a poca distancia, hermanos vuestros tienen hambre? ¿Cómo ir a descansar en una cama bien cobijada, cuando sabéis que afuera, de noche, hay hombres que no disponen de camastro ni refugio? ¿No os queman la conciencia esas monedas que guardáis en las arcas, sabiendo que muchos no tienen ni una moneda con que comprarse un pan?

Me habéis dicho que creéis en el Señor Altísimo y que observáis la Ley, que conocéis a los Profetas y los libros de la Sabiduría. Me habéis dicho que creéis en mí y que deseáis con avidez mi doctrina. Bueno, pues entonces tenéis que hacer bueno vuestro corazón, porque Dios es Amor y preceptúa amor, porque la Ley es amor, porque los Profetas y los libros de la Sabiduría aconsejan el amor, y mi doctrina es doctrina de amor. Los sacrificios y oraciones son vanos si el amor al prójimo no es su base y altar, y especialmente al pobre indigente, al cual es posible ofrecer todas las formas de amor con el pan, la cama, los vestidos, con el consuelo y la enseñanza, y conduciéndolo a Dios. La miseria, degradando, lleva al espíritu a perder esa fe en la Providencia que es saludable para resistir en las pruebas de la vida. ¿Cómo podéis pretender que el mísero sea siempre bueno, paciente, pío, cuando ve que los favorecidos por la vida -y, por tanto, según el concepto común, favorecidos por la Providencia- son duros de corazón, carecen de verdadera religión -porque a su religión le falta la parte primera y esencial: el amor-, carecen de paciencia y, teniéndolo todo, no saben soportar ni siquiera la súplica del hambriento? ¿Que a veces imprecen contra Dios y contra vosotros? ¿Y quién los conduce a este pecado? ¿No meditáis nunca, vosotros, ricos ciudadanos de una rica ciudad, que tenéis un gran deber: el de instruir en la Sabiduría a los abandonados con vuestro modo de actuar?

Alguien me ha dicho: "Todos queríamos ser tus discípulos para predicarte". Y Yo digo a todos: podéis hacerlo. Estos que vienen amedrentados, avergonzados con sus vestidos andrajosos y sus caras demacradas, son los que esperan la Buena Nueva, la que es dada, sobre todo, para los pobres, para que tengan una confortación sobrenatural en la esperanza de una vida gloriosa después de la realidad de su triste vida presente. Vosotros podéis practicar esta doctrina mía con menor esfuerzo material, aunque con mayor esfuerzo espiritual, porque las riquezas son peligrosas para la santidad y la justicia. Ellos pueden practicarla no sin toda suerte de fatigas. El pan que les falta, el vestido insuficiente, el techo inexistente los mueven a preguntarse: "¿Cómo puedo creer que Dios es mi Padre, si no tengo lo que tienen las aves del aire?". ¿Cómo podrá la dureza del prójimo hacerles creer que hay que amarse como hermanos? Tenéis la obligación de darles la certeza de que Dios es Padre, y de que vosotros sois hermanos, con vuestro amor operativo. La Providencia existe, y vosotros sois sus ministros, vosotros, los ricos del mundo. Considerad este hecho de ser medios como el mayor honor que Dios os da y como la única vía para hacer santas las riquezas peligrosas.

Y actuad como si en cada uno de éstos me vierais a mí mismo. Yo estoy en ellos. He querido ser pobre y padecer persecución para ser como ellos y para que el recuerdo del Cristo pobre y perseguido perdurase a través de los siglos, proyectando una luz sobrenatural sobre los pobres y perseguidos como Cristo, una luz que os hiciera amarlos como a otros Cristos. Y Yo, efectivamente, estoy en el mendigo al que se da comida, bebida, o vestido o posada; estoy en el huérfano recogido por amor, en el anciano socorrido, en la viuda ayudada, en el peregrino hospedado, en el enfermo asistido; estoy en el afligido consolado, en el vacilante confirmado, en el ignorante instruido; estoy donde se recibe amor. Y todo lo que se hace -o en medios materiales o en medios espirituales- a un hermano pobre se me hace a mí. Porque Yo soy el Pobre, el Afligido, el Varón de Dolores; y lo soy para dar riqueza, alegría, vida sobrenatural a todos los hombres, que muchas veces -no lo saben pero así es- son ricos sólo aparentemente, y tienen una alegría sólo aparente, mientras que en realidad son íntegramente pobres respecto a las riquezas y alegrías verdaderas, porque carecen de la Gracia por la Culpa original que de ella los priva.

Vosotros sabéis que sin la Redención no hay Gracia y sin Gracia no hay alegría y vida. Y Yo, para daros Gracia y Vida, no he querido nacer rey u hombre poderoso, sino pobre, lugareño, humilde. Porque ni la corona ni el trono ni el poder son nada para quien del Cielo viene para guiar al Cielo; mientras que el ejemplo que un verdadero Maestro debe dar para dar fuerza a su doctrina lo es todo. Porque la parte mayor está compuesta por los pobres e infelices, mientras que los poderosos y felices constituyen la menor parte. Porque la Bondad es Piedad. Para esto he venido y el Señor ha ungido a su Cristo: para que anunciara la Buena Nueva a los mansos y sanase a los que tienen el corazón quebrantado, para que predicara la libertad a los esclavos, la liberación a los cautivos, para consolar a los que lloran y para poner a los hijos de Dios, a los hijos que saben seguir siéndolo tanto en la alegría como en el dolor, su diadema, la vestidura de la justicia, y transformarlos, de árboles agrestes, en árboles del Señor; en campeones suyos; en glorias tuyas.

Yo soy todo para todos, y quiero conmigo a todos en el Reino de los Cielos, que está abierto para todos, a condición de saber vivir en la justicia. La justicia está en la práctica de la Ley y en el ejercicio del amor. A este Reino no se accede por derechos derivados de la riqueza, sino por heroísmos de santidad. Quien quiera entrar en él que me siga y haga lo que Yo hago: ame a

Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como Yo lo amo; no blasfeme contra el Señor y santifique sus fiestas; honre a sus padres; no alce la mano violenta contra su semejante; no cometa adulterio; no robe a su prójimo en ningún modo; no levante falso testimonio; no desee lo que no tiene y tienen otros, antes bien, conténtese con su suerte, pensando que ésta es siempre transitoria y es camino y medio para conquistar un destino mejor y eterno; ame a los pobres, a los afligidos, a los mínimos de la Tierra, a los huérfanos, a las viudas; no preste con usura. Quien haga estas cosas, independientemente de su nación o lengua, condición o grado de riqueza, podrá entrar en el Reino de Dios, cuyas puertas os abro Yo.

Venid a mí todos los que tengáis buena voluntad. No os asuste ni lo que sois ni lo que fuisteis, Yo soy el Agua que lava el pasado y fortalece para el futuro. Venid a mí los que tengáis pobreza de sabiduría. En mi palabra hay sabiduría. Venid a mí, haceos una vida nueva sobre la base de otros conceptos. No temáis no saber ni no poder hacer. Mi doctrina es fácil, mi yugo es ligero. Yo soy el Rabí que da sin pedir nada en cambio, nada sino vuestro amor. Si me amáis, amaréis mi doctrina, y, por tanto, también a vuestro prójimo, y tendréis la Vida y el Reino. Ricos, despojaos del apego a las riquezas y comprad con ellas el Reino con todas las obras de misericordioso amor al prójimo; pobres, despojaos de vuestro sentimiento de humillación y caminad por el camino de vuestro Rey. Con Isaías (55, 1) digo: "Sedientos, venid a las aguas; y también vosotros, los que no tenéis dinero, venid a comprar". Con el amor compraréis lo que es amor, lo que es alimento que no se estropea, alimento que verdaderamente sacia y fortalece.

Yo me marchó, hombres y mujeres, ricos y pobres de Ippo. Me voy para obedecer a la voluntad de Dios. Pero quiero marcharme de vuestra presencia menos afligido que como he llegado. Vuestra promesa será lo que consuele mi aflicción. Por el bien vuestro, ricos, por el bien de esta ciudad vuestra, sed, prometed ser, misericordiosos en el futuro respecto a los más pequeños de entre vosotros. Todo es hermoso aquí; pero, como una nube negra de tormenta pone aspecto temible a la más bella de las ciudades, así aquí domina, cual sombra que hace desaparecer toda belleza, vuestra dureza de corazón. Eliminadla y gozaréis de bendición. Recordad que Dios prometió no destruir Sodoma, si en ella hubiera habido diez justos. Vosotros no conocéis el futuro. Yo sí. Y en verdad os digo que está cargado de castigos más que una nube estival de granizo. Salvad vuestra ciudad con vuestra justicia, con vuestra misericordia. ¿Lo vais a hacer?

-Lo haremos, Señor, en tu nombre. ¡Háblanos, sigue hablándonos! Hemos sido duros y pecadores. Pero Tú nos salvas. Eres el Salvador. Háblanos...

-Estaré con vosotros hasta el anochecer. Pero hablaré con mis obras. Ahora, mientras el sol domina, id cada uno a su casa y medita en mis palabras.

-¿Y Tú a dónde vas, Señor? ¡A mi casa! ¡A mi casa!

Todos los ricos de Ippo quieren que vaya con ellos, y casi discuten por defender cada uno el motivo por el que Jesús debe ir a casa de éste o de aquél.

Él levanta la mano imponiendo silencio. A duras penas lo obtiene. Dice:

-Voy a estar con éstos.

Y señala a los pobres, los cuales, apiñados en un grupo al margen de la multitud, lo miran con los ojos de quienes, siempre vilipendiados, se sienten queridos. Y repite:

-Voy a estar con éstos, para consolarlos y compartir el pan con ellos. Para darles un adelanto de la alegría del Reino, donde el Rey estará sentado entre los súbditos en el mismo banquete de amor. Entretanto, puesto que su fe está escrita en sus caras y en sus corazones, les digo a ellos: "Hágase lo que en vuestro corazón pedís, y alma y cuerpo exulten con la primera salvación que os dona el Salvador".

Habrà al menos un centenar de pobres. De éstos, al menos los dos tercios, tienen taras físicas, o están ciegos, o visiblemente enfermos; el otro tercio es de niños que mendigan para sus madres viudas o para sus abuelos... Bien, pues es prodigioso ver que los brazos tullidos, las caderas baldadas, las espaldas contractas, los ojos apagados, las personas extenuadas que literalmente se arrastran, toda la flora dolorosa de las enfermedades y desdichas, debidas a accidentes de trabajo o contraídas por exceso de fatigas y de privaciones, se restauran, dejan de existir, y estos infelices vuelven a la vida, vuelven a sentirse capaces de bastarse a sí mismos. Los gritos llenan la vasta plaza y en ella retumban.

Un romano se abre paso a duras penas por entre la multitud delirante y se llega a Jesús mientras Él, también con dificultad, se dirige hacia los pobres que han sido curados y que desde su sitio lo bendicen, pues no pueden hender la muchedumbre compacta.

-¡Salve, Rabí de Israel! ¿Lo que has hecho es sólo para los de tu nación?

-No, hombre. Ni lo que he hecho ni lo que he dicho. Mi poder es universal, porque universal es mi amor. Y mi doctrina es universal, porque para ella no hay castas, ni religiones, ni naciones, que limiten. El Reino de los Cielos es para la Humanidad que sabe creer en el Dios verdadero. Y Yo soy para aquellos que saben creer en el poder del Dios verdadero.

-Yo soy pagano. Pero creo que eres un dios. Tengo un esclavo al que quiero, un anciano esclavo, que me sigue desde que yo era niño. Ahora la parálisis lo está matando lentamente y con muchos dolores. Pero es un esclavo y quizás Tú...

-En verdad te digo que no conozco sino una verdadera esclavitud que me produzca repulsión: la del pecado, la del pecado obstinado. Porque quien peca y se arrepiente halla mi piedad. Tu esclavo será curado. Ve y cúrate de tu error, entrando en la verdadera fe.

-¿No vienes a mi casa?

-No, hombre.

-Verdaderamente... he pedido demasiado. Un dios no va a casas de mortales. Eso se lee sólo en las fábulas... Pero nadie hospedó jamás a Júpiter o a Apolo.

-Porque no existen. Pero Dios, el verdadero Dios entra en la casa del hombre que cree en Él, y lleva a ellas curación y paz.

-¿Quién es el verdadero Dios?

-El que es.

-¿No Tú? ¡No mientas! Te siento dios...

-No miento. Tú lo has dicho. Yo lo soy. Yo soy el Hijo de Dios venido para salvar *a tu alma también*, como he salvado a tu amado esclavo. ¿No es ése que viene llamando a voces?

El romano se vuelve, ve a un anciano, seguido por otras personas, que envuelto en una manta corre gritando:

-¡Mario! ¡Mario! ¡Amo mío!

-¡Por Júpiter! ¡Mi esclavo! ¡Y corre!... Yo... he dicho: Júpiter... No. Digo: por el Rabí de Israel. Yo... yo... - el hombre ya no sabe qué decir...

La gente se abre de buena gana para dejar pasar al viejo curado.

-Estoy curado, amo. He sentido un fuego en mis miembros y una orden: "¡Levántate!". Me parecía tu voz. Me he levantado... Me tenía en pie... He intentado andar... podía... Me he tocado las llagas de la cama... no había llagas. He gritado. Nereo y Quinto han venido inmediatamente. Me han dicho dónde estabas. No he esperado a tener vestidos. Ahora te puedo servir todavía... - el anciano, de rodillas, llora mientras besa las vestiduras del romano.

-No a mí. Él, este Rabí, te ha curado. Habrá que creer, Aquila. Él es el verdadero Dios. Ha curado a aquéllos con la voz, y a ti... con no sé qué... Debemos creer... Señor... soy pagano, pero... toma... No. Es demasiado poco. Dime a dónde vas y te retribuiré». Había ofrecido una bolsa, pero la vuelve a guardar.

-Voy debajo de aquel pórtico oscuro, con ellos.

-Te mandaré para ellos. ¡Salve, Rabí! Lo contaré a los que no creen...

-Adiós. Te espero en los caminos de Dios.

El romano se marcha con sus esclavos. Jesús se marcha con sus pobres y con los apóstoles y discípulos.

El pórtico -más calle cubierta que pórtico- es umbrío y fresco, y la alegría es tanta, que el lugar, de por sí muy común, también parece hermoso. De vez en cuando, uno de la ciudad viene y da dádivas. Vuelve el esclavo del romano con una pesada bolsa. Y Jesús otorga palabras de luz y consuelos de dinero, y, cuando regresan los apóstoles con una serie de provisiones, Jesús parte el pan y bendice el alimento y ofrece a los pobres, a sus pobres...

454

María Santísima y su amor perfecto. Conflicto de Judas Iscariote con el pequeño Alfeo.

Se viene la noche, trayendo brisas que refrescan después de tanto calor, y penumbras de alivio después de tanto sol.

Jesús se despide de los de Ippo, bien firme en su propósito de no prorrogar la partida, pues quiere estar en Cafarnaúm para el sábado. La gente se aleja sin ganas. Alguno, obstinado, lo sigue incluso fuera de la ciudad.

Entre éstos está la mujer de Afeq, viuda, que en el arrabal del lago rogó al Señor que la eligiera como tutora del pequeño Alfeo, a quien su madre no quería. Se ha incorporado al grupo de las discípulas y ya está muy familiarizada con ellas (tanto, que la tratan como a una de la familia). Ahora está con Salomé, hablando muy animadamente con ella, en tono bajo.

Más atrás va María con su cuñada, y ajustan su paso al del pequeñuelo, que camina en medio de ellas, dando la mano a las dos. Se divierte en saltar en el borde de todas las piedras de la calzada construida por los romanos ciertamente por estar hecha así, de piedras regulares. Y ríe, diciendo cada vez:

-¿Ves qué bien lo hago? ¡Mira, mira otra vez!

Un juego que creo que habrán hecho todos los niños del mundo, cuando van de la mano de los que sienten para sí afectuosos. Y las dos santas criaturas, que lo sujetan de la mano muestran gran interés en su juego y lo alaban por la habilidad con que se ve que salta.

El pobre pequeñuelo ha recobrado lozanía en pocos días de vida pacífica y amorosa; la expresión de sus ojos es festiva, como la de los niños felices, y la sonrisa argentina de su boca lo hace incluso más guapo, y, sobre todo, más niño, no teniendo ya esa expresión que tenía en el anochecer de la partida de Cafarnaúm, de hombrecito prematuramente triste.

María de Alfeo, observando esto y oyendo algunas palabras de Sara, la viuda, dice a su cuñada:

-¡Así sería perfecto! Si yo fuera Jesús, se lo entregaría.

-Tiene una madre, María...

-¿Madre? ¡No lo digas! Es más madre una loba que esa desalmada.

-Es verdad. Pero aunque no sienta el deber hacia su hijo, sigue teniendo el derecho respecto al hijo.

-¡Mmm! ¡Para hacerle sufrir! ¡Fíjate, está mucho mejor!

-Ya lo veo. Pero... Jesús no tiene el derecho de arrebatar los hijos a las madres, ni siquiera para dárselos a quien los amaría.

-Tampoco los hombres tendrían derecho a... Basta. Yo sé a qué me refiero.

-Te comprendo... Quieres decir: tampoco los hombres tendrían derecho a quitarte el Hijo a ti, y, no obstante, lo harán... Pero, haciendo esto, un acto humanamente cruel, provocarán un bien infinito. Esto, sin embargo, no sé si sería un bien para aquella mujer...

-Para el niño sí. Pero ¿por qué Jesús nos dijo aquella cosa horrenda? No tengo paz desde que la sé...

-¿Y no sabías ya antes que el Redentor debía padecer y morir?

-¡Sí que lo sabía! ¡Pero no sabía que era Jesús! ¡Que lo he querido, ¿eh?! Más que a mis propios hijos. Tan guapo, tan bueno... ¡Oh! Te le envidiaba, María mía, cuando era niño, y también siempre... siempre... Me dolía un simple soplo de viento que sufriera Él... No puedo pensar que será torturado...

María Cleofás llora en su velo.

Y María, la Madre, la consuela:

-María mía, no mires la cosa desde el lado humano. Piensa en sus frutos... Yo, ya te puedes imaginar como veo irse la luz cada día... Cuando muere la luz, digo: un día menos de tener a Jesús... ¡Oh! ¡María! Por una cosa, sobre todo, doy gracias al Altísimo, por haberme concedido alcanzar el amor perfecto -perfecto hasta lo que puede poseer una criatura-, que me concede poder medicar y fortificar mi corazón diciendo: "Su dolor y el mío son útiles para mis hermanos: bendito sea el Dolor". Si no amara así al prójimo... no podría, no, pensar que van a matar a Jesús...

-¿De qué magnitud es, entonces, tu amor? ¿Qué amor hay que tener para poder decir esas palabras?, ¿para... para... no huir con el propio hijo, defenderlo y decir al prójimo: "Mi primer prójimo es mi hijo y a él lo amo sobre todas las cosas"?

-Es a Dios a quien hay que amar sobre todas las cosas.

-Y Él es Dios.

-Él hace la voluntad del Padre y yo con Él. ¿Que de qué magnitud es mi amor? ¿Que qué amor hay que tener para poder decir esas palabras? El amor de fusión con Dios, la unión total, el abandono total, vivir perdidas en Él, no ser ya sino una parte de Él, de la misma forma que la mano es una parte de ti misma y hace lo que tu cabeza ordena. Este es mi amor y es el amor que se debe tener para hacer siempre con buena voluntad la voluntad de Dios.

-Pero tú eres tú. Eres la Bendita entre todas las criaturas. Seguro que lo eras ya antes de tener a Jesús, porque Dios te eligió para tenerlo, y te es fácil...

-No, María. Yo soy la Mujer y la Madre como toda mujer y madre. El don de Dios no suprime a la criatura, que tiene su humanidad como todas las demás, aunque el don le dé una espiritualidad muy fuerte. Tú sabes ya que yo he debido aceptar el don con voluntad espontánea y con todas las consecuencias que el don comportaba. Porque todo don divino es una gran bienaventuranza, pero también un fuerte compromiso. Y Dios no violenta a ningún hombre para que acepte sus dones, sino que pregunta a la criatura, y si la criatura, a la voz espiritual que le habla, contesta: "No", Dios no la fuerza. Todas las almas, al menos una vez en la vida, reciben la propuesta de Dios acerca de...

-¡Yo no! ¡A mí no me ha pedido nunca nada! - exclama segura María de Alfeo.

María Virgen sonríe mansamente y responde:

-No te has percatado y tu alma ha respondido sin que te dieras cuenta; y eso es porque amas ya mucho al Señor.

-¡Te digo que no me ha hablado nunca!...

-¿Y por qué, entonces, estás aquí, como discípula, siguiendo a Jesús? ¿Y por qué, entonces, esa aflicción tuya porque tus hijos, todos, sean seguidores de Jesús? Sabes lo que significa seguirlo, y no obstante quieres que tus hijos lo sigan.

-¡Así es! Quisiera darle todos mis hijos. Entonces verdaderamente diría que he dado a luz, a la Luz, a mis hijos. Y oro, oro porque pueda darlos a Luz, a Jesús, con una verdadera, eterna maternidad.

-¡Pues ya lo ves! ¿Y por qué eso? Porque Dios te preguntó un día y te dijo: "María, ¿me concederías a tus hijos para ser mis ministros en la nueva Jerusalén?". Y tú respondiste: "Sí, Señor". Y también ahora, que sabes que el discípulo no es más que el Maestro, respondes a Dios -que te pregunta aún para probar tu amor-, respondes: "Sí, mi Señor. ¡Lo que quiero es que sean tuyos!". ¿No es así?

-Sí, María. Es así. Es verdad. Soy tan ignorante que no sé comprender lo que sucede en el alma. Pero cuando Jesús o tú me hacéis pensar, digo que es verdad. Es realmente verdad. Digo que... querría verlos muertos por los hombres antes que enemigos de Dios... Claro que... si los viera morir... si... ¡oh! Bueno, pero el Señor... el Señor me ayudaría, ¡eh!, en esa hora... ¿O te ayudará sólo a ti?

-Ayudará a todas sus hijas fieles y mártires en el espíritu, o en el espíritu y en la carne para gloria suya.

-¿Pero a quién van a matar? - pregunta el niño, que, oyendo esto que dicen, ha dejado de dar brincos y ha estado atentísimo. Y también pregunta, entre un poco curioso y un poco atemorizado, mirando acá y allá, hacia los campos solitarios que se van poniendo oscuros:

-¿Hay bandidos? ¿Dónde están?

-No hay bandidos, niño. Y, por ahora, a nadie van a matar Salta, sigue saltando... - responde María Stma.

Jesús, que estaba muy adelante, se ha parado a esperar a las mujeres. De los que lo han seguido desde Ippo, están todavía tres hombres y la viuda; los otros se han decidido, uno después de otro, a dejarlo y a volver a su ciudad.

Los dos grupos se reúnen. Jesús dice:

-Vamos a estar aquí a la espera de la Luna. Luego seguiremos, para entrar al amanecer en la ciudad de Gamala.

-¡Pero Señor! ¿No te acuerdas de cómo te echaron de allí? Te suplicaron que te marcharas...

-¿Y eso qué significa? Me marché y ahora vuelvo. Dios es paciente y prudente. En aquel momento, estando nerviosos, no eran capaces de acoger la Palabra, que para ser fructífera debe ser recibida con el ánimo en paz. Acordaos de Elías (*1 Reyes 19, 13-18*) y de su encuentro con el Señor en el Horeb, y considerad que Elías era ya un ánimo amado del Señor y acostumbrado a entenderlo. Sólo en la paz de una brisa ligera, cuando el ánimo descansaba, después de las zozobras, en la paz e la Creación y del yo honesto, habló el Señor; sólo entonces. Y el Señor ha esperado a que la zozobra que dejara la legión de demonios como recuerdo de su paso por aquella región -porque si el paso de Dios es paz, el paso de Satanás es turbación- cesara, y se hicieran cristalinos corazón e intelecto, para volver a estos de Gamala, que todavía son sus hijos. No temáis. No nos causarán ningún daño.

La viuda de Afeq se acerca y se arrodilla:

-¿Y a mi casa no vas a venir, Señor? También Afeq está llena de hijos de Dios...

-Áspero es el camino y breve el tiempo. Tenemos con nosotros a las mujeres y tenemos que regresar para el sábado a Cafarnaúm. No insistas, mujer - dice Judas Iscariote casi apartándola,

-Es que... Quería que se persuadiera de que podría tener bien conmigo al niño.

-Pero tiene a su madre, ¿comprendes? - replica Judas Iscariote, y lo dice con descortesía.

-¿Sabes algún camino corto entre Gamala y Afeq? - pregunta Jesús a la mujer, que se ha quedado compungida.

-¡Sí! Un camino de montaña, pero bueno, y fresco porque atraviesa bosques. Y para las mujeres, pago yo; se pueden alquilar asnos...

-Iré a tu casa para consolarte, aunque no puedo darte al niño porque tiene a su madre. Pero te prometo que pensaré en ti si Dios determina que el inocente aborrecido halle amor de nuevo.

-Gracias, Maestro. Eres bueno - dice la viuda, y mira a Judas de una forma que quiere decir: "Y tú eres malo".

El niño, que ha oído y comprendido, al menos en parte, y que le ha cogido cariño también a la viuda (la cual lo conquista con caricias y dándole algunas cosas buenas de comer), un poco por un movimiento natural de reflexión y un poco por ese espíritu de imitación propio de los niños, repite exactamente lo que ha hecho la viuda, lo único que no hace es postrarse a los pies de Jesús, pero sí se agarra a sus rodillas y levanta la carita, blanca de luna, y dice:

-Gracias, Maestro. Eres bueno.

Y no se limita a eso; quiere dejar bien claro lo que piensa, así que termina:

-Y tú, malo - y, para que no haya posibles errores de persona, da una patadita con su pie en el pie de Judas Iscariote.

La carcajada de Tomás es fragorosa, y arrastra a los demás a reírse, mientras dice: «

-¡Pobre Judas! ¡Está escrito, ¿eh?, que los niños no te quieran! Cada cierto tiempo un niño te juzga, y siempre tan mal...

Judas tiene tan poco buen temple, que muestra su ira, una ira injusta, desproporcionada a la causa y al objeto que la provoca, y que se desahoga arrancando con malos modales al pequeñuelo de las rodillas de Jesús y empujándolo hacia atrás gritando:

-¡Esto pasa cuando en las cosas serias se representan pantomimas. No es ni decoroso ni útil llevar con nosotros a un apéndice de mujeres y bastardos...

-¡Eso sí que no! Tú has conocido a su padre. Era esposo legítimo y hombre justo - dice severo Bartolomé.

-¿Y? ¿Ahora éste no es un callejero, un futuro ladrón? ¿No es causa de que se hagan a nuestras espaldas comentarios poco buenos? Han pensado que era hijo de tu Madre... ¿Y dónde está el esposo de tu Madre para justificar un hijo de esta edad? O creen que es de uno de nosotros, y...

-Basta. Hablas el lenguaje del mundo. Pero es que el mundo habla en el fango, a las ranas, a las culebras, a los lagartos, a todos los animales inmundos... Ven, Alfeo. No llores. Ven conmigo. Te llevo en brazos Yo.

La pena del niño es grande. Todo su dolor de huérfano y de niño aborrecido por su madre, dolor adormecido en esos días de paz, emerge de nuevo, vuelve a bullir, se desborda. Más que por las abrasiones que se ha hecho en la frente y en las manos al caer en el terreno pedregoso -abrasiones que las mujeres limpian y besan para consolarlo- él llora por su dolor de hijo sin amor. Un llanto largo, desgarrador, con invocaciones a su padre muerto, a su madre... ¡Oh pobre niño!

Lloro con él yo, la siempre desestimada de los hombres; y como él me refugio en los brazos de Dios, hoy, aniversario de los funerales de mi padre; hoy, día en que una injusta decisión me priva de la Comuni3n frecuente...

Jesús lo toma, lo besa, lo acuna y consuela, y camina delante de todos, llevando en sus brazos al inocente, bajo el claro de luna... Y, mientras los sollozos menguan lentamente y enralecen, se puede oír en el silencio nocturno la voz de Jesús que dice:

-Estoy Yo, Alfeo. Yo por todos. Yo, para hacerte de padre y madre. No llores. Tu padre está mi lado y te besa conmigo. Los ángeles te cuidan como si fueran madres: todo el amor, todo el amor si eres bueno e inocente está contigo... y la voz ronca de uno de los tres de Ippo que están allí que dice: «El Maestro es bueno, y atrae; pero sus discípulos no. Yo me voy...»; y la voz severa del Zelote, que dice a Judas Iscariote: « ¿Ves lo que haces?».

Y luego, cuando la única que queda entre las discípulas, suspirando con ellas, es la viuda de Afeq, se oye únicamente el rumor disminuido de los pasos, porque los tres de Ippo se han marchado. Y dura hasta que se detienen en una amplia gruta, quizás refugio de pastores (porque hay en ella un estrato de escobilla y helecho, poco antes cortados y extendidos en el suelo para que se sequen).

-Vamos a pararnos aquí. Vamos a agrupar este lecho de la Providencia para las mujeres. Nosotros podemos echarnos aquí fuera, en la hierba del suelo - dice Jesús. Y así lo hacen, mientras la Luna navega llena en el firmamento.

La Iglesia es confiada a la maternidad de María. Discurso, al pie de Gamala, en pro de unos forzados.

Cuando rompe el alba Jesús se despierta y se incorpora en su tosco lecho hecho de tierra y hierba. Luego se pone en pie, coge sus sandalias y el manto que se había echado encima para defenderse del aguazo y del fresco nocturno, y, cautelosamente, pasa por entre la maraña de piernas, brazos, torsos y cabezas de los apóstoles, que dormían alrededor de El. Se aleja algunos metros, aguzando la vista para ver -con la luminosidad insegura del alba, que bajo los árboles frondosos apenas si es un atisbo de luz- en dónde pone los pies, y llega a un prado descubierto, el cual por un trozo entre árboles y rocas muestra un pequeño recorte del lago, que se despierta, y un amplio recorte del cielo, que se hace claro, pasando del pardo cerúleo, propio del firmamento al salir de la noche, al celeste, mientras que a oriente ya se difumina con una pincelada amarillosa, cada vez más afianzada y cargada, hasta pasar del amarillo pálido al amarillo rosado y luego a un pálido coral hermosísimo.

El alba promete un hermoso día, a pesar de una levísima niebla que se resiste a ceder a la luz el campo del cielo, allá abajo, a oriente, y se disgrega en velos de nubes: tan ligeras, que el azul del cielo no se resiente, es más, se adorna como con muselina blanquísima orillada de oro y corales, una muselina que va cambiando sin cesar, que se hace cada vez más bella, como

esforzándose en alcanzar la perfección de su efímera belleza antes de que el día la destruya con el triunfo del sol. A occidente, por el contrario, resiste algún astro aún a la luz creciente, aunque carente ya del resplandor nocturno. La Luna, próxima ya a desaparecer por detrás de las crestas de los montes, navega pálida, sin brillo, como un planeta moribundo.

Jesús, erguido, desnudos los pies sobre la hierba cargada de rocío, cruzado de brazos, la cabeza alta mirando al día que surge, piensa... o habla con el Padre en un coloquio de espíritus. El silencio es absoluto; tal, que se oyen caer al suelo las gotas del abundantísimo rocío.

Jesús, todavía de pie y con los brazos cruzados, baja la cara, y se abisma aún más en una meditación intensa. Está concentrado totalmente en sí mismo. Sus magníficos ojos bien abiertos miran fijamente al suelo, como para arrancar a las hierbas una respuesta. Pero estoy segura de que no ven ni siquiera el lento movimiento de los tallitos, los cuales es como si se estremecieran con el viento fresco del alba (un estremeción semejante al de uno que sale de un sueño y se despereza y se da la vuelta y se despeja para volver a estar bien despierto, ágil en todos sus nervios y músculos). Mira, pero no ve este despertar de las hierbas y flores silvestres, en las ramitas, en las hojas, en las corolas que forman umbelas o racimos o espigas o ramilletes... Unas flores aisladas en los cálices; otras, que forman nimbos radiados, bocas de dragón, cornucopias, penachos, bayas; algunas, enhiestas sobre sus tallos; otras, sin tersura y colgadas de un tallo no suyo al que se han enroscado; otras, en el suelo, flácidas, reptantes; unas, reunidas en familias de muchas plantitas bajas y humildes; otras, solitarias, anchas, de color y aspecto violentos... Todas, tratando de sacudirse de los pétalos las gotas de rocío, deseosas ahora ya no de aguazo sino de sol... caprichosas tanto en los deseos como en sus composturas... Muy semejantes en esto a los hombres, que nunca están satisfechos de lo que tienen.

Jesús parece estar escuchando. Pero ciertamente no oye ni el frufrú del viento que va aumentando y se divierte en sacudir las gotas de rocío y hacerlas caer, ni el bisbiseo cada vez mayor de los pajarillos que se despiertan y se cuentan los sueños de la noche, o intercambian sus consideraciones sobre la cuna tibia y cóncava donde, en medio de pelusa y blando heno, los que ayer implumes hoy ya echan las primeras plumas, y abren desmesuradamente los desmedidos picos mostrando, ávidos, las gargantas rojas y chillando con su primera, exigente petición de alimento. Parece estar escuchando. Ciertamente no es el primer reclamo burlón del mirlo, el primer canto dulce del curruco, ni de la alondra la nota de oro trinada alzándose festiva al encuentro de los primeros rayos del sol, ni de las numerosas golondrinas -que dejan las peñas donde han hecho el nido y empiezan a tejer su tela de vuelos incansables de la tierra al cielo- el chillar que rasga el aire quieto. Y tampoco oye el grito roto de una urraca que se columpia en la rama del roble junto al que está Jesús y que parece preguntarle: «¿Quién eres? ¿En qué estás pensando?» y burlarse de Él. Tampoco esto interrumpe su meditación.

Pero ¿quién no sabe que las urracas hacen desaires? Ésta, cansada de ver a un intruso en su pradito, que quizás es su lugar de placer, arranca del roble dos hermosas bellotas unidas en un solo pecíolo y, con precisión de campeón de tiro, las deja caer sobre la cabeza de Jesús. No es un proyectil pesado, que pueda herir, pero, por la altura desde la que viene, adquiere en todo caso la consistencia suficiente como para hacer reaccionar al Meditabundo, que mira hacia arriba y ve al ave que con las alas abiertas y jocosas inclinaciones de cabeza se complace del tiro llevado a cabo. Jesús sonríe levemente, meneando la cabeza, suspira como para coronar sus meditaciones y empieza a andar arriba y abajo. La urraca, con sonora risa y un gué gué de mofa, baja a aletear, buscar, escarbar en la hierba liberada del Intruso.

Jesús busca agua. Pero no la encuentra. Se resigna a volver donde los apóstoles. Pero los pájaros le enseñan dónde hallarla. A manadas bajan hacia unas flores anchísimas en forma de cáliz, cada una de ellas una pequeña copa con agua; o se posan en unas hojas anchas, peludas, que en cada uno de esos pelos tienen retenida una gota de rocío, y ahí beben o hacen sus abluciones. Jesús los imita. Recoge en el cuenco de las manos el agua de los cálices y se refresca la cara, toma las anchas hojas peludas y con ellas se quita el polvo de los pies descalzos... se limpia las sandalias, se las ata... con otras se lava las manos, hasta que las ve limpias; y sonríe mientras susurra:

-¡Las divinas perfecciones del Creador!

Ahora está refrescado, aseado -con la mano húmeda se ha ordenado también los cabellos y la barba-, y, mientras el primer rayo de sol hace del prado una alfombra sembrada de diamantes, va a despertar a los apóstoles y a las mujeres.

Las unas y los otros se muestran tardos en despertarse porque están cansados. Pero María está despierta, inmovilizada por el niño que duerme abrazado a su pecho, con la cabecita debajo de su mentón. Y la Madre, viendo aparecer a su Jesús por la entrada de la gruta, le sonríe con sus dulces ojos celestes, colorándose de rosa por la alegría de verlo. Y se libera del niño, el cual gimotea un poco al sentir que lo mueven; y se pone de pie y va donde Jesús con su silencioso paso levemente ondeante, de paloma pudorosa.

-Dios te bendiga, Hijo mío, en este día.

-Dios sea contigo, Mamá. ¿Has pasado una noche incómoda?

-No, no. Es más, bien feliz. Me parecía tenerte a Ti, cuando eras pequeñito, entre mis brazos... Y he soñado que de tu boca manaba un río de oro, emitiendo un sonido de inefable dulzura, y como si una voz dijera,... ¡oh, qué voz!: "Ésta es la Palabra que enriquece al mundo y da beatitud a quien la escucha y obedece. Salvará sin límites de poder ni de tiempo ni de espacio". ¡Oh, Hijo mía! ¡Y esta Palabra eres Tú, mi Hijo! ¿Cómo podría vivir tanto y hacer tanto como para poder agradecer al Eterno el haberme hecho Madre tuya?

-Que no te preocupe eso, Mamá. Cada uno de los latidos de tu corazón contenta a Dios. Tú eres la viviente alabanza a Dios, y lo serás siempre, Mamá. Tú le das gracias desde que existes...

-No creo hacerlo suficientemente, Jesús. ¡Es tan grande, tan grande lo que Dios me ha hecho! Y, a fin de cuentas, ¿qué hago yo de más respecto a lo que hacen todas las mujeres buenas que son, como yo, tus discípulas? Hijo mío, dile a nuestro Padre, díselo Tú, que me dé la forma de darle gracias como el don merece.

-Madre mía, ¿tú crees que el Padre necesita que pida esto para ti? Ya te ha preparado el sacrificio que habrás de consumir para esta alabanza perfecta. Y perfecta serás cuando lo hayas cumplido...

-¡Jesús mío!... Comprendo lo que quieres decir... ¿Pero seré capaz de pensar en esa hora?... Tu pobre Mamá...

-¡La bienaventurada Esposa del Amor eterno! Esto eres, Mamá. Y el Amor pensará en ti.

-Lo dices Tú, Hijo, y yo descanso en tu Palabra. Pero Tú... ora por mí, en aquella hora incomprensible por todos éstos... y que es ya inminente... ¿No es verdad? ¿No es, acaso, verdad?

Describir la expresión del rostro de María mientras mantiene este diálogo es imposible. No existe escritor que pueda traducirla en palabra sin deteriorarla con melosidades o colores inciertos. Solo quien tiene corazón, y corazón bueno, aun siendo corazón viril, puede dar mentalmente al rostro de María la expresión real que tiene en este momento.

Jesús la mira... Otra expresión intraducible en pobre palabra. Y le responde:

-Y tú ora por mí en la hora de la muerte... Sí. Ninguno de éstos comprende... No es por su culpa. Es Satanás quien crea los vapores para que no vean, y estén como ebrios y no comprendan, y no estén preparados por consiguiente... y sean más fáciles de doblegar... Pero Yo y tú los salvaremos, a pesar de la asechanza de Satanás. Desde ahora te los confío, Madre mía. Recuerda estas palabras mías: te los confío. Te doy mi herencia. No tengo nada en la Tierra sino una Madre, que ofrezco a Dios: Hostia con la Hostia; y mi Iglesia, que te confío a ti. Sé Nutriz para ella. Hace poco pensaba en todos aquellos en quienes, a lo largo de los siglos, revivirá el hombre de Keriot con todas sus taras. Y pensaba que uno que no fuera Jesús rechazaría a este ser tarado. Pero Yo no lo rechazaré. Soy Jesús. Tú, en el tiempo que permanezcas en la Tierra, segunda respecto a Pedro como jerarquía eclesiástica (él cabeza, tú fiel), primera respecto a todos como Madre de la Iglesia, habiéndome dado a luz a mí, Cabeza de este Cuerpo místico, tú no rechaces a los muchos Judas, sino socorre y enseña a Pedro, a los hermanos, a Juan, Santiago, Simón, Felipe, Bartolomé, Andrés, Tomás y Mateo, a no rechazar, sino a socorrer. Defiéndeme en mis seguidores, y defiéndeme contra aquellos que quieran dispersar y desmembrar a la naciente Iglesia. Y a lo largo de los siglos, oh Madre, siempre tú sé la Mujer que intercede y protege, defiende, ayuda a mi Iglesia, a mis sacerdotes, a mis fieles, contra el Mal y el Castigo, contra sí mismos... ¡Cuántos Judas, oh Madre, a lo largo de los siglos! Y cuántos semejantes a limitados mentales que no saben entender, o a ciegos y sordos que no saben ver y oír, o a tullidos y parálíticos que no son capaces de venir... ¡Madre, todos bajo tu manto! Eres la única que puede y podrá cambiar los decretos de castigo del Eterno para uno o para muchos, porque nada podrá negar nunca la Tríada a su Flor.

-Así lo haré, Hijo. Por lo que depende de mí, ve en paz a tu meta. Tu Mamá está aquí para defenderte en tu Iglesia, siempre.

-Dios te bendiga, Mamá... ¡Ven! Voy a recoger para ti unos cálices de flor llenos de rocío perfumado, así te refrescas la cara como he hecho Yo. Nos los ha preparado el Padre nuestro Santísimo y los pájaros me los han señalado. ¡Mira como todo sirve en la ordenada Creación de Dios! Este rellano elevado y cercano al lago, muy fértil por las nieblas que suben del mar galileo y por los árboles altos que atraen el rocío, permitiendo esta exuberancia de hierbas y flores incluso en medio de la quemazón estiva; esta abundante lluvia de gotas de rocío para llenar estos cálices y que sus amados hijos puedan lavarse el rostro... Ve lo que el Padre ha preparado para quien lo ama. Ten. Agua de Dios, en cálices de Dios, para refrescar a la Eva del nuevo Paraíso.

Y Jesús coge estas anchísimas flores -no sé cómo se llaman-vierte en las manos de María el agua recogida en el fondo...

Los otros, entretanto, se han arreglado y vienen buscando a Jesús, que se ha alejado algunos metros del lugar de descanso.

-Estamos ya listos, Maestro.

-Bien. Vamos por esta parte.

-¿Pero es buen camino? Aquí terminan los bosques; y la otra vez estábamos en los bosques... - objeta Santiago de Zebedeo.

-Porque subíamos del lago, pero ahora podemos tomar el camino bueno. ¿Veis? Gamala está allí, entre oriente y mediodía, y el único camino es éste. Porque los otros tres lados son impracticables para quien no es una cabra agreste.

-Tienes razón. Evitaremos la hoz árida de la que vimos venir a los endemoniados - dice Felipe.

Caminan a buen paso y pronto dejan atrás el bosque en el que han dormido. Van por un camino pedregoso allende una pequeña hoz que se va acentuando a medida que se acerca al caprichoso monte al que está aferrada Gamala, escarpado por tres partes, o sea, al este, norte y oeste, y unido al resto de la comarca por este único camino que sigue la dirección sur-norte; camino alto, entre dos pedregosos y agrestes valles que lo separan de las campiñas de oriente y de los bosques de encinas de occidente.

Muchos cuidadores de cerdos pasan en medio de su hozadora manada, en dirección a los encinares. Carros cargados de piedras labradas pasan chirriando, tirados por lentos bueyes enyugados. Algún que otro caballero pasa al trote levantando nubes de polvo. Equipos de cavadores -creo que la mayor parte son esclavos o condenados a trabajos por algún motivo- pasan andrajosos y consumidos, hacia los trabajos, bajo la vigilancia dura de los sobrestantes.

A medida que el monte se acerca y ya el camino sube, se ven cárcavas fortificadas que cortan el monte como anillos que ciñen sus laderas. Cavar esas cárcavas allí no debe ser fácil, especialmente en ciertos lugares casi cortados a pico. Y, a pesar de todo, muchos hombres trabajan arreglando fortificaciones ya existentes, preparando otras, llevando sobre sus desnudas espaldas cubos de piedra (que hacen plegarse a estos infelices y dejan surcos sangrantes en sus desnudas espaldas).

-¿Pero qué hacen los de esta ciudad? ¿Estamos, acaso, en tiempo guerra para trabajar de ese modo? ¡Están locos! - comentan entre sí los apóstoles, mientras las mujeres muestran su compasión por los infelices semidesnudos, mal nutridos, obligados a fatigas superiores a sus fuerzas.

-¿Pero quién los hace trabajar? ¿El Tetrarca o los romanos? - preguntan los apóstoles y arguyen entre sí, porque parece que Gamala es -así diría yo- independiente de la Tetrarquía de Filipo y de la Tetrarquía de Herodes, y porque les parece imposible a muchos de los apóstoles que los romanos se preocupen de construir en casa ajena fortificaciones que mañana

podrían ser usadas contra ellos. Y la eterna idea, fija como una idea maniática, del reino temporal del Mesías, se esgrime como enseña de una victoria ya segura y de gloria e independencia nacionales.

Gritan tanto, que algunos sobrestantes se acercan y escuchan. Son hombres rudos, de raza visiblemente no hebrea, bastantes ya camino de la vejez. Bastantes de ellos tienen cicatrices en el cuerpo. Pero lo que son lo dice la salida despreciativa de uno de ellos:

-¡"Nuestro reino"! ¿Has oído, Tito? ¡Narigudos! Vuestro reino está ya aplastado debajo de estas piedras. Quien se sirve del enemigo para construir contra el enemigo sirve al enemigo. Palabras de Publio Corfinio. Y, si no comprendéis, pues vivid, que las piedras os explicarán el enigma - se ríe mientras alza el azote, porque ve que uno de los trabajadores, agotado, vacila y se sienta, y le golpearía si Jesús no lo detuviera, adelantándose y diciendo:

-No te es lícito. Es hombre como tú.

-¿Quién eres, que te entrometes y defiendes a un esclavo?

-Yo soy la Misericordia. Mi nombre de hombre no te diría nada. Pero este atributo mío te recuerda que seas misericordioso. Has dicho: Quien se sirve del enemigo para construir contra el enemigo sirve al enemigo". Has dicho una dolorosa verdad. Pero Yo te digo otra, luminosa: "Quien no emplea misericordia no hallará misericordia".

-¿Eres un orador?

-Soy la Misericordia, ya te lo he dicho.

Algunos, de Gamala o que se dirigen a esta ciudad, dicen:

-Es el Rabí de Galilea. El que manda a las enfermedades, a los vientos, a las aguas y a los demonios, y convierte las piedras en pan y nada se le resiste. Vamos corriendo a la ciudad a decirlo. ¡Que vengan los enfermos! Que escuchemos su palabra. ¡También nosotros somos de Israel! - y una parte de ellos se marchan rápidamente, mientras otra parte se queda en torno al Maestro.

El sobrestante de antes dice:

-¿Es verdad lo que éstos dicen de ti?

-Es verdad.

-Haz un milagro y creeré.

-No se piden milagros para creer. Se pide fe para creer, y obtener así el milagro. Fe y piedad hacia el prójimo.

-Soy pagano yo...

-No es razón válida. Vives en Israel, que te da dinero...

-Porque trabajo.

-No. Porque haces trabajar.

-Yo sé hacer trabajar.

-Sí, sin piedad. ¿No has pensado nunca que si en vez de ser romano hubieras sido de Israel habrías podido estar en el lugar de uno de éstos?

-¡Hombre, claro!... Pero no lo soy, por protección de los dioses.

-No podrían defenderte tus ídolos vanos, si el verdadero Dios quisiera castigarte. Todavía no has muerto. Sé, pues, misericordioso para obtener misericordia...

El hombre quisiera rebatir, discutir, pero luego se encoge de hombros despreciativamente y, volviendo las espaldas, se marcha a pegar a uno que ha parado de trabajar con el pico en una veta tenaz de roca.

Jesús mira al infeliz que recibe los golpes y mira al que golpea: dos miradas de igual, y al mismo tiempo distinta, piedad; y de una tristeza tan profunda, que me recuerda ciertas miradas de Cristo durante la Pasión. ¿Pero qué puede hacer? Impotente para intervenir, reanuda su camino, con el peso de las desventuras que ha visto y que le cargan el corazón.

Pero bajan apresuradamente algunos habitantes de Gamala, personas importantes ciertamente, y llegan donde Jesús, a quien saludan con gran veneración, invitándolo a que entre en la ciudad para hablar a los habitantes, los cuales, por su cuenta, están viniendo en nutridos grupos.

-Vosotros podéis ir a donde queráis. Ellos -y señala a los trabajadores- no pueden. La hora es aún fresca y la posición nos resguarda del sol. Vamos cerca de aquellos desdichados, para que también tengan ellos la palabra de Vida - responde Jesús.

Y es el primero en encaminarse, volviendo sobre sus pasos y tomando luego un sendero accidentado que lleva monte abajo al lugar en que el trabajo es más penoso. Se vuelve entonces hacia las personalidades de la ciudad y dice:

-Si tenéis facultad para hacerlo, ordenad que sea suspendido el trabajo.

-¡Claro que podemos hacerlo! Pagamos nosotros. Si pagamos horas vacías, nadie podrá quejarse - dicen los de Gamala, y van a hablar con los sobrestantes. Pasados unos momentos, veo que éstos se encogen de hombros como diciendo:

-Si estáis contentos vosotros, ¿a nosotros qué nos importa?

Y luego silban a los equipos una señal ciertamente de descanso.

Jesús, entretanto, ha hablado con otros de Gamala. Veo que éstos hacen gestos de asentimiento y que se marchan a paso rápido, de nuevo hacia la ciudad.

Los laborantes, temerosos, acuden donde los sobrestantes y se ponen en torno a ellos.

-Cesad el trabajo. El estrépito molesta al filósofo - ordena uno de éstos, quizás el jefe de todos. Los laborantes miran con ojos cansados a aquel que ha sido indicado como "filósofo" y que les concede el don de un alto en el trabajo.

Y este "filósofo", mirándolos con piedad, responde a su mirada y a las palabras del sobrestante diciendo:

-No me molesta el estrépito, sino que me da pena su miseria.

Y añade:

-Venid, hijos. Dad descanso a vuestros miembros, y más al corazón, junto al Cristo de Dios.

Pueblo, esclavos, condenados, apóstoles, discípulos se apiñan en el espacio libre que hay entre el monte y las trincheras, y quien allí no halla sitio trepa al anillo de trincheras más altas, o se coloca en los bloques que han sido volcados al suelo, y los menos afortunados se resignan a ir al camino, adonde ya llegan los rayos del sol. Y va viniendo continuamente gente nueva, de Gamala; o se detienen los que, procedentes de otros lugares, se dirigían a ella.

Mucha gente. Y entre ella se abren paso los que poco antes se habían marchado. Traen cestos y recipientes pesados. Se abren paso hasta Jesús, que ha ordenado a los apóstoles que lleven a la primera fila a los laborantes. Ponen cestos y ánforas a los pies de Jesús.

-Dad a éstos las ofrendas de la caridad - ordena Jesús.

-Ya han recibido su comida y allí hay todavía posca y pan. Si comen demasiado, están pesados en el trabajo - grita un sobrestante.

Jesús lo mira y repite la orden:

-Dad a éstos comida de hombres y traedme a mí su comida.

Los apóstoles, ayudados de gente solícita, lo llevan a cabo.

¡Su comida! Una especie de costra oscura, dura, indigna de ser dada a los animales, poca agua mezclada con vinagre: ¡éste es el alimento de estos forzados! Jesús mira y manda que apoyen en el monte esta miserable comida. Y mira a los que debían consumirlo, cuerpos desnutridos en los que sólo resisten los músculos, excesivamente desarrollados debido a los esfuerzos superiores a lo común, y haces de fibras que sobresalen bajo la piel flácida; ojos febriles y atemorizados, bocas ávidas, animalescas incluso, en el acto de morder el alimento bueno, abundante, inesperado, y de beber el vino, el verdadero vino fortalecedor, fresco...

Jesús espera, paciente, a que terminen la comida. Y no tiene que esperar mucho, porque la avidez es tal, que pronto todo está terminado.

Jesús abre los brazos con el gesto habitual de cuando está para hablar, para atraer la atención e imponer silencio. Dice:

-En este lugar, ¿qué observan los ojos del hombre? Valles excavados más profundamente de cuanto lo fueran por la naturaleza que los creó, colinas formadas con masas de rocas y taludes fabricados por el hombre, caminos sinuosos que penetran en el monte como guaridas de animales. ¿Y todo esto para qué? Para detener un peligro que no se sabe de dónde viene, pero que se presiente amenazador como granizada de un cielo borrascoso.

En verdad, aquí se ha actuado humanamente, con fuerzas humanas y medios humanos, y también inhumanos, para defenderse y preparar medios de ofensiva, olvidando las palabras del Profeta, (*Isaías 40, 1-8; 56, 4-7; 61, 1*) que enseña a su pueblo cómo se puede defender de las desventuras humanas con medios sobrehumanos, los más válidos: "Consolaos... confortad a Jerusalén, porque su esclavitud ha terminado, su iniquidad está expiada, pues ha recibido de la mano del Señor el doble de sus pecados". Y después de la promesa explica la forma que debe seguirse para traducirla en realidad: "Preparad los caminos del Señor, enderezad en la soledumbre los senderos de Dios. Todo valle será colmado; toda montaña, rebajada; los caminos tortuosos se harán derechos, los escabrosos se harán lisos. Entonces aparecerá la gloria del Señor y todos los hombres, sin excepción, la verán, porque la boca del Señor ha hablado". Palabras pronunciadas de nuevo por el hombre de Dios, Juan el Bautista, y apagadas en sus labios sólo con muerte.

Ésta es, oh hombres, la verdadera defensa contra las desventuras del hombre. No armas contra armas, defensa contra ofensa, no orgullos, no la crueldad; sino armas sobrenaturales, virtudes conquistadas en la soledumbre, o sea, en el interior del individuo, solo consigo mismo, que trabaja en santificarse elevando montes de caridad, bajando cimas de soberbia, enderezando caminos tortuosos de concupiscencia, apartando de su camino obstáculos de sensualidad. Entonces aparecerá la gloria del Señor, y el hombre gozará de la defensa de Dios contra las asechanzas de los enemigos espirituales y materiales. ¿Pero qué creéis que son unas pocas trincheras, unas pocas escarpas, unos pocos fortines contra el castigo de Dios provocado por las iniquidades o incluso sólo por las tibiezas del hombre? Contra estos castigos, que tendrán un nombre (romanos, como en otros tiempos tuvieron el de babilonios o filisteos o egipcios), pero que en realidad son castigo divino, nada más que castigo, y un castigo provocado por los demasiados orgullos, sensualidades, codicias, mentiras, egoísmos, desobediencias a la Ley santa del Decálogo. El hombre, aun el más fuerte, puede morir por una mosca, y la ciudad mejor pertrechada puede ser expugnada: cuando el uno o la otra no gozan ya de la protección de Dios, protección desvanecida, rechazada, por causa de los pecados del hombre o de la ciudad.

Sigue diciendo el Profeta: "Todo hombre es como la hierba, y toda su gloria como la flor del campo: se seca la hierba, cae la flor en cuanto las toca el soplo del Señor".

Vosotros, por deseo mío, miráis hoy con piedad a estos a los que hasta ayer habíais mirado como a máquinas obligadas a trabajar para vosotros. Hoy, porque os los he puesto como a hermanos entre hermanos, pobres hermanos en medio de vosotros, ricos y felices, hoy los veis como lo que son: hombres. El desprecio o la indiferencia han caído de muchos corazones para dejar lugar a la piedad. Pero consideradlos más íntimamente, más allá de la carne avasallada. Dentro de ésta, dentro de ellos, hay un alma, un pensamiento, sentimientos como en vosotros. Un día eran como vosotros: estaban sanos, eran libres, vivían felices. Luego dejaron de serlo. Porque, si la vida del hombre es como hierba que se seca, aún más frágil es su bienestar. Los que hoy están sanos mañana pueden estar enfermos, los que hoy son libres mañana pueden ser esclavos, los que hoy viven felices mañana pueden vivir infelices. Entre éstos hay quienes ciertamente son culpables. Mas no juzguéis su culpa ni gocéis de su expiación. Mañana, por muchos motivos, podríais ser culpables también vosotros y veros obligados a duras expiaciones. Sed, pues, misericordiosos, porque no conocéis vuestro mañana, que podría verse necesitado de toda la misericordia divina y humana: efectivamente, muy distinto del hoy podría ser. Sed propensos al amor y al perdón. No hay hombre sobre la Tierra que no necesite de perdón por parte de Dios y por parte de alguno de sus semejantes. Perdonad, pues, para ser perdonados.

Sigue diciendo el Profeta: "La hierba se seca, la flor cae; mas la palabra del Señor permanece eterna".

Ésta es el arma y la defensa: la Palabra eterna, hecha ley de todas vuestras acciones. Levantad este verdadero baluarte contra el peligro que amenaza, y seréis salvos. Acoged, pues, a la Palabra, Aquel que os habla, pero no la acogáis materialmente, durante una hora en el recinto de la ciudad; antes bien, en vuestro corazón y para siempre. Porque Yo soy Aquel que sabe y que obra y gobierna con poder. Y soy el Pastor bueno que apacienta el rebaño que a Él se confía y no desatiendo a ninguno: ni al pequeño ni al cansado ni al herido - maltratado por la suerte ni al que llora por sus errores ni al que, rico y dichoso, margina todo en aras de la verdadera riqueza y dicha: la de servir a Dios hasta la muerte.

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los mansos, a vendar los corazones de aquellos que lo tienen roto, a predicar la libertad a los esclavos, la liberación a los prisioneros. Y no se me puede llamar agitador, porque no incito a la insurrección, ni aconsejo la evasión a los esclavos y prisioneros; sino que, al hombre encadenado, al hombre que padece esclavitud enseño la verdadera libertad, la verdadera liberación, la que no puede ser arrebatada y tampoco limitada, la que, en la medida en que más se abandona a ella el hombre, más crece: la libertad espiritual, la liberación del pecado, la mansedumbre en el dolor, a saber ver a Dios más allá de los hombres que encadenan, el saber creer que Dios ama a quien lo ama, y perdona donde el hombre no perdona, saber tener esperanza en un lugar eterno, de premio, para quien sabe ser bueno en la desventura, para quien sabe arrepentirse de sus pecados, ser fiel al Señor.

No lloréis, vosotros para quienes hablo especialmente. He venido a consolar, a recoger a los desechados, a poner luz en sus tinieblas, paz en sus almas, a prometer una morada de gozo, tanto a quien se arrepiente como al no culpable. Y no hay pasado que impida este Presente que espera en el Cielo a los que saben servir al Señor en la condición en que se encuentran.

No es difícil, pobres hijos, servir al Señor. Él os ha dado un modo fácil de servirle, porque os quiere felices en el Cielo. Servir al Señor es amar. Amar la voluntad de Dios porque amáis a Dios. La voluntad de Dios se cela incluso en las cosas más aparentemente humanas. Porque -os hablo a vosotros, que quizás habéis derramado sangre de hermanos-, porque, si es cierto que no era voluntad de Dios que fuerais violentos, ahora es voluntad suya que en la expiación canceléis vuestras deudas para con el Amor. Porque, si no era voluntad de Dios que os rebelarais contra vuestros enemigos, es ahora voluntad el que os hagáis humildes, como entonces fuisteis soberbios para perjuicio vuestro. Porque, si no era voluntad de Dios que con robo, grande o pequeño, os apropiara de lo que no era vuestro, ahora es voluntad de Dios que recibáis la pena para no llegar a Dios con vuestro pecado en el corazón.

Y esto no deben olvidarlo los que ahora viven dichosos, los que se creen seguros, los que, por esta torpe seguridad, no preparan en sí el reino de Dios, y serán en la hora de la prueba como hijos lejanos de la casa del Padre, a merced de la tempestad, bajo el flagelo del dolor.

Obrad todos con justicia, y alzad los ojos a la Casa paterna, al Reino de los Cielos que, cuando tenga abiertas de par en par sus puertas por mano de Aquel que ha venido a abrirlas, no se negará a recibir a ninguno que haya alcanzado la justicia. Mutilados en las carnes, tullidos, eunucos; o mutilados en el espíritu, tullidos, eunucos en las potencias del espíritu, excluidos en Israel, no temáis no tener sitio en el Reino de los Cielos. Las mutilaciones, tullimientos, minoraciones de la carne cesan con la carne. Las morales, como la prisión y la esclavitud, cesan también un día; las del espíritu, o sea, los frutos de las culpas pasadas, se reparan con la buena voluntad. Y las mutilaciones materiales no cuentan a los ojos de Dios, y las espirituales se anulan ante sus ojos cuando el arrepentimiento amoroso las cubre.

Y el ser extranjeros del Pueblo santo ya no es impedimento para servir al Señor. Porque ha llegado el tiempo en que las fronteras de la Tierra cesan ante el único Rey, el Rey de todos los reyes y pueblos, que congrega a todos los pueblos en uno solo para hacer de ellos su pueblo nuevo. Ese pueblo del que serán excluidos sólo los que traten de engañar al Señor con una falaz obediencia a su Decálogo, a ese Decálogo que todos los hombres de buena voluntad pueden seguir, sean hebreos o gentiles o idólatras. Porque donde hay buena voluntad hay tendencia natural a la justicia, y quien tiende a la justicia no halla dificultad en adorar al Dios verdadero, cuando llega a conocerlo, a respetar su Nombre, a santificar sus fiestas, a honrar a los padres, a no matar, robar, testificar con falsedad, a no ser adultero y fornicador, a no codiciar lo que no es suyo. Y si hasta ahora no lo ha hecho, hágalo de ahora en adelante, para que se salve su alma y para conquistar su puesto en el Cielo. Está escrito: "Les daré un lugar en mi Casa, si mantienen mi pacto, y los alegraré". Y esto se dice para todos los hombres de santa voluntad, siendo el Santo de los santos el Padre común de todos los hombres.

He dicho. No tengo dinero para éstos. Y tampoco les sería útil. Pero os digo a vosotros de Gamala, que tanto habéis progresado en el camino del Señor desde la primera vez que nos encontramos, que levantéis la mejor defensa para vuestra ciudad, la del amor entre vosotros y hacia éstos, socorriéndolos en mi Nombre mientras trabajan para vosotros. ¿Lo haréis?

-Sí, Señor - grita la multitud.

-Entonces vamos. No habría entrado en vuestro recinto, si la dureza de los corazones hubiera respondido "no" a mi petición. Y bendición para vosotros que os quedáis... Vamos...

Regresa al camino, ya todo lleno de sol. Sube a la ciudad, construida casi en roca como una ciudad troglodita, pero dotada de casas bien cuidadas y de un panorama bellísimo y variado (según desde el punto desde el que se mire, da a los montes de la Auranítida o al Mar galileo, o al lejano Gran Hermón o al verde valle del Jordán). La ciudad es fresca por cómo está construida: en alto y con calles protectoras del sol intenso. Parece más un enorme castillo que una ciudad. Las casas, mitad muro mitad montaña excavada, tienen tal aspecto de fortines, que Gamala parece una sucesión de fortalezas.

En la plaza mayor, la más alta de todas, el punto más alto de la ciudad -de modo que los ojos se deleitan en el vasto horizonte de los montes, bosques, lagos, ríos que tienen bajo su mirada- están los enfermos de Gamala. Y Jesús pasa curando...

Despedida de Gamala y llegada a Afeq. Advertencia a la viuda Sara y milagro en su casa.

Deben haber pernoctado en Gamala, porque ya se ha levantado la mañana (una ventilada mañana). Quizás por su posición y construcción escalonada, formando gradas que descienden desde el punto más alto de la ciudad hasta el linde con las murallas -muy sólidas y provistas de puertas también sólidas, herradas: puertas que propiamente puede decirse que lo son de una fortaleza-, Gamala goza de este viento tan benigno en tierras de Oriente. Si ayer me pareció bella a una hora ya llena de sol, ahora se me presenta bellísima. Las casas, en la forma en que están dispuestas, no obstaculizan la visión del vasto panorama, porque la terraza de una está al nivel del bajo de la de la calle superior, de forma que cada calle parece una larga terraza desde la cual puede verse el horizonte. Y es un horizonte que, en lo más alto del monte, se ve circular; más abajo, semicircular, pero en todo caso vasto y hermosísimo.

A1 pie del monte, el verdor de los encinares o de las campiñas, pone un engaste de esmeralda más allá de la árida hoz que circunda la montaña de Gamala. Luego, a oriente, hasta donde alcanza la vista, los cultivos de la altiplanicie, de la meseta. (Me parece que se llaman así estas vastas y bajas elevaciones de la costra terrestre; pero, si me equivoco, ruego corregir mi palabra, no teniendo un diccionario al alcance de la mano y estando sola en mi habitación, imposibilitada, por tanto, para disponer del diccionario que está encima del escritorio a menos de tres metros de mí. Lo digo también para recordar que quien escribe es una mujer crucificada en la cama.)

Más allá de la vasta meseta, los montes de la Auranítida y, más lejos, las más altas cimas del Basán; al sur, la faja óptima entre el azul Jordán y la elevación compacta y continua que hay a oriente del río y que es como el contrafuerte de la vasta meseta; al norte, los montes lejanos de la cadena libanesa, sobre los cuales domina el imponente Hermón, de mil colores esfumados en esta hora matutina.

Y abajo, en el inmediato occidente, la gema del Mar de Galilea: verdaderamente una gema unida a un collar azul, de un azul distinto del suyo, del Jordán, afluente y emisario del lago, más estrecho en el lugar en que confluye, más nutrido en donde reanuda su carrera hacia el mediodía, brillante bajo el sol, sereno entre sus orillas verdes, verdaderamente bíblico. El pequeño lago de Merón, sin embargo, no se ve, pues está escondido detrás de los montes que hay al norte de Betsaida, pero se intuye por la densa verdura de los campos aledaños, que luego se extienden hacia el noroeste entre el Mar de Galilea y el de Merón, en la llanura donde está enclavada Corazín: me parece haber oído decir otras veces a los apóstoles que es la llanura de Genesaret.

Jesús se despide de los habitantes de la ciudad, los cuales, con orgullo ciudadano, se esfuerzan en mostrarle las bellezas del horizonte y las de la ciudad, dotada de acueductos, termas, bellos edificios:

-Todo esto es esfuerzo y dinero nuestros. Porque hemos aprendido de los romanos y hemos querido tomar de ellos lo ventajoso. ¡Pero nosotros no somos como los otros de la Decápolis! Nosotros pagamos, y ellos, los romanos, nos sirven. ¡Pero luego! Basta. Somos fieles. También es fidelidad este aislarnos...

-Haced que la fidelidad no sea formal, sino real, íntima, justa. Si no, para nada servirán las obras de defensa. Os lo repito. ¿Veis? Habéis construido este acueducto. Sólido, útil. Pero si no estuviera alimentado por un manantial lejano, ¿acaso os daría agua para las fuentes y termas?

-No. No daría nada. Sería una construcción inútil.

-Vosotros lo habéis dicho: inútil. De la misma manera, las defensas naturales o materiales son inútiles si quien las manda construir no las hace poderosas con la ayuda de Dios, y Dios no ayuda si uno no es amigo suyo.

-Maestro, hablas como sabiendo que tenemos mucha necesidad de Dios...

-Todos los hombres tienen necesidad de Dios, para todas las cosas.

-Sí, Maestro. Pero... parece que nosotros debiéramos tener más necesidad que todas las otras ciudades de Palestina y...

-¡Oh!...

¡Un "oh" tan doloroso...!

Los de Gamala lo miran desorientados. El más osado pregunta

-¿Qué piensas? ¿Que conoceremos aún los antiguos horrores?

-Sí, si no acoge al Señor. Y más graves todavía, y más largos... largos... ¡oh! ¡Patria mía! Muy largos...

-Nosotros te hemos acogido. ¡Entonces estamos salvos! La otra vez fuimos unos necios, pero Tú nos has perdonado...

-Haced por conservaros en la justicia de hoy respecto a mí, y por crecer en justicia según la Ley.

-Lo haremos, Señor.

Desearían seguirle más y retenerlo más tiempo, pero Jesús quiere alcanzar a las mujeres, que han salido antes montadas en borriquillos, y se libra de sus insistencias y baja rápido por el camino recorrido ayer para venir. Sólo aminora la marcha cuando pasa por el lugar de los trabajos, para alzar la mano y bendecir a los desdichados, que lo miran como se mira a Dios.

El camino, en llegando al pie del monte, se bifurca en dos ramales: uno hacia el lago, el otro hacia el interior. Por este último van los cuatro borriquillos, con leve trote, levantando polvo del camino quemado por el verano y meneando las largas orejas. De vez en cuando una de las mujeres se vuelve, a mirar si Jesús las alcanza. Quisieran pararse para estar con Él, pero Jesús les hace con la mano una señal de que continúen, para alejarse del tramo de camino descubierto, ya invadido por el sol, y llegar pronto a los bosques que suben hacia Afeq, refrescantes bosques que tejen una bóveda verde por encima del camino de caravanas. Se introducen alegres, con una exclamación de alivio. Afeq está mucho más hacia el interior que Gamala Entre los montes. Por eso, ya no se ve el lago de Galilea; es más, ya no se ve nada, porque el camino sube entre dos prominencias montañosas que hacen de mampara.

La viuda va delante, indicando el camino más corto, o sea, deja el camino de caravanas por una vereda que trepa por el monte, aún más fresca y umbría. Pero entiendo el motivo de la desviación cuando, volviéndose sobre la silla, Sara dice:

-Estos bosques son míos. De árboles preciosos. Vienen a comprar madera hasta de Jerusalén, para las arcas de los ricos. Y éstos son los árboles viejos. Pero tengo también viveros que se renuevan siempre. Venid. Ved... - e incita al borrico cuesta abajo y cuesta arriba, y otra vez abajo, siguiendo la vereda entre sus bosques, donde, efectivamente, hay zonas de árboles adultos, ya en condiciones de ser talados, y zonas donde los árboles son todavía tiernos, a veces de pocos centímetros de altura, entre hierbas verdes que huelen a todos los aromas montanos.

-Son bellos estos lugares. Y están bien cuidados. Eres sabia» encomia Jesús.

-¡Oh!... Pero para mí sola... Con más gusto los cuidaría para un hijo...

Jesús no responde. Prosiguen el camino. Ya se ve Afeq, en medio de un círculo de manzanos y otros árboles frutales.

-También es mío aquel huerto. ¡Demasiado tengo para mí sola!... Era ya demasiado cuando tenía todavía a mi marido y al caer la tarde nos mirábamos en la casa demasiado vacía, demasiado grande, y ante las monedas, demasiadas, y ante las cuentas de los productos, también demasiados, y nos decíamos: "¿Y para quién?". Y ahora lo digo más todavía...

Toda la tristeza de un matrimonio estéril brota le las palabras de la mujer.

-Siempre hay pobres... - dice Jesús.

-¡Oh! ¡Sí! Y mi casa se abre a ellos todos los días. Pero luego...

-¿Quieres decir cuando mueras?

-Sí, Señor. Será un dolor dejar... ¿a quién?... las cosas tan cuidadas...

En Jesús se dibuja una sombra de sonrisa llena de compasión. Pero, con bondad, responde:

-Eres más sabia para las cosas de la tierra que para las del Cielo, mujer. Te preocupas porque tus plantas crezcan bien y no se formen calveros en tus bosques. Te afliges pensando que después ya no las cuidarán como ahora. Pero estos pensamientos son poco sabios; es más, son totalmente insipientes. ¿Crees que en la otra vida tendrán valor las pobres cosas que llevan por nombre "árbol", "fruta", "dinero", "casas"? ¿Y que será motivo de aflicción el verlas desatendidas? Endereza tu pensamiento, mujer. Allí no se dan los pensamientos de aquí, en ninguno de los tres reinos. En el Infierno, el odio y el castigo ciegan ferozmente. En el Purgatorio, la sed de expiación anula cualquier otro pensamiento. En el Limbo, la bienaventurada espera de los justos no es profanada por nada de carácter terreno. La Tierra queda lejos, con sus miserias; cerca está sólo por sus necesidades sobrenaturales, necesidades de almas, no necesidades de objetos. Los difuntos no réprobos, sólo por amor sobrenatural, orientan a la Tierra su espíritu, y a Dios sus oraciones en favor de los que están en la Tierra; no por otro motivo. Y una vez que los justos entren en el Reino de Dios, ¿qué crees tú que puede ser, para uno que contempla a Dios, esta mísera cárcel, este destierro que se llama "Tierra"? ¿qué, las cosas dejadas en ella? ¿Podrá el día echar de menos una lámpara humeante, cuando lo ilumina el Sol?

-¡Oh! ¡No!

-¿Y entonces? ¿Por qué suspiras por lo que vas a dejar?

-Quisiera que un heredero siguiera...

-¿Gozando de las riquezas terrenas para tener en ellas un obstáculo para alcanzar la perfección, mientras que el desapego de las riquezas es escalera para poseer las riquezas eternas? ¿Ves, mujer? El mayor obstáculo para obtener a este inocente no es su madre, con sus derechos sobre el hijo, sino tu corazón. Él es un inocente, un inocente triste, pero en todo caso un inocente que, por su mismo sufrimiento, es amado por Dios. Pero si tú lo hicieras un avaro, codicioso, quizás vicioso, por los medios de que dispones, ¿no lo privarías de la predilección de Dios? ¿Y podría Yo, que cuido de estos inocentes, ser un maestro desatento que, sin reflexionar, permitiera que un discípulo inocente suyo se descarriara? Cuida primero de ti misma, despójate de la humanidad aún demasiado viva, libera tu justicia de esta costra de humanidad que la encoge, y entonces merecerás ser madre. Porque no es madre sólo quien engendra o quien ama a un hijo adoptivo y lo cuida y atiende en sus necesidades de criatura animal. También a éste lo ha engendrado su madre. Pero ella no es madre, porque no tiene cuidado ni de su carne ni de su espíritu. Madre es la que se preocupa, sobre todo, de lo que no muere nunca, o sea, del espíritu, no sólo de lo que muere, o sea, de la materia. Y créeme, mujer, que quien ame el espíritu, amará también el cuerpo, porque poseerá un amor justo y, por tanto, será justo.

-He perdido el hijo, lo comprendo...

-No es seguro. Que tu deseo te mueva a santidad, que Dios te complacerá. Siempre habrá huérfanos en el mundo.

Ya han llegado a las primeras casas. Afeq no es una ciudad que pueda competir con Gamala o Ippo. Es, más que nada, rural, pero, quizás por estar situada en un nudo de caminos importante, no es pobre. Lugar de paso de caravanas dirigidas desde el interior al lago, o del norte hacia el sur, está obligada a disponer de los medios para proveer a los peregrinos alojamiento y vestidos, sandalias y alimentos; así que hay almacenes numerosos y numerosas posadas.

La casa de la viuda está cerca de una de éstas, en una plaza, y está ocupada, en el bajo, por un almacén grande donde hay un poco de todo, que lo lleva un anciano narigudo y barbudo que ahora grita como un condenado ante unos compradores roñosos.

-¡Samuel! - llama la mujer.

-¡Ama! - responde el anciano, inclinándose tanto cuanto lo permiten los bultos de mercancía apilados delante de él.

-Manda aquí a Elías o a Felipe y luego ven a casa - manda la viuda; y luego, volviéndose al Maestro:

-Ven. Entra en mi casa y sé su huésped bienvenido.

Entran todos, pasando por el fondac, mientras un mocetón que ha venido lleva los borriquillos no sé a dónde. Después del fondac, que da a la casa un aspecto no demasiado artístico, hay un bello patio con dos lados de arcadas. En medio, la fuente (o, por lo menos, un pilón, porque no hay chorro de agua). A los lados, robustos plátanos, que dan sombra a las tapias blancas de cal. Una escalera sube a la terraza. En los lados sin arcadas, los más lejanos del fondac, se abren habitaciones.

-Antes, en tiempos de mi esposo, esto estaba lleno, y se hospedaba también a mercaderes a quienes la noche había sorprendido aquí. Arcadas para las mercancías, establos para los animales, y ahí el pilón para abrevar. Ven a las habitaciones - y cruza en diagonal el patio, yendo hacia la parte más bonita de la casa. Llama:

-¡María! ¡Juana!

Acuden dos mujeres de la servidumbre, una con las manos untadas de masa de pan, la otra con una escoba en la mano.

-¡Ama! La paz sea contigo y con nosotras, ahora que has vuelto.

-Y con vosotras. ¿Nada desagradable en estos días?

-José, ese atolondrado, ha roto el rosal que tanto querías. Le he pegado fuerte. Tú pégame a mí, que he sido una estúpida dejándolo ir a esa planta.

-No tiene valor... - pero se asoman lágrimas a los ojos de Sara, que las explica diciendo:

-Me lo había traído mi marido la última primavera que estuvo sano...

-Y Elías se ha roto una pierna, cosa que tiene furioso a Samuel, porque se ve sin ayuda en estos tiempos de mucha actividad de comercio... Se cayó de la escalera de la otra parte, exponiéndose mucho para que encontraras blanqueadas las paredes cuando volvieras - dice la otra mujer, y termina:

-Sufre mucho y se quedará rencoso. Y tú, ama, ¿has sido feliz en tu viaje?

-Como no me hubiera esperado nunca. Regreso con el Rabí de Galilea. ¡Pronto! Preparad para los que vienen conmigo. ¡Entra, Maestro!

Entran en la casa, pasando por delante de las dos criadas estupefactas.

Una amplia, fresca habitación, en penumbra, con asientos y arquibancos, los acoge. La viuda sale para dar indicaciones. Jesús llama a los apóstoles para mandarlos por la ciudad para preparar los corazones a su llegada. Entra Samuel, transformado de vendedor en jefe de casa, seguido por criadas con ánforas y jofainas para las abluciones de antes de la comida. Y la comida la traen en grandes bandejas: pan, fruta, leche.

Vuelve el ama:

-He dicho a mi criado que estás aquí. Te ruega que seas misericordioso con él. Yo también te digo que lo seas conmigo. Para los Tabernáculos mucha gente pasa por aquí. Y el paso empieza apenas pasada la neomenia de Tisrí. ¡No sé cómo nos vamos a arreglar, estando él malo!...

-Dile que venga aquí.

-No puede. No se tiene.

-Dile que el Rabí no va donde él, pero que quiere verlo.

-Mandaré que lo traigan Samuel y José.

-¡Sólo faltaba eso! Yo soy viejo y estoy cansado - refunfuña Samuel.

-Di a Elías que venga con sus piernas. Lo quiero Yo.

-¡Un pobre rabí! Ni siquiera Gamaliel podría tanto - refunfuña todavía el viejo sirviente.

-¡Calla, Samuel!... ¡Perdónalo, Maestro! Es un sirviente fiel. Nacido aquí, de sirvientes de la casa de mi marido; diligente, honesto, pero testarudo en sus ideas de israelita anciano... - lo disculpa en voz baja la viuda.

-Comprendo su espíritu. Pero el milagro lo cambiará. Ve tú a decir a Elías que venga, y vendrá.

La viuda va. Y regresa:

Se lo he dicho. Y me he marchado inmediatamente para no verle poner en el suelo esa pierna todo negra e hinchada.

-¿No crees en el milagro?

-Yo sí. Pero esa pierna da horror... Temo que se pudra toda por la gangrena. Está brillante, brillante... horrenda y... ¡Oh!

La interrupción, la exclamación viene del hecho de ver al criado Elías correr mejor que un sano hacia ellos y arrojarlos a los pies de Jesús diciendo:

-Sea loado el Rey de Israel.

-Llor sólo a Dios. ¿Cómo has venido? ¿Cómo has tenido este coraje?

-He obedecido. He pensado: "El Santo no puede mentir ni manda cosas estúpidas. Tengo fe. Creo", y he movido la pierna. Ya no dolía. Se movía. La he apoyado en el suelo. La pierna me sujetaba. He movido el paso. Podía hacerlo. Me he echado a correr. Dios no defrauda a quien cree en Él.

-Álzate, hombre. En verdad os digo que pocos tienen la fe de éste. ¿De qué te ha venido?

-De tus discípulos que pasaron por aquí a predicarte.

-¿Los has escuchado sólo tú?

-No. Todos, porque fueron hospedados aquí después de Pentecostés.

-Y sólo tú has creído... Tu espíritu está muy adelante en los caminos del Señor. Continúa.

El viejo Samuel está en fuerte conflicto entre sentimientos opuestos... Pero, como muchos en Israel, no se sabe despegar de lo viejo por lo nuevo y se cierra; dice:

-¡Magia! ¡Magia! Está escrito: "No se contamine mi pueblo con los magos y los adivinos. Si uno lo hace, Volveré contra él mi rostro y le exterminaré". ¡Teme, ama, ser infiel a las leyes! - y se marcha, severo, escandalizado, como si hubiera visto a un demonio asentado en la casa.

-¡No le castigues, Maestro! ¡Es viejo! Siempre ha creído de esta manera...

-No temas. Si fuera a castigar a todos los que me llaman demonio, muchos sepulcros se abrirían para tragarse su presa. Sé esperar... Hablaré al caer de la tarde. Luego dejaré Afeq. Ahora acepto quedarme bajo tu techo.

Discurso en Afeq, tras una disputa entre creyentes y no creyentes. Sara se hace discípula.

Jesús está hablando a la gente de Afeq desde la puerta del fondac de Sara. Habla a una muchedumbre muy variada, más curiosa que atenta, en la que los menos numerosos son los hebreos, mientras que la mayor parte son gente que está de paso, mercaderes, peregrinos, unos dirigidos hacia el lago, otros dispuestos a bajar al vado de Jericó, otros procedentes de ciudades orientales y dirigidos hacia las ciudades marítimas.

Por ahora no es un verdadero discurso, sino respuestas de Jesús a éste o a aquél; eso sí, es un diálogo que todos escuchan, aunque con sentimientos distintos, muy visibles por las expresiones de los rostros y por las frases de los presentes, por las cuales comprendo también quiénes son y a dónde van. El diálogo, en algún momento, cambia de tono y de personajes, porque, desatendiendo a Jesús, se transforma en una disputa entre los presentes por motivos de raza y divergencias de pensamiento.

Así, un viejo de Joppe se enzarza con un mercader de Sidón que defiende al Maestro contra la incredulidad del judío, que no quiere admitir que Jesús es el Esperado por las gentes. Y, en medio de un barullo de citas escriturarias, aplicadas con acierto o desacierto, impugnadas por la sencilla afirmación del siro-fenicio: «Yo no me ocupo de estas palabras, pero digo que es Él, porque he visto sus milagros y he oído sus palabras», la disputa se extiende, porque otros se enzarzan también, gritando los contrarios a Cristo: « ¡Belcebú le ayuda! ¡No es así el Santo de Dios! ¡Es rey! ¡No es un falso rabí, y mendigo!», y los que son de la opinión del sidonio: «Los sabios son pobres porque son honestos. Los filósofos no están revestidos de oro y arrogancia como vuestros falsos rabíes y sacerdotes». Y se comprende que hablan así porque no son hebreos, sino gentiles de distintas naciones, que están de paso por Palestina o que se han naturalizado palestinos, conservando, empero, el espíritu pagano.

-¡Sacrílegos!

-¡Vosotros sacrílegos, que no sentís siquiera la divinidad de su pensamiento! - responden algunos.

-¡No merecéis tenerla! ¡Pero, por Zeus! Nosotros cometimos un atropello con Sócrates y ello no nos produjo ningún bien. Digo que tengáis cuidado de vosotros mismos. Atentos a vosotros, no sea que los dioses os castiguen, como nos ha sucedido a nosotros en muchas ocasiones - grita uno, ciertamente griego.

-¡Uh! ¡Los defensores del rey de Israel! ¡Son gentiles!

-¡Y samaritanos! ¡Y a mucha honra, porque sabríamos custodiar mejor que vosotros al Rabí, si viniera a Samaria! Pero vosotros... Habéis construido el Templo. Bonito. ¡Pero es un sepulcro lleno de podredumbre, aunque lo hayáis cubierto de oro y mármoles preciosos! - grita desde los márgenes de la muchedumbre un alto personaje vestido de lino, con orlas y recamos, bandas en la cintura, cintas, brazaletes...

-¡Uh! ¡Un samaritano!

Y parecen decir "el diablo", a juzgar por cómo gritan de horror los hebreos intransigentes, separándose como de un leproso. Y, apartándose de él, gritan a Jesús: -¡Échalo! ¡Es un impuro!...

Pero Jesús no echa a nadie. Trata de imponer orden y silencio, y los apóstoles con Él, sin conseguirlo mucho que digamos. Entonces, para poner término a las disputas, empieza su predicación.

-Cuando el pueblo de Dios, (*Números 20, 1-24; Éxodo 17, 1-7*) después de la muerte de María en Cadés, se amotinó en el desierto por la falta de agua y gritó contra Moisés, su salvador y caudillo -de la tierra del pecado a la tierra de promisión-, como si fuera su desquiciado destructor, y arremetió contra Aarón cual si fuera un inútil sacerdote, Moisés entró con su hermano en el Tabernáculo y hablaron al Señor, exigiendo un milagro para hacer cesar la murmuración. Y el Señor, aun no estando obligado a ceder a todas las peticiones, especialmente si es petición violenta y de espíritus que hayan perdido la santa confianza en la Providencia paterna, habló a Moisés y a Aarón. Habría podido también hablar únicamente a Moisés, porque Aarón, a pesar de que fuera Sumo Sacerdote, un día había desmerecido la bondad de Dios con la adoración al ídolo. Pero Dios quiso probarlo una vez más y darle una manera de crecer en gracia ante los ojos de Dios. Ordenó, pues, que tomaran la vara de Aarón, depositada en el Tabernáculo después de echar flores que abrieron sus pétalos y produjeron almendras, y que fueran con ella a hablar a la piedra, porque la piedra daría agua para hombres y animales. Y Moisés, con Aarón, hizo lo que el Señor ordenaba; pero no supieron los dos creer completamente en el Señor. Y quien menos creyó fue el Sacerdote Supremo de Israel: Aarón. La peña, golpeada con la vara, se abrió y arrojó tanta agua como para dar de beber al pueblo y al ganado. Y aquella agua fue llamada de Contradicción, porque allí los israelitas contendieron con el Señor y sometieron a revisión sus acciones y órdenes, y no todos con único modo permanecieron en la fidelidad, sino que precisamente con el Sumo Sacerdote tuvo lugar y principio la duda acerca de la verdad de las divinas palabras. Y Aarón fue llamado de esta vida sin haber podido pisar la Tierra Prometida.

También ahora el pueblo se agita contra el Señor diciendo. "Nos has guiado a morir, como pueblo y como individuos, bajo el dominio de los opresores." Y a mí me grita: "Hazte rey y libéranos". ¿Pero de qué liberación habláis? ¿De qué castigo? ¿De los materiales? ¡Oh, en las cosas materiales no hay ni salvación ni castigo! Un castigo mucho mayor y una liberación mucho mayor caen dentro de vuestra libre voluntad. Y podéis elegir. Dios os lo concede. Esto lo digo para los israelitas presentes, para aquellos que deberían saber leer las figuras de la Escritura y comprenderlas. Pero, puesto que tengo piedad de mi pueblo, del que soy Rey en el espíritu, quiero ayudaros a comprender una figura al menos, para que os ayude a comprender quién soy Yo.

El Altísimo dijo a Moisés y a Aarón: "Tomad la vara y hablad a la peña y brotarán ríos para la sed del pueblo, y así deje de quejarse". A1 Eterno Sacerdote, el Altísimo le ha dicho una vez más, para poner fin a las quejas de su pueblo: "Toma la vara, la germinada de la estirpe de Jesé, y una flor brotará de ella, no tocada por fango humano, y se transformará en fruto de almendra dulce y lleno de unción. Y con esa almendra de la raíz de Jesé, con ese brote admirable en que morará el Espíritu del Señor con sus siete dones, golpea la piedra de Israel, para que eche agua abundante para salvación suya".

El Sacerdote de Dios es el mismo Amor. Y el Amor formó una Carne haciendo germinar de la raíz de Jesé su brote, de la raíz que no había sido nutrida con fango; y la Carne era la del Verbo Encarnado, del esperado Mesías, enviado a hablar a la roca para que se hendiera. Para que hendiera su dura costra de soberbia y codicia y acogiera las aguas enviadas por Dios, las aguas que brotan de su Cristo, el óleo suave de su amor, para hacerse maleable, buena, para santificarse acogiendo en su corazón el don del Altísimo a su pueblo.

Pero Israel no quiere en su seno el Agua viva. Permanece cerrado, duro, y especialmente en las personas de sus grandes, contra los cuales la vara florecida y fructificada exclusivamente por poder divino inútilmente golpea y habla. Y en verdad os digo que muchos de este pueblo no entrarán en el Reino, mientras que muchos que no son de este pueblo entrarán, porque habrán sabido creer lo que los sacerdotes de Israel no quisieron creer. Por esto estoy en medio de vosotros como signo de contradicción, y seréis juzgados por el modo como me sepáis comprender. A los otros, a los que no son de Israel, digo: la casa de Dios, despreciada por los hijos de su pueblo, está abierta para los que buscan la Luz. Venid. Seguidme. Si Yo estoy puesto como signo de contradicción, también lo estoy como signo para todas las naciones; y quien me ame se salvará.

Amas más a los extranjeros que a nosotros. ¡Si nos evangelizaras, acabaríamos amándote! Pero estás en todas partes excepto en Judea - dice un judío en quien han hecho mella las palabras de Jesús.

-Bajaré también a Judea y moraré allí durante un largo período. Pero no cambiaré la piedra que hay en el corazón de muchos. No cambiaré siquiera cuando la Sangre caiga sobre la piedra. ¿Eres arquisinagogo, verdad?

-Sí, ¿cómo lo sabes?

-Lo sé. Pues bien, entonces puedes entender lo que digo. «La sangre no debe caer sobre la piedra. Es pecado». «Derramaréis con gozo la Sangre sobre la piedra *para que permanezca*. Y os parecerá un trofeo de victoria esa piedra sobre la que haya sido derramada la Sangre del verdadero Cordero. Mas llegará un día en que comprenderéis... Comprenderéis el verdadero castigo, y cuál era la salvación verdadera que se os ofrecía. Vamos...

Un hombre se abre paso a empujones:

-Soy siro-fenicio. Muchos de nosotros creen en ti aun sin tenerte... y tenemos enfermos, muchos... ¿No vas a venir donde nosotros?

-Donde vosotros no. No tengo tiempo. Pero ahora, acabado el sábado, desde estos lugares me dirigiré hacia vuestros confines. Quien necesite gracias que se ponga a esperar en los sitios de frontera.

-Se lo diré a mis connacionales. Dios esté contigo, Maestro.

-La paz a ti, hombre.

Jesús se despide de la viuda... Bueno, quisiera despedirse, pero ella se arrodilla y le confiesa sus decisiones:

-He decidido dejar aquí a Samuel, mejor como criado que como creyente, e ir a Cafarnaúm contigo.

-Yo dejaré Cafarnaúm pronto, y para siempre.

-Pues allí tienes discípulos buenos.

-Es verdad.

-He decidido esto... Así te daré prueba de que sé separarme de las riquezas y amar con justicia. Usaré para tus pobres el dinero que aquí se acumula, y consideraré como primer pobre al niño, si la madre quiere tenerlo a toda costa, aun sin amarlo. Entretanto, toma esto - y ofrece una bolsa pesada.

-Que Dios te bendiga con sus bendiciones y la de los beneficiarios. Mucho has progresado en pocas horas.

La mujer se pone colorada. Da una ojeada a su alrededor. Luego confiesa: -Tanta mejoría no viene de mí. Tu apóstol me ha enseñado. Ese, ése de allí que se esconde detrás del joven moreno.

-Simón Pedro. El jefe de los apóstoles. ¿Y qué es lo que te ha dicho?

-¡Oh! ¡Me ha hablado con tanta sencillez y tan bien...! Se ha humillado, él que es apóstol, confesándose que también él era como yo, injusto en sus deseos. ¡No puedo creerlo! Pero que se ha esforzado en hacerse bueno para merecer lo que deseaba, y que se esfuerza cada vez más en serlo, para no hacer un mal del bien recibido. Ya sabes, las cosas que nos decimos entre nosotros, pobre gente, se comprenden más... ¿Te ofendo, Señor?

-No. Das gloria a Dios con tu sinceridad y con la alabanza que haces de mi apóstol. Haz lo que te ha aconsejado y que Dios esté siempre contigo, que tiendes a la justicia.

La bendice y abre la marcha, dirigiéndose hacia el noroeste, bajo verdes huertos que susurran por un imprevisto viento.

458

Una curación espiritual en Guerguesa y lección sobre los dones de Dios.

Llegan a los bordes del lago, en los aledaños de Guerguesa, cuando el ocaso rojo se transforma en crepúsculo violáceo y sereno.

La ribera está llena de gente que prepara las barcas para la pesca nocturna o que se baña con gusto en las aguas del lago, un poco picado por el viento que lo surca.

Pronto es visto Jesús, y reconocido; de forma que antes de que pueda entrar en la ciudad la ciudad sabe que ha venido, y se produce la consabida afluencia de gente que acude a escucharlo.

Entre la gente se abre paso un hombre, diciendo que por la mañana habían venido a buscar a Jesús de Cafarnaúm, y que vaya lo antes que pueda.

-Esta misma noche. No me quedo en Guerguesa. Como nuestras barcas no están aquí, os pido que me prestéis las vuestras.

-Como quieras, Señor. Pero ¿nos vas a hablar antes de partir?

-Sí, incluso para despedirme de vosotros. Pronto dejaré Galilea...

Una mujer, llorando, lo llama de entre la multitud, mientras suplica que la dejen pasar para ir donde el Maestro.

-Es Arria, la gentil que se ha hecho hebrea por amor. Una vez curaste a su marido. Pero...

-Me acuerdo. ¡Dejadla pasar!

La mujer se acerca. Se arroja a los pies de Jesús. Lloro.

-¿Qué te pasa, mujer?

-¡Rabí! ¡Rabí! ¡Piedad de mí! Simeón...

Uno de Guerguesa le ayuda a hablar:

-Maestro, usa mal la salud que le diste. Se ha hecho duro de corazón, rapiñador; y ya ni siquiera parece israelita. La verdad es que la mujer es mucho mejor que él, a pesar de haber nacido en tierras paganas. Y su dureza y rapacidad le acarrearán peleas y odios. Y por una pelea ahora está muy malherido en la cabeza, y el médico dice que casi es seguro que se quede ciego.

-¿Y Yo qué puedo en ese caso?

-Tú... curas... Ella, ya lo ves, se desespera... Tiene muchos hijos, y pequeños todavía. La ceguera de su marido significaría miseria para la casa... Es verdad que es dinero mal ganado... Pero la muerte sería una desventura, porque un marido es siempre un marido, y un padre es siempre un padre, aunque en vez de amor y pan dé traiciones y palos...

-Lo curé una vez y le dije: "No peques más". Él ha pecado más. ¿No había prometido, acaso, que no iba a pecar más? ¿No había hecho voto de no volver a ser usurero y ladrón, si Yo lo curaba; es más, de devolver a quien pudiera lo mal adquirido, y de usar lo mal adquirido -para el caso de no poder devolverlo- en favor de los pobres?

-Maestro, es verdad. Yo estaba presente. Pero... el hombre no es firme en sus propósitos.

-Es como dices. Y no sólo Simeón. Muchos son los que, como dice Salomón, (*Proverbios 11, 1; 20, 10 y 23 y 25*) tienen dos pesos y balanza falsa, y no sólo en el sentido material, sino también cuando juzgan y actúan y en su comportamiento para con Dios. Y es también Salomón el que dice: "Desastroso para el hombre el fervor ligero por lo santo y, tras hacer un voto, volverse atrás". Y, sin embargo, son demasiados los que esto hacen... Mujer, no llores. Pero escucha y sé justa, pues que has elegido religión de justicia. ¿Qué elegirías, si te propusiera dos cosas, éstas: curar a tu marido y dejarlo vivir para que siga burlándose de Dios y acumulando pecados sobre su alma, o convertirlo, perdonarlo y luego dejarlo morir? Elige. Haré lo que elijas.

La pobre mujer se encuentra en una lucha muy acerba. El amor natural, la necesidad de un hombre que bien o mal gane para los hijos la moverían a pedir "vida"; su amor sobrenatural hacia su marido la mueve a pedir "perdón y muerte". La gente calla, atenta, conmovida, en espera de la decisión.

A1 fin, la pobre mujer, arrojándose de nuevo al suelo, abrazándose a la túnica de Jesús como buscando fuerzas, gime:

-La vida eterna... Pero ayúdame, Señor... - y tanto languidece, rostro en tierra, que parece que muere.

-Has elegido la parte mejor. Bendita seas. Pocos en Israel te igualarían en temor de Dios y justicia. Levántate. Vamos donde él.

-¿Pero realmente lo vas a hacer morir, Señor? ¿Y yo qué voy a hacer?

La criatura humana renace del fuego del espíritu como el fénix mitológico; y sufre y zozobra humanamente...

-No temas, mujer. Yo, tú, todos confiamos al Padre de los Cielos todas las cosas, y El obrará con su amor. ¿Eres capaz de creer esto?

-Sí, mi Señor...

-Entonces vamos, diciendo la oración de todas las peticiones y de todos los consuelos.

Y, mientras anda, circundado de un enjambre de personas y seguido de un séquito de gente, dice lentamente el Pater. El grupo apostólico hace lo mismo, y, con un coro bien ordenado, las frases de la oración se elevan por encima del murmullo de la muchedumbre, la cual sintiendo el deseo de oír orar al Maestro, poco a poco va guardando silencio, de forma que las últimas peticiones se oyen maravillosamente en medio de un silencio solemne.

-El Padre te dará el pan cotidiano. Lo aseguro en su Nombre - dice Jesús a la mujer, y añade, dirigiéndose no a ella sola sino a todos: «Y os serán perdonadas las culpas si perdonáis al que os haya ofendido o perjudicado. Esa persona necesita vuestro perdón para obtener el de Dios. Y todos tienen necesidad de la protección de Dios para no caer en pecado como Simeón. Recordad esto.

Ya han llegado a la casa, y Jesús entra en ella con la mujer, con Pedro, Bartolomé y el Zelote.

El hombre, echado en la yacija, en la cara vendas y paños mojados, gesticula desasosegado y delira. Pero la voz, o la voluntad, de Jesús le hacen volver en sí y grita: -¡Perdón! ¡Perdón! No volveré a caer en el pecado. ¡Tu perdón como la otra vez! Pero también la salud, como la otra vez. ¡Arria! ¡Arria! Te juro que seré bueno. No volveré a ser ni violento ni ladrón, no... - el hombre está dispuesto a todas las promesas por miedo a morir...

-¿Por qué quieres todo esto? - pregunta Jesús. ¿Por expiar o porque temes el juicio de Dios?

-¡Eso, eso! ¡Morir ahora, no! ¡El infierno!... ¡He robado, he robado el dinero del pobre! He usado la mentira. He sido violento con mi prójimo y he hecho sufrir a los familiares. ¡Oh!...

-No miedo; se requiere arrepentimiento, verdadero, firme.

-¡La muerte o la ceguera! ¡Qué castigo! ¡No volver a ver! ¡Tinieblas! ¡Tinieblas! ¡No!...

-Si es adversa la tiniebla en los ojos, ¿no te es horrenda la del corazón? ¿Y no temes la del Infierno, eterna, horrenda?, ¿la privación continua de Dios?, ¿los remordimientos continuos?, ¿la congoja de haberte matado a ti mismo, para siempre, en tu espíritu? ¿No amas a ésta? ¿Y no quieres a tus hijos? ¿Y no quieres a tu padre, a tu madre, a tus hermanos? ¿Y no piensas que no los vas a tener nunca más contigo si mueres condenado?

-¡No! ¡No! ¡Perdón! ¡Perdón! Expiar, aquí, sí, aquí... Incluso la ceguera, Señor... Pero el Infierno no... ¡Que no me maldiga Dios! ¡Señor! ¡Señor! Tú arrojas los demonios y perdonas las culpas. No alces tu mano para curarme, pero sí para perdonarme y liberarme del demonio que me tiene sujeto... Ponme una mano en el corazón, en la cabeza... Libérame, Señor...

-No puedo hacer dos milagros. Reflexiona. Si te libero del demonio te dejaré la enfermedad...

-¡No importa! Sé Salvador.

-Sea como tú quieras. Te digo que sepas aprovechar mi milagro, mano que es el último que te hago. Adiós.

-¡No me has tocado! ¡Tu mano! ¡Tu mano!

Jesús lo complace y pone la mano sobre la cabeza y sobre el pecho del hombre, el cual, estando vendado, cegado por las vendas y la herida, palpa convulsivamente para agarrar la mano de Jesús, y una vez que la encuentra, llora sobre ella, y no quiere separarse de ella; hasta que, como un niño cansado, se adormece, teniendo todavía la mano de Jesús apretada contra su carrillo febril.

Jesús saca cautelosamente la mano y sale de la habitación sin hacer ruido, seguido por la mujer y los tres apóstoles.

-Que Dios te lo pague, Señor. Ora por tu sierva.

-Sigue creciendo en la justicia, mujer, y Dios estará siempre contigo.

Alza la mano para bendecir la casa y a la mujer, y sale a la calle.

El murmullo aumenta por mil preguntas curiosas. Pero Jesús hace señal de que se callen y lo sigan. Vuelve a la orilla del lago. La noche se cierra lentamente. Jesús sube a una barca, que se mece junto a la orilla, y habla desde ahí.

-No. No está muerto y no está curado, en cuanto a la carne. Su espíritu ha reflexionado sobre sus culpas, ha dado recta dirección a su pensamiento; ha sido perdonado porque ha pedido expiación para obtener perdón. Vosotros, todos, apoyadlo en su camino hacia Dios.

Pensad que todos tenemos una responsabilidad hacia el alma de nuestro prójimo. ¡Ay de aquel que escandalice! Pero ¡ay también de aquel que, con su trato intransigente, amedrente a uno que acabe de nacer al Bien, de modo que lo rechace con su intransigencia del camino en que se ha puesto! Todos pueden ser un poco maestros, maestros buenos de su prójimo, y pueden serlo más en la medida en que este es más débil e ignorante de la sabiduría del Bien.

Os exhorto a ser pacientes, dulces, longánimes con Simeón. No mostréis odio, rencor, desprecio, ironía. No hagáis memoria del pasado, ni en vosotros ni a él. El hombre que se alza después de un perdón, después de un arrepentimiento, después de un propósito sincero, tiene la voluntad, pero también el peso, el legado de sus pasiones y hábitos del pasado. Hay que saber ayudarle a liberarse de ello. Y con mucha discreción. Sin hacer alusiones al pasado. Las alusiones son imprudentes contra la caridad y contra la criatura humana. Recordar al culpable arrepentido la culpa es abatirlo. Basta su despertada conciencia para ello. Recordar a la criatura humana su pasado es promover el despertar de las pasiones, y algunas veces el volver a pasiones superadas, y consentimientos. En el mejor de los casos, siempre es provocar tentaciones.

No tentéis a vuestro prójimo. Sed prudentes y caritativos. ¿Que Dios os ha ahorrado ciertos pecados? Alabadlo. Pero no hagáis ostentación de vuestra justicia para humillar a quien no es justo. Sabed comprender la mirada implorante de quien está arrepentido y querría que vosotros olvidarais, y que -puesto que sabe que no olvidáis- al menos os suplica que no lo humilléis recordando el pasado. No digáis: "Fue leproso de espíritu" para justificar vuestros abandonos. El leproso por enfermedad, después de las purificaciones, obtenida la curación, es admitido de nuevo en el pueblo. Que suceda lo mismo para quien esté curado del pecado. No seáis como aquellos que se creen los perfectos, y no lo son, porque no tienen caridad para con los hermanos. Al contrario, circundad de vuestro amor a los hermanos renacidos a la gracia, para que la buena compañía impida nuevas caídas.

No queráis ser más que Dios, que no rechaza al pecador que se arrepiente, y lo perdona y admite de nuevo junto a Él. Y aunque ese pecador os haya hecho un mal irreparable, no os venguéis ahora que ya no es un arrogante temido; antes bien, perdonad y tened una gran piedad, porque él fue pobre respecto a ese tesoro que todo hombre puede tener con sólo quererlo: la bondad. Amadlo, porque, con el dolor que os ha causado, os ha dado un medio de merecer un premio más grande en el Cielo. Y no despreciéis a nadie, ni siquiera si es de otra raza. Veis que cuando Dios atrae hacia sí a un espíritu, aunque sea de un pagano, lo transforma de tal modo que supera en justicia a muchos del pueblo elegido.

-Me marchó. Recordad ahora y siempre éstas y mis otras palabras.

Pedro, que estaba preparado, hinca el remo, y la barca se separa de la orilla, empezando así la navegación, seguida por otras dos. El lago, un poco agitado, imprime oscilación a las barcas, pero ninguno se asusta por ello, porque el trayecto es breve. Los faroles rojos ponen manchas de rubí en las oscuras aguas, o tiñen de color sangre las espumas blancas.

Pregunta Pedro, sin dejar el timón, después de un rato:

-Maestro, ¿pero aquel hombre se va a curar o no? No he comprendido nada.

Jesús no contesta. Pedro hace una seña a Juan, que está sentado en el fondo de la barca a los pies del Maestro, con la cabeza relajada encima de las rodillas de Jesús. Y Juan repite en voz baja la pregunta.

-No se va a curar.

-¿Por qué, Señor? Yo creía, por lo que he oído, que tuviera que curarse para expiar.

-No, Juan. Pecaría nuevamente, porque es un espíritu débil.

Juan vuelve a apoyar la cabeza en las rodillas y dice:

-Pero Tú lo podías hacer fuerte... - y parece manifestar un dulce reproche.

Jesús sonríe, mientras introduce los dedos entre los cabellos de su Juan, y, alzando la voz de forma que todos oigan, da la última lección del día:

-En verdad os digo que en la concesión de gracia hay que saber también tener en cuenta su oportunidad. No siempre la vida es un don, no siempre la prosperidad es un don, no siempre un hijo es un don, no siempre -sí, también esto- no siempre una elección es un don. Vienen a ser dones y permanecen como tales cuando el que los recibe sabe hacer un buen uso de ellos,

y para fines sobrenaturales de santificación. Pero cuando de la salud, prosperidad, afectos, misión, se hace la ruina del propio espíritu, mejor sería no tenerlos nunca. Y a veces Dios ofrece el mayor don que podría dar no dando lo que los hombres querrían o lo que considerarían justo tener como cosa buena. El padre de familia o el médico sabio saben qué es lo que hay que dar a los hijos o a los enfermos para no ponerlos más enfermos o para evitar que enfermen. Lo mismo Dios, sabe lo que conviene dar para el bien de un espíritu.

-¿Entonces aquel hombre morirá? ¡Qué casa más infeliz!

-¿Sería, acaso, más feliz viviendo en ella un réprobo? ¿Y él sería más feliz si, viviendo, siguiera pecando? En verdad os digo que la muerte es un don cuando sirve para impedir nuevos pecados y coge al hombre mientras está reconciliado con su Señor.

La quilla roza ya en el fondo del lago, en Cafarnaúm.

-A tiempo. Esta noche, borrasca. El lago hierve, el cielo sin estrellas, negro como la pez. ¿Oís detrás de los montes? ¿Veis esas luces? Truenos y relámpagos. Dentro de poco, agua. ¡Rápido! ¡Poner en salvo las barcas no nuestras! Abajo las mujeres y el niño, antes de que llueva. ¡Echad una mano! - grita Pedro a otros pescadores, que retiran redes y cestas.

A fuerza de brazos empujan la barca bien arriba, a la playa, mientras ya las primeras olas fuertes vienen a azotar los miembros semidesnudos y los guijarros de la orilla. Y luego... alejarse rápidamente, a casa, mientras las primeras gotazas alzan el polvo de la tierra ardiente haciendo emanar fuerte olor. Y los relámpagos ya están encima del lago, mientras los truenos llenan de fragor la copa formada por las colinas de las orillas.

459

El perdón a Samuel de Nazaret y lección sobre las malas amistades.

-En la habitación de arriba hay hombres de Nazaret. Ayer han venido tus hermanos a buscarte. Luego, unos fariseos. Y enfermos, muchos. Y uno desde Antioquía - comunica Judas Iscariote en cuanto los ve entrar en casa.

-¿Y se han marchado?

-No. El de Antioquía ha ido a Tiberíades. Pero vuelve después del sábado. Los enfermos están distribuidos por las casas. Pero lo^s fariseos, con muchos honores, han querido que estuvieran con ellos tus hermanos. Todos son huéspedes de Simón el fariseo.

-¡Mmm!... - refunfuña Pedro.

-¿Qué te pasa? No estás contento de que honren al Maestro en sus parientes? - pregunta Judas Iscariote.

-¡Si va a ser verdadero honor y encuentro útil... felicísimo!

-Desconfiar es juzgar. El Maestro no quiere que se juzgue.

-¡Que sí, que sí! Bueno, para estar seguro esperaré a juzgar. Así no seré necio y pecador.

-Vamos arriba donde los nazarenos. Mañana iremos a ver a los enfermos - dice Jesús.

Judas Iscariote dice a Jesús:

-No puedes. Es sábado. ¿Quieres el reproche de los fariseos? Si Tú no piensas en tu honor, yo sí - dice muy teatralmente Judas. Y termina:

-Más bien, como me doy cuenta de tu deseo de sanar enseguida a estos que te buscan, vamos nosotros y les imponemos las manos en tu Nombre y...

-No.

Un "no" muy tajante, que no admite discusión.

-¿No quieres que hagamos milagros? ¿Quieres hacerlos Tú? Bueno... pues vamos, les decimos que estás aquí y que prometes que los vas a curar. Con esto estarán ya contentos...

-No hace falta. Nos han visto los pescadores. Por tanto, el que Yo esté aquí ya se sabe, y el que Yo cure a quien tiene fe en mí lo saben ellos; tanto es así, que han venido a buscarme.

Judas se calla con desagrado, con la cara sombría de los momentos malos.

Jesús sale, sin preocuparse del temporal, que vierte cántaros de agua sobre la tierra. Sube a la habitación de arriba. Empuja la puerta y entra. Le siguen los apóstoles. Las mujeres están ya arriba hablando con los nazarenos. En un rincón, un hombre que no conozco.

-La paz a vosotros.

-¡Maestro!

Los nazarenos hacen una reverencia. Luego dicen:

-Aquí está el hombre - y señalan al desconocido.

-Ven aquí - ordena Jesús.

-¡No me maldigas!

-Para hacerlo no era necesario llamarte para que vinieras. ¿No tienes nada más que estas palabras que decir al Salvador?

Jesús se muestra grave, pero al mismo tiempo alentador.

El hombre lo mira... Luego rompe a llorar y, arrojándose al suelo, grita:

-¡Si no me perdonas, no tendré paz!...

-Cuando quería hacerte bueno, ¿por qué no me quisiste contigo? Ahora es tarde para desagraviar. Tu madre ha muerto.

-¡No me digas eso! ¡Eres cruel!

-No. Soy la Verdad. Era Verdad cuando te decía que matarías a tu madre. Lo soy ahora. Y tú, entonces, me despreciabas. ¿Por qué me buscas ahora? Tu madre ha muerto. Has pecado, has seguido pecando sabiendo que pecabas. Te lo había dicho. Ésta es la culpa grande: has querido pecar rechazando a la Palabra y al Amor. ¿Por qué te quejas, si ahora no tienes paz?

-¡Señor! ¡Señor! ¡Piedad! Estaba loco y me curaste. He esperado en ti. Antes desesperaba de todos. No defraudes mi esperanza...

-¿Y por qué desesperabas?

-Porque... he hecho morir a mi madre de dolor... incluso la última noche... estaba agotada... y no tuve piedad... ¡Le pegué, Señor!

El grito, que llena la habitación, es un verdadero grito de desesperado.

-¡Le pegué!... ¡Murió durante la noche!... Y no me había dicho otra cosa sino que fuera bueno... ¡La madre mía!... La he matado...

-¡Hace años que la has matado, Samuel! Desde que dejaste de ser un justo. ¡Pobre Ester! ¡Cuántas veces la he visto llorar! Y cuántas me pedía una caricia de hijo en vez de las tuyas... Y tú sabes que no por amistad hacia ti, mi paisano y coetáneo, sino por piedad hacia ella iba Yo a tu casa... No debería perdonarte. Pero dos madres han suplicado por ti, y tu arrepentimiento es sincero. Por eso te perdono. Con una vida sin tacha, cancela del corazón de los de tu ciudad el recuerdo de un Samuel pecador, y reconquístate a tu madre. Lo harás si con una vida de justo conquistas el Cielo y con él a tu madre. Pero recuerda, recuérdalo bien: tu pecado fue muy grande; por tanto, en proporción, grande debe ser tu justicia para anular la deuda.

-¡Oh! ¡Eres bueno! No como ese de los tuyos que ha salido nada más entrar, y que vino a Nazaret sólo para aterrorizarme. Éstos pueden decirlo.

-Jesús se vuelve... De los apóstoles falta sólo Judas Iscariote. Por tanto, es él el que zahirió a Samuel. ¿Qué debe hacer Jesús? Para que se critique al apóstol, si no como hombre al menos como apóstol, dice:

-Ninguno puede no ser severo con tu pecado. Cuando se hace el mal, se debería pensar que los hombres juzgan, pensar que los ponemos en las condiciones de juzgarnos... Pero no tengas rencor. Pon en las balanzas de Dios, como expiación, la humillación que has recibido. Vamos. Aquí, entre los justos, hay júbilo por tu redención. Estás entre hermanos que no te desprecian. Porque todos los hombres pueden pecar, pero sólo son despreciables cuando persisten en pecar.

-Yo te bendigo, Señor. Te pido perdón también por todas las veces que te desprecié... No sé cómo agradecértelo... ¡Es que es la paz! Es la paz, que vuelve a mí - llora, ahora con un llanto sereno...

-Agradéceselo a mi Madre. Si estás perdonado, si te he curado del delirio para darte facultad de arrepentimiento, ha sido por Ella. Vamos abajo. La cena está preparada. Vamos a compartir el alimento.

Y sale, sujetando de la mano al hombre.

La cena, efectivamente, está preparada. Pero Judas tampoco está abajo; en ningún lugar de la casa. La dueña explica:

-Ha salido. Ha dicho: "Vuelvo enseguida".

-Bien. Vamos a sentarnos y a comer.

Jesús ofrece, bendice y distribuye el alimento. Pero en la habitación, iluminada por dos lamparillas y la lumbre, hielo se cierne sobre los ánimos suspendidos. Afuera continúa el temporal...

Vuelve Judas, jadeante, mojado como si se hubiera caído al lago. Los pelos, a pesar de que se haya puesto el manto sobre la cabeza, cuando arroja al suelo el manto empapado, aparecen aplastados y empapados de agua, pegados a los carrillos, al cuello. Todos lo miran, pero ninguno habla. Él quiere presentar disculpas, a pesar de que nadie le pregunte nada:

-He ido corriendo donde tus hermanos para decirles que estás aquí. De todas formas, te he obedecido. No he ido donde los enfermos. Ya no se podía. ¡Un agua! ¡Un agua!... Pero he querido dar honor, sin dilación, a tus parientes... ¿No estás contento, Maestro? ¡No hablas!...

-Te escucho. Toma y come. Hasta que nos vayamos a descansar, vamos a hablar entre nosotros.

Escuchad: Está escrito (*Eclesiástico 8, 18-19*) que no confiemos el corazón al extranjero, porque no conocemos sus hábitos. Pero ¿podemos decir que conocemos el corazón incluso de nuestros conciudadanos?, ¿el corazón del amigo?, ¿el del pariente? Sólo Dios conoce perfectamente el corazón del hombre, y el hombre dispone de un solo medio para conocer el corazón de su semejante, y comprender si se trata de un verdadero compatriota, de un amigo verdadero, de un verdadero pariente. ¿Cuál es este medio? ¿Dónde se encuentra? En el prójimo mismo y en nosotros. En las acciones y palabras de él y en el recto juicio nuestro.

Cuando en las palabras del prójimo, en sus acciones, o en las acciones que querría que nosotros hiciéramos, sentimos, con nuestro recto juicio, que no hay bien, podemos entonces decir: "Este no tiene corazón bueno y debo desconfiar de él". Tratarlo con caridad, porque es un desdichado -su desdicha es la más grave: la del espíritu enfermo-, pero no seguirlo en sus acciones, no aceptar sus palabras como verdaderas y sabias, y, mucho menos, seguir sus consejos. Que no os destruya este pensamiento orgulloso: "Soy fuerte y el mal de los otros no entra en mí. Soy justo y, aunque escuche a los injustos, justo me conservo".

El hombre es un abismo profundo, en que se dan todos los elementos del bien y del mal: ayudan los primeros, las ayudas de Dios, a crecer y a hacerse reyes; ayudan a crecer y reinar en modo nocivo las pasiones y las malas amistades. Todas las aspiraciones al bien y todos los gérmenes del mal están latentes en el hombre: por amorosa Voluntad de Dios o por malvada voluntad de Satanás, el cual sugestiona, tienta, incita, mientras que Dios atrae, conforta, ama. Satanás trata de seducir, Dios

trabaja en conquistar. Y no siempre vence Dios, porque la criatura es pesada hasta que escoge el amor como ley suya, y, siendo pesada, desciende y tiende más fácilmente a aquello que supone satisfacción inmediata y de las partes más bajas del hombre.

Vosotros, por lo que digo acerca de la debilidad humana, podéis comprender cuán necesario es desconfiar de sí mismo y poner mucha atención a nuestro prójimo, para no unir el veneno de una conciencia impura al que ya fermenta en nosotros. Cuando se comprende que un amigo es la ruina del corazón, cuando sus palabras turban la conciencia, cuando sus consejos escandalizan, hay que saber dejar esa amistad dañosa. Persistiendo se acabaría pereciendo en el espíritu porque se pasaría a acciones que alejan a Dios, que impiden a la conciencia endurecida comprender las inspiraciones de Dios. Si todo hombre culpable de graves pecados pudiera, quisiera hablar, diciendo cómo llegó a esos pecados, se vería que en origen hubo siempre una mala amistad...

-¡Es verdad! - confiesa en voz baja Samuel de Nazaret.

-Desconfiad de aquellos que, después de haber combatido contra vosotros sin motivo, de golpe os colman de honores y regalos. Desconfiad de los que alaban todas vuestras acciones y son hombres que alaban todo: o sea, alaban al holgazán como buen trabajador, al adúltero como marido fiel, al ladrón como honesto, al violento como manso, al mentiroso como sincero, al mal fiel y al pésimo discípulo como modelos. Lo hacen para destruirlos y servirse de vuestra destrucción para sus astutas miras. Huid de aquellos que quieren embriagaros de alabanzas y promesas para hacer que llevéis a cabo acciones que, de no estar embriagados, no aceptaríais hacer. Y cuando hayáis jurado fidelidad a uno no tratéis con sus enemigos. Sólo se acercan para perjudicar al que odian, y perjudicar con vuestra misma ayuda.

Abrid los ojos. He dicho: sed astutos como las serpientes, además de sencillos como las palomas. Porque, para tratar de las cosas de espíritu, es santa la sencillez, pero, para vivir en el mundo sin perjudicarse uno a sí mismo y perjudicar a los amigos, es necesaria la astucia que sabe descubrir las astucias de quien odia a los santos. El mundo es un cubil de serpientes. Sabed conocer el mundo y sus sistemas. Y luego, estando como palomas no entre el fango donde están las serpientes, sino en el alto abrigo sobre la roca, tened el corazón sencillo de los hijos de Dios. Y orad, orad porque en verdad os digo que la gran Serpiente silba alrededor de vosotros, y que estáis en grave peligro; y quien no vigile perecerá. Sí. Entre los discípulos habrá quien perezca, con gran júbilo de Satanás e infinito dolor de Cristo.

-¿Quién será, Señor? Quizás uno que no es de los nuestros, un prosélito, uno... no de Palestina, uno...

-No indagéis. ¿No está, acaso, escrito que la abominación entrará, como ya ha entrado, en el lugar santo? (*Daniel 9, 27; 11, 31; 12, 11*) Ahora bien, si se puede pecar incluso junto al Santo, ¿no podrá pecar alguno de entre mis seguidores galileo o judío? Velad, velad, amigos míos. Velad por vosotros mismos y por los demás, vigilad lo que os dicen los otros y lo que os dice vuestra conciencia. Y si por vosotros no tenéis luz para ver venid a mí. Yo soy la Luz.

Pedro gesticula y susurra detrás de Juan, que hace señal de que no, que no. Jesús vuelve la mirada, ve... Pedro se pone en actitud seria y hace ademán de alejarse. Jesús se alza, sonríe levemente... Luego entona la oración, bendice, despidе a las personas. Y se queda solo, a orar más.

460

Fariseos en Cafarnaúm con José y Simón de Alfeo. Jesús y su Madre preparados para el Sacrificio.

-¿No llevas al niño de nuevo a su madre? - pregunta Bartolomé a Jesús, al encontrarlo en la terraza absorto en profunda oración.

-No. Voy a esperar a que ella regrese de la sinagoga...

-¿Esperas que allí dentro el Señor le hable... y que... comprenda su deber? Piensas sabiamente. Pero ella no es sabia. Otra madre habría venido inmediatamente ayer por la noche para llevarse a su criatura. En fin... habíamos navegado en un mar tempestuoso... ella no sabía de dónde veníamos... ¿Se ha preocupado, acaso, de ver si su niño había sufrido algún daño? ¿Viene, acaso, esta mañana? Mira cuántas madres están ya levantadas, a pesar de que haya amanecido hace poco, diligentes en tender los vestidos de fiesta para que terminen de secarse y los niños se los pongan limpios para el día del Señor. Un fariseo diría que hacen una obra servil, porque tienden esos vestiditos. Yo digo que hacen una obra de amor, hacia Dios y hacia sus hijos. Son en general mujeres pobres. Mira allí: María de Benjamín y Rebeca de Miqueas. Y, en aquella modesta terraza, Yoana desenredando pacientemente las orlas de la pobre túnica de su hijo, para que parezca menos pobre en la función sagrada. Y allá, en la orilla que dentro de poco estará llena de sol, Sélida tiende la tela todavía basta, para que parezca fina lo que es tela sin desbatar, bonita sólo por el sacrificio que le cuesta: muchos pedazos de pan, negados al hambre del vientre para transformarlos en copos de cáñamo. ¿Y allí no está Adiná frotando con hierbas la tuniquita descolorida de su niña para que parezca más verde? Pero no se ve a la otra...

-¡Que el Señor le cambie el corazón! No hay otra cosa que decir...

Permanecen apoyados en la paredilla de la terraza, mirando la naturaleza refrescada por el temporal, que ha puesto terso el aire y ha limpiado la vegetación. El lago, aún un poco agitado y menos azul que de costumbre -y es que le varetean las aguas que han descendido de los torrentes llenos por pocas horas, y que arrastran el polvo del reseco lecho-, está hermoso, a pesar de estos desagües de ocre. Parece un gran lapislázuli con perláceas vetas, y ríe bajo un límpido sol que se asoma ahora tras los montes orientales y enciende todas las gotas aún retenidas entre los ramajes. Golondrinas y palomas surcan, festivas, el aire purificado, y entre las frondas pájaros de todas las especies trinan y gorjean.

-El calor se marcha. Bonita estación del año ésta. Fecunda y bonita. Como una edad madura. ¿No es verdad, Maestro?

-Bonita... sí...

Pero se ve que Jesús está lejos con su pensamiento.

Bartolomé lo mira... Luego pregunta:

-¿En qué piensas? ¿En lo que vas a decir hoy en la sinagoga?

-No. Pienso que los enfermos esperan. Vamos nosotros dos a curarlos.

-¿Nosotros solos?

-Simón, Andrés, Santiago y Juan han ido a sacar las nasas que había metido Tomás en previsión de nuestro regreso. Los otros duermen. Vamos nosotros dos.

Bajan y se dirigen hacia la campiña, a las casas diseminadas por entre las huertas o ya en el campo, a la búsqueda de enfermos amparados en casas de pobres, siempre hospitalarias.

Pero hay quien se adelanta al Maestro, intuyendo a dónde va; hay quien le dice: -Espérame aquí, en mi huerto. Te los traemos aquí...

Y pronto, de distintas partes, como aguas de exiguos regatillos que se unen en un único estanque, los enfermos vienen, o los traen, a Aquel que cura. Y los milagros se efectúan.

Jesús los despide diciendo:

-No digáis, si alguien os preguntara, que os he curado. Volved a vuestras casas, donde estabais. Este discípulo mío, antes del ocaso, llevará ayudas a los más pobres.

-Sí. No lo digáis. Lo perjudicaríais. Recordad que es sábado y que muchos lo odian - añade Bartolomé.

-No perjudicaremos a quien nos ha beneficiado. Lo diremos en nuestros pueblos sin precisar qué día nos curamos - el que habla es uno que antes era paralítico.

-Es más, yo diría que nos disemináramos por los campos en espera del ocaso. Los fariseos saben dónde estábamos alojados y podrían venir a ver... - el que habla es uno que antes estaba enfermo de los ojos.

-Buena idea, Isaac. Ayer preguntaban demasiado, y demasiadas cosas... Pensarán que, cansados de esperar, nos hemos marchado antes de la puesta de sol.

-¿Pero ayer por la noche nos vio el apóstol? - pregunta uno que era ciego. ¿No era él el que hablaba?

-No. Era un hermano del Señor. No nos traicionará.

-Decid sólo a dónde vais, para poderos encontrar cuando venga - dice Bartolomé.

Los enfermos se consultan entre sí. Quién querría ir hacia Corazín, quién hacia Magdala. Lo dejan al dictamen de Jesús.

Y Jesús dice:

-A los campos del camino que va a Magdala. Seguid el segundo torrente. Pronto encontraréis una casa. Id allí y decid: "Nos manda Jesús". Os acogerán como a hermanos. Id, y que Dios esté con vosotros, y vosotros con Dios no pecando en el futuro.

Jesús se echa a caminar de nuevo, no volviendo inmediatamente al pueblo por el camino recorrido antes, sino describiendo por entre los huertos un semicírculo que lo lleva al lado del manantial que está cerca del lago, manantial que toman al asalto las mujeres, queriendo aprovisionarse cuando todavía el sol no está alto y el agua está fresca.

-¡El Rabí! ¡El Rabí!

Y mujeres que se apresuran hacia Él, y niños y también hombres del pueblo, la mayoría viejos, inactivos a causa del sábado.

-Una palabra, Maestro, para hacer alegre este día - dice un hombre ya muy anciano que lleva de la mano a un niño, quizás un biznieto, porque si el viejo es casi ciertamente centenario el niño no tiene más de unos seis años.

-Sí. Para alegrar al viejo Leví, y a nosotros con él.

-Hoy tenéis la explicación de Jairo. Yo estoy aquí para oírlo. Tenéis un arquisinagogo sabio...

-¿Por qué dices esto, Maestro? Tú eres el arquisinagogo de los arquisinagogos, el Maestro de Israel. Nosotros te reconocemos sólo a ti.

-No debéis hacerlo. Los arquisinagogos están puestos para que sean vuestros maestros, para llevar a cabo el culto entre vosotros, dándoos ejemplo para haceros fieles israelitas. Los arquisinagogos seguirán estando cuando Yo ya no esté. Tendrán otro nombre, otras ceremonias, pero siempre serán los ministros del culto. Debéis amarlos, y debéis orar por ellos; porque donde hay un buen arquisinagogo hay buenos fieles, y, por tanto, ahí está Dios.

-Lo haremos. Pero hablemos ahora. Nos han dicho que estás para dejarnos...

-Tengo muchas ovejas esparcidas por Palestina. Todas esperan a su Pastor. Pero tenéis a los discípulos, que cada vez son más y más sabios...

-Sí. Pero lo que Tú dices es siempre bueno y fácil para nuestras mentes ignorantes.

-¿Qué os diré?...

-¡Jesús, te hemos buscado por todas partes! - grita José de Alfeo, que, junto con su hermano Simón y un grupo de fariseos, ha llegado imprevistamente.

-¿Y dónde puede estar el Hijo del hombre, sino entre los pequeños y los simples de corazón? ¿Queráis verme? Aquí me tenéis. Pero antes dejad que diga a éstos unas palabras...

Escuchad. Os han dicho que estoy para dejaros. Es verdad. No lo he negado. Pero, antes de dejaros, os mando esto: que os vigiléis mucho a vosotros mismos para conoceros mucho, que os acerquéis cada vez más a la Luz para que podáis ver. Mi palabra es Luz. Custodiadla en vosotros, y cuando a su luz descubráis manchas o sombras, perseguidlas para arrojarlas fuera de vuestro corazón. Lo que erais antes de que Yo os conociera ya no debéis serlo; debéis ser mucho mejores, porque ahora sabéis mucho más. Antes estabais como en un crepúsculo, ahora tenéis la Luz en vosotros. Debéis, por tanto, ser hijos de la Luz.

Mirad al cielo por la mañana, cuando el alba lo esclarece: puede parecer sereno por el solo hecho de no estar todo cubierto de nubes de tormenta, pero, en cuanto aumenta la luz y el vivo claror del sol se asoma por oriente, los ojos, asombrados, ven formarse manchas rosadas en el azul del cielo. ¿Qué son? Ligeras nubecitas, tan leves que parecían no estar

mientras la luz era tenue, pero que ahora dándoles el sol, aparecen como espumas ligeras en el campo del cielo. Y ahí están hasta que el sol las funde, las anula en su gran fulgor. Vosotros haced lo mismo con vuestra alma. Llevadla cada vez más a la luz, para descubrir en vosotros cualquier niebla, aunque sea levísima, y luego tenedla bajo el gran sol de la Caridad. La Caridad consumará vuestras imperfecciones como el sol hace evaporar la humedad ligera que se condensa en aquellas nubecillas tan tenues que disipa en la aurora. Si estáis mucho en la Caridad, la Caridad obrará en vosotros continuos prodigios.

Marchaos ahora y sed buenos...

Se despidió de ellos y se fue hacia sus dos primos, a los cuales besa después de haber hecho respetuosas reverencias a los fariseos presentes, entre los cuales está Simón, el fariseo de Cafarnaúm. Los otros son caras nuevas.

-Te hemos buscado más por éstos que por nosotros. Hemos venido a Nazaret a buscarte, y entonces... - explica Simón de Alfeo señalando a los fariseos.

-La paz a vosotros. ¿De qué teníais necesidad?

-¡De nada! Verte, sólo verte. Escucharte. Oír la sabiduría de tus palabras...

-¿Sólo para esto?

-Verdaderamente, también para aconsejarte... Tú eres demasiado bueno, y la gente abusa de ello. No es bueno este pueblo. Y Tú lo sabes. ¿Por qué no maldices a los pecadores?

-Porque el Padre me ordena que salve, no que pierda.

-Te buscarás adversidades...

-No importa. No puedo transgredir la orden del Altísimo por ningún beneficio humano.

-Y si... Ya sabes... se dice por lo bajo que halagas al pueblo para servirte de él en una rebelión. Hemos venido a preguntarte si es verdad.

-¿Habéis venido u os han mandado?

-Es lo mismo.

-No. De todas formas, os respondo a vosotros y también a quienes os han mandado que el agua que rebosa de mi recipiente es agua de paz, que la semilla que siembro es semilla de renuncia. Yo podo las ramas soberbias, estoy pronto para arrancar las plantas malas, para que no perjudiquen a las buenas, si no se someten al injerto. Pero lo que Yo llamo bueno no es lo que vosotros llamáis bueno. Porque Yo llamo buena a la obediencia, a la pobreza, a la renuncia, a la humildad, a la caridad que condesciende a todas las humildades y misericordias. No temáis a nadie. El Hijo del hombre no tiende asechanzas a los poderes humanos, sino que viene a inculcar poder a los espíritus. Id y referid que el Cordero no será nunca lobo.

-¿Qué quieres decir? Tú nos entiendes mal y nosotros te entendemos mal.

-No. Yo y vosotros nos entendemos muy bien...

-¿Entonces sabes para qué hemos venido?

-Sí. Para decirme que no debo hablar a las multitudes. Y no pensáis que no podéis prohibirme entrar, como cualquier israelita, donde se leen y explican las Escrituras, y donde todo circuncidado tiene el derecho de hablar.

-¿Quién te lo ha dicho? Jairo, ¿no es verdad? Referiremos.

-No he visto todavía a Jairo.

-Mientes.

-Yo soy la Verdad.

Un hombre de la multitud, de la multitud que se ha vuelto a formar, dice:

-Él no miente. Jairo se ha marchado ayer, antes de la puesta del sol, con su mujer y su hija. Las ha acompañado. Ha dejado aquí a su ayudante. Las ha acompañado donde su madre, que se está muriendo. No volverá hasta después de las purificaciones.

Los fariseos no tienen la satisfacción de poder mostrar que Jesús miente, pero sí la de saber que no tiene consigo a su más poderoso amigo de Cafarnaúm. Se miran unos a otros: toda una mímica de miradas.

José de Alfeo, el mayor de la familia, siente el deber de defender a Jesús y se vuelve hacia Simón el fariseo:

-Me has honrado queriendo compartir el pan y la sal conmigo, y el Altísimo tendrá en cuenta este honor que has dado a los descendientes de David. Te has mostrado justo ante mí. Estos fariseos acusan a este hermano mío. Ayer me dijeron a mí, cabeza de la casa, que el único dolor era el que Jesús desatendiese a Judea, porque, siendo el Mesías de Israel, tenía el deber de amar y evangelizar por igual a todo Israel. Me pareció justo el razonamiento y se lo habría dicho a mi hermano. Pero entonces, ¿por qué hablan así hoy? A1 menos, que digan por qué no debe hablar. Que yo sepa, no dice cosas contrarias a la Ley y a los Libros. Dad las razones y yo convenceré a Jesús de que hable de otra forma.

-Es razonable lo que dices. Responded a este hombre... - dice Simón el fariseo - ¿Ha dicho Él cosas... sacrílegas?

-No. Pero el Sanedrín lo acusa de separar, de tratar de separar a la nación. El Rey debe ser de Israel, no sólo de Galilea.

-Se quiere a toda la patria, se quiere muchísimo dentro de la patria a la región natal. Este amor suyo por Galilea no es una causa tan grave que merezca castigo. Y además, nosotros somos de David, así que...

-Que venga entonces a Judea. Que no nos desprecie.

-¿Los oyes? ¡Es un honor para ti y para la familia! - dice, entre severo y jactancioso, José.

-Estoy oyendo.

-Te aconsejo que condesciendas con su deseo. Es bueno. Es puro honor. Tú dices que quieres paz. Pues entonces pon fin, dado que te quieren de uno a otro confín, a esta desavenencia que hay entre las dos regiones. Lo harás, ciertamente. ¡Ciertamente lo hará! Lo aseguro por Él, que es obediente a los mayores.

-Está escrito: "No hay nadie mayor que Yo. No hay ningún otro dios delante de mí". Yo obedeceré siempre a lo que Dios quiere.

-¿Oís? Id, pues, en paz.

-Oímos. Pero, José, antes de marcharnos queremos saber lo que para Él es lo que Dios quiere.

-Lo que Dios quiere es que Yo haga su voluntad.

-¿Y cuál sería esa voluntad? Dila.

-Que recoja las ovejas de Israel y las reúna en un solo rebaño. Y lo haré.

-Tendremos en cuenta estas palabras tuyas.

-Será buena cosa. Que Dios esté con vosotros - y Jesús vuelve las espaldas al grupo farisaico y camina hacia casa.

José, su primo, se pone a su lado, medio contento medio descontento, y, con aire protector, le hace observar que si se les sabe tratar (como ha hecho él), que si se tiene el apoyo de los familiares (como afortunadamente ha sucedido hoy), que si se recuerda que se tiene derecho al trono (como descendientes de David), etc., también los fariseos se hacen buenos amigos.

Jesús le interrumpe diciendo:

-¿Y tú lo crees? ¿Crees en sus palabras? Verdaderamente el orgullo y la alabanza engañosa bastan para cubrir de escamas las vistas más agudas.

-Yo, de todas formas... los complacería. No puedes pretender que te paseen victorioso entre gritos de hosanna, así de repente... Los debes conquistar. Un poco de humildad, Jesús. Un poco de paciencia. El honor merece cualquier sacrificio...

-¡Basta! Hablas palabras humanas, y peor todavía. Que Dios te perdone. Y te dé luz, hermano. Pero apártate, porque me produces amargura. Y no expreses a tu madre, a tus hermanos, a mi Madre estos consejos necios.

-¡Quieres tu perdición! ¡Eres causa de nuestro hundimiento y del tuyo!

-¿Por qué has venido, si sigues siempre igual? Todavía no he padecido por ti, pero lo haré; y entonces...

José se ha marchado, inquieto.

-Tú lo enojas... Es como nuestro padre, ya sabes... Es el viejo israelita... - le susurra Simón.

-Cuando comprenda, verá que mi acción, que ahora lo enoja, era santa...

Ya están en la puerta de casa. Entran. Jesús ordena a Pedro:

-Ocúpate de que la barca esté preparada para la puesta del sol. Vamos a acompañar a Tiberíades a las dos Marías, y Simón las acompañará a casa. Irá contigo Mateo, además de tus compañeros pesca-lores. Los demás nos esperarán aquí.

Pedro toma aparte a Jesús:

-¿Y si viene el de Antioquía? Lo digo por Judas de Keriot...

-Tu Maestro te dice que lo encontraremos en el muelle de Tiberíades.

-¡Ah, entonces! - y con voz fuerte:

-¡La barca estará preparada!

-Madre, sube conmigo. Estaremos juntos estas horas.

María lo sigue sin hablar. Entran en la habitación de arriba, fresca y umbría por la parra que la cubre y las cortinas puestas para dar sombra.

-¿Te vas, Jesús mío?

María está muy pálida.

-Sí. Llego al momento de marcharme.

-¿Y yo no debo ir para los Tabernáculos? ¡Hijo mío!... - María tiene un amago de llanto.

-¡Mamá! ¿Por qué? ¡No es la primera vez que nos dejamos!

-No. Es verdad. Pero... ¡oh!, recuerdo cuanto me dijiste en el bosque cercano a Gamala... ¡Hijo mío! Perdona a una pobre mujer. Te obedeceré... Con la ayuda de Dios, seré fuerte... Pero quiero una promesa tuya...

-¿Cuál, Madre mía?

-Que no me ocultarás la hora tremenda. Ni por piedad ni por aprensión respecto a mí... Sería demasiado dolor... y demasiada tortura... Dolor porque... sabría todo al improviso y por boca de quien no me ama como Tú amas a esta pobre Mamá... Y sería tortura si pensara que, quizás mientras hilo o tejo o cuido las palomas, a ti, Hijo mío, te están matando...

-No temas, Madre. Lo sabrás... Nos veremos todavía...

-¿Verdaderamente?

-Sí. Nos veremos todavía.

-¿Y me dirás: "Voy a cumplir el Sacrificio"? ¡Oh...!

-No diré eso. Pero tú comprenderás... Y luego, la paz; mucha paz... Fíjate: haber hecho todo lo que Dios quiere de nosotros, sus hijos, para el bien de todos los otros hijos. Mucha paz... La paz del perfecto amor...

La ha recogido en su corazón, y la tiene ahí, estrechada en el abrazo filial: Él mucho más alto y fuerte; Ella, más menuda, joven, con esa incorrupta juventud suya, de carne y de expresión, puesta sobre la eterna juventud de su espíritu inmaculado.

Y Ella repite, heroica (¡cuán heroica!):

-Sí, sí. Lo que Dios quiera...

No hay más palabras. Los dos Perfectos ya consuman el sacrificio de su más dura obediencia. No hay tampoco lágrimas. Y tampoco besos. Hay sólo Dos que aman perfectamente y depositan a los pies de Dios su amor.

Pero éste no es el último adiós.

Tiberíades ha vertido todos sus habitantes en las orillas del lago, o en el propio lago, buscando refrigerio en la brisa que recorre las aguas y cimbra los árboles de los jardines de la orilla. Mientras los ricos de esta ciudad -donde se entreveran muchas razas allí reunidas por muchos motivos- se procuran alivio en cómodas barcas de recreo, o desde las sombras verdes de los jardines observan los movimientos de las barcas en las aguas de turquesa, ya depuradas del amarillor que había puesto en ellas el aguacero de la noche anterior, los pobres, especialmente los niños, retozan en la playa, en el linde donde las olas mueren, y sus grititos, por el frío del agua que les da más arriba de lo que quisieran, parecen gritos de golondrinas.

Las barcas de Pedro y Santiago se acercan a la orilla dirigiéndose hacia el embarcadero.

-No. A1 jardín de Juana - ordena Jesús.

Pedro obedece sin decir nada, y la barca, seguida por su gemela, con una virada perfecta que dibuja una estela de espuma en forma interrogación, tuerce hacia el desembarcadero del jardín de Cusa, se arrima a él y se para. Jesús es el primero en bajar. Luego da la mano a las dos Marías para ayudarlas a bajar al pequeño andén.

-Ahora vosotros id al muelle grande y poneos a predicar al Señor. Veréis a un hombre que se acercará a preguntaros dónde estoy. Es el hombre de Antioquía. Traedlo a mí después de que hayáis despedido la gente.

-Sí... pero... ¿Qué debemos decir a la gente? ¿Predicar que has venido o predicar tu doctrina?

-Que he venido. Decir que para la aurora hablaré en Tariquea y curaré a los enfermos. Uno de vosotros que vigile las barcas, o poned algún discípulo que lo haga, para que estén preparadas para partir. Id y que la paz sea con vosotros.

Y se encamina hacia la cancilla que se cierra ante el embarcadero. Las dos Marías lo siguen silenciosas.

En el vasto jardín, donde pertinaces rosas florecen todavía, si bien muy escasas, no se ve a nadie. Pero se oyen los gritos felices de los dos pequeños, que están jugando.

Jesús, pasando la mano por entre los arabescos de la cancilla, trata de correr el pasador. Pero no lo consigue. Busca si hay algo que pueda hacer ruido y llamar la atención. Pero no hay nada. Entonces, al oír más cercanas las vocecitas de los dos niños, llama fuerte: -¡María!

Las dos voces enmudecen de golpe...

Jesús repite:

-¡María!...

Y allá, en el medio del prado, mantenido al rape -como una alfombra de la que sobresalieran los pies bien cuidados de los rosales-, allá aparece la niña, dando pasitos cortos, cautos, con un dedito entre los labios, indagadores los ojos que escrutan en todas las direcciones; y luego, unos pasos más atrás, seguido de un corderito blanco como la espuma, vese a Matías.

-¡María! ¡Matías! - grita fuerte Jesús.

La voz guía las miradas inocentes. Los dos niños dirigen sus ojos hacia la cancilla, y ven a Jesús con la cara contra las barras, sonriéndoles.

-¡El Señor! Ve corriendo, Matías, donde mamá... Llama a Elías o a Miqueas... Que vengan a abrir...

-Vete tú. Yo voy donde el Señor... - y, tendidos los brazos, se echan a correr los dos: dos mariposas, una blanca, una rosada de cabecita morena.

Pero, afortunadamente, mientras corren llaman a los criados, y éstos, llevando en sus manos regaderas y rastrillos, acuden; de forma que, al fin, la cancilla se abre y los dos niños se refugian en los brazos de Jesús, quien los besa y pasa el umbral llevándolos de la mano.

-Nuestra mamá está en casa con sus amigas. Entonces a nosotros nos dicen que nos vayamos, porque no quieren que estemos allí - explica expeditivo Matías.

-No hables de esa forma tan mala. Nuestra mamá nos dice que nos vayamos porque esas damas son romanas y hablan todavía de sus dioses, y nosotros, los salvados de Jesús, debemos conocerlo sólo a Él. Es por esto, Señor. Matías es demasiado pequeño y no comprende - dice, con la gracia de su sensatez de criatura que ha sufrido, y que por eso es más madura, más adulta de lo que comportaría su edad.

-Nos dice que nos vayamos también nuestro padre cuando vienen los de la Corte. Y me gustaría, porque son casi todos soldados... guerreros... ¡La guerra! ¡La guerra es bonita! ¡Hace vencer! Echa a los romanos. ¡Abajo Roma! ¡Viva el Reino de Israel! - grita fieramente el pequeño.

-La guerra no es bonita, Matías; y muchas veces no se gana la guerra, y entonces de sometidos se pasa a ser esclavos.

-Pero tu Reino debe venir. Y para hacer que venga se hará la guerra. Y se echará a todos, incluido Herodes, y Tú serás rey.

-Calla, tonto. Ya sabes que no debes repetir lo que oyes. Hacen bien en decirte que te vayas. ¿No sabes que hablando así puedes perjudicar a nuestro padre, a nuestra madre y también a Jesús? - dice María. Y luego explica:

-Un día vino ese que es como un príncipe y pariente de Herodes y que es tu discípulo, a hablar con nuestro padre. Y gritaban mucho. No estaban solos, estaban con muchos otros...

-Guapísimos, con espadas bonitas, y hablaban de guerra... - interrumpe Matías.

-¡Calla, te digo! Y gritaban tanto que se oyó, y este tonto, desde entonces, no hace más que hablar de ello. Dile que no debe hacerlo... Nuestra mamá lo ha dicho, y nuestro padre le ha amenazado con llevarle a la cima del gran Hermón, a una gruta, con un esclavo sordo y mudo, hasta que no aprenda a callar. Y allí tendría que callar, porque, si habla con el esclavo, el esclavo no oye y no responde, y si grita, vienen las águilas y los lobos a comérselo...

-Un castigo verdaderamente terrible - dice Jesús sonriendo, y acaricia al niño, que ha perdido el ardimiento y se abraza a Jesús, como si ya viera a las águilas y lobos en disposición de devorarlo todo entero, incluida la lengüecita imprudente.

-¡Un castigo verdaderamente terrible! - repite.

-¡Pues sí! Y yo tengo miedo de que le caiga, y de quedarme sin Matías, y lloro... Pero él no tiene piedad ni de mí ni de nuestra mamá, y nos va a hacer morir de dolor...

-No lo hago adrede. He oído... y digo... Es tan bonito... pensar que se derrota a los romanos y se echa a Herodes y a Filipo, y que Jesús sea Rey de Israel - termina en un susurro, escondiendo la cara entre la túnica de Jesús para apagar aún más el sonido de la voz.

-Matías no volverá a decir nunca estas cosas. Me lo promete a Mí y lo mantendrá. ¿No es verdad? Así no lo devorarán, y Juana y María no morirán de dolor, Cusa no estará inquieto y a mí no me odiarán. Porque, mira, Matías: diciendo estas cosas haces que me odien. ¿Te gusta que Jesús sea perseguido? Imagínate qué remordimiento, si un día tuvieras que decirte a ti mismo: "He provocado que persiguieran a Jesús, que me ha salvado; y todo por haber repetido lo que oí casualmente". Aquellos eran hombres. Y los hombres pierden a menudo la vista de Dios porque son pecadores. No viendo a Dios, no ven la Sabiduría, y cometen errores, incluso con miras buenas, o que las creen buenas. Pero los niños son buenos. Sus espíritus ven a Dios y Dios descansa en su corazón. Por eso deben comprender las cosas con sabiduría y decir que mi Reino no se llevará a cabo con violencia, en la Tierra, sino con amor, en los corazones. Y deben rezar para que los hombres comprendan este Reino mío como lo comprenden los niños. Las oraciones de los niños van, de manos de sus ángeles, al Cielo, y el Altísimo las convierte en gracias. Y Jesús necesita estas gracias para hacer, de los hombres que piensan en la guerra y en el reino temporal, apóstoles que comprenden que Jesús es paz y que su Reino es espiritual y celeste. ¿Ves este corderito? ¿Acaso podría descuartizar a alguien?

-¡No! Si pudiera, nuestro padre no nos lo habría regalado, para que no nos despedazara.

-Es como has dicho. Lo mismo el Padre que está en los Cielos no me habría enviado jamás, si Yo hubiera tenido poder y voluntad de despedazar. Yo soy el Cordero y el Pastor. Y soy apacible y manso como el cordero. Y soy Aquel que reúne con amor, con cayado de Pastor bueno, no con lanza y espada de guerrero. ¿Has comprendido? ¿Me prometes a mí, personalmente, que no vas a volver a hablar nunca de estas cosas?

-Sí, Jesús. Pero... ayúdame Tú... porque yo solo...

-Te ayudo. Mira, te acaricio los labios y así sabrán estar cerrados.

-Maestro mío. ¡Santo atardecer este que me concede verte! - dice Jonatán, que ha venido de la casa y se ha postrado a los pies de Jesús.

-Paz a ti, Jonatán. ¿Puedo ver a Juana?

-Está viniendo. Ha despedido a las romanas para venir aquí contigo.

Jesús lo mira interrogativamente, pero no pregunta nada. Camina hacia la casa mientras escucha a Jonatán, que habla de Cusa «muy molesto con Herodes» y que dice: -Por amor a mi ama, te ruego que la frenes, porque quiere hacer cosas que... no te harían bien a ti, ni tampoco a él; pero, sobre todo, a ti.

Con un espléndido vestido blanco, sobre el que descende desde la cabeza un velo tan respuntado de plata, que parece una filigrana argéntea -y no sé cómo la ligereza del tejido puede resistir ese recamo de brocado de plata-; ceñida con una delgada diadema que por delante termina ligeramente en punta, como una mitra cuajada de perlas; y con pesados pendientes de perlas en las orejas, y perlas en la base del cuello, perlas en las muñecas y en los dedos: una aparición de belleza, pureza y gracia... Juana viene rauda hacia su Señor y, sin preocuparse de su bonito vestido, se postra en la tierra del paseo y besa los pies de Jesús.

-La paz a ti, Juana.

-Cuando estás conmigo, siempre hay paz en mí y en mi casa... ¡Madre!... - y hace ademán de querer besar los pies de María, pero Ella la recibe entre sus brazos y la besa. También se intercambia el beso con María de Alfeo.

Jesús, después de los saludos, dice:

-Tengo que hablar contigo. Juana.

-Aquí me tienes, Maestro. María, mi casa es tuya. Indica todo aquello de que tengáis necesidad. Yo voy con el Maestro...

Jesús ya se ha separado y ha ido al prado, bien a la vista de todos, pero aislado suficientemente como para que ninguno lo pueda escuchar. Juana lo alcanza.

-Juana, debo acoger a un enviado de Antioquía; de Síntica, claro. He pensado hacerlo en tu casa. Aquí, en tu jardín...

-Tú eres el amo de todo lo que es de Juana.

-¿También de tu corazón? - Jesús la mira fija y penetrantemente.

-¡Tú ya sabes, Maestro! Estaba casi segura, ahora lo estoy del todo. Cusa... ¡La incoherencia de los hombres es tan grande! ¡Su espíritu de interés es tan fuerte! ¡Y su piedad hacia sus esposas tan poca! Nosotras somos... ¿Qué somos, incluso las esposas de los mejores? Una joya que se ostenta o se esconde, según pueda o no convenir... Un mimo, que debe reír o llorar, atraer o repeler, hablar o callar, mostrarse o estar oculto, según lo que el hombre quiera... siempre en vistas a su interés... ¡Es triste nuestra suerte, Señor! ¡Y también degradante!

-En compensación, os es dado saber subir más alto en el espíritu.

-Eso es verdad. ¿Te han referido o lo has sabido por tí? ¿Has visto a Manahén? Te buscaba...

-No. No he visto a nadie. ¿Está aquí?

-Sí. Estamos todos aquí... Quiero decir: todos los cortesanos de Herodes... y muchos por odio. Entre éstos también Cusa, desde que, por voluntad de Herodías, Herodes se complace en humillar a su intendente... Señor, ¿te acuerdas de que en Béter te dije que él me quería separar de ti porque temía el disfavor de Herodes? Bueno, pues han pasado sólo unos meses... Y ya quiere que ahora yo... que yo... Sí, Señor. Querría que te persuadiera a aceptar su ayuda para que ocupes el puesto del Tetrarca... Debo decirlo porque soy mujer, sujeta por tanto al hombre, y además hebrea, por tanto mucho más sujeta a la voluntad del marido. Y lo digo... Y no te aconsejo... porque creo saber ya que Tú... que Tú no te vas a hacer rey con la ayuda de las lanzas pagadas. ¡Oh!... ¿Qué he dicho? No debía hablar así... Debía dejarte escuchar primero a Cusa y a Manahén y a otros... ¿Y si callaba, no hacía mal?... Señor ayúdame a ver lo justo...

-Lo justo está en tu corazón, Juana. Ni con las cohortes romanas ni con las lanzas israelitas me haré rey Yo, aunque Roma e Israel quisieran pacificar este territorio por medio de mí. He comprendido ya lo suficiente como para reconstruir las cosas. Matías ha dicho palabras imprudentes. Jonatán ha aludido a desazones. Tú dices el resto. Yo completo así: una idea insensata de mi reino impele a los buenos, todavía no justos, como Manahén, a crear movimientos capaces de instaurar el reino de Israel según la idea fija de la mayoría. Un punzante, ardiente deseo de vengarse de una afrenta impele a otros, entre los cuales tu esposo, a lo mismo. En estos dos motivos nace palanca la astucia de los fariseos, saduceos, escribas, y la astuta herodiana, para lograr deshacerse de mí, haciéndome aparecer como no soy ante los ojos de quien nos domina. Tú has despedido a las romanas para decirme esto, para no traicionar a Cusa ni a Manahén ni a otros. Pero, en verdad te digo que quienes me han comprendido más que nadie son los gentiles. Me llaman el filósofo, quizás me consideran un soñador, un irrealista, un infeliz, según ellos, para quienes todo radica en la violencia. Pero han comprendido -al menos ellos lo han comprendido- que no soy de esta Tierra y que mi Reino no es de esta Tierra. No tienen miedo de mí, sino de mis seguidores. Tienen razón. Ellos, quién por amor, quién por orgullo, serían capaces de cualquier acción, con tal de lograr su idea: hacer de mí el Rey de reyes, el Rey universal- un pobre rey de un pequeño estado... Y, en verdad, de esta insidia debo guardarme más, de esta insidia que trabaja en la sombra instigada por mis verdaderos enemigos, que no están en el palacio proconsular de Cesárea, ni en el del Legado de Antioquía, ni tampoco en la Antonia, sino que están bajo las filacterias, las fimbrias y los "zizit" de los indumentos hebreos, y especialmente bajo los "zizit" *floqueados* y las *amplias* filacterias, puestos en los amplios indumentos de los fariseos y escribas para demostrar una adhesión aún más amplia a la Ley. Pero la Ley está en el corazón, no en los indumentos... Si estuviera en el corazón, estos que se odian, pero que ahora, olvidando el odio, se unen para hacer daño -ese odio que excavaba profundos barrancos entre una y otra casta de Israel, del Israel que ahora ya no está separado sino nivelado, porque los barrancos están rellenos con el odio a mí-, si estuviera la Ley en el corazón de éstos, y no colgada y anudada en los indumentos, en la frente, en la mano -como un salvaje se coloca amuletos, conchas, huesos, rostros de buitres, por superstición y adorno-, si estuviera en el corazón esta Ley, si la Sabiduría no estuviera escrita dentro de las filacterias sino en las fibras del corazón, comprenderían que Yo soy y que contra mí, para destruirme como Verbo y como Hombre, no pueden ir. Yo debo, por tanto, defenderme de los amigos y de los enemigos, igualmente no justos en sus amores y en sus odios: debo tratar de guiar los amores y aquietar los odios. Yo esto lo hago para cumplir mi deber; y lo haré hasta que haya edificado el Reino, bañando las piedras con mi Sangre para que se unan sólidamente. Cuando os rocíe con mi Sangre, vuestros corazones dejarán de vacilar; me refiero a los corazones fieles a mí, al tuyo, Juana, que tanto lucha entre las dos fuerzas que actúan sobre ti y los dos amores que hay en ti: Yo-Cusa».

-Pero vencerás Tú, Señor.

-Venceré Yo. Sí.

-Pero trata también de salvar a Cusa... Ama a quien amo.

-Amo a quien te ama.

-Ama a Cusa, que te ama...

-La doblez no es para esa frente, pura como las perlas que la ciñen y que ahora enrojece con el esfuerzo de quererse y quererme persuadir de un amor de Cusa.

-Y, sin embargo, te ama.

-Sí. Por su interés. Como por su interés no me amaba en Ziv y en Siván... Pero, ahí está Simón de Jonás con el extranjero. Vamos donde ellos...

Van hasta el amplio vestíbulo que hay en la parte de atrás de la casa. Más que un vestíbulo, un pórtico semicircular abierto al parque. El parque se prolonga en la casa con este vestíbulo en forma de semicírculo, que da al jardín y está adornado de columnas con ramas de rosales ahora sin flores y ramaje delicado de jazmines, columnas tachonadas de flores y de otras plantas trepadoras purpúreas cuyo nombre ignoro.

-La paz sea contigo, extranjero. ¿Querías verme?

-Salud y gloria, Señor. Quería verte. Tengo una carta para ti. Me la dio una mujer griega en Antioquía. Soy... No, ya no soy griego, porque he tomado la ciudadanía romana para continuar con mi contrato de arrendamiento: soy proveedor de los soldados romanos. Los odio. Pero aprovisionarlos es fructífero. Por lo que nos han hecho, debería mezclar cicuta en la harina. Pero habría que envenenar a todos, a pocos no es eficiente. Reaccionarían peor... Creen que todo les es lícito por ser fuertes. Son bárbaros respecto a los griegos. Nos han robado todo para adornarse con las cosas nuestras y fingir civilidad. Pero rasca la costra, que está teñida de nuestra civilización, y descubrirás siempre a un Amulio, a un Rómulo, a un Tarquinio... Descubres siempre a un Bruto, asesino de quien lo beneficia. ¡Ahora tienen a Tiberio! ¡Y es todavía poco para ellos! Tienen a Sejano. Tienen lo que se merecen. Las cadenas, los delitos que han cometido, la espada, se vuelven contra ellos y muerden las carnes de los brutales romanos. Poco, aún demasiado poco. Pero lo que es ley sucederá. Cuando el monstruo sea enorme, caerá por su propio peso y se pudrirá. Y los vencidos reirán ante el enorme cadáver y pasarán de nuevo a ser vencedores. Que así sea. Todos los pies de los conquistadores pisando a aquella que ha aplastado todo con su expansión brutal... Pero perdona, Señor. El perpetuo dolor me ha arrollado una vez más...

Decía que una griega me dio una carta para ti y me dijo que Tú eras el Virtuoso perfecto. Virtuoso... Eres joven para serlo... Los grandes espíritus de la Hélade gastaron la vida para serlo un poco... Y, sin embargo, la mujer me ha hablado de tu Idea. Si verdaderamente crees en lo que enseñas, eres grande... ¿Es verdad que vives para prepararte a la muerte para dar al mundo la sabiduría de vivir como dioses y no como animales, como hacen ahora los hombres? ¿Es verdad que afirmas que hay sólo una riqueza digna de ser alcanzada: la de las virtudes? ¿Es verdad que has venido para redimir, pero que la redención empieza en nosotros mismos, siguiendo tus enseñanzas? ¿Es verdad que poseemos el alma y que debemos cuidarla porque es cosa divina, imperecedera, incorruptible por su naturaleza, pero que nosotros, sólo nosotros, viviendo como animales, podemos desdivinizar, a pesar de no poder destruirla? ¡Responde, Grande!

-Es verdad. Todo es verdad.

-¡Por Zeus! Esto lo decía también el sumo Nuestro. Pero parecía una música a la que le faltara una nota, una lira a la que le faltara una cuerda. De vez en cuando se sentía un vacío, que el filósofo no había sorteado. Tú has colmado ese vacío, si realmente has venido no sólo para enseñar sino también para morir, no obligado a ello por nadie, sino por voluntad propia de obediencia al Dios, lo cual hace de tu muerte no un suicidio sino un sacrificio... ¡Por la divina Palas! Ninguno de nuestros dioses hizo esto jamás. Así que deduzco que Tú eres más que ellos. La griega dice que no existen, y Tú sólo eres... ¿Entonces estoy hablando con un Dios? ¿Y puede un Dios escuchar a un aprovisionador ladrón y rencoroso con su enemigo, a un miserable hombre? ¿Por qué me escuchas?

-Porque veo tu alma.

-¿La ves? ¿Cómo es?

-Retorcida, sucia, con serpientes por cabellos, desabrida, ignorante, a pesar de que tu intelecto sea muy distinto del de un bárbaro. Pero dentro del templo feo tienes un altar que espera, como el que está en el Areópago, y espera la misma cosa: al Dios verdadero.

-A ti, entonces. Porque la griega dice que Tú eres el Dios verdadero. Pero, ¡por Zeus!, es verdad lo que dices de mi alma. Eres más claro y seguro que el oráculo delfico. Pero Tú predicas paz, amor, perdón. Dificiles virtudes. Y predicas continencia, y honestidad de todo tipo... Ser eso es ser dioses más grandes que los dioses, porque ellos... ¡ellos no son pacíficos, honestos, magnánimos!... Son la perfección de las pasiones malas del hombre, excepto Minerva, que es al menos sabia... ¡La misma Diana!... Pura, pero cruel... Sí, ser lo que Tú predicas es ser más que los dioses. Si yo lo alcanzara... ¡Por el bellissimo Ganimedes! Él, de jovencito, a águila olímpica y divino copero. Pero Zenón, de proveedor de cereales a los amos bárbaros, a dios... Pero deja que me interne en este pensamiento, y lee la carta de la mujer entretanto... - y el hombre se pone a pasear como un peripatético.

Pedro, cansado, al ver que el discurso era largo, se había sentado cómodamente en un asiento del atrio, y, en el frescor del ambiente y en mullidos almohadones echados encima del asiento, se ha puesto tranquilamente a dar una cabezada... Pero debe haber tenido un oído en vela, porque le despierta el ruido de romper el sigilo y de desenrollar el pergamino, y se pone en pie mientras se frota los ojos soñolientos. Se acerca al Maestro, que lee de pie, erguido, debajo de una lámpara de lastras de mica delicadamente violácea. Siendo tenue la luz, adecuada para iluminar el lugar sin quitarle el encanto de la luna en las noches serenas, Jesús mantiene alto el folio para leer las palabras; y Pedro, mucho más bajo que el Maestro y estando a su lado, trata de alargar el cuello, de ponerse de puntillas para ver, pero no puede.

-¿Es Síntica, eh? ¿Qué dice? - pregunta dos veces, y suplica:

-¡Lee fuerte, Maestro!

Pero Jesús responde:

-Sí. Es ella... Después... - y lee, lee, y, acabado el primer folio, lo enrolla y se lo mete en los pliegues de la cintura y continúa la lectura del segundo folio.

-¡Cuánto ha escrito, ¿eh?! ¿Cómo está Juan? ¿Y quién es aquel nombre?

Pedro se muestra insistente como un niño.

Jesús está tan absorto que ya no lo escucha. Terminado queda el segundo folio, que recibe el mismo destino que el primero.

-Ahí se estropean. Deja que los tenga yo... - y, sin duda, piensa: "y les dé una ojeada." Pero, alzando los ojos para seguir las manos del Maestro, que desenrollan el tercero y último folio, ve brillar una lágrima que cuelga de las pestañas rubias de Jesús. -¡¿Maestro?! ¡¿Lloras?! ¿Por qué, Maestro mío? - dice, y se pega a Él, y le abraza la cintura con su brazo musculoso y corto.

-Ha muerto Juan...

-¡Oh! ¡Pobrecillo! ¿Cuándo?

-Con los primeros calores fuertes... Echándonos mucho de menos..

-¡Pobre Juan!... Pero, claro... ¡estaba consumido!... Y el dolor de separarse... ¡Todo por esas serpientes! ¡Si supiera su nombre!... Lee fuerte, Señor. ¡Yo lo quería a Juan!

-Después. Después leeré. Calla ahora.

Jesús lee atento... Pedro se alarga aún más para ver... La lectura termina. Jesús enrolla de nuevo el folio y dice:

-Llama a mi Madre.

-¿No lees?

-Voy a esperar a los otros... Entretanto me despediré de ese hombre.

Y, mientras Pedro entra en casa, donde están las discípulas con Juana, Jesús va donde el griego:

-¿Cuándo partes?

-Debo ir a Cesárea, donde el Procónsul, y, después de comprar una serie de artículos, voy a Joppe. Partiré dentro de un mes, a tiempo de evitar las tempestades de Noviembre. Me marcho por mar. ¿Me necesitas para algo?

-Sí, para responder. La griega dice que me puedo fiar de ti.

-Dicen que somos falsos. Pero también tenemos la capacidad de no serlo. Fíate de mí. Puedes preparar el escrito y buscarme para los Tabernáculos en casa de Cleante, el que me provee de quesos de Judea para las mesas de los romanos: tercera casa después de la fuente del pueblo de Betfagé; no te puedes confundir.

-Tú tampoco te puedes confundir, si sigues por el camino en que has puesto pie. Adiós, hombre. Que la civilización griega te conduzca a la cristiana.

-¿No me reprochas el que odie?

-¿Sientes que debería hacerlo?

-Sí. Porque condenas el odio como pasión indigna y aborreces la venganza.

-¿Y tú qué piensas de ello?

-Que quien no odia y perdona es más grande que Júpiter.

-Alcanza, entonces, esa grandeza... Adiós, hombre. Que tu familia quiera a Síntica, y en el exilio en que os halláis tomad los caminos de la Patria inmortal: el Cielo. Quien cree en mí y practica mis palabras tendrá esa Patria. Que la Luz te ilumine. Ve en paz.

El hombre saluda y se pone en camino. Luego se para, vuelve atrás, pregunta: -¿No te voy a oír hablar?

-A1 amanecer hablaré en Tariquea. Pero luego voy hacia la Siro-Fenicia, y luego, no sé por qué camino, a Jerusalén.

-Te buscaré. Y mañana estaré en Tariquea, para juzgar si eres tan elocuente como sabio.

Se marcha definitivamente.

Las mujeres están en el atrio, y comentan con Pedro la muerte de Juan. Y ya han vuelto los otros, los que se habían quedado por la ciudad para avisar que mañana por la mañana el Rabí estaría en Tariquea. Todos hablan del pobre Juan de Endor, y están ansiosos de saber.

-¡Ha muerto, Hijo!

-Sí. Está en la paz.

-Verdaderamente ha terminado de sufrir - dice María Santísima.

-Ha salido de la cárcel definitivamente- comenta Pedro.

-Hubiera sido justo que no hubiera sufrido el último dolor, el del exilio- exclama Judas de Alfeo.

-Una purificación más- sentencia Santiago Zebedeo

-¡Oh, no quisiera para mí esta purificación! Cualquier otra, ¡pero no morir lejos del Maestro!

-Y, sin embargo... moriremos todos así... ¡Maestro llévanos contigo! - dice Andrés después de los otros.

-No sabes lo que pides, Andrés. Éste es vuestro puesto hasta mi llamada. Pero escuchad lo que escribe Síntica.

"Síntica de Cristo al Cristo Jesús, salud.

El hombre que te llevará estos folios es un connacional mío. Me ha prometido buscarte hasta encontrarte, y reservar como último lugar Betania, donde dejará la carta, en casa de Lázaro, si no hubiera podido encontrarte en ningún sitio. Es una persona que se resarce como puede de todo el mal que de Roma ha recibido, él y sus antepasados. Tres veces Roma descargó su mano sobre ellos, de muchas maneras, y siempre con sus métodos. Él, con sutileza griega, dice que ahora ordeña las vacas tiberinas para hacerles escupir las cabras helénicas. Es proveedor de la casa del Legado y de muchas casas de esta pequeña Roma y gran ciudad reina de Oriente. Y además, después de con los refinamientos para los ricos, ha logrado hacerse con los aprovisionamientos para las cohortes de Oriente, con astuto modo, hecho de agasajos serviles que cubren un odio incurable. No apruebo su método. Pero cada uno tiene sus maneras. Yo habría preferido el pan mendigado por el camino, antes que las arcas de oro recibidas del opresor. Y así habría hecho siempre, si ahora otro motivo -que no es la ganancia para mí- no me hubiera empujado a imitar al griego para mi objetivo.

Pero en el fondo es un buen hombre, y su mujer también es buena, y sus tres hijas y el hijo. Los he conocido en la pequeña escuela de Antigonio, y, habiendo enfermado al principio de la primavera la madre, la curé con el bálsamo, y así entré en la casa de ellos. Muchas casas me habrían recibido con gusto como maestra y bordadora. Casas nobles y casas de comerciantes. Pero he preferido ésta por un motivo que no es el que sea casa de griegos. Ahora te explicaré.

Te suplico conmiseración para Zenón, si bien no puedes aprobar su pensamiento. Es como ciertos terrenos áridos, cuarzosos en la superficie, pero magníficos bajo la costra dura. Espero lograr hacer desaparecer esta costra creada por tanto dolor y poner al descubierto el buen terreno. Sería una gran ayuda para tu Iglesia, siendo Zenón, como es, conocido, y estando, como está, relacionado con tantos de Asia menor y Grecia, de Chipre y Malta, e incluso de Iberia, donde, en todas partes, tiene parientes y amigos, griegos como él y perseguidos, o también romanos, soldados o de las magistraturas, utilísimos un día para tu causa.

Señor, mientras escribo, desde una de las terrazas de la casa, veo Antioquía, con sus embarcaderos en el río, el palacio del Legado en la isla, y sus vías regias, sus murallas con sus cuantiosas torres potentes. Y, si me vuelvo, veo la cresta del Sulpio, que se cierne sobre mí, con sus cuarteles; y veo el otro palacio del Legado. Así, estoy entre las dos manifestaciones del poder romano, yo, pobre mujer sujeta, sola. Pero no me dan miedo. Es más, pienso que lo que no pueden la ira de los elementos y la fuerza de todo un pueblo amotinado, lo hará la debilidad que no da sombra, la aparente debilidad -despreciable para los poderosos- de quien es una fuerza porque posee a Dios: a ti.

Pienso, y te lo digo, que esta fuerza romana será la fuerza cristiana cuando te haya conocido, y que se deberá empezar el trabajo por las ciudadelas de la romanidad pagana, porque ellas serán siempre las dueñas del mundo y una romanidad cristiana querrá decir una cristiandad universal. ¿Esto cuándo? No lo sé. Pero siento que será. Y de aquí que mire con una sonrisa a estos testimonios de potencia romana, pensando en aquel día en que pondrán las enseñas y su fuerza al servicio del Rey de los reyes. Las miro como se mira a amigos útiles que aún no saben que lo son, que harán sufrir antes de ser conquistados, pero que, una vez conquistados, te llevarán a ti, llevarán el conocimiento de ti, hasta los confines del mundo.

Yo, pobre mujer, oso decir a mis hermanos en ti, a mis hermanos mayores, que cuando llegue la hora de la conquista del mundo para tu Reino, no por Israel -demasiado cerrado en su rigorismo mosaico exacerbado por el farisaico y por las otras castas, como para ser conquistado-, sino por aquí, por el mundo romano, por sus extremidades -los tentáculos con que Roma estrangula toda fe, todo amor, toda libertad que no sean las que ella quiera, las que le son útiles-, por aquí deberá empezarse la conquista de los espíritus para la Verdad.

Tú lo sabes, Señor. Pero yo hablo para los hermanos que no pueden creer que también nosotros, los gentiles, tengamos aspiración al Bien. A los hermanos digo que bajo la coraza pagana hay corazones desilusionados del vacío pagano, asqueados de la vida que llevan porque así es costumbre, cansados de odio, de vicio, de insensibilidad. Hay espíritus honestos, pero que no

saben dónde apoyarse para hallar satisfacción a su aspiración al Bien. Dadles una Fe que apague su sed. Morirán por ella, llevándola cada vez más adelante cual antorcha en las tinieblas, como los atletas de los juegos helénicos".

Jesús enrolla el primer folio y mientras los que están escuchando comentan el estilo, la fuerza, las ideas de Síntica, y se preguntan por qué ya no está en Antigonio, Jesús abre el segundo folio.

Pedro, que hasta ahora ha estado sentado, vuelve a acercarse, como para oír mejor, y otra vez, arrimándose a Jesús, se alza sobre la punta de sus pies.

-Simón, hace mucho calor; tú me ahogas - dice sonriendo Jesús

-Vuelve a tu sitio. ¿No has oído hasta ahora?

-¿Oído? Sí. Pero no he visto. Y ahora quiero ver, porque Tú cambiaste y lloraste desde ese folio... Y no es sólo por Juan... Se sabía que estaba a las puertas de la muerte...

Jesús sonríe, pero, para impedir a Pedro oír el escrito por detrás de los hombros, se pega a la columna más cercana, sin preocuparse de que se aleja de la luz de la lámpara, que si no ilumina el folio, ilumina, eso sí, la cara de Jesús.

Pedro, bien decidido a ver, a entender, arrastra una banqueta, frente a Jesús, y se sienta, y tiene los ojos fijos en el rostro del Maestro.

"Tanto estoy convencida de esto, que, habiéndome quedado sola, he dejado Antigonio por Antioquía, segura de poder trabajar más en este terreno -donde, como en Roma, todas las razas se funden y mezclan- que donde impera Israel... No puedo yo, mujer, partir a la conquista de Roma. Pero, si la Urbe me es inalcanzable, yo en la hija más bella de la Urbe, la más semejante a la madre en todo el Orbe, siembro... ¿En cuántos corazones caerá la semilla? ¿En cuántos germinará? ¿En cuántos será transportada a otros lugares y esperará a los apóstoles para germinar? No lo sé. No pido saberlo. Yo hago. Ofrezco al Dios que he conocido, y que sacia mi espíritu y mi intelecto, el trabajo. En este Dios creo, como en el Dios único y omnipotente. Sé que no defrauda al que es de buena voluntad. Esto me basta y me sostiene en el obrar.

Maestro, Juan murió el sexto día antes de las nonas de junio según los romanos, casi en la neomenia de Tammuz según los hebreos. Señor... ¿Para qué te digo lo que ya sabes? Y, sin embargo, lo digo, para los hermanos. Juan murió como justo, y, en honor a la verdad sobre sus sufrimientos, debería decir como mártir. Yo le asistí con toda la piedad que una mujer puede tener, con todo el respeto que se tiene hacia un héroe, con todo el amor que se tiene a un hermano. Pero ello no evitó un sufrimiento tal, que yo, no por fastidio o cansancio, sino por compasión, rogaba al Eterno que lo llamara a la paz. Él decía: "a la libertad".

¡Qué palabras salían de su boca! ¿Es que puede subir a tanta luz de sabiduría un hombre que, como él decía, ha descendido hasta el fondo? ¡Oh, la muerte es verdaderamente el misterio que revela nuestro origen, y la vida es el escenario que esconde el misterio! Un escenario que se nos da sin motivos ornamentales, donde nosotros podemos realizar lo que queramos. Él había grabado muchas cosas, no todas hermosas; pero las últimas fueron sublimes. Del sombrío cielo de abajo, en que había diseños de dolor humano y de humana dolencia, cual sabio artífice, había pasado a signos cada vez más luminosos, y había decorado de virtudes el retazo de su vida cristiana, para terminar en una fúlgida luminosidad de alma perdida en Dios. Yo te lo digo: no hablé, sino que cantó su último poema. No murió, sino que ascendió. Y no pude distinguir con exactitud cuándo hablaba todavía el hombre o cuándo hablaba ya el espíritu hijo de Dios. Señor, he leído, Tú lo sabes, todas las obras de los filósofos, buscando un alimento al alma atada por las dobles cadenas de la esclavitud y del paganismo. Pero eran obras de hombre. En este caso, no eran ya palabras de hombre, sino de superhombre, de espíritu regio, más: de espíritu semidivino. Yo he tutelado el misterio, que además no habría sido comprendido por nuestros huéspedes, buenos con el hombre, pero israelitas en el más amplio y completo sentido de la palabra... Y cuando en los últimos toques del amor Juan fue sólo un amor hablante, alejé a todos y recogí yo sola lo que Tú ciertamente sabes...

Señor... este hombre murió, ha "salido por fin de la carne, ha ido a la libertad", como él decía con el hilo de voz de los últimos días, y con la mirada encendida en éxtasis, apretándome la mano y descubriéndome con sus palabras el Paraíso. Este hombre ha muerto enseñándome a vivir, a perdonar, a creer, a amar. Ha muerto preparándome al último período de tu vida. Señor, lo sé todo. Él me había instruido acerca de los profetas en las noches de invierno. Conozco el Libro como una verdadera israelita. Pero sé también lo que el Libro no especifica... ¡Maestro mío y Señor mío... yo lo imitaré! Y quisiera el mismo favor, pero creo que es más heroico no pedirlo, y hacer tu voluntad...".

Jesús enrolla el folio y hace ademán de tomar el tercero.

-¡No, no, Maestro! No puede ser... Hay más. ¡No puede haber terminado tan pronto el folio! - exclama Pedro. ¡No estás leyendo todo! ¿Por qué, Señor? ¡Vosotros! ¡Protestad! Síntica ha escrito más para nosotros que para Él, y Él no nos lee.

-¡No insistas, Pedro!

-¡Sí que insisto! ¡Claro que insisto! Mira que he visto que tu ojo iba más abajo de golpe, y que -hay transparencia- no has leído los últimos renglones. No estaré tranquilo hasta que hayas leído de nuevo el final de ese folio. ¡Antes llorabas!... ¿Hay acaso motivo de llorar en eso que has leído? Duele, sí, saber que ha muerto... ¡pero una muerte así no hace llorar! Yo creía que hubiera muerto mal, perdiendo su espíritu... Sin embargo... ¡Lee, anda! ¡Madre! ¡Juan! Vosotros que obtenéis todo...

-Escúchalo, Hijo mío, y aunque sea algo doloroso de saberse beberemos todos el cáliz...

-Sea como queréis...

"Conozco el Libro como una verdadera israelita. Pero sé también lo que el Libro no especifica, o sea, que tu Pasión ya no tardará en cumplirse, porque Juan ha muerto y Tú le prometiste breve tiempo en el Limbo. El me lo dijo. Me dijo que habías prometido que lo sacarías de aquí antes de que conociera cómo puede ser y a dónde puede llegar el odio de Israel hacia ti, y ello para impedir que por amor a ti odiase a tus torturadores. Ahora él ha muerto... Tú estás, por tanto, próximo a morir... No. A vivir. Verdaderamente a vivir con tu Doctrina, contigo mismo dentro de nosotros, con la Divinidad en nosotros, una vez que tu Sacrificio nos haya devuelto la vida del alma, la Gracia, la unión con el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo.

Maestro, mi Salvador, mi Rey, mi Dios... fuerte es mi tentación, mejor dicho: ha sido fuerte, de ir donde ti ahora que Juan duerme con el cuerpo en el sepulcro y reposa con el espíritu en la espera. Ir donde ti para estar con las otras al pie de tu

ara. Pero las aras se adornan no sólo con la víctima, sino también con guirnalda en honor del Dios en cuyo honor se celebra el sacrificio. Yo pongo mi violácea guirnalda de discípula lejana a los pies de tu ara. Y en la guirnalda pongo la obediencia, el trabajo, el sacrificio de no verte y escucharte... ¡Será muy duro! ¡Es muy duro ahora, cuando tus coloquios sobrenaturales con Juan han concluido, y yo ya no gozo de ellos!... Señor, alza tu mano sobre tu sierva para que sepa hacer sólo tu voluntad y te sepa servir".

Jesús enrolla el folio y observa la cara de los que lo escuchan. Están pálidos. Pero Pedro susurra:

-No comprendo por qué llorabas... Pensaba que había otras cosas...

-Lloraba porque confrontaba al que fue uxoricida y forzado, y a la esclava pagana, con demasiados de Israel.

-¡Comprendo! Te angustia el que los hebreos sean inferiores a los gentiles, y los sacerdotes y príncipes a los forzados.

Tienes razón... ¡He sido un estúpido! ¡Qué mujer esta mujer! ¡La pena es que haya tenido que marcharse!...

Jesús abre el tercer folio.

"Y sepa imitar en todo al discípulo y hermano que ya está en la paz, a donde ha ido después de haber cumplido todas las purificaciones... en tu honor y para aliviar tus sufrimientos".

-¡Ah! ¡No, no!

Pedro ha saltado con agilidad encima del asiento antes de que Jesús haya podido separarse, y ve que no es posible haber llegado ya a donde Jesús mira. Hay qué tener en cuenta que el pergamino se enrolla en sí mismo a medida que por arriba se le va soltando; por lo cual, muchos renglones están ya ocultos en lo alto del folio.

Jesús alza la cabeza y, con el rostro más afligido que triste, dulce pero firme, repele a su apóstol y dice:

-¡Pedro, tu Maestro *sabe lo* que te conviene! Deja que Yo te dé lo que para ti es bueno...

Pedro queda tocado por esas palabras, y más por la mirada –tan implorante, luciente por una lágrima que está para caer– de Jesús. Baja del asiento y dice:

-Obedezco... ¿Pero, qué podrá ser lo que hay ahí?

Jesús reanuda la lectura:

"Y ahora que he hablado de otros, hablo de mí. He dejado Antigonio después de la sepultura de Juan. No porque me tratasen mal, sino porque sentía que ése no era mi lugar. ¿Por qué lo sentía? No lo sé. Lo sentía. Como te he dicho, había conocido a muchas familias, porque muchos habían venido a nosotros. He preferido quedarme en la de Zenón, precisamente porque está en el ambiente en que espero trabajar.

Una mujer romana quería que viviera en su espléndida casa, junto a la Columnata de Herodes. Una siria riquísima me invitaba como maestra al taller de tejidos que su marido, que es de Tiro, ha abierto en Seleucia. Una viuda prosélito, madre de siete niñas, que vive cerca del puente Seleucio, quería que viviera con ella, por respeto a Juan, maestro de los niños. Una familia greco-asiria, con almacenes en una calle cerca del Circo, solicitaba que fuera a ella, porque en el tiempo de los juegos podía ser útil. En fin, un romano, que había sido centurión, creo, sin duda militar, y que se había quedado aquí no sé exactamente con qué obligación, curado también con el bálsamo, insistía para tenerme en su casa. No. No quería los ricos, ni los mercaderes. Quería almas, y almas griegas y romanas, porque siento que por ellas debe empezar la expansión de tu Doctrina en el mundo.

Y aquí estoy, en casa de Zenón, en las laderas del Sulpio, cerca de los cuarteles. La ciudadela se cierne amenazadora desde la cima. Y, sin embargo, a pesar de ser tan adusta, es mejor que los ricos palacios del Onfalo y del Ninfeo, y tengo amigos en ella. Un soldado que te conoce, de nombre Alejandro: un sencillo corazón de niño dentro de un cuerpo grande de soldado. Y el mismo tribuno, llegado hace poco de Cesárea, bajo su clámide tiene un corazón recto. Dentro de su tosca sencillez, se acerca más a la Verdad Alejandro. Pero tampoco el tribuno, que te admira como a un orador perfecto, un filósofo "divino", como él dice, es hostil a la Sabiduría, aunque todavía no pueda acoger la Verdad. Conquistar a éstos y a sus familias con un mínimo de tu conocimiento significa esparcir la semilla de este conocimiento a septentrión y a mediodía, a oriente y a occidente, porque los soldados son como granos agitados por el aventador, o mejor: como el molino del viento, en este caso la voluntad de los Césares y las necesidades de dominio, esparce por todas partes.

Cuando llegue un día en que tus apóstoles, como pájaros lanzados a volar, se esparzan por la Tierra, gran ayuda será para ellos el encontrar en los lugares de apostolado uno, uno sólo, aunque sea uno sólo que no ignore tu venida. Por esta idea cuido también, de los gladiadores, los cuerpos dolientes de los viejos y los heridos de los jóvenes; por esto mismo, ya no evito a las mujeres romanas; por esto soporto a quienes eran causa de dolor para mí... Todo. Por ti. Si yerro, aconséjame con tu sabiduría. Sólo que sepas, pero ya lo sabes, que mis errores provienen de deficiencias, no de malicia.

Señor, tu sierva te ha dicho muchas cosas... Nada, respecto a lo mucho que tengo en el corazón. Pero Tú ves mi espíritu. Señor... ¿cuándo veré tu rostro? ¿Cuándo veré de nuevo a tu Madre?, ¿y a los hermanos?... La vida es un sueño que pasa. Pasará la separación. Estaré en ti, y con ellos, y será la alegría y la libertad para mí, también para mí, como para Juan.

Me postro a tus pies, mi Salvador. Bendíceme con tu paz. A María de Nazaret, a las discípulas, paz y bendición. A los apóstoles y a los discípulos, paz y bendición. A ti, Señor, gloria y amor".

-He leído. Madre, ven conmigo. Vosotros esperadme. O descansad. No regreso. Estaré en oración con mi Madre. Juana, si alguno me busca, estoy en el cenador de cerca del lago.

Pedro ha apartado un poco a María y le dice algo, intranquilo pero en voz baja. María le sonríe y susurra algo. Luego alcanza a su Hijo, que sigue el sendero apenas visible en la noche.

-¿Qué quería Simón de Jonás?

-Saber, Hijo mío. Es como un niño... un niño grande... Pero es muy bueno.

-Sí, es muy bueno. Y te ha rogado a ti, que eres buenísima, para saber... Ha descubierto el punto débil: tú y Juan. Lo sé. Hago como que no lo sé, pero lo sé. Pero no puedo ceder siempre para complacerlo... No hacía falta, Jonatán. Podíamos estar también sin luz – dice, al ver que Jonatán viene con una lámpara de plata y con unos almohadones que ahora dispone en la mesa y en los asientos del cenador.

-Lo ha ordenado Juana. La paz a ti, Maestro.

-Y a ti.

Se quedan solos.

-Decía que no siempre puedo complacerlo. Esta noche no podía. Sólo tú puedes conocer los puntos que he callado. Te he llamado para esto, y también para estar contigo, Mamá... Para mí, estar contigo en las últimas horas antes de una separación es acumular tanta dulce fuerza, que me siento rico de ella para muchas horas de soledad en medio del mundo, que no me comprende o que me comprende mal. Y estar contigo en las primeras horas de un regreso es tomar nuevas fuerzas, después de todos los cálices que debo beber en el mundo... tan desagradables y amargos.

María lo acaricia sin hablar. Erguida junto a Él, que está sentado es la Madre que conforta a su Hijo. Pero Él hace que se siente y dice

-Escucha... - y entonces María, en posición atenta, sentada frente a Él, pasa a ser la discípula pendiente de los labios de Jesús Maestro.

-Sintica escribe, hablando de Antioquía:

"Aquí la voluntad -no sé distinguir dónde cesa la de los hombres y empieza la de Dios, porque no soy sabia- aquí la voluntad, más fuerte que mi deseo, me ha traído, y quién sabe si no habrá sido todo voluntad de Dios. Lo cierto es que, casi seguro por una gracia del Cielo, ahora le tengo amor a esta ciudad que, con las cimas del Casio y del Amano custodiándola desde dos lados, y las crestas verdes de las Montañas negras más lejos, mucho me recuerda a la patria perdida. Y tengo la impresión de que sea el primer paso de regreso hacia mi tierra, y no paso de peregrina cansada que vuelve para morir, sino de mensajera de vida que viene a dar vida a quien fue para ella madre. Tengo la impresión de que desde aquí, golondrina descansada para el vuelo y nutrida de Sabiduría, tuviera que volar a la ciudad en que vi la luz y de la cual quiero, quisiera subir a la Luz después de dar la Luz que me fue dada.

Mis hermanos en ti, yo lo sé, no aprobarían este pensamiento... Quieren sólo para ellos tu sabiduría. Pero se equivocan. Un día comprenderán que el mundo espera, y que el mundo despreciado será el mejor. Yo les preparo el camino a ellos. No sólo aquí, sino con cuantos convergen aquí y luego regresan a sus tierras; y no distingo mucho si son gentiles o prosélitos, griegos o romanos, o de otras colonias del imperio y de la Diáspora. Hablo, suscito deseos de conocerte... El mar no está hecho de una nube vaciada; está hecho de nubes y nubes y nubes que vacían su agua en la tierra y vierten a1 mar. Yo seré una nube. El mar será el cristianismo. Quiero multiplicar el conocimiento de ti para contribuir a formar el mar del cristianismo. Yo, griega, sé hablar a los griegos, no tanto con el idioma cuanto con la comprensión... Yo, que fui esclava de los romanos, sé trabajar con los romanos, cuyos puntos sensibles conozco. Y, por el tiempo que he vivido entre los hebreos, sé también cómo tratar a éstos, especialmente aquí, donde los prosélitos son numerosos. Juan ha muerto para tu gloria. Yo viviré para tu gloria. Bendice nuestros espíritus".

-Y más adelante, donde habla de la muerte de Juan, donde no he dejado que Simón leyera, está escrito: "Juan ha muerto tras haber pasado todas las purificaciones, incluso la extrema, la del perdón a aquellos que con sus maneras de actuar te han obligado a alejarlo y lo han matado. Sé el nombre de éstos, al menos del principal. Juan me lo reveló, diciendo: "Desconfía siempre de él. Es un traidor. Me ha traicionado a mí, lo traicionará a Él y traicionará a nuestros compañeros. Pero lo perdono, a Judas Iscariote, como lo perdonará Él. Es tan grande ya el abismo en que yace, que no quiero excavarlo más no perdonándole el haberme matado separándome de Jesús. Mi perdón no lo salvará. Nada lo salvará, porque es un demonio. No debería decirlo, yo que fui asesino, pero en mí había al menos una ofensa que me hacía perder el juicio. Él arremete contra quien no le ha hecho ningún mal y acabará traicionando a su Salvador. Pero lo perdono, porque la bondad de Dios ha hecho de su odio contra mí mi bien. ¿Ves? He expiado todo. Él, el Maestro, me lo dijo ayer noche. He expiado todo. Ahora salgo de la cárcel. Ahora entro verdaderamente en la libertad, libre incluso del peso del recuerdo del pecado de Judas de Keriot hacia un desdichado que había encontrado la paz junto a su Señor".

Yo también, siguiendo su ejemplo, le perdono el haberme arrancado de ti, de la Madre bendita, de las hermanas discípulas, de oírte, de seguirte hasta la muerte, para estar presente en tu triunfo de Redentor. Y lo hago por ti, en honor tuyo y para aliviar tus sufrimientos. Estáte tranquilo, mi Señor. El nombre del oprobio que hay entre las filas de tus seguidores no saldrá de mis labios, y, conjuntamente, no saldrá nada de lo que he oído a Juan cuando su yo hablaba con tu invisible, letificante Presencia. He estado dudando si ir a verte antes de establecerme en mi nueva morada. Pero he sentido que habría transparentado mi repulsa hacia Judas Iscariote, y que te habría perjudicado ante tus enemigos. He sacrificado así este consuelo también... con la seguridad de que el sacrificio no quedará sin fruto y sin premio".

-Esto es, Madre. ¿Podía leerle esto a Simón?

-No. Ni a él ni a los otros. Dentro de mi dolor tengo la alegría de esta muerte santa de Juan... Hijo, vamos a orar para que él sienta nuestro amor y... y para que Judas no sea el oprobio... ¡Oh, es horrendo!... Y no obstante... nosotros perdonaremos...

-Vamos a orar...

Se ponen en pie y oran, iluminados por la trémula luz de la lámpara, entre cortinas de ramas colgantes, mientras la resaca respira rítmicamente chocando contra la orilla...

Discurso y curaciones en las fuentes termales de Emaús de Tiberíades.

El lago es todo y sólo una enorme sardónica engastada entre los montes, apenas visible al claror de las estrellas, habiéndose ocultado ya la Luna. Jesús está solo en el verde cenador, con la cabeza reclinada encima de los antebrazos, apoyados a su vez en la mesa, junto a la lámpara, que emite sus últimos brillos. Pero no duerme. De vez en cuando levanta la cabeza, mira otra vez a los folios extendidos encima de la mesa, mantenidos abiertos por la lámpara, puesta en la parte de arriba del folio, y por los antebrazos, puestos en la parte baja, y luego reclina nuevamente la cabeza.

El silencio es absoluto. Parece dormir también el lago con su calmaría pesada. Pero luego, contemporáneos, un frufrú de viento entre las frondas, un solitario choque de ola contra la orilla, una mutación en la naturaleza, yo diría: un crepitar de elementos que se despiertan. La no-luz del alba inicial es ya una luz, aun cuando la vista no se dé cuenta todavía al extender la mirada por el jardín desierto. Es el espejo del lago el que da el indicio de este renacer de la luz, porque su sardónica negra, plúmbea, se hace más clara, y lentamente, reflejando el cielo que va blanqueciendo, de plúmbeo pasa a gris-pizarra y luego a gris-hierro; luego, a ópalo; en fin, vésele reflejar el cielo con un paradisíaco, azulado titilar de aguas.

Jesús se pone en pie, recoge los folios, toma la lámpara, que con el primer soplo de la brisa se ha apagado, y se dirige hacia la casa. Encuentra en el camino a una doméstica, que hace una reverencia: luego, a un jardinero, que va a los parterres, y con él intercambia un saludo. Entra en el atrio, donde otros criados realizan las tareas primeras.

-La paz a vosotros. ¿Podrías llamar a los míos?

-Ya se han levantado, Señor. Y el carro para las mujeres está ya preparado. También Juana está levantada. Está en el atrio interior.

Jesús va, por dentro de la casa, al atrio que mira a la calle. Allí, en efecto, están todos reunidos.

-Vamos. Madre, el Señor esté contigo. María, contigo también, y que mi paz os acompañe. Adiós, Simón. Lleva mi paz a Salomé y a los niños.

Jonatán abre la pesada puerta. En la calle espera el carro cubierto. La calle, entre casas, completamente desierta, no tiene todavía mucha luz. Las mujeres suben, con su pariente, y el carro se pone en marcha.

Vamos enseguida también nosotros. Andrés, adelántate corriendo, ve donde están las barcas y di a los mozos que nos alcancen en Tariquea.

-¿Cómo? ¿Vamos a pie? Nos retrasaremos...

-No importa. Precededme mientras me despido de Juana.

Los apóstoles se ponen en camino...

-Yo te sigo, Señor. O, mejor, te precedo, porque iré con la barca.

-Tendrás que esperar mucho...

-No importa. Déjame ir.

-Sea como quieras. ¿Cusa no está?

-No ha regresado a casa, Señor.

-Le dirás que lo saludo y lo exhorto a ser justo. Acaricia por mí a los niños, Y..., tú, que has comprendido a tu Maestro, persuade a Cusa de que está en un error, y con él todos aquellos que quieren hacer del Cristo un rey temporal.

También Jesús sale a la calle y, raudo, alcanza a los apóstoles.

-Vamos por el camino de Emaús. Muchos necesitados van a las fuentes, quién en busca de curación, quién en busca de limosna.

-Pero nosotros no tenemos una perra... - objeta Santiago de Zebedeo.

Jesús no responde.

Los caminos se van poblando de minuto en minuto, y de dos clases muy distintas de personas: hortelanos, vendedores, criados, esclavos, lugareños, que se apresuran a ir a las distintas actividades; y gente de mundo, rica, que van también, en literas o en cabalgaduras, hacia las fuentes, que, si han de curar, supongo que son termales.

Tiberíades debe ser verdaderamente un poco cosmopolita, porque entre la gente se ven personas de naciones distintas. Hay romanos signados por el peso de una vida ociosa y viciosa; griegos atildados, ciertamente no menos licenciosos que los romanos, pero con una máscara -huella del vicio- de distinta expresión de la de los latinos. Hay gente de la costa fenicia; y hebreos, en su mayoría ancianos. Acentos, lenguas, vestidos... son distintos. Algún rostro quebrado, de enfermo o de enferma; o rostros cansados de patricias... y rostros de gente de mundo de ambos sexos, que van en grupos, unos a caballo al lado de las literas, otros en las literas, gastando bromas, conversando sobre fútiles temas, haciendo apuestas...

El camino es hermoso: un paseo umbrío, que entre los intercolumnios de los troncos deja ver, a un lado, el lago, a otro, la campiña. El sol, ortivo, reaviva los colores del agua y las plantas.

Muchos se vuelven a mirar a Jesús y un susurro le sigue. Palabras femeninas de admiración, sátiras de hombres, algunas burlas, también palabras enojadas. De enfermos, alguna súplica que Jesús recoge: las únicas, de entre todas las voces, que recoge y acoge.

Cuando devuelve la agilidad a los miembros de uno de Tiro, anquilosados por la artritis, la irónica indiferencia de muchos gentiles reacciona.

-¡Caramba! - exclama un viejo romano con cara abolsada de crapuloso - ¡Caramba! ¡Qué bien curarse uno así! Yo lo llamo.

-Nada que ver contigo, viejo Sileno. ¿Qué harías, una vez curado?

-¡Volver a los placeres!

-Entonces es inútil ir al triste Nazareno.

-Yo voy, y me apuesto lo que tengo a que...

-No apuestes. Pierdes.

-Déjalo que apueste. Está todavía borracho. Nos gozamos su dinero.

El viejo, tambaleándose, baja de la litera y llega a donde Jesús, que está escuchando a una madre hebrea que le habla de su hija, una palidecida muchacha a la que lleva de la mano.

-No temas, mujer. Tu hija no morirá. Vuelve a casa. No la llesves a las fuentes. No recuperaría la salud del cuerpo y perdería la pureza del alma. Son lugares de licencia degradante - y lo dice bien fuerte, de forma que todos oigan.

-Tengo fe, Rabí. Vuelvo a mi casa. Bendice a tus siervas, Maestro.

Jesús las bendice y hace ademán de empezar a andar. El romano le tira de la túnica:

-Cúrame - ordena.

Jesús lo mira y pregunta:

-¿Dónde?

Los romanos, y con ellos algunos griegos y fenicios, se han agrupado y se ríen irónicamente y hacen apuestas. Algunos israelitas, que se han apartado, y susurran: « ¡Profanación! ¡Anatema!» y otras palabras por el estilo, se detienen con curiosidad a pesar de todo...

-¿Dónde? - pregunta Jesús.

-Por todas partes. Estoy enfermo... ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

Tan extraño es el sonido que le sale de la boca, que no sé si se está riendo o si llora. Parece como si la grasa flácida que años de vicio le han dejado oprimiera hasta las cuerdas vocales. El hombre enumera sus quebrantos y expresa su miedo de morir.

Jesús lo mira severamente y responde:

-Efectivamente, debes temer la muerte, porque te has matado a ti mismo - y le vuelve la espalda.

El otro trata de sujetarlo por el vestido, mientras los presentes se ríen sarcásticamente. Pero Jesús se libera de la presa y se marcha.

-¡Pulgar hacia abajo, Apio Fabio! ¡Pulgar hacia abajo! El llamado rey de los judíos no te ha concedido la gracia. Danos la bolsa. Apuesta perdida.

Se forma un alboroto de griegos y romanos que rodean al defraudado, el cual, con un empujón, los aparta y se echa a correr lo que puede, pues está muy obeso, tirándose hacia arriba el vestido, bamboleándose con toda su masa sebosa. Pero tropieza y se cae en el polvo en medio de las carcajadas de sus amigos, que lo arrastran hasta un árbol, contra cuyo tronco el ebrio se estrecha, y llora con ese llanto desabrido de los borrachos.

Los manantiales están, sin duda, cercanos, porque la densidad de gente es cada vez mayor, afluyendo de muchos caminos hacia un solo lugar. Olor de aguas sulfurosas se detiene en el aire.

-¿Bajamos hacia la orilla para evitar el contacto con estos impuros? - pregunta Pedro.

-No son todos impuros, Simón. Entre ellos hay también muchos de Israel - dice Jesús.

Llegan a las termas: una serie de edificios blancos de mármol, con paseos entre ellos, de cara al lago, separados de éste por una especie de vasta plaza con árboles, bajo los cuales los que aquí han venido pasean en espera del baño o reaccionan después de éste. Unas cabezas de medusa de bronce, que sobresalen por la pared de un edificio arrojan aguas humeantes a un estanque de mármol que, blanco por fuera, está enrojecido por dentro, como recubierto de hierro oriniento. Muchos hebreos van a las fuentes y beben en copas el agua mineral. Sólo veo hacer esto a los hebreos y en este pabellón. Creo adivinar que los israelitas observantes quieren tener su propio lugar para evitar contactos con los gentiles.

Hay muchos enfermos en camillas, en espera de la cura, y al ver a Jesús muchos de ellos gritan:

-¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!

Jesús se dirige hacia éstos. Paralíticos, artríticos, anquilosados, o con huesos fracturados que no se sueldan, enfermos de anemias, de glándulas, mujeres ajadas antes de tiempo, niños anticipadamente adultos. Y luego, bajo los árboles, mendigos que piden limosna lastimeramente.

Jesús se detiene donde están los enfermos. Se extiende la voz de que el Rabí va a hablar y curar. La gente, incluso la de otras razas, se acerca a ver.

Jesús mira a su alrededor. Sonríe al ver salir, todavía con el pelo húmedo de la ducha que ha tomado, al griego enviado por Síntica. Alza enseguida la voz para ser oído:

-La misericordia abre las puertas a la gracia. Sed misericordiosos para obtener misericordia. Todos los hombres son pobres en algo: unos en monedas, otros en afectos, otros en la libertad, otros en la salud. Y todos los hombres tienen necesidad de ayuda del Dios que ha creado el Universo y que puede, único Padre, socorrer a sus hijos.

Hace una pausa, como para dar tiempo a la gente de elegir si venir a escuchar o irse a los baños. Pero los baños están olvidados por la mayor parte. Israelitas o gentiles se agolpan para oír, y no faltan romanos escépticos que esconden su curiosidad con el comentario chistoso:

-Hoy no falta el orador para hacer de este lugar termas romanas.

El griego Zenón hiende la multitud gritando:

-¡Por Zeus! ¡Estaba para salir para Tariquea y te encuentro aquí!

Jesús prosigue:

-Ayer alguien me dijo: "Es difícil poner en práctica lo que Tú haces". No, no es difícil. Mi doctrina se funda en el amor, y el amor no es nunca difícil de llevarse a cabo. ¿Qué predica mi doctrina? El culto a un verdadero Dios, el amor a nuestro prójimo.

El hombre, eterno niño, tiene miedo de las sombras, y sigue las quimeras porque no conoce el amor. El amor es sabiduría y luz. Es sabiduría porque desciende a instruir; es luz porque viene a iluminar. Donde hay luz desaparecen las sombras, donde hay sabiduría mueren las quimeras. Entre los que me están escuchando hay gentiles. Éstos dicen: "¿Dónde está Dios?". Dicen: "¿Quién nos asegura que tu Dios sea el verdadero?". Dicen: "¿Con qué nos aseguras que eres veraz en lo que dices?". No son sólo los gentiles los que dicen esto. También otros me preguntan: "¿Con qué poder haces estas cosas?". Con el poder que me viene del Padre, de aquel Padre que ha puesto todas las cosas al servicio del hombre, su criatura predilecta, y que me manda a instruir a los hombres, mis hermanos. ¿Podrá el Padre, que ha dado poder a las entrañas de la tierra de hacer medicamentosas a las aguas de las fuentes, haber limitado el poder a su Cristo? ¿Y quién, qué Dios, sino el Dios verdadero, podrá conceder al Hijo del hombre hacer prodigios que dan nueva vida a los miembros destruidos? ¿En qué templo de ídolos se ve que los ciegos recuperen la vista y los paralíticos el movimiento; en cuál los moribundos, ante un "quiero" de un hombre, se alzan más sanos que los sanos? Pues bien, Yo, para dar gloria al Dios verdadero y para hacer que vosotros lo conozcáis y alabéis, digo a estos que están reunidos aquí, cualquiera que fuere su raza y religión, que obtendrán la salud que piden a unas aguas, y que la obtendrán por mí, Agua viva, que doy la vida del cuerpo y del espíritu a quien cree en mí y practica la misericordia con recto corazón. Yo no pido cosas difíciles. Pido un movimiento de fe y uno de amor. Abrid el corazón a la fe. Abrid el corazón al amor. Dad para recibir. Dad las pobres monedas para recibir de Dios ayuda. Empezad a amar a los hermanos. Sabed tener misericordia. Los dos tercios de vosotros están enfermos por su egoísmo y concupiscencia. Demoled el egoísmo, frenad las concupiscencias. Ganaréis en salud física y en sabiduría. Demoled la soberbia. Y obtendréis el favor del verdadero Dios. Os pido la limosna para los pobres y luego os daré la gracia de la salud.

Y Jesús levanta un extremo del manto y lo extiende para recibir las monedas, las muchas monedas que paganos e israelitas se apresuran a echar. Y no se da únicamente monedas, sino también anillos y otras joyas, echados con desprendimiento por las mujeres romanas, las cuales, al llegar donde Jesús, lo miran, y alguna susurra alguna palabra, a la que Jesús asiente o responde brevemente.

Las ofrendas han terminado. Jesús llama a los apóstoles para que lleven a su presencia a los mendigos, y, con la misma rapidez con que el montón se había formado, desaparece hasta la última moneda. Quedan joyas que Jesús, al no haber en ese lugar nadie que las compre, y así transformarlas en monedas, devuelve a sus donadoras. Y para consolar a éstas les dice:

-El deseo equivale al acto. La ofrenda que habéis dado es igualmente preciosa que si hubiera sido distribuida, porque Dios ve el pensamiento del hombre.

Luego se yergue y grita:

-¿De quién me viene el poder? Del verdadero Dios. Padre, muestra tu esplendor en tu Hijo. En tu nombre ordeno a las enfermedades: ¡alejaos!

Y se produce eso ya visto muchas veces: enfermos que toman nueva vida, tullidos que se enderezan, paralíticos que se mueven. Y se produce que los rostros toman color, los ojos lucen, se elevan gritos de hosanna, los romanos se felicitan recíprocamente, y entre éstos hay dos mujeres y un hombre que han recobrado la salud y quieren imitar a los sanados de Israel, y, no llegando todavía a humillarse como los hebreos con el beso a los pies del Cristo, hacen una reverencia, toman un extremo del manto y lo besan.

Y luego Jesús, eludiendo a la multitud, reanuda el camino. Pero no la elude, porque, excepto algún obstinado gentil o algún hebreo aún más culpablemente obstinado, todos lo siguen por el camino que va a Tariquea.

463

En Tariquea. Cusa, a pesar del discurso sobre la naturaleza del reino mesiánico, invita a Jesús a su casa.

Conversión de una pecadora.

La pequeña península de Tariquea se adentra en el lago formando una profunda ensenada al suroeste, de modo que no se yerra diciendo que, más que una península, es un istmo rodeado por las aguas a lo largo de casi todo su perímetro, y que queda unido a la tierra sólo por una pequeña parte. Al menos así era en tiempos de Jesús, que es cuando yo la veo. No sé si luego, durante veinte siglos, las arenas y los guijarros, arrastrados por un torrentillo que desemboca justamente en la ensenada del suroeste, habrá modificado el aspecto del lugar, enarenando la pequeña bahía y, por tanto, ensanchando la lengua de tierra del istmo. La bahía aparece serena, azulina con estrías de jade donde refleja el verde de los árboles que desde la costa se asoman al lago: Muchas barcas ondean levemente en las aguas apenas móviles.

Lo que llama mi atención es un dique arcade -de arcos que se apoyan en los guijarrales de la orilla- que forma como un paseo, un embarcadero, qué sé yo, orientado hacia el oeste. No comprendo si lo han construido para embellecimiento o con alguna finalidad útil que no capto. Este paseo, dique o embarcadero, está recubierto de un espeso estrato de tierra, en que han sido plantados árboles tan juntos -aunque no grandes-, que forman una galería de follaje por encima del camino. Mucha gente ocia paseando bajo esa galería susurradora que de la brisa, las aguas y las frondas saca un grato coeficiente de frescor.

Se ve netamente la entrada del Jordán y el desagüe de las aguas del lago en el lecho del río, formando algún remolino, o alguna acumulación de agua en los pilones de un puente -yo diría que romano por su arquitectura de robustos pilones, puestos como tajamares. (no sé si me expreso bien; quiero decir que están contruidos como un hexágono) -. Contra las aristas de los pilones se rompe la corriente de las aguas, formando todo un juego nacarado de luces bajo el sol que las hiere así, rotas y rebosantes, rebosantes para desaguar en la garganta del río, que, después de tanta anchura en el lago, se encajona ahora. Casi al final del puente, en la otra orilla, una pequeña, blanca ciudad, extendida sobre el verde de la campiña óptima. Y, más arriba,

hacia el norte, pero en la costa oriental del lago, el arrabal que precede a Ippo; y los bosques, altos sobre la vista del arrecife, tras los que está Gamala, bien visible en la cima de su monte.

Jesús, seguido por una cola de gente que viene con Él desde Emaús y que ha aumentado con los que ya lo esperaban en Tariquea - entre éstos está Juana, que ha venido en su barca-, se dirige precisamente hacia el dique arbolado, y se para en el centro de éste, de forma que tiene el agua a la derecha y la playa a la izquierda. Los que pueden se ponen en el camino arbolado; los que no pueden encontrar sitio en el camino se ponen abajo, en la playa, aún humedecida de la alta marea nocturna -o por alguna otra razón- y parcialmente en sombra debido a las frondas de los árboles del dique; otros abordan con las barcas y toman asiento a la sombra de las velas. Jesús hace ademán de querer hablar. Se hace silencio general.

-Está escrito (*Habacuc 3, 13 y 18*): "Te moviste a salvar a tu pueblo, para salvarlo con tu Cristo". Está escrito: "Y yo me alegraré en el Señor y exultaré en Dios mi Jesús". (*Las palabras "tu Cristo" (del versículo 13) y "mi Jesús" del versículo 18), presentes en la Vulgata, pasaron a ser tu consagrado (o tu mesías) y mi salvador en la Neovulgata*)

El pueblo de Israel ha tomado para sí estas palabras y les ha dado un significado nacional, personal, egoísta, que no corresponde a la verdad sobre la persona del Mesías. Ha dado un significado limitado, que reduce la grandeza de la idea mesiánica a una mediocre manifestación de fuerza humana y de victoriosa superación de los dominadores encontrados por el Cristo en Israel.

Pero la verdad es otra. Es grande, ilimitada. Viene del Dios verdadero, del Creador y Señor del Cielo y de la Tierra, del Creador de la Humanidad, de Aquel que -de la misma manera que multiplicó los astros en el Firmamento y cubrió de plantas de todas las especies la Tierra y la pobló de animales y puso peces en las aguas y aves en el aire- ha multiplicado los hijos del Hombre que creó para que fuera rey de la Creación y criatura predilecta suya. Ahora bien, ¿cómo podría el Señor, Padre de todo el género humano, ser injusto con los hijos, de los hijos, de los hijos de los que nacieron del Hombre y de la Mujer, formados por Él con la materia, la tierra, y con el alma, su aliento divino? ¿Cómo tratar a éstos diversamente que a aquéllos, como si no provinieran de una única raíz, como si otro ser sobrenatural y antagonista, y no Él, hubiera creado otras ramas, de manera que fueran extranjeros, bastardos, despreciables?

El verdadero Dios no es un pobre dios de éste o aquel pueblo, un ídolo, una figura irreal. Es la sublime Realidad, es la Realidad universal, es el Ser único, Supremo, Creador de todas las cosas y de todos los hombres. Es, por tanto, el Dios de todos los hombres. Y los conoce aunque ellos no lo conozcan. Los ama aunque ellos, no conociéndolo, no lo amen; o aunque lo conozcan mal y, por tanto, lo amen mal; o aunque, aun conociéndolo, no sepan amarlo. La paternidad no cesa cuando un hijo es ignorante, torpe o malo. El padre se industria para instruir al hijo, porque instruirlo es amor; se afana en hacer menos torpe al hijo retrasado; con lágrimas, con indulgencias, con castigos saludables, con perdones misericordiosos trata de corregir al hijo malo y hacerlo bueno. Éste es el padre-hombre. ¿Será, acaso, menos el Padre-Dios que un padre-hombre? Veis, pues, que el Padre-Dios ama a todos los hombres y quiere su salvación. Él, Rey de un Reino infinito, Rey eterno, mira a su pueblo, compuesto por todos los pueblos que pueblan la Tierra, y dice: "Éste es el pueblo de mis criaturas, el pueblo que debe ser salvado con mi Cristo; éste es el pueblo para el que ha sido creado el Reino de los Cielos. Y ésta es la hora de salvarlo con el Salvador".

¿Quién es el Cristo? ¿Quién, el Salvador? ¿Quién, el Mesías? Muchos son los griegos aquí presentes, y muchos, aunque no sean griegos, saben lo que quiere decir la palabra Cristo. Cristo es, pues, el consagrado, el ungido con óleo regio para cumplir su misión. ¿Consagrado para qué? ¿Será para la pequeña gloria de un trono? ¿Será para la gloria, más grande, de un sacerdocio? No. Consagrado para reunir bajo un único cetro, en un único pueblo, bajo una única doctrina, a todos los hombres, para que entre sí sean hermanos, e hijos de un único Padre, hijos que conocen al Padre y que siguen su Ley para tomar parte en su Reino.

Rey, en nombre del Padre que lo ha enviado, el Cristo reina como conviene a su Naturaleza, o sea, *divinamente*, al ser de Dios. Dios ha puesto todo como escabel de los pies del Cristo suyo, pero, ciertamente, no para que oprima, sino para que salve. Efectivamente, su nombre es Jesús, que en lengua hebrea quiere decir Salvador. Cuando el Salvador salve de la insidia y herida más violentas, a sus pies habrá un monte cubierto por una multitud de toda raza, para simbolizar que Él reina sobre toda la Tierra y se yergue por encima de todos los pueblos. Pero el Rey estará desnudo, sin más riqueza que su Sacrificio, para simbolizar que no tiende sino a las cosas del espíritu, y que las cosas del espíritu se conquistan con los valores del espíritu y se redimen con la heroicidad del sacrificio; no con la violencia y el oro. Estará desnudo para responder -tanto a los que le temen como a aquellos que, por un falso amor, contemporáneamente, lo exaltan y lo rebajan queriendo que sea rey según el mundo, como a aquellos que lo odian sin más razón que el temor a ser despojados de lo que ellos aprecian-, para responder que es Rey espiritual, sólo esto, enviado para enseñar a los espíritus a conquistar el Reino, el único Reino que Yo he venido a fundar.

No os doy leyes nuevas. A los israelitas les confirmo la Ley del Sinaí; a los gentiles les digo: la ley para poseer el Reino no es otra sino la ley de virtud que toda criatura de moral elevada por sí misma se impone, y que, por la fe en el Dios verdadero, se transforma, de ley de moral o de virtud humana, en ley de moral sobrehumana.

¡Oh, gentiles! Acostumbráis a proclamar dioses a los hombres grandes de vuestras naciones, y los metéis en las filas de los numerosos e irreales dioses de que pobláis el Olimpo que os habéis creado para tener algo en que creer, porque la religión, una religión, es necesaria para el hombre, así como, siendo la fe el estado permanente del hombre y la incredulidad la anormalidad accidental, es necesaria una fe. Y no siempre estos hombres elevados a deidades valen siquiera como hombres, pues unas veces son grandes por la fuerza bruta, otras por una gran astucia, otras por un poder de una u otra forma adquirido. De manera que llevan consigo, como dotes de superhombres, una serie de miserias que el hombre sabio ve como lo que son: podredumbre de pasiones desencadenadas.

Y que estoy afirmando la verdad lo demuestra el hecho de que en vuestro Olimpo quimérico no habéis sabido introducir siquiera uno de esos grandes espíritus que han sabido intuir el Ente supremo y han sido agentes intermedios entre el hombre animal y la Divinidad, instintivamente sentida por ellos con su espíritu meditador y virtuoso. Del espíritu que razona del filósofo, del verdadero gran filósofo, al espíritu del verdadero creyente que adora al verdadero Dios, el paso es breve; mientras que del espíritu del creyente al yo del astuto, del hombre avasallador, o del que es héroe materialmente, hay un abismo. Y, aún

siendo así, no habéis puesto en vuestro Olimpo a aquellos que, por la virtud de la vida, mucho se elevaron por encima de la masa humana, hasta acercarse a los reinos del espíritu; no, a éstos los habéis temido como a crueles amos, o los habéis adulado por un servilismo de esclavos, o los habéis admirado como ejemplares vivos de esas libertades de animales instintos que ante vuestros apetitos anormales se presentan como finalidad y meta en la vida. Habéis envidiado a los que han sido adscritos al grupo de los dioses, y habéis dejado de lado a los que más se acercaron a la divinidad con la práctica y la doctrina enseñada y vivida de una vida virtuosa.

Ahora, en verdad, Yo os doy la manera de que seáis dioses. El que haga lo que digo y crea en lo que enseño, ése, subirá al verdadero Olimpo, y será dios, dios hijo de Dios en un Cielo donde no hay ningún tipo de corrupción y donde el Amor es la única ley. *(Será dios se refiere al hombre en cuanto dios hijo de Dios. Todo el contexto (especialmente donde se dice "en el Reino de Aquel que os ha creado") y el uso de la minúscula en la palabra "dios" expresan que no se le atribuye al hombre la misma naturaleza de Dios)* En un Cielo donde unos a otros se aman espiritualmente, sin ofuscación ni asechanzas de los sentidos que enemisten a unos contra otros a sus habitantes, como sucede en vuestras religiones. No vengo a pedir actos bulliciosamente heroicos. Vengo a deciros: vivid como la criatura dotada de alma y razón, y no como el bruto. Vivid de forma que merezcáis vivir, realmente vivir, con la parte inmortal vuestra en el Reino de Aquel que os ha creado.

Yo soy la Vida. Vengo a enseñaros el Camino para ir a la Vida. Vengo a daros la Vida a todos vosotros, y a dárosela para daros la resurrección de vuestra muerte, de vuestro sepulcro de pecado e idolatría. Yo soy la Misericordia. Vengo a llamaros, a reunirlos a todos. Yo soy el Cristo Salvador. Mi Reino no es de este mundo; y, no obstante a quien cree en mí y en mi palabra le nace un reino en el corazón ya desde los días de este mundo, y es el Reino de Dios, el Reino de Dios en vosotros.

De mí está escrito que soy Aquel que llevará la justicia a las naciones. *(Isaías 42, 1-9)* Es verdad. Porque si los miembros de todas las naciones llevarán a cabo lo que Yo enseño, terminarían los odios, las guerras, los abusos. Está escrito de mí que no levantaré la voz para maldecir a los pecadores, ni la mano para destruir a aquellos que, por su indecorosa manera de vivir, son como cañas rajadas y pabilos humeantes. Es verdad. Yo soy el Salvador y vengo a fortalecer a los lesionados, a dar líquido a aquellos cuya luz es fumosa por falta de la necesaria sustancia. Está escrito de mí que soy Aquel que abre los ojos a los ciegos y saca de la cárcel a los prisioneros y lleva a la luz a los que estaban en las tinieblas de la mazmorra. Es verdad. Los ciegos más ciegos son los que ni siquiera con la vista del alma ven la Luz, o sea, al verdadero Dios. Yo vengo, Luz del mundo, para que vean. Los prisioneros más prisioneros son los que tienen por cadenas sus pasiones malas. Cualquier otra cadena queda anulada con la muerte del prisionero, pero las cadenas de los vicios duran y encadenan incluso más allá de la muerte de la carne. Yo vengo a romperlas. Vengo a sacar de las tinieblas de la mazmorra subterránea de la ignorancia de Dios a todos aquellos a quienes el paganismo sofoca con el cúmulo de sus idolatrías.

Venid a la Luz y a la Salvación. Venid a mí, porque mi Reino es el verdadero y mi Ley es buena: os pide solamente que améis al único Dios y a vuestro prójimo, y, por tanto, que rechacéis a los ídolos y a las pasiones, cosas estas que os hacen duros de corazón, áridos, sensuales, ladrones, homicidas. El mundo dice *(Sabiduría 2, 10-12)*: "Avasallemos al pobre, al débil, al solo. Sea la fuerza nuestro derecho, la dureza nuestro modo, nuestras armas la intransigencia, el odio, la crueldad. El justo, puesto que no reacciona, sea pisoteado; y avasallados la viuda y el huérfano, que tienen débil voz". Yo digo: sed dulces y mansos: perdonad a los enemigos; socorred a los débiles; sed justos en las ventas y en las compras; aun teniendo el derecho de vuestra parte, sed magnánimos, no aprovechándoos de poder pisotear a los caídos. No os venguéis. Dejad a Dios el cuidado de tutelarlos. Sed moderados en todas las tendencias, porque la templanza es prueba de fuerza moral, mientras que la concupiscencia lo es de debilidad. Sed hombres y no brutos, y no temáis haber caído demasiado y no poder izaros de nuevo.

En verdad os digo que de la misma manera que el lodo puede volver a ser agua pura -evaporándose al sol, purificándose dejándose consumir y elevándose al cielo para después volver a caer en forma de lluvia o de rocío no inficionado y beneficioso-, con tal de que sepa soportar el sol, así los espíritus que se acerquen a la gran Luz que es Dios y le eleven a Él su grito: "¡He pecado, soy lodo, pero aspiro a ti, Luz!", se transformarán en espíritus que ascenderán purificados a su Creador. Quitad a la muerte su horror, haciendo de vuestra vida una moneda para adquirir la Vida. Despojaos del pasado, cual de un vestido sucio, y revestíos de virtud. Yo soy la Palabra de Dios y, en su Nombre, os digo que quien tenga fe en Él y buena voluntad, quien se arrepienta del pasado y tenga propósito recto para el porvenir, sea hebreo o gentil, vendrá a ser hijo de Dios y poseedor del Reino de los Cielos.

Os he dicho al principio: "¿Quién es el Mesías?". Ahora os digo: Soy Yo, el que os habla, y mi Reino está en vuestros corazones, si lo acogéis, y luego estará en el Cielo que os abriré, si sabéis perseverar en mi Doctrina. Esto es el Mesías y nada más: Rey de un reino espiritual, cuyas puertas abrirá con su sacrificio a todos los hombres de buena voluntad.

Jesús ha terminado de hablar y ahora hace ademán de encaminarse hacia una pequeña escalera que desde el dique lleva a la orilla. Quizás quiere ir a la barca de Pedro, que arfa junto a un rudimentario embarcadero. Pero se vuelve de golpe y escruta a la multitud y grita:

-¿Quién me ha invocado para el espíritu y para la carne?

Nadie responde. Él repite la pregunta y va repasando con sus espléndidos ojos a la multitud, que se agolpa detrás de Él, no sólo en el camino sino también abajo, en la arena. Todavía silencio.

Mateo hace esta observación:

-Maestro, quién sabe cuántos, en este momento, habrán elevado su corazón a ti con la emoción de tus palabras...

-No. Un alma ha gritado: "Piedad" y la he oído. Y para deciros que es verdad respondo: "Hágase en ti según lo que pides, porque el movimiento de tu corazón es justo".

Y, enhiesto, espléndido, extiende imperiosamente la mano hacia la playa.

Trata de encaminarse de nuevo hacia la pequeña escalera, pero se pone enfrente de Él Cusa, que ha bajado -está claro- de alguna barca, y lo saluda con reverencia.

-Te estoy buscando desde hace muchos días. He dado la vuelta al lago tras de ti, Maestro. Es urgente que te hable. Acepta mi invitación a mi casa. Tengo a muchos amigos conmigo.

-Ayer estaba en Tiberíades.

-Me lo han dicho. Pero no estoy solo. ¿Ves aquellas barcas que se dirigen a la otra orilla? Allí hay muchos que quieren verte. Entro ellos también discípulos tuyos. Ven a mi casa, allende el Jordán; te ruego.

-Es inútil, Cusa. Sé lo que quieres decirme.

-Ven, Señor.

-Enfermos y pecadores me esperan; déjame...

-También nosotros te esperamos, enfermos de inquietud por tu bien. Y hay también enfermos de la carne, también...

-¿Has oído mis palabras? ¿Y entonces para qué insistes?

-Señor, no nos rechaces, nosotros...

Una mujer se ha abierto paso entre la multitud. Conozco ya lo suficiente los vestidos hebreos como para comprender que no es hebrea y los vestidos... honestos como para comprender que ésta es una deshonesta. Pero para celar sus rasgos y sus gracias, quizás demasiado procaces, se ha envuelto toda en un velo, cerúleo como su amplio vestido, que es de todos modos provocativo por la forma, que le deja destapados los bellísimos brazos. Se arroja al suelo y se arrastra por él hasta que llega a tocar la túnica de Jesús, y la toma entre sus dedos y besa su extremo, y llora, convulsa toda por los sollozos.

Jesús, que iba a responder a Cusa diciendo: «Erráis y...» baja la mirada y dice: -¿Eras tú la que me invocaba?

-Sí... y no soy digna de la gracia que me has concedido. No habría debido siquiera llamarte con el espíritu. Pero tu palabra... Señor... yo soy pecadora. Si me destapara la cara, muchos te dirían mi nombre. Soy... una prostituta... y una infanticida... y el vicio me había enfermado... Estaba en Emaús, te di una joya... me la devolviste... y una mirada tuya... me entró en el corazón... Te he seguido... Has hablado. He dicho dentro de mí tus palabras: "Soy lodo, pero aspiro a ti, Luz". He dicho: "Cúrame el alma, y luego, si quieres, la carne". Señor, mi carne está curada... ¿y mi alma?...

-Tu alma ha quedado curada por el arrepentimiento. Ve y no vuelvas a pecar nunca. Te son perdonados tus pecados.

La mujer besa de nuevo el extremo de la túnica y se alza. Al hacerlo, se le desliza el velo.

-¡La Galacia! ¡La Galacia! - gritan muchos y lanzan contumelias, y también cogen grava y arena y se la arrojan a la mujer, que se agacha, quedándose atemorizada.

Jesús, severo, alza la mano. Impone silencio.

-¿Por qué la insultáis? No lo hacíais cuando era pecadora. ¿Por qué ahora que se redime?

-Lo hace porque está vieja y enferma - gritan muchos, y profieren burlas.

Verdaderamente, la mujer, aunque ya no sea muy joven, todavía está muy lejos de ser vieja y fea como dicen. Pero la masa es así.

-Pasa delante de mí y baja a aquella barca. Te acompañaré a casa por otro camino - ordena Jesús, y dice a los suyos:

-Ponedla en medio de vosotros y acompañadla.

La ira de la gente, azuzada por algún intransigente israelita, se vuelca enteramente contra Jesús. Y entre gritos de: « ¡Anatema! Falso Cristo! ¡Protector de prostitutas! ¡Quien las protege las aprueba! ¡Más aún! Las aprueba porque las goza » y frases similares gritadas, mejor: ladradas y rabiosamente ladradas, sobre todo por un grupito de energúmenos hebreos de no sé qué casta... entre esos gritos, unos puñados bien lanzados de arena húmeda alcanzan el rostro de Jesús y lo ensucian.

Él levanta el brazo y se limpia el carrillo sin protestar. No sólo eso, sino que detiene con un gesto a Cusa y a algún otro que querría reaccionar en defensa de Él, y dice:

-Dejadlos. ¡Por la salvación de un alma sufriría mucho más! ¡Yo perdono!

Zenón, el de Antioquía, que no se había apartado del Maestro en todo este tiempo, exclama:

-¡Ahora verdaderamente sé quién eres! ¡Un verdadero dios y no un orador falaz! ¡La griega dijo la verdad! Tus palabras en las termas me habían dejado desilusionado, éstas me han conquistado. El milagro me ha asombrado, tu perdón a los ofensores me ha conquistado. ¡Adiós, Señor! Pensaré en ti y en tus palabras.

-Adiós, hombre. Que la Luz te ilumine el corazón.

Cusa insiste de nuevo mientras van hacia el embarcadero, mientras en el dique se enciende una gresca entre romanos y griegos por una parte e israelitas por la otra.

-¡Ven! Unas horas sólo. Es necesario. Luego te acompañaré yo mismo. ¿Eres benigno con las meretrices y quieres ser intransigente con nosotros?

-Bien. Voy. Efectivamente, es necesario...

Y dice a los apóstoles que ya están en las barcas:

-Id adelante. Os alcanzaré...

-¿Vas solo? - pregunta Pedro poco contento.

-Estoy con Cusa...

-¡Mmm! ¿Y nosotros no podemos ir? ¿Para qué te quiere con sus amigos? ¿Por qué no ha venido a Cafarnaúm?

-Hemos ido. No estabais.

-¡Nos hubierais esperado y nada más!

-Pues hemos venido siguiendo vuestra pista.

-Venid ahora a Cafarnaúm, ¿Tiene que ser el Maestro el que vaya donde vosotros?

-Simón tiene razón - dicen los otros apóstoles.

-¿Pero por qué no queréis que venga conmigo? ¿Es, acaso, la primera vez que viene a mi casa? ¿Acaso no me conocéis?

-Sí que te conocemos. Pero... no conocemos a los otros.

-¿Y a qué tenéis miedo? ¿A que yo sea amigo de los enemigos del Maestro?

-¡Yo no sé nada! ¡De lo que sí me acuerdo es de cómo acabó Juan el profeta!

-¡Simón! Me ofendes. Yo soy un hombre de honor. Te juro que antes de que le tocaran un pelo al Maestro me dejaría ensartar, ¡Créeme! Mi espada está a su servicio...

-¿Y de qué serviría que te ensartaran a ti? Después... Sí, lo creo, te creo... Pero, una vez muerto tú, le tocaría a Él. Prefiero mi remo a tu espada, mi pobre barca y sobre todo, nuestros sencillos corazones puestos a su servicio.

-Pero conmigo está Manahén. ¿Crees en Manahén? Y está también el fariseo Eleazar, ese que conoces tú, y el arquisinagogo Timoneo, y Natanael ben Fada. A éste no lo conoces. Pero es un jefe importante y quiere hablar con el Maestro. Y está Juan, conocido por el Antipas de Antipátrida, favorito de Herodes el Grande, ahora viejo; poderoso, amo de todo el valle del Gahas, y...

-¡Basta, basta! Estás diciendo nombres grandes, pero a mí no me dicen nada, excepto dos... Voy también yo...

-No. Quieren hablar con el Maestro...

-¿Quieren! ¿Y quiénes son ellos? ¿Quieren? Y yo no quiero. Sube aquí, Maestro, y vamos. No quiero saber nada de ninguno, me fío sólo de mí. Arriba, Maestro. Y tú ve en paz a decir a éstos que no somos errantes. Saben dónde encontrarnos - y empuja a Jesús sin muchos miramientos, mientras Cusa protesta alzando la voz.

Jesús interviene definitivamente:

-No temas, Simón. No me va a pasar nada malo. Lo sé. Y conviene que vaya. Me conviene, Entiéndeme... - y lo mira fijamente con sus ojos espléndidos, como para decirle: «No insistas. Compréndeme. Hay razones que aconsejan que vaya».

Simón cede; a regañadientes, pero cede, como dominado... De todas formas, masculla disgustado unas palabras entre dientes.

-Ve tranquilo, Simón. Yo mismo te acompañaré a tu Señor, y mío - promete Cusa.

-¿Cuándo?

-Mañana.

-¿Mañana? ¿Tanto tiempo hace falta para decir dos palabras? Estamos entre la tercera y la sexta... Antes del anochecer, si no está con nosotros, vamos a tu casa. Recuerda esto, y no nosotros solos... - lo dice con un tono que no deja dudas acerca de la intención.

Jesús pone la mano en el hombro de Pedro:

-Te digo, Simón, que no me harán daño. Muestra que crees en mi verdadera naturaleza. Te lo digo Yo. Yo sé las cosas. *No me van a hacer nada.* Quieren solamente explicarme algo... Ve... Lleva a Tiberíades a la mujer, estate si quieres donde Juana, podrás ver que no me raptan con barcas y soldados...

-Ya, pero conozco su casa (y señala a Cusa). Sé que detrás hay tierra, no es una isla, detrás están Guilgal y Gamala, Aera, Arbela, Gerasa, Bosrá, y Pel.ila y Ramot, ¡y muchas más!...

-¡Te digo que no temas! Obedece. Dame un beso, Simón. ¡Ve! También a vosotros - los besa y los bendice. Cuando ve que la barca se separa del embarcadero, les dice gritando:

-¡No es mi hora, y, mientras no lo sea, ni nada ni nadie podrá levantar su mano contra mí! ¡Adiós, amigos!

Se vuelve hacia Juana, que está visiblemente turbada y pensativa, y le dice:

-No temas. Está bien que suceda esto. Ve en paz.

Y a Cusa:

-Vamos. Para que veas que no tengo miedo. Y para curarte...

-No estoy enfermo, Señor...

-Lo estás. Yo te lo digo. Y muchos como tú. Vamos.

Sube a la barca ligera y rica y se sienta. Los remadores empiezan la boga en las aguas quietas, dibujando un arco para evitar la corriente, perceptible hacia donde termina el lago, cabe su desagüe en el río.

464

En la casa de campo de Cusa, intento de elegir rey a Jesús. El testimonio del Predilecto.

En la otra orilla, junto al paso constituido por el puente, espera ya un carro cubierto.

-Sube, Maestro. No te cansarás, a pesar de que el trayecto sea largo, y no tanto por razón de la distancia como por el hecho de que he ordenado que tengan siempre aquí parejas de bueyes... para no causar molestias a los invitados más cumplidores de la Ley... Debemos ser compasivos con ellos...

-Pero, ¿y dónde están éstos?

-Delante de nosotros, en otros carros. ¡Tobiolo!

-¿Señor? - dice el carretero, que está enyugando a los bueyes.

-¿Dónde están los otros invitados?

-¡Muy adelante! Estarán ya muy cerca de la casa.

-¿Has oído, Maestro?

-¿Y si Yo no hubiera venido?

-Estábamos seguros de que vendrías. ¿Por qué no ibas a haber venido?

-¿Que por qué? Cusa, Yo vengo para que veas que no soy un cobarde. Sólo son cobardes los malos, los que tienen culpas que les hacen temer la justicia... la justicia de los hombres, por desgracia mientras que deberían temer en primer lugar, en único lugar, la de Dios. Mas Yo no tengo culpas y no tengo miedo de los hombres.

-¡Pero Señor! ¡Todos los que están conmigo te veneran! Como yo también. ¡No deberíamos causarte miedo por nada! ¡Nuestro deseo es honrarte, no atacarte! - Cusa está apenado y casi indignado.

Jesús, sentado enfrente de él, mientras el carro avanza lentamente, chirriando, entre los verdes campos, responde:

-Más que a la guerra abierta de los enemigos, debo temer a la subrepticia de los falsos amigos, o al errado celo de amigos verdaderos que todavía no me han entendido. Y tú eres de éstos. ¿No te acuerdas de lo que dije en Béter?

-Yo te he entendido, Señor - susurra Cusa, aunque no muy seguro y sin responder directamente a la pregunta.

-Sí, me has entendido. Con la ventada del dolor y la alegría, tu corazón se había vuelto límpido, como aparece límpido el horizonte después de una tormenta y un arco iris. Y veías lo correcto. Luego... Vuélvete, Cusa, a mirar nuestro Mar de Galilea. ¡Parecía tan terso con la aurora! Durante la noche el aguazo había limpiado el aire, y el fresco nocturno había calmado la evaporación del agua: cielo y lago eran dos espejos de zafiro claro que mutuamente se reflejaban sus bellezas; y las colinas de alrededor estaban frescas y limpias como si las hubiera creado Dios durante la noche. Mira ahora. El polvo de los caminos costeros, recorridos por personas y animales, el fuego del sol, que hace a los bosques y jardines vaporear, como calderas al fuego, e incendia el lago y evapora sus aguas, mira cómo han turbado el horizonte. Primero las riberas, nítidas por la gran tersura del aire, parecían cercanas; ahora, mira... parecen temblar empañadas, confusas, semejantes a cosas vistas a través de un velo de impuras aguas. Eso ha sucedido en ti. Polvo: humanidad. Sol: orgullo. Cusa, no te perturbes a ti mismo...

Cusa agacha la cabeza y juguetea mecánicamente con los adornos de su túnica y con la hebilla del rico cinturón que sujeta la espada. Jesús calla. Permanece con los *ojos* casi cerrados, como bajo efecto de un momento de sopor. Cusa respeta su descanso, o lo que cree que es descanso.

El carro avanza lentamente en dirección sudeste, hacia las leves ondulaciones que constituyen -eso creo al menos- el primer escalón de la meseta que limita el valle del Jordán por este lado, el oriental. Sin duda por riqueza de aguas subterráneas o de algún curso de agua, los campos son fertilísimos y hermosos; por todas partes se ven racimos y frutos.

El carro cambia de dirección, deja el camino de primer orden y toma uno particular; se adentra en un paseo frondosísimo en el que hay sombra y frescor, al menos relativo, respecto al horno que es el soleado camino principal. En el fondo del paseo hay una casa blanca, baja, de aspecto señorial. Y, acá o allá, por los campos y los viñedos, están diseminadas casas pequeñas. El carro atraviesa un puente y un poste señalizador, a partir del cual el pomar se transforma en un jardín con un paseo recubierto de guijo. Al sonar de forma distinta las ruedas sobre la grava, Jesús abre los ojos.

-Hemos llegado, Maestro. Ahí están los invitados que nos han oído, y vienen hacia nosotros - dice Cusa.

Efectivamente, muchos, todos de rica condición, se agolpan donde comienza el paseo, y saludan con pomposas reverencias al Maestro, que está llegando. Veo y reconozco a Manahén, a Timoneo, a Eleazar, y me parece ver a otros no nuevos pero cuyo nombre no sé decir. Y luego muchos, muchos, jamás vistos, o por lo menos que nunca he advertido concretamente. Hay muchos que llevan espada; otros, en vez de las espadas, ostentan abundantes perifollos farisaicos y sacerdotales o rabínicos.

El carro se detiene. Jesús es el primero en bajar. Se inclina, como saludo de conjunto para los presentes. Los discípulos Manahén y Timoneo se acercan y lo saludan en particular; luego también se acerca Eleazar (el fariseo bueno del convite en casa de Ismael), y, junto con éste, se abren paso dos escribas que tienen interés en ser reconocidos. Estos son: aquel al que en Tariquea le fue curado su hijito el día de la primera multiplicación de los panes, y aquel que al pie del monte de las bienaventuranzas dio comida para todos. Otro más se abre paso: el fariseo que en casa de José, en el tiempo de la siega, fue instruido por Jesús acerca del verdadero móvil de sus injustos celos.

Cusa procede a las presentaciones. Se las ahorro a todos. Porque es para volverse mico entre tanto Simón, tanto Juan, tanto Leví, tanto Eleazar, entre tanto Natanael y tanto José y tanto Felipe, etc. etc.; saduceos, escribas, sacerdotes, herodianos - y debería decir que estos últimos constituyen la mayoría-, algún que otro prosélito y fariseo, dos miembros del Sanedrín, cuatro arquisinagogos, y, perdido no sé cómo aquí dentro, un esenio.

Jesús se inclina al oír cada uno de los nombres, mirando penetrantemente a cada uno de los rostros, algunas veces sonriendo levemente (como cuando, para aclarar más su identidad, alguno especifica algún hecho que le puso en relación con Jesús).

Así, un cierto Joaquín de Bosra dice:

-Curaste de la lepra a mi mujer, María. ¡Bendito seas!

Y el esenio:

-Te oí cuando hablaste cerca de Jericó y un hermano nuestro dejó las orillas del Mar Salado para seguirte. Y volví a saber de ti por el milagro de Elíseo de Engadí. En aquellas tierras nosotros los puros vivimos esperando...

¿Qué es lo que esperarán?... No lo sé. Sí sé que, al decirlo, éste mira con un aire de superioridad un poco exaltada a los otros, que ciertamente no muestran apariencia de místicos, sino que, en su mayor parte, parecen disfrutar alegremente de las comodidades que su posición les concede.

Cusa libera a su Invitado de las ceremonias de los saludos y lo conduce a una cómoda estancia de baño, donde lo deja para las abluciones usuales, sin duda gratas con ese calor. Vuelve con sus invitados. Habla animadamente con ellos. Y llegan casi a una disputa porque los presentes tienen dispares opiniones: unos quisieran abrir inmediatamente la conversación -¿cuál?--; otros, por el contrario, proponen no asaltar enseguida al Maestro, sino convencerlo antes de que le guardan un profundo respeto. Triunfa esta última parte, que es la más numerosa; así que Cusa, como amo de la casa, llama a los criados para ordenar la preparación de un banquete que habrá de celebrarse hacia el atardecer, dejando tiempo a Jesús, "que está cansado y se ve, de descansar", cosa que es aceptada por todos, tanto que, cuando Jesús aparece de nuevo, los invitados se despiden con grandes reverencias y lo dejan con Cusa, que lo conduce a una habitación umbría donde hay un lecho bajo recubierto de ricas alfombrillas.

Pero Jesús, cuando se queda solo, tras haber dado a un doméstico las sandalias y la túnica para que les limpien el polvo y las señales de la peregrinación del día anterior, no duerme. Sentado en la orilla del lecho, descalzos sus pies apoyados en la estera del suelo, cubierto su cuerpo hasta los codos y las rodillas con la túnica corta (la prenda de debajo), piensa intensamente. Y si, por una parte, el indumento tan reducido, con la espléndida y perfecta armonía de su cuerpo varonil, le da un aspecto más joven, por otra parte, la intensidad del pensamiento, que ciertamente no es dichoso, le incide arrugas y le carga el rostro con una expresión de doloroso cansancio que lo avejenta.

Ningún ruido en la casa, ninguno en el campo, donde maduran los racimos con el calor adusto. Las cortinas oscuras que cuelgan en las puertas y ventanas no ondean mínimamente.

Pasan así las horas... Merma el sol y la penumbra va creciendo, pero el calor persiste, y también la meditación de Jesús.

En fin, la casa da señales de revivir. Se oyen voces, pisadas, indicaciones.

Cusa mueve cuidadosamente la cortina para ver sin molestar.

-¡Entra! No estoy durmiendo -dice Jesús.

Cusa entra: lleva ya la túnica engalanada del banquete. Mira y ve que el lecho no presenta signos de haber recibido un cuerpo.

-¿No has dormido? ¿Por qué? Estás cansado...

-He descansado en el silencio y en la sombra. Me basta.

-Mandaré que te traigan una túnica...

-No. La mía seguro que ya está seca. La prefiero. Tengo intención de ponerme en camino en cuanto termine el banquete. Te ruego que te ocupes del carro y de la barca para mí.

-Como quieras, Señor... Hubiera deseado tenerte aquí hasta mañana al rayar el alba...

-No puedo. Tengo que irme...

Cusa hace una reverencia y sale... Se oye un abundante cuchicheo...

Pasa más tiempo. Vuelve el doméstico con la túnica de lino fresca de lavado, fragante de sol; y con las sandalias, que ya no tienen polvo y han sido suavizadas con aceite o lardo, que les dan brillo y flexibilidad. Otro le sigue con un barreño, un ánfora y unas toallas, y deposita todo encima de una mesa baja. Salen...

...Jesús va a donde los invitados, al atrio que divide la casa de norte a sur creando un lugar ventilado y agradable en que están diseminados unos asientos, adornado con cortinas ligeras, de coloridas franjas, que modifican la luz sin poner obstáculo al aire; ahora, recogidas, permiten ver la verde cornisa que rodea la casa.

Jesús está majestuoso. A pesar de no haber dormido, parece haberse nutrido de fuerza y su andadura es regia. El lino de la túnica -acaba de ponérsela- aparece blanquísimo. Sus cabellos, brillantes por el baño de la mañana, relucen suavemente encuadrando el rostro con su color dorado.

-Ven, Maestro. Te esperábamos sólo a ti - dice Cusa; y con prioridad sobre los demás, lo conduce a la estancia donde están las mesas. Tras la oración y una suplementaria ablución de las manos, se sientan. Empieza el banquete, pomposo como siempre, y silencioso al principio. Luego se vence la reserva.

Jesús está al lado de Cusa. Manahén está a su otro lado y tiene por compañero a Timoneo. A los demás los distribuye Cusa, con experiencia de cortesano, a ambos lados de la mesa de forma de U. El esenio -sólo él- se niega obstinadamente a participar en el banquete y a sentarse a la mesa con los demás, y sólo cuando un criado, por orden de Cusa, le ofrece un cestillo precioso colmado de fruta, acepta sentarse detrás de una mesa baja, después de no sé cuántas abluciones, tras remangarse las amplias mangas de su cándida túnica por miedo a mancharlas, o por rito, no lo sé.

Es un banquete original, donde son más protagonistas las miradas que las palabras. Solamente algunas breves frases de cortesías y un recíproco examinarse, o sea: Jesús escruta a los presentes y éstos a Jesús.

Finalmente, Cusa hace una señal a los criados para que se retiren, tras haber dejado grandes bandejas de fruta, fresca porque quizás la han tenido en el pozo, hermosísima; diría: casi helada, pues claramente muestran esa capa escarchada que es típica de la fruta guardada en lugar fríasimo. Los criados salen, tras encender también las lámparas, por ahora inútiles porque todavía el día está luminoso con su largo ocaso estival.

-Maestro - comienza Cusa - debes haberte preguntado la razón de este encuentro y de este silencio nuestro. Pero es que lo que te tenemos que decir es muy grave y no deben escucharlo oídos imprudentes. Ahora estamos solos y podemos hablar. Ya ves que todos los presentes te tienen el máximo respeto. Estás entre hombres que te veneran como Hombre y como Mesías. Tu justicia, tu sabiduría, los dones que Dios te ha otorgado son conocidos y admirados entre nosotros. Tú para nosotros eres el Mesías de Israel. Mesías según la idea espiritual y según la idea política. Eres el Esperado para poner fin al dolor, a la postración de todo un pueblo. Y no solamente de este pueblo comprendido en los confines de Israel -mejor: de Palestina- sino del pueblo de todo Israel, de las numerosísimas colonias de la Diáspora esparcidas por toda la Tierra, que hacen resonar el Nombre de Yeohveh bajo los cielos todos y hacen conocer las promesas y esperanzas, que ahora se cumplen, de un Mesías restaurador, de un Vengador, de un Libertador y creador de la verdadera independencia, de la Patria de Israel, o sea, de la Patria más grande que hay en el mundo, la Patria, *reina y dominadora*, canceladora de todo pasado recuerdo y de todo signo vivo de servidumbre, el Hebraísmo triunfante sobre todo y sobre todos, y para siempre, porque así fue dicho y así se cumple. Señor, aquí, ante ti, tienes a todo Israel en los representantes de las distintas clases de este pueblo eterno, castigado pero estimado por el Altísimo, que lo proclama "suyo". Tienes ante ti el corazón pulsante y sagrado de Israel: los miembros del Sanedrín y los sacerdotes; tienes el poder y la santidad: fariseos y saduceos; tienes la sabiduría: escribas y rabíes; tienes la política y el valor: los herodianos; tienes el patrimonio: los ricos; el pueblo: mercaderes y hacendados; tienes la Diáspora: los prosélitos; tienes incluso a los separados, que ahora se sienten dispuestos a unirse de nuevo, porque ven en ti al Esperado: los esenios, los inasequibles esenios. Mira, Señor, este primer prodigio, este gran signo de tu misión, de tu verdad. Tú, sin violencia, sin medios, sin ministros, sin soldados, sin espadas, reúnes a todo tu pueblo como un depósito reúne las aguas de mil fuentes.

Tú, casi sin palabras, sin ninguna imposición en absoluto, nos reúnes, a nosotros, pueblo dividido por desventuras, por odios, por ideas políticas y religiosas, y nos pacificas. ¡Oh, Príncipe de la paz, exulta por haber redimido y restaurado aun antes de tomar el cetro y la corona! Tu Reino, el esperado Reino de Israel ha surgido. Nuestras riquezas, nuestro poder, nuestras espadas, están a tus pies. ¡Habla! ¡Ordena! La hora ha llegado.

Todos aprueban el discurso de Cusa. Jesús, con los brazos cruzados, guarda silencio.

-¿No hablas? ¿No respondes, Señor? Quizás es que esto te ha sorprendido... Quizás es que no te sientes preparado y, sobre todo, dudas de que esté preparado Israel... No, no es así. Escucha nuestras palabras. Yo hablo, y conmigo Manahén, por el Palacio, que ya no merece existir, que es el oprobio purulento de Israel, la tiranía vergonzosa que oprime al pueblo y se inclina, servil, a adular al usurpador. Su hora ha llegado. Álzate, Estrella de Jacob, y pon en fuga las tinieblas de ese coro de delitos y vergüenzas. Aquí están los que, conocidos como herodianos, son los enemigos de los profanadores del nombre para ellos sagrado de la dinastía Herodiana. Hablad, vosotros.

-Maestro. Yo soy viejo, y recuerdo lo que fue el esplendor pasado. Como nombre de héroe puesto a una hedionda carroña, tal es el nombre de Herodes sobre los degenerados descendientes que envilecen a nuestro pueblo. Es la hora de repetir el gesto que otras veces hiciera Israel, cuando indignos monarcas se sentaron sobre los dolores del pueblo. Tú sólo eres digno de llevar a cabo este gesto.

Jesús calla.

-Maestro, ¿crees que podemos dudar? Hemos escudriñado las Escrituras. Eres Tú. Tú debes reinar - dice un escriba.

-Debes ser Rey y Sacerdote. Nuevo Nehemías, más grande que él debes venir y purificar. El altar está profanado. Que te sea acicate el celo del Altísimo - dice un sacerdote.

-Muchos de nosotros te han presentado batalla, los que temen tu reinado sabio. Pero el pueblo está contigo, y los mejores de nosotros con el pueblo. Necesitamos un sabio.

-Necesitamos un hombre puro.

-Un verdadero rey.

-Un santo.

-Un redentor. Cada vez somos más esclavos, de todo y de todos ¡Defiéndenos, Señor!

-Nos pisotean en este mundo porque, a pesar del número y la riqueza, somos como ovejas sin pastor. Llámanos a formar con el antiguo grito: "¡A tus tiendas, Israel!", y de todas las partes de la Diáspora, como un reclutamiento, se alzarán tus súbditos y volcarán los inseguros tronos de los poderosos a los que Dios no ama.

Jesús sigue en silencio. Es el único que está sentado, sereno, como si no se tratase de Él, en medio de esta cuarentena - pocos más, pocos menos- de exaltados, de cuyas razones apenas si recojo la décima parte, porque hablan todos al mismo tiempo con algarabía de mercado; y conserva su postura y su silencio.

Todos gritan:

-¡Di una palabra! ¡Responde!

Jesús se pone lentamente en pie, apoyándose en las manos sobre el borde de la mesa. Se crea un profundo silencio. Quemado por el fuego de ochenta pupilas, abre sus labios (los otros los abren como para aspirar su respuesta). Y la respuesta es breve pero neta:

-No.

-¿Pero cómo es eso? ¿Pero por qué? ¿Nos traicionas? ¡Traicionas a tu pueblo! ¡Reniega de su misión! ¡Rechaza la orden de Dios!...

¡Qué marimorena!... ¡Qué alboroto! Caras que se ponen de color carmesí, ojos que se encienden, manos que casi amenazan... Más que fieles parecen enemigos. Pero es así: cuando una idea política domina los corazones, hasta los mansos se vuelven fieras contra quien impugna esa idea suya.

A1 alboroto le sigue un silencio extraño. Parece como si, agotadas las fuerzas, todos se sintieran exhaustos, vencidos. Se miran interrogativamente, la mayor parte desolados... algunos inquietos...

Jesús mira en torno a sí y dice:

-Sabía que queráis que viniera para esto. Y conocía la inutilidad de este paso vuestro. Cusa puede decir que lo he dicho en Tariquea. He venido para que vierais que no temo insidia alguna, porque no ha llegado la hora. Y tampoco la temeré cuando se cierna sobre mí la hora de la insidia, porque para esto he venido. Y he venido para convenceros. Vosotros, no todos, pero sí muchos de vosotros, actuáis de buena fe. Pero debo corregir el error en que, con buena fe, habéis caído. ¿Veis? No os reprendo. No reprendo a ninguno, ni siquiera a los que, por ser mis discípulos fieles, deberían saber con justicia y regular las propias pasiones con justicia. No te reprendo a ti, justo Timoneo, pero te digo que en el fondo de tu amor, que me quiere honrar, está todavía tu yo, que bulle y sueña un tiempo mejor en que puedas ver el daño en los que te dañaron. No te reprendo a ti, Manahén, a pesar de que muestras haber olvidado la sabiduría y el ejemplo enteramente espirituales que recibiste de mí, y de Juan el Bautista antes que de mí; pero te digo que también en ti hay una raíz de humanidad que resurge después de la llamada de mi amor. No te reprendo a ti, Eleazar, hombre justo aunque sólo fuera por la anciana que te confiaron, justo siempre, pero ahora no justo. Y no te reprendo a ti, Cusa, aunque debería hacerlo porque en ti más que en todos los que queréis con buena fe verme rey está vivo tu yo. Rey, sí, quieres verme. No hay insidia en tus palabras. No vienes para cogerme en renuncio, para denunciarme al Sanedrín, al rey, a Roma. Pero más que por el amor -crees que es todo amor y no lo es- más que por el amor actúas para vengarte de ofensas que el palacio te ha infligido. Yo soy tu invitado. Debería mantener celada la verdad de tus sentimientos. Pero Yo soy la Verdad. Y hablo. Por tu bien. Y lo mismo te sucede a ti, Joaquín de Bosra, y a ti, escriba Juan, y a ti también, y a ti, y a ti, y a ti.

Señala a éste, a aquél, sin rencor, pero con tristeza... y prosigue:

-No os reprendo. Porque sé que no sois vosotros los que queréis esto, espontáneamente. Es la Insidia, es el Adversario el que actúa, y vosotros... vosotros sois, sin saberlo, títeres en sus manos. Y también del amor, también de vuestro amor, Timoneo, Manahén, Joaquín -vosotros que realmente me amáis-, también de vuestra veneración -vosotros que en mí sentís al Rabí perfecto-, también de esto él, el Maldito, se sirve para perjudicar y perjudicarme. Pero Yo os digo -a vosotros, y también a los que no tienen vuestros sentimientos, sino que con fines cada vez más bajos, hasta constituir traiciones y delitos, quisieran que aceptara ser rey-, os digo: "No. Mi Reino no es de este mundo. Venid a mí, para que instaure mi Reino en vosotros. No otra cosa". Y ahora dejad que me vaya.

-No, Señor. Estamos bien decididos. Hemos puesto ya en movimiento riquezas, preparado planes, hemos decidido salir de esta incertidumbre que tiene inquieto a Israel, de la cual, además, se aprovechan los otros para perjudicar a Israel. Te acosan, es verdad. Tienes enemigos en el Templo mismo. Yo, uno de los Ancianos, no lo niego. Pero para acabar con esto hay esto: tu unción. Y estamos dispuestos a dártela. No es la primera vez que en Israel uno es proclamado rey así, para acabar con una serie de desventuras nacionales y discordias. Aquí hay quien en nombre de Dios lo puede hacer. Déjate ungir - dice uno de los sacerdotes.

-No. No os es lícito. No tenéis autoridad para hacerlo.

-El Sumo Sacerdote es el primero que quiere esto, aunque no se dé a ver. No puede seguir permitiendo este estado de dominación romana y escándalo regio.

-No mientas, sacerdote. En tus labios la blasfemia es doblemente impura. Quizás no sabes, y te engañan. Pero en el Templo eso no se quiere.

-¿Crees entonces que nuestra aserción es falaz?

-Sí. Si no de todos vosotros, de muchos de vosotros. No mintáis. Yo soy la Luz e ilumino los corazones...

-A nosotros nos puedes creer - gritan los herodianos - Nosotros no amamos a Herodes Antipas ni a ningún otro.

-No. Vosotros os amáis sólo a vosotros mismos. Es verdad. Y no podéis amarme a mí. Yo sería la palanca para derribar el trono para abriros el camino a un poder más fuerte y para gravar al pueblo con una opresión peor. Un engaño a mí, al pueblo y a vosotros mismos. Roma aplastaría a todos, después de que vosotros hubierais hecho lo mismo.

-Señor, en las colonias de la Diáspora hay hombres dispuestos a amotinarse... nosotros empeñamos nuestros bienes - dicen los prosélitos.

-Y los míos y todo el apoyo de la Auranítida y la Traconítida - grita el de Bosra. -Sé lo que me digo. Nuestros montes pueden preparar un ejército, y sin ser hostigado, para lanzarlo luego, como cohorte de águilas, a tu servicio.

-También la Perea.

-Y la Gaulanítida.

-¡El valle del Gahas está contigo!

-¡Y también las riberas del Mar Salado con los nómadas que nos creen dioses, si aceptas unirme a nosotros! - grita el esenio, y prosigue con un vaniloquio de exaltado que se pierde en el clamor.

-Los montañeses de Judea son de la raza de los reyes fuertes.

-Y los de la Alta Galilea son héroes del templo de Débora. ¡Y son héroes también las mujeres y los niños!

-¿Nos consideras pocos? Somos huestes numerosas. Todo el pueblo está contigo. ¡Tú eres el rey de la estirpe de David, el Mesías! Éste es el grito que sale de los labios de sabios e ignorantes, porque es el grito de los corazones... Tus milagros... tus palabras... Los signos...

Un alboroto en que me pierdo. Jesús, como roca bien firme rodeada por una vorágine, no se mueve. Ni siquiera reacciona. Está impassible. Y el torbellino de súplicas, imposiciones, razones, continúa.

-¡Nos defraudas! ¿Por qué quieres nuestra destrucción? ¿Quieres actuar solo? No puedes. Matatías Macabeo no rechazó la ayuda de los asideos y Judas liberó a Israel con su ayuda... ¡¡¡Acepta!!!

Cada cierto tiempo el grito se anuda en esta palabra. Jesús no cede.

Uno de los Ancianos -anciano, y mucho, también de edad- cuchichea con un sacerdote y un escriba más viejos que él. Pasan adelante. Imponen silencio. Habla el escriba anciano, que ha llamado a Eleazar y a los dos escribas de nombre Juan:

-Señor, ¿por qué no quieres ceñir la corona de Israel?

-Porque no es mía. No soy hijo de príncipe hebreo.

-Señor. Quizás Tú no lo sabes, pero yo y éste y éste fuimos requeridos un día porque tres Sabios vinieron preguntando dónde estaba el que había nacido rey de los hebreos. ¿Comprendes? "Nacido rey". Herodes el Grande nos reunió, para la respuesta, a los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo. Con nosotros estaba Hil.lél el Justo. Nuestra respuesta fue: "En Belén de Judá". Tú, nos consta, naciste allí, y tu nacimiento estuvo acompañado de grandes signos. Algunos de tus discípulos son testigos de tu nacimiento. ¿Puedes negar que los tres Sabios te adoraron Rey?

-No niego.

-¿Puedes negar que los milagros te preceden y te acompañan y te siguen, como signo del Cielo?

-No niego.

-¿Puedes negar que eres el Mesías prometido?

-No niego.

-Entonces, en nombre del Dios vivo, ¿por qué quieres defraudar las esperanzas de un pueblo?

-Yo vengo a cumplir las esperanzas de Dios.

-¿Cuáles?

-Las de la redención del mundo, de la formación del Reino de Dios. Mi Reino no es de este mundo. Devolved a su lugar vuestros bienes y vuestras armas. Abrid los ojos y el espíritu para leer las Escrituras y los Profetas y para acoger mi Verdad, y tendréis en vosotros el Reino de Dios.

-No. Las Escrituras hablan de un Rey libertador.

-De la esclavitud satánica, del pecado, del error, de la carne, del gentilismo, de la idolatría. ¿Qué ha hecho en vosotros Satanás, oh hebreos, pueblo sabio, para induciros a error acerca de las verdades proféticas? ¿Qué os hace, oh hebreos, hermanos míos, para cegaros de esta forma? ¿Qué, qué os hace, oh discípulos míos, para que ya tampoco comprendáis vosotros? La mayor desventura de un pueblo y de un creyente es caer en una falsa interpretación de los signos. Y aquí se cumple esta desventura. Intereses personales, prejuicios, exaltaciones, pernicioso amor patrio, todo contribuye a crear esta vorágine... la vorágine del error en que un pueblo perecerá considerando a su Rey como lo que no es.

-Tú te consideras en modo erróneo.

-Vosotros os consideráis erradamente, y también a mí. Yo no soy el rey humano. Y vosotros... Vosotros, tres cuartas partes de los que estáis aquí reunidos, lo sabéis y queréis mi mal, no mi bien. Actuáis por encono, no por amor. Yo os perdono. Digo a los rectos de corazón: "Volved en vosotros mismos, no seáis los inconscientes esclavos del mal". Dejadme irme. No hay nada más que decir.

Un silencio lleno de estupor...

Eleazar dice:

-Yo no soy enemigo tuyo. Creía que obraba bien. Y no soy el único... Otros amigos buenos piensan como yo.

-Lo sé. Pero dime, y sé sincero: ¿Qué dice Gamaliel?

-¿El Rabí?... Dice... Sí, dice: "El Altísimo dará el signo si éste es su Cristo".

-Bien dice. ¿Y qué, José el Anciano?

-Que Tú eres el Hijo de Dios y reinarás como Dios.

-José es un justo. ¿Y Lázaro de Betania?

-Sufre... Habla poco... Pero dice... que reinarás solamente cuando te acojan nuestros espíritus.

-Lázaro es sabio. Cuando vuestros espíritus me acojan. Por ahora vosotros -incluso aquellos a quienes juzgaba espíritus abiertos-, no acogéis ni al Rey ni el Reino, y en ello está mi dolor.

-En definitiva, ¿te niegas? - gritan muchos.

-Lo habéis dicho.

-Nos has hecho comprometernos, nos perjudicas, nos... - gritan otros: herodianos, escribas, fariseos, saduceos, sacerdotes...

Jesús deja la mesa y va hacia este grupo, aseteándolo con sus miradas. ¡Qué ojos! Ellos, involuntariamente, enmudecen, se aprietan contra la pared... Jesús va justamente cara a cara. Dice, lentamente pero con una incisividad que corta como un golpe de sable:

-Está escrito (*Deuteronomio 27, 24-25*): "Maldito el que encubiertamente descarga su mano contra su prójimo y acepta regalos para condenar a muerte a un inocente". Yo os digo: os perdono. Pero el Hijo del hombre conoce vuestro pecado. Si no os perdonara Yo... Por mucho menos, Jeohveh redujo a cenizas a muchos de Israel.

Y se muestra tan terrible al decir esto, que ninguno se atreve a moverse. Jesús levanta la doble cortina y sale al atrio, y ninguno osa hacer un solo gesto.

Hay que esperar a que la cortina deje de moverse, es decir: unos momentos después, para verlos reaccionar.

-Hay que alcanzarlo...

-Hay que retenerlo... - dicen los más enfurecidos.

-Tenemos que ganarnos el perdón - suspiran los mejores, o sea, Manahén, Timoneo, algunos prosélitos, el de Bosra; en definitiva, los rectos de corazón.

Se arremolinan fuera de la sala. Buscan, preguntan a los criados:

-¿El Maestro? ¿Dónde está?

-¿El Maestro? Ninguno lo ha visto, ni siquiera los que estaban en las dos puertas del atrio. No está... Con antorchas y faroles lo buscan entre las sombras del jardín, en la habitación donde había descansado. No está, y tampoco está el manto, que había dejado en el lecho, ni su bolsa, que había dejado en el atrio...

-¡Se nos ha escapado!

-¡Es un Satanás!

-No. Es Dios.

-Hace lo que quiere.

-¡Nos traicionará!

-No. Nos conocerá en nuestra verdadera realidad.

Un clamor de pareceres y de recíprocos insultos. Los buenos gritan:

-Vosotros nos habéis seducido. ¡Traidores! ¡Debíamos haberlo imaginado!

Los malos, o sea, la mayoría, amenazan, y la riña, perdido el chivo expiatorio en que centrarse, revierte sus dos partes sobre sí misma...

¿Y Jesús, dónde está? Yo lo veo, por voluntad suya. Está muy lejos, hacia el puente de la embocadura del Jordán. Va raudo como llevado por el viento. Sus cabellos enmarcan ondeantes el pálido rostro; su manto, con esta marcha veloz, se entrechoca como una vela. Luego, cuando está seguro de haberse distanciado, se adentra entre los juncos de la orilla y toma la margen oriental. En cuanto encuentra los primeros escollos del alto arrecife, se encarama a ellos, y no se preocupa de que la poca luz haga peligrosa la subida por la pronunciada ladera. Sube, sube hasta un peñasco que se asoma hacia el lago, velado por una encina solitaria; y allí se sienta, pone un codo en la rodilla, apoya el mentón en la palma de la mano, y, con la mirada fija en el espacio anchuroso que va entenebreciéndose, apenas visible aún por el claror del manto y la palidez del rostro, así permanece...

Pero alguien lo ha seguido. Juan. Un Juan semidesnudo, o sea, vestido sólo con la corta prenda de los pescadores, tiesos los cabellos, como cuando uno ha estado en el agua, jadeante (pero pálido). Se acerca despacio hacia su Jesús. Parece una sombra deslizándose por el arrecife escabroso. Se detiene a poca distancia. Observa a Jesús... No se mueve. Parece una peña añadida al peñasco. La túnica oscura lo anula aún más; sólo la cara y las piernas y los brazos desnudos son un poco visibles en la sombra nocturna.

Pero cuando, más que verlo lo oye llorar a Jesús, entonces no resiste más, y se acerca, hasta llamarlo:

-¡Maestro!

Jesús oye el susurro y alza la cabeza; con ademán de huir, se recoge el manto.

Pero Juan grita:

-¿Qué te han hecho, Maestro, para que ya no conozcas a Juan?

Y Jesús reconoce a su Predilecto. Tiende sus brazos hacia él y Juan se arroja a ellos. Los dos lloran, por dos dolores distintos y un único amor.

Pero luego el llanto se calma y Jesús es el primero que recupera la neta percepción visual de las cosas. Oye y ve a Juan semidesnudo, con la túnica húmeda, las carnes heladas, descalzo.

-¿Cómo estás aquí, en este estado? ¿Por qué no estás con los demás?

-No me reprendas, Maestro. No podía estar... No podía dejarte irte... Me he quitado la ropa, todo menos esto, y me he echado a nadar; he regresado a Tariquea nadando; de allí, por la orilla, corriendo, hasta el puente; y luego más, más, detrás de ti; y me he quedado escondido en el foso que hay junto a la casa, preparado para auxiliarte, atento, al menos, para saber si te raptaban, si te hacían algún mal. Y he oído muchas voces que disputaban y luego te he visto a ti pasando veloz por delante de mí. Parecías un ángel. Por seguirte sin perderte de vista, me he caído en hoyos y aguazales y estoy lleno de barro. Te habré manchado el vestido... Desde que has llegado aquí estaba mirándote... ¿Llorabas?... ¿Qué te han hecho, mi Señor? ¿Te han insultado? ¿Te han pegado?

-No. Me querían hacer rey. ¡Un pobre rey, Juan! Y muchos querían hacerlo con buena fe, por verdadero amor, con finalidad buena... La mayoría... para poderme denunciar y deshacerse de mí...

-¿Quiénes son éstos?

-No lo preguntes.

-¿Y los otros?

-Ni siquiera preguntes el nombre de éstos. No debes odiar ni criticar... Yo perdono...

-Maestro... ¿había discípulos?... Dime sólo esto.

-Sí.

-¿Y apóstoles?

-No, Juan. Ningún apóstol.

-¿Verdaderamente, Señor?

-Verdaderamente, Juan.

-¡Ah, alabado sea Dios por ello!... Pero, ¿por qué lloras todavía, Señor? Yo estoy contigo. Te amo por todos. Y también Pedro, y Andrés y los otros... Cuando han visto que me echaba al lago me han dicho que estaba loco, y Pedro estaba furioso, y mi hermano decía que quería morir en los remolinos. Pero luego han comprendido y me han gritado: "Que Dios te acompañe. Ve. Ve...". Nosotros te amamos. Pero ninguno como este pobre niño que soy yo.

-Sí. Ninguno como tú. ¡Tienes frío, Juan! Ven aquí, debajo de mi manto...

-No, a tus pies, así... ¡Maestro mío! ¿Por qué no te aman todos como este pobre niño que soy yo?

Jesús se sienta a su lado y lo arrima contra su corazón.

-Porque no tienen tu corazón de niño...

-¿Te querían hacer rey? ¿Pero no han comprendido todavía que tu Reino no es de esta Tierra?

-¡No han comprendido!

-Sin decir nombres, cuenta, Señor...

-¿Pero no vas a decir lo que te diga?

-Si no quieres, Señor, no lo diré...

-Lo dirás solamente cuando los hombres quieran mostrarme como un común líder del pueblo. Un día esto llegará. Y tú estarás. Habrás de decir: "Él no fue rey de la Tierra porque no quiso. Porque su Reino no era de este mundo. Era el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, y no podía aceptar lo que es terreno. Quiso venir al mundo y vestirse de carne para redimir los cuerpos y las almas y al mundo, pero no se sometió a las pompas del mundo y a los fomes del pecado, y en Él no hubo nada carnal ni mundano. La Luz no se recubrió de Tinieblas, el Infinito no aceptó cosas finitas; sino que de las criaturas limitadas por la carne y el pecado hizo criaturas que fueran más iguales a Él. Llevó a los que creyeron en Él a la regalidad verdadera e instauró su Reino en los corazones, antes de instaurarlo en los Cielos, donde será completo y eterno con todos los salvados". Dirás esto, Juan, a quien pretenda verme enteramente humano, a quien pretenda verme enteramente espíritu, a quien niegue que Yo haya padecido la tentación... y el dolor... Dirás a los hombres que el Redentor lloró... y que ellos, los hombres, han sido redimidos también por mi llanto...

-Sí, Señor. ¡Cómo sufres, Jesús!...

-¡Cómo redimo! Pero tú me eres consuelo en mi sufrimiento. Al rayar el día nos marcharemos de aquí. Encontraremos una barca. ¿Crees, si digo que podremos ir sin remos?

-Creería aunque dijeras que iremos sin barca...

Permanecen abrazados, envueltos en el único manto de Jesús. Y Juan, con el calorcito, acaba durmiéndose, cansado, como un niño entre los brazos de su mamá.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Esta página evangélica, desconocida y tan ilustrativa, tan ilustrativa, ha sido dada para los rectos de corazón. Juan, al escribir después de muchos lustros su Evangelio, hace una breve alusión a este hecho. *(Una brece alusión a este hecho es la de Juan 6, 14-15, puesta al final del episodio de la primera multiplicación de los panes, que ocupa los precedentes versículos 1-13. La multiplicación de los panes no fue contemporánea del intento de proclamar a Jesús rey, pero sirvió para suscitar la idea; tanto, que el evangelista une en la narración esos dos hechos, distantes en el tiempo)* Obediente al deseo de su Maestro, cuya naturaleza divina ilustra más que ningún otro evangelista, descubre a los hombres este detalle ignorado, y lo descubre con esa discreción virginal suya que envolvía todas sus acciones y palabras con pudor humilde y reservado.

Juan, mi confidente de los hechos más graves de mi vida, nunca se engalanó pomposamente con estos beneficios míos. Antes al contrario -leed bien-, parece sufrir cuando los revela, y parece decir; "Debo decir esto porque es una verdad que exalta a mi Señor, pero os pido perdón de tenerme que mostrar como el único que la sabe", y con palabras concisas alude al detalle que sólo él conoce.

Leed el primer capítulo de su Evangelio, donde narra su encuentro conmigo: "Juan el Bautista se hallaba de nuevo con dos discípulos suyos... Los dos discípulos, oídas estas palabras... Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído las palabras de Juan y habían seguido a Jesús. El primero con que se topó Andrés...". Él no se nombra; es más, se cela tras Andrés, al que pone de relieve.

En Caná estaba conmigo, y dice: "Jesús estaba con sus discípulos... y sus discípulos creyeron en Él". Eran los otros los que tenían necesidad de creer. Él ya creía. Pero se unifica con los otros, cual criatura que necesitara ver milagros para creer.

Testigo de la primera expulsión de los mercaderes del Templo, y del coloquio con Nicodemo, del episodio de la Samaritana, nunca dice: "Yo estaba allí", sino que conserva la línea de conducta que había tomado en Caná, y dice: "Sus discípulos" incluso cuando estaba él sólo o él y otro más. Y así continúa, no nombrándose nunca, antes al contrario, poniendo siempre delante a sus compañeros, cual si él no hubiera sido el más fiel, el siempre fiel, el perfectamente fiel.

Recordad la delicadeza con que alude al episodio de la Cena, del cual resulta que él era el predilecto, reconocido como tal también por los demás, que a él recurren cuando quieren saber los secretos del Maestro: "Así pues, empezaron los discípulos a mirarse unos a otros, no sabiendo a quién aludía el Maestro. Estaba uno de ellos, el predilecto de Jesús, recostado en el pecho de Jesús. A éste le hizo una señal Simón Pedro y le preguntó: "¿De quién habla?". Y aquél, estando recostado en el pecho de Jesús, le preguntó a Él: "¿Y quién es, Señor?"

Ni siquiera se nombra como llamado en el Getsemaní con Pedro y Santiago. Ni siquiera dice: "Yo seguí al Señor". Dice: "Le siguió Simón Pedro y otro discípulo; y este otro, siendo conocido por el Pontífice, entró con Jesús en el atrio del Pontífice". Sin Juan Yo no habría tenido el consuelo de verlos a él y a Pedro en las primeras horas de su captura. Pero Juan no se jacta de ello.

Fue uno de los personajes principales en las horas de la Pasión, el único apóstol que en ella estuvo siempre presente, amorosamente, compasivamente, heroicamente presente junto a Cristo, junto a la Madre, frente a una Jerusalén desatada... y calla su nombre incluso en ese episodio especialmente importante de la Crucifixión y de las palabras del Moribundo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", "Ahí tienes a tu madre". Es el "discípulo", el sin nombre, sin otro nombre aparte del que, tras haber constituido su vocación, constituye su gloria: "el discípulo".

No se exalta siquiera después de haber recibido el honor de ser el "hijo" de la Madre de Dios, y en la Resurrección dice todavía: "Pedro y el otro discípulo (a los que María de Lázaro había hablado del sepulcro vacío) salieron y fueron... Corrían... pero aquel otro discípulo corrió más que Pedro y llegó antes y, agachándose, vio... pero no entró...". ¡Hechura de delicada humildad! Él, el predilecto, el fiel, deja que Pedro -pecador por cobardía, pero cabeza- entre antes. No lo juzga. Es su Pontífice. Antes al contrario, lo socorre con su santidad porque también los que son "cabeza" pueden ser apoyados por sus súbditos; es más, tienen necesidad de ellos como apoyo.

¡Cuántos súbditos son mejores que sus "jefes"! ¡No neguéis nunca vuestra piedad, oh súbditos santos, a los "jefes" que se pliegan bajo el peso que no saben llevar, o a aquellos a los que el humo del honor produce ceguera y embriaguez! ¡Sed, oh súbditos santos, los cirineos de vuestros Superiores; sed -sé, mi pequeño Juan, porque te hablo a ti para todos- esos "Juanes" que se adelantan corriendo y guían a los "Pedros", y luego se detienen dejándolos entrar, por respeto a su cargo, y que -¡oh obra maestra de humildad!-, y que, para no humillar a los "Pedros" que no saben comprender y creer, llegan al punto de dar de sí una imagen, y dejar creerlo, de que también ellos como los "Pedros" son tardos e incrédulos!

Leed el último episodio del lago de Tiberíades. Es también Juan el que, repitiendo el acto de otras veces, reconoce al Señor en el Hombre que está en pie en la orilla y, después de haber compartido juntos el alimento, ante la pregunta de Pedro: "¿Y de éste que será?" es siempre "el discípulo", nada más.

Por lo que a él respecta, se anonada. Mas cuando debe decirse algo que haga resplandecer con luz cada vez más divina al Verbo de Dios Encarnado, ¡ah! entonces Juan alza los velos y revela un secreto.

En el sexto capítulo del Evangelio dice: "Dándose cuenta de que querían apoderarse de Él para hacerlo rey, huyó de nuevo solo al monte". Y esta hora del Cristo es comunicada a los creyentes para que sepan que múltiples y complejas fueron las tentaciones y las luchas intentadas contra Él en sus distintas características de Hombre, Maestro, Mesías, Redentor, Rey, y que los hombres y Satanás - el eterno instigador de los hombres- no le evitaron ninguna insidia a Cristo, para rebajarlo, abatirlo, destruirlo. Contra el Hombre, contra el eterno Sacerdote, contra el Maestro, contra el Señor arremetieron las malicias satánicas y humanas, enmascaradas bajo los pretextos más aceptables como buenos; y todas las pasiones del ciudadano, del patriota, del hijo, del hombre, fueron hurgadas o tentadas para descubrir un punto débil que sirviera de fulcro.

¡Oh, hijos míos que no reflexionáis más que en la tentación inicial y en la última, y que de mis fatigas de Redentor os parecen "fatigas" sólo las últimas, y dolorosas sólo las últimas horas, y amargas y desengañosas sólo las últimas experiencias, poneos sólo una hora en mi lugar, pensad que es a vosotros a quienes se os propone la paz con los coterráneos, su ayuda, la posibilidad

de llevar a cabo el necesario acrisolamiento para hacer santo al País amado, las posibilidades de restaurar, de reunir a los diseminados miembros de Israel, de acabar con el dolor, con la servidumbre, con el sacrilegio! Y no digo: poneos en mi lugar pensando en vosotros como destinatarios de una corona que se os ofrece. Digo sólo que tengáis mi Corazón de Hombre durante una hora, y que penséis en cómo habríais salido de esta seductora propuesta. ¿Como triunfadores fieles a la divina Idea, o, más bien, como vencidos? ¿Habríais salido de ella más santos y espirituales que nunca, u os habríais destruido a vosotros mismos adhiriéndoos a la tentación o cediendo a las amenazas? ¿Y con qué corazón habríais salido de ella, tras haber constatado hasta qué punto Satanás usaba sus armas para herirme en la misión y en los sentimientos, llevándome a los discípulos buenos por un camino desviado, poniéndome en estado de lucha abierta con los enemigos, en ese momento ya desenmascarados, agresivos ahora por haber sido descubiertas sus arterías?

No estéis ahí con el compás y la medida pequeña, con el microscopio y la ciencia humana; no andéis ahí midiendo, comparando, refutando, con pedantes razonamientos de escriba, sobre si Juan habló con exactitud y hasta qué punto es verdad esto o aquello. No superpongáis la frase de Juan y el episodio dado ayer, para ver si los contornos coinciden. Ni erró Juan por debilidad senil, ni ha errado el pequeño Juan (María Valtorta) por debilidad de enferma. Éste ha dicho lo que ha visto. Juan, el grande, pasados muchos lustros después del episodio, narró lo que sabía y, con fina concatenación de lugares y hechos, reveló el secreto que sólo él conocía de cuando intentaron, no sin malicia, coronar a Cristo.

En Tariquea, después de la primera multiplicación de los panes, surge en el pueblo la idea de hacer del Rabí nazareno el rey de Israel. Están presentes Manahén, el escriba y otros muchos que, aún imperfectos en el espíritu pero honestos de corazón, recogen la idea y la apoyan para dar honor al Maestro, para acabar con la lucha injusta contra Él, por error en la interpretación de las Escrituras, un error difundido por todo Israel cegado por sueños de humana regalidad y por esperanzas de santificar a la Patria contaminada por muchas cosas.

Muchos, como era natural, se adhieren simplemente a la idea. Muchos fingen subrepticamente su adhesión para perjudicarme. Unidos estos últimos por el odio contra mí, olvidan sus odios de casta, que los habían mantenido siempre separados, y se alían para tentarme, para poder dar después una apariencia legal al delito que ya sus corazones habían decidido. Esperan en una debilidad mía, en un orgullo mío. El orgullo y la debilidad, con consiguiente aceptación de la corona que me ofrecían, darían una justificación a las acusaciones que querían lanzar contra mí. Y después... después ello serviría para dar la paz a su espíritu engañoso atrapado por los remordimientos, porque se dirían a sí mismos, esperando poder creerlo: "Roma, no nosotros, ha castigado al Nazareno revoltoso". La eliminación legal de su Enemigo (enemigo era para ellos su Salvador)...

Aquí están las razones de la proclamación que intentaron. Aquí está la clave de los odios, más fuertes, que siguieron. Aquí tenéis, en fin, la alta lección de Cristo. ¿La comprendéis? Es lección de humildad, de justicia, de obediencia, de fortaleza, de prudencia, de fidelidad, de perdón, de paciencia, de vigilancia, de saber soportar, respecto a Dios, respecto a la propia misión, respecto a los amigos, respecto a los ingenuos, respecto a los enemigos, respecto a Satanás, respecto a los hombres que de éste son instrumentos de tentación, respecto a las cosas, respecto a las ideas. Todo debe ser contemplado, aceptado, rechazado, amado o no, mirando al fin santo del hombre: el Cielo, la voluntad de Dios.

Pequeño Juan. Ésta fue una de las horas de Satanás para mí. Y como las tuvo el Cristo las tienen los pequeños Cristos. Es necesario sufrirlas y superarlas, sin soberbias ni desconfianzas. No carecen de finalidad, de finalidad buena. Pero no temas, porque Dios, durante estas horas, no abandona, sino que sujeta al que es fiel. Y, luego, desciende el Amor para hacer reyes a los fieles. Y, posteriormente, acabada la hora de la Tierra, suben los fieles al Reino, en paz para siempre, victoriosos para siempre...

Mi paz, pequeño Juan coronado de espinas. Mi paz...

465

En Betsaida para un encargo secreto a Porfiria. Apresurada partida de Cafarnaún.

-Dirige la barca a Betsaida - ordena Jesús, que está con Juan en una pequeña barca, verdaderamente una cáscara de nuez, en medio del lago, que lentamente va aclarándose con el clarear del día.

Juan obedece sin decir nada. Un vientecillo más bien enérgico pone tirante la pequeña vela y da veloz movimiento a la barca, que hasta se inclina hacia uno de los lados, de tan veloz como es su marcha. La costa oriental va pasando rápidamente y la curva del lado septentrional se va acercando cada vez más.

-Aborda antes del pueblo. Quiero ir donde Porfiria sin que me vean otros, y luego ve al lugar de siempre y me esperas en la barca.

-Sí, Maestro. ¿Y si me ve alguien?

-Retenlos a todos, pero no les digas dónde estoy. Tardaré poco.

Juan observa si en la playa hay un lugar bueno para abordar. Lo encuentra: es un recuerdo, sólo un recuerdo, de torrente arenoso al que los hombres le han extraído tierra para alguna necesidad que tuvieran; de manera que forma un golfito de pocos metros, pero suficiente para que una barca se arrime a la orilla, elevada unos cincuenta centímetros por encima del agua. Va allí. La barca roza un poco en el guijo pero logra abordar, y Juan la mantiene arrimada a la orilla agarrando una raíz que sobresale de la tierra.

Jesús salta a la orilla. Juan dirige el remo contra ella y hace fuerza para impulsar a la barca de nuevo al lago. Lo consigue. Levanta la cara, iluminada con su sonrisa buena, y dice:

-Adiós, Maestro.

-Adiós, Juan - y Jesús se encamina por entre los árboles, mientras Juan da bordadas con su barquita.

Jesús tuerce hacia el interior, pasa entre unas huertas situadas a espaldas de Betsaida. Va raudo para evitar entrar en el pueblo cuando éste se anima. Llega, sin toparse con nadie en el camino, a la casa de Pedro. Llama a la puerta de la cocina. Pasados unos segundos, la cabeza de Porfiria se asoma cauta por encima del pretil de la azotea. Ve y emite una exclamación de estupor. Recoge con una mano sus espléndidos cabellos -su única belleza- que le caen sueltos por la espalda, y baja corriendo por la pequeña escalera, descalza (así está en este momento del apresurado aseo de la mañana).

-¡Señor, Tú! ¿Solo?

-Sí, Porfiria. ¿Margziam dónde está?

-Está durmiendo. Todavía duerme. El muchacho se ha quedado un poco triste, un poco lánguido... así que lo descargo un poco. Es también la edad... el desarrollo... Mientras duerme ni piensa ni llora..

-¿Llora a menudo?

-Sí, Maestro. Creo que es su debilidad actual. Y trato de fortalecerlo... y consolarlo... Pero dice: "Me quedo solo. Todas las personas a las que quiero se marchan. Cuando no esté ya Jesús...", y lo dice como si estuvieras para dejarnos... Es verdad que ha sufrido mucho en su vida... Pero yo y Simón lo queremos... Mucho. Créelo, Maestro.

-Lo sé. Pero su alma siente... Porfiria, necesito hablarte precisamente de estas cosas. Por este motivo he venido, sin Simón, a esta hora. ¿Dónde podemos ir para hablar, de forma que Margziam no nos oiga y que nadie moleste?

-Señor... Sólo tengo... mi habitación nupcial, o el cuarto de las redes... Arriba está Margziam. Yo también estaba, porque, para huir del calor nos hemos ido a dormir ahí arriba...

-Vamos al cuarto de las redes. Está más lejos. Margziam no nos oirá aunque se despierte.

-Ven, Señor - y Porfiria lo guía hasta el rústico y amplio cuarto ocupado por un poco de todo: redes, remos, comestibles, heno para las ovejas, un telar...

Porfiria se apresura a liberar una especie de tabla adosada a la pared, y a desempolvarla con un ovillo de estopa, para que el Maestro se siente.

-No importa, mujer. No estoy cansado.

Porfiria alza sus mansos ojos para mirar el rostro ajado, fatigado de Jesús, y parecer querer decir: «Sí que lo estás». Pero, acostumbrada a callar, no habla.

-Escucha, Porfiria. Tú eres una mujer buena y una buena discípula. Te he querido mucho desde que te conocí, y con mucha alegría te he recibido como discípula y he puesto en tus manos al niño. Se que eres prudente y virtuosa como pocas. Y sé que sabes guardar silencio, virtud rarísima en las mujeres. Por todo esto he venido a hablarte en secreto y a confiarte una cosa que ninguno sabe, ni siquiera los apóstoles, ni siquiera Simón. Te la confío porque debo decirte cómo te debes comportar en el futuro con Margziam... y con todos... Estoy seguro de que complacerás a tu Maestro en lo que te pide y que serás prudente como siempre...

Porfiria, que se ha puesto como la púrpura al oír de su Señor este encomio, no hace más que asentir con la cabeza, estando, como está, demasiado conmovida -ella que es tan tímida y que está acostumbrada a sufrir siempre la presión de voluntades dominantes que imponen sin saber si ella está dispuesta a asentir...-, demasiado conmovida para poder decir con las palabras que acepta.

-Porfiria... Yo no volveré nunca más por aquí. Nunca más hasta que todo esté consumado... ¿Sabes, no es verdad, lo que debo consumir?...

Porfiria, al oír estas palabras, ha dejado sueltos sus cabellos, que tenía recogidos todavía en la nuca con la izquierda, y emite, más que un grito, un sollozo, un sollozo que sofoca llevándose las dos manos a la cara, mientras lentamente cae de rodillas gimiendo:

-Lo sé, Señor, mi Dios... - y llora con silencioso llanto, que no se acusa sino por las lágrimas, que gotean contra el suelo a través de los dedos que comprimen la cara.

-No llores, Porfiria. Para esto he venido. Yo estoy preparado... y también lo están los que, sirviendo al Mal, servirán al Bien, en verdad, porque harán surgir la hora de la Redención. Podría cumplirse incluso ahora, porque tanto Yo como ellos estamos preparados... y cada hora que pase o cada hecho que suceda no serán sino... perfeccionamiento para su delito... y para mi Sacrificio. Y serán útiles, también, estas horas, todavía numerosas, que transcurrirán antes de esa hora... Hay todavía algunas cosas que cumplir y que decir, para que todo lo que debía cumplirse para conocimiento de mí quede realizado... Pero Yo no volveré a venir aquí... Miro por última vez este lugar... y entro por última vez en esta casa honrada... No llores... No he querido irme sin darte el adiós y la bendición de tu Maestro. Me llevaré conmigo a Margziam. Lo llevaré conmigo ahora, yendo hacia los confines fenicios, y luego, cuando baje a Judea para los Tabernáculos. No me faltará el modo de mandarlo para acá antes del pleno invierno. ¡Pobre niño! Gozará de mí durante un tiempo. 'Y además... Porfiria, no es indicado que Margziam esté presente en mi hora. Por tanto, no lo dejarás partir para la Pascua...

-El precepto, Señor...

-Yo lo libero del precepto. Soy el Maestro, Porfiria, y soy Dios, tú lo sabes. Como Dios puedo absolver anticipadamente de una omisión, que ni siquiera lo es porque la ordeno Yo por un motivo de justicia. La obediencia a mi orden es ya de por sí absolución a la omisión del precepto, porque la obediencia a Dios -y ésta es también un sacrificio para Margziam- es siempre superior a cualquier otra cosa. Y soy Maestro. No es buen Maestro el que no sabe medir las cualidades y las reacciones de un discípulo suyo, y no sabe meditar sobre las consecuencias que un esfuerzo superior a lo que el discípulo puede soportar puede producir en él. También cuando se impone la virtud hay que ser prudentes y no pretender un máximo que la formación espiritual o las fuerzas generales del ser no pueden dar. Exigiendo una virtud o un dominio espiritual demasiado fuertes respecto al grado de fuerzas espirituales, morales e incluso físicas alcanzado por la criatura, se puede producir una dispersión de las fuerzas ya acumuladas y un quebrantamiento del ser en sus tres grados: espiritual, moral, físico. Margziam, un pobre niño, ha sufrido demasiado ya, y ha conocido demasiado la brutalidad de sus semejantes, hasta rozar el odio hacia ellos. No podría

soportar lo que será mi Pasión: mar de amor doloroso en que lavaré los pecados del mundo, y mar de odio satánico que tratará de sumergir a todos aquellos que Yo he amado y de anular todo mi trabajo de Maestro. En verdad te digo que hasta los más fuertes se plegarán bajo la marea de Satanás, al menos durante un breve tiempo... Pero no quiero que Margziam se pliegue y que beba esa ola desoladora... Es un inocente... y lo quiero... Yo siento piedad, mucha, por quien ya ha sufrido más que lo que sus fuerzas consienten... He llamado al más allá al espíritu de Juan de Endor...

-¿Ha muerto Juan? ¡Oh! Margziam había escrito muchos rollos para él... Otro dolor para el niño...

-Le hablaré Yo de la muerte de Juan... Decía que lo he arrebatado a esta vida para preservarlo también a él del choque de esa hora. También Juan había sufrido demasiado por parte de los hombres. ¿Por qué despertar los sentimientos adormecidos? Dios es bueno. Prueba a sus hijos. Pero no es un incauto experimentador... ¡Oh, si los hombres supieran hacer lo mismo! ¡Cuántas menos destrucciones de corazones, o simplemente cuántas menos borrascas peligrosas en los corazones!... Pero, volviendo a Margziam, él no debe venir a la Pascua próxima. Por ahora tú no hablarás. Cuando llegue el momento, le dirás esto: "El Maestro me ha dado la orden de no mandarte a Jerusalén. Y te promete un premio singular si lo obedeces". Margziam es bueno y obedecerá... Porfiria, esto es lo que quiero de ti, tu silencio, tu fidelidad, tu amor.

-Todo lo que quieras, mi Señor. Honras demasiado a tu pobre sierva... No merezco tanto... Ve tranquilo, Maestro y Dios. Haré lo que quieres...

Pero el dolor la vence y cae rostro en tierra –antes había permanecido siempre arrodillada, relajada sobre los talones con los ojos fijos en la cara de Jesús-; cae al suelo, cubierta toda por el manto de sus cabellos de azabache, y solloza fuertemente:

-¡Qué dolor, Maestro! ¡Oh, qué dolor! ¡Qué termina! ¡Qué termina para el Mundo! ¡Qué, para nosotros que te amamos! ¡Qué, para tu sierva! ¡El Único! ¡El único que realmente me ha amado, que no me ha despreciado nunca, que no ha sido dominante conmigo, que me ha tratado como a las otras, a mí que soy tan ignorante, tan poca cosa, tan torpe! ¡Oh, y yo y Margziam, porque primero me lo dijo Margziam a mi nos habíamos serenado...! Todos decían que no podía ser cierto... Todos: Simón, Natanael, Felipe... sus mujeres... y ellos saben, son hombres sabios... y Simón... ¡hombre, mi Simón... si Tú lo has elegido debe valer algo!... ¡y todos... todos decían que no podía ser!... Pero ahora lo dices Tú, Tú lo dices... y no se puede dudar de tu palabra... Está verdaderamente desolada, y conmueve por su dolor.

Jesús se curva hasta ponerle una mano en la cabeza.

-No llores así... Va a oír Margziam... Ya sé que ninguno lo cree, ninguno quiere llegar a creer... y su propia sabiduría y su propio amor causa en ellos el no creer... Y, no obstante, así es... Porfiria, Yo me marchó. Antes de dejarte, te bendigo para este momento y para siempre. Piensa siempre que te he amado y que he estado contento de tu amor por mí. No te digo: persevera en él. Sé que lo harás, porque el recuerdo de tu Maestro será siempre tu dulzura, en la que te refugiarás. Tu dulzura y tu paz, incluso en la hora de la muerte. Piensa entonces que tu Maestro murió para abrirte el Paraíso, y que te espera allí... ¡Hala, levántate! Voy a despertar a Margziam y a entretenerlo un poco. Tú, mientras, borra las huellas de tu llanto, y luego ven donde nosotros. Juan me espera para llevarme a Cafarnaúm. Si tienes algo que mandar a Simón, prepáralo. Recuerda que tendrá necesidad de su ropa gruesa...

Porfiria, verdadera criatura de sumisión y solícita obediencia, besa los pies de Jesús y hace ademán de levantarse, pero una ola de amor le hace perder el control y, ruborizándose vivamente, toma las dos manos de Jesús y las besa: una, dos, diez veces. Luego se levanta y deja que se marche...

Jesús sale, sube a la terraza, entra en una especie de pabellón hecho de velas extendidas y sujetas por cuerdas, bajo el cual están los dos lechos. Margziam duerme todavía, con la cara casi hacia abajo, comprimida contra la pequeña almohada. Se ve solamente un pómulos de su cara morenita, y un brazo, largo y delgado, fuera de la -sábana que lo cubre. Jesús se sienta en el suelo, al lado del lecho, y acaricia levemente los cabellos desordenados que caen sobre el pálido carrillo del durmiente, el cual se mueve un poco pero sin despertarse todavía. Jesús repite el gesto, y luego se inclina a besar en la frente el rostro, que ahora está descubierto. Margziam abre los ojos y ve a Jesús a su lado, inclinado hacia él. Casi no da crédito a lo que ve, quizás piensa que está soñando; pero Jesús lo llama, y entonces el jovencito se incorpora, y se echa en los brazos de Jesús, se refugia en sus brazos...

-¿Tú aquí, Maestro?

-He venido a recogerte, para llevarte conmigo durante unos meses. ¿Te gusta?

-¡Oh! ¿Y Simón?

-Está en Cafarnaúm. Hemos venido Yo y Juan...

-¿Ha vuelto también él? ¡Se va a alegrar! Le daré lo que he escrito.

-No hablo de Juan de Endor, sino de Juan de Zebedeo. ¿No estás contento?

-Sí. Lo quiero. Pero también al otro... casi más...

-¿Por qué, Margziam? Juan de Zebedeo es muy bueno.

-Sí, pero el otro es muy infeliz, y yo también he sido infeliz, y un poco infeliz me siento todavía... Entre los que sufrimos nos comprendemos y nos queremos...

-¿Te alegraría el saber que ya no sufre y que es muy feliz?

-Claro que me alegraría. Pero el sólo puede ser feliz si está contigo... O es que... ¿es que ha muerto, Señor?

-Está en la paz, y hay que alegrarse de ello, sin egoísmos, porque ha muerto como un justo y porque ahora ya no hay separación entre su espíritu y el nuestro. Tenemos un amigo más que ora por nosotros.

Margziam tiene dos lagrimones en la cara, verdaderamente muy enflaquecida y pálida; pero susurra:

-Es verdad.

Jesús no dice nada más al respecto, ni hace observaciones sobre el estado físico y moral de Margziam, que está visiblemente debilitado. Antes al contrario, dice:

-¡Hala, vamos! He hablado ya con Porfiria. Ya seguro que ha preparado tu ropa. Arréglate tú también, que Juan nos espera. Le daremos una sorpresa a Simón. ¿No es aquélla su barca, de vuelta para Cafarnaúm? Quizás ha pescado al regresar...

-Es aquélla, sí. ¿A dónde vamos, Señor?

-A septentrión y luego a Judea.

-¿Tanto?

-Tanto.

Margziam, animado por la idea de estar con Jesús, se alza rápidamente y baja corriendo al lago, a lavarse. Vuelve, todavía con el pelo húmedo, gritando:

-¡He visto a Juan! Me ha hecho una señal de saludo. Está en la desembocadura, en el cañizar...

-Vamos.

Bajan. Porfiria está terminando de cerrar dos sacas y explica

-He pensado mandar después la ropa gruesa. Al Getsemaní con mi hermano para los Tabernáculos. Así caminaréis más rápido tanto tú como tu padre - y, mientras termina de atar las correas, alude a lo que ha preparado: leche, pan, fruta...

-Tomamos todo. Comeremos en la barca. Quiero marcharme antes de que la orilla se llene de gente. Adiós, Porfiria. Que Dios te bendiga siempre y que la paz de los justos esté siempre en ti. Ven. Margziam...

Recorren pronto el pequeño tramo de camino y, mientras Margziam va donde Juan, Jesús va a la barca. Enseguida se reúnen con Él los dos, corriendo entre las cañas y saltando luego a la barca. Empujan enseguida con el remo contra la orilla para meterse en aguas profundas.

Pronto el pequeño trayecto queda recorrido. Se detienen en la playa de Cafarnaúm, en espera de la barca de Pedro, que está llegando. La hora los salva del asedio de la gente, así que pueden comer en paz su pan y su fruta, echados en la arena a la sombra de la barca.

Simón no conoce la barquita, y, por tanto, sólo cuando pone pie en la orilla y ve levantarse detrás de la barca a Jesús, se da cuenta de que está Él allí.

-¡Maestro! ¡Y tú, Margziam! ¿Pero, desde cuándo?

-Desde ahora. He pasado por Betsaida. Date prisa. Hay que partir inmediatamente...

Pedro lo mira y no dice nada. Él y los compañeros descargan de la barca los peces pescados, y las sacas de la ropa, incluida la de Juan, que por fin puede volverse a vestir. Y Simón dice algo a su compañero, el cual le hace un gesto como diciendo:

-Espera...

Van a la casa. Entran. Los apóstoles que se habían quedado vienen.

-Daos prisa. Nos marchamos en seguida. Coged todo porque no volvemos aquí - ordena Jesús.

Los apóstoles se miran un momento unos a otros, y tiene lugar una serie de gestos entre uno y otro grupo. Pero obedecen. Es más, yo creo que lo hacen con solicitud para poder hablar entre sí en las otras habitaciones...

Jesús se queda en la cocina con Margziam y se despide de los dueños de la casa. Pero no les dice "no voy a volver", y tampoco dice esto, pasando por la calle, a quienes, de Cafarnaúm, lo ven y lo saludan. Simplemente los saluda, como hace todas las veces que se marcha. Se para sólo en la casa de Jairo. Pero Jairo no ha vuelto todavía...

Encuentra junto a la fuente a la viejecita que vive cerca de la casa de la madre del pequeño Alfeo, y le dice:

-Dentro de poco vendrá aquí una viuda. Te buscará. Viene a vivir aquí. Sé amiga suya y quered mucho al niño y a sus hermanos... Hacedlo santamente, en nombre mío...

Reanuda la marcha y dice:

-Hubiera querido saludar a todos los niños...

-Puedes hacerlo, Maestro. ¿Por qué no has descansado? Estás muy cansado. Tu cara está pálida y tienes la mirada cansada. Te va a dañar... Hace calor todavía y seguro que no has dormido ni en Tiberíades ni allí donde Cusa...

-No puedo, Simón. Debo ir a algunos lugares y hay poco tiempo...

Están junto a la orilla. Jesús llama a los mozos de Pedro y los saluda, y les da órdenes de que la pequeña barca sea llevada al pueblo que está antes de Ippo y que se le restituya a Saúl de Zacarías.

Toma el camino umbrío que orilla al río. Lo sigue hasta una bifurcación y se adentra por esta parte.

-¿A dónde vamos, Señor? - pregunta Simón, que hasta ahora había hablado en voz baja con los compañeros.

-A casa de Judas y Ana, y luego a Corazín. Quiero saludar a mis buenos amigos...

Otra ojeada de los apóstoles entre sí y otro cuchicheo.

En fin, Santiago de Alfeo se adelanta y alcanza a Jesús, que va por delante de todos con Margziam.

-Hermano, dices que quieres saludar a los amigos, ¿es que no vamos a volver por estos lugares? Deseamos saberlo.

-Volveréis, ciertamente, pero dentro de muchos meses.

-¿Y Tú?

Jesús hace un gesto evasivo... Margziam se retira, discretamente, para reunirse con los demás, o sea, con todos los demás excepto Santiago de Alfeo, que está con Jesús, y Judas Iscariote, que va solo en la cola, más bien taciturno, como apático.

-Hermano, ¿qué te ha sucedido? - dice Santiago mientras pone una mano en el hombro de Jesús.

-¿Por qué lo preguntas?

-Porque... No sé. Todos nos lo preguntamos. Nos pareces distinto... Has venido sólo con Juan... Simón ha dicho que habías estado como invitado en casa de Cusa... No descansas... Saludas sólo a pocas personas... Da la impresión de que no quieres volver aquí... Y tu cara... ¿Ya no merecemos saber? Yo tampoco... Tú me querías... Me has dicho cosas que sólo yo sé...

-Te sigo queriendo. Pero no tengo nada que decir. He perdido un día más de lo previsto. Lo estoy recuperando.

-¿Era necesario ir al septentrión?

-Sí, hermano.

-Entonces... ¡Has sufrido! Lo percibo...

Jesús lo abraza, pasándole un brazo por detrás de la espalda a su primo:

-Ha muerto Juan de Endor, ¿lo sabes?

-Me lo ha dicho Simón mientras preparaba yo la ropa. ¿Y otras cosas?...

-Un nuevo adiós a mi Madre.

-¿Y más cosas?

Santiago, más bajo que Jesús, lo mira de abajo arriba, insistente, indagador.

-Pues que estoy contento de estar contigo, con vosotros, con Margziam. Lo voy a tener conmigo algunos meses. Lo necesita. Está triste y sufre. ¿Lo has visto?

-Sí. Pero no es nada de esto... No quieres decirlo. No importa. Te quiero aun no tratándome como amigo.

-Santiago, tú para mí eres más que un amigo. Pero mi corazón necesita descansar...

-Y, por tanto, no hablar de lo que para ti constituye dolor. Comprendo. ¿Es Judas el que te aflige?

-¿Judas? ¿Tu hermano?

-No. El otro.

-¿Por qué esta pregunta?

-No sé. Mientras estabas fuera, uno, enviado no sabemos por quién, ha venido a buscar varias veces a Judas. Él lo ha rechazado siempre, pero...

-En vosotros toda acción de Judas es siempre un delito. ¿Por qué faltar a la caridad?...

-Porque siempre está tan torvo, tan turbado. Evita a los compañeros. Es apático...

-Déjalo. Hace más de dos años que está con nosotros y siempre ha sido así... Piensa en lo felices que se van a sentir los dos ancianos. ¿Y sabes por qué voy allí? Quiero confiarles el pequeño carpintero de Corazín...

Se alejan hablando. Detrás de ellos, en grupo, van los apóstoles, que han esperado a Judas para no dejarlo atrás solo, a pesar de que esté tan visiblemente hastiado, que no despierta ningún interés de tenerlo al lado.

466

Un alto en la casa de los ancianos cónyuges Judas y Ana.

Llegan sudorosos, a pesar de que hayan andado entre tupidos árboles frutales, que se pliegan bajo el peso de la fruta madura. De los viñedos, numerosos y hermosísimos, viene el típico olor de las vides cuando los racimos están ya maduros y las hojas empiezan a acusar su marchitamiento otoñal.

A los primeros a los que se ve llegar es a dos campesinos que regresan de los árboles frutales cargados de cestas de hermosísimas manzanas, y que avisan a un doméstico, el cual a su vez avisa. Entretanto, los dos campesinos saludan a Jesús y anuncian que «muchos discípulos, provenientes de los montes de la Gaulanítida y de Iturea, dirigidos a Jerusalén, están alojados en la casa» y que «sus señores han decidido ir con ellos a los Tabernáculos por la Decápolis y la Perea». Pero apenas si han terminado de dar sus informaciones cuando ya aquéllos, precedidos y seguidos por muchos discípulos, salen fuera de la casa al encuentro del Maestro.

Entre los discípulos está casi todo el grupo de los pastores de Belén, y con ellos otros, como el primer leproso curado y el baldado restablecido, su amigo y otros más, o sea, los de la Transjordania, excepto Timoneo. No veo a Isaac, ni a Esteban ni a Hermas; no veo a Hermasteo ni a José de Emaús, ni a Abel de Belén ni a Nicolás de Antioquía, y tampoco a Juan de Éfeso. Mezclados con ellos, hay domésticos y campesinos, entre los cuales el niño curado milagrosamente de la parálisis durante la otra vendimia, y su madre.

-La paz sea con todos vosotros. Paz a esta casa» dice Jesús, alzando la mano para bendecir.

-Entra, Maestro, y descansa bajo nuestro techo. La época es todavía calurosa para caminar a esta hora. Pero te procuraremos alivio. Y las habitaciones son frescas para la noche.

-Voy a estar aquí sólo unas pocas horas. Al anochecer me marchó. Falta poco para los Tabernáculos y debo ir todavía a otros lugares.

Los dueños de la casa se quedan desilusionados, pero no insisten. Sólo dicen: -Esperábamos que nos aguardases. Mañana es la vendimia. La recolección de la fruta ha empezado ya. Después de la pisa íbamos a partir todos, con estos discípulos tuyos. Somos viejos, y los caminos, desde cuando han venido, no sabemos de dónde, bandas de salteadores a infestar esta orilla del Jordán, son inseguros. Se guarecen en los montes de Rabat-Ammón y de Galaad, a lo largo del valle del Yabboq, y se abaten sobre los caminos de caravanas. Los legionarios de Roma los persiguen... Pero... ¿Es, acaso, bueno encontrarse con ellos? Preferimos estar con éstos. Son tus discípulos Y Dios ciertamente los protege.

Jesús sonríe -una sonrisa perspicaz- pero no dice nada al respecto. Entra en la casa. Agradece los refrigerios que los huéspedes ofrecen a los miembros y a las gargantas sedientas, y después escucha a los discípulos, que refieren lo que ha sido su trabajo en los montes:

-Pero con poco fruto, Maestro. Poco también en Cesárea de Filipo, donde, de todas formas, no fuimos molestados. Pero volveremos allá contigo. ¡Y entonces!

Jesús los mira. No los desengaña. Responde:

-Perseverando, ciertamente los convertiréis. Dios ayuda siempre a sus siervos.

Y luego Jesús los deja. Va donde la dueña de la casa, que está preparando personalmente las mesas, y la invita a salir con Él porque debe decirle algo. La buena viejecita no se lo deja decir dos veces y, para no ir con el calor fuera de casa, lleva a Jesús a una habitación larga, fresca, orientada al norte.

-Ana, siempre dices que quisieras servirme en todos los modos...

-Sí, mi Señor. Yo y Judas. Pero no recurres nunca a nosotros. Ahora es una gran fiesta para nosotros, porque en tus discípulos hay un poco de ti, y teniéndolos en casa nos parece como servirte a ti.

-Efectivamente, lo es, porque lo que se hace a un discípulo se hace al Maestro, y un vaso de agua, incluso uno solo, o un pan, dados en ayuda de quien por mí se fatiga recibirá compensación de Dios mismo. Los discípulos cuidan el espíritu de los fieles, y los fieles deben tener amor por los discípulos, y ayudarlos, pensando que éstos han renunciado a todo, dispuestos incluso a renunciar a la vida con tal de dar a los fieles el Camino, la Vida y la Verdad, que su Maestro les ha dado a ellos con el mandamiento de dárselo a los fieles.

-¡Oh, Señor, deja que llame a mi Judas! ¡Son tan santas tus palabras!

-Llama a tu Judas - consiente, sonriendo, Jesús. Y la mujer sale, para volver con su marido, al cual le está repitiendo las palabras del Maestro.

-Nosotros, créelo, lo haríamos con gusto. Estamos apartados y, sin duda por eso, tus discípulos vienen poco aquí - dice el anciano, y se percibe un pesar por este hecho de ser dejado de lado.

-Les diré que vengan frecuentemente. Entretanto, os pido una gracia...

-¿Tú? ¡Pero si es gracia para nosotros servirte! Ordena, Señor. Somos viejos y no podemos seguirte como muchos hacen. Pero de servirte sí que tenemos deseo. ¿Qué quieres? Si quieres incluso estos viñedos y esta casa, tan amados porque eran de mi padre y porque aquí nacieron nuestros hijos, te los damos. Prométenos sólo la misericordia divina para nuestros espíritus.

-No dudéis de que os pueda faltar. Pero no pido tanto sacrificio. Escuchad. Voy a Judea y el invierno viene. En Corazín hay una viuda con muchos hijos. El mayor es poco más que un niño. Su padre era carpintero...

-¡Ah, el carpintero! ¡Todos hablaron de tu gesto! Pero Corazín no se ha convertido, a pesar de que, más que la palabra, tu acción debía conseguirlo. La madre ha trabajado en las mieses... Pero es de salud débil... Sí, sabemos.

-Bueno, pues no os pido que hagáis de ellos personas ociosas, sino que los ayudéis. No os faltará alguna necesidad de arreglar una u otra cosa. Pensad en José y que la paga debida sea completada por la piedad amorosa.

-¡Oh, Maestro! ¡Tan poco! Yo diría... ¿qué dices mujer?... yo diría que tomamos a las dos niñas que vinieron a espigar aquí. La casa es grande, y tú eres anciana, y son ancianas María y Noemí... Para las pequeñas cosas...

-Eso haremos, Judas. En recuerdo de nuestra pequeña... de la única hija, Señor... Floreció tres primaveras... y luego... Han pasado muchos años... pero el dolor está aquí... Si hubieras estado ya entre nosotros, no habría muerto... Yo no la habría perdido... Una hija es siempre una sonrisa... La anciana está emocionada y el anciano suspira.

-No está perdida... Os espera... Es un espíritu inocente y debéis estar seguros de encontrarlo de nuevo. Más hay que temer por los hijos adultos que no están completamente en los caminos del Señor...

-¡Es verdad! ¡Es verdad!... Tú sabes las cosas, Señor... Tú lo sabes todo. En esta casa tan serena existe este dolor... Maestro, ¿el sacrificio puede obtener gracia alguna vez?

-No alguna vez, siempre.

-¡Ah, dulce es oírse decir esto! Ve tranquilo, Maestro. La viuda de Corazín recibirá ayuda y Tú los encontrarás felices en primavera. Porque, si los confías para el invierno es señal de que no vuelves hasta la primavera.

-No vuelvo... Bajo a Judea y no vuelvo.

-¿Y va a Judea también el pequeño discípulo?

-Sí, Margziam viene también a Judea...

-Largo viaje, Maestro. Está muy ajado...

-Ha perdido a su último pariente. Vosotros conocéis su historia... y este nuevo dolor lo ha debilitado.

-Es también la edad y el desarrollo... Pero, sí, sabemos... y también conocemos el bien que hace. Un pequeño maestro, verdaderamente un pequeño maestro... El pariente estaba en la llanura de Esdrelón, ¿no es verdad? ¿Y ha muerto allí? ¿Y él allí sufrió?

-Sí, mujer. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque... Maestro, no debería decirte esto a ti, que eres Maestro; pero soy madre y he llorado... Te digo: ¿por qué quieres llevarlo a esos lugares. Déjame a mí hasta Jerusalén... Me parecerá bajar a la Ciudad Santa todavía con mis hijos jovencitos... y él no seguirá cansándose y sufriendo. Vienen también los otros discípulos...

Jesús piensa. Objeta:

-Margziam se siente feliz de estar conmigo y Yo con él.

-Sí. Pero, si se lo dices Tú, obedecerá contento. Serán solamente pocos días de separación. ¿Qué son poco más de dos semanas para uno tan joven? Tiempo tiene de gozar de ti...

Jesús la mira, mira al anciano, tan ajenos a la realidad de que no es mucho el tiempo que queda de gozar del Salvador. Pero no dice nada. Abre los brazos como queriendo decir "hágase como queréis" y dice solamente:

-Llamad, entonces, a Margziam y a Simón.

El viejo sale y vuelve con los dos. Simón tiene mirada indagadora. Parece sospechar algo, quién sabe qué. Pero cuando oye el motivo se calma y dice:

-¡Que Dios os beneficie! Este hijo está muy ajado y, digo la verdad, me parecía imprudencia el hacerle andar tanto...

-¡Pero yo iba de buena gana! Estaba con el Maestro, y si el Maestro me llevaba consigo, señal era de que podía ir... Él lo hace todo bien... - y casi le vienen a la voz las lágrimas a Margziam.

-Es verdad, Margziam. Pero también hay que ser condescendientes. Estos son dos buenos amigos. Para mí y para todos mis amigos. Yo asiento a este deseo suyo y tú...

-Como Tú quieras, Maestro mío. Pero a Jerusalén...

-A Jerusalén vienes conmigo - promete Jesús. Y Margziam, dócil, no replica nada.

Salen de la habitación y Jesús se reúne con sus discípulos, que se muestran contentos de este encuentro imprevisto.

El anciano dueño de la casa ronda en torno al grupo. Jesús se da cuenta. Le pregunta.

-Bueno, es que querría unas palabras tuyas. Estás cansado. Lo veo. Pero ¿antes de comer, antes del descanso -porque, al menos, hasta el atardecer, descansarás-, no vas a decir nada?

-Hablaré antes de partir. Así también los domésticos y los trabajadores de los campos podrán oírme. Ahora tu mujer nos llama. ¿Lo ves?...

Y Jesús se levanta y entra en la habitación, donde están preparadas las mesas para los benditos huéspedes.

467

Parábola de la distribución de las aguas. Perdón condicionado para el campesino Jacob. Advertencias a los apóstoles camino de Corazín.

Sin duda, se ha difundido la noticia de que está el Maestro y de que hablará antes del anochecer; de forma que la gente bulle en las cercanías de la casa, hablando en voz baja, porque saben que el Maestro está descansando y no quieren despertarlo. Esperan, pacientes, debajo de los árboles, protegidos del sol pero no del calor, que es fuerte todavía. No hay enfermos, al menos eso me parece; pero, como siempre, hay niños, y Ana, para tenerlos tranquilos, manda distribuir fruta.

Pero Jesús no tiene un sueño largo. Todavía está alto el sol cuando, descorriendo la cortina y sonriendo a la multitud, aparece. Está solo. Los apóstoles, probablemente, siguen durmiendo. Jesús se encamina hacia la gente, para ir a ponerse en el bajo brocal de un pozo que ciertamente sirve para regar los árboles de este huerto, porque del pozo salen en disposición radial una serie de canalillos de riego que se prolongan luego de uno a otro tronco. Se sienta en el bajo borde y empieza inmediatamente a hablar.

-Escuchad esta parábola.

Un rico señor tenía muchos subordinados esparcidos por muchos lugares de sus propiedades, que no eran todas ricas ni en aguas ni en fecundidad del suelo. Había, en efecto, lugares que sufrían la falta de agua; y más que los lugares sufrían las personas, porque, si bien se cultivaba la tierra con plantas resistentes a la sequedad, la gente sufría mucho por la escasez de agua. El señor rico, sin embargo, tenía, justo en el lugar donde vivía, un lago de abundantes aguas, procedentes de fuentes subterráneas.

Un día, el señor quiso realizar un viaje por todas sus propiedades. Vio que algunas, las más cercanas al lago, tenían abundante agua; las otras, lejanas, carecían de ella: sólo la poca agua que Dios mandaba con las lluvias. Y vio también que los que tenían agua abundante no eran buenos para con sus hermanos que de ella carecían, y regateaban hasta un cubo de agua con la disculpa de que tenían quedarse sin ella. El señor pensó... y decidió esto: "Mandaré desviar las aguas de mi lago hacia los más cercanos, y les daré la orden de no negar ya más el agua a mis siervos lejanos que sufren por la sequedad del suelo".

E inmediatamente dio comienzo a las obras. Hizo cavar canales que llevaran el agua buena del lago a las propiedades más cercanas donde mandó excavar grandes cisternas, de forma que el agua se acumulara con abundancia, aumentando así la riqueza de agua que ya había en el lugar, y de estas cisternas hizo que salieran canales menores para alimentar otras cisternas más lejanas. Y luego llamó a los que vivían en estos lugares y dijo: "Recordad que lo que he hecho no lo he hecho para daros algo superfluo, sino para favorecer a través de vosotros a los que carecen incluso de lo necesario. Sed, por tanto, misericordiosos como yo lo soy", y se despidió de ellos.

Pasó un tiempo. El señor rico quiso realizar un nuevo viaje por todas sus propiedades. Vio que las más cercanas se habían embellecido y que no sólo eran ricas en plantas útiles, sino que también lo eran en plantas ornamentales, y en pilas, piscinas y fuentes puestas por todas partes, en las casas y cerca de éstas.

-Habéis hecho de estas moradas casas de ricos - observó el señor. Ni siquiera yo tengo tantas cosas bellas superfluas.

Y preguntó:

-¿Pero los otros vienen? ¿Les habéis dado con abundancia? ¿Los canales menores están alimentados?

-Sí. Han recibido todo lo que han pedido. Y hay que decir que son exigentes. Nunca están satisfechos. No tienen prudencia ni medida. Vienen a todas horas a pedir, como si nosotros fuéramos sus siervos, Y tenemos que defendernos para tutelar nuestras cosas. No les bastaban ya los canales y las cisternas pequeñas; venían hasta las grandes.

-¿Es éste el motivo por el que habéis cercado los lugares y habéis puesto en cada uno estos perros feroces?

-Es por eso, señor. Entraban sin miramientos, pretendían quitarnos todo, y luego desperdiciaban...

-¿Pero vosotros realmente habéis dado? ¿Sabéis que por ellos hice esto y que a vosotros os he hecho intermediarios entre el lago y sus tierras áridas? No entiendo... Había dicho que se cogiese del lago lo que hiciera falta para que todos tuvieran, pero sin desperdicio".

-Pues, créenos, nunca hemos negado el agua.

El señor se dirigió hacia las propiedades lejanas. Los árboles altos, adecuados para un suelo árido, estaban verdes y frondosos.

-Han dicho la verdad - dijo el señor, viéndolos desde lejos agitarse con el viento. Pero, en cuanto se acercó a ellos y luego se adentró por entre ellos, vio el terreno quemado, muerta casi toda la hierba, que ovejas jadeantes fatigosamente

rozaban, y vio arenosas las huertas cercanas a las casas; y luego vio a los primeros labriegos: ajados, febriles los ojos, descorazonados... Lo miraban y bajaban la cabeza, y se retiraban como por miedo.

Él, asombrado de esa actitud, los llamó. Se acercaron temblorosos.

-¿De qué tenéis miedo? ¿No soy ya vuestro señor bueno que se ha tomado cuidado de vosotros y que con trabajo pródigo os ha aliviado de la poquedad de agua? ¿Por qué esos rostros de enfermos? ¿Por qué estas tierras áridas? ¿Por qué los rebaños están tan escuálidos? Y vosotros ¿por qué parecéis tener miedo de mí? Hablad sin temor. Decid a vuestro señor qué es lo que os hace sufrir.

Un hombre habló por todos.

-Señor, hemos sufrido una gran desilusión y mucha pena. Nos habías prometido ayuda, y nosotros hemos perdido hasta lo que teníamos antes y también la esperanza en ti.

-¿Cómo? ¿Por qué? ¿No he hecho llevar el agua en abundancia a los más cercanos dándoles la orden de que la abundancia fuera para vosotros?

-¿Eso dijiste? ¿Exactamente así?

-Así. Sin duda. No podía, por razones del terreno, hacer llegar el agua aquí directamente. Pero, con buena voluntad, podíais ir a los pequeños canales de las cisternas, ir con odres y asnos a tomar toda la que quisierais. ¿No teníais suficientes asnos y odres? ¿No estaba yo para cedérselos?

-¡Ah, ya lo había dicho yo! Dije: "No puede haber sido el señor el que haya dado la orden de negarnos el agua". ¡Si hubiéramos ido! Hemos tenido miedo. Nos decían que el agua era un premio para ellos y que nosotros estábamos castigados.

Y contaron al buen amo que los encargados de las propiedades beneficiadas les habían dicho que el señor, para castigar a los siervos de las tierras áridas que no sabían producir más, había dado la orden de poner medida no sólo al agua de las cisternas, sino también a la de los antiguos pozos, de forma que, si antes disponían incluso de doscientos bates al día para ellos y para las tierras -tomados éstos con una gran fatiga de camino y de peso-, ahora ya ni siquiera tenían cincuenta, y que, para disponer de estos cincuenta bates para los hombres y los animales, debían ir a los regatos lindantes con los lugares bendecidos donde revertían las aguas de los jardines y baños, y coger esa agua limosa... y morían. Morían de enfermedad y de sed, y morían las hortalizas y las ovejas...

-¡Oh, esto es demasiado! Y debe terminar. Tomad todas vuestras cosas y vuestros animales y seguidme. Os será un poco fatigoso, porque estáis exhaustos, pero luego vendrá la paz. Iré despacio para permitir a vuestra debilidad seguirme. Yo soy un patrón bueno, un padre para vosotros, y soy providente para con mis hijos.

Y se puso en camino lentamente, seguido de la triste turba de sus siervos y de los animales; mas aquéllos ya exultaban por el alivio del amor de su buen señor.

Llegaron a las tierras riquísimas en agua, a las lindes de éstas. El señor tomó a alguno de entre los más fuertes y dijo:

-Id en mi nombre a pedir ayuda.

-¿Y si nos enviscan los perros?

-Yo voy detrás de vosotros. No temáis. Decid que os envío yo y que no cierren el corazón a la justicia, porque las aguas son de Dios y todos los hombres son hermanos. Que abran inmediatamente los canales.

Fueron. Y el amo detrás.

Se presentaron delante de una cancilla. Y el amo se quedó escondido detrás de la tapia. Llamaron. Acudieron los encargados de las tierras.

-¿Qué queréis?

-Tened misericordia de nosotros. Morimos. Nos envía el amo con la orden de tomar las aguas que ha hecho venir para nosotros. Dice que las aguas se las ha dado Dios, y él a vosotros para nosotros, porque somos hermanos, y que abráis inmediatamente los canales.

-¡Ja, ja! - se echaron a reír los crueles - ¿Hermanos esta turba de harapientos? ¿Que morís? Pues mucho mejor. Así nos quedaremos con vuestros terrenos y llevaremos allí el agua. ¡Entonces sí que la llevaremos! Y haremos buenos esos lugares. ¿Agua para vosotros? ¡Estáis locos! El agua es nuestra.

-Piedad. Morimos. Abrid. Lo ordena el amo.

Los malos encargados deliberaron entre sí y dijeron:

-Esperad un momento - y se marcharon deprisa. Luego volvieron y abrieron. Pero tenían los perros y gruesos garrotes... Los pobres tuvieron miedo.

-Entrad, entrad... ¿No entráis ahora que os hemos abierto? Luego diréis que no hemos sido generosos...

Un incauto entró, y le llovió una granizada de palos, mientras los perros, liberados de la cadena, se lanzaron contra los otros.

El amo salió de detrás de la tapia.

-¿Qué hacéis, crueles? Ahora os conozco, a vosotros y a vuestros animales, y os voy a castigar - y con dardos flechó a los perros, y entró luego, severo y airado.

-¿Es así como ejecutáis mis órdenes? ¿Para esto os he dado estas riquezas? Llamad a todos los vuestros. Quiero hablarlos. Y vosotros - dijo a los siervos sedientos - entrad con vuestras mujeres e hijos, ovejas y asnos, palomas y todos los demás animales, y bebed y refrescaos, y coged estas frutas jugosas, y vosotros, pequeños inocentes, corred entre las flores. Gozad. Justicia hay en el corazón del amo bueno y justicia habrá para todos.

Y, mientras los sedientos corrían a las cisternas y se zambullían en las piscinas, y el ganado corría a las pilas, y todo era alborozo para ellos, los otros acudían temerosos de todas partes.

El señor subió al borde de una cisterna y dijo:

-Había hecho estas obras y os había hecho depositarios de mi mandato y de este tesoro, porque os había designado ministros míos. En la prueba habéis fallado. Parecáis buenos. Debíais serlo, porque el bienestar debería hacer buenas a las personas, agradecidas hacia su benefactor, y yo os había hecho siempre el bien, dándoos la administración de estas tierras bien regadas. La abundancia y la elección os han hechos duros de corazón, más áridos que las tierras que habéis hecho áridas del todo, más enfermos que éstos, que tienen sed ardiente. Porque ellos pueden sanar con el agua, mientras que vosotros con el egoísmo habéis quemado vuestro espíritu y difícilmente sanará, y con mucha fatiga volverá a vosotros el agua de la caridad. Ahora yo os castigo: id a las tierras de éstos y sufrid lo que ellos han sufrido.

-¡Piedad, señor! ¡Piedad de nosotros! ¿Es que quieres que muramos? ¿Menos compasivo tú hacia nosotros, hombres, que nosotros hacia los animales?

-¿Y éstos qué son? ¿No son hombres hermanos vuestros? ¿Qué compasión habéis tenido vosotros? Os pedían agua, les habéis propinado palos y burlas. Os pedían lo que es mío y que yo había dado, y vosotros lo habéis negado, diciendo que era vuestro. ¿De quién son las aguas? Ni siquiera yo digo que el agua del lago sea mía aunque sea mío el lago. El agua es de Dios. ¿Quién de vosotros ha creado una sola gota de rocío? ¡Id!... Y a vosotros os digo, a vosotros que habéis sufrido: sed buenos. Haced con ellos lo que hubierais querido que se hiciera con vosotros. Abrid los canales que ellos han cerrado y dejad que fluyan las aguas hacia ellos en cuanto podáis. Os hago mis distribuidores para estos hermanos culpables; a ellos les dejo la manera y el tiempo para redimirse. Y el Señor Altísimo, más que yo, os confía la riqueza de sus aguas, para que vosotros seáis providencia para quien de ellas carece. Si sabéis hacer esto con amor y justicia. contentándoos con lo necesario, dando lo superfluo a los indigentes, siendo justos, no considerando vuestro aquello que es un don recibido, y más que don depósito, entonces grande será vuestra paz, y el amor de Dios y el mío estarán siempre con vosotros.

La parábola ha terminado. Todos pueden entenderla. Os digo sólo que quien es rico es el depositario de esta riqueza que Dios le concede con el mandato de ser distribuidor de ella para quien sufre. Pensad en la magnitud del honor que os otorga Dios llamándoos a ser cooperadores en la obra de la Providencia en favor de los pobres, enfermos, viudas, huérfanos. Dios podría hacer llover dinero, vestidos, alimentos sobre los pasos del pobre. Pero entonces quitaría al hombre rico grandes méritos: los de la caridad hacia los hermanos. No todos los ricos pueden ser doctos, pero sí todos pueden ser buenos. No todos los ricos pueden atender a los enfermos, sepultar a los muertos, visitar a los enfermos y a los que están en la cárcel. Pero todos los ricos, o incluso simplemente los no pobres, pueden dar un pan, un sorbo de agua, un vestido usado, o acoger en torno al fuego a quien tiembla, o bajo su techo a quien no tiene casa y sufre la lluvia o el sol abrasador. El pobre es el que no tiene lo necesario para vivir. Los otros no son pobres. Tienen escasos medios, pero son siempre ricos respecto a quien muere de hambre, de privaciones, de frío.

Yo me marchó. No puedo ya practicar la beneficencia con los pobres de estos lugares. Mi corazón sufre pensando que pierden un amigo... Pues bien, Yo que os hablo -y vosotros sabéis quién soy-os pido que seáis la providencia de los pobres que se quedan sin su Amigo misericordioso. Dad limosna y amadlos en mi nombre, por recuerdo de mí... Sed mis continuadores. Confortad con una promesa mi corazón abatido: que en los pobres me veréis siempre a mí, y que los acogeréis como a los más verdaderos representantes de Cristo, que es pobre, que quiso ser pobre por amor a los más infelices de la Tierra y para expiar con sus penurias y febril amor las injustas prodigalidades y los egoísmos de los hombres.

Recordad que la caridad, la misericordia, reciben premio eterno. Recordad que la caridad, la misericordia, son absolución de las culpas. Dios mucho perdona a quien mucho ama. Y el amor a los indigentes que no pueden corresponder es el más meritorio ante los ojos de Dios. Recordad estas palabras mías hasta el final de la vida, y os salvaréis y seréis bienaventurados en el Reino de Dios.

Descienda mi bendición sobre quienes aceptan la palabra del Señor y la ponen en práctica.

Los apóstoles y Margziam con los discípulos han ido saliendo de casa mientras Él hablaba, y ahora forman un grupo compacto detrás de la gente. Pero se abren paso cuando Jesús termina de hablar, y recogen al pasar las limosnas que muchos ofrecen. Llevan este dinero a Jesús.

Detrás de ellos se introduce un hombre ajado y de bien pobre aspecto. Camina tan cabizbajo, que no puedo verle la cara. Va a los pies de Jesús y dándose golpes de pecho, gime:

-He pecado, Señor, y Tú me has castigado. Me lo he merecido. Pero, al menos, dame tu perdón antes de marcharte. ¡Ten piedad del pecador Jacob!

Levanta la cara y reconozco, más porque se ha nombrado que por el aspecto -muy ajado-, al campesino una vez favorecido y castigado otra por su dureza con los dos huerfanitos.

-¡Mi perdón! Tú querías el perdón para la curación. Y te angustiabas porque las mieses estaban echadas a perder. Éstos sembraron para ti. ¿Acaso no tienes pan?

-Tengo lo suficiente.

-¿Y no es esto acaso perdón?

Jesús se muestra muy severo.

-No. Quisiera morir de hambre pero sentir que el espíritu está en paz. He tratado, dentro de mis pocas posibilidades, de expiar... He orado y llorado... Pero sólo Tú puedes perdonar y dar paz a mi espíritu. Señor sólo te pido perdón...

Jesús lo mira fijamente... Le hace levantar la cara, que el hombre tiene reclinada, y lo perfora con sus ojos resplandecientes, mientras está un poco curvado hacia él... Luego dice:

-Ve. Tendrás o no tendrás el perdón dependiendo de cómo vivas en el tiempo que te queda.

-¡Oh! ¡Señor mío! ¡No así! Has concedido el perdón a culpas mayores...

-No eran personas favorecidas, como tú lo habías sido, y no habían pecado contra los inocentes. Siempre es sagrado el pobre, pero los más sagrados son el huérfano y las viudas. ¿No conoces la Ley?...

El hombre llora. Quería un perdón inmediato.

Jesús resiste:

-Has descendido dos veces y no has tenido prisa de alzarte de nuevo... Acuérdate. Lo que tú, hombre, te has permitido. Dios puede permitírselo. Y muy bueno sigue siendo Dios, pues que te dice que no te niega el perdón del todo, sino que lo condiciona a tu modo de vivir hasta la muerte. Ve.

-Bendíceme al menos... Para que tenga más fuerza para ser justo.

-Ya he bendecido.

-No, así no. A mí en particular. Mira mi corazón...

Jesús le pone la mano en la cabeza y dice:

-He dicho. Pero que esta caricia te persuada de que, si bien soy severo, no te odio. Mi amor severo es para salvarte, es para tratarte como a un amigo infeliz, no porque eres pobre, sino porque has sido malo. Recuerda que te amé, que tuve compasión de tu espíritu; y que este recuerdo te infunda deseos de tenerme como amigo que no sea ya severo.

-¿Cuándo, Señor? ¿Dónde te encontraré, si dices que te marchas?

-En mi Reino.

-¿Cuál? ¿Dónde lo fundas? Yo voy...

-Mi Reino estará en tu corazón si lo haces bueno, y luego estará en el Cielo. Adiós. Tengo que marcharme, porque atardece y debo bendecir a los que dejo - y Jesús se despide de él. Luego se dirige hacia los discípulos y los dueños de la casa y los bendice uno a uno.

Luego reemprende la marcha, después de haber dado a Judas el dinero... El verde de la campiña se traga a Jesús mientras va andando hacia el suroeste, en dirección a Cafarnaúm...

-¡Caminas demasiado, Maestro! - exclama Pedro - Estamos cansados. Hemos recorrido ya muchos estadios...

-Calma, Simón. Pronto estaremos a la vista de Corazín. Vosotros entraréis en ella e iréis a las pocas casas amigas que tenemos, especialmente a la casa de la viuda. Y diréis al pequeño José que quiero saludarlo al amanecer. Le llevaréis a mí al camino que sube hacia Yiscala...

-¿Pero Tú no entras en Corazín?

-No. Voy al monte a orar.

-Estás agotado. Estás pálido. ¿Por qué no te prestas cuidado? ¿Por qué no vienes con nosotros? ¿Por qué no entras en la ciudad?

Lo colman de preguntas. Su afecto a veces es pesado.

Pero Jesús es paciente... y pacientemente responde:

-Ya lo sabéis. Para mí la oración es descanso. Fatiga es estar entre la gente cuando no estoy para curar o evangelizar. Así que iré al monte. Al mismo lugar a donde he ido otras veces. Conocéis el lugar.

-¿En el sendero que va a casa de Joaquín?

-Sí. Sabéis dónde encontrarme. A1 amanecer iré a vuestro encuentro...

-¿Y... vamos a ir hacia Yiscala?

-Es el camino adecuado para ir hacia los confines sirofenicios. Dije en Afeq que iba a ir, e iré.

-Es porque... ¿no te acuerdas de la otra vez?

-No temas, Simón. Han cambiado el sistema. Actualmente me ensalzan...

-¿Entonces te aman?

-No. Me odian más que antes. Pero, no pudiendo echarme a tierra con sus fuerzas, tratan de hacerlo con sus engaños. Tratan de seducir al Hombre... Y para seducir se usan los honores, aunque sean falsos. Es más... Acercaos todos aquí - dice luego a los otros, que caminaban en grupo al ver que Jesús hablaba privadamente con Pedro.

Se reagrupan todos. Jesús dice:

-Estaba diciendo a Simón -y lo digo a todos porque no tengo secretos para mis amigos-, decía a Simón que los enemigos míos han cambiado de sistema para perjudicarme, pero no han cambiado su idea respecto a mí. Por tanto, de la misma manera que antes usaban el insulto y la amenaza, ahora usan los honores. Para mí y, sin duda, también para vosotros. Sed fuertes y sabios. No os dejéis engañar por palabras falaces, ni por regalos, ni por seducciones. Recordad lo que dice el Deuteronomio (*Dt 16, 1,4*): "Los donativos ciegan los ojos de los sabios y corrompen las palabras de los justos". Tened presente a Sansón. (*Jueces 13-16*). Era nazireo de Dios desde el nacimiento, desde el seno de su madre, que lo concibió y lo formó en abstinencia por orden del ángel, para que fuera un justo juez de Israel. Pero, ¿tanto bien dónde terminó? ¿Y cómo? ¿Y por quién? ¿Y no es verdad que otras veces, con honores y monedas y con mujeres asoldadas, fue abatida la virtud para hacer el juego a los enemigos? Ahora estad despiertos y vigilad para que no os engañen y para no servir, aun inconscientemente, a los enemigos. Sabed manteneos libres como los pájaros, que prefieren el alimento parco y la rama para su descanso, antes que las doradas jaulas, donde hay mucha comida, y cómodo es el lugar para el descanso, pero están prisioneros del capricho de los hombres. Pensad que sois mis apóstoles, siervos, por tanto, sólo de Dios, de la misma forma que Yo soy siervo sólo de la voluntad del Padre. Tratarán de seduciros, quizás ya lo han hecho, tomándoos a cada uno por el punto más débil, porque los siervos del Mal son astutos, pues son instruidos por el Maligno. No creáis en sus palabras. No son sinceras. Si lo fueran, Yo sería el primero en deciros: "Saludemos a éstos cual buenos hermanos nuestros". Sin embargo, hay que desconfiar de sus acciones y orar por ellos, para que se hagan buenos. Yo lo hago. Oro por vosotros, para que la nueva guerra no os haga caer en el engaño, y oro por ellos, para que terminen de urdir engaños al Hijo del hombre y ofensas a Dios su Padre Y vosotros imitadme. Orad mucho al Espíritu Santo. Que os dé la luz para ver. Y sed puros si queréis tenerlo por amigo. Yo, antes de dejaros, quiero fortaleceros. Os absuelvo si habéis pecado hasta el momento. De todo os absuelvo. Sed buenos en el futuro. Buenos, sabios, castos, humildes, fieles. Que la gracia de mi absolución os fortalezca... ¿Por qué lloras, Andrés? ¿Y por qué te turbas tú, hermano mío?

-Porque esto me parece un adiós... - dice Andrés.

-¿Y piensas que me despediría de vosotros con tan pocas palabras? Es sólo un consejo para estos tiempos. Veo que estáis todos turbados. Eso no os debe suceder. La turbación turba la paz. Siempre debe haber paz en vosotros. Estáis al servicio de la Paz, y Ella os ama tanto, que os ha elegido como a los primeros siervos suyos. Os ama. Debéis, pues, pensar que os ayudará siempre, aun cuando os quedéis solos. La Paz es Dios. Si sois fieles a Dios, Él estará en vosotros. Y, con Él en vosotros, ¿a qué vais a tenerle miedo? ¿Quién os podrá separar de Dios, si no os ponéis en condiciones de perderlo? Sólo el pecado separa de Dios. Pero el resto: tentaciones, persecuciones, muerte, ni siquiera la muerte, separan de Dios. Es más, unen más a Él, porque toda tentación vencida eleva en un escalón hacia el Cielo; porque las persecuciones os obtienen un redoblado amor protector de Dios; y la muerte del santo o del mártir no son sino fusión con el Señor Dios. En verdad os digo que, menos los hijos de la perdición, ninguno de mis grandes discípulos morirá antes de que Yo haya abierto las puertas de los Cielos. Por tanto, ninguno de mis discípulos fieles deberá esperar al abrazo de Dios tras haber pasado de este destierro caliginoso a las luces de la otra vida. No os diría esto si no fuera verdad. Vosotros mismos veis. Hoy mismo habéis visto a un hombre que, después de un descarrío, ha vuelto a los caminos de la justicia. No habría que pecar. Pero Dios es misericordioso y perdona a quien se arrepiente. Y el que se arrepiente puede incluso superar al que no ha pecado, si su arrepentimiento es absoluto y es heroica su virtud subsiguiente. ¡Será tan dulce encontrarnos allá arriba! ¡Veros subir hacia mí, y correr Yo a vuestro encuentro para abrazaros, y llevaros al Padre mío y decir: "Aquí tienes a un amado mío. Él me amó siempre, y, por tanto, te amó siempre, desde que le hablé de ti. Ahora ha venido. ¡Bendícelo, Padre mío, y que tu bendición sea su corona resplandeciente"! Amigos míos... Amigos aquí y amigos en el Cielo. ¿No os parece que todo sacrificio es ligero para obtener esta eterna alegría? "Ya habéis recobrado la serenidad. Separémonos aquí. Yo subo allá; vosotros estad calmos... Démonos un beso...

Y los besa uno a uno.

Judas, al besarlo, llora. Ha esperado a ser el último, él que busca siempre ser el primero. Y está fuertemente abrazado a Jesús, besándolo repetidamente y susurrándole al oído, entre el pelo:

-Pide, pide, pide por mí...

Se separan: Jesús va hacia el monte; los otros prosiguen hacia Corazín, que ya albea entre el verdor de los árboles.

468

Un episodio de enmendamiento de Judas Iscariote, y otros que ilustran su figura.

Dice Jesús:

-El orden de los Evangelios es bueno, pero no perfecto desde el punto de vista cronológico. Un observador atento lo nota. Aquel que habría podido dar el exacto orden de los hechos, por haber estado conmigo desde el principio de la evangelización hasta la ascensión, no lo hizo; porque Juan, hijo verdadero de la Luz, se ocupó y preocupó de hacer resplandecer la Luz a través de su exterioridad de Carne ante los ojos de los heréticos, que impugnaban la verdad de la Divinidad dentro de una carne humana. El Evangelio sublime de Juan ha alcanzado su finalidad sobrenatural, pero no ha ayudado a la crónica de mi vida pública. Los otros tres evangelistas muestran igualdades entre sí, en cuanto a los hechos; pero alteran el orden temporal de éstos, porque de tres sólo uno estuvo presente en casi toda mi vida pública: Mateo, que la escribió quince años después. Los otros escribieron más tarde, habiendo oído la narración de labios de mi Madre, de Pedro, de otros apóstoles y discípulos.

Quiero ofreceros una guía para cuando reunáis los hechos del trienio, año por año. Y ahora ve y escribe. El episodio sigue al del miércoles (20 – 9) *(reseñado en el capítulo 406: lo sigue en cuanto a los episodios que quieren ilustrar la figura de Judas Iscariote pero no lo sigue inmediatamente en la narración completa de los hechos de la vida pública de Jesús)*

Veo a Jesús paseando lentamente, yendo y viniendo, por un senderillo campestre luminoso de luna. Hay Luna llena, que resplandece con su carota sonriente en un cielo serenísimo; pero, por su posición en el cielo, en el que empieza a ponerse, deduzco que debe ser más tarde de la media noche.

Jesús camina pensando, y, sin duda, orando, a pesar de que yo no oiga ninguna palabra. Pero no pierde de vista las cosas de su alrededor. En un momento se detiene a escuchar, sonriendo, el gran canto de un ruiseñor enamorado, que hace toda una melodía de arpegios y trinos y notas de solo, bien sostenidas; tan fuertes y largas, que parece imposible que salgan de ese pequeño ser todo pluma. Para no molestarlo ni siquiera con el crujido de las sandalias contra los pequeños cantos del sendero y de la túnica al rozar la hierba, Jesús se ha detenido, con los brazos cruzados y el rostro alzado y sonriente.

Entorna incluso los ojos para concentrarse mejor en oír, y, cuando el ruiseñor termina con un agudo que sube, sube, sube por la escala tercera (no sé si es así como digo, recordando) y termina con una nota agudísima, sostenida mientras resiste la espiración, Él aprueba y aplaude silenciosamente, agachando dos o tres veces la cabeza con una sonrisa contenta.

Y ahora se inclina hacia una mata de madreselva en flor, que a través de sus abundantísimos cálices blancos emana intenso perfume; cálices semejantes a bocas de serpientes bostezando, en que tembletea la lengua -los pistilos amarillentos- y brilla el trazo dactilado de oro en el pétalo inferior. Las flores, bajo la luna, parecen aún más blancas, casi argénteas. Jesús las admira y las huele y las acaricia con la mano.

Vuelve sobre sus pasos. Debe ser un lugar ligeramente elevado, porque el claro de Luna muestra al sur algo que brilla como vidrio bañado de luna, un trocito de lago, sin duda, porque río no es, ni tampoco mar, pues a éste se le ve, en el lado opuesto al en que está Jesús, bordeado por una serie de colinas. Jesús observa este plácido titileo de aguas serenas en la calma de la noche estiva. Luego da media vuelta sobre sí mismo, de sur a oeste, y observa la albura de un pueblo, distante unos dos kilómetros al máximo, más menos que más. Todo un señor pueblo. Se para a mirarlo, y meneas la cabeza, siguiendo un pensamiento que lo aflige mucho.

Luego reanuda su lento paseo, y su oración. Hasta que se sienta en una voluminosa piedra, al pie de un árbol muy alto, y toma su postura habitual: los codos apoyados en las rodillas y los antebrazos hacia afuera con las manos unidas en oración.

Está así un tiempo, y seguiría más tiempo... pero, un hombre, una sombra, desde la espesura, se está acercando a Él, y lo llama:

-¿Maestro?

Jesús se vuelve, puesto que el que está viniendo lo hace por detrás de Él, y dice:

-¿Judas? ¿Qué quieres?

-¿Dónde estás, Maestro?

-A1 pie del nogal. Acércate.

Y Jesús se pone en pie y junto al sendero, bajo el claro de Luna, para que Judas pueda verlo.

-¿Has venido, Judas, a hacer un poco de compañía a tu Maestro?

Ahora están el uno junto al otro, y Jesús pone con afecto un brazo en el hombro del discípulo.

-¿O es que tienen necesidad de mí en Corazín?

-No, Maestro. Ninguna necesidad. Ha sido un deseo mío de venir a ti.

-Ven, pues. Hay sitio para los dos en esta piedra.

Se sientan bien cerca. Silencio. Judas no habla. Mira a Jesús. Lucha. Jesús quiere ayudarle. Lo mira dulcemente, pero profundamente.

-¡Qué hermosa noche, Judas! ¡Mira qué puro es todo! Yo creo que no fue más pura la primera noche que sonrió sobre la Tierra y sobre el sueño de Adán en el Paraíso terrenal. Fíjate cómo huelen esas flores. Huélelas. Pero no las arranques. ¡Son tan bellas y puras! Yo también me he abstenido de hacerlo, porque arrancarlas es profanarlas. Siempre está mal usar la violencia. Tanto contra la planta como contra el animal; contra el animal como contra el hombre. ¿Por qué quitar la vida? ¡Es tan bella la vida cuando se emplea bien!... Y esas flores la emplean bien, porque perfuman, alegran con su aspecto y sus aromas, dan néctar a las abejas y a las mariposas, y ceden a éstas el oro de sus pistilos para poner gotitas de topacio en la perla de sus alas, y hacen de lecho a los nidos... Si hubieras estado aquí hace poco, hubieras oído a un ruiseñor cantar con gran dulzura su alegría de vivir y de alabar al Señor. ¡Amados pajarillos! ¡Cuánto sirven de ejemplo para los hombres! Con poco se contentan, y sólo con aquello que es lícito y santo. Un granito y un gusanillo, porque el Padre Creador se lo da; y si no hay no sienten ira o desdén, sino que engañan al hambre de la carne con el impulso del corazón, que les hace cantar las alabanzas del Señor y las alegrías de la esperanza. Se sienten felices de estar cansados por haber volado desde el alba hasta el anochecer para hacerse un nido calentito, blando, seguro; no por egoísmo, sino por el amor a la prole. Y cantan por la alegría de amarse honestamente. El ruiseñor hacia su hembra, y ambos hacia los hijos. Los animales son siempre felices, porque no tienen remordimientos ni acusaciones en su corazón. Nosotros los hacemos infelices, porque el hombre es malo, desconsiderado, subyuga a los demás, es cruel. Y no le basta serlo con sus semejantes. Hace rebosar su maldad sobre los inferiores. Y cuantos más remordimientos internos tiene más le punza su conciencia y más cruel se muestra hacia los demás. Estoy seguro, por ejemplo, de que aquel que iba a caballo y que hoy lo espoleaba -tan sudado y cansado como estaba- hasta hacerlo sangrar, y que lo azotaba hasta hacerle erizar en franjas el pelo en el cuello y en los lomos, y que le pegaba hasta en los ollares, tan delicados, y en los oscuros párpados que se cerraban dolientes sobre los ojos, tan dulces y resignados, no tenía el alma tranquila: o iba a un delito contra la honestidad o venía de él.

Jesús calla y piensa.

Judas guarda silencio. Piensa también él. Luego habla:

-¡Qué hermoso, Maestro, es oírte hablar así! Todo se ilumina ante los ojos, ante la mente, ante el corazón... y todo vuelve a ser fácil. También el decir: "¡Quiero ser bueno!". Incluso el decirte... incluso el decirte... decirte: "¡Maestro, yo también tengo turbada el alma! No sientas repulsa por mí, Maestro, Tú que amas tanto a los puros"».

-¡Oh, mi Judas! ¿Yo repulsa? Amigo, hijo, ¿qué es lo que te turba?

-Tenme junto a ti, Maestro. Estréchame a tu lado... Tras tan dulces palabras tuyas, he jurado ser bueno; he jurado volver a ser el Judas de los primeros días, que te seguía y te quería como el esposo ama a su esposa, y sólo suspiraba por ti, hallando en ti todo contento. Te quería así, Jesús...

-Lo sé... y te quise por eso... Pero todavía te quiero, mi pobre amigo herido...

-¿Cómo sabes que lo estoy? ¿Sabes de qué?...

Silencio. ¡Jesús mira a Judas con una mirada tan dulce!... Atisbo' de llanto parecen hacerla más abierta y dulce, mitigando su fulgor. Es una mirada de niño inocente e inerme que se dona entero en el amor. Judas cae a sus pies, con la cara sobre las rodillas y abrazado a sus caderas, y gime:

-Tenme junto a ti, Maestro... tenme... Mi carne grita como un demonio... y, si cedo, entonces sobreviene todo el mal... Sé que Tú sabes, pero que esperas a que yo diga... Pero es duro, Maestro, decir: "He pecado".

-Lo sé, amigo. Por eso habría que obrar bien. Para no tener luego que humillarse diciendo: "He pecado". De todas formas, Judas, hay en esto también una gran medicina. El tener que hacer el esfuerzo al manifestar la culpa retiene respecto a ella; y, si ya se ha verificado, la pena de acusarse es ya penitencia que redime. Y si luego uno sufre no tanto por orgullo propio y por miedo al castigo, sino porque sabe que faltando ha causado dolor, entonces, Yo te lo digo, la culpa se anula. El amor es lo que salva.

-Yo te amo, Maestro. Pero soy muy débil... ¡Oh! ¡Tú no puedes amarme! Eres puro y amas a los puros... No puedes amarme, porque yo soy... yo soy... ¡Oh! ¡Jesús, quítame el hambre de la carne! ¿Sabes qué demonio es?

-Lo sé. No la he seguido, pero sé qué voz tiene.

-¿Lo ves? ¿Lo ves? Sientes tanta repulsa que por sólo decirlo tu cara se turba... ¡Oh, no puedes perdonarme!

-Judas, ¿y no te acuerdas de María?, ¿no de Mateo?, ¿no de aquel publicano que cogió la lepra? ¿Y no te acuerdas de aquella mujer, meretriz romana, a la que profeticé celeste destino porque tras mi perdón tendría fuerza para una vida santa?

-Maestro... Maestro... Maestro... ¡Oh, qué mal tengo en el corazón!... Esta noche he huido... huido de Corazín... porque si me quedaba... si me quedaba... estaba perdido. Mira... es como uno que bebe y se pone enfermo... El médico le quita el vino y cualquier otra bebida embriagadora. Y se cura y está sano mientras no vuelve a sentir ese sabor... Pero si cede, una sola vez, y vuelve a sentir su sabor... le viene una sed... una sed de beber eso..., que ya no resiste... y bebe y bebe... y se pone enfermo de nuevo... enfermo para siempre... pierde la razón... queda poseído... poseído por ese demonio suyo... por ese demonio suyo... ¡Oh, Jesús, Jesús, Jesús!... No se lo digas a los otros... No lo digas... Siento vergüenza ante todos...

-Pero no ante mí.

Judas comprende mal.

-¡Es verdad! ¡Perdón! Debería sentir más vergüenza ante ti que ante ningún otro, porque eres perfecto...

-No, hijo. No decía esto. No te pongan un velo tu dolor, tu angustia, tu postración. He dicho que ante todos puedes avergonzarte, pero no ante mí. Un hijo no tiene miedo y vergüenza ante el padre bueno, ni un enfermo ante un médico de valía. Y a ambos se confiesa uno sin temor, porque el uno ama y perdona y el otro comprende y sana. Yo te quiero y te comprendo. Por tanto, te perdono y te curo. Pero dime, Judas. ¿Qué es lo que te pone en las manos de tu demonio? ¿Yo? ¿Los hermanos? ¿Las mujeres de vicio? No. Es tu voluntad. Ahora yo te perdono y te sano... ¡Oh, qué alegría me has dado, mi Judas! Ya de por sí mi gozo era grande por esta noche serena, perfumada, alegre de cantos, y por ello alababa al Señor. Pero ahora la alegría que me das supera a este claro de Luna y a estos perfumes, a esta paz y a estos cantos. ¿Oyes? El ruiseñor parece unirse para decirte conmigo que se siente feliz de tu buena voluntad, él, el pequeño cantarín, tan lleno de buena voluntad para hacer aquello para lo que fue creado. Y también este primer viento del alba, que pasa sobre las flores y las despierta, haciendo caer en la cavidad del cáliz un diamante de rocío, para que poco después, lo encuentren la mariposa y el rayo de sol, y aquella se refresque y el sol se proporcione exiguo espejo para su gran fulgor. Mira: la Luna se pone. El alba se anuncia con este canto lejano de gallo. Las tinieblas de la noche y sus fantasmas se disipan. ¿Ves lo rápido y dulce que ha pasado este tiempo que, si no hubieras venido a mí, habría pasado envuelto en el sinsabor y el remordimiento? Ven siempre que tengas miedo de ti. ¡El propio yo! ¡Gran amigo, gran tentador, gran enemigo y gran juez, Judas! Y, ¿ves?, mientras que es amigo sincero y fiel si has sido bueno, sabe ser amigo insincero si no eres bueno, y después de haber sido cómplice tuyo, se yergue como juez implacable y te tortura con sus reproches... Él es despiadado cuando reprocha... ¡No Yo! Bien, pues vamos. La noche ha pasado...

-Maestro, no te he dejado descansar... y hoy vas a tener que hablar mucho...

-He descansado con la alegría que me has dado. No tengo descanso mejor que el de decir: "Hoy he salvado a uno que estaba pereciendo". Ven, ven... ¡Vamos a bajar a Corazín! ¡Oh, si esta ciudad supiera imitarte, Judas!

-Maestro... ¿qué les vas a decir a mis compañeros?

-Nada si no preguntan... Si preguntan, diré que hemos hablado de las misericordias de Dios... Es tema verdadero; y tan ilimitado que la más larga de las vidas no basta para desarrollarlo. Vamos...

Y bajan, altos, distinta la hermosura pero igual la juventud, el Uno junto al otro, y desaparecen tras un grupo de árboles...

Dice Jesús:

-Es episodio de misericordia como los de la Magdalena. Pero, si hacéis un libro, mejor será que pongáis ordenadamente en serie más que las categorías las épocas, y os limitéis a decir, como encabezamiento o a pie de página para cada episodio, a qué categoría pertenece.

¿Por qué ilustro la figura de Judas? Muchos se lo preguntarán. Respondo.

La figura de Judas ha sido demasiado alterada durante los siglos; y, últimamente, del todo desfigurada. Ciertas escuelas han hecho de él casi una apoteosis: la del segundo e indispensable artífice de la Redención.

Y otros muchos piensan que cedió ante un imprevisto, feroz asalto del Tentador. No. Toda caída tiene premisas en el tiempo. Cuanto más grave es la caída, más preparación tiene. Los preliminares explican el hecho. Uno no se hunde, ni asciende, al imprevisto. Ni en el bien ni en el mal. Largos e insidiosos son los factores que cooperan a los descensos; pacientes y santos, los que cooperan a subir. Y el desventurado drama de Judas os puede proporcionar muchas enseñanzas para salvaros y conocer el método de Dios y sus misericordias, para salvar y perdonar a aquellos que bajan hacia el Abismo. No se llega al delirio satánico, en que has visto que se debatía Judas después del Delito, si uno no está enteramente corrompido por hálitos infernales, interiorizados voluptuosamente durante años. Cuando uno lleva a cabo incluso un delito, pero ha sido arrastrado a él por un imprevisto acontecimiento que obnubila la razón, sufre pero sabe expiar; porque aún algunas partes del corazón están inmunes de veneno infernal.

A1 mundo que niega a Satanás porque lo tiene tan dentro de sí que ya ni se da cuenta de su presencia, que lo ha interiorizado de forma que ha venido a ser parte del yo, a ese mundo le muestro que Satanás existe. Eterno e inmutable en el método usado para hacer de vosotros sus víctimas.

Basta ahora. Tú estate con mi paz.

Despidiéndose de los pocos fieles de Corazín.

No ha llegado todavía la aurora, cuando Jesús se encuentra con los once, que tienen en medio al pequeño carpintero José, el cual, en cuanto ve a Jesús, sale como una flecha, y se abraza a sus rodillas con la sencillez de quien es todavía niño. Jesús se agacha para besarlo en la frente, y luego, llevándolo de 1a mano, va a donde están Pedro y los demás.

-La paz a vosotros. No creía encontraros tan pronto aquí.

-El niño se ha despertado todavía de noche y ha querido venir por miedo a llegar con retraso - explica Pedro.

-La madre estará aquí dentro de poco con los otros hijos. Quiere saludarte - añade Judas de Alfeo.

-Y lo mismo la mujer que estuvo tullida, y la hija de Isaac y la madre de Elías y otros que has curado. Nos han hospedado...

-¿Y los otros?

-Señor...

-Corazín conserva su espíritu duro. Comprendo. No importa. La buena semilla está echada y un día germinará... por mérito de éstos... - y mira al niño.

-¿Será discípulo y convertirá?

-Discípulo es, ¿no es verdad, José?

-Sí. Pero no sé hablar, y por lo que yo sé no me escuchan.

-No importa. Hablarás con tu bondad.

Jesús toma entre sus largas manos la carita del niño y le habla estando un poco inclinado hacia la carita levantada.

-Yo me marchó, José. Sé bueno. Sé trabajador. Perdona a quien no os quiere. Sé agradecido con quien te favorece. Piensa siempre esto que en quien te favorece está presente Dios. Por tanto, recibe con respeto cualquier beneficio, pero sin pretenderlo, sin decir: "Voy a estar ocioso, porque hay quien se preocupa de mí", y sin malgastar la ayuda recibida. Trabaja, porque el trabajo es santo, y tú, niño, eres el único hombre de la familia. Recuerda que ayudar a la madre es honrarla. Recuerda que dar buen ejemplo a los hermanitos y velar por el honor de las hermanas es un deber. Desea tener lo que es justo y trabaja para tenerlo, pero no envidies al rico, ni tengas deseos de riquezas para poder gozar mucho. Recuerda que tu Maestro te enseñó no sólo la palabra de Dios, sino también el amor al trabajo, la humildad y el perdón. Sé siempre bueno, José, y un día volveremos a estar juntos.

-¿Pero es que no vas a volver? ¿A dónde vas, Señor?

-Voy a donde quiere la voluntad del Padre de los Cielos. Su voluntad debe *siempre* ser más fuerte que la nuestra, y debemos amarla más que a la nuestra, porque es siempre voluntad perfecta. Y tú tampoco, en la vida, pongas tu voluntad delante de la de Dios. Todos los obedientes se reunirán en el Cielo, y habrá entonces gran fiesta. Dame un beso, niño.

¿Un beso? Muchos besos y lágrimas le da el niño, y así, enroscado al cuello de Jesús, lo encuentra su madre cuando aparece acompañada por la nidada de sus hijos y por los otros, poquísimos, siete en total, de Corazín.

-¿Por qué llora mi hijo? - pregunta la mujer, tras haber saludado al Maestro.

-Porque todo adiós significa dolor. Pero, aunque estemos separados, siempre estaremos unidos si vuestro corazón sigue queriéndome. Vosotros sabéis cómo es el amor a mí y en qué consiste. En hacer lo que os he enseñado, porque el que hace lo que uno le ha enseñado demuestra que tiene estima -y estima es siempre amor- por esa persona. Haced, pues, lo que os he enseñado con la palabra y el ejemplo, y haced lo que os enseñen mis discípulos en mi Nombre. No lloréis. El tiempo es breve, y pronto estaremos unidos de nuevo y en un modo mejor. Y no lloréis tampoco por egoísmo. Pensad en los que todavía me esperan, en los que habrán de morir sin haberme visto, en cuantos habrán de amarme sin haberme conocido nunca. Vosotros me habéis tenido más de una vez, y podéis ver facilitada vuestra fe y la esperanza por la caridad que hay entre vosotros. Ellos, sin embargo, tendrán que tener una grande, una ciega fe para poder llegar a decir: "Él es verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador, y su palabra es veraz". Una gran fe para poder tener la gran esperanza de la vida eterna y de la inmediata posesión de Dios después de una vida de justicia. Deberán amar a quien no han conocido, a quien no han oído, a quien no han visto obrar prodigios. Y, no obstante, sólo si aman así, tendrán la vida eterna. Vosotros bendecid al Señor, que os ha favorecido dándoos el conocimiento de mí. Ahora marchad. Sed fieles a la Ley del Sinaí y a mi mandamiento nuevo de amaros todos como hermanos, porque en el amor está Dios. Amar también a quien os odie, porque Dios, primero, os ha dado el ejemplo de amar a los hombres que con el pecado muestran odio a Dios. Perdonad siempre, como Dios ha perdonado a los hombres mandando a su Verbo Redentor a borrar la Culpa, motivo de resentimiento y separación. Adiós. Mi paz esté en vosotros. Recordad mis obras, en vuestros corazones, para fortificarlos contra las palabras de aquellos que quieran persuadirlos de que Yo no soy vuestro Salvador. Conservad mi bendición para fuerza vuestra en las pruebas del tiempo futuro.

Jesús extiende las manos mientras recita la bendición mosaica sobre el pequeño rebaño postrado a sus pies. Luego da media vuelta y se marcha...

Lección a una suegra sobre los deberes del matrimonio.

Los montes boscosos y fértiles donde se halla Yiscala ofrecen alivio de verde, de brisas, de aguas, y hermosísimos horizontes nunca iguales, distintos según que el camino se oriente a uno u otro de los puntos cardinales. A1 norte vese sucesión de cimas selvosas de los más variados verdes, yo diría que es una ascensión de la Tierra hacia el azul firmamento, al que parece ofrecer como don -agradecimiento por las aguas y los rayos que éste le regala- todas sus bellezas vegetales. A1 nordeste la vista desciende, tras haberse detenido, hechizada, en esa joya de variante color -según las horas y la luz -que es el gran Hermón, que alza su cono más alto cual gigantesco obelisco de diamante, o de ópalo, o de palidísimo zafiro, o tenuísimo rubí, o de acero

recién templado, según que el sol lo bese o lo deje y en la medida de los juegos de luz sobre las nieves perennes que hacen las deshilachadas nubes transportadas por los vientos; desciende la vista por las pendientes esmeraldinas de sus mesetas, y crestas, hoces y picos, que están al pie del gigante regio. Y luego, mirando progresivamente hacia el este, se extiende el vasto altiplano verde de la Gaulanítida y la Auranítida, limitado en su extremo oriental por los montes que se difuminan entre las brumas de las lejanías; al oeste, por el distinto verde que al Jordán orilla y su valle señala. Y, más cercanos, espléndidos como dos zafiros, se ven los dos lagos de Merón, comprendido dentro de su bajo círculo de bien regada llanura, y de Tiberíades, gracioso cual delicada pintura al pastel, comprendido entre las colinas que lo ciñen, distintas en aspecto y tonos, y sus riberas perennemente floridas: sueño de oriente por las matas de palmas que cimbrean la cima con la brisa de los cercanos montes, poesía de nuestros más bellos lagos por la paz de las aguas y los cultivos de las riberas. Y luego, al sur, el Tabor con su peculiar cúspide, y el pequeño Hermón, todo verde vigilando la llanura de Esdrelón, cuya amplitud se intuye por una vastedad de horizonte no interrumpido por elevaciones montanas; y, aún más abajo, a mediodía, los altos, poderosos montes de Samaria, que se extienden más allá de la vista del hombre hacia Judea. El único que no aparece es el lado oeste, donde deben estar el Carmelo y la llanura que sube hacia Tolemaida, escondidos ambos por una cadena más alta que ésta, de forma que su visión queda impedida.

Jesús marcha por el camino que va entre los montes, unas veces solo, otras acompañado de uno u otro apóstol suyo que se ha adelantado hasta Él.

Se para una vez a acariciar a los hijos pequeños de un pastor, que juegan cerca del rebaño; y acepta la leche que el pastor -que lo ha reconocido como el Rabí descrito por otros que lo han visto- quiere darle «para ti y para los tuyos».

Otra vez escucha a una ancianita que, no sabiendo quién es Él le cuenta sus penas familiares, causadas por una nuera que es una mujer gruñona y sin respeto.

Aunque se muestre compasivo con la viejecita, Jesús la exhorta a ser paciente y a convencer con la bondad en orden a la bondad:

-Debes ser madre, aunque ella no se comporte contigo como hija. Sé sincera: si en vez de tu nuera fuera tu hija, ¿te parecerían tan graves sus defectos?

La viejecita piensa... y luego confiesa:

-No... Pero una hija es siempre una hija...

-¿Y si una hija tuya te dijera que en casa de su esposo la madre de él la maltrata, qué dirías?

-Que es mala. Porque debería enseñar los usos de la casa -y cada casa tiene los suyos- con bondad, especialmente si la esposa es joven. Yo diría que debería acordarse de cuando ella llevaba casada poco tiempo, y de la satisfacción que le daba el amor de su suegra, si había tenido tanta merced de encontrarla buena, y de lo que había sufrido si había tenido una suegra mala. Y no hacer sufrir lo que no había sufrido, o no hacer sufrir porque sabe lo que es sufrir. ¡Yo, está claro que defendería a mi hija!

-¿Cuántos años tiene tu nuera?

-Dieciocho, Rabí. Casada con Jacob desde hace tres.

-Muy joven. ¿Es fiel a su marido?

-¡Hombre, claro! Siempre en casa y todo amor por él y el pequeño Leví y la pequeña, pequeñísima, Ana, como yo. Ha nacido en Pascua... ¡Es preciosa!...

-¿Quién ha querido que se llamara Ana?

-María. Leví era el nombre del suegro y Jacob le ha puesto Leví al primogénito; así que María, cuando ha tenido a la niña, ha dicho "A ésta el nombre de la madre".

-¿Y no te parece amor y respeto esto?

La anciana piensa... Jesús insta:

-Es honesta, toda ella para la casa, amorosa esposa y madre, solícita para darte una alegría... Habría podido poner a la niña el nombre de su madre, pero le ha puesto el tuyo... honra tu casa con su conducta...

-¡Eso sí! No es como la infame de Yisabel.

-¿Y entonces? ¿Por qué te quejas y levantas protestas contra ella? ¿No te parece que estás haciendo dos medidas juzgando a tu nuera de forma distinta de como juzgarías a una hija?...

-Es que... es que... ella me ha arrebatado el amor de mi hijo. Antes era todo él para mí, ahora la quiere a ella más que a mí...

La eterna verdadera razón de los prejuicios de las suegras rebosa por fin del corazón de la ancianita, junto con las lágrimas que rebosan de los ojos.

-¿Tu hijo permite que te falte algo? ¿Te desatiende desde que está casado?

-No. No puedo decir eso. Pero, en definitiva, ahora es de su mujer... - y el llanto gime más fuerte.

Jesús sonríe serenamente, compasivo hacia la celosa viejecita. Y dulce como siempre, no regaña. Se muestra compasivo hacia el sufrimiento de la madre, e intenta medicarla. Apoya su mano en el hombro de la anciana, como para guiarla porque las lágrimas la ciegan, quizás para hacerle sentir con su contacto tanto amor, que ella quede consolada y curada; y le dice:

-Madre, ¿y no es bueno que sea así? Tu marido lo hizo contigo, y su madre lo... no lo perdió como tu dices y piensas... lo tuvo menos para sí, porque tu marido repartía su amor entre su madre y tú. Y el padre de tu marido, a su vez, dejó de ser todo de su madre, para amar a la madre de sus hijos. Y así sucesivamente, de generación en generación, retrocediendo en los siglos hasta Eva, la primera madre que vio a sus hijos compartir con sus esposas el amor que tenían primero dedicado exclusivamente a sus padres.

¿Pero no dice el Génesis (*Génesis 2, 23-24*): "He aquí por fin el hueso de mis huesos y la carne de mi carne... El hombre dejará por ella a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne"? Tú dirás: "Fue palabra de hombre". Sí. Pero ¿de qué hombre? Estaba en estado de inocencia y de gracia. Reflejaba, por tanto, sin sombras, la Sabiduría que le había

creado, y conocía las verdades de la Sabiduría. Por la Gracia y la inocencia poseía también los otros dones de Dios en medida plena. Sometido el sentido a la razón, su mente no estaba ofuscada por emanaciones concupiscentes. Por la ciencia proporcionada a su estado, decía palabras de verdad. Era, pues, profeta. Porque tú sabes que profeta quiere decir "aquel que habla en nombre de otro". Y los profetas *verdaderos* hablan siempre de cosas relativas al espíritu y al futuro, aunque parezcan relacionadas con el tiempo presente y con la carne y es que en los pecados de la carne y en los hechos del tiempo presente están los gérmenes de los futuros castigos, o los hechos del futuro tienen su raíz en un acontecimiento antiguo (por ejemplo, la venida del Salvador toma origen en la culpa de Adán, y los castigos de Israel, predichos por los profetas, tienen su germen en la conducta de Israel); así es que quien mueve sus labios a hablar de cosas del espíritu no puede ser sino el Espíritu eterno, que todo lo ve en un eterno presente. Y el Espíritu eterno habla en los santos, pues que no puede habitar en los pecadores.

Adán era santo, o sea, la justicia era plena en él, y en él estaban presentes todas las virtudes, porque Dios a su criatura le había infundido la plenitud de sus dones. Ahora, para llegar a la justicia y a la posesión de las virtudes, mucho debe esforzarse el hombre, porque en él están presentes los fómites del mal. Pero en Adán no estaban esos fómites; antes al contrario, la Gracia le hacía inferior en poco a Dios su Creador. *(En nota mecanografiada dice a este respecto María Valtorta: "La Gracia diviniza al hombre, pero el hombre no es Dios. Viene a ser semejante a Dios por participación, no por una naturaleza igual").* Por tanto, sus labios pronunciaban palabras de gracia. Palabra veraz es, pues, ésta: "El hombre dejará por la mujer al padre y a la madre, y se unirá a su mujer y serán una carne sola".

Tan absoluto y verdadero es esto, que el Bonísimo, para consuelo de las madres y los padres, puso luego en la Ley el cuarto mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre", mandamiento que no termina con las nupcias del hombre, sino que continúa después de ellas. Primero, instintivamente, los buenos honraban a sus padres incluso después de haberlos dejado para crear una nueva familia. A partir de Moisés es obligación de Ley. Y ello para mitigar los dolores de los padres, de quienes demasiadas veces se olvidaban sus hijos después de las nupcias. Pero la Ley no ha anulado la palabra profética de Adán: "El hombre dejará por la mujer al padre y a la madre". Era palabra justa, y vive. Reflejaba el pensamiento de Dios. Y el pensamiento de Dios es inmutable, porque es perfecto.

Tú, madre, debes aceptar, pues, sin egoísmos, el amor de tu hijo por su mujer. Y serás santa tu también. Por lo demás, todo sacrificio recibe compensación ya en la Tierra. ¿No te es dulce besar a los nietos, hijos de tu hijo? ¿Y no te serán plácidas las altas horas y tu último sueño con un delicado, cercano amor de hija que tome el relevo de las que ya no tienes en casa?...

-¿Cómo sabes que mis hijas, todas mayores que el varón, están casadas o viven lejos?... ¿Eres Tú también profeta? Eres Rabí. Lo dicen los caireles de tu túnica, y aunque no los tuvieras, lo dice tu palabra. Porque hablas como lo haría un gran doctor. ¿Eres, acaso, amigo de Gamaliel? Ha estado aquí hace sólo dos días, anteayer. Ahora no sé... Y con él estaban muchos rabíes, y muchos de sus discípulo predilectos. Pero Tú quizás es que llegas tarde.

-Conozco a Gamaliel. Pero no voy donde él. En Yiscala no entro siquiera...

-¿Pero quién eres? Cierto que un rabí. Y hablas mejor incluso que Gamaliel...

-Pues entonces haz lo que te he dicho. Y tendrás paz. Adiós, madre. Yo continúo. Tú entras, claro, en la ciudad.

-Sí... ¡Madre!... Los otros rabíes no son tan humildes hacia una pobre mujer... Sin duda la que te llevó es más santa que Judit, si te ha dado este corazón dulce para todas las criaturas.

-Santa es, en verdad.

-Dime su nombre.

-María.

-¿Y el tuyo?

-Jesús.

-¡Jesús!...

El estupor ha dejado pasmada a la ancianita. La noticia la paraliza y la deja clavada en donde la ha oído.

-Adiós, mujer. La paz sea contigo - y Jesús se marcha raudo, casi corriendo, antes de que ella vuelva en sí de su reflexión.

Los apóstoles le siguen al mismo paso, con un intenso batir de túnicas, seguidos en vano por los gritos de la mujer, que suplica:

-¡Deteneos! ¡Rabí Jesús! ¡Párate! Quiero decirte una cosa...

Aminoran el paso sólo cuando la espesura de los montes boscosos los ha ocultado de nuevo; y ya no se ve el camino que, a partir de este de herradura, conduce a Yiscala.

-¡Qué bien le has hablado a la mujer! - dice Bartolomé.

-¡Una lección de doctor! Lo malo es que sólo estaba ella... - observa Santiago de Alfeo.

-Quisiera no olvidar estas palabras... - exclama Pedro.

-La mujer ha comprendido, o casi, después de tu Nombre... Ahora va a hablar de ti en la ciudad... - dice Tomás.

-¡Con tal de que no pinche a las avisas y nos las lance! - chismorrean Judas de Keriot.

-¡Estamos lejos ya!... Y en estos bosques no se dejan huellas. No nos molestarán - dice con optimismo Andrés.

-¡Aunque nos molestaran!... Es la paz lo que he reconstruido en una familia - responde Jesús a todos.

-¡Pero cómo son, eh! ¡Las suegras son todas iguales! - dice Pedro.

-No. Hemos conocido suegras buenas. ¿Te acuerdas de la suegra de Jerusa de Doco? ¿Y la suegra de Dorca de Cesárea de Filipo?

-¡Bueno sí, Santiago!... Hay alguna buena... - consiente Pedro (pero, sin duda, piensa que la suya es un tormento).

-Vamos a pararnos a comer. Después descansamos. Y llegaremos al pueblo del valle por la noche - indica Jesús.

Y se detienen en una verde y pequeña hondonada (parece el interior de una gran concha esmeraldina incrustada en el monte y abierta para ofrecer su paz a los peregrinos). La luz es suave, a pesar de la hora, debido a los árboles, que, altos y

robustos, forman sobre el prado una bóveda susurrante. La temperatura es también suave por la brisa que corre en los montes. Un pequeño manantial pone hilo de plata entre dos rocas oscuras, y canta en voz baja, para perderse luego entre las tupidas hierbas, en un minúsculo lecho que ha excavado, de la anchura de un palmo, cubierto por entero por tallitos, ondeantes por la brisa, de sus márgenes; y luego baja, formando una cascada de muñeca, al escalón de abajo. El horizonte, entre dos troncos robustos, presenta una maravillosa vaporosidad de confín lejano, hacia los montes del Líbano...

471

Encuentro con el levita José, llamado Bernabé, y lección sobre Dios-Amor.

Dulce es el alto en la pequeña meseta. Pero es prudente bajar hacia el valle mientras es de día, porque la noche vendría precoz y ría oscura bajo esta espesura de árboles que recubre el monte.

Jesús es el primero en ponerse en pie. Va a refrescarse la cara, las manos y los pies en el minúsculo regato creado por el pequeño manantial. Luego llama a sus apóstoles, que duermen entre la hierba, y los invita a prepararse para irse. Y, mientras ellos hacen lo mismo que Él había hecho, uno tras otro, lavándose en el fresco regatillo y llenando las cantimploras en el hilo de agua que mana de la roca, Él va a esperarlos al extremo del pradito, junto a los dos árboles seculares que lo limitan al este, y observa el lejano horizonte.

El primero en llegar donde Él es Felipe, el cual, mirando hacia el mismo lugar al que su Maestro mira, dice:

-Es bonita esta vista! Estás admirándola...

-Sí. Pero no miraba solamente su belleza.

-¿Qué mirabas entonces? ¿Pensabas, quizás, en cuando Israel se agrande con esos lugares de allende el Líbano y el Orontes, que durante los pasados siglos han sido aflicción para nosotros, y que aún ahora lo son, porque allí está asentado el corazón del poder que nos subyuga con el Legado? Efectivamente, es tremenda la profecía de varios profetas sobre ellos: "Aplastaré al asirio en mi tierra, lo hollaré en mis montañas... Ésta es la mano que se extiende sobre las naciones... ¿Quién podrá detenerla?... Y Damasco dejará de existir, quedará como montón de piedras de un derrumbamiento... Ésta será la suerte de nuestros saqueadores". ¡Habla Isaías! (*Isaías 14, 25-27; 17*) Y también Jeremías (*49, 27*): "Prenderé fuego a las murallas de Damasco y devorará los muros de Ben Hadad". Y ello sucederá cuando el Rey de Israel, el Prometido, tome su cetro, y Dios haya perdonado a su pueblo dándole al Rey Mesías... ¡Lo dice Ezequiel! (*36, 8 y 12 y 15*): "Vosotros, montes de Israel, echad vuestras ramas, producid vuestros frutos para mi pueblo de Israel, porque volverá pronto... Conduciré de nuevo a mi pueblo a vosotros y ellos te recibirán como heredad... No dejaré que vuelvas a oír los ultrajes de las naciones...". Y los salmos cantan con Etán Esraíta: "He encontrado a mi siervo David y lo he ungido con mi óleo santo. Mi mano le asistirá... Nada podrá contra él el enemigo... En mi nombre crecerá su poder... Extenderá sobre el mar su mano, sobre los ríos su diestra... Y Yo lo haré primogénito, soberano entre los reyes de la Tierra". Y Salomón canta: "Durará tanto como el Sol y la Luna... Dominará de mar a mar, desde el río hasta los confines de la Tierra... Lo adorarán todos los reyes de la Tierra, todos los pueblos estarán a él sujetos...". Tú, Mesías, porque en ti están todos los signos del espíritu y de la carne, todos los signos dados por los profetas. ¡Aleluya a ti, Hijo de David, Rey Mesías, Rey santo!».

-¡Aleluya! - gritan en coro los otros, que han llegado donde Jesús y Felipe y han oído las palabras de éste. Y el aleluya se refleja, por eco, de garganta en garganta, de colina en colina...

Jesús los mira, tristísimo... Y, como respuesta, dice:

-Pero no recordáis lo que del Cristo dice David, y lo que de El dice Isaías (*Salmo 89, 21-28; Salmo 72, 5-11 (por boca de Felipe); Salmo 69, 22; Isaías 63, 1-3 (por boca de Jesús)*)... Tomáis la dulce miel, el embriagador vino de los profetas... pero no pensáis que para ser Rey de reyes el Hijo del hombre habrá de beber la hiel y el vinagre y vestirse con la púrpura de su Sangre... Pero no es culpa vuestra si no entendéis... Y vuestro error de comprensión es amor. Quisiera en vosotros otro amor. Pero por ahora no podéis... Siglos de pecado están contra los hombres, para impedir en ellos la Luz. Pero la Luz echará abajo las paredes y entrará en vosotros... Vamos.

Regresan al camino de herradura -lo habían dejado para subir a la lejana meseta-, y bajan ligeros hacia el valle. Los apóstoles hablan entre sí en tono bajo...

Luego Felipe se echa a correr, alcanza al Maestro y pregunta:

-¿Te he contrariado, Señor? No quería... ¿Estás disgustado conmigo?

-No, Felipe. Pero quisiera que al menos vosotros comprendierais.

-Mirabas allá con mucho anhelo...

-Porque pensaba en todos los lugares que no me han tenido todavía. Y que no me tendrán... porque mi tiempo huye... ¡Qué breve es el tiempo del hombre! ¡Y qué lento es el hombre en la acción! ...; ¡Cómo siente el espíritu estas limitaciones de la Tierra!... Pero... ¡Padre, hágase tu voluntad!

-Pero has recorrido todas las regiones de las antiguas tribus, Maestro mío. Al menos una vez las has santificado, de forma que puede decirse que has recogido en tu puño a las doce tribus...

-Esto es verdad. Vosotros haréis después lo que el tiempo no me dejó hacer. -¿Tú, que detienes el curso de los ríos y calmas los mares, no podrías moderar el paso del tiempo?

-Podría. Pero el Padre en el Cielo, el Hijo en la Tierra, el Amor en el Cielo y en la Tierra desean ardientemente llevar a cabo el Perdón... - y Jesús se sumerge en una meditación profunda, que Felipe respeta dejándolo sólo y yendo a reunirse con sus compañeros. Y a éstos les refiere su diálogo.

...Ya está cercano el valle, ya se ve un camino, un verdadero camino de primer orden, que, viniendo del sur, continúa hacia el oeste, haciendo una curva justamente al pie del monte, para orillar su base y proseguir luego recto hacia un bonito pueblo asentado en el verde junto a un riachuelo que al presente es sólo un cantizal que entre canto y canto mantiene erguida alguna caña resistente, especialmente en el centro, donde un hilo, verdaderamente un hilo de agua, se obstina en correr hacia el mar.

Se reagrupan todos antes de tomar este camino de primer orden, pero aún no han recorrido algunos metros cuando dos hombres vienen a su encuentro con gestos de saludo.

-Dos discípulos de los rabíes, y uno es levita. ¿Qué quieren? - comentan entre sí los apóstoles, que no están mínimamente contentos del encuentro. Yo no sé de qué deducen que son discípulos y que uno es levita. No entiendo todavía bien el lenguaje de los flecos y los galones y otros secretos del vestuario israelita.

Jesús, cuando llega a dos metros aproximadamente y no es posible ningún equívoco -el camino está ya libre de transeúntes que a pie o en caballerías se apresuraban hacia el pueblo-, responde al saludo repetido y espera parado.

-La paz a ti, Rabí - dice, ahora oralmente, el levita, que antes se había limitado a profundas reverencias.

-La paz a ti. Y a ti - dice Jesús dirigiéndose al otro.

-¿Eres Tú el Rabí de nombre Jesús?

-Lo soy.

-Una mujer ha entrado antes de la hora sexta en la ciudad y ha dicho que había hablado por el camino con un rabí más grande que Gamaliel, porque además de sabio era bueno. La cosa ha llegado a nosotros, y los maestros, suspendiendo la partida para Jerusalén, nos han enviado a todos a buscarte, a todos los que estábamos; dos a cada camino que de Yiscala baja a los caminos del llano. En su nombre y por medio de nosotros te dicen: "Ven a la ciudad, que queremos hacerte unas preguntas".

-¿Y por qué motivo?

-Para que des tu dictamen sobre un hecho sucedido en Yiscala y que todavía tiene repercusiones.

-¿Y no tenéis a los grandes doctores para dictaminar? ¿Por qué dirigirse al Rabí desconocido?

-Si eres el que dicen los rabíes, no eres desconocido. ¿No eres Jesús de Nazaret?

-Lo soy.

-Los rabíes conocen tu sabiduría.

-Y Yo conozco su odio hacia mí.

-No todos, Maestro. El más grande y justo no te odia.

-Lo sé. Tampoco me ama. Me estudia. ¿Pero el rabí Gamaliel está en Yiscala?

-No. Se ha marchado ya, para estar en Seforí antes del sábado. Se marchó inmediatamente después del juicio.

-¿Y entonces por qué me buscáis? Yo también debo respetar el sábado y llegar a aquel lugar, para lo que casi no me queda tiempo. No me entretengáis más.

-¿Tienes miedo, Maestro?

-No tengo miedo porque sé que ningún poder ha sido dado por ahora a mis enemigos. Dejo a los sabios la satisfacción de juzgar.

-¿Qué quieres decir?

-Que Yo no juzgo, sino que perdono.

-Tú sabes juzgar mejor que ningún otro. Gamaliel lo ha dicho. Dijo: "Sólo Jesús de Nazaret juzgaría con justicia aquí".

-Bien. Pero ya habéis juzgado. Y la cosa ya no tiene arreglo. Mi juicio habría sido calmar las pasiones antes de castigar. Si había culpa, el culpable podía arrepentirse y redimirse; si no la había, no se habría producido la ejecución, que, para alguno, ante los ojos de Dios, es igual que un homicidio premeditado.

-¡Maestro! ¿Cómo lo sabes? La mujer ha jurado que hablaste con ella sólo de sus cosas... y Tú sabes... ¿Eres entonces realmente profeta?

-Yo soy quien soy. Adiós. Paz a ti. El Sol se comba hacia occidente - y le vuelve las espaldas. Se echa a caminar en dirección al pueblo.

-¡Has hecho bien, Maestro! ¡Sin duda te estaban tendiendo una trampa!

Los apóstoles se muestran solidarios con el Maestro. Pero sus alabanzas y razonamientos se ven truncados por los dos de antes, que los alcanzan y suplican a Jesús que suba a Yiscala.

-No. El ocaso me pillaría por el camino. Decid a quien os envía que observe la Ley, siempre, cuando observarla no va en detrimento del mandamiento que es mayor que el sabático: el del amor.

-Maestro, Maestro. Te lo suplicamos. Este caso es verdaderamente de amor y justicia. Ven con nosotros, Maestro.

-No puedo. Y ni siquiera vosotros podéis subir a tiempo.

-Tenemos licencia para hacerlo para este caso.

-¿Y qué? He curado a un enfermo y lo he absuelto en día de sábado y se ha alzado la voz, ¿y a vosotros se os concede violar el sábado por una ociosa disputa? ¿Es que hay dos medidas en Israel? ¡Marchaos! ¡Marchaos! Y dejadme a mí también marcharme.

-Maestro, Tú eres profeta. Por tanto, conoces las cosas. Yo esto lo creo, y éste también. ¿Por qué nos rechazas?

-Porque...

Jesús se detiene y los mira muy fijamente. Sus ojos severos, que traspasan y penetran más allá de los velos de la carne para leer los corazones, miran, dominadores, a los dos que tiene delante. Y luego sus ojos, tan insostenibles en el rigor, tan dulces en el amor, cambian de mirada para adquirir una expresión tan amorosa tan misericordiosa que, si antes el corazón temblaba de miedo por la mirada poderosa, ahora tiembla de emoción ante el brillo del amor de Cristo.

-Porque -repite- no Yo, sino que son los hombres los que rechazan al Hijo del hombre, que debe desconfiar de sus hermanos. Pero a quienes no tienen malicia en el corazón les digo: "Venid, y digo también: "Amadme" a los que me odian...

-Y entonces, Maestro...

-Y entonces voy al pueblo para el sábado.

-Espéranos, al menos.

-Con el ocaso del sábado me marchó. No puedo esperar.

Los dos se miran, se consultan mientras se quedan rezagados; luego uno, el del rostro más abierto y que ha hablado casi siempre, vuelve corriendo.

-Maestro, yo me quedo contigo hasta después del sábado.

Pedro le tira a Jesús de la túnica -está a su lado-, de forma que le obliga a volverse hacia él, y le susurra:

-No. Un espía.

Judas Tadeo, a espaldas de su primo, musita:

-Desconfía.

Natanael, que se ha adelantado con Simón y Felipe, se vuelve con una mirada avisadora que dice "no". Hasta los dos más confiados, Andrés y Juan, indican que no con la cabeza por detrás de la espalda del importuno.

Pero Jesús no toma en consideración sus miedos sospechosos y responde brevemente:

-Quédate - y ellos se deben resignar.

El hombre está contento y se siente menos ajeno al grupo. Siente la necesidad de decir su nombre, decir quién es, por qué está en Palestina -él, que nació en la Diáspora pero que fue consagrado a Dios desde su nacimiento, porque fue «consolación de sus padres», los cuales, agradecidos al Señor por haberlo tenido, lo confiaron a los parientes de Jerusalén para que fuera del Templo-; y cómo en Jerusalén, sirviendo a la Casa de Dios, conoció al rabí Gamaliel y vino a ser discípulo suyo, discípulo atento y amado:

-Me llamaron José porque, como el antiguo, quité a mi madre la pena de ser estéril. Pero mi madre, mientras me nutría, siempre me llamaba "mi consolación", y vine a ser Bernabé para todos. También me llama así el gran rabí, porque él se consuela en los mejores discípulos.

-Haz que te llame así también Dios; es más, que sea Dios, sobre todo, el que te llame así - dice Jesús.

Entran en el pueblo.

-¿Lo conoces? - pregunta Jesús.

-No. No he estado nunca aquí. Es la primera vez que vengo a Neftalí. Me tomó consigo, y con otros, el rabí, porque me he quedado sólo...

-¿Tienes a Dios como amigo?

-Eso espero. Trato de servirle como mejor puedo.

-Entonces no estás solo. El pecador es el que está solo.

-Puedo pecar yo también...

-Tú, discípulo de un gran rabí, ciertamente sabes las condiciones por las que una acción se hace pecad.

-Todo, Señor, es pecado. El hombre peca continuamente. Porque son más los preceptos que los momentos del día. Y no siempre el pensamiento, ni las circunstancias, nos ayudan a no pecar.

-Sobre todo las circunstancias, en verdad sobre todo ellas a menudo nos inducen a pecar. ¿Pero tienes claro el concepto del principal atributo de Dios?

-Justicia.

-No.

-Potencia.

-Tampoco.

-... Rigor.

-Mucho menos.

-Y, a pesar de todo... eso es lo que fue en el Sinaí, y después otras veces...

-En aquel entonces fue visto el Altísimo entre rayos, que ceñían con terribles aureolas el rostro del Padre y Creador. En verdad, no conocéis el verdadero rostro de Dios. Si lo conocierais, y si conocierais su Espíritu, sabríais que el principal atributo de Dios es el Amor, y además Amor misericordioso.

-Sé que el Altísimo nos ha amado. Somos el pueblo elegido. ¡Pero servirle es terrible!

-Si sabes que Dios es Amor, ¡cómo puedes llamarle terrible?

-Porque pecando perdemos su amor.

-Te he preguntado antes si conoces las condiciones por las que una acción se hace pecado.

-Cuando no es una acción de los seiscientos trece preceptos, de las tradiciones, decisiones, costumbres, bendiciones y oraciones, además de las diez imposiciones de la Ley, o bien no es como los escribas enseñan estas cosas, entonces es pecado.

-¿Aunque el hombre no lo haga con plena advertencia y perfecto consentimiento de la voluntad?

-Incluso así. Por tanto, ¿quién puede decir: "No peco"? ¿Quién puede esperar la paz en Abraham al morir?

-¿Son perfectos los hombres en el espíritu?

-No. Porque Adán pecó y nosotros tenemos aquella culpa en nosotros. Esa culpa nos hace débiles. El hombre ha perdido la Gracia del Señor, única fuerza para sostenernos...

-¿Y el Señor lo sabe?

-Él sabe todo.

-¿Y entonces tú crees que no tiene misericordia considerando lo que debilita al hombre? ¿Crees que exige de los que han sido heridos lo mismo que podía exigir del primer Adán? Aquí está la diferencia que vosotros no consideraréis. Dios es Justicia,

sí. Es Potencia, sí. Puede ser también Rigor para el impenitente que persiste en pecar. Pero cuando ve que un niño suyo -todos son niños sobre la faz de la Tierra, que es *una hora* de eternidad para el espíritu, que se hace adulto en su examen espiritual de mayoría de edad eterna en el juicio particular-, cuando Él ve que un niño suyo falta porque es un distraído, o por lentitud en saber discernir, o por estar poco instruido, o porque es muy débil en una o en varias cosas, ¿tú piensas que el Padre Santísimo lo podrá juzgar con intransigente rigor? Tú lo has dicho. El hombre ha perdido la Gracia, fuerza para reaccionar contra la Tentación y los apetitos. Y Dios lo sabe. Y no hay que temblar por temor a Dios y huir de Él como Adán después de la culpa, sino que hay que recordar que Él es Amor. Su rostro resplandece ante los hombres, pero no para reducirlos a cenizas; antes bien, para confortarlos como hace el Sol con sus rayos. El amor, no el rigor, irradia de Dios. Rayos de sol, no un saetear de dardos. Y además... ¿Qué ha impuesto de por sí el Amor? ¿Una carga que no se puede llevar? ¿Un código de innumerables capítulos que pueden olvidarse? No. Sólo diez mandamientos. Para tener al animal hombre embridado como a un potro, que sin la brida va al desastre. Pero cuando sea salvado el hombre, cuando se le dé de nuevo la Gracia, cuando llegue el Reino de Dios, o sea, el Reino del amor, se dará, a los hijos de Dios y súbditos del Rey, un solo mandamiento, en que todo estará comprendido: "Ama a tu Dios con todo tu ser y al prójimo como a ti mismo". Porque has de creer, hombre, que Dios-Amor no puede sino aligerar el yugo y hacerlo suave, y el amor hará suave el servicio a Dios, no temido ya, sino amado. Amado sólo, amado por sí mismo y amado en nuestros hermanos. ¡Cuán simple será la Ley última! Como es Dios: perfecto en su simplicidad. Escucha: ama a Dios con todo tu ser, ama al prójimo como a ti mismo. Medita. ¡Los gravosos seiscientos trece preceptos y todas las oraciones y bendiciones no están ya -despojándose de sutilezas inútiles que no son religiosas, sino esclavitud hacia Dios-enumerados en estas dos frases? Si amas a Dios, ciertamente lo honras a todas horas. Si amas al prójimo, ciertamente no haces algo que le cause dolor: no mientes, no robas, no matas o hieres, no eres adúltero. ¿No es así?

-Así es... Maestro justo, yo quisiera estar contigo. Pero Gamaliel ha perdido ya por ti a los mejores discípulos Yo...

-No es todavía la hora de que vengas a mí. Cuando llegue, tu propio maestro te lo dirá, porque es un justo.

-¿Lo es, verdad? ¿Lo dices Tú?

-Lo digo porque es verdad. No soy uno que derribe para alzarse pisando al derribado. Reconozco a cada uno lo suyo...

Pero... nos están llamando... Sin duda, han encontrado los alojamientos para nosotros. Vamos...

472

Solicitud insidiosa de un juicio acerca de un hecho ocurrido en Yiscalá.

No me gusta nada esta parada con ese hombre que se ha unido a nosotros... - rezonga Pedro, que está con Jesús en un tupido huerto con árboles frutales.

Debe ser ya la tarde del sábado, porque el sol está todavía alto, siendo así que llegaron al pueblo con el crepúsculo.

-Después de las oraciones nos marchamos. Es sábado. No se podía andar. Y nos ha sentado bien este descanso. No haremos ya ningún alto hasta el próximo sábado.

-Pero Tú has descansado poco. ¡Todos esos enfermos!...

-Muchos que ahora alaban al Señor. Para ahorraros mucho camino me habría quedado aquí dos días, para dar tiempo a los curados a llevar la noticia al otro lado del confín. Pero no habéis querido.

-¡No! ¡No! Quisiera estar lejos ya. Y... no te fíes demasiado, Maestro. ¡Tú hablas! ¡Tú hablas! Pero ¿sabes que todas tus palabras en ciertas bocas se transforman en veneno para ti? ¿Por qué nos lo han mandado?

-Lo sabes.

-Sí. Pero ¿por qué se ha quedado?

-No es el primero que se queda después de acercarse a mí.

Pedro meneaba la cabeza. No está convencido. Y masculla:

-¡Un espía!... ¡Un espía!...

-No juzgues, Simón. Podrías arrepentirte un día de tu juicio actual...

-No juzgo. Tengo miedo. Por ti. Y esto es amor. Y el Altísimo no me puede castigar por amarte.

-No digo que te arrepentirías de esto, sino de haber pensado mal de tu hermano.

-Él es hermano de los que te odian. Por tanto, no es mi hermano.

La lógica, humanamente, es justa, pero Jesús observa:

-Es discípulo de Gamaliel. Gamaliel no está contra mí.

-Pero tampoco está contigo.

-Quien no está en contra está conmigo, aunque no lo parezca. No se puede pretender que un Gamaliel, el mayor doctor que tiene Israel hoy, un pozo de saber rabínico, una verdadera mina en la que están todas las... sustancias de la ciencia rabínica, pueda diligentemente repudiar todo por optar... por mí. Simón, también a vosotros os es difícil optar por mí dejando todo el pasado...

-¡Pero nosotros hemos optado por ti!

-No. ¿Sabes lo que es optar por mí? No es quererme y seguirme solamente. Estas cosas son, en mucho, mérito del Hombre que soy y que atrae vuestras simpatías. Optar por mí es optar por mi doctrina, que es igual que la antigua en la Ley divina, pero que es completamente distinta de esa ley, de esa aglutinación de leyes humanas que han venido acumulándose durante los siglos, formando todo un código y un formulario que de divino no tiene nada. Vosotros, todos los humildes de Israel, y también algún grande muy justo, os quejáis, y criticáis las sutilezas formalistas de los escribas y fariseos, sus intransigencias y dureza... pero vosotros tampoco estáis de ello inmunes. No es culpa vuestra. Durante siglos y siglos, habéis -vosotros hebreos-

asimilado lentamente las... emanaciones humanas de los manipuladores de la pura y sobrehumana Ley de Dios. Ya sabes, cuando uno sigue durante años y años viviendo de una determinada manera distinta de la propia de su país, por vivir en un país extranjero, y viven en él sus hijos y los hijos de sus hijos, sucede que su descendencia acaba por ser como la del lugar en que se halla. Se aclimata tanto, que pierde incluso el aspecto físico de su nación, además de las costumbres morales; y, por desgracia, tanto, que pierde la religión de sus padres... Pero... ahí están los otros. Vamos a la sinagoga...

-¿Hablas Tú?

-No. Soy un simple fiel. He hablado con los milagros esta mañana...

-Con tal de que no haya sido perjudicial...

Pedro está realmente descontento y preocupado, pero sigue al Maestro, que se ha reunido con los otros apóstoles. Por el camino, dan alcance a Jesús el hombre de Yiscala y otros, quizás del pueblo.

En la sinagoga el arquisinagogo, con deferencia, se dirige a Jesús diciendo: -¿Quieres explicar, Rabí, la Ley?

Pero Jesús lo rehúsa, y, como un simple fiel, sigue todas las ceremonias. Besa, como los demás, el rollo que alarga el vicearquisinagogo (digo esta palabra porque no sé cómo se llama este ayudante del arquisinagogo). Escucha la explicación del punto elegido por el arquisinagogo. De todas formas, aunque no hable, su aspecto ciertamente es ya predicación por el modo en que ora... Muchos lo miran. El discípulo de Gamaliel no lo pierde de vista ni un minuto. Y los apóstoles, recelosos como están, no pierden de vista al discípulo.

Jesús ni siquiera se vuelve cuando, en una puerta de la sinagoga, se produce un murmullo que hace que muchos se distraigan. Pero el rito termina y la gente sale a la plaza donde está la sinagoga. Jesús, a pesar de que estaba más hacia el fondo que hacia la cabeza de la sinagoga, es uno de los últimos en salir, y se dirige hacia la casa para tomar el morral y ponerse en camino.

Muchos del lugar lo siguen; entre ellos, el discípulo de Gamaliel al cual, en un momento dado, lo llaman tres que están contra la pared de una casa. Habla con ellos y con ellos se abre paso hacia Jesús.

-Maestro, éstos quieren decirte algo - dice, llamando la atención de Jesús, que estaba hablando con Pedro y con su primo Judas.

-¡Escribas! ¡Ya lo había dicho yo! - exclama Pedro ya agitado.

Jesús saluda con una reverencia a los tres que lo saludan, y pregunta:

-¿Qué queréis?

Habla el más viejo:

-No has venido. Venimos nosotros. Y para que nadie piense que hemos pecado en el sábado, decimos a todos que hemos dividido el camino en tres tiempos. El primero hasta que la última luz del ocaso ha tenido vida. El segundo, de seis estadios mientras la Luna iluminaba los senderos. El tercero termina ahora y no ha superado la medida legal. Esto por nuestras almas y las vuestras. Pero para nuestro intelecto te pedimos sabiduría. ¿Estás al corriente de lo que ha sucedido en la ciudad de Yiscala?

-Vengo de Cafarnaúm. Nada sé.

-Escucha. Un hombre, que se había ausentado de su casa por prolongados negocios, al regresar, supo que en su ausencia su mujer lo había traicionado, hasta el punto de dar a luz a un hijo que no podía ser de su marido, porque él había estado fuera de casa catorce meses. El hombre mató ocultamente a su mujer. Pero, denunciado por uno que lo supo por la sierva, según la ley de Israel (*Éxodo 21, 12-14; Levítico 20, 10; 24, 17 Números 35, 16-34; Deuteronomio 19, 11-13; 22, 22*) ha sido ejecutado. El amante, que según la Ley debería ser lapidado, se ha refugiado en Quedes, y, sin duda, tratará de ir desde allí a otros lugares. El hijo ilegítimo -el marido quería tenerlo también para matarlo- no fue entregado por la mujer que lo amamantaba, que ha ido a Quedes para conmovier al verdadero padre del lactante para que se ocupe de su hijo, porque el marido de la nodriza se niega a tenerlo en casa. Pero el hombre la ha rechazado, junto con su hijo, diciendo que éste significaría un obstáculo para su fuga. ¿Según Tú, cómo juzgas el hecho?

-No veo que sea ya susceptible de juicio. Todo juicio, justo o injusto, ha sido ya dado.

-¿Cuál, según Tú, ha sido el juicio justo y cuál el injusto? Surgió divergencia entre nosotros acerca de la muerte del homicida.

Jesús los mira a uno tras otro de hito en hito. Luego dice:

-Voy a hablar. Pero antes responded a mis preguntas, sea cual fuere su peso. Y sed sinceros. ¿El hombre homicida de su esposa era del lugar?

-No. Se había establecido allí desde su matrimonio con la mujer, que era del lugar.

-¿El adúltero era del lugar?

-Sí.

-¿Cómo el hombre traicionado supo que lo había sido? ¿Era pública la culpa?

-No, ciertamente. Y no se comprende cómo pudo saberlo el hombre. La mujer se había ausentado unos meses antes, diciendo que para no estar sola iba a Tolemaida donde unos parientes suyos, y volvió diciendo que había tomado consigo al hijito de una pariente que había muerto.

-¿Cuando estaba en Yiscala, su conducta era desvergonzada?

-No. Es más, a todos nos sorprendió el que Marcos estuviera en relaciones con ella.

-Mi pariente no es un pecador. Es un acusado inocente - dice uno de los tres, que no ha hablado todavía.

-¿Era pariente tuyo? ¿Quién eres? - pregunta Jesús.

-El primero de los Ancianos de Yiscala. Por esto he querido la muerte del homicida, porque no sólo mató, sino que mató a persona inocente - y dirige una mirada torva al tercero, que tiene unos cuarenta años y que, rebatiendo, dice:

-La Ley impone la muerte del homicida.

-Tú querías la muerte de la mujer y del adúltero.

-Así es la ley.

-Si no hubiera habido ningún otro motivo, ninguno habría hablado.

Se enciende la disputa entre los dos antagonistas, que casi se olvidan de Jesús. Pero el que ha hablado el primero, el más mayor, impone silencio, diciendo con imparcialidad:

-No se puede negar que el homicidio haya sido consumado, como tampoco se puede negar que haya habido culpa. La mujer la confesó a su marido. Pero dejemos hablar al Maestro.

-Yo digo: ¿cómo lo supo el marido? No me habéis respondido.

El que defiende a la mujer dice:

-Porque alguien habló en cuanto el marido regresó.

-Y entonces Yo digo que ése no tenía el corazón puro - dice Jesús, bajando los párpados para celar su mirada y que ésta no acuse.

Pero el de cuarenta años, que quería la muerte de la mujer y del adúltero, salta: -Yo no tenía ninguna hambre de ella.

-¡Ah! ¡Ahora está claro! ¡Fuiste tú el que habló! ¡Lo sospechaba, pero ahora te has traicionado! ¡Asesino!

-Y tú, favorecedor del adúltero. Si no le hubieras avisado, no se nos habría escapado. ¡Pero es tu pariente! ¡Así se hace la justicia en Israel! Por eso defiendes también la memoria de la mujer: para defender a tu pariente. De ella sola no te preocuparías.

-¿Y tú, entonces?, ¿tú, que has lanzado al hombre contra la mujer para vengarte de sus negativas?

-¿Y tú, que has sido el único que ha testificado contra el hombre? ¿Tú que pagabas a una criada en aquella casa para que te ayudara? No es válido el testimonio único. Lo dice la Ley.

¡Un jaleo de mercado! Jesús y el añoso anciano tratan de calmar a los dos, que representan dos intereses y dos corrientes opuestas y que revelan un odio incurable entre dos familias. Lo logran a duras penas. Ahora habla Jesús, sereno, solemne; y lo primero que hace es defenderse de la acusación salida de los labios de uno de los contendientes: -Tú que proteges a las prostitutas...

-Yo no sólo digo que el adulterio consumado es delito contra Dios y contra el prójimo, sino que digo: aquel que tiene deseos impuros hacia la mujer de otro es adúltero en su corazón y comete pecado ¡Ay si cada hombre que ha deseado a la mujer de otros hubiera de ser muerto! Los lapidadores deberían tener siempre las piedras en la mano. Pero, aunque el pecado, muchas veces, quede impune por parte de los hombres en la Tierra, será expiado en la otra vida, porque el Altísimo ha dicho: "No fornicarás y no desearás a la mujer de otros", y a la palabra de Dios hay que prestarle obediencia. Pero también digo: "¡Ay de aquel por quien se comete un escándalo!, y ¡ay del delator de su prójimo!". Aquí todos han faltado. El marido. ¿Tenía realmente necesidad de abandonar a su esposa durante tanto tiempo? ¿La había tratado siempre con ese amor que conquista el corazón de la compañera? ¿Se examinó a sí mismo para ver si, antes que él por parte de la mujer, no había sido ofendida por él la mujer? La ley del talión dice: "Ojo por ojo, diente por diente". Pero, si lo dice para exigir reparación, ¿debe ésta provenir de uno sólo? No definiendo a la adúltera, pero digo: "¡Cuántas veces habría podido acusar ella de este pecado a su consorte?".

La gente susurra:

-¡Es verdad! ¡Es verdad! - y asienten también el viejo de Yiscala y el discípulo de Gamaliel.

Jesús prosigue:

-...Yo digo: ¿cómo no ha temido a Dios el que por venganza ha causado tanta tragedia? ¿La habría querido en el seno de su familia? Yo digo: ¡el hombre que ha huido y que, después de gozar y destruir, repudia ahora al inocente, cree que, huyendo, se salvará del Vengador eterno? Esto es lo que digo Yo. Y digo todavía otras cosas. La Ley exigía la lapidación de los adúlteros y la ejecución del homicida. Pero llegará un día en que la Ley, necesaria para poner freno a la violencia y la lujuria de los hombres no fortalecidos por la Gracia del Señor, será modificada, y, si bien quedarán los mandamientos: "No matar y no cometer adulterio", las sanciones contra estos pecados serán transferidos a una justicia más alta que la del odio y la sangre. Una justicia respecto a la cual la siempre falaz e inmeritoria justicia de los jueces humanos -todos, y quizás varias veces, adúlteros, si es que no han sido también homicidas- será menos que nada. Hablo de la justicia de Dios, que pedirá explicación a los hombres incluso de los deseos impuros, de los cuales nacen las venganzas, las delaciones, los homicidios; y, sobre todo, pedirá explicación de por qué se niega a los culpables las horas para redimirse, y por qué a los inocentes se les impone cargar con el peso de las culpas ajenas. Aquí todos culpables. Todos. Y también los jueces impulsados por opuestos movimientos de venganza personal. Uno sólo es inocente. A él va mi piedad. Yo no puedo volver atrás. Pero, ¿quién de vosotros será caritativo con el pequeñuelo, y conmigo que sufro por él?

Jesús mira a la multitud con ojos de triste súplica.

Muchos dicen:

-¿Qué quieres? Pero recuerda que es un hijo ilegítimo.

-En Cafarnaúm hay una mujer de nombre Sara. Es de Afeq. Una discípula mía. Llévadle el niño y decidle: "Jesús de Nazaret te lo confía". Cuando el Mesías que esperáis funde su Reino y ponga sus leyes -que no anulan la Palabra del Sinaí, sino que dan cumplimiento a ésta con la caridad-, los hijos ilegítimos ya no estarán sin madre, porque Yo seré el Padre de los que no tienen padre y diré a mis fieles: "Amad a éstos por amor a mí". Y cambiarán otras cosas, porque la violencia será sustituida con el amor.

Creáis, quizás, que ante vuestras preguntas Yo iba a negar la Ley; y por esto me habéis buscado. Decíos a vosotros mismos y a quien os ha enviado que he venido a perfeccionar la Ley y nunca a negarla. Decíos a vosotros y a los otros que Aquel que predica el Reino de Dios, ciertamente, no puede enseñar aquello que en el Reino de Dios sería horror y no podría, por tanto, tener en él cabida. Decidles también -,y decíos- que recuerden lo que dice el Deuteronomio (18, 15-19): "El Señor tu Dios

suscitará para ti, de tu nación, de entre tus hermanos, un profeta. Escúchalo. Eso pediste al Señor tu Dios en el Horeb; dijiste: "No vuelva yo a oír la voz del Señor mi Dios, no vuelva a ver este grandísimo fuego, y no muera". Y el Señor me dijo: "Está bien lo que han dicho; suscitaré para ellos, de en medio de sus hermanos un profeta semejante a ti; *pondré mis palabras* en su boca, y les dirá todo lo que Yo le mande. Y si alguno no quisiere escuchar las palabras que en mi nombre dirá, tomaré cuentas de ello".

Dios os ha mandado a su Verbo para que hablara sin que su voz os causara la muerte. Muchas cosas había dicho ya Dios al hombre, ya más de las que el hombre mereciera oír de Dios. Mucho, con la Ley del Sinaí y con los Profetas. Pero todavía muchas cosas debían decirse, y Dios lo ha guardado para su profeta del tiempo de Gracia, para el que había sido prometido a su pueblo, en quien mora la Palabra de Dios y en el cual se cumplirá el perdón. Fundador del Reino de Dios, codificará la Ley con los nuevos preceptos de amor, porque el tiempo del amor ha llegado. Y no pedirá venganza al Altísimo contra quien no lo escuche; solamente, que el fuego de Dios deshaga el granito de los corazones y la Palabra de Dios pueda penetrar en ellos y fundar en ellos el Reino, que es Reino del espíritu, como espiritual es su Rey. A1 que -quienquiera que sea- ame al Hijo del hombre, el Hijo del hombre le dará Camino, Verdad, Vida: para ir a Dios, para conocerlo y para vivir la Vida eterna. En aquel -quienquiera que sea- que acepte mi palabra surgirán fuentes de luz, por lo cual conocerá el sentido oculto de las palabras de la Ley y verá que las prohibiciones no son amenazas sino invitaciones de Dios, que quiere que los hombres sean bienaventurados, no réprobos; benditos, no malditos.

Una vez más, de una cosa ya resuelta, como no la habría resuelto la santidad, habéis hecho un instrumento inquisidor para sorprenderme en pecado. Pero Yo sé que no peco. Y no temo al decir mi pensamiento, que es éste: el hombre homicida ha sufrido, con el deshonor primero y con la muerte después, las consecuencias de haber hecho de la ganancia la meta de su vida. La mujer ha sufrido las consecuencias de su pecado con la muerte, y -os asombrará, pero es así- y su confesión, intentando mover a piedad a su marido hacía el inocente, ha disminuido su culpa ante Dios. Los demás -tú y tú y el que ha huido sin piedad ni siquiera hacia su pequeñuelo- tenéis mayor culpa que los dos primeros. ¿Murmuráis? Vosotros no habéis sufrido con la muerte las consecuencias, y en vosotros no estaban los atenuantes del marido traicionado ni están los atenuantes de la mujer: estar desatendida y haber confesado. Y todos tenéis un pecado, todos menos la nodriza del inocente. El pecado de rechazar a este inocente como a un mal vergonzoso. Habéis sabido matar al homicida. Habríais sabido matar también a los adúlteros. Habéis sabido hacer lo que constituye justicia severa y lo habríais sabido hacer. Pero ni siquiera uno ha sabido, ni sabe, abrir los brazos a la piedad hacia el inocente. De todas formas, vuestra responsabilidad no es completa. No sabéis... Nunca sabéis exactamente lo que hacéis y lo que se debería hacer. Y en esto está vuestro atenuante.

Cuando este discípulo de Gamaliel ha venido a mí, me ha dicho: "Ven. Quieren hacerte unas preguntas sobre un hecho que todavía tiene repercusiones". Las consecuencias son el inocente. Bueno, ¿y ahora que sabéis lo que pienso, cambiaréis vuestro juicio donde todavía puede cambiarse? A éste le he dicho: "Yo no juzgo. Yo perdono". Gamaliel dijo: "Solamente Jesús de Nazaret juzgaría con justicia aquí". Ya, como le he dicho a éste, habría aconsejado a todos -digo a todos- prorrogar la sentencia hasta después de un atento examen y hasta que se hubieran calmado las pasiones. Muchas cosas hubieran podido cambiarse sin agraviar a la Ley: La cosa ya está consumada. Y que Dios perdone a quien se haya arrepentido o se vaya a arrepentir de ello. No tengo más que decir. Bueno, todavía una cosa: que Dios os perdone una vez más el haber tentado al Hijo del hombre.

-¡Yo no, Maestro! ¡Yo no! Yo... amo al rabí Gamaliel como un discípulo debe amar a su maestro: más que a un padre. Más, porque un rabí forma el intelecto, que es más grande que la carne. Y... no puedo dejar a mi rabí por ti. Pero para despedirme de ti no encuentro sino las palabras del cántico de Judit (16, 1-17). Florecen en el fondo de mi corazón, porque he percibido justicia y sabiduría en todas tus palabras. Adonai, Señor, grande y magnífico es tu señorío. Nadie puede superarte. Nadie puede oponer resistencia a tu voz. ¡Los que te temen estarán en tu presencia en todo!"... Señor, yo bajaré a Cafarnaúm, donde la mujer que has mencionado. Y Tú ora por mí, porque mi granito se disuelva y penetre la Palabra que funda el Reino de Dios en nosotros... Ahora entiendo. Nosotros nos engañamos. Y nosotros, discípulos, somos los menos culpables...

-¿Qué dices, necio? - interviene violentamente el Anciano de Yíscaia volviéndose hacia el discípulo de Gamaliel.

-¿Que qué digo? Digo que tiene razón mi maestro. Y quien tienta a Este para el reino temporal es un satanás, porque Éste es un verdadero Profeta del Altísimo y la Sabiduría habla por sus labios. Dime, Maestro, ¿qué tengo que hacer?

-Meditar.

-Pero...

-Meditar. Eres un fruto no maduro. Y debes ser injertado. Oraré por ti. Venid vosotros...

Y, con los apóstoles cargados con los fardos, se echa a andar, dejando tras sí los comentarios.

Curación de un niño ciego de Sidón y una lección para las familias.

Veo a Jesús saliendo de una sinagoga, rodeado de los apóstoles y de gente. Comprendo que es una sinagoga porque por la puerta abierta de par en par veo el mismo mobiliario que vi en la de Nazaret, en una de las visiones preparadoras de la Pasión.

La sinagoga está en la plaza central del pueblo. Una plaza desnuda, sólo con casas alrededor y, en el centro, un pilón alimentado por una fuente que echa un agua bonita, cristalina, por su única boca formada por una piedra ahuecada en forma de teja. El pilón sirve para dar de beber a los cuadrúpedos y a las muchas palomas que se lanzan en vuelo de una a otra casa; la fuente, para llenar las ánforas de las mujeres, bonitas ánforas de cobre -muchas, trabajadas a golpe de martillo; otras, lisas- que resplandecen al sol (porque hace sol y calor). La tierra de la plaza está seca y amarillenta, como está cuando un intenso sol la

seca. No hay un solo árbol en la plaza. Pero penachos de higueras y sarmientos de uva rebosan por las tapias de los huertos que orillan las cuatro calles que desembocan en la plaza. Debe ser un final de verano (en las pérgolas hay uva madura) y un final de día (el sol no cae a plomo, sino que sus rayos son oblicuos como en el ocaso).

En la plaza, una serie de enfermos esperan a Jesús. Pero no veo en éstos ningún milagro. Él pasa, se inclina hacia ellos, los bendice y consuela, pero no los cura, al menos por el momento. Hay también mujeres con niños, y hombres de todas las edades. Parece que el Salvador los conoce, porque los saluda por el nombre y ellos se arremolinan en torno a Él con familiaridad. Jesús acaricia a los niños, agachándose amoroso hacia ellos.

En un ángulo de la plaza hay una mujer con un niño o niña (van todos vestidos con una misma tuniquita de colores claros). No parece del lugar. Yo diría que es de condición social más elevada que los demás. La túnica está más trabajada, con galones y pliegues; no es la simple túnica de las aldeanas, que lleva como único adorno y modelado un cordón a la cintura. Esta mujer lleva, por el contrario, vestiduras más complicadas, las cuales, sin llegar a ser aquella obra maestra de vestuario que eran los vestidos de la Magdalena, tienen ya mucha galanura. En la cabeza lleva un velo ligero, mucho más que el que llevan las otras, que no es más que una tela de lino sutil, mientras que éste es casi muselina, pues es muy liviano. Está prendido en el centro de la cabeza, con gracia, y deja ver y entrever los cabellos castaños bien peinados, con trenzas sencillas, pero hechas con más experto cuidado que no las otras mujeres, que llevan trenzas recogidas en moño en la nuca o pasadas por la cabeza circularmente. Cubre sus espaldas un verdadero manto, o sea, una pieza de tela -no sé si cosida o continua- que tiene en torno al cuello un galón terminado en un broche de plata. La tela del manto cae amplia hasta el tobillo formando bellos pliegues.

La mujer tiene de la mano al niño o niña que he dicho. Un bonito niño de unos siete años. Y es robusto, pero de vivaracho no tiene nada. Está muy quieto, cabizbajo, de la mano de su mamá, sin prestar atención a lo que sucede a su alrededor.

La mujer mira, pero no se atreve a acercarse al grupo que se ha arremolinado en torno a Jesús. Parece indecisa, debatiéndose entre las ganas de ir y el miedo a acercarse... Decide una cosa intermedia: atraer la atención de Jesús. Ve que Él ha tomado en brazos a un angelote todo rosado y sonriente, que una madre le ha ofrecido. Y ve que, mientras habla con un viejecillo, aprieta contra su pecho al niño, meciéndolo. Entonces se agacha hacia su niño y le dice algo.

El niño levanta la cabeza. Veo entonces una carita triste, con los ojos cerrados. Es ciego.

-¡Piedad de mí, Jesús! - dice.

La voccita infantil hiende el aire quieto de la plaza y llega con su lamento hasta el grupo.

Jesús se vuelve. Ve. Se mueve inmediatamente, con amorosa solicitud. Ni siquiera devuelve a su madre al niño que tiene en brazos. Va, alto y guapísimo, hacia el pobre cieguito, que tras su grito ha bajado de nuevo la cabeza, inútilmente instado por la madre a que repita el grito.

Jesús está frente a la mujer. La mira. También ella lo mira; luego, tímidamente, baja la mirada. Jesús la ayuda. Ha devuelto, a la mujer que se lo había ofrecido, el niño que llevaba en brazos.

-Mujer, ¿es tuyo este hijo?

-Sí, Maestro, es mi primogénito.

Jesús acaricia la cabecita -agachada- del niño. Jesús *parece* no haber visto la ceguera del pequeño. Pero creo que lo hace conscientemente, para dar pie a la madre a formular su petición.

Así pues, el Altísimo ha bendecido tu casa con numerosa prole, y dándote en primer lugar el varón consagrado al Señor.

-Tengo sólo un varón, éste; y otras tres niñas. Y no voy a tener otros...

Un sollozo.

-¿Por qué lloras, mujer?

-¡Porque mi hijo es ciego, Maestro!

-Y querrías que viera. ¿Puedes creer?

-Creo, Maestro. Me han dicho que abriste ojos que estaban cerrados. Pero mi niño ha nacido con los ojos secos. Míralo, Jesús. Debajo de los párpados no hay nada...

Jesús alza hacia sí esta carita precozmente seria y, alzando con el pulgar los párpados, mira. Debajo hay un vacío. Vuelve a hablar, teniendo levantada con una mano hacia sí la carita.

-¿Por qué has venido, entonces, mujer?

-Porque... sé que para mi niño es más difícil... pero si es verdad que eres el Esperado, lo puedes hacer. Tu Padre ha hecho los mundos... ¿No ibas a poder hacerle Tú dos pupilas a mi criatura?

-¿Crees que vengo del Padre, Señor Altísimo?

-Creo esto y que Tú todo lo puedes.

Jesús la mira como para discernir cuánta fe hay en ella y de que pureza es esa fe. Sonríe. Luego dice:

-Niño, ven a mí - y lo lleva de la mano a un murete de aproximadamente medio metro de altura, y lo pone encima. El murete se alza desde el camino hacia una casa: una especie de parapeto para proteger a ésta del camino, que tuerce en ese punto.

Cuando el niño está bien seguro encima de ese realce, Jesús adquiere aspecto serio, imponente. La gente se agolpa en torno a Él, al niño y a la madre temblorosa. Yo veo a Jesús de lado, de perfil. Solemnemente cubierto con su manto azul oscurísimo encima de la túnica apenas un poco más clara, muestra un rostro inspirado. Parece más alto, y hasta más fuerte, como siempre cuando emana potencia de milagro. Y esta vez es una de las que me parece más imponente. Pone las manos encima de la cabeza del niño, las manos abiertas, pero apoyando los dos pulgares en las órbitas vacías. Levanta la cabeza y ora intensamente, pero sin mover los labios. Ciertamente, un coloquio con su Padre. Luego dice:

-¡Ve! ¡Lo quiero! ¡Y alaba al Señor! - y a la mujer:

-Sea premiada tu fe. Aquí, tienes al hijo que será tu honor y tu paz. Muéstraselo a tu marido. El volverá a tu amor y nuevos días felices conocerá tu casa.

La mujer -que ya ha lanzado un grito agudísimo de alegría al ver que, quitados los pulgares divinos, en las órbitas vacías dos espléndidos ojos azul oscuro como los del Maestro la miran, fijamente, asombrados y felices bajo el flequillo de los cabellos morenos oscuros- lanza otro grito, y, a pesar de tener a su hijo apretado contra su corazón, se arrodilla a los pies de Jesús diciéndolo:

-¿También sabes esto? ¡Ah! Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios - y le besa la túnica y las sandalias, y luego se levanta transfigurada de alegría y dice:

-Oíd todos. Vengo de la lejana tierra de Sidón. He venido porque otra madre me habló del Rabí de Nazaret. Mi marido, judío y mercader, tiene en esa ciudad sus almacenes para el comercio con Roma. Rico y fiel a la Ley, me dejó de amar desde que, después de haberle dado un varón desdichado, le di tres niñas y luego me quedé estéril. Él se alejó de su casa; yo, aunque no había sido repudiada, vivía en las condiciones de una repudiada, y ya sabía que quería desembarazarse de mí para tener de otra mujer un heredero capaz de continuar el comercio y gozar de las riquezas paternas. Antes de salir fui donde mi esposo y le dije: "Espera, señor. Espera a que vuelva. Si vuelvo con el hijo todavía ciego, repúdame. Pero si no, no hieras a muerte mi corazón y no niegues un padre a tus hijos". Y él me juró: "Por la gloria del Señor, mujer, te juro que si me traes a mi hijo sano -no sé cómo vas a poder hacerlo, porque tu vientre no supo darle ojos- volveré a ti como en los días del primer amor". El Maestro no podía saber nada de mi dolor de esposa, y a pesar de ello me ha consolado también en esto. Gloria a Dios y a ti, Maestro y Rey.

La mujer está de nuevo arrodillada y llora de alegría.

-Ve. Dile a Daniel, tu marido, que el que creó los mundos, ha dado dos claras estrellas por pupilas al pequeño consagrado al Señor. Porque Dios es fiel a sus promesas y ha jurado que quien crea en Él verá todo tipo de prodigios. Sea ahora fiel él al juramento que hizo y no cometa pecado de adulterio. Dile esto a Daniel. Ve. Sé feliz. Os bendigo a ti y a este niño, y contigo a los que tú amas.

Un coro de alabanzas y felicitaciones se eleva de la multitud, y Jesús entra en una casa cercana como para descansar.

La visión termina aquí.

Dice Jesús:

-Dios, para los que tienen fe en Él, supera siempre las peticiones de sus hijos y da más todavía. Cree esto. Creedlo todos. A la mujer que de Sidón había venido a mí con las dos espadas clavadas en lo secreto del corazón y se atreve sólo a decirme el nombre de una de ellas -revelar ciertas íntimas desdichas es más penoso que decir: "Estoy enfermo"-, le doy también este segundo milagro.

A los ojos del mundo habrá parecido, y parecerá todavía, que es mucho más fácil rehacer la concordia entre dos cónyuges separados por un motivo que ya está superado, y además felizmente, que no dar dos pupilas a dos ojos que nacieron sin ellas. Pero no, no es así. Hacer dos pupilas, para el Señor y Creador, es una cosa sencillísima, como devolver a un cadáver el soplo de la vida. El Amo de la Vida y de la Muerte, el Amo de todo lo que hay en la creación, no carece, ciertamente, de un soplo vital que infundir de nuevo en los muertos, ni de dos gotas de humor para un ojo seco. Le basta querer para poder. Porque ello depende sólo de su deseo. Pero, cuando se trata de concordia entre seres humanos, hace falta, juntamente con el deseo de Dios, la "voluntad" de los hombres. Dios sólo raramente violenta la libertad humana. En general os deja libres de actuar como queráis.

Aquella mujer, que vivía en tierra de idólatras y seguía creyendo como su esposo, en el Dios de sus padres, ya por ello merece la benignidad de Dios. Llevando luego su fe más allá del límite de las medidas humanas, superando las dudas y la oposición de la mayoría de los creyentes judíos -esto lo prueban sus palabras a su esposo: "Espera a que regrese", segura de que volvería con su hijo curado- merece un doble milagro. Merece también este difícil milagro de abrir los ojos del espíritu a su consorte, ojos que se habían apagado para el amor y el dolor de su esposa, y le echaban la culpa a ella de algo que no es culpa.

Quiero también -y esto es para las esposas- que se reflexione en la humildad respetuosa de esta hermana suya. "Fui donde mi esposo y le dije: "Espera, señor".

La razón estaba de su parte, porque echar la culpa a una madre de un defecto de nacimiento es necesidad y cosa cruel. Ya su corazón esta quebrantado ante la vista de su criatura desdichada. Doblemente la razón está de su parte, porque su marido la había marginado desde que había sabido que era estéril, y además tiene noticia de la intención de divorcio de su marido, y, a pesar de ello, sigue siendo la "esposa". O sea, la compañera fiel y sujeta a su compañero, como Dios quiere que sea y la Escritura enseña. No hay rebelión ni sed de venganza o intención de hallar otro hombre para no ser la "mujer sola".

"Si no regreso con el hijo curado, repúdame. Pero, si sí, no hieras mortalmente mi corazón ni niegues un padre a tus hijos". ¿No parece estar oyendo hablar a Sara y a las antiguas mujeres hebreas? ¡Qué distinto es, mujeres, vuestro lenguaje de ahora! Pero también: ¡qué distinto es lo que obtenéis de Dios y de vuestro esposo! Y las familias se destruyen cada vez más.

Como siempre, cumpliendo el milagro, he tenido que poner un signo que lo hiciera aún más incisivo. Tenía ante mí todo un mundo para persuadirlo, un mundo cerrado en las barreras de toda una secular manera de pensar, y guiado por una secta enemiga mía. Se ve, pues, la necesidad de hacer resplandecer claramente mi poder sobrenatural. Mas la enseñanza de la visión no está aquí. Está en la fe, en la humildad y, no obstante, fidelidad al cónyuge, en la elección del camino adecuado -oh esposas y madres que habéis encontrado espinas donde esperabais rosas- para ver nacer donde os hirieron las espinas nuevas ramas florecidas.

Volveos hacia el Señor Dios vuestro, que ha creado la unión matrimonial para que el hombre y la mujer no estuvieran solos y se amaran formando una carne sola e indisoluble, puesto que fue unida junta, y que os ha dado el Sacramento para que sobre las nupcias descendiera su bendición y por mis méritos tuvierais todo lo que necesitáis en el nuevo camino de cónyuges y procreadores. Y, para volveros hacia El con rostro y corazón seguros, sed honestas, buenas, respetuosas, fieles, verdaderas

compañeras de vuestro esposo, no simples huéspedes de su casa o, peor todavía, advenedizas que una coincidencia reúne bajo un mismo techo, como dos que coinciden en una posada de peregrinos.

Esto sucede ahora demasiadas veces. ¿El hombre falta? Hace mal. Pero esto no justifica la manera de actuar de demasiadas esposas. Y todavía menos la justifica cuando a un buen compañero no sabéis corresponderle con bien el bien y con amor el amor. Y no quiero ni detenerme en el caso, demasiado común, de vuestras infidelidades carnales, que no os hacen distintas de las meretrices, con el agravante de practicar hipócritamente el vicio y de manchar el altar de la familia, a cuyo alrededor están las almas angélicas de vuestros inocentes. Pero estoy hablando de vuestra infidelidad moral al pacto de amor jurado ante mi altar.

Pues bien, Yo dije: "El que mira a una mujer con deseo comete adulterio en su corazón"; dije: "El que despierta a su mujer con libelo de divorcio la expone al adulterio". Pero ahora, ahora que demasiadas mujeres son advenedizas para sus maridos, digo: "Las que no aman en *alma, mente y carne* a su compañero, lo impulsan al adulterio, y, si bien le pediré a él explicación de su pecado, no menos lo haré con aquella que no fue la ejecutora del pecado pero sí su creadora". Hay que saber comprender en toda su extensión y profundidad la Ley de Dios, y hay que saber vivirla en plena verdad.

474

Una visión que se pierde en un arrobamiento de amor.

Como hacen a menudo mientras andan, quizás para aligerar con esa distracción la monotonía de la marcha continua, los apóstoles hablan entre sí, recapitulando y comentando los últimos acontecimientos, preguntándole algo de vez en cuando al Maestro, que generalmente habla poco -lo necesario para no ser descortés- y reserva este esfuerzo sólo para cuando llega la ocasión de adoctrinar a la gente o a sus apóstoles, corrigiendo ideas equivocadas, consolando a personas infelices.

¡Jesús era la "Palabra", pero no era la "charla"! Está claro. Era paciente y amable como nadie. Nunca mostraba fastidio por tener que repetir un concepto una, dos, diez, cien veces, para hacerlo entrar en las cabezas acorazadas con los preceptos farisaicos y rabínicos. Se despreocupaba de su cansancio, que a veces era tanto que constituía ya sufrimiento, con tal de quitar a una criatura el sufrimiento moral o físico. Pero es evidente que prefiere callar, aislarse en un silencio de meditación capaz de durar muchas horas, si es que alguien no lo saca de él preguntándole algo. Generalmente, y siempre un poco adelantado respecto a sus apóstoles, va entonces con la cabeza un poco agachada, alzándola de vez en cuando para mirar al cielo, a los campos, a las personas, a los animales. Mirar he dicho, pero he dicho mal; debo decir: amar. Porque es sonrisa, sonrisa de Dios, lo que de esas pupilas emana para acariciar el mundo y las criaturas, sonrisa-amor. Porque es amor que se transparenta, que se difunde, que bendice, que purifica la luz de su mirada, siempre intensa, pero intensísima cuando sale de ese recogimiento...

¿Qué serán esos recogimientos suyos? Yo pienso -y estoy segura de que no me equivoco, porque basta con observar su cara para ver lo que son-, yo pienso que son mucho más que nuestros éxtasis, en los cuales la criatura ya vive en el Cielo. Son el "encuentro sensible de Dios con Dios". Siempre presente y unida la Divinidad a Cristo, que era Dios como el Padre. En la Tierra como en el Cielo, el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre, que se aman y amándose generan a la Tercera Persona. La potencia del Padre es la generación del Hijo, y el acto de generar y de ser generado crea el Fuego, o sea, el Espíritu del Espíritu de Dios. La Potencia se vuelve hacia la Sabiduría a la que ha generado, y ésta se vuelve hacia la Potencia en el júbilo de ser el Uno para el Otro y de conocerse por lo que son. Y, dado que todo buen conocimiento recíproco crea amor -pasa también con nuestros imperfectos conocimientos-, henos al Espíritu Santo... Aquel que, si fuera posible poner una perfección en las perfecciones divinas, habría de llamarse la Perfección de la Perfección. ¡El Espíritu Santo! Aquel que con sólo pensar en Él ya llena de luz, alegría, paz...

En los éxtasis de Cristo, cuando el incomprensible misterio de la Unidad y Trinidad de Dios se renovaba en el Stmo. Corazón de Jesús, ¡qué producción de amor completa, perfecta, incandescente, santificante, jubilosa, pacífica debía generarse y difundirse, como de horno ardiente el calor, como de ardiente turíbulo el incienso, para besar con el beso de Dios las cosas creadas por el Padre, hechas por medio del Hijo-Verbo, hechas por el amor, sólo por el Amor, pues que todas las operaciones de Dios son Amor! Y ésta es la mirada del Hombre-Dios cuando, como Hombre y como Dios, alza los ojos -que han contemplado dentro del Cristo al Padre, a Él mismo y al Amor-para mirar el Universo: admirando la potencia creadora de Dios, como Hombre; exultando por poder salvarla en las criaturas regias de esa creación, los hombres, como Dios.

No, no se puede, nadie podrá, ni poeta ni artista ni pintor, hacer visible a las gentes esa mirada de Jesús saliendo del abrazo, del encuentro sensible con la Divinidad, unida hipostáticamente al Hombre siempre, pero no siempre tan profundamente sensible para el Hombre que era Redentor y que, por tanto, a sus muchos dolores, a sus muchos anonadamientos, debía añadir éste, *grandísimo*, de no poder estar siempre en el Padre, en el gran torbellino del Amor como estaba en el Cielo: omnipotente... libre... jubiloso. Espléndida la potencia de su mirada de milagro, dulcísima la expresión de su mirada de hombre, tristísimo el brillo de dolor en las horas de dolor... Pero son miradas aún *humanas*, aunque de expresión perfecta. Ésta, ésta mirada de Dios que se ha contemplado y amado en la Triniforme Unidad no es susceptible de parangón, no hay adjetivo para ella...

Y el alma se postra delante de Él, adorando, anonadada en el conocimiento de Dios, beatificada por la contemplación de su infinito amor. Los torrentes de delicias inundan mi alma... ¡Soy bienaventurada! ¡Todo dolor, todo recuerdo, quedan anulados bajo las olas del amor de Jesús Dios... y estas olas me suben al Cielo, a Ti!...

¡Gracias, mi adorable Amor!... ¡Gracias!... Ahora sigo sirviéndote... La criatura es otra vez mujer, es otra vez "el portavoz" tras haber sido un instante "serafín". Vuelve a ser mujer, vuelve a ser criatura-mártir, quizás otro tormento está ya a

sus espaldas... Pero en mi espíritu brilla la luz que me has dado, la beatífica luz de haberte contemplado; y no podrán apagarla ni torrentes de lágrimas ni crueles torturas. ¡Gracias, mi Bendito! ¡Sólo Tú me amas!

¡Comprendo a Pablo (*Romanos 8, 35-39*); como nunca hasta ahora! "¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?... En todo esto salimos vencedores en virtud de Aquel que nos ha amado... Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes ni las futuras, ni la potencia, ni la altura, ni la profundidad, *ni ninguna otra cosa creada* podrán separarnos de la caridad de Dios que está en Jesucristo Señor nuestro". Es el himno victorioso, exultante, cantado por el conjunto de los victoriosos, de los amantes, de los salvados por el amor, porque ésta es la santidad: *la salvación recibida por haber sido amados y por haber amado*. ¡Y ya se oye! Y el espíritu, todavía aquí, prisionero en la Tierra, lo oye y *canta* su alegría, su confianza, su certidumbre... Y luz, más luz aún viene, y las palabras luminosas del Apóstol se iluminan más aún, aún más... "...la caridad de Dios que está en Jesucristo Señor nuestro".

Ahora comprendo también las palabras de Azarías, de este invierno: "Jesús es el compendio del amor de los Tres". ¡Eso es! Todo el Amor está en Él. Nosotros podemos encontrar este amor de Dios, nosotros hombres, sin esperar al regreso de Dios, sin esperar al Cielo, amando a Jesús. ¡Eso es! A quien cree le brotan dentro fuentes de agua viva, fuentes de luz, fuentes de amor, porque el que cree va a Jesús; porque quien cree cree que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma, Divinidad, como estaba en la Tierra, como está en el Cielo, con su Corazón, con su Corazón. Y en el Corazón de Jesús está la caridad de Dios. Y cuando el hombre recibe el Cuerpo Santísimo de Jesús acoge en sí al Corazón de Jesús. Tiene, por tanto, en sí, no sólo a Jesús; sino que tiene la Caridad de Dios, o sea, tiene a Dios Padre, Hijo, Espíritu Santo, porque la Caridad de Dios es la Stma. Trinidad, que es una única cosa: el Amor. El Amor que se divide en tres llamas para hacernos ternariamente felices. Felices de tener un Padre, un Hermano, un Amigo. Felices de tener a quien provee, a quien enseña, a quien ama. ¡Felices de tener a Dios!

¡Oh, no puedo más!... ¡Señor, demasiado grande es tu don! ¿Quién me lo alcanza desde los Cielos? ¡Eres tú, Beatísima Madre, contemplada en tu fulgor de Asunta Reina del Cielo? ¿Eres tú, el enamorado de Cristo, dulce Juan de Betsaida, amigo mío? ¿Eres tú, Patriarca digno de amor, protector de los perseguidos, solícito provisor de consuelos, José veneradísimo? ¿Eres tú, mi gran hermanita Teresa del Niño Jesús, la que me alcanza lo que desde hace 21 años pido: que rebosen en mi alma las olas del Amor? ¡Oh, si eres tú, cumple la obra! Alcánzame el que muera no en uno de estos asaltos de amor -yo también soy una pequeña alma y no deseo cosas extraordinarias-, sino *después* de uno de estos asaltos de amor, cuando soy otra vez "pequeña alma pequeñísima", empequeñecida aún más por el conocimiento de lo que es el Infinito Amor, después de uno de estos asaltos, porque *después* estamos como bautizados de nuevo por el amor y no quedan sombras de manchas en nosotros. El amor quema... ¿O eres tú, Azarías, buen amigo, el que, por todas las lágrimas que has recogido de mis pestañas y llevado al Cielo, me has alcanzado esta hora de beatitud?

Pero a ti, a Teresa, a José, a Juan y María Stma., no os pido que este éxtasis vuelva, para llenarme de gozo y fuego. Lo que os pido, os suplico, es que vaya a otros corazones, y especialmente a los que vosotros sabéis, a esos corazones que torturan el mío y desagradan a Dios, que no saben escuchar ni obedecer. Si esos corazones tienen un solo instante de estos asaltos de amor, se convertirán al Amor, al verdadero Amor. Amarán. Con todo su ser. Con el intelecto, sobre todo, del cual caerán los muros del racionalismo, de la ciencia humana, que niegan y obstaculizan la fe sencilla y buena y ponen fronteras al poder de Dios. Y con el corazón, donde se fundirán, como cera al fuego, las costras del egoísmo, de la envidia, del odio...

Hacedlo, amadísimos míos. Yo acepto el no volver a poner jamás mis labios en el cáliz confortador del amor; acepto el beber siempre, hasta el regreso a Dios, del cáliz amargo de todas las renunciaciones; pero que ellos vuelvan al sendero radioso, que se santifiquen en todas sus acciones para merecer la mirada de Jesús-Dios, de la misma forma que hoy me fue concedido gozarla. Merecerla aquí, poseerla para siempre en el Cielo, de la misma forma que, esperando en mi Señor, confío poseerla yo también...

A las 12 del mismo día (15 Agosto, Asunción de María Santísima)

Lo leo. Pienso en los teólogos que lean estas páginas. Quizás encuentren errores en cómo hablo del éxtasis, de los recogimientos de Jesús. Recuerden que soy una pobre ignorante que no sabe de teología ni de términos teológicos, y que me esfuerzo en decir como puedo lo que veo, y con las frases que mi pobre mente puede formar...

16 Agosto de 1946

Digo a Jesús:

-Señor, me has arrollado y todo se ha perdido en ti. La visión...

Sonríe con dulce y divina alegría y, acariciándome, responde:

-En vez de narrar, has cantado. Has cantado. Todo el Paraíso cantaba ayer las glorias de mi Madre, y tú has cantado junto con el Paraíso, y el Paraíso en un determinado momento ha escuchado tu "solo". ¿Sabes cuándo? *Cuando has pedido no gozar, sino que el amor los invadiera a "ellos" para ser salvados*. El Cielo amante te ha escuchado, porque renunciar a la beatitud para que otros tengan la Vida sólo le es concedido a quien vive en la Tierra siendo ya ciudadano de los Cielos. Los Santos por tu canto han recordado cuando eran cantores en la Tierra; los Ángeles han escuchado mirando con fraterna complacencia a tu Azarías (*ángel que se le aparecía a María Valtorta dándole revelaciones*). María ha sonreído ofreciendo tu canto al Amor. Y el Amor, ¡oh, mi María!, y el Amor te ha besado... y vuelve a besarte. Exulta. Tú has comprendido al Amor. Yo estoy en ti, y en mí está Dios Uno y Trino como has comprendido. Recorre hoy los caminos de la alegría sobrenatural, en vez de los caminos de Palestina al encuentro del dolor de Jesús... María, ¿no te sientes feliz de estar en las mismas condiciones del último año mío? También esto es un don, y una luz para comprenderme. Sin una experiencia propia, y proporcionada, la criatura no podría comprender lo que fue mi larga Pasión. Pero hoy, como ayer, recorre los caminos de la alegría celeste Dios está contigo. Queda en paz.

Y así lo que iban comentando los apóstoles, sobre el episodio de Yiscala, sobre el milagro del niño ciego, sobre Tolemaida, adonde están yendo, sobre el camino de escalones tallados en la roca -se han alargado hasta allí, para llegar al

último pueblo fronterizo entre Siro-Fenicia y Galilea, y debe ser el camino que vi cuando iban a Alejandrocena-, sobre Gamaliel, etc. ha pasado; bueno, ha quedado, en la medida en que lo he oído, en mi corazón.

Digo sólo que quería decir esto: que los apóstoles, que en los primeros tiempos, menos formados espiritualmente, interrumpían con facilidad al Maestro, ahora, más desarrollados espiritualmente, respetan sus aislamientos y prefieren hablar entre sí, retrasados dos o tres metros. Sólo se acercan a Él cuando les es necesaria una información o un juicio, o cuando se hace imperioso su amor por el Maestro.

475

Abel de Belén de Galilea pide el perdón para sus enemigos.

-Levantaos y vámonos - ordena Jesús a los suyos, que duermen profundamente sobre unos montones de heno -más espadaña que heno- que hay en un campo cercano a un arroyo que espera las lluvias de otoño para nutrir de aguas su lecho.

Los apóstoles, todavía medio dormidos, obedecen sin decir nada. Recogen los talegos, se ponen los mantos que habían usado como mantas durante la noche y se echan a andar con Jesús.

-¿Vamos por el Carmelo? - pregunta Santiago de Alfeo.

-No. Por Seforí. Y luego tomaremos el camino de Meguidó. Apenas tenemos tiempo... - responde Jesús.

-Sí. Y las noches van siendo demasiado húmedas y frías como para dormir en las tierras, cuando por algún motivo no nos acoge una casa - observa Mateo.

-¡Los hombres! ¡Con cuánta facilidad olvidan!... ¿Señor, será siempre así? - pregunta Andrés.

-Siempre.

-¡Y entonces! Si así es contigo, cuando seamos nosotros, apenas vueltas las espaldas todo quedará cancelado - dice, desalentado, Tomás.

-Yo digo, de todas formas, que aquí hay alguno que hace olvidar. Porque los hombres, sí, olvidan con facilidad, pero no siempre olvidan. Yo veo que entre nosotros, entre los hombres, nos acordamos de las cosas recibidas y dadas. Sin embargo, para ti... No, son siempre éstos, son ellos los que trabajan para borrar tu recuerdo - dice Pedro. -No hagas juicios sin una base segura - dice Jesús.

-¡Maestro, es que tengo la base!

-¿La tienes? ¿Qué has descubierto? - pregunta Judas Iscariote, muy interesado; y con él también otros preguntan lo mismo. Pero el interés de Judas es el más vivo, yo diría ansioso.

Pedro, que estaba mirando a Jesús, se vuelve y mira a Judas... una mirada atenta, despierta, sospechosa, y, mirándolo unos momentos, calla. Luego dice:

-¡Bueno, nada... y todo!, si no te molesta saberlo. Tanto como para -si fuera uno que tuviera ganas de usar todos los medios para subir- tanto como para correr a denunciar muchas cosas a quien nos gobierna; y estoy seguro de que alguno se vería en apuros. Pero prefiero no subir, antes que recibir ayudas de esa parte. En las cosas de Dios meto sólo la ayuda de Dios, y me parecería profanar las cosas de Dios metiéndolos a ellos a... a ellos como... ayuda para aplastar a los reptiles. También ellos son reptiles... y... no me fiaría... Capaces de aplastar juntos a los denunciados y a los que denuncian... Así que... me las arreglo yo solo. Eso es.

-¿Pero no te das cuenta de que ofendes al Maestro?

-¿Yo? ¡Por qué?

-Porque Él tiene contacto con ellos.

-Él es Él, y, si tiene contacto con ellos, no lo hace con interés utilitario, sino para llevarlos a Dios. Él tiene capacidad para hacerlo... y lo hace. Pero no va corriendo detrás de ellos... Ya ves que... son ellos los que deben venir a Él, para oír al "filósofo", como dicen. Pero ahora me parece que ya no tienen tantas ganas. Y yo no me pongo a llorar. -¡Parecías contento tú también en Pascua!

-Eso es lo que parecía. El hombre es estúpido muchas veces. Ahora ya no lo parece, y no lo es. Y tengo razón.

-Como criatura que no mezcla el beneficio humano con las cosas espirituales, tienes razón, Simón. Pero como apóstol que se alegra de que otros se alejen de la Luz, no. No tienes razón. Si pensaras que cada alma conquistada para la Luz es una gloria para tu Maestro, no hablarías así - dice Jesús.

Judas Iscariote mira a Pedro con una sonrisa sarcástica. Y Pedro lo ve... pero se domina y no dice nada.

Jesús también lo ve y, refiriéndose a Pedro, pero como hablando a todos, dice: -Pero habéis de saber que se justifica más fácilmente un exceso de escrúpulo religioso, *con buena finalidad*, que no el pasar con indiferencia por encima de todo con tal de alcanzar un fin humano. Os lo he dicho varias veces: es la buena voluntad, o no buena, la que da peso a la acción. Y en este caso es buena voluntad, aunque imperfecta en cuanto a la forma, el oponerse a llevar lo humano a lo sobrehumano, y llevar ante Dios lo que uno considera impuro. No es justa su intransigencia porque Yo he venido para todos. Pero está muy cercano a la perfección su juicio de que en las cosas de Dios se debe recurrir sólo a su ayuda sobrenatural, sin mendigar ayudas humanas interesadas o utilitarias.

Y con esta sentencia ecuánime, Jesús pone fin a la discusión.

Han vadeado a pies enjutos otro lecho fluvial reseco por el verano, y han llegado al camino de primer orden que va de Sicaminón hacia Samaria (creo, si recuerdo bien el lugar visto otra vez). El camino está muy concurrido ante la inminencia de la fiesta y ya tiene el aspecto típico de los caminos palestinos en las épocas de peregrinaciones obligatorias al Templo. Viandantes, asnos, carros con personas dentro, con tiendas, enseres para los altos entre una y otra etapa y en la propia Jerusalén, donde

siempre se apiña la gente en las solemnidades, tanto que -basta que la estación lo permita- es aconsejable acampar en las colinas que la rodean. Y además en esta de los Tabernáculos es aún más sensible la emigración de enteras familias, no porque sean más numerosos que en Pascua y Pentecostés los peregrinos, sino porque, debiendo obligatoriamente vivir bajo las tiendas durante unos días, tienen los enseres que en las otras solemnidades todos tratan de no llevarse consigo. Es verdaderamente el éxodo de un pueblo que afluye por todos los caminos hacia la capital, lo mismo que la sangre afluye desde todas las venas al corazón.

Para comprender también ahora la obstinada religión de Israel, tan tenaz, tan compacta -por lo cual los correligionarios se ayudan entre sí en cualquier lugar en que, impulsados por la suerte, se hallen; y, sea cual sea la nación en que nacieron, ello no es obstáculo para que otro hebreo de otra nación se sienta siempre hermano y compatriota del correligionario con que se encuentra-, hay que tener presente que los hebreos, aun estando dispersos o perseguidos, o siendo vilipendiados, y aparentemente sin una verdadera patria, no se sienten ninguna de estas cosas. Tienen su Patria, la que su Yeohveh les ha dado; tienen su capital, Jerusalén, y en ella, de todas las partes del mundo, converge lo mejor de sus seres: el espíritu, el corazón. ¿Han pecado? ¿Dios los ha castigado? ¿Las profecías se han cumplido? Sí, es verdad. Pero queda aquélla, luminosa, causa para ellos de luminosa esperanza: la de la reconstrucción del reino de Israel... la de este Mesías que debe venir... Y tratan -con la experiencia de un dolor que teme el ser merecedores de la reprobación de Dios, y en un perpetuo interrogante: "¿Pero era Jesús de Nazaret el verdadero Mesías?"-, tratan de reconstituirse como Nación para tener a este Mesías; tratan de conservar esta perseverante fidelidad a su religión para merecer el perdón de Dios y ver el cumplimiento de la promesa.

Yo soy una pobre mujer, no sé de problemas políticos, no me he interesado nunca por los hebreos actuales y por sus adversidades; alguna vez incluso me han hecho reír esperando todavía a quien ya ha venido y han crucificado; su llanto me ha parecido muy cocodrilesco; sus acciones no me han parecido ni me parecen merecedoras de lo que esperan de Dios: no el Cristo, que ya vendrá solamente en el Último Día, sino tampoco la reconstrucción de la dispersa raza hebrea en Nación independiente. Pero, ahora que veo, espiritualmente, a los padres de los hebreos actuales, comprendo su drama secular y su tenacidad, comprendo la fuente de esta tenacidad suya. Sigue siendo el Pueblo de Dios que por voluntad de Dios converge hacia la Tierra prometida a los Padres, a los Patriarcas; el pueblo que desde hace centenares de siglos cumple el rito mosaico, pensando en Jerusalén, en su Templo resplandeciente en el Moira. ¡Impedidos para ir? Sí. Pero va el espíritu. *(Israel se constituyó en nación independiente en 1947, antes de que María Valtorta escribiera estas revelaciones, en 1946)*

Las bayonetas, los cañones, las mazmorras sirven contra el hombre, no contra el espíritu. Israel no puede perecer porque ha permanecido en su religión. ¿Teórica, farisaica, ritual y carente de lo que es verdadera vida en una religión: la adhesión del espíritu al rito material? Todo lo que queráis. Pero las vendas de ideas, ritos, preceptos seculares, emanados de profetas y rabíes, ciñen el cuerpo trizado que fue Nación y ahora es infinitud de fragmentos esparcidos por toda la Tierra, y lo mantienen recogido; y, como faro visible desde todas las partes del mundo, resplandece un lugar, Jerusalén: su nombre es como un grito para reunirse, como un estandarte agitado al viento, que convoca, recuerda y promete. No. No puede ninguna fuerza humana acallar a este pueblo. En él hay una fuerza más grande que la fuerza humana.

Todo esto se comprende cuando se observa cómo este pueblo va por caminos difícilmente transitables, en estaciones del año incómodas, sin preocuparse de todo lo que signifique pena; gozoso con 1a alegría de ir a la Ciudad Santa. Todo esto se comprende viéndolos ir conjuntamente, ricos y pobres, niños y viejos, desde Palestina o desde la Diáspora, hacia su corazón: Jerusalén. Todo esto se comprende oyéndoles cantar sus cantos... Y -lo confieso- y ya quisiera yo que nosotros, los cristianos y católicos, fuéramos como ellos, que tuviéramos para el corazón del catolicismo, Roma, la Iglesia, y para quien en él vive, el Pedro actual, el sentimiento de estos que veo que caminan, caminan, caminan; quisiera que todos tuviéramos lo que ellos tienen, más nuestra Fe perfecta por ser cristiana.

Me dirán: «Están llenos de defectos». ¿Y nosotros? ¿No los tenemos? ¿No los tenemos nosotros que estamos fortalecidos por la Gracia y los Sacramentos, nosotros que deberíamos ser "perfectos como lo es el Padre que está en los Cielos"?

He hecho una digresión. Pero, siguiendo la marcha de los apóstoles mezclados con las turbas de Israel, el pensamiento trabaja...

Y trabaja hasta que, en un cruce del camino, un grupo de discípulos ve al Maestro y se arremolina en torno a Él. Entre ellos está Abel de Belén, que se arroja inmediatamente a los pies de Jesús y dice:

-Maestro, he orado mucho al Altísimo para que hiciera que me encontrara contigo. Y ya no lo esperaba. Pero me ha escuchado. Ahora Tú sé propicio a tu discípulo.

-¿Qué quieres, Abel? Vamos allí, al lindero del campo. Aquí hay demasiada gente y causamos atasco.

Van en masa al lugar indicado por Jesús, y allí Abel dice lo que desea.

-Maestro, Tú me salvaste de la muerte y la calumnia y has hecho de mí un discípulo tuyo. ¿Me quieres, entonces, mucho?

-¿Lo preguntas?

-Lo pregunto para estar seguro de que escuchas propicio mi petición. Cuando me salvaste, castigaste a mis enemigos con horrible castigo. Si lo has dado Tú, ciertamente es justo. Pero, ¡oh, Señor, es muy horrible! He buscado a esos tres. Cada vez que venía a donde mi madre los buscaba. En los montes, en las cavernas cercanas a mi ciudad. Y no los encontraba nunca.

-¿Por qué los buscabas?

-Para hablarles de ti, Señor. Para que, creyendo en ti, te invocaran y obtuvieran perdón y curación. Hasta el verano no los he encontrado, y no juntos. Uno, el que me odiaba por causa de mi madre, se ha separado de los otros, que han ido más arriba, hacia los montes más altos de Yiftael. Ellos me dijeron dónde estaba... Y de ellos me dieron la pista unos pastores de Belén, los que te recibieron en su casa aquella noche. Los pastores con sus rebaños se mueven por muchos lugares y saben

muchas cosas. Sabían que en el monte de la Fuente Hermosa estaban los dos leprosos que yo buscaba. Fui. ¡Oh!... - El horror se dibuja en el rostro de este hombre joven, casi todavía un jovencito. -Continúa.

-Me reconocieron. Yo no podía reconocer a mis paisanos en esos dos monstruos... Me llamaron... y me suplicaron, como si yo fuera un dios... El siervo, más que los otros, me ha conmovido. Por su arrepentimiento puro. Sólo quiere tu perdón, Señor... Aser quiere también la curación. Tiene una madre anciana, Señor, una madre anciana que se muere de dolor en la ciudad...

-¿Y el otro? ¿Por qué se ha separado?

-Porque es un demonio. Principal culpable, homicida y antes adúltero, incitador de Aser, corruptor del siervo de Joel - que es un poco estúpido y fácilmente dominable-, sigue siendo un demonio. De su boca, odio y blasfemias; de su corazón, odio y crueldad. También lo he visto a él... Quería hacerlo bueno. Se abatió sobre mí como un buitre, y sólo en la fuga -en mí rápida y resistente, porque soy joven y estoy sano- encontré salvación. Pero no desespero de salvarlo. Volveré... Una, dos, muchas veces con ayudas, con amor. Haré que me ame. Él cree que voy para reírme de su ruina. No, voy para reconstruir esta ruina. Si logra amarme, me escuchará; si me escucha, acabará creyendo en ti. Esto es lo que deseo. ¿Los otros? Fue fácil, porque por sí mismos han meditado y comprendido. Y el siervo ha venido a ser el sencillo maestro del otro, porque en el siervo hay mucha fe, mucho deseo de perdón. ¡Ven, Señor! Les he prometido que te llevaré a ellos cuando te encontrara.

-Abel, su delito era grande, muchos delitos en uno. Poco tiempo han expiado...

-Grande ha sido su tormento y su arrepentimiento. Ven.

-Abel, querían tu muerte.

-No importa, Señor. Yo quiero su vida.

-¿Qué vida?

-La que Tú das, la del espíritu, el perdón, la redención.

-Abel, eran tus Caínes y te odiaron como más no se puede. Querían quitarte todo: vida, honor y madre...

-Han sido mis benefactores, porque por ellos te tengo a ti. Yo los amo por este don suyo y te pido que estén donde estoy yo, siguiéndote a ti. Quiero su salvación como la mía, más que la mía, porque mayor es su pecado.

-¿Qué ofrecerías a Dios a cambio de su salvación, si te pidiera una ofrenda?

Abel piensa un momento... luego dice con seguridad:

-Hasta a mí mismo. Mi vida. Perdería un puñado de fango por poseer el Cielo. Feliz pérdida; grande ganancia, infinita: Dios, el Cielo. Y dos pecadores salvados: los primogénitos del rebaño que espero conducir a ti y ofrecerte, Señor.

Jesús cumple un acto que no hace nunca tan en público. Se agacha, porque es mucho más alto que Abel, y, tomándole la cabeza entre las manos, lo besa en la boca (*costumbre judía, igual que en algunos países se besan en la mejilla los parientes*) y dice:

-Así sea - al menos creo que eso quiere decir su «Maran Athá». Y añade: «por tus sentimientos te sea concedido lo que piden tus palabras. Ven conmigo. Me conducirás. Juan, ven conmigo. Y vosotros seguid adelante. Por el camino de Meguidó a Enganním. Allí me esperaréis, si es que todavía no me habéis visto.

-Y te predicaremos a ti y también tu doctrina - dice Judas Iscariote.

-No. Me esperaréis. Simplemente. Comportándoos como justos y humildes peregrinos y nada más. Siendo entre vosotros como hermanos. Y por el camino pasaréis por donde los campesinos de Jocaná; les daréis la que tenéis y les diréis que el Maestro, si puede, pasará por Yizreel al amanecer de dentro de dos días. Id. La paz sea con vosotros.

476

Lección sobre el cuidado de las almas y perdón a los dos pecadores castigados con la lepra.

El abrupto nudo de Yiftael domina al norte, impidiendo la visión del horizonte. Pero, en los lugares en que las laderas escarpadas de este grupo montañoso comienzan y se muestran, casi a pico, al camino de caravanas que de Tolemaida va hacia Seforí y Nazaret, se ven muchas cavernas entre peñas saledizas, suspendidas sobre el abismo, que cumplen la función de techo, y base de estos antros.

Como siempre, cerca de los caminos más importantes, aislados pero, al mismo tiempo, lo suficientemente cercanos como para ser vistos y socorridos por los viandantes, hay leprosos. Una pequeña colonia de leprosos, que lanzan su grito de aviso e invocación al ver pasar a Jesús con Juan y Abel. Y Abel alza la cara hacia ellos diciendo:

-Éste es aquel de que os hablé. Estoy llevándolo a donde los dos que ya sabéis. ¿No tenéis nada que pedir al Hijo de David?

-Lo que pedimos todos: pan, agua, para saciarnos mientras los peregrinos pasan. Después, en invierno, el hambre...

-No tengo comida, hoy. Pero tengo conmigo la Salud...

Pero la sugestiva invitación a recurrir a la Salud no halla eco. Los leprosos se retiran del risco, volviendo las espaldas y dando la vuelta al espolón del monte para ver si otros peregrinos vienen por el otro camino.

-Creo que son marineros gentiles o completamente idólatras. Han venido hace poco, expulsados de Tolemaida. Venían de África. No sé cómo se han enfermado. Sé que salieron sanos de sus países y, después de un viaje largo por las costas africanas para hacerse con marfil y también creo que con perlas para venderlas a los mercaderes latinos, han llegado aquí enfermos. Los magistrados del puerto los han aislado y han quemado hasta la nave. Unos han ido hacia los caminos de Siro-Fenicia y otros han

venido aquí. Los más enfermos son éstos, porque ya casi no andan. Pero tienen el alma más enferma todavía. He tratado de dar un poco de fe... No piden otra cosa que no sea comida...

-En las conversiones hay que tener constancia. Lo que no sale en un año sale en dos o más. Insistir en hablar de Dios, aunque parezcan como las rocas que los cobijan.

-¿Hago mal, entonces, en pensar en su comida?... Me había puesto a traer antes del sábado siempre comida, porque los sábados los hebreos no viajan y ninguno piensa en ellos...

-Has hecho bien. Tú lo has dicho. Son paganos. Por tanto, más cuidadosos de la carne y de la sangre que del alma. La amorosa diligencia que tienes por su hambre despierta su afecto hacia el desconocido que piensa en ellos. Y, cuando te quieran, te escucharán, aunque hables de cosas distintas de la comida. El amor preludia siempre el seguimiento de aquel a quien se ha aprendido a amar. Ellos te seguirán un día en los caminos del espíritu. Las obras de misericordia corporal alisan el camino a las espirituales; las cuales lo hacen tan libre y llano, que la entrada de Dios en un hombre preparado en tal manera al divino encuentro se produce sin el conocimiento del propio individuo. Éste se encuentra a Dios dentro de sí y no sabe por dónde ha entrado. ¿Por dónde? Algunas veces tras una sonrisa, tras una palabra de piedad, tras un pan, ha empezado la apertura de la puerta de un corazón cerrado a la Gracia y ha empezado el camino de Dios para entrar en ese corazón.

¡Las almas! Son la cosa más variada que existe. Ninguna materia -y son muchas las materias que hay en la Tierra- es tan variada en sus aspectos como lo son las almas en sus tendencias y reacciones.

¿Veis este corpulento terebinto? Está en medio de un entero bosque de terebintos, semejantes a él en la especie. ¿Cuántos son? Centenares, mil quizás, quizás más. Cubren esta abrupta ladera de monte, dominando con su aroma áspero y saludable de resinas todos los demás olores del valle y del monte. Pero, fijaos. Mil y más, pero no hay siquiera uno que en grosor, altura, corpulencia, inclinación, disposición, sea igual a otro, si se observa bien. Uno, derecho como hoja de cuchillo. Otro, vuelto hacia septentrión o mediodía, oriente u occidente. Uno, nacido todo en tierra; otro, allá, en un risco, que no se sabe ni cómo éste puede sostenerlo ni cómo el árbol puede sostenerse tan pendiente en el vacío, casi haciendo de puente con la otra ladera que se alza sobre aquel torrente, ahora seco, pero muy turbulento en las épocas de lluvia. Uno retorcido, como si un cruel lo hubiera forzado cuando era todavía tierna planta; otro, sin defectos. Uno, acopado casi hasta el pie; otro, sin frondas, apenas con un penacho en su cima. Aquél, con ramas sólo en la derecha; aquel otro, frondoso abajo y reseco arriba, en la cima quemada por un rayo. Éste, muerto, que sobrevive en una obstinada rama, única, nacido casi en la raíz recogiendo un resto de savia que en lo alto había muerto. Y éste, el primero que os he señalado, hermoso a más no poder, ¿tiene, acaso, una rama, una ramita, una hoja -¿qué digo diciendo una hoja, respect^o a los miles que tiene?- igual a otra? Parecen iguales, pero no lo son. Mirad esta rama, la más baja. Observad la parte alta de ella, sólo la cima de la rama. ¿Cuántas hojas habrá en ese extremo? Quizás doscientas agujas verdes y finas. Y, no obstante, mirad: ¿hay una igual a otra, en color, vigor, lozanía, flexibilidad, aspecto, edad? No la hay.

Así las almas. Hay tantas diversidades de tendencias y reacciones como almas existen. "Y no es buen maestro y médico de almas el que no sabe conocerlas y trabajarlas según sus distintas tendencias y reacciones. No es trabajo fácil, amigos míos. Se requiere estudio continuo, costumbre de meditar, que ilumina más que cualquier larga lectura de textos fijos. El libro que debe estudiar un maestro y médico de almas es las almas mismas. Tantas hojas como almas, y en cada hoja muchos sentimientos y pasiones pasados, presentes y en embrión. Por tanto, estudio continuo, atento, meditativo. Paciencia constante, aguante. Fortaleza en saber curar las llagas más pútridas para curarlas sin dar muestras de asco, cosa que humillaría al llagado, y sin falsa piedad, que, por no hacer sufrir descubriendo la podredumbre y no limpiar por temor a hacer sufrir la parte corrompida, deja que el mal se haga gangrena y corrompa todo el ser. Prudencia, al mismo tiempo, para no profundizar con modos demasiado rudos las heridas de los corazones, y para no infectarse con su contacto por alarde de seguridad de que no se teme la infección al tratar con los pecadores.

Y todas estas virtudes, necesarias para el maestro y médico de almas, ¿dónde hallan su luz para ver y entender; su paciencia, a veces heroica, para perseverar recibiendo frialdad, alguna vez ofensas; su fortaleza para curar sabiamente; su prudencia para no perjudicar al enfermo ni perjudicarse a sí mismo? En el amor. Siempre en el amor. El amor da luz a todo, da sabiduría, da fortaleza y prudencia; preserva de las curiosidades, que son vía de asunción de las culpas curadas. Cuando uno es todo amor, no pueden entrar en él ningún deseo ni ninguna ciencia sino los del amor.

¿Veis? Los médicos dicen que, cuando uno estuvo agonizando por una enfermedad, difícilmente vuelve a enfermar de ella, porque ya su sangre la ha recibido y la ha vencido. El concepto no es perfecto, pero tampoco yerra en todo. Pero el amor, que es salud en vez de enfermedad, produce eso que dicen los médicos, y para todas las pasiones no buenas. El que ama fuertemente a Dios y a los hermanos, no hace nada que pueda causar dolor a Dios y a los hermanos; por eso, incluso acercándose a enfermos del espíritu y viniendo a saber cosas que el amor hasta entonces había velado, no se corrompe con ellas, porque permanece fiel al amor y el pecado no entra. ¿Qué fuerza puede tener la sensualidad para quien ha vencido la sensualidad con la caridad? ¿Qué fuerza, las riquezas para quien en el amor a Dios y a las almas encuentra todo tesoro? ¿Qué, la gula; qué, la avaricia; qué, la incredulidad; qué, la acidia; qué, la soberbia: para quien sólo siente apetito de Dios; para quien se da él mismo, incluso él mismo, para servir a Dios; para quien en su Fe encuentra todo su bien; para quien se siente aguijado por la llama incansable de la caridad y obra incansablemente para dar alegría a Dios; para quien conoce a Dios -amarlo es conocerlo- y ya no puede ensoberbecerse, porque se ve cual es respecto a Dios?

Un día seréis sacerdotes de mi Iglesia. Seréis, por tanto, los médicos y maestros de los espíritus. Recordad estas palabras mías. No seréis sacerdotes, o sea, ministros de Cristo, maestros y médicos de almas, por el nombre que llevéis, ni por el indumento, ni por las funciones que ejerzáis, sino que lo seréis por el amor que poseáis. El amor os dará todo lo que se necesita para serlo; y las almas, todas distintas entre sí, alcanzarán una única semejanza: la del Padre, si sabéis trabajarlas con el amor.

-¡Qué hermosa lección, Maestro! - dice Juan.

-¿Pero lograremos algún día nosotros ser así? - añade Abel. Jesús mira al uno y al otro, y luego pasa el brazo sobre los hombros de ambos y los estrecha contra sí, el uno a la derecha, el otro a la izquierda, y los besa en el pelo; y dice:

-Vosotros lo lograréis, porque habéis comprendido el amor.

Siguen andando todavía un tiempo, cada vez con más dificultad por la escabrosidad del sendero tallado casi en el borde del monte. Abajo, lejos, hay un camino, y se ve a la gente en camino por él.

-Detengámonos, Maestro. Allí, ¿ves?, desde aquella plataforma de roca, los dos están descolgando hasta los viandantes un cesto con una soga, y tras la plataforma está su gruta. Ahora los llamo.

Y, adelantándose, lanza un grito, mientras Jesús y Juan se quedan retrasados, ocultos tras tupidos arbustos.

Pocos instantes y luego una cara... -llamémosla cara porque está encima de un cuerpo, pero podría llamarse también morro, monstruo, pesadilla...- se asoma por encima de unos arbustos de zarzamora

-¿Tú? ¿Pero no te habías marchado para los Tabernáculos?

-He encontrado al Maestro y he vuelto atrás. ¡Él está aquí!

Si Abel hubiera dicho "Yeohveh aletea sobre vuestra cabeza" muy probablemente habría sido menos repentino y reverente el grito, el acto, el impulso de los dos leprosos -porque mientras Abel hablaba se había asomado también el otro- para echarse afuera, a la plataforma, en pleno sol, y para postrarse rostro en tierra gritando: -¡Señor, hemos pecado! ¡Pero tu misericordia es más grande que nuestro pecado!

Lo gritan sin siquiera asegurarse si Jesús está verdaderamente allí, o si está todavía lejos, en camino hacia ellos. Su fe es tal, que hace ver hasta lo que los ojos, por las llagas de los párpados y la rapidez con que ellos se han arrojado al suelo, sin duda, no han visto.

Jesús avanza mientras ellos repiten:

-¡Señor, nuestro pecado no merece perdón, pero Tú eres la Misericordia! Señor Jesús, por tu Nombre sálvanos. Tú eres el Amor que puede vencer sobre la Justicia.

-Yo soy el Amor. Es verdad. Pero sobre mí está el Padre. Y Él es la Justicia - dice severo Jesús, avanzando con Juan por el sendero.

Los dos alzan los desfigurados rostros entre las lágrimas que corren juntamente con sustancias purulentas. ¡Son rostros horribles de ver! ¿Viejos? ¿Jóvenes? ¿Quién es el siervo? ¿Quién es Aser? Imposible decirlo. La enfermedad los ha igualado, haciendo de ellos dos formas de horror y náusea.

¿Cuál debe ser el aspecto de Jesús para ellos, erguido en medio del sendero, envuelto de rayos de sol que encienden el color rubio de sus cabellos? No lo sé. Sé que lo miran y se cubren el rostro gimiendo:

-¡Yeohveh! ¡La Luz!

Pero luego vuelven a gritar:

-¡El Padre te ha mandado para salvar! ¡Te llama su amor predilecto! ¡En ti se complace! ¡No te negará que nos des el perdón!

-¡El perdón o la salud?

-El perdón - grita uno.

Y el otro:

-..Y luego la salud. Mi madre muere de dolor por mí.

-Aunque Yo os perdone, queda todavía la justicia de los hombres; para ti sobre todo. ¿Qué valor tiene entonces mi perdón para hacer feliz a tu madre? - prueba Jesús, para provocar las palabras que espera para obrar el milagro.

-Tiene valor. Ella es una verdadera israelita. Quiere para mí el seno de Abraham. Y para mí no existe ese lugar en espera del Cielo, porque he pecado demasiado.

-Demasiado. Tú lo has dicho.

-¡Demasiado!... Es verdad... Pero Tú... ¡Oh, aquel día estaba tu Madre... ¿Dónde está tu Madre ahora? Ella tenía compasión de la madre de Abel. Lo vi. Y si ahora oyera tendría compasión de la mía. ¡Jesús, Hijo de Dios, piedad en nombre de tu Madre!...

-¿Y qué haríais después?

-¿Después?

Se miran consternados. El "después" es la condena de los hombres, el desprecio, o la fuga, el destierro. Ante la perspectiva de la curación, tiemblan como por una incolumidad perdida. ¡Cuánto le importa al hombre la vida! Los dos, sorprendidos en el dilema de curarse y ser condenados por la ley de los hombres, o vivir leprosos, casi prefieren vivir leprosos. Lo dicen, lo confiesan con estas palabras:

-¡El suplicio es horrendo!

Lo dice, sobre todo, el que comprendo que es Aser, uno de los dos homicidas...

-Es horrendo. Pero al menos es justicia. Vosotros ibais a aplicárselo a éste, inocente; tú, por sucios fines; tú, por un puñado de monedas.

-¡Es verdad! ¡Oh, Dios mío! Pero él nos ha perdonado. Perdona Tú también. Significa que moriremos, pero el alma se salvará.

-La mujer de Joel fue lapidada por adúltera. Sus cuatro hijos viven en continuas privaciones con la madre de ella, porque los hermanos de Joel los han echado como a espurios, apoderándose de los bienes de su hermano. ¿Lo sabéis?

-Nos lo dijo Abel...

-¿Y quién los satisface por su desventura?

La voz de Jesús es un trueno, verdaderamente es voz de Dios Juez y da miedo. Solo bajo el sol, erguido y rígido, es figura de espanto. Los dos lo miran con miedo. A pesar de que el sol debe sulfurar sus heridas, no se mueven; como tampoco se mueve Jesús, envuelto todo por el sol. Los elementos pierden valor en esta hora de almas...

Pasa un rato y Aser dice:

-Que Abel vaya donde mi madre, si quiere amarme del todo, y le diga que Dios me ha perdonado y...

-Yo no te he perdonado todavía.

-Pero lo harás porque ves mi corazón... Y que le diga que todos mis bienes vayan a los hijos de Joel, por voluntad mía. Sea que muera, sea que viva, renuncio a la riqueza que me ha hecho vicioso.

Jesús sonríe. Se transfigura en la sonrisa, pasando del rostro severo al rostro compasivo, y, con mudada voz, dice:

-Veo vuestro corazón. Levantaos. Y alzad vuestro espíritu a Dios bendiciéndolo. Separados como estáis del mundo, podéis ir sin que el mundo sepa de vosotros. Y el mundo os espera para procuraros la manera de sufrir y expiar.

-¿Nos salvas, Señor? ¿Nos perdonas? ¿Nos curas?

-Sí. Os dejo la vida, porque la vida es sufrimiento especialmente para quien tiene recuerdos como los vuestros. Pero ahora no podéis salir de aquí. Abel debe venir conmigo, debe ir como todos los hebreos a Jerusalén. Aguardad a que regrese, lo cual coincidirá con vuestra curación. Él se ocupará de llevaros al sacerdote y de avisar a tu madre. Yo le diré a Abel lo que debe hacer y cómo lo debe hacer. ¿Podéis creer en mis palabras, aunque me marche sin curaros?

-Sí, Señor. Pero repítenos que perdonas a nuestro espíritu. Esto sí. Luego todo vendrá cuando quieras Tú.

-Yo os perdono. Renaced con un espíritu nuevo y no queráis volver a pecar. Recordad que, además de absteneros de pecar, debéis llevar a cabo actos de justicia encaminados a anular completamente vuestra deuda ante los ojos de Dios, y que, por tanto, vuestra penitencia debe ser continua, porque grande es vuestra deuda, ¡muy grande! La tuya, en particular, toca todos los mandamientos del Señor. Piensa y verás que ni uno queda excluido. Te olvidaste de Dios, pusiste a la carne como ídolo tuyo, transformaste las fiestas en días de delirios ociosos, ofendiste e infamaste a tu madre, contribuiste a matar y a querer matar, robaste la existencia y querías robar un hijo a una madre, privaste de padre y madre a cuatro niños, fuiste lujurioso, levantaste falsos testimonios, deseabas impudicamente a una mujer que era fiel a su difunto esposo, deseaste los bienes de Abel, tanto que quisiste eliminar a Abel para apoderarte de ellos.

Aser, ante cada una de estas proposiciones, gime:

-¡Es verdad, es verdad!

-Como ves, Dios habría podido reducirte a cenizas sin recurrir al castigo de los hombres. Te ha preservado para que Yo pudiera salvar a uno más. Pero la mirada de Dios te vigila y su inteligencia recuerda. Podéis marcharos - y se vuelve y regresa a la espesura, junto a Abel y Juan, que habían buscado refugio bajo los árboles de la ladera.

Y los dos, todavía desfigurados, quizás sonrientes -pero ¿quién puede decir cuándo sonríe un leproso?- con la voz típica de los leprosos, estridente, metálica, carente de continuidad, con brucas disonancias, entonan, mientras Él baja el monte por el sendero pavoroso, el salmo 114... (*Salmo 114, citado aquí según la Vulgata, en la Neovulgata pasó a constituir la primera parte del salmo 116: "Año al Señor porque escucha el grito de mi oración..."*)

-¡Se sienten felices! - dice Juan.

-Yo también - dice Abel.

-Pensaba que los ibas a curar inmediatamente - dice Juan.

-Yo también, como haces siempre.

-Han sido grandes pecadores. Esta espera es justa para quien ha pecado tanto. Ahora escucha, Ananías...

-Me llamo Abel, Señor - dice sorprendido el joven, y mira a Jesús como para preguntarse: « ¿Por qué se equivoca? ».

Jesús sonríe:

-Para mí eres Ananías, porque verdaderamente pareces nacido de la bondad del Señor. Sélo cada vez más. Y, escucha. Al regreso de los Tabernáculos irás a tu ciudad y le dirás a la madre de Aser que haga lo que el hijo desea, y que ello sea llevado a cabo de la manera más solícita, dando todo como reparación, menos un décimo. Esto es por compasión hacia la madre anciana. Que ella, junto contigo, deje Belén de Galilea y vaya a Tolemaida, a esperar a su hijo que, contigo, irá donde ella con su compañero. Tú, una vez alojada la mujer en casa de algún discípulo de la ciudad, irás por todo lo necesario para la purificación de los leprosos, y no los dejarás hasta que esté todo hecho. Que el sacerdote no sea de los que saben del pasado, sino de otros lugares.

-¿Y después?

-Después vuelves a tu casa o te unes a los discípulos. Y ellos, los curados, tomarán el camino de la expiación. Yo digo lo indispensable. Y dejo al hombre libre de actuar después...

Bajan, bajan, incansables, a pesar de las asperezas del camino y el calor del sol... Incansables, y silenciosos durante mucho tiempo. Luego Abel rompe el silencio diciendo:

-¿Señor, te puedo pedir una gracia?

-¿Cuál?

-Que me dejes ir a mi ciudad. Me desagrada dejarte, pero aquella madre...

-Ve. Pero no te demores. Apenas vas a tener tiempo de llegar a Jerusalén.

-¡Gracias, Señor! La veré sólo a ella: una pobre anciana avergonzada de todo desde que Aser pecó. Pero ahora volverá a sonreír. ¿Que debo decirle en tu nombre?

-Que sus lágrimas y oraciones han obtenido gracia y que Dios la anima a aumentar su esperanza, y que la bendice. Pero antes de separarnos vamos a detenernos una hora. No más. No es tiempo de altos en el camino. Luego tú irás por tu parte; Yo y Juan, por la mía, y por atajos. Y tú, Juan, te adelantarás. A donde mi Madre. Le llevarás esta saca con la ropa de lino y vendrás

con la de lana. Irás a decirle que quiero verla y que la espero en el bosque de Matatías, el de la mujer. Ya sabes. Habla a solas con Ella y ven pronto.

-Sé dónde está el bosque. ¿Y Tú? ¿Solo? ¿Te quedas solo?

-Me quedo con mi Padre. No temas - dice Jesús alzando la mano y poniéndola sobre la cabeza del discípulo predilecto, que está a su lado sentado en la hierba. Y le sonríe mientras dice:

-Pero deberíamos estar allí al caer de la tarde...

-Maestro, cuando debo darte una satisfacción no siento cansancio, ya lo sabes. ¡Y además, donde la Madre!... Es como ir llevado por los ángeles. Y, bueno, no está muy lejos.

-Nunca está lejos lo que se hace con alegría... Pero tú pasarás la noche en Nazaret.

-¿Y Tú?

-Y Yo... Estaré con el Padre mío después de haber estado con mi Madre un poco. Y luego, al alba, me pondré en camino, tomando el camino del Tabor sin entrar en Nazaret. Ya sabes que tengo que estar en Yizreel a la aurora de pasado mañana.

-Te vas a cansar mucho, Maestro; y ya lo estás.

-Tendremos tiempo de descansar en invierno. No temas. Y no esperes poder ir evangelizando siempre con paz como aquí. Haremos muchas paradas...

Jesús agacha la cabeza, pensativo, dando mordiscos a su pan más para hacer compañía a los dos -los cuales, jóvenes y contentos de estar con el Maestro, comen con gusto- que por ganas de comida. Tanto es así que deja de comer y se sume en uno de sus silencios, respetado por los dos, que callan y descansan a la sombra fresca del monte, descalzos los pies para buscar frescura en la hierba nacida a los pies de los robustos troncos. Y se adormilarían incluso, pero Jesús alza la cabeza y dice:

-Vamos. En la bifurcación nos separaremos.

Atadas las sandalias, se ponen en camino. La sombra del bosque y el viento que viene de septentrión los ayuda a soportar la pesantez de esta hora todavía caliente, aunque ya no tórrida como en los meses de pleno verano.

477

Coloquio de Jesús con su Madre en el bosque de Matatías. Los sufrimientos morales de Jesús y María.

Jesús está solo; solo, en un rellano un poco cóncavo que con leve pero continua ondulación asciende por la vertiente de los collados que ciñen el lago de Galilea. Es ciertamente éste, porque lo veo abajo, a la derecha, oscureciéndose su bellissimo azul por la llegada del ocaso, que retira de mucha de la superficie del lago las fulgurantes saetadas de los rayos solares. Detrás de la concavidad, al norte, las montañas de Arbela; más allá, más altas, las de allende el lago, donde se alzan Meirón y Yiscala; al nordeste, lejano, pero poderoso y regio siempre, desde cualquier parte que se vea, el gran Hermón, cuyo pico mayor el sol hiere caprichosamente en esta hora del ocaso, poniéndolo de un color topacio rosa en la parte occidental, y dejándole su aspecto opalino, tendente a esa indefinible, leve tonalidad nívea azulina que he visto algunas veces en las cúspides de nuestros Alpes fronterizos.

Yo miro al norte, y veo esto, como también veo sin esfuerzo, a la derecha, abajo, el lago, y a la izquierda los collados, que impiden ver la llanura de la costa. Pero, si me vuelvo hacia el mediodía, veo el Tabor, más allá de unas suaves colinas (sin duda, las que ciñen Nazaret). Abajo hay una pequeña ciudad, al pie de un camino de mucho tránsito por donde la gente va de prisa para llegar a los lugares señalados como etapas.

Jesús no mira nada de lo que miro yo. Busca sólo un sitio para sentarse, y lo elige al pie de una corpulentísima encina que con su follaje ha resguardado del sol tórrido a la hierba del suelo, por lo cual está todavía fresca y tupida, como si el verano no hubiera pasado agostando. Así, Jesús tiene frente a sí el lago; a su lado el sendero entre árboles por el que ha subido; al otro lado las ondulaciones que ciñen al norte la hondonada pradera y boscosa en que se encuentra, y toda verde, porque los árboles son en su mayoría encinas y otros - o sea, árboles de hoja perenne- a los que el otoño no toca. Sólo acá o allá muestran un punto rojo-sangre debido a una hoja que cambia de color antes de caer, cediendo el puesto a esa otra, embrional, que ya nace al lado de la que muere.

Jesús, muy cansado, se apoya en el tronco robusto y está un tiempo con los ojos cerrados, como para descansar. Pero luego toma su postura habitual, separándose del tronco, echándose un poco hacia adelante, los codos en las rodillas, los antebrazos sobresaliendo hacia adelante, las manos unidas con los dedos entrelazados. Y piensa. Y, sin duda, ora. De vez en cuando, por algún ruido que se produce cerca de Él -pájaros que pelean buscando un sitio para la noche, algún animal entre la hierba que hace rodar un canto por la pendiente, una rama que choca contra otra por un solitario soplo de viento— alza los ojos y, con una mirada absorta que ciertamente no ve, los vuelve en la dirección del ruido, especialmente si éste está en la dirección del caminito que sube entre las encinas. Luego vuelve a bajarlos y se concentra de nuevo en sí mismo. Dos veces mira con atención al lago, ahora ya en sombra, y luego vuelve la cabeza para mirar a occidente, donde el sol ha desaparecido tras los collados boscosos: y la segunda vez se levanta y va al sendero y mira si sube alguno, luego vuelve a su sitio.

En fin, se oye un ruido de pasos y se dejan ver dos figuras: María, vestida de azul oscuro; Juan, cargado de sacas. Y Juan llama dos veces:

-¡Maestro! - y, en cuanto Jesús se vuelve, dice:

-Aquí tienes a tu Madre - y la ayuda a salvar un regatillo y algunas piedras grandes, puestas en el sendero con intención de darle solidez y hacerle cómodo para quien sube o baja, pero que en realidad su resultado ha sido el transformarse en verdaderas trampas para el pie semidescalzo.

Jesús se alza inmediatamente para ir al encuentro de su Madre. La ayuda, con Juan, a subir el cúmulo de piedras desprendidas, que debían sujetar el rellano. En realidad, sólo las gruesas raíces de las encinas hacen este oficio. Ahora Jesús sujeta a María, y la observa y le pregunta:

-¿Estás cansada?

-No, Jesús - y le sonríe.

-Sin embargo, me parece que lo estás. Siento haberte hecho venir. Pero no podía ir Yo...

-¡No es nada, Hijo mío! Estoy un poco sudorosa. Pero aquí se está bien... Más bien, Tú eres el que está muy cansado, y también el pobre Juan...

Pero Juan meneaba la cabeza sonriendo; y deja la saca nueva y bien hinchada de Jesús, y la suya, en la hierba, al pie de la encina, para retirarse mientras dice:

-Voy a bajar. He visto una fuentequita. Voy a refrescarme un poco en esa agua. Pero, si me llamáis, oigo - se retira y deja libres a los Dos.

María se afloja el manto y se quita el velo. Se seca el sudor que aljofara su frente. Mira a Jesús. Le sonríe y bebe su sonrisa, porque Él también le sonríe mientras le acaricia la mano y la apoya en su mejilla, para recibir a su vez de ésta la caricia. ¡Tan "hijo" en este gesto que le he visto hacer otras veces!... María libera la mano y le ordena los cabellos; le quita un trocito de corteza de árbol que se le había quedado entre el pelo (y cada movimiento de los dedos está hecho con tanto amor, que es una caricia). Y habla:

-Estás todo sudado, Jesús. El manto en la espalda está húmedo como si te hubiera llovido encima. Bueno, ahora podrás ponerte otro. Este lo retiro yo. Está descolorido por el sol y el polvo. Tenía todo preparado, y... ¡Espera! Sé que hace poco has comido una corteza de pan ya viejo con un puñado de aceitunas tan saladas que te mordían la garganta. Me lo ha dicho Juan, que desde el momento que llegó no hacía más que beber. Pero te he traído pan reciente. Lo acababa de sacar del horno. Y un panal de miel que había quitado ayer de la colmena para dárselo a los niños de Simón. Para ellos tengo otros panales. Tómalos, Hijo mío. Es de nuestra casa... - y se agacha a abrir la saca, que tiene, encima de todas las cosas que contiene, una cesta baja de mimbre con fruta dentro y -encima de la fruta- un panal envuelto en hojas de vid; ofrece todo a su Hijo, con pan reciente y crujiente.

Y, mientras Jesús come, saca del talego los vestidos que ha preparado para los meses invernales, fuertes, calientes, adecuados para proteger del frío y del agua, y se los enseña a Jesús, que le dice:

-¡Cuánto trabajo, Mamá! Tenía todavía los del pasado invierno...

-Los hombres, cuando están lejos de las mujeres, deben tener todo nuevo para no tener necesidad de arreglar nada para estar en orden. Pero no he desperdiciado nada. Este manto mío es el tuyo, acortado y vuelto a teñir. Para mí está bien todavía. Pero para ti ya no estaba bien. Tú eres Jesús...

Es imposible expresar lo que hay en esta frase. «Tú eres Jesús». Una frase sencilla. Pero en estas pocas palabras está todo el amor de la Madre, de la discípula, de la antigua hebrea hacia el Prometido Mesías, y de la hebrea del tiempo bendito que tiene a Jesús. Si la Madre se hubiera postrado adorando a su Hijo como Dios, no habría expresado sino una forma limitada, a pesar de rebosar veneración. Pero en estas palabras hay más que una adoración formal de unas rodillas que se doblan, una espalda que se pliega, una frente que toca el suelo: aquí está todo el ser de María, su carne, su sangre, su mente, su corazón, su espíritu, su amor, adorando totalmente, perfectamente, al Dios-Hombre.

Nunca he visto una cosa más grande, más absoluta, que estas adoraciones de María al Verbo de Dios, que es su Hijo, pero que Ella siempre recuerda que es su Dios. Ninguna de las criaturas que, curadas o convertidas por Jesús, veo que adoran a su Salvador (ni siquiera las más ardientes, ni siquiera las que sin darse cuenta se manifiestan teatrales bajo el ímpetu del amor), ninguna tiene "algo" que asemeje a esto. Aman totalmente, pero siempre como criaturas, a las que les falta constantemente algo para ser perfectas. María ama, me atrevo a decirlo, divinamente. Ama más que como criatura. ¡Oh, es realmente la hija de Dios inmune de culpa! ¡Por eso puede amar así!... Y pienso en lo que perdió el hombre con el pecado original... Pienso en lo que nos robó Satanás abatiendo a nuestros Progenitores. Nos quitó esta potencia de amar a Dios como lo ha amado María... Nos ha quitado la potencia de amar bien.

Mientras considero estas cosas mirando a la Pareja perfecta, Jesús, acabada su comida, se ha sentado en la hierba a los pies de su Madre y ha puesto su cabeza sobre las rodillas de Ella, como un niño cansado y triste que busca refugio en la única que lo puede confortar. Y María le acaricia los cabellos, y toca levemente la frente lisa de su Jesús. Parece como querer alejar con esa caricia todos los cansancios y las penas que hay en ese Hijo suyo. Jesús cierra los ojos y María suspende la caricia, permaneciendo con la mano sobre los cabellos, mirando de frente, pensativa, inmóvil. Quizás cree que Jesús se está durmiendo. Está muy cansado...

Pero Jesús casi enseguida abre de nuevo los ojos, ve que se viene la noche, ve que no es dable prolongar esa hora de confortación, y alza la cabeza; permanece sentado donde estaba y habla:

-Mamá, ¿sabes de dónde vengo?

-Lo sé. Me lo ha dicho Juan. Dos almas que vuelven a Dios. Una alegría para ti y para mí.

-Sí. Bajo a Jerusalén con esta alegría.

-Como consuelo de la desilusión que recibiste el mismo día que nos despedimos.

-¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Juan? Sólo él sabe...

-No. Yo le he preguntado acerca de ello, pero Juan me ha respondido: "Madre, dentro de poco vas a verlo. Pregúntaselo a Él".

Jesús sonríe y dice:

-Juan es fiel hasta el escrúpulo.

Una pausa. Luego Jesús pregunta:

-¿Quién te ha hablado de ello entonces?

-No a mí. Fueron unos... unos hombres a casa de José, tu hermano. Y... él vino a mi casa. Estaba todavía un poco... Sí, Hijo mío. Siempre es mejor decir la verdad. Un poco inquieto después de tu encuentro con él en Cafarnaúm, y especialmente después de la conversación que tuvieron José, Judas y Santiago. Se vieron en tu ausencia, y también Santiago... Bueno, sobre todo Santiago fue severo... Mucho... Yo diría que demasiado. Pero el Eterno, que siempre es bueno, ha sacado de esta desavenencia un bien. Sin duda porque ha sido una desavenencia que venía de dos fuentes de amor. Distintas, sí, pero amor en todo caso. Imperfectas, sí; porque si hubieran sido perfectas, si al menos una hubiera sido perfecta, no se habría manifestado la ira... decir ira quizás es demasiado fuerte para dar un nombre al estado de ánimo de Santiago, pero lo que sí es cierto es que estuvo muy, muy severo... Tú, sin duda, le habrías corregido en orden a la caridad. Yo... no aprobé, pero fui indulgente porque comprendía lo que ponía tan inquieto al siempre paciente Santiago. No se puede pretender que sea perfecto... Es un hombre. Es mucha la humanidad también en él todavía. ¡Y queda largo camino que recorrer todavía para que Santiago llegue a ser un justo como era mi José! Él... sabía dominarse siempre... y ser siempre bueno...

¡Pero... estoy divagando! Decía que el amor imperfecto de los dos por ti -¡porque te quieren mucho, mucho, sí! También José, aunque a primera vista no lo parezca. Y realmente es amor por ti todas sus atenciones para con esta pobre mujer, y amor por ti es su modo de pensar, como viejo israelita fijo en sus ideas como su padre. ¡Qué no daría por verte amado por todos! A su manera... eso sí...-. Pero, yendo al hecho, debo decirte que José -al cual no le ha venido mal la actitud firme de Santiago- ha tomado la costumbre de venir todos los días a casa. ¿Y sabes para qué? Para que le explique las Escrituras, "como tú y tu Hijo las comprendéis", ha dicho. ¡Explicar las Escrituras a la luz de la Verdad!... Es difícil cuando quien nos escucha es un José de Alfeo, o sea, uno que cree firmemente en el reino temporal del Mesías, en su nacimiento regio y en tantas otras cosas.

Pero, para hacerle aceptar la idea de que el Rey de Israel debe ser de estirpe real, de David, sí, pero que no es necesario que haya nacido en un palacio, me ha servido su propio orgullo. Él... ¡cuánto celo por ser de la estirpe de David! Le he dicho dulcemente muchas cosas... y he enderezado esta idea en él. José admite, ahora, por concordancia con las profecías, que Tú eres el profetizado. Pero no habría logrado, no, no habría logrado, convencerlo de que Tú, de que tu grandeza verdadera está justamente en el hecho de ser Rey en el espíritu, que es lo único que te puede hacer Rey universal y eterno, si no hubiera venido en dos momentos gente a buscarlo... Los primeros, otra vez los de Cafarnaúm y otros con ellos, después de haberlo halagado de nuevo con deslumbrantes promesas de grandeza para toda la casa, viéndolo menos propenso a ceder a su favor -pretendían que él te forzara a ti a aceptar una corona, y a mí a hacértela aceptar-, se descubrieron pasando a las amenazas... Las consabidas, veladas amenazas que usan: cuchillos afilados envueltos en blanda lana para que parezcan inocuos... Y José reaccionó diciendo: "Yo soy el mayor, pero Él es mayor de edad, y en mi familia no tengo noticia de que haya habido nunca estúpidos o locos. Como es mayor de edad desde hace cuatro lustros, sabe lo que se trae entre manos. Id a Él, pues, y preguntadle. Y, si se niega, dejadlo en paz. Es responsable de sus acciones".

Pero luego, precisamente en la vigilia del sábado, vinieron unos discípulos tuyos... ¿Me miras, Hijo? Deja que no te diga sus nombres, y deja que te diga que los perdones... Un hijo que hubiera alzado su mano contra la canicie de su padre, un levita que hubiera profanado el altar y temiera la ira de Yeohveh no estarían como estaban ellos... Venían de Cafarnaúm, donde te habían buscado... Habían recorrido los caminos del lago desde Cafarnaúm hasta Magdala, y luego hasta Tiberíades, esperando encontrarte. Y se habían encontrado con Hermas y Esteban, que bajaban con otros a Jerusalén después de haberse hospedado en casa de Gamaliel unos días. No quiero decirte lo que dijeron, lo que desean ardientemente decirte. Pero sus palabras habían aumentado el dolor de los discípulos que se descarriaron hasta el punto de unirse a quienes querían traicionarte con una falaz unción. Cuando vinieron, estaba conmigo José. Y fue una cosa buena. ¡Oh, José no ha llegado todavía a la Luz, pero está ya en el crepúsculo de su aurora! José ha entendido la insidia y... nuestro José te quiere mucho ahora. Te ama, no me atrevo a decir justamente, pero sí al menos como pariente mayor que sufre con tu sufrimiento, que vela por su incolumidad, que conoce a tus enemigos...

Por esto sé lo que te han hecho, Hijo mío. Un dolor... y una alegría, porque más de uno te ha reconocido por lo que eres. Para ti y para mí, este dolor y esta alegría. ¿Y perdonamos a todos, no es verdad? Yo ya he perdonado a los arrepentidos, hasta donde me era concedido.

-Mamá, podías haber concedido todo el perdón, también por mí. Porque Yo ya había perdonado viendo su corazón. Son hombres... ¡Tú lo has dicho!... Y Yo también tengo la alegría de ver a José caminando hacia la aurora de la verdadera Luz...

-Sí. Él esperaba verte. Hubiera sido bueno que lo hubieras visto.

-Hoy estaba fuera hasta la puesta del sol. Le dolerá no verte. Pero podrá hacerlo en Jerusalén.

-No, Madre. No estaré en Jerusalén de forma que me vean. Necesito evangelizar la Ciudad y sus alrededores; si me descubrieran, me expulsarían inmediatamente. Tendré que actuar, pues, como uno que hace el mal, si bien quiero hacer únicamente el bien... Pero es así.

-¿Entonces no vas a ver a José? Parte mañana para los Tabernáculos. Podíais hacer el viaje juntos...

-No puedo...

-¿Tanto te persiguen ya, Hijo mío?

¡Qué congoja hay en la voz de la Madre!

-No, Madre. No. No más que antes. Tranquilízate. Es más... Vienen a mí espíritus buenos. Otros, no buenos, se detienen meditando, mientras que antes asestaban el golpe sin razonar. Los discípulos aumentan, los antiguos se forman cada vez más, los apóstoles se perfeccionan. No hablo de Juan, él ha sido siempre una gracia que me ha dado el Padre; hablo de Simón de Jonás y de los otros. Simón, que puedo decir que día tras día va dejando de ser el hombre que era para hacerse apóstol, y tú sabes lo que quiero decir. Y me causa mucha alegría. Y Natanael y Felipe que se desatan del vínculo de sus ideas. Y Tomás y... Bueno, qué digo, ¡todos! Sí, créelo. Todos en esta hora son buenos: son mi alegría. Debes estar tranquila sabiendo que estoy con ellos: amigos, consoladores, defensores de tu Hijo. ¡Si tú estuvieras tan defendida y fueras tan amada!

-Oh, yo tengo a María, tengo a las mujeres de José y Simón y a ellos mismos y a los niños. Tengo al buen Alfeo. Y, bueno, ¿quién no quiere a María de Nazaret en Nazaret? Estáte tranquilo... Un entero pueblo ama a tu Mamá.

-Pero no a mí todavía, excepto unos pocos. Esto lo sé, y sé que su amor a ti está empapado de la compasión que se siente por la madre de un demente y de un vagabundo. Pero tú sabes que no lo soy y que te quiero. Tú sabes que el separarme de ti es la obediencia, no digo más grande, pero sí más amorosamente dolorosa que el Padre me pide...

-¡Sí, Hijo mío! Sí. Lo sé. Yo no me quejo de nada. La verdad es que querría estar, preferiría estar contigo, en medio del fango, con el viento, a la intemperie, perseguida, cansada, sin techo ni fuego, sin pan, como Tú muchas veces... antes que en mi casa, mientras Tú estás lejos y no sé cómo estás mientras pienso en ti. Tú conmigo y yo contigo, sufrirías menos y yo menos sufriría... Porque eres mi Hijo y te podría tener siempre entre mis brazos y defenderte del frío, de la dureza de las piedras y, sobre todo, de la dureza de los corazones, con mi amor, con mi pecho, con mis brazos. Eres mi Hijo. Te tuve mucho sobre mi corazón en la gruta, en el viaje a Egipto, y al regreso, siempre, cuando las inclemencias del tiempo y las insidias de los hombres podían dañarte. ¿Por qué no iba a poder hacerlo ahora? ¿He dejado de ser acaso, tu Madre, porque Tú seas ahora el Hombre? ¿Es que ya no puede una madre ser todo para el hijo por el hecho de que él ya no sea pequeño? Yo creo que si estoy contigo no podrán causarte daño... porque ninguno... No. Soy una ilusa... Tú eres el Redentor... y los hombres, lo he visto, no tienen piedad ni siquiera de la propia madre... Pero, déjame ir contigo. Todo es mejor para mí que estar lejos de ti.

-Si los hombres fueran mejores, habría vuelto a Nazaret todavía. Pero también Nazaret... No importa. Vendrán a mí. Por ahora, voy a otros...Y no puedo llevarte conmigo. Sólo volveré aquí cuando sepan quién soy. Ahora voy a Judea... Subo al Templo... Luego estaré por aquellas comarcas... Recorreré una vez más Samaria. Trabajaré en los lugares donde más trabajo hay. Por ello, Madre, te aconsejo que te prepares para venir a mí al principio de la primavera y para establecerte cerca de Jerusalén. Nos veremos con más facilidad. Volveré a subir alguna vez todavía hasta la Decápolis y nos veremos todavía... Lo espero. Pero normalmente estaré en Judea. Jerusalén es la oveja más necesitada de cuidado, porque, en verdad, es más testaruda que un carnero viejo y más pendenciera que una cabra enrudecida. Voy a esparcir la Palabra como rocío que no se cansa de caer sobre su aridez...

Jesús se levanta, se queda parado, mira a su Madre, que a su vez lo mira fija y atentamente. Abre la boca, luego meneaa la cabeza y dice:

-Queda todavía por decir esto, antes de la última cosa... Madre, si José quiere hablar conmigo, que esté hacia el alba de pasado mañana en el camino que de Nazaret por el Tabor va a Yizreel. Estaré solo o con Juan.

-Lo diré, Hijo mío.

Silencio, un profundo silencio, porque los pájaros han terminado de pelear entre las frondas y también el viento calla, mientras el crepúsculo se adensa. Luego Jesús, que parece haber buscado con dificultad las últimas palabras, dice:

-Mamá, este alto aquí ha terminado... Un beso, Mamá. Y tu bendición.

Se besan y bendicen mutuamente.

Luego Jesús, agachándose a recoger el velo de su Madre y llamando a Juan como para quitar gravedad a las palabras, dice:

-Cuando vayas a Judea, llévame mi túnica más bonita. La que me tejiste para las fiestas solemnes. En Jerusalén debo ser "Maestro" en el sentido más amplio, y más sensiblemente humano, porque esos espíritus cerrados e hipócritas miran más lo externo, la túnica, que lo interno, la doctrina. Y así también Judas de Keriot se sentirá contento... y también José, que me verá regiamente vestido. ¡Será un triunfo! Y la túnica que tejiste contribuirá a ello... - y sonrío, meneando la cabeza, para suavizar la verdad cortante que celan esas palabras.

Pero María no se engaña. Se levanta y, apoyándose en el brazo de Jesús, exclama:

-¡Hijo! - y, con una congoja que me hace sufrir, Jesús la recoge en su corazón, donde Ella llora...

-Mamá, he querido hablar contigo en esta hora de paz por esto... Te confío mi secreto y todo lo que amo aquí abajo. Ninguno de los discípulos sabe que no volveremos a estos lugares sino cuando todo haya sido cumplido. Pero tú... Para ti no hay secretos... Te lo había prometido, Mamá. No llores. Todavía muchas horas hemos de estar untos. Por esto te digo: "Ve a Judea". Tenerte al lado me compensará la fatiga de la más difícil evangelización a esos duros de corazón que ponen obstáculos a la Palabra de Dios. Ve con las discípulas galileas. Me seréis muy útiles. Juan se ocupará del alojamiento tuyo y de ellas. Ahora, antes de que él regrese, vamos a orar juntos. Luego tú volverás al pueblo. Yo también me acercaré durante la noche...

Oran juntos, y están en las últimas palabras del Pater cuando aparece Juan, que, en la penumbra, cuando está cerca, ve la señal del llanto en el rostro de María, y se asombra; pero no dice nada al respecto. Se despidе del Maestro y le dice:

-Estaré a la aurora fuera de Nazaret, en el camino... Ven, Madre. Fuera del bosque hay todavía luz, y abajo el camino está todo iluminado por los faroles de los carros que van de camino...

María besa de nuevo a Jesús, llorando en su velo. Luego, sujeta por Juan, que la lleva del codo, baja al sendero, y sigue hacia abajo, hacia el valle.

Jesús se queda solo, orando, pensando, llorando. Porque Jesús ora mientras ve bajar a su Madre. Luego vuelve a donde estaba antes y se pone en la postura que tenía, mientras la sombra y el silencio se adensan cada vez más en torno a Él.

Dice Jesús:

-No he olvidado tampoco este dolor de María, mi Madre. Haber tenido que lacerarla con la expectativa de mi sufrimiento, haber debido verla llorar. Por eso no le niego nada. Ella me dio todo. Yo le doy todo. Sufrió todo el dolor, le doy toda la alegría.

Quisiera que, cuando pensáis en María, meditarais en esta agonía suya que duró treinta y tres años y culminó al pie de la Cruz. La sufrió por vosotros: por vosotros, las burlas de la gente, que la juzgaba madre de un loco; por vosotros, las críticas de los parientes y de las personas de importancia; por vosotros, mi aparente desaprobación: "Mi Madre y mis hermanos son aquellos que hacen la voluntad de Dios". ¿Y quién más que Ella la hacía? Y una Voluntad tremenda que le imponía la tortura de

ver martirizar al Hijo. Por vosotros, la fatiga de ir acá o allá, a donde Yo estaba; por vosotros, los sacrificios desde el de dejar su casita y mezclarse con las muchedumbres, al de dejar su pequeña patria por el tumulto de Jerusalén; por vosotros, el deber estar en contacto con aquel que guardaba dentro de su corazón la traición; por vosotros, el dolor de oír que me acusaban de posesión diabólica, de herejía. Todo, todo por vosotros.

No sabéis cuánto he amado a mi Madre. No reflexionáis en cuán sensible a los afectos era el corazón del Hijo de María. Y creéis que mi tortura fue puramente física, al máximo añadís la tortura espiritual del abandono final del Padre.

No, hijos. También experimenté los afectos del hombre: sufrí por ver sufrir a mi Madre, por tener que llevarla como mansa cordera al suplicio, por tener que lacerarla con una cadena de despedidas (en Nazaret, antes de la evangelización; ésta que os he mostrado y que precede a mi Pasión, ya inminente; aquélla, antes de la Cena, cuando ya la Pasión está desarrollándose con la traición de Judas Iscariote; aquélla, atroz, en el Calvario).

Sufrí por verme escarnecido, odiado, calumniado, rodeado de malsanas curiosidades que no evolucionaban hacia el bien sino hacia el mal. Sufrí por todas las falsedades que tuve que oír o ver activas a mi lado: las de los fariseos hipócritas, que me llamaban Maestro y me hacían preguntas no por fe en mi inteligencia sino para tenderme trampas; las de aquellos a quienes había favorecido y se volvieron acusadores míos en el Sanedrín y en el Pretorio; aquélla, premeditada, larga, sutil de Judas, que me había vendido y continuaba fingiéndose discípulo; que me señaló a los verdugos con el signo del amor. Sufrí por la falsedad de Pedro, atrapado por el miedo humano.

¡Cuánta falsedad, y cuán repelente para mí que soy Verdad! ¡Cuánta, también ahora, respecto a mí! Decís que me amáis, pero no me amáis. Tenéis mi Nombre en los labios, y en el corazón adoráis a Satanás y seguís una ley contraria a la mía.

Sufrí al pensar que en relación al valor infinito de mi Sacrificio - el Sacrificio de un Dios- demasiados pocos se salvarían. *A todos - digo: a todos- los que a lo largo de los siglos de la Tierra preferirían la muerte a la vida eterna, haciendo vano mi Sacrificio, los tuve presentes. Y con esta cognición fui a afrontar la muerte.*

Ya ves, pequeño Juan, que tu Jesús y la Madre suya sufrieron agudamente en su yo moral. Y largamente. Paciencia, pues, si es que debes sufrir. "Ningún discípulo es más que el Maestro", lo dije.

Mañana hablaré de los dolores del espíritu. Ahora descansa. La paz sea contigo.

478

Coloquio de Jesús con José y Simón de Alfeo, que van a la fiesta de los Tabernáculos.

Apenas despunta el sol sobre la naturaleza rociada de breve y reciente lluvia. Sin duda es así, porque el polvo del camino está todavía mojado pero no se ha transformado en barro; por eso digo que ha llovido poco antes y que la lluvia ha sido breve. Una primera agua de otoño, un anuncio de las lluvias de Noviembre, que transformarán los caminos palestinos en legamosas cintas de lodo. Pero ésta, ligera, propicia para los viandantes, sólo ha mojado el polvo -el otro flagelo de Palestina, reservado a los meses estivales, como el lodo a los invernales- y ha lavado el ambiente, las hojas y las hierbas, que brillan todas, tersas, con el primer rayo del Sol. Un vientecillo suave, puro, corre por los olivares que cubren los collados nazarenos, y el frufrú de las frondas tiene tanto rumor de grandes plumas agitadas al compás del vuelo, que parece que corriera por entre los árboles quietos un vuelo de ángeles; y brillan con su plata sembrada de brillantes, plegándose todas a un lado, como si al angélico vuelo le siguiera una estela de paradisíaca luz.

Ya la ciudad ha quedado unos cuantos estadios atrás, cuando Jesús, que ha caminado por atajos entre las colinas, entra en el camino de primer orden que de Nazaret va hacia la llanura de Esdrelón, el camino de caravanas que de minuto en minuto se va animando de peregrinos. Recorre otros pocos estadios por este camino, cuando -llegado a una bifurcación, donde el camino se divide en dos junto a un poste que en sus dos lados opuestos tiene escrito: 'Jafia Simonia - Belén Carmelo' al Oeste, y 'Xalot - Naím Scitópolis - Engannim' al Este-, ve a sus primos José y Simón, parados en el borde del camino, los cuales, junto con Juan de Zebedeo, lo saludan inmediatamente.

-¡Paz a vosotros! ¿Ya estáis aquí? Pensaba que sería el primero y que debería pararme aquí a esperaros... y ya os encuentro - y los besa, visiblemente contento de verlos.

-No podías llegar antes. Por temor a que pasaras antes de que llegásemos nosotros, nos hemos puesto en camino a la luz de las estrellas, enseguida veladas por las nubes.

-Os había dicho que me veríais. Entonces tú, Juan, no has dormido.

-Poco, Maestro. Pero, en todo caso, más que Tú, sin duda - y el sereno rostro de Juan sonríe, verdadero espejo de su bondadoso carácter siempre contento de todo.

-Entonces, hermano mío, ¿querías hablar conmigo? - dice Jesús a José.

-Sí... Ven, vamos un poco dentro de esa viña. Estaremos más tranquilos - y José es el primero que se mete entre dos hileras de vides ya despojadas de su fruto. Sólo algún que otro pequeño racimo, para el hambre del pobre y del peregrino, según las prescripciones mosaicas, queda en los sarmientos, entre las hojas que, próximas a caer, ya amarillean.

Jesús lo sigue con Simón. Juan se queda en el camino. Pero Jesús lo llama diciendo:

-Puedes venir, Juan. Tú eres mi testigo.

-Pero... - dice el apóstol, mirando vacilante a los dos hijos de Alfeo.

-No, no. Ven, sí. Es más, queremos que oigas nuestras palabras - dice José, y entonces Juan baja también a la viña, donde todos se adentran tanto, siguiendo la curva de las hileras, que ya no se los ve desde el camino.

-Jesús, me siento alegre de ver que me quieres - dice José.

-¿Y podías dudarlo? ¿No te he querido siempre?

-Yo también te he querido siempre. Pero... en nuestro amor, desde hace un tiempo ya no nos comprendíamos. Yo... no podía aprobar lo que hacías, porque me parecía tu destrucción, la de tu Madre y la nuestra. Ya sabes... Todos los galileos de una cierta edad recordamos cómo fue castigado Judas el galileo y cómo fueron desbaratados sus parientes y seguidores, y confiscados sus bienes. A los que no mataron los mandaron a las galeras y les confiscaron los bienes. No quería esto para nosotros. Porque... Sí, no daba crédito a que precisamente de nosotros, que somos de la estirpe de David, sí, pero tan... Bueno, no nos falta el pan, y alabado sea el Altísimo por ello. Pero, ¿dónde está la grandeza regia que todas las profecías atribuyen al que será el Mesías? ¿Eres Tú la verga que golpea para dominar? No fuiste luz al nacer. ¡Ni siquiera naciste en tu casa!... ¡Yo conozco bien las profecías! Nosotros ya somos rama seca. Y nada hacía entender que el Señor la hubiera revestido de follaje. ¿Y Tú qué eres sino un justo? Por estos pensamientos te hacía frente, gimiendo por nuestra destrucción. Y en medio de esta compunción mía vinieron los tentadores, para avivar aún más el fuego de mis ideas de grandeza, de realeza... Jesús, tu hermano fue un necio. Creí en ellos y te causé pesar. Es duro confesarlo, pero lo debo decir. Y piensa que todo Israel estaba en mí: necio como yo; como yo, seguro de que la forma del Mesías no era la que Tú nos ofreces... Es duro decir: "Me he equivocado. Nos hemos equivocado y seguimos equivocándonos. Desde hace siglos". Pero tu Madre me ha explicado las palabras de los profetas. ¡Oh, sí! Tiene razón Santiago. Y tiene razón Judas. De labios de María -como ellos oyeron, de niños, esas palabras-, se ve que eres el Mesías. En fin, ya no soy un niño, y mis cabellos encanecen; ni lo era cuando María volvió del Templo esposa de José. Y recuerdo esos días. Y la desaprobación de mi padre, una desaprobación cargada de asombro, cuando vio que su hermano no cumplía las nupcias en breve plazo. Asombro suyo, asombro de Nazaret. Y también murmuración. Porque no es usual dejar pasar tantos meses antes de las nupcias, poniéndose en condiciones de pecar y de... Jesús, yo siento estima por María y honro la memoria de mi pariente. Pero el mundo... Para el mundo no fue un buen momento... Tú... ¡Oh, ahora sé! Tu Madre me ha explicado las profecías. Y Dios quiso que se retrasaran las nupcias para que tu nacimiento coincidiera con el gran Edicto y nacieras en Belén de Judá. Y... todo, sí, María me lo ha explicado todo, y ha sido como una luz para comprender lo que Ella por humildad ha callado. Y digo: eres el Mesías. Esto he dicho y esto diré. Pero decirlo no significa todavía cambiar de mente... porque mi mente piensa en el Mesías como rey. Las profecías hablan... y es difícil poder comprender otro carácter en el Mesías sino el de rey... ¿Sigues Mi razonamiento? ¿Estás cansado?

-No, te escucho.

-Bueno, pues, los que seducían mi corazón volvieron y querían que te coaccionara... Y, al no querer hacerlo, cayó de su rostro el velo y aparecieron como en realidad son: los falsos amigos, los verdaderos enemigos... Y vinieron otros, plañendo como pecadores. Escuché lo que me dijeron. Relataron tus palabras en casa de Cusa... Ahora sé que Tú reinarás sobre los espíritus, o sea, serás Aquel en quien toda la sabiduría de Israel se centrará para dar leyes nuevas y universales. En ti está la sabiduría de los patriarcas y la de los jueces, y la de los profetas, y la de nuestros antepasados David y Salomón; en ti la sabiduría que guió a los reyes, a Nehemías y a Esdras; en ti, la que sostuvo a los Macabeos. Toda la sabiduría de un pueblo, de nuestro pueblo, del Pueblo de Dios. Comprendo que darás al mundo, enteramente sujeto a tu poder, tus sapientísimas leyes. Y verdaderamente, pueblo de santos será tu pueblo. Pero, hermano mío, no puedes hacer esto solo. Moisés, para mucho menos, eligió ayudantes. ¡Y era sólo un pueblo! ¡Tú... todo el mundo! ¡Todo a tus pies!... ¡Ah, pero para hacer esto debes darte a conocer!... ¿Por qué sonríes con los labios teniendo cerrados los ojos?

-Porque escucho y me pregunto: "¿Olvida mi hermano que, diciendo que iba a perjudicar a toda la familia, me dirigió un reproche por el hecho de darme a conocer?". Por esto sonrío. Y también pienso que desde hace dos años y seis meses no hago más que darme a conocer.

-Es verdad. Pero... ¿Quién te conoce? Una serie de pobres, de campesinos, de pescadores, de pecadores, ¡y de mujeres! Bastan los dedos de la mano para contar, entre los que te conocen, a los de valor. Lo que yo digo es que debes darte a conocer a los grandes de Israel. A los sacerdotes, a los ancianos, a los escribas, a los grandes rabíes de Israel, a todos aquellos que aun siendo pocos valen por una multitud. ¡Ésos son los que te tienen que conocer! Ellos, los que no te aman, tienen entre sus acusaciones -las cuales, ahora lo comprendo, son falsas- una verdadera, justa: la de que los marginas. ¿Por qué no vas como lo que eres y los conquistas con tu sabiduría? Sube al Templo y asienta los reales en el Pórtico de Salomón -eres de la estirpe de David, y profeta; ese lugar te pertenece, a ninguno como a ti le pertenece, por derecho- y habla.

-He hablado y por ello me han odiado.

-Insiste. Habla como rey. ¿No recuerdas la potencia, la majestad de los actos de Salomón? Si (¡espléndido este "si"!) eres el anunciado por los profetas, como ilustran las profecías vistas con los ojos del espíritu, Tú eres más que Hombre. Él, Salomón, era sólo hombre. Muéstrate, pues, como lo que eres, y te adorarán.

-¿Me adorarán los judíos, los príncipes, y los jefes de las familias y tribus de Israel? No todos, pero alguno que no me adora me adorará en espíritu y verdad. Pero no será ahora. Antes debo ceñir la corona y tomar el cetro y vestir de púrpura.

-¡Ah, entonces eres rey, lo serás pronto! ¡Lo estás diciendo! ¡Es como pensaba yo! ¡Es como muchos piensan!

-En verdad, no sabes cómo reinaré. Sólo Yo y el Altísimo, y pocas almas a las que el Espíritu del Señor ha querido revelárselo, ahora y en los tiempos pasados, sabemos cómo reinará el Rey de Israel, el Ungido de Dios.

-Escúchame también a mí, hermano. José tiene razón. ¿Cómo quieres que te amen o que te teman, si siempre evitas maravillarlos? ¿No quieres llamar a Israel a las armas? ¿No quieres lanzar el viejo grito de guerra y de victoria? Bien. Pero, al menos -y no es la primera vez que se producen así las aclamaciones para el trono de Israel, al menos por aclamación popular, al menos por haber sabido arrancar esta aclamación con tu poder de Rabí y Profeta, hazte rey - dice Simón de Alfeo.

-Ya lo soy. Desde siempre.

-Sí. Nos lo ha dicho un jefe del Templo. Has nacido rey de los judíos. Pero Tú no amas a Judea. Eres un rey desertor, porque no vas a ella. Eres un rey no santo, si no amas el Templo donde la voluntad de un pueblo te ungirá rey. Sin la voluntad de un pueblo, si no quieres imponerte a él con violencia, no puedes reinar - replica Simón.

-Sin la voluntad de Dios, quieres decir, Simón. ¿Qué es la voluntad del pueblo? ¿Qué es el pueblo? ¿Por quién es pueblo? ¿Quién lo mantiene como tal? Dios. No olvides esto, Simón. Y Yo seré lo que Dios quiere que sea. Por su voluntad seré lo que debo ser. Y nada podrá impedir que lo sea. No habré de lanzar Yo el grito de convocatoria, todo Israel estará presente en mi proclamación; no habré de subir Yo al Templo para ser aclamado, me llevarán. Un pueblo entero me llevará al Templo, para que suba a mi trono. Me acusáis de que no amo a Judea... En su corazón, en Jerusalén, seré proclamado "Rey de los Judíos". Saúl no fue proclamado rey en Jerusalén, y David tampoco, y tampoco Salomón. Pero Yo seré ungido Rey en Jerusalén. Pero ahora no iré públicamente al Templo, ni sentaré en él los reales porque no es mi hora.

José toma de nuevo la palabra.

-Te digo que estás dejando pasar tu hora. El pueblo está cansado de los opresores extranjeros y de nuestros jefes. Te digo que ésta es la hora. Toda Palestina, menos Judea, y no toda, te sigue como Rabí y más. Eres como un estandarte alzado sobre una cima. Todos te miran. Eres como un águila y todos siguen tu vuelo. Eres como un vengador y todos esperan que lances la flecha. Ve. Deja Galilea, la Decápolis, Perea, las otras regiones, y ve al corazón de Israel, a la ciudadela en que todo el mal está contenido y de donde todo el bien debe venir, y conquístala. Allí también tienes discípulos, aunque tibios, porque te conocen poco; pocos, porque no te quedas allí; vacilantes, porque no has hecho allí las obras que has hecho en otros lugares. Ve a Judea, para que también aquéllos vean, a través de tus obras, lo que eres. Reprochas a los judíos el que no te aman. Pero, ¿cómo puedes pretender que te amen, si te mantienes oculto a ellos? Nadie, si busca y desea ser aclamado en público, hace a hurtadillas sus obras; no, las hace de forma que el público las vea. Si Tú, pues, puedes hacer prodigios en los corazones, en los cuerpos y en las cosas, ve allá y date a conocer al mundo.

-Os lo he dicho: no es mi hora. No ha llegado aún mi tiempo. A vosotros os parece siempre el momento adecuado, pero no es así. Yo debo asir mi momento. Ni antes ni después. Antes sería inútil. Provocaríais mi desaparición del mundo y de los corazones antes de haber cumplido mi obra. Y el trabajo ya hecho no daría fruto, porque ni sería cabal ni gozaría de la ayuda de Dios, que quiere que Yo lo cumpla sin dejar pasar una palabra o acción. Yo debo obedecer al Padre mío. Y nunca haré lo que esperaríais, porque ello perjudicaría al plan del Padre mío.

Yo os comprendo y os disculpo. No os guardo resentimiento. No siento siquiera cansancio, tedio por vuestra ceguera... No sabéis. Pero Yo sí que sé. Vosotros no sabéis. Vosotros veis lo externo de la cara del mundo, Yo veo lo profundo. El mundo os muestra una cara todavía buena. No os odia, no porque os ame, sino porque no os habéis ganado su odio. Sois demasiado poco. Pero a mí me odia, porque soy un peligro para el mundo. Un peligro para la falsedad, la avaricia, la violencia que hay en el mundo.

Yo soy la Luz, y la luz ilumina. El mundo no ama la luz, porque la luz pone al descubierto las acciones del mundo. El mundo no me ama, no me puede amar, porque sabe que he venido a vencerlo en el corazón de los hombres y en el rey tenebroso que lo domina y desvía. El mundo no se quiere convencer de que Yo soy su Médico y su Medicina, y, como un demente, querría derribarme para no ser curado. El mundo todavía no quiere convencerse de que soy el Maestro, porque lo que Yo digo es contrario a lo que él dice. Y entonces trata de ahogar la Voz que habla al mundo para adoctrinarlo en orden a Dios, para mostrarle la verdadera naturaleza de sus malas acciones.

Entre Yo y el mundo hay un abismo. Y no por mi culpa. He venido para dar al mundo la Luz, el Camino, la Verdad, la Vida. Pero el mundo no me quiere acoger, y mi luz para él se hace tinieblas, porque será la causa de la condena de aquellos que no me recibieron. En el Cristo está toda la Luz para aquellos de entre los hombres que quieren recibirlo; mas en el Cristo también están todas las tinieblas para aquellos que me odian y me rechazan. Por ello, al principio de mis días mortales, fui proféticamente señalado como "signo de contradicción". Porque según sea acogido habrá salvación o condena, muerte o vida, luz o tinieblas. Pero, en verdad en verdad os digo que los que me acogen vendrán a ser hijos de la Luz, o sea, de Dios, nacidos a Dios por haber acogido a Dios.

Por ello, si he venido para hacer de los hombres hijos de Dios, ¿cómo puedo hacer de mí un rey, como, por amor o por odio, por ingenuidad o malicia, muchos en Israel queréis hacer? ¿No comprendéis que me destruiría a mí mismo, a mi verdadero Yo mismo, o sea al Mesías, no al Jesús de María y José de Nazaret? ¿No comprendéis que destruiría al Rey de los reyes, al Redentor, al Nacido de una Virgen y llamado Emmanuel, llamado el Admirable, el Consejero, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la Paz, Dios, Aquel cuyo imperio y paz no tendrán confines, sentado en el trono de David por la descendencia humana, pero teniendo al mundo como escabel de sus pies, como escabel de sus pies a todos sus enemigos y al Padre a su lado, como está escrito en el libro de los Salmos, (*Salmo 110, 1; Isaías 7, 14; 9, 5-6*) por derecho sobrehumano de origen divino? ¿No comprendéis que Dios no puede ser Hombre sino por perfección de bondad, para salvar al hombre, pero que no puede, no debe, rebajarse a sí mismo a pobres cosas humanas? ¿No comprendéis que si aceptara la corona, este reino como vosotros lo concebís, confesaría que soy un falso Cristo, mentiría a Dios, renegaría de mí mismo y del Padre y sería peor que Lucifer, porque privaría a Dios de la alegría de teneros, sería peor que Caín vara vosotros, porque os condenaría a un perpetuo exilio de Dios en un Limbo sin esperanza de Paraíso?

¿Todo esto no comprendéis? ¿No comprendéis la trampa de los hombres para hacerme caer? ¿No comprendéis la trampa de Satanás vara agredir al Eterno en su Amado y en sus criaturas: los hombres? ¿No comprendéis que este signo, esta aspiración mía sólo a cosas espirituales para daros el Reino espiritual de Dios, es el signo de que Yo soy más que hombre, que soy el Hombre-Dios? ¿No comprendéis que la señal de que...

-¡Las palabras de Gamaliel! - exclama Simón.

....de que no soy un rey, sino *el Rey*, es este odio de todo el infierno y de todo el mundo hacia mí? Debo enseñar, sufrir, salvaros. Esto es lo que debo hacer. Y Satanás no quiere esto, ni tampoco los diablos. Uno de vosotros ha dicho: "Las palabras de Gamaliel". Eso... él no es discípulo mío, ni lo será nunca mientras Yo esté en este mundo. Pero él es un justo. Bien, ¿y, acaso, entre los que me tientan y os tientan al pobre reino humano está Gamaliel?

-¡No! Esteban ha dicho que el rabí, cuando supo lo que sucedió en casa de Cusa, exclamó: "Mi espíritu vibra preguntándose si será verdaderamente lo que dice. Pero cualquier pregunta quedaría muerta antes de formarse en la mente, y para siempre, si Él hubiera consentido a esto. El Niño al que escuché dijo que tanto la esclavitud como la realeza no serán como, comprendiendo mal a los profetas, las creíamos, o sea, materiales, sino del espíritu, por obra del Cristo, Redentor de la culpa y fundador del Reino de Dios en los espíritus. Recuerdo estas palabras. Y por ellas lo mido al Rabí. Si, midiéndolo, Él fuera inferior a esa altura, lo rechazaría como a pecador y embustero. Y he temido ver esfumarse la esperanza que aquel Niño puso" – dice Simón.

-Sí, pero... él no lo llama Mesías - rebate José.

-Espera un signo, dice - responde Simón.

-¡Pues entonces dáselo! Y potente.

-Le daré lo que le prometí. Pero no ahora. Vosotros id a esta fiesta. Yo no voy públicamente, como rabí, como profeta, para imponerme, porque todavía no ha llegado mi tiempo.

-¿Pero, al menos, irás a Judea? ¿Vas a darles a los judíos pruebas que los convenzan? Para que no puedan decir...

-Sí. ¡Pero tú crees que contribuirán a mi paz? Hermano, cuanto más haga, más me odiarán. Pero te daré esta satisfacción. Les daré pruebas como no podrá haberlas mayores... y les diré palabras capaces de transformar en corderos los lobos, las piedras en blanda cera. Pero no servirán...

Jesús está triste.

-¿Te he afligido? Hablaba por tu bien.

-No me afliges tú... Pero quisiera que me comprendieras. Hermano mío, quisiera que me vieras como lo que soy... Quisiera irme con la alegría de saber que eres amigo mío. El amigo comprende y tutela los intereses del amigo...

-Y yo te digo que lo haré. Sé que te odian. Ahora ya lo sé. Por ese motivo he venido. Pero Tú sabes que velaré por ti. Soy el mayor. Repeleré las calumnias. Y me preocuparé de tu Madre - promete José.

-Gracias, José. Grande es mi peso. Tú lo aligeras. El dolor, un mar, avanza con sus olas para sumergirme, y con él el odio... Pero, si tengo vuestro amor, nada es. Porque el Hijo del hombre tiene un corazón... y este corazón tiene necesidad de amor...

-Yo te doy amor. Sí. Por el ojo de Dios que me ve, te digo que te lo doy. Ve en paz, Jesús, a tu trabajo. Yo te ayudaré. Nos queríamos Luego... Pero ahora volvemos a lo que éramos en el pasado. Uno para el otro. Tú: el Santo, yo: el hombre; pero unidos para la gloria de Dios. Adiós, hermano.

-Adiós, José.

Se besan. Luego es el turno de Simón, que solicita:

-Bendícenos para que se abran nuestros corazones a toda la luz.

Jesús los bendice y antes de dejarlos, dice:

-Os confío mi Madre...

-Ve en paz. Tendrá dos hijos en nosotros.

Se dejan.

Jesús vuelve al camino, y se pone a andar muy raudo con Juan a1 lado.

Pasado bastante rato, Juan rompe el silencio para preguntar:

-Pero José de Alfeo está o no está convencido ya?

-Todavía no.

-¿Y entonces qué eres para él? ¿Mesías? ¿Hombre? ¿Rey? ¿Dios? No he comprendido bien. Me parece que él...

-José está como en uno de esos sueños de la mañana en que la mente ya se acerca a la realidad aligerándose del sueño pesado, que producía irreales sueños, a veces pesadillas. Los fantasmas de la noche retroceden, pero todavía la mente fluctúa en un sueño que, por ser hermoso, no se querría que tuviera fin... Lo mismo él. Se acerca al despertar. Pero, por ahora, sigue acariciando el sueño; casi lo detiene, porque para él es hermoso... Mas hay que saber tomar lo que el hombre puede dar. Y alabar al Altísimo por la transformación que se ha producido hasta ahora. ¡Bienaventurados los niños! ¡Es tan fácil para ellos creer! - y Jesús pasa un brazo por la cintura de Juan -que sabe ser niño y creer- para hacerle sentir su amor.

479

Con Juan al pie de la torre de Yizreel en espera de los campesinos de Jocanán.

-Estás muy cansado, Juan. Y, no obstante, habría que llegar a Enganním antes de la puesta del Sol de mañana.

-Llegaremos, Señor - dice Juan, y sonríe, a pesar de estar -él que ha andado más que todos- hasta pálido por el cansancio. Y trata de tomar un paso más rápido para convencer al Maestro de que no está muy cansado. Pero pronto vuelve a los andares de quien no puede más: espalda curvada, cabeza pendiendo hacia adelante como oprimida por un yugo, pies que rozan el suelo y frecuentemente tropiezan.

-Dame, al menos, las sacas. La mía pesa.

-No, Maestro. Tú no estás menos cansado que yo.

-Tú lo estás más, porque fuiste desde Nazaret al bosque de Matatías y luego volviste a Nazaret.

-Y dormí en una cama. Tú no. Estuviste en vela en el bosque y pronto te pusiste en camino de nuevo.

-También tú. Lo dijo José. Salisteis con las estrellas.

-¡Pero las estrellas duran hasta el alba!... - sonríe Juan. Luego, poniéndose serio, añade:

-Y no es el poco sueño lo que da dolor...

-¿Qué otra cosa, Juan? ¿Qué te ha causado dolor? ¿Quizás que mis hermanos...?

-¡No, Señor! Ellos también... Pero lo que me pone lastre... no, no lo que me pone lastre... lo que me envejece es haber visto llorar a tu Madre... No me dijo por qué lloraba, y yo tampoco se lo pregunté, a pesar de mis ganas de preguntárselo. Pero la miraba tanto, que me dijo: "En casa te diré. Ahora no, porque lloraría más fuerte". Y en casa me habló, tan dulce y tristemente, que también lloré yo.

-¿Qué te dijo?

-Me dijo que te quisiera mucho, que no te causara nunca el más mínimo dolor, porque luego tendría mucho remordimiento. Me dijo "Hagamos todo nuestro deber en los meses que nos quedan, y más que el deber". Porque para ti, que eres Dios, sólo el deber es poco. Y también me dijo -y esto me hizo sufrir mucho y, si no lo hubiera dicho ella, no podría creerlo-, me dijo: "Y es incluso poco hacer sólo el deber hacia quien se marcha y no podremos luego servirle... Para poder estar resignados después, cuando ya no esté entre nosotros, es necesario haber hecho más que el deber. Hay que haber dado todo el amor, los cuidados, la obediencia, todo, todo. Entonces, en medio del desgarramiento de la separación, se dice: "¡Puedo decir que, mientras Dios ha querido que lo tuviera, no he descuidado ni un instante de amarle y servirle!". Y yo dije: "¿Pero se va realmente el Maestro? ¡Muchas cosas tiene que hacer todavía! Habrá tiempo...". Y ella meneó la cabeza diciendo (y dos grandes lágrimas bajaban de sus ojos) "El Maná verdadero, el vivo Pan, volverá al Padre cuando el hombre se esté felicitando de saborear el trigo nuevo... Y nosotros estaremos solos, entonces, Juan". Yo, para consolarla, dije: "Un gran dolor. Pero, si vuelve al Padre, debemos alegrarnos. Ninguno podrá ya dañarle". Y ella gimió: "¡Oh, pero antes!", y yo creí entender. Pero ¿va a ser exactamente así, Señor? ¿Así, así? Mira, no es que no creamos en tus palabras. Lo que pasa es que te queremos y... Yo no te voy a decir como Simón un día: esto no te puede suceder. Yo creo, todos creemos... Pero te queremos y... ¡Oh, Señor mío! ¿Los pecados del amor son realmente pecados?

-El amor no peca nunca, Juan.

-Pues entonces nosotros, que te queremos, estamos dispuestos a combatir y a matar por defenderte. Los galileos no son estimados por los otros. Precisamente porque nos llaman pendencieros. Bueno, pues, defendiéndote, justificaremos la fama que tenemos. Estamos en los lugares donde, en tiempos de Débora, Baraq destruyó el ejército de Sisara, con sus diez mil (*Jueces 4, 1-16*). Y esos diez mil eran de Neftalí y Zabulón. Y nosotros venimos de aquéllos. El nombre era distinto, pero el corazón es igual.

-Eran diez mil... ¿Pero ahora, aunque fuerais diez veces diez mil, qué podríais?

-¡Qué! ¿Teméis a las cohortes? No son tantas, y además... Ellos no te odian. No molestas. No piensas en el reino, en un reino que arrebate una presa a las águilas romanas. No intervendrán entre nosotros y tus enemigos, y éstos estarán pronto vencidos.

-Mil, diez mil, cien mil que fuerais... ¿Qué sería eso contra la voluntad del Padre? Yo debo cumplirla...

Juan, desalentado, deja de hablar. Es extraña esta testarudez, esta incapacidad mental, incluso en los mejores seguidores de Jesús, para comprender la más alta misión de Él. Lo aceptan como Maestro, como Mesías. Creen en su facultad de salvar y redimir. Pero, cuando se encuentran frente al modo como redimirá... pues su intelecto se cierra. Parece, incluso, que para ellos pierdan valor las profecías. Y decir esto respecto a los israelitas, que se puede decir que respiran y caminan y se nutren y viven por medio de las profecías, es decir todo. Todo lo que traen los Libros sagrados es verdadero, menos esto: que el Mesías debe padecer y morir, ser vencido por los hombres. Esto no lo pueden aceptar. Cristo se afana en mostrar cuadros de su futura Pasión, para que puedan leer lo que ésta será, y ellos me parecen ciegos y sordos. Cierran los ojos. No ven y, por tanto, no comprenden.

La noche ya se va acercando, un poco fosca, cuando llegan a la vista de Yizreel.

Jesús da ánimos a Juan -que ya no ha vuelto a hablar y que va como un sonámbulo, de tan cansado como está- diciéndole:

-Pronto llegaremos. Y tú entrarás a buscar un alojamiento para ti.

-Y para ti.

-No, Juan. Yo me quedaré junto al camino que viene de la llanura. Pienso que vendrán de noche, y quiero consolarlos y despedirlos antes del alba.

-¡Estás tan cansado...! y quizás llueva, como la noche pasada.

-Ven, al menos, hasta la mitad de la vigilia del gallo.

-No, Juan.

-Entonces me quedo contigo. Estamos cerca de las tierras de los fariseos y... Y además se lo prometí a tu Madre, y a mí mismo. No quiero tener motivo de autoacusarme...

En los cuatro ángulos de Yizreel hay torres, destinadas no sé para qué uso. Deben ser antiguas, ya cuando las veo yo. Parecen cuatro ceñudos gigantes puestos allí para hacer de carceleros de la pequeña ciudad, construida en un alto que domina a la llanura, la cual, en la sombra precoz de un atardecer nublado, va desapareciendo.

-Vamos a subir a ese talud que hay al pie de la torre. Veremos todo el camino sin ser vistos. Hay hierba para echarse, y el escalón que hay delante de la puerta nos resguardará si viene agua - dice Jesús.

Suben. Se sientan en un bajísimo murete, semiderruido, situado a unos diez metros de la torre. Parece una protección puesta antiguamente alrededor de este torreón. Ahora está casi enteramente caído, y la tupida hierba recubre sus restos con grandes cascadas de convólulos silvestres y con otras hierbas que se alzan y cuyo nombre desconozco, propias de las ruinas, con anchas hojas peludas. Dan unos mordiscos a un poco de pan -no tienen otra cosa- bajo los últimos rayos de luz. Juan, a pesar de estar cansadísimo, da una ojeada por entre las ramas de una higuera nacida entre las piedras, retorcida toda y enmarañada,

y, entre las hojas que tienden a amarillear, descubre algún higuero respetado por los pájaros y los muchachos. Los comen, completando así la comida. El agua la tienen en los zaques. Pronto termina la comida.

-¿Estará habitada la torre? - pregunta Juan soñoliento.

-No creo. No se filtran a través de ella ni luz ni voz. ¿Querías pedir alojamiento? Ya no puedes más...

-¡No! No era por un motivo concreto... Aquí se está bien...

-Túmbate, al menos, Juan. La hierba es tupida, y aquí no debe haber llovido todavía: el suelo está seco.

-...No... No... Señor. No tengo sueño... Hablemos. Dime algo... Una parábola... Me siento aquí a tus pies. Me basta con poner la cabeza sobre tus rodillas... - y se sienta y apoya la cabeza, la cara hacia el cielo, en las rodillas de Jesús.

Hace esfuerzos heroicos para no dormirse. Trata de hablar para vencer el sueño... Trata de interesarse en lo que ve... estrellas en el cielo, luces en el camino. Cada vez más numerosas las primeras, porque el viento, soplando, ha alejado las nubes; cada vez más escasas las segundas, porque la noche ha suspendido la marcha de los peregrinos. Sólo algún obstinado persiste en continuar con su carro provisto de farol, un farol que se bambolea atado al techo (hecho de esteras o mantas extendidas sobre los arcos del carro). Pero el propio silencio, cada vez más profundo, ayuda a conciliar el sueño...

Juan, con una voz cada vez más lejana, dice:

-¡Cuántas luces en el cielo! Y, mira: parece que alguna ha bajado a la Tierra y titila y palpita como arriba... Pero son más pequeñas y feas... Nosotros no podemos ser estrellas... En las nuestras hay humo, hay olor de pabilo... y todo las puede apagar... Una vez dijiste que para apagar la luz en nosotros basta una mariposa, y comparabas las mariposas a las seducciones del mundo... Y luego decías que... mientras las mariposas pueden apagar una lámpara, el ala de los ángeles, y llamabas ángeles a las cosas espirituales, avivan la luz que hay en nosotros... Yo... el ángel... la luz.

Juan se va sumiendo lentamente en el sueño, y se extiende, abatido sin querer por el cansancio.

Jesús espera a que esté recostado del todo, y luego le coloca la saca debajo de la cabeza, y le extiende el manto encima con ademanes paternos. En un último destello de lucidez, Juan susurra todavía:

-¡No estoy dormido, eh, Maestro!... Lo único es que así veo más estrellas y te veo mejor... - y pasa a ver mejor a Jesús y el cielo estrellado soñándolos profundamente dormido.

Jesús se sienta de nuevo en su verde asiento. Apoya el codo derecho en la rodilla, apoya el carrillo en la palma de la mano y piensa, ora, mirando el camino, ya desierto, mientras a sus pies el Predilecto, doblado un brazo debajo de la cabeza, duerme con la placidez de un niño.

480

Parten de Yizreel tras la visita nocturna de los campesinos de Jocanán.

-Juan, ya ha llegado la aurora. Álzate y vamos - dice Jesús, meneando al apóstol para que se despierte.

-¡Maestro! ¡Ya ha salido el Sol! ¡Cuánto he dormido! ¿Y Tú?

-Yo también, a tu lado, debajo de nuestros mantos.

-¡Ah! ¡Te convenciste de que los campesinos no venían y te acostaste! Lo había previsto...

Jesús sonríe y responde:

-Han venido cuando la posición de las estrellas de la Osa decía que empezaba el galicinio.

-¡No he oído nada!...

Juan está afligido.

-¿Por qué no me has tenido despierto?

-Estabas muy cansado. Parecías un niño durmiendo en una cuna. ¿Para qué despertarte?

-¡Pues para hacerte compañía!

-Me hacías compañía con tu sueño sereno. Te dormiste hablando de ángeles, estrellas, almas, luz... y ciertamente seguiste viendo en el sueño ángeles y estrellas, y a tu Jesús... ¿Por qué traerte de nuevo a las maldades del mundo cuando estabas tan lejos de ellas?

-¿Y si... si en vez de los campesinos hubieran subido aquí maleantes?

-Entonces te habría llamado. Pero ¿quién iba a venir?

-Pues... No sé... Jocanán, por ejemplo... Te odia...

-Lo sé. Pero han venido sólo sus siervos. Nadie ha traicionado... porque tú sospechas también que alguno haya hablado para perjudicarme a mí y a ellos. Pero ninguno ha traicionado. Y he hecho bien esperándolos aquí. El nuevo administrador es digno de su jefe y ha recibido órdenes severísimas; no faltó a la caridad calificándolas de crueles; otro nombre sería falsedad... Salieron en cuanto la noche se adensó, rogando al Señor que les hiciera encontrarse conmigo. Dios premia siempre la fe y consuela a sus hijos infelices. Si no me hubieran encontrado, habrían estado aquí hasta los primeros albos: luego habrían regresado para que los vieran a la aurora en las tierras... Así, los he visto y bendecido...

-Y estás triste por haberlos visto tan oprimidos.

-Es verdad. Muchas tristezas... Por eso que dices, por no haber tenido nada que dar a sus cuerpos extenuados, por el pensamiento de que no los volveré a ver...

-¿Se lo has dicho?

-No. ¿Por qué poner un dolor donde ya todo es dolor?

-Los habría saludado yo también con gusto por última vez.

-Para ti no es la última vez. Es más, tú, junto con los discípulos, te ocuparás mucho de ellos cuando Yo me haya marchado. Os confío mis seguidores a todos vosotros, especialmente aquellos que son los más infelices y que tienen en la fe su único apoyo y en la esperanza del Cielo su única alegría.

-¡Oh, Maestro mío! Digo también yo como tu hermano José: ve en paz, Maestro. Yo, créeme, como sepa hacerlo, te continuaré.

-Estoy seguro de ello. Vamos... El camino se anima de gente. Las nubes se encabalgan en el cielo, y la luz, en vez de aumentar, disminuye. Hoy va a llover y todos se apresuran para acabar la etapa. Pero las nubes se han portado bien con nosotros. La noche ha sido tibia y no ha habido lluvia, por nosotros que estábamos al raso. El Padre siempre vela por sus hijos entrañablemente amados.

-Entrañablemente amado Tú, Maestro. Yo...

-Tú lo eres para Él, porque me amas...

-¡Oh, eso sí! Hasta la muerte...

Y, mezclados entre la gente, se alejan hacia el sur...

481

Llegada a Enganním. Maquinaciones de Judas Iscariote para impedir una trama de los fariseos.

El tiempo ha mantenido exactamente sus promesas y se ha resuelto en un agua fastidiosa, menuda, persistente. Quien va en carro se defiende bien. Pero quien va a pie o en burro se moja y siente la molestia, sobre todo los que soportan no sólo el fastidio del agua, que les moja la cabeza y los hombros, sino también el del fanguillo, cada vez más suelto, que entra en las sandalias, se pega en los tobillos y salpica los vestidos. Los peregrinos se han puesto sobre la cabeza, quizás hechas dos dobleces, los mantos o mantas y parecen todos frailes encapuchados.

Jesús y Juan, a pie, están bien mojados. Pero se preocupan más de proteger las sacas, donde están los vestidos de recambio, que de sí mismos. Así llegan a Enganním, y se ponen a buscar a los apóstoles, separándose para encontrarlos antes.

Es Juan el que los encuentra; bueno, encuentra a Santiago de Zebedeo, que ha comprado las provisiones para el sábado.

-Estábamos preocupados. Y, si no os hubiéramos visto, hubiéramos vuelto para atrás a pesar del sábado... ¿Dónde está el Maestro?

-Ha ido a buscaros. Aquel al que encuentre antes irá donde el fabro.

-Entonces... Mira, nosotros estamos en aquella casa. Una buena mujer con tres hijas. Ve enseguida donde el Maestro y ven...

Santiago baja la voz y, mirando a su alrededor, bisbisea:

-Hay muchos fariseos... seguro que con malas intenciones. Nos preguntaron por qué no estaba con nosotros. Querían saber si ha seguido adelante o si se ha quedado atrás. Primero dijimos: "No sabemos". No nos han creído. Y es normal, porque ¿cómo podemos decir nosotros que no sabemos dónde está Él? Entonces Judas Iscariote -él no tiene tantos escrúpulos- dijo: "Ha ido por delante", y, dado que no estaban convencidos y hacían preguntas sobre con quién, con qué, sobre cuándo se había marchado, sobre si se sabía que el otro viernes estaba en la zona de Yiscala, pues dijo: "En Tolemaida subió a una nave; por tanto, nos ha precedido. Bajará en Joppe y entrará en Jerusalén por la Puerta de Damasco, para ir inmediatamente a la casa de Beceta de José de Arimatea".

-¿Pero por qué tantas mentiras? -pregunta Juan escandalizado.

-¿Qué sé yo? Se lo dijimos también nosotros. Pero se rió y dijo "Ojo por ojo, diente por diente, y mentira por mentira. Basta con que el Maestro se encuentre a salvo. Lo buscan para hacerle algún daño. Lo sé". Pedro le hizo la observación de que nombrar a José podía crearle a éste problemas. Pero Judas respondió: "Irán rápidamente allí: y, al ver el estupor de José, comprenderán que no era verdad". "Te odiarán, entonces, por haberte burlado de ellos..." objetamos. Pero él, riéndose, dijo: "¡Me río yo de su odio! Sé cómo mantenerle inocuo...". Pero, ve, Juan. Trata de encontrar al Maestro y vuelve con Él. El agua nos viene bien. Los fariseos están en las casas para no mojarse sus amplísimos ropajes...

Juan da a su hermano la saca y hace ademán de marcharse veloz. Pero Santiago lo retiene para decirle: «Y no refieras al Maestro las mentiras de Judas. Aunque hayan sido dichas con buena finalidad, no dejan de ser mentiras. Y el Maestro odia la mentira...

-No se lo diré - y Juan se marcha raudo.

Santiago ha atinado en lo que ha dicho: los ricos están ya en las casas. Por las calles circula, en busca de un alojamiento, solamente la gente modesta...

Jesús está debajo de un atrio, junto al taller del herrador. Juan se llega a Él y le dice:

-Ven enseguida. Los he encontrado. Podremos vestirnos con ropa seca.

No dice ninguna otra cosa para explicar su prisa.

Pronto llegan a la casa. Entran por la puerta que han dejado entornada. Allí, inmediatamente detrás, están los once apóstoles; ellos se arremolinan en torno a Jesús, como si no lo vieran desde muchos meses atrás. La dueña de la casa, una mujercita ajada, carnisea, echa alguna ojeada desde detrás de una puerta entornada.

-La paz a vosotros - dice Jesús con una sonrisa, y los abraza sin diferencias en el afecto.

Todos hablan al mismo tiempo, queriendo decir muchas cosas. Pero Pedro grita: -¡Callaos! Y no lo retengáis. ¿No veis lo mojado y cansado que está? - y al Maestro:

-He dicho que te preparen un baño caliente y... trae acá ese manto mojado... y también que te calienten la ropa. La he sacado de tu saca...

Luego se vuelve hacia el interior de la casa y grita:

-¡Eh! ¡Mujer! El Huésped ha llegado. Trae el agua, que de lo demás me preocupo yo.

Y la mujer, tímida como todos los que han sufrido -y su cara dice que ha sufrido- cruza silenciosa el pasillo, seguida de tres jovencitas que la asemejan en la delgadez y en la expresión, para ir a la cocina a tomar los calderos llenos de agua hirviendo.

-Ven, Maestro. Y también tú, Juan. Estáis más fríos que un ahogado. Pero he dicho que cocieran enebro con vinagre para meterlo en agua. Es bueno.

Efectivamente, los calderos, al pasar, han emanado olor de vinagre y otros aromas.

Jesús, al entrar en un cuartito donde hay dos anchos artesones (o sea, dos tinas de madera, quizás destinadas a las coladas), mira a la mujer que sale con sus hijas y la saluda:

-La paz a ti y a tus hijas. Que el Señor te recompense.

-Gracias, Señor... - dice ella, y desaparece.

Pedro entra con Jesús y Juan. Cierra la puerta y susurra:

-Ten en cuenta que no sabe quién eres... Somos peregrinos todos, y Tú eres un rabí; nosotros, tus amigos. Es verdad, en el fondo... Es... ¡mmm! ¡Bueno!, es una verdad, sólo que velada... Demasiados fariseos y... demasiados interesados en ti. Hazte tu composición de lugar... Después hablaremos - y se marcha; los deja solos y regresa donde los compañeros, que están sentados en un cuartito.

-¿Y ahora? ¿Qué le vamos a decir al Maestro? Si decimos que hemos mentido, se va a apenar. Pero... no podemos no decírselo - dice Pedro.

-¡No te sacrifiques, hombre! Yo he mentido, yo se lo diré.

-Y lo vas a poner más triste todavía. ¿No has visto lo afligido que está?

-Lo he visto. Pero es porque está cansado... Y además... sé también decir a los fariseos: "Os mentí". Esto son pequeñeces. Lo importante es que Él no deba sufrir.

-Yo no diría nada. A nadie. Si se lo dices a Él, no vas a conseguir tenerlo oculto; si a ellos, no vas a conseguir salvarlo de las insidias... - observa Felipe.

-Eso lo veremos - dice Judas seguro.

Pasa poco tiempo y Jesús vuelve con la ropa seca, reconfortado por el baño. Juan le sigue.

Hablan de todo lo que ha sucedido al grupo apostólico y al Maestro y a Juan. Pero ninguno habla de los fariseos, hasta que Judas dice:

-Maestro, sé seguro que los que te odian te buscan. Y, para salvarte, he esparcido la voz de que no vas a Jerusalén por los caminos normales, sino por mar hasta Joppe... Ellos se van a abalanzar hacia allá, ¡ja! ¡ja!

-¿Pero por qué mentir?

-¿Y ellos por qué mienten?

-Pero ellos son ellos, y tú no eres, no deberías ser como ellos...

Maestro, yo soy una cosa sólo: soy uno que los conoce y que te quiere. ¿Quieres destruirte? Yo estoy dispuesto a impedirlo. Escúchame bien, y percibe mi corazón en mis palabras. Tú mañana no sales de aquí...

-Mañana es sábado...

-De acuerdo. Pero no sales de aquí. Descansas...

-Todo menos el pecado, Judas. Ninguna consideración me hará aceptar faltar a la santificación del sábado.

-Ellos...

-Que hagan lo que quieran. Yo no pecaré. Si lo hiciera, además de mi pecado que pesaría sobre mí, pondría en sus manos un arma para destruirme. ¿No recuerdas que ya me llaman profanador del sábado?

-El Maestro tiene razón - dicen los otros.

-De acuerdo... Harás lo que quieras para el sábado. Pero no por el camino. No vayamos por el camino de todos, Maestro. Escúchame. Desorientalos...

-¡Pero bueno! ¡¿Qué es lo que sabes con precisión, tú que hablas? - grita Simón, agitando sus cortos brazos -¡Maestro, ordénale que hable!

-Calma, Simón. Si tu hermano ha venido a saber de la existencia de un peligro, quizás con peligro para sí mismo, y nos advierte de él, no debemos tratarlo como a un enemigo, sino agradecerse. Si él no puede decir todo, porque podría comprometer a terceras personas no suficientemente valientes como para tomar la iniciativa de hablar, pero todavía suficientemente honestas como para no permitir un delito, ¿por qué queréis forzarlo a hablar? Dejadlo, pues, expresarse. Aceptaré lo que de bueno haya en su proyecto y rechazaré lo que podría ser no bueno. Habla, Judas.

-Gracias, Maestro. Sólo Tú me conoces verdaderamente como lo que soy. Estaba diciendo que dentro de los confines de Samaria podríamos ir seguros. Porque en Samaria manda Roma más que en Galilea y Judea, y ellos, los que te odian, no quieren problemas con Roma. Pero -esto también para desorientar a los espías- lo que yo digo es que no sigamos el camino directo, sino que, saliendo de aquí nos dirijamos a Dotán, y luego, sin llegar a Samaria, atravesar la región y pasar por Siquem; luego abajo hasta Efraím, hacia el Adomín y el Carit, y llegar por esa parte a Betania.

-Camino largo y difícil, especialmente si llueve.

-¡Peligrosa! E-Adomín...

-Parece que buscas el peligro...

No hay entusiasmo en los apóstoles.

Pero Jesús dice:

-Judas tiene razón. Iremos por este camino. Después tendremos tiempo de descansar. Tengo que hacer todavía otras cosas antes de que la hora llegue y sea perfecta, y no debo neciamente ponerme en sus manos hasta que todo esté cumplido. Pasaremos, así, por casa de Lázaro, que está, ciertamente, muy enfermo y me espera... Comed vosotros. Yo me retiro. Estoy cansado...

-¿Pero ni siquiera un poco de comida? ¿No estarás enfermo, eh?

-No, Simón. Pero hace siete días que no toco una cama. Adiós, La paz sea con vosotros...

Y se retira.

Judas, exultante, dice:

-¿Habéis visto? Es humilde y justo y no rechaza lo que siente que es bueno...

-Sí... pero... ¿Tú crees que está contento? ¿Verdaderamente contento?

-No lo creo... Pero comprende que tengo razón...

-Yo quisiera saber cómo te las has agenciado para saber tantas cosas. ¡Y habiendo estado siempre con nosotros!...

-Sí, estando con vosotros. Y vosotros me vigiláis como a un animal peligroso. Ya lo sé. Pero no importa. Recordad esto: un mendigo incluso, e incluso un bandolero, pueden servir para saber; e incluso una mujer. Hablé con un mendigo y lo favorecí. Con un bandolero y descubrí... Con una... mujer y... ¡cuántas cosas puede saber una mujer!

Los apóstoles se miran estupefactos. Con las miradas se preguntan. ¿Cuándo? ¿Dónde ha sabido y entablado relación Judas?...

El se ríe y dice:

-¡Y con un soldado! Sí. Porque la mujer había dicho tantas cosas que me mandó a un soldado. Y tuve la confirmación. Y yo también dije... Todo es lícito cuando es necesario. ¡Incluso las cortesanas y los soldados!

-¡Eres... tú eres...! - dice Bartolomé, y frena lo que iba a decir.

-Sí. Soy yo. Nada más que yo. Para vosotros un pecador. Pero yo, o mis pecados, sirvo mejor al Maestro que vosotros. Y además... Si una cortesana sabe lo que quieren hacer los enemigos de Jesús, señal es que ellos también van con las cortesanas y las tienen consigo, a bailarinas y mimos, para divertirse... Y si ellos tienen cerca a estas mujeres... puedo tenerlas también yo. Me ha servido, ¿veis? Tened en cuenta que en los confines de Judea Él podía haber sido atrapado. Decid, pues, que he sido sabio por haberlo evitado...

Todos están pensativos y comen su comida sin ganas. Luego Bartolomé se levanta.

-¿A dónde vas?

-Voy donde Él... No estoy convencido de que esté durmiendo. Voy a llevarle leche caliente... y veo.

Sale. Está fuera un rato. Vuelve.

-Estaba sentado en la cama... y lloraba... Tú, Judas, lo has apenado. Yo lo pensaba.

-¿Lo ha dicho Él? Voy a dar explicaciones.

-No. No lo ha dicho. Es más, ha dicho que tú también tienes tus méritos. Pero yo lo he comprendido. Y no vayas. Déjalo en paz.

-Sois todos unos necios. Sufre porque se ve perseguido, impedido en su misión. Eso es - se rebela Judas.

Y Juan confirma:

-Es verdad. Ha llorado también antes de reunirse con vosotros. Sufre mucho. Por su Madre también. Y por sus hermanos, por los campesinos infelices. ¡Mucho dolor!...

-Cuenta, cuenta...

-Dejar a su Madre es dolor. Ver que no lo comprenden, que nadie lo comprende, es dolor. Ver que los siervos de Jocánán...

-¡Sí, sí! ¡Verlos a ellos es verdaderamente un dolor!... Me alegro de que Margziam no los haya visto. Habría sufrido y odiado al fariseo... - dice Pedro.

-¿Pero mis hermanos han hecho sufrir otra vez a Jesús? - pregunta severo Judas Tadeo.

-¡No! Es más, se vieron y hablaron con amor y se dejaron pacíficamente, con buenas promesas. Pero Él querría que fueran... con nosotros... y más que todos nosotros... Querría vernos a todos convencidos de su Reino y de la naturaleza de su Reino. Y nosotros...

Juan no dice nada más... El silencio desciende sobre el cuartito alumbrado por una lámpara de dos boquillas que ilumina doce rostros distintamente pensativos.

En camino con un pastor samaritano que ve premiada su fe.

No sé decir en qué lugar de Samaria nos encontramos. Ciertamente en plenos montes samaritanos (aunque no son los más altos, porque los más altos están más al sur, con sus cimas bien erguidas, hacia el cielo, que de nuevo está sereno).

Los apóstoles caminan lo más que pueden cerca de Jesús. Pero el sendero, un atajo, no lo permite frecuentemente, así que el grupo se forma y se deshace continuamente.

Hay muchos pastores con sus hatos en los montes; a ellos se dirigen los apóstoles para preguntar si sigue siendo el sendero que conduce al camino de caravanas que del mar va a Pel.la. A pesar de ser samaritanos, responden siempre a las

preguntas sin desaires. Es más, uno, en un nudo de caminos estrechos que van en todas las direcciones, para bifurcarse luego aún en otros nudos, dice:

-Dentro de poco bajo. Descansad bien. Recorreremos el camino juntos. Si os perdierais en estos montes... no sería cosa buena...

Baja la voz y añade:

-¡Los bandoleros!... - y mira a su alrededor como temiendo tenerlos cerca amenazadores. Luego, tranquilizado, sigue diciendo:

-De las laderas del Garizim y del Ebal bajan, y se esparcen, en esta época de peregrinajes. Y siempre encuentran trabajo, a pesar de que los romanos refuerzan la guardia en los caminos... porque siempre hay gente que evita los caminos transitados, para llegar antes, o por otros motivos.

-Tenéis muchos bandoleros, ¿eh? - dice Felipe con una sonrisita significativa.

-¿Crees que son samaritanos, tú, galileo? - dice enseguida, resentido, el pastor.

Interviene Judas Iscariote, el cual, habiendo sido el promotor de esta desviación del itinerario, se siente en el deber de eliminar todo incidente desagradable.

-¡No, no! Es porque, sabiendo que sois hospitalarios, los que hacen el mal en otro lugar vienen a refugiarse aquí. Es como si... si fuerais un lugar enteramente de refugio. Los malhechores saben bien que nadie, ni galileo ni judío, los perseguiría aquí, y se aprovechan de ello. Y también se pone de su parte la naturaleza. Estos montes...

-¡Ah, creía que pensarais!... Los montes, sí, ayudan mucho. Bueno y los dos más altos... Sí... ¡pero... cuántos bandoleros nos traen el Adomín y el paso de Efraím! ¡De todas las razas, je, je! Y los soldados de Roma son astutos... No van a desalojarlos. Ya de por sí sólo las serpientes y las águilas pueden conocer y penetrar en sus madrigueras.

Y se cuentan cosas tremendas. Pero sentaos. Os doy leche... Samaritano, sí, ¡pero yo también sé el Pentateuco! Y con quien no ofende no ofendo. Vosotros... a pesar de ser galileos y judíos, no ofendéis. Pero se dice que os ha surgido un profeta que enseña a amarnos. Si no pensara que según los escribas y fariseos de Israel somos malditos -así dicen-, diría que los grandes profetas que nos han amado, a pesar de ser samaritanos, han vuelto, en Él, como dicen algunos, para vivir de nuevo. Pero yo no creo estas cosas... Aquí tenéis la leche... De todas formas, me gustaría encontrar a ese profeta. Dicen que el otro profeta, el que se había refugiado en nuestras fronteras y al cual no traicionamos -los que nos insultan deberían recordarlo-, dijo que este profeta surgido en Israel es más grande que Elías. Lo llamó Cordero de Dios, Cristo. Y samaritanos de Siquem han hablado con Él, y dicen de Él grandes cosas, y muchos se han puesto en los caminos grandes, porque se piensa que pasará. Es más -es la primera vez que sucede-, también judíos, fariseos y doctores nos han preguntado en todas las ciudades, diciéndonos que si lo vemos corramos adelante para decir que llega, porque quieren festejarlo mucho.

Los apóstoles se miran de reojo, pero, prudentemente, no hablan. Judas, con sus brillantes ojos negros, llenos de una luz de triunfo, parece decir:

-¿Habéis oído? ¿Convencidos ahora de que tengo razón?

El pastor sigue hablando:

-Vosotros lo conocéis, claro. ¿De dónde venís?

-De la alta Galilea - responde rápidamente Judas.

-¡Ah! sois... No. Tú no eres galileo.

-Somos de todos los lugares. Hemos hecho una peregrinación a las tumbas de los doctores.

-¿Ah, sois discípulos, quizás?... ¿Pero este hombre no es un rabí? - dice señalando a Jesús.

-Somos discípulos. Bien has dicho. Sí, es un rabí este hombre. Pero tú sabes que de rabí a rabí hay diferencia...

-Lo sé. Claro que éste es joven y tendrá que aprender todavía de los grandes doctores del Templo vuestro - y va una evidente pulla de desprecio en el adjetivo posesivo.

Pero Judas, siempre tan dispuesto a rebatir, se comporta con una docilidad maravillosa. Los otros no hablan. Jesús está como absorto y, por tanto, el alfilerazo no suscita réplicas. Judas, incluso, dice son riendo:

-Es muy joven, efectivamente. Pero es el más sabio de nosotros - y, para poner fin a la conversación, que podría hacerse peligrosa, dice:

-¿Tienes que estar todavía mucho aquí? Porque para la noche querríamos estar abajo.

-No. Voy. Reúno a las ovejas y voy.

-De acuerdo. Nosotros, mientras, nos adelantamos... - y se alza con los demás, y toman inmediatamente el sendero.

Y, cuando un bosquecillo espeso se interpone entre él y el pastor se ríe, se ríe, diciendo:

-¡Pero qué fácil es torear a la gente! ¿Os habéis convencido ahora de que yo no mentía ni era un estúpido?

-No, no mentías... pero has mentido ahora.

-¿Mentido? No. ¿En virtud de qué dices eso, Felipe? He sabido decir la verdad sin que se transforme en daño ¿No venimos, acaso, de la alta Galilea? ¿No somos, acaso, de todos los lugares? ¿No fuimos, acaso, un día a recibir pedradas por venerar las tumbas de los doctores? ¿Y no hemos pasado cerca también en el último viaje hacia Yiscala? ¿He negado, acaso, que Jesús es un rabí? ¿He dicho, acaso, que no es más sabio que todos nosotros?... Al decir estas cosas yo pensaba -y reía en mi corazón- que diciendo "nosotros" asestaba un golpe a los rabíes, todos inferiores al Maestro, aunque crean no serlo, y toreaba al pastor... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Hay que saber decir las cosas... y se dice todo sin pecar ni causar daño.

Judas de Alfeo hace una mueca de desagrado y dice:

-Para mí, en todo caso, es mentir.

-¡Ya, claro! ¡Lo he hecho yo! Pero, has oído, ¿no? Han depuesto los prejuicios, las repulsas y la altanería, para decir a los samaritanos que señalen el paso del Maestro para festejarlo en la frontera. ¡Ja! ¡Ja! ¡Menuda fiesta!

-¡La fiesta! También ellos han sabido decir y pensar, hablando con falsedad, una verdad... Judas de Keriot tiene razón - dice Tomás.

Jesús se vuelve y dice:

-Sí. El suyo, un engaño, y odioso. Pero también decir una cosa por otra con buen fin es siempre censurable. ¿Crees tú que el Señor tiene necesidad de esto para proteger a su Mesías? No vuelvas a mentir, ni siquiera con buen fin. El ánimo se acostumbra a imaginar la mentira, y los labios a proferirla. No, Judas. Evita la insinceridad.

-Lo haré, Maestro. Pero ahora callemos. El pastor está llegando corriendo.

Efectivamente, las ovejas, que ya sienten cercano el aprisco, se echan a correr con esa carrera suya hecha de saltos desgarrados, y balan y se chocan unas con otras, avanzan y pasan inevitablemente por entre los apóstoles, de forma que casi los arrollan. Así que llega el pastor, seguido del zagal y del perro. Y no se para sino cuando logra, con la ayuda del muchacho y del perro, frenar a las ovejas, reunir las, para que no se esparzan o bajen solas.

-¡Son los animales más necios que hay en la Tierra! ¡Pero son muy útiles! - dice secándose el sudor, y suspira:

-¡Si estuviera todavía Rubén! ¡Pero con este muchacho sólo!...

Menea la cabeza bajando tras sus ovejas, a las que el perro y el muchacho, a la cabeza del rebaño, tienen recogidas. Y monologa:

-Si supiera encontrar a ese profeta, samaritano y todo, hablaría con Él...

-¿Y qué le dirías? - pregunta Jesús.

-Diría: "Tenía una mujer buena como agua de monte para un sediento, y el Altísimo me la arrebató. Tenía una hija buena como su madre; un romano me la vio y la quiso como esposa, y se la llevó lejos. Tenía al hijo varón, que era todo para mí... patinó en el monte un día que llovía y se rompió la columna y está inmóvil y ahora está además mal, porque se ha enfermado por dentro, y los médicos dicen que morirá. No te pregunto por qué el Eterno me ha castigado. Pero te ruego que me cures al hijo".

-¿Y crees que podría curártelo?

-¡Sí, cierto que lo creo! Pero no lo veré nunca...

-¿Por qué esa certeza? No es samaritano.

-Es un justo. Es el Hijo de Dios, se dice.

-Vosotros, en los padres, habéis ofendido a Dios.

(En los padres, habéis ofendido a Dios, a causa del cisma referido en 1 Reyes 12-13; 2 Reyes 17, 24-41; 2 Crónicas 10; se lee esta promesa, en el llamado "protoevangelio" de Génesis 3, 15)

-Es verdad. Pero también está escrito que Dios concederá el perdón de la Culpa del hombre enviando al Redentor. En el Pentateuco al lado de la condena contra Adán y Eva, se lee esta promesa. Y el Libro la cita más veces. Si perdona *aquella* culpa, ¿puede no tener misericordia de mí, que no tengo culpa de haber nacido samaritano - Yo creo que si el Mesías conociera mi dolor se compadecería.

Jesús sonríe, pero no dice nada. Y los apóstoles se entienden con recíprocas sonrisas. Pero el pastor no lo nota.

-¿Ese muchacho, entonces, no es tu hijo? - pregunta Jesús.

-No. Es hijo de una viuda que tiene ocho hijos varones y que pasa hambre. Yo lo he tomado como ayuda... y como hijo... para no estar solo después... cuando Rubén esté en la tumba... - y suspira.

-Pero si tu hijo se curara, ¿qué harías de éste?

-Lo seguiría teniendo. Es bueno y siento compasión de él... - baja la voz diciendo:

-Él no lo sabe... pero su padre murió en las galeras.

-¿Qué había hecho para merecerlo?

-Nada voluntario. Pero su carro arrolló a un soldado borracho y fue acusado de haber querido hacerlo...

-¿Cómo sabéis que ha muerto?

-¡No se sobrevive mucho en el remo! Pero la noticia cierta nos llegó a través de un mercader de Samaria, que vio que lo sacaban muerto de los grilletes y lo arrojaban al mar más allá de las Columnas.

-¿Y lo tendrías contigo realmente?

-Estoy dispuesto a jurarlo. Él, infeliz; yo, infeliz. Y no soy el único. Otros han tomado consigo a los hijos de la viuda y ella se ha quedado con las tres niñas. Siguen siendo demasiadas. Pero mejor ser cuatro que doce... ¡De todas formas, no hace falta que jure!... Rubén morirá...

Ya se ve el camino, muy transitado por peregrinos que se dirigen hacia los lugares de parada: el crepúsculo se acerca.

-¿Tienes dónde dormir? - pregunta el pastor.

-No, la verdad es que no.

-Te diría: "ven", pero la casa es pequeña para todos. De todas formas, el aprisco es grande.

-Dios te recompense como si me hubieras dado posada, aunque voy a proseguir hasta que se ponga la Luna.

-Como quieras. ¿No temes perderte?, ¿y tener encuentros desagradables?

-Respecto a los salteadores, me protege mi pobreza y la de mis compañeros. Respecto al camino, me pongo en las manos del ángel de los peregrinos.

-Tengo que ir delante del rebaño. El muchacho no sabe todavía... Y el camino está lleno de carros... - y se adelanta presuroso para guiar a las ovejas y salvarlas.

-Maestro, ahora viene lo malo. Hay que recorrer un tramo de camino entre la gente... - susurran los apóstoles.

Ya están en el camino, detrás de las ovejas, que van en fila, ajustadas entre el monte y el cayado del pastor y la vigilancia del perro. El niño está ahora al lado de Jesús, que lo acaricia.

Llegan a una bifurcación. El pastor ha parado el rebaño y ahora dice:

-Aquí tienes el camino para ti y éste es el mío. Pero, si vas hacia el pueblo, vas a encontrar un tercero, más corto, para llegar al pueblo vecino. Mira: ¿ves aquel sicómoro gigante? Ve hasta allá y luego tuerces a la derecha. Verás una placita con una fuente y, después de ella, una casa, negra de humo. Es el herrero. Pasada su casa está el camino. No tiene pérdida. Adiós.

-Adiós. Has sido bueno. Dios te consolará.

El pastor se marcha por su camino, Jesús por el suyo: con el primero, las ovejas; con el segundo, los apóstoles: dos pastores en medio de su rebaño...

Ya están separados, ocultos por un grupo de casas que se introduce entre el camino de primer orden, seguido por el pastor, y este caminito que entra en una pobre barriada del pueblo, el más pobre, creo... silencioso, solitario... Esta pobre gente está ya en las casas. Las puertas entornadas muestran los fuegos en las cocinas... Cae la tarde con las calígines del crepúsculo.

-Nos detenemos en cuanto atravesemos el pueblo - dice Judas -Veo allí casas en los campos.

-No. Mejor proseguir.

Las opiniones son distintas. Llegan a la fuente. Se acercan a ella para lavarse y llenar los zaques. Y está el herrero. Está cerrando su negro taller. Y se ve el camino que va hacia los campos... Se adentran.

Pero un grito viene de lejos, del pueblo.

-¡Rabí! ¡Rabí! ¡Mi hijo!

-¡Vecinos! ¡Venid! ¿Dónde está el Peregrino?

-¡Nos buscan a nosotros, Señor! ¿Qué has hecho?

-Corred. Si llegamos a aquel bosque ya no nos verá nadie.

Corren por un prado cubierto con el último heno segado; llegan a un promontorio, trepan, desaparecen, perseguidos por las voces, que ahora son numerosas, y por las personas que se diseminan fuera del pueblo, llamando más que mirando, porque ya la penumbra borra muchas cosas. Se detienen al pie del promontorio.

-Os digo que era el Rabí que fue a Siquem. No podía ser otro. Y me ha curado a Rubén. Y yo no lo he reconocido. ¡Rabí! ¡Rabí! ¡Deja que te veneré! ¡Dime dónde te ocultas!

Sólo el eco responde y parece decir: « ¡Abí! ¡Abí! ¡Abí!» y cambia - la última palabra en «cielos».

-Pero no puede estar lejos - dice el herrero - Ha pasado delante de mí poco antes de que vinieras tú...

-Pues no está. Ya ves. El camino está vacío de gente. Tenía que seguir éste.

-¿No estará en el bosque?

-No. Tenía prisa...

Luego busca ayuda en su perro. Lo incita:

-¡Busca! ¡Busca! - y por un momento parece que el perro podrá des-cubrir el escondite, porque se dirige hacia el bosque después de haber olido el prado. Pero luego el animal se para vacilante, con una pata levantada y el morro también alzado... Luego, engañado por no sé qué cosa, se echa a correr ladrando en dirección completamente contraria; y la gente detrás, también corriendo...

-¡Oh, alabado sea el Señor! - exclaman los apóstoles soltando un suspiro de alivio; y no pueden contenerse de decir al Maestro:

-¿Pero qué has hecho, Señor? - y casi le reconvienen por haberlo hecho.

-Ya sabes que conviene que no seas señalado, y Tú...

-¿Y no debía premiar una fe? ¿No conviene que crean que estoy en el camino que va de Dotán a Pel.ía? ¿No queréis, acaso, confundirlos del todo?

-Es verdad. ¡Tienes razón! Pero ¡si te hubiera descubierto el animal!

-¡Simón! ¿Y piensas que quien impone su voluntad, incluso a distancia, sobre las enfermedades y los elementos, y arroja los demonios, no puede imponérsela a un animal? Ahora vamos a tratar de ir al camino después de la curva que hace. Ya no vemos. Vamos.

Y, casi a tientas, continúan por el bosquecillo del cerro, hasta que regresan al camino, pequeño, blanco bajo la Luna que surge, lejano del pueblo al que el cerro completamente oculta...

Polémica de los apóstoles sobre el odio de los judíos. Los diez leprosos curados en Samaria.

Siguen entre montes -y montes bien escabrosos-, por unas veredas por donde no pasan, ciertamente, carros; sólo, transeúntes a pie o personas montadas en fuertes asnos de montaña, más altos y robustos que los habituales burritos de las zonas menos accidentadas (una observación que a muchos podrá parecer inútil, pero que la hago de todas formas).

En Samaria hay diferencias respecto a los usos de los otros lugares, tanto en el vestido como en muchas otras cosas. Y una es la abundancia de perros, no común en otros lugares, que me choca, como me chocó la presencia de puercos en la Decápolis. Muchos perros, quizás porque Samaria tiene muchos pastores y tendrá muchos lobos en esos montes tan agrestes; muchos, también, porque en Samaria veo a los pastores generalmente solos -al máximo con un muchacho- apacentando el rebaño propio, mientras que en otras partes, por lo general, un grupo de pastores custodia rebaños compuestos por numerosas cabezas, propiedad de algún rico. Bueno, de hecho aquí cada pastor tiene su perro, o más de un perro, según el número de ovejas de su rebaño.

Otra característica son precisamente estos asnos casi tan altos como un caballo, robustos, capaces de escalar estos montes con cargas pesadas en la albarda, a menudo cargados de gruesa leña que se encuentra en estos magníficos montes cubiertos de bosques seculares.

Otra particularidad: la soltura de comportamiento de los habitantes, los cuales no son unos "pecadores", como los juzgaban judíos y galileos, sino que son abiertos y francos y están exentos de beaterías, exentos de todas esas historias que tienen los otros. Y son hospitalarios. Esta constatación me hace pensar que en la parábola del buen samaritano no hubiera sólo intención consciente de hacer resaltar que bueno y malo hay en todas partes, en todos los lugares y razas, y que entre los heréticos también puede haber rectos de corazón, sino también, justamente, una real descripción de las costumbres samaritanas hacia quien necesitaba ayuda. Se habrán detenido en el Pentateuco -oigo que hablan de él y no de otra cosa- pero practican, al menos hacia el prójimo, con más rectitud que los otros con sus seiscientos trece cláusulas de preceptos, etc. etc.

Los apóstoles hablan con el Maestro y, a pesar de ser incorregiblemente israelitas, deben reconocer y alabar el espíritu que han encontrado en los habitantes de Siquem, que -lo comprendo por las cosas que oigo- han invitado a Jesús a detenerse y estar con ellos.

-¿Has oído, no? - dice Pedro - ¿cómo han dicho claramente que conocen el odio judío? Han dicho: "Hacia ti y contra ti hay más odio que contra todos nosotros juntos, los samaritanos de ahora y del pasado. Te odian sin límite".

-¿Y aquel viejo? ¡Qué acertadamente lo ha dicho!: "En el fondo es natural que sea así, porque Tú no eres un hombre sino que eres el Cristo, el Salvador del mundo, y por eso eres el Hijo de Dios, porque sólo un Dios puede salvar al mundo corrompido. Por eso, no teniendo Tú límites como Dios, no teniendo límites tu poder ni tu santidad ni tu amor, como tampoco tendrá límites tu victoria sobre el Mal, es natural que el Mal y el Odio -una cosa sola con el Mal- no tengan límites contra ti". ¡Verdaderamente ha hablado con acierto! ¡Y este razonamiento explica muchas cosas! - dice el Zelote.

-¿Qué explica, según tú? Yo... yo digo que explica sólo que son unos estúpidos - dice Tomás expeditivo.

-No. La estupidez podría ser incluso una justificación. Pero no son estúpidos.

-Ebrios entonces, ebrios de odio - replica Tomás.

-Tampoco. El enajenamiento cede cuando estalla. Este odio no cede.

-¡Sí, porque más estallado que así!... ¡Hace tanto tiempo que ha estallado... que ya habría tenido que caer!

-Amigos, la malignidad no ha tocado todavía la meta - dice Jesús, tranquilo, como si la meta del odio no fuera su suplicio.

-¿No? ¿Pero si no nos dejan en paz nunca?

-Maestro, todavía éstos no se convencerán de que es verdad lo que he dicho. Pero lo es. ¡Vaya que si lo es! Y digo también que, si hubiera sido por vosotros, habríais caído todos en la trampa como cayó Juan Bautista. Pero no lo lograrán, porque yo vigilo... - dice Judas Iscariote.

Y Jesús lo mira. Y yo también lo miro, preguntándome -y me lo pregunto desde hace algunos días- si la conducta de Judas obedece a un retorno bueno y real al camino del bien y del amor hacia su Maestro, obedece a una liberación de las fuerzas humanas y extrahumanas que lo sujetaban, o si se trata de un trabajo más refinado de preparación al golpe final, de una servidumbre mayor a los enemigos de Cristo y a Satanás. Pero Judas es un ser tan especial, que no es descifrable. Sólo Dios puede entenderlo. Y Dios, Jesús, corre un velo de misericordia y de prudencia sobre todas las acciones y sobre la personalidad de su apóstol... un velo que se rasgará, iluminando completamente muchos porqués, ahora misteriosos, sólo cuando se abran los libros de los Cielos.

Los apóstoles están tan preocupados por la idea de que el odio de los enemigos no ha alcanzado todavía su culmen, que guardan silencio durante un tiempo. Luego Tomás se dirige otra vez al Zelote y dice:

-Entonces, si ni están ebrios ni son estúpidos, si su odio explica muchas cosas pero no ésta, ¿qué explica entonces? ¿Qué son? No lo has dicho...

-¿Que qué son? Posesos. Son eso mismo que dicen de Él. Esto explica su ensañamiento, que no conoce interrupción, es más, que crece cada vez más cuanto más evidente se hace su poder. Acertado lo que ha dicho ese samaritano. En Él, Hijo del Padre y de María, Hombre y Dios, está la infinitud de Dios, e infinito es el Odio que a esta Infinitud perfecta se opone, aunque en su no tener límite el Odio no es perfecto, porque sólo Dios es perfecto en sus acciones. Pero, si el Odio pudiera tocar el abismo de la perfección bajaría a tocarlo, es más, se arrojaría a tocarlo, para resurgir luego, por la misma vehemencia de a la caída en el abismo de infierno, contra el Cristo, para herirlo con todas las armas arrancadas al abismo infernal. El firmamento, reglado por Dios, tiene un solo Sol, que surge y resplandece y desaparece y deja el sitio al sol más pequeño que es la Luna; y ésta, después de haber alumbrado a su vez, se pone para ceder el sitio al Sol. Los astros enseñan mucho a los hombres, porque se sujetan a la voluntad del Creador. Pero los hombres no. Y un ejemplo es éste: este querer oponerse al Maestro. ¿Qué sucedería si la Luna en una aurora dijera: "No quiero desaparecer, vuelvo por el camino recorrido"? Sin duda, chocaría violentamente contra el Sol, con horror y daño de toda la Creación. Esto es lo que quieren hacer ellos, creyendo que pueden hacer pedazos al Sol...

-Es la lucha de las Tinieblas contra la Luz. La vemos todos los días en los amaneceres y en los crepúsculos. Las dos fuerzas que se contraponen, que adquieren recíprocamente el dominio sobre la Tierra. Pero las tinieblas siempre pierden, porque nunca son absolutas. Siempre emana un poco de luz, aun en la noche más privada de astros. Parece como si el aire por sí mismo la creara en los infinitos espacios del firmamento y la diseminara, si bien limitadísima, para convencer a los hombres de que los astros no están apagados. Y yo digo que, igualmente, en estas especiales tinieblas del Mal contra la Luz que es Jesús, siempre, a pesar de todos los esfuerzos de las Tinieblas, la Luz estará ahí para confortar a quien en Ella cree dice Juan, sonriendo ante este pensamiento suyo, recogido dentro de sí como si monologara.

Santiago de Alfeo recoge su pensamiento:

-Los Libros (*Génesis 1, 2-3. Números 11, 26-29; 22, 20-35; 23, 4-30; 24; 1 Reyes 13, 1-5; 2 Reyes 1, 15-16; Isaías 11-12*) llaman al Cristo "Estrella de la mañana". Él, por tanto, también conocerá una noche, y -¡oh, espanto mío!- también nosotros la

conoceremos; conoceremos una noche, un tiempo en que no parecerá fuerte la Luz, sino victoriosas las Tinieblas. Pero, dado que Él es llamado Estrella de la mañana excluyendo un límite en el tiempo, yo digo que tras la momentánea noche Él será Luz matutina, pura, fresca, virginal, renovadora del mundo, semejante a la que siguió al Caos en el día primero. ¡Oh!, sí. El mundo será creado de nuevo en su Luz.

-Y la maldición – dice Judas de Alfeo - caerá sobre los réprobos que hayan querido alzar las manos contra la Luz, repitiendo los errores ya cometidos, desde Lucifer hasta los profanadores del pueblo santo. Yeohveh deja libre al hombre en sus acciones. Pero, por amor del propio hombre, no permitirá que el Infierno prevalezca.

-¡Oh, menos mal que, después de tanto sopor de espíritu, por el que todos parecíamos como obtusos y entorpecidos por vejez precoz la sabiduría vuelve a florecer en nuestros labios! ¡Ya no parecíamos nosotros! ¡Ahora reconozco de nuevo al Zelote y a Juan y a los dos hermanos de otros tiempos! - dice Judas Iscariote felicitándose.

-No me parece que hubiéramos cambiado tanto, que no parecíamos nosotros - dice Pedro.

-¡Que si habíamos cambiado! Todos. Tú el primero. Y luego Simón y los otros, incluido yo. Si había uno que era más o menos el de siempre, era Juan.

-¡Mmm! Verdaderamente no sé en qué...

-¿En qué? Taciturnos, como cansados, indiferentes, pensativos... Ya no se oía nunca una de estas conversaciones, semejantes a muchas de otros tiempos, semejantes a la de ahora, que son tan útiles...

-Para discutir - dice Judas Tadeo, recordando cómo, efectivamente, con frecuencia degeneraban en disputas.

-No. Para formarse. Porque no todos somos como Natanael, ni como Simón, ni como vosotros de Alfeo, por nacimiento o sabiduría. Y quien lo es menos aprende siempre de quien lo es más - rebate Judas Iscariote.

-Verdaderamente... yo diría que más que nada es necesario formarse en la justicia. Y de ésta nos ha dado magníficas lecciones Simón - dice Tomás.

-¿Yo? ¡Tú ves mal! Soy el más necio de todos - dice Pedro.

-No. Tú eres el que más ha cambiado. En esto tiene razón Judas Keriot. Bien poco queda en ti del Simón que conocí yo cuando vine con vosotros, y que, perdona, siguió siendo igual durante mucho tiempo. Desde que estoy de nuevo contigo después de la separación para las Encenias, no has hecho otra cosa que transformarte. Ahora eres... sí, lo digo: eres más paterno y, al mismo tiempo, más austero. Tienes conmiseración de todos tus pobres hermanos, mientras que antes... Y se ve, yo al menos lo veo, que esto te cuesta. Pero te vences a ti mismo. Y nunca nos has impuesto tanto respeto como ahora, que hablas poco y regañas poco...

-¡Pero, amigo mío, tú eres muy bueno viéndome así!... Yo, aparte de en el amor hacia el Maestro, que me crece continuamente, no he cambiado en nada de nada.

-No. Tomás tiene razón. Estás muy cambiado - confirman bastantes.

-¡Bueno, bueno!, lo decís vosotros... - dice Pedro encogiéndose de hombros. Y añade:

-Sólo el juicio del Maestro sería seguro. Pero me guardo bien de pedírselo. Él conoce mi debilidad y sabe que incluso una alabanza mal dada podría perjudicar a mi espíritu. Por tanto, no me alabaría, y haría bien en no hacerlo. Comprendo cada vez mejor su corazón y su sistema, y ahí veo toda la justicia.

-Porque tienes ánimo recto y porque amas cada vez más. Lo que te hace ver y comprender es tu amor por mí. Maestro tuyo, el verdadero y más grande Maestro que te hace comprender, es el Amor - dice Jesús, que hasta ese momento ha escuchado y guardado silencio.

-Yo creo que... es también el dolor que llevo dentro...

-¿Dolor? ¿Por qué?» preguntan algunos.

-¡Bueno, pues por muchas cosas!, que en el fondo son una sola cosa: todo lo que sufre el Maestro... y el pensamiento de lo que sufrirá. No podemos seguir pensando en las musarañas como en los primeros tiempos, pensando en las nubes como críos que no saben, ahora que sabemos de qué son capaces los hombres y cómo se debe sufrir para salvarlos. ¡Venga, hombre! ¡Creíamos todo fácil en los primeros tiempos! ¡Creíamos que bastaba presentarse para que los otros vinieran a nuestra parte! Creíamos que conquistar Israel y el mundo era como... echar una red en un fondo abundante en pesca. ¡Pobres de nosotros! Pienso que si no consigue Él una buena presa, nosotros no conseguiremos ninguna. ¡Pero esto no es nada todavía! Pienso que éstos son malos y le hacen sufrir, y creo que éste es el motivo de nuestro cambio en general...

-Es verdad. Por mi parte, es verdad - confirma el Zelote.

-También en mi caso.

-También yo - dicen los otros.

-Yo hace mucho que estaba inquieto por esto y he tratado de disponer de buenas ayudas. Pero me han traicionado... y vosotros no me habéis comprendido... Y yo no os he comprendido a vosotros. Creía que erais como sois por cansancio del espíritu, por falta de confianza, por desilusión... - confiesa Judas Iscariote.

-Yo nunca he esperado humanas alegrías y por tanto, no estoy desilusionado - dice el Zelote.

-Yo y mi hermano queríamos verlo victorioso, pero para alegría suya. Lo hemos seguido por amor de parientes antes que de discípulos. Lo hemos seguido siempre, desde niños. Él, el más pequeño en edad de nosotros, hermanos, pero siempre mucho más grande que nosotros... - dice Santiago con su admiración ilimitada por su Jesús:

-Si tenemos un dolor es el que no todos nosotros, los de la parentela, lo amamos en espíritu y sólo con el espíritu. Pero no somos los únicos en Israel que lo aman mal - dice Judas Tadeo.

Judas Iscariote lo mira, y quizás hablaría, pero le distrae un grito que llega hasta ellos desde un cerro que se alza por encima del pueblecito que están orillando, buscando el camino para entrar en él:

-¡Jesús! ¡Rabí Jesús! ¡Hijo de David y Señor nuestro, ten piedad de nosotros!

-¡Leprosos! Vámonos, Maestro. Si no, va a venir el pueblo y nos van a retener en sus casas - dicen los apóstoles.

Pero los leprosos tienen la ventaja de estar más adelante que ellos, arriba, en el camino, aunque al menos a unos quinientos metros del pueblo, y bajan cojeando por el camino, y corren hacia Jesús repitiendo su grito.

-Entremos en el pueblo, Maestro. Ellos no pueden hacerlo – dicen algunos apóstoles. Pero otros rebaten:

-Ya algunas mujeres se han asomado a mirar. Si entramos nos libraremos de los leprosos, pero no de ser reconocidos y retenidos.

Y mientras titubean sobre la postura a tomar, los leprosos se van acercando a Jesús, quien, no haciendo caso de los pero y de los si de sus apóstoles, ha proseguido por su camino. Y los apóstoles se resignan a seguirle, mientras mujeres con los niños agarrados a las faldas, y algún hombre viejo que se ha quedado en el pueblo, vienen a ver, dejando una prudente distancia entre ellos y los leprosos, los cuales se detienen a algunos metros de Jesús y suplican una vez más:

-¡Jesús, ten piedad de nosotros!

Jesús los contempla un instante; luego, sin arrimarse a este grupo de dolor, pregunta:

-¿Sois de este pueblo?

-No, Maestro, de diversos lugares. Pero ese monte donde estamos, por la otra parte, mira al camino que va a Jericó, y es bueno para nosotros ese lugar...

-Id entonces al pueblo cercano a vuestro monte y mostraos a los sacerdotes.

Y Jesús reanuda la marcha, apartándose hacia el borde del camino para no rozar a los leprosos, los cuales, sin otra cosa sino una mirada de esperanza en los pobres ojos enfermos, lo miran mientras se acerca; y Jesús, llegado a su altura, alza la mano para bendecir.

La gente del pueblo, desilusionada, vuelve a las casas... Los leprosos ganan de nuevo el monte, para ir hacia su gruta o hacia el camino de Jericó.

-Has hecho bien no curándolos. Los del pueblo ya no nos habrían dejado marcharnos...

-Sí, y sería necesario llegar a Efraím antes de la noche.

Jesús camina y calla. El pueblo ya está escondido a la vista, por las curvas del camino, que es muy sinuoso porque sigue los caprichos del monte en cuyo pie está hendido.

Pero una voz los alcanza:

-¡Alabado sea el Dios Altísimo y su verdadero Mesías! ¡En Él, todo poder, toda sabiduría y piedad! ¡Alabado sea el Dios Altísimo, que en Él nos ha concedido la paz! ¡Alabadlo todos vosotros, hombres de las ciudades de Judea y Samaria, de Galilea y Transjordania! ¡Hasta las nieves del altísimo Hermón, hasta los resecos pedregales de Idumea, hasta las arenas bañadas por las olas del Mar Grande, cántese con poderosa voz la alabanza al Altísimo y a su Cristo! ¡Se ha cumplido la profecía de Balaam! ¡La Estrella de Jacob resplandece en el cielo rehecho de la patria que el verdadero Pastor ha vuelto a unir! ¡Se han cumplido también las promesas hechas a los patriarcas! ¡Oíd la palabra de Elías, que nos amó, oídla, pueblos de Palestina, y comprendedla! ¡Ya no se debe cojear de las dos partes, sino que se debe elegir por luz de espíritu, y si el espíritu es recto elegirá bien! ¡Éste es el Señor! ¡Seguidle! ¡Ah, que hasta ahora hemos sido castigados porque no nos hemos esforzado en comprender! El hombre de Dios maldijo el falso altar profetizando: "Sí, nacerá de la casa de David un hijo llamado Josías, que sacrificará en el altar y quemará huesos de Adán. Y el altar entonces se romperá y se hundirá en las entrañas de la Tierra, y las cenizas de la inmolación se esparcirán a septentrión y a mediodía, hacia oriente y hacia donde el Sol de pone". No queráis hacer como el necio Ocozías, que mandaba a consultar al dios de Ecrón cuando el Altísimo estaba en Israel. No queráis ser inferiores a la burra de Balaam, la cual, por su reverencia al espíritu de luz, mientras que habría caído muerto el profeta que no veía, habría merecido la vida. ¡He aquí la Luz, que pasa entre nosotros! ¡Abrid los ojos, ciegos de espíritu, y ved!- y uno de los leprosos los sigue, cada vez más cerca -incluso en el camino de primer orden en que ya están-, señalando a Jesús a los peregrinos.

Los apóstoles, desazonados, se vuelven dos o tres veces, intimando al leproso, perfectamente curado, a callarse. Y la última vez casi lo amenazan.

Pero él, dejando por un momento de alzar así la voz para hablar a todos, responde:

-¿Y qué queréis, que no glorifique las grandes cosas que Dios me ha hecho? ¿Queréis que no lo bendiga?

-Bendícelo en tu corazón y calla - le responden inquietos.

-No, no puedo callar. Dios pone las palabras en mi boca - y, otra vez con voz fuerte:

-¡Gentes de los dos lugares de frontera, gentes que pasáis fortuitamente, deteneos a adorar a Aquel que reinará en el nombre del Señor. Yo rechazaba muchas palabras. Pero ahora las repito porque las veo cumplidas. Y todas las gentes se ponen en movimiento y vienen exultantes hacia el Señor por las vías del mar y de los desiertos, por las colinas y los montes. Y también nosotros, pueblo que hemos caminado en las tinieblas, iremos hacia la gran Luz que ha surgido, hacia la Vida, saliendo de la región de la muerte. Lobos, leopardos y leones como éramos, renaceremos en el Espíritu del Señor y nos amaremos en Él, a la sombra del Retoño de Jesé que ya es cedro, bajo el cual acampan las naciones por Él recogidas desde los cuatro puntos de la Tierra. He aquí que llega el día en que los celos de Efraím tendrán fin, porque ya no existen Israel y Judá, sino un solo Reino: el del Cristo del Señor. Oíd, yo canto las alabanzas del Señor, que me ha salvado y consolado. Oíd, yo digo: alabadlo y venid a beber la salvación a la fuente del Salvador. ¡Hosanna! ¡Hosanna a las grandes cosas que Él hace! ¡Hosanna al Altísimo que ha puesto en medio de los hombres a su Espíritu revistiéndolo de carne, para que fuera el Redentor!

Es inagotable. La gente aumenta, se agolpa, ocupa el camino: quien estaba atrás se acerca, quien estaba delante regresa. Los habitantes de un pequeño pueblo -en cuyos aledaños están ya- se unen a los viandantes.

-Pero mándale que se calle, Señor. Es el samaritano. Esto dice la gente. ¡No debe hablar de ti, si ya no permites siquiera que nosotros te precedamos predicándote! - dicen inquietos los apóstoles.

-Amigos míos, repito las palabras de Moisés a Josué, hijo de Nun, que se quejaba porque Eldad y Medad profetizaban en el campamento: "¿Estás celoso por mí, en vez de mí? ¡Ojalá profetizara así todo el pueblo y el Señor diera a todos su Espíritu!". De todas formas, me detengo y lo despidó para complacerlos.

Y se para. Se vuelve y llama al leproso curado, el cual se acerca presuroso, se postra ante Jesús y besa la tierra.

-Álzate. ¿Y los otros dónde están? ¿No erais diez? Los otros nueve no han sentido la necesidad de dar gracias al Señor. ¿Entonces? ¿De diez leprosos, de los cuales sólo uno era samaritano, no se ha encontrado ninguno, aparte de este extranjero, que sintiera el deber de regresar para dar gloria a Dios, antes de restituirse a sí mismo a la vida y a la familia? Y se le conoce como "samaritano". ¿Ya no están ebrios los samaritanos, puesto que ven sin equivocaciones y acuden al camino de la Salvación sin paso vacilante? ¿Es que habla la Palabra un lenguaje extranjero, pues que lo entienden los extranjeros y no los de su pueblo?

Extiende la mirada de sus espléndidos ojos sobre la multitud que se encuentra allí procedente de todas partes de la Palestina. Y esos ojos, con su centelleo, son irresistibles... Muchos agachan la cabeza y azuzan a las cabalgaduras o se echan a caminar y se alejan...

Jesús baja los ojos hacia el samaritano que está arrodillado a sus pies. La mirada se hace dulcísima. Alza la mano -la tenía relajada- haciendo un gesto de bendición, y dice:

-Álzate y márchate. Tu fe ha salvado en ti más que tu carne. Camina en la Luz de Dios. Ve.

El hombre besa nuevamente la tierra y, antes de levantarse, pide:

-Un nombre, Señor. Un nombre nuevo, porque todo es nuevo en mí, para siempre.

-¿En qué tierra nos encontramos?

-En la de Efraím.

-Pues llámate Efrén de ahora en adelante, porque dos veces la Vida te ha dado vida. Ve. (*Efrén significa "doble fruto"*)

Y el hombre se alza y se marcha.

La gente del lugar y algún peregrino quisieran retener a Jesús. Pero Él subyuga con su mirada, que no es severa -antes al contrario, es muy dulce al mirarlos- pero que debe despedir poder, porque ninguno hace un gesto para retenerlo.

Y Jesús deja el camino sin entrar en el pueblecito. Cruza un campo, luego un regato y un sendero, y sube al cerro oriental, todo lleno de bosques, donde se adentra con los suyos. Dice:

-Para no extraviarnos, seguiremos el camino, pero por el bosque. Después de aquella curva, el camino se pega a este monte. Encontraremos alguna gruta para dormir y al alba rebasaremos Efraím...

484

Alto obligado en las cercanías de Efraím y parábola de la granada.

Y Jesús cree, efectivamente, que con las primeras luces del alba podrá rebasar Efraím, todavía toda silenciosa y con las calles desiertas, sin que nadie lo vea. Por prudencia orilla la ciudad sin entrar en ella, a pesar de que la hora sea más que matutina.

Pero cuando, de la callecita que han recorrido, a espaldas del pueblo, salen al camino de primer orden, se encuentran en frente a todo el pueblo -podría decir esto- y, con el pueblo, a otros que han venido de los otros lugares ya rebasados, y que señalan a los de Efraím al Señor en cuanto lo ven aparecer. Por suerte, faltan totalmente fariseos, escribas y otros semejantes.

Los notables, por voluntad de la gente de Efraím, se adelantan. Uno de ellos, después de un solemne saludo, dice por todos:

-Hemos sabido que estabas entre nosotros y que no te habías desdeñado de compadecerte de ninguno. Sabíamos ya que habías sido compasivo con los de Siquem. Y hemos deseado tu presencia. Ahora Aquel que ve los pensamientos de los hombres te ha guiado a nosotros. Quédate y habla, porque también nosotros somos hijos de Abraham.

-No me es dado quedarme...

-¡Oh, sabemos que te buscan! Pero no por aquí. Esta ciudad está en el límite del desierto y de las Montañas de la sangre. Ellos no pasan con gusto por aquí. Y esta vez, además, después de los primeros no hemos vuelto a ver a ninguno.

-No puedo quedarme...

-Te espera el Templo. Lo sabemos. Pero, créenos. Nos consideráis gente proscrita porque no inclinamos la frente ante los pontífices de Israel. ¿Pero es que el pontífice es Dios? Estamos lejos, pero no tanto como para no saber que vuestros sacerdotes no son menos indignos que los nuestros. Y nosotros pensamos que Dios no puede ya estar con ellos. No. Tras la nube del incienso ya no se cela el Altísimo. Podrían dejar de quemarlo, y podrían entrar en el Santo de los Santos sin miedo a quedar reducidos a cenizas por el fulgor de Dios asentado en su gloria. Y nosotros adoramos a Dios sintiéndolo fuera de las piedras deshabitadas de los templos vacíos. Y para nosotros no está más vacío nuestro templo que el vuestro, si queréis acusarnos de tener un templo ídolo. Como ves, somos ecuanímes. Escúchanos, pues.

Adquiere un tono solemne:

-Mejor sería que te quedaras a adorar al Padre entre aquellos que, al menos, reconocen que tienen un espíritu de religión vacío de verdad como los demás, que no quieren reconocer esto y nos ofenden. Solos, evitados como leprosos, sin profetas, sin doctores, nosotros hemos sabido, al menos, estar unidos sintiéndonos hermanos. Y nuestra ley es no traicionar, porque está escrito (*Éxodo 22, 20; 23, 2-3; Deuteronomio 16, 19; 28, 14; 27, 24-25*): "No sigas a la turba para hacer el mal; en el juicio no te apartes de la verdad por adecuarte al parecer de la mayoría". Está escrito: "No quites la vida al inocente y al justo, porque yo aborrezco al impío. No aceptes dones, que ciegan incluso a los sabios y subvierten las palabras de los justos. No hostigues al extranjero, porque vosotros sabéis lo que quiere decir ser extranjeros en la tierra de otros". Y en las bendiciones dichas precisamente en el Garizim -monte amado del Señor, si lo eligió como monte de bendición- se promete toda bendición a quien se atiene a la verdadera Ley que está en el Pentateuco. Ahora bien, si rechazamos como ídolos las palabras de los hombres, pero conservamos las de Dios, ¿podemos, acaso, ser llamados idólatras? La maldición de Dios cae sobre el que ataca

escondidamente a su prójimo y acepta dones para condenar a muerte a un inocente. Nosotros no queremos ser maldecidos por Dios por nuestras acciones. Porque por ser samaritanos no seremos maldecidos, siendo Dios el Justo que premia el bien donde se halla. Ésta es nuestra confianza en el Señor.

Se recoge un instante, luego continúa:

-Por todo esto, te decimos: Sería mejor para ti quedarte con nosotros. El Templo te odia y te busca para causarte dolor. Y no sólo eso. Siempre estarás demasiado con aquellos que te rechazan como a un oprobio. No de los judíos te vendrá el amor.

-No puedo quedarme. Pero recordaré vuestras palabras. Entretanto, os digo que perseveréis en la observancia de las leyes de justicia que habéis recordado y que brotan del precepto del amor al prójimo, el precepto que, con el del amor a Dios, forma el mandamiento principal de la Religión antigua y de la mía. Para el que vive como justo no está lejos el camino del Cielo. A los que están en el sendero cercano, separados ya sólo por puntillo, más que por una convicción, un solo paso los llevará al camino del Reino de Dios.

-¡Tu Reino!

-El mío. Pero no el Reino como lo imaginan los hombres, reino de poder temporal, justo y, a lo mejor, violento para ser poderoso, sino el Reino que empieza dentro del corazón de los hombres, a quienes el Rey espiritual da un código espiritual y dará un premio espiritual. Dará el Reino. Este Reino que no estará habitado exclusivamente por judíos o galileos o samaritanos, sino por todos aquellos que en la Tierra tuvieron una única fe: la mía, y en el Cielo llevarán un único nombre: santos. Las razas, y las divisiones entre raza y raza, se quedan en la Tierra, limitadas a ella. En mi Reino no habrá razas distintas, sino únicamente la de los hijos de Dios. Los hijos de Uno Solo pueden ser sólo de una única estirpe. Ahora dejadme continuar. Todavía es largo el camino que debo recorrer antes de la noche.

-¿Vas a Jerusalén?

-A Ensesmes.

-Entonces te vamos a indicar un camino que sólo nosotros conocemos para ir al vado sin sufrir demora ni hostilidad. No llevas cargas ni carros, así que puedes ir por él. Para nona estarás en el lugar. Y conocer ese sendero será bueno para ti. Pero descansa entre nosotros una hora y acepta el pan y la sal y danos a cambio tu palabra.

-Hágase como queréis. Pero vamos a quedarnos aquí donde estamos. El día está muy plácido y este lugar es muy hermoso.

En efecto, están en una depresión cubierta de árboles frutales, -por su centro fluye un pequeño torrente alimentado por las primeras lluvias, que corre hacia el Jordán, cantarín y luciente bajo el sol, bajando por entre piedras grandes que lo fragmentan en espumas anacaradas. En las dos orillas, los arbustos, que han resistido el verano, parecen gozar del agua rota en espuma y diminutamente polvorizada; y brillan intensamente, dulcemente trémulos por un viento templado con sabor a manzanas maduras y a mostos en fermentación.

Jesús va justamente hasta el torrente y se sienta en una peña. Sobre su cabeza, la leve sombra de un sauce; al lado, las risueñas aguas que descienden. La gente se sienta en la hierba nueva de las dos orillas.

Entretanto, han traído del pueblo pan, leche recién ordeñada, quesos, fruta y miel, y se lo ofrecen a Jesús para que coma de ello con los suyos. Y lo miran comer, después de la ofrenda y bendición de los alimentos: como un mortal (¡qué sencillo!), como un dios (¡qué soberanamente hermoso y espiritualmente imponente!). Lleva una túnica de lana blanca (un blanco levemente marfileño, como es el color de la lana hilada en casa), y el manto azul oscuro echado a la espalda. El sol, filtrándose a través del sauce, enciende sus cabellos con chispas de oro en continuo movimiento que reproduce el de las livianas hojitas del sauce. Y un rayo logra acariciarle la mejilla izquierda, haciendo del esponjoso rizo en que termina la guedeja caediza sobre el carrillo una madeja de oro en hilos que repite más pálidamente su color en la blanda y no excesiva barba que cubre el mentón y la parte baja de la cara. La piel, de un color marfil antiguo, a la luz del sol muestra el delicado bordado de las venas en los carrillos y en las sienes, y una de ellas atraviesa de la nariz al pelo la frente lisa y alta...

Pienso que precisamente de esa vena vi caer mucha sangre por una espina que la traspasaba durante la Pasión... Siempre, cuando veo a Jesús tan hermoso y compuesto en su varonil cuidado, recuerdo cómo quedó después de los sufrimientos y las agresiones de los hombres...

Jesús come, y sonríe a unos niños que están arrimados a sus rodillas, relajada la cabeza sobre ellas, o que lo miran comer como si vieran quién sabe qué. Y Jesús, cuando llega a la fruta y la miel, les ofrece a ellos; y a los más pequeños, cual si fueran pajarillos, les pone en la boca granos de uva o migas untadas en la miel filamentosa. Un niño -sin duda le gustan y espera encontrarlas- se marcha corriendo por entre la gente en dirección a un árbol. Vuelve con los brazos cruzados sobre su pequeño pecho, haciendo de éste un cesto vivo en que descansan tres granadas de un volumen y belleza maravillosos, y se las ofrece a Jesús, insistiendo.

Jesús toma los frutos y abre dos de ellos; los divide en tantas partes como pequeños amigos tiene, y las reparte. Luego, tomando en la mano la tercera, se pone en pie y empieza a hablar, teniendo en la palma izquierda, bien a la vista, la espléndida granada.

-¿Con qué compararé el mundo en general, y en particular Palestina, que estuvo unida -y lo está en el pensamiento de Dios- en una única nación, y que luego se escindió por un error y por un obstinado odio entre hermanos? ¿Con qué compararé a Israel, así como está, en el estado en que, por su voluntad, se halla? Lo compararé con esta granada. Y os digo, en verdad, que las desavenencias que hay entre judíos y samaritanos se repiten, en forma y medida distinta pero con una única sustancia de odio, entre todas las naciones del mundo, y en ocasiones entre provincias de una misma nación. Y se consideran insalvables como si fueran cosas creadas por Dios mismo. No. El Creador no ha hecho tantos Adanes y tantas Evas como razas hay recíprocamente adversas, como tribus hay, como familias hay constituidas en enemigas la una de la otra. Hizo a *un solo Adán a una sola Eva, y de ellos han venido los hombres todos*, que se esparcieron luego para poblar la Tierra, como si fuera una sola casa que va enriqueciéndose en el número de habitaciones a medida que aumentan los hijos y se casan y procrean a los nietos para

sus padres. ¿Por qué, entonces, tanto odio entre los hombres, tantas barreras, tantas incomprensiones? Habéis dicho: "Sabemos estar unidos sintiéndonos hermanos". No es suficiente. Debéis amar también a los que no son samaritanos.

Mirad este fruto. Ya conocéis su sabor, además de su belleza. Está cerrado aún, como ahora, y ya os prometéis el jugo dulce de su interior; abierto, alegría también la vista con sus filas apretadas de granos, semejantes a rubíes dentro de un cofre. Pero ¡ay del incauto que lo mordiera sin haberle quitado las separaciones amarguísimas puestas entre una y otra familia de granos! Se intoxicaría los labios y las entrañas, y rechazaría el fruto diciendo: "Es veneno". Igualmente, las separaciones y los odios entre un pueblo y otro, una tribu y otra transforman en veneno aquello que había sido creado para ser dulzura. Son inútiles. Lo único que hacen es, como en este fruto, crear límites que comen espacio y producen incomprensión y dolor. Son amargos, y, a quien clava sus dientes, o sea, a quien muerde a su prójimo a quien no ama, para producirle daño y dolor, le dan una amargura que envenena el espíritu.

¿No se pueden hacer desaparecer? Se puede. La buena voluntad los elimina, de la misma forma que la mano de un niño quita las paredes de amargura en el dulce fruto que el Creador hizo para deleite de sus hijos. Y el primero que tiene buena voluntad es el mismo, único Señor, Dios tanto de los judíos como de los galileos, de los samaritanos como de los batenos. Y esto lo demuestra enviando al único Salvador, que salvará a éstos y a aquéllos pidiendo sólo la fe en su Naturaleza y Doctrina. El Salvador que os habla pasará derribando las inútiles barreras, borrando el pasado que os ha dividido, para sustituirlo por un presente que os hermane en su Nombre. Vosotros todos, de aquí y de allende los confines, lo único que tenéis que hacer es secundarlo, y el odio caerá, y desaparecerá la postración que suscita rencor, y desaparecerá el orgullo que suscita injusticia.

Mi mandamiento es éste: que los hombres se amen como hermanos que son. Que se amen como el Padre de los Cielos los ama y como los ama el Hijo del hombre, que por la naturaleza humana que ha asumido se siente hermano de los hombres, y que por su Paternidad se sabe dueño de vencer al Mal con todas sus consecuencias. Habéis dicho: "Es nuestra ley no traicionar". Entonces, lo primero, no traicionéis a vuestras almas privándolas del Cielo. Amaos los unos a los otros, amaos en mí, y la paz descenderá sobre los espíritus de los hombres, como ha sido prometido. Y vendrá el Reino de Dios, que es Reino de paz y de amor para todos aquellos que tienen recta voluntad de servir al Señor su Dios.

Os dejo. Que la Luz de Dios ilumine vuestros corazones... Vamos...

Se envuelve en su manto, se pone en bandolera su saca y abre la marcha; junto a Él, a uno de los lados, Pedro, y al otro el notable que ha hablado al principio. Detrás, los apóstoles. Más atrás -puesto que en grupo no es posible caminar por el sendero que sigue el torrente-jóvenes de Efraím...

485

Jesús llega con los apóstoles a Betania, donde ya están algunos discípulos con Margziam.

Los variados verdes de los campos que están en torno a Betania aparecen a la vista apenas salvado un picacho de monte, apenas puesto el pie en la vertiente sur del monte, que desciende con un camino en zigzag hacia Betania. El verde plata de los olivos, el verde fuerte de los manzanos, salpicado acá o allá de las primeras amarilluras de las hojas, el desordenado y más amarillento verde de las vides, el oscuro y compacto verde de los algarrobos y las encinas, mezclados con el marrón de los campos, ya arados y a la espera de la semilla, mezclados con el verde fresco de los prados, que echan la nueva hierba, y de los fértiles huertos, forman como una alfombra multicolor para quien desde lo alto domina Betania y sus alrededores; y descollando sobre el verde más bajo, los pinces de las palmas de dátiles, siempre elegantes, siempre rememorativas del Oriente.

La pequeña ciudad de Enseses, acocladada en medio del verde y toda encendida de sol (de un sol que empieza su ocaso), pronto queda atrás; y después queda atrás la fuente amplia, rica en agua, situada un poco al norte donde empieza Betania, para ver después las primeras casas entre el verde... Han llegado después de mucho camino, y camino fatigoso. Y, a pesar de estar cansadísimos, parecen recuperar sus fuerzas por el simple hecho de estar cerca de la casa amiga de Betania.

La pequeña ciudad está calma, casi vacía. Muchos habitantes deben haberse trasladado ya a Jerusalén para la fiesta. Por eso, Jesús pasa inadvertido hasta los alrededores de la casa de Lázaro. Sólo cuando está ya junto al jardín ensilvecido de la casa donde estaban todas aquellas zancudas, encuentra a dos hombres que lo reconocen y lo saludan, y que preguntan:

-¿Vas donde Lázaro, Maestro? Haces bien. Está muy mal. Nosotros venimos de su casa. Le hemos llevado la leche de nuestras burritas, el único alimento que su estómago tolera todavía, junto con un poco de miel y jugo de fruta. Las hermanas no hacen más que llorar. Están agotadas de vela y de dolor... Y él no hace más que desear tu presencia. Creo que ya habría muerto pero el ansia de volverte a ver le ha hecho vivir hasta aquí.

-Voy enseguida. Dios esté con vosotros.

-¿Y... lo vas a curar? - preguntan curiosos.

-La voluntad de Dios se manifestará en él, y con ella la potencia del Señor - responde Jesús, dejando perplejos a los dos; y se apresura a ir a la cancilla del jardín.

Lo ve un doméstico y corre a abrir, pero sin ninguna exclamación de alegría. Apenas abierta la cancilla, se arrodilla para venerar a Jesús y dice con voz afligida: -¡Bien vienes, Señor! Quiera ser tu venida signo de alegría para esta casa en llanto. Lázaro, mi señor...

-Lo sé. Resignaos todos a la voluntad del Señor, que premiará el sacrificio de vuestra voluntad a la suya. Ve y llama a Marta y María. Las espero en el jardín.

El doméstico se marcha corriendo. Jesús lo sigue, despacio, después de haber dicho a los apóstoles:

-Voy donde Lázaro. Descansad, que lo necesitáis...

Y, efectivamente, mientras se asoman a la puerta las dos hermanas -tienen dificultad en reconocer al Señor, pues muy cansados están sus ojos de vela y lágrimas, y el sol, dándoles precisamente en los ojos, aumenta la dificultad de ver-, otros criados, por una puerta secundaria, salen al encuentro de los apóstoles y los acompañan.

-¡Marta! ¡María! Soy Yo. ¿No me reconocéis?

-¡Oh, el Maestro! - exclaman las dos hermanas, y se echan a correr hacia Él, y se arrojan a sus pies, a duras penas ahogando los sollozos. Besos y lágrimas descienden sobre los pies de Jesús, como ya en la casa de Simón el fariseo.

Pero esta vez Jesús no se queda inmóvil como entonces, recibiendo el lavatorio del llanto de Marta y María; esta vez se inclina y las toca en la cabeza -las acaricia y bendice con ese gesto- y las obliga a alzarse, mientras dice:

-Venid. Vamos a la pérgola de los jazmines. ¿Podéis dejar a Lázaro?

Más con gestos que con palabras, entre sollozos, dicen que sí. Y van al quiosco umbrío, entre cuya fronda tupida y oscura alguna tenaz estrellita de jazmín albea y perfuma.

-Hablad, pues...

-¡Oh, Maestro! ¡Vienes a una casa bien triste! El dolor nos ha entontecido. Cuando el criado nos ha dicho: "Un hombre os busca", no hemos pensado en ti. A1 verte, no te hemos reconocido. Pero, ¿ves? Nuestros ojos están abrasados por el llanto. ¡Lázaro está muriendo!... - y el llanto vuelve, e interrumpe las palabras de las dos hermanas, que han hablado alternativamente.

-Y Yo he venido...

-¿A curarlo? ¡Oh, mi Señor! - dice María, radiante de esperanza tras los hilos de lágrimas.

-¡Ah, yo lo decía! Si Él viene... - dice Marta, juntando las manos con gesto de alegría.

-¡Marta, Marta! ¿Qué sabes tú de las operaciones y decretos de Dios?

-¡Ay, Maestro! ¿No lo vas a curar? - exclaman juntas, y vuelven a sumirse en el dolor.

-Yo os digo: tened una fe ilimitada en el Señor. Seguid teniéndola, a pesar de toda insinuación y hecho, y veréis grandes cosas cuando vuestro corazón ya no tenga motivo para esperar verlas. ¿Qué dice Lázaro?

-En sus palabras hay un eco de las tuyas. Nos dice: "No dudéis de la bondad y poder de Dios. Suceda lo que suceda, intervendrá para vuestro bien y el mío, y para el bien de muchos, de todos los que como yo y como vosotros sepan permanecer fieles al Señor". Y, cuando está en condiciones de hacerlo, nos explica las Escrituras ya es lo único que lee- y nos habla de ti, y dice que muere en un tiempo feliz, porque la era de la paz y el perdón ha comenzado. Pero, lo oirás... Es que dice también otras cosas que nos hacen llorar incluso más que por él... - dice Marta.

-Ven, Señor. Cada minuto que pasa es un minuto robado a la esperanza de Lázaro. Contaba las horas... Decía: "Pues, para la fiesta estará en Jerusalén y vendrá...". Nosotras, nosotras que sabemos muchas cosas, que no se las decimos a Lázaro para no causarle dolor, teníamos menos esperanza, porque pensábamos que no venías para escabullirte de los que te buscan... Marta sí pensaba mucho esto. Yo menos, porque... yo, si estuviera en tu lugar, desafiaría a los enemigos. Yo no soy de esas que tienen miedo de los hombres. Y ahora ya no tengo miedo tampoco de Dios. Sé cuán bueno es para con las almas arrepentidas... - dice María, y lo mira con su mirada de amor.

-¿De nada tienes miedo, María? - pregunta Jesús.

-Del pecado... y de mí misma... Tengo siempre miedo de volver a caer en el mal. Creo que Satanás me debe odiar mucho.

-Tienes razón. Eres una de las almas más odiadas por Satanás. Pero eres también una de las más amadas por Dios. Recuerda esto.

-¡Lo recuerdo! ¡Es mi fuerza este recuerdo! Recuerdo lo que dijiste en casa de Simón. Dijiste: "Mucho se le perdona porque mucho ha amado", y a mí: "Te son perdonados los pecados. Tu fe te ha salvado. Ve en paz". Dijiste "los pecados". No muchos. Todos. Y entonces pienso, Dios mío, en tu amor a mí, sin medida. Pues bien, si mi pobre fe de entonces, como la que podía haber nacido en un alma gravada de culpas, obtuvo tanto de ti, ¿mi fe de ahora no podrá defenderme del Mal?

-Sí, María. Vela por ti misma y vigílate. Es humildad y prudencia. Pero ten fe en el Señor. Él está contigo.

Entran en casa. Marta va a ver a su hermano. María quisiera servir a Jesús. Pero Jesús quiere antes ir donde Lázaro. Y entran en la habitación en penumbra en que se consuma el sacrificio.

-¡Maestro!

-¡Amigo mío!

Los brazos esqueléticos de Lázaro se extienden hacia arriba; los de Jesús, hacia abajo para abrazar el cuerpo del amigo que languidece: un largo abrazo. Luego Jesús coloca de nuevo al enfermo sobre las almohadas y lo contempla con piedad. Pero Lázaro sonrío. Está feliz. En su rostro deshecho sólo resplandecen vivaces los ojos hundidos, iluminados con la alegría de tener allí a Jesús.

-¿Lo ves? He venido. Y para estar mucho contigo.

-¡No puedes, Señor! A mí no me dicen todo. Pero sé lo suficiente - como para decirte que no puedes. A1 dolor que te causan, añaden el mío, mi parte, no concediéndome expirar entre tus brazos. Pero yo que te quiero, no puedo por egoísmo tenerte a mi lado, en el peligro. Tú... ya he dado disposiciones... debes cambiar siempre de lugar. Todas mis casas están abiertas para ti. Los custodios han recibido órdenes, como también los encargados de mis campos. Pero no vayas al Getsemaní para estar allí un tiempo. Está muy vigilado. Me refiero a la casa. Porque a los olivos, especialmente a los de arriba, puedes ir, y por muchos caminos, sin que lo sepan. ¿Sabes que Margziam está ya aquí? Algunos le hicieron preguntas mientras estaba en la almazara con Marcos. Querían saber dónde estabas, y si venías. El muchacho respondió muy bien: "Es israelita y vendrá. Por dónde, no lo sé, porque lo dejé en el Merón". Así ha impedido que te tachasen de pecador y no ha mentido.

-Te lo agradezco, Lázaro. Seguiré tu consejo. Pero, de todas formas, nos veremos con frecuencia. Lo sigue contemplando.

-¿Me miras, Maestro? ¿Ves cómo me he quedado? Como un árbol que se despoja de hojas en otoño, yo, cada hora que pasa, me despojo de carne, de fuerza y de horas de vida. Pero digo la verdad diciendo que, si siento el no vivir lo suficiente para ver tu triunfo, exulto por marcharme para no ver -impotente, como soy, para frenarlo- el odio que aumenta en torno a ti.

-No eres impotente; nunca lo eres. Eres providente para con tu amigo aun antes de que Él llegue. Tengo dos casas de paz, y, podría decir: igualmente queridas: la de Nazaret y ésta. Si allí está mi Madre, el amor celeste casi cuanto el Cielo por el Hijo de Dios, aquí tengo el amor de los hombres por el Hijo del hombre. El amor amigo, creyente, venerante... ¡Gracias, amigos míos!

-¿Es que tu Madre no va a venir?

-A1 principio de la primavera.

-¡Oh, entonces yo ya no la volveré a ver!...

-No. Tú la verás. Yo te lo digo. Me debes creer.

-En todo, Señor. Hasta en las cosas desmentidas por los hechos.

-¿Margziam dónde está?

-En Jerusalén con los discípulos. Pero viene aquí al atardecer. Dentro de poco. ¿Y tus apóstoles? ¿No están contigo?

-Están allá, con Maximino, que está atendiendo su cansancio y extenuación.

-¿Habéis andado mucho?

-Mucho. Sin tregua. Ya te contaré... Ahora descansa. Entretanto, te bendigo.

Y Jesús lo bendice y se retira.

Los apóstoles están ahora con Margziam y con casi todos los pastores, y refieren las insistencias de los fariseos en saber acerca de Jesús, y dicen que eso los ha escamado; tanto que ellos, los discípulos, han pensado en ponerse de guardia en todos los caminos que conducen hacia el interior de Jerusalén, para avisar al Maestro.

-Efectivamente - refiere Isaac - estamos diseminados, a algunos estadios de las Puertas, en todos los accesos.

-Maestro -Judas se ríe- ellos dicen que en la Puerta de Jaffa, había hoy medio Sanedrín, y discutían unos con otros porque algunos recordaban mis palabras de Enganním, otros juraban que habían sabido que habías estado en Dotán, otros, por el contrario, decían que te habían visto en los aldeaños de Efraím, y eso los ponía furiosos, al no saber ya donde estabas... - y se ríe de la burla jugada a los enemigos de Jesús.

-Mañana me verán.

-No. Mañana vamos nosotros. Ya lo hemos concertado. Todos en grupo y haciéndonos ver bien.

-No quiero. Tú mentirías.

-Te juro que no mentiré. Si no me dicen nada, no digo nada. Si nos preguntan si estás con nosotros, diré: "¿Y no veis que no está?, y si quieren saber dónde estás, responderé: "Buscadlo vosotros. ¿Cómo queréis que sepa yo dónde está el Maestro en este momento?". Ciertamente, no podré saber si estás en casa, aquí o por los huertos, o sé dónde.

-Judas, Judas, te he dicho...

-Y yo te digo que tienes razón. Pero esto mío no será sencillez de paloma, sino prudencia de serpiente. Tú, la paloma; yo, la serpiente. Y juntos formaremos esa perfección que has enseñado - Toma el tono que tiene Jesús cuando enseña y dice, imitando a la perfección al Maestro: "Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas... No os preocupéis de qué responder, porque en ese momento se os pondrá en los labios las palabras, siendo así que no habláis vosotros, sino que habla en vosotros el Espíritu... Cuando os persigan en una ciudad huid a otra, hasta que venga el Reino del Hijo del hombre... Las recuerdo y es la hora de aplicarlas.

-No las he dicho así, ni dije estas solas - objeta Jesús.

-Por ahora, sólo es necesario recordar éstas, y decirlas así. Sé lo que quieres decir. Pero, si no está confirmada la fe en ti, que es piedra en tu Reino, no está bien el ponerse en manos de los enemigos Después... diremos y haremos lo demás...

Y la expresión de Judas es tan brillante de inteligencia y picardía, que conquista a todos, menos a Jesús, que suspira. Es verdaderamente el hombre seductor al que nada le falta para triunfar sobre los hombres.

Jesús suspira y piensa... Pero, sintiendo que no es del todo mala la medida propuesta por Judas, cede. Y éste, triunfante, formula todo su plan.

-Nosotros, pues, iremos mañana, y pasado mañana, hasta el día siguiente del sábado. Y estaremos en una cabaña hecha de ramas, en el valle del Cedrón, como perfectos israelitas. Ellos se cansarán de esperarte... y entonces irás. Entretanto, estarás aquí, en paz, descansando. Estás exhausto, Maestro mío. Y nosotros esto no lo queremos. Después de cerradas las puertas, uno de nosotros vendrá a decirte lo que hacen ellos. ¡Oh, será bonito verlos chasqueados!

Todos asienten y Jesús no opone resistencia. Quizás el cansancio, verdaderamente grande, quizás el deseo de confortar a Lázaro, de darle todo el confort antes de la lucha final, contribuyen a que ceda. Quizás también la necesidad real de mantenerse libre, hasta que no se cumplan todas las obras que son necesarias para que Israel no dude de su Naturaleza antes de juzgarlo como reo... Lo cierto es que dice:

-Pues así sea. Pero no busquéis disputas, y evitad los embustes. Mejor callad, pero no mintáis. Ahora vámonos, que Marta nos llama. Ven, Margziam. Te encuentro con mejor aspecto... Se aleja, hablando, pasado un brazo en torno a los hombros del discípulo jovencito.

Jesús entra en el Templo. Viene con sus apóstoles y con numerosísimos discípulos que conozco al menos de cara. Y, al final de todos, pero ya unidos al grupo como queriendo mostrar que quieren ser considerados seguidores del Maestro, caras nuevas, desconocidas todas, menos la sagaz del griego venido de Antioquía, que habla con otros -quizás gentiles como él- y que se detiene, con los que con él hablan, en el patio de los Paganos, mientras Jesús y los suyos prosiguen para entrar en el patio de los Israelitas.

Naturalmente, la entrada de Jesús en el Templo, que está de bote en bote, no pasa desapercibida. Un susurro nuevo se alza, como de una colmena disturbada, un susurro que cubre las voces de los doctores que dan sus lecciones bajo el pórtico de los Paganos. Lecciones que, por lo demás, se suspenden, como por ensalmo; y alumnos de los escribas corren en todas las direcciones a llevar la noticia de la llegada de Jesús; de forma que cuando Él entra en el segundo recinto, donde está el atrio de los Israelitas, ya bastantes fariseos, escribas y sacerdotes están atropados observándolo. Pero, mientras ora, no le dicen nada, y ni siquiera se le acercan, únicamente lo vigilan.

Jesús vuelve al pórtico de los Paganos. Y ellos detrás. Y la comitiva de los malintencionados aumenta, como también aumenta la de los curiosos o de los bienintencionados. Y susurros en voz baja se mueven entre la gente. De vez en cuando, alguna voz más fuerte: « ¿Veis como ha venido? Es un justo. No podía faltar a la fiesta». O: « ¿Qué ha venido a hacer?, ¿a extraviar más aún al pueblo?». O también: «¿Estáis contentos ahora?, ¿ahora veis dónde está?, ¡mucho lo habéis preguntado!». Voces aisladas y apagadas enseguida, ahogadas en las gargantas por miradas significativas de discípulos y seguidores que amenazan, con su propio amor, a los rencorosos enemigos. Voces irónicas, venenosas, de enemigos que arrojan una chorretada de veneno y después se detienen, porque tienen miedo de la muchedumbre. Y silencio de la muchedumbre después de una manifestación significativa en favor del Maestro, porque tiene miedo a las represalias de los poderosos. El reino del miedo recíproco...

El único que no tiene miedo es Jesús. Anda despacio, con majestad, hacia el lugar a donde quiere ir, un poco absorto, pero pronto para salir de su absorbimiento para acariciar a un niño que una madre le presenta, o sonreír a un anciano que lo saluda bendiciéndolo.

En el pórtico de los Paganos, de pie, erguido, entre un grupo de alumnos, está Gamaliel: con los brazos cruzados, con su esplendorosa vestidura blanquísima y amplísima -que parece aún más blanca en contraste con la gruesa alfombra roja oscura extendida en el suelo en el punto donde esta Gamaliel-, parece estar pensando -la cabeza un poco inclinada- y no interesarse de lo que ocurre. Entre sus discípulos, por el contrario, hay agitación, la agitación de la más grande curiosidad. Uno, pequeñito, incluso se sube a un alto escalón para ver mejor.

Pero, cuando Jesús está a la altura de Gamaliel, el rabí alza el rostro; y sus ojos profundos, bajo su frente de pensador, se clavan un instante en el rostro sereno de Jesús. Es una mirada escrutadora, mortificante y mortificada. Jesús la siente y se vuelve. Lo mira. Los dos fulgores, el de los ojos negríssimos y el de los ojos de zafiro, se entrelazan: el de Jesús, abierto, manso, que se deja escrutar; el de Gamaliel, impenetrable, tendente a conocer y deseoso de rasgar el misterio de la verdad -porque para él es un misterio el Rabí galileo-, pero farisaicamente celoso de su pensamiento, de modo que se cierra a toda indagación que no sea de Dios. Un instante. Luego Jesús prosigue y el rabí Gamaliel vuelve a reclinar la cabeza sobre el pecho, sordo a toda pregunta recta, ansiosa, de algunos que están en torno a él, o subrepticia y cargada de aborrecimiento de otros:

-¿Es Él, maestro?

-¿Qué opinas tú?

-¡Bien!

-¿Cuál es tu juicio?

-¿Quién es Éste?

Jesús va al lugar que ha elegido para sí. ¡Oh!, ¡no tiene alfombras bajo los pies! Ni siquiera está bajo el pórtico; simplemente, junto a una columna, en pie, erguido, en el escalón más alto, en el fondo del pórtico. El lugar más modesto. En torno a Él, apóstoles, discípulos., seguidores, curiosos; más allá, fariseos, escribas, sacerdotes, rabíes. Gamaliel no deja el sitio donde está.

Jesús se pone a predicar por centésima vez la venida del Reino de Dios y la preparación de este Reino. Y yo podría decir que, ampliados en potencia, repite los mismos conceptos tratados, casi en el mismo lugar, veinte años antes. Habla de la profecía de Daniel, del Precursor anunciado por los profetas; recuerda la estrella de los Magos, la matanza de los Inocentes. Y, sentadas estas premisas para mostrar los signos de la venida del Cristo a la Tierra, cita, como corroboración de su venida, los signos actuales que acompañan al Cristo docente, como antes los otros acompañaban al advenimiento del Cristo encarnado, o sea, recuerda la contradicción que lo acompaña, la muerte del Precursor, y los milagros que continuamente se producen, confirmando que Dios está con su Cristo. No ataca nunca a sus antagonistas. Parece no verlos siquiera. Habla para confirmar en la fe a sus seguidores, para iluminar acerca de la verdad a aquellos que, sin culpa, están todavía en tinieblas respecto a ella...

Una voz áspera se deja oír desde el extremo de la gente:

-¿Cómo puede Dios estar en tus milagros, si se producen en día prohibido? Incluso ayer has curado a un leproso en el camino de Betfagé.

Jesús mira al que lo ha interrumpido, pero no responde. Sigue hablando de la liberación del dominio que oprime a los hombres, y de la instauración del Reino de Cristo, eterno, invencible, glorioso, perfecto.

-Y esto, ¿cuándo? - dice un escriba haciendo risitas. Y añade:

-Ya sabemos que quieres hacerte rey. Pero un rey como Tú sería la ruina de Israel. ¿Dónde está tu potencia de rey?; ¿dónde, los soldados?; ¿dónde, los tesoros?; ¿dónde, las alianzas? ¡Estás desquiciado!

Y muchos como él menean la cabeza riéndose con menosprecio.

Un fariseo dice:

-Así no. De esta forma nunca sabremos qué entiende Él por reino, cuáles leyes y cuáles manifestaciones tendrá ese reino. ¿Qué? ¿Acaso el reino antiguo de Israel fue de repente perfecto como en los tiempos de David y Salomón? ¿No recordáis cuántas incertidumbres y horas oscuras antes del esplendor regio del rey perfecto? Para disponer del primer rey fue necesario, antes, formar al hombre de Dios que lo ungiera, y, por tanto, quitar la esterilidad a Ana de Elcaná e inspirarle que ofreciera el fruto de su vientre. Meditad el cántico de Ana. Es lección para nuestra dureza y ceguera: Nadie es santo como el Señor... No queráis multiplicar, jactándoos, las palabras soberbias... El Señor hace morir y vivir... exalta al pobre... Hace seguros los pasos de sus santos, y los impíos callarán porque el hombre no es fuerte por su fuerza, sino por la que le viene de Dios". ¡Recordad! "El Señor juzgará los confines de la Tierra.- dará el imperio a su rey y exaltará la potencia de su Cristo"(1 Samuel 2; 1 Samuel 1, 10-11 y 20; 2, 1-11) El Cristo de las profecías no debía, acaso, venir de David? ¿Y es que todas las premisas, desde el nacimiento de Samuel en adelante, no son premisas para el reino del Cristo? ¿Tú, Maestro, no eres acaso de David, nacido en Belén? - pregunta, para finalizar, directamente a Jesús.

-Tú lo has dicho - responde Jesús brevemente.

-¡Oh! Entonces satisface nuestras mentes. Ya ves que el callar no es buena cosa, porque fomenta las nubes de la duda en los corazones.

-No de la duda. De la soberbia. Es más grave aún.

-¿Cómo? ¿Dudar de ti es menos grave que ser soberbios?

-Sí. Porque la soberbia es la lujuria de la mente. Y es el pecado más grande, siendo el mismo pecado de Lucifer. Dios perdona muchas cosas, y su Luz resplandece amorosa para alumbrar las ignorancias y alejar las dudas. Pero no concede su perdón a la soberbia que lo escarnece afirmando ser mayor que Él.

-¿Quién de nosotros dice que Dios es más pequeño que nosotros? Nosotros no blasfemamos... - gritan varios.

-No lo decís con los labios, pero lo confirmáis con las obras. Queréis decir a Dios: "No es posible que el Cristo sea un galileo, uno del pueblo. No es posible que sea éste". ¿Qué es imposible para Dios?

La voz de Jesús es un trueno. Si antes presentaba un aspecto un poco modesto, apoyado como un mendigo en su columna, ahora Jesús se endereza, se separa del pilar, yergue majestuosamente la cabeza y asaetea a la gente con sus fúlgidos ojos. Está todavía en el escalón, pero tan regio es su aspecto, que es como si estuviera sobre un trono. La gente retrocede, casi con miedo, y ninguno responde a la última pregunta.

Luego un rabí, pequeño, lleno de arrugas, feo de aspecto como ciertamente lo es de alma, pregunta, haciendo preceder la pregunta de una risita disonante y cascada:

-La lujuria se cumple siendo dos ¿La mente con quién la cumple? No es corpórea. ¡Cómo puede, entonces, pecar lujuriosamente? ¿A qué, siendo incorpórea, se une para pecar? - y ríe, estirando las palabras y la risita.

-¿A quién? A Satanás. La mente del soberbio fornicar con Satanás contra Dios y contra el amor.

-¿Y Lucifer con quién fornicó para hacerse Satanás, si todavía no era Satanás?

-Consigo mismo. Con su propio pensamiento inteligente y desordenado. ¿Qué es la lujuria, escriba?

-¡Pero... te lo he dicho! ¿Y quién no sabe qué es la lujuria? Todos la hemos experimentado...

-No eres un rabí sabio, porque no conoces la esencia verdadera de este pecado universal, trino fruto del Mal; así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son la trina forma del Amor. La lujuria es desorden, escriba. Desorden guiado por una inteligencia libre y consciente, que sabe que su apetito está mal, pero de todas formas quiere saciarlo. La lujuria es desorden y violencia contra las leyes naturales, contra la justicia y el amor hacia Dios, hacia nosotros mismos, hacia nuestros hermanos. Toda lujuria. Tanto la carnal como la que tiende a las riquezas y poderes de la Tierra, como la de aquellos que quisieran impedirle al Cristo su misión, porque mantienen contubernio con la inmoderada ambición que teme ser quebrantada por mí.

Un gran murmullo se extiende por la aglomeración de gente. Gamaliel, que se ha quedado solo en su alfombra, alza la cabeza y lanza una mirada penetrante a Jesús.

-Pero ¡cuándo vendrá, entonces, el Reino de Dios? No has respondido... - insta de nuevo el fariseo de antes.

-Cuando el Cristo esté en el trono que Israel le prepara, más alto que todos los demás tronos, más alto que este mismo Templo.

-¿Pero, donde lo están aparejando, pues que no se ve aparato de nada? ¿Podrá ser verdad que Roma deje resurgir a Israel? ¿Es que las águilas se han quedado ciegas para no ver lo que se prepara?

-El Reino de Dios no viene con aparato. Sólo el ojo de Dios lo ve formarse, porque el ojo de Dios lee dentro de los hombres. Por tanto, no vayáis buscando dónde está este Reino, dónde se prepara. Y no creáis a quien diga: "Se conjura en Batana, se conjura en las cavernas del desierto de Engadí, se conjura en las orillas del mar". El Reino de Dios está en vosotros, dentro de vosotros, en vuestro espíritu que acoge la Ley venida de los Cielos como ley de la verdadera Patria, ley que, practicándola, hace a uno ciudadano del Reino. Por esto, antes de mí ha venido Juan a preparar los caminos de los corazones, por los cuales debía penetrar en ellos mi Doctrina. Con la penitencia se han preparado los caminos, con el amor el Reino surgirá, y caerá la esclavitud del pecado que impide a los hombres el Reino de los Cielos.

-¡Pero, verdaderamente este hombre es grande! ¿Y vosotros decís que es un artesano? - dice fuerte uno que escuchaba atentamente. Y otros, judíos por su vestimenta, y quizás instigados por los enemigos de Jesús, se miran confundidos, y miran a sus instigadores preguntando:

-¿Pero qué nos habéis imbuido? ¿Quién puede decir que este hombre extravía al pueblo? - y otros:

-Nos preguntamos y os preguntamos estas cosas: si es verdad que ninguno de vosotros lo ha instruido, ¿cómo tiene tantos conocimientos? ¿Dónde los ha aprendido, si no ha estudiado nunca con ningún maestro? - y dirigiéndose a Jesús:

-Di, pues, ¿dónde has encontrado esta doctrina tuya?

Jesús alza un rostro inspirado y dice:

-En verdad, en verdad os digo que esta doctrina no es mía, sino que es de Aquél que me ha enviado a vosotros. En verdad, en verdad os digo que ningún maestro me la ha enseñado, ni la he encontrado en ningún libro viviente, o en ningún rollo o monumento de piedra. En verdad, en verdad os digo que me he preparado para esta hora oyendo al Viviente hablarle a mi espíritu. Ahora la hora ha llegado para que Yo dé al pueblo de Dios la Palabra venida de los Cielos. Y lo hago, y lo haré hasta el último respiro, y, tras haberlo exhalado, las piedras que me oyeron y no ablandecieron, conocerán un temor a Dios más fuerte que el que experimentó Moisés en el Sinaí; y en el temor, con voz de verdad, para bendecir o maldecir, las palabras de mi doctrina rechazada se grabarán en las piedras. Y esas palabras ya no se borrarán nunca. El signo permanecerá. Luz para quien lo acoja, al menos entonces, con amor; absolutas tinieblas para quien ni siquiera entonces comprenda que ha sido la voluntad de Dios la que me ha enviado para fundar su Reino. Al principio de la creación fue dicho: "Hágase la luz". Y la luz apareció en el caos. Al principio de mi vida fue dicho: "Paz a los hombres de buena voluntad". La buena voluntad es aquella que hace la voluntad de Dios y no combate contra ella. Ahora bien, aquel que hace la voluntad de Dios y no combate contra ella siente que no puede combatir contra mí, porque siente que mi doctrina viene de Dios y no de mí mismo. ¿Acaso busco Yo mi gloria? ¿Digo, acaso, que soy el Autor de la Ley de gracia y de la era de perdón? No. Yo no tomo la gloria que no es mía, sino que doy gloria a la gloria de Dios, Autor de todo lo que es bueno. Ahora bien, mi gloria es hacer lo que el Padre quiere que haga, porque esto le da gloria a Él. El que habla a favor propio para recibir alabanza busca su propia gloria. Mas aquel que pudiendo -incluso sin buscarla- recibir gloria de los hombres por lo que hace o dice y la rechaza diciendo: "No es mía, creada por mí sino que procede de la del Padre, de la misma manera que Yo de Él procedo" está en la verdad y en él no hay injusticia, pues da a cada uno lo suyo sin quedarse con nada de lo que no le pertenece. Yo soy porque Él ha querido que fuera». *(El contexto presenta a Cristo en su humanidad ("Aquel que me ha enviado entre vosotros", "me ha preparado para esta hora", "hasta el último respiro", "Al principio de mi vida"...), por tanto hay que entender esta frase en el sentido de la Encarnación por voluntad del Padre).*

Jesús se detiene un momento. Recorre con sus ojos la aglomeración de gente. Escudriña las conciencias. Las lee. Las sopesa. Abre de nuevo sus labios:

-Vosotros calláis: la mitad admirados, la otra mitad pensativos, pensando en cómo podéis hacerme callar. ¿De quién son los diez mandamientos? ¿De dónde vienen? ¿Quién os los ha dado?

-¡Moisés! -grita la gente.

-No. El Altísimo. Moisés, su siervo, os los trajo. Pero son de Dios. Vosotros los que tenéis las fórmulas pero no tenéis la fe, en vuestro corazón decís: "Nosotros a Dios no lo hemos visto. Y tampoco lo vieron los hebreos que estaban al pie del Sinaí". ¡Oh!, no os son suficientes para creer que Dios estaba presente ni siquiera los rayos, que incendiaban el monte mientras Dios resplandecía tronando delante de Moisés. No os valen ni siquiera los rayos y los terremotos para creer que Dios está sobre vosotros para escribir el Pacto eterno de salvación y de condena. Una epifanía nueva, tremenda veréis, y pronto, entre estos muros. Y las mansiones sagradas ya no estarán en tinieblas, porque habrá comenzado el Reino de la Luz, y el Santo de los Santos, no celado ya tras la ternaria cortina, será elevado ante la presencia de todos. Y todavía no creeréis. Entonces, ¿qué se necesitará para haceros creer? ¿Que los rayos de la Justicia incidan en vuestras carnes? Pero entonces la Justicia estará apaciguada, y descenderán los rayos del Amor. Y, a pesar de todo, ni siquiera éstos escribirán en vuestros corazones, en todos vuestros corazones, la Verdad y suscitarán el arrepentimiento y luego el amor...

Los ojos de Gamaliel, en un rostro tenso, están ahora fijos en el rostro de Jesús...

-Pero, Moisés sabéis que era hombre entre los hombres; de él os han dejado descripción los cronistas de su tiempo. Y, a pesar de todo, sabiendo incluso quién era, de Quién y cómo recibió la Ley, ¿observáis, acaso, esta Ley? No. Ninguno de vosotros la observa.

Un grito de protesta entre la gente.

Jesús impone silencio:

-¿Decís que no es verdad? ¿Que la observáis? ¿Y entonces por qué tratáis de matarme? ¿No prohíbe el quinto mandamiento matar al hombre? ¿Vosotros no admitís en mí al Cristo? Pero no podéis negar que Yo sea hombre. Entonces ¿por qué tratáis de matarme?

-¡Pero Tú estás loco! ¡Eres un endemoniado! ¡Un demonio habla en ti y te hace delirar y decir embustes! ¡Ninguno de nosotros piensa en matarte! ¡Quién quiere matarte? -gritan, precisamente aquellos que lo quieren hacer.

-¿Que quién? Vosotros. Y buscáis las disculpas para hacerlo. Y me echáis en cara culpas no verdaderas. Me echáis en cara -y no es la primera vez- el que haya curado a un hombre en sábado. ¿Y no dice Moisés (*Deuteronomio 22, 4*) que tengamos piedad incluso del asno y del buey caídos, porque representan un bien para el hermano? ¿Y Yo no debería tener compasión del cuerpo enfermo de un hermano, para el cual la salud recuperada es un bien material y un medio espiritual para bendecir a Dios y amarlo por su bondad? ¿Y la circuncisión que Moisés os dio, por haberla recibido de los patriarcas, acaso no la practicáis también en día de sábado? Si circuncidando a un hombre en día de sábado no se viola la Ley mosaica del sábado, porque la circuncisión sirve para hacer de un varón un hijo de la Ley, ¿por qué os enojáis contra mí si en día de sábado he curado a un hombre enteramente, en el cuerpo y en el espíritu, y he hecho de él un hijo de Dios? No juzguéis según la apariencia y la letra, sino juzgad con recto juicio y con el espíritu, porque la letra, las fórmulas, las apariencias, son cosas muertas, escenarios pintados, pero no verdadera vida, mientras que el espíritu de las palabras y apariencias es vida real y fuente de eternidad. Pero vosotros no entendéis estas cosas porque no las queréis entender. Vamos.

Y vuelve las espaldas a todos y se dirige hacia la salida, seguido y circundado por sus apóstoles y discípulos, que lo miran: con pena por Él, con enojo contra los enemigos.

Él, pálido, les sonríe y les dice:

-No estéis tristes. Vosotros sois amigos míos. Y hacéis bien siéndolo, porque mi tiempo se acerca a su fin. Pronto llegará el tiempo en que desearéis ver uno de estos días del Hijo del hombre, mas no podréis ya verlo. Entonces hallaréis confortación en deciros: "Nosotros lo amamos y le fuimos fieles mientras estuvo entre nosotros". Y para burlarse de vosotros y haceros

aparecer como locos os dirán: "Cristo ha vuelto. ¡Está aquí! ¡Está allá!". No creáis en esas voces. No vayáis, no os pongáis a seguir a estos falaces burladores. El Hijo del hombre, una vez que se haya marchado, no volverá sino cuando llegue su Día. Y entonces su manifestación será semejante al relámpago, que resplandeciendo surca el cielo de una parte a otra, tan rápidamente, que el ojo apenas puede seguirlo. Vosotros, y no sólo vosotros, sino ningún hombre, podría seguirme en mi aparición final para recoger a todos aquellos que fueron, son y serán. Pero antes de que esto suceda es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho. Sufra todo. Todo el dolor de la Humanidad, y, además, sea repudiado por esta generación.

-Pero entonces, mi Señor, sufrirás todo el mal que será capaz de descargar sobre ti esta generación - observa el pastor Matías.

-No. He dicho: "Todo el dolor de la Humanidad". Ella existía antes de esta generación, y existirá, por generaciones y generaciones, después de ésta. Y siempre pecará. Y el Hijo del hombre gustará toda la amargura de los pecados pasados, presentes y futuros, hasta el último pecado, en su espíritu, antes de ser el Redentor. Y, ya en su gloria, todavía sufrirá, en su espíritu de amor, al ver que la Humanidad pisotea su amor. Vosotros no podéis entender por ahora... Vamos ahora a esta casa que me es amiga.

Y llama a una puerta, que se abre y lo deja entrar, sin que el custodio muestre estupor por el número de personas que entran detrás de Jesús.

487

En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Cristo.

El Templo está aún más lleno de gente que el día anterior. Y, entre el gentío que llena el primer patio y en él hormiguea, veo a muchos gentiles, muchos más que ayer. Todos esperan con gran interés, tanto los israelitas como los gentiles. Y hablan gentiles con gentiles y hebreos con hebreos, formando corrillos esparcidos acá o allá, sin perder de vista las puertas.

Los doctores, debajo de los pórticos, se esfuerzan en alzar la voz como reclamo y para hacer alarde de elocuencia. Pero la gente está distraída y predicán a pocos alumnos.

Está Gamaliel. En su sitio. Pero no habla. Pasea atrás y adelante sobre su suntuosa alfombra, con los brazos cruzados, la cabeza baja, meditando. La larga túnica y el manto aún más largo -que está suelto y pende sujeto a los hombros por dos broches de plata, en forma de rosetones- forman por detrás una cola que él aparta con el pie cuando vuelve sobre sus pasos. Sus discípulos, los más fieles, bien juntos al muro, lo miran en silencio, con temor, y respetan la meditación de su maestro.

Algunos fariseos y algunos sacerdotes dan muestra de tener muchas cosas que hacer, y van y vienen... La gente, que comprende sus verdaderas intenciones, los señala -unos a otros se los señalan-, y algún comentario surge, como un cohete abrasador, para abrasar su hipocresía. Pero ellos fingen no oír. Ven prudente no reaccionar, porque son pocos respecto a los muchos que no odian a Jesús y que, por el contrario, los odian a ellos.

-¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Hoy viene por la puerta Dorada!

-¡Corramos!

-Yo me quedo. Vendrá aquí a hablar. No pierdo el sitio.

-Yo tampoco. Además, los que se marchan dejan el sitio a los que nos quedamos.

-Pero ¿lo dejarán hablar?

-¡Si lo han dejado entrar! ...

-Sí, pero es distinto. Como hijo de la Ley, no pueden impedirle entrar. Pero como rabí pueden echarlo si quieren.

-¡Cuántas distinciones! Si lo dejan ir a hablar al Dios, ¿por que no tienen que dejarlo hablar a hombres? - el que habla es un gentil.

-Es verdad - dice otro gentil.

-A nosotros, porque somos impuros, no nos dejáis ir allá, pero venir aquí sí, esperando que nos hagamos circuncisos...

-Calla, Quinto. Por esto le dejan que nos hable a nosotros. Esperando podarnos como si fuéramos árboles. Pero no, nosotros venimos para poner sus ideas como ramas de injerto en nosotros, silvestres.

-Así es. ¡Es el único que no nos desprecia!

-¡Respecto a esto! Cuando vamos con una bolsa de monedas a comprar no nos desprecian tampoco los otros.

-¡Mira! Los gentiles nos hemos quedado como dueños y señores de este sitio. ¡Oiremos bien! ¡Y vamos a ver mejor! Me gusta ver las caras de sus enemigos ¡Por Júpiter! Un combate de caras...

-¡Calla! Que no te oigan nombrar a Júpiter. Está prohibido aquí.

-¡Bueno, entre Júpiter y Yeohveh hay poca diferencia! Y entre dioses no se ofenderán... Yo he venido movido por un buen deseo de escuchar; no para burlarme. ¡Se habla mucho, por todas partes, de este Nazareno! Me dije: en esta época hace bueno y voy a oírlo hablar. Hay quien va más lejos para oír los oráculos...

-¿De dónde vienes?

-De Perge. ¿Y tú?

-De Tarso.

-Yo soy casi hebreo. Mi padre era un helenista de Iconio. Pero se casó en Antioquía de Cilicia con una romana, y luego murió antes de que yo naciera. Pero la progenie es hebrea.

-Tarda en venir... ¿Será que lo han detenido?

-No temas. Nos lo dirían los gritos del gentío. Estos hebreos chillan como urracas, siempre...

-¡Ahí está! ¡Es Él! ¿Va a venir justamente aquí?

-¿No ves que, arteramente, han ocupado todos los sitios menos este rincón? ¿Oyes cuántas ranas croan fingiéndose maestros?

-Pero aquel de allí está callado. ¿Es verdad que es el mayor doctor de Israel?

-Sí, pero... ¡Qué pedante! Un día lo escuché y, para digerir su ciencia, tuve que beber muchas copas de falerno en casa de Tito, en Beceta.

Se ríen.

Jesús se acerca lentamente. Pasa por delante de Gamaliel -que ni siquiera alza la cabeza-, y va al sitio de ayer.

La gente, mezcla, ahora, de israelitas, prosélitos y gentiles, comprende que va a empezar a hablar y susurra:

-Fijaos que habla públicamente y no le dicen nada.

-Quizás los príncipes y los jefes han reconocido en Él al Cristo. Ayer Gamaliel, cuando se marchó el Galileo, habló mucho con unos Ancianos.

-¡Pero es posible! ¿Cómo han hecho para reconocerlo de repente, si sólo un poco antes lo consideraban hombre merecedor de la muerte?

-Quizás Gamaliel tenía pruebas...

-¿Y qué pruebas? ¿Qué pruebas queréis que tenga en favor de ese hombre? - arremete uno.

-Cállate, ventajista. No eres más que el último de los escribanos. ¿Quién te ha preguntado? - y lo abuchean. Él se marcha.

Pero, en su lugar, aparecen otros, que no pertenecen al Templo, sino -ciertamente- a los incrédulos judíos:

-Nosotros tenemos las pruebas. Nosotros sabemos de dónde es éste. Pero, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es. No sabremos su origen. ¡Pero de éste! Es hijo de un carpintero de Nazaret, y todo su pueblo puede traer aquí su testimonio contra nosotros si mentimos...

Entretanto, se oye la voz de un gentil, que dice:

-Maestro, hablemos un poco a nosotros hoy. Nos ha sido dicho que afirmas que todos los hombres provienen de un solo Dios, el tuyo. Tanto que los llamas hijos del Padre. Algunos poetas nuestros estoicos tuvieron también una idea semejante a ésta. Dijeron: "Somos estirpe de Dios". Tus connacionales dicen que somos más impuros que animales. ¿Cómo concillas las dos tendencias?

Se plantea la cuestión según las costumbres de las disputas filosóficas, al menos eso creo. Y, cuando Jesús está para responder, aumenta de tono la disputa entre los judíos incrédulos y los creyentes, y una voz estridente repite:

-¡Es un simple hombre! ¡El Cristo no será eso! ¡Todo en Él tendrá carácter excepcional: forma, naturaleza, origen!...

Jesús se vuelve en esa dirección y dice fuerte:

-¿Entonces me conocéis y sabéis de dónde vengo? ¿Estáis bien seguros de ello? ¿Y lo poco que sabéis no os dice nada? ¿No os resulta confirmación de las profecías? Pero no, vosotros no sabéis todo de mí. En verdad, en verdad os digo que Yo no he venido por mí mismo, ni tampoco de donde vosotros creéis que he venido. Es la misma Verdad la que me ha enviado, y vosotros no la conocéis.

Prorrumpen los enemigos en un grito de enfado.

-La misma Verdad. Vosotros no conocéis sus obras. No conocéis sus caminos, los caminos por los que Yo he venido. El odio no puede conocer ni los caminos ni las obras del Amor. Las tinieblas no pueden aguantar la vista de la Luz. Mas Yo conozco a Aquel, que me ha enviado, porque Yo soy suyo, parte suya y un Todo con El. Y Él me ha enviado para que cumpla lo que su Pensamiento quiere.

Nace un tumulto. Los enemigos se lanzan contra Él para ponerle las manos encima, para capturarlo y pegarle. Apóstoles, discípulos pueblo, gentiles, prosélitos reaccionan para defenderlo. Acuden otros a ayudar a los primeros, y quizás hubieran logrado su objetivo, pero Gamaliel, que hasta ese momento parecía ajeno a todo, deja su alfombra y va hacia Jesús - apartado hacia el pórtico por quienes lo quieren defender- y grita:

-¡Dejadlo! Quiero oír lo que dice.

Más que el pelotón de legionarios que, de la Antonia, acude para calmar el tumulto, hace la voz de Gamaliel. El tumulto cesa cual torbellino que se deshace, y el clamor se calma transformándose en rumor. Los legionarios, por prudencia, se quedan cerca del muro externo, pero ya sin función alguna.

-Habla - ordena Gamaliel a Jesús - Responde a los que te acusan.

El tono es imperioso, pero no burlón.

Jesús da unos pasos hacia delante, hacia el patio. Tranquilo, reanuda el discurso. Gamaliel permanece donde está, y sus discípulos se apresuran a llevarle alfombra y escabel para que esté cómodo. Pero él se queda de pie: los brazos cruzados, la cabeza baja, los ojos cerrados; concentrado en escuchar.

-Me habéis acusado sin motivo, como si hubiera blasfemado en lugar de decir la verdad. Yo, no para defenderme, sino para daros la luz con el fin de que podáis conocer la Verdad, hablo. Y no hablo por mí mismo, sino que hablo recordando las palabras en que creéis y por las que juráis. Ellas me dan testimonio. Vosotros, lo sé, no veis en mí sino a un hombre semejante a vosotros, inferior a vosotros. Y os parece imposible que un hombre pueda ser el Mesías. Como mínimo pensáis que tendría que ser un ángel este Mesías, el cual debe tener un origen tan misterioso como para poder ser rey por la simple autoridad que el misterio de su origen suscita. Pero, ¿acaso alguna vez en la historia de nuestro pueblo, en los libros que forman esta historia -y que serán libros tan eternos cuanto el mundo, porque a ellos los doctores de todas las naciones y de todos los tiempos irán a beber, para corroborar su ciencia y sus investigaciones sobre el pasado con las luces de la verdad-, acaso alguna vez se dice en estos libros que Dios haya hablado a un ángel suyo para decirle (*Salmo 2, 7; 110, 1 y 4*): "Tú serás para mí, de ahora en adelante, Hijo, porque Yo te he engendrado"?».

Veo que Gamaliel pide una tablilla y pergaminos, se sienta y escribe...

-Los ángeles, criaturas espirituales siervas del Altísimo y mensajeras suyas, han sido creados por Él como el hombre, como los animales, como todo lo que fue creado. Pero no han sido engendrados por Él. Porque Dios engendra únicamente a otro Sí mismo, pues no puede el Perfecto engendrar sino a un Perfecto, a otro Ser parejo a Sí mismo, para no rebajar su perfección engendrando a una criatura inferior a Él. Ahora bien, si Dios no puede engendrar a los ángeles, y ni siquiera elevarlos a la dignidad de hijos suyos, *(Dios no puede... ni siquiera elevarlos a la dignidad de hijos suyos: Debe leerse a la luz de la frase Pero, si Dios no ha juzgado conveniente elevar al grado de Hijo a un ángel, de unos renglones más abajo, donde se aduce un motivo de conveniencia, no de imposibilidad divina)*, ¿cómo será el Hijo al que dice: "Tú eres mi Hijo. Hoy te he engendrado"? ¿Y de qué naturaleza será si, engendrándolo, y señalándoselo a sus ángeles, dice: "Y le adoren todos los ángeles de Dios"? ¿Y cómo será este Hijo, para merecer oír que el Padre -Aquel a cuya gracia se debe el que los hombres lo puedan nombrar con el corazón anonadado en adoración- le dice: "Siéntate a mi derecha hasta que haga de tus enemigos escabel para tus pies"? Ese Hijo no podrá ser sino Dios como el Padre, con quien comparte atributos y poderes y con quien goza de la Caridad que los letifica en los inefables e incognoscibles amores de la Perfección hacia sí misma.

Pero, si Dios no ha juzgado conveniente elevar al grado de Hijo a un ángel, ¿habría podido decir de un hombre lo que, al final de éste hará tres años, dijo de quien aquí os habla en el vado de Betabara? (y muchos de vosotros que os oponéis a mí estabais presentes cuando lo dijo). Vosotros lo oísteis y temblasteis. Porque la voz de Dios es inconfundible, y sin una especial gracia suya abate a quien la oye, y estremece su corazón.

¿Qué es, entonces, el Hombre que os habla? ¿Es, acaso, uno que ha nacido de principio y de voluntad de hombre, como todos vosotros? ¿Habría podido poner el Altísimo a su Espíritu a vivir en una carne carente de gracia, como es la de los hombres nacidos por voluntad carnal? ¿Y podría el Altísimo, como satisfacción de la gran Culpa, aplacarse con el sacrificio de un hombre? Pensad. Él no designa a un ángel para ser Mesías y Redentor. ¿Podrá, entonces, designar a un hombre para serlo? ¿Y podía el Redentor ser sólo Hijo del Padre, sin asumir naturaleza humana; ser el Redentor con medios y poderes que superaran las humanas deducciones? ¿Y el Primogénito de Dios podía, acaso, tener padres, si es el Primogénito eterno? ¿No se os trastoca el soberbio pensamiento ante estos interrogantes, que suben hacia los reinos de la Verdad, acercándose cada vez más a ella, y que hallan respuesta sólo en un corazón humilde y lleno de fe?

¿Quién debe ser el Cristo? ¿Un ángel? Más que un ángel. ¿Un hombre? Más que un hombre. ¿Un Dios? Sí, un Dios. Pero con una carne unida a Él, para que ésta pueda cumplir la expiación de la carne culpable. Todas las cosas deben ser redimidas a través de la materia con que pecaron. Dios, por tanto, habría debido enviar a un ángel para expiar las culpas de los ángeles caídos, y que expiara por Lucifer y -sus seguidores angélicos. Porque ya sabéis que Lucifer también pecó. Pero Dios no envía a un espíritu angélico a redimir a los ángeles tenebrosos. Ellos no han adorado al Hijo de Dios, y Dios no perdona el pecado contra su Verbo engendrado por su Amor. Pero Dios ama al hombre y envía al Hombre, al único perfecto, a redimir al hombre y a obtener paz con Dios. Y es justo que sólo un Hombre-Dios pueda cumplir la redención del hombre y aplacar a Dios.

El Padre y el Hijo se han amado y se han comprendido. Y el Padre ha dicho: "Quiero". Y el Hijo ha dicho: "Quiero". Y luego el Hijo ha dicho: "Dame". Y el Padre ha dicho: "Toma", y el Verbo tuvo una carne, cuya formación es misteriosa, y esta carne se llamó Jesucristo, Mesías, Aquel que debe redimir a los hombres, llevarlos al Reino, vencer al demonio, quebrar las esclavitudes.

¡Vencer al demonio! No podía un ángel, no puede cumplir lo que el Hijo del hombre puede. Y, por esto, Dios no llama a los ángeles a la gran obra, sino al Hombre. Aquí tenéis al Hombre cuyo origen se os presenta incierto, o es negado por vosotros u os pone pensativos. Aquí tenéis al Hombre. Al Hombre aceptable para Dios. Al Hombre representante de todos sus hermanos. Al Hombre que es como vosotros en la semejanza; al Hombre superior y distinto de vosotros por la proveniencia; el cual -que no por un hombre sino por Dios ha sido engendrado y consagrado para su ministerio- está ante el excelso altar para ser Sacerdote y Víctima por los pecados del mundo, eterno y supremo Pontífice, Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

¡No temáis! No tiendo mis manos hacia la tiara pontifical. Otra corona me espera. ¡No temáis! No os voy a quitar el racional. Otro está ya preparado para mí. Temed sólo, más bien, el que para vosotros no sirva el sacrificio del Hombre y la misericordia del Cristo. Os he amado tanto, tanto os amo, que he obtenido del Padre mi anonadamiento. Os he amado tanto, tanto os amo, que he pedido asimilar todo el dolor del mundo para daros la salud eterna.

¿Por qué no me queréis creer? ¿No podéis creer todavía? ¿No está escrito del Cristo: "Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"? ¿Y cuándo comenzó el sacerdocio? ¿Quizás en tiempos de Abraham? No. Y vosotros lo sabéis. El rey de justicia y de paz (*Génesis 14, 18-20*) que viene a anunciarme, con figura profética, en la aurora de nuestro pueblo, ¿no os apercibe acerca de la existencia de un sacerdocio más perfecto, que viene directamente de Dios?; como Melquisedec, de quien nadie pudo jamás señalar sus orígenes y que es llamado "el sacerdote" y sacerdote será para siempre. ¿No creéis ya en las palabras inspiradas? Y, si creéis, ¿cómo es que vosotros, doctores, no sabéis dar una explicación aceptable a las palabras que dicen -y de mí hablan- : "Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"? Hay, pues, otro sacerdocio, más allá, antes del de Aarón. Y de éste está escrito "*eres*"; no, "*fuiste*"; no, "*serás*". Eres sacerdote para siempre. He aquí, pues, que esta frase anticipa que el eterno Sacerdote no será de la estirpe, conocida, de Aarón, no será de ninguna estirpe sacerdotal. No; será de proveniencia nueva, misteriosa, como Melquisedec. Es de esta proveniencia. Y si la Potencia de Dios lo manda, señal es de que quiere renovar el Sacerdocio y el rito para que sea provechoso para la Humanidad.

¿Conocéis vosotros mi origen? No. ¿Conocéis mis obras? No. ¿Intuís sus frutos? No. Nada sabéis de mí. Podéis ver, pues, que también en esto soy el "Cristo", cuyo origen y naturaleza y misión deben permanecer desconocidos hasta que a Dios le plazca revelarlos a los hombres. Bienaventurados los que sepan, los que saben creer antes de que la revelación tremenda de Dios los aplaste contra el suelo con su peso y ahí los clave y triture bajo la fulgurante, poderosa verdad pronunciada: como trueno desde los Cielos; como grito desde la Tierra: "Éste era el Cristo de Dios".

Vosotros decís: "Es de Nazaret. Su padre era José. Su Madre es María". No. Yo no tengo padre que me haya engendrado hombre; no tengo madre que me haya engendrado Dios. Y, no obstante, tengo una carne, y la he asumido por misteriosa obra

del Espíritu, y he venido a vosotros pasando por un tabernáculo santo. Y os salvaré después de haberme formado a mí mismo por voluntad de Dios; os salvaré haciendo salir a mi verdadero Yo mismo del tabernáculo de mi Cuerpo para consumir el gran Sacrificio de un Dios que se inmola por la salvación del hombre.

¡Padre! ¡Padre mío! Te lo dije al principio de los días: "Aquí estoy, para hacer tu voluntad". Te lo dije en la hora de gracia antes de dejarte para revestirme de carne, y así padecer: "Aquí estoy, para hacer tu voluntad". Te lo digo una vez más para santificar a aquellos por quienes he venido: "Aquí estoy, para hacer tu voluntad". Y volveré a decírtelo, siempre te lo diré, hasta que tu voluntad sea cumplida...

Jesús baja los brazos -los tenía levantados hacia el cielo, orando-, los recoge en su pecho y agacha la cabeza, cierra los ojos y se sume en una oración secreta.

La gente bisbisea. No todos han comprendido; es más, la mayoría (y yo con ellos) no ha comprendido. Somos demasiado ignorantes. Pero intuimos que ha enunciado cosas grandes. Y, admirados, guardamos silencio.

Los maliciosos, que no han comprendido o no han querido comprender, sonriendo malévolamente dicen: «¡Éste delira!». Pero no se atreven a decir más y se apartan o se encaminan hacia las puertas meneando la cabeza. Tanta prudencia creo que es el fruto de las lanzas y dagas romanas que brillan al sol contra la muralla externa.

Gamaliel se abre paso entre los que quedan. Llega hasta Jesús, que sigue en oración, absorto, lejanos la gente y el lugar, y lo llama:

-¡Rabí Jesús!

-¿Qué quieres, rabí Gamaliel? - pregunta Jesús alzando la cabeza, todavía absorto sus ojos en una interna visión.

-Que me des una explicación.

-Habla.

-¡Apartaos todos! - ordena Gamaliel, y lo hace con un tono tal, que apóstoles, discípulos, seguidores, curiosos, y los propios discípulos de Gamaliel se apartan rápidamente.

Se quedan solos, uno frente al otro. Y se miran. Jesús siempre manso y dulce; el otro, autoritario sin querer e involuntariamente soberbio de aspecto (expresión que ciertamente le ha venido de los años de deferencia exagerada).

-Maestro... Me han sido referidas unas palabras tuyas dichas en un banquete... que yo desaprobé porque era insincero. Yo contradigo o no contradigo, pero siempre abiertamente... He meditado en esas palabras. Las he cotejado con las que tengo en mi recuerdo... Y te he esperado, aquí, para preguntarte acerca de ellas... Y primero he querido oírte hablar... Ellos no han comprendido. Yo espero poder comprender. He escrito tus palabras mientras las pronunciabas. Para meditarlas. Y no para perjudicarte. ¿Me crees?

-Te creo. Y quiera el Altísimo hacerlas llamear ante tu espíritu.

-Que así sea. Escúchame. Las piedras que deben estremecerse ¿no serán las de nuestros corazones?

-No, rabí. Éstas (y señala a las murallas del Templo con gesto circular). ¿Por qué lo preguntas?

-Porque mi corazón se estremeció cuando me fueron referidas tus palabras del banquete, y tus respuestas a los tentadores. Creía que ese estremecimiento era el signo...

-No, rabí. Es demasiado poco el estremecimiento de tu corazón y el de pocos otros para ser el signo que no deja dudas... Aunque tú, con raro juicio de humilde conocimiento de ti, defines tu corazón como piedra. ¡Oh, rabí Gamaliel, ¿te es imposible hacer de tu corazón petrificado un luminoso altar que acoja a Dios? No por interés mío, rabí, sino para que tu justicia sea completa...

Y Jesús mira dulcemente al anciano maestro, que zalea su barba e introduce los dedos por debajo de la prenda que cubre su cabeza y corruga su frente; susurra, bajando la cabeza para decirlo:

-No puedo... No puedo todavía... De todas formas, espero... ¿Sigue en pie ese signo que vas a dar?

-Lo daré.

-Adiós, Rabí Jesús.

-El Señor venga a ti, rabí Gamaliel.

Se separan. Jesús hace una señal a los suyos y con ellos se encamina hacia fuera del Templo.

Escribas, fariseos, sacerdotes, discípulos de rabíes, como buitres, circundan velozmente a Gamaliel, que está metiéndose en el ancho cinturón los folios que ha escrito.

-¿Entonces? ¡Qué te parece? ¡Un loco? Has hecho bien en escribir esos delirios. Nos serán útiles. ¿Has decidido? ¡Estás convencido? Ayer... hoy... Más que suficiente para convencerte. Hablan tumultuariamente, y Gamaliel calla, y, mientras, se coloca el cinturón, cierra el tintero que lleva colgado a éste, devuelve a su discípulo la tablilla en que se ha apoyado para escribir en los pergaminos.

-¿No respondes? Desde ayer no hablas... - insta un colega suyo.

-Escucho. No a vosotros. A Él. Y trato de reconocer en las palabras de ahora la palabra que me habló un día. Aquí.

-¿Y... la encuentras? - ríen muchos.

-Como un trueno, que tiene voz distinta según esté más cercano o más lejano. Pero siempre es ruido de trueno.

-Sonido sin significado, entonces - dice uno, burlón.

-No te rías, Leví. En el trueno puede estar también la voz de Dios; y nosotros ser tan necios que la tomemos por rumor de nubes laceradas... No te rías tú tampoco, Elquías, ni tú, Simón; no sea que el trueno se transforme en rayo y os reduzca a cenizas...

-Entonces... tú... casi estás diciendo que el Galileo es aquel niño que con Hil.lél creíste profeta; y que aquel niño y ese hombre son el Mesías... - inquieren, con mordacidad (aunque velada, porque Gamaliel se hace respetar).

-No digo nada. Digo que el ruido del trueno es siempre ruido trueno.

-¿Más cercano o más lejano?

-¡Ay! Las palabras son más fuertes, producto de la edad. Pero veinte años pasados han hecho veinte veces más cerrado mi intelecto ante el tesoro que posee. Y el sonido penetra más débilmente... - Gamaliel deja caer la cabeza sobre el pecho, meditabundo.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Te haces viejo y te haces necio, Gamaliel! Tomas por realidad los fantasmas. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - todos ríen.

Gamaliel se encoge de hombros con desdén. Luego recoge su manto, que le pendía de los hombros; se envuelve con más de una vuelta -es muy amplio- y da las espaldas a todos sin replicar nada, despreciativo en su silencio.

488

En el Templo para 1a fiesta de los Tabernáculos. Partida secreta hacia Nob después de la oración.

Sin preocuparse lo más mínimo de la malevolencia ajena, Jesús vuelve al Templo el tercer día. No debe haber dormido en Jerusalén porque sus sandalias muestran abundante polvo del camino. Quizás ha pasado la noche en las colinas que hay alrededor de la ciudad. Y con El deben haber estado sus hermanos Santiago y Judas, junto con José (pastor) y Salomón. Se encuentra con los otros apóstoles y discípulos al pie de la muralla oriental del Templo.

-Han venido, ¿sabes? Tanto a nosotros como a los discípulos más conocidos. ¡Buena cosa ha sido que no estuvieras!

-Siempre tenemos que hacerlo así.

-Está bien. Pero hablaremos de ello después. Vamos.

-Una gran turba te ha, y nos ha, precedido exaltando tus milagros. ¡Cuántos se han persuadido y creen en ti! Tenían razón tus hermanos, en esto - dice Juan apóstol.

-Han ido a buscar incluso a casa de Analía, ¿sabes?

-Y al palacio de Juana. Pero han encontrado sólo a Cusa... ¡y con un humor! Los ha echado como a perros, diciendo que en su casa no quiere espías y que ya está aburrido de ellos. Nos lo ha dicho Jonatán, que está aquí con su jefe - dice Daniel (pastor).

-¿Sabes? Los escribas querían dispersar a los que te esperaban, convenciéndolos de que no eres el Cristo. Pero ellos respondieron: "¿No es el Cristo? Y entonces, según vosotros, ¿quién lo es? ¿Podrá, acaso, otro hombre hacer los milagros que hace Él? ¿Acaso los han hecho los otros que se presentaban como el Cristo? No, no. Podrán surgir cien, mil impostores -a lo mejor, incluso, creados por vosotros-, y que digan que son el Cristo. Pero ninguno de los que puedan venir hará jamás milagros como los que Él hace, ni tantos como hace". Y, dado que los escribas y fariseos sostenían que los haces porque eres un Belcebú, ellos respondieron: "Entonces vosotros debíais hacer milagros estrepitosos, porque está claro que sois unos Belcebúes respecto al Santo"»- cuenta Pedro, y se ríe, y se ríen todos recordando la salida de la gente y el escándalo de los escribas y fariseos, que se habían marchado enojados.

Ya están dentro del Templo. Enseguida los rodea una multitud, aún más numerosa de la de los días precedentes.

-¡Paz a ti, Señor! - saludan los gentiles.

-La paz y la luz vengan a vosotros - responde Jesús con un único saludo.

-Temíamos que te hubieran apresado, o que no vinieras por prudencia o por desagrado. Y nos hubiéramos desparramado buscándote por todas partes - dicen muchos.

Jesús sonríe levemente, y pregunta:

-¿Entonces no queréis perderme?

-Y si te perdemos, Maestro, ¿quién nos va a dar las lecciones y gracias que Tú nos das?

-Mis lecciones permanecerán en vosotros, y las comprenderéis aún más cuando Yo me haya ido... Y no cesarán, a pesar de mi ausencia entre los hombres, de descender las gracias a aquellos que oren con fe.

-¡Oh! ¡Maestro! ¿Pero estás decidido a marcharte? Di a dónde vas y nosotros te seguiremos. ¡Tenemos mucha necesidad de ti!

-El Maestro lo dice para experimentar si lo amamos. Pero, ¿a dónde pensáis que puede ir el Rabí de Israel, sino quedarse aquí, en Israel?

-En verdad os digo que todavía un poco estaré con vosotros, y que voy donde aquellos a quienes el Padre me ha enviado. Después me buscaréis y no me encontraréis. Y a donde Yo estoy vosotros no podréis ir. Pero ahora dejadme irme. Hoy no voy a hablar aquí dentro. Tengo unos pobres que me esperan en otro lugar y no pueden venir, porque están muy enfermos. Después de la oración iré donde ellos.

Y, con la ayuda de los discípulos se abre paso, para ir al patio de los Israelitas. Los que se quedan se miran unos a otros.

-¿Y a dónde irá?

-Sin duda, a casa de su amigo Lázaro. Está muy enfermo.

-Yo decía: dónde irá no hoy, sino cuando nos deje para siempre ¿No habéis oído que ha dicho que no podremos encontrarlo?

-Quizá vaya a reunir a Israel, evangelizando a los dispersos de nosotros en las naciones. La Diáspora espera como nosotros al Mesías.

-O quizás vaya a enseñar a los paganos, para atraerlos hacia su Reino.

-No. No debe ser así. Siempre podríamos encontrarlo, aunque estuviera en la Asia lejana, a en el centro de África, o en Roma, o en Galia, o en Iberia, o en Tracia o entre los Sármatas. Si dice que no lo encontraremos ni siquiera buscándolo, es señal de que no estará en ninguno de estos lugares.

-¡Claro! ¿Qué querrán decir estas palabras suyas: "Me buscaréis y no me encontraréis, y a donde Yo estoy vosotros no podréis ir"? "Yo estoy...". No: "Yo estaré...". ¿Dónde está, pues? ¿No está aquí entre nosotros?

-¡Te lo voy a decir yo, Judas! ¡Parece un hombre, pero es un espíritu!

-¡No, hombre, no! Entre los discípulos hay algunos que lo vieron recién nacido. ¡Más todavía! Vieron a su Madre cuando lo llevaba en su seno pocas horas antes de nacer.

-¿Pero y será el mismo aquel niño que ahora se ha hecho hombre? ¿Quién nos asegura que no es otro ser?

-¡No, eh! Podría ser otro. Podrían equivocarse los pastores. ¿Pero la Madre? ¿Y los hermanos? ¿Y todo el pueblo?

-¿Los pastores han reconocido a la Madre?

-Por supuesto...

-Entonces... Pero ¿por qué dice entonces: "A dónde Yo estoy vosotros no podréis ir?" Para nosotros, el futuro: podréis. Para Él queda el presente: estoy. ¿Es que no tiene un mañana este Hombre?

-No sé qué decirte. Es así.

-Yo os digo que es un loco.

-Loco lo serás tú, espía del Sanedrín.

-¿Yo espía? Yo soy un judío que lo admira. ¿Y habéis dicho que va a casa de Lázaro?

-Nada hemos dicho, viejo soplón. No sabemos nada. Y si lo supiéramos no te lo diríamos. Ve a decir a los que te mandan que lo busquen por sí mismos. ¡Espía! ¡Espía! ¡Pagado!...

El hombre ve el peligro que corre y pone tierra por medio.

-¿Y nosotros estamos aquí? Sí hubiéramos salido, lo habríamos visto. ¡Corre por esa parte! ¡Corre por esta otra!... Decidnos qué camino ha tomado. Decidle que no vaya donde Lázaro.

Los que tienen piernas ligeras se marchan a todo correr... Y vuelven...

-Ya no está... Se ha mezclado entre la multitud. Ninguno sabe dar razón de Él...

Desilusionada, la aglomeración se disuelve lentamente...

...Pero Jesús está mucho más cerca de lo que creen. Habiendo salido por alguna puerta, ha dado la vuelta a la torre Antonia y ha salido de la ciudad por la puerta del Rebaño, para bajar luego al valle del Cedrón, que en el centro de su lecho lleva riquísima agua. Jesús lo atraviesa saltando por las piedras que sobresalen del agua, y entra en el Monte de los Olivos, denso en ese lugar e incluso mezclado con espesuras que hacen tétrica -yo diría: fúnebre- esta parte de Jerusalén, comprendida entre las sombrías murallas del Templo -que, con todo su monte, domina por ese lado- y el Monte de los Olivos. Más al sur, el valle se aclara y se ensancha; pero aquí es verdaderamente estrecho, una uñada de gigantesca garfa que ha excavado un surco profundo entre los dos montes: el Moria y el de los Olivos.

Jesús no va hacia el Getsemaní. Es más, va en dirección opuesta, hacia el norte. Sigue caminando por el monte, que luego se ensancha formando un valle agreste, por donde -más pegado a otra hilera corva de colinas bajas, aunque agrestes y pedregosas- fluye el torrente, que dibuja un arco al norte de la ciudad. En vez de olivos, ahí hay arbolillos estériles, espinosos, retorcidos, de enmarañadas frondas, mezclados con zarzas que, hacia todas las partes, lanzan sus tentáculos. Un lugar muy triste, muy solitario. Tiene algo de lugar infernal, apocalíptico. Algún sepulcro, y nada más; ni siquiera leprosos. Y es extraña esta soledad que contrasta con el gentío de la ciudad, tan cercana y tan llena de gente y ruido. Aquí, aparte del gorgoteo del agua entre los cantos y el frufrú del viento entre las plantas nacidas entre las piedras, no se oye ningún ruido. Falta, incluso, la nota alegre de los pájaros, tan numerosos entre los olivos del Getsemaní y del Monte de los Olivos. El viento, más bien fuerte, que viene del nordeste y levanta pequeños remolinos de tierra, rechaza el ruido de la ciudad; y el silencio, un silencio de lugar de muerte, reina en el paraje, oprimente, casi aterrador.

-¿Pero se va exactamente por aquí? - pregunta Pedro a Isaac.

-Sí, sí. Se va también por otros caminos, saliendo por la puerta de Herodes, y mejor por la de Damasco. Pero os conviene saber los senderos menos conocidos. Nosotros hemos recorrido todos los alrededores para conocerlos y para enseñároslos. Así podréis ir a donde queráis, en las cercanías, sin pasar por los caminos habituales. -Y... ¿se puede uno fiar de los de Nob? - dice Pedro.

-Como de tu misma casa. Tomás el año pasado, Nicodemo siempre, el sacerdote Juan, discípulo de Él, y otros, han hecho de ese pueblecito un lugar suyo.

-Y tú has hecho más que todos - dice Benjamín (pastor).

-¿Yo? Entonces todos hemos hecho, si yo he hecho. Pero, créeme, Maestro: ahora todo alrededor de la ciudad tienes lugares seguros...

-También Rama... - dice Tomás, que tiene amor a su ciudad - Mi padre y mi cuñado, con Nicodemo, han pensado en ti.

-Entonces también Emaús - dice un hombre que no me resulta nuevo, aunque no sé decir exactamente quién es... bueno, incluso porque he encontrado más de una Emaús en Judea, sin hablar de aquel lugar cercano a Tariquea.

-Está lejos para ir y venir, como hago ahora. Pero no dejaré de ir alguna vez.

-Y a mi casa - dice Salomón.

-Allí, sin duda, al menos una vez, para saludar al anciano.

-También está Béter.

-Y Betsur.

-No iré a casa de las discípulas. Pero, cuando llegue la necesidad, las llamaré.

-Yo tengo un amigo sincero en En Royel. Su casa está abierta para ti. Y nadie pensará, de los que te odian, que estás tan cerca de ellos - dice Esteban.

-El jardinero de los jardines reales te puede hospedar. Manahén -que le consiguió ese puesto- y él son una misma cosa... Y además... lo curaste un día...

-¿Yo? No lo conozco...

-Estaba, durante la Pascua, entre los pobres que curaste en casa de Cusa. Un golpe de hoz sucia de estiércol le estaba descomponiendo una pierna, y su primer jefe lo había echado por esto. Mendigaba para sus hijos. Y Tú lo curaste. Manahén, luego, obteniéndole el puesto en un momento bueno de Antipas, lo puso en los Jardines. Ahora ese hombre hace todo lo que Manahén dice. Y si además es por ti... - dice Matías (pastor).

-No he visto nunca a Manahén con vosotros... - dice Jesús mirando fijamente a Matías, que cambia de color y se turba.

-Ven adelante conmigo.

El discípulo lo sigue.

-¡Habla!

-Señor... Manahén ha cometido un error... y sufre mucho, y con él Timoneo y algún otro más. No tienen paz porque Tú...

-No creerán que los aborrezco...

-¡Nooo! Pero... tienen miedo de tus palabras y de tu rostro.

-¡Oh! ¡Qué error! Precisamente por haber errado deben venir a la Medicina. ¿Sabes dónde están?

-Sí, Maestro.

-Entonces ve a ellos y diles que los espero en Nob.

Matías se va sin perder tiempo.

El sendero del monte sube, de forma que es visible toda Jerusalén vista desde el norte... Jesús con los suyos, yendo justo en dirección contraria a la ciudad, le vuelve las espaldas.

489

En Nob. Parábola del rey no comprendido por sus súbditos. Jesús calma el viento.

Es un pueblo recogido, bastante cuidado. Los habitantes están en las casas porque hace mucho viento. Pero, cuando los discípulos van a advertir que está Jesús, todas las mujeres y niños y viejos (a quienes la edad ha obligado a quedarse en el pueblo) se arremolinan en torno a Jesús, que se ha detenido en la placita principal. El pueblo, al estar en un alto, tiene aire y luz incluso en este día lóbrego; y la vista se extiende: al sur hacia Jerusalén; al norte hacia Rama (digo Rama porque está escrito en un poste, con la indicación de la distancia).

La gente está muy emocionada. ¡Haber pasado a ser los que dan hospedaje al Señor es para ellos una cosa tan nueva y conmovedora!... Un viejo, un verdadero patriarca, lo dice por todos, y las mujeres, con la cabeza, asienten, asienten.

Acostumbrados a ser aplastados por la soberbia sacerdotal y farisaica, se muestran temerosos... Pero Jesús los pone enseguida a sus anchas tomando en brazos a una niñita que da sus primeros pasitos, acariciando al anciano, diciendo:

-¿No me habíais visto todavía?

-Desde lejos... Pasar por el camino... Algún hombre, en el Templo. Pero para nosotros, que estamos tan cerca de la ciudad, es aún más difícil obtener lo que otros consiguen viniendo de lejos - dice el anciano.

-Es siempre así, padre. Lo que parece facilitar las cosas las hace difíciles, porque todos se apoyan en la idea de que es fácil. Pero ahora nos conoceremos. Retírate, padre. El otoño desata sus vientos, que no son propicios a los patriarcas.

-¡Si me he quedado sólo! Los días ya no tienen valor para mí...

-Su hija se ha casado lejos, y la mujer se le murió en las Encenias - explica una mujer.

-Juan, no debes hablar así, hoy que tienes al Rabí contigo. ¡Lo deseabas mucho! - le dice una viejecita.

-Es verdad. Pero... Tú eres el Mesías, ¿no es verdad?

-Sí, padre.

-Y entonces, ¿qué más puedo desear, ahora que lo he visto y veo cumplida la promesa hecha a Abraham? Un anciano - entonces el anciano era él- profirió un canto un día en el Templo -yo estaba porque ese día mi Lía se purificaba de su único parto, y yo estaba al lado de ella, y antes de nosotros había cumplido el rito Una poco más que niña...-, un anciano profirió este canto, besando al Hijo de la Muchacha: "Ahora deja, oh Señor, que tu siervo se marche en paz, porque mis ojos han visto al Salvador". Aquel Recién Nacido eras Tú, entonces. ¡Oh, dichoso yo! En aquel momento oré al Señor diciendo: "Haz que yo también pueda morir después de haberlo conocido". Ahora te conozco. Estás aquí. La mano del Señor está apoyada en mi cabeza. Su voz me ha hablado. El Eterno me ha escuchado. ¿Y qué diré, sino las palabras del anciano Simeón, docto y justo? Las digo: "¡Deja, oh Señor, que tu siervo se marche en paz, porque los ojos míos han conocido a tu Cristo!"

-¿No quieres esperar a ver su Reino? - dice una mujer.

-No, María. Las fiestas no son para los viejos. Y yo no creo lo que la mayoría dice. Recuerdo las palabras de Simeón... Prometió una espada en el corazón de aquella Muchacha, porque no todo el mundo amará al Salvador... Dijo que ruina o resurrección vendrían a muchos por Él... Y tenemos a Isaías... y a David... No. Prefiero morir y esperar su gracia desde allá... y desde allá, a su Reino...

-Padre, tú ves mejor que los jóvenes. Mi Reino es el de los Cielos. Pero para ti mi venida no significa ruina, porque sabes creer en mí. Vamos a tu casa. Yo permanezco contigo - y, guiado por el viejo, va a una casita blanca situada en un caminito entre huertos, que se desnudan de hojas por la violencia del viento, y entra con Pedro, los dos hijos de Alfeo y Juan.

Los demás se distribuyen por las otras casas... para, pasado un rato, regresar y abarrotar la casita, el huerto, la terraza del tejado, hasta el punto de que se suben a una albarrada baja que separa de la calle un lado del huerto, y a un robusto nogal y a un manzano robusto cuanto el primero, sin preocuparse del viento, que sigue aumentando y levanta mucho polvo. Quieren oír a Jesús. Y Jesús hace un poco de tiempo. Hasta que empieza a hablar, permaneciendo en el umbral de la cocina (de forma que la voz se esparza dentro y fuera de la casa).

-Un rey poderoso, cuyo reino era muy vasto, quiso ir un día a visitar a sus súbditos. Vivía en un excelso palacio desde el que, por medio de sus servidores y mensajeros, enviaba sus órdenes y mercedes a los súbditos, los cuales, por eso, sabían que existía y conocían el amor que tenía por ellos y conocían sus propósitos; pero, de ninguna manera, conocían su persona, su voz ni su lenguaje. En una palabra, sabían que existía y que era su Señor, pero nada más. Y, como a menudo sucede, por este hecho, muchas de sus leyes y mercedes sufrían variación, o por mala voluntad o por incapacidad de comprenderlas; tanto que esto perjudicaba los intereses de los súbditos y los deseos del rey, que quería que fueran felices. Él se veía obligado a castigarlos alguna vez, y, al hacerlo, sufría más que ellos. Mas los castigos no producían mejora. Dijo entonces: "Iré yo. Les hablaré directamente. Me daré a conocer. Me amarán y me seguirán mejor y serán felices". Y dejó su excelsa morada para ir con su pueblo.

Mucho estupor causó su llegada. El pueblo sufrió una fuerte impresión, se agitó: quién con júbilo, quién con terror, quién con ira, quién con desconfianza, quién con odio. El rey, paciente, sin cansarse nunca, se puso a tratar tanto con los que lo querían como con los que le temían y con los que lo odiaban. Se puso a explicar su ley, escuchó a sus súbditos, los favoreció, los soportó. Y muchos acabaron queriéndolo, no evitándolo por su excesiva grandeza; algunos, pocos, dejaron también de desconfiar y de odiar. Eran los mejores. Pero muchos siguieron siendo lo que eran, pues no tenían en sí buena voluntad. Mas el rey, que era muy sabio, soportó también esto, refugiándose en el amor de los mejores como premio a sus fatigas.

Pero, ¿qué es lo que sucedió? Pues sucedió que incluso entre los mejores no todos lo comprendieron. ¡Venía de tan lejos! ¡Su lenguaje era tan nuevo! ¡Lo que quería era tan distinto de lo que querían los súbditos! Y no fue comprendido por todos... Es más, algunos le causaron dolor, y con el dolor perjuicio, o al menos corrieron el riesgo de procurárselo, por comprenderlo mal. Y, cuando se dieron cuenta de que le habían causado dolor y perjuicio, huyeron de su presencia desolados, y, temiendo su palabra, no volvieron a acercarse a él.

Pero el rey había leído en sus corazones, y todos los días los llamaba con su amor, oraba al Eterno que le concediera encontrarlos de nuevo para decirles: "¿Por qué me teméis? Es verdad. Vuestra incompreensión me ha causado dolor; pero la he visto sin malicia, fruto solamente de una incapacidad para comprender mi lenguaje, tan distinto del vuestro. Lo que me causa dolor es vuestro temor hacia mí. Ello me dice que no sólo no me habéis comprendido como rey. Sino que tampoco como amigo. ¿Por qué no venís? Volved, pues. Lo que la alegría de amarme no os había hecho comprender, os lo ha esclarecido el dolor de haberme causado dolor. ¡Oh, venid, venid amigos míos! No aumentéis vuestro desconocimiento estando lejos de mí, vuestras brumas escondiéndoo, vuestras amarguras impidiéndoo a vosotros mismos mi amor. ¿Veis? Sufrimos tanto yo como vosotros estando separados. Yo más que vosotros todavía. Venid, pues, y alegrad mi corazón".

Así quería hablar el rey. Y así habla. Y Dios también habla así a aquellos que pecan. Y así habla el Salvador a aquellos que hayan podido cometer errores. Y así habla el Rey de Israel a sus súbditos. El verdadero Rey de Israel, el que quiere llevar a sus súbditos desde el pequeño reino de la Tierra al grande de los Cielos. En éste no pueden entrar aquellos que no siguen al Rey, aquellos que no aprenden a comprender sus palabras y su pensamiento. Pero, ¿cómo aprender si al primer error se elude al Maestro?

Que ninguno se deprima si ha pecado y está arrepentido, si ha errado y reconoce su error. Venga a la Fuente que borra los errores y da luz y sabiduría; y en ella apague su sed; en ella, que ardientemente desea donarse y ha venido del Cielo para donarse a los hombres.

Jesús termina de hablar. Solamente el viento hace oír su voz, cada vez más fuerte (en el copete del montecito en que está Nob se ensaña tanto, que los árboles crujen temiblemente).

La gente se ve obligada a retirarse a las casas. Pero, cuando ya se han dispersado y Jesús entra de nuevo en la casa y cierra la puerta Matías, seguido por Manahén y Timoneo, aparece de detrás de la albarrada, entra en el huertecillo y llama a la puerta cerrada. Jesús mismo sale a abrir.

-¡Maestro, aquí los tienes!... - dice Matías señalando a los dos que, acobardados, se han quedado en el umbral del huerto y no se atreven a alzar la cara para mirar a Jesús.

-¡Manahén! ¡Timoneo! ¡Amigos míos! - dice Jesús mientras cierra la puerta - para dar a entender a los de dentro que no salgan a curiosear- y sale al huerto. Y va hacia los dos, con los brazos abiertos, ya abiertos para el abrazo.

Los dos alzan la cara, tocados por el amor, trémulo en la voz del Maestro; le ven la cara y los ojos, henchidos de amor, y su miedo cae; se echan a correr hacia Él con un grito ronco de llanto:

-¡Maestro! - caen a sus pies, le abrazan los tobillos y besan sus pies desnudos, bañándolos de lágrimas.

-¡Amigos míos! No ahí. Aquí, en mi corazón. ¡Os he esperado mucho! ¡Y os he comprendido mucho! ¡Venga!... - y trata de ponerlos de pie.

-¡Perdón! ¡Perdón!... No nos lo niegues, Maestro. ¡Hemos sufrido mucho!

-Lo sé. Pero, si hubierais venido antes, antes os hubiera dicho: "Os quiero".

-¿Nos quieres? ¿Maestro? ¿Como antes? - es Timoneo el primero que habla, alzando un rostro interrogativo.

-Más que antes, porque ahora estáis curados de todo lo humano en vuestro amor por mí.

-¡Es verdad! ¡Oh, Maestro mío! - y Manahén, como movido por un resorte, se pone en pie. Ya no resiste, se arroja al pecho de Jesús. Timoneo hace lo mismo...

-¿Veis lo bien que se está aquí? ¿No es mejor aquí que en un pobre palacio? ¿Dónde se me podrá tener más, y más poderoso, dulce, rico de tesoros sin fin, sino allí donde se me tiene como Salvador, Redentor, Rey espiritual, Amigo amoroso?

-¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Oh! ¡Nos habían seducido! ¡Y nos parecía que te honrábamos, y que era justa su idea!

-No penséis ya más en ello. Ha pasado. Pertenece al pasado. Dejad que el tiempo, fluyendo veloz como el torbellino que nos choca, lo lleve lejos, lo disuelva para siempre... Pero, vamos a entrar en casa. No es posible seguir aquí...

Es verdaderamente un torbellino lo que arremete contra el pueblo desde el norte. Ramas que se tronchan, tejas que vuelan, algún antepecho inseguro de las terrazas de los techos que cae con fragor. El nogal y el manzano se tuercen como si quisieran descuajarse del suelo. Entran en casa y los cuatro apóstoles miran sorprendidos el rostro aún húmedo de lágrimas de los dos discípulos, que contrasta con la sonrisa que también muestran. Pero no dicen nada.

-Alguna catástrofe se está preparando - dice el anciano Juan.

-Sí. No sé qué van a hacer los que están todavía en las cabañas... - dice Pedro.

El viento es tan fuerte, que las llamas de una lámpara de tres boquillas, encendida para iluminar la habitación cerrada, vacilan, a pesar de que las puertas estén bien cerradas.

Con el estrépito del viento, que continuamente aumenta y golpea la casa con tierra y detritos -tanto que parece que cayera un granizo menudo-, se mezclan gritos de mujeres, cada vez más cercanos; son esposas asustadas, madres angustiadas:

-¡Nuestros maridos! ¡Nuestros hijos! Están en camino. Tenemos miedo. Se ha derrumbado una pared de la casa abandonada... ¡Señor! ¡Jesús! ¡Piedad!».

Jesús se pone en pie, apenas puede abrir la puerta que el viento comprime con toda su violencia. Algunas mujeres, curvadas para resistir el viento -una verdadera tromba de aire bajo un cielo terrorífico- gimen echando hacia delante los brazos.

-Entrad. ¡No temáis! - dice Jesús. Y mira al cielo y a los árboles ya próximos a quebrarse.

-Entra, Jesús! ¿Ves cómo se rompen las ramas y caen tejas? No es prudente estar afuera - grita Judas de Alfeo.

-¡Pobres olivos! Esto es granizo. Donde caiga se pueden despedir de recoger - sentencia Pedro.

Jesús no entra. Es más, sale del todo, en medio del torbellino, que le retuerce la túnica y le alza los cabellos. Abre los brazos, ora, y luego ordena:

-¡Basta! ¡Lo quiero! - y vuelve a la casa.

El viento, después de un último mugido, cesa de golpe. Es impresionante el silencio que reina, después de tanto fragor. Es tal, que a las puertas o ventanas de las casas se asoman caras asombradas. Quedan las señales del huracán: hojas, ramas quebradas, telas hechas jirones. Pero todo está calmo. El firmamento responde a la tierra, que ya no está agitada, aligerándose de nubes que de negras pasan a ser claras y se esparcen sin causar daño. Antes al contrario, dejan éstas caer una salpicadura de agua que termina de purificar el aire enturbiado por tanta tierra.

-¿Pero que ha sucedido?

-¿Así ha terminado?

-¿Parecía el fin, y ahora viene la calma?

Voces que preguntan, de una casa a otra.

Las mujeres que habían corrido hacia Jesús ahora corren hacia afuera.

-¡El Señor! ¡El Señor está con nosotros! ¡Ha hecho el milagro! ¡Ha detenido el viento! ¡Ha roto las nubes! ¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Alabanza al Hijo de David! ¡Paz! ¡Bendición! ¡Cristo está con nosotros! ¡Con nosotros está el Bendito! ¡El Santo! ¡El Santo! ¡El Santo! ¡El Mesías está con nosotros! ¡Aleluya!

Todos los habitantes del pueblo se echan a la calle, los reales y los ocasionales (o sea, apóstoles y discípulos, que acuden todos, a la casita donde está Jesús). Todos quieren besarlo, tocarlo, ensalzarlo.

-¡Alabad al Señor Altísimo. Él es el Amo de los vientos y las aguas. Si ha escuchado a su Hijo, ha sido para premiar vuestra fe y amor para con Él.

Y querría despedirlos. Pero ¿quién calma a un pueblo que está de fiesta, agitado por un milagro manifiesto? Especialmente, si es un pueblo lleno de mujeres. Los esfuerzos de Jesús son vanos. Él sonríe, paciente, mientras el anciano que le da hospedaje le lava con sus lágrimas la mano izquierda y se la llena de besos.

Llegan los primeros hombres de regreso de Jerusalén, jadeantes, asustados. Temen quién sabe qué catástrofe. Ven al pueblo de fiesta.

-¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿Pero no habéis tenido una borrasca? Desde el monte se veía desaparecer a la ciudad tras nubes de polvo. Creíamos que se hubiera venido abajo. ¡Y aquí todo está en pie!

-¡El Señor! ¡El Señor! Ha venido a tiempo de salvarnos de la destrucción. Sólo la casa maldita se ha derrumbado, y alguna teja y alguna rama. ¿Y vosotros? ¿Qué ha sucedido en Jerusalén?

Las preguntas y las respuestas se cruzan. Pero los hombres se abren paso para ir a venerar al Salvador. No antes de venerarlo, explican que había miedo en la ciudad por la borrasca inminente, y que todos huían de las cabañas hacia las casas, y los dueños de los olivos lloraban ya su recolección... cuando, de repente, el viento se ha calmado, el cielo se ha aclarado con poca lluvia... de modo que toda la ciudad se ha quedado asombrada. Y, dado que la fantasía trabaja inmediatamente en ciertos casos, los hombres refieren que, mientras la gente huía, muchos que habían estado en el Templo los días antes, viendo que el Moria era el más embestido por las ráfagas, tanto que el viento había volcado los bancos de los cambistas y había habido daños en la casa del Pontífice, decían que era el castigo de Dios por los insultos contra su Mesías. Y más y más y más... Llegan otros hombres y la narración toma más colorido. Casi que se hace más apocalíptica que la narración del Viernes Santo...

En el campo de los Galileos con los primos apóstoles y encuentro con el levita Zacarías.

-Judas y Santiago, venid conmigo.

A los dos hijos de Alfeo no hay que repetírselo. Se levantan inmediatamente y salen con Jesús de una casita de un arrabal situado al sur de Jerusalén, donde los hospedaban hoy.

-¿A dónde vamos, Jesús? - pregunta Santiago.

-Al Monte de los Olivos, a saludar a los galileos.

Caminan un rato hacia Jerusalén. Pasan muy cerca de unas pequeñas colinas donde hay casas -sin duda, solariegas- entre el verde. Cortan el camino que va a Betania y a Jericó, y el que está más al sur, que termina entre Tofet y Siloán. Dan la vuelta, por detrás, a otra colina, que ya es estribación del Monte de los Olivos. Cortan el otro camino que lleva directamente a Betania desde el Monte de los Olivos. Y, por un camino secundario que va entre olivos, suben al campo de los Galileos, donde las tiendas son mucho menos numerosas, y quedan, como recuerdo del agolpamiento, ramajes arrojados al suelo y ya deslucidos, restos de hogares rudimentarios -que han dejado hierba chamuscada y cenizas y palos carbonizados-, morralla: lo que siempre queda donde hubo gente acampada. La temporada fría y precozmente lluviosa ha acelerado la partida de los peregrinos. También ahora se están poniendo en camino caravanas de mujeres y niños. Los hombres, especialmente los vigorosos, se han quedado todavía para terminar la fiesta.

Los galileos que creen en el Señor han debido ser avisados, quizás por algún discípulo, porque los veo a todos, y procedentes de todos aquellos lugares que más conozco. Nazaret está presente con los dos discípulos, con Alfeo -aquel a quien Jesús perdonó después de la muerte de su madre- y con algún otro. De todas formas, no veo ni a José ni a Simón de Alfeo. Pero, como contrapartida, no faltan otros, entre los cuales el arquisinagogo, que se muestra visiblemente apurado al saludar con deferencia a Jesús después de haberle puesto tantos obstáculos. Pero se ayuda diciendo que los parientes de Jesús están hospedados en casa de «ese amigo que sabes», por razón de los niños, que sufrían con el viento de la noche. Y Caná está presente, con el marido de Susana, su padre y otros; y así Naím, con su resucitado y otros; y Belén de Galilea, con muchos vecinos; y las ciudades occidentales del lago, con sus moradores...

-¡La paz a vosotros! ¡La paz a vosotros! - saluda Jesús, pasando entre ellos, acariciando a los niños que todavía están ahí -sus pequeños amigos de los lugares galileos-; y escucha a Jairo, que le refiere lo mucho que sintió el no haber estado la última vez.

Jesús se informa sobre si la viuda de Afeq se ha establecido en Cafarnaúm y si ha aceptado al huérfano de Yiscala.

-No sé, Maestro. Quizás yo ya me había marchado... - dice Jairo.

-Sí, sí, ha venido una mujer que da mucha miel y muchas caricias a los niños. Y, fíjate, hace tortas. Y aquellos niños que iban a donde estabas Tú van siempre donde ella a comer. Y el último día nos mostró un niño muy pequeño. Ha comprado dos cabras para la leche. Y nos ha dicho que es el hijo del Cielo y del Señor. No vino a la fiesta, como quería, porque no podía llevar consigo a un niño tan pequeño. Y nos dijo, a nosotros, que te dijéramos que lo querrá con justicia y que te bendice.

Los niños de Cafarnaúm gorjean como gorrioncillos alrededor de Jesús, orgullosos de saber, ellos, lo que ni siquiera el arquisinagogo sabe, y de verse, ellos, haciendo de embajadores ante el Maestro bueno, que los escucha con la atención con que escucharía a los adultos, y que responde:

-Y vosotros le diréis que Yo también la bendigo y que quiera a los niños por mí. Y vosotros queredla; no os aprovechéis porque sea buena; no la queráis sólo por la miel y las tortas, sino porque es buena. Tan buena, que ha comprendido que quien ama en mi nombre a un niño me hace feliz. E imitadla todos, ya seáis pequeños, ya seáis adultos, pensando siempre que aquel que recibe a un niño en mi nombre tiene su sitio señalado en el Cielo. Porque, si la misericordia siempre recibe premio -aunque fuere un solo vaso de agua dado en mi nombre-, la que se practica con los niños -salvándolos no sólo del hambre, de la sed, del frío, sino también de la corrupción del mundo- es infinitamente premiada... He venido a bendeciros antes de que os marchéis. Llevaréis mi bendición a vuestras mujeres, a vuestras casas...

-Pero, ¿no vas a volver donde nosotros, Maestro?

-Volveré... Pero no ahora. Después de Pascua...

-¡Si estás tanto, seguro que te olvidas de la promesa!...

-No temáis. Antes podrá dejar de resplandecer el Sol que Jesús olvidarse de quien espera en Él.

-¡Será un tiempo largo!...

-¡Y triste!

-Si enfermamos...

-Si desciende la muerte a nuestras casas...

-¿Quién nos ayudará? - dicen no pocas personas de no pocos lugares.

-Dios. El está con vosotros, si permanecéis en mí con vuestra voluntad.

-¿Y nosotros? Hace poco que creemos en ti. Lo confesamos. ¿No tendremos ayuda, entonces? Pero ahora que te hemos visto hacer milagros y te hemos oído hablar en el Templo, ¡te creemos,...

-Esto me es motivo de gran gozo, porque el que mis coterráneos vayan por el camino de la Salud es mi más ardiente deseo.

-¿Nos amas así? ¡Pero nosotros durante mucho tiempo te hemos escarnecido!...

-Es pasado. Ya no existe. Sed fieles en el futuro, y en verdad os digo que tanto en la Tierra como en el Cielo está borrado vuestro pasado.

-¿Vas a estar con nosotros? Compartiremos el pan como muchas veces en Nazaret, cuando éramos todos iguales y los sábados descansábamos en los olivares, o cuando Tú eras sólo Jesús y venías con nosotros y como nosotros a Jerusalén para las fiestas...

Hay añoranza y deseo de los tiempos pasados en la voz de los nazarenos que se han convencido.

-Quería ir donde José y Simón. Pero iré después. Todos sois para mí hermanos en Dios, y para mí tiene más valor el espíritu y la fe que la carne y la sangre, porque estos últimos perecen, mientras que los otros son inmortales.

Y, mientras algunos se apresuran a preparar los fuegos para asar las carnes y a limpiar algunos lugares del olivar para hacerlos aptos para las mesas, los más ancianos y altos de grado, de todos los lugares de Galilea, se arriman a Jesús en círculo y le preguntan que cómo esa mañana y el día anterior no estaba en el Templo, y que si va a volver al día siguiente, último día de la fiesta.

-Estaba en otro lugar... Mañana seguro que estaré.

-¿Y vas a hablar?

-Si puedo...

Alfeo de Sara baja la voz y mirando a su alrededor, susurra al Maestro:

-Tus hermanos han ido a la ciudad para asegurarte ayudas... Ese hombre sabe muchas cosas, porque es pariente de uno del Templo por línea femenina... José se preocupa de ti, ¡eh! En el fondo... es bueno.

-Lo sé. Y será cada vez mejor, cuando sea espiritualmente bueno.

Llegan de la ciudad otros galileos. El número de los que están alrededor de Jesús aumenta, con gran desagrado de los niños, que se ven apartados por los adultos y no logran abrirse paso hasta Jesús; hasta que Él se apercibe del tropel inocente y enfurruñado y, sonriendo, dice:

-Dejad venir a mí a mis niños.

¡Ah, entonces, mientras el círculo se rompe, alegres otra vez como una bandada de pájaros, corren hacia Jesús! Y El los acaricia, mientras sigue hablando con los adultos. Y su mano, larga y todavía morenita por el mucho sol tomado en el verano, pasa una y otra vez sobre las cabecitas negras y castañas, con alguna cabecita de oro diseminada entre las cabezas morenas, que están lo más que pueden pegadas a Él, con la carita escondida entre sus indumentos, bajo el manto, abrazados a las rodillas, a la cadera, ávidos de su caricia, dichosos si la obtienen.

Comen en círculo -después de bendecir Jesús los alimentos, y repartirlos-, con una serena y amigable unión de corazones. Los otros, los que no son seguidores de Jesús, miran desde lejos, sarcásticos e incrédulos. Pero ninguno les presta atención...

La comida termina. El primero en levantarse es Jesús. Llama a Jairo, a Alfeo, a Daniel de Naím, a Elías de Corazín, a Samuel (el ex tullido de no sé dónde), también a un cierto Urías, a uno de los tantos Juanes, a uno de los tantos Simones, a un Leví, a un Isaac, a Abel de Belén, etc. etc.; en definitiva, a uno por pueblo. Ayudado por sus primos, hace de dos bolsas bien llenas tantas partes iguales cuantos son los llamados, y da una parte a cada uno de ellos, para que la usen para los pobres de cada uno de los pueblos.

Luego, cuando ya no tiene ni una moneda, bendice a todos y se despide de ellos. Y querría despedirse para dirigirse hacia el Getsemaní y así volver a la ciudad por la puerta de las Ovejas. Pero casi todos lo siguen, especialmente los niños, que no le sueltan la túnica ni los bordes del manto, y, sin duda, le causan molestia, pero Él no se lo impide...

Y aquel niño de Magdala, Benjamín, que un día dijo claramente su juicio a Judas de Keriot, le tira de la túnica hasta que Jesús se inclina para escucharlo particularmente. -¿Sigues teniendo contigo a ese malo?

-¿Qué malo? Conmigo no hay malos... - dice Jesús sonriéndole.

-¡Sí que los hay! Aquel hombre alto y moreno que se reía... ¿no sabes?, aquel al que le dije que era guapo por fuera y feo por dentro... Ése es malo.

-Habla de Judas - dice Judas Tadeo, que está detrás de Jesús y oye.

-Lo sé - le responde Jesús volviéndose; y luego, al niño:

-Sí que está conmigo ese hombre. Es un apóstol mío. Pero ahora es muy bueno... ¿Por qué meneas la cabeza? No se debe pensar mal del prójimo, especialmente de aquel al que no se conoce.

El niño agacha la cabeza y calla.

-¿No me respondes?

-Tú no quieres que diga mentiras... y te prometí no decirlas y lo he hecho. Pero, si ahora te digo que sí, que creo que es bueno, digo algo no verdadero, porque pienso que es malo. Puedo tener cerrada la boca, por agradarte, pero no puedo tener cerrada la cabeza para no pensar.

La salida es tan espontánea y lógica, dentro de su sencillez aún infantil, que todos los que la oyen se echan a reír. Todos menos Jesús, que suspira y dice:

-Bien, pues debes hacer una cosa. Orar para que se haga bueno, si es que realmente te parece malo. Debes ser su ángel. ¿Lo vas a hacer? Si se hace mejor, mayor será mi alegría; así que tú, rezando por esto, rezas porque Yo me sienta feliz.

-Lo haré. Pero si es malo y no se hace bueno contigo, el que yo rece no va a hacer nada.

Jesús zanja esta confrontación de criterios parándose y agachándose a besar a los niños. Luego ordena a todos que regresen... Cuando están solos Jesús y sus dos primos, Judas de Alfeo, pasado un rato de silencio, como si antes hubiera razonado dentro de sí, dice a manera de conclusión:

-¡Tiene razón! ¡En todo tiene razón! Yo soy de su misma opinión.

-¿Pero de qué hablas? - le pregunta su hermano Santiago, que caminaba absorto un poco adelantado por el senderillo que permite el paso de uno en uno solamente.

-De Benjamín hablo. Y de lo que ha dicho. Y... bueno, pero Tú no lo quieres oír, y te digo también yo que Judas es... No es un verdadero apóstol... No es sincero, no te quiere, no...

-¡Judas! ¡Judas! ¿Por qué apenarme?

-Hermano mío, porque te quiero. Y tengo miedo de Judas Iscariote; más miedo a él que a una serpiente...

-Eres injusto. Sin él, quizás Yo habría sido ya capturado.

-Jesús tiene razón. Judas ha hecho mucho. Ha atraído hacia sí, sin poner límites, odios y burlas... pero ha trabajado y trabaja para Jesús - dice Santiago.

-No puedo pensar ni que Tú seas necio ni que mientas... Y me pregunto por qué entonces defiendes a Judas. No hablo por celos ni por odio... Hablo porque siento dentro que es malo, que es insincero... Todo lo más que, por tu amor, puedo admitir es que esté loco. Un pobre loco que hoy delira en un sentido y mañana en otro. Pero bueno no, no lo es. ¡Desconfía, Jesús! Desconfía... Ninguno de nosotros es bueno. Pero, míranos bien. Nuestra mirada es transparente. Obsérvanos bien. Nuestra conducta es igual. Pero... ¿no te dice nada el hecho de que los fariseos no le hagan pagar las burlas contra ellos?: ¿nada, el que los del Templo no reaccionen contra sus palabras?; ¿nada, el que tenga siempre amigos precisamente entre aquellos a quienes aparentemente ofende?; ¿nada, el que tenga siempre dinero? No digo nosotros dos, pero incluso Natanael, que es rico, y Tomás, que no tiene escasez de medios, tienen sólo lo necesario. Él... ¡Oh!...

Jesús calla...

Santiago observa:

-En parte mi hermano tiene razón. Ciertamente es que Judas encuentra siempre la manera de... estar solo, de ir solo... de... Bueno, no quiero ni murmurar ni juzgar. Tú ya sabes...

-Sí, sé. Y por eso digo que no quiero juicios. Cuando estéis en el mundo sustituyéndome, trataréis con criaturas bastante más extrañas que Judas. ¿Qué apóstoles seríais si los eliminarais por ser extraños? Es más, precisamente por serlo, habréis de amarlos con paciente amor para transformarlos en corderos del Señor. Ahora vamos donde José y Simón. Habéis oído, ¿no? Ellos trabajaban en secreto para beneficiarme a mí. Diréis: amor de familia. Sí. Es verdad. Pero, en todo caso, es amor. Os habéis dejado mal la última vez. Echad los pelillos a la mar, ahora. Ellos y vosotros tenéis, y no tenéis, razón. Que cada uno reconozca su error, y no alce la voz en la parte que tiene de razón.

-Él me ha ofendido mucho ofendiéndote muchísimo a ti - dice Santiago.

-Tú te asemejas en mucho a José, mi padre. Y José, tu hermano, se asemeja en mucho a Alfeo, tu padre. Pues bien, José fue a menudo criticado por su hermano mayor, pero José fue siempre indulgente con él y lo perdonó siempre. ¡Porque mi padre era un gran justo! Sólo tú igual.

-¿Y si me regaña como si fuera todavía un niño? Ya sabes que cuando está nervioso no atiende a razones...

-Pues calla. Es la única medicina para calmar las iras. Calla con humildad y paciencia; y si sientes que no puedes callar sin desaires, te marchas. ¡Saber callar! ¡Saber marcharse! No por vileza, no por falta de palabras, sino por virtud, por prudencia, por caridad, por humildad. ¡Es tan difícil conservar la justicia en las disputas! Y la paz del espíritu. Alguna cosa baja siempre a perturbar en las profundidades, a enturbiar, a hacer bullicio. Y la imagen de Dios que se refleja en todo espíritu bueno queda empañada, desaparece, y ya no se pueden oír las palabras de Dios. ¡Paz! Paz entre hermanos. Paz también con los enemigos. Si son enemigos nuestros, son amigos de Satanás. Pero, ¿querríamos hacernos nosotros también amigos de Satanás, odiando a quien nos odia? ¿Cómo podríamos conducirlos al amor si estuviéramos fuera del amor? Me diréis: "Jesús, lo has dicho ya muchas veces, y lo haces; pero te siguen odiando siempre". Siempre lo diré. Cuando ya no esté entre vosotros, os lo inspiraré desde el Cielo. Y también os digo que no contéis las derrotas, sino las victorias. ¡Alabemos por éstas al Señor! No pasa una luna sin la nota de alguna conquista. Esto debe constatar el obrero de Dios, y por ello exultar en el Señor, sin la rabia que tienen los del mundo cuando pierden una de sus pobres victorias. Si lo hacéis así...

-La paz a ti, Maestro. ¿No me conoces? - dice un joven que subía hacia el Getsemaní de regreso de la ciudad.

-¿Tú?... Tú eres el levita que el año pasado estuviste con nosotros junto con el sacerdote.

-Soy yo. ¿Cómo me has reconocido, Tú que ves a todo un mundo alrededor de ti?

-No olvido los rostros ni los espíritus en sus características.

-¿Qué característica tiene mi espíritu?

-Buena. E insatisfecha. Estás cansado de lo que te rodea. Tu espíritu tiende a cosas mejores. Sientes que existen. Sientes que es la hora de decidirte por un Bien eterno. Sientes que tras las brumas hay un Sol, la Luz. Tú quieres la Luz.

El joven se arroja al suelo de rodillas:

-¡Maestro, Tú lo has dicho! Es verdad. Tengo estas cosas en el corazón. Y no sabía decidirme. El viejo sacerdote Jonatán ha creído, y después ha muerto. Era viejo. Yo soy joven. Pero te he oído hablar en el Templo... No me rechaces, Señor, porque no todos te odian allí, y yo soy de los que te quieren. Dime qué debo hacer, siendo levita...

-Tu deber hasta el tiempo nuevo. Reflexionar, porque, viniendo a mí, no vas al encuentro de la gloria terrena, sino del dolor. Si perseveras, tendrás gloria en el Cielo. Instruirte en mi doctrina. Confirmarte en ella...

-¿Con qué?

-El Cielo mismo te confirmará con sus signos. Reconfirmarte con la ayuda de mis discípulos y conocer y practicar cada vez más lo que he enseñado. Haz esto y tendrás la vida eterna.

-Lo haré, Señor. Pero... ¿puedo seguir sirviendo en el Templo?

-Te lo he dicho: hasta el tiempo nuevo.

-Bendíceme, Maestro. Será mi nueva consagración.

Jesús lo bendice y lo besa. Se separan.

-¿Veis? Así es la vida de los obreros del Señor. Hace un año, en ese corazón cayó la semilla. Y no pareció una victoria, porque no vino inmediatamente a nosotros. Pasado un año, como confirmación de mis palabras de poco antes, he aquí que viene. Una victoria. ¿Y no hace, éste, hermoso el día para nosotros?

-Tienes siempre razón, Jesús mío... ¡Pero ten cuidado con Judas! Soy un necio al decírtelo. Lo sé. Tú sabes... Pero en el corazón está este tormento... y no lo manifiesto a los otros, pero está... y estoy seguro de que también los otros lo tienen.

Jesús no rebate. Dice:

-Estoy contento de que José y Nicodemo me dieran ese dinero. Así puedo enviar una ayuda a mis pobrecitos de Galilea...

Han llegado a la puerta. Entran por ella. Se confunden con el gentío.

491

En el Templo el último día de la fiesta de los Tabernáculos. Sermón sobre el Agua viva.

El Templo rebosa de gente. De todas formas, falta mucho el elemento femenino, y los niños. La persistencia de una temporada ventosa y con precoces chaparrones, breves pero violentos, debe haber persuadido a las mujeres de ponerse en camino junto con los niños. Pero los hombres de todos los lugares de Palestina y los prosélitos de la Diáspora atestan -ésta es la palabra- el Templo para hacer las últimas oraciones, las últimas ofrendas, y escuchar las últimas lecciones de los escribas.

Los galileos seguidores de Jesús están en su totalidad: los jefes más importantes en primera fila; en el centro, muy identificado con su condición de pariente, está José de Alfeo con su hermano Simón. Otro grupo, apiñado, que espera, es el de los setenta y dos discípulos. Con esta expresión me refiero a los discípulos elegidos por Jesús para evangelizar, y que han cambiado de número y de caras, porque algunos de los antiguos, después de la defección que siguió al discurso del Pan del Cielo, ya no están, y se han agregado otros nuevos, como Nicolái de Antioquía. El tercer grupo, también muy apiñado y numeroso, es el de los judíos; entre ellos, veo a los arquisinagogos de Emaús, de Hebrón, de Keriot; de Yuttá está presente el marido de Sara; de Betsur los parientes de Elisa.

Están junto a la puerta Hermosa, y es clara su intención de rodear al Maestro en cuanto aparezca. Efectivamente, Jesús no puede dar un paso dentro del recinto amurallado sin que estos tres grupos lo circunden, casi como aislándolo de los malévolos, o también de los que, simplemente, están allí por curiosidad.

Jesús se dirige al atrio de los Israelitas para las oraciones; los otros le siguen, compactos -en la medida en que lo permite la gran densidad de gente-, sordos a las expresiones de desagrado de quienes tienen que apartarse y dejar paso al gran número de personas que va con Jesús. Él va entre sus hermanos. Y no es dulce como la de Jesús la mirada, ni humilde como la de Jesús la actitud de José de Alfeo, que, expresivamente, fija sus ojos en algunos fariseos...

Oran. Luego regresan al patio de los Paganos. Jesús se sienta humildemente en el suelo, apoyando la espalda en la pared del pórtico. Lo rodea un semicírculo que cada vez se va haciendo más compacto, debido a la sucesión de filas de personas que se van poniendo a espaldas de las filas más cercanas a Él, sentándose o apoyándose y permaneciendo de pie: rostros y miradas que convergen en el único Rostro. Los curiosos, los que han venido de lejos y no están al corriente, y los malévolos, están detrás de esta barrera de fieles, esforzándose por ver, alargando los cuellos, levantándose sobre las puntas de los pies.

Jesús, entretanto, está escuchando a éste y a aquél, que piden consejos o refieren noticias. Hablan así los parientes de Elisa, dando noticias de ella y preguntando si puede venir a servir al Maestro. Él responde:

-No me quedo aquí. Más tarde vendrá.

Y habla el pariente de María de Simón, madre de Judas de Keriot, diciendo que se ha quedado, él, custodiando las propiedades, pero que María está casi siempre con la madre de Yoana. A Judas, que está atónito, se le salen los ojos de las órbitas, pero no habla. Y habla el marido de Sara, diciendo que pronto le nacerá a él otro hijo, y pregunta que cómo puede llamarlo. Jesús responde:

-Si es varón, Juan; si es mujer. Ana.

Y el anciano arquisinagogo de Emaús le susurra, bajo, algún caso de conciencia, y Jesús, en voz baja, le responde. Y así sucesivamente.

Mientras, la gente va aumentando. Jesús alza la cabeza y mira. Estando el pórtico elevado unos cuantos escalones, Él, a pesar de estar sentado en el suelo, domina buena parte del patio, por ese lado, y ve muchas caras.

Se pone en pie y dice con fuerte voz, con toda su entonada y fuerte voz:

-¡El que tenga sed que venga a mí y beba! Del interior de los que crean en mí brotarán ríos de agua viva.

Su voz llena el vasto patio, los espléndidos pórticos. Ciertamente, atraviesa los de este lado, y se propaga a otros lugares, y sobrepuja todas las demás voces, cual armónico trueno lleno de promesas. Dice esto, y luego calla unos instantes, como habiendo querido enunciar el tema y dar tiempo a quienes no tienen interés en oírlo de marcharse sin causar molestias. Los escribas y doctores callan, o sea, bajan sus voces (ahora son un susurro, aunque, ciertamente, malévolos). No veo a Gamaliel.

Jesús camina de frente, entre el semicírculo, que se abre según va llegando y se va cerrando a sus espaldas, transformándose de semicírculo en anillo. Camina despacio, majestuosamente. Parece deslizarse sobre los mármoles policromos del suelo, con el manto un poco suelto, que le forma por detrás una incipiente cola. Va al ángulo del pórtico, al extremo del escalón que penetra hacia el patio; allí se detiene. Domina, así, dos lados de la primera muralla. Alza el brazo derecho, con su gesto habitual de cuando empieza a hablar, mientras con la mano izquierda apretada contra el pecho tiene sujeto el manto. Repite las palabras iniciales:

-¡El que tenga sed que venga a mí y beba! ¡Del interior de los que crean en mí manarán ríos de agua viva!

Aquel que vio la teofanía del Señor, el gran Ezequiel, (*Ezequiel 1; 8-10; 37, 1-14; 47, 1-19*) sacerdote y profeta, después de ver proféticamente los actos impuros en la profanada casa del Señor, después de ver, también proféticamente, que sólo los signados con el Tau vivirán en la Jerusalén verdadera, mientras que los demás conocerán más de un exterminio, más de una condena, más de un castigo -y el tiempo está cercano, oh vosotros que me escucháis, está cercano, está más cercano de lo que pensáis; por lo cual, os exhorto, como Maestro y Salvador, a no tardar más en signaros con el signo que salva; a no tardar más en poner en vosotros la Luz y la Sabiduría, a no tardar más en arrepentiros y llorar, por vosotros y por los demás, para poderos salvar-, Ezequiel, después de ver todo esto y más, habla de una terrible visión: la de los huesos secos.

Día llegará en que en un mundo muerto, bajo un firmamento apagado, aparecerán al sonido angélico numerosísimos huesos de muertos. Como un vientre que se abre para dar a luz, así la Tierra arrojará de sus entrañas todo hueso de hombre que sobre ella murió y en su fango fue sepultado, desde Adán al último hombre. Y se producirá entonces la resurrección de los muertos para el grande y supremo juicio, después del cual, como un pomo de Sodoma, el mundo se vaciará para transformarse en una nada, y terminará el firmamento con sus astros. Todo tendrá fin, menos dos cosas eternas, lejanas, en los extremos de dos abismos de una profundidad incalculable, totalmente antitéticos en la forma y en el aspecto y en el modo con que en ellos proseguirá eternamente la potencia de Dios: el Paraíso: luz, alegría, paz, amor; el Infierno: tinieblas, dolor, horror, odio.

-¿Pero creéis que por el hecho de que el mundo no esté todavía muerto y no suenen, convocadoras, las trompetas angélicas, el inmenso campo de la Tierra no está cubierto de huesos sin vida, requetesechos, inertes, separados, muertos, muertos, muertos? En verdad os digo que es así. Entre los que viven, porque respiran todavía, innumerables son los que son como cadáveres, como los huesos secos vistos por Ezequiel. ¿Quiénes son? Aquellos que no tienen en sí la vida del espíritu.

Hay en Israel de éstos, como en todo el mundo. Y el que entre los gentiles y los idólatras no haya sino muertos que esperan ser vitalizados por la Vida es una cosa natural, y causa dolor sólo a aquellos que poseen la verdadera Sabiduría, porque Ella les hace comprender que el Eterno ha creado a las criaturas para Él y no para la idolatría, y se aflige viendo a tantas criaturas en la muerte. Pero, si el Altísimo tiene este dolor, y es ya grande, ¿cuál será su dolor por aquellos que, de su Pueblo, son huesos que albean, sin vida, sin espíritu?

Los elegidos, los predilectos, los protegidos, los nutridos, los instruidos por Él directamente o por sus siervos y profetas, ¿por qué tienen que ser, culpablemente, huesos secos, siendo así que para ellos siempre ha descendido un hilo de agua vital del Cielo y les ha dado a beber Vida y Verdad? ¿Por qué, plantados en la tierra del Señor, se han secado? ¿Por qué su espíritu ha muerto, si el Espíritu Eterno puso a su disposición todo un tesoro sapiencial para que de él bebieran y vivieran? ¿Quién?, ¿con qué prodigio podrán volver a la Vida, si han dejado las fuentes, los pastos, las luces que Dios les ha dado, y caminan a tientas entre las calígines, y beben fuentes no puras, y se nutren de alimentos no santos?

¿No volverán, pues, a vivir? Sí. En nombre del Altísimo Yo lo juro. Muchos resucitarán. Dios tiene ya preparado el milagro; es más, el milagro ya está activo, ya ha actuado en algunos, y algunos huesos secos se han revestido de vida, porque el Altísimo -al cual nada le está prohibido- ha mantenido la promesa y la mantiene, y cada vez la completa más. Él, desde lo alto de los Cielos, grita a estos huesos que están esperando la Vida: "Ved que Yo infundiré en vosotros el espíritu y viviréis". Y ha tomado su Espíritu, a sí mismo se ha tomado, y ha formado una Carne para revestir su Palabra, y la ha enviado a estos muertos para que, hablándoles, se infundiera de nuevo en ellos la Vida.

¡Cuántas veces, en el transcurso de los siglos, Israel ha gritado: "Están secos nuestros huesos, nuestra esperanza ha muerto, estamos separados"! Pero, toda promesa es sagrada, toda profecía es verdadera. Y ha llegado el tiempo en que el Enviado de Dios abre las tumbas para sacar de ellas a los muertos y vivificarlos para conducirlos consigo a la verdadera Israel, al Reino del Señor, al Reino del Padre mío y vuestro.

¡Yo soy la Resurrección y la Vida! ¡Yo soy la Luz que ha venido a iluminar a quien yacía en las tinieblas! ¡Soy la Fuente de la que, impetuosa, brota Vida eterna! El que venga a mí no conocerá la Muerte. El que tenga sed de Vida venga y beba. Quien quiera poseer la Vida, o sea, a Dios, crea en mí, y de su interior brotarán no gotas, sino ríos de agua viva. Porque el que crea en mí formará conmigo el nuevo Templo del que manan las aguas saludables de que habla Ezequiel.

¡Venid a mí, pueblos! ¡Venid a mí, criaturas! Venid a formar un único Templo; pues que no rechazo a ninguno, sino que, por amor, os quiero conmigo, en mi trabajo, en mis méritos, en mi gloria.

"Y vi aguas que brotaban de debajo de la puerta de la casa, a * oriente... y las aguas bajaban al lado derecho, al sur del altar". (*Ezequiel cap. 47*).

Aquel Templo son los que creen en el Mesías del Señor, en el Cristo, en la Nueva Ley, en la Doctrina del tiempo de Salud y de Paz. Así como de piedras están formados los muros de este templo, de espíritus vivos estarán formados los místicos muros del Templo, que no morirá por los siglos de los siglos y que desde la Tierra ascenderá hasta el Cielo, como su Fundador, después de la lucha y la prueba. Aquel altar del que brotan las aguas, aquel altar situado a levante soy Yo. Y mis aguas brotan de la derecha porque la derecha es el lugar de los elegidos para el Reino de Dios. Brotan de mí para verterse sobre mis elegidos y hacerlos ricos en aguas vitales, portadores de ellas, distribuidores de ellas hacia el Septentrión, hacia el Mediodía, hacia Oriente, hacia Occidente, para dar Vida a los pueblos de la Tierra que esperan la hora de la Luz, la hora que llegará, que sin falta llegará a todos los lugares antes de que la Tierra deje de existir. Brotan y se esparcen mis aguas, mezcladas con las que Yo mismo he dado y daré a mis seguidores; y, a pesar de estar esparcidas para hacer apta la Tierra, formarán un único río de Gracia, cada vez más profundo, cada vez más grande, que irá creciendo día tras día, paso a paso, con las aguas de los nuevos seguidores, hasta que forme como un mar; un mar que, con sus aguas, tocará todos los lugares para santificar toda la Tierra.

Dios quiere esto. Dios hace esto. Un diluvio lavó el mundo dando muerte a los pecadores. Un nuevo diluvio, de otro líquido, que no será lluvia, lavará el mundo y dará Vida. Y, por un misterioso acto de gracia, los hombres podrán formar parte de ese diluvio santificador, uniendo sus voluntades a la mía, sus fatigas a la mía, sus sufrimientos al mío. Y el mundo conocerá la Verdad y la Vida. Y el que quiera participar podrá hacerlo. Sólo el que no quiera ser nutrido por las aguas de Vida se

transformará en lugar palúdico y pestífero, o seguirá siéndolo, y no conocerá las pingües cosechas de los frutos de gracia, sabiduría, salvación, que conocerán los que vivan en mí.

En verdad os digo, otra vez, que el que tenga sed y venga a mí beberá y no volverá a tener sed, porque mi Gracia abrirá en él fuentes y ríos de agua viva. Y quien no crea en mí perecerá, como salina donde la vida no puede subsistir.

En verdad os digo que después de mí no se interrumpirá la Fuente, porque Yo no moriré, sino viviré, y, cuando me haya ido, ido y no muerto, para abrir las puertas de los Cielos, Otro, que es igual que Yo, vendrá y completará mi obra haciéndoos comprender las cosas que Yo os he dicho, y encendiéndoos para haceros "luces", ya que habéis acogido la Luz.

Jesús calla.

La muchedumbre, que ha estado en silencio bajo el imperio del discurso, ahora musita y hace distintos comentarios:

Quién dice:

-¡Qué palabras! ¡Es un verdadero profeta!

Quién:

-Es el Cristo. Os lo digo. Ni siquiera Juan hablaba así. Y ningún profeta tiene su fuerza.

-Y además nos hace comprender a los profetas; incluso a Ezequiel, que es tan oscuro en sus símbolos.

-¿Habéis oído, no? ¡Las aguas! ¡El altar! ¡Está claro!

-¿Y los huesos secos? ¿Has visto cómo se han turbado escribas, fariseos y sacerdotes? ¡Han comprendido la alusión!

.Sí. Y han mandado a la guardia. Pero ellos... se han olvidado de prenderlo y se han quedado como niños que ven a los ángeles. ¡Miradlos allí! Están como apapanatados.

-¡Mira! ¡Mira! Un magistrado los llama y los reprende. ¡Vamos a oír!

Mientras tanto, Jesús está curando a unos enfermos que le están siendo acercados y no se ocupa de nada más, hasta que, abriéndose paso entre la gente, un grupo de sacerdotes y fariseos, capitaneados por un hombre de unos treinta o treinta y cinco años -veo que todos lo evitan, con un temor que es casi terror- llega hasta Él.

-¿Todavía estás aquí? ¡Vete! ¡En nombre del Sumo Sacerdote!

Jesús se alza -estaba agachado hacia un paralítico- y lo mira con calma y mansedumbre. Luego vuelve a agacharse para imponer las manos al enfermo.

-¡Vete! ¿Has entendido? Seductor de muchedumbres. O haremos que te prendan.

-Ve y alaba al Señor con una vida santa - dice Jesús al enfermo, que se alza curado; y ésta es su única respuesta. Los que amenazan, por su parte, echan espuma venenosa, y la muchedumbre los intima, con sus voces de hosanna, que no causen daño a Jesús.

Pero, si Jesús se muestra manso, no así se muestra José de Alfeo, el cual, irguiéndose engallado, echando hacia atrás la cabeza para parecer más alto, grita:

-¡Eleazar, tú que con los que te asemejan querrías abatir el cetro del Hijo escogido de Dios y de David, has de saber que estás cortando todas las plantas, la tuya la primera, esa de que tanto te jactas! ¡Porque tu maldad hace pender sobre tu cabeza la espada del Señor! - y diría más cosas; pero Jesús le pone la mano en el hombro y dice:

-¡Paz, paz, hermano mío! - y José, lívido de indignación, calla.

Se encaminan hacia la salida. Ya fuera de la muralla, refieren a Jesús que los jefes de los sacerdotes y los fariseos han reprendido a la guardia por no haberlo arrestado, y que ellos se habían justificado diciendo que nunca nadie había hablado como Él. Respuesta que había enfurecido a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos, entre los cuales había muchos del Sanedrín. Tanto que, para probar a los soldados que sólo los necios podían ser seducidos por un loco, querían ir a arrestarlo, como blasfemo. Y también para enseñar a la gente a comprender la verdad. Pero Nicodemo, que estaba presente, se había opuesto diciendo:

-No podéis actuar contra Él. Nuestra Ley prohíbe condenar a un hombre antes de haberlo escuchado y haber visto lo que hace. Y nosotros de su boca hemos oído, y de Él hemos visto, cosas no condenables.

Ante estas palabras la ira de los enemigos de Jesús se había volcado contra Nicodemo, con amenazas e insultos y burlas, como contra un necio y un pecador. Y Eleazar ben Anás se había puesto en movimiento, personalmente, con los más enfurecidos, para ir a echar a Jesús, pues a más no se atrevía por la muchedumbre.

José de Alfeo está furioso. Jesús lo mira y dice:

-¿Lo ves, hermano?

No dice nada más... ¡pero hay mucho en esas palabras! Contienen la advertencia de que Él, ya hable, ya calle, tiene razón, contienen el recuerdo de sus palabras, contienen el índice de lo que son las castas más importantes de Judea, de lo que es el Templo, etc.

José agacha la cabeza y dice:

-Tienes razón...

Guarda silencio, pensativo. Luego, al improviso, echa sus brazos en torno a la espalda de Jesús y llora sobre el pecho de Él, mientras dice:

-¡Pobre hermano mío! ¡Pobre María! ¡Pobre Madre!

Creo que José intuye claramente, en este momento, la suerte de Jesús...

-¡No llores! Haz tú también, como Yo hago, la voluntad de nuestro Padre - lo conforta Jesús, y lo besa para consolarlo.

Cuando José está un poco calmado, se ponen en marcha en dirección a la casa en que se hospeda, y allí se saludan besándose. Y José, muy emocionado, mucho, dice como últimas palabras:

-¡Ve en paz, Jesús! Respecto a todo. Lo que te dije cerca de Nazaret te lo repito, y con más fuerza todavía. Ve en paz. Ten sólo las preocupaciones de tu trabajo. De lo demás me ocuparé yo. Ve y que Dios te conforte.

Y lo besa una vez más, paternal en el rostro, y en la caricia que, como bendición de jefe de familia, le deposita en la cabeza.

Luego José saluda a sus hermanos. Se saludan también éstos y Simón. Pero noto que Santiago, no sé por qué motivo, se muestra más bien distante con José, y viceversa. Sin embargo, con Simón, hay más afectuosidad. Lo último que José dice a Santiago es: -¿Entonces tengo que pensar que te he perdido?

-No, hermano. Debes pensar que tú sabes dónde estoy y que, por tanto, de ti depende el encontrarme. Sin rencor. Es más, con muchas oraciones por ti. Pero en las cosas del espíritu no hay que tomar dos senderos juntos. Tú sabes lo que quiero decir...

-Ya ves que lo defiendo...

-Defiendes al hombre y al pariente. No es suficiente para darte esos ríos de Gracia de que Él hablaba. Defiende al Hijo de Dios, sin miedo al mundo, sin cálculo de intereses, y serás perfecto. Adiós. Cuida de nuestra madre, cuida a María de José...

Jesús -no sé si ha oído, porque está centrado en saludar a los otros nazarenos y galileos-, terminados los saludos, ordena:

-Subamos al Monte de los Olivos. Desde allí nos dirigiremos a algún lugar...

492

En Betania se evoca la memoria de Juan de Endor.

Una casa de Betania cada vez más triste, pero siempre acogedora... La presencia de amigos y discípulos no le quita a la casa la tristeza. Están José, Nicodemo, Manahén, Elisa y Anastática. Éstas, por lo que entiendo, no han sabido resistir estar lejos de Jesús, y se disculpan de ello como de una desobediencia, aunque estando bien decididas a no marcharse. Y Elisa explica las válidas razones que existen: la imposibilidad para las hermanas de Lázaro de seguir al Maestro, para darles a Él y a los apóstoles aquellos cuidados femeninos que son necesarios para un grupo de hombres solos y, además, perseguidos.

-Sólo nosotras podemos. Porque Marta y María no pueden dejar a su hermano. Juana no está. Analía es demasiado joven para ir con vosotros. Nique conviene que esté donde está, para recibirlos allí. Mis canas evitan las murmuraciones. Yo te precederé a donde vayáis, o estaré donde me digáis, y tendrás siempre a tu lado a una madre, y yo creeré que tengo todavía un hijo. Haré lo que Tú quieras, pero déjame servirte.

Jesús, sintiendo que todos consideran justa la cosa, accede. Quizás también, en medio de las grandes amarguras que ciertamente tiene en su corazón, desea tener cerca un corazón en que hallar un reflejo de la dulzura materna... Elisa exulta en su triunfo.

Jesús dice:

-Estaré frecuentemente en Nob. Irás a la casa del anciano Juan. Me la ha ofrecido para mis estadías. Te encontraré cada vez que regresemos...

-¿Tienes pensado irte, a pesar de las lluvias? - pregunta José de Arimatea.

-Sí. Quiero ir todavía hacia la Perea y detenerme en la casa de Salomón. Luego hacia Jericó y Samaria. ¡Oh, quisiera ir todavía a muchos lugares!...

-No te alejes demasiado, Maestro, de los caminos presididos y de las ciudades presididas por un centurión. Ellos están vacilantes. Y también lo están los otros. Dos miedos. Dos vigilancias. A ti y recíprocamente. Pero, créelo, para ti son menos peligrosos los romanos...

-¡Nos han abandonado!... - prorrumpe Judas de Keriot.

-¿Lo crees? No. ¡Entre los gentiles que escuchan al Maestro, puedes distinguir, acaso, los enviados por Claudia o por Poncio? Entre los libertos de la primera y de sus amigas, no son pocos los que podrían hablar en el Bel Nidrás, si fueran israelitas. No olvides nunca que en todas partes hay doctos; que Roma somete al mundo, que a sus patricios les gusta tomar el mejor botín para ornato de sus casas. Si cada uno de los gimnasiarcas y de los que presiden los Circos eligen lo que puede proporcionarles ganancia y gloria, los patricios eligen a aquellos que por cultura o belleza son decoro y satisfacción de las casas y de sí mismos... Maestro, este tema me suscita un recuerdo... ¿Se me concede una pregunta?

-Habla.

-Aquella mujer, aquella griega que estaba aquí el año pasado... y que era un elemento de acusación contra ti, ¿dónde está? Muchos han tratado de saberlo... no con buena finalidad. Pero yo no tengo en mí un deseo malo... Sólo... El que haya vuelto al error no me parece posible. Había en ella una gran inteligencia y una justicia sincera. Pero, el no verla ya...

-En un lugar de la Tierra, ella, la pagana, ha sabido ejercitar, para un israelita perseguido, la caridad que los israelitas no tenían.

-¿Te refieres a Juan de Endor? ¿Está con ella?

-Ha muerto.

-¿Muerto?

-Sí. Y se le podía haber dejado morir cerca de mí... No había que esperar mucho... Aquellos que trabajaron para provocar su separación, y son muchos, cometieron un homicidio como si hubieran alzado la mano, armada de cuchillo, contra él. Le quebrantaron el corazón. Y, aun sabiendo que ha muerto de esto, no piensan que son unos homicidas. No sienten remordimiento de haberlo sido. *Se puede matar de muchas maneras a los hermanos. Con un arma y con la palabra, o con una acción malvada.* Como el hecho de referir, a quien persigue, los lugares del perseguido; el hecho de quitar a un desdichado un cobijo que le sirva de conforto... ¡Oh, de cuántas formas se mata!... Pero el hombre no siente remordimiento. *El hombre, y éste es el signo de su decadencia espiritual, ha matado el remordimiento.*

Se muestra tan severo Jesús al decir estas palabras, que ninguno encuentra la fuerza para hablar. Se miran de reojo, cabizbajos, confundidos, incluso los más inocentes y buenos.

Jesús, después de un momento de silencio, dice:

-No hace falta que ninguno lleve a los enemigos del muerto y a los míos las palabras que he dicho, para que exulten satánicamente. Pero, si os preguntan, podéis responder que Juan está en paz, con el cuerpo en un sepulcro lejano y el espíritu en espera de mí.

-Señor, ¿esto te ha producido mucho dolor? - pregunta Nicodemo.

-¿El qué? ¿Su muerte?

-Sí.

-No. Su muerte me ha producido paz, porque ha significado su paz. Dolor, un gran dolor me han producido aquellos que, por un bajo sentimiento humano, han denunciado al Sanedrín su presencia entre los discípulos y han provocado su partida. Mas, cada uno tiene su sistema, y sólo una gran voluntad buena puede cambiar los instintos y los sistemas. Y os digo: "Quien denunció denunciará. Quien hizo morir hará morir". Pero, ¡ay de él! Cree vencer y pierde. Y le espera el juicio de Dios.

-¿Por qué me miras así, Maestro? - pregunta Juan de Zebedeo, turbándose y ruborizándose como si fuera culpable.

-Porque, si te miro a ti, ninguno pensará, ni siquiera el más malvado, que hayas podido odiar a un hermano tuyo.

-Habrá sido algún fariseo o algún romano... É1 los proveía de huevos... - dice Judas de Keriot.

-Un demonio ha sido. Pero le ha hecho un bien queriéndolo perjudicar. Ha acelerado su completa purificación y su paz.

-¿Cómo lo supiste? ¿Quién te trajo la noticia? - pregunta José.

-¿Acaso el Maestro necesita tener a alguien que le traiga las noticias? ¿No ve, acaso, las acciones de los hombres? ¿No fue a llamar a Juana para que viniera donde Él y se curase? ¿Qué es imposible para Dios? - dice, vehemente, María de Magdala.

-Es verdad, mujer. Pero pocos poseen tu fe... Y por este motivo he hecho una pregunta necia.

-Bien. Pero, ahora, Maestro, ven. Lázaro se ha despertado y te espera...

Y se lo lleva, cortante y decidida, atajando cualquier otro posible tema de conversación y cualquier otra posible pregunta.

493

Jesús habla cabe la fuente de En Royel, lugar en que hicieron un alto los tres Sabios.

Jesús regresa de Betania por el camino bajo (empleo esta palabra para referirme al más largo, que no pasa por el Monte de los Olivos y que entra en la ciudad pasando por el barrio de Tofet).

Primero se detiene para ofrecer unas ayudas a los leprosos que no han sabido pedirle más que pan. Luego va derecho a un amplio receptáculo cuadrangular, cubierto, cerrado por todos los lados menos por uno. Un pozo, un pozo grande cubierto, el más grande que he visto. Es más grande que el de la Samaritana, y debe ser también más rico en aguas, porque el suelo de alrededor acusa su nutrición y muestra mucha fertilidad, en contraste con el árido y sepulcral valle de Hinnon, que se vislumbra de refilón al noroeste. Sólo una construcción de sólida piedra, como es la del pozo y su cubierta, habría podido resistir a la humedad del suelo. Y las piedras -no hace falta ser expertos para considerarlas antiguas- resisten, oscuras y robustas, como protección del agua preciosa.

A pesar del aspecto tétrico del día, y a pesar de la proximidad de los sepulcros de los leprosos, que infunden siempre en las cercanías una gran tristeza, el lugar es sereno, sea por su gran fertilidad, sea porque tiene detrás, al norte, vastos jardines, ricos en árboles de todo tipo, que alzan sus tupidas copas contra el fondo del cielo pardo que se abate sobre la ciudad; y, delante, al sur, el valle del Cedrón, que ensancha su lecho y se hace más nutrido de aguas, de la misma forma que el valle se hace más alegre y rico en luz, siguiendo el camino que va a Betania y a Jericó por un buen trecho.

Mucha gente (mujeres con ánforas, asnerizos con cubos, caravanas que van a salir o que están llegando) se paran junto al pozo y sacan agua. Un largo trecho de suelo está húmedo por los cubos que gotean cuando se vierte su contenido en los recipientes. Tranquilidad y dulces voces de mujeres, gorjeantes vocecitas de niños, voces graves, roncadas, fuertes de hombres, rebuznos de burros y estridentes gritos de camellos que, acocados bajo su carga, esperan a que el camellero vuelva con el agua.

Una escena muy típica, en un ocaso fosco, en que el cielo tiene extrañas pinceladas de un amarillo innatural, imprevisto, que esparce una luz extraña sobre todas las cosas; mientras, más arriba, nubes densas y plúmbeas se encabalgan corriendo hacia Occidente. Las partes más altas de la ciudad, con esa luz extraña contra el fondo del horizonte plúmbeo estriado con pinceladas sulfúreas, son espectrales.

-Esto es todo agua, y viento... - sentencia Pedro, y pregunta:

-¿A dónde vamos esta noche?

-A casa del hombre de los jardines. Mañana subo al Templo y...

-¿Todavía? ¡Mira bien lo que haces! Sería mejor que aceptaras la invitación de los libertos a su sinagoga - aconseja Simón Zelote.

-Entonces, sinagoga por sinagoga; hay otras, ¡y que han dado muestras de desear su presencia! ¿Por qué tienen que ser ellos? - dice Judas de Keriot.

-Porque son los más seguros. Y la razón se comprende sin que yo la diga - rebate el Zelote.

-¡Seguros! ¿Qué es lo que te da esa certeza?

-El hecho de que han sabido permanecer fieles, a pesar de lo que han pasado.

-No discutáis entre vosotros. Mañana voy a subir al Templo. Ya lo he dicho. Ahora, quedémonos aquí un poco. Siempre es un lugar de buena evangelización.

-No más que otro. No sé por qué lo prefieres.

-¿Que por qué, Judas? Por muchas razones que diré a los que se están congregando, y por una que os digo a vosotros en particular. En este pozo de la fuente de Royel se detuvieron, inseguros y contrariados los tres Sabios de Oriente, pues que había desaparecido la estrella que los había guiado desde tan lejos. Cualquier otro hombre habría dudado de Dios y de sí mismo. Ellos estuvieron en oración hasta el alba, junto a sus cansados camellos (los únicos que estaban despiertos, entre los servidores que dormían). Y luego, al alba, se alzaron y se dirigieron a las puertas, desafiando el peligro de ser tomados por locos y agitadores, desafiando también el peligro de morir. Recordad que reinaba Herodes, el sanguinario. Y bastaba mucho menos de la frase que los Sabios querían decirle para que les decretara su muerte. Pero ellos me buscaban a mí. No buscaban gloria, riquezas, honores. Me buscaban a mí, sólo a mí. A un niño: a su Mesías, a su Dios. La búsqueda de Dios, siendo buena, proporciona siempre todas las ayudas y todo el coraje. Los miedos, las cosas bajas, son la herencia de los que sueñan cosas bajas. Ellos aspiraban a adorar a Dios. Este amor suyo los hacía fuertes. Y, pocas horas después, el amor tuvo un premio, porque aquí, en la noche lunar, reapareció la estrella ante sus ojos. Nunca le falta la estrella de Dios a quien con justicia y amor lo busca. ¡Los tres Sabios! Hubieran podido quedarse entre los falsos honores que Herodes les daba, después de la respuesta de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas y doctores. Y estaban muy cansados... Pero no se quedaron ni siquiera una noche, y, antes de que se cerraran las puertas, salieron para esperar aquí al alba. Luego... no el alba solar, sino el alba de Dios apareció de nuevo para hacer de plata el camino. La estrella los llamó con sus luces y ellos fueron a la Luz. ¡Bienaventurados! ¡Bienaventurados ellos y quien sabe imitarlos!

Los apóstoles y Margziam con Isaac están centrados en escuchar, con ese rostro feliz que tienen siempre que Jesús evoca su nacimiento; e Isaac, absorto, suspira, sonríe ante este recuerdo... con un rostro extático, lejano del lugar y del tiempo, regresando a más de treinta años antes, a aquella noche, a aquella estrella que ciertamente vio entre su rebaño...

Más gente se ha acercado, porque el camino es de mucho tránsito, y está escuchando; y alguno recuerda la fantástica caravana, y la noticia que trajo... y las consecuencias de ella.

-Éste siempre es lugar de consejo. La historia siempre se repite. Este siempre es lugar de prueba. Para los buenos, para los malos. Pero toda la vida es una prueba de la fe y justicia del hombre.

Os recuerdo la fidelidad de Jusay, de Sadoq y Abiatar, de Jonatán y Ajimaas, que de este lugar partieron para salvar a su rey y fueron protegidos por Dios porque obraban con justicia.

Os recuerdo (*2 Samuel 17 y en 1 Reyes 1*) un hecho relacionado con este mismo lugar y que no tuvo buenas consecuencias por tratarse de un abuso y, por tanto, no estar bendecido por Dios. Junto a la piedra de Zojélet, cerca de la fuente de Royel, Adonías conspiró contra la voluntad de su padre y se hizo proclamar rey por los de su partido. Pero el abuso no lo favoreció, porque, antes del final del banquete, los gritos de hosanna que resonaban en Guijón le notificaron -aún antes de que Jonatán de Abiatar hablara-, que Salomón era rey, y él, que había querido usurpar el trono, debía confiar sólo en la misericordia de Salomón.

Demasiados repiten el gesto de Adonías y se oponen al verdadero Rey, o conjuran contra Él siguiendo el partido aparentemente más fuerte. Y demasiado pocos, actuando así, sabrán luego abrazarse al altar pidiendo perdón y confiando en la misericordia de Dios. ¿Podremos, nosotros que hemos considerado tres sucesos de este pozo, decir que el lugar está sujeto a influjos buenos o no buenos? No. No el lugar. No el tiempo. No los sucesos, sino la voluntad del hombre es la que turba las acciones del hombre. En Royel ha visto la fidelidad de los súbditos de David y el pecado de Adonías, de la misma forma que ha visto la fe de los tres Sabios. Es el mismo pozo. En sus piedras se han apoyado y en sus aguas han apagado su sed Jonatán y Ajimaas, como Adonías y los suyos, como los tres Sabios. Pero el agua y las piedras han visto tres cosas distintas: la fidelidad al rey David, la traición al rey David, la fidelidad a Dios y al Rey de los reyes. Es siempre la voluntad del hombre la que hace cumplir el bien o el mal. Y sobre la voluntad del hombre proyecta sus luces la voluntad de Dios, y sus vapores venenosos la voluntad de Satanás. Del hombre depende el acoger la luz o el veneno y venir a ser justo o pecador.

En este pozo está colocado un guardián para que nadie corrompa las aguas. Y, además del guardián, le han sido dados unas paredes y un techo, para que el viento no meta dentro de él hojas y cosas sucias que contaminen las preciosas aguas. También ha puesto Dios un guardián al hombre: la voluntad inteligente y consciente del hombre; y protecciones: los mandamientos y los consejos angélicos, para que el espíritu del hombre no fuera corrompido consciente o inconscientemente. Pero cuando el hombre corrompe su conciencia, su intelecto, no escucha las inspiraciones del Cielo, pisotea la Ley, es como si fuera un guardián que dejara sin custodia el pozo, o como un demente que dismantelara sus defensas. Deja libre el campo a los enemigos satánicos, a las concupiscencias del mundo y de la carne, y a las tentaciones que, aunque no sean secundadas después, siempre es prudente tenerlas vigiladas y rechazarlas.

Hijos de Jerusalén, hebreos, prosélitos, viandantes que el destino ha reunido aquí a escuchar la voz de Dios, sed sabios, con la verdadera sabiduría, que es saber defender el propio yo de las acciones que deshonran al hombre.

Veo aquí a muchos gentiles. A ellos les digo que no existen sólo las riquezas y las mercancías como únicas cosas que conquistar, sino que hay otra cosa que hay que conquistar: la vida para la propia alma. Porque el hombre tiene un alma dentro de sí, una cosa impalpable, pero que es la que le hace vivir, una cosa que no muere ni siquiera cuando la carne ha muerto, una cosa que tiene derecho a vivir su verdadera, eterna vida, y no la puede vivir si el hombre mata su verdadero yo con sus malas acciones.

La idolatría y el gentilismo no son insuperables. El sabio medita y dice: "¿Por qué tengo que seguir a unos ídolos y vivir sin esperanza de una vida más buena, mientras que, yendo al verdadero Dios, puedo conquistar la alegría para toda la eternidad?". El hombre es avaro de sus días y la muerte le causa horror. Cuanto más envuelto está en las tinieblas de falsas religiones o en la no fe, más teme a la muerte. Pero el que viene a la verdadera Fe pierde el terror a la muerte, porque sabe que

más allá de la muerte hay una vida eterna, donde los espíritus se volverán a encontrar y no habrá ya ni dolores ni separaciones. No es difícil seguir el camino de la Vida. Basta creer en el único verdadero Dios, amar al prójimo y amar la honestidad en todas las acciones.

Vosotros, de Israel, sabéis cuáles son las cosas mandadas y cuáles las prohibidas. Pero Yo digo a estos que escuchan y que llevarán lejos, consigo, mis palabras, cuáles son estas cosas... (y dice el Decálogo). La verdadera religión está en esto, no en los sacrificios vanos y pomposos. Obedecer a los preceptos de una moral perfecta, de una virtud sin defecto, usar misericordia, eludir lo que deshonra al hombre, dejar las vanidades, las adivinaciones del error, los augurios falaces, los sueños de los malvados, como dice el libro sapiencial (*Eclesiástico 34, 1-8*); usar con justicia los dones de Dios, o sea, la salud, la prosperidad, las riquezas, la inteligencia, el poder; no tener soberbia, que es signo de necedad, porque el hombre vive, está sano, es rico o sabio o poderoso mientras Dios se lo concede; no tener deseos inmoderados que algunas veces llevan incluso al delito; vivir, en una palabra, como hombres y no como los animales, por dignidad incluso hacia uno mismo.

Bajar es fácil; subir de nuevo, difícil. Pero, ¿quién querría vivir en un abismo fétido sólo por el hecho de haber caído en él, y no trataría de dejarlo subiendo hasta su sumidad florida y llena de sol? En verdad os digo que la vida del pecador está situada en un abismo, y también la vida que vive en el error. Pero aquellos que acogen la Palabra de la verdad y van a la Verdad suben a la sumidad, a la Luz.

Id ahora todos a vuestro lugar de destino. Y recordad que, junto a la fuente de En Royel, la Fuente de la Sabiduría os ha dado de beber sus aguas para que tengáis otra vez sed y a Ella volváis.

Jesús se abre paso y se encamina hacia la ciudad, dejando a la gente comentando, preguntando, respondiendo.

494

La mujer adúltera y la hipocresía de sus acusadores.

Veo el interior del recinto del Templo, o sea, uno de los muchos patios rodeados de pórticos. Y veo también a Jesús, el cual, muy arropado en su manto, que lo envuelve encima de la túnica -no blanca, sino roja oscura (parece un tejido de lana gruesa)- habla a un grupo de gente que está en torno a Él.

Yo diría que es un día invernal, porque veo que todos están muy arropados en sus mantos; y que hace más bien frío, porque en vez de estar parados, todos caminan deprisa como para entrar en calor. Hace viento, un viento que agita los mantos y levanta el polvo de los patios.

El grupo que se apiña en torno a Jesús -único grupo parado, mientras que todos los otros grupos, en torno a éste o a aquel maestro, van y vienen- se abre para dejar pasar a un pelotón de escribas y fariseos, gesticulantes y más venenosos que nunca. Lanzan veneno a través de la mirada, a través del color de la cara, por la boca. ¡Que víboras! Más que conducir, arrastran a una mujer de unos treinta años, despeinada, que lleva desordenados sus vestidos como persona maltratada. La mujer llora. La arrojan a los pies de Jesús como si fuera un montón de andrajos o despojos muertos. Y ella se queda ahí, acurrucada, apoyado el rostro en los dos brazos, oculto por éstos, que le hacen de almohada entre la cara y el suelo.

-Maestro, ésta ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Su marido la amaba y no permitía que nada le faltara. Ella era reina en su casa. Y ha traicionado a su marido porque es una pecadora, una viciosa, una ingrata, una profanadora. Adúltera es, y como tal debe ser lapidada. Moisés lo dijo. En su ley manda que las que son como ésta sean lapidadas como animales inmundos. Y son inmundas. Porque traicionan la fidelidad y al hombre que las ama y las cuida, porque como tierra nunca saciada siempre están hambrientas de lujuria. Son peores que las meretrices, porque sin el aguijón de la necesidad se dan para dar alimento a su impudicia. Están corrompidas. Son contaminadoras. Deben ser condenadas a muerte. Moisés lo dijo. Y Tú, Maestro, ¿qué dices?»

Jesús -que había dejado de hablar al llegar tumultuosos los fariseos, y que había mirado a la jauría aviesa con mirada penetrante y luego había bajado su mirada hacia la mujer humillada, arrojada a sus pies- calla. Se ha agachado, quedando en posición de sentado, y escribe con un dedo en las piedras del pórtico, que el polvo levantado por el viento cubre de tierra. Ellos hablan y Él escribe.

-¡Maestro! Hablamos contigo. Escúchanos. Respóndenos. ¿No has comprendido? Esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. En su casa. En el lecho de su marido. Ella lo ha manchado con su libidine.

Jesús escribe.

-¡Pero este hombre es un deficiente! ¿No veis que no entiende nada y que está trazando signos en la tierra como un pobre demente?

-Maestro, por tu buena reputación, habla. Que tu sabiduría responda a nuestra pregunta. Te repetimos: a esta mujer no le faltaba nada; tenía vestidos, comida, amor; y ha traicionado.

Jesús escribe.

-Ha mentido al hombre que confiaba en ella. Con boca mendaz lo ha saludado y con la sonrisa lo ha acompañado a la puerta, y luego ha abierto la puerta secreta y ha admitido a su amante. Y, mientras su marido estaba ausente para trabajar para ella, ella, como un animal inmundo, se ha revolcado en su lujuria.

-Maestro, es una profanadora, no sólo del tálamo sino también de la Ley; una rebelde, una sacrílega, una blasfema.

Jesús escribe. Escribe, y borra, con el pie calzado con sandalia, lo escrito; y escribe más allá, volviéndose despacio en torno a sí buscando espacio nuevo. Parece un niño jugando. Pero lo que escribe no son palabras de juego; ha ido escribiendo: «Usurero», «Falso», «Hijo irreverente», «Fornicador», «Asesino», «Profanador de la Ley», «Ladrón», «Lujurioso», «Usurpador»,

«Marido y padre indigno», «Blasfemo», «Rebelde contra Dios», «Adúltero». Escrito una y otra vez, mientras nuevos acusadores siguen hablando.

-¡Pero, en fin, Maestro! Tu juicio. Esta mujer debe ser juzgada. No puede con su peso contaminar la Tierra. Su aliento es veneno que turba los corazones.

Jesús se alza. ¡Misericordia! ¡Qué rostro! Es todo un fulgir de relámpagos lanzados contra los acusadores. Tiene tan erguida la cabeza, que parece aún más alto. Tan severo y solemne se manifiesta, que parece un rey en su trono. El manto se le ha descolgado de un hombro y forma una ligera cola tras Él; pero Él no se preocupa de ello. Serio el rostro, sin la más lejana huella de sonrisa en la boca y en los ojos, planta éstos en la cara de la gente, que retrocede como frente a dos puñales puntiagudos. Mira fijamente a cada uno. Con una intensidad de escudriñamiento que produce miedo. Los mirados tratan de retroceder entre la gente y de esconderse entre ella. El círculo, así, se ensancha y se disgrega como minado por una fuerza oculta.

Hasta que habla:

-Quien de vosotros esté sin pecado que tire contra la mujer la primera piedra.

Y la voz es un trueno, acompañado de un aún más vivo centelleo de la mirada. Jesús ha recogido los brazos sobre el pecho, y está así, erguido como un juez, esperando. Su mirada no da paz; hurga, penetra, acusa.

Primero uno, luego dos, luego cinco, luego en grupos, los presentes se alejan cabizcaídos. No sólo los escribas y los fariseos, sino también los que estaban antes en torno a Jesús y otros que se habían acercado para oír el juicio y la condena y que, tanto aquéllos como éstos, se habían unido para injuriar a la culpable y pedir la lapidación. Se queda sólo con Pedro y Juan. No veo a los otros apóstoles.

Jesús se ha vuelto a poner a escribir, mientras se produce la fuga de los acusadores; ahora escribe: «Fariseos», «Víboras», «Sepulcros de podredumbre», «Embusteros», «Traidores», «Enemigos de Dios», «Insultadores de su Verbo»...

Una vez que todo el patio se ha vaciado y se ha hecho un gran silencio -no quedando sino el frufrú del viento y el susurro de una pequeña fuente en un ángulo-, Jesús alza la cabeza y mira. Ahora su rostro se ha calmado. Es un rostro triste, pero ya no está airado. Mira un momento a Pedro, que se ha alejado ligeramente y se ha apoyado en una columna; y también a Juan, que, casi detrás de Jesús, lo mira con su mirada cariñosa. Hay en Jesús un asomo de sonrisa al mirar a Pedro, y una sonrisa más marcada al mirar a Juan. Dos sonrisas distintas.

Luego mira a la mujer, todavía postrada y llorosa, a sus pies. La observa. Se alza, se coloca el manto, como si fuera a ponerse en camino. Hace una señal a los dos apóstoles para que se encaminen hacia la salida.

Cuando está solo, llama a la mujer.

-Mujer, escúchame. Mírame.

Repite la orden, porque ella no se atreve a alzar la cara.

-Mujer, estamos solos; mírame.

La desdichada alza la cara, en que el llanto y la tierra han creado una máscara de abatimiento.

-¿Dónde están, mujer, los que te acusaban? Jesús habla en tono bajo, con seriedad compasiva; tiene el rostro y el cuerpo levemente inclinados hacia el suelo, hacia esa miseria. Una expresión indulgente y sanadora llena su mirada.

-¿Ninguno te ha condenado?

La mujer, entre un sollozo y otro, responde:

-Ninguno, Maestro.

-Y tampoco Yo te condenaré. Ve. Y no peques más. Ve a tu casa. Y gánate el perdón. El de Dios y el del ofendido. No abuses de la benignidad del Señor. Ve.

Y la ayuda a levantarse tomándola de una mano. Pero no la bendice ni le da la paz. La mira mientras se pone en camino, cabizbaja, levemente tambaleante bajo el peso de su vergüenza; y luego, cuando ya no se la ve, se pone a su vez en camino con sus discípulos.

Dice Jesús:

-Lo que me hería era la falta de caridad y de sinceridad en los acusadores. No que acusaran con falsedad. La mujer era realmente culpable. Pero eran insinceros al escandalizarse de algo que ellos habían cometido mil veces y que sólo una mayor astucia y una mayor suerte habían permitido que quedase oculto. La mujer, en su primer pecado, había sido menos astuta y había tenido menos suerte. Pero ninguno de sus acusadores y acusadoras -porque también las mujeres la acusaban en el fondo del corazón, aunque no alzaran su palabra- estaba libre de culpa.

Adúltero es el que pasa al acto y el que a él se inclina y lo desea con todas sus fuerzas. La lujuria está tanto en quien peca como en quien desea pecar. Recuerda, María, la primera palabra de tu Maestro, cuando te llamé desde el borde del precipicio en que estabas: "No basta no hacer el mal, también hay que no desear hacerlo". El que acaricia pensamientos de sensualidad y suscita con lecturas y espectáculos buscados de propósito y con hábitos malsanos sensaciones de la carne es tan impuro como el que comete materialmente la culpa. Digo incluso: es mayormente culpable. Porque va con el pensamiento contra la naturaleza, además de contra la moral. Y no hablo siquiera de aquel que pasa a verdaderos actos contrarios a la naturaleza. El único atenuante de éste es una enfermedad orgánica o psíquica. El que no tiene este atenuante es diez veces inferior al animal más sucio.

Para condenar con justicia se requeriría la ausencia de toda culpa. Os remito a dictados anteriores, cuando hablo de las condiciones esenciales para ser juez. No me eran desconocidos los corazones de aquellos fariseos y de aquellos escribas; ni los de los que se habían unido a ellos en el ataque contra la culpable. Pecadores contra Dios y contra el prójimo, había en ellos culpas contra el culto, culpas contra los padres, culpas contra el prójimo, culpas, especialmente numerosas, contra sus esposas. Si, por un milagro, hubiera ordenado a su sangre escribir en su frente su pecado, entre las muchas acusaciones habría imperado la de "adúlteros" de hecho o de deseo.

Yo dije: "Lo que contamina al hombre es lo que viene del corazón". Y, aparte de mi corazón, no había ninguno entre los jueces que tuviera el corazón incontaminado. Sin sinceridad ni caridad. Ni siquiera el hecho de ser semejantes a ella en el hambre concupiscente los inducía a la caridad. Yo era el que tenía caridad con la humillada. Yo, el único que habría debido sentir asco. Pero, recordad esto: que *cuanto más bueno es uno, más compasivo es para con los culpables*. No es indulgente con la culpa en sí misma. Eso no. Pero se compadece de los débiles que a la culpa no han sabido resistir.

¡El hombre! ¡Oh!, fácil de ser plegado -más que una frágil caña y que un delgado convólculo- por la tentación y ser movido a abrazarse a aquello en que espera hallar confortación. Porque muchas veces la culpa se produce, especialmente en el sexo más débil, por esta búsqueda de confortación. Por eso Yo digo que el que carece de afecto hacia su mujer, y también hacia la propia hija, es en noventa de cien partes responsable de la culpa de su mujer o de su hija, por quienes responderá. Tanto el afecto estúpido -que es sólo estúpida esclavitud de un hombre para con una mujer o de un padre para con una hija-, como el desatender los afectos -o, peor, una culpa de propia libidine que lleva a un marido a otros amores y a unos padres a otros cuidados que no son los hijos- son fómite para adulterio y prostitución. Y, como tales, Yo los condeno.

Sois seres dotados de razón y guiados por una ley divina y por una ley moral. Rebajarse, por tanto, a una conducta de salvajes o de animales debería causar horror a vuestra gran soberbia. Pero la soberbia, que, en este caso, sería incluso útil, vosotros la tenéis para cosas muy distintas.

Miré a Pedro y a Juan de forma distinta, porque al primero, hombre, quise decirle: "Pedro, no carezcas tú también de caridad y de sinceridad", y decirle también, como a futuro Pontífice mío: "Recuerda esta hora y juzga, en el futuro, como tu Maestro"; mientras que al segundo, joven de alma de niño, quise decirle: "Tú puedes juzgar y no juzgas, porque tienes mi mismo corazón. Gracias, amado, porque eres tan mío que eres un segundo Yo".

Alegré a los dos antes de llamar a la mujer para no aumentar su mortificación con la presencia de dos testigos. Aprended, hombres sin piedad. Aunque uno sea culpable, ha de ser tratado con respeto y caridad. No alegrarse de su aniquilamiento. No ensañarse contra él, ni siquiera con miradas curiosas. ¡Piedad, piedad para el que cae!

A la culpable le indico el camino que debe seguir para redimirse. Volver a su casa, humildemente pedir perdón y obtenerlo con una vida recta, no volver a ceder a la carne, no abusar de la bondad divina y de la bondad humana, para no pagar más duramente que entonces la dúplice o múltiple culpa. Dios perdona, y perdona porque es la Bondad. Pero el hombre, a pesar de haber dicho Yo: "Perdona a tu hermano setenta veces siete", no sabe perdonar dos veces.

No le di paz y bendición porque no había en ella aquella completa separación de su pecado, y ello se requiere para ser perdonados. En su carne, y, por desgracia, en su corazón, no había náusea por el pecado. María de Magdala, saboreado mi Verbo, había sentido repulsa por el pecado y había venido a mí con la voluntad total de ser otra. En ésta había todavía vacilación entre las voces de la carne y las del espíritu. Y, además, en la turbación del momento, no había podido poner todavía la segur contra el tronco de la carne y cortarlo para ir, mutilado su peso de aidez, al Reino de Dios; mutilado lo que significaba destrucción, pero crecido en ella lo que significaba salvación.

¿Quieres saber si luego se salvó? No para todos fui Salvador. Para todos lo quise ser, pero no lo fui, porque no todos tuvieron la voluntad de ser salvados. Y éste fue uno de los más penetrantes dardos de mi agonía del Getsemaní.

Ve en paz tú, María de María, y no quieras ya pecar ni siquiera en las cosas insignificantes. Bajo el manto de María está sólo lo puro; recuérdalo.

495

Jesús instruye acerca del perdón de los pecadores, y se despide de sus discípulos en el camino de Betania.

Jesús ha dado alcance a los diez apóstoles y a los principales discípulos en las faldas del Monte de los Olivos, cerca de la fuente de Siloán. Cuando ellos ven venir, a paso expedito, a Jesús entre Pedro y Juan, van a su encuentro, y se juntan al pie de la fuente.

-Subimos al camino de Betania. Dejo la ciudad por un tiempo. Yendo, os diré lo que debéis hacer - ordena Jesús.

Entre los discípulos están también Manahén y Timoneo, que, tranquilizados, han vuelto a ocupar su lugar. Y están Esteban y Hermas, Nicolái, Juan de Éfeso, el sacerdote Juan y, en definitiva, todos los más destacables por sabiduría, además de los otros, sencillos pero muy activos por gracia de Dios y voluntad propia.

-¿Dejas la ciudad? ¿Te ha sucedido algo? - preguntan muchos.

-No. Pero hay lugares que esperan...

-¿Qué has hecho esta mañana?

-He hablado... Los profetas... Una vez más. Pero no entienden...

-¿Ningún milagro, Maestro? - pregunta Mateo.

-Ninguno. Un perdón. Y una defensa.

-¿Quién era? ¿Quién ofendía?

-Los que se creen libres de pecado acusaban a una pecadora. La he salvado.

-Pero, si era pecadora, tenían razón ellos.

-Su carne era ciertamente pecadora. Su alma... Mucho podría decir sobre las almas. Y no llamaría pecadoras sólo a aquellas cuya culpa es visible. Son pecadoras también aquellas que empujan a otros a pecar. Y con un pecado más astuto. Cumplen al mismo tiempo la función de la serpiente y del pecador.

-Pero ¿qué había hecho la mujer?

-Adulterio.

-¿Adulterio? ¿Y Tú la has salvado? ¡No debías haberlo hecho! - exclama Judas Iscariote.

Jesús lo mira fijamente, luego pregunta:

-¿Por qué no debía?

-Pues porque... Te puede perjudicar. ¡No sabes cómo te odian y cómo buscan de qué acusarte! Es cierto... Salvar a una adúltera es ir contra la Ley.

-Yo no he dicho que la salvaba. Les he dicho que sólo quien estuviera libre de pecado lanzase la piedra contra ella. Y ninguno lo ha hecho, porque ninguno estaba libre de pecado. Así que he confirmado la Ley, que conmina con la lapidación a los adúlteros; pero también he salvado a la mujer, porque no se encontraba ya un lapidador. -Pero Tú...

-¿Querías que la lapidara Yo? Habría sido justicia, porque Yo la habría podido lapidar. Pero no habría sido misericordia.

-¡Ah! ¡Estaba arrepentida! Te ha suplicado y Tú...

-No. No estaba siquiera arrepentida. Estaba sólo humillada y con miedo.

-¡Pero entonces!... ¿Por qué?... ¡Yo ya no te comprendo! Antes lograba todavía comprender tus perdones a María de Magdala, a Juan de Endor, a... en definitiva, a muchos pecadores...

-Dilo: a Mateo. No me lo tomo a mal. Es más, te quedo agradecido si me ayudas a recordar mi deuda de gratitud a mi Maestro - dice Mateo, calmo y digno.

-Sí, pues también a Mateo... Pero eran personas arrepentidas de su pecado, de su vida licenciosa. ¡Pero ésta!... ¡Yo ya no te comprendo! Y no soy el único que no te comprende...

-Lo sé. No me entiendes... Siempre me has comprendido poco. Y no sólo tú. Pero eso no cambia mi modo de actuar.

-El perdón se da a quien lo pide.

-¡Si Dios debiera dar el perdón sólo a quien lo pide! ¡Si debiera castigar inmediatamente a quien a la culpa no hace seguir el arrepentimiento! ¿Tú no te has sentido nunca perdonado antes de haberte arrepentido? ¿Puedes decir con certeza que te has arrepentido y que por eso has sido perdonado?

-Maestro, yo...

-Escuchadme todos, puesto que muchos de entre vosotros consideran que he errado y que Judas tiene razón. Aquí están Pedro y Juan. Ellos han oído lo que he dicho a la mujer y os lo pueden referir. No he sido un insensato en el perdón. No he dicho lo que dije a otras almas, a las que perdonaba porque estaban completamente arrepentidas. Pero he dado modo y tiempo a esa alma de llegar al arrepentimiento y a la santidad, si quiere alcanzar estas cosas. Recordadlo para cuando seáis maestros de las almas.

Dos cosas es esencial tener para poder ser verdaderos maestros y dignos de ser maestros. Primera cosa: una vida austera respecto a nosotros mismos, de forma que podamos juzgar sin las hipocresías de condenar en los otros lo que a nosotros nos perdonamos. Segunda: una paciente misericordia para dar a las almas la forma de sanar y fortalecerse.

No todas las almas se curan instantáneamente de sus heridas. Algunas lo hacen por fases sucesivas, y a veces lentas y con el riesgo de recaídas. Alejarlas, condenarlas, atemorizarlas, no es arte de médico espiritual. Si las alejáis de vosotros, volverán, resurtiendo, a arrojar a los brazos de los falsos amigos y maestros. Abrid vuestros brazos y vuestro corazón, siempre, a las pobres almas. Que sientan en vosotros un verdadero y santo confidente, sobre cuyas rodillas no se avergüencen de llorar. Si las condenáis y las priváis de las ayudas espirituales, cada vez más las haréis enfermas y débiles. Si les infundís temor en vosotros y en Dios, ¿cómo podrán alzar los ojos a vosotros y a Dios?

El hombre encuentra como primer juez al hombre. Sólo el ser que vive espiritualmente sabe encontrar primero a Dios. Pero la criatura que ha llegado ya a vivir espiritualmente no cae en culpa grave. Su parte humana puede todavía tener debilidades, pero el espíritu fuerte vela y las debilidades no pasan a ser culpas graves. Mientras que el que todavía es mucha carne y sangre peca, y encuentra al hombre. Ahora bien, si el hombre que le debe indicar a Dios y formar el espíritu le infunde miedo, ¿cómo podrá el culpable abandonarse en él? ¿Y cómo puede decir: "Me humillo porque creo que Dios es bueno y que perdona", si ve que uno que es como él no es bueno?

Vosotros debéis ser el término de parangón, la medida de lo que es Dios, de la misma forma que una moneda pequeñísima es la parte que hace comprender la riqueza de un talento. Pero si vosotros -pequeños que sois una parte del Infinito y lo representáis- sois crueles con las almas, ¿qué crearán ellas, entonces, que es Dios? ¿Qué dureza intransigente pensarán que tiene Él?

Judas, tú que juzgas con severidad, si en este momento te dijera: "Te denunciaré ante el Sanedrín por prácticas mágicas..."

-Señor! ¡No lo harás! Sería... sería... Tú sabes que eso...

-Sé y no sé. Pero, como puedes ver, inmediatamente invocas piedad para ti... y *sabes que no serías condenado por ellos* porque...

-¿Qué quieres decir, Maestro? ¿Por qué dices esto? - dice, muy agitado, Judas, interrumpiendo a Jesús.

El cual, muy calmo, pero con una mirada que barrena el corazón a Judas, y al mismo tiempo frena a su turbado apóstol, en quien convergen las miradas de los otros once apóstoles y de muchos discípulos, dice:

-Pues porque te estiman. Tienes buenos amigos tú allí dentro. Lo has dicho varias veces.

Judas suelta un suspiro de alivio, se seca el sudor, un sudor extraño en este día frío y ventoso, y dice:

-Es verdad. Viejos amigos. Pero no creo que si pecara...

-¿Y entonces pides piedad?

-Ciertamente. Soy todavía imperfecto y quiero llegar a ser perfecto.

-Tú lo has dicho. También aquella criatura es muy imperfecta. Le he dado tiempo para ser buena, si quiere.

Judas deja de rebatir.

Están ya en el camino que va a Betania, lejos ya de Jerusalén. Jesús se detiene y dice:

-¿Y vosotros habéis entregado a los pobres lo que os he dado? ¿Habéis hecho todo lo que os había dicho?».

-Todo, Maestro - dicen apóstoles y discípulos.

-Entonces escuchad. Ahora os voy a bendecir y nos vamos a despedir. Os diseminaréis, como siempre, por Palestina. Os reuniréis de nuevo aquí para la Pascua. No faltéis para entonces... y en estos meses fortaleced vuestro corazón y los de quienes creen en mí. Sed cada vez más justos, desinteresados, pacientes. Sed lo que os he enseñado que debéis ser. Recorred las ciudades, los pueblos, las casas situadas en lugares recónditos. No evitéis a nadie. Soportad todo. No servís a vuestro yo, de la misma forma que Yo no sirvo al yo de Jesús de Nazaret, sino que sirvo al Padre mío. Vosotros también servid al Padre vuestro. Por tanto no vuestros intereses, sino los suyos, deben ser sagrados para vosotros, aunque procurasen dolor o lesión a *vuestros* intereses humanos. Tened espíritu de abnegación y de obediencia. Podrá suceder que Yo os llame, u os ordene permanecer donde estéis. No juzguéis mi orden. Sea cual fuere, obedeced, creyendo firmemente que es buena y es dada para vuestro bien. Y no tengáis envidia, si a algunos los llamo y a otros no. Ya veis... algunos se han separado de mí... y he sufrido por ello. Eran personas que todavía querían guiarse según su mente. *La soberbia es la palanca que derriba a los espíritus y la calamita que me los arrebató*. No maldigáis a quien me ha dejado. Orad para que vuelva... Mis pastores estarán, de dos en dos, en los alrededores de Jerusalén. Isaac por ahora viene conmigo junto con Margziam. Amaos mucho entre vosotros. Ayudaos los unos a los otros. Amigos míos, que todo lo demás os lo diga vuestro espíritu, recordándoos lo que he enseñado, y que os lo digan vuestros ángeles. Yo os bendigo.

Todos se arrodillan, mientras Jesús pronuncia la bendición mosaica. Luego se juntan para saludarlo. En fin, se separan de Él, que, con los doce, Isaac y Margziam, prosigue por el camino de Betania.

-Ahora nos detendremos, el tiempo necesario para saludar a Lázaro; luego continuaremos hacia el Jordán.

-¿Vamos a Jericó? - pregunta, interesado, Judas de Keriot.

-No. A Betabara.

-Pero... la noche...

-No faltan casas y pueblos de aquí al río...

Ya ninguno habla, y, aparte del frufrú de los olivos y el rumor de las pisaduras, no se oye ningún otro ruido.

496

Un alto en la casita de Salomón. Improvisa turbación de Judas Iscariote.

Para no ser vistos por la gente, entran en el pueblecillo donde está la casita de Salomón subiendo por el ribazo del río. Precaución que me parece inútil, porque cae el precoz atardecer de Noviembre o de finales de Octubre y la gente está ya en las casas. La calle se ve vacía, completamente vacía, y, si no fuera por algún balido, se diría que es un lugar desierto.

Mueven la cancela. Está cerrada: bien cerrada a la entrada del huertecillo, que en la penumbra vese todo ordenado.

-¡Llamad! Está en la cocina. Un hilo de luz se filtra por los cuarterones - dice Jesús.

Tomás, con su voz potente, se encarga de llamar al anciano, el cual abre enseguida la puerta y mira hacia la calle. Se muestra incierto a causa de la poca luz externa, él que viene de la cocina, donde resplandece el fuego y hay una lámpara encendida. Pero cuando Jesús dice: «Somos nosotros», el anciano reconoce inmediatamente la voz y grita: « ¡El Maestro!».

Luego baja el tosco escalón y se apresura a abrir.

-¡Mi Señor! Entra, entra en tu casa. ¡Bendito sea este día que concluye con tu venida! - dice mientras se afana en abrir los cierres de la cancilla, y explica:

-Estoy solo y cierro muy bien... Los bandidos son capaces de todo. Hay algunos que hacen daño, ora aquí ora allá, bajando de los montes de Galaad. No es que tema por mi vida, pero tenía cosas preparadas para ti y... Mira, Maestro, ven. Este anochecer es húmedo. Tienes el pelo mojado por el relente...

-Y tú eres más solícito que la esposa del Cántico, padre. No te pe-a incomodarte para acoger al Peregrino - dice Jesús sonriendo.

-¿Incomodarme? ¡Qué largo era este tiempo! Un día y otro, y otro y otro. Había sembrado vuestras semillas y veía crecer bien las verduras. Decía: "Si viniera, esto seguro que le gustaría". Pero han madurado y no has venido... Y veía que tomaban color las frutas en los árboles, y las comía con dolor porque Tú no las comías. Aquella oveja me ha dado un cordero, todo blanco. Lo reservé, por tanto, para comerlo contigo. Esperaba verte antes de los Tabernáculos. Luego... un cordero todo para mí... ¡Demasiado! Lo cambié por una ovejita, y fueron buenos conmigo no queriendo ninguna diferencia. Pero de frutas y quesos he reservado lo más que he podido para ti, y pescado seco y legumbres, y todavía tengo algún melón; y un poco de vino... Yo no bebo vino, pero lo he preparado para ti, para el invierno.

Habla mientras limpia la mesa, pone encima la loza, atiza el fuego, aumenta el agua del caldero. Trajina contento. Ya no parece el mismo pobre viejo de pocos meses antes.

Sale, vuelve con leche, pide disculpas:

-Es poca, porque una es la oveja que da leche. Pero dentro de poco serán dos. De todas formas, para ti es suficiente.

Se muestra paternal, devoto y paternal al mismo tiempo. Ha tomado los mantos húmedos, las sandalias embarradas, y los ha llevado a otro lugar. Ha vuelto con unas manzanas y unas granadas y uvas y todavía algunos higos medio pasos, y explica:

-Los he secado así, al menos para que los probaras. Pensaba... pensaba que a mi Ananías le gustaban mucho preparados así...

La voz, antes serena, se baja, adquiriendo un tono triste, mientras dice estas palabras, y termina:

-Y... y pensaba que te gustarían, y, preparándolos, me parecía prepararlos todavía para el hijo de mi hijo.

Menea la cabeza, se esfuerza en sonreír con un brillo de llanto en los ojos.

Jesús, que se había sentado a la mesa, se levanta y le pasa un brazo por los hombros y estrecha contra sí al viejecito:

-Me gustan mucho. Es una cosa que me recuerda mi infancia... Y a mi padre. Pero no debías privarte de tantas cosas por mí. A los ancianos les vienen bien. Tienes que estar sano y fuerte, para acogerme así siempre. ¡Es tan dulce encontrar una casa así, con un padre que nos espera! ¿No es verdad, vosotros, amigos míos?

-¡Cierto, es verdad! Tan bonito, que uno se empereza sin ayudar a Ananías - dice Pedro, y se levanta diciendo:

-Venga, vamos a preparar nuestras camas mientras Jesús habla con el hombre.

-¡No hace falta! Siempre están preparadas. Y todo está limpio allí... La única cosa es que... No son suficientes. Sois más de doce. Pero duermo en el heno y...

-Eso no, padre. Voy yo al heno, entonces - dice Juan.

-No, yo - dicen Andrés y otros.

-No es necesario. Yo me amodorro aquí, encima de esta mesa. Seguro que no es más dura que el fondo de mi barca, y Margziam... - dice Pedro.

-Duerme conmigo - le interrumpe Jesús.

-O conmigo, si quieres... como hacía el pequeño Ananías - dice el anciano, y sus ojos suplican.

-Sí, Maestro. Tú me tienes todavía. Él... Voy con él - dice Margziam.

Jesús lo acaricia, comprendiendo su gesto.

-Han venido varias veces a buscarte después de Pentecostés. Más no han vuelto a venir - dice luego el viejecillo.

-¿Quién lo buscaba?

-¡Pues fariseos! Y otros como ellos. Querían hacerte preguntas. Pero yo les he dicho: "Id a su ciudad. No está aquí, ni sé cuándo vendrá...". Era verdad. Y se cansaron de venir. Y buscaban a otro, a un cierto Juan, que decían que estaba contigo y que pensaban que quizás se escondía aquí. Yo dije: "Pero si es su apóstol. Está con Él". Dijeron: "¿Acaso es tuerto su apóstol? ¿Es viejo?, ¿está enfermo?, ¿moribundo?". Comprendí que no eras tú y respondí: "Conozco sólo al apóstol Juan, un joven más bueno que un niño y sano de corazón y de carne". Me amenazaron. Pero ¿qué podía decir sino eso? Ésta es la verdad...

-Sí. Esto es verdad. Sé siempre veraz; aunque tuvieras que perjudicarme, no mientas nunca, padre.

-Señor, mi pelo ha encanecido tratando siempre de obedecer al Señor. Y entre las obediencias está también la de no decir cosas falsas. Pero... ¿por qué te buscan así, Señor? Yo estaba ciego. Por tanto, no iba a Jerusalén. Ahora he vuelto... Por el puro rito. Porque quería estar aquí esperándote... Y he percibido odio y amor respecto a ti... Y he juzgado que hay más odio que amor entre los jefes del pueblo. Estaba en el Templo aquella mañana que te querían agredir... y huí desolado a esperarte y llorar aquí. ¿Por qué el hombre es tan malo?

-Porque ha matado su espíritu, y con el espíritu su capacidad de sentir el remordimiento de ser injusto.

-¡Es verdad!... ¿Y te buscan para hacerte algún daño?

-Sí.

-¿Sí!? ¿Israel quiere dañar a su Rey? ¡Qué horror! ¡Israel se condena a los castigos proféticos!... ¡Oh, me siento contento, ahora, de que mi hijo haya muerto... y quisiera morir también yo para no ver el pecado de Israel...

Se produce un gran silencio. Sólo tiene voz la leña en el hogar.

-¡Hablemos de otra cosa! ¡Siempre voces de muerte, de odio, de traición! ¡Basta! ¡Basta! ¡No tolero oírlas! - dice Judas Iscariote, profundamente alterado, torvo, agitado y agitándose por la cocina con las piernas, con los brazos, con todo su ser.

-Judas tiene razón - dicen muchos.

-Pero, no querer oír no es útil. Lo útil es no consentir - dice Jesús con su gesto de resignación de abrir las manos, con las palmas hacia arriba, sobre la tosca mesa.

-¿Qué quieres decir? ¡Consentir! ¿Quién consiente con esto?

Judas le agita las manos casi delante de la cara, estando curvado, casi echado a lo largo de la mesa para acercarse al Maestro.

-¿Que quién? Todos los que ya sueñan verme perecer en mi sangre. ¡Sangre! ¡Sangre de tu Mesías! ¡Sangre sobre ti, Tierra que no quieres a tu Señor! ¡Sangre más resplandeciente que esas llamas! ¡Sangre, fuego en el hielo y en las tinieblas de un mundo de delito! Esperan matar la Luz quitándole la sangre. Pero Luz es el espíritu; la sangre es todavía materia. La materia grava al espíritu. La sangre arrojada a una lámina de mica debilita la luz, ¿no es, acaso, verdad? Pues bien, en verdad, en verdad os digo que, de la misma forma que aquella leña no ha lucido hasta que no se ha hecho llama y hasta que sus resinas, encendiéndose, no se han transformado en esplendor -de forma que ahora es un resplandor incandescente-, cuando todo esté cumplido y la sangre y la carne hayan sido consumidos por el sacrificio, entonces, como aquel fuego, que ahora ha transformado todo en luz, el espíritu mío más que nunca resplandecerá sobre el mundo, y seré Luz más que nunca. Una Luz de tal naturaleza, que cegará para siempre a los que odian la Luz, a sus asesinos. Una Luz de tal naturaleza, que se fundirán las áureas puertas de los Cielos, cerradas para la Humanidad desde hace tantos siglos, y el Cielo se abrirá para los justos. Una Luz de tal naturaleza, que perforará las rocas que son bóveda del Abismo, y el atroz fuego del Infierno se hará atrozísimo bajo los resplandores de mis rayos. Y ¡ay, ay, ay de aquellos que hayan atentado contra la Luz! ¡Sangre y Luz! Estas dos cosas estarán ante ellos hasta convertirlos en locos y desesperados. ¡Demonios!

Jesús -que se había puesto en pie cuando decía «en verdad» y que había infundido miedo, de tan majestuoso como estaba, en esta baja cocina, de paredes oscuras, aureolado por las llamas del hogar- ahora se sienta y calla.

Se miran todos unos a otros. Todos, menos Judas, que parece hipnotizado mirando la leña que arde... Hipnotizado y espantado. Un espanto que le pone una máscara atroz de una palidez lívido-verdastra en que el fuego de la leña traza dedadas rojizas. Me recuerda su espantosa cara del Viernes Santo. Luego se vuelve repentinamente y grita:

-¡Calla! ¡Calla! ¿Por qué nos atormentas? - y sale, dando un violento portazo...

-A su manera. Es verdad. Pero te quiere mucho... y sufre al oír ciertas palabras - dice Tomás. Y termina:

-¡Nos hacen tanto daño a nosotros también...! Pero nosotros somos menos..., extraños, digamos: extraños...

Ningún otro habla. El mismo Jesús calla...

-Las verduras están cocidas, la leche está caliente... - dice en tono bajo el viejecito, que se ha quedado atemorizado y casi no se atreve a decir ni estas comunes palabras, después de un incidente como el que se ha producido...

-Llamad a Judas. Vamos a cenar - ordena Jesús.

Juan sale a llamar a su compañero. Entran... Judas tiene un rostro atormentado. Pero el suyo es un tormento sin paz... De todas formas, se sienta a la mesa y se alza junto con los otros cuando Jesús ofrece y bendice, y mira a Jesús de reojo, cuando hace las partes y reserva para sí la última.

Todos quisieran romper la tristeza que reina en el lugar. Ninguno lo logra, hasta que el mismo Jesús habla al viejecito preguntándole si el pueblecillo y los lugares cercanos han acogido la palabra del Señor.

-Sí, sí, Maestro. Y muy muy bien. Yo diría que aquí mejor que en la otra orilla. Ya sabes... está muy viva aquí la memoria de Juan el Bautista; y sus discípulos, que ahora son tuyos, la mantienen viva, y sobre la base de sus palabras te explican a ti. Además... aquí... pocos fariseos hay en Perea y en la Decápolis, así que...

497

Simón Pedro atraviesa una hora de abatimiento.

No sé dónde están. Sin duda, ya no en el valle del Jordán, sino en los montes que lo orillan, porque veo abajo el verde valle y el hermoso río azul, mientras que cimas de montes bien altos emergen sobre la meseta extendida al oriente del Jordán.

Veo a Pedro que, solitario en una pequeña elevación, está mirando atentamente al nordeste y suspira muy triste. A sus pies hay leña (sin duda, recogida en los bosques que cubren esta pequeña altura). Un pueblecito anida entre el verde. Pedro está verdaderamente muy abatido. Acaba sentándose en su haz y metiendo su cabeza entre las manos, todo acurrucado. Está así, perdida la noción del tiempo y de todas las cosas; tan absorto, que no le hacen reaccionar ni siquiera algunos niños que pasan detrás de algunas cabritas caprichosas. Los niños lo observan y luego se marchan corriendo detrás de las cabras, hacia el pueblecillo. El Sol declina lentamente y Pedro no se mueve.

Por el sendero que sube desde el pueblecillo a esta elevación, se está aproximando Jesús. Camina despacio, evitando hacer ruido. Llega así al lugar donde está Pedro. Y, erguido delante él, lo llama:

-¡Simón!

-¡Maestro!

Pedro se sobresalta y alza un rostro turbado, al decir esa palabra.

-¿Qué estabas haciendo, Simón? Tus compañeros, todos, han regresado. El único que no volvías eras tú. Estábamos preocupados. Tanto, que tu hermano y los hijos de Zebedeo, con Tomas y Judas, han ido en distintas direcciones por los montes, y mis hermanos, con Isaac y Margziam, han bajado hacia la llanura.

-Lo siento... Siento haber causado aflicción y molestias...

-Tus compañeros te quieren... Ha sido precisamente Judas el primero que se ha preocupado, y ha regañado a Margziam por haberte dejado marcharte solo.

-¡Mmm!...

-Simón, ¿qué te pasa?

-Nada, Maestro.

-¿Qué hacías aquí, en este risco, solo, al caer de la tarde?

-Estaba mirando...

-Habrás mirado, Simón. Pero ahora no estabas mirando... Han pasado cerca de ti unos niños, y estabas tan acurrucado, que han tenido casi miedo de que estuvieras muerto. Han venido corriendo al aprisco que nos ha acogido y me lo han dicho. He venido... ¿Qué estabas mirando, Simón?

-Estaba mirando... miraba hacia Ramot Galaad, hacia Gerasa, Bosra, Arbela... Nuestro viaje del año pasado, tan bonito, tan... ¡La Madre con nosotros! Las discípulas... Juan de Endor... Esto es lo que miraba: el pasado.

-Y el futuro, Simón mío.

Y Jesús se sienta sobre el haz, al lado de Pedro, y le pasa un brazo por los hombros mientras le habla:

-Mirabas al horizonte... y la tristeza te lo ha anublado. El presente, como un remolino ha levantado nubes temibles y te ha celado el sereno recuerdo lleno de promesas y esperanzas, y te ha atemorizado. Simón, te oprime una de esas horas de tristeza y tedio que nuestra naturaleza humana encuentra en su camino. Ninguno está exento de ello. Porque estas horas las suscita quien odia al hombre. Y cuanto más sirve a Dios el hombre, más trata Satanás de atemorizarlo y cansarlo para apartarlo de su ministerio. Tú también atraviesas una hora de cansancio... El continuo martillar de la persecución contra tu Maestro te cansa. Y, en fin -y no sabes que no eres tú, sino que es el Tentador-, escuchas una voz que te susurra: "¿Y mañana? ¿Qué sucederá mañana?...".

-Señor, es verdad. Lees en mi corazón. Pero también ves que si pregunto esto no es por miedo por mí. Es porque... No. Jamás podría verte atormentado... A menudo, hablas de delito, de traición. Yo... ¡oh, no sólo yo!... ¿Cuántos, especialmente entre los viejos, te han pedido morir antes de ver agredido a su Rey? ¡Y yo!... Yo, Tú lo sabes, Tú eres todo para mí. Nada más que no seas Tú me interesa. No es como dice Judas, nostalgia de mi barca y de mi esposa... Mira, ves que digo la verdad. Insistí mucho para tener a Margziam. Mi humanidad quería al menos un hijo adoptivo en lugar de los hijos que mi mujer no me ha

dado, mortificando mi virilidad, que quería perpetuarse. Pero ahora, pero hoy, yo... Lo quiero, sí; pero, si Tú me le quitaras, no reaccionaría. Sólo te diría... ¡No, no diría nada!

-¿Sólo me dirías? Termina.

-Es inútil, Maestro.

-¡Di!

-Diría: "Dáselo a quien le haga, más que yo, crecer como justo". ¡Nada más! O sea... y esto te lo digo, llorando, por él, por mí, por mi hermano, y también por Juan y Santiago... y también por los demás... nosotros... nosotros somos tus primeros...

Pedro cae de rodillas y se apoya en las rodillas de Jesús, las manos altas, con las palmas hacia arriba, suplicantes, y con lágrimas en las mejillas que van a perderse entre la barba...

-...Lo digo por nosotros: danos la muerte, llévanos de aquí antes de que nosotros... ¡Oh! Yo pensaba, sigo pensando, desde hace meses -y Tú ves que es un pensamiento que me corroe y me avejenta, es un continuo temor que no me deja libre ni siquiera en el sueño-, pienso que, si va a ser justamente como dices, podría ser yo también el traidor, o serlo Andrés, o Juan, o Santiago, o Margziam... Y, si no se llega a esto, ser uno de esos que decías también hace tres noches donde Ananías, uno de esos que llegan a querer ver derramada tu Sangre, o uno, incluso uno de esos que, por vileza, no saben oponerse a esto y condescienden con el mal por miedo al mal... Yo... si se diera el caso, aunque sólo fuera eso, de que consintiera no reaccionando, por miedo... Maestro, ¡oh, Maestro mío!, yo me mataría para castigarme, o... mataría, si los encontrara, a tus asesinos. Yo... si no quieres esto, haz que muera antes, enseguida, aquí... La vida no es nada, pero faltar al amor a ti... Ser uno de éstos... ser... ver y no... Está tan inquieto, que hasta le faltan las palabras. Baja su cara hasta las rodillas de Jesús, llorando con un llanto áspero de hombre rudo, viejo, poco acostumbrado al llanto, y profundamente agitado por demasiados sentimientos.

Jesús le pone las manos en la cabeza, como para calmar ese dolor y alejar los pensamientos intranquilizadores, y habla:

-Amigo mío, ¿y crees que, aun cuando... no fueras perfecto en aquella hora, el Señor, que es justo, no pesaría tu error con el contrapeso de tu amor y deseo presentes? ¿Y temes que este áureo amor y este áureo deseo puedan pesar menos que tu momentánea imperfección, y ser insuficientes para obtenerte de Dios indulgencia, y con la indulgencia todas las ayudas para volver a ser tú, mi Simón amado?

-¡Haz que muera! ¡Sálvame! ¡Tengo miedo!

-Tú eres mi Piedra, Simón. ¿Podré desmenuzar la Piedra sobre la cual fundaré a Aquella que debe perpetuarme en la Tierra?

-Yo soy indigno de ello. Lo percibo. Soy un pobre hombre, ignorante, pecador. Todas las malas tendencias están en mí. ¡No soy digno, no soy digno! Me haré perverso, homicida, todo lo peor... Haz que muera. Comprende que si viniera a descubrir a quien te odia...

-Todo un mundo me odia, Simón. Hay que perdonar...

-Hablo del principal culpable. Habrá uno que sea el principal, y...

-Habrá muchos uno, y todos tendrán su papel principal...

-¿Qué papel? El de... ¡Oh, no dejes que lo diga! Pero yo...

-Pero tú debes perdonar, como Yo y conmigo. ¿Por qué te inquietas de esa forma, Simón, pensando en lo que podrías hacer para castigar? Deja esa tarea al Señor. Tú ama y perdona, sé compasivo y perdona. Ellos, todos los que serán culpables para con tu Jesús, tienen mucha necesidad de ser ayudados para obtener perdón.

-No hay perdón para ellos.

-¡Qué severo eres con tus hermanos, Simón! Sí que hay perdón; también para ellos lo hay, si se enmiendan. ¡Ay si ninguno de mis ofensores fuera a ser perdonado! Venga, levántate, Simón. Seguro que la congoja de tus compañeros ha aumentado, al ver que ahora tampoco Yo estoy en el aprisco. Pero, aun a costa de hacerlos sufrir todavía un rato, antes de ir donde ellos, vamos a orar. Vamos a orar juntos. No ha de hacerse nada más para recuperar la paz, la fuerza espiritual, el amor, la compasión... incluso hacia nosotros mismos. La oración aleja los fantasmas de Satanás, nos hace sentir cercano a Dios. Y, con Dios cerca, todo se puede afrontar y soportar con justicia y mérito. Vamos a orar así, Yo y tú juntos, aquí, en este monte desde el que se abre tanta parte de nuestra Patria, como a Moisés se le abrió desde el Nebo la vista de la Tierra Prometida. Nosotros, más afortunados que él, a esta Tierra que será del Cristo, le llevamos la Palabra y la Salud. Yo el primero, y luego tú. ¡Mira! A1 claror de las últimas luces se ven todavía los montes de Judea. Pero más allá está la llanura, el mar, luego otras tierras, el mundo... Ellas, él, te esperan, Pedro. Te esperan a ti para saber que hay un Dios verdadero. Un Dios que dará verdadera luz a las almas que caminan a tientas en la oscuridad del gentilismo y la idolatría. Mira, la luz terrena se entenebrece. ¿Cómo podrían los viandantes no perder la dirección en una noche sin luz? Más allá se ve la estrella de la Polar, que ya surge para guiar a los viandantes. Mi Religión será la estrella que guíe a los viandantes espirituales por el camino del Cielo. Y tú estarás tan unido a ella que serás una sola luz conmigo y con mi Doctrina, ¡oh Pedro mío, oh Piedra mía bendita! Oremos por aquella hora en que los hombres se salvarán por mi Nombre. "Padre nuestro que estás en el Cielo"...

Dice lentamente el Pater, teniendo de la mano a Pedro; y parece como si, alzando así los brazos y las manos -en su derecha la izquierda del apóstol-, lo estuviera presentando al Padre.

-Ahora vamos a bajar. Y dejemos aquí las tristezas inútiles y las inútiles congojas por el mañana. Junto con el pan cotidiano, el Padre nos dará mañana, todos los mañanas, sus ayudas. ¿Estás persuadido de esto, Simón?

-Sí, Maestro, lo creo - dice con firmeza Pedro, cuyo rostro ya no está turbado, sino que tiene aspecto austero, como siempre desde hace unos pocos meses; un rostro que le hace aparecer muy cambiado respecto al pescador rudo y jocosos de los primeros dos años.

Bajan: Jesús delante, detrás Pedro con su haz; y, casi a la altura de la primera casa del pueblo, encuentran a los inquietos apóstoles.

-¿Pero a dónde habías ido? - gritan a Pedro.

-Habríamos estado aquí desde hace mucho, pero me he parado con él a hablar mirando hacia Gerasa... - responde por él Jesús.

Tuercen hacia la derecha, hacia unas ruinas (de un aprisco semi-derrumbado). Dentro de un valladar -mitad caído, el resto enmohecido y vacilante- hay un cobertizo de toscos muros, mal cubierto, mal cerrado con paredes por tres lados y con tablas en el cuarto. Dentro, nada, aparte de un poco de paja en el suelo y un hogar primitivo en un rincón. Pienso que en el pueblo no los han recibido y que se han refugiado ahí...

498

Exhortación a Judas Tadeo y a Santiago de Zebedeo después de una discusión con Judas Iscariote.

-¿Pero quieres ir por este camino?, ¿precisamente por éste? No me parece prudente por muchas razones...- objeta Judas Iscariote.

-¿Cuáles? ¿No han venido, acaso, a mí, hasta Cafarnaúm, hombres de estos pueblos, buscando salud y sabiduría? ¿No son ellos también criaturas de Dios?

-Sí... Pero... No es prudente para ti acercarte demasiado a Maqueronte... Es lugar infausto para los enemigos de Herodes.

-Maqueronte está lejos. Y no tengo tiempo de ir hasta allá. Quisiera ir hasta Petra, e incluso más allá... Pero llegaré sólo a mitad de camino, y ni siquiera. De todas formas, vamos...

-José te ha aconsejado...

-Que estuviera por caminos vigilados. Éste es precisamente el camino de Transjordania, intensamente vigilado por los romanos. No soy un cobarde, Judas, y tampoco un imprudente.

-Yo no me fiaría. No me alejaría de Jerusalén. Yo...

-Pero déjalo al Maestro. Él es el Maestro y nosotros sus discípulos. ¿Pero cuándo se ha visto que el discípulo sea el que aconseje al Maestro? - dice Santiago de Zebedeo.

-¿Cuándo? No hace años que tu hermano dijo al Maestro que no fuera a Acor y Él lo escuchó. Ahora que me escuche a mí.

-Eres celoso y prepotente. Si mi hermano habló y fue escuchado, señal es que eran palabras justas y había que atenderlas. ¡Bastaba mirar a Juan aquel día para comprender que era justo darle oídos!

-Con toda su sabiduría, nunca ha sabido defenderlo, y nunca sabrá hacerlo. Sin embargo, está reciente aún lo que hice yo yendo a Jerusalén.

-Cumpliste con tu deber. Mi hermano también lo habría hecho en esas circunstancias; con otras maneras, porque no sabe mentir ni siquiera para cosas buenas, lo cual me alegra...

-Me estás ofendiendo. Me estás llamando embustero...

-¿Y quieres que te llame sincero, si mentiste con tanta habilidad sin cambiar de color!

-Lo hacía...

-Sí. Lo sé. ¡Lo sé! Para salvar al Maestro. Pero eso no va conmigo, ni con ninguno de nosotros. Preferimos la sencilla respuesta del anciano (*Ananías*). Preferimos guardar silencio y que nos llamen tontos, e incluso que nos maltraten, pero no mentir. Se empieza por una cosa buena y se acaba con una cosa no buena.

-El malo, no yo; el necio, no yo.

-¡Basta! Teniendo razón, acabáis en el yerro, un yerro distinto del que os impugnáis, porque es un yerro contra la caridad. Todos sabéis lo que pienso sobre la sinceridad. Y también lo que exijo en la caridad. Vamos. Estas disputas vuestras me son más penosas que los insultos de los enemigos.

Y Jesús, visiblemente enojado, se pone a andar rápidamente, Él solo, por una calzada que, sin necesidad de ser arqueólogo, se comprende que ha sido hecha por los romanos, y que va hacia el sur, casi recta hasta donde alcanza la vista, entre dos cadenas de montes respetables. Calzada monótona, oscura a causa de las laderas boscosas que la cierran e impiden a la vista desplegarse hasta el horizonte; pero bien cuidada. De tanto en tanto, algún puente romano construido sobre torrentes y pequeños ríos, que, sin duda, bajan al Jordán o al Mar Muerto. No lo sé con exactitud, porque los montes me impiden ver hacia Occidente, donde deben estar el río y el mar. Y alguna caravana por la calzada, caravana que quizás sube desde el Mar Rojo para ir quién sabe a dónde, con muchos camellos y camelleros y mercaderes de raza visiblemente distinta de la hebrea.

Jesús continúa delante, solo. Detrás, divididos en dos grupos, los apóstoles, cuchicheando unos con otros: los galileos, delante; detrás, los judíos, más Andrés, Juan y los dos discípulos que se han unido a ellos. Los dos grupos tratan, uno, de consolar a Santiago, que se ha quedado deprimido por la severa corrección del Maestro, otro, de convencer a Judas de no ser siempre tan obstinado y agresivo. Y los dos grupos están de acuerdo en aconsejar a los dos corregidos a ir donde el Maestro y hacer la paz con Él.

-¿Yo? Hombre, pues voy enseguida. Sé que tengo razón. Conozco mis acciones. No he sido yo el que ha metido cizaña; así que voy - dice Judas Iscariote. Se muestra atrevido, yo diría descarado. Acelera el paso para alcanzar a Jesús. Me pregunto una vez más si en esos días estaba ya dispuesto a traicionar y conspiraba ya con los enemigos de Cristo...

Santiago, por el contrario, que en el fondo es el menos culpable, está tan abatido por haber causado dolor al Maestro, que no se atreve a ir adelante. Mira a su Maestro, que ahora está hablando con Judas... Lo mira, y es vivo en su rostro el deseo de las palabras de perdón de Jesús. Pero su mismo amor, sincero, constante, fuerte, le hace parecer imperdonable su yerro.

Ahora los dos grupos se han reunido, y también Simón Zelote, Andrés, Tomás y Juan dicen:

-¡Venga, hombre! ¡Si no lo conocieras! ¡Ya te ha perdonado! - y, con mucha agudeza de juicio, Bartolomé, anciano y sabio, dice, poniendo la mano en el hombro de Santiago:

-Yo te lo digo: por no suscitar otras disputas, os ha corregido imparcialmente a vosotros dos. Pero su corazón lo decía sólo a Judas.

-¡Así es, Tolmái! Mi hermano se consume en soportar a ese hombre, al cual se empeña en querer convertirlo; y se cansa en tratar de mostrárnoslo... como nosotros somos. El es el Maestro, y yo... soy yo... Pero, si yo fuera Él, ciertamente el hombre de Keriot no estaría con nosotros - dice Judas Tadeo con centellas en esos hermosísimos ojos suyos que recuerdan a los de Cristo.

-¿Tú piensas?, ¿sospechas? ¿Qué? - dicen varios.

-Nada. Nada concretamente. Pero ese hombre no me gusta.

-No te ha gustado nunca, hermano. Es una repulsa irracional, porque surgió con el primer encuentro. Tú me lo has confesado. Es contraria al amor. Deberías vencerla, aunque sólo fuera por dar una alegría a Jesús - dice, calmo y persuasivo, Santiago de Alfeo.

-Tienes razón, pero... no soy capaz. Ven, Santiago, vamos juntos donde mi hermano - y Judas de Alfeo toma resueltamente el brazo de Santiago de Zebedeo y se lo lleva consigo.

Judas los oye venir y se vuelve, y luego dice a Jesús algo. Jesús se para y los espera. Judas, con mirada maliciosa, observa al compungido apóstol.

-Perdona, apártate un poco. Necesito hablar con mi Hermano - dice Judas Tadeo. La frase es amable, pero el tono con que la dice es muy seco.

Una risita de Judas Iscariote, que luego se encoge de hombros y vuelve sobre sus pasos y se une a los otros.

-Jesús, somos pecadores... - dice Judas Tadeo.

-Yo soy pecador, no tú - susurra Santiago, cabizbajo.

-Nosotros somos pecadores, Santiago, porque lo que tú has dicho yo lo he pensado, lo he aprobado, lo tengo en el corazón. Por tanto, yo también estoy en pecado. Porque de mi corazón sale -y ello contamina mi caridad- el juicio sobre Judas... Jesús, ¿no dices nada a tus discípulos que reconocen su pecado?

-¿Qué debo decir que no sepáis ya? ¿Cambiáis, acaso, respecto a vuestro compañero, por mis palabras?

-No. No más de lo que él cambie por las que Tú le dices - le responde, sincero, por sí y por los otros, su primo.

-¡Deja, Judas, deja! Yo he errado. De mí se trata y debo ocuparme de mí, no de otros. Maestro, no estés enojado conmigo...

-Santiago, Yo quisiera de ti, de todos, una cosa. Mucho dolor me causan las muchas incomprensiones que encuentro... las muchas resistencias obstinadas. Ya lo veis vosotros... Por cada lugar que me da alegría, tres no me la dan, y me expulsan como a un malhechor. Pero, esa comprensión, esa adhesión que los otros no me dan quisiera recibirla al menos de vosotros. Que el mundo no me ame, que me sienta asfixiado por todo este odio, por esta antipatía, enemistad, sospecha, que me rodea, y por todo tipo de indignidades, por los egoísmos, por todo lo que sólo mi amor infinito hacia el hombre me hace soportar... todo esto es penoso. Pero, bueno, pues lo sufro con paciencia. He venido para sufrir esto por parte de los que odian la Salud. ¡Pero vosotros! ¡No, esto no lo soporto! Esto, es decir, el que no seáis capaces de amaros entre vosotros, y, por tanto, de comprenderme; esto, es decir, el que no prestéis adhesión a mi espíritu, esforzándoos en hacer lo que Yo hago.

¿Creéis, podéis creer todos vosotros, que no veo los errores de Judas?, ¿que ignoro cosa alguna de él? Convinceos de que no es así. Pero, si Yo hubiera querido tener personas perfectas en el espíritu, habría hecho que se encarnaran los ángeles y me habría rodeado de ellos. Habría podido hacerlo. ¿Habría sido un verdadero bien? No. Por mi parte, hubiera sido egoísmo y desprecio. Habría evitado el dolor que me viene de vuestras imperfecciones, pero habría despreciado a los hombres a quienes el Padre mío ha creado y a los que ama tanto, que me ha enviado para que los salve. Y, por parte del hombre, habría sido un perjuicio para el futuro. Una vez terminada mi misión, una vez que hubiera subido de nuevo al Cielo con mis ángeles, ¿qué cosa apta para continuar mi misión habría quedado, y quién? ¿Qué hombre hubiera podido esforzarse en hacer lo que digo, si sólo un Dios y unos ángeles hubieran dado el ejemplo de una vida nueva reglada por el espíritu? Ha sido necesario que Yo me revistiera de carne para convencer al hombre de que, si quiere, puede ser casto y santo en todos los modos. Y ha sido necesario que tomara conmigo unos hombres... así... aquellos que con su espíritu respondieron a la llamada de mi espíritu, sin mirar si eran ricos o pobres, doctos o ignorantes, de ciudad o de pueblo. Que los tomara así, como los iba encontrando, y que mi voluntad y la suya los transformara lentamente en maestros de otros hombres.

El hombre puede creer en el hombre, en el hombre al que ve. Le es difícil al hombre, tan postrado, creer en Dios a quien no ve. No habían terminado todavía los rayos en el Sinaí, y ya al pie del monte había surgido la idolatría... No había muerto Moisés todavía, cuyo rostro no se podía mirar, y ya se pecaba contra la Ley. Pero, cuando vosotros, transformados en maestros, estéis como ejemplo, como testimonio, como levadura, entre los hombres, ya no podrán decir: "Son seres que han descendido a estar entre los hombres y no podemos imitarlos". Deberán decir: "Son hombres como nosotros. Ciertamente tienen los mismos instintos y estímulos nuestros, las mismas reacciones; y, a pesar de todo, saben resistir contra los estímulos e instintos, y saben tener otras reacciones bien distintas de las nuestras, que son viles". Y se convencerán de que el hombre puede divinizarse, con sólo querer entrar en los caminos de Dios.

Observad a los gentiles y a los idólatras. ¿Todo su Olimpo, todos sus ídolos, acaso los hacen mejores? No. Porque ellos, si son incrédulos, dicen que sus dioses son una patraña; si son creyentes, piensan: "Son dioses y yo hombre" y no se esfuerzan en imitarlos. Vosotros, pues, tratad de haceros como Yo. Y no tengáis prisas. El hombre evoluciona lentamente de animal racional a ser espiritual. ¡Sed compasivos, sed compasivos los unos para con los otros! Nadie, excepto Dios, es perfecto.

Y ahora, todo ha pasado, ¿no es verdad? Transformaos con firme voluntad imitando a Simón de Jonás, que en menos de un año ha dado pasos de gigante. Y... ¿Quién, de entre vosotros, era hombre, más hombre que Simón con todas las imperfecciones de una humanidad muy material?

-Es verdad, Jesús. Es mi objeto de estudio continuo ese hombre. Y mi admiración - confiesa Judas Tadeo.

-Sí. Yo estoy con él desde la niñez. Lo conozco como si fuera hermano mío. Pero ahora tengo ante mí a un Simón nuevo. Te confieso que cuando dijiste que era nuestro jefe, yo -y no sólo yo- me quedé desorientado. Me parecía el menos indicado de todos. ¡Simón respecto al otro Simón y a Natanael! ¡Simón respecto a mi hermano y a tus hermanos! Sobre todo, respecto a estos cinco. Me parecía un completo error... Ahora digo que tenías razón.

-¡Y vosotros no veis más que la superficie de Simón! Pero Yo veo su profundidad. Para ser perfecto, aún tiene que hacer mucho y mucho que padecer. Pero quisiera en todos vosotros su buena voluntad, su sencillez, su humildad y su amor...

Jesús mira hacia delante, y parece que viera... ¿quién sabe qué? Está absorto en un pensamiento suyo y sonríe a lo que ve; luego baja los ojos hacia Santiago y le sonríe.

-¿Entonces... estoy perdonado?

-Quisiera poder perdonar a todos como a ti... Mirad, esa ciudad debe ser Esebón. El hombre dijo que después del puente de tres arcos estaba la ciudad. Vamos a esperar a los otros para entrar en ella juntos.

499

Fuga de Esebón y encuentro con un mercader de Petra.

No veo la ciudad de Esebón. Jesús con los suyos salen ya de ella. Por las caras de los apóstoles, comprendo que ha sido una desilusión. Los sigue o, mejor, los acosa, algunos metros más atrás, una turba vociferante y amenazadora...

-Estos lugares en torno al Mar Salado son malditos como el mismo mar - dice Pedro.

-¡Este lugar! Sigue siendo el mismo que en el tiempo mosaico, y Tú eres demasiado bueno como para castigarlo como fue castigado entonces. Es lo que haría falta. Y subyugarlos con las potencias del Cielo y con las de la Tierra. A todos. Hasta el último hombre y hasta el último rincón - dice Natanael inquieto, con un brillo de indignación en sus ojos hundidos. La raza hebrea resalta fuertemente en el apóstol, delgado y viejo, bajo el ímpetu de la indignación, y le hace parecerse mucho a los muchos rabíes y fariseos que se oponen siempre a Jesús.

El cual se vuelve y alza la mano diciendo:

-¡Paz! ¡Paz! Ellos también serán atraídos hacia la Verdad. Pero se requiere paz, se requiere conmiseración. Nunca hemos venido aquí. No nos conocen. Otros lugares fueron así la primera vez, pero luego cambiaron.

-Es que éstos son lugares como Masada. ¡Vendidos! Volvamos al Jordán -insiste Pedro.

Pero Jesús va por la vía miliaria, que han vuelto a tomar, en dirección sur. Los más encendidos contra Él lo siguen acosando, atrayendo la atención de los viandantes.

Uno -debe ser un rico mercader, o por lo menos uno que trabaja para un mercader- que guía una larga caravana dirigida hacia el norte observa estupefacto y para su camello; y con el suyo se paran todos los demás. Mira a Jesús, mira a los apóstoles, de aspecto tan inerte y benigno, y mira a los vociferadores amenazantes que están llegando, y les pregunta con curiosidad. No oigo sus palabras, pero sí las gritadas como respuesta:

-¡Es el Nazareno maldito, loco, endemoniado! ¡No lo queremos dentro de nuestros muros!

El hombre no pregunta más. Vuelve su camello, grita algo a uno de los suyos que le seguía cerca, e incita al animal, que en pocas zancadas alcanza a los apóstoles. -En nombre de vuestro Dios, ¿quién de entre vosotros es Jesús el Nazareno? - pregunta a los apóstoles Mateo, Felipe y Simón Zelote, y a Isaac, que están en el último grupito.

-¿Por qué lo preguntas? ¿Tú también para atormentarlo? ¿No bastan sus compatriotas? ¿Tú también te incluyes? - dice muy inquieto Felipe.

-Soy mejor que éstos. Y solicito gracia. No me rechacéis. Lo pido en nombre de vuestro Dios.

Algo que hay en la voz del hombre convence a los cuatro, y Simón dice:

-El primero delante de todos, junto con los dos más jóvenes.

El hombre incita de nuevo a su animal, porque Jesús, ya delante, ha ido más adelante todavía durante el breve diálogo que El ignora.

-¡Señor!... Escucha a un desdichado... - dice en cuanto le da alcance.

Jesús, Juan y Margziam se vuelven, asombrados.

-¿Qué quieres?

-Soy de Petra, Señor. En representación de otros paso las mercancías que vienen desde el Mar Rojo hasta Damasco. No soy pobre, pero es como si lo fuera. Tengo dos hijos, Señor, y han contraído una enfermedad en los ojos, y están ciegos; uno, completamente -el primero que ha enfermado-; el otro, casi ciego, y pronto del todo. Los médicos no hacen milagros, pero Tú sí.

-¿Cómo lo sabes?

-Conozco a un rico mercader que te conoce. Cuando va de camino, hace un alto en mi recinto. Alguna vez incluso le sirvo. Me dijo, al ver a mis hijos: "Sólo Jesús de Nazaret los podría curar. Búscalos". Te habría buscado. Pero tengo poco tiempo y debo seguir los caminos más indicados.

-¿Cuándo viste a Alejandro?

-Entre las dos fiestas vuestras de primavera. Desde entonces he hecho otros dos viajes, pero no te he encontrado nunca. ¡Señor, ten piedad!

-Hombre, Yo no puedo bajar a Petra, ni tú puedes dejar la caravana...

-Sí que puedo. Arisa es de fiar. Le mando que prosiga lentamente y yo vuelo a Petra. Tengo un camello más veloz que el viento del desierto y ágil como una gacela. Tomo a los hijos y a otro siervo fiel. Te alcanzo. Tú los curas... ¡Oh! ¡La luz a sus ojos de estrellas negras, ahora cubiertos de densas nubes! Y prosigo mientras ellos vuelven donde su madre. Veo que sigues caminando, Señor. ¿A dónde te diriges?

-Iba a Debón...

-No vayas. Está llena de... de los de Maqueronte. Lugares malditos, Señor. No te substraigas a los infelices para darte a los malditos.

-Lo que decía yo - refunfuña entre dientes Bartolomé, y muchos le dan la razón.

En este momento están ya todos alrededor de Jesús y del hombre de Petra. Los habitantes de Esebón, por el contrario, visto que la caravana parece benigna para con el Perseguido, se vuelven para atrás. La caravana, parada, espera el desenlace y la decisión.

-Hombre, si no voy por las ciudades del Mediodía, vuelvo mis pasos hacia Septentrión. Y no es seguro que te complazca.

-Sé que soy abyecto para vosotros de Israel. Soy incircunciso, no merezco ser complacido. Pero Tú eres el Rey del mundo, y en el mundo estamos también nosotros...

-No es eso. Es... ¿Cómo puedes creer que Yo haga lo que no han podido hacer los médicos?

-Porque Tú eres el Mesías de Dios y ellos son hombres. Tú eres el Hijo de Dios. Me lo ha dicho Misax y yo lo creo. Tú puedes hacer todo, incluso para un pobre como soy yo.

La respuesta es segura, y el hombre la completa dejándose deslizar hasta el suelo sin siquiera hacer arrodillar a su camello, y se prosterna todo él en el polvo.

-Tu fe es mayor que la de muchos. Ve. ¿Sabes dónde está el Nebo?

-Sí, Señor. Aquel monte es el Nebo. Nosotros también sabemos acerca de Moisés. ¡Grande! Demasiado grande para no conocerlo. Pero Tú, más grande. Como una roca respecto al monte es el parangón entre Moisés y Tú.

-Ve a Petra. Yo te esperaré en el Nebo...

-Hay un pueblo al pie para los visitantes del monte. Y hay posadas... Estaré allí dentro de diez días lo más. Forzaré al animal, y si el que te envía me protege no encontraré tempestades.

-Ve. Y vuelve lo antes que puedas. Debo ir a otro lugar...

-¡Señor! Yo... no soy circunciso. Mi bendición es para ti un oprobio. Pero la de un padre no es oprobio nunca. Te bendigo y me marchó.

Toma un pequeño silbato de plata y silba tres veces. El hombre que está a la cabeza de la caravana viene al galope. Hablan entre sí. Se saludan. Luego el hombre vuelve a la caravana, la cual reanuda la marcha. El otro sube de nuevo a su camello y se marcha hacia el sur al galope.

Jesús y los suyos se ponen en camino otra vez.

-¿Vamos justamente al Nebo?

-Sí. Dejamos las ciudades y subimos por las laderas de los montes Abarim. Habrá muchos pastores. Por ellos sabremos cuál es el camino para el monte Nebo; y ellos, por nosotros, cuál es el Camino para el monte de Dios. Y luego nos detendremos algunos días, como hicimos en los montes de Arbela y en el Carít.

-¡Qué bonito será! Y nos haremos mejores. De esos lugares siempre hemos bajado más fuertes y mejores - dice Juan.

-Y nos hablarás de todo lo que el Nebo recuerda. Hermano, ¿te acuerdas, cuando éramos niños, de un día en que hiciste de Moisés bendiciendo, antes de morir, a Israel? - dice Judas de Alfeo.

-Sí. ¿Y de que tu Madre gritó al verte extendido como muerto? Ahora vamos precisamente al Nebo - dice Santiago de Alfeo.

-Y bendecirás a Israel. ¡Eres el verdadero Caudillo del Pueblo de Dios! - exclama Natanael.

-Pero no mueres allí. Tú no mueres nunca, ¿no es verdad, Maestro? - pregunta Judas de Keriot con una extraña risita.

-Yo moriré y resucitaré como está escrito. Muchos hombres morirán, pero no estarán muertos en ese día. Y, mientras que los justos resucitarán, aunque hayan muerto años antes, no resucitarán los que viven en la carne pero tengan el espíritu definitivamente muerto en ese día. Mira que no seas tú uno de éstos.

-Y Tú mira que no te oigan repetir que resucitarás. Lo llaman blasfemia - rebate Judas de Keriot.

-Es verdad. Y lo digo.

-¡Qué fe, ese hombre! ¡Y aquel Misax! - dice el Zelote intentando desviar la conversación.

-¿Pero quién es Misax?» preguntan los que no iban el año pasado en el viaje de la Transjordania. Y se alejan hablando de estas cosas, mientras Jesús reanuda, con Margziam y Juan, el tema interrumpido antes.

Reflexiones de Bartolomé y Juan después de un retiro en el monte Nebo.

“Echaré de menos siempre este monte y este reposo en el Señor - dice Pedro mientras se aprestan para bajar al valle por una ladera muy agreste.

Están en una cadena de montes bien altos. A oriente, al otro lado del valle, otros montes, y montes al sur y montes aún más altos al norte. Al noroeste, el verde valle del Jordán en su desembocadura en el Mar Muerto. Al oeste, primero, el oscuro mar, luego, más allá, la pedregosa, árida extensión desértica, interrumpida sólo por el oasis espléndido de Engadí, y luego los

montes judíos. Un panorama imponente, vasto. La mirada puede extenderse hasta donde quiera. Y olvidar, en medio de tanta visión de vida vegetal, que se supone habitada o que de hecho se sabe que lo está, la tétrica vista del lago Asfaltide, sin velas y sin vida, oscuro siempre, incluso bajo el sol, triste incluso en la baja y entrante península que por el lado oriental, casi a mitad del lago, en éste se introduce. ¡Pero qué senderos para bajar al valle! Sólo los animales salvajes se pueden encontrar a gusto en ellos. Si no pudieran agarrarse a tallos y a matas, no sería posible bajar desde la cumbre, lo cual hace proferir alusiones maliciosas a Judas Iscariote.

-A pesar de todo, quisiera volver - rebate Pedro.

-Tienes gustos singulares. Éste es peor todavía que el primer lugar y que el segundo.

-Pero no peor que donde nuestro Maestro se preparó para la predicación - objeta Juan.

-¡Ya, para ti todo siempre es bonito!...

-Sí. Todo lo que está en torno a mi Maestro es bonito y bueno, y lo amo.

-Mira que en este todo estoy también yo... y, frecuentemente, están también los fariseos, saduceos, escribas, herodianos... ¿También los amas a éstos?

-Él los ama.

-Y tú, ¡ja! ¡Ja!, haces lo que Él, ¿no? Pero Él es Él, y tú eres tú. No sé si podrás amar siempre, tú que palideces cuando oyes hablar de traición y muerte, o ves a alguien que tiene estos deseos.

-Si me turbo por temor por Él o por enojo contra los culpables, es señal de que soy solamente muy imperfecto.

-¡Ah!, ¿te turbas también de enojo? No creía yo... Entonces, si tú, supongamos, vieras un día a uno que realmente causara daño al Maestro, ¿qué harías?

-¿Yo?! ¿Me lo preguntas? La Ley dice: "Ojo por ojo, diente por diente". Mis manos se transformarían en tenazas en torno a su garganta.

-¡Oh! ¡Oh! Él dice que se debe perdonar! ¿Tanto bien te ha hecho el meditar?

-¡Déjame, perturbador! ¿Por qué me tientas y me turbas? ¿Qué tienes en el corazón? Quisiera poder leer en él...

-A quien escruta las aguas del Mar Muerto no se le muestra el misterio del fondo. Son, esas aguas, piedra de sepulcro sobre la podredumbre que han acogido - dice a espaldas de ellos Bartolomé, que se había quedado detrás de todos. Los otros, bien o mal, están adelante, y no han oído. Pero Bartolomé sí. Y se introduce en la conversación de los dos, y su mirada es monitoria.

-¡Oh, el sabio Tolmái! ¿Pero no querrás decir que yo soy como el Mar Salado, ¿no?

-No te hablaba a ti, sino a Juan. Ven conmigo, hijo de Zebedeo. Yo no te inquietaré - y toma de un brazo a Juan como buscando -é1, anciano- apoyo en su ágil y joven compañero.

Judas se queda el último, y a espaldas de ellos hace un feo gesto de ira. Parece jurarse a sí mismo algo, o amenazar...

-¿Qué quería decir Judas? ¿Y tú qué querías decir? - pregunta Juan a Natanael (que ya está entrado en años, aunque bien llevados).

-No pienses en ello, amigo. Pensemos, más bien, en todo lo que nos ha explicado el Maestro en estos días. ¿Cómo no ha comprendido Israel?

-Es verdad. ¡No entiendo cómo el mundo no lo comprende!

-Tampoco nosotros le comprendemos completamente, Juan. No queremos comprenderlo. ¿Ves qué obstáculos tenemos para aceptar su idea mesiánica?

-Sí. En todo lo creemos ciegamente, pero no en esto. Tú, que eres docto, ¿me sabes decir el porqué? Nosotros, que vemos obtusos a los rabíes respecto al Cristo, ¿por qué, entonces, nosotros tampoco llegamos a la idea perfecta de una regalidad espiritual del Mesías?

-Me lo he preguntado muchas veces. Porque quisiera llegar a eso que llamas idea perfecta. Y creo poder tranquilizarme diciéndome a mí mismo que lo que lucha dentro de nosotros, que deseamos seguirlo no sólo material y doctrinalmente, sino también espiritualmente, contra esta aceptación, son todos los siglos que tenemos a las espaldas... y dentro. Dentro de nosotros. ¿Ves? Mira a oriente, a mediodía y occidente. Cada piedra tiene un recuerdo y un nombre. Cada piedra, cada fuente, cada sendero, cada pueblo o castillo, cada ciudad, cada río, cada monte, ¿qué nos recuerda?, ¿de qué nos habla a gritos? De la promesa de un Salvador. Las misericordias de Dios para su pueblo. Como gota de aceite del agujero de un odre, el pequeño grupo inicial, el núcleo del futuro pueblo de Israel, se expandió con Abraham por el mundo, hasta el lejano Egipto, y luego, cada vez más numeroso, volvió con Moisés a las tierras del padre Abraham, enriquecido con promesas cada vez más amplias y seguras y con los signos de la paternidad de Dios, y constituido en verdadero Pueblo porque poseía una Ley que es más santa que ninguna otra. Pero ¿qué ha ocurrido después? Lo que ha pasado en aquella cumbre que hasta hace muy poco resplandecía con el sol. Mírala ahora. Está envuelta en nubes que cambian su aspecto. Si no se supiera que es ella misma y tuviéramos que reconocerla para dirigirnos por camino seguro, ¿podríamos hacerlo, así como está, alterada por capas de espesas nubes semejantes a prominencias y yugos? En nosotros ha sucedido lo mismo. El Mesías es lo que Dios dijo a los padres nuestros, a los patriarcas y profetas. Inmutable. Pero lo que hemos metido de lo nuestro, para... explicárnoslo según la pobre sabiduría humana, pues nos ha creado un Mesías, una figura moral del Mesías tan falsa, que ya no reconocemos al verdadero Mesías. Y nosotros, con el paso de los siglos y con las generaciones que están a nuestras espaldas, creemos en el Mesías que nos hemos imaginado nosotros, en el Vengador, en el Rey humano, muy humano, y no somos capaces, aunque digamos que sí, que creemos, de concebir al Mesías y Rey como es realmente, como ha sido pensado y querido por Dios. ¡Así es, amigo!

-¿Pero entonces no lograremos nunca, nosotros, al menos nosotros, ver, creer, desear al Mesías real?

-Lo lograremos. Si no fuéramos a lograrlo, Él no nos habría elegido. Y si la Humanidad no fuera a conseguir nunca beneficiarse del Mesías, el Altísimo no lo habría mandado.

-¿Pero Él redimirá la Culpa incluso sin la contribución de la Humanidad! Sólo por su mérito.

-Amigo mío, sería una gran redención la de la Culpa original. Pero no completa. En nosotros hay otras culpas, individuales, además de la original. Y éstas, para ser lavadas, necesitan al Redentor y necesitan la fe de quien recurre a Él como Salvación suya. Yo pienso que la Redención estará actuando hasta el final de los siglos. El Cristo no estará inactivo ni un instante desde cuando sea Redentor y dé a la Humanidad la Vida que hay en Él, de la misma forma que un manantial se da continuamente a quien tiene sed, día tras día, luna tras luna, año tras año, siglo tras siglo. La Humanidad siempre estará necesitada de Vida. Él no puede dejar de darla a quien espera y cree en Él con sabiduría y justicia.

-Eres docto, Natanael. Yo soy un pobre ignorante.

-Tú haces por instinto espiritual lo que yo llevo a cabo penosamente por reflexión mental: nuestra transformación de israelitas en cristianos. Pero tú llegarás antes al término, porque sabes amar, más que pensar. El amor te transporta y te transforma.

-Eres bueno, Natanael. ¡Ojalá fuéramos todos como tú! - Juan suspira fuerte.

-No pienses en ello, Juan. Oremos por Judas - le dice el anciano apóstol, que ha comprendido el suspiro de Juan...

-¿Estáis vosotros también aquí! Os mirábamos mientras veníais. ¿Qué os sucedía, que hablabais tanto? - pregunta sonriendo Tomás.

-Hablabamos del antiguo Israel. ¿Dónde está el Maestro?

-Se ha adelantado, con sus hermanos e Isaac, a casa de un pastor enfermo. Nos ha dicho que prosiguiéramos por este camino hasta el que sube a la cima.

-Vamos pues.

Bajan ahora por un sendero menos escarpado, hasta un verdadero camino de herradura que lleva a lo alto del Nebo. Un puñado de casas, en el bosque. Más abajo, casi en el valle, un pueblo en el sentido propio de la palabra albea en las laderas que ya son casi llanas. Desde el caminito en que se hallan, ven entrar a gente en el pueblo. -¿Esperamos allí al de Petra? - pregunta Pedro.

-Sí, ése es el pueblo. Esperemos que haya llegado. En ese caso, mañana reanudaremos el camino hacia el Jordán. No sé. No me siento nada tranquilo aquí - dice Mateo.

-El Maestro había dicho que fuéramos mucho más adelante - dice Judas Iscariote.

-Sí, pero espero que se convenza de lo contrario.

-¿Pero de qué tienes miedo? ¿De Herodes? ¿De sus esbirros?

-Los esbirros no están sólo al lado de Herodes. ¡Oh, ahí está el Maestro! Los pastores son numerosos y se les ve felices. Estos están conquistados. Son nómadas. Irán esparciendo la buena nueva de que el Mesías está en su Tierra - sigue siendo Mateo el que habla.

Jesús llega donde ellos seguido de pastores y rebaños.

-Vamos. Tenemos el tiempo justo para llegar al pueblo. Éstos nos darán posada. Son conocidos.

Jesús está contento de estar entre los sencillos que saben creer en el Señor.

501

Parábola de los hijos lejanos. Curación de dos hijos ciegos del hombre de Petra.

Es una bonita mañana de otoño. Quitando las hojas rojoamarillas que cubren el suelo y recuerdan la época del año, está tan verde la hierba, con alguna florecilla abriéndose en las macollas renacidas con las lluvias de Octubre, y hay un aire tan sereno, que circula entre las ramas en parte ya desnudas, que a uno le viene la imagen de un comienzo de primavera. Y mucho más al considerar que las plantas de hojas perennes, que se mezclan con las de hoja caduca, ponen la nota alegre de las nuevas hojitas esmeraldinas nacidas en los extremos de las ramitas, junto a las ramas desnudas de otras plantas; de forma que parece que éstas echan las primeras hojas. Las ovejas salen de los rediles y, balando, se encaminan a los pastos con los corderos de los partos de otoño. El agua de una fuente, puesta a la entrada del pueblo, brilla como líquido diamante bajo el sol que la besa, y, cayendo en la oscura pila, produce todo un centelleo multicolor contra una casita de paredes ennegrecidas por el tiempo.

Jesús se sienta en un murete que limita el camino por un lado, y espera. Los suyos están en torno a Él. También los habitantes del pueblo. Los pastores, por su parte, obligados por el rebaño, para no alejarse demasiado, en vez de subir más arriba, se esparcen a ambos lados del camino, hacia la llanura.

Por el camino que desde el valle sube al Nebo, de momento, no viene nadie.

-¿Y vendrá? - preguntan los apóstoles.

-Vendrá. Y nosotros lo esperaremos. No quiero defraudar una esperanza en formación y destruir una futura fe - responde Jesús.

-¿No estáis bien entre nosotros? Hemos dado lo mejor que teníamos - dice un anciano que se calienta al sol.

-Mejor que en otros lugares, padre. Y vuestra bondad recibirá premio de Dios - le responde Jesús.

-Entonces hablemos más. Aquí vienen de vez en cuando cumplidores fariseos y soberbios escribas. Pero no tienen palabras para nosotros. Es justo. Ellos son los separados, por altura, de... todo, y los sabios. Nosotros... ¿Pero no debemos, entonces, conocer nada nosotros porque la suerte nos haya hecho nacer aquí?

-En la Casa del Padre mío no hay separaciones ni diferencias para los que llegan a creer en Él y a practicar su Ley, que es el código de su voluntad, y ésta es que el hombre viva como justo para recibir eterno premio en su Reino.

Escuchad. Un padre tenía muchos hijos. Algunos habían vivido siempre en estrecho contacto con él; otros, por distintas razones, habían estado relativamente más lejos del padre. No obstante, conociendo los deseos paternos a pesar de estar lejos del padre, podían actuar como si éste estuviera presente. Otros, por estar aún más lejos, y haber sido educados, desde el primer día después de nacer, por servidores que hablaban otras lenguas y tenían otras costumbres, se esforzaban en servir a su padre según eso poco que, más por instinto que por conocimiento, sabían que a él le agradaba. Un día, el padre -que no ignoraba que, contrariamente a sus órdenes, sus servidores se habían abstenido de dar a conocer sus pensamientos a esos hijos lejanos, porque en su orgullo consideraban a éstos inferiores, desestimados por el solo hecho de no vivir con su padre- quiso reunir a toda su prole. Y la llamó a su presencia. Pues bien, ¿creéis que juzgó según la línea del derecho humano, y que dio la posesión de los bienes sólo a los que habían estado siempre en su casa, o, cuanto menos, no tan lejanos como para impedirles conocer sus órdenes y deseos? No, él siguió un concepto completamente distinto: observando las obras de los que habían sido justos por amor al padre, al que habían conocido sólo de nombre y habían honrado con todas sus obras, los llamó junto a sí y dijo: "Doble vuestro mérito de haber sido justos, porque lo fuisteis sólo por vuestra voluntad y sin ayudas. Venid en torno a mí. ¡Bien tenéis derecho a ello! Los primeros me han tenido siempre, y cada obra suya estaba reglada por mi consejo y era premiada con mi sonrisa. Vosotros habéis tenido que actuar sólo por fe y amor. Venid. Porque en mi casa está preparado vuestro lugar, está preparado desde hace tiempo, y ante mis ojos no constituye una diferencia el haber estado siempre en casa o el haber estado lejos; lo que tienen diferencia son las acciones, que, cerca o lejos de mí, mis hijos han llevado a cabo".

Ésta es la parábola. Y su explicación es ésta: que escribas o fariseos, que viven en torno al Templo, pueden no estar en el Día eterno en la Casa de Dios, y que muchos que han estado muy lejos de saber siquiera sucintamente las cosas de Dios, podrán estar entonces en su seno. Porque lo que da el Reino es la voluntad del hombre tendida a la obediencia a Dios, y no el cúmulo de prácticas y ciencia.

Haced, pues, cuanto os he explicado ayer. Hacedlo sin un excesivo temor que paraliza, sin el cálculo de evitar con ello el castigo; hacedlo, por tanto, sólo por amor a Dios que os ha creado para amaros y ser amado por vosotros. Y tendréis un sitio en la Casa paterna.

-¡Háblanos todavía más!

-¿Y qué os debo decir?

-Ayer decías que hay sacrificios más gratos a Dios que el de corderos o machos cabríos, y también que hay lepras más vergonzosas que las de la carne. No he comprendido bien tu pensamiento - dice un pastor, y termina:

-Antes de que un cordero tenga un año, y sea el más hermoso del rebaño, sin mancha ni defecto, ¿sabes cuántos sacrificios hay que hacer, y cuántas veces hay que superar la tentación de hacer de él el carnero del rebaño o venderlo para ello? Ahora bien, si durante un año se resiste a toda tentación, y se le cuida y uno se encariña con él, perla del rebaño, ¿sabes lo grande que es el sacrificio de inmolarlo sin ganancia y con dolor? ¿Puede haber un sacrificio más grande que ofrecer al Señor?

-Hombre, en verdad te digo que el sacrificio no está en el animal inmolido, sino en el esfuerzo que has hecho por conservarlo para inmolarlo. En verdad os digo que está llegando el día en que, como dice la palabra inspirada, (*Isaías 1, 11*) Dios dirá: "No necesito el sacrificio de corderos y machos cabríos" y exigirá un sacrificio único y perfecto. Y desde esa hora todo sacrificio será espiritual. Pero ya está escrito desde siglos cuál es el sacrificio que el Señor prefiere. David (*Salmo 51, 18-19*) exclama llorando: "Si Tú hubieras deseado un sacrificio, te lo habría ofrecido, pero no te gustan los holocaustos. El sacrificio a Dios es el espíritu contrito (y Yo añado: obediente y amoroso, porque se puede cumplir también sacrificio de alabanzas y de gozo y de amor, no sólo de expiación). El sacrificio a Dios es el espíritu contrito; al corazón contrito y humillado Tú, oh Dios, no lo desprecias". No. Vuestro Padre no desprecia tampoco al corazón que ha pecado y se ha arrepentido. Y entonces, ¿cómo acogerá el sacrificio del corazón puro, justo, que lo ama? Este es el sacrificio más grato. El cotidiano sacrificio de la voluntad humana a la divina que se os muestra en la Ley, en las inspiraciones y en las cosas que suceden cada día. Y así, no es la lepra de la carne la más vergonzosa y la que más excluye de la presencia de los hombres y de los lugares de oración; antes bien, la lepra del pecado. Es verdad que ésta pasa muchas veces ignorada de los hombres. Pero ¿vivís para los hombres o para el Señor? ¿Todo termina aquí o prosigue en la otra vida? Ya lo sabéis vosotros. Entonces, sed santos para no ser leprosos a los ojos de Dios, que ven los corazones de los hombres, y conservaos limpios en el espíritu para poder vivir eternamente.

-¿Y si uno ha pecado fuertemente?

-Que no imite a Caín, que no imite a Adán y Eva; sino que corra a los pies de Dios y con verdadero arrepentimiento le pida piedad. Un enfermo, un herido va al médico para curarse. El pecador, que vaya a Dios para obtener perdón. Yo...

-¿Tú aquí, Maestro? - grita uno que sube por el camino entre muchos otros y bien cubierto con su manto. Jesús se vuelve y lo mira. «

-¿No me reconoces? Soy el rabí Sadoq. De vez en cuando nos encontramos.

-El mundo es siempre pequeño, cuando Dios quiere hacer que se encuentren las personas. Nos encontraremos todavía, rabí. Entre tanto, la paz sea contigo.

El otro no devuelve el saludo de paz, sino que pregunta:

-¿Qué haces aquí?

-He hecho lo que tú estás para hacer. ¿No es sagrado para ti este monte?»

-Tú lo has dicho. Y vengo con mis discípulos. ¡Pero yo soy un escriba!

-Y Yo soy un hijo de la Ley. Venero, pues, a Moisés como tú lo veneras.

-Eso es mentira. Anulas su palabra con la tuya y no apuntas ya a nuestra obediencia, sino a la tuya.

-A la vuestra no. Ésa es vuestra, pero no es necesaria...

-¿No es necesaria? ¡Qué horror!

-No, no más necesaria de cuanto lo sean en tus vestiduras, para resguardarte de los vientos otoñales, los fluentes y abundantes flecos que adornan el vestido. Es el vestido el que te protege. Igualmente, de las muchas palabras que se enseñan acepto las necesarias y santas, las mosaicas, y no presto atención a las otras.

-¡Samaritano! ¡No crees en los profetas!

-Vosotros no observáis a los profetas. Si los observarais, no me llamaríais samaritano.

-¡Déjalo, Sadoq! ¿Quieres hablar con un demonio? - dice otro peregrino que ha llegado en ese momento con otras personas. Y, volviendo su dura mirada en torno al grupo que envuelve a Jesús, ve a Judas de Keriot y lo saluda con sorna.

Quizás sucedería algún incidente, porque los habitantes del pueblo quieren defender a Jesús. Pero se abre paso, gritando, el hombre de Petra, seguido por un servidor. Tanto él como el servidor tienen a un niño en los brazos.

-¡Dejadme pasar! Señor, ¿has tenido que esperarme demasiado?

-No, hombre. Ven a mí.

La gente se abre para dejarlo pasar. Va hacia Jesús y se arrodilla, mientras deposita en el suelo a una niña que tiene la cabeza vendada con lino. El servidor hace lo mismo y pone en el suelo a un niño de ojos opacos.

-¡Mis hijos, Maestro Señor! - dice, y en la breve frase palpita todo el dolor y la esperanza de un padre.

-Has tenido mucha fe, hombre. ¿Y si te hubiera defraudado? ¿Si no me hubieras encontrado? ¿Si te dijera que no te los puedo curar?

-No te creería. Y no creería tampoco en la evidencia de no verte. Habría dicho que te habías escondido para probar mi fe, y te habría buscado hasta encontrarte.

-¿Y la caravana? ¿Y tu ganancia?

-¿Estas cosas? ¿Qué son respecto a ti, que puedes curar a mis hijos y darme una fe segura en ti?

-Destapa la cara de la niña - ordena Jesús.

-Tengo tapada su cara porque sufre mucho con la luz.

-Será sólo un instante de dolor - dice Jesús.

Pero la pequeña se echa a llorar desesperadamente y no quiere que le quiten la venda.

-Hace esto porque cree que la vas a atormentar con el fuego como los médicos - explica el padre, luchando por quitar de las vendas las manitas de la niña.

-¡No tengas miedo, niña! ¿Cómo te llamas?

La niña llora y no responde. Responde el padre por ella:

-Tamar, de donde nació; y el niño, Fara.

-No llores, Tamar. No te hago daño. Toca mis manos. No tienen nada en los dedos. Ven encima de mis rodillas. Mientras, curaré a tu hermano, y él te dirá lo que ha sentido. Ven aquí, niño.

El criado lleva hasta sus rodillas al pobre cieguito, cuyos ojos están apagados a causa del tracoma. Jesús le acaricia la cabeza y le pregunta:

-¿Sabes quién soy?

-Jesús Nazareno, el Rabí de Israel, el Hijo de Dios.

-¿Quieres creer en mí?

-Sí.

Jesús le pone la mano en los ojos, cubriéndole más de la mitad de la cara. Dice:
la luz de las pupilas abra la vía a la luz de la Fe.

-¡Quiero! Y que

Quita la mano.

El niño lanza un grito, llevándose las manos a los ojos; luego dice:

-¡Padre! ¡Veo!

Pero no corre hacia su padre. En su espontaneidad de niño se agarra al cuello de Jesús y lo besa en las mejillas, y se queda así, agarrado a su cuello, refugiando su cabecita en el hombro de Jesús para acostumbrar de nuevo las pupilas al sol.

La gente aclama por el milagro, mientras el padre quisiera quitar al niño del cuello de Jesús.

-Déjalo. No molesta. Únicamente, Fara, dile a tu hermana lo que te he hecho.

-Una caricia, Tamar. Parecía la mano de nuestra mamá. ¡Cúrate tú también y jugaremos otras veces!

La niña, todavía un poco reacia, se deja poner encima de las rodillas de Jesús, el cual quisiera curarla sin tocarle siquiera las vendas. Pero los escribas y sus compañeros gritan:

-Es un truco. La niña ve. Una conjura para engañar vuestra buena fe, habitantes de este lugar.

-Mi hija está enferma. Yo...

-¡Deja! Tú, Tamar, ahora eres buena y dejas que te quite las vendas.

La niña, convencida, se deja.

¡Qué se ve, cuando la última venda cae! Dos llagas rojas, costrosas, hinchadas, de que gotean lágrimas y pus, están en lugar de los ojos. Un susurro de horror recorre a la gente, y de compasión, mientras la niña se lleva las manitas a la cara para protegerse de la luz, que debe hacerle sufrir horriblemente; en las sienes rojean quemaduras recientes.

Jesús le aparta las manitas y roza ligeramente ese estrago, apoya la mano encima y dice:

-Padre, que creaste la luz para alegría de los que viven, y hasta al mosquito le diste pupilas, devuelve la luz a esta criatura tuya, para que te vea y crea en ti, y a partir de la luz de la Tierra entre, con la Fe, en la luz de tu Reino.

Quita la mano...

-¡Oh! - gritan todos.

Ya no hay llagas. Pero la pequeña tiene todavía cerrados los ojos.

-Ábrelos, Tamar. No tengas miedo. La luz no te va a hacer daño.

La niña obedece un poco temerosa y abre los párpados, que dejan ver dos vivaces ojitos negros.

-¡Padre mío! ¡Te veo! - y ella también se apoya sobre el hombro de Jesús para acostumbrarse lentamente a la luz.

Alboroto festivo entre la gente, mientras el hombre de Petra se arroja, sollozando de alegría, a los pies de Jesús.

-Tu fe ha tenido su premio. Que desde ahora tu gratitud lleve a tu fe en el Hombre al ámbito más alto: a la fe en el verdadero Dios. Levántate y vamos.

Y Jesús pone en el suelo a la niña, que sonrío feliz; y se despegas al niño y se levanta. Los acaricia una vez más y hace ademán de abrir el círculo de gente que se apiña para ver los ojos curados.

-Deberías pedir también tú la curación para tus ojos velados - dice un discípulo a un viejo, cuyos ojos están tan opacados que deben llevarlo de la mano.

-¿Yo? ¿Yo? No quiero que me dé la luz un demonio. Es más: ¡A ti te grito, oh Dios eterno! Escúchame. ¡A mí, a mí las tinieblas absolutas, pero que yo no vea la cara del demonio, de ese demonio, de ese sacrílego, usurpador, blasfemo, deícida! Desciendan las sombras sobre mis ojos para siempre. ¡Las tinieblas, las tinieblas para no verlo nunca, nunca, nunca!

Parece un demonio él. En su paroxismo se golpea las cuencas de los ojos como si quisiera hacerlos estallar.

-No temas. No me verás. Las Tinieblas no quieren la Luz, y la Luz no se impone a quien la rechaza. Yo me marchó, anciano. No me verás ya en esta Tierra. Pero, igualmente, me verás en otro lugar.

Y Jesús, con un abatimiento que le acentúa el modo de caminar propio de los que son muy altos, ligeramente echado hacia adelante, se encamina por la bajada. Está tan abatido, que parece ya el Condenado que baja el Moria con la carga de la Cruz... Y los gritos de los enemigos azuzados por el viejo furioso asemejan mucho a los de la muchedumbre de Jerusalén el día de Viernes Santo.

El hombre de Petra, afligido, con la atemorizada niña llorando entre sus brazos, susurra:

-¡Por mí, Señor! ¡Por causa mía! ¡Tú, tanto bien a mí! ¿Y yo a ti? He puesto en el baldaquino, sobre el camello, unas cosas para ti. Pero ¿qué son respecto a los insultos que te he procurado? Siento vergüenza de haber venido a ti...

-No, hombre. Ése es mi pan amargo de cada día. Y tú eres la miel que lo dulcifica. Siempre es más la cantidad de pan que la de miel, pero basta una gota de miel para hacer dulce mucho pan.

-Eres bueno... Pero, dime al menos: ¿qué tengo que hacer para medicar estas heridas?

-Conserva la fe en mí. Por ahora, como puedas y hasta donde puedas. Dentro de no mucho... sí, mis discípulos irán hasta Petra, y más allá. Entonces sigue su doctrina, porque Yo hablaré en ellos. Y por el momento habla a los de Petra de lo que te he hecho, de forma que, cuando estos que me rodean, y otros, vayan en mi Nombre, no les sea desconocido este Nombre mío.

A1 pie de la bajada, en la calzada romana, están parados tres camellos. Uno, sólo con la silla; los otros, con el baldaquino. Los vigila un criado.

El hombre va a uno de los baldaquinos y coge unos paquetes:

-Aquí tienes - dice mientras se los ofrece a Jesús - Te serán útiles. No me des las gracias. Yo soy el que tiene que bendecirte por todo lo que me has dado. Si puedes hacerlo con incircuncisos, bendíceme a mí y a mis hijos, Señor - y se arrodilla con los niños. Los criados hacen lo mismo.

Jesús extiende sus manos y ora en voz baja con los ojos fijos en el cielo.

-Ve. Sé justo y hallarás a Dios en tu camino, y lo seguirás sin nunca más perderlo. ¡Adiós, Tamar! ¡Adiós, Fara!

Los acaricia antes de que suban con los criados, uno por camello.

Los animales se alzan al oír el crrr crrr de los camelleros, se vuelven y toman el trote por el camino que va hacia el sur. Dos manitas morenas se asoman por los baldaquinos y dos vocecitas dicen:

-¡Adiós, Señor Jesús! ¡Adiós, padre!

El hombre hace, a su vez, ademán de montar. Se postra y besa la túnica de Jesús, luego monta en la silla y se marcha hacia el norte.

-Y ahora vamos - dice Jesús, encaminándose igualmente hacia el norte.

-¿Cómo? ¿Ya no vas a donde querías? - preguntan.

-No. Ya no podemos ir... Las voces del mundo tenían razón... Y ello es porque el mundo es astuto y conoce las obras del demonio... Iremos a Jericó...

-¡Qué triste está Jesús!... Todos lo siguen, cargados con los bultos dados por el hombre; abatidos y sin decir palabra...

502

Otro abatimiento en Pedro. Lección sobre las posesiones (divinas y diabólicas).

Acaban de cruzar el vado de Betabara. A1 otro lado del río, azul, bastante lleno de agua por haberse nutrido de los afluentes colmados de lluvias otoñales, se ve la otra orilla, la oriental, con muchas personas gesticulantes. En la orilla occidental, sin embargo, donde está Jesús con los suyos, hay sólo un pastor y un rebaño que roza la hierba verde del margen.

Pedro se sienta encima de un resto de murete que se encuentra allí, sin secarse siquiera las piernas, húmedas por el vado. Porque en esta estación del año usan las barcas, es verdad, pero, para que no se enarenen en este lugar de bajo fondo, las usan en la parte más profunda, deteniéndose a dejar bajar a los transbordados en donde ya roza la quilla con las hierbas sumergidas. Así que el que atraviesa el río debe caminar algunos pasos en el agua.

-¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? - le preguntan.

-No. Pero no puedo más. En el Nebo esa violencia, y antes en Esebón, y antes en Jerusalén, y antes en Cafarnaúm, y después del Nebo en Caliroe, y ahora en Betabara... ¡Oh!... - agacha la cabeza, la mete entre las manos y llora...

-No te abatas, Simón. No me hagas pobre también de tu coraje, de vuestro coraje - le dice Jesús, yendo a su lado y poniendo una mano sobre la gruesa túnica gris que cubre al apóstol.

-¡No puedo, no puedo ver esto! ¡No puedo verte maltratado de esta manera! Si me dejaras reaccionar... quizás podría. Pero así... Tenerme que contener... y asistir a sus insultos, a tus sufrimientos, como un impotente niño... ¡Oh, se me desgarran todo por dentro y me quedo echo un trapo!... ¡Fijaos vosotros, si es posible verlo así! Parece un enfermo, uno que esté muriéndose de fiebres... ¡Parece un culpable perseguido que no encuentra dónde detenerse a tomar un bocado, a beber un trago, a buscarse una piedra para reclinar la cabeza! ¡Esa hiena del Nebo! ¡Esas serpientes de Caliroe! ¡Ese energúmeno que todavía está allí! (y señala la otra orilla). Menos demonio el de Caliroe, a pesar de que sea el segundo sólo del que dices que está dominado por Belcebú. Tengo miedo de los endemoniados, pienso que si los ha atrapado de esa manera Satanás deben haber sido muy malos. Pero... el hombre puede caer sin absoluta voluntad de hacerlo. ¡Sin embargo, los que sin estar poseídos hacen lo que hacen, con toda su razón libre!... ¿No los vas a vencer nunca, dado que no quieres castigarlos? Y ellos... te vencerán...

Y el llanto del fiel apóstol, que se había calmado un poco bajo el fuego de la indignación, vuelve fuerte...

-Pedro mío, ¿y crees que éstos no están endemoniados? ¿Crees que para estarlo hay que estar como aquel de Caliroe y otros que hemos encontrado? ¿Crees que la posesión se manifiesta sólo con los gritos descompuestos, los saltos, los arrebatos de furia, la extravagancia de vivir en las guaridas, los mutismos, los miembros impedidos, la razón entorpecida, de forma que el poseído habla y obra inconscientemente? No. Existen también otras posesiones diabólicas, que, es más, son las más sutiles y potentes, las más peligrosas, porque no ponen obstáculo a la razón ni la debilitan para que no haga cosas buenas, sino que la desarrollan, es más, la aumentan para que sea poderosa en su servicio a aquel que la posee. Dios, cuando posee a un intelecto y lo usa para que le sirva, transfiere en él, en las horas en que está al servicio de Dios, una inteligencia sobrenatural que aumenta en mucho la inteligencia natural del sujeto. ¿Pensáis, por ejemplo, que Isaías, Ezequiel, Daniel, y los otros profetas, si hubieran tenido que leer y explicar esas profecías como escritas por otros, no habrían encontrado las oscuridades indescifrables que en ellas encuentran los contemporáneos? Pues bien, no obstante, Yo os digo que mientras las recibían las comprendían perfectamente. Mira, Simón. Consideremos esta flor que ha nacido aquí, a tus pies. ¿Qué ves en la sombra que envuelve al cáliz? Nada. Ves un cáliz profundo y una pequeña boca y nada más. Mírala ahora que la tomo y la traigo aquí a este aro de sol. ¿Qué ves?

-Veo pistilos, veo polen, y, en torno a los pistilos, una coronita de pelitos que parecen pestañas y una franjita que adorna el pétalo largo y los dos pequeños, ciliada toda ella con minuciosidad... y veo una gotita de rocío en el fondo del cáliz... y... ¡ah! un mosquito ha bajado a beber dentro y se ha envascado en la hebra ciliada y ya no es capaz de liberarse... ¡Ah, entonces! Déjame ver mejor. ¡Oh! La hebrita está como recubierta de miel, es pegajosa... ¡Comprendo! Dios lo ha hecho así o para que la planta se nutra, o se nutran los pajarillos viniendo a picar las moscas, o para que se limpie de moscas el aire... ¡Qué maravilla!

-Pero sin la fuerte luz del Sol no habrías visto nada.

-¡No, claro!

-Lo mismo ocurre en la posesión divina. La criatura, que por su parte pone únicamente la buena voluntad de amar totalmente a su Dios, el abandono a los deseos de Dios, la práctica de las virtudes y el dominio de las pasiones, es absorbida en Dios y en la Luz que es Dios, en la Sabiduría que es Dios, todo lo ve y todo lo comprende. Después, cesada ya la acción absoluta, se produce en la criatura un estado en que lo recibido se transforma en norma de vida y de santificación; pero lo que antes parecía tan claro se vuelve oscuro o, mejor, crepuscular. El demonio, perpetuo y torpe remedador de Dios, produce un efecto análogo en los poseídos en la mente, aunque limitado porque sólo Dios es infinito, en sus poseídos que espontáneamente se han entregado a él para triunfar, y les comunica una inteligencia superior pero únicamente dirigida hacia el mal, que mira a causar daño, a herir a Dios y al hombre. Y la acción satánica, encontrando en el alma consentimiento, es continua, siendo así que, por grados, conduce a la total ciencia del Mal. Éstas son las peores posesiones. Nada se ve externamente, por lo cual no se huye de estos endemoniados. Pero existen estas posesiones. Como he dicho varias veces, serán los poseídos de esta manera los que descarguen su mano sobre el Hijo del hombre.

-¿Pero Dios no podría descargar la suya contra el Infierno?- pregunta Felipe.

-Podría. Es el más fuerte.

-¿Y por qué no lo hace para defenderte?

-Las razones de Dios serán conocidas en el Cielo. Venga, vamos. Y no os deprimáis.

El pastor, que ha estado escuchando aunque sin aparentarlo, pregunta:

-¿Tienes lugar a donde ir? ¿Te espera alguien?

-No, hombre. Debería ir hasta más lejos de Jericó. Pero no me espera nadie.

-¿Y estás muy cansado, Rabí?

-Cansado, sí. No nos han concedido alojamiento ni descanso desde el Nebo.

-Entonces... Te quería decir... Yo soy de cerca de Betagla la antigua... Tengo a mi padre ciego y no puedo ir lejos para no dejarlo durante varias lunas. Pero el corazón y el rebaño sufren por ello. Si quisieras... Te daría posada. No está lejos. El anciano cree mucho en ti. José, el hijo de José, tú discípulo, lo sabe.

-Vamos.

El hombre no se lo deja decir dos veces. Reúne el rebaño y lo pone en camino hacia el pueblo, un pueblo que debe estar al noroeste del lugar en que están ahora. Jesús se pone, con los suyos, detrás del rebaño.

-Maestro - dice después de un rato Judas Iscariote - Betagla seguro que no ofrece ni un comprador de los regalos de aquel hombre...

-Cuando vayamos a Jericó para ir donde Nique los venderemos.
 -Es que... el hombre, éste, es pobre y habrá que compensarlo con dinero, y no tengo ni una moneda.
 -Tenemos víveres, y muchos. Incluso para algún mendigo. Por ahora no hace falta más.
 -Como quieras. Pero hubiera sido mejor que me hubieras mandado adelante. Habría podido...
 -No hace falta...
 -¡Maestro, eso es desconfianza! ¿Por qué ya no nos mandas de dos en dos como antes?
 -Porque os quiero y pienso en vuestro bien.
 -No está bien el tenernos tan en el anonimato. Pensarán que somos indignos, incapaces... Antes nos dejabas ir predicando, haciendo milagros, y éramos conocidos...
 -¿Te dueles de no hacerlo ya? ¿Te hacía bien ir sin mí? Eres el único que se queja de no ir solo... ¡Judas!...
 -¡Maestro, Tú sabes que te amo! - dice seguro Judas.
 -Lo sé. Y para que tu espíritu no se corrompa te tengo conmigo. Eres ya el que recoge y distribuye, vende o permuta para los pobres. Esto basta. Y es ya demasiado. Observa a tus compañeros. Ni uno de ellos pide lo que tú pides.
 -Pero a los discípulos se lo has concedido... Es una injusticia esta diferencia.
 -Judas, eres el único que me llama injusto... Pero te perdono. Ve adelante. Y mándame a Andrés.
 Y Jesús aminora el paso, para esperar a Andrés y hablarle aparte. No sé lo que le dice. Sé que Andrés sonríe con su apacible sonrisa y se inclina para besar las manos del Maestro y luego vuelve adelante.
 Jesús se queda solo, al final de todos... y, muy cabizbajo, continúa andando y se seca la cara con el extremo de su manto como si sudara. Pero son lágrimas y no gotas de sudor lo que recorre las mejillas enjutas y pálidas.

503

Los apóstoles indagan acerca del Traidor. Un saduceo y la infeliz mujer de un nigromante. Saber distinguir lo sobrenatural de lo oculto.

Y todavía Jesús que sigue andando incansablemente por los caminos de Palestina. El río está aún a su derecha, y Él camina en el mismo sentido de la bonita agua: azul y esplendente en los lugares donde el Sol la besa; verde-turquí en las orillas, donde la sombra de los árboles se refleja con sus verdes oscuros.

Jesús está en medio de sus discípulos. Oigo a Bartolomé que le pregunta:

-¿Entonces vamos realmente hacia Jericó? ¿No temes alguna asechanza?

-No temo. Llegué a Jerusalén para la Pascua por otro camino y ellos, frustrados, ya no saben dónde prenderme sin llamar demasiado la atención de la gente. Créeme, Bartolomé: para mí hay menos peligro en una ciudad muy poblada que por senderos lejanos. El pueblo es bueno y sincero, pero también es impetuoso. Se amotinaría, si me capturaran estando Yo entre ellos para evangelizar y curar. Las serpientes trabajan en la soledad y en la sombra. Y además... tengo todavía hoy y hoy y hoy para trabajar... Luego... vendrá la hora del Demonio y vosotros me perderéis. Para hallarme de nuevo después. Creed esto. Y sabed creerlo cuando los hechos parezcan desmentirme más que nunca.

Los apóstoles suspiran, afligidos, y lo miran con amor y pena, y Juan emite un gemido: «¡No!», y Pedro lo rodea con sus cortos y robustos brazos, como para defenderlo, y dice:

-¡Oh, mi Señor y Maestro!

No dice nada más. Pero hay mucho en esas pocas palabras.

-Así es, amigos. Para esto he venido. Sed fuertes. Ya veis cómo voy seguro hacia mi meta, como uno que va hacia el Sol, y sonrío a este Sol que lo besa en la frente. Mi Sacrificio será un Sol para el mundo. La luz de la Gracia bajará a los corazones, la paz con Dios los hará fecundos, los méritos de mi martirio harán a los hombres capaces de ganarse el Cielo. ¿Y qué quiero sino esto? Poner vuestras manos en las manos del Eterno, Padre mío y vuestro, y decir: "Mira, conduzco de nuevo a ti a estos hijos. Mira, Padre, están limpios. Pueden volver a ti". Veros arropados en su seno y decir: "Amaos finalmente, porque el Uno y los otros ansiáis esto, y sufríais agudamente por no haberos podido amar". Ésta es mi alegría. Y cada día que me acerca al cumplimiento de este retorno, de este perdón, de esta unión, aumenta mi ansia de consumir el holocausto para daros a Dios y su Reino.

Jesús está solemne y casi extático mientras dice esto. Anda erguido, con su túnica azul y su manto más oscuro, la cabeza descubierta, en esta hora aún fresca de la mañana. Parece sonreír a una visión -¡quién sabe cuál!- que sus ojos ven, contra el fondo azul de un cielo sereno. El Sol, que lo besa en la mejilla izquierda, enciende más aún su esplendorosa mirada y coloca relumbres de oro en sus cabellos movidos por un leve viento y por su paso, y acentúa el rojo de los labios abiertos para la sonrisa, y parece encender todo el rostro de una alegría que en realidad viene del interior de su adorable Corazón, encendido por la caridad hacia nosotros.

-Maestro, ¿puedo decirte una palabra? - pregunta Tomás.

-¿Cuál?

-Anteayer dijiste que el Redentor, Tú, tendrá un traidor. ¿Cómo podrá un hombre traicionarte a ti, Hijo de Dios?

-Un hombre, efectivamente, no podría traicionar al Hijo de Dios, Dios como el Padre. Pero éste no será un hombre. Será un demonio en cuerpo de hombre. El más poseído, el más endemoniado de los hombres. María de Magdala tenía siete demonios, y el endemoniado de hace unos días estaba dominado por Belcebú. Pero en éste estará Belcebú y toda su corte demoníaca... ¡Oh, verdaderamente el Infierno estará en ese corazón dándole coraje para vender, como cordero al jifero, el Hijo de Dios a sus enemigos!

-Maestro, ¿ahora este hombre está ya en posesión de Satanás?

-No, Judas – Iscariote - Pero se inclina hacia Satanás, e inclinarse hacia Satanás quiere decir ponerse en las condiciones de caer en él.

-¿Y por qué no viene a ti para curarse de su inclinación? ¿Sabe que la tiene o lo ignora?

-Si lo ignorara no sería culpable, como lo es, porque sabe que tiende al mal y que no persevera en las resoluciones de salir de él. Si perseverara vendría a mí... pero no viene... El veneno penetra y mi cercanía no lo purifica, porque no la desea sino que huye de ella... ¡Este es, hombres, vuestro error! Cuanta más necesidad tenéis de mí, más huís de mí» (Jesús ha respondido a Andrés).

-¿Pero ha venido a ti alguna vez? ¿Lo conoces? ¿Y nosotros lo conocemos?

-Mateo, Yo conozco a los hombres antes incluso de que ellos me conozcan. Y tú lo sabes y éstos lo saben. Yo soy el que os llamé porque os conocía.

-¿Pero nosotros lo conocemos? - insiste Mateo.

-¿Podéis no conocer a uno que se acerca a vuestro Maestro? Vosotros sois mis amigos y compartís conmigo el alimento, el descanso y las fatigas. Hasta mi casa os he abierto, la casa de mi Madre santa. Os llevo a mi casa para que el aura que en ella suavemente sopla os haga capaces de comprender el Cielo con sus voces y mandatos. Os llevo a mi casa como un médico lleva a sus enfermos, poco antes resurgidos de una serie de enfermedades, a fuentes saludables que los fortalezcan venciendo los restos de las enfermedades que siempre pueden hacerse de nuevo nocivas. Por tanto, no tenéis desconocimiento de ninguno de los que se acercan a mí.

-¿En qué ciudad lo has visto?

-¡Pedro, Pedro!

-Es verdad, Maestro, soy peor que una mujer chismosa. Perdóname. Pero es el amor, ya sabes...

-Ya sé. Y por esto te digo que no siento aversión por este defecto tuyo. Pero quitátelo también.

-Sí, Señor mío.

El sendero, encajonado entre una hilera de árboles y una pequeña acequia, se estrecha, y el grupo se hace más lineal. Jesús va hablando precisamente con Judas Iscariote, al cual da indicaciones para las compras y las limosnas. Detrás, de dos en dos, van los otros.

En la cola, solo, Pedro. Piensa. Camina cabizbajo, tan recogido en sus pensamientos, que ni siquiera se da cuenta de que se va quedando distanciado de los otros.

-¡Eh, tú, hombre! - se dirige a él uno que pasa a caballo - ¿Estás con el Nazareno?»

-Sí. ¿Por qué?

-¿Vais a Jericó?»

-¿Te preocupa saberlo? Yo no sé nada. Sigo al Maestro y no pregunto nada. Dondequiera que vaya, bien hecho está. El camino es el de Jericó, pero no hay que descartar que regresáramos a la Decápolis. ¡Quién sabe! Si quieres saber más, allí está el Maestro.

El hombre espolea y Pedro le hace detrás una mueca curiosa y barbota:

-No me fío, mi señorote. ¡Sois todos una masa de perros! No quiero ser yo el traidor. Me juro a mí mismo: "Esta boca quedará sigilada". Esto es - y hace una señal en sus labios como si los cerrara con candado.

El hombre que va a caballo ya ha llegado donde Jesús. Le pregunta. Ello da la manera a Pedro de alcanzar a los otros.

Cuando el hombre se marcha, hace un gesto de saludo a Judas Iscariote. Ninguno lo advierte, menos Pedro, que viene el último, y que parece no aplaudir ese saludo. Toma a Judas de una manga y le pregunta:

-¿Quién es? ¿Lo conoces? ¿Y por qué?

-De vista. Es un rico de Jerusalén.

-Tienes amistades encumbradas tú, ¿eh? Bien... si es que es bien. Pero... dime: ¿es ese cara de zorra el que te dice tantas cosas?...

-¿Qué cosas?

-¡Hombre, pues las que dices que sabes sobre el Maestro!

-¿Yo?

-Sí. Tú. ¿No te acuerdas de aquel atardecer de agua y barro, cuando la crecida?

-¡Ah! No, no. ¿Pero piensas todavía en unas palabras dichas en un momento de malhumor?

-Yo pienso en todo lo que puede perjudicar a Jesús: cosas, personas, amigos, enemigos... Y siempre estoy dispuesto a mantener las promesas que hago a quien quiera perjudicar a Jesús. Adiós.

Judas lo mira de forma curiosa mientras se marcha. En su mirada hay estupor, dolor, enojo, y diría incluso más: hay odio.

Pedro llega donde Jesús y lo llama.

-¡Oh! ¡Pedro! ¡Ven!

Jesús le pone un brazo en los hombros.

-¿Quién era ese hísido judío?
-¿Hísido, Pedro? ¡Si estaba todo liso y perfumado!
-Tenía hísida la conciencia. Desconfía, Jesús.
-Te he dicho que no es todavía mi tiempo. Y cuando ese tiempo llegue, ninguna desconfianza me salvará... si es que quisiese salvarme. Si Yo quisiera salvarme, hasta las piedras gritarían y me formarían una cadena en torno.
-Será así... Pero, desconfía... ¡Maestro!
-¿Pedro?
-¿Que te sucede?
-Maestro... tengo una cosa que decirte y un peso en el corazón.
-¿Una cosa? ¿Un peso?
-Sí. El peso es un pecado. La cosa es un consejo.
-Empieza por el pecado».
-Maestro... yo... yo odio... yo siento repulsa, eso es, si es que no es odio -porque Tú no quieres que haya odios-, por uno de nosotros. Me da la impresión de estar cerca de una hura de donde sale hedor de serpientes en celo... y temo que salgan para dañarte. Ese hombre es una madriguera de serpientes y él mismo está en celo con el demonio.
-¿Cómo lo deduces?
-Bueno, pues... No sé. Soy rudo e ignorante, pero tonto no soy. Estoy acostumbrado a leer en los vientos y en las nubes... y me ha venido ojo también para los corazones. Jesús... tengo miedo.
-No juzgues, Pedro. Y no sospeches. La sospecha crea quimeras. Se ve lo que no existe.
-Dios eterno quiera que no haya nada. Pero yo no estoy seguro.
-¿Quién es, Pedro?
-Judas de Keriot. Se jacta de tener amistades encumbradas. Incluso hace poco ese mala facha lo ha saludado como se saluda a uno bien conocido. Antes no las tenía.
-Judas es el que recibe y reparte. Tiene posibilidades de tratar con los ricos. Es hábil.
-¡Ya! Es hábil... Maestro, dime la verdad, ¿Tú no sospechas?
-Pedro, te quiero entrañablemente por tu corazón. Pero quiero que seas perfecto, y perfecto no es el que no obedece. Te he dicho: no juzgues y no sospeches.
-Sí pero no me dices...
-Dentro de poco estaremos cerca de Jericó y nos pararemos a esperar a una mujer que no puede recibirnos en su casa...
-¿Por qué? ¿Es una pecadora?».
-No. Es una desdichada. Ese hombre a caballo que tanto fastidio te ha dado ha venido a decirme que la espere. Y la voy a esperar, aunque sé que nada puedo hacer por ella. ¿Y sabes quién ha puesto sobre mis pasos a la mujer y a ese hombre? Judas. Como ves, por motivo honesto conoce a ese judío.
Pedro agacha la cabeza y calla, confuso. Quizás no convencido y curioso todavía. Pero calla.
Jesús se detiene fuera de los muros de la ciudad, y, cansado, se sienta a la sombra fresca de un sotillo que da sombra a una fuente al lado de la cual hay cuadrúpedos abrevando. Los discípulos se sientan, también esperando. Debe ser una parte muy secundaria de la ciudad, porque, aparte de estos caballos y asnos, sin duda de mercaderes en viaje, no hay gente.
-Viene una mujer, toda arropada en un manto oscuro y con el rostro muy cubierto. El velo, tupido y oscuro, baja hasta la mitad de la cara. Viene con ella el hombre de antes, ahora a pie, y otros tres hombres pomposamente vestidos.
-Te saludamos, Maestro.
-Paz a vosotros.
-Ésta es la mujer. Escúchala y concédele lo que desea.
-Si puedo.
-Tú puedes todo.
-¿Lo crees, saduceo?
El saduceo es el que iba a caballo.
-Creo en lo que veo.
-¿Y has visto que puedo?
-Lo he visto.
-¿Y sabes por qué puedo?
Silencio.
-¿Puedo saber cómo juzgas que puedo?
Silencio
Jesús deja de ocuparse de él y de los otros. Habla a la mujer:
-¿Qué quieres?
-Maestro... Maestro...
-Habla, pues, sin temor.
La mujer mira oblicuamente a sus acompañadores, los cuales lo interpretan a su manera.
-Esta mujer tiene a su marido enfermo y te pide su curación. Es persona influyente, de la corte de Herodes. Te conviene concederle lo que te pide.
-No por ser influyente, sino por su infelicidad, se lo concederé si puedo. Ya lo he dicho. ¿Qué le pasa a tu marido? ¿Por qué no ha venido? ¿Por qué no quieres que yo vaya a verlo?
Nuevo silencio y nueva mirada oblicua.

-¿Quieres hablarme sin testigos? Ven.

Se separan unos pasos.

-Habla.

-Maestro... yo creo en ti. Creo tanto, que estoy segura de que sabes todo sobre él, sobre mí, sobre nuestra desgraciada vida... Pero él no cree... Y te odia... Y él...

-Y él no *puede* sanar porque no tiene fe. No sólo no tiene fe en mí, es que tampoco tiene fe en el Dios verdadero.

-¡Ah! ¡Tú sabes!

La mujer llora desesperadamente.

-¡Es un infierno mi casa! ¡Un infierno! Tú liberas a los poseídos. Sabes, por tanto, lo que es el demonio. ¿Pero a este demonio sutil, inteligente, falso e instruido, lo conoces? ¿Sabes a qué perversiones conduce? ¿Sabes a qué pecados? ¿Sabes la destrucción que causa en torno a sí? ¿Mi casa? ¡Es una casa? No. Es el umbral del Infierno. ¿Mi marido? ¿Es mi marido? Ahora está enfermo y no se cuida de mí. Pero, incluso cuando estaba fuerte y deseoso de amor, ¿era un hombre el que me abrazaba, el que me tenía, el que me poseía? ¡No! Yo estaba entre las espiras de un demonio, sentía el hálito y la baba de un demonio. Lo he querido mucho, lo quiero. Soy su mujer y me tomó la virginidad cuando yo era poco más que niña: tenía poco más de catorce años. Pero, aunque la hora me transportase a aquella *primera hora*, Y con ella me recordase las sensaciones intactas del primer abrazo que me hizo mujer, yo, con la parte más elevada de mí lo primero y luego con la carne y la sangre, sentía repulsa, repulsa de horror, cuando me daba cuenta de que él estaba ensuciado de nigromancia. Me parecía que, no mi marido, sino los muertos que él invocaba estuvieran sobre mí, saciándose de mí... Y también ahora, ahora, con sólo mirarlo, moribundo y todavía abismado en esa magia, siento repulsión. No lo veo a él... veo a Satanás. ¡Oh, dolor mío! Ni siquiera en la muerte estaré con él, porque la Ley lo prohíbe. Sálvalo, Maestro. Te pido que lo cures para darle tiempo de curarse.

La mujer llora angustiosamente.

-¡Pobre mujer! No, Yo no *puedo* curarlo.

-¿Por qué, Señor?

-Porque él no quiere.

-Sí. Tiene miedo de la muerte. Sí, sí que quiere.

-No quiere. No es un demente, no es un poseído que no conozca su estado y que no pida la liberación porque no tenga la facultad del pensamiento libre. No es uno que tenga impedida la voluntad. Es uno que *quiere* ser lo que es. Sabe que lo que hace está prohibido. Sabe que está maldecido por el Dios de Israel. Pero persiste. Aunque lo curase y empezaría por el alma- él volvería a su satánico disfrute. Su voluntad está corrompida. Es rebelde. No puedo.

La mujer llora más fuerte. Se acercan los que la han acompañado.

-¿No la complaces en lo que te pide, Maestro?

-No puedo.

-¿No os lo había dicho? ¿Y las razones?

-Tú, saduceo, ¿las pides? Te remito al libro de los Reyes (*1 Samuel 28, 15-19; 2 Reyes 1, 16*). Lee lo que dijo Samuel a Saúl y lo que dijo Elías a Ocozías. El espíritu del profeta recrimina al rey el haberlo molestado llamándolo del reino de los muertos. No es lícito hacerlo. Lee el Levítico (*19, 4.26.31; 20, 6*), si es que ya no te acuerdas de la palabra de Dios, Creador y Señor de todo lo que existe, Tutor de la vida y de los que están en la muerte. Muertos y vivos están en las manos de Dios y no os es lícito arrancárselos de sus manos. Ni por vana curiosidad ni por sacrílega violencia ni por incredulidad maldita. ¿Qué queréis saber? ¿Si hay un futuro eterno? Y decís que creéis en Dios. Si Dios existe, tendrá una corte ¿no? ¿Y qué corte será, sino una corte eterna como Él, compuesta por espíritus eternos? Si decís que creéis en Dios, ¿por qué no creéis en su palabra? ¿No dice su palabra: "No practicaréis adivinación ni observaréis los sueños"? ¿No dice: "Si uno se dirige a los magos y a los adivinos y fornicar con ellos, volveré contra él mi rostro y lo exterminaré de en medio de su pueblo"? ¿No dice: "No os hagáis dioses de fundición"? ¿Y qué sois vosotros? ¿Samaritanos y perdidos, o sois hijos de Israel? ¿Y qué sois: hombres sin raciocinio o capaces de razonar? Y si, razonando, negáis la inmortalidad del alma, ¿por qué invocáis a los muertos? ¿Si no son inmortales esas partes incorpóreas que animan al hombre, qué otra cosa queda de un hombre después de la muerte? Podredumbre y huesos, blancos huesos emergentes de una gusanera. Y, si no creéis en Dios -tanto como que recurrís a ídolos y señales para obtener curación, dinero, oráculos, como ha hecho este cuya salud pedís-, ¿por qué sí os hacéis dioses de fundición y creéis que ellos os pueden decir palabras más verdaderas, más santas, más divinas que las que Dios os dice? Ahora Yo os doy la misma respuesta que diera Elías a Ocozías: "Por haber enviado mensajeros a consultar a Belcebú, dios de Acarón, como si no hubiera un Dios en Israel a quien poder consultar, por ello, no bajarás de la cama a que has subido, y ciertamente morirás en tu pecado".

-Siempre eres Tú el que insulta y nos ataca. Es una observación que te hago. Nosotros venimos hacia ti para...

-Para hacerme caer en una trampa. Pero Yo os leo el corazón. ¡Quitaos la máscara, herodianos vendidos al enemigo de Israel! ¡Quitaos la máscara, fariseos falsos y crueles! ¡Quitaos la máscara, saduceos, verdaderos samaritanos! ¡Quitaos la máscara, escribas de palabra contraria a las obras! ¡Quitaos la máscara, todos vosotros violadores de la Ley de Dios, enemigos de la Verdad, cuyos del Mal! ¡Quitáosla, profanadores de la Casa de Dios! ¡Quitáosla, agitadores de las conciencias débiles! ¡Quitaos la máscara, chacales que oléis la víctima en el viento que la ha tocado y seguís esa pista y aguitáis, esperando la hora propicia para matar, y os relameís los labios ante aquel cuya sangre anticipadamente saboreáis, y soñáis que llegue esa hora!... ¡Oh, chalanes y fornicadores, que vendéis por mucho menos de un puñado de lentejas vuestra primogenitura entre los pueblos! Ya no tendréis bendición, porque otros pueblos se vestirán con la zalea del Cordero de Dios, y verdaderos Cristos serán a los ojos del Altísimo, quien, sintiendo emanar de ellos la fragancia de su Cristo, dirá: "¡Éste es el olor de mi Hijo! Semejante al olor de un florido campo bendecido por Dios. Para vosotros el rocío del Cielo: la Gracia. En vosotros, la copiosidad de la Tierra (los frutos de mi Sangre). En vosotros, abundancia de trigo y de vino (mi Cuerpo y mi Sangre, que daré a los hombres para vida y para recuerdo de mí). Que os sirvan los pueblos y ante vosotros se inclinen las gentes, porque donde esté el signo de mi Cordero

estará el Cielo. Y la Tierra está subordinada al Cielo. Dominad a vuestros hermanos, porque los seguidores de mi Cristo serán los reyes del espíritu, teniendo como tienen la Luz, y a esta Luz los otros volverán la mirada esperando en su auxilio. Se inclinen ante vosotros los hijos de vuestra madre: la Tierra. Sí, todos los hijos de la Tierra se inclinarán un día ante mi Signo. Maldito quien os maldice y bendito quien os bendice, porque tanto la bendición como la maldición que recae sobre vosotros a mí viene, a mí, Padre y Dios vuestro". Esto dirá. Esto, fornicadores que pudiendo tener como amada esposa del alma la verdadera fe fornicáis con Satanás y con sus falsas doctrinas. Esto es lo que dirá, asesinos, asesinos de conciencias y asesinos de cuerpos. Aquí hay víctimas vuestras. Y, si bien dos corazones son asesinados, un Cuerpo lo tendréis sólo durante el tiempo de Jonás. Y luego ese Cuerpo, unido a su inmortal Esencia, os juzgará.

Jesús se muestra terrible en esta invectiva. ¡Terrible! Creo que más o menos se mostrará así en el último Día.

-¿Y dónde están estos asesinados? ¡Tú deliras! ¡Tú eres un cuyo de Belcebú! Tú fornicas con él y en su nombre obras milagros. Y en nuestro caso no puedes porque tenemos la amistad de Dios.

Satanás no se expulsa a sí mismo. Yo expulso los demonios. ¿En nombre de quién, entonces?

Silencio.

-¡Responded!

-Pero no merece la pena ocuparse de este endemoniado. Ya os lo había dicho. Vosotros no lo creáis. Oído de sus labios. Responde, Nazareno demente. ¿Conoces el siemanflorás?

-¡No necesito conocerlo!

-¿Oís? Una pregunta más: ¿No has estado en Egipto?

-Sí.

-¿Lo veis? ¿Quién es el nigromante, el satanás? ¡Horror! Ven, mujer. Tu marido es santo respecto a éste. ¡Ven!... Necesitarás purificarte. ¡Has tocado a Satanás!...

Y se marchan con vivos gestos de repulsa y arrastrando a la mujer, que llora.

Jesús, con los brazos cruzados, los sigue con los relámpagos de sus miradas.

-Maestro... Maestro...

Los apóstoles están aterrorizados, por la violencia de Jesús y por las palabras de los judíos.

Pedro pregunta (incluso un poco agachado al decirlo):

-¿Qué han querido decir con esas últimas preguntas? ¡Qué es esa cosa?

-¿Qué? ¿El siemanflorás?

-Sí. ¿Qué es?

-No pienses en ello. Confunden la Verdad con la Mentira, a Dios con Satanás, y en su soberbia satánica piensan que haya que conjurar a Dios con su tetragrama, para que condesienda con los deseos humanos. El Hijo habla con el Padre el lenguaje verdadero, y con él, por amor recíproco de Padre e Hijo, se cumplen los milagros.

-¿Pero por qué te ha preguntado si has estado en Egipto?

-Porque el Mal se sirve de las cosas más inocuas para sacar de ellas acusaciones contra aquel a quien desea asestar el golpe. Mi estancia infantil en tierra de Egipto estará entre las imputaciones en su hora de venganza. Sabed, vosotros y los futuros, que con el astuto Satanás y sus fieles servidores hay que tener doble astucia. Por esto he dicho: "Sed astutos como serpientes, además de sencillos como palomas". Esto es para poner el mínimo de armas en manos de los demonios. Y, de todas formas, no sirve. Vamos.

-¿A dónde, Maestro? ¿A Jericó?

-No. Tomaremos una barca y pasaremos de nuevo a la Decápolis. Remontaremos el Jordán hasta la altura de Enón y luego bajaremos a tierra. Después, en las riberas de Genesaret, tomaremos otra barca y pasaremos a Tiberíades, y de allí a Caná y a Nazaret. Tengo necesidad de mi Madre. Y también vosotros. Lo que el Cristo no hace con su Palabra lo hace María con su silencio. Lo que no hace mi poder lo hace su pureza. ¡Oh, Madre mía!

-¿Estás llorando, Maestro? ¿Estás llorando? ¡Oh, no! ¡Nosotros te defenderemos! ¡Nosotros te queremos!

-No lloro ni temo por los que me aborrecen. Lloro porque los corazones son más duros que el diasprio y nada *puedo* en muchos de ellos. Venid, amigos.

Y bajan a la orilla y en la barca de uno remontan el río. Todo termina así.

Dice Jesús:

-Tú y quien te guía medita mucho mi respuesta a Pedro.

El mundo -y por mundo entiendo no sólo los laicos- niega lo sobrenatural, y, luego, ante las manifestaciones de Dios, está dispuesto a sacar a colación no lo sobrenatural sino lo oculto. Confunden una cosa con la otra. Ahora escuchad: sobrenatural es lo que de Dios viene. Oculto es lo que viene de fuente extraterrena pero no tiene raíz en Dios.

En verdad os digo que los espíritus pueden venir a vosotros. ¿Pero cómo? En dos modos. Por mandato de Dios o por violencia del hombre. Por mandato de Dios vienen ángeles y bienaventurados y espíritus que ya están en la luz de Dios. Por violencia del hombre pueden venir espíritus sobre los cuales un hombre puede tener mando, por estar sumergidos en regiones más bajas que las humanas, donde todavía hay un recuerdo de Gracia, si ya no hay Gracia activa. Los primeros van espontáneamente, obedeciendo a una sola autoridad: la mía. Y consigo llevan la verdad que quiero que conozcáis. Los otros van por un complejo de fuerzas unificadas: fuerzas del hombre idólatra con fuerzas de Satanás-ídolo. ¿Pueden daros la verdad? No. Jamás. Jamás en términos absolutos. ¿Puede una fórmula, incluso habiendo sido enseñada por Satanás, doblegar a Dios a la voluntad del hombre? *No. Dios viene siempre de forma espontánea.* Una oración os puede unir a Él, no una fórmula mágica.

Y si alguno objeta: "Samuel se apareció a Saúl", Yo digo: "No por mérito de la maga, sino por voluntad mía, con la finalidad de hacer reaccionar al rey, rebelde a mi Ley". Algunos dirán: "¿Y los profetas?". Los profetas hablan por conocimiento de la Verdad, que se les infunde o directamente o por ministerio angélico. Otros objetarán: "¿Y la mano que escribió en el

banquete del rey Baltasar?". Lean éstos la respuesta de Daniel: "...tú también te has engraido contra el Dominador del Cielo... celebrando a los dioses de plata, bronce, hierro, oro, madera, piedra, los cuales no ven ni oyen ni conocen, y no has glorificado al Dios en cuyas manos están todos tus respiros y movimientos. Por ello, Él ha mandado el dedo -espontáneamente mandado, mientras que tú, rey necio y necio hombre, no pensabas en ello y te preocupabas de llenar tu vientre y engrairte la mente-de esa mano que ha escrito lo que ahí se encuentra".

Sí. Alguna vez Dios os llama con manifestaciones que vosotros consideráis de un médium, y que son en realidad manifestaciones de piedad de un Amor que quiere salvaros. Pero no debéis querer crearlas vosotros. Las que creáis no son nunca sinceras, no son nunca útiles, nunca traen un bien. No os hagáis esclavos de lo que os destruye. No queráis consideraros y creeros más inteligentes que los humildes, que se doblegan ante la Verdad depositada desde hace siglos en mi Iglesia, por el solo hecho de que sois unos soberbios que buscáis en la desobediencia permisos para vuestros ilícitos instintos. Volved a la Disciplina varias veces secular y permaneced en ella: desde Moisés hasta Cristo, desde Cristo a vosotros, desde vosotros al último día, *es ésta y no otra*.

¿Es ciencia esta vuestra? No. La ciencia está en mí y en mi doctrina, y la sabiduría del hombre está en obedecerme. ¿Es curiosidad sin peligro? No. Es contagio cuyas consecuencias sufrís luego. Fuera Satanás si queréis tener a Cristo. Soy el Bueno y no descendo a convivencia con el Espíritu del Mal. O Yo o él. Elegid.

¡Oh "portavoz" mío, di esto a quien hay que decírselo! Es la última voz que se les dirige. Y tú y quien te dirige sed cautos. Las pruebas se transforman en pruebas contrarias en manos del Enemigo y de los enemigos de mis amigos. ¡Tened cuidado! Id con mi paz.

(De todo esto se deduce el peligro que presentan las sesiones espiritistas, las tablas ouijas, las cartas, etc. etc.: en todas estas prácticas ocultistas está presente el diablo)

504

Margziam preparado para la separación. Regreso a la aldea de Salomón y muerte de Ananías.

Levantaos. Nos marchamos. Vamos de nuevo al río. Buscamos una barca. Ve tú, Pedro, con Santiago. Una barca que nos lleve hasta las cercanías de Betabara. Estaremos un día donde Salomón y luego...

-¿Pero no íbamos a Nazaret?

-No. Por la noche he decidido. Lo siento por vosotros. Debo volver para atrás.

-¡Qué alegría! - exclama Margziam - ¡Estaré más tiempo contigo!

-Sí, aunque, pobre niño, a mi lado ves días muy tristes.

-Pues precisamente por eso deseo quedarme contigo. Para darte amor. Es lo único que quiero. No pido nada más.

Jesús lo besa en la frente.

-¿Y vamos a pasar otra vez por Betabara? - pregunta Mateo.

-No. Atravesamos el río con la barca de algún pescador.

Regresan Pedro y Santiago.

-Ninguna barca, Maestro, hasta el atardecer... Y... ¿debo decirlo?

-Dilo.

-Y han pasado por aquí algunos... Deben haber pagado bien o amenazado fuertemente... No creo que encuentres barca tampoco al atardecer... Son unos despiadados...

Pedro suspira.

-No importa. Vamos a ponernos en camino... y el Señor nos ayudará.

La época del año es mala. Lluve. Hay fango. El camino está lodoso. En la orilla, la lluvia se suma al rocío de la noche, abundante a lo largo del río; pero, de todas formas, van por el estrecho realce que orilla el camino, menos fangoso y menos expuesto -debido a una hilera de chopos que protegen mucho- al estilecimiento de la lluvia, diminuta pero continua; menos expuesto cuando un soplo de viento no hace caer de golpe todas las gotas de agua retenidas entre las ramas.

-¡Bueno, ya es su tiempo! - dice filosóficamente Tomás, recogiendo la túnica.

-¡Es su tiempo! - confirma Bartolomé, y suspira.

-Ya nos secaremos en algún lugar. No estarán todos... irritados contra nosotros - dice Pedro.

-Y podremos encontrar una barca... ¡No es seguro que no! - añade Santiago de Alfeo.

-Si tuviéramos mucho dinero se encontraría todo. ¡Pero no quiso que fuera a vender a Jericó! - dice Judas de Keriot.

¡Calla! Te lo ruego. El Maestro está muy afligido - ¡Calla! - suplica Juan.

-Callo. Es más, no hago más que alegrarme de su indicación. Así no se puede decir que yo haya mandado a esos saduceos de cerca de Jericó - y mira a Pedro. Pero Pedro está absorto y no ve ni responde.

Caminan, caminan bajo la lluvia menuda, fina como niebla, en este día grisáceo. De vez en cuando hablan entre sí. Pero las palabras que dicen parecen tanto conclusiones de un diálogo con un invisible interlocutor, que parece como si hablaran consigo mismos.

-A1 final tendremos que pararnos en algún lugar.

-Todos los lugares son iguales, porque a todos vienen ellos.

-Persecución por persecución, lo mejor es estar en una ciudad: al menos uno no se moja.

-¿Pero a dónde quieren llegar?

-¡Pobre María! ¡Si supiera!»

-¡Dios Altísimo, protege a tus siervos!...

Luego se juntan y debaten en voz baja.

Jesús va delante, solo... ¡Solo! Hasta que llegan Margziam y el Zelote.

Los otros han bajado al guijarral. Para ver si hay barca... Tardaríamos menos. ¿Nos quieres contigo?

-Venid. ¿De qué hablabais antes?

-De lo que sufres Tú.

-Y del odio de los hombres. ¿Qué podemos hacer para aliviarte y para frenar el odio? - pregunta el Zelote.

-Para mi dolor está vuestro amor... Para el odio... no hay más remedio que soportarlo... Es una cosa que termina con la vida de la Tierra... y este pensamiento da paciencia y fortaleza mientras se soporta. ¡Margziam! ¡Niño! ¿Por qué estás turbado?

-Porque esto me recuerda a Doras...

-Tienes razón. Ya es tiempo de que te mande otra vez a casa...

-¡No! ¡Jesús! ¡No! ¿Por qué quieres castigarme por un mal que no he hecho?

-No es castigar. Es preservar... No quiero que recuerdes a Doras. ¿Qué se alza en ti tras este recuerdo? Responde...

Margziam llora con la cabeza agachada, luego levanta la cara y dice:

-Tienes razón. Mi espíritu no es capaz de ver y perdonar, no es todavía capaz. Pero ¿por qué me alejas de ti? Si sufres, con mayor razón debo estar a tu lado. ¡Tú también me has consolado siempre! Ya no soy ese niño necio que el año pasado te decía: "No me dejes ver tu dolor". Soy ahora un verdadero hombre. ¡Deja que me quede! ¡Señor! ¡Díselo tú, Simón!

-El Maestro sabe lo que es bueno para nosotros. Y quizás... quiere darte algún encargo... No sé... Estoy diciendo lo que pienso...

-Es como has dicho. Lo habría tenido conmigo, con gran satisfacción, hasta después incluso de las Encenias. Pero... mi Madre está sola allá arriba. El ruido que produce el odio es muy fuerte. Podría temer más de lo necesario. Mi Madre está sola. Y seguro que llora. Irás donde Ella, le llevarás mi saludo y le dirás que la espero para después de las Encenias. Y no digas nada más, Margziam.

-¿Pero si me pregunta?

-Puedes no mentir diciendo... que la vida de su Jesús está como este cielo de Etanim. Nubes y lluvia, alguna vez borrasca. Pero no faltan los días de sol. Como ayer, como quizás mañana. Callar no es mentir. Háblale de los milagros que has visto. Dile que Elisa está conmigo, que Ananías me ha acogido como un padre. Que en Nob estoy en casa de un buen israelita. Lo demás... sobre lo demás esté el silencio. Y luego irás a estar con Porfiria. Y estarás allí hasta que Yo te llame.

Margziam llora más fuerte.

-¿Por qué lloras así? ¿No estás contento de ir donde María? Ayer lo estabas... - dice Simón.

-Ayer sí. Porque íbamos todos. Y además lloro porque tengo miedo de no volver a verte... ¡Oh, Señor, Señor! ¡Ya nunca veré días tan felices como lo han sido estos días!

-Nos veremos todavía, Margziam. Te lo prometo.

-¿Cuándo? No antes de la Pascua. ¡Es mucho tiempo!

Jesús calla.

-¿Verdaderamente no me quieres contigo antes de Pascua?

Jesús le pone un brazo en los hombros todavía gráciles y lo arrima a sí.

-¿Por qué quieres saber el futuro? Hoy estamos aquí. Mañana ya no estamos. El hombre -ni el más rico y poderoso- no puede añadir un día a su vida. La vida, y todo el futuro, está en las manos de Dios...

-Pero para Pascua debo ir al Templo. Soy israelita. ¡Tú no puedes hacerme pecar!

-No pecarás. Y el primer pecado que me debes prometer que no harás nunca es el de la desobediencia. Obedecerás. Siempre. A mí ahora, a quien te hable en mi Nombre después. ¿Lo prometes? Recuerda que Yo, tu Maestro y Dios, he obedecido a mi Padre y obedeceré hasta el... fin de mi tiempo.

Jesús se muestra solemne al decir estas últimas palabras.

Margziam, casi hechizado, dice:

-Obedeceré. Lo juro. Ante ti y ante el Dios eterno.

Un momento de silencio. Luego el Zelote pregunta:

-¿Sube solo?

-No, por supuesto. Con unos discípulos. Encontraremos otros además de Isaac.

-¿Mandas a Galilea también a Isaac?

-Sí. Regresará con mi Madre.

Llaman desde el río. Los tres se mueven, cruzan el camino, van hacia el agua.

-Mira, Maestro. Hemos encontrado. Y no quieren nada. Son parientes de uno al que has hecho un milagro. Pero llevan arena a aquel pueblo. Hay que ir hasta allí a pie. Luego nos toman.

-Que Dios se lo pague. Estaremos al atardecer en casa de Ananías.

Pedro, contento, sube hacia el camino y ve la cara turbada de Margziam.

-¿Qué te pasa? ¿Qué ha hecho?

-Nada malo, Simón. Le he dicho que, cuando llegue al primer sitio donde encuentre discípulos, lo voy a mandar a casa. Se ha entristecido por este motivo.

-A casa... Pues es justo... Esta época del año...

Pedro piensa.

Luego mira a Jesús y le tira de la manga, haciéndole agacharse hasta la altura de su boca. Le habla al oído:

-Maestro, ¿pero por qué lo mandas sin esperar?...

-Por la época del año, lo has dicho.

-¿Y además?

-Simón, no quiero encubrirte la realidad. Y además... porque es bueno que Margziam no se envenene el corazón...

-Tienes razón, Maestro. Envenenarse el corazón... ¡Sí!, es justamente eso lo que acaba sucediendo.

Alza el tono de voz:

-El Maestro tiene toda la razón. Irás y... nos veremos en Pascua. En fin... llega pronto... Pasado Kisléu... En breve tiempo llega el bonito Nisán.

-¡Sí, cierto! Tiene razón...

La voz de Pedro se hace menos segura.

Repite lentamente y con tristeza:

-Tiene razón... - y, hablándose a sí mismo:

-¿Qué habrá sucedido de aquí a Nisán?

Se da con la mano en la frente (es un gesto desconsolado).

Y caminan, caminan en esta húmeda jornada. No llueve ya hasta que, enfangados hasta las rodillas, montan en cinco pequeñas barcas húmedas y arenosas que bajan de nuevo siguiendo la corriente. Entonces se echa otra vez a llover, y, golpeando la lluvia contra el agua calma del río, que refleja el cielo de nubes cenicientas, dibuja en él muchos círculos que se hacen y deshacen continuamente, formando un juego de tornasoles anacarados.

Parece un paisaje desierto. En las márgenes, en los minúsculos lugares fluviales, no se ve alma viva. La lluvia cierra las casas y hace desiertas las calles. De modo que, cuando con el primer albor echan pie a tierra donde la aldea de Salomón, encuentran silenciosa y vacía la calle, y llegan a la casa sin ser vistos por nadie.

Golpean en la puerta. Llaman. Nada. Sólo zureo de palomas, balidos de ovejas, ruido de lluvia.

-No hay nadie. ¿Qué hacemos?

-Id a las casas del pueblo. Primero a la del pequeño Micael - ordena Jesús.

Y, mientras los apóstoles más jóvenes se marchan ágiles, Jesús y los más ancianos se quedan junto a la casa y observan y comentan.

-Todo cerrado... Incluso la cancilla, bien atada y asegurada. ¡Mira! Incluso hay un clavo grueso. Y las ventanas cerradas como para la noche. ¡Qué tristeza! ¿Y esa quejumbre de ovejas y palomas? ¿Estará enfermo? ¿Qué piensas, Maestro?

Jesús menea la cabeza. Está cansado y triste...

Vuelven corriendo los apóstoles. Andrés es el primero en llegar, y grita, todavía unos metros antes:

-Ha muerto... Ananías ha muerto... No se puede entrar en la casa porque todavía no está purificada... Desde hace pocas horas está en el sepulcro. Si hubiéramos podido venir ayer... Ahora viene la mujer, la madre de Micael.

-¿Pero qué nos persigue? - dice Bartolomé.

-¡Pobre anciano! ¡Se sentía tan feliz! ¡Estaba tan bien! ¿Pero cómo ha sido? ¿Cuándo se ha puesto enfermo?

Hablan todos al mismo tiempo.

Llega la mujer, la cual, quedándose a una cierta distancia de todos, dice:

-Señor, la paz sea contigo. Mi casa está abierta para ti. Pero... no sé si... Yo preparé al muerto. Por eso me mantengo a distancia de ti. Pero te puedo indicar las casas que te recibirán.

-Sí, mujer. Dios te lo pague, y contigo a quien usa piedad con los viandantes. Pero ¿cómo murió el hombre?

-No sé. No enfermó. Anteayer estaba bien. Sí, seguro. Estaba bien. Micael había venido por la mañana por las dos ovejas para agregarlas a las nuestras. Estaba acordado. Y yo le había llevado a la hora sexta ropa que le había lavado. Estaba sentado a la mesa y comía, completamente sano. A1 atardecer, Micael había llevado de nuevo las ovejas. Le había sacado dos ánforas de agua. Y Ananías le regaló dos tortitas que se había hecho para sí. Ayer por la mañana mi hijo vino, para sacar a las ovejas. Estaba cerrado todo, como ahora, y nadie respondió a los gritos del niño. Él empujó la cancilla, pero no logró abrirla. Estaba bien cerrada. Entonces Micael se asustó y vino a mí corriendo. Yo y mi marido acudimos rápidamente, y con nosotros otros. Abrimos la cancilla, llamamos a la cocina... forzamos la puerta... Estaba todavía sentado junto al hogar, con la cabeza reclinada en la mesa, la lámpara todavía cercana, pero apagada como él; a los pies un cuchillo pequeño y una escudilla de madera medio tallada... La muerte lo sorprendió así... Sonreía... Estaba en paz... ¡Oh, qué aspecto de justo había tomado su cara! Parecía hasta más guapo... Yo... Hacía poco que me ocupaba de él. Pero le había tomado Afecto... y lloro...

-Ananías está en paz. Tú misma lo has dicho. ¡No llores! ¿Dónde lo habéis puesto?

-Sabíamos que lo querías mucho, y entonces lo hemos puesto en el sepulcro que Leví se había hecho hacía poco. El único... porque Leví es rico. Nosotros no somos ricos. Allí, al final, al otro lado del camino. Ahora, si quieres, purificamos todo y...

-Sí. Tomas las ovejas y las palomas. El resto conservadlo para mí y los míos. Que Yo pueda venir alguna vez. Que Dios te bendiga, mujer. Vamos al sepulcro.

-¿Lo vas a resucitar? - pregunta asombrado Tomás.

-No. Para él no significaría alegría; donde está es muy feliz. Además, él lo deseaba...

Pero a Jesús se le ve muy abatido. Parece que todo se une para aumentar su tristeza. En las puertas de las casas, mujeres miran y saludan, y comentan.

Pronto llegan: es un pequeño exaedro construido recientemente. Jesús ora cerca del sepulcro. Luego se vuelve, con humedad de llanto en los ojos, y dice:

-Vamos... A las casas del pueblo. En nuestra casita ya no está quien nos esperaba para bendecirnos... ¡Padre mío! La soledad envuelve al Hijo tuyo, el vacío se hace cada vez más grande y más fosco. Los que me aman se marchan, y quedan los que me odian... ¡Padre mío, siempre se haga y sea bendecida tu Voluntad!...

Vuelven hacia el pueblo. Dos aquí tres allá... entran en las casas de los que no han tocado al muerto, en busca de amparo y de nuevas fuerzas.

En el Templo, una gracia obtenida con la oración incesante y la parábola del juez y la viuda.

Jesús está de nuevo en Jerusalén. Una ventosa y grísea Jerusalén invernal. Margziam está todavía con Jesús, y lo mismo Isaac. Hablando, se dirigen al Templo.

Con los doce -hablando con el Zelote más que con los otros, y con Tomás- están José y Nicodemo, que luego se separan, pasan adelante y saludan a Jesús sin detenerse.

-No quieren hacer resaltar su amistad con el Maestro. ¡Es peligroso! - susurra Judas Iscariote a Andrés.

-Yo creo que lo hacen por un pensamiento justo, no por vileza - los defiende Andrés.

-Además, no son discípulos y pueden hacerlo. Nunca lo han sido - dice el Zelote.

-¿No?! - Me parecía...

-Ni siquiera Lázaro es discípulo, y tampoco...

-Pero si excluyes y excluyes, ¿quién queda?

-¿Quién? Los que tienen la misión de discípulos.

-¿Y los otros, entonces, qué son?

-Amigos. Sólo amigos. ¿Dejan, acaso, sus casas, sus intereses, por seguir a Jesús?

-No. Pero lo escuchan con gusto y le ofrecen ayudas y...

-¡Si es por eso, también los gentiles lo hacen entonces! Ya viste que en casa de Nique encontramos a personas que se ocuparon de Él. Y esas mujeres seguro que no son discípulas.

-¡No te acalores! Lo decía por decirlo. ¿Te interesa tanto que tus amigos no resulten discípulos? Deberías querer lo contrario, me parece.

-No me acaloro. Ni quiero nada. Tampoco que tú los perjudiques diciendo que son discípulos suyos.

-¿Pero a quién se lo voy a decir? Estoy siempre con vosotros...

Simón Zelote lo mira tan severamente que la risita se hiela en los labios de Judas, el cual considera oportuno cambiar de tema preguntando:

-¿Qué querían hoy, que hablaban así con vosotros dos?

-Han encontrado la casa para Nique. Hacia los huertos. Cerca de la Puerta. José conocía al propietario y sabía que con una buena ganancia habría vendido. Se lo comunicaremos a Nique.

-¡Qué ganas de tirar dinero!

-Es suyo. Puede hacer de él lo que quiera. Quiere estar cerca del Maestro. Obedece con ello a la voluntad de su esposo y a su corazón.

-Sólo mi madre está lejos... - suspira Santiago de Alfeo.

-Y la mía - dice el otro Santiago.

-Pero por poco. ¿Has oído lo que ha dicho Jesús a Isaac y a Juan y a Matías?: "Cuando volváis en la neomenia de la luna de Sabat, venid con las discípulas, además de con mi Madre".

-No sé por qué no quiere que Margziam vuelva con ellas. Le ha dicho: "Vendrás cuando te llame".

-Quizás porque Porfiria no se quede sin ayuda... Si nadie pesca, arriba no se come. Como nosotros no vamos, debe ir Margziam. Está claro que no son suficientes la higuera, la colmena, los pocos olivos y las dos ovejas para mantener a una mujer, vestirla, procurarle de comer... - observa Andrés.

Jesús, parado, apoyado en la muralla del Templo, los observa mientras se acercan. Con Él están Pedro, Margziam y Judas de Alfeo. Unos pobrecillos se levantan de sus yacijas de piedra, colocadas en el camino que viene hacia el Templo -el que viene de Sión hacia el Moira, no el que de Ofel viene al Templo- y se acercan, quejumbrosos, a Jesús, a pedir una limosna. Ninguno pide curación. Jesús ordena a Judas que les dé unas monedas. Luego entra en el Templo.

No hay mucha gente. Pasada la gran afluencia de las fiestas, cesa la llegada de peregrinos. Sólo quien por serios intereses está obligado a venir a Jerusalén o quien vive en la misma ciudad sube al Templo. Por tanto, los patios y los pórticos, aun no estando desiertos, tienen mucha menos gente, y parecen más grandes, y más sagrados, al tener menos ruido. También - arrimados a las murallas por la parte del sol, de un pálido sol que se abre paso entre las nubes cenicientas- son menos numerosos los cambistas y los vendedores de palomas y otros animales.

Después de orar en el Patio de los Israelitas, Jesús vuelve atrás y se arrima a una columna. Observa... y es observado.

Ve que vuelven, ciertamente del Patio de los Hebreos, un hombre y una mujer que, aunque no lloren abiertamente, muestran un rostro más apenado que si lloraran. El hombre intenta consolar a la mujer, pero se ve que también él está muy acongojado.

Jesús se separa de la columna y va a su encuentro.

-¿Qué os hace sufrir? - les pregunta con sentimiento de piedad.

El hombre lo mira, asombrado por el interés. Quizás le parece incluso indelicado, pero la mirada de Jesús es tan dulce que lo desarma. De todas formas, antes de expresar lo que constituye su dolor, pregunta:

-¿Cómo es que un rabí se interesa de las penas de un simple fiel?

-Porque este rabí es tu hermano, hombre; tu hermano en el Señor, y te ama como el mandamiento dice.

-¡Tu hermano! Soy un pobre labriego de la llanura de Sarón, hacia Dora. Tú eres un rabí.

-El dolor es para los rabíes como para todos. Sé lo que es el dolor y quisiera consolarte.

La mujer retira un momento su velo para mirar a Jesús y susurra a su marido:
ayudarnos...

-Díselo. Quizás puede

Rabí, nosotros teníamos una hija. La tenemos. Por ahora la tenemos todavía... Y la hemos casado decorosamente con un joven que un común amigo nos garantizó como buen marido. Son esposos desde hace seis años, y de su desposorio han tenido dos hijos. Dos... porque después cesó el amor... Tanto que ahora el marido quiere el divorcio. Nuestra hija llora y se consume. Por eso hemos dicho que todavía la tenemos, porque dentro de poco morirá de dolor. Hemos intentado todo para convencer al hombre. Y hemos orado mucho al Altísimo... Pero ninguno de los dos nos ha escuchado... Hemos venido aquí en peregrinación por esto, y hemos estado aquí durante todo el curso de una luna. Todos los días al Templo; yo en mi lugar, la mujer en el suyo... Esta mañana un criado de mi hija nos ha traído la noticia de que el marido ha ido a Cesárea para mandarle a ella desde allí el libelo de divorcio. Y ésta es la respuesta que han tenido nuestras oraciones...

-No hables así, Santiago - suplica la mujer en voz baja. Y termina:

-El Rabí nos maldecirá como blasfemos... Y Dios nos castigará. Es nuestro dolor. Viene de Dios... Y, si ha descargado su mano sobre nosotros, es señal de que lo hemos merecido - termina con un sollozo.

-No, mujer. Yo no os maldigo. Y Dios no os va a castigar. Yo os lo digo. Como también os digo que no es Dios el que os da este dolor, sino el hombre. Dios lo permite para prueba vuestra y para prueba del marido de vuestra hija. No perdáis la fe y el Señor os escuchará.

-Es tarde. Nuestra hija ya ha sido repudiada y mancillada, y morirá... - dice el hombre.

-Nunca es tarde para el Altísimo. En un instante y por una oración que persiste puede cambiar el curso de los acontecimientos. Desde la copa a los labios la muerte tiene todavía tiempo de introducir su puñal e impedir que quien acercaba a sus labios el cáliz beba. Y ello por intervención de Dios. Yo os lo digo. Volved a vuestros lugares de oración y perseverad todavía hoy, mañana y pasado mañana, y, si sabéis tener fe, veréis el milagro.

-Rabí, Tú quieres consolarnos... pero en este momento,.. No se puede, y Tú lo sabes, anular el libelo una vez entregado a la repudiada - insiste el hombre.

-Ten fe, te digo. Es verdad que no se puede anular. ¿Pero sabes si tu hija lo ha recibido?

-De Dora a Cesárea no es largo el camino. Mientras el siervo venía hasta aquí, seguro que Jacob ha vuelto a casa y ha echado a María.

-No es largo el trayecto. ¿Pero estás seguro de que lo ha recorrido? ¿Un acto de voluntad superior al hombre no puede haber detenido a un hombre, si Josué con la ayuda de Dios detuvo el Sol? ¡Vuestra oración insistente y confiada, hecha con buen fin, no es, acaso, un acto santo de voluntad opuesto a la mala aspiración del hombre? ¿Y Dios -puesto que le pedís una cosa buena a Él, vuestro Padre- no os ayudará deteniendo el camino del demente? ¿No os habrá ayudado ya quizás? Y, aunque el hombre se obstinara todavía en ir, ¡podría hacerlo si vosotros os obstináis en pedir al Padre una cosa justa? Os digo: id y orad hoy, mañana y pasado mañana, y veréis el milagro.

-¡Vamos, Santiago! El Rabí sabe. Si dice que vayamos a orar es señal de que sabe que es una cosa justa. Ten fe, esposo mío. Siento que surge en mí, donde tenía tanto dolor, una gran paz, una esperanza fuerte. Dios te lo pague, Rabí que eres bueno, y te escuche. Ruega también tú por nosotros. Ven, Santiago, ven - y logra convencer a su marido, el cual la sigue después de saludar a Jesús con el habitual saludo hebreo de "la paz sea contigo", al que responde Jesús con la misma fórmula.

-¿Por qué no les has dicho quién eres? Habrían orado con más paz - dicen los apóstoles, y añade Felipe:

-Voy a decírselo.

-Pero Jesús lo retiene diciendo:

-No quiero. Efectivamente, habrían orado con paz, pero con menos valor y con menos mérito. Así su fe es perfecta y será premiada.

-¿De verdad?

-¿Pensáis, acaso, que miento engañando a dos infelices?

Mira a la gente que se ha congregado, unas cien personas, y dice:

-Escuchad esta parábola, que os expresa el valor de la oración constante.

Conocéis lo que dice el Deuteronomio (16, 18-20) sobre los jueces y magistrados. Deberían ser justos y misericordiosos, escuchando con ecuanimidad a quien a ellos recurriera, pensando siempre en juzgar como si el caso que deben juzgar fuera suyo personal, sin tener en cuenta donativos o amenazas, sin deferencia hacia los amigos culpables y sin dureza hacia aquellos que estuvieran enemistados con los amigos del juez. Pero, si son justas las palabras de la Ley, no son igualmente justos los hombres, ni saben obedecer a la Ley. Así, se ve que la justicia humana es frecuentemente imperfecta, porque raros son los jueces que saben conservarse puros de corrupción, misericordiosos, pacientes tanto con los ricos como con los pobres; tanto con las viudas y los huérfanos como con aquellos que no lo son.

En una ciudad había un juez muy indigno de su oficio, obtenido por medio de poderosos parentescos. Era sobremanera desigual al juzgar, propendiendo siempre a dar la razón al rico y al poderoso, o a quien tenía recomendación de ricos y poderosos; o hacia el que lo comprase con grandes donativos. No temía a Dios y se burlaba de las quejas del pobre y del que era débil por estar sólo y carecer de fuertes defensas. Cuando no quería escuchar a quien tenía tan claras razones de victoria contra un rico, que no se le podía contradecir en manera alguna, él hacía que lo alejaran de su presencia y lo amenazaba con arrojarlo a la cárcel. La mayoría sufrían sus violencias y se retiraban vencidos, resignados a la derrota aun antes de tramitar la causa.

Pero en aquella ciudad había también una viuda cargada de hijos. Debía recibir una fuerte suma de un hombre poderoso por unos trabajos que su difunto esposo había llevado a cabo para él. Ella, movida por la necesidad y el amor materno,

había tratado de que el rico le diera esa suma que le habría permitido saciar el hambre de sus hijos y vestirlos durante el invierno que se acercaba. Pero, habiéndose hecho vanas todas las presiones y súplicas dirigidas al rico, fue al juez.

El juez era amigo del rico, el cual le había dicho: "Si me das la razón, un tercio de la suma es tuyo". Por tanto, se mostró sordo a las palabras de la viuda, que le rogaba: "Ríndeme justicia respecto a mi adversario. Tú ves que lo necesito. Todos pueden decir si tengo derecho a esa suma". Permaneció sordo y mandó a sus ayudantes que la alejaran de su presencia.

Pero la mujer volvió: una, dos, diez veces; por la mañana, a la hora sexta, a la hora nona, al atardecer... incansable. Y lo seguía por la calle gritando: "¡Hazme justicia! ¡Mis hijos tienen hambre y frío y no tengo dinero para comprar harina y vestidos!". Allí estaba, en la puerta de la casa del juez cuando éste regresaba para sentarse a la mesa con sus hijos. Y el grito de la viuda - "hazme justicia con mi adversario, que tengo hambre y frío, yo y mis criaturas"- penetraba hasta dentro de la casa, hasta el comedor, hasta el dormitorio por la noche, insistente como el grito de una abubilla: "¡Hazme justicia, si no quieres que Dios te castigue! Hazme justicia. Recuerda que la viuda y los huérfanos son sagrados para Dios, y ¡ay de quien los pisotee! Hazme justicia si no quieres un día sufrir lo que nosotros sufrimos. ¡Nuestra hambre! Nuestro frío te lo encontrarás en la otra vida, si no haces justicia. ¡Pobre de ti!".

El juez no temía a Dios ni tampoco al prójimo. Pero estaba cansado de ser molestado siempre; de ver que era objeto de risas por parte de toda la ciudad por la persecución de la viuda, y también objeto de crítica. Por eso, un día se dijo a sí mismo: "Aunque no tema a Dios ni tema las amenazas de la mujer ni lo que piense la gente de la ciudad, a pesar de ello y para poner fin a tanta molestia, voy a escuchar a la viuda y le haré justicia obligando al rico a pagar. Me basta con que me deje de perseguir y se me quite de en medio". Y, convocado el amigo rico, dijo: "Amigo mío, no puedo seguir complaciéndote. Cumple con tu deber y paga, porque ya no soporto ser molestado por causa tuya. He dicho". Y el rico tuvo que desembolsar la suma según justicia.

Esta es la parábola. Ahora os toca a vosotros aplicarla.

Habéis oído las palabras de un hombre inicuo: "Para poner fin a tanta molestia voy a escuchar a la mujer". Y era un inicuo. ¿Y Dios, el Padre lleno de bondad, va a ser inferior al juez malo? ¿No hará justicia a aquellos hijos suyos que saben invocarle día y noche? ¿Les hará esperar tanto el don, que su alma abatida deje de orar? Os digo que prontamente les hará justicia, para que su alma no pierda la fe. Pero antes hay que saber orar, sin cansarse después de las primeras oraciones, y saber pedir cosas buenas. Y también fiarse de Dios diciendo: "Pero hágase lo que tu Sabiduría ve más útil para nosotros".

Tened fe. Sabed orar con fe en la oración y con fe en Dios vuestro Padre. Y Él os hará justicia contra lo que os oprime, sean hombres o demonios, sean enfermedades u otras desventuras. La oración perseverante abre el Cielo, y la fe salva al alma, cualquiera que sea el modo en que la oración sea escuchada y atendida favorablemente. Vamos.

Y se encamina hacia la salida. Ya está casi fuera de la muralla cuando, alzando la cabeza para observar a los pocos que le siguen y a los muchos indiferentes u hostiles que lo miran de lejos, exclama con tristeza:

-¿Pero cuando vuelva el Hijo del Hombre encontrará en la Tierra todavía fe? - y, suspirando, se ciñe más estrechamente su manto y camina a grandes pasos hacia el arrabal de Ofel.

506.

En el Templo, oposición al discurso que revela que Jesús es la Luz del mundo.

Jesús está todavía en Jerusalén. No dentro de los patios del Templo. Está en una vasta estancia bien adornada, una de las tantas que hay, diseminadas, dentro del recinto amurallado, que es tan grande como un pueblo.

Ha entrado en ella hace poco. Todavía va andando al lado del que lo ha invitado a entrar, quizás para protegerlo del viento frío que sopla en el Moira; detrás de Él van los apóstoles y algunos discípulos.

Digo "algunos" porque, además de Isaac y Margziam, está Jonatán y -mezclados entre la gente que también entra detrás del Maestro- aquel levita, Zacarías, que pocos días antes le había dicho que quería ser su discípulo, y también otros dos que ya he visto con los discípulos, y cuyo nombre ignoro. Pero entre éstos, benévolos, no faltan los consabidos, los inevitables e inmutables fariseos. Se paran casi en la puerta, como si se hubieran encontrado allí por azar para discutir de negocios (¡entre tanto están ahí para oír!). Vivamente esperan los presentes la palabra del Señor.

Él mira a este grupo de distintas nacionalidades (es cosa visible; y no todas palestinas, aunque sí de religión hebrea). Mira a este grupo de personas, muchas de las cuales, quizás, mañana se esparcirán por las regiones de que provienen y llevarán a ellas su palabra diciendo: «Hemos oído al Hombre del que dicen que es nuestro Mesías». Y no les habla -a ellos que ya están instruidos en la Ley- de la Ley, como hace muchas veces cuando comprende que tiene ante sí ignorancias o fes debilitadas; sino que habla de sí mismo, para que lo conozcan.

Dice:

-Yo soy la Luz del mundo y quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida.

Y calla, tras haber enunciado el tema del discurso que va a desarrollar, como hace habitualmente cuando está para pronunciar un gran discurso. Calla para dar tiempo a la gente de decidir si el argumento les interesa o no; y dar también tiempo de irse, a aquellos a quienes el tema propuesto no les interesa. De los presentes no se marcha nadie; es más, los fariseos que estaban en la puerta, ocupados en una conversación forzada y estudiada, y que han callado y se han vuelto hacia dentro de la sinagoga a la primera palabra de Jesús, entran abriéndose paso con su indefectible prepotencia.

Cuando todo rumor ha cesado, Jesús repite la frase dicha antes, con voz aún más fuerte e incisiva, y prosigue:

-Yo, siendo el Hijo del Padre que es el Padre de la Luz, soy la Luz del mundo. Un hijo siempre asemeja al padre que lo engendró, y tiene su misma naturaleza. Igualmente Yo asemejo a Aquel que me ha engendrado, y tengo su naturaleza. Dios, el Altísimo, el Espíritu perfecto e infinito, es Luz de Amor, Luz de Sabiduría, Luz de Potencia, Luz de Bondad, Luz de Belleza. Él es el

Padre de las Luces y, quien vive de Él y en Él, al estar en la Luz, ve. Y es deseo de Dios que las criaturas vean. Él ha dado al hombre el intelecto y el sentimiento para que pudieran ver la Luz -o sea, verlo a Él- y comprenderla y amarla. Ha dado al hombre los ojos para que pudiera ver lo más bello de entre lo creado, lo que constituye la perfección de los elementos, aquello por lo cual es visible la Creación y que es una de las primeras acciones de Dios Creador y lleva el signo más visible de su Creador: la luz, incorpórea, luminosa, beatífica, consoladora, necesaria, como necesario es el Padre de todos, Dios eterno y altísimo.

Por una orden de su Pensamiento, Él creó el firmamento y la tierra, o sea, la masa de la atmósfera y la masa del polvo, lo incorpóreo y lo corpóreo, lo ligerísimo y lo pesado. Pero ambas cosas todavía pobres y vacías. Informes todavía por estar envueltas en las tinieblas. Vacías todavía de astros y de vida.

Mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, para hacer de ellos dos cosas hermosas, útiles, adecuadas para la prosecución de la obra creadora, el Espíritu de Dios -que aleteaba por encima de las aguas y era todo uno con el Creador que creaba y con el Inspirador que impulsaba a crear, para poder no sólo amarse a sí mismo en el Padre y en el Hijo sino también amar a un número infinito de criaturas, llamados astros, planetas, aguas, mares, florestas, árboles, flores, animales que volasen, que zigzagueasen, que se arrastrasen, que corrieran, que saltaran, que treparan, y, en fin, amar al hombre, *la más perfecta de las criaturas*, más perfecto que el Sol por tener el alma además de la materia, la inteligencia además del instinto, la libertad además del orden; al hombre semejante a Dios por el espíritu, semejante al animal por la carne; al semidiós que viene a ser dios por participación y por gracia de Dios y voluntad propia; al ser humano que queriendo puede transformarse en ángel; al amadísimo de la Creación sensible, para el cual, aun sabiéndolo pecador, desde antes de que el tiempo existiera preparó el Salvador, la Víctima, en el Ser amado sin medida, en el Hijo, en el Verbo, por el que todo ha sido hecho-, mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, decía, he aquí que el Espíritu de Dios, aleteando en el cosmos, grita, y es la primera manifestación de la Palabra: "Sea la luz", y la luz es, buena, salúfiera, potente durante el día, tenue durante la noche, pero imperecedera mientras dure el tiempo.

Del océano de maravillas que es el trono de Dios, el seno de Dios, Dios saca la gema más bella, la luz, que precede a la gema más perfecta, que es la creación del hombre, en el cual no está una joya de Dios, sino que está Dios mismo, con su soplo espirado en el barro para hacer de éste una carne y una vida y un heredero suyo en el Paraíso celeste, donde Él espera a los justos, a los hijos, para gozarse en ellos y ellos en Él.

Si al principio de la creación Dios quiso la luz sobre sus obras, si para hacer la luz se sirvió de su Palabra, si Dios a los más amados dona su semejanza más perfecta, la luz -luz material jubilosa e incorpórea, luz espiritual sabia y santificadora-, ¿podrá no haber dado al Hijo de su amor aquello que Él mismo es? En verdad, a Aquel en quien *ab aeterno* Él se complace, el Altísimo le ha dado todo, y ha querido que de ese todo la Luz fuera primera y potentísima, para que sin esperar a subir al Cielo los hombres conocieran la maravilla de la Triade, aquello que hace cantar a los bienaventurados coros de los Cielos, cantar por la armonía del maravillado júbilo que les viene a los ángeles del hecho de mirar a la Luz, o sea, a Dios, a la Luz que llena el Paraíso y hace bienaventurados a todos los que lo habitan.

Yo soy la Luz del mundo. ¡Quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida! De la misma manera que la luz en la tierra informe consintió la vida a las plantas y a los animales, mi Luz consiente a los espíritus la Vida eterna. Yo (la Luz que Yo soy) creo en vosotros la Vida y la mantengo, la aumento, os creo de nuevo en ella, os transformo, os llevo a la Morada de Dios por caminos de sabiduría, de amor, de santificación. Quien tiene en sí la Luz tiene en sí a Dios, porque la Luz es una con la Caridad y quien tiene la Caridad tiene a Dios. Quien tiene en sí la Luz tiene en sí la Vida, porque Dios está donde su dilecto Hijo es recibido.

¿Dices palabras sin razón. ¿Quién ha visto lo que es Dios? Ni siquiera Moisés vio a Dios, porque en el Horeb, en cuanto supo quién hablaba detrás de la zarza que ardía, se cubrió el rostro; y tampoco las otras veces pudo verlo entre los rayos cegadores. ¿Y Tú dices que has visto a Dios? A Moisés, que sólo lo oyó hablar, le quedó un esplendor en el rostro. Pero Tú, ¿qué luz tienes en tu cara? Eres un pobre galileo de cara pálida como la mayoría de vosotros. Eres un enfermo, cansado y enjuto. Verdaderamente, si hubieras visto a Dios y Él te amara, no estarías como uno que está próximo a la muerte. ¿Pretendes dar la vida Tú que ni para ti mismo la tienes? - y menean la cabeza compadeciéndolo con ironía.

-Dios es Luz y Yo sé cuál es su Luz, porque los hijos conocen a su padre y porque cada uno se conoce a sí mismo. Yo conozco al Padre mío y sé quién soy. Yo soy la Luz del mundo. Soy la Luz porque mi Padre es la Luz y me ha engendrado dándome su Naturaleza. La Palabra no es distinta del Pensamiento, porque la palabra expresa lo que el intelecto piensa. Y, además, ¿ya no conocéis a los profetas? ¿No os acordáis de Ezequiel y, sobre todo, de Daniel? (*Ezequiel 1, 26-28 y en Daniel 7,9-10*) Describiendo a Dios, visto en la visión, en el carro de los cuatro animales, dice el primero: "En el trono estaba uno que por el aspecto parecía un hombre Y dentro de él y en torno a él vi una especie de electro, como la apariencia del fuego, y hacia arriba y hacia abajo de sus caderas vi como una especie de fuego que resplandecía en torno; como el aspecto del arco iris cuando se forma en la nube en día de lluvia: tal era el aspecto del resplandor de en torno". Y dice Daniel: "Yo estaba observando hasta que fueron alzados unos tronos y el Secular de los días se sentó. Sus vestiduras eran blancas como la nieve, sus cabellos como la cándida lana; vivas llamas era su trono, las ruedas de su trono fuego a llamaradas. Un río de fuego fluía rápido delante de él". Así es Dios, y así seré Yo cuando venga a juzgaros.

Tu testimonio no es válido. Te das testimonio a ti mismo. Por tanto, ¿qué valor tiene tu testimonio? Para nosotros no es verdadero.

-Aunque dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy. Pero vosotros no sabéis ni de dónde vengo ni a dónde voy. Vuestra sabiduría es lo que veis. Yo, sin embargo, conozco todo lo que al hombre le es desconocido, y he venido para que también vosotros lo conozcáis. Por esto he dicho que soy la Luz, porque la luz hace conocer lo que ocultaban las sombras. En el Cielo hay luz, en la Tierra reinan mucho las tinieblas y cubren las verdades a los espíritus, porque las tinieblas odian a los espíritus de los hombres y no quieren que conozcan la Verdad y las verdades, para que no se santifiquen. Y para esto he venido, para que tengáis Luz y, por tanto, Vida. Pero vosotros no me queréis acoger.

Queréis juzgar lo que no conocéis, y no podéis juzgarlo porque está muy por encima de vosotros y es incomprensible para todo aquel que no lo contemple con los ojos del espíritu, y un espíritu humilde y nutrido de fe. Pero vosotros juzgáis según la carne. Por eso no podéis estar en el juicio verdadero. Yo, por el contrario, no juzgo a nadie; basta que pueda abstenerme de juzgar. Os miro con misericordia, y oro por vosotros, para que os abráis a la Luz. Pero, cuando tengo realmente que juzgar, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino que estoy con el Padre que me ha enviado, y Él ve desde su gloria el interior de los corazones. Y como ve el vuestro ve el mío. Y si viera en mi corazón un juicio injusto, por amor a mí y por el honor de su Justicia, me lo advertiría. Mas Yo y el Padre juzgamos de una única manera; por tanto, somos dos y no Yo solo los que juzgamos y testificamos. En vuestra Ley está escrito (*Deuteronomio 19, 15*) que el testimonio de dos testigos que afirman lo mismo debe ser aceptado como verdadero y válido. Yo, pues, doy testimonio de mi Naturaleza, y conmigo el Padre que me ha enviado testifica lo mismo. Por tanto, lo que digo es verdad.

-Nosotros no oímos la voz del Altísimo. Tú lo dices, que es tu Padre...

-Él habló de mí en el Jordán...

-Bien, pero no estabas solo Tú en el Jordán. También estaba Juan. Pudo hablarle a él. Era un gran profeta.

-Con vuestros propios labios os condenáis. Decidme: ¿quién habla por los labios de los profetas?

-El Espíritu de Dios.

-¿Y para vosotros Juan era profeta?

-Uno de los mayores, si no el mayor.

-¿Y entonces por qué no habéis creído en sus palabras y no creéis? Él me indicaba como el Cordero de Dios venido a cancelar los pecados del mundo. A quien le preguntaba si era el Cristo, decía: "No soy el Cristo, sino el que le precede, porque existía antes de mí y yo no lo conocía, pero el que me tomó desde el vientre de mi madre y me ha investido en el desierto y me ha mandado a bautizar me ha dicho: Aquel sobre el que verás descender el Espíritu es el que bautizará con el Espíritu Santo y en fuego". ¿No os acordáis? Pues muchos de vosotros estabais presentes... ¿Por qué, pues, no creéis en el profeta que me indicó habiendo oído las palabras del Cielo? ¿Debo decir al Padre mío que su Pueblo ya no cree en los profetas?

-¿Pero dónde está el padre tuyo? José, el carpintero, duerme desde hace años en el sepulcro. Tú ya no tienes padre.

-Vosotros no me conocéis a mí ni conocéis a mi Padre. Pero, si quisierais conocerme, conoceríais también a mi verdadero Padre.

-Eres un endemoniado y un embustero. Eres un blasfemo, pues que quieres sostener que el Altísimo es tu Padre. Y merecerías el castigo de la Ley.

Los fariseos y otros del Templo gritan amenazadores, mientras la gente los mira con torva mirada, en defensa del Cristo.

Jesús los mira sin añadir palabra alguna, y sale de la estancia por una puertecita lateral que da a un pórtico.

507

El gran debate con los judíos. Huyen del Templo con la ayuda del levita Zacarías.

Jesús entra otra vez en el Templo con apóstoles y discípulos. Y algunos apóstoles, y no sólo apóstoles, le hacen la observación de que es imprudente entrar. Pero Él responde:

-¿Con qué derecho podrían negármelo? ¿Estoy condenado acaso? No, por ahora todavía no lo estoy. Subo, pues, al altar de Dios como todo israelita que teme al Señor.

-Pero tienes intención de hablar...

-¿Y no es éste el lugar donde habitualmente se reúnen los rabíes para hablar? Estar fuera de aquí para hablar y adoctrinar es la excepción, y puede representar un descanso que se ha tomado un rabí, o una necesidad personal. Pero el lugar en que todos apetecen enseñar a los discípulos es éste. ¿No veis en torno a los rabíes gente de todas las nacionalidades, que se acercan a oír al menos una vez a los célebres rabíes? Al menos para poder decir al regresar a su tierra natal: "Hemos oído a un maestro, a un filósofo hablar según el modo de Israel". Maestro para los que ya son o tienden a ser hebreos; filósofo para los que son gentiles en el verdadero sentido de la palabra. Y los rabíes no se desdeñan de ser escuchados por éstos, porque esperan hacer de ellos prosélitos. Sin esta esperanza, que si fuera humilde sería santa, no estarían en el Patio de los Paganos, sino que exigirían hablar en el de los Hebreos, y, si fuera posible, en el Santo mismo, porque, según su juicio sobre sí mismos, son tan santos que sólo Dios es superior a ellos... Y Yo, Maestro, hablo donde hablan los maestros. Pero ¡no temáis! No es todavía su momento. Cuando sea su momento os lo diré, para que fortalezcáis vuestro corazón.

-No lo dirás - dice Judas Iscariote.

-¿Por qué?

-Porque no lo podrás saber. Ninguna señal te lo indicará. No hay señal. Hace casi tres años que estoy contigo y siempre te he visto amenazado y perseguido. Es más, antes estabas solo, mientras que ahora tienes detrás de ti al pueblo que te ama y que es temido por los fariseos. Así que eres más fuerte. ¿Por qué cosa esperas comprender el momento?

-Por lo que veo en el corazón de los hombres.

Judas se queda un momento desorientado, luego dice:

-Y tampoco lo dirás porque... al dudar de nuestro valor, nos eximirás de ello. -Por no afligirnos, calla - dice Santiago de Zebedeo.

-También. Pero seguro que no lo dirás.

-Os lo diré. Y hasta que no os lo diga, cualquiera que fuese la violencia y el odio que vierais contra mí, no os asustéis. Son cosas sin consecuencias. Seguid adelante. Yo me quedo aquí a esperar a Manahén y a Margziam.

A regañadientes, los doce y quien está con ellos se adelantan. Jesús vuelve hacia la puerta para esperar a los dos; es más, sale a la calle y tuerce hacia la Antonia.

Unos legionarios, parados al pie de la fortaleza, lo señalan - unos a otros se lo señalan- y hablan entre sí. Parece que hay un poco de discusión, luego uno dice más fuerte:

-Yo se lo pregunto - y se separa yendo hacia Jesús.

-¡Salve, Maestro! ¿Vas a hablar también hoy ahí dentro?

-Que la Luz te ilumine. Sí. Hablaré.

-Entonces... ten cuidado. Uno que sabe nos ha advertido. Y una que te admira ha ordenado vigilar. Estaremos al lado del subterráneo de oriente. ¿Sabes dónde está la entrada?

-No lo ignoro. Pero está cerrada por las dos partes.

-¿Tú crees? - El legionario ríe con una breve sonrisa, y en la sombra de su yelmo los ojos y dientes brillan haciéndolo más joven. Luego, cuadrándose, saluda:

-¡Salve, Maestro! Acuérdate de Quinto Félix.

-Me acordaré. Que la Luz te ilumine.

Jesús echa a andar de nuevo y el legionario regresa al sitio de antes y habla con sus compañeros.

-¿Maestro, hemos tardado? ¡Eran muchos los leprosos! - dicen juntos Manahén -vestido sencillamente de marrón oscuro- y Margziam.

-No. Habéis tardado poco. De todas formas, vamos; los otros nos esperan. ¡Manahén, has sido tú el que ha avisado a los romanos?

-¿De qué, Señor? No he hablado con nadie. Y no sabría... Las romanas no están en Jerusalén».

De nuevo están junto a la puerta de la muralla y, como si estuviera por azar, está allí cerca el levita Zacarías.

-La paz a ti, Maestro. Quiero decirte... Trataré de estar siempre donde tú aquí dentro. Y no me pierdas de vista. Y, si hay tumulto y ves que me marchó, trata de seguirme siempre. ¡Te odian mucho! No Puedo hacer más... Compréndeme...

-Que Dios te lo pague y te bendiga por la piedad que tienes por su Verbo. Haré lo que dices. Y no temas, que ninguno sabrá de tu amor por mí.

Se separan.

-Quizás ha sido él el que se lo ha dicho a los romanos. Estando ahí dentro, habrá sabido... - susurra Manahén.

Van a orar, pasando entre la gente, que los mira con diferentes sentimientos, y que se reúne luego detrás de Jesús cuando, terminada la oración, Él vuelve del patio de los Hebreos.

Fuera ya de la segunda muralla, Jesús hace ademán de pararse, pero un grupo mixto de escribas, fariseos y sacerdotes, lo rodea. Uno de los magistrados del Templo habla por todos.

-¿Estás todavía aquí? ¿No comprendes que no te aceptamos? ¿No temes siquiera el peligro que te amenaza? Vete. Ya es mucho si te dejamos orar. No te permitimos ya más que enseñes tus doctrinas.

-Sí. Vete. ¡Vete, blasfemo!

-Sí, me voy, como queréis. Y no sólo fuera de estos muros. Me voy a marchar, estoy ya marchándome, más lejos, a donde ya no podréis ir. Y llegarán horas en que me buscaréis también vosotros, y ya no sólo para perseguirme, sino también por un supersticioso terror de una acción contra vosotros por haberme echado; por una ansia supersticiosa de ser perdonados de vuestro pecado para obtener misericordia. Pero os digo que ésta es la hora de la misericordia, la hora de hacerse amigos del Altísimo. Pasada esta hora, será inútil todo remedio. Ya no me tendréis, y moriréis en vuestro pecado. Aunque recorrierais toda la Tierra y lograrais alcanzar astros y planetas, no me encontraríais, porque a donde Yo voy vosotros no podéis ir. Ya os lo he dicho. Dios viene y pasa. El sabio lo acoge con sus dones cuando pasa. El necio lo deja marcharse y ya no vuelve a encontrarlo. Vosotros soy de abajo, Yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo. Por eso, una vez que Yo haya regresado a la morada de mi Padre, fuera de este mundo vuestro, ya no me encontraréis y moriréis en vuestros pecados, porque ni siquiera sabréis alcanzarme espiritualmente con la fe.

-¿Te quieres matar, endemoniado? Claro que, entonces, en el Infierno donde bajan los violentos nosotros no podremos alcanzarte, porque el Infierno es de los condenados, de los malditos, y nosotros somos los benditos hijos del Altísimo - dicen algunos.

Y otros aprueban, diciendo:

-Seguro que se quiere matar, porque dice que a donde Él va nosotros no podemos ir. Comprende que ha sido descubierto y que ha fallado el intento, y se quita la vida sin esperar a que se la quiten, como al otro galileo falso Cristo.

Y otros, benévolos:

-¿Y si fuera realmente el Cristo y realmente volviera a Aquel que lo ha enviado?

-¿A dónde? ¿Al Cielo? ¿No está allí Abraham y piensas que va a ir Él? Antes tiene que venir el Mesías.

-Pero Elías fue raptado al Cielo en un carro de fuego.

-En un carro, sí. Pero al Cielo... ¿quién lo asegura?

Y el contraste continúa mientras fariseos, escribas, magistrados, sacerdotes, judíos al servicio de sacerdotes, escribas y fariseos, van siguiendo a Cristo por los amplios pórticos como una jauría de perros acosa a la salvajina levantada.

Pero algunos, los buenos de la masa hostil, aquellos a quienes verdaderamente mueve un deseo honesto, se abren paso hasta llegar a Jesús y le hacen esa ansiosa pregunta que tantas veces se ha oído hacer, o con amor o con odio:

-¿Quién eres Tú? Dínoslo, para que sepamos obrar en consecuencia. ¡Di la verdad en nombre del Altísimo!

-Yo soy la Verdad misma y no uso nunca la mentira. Yo soy el que siempre os he dicho que soy, desde el primer día que he hablado a las muchedumbres, en todo lugar de Palestina; el que aquí he dicho que soy, varias veces, cerca del Santo de los Santos, cuyos rayos no temo porque digo la verdad. Todavía me quedan de decir muchas cosas, y de juzgar en mi día y respecto

a este pueblo, y, aunque parezca para mí cercano ya el atardecer, sé que las diré y que juzgaré a todos, porque así me lo ha prometido el que me ha enviado, que es veraz. El ha hablado conmigo en un eterno abrazo de amor, diciéndome todo su Pensamiento, para que Yo lo pudiera expresar con mi Palabra al mundo, y no podré callar, ni nadie podrá hacerme callar hasta que haya anunciado al mundo todo aquello que he oído al Padre mío.

-¿Y todavía blasfemas? ¿Sigues llamándote Hijo de Dios? ¿Y quién piensas que te va a creer? ¿Quién crees que va a ver en ti al Hijo de Dios? - le dicen los enemigos, gesticulando casi con los puños delante de la cara, pareciendo, a causa del odio, personas trastornadas.

Apóstoles, discípulos y la gente bienintencionada los rechazan, formando como una barrera de protección para el Maestro. El levita Zacarías, lentamente, con movimientos atentos para no llamar la atención de los energúmenos, se acerca a Jesús, a Manahén y a los dos hijos de Alfeo.

Ya están en el final del pórtico de los Paganos, porque la marcha es lenta entre las corrientes contrarias, y Jesús se detiene en su sitio habitual, en la última columna del lado oriental. Se para. Del lugar donde hasta los paganos están no pueden expulsar a un verdadero israelita, so pena de soliviantar a la muchedumbre, cosa que los farsantes evitan hacer. Y allí empieza a hablar otra vez, respondiendo a sus ofensores y con ellos a todos:

-Cuando elevéis al Hijo del hombre...

Gritan los fariseos y escribas:

-¿Quién crees que te va a elevar? Mísero es el país que tiene por rey a un charlatán desquiciado y a un blasfemo aborrecido por Dios. Ninguno de nosotros te alzaré, puedes estar seguro. El resto de luz que te queda te lo hizo comprender a tiempo, cuando fuiste tentado. ¿Sabes que nunca podremos hacerte nuestro rey!

-Lo sé. No me elevaréis a un trono, pero me elevaréis. Y alzándome, creeréis que me estáis bajando. Pero precisamente cuando creáis que me habéis bajado, seré alzado. No sólo en Palestina, no sólo en todo el Israel esparcido por el mundo, sino en todo el mundo, incluso en las naciones paganas, incluso en los lugares todavía ignorados por los doctos del mundo. Y seré elevado no durante una vida de hombre, sino durante toda la vida de la Tierra, y la sombra del dosel de mi trono se irá extendiendo cada vez más sobre la Tierra hasta cubrirla por entero. Sólo entonces volveré y me veréis. ¡Me veréis!

-¿Pero estáis oyendo que forma demente de hablar? ¿Lo elevaremos bajándolo y lo bajaremos alzándolo! ¡Un loco! ¡Un loco! ¡Y la sombra de su trono sobre toda la Tierra! ¡Más grande que Ciro! ¡Más que Alejandro! ¡Más que César! ¿Dónde pones a César? ¿Crees que te va a dejar tomar el imperio de Roma? ¿Y permanecerá en el trono durante todo el tiempo del mundo! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

Con su ironía dan bofetadas, más latigazos, peor que con un flagelo.

Pero Jesús deja que hablen. Alza la voz para ser oído en medio del clamor de quien se ríe y de quien defiende, y que llena el lugar con rumor de mar agitado.

-Cuando levantéis al Hijo del hombre, comprenderéis quién soy y que no hago por mí mismo nada, sino que digo aquello que mi Padre me ha enseñado y hago lo que Él quiere. Y el que me ha enviado, ciertamente, no me deja solo, sino que está conmigo. De la misma manera que la sombra sigue al cuerpo, lo mismo está el Padre detrás de mí, vigilante y aunque invisible, presente. Está detrás de mí y me conforta y ayuda y no se aleja, porque hago siempre lo que a Él le agrada. Dios, por el contrario, se aleja cuando sus hijos no obedecen sus leyes e inspiraciones. Entonces se marcha y los deja solos. Por eso muchos en Israel pecan. Porque el hombre, abandonado a sí mismo, difícilmente se conserva justo y fácilmente cae en las espiras de la Serpiente. Y en verdad, en verdad os digo que por vuestro pecado de resistencia a su Luz y Misericordia Dios se aleja de vosotros y dejará vacío de sí este lugar y vuestros corazones; y lo que con llanto dijo Jeremías en sus profecías y lamentaciones se cumplirá exactamente. Meditad esas palabras proféticas, y temblad. Temblad y entrad otra vez en vosotros mismos con espíritu bueno. Oíd no las amenazas, sino aún la bondad del Padre que advierte a sus hijos mientras todavía les es concedido reparar y salvarse. Oíd a Dios en las palabras y en los hechos y, si no queréis creer en mis palabras, porque el viejo Israel os ahoga, creed al menos en el viejo Israel. En él gritan los profetas los peligros y las calamidades de la Ciudad Santa y de toda nuestra Patria, si no se convierte al Señor su Dios y no sigue al Salvador. Ya pesó sobre este pueblo la mano de Dios en los siglos pasados. Pero el pasado y el presente no serán nada respecto al tremendo futuro que le espera por no haber querido acoger a Aquel al que Dios ha enviado. Ni en rigor ni en duración es comparable lo que espera al Israel que repudia al Cristo. Yo os lo digo, adelantando la mirada a través de los siglos: como árbol tronchado y arrojado a un vortiginoso río, así será la raza hebraica alcanzada por el anatema divino. Tenaz, tratará de detenerse en las orillas en uno u otro punto; siendo exuberante, brotarán de él vástagos y raíces. Pero, cuando ya crea que ha arraigado, volverá contra él la violencia de la riada y ésta volverá a arrancarlo, romperá sus raíces y vástagos y el árbol irá más allá, a sufrir, para arraigar y ser de nuevo arrancado y vagar de nuevo. Y nada podrá darle paz, porque la riada que hostigará será la ira de Dios y el desprecio de los pueblos. Sólo arrojándose a un mar de Sangre viva y santificante podría hallar paz. Pero evitará esa Sangre, porque, a pesar de las palabras de solicitud que ésta le dirigirá, le parecerá -Caín del Abel celeste- oír la voz de la sangre de Abel.

Otro amplio rumor que se propaga por el vasto recinto como rumor de olas. Pero en este rumor faltan las voces ásperas de los fariseos y escribas, y de los judíos a ellos subyugados. Jesús aprovecha para tratar de marcharse.

Pero algunos que estaban lejos se acercan a Él y le dicen:

-Maestro, escúchanos. No todos somos como ellos (y señalan a los enemigos), pero nos es costoso seguirte, incluso porque tu voz está sola contra una gran abundancia de voces que dicen lo contrario de lo que dices Tú. Y las cosas que dicen ellos son las que hemos oído a nuestros padres desde que éramos niños. Pero tus palabras nos inducen a creer. ¿Cómo lograremos, pues, creer completamente y tener vida? Estamos como atados por el pensamiento del pasado...

-Si os establecéis en mi Palabra como si renacierais ahora, creeréis completamente y seréis mis discípulos. Pero es necesario que os despojéis del pasado y aceptéis mi doctrina, que no borra todo el pasado, sino que mantiene y vigoriza lo santo

y sobrenatural del pasado y quita lo superfluo humano, y coloca la perfección de mi doctrina donde ahora están las doctrinas humanas, que siempre son imperfectas. Si venís a mí, conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres.

-Maestro, es verdad que te hemos dicho que estamos como atados por el pasado. Pero este vínculo no es cautiverio ni esclavitud. Nosotros somos descendencia de Abraham. En las cosas del espíritu. Porque con "descendencia de Abraham", si no nos equivocamos, se quiere significar descendencia espiritual contrapuesta a la de Agar, que es descendencia de esclavos. ¿Cómo es que dices, entonces, que seremos libres?

-Os hago la observación de que también era descendencia de Abraham Ismael y los hijos de él. Porque Abraham fue padre de Isaac y de Ismael.

-Pero impura, porque era hijo de una mujer esclava y egipcia.

-En verdad, en verdad os digo que no hay más que una esclavitud, la del pecado. Sólo el que comete pecado es un esclavo, y esta esclavitud ninguna moneda la rescata. Hacia un amo implacable y cruel. Una esclavitud que incluye la pérdida de todos los derechos a la libre soberanía en el Reino de los Cielos. El esclavo, el hombre hecho esclavo por una guerra o por desgracias, puede caer en manos de un buen amo. Pero siempre es precaria su buena posición, porque el amo puede venderlo a otro amo, cruel. El esclavo es una mercancía y nada más. A veces sirve como moneda para saldar una deuda. Y ni siquiera tiene el derecho a llorar. El criado, sin embargo, vive en la casa de su señor, si bien sólo mientras éste no lo despiden. Pero el hijo se queda siempre en la casa de su padre y el padre no piensa en echarlo. Sólo por su libre voluntad puede salir. Y en esto está la diferencia entre esclavitud y servidumbre y entre servidumbre y filiación. La esclavitud encadena al hombre, la servidumbre lo pone al servicio de un señor, la filiación lo coloca para siempre, y con igualdad de vida, en la casa del padre. La esclavitud aniquila al hombre, la servidumbre lo somete, la filiación lo hace libre y feliz. El pecado hace al hombre esclavo del amo más cruel y sin término: Satanás. La servidumbre, en este caso la antigua Ley, hace al hombre temeroso de Dios, como de un Ser intransigente. La filiación, o sea, el ir a Dios junto con su Primogénito, conmigo, hace del hombre un ser libre y feliz, que conoce la caridad de su Padre y en ella confía. Aceptar mi doctrina es ir a Dios junto conmigo, Primogénito de muchos hijos preferidos. Yo romperé vuestras cadenas -basta con que vengáis a mí para que las rompa-, y seréis verdaderamente libres y coherederos conmigo del Reino de los Cielos. Sé que sois descendencia de Abraham. Pero aquel de vosotros que trate de hacerme morir ya no honra a Abraham sino a Satanás, y sirve a éste como fiel esclavo. ¿Por qué? Porque rechaza mi palabra; de forma que mi palabra no puede penetrar en muchos de vosotros. Dios no fuerza al hombre a creer, no lo fuerza a aceptarme; pero me envía para que os indique cuál es su voluntad. Y Yo os refiero lo que he visto y oído al lado de mi Padre. Y hago lo que Él quiere. Pero aquellos de vosotros que me persiguen hacen lo que han aprendido de su padre y lo que él sugiere.

Como paroxismo que resurge después de una pausa del mal, la ira de los judíos, fariseos y escribas, que parecía muy calmada, se despierta violenta. Se van introduciendo como una cuña en el círculo compacto que aprieta a Jesús, y tratan de llegar a Él. La masa de gente se mueve con vaivén de fuertes y contrarias ondas, como contrarios son los sentimientos de los corazones. Gritan los judíos, lívidos de ira y de odio:

-¡El padre nuestro es Abraham! ¡No tenemos ningún otro padre!

-El Padre de los hombres es Dios. El mismo Abraham es hijo del Padre universal. Pero muchos repudian al Padre verdadero a cambio de uno que no es padre, pero que lo eligen como tal porque parece más poderoso y dispuesto a contentarlos en sus deseos desordenados. Los hijos hacen las obras que ven hacer a su padre. Si sois hijos de Abraham, ¿por qué no hacéis las obras de Abraham? ¿No las conocéis? ¿Os las debo enumerar como naturaleza y como símbolo? (*Génesis 12; 13; 15; 18; 22*) Abraham obedeció yendo al país que le fue indicado por Dios, y es figura del hombre que debe estar preparado para dejar todo e ir a donde Dios lo envíe. Abraham fue condescendiente con el hijo de su hermano y le dejó elegir la región preferida, y es figura del respeto a la libertad de acción y de la caridad que debemos tener para con nuestro prójimo. Abraham fue humilde después de la predilección de Dios y lo honró en Mambré, y se sintió siempre nada respecto al Altísimo, que le había hablado; es figura de la postura de amor reverencial que el hombre debe tener siempre hacia su Dios. Abraham creyó en Dios y lo obedeció incluso en las cosas más difíciles de creer y penosas de cumplir, y por el hecho de sentirse seguro no se hizo egoísta, sino que oró por los de Sodoma. Abraham no buscó un pacto con el Señor queriendo un premio por sus muchas obediencias, sino que, al contrario, para honrarlo hasta el fin, hasta el máximo límite, le sacrificó su amadísimo hijo...

-No lo sacrificó.

-Le sacrificó su amadísimo hijo, porque verdaderamente su corazón ya había sacrificado durante el trayecto, con su voluntad de obedecer, que fue detenida por el ángel cuando ya el corazón del padre se partía estando para partir el corazón de su hijo. Mataba al hijo por honrar a Dios. Vosotros le matáis a Dios el Hijo por honrar a Satanás. ¿Hacéis, pues, vosotros las obras de aquel a quien llamáis padre? No, no las hacéis. Tratáis de matarme a mí porque os digo la verdad tal y como la he oído de Dios. Abraham no hacía eso. No trataba de matar la voz que venía del Cielo, sino que la obedecía. No, vosotros no hacéis las obras de Abraham, sino las que os indica vuestro padre.

-No hemos nacido de una prostituta. No somos espurios. Has dicho, Tú mismo lo has dicho, que el Padre de los hombres es Dios, y nosotros además somos del Pueblo elegido, y pertenecemos a las castas distinguidas de este Pueblo. Por tanto, tenemos a Dios como único Padre.

-Si reconocierais a Dios como Padre en espíritu y en verdad, me amaríais, porque Yo procedo y vengo de Dios; ciertamente no vengo de mí mismo, sino que es Él el que me ha enviado. Por eso, si verdaderamente conocierais al Padre, me conoceríais también a mí como Hijo suyo y hermano y Salvador vuestro. ¿Pueden los hermanos no reconocerse? ¿Pueden los hijos de Uno solo no conocer el lenguaje que se habla en la Casa del único Padre? ¿Por qué, entonces, no comprendéis mi lenguaje y no toleráis mis palabras? Porque Yo vengo de Dios y vosotros no. Vosotros habéis abandonado el hogar paterno y habéis olvidado el rostro y el lenguaje de Aquel que lo habita. Habéis ido voluntariamente a otras regiones, a otras moradas, donde reina otro, que no es Dios, y donde se habla otro idioma. Y quien allí reina impone que, para entrar, uno se haga hijo suyo y lo obedezca. Y vosotros lo habéis hecho y seguís haciéndolo. Vosotros abjuráis, renegáis del Padre Dios para elegir otro

padre. Y éste es Satanás. Vosotros tenéis como padre al demonio y queréis llevar a cabo lo que él os sugiere. Y los deseos del demonio son de pecado y violencia, y vosotros los acogéis. Desde el principio era homicida, y no perseveró en la verdad porque él, que se rebeló contra la Verdad, no puede tener en sí amor a la verdad. Cuando habla, habla como lo que es, o sea, como mentiroso y tenebroso, porque verdaderamente es mentiroso y ha engendrado y ha dado nacimiento a la mentira tras haberse fecundado con la soberbia y nutrido con la rebelión. Toda la concupiscencia está en su seno, y la escupe e inocular para envenenar a las criaturas. Es el tenebroso, el menospreciador, el rastrero reptil maldito, es el Oprobio y el Horror. Desde hace muchos siglos sus obras atormentan al hombre, y las señales y frutos de ellas están ante las mentes de los hombres. Y, no obstante, a él, que miente y destruye, le prestáis oídos, mientras que si hablo Yo y digo lo que es verdad y es bueno no me creéis y me llamáis pecador. ¿Pero quién de entre los muchos que me han conocido, con odio o amor, puede decir que me ha visto pecar? ¿Quién puede decirlo con verdad? ¿Dónde, las pruebas para convencernos a mí y a los que creen en mí de que soy pecador? ¿Contra cuál de los diez mandamientos he faltado? ¿Quién, ante el altar de Dios, puede jurar que me ha visto violar la Ley y las costumbres, los preceptos, las tradiciones, las oraciones? ¿Quién de entre todos los hombres podrá hacerme mudar el rostro por haber sido convencido, con pruebas seguras, de pecado? Ninguno puede hacerlo. Ningún hombre y ningún ángel. Dios grita en el corazón de los hombres: "Es el Inocente". De esto estáis todos convencidos, y, vosotros que me acusáis, más todavía que estos otros, que vacilan acerca de quién entre Yo y vosotros tiene razón. Mas sólo el que es de Dios escucha las palabras de Dios. Vosotros no las aceptáis a pesar de que resuenen en vuestras almas día y noche, y no las escucháis porque no sois de Dios.

-¿Nosotros, nosotros que vivimos para la Ley y en la más minuciosa observancia de los preceptos para honrar al Altísimo, no somos de Dios? ¿Y Tú osas decir esto? ¡Ah!

Parecen ahogarse del horror, como si fuera un dogal.

-¿Y no hemos de decir que eres un endemoniado y un samaritano?

-No soy ni lo uno ni lo otro, sino que honro a mi Padre, aunque vosotros lo neguéis para vilipendiarlo. Pero vuestro vilipendio no me aflige. No busco mi gloria. Hay quien se preocupa de ella y juzga. Esto os digo a vosotros que me queréis denigrar. Pero a los que tienen buena voluntad les digo que quien acoja mi palabra, o ya la haya acogido, y la sepa custodiar, no verá la muerte por los siglos de los siglos.

-¡Ah! ¡Ahora vemos claro que por tus labios habla el demonio que te posee! Tú mismo lo has dicho: "Habla como mentiroso". Lo que acabas de decir es palabra mentirosa, por tanto es palabra demoníaca. Abraham murió y murieron los profetas. Y dices que el que guarde tu palabra no verá la muerte por los siglos de los siglos. ¡Entonces Tú no vas a morir?

-Moriré sólo como Hombre, para resucitar en el tiempo de Gracia, pero como Verbo no moriré. La Palabra es Vida y no muere. Y quien acoge en sí la Palabra tiene en sí la Vida y no muere para siempre, sino que resucita en Dios porque Yo lo resucitaré.

-¡Blasfemo! ¡Loco! ¡Demonio! ¿Eres más que nuestro padre Abraham, que murió, y que los profetas? ¿Quién te crees ser?

-El Principio que os habla.

-Se produce un pandemónium. Y, mientras esto sucede, el levita Zacarías empuja a Jesús insensiblemente hacia un ángulo del pórtico, ayudado en ello por los hijos de Alfeo y por otros que quizás colaboran, sin quizás saber siquiera bien lo que hacen.

Cuando Jesús está bien arrimado al muro y tiene delante de sí la protección de los más fieles, y un poco se calma el tumulto también en el patio, dice con su voz incisiva y hermosa, tranquila incluso en los momentos más agitados:

-Si me glorifico a mí mismo, no tiene valor mi gloria. Todos pueden decir de sí lo que quieran. Pero el que me glorifica es mi Padre, el que decís que es vuestro Dios, si bien es tan poco vuestro que no lo conocéis y no lo habéis conocido nunca ni lo queréis conocer a través de mí, que os hablo de Él porque lo conozco. Y si dijera que no lo conozco para calmar vuestro odio hacia mí, sería un embustero como lo sois vosotros diciendo que lo conocéis. Yo sé que no debo mentir por ningún motivo. El Hijo del hombre no debe mentir, si bien el decir la verdad será causa de su muerte. Porque si el Hijo del hombre mintiera, ya no sería verdaderamente Hijo de la Verdad y la Verdad lo alejaría de sí. Yo conozco a Dios, como Dios y como Hombre. Y como Dios y como Hombre conservo sus palabras y las acato. ¡Israel, reflexiona! Aquí se cumple la Promesa. En mí se cumple. ¡Reconóceme en lo que soy! Vuestro padre Abraham suspiró por ver mi día. Lo vio proféticamente por una gracia de Dios, y exultó. Y vosotros en verdad lo vivís...

-¡Cállate! ¡No tienes todavía cincuenta años y pretendes decir que Abraham te ha visto y que Tú lo has visto? - y su carcajada de burla se propaga como una ola de veneno o de ácido corrosivo.

-En verdad, en verdad os lo digo: antes de que Abraham naciera, Yo soy.

-“¿Yo soy?” Sólo Dios puede decir que es, porque es eterno. ¡No tú! ¡Blasfemo! “¡Yo soy!” ¡Anatema! ¿Eres, acaso, Dios para decirlo?, le grita uno que debe ser un alto personaje porque acaba de llegar y ya está cerca de Jesús, dado que todos se han apartado con terror cuando ha venido.

-Tú lo has dicho -responde Jesús con voz de trueno.

Todo se hace arma en las manos de los que odian. Mientras el último que ha preguntado al Maestro se entrega a toda una mímica de escandalizado horror y se quita violentamente la prenda que cubre su cabeza, y se alborota el pelo y la barba y se desata las hebillas que sujetan la túnica al cuello, como si se sintiera desfallecer del horror, puñados de tierra, y piedras (usadas por los vendedores de palomas y otros animales para tener tensas las cuerdas de los cercados, y por los cambistas para... prudente custodia de sus arquetas, de las que se muestran más celosos que de la propia vida) vuelan contra el Maestro, y naturalmente caen sobre la propia gente, porque Jesús está demasiado dentro, bajo el pórtico, como para ser alcanzado, y la gente impreca y se queja...

Zacarías, el levita, da -único medio para hacerlo llegar hasta una puertecita baja, escondida en el muro del pórtico y ya preparada para abrirse- un fuerte empujón a Jesús; lo empuja hacia la puerta a la par que a los dos hijos de Alfeo, Juan, Manahén y Tomás. Los otros se quedan afuera, en el tumulto... Y el rumor de éste llega debilitado a la galería que está entre unos poderosos muros de piedra que no sé cómo se llaman en arquitectura. Están contruidos con técnica de ensamblaje, diría yo, o sea, con piedras anchas y piedras más pequeñas, y encima de éstas, sobre las pequeñas, las anchas, y viceversa. No sé si me explico bien. Oscuras, fuertes, talladas toscamente, apenas visibles en la penumbra producida por estrechas aspilleras puestas arriba a distancias uniformes, para ventilar y para que no sea completamente tenebroso este lugar, que es una angosta galería que no sé para lo que sirve, pero que me da la impresión de que da la vuelta por todo el patio. Quizás había sido hecha como protección, como refugio, para hacer dobles y, por tanto, más resistentes los muros de los pórticos, que forman como cinturones de protección para el Templo propiamente dicho, para el Santo de los Santos. En fin, no sé. Digo lo que veo. Olor de humedad, de esa humedad que no se sabe decir si es frío o no, como en ciertas bodegas.

-¿Y qué hacemos aquí? - pregunta Tomás.

-¡Calla! Me ha dicho Zacarías que vendrá, y que estemos callados y parados - responde Judas Tadeo.

-Pero... ¿podemos fiarnos?

-Eso espero.

-No temáis. Ese hombre es bueno - consuela Jesús.

-Afuera, el tumulto se aleja. Pasa tiempo. Luego, un rumor de pasos y una pequeña luz trémula que se acerca desde profundidades oscuras.

-¿Estás ahí, Maestro? - dice una voz que quiere ser oída pero teme que la oigan.

-Sí, Zacarías.

-¡Alabado sea Yeohveh! ¿He tardado? He tenido que esperar a que corrieran todos hacia las otras salidas. Ven, Maestro... Tus apóstoles... He podido decirle a Simón que vayan todos hacia Betesda y que esperen. Por aquí se baja... Poca luz. Pero camino seguro. Se baja a las cisternas... y se sale hacia el Cedrón. Camino antiguo. No siempre destinado a buen uso, pero esta vez sí... y esto lo santifica...

Bajan continuamente en medio de sombras quebradas sólo por la llamita tembleteante de la lámpara, hasta que un claror distinto se vislumbra en el fondo... y detrás el claror del verde, que parece lejano... Una verja -tan maciza y apretada que es casi puerta- termina la galería.

-Maestro, te he salvado. Puedes marcharte. Pero, escúchame: no vuelvas durante un tiempo. No podría servirte siempre sin ser notado; y... olvida, olvida todos este camino, y a mí que os he guiado aquí - dice Zacarías, moviendo unos artificios que hay en la pesada verja, y entreabriendo ésta lo indispensable para dejar salir a las personas. Y repite:

-Olvidad, por piedad hacia mí.

-No temas. Ninguno de nosotros hablará. Dios esté contigo por tu caridad.

Jesús alza la mano y la pone encima de la cabeza agachada del joven.

Sale, seguido de sus primos y de los otros. Se encuentra en un pequeño espacio llano -casi no caben todos-, agreste, con zarzas, frente al Monte de los Olivos. Un senderito de cabras baja entre las zarzas hacia el torrente.

-Vamos. Subiremos luego a la altura de la puerta de los Ovejas y Yo con mis hermanos iré a casa de José, mientras vosotros vais a Betesda por los otros y venís. Iremos a Nob mañana al anochecer después del ocaso.

508

Juan será la luz de Cristo hasta el final de los tiempos. El pequeño Marcial-Manasés acogido por José de Seforí.

La casa de José no es la de José de Arimatea, sino la de un viejo galileo de Seforí, amigo de los hijos de Alfeo y especialmente de los mayores, porque era amigo, quizás también un poco pariente, del viejo y ya difunto Alfeo. Y, si no me equivoco, está también muy relacionado con los hijos de Zebedeo por el comercio del pescado seco, que desde el lago de Genesaret se lleva a la capital junto con los otros productos de Galilea estimados por los galileos desarraigados que están en Jerusalén. Esto es lo que deduzco de lo que hablan los dos hijos de Alfeo y Juan y Tomás.

Jesús, sin embargo, está un poco detrás, con Manahén, al que da el encargo de ir donde José de Arimatea y donde Nicodemo con el ruego de que vayan a verlo. Manahén ejecuta esto enseguida. Jesús se reúne todavía un momento con los tres para recomendar una vez más que sean prudentes en lo que dicen "por amor hacia el levita que los ha puesto a salvo", luego se separa y con pasos largos se echa a andar por un caminucho...

Pero pronto le da alcance Juan.

-¿Por qué has venido?

-No podíamos dejarte así solo... y he venido yo.

-¿Y crees que podrías defenderme tú solo contra tantos?

-No estoy seguro. Pero al menos moriría antes de ti. Y eso me bastaría.

-Morirás mucho tiempo después de mí, Juan. Pero no te sientas contrariado por ello. Si el Altísimo te deja en el mundo es para que le sirvas y sirvas a su Verbo.

-Pero después...

-Después servirás. ¡Cuánto deberías vivir para servirme como nuestros dos corazones querrían! Pero incluso después de muerto me servirás.

-¿Cómo lo voy a hacer, Maestro mío? Si estoy contigo en el Cielo te adoraré. Pero no podré servirte en la Tierra una vez que la haya dejado...

-¿Estás seguro? Bueno pues te digo que me servirás hasta mi nueva venida, hasta la venida final. Muchas cosas aridecerán antes de la última hora, cuales ríos que se secan y pasan a ser tierra polvorienta y pedruscos secos, habiendo sido bonito curso de agua azul y saludable. Pero tú serás todavía río con el sonido de mi palabra y el reflejo de mi luz. Serás la suprema luz que quede para recuerdo de Cristo. Porque serás luz enteramente espiritual, y los últimos tiempos serán lucha de tinieblas contra luz, de carne contra espíritu. Los que sepan perseverar en la fe encontrarán fuerza, esperanza, confortación, en lo que dejarás después de ti y que será todavía tú mismo... y que, sobre todo, será todavía Yo mismo, porque Yo y tú nos queremos, y donde tú estás Yo estoy y donde Yo estoy tú estás. Prometí a Pedro que la Iglesia, que tendrá como cúspide y como base mi Piedra, no será desarticulada por el Infierno, con sus repetidos y cada vez más feroces asaltos; mas ahora te digo que aquello que será todavía Yo mismo, y que tú dejarás como luz para quien busca la Luz, no será destruido, a pesar de que el Infierno trate y tratará - de cancelarlo usando todos los modos. Te digo más: incluso aquellos que crean en mí imperfectamente, porque aun recibíendome a mí no recibirán a mi Pedro, (*Alude Jesús a los futuros protestantes*) acudirán siempre a tu faro, como barquichuelos sin piloto y sin brújula que se dirigen hacia una luz en medio de su tempestad, porque luz quiere decir todavía salvación.

-¿Pero qué es lo que dejaré, Señor mío? Yo soy... pobre... ignorante... Tengo sólo el amor...

-Eso es lo que dejarás: el amor. Y el amor hacia tu Jesús será palabra. Y muchos, muchos, incluso entre aquellos que no pertenezcan a mi Iglesia, que no sean de iglesia alguna, pero que busquen luz y consuelo, movidos por el aguijón de su espíritu insatisfecho y por la necesidad de compasión en las penas, irán a ti y me encontrarán a mí.

-Quisiera que los primeros en encontrarte fueran estos crueles judíos, estos fariseos y escribas... Pero no sirvo para tanto...

-No entra cosa alguna donde ya hay llenura. Pero no te desalientes. Tú... Bueno, ya estamos donde José. Llama. Vamos a entrar.

Es una casa estrecha y alta. Al lado tiene un almacén bajo y maloliente de mercancías apiladas; y, al lado de éste, un patio, oscuro a causa de las paredes que se alzan por encima de él, un patio con aspecto casi de posada (como eran entonces las posadas): pórticos para las mercancías, cuadras para los burros, cuartitos, o grandes estancias, para los huéspedes. Aquí hay un patio malamente adoquinado; un pilón, dos cuadras bajas y oscuras, un rústico cobertizo que hace de pórtico, adosado a la casa y con una portezuela que da al almacén. Al lado de éste está la casa que he dicho, vieja, oscura, con una puerta alta y estrecha que se abre sobre tres peldaños de piedra consumida por el uso.

Juan llama a la puerta y espera hasta que un ventanillo se abre y una cara rugosa de anciana escruta desde la penumbra:

-¡Oh, Juan! Abro en seguida. Dios sea contigo - dice la boca que pertenece a esa cara rugosa, y la puerta se abre con mucho ruido de cerrojos.

-No estoy solo, María. Está conmigo el Maestro.

-La paz también a Él, honor de Galilea. Y feliz el día que trae los pies del Santo a la casa de un verdadero israelita. Entra, Señor. Voy inmediatamente a avisar a José. Está haciendo las últimas entregas, porque el ocaso viene solícito en el triste Etanim.

-Déjalo con su trabajo, mujer. Nos vamos a detener hasta mañana.

-Gran alegría para nosotros. Te esperábamos desde hacía tiempo. Y, también, hace días tu hermano José ha mandado a alguien para pedir noticias tuyas. Pero mi marido te explicará mejor. Pues aquí puedes estar... Te dejo, Señor, porque estoy ultimando el pan. Antes del ocaso debe estar cocido. Para cualquier cosa que quieras, Juan sabe dónde encontrarme.

-Ve en paz. No nos hace falta nada, aparte de hospedarnos.

Se quedan solos durante un tiempo. Luego una carita de tez morena se asoma por la cortina que separa de un pasillo la habitación, y da una ojeada, tímida y curiosa al mismo tiempo.

-¿Quién es ese niño? - pregunta Jesús a Juan.

-No lo sé, Señor. No estaba las otras veces. La verdad es que desde que estoy contigo, aquí, por el padre mío, no he vuelto. Ven aquí, niño.

El niño se acerca con pasos cortos.

-¿Quién eres?

-No te lo digo.

-¿Por qué?

-No quiero que se me digan cosas feas. Si las dices te contesto, y José no quiere.

-¡Esta sí que es nueva! Maestro, ¡qué piensas Tú? - y Juan ríe, divertido por las razones del hombrecito.

También Jesús sonríe, pero alza la mano y acerca hacia sí al niño. Lo observa. Luego dice:

-¿Y tú sabes quién soy?

-¡Sí que lo sé! Eres el Mesías. El que hará todo el mundo suyo, y entonces no se les dirá cosas feas a los niños como yo.

-¿No eres de Israel, verdad?

-Soy circunciso... Hizo mucho daño... Pero, pero hacía daño también el hambre y... el no tener ya a mi mamá... y a nadie... Pero todavía hace daño el oír que se... que nos... - habiendo perdido toda la intrepidez inicial, llora.

-Debe ser algún huérfano extranjero, Juan. José debe haberlo recogido por compasión y circuncidado... - explica Jesús a Juan, que está asombrado de las razones y del llanto. Y Jesús levanta al niño a pulso y se lo pone encima de las rodillas.

-Dime tu nombre, niño. Yo te quiero. Jesús quiere a todos los niños y especialmente a los huerfanitos. Yo también tengo uno, que se llama Margziam y que...

-Yo también así, porque yo (la pequeña voz se hace susurro apenas perceptible) porque yo soy romano...

-¡Te lo había dicho! ¿Y eres huérfano, verdad?

-Sí... De mi padre no me acuerdo. De mi mamá, sí. Murió cuando yo ya era grande... y me quedé solo, y ninguno me quería consigo. Desde Cesárea a pie, detrás de los viandantes, después de que el patrón se marchó otra vez, lejos. Y mucha hambre. Y, si decía el nombre, palos... Porque se comprendía por el nombre, ¿eh?! Luego vine aquí, durante una fiesta, y tenía hambre. Entré en los establos con una caravana y me escondí entre la paja, para comer el pienso y las algarrobas de los asnos. Y un burro me mordió y grité y vinieron y me querían pegar. Pero José dijo: "No, Él lo ha hecho y dice que se haga lo que Él hace. Tomo al niño y lo haré israelita". Y me tomó consigo y me cuidó junto con María. Me puso otro nombre, porque el mío... Pero mi mamá me llamaba Marcial... y las lágrimas vuelven a gotear.

-Y Yo te llamaré Marcial, como tu mamá. Es muy bueno lo que ha hecho José contigo. Debes quererlo mucho.

-Sí. Pero más a ti. Lo dice él. Dice siempre: "Si un día te encuentras con Jesús de Nazaret, el Mesías, ámalo con todo tu ser, porque es por Él por quien estás salvado del error". María decía allí, a la criada, que estaba en casa el Mesías, y he venido para ver al que me había salvado.

-No sabía que José hubiera hecho esto. Era tan... celoso... Jamás habría pensado que pudiera... ¡Pobre José! Celoso y desencantado de sus hijos. No han respetado su pelo blanco.

-Lo sé. Pero, ¿ves?, quizás en este niño se renueva... y olvida. Dios lo compensa así la obra hecha con el niño. ¿Cómo te llamas ahora?

-Con un feo nombre. No me gusta aunque sólo sea porque empieza como el mío: ¡Me llamo Manasés!... Pero María, que comprende, me llama "Man".

Y el niño lo dice con una carita tan acongojada, que Jesús y Juan no pueden contenerse la sonrisa.

Pero Jesús, para consolarlo, explica:

-Manasés es un nombre que para nosotros tiene un dulce significado. Quiere decir: el Señor me ha hecho olvidar todo dolor. José te lo ha puesto queriendo significar

que tú le vas a hacer olvidar todos sus dolores. Y lo harás, niño, para mostrarle agradecimiento. Tú mismo, con el nuevo nombre, te dices que el Señor te ha amado tanto que te ha dado un nuevo padre, una madre y una casa. ¿No es verdad?

-Sí. Explicado así, sí... Pero José dice que debo olvidar también mi casa. ¡No quiero olvidar a mi mamá

Jesús mira a Juan, y Juan mira al Maestro, y por encima de la cabecita morena hay toda una conversación de miradas...

-No se debe olvidar a la propia mamá, niño. José se ha explicado mal, o mejor: tú has comprendido mal. Sin duda quería decir que debes olvidar todo el dolor de tu pasado, el dolor de tu casa, porque ahora tienes ésta y tienes que ser feliz.

-¡Ah, así sí! Y María es buena y me hace feliz. Ahora me está haciendo las tortas. Voy a ver si están hechas y te las traigo también a ti - y se desliza hasta el suelo desde las rodillas de Jesús y corre afuera de la habitación. El ruido de los piecitos descalzos se pierde en el largo pasillo.

-¡Esta tendencia persiste siempre, incluso en los mejores de nosotros! ¡Pretender lo imposible! ¡Son más severos que Dios los hijos de su pueblo! ¡Pobre niño! ¿Se puede, acaso, pretender que un hijo olvide a la madre porque ahora sea circunciso? Se lo voy a decir a José.

-No tenía ninguna noticia de que hubiera hecho esto. Mi padre, como muchos galileos, baja aquí durante las fiestas. Y no me ha hablado, como no sabiendo la cosa... ¡Ah!, oigo la voz de José...

Jesús se pone en pie y Juan hace lo mismo, preparados ambos para saludar con los debidos honores al jefe de la casa, que entra y a su vez hace profundas reverencias para terminar arrodillándose a los pies de Jesús.

-Álzate, José. He venido. Ya lo ves.

-Perdona si te he hecho esperar. ¡El viernes es siempre un gran día! A ti la salud, Juan. ¿Tienes noticias de Zebedeo?

-No, desde los Tabernáculos. Ahí le vi.

-Pues ahora sabes que está bien, y lo mismo Salomé. Noticias frescas, de esta mañana, con la última carga de pescado. Y también a ti, Maestro, te puedo decir que todos tus parientes están bien en Nazaret. Al día siguiente del sábado, el que ha venido partirá. Si queréis enviar noticias... ¿Estáis solos?

-No. Dentro de poco estarán aquí los otros...

-¡Bien! Hay sitio para todos. Ésta es una casa fiel. Siento que María haya estado ocupada con el pan y yo con las ventas. Dejados así solos... No te hemos dado el honor ni ofrecido la compañía que corresponden al huésped. ¡Y gran huésped!

-Un hijo de Dios como tú, José. Todos iguales, los que siguen la Ley de Dios.

-¡No, no! Tú eres Tú. No soy un necio como estos judíos. ¡Tú eres el Mesías!

-Por voluntad de Dios. Pero por voluntad mía y deber soy hijo de la Ley como tú.

-Los que te calumnian no saben decir ni hacer lo que ahora dices y siempre haces.

-Pero tú haces mucho de lo que enseño. He visto al niño, José.

-¡Ah!, ¿lo has visto? ¡Ha venido! ¡Sabe que no quiero! Por ti... me agrada. Pero podías no haber sido Tú...

-¿Y entonces? ¿Qué habría sucedido?

-Que... ¡bueno, que no me gusta!

-¿Por qué, José? ¿Por no recibir alabanzas? Tu idea es encomiable, pero el niño podría pensar que te avergüenzas de mostrarlo...

-¡Y es verdad!

-¿Es verdad? ¡Por qué? Explícame esto.

-Pues mira, el niño no ha nacido hebreo de hebreos, ni siquiera de prosélitos, y ni siquiera de mujer hebrea y padre gentil. Es hijo de los romanos, libertos de casa de un romano que estaba en Cesárea Marítima y que había tenido consigo al niño mientras estuvo allí. Pero, cuando partió, no se ocupó de él y se quedó solo. Los hebreos, naturalmente, no lo acogieron. Los romanos... Tú sabes lo que son los romanos... ¡Y además esos romanos de Cesárea! El niño, mendigando...

-Sí, lo sé. Llegó aquí y tú lo acogiste. Dios ha escrito tu acción en el Cielo.

-¡Y hecho de él un circunciso! Y le he cambiado el nombre. ¡El suyo! ¡Pagano! ¡Idólatra! Pero no quiero que esté a la vista de la gente y que recuerde su pasado.

-¿Por qué, José? - pregunta dulcemente Jesús, y continúa:

-El niño sufre por esto. Se acuerda de su madre. ¡Es comprensible!

-Pero también es comprensible mi deseo de no ser criticado por haber acogido a un...

-A un inocente. Solamente esto, José. ¿Por qué temes el juicio de los hombres cuando un juicio más alto, el divino, sanciona tu acto como santo? ¿Por qué te avergüenzas, por respeto humano o temor a represalias, de una acción buena? ¿Por qué quieres dar al niño una muestra de doblez como la que surge de haberle cambiado el nombre, de ahogar el pasado buscando, por miedo, evitar un daño? ¿Por qué quieres inculcar en el niño el desprecio hacia su padre y su madre? Mira, José, has hecho una acción digna de alabanza, pero la cubres de polvo con estas... ideas imperfectas. Has imitado un gesto mío. Has acogido mis palabras. Esto está bien. ¿Pero por qué no haces perfecta mi imitación cumpliendo abiertamente la obra y diciendo: "Sí, el niño era romano, y yo no me he espantado de ello, porque es hijo del Creador como nosotros. Lo único, he querido que estuviera dentro de nuestra Ley y lo he circuncidado? En verdad... la verdadera circuncisión está llegando y la nueva incisión se hará en el corazón de los hombres, de donde será extirpado el anillo estrangulador de la ternaria concupiscencia; así que, si... bueno si el niño hubiera seguido en su ingenuidad hasta ese momento... Pero no quiero reprenderte por esto. Has hecho bien, tú hebreo, haciéndolo hebreo. Pero déjale su nombre. ¡Cuántos Marciales, Cayos, Félix, Cornelios, Claudios, etc. serán del Cristo y del Cielo! Puede estar él también entre ellos, el niño que no sabe de hebreos ni de gentiles, el niño que llegará a la eterna mayoría de edad cuando la verdadera y nueva Ley quede fundada con el nuevo Templo y con los nuevos sacerdotes, y no como tú crees, sino examinado por Dios y hallado digno de su verdadero Templo. Déjalo con el nombre que su madre le dio. Es una caricia materna todavía para él. Comprendo lo que has querido decir llamándolo Manasés, pero déjale Marcial. Y a quien te pregunte puedes decirle: "Sí, es Marcial; casi como el discípulo del Cristo, al que le dio el nombre María". Sé valiente en el bien, José. Y serás grande, muy grande.

-Maestro... como Tú quieras. No quiero causarte desagrado. ¡Y crees que... he hecho bien también como hombre?

-Has hecho bien. Tu dolor te ha hecho bueno. Por lo cual, es bueno todo lo que has hecho, y también esto.

Unos golpes en la puerta de la calle interrumpen la conversación.

509

El anciano sacerdote Matán acogido con los apóstoles y discípulos que han huido del Templo.

Pedro entra y cae en el mismo estado de abatimiento en que cayó en el Jordán después de vadear en Betabara: se relaja derrengado en el primer asiento que encuentra y mete la cabeza entre las manos. Los otros no están tan abatidos. Pero turbados, pálidos, yo diría: desconcertados, lo están todos; unos más, otros menos. Los hijos de Alfeo, Santiago de Zebedeo y Andrés no responden casi al saludo de José de Seforí y de la mujer de éste (la cual llega con una anciana criada y con pan caliente y alimentos varios). Margziam presenta signos de haber llorado. Isaac acude hacia Jesús y le toma la mano y se la acaricia susurrando:

-Igual que en la noche de la matanza... Y otra vez salvo. ¡Oh, mi Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo podrás salvarte?

Éste es el grito que abre las bocas, y todos, confusamente, hablan, refiriendo los maltratos, las amenazas, los miedos sufridos...

Otro golpe en la puerta.

-¿Oye no nos habrán seguido? ¡Ya había dicho yo que viniéramos en pequeños grupos!... - dice Judas Iscariote.

--Hubiera sido mejor, sí. Los tenemos siempre pisándonos los talones. Pero ya... - dice Bartolomé.

José, aunque con pocas ganas, va personalmente a mirar por el ventanillo mientras su mujer dice:

-Desde la terraza podéis bajar a las cuerdas y de allí al huerto de atrás. Os lo voy a mostrar...

Pero, mientras se encamina, su marido exclama:

-¡El Anciano José! ¡Qué honor! - y abre la puerta y deja entrar a José de Arimatea.

-Paz a ti, Maestro. Estaba y he visto... Saliendo yo del Templo profundamente asqueado, Manahén me ha encontrado. Y no poder intervenir, no poder hacerlo, para serte más útil y... ¡Oh!, ¿estás también tú aquí, Judas de Keriot? Tú podrías hacerlo, tú que eres amigo de tantos. ¿No sientes el deber de hacerlo, tú que eres su apóstol?

-Tú eres discípulo...

-No. Si lo fuera, lo seguiría como le siguen otros. Soy un amigo suyo.

-Es lo mismo.

-No. También Lázaro es amigo suyo, y no querrás decir que es discípulo...

-En el alma, sí.

-Todos los que no son diablos son discípulos de su palabra, porque la sienten palabra de Sabiduría.

La pequeña disputa entre José y Judas de Keriot se agota, mientras José de Seforí, comprendiendo ahora -no antes- que algo malo ha sucedido, pregunta a éste o a aquél con interés y muestras de dolor.

-¡Hay que decírselo a José de Alfeo! ¡Eso hay que decirlo! Y encargará... ¿Qué quieres, José? - pregunta, volviéndose al Anciano, que le ha tocado el hombro para preguntarle algo.

-Nada. Sólo quería felicitarte por tu buen aspecto. Éste es un buen israelita. Fiel y justo en todo. ¡Sí, yo lo sé! De él se puede decir que Dios lo ha probado y conocido...

Otra llamada a la puerta. Los dos José se dirigen juntos hacia ella para abrirla, y veo que José de Arimatea se inclina para decirle al oído algo al otro, que reacciona con un gesto de viva sorpresa y se vuelve un momento a mirar hacia los apóstoles. Luego abre la puerta.

Nicodemo y Manahén entran, seguidos de todos los pastores-discípulos presentes en Jerusalén, o sea, de Jonatán y de los que fueron discípulos de Juan el Bautista. Luego, con ellos, está el sacerdote Juan junto con otro muy anciano, y Nicolái. Y, al final de todos, Nique con la jovencita que le ha sido confiada por Jesús, y Analía con su madre. Se quitan el velo que esconde sus caras y aparecen sus rostros turbados.

-¡Maestro! ¿Pero qué te está sucediendo? Lo he sabido... antes por la gente que por Manahén... La ciudad está llena de estas voces, como una colmena de zumbidos. Y los que te aman te buscan con solicitud en los lugares donde piensan que estás. Claro, también han ido a tu casa, José... Yo misma estaba yendo a las casas de Lázaro... ¡Esto es demasiado! ¿Cómo te has salvado?

-La Providencia ha velado en defensa de mí. No lloren las discípulas; antes bien, bendigan al Eterno y fortalezcan el propio corazón. Y, a todos vosotros, gracias y bendiciones. No está del todo muerto el amor en Israel. Y ello me consuela.

-Sí. Pero no vayas más al Templo, Maestro. Durante mucho no vayas. ¡No vayas!

Las voces son unánimes al decir estas palabras, y el angustioso "no vayas" retumba entre las robustas paredes de la vieja casa con voz de suplicante advertencia.

El pequeño Marcial, escondido en alguna parte, siente ese rumor y, curioso, acude y mete la carita en la fisura de la cortina. Y al ver a María va donde ella y se refugia entre sus brazos por temor a la reprensión de José de Seforí. Pero José está demasiado intranquilo y ocupado en escuchar a uno o a otro, en aconsejar, en aprobar, etc. como para ocuparse de él, y lo ve sólo cuando el niño -al que la anciana María ha dicho algo- va donde Jesús y, echándole los brazos al cuello, lo besa. Jesús le coge con un brazo y lo arrima a sí, mientras responde a los muchos que le dicen lo que creen que sea mejor hacer.

-No. No me muevo de aquí. A casa de Lázaro, que me esperaba, id vosotros a decir que no puedo. Yo, galileo y amigo de años de la familia, me quedo aquí hasta el ocaso de mañana. Y luego... pensaré a dónde ir...

-Siempre dices esto, y luego vuelves allá. Pero ya no te dejaremos ir. Yo al menos. Verdaderamente te he creído perdido... - dice Pedro, y dos lágrimas se le forman de nuevo en la comisura de sus ojos abombados.

-Nunca he visto una cosa así. Y ya basta. Esto me ha hecho decidirme. Si no me rechazas... Estoy ya demasiado viejo para el altar, pero para morir por ti valgo todavía. Y moriré, si hace falta, entre el vestíbulo y el altar, como el sabio Zacarías; o como Onías, defensor del Templo y del Tesoro (2 Crónicas 24, 17-22; 2 Macabeos 4, 30-35), moriré fuera del sagrado recinto al que he consagrado mi vida. ¡Pero Tú me abrirás un lugar más santo! ¡No, no puedo seguir viendo la abominación! ¿Por qué mis viejos ojos han tenido que ver tanto? ¡La abominación vista por el Profeta (Daniel 9, 27; 11, 31; 12, 11) está ya dentro de los muros, y sube, sube como un movimiento de aguas que la riada empuja para sumergir a una ciudad! ¡Sube, sube! Invade los patios y los pórticos, supera los escalones, penetra más adelante. ¡Sube! ¡Sube! ¡Choca ya contra el Santo! ¡La ola fangosa lame ya las piedras que pavimentan el sagrado lugar! ¡Ensombrece los exquisitos colores! ¡Ensucia ya el pie del Sacerdote! ¡Moja la túnica! ¡Empapa el efod! ¡Vela las piedras del racional y ya no se pueden leer las palabras! ¡Oh! ¡Oh! Las ondas de la abominación suben hasta el rostro del Sacerdote Sumo y lo embadurnan, y la Santidad del Señor está debajo de una costra de fango, y la tiara es como un tejido caído en un pantano lodoso. ¡Fango! ¡Fango! ¿Pero sube desde fuera, o es que desde lo alto del Moria rebosa y cae sobre la ciudad y sobre todo Israel? ¡Padre Abraham! ¡Padre Abraham! ¿No querías encender allí el fuego del sacrificio (Génesis 22, 1-18) para que resplandeciera el holocausto del corazón fiel? ¡Ahora, donde debía haber fuego, brota lodo a borbotones! Isaac está en medio de nosotros y el pueblo lo inmola. Pero si pura es la Víctima... si pura es la Víctima... emponzoñados están los sacrificadores. ¡Anatema sobre nosotros! ¡Encima del monte el Señor verá la abominación de su pueblo!... ¡Ah! - y el viejo, que está con el sacerdote Juan, cae abatido al suelo, se cubre la cara y rompe en un desolado llanto de anciano.

-Te lo traía... Hace mucho que quiere... Pero hoy, después de lo que ha visto, nadie podía retenerlo... El anciano Matán (o Natán) tiene frecuentemente espíritu profético, y si bien la vista de sus pupilas se vela cada vez más, la de su espíritu cada vez más se ilumina. Acepta a mi amigo, Señor - dice el sacerdote Juan.

-No rechazo a nadie. Álzate, sacerdote, y alza el espíritu. En lo alto no hay fango. Y el fango no toca a quien sabe estar arriba.

El viejo se alza (pero, lleno de reverencia, antes de hacerlo, toma el borde extremo de la túnica de Jesús y lo besa).

Las mujeres, especialmente Analía, todavía lloran en su velo, conmovidas. Las palabras del anciano aumentan su llanto. Jesús las llama y ellas, desde su rincón, van cabizbajas hasta el Maestro. Si Nique y la madre de Analía saben reprimir el llanto y tenerlo casi escondido, la joven discípula solloza abiertamente, sin contención respecto a quienes la observan no con el mismo sentimiento.

-Perdónala, Maestro. Te debe la vida y te ama. No soporta pensar que te dañen. Y además se ha quedado tan... sola y tan... triste después de que... - dice la madre.

-¡No, no es por eso! ¡No, no es por eso! ¡Señor! ¡Maestro! ¡Salvador mío! Yo... Yo... - Analía no logra hablar, parte por los sollozos, parte por vergüenza, o por otros motivos.

-Ha temido represalias porque es discípula. Sin duda es por eso. Muchos se marchan por ese motivo... - dice Judas Iscariote.

-¡No! ¡Menos todavía por eso! Tú no comprendes nada, hombre, o es que prestas tu pensamiento a otros. Pero Tú, Señor, sabes por qué lloro. Mi temor ha sido que hubieras muerto y que no te hubieras acordado de la promesa... - termina en suspiro, después de haber dicho con fuerza las primeras palabras, al rebelarse a la insinuación de Judas.

Jesús le responde:

-Nunca olvido. No temas. Ve a tu casa tranquila a esperar la hora de mi triunfo y de tu paz. Ve. De un momento a otro se pondrá el sol. Retiraos, mujeres. Y la paz sea con vosotras.

-Señor, no querría dejarte... - dice Nique.

-La obediencia es amor.

-Es verdad, Maestro. ¿Pero por qué no yo también como Elisa?

-Porque tú me eres útil aquí como ella en Nob. ¡Ve, Nique, ve! Que algunos hombres acompañen a las mujeres para que no sean importunadas.

Manahén y Jonatán se preparan a obedecer. Pero Jesús para a Jonatán preguntándole:

-¿Entonces vuelves a Galilea?

-Sí, Maestro. El día después del sábado. Me manda mi patrón.

-¿Tienes sitio en el carro?

-Voy solo, Maestro.

-Entonces llevarás contigo a Margziam y a Isaac. Tú, Isaac, sabes lo que debes hacer; y tú también, Margziam...

-Sí, Maestro - responden los dos, Isaac con su pacífica sonrisa, Margziam con un temblor de llanto en la voz y en los labios.

Jesús lo acaricia y Margziam, olvidando todo comedimiento, se deja caer sobre su pecho y dice:

-¡Dejarte... ahora que te persiguen todos!... ¡Oh, Maestro mío! ¡No volveré a verte!... Has sido todo mi Bien. ¡Todo he encontrado en ti!... ¿Por qué me mandas irme? ¡Déjame morir contigo! ¿Qué crees que me importe ya la vida, si no te tengo a ti?

-Te digo a ti lo que le he dicho a Nique. La obediencia es amor.

-¡Me voy! ¡Bendíceme, Jesús!

Jonatán se marcha con Manahén, con Nique y las otras tres mujeres. También los otros discípulos se marchan en pequeños grupos.

Sólo cuando la habitación -antes muy llena- casi se vacía, se nota la falta de Judas de Keriot. Y muchos se sorprenden, porque estaba allí poco antes y no ha recibido ningún encargo.

-Habrá ido a comprar para nosotros - dice Jesús para impedir comentarios, y sigue hablando con José de Arimatea y Nicodemo, que son los únicos que, junto con los once apóstoles y Margziam, se han quedado. Margziam está al lado de Jesús con la avidez de disfrutar de Él estas últimas horas. Así, Jesús está entre Margziam, jovencito, Marcial, niño, morenitos, delgaditos, igualmente infelices en su niñez e igualmente recogidos en nombre de Jesús por dos buenos israelitas.

José de Seforí y su esposa se han eclipsado prudentemente para dejar libre al Maestro.

Nicodemo pregunta:

-¿Quién es este niño?

-Es Marcial. Un niño que José ha tomado como hijo.

-No lo sabía.

-Nadie, o casi nadie, lo sabe.

-Muy humilde, ese hombre. Otro habría sacado a relucir su acción - observa José.

-¿Tú crees?... Marcial, ve a enseñarle la casa a Margziam... - dice Jesús. Y, una vez que los dos se han marchado, sigue hablando:

-Estás en un error, José. ¡Qué difícil es juzgar con justicia!

-Pero, Señor, recoger a un huérfano, porque está claro que es un huérfano, y no jactarse de ello, es humildad.

-El niño, lo dice su nombre, no es de Israel...

-¡Ah, ahora entiendo! Hace bien entonces en tenerlo oculto.

-Pero ha sido circuncidado...

-No importa... Ya sabes... También Juan de Endor estaba circuncidado... y fue para ti ocasión de censura. José, que además es galileo, podría tener problemas, a pesar de la circuncisión. Hay muchos huérfanos también en Israel... La verdad es que con ese nombre... y con el aspecto...

-¡Hay que ver: sois todos "Israel", incluso los mejores; incluso cuando hacéis el bien no comprendéis y no sabéis ser perfectos! ¿No entendéis todavía que Uno solo es el Padre de los Cielos, y que todas las criaturas son hijas suyas? ¿No entendéis todavía que el hombre puede recibir un único premio o un único castigo, que sean verdaderamente premio o castigo? ¿Por qué haceros esclavos del miedo a los hombres? ¡Ah!, esto es el fruto de la corrupción de la Ley divina, tan trabajada, tan oprimida por leyes humanas, que se llega a ofuscar y a oscurecer incluso el pensamiento del justo que la practica. ¿Acaso en la Ley mosaica -y, por tanto, divina-, o en la premosaica -únicamente moral, o surgida por inspiración celeste- está escrito que el que no era de Israel no podía entrar a formar parte de él? ¿No se lee en el Génesis (*Génesis 17, 12*): "Cumplidos ocho días, todo niño varón que esté entre vosotros sea circuncidado; tanto el nacido en casa como el comprado, aunque no sea de vuestra stirpe, sea circuncidado"? Esto estaba escrito. Cualquier otro añadido es vuestro. Se lo he dicho a José y os lo digo a vosotros. Pronto ya no tendrá excesiva importancia la circuncisión antigua. Una nueva, y más verdadera, será aplicada, y en parte más noble. Pero mientras la primera siga, y vosotros, por fidelidad al Señor, la apliquéis al varón nacido de vosotros, o adoptado por vosotros, no

os avergoncéis de haberlo hecho en carne de otra estirpe. La carne es del sepulcro, el alma es de Dios. Se circuncida la carne al no poder circuncidar lo que es espiritual. Pero la señal santa resplandece en el espíritu. Y el espíritu es del Padre de todos los hombres. Meditad en esto.

Un momento de silencio. Luego José de Arimatea se levanta y dice:

-Me marchó, Maestro. Ven mañana a mi casa.

-No. Es mejor que no vaya.

-Entonces a la mía, a la casa que está en el camino que del monte de los Olivos va hacia Betania. Allí hay paz y...

-Tampoco. Iré al monte de los Olivos. Para orar... Mi espíritu busca soledad. Os ruego que me consideréis disculpado.

-Como quieras, Maestro. Y... no vayas al Templo. La paz a ti.

-La paz a vosotros.

Los dos se marchan...

-¡Yo quisiera saber a dónde ha ido Judas! - exclama Santiago de Zebedeo.

-Yo diría que donde los pobres.

-¡Pero está aquí la bolsa!

-No haced caso... Vendrá...

Vuelve María de José con unas lámparas, porque la luz ya no rompe el espesor de la plancha de mica puesta como lucernario en la espaciosa habitación. Y vuelven los dos chicos.

-Estoy contento de dejarte con uno que tiene casi mi nombre. Así, cuando lo llames a él, te acordarás de mí - dice Margziam.

Jesús lo estrecha contra sí.

Vuelve también Judas -le ha abierto la criada-. Entra seguro de sí, sonriente, atrevido.

-Maestro, quería ver... La tempestad está calmada. He acompañado a las mujeres... ¡Qué miedosa esa jovencita! No te he dicho nada porque me lo habrías impedido, y quería ver si había peligro para ti. Pero ya ninguno piensa en ello. El sábado vacía las calles.

-Bueno, bien. Ahora vamos a estar aquí en paz y mañana...

-¡No querrás ya ir al Templo! - gritan los apóstoles.

-No. A nuestra sinagoga, donde hay buenos galileos fieles.

510

La curación de un ciego de nacimiento.

Jesús sale junto con sus apóstoles y José de Seforí en dirección a la sinagoga. El día alegre, terso y sereno, cual promesa de primavera, después de días de viento y nubes llenas de invierno. Así que muchos de Jerusalén están en las calles: unos, camino de las sinagogas; otros, volviendo de éstas o de otros lugares; otros, con la familia y con la intención de salir de la ciudad para disfrutar del sol del campo. Por la puerta de Herodes, visible desde la casa de José de Seforí, se ve salir a la gente buscando alegres entretenimientos fuera de las murallas, al aire libre. Una zambullida en el verde del campo, en la amplitud, en la libertad; fuera de las calles, angostas entre las altas casas. Creo que la cintura agreste que rodeaba a Jerusalén era espontáneamente estimada por los habitantes de la ciudad, que querían conciliar la medida del sábado con su deseo de aire y sol (tomados por los caminos y no sólo en las solanas de las casas).

Pero Jesús no va hacia la puerta de Herodes. Es más, vuelve las espaldas a esta puerta para dirigirse al interior de la ciudad. Pero, habiendo recorrido sólo unos pocos pasos por la calle más ancha -en la cual desemboca la callecita donde se encuentra la casa de José de Seforí-, Judas de Keriot le señala la presencia de un joven que viene en dirección contraria, tentando la pared con un bastón, hacia arriba la cabeza carente de ojos, con el típico modo de andar de los ciegos. Sus vestidos son pobres, pero limpios, y debe ser una persona conocida por muchos de los habitantes de Jerusalén, porque más de uno lo señala, y algunas personas se acercan a él y le dicen:

-Hombre, hoy has confundido el camino. Todos los caminos del Moria están ya atrás. Ya estás en Beceta.

-Hoy no pido limosna de dinero - responde el ciego con una sonrisa, y sigue andando, sonriente todavía, hacia el norte de la ciudad.

-Maestro, obsérvalo. Tiene los párpados soldados. Es más, yo diría que no tiene párpados. La frente se une a las mejillas sin ninguna oquedad, y parece como si debajo no estuvieran los globos de los ojos. El pobre ha nacido así. Y así morirá, sin haber visto una sola vez la luz del Sol ni el rostro de los hombres. Ahora, dime, Maestro: para recibir este castigo tan grande, sin duda pecó; pero, si es ciego de nacimiento, como lo es, ¿cómo pudo pecar antes de nacer? ¿Será que pecaron sus padres y Dios los castigó haciéndole nacer así?

También los otros apóstoles e Isaac y Margziam se arriman a Jesús para escuchar la respuesta. Y, acelerando el paso, como atraídos por la altura de Jesús, que domina al resto de la gente, acuden dos jerosolimitanos de aspecto educado y que estaban un poco detrás del ciego. Con ellos está José de Arimatea, que no se acerca, sino que, adosándose a un portal elevado sobre dos escalones, mira a todas las caras observando todo.

Jesús responde. En el silencio que se ha formado, se oyen nítidamente las palabras:

-No han pecado ni él ni sus padres más de lo que pecan todos los hombres, y quizás menos; porque frecuentemente la pobreza es un freno para el pecado. No. Ha nacido así para que en él se manifiesten -una vez más- el poder y las obras de Dios. Yo soy la Luz que ha venido al mundo, para que aquellos del mundo que han olvidado a Dios, o han perdido su imagen espiritual,

vean y recuerden, y para que aquellos que buscan a Dios o son ya de Él se vean confirmados en la fe y en el amor. El Padre me ha enviado para que, en el tiempo que todavía se le concede a Israel, complete el conocimiento de Dios en Israel y en el mundo. Así que debo llevar a cabo las obras de Aquel que me ha enviado, como testimonio de que puedo lo que Él puede, porque soy Uno con Él; y para que el mundo sepa y vea que el Hijo no es desemejante del Padre y crea en mí en lo que Yo soy. Después llegará la noche, en la cual ya no se puede trabajar; la tiniebla. Y el que no se haya grabado mi signo y la fe en mí, ya no podrá hacerlo en las tinieblas y en medio de la confusión, el dolor, la desolación y destrucción que cubrirán a estos lugares y aturdirán los espíritus con la agitación producida por las angustias. Pero mientras estoy en el mundo soy Luz y Testimonio, Palabra, Camino y Vida, Sabiduría, Poder y Misericordia. Ve, pues, llégate donde el ciego de nacimiento y tráemelo aquí.

-Ve tú, Andrés. Yo quiero quedarme aquí y ver lo que hace el Maestro - responde Judas señalando a Jesús, que se ha agachado hacia el camino polvoriento, ha escupido en un montoncito de tierra y con el dedo está mezclando la tierra con la saliva y formando una pelotita de barro, y que, mientras Andrés, siempre condescendiente, va por el ciego, que en este momento está para torcer hacia la callecita donde está la casa de José de Seforí, se le extiende en los dos índices y se queda con las manos como las tienen los sacerdotes en la Santa Misa, durante el Evangelio o la Epístola. Pero Judas se retira de su lado diciéndole a Mateo y a Pedro:

-Venid aquí, vosotros que tenéis poca estatura, y veréis mejor.

Y se pone detrás de todos, casi tapado por los hijos de Alfeo y por Bartolomé, que son altos.

Andrés vuelve, trayendo de la mano al ciego, que se esfuerza en decir:

-No quiero dinero. Dejame que siga mi camino. Sé dónde está ese que se llama Jesús. Y voy para pedir...

-Éste es Jesús, éste que está enfrente de ti - dice Andrés deteniéndose delante del Maestro.

Jesús, contrariamente a lo habitual, no pregunta nada al hombre. Enseguida le extiende ese poco de barro que tiene en los índices, sobre los párpados cerrados, y le ordena:

-Y ahora ve, lo más deprisa que puedas, a la cisterna de Siloé, sin detenerte a hablar con nadie.

El ciego, embadurnada la cara de barro, se queda un momento perplejo y abre los labios para hablar. Luego los cierra y obedece. Los primeros pasos son lentos, como de uno que esté pensativo o se sienta defraudado. Luego acelera el paso, rozando con el bastón la pared, cada vez más deprisa (para lo que puede un ciego, aunque quizás más, como si se sintiera guiado...).

Los dos jerosolimitanos ríen sarcásticamente, meneando la cabeza, y se marchan. José de Arimatea -y me sorprende el hecho- los sigue, sin siquiera saludar al Maestro, volviendo sobre sus pasos, o sea, hacia el Templo, siendo así que por esa misma dirección venía. Así, tanto el ciego como los dos como José de Arimatea van hacia el sur de la ciudad, mientras que Jesús tuerce hacia occidente y lo pierdo de vista, porque la voluntad del Señor me hace seguir al ciego y a los que le siguen.

Superada Beceta, entran todos en el valle que hay entre el Moria y Sión -me parece que he oído otras veces llamarle Tiropeo- y lo recorren todo hasta Ofel; orillan Ofel; salen al camino que va a la fuente de Siloé, siempre en este orden: primero, el ciego, que debe ser conocido en esta zona popular; luego los dos; último, distanciado un poco, José de Arimatea.

José se para cerca de una casita miserable, semiescondido por un seto de boj, que sobresale rodeando el huertecillo de la mísera casa. Pero los otros dos van hasta la misma fuente y observan al ciego, que se acerca cautamente al vasto estanque y, palpando el murete húmedo, introduce en la cisterna una mano y la saca rebosando de agua, y se lava los ojos, una, dos, tres veces. A la tercera aprieta también contra la cara la otra mano, deja caer el bastón y lanza un grito como de dolor.

Luego separa lentamente las manos y su primer grito de pena se transforma en un grito de alegría:

-¡Oh! ¡Altísimo! ¡Yo veo! - y se arroja al suelo como vencido por la emoción, las manos puestas para proteger los ojos, apretadas contra las sienes, por ansia de ver, por el sufrimiento de la luz, y repite:

-¡Veo! ¡Veo! ¡Ésta es entonces la tierra! ¡Ésta es la luz! ¡Ésta es la hierba que conocía sólo por su frescura!... Se levanta y, estando encorvado, como uno que lleva un peso, su peso de alegría, va al arroyo que se lleva el agua que sobra, y mira cómo fluye brillante y risueña, y susurra:

-Y esto es el agua... ¡Claro! Así la sentía entre los dedos (introduce la mano en ella), fría y que no se sujeta. Pero no te conocía... ¡Ah, hermosa, hermosa! ¡Qué hermoso es todo!

Levanta la cara y ve un árbol... Se acerca a él, lo toca, alarga una mano, acerca hacia sí una ramita, la mira, y ríe, ríe, y da sombra a los ojos con la mano y mira al cielo, al Sol, y dos lágrimas descienden de los párpados vírgenes abiertos para contemplar el mundo... Y baja los ojos hacia la hierba, donde una flor ondea en la cima de su tallo, y se ve a sí mismo, reflejado en el agua del arroyo, y se mira y dice:

-¿Así soy yo? - y observa, asombrado, a una tórtola que ha venido a beber un poco más allá, y a una cabrita que arranca las últimas hojas de un rosal agreste, y a una mujer que viene hacia la fuente con un hijito contra su pecho. Y esa mujer le recuerda a su madre, a su madre de desconocido rostro, y, alzando los brazos al cielo, grita:

-¡Bendito seas, Altísimo, por la luz, por la madre, y por Jesús! - y se echa a correr, dejando en el suelo su bastón, ya inútil...

Los dos no han esperado a ver todo esto. En cuanto han visto que el hombre veía, han ido raudos hacia la ciudad. José, sin embargo, se queda hasta el final, y, cuando el ciego que ya no es ciego pasa por delante de él como una flecha para entrar en el dedalo de callejuelas del popular barrio de Ofel, deja a su vez su lugar y vuelve sobre sus pasos, hacia la ciudad, muy pensativo...

El barrio de Ofel, siempre ruidoso, ahora está se puede decir alborotado: unos corren hacia la derecha, otros hacia la izquierda; preguntas, respuestas.

-Pero lo habréis confundido con otro...

-Te digo que no. Le he preguntado: "¿Pero eres realmente tú, Sidonio, llamado Bartolmái?", y él me ha dicho: "Lo soy". Quería preguntarle cómo sucedió, pero se fue corriendo.

-¿Dónde está ahora?

-Donde su madre, sin duda.

-¿Quién? ¿Quién lo ha visto? - preguntan nuevos llegados.

-¡Yo!

-¡Yo!- responden varios.

-¿Y cómo ha sucedido?

-...Yo lo he visto correr sin bastón, con dos ojos en la cara, y he dicho: "¡Mira! Así sería Bartolmái si..."

« -Te digo que estoy temblando a más no poder. Entrando, ha dicho: "¡Madre, te veo!"

-Una gran dicha para los padres. Ahora podrá ayudar al padre y ganarse su pan...

-¡Esa pobre mujer se ha sentido mal de la alegría! ¡Una cosa! ¡Una cosa! Yo había ido a pedir un poco de sal y...

-Vamos, deprisa, a oírsele a él...

José de Arimatea se encuentra aprisionado en medio de este jaleo no sé si por curiosidad o si por espíritu de imitación, sigue la corriente y acaba en un callejón que no tiene salida, que si prosiguiera iría al Cedrón, donde la gente se apiña y sobrepuja con sus voces el frufrú de las aguas del torrente, engrosado por las lluvias de otoño. José llega allí cuando, por otra callecita que desemboca en ésta, vienen los dos de antes con otros tres: un escriba, un sacerdote y otro que no identifico por el indumento. Se abren paso con arrogancia y tratan de entrar en la casa abarrotada de gente.

La casa es: una cocina grande, negra como el alquitrán, con un rincón aislado por un rústico tabique de tablas, tras el cual hay una yacija y una puerta que da a otro cuarto que tiene una cama más grande; una puerta, abierta en la pared opuesta, deja ver un huertecito de pocos metros cuadrados. Eso es todo.

El ciego curado habla arrimado a la mesa, respondiendo a los que le preguntan, que son todos gente pobre como él, población modesta de Jerusalén, de este barrio que es quizás el más pobre de todos. Su madre, en pie al lado de él, lo mira y llora secándose los ojos en su velo. El padre, un hombre ajado por el trabajo, se manosea la barba con su mano trémula. Entrar en la casa es imposible hasta para la prepotencia judía y doctoral, y los cinco tienen que escuchar desde fuera las palabras del curado.

-¿Que cómo se me han abierto? Ese hombre que se llama Jesús me ha ensuciado los ojos con tierra mojada y me ha dicho: "Ve a lavarte en la fuente de Siloé". He ido, me he lavado y se han abierto los ojos y he visto.

-¿Pero cómo es que has encontrado al Rabí? Siempre decías que eras un desdichado porque nunca lo encontrabas, ni siquiera cuando pasaba siempre por aquí para ir a casa de Jonás al Getsemaní. Y hoy, ahora que no se sabe nunca dónde está...

-¡Hombre! Ayer al anochecer vino un discípulo suyo y me dio dos monedas: Me dijo: "¿Por qué no tratas de ver?". Le dije: "He buscado, pero no encuentro nunca a ese Jesús que hace los milagros. Lo busco desde que curó a Analía, de mi mismo barrio, pero si voy acá Él está allá...", y él me dijo: "Yo soy un apóstol suyo y lo que yo quiero lo hace. Ven mañana a Beceta y busca la casa de José el galileo, el del pescado seco, José de Seforí, cerca de la puerta de Herodes y del arco de la plaza, por la parte oriental, y verás que antes o después Él pasa por allí o entra en la casa, y yo le señalaré tu presencia". Dije: "Pero mañana es sábado". Quería decir que Él no haría nada en sábado. Me dijo: "Si quieres curarte, es el día, porque después dejamos la ciudad, y no sabes si podrás volver a encontrarlo". Yo insistí: "Sé que lo persiguen. Lo he oído en las puertas de la muralla del Templo, donde voy a pedir limosna. Por eso digo que ahora que lo persiguen así menos todavía querrá ser perseguido y no curará en sábado". Y él: "Haz lo que te digo y en sábado verás el Sol". Y he ido. ¿Quién no habría ido? ¡Si lo dice un apóstol suyo! También me dijo: "A mí es al que más escucha, y vengo expresamente porque me inspiras compasión y porque quiero que resplandezca su poder ahora que lo han ultrajado. Tú, ciego de nacimiento, harás que resplandezca. Sé lo que digo. Ven y verás". Y he ido. No había llegado todavía a la casa de José, cuando un hombre me ha tomado de la mano, pero por la voz no era el de ayer, y me ha dicho: "Ven conmigo, hermano". No quería ir. Creía que me quisiera dar pan y dinero, o quizás vestidos, y le decía que me dejara seguir mi camino porque había sabido dónde encontrar al llamado Jesús; y el hombre me ha dicho: "Éste es Jesús, este que está delante de ti". Pero yo no he visto nada, porque era ciego. He sentido dos dedos embadurnados en tierra mojada que me tocaban aquí y aquí, y he oído una voz que me decía: "Ve rápido a Siloé y lávate y no hables con nadie". Y lo he hecho. Pero estaba desalentado, porque esperaba ver enseguida, y casi he creído que hubiera sido una broma de jóvenes sin corazón, y casi no quería ir. Pero he sentido dentro una especie de voz decir: "Ten esperanza y obedece". Y entonces he ido a la fuente y me he lavado y he visto.

Y el joven se detiene, extático, y piensa de nuevo en la alegría de su primer momento de ver...

-¡Que salga ese hombre! ¡Queremos hacerle una serie de preguntas! -gritan los cinco.

El joven se abre paso y sale a la puerta.

-¿Dónde está el que te ha curado?

-No sé - dice el joven, al cual un amigo le ha susurrado: «Son escribas y sacerdotes».

-¿Cómo que no lo sabes? Decías ahora que lo sabías. ¡No mientas a los doctores de la Ley y al sacerdote! ¡Ay de aquel que trate de engañar a los magistrados del pueblo!

-Yo no engaño a nadie. Ese discípulo me dijo: "Está en esa casa" y era verdad, porque yo estaba cerca cuando me han tomado de la mano y conducido donde Él. Pero, dónde está ahora, no lo sé. El discípulo me dijo que se marchaban. Podría haber salido ya por la puerta.

-¿Pero a dónde iba?

-¿Y yo qué sé?! Irá a Galilea... ¡Teniendo en cuenta cómo lo tratan aquí!...

-¡Necio e irrespetuoso! ¡Ten cuidado de cómo hablas, hez del pueblo! Te he dicho que digas por qué camino iba.

-¿Y cómo queréis que lo sepa si estaba ciego? ¿Puede un ciego decir por dónde va otro?

-Está bien. Siguenos.

-¿A dónde queréis llevarme?

-A los jefes de los fariseos.

-¿Por qué? ¿Qué tienen que ver conmigo? ¿Acaso me han curado ellos para que tenga que agradecerse? Cuando estaba ciego y pedía limosna, mis manos no sentían nunca sus monedas; mi oído, nunca su palabra compasiva; mi corazón, nunca su amor. ¿Qué tengo que decirles? Sólo a uno debo decir "gracias", después de a mi padre y a mi madre, que durante tantos años me han amado siendo un desdichado. Y es a este Jesús que me ha curado amándome con su corazón, como mis padres con el suyo. No voy donde los fariseos. Me quedo aquí con mi madre y mi padre, a gozar de ver su rostro y ellos mis ojos que han nacido ahora, después de tantas primaveras desde aquella en que nací pero no vi la luz.

-No tantas palabras. Ven y síguenos.

-¡Que no! ¡Que no voy! ¿Habéis, acaso, enjugado alguna vez una lágrima de mi madre, abatida por mi desventura, o una gota de sudor de mi padre, agotado por el trabajo? Ahora puedo hacerlo yo con mi vista. ¿Debería, acaso, dejarlos y seguirlos?

-Te lo ordenamos. No eres tú el que ordena, sino el Templo y los jefes del pueblo. Si la soberbia de estar curado te ofusca la mente para recordar que mandamos nosotros, nosotros te lo recordamos. ¡Vamos! ¡Camina!

-¿Pero por qué tengo que ir? ¿Qué queréis de mí?

-Que declares sobre esta cosa. Es sábado. Obra llevada a cabo en sábado. Debe registrarse, por el pecado. Pecado tuyo y de ese diablo.

-¡Diablos, vosotros! ¡Pecado, vosotros! ¡Y voy a ir a declarar contra el que me ha hecho un bien? ¡Vosotros estáis borrachos! Al Templo iré. Para bendecir al Señor. Y nada más que eso. Durante muchos años he estado en la sombra de la ceguera. Pero los párpados cerrados han creado tiniebla sólo para los ojos. El intelecto ha estado igual en la luz, en gracia de Dios, y me dice que no debo dañar al único Santo que hay en Israel.

-¡Basta! ¿No sabes que hay castigos para quien se opone a los magistrados?

-Yo no sé nada. Aquí estoy y aquí me quedo. Y no os conviene hacerme ningún daño. Ya veis que todo Ofel está de mi parte.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Dejadlo! ¡Ventajistas! Dios lo protege. No lo toquéis ¡Dios está con los pobres! ¡Dios está con nosotros! ¡Explotadores, hipócritas!

La gente grita y amenaza, con una de esas espontáneas manifestaciones populares, que son las explosiones de indignación de los humildes contra quien los oprime, o de amor hacia quien los protege. Y gritan:

-¡Ay de vosotros si agredís a nuestro Salvador! ¡Al Amigo de los pobres! ¡Al Mesías tres veces Santo. ¡Ay de vosotros! No hemos temido la ira de Herodes ni la de los Gobernadores, cuando ha hecho falta. ¡No tememos las vuestras, viejas hienas de mandíbulas desdentadas! ¡Chacales de uñas desmochadas! ¡Inútiles prepotentes! Roma no quiere tumultos y no importuna al Rabí porque Él es paz. Pero a vosotros os conoce. ¡Marchaos! ¡Fuera de los barrios de los oprimidos por vosotros con diezmos superiores a sus fuerzas, para tener dinero para saciar vuestros apetitos y realizar torpes comercios. ¡Descendientes de Jasón! ¡De Simón! ¡Torturadores de los verdaderos Eleazares, de los santos Onías. (2 Macabeos 4-6)! ¡Vosotros que pisoteáis a los profetas! ¡Fuera! ¡Fuera!

El tumulto se enciende, cada vez más fiero.

José de Arimatea, aplastado contra un murete, espectador de los hechos, hasta ahora atento pero inactivo, con una agilidad insospechable en un viejo -y menos todavía estando tan arrebujado en túnicas y mantos-, salta al murete y, en pie, grita:

-¡Silencio, ciudadanos! ¡Escuchad a José el Anciano!

Una, dos, diez cabezas se vuelven en la dirección del grito. Ven a José. Gritan su nombre. Debe ser muy conocido el de Arimatea y debe gozar del favor del pueblo, porque los gritos de indignación se transforman en gritos de alegría:

-¡Está José el Anciano! ¡Viva él! ¡Paz y larga vida al justo! ¡Paz y bendición al benefactor de los indigentes! ¡Silencio, que habla José! ¡Silencio!

Con dificultad se hace silencio, y durante unos momentos se oye el susurro del Cedrón al otro lado de la callejuela. Todas las cabezas -habiendo ya olvidado todos el objeto que antes los hacía mirar en dirección opuesta: hacia los cinco desdichados e inconsiderados que han suscitado el tumulto- se dirigen hacia José.

-Ciudadanos de Jerusalén, hombres de Ofel, ¡por qué permitís que os cieguen la sospecha y la ira? ¿Por qué faltar al respeto y a las costumbres, vosotros que siempre habéis sido tan fieles a las leyes de los padres? ¿De qué tenéis miedo? ¿Acaso de que el Templo sea un Mólek que no devuelva lo que recibe? ¿Acaso de que vuestros jueces sean todos ciegos, más que vuestro amigo, ciegos en el corazón y sordos respecto a la justicia? ¿No es, acaso, costumbre el que un hecho prodigioso sea declarado, escrito y conservado por quien deba hacerlo para las crónicas de Israel? Dejad, pues, incluso por honor del Rabí a quien amáis, que el curado milagrosamente suba a declarar la obra por Él realizada. ¿Todavía titubeáis? Bien, pues yo me hago garante de que nada malo le sucederá a Bartolmái. Y sabéis que no miento. Como a un hijo amado de mi corazón lo escoltaré hasta allá arriba, y os lo traeré aquí después. Creed en mí. Y del sábado no hagáis un día de pecado con la rebelión contra vuestros jefes.

-¡Es como dice! No debemos. Podemos creerlo. Es un justo. En las buenas deliberaciones del Sanedrín siempre su voz está presente.

La gente intercambia sus ideas y al final grita:

-¡A ti sí, te confiamos nuestro amigo!

Y, dirigiéndose al joven:

-¡Ven! No temas. Con José de Arimatea estás tan seguro como con tu padre y más - y se abre para que el joven pueda ir donde José, que ha bajado de su púlpito improvisado; y, mientras pasa, le dicen:

-Vamos también nosotros. ¡No temas!

José, ricamente vestido de espléndida lana, pone una mano en un hombro del joven y se pone en camino. La túnica cenizosa y gastada del joven, su pequeño manto, van rozando contra la amplia túnica rojo oscura y el pomposo manto aún más oscuro del anciano miembro del Sanedrín. Detrás, los cinco; después de éstos, muchos, muchos de Ofel...

Ya están en el Templo, tras haber atravesado las calles centrales llamando la atención de muchos. Y la gente recíprocamente se señala al que antes era ciego, diciendo:

-¡Pero si es el que pedía limosna ciego! ¡Y ahora tiene ojos! Bueno, quizás es uno que se le parece. No. Es él, sin duda, y lo llevan al Templo. Vamos a oír - y la fila aumenta cada vez más, hasta que los muros del Templo se tragan a todos.

José guía al joven a una sala -no es el Sanedrín- donde hay muchos fariseos y escribas. Entra. Y con él entran Bartolmái y los cinco. A los lugareños de Ofel los echan para atrás reteniéndolos en el patio.

-Aquí está el hombre. Yo mismo os le he traído, pues, sin ser visto, he asistido a su encuentro con el Rabí y a su curación. Y os puedo decir que fue totalmente casual por parte del Rabí. El hombre, lo oiréis también vosotros, fue conducido -o mejor: invitado a ir- donde estaba el Rabí, por Judas de Keriot, a quien conocéis. Y yo he oído, y también estos dos que están conmigo han oído porque estaban presentes, cómo fue Judas el que tentó a Jesús de Nazaret en orden al milagro. Ahora aquí declaro que si hay que castigar a uno no es ni al ciego ni al Rabí, sino al hombre de Keriot, que -Dios ve si miento al decir lo que mi intelecto piensa- es el único autor del hecho, en el sentido de que lo ha provocado con intencionada maniobra. He dicho.

-Lo que dices no anula la culpa del Rabí. Si un discípulo peca, no debe pecar el Maestro. Y Él ha pecado curando en sábado. Ha realizado obra servil.

-Escupir en el suelo no es hacer obra servil. Y tocar los ojos de otro no es hacer obra servil. Yo también toco al hombre y no creo pecar.

-Él ha realizado un milagro en sábado. En esto está el pecado.

-Honrar el sábado con un milagro es gracia de Dios y su bondad. Es su día. ¿No puede, acaso, el Omnipotente celebrarlo con un milagro que haga resplandecer su poder?

-No estamos aquí para escucharte a ti. Tú no eres el encausado. Al que queremos interrogar es a ese hombre. Responde tú. ¿Cómo has obtenido la vista?

-Ya lo he dicho. Y éstos me han oído. El discípulo de ese Jesús ayer me dijo: "Ven y haré que te cures". Y fui. Y he sentido ponerme barro aquí y una voz que me decía que fuera a Siloé a lavarme. Lo he hecho y veo.

-¿Pero tú sabes quién te ha curado?

-¡Claro que lo sé! Jesús. Ya os lo he dicho.

-¿Pero sabes exactamente quién es Jesús?

-Yo no sé nada. Soy un pobre y un ignorante. Y hasta hace poco estaba ciego. Esto es lo que sé. Y sé que Él me ha curado. Y, si lo ha podido hacer, sin duda, Dios está con Él.

-¡No blasfemes! Dios no puede estar con quien no observa el sábado - gritan algunos.

Pero José y los fariseos Eleazar, Juan y Joaquín observan:

-Tampoco puede un pecador hacer esos prodigios.

-¿Acaso estáis seducidos también vosotros por ese poseído?

-No. Somos justos. Y decimos que, si Dios no puede estar con quien realiza obras en sábado, tampoco puede el hombre sin Dios hacer que un ciego de nacimiento vea - dice con calma Eleazar. Y los otros asienten.

-¿Y al demonio dónde lo dejáis? - gruñen los malévolos.

-No puedo creer, y tampoco vosotros lo creéis, que el demonio pueda realizar obras que tengan la virtud de hacer alabar al Señor - dice el fariseo Juan.

-¿Pero quién lo alaba?

-El joven, sus padres, todo Ofel, y yo con ellos, y conmigo todos los que son justos y temen santamente a Dios - rebate José.

Los malévolos, cortados, no sabiendo qué objetar, arremeten contra Sidonio, llamado Bartolmái:

-¿Tú qué dices del que te ha abierto los ojos?

-Para mí es un profeta. Y más grande que Elías con el hijo de la viuda de Sarepta. Porque Elías hizo que el alma volviera al niño (1 Reyes 17,17-24). Pero este Jesús me ha dado lo que nunca había perdido, porque no lo había tenido nunca: la vista. Y si me ha hecho los ojos, así, en un instante y con nada, excepto un poco de barro, mientras que en nueve meses mi madre con carne y sangre no había logrado hacérmelos, debe ser tan grande como Dios, que con barro hizo al hombre.

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Blasfemo! ¡Embustero! ¡Vendido! - y echan afuera al hombre como si fuera un réprobo.

-Ese hombre miente. No puede ser verdad. Todos pueden decir que uno que ha nacido ciego no se puede curar. Será uno que asemeja a Bartolmái, y preparado por el Nazareno... o... Bartolmái no ha estado nunca ciego.

Ante esta sorprendente afirmación, José de Arimatea reacciona sin vacilar:

-Que el odio ciego se sabe desde los tiempos de Caín; pero que vuelva necia a la gente no se sabía aún. ¿Os parece lógico que uno llegue a la madurez de la juventud fingiéndose ciego por... esperar un presumible hecho estrepitoso y muy futuro? ¿O que los padres de Bartolmái no conozcan a su hijo o se presten a esta mentira?

-El dinero lo puede todo. Y son pobres.

-El Nazareno es más pobre que ellos.

-¡Mientes! Sumas de sátrapa pasan por sus manos.

-Pero no se paran en ellas ni un instante. Son de los pobres esas sumas; usadas para el bien, no para el engaño.

-¡Cómo lo defiendes! ¡Y eres uno de los Ancianos!

-José tiene razón. La verdad hay que decirla independientemente del cargo que un hombre ocupe - dice Eleazar.

-Corred a llamar al ciego. Y traedlo otra vez aquí. Y que otros vayan donde los padres y los traigan aquí - grita Elquías (ha abierto de par en par la puerta y ha dado la orden a algunos que estaban afuera esperando). Y su boca está casi recubierta de baba, de tanto como lo ahoga la ira.

Unos corren en una dirección, otros en otra. El primero que vuelve es Sidonio, llamado Bartolmái, sorprendido y molesto. Lo encajan en un rincón y lo miran al igual modo que una jauría de perros acecha a la caza... Luego, después de un buen rato, llegan los padres de él, rodeados de gente.

-Entrad vosotros. ¡Los demás, afuera!

Los dos entran asustados, y ven a su hijo allí, en el fondo, sano pero en situación de arresto. La madre, gimiendo, dice:

-¡Hijo mío! ¡Y debía ser día de fiesta para nosotros!

-Escuchadnos. ¿Es vuestro hijo este hombre? - pregunta rudamente un fariseo.

-¡Sí que es nuestro hijo! ¿Quién creéis que puede ser, sino él?

-¿Estáis completamente seguros?

El padre y la madre están tan asombrados de la pregunta, que antes de responder se miran.

-¡Responded!

-Noble fariseo, ¿cómo piensas que un padre y una madre puedan engañarse respecto a su hijo? - dice humildemente el padre.

-¿Pero... podéis jurar... sí, que por ninguna suma os ha sido pedido decir que éste es vuestro hijo, mientras que es uno que le asemeja?

-¿Pedido decir? ¿Y quién habría sido? ¿Jurar? ¡Mil veces, y por el altar y el Nombre de Dios, si quieres!

-Es una afirmación tan segura que desalentaría hasta al más obstinado.

Pero los fariseos no se desalientan! Preguntan:

-¿Pero vuestro hijo no había nacido ciego?

-Sí. Así había nacido. Con los párpados cerrados y, debajo, el vacío, la nada...

-¿Y cómo es que ahora ve, tiene los ojos y, sobre ellos, abiertos los párpados? ¿No querréis decir que los ojos pueden nacer así, como flores en primavera, y que un párpado se abre exactamente como el cáliz de una flor!... - dice otro fariseo, y se ríe sarcásticamente.

-Sabemos que este hombre es verdaderamente nuestro hijo desde hace casi treinta años, y que nació ciego; pero no sabemos cómo es que ahora ve, ni tampoco quién le ha abierto los ojos. Y... ¿por qué no le preguntáis a él? No es un idiota ni un niño. Tiene ya sus buenos años. Preguntadle y os responderá.

-Vosotros mentís. Él, en vuestra casa, ha contado cómo ha sido curado y por quién. ¿Por qué decís que no sabéis? - grita uno de los dos que habían seguido siempre al ciego.

-Estábamos tan atónitos por la sorpresa, que no hemos oído - se justifican los dos.

Los fariseos se vuelven hacia Sidonio, llamado Bartolmái:

-Acércate ¡Y da gloria a Dios, si es que puedes! ¿No sabes que quien te ha dado los ojos es un pecador? ¿No lo sabes? Bueno, pues ya lo sabes. Lo decimos nosotros, que lo sabemos.

-¡Bueno...! Será como decís vosotros. Yo si es pecador no lo sé. Sé solo que antes estaba ciego y ahora veo, y bien nítido.

-Pero ¿qué te ha hecho? ¿Cómo te ha abierto los ojos?

-Ya os lo he dicho y no me habéis escuchado. ¿Queréis oírlo otra vez? ¿Por qué? ¿Es que queréis haceros discípulos de Él?

-¡Necio! Sé tú discípulo de ese hombre. Nosotros somos discípulos de Moisés. Y de Moisés sabemos todo, y que Dios le habló. Pero de este hombre no sabemos nada, ni de dónde viene ni quién es, y ningún prodigio del Cielo lo señala como profeta.

-¡Aquí precisamente está lo increíble! Que no sabéis de dónde es y decís que ningún prodigio lo señala como justo. Pero Él me ha abierto los ojos y ninguno de nosotros de Israel había podido hacerlo jamás, ni siquiera el amor de una madre y los sacrificios de mi padre. Pero hay una cosa que sabemos todos, tanto yo como vosotros, y es que Dios no presta oídos al pecador, sino a aquel que tiene temor de Dios y hace su voluntad. No se ha oído nunca que ninguno, en todo el mundo, haya podido abrir los ojos a un ciego de nacimiento; pero este Jesús lo ha hecho. Si no viniera de Dios, no habría podido hacerlo.

-Has nacido enteramente en el pecado, eres deforme en el espíritu igual y más de lo que lo fuiste en el cuerpo, ¿y te las das de poder enseñarnos a nosotros? ¡Fuera, maldito aborto, y hazte diablo con tu seductor! ¡Fuera! ¡Fuera todos, plebe necia y pecadora! - y echan fuera a hijo, padre y madre, como si fueran tres leprosos.

Los tres se marchan raudos, seguidos por los amigos. Pero, llegado afuera de la muralla, Sidonio se vuelve y dice:

-¡Para vosotros la perra gorda! Decid lo que queráis. La verdad es que yo veo, y alabo a Dios por ello. Y diablitos seréis vosotros, no el Bueno que me ha curado.

-¡Calla, hijo! ¡Calla! ¡Basta que no nos perjudique!... - gime la madre.

-¡Oh, madre! ¿El aire de aquella sala te ha envenenado el alma, a ti que en mi dolor me enseñabas a alabar a Dios y ahora en la alegría no le sabes dar gracias y temes a los hombres? Si Dios me ha amado tanto, y te ha amado tanto, que nos ha dado el milagro, ¿no sabrá defendernos de un puñado de hombres?

-Nuestro hijo tiene razón, mujer. Vamos a nuestra sinagoga a alabar al Señor, dado que del Templo nos han echado. Y vamos raudos, antes de que termine el sábado...

Y, acelerando el paso, desaparecen por los caminos del valle.

En la casa de Juan de Nob, otra alabanza a la Corredentora. Embustes de Judas Iscariote.

Jesús está en Nob. Y debe ser desde hace poco, porque está organizándose y dividiendo en tres grupos de cuatro personas a sus doce para distribuirlos en las casas. Él se queda con Pedro, Juan, Judas Iscariote y Simón Zelote, mientras que Santiago de Zebedeo tiene a cargo el grupo compuesto por Mateo, Judas de Alfeo y Felipe, y Bartolomé está a la cabeza del tercero, y los que a él están sujetos son Santiago de Alfeo, Andrés y Tomás.

-Iréis a donde han ofrecido recibiros, después de cenar. Volveréis aquí por la mañana y os diré lo que tenéis que hacer. En las horas de las comidas estaremos juntos. Recordad lo que os he dicho muchas veces: que también con el modo de vivir y convivir entre vosotros y con quien os recibe debéis predicar mi Doctrina. Sed, pues, sobrios, pacientes, honestos en vuestras palabras, en vuestras acciones, en vuestras miradas, de manera que la justicia emane de vosotros como un perfume. Ya veis cómo los ojos del mundo están siempre sobre nosotros, para calumniarnos o para estudiarnos, y también por veneración. Pero éstos son los menos entre los muchos ojos que nos observan. Y, no obstante, de estos pocos debemos tener sumo cuidado, porque sobre su fe carga el trabajo del mundo, para desmoronarla, y todo sirve al mundo como arma para destruir el amor de los buenos hacia mí, y, como consecuencia, hacia vosotros. No ayudéis, pues, al mundo con un modo de vida no santo, y no hagáis, siendo para ellos objeto de escándalo, más pesada la fatiga de los que deben defender su fe de las insidias de mis adversarios. El escándalo deja desorientadas a las almas, las aleja, las debilita. ¡Ay de aquel apóstol que sea escándalo para las almas! Peca contra su Maestro y contra su prójimo, contra Dios y contra el rebaño de Dios. Me fío de vosotros. No hagáis que a mi dolor, que es mucho, se una otro dolor que me venga de vosotros.

-No temas, Maestro. De nosotros no recibirás dolor, a menos que Satanás nos extravié a todos - dice Bartolomé.

Entra Anastática, que está en la cocina con Elisa, y dice:

-La cena está preparada, Maestro. Baja mientras está caliente. Te repondrás.

-Vamos.

Y Jesús se levanta y sigue a la mujer hacia abajo por la pequeña escalera que desde la habitación de arriba -donde están preparadas ya unas camas modestas- baja hasta el huertecito. Y de este entra en la cocina, alegrada por un fuego vivo.

Está el anciano Juan junto al fuego, y Elisa ajetreada con las cosas de comer. Ella se vuelve con una sonrisa materna a mirar a Jesús cuando entra, y se apresura a volcar en una bandeja grande el trigo o cebada cocidos en la leche (esto ya lo he visto hacer a María de Alfeo en Nazaret antes de la partida de Juan y Síntica).

-Mira. He tenido siempre presente que María Cleofás me dijo que te gustaba. Y había reservado la mejor miel para hacerlo también para Margziam... Siento que el niño no haya venido...

-Nique ha querido que se quedara, junto con Isaac, dado que mañana a la aurora salen, y ella aprovecha el carro hasta Jericó para llevar a cabo la misión que ya sabes...

-¿Qué misión, Maestro? - pregunta interesado Judas Iscariote.

-Una misión muy femenina. Criar a un niño. Lo único que el niño no necesita leche, sino fe, porque es un niño en el espíritu. Pero la mujer es siempre madre, y sabe hacer estas cosas. ¡Y una vez que ha comprendido!... Vale cuanto el hombre. Y con la superioridad de la fuerza de su dulzura materna.

-¡Qué bueno eres con nosotras, Maestro! - dice Elisa acariciándolo con la mirada.

-Soy veraz, Elisa. Nosotros de Israel, y no sólo nosotros, estamos acostumbrados a ver a la mujer como si fuera un ser inferior, a pensar en ella así. No. Si está sujeta al hombre, como es justicia, si en ella recae más el castigo por el pecado de Eva, si su misión está destinada a desarrollarse entre velos y penumbras, sin gestos ni gritos llamativos, si todo en ella sucede como celado bajo un entrecielo, no por ello es menos fuerte o menos capaz que los hombres. Incluso sin traer a la memoria a las grandes mujeres de Israel, Yo os digo que hay mucha fuerza en el corazón de la mujer. En el corazón. Como para nosotros, varones, en la mente. Y os digo que está para cambiar la posición de la mujer respecto a las tradiciones, como respecto a muchas otras cosas. Y ello será justo, porque de la misma manera que Yo para los hombres todos, así, una Mujer obtendrá en modo especial para las mujeres gracia y redención.

-¿Una mujer? ¿Y, según Tú, cómo va a redimir una mujer? - y Judas de Keriot se ríe.

-En verdad te digo que Ella ya está redimiendo. ¿Tú sabes lo que es redimir?

-¡Claro que lo sé! Es liberar del pecado.

-Sí. Pero liberar del pecado no serviría de mucho, porque el Adversario es eterno y volvería a insidiar. Pero del Jardín terrenal una voz surgió, la Voz de Dios, diciendo: "Pondré enemistad entre ti y la Mujer... Ella te aplastará la cabeza y tú acecharás su calcañar". Nada más que una asechanza, porque la Mujer tendrá, tiene en sí, aquello que vence al Adversario. Y redime, por tanto, desde que existe. Redención ya presente, aunque celada. Pero pronto se manifestará al mundo, y las mujeres se fortalecerán en Ella.

-Que Tú redimas... de acuerdo. Pero una mujer que pueda... No lo acepto, Maestro.

-¿No recuerdas a Tobías? ¿Su cántico? (*Tobías 13*).

-Sí. Pero habla de Jerusalén.

-¿Tiene, acaso, ya Jerusalén un Tabernáculo en que esté Dios? ¿Puede Dios asistir desde su gloria a los pecados que se consuman dentro de las murallas del Templo? Otro Tabernáculo era necesario, y que fuera santo, y que fuera estrella que recondujera los errantes al Altísimo. Y esto se da en la Corredentora, que por los siglos de los siglos exultará de ser la Madre de

los redimidos. "Tú brillarás con luz espléndida. Todos los pueblos de la Tierra se postrarán ante ti. Las naciones llegarán a ti desde lejos, llevando dones, y adorarán en ti al Señor... Invocarán tu gran nombre... Los que no te escuchen estarán entre los malditos, y benditos aquellos que se adhieran a ti... Serás feliz en tus hijos, porque ellos serán los benditos reunidos con el Señor". El verdadero cántico de la Corredentora. Y ya en el Cielo lo cantan los ángeles, que ven... La Jerusalén nueva y celeste comienza en Ella. ¡Oh, sí, esto es verdad! Y el mundo la ignora. Y la ignoran los ofuscados rabíes de Israel...

Jesús se sumerge en sus pensamientos...

-¿Pero de quién habla? - pregunta Judas Iscariote a Felipe, que está a su lado.

Antes de que Felipe responda, Elisa, que está poniendo en la mesa queso y aceitunas negras, dice, más bien con dureza:

-De su Madre habla. ¿No lo comprendes?

-Nunca he sabido que sea nombrada por los profetas como mártir... Se habla únicamente del Redentor, y...

-¿Y piensas que existe sólo la tortura de la carne? ¿Y no sabes que esa cosa no es nada, para una madre, respecto a la de ver morir a un hijo? ¡Tu mente -no hablo de tu corazón, no sé qué latido tiene, tu mente de que te jactas no te dice que un sinfín de veces una madre se sometería a la tortura y a la muerte con tal de no oír un gemido del hijo? Hombre, tú eres hombre y conoces el saber. Yo sé ser mujer y madre; no sé otra cosa. Pero te digo que eres más ignorante que yo, porque ni siquiera conoces el corazón de tu madre...

-¡Me ofendes!

-No. Soy anciana y te aconsejo. Haz sagaz tu corazón y evitarás llanto y castigo. Haz eso, si puedes.

Los apóstoles, especialmente Judas de Alfeo, Santiago de Zebedeo, Bartolomé y el Zelote, se miran de reojo disimuladamente y agachan la cabeza para ocultar la sonrisita que aflora en sus labios por las francas palabras de Elisa al apóstol que se cree perfecto. Jesús sigue absorto y no oye nada.

Elisa se vuelve a Anastática y dice:

-Ven. Mientras terminan de comer vamos a preparar otras dos camas, porque tres son pocas - y hace ademán de querer salir.

-¡Elisa, no dejaréis la vuestra, ¿no?! - exclama Pedro - No está bien. Yo y Juan podemos dormir en las tablas. Estamos acostumbrados.

-No, Simón. Hay cañizos y esteras. Están guardados. Ahora los montamos en los caballetes.

Sale con la otra.

A los apóstoles, cansados y con el calorcito de la cocina, casi se les cae la cabeza. Jesús, apoyados el codo en la mesa y la cabeza en la mano, piensa.

Un golpe en la puerta. Tomás, que es el más cercano, se levanta para abrir. Exclama:

-¿Tú, José? ¿Y con Nicodemo? ¡Entrad! ¡Entrad!

-Paz a ti, Maestro, y a los que están en esta casa. Vamos a Ramá, Maestro; Nicodemo me ha invitado a ir allí. Pasando, hemos dicho: Detengámonos a saludar al Maestro". Queríamos saber si... te habían importunado más, visto que han ido a casa de José a buscarte. Te han buscado ya por todas partes, después de que has curado a aquel ciego. Es verdad que no han paseado fuera de las murallas. No han movido una silla, para no profanar el sábado. Y por eso se creen puros. Pero, para buscarte, para seguir a Bartolomé, han recorrido mucho más del máximo.

-¿Y cómo lo han sabido, si el Maestro no ha hecho nada en la calle? - pregunta Mateo.

-¡Eso! Ni siquiera nosotros hemos sabido si estaba curado. Hemos ido a la sinagoga y luego a saludar a Nique y a Isaac y a Margziam, que se quedan donde ella. Y luego, después del ocaso, rápidamente hemos venido aquí - dice Pedro.

-Vosotros no lo habéis sabido. Pero los enviados de los fariseos sí. Vosotros no lo habéis visto, pero yo sí. Dos de ellos estaban presentes cuando el Maestro tocó los ojos al ciego. Desde horas antes estaban esperando.

-¿Y eso? ¿Por qué? - pregunta Judas de Keriot con aire de inocente.

-¿A mí me lo preguntas?

-Es una cosa extraña. Por eso lo pregunto.

-Cosa más extraña es que de un tiempo a esta parte donde está el Maestro hay siempre espías.

-Los buitres van donde está el despojo; los lobos, donde el rebaño.

-Y los ladrones, donde un cómplice les señala una caravana. Es como has dicho.

-¿Qué quieres insinuar?

-Nada. Completo tu proverbio aplicándolo a los hombres. Porque Jesús es hombre; y hombres son sus trasechadores.

-Cuenta, José, cuenta... - dicen muchos de los presentes.

-Si el Maestro quiere... he venido para contar.

-Habla - dice Jesús.

Y José narra minuciosamente todo lo que ha observado. Pero omite el detalle de que fue Judas el que habló al ciego del domicilio de Jesús.

Los comentarios son muchos, furiosos, doloridos, según los corazones. Y Judas de Keriot es el más -en apariencia- afligido e inquieto. Contra todos, y especialmente contra el ciego imprudente que ha venido a ponerse en el sendero de Jesús en día de sábado, confiando en la conocida bondad del Maestro...

-¡Pero si has sido tú el que se lo has señalado! Estaba cerca de ti y he oído - dice Felipe asombrado.

-Señalar no quiere decir ordenar hacer.

-¡Ah, te creo, que no te habrías permitido dar órdenes al Maestro!... - dice Judas Tadeo.

-¿Yo? ¡Nada que ver! Se lo he señalado sólo para pedir explicación.

-Sí. Pero señalar, a veces, es también tentar a hacer. Y esto lo has hecho - rebate Judas Tadeo.

-Eso lo dices tú, pero no es verdad - afirma Judas con desfachatez.

-¿Que no es verdad? ¿Estás completamente seguro? ¿Seguro como de vivir, de no haber hablado nunca de Jesús al ciego, de no haberlo sugestionado para que se dirigiera a Jesús, y, estás seguro, naturalmente, de no haberlo inducido a hacerlo inmediatamente, antes que Jesús dejara la ciudad? - pregunta José de Arimatea.

-¡Por supuesto! ¡Y quién ha hablado a ese hombre? Yo seguro que no. Estoy siempre con el Maestro, día y noche, y si no con Él con los compañeros...

-Creía que lo habías hecho ayer, cuando saliste con las mujeres - dice Bartolomé.

-¿Ayer? Tardé menos en ir y volver que una golondrina volando. ¿Cómo hubiera podido buscar al ciego, encontrarlo y hablar con él en tan poco tiempo?

-Quizás te encontraste con él...

-¡Jamás lo había visto!

-Entonces ese hombre es un mentiroso, porque ha afirmado que tú le habías dicho que viniera, y dónde, y cómo hacer las cosas; y le habías garantizado que Jesús le prestaría oídos y... - dice José de Arimatea.

Judas le interrumpe con violencia:

-¡Basta! ¡Basta! ¡Merece volverse ciego otra vez por todas las mentiras que dice! Yo, y puedo jurarlo por el Santo, no lo conozco nada más que de vista, y nunca he hablado con él.

-Verdaderamente basta así. Tu alma está en regla, Judas de Keriot, que no temes a Dios porque sabes que tus obras son santas. Dichoso tú... que no temes nada - le dice José, mirándolo con severidad, con unos ojos que perforan.

-No temo, no, porque no tengo pecado.

-Todos pecamos, Judas. ¡Y poco aún es si sabemos arrepentirnos después de los primeros pecados y no aumentarlos en número y en maldad! - dice Nicodemo, que hasta ahora no ha hablado.

Y luego se vuelve hacia el Maestro y dice:

-Lo penoso es que José de Seforí ha sido amenazado con ser expulsado de la sinagoga, si vuelve a hospedarte, y Bartolmái ya ha sido expulsado. Iba a ella con su padre y su madre, pero unos fariseos lo esperaban y le negaron la entrada, y lo anatematizaron.

-¡Esto ya es demasiado! ¿Hasta cuándo, Señor...? - gritan muchos de los presentes.

-¡Calma! ¡Calma! No pasa nada. Bartolmái está en el camino del Reino. ¿Qué ha perdido, pues? Está en la Luz. ¿No es, entonces, más hijo de Dios que antes? ¡Oh, no confundáis los valores! ¡Calma! ¡Calma! No iremos tampoco a casa de José... Lo que siento es que Isaac piensa llevar allí a mi Madre y a María de Alfeo... Pero, en todo caso, serían pocas horas, porque ya hay uno que ha proveído a ello.

Se dirige a Juan de Nob:

-Padre, ¿tienes miedo del Sanedrín? Ya ves lo que cuesta dar posada al Hijo del hombre... Eres anciano. Eres un fiel israelita. Podrías ser expulsado de la sinagoga en tus últimos sábados. ¿Serías capaz de soportarlo? Habla con sinceridad, y Yo, si temes, me iré. Una cueva quedará en los montes de Israel para el Hijo de Dios...

-¿Yo, Señor? ¿A quién crees que puedo temer, sino a Dios? No tengo miedo de la boca del sepulcro -es más, la miro como a cosa amiga-, ¿y crees que puedo tener miedo de la boca de los hombres? Sólo temería el juicio de Dios si, por miedo a los hombres, alejara de mí a Jesús, ¡el Cristo de Dios!

-De acuerdo. Eres un hombre justo... Me quedará aquí... cuando no esté en las ciudades cercanas, como tengo pensado hacer todavía otra vez.

-Ve a Ramá y vienes a mi casa, Señor - dice Nicodemo.

-¿Y si te perjudica?

-¿Acaso no te invitan, por mala fe, los fariseos? ¿No podría hacerlo yo, para profundizar en tu corazón?

-Sí, Maestro. Vamos a Ramá. Mi padre se alegrará mucho, si está en casa. Y, si no está, como sucede a menudo, encontrará tu bendición a su regreso - suplica Tomás.

-El primer lugar al que iremos será Ramá, mañana...

-Maestro, nosotros te dejamos. Tenemos afuera las cabalgaduras y estaremos en Ramá antes del final de la segunda vigilia. La Luna pone blancos los caminos, como de pálido sol. Adiós, Maestro. La paz sea contigo - dice Nicodemo.

-La paz a ti, Maestro... y, escucha un consejo bueno de José el Anciano. *Sé un poco astuto. Vigila alrededor de ti. Abre los ojos y cierra la boca. Haz, y no digas nunca antes lo que quieres hacer...* Y no vengas a Jerusalén durante un tiempo; y, si vienes, no vayas al Templo sino el tiempo necesario para orar. ¿Me comprendes? Adiós, Maestro. La paz a ti.

José ha remarcado mucho las palabras que subrayo, y, mientras las decía, miraba intensamente a Jesús; ya simplemente su mirada era un aviso.

Salen al huertecito, blanco de luna. Desatan dos robustos asnos que estaban atados al tronco del nogal; suben a la silla y se marchan por el camino desierto y blanco...

Jesús vuelve a la cocina con los suyos...

-Pero ¿qué habrá querido decir aquí al final?

-Y ¿cómo se habrán enterado éstos?

-¿Qué le harán a José de Seforí?

-Nada. Palabras. Sólo palabras. No penséis ya más en ello. Son cosas pasadas y sin consecuencias. Vamos. Decimos la oración y nos separamos para la noche. "Padre nuestro..."».

Los bendice, los mira mientras se marchan. Luego sube, con los cuatro con que se ha quedado, a la habitación donde están las camas.

Profecía ante un pueblo destruido.

No sé en qué lugar está Jesús. Es claro que entre montes. En un sitio destruido o por algún cataclismo o por una operación bélica y después abandonado. Y me inclinaría a pensar que por esto último, porque las ruinas de las casas muestran también señales de llamas en las bóvedas protegidas del agua y que aún pueden verse entre la maraña de las zarzas, hiedras y otras plantas trepadoras o parásitas, nacidas por todas partes. Las anchas hojas vellosas de una planta cuyo nombre desconozco, pero que he visto también en Italia, cubren por entero los restos -parecen un montecito de pronunciada pendiente- de una construcción. Más allá, una pared permanece enhiesta y sola contemplando el resto de la casa caída; está invadida por alcaparras y parietaria; y, por el antepecho de ojos de lo que era una terraza, cuelga una clemátide que ondea al viento sus ramas cua1 cabellera suelta. Otra casa derrumbada en el centro, pero que tiene en pie aún las paredes exteriores, parece un enorme jarrón de flores que, en vez de cabillos contiene árboles, nacidos espontáneamente en la cavidad en que antes había habitaciones. Otra, que, escalonadamente está en parte en pie, parece un altar preparado para un rito y ornado todo de verde. Dominando estas ruinas, un chopo, delgado y derecho como arista de espada, parece preguntar al cielo el porqué de una catástrofe de tanta magnitud. Y, entre casa y casa, entre montón y montón de escombros, obstinados árboles frutales ya silvestres, ensilvecidos, que aventajan a la otra vegetación o son aventajados por ella, nacidos de frutos caídos -árboles retorcidos, o erguidos, o rastreros, o nacidos en una abertura de una pared o en un pozo agotado-, parecen un bosque hechizado. Y pájaros y palomas, que salen de entre las quebraduras de las ruinas, se lanzan ávidos a los lugares cercanos donde antes había ciertamente campos arados, y ahora sólo hay una maraña de veza dura -re seca por el sol, y que abre sus vainas para dejar caer las semillas y luego volver a nacer en primavera- de cizañas, de joyos. Las palomas apartar con feroces aletazos a los pájaros más pequeños, que buscan algún que otro granito de mijo o algún cañamón, nacidos quién sabe de qué lejana semilla que durante años y años se ha perpetuado, con siembra espontánea, en los campos no cultivados. Y los pájaros se vengan, especialmente los reñidores, arrancando las gráciles espigas de mijo desmedrado, y llevándoselas a sus nidos, volando con dificultad muy sesgados por el peso y el estorbo de la panoja.

Jesús no tiene consigo sólo a los apóstoles, sino también a un buen grupo de discípulos, entre los cuales a Cleofás y Hermas de Emaús, hijos del viejo arquisinagogo Cleofás, y a Esteban. Y hay también hombres y mujeres: como si hubieran venido desde algún pueblo a invitar a Jesús para que fuera al suyo, o como si lo hubieran seguido después de que ya hubiera estado allí. Y Jesús, cruzando el lugar destruido, se detiene a mirar a menudo, y se para del todo cuando desde el lugar más alto puede dominar esa maraña de escombros y vegetales en que la vida está representada solamente por las palomas (un día, ciertamente, domésticas; ahora otra vez agrestes y feroces). Contempla, cruzados los brazos, la cabeza un poco agachada; y, cuanto más mira, más triste y pálido se pone.

-¿Por qué te quedas aquí, Maestro? El lugar te aflige, se ve. No te pares a contemplarlo. Me arrepiento de haberte hecho pasar por aquí, pero es un camino mucho más corto - dice Cleofás de Emaús.

-No miro lo que vosotros veis.

-¿Qué, entonces, Señor? ¿Será que ves el hecho pasado? Fue pavoroso, sin duda. -Éste es el sistema de Roma... - dice el otro de Emaús

-Y esto debería mover a reflexión... Observad todos. Aquí había una ciudad, no grande pero sí bonita. Hecha más de casas señoriales que de casas humildes. Y estos lugares que ahora son bosques agrestes eran de ricos. Y de ricos eran estos campos ahora estériles, cubiertos de zarzas, joyos, ortigas... Entonces había pingües árboles frutales y campos llenos de mieses. Y las casas eran bonitas en aquel entonces, con jardines llenos de flores, y pozos y fuentes en las que se bañaban las palomas y jugaban los niños. Eran felices todos los habitantes de este lugar. Y la felicidad no los hizo justos. Se olvidaron del Señor y de sus palabras... ¡Y ya veis! Ya no hay casas ni flores ni fuentes ni mieses ni frutos. Quedan sólo las palomas; y, ya no felices como entonces, en vez de disponer del trigo dorado y el comino -entonces los buscaban ávidas y de ellos se saciaban-, batallan ahora por conseguir unas pocas veces ásperas, unos joyos amargos. ¡Y hay fiesta, si encuentran todavía una espiga de cebada renacida entre los espinos!...

Y, mirando, ya no veo las palomas... Veo caras, caras... muchas de las cuales no han nacido todavía... Veo ruinas, ruinas, y zarzas y lambrusca, y vezas silvestres que cubren tierras de la Patria... Y todo esto porque no se ha querido acoger al Señor. Oigo llantos de niños extenuados, más infelices que estos pájaros, a los que todavía Dios provee de un mínimo de ayuda para vivir, mientras que esos niños carecerán de toda ayuda, incluidos en el castigo general, y languidecerán en el pecho seco de sus madres, moribundas de inanición y dolor y espanto sin nombre. Y oigo los lamentos de las madres ante sus hijos muertos de hambre en su pecho. Y los lamentos de las esposas que ya no tienen esposo; de las vírgenes capturadas para placer de los vencedores; de los hombres encaminados hacia las cadenas tras haber conocido toda suerte de humillación de guerra; y de viejos que han vivido hasta ver cumplida la profecía de Daniel. (*Capítulo 9*)

Y oigo la voz incansable de Isaías (28,11-12, 15,16-19) en el soplo de este viento entre las ruinas, en el quejido de las palomas entre los escombros: "Con palabras extrañas, con lengua extranjera hablará el Señor a este pueblo, al cual ha dicho: Aquí está mi reposo. Dad reposo al fatigado; éste es mi alivio". Pero ellos no han querido escuchar. No. No han querido, y el Señor no puede hallar reposo en su pueblo. El cansado, que se ha cansado recorriendo sus comarcas, enseñando, curando, convirtiendo, consolando, no encuentra descanso sino persecución; no encuentra alivio, sino insidia y traición. Perfectamente

uno es el Hijo con el Padre. Y, si la Verdad os ha enseñado que hasta un vaso de agua dado a un hombre tendrá su recompensa, porque todo acto de misericordia hecho al hermano a Dios mismo se le hace, ¿qué castigo habrá para aquellos que hasta la piedra del sendero como almohada le niegan al Hijo del hombre, y el manantial montano que brota por bondad del Creador, y el fruto olvidado en la rama por estar enfermo o verde, y la espiga substraída a las palomas, y tienen ya preparado el lazo para estrangular el aire en la garganta y con el aire la vida?

¡Oh, desventurado Israel, que has perdido en ti la justicia y que has perdido la misericordia de Dios!

Y de nuevo se oye la voz de Isaías en el viento del atardecer, más tremenda que el grito del pájaro de muerte, casi tan tremenda como la que sonó en el Jardín terrenal para la condena de los dos culpables, y -¡oh, tremenda cosa!- ¡y no está unida esta voz del Profeta a la promesa de un perdón, como entonces, como entonces! No. No hay perdón para los que intentan burlarse de Dios, para los que dicen: "Hemos hecho alianza con la muerte, hemos estrechado un pacto con el infierno. Los flagelos, cuando vengan, no nos vendrán a nosotros, porque hemos puesto nuestras esperanzas en la Mentira y ella, que es poderosa, nos protege".

Oíd, oíd cómo repite Isaías lo que oyó al Señor: "Yo pondré, como fundamento de Sión, una piedra angular, elegida, preciosa... Juzgaré sopesando, haré justicia midiendo; y el granizo destruirá la esperanza en la Mentira, y las aguas arrasarán las protecciones, y será destruida vuestra alianza con la muerte, dejará de existir vuestro pacto con el infierno. Cuando pase, violento, el flagelo, os arrastrará tras sí; cada vez que pase os arrastrará, cada hora, y sólo los castigos os harán comprender la lección".

¡Desventurado Israel! Como estos campos -en que subsiste sólo la veza pobre y el amargo joyo, y donde ya no hay trigo- será Israel; y la tierra que no aceptó al Señor no tendrá pan para sus hijos, y los hijos que no quisieron acoger al cansado pasarán, castigados, enrudecidos, como galeotes amarrados al remo, a ser esclavos de aquellos a quienes despreciaron como inferiores. Dios verdaderamente trillará al pueblo soberbio bajo el peso de su justicia, y lo ahogará con la agramadera de su juicio...

Esto es lo que veo en estas ruinas. ¡Ruinas! ¡Ruinas! A Septentrión, a Mediodía, a Oriente y Occidente, y, sobre todo, en el centro, en el corazón, donde la ciudad culpable será transformada en putrefacta fosa...

Y lágrimas lentas descienden por el pálido rostro de Jesús, que levanta el manto para taparse la cara y deja descubiertos sólo los ojos, dilatados por la dolorosa visión.

Y reanuda la marcha, mientras los que están con Él van bisbiseando apenas, helados de espanto...

513

En Emaús Montana, una parábola sobre la verdadera sabiduría y una advertencia a Israel.

La plaza de Emaús. Está llena de gente. Abarrotada. Y, en el centro de la plaza, Jesús a duras penas se mueve, pues está muy rodeado, muy oprimido por los que lo asedian. Jesús está entre el hijo del arquisinagogo y el otro discípulo; alrededor, con la hipotética intención de protegerlo, los apóstoles y los discípulos; entre éstos y aquéllos, propensos a introducirse por todas partes, como lagartijas entre la maraña de un tupido matorral, muchos niños.

¡Es maravilloso el atractivo que ejercía Jesús sobre los pequeñuelos! Jamás hay un lugar donde, conocido o desconocido, no se vea inmediatamente rodeado por los niños, felices de pegarse a sus vestiduras; más felices aún, si Él los roza con la mano haciéndoles una caricia llena de amor, aunque al mismo tiempo hable severamente a los adultos; felicísimos, si se sienta en un asiento, en un murete, en una piedra, en un tronco derribado o incluso en la hierba: entonces, teniéndolo a su altura, pueden abrazarlo, apoyar la cabecita en su hombro o en sus rodillas, introducirse por debajo del manto para hallarse dentro del círculo de sus brazos como pollitos que hubieran encontrado la más amorosa y protectora de las defensas. Y siempre Jesús los defiende de los desafueros de los adultos, del imperfecto respeto de éstos hacia Él: un respeto que, ausente por muchos y más serios motivos, quiere mostrarse celoso alejando a los pequeñuelos del Maestro...

También ahora lo que habitualmente dice Jesús resuena para defensa de sus pequeños amigos:

-¡Dejadlos! ¡No molestan! ¡No son, ciertamente, los niños los que causan molestias y dolor!

Jesús se agacha hacia ellos, con una sonrisa resplandeciente que lo rejuvenece, siendo así que le da casi el aspecto de un hermano mayor suyo, benigno cómplice de algunos de sus inocentes pasatiempos, y susurra:

-Estad en calma, estad muy callados: así no os echan y estamos juntos todavía otro rato.

-¿Y nos cuentas una parábola bonita? - dice el más... audaz.

-Sí. Toda para vosotros. Luego hablo a vuestros padres. Escuchad todos, porque lo que sirve para los pequeños sirve también para los hombres.

Un hombre un día fue convocado por un gran rey, que le dijo: "He sabido que eres merecedor de un premio, porque eres sabio y honras tu ciudad con el trabajo y la ciencia. Ahora bien, no te voy a dar una cosa, sino que te voy a conducir a la sala de mis tesoros, de forma que elegirás lo que quieras y yo te lo daré. Así, juzgaré también si eres como la fama te describe".

Y, contemporáneamente, el rey, acercándose a la terraza que rodeaba su atrio, echó una mirada a la plaza que estaba delante del palacio real. Vio pasar a un niño vestido pobremente, un niño que ciertamente pertenecía a una familia postrísima, y quizás era huérfano o mendigo. Se volvió hacia sus criados y dijo: "Id donde ese niño y traédmele".

Y los criados fueron, y volvieron con el niño, que temblaba por estar en presencia del rey.

A pesar de que los dignatarios de la corte le decían: "Inclínate, saluda, di: "Honor y gloria a ti, mi rey. Doblo mi rodilla ante ti, poderoso al que la Tierra exalta como al ser mayor que ningún otro", el niño no quería inclinarse y decir esas palabras, y los dignatarios, escandalizados, le daban fuertes meneos y decían: "¡Oh, rey, este niño paleta y sucio es un oprobio en tu

morada! Permite que lo echemos de aquí y le pongamos en medio de la calle. Si anhelas tener a tu lado a un niño, iremos a buscártelo entre los ricos de la ciudad, si es que estás cansado de los nuestros, y te lo traeremos. ¡Pero no este paleta, que no sabe siquiera saludar!...".

El hombre rico y sabio, que antes se había humillado con cien reverencias serviles, profundas, como hallándose ante el altar, dijo: "Tus dignatarios tienen razón. Por la majestad de tu corona, debes impedir que no se tribute a tu sagrada persona el homenaje que le corresponde", y, diciendo estas palabras, se postraba otra vez, hasta besar el pie del rey.

Pero el rey dijo: "No. Quiero tener a este niño conmigo. Y no sólo eso, sino que quiero conducirlo a él también a la habitación de mis tesoros, para que elija lo que quiera; yo se lo daré. ¿Acaso no me es concedido, por el hecho de ser rey, hacer feliz a un pobre niño? ¿No es, acaso, súbdito mío como todos vosotros? ¿Acaso tiene la culpa de ser infeliz? No, ¡viva Dios que, al menos una vez, quiero hacerlo feliz! Ven, niño, y no tengas miedo de mí" y le tendió la mano y el niño la tomó con sencillez y le dio en ella un beso espontáneo. El rey sonrió. Así que, entre dos filas de dignatarios inclinados en actitud de reverencia, por alfombras purpúreas con motivos de flores de oro, se dirigió hacia la estancia de los tesoros, llevando a la derecha al hombre rico y sabio y a la izquierda al niño ignorante y pobre. Y el manto regio contrastaba mucho con el vestidito deshilachado y los piecitos descalzos del pobre niño.

Entraron en el aposento de los tesoros, cuya puerta había sido abierta por dos grandes de la corte. Era una estancia alta, redonda, sin ventanas. Pero la luz llovía a través del techo, que era todo él una enorme lastra de mica. Una luz que a pesar de ser suave hacía lucir los bullones de oro de las arcas y las cintas purpuradas de muchos rollos colocados encima de altos y ornados ambones; rollos pomposos, con baqueta preciosa, cierre y marbete ornados de piedras brillantes. Obras raras, que sólo un rey podía poseer. Y, descuidado encima de un ambón de austero aspecto, oscuro, bajo, un rollo pequeño, retorcido alrededor de un palito blanco, atado con un basto cordón, lleno de polvo, como es propio de una cosa descuidada.

El rey, señalando a las paredes, dijo: "Ved, aquí están todos los tesoros de la Tierra, y otros aún más grandes que los tesoros terrestres. Porque aquí están todas las obras del ingenio humano, y hay también obras que proceden de fuentes sobrehumanas. ¡Id, tomad lo que queráis". Y se puso en el centro de la estancia, con los brazos cruzados, observando.

El hombre rico se dirigió primero a las arcas; alzó las tapas, con ansia cada vez más febril. Oro en barras y oro en joyas, plata, perlas, zafiros, rubíes, esmeraldas, ópalos... centelleo en todas las arcas... gritos de admiración a cada apertura... Luego se dirigió a los ambones y, al leer el título de los rollos, nuevos gritos de admiración brotaban de sus labios. En fin, el hombre, encendido por el entusiasmo, se volvió hacia el rey y dijo: "¡Tienes un sin par tesoro, y las piedras igualan en valor a los rollos y éstos a aquéllas! ¿Realmente puedo elegir libremente?".

"Lo he dicho. Como si todo te perteneciera".

El hombre se arrojó al suelo, rostro en tierra, y decía: "¡Yo te adoro, gran rey!". Se levantó y corrió primero a las arcas y luego a los ambones y tomó de éstos y de aquéllas las mejores cosas que veía.

El rey, que había sonreído tras la barba una vez al principio, al ver la fiebre con que el hombre corría de una arca a otra, y luego otra vez al verlo arrojarse al suelo adorando, y que sonreía por tercera vez al ver con qué codicia y con qué regla y preferencias elegía gemas y rollos, se volvió hacia el niño, que se había quedado a su lado, y le dijo: "¿Y tú no vas ahí a elegir las piedras bonitas y los rollos de valor?".

El niño meneó la cabeza para decir que no.

"¿Y por qué?"

"Porque no sé leer los rollos, y respecto a las piedras... no conozco su valor. Para mí son piedrecitas normales y nada más".

"Pero te harían rico..."

"No tengo padre ni madre ni hermanos. ¿De qué me serviría ir a mi refugio con un tesoro en mi pecho?"

"Pero podrías comprarte con ello una casa..."

"Seguiría viviendo en ella solo".

"Vestidos".

"Seguiría teniendo frío, porque falta el amor de mis padres."

"Alimentos".

"No podría saciarme con los besos de mi madre, ni comprarlos a ningún precio."

"Maestros, y aprender a leer..."

"Eso me gustaría más. Pero, ¿y qué leer?"

"Las obras de los poetas, de los filósofos, de los sabios... y las palabras antiguas y las historias de los pueblos".

"Son cosas inútiles, vanas o pasadas... No merece la pena".

"¡Qué niño más estúpido!" exclamó el hombre, que ya tenía los brazos cargados de rollos, y el cinturón y la túnica en la delantera hinchados de gemas.

El rey sonrió una vez más tras la barba. Y, tomando al niño en brazos, lo llevó a las arcas y, hundiendo la mano en las perlas, en los rubíes, en los topacios, en las amatistas, haciendo caer todo esto como lluvia llena de brillos, lo incitó a que cogiera.

"No, rey, no quiero. Quisiera otra cosa..."

El rey lo llevó a los ambones y leyó estrofas de poetas, episodios de héroes, descripciones de países.

"¡Leer es más bonito! Pero no es eso lo que yo querría..."

"¿Y entonces qué? Habla y yo te lo daré, niño".

"No creo, rey, que puedas hacerlo, a pesar de tu poder. No es nada de aquí abajo..."

"¡Ah, quieres obras no terrestres! Mira, entonces: aquí están las obras dictadas por Dios a sus siervos. Escucha" y leyó páginas inspiradas.

"Esto es mucho más bonito. Pero para entenderlo hay que saber primero bien el lenguaje de Dios. ¿No hay un libro que lo enseñe, que nos haga comprender qué es Dios?".

El rey hizo un gesto de estupor y se cortó su sonrisa, pero apretó contra su corazón al niño.

El hombre, por el contrario, se rió burlonamente y dijo: "Ni los mayores sabios saben lo que es Dios, ¿y tú, niño ignorante, quieres saberlo? ¡Si quieres hacerte rico con eso!...".

El rey lo miró severo, mientras el niño respondió: "Yo no busco riquezas; busco amor, y un día me dijeron que Dios es Amor".

El rey lo llevó al ambón de austero aspecto donde estaba el pequeño rollo, atado con una cuerdecita y empolvado. Lo tomó, lo desenrolló y leyó las primeras líneas: "El que sea pequeño venga a mí, y Yo, Dios, le enseñaré la ciencia del amor. En este libro está contenida, y Yo...".

"¡Esto es lo que quiero! Y conoceré a Dios. Y, teniéndolo a Él, tendré todo. Dame este rollo, rey, y seré feliz".

"¡Pero si no tiene valor en dinero! ¡Ese niño es realmente estúpido! No sabe leer y coge un libro. No sabe y no se quiere instruir. Es pobre y no coge tesoros".

"Yo me esforzaré en poseer el amor y este libro me lo enseñará. ¡Bendito seas, oh rey, porque me das algo con lo que ya puedo no sentirme ni huérfano ni pobre!".

"¡Al menos adóralo, como he hecho yo, si crees que ahora por él eres feliz".

"Yo no adoro al hombre, sino a Dios que lo ha hecho tan bueno."

"Este niño es el verdadero sabio de mi reino, oh hombre que usurpas la fama de sabio. El orgullo y la codicia te han embriagado hasta el punto de que has sustituido la adoración a Dios por la adoración a criatura. Y eso por el hecho de que la criatura te daba piedras y obras humanas. Y no has pensado que tienes las gemas, y yo las he tenido, porque Dios las ha creado, y tienes los rollos raros, donde está el pensamiento del hombre, porque Dios ha dado al hombre el intelecto. Este pequeño, que tiene hambre y frío, que está solo, que ha sufrido el azote de todos los dolores, que estaría disculpado y sería disculpable si se embriagase con la vista de las riquezas, pues mira: sabe dar a Dios un justo gracias por haber hecho bueno mi corazón, y sólo busca la única cosa necesaria: amar a Dios, conocer el amor para tener las verdaderas riquezas aquí y después. Hombre, yo he prometido que te daría lo que eligieras. La palabra del rey es sagrada. Vete, pues, con tus piedras y tus rollos: piedrecitas multicolores y... paja de humano pensamiento. Y vive temblando por los ladrones y las polillas: los primeros, enemigos de las gemas; las segundas, de los pergaminos. Y deslúmbrete con los vanos resplandores de esas lascas; desazónate con el sabor dulzón de la ciencia humana, que es sólo sabor y no alimento. Márchate, pues. Este niño se quedará a mi lado, y juntos nos esforzaremos en leer este libro que es amor, o sea, Dios. Y no veremos brillos vanos de frías gemas, ni el sabor de paja, dulzón, de las obras de humano saber. No. Los fuegos del Espíritu Eterno nos darán, ya desde aquí, el éxtasis del Paraíso y poseeremos la Sabiduría, más fortalecedora que el vino, más alimenticia que la miel. Ven, niño. A ti la Sabiduría te ha mostrado su rostro, para que la anhelas como esposa veraz".

Y, expulsado el hombre, tomó consigo al niño y lo instruyó en la divina Sabiduría, para que fuera, en la Tierra, un justo y un rey digno de la sagrada unción, y un ciudadano del Reino de Dios después de la vida.

Ésta es la parábola, prometida a los niños y propuesta a los adultos.

-¿Os acordáis de lo que dice Baruc? (3,10-13, 20-21, 26-28): "¿Por qué, oh Israel, estás en tierra enemiga, envejeces en un país extranjero, estás contaminado con los muertos, y eres del número de los que bajan al abismo?". Y responde: "Porque has abandonado la fuente de la Sabiduría. Si hubieras caminado por el camino de Dios, habrías vivido en paz y para siempre".

Escuchad, vosotros que demasiado frecuentemente os quejáis - porque sobremanera la patria ya no es nuestra, sino del dominador- de estar exiliados a pesar de vivir en la patria; os quejáis de esto y no sabéis que, respecto a lo que os espera en el futuro, esto es como una gota de posca respecto al cáliz inebriativo que se da a los condenados y que, vosotros lo sabéis, es amargo como ninguna otra bebida.

El pueblo de Dios sufre porque ha abandonado la Sabiduría. ¿Cómo podéis poseer prudencia, fuerza, inteligencia; cómo podéis siquiera saber dónde se hallan, para poder saber consiguientemente las cosas menores, si ya no bebéis en las fuentes de la Sabiduría? Su Reino no es de esta Tierra, sino que es la misericordia de Dios la que concede su fuente. Ella está en Dios. Es Dios mismo. Y Dios abre su seno para que descienda a vosotros.

Y bien, ¿acaso ahora Israel, que tiene, o ha tenido -y cree tener todavía, con la necia soberbia de los despilfarradores que han derrochado y que se creen todavía ricos y, creyéndose tales, exigen atenciones, y en realidad recogen solamente compasión o burla- Israel, que tiene o ha tenido riquezas, conquistas, honores, posee ya el único verdadero tesoro? No. Y pierde también los otros, porque el que pierde la Sabiduría pierde la capacidad de ser grande. De error en error va el que no conoce la Sabiduría. E Israel conoce muchas cosas, incluso demasiadas, pero ya no conoce la Sabiduría.

Bien dice Baruc: "Los jóvenes de este pueblo vieron la luz, habitaron en la tierra, pero no saben el camino de la Sabiduría ni conocen sus senderos, y sus hijos no la han recibido y ella se ha alejado". ¡Se ha alejado de ellos! ¡Los hijos no la han recibido! ¡Proféticas palabras!

Yo soy la Sabiduría que os habla. Las tres cuartas partes de Israel no me acoge. Y la Sabiduría se aleja, y se alejará más, y lo dejará sólo... ¿Qué harán entonces los que se creen gigantes y, por tanto, capaces de forzar al Señor a ayudarlos, a servirlos? ¿Gigantes útiles a Dios para fundar su Reino? No. Yo con Baruc digo esto: "Para fundar el Reino verdadero de Dios, Dios no elegirá a estos soberbios, y los dejará perecer en su necedad" fuera de sus senderos. Porque, para subir al Cielo con el espíritu y comprender las lecciones de la Sabiduría, se necesita un espíritu humilde, obediente y, sobre todo, un espíritu que sea todo amor, ya que la Sabiduría habla su lenguaje, o sea, habla el lenguaje del amor, pues es Amor. Para conocer sus senderos se requiere una mirada clara y humilde, libre de la ternaria concupiscencia. Para poseer la Sabiduría hay que comprarla con las monedas vivas: las virtudes.

Esto no lo tenía Israel, y Yo he venido a explicar la Sabiduría, a guiaros a su camino, a sembrar en vuestro corazón las virtudes. Porque Yo todo lo conozco y lo sé, y he venido a enseñárselo a Jacob mi siervo y a Israel, mi dilecto. He venido a la Tierra a conversar con los hombres, Yo, Palabra del Padre, a tomar de la mano a los hijos del hombre, Yo, Hijo de Dios y del hombre, Yo, Camino de la Vida. He venido para introducirlos en la estancia de los tesoros eternos, Yo, a quien todo le ha sido dado por el Padre mío. He venido, Yo, Amador eterno, a tomar a mi Esposa, la Humanidad a la que quiero elevar a mi trono y a mi tálamo para que esté conmigo en el Cielo; y a introducirla en la estancia de los vinos para que se embriague con la verdadera Vid de la cual los sarmientos extraen la Vida.

Pero Israel es esposa holgazana y no se levanta de la cama para abrir a Aquel que ha venido. Y el Esposo se marcha. Pasará. Está para pasar. Después, Israel lo buscará en vano, y encontrará no la misericordiosa caridad de su Salvador, sino los carros de guerra de los dominadores, y será aplastado y soltará soberbia y vida, después de haber querido aplastar incluso a la misericordiosa voluntad de Dios.

¡Oh, Israel, Israel, que pierdes la verdadera Vida por conservar una falaz ilusión de poder! ¡Oh, Israel, que crees salvarte y quieres salvarte por caminos que no son de Sabiduría, y que te pierdes vendiéndote a la Mentira y al Delito, náufrago Israel que no te aferras al fuerte cable lanzado para tu salvación, sino a los despojos de tu quebrantado pretérito; y la tempestad te lleva a otro lugar, a alta mar, en un mar aterrador y sin luz! ¡Oh Israel, ¿de qué te vale salvar tu vida, o presumir de salvarla, durante una hora, un año, un decenio, dos, tres decenios, a costa de un delito, y luego perecer eternamente? La vida, la gloria, el poder, ¿qué son? Burbuja de agua sucia en la superficie de un aguazal usado por los lavaderos; iridiscente no porque esté hecha de gemas, sino por la grasienta suciedad que con el nitro se hincha para formar bolas vacías destinadas a estallar sin que nada quede, aparte de un círculo en el agua limosa cargada de los sudores humanos. Una sola cosa es necesaria, oh Israel, poseer la Sabiduría. A costa incluso de la vida. Porque la vida no es la cosa más preciosa. Y más vale perder cien vidas que perder la propia alma.

Jesús ha terminado en medio de un silencio de admiración. Trata de abrirse paso y marcharse... Pero reclaman su beso los niños; y su bendición los adultos. Y sólo después de éstas, despidiéndose de Cleofás y Hermas de Emaús, puede marcharse.

514

Consejos sobre la santidad a un joven indeciso. Reprensión a los habitantes de Bet-Jorón después de la curación de un romano y una judía.

Y Jesús está todavía en medio de montes, seguido por gente además de por los apóstoles y discípulos; entre éstos, ahora se encuentran también algunos discípulos expastores (quizás los han encontrado en algún pueblecillo por el que hayan pasado).

Jesús está subiendo desde un valle hacia un monte, por una calzada que orilla con sus recodos la ladera de éste, y que es, sin duda una calzada romana, por la inconfundible pavimentación, y por la buena manutención, cosas ambas que únicamente pueden encontrarse en las calzadas construidas y mantenidas por los romanos. Algunas personas transitan por ella, dirigidas hacia el valle, o desde el valle hacia este grupo montañoso que está coronado en sus cimas con pueblos o ciudades. Y alguno, al ver a Jesús y a los que le siguen, pregunta que quién es, y se pone a la zaga del grupo; otros simplemente observan; y otros menean la cabeza sonriendo maliciosamente.

Una patrulla de soldados romanos los alcanza con paso trabajoso y tintineo de armas y corazas. Se vuelven y miran a Jesús, el cual, dejando la calzada romana, está para meterse por un camino... hebreo que se dirige hacia una cima en que hay un pueblo. Un camino pedregoso y fangoso -ha llovido-, donde el pie o patina en las piedras o se hunde en las pozas. Los soldados, que ciertamente van a la misma ciudad, después de un pequeño alto, vuelven a ponerse en movimiento, y la gente se ve obligada a echarse a un lado para ceder el paso, en este camino tan estrecho, a la patrulla que pasa rígidamente escuadrada. Algún insulto surca, sibilante, el aire, pero la disciplina de estar en columna prohíbe a los soldados responder parejamente.

Ya están otra vez cerca de Jesús, que se ha hecho a un lado para dejarlos pasar, y que los mira con su mirada mansa, que parece ben-decir y acariciar con la luz de los iris zafirinos. Y las caras ceñudas de los soldados se aclaran con un asomo de sonrisa que no es de escarnio, sino que, al contrario, es respetuosa como un saludo.

Pasan. La gente reanuda la marcha detrás del Rabí, que va delante de todos.

Un joven se separa de la gente y llega hasta el Maestro. Lo saluda con respeto. Jesús devuelve el saludo.

-Quisiera preguntarte una cosa, Maestro.

-Habla.

-Una mañana, después de la Pascua, coincidió que te escuché en un monte cercano a las hoces del Carit. Y desde entonces he pensado que... podía contarme yo también entre los llamados por ti. Pero antes de venir he querido saber muy bien lo que es necesario hacer y lo que se debe no hacer. Y preguntaba a tus discípulos cada vez que me encontraba con ellos. Quién me decía una cosa, quién otra. Y yo dudaba, y estaba muy asustado porque en una cosa todos concordaban, quién con más intransigencia, quién con menos: en la obligación de ser perfectos. Yo... soy un pobre hombre, Señor, y la perfección es sólo de Dios... Te oí por segunda vez... y Tú mismo decías: "Sed perfectos". Y he sentido desaliento. Por tercera vez, hace pocos días, en el templo. Y, a pesar de que te mostraras riguroso, no me pareció que era imposible el llegar a serlo, porque... ni siquiera yo sé por qué, cómo explicármelo o explicártelo, pero me parecía que, si fuera una cosa imposible, o si el hecho de querer serlo, como querer ser dioses, fuera muy peligroso, Tú, que quieres salvarnos, no nos lo propondrías. Porque la presunción es pecado. El querer ser dioses es el pecado de Lucifer. Pero quizás hay una manera de serlo, de venir a serlo, sin pecar, y es siguiendo tu Doctrina, que, no cabe duda de ello, es de salud. ¿Es como digo?

-Es como dices. ¿Y entonces?

-Pues que seguí preguntando a unos o a otros. Y, habiendo sabido que estabas en Ramá, fui. Y, desde entonces, con permiso de mi padre, te he seguido. Y... bueno, pues que, cada vez más, quisiera ir contigo...

-¡Pues ven! ¿Qué temes?

-No lo sé... No lo sé siquiera yo... Pregunto, pregunto... Pero siempre, mientras que escuchándote a ti me parece fácil y decido ir, después, reflexionando, y, peor: preguntando a unos o a otros, me parece demasiado difícil.

-Te voy a decir cómo sucede: es una insidia del demonio para impedir que vengas. Te asusta con fantasmas, te confunde, te hace preguntar a personas que, como tú, tienen necesidad de Luz... ¿Por qué no has venido a mí directamente?

-Porque... tenía... no miedo, pero... ¡Nuestros sacerdotes y rabíes! ¡Tan duros y soberbios! Y Tú... No me atrevía a acercarme a ti. ¡Pero en Emaús ayer!... Creo haber entendido que no debo tener miedo. Y ahora estoy aquí, para preguntarte esto que quisiera saber. Un apóstol tuyo, hace poco, me dijo: "Ve y no temas. También es bueno con los pecadores". Y otro: "Hazle feliz con tu confianza. Quien confía en El lo halla más dulce que una madre". Y otro: "No sé si me equivoco, pero te digo que te dirá que la perfección está en el amor". Esto es lo que han dicho tus apóstoles, más dulces que los discípulos, al menos algunos; aunque no todos, porque entre los discípulos hay algunos que parecen eco de tu voz, aunque éstos son demasiado pocos, y entre los apóstoles hay algunos que... asustan a un pobre hombre, como soy yo. Uno me dijo, con una sonrisa no buena: "¿Quieres ser perfecto? No lo somos nosotros, que somos sus apóstoles, ¿y quieres serlo tú? Es imposible". Si no hubieran hablado los otros, habría huido desanimado. Pero pruebo por última vez... y, si Tú también me dices que es imposible...

-Hijo mío, ¿podría haber venido Yo a proponer cosas imposibles a los hombres? ¿Quién crees que ha sido el que ha puesto en tu corazón este deseo de ser perfecto? ¿Tu propio corazón?

-No, Señor. Creo que has sido Tú con tus palabras.

-No estás lejos de la verdad. Pero, respóndeme a otra cosa. ¿Para ti mis palabras qué palabras son?

-Justas.

-De acuerdo. Pero quiero decir: ¡palabras de hombre o más que de hombre?

-Tú hablas como la Sabiduría, y más dulce y claro todavía. Por eso digo que tus palabras son más que de hombre. Y no creo equivocarme, si he comprendido bien lo que decías en el Templo. Porque me pareció que en esa ocasión decías que eres la Palabra de Dios misma y por eso hablas como Dios.

-Has comprendido bien y es como dices. ¿Y entonces quién te ha puesto en el corazón el deseo de perfección?

-Me lo ha puesto Dios, por medio de ti, su Palabra.

-Así pues, ha sido Dios. Ahora piensa: si Dios dice a los hombres conociendo sus capacidades: "Venid a mí. Sed perfectos", es señal de que el hombre, si quiere, puede serlo. Ésta es una palabra antigua La primera vez la escuchó Abraham como una revelación (*Génesis 17, 1*), una orden, una invitación: "Yo soy el Dios omnipotente. Camina en mi presencia. Sé perfecto". Dios se manifiesta para que el Patriarca no tenga dudas sobre la santidad de la orden ni sobre la verdad de la invitación. Ordena caminar en su presencia porque el que camina en la vida convencido de hacerlo bajo la mirada de Dios no cumple malas acciones. Consiguientemente, se pone en condiciones de poder hacerse perfecto como Dios invita a serlo.

-¡Es así! ¡Es justamente así! Si Dios lo ha dicho, es porque se puede. ¡Oh, Maestro, cómo se comprende todo cuando hablas Tú! Pero, entonces, ¿por qué tus discípulos, y también ese apóstol, ofrecen una idea tan... amedrentadora de la santidad? ¿Es que no creen que sean verdaderas esas palabras, ni las tuyas? ¿O es que no saben caminar en la presencia de Dios?

-No pienses en lo que es. No juzgues. Mira, hijo. Algunas veces, su propio anhelo de ser perfectos y su humildad les hace temer el no poder llegar a serlo nunca.

-¿Pero entonces el deseo de perfección y la humildad son obstáculos para que uno sea perfecto?

-No, hijo. El deseo y la humildad no son obstáculos. Es más, hay que esforzarse en que sean profundos, aunque ordenados. Están ordenados cuando uno no tiene prisas impulsivas, postraciones injustificadas, dudas y desconfianzas como las de creer que, dada la imperfección del ser, el hombre no puede llegar a ser perfecto. Todas las virtudes son necesarias, y necesario es un vivo deseo de alcanzar la justicia.

-Sí. Esto me lo decían también aquellos a los que preguntaba. -Me decían que es necesario tener las virtudes. Pero unos me decían que era necesaria una, otros otra, y todos sostenían la absoluta necesidad de tener una, que ellos consideraban virtud indispensable para ser santos. Ello me causaba miedo, porque ¿cómo se puede poseer todas las virtudes en forma perfecta, hacerlas nacer juntas como un ramo de flores distintas? Se necesita tiempo... ¡y la vida es tan breve! Tú, Maestro, explícame cuál es la virtud indispensable.

-Es la caridad. Si amas, serás santo, porque del amor al Altísimo y al prójimo provienen todas las virtudes y todas las obras buenas.

-¿Sí? Así es más fácil. La santidad, entonces, es amor. Si tengo la caridad, tengo todo... La santidad está hecha de esto.

-De esto y de otras virtudes. Porque la santidad no es ser sólo humildes, o sólo prudentes, o sólo castos, etc. Sino que es ser virtuosos. Fíjate, hijo mío, cuando un rico quiere preparar una comida, ¿encarga, acaso, un solo plato? Otro ejemplo: cuando uno quiere preparar un ramo de flores para ofrecerlo como obsequio, ¿toma, acaso, una sola flor? No, ¿no es verdad? Porque, aunque pusiera en las mesas montones y montones de un solo manjar, los comensales lo criticarían como inepto, preocupado sólo de mostrar sus posibilidades de compra, pero no de mostrar su finura de señor atento a los gustos distintos de sus invitados y que quiere que cada uno de ellos, con un alimento u otro, no sólo se sacie, sino que se deleite. Y lo mismo el que hace un ramo de flores. Una sola flor, por grande que sea, no hace un ramo. Pero muchas flores lo hacen, y con los distintos colores y aromas satisfacen al ojo y al olfato y hacen alabar al Señor. La santidad, que debemos considerar como un ramo de flores ofrecido al Señor, debe estar hecha de todas las virtudes. En un espíritu predominará la humildad, en otro la fortaleza, en otro la continencia, en otro la paciencia, en el otro el espíritu de sacrificio o de penitencia: todas estas son virtudes nacidas a la sombra

del árbol regio Y perfumadísimo del amor, cuyas flores predominarán siempre en el ramo; pero todas las virtudes componen la santidad.

-¿Y cuál debe ser cultivada con más esmero?»

-La caridad. Te lo he dicho.

-¿Y luego?

-No hay un método, hijo mío. Si amas al Señor, Él te dará sus dones, o sea, se manifestará a ti, y entonces las virtudes que tratas de hacer crecer robustas crecerán bajo el sol de la Gracia.

-En otras palabras, ¿en el alma amante es Dios el que actúa grandemente?

-Sí, hijo. Es Dios el que actúa grandemente, dejando que el hombre ponga por su parte su libre voluntad de tender a la perfección, sus esfuerzos en rechazar las tentaciones para mantenerse fiel a su propósito, sus luchas contra la carne, el mundo, el demonio, cuando le asaltan. Y ello para que su hijo tenga mérito en la santidad.

-¡Ah, eso! Entonces es muy acertado decir que el hombre está hecho para ser perfecto como Dios quiere. Gracias, Maestro. Ahora sé. Y ahora haré. Y ora por mí.

-Te tendré en mi corazón. Ve y no temas el que Dios pueda dejarte sin ayuda.

El joven, contento, se separa de Jesús...

Ya están cerca del pueblo. Bartolomé y Esteban se llegan donde Jesús para contarle que, mientras hablaba con el joven, uno de Bet-Jorón, pariente de Elquías el fariseo, ha venido a rogarles que lo lleven enseguida donde su esposa, que está agonizando.

-Vamos. Hablaré después. ¿Sabéis dónde está?

-Ha dejado con nosotros a un criado. Está detrás, con los demás.

-Decidle que venga. Vamos a acelerar el paso.

El criado acude. Es un viejo robusto, y está consternado. Saluda y mira con curiosidad a Jesús, que le sonríe y le pregunta:

-¿De qué muere tu ama?

-De... Tenía que tener un niño. Pero se le ha muerto dentro y su sangre se ha corrompido. Delira como una loca y tiene que morir. Le han abierto las venas para hacer bajar la fiebre. Pero la sangre está toda envenenada y tiene que morir. La han sumergido en la cisterna para apagar el ardor. Está bajo mientras está en el agua helada; luego es más fuerte que antes, y tose y tose... y tiene que morir.

-¡Mira tú éste! ¡Con esas curas! - gruñe entre dientes Mateo.

-¿Desde cuándo está enferma?

El criado está para responder, cuando llega corriendo por la bajada el jefe de la patrulla romana. Se para delante de Jesús.

-¡Salve! ¿Tú eres el Nazareno?

-Lo soy. ¿Qué quieres de mí?

Los que siguen a Jesús acuden creyendo quién sabe qué...

-Un día un caballo nuestro dio un golpe a un niño hebreo y Tú lo curaste para impedir que los hebreos armaran una algarabía contra nosotros. Ahora las piedras hebreas han hecho caer a un soldado, y yace en el suelo con una pierna rota. No puedo detenerme. Estoy de servicio. Ninguno en el pueblo quiere tenerlo. No puede andar. No puedo llevármelo tirando de él con la pierna rota. Sé que no nos desprecias, como hacen todos los hebreos.

-¿Quieres que cure al soldado?

-Sí. Curaste también al siervo del Centurión y a la hija de Valeria. Salvaste a Alejandro de la ira de tus compatriotas. Estas cosas se saben, en las capas altas y en las bajas.

-Vamos donde el soldado.

-¿Y mi ama? - pregunta descontento el criado.

-Después.

Y Jesús va detrás del suboficial, que devora el camino con sus largas piernas musculosas y libres de estorbos de vestiduras. Pero, aún caminando así, delante de todos, encuentra la manera de decir alguna palabra a quien le sigue inmediatamente, que es Jesús, y dice:

-Hace tiempo estaba con Alejandro. Él te... Hablaba de ti. El azar te acerca a mí en este momento.

-¿El azar? ¿Por qué no decir Dios, el verdadero Dios?

El soldado calla unos momentos y luego dice, de forma que sólo oiga Jesús:

-El Dios verdadero sería el hebreo... Pero no se atrae nuestro amor. ¡Si es como los hebreos! Ni siquiera de un herido tienen compasión...

-El verdadero Dios es el Dios de los hebreos, como lo es también de los romanos, de los griegos, de los árabes, de los partos, escitas, iberos, galos, celtas, líbicos y de los hombres hiperbóreos. ¡Hay un solo Dios! Pero muchos no lo conocen. Otros lo conocen mal. Si lo conocieran bien, serían todos, unos para con otros, como hermanos, y no habría atropellos, odios, calumnias, venganzas, actos de lujuria, hurtos y homicidios, adulterios y mentiras. Yo conozco al verdadero Dios y he venido para darlo a conocer.

-Se dice -nosotros tenemos que tener bien abiertos los oídos para referir al Centurión, y éste a su vez al Procónsul-, se dice que Tú eres Dios. ¿Es verdad?

El soldado se muestra muy... preocupado mientras dice esto; mira a Jesús bajo la sombra del yelmo y parece casi asustado.

-Lo soy.

-¡Por Júpiter! ¿Entonces es verdad que los dioses bajan a conversar con los hombres? ¡Haber recorrido el mundo detrás de las enseñas y venir aquí, ya viejo, a encontrar a un dios!

-A Dios. Único. No a un dios - corrige Jesús.

Pero el soldado está anonadado por la idea de preceder a un dios... No dice nada más... piensa. Piensa, hasta que, justo a la entrada del pueblo, encuentran a la patrulla, parada, en torno al herido, que gime en el suelo.

-¡Ahí tienes! - dice muy concisamente el suboficial.

Jesús se abre paso y se acerca. La pierna -ya hinchada y lívida- tiene una fea rotura, con el pie girado hacia dentro. El hombre debe sufrir mucho, y, al ver que Jesús extiende una mano, suplica:

-¡Hazme poco daño!

Jesús sonríe. Apenas toca con la punta de los dedos en el lugar donde el círculo lívido del traumatismo señala la fractura. Y luego dice:

-¡Levántate!

-Tiene otra rotura más arriba, en la cadera - explica el suboficial queriendo decir, sin duda: « ¿No tocas esa? ».

Justo en ese momento, llega un habitante de Bet-Jorón:

-¡Maestro, Maestro! ¡Te maleempleas con paganos y mi mujer se muere!

-Ve y tráemela, si tienes fe en mí.

-Maestro, no se la puede dominar. Está desnuda y no se puede vestir. Está como loca y se rasga los vestidos. Está moribunda y no se tiene en pie.

-Ve y tráemela, si no eres inferior en la fe a estos gentiles.

El hombre se marcha descontento.

Jesús mira al romano que está tendido a sus pies:

-¿Y tú sabes tener fe?

-Yo sí. ¿Qué tengo que hacer?

-Levantarte.

-Mira, Camilo, que... - está diciendo el suboficial. Pero el soldado está ya de pie, ágil, sano.

Los israelitas no aclaman. No es un hebreo el curado. Es más, parecen descontentos, o, por lo menos, su cara expresa crítica contra el gesto de Jesús. Pero los soldados no lo están. Desenvainan las anchas dagas y las levantan en el aire plumizo, después de haberlas golpeado contra los escudos como para hacer ruido de fiesta. Jesús está en medio del círculo de armas blancas.

El suboficial lo mira. No sabe como expresarse, ni qué hacer, él, hombre al lado de un dios, él, pagano al lado de Dios... Piensa y juzga que al menos debe hacer a Dios lo que haría al César. Y ordena el saludo militar al emperador (yo al menos creo que es así, porque oigo que resuena un « ¡Ave! » potente, mientras las dagas refulgen poniéndose casi horizontales en lo alto del brazo extendido). Y, no contento todavía, el suboficial dice en voz baja:

-Ve tranquilo incluso de noche. Los caminos... todos vigilados. Servicio contra los bandidos. Estarás seguro. Yo...

Deja de hablar. Ya no sabe qué más decir. Jesús le sonríe y dice:

-Gracias. Ve y sé bueno. Incluso con los bandidos sé humano. Fiel a tu servicio, pero sin crueldad. Son unos infelices. Y tendrán que rendir cuentas de sus acciones a Dios.

-Lo seré. ¡Salve! Quisiera volver a verte...

Jesús lo mira muy fijamente. Luego dice:

-Volveremos a vernos. En otro monte.

Y repite:

-Sed buenos. Adiós.

Los soldados reanudan su camino. Jesús entra en el pueblo. Recorre pocos metros y, hacia Él y los que le siguen, ve venir a un grupo numeroso y vociferador (comentan cosas a gritos). Y del grupo se adelantan un hombre y una mujer -el hombre de antes- y se inclinan delante de Jesús: la mujer, de rodillas; el hombre, sólo inclinado. -Levantaos y alabad al Señor.

Pero tengo que decirte a ti, hombre, que tu conciencia no es clara. Has venido a mí por egoísmo, no por amor a mí y por fe en mí. Y has dudado de mi palabra. ¡Y sabes quién soy! Luego has tenido un pensamiento no bueno, porque me paraba a curar a un gentil; de la misma forma que todo el pueblo había obrado mal negándose a acoger al herido. Por un exceso de misericordia y para tratar de hacer bueno tu corazón, te he curado a tu esposa sin entrar en tu casa. No lo merecías. Lo he hecho para que sepas que no es necesario que Yo vaya para actuar; basta con que quiera. Pero, en verdad os digo, a todos vosotros, que aquellos a los que despreciáis son mejores que vosotros y saben creer en mi poder más que vosotros. Levántate, mujer. Tú no eres culpable, porque no razonabas. Ve, y que sepas creer de ahora en adelante por gratitud a Señor.

La expresión de los habitantes del pueblo se enfía y se hace altiva ante el reproche de Jesús; lo siguen amoscados hasta la plaza, donde se detiene a hablar, visto que el arquisinagogo no lo invita a entrar en la sinagoga y que ninguna casa se abre para el Maestro.

-Cuando Dios está con los hombres, ellos pueden todo contra la desventura, contra cualquier tipo de desventura. Cuando Dios, por el contrario, no está con los hombres, ellos no pueden nada contra la desventura. Esta ciudad, en sus crónicas, (*Josué 10, 8-11*) recuerda esto más de una vez. Dios estaba con Josué y Josué derrotó a los reyes cananeos, y en este camino Dios le ayudó a destruir a los enemigos de Israel "lanzando del cielo sobre ellos grandes piedras, y fueron más los que murieron por las piedras del granizo que a filo de espada" se lee en el libro de Josué. Dios estaba con Judas Macabeo, (*1 Macabeos 3,13-24*) que se asomó a este monte con su pequeño ejército a mirar al ejército poderoso de Serón, jefe de los ejércitos sirios, y Dios confirmó las palabras del caudillo de Israel con una victoria estrepitosa.

Pero la condición necesaria para tener a Dios con nosotros es moverse por un motivo de justicia. "En las batallas la victoria no depende del número, sino de la ayuda que viene del Cielo" dice Judas Macabeo. En todas las cosas de la vida, el bien viene no del patrimonio de la potencia o de otra causa, sino de la ayuda que viene del Cielo. Y viene porque se pide ayuda para cosas buenas; "por nuestras vidas y nuestras leyes", sigue diciendo Judas Macabeo. Pero cuando se recurre a Dios para un fin malvado o impuro, vano es invocar su ayuda. Dios no responderá, o responderá con castigos en vez de con bendiciones.

Esta verdad está demasiado olvidada ahora en Israel. Se quiere que Dios ayude y se le invoca para fines no buenos. No se practican las virtudes, y se observan los mandamientos no con verdadera observancia; o sea, de ellos se hace aquello que puede ser visto o alabado por los hombres. Pero distinto es lo que sucede detrás de la apariencia. Yo vengo a decir: sed sinceros en vuestras obras, porque Dios ve todas las cosas. Inútiles son los sacrificios y vanas las oraciones hechos por pura ostentación cultual, mientras se tiene el corazón lleno de pecado, de odio, de malos deseos.

Bet-Jorón, no hagan tus habitantes lo que Abdías dice de Edom. Edom, creyéndose seguro, se permitía avasallar a Jacob y exultar por las derrotas de éste. No hagas lo mismo, ciudad sacerdotal. Toma el volumen de Abdías y medita en él. Medita. Medita. Medita. Y modifica tu camino. Sigue la justicia, si no quieres conocer días de horror. No te salvará entonces ni el estar en esta cima, ni el estar, aparentemente, al margen de los caminos de la guerra. Veo en ti a muchos que no tienen a Dios consigo y que no quieren la presencia Dios. ¿Murmuráis? Yo os digo la verdad. He subido hasta aquí para decíroslo. Para salvaros todavía.

¿Nuestro nombre no era uno sólo? ¿No era todo Israel? ¿Por qué, entonces, se ha dividido y ha tomado dos nombres? ¡Oh! Esto verdaderamente me recuerda el matrimonio de Oseas (2, 1-2) con la mujer de prostituciones y a los hijos que de su fornicación nacieron. ¿Pero qué dice el profeta? "El número de los hijos de Israel será como la arena del mar... Y entonces en vez de decirles: "No sois mi pueblo" se les dice: "Sois los hijos del Dios vivo". Y los hijos de Judá y de Israel se reúnan y elegirán a un solo jefe y desbordarán la Tierra, porque grande es el día de Yizreel".

¿Por qué criticáis, entonces, a Aquel que debe reunir todo y hacer un solo pueblo, un gran pueblo, único como único es Dios; por qué le criticáis el que ame a todos los hijos del hombre, porque todos son hijos de Dios, y el que deba hacer hijos del Dios vivo también a aquellos que actualmente asemejan a muertos? ¿Podéis juzgar mis acciones y su corazón y el vuestro? ¿De dónde os viene la luz? La luz viene de Dios. Pero si Dios me envía a mí con el encargo de reunir a todos bajo un solo cetro, ¿cómo podéis tener vosotros una luz verdaderamente divina que os muestre las cosas contrariamente a como las ve Dios? Y es así: veis lo contrario de lo que ve Dios.

No murmuréis. Es verdad. Estáis fuera de la justicia. Pero aún más que vosotros lo están los que os seducen a la injusticia. Y serán doblemente castigados. Me acusáis de contubernio con el enemigo, con el dominador. Leo vuestros corazones. ¿Vosotros no tenéis contubernio con Satanás haciéndoos seguidores de los que combaten al Hijo del hombre, al Enviado de Dios? Por eso me odiáis. Pero conozco el rostro de quienes os instilan el odio.

Como está escrito en Oseas (2, 1-2), Yo he venido con las manos cargadas de regalos, y el corazón de amor; he tratado de atraeros con los más dulces modos para suscitar vuestro amor hacia mí. He hablado a mi pueblo como el esposo a la esposa, ofreciéndole eterno amor y paz, y justicia y misericordia. Queda un tiempo todavía para evitar que el pueblo que me rechaza y los jefes que agitan al pueblo -Yo los conozco-, se queden sin rey, príncipe, sacrificio y altar. Pero en la guarida, donde más fuerte es el odio y más fuerte será el castigo, se trabaja para comprar las conciencias y encaminarlas al delito. ¡Oh, en verdad, los que desvían y descarrian a las conciencias serán juzgados siete veces siete más severamente que los descarriados!

Vamos. He venido y he hecho un milagro, y os he dicho la verdad para manifestaros quién soy Yo y convenceros de mi realidad. Ahora me marcho. Si de entre vosotros hay uno sólo justo, que me siga, porque triste es el futuro de este lugar donde anidan las serpientes para seducir y traicionar.

Y Jesús se vuelve y vuelve a tomar el camino por el que ha venido.

-¿Por qué, Rabí, les has hablado así? Te odian - le preguntan los apóstoles.

-No busco conquistar amor negociando acuerdos, ni mintiendo.

-¿Pero no hubiera sido mejor no venir?

-No. Es necesario no dejar duda alguna.

-¿Y a quién has convencido?

-A ninguno. Por ahora, a ninguno. Pero pronto alguien dirá: "No podemos maldecir a nadie por haber sido avisados y no actuar". Y, si reprochan a Dios el haberlos castigado, su reproche será como una blasfemia.

-Pero a quién querías aludir diciendo...

-Preguntádselo a Judas de Keriot. Él conoce a muchos de este lugar y conoce sus astucias.

Todos los apóstoles miran a Judas.

-Sí. Este lugar está casi en estado de servidumbre respecto a Elquías. Pero... no creo que Elquías... - las palabras mueren en los labios de Judas, que, levantando la mirada de su cinto -se lo estaba colocando para aparentar normalidad-, encuentra la mirada de Jesús. Una mirada tan centelleante y penetrante que parece incluso magnética. Agacha la cabeza y termina:

-Pero, eso sí, es un pueblo soberbio y odioso, que se merece a quien lo domina. Cada uno tiene lo que se merece. Ellos tienen a Elquías. Nosotros a Jesús. Y el Maestro ha hecho bien haciéndoles saber que no ignora. Ha hecho muy bien.

-No cabe duda de que son malos. ¿Habéis visto? ¡Ni siquiera un saludo después del milagro! ¡Ni siquiera una limosna! Nada - observa Felipe.

-Pues yo siento temor cuando el Maestro los desenmascara así - suspira Andrés.

-Hacerlo o no hacerlo es igual. Lo odian igualmente. ¡Quisiera volver a Galilea! - dice Juan.

-¡A Galilea, claro! - suspira Pedro, y baja la cabeza muy pensativo. Detrás, los que han seguido a Jesús y no lo dejan, comentan, comentan junto con los discípulos.

Las razones del dolor salvífico de Jesús. Elogio de la obediencia y lección sobre la humildad.

Pero poco puede estar Jesús con sus pensamientos. Juan y su primo Santiago, luego Pedro y Simón, lo alcanzan y atraen su atención hacia el panorama que desde lo alto del collado se ve. Y, quizás con intención de distraerlo, porque está visiblemente muy triste, evocan hechos acontecidos en esas zonas que se muestran a sus ojos. El viaje hacia Ascalón... la casa de los campesinos de la llanura de Sarón, donde Jesús devolvió la vista al anciano padre de Gamala y Jacob... el retiro de Jesús y Santiago en el Carmelo... Cesárea Marítima y la jovencita Áurea Gala... el encuentro con Síntica... los gentiles de Joppe... los ladrones de cerca de Modín... el milagro de las mieses en casa de José de Arimatea... la ancianita espigadora... Sí, son cosas, todas ellas, que tienen la intención de alegrar... pero que contienen, para todos o para Él sólo, un hilo de llanto y un recuerdo dolor. Se dan cuenta de ello los propios apóstoles, y susurran:

-Verdaderamente en todas las cosas de la Tierra uno encuentra un dolor. Es lugar de expiación...

Pero, justamente, Andrés, que se ha unido al grupo junto con Santiago de Zebedeo, observa:

-Es ley justa para nosotros, pecadores, pero para Él ¿por qué tanto dolor?

Surge una benévola discusión, y continúa también cuando, atraídos por las palabras de los primeros, que hablan en tono alto, se unen al grupo todos los otros. Menos Judas Iscariote, que está muy enfascado con algunas personas modestas -a las cuales está enseñando-, imitando al Maestro en la voz, en el gesto, en el concepto. Pero es una imitación teatral, pomposa, a la cual le falta el calor del convencimiento. Y los que lo escuchan se lo dicen, incluso sin rodeos, lo cual pone nervioso a Judas, que les echa en cara el ser obtusos y el que no comprenden nada por eso. Y Judas declara que los deja porque «no conviene arrojar las perlas de la sabiduría a los cerdos». Pero se detiene, porque esta gente modesta, mortificada, le ruega que sea indulgente, confesándose «inferiores a él como un animal es inferior a un hombre»...

Jesús está distraído de lo que dicen en torno a Él los once, para escuchar lo que dice Judas; y, ciertamente, no le alegra lo que oye... pero suspira y calla. Hasta que Bartolomé le hace participar directamente. Somete a su consideración los distintos puntos de vista acerca de la razón de por qué Él, inocente sin pecado, debe sufrir. Bartolomé dice:

-Yo sostengo que esto sucede porque el hombre odia al bueno. Hablo del hombre culpable, o sea, de la mayoría. Esta mayoría comprende que, comparada con quien está libre de pecado, resaltan aún más su culpabilidad y sus vicios, y por rabia se venga haciendo sufrir al bueno.

-Yo, sin embargo, sostengo que sufres por el contraste entre perfección y nuestra miseria. Aunque ninguno te despreciara en ningún modo, igualmente sufrirías, porque tu perfección debe ser una dolorosa repulsa de los pecados de los hombres - dice Judas Tadeo.

-Yo, por el contrario, sostengo que Tú, no careciendo de humildad, sufres por el esfuerzo de deber dominar con tu parte sobrenatural los impulsos de tu humanidad contra tus enemigos - dice Mateo.

-Yo, que sin duda me equivoco porque soy un ignorante, digo que sufres porque tu amor es rechazado. No sufres por no poder castigar como tu lado humano puede desear, sino que sufres por no poder beneficiar como querías - dice Andrés.

-Y yo sostengo que sufres porque debes padecer todo el dolor para redimir todo el dolor. No predominando en ti una u otra naturaleza, sino estando igualmente estas dos naturalezas tuyas en ti, fundidas, con un perfecto equilibrio, para formar la Víctima perfecta (tan sobrenatural, que puede ser válida para aplacar la ofensa hecha a la Divinidad; tan humana, que puede representar a la Humanidad y conducirla nuevamente a la pureza inmaculada del primer Adán, para anular el pasado y generar una nueva humanidad; recrear una humanidad nueva, conforme al pensamiento de Dios, o sea, una humanidad en que esté realmente la imagen y la semejanza de Dios y el destino del Hombre: la posesión, el poder aspirar a la posesión de Dios, en su Reino), debes sufrir sobrenaturalmente, y sufres, por todo lo que ves hacer y por lo que te rodea -podría decir- con perpetua ofensa a Dios, y debes sufrir humanamente, y sufres, para cercenar las tendencias de nuestra carne envenenada por Satanás. Con el sufrimiento completo de tus dos perfectas naturalezas, anularás completamente la ofensa a Dios, la culpa del hombre - dice el Zelote.

Los demás guardan silencio. Jesús pregunta:

-¿Y vosotros no decís nada? ¿Cuál es, según vosotros, la definición más apropiada?

Unos dicen una, otros otra. Sólo callan Santiago de Alfeo y Juan.

-¿Y vosotros dos? ¿No aprobáis ninguna de ellas? - dice Jesús para moverlos a hablar.

-No. Sentimos en todas algo de verdad, o mucho de verdad. Pero sentimos también que falta la verdad más verdadera.

-¿Y no sabéis encontrarla?

-Quizás yo y Juan la hemos encontrado. Pero nos parece casi una blasfemia el decirla, porque... Somos unos buenos israelitas y tememos tanto a Dios, que casi no podemos pronunciar su Nombre. Y el pensar que, si el hombre del pueblo elegido, el hombre hijo de Dios, no puede pronunciar casi el Nombre bendito y crea nombres sustitutivos para nombrar a su Dios, el que pueda Satanás osar perjudicar a Dios nos parece pensamiento blasfemo. Y, no obstante, sentimos que el dolor es siempre activo contra ti porque Tú eres Dios y Satanás te odia. Te odia como ningún otro. Tú encuentras el odio, hermano mío, porque eres Dios - dice Santiago.

-Sí, encuentras el odio porque eres el Amor. No es que los fariseos o los rabíes, o éste o aquél, o por éste o por aquél, se alcen para hacerte sufrir. Sino que es el Odio el que inviste de sí a los hombres y los lanza contra ti, lívidos de odio, porque con tu amor arrancas demasiadas víctimas al Odio - dice Juan.

-A las muchas definiciones les falta todavía una cosa. Buscad la razón más verdadera. La razón por la cual he...» anima Jesús.

Pero ninguno la encuentra. Piensan, piensan. Se rinden, diciendo:

-No la encontramos...

-¡Es tan simple! Está siempre ante vosotros. Resuena en las palabras de nuestros libros, en las figuras de nuestras historias... ¡Animo, buscad! En todas vuestras definiciones hay algo de verdad, pero falta la primera razón. Buscadla no en nuestros días, sino en el pasado más lejano, antes de los profetas, antes de los patriarcas, antes de la creación del Universo...

Los apóstoles están pensativos... pero no hallan la razón. Jesús sonríe. Luego dice:

-Pues, si recordarais mis palabras, encontraríais la razón. Pero podéis recordar todo todavía. Eso sí, un día recordaréis. Escuchad. Remontemos juntos el curso de los siglos, hasta más allá de los límites del tiempo. Vosotros sabéis quién fue el que dañó el espíritu del hombre. Satanás, la Serpiente, el Adversario, el Enemigo, el Odio. Llamadlo como queráis. Pero ¿por qué lo dañó? Por una gran envidia: la de ver al hombre destinado al Cielo del que él había sido expulsado. Deseó para el hombre el mismo destierro que había recibido. ¿Por qué había sido expulsado? Por haberse rebelado contra Dios. Esto lo sabéis. ¿Pero en qué? En la obediencia. En el principio del dolor hay una desobediencia. Y entonces, ¿no es también necesariamente lógico que lo que restablezca el orden, que es siempre alegría, sea una obediencia perfecta? Obedecer es difícil, especialmente si se trata de una materia grave. Lo difícil produce dolor a aquel que lo lleva a cabo. Pensad, pues, si Yo, al que el Amor solicitó si quería devolver la alegría a los hijos de Dios, no tendré que sufrir infinitamente, para llevar a cabo la obediencia al Pensamiento de Dios. Yo, pues, debo sufrir para vencer, para borrar no uno o mil pecados, sino el propio Pecado por *excelencia* que, en el espíritu angélico de Lucifer o en el que animaba a Adán, fue y será siempre hasta el último hombre, pecado de desobediencia a Dios.

Vosotros, hombres, debéis obedecer limitadamente a eso poco - os parece mucho pero es muy poco- requerido por Dios, que, en su justicia, os pide solamente aquello que podéis dar. Vosotros, de lo que Dios quiere, conocéis solamente lo que podéis cumplir. Pero Yo conozco todo su Pensamiento, respecto a los grandes y pequeños acontecimientos. Yo no tengo puestos límites en el conocimiento ni en la ejecución. El amoroso sacrificador, el Abraham divino, no exime a su Víctima e Hijo suyo. Es el Amor no satisfecho y ofendido el que exige reparación y ofrecimiento. Y, aunque viviera millares de años, nada sería, si no consumara el Hombre hasta la última fibra; de la misma forma que nada habría sido, si ab aeterno no hubiera dicho Yo "sí" al Padre mío, disponiéndome a obedecer como Dios Hijo y como Hombre, en el momento que mi Padre considerara bueno.

La obediencia es dolor y es gloria. La obediencia, como el espíritu, no muere nunca. En verdad os digo que los verdaderos obedientes serán dioses, aunque después de una lucha continua contra sí mismos, contra el mundo y contra Satanás. La obediencia es luz. Cuanto más se es obediente, más luminoso se es y más se ve. La obediencia es paciencia, y, cuanto más se es obediente, más se soportan las cosas y a las personas. La obediencia es humildad, y, cuanto más obediente se es, más humilde se es para con nuestro prójimo. La obediencia es caridad porque es un acto de amor, y, cuanto más obediente se es, más numerosos y perfectos son los actos. La obediencia es heroísmo. Y el héroe del espíritu es el santo, el ciudadano de los Cielos, el hombre divinizado. Si la caridad es la virtud en que uno encuentra a Dios Uno y Trino, la obediencia es la virtud en que soy hallado Yo, vuestro Maestro. Haced que el mundo os reconozca como discípulos míos por una obediencia absoluta a todo lo santo. Llamad a Judas. Tengo que decirle algo también a él...

Judas acude. Jesús señala al panorama que se estrecha a medida que bajan, y dice:

-Una pequeña parábola para vosotros, futuros maestros de espíritu. Cuanto más subáis por el camino de la perfección, que es arduo y penoso, más veréis. Antes veíamos las dos llanuras, filisteas y de Sarón, con sus muchos pueblos y campos y árboles frutales, e incluso un azul lejano, que era el gran mar, y el Carmelo verde allá en el fondo. Ahora no vemos más que un poco. El horizonte se ha estrechado y se seguirá estrechando, hasta desaparecer en el fondo del valle. Lo mismo sucede con quien desciende en el espíritu en vez de subir. Su virtud y sabiduría se van haciendo cada vez más limitadas, y restringido su juicio hasta quedar anulado. En ese momento, un maestro de espíritu ha muerto en orden a su misión. Ya ni discierne ni guía. Es un cadáver y, de la misma manera que se ha corrompido, puede corromper. La bajada, a veces, es estimulante, casi siempre lo es, porque abajo hay satisfacciones de los apetitos. También nosotros bajamos al valle en busca de descanso y alimento. Pero, si ello es necesario para nuestro cuerpo, no es necesario satisfacer los apetitos de la carne y la desgana del espíritu, bajando a los valles de la sensualidad moral y espiritual. Sólo en un valle se concede poner pie: en el de la humildad. Y es porque a éste el mismo Dios desciende a raptar al espíritu humilde para elevarlo hasta Él. Quien se humilla será enaltecido. Cualquier otro valle es letal, porque aleja del Cielo».

-¿Me has llamado para esto, Maestro?

-Para esto. Has hablado mucho con los que te preguntaban.

-Sí, y no merece la pena; son más duros de mente que los mulos.

-Y Yo he querido expresar un pensamiento donde todo quede reflejado. Para que puedas nutrir tu espíritu.

Judas lo mira confundido. No sabe si es un don o un reproche. Los otros, que no se habían percatado de la conversación de Judas con los seguidores, no comprenden que Jesús está reprendiendo a Judas por su soberbia.

Y Judas prefiere prudentemente llevar la conversación por otros derroteros, así que pregunta:

-¿Maestro, Tú que piensas? ¿Esos romanos, y lo mismo el hombre de Petra, que han tenido un contacto muy limitado contigo, podrán llegar alguna vez a tu doctrina? ¿Y aquel Alejandro? Se marchó... No volveremos a verlo. Y éstos lo mismo. Se diría que en ellos hay una instintiva búsqueda de la verdad, pero están sumergidos hasta el cuello en el paganismo. ¿Lograrán alguna vez concluir alguna cosa buena?

-¿Quieres decir encontrar la Verdad?

-Sí, Maestro.

-¿Y por qué no iban a lograrlo?

-Porque son pecadores.

-¿Sólo ellos son pecadores? ¿Entre nosotros no hay pecadores?

-Muchos, lo admito. Pero precisamente lo que yo digo es que si nosotros, nutridos de sabiduría y verdad ya desde hace siglos, somos pecadores y no conseguimos hacernos justos y seguidores de la Verdad que representas, ¿cómo podrán hacerlo ellos, si están saturados de impurezas?

-Todos los hombres, cualquiera que fuera el punto del que partieran, pueden llegar a alcanzar y poseer la Verdad, o sea, a Dios Cuando no hay soberbia de la mente ni depravación de la carne, sino sincera búsqueda de la Verdad y de la Luz, pureza de finalidad y anhelo de Dios, una criatura está ciertamente en el camino de Dios.

-Soberbia de la mente... y depravación de la carne... Maestro... entonces...

-Continúa tu pensamiento, que es bueno.

Judas elude continuar, y dice:

-Entonces ellos no pueden alcanzar a Dios, porque son unos depravados.

-No era eso lo que querías decir, Judas. ¿Por qué has amordazado tu pensamiento y tu conciencia? ¡Oh, qué difícil es que el hombre suba a Dios! Y el obstáculo mayor está en sí mismo, que no quiere confesar y reflexionar sobre sí mismo y sus defectos. Verdaderamente también Satanás es calumniado muchas veces, cargándole a él toda causa de ruina espiritual. Y más calumniado aún es Dios, al cual se le cargan todos los hechos que suceden. Dios no viola la libertad del hombre. Satanás no puede prevalecer contra una voluntad asentada en el Bien. En verdad os digo que setenta veces sobre cien el hombre peca por su voluntad. Y -no se considera esto, pero es así- y no se restablece de su pecado porque evita el examinarse, y a pesar de que la conciencia, con imprevisto impulso, se yergue dentro de él y grita las verdades que él no ha querido meditar, el hombre ahoga ese grito, borra esa figura que, severa y dolorosa, se yergue delante de su intelecto, modifica con esfuerzo su pensamiento influido por la voz acusadora, y no quiere decir, por ejemplo: "Pero entonces nosotros, yo, no podemos alcanzar la Verdad, porque tenemos soberbia de la mente y corrupción de la carne". Sí, en verdad, en nuestro pueblo no se camina hacia la senda de Dios, porque en nuestro pueblo hay soberbia de la mente y corrupción de la carne. Una soberbia que es verdaderamente imitadora de la satánica, tanto que se juzgan u obstaculizan las acciones de Dios cuando son contrarias a los intereses de los hombres y de los partidos. Y este pecado hará de muchos de Israel réprobos eternos.

-Bueno, pero no somos todos así.

-No. Todavía hay espíritus buenos, en todos los niveles; más numerosos entre los humildes del pueblo que entre los doctos y ricos, pero los hay. Mas ¿cuántos son?, ¿cuántos, respecto a este pueblo de Palestina al que desde hace casi tres años evangelizo y favorezco, y por el cual me consumo? Hay más estrellas en una noche nubosa que en Israel espíritus deseosos de venir al Reino mío.

-¿Y los gentiles, esos gentiles, irán?

-No todos, pero sí muchos. Incluso entre mis propios discípulos algunos no perseverarán hasta el final. ¡Pero no nos preocupemos de los frutos que, podridos, caen de la rama! Tratemos, hasta cuando se pueda, de impedir que se pudran, con la dulzura, con la firmeza, con la recriminación y el perdón, con la paciencia y la caridad. Luego, si dicen "no" a Dios y a los hermanos que quieren salvarlos, y se arrojan en los brazos de la Muerte, de Satanás, y mueren impenitentes, bajemos la cabeza y ofrezcamos a Dios nuestro dolor por no haberlo podido alegrar con esa alma, salvándosela. Todos los maestros tienen experiencia de estas derrotas; las cuales también son útiles, para mantener mortificado el orgullo del maestro de almas y probar la constancia de éste en el ministerio. La derrota no debe cansar la voluntad del educador de espíritus. Es más, debe impulsarlo a hacer más y mejor, en el futuro.

-¿Por qué has dicho al decurión que lo vas a volver a ver en un monte? ¿Cómo puedes saberlo?

Jesús mira a Judas con una mirada larga y extraña, mezcla de tristeza y sonrisa juntas, y dice:

-Porque será uno de los que estén presentes en mi exaltación, y dirá al gran doctor de Israel una severa palabra verdadera. Y desde ese momento comenzará su seguro camino hacia la Luz. Pero ya estamos en Gabaón. Que Pedro vaya con otros siete a anunciarme. Voy a hablar enseguida, para despedir a los que me han seguido desde los pueblos cercanos. Los demás permanecerán conmigo hasta después del sábado. Tú, Judas, estate con Mateo, Simón y Bartolomé.

(No he reconocido en el decurión a ninguno de los soldados presentes en la Crucifixión. Pero debo decir también que centrada en la observación atenta de mi Jesús, no me di mucha cuenta de ellos. Eran, para mí, un grupo de soldados encargados de hacer ese servicio. Nada más. Y además, cuando habría podido observarlos mejor porque "todo estaba consumado", había una luz tan no luz que sólo las caras muy familiares podían ser reconocidas. De todas formas, por las palabras de Jesús pienso que es ese soldado que dice a Gamaliel algunas palabras que no recuerdo y que no puedo verificar, porque estoy sola y no puedo pedir a nadie que me dé el cuaderno de la Pasión).

516

En Gabaón, milagro del mudito y elogio de la sabiduría como amor a Dios.

En primavera, verano y otoño, Gabaón, construida en el copete de un suave y bajo otero aislado en medio de una llanura fertilísima debe ser una ciudad graciosa, ventilada y de bellísimo panorama. Sus casas blancas se esconden casi entre el verde de los árboles -de todas clases- de hoja perenne, que están mezclados con árboles desnudos ahora por la estación del año, pero que en la estación buena deben transformar el otero en una nube de pétalos ligeros y, más tarde, en exuberancia de frutas. Ahora, con el tono gris del invierno muestra las laderas listeadas de desnudas vides y grises por los olivos, y con manchas de árboles frutales, desnudos, de oscuros troncos; a pesar de lo cual, es bonita y aparece ventilada, y la mirada descansa en la ladera del monte y en la arada llanura.

Jesús se dirige hacia una cisterna grande o pozo, que me recuerda un poco el de la samaritana, o también En Rogel y, más todavía los depósitos cercanos a Hebrón. Hay allí mucha gente: quiénes se apresuran a tomar mucha agua para el sábado, que ya está cerca, quiénes concluyen los últimos tratos, quiénes, habiendo terminado ya sus ocupaciones, se entregan al descanso del sábado (entre éstos, los ocho apóstoles, que anuncian al Maestro y ya han tenido éxito. porque veo que traen a enfermos y se congregan mendigos y otras personas vienen de sus casas).

Cuando Jesús llega a donde está el pilón, se forma un murmullo que se transforma en un grito unánime:

-¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Está entre nosotros el Hijo de David! ¡Bendita la Sabiduría, que viene al lugar donde fue invocada!

-Benditos vosotros, que la sabéis acoger. ¡Paz! Paz y bendición.

Y enseguida se dirige hacia los enfermos y los tullidos (por desgracias o enfermedades), hacia los indefectibles ciegos o que están en camino de serlo, y los cura.

Hermoso es el milagro de un mudito. La madre se lo presenta llorando. Jesús lo cura con un beso en la boca. Y él usa las palabras que la Palabra le da para gritar los dos nombres más bonitos: « ¡Jesús! ¡Mamá!». Y de los brazos de su madre, que lo tenía alzado por encima de la gente, se arroja a los brazos de Jesús, se abraza a su cuello, hasta que Jesús lo devuelve a la madre feliz. Ella explica a Jesús cómo este hijo suyo primogénito, destinado desde antes que naciera, en el corazón de los padres, para ser levita, podrá serlo ahora que no tiene defectos:

-No le había pedido al Señor, junto con mi esposo Joaquín, para mí, sino para que sirviera al Señor. Y no he pedido para él la palabra para que me llamase madre y me dijera que me quiere. Sus ojos y sus besos ya me lo decían. La pedía para que pudiera, como cordero sin defecto, ser consagrado enteramente al Señor y alabar su Nombre.

A lo cual Jesús responde:

-El Señor oía la palabra de su alma, -que Él, como una madre, hace de los sentimientos palabras y actos. Pero bueno ha sido tu deseo y el Altísimo lo ha acogido. Ahora esfuérzate en educar a tu hijo para la alabanza perfecta, para que sirva siempre con perfección al Señor.

-Sí, Rabí. Pero dime Tú qué es lo que debo hacer.

-Haz que ame al Señor Dios con todo su ser, y espontáneamente florecerá en su corazón la alabanza perfecta, y perfecto será en su servicio a su Dios.

-Bien has hablado, Rabí. La Sabiduría está en tus labios. Te ruego que nos hables a todos - dice un gabaonita de aspecto señorial que se ha abierto paso hasta Jesús y lo ha invitado a la sinagoga. Sin duda es el arquisinagogo.

Jesús se dirige hacia ella, seguido de todos, y dado que es imposible hacer que entren todos los de la ciudad, más los que ya estaban con Él, acepta el consejo del jefe de la sinagoga de hablar desde la terraza de su casa, contigua a la sinagoga. Una casa ancha y baja, fajada por dos lados por el verde tenaz de una espaldera de jazmines. Y la voz de Jesús, potente y armoniosa, se expande en el aire apacible de la tarde que declina, y se propaga por la plaza y por las tres calles que en ella desembocan, mientras un pequeño mar de cabezas está con la cara alzada escuchando.

-La mujer de vuestra ciudad que ha deseado la palabra para su hijo, no por un deseo de oír de los labios de su hijo dulces palabras, sino para que fuera hábil para servir a Dios, me recuerda otras palabras, ya lejanas, brotadas de los labios de un gran hombre en esta misma ciudad. A éstas, como a las de la mujer de esta ciudad, Dios ha asentido, porque en ambos ha visto una petición de justicia, una justicia que debería estar en todas las oraciones para que encontraran acogida de parte de Dios y gracia. ¿Qué es necesario durante la vida para obtener luego el premio eterno, la verdadera Vida sin fin en una bienaventuranza sin fin? Es necesario amar al Señor con todo el propio ser, y al prójimo como a uno mismo. Y ésta es la cosa más necesaria para tener a Dios por amigo y obtener de Él gracias y bendiciones. Cuando Salomón, (*2 Crónicas 1, .3-12; 1 Reyes 3, 4-15*), hecho rey después de la muerte de David, asumió de hecho el reino, subió a esta ciudad y ofreció un gran sacrificio de víctimas. Y en esa noche se le apareció el Altísimo y le dijo: "Pídeme lo que desees de mí". Gran benignidad por parte de Dios. Gran prueba por parte del hombre. Porque a todo don le corresponde una gran responsabilidad por parte de quien lo recibe, responsabilidad que es tanto mayor cuanto mayor es el don. Y ésta es una prueba del grado de formación alcanzado por el espíritu. Si un espíritu favorecido por Dios, en lugar de perfeccionarse, desciende hacia la materialidad, ha fallado la prueba y muestra con esto su no formación, o su parcial formación. Hay dos cosas que son índice del valor espiritual del hombre: su modo de comportarse en la alegría y el modo de comportarse en el dolor. Sólo el que está formado en la justicia sabe ser humilde en la gloria, fiel en la alegría, agradecido-, constante aun después de haber obtenido algo, aun cuando no desee ya nada más. Y sólo el que es realmente santo sabe ser paciente y seguir siendo amante de su Dios cuando las penas se ensañan con él.

-¿Maestro, puedo preguntarte una cosa? - dice uno de Gabaón.

-Habla.

-Todo lo que dices es verdad. Y, si he comprendido bien, quieres decir que Salomón superó la prueba felizmente. Pero luego pecó. Ahora dime: ¿por qué Dios lo favoreció tanto si luego iba a pecar? (*1 Reyes 11, 1-13*) Sin duda, el Señor conocía el futuro pecado del rey. ¿Y entonces por qué le dijo: "Pídeme lo que quieras"? ¡Fue un bien o un mal?

-Siempre un bien, porque Dios no cumple acciones malas.

-Pero has dicho que a todo don corresponde una responsabilidad. Ahora bien, habiendo Salomón pedido y obtenido la sabiduría...

-Tenía la responsabilidad de ser sabio y no lo fue, quieres decir. Es verdad. Y te digo que ciertamente esta falta suya respecto a la sabiduría fue castigada, y con justicia. Pero el acto de Dios de concederle la sabiduría que había pedido fue bueno. Y bueno fue el acto de Salomón de pedir la sabiduría y no otras cosas materiales. Y, puesto que Dios es Padre y es Justicia, en el momento del error buena parte de error lo perdonó, teniendo presente que el pecador en el pasado había amado la Sabiduría más que a ninguna otra cosa o criatura. Un acto habrá disminuido el otro acto. Una buena acción hecha antes del pecado permanece, y vale para el perdón, pero cuando el pecador después del pecado se arrepiente.

Por esto os digo que no dejéis pasar la ocasión de llevar a cabo buenas acciones, para que sean como monedas para pagar vuestros pecados (cuando, por gracia de Dios, de ellos os arrepentís). Las acciones buenas -aunque parezcan pasadas, y por tanto se pueda pensar equivocadamente que ya no fermentan en nosotros y crean nuevos estímulos y fuerzas para cosas buenas- están siempre activas, aunque sea con el recuerdo que resurge desde el fondo de un alma humillada y suscita una añoranza del tiempo en que la persona era buena. Y la añoranza es, a menudo, un primer paso por el camino del regreso a la Justicia. Yo he dicho que incluso un vaso de agua dado con amor a un sediento no queda sin premio. Un sorbo de agua no es nada en cuanto al valor material, pero la caridad lo hace grande. Y no queda sin premio. A veces el premio puede ser volver al Bien que se forma con el recuerdo de esa acción, de las palabras del hermano sediento, de los sentimientos del corazón de aquella ocasión, de ese corazón que daba de beber en nombre de Dios y por amor. Y entonces Dios, por sucesión de recuerdos, vuelve, como un sol que renace después de la noche oscura, para resplandecer en el horizonte de un pobre corazón que lo perdió y que, hechizado por su inefable Presencia, se humilla y grita: "¡Padre, he pecado! Perdona. Te amo de nuevo". El amor a Dios es sabiduría. Es la sabiduría de las sabidurías, porque el que ama conoce todo y posee todo. Aquí, mientras cae la tarde y el viento vespertino hace tiritar a los cuerpos arropados y agita las antorchas que habéis encendido, no os repito lo que ya sabéis: los puntos del libro sapiencial donde está escrito cómo Salomón obtuvo la sabiduría, y la oración (*Sabiduría 9*) que hizo para obtenerla. Pero, para memoria mía, para ir por sendero seguro, para tener luz de guía, os exhorto a meditar con vuestro arquisinagogo esas páginas. El Libro de la Sabiduría debería ser un código de vida espiritual. Como una mano materna debería guiaros -e introducirlos en él- al perfecto conocimiento de las virtudes y de mi doctrina. Porque la Sabiduría me prepara los caminos y hace de los hombres – “de corta vida e incapaces de entender los juicios y las leyes, siervos e hijos de siervas de Dios” - los dioses del Paraíso de Dios.

Buscad, sobre todo, Sabiduría para honrar al Señor y oír que Él, el día eterno, os dice: "Porque has estimado sobre todo esto y no riqueza, bienes, gloria, larga vida, ni triunfo sobre los enemigos, te sea concedida la Sabiduría", o sea, Dios mismo, porque el Espíritu de Sabiduría es Espíritu de Dios. Buscad, sobre todo, la Sabiduría santa, y Yo os digo que todas las demás cosas os serán dadas, y en un modo en que ninguno de los grandes del mundo puede procurárselas. Amad a Dios. Preocupaos sólo de amarlo. Amad al prójimo vuestro para honrar a Dios. Consagraos al servicio de Dios, a su triunfo en los corazones. Convertid a quien no es amigo de Dios, convertidlo al Señor. Sed santos. Acumulad las obras santas para defensa vuestra contra las posibles debilidades del ser creado. Sed fieles al Señor. No critiquéis ni a los vivos ni a los muertos. Pero esforzaos en imitar a los buenos, y, no para alegría vuestra terrena, sino para alegría de Dios, pedid al Señor gracias y os serán dadas.

Vamos. Mañana oraremos juntos y Dios estará con nosotros.

Y Jesús los bendice y los despide.

517

Hacia Nob. Judas Iscariote, tras un momento polémico, reconoce su error.

E1 viento húmedo y frío peina los árboles del otero y empuja en el cielo cúmulos de nubes cenicientas. Arrebujados en sus gruesos mantos, Jesús y los doce y Esteban bajan de Gabaón al camino que conduce hacia la llanura. Hablan entre sí mientras Jesús, absorto en uno de sus silencios, está lejos de lo que le rodea. Y ahí está, hasta que, llegados a un cruce a media ladera -es más, casi al pie del otero-, dice:

-Tomamos esta dirección y vamos a Nob.

-¿Cómo? ¿No vuelves a Jerusalén? - pregunta Judas Iscariote.

-Nob y Jerusalén es casi una sola cosa para quien está habituado a caminar mucho. Pero prefiero estar en Nob. ¿Lo lamentas?

-¡Oh! ¡Maestro! Por mí, acá o allá... Más bien lo que lamento es que en un lugar tan propicio para ti hayas figurado tan poco. Hablaste más en Bet-Jorón, que ciertamente no se mostraba amiga tuya. Deberías hacer lo contrario. ¡Vamos, eso me parece! Tratar de atraer cada vez más a ti las ciudades que sientes propicias, hacer de ellas... contraarmas para las ciudades dominadas por enemigos tuyos. ¿Sabes qué valor, tener de tu parte las ciudades cercanas a Jerusalén? A1 fin y al cabo, Jerusalén no es todo. También pueden contar los otros lugares y hacer pesar su voluntad sobre el sentir de Jerusalén. Los reyes generalmente son proclamados en ciudades fidelísimas; consumada la proclamación, las otras se resignan...

-Cuando no se rebelan, y entonces hay luchas fratricidas. No creo que el Mesías quiera empezar su reinado con una guerra interna-dice Felipe.

-Yo quisiera una sola cosa: que hubiera comenzado en vosotros con visión precisa. Pero vosotros no veis todavía con precisión... ¿Cuándo vais a comprender?

Sintiendo que quizás es una reprensión lo que está para venir Judas Iscariote pregunta otra vez:

-¿Y por qué aquí, en Gabaón, has hablado tan poco?

-He preferido escuchar y descansar. ¿No comprendéis que Yo también necesito descanso?

-Hubiéramos podido quedarnos y darles esta satisfacción. Si estás tan cansado, ¿por qué te has puesto de nuevo en camino? - pregunta afligido Bartolomé.

-No son mis miembros los que están cansados. No necesito quedarme para darles reposo. Es mi corazón el que está cansado y necesita descanso. Y Yo descanso donde encuentro amor. ¿Creéis, acaso, que sea insensible a tanto odio?, ¿que los rechazos no me causen dolor?, ¿que las conjuras contra mí me dejen insensible?, ¿que las traiciones de quien se finge amigo, y es un espía de mis enemigos, puesto a mi lado para...?

-¡Jamás suceda eso, Señor! Y no debes siquiera sospecharlo. ¡Hablando así, nos ofendes! - protesta Judas Iscariote, con una apasionada irritación, que es superior a la de todos los demás; en efecto, todos protestan diciendo:

-Maestro, nos afliges con estas palabras. ¡Dudas de nosotros!

Y Santiago de Zebedeo, impulsivo, exclama:

-Me despido de ti, Maestro, y vuelvo a Cafarnaúm. Con el corazón roto. Pero me marchó. Y si no es suficiente Cafarnaúm, me iré con los pescadores de Tiro y Sidón, iré a Cintium, iré no sé a dónde. Pero lejos, que sea imposible que puedas pensar que te traiciono. ¡Dame tu bendición como viático!

Jesús lo abraza, diciendo: «

-Paz, apóstol mío. Son muchos los que se dicen amigos míos, no sois sólo vosotros. Te afligen, os afligen mis palabras. ¿Pero en qué corazones deberé derramar la congoja y buscar consuelo, sino en los de mis amados apóstoles y discípulos de confianza? Busco en vosotros una parte de la unión que he dejado para unir a los hombres: la unión con el Padre mío en el Cielo; y una gota del amor que he dejado por amor a los hombres: el amor de mi Madre. Las busco como apoyo mío. ¡Oh, la ola amarga rebasa mi corazón, el peso inhumano oprime al Hijo del hombre!... La Pasión mía, la Hora mía, se hace cada vez más plena... ¡Ayudadme a soportarla y a cumplirla... porque es muy dolorosa!

Los apóstoles se miran conmovidos por el dolor profundo que vibra en las palabras del Maestro, y no saben hacer otra cosa sino pegarse a Él, acariciarlo, besarlo... y son simultáneos los besos de Judas a la derecha y de Juan a la izquierda, en el rostro de Jesús, que baja los párpados celando los ojos mientras Judas Iscariote y Juan lo besan...

Reanudan la marcha, y Jesús puede terminar su pensamiento interrumpido:

-En medio de tanta congoja mi corazón busca lugares donde halla amor y descanso; donde, en vez de hablar a secas piedras o a engañosas serpientes o a distraídas mariposas, puede escuchar las palabras de otros corazones y consolarse porque las siente sinceras, amorosas, justas. Gabaón es uno de estos lugares. No había ido nunca. Pero he encontrado allí un campo arado y sembrado por magníficos obreros de Dios. ¡Ese arquisinagogo! Ha venido hacia la Luz, pero era ya espíritu luminoso. ¡Lo que puede hacer un buen siervo de Dios! Gabaón, ciertamente, no está exenta de los manejos de los que me odian. Allí también intentarán acusaciones malignas y corrupciones. Pero tiene un arquisinagogo que es un justo, y los venenos del mal pierden su sustancia tóxica en esa ciudad. ¿Creéis, acaso, que me resulte agradable el tener siempre que corregir, censurar, e incluso reprender? Mucho más dulce me resulta poder decir: “Tú has comprendido la Sabiduría. Sigue por tu camino y sé santo” como he dicho al arquisinagogo de Gabaón.

-¿Vamos a volver, entonces?

-Cuando el Padre hace que encuentre un lugar de paz, lo saboreo y bendigo al Padre mío. Pero no he venido para esto. He venido a convertir para el Señor los lugares culpables y lejanos de Él. Vosotros mismos veis que podría estar en Betania y no estoy allí.

-También por no perjudicar a Lázaro.

-No, Judas de Simón. Hasta las piedras saben que Lázaro es amigo mío. Por tanto, por este motivo, sería vano que Yo pusiera frenos a mi deseo de confortación. Es por...

-Por las hermanas de Lázaro, por María en particular.

-Tampoco, Judas de Simón. Hasta las piedras saben que la lujuria de la carne no me turba. Observa que, entre las muchas acusaciones que me han sido lanzadas, la primera en caer ha sido ésta porque hasta mis más sañudos adversarios han comprendido que sostenerla era desenmascarar su habitual inclinación a la mentira. Ninguna persona honesta habría creído que Yo era un sensual. La sensualidad puede tener atractivo sólo para los que no se nutren de lo sobrenatural y aborrecen el sacrificio. Pero, para el que se ha consagrado al sacrificio, para el que es víctima, ¿qué atractivo crees que puede tener el placer de una hora? El gozo de las almas víctimas está enteramente en el espíritu, y, si visten una carne, ésta no es más que un vestido. ¿Tú crees que los vestidos que llevamos tienen sentimientos? Lo mismo es la carne para los que viven de espíritu: un vestido, nada más. El hombre espiritual es el verdadero superhombre, porque no es esclavo de los apetitos, mientras que el hombre material es un no-valor, según la dignidad verdadera del hombre porque tiene en común con el animal demasiados apetitos, y es incluso inferior a él, superándolo, haciendo del instinto vinculado al animal un vicio degradante.

Judas, perplejo, se muerde los labios; luego dice:

-Sí. Y además no podrías perjudicar a Lázaro; dentro de poco la muerte lo pondrá al margen de todo peligro de venganzas... ¿Y entonces por qué vas a Betania más a menudo?

-Porque no he venido para gozar, sino para convertir. Ya te lo he dicho.

-Pero... ¿Te es motivo de gozo el tener contigo a tus hermanos?

-Sí. Pero también es verdad que no tengo parcialidad hacia ellos. Cuando tenemos que dividirnos para buscar sitio en las casas, no se quedan conmigo generalmente, sino que sois vosotros los que os quedáis. Y esto es para demostraros que, para los ojos y la mente de quien se ha consagrado a la redención, la carne y la sangre no tienen valor, sino que solamente tiene valor la formación de los corazones y su redención. Ahora vamos a ir a Nob y de nuevo nos distribuiremos para dormir. Y, una vez más, Yo te tendré conmigo, y tendré también a Mateo, a Felipe y a Bartolomé.

-¿Es, acaso, que somos los menos formados? ¿Yo, especialmente, quien siempre retienes a tu lado?

-Tú lo has dicho, Judas de Simón.

-Gracias, Maestro. Ya me había dado cuenta - dice con ira mal reprimida Judas Iscariote.

-Y, si te has dado cuenta, ¿por qué no te esfuerzas en formarte? ¿Crees, acaso, que por no causarte una mortificación Yo pudiera mentir? Y, además, estamos entre hermanos, y no deben ser objeto de menosprecio las deficiencias de otro, o de abatimiento el ser amonestado delante de los demás, que ya saben, unos de otros, en qué falta cada uno de los hermanos. Ninguno es perfecto, Yo os lo digo. Pero incluso las imperfecciones de unos y otros, tan penosas de verse y de soportarse, deben ser motivo para mejorarse uno a sí mismo y no aumentar así la recíproca desazón. Créeme, Judas, que, aunque te vea como

realmente eres, ninguno, ni siquiera tu madre, te quiere como Yo te quiero, ni se esfuerza ninguno como tu Jesús en hacerte bueno.

-Ya, pero me reprendes y humillas, y en la presencia de un discípulo.

-¿Es la primera vez que te llamo la atención en orden a la justicia?

-Judas calla.

-¡Responde, te digo! - dice Jesús imperiosamente.

-No.

-¿Y cuántas veces lo he hecho públicamente? ¿Puedes decir que te he puesto en evidencia? ¿O debes decir que te he cubierto y defendido? ¡Habla!

-Me has defendido, es verdad. Pero ahora...

-Pero ahora es por tu bien. El que acaricia a un hijo culpable deberá vendar después las llagas, dice el proverbio. Y dice otro proverbio que el caballo no domado se hace intratable; y el hijo abandonado a sí mismo, un tarambana.

-¿Pero es que soy para ti un hijo? - pregunta Judas, mientras su cara alisa el ceño fruncido.

-Si te hubiera generado no podrías serlo más. Y me dejaría arrancar las entrañas para darte mi corazón y hacerte como quisiera...

Judas tiene uno de sus recobros... y, sincero, verdaderamente sincero, se arroja a los brazos de Jesús y grita:

-¡No te merezco! ¡Soy demonio y no te merezco! ¡Eres demasiado bueno! ¡Sálvame, Jesús y llora, realmente llora con un llanto entrecortado por el jadeo, llanto de corazón turbado por cosas no buenas y por un contraste de éstas con el remordimiento de haber causado dolor a quien lo ama.

518

En Jerusalén, encuentro con el ciego curado y palabras que revelan a Jesús como buen Pastor.

Jesús, que ha entrado en la ciudad por la puerta de Herodes; está cruzándola en dirección hacia el Tiropeon y el barrio de Ofel.

-¿Vamos al Templo? - pregunta Judas Iscariote.

-Si.

-¡Cuidado con lo que haces! - advierten muchos.

-Estaré allí sólo el tiempo de la oración.

-Te van a salir al paso.

-No. Vamos a entrar por las puertas de septentrión y saldré por las de mediodía, y no tendrán tiempo de organizarse para hacerme algún daño. A menos que esté siempre detrás de mí uno que vigile e informe.

Ninguno replica, y Jesús prosigue hacia el Templo, que aparece, en lo alto de su colina, casi espectral bajo la luz verde amarillenta de una plomiza mañana de invierno, en la que el sol nacido es sólo recuerdo que se obstina en mantenerse presente tratando de abrir una brecha en la densa masa de nubes. ¡Esfuerzo vano! El alegre lucir de la aurora ha quedado reducido al reflejo mate de un amarillo irreal, no extendido, sino agrupado en manchas que contienen también tonalidades de plomo veteado de verde. Y, debajo de esta luz, los mármoles y el oro del Templo aparecen sin brillo, tristes, yo diría lúgubres, como ruinas que aún despuntan en una zona de muerte.

Jesús lo mira intensamente mientras sube hacia la muralla. Y mira las caras de los viandantes matutinos. Son, por lo general, gente humilde: hortelanos, pastores con los animalitos que han de ser matados, criados o amas de casa dirigidos a los mercados. Y todos se alejan silenciosos, arrebujados en los mantos, un poco encorvados para defenderse del viento más bien frío de la mañana. También los rostros parecen más pálidos de como son normalmente los de esta raza. Es la luz extraña la que los pone así, verdosos o casi perlinos, con el fondo de los mantos de colores, que, verdes o de vivo color violado o amarillos intensos, no son, ciertamente, adecuados para proyectar reflejos róseos en las caras. Alguno saluda al Maestro, pero no se detiene. No es la hora propicia. Todavía no hay mendigos lanzando sus quejumbrosos gritos en los cruces y debajo de las amplias bóvedas que, cada poco, cubren las calles. La hora y el período del año contribuyen a la libertad -para Jesús- de caminar sin obstáculos.

Ya están en las murallas. Entran. Van al atrio de los Israelitas. Oran mientras un sonido de trompetas -diría que son de plata por timbre- anuncia algo que es, sin duda, importante, y se esparce por la colina; y, mientras un perfume de incienso se esparce suavemente, sobrepujando todos los otros olores menos agradables que puedan percibirse en la cima del Moria, o sea: el perpetuo -diría: natural- olor a carne de animales degollados y consumidos por el fuego; el olor a harina quemada; el olor a aceite ardiendo: olores éstos que se detienen siempre ahí arriba, más o menos fuertes, pero que siempre están presentes, por los continuos holocaustos.

Se marchan siguiendo otra dirección, y empiezan a ser notados por los primeros que vienen al Templo, por gente que pertenece al templo, por los cambistas y vendedores, que están montando sus mesas o recintos. Pero son demasiado pocos; y la sorpresa es tal, que no saben reaccionar. Entre sí intercambian palabras de estupor:

-¡Ha vuelto!

-¡No ha ido a Galilea, como decían!

-¿Pero dónde estaba escondido, si no se le ha encontrado en ninguna parte?

-Quiere realmente desafiarlos-

-¡Qué necio!

-¡Qué santo! - etcétera, según la disposición de cada uno.

Jesús está ya fuera del Templo y baja hacia la calle que lleva a Ofel. En esto, se encuentra al ciego de nacimiento, curado hace poco, el cual, cargado de cestas llenas de manzanas olorosas, camina alegre, bromeando con otros jóvenes igualmente cargados, que van en sentido opuesto al suyo.

Quizás al joven le pasaría inadvertido el encuentro, dado que desconoce el rostro de Jesús y el de los apóstoles. Pero Jesús no desconoce la cara del que fue curado milagrosamente. Y lo llama. Sidonio, llamado Bartolmái, se vuelve y mira interrogativamente al hombre alto y majestuoso -a pesar de ir vestido humildemente- que lo llama por el nombre dirigiéndose hacia una callejuela.

-Ven aquí - ordena Jesús.

El joven se acerca sin dejar su carga. Mira a Jesús. Cree que desea comprar manzanas. Dice:

-Mi jefe las ha vendido ya. Pero tiene más todavía, si quieres. Son bonitas y buenas. Traídas ayer de los pomares de Sarón. Y, si compras muchas, tienes un importante descuento, porque...

Jesús sonríe mientras alza la derecha para poner freno a la locuacidad del joven. Y dice:

-No te he llamado para comprar las manzanas, sino para alegrarme contigo y bendecir contigo al Altísimo, que te ha concedido su favor.

-¡Oh, sí! Yo lo hago continuamente, por la luz que veo y por el trabajo que puedo realizar, ayudando a mi padre y a mi madre, por fin. He encontrado un buen jefe. No es hebreo, pero es bueno. Los hebreos no me querían por... porque saben que he sido expulsado de la sinagoga - dice el joven, y pone las cestas en el suelo.

-¿Te han expulsado? ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

-Yo nada. Te lo aseguro. El Señor es el que lo ha hecho. En sábado, el Señor hizo que me encontrara con ese hombre que se dice que es el Mesías, y Él me curó, como ves. Por eso me han expulsado.

-Entonces el que te curó no te ha hecho en todo un buen servicio-prueba Jesús.

-¡No digas eso, hombre! ¡Esto que dices es una blasfemia! Ante todo, me ha mostrado que Dios me ama, luego me ha dado la vista... Tú no sabes lo que es "ver", porque has visto siempre. ¡Pero uno que no había visto nunca! ¡Oh!... Es... Con la vista se tienen juntamente todas las cosas. Yo te digo que cuando vi, allá en Siloé, reí y lloré, pero de alegría ¿eh? Lloré como no había llorado en el tiempo de la desventura. Porque entendí entonces cuán grande era ella y cuán bueno era el Altísimo. Y, además, puedo ganarme la vida, y con trabajo decoroso. Y, además... -esto es lo que, más que todo, espero que me conceda el milagro recibido-, además, espero poder encontrar al hombre al que llaman Mesías y a su discípulo que me...

-¿Y qué harías entonces?

-Quisiera bendecirlo. A Él y a su discípulo. Y quisiera decirle al Maestro, que tiene que venir realmente de Dios, que me tome a su servicio.

-¿Cómo? Por causa suya estás anatematizado, con fatiga encuentras trabajo, puedes ser incluso más castigado, ¿y quieres servirle? ¿No sabes que están perseguidos todos aquellos que siguen al que te curó?

-¡Ya lo sé! Pero Él es el Hijo de Dios. Eso se dice entre nosotros. A pesar de que aquellos de arriba (y señala al Templo) no quieren que diga. Y ¿no merece la pena dejarlo todo para servirle a Él?

-¿Crees, entonces, en el Hijo de Dios y en su presencia en Palestina?

-Lo creo. Pero quisiera conocerlo, para creer en Él no sólo en la mente, sino con todo mi ser. Si sabes quién es y dónde se encuentra, -dímelo, para ir donde Él, verlo, creer completamente en él y servirle.

-Ya lo has visto, y no tienes necesidad de ir donde Él. El que ves y te habla en este momento es el Hijo de Dios.

Y -no podría afirmarlo con plena seguridad- me ha parecido que al decir estas palabras Jesús ha tenido casi una brevísima transfiguración, adquiriendo un aspecto bellísimo y, diría, esplendoroso. Yo diría que, para premiar y confirmar en su fe a este humilde creyente que cree en Él, ha descubierto, durante el tiempo que dura un destello, su belleza futura (quiero decir la que asumirá después la Resurrección y conservará en el Cielo, su belleza de criatura humana glorificada, de cuerpo glorificado y hecho uno con la inefable belleza de su Perfección). Un instante, digo. Un destello. Pero el rincón semioscuro donde se han refugiado para hablar, bajo el arco de calleja, se ilumina extrañamente con una luminosidad que emana de Jesús, el cual, lo repito, adquiere una grandísima hermosura.

Luego todo vuelve a ser como antes, excepto el joven, que ahora está en el suelo, rostro en tierra, y que adora y dice:

-¡Yo creo, Señor, mi Dios!

-Levántate. He venido al mundo para traer la luz y el conocimiento de Dios y para probar a los hombres y juzgarlos. Este tiempo mío es tiempo de opción, de elección y de selección. He venido para que los puros de corazón e intención, los humildes, los mansos, los amantes de la justicia, de la misericordia, de la paz, los que lloran y los que saben dar a las distintas riquezas su valor real y preferir las espirituales a las materiales encuentren aquello que su espíritu anhela; y para que los que eran ciegos - porque los hombres habían alzado gruesos muros para impedir el paso de la luz, o sea, impedir el conocimiento de Dios- vean, y los que se creen con vista se queden ciegos...

-Entonces Tú odias a una parte grande de los hombres y no eres bueno como dices ser. Si lo fueras, buscarías que todos vieran, y que quien ya viera no se quedara ciego - interrumpen algunos fariseos, que han llegado al imprevisto por la calle principal y, cautamente, se han acercado con otros a espaldas del grupo apostólico.

Jesús se vuelve y los mira. ¡Ciertamente ya no está transfigurado en dulce belleza! Es un Jesús bien severo el que fija en sus perseguidores sus miradas de zafiro. Su voz ya no tiene la nota de oro de la alegría, sino que es bronceada, y, cual sonido de bronce, es incisiva y severa en la respuesta:

-No soy Yo el que quiere que no vean la verdad los que actualmente combaten contra ella. Son ellos mismos los que levantan delante de sus pupilas un muro de adoquines para no ver. Y se hacen ciegos por su libre voluntad. Y el Padre me ha

enviado para que esta división tenga lugar, y sean verdaderamente conocidos los hijos de la Luz y los de las Tinieblas, los que quieren ver y la que quieren hacerse ciegos.

-¿Acaso estamos nosotros también entre estos ciegos?

-Si lo fuerais y trataseis de ver, no seríais culpables. Pero es porque decís: "Vemos", y luego no queréis ver, por lo que pecáis. Vuestro pecado permanece porque no tratáis de ver aun siendo ciegos.

-¿Y qué tenemos que ver?

-El Camino, la Verdad, la Vida. Un ciego de nacimiento, como era éste, con su bastoncito puede en todo caso encontrar la puerta de su casa e ir por ella, porque conoce su casa. Pero si lo llevaran a otros lugares, no podría entrar por la puerta de la nueva casa, porque no sabría dónde estaría y se chocaría contra las paredes.

El tiempo de la nueva Ley ha llegado. Todo se renueva y un mundo nuevo, un nuevo pueblo, un nuevo reino surgen. Ahora los del tiempo pasado no conocen todo esto. Conocen su tiempo. Son como ciegos llevados a una ciudad nueva, donde está la casa regia del Padre, pero cuya ubicación no conocen. Yo he venido para guiarlos e introducirlos en ella y para que vean. Pero soy Yo mismo la Puerta por la cual se pasa a la casa paterna, al Reino de Dios, a la Luz, al Camino, a la Verdad, a la Vida. Y soy también Aquel que ha venido a reunir el rebaño que había quedado sin guía, y a conducirlo a un único redil: el del Padre. Yo soy la puerta del Redil, porque soy al mismo tiempo Puerta y Pastor. Y entro y salgo como y cuando quiero Y entro libremente, y por la puerta, porque soy el verdadero Pastor.

Cuando uno viene a dar a las ovejas de Dios otras indicaciones, o trata de descaminarlas llevándolas a otras moradas y a otros caminos, no es el buen Pastor; es un pastor ídolo. Y el que no entra por la puerta del redil, sino que trata de entrar por otra parte saltando el recinto, no es el pastor, sino un ladrón y un asesino que entra con intención de robar y matar, para que los corderos de que se han apoderado no emitan voces de lamento y no atraigan la atención de los guardianes y del pastor. También entre las ovejas del rebaño de Israel tratan de introducirse falsos pastores para desviarlas de los pastos y alejarlas del Pastor verdadero. Y entran dispuestos incluso a arrancarlas del rebaño con violencia, y, si llega el caso, están dispuestos a matarlas y a dañarlas de muchas maneras, para que no hablen y no le manifiesten al Pastor las astucias de los falsos pastores, ni griten invocando la protección de Dios contra sus adversarios y los adversarios del Pastor.

Yo soy el Buen Pastor y mis ovejas me conocen, y me conocen los eternos porteros del verdadero Redil. Ellos me han conocido y han conocido mi Nombre, que han manifestado para que Israel lo conociera; me han descrito y han preparado mis caminos, y, cuando mi voz se ha oído, el último de ellos me ha abierto la puerta y ha dicho al rebaño que esperaba al verdadero Pastor, al rebaño que estaba agrupado en torno a su cayado: "Aquí tenéis a Aquel de quien he dicho que viene después de mí. Uno que me precede porque existía antes de mí y yo no lo conocía. Pero para esto, para que estéis preparados a recibirlo, he venido a bautizar con agua, para que fuera manifestado en Israel". Y las ovejas buenas han oído mi voz y, cuando las he llamado por el nombre, han venido solícitas y las he llevado conmigo, como hace un verdadero pastor al que conocen las ovejas, que lo reconocen por la voz y lo siguen a dondequiera que vaya. Y, cuando ha sacado a todas, camina delante de ellas, y ellas lo siguen porque aman la voz del pastor. Por el contrario, no siguen a un extranjero; antes bien, huyen lejos de él porque no lo conocen y le temen. Yo también camino delante de mis ovejas para señalarles el camino y hacer frente, Yo el primero, a los peligros y señalárselos al rebaño, al cual quiero guiar a mi Reino y ponerlo a salvo.

-¿Acaso Israel ya no es el reino de Dios?

-Israel es el lugar desde donde el pueblo de Dios debe elevarse hasta la verdadera Jerusalén y hasta el Reino de Dios.

-¿Y el Mesías prometido, entonces? Ese Mesías que afirmas que eres, ¿no debe, pues, hacer a Israel triunfante, glorioso, dueño del mundo, sometiendo a su cetro todos los pueblos, y vengándose, sí, vengándose ferozmente de todos los que lo han sometido desde que es pueblo? ¿Entonces nada de esto es verdad? ¿Niegas a los profetas? ¿Llamas necios a nuestros rabíes? Tú...

-El Reino del Mesías no es de este mundo. Es el Reino de Dios, fundado sobre el amor. No es otra cosa. Y el Mesías no es rey de pueblos y ejércitos, sino rey de espíritus. Del pueblo elegido vendrá el Mesías, de la estirpe real, y, sobre todo, de Dios, que lo ha generado y enviado. Por el pueblo de Israel ha comenzado la fundación del Reino de Dios, la promulgación de la Ley de amor, el anuncio de la buena Nueva de que habla el profeta (*Isaías 61, 1*). Pero el Mesías será Rey del mundo, Rey de los reyes, y su Reino no tendrá límite en el tiempo ni confín en el espacio. Abrid los ojos y aceptad la verdad.

-No hemos entendido nada de tu desvarío. Dices palabras sin nexos. Habla y responde sin parábolas: ¿Eres o no eres el Mesías?

-¿Y no habéis entendido todavía? Os he dicho que soy Puerta y Pastor por esto. Hasta ahora ninguno ha podido entrar en el Reino de Dios, porque estaba murado y no tenía salidas. Pero ahora he venido Yo y está hecha la puerta para entrar en él.

-¡Oh! Otros han dicho que eran el Mesías, y luego han sido descubiertos como bandidos y rebeldes, y la justicia humana ha castigado su bellaquería. ¿Quién nos asegura que no eres como ellos? ¡Estamos cansados de sufrir y hacer sufrir al pueblo el rigor de Roma, por mérito de embusteros que se dicen reyes y hacen que el pueblo se levante en rebelión!

-No. No es exacta vuestra frase. Vosotros no queréis sufrir, eso es verdad. Pero que el pueblo sufra no os duele. Tanto es así, que al rigor de quien domina unís vuestro rigor, oprimiendo con décimos insoportables y otras muchas cosas al pueblo modesto. ¿Que quién os asegura que no soy un malandrín? Mis acciones. No soy Yo el que hace pesada la mano de Roma; al contrario, la aligero, aconsejando a los dominadores humanidad, a los dominados paciencia. Al menos estas cosas.

Mucha gente -ya mucha gente se ha congregado, y crece cada vez más, tanto que obstaculizan el paso por la calle grande y, por tanto, todos van a confluír en la callejuela, bajo cuyas bóvedas las voces retumban- aprueba diciendo:

-¡Bien dicho lo de los décimos! ¡Es verdad! A nosotros nos aconseja sumisión y a los romanos piedad».

Los fariseos, como siempre, se envenenan por las aprobaciones de la muchedumbre, y se muestran aún más mordaces en el tono con que se dirigen a Cristo.

-Responde sin tantas palabras y demuestra que eres el Mesías.

-En verdad, en verdad os digo que lo soy. Yo, sólo Yo, soy la Puerta del redil de los Cielos. Quien no pasa por mí no puede entrar. Es verdad. Ha habido otros falsos Mesías, y más que habrá. *Pero el único y verdadero Mesías soy Yo.* Todos los que hasta ahora han venido presentándose como tales, no lo eran; eran sólo ladrones y salteadores. Y no sólo aquellos que se hacían llamar, de parte de unos pocos de su misma forma de ser, Mesías, sino también otros que, sin darse ese nombre, exigen una adoración que ni siquiera al verdadero Mesías se le da. Quien tenga oídos para oír que oiga. De todas formas, observad: ni a los falsos Mesías ni a los falsos pastores y maestros las ovejas los han escuchado, porque su espíritu sentía la falsedad de su voz, que quería aparecer dulce y, sin embargo, era cruel. Sólo los cabros los han seguido para ser sus compañeros en sus fechorías. Cabros salvajes, indómitos, que no quieren entrar en el Redil de Dios, bajo el cetro del verdadero Rey y Pastor. Porque esto, ahora, se da en Israel: que Aquel que es el Rey de los reyes viene a ser el Pastor del rebaño, mientras que, en el pasado, aquel que era pastor de rebaños vino a ser rey, y el Uno y el otro vienen de la misma raíz, de la raíz Iesái, como está escrito en las promesas y profecías.

Los falsos pastores no han pronunciado palabras sinceras ni sus acciones han sido consoladoras. Han dispersado y torturado al rebaño, o lo han abandonado a los lobos, o lo han matado para sacar provecho vendiéndolo y así asegurarse la vida, o le han quitado los pastos para hacer de ellos moradas de placer y bosquecillos para los ídolos. ¿Sabéis cuáles son los lobos? Son las malas pasiones, los vicios que los mismos falsos pastores han enseñado al rebaño, practicándolos ellos los primeros. ¿Y sabéis cuáles son los bosquecillos de los ídolos? Son los propios egoísmos, ante los cuales demasiados queman inciensos. Las otras dos cosas no necesitan ser explicadas, porque son hasta demasiado claras estas palabras mías. Pero que los falsos pastores actúen así es lógico. No son sino ladrones que vienen para robar, matar y destruir, para llevar fuera del redil a pastos traicioneros, o conducir a falsos apriscos, que en realidad son mataderos. Pero los que pasan por mí están en seguro y podrán salir para ir a mis pastos, o volver para venir a mis descansos, y hacerse robustos y pingües de sustancias santas y sanas. Porque he venido para esto. Para que mi pueblo, mis ovejas, hasta ahora flacas y afligidas, tengan la vida, y vida abundante, y de paz y alegría. Y tanto quiero esto, que he venido a dar mi vida porque mis ovejas tengan la Vida plena y abundante de los hijos de Dios.

Yo soy el Pastor bueno. Y un pastor, cuando es bueno, da la vida por defender a su rebaño de los lobos y de los salteadores; por el contrario, el mercenario, que no ama a las ovejas sino al dinero que gana por llevarlas a pastar, se preocupa sólo de salvarse a sí mismo y - salvar la pequeña suma que lleva en el pecho, y, cuando ve venir al lobo o al salteador, huye, aunque luego vuelva para tomar alguna oveja que el lobo haya dejado medio muerta, o que haya sido desperdigada por el salteador, y matar a la primera para comérsela, o vender la segunda como suya, aumentando así su suma, para decir luego al amo, con falsas lágrimas, que ni siquiera una de las ovejas se ha salvado. ¿Qué le importa al mercenario si el lobo adentella y desperdiga a las ovejas, y el salteador hace saqueo de ovejas para llevarlas al carnicero? ¿Acaso veló por ellas mientras crecían, acaso trabajó esforzadamente para ponerlas robustas? Pero el que es amo y sabe cuánto cuesta una oveja, cuántas horas de trabajo, cuántos desvelos, cuántos sacrificios, las quiere y les presta cuidado, a ellas que son su bien. Pero Yo soy más que un amo. Yo soy el Salvador de mi rebaño y sé cuánto me cuesta la salvación de una sola alma; por tanto, estoy dispuesto a todo con tal de salvar a un alma. Esa alma me ha sido confiada por el Padre mío. Todas las almas me han sido confiadas, con el mandato de que salve un grandísimo número de ellas. Cuantas más logre arrancar a la muerte del espíritu, más gloria recibirá mi Padre. Por tanto, lucho para liberarlas de todos sus enemigos, o sea, de su yo, del mundo, de la carne, del demonio, y de mis adversarios, que me las disputan para producirme dolor. Yo hago esto porque conozco el pensamiento del Padre mío. Y el, Padre mío me ha enviado a hacer esto porque conoce mi amor por Él y por las almas. También las ovejas de mi rebaño me conocen a mí y conocen mi amor, y sienten que estoy dispuesto a dar mi vida para darles la alegría.

Tengo otras ovejas. Pero no son de este Redil. Por tanto, no me conocen en lo que Yo soy, y muchas ignoran mi existencia e ignoran quién soy Yo. Ovejas que a muchos de nosotros parecen peor que cabras salvajes y son consideradas indignas de conocer la Verdad y de poseer la Vida y el Reino. Y, sin embargo, no es así. El Padre desea también éstas; por tanto, tengo que acercarme también a éstas, darme a conocer, hacer conocer la buena Nueva, guiarlas a mis pastos, reunir las. Y éstas también escucharán mi voz porque acabarán amándola. De manera que habrá un solo Redil y un solo Pastor, y el Reino de Dios quedará reunido en la Tierra, ya preparado para ser transportado y acogido en los Cielos, bajo mi cetro, mi signo y mi verdadero Nombre.

¡Mi verdadero Nombre! ¡Sólo Yo lo conozco! Mas cuando el número de los elegidos esté completo y, entre himnos de alborozo, se sienten a la gran cena de bodas del Esposo con la Esposa, entonces mi Nombre será conocido por mis elegidos que por fidelidad a él se hayan santificado, aunque haya sido sin conocer toda la extensión ni profundidad de lo que era estar signado por mi Nombre y ser premiados por su amor a él, ni cuál era el premio... Esto es lo que quiero dar a mis ovejas fieles. Lo que constituye mi propia alegría...

Jesús recorre, con una mirada brillante de llanto extático, los rostros dirigidos hacia él, y una sonrisa le tiembla en los labios, una sonrisa tan espiritualizada en su rostro espiritualizado, que se siente estremecer la muchedumbre, que intuye el rapto de Cristo a una visión beatífica, y su deseo de amor de verla cumplida. Vuelve a su estado normal. Cierra un instante los ojos, celando así el misterio que ve su mente y que los ojos podrían dejar transparentar demasiado y prosigue:

-Por esto me ama el Padre, ¡oh pueblo mío, o rebaño mío! Porque por ti, por tu bien eterno, doy la vida. Luego la tomaré de nuevo. Pero primero la daré para que tengas la vida y a tu Salvador como vida de ti mismo. Y la daré de forma que tú te nutras de ella, transformándome de Pastor en pasto y fuente que darán alimento y bebida, no durante cuarenta años como para los hebreos del desierto, sino durante todo el tiempo de exilio por los desiertos de la Tierra. Nadie, en realidad, me quita la vida. Ni los que amándome con todo su ser merecen que la inole por ellos, ni los que me la quitan por un odio desorbitado y un miedo estúpido. Nadie podría quitármela si por mí mismo no consintiera en darla y si el Padre no lo permitiera, invadidos los dos por un delirio de amor hacia la Humanidad culpable. Por mí mismo la doy. Y tengo el poder de tomarla de nuevo cuando quiera, pues no es conveniente que la Muerte prevalezca contra la Vida. Por esto el Padre me ha dado este poder; es más, el

Padre me ha mandado hacer esto. Y por mi vida, ofrecida e inmolada, los pueblos serán un único Pueblo: el mío, el Pueblo celeste de los hijos de Dios, separándose en los pueblos las ovejas de los cabros y siguiendo las ovejas a su Pastor al Reino de la Vida eterna.

Y Jesús, que hasta ahora ha hablado fuerte, se vuelve, en voz baja, a Sidonio, llamado Bartolmái, que ha estado durante todo este tiempo delante de Él con su canasta de manzanas olorosas a los pies, y le dice:

-Has olvidado todo por mí. Ahora, ciertamente, te castigarán y perderás el trabajo. ¿Lo ves? Yo te traigo siempre dolor. Por mí has perdido la sinagoga y ahora vas a perder al patrón...

-¿Y qué me importa todo eso si te tengo a ti? Sólo Tú tienes valor para mí. Dejo todo por seguirte. Basta que me lo concedas. Deja sólo que lleve esta fruta a quien la ha comprado y luego estoy contigo.

-Vamos juntos. Después iremos a casa de tu padre. Porque tienes un padre y debes honrarlo pidiéndole su bendición.

-Sí, Señor. Todo lo que quieras. Pero enséñame mucho porque no sé nada, nada de nada, ni siquiera leer y escribir, porque era ciego.

-No te preocupes de eso. La buena voluntad te enseñará.

Y se encamina para volver a la calle principal, mientras la masa de gente hace comentarios, confronta pareceres, discute incluso, insegura entre las distintas opiniones, que son siempre las mismas: ¿es Jesús de Nazaret un poseído o un santo? La gente, en desacuerdo, discute mientras Jesús se aleja.

519

Inexplicable ausencia de Judas Iscariote y alto en Betania, en casa de Lázaro.

Jesús despide a los discípulos Leví, José, Matías y Juan -no sé dónde los ha encontrado- y les confía al neodiscípulo Sidonio, llamado Bartolmái. Esto sucede en las primeras casas de Betania. Y los discípulos pastores se van con el nuevo llegado y con otros siete hombres que tenían con ellos. Jesús los mira mientras se marchan. Luego se vuelve, a mirar a sus apóstoles, y dice:

-Ahora vamos a esperar aquí a Judas de Simón...

-¡Ah! ¿Te has dado cuenta de que se ha marchado? - dicen asombrados los otros. -Creíamos que no te hubieras percatado. La gente era mucha, y has estado hablando todo el tiempo, primero con el joven y después con los pastores...

-Desde el primer momento, he visto que se había alejado. Nada me pasa inadvertido. Por este motivo he entrado en las casas amigas, diciendo que manden a Judas a Betania, si preguntara por mí...

-Dios quiera que no - refunfuña, entre dientes, el otro Judas. Jesús lo mira, pero hace ademán de no haber notado la frase, y continúa, hablando a todos porque los ve a todos del parecer de Judas Tadeo (las caras, a veces, hablan mejor que las palabras):

-Será bueno este descanso en espera de su regreso. Aliviará a todos. Luego iremos hacia Tecua. El tiempo está frío pero la tendencia es a cielo sereno. Evangelizaré esa ciudad. Luego subiremos de nuevo pasando por Jericó, e iremos a la otra orilla. Me han dicho los pastores que muchos enfermos me buscan y les he enviado el mensaje de que no emprendan el viaje, sino que me esperen en estos lugares.

-Pues vamos, sí - suspira Pedro.

- ¿No estás contento de ir donde Lázaro? - pregunta Tomás.

-Estoy contento.

-¡Lo dices de una manera!...

-No lo digo por Lázaro. Lo digo por Judas...

-Eres pecador, Pedro - advierte Jesús.

-Lo sé. Pero... él, Judas de Keriot, que se marcha, que es impertinente, que es un tormento, ¿no lo es? - salta Pedro, que ya no aguenta más.

-Lo es. Pero si él lo es, tú no debes serlo. Ninguno de nosotros debe serlo. Recordad que Dios nos pedirá cuentas -digo: *nos pedirá* porque a mí antes que a vosotros Dios Padre me ha confiado ese hombre- de lo que hayamos hecho para redimirlo.

-¿Y esperas lograrlo, hermano? No puedo creerlo. Tú, esto sí que lo creo, Tú conoces el pasado, el presente y el futuro. Y por tanto, no puedes engañarte respecto a ese hombre. Y... bueno, es mejor que no diga lo demás.

-Efectivamente, saber callar es una gran virtud. Pero debes saber que el prever más o menos exactamente el futuro de un corazón no dispensa a nadie de perseverar hasta el final para apartarlo de la ruina. No caigas tú también en el fatalismo de los fariseos, que sostienen que lo que está destinado debe cumplirse y nada impide el cumplimiento de lo que está destinado; razón con la cual avalan también sus culpas y avalarán el último acto de su odio hacia mí. Muchas veces Dios está esperando el sacrificio de un corazón -que supera sus náuseas y sentimientos de desdén, sus antipatías, incluso justificadas- para arrancar a un espíritu del pantano en que se está hundiendo. Sí, Yo os lo digo. Muchas veces Dios (el Omnipotente, el Todo) espera a que una criatura (una nada), haga o no haga un sacrificio, una oración, para signar o no signar la condena de un espíritu. Nunca es tarde, nunca es demasiado tarde para intentar y esperar salvar un alma. Y os daré pruebas de ello. Incluso a las puertas de la muerte, cuando tanto el pecador como el justo que por él se aflige, están próximos a dejar la Tierra para ir al primer juicio de Dios, siempre es posible salvar y ser salvados. Entre la copa y los labios, dice el proverbio, siempre hay lugar para la muerte. Y Yo digo: entre la extrema agonía y la muerte hay siempre tiempo para obtener un perdón, para uno mismo o para aquellos que queremos que sean perdonados.

Ni una palabra de réplica de ninguno.

Jesús, que ya ha llegado a la pesada cancilla, da una voz a un doméstico para que le abran. Entra. Pregunta por Lázaro.

-¡Oh, Señor! ¿Ves? Vuelvo de recoger hojas de laurel y alcanfor y bayas de ciprés, y otras hojas y frutos olorosos, para hervirlo con vino y resinas y con ello hacerle baños a mi señor. Su carne se cae a pedazos y no se soporta el hedor. Has venido, pero no sé si te dejarán pasar...

Por miedo a que el aire oiga, el doméstico apaga su voz en un susurro:

-Ahora, que ya no se puede ocultar que tiene las llagas, las dueñas rechazan a todos... por miedo. Ya sabes... a Lázaro lo quieren realmente pocos... Y muchos, por muchos motivos gozarían si... ¡Oh, no quiero pensar en lo que es el miedo de toda la casa!

-Hacen bien ellas. Pero no temáis. No sucederá esta desventura.

-Pero... curarse, ¿podrá? Un milagro tuyo...

-No se curará. Pero servirá para glorificar al Señor.

El doméstico se siente defraudado... ¡Jesús, que cura a todos y que aquí no hace nada!... De todas formas, se limita a emitir un suspiro como única manifestación de lo que piensa. Luego dice:

-Voy donde las dueñas de la casa a anunciarte.

Jesús se ve rodeado por los apóstoles, que están interesados en las condiciones de Lázaro, y que se quedan consternados cuando Jesús habla de ellas. Pero ya vienen las dos hermanas. Su florida y distinta belleza parece empañada por el dolor y la fatiga de las velas prolongadas. Pálidas, alicaídas, demacradas, cansados los ojos que en otro tiempo -en ambas- eran radiantes; sin anillos ni pulseras, vestidas con dos vestidos ceniza oscuro, parecen más siervas que señoras. A cierta distancia de Jesús, se arrodillan, ofreciéndoles sólo llanto. Un llanto resignado, mudo, que desciende como de una fuente interna, y que no puede pararse.

Jesús se acerca. Marta alarga los brazos susurrando:

-Apártate Señor. En verdad, tememos ser ya pecadoras contra la ley sobre la lepra. (*Levítico 13,- 14*) ¡Pero no podemos, oh Dios, no podemos provocar un decreto de esa clase contra nuestro Lázaro! Pero tú no te acerques, porque, no tocando sino llagas, estamos contaminadas. Sólo nosotras. Porque hemos apartado a todos los demás, y todo nos lo dejan en la puerta y nosotras tomamos las cosas, y lavamos, y quemamos, en la habitación contigua a la de nuestro hermano. ¿Ves nuestras manos? Están corroídas de la cal viva que usamos para los vasos que tenemos que devolver a los criados. Pensamos con ello que somos menos culpables - y llora.

María de Magdala, que hasta este momento ha guardado silencio, gime a su vez: -Tendríamos que llamar al sacerdote. Pero... Yo, yo soy la más culpable porque me opongo a esto y digo que no es la terrible enfermedad maldita en Israel. ¡No es, no es! Pera nos odian tanto, y tantos, que dirían que lo es. ¡Por mucho menos, Simón, tu apóstol, fue declarado leproso!

-No eres sacerdote ni médico, María - dice, entre accesos de llanto, Marta.

-No lo soy. Pero tú sabes lo que he hecho para estar segura de lo que digo. Señor, he ido y he recorrido todo el valle de Hinnón, todo Siloán, todos los sepulcros cercanos a En Rogel. Vestida de sierva, velada, con la luz de las auroras, cargada de víveres y aguas con sustancias medicinales, vendas y vestidos. Y daba, daba. Decía que era un voto por mi amado. Era verdad. Pedía sólo poder ver las llagas de los leprosos. Deben haber pensado que estaba loca... ¿Alguien, acaso, quiere ver esos horrores? Pero yo, puestos mis presentes en los bordes de las rocas, pedía ver. Y ellos arriba, yo más abajo; ellos asombrados, yo con repugnancia; llorando ellos, llorando yo... ¡he mirado, mirado, mirado! He visto cuerpos cubiertos de escamas, de costras, de llagas; caras corroídas, cabellos blancos y más duros que cerdas, ojos que eran huras de podredumbre, carrillos que dejaban ver los dientes, calaveras en cuerpos vivos, manos reducidas a garras de monstruos, pies como ramas nudosas, hedores, horrores, podredumbre. ¡Oh, si pequé adorando la carne, si gocé con los ojos, con el olfato, con el oído, con el tacto, de lo hermoso; de lo perfumado, de lo armonioso, de lo suave y liso, oh, te aseguro que los sentidos se han purificado ya con la mortificación de esto que he conocido! Los ojos, contemplando aquellos monstruos, han olvidado la belleza seductora del hombre; los oídos, con esas voces ásperas, que ya no son humanas, han expiado el pasado gozo de voces viriles; y se ha estremecido mi carne, y se ha rebelado mi olfato... y todo resto de culto a mí misma ha muerto, porque he visto lo que somos después de la muerte... Pero he traído conmigo esta certeza: que Lázaro no está leproso. Su voz no está lesionada, sus cabellos y todo el vello están intactos, y las llagas son distintas. ¡No es! ¡No es! Y Marta me aflige -que no cree, porque no conforta a Lázaro en el sentido de no creerse contaminado. ¿Ves? Ahora, que sabe que estás aquí, no quiere verte para no contaminarte. ¡Los miedos tontos de mi hermana le privan incluso de tu consuelo!...

La naturaleza vehemente la lleva a la cólera. Pero, viendo que su hermana rompe a llorar desoladamente, su vehemencia cesa enseguida y abraza a Marta y la besa, y le dice:

-¡Marta, perdón! ¡Perdón! ¡El dolor me hace injusta! ¡Es el amor con que os amo a ti y a Lázaro el que quería convencerlos! ¡Pobre hermana mía! ¡Pobres mujeres, eso es lo que somos!

-¡Venga, ánimo! ¡No llores así! Necesitáis paz y compasión recíproca, por vosotras y por él. Y Lázaro no está leproso, os lo digo Yo.

-¡Oh, ven a verlo, Señor! ¿Quién mejor que tú puede juzgar si está leproso? - suplica Marta.

-¿No te he dicho que no lo está?».

-Sí. ¿Pero cómo puedes decirlo, si no lo ves?

-¡Marta! ¡Marta! Dios te perdona porque sufres y eres como uno que delira. Tengo compasión de ti y voy a ver a Lázaro; le destaparé las llagas y...

-¡Y las curarás! - grita Marta poniéndose de pie.

-Ya te he dicho otras veces que no puedo hacerlo... Pero os daré la paz de saber que estáis en regla con la ley sobre los leprosos. Vamos...

Y abre la marcha hacia la casa, haciendo señas a los apóstoles de no seguirlo.

María se adelanta corriendo, abre una puerta, corre por un pasillo y de éste abre otra puerta, que da a un pequeño patio interior, anda pocos pasos y entra en una habitación estorbada por barreños, vasijas, ánforas, vendas... Un olor que es mezcla de aromas y de descomposición penetra en las narices. Hay una puerta frente a la de antes, y María la abre y, con una voz que quiere ser radiante de alegría, grita:

-¡Aquí está el Maestro! ¡Viene a decirte que tengo razón, hermano mío! ¡Ánimo, sonríe, que está entrando el amor nuestro, nuestra paz! - y se agacha hacia su hermano, lo incorpora en las almohadas, lo besa, sin hacer caso del olor que a pesar de todos los paliativos emana de su cuerpo llagado; y está todavía agachada para colocarlo cuando ya el dulce saludo de Jesús suena en la habitación, que, envuelta en una luz mortecina, parece iluminarse por la presencia divina.

-Maestro ¿no tienes miedo?... Estoy...

-¡Enfermo! Nada más que eso. Lázaro, las normas han sido dadas, muy amplias y severas, por un comprensible sentido de prudencia. Mejor exagerar en prudencia que en imprudencia, en ciertos casos como los de enfermedades contagiosas. Pero tú no eres contagioso, pobre amigo mío, no estás contaminado. Tanto, que no creo faltar a la prudencia respecto a los hermanos si te abrazo y te beso así - y tomando el cuerpo consumido, besa a Lázaro.

-¡Tú eres realmente la Paz! Pero todavía no has visto. María está destapando el horror. Soy ya un muerto, Señor. No sé cómo mis hermanas pueden resistir...

Yo tampoco sabría cómo, pues verdaderamente son espantosas y repugnantes las llagas que han salido a lo largo de las varices de las piernas. Las espléndidas manos de María trabajan suaves en ellas, mientras con su voz maravillosa responde:

-Tus males son rosas para tus hermanas. Rosas espinosas porque tú sufres, sólo por ello. ¿Ves, Maestro? ¡La lepra no es así!

-No es así. Es una enfermedad muy mala la que te consume, pero no es causa de peligro. ¡Cree en tu Maestro! Tapa, María. Ya he visto.

-¿Y... no vas a tocar? - dice Marta suspirando, tenaz en la esperanza.

-No hace falta. No por repulsa, sino para no hurgar en las llagas.

Marta se agacha, sin insistir más, hacia una palangana donde hay vino o vinagre aromatizado, y sumerge unos paños, que luego pasa a su hermana. Lágrimas mudas caen en el líquido rojizo...

María venda las miserables piernas y extiende de nuevo las mantas sobre los pies, ya inertes y amarillentos como los de un muerto.

-¿Estás solo?

-No. Con todos, menos con Judas de Keriot, que se ha quedado en Jerusalén, y vendrá... Es más, si ya estoy lejos, lo mandáis a Betabara. Allí estaré. Y que me espere allí.

-Te vas a marchar pronto...

-Y volveré pronto. Dentro de poco es la Dedicación. En esos días estaré contigo.

-No podré honrarte para las Encenias...

-Estaré en Belén para ese día. Necesito volver a ver mi cuna...

-Estás triste... Lo sé... ¡Y no poder hacer nada!...

-No estoy triste. Soy el Redentor... Pero, tú estás cansado. No luches contra el sueño, amigo mío.

-Era por tributarte honor...

-Duerme, duerme. Luego nos veremos... - y Jesús se retira sin hacer ruido.

-¿Has visto, Maestro? - pregunta Marta afuera, en el patio.

-Sí, ya he visto. Mis pobres discípulas... Yo lloro con vosotras... pero, en verdad, os digo en confianza que mi corazón está mucho más llagado que vuestro hermano. Está comido por el dolor mi corazón... - y las mira con una tristeza tan viva, que las dos olvidan su dolor por el de Él, y, no pudiendo abrazarlo por ser mujeres, se limitan a besarle las manos y la túnica y a querer servirle como hermanas afectuosas.

Y le sirven en una salita y lo envuelven en amor.

Las voces fuertes de los apóstoles se oyen más allá del patio... Todos, menos la voz del discípulo malo. Jesús escucha y suspira... Suspira esperando pacientemente al fugitivo.

520

Conversaciones en torno a Judas Iscariote, ausente. Llegada a Tecua con el anciano Elí-Ana.

Son todavía once cuando toman de nuevo el camino. Once caras pensativas y desazonadas en torno al rostro triste de Jesús. Él se despidió de las hermanas; luego, después de un momento de reflexión, antes de cruzar la cancilla, ordena a Simón Zelote y a Bartolomé:

-Quedaos aquí. Os reuniréis conmigo en Tecua, en casa de Simón, o en la casa de Nique en Jericó, o en Betabara; eso si él viene. Y... servid a la caridad. ¿Entendéis?

-Ve tranquilo, Maestro. No iremos contra el amor al prójimo en ningún modo - asegura Bartolomé.

-Cualquiera que fuera la hora en que él llegue, partid enseguida.

-Enseguida, Maestro. Y... gracias por la confianza que tienes en nosotros - dice el Zelote.

Se besan y, mientras un doméstico cierra la cancilla y Jesús se aleja, los dos que se han quedado vuelven hacia la casa junto con las hermanas.

Jesús delante, solo; detrás Pedro, entre Mateo y Santiago de Alfeo; detrás Felipe, con Andrés, Santiago y Juan de Zebedeo; últimos, silenciosos como los demás, van Tomás y Judas Tadeo. Tampoco habla Pedro. Sus dos compañeros intercambian algunas, pocas palabras, pero él, que va entre los dos, no habla. Va taciturno, cabizbajo. Parece tejer un mudo coloquio con las piedras y las hierbas que pisa.

También los dos últimos tienen una actitud casi igual. Lo único es que -mientras que Tomás parece sumido en la contemplación por una ramita de sauce a la que va quitando una a una las hojas, y mirando a cada hoja que separa como si estudiara su color glauco por un lado y argénteo por el otro, o los filamentos de la nervadura- Judas Tadeo mira fijamente y recto frente a sí; no sé si mira al horizonte que, superada una cima, se abre a una claridad vaporosa de llanura a la luz de la aurora, o si mira sencillamente a la cabeza rubia de Jesús, que ha echado hacia atrás el extremo del manto, como para gozar del tenue sol de Diciembre.

Coinciden en el mismo momento el final de la ocupación de Tomás y el final de la contemplación del horizonte, o del Maestro, por parte de Judas Tadeo. Este último baja los ojos y vuelve la cabeza para mirar a su compañero, mientras Tomás, reducida su ramita a delgada vara, alza los ojos para mirar a Judas Tadeo: una mirada aguda y, al mismo tiempo, buena y triste, que encuentra una mirada igual.

-¡Así es, amigo! ¡Exactamente así! - dice Tomás como concluyendo una conversación.

-Sí, es así. Y mi dolor es muy grande... Para mí es también amor de familia...

-Comprendo. Pero... Tú tienes en el corazón un tormento de afecto. ¿Pero, yo? Tengo un remordimiento que me atormenta. Y eso es peor todavía.

-¿Un remordimiento, tú? No tienes motivos de remordimiento. Eres bueno y fiel. Jesús está contento de ti, y nosotros en ti no tenemos nunca motivo de escándalo. ¿Cómo es que te viene esa sensación de remordimiento?

-De un recuerdo. El recuerdo del día en que decidí seguir al nuevo Rabí que había aparecido en el Templo... Yo y Judas estábamos cerca el uno del otro, y admiramos la acción y las palabras del Maestro. Y decidimos buscarlo... Yo estaba aún más decidido que Judas; casi lo moví yo. Él dice lo contrario, pero es así. Mi remordimiento es haber insistido para que viniera... Le he traído un permanente dolor a Jesús. Pero yo sabía que Judas era estimado por muchos y pensaba que podría ser útil. Necio como todos, que no saben pensar sino en un rey de Israel mayor que David y Salomón, pero sólo un rey... un rey como Él dice que nunca será, ¡ansiaba que entre los discípulos estuviera éste que podía servir!... Yo esperaba esto. Y sólo ahora comprendo, y cada vez más, la justa actuación de Jesús, que no lo recibió enseguida y que incluso prohibió buscarlo... ¡Te digo que tengo un remordimiento!, ¡un remordimiento!... Ese hombre no es bueno.

-No es bueno. Pero no te crees remordimientos. Aquello no lo hiciste con malicia. Por tanto, te digo que no tienes culpa.

-¿Estás totalmente seguro? ¿O lo dices por consolarme?

-Lo digo porque es verdad. Tomás, no pienses más en el pasado. No sirve para borrarlo...

-Es como dices. Pero, piensa esto: si por causa mía mi Maestro sufriera desgracias... Tengo el corazón lleno de angustia y de sospechas. Soy un pecador porque juzgo al compañero, y con juicio no piadoso. Y soy pecador porque debería creer en las palabras del Maestro,... Él disculpa a Judas... Tú... ¿crees eso de tu hermano?

Lo creo en todo menos en eso. Pero, no desfallezcas. Todos nosotros tenemos el mismo pensamiento. Incluso Pedro, que se consume tanto, lucha por pensar de ese hombre todo lo bueno; y Andrés, que - más manso que un corderito; y Mateo, el único de entre nosotros que no tiene horror a ningún pecador o pecadora; y el tan amoroso y puro Juan, que tiene la feliz fortuna de no temer ni al mal ni al vicio, porque está tan colmado de caridad y de pureza que no le cabe sitio para recibir otra cosa; y mi hermano, me refiero a Jesús, que ciertamente tiene otros pensamientos junto a éste, pensamientos por los que ve la necesidad de tener a Judas... hasta haber agotado todo intento de o bueno.

-Sí. Pero... ¿cómo terminará? Él tiene muchas... No tiene... Bueno, ya me entiendes sin que hable. ¿A qué punto llegaré?

-No lo sé... Quizás se separe de nosotros... Quizás se quede a esperar a ver quién es más fuerte en esta lucha entre Jesús y el mundo hebreo...

-¿Y otras cosas? ¡No crees que él ya en este momento sirve a dos señores?

-Esto es seguro.

-¿Y no temes que pueda servir a los más numerosos, de forma que dañe totalmente al Maestro?

-No. No lo amo. Pero no puedo pensar que él... A1 menos por ahora, no. Pero sí temería esto si llegara el día en que el favor de la muchedumbre abandonara al Maestro. Como estoy seguro de que, si el pueblo en aclamación lo consagrara rey y caudillo nuestro, Judas abandonaría a todos por Él. Es un oportunista... ¡Que Dios lo retenga, y proteja a Jesús y a todos nosotros!...

Los dos se dan cuenta de que han aminorado mucho el paso. Ven que se han distanciado mucho de los compañeros. Así que, dejando de hablar, se ponen a andar rápidos para llegar donde ellos.

-¿Pero qué hacíais? - pregunta Mateo. El Maestro os requería.

Tomás y Judas Tadeo siguen hacia Jesús con paso presuroso.

-¿De qué hablabais entre vosotros? - pregunta Jesús mirándolos fijamente a los ojos.

Los dos se miran. ¿Decir? ¿No decir? Vence la sinceridad.

-De Judas - dicen al mismo tiempo.

-Lo sabía. Pero quería poner a prueba vuestra sinceridad. Me habríais causado dolor, si hubierais mentido... De todas formas, no habléis ya más de él; especialmente, de esa manera. Hay muchas cosas buenas de las que hablar. ¿Por qué descender siempre a considerar, lo que es muy, demasiado, material? Isaías dice (*Isaías 2, 22*): "Dejad al hombre que tiene el espíritu en las narices". Yo os digo: dejad de analizar a este hombre y preocupaos de su espíritu. El animal que hay en él, su

monstruo, no debe atraer vuestras miradas ni vuestros juicios; más bien, tened amor, un amor doloroso y activo, por su espíritu. Liberadlo del monstruo que lo tiene sujeto. ¿No sabéis...?

Se vuelve para llamar a los otros siete:

-Venid aquí todos. Os viene bien lo que os voy a decir, porque todos tenéis los mismos pensamientos en vuestro corazón... ¿No sabéis que aprendéis más a través de Judas de Keriot que a través de cualquier otra persona? Muchos Judas encontraréis, y poquísimos Jesús, en vuestro ministerio apostólico. Los Jesús serán dulces, buenos, puros, fieles, obedientes, prudentes, no ambiciosos. Serán bien pocos... Pero cuántos, ¡cuántos Judas de Keriot encontraréis vosotros y vuestros seguidores y sucesores por los caminos del mundo! Y, para ser maestros y saber, debéis pasar por este aprendizaje... Él, con sus defectos, os muestra al hombre como es; Yo os muestro al hombre como debería ser. Dos ejemplos igualmente necesarios. Vosotros, conociendo bien al uno y al otro, debéis tratar de transformar al primero en el segundo... Mi paciencia sea vuestra norma.

-Señor, yo he sido un gran pecador. Sin duda, yo también seré muestra. Pero quisiera que Judas, que no es tan pecador como lo fui yo, se convirtiera como me convertí yo. ¿Es soberbia decir esto?

-No, Mateo, no es soberbia. Diciéndolo, rindes honor a dos verdades. La primera es que veraz es la sentencia que dice: "La buena voluntad del hombre obra milagros divinos". La segunda es que Dios te ha amado infinitamente, ya desde antes de que pensaras en ello, y lo hacía porque no desconocía tu capacidad de heroísmo. Tú eres el fruto de dos fuerzas: tu voluntad y el amor de Dios. Y digo antes tu voluntad, porque sin ella vano habría sido el amor de Dios. Vano, inoperante...

-¿Pero sin nuestra voluntad no podría Dios convertir? – pregunta Santiago de A1feo.

-Ciertamente. Pero luego se requeriría, en todo caso, la voluntad del hombre para persistir en la conversión obtenida milagrosamente.

-Entonces en Judas no ha habido esta voluntad ni la hay, ni antes de conocerte ni ahora... - dice impetuosamente Felipe. Algunos ríen, otros suspiran.

Jesús es el único que defiende al apóstol ausente:

-¡No digáis eso! La ha tenido y la tiene. Pero la funesta ley de la carne, a intervalos, la supera. Es un enfermo... Un pobre hermano enfermo. En todas las familias está el débil, el enfermo, aquel que es el dolor, la angustia, el peso de la familia. Y, a pesar de ello, ¿no es, acaso, al hijito de salud frágil al que más quiere la madre? ¿No es el hermanito desdichado el más servido por sus hermanos? ¿No es él al que el padre ofrece el bocado selecto, quitándoselo de su propio plato, para darle una alegría, para no darle a entender que es un peso y no hacerle, por tanto, pesada su enfermedad?

-Es verdad. Es justamente así. Mi hermana gemela era frágil en su primera edad. Yo había tomado toda la robustez. Pero el amor de toda la familia la socorrió, tanto que ahora es una floreciente esposa y madre - dice Tomás.

-Pues haced con vuestro hermano espiritual débil lo que haríais con un hermano carnal débil. Yo no voy a pronunciar palabras de recriminación. Vosotros no sois más que Yo. Vuestro paciente amor es la recriminación más fuerte, una recriminación contra la que no se puede reaccionar. En Tecua voy a dejar a Mateo y a Felipe para que esperen a Judas... El primero ha de acordarse de que fue pecador: el segundo, de que es padre...

-Sí, Maestro. Lo recordaremos.

-En Jericó, si todavía no está con nosotros, dejaré a Andrés y a Juan, que han de recordar que no todos han recibido con igual medida los dones gratuitos de Dios... Pero. id donde aquel anciano mendigo que va por el camino con paso vacilante. La ciudad está a la vista. Con la limosna podrá procurarse pan.

-Señor, no podemos. Judas se ha marchado con la bolsa... – dice Pedro - Y las hermanas no nos han dado nada.

-Tienes razón, Simón. Están como aturdidas por el dolor, y nosotros también. No importa. Tenemos un poco de pan. Somos jóvenes y estamos fuertes. Vamos a dárselo al anciano, para que no se caiga por el camino.

Hurgan en los talegos, recogen pequeños pedazos de pan, se los dan al ancianito, que los mira asombrado.

-¡Come, come! - anima Jesús. Y le da de beber de su zaque mientras le pregunta a dónde va.

-A Tecua. Mañana hay un gran mercado. Pero desde ayer no comía.

-¿Estás solo?

-Más que solo... Mi hijo me ha echado...

Oír esta voz senil rompe el corazón.

-Dios te abrirá las puertas de su Reino si sabes creer en su misericordia.

-Y en la de su Mesías. Pero mi hijo no tendrá Mesías, porque no puede tener al Mesías él, que lo odia tanto como para odiar al padre suyo porque ama al Mesías.

-¿Por eso te ha echado?

-Por eso. Y para no perder la amistad de algunos que persiguen al Mesías. Ha querido mostrarles que su odio supera al de ellos, tanto que supera incluso la voz de la sangre.

-¡Qué horror! - dicen todos.

-Sería más horroroso si yo tuviera los mismos pensamientos que mi hijo - dice con vehemencia el viejecito.

-¿Pero quién es éste? Si no he comprendido mal, debe ser uno que tiene poder y voz... - dice Tomás.

-Hombre, no será un padre el que diga el nombre del hijo culpable porque sea despreciado. Tengo que decir que tengo hambre y frío yo que con mucho trabajo había aumentado el bienestar de la casa para hacer feliz a mi hijo varón. Pero no más que esto. Piensa que yo soy uno de Judea, y él uno de Judea, y que, por tanto, somos iguales por la raza y distintos por el pensamiento. Lo demás no hace falta.

-¿Y no le pides nada a Dios, tú que eres un justo? - pregunta dulcemente Jesús.

-Que toque el corazón de mi hijo y lo conduzca a creer lo que yo creo.

-Pero para ti, enteramente para ti, ¿no pides nada?

-Encontrar al que para mí es el Hijo de Dios. Para venerarlo y luego morir.

-Pero si mueres ya no lo verás más. Estarás en el Limbo...

-Poco tiempo. ¿Eres un rabí, no es verdad? Veo muy poco... La edad... y el mucho llorar, y también el hambre... Pero veo los flecos de tu cinturón... Si eres un buen rabí, y así me lo parece, debes sentir tú también que el tiempo ha llegado, quiero decir el tiempo del que habló Isaías (52, 7-15; 53, 1-12). Y está para llegar la hora en que el Cordero cargará sobre sí todos los pecados del mundo y sobrellevará todos nuestros males y dolores, y será traspasado e inmolado para que nosotros seamos sanados y estemos en paz con el Eterno. Y entonces también los espíritus tendrán paz... Lo espero confiando en la misericordia de Dios.

-¿No has visto nunca al Maestro?

-No. Lo oí hablar en el Templo en las fiestas. Pero yo soy bajo, y todavía más bajo me hace la edad, y, como he dicho, veo poco. Por eso, si voy entre la gente el de delante no me deja ver, y si estoy lejos no veo, por eso mismo, porque estoy lejos. ¡Querría verlo! ¡A1 menos una vez!

-Lo verás, padre. Dios te concederá esta alegría. ¿Y en Tecua tienes a dónde ir?

-No. Estaré debajo de un pórtico o en un portal. Ya estoy acostumbrado.

-Ven conmigo. Conozco un buen israelita. Te acogerá en nombre de Jesús, el Maestro galileo.

-Pero Tú también eres galileo. Se percibe por cómo hablas.

-Sí... ¿Estás cansado? Bueno, pero ya hemos llegado a las primeras casas. Pronto descansarás y tendrás con qué reponer tus fuerzas.

Jesús se inclina para decir a Pedro algo. Pedro, a su vez, se separa y va a decir a los otros lo que ha dicho Jesús (no lo capto). Luego, con los hijos de Alfeo y con Juan, acelera el paso, entrando en la ciudad. Jesús lo sigue con los otros, adecuando el paso al del pobre viejecito, que ya no habla (está muy agotado, de forma que acaba quedándose detrás, con Andrés y Mateo). La ciudad parece vacía. Es el mediodía y muchos están en las casas comiendo.

Recorridos pocos metros, vuelve Pedro:

-Ya está hecho, Señor. Simón lo recibe porque Tú lo traes, y te da las gracias por haber pensado en él.

-¡Bendigamos al Señor! Todavía hay justos en Israel. Este anciano es uno, y Simón otro. Sí, hay todavía personas buenas, misericordiosas, fieles al Señor. Y esto compensa muchas amarguras, y hace esperar que la justicia divina se mitigará por estos justos.

-¡Hombre, pero... un hijo que echa de casa a su padre por no perder la amistad de algún poderoso fariseo!

-¿A tanto puede llegar el odio por ti? ¡Estoy indignado! - dice Felipe.

-¡Veréis mucho más que esto! - responde Jesús.

-¡Más! ¿Qué puede ser más que un padre echado de casa porque no te odia? ¡Es enorme el pecado de ese hombre!...».

-Más enorme será el pecado de un pueblo contra su Dios... Pero vamos a esperar al anciano...

-¿Quién será su hijo?

-¡Un fariseo!

-¡Uno del Sanedrín!

-¡Un rabí!

Las opiniones son distintas.

-Un desdichado. No indaguéis. Hoy ha arremetido contra su padre. Mañana arremeterá contra mí. Así pues, veis que el pecado de Judas, el hecho de haberse alejado así, como un hijo díscolo, no es nada comparado con esto. Y, no obstante, oraré por este hijo ingrato, por este hebreo ofensor de Dios. Para que se enmiende. Haced vosotros lo mismo... Ven, padre, ¿cómo te llamas?

-Elí-Ana. ¡Nunca he sido una persona feliz! Se me murió mi padre antes de nacer yo; mi madre, dándome a luz. La madre de mi madre, que me crió, me dio por nombre los dos nombres, unidos, de mi padre y de mi madre.

-Verdaderamente eres un Elí, y tu hijo es igual que Finnes - dice Felipe, que no se resigna ante un pecado de esa naturaleza.

-Dios no lo quiera, hombre. Finnes murió pecador. Murió cuando cogieron el arca. (1 Samuel 1, 3; 2,12-17.22-34; 3,1-18; 4, 4-18) Para su alma y para todo Israel, estas cosas serían una desventura - responde el viejecito.

-Escucha. Ésta es casa amiga. Lo que le pido lo obtengo. Es de un cierto Simón, hombre justo ante los ojos de Dios y de los hombres. Te recibe por amor mío, si aceptas el lugar - dice Jesús antes de llamar a la puerta.

-¿Tengo, acaso, posibilidad de elegir? Invocaré las bendiciones del Cielo para quien me dé el pan y el amparo de la caridad. Pero quiero trabajar. Ser siervo no es una vergüenza, pecar sí lo es.

-Se lo diremos a Simón - dice con una sonrisa de compasión Jesús, mientras mira al viejecito, reducido a nada por las penalidades y el dolor moral.

Abren la puerta:

-Entra, Maestro. La paz sea contigo y con quien te acompaña. ¿Dónde está este hermano mío que me traes? Para que pueda darle el beso de paz y bienvenida - dice un hombre de unos cincuenta años.

-Éste es. Que el Señor te lo pague.

-Ya me ha recompensado: te tengo a ti como huésped. No te esperaba y no puedo honrarte como quisiera. Pero oigo que tienes intención de volver por aquí dentro de unos días. Bueno, pues estaré preparado para recibirte como conviene.

Ahora están en una habitación donde hay unas palanganas humeantes preparadas para las abluciones. El viejecito está acobardado, contra la puerta. Pero el dueño de la casa lo agarra de la mano y lo lleva a que se siente. Quiere descalzarlo y lo hace- él mismo, y servirle como si fuera un rey, y luego ponerle sandalias nuevas, mientras el viejecito dice:

-¿Por qué? ¿Pero por qué? ¡Yo he venido a servir y tú me sirves! No es justo.

-Es justo, hombre. No puedo seguir al Rabí porque mi casa requiere mi asistencia. Pero, como último discípulo del Maestro santo, busco la forma de poner en práctica sus palabras.

-Tú lo conoces bien. Verdaderamente lo conoces, porque eres bueno. Muchos en Israel lo conocen, pero ¿con qué? Con los ojos y con el odio. Por tanto, no lo conocen. A una mujer se la conoce sólo cuando ya de ella nada se ignora y se la posee enteramente. Lo mismo sucede con Jesús de Nazaret, que no conozco con los ojos, pero que conozco más que muchos, porque yo creo que en Él está la Sabiduría. Pero tú lo conoces con plenitud: de vista y de doctrina.

El hombre mira a Jesús, pero no dice nada.

El viejecito prosigue:

-He dicho a este rabí que quiero trabajar...

-Sí, sí. Encontraremos un trabajo para ti. Ahora de momento ven a la mesa. Maestro, tus discípulos vendrán dentro de poco. ¿Podemos sentarnos a la mesa aunque no hayan venido, o prefieres esperarlos?

-Preferiría esperarlos. Pero si tienes que trabajar...

-¡Oh, Maestro! Sabes que para mí es una alegría obedecer el más mínimo de tus deseos.

El viejecito tiene en este momento una primera sospecha acerca de la identidad del Hombre que lo ha socorrido en el camino, y lo mira, lo mira... luego mira a sus compañeros... un atento examen... y se mueve en torno a ellos... Entran los hijos de Alfeo con Juan. Jesús los llama por el nombre.

-¡Oh, Dios Altísimo! ¡Pero entonces... Tú eres Tú! - exclama el viejecito y se arroja al suelo venerando.

El estupor suyo no es inferior al de los demás ¡Es tan extraño ese modo de reconocimiento del Maestro! Tanto, que Pedro le pregunta:

-¿Qué de especial hay en estos nombres, tan comunes en Israel, para hacerte comprender que estás frente al Mesías?

-Porque conozco a Judas. Va siempre a casa de mi hijo y...- el viejecito se detiene, turbado por haber nombrado a su hijo...

-Pero yo no te he visto nunca, hombre - dice Judas Tadeo poniéndose bien delante de él, agachado para estar cara a cara muy cerca.

-Yo tampoco te conozco. Pero un Judas, discípulo del Cristo, va frecuentemente a casa de mi hijo, y he oído hablar de un Juan, de un Santiago y de un Simón amigo de Lázaro de Betania, y de muchas otras cosas... ¡Oír tres nombres conocidos como de los discípulos más íntimos del Maestro, y Él tan bueno!... ¡Bueno, pues he comprendido! Pero ¿dónde está el otro Judas?

-No está. Pero es verdad, has comprendido. Soy Yo. El Señor es bueno, padre. Deseabas verme y me has visto. Bendigamos las misericordias de Dios... No te apartes, Elí-Ana. Estabas a mi lado cuando para ti era un viandante y nada más. ¿Por qué quieres alejarte de mí, ahora que sabes que soy la Meta? ¡No sabes cuánto me ha consolado tu corazón! No lo puedes saber. Yo, no tú, soy el que más ha recibido... Cuando tres cuartos de Israel, y más, me odian hasta llegar al delito, cuando los débiles se alejan de mi camino, cuando las espinas de la ingratitud, del rencor, de la calumnia me hieren por todas partes, cuando no puedo encontrar alivio en el pensamiento de que mi Sacrificio será salud para Israel... encontrar uno como tú, oh padre, es recibir compensación por el dolor... Tú no sabes... Ninguno conocéis las tristezas, cada vez más profundas, del Hijo del hombre Tengo sed de amor... y demasiados corazones son manantiales secos a los que inútilmente me acerco... Pero, vamos...

Y, teniendo cerca al viejecito, entra en la habitación donde están ya preparadas las mesas.

521

En Tecua, Jesús se despide de los habitantes del lugar y del anciano Elí-Ana.

La parte posterior de la casa de Simón de Tecua no es otra cosa sino una plaza, a la cual hacen de alas los lados de la casa, que es de forma de U. Digo plaza porque en los días de mercado, como el que veo yo, se abre por tres sitios el fuerte enrejado que la separa de una plaza pública más grande, y muchos vendedores invaden con sus puestos los pórticos que hay en los tres lados de la casa (comprendo ahora la utilidad... financiera de estos pórticos, porque Simón, como buen hebreo, pasa exigiendo de cada mercader el alquiler del lugar ocupado). Y Simón se lleva consigo al viejecito, vestido ahora decentemente, y a todos se lo presenta diciendo:

-De ahora en adelante le pagaréis a él la suma establecida.

Luego, recorridos ya todos los pórticos, dice a Elí-Ana:

-Éste es tu trabajo aquí; dentro, con la posada y los establos. No es difícil ni fatigoso, pero te demuestra cuánta estima te tengo. He echado, a uno después del otro, a tres que me ayudaban, porque no eran honestos. Pero tú me satisfaces. Y además te ha traído Él. Y el Maestro sabe conocer los corazones. Vamos donde Él ahora a decirle que, si quiere, la hora es buena para hablar.

Y se marcha, seguido por el viejecito...

La gente va llenando cada vez más la plaza, y el rumor también va aumentando. Mujeres para las compras; mercaderes de ganado; compradores de bueyes para los arados o de otros animales; campesinos encorvados bajo el peso de cestos de fruta alabando sus mercancías; cuchilleros con todo lo que corta, bien expuesto encima de esteras, y que, con una bulla infernal, descargan las segures sobre leños para mostrar la consistencia de la hoja, o con un martillo golpean en hoces que tienen colgadas en caballetes para que se vea el perfecto temple de la hoja, o que levantan rejas de arado y con las dos manos las golpean contra la tierra, que se abre herida, para dar una prueba de la dureza de la reja, a la que ningún terreno se resiste; y los que trabajan el cobre -con ánforas y cubos, sartenes y lámparas-, que golpean en el metal sonoro, hasta aturdir, para que se vea que es macizo, o se desgañitan ofreciendo muchas lamparillas, de una o más llamas, para las próximas fiestas de Kisléu; y,

dominando a todos, monótono y penetrante como lamento de lechuza nocturna, el grito de los mendigos esparcidos en los puntos estratégicos del mercado.

Jesús viene desde la casa, junto con Pedro y Santiago de Zebedeo. No veo a los otros. Pero pienso que estarán yendo por la ciudad anunciando al Maestro, porque veo que la gente lo reconoce en seguida, y muchos acuden, mientras el vocerío se hace menos intenso, y el ruido también. Jesús ordena dar limosna a algunos mendigos y se para a saludar a dos hombres, los cuales, seguidos de sus criados, habiendo acabado las compras, estaban para dejar el mercado. Pero ahora se quedan también ellos para escuchar al Maestro. Y Jesús empieza a hablar, tomando el tema de lo que ve:

-Cada cosa a su tiempo, cada cosa en su lugar. No se realiza el mercado en sábado, ni se comercia en las sinagogas, y tampoco se trabaja por la noche, sino que más bien mientras es de día. Sólo el pecador trafica en el día del Señor, o profana con negocios humanos los lugares destinados a la oración, o se da a la rapiña durante la noche cometiendo hurtos y delitos. Igualmente: el que comercia honestamente se esfuerza en probar a sus compradores la calidad de sus productos y la consistencia de sus instrumentos, y el que compra se marcha contento de la buena compra que ha hecho. Pero si, por ejemplo, con mucha astucia, el vendedor lograra engañar al comprador, y el utensilio o el producto alimenticio le resultase a éste no bueno, inferior al precio pagado, ¿no recurriría el comprador a medidas de defensa, que irían desde un mínimo de no volver a comprar nunca donde ese vendedor, a un máximo de recurrir al juez para recuperar su dinero? Eso sucedería, y sería justo. Y, a pesar de esto, ¿no vemos en Israel al pueblo engañado por los que venden, como buenos, productos en malas condiciones, y que ese pueblo desacredita a quien da buenos productos, siendo éste el Justo del Señor? Sí, todos lo vemos.

Ayer noche muchos de vosotros vinieron a referir las artes de los malos vendedores, y Yo dije: "Dejadlos. Tened firmes vuestros corazones y Dios proveerá". ¿Estos que venden cosas no buenas, a quien ofenden? ¿A vosotros? ¿A mí? No. A Dios mismo. La culpabilidad no es tanto del engañado cuanto del que engaña. El pecado no ha sido cometido tanto contra el hombre cuanto contra Dios, al tratar de vender cosas no buenas para que el que tiene deseos de comprar vaya a las cosas buenas. Yo no os digo: reaccionad, vengaos. No son palabras que puedan salir de mi boca. Sólo digo: escuchad el sonido verdadero de las palabras, observad bien, bajo la gran luz, las acciones de los que os hablen, saboread el primer sorbo o el primer bocado que os ofrezcan y, si oís un sonido áspero, si sus acciones tienen tenebroso aspecto, si el sabor que os queda en el corazón os turba, rechazad, como cosa no buena, aquello que os ofrecen. La sabiduría, la justicia, la caridad no son nunca ásperas ni turbadoras ni amantes de actuar en la sombra.

Sé que he sido precedido por discípulos míos, y ahora os dejo a dos apóstoles míos; además, ayer noche, con las acciones más que con las palabras, he testificado de dónde vengo y con qué misión. No hacen falta, pues, largos discursos para atraeros hacia mi camino. Pensad, y quered estar en él. Imitad a los que fundaron esta ciudad en los límites del árido desierto. Pensad siempre que fuera de mi doctrina hay aridez de desierto, mientras que en mi doctrina están las fuentes de la Vida. Y, a pesar de todos los hechos que puedan acaecer, no os turbéis, no os escandalicéis. Recordad las palabras del Señor en Isaías (50, 2; 59, 1). Nunca será acortada mi mano ni se hará pequeña pa-favorecer a los que siguen mis caminos; de la misma forma que nunca será anulada la mano del Altísimo para castigar a aquellos que a mí -que vine y bien pocos encontré para acogerme, llamé y pocos respondieron- me ofenden y causan dolor. Porque, de la misma manera que quien me honra honra al Padre que me ha enviado, el que me desprecia desprecia a Aquel que me ha enviado. Y, por la ley antigua del talión, el que me repudia será repudiado.

Pero vosotros, que habéis acogido mi palabra, no temáis los oprobios de los hombres, ni os acongojéis por sus ultrajes, primero contra y luego contra vosotros porque me amáis. Yo, aunque parezca perseguido y vaya a parecer quebrantado, os consolaré y protegeré. No temáis, no temáis al hombre mortal, que hoy es y mañana no es sino un recuerdo y polvo. Temed al Señor, temed con un santo amor, no con miedo, temed no saberlo amar con medida proporcionada a su amor infinito. Yo no os digo: haced esto o aquello. Sabéis lo que debe hacerse. Os digo: amad. Amad a Dios y a su Cristo. Amad a vuestro prójimo como Yo os he enseñado. Y, si sabéis amar, todo lo haréis.

Yo os bendigo, habitantes de Tecua, ciudad situada en los lindes del desierto, pero oasis de paz para el perseguido Hijo del hombre, y que mi bendición permanezca en vuestros corazones y en vuestras casas, ahora y siempre.

-¡Quédate, Maestro! Quédate con nosotros. ¡El desierto fue siempre bueno para los santos de Israel!

-No puedo. Tengo a otros que me esperan. Vosotros estáis en mí, Yo en vosotros, porque nos queremos.

Jesús, con dificultad, pasa a través de la gente, que le sigue, olvidada de comprar o vender y de todas las demás cosas. Enfermos curados que todavía lo bendicen, corazones consolados que le dan las gracias, mendigos que lo saludan: «Maná vivo de Dios»...

E1 viejecito está pegado a Él; así hasta el extremo de la ciudad. Y sólo cuando Jesús bendice a Mateo y a Felipe, que se quedan en Tecua, se decide a dejar a su Salvador, y lo hace con besos en los pies desnudos del Maestro, y con llanto y palabras de agradecimiento.

-Levántate, Elí-Ana, y ven, que quiero besarte. Un beso de hijo a padre, y que ello te compense todo. Te aplico las palabras del profeta: "Tú que lloras no llorarás más, porque el Misericordioso ha tenido piedad de ti". El Señor te dará pan racionado y poca agua. Más no he podido hacer. Si a ti te ha expulsado de tu casa uno, a mí me expulsan todos los poderosos de un pueblo, y ya es mucho si encuentro comida y alojamiento para mí y mis apóstoles. Pero tus ojos han visto a Aquel que deseabas ver y tus oídos han escuchado mis palabras de la misma forma que tu corazón debe sentir mi amor. Ve y está en paz, porque eres un mártir de la justicia, uno de los precursores de todos aquellos que hayan de ser perseguidos por causa mía. ¡No llores, padre!

Y lo besa en la cabeza cana.

El viejecito le devuelve, en la mejilla, el beso y le susurra al oído:

-Desconfía del otro Judas, mi Señor. Yo no quiero manchar mi lengua... Pero desconfía. No viene con pensamiento bueno a casa de mi hijo...

-Sí. Pero no pienses ya en el pasado. Pronto acabará todo y ya nadie me podrá hacer daño alguno. Adiós, Elí-Ana. El Señor está contigo.

Se separan...

-Maestro, ¿qué te ha dicho el anciano con voz tan leve? - pregunta Pedro, que va al lado de Jesús, con esfuerzo porque Jesús da largos pasos con sus largas piernas, cosa que, siendo tan bajo, no puede hacer Pedro.

-¡Pobre anciano! ¿Qué crees que me podía decir que Yo ya no supiera? - responde Jesús eludiendo una respuesta precisa.

-Hablabas de su hijo, ¿no? ¿Te ha dicho quién es?

-No. Pedro. Te lo aseguro. Ha conservado ese nombre en su corazón.

-¿Pero Tú lo conoces, no?

-Lo conozco, pero no te lo diré.

Silencio durante mucho tiempo. Luego, angustiada, la pregunta de Pedro y su confesión.

-Maestro, pero ¿para qué?, ¿qué va a hacer Judas a casa de un pésimo hombre como es el hijo de Elí-Ana? ¡Yo tengo miedo, Maestro! No tiene buenos amigos éste. No va abiertamente. No hay en él fuerza para resistir al mal. Tengo miedo, Maestro. ¿Para qué? ¿Para qué va Judas donde éstos, y a escondidas?

La cara de Pedro es una expresiva máscara de angustiada interrogación.

Jesús lo mira y no responde. Efectivamente, ¿qué debe responder?; ¿qué, para no mentir ni lanzar al fiel Pedro contra el infiel Judas? Prefiere dejar hablar a Pedro.

-¿No respondes? Yo, desde ayer, desde cuando el viejo creyó reconocer entre nosotros a Judas, no tengo paz. Es como aquel día que hablaste con la esposa del saduceo. ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas mi sospecha?

-Lo recuerdo. ¿Y tú recuerdas mis palabras de entonces?

-Sí, Maestro.

-No hay nada más que decir, Simón. Las acciones del hombre tienen apariencias distintas de la realidad. Pero Yo estoy contento de haber proveído a la necesidad de ese anciano. Es como si Ananías hubiera vuelto. Y realmente si Simón de Tecua no lo hubiera acogido lo habría llevado a la casita de Salomón, para tener allí a un padre que siempre esperara nuestra llegada. Pero, para Elí es mejor así. Simón es bueno, tiene muchos nietos. A Elí le gustan los niños... los niños hacen olvidar muchas cosas dolorosas...

Con su habitual ciencia de distraer al interlocutor y conducirlo hacia otros temas, cuando no considera conveniente responder a preguntas peligrosas, Jesús ha distraído a Pedro de su pensamiento. Y sigue hablándole de niños, conocidos acá o allá, hasta llegar a recordar a Margziam, que quizás a esa hora está retirando las redes después de la pesca en el bonito lago de Genesaret.

Y Pedro, ya lejos de Elí y Judas con el pensamiento, sonríe y pregunta:

-Pero después de Pascua vamos allá, ¿no? Es tan hermoso. Mucho más que esto. Nosotros galileos somos pecadores para los de Judea... ¡Pero si se vive aquí! ¡Oh, Misericordia eterna! Si a nosotros se nos hubiera de castigar, no, aquí ciertamente no va a haber un premio.

Jesús llama a los otros que se han quedado atrás y se aleja con ellos por el camino calentado por el sol de Diciembre.

522

Llegada a Jericó. El amor terreno de la muchedumbre y el amor sobrenatural del convertido Zaqueo.

Hay gran expectación allí por la llegada de Jesús. Numerosa gente espera en los campos cercanos a la ciudad, y en cuanto uno - que ha trepado a un alto nogal con la misión de observar- lanza el grito: « ¡Allí está el Cordero de Dios!», la gente se pone en pie y va presurosa hacia Jesús, que avanza entre las primeras nieblas crepusculares.

-¡Maestro! ¡Maestro! ¡Te esperamos desde hace mucho! ¡Nuestros enfermos! ¡Nuestros niños! ¡Tu bendición! Los viejos te esperan para morir en paz. Si nos bendices, Señor, quedaremos preservados de la desventura - hablan todos a la vez, mientras Jesús alza la mano con sucesivos gestos de bendición, y repite:

-¡Paz, paz, paz a todos vosotros!

Los apóstoles que están todavía con Él se ven alcanzados y arrollados por la muchedumbre, separados de Jesús -quien casi no puede andar- por las mismas personas que se quejan dulcemente de tanta espera.

El pobre Zaqueo lucha nerviosamente para llegar hasta Jesús para que lo oiga; para que, al menos, lo vea. Pero, siendo tan bajo como es, y ni muy ágil ni muy fuerte, se ve siempre rechazado por nuevas oleadas de gente, y su grito se pierde en el clamor; y en el jaleo de cabezas, de brazos, de indumentos que se agitan, se pierde su persona. Inútilmente suplica, y alguna vez se enfada, para obtener un poco de piedad. La gente es siempre egoísta para lo que le gusta, y cruel con los más débiles. El pobre Zaqueo, agotado por los esfuerzos, convencido de la inutilidad de éstos, pierde la voluntad de luchar y se resigna mortificado. En efecto, ¿cómo podrá conseguirlo, si por todas las calles sale más gente y cada calle parece un riachuelo que va a desembocar a un único río: el camino recorrido por Jesús? Y cada nuevo afluente, con una nueva oleada que hace cada vez más densa la muchedumbre -hasta el punto de que se hace peligroso encontrarse en medio- rechaza al pobre Zaqueo.

Judas Tadeo lo ve y trata de abrirse paso para sacarlo -en una de las calles- del rincón al que lo ha relegado y fijado la muchedumbre. Pero a su vez Judas de Alfeo es impelido por los que le empujan por detrás, y el intento fracasa. Tomás, haciendo arma de su robusta persona, empuja con los codos y grita con su vozarrón potente: « ¡Dejad paso!» con el mismo intento.

Pero... ¡ya, ya! La gente es un muro más sólido que la roca, y flexible como el caucho: se pliega pero no se rompe; ya no es un abrazo lo suyo: es una cadena indestructible. También Tomás se resigna.

Zaqueo pierde toda esperanza, porque Dídimos es el último de los apóstoles enganchados por el aluvión de gente, que, por fin, pasa. Ha pasado... Trozos de tela, mechones, orlas, horquillas de mujer, hebillas, quedan en el suelo como testimonio de su violencia. Hay incluso una sandalia pequeña, de niño, pisoteada... Parece esperar tristemente al piecico que la ha perdido... Zaqueo se pone en la cola, también él triste como ese calzado pequeño que la muchedumbre ha arrancado a su pequeño propietario.

A Jesús ya ni siquiera se le ve. Un esquina de la calle lo ha escondido para los ojos del pobre Zaqueo... Pero cuando -el último de la muchedumbre- llega a la plaza donde antes tenía su banco, ve que la gente se ha parado, gritando, orando, suplicando. Y ve que Jesús, subido en la escalinata de una casa, hace con los brazos y con la cabeza gesto negativo. Y dice algo que, en medio del bramido de la muchedumbre, no se puede comprender. En fin, ve que Jesús, bajando, no sin dificultad, de su pedestal, reanuda el camino y tuerce, sí, tuerce justamente por la parte en donde se encuentra su casa. Entonces Zaqueo recupera todo el coraje. La gente es mucha, pero la plaza es amplia, y, por tanto, la masa de gente es menos compacta y puede ser... atravesada como un seto no muy tupido por una persona que tenga voluntad de hacerlo y no tenga miedo de herirse. Y Zaqueo, transformado en cuña, en catapulta, en ariete, arremete, choca, penetra, distribuye y recibe puñetazos en la cara y codazos en el estómago y patadas en las espinillas, pero se abre paso, avanza... Ya está en el lado opuesto, donde... el ensanchamiento termina, y de nuevo se encuentra delante del muro impenetrable. Pocos pasos lo separan de Jesús, que ya está parado junto a su casa. Pero si lo separaran desiertos y ríos podría tener más esperanza en lograr llegar a Él. Se inquieta, vocea, impone:

-¡Tengo que ir a mi casa! ¡Dejadme pasar! ¿No veis que Él quiere ir a mi casa?

¿Cómo se le habrá ocurrido decirlo? Ello enciende de nuevo a la muchedumbre, en su deseo de tener en otras casas al Maestro. Quién se ríe burlándose del pobre Zaqueo, quién le responde con malos modales. No hay uno sólo que tenga piedad. Al contrario, se ponen a gritar y a moverse para que el Maestro ni oiga ni vea a Zaqueo. Y algunos gritan:

-¡Hasta demasiado has recibido de Él, viejo pecador!

Creo que en tanta malevolencia está presente el recuerdo de las pasadas exacciones y vejaciones... El hombre, incluso el más dispuesto a lo sobrenatural, conserva casi siempre un rinconcito en que está vivo el amor por su peculio y donde, aún más vivo, está el recuerdo de quien perjudicó a este peculio...

Pero la hora de la prueba para Zaqueo ha pasado, y Jesús lo premia por su constancia. Grita Jesús con toda la fuerza de su voz:

-¡Zaqueo! ¡Ven a mí! ¡Dejadlo pasar, que quiero entrar en su casa!

Es inevitable obedecer. La gente se comprime para abrirse y Zaqueo pasa adelante, rojo por el esfuerzo, rojo de alegría, tratando de poner en orden sus cabellos despeinados, la túnica desabotonada, el cinturón que ahora tiene las borlas en los riñones en vez de por delante. Busca el manto... ¿Quién sabe dónde estará el manto?... No importa.

Ya está delante de Jesús, semiencurvado como acto de deferencia hacia Él. No puede hacer más, porque tiene el mínimo espacio para inclinarse un poco.

-Paz a ti, Zaqueo. Ven, pues, que quiero darte el beso de paz Bien lo has merecido - dice Jesús, sonriendo con una sonrisa verdaderamente alegre, juvenil, que, efectivamente, le hace aparecer rejuvenecido.

-¡Oh, sí, Señor. Bien lo he merecido! ¡Qué difícil es llegar a ti, Señor! - dice Zaqueo alzándose lo más que puede para ponerse al nivel de Jesús, que se inclina para besarlo. Y alzándose pone a la vista una cara sangrante por un arañazo en la mejilla derecha, y lívido un ojo por algún codazo sufrido en la órbita.

Jesús lo besa y dice:

-Pero mi premio a ti no es por esta fatiga, sino por las otras, para muchos secretas, pero que Yo conozco. Sí, es verdad. Llegar a mí es difícil, y no es la muchedumbre el único obstáculo, ni es el obstáculo más difícil que uno encuentra. Pero, ¡oh pueblo que casi me has paseado como triunfador!, el obstáculo más difícil, el más hecho, y que vuelve a rehacerse después de haber intentado romperlo o superarlo, es el propio yo.

Yo parecía que no veía, pero he visto todo. Y he valorado todo. ¿Y qué he visto? He visto a un pecador convertido, a un hombre que era duro de corazón, que era amante de las comodidades, soberbio, vanidoso, lujurioso y avaro. Y lo he visto despojarse de su yo viejo, incluso en las cosas menores, cambiar en sus modos y apegos -como para venir donde su Salvador, luchar y suplicar humildemente- y lo he visto recibir pullas y reproches pacientemente, y sufrir en su cuerpo por los empujones de la muchedumbre, y en su corazón por verse relegado a la cola, sin poder recoger ni siquiera una mirada mía. Y he visto otras cosas en él; cosas que también vosotros conocéis, pero que no queréis tener en cuenta, a pesar de que os hayan producido alivio.

Diréis: "¿Y cómo lo conoces, Tú que no vives con nosotros?". Os respondo: de la misma forma que leo en el corazón de los hombres, no ignoro las acciones de los hombres, y sé ser justo y premiar en proporción al camino recorrido para llegar a mí, a los esfuerzos realizados para desplantar de la agreste selva que cubría al espíritu todo aquello que no fuera el árbol vital, y fertilizar al espíritu y ponerlo como rey en el yo, y rodearlo de árboles de virtudes para que recibiera honor, y velar para que ningún animal -las distintas pasiones malas- inmundo, porque repta, por su avidez de corrupción, o lascivo u ocioso, anidara en este bosque, sino que el espíritu -vuestro espíritu- estuviera habitado sólo por lo que es bueno y capaz de alabar al Señor, o sea, por los afectos sobrenaturales: aves cantoras y mansos corderos, dispuestos a ser sacrificados, dispuestos a la perfecta alabanza por amor a Dios.

Y, de la misma forma que no he ignorado las obras de Zaqueo, sus pensamientos, sus fatigas, tampoco he ignorado que en muchos de esta ciudad, muchos que me han aclamado, hay más un amor sensible que espiritual. Si me amarais con justicia, habríais sido compasivos con vuestro convecino; no lo habríais mortificado recordándole el pasado. Ese pasado que él ha

borrado y que Dios no recuerda. Porque el perdón concedido ya no se toca. A menos que el hombre vuelva a pecar. Pero se le juzga de nuevo por el pecado nuevo, no por el que fue perdonado.

Ahora Yo -y esto os lo doy como compañía en las meditaciones de la noche- os digo que el amarme de verdad no consiste en aclamarme, sino en hacer lo que Yo hago y enseño, en practicar el amor recíproco, en ser humildes y misericordiosos, recordando que un único barro os ha formado respecto a la parte material, y que el barro siempre tiende al pantano y que, por tanto, si hasta ahora lo que en vosotros es fuerza - el espíritu- que os ha tenido suspendidos por encima del pantano, no ha conocido nunca derrotas y ello es imposible, porque el hombre es pecador y sólo Dios carece de pecado, mañana vuestro espíritu podría conocerlas, y en número y alcance aún mayores que las del antiguo pecador que ha renacido a la Gracia, que ha sido rejuvenecido por ella y renovado, como un niño nacido poco antes, y que tiene a favor de él esa humildad que le viene del recuerdo de haber sido pecador, y la enardecida voluntad de hacer, en el resto de la vida, tanto bien como sea requerido para llenar una vida longeva y enteramente consagrada al bien, hasta el punto de reparar, con medida llena y rebosante, todo el mal que haya podido hacer.

Mañana os voy a hablar. Por ahora, en este atardecer, he terminado. Id, llevando en vosotros esta advertencia mía, y bendecid a Dios, que os manda al Médico que extirpa vuestras sensualidades celadas bajo un velo de santidad espiritual, como enfermedades escondidas que roen la vida bajo un velo de salud aparente... Ven, Zaqueo.

-Sí, mi Señor. Tengo sólo un anciano doméstico. Yo mismo abro la puerta, y con ella mi corazón lleno de emoción por tu infinita bondad.

Y, abierta la cancilla, invita a Jesús y a los apóstoles a entrar. Guía a Jesús hacia la casa, a través del jardín, que ahora es huerto... La casa también está despojada de todas las cosas superfluas. Zaqueo enciende una lámpara y llama al doméstico.

-Mira, el Maestro está aquí. Duerme aquí con los suyos y cena aquí. ¿Has preparado las cosas como te dije?

-Sí, todo está preparado, menos las verduras, que voy a echar ahora en el agua hirviendo.

-Entonces cámbiate de vestido y ve a decir a los que tú sabes que Él está aquí, que vengan.

-Voy, señor. ¡Bendito seas, Maestro, que me das la ocasión de morir feliz!

Se marcha.

-Servía ya a mi padre y se ha quedado en mi casa. De todos los demás he prescindido. Pero a él lo estimo. Ha sido la voz que no callaba nunca cuando pecaba. Y yo, por eso, lo maltrataba. Ahora, después de ti, es al que más quiero... Venid, amigos. Allí hay fuego y todo lo que puede aliviar a los cuerpos cansados y helados. Tú, Maestro, en mi misma habitación... - y lo guía hacia un cuarto que está en el fondo del pasillo.

Entra, cierra la puerta, echa agua humeante en un barreño, descalza a Jesús, le sirve. Antes de calzarle las sandalias, besa un pie desnudo y se lo pone encima del cuello y dice:

-¡Así! ¡Para que aplastes los residuos del viejo Zaqueo!

Se levanta. Mira a Jesús con una sonrisa que le tiembla en los labios, una sonrisa humilde, hecha un poco de llanto. Con un gesto señala todo el cuarto, diciendo:

-Aquí dentro he pecado mucho. Pero he cambiado todo, para que lo que tenía ese sabor ya no estuviera presente en mí... Los recuerdos... Yo soy débil... He dejado que viviera entre estas paredes desnudas, en este lecho duro, sólo el recuerdo de la conversión... Lo demás... Lo he vendido, porque me había quedado sin dinero y quería hacer el bien. Siéntate, Maestro...

Jesús se sienta en un asiento de madera y Zaqueo se pone en el suelo, a sus pies, medio sentado, medio arrodillado. Sigue hablando:

-No sé si he hecho bien; si aprobarás lo que he hecho. Quizás he empezado por donde tenía que terminar. Pero ellos también existen. Y sólo un viejo publicano puede no sentir rechazo hacia ellos en Israel. No. Lo he dicho mal. No sólo un viejo publicano. Tampoco Tú. Es más, eres Tú el que me ha enseñado a amarlos verdaderamente. Antes eran mis cómplices en el vicio, pero no los quería. Ahora me opongo a ellos, pero los quiero. Tú y yo. El todo Santo, el pecador convertido. Tú, porque no has pecado nunca y quieres darnos tu alegría, la de un Hombre sin culpa; yo, porque he pecado mucho, y sé lo dulce que es la paz que proviene de haber sido perdonado, redimido, renovado... La he deseado para ellos. Los he buscado. ¡Al principio ha sido duro! Quería hacerlos buenos a ellos y tenía que hacerme bueno yo mismo... ¡Qué fatiga! Vigilarme porque sentía que me vigilaban. La más mínima cosa habría bastado para que se alejaran... Y además... muchos pecaban por necesidad, por necesidad de oficio. He vendido todo para tener dinero para mantenerlos hasta que encontraran otros oficios menos fructíferos, más cansados, pero honestos. Y siempre hay alguno de ellos que viene, mitad curioso, mitad deseoso de ser un hombre y no sólo un animal. Y debo hospedarlos, hasta que se hacen mansos para el nuevo yugo. Muchos se han circuncidado. El primer paso hacia el verdadero Dios. Pero no lo impongo. Tengo amplios los brazos para abrazar las miserias, yo que no puedo sentir asco de ellas. Quisiera también yo dar a éstos lo que Tú querías dar a todos: la alegría de no tener ya remordimientos, dado que no podemos como Tú carecer de culpa. Ahora dime, mi Señor, si he sido demasiado osado.

-Has obrado bien, Zaqueo. Les das a ellos más de lo que esperas y de lo que piensas que Yo quiero dar a los hombres. No sólo la alegría del perdón, de no tener remordimientos, sino también la alegría de ser pronto ciudadanos de mi Reino celeste. No ignoraba estas obras tuyas. Observaba tu marcha por el arduo, pero glorioso, camino de la caridad; porque esto es caridad, y de la más genuina. Has aprendido la palabra del Reino. Pocos la han comprendido, porque sobrevive en ellos la concepción antigua y la convicción de ser ya santos y doctos. Tú, eliminado de tu corazón el pasado, te has quedado vacío, y has podido, es más, has querido, meter dentro de ti las palabras nuevas, lo futuro, lo eterno. Sigue así, Zaqueo, y serás el exactor de tu Señor Jesús - concluye Jesús, sonriendo y poniendo su mano en la cabeza de Zaqueo.

-¿Estás conforme conmigo, Señor? ¿En todo?

En todo, Zaqueo. Se lo he dicho también a Nique, que me hablaba de ti. Nique te comprende. Es una mujer abierta a la piedad universal.

-Nique me ayudaba mucho. Pero ahora la veo sólo cada nueva luna... Hubiera querido seguirla. Pero Jericó es un lugar propicio para mi nuevo trabajo...

-No estará mucho tiempo en Jerusalén... Viajarías por nada. Nique volverá después aquí...

-¿Después?... ¿Cuándo, Señor?

-Cuando mi Reino haya sido proclamado.

-Tu Reino... Tengo miedo de ese momento. Los que ahora se dicen fieles tuyos, ¿sabrán serlo entonces? Porque, sin duda, habrá tumultos y luchas entre los que te aman y los que te odian... ¿Sabes, Señor, que tus enemigos pagan incluso a bandoleros, a la vez del pueblo, para tener partidarios preparados a crear alboroto para imponerse? Esto lo he sabido por uno de mis pobres hermanos... ¡Oh! ¿Entre quien roba legalmente, entre quien roba el honor y el que desvalija a un viandante, hay, acaso, mucha diferencia? Yo he robado también legalmente, hasta que Tú me salvaste, pero ni siquiera entonces habría secundado a los que te odian... Es un joven. Un ladrón. Sí. Un ladrón. Una noche, que había ido hacia el Adomín a esperar a tres como yo, que venían de Efraím con ganado que había comprado a menos precio, lo encontré apostado en una hoz. Hablé con él... Nunca he tenido familia, pero creo que si hubiera tenido hijos les habría hablado de la misma manera para convencerlos de cambiar de vida. Me explicó cómo y por qué se hizo ladrón. Sí, ¡cuántas veces los verdaderos culpables son los que parece que no hacen nada malo!... Le dije: "Deja de robar. Si tienes hambre, hay un pan también para ti. Te encontraré un trabajo honrado. Dado que todavía no te has hecho homicida, detente, sálvate". Y lo convencí. Me dijo que se había quedado solo, porque los otros habían sido comprado con mucho dinero por los que te odian, y ahora están preparados para crear tumultos y para decirse tuyos y escandalizar al pueblo, escondidos en las grutas del Cedrón, en los sepulcros, hacia el Faseló en las cavernas del norte de la ciudad, entre las tumbas de los Reyes y de los Jueces, en todas partes... ¿Qué pretenden hacer, Señor?

-Josué pudo detener el Sol, pero ellos, a pesar de todos los medios, no podrán detener la voluntad de Dios.

-¡Tienen el dinero, Señor! El Templo es rico, y para ellos no es korbán el oro ofrecido al Templo, si les sirve para triunfar.

-No tienen nada. La fuerza es mía. Su edificio caerá como si fuera de hojas secadas por los vientos de otoño y colocadas en forma de castillo por un niño. No temas, Zaqueo. Tu Jesús será Jesús.

-¡Dios lo quiera, Señor!... Nos llaman. Vamos...

523

En Jericó. La petición a Jesús de que juzgue a una mujer. La parábola del fariseo y el publicano tras una comparación entre pecadores y enfermos.

Jesús sale de la casa de Zaqueo. La mañana está ya avanzada. Acompañan a Jesús Zaqueo, Pedro y Santiago de Alfeo. Los otros apóstoles quizás ya se han diseminado por los campos para anunciar que el Maestro está en la ciudad.

Detrás del grupo de Jesús con Zaqueo y los apóstoles, hay otro grupo, muy... variado en fisionomías, edades e indumentos. No es difícil afirmar que estos hombres pertenecen a razas distintas, quizás incluso antagonistas entre sí. Pero los hechos de la vida los han traído a esta ciudad palestina, y los han reunido para que desde sus profundidades se remontaran hacia la luz. La mayoría son caras ajadas, propias de quien ha usado y abusado de la vida de distintas maneras; la mayoría, ojos cansados. Hay miradas a las que la larga costumbre de ejercer el... hurto fiscal o una autoridad brutal ha hecho rapaces o duras, y de vez en cuando esta antigua mirada emerge de tras un velo humilde y pensativo puesto por la nueva vida. Esto sucede especialmente cuando alguno de Jericó los mira con desprecio o farfulla alguna insolencia a cuenta de ellos. Luego la mirada vuelve a ser cansada, humilde, y las cabezas se agachan humilladas.

Jesús se vuelve dos veces a observarlos y, viéndolos retrasados y que van aminorando el paso a medida que se acercan al lugar elegido para hablar, ya lleno de gente, aminora el suyo para esperarlos y... les dice:

-Pasad delante de mí y no temáis. Desafiabais al mundo cuando hacíais el mal; no debéis temerlo ahora que os habéis despojado de él. Lo que usasteis, entonces, para domeñarlo -la indiferencia ante el juicio del mundo, única arma para que se canse de juzgar- usadlo también ahora, y él se cansará de ocuparse de vosotros, y os absorberá, aunque lentamente, y os anulará en medio de la gran masa anónima que es este mísero mundo, al cual, en verdad, se da demasiado peso.

Los hombres -son quince- obedecen y pasan adelante.

-Maestro, allí están los enfermos del campo - dice Santiago de Zebedeo yendo hacia Jesús y señalando hacia un rincón templado de sol.

-Voy. ¿Los otros dónde están?

-Entre la gente. Pero ya te han visto y están viniendo. Con ellos están también Salomón, José de Emaús, Juan de Éfeso, Felipe de Arbela. Van a la casa de este último y vienen de Joppe, Lida y Modín. Traen con ellos hombres de la costa del mar y mujeres. Es más, te buscaban, porque hay desacuerdo entre ellos en el juicio acerca de una mujer. Pero hablarán contigo...

Efectivamente, Jesús pronto se ve rodeado por los otros discípulos y saludado con veneración. Detrás de ellos están los que han sido recientemente atraídos por la doctrina de Jesús. Pero no está Juan de Éfeso, y Jesús pregunta el motivo de su ausencia.

-Se ha quedado en una casa lejana de la gente, con una mujer y los padres de ella. La mujer no se sabe si está endemoniada o es profetisa. Dice cosas increíbles, según refieren los de su pueblo. Pero los escribas que la han escuchado la han juzgado poseída. Los padres han llamado varias veces a los exorcistas, pero ellos no han podido expulsar a este demonio con palabra que la tiene aferrada. Ahora bien, uno de ellos le dijo al padre de la mujer (es una viuda virgen que se ha quedado en la familia): "Para tu hija se necesita el Mesías Jesús. Él comprenderá sus palabras y sabrá de dónde vienen. He intentado imponerle al espíritu que habla en ella que se marchara en nombre de Jesús, llamado el Cristo. Siempre que he usado este Nombre los

espíritus tenebrosos han huido. Esta vez, no. Por eso digo que o es el propio Belcebú el que habla y logra resistir incluso a ese Nombre pronunciado por mí, o es el propio Espíritu de Dios y por tanto, no teme, siendo así que es una cosa sola con el Cristo. Yo estoy convencido más de esto que de lo primero. Pero para estar seguros sólo el Cristo puede juzgarlo. Él conocerá las palabras y su origen". Y fue ultrajado por los escribas presentes, que dijeron que estaba poseído como la mujer y como Tú. Perdona si tenemos que decir esto... Y algunos escribas ya no se han separado de nosotros, y están de guardia vigilando a la mujer porque quieren establecer si puede ser avisada de tu llegada. Porque ella dice que conoce tu cara y tu voz, y entre miles te reconocería, cuando en realidad está probado que nunca ha salido de su pueblo, es más: de su casa, desde que, hace quince años, se le murió el esposo en la vigilia de la fiesta nupcial; y también está probado que nunca has pasado Tú por su pueblo, que es Betlequi. Y los escribas esperan esta última prueba para dejar sentado que está endemoniada. ¿Quieres verla ahora enseguida?

-No. Tengo que hablar a la gente. Y aquí, entre las turbas, sería demasiado alborotador el encuentro. Ve a decir a Juan de Éfeso y a los padres de la mujer, y también a los escribas, que los espero a todos al principio del ocaso en los bosques que están a lo largo del río, en el sendero del vado. ¡Anda, ve!

Y Jesús, despedido Salomón, que ha hablado por todos, se dirige hacia los enfermos que piden curación, y los cura. Son: una mujer anciana anquilosada por la artritis, un paralítico, un jovencito deficiente mental, una niña que yo diría que estaba tísica, y dos enfermos de los ojos. La gente lanza sus vibrantes gritos de alegría.

Pero no ha acabado todavía la serie de los enfermos. Una madre se acerca, desfigurada por el dolor, sujeta por dos amigas o parientes, se arrodilla y dice:

-Mi hijo está muriendo. No se le puede traer aquí... ¡Piedad de mí!

-¿Puedes creer sin medida?

-¡Todo, oh mi Señor!

-Entonces vuelve a tu casa.

-¿A mi casa?... ¿Sin ti?...

La mujer lo mira un momento angustiada, luego comprende. El pobre rostro se transfigura. Grita:

-Voy, Señor. ¡Bendito seáis Tú y el Altísimo que te ha enviado!

Se marcha rauda, más ágil que sus mismas compañeras...

Jesús se vuelve hacia uno de Jericó, un vecino de noble aspecto.

-¿Esa mujer es hebrea?

-No. A1 menos de nacimiento no. Viene de Mileto. De todas formas, está casada con uno de nosotros, y desde entonces está en nuestra fe.

-Ha sabido creer mejor que muchos hebreos - observa Jesús.

Luego, subiendo al alto escalón de una casa, hace el gesto habitual -abrir los brazos- que precede a su discurso y que sirve para imponer silencio. Habiéndolo obtenido, recoge los pliegues del manto, que se ha abierto en el pecho al hacer el gesto, y lo sujeta con la izquierda Mientras baja la derecha con el gesto propio de quien jura, y dice:

-Escuchad, vecinos de Jericó, las parábolas del Señor; luego, que cada uno las medite en su corazón y saque de ellas la lección para nutrir su espíritu. Podéis hacerlo porque conocéis la Palabra de Dios no desde ayer, ni desde la pasada Luna, ni siquiera desde el pasado invierno. Antes de que Yo fuera el Maestro, Juan, mi Precursor, os había preparado para mi llegada; después de llegar Yo, mis discípulos han arado este suelo muchas veces, para sembrar en él todas aquellas semillas que les había dado. Así pues, podéis comprender la palabra y la parábola.

-¿A qué compararé Yo a los que después de haber sido pecadores se convierten? Los compararé a enfermos que se curan. ¿A qué compararé a los otros, a aquellos que no han pecado públicamente, o a aquellos -más raros que perlas negras- que no han incurrido nunca, ni siquiera secretamente, en culpas graves? Los compararé a personas sanas. El mundo está compuesto de estas dos categorías. Tanto en el espíritu como en la carne y en la sangre. Pero, si las comparaciones son iguales, distinta es la manera de tratar que usa el mundo con los enfermos curados que eran enfermos de la carne, de la que usa con los pecadores convertidos, o sea, con los enfermos del espíritu que recuperan la salud.

Vemos que, incluso, cuando un leproso -que es el enfermo más peligroso, y más aislado por ser peligroso- obtiene la gracia de la curación, es admitido de nuevo a la colectividad de las gentes, después de haber sido observado por el sacerdote y purificado. Es más, los de su ciudad lo festejan porque está curado, porque ha resucitado para la vida, para la familia, para los negocios. ¡Gran fiesta en la familia y en la ciudad cuando uno que era leproso logra obtener esta gracia y curarse! Rivalizan entre los familiares y convecinos para llevarle esto o aquello, y, si está solo y sin casa o muebles, rivalizan para ofrecerle techo o mobiliario, y todos dicen: "Dios tiene preferencia por él. Su dedo lo ha curado. Honrémosle, pues, y honraremos al que lo ha creado y recreado". Es justo actuar así. Y, al contrario, cuando, desafortunadamente, uno manifiesta los primeros síntomas de lepra. ¡con qué amor angustioso parientes y amigos lo colman de ternura, mientras les es posible hacerlo, como para darle -todo en una sola vez- el tesoro de afectos que le habrían dado en muchos años, para que se lo lleve consigo a su sepulcro de vivo!

Pero ¿por qué, entonces, para los otros enfermos no se actúa así? Si un hombre empieza a pecar y los familiares y, sobre todo, los convecinos, lo ven, ¿por qué no tratan de apartarlo del pecado con amor? Una madre, un padre, una esposa, una hermana, todavía lo hacen. Pero, que lo hagan los hermanos, es ya difícil; y no digo ya que lo hagan los hijos del hermano del padre o de la madre. En fin, los convecinos, no saben hacer otra cosa que criticar, hacer mofa, insultar, escandalizarse, exagerar los pecados del pecador, señalárselos con el dedo unos a otros, tenerlo, los más justos, lejos como a un leproso y hacerse cómplices suyos, para gozar a sus espaldas, los que justos no son. Pero sólo raramente hay una boca y, sobre todo, un corazón que vaya donde el infeliz, con piedad y firmeza, con paciencia y amor sobrenatural, y, con ahínco, trate de frenar el progresivo descenso en el pecado. ¿Pero es que no es, acaso, más grave, verdaderamente grave y mortal la enfermedad del espíritu? ¿No

priva, y además para siempre, del Reino de Dios? ¡La primera caridad hacia Dios y hacia el prójimo no debe ser, acaso, este trabajo de curar a un pecador por el bien de su alma y la gloria de Dios?

Y, cuando un pecador se convierte, ¿por qué ese juicio obstinado sobre él, ese casi deplorar el que haya vuelto a la salud espiritual? ¿Veis desmentidos vuestros pronósticos de segura condenación de un convecino vuestro? Deberíais, más bien, alegraros de ello, dado que quien os desmiente es Dios misericordioso, que os da una medida de su bondad para infundiros ánimo ante vuestras culpas más o menos graves. ¿Y por qué esa persistencia en querer ver sucio, despreciable, digno de vivir aislado, aquello que Dios y la buena voluntad de un corazón han hecho limpio, admirable, digno de la estima de los hermanos; es más, digno de su admiración? ¡Pero bien que exultáis si simplemente un buey o un asno vuestros o un camello o la oveja del rebaño o la paloma preferida se curan de una enfermedad! ¡Bien que exultáis si uno ajeno a vosotros, al que apenas recordáis por el nombre, por haberlo oído durante el tiempo en que fue aislado como leproso, vuelve curado! ¿Y por qué, entonces, no exultáis por estas curaciones espirituales, por estas victorias de Dios? El Cielo exulta cuando un pecador se convierte. El Cielo: Dios, los ángeles purísimos, que no saben qué es pecar. Y vosotros, vosotros hombres, ¿queréis ser más intransigentes que Dios?

Haced, haced justo vuestro corazón, y reconoced que el Señor está presente no sólo entre las nubes de incienso y los cantos del Templo, en el lugar donde solamente la santidad del Señor, en el Sumo Sacerdote, debe entrar, y debería ser santa como su nombre indica. Reconoced esta presencia también en el prodigio de estos espíritus resucitados, de estos altares reconsagrados, a los cuales el Amor de Dios desciende con sus fuegos para encender el holocausto.

La madre de antes interrumpe a Jesús. Con sus gritos de bendición quiere adorarlo. Jesús la escucha, la bendice, le dice que vaya de nuevo a casa, y reanuda el discurso interrumpido.

Y si de un pecador que antes os había dado espectáculo de escándalo recibís ahora espectáculos de edificación, no resolváis burlaros, sino imitar. Porque ninguno es nunca tan perfecto que sea imposible que otro le enseñe. Y el Bien es siempre lección que debe ser cogida, aunque el que lo practique, en el pasado, haya sido objeto de reprobación. Imitad y ayudad. Porque haciéndolo así glorificaréis al Señor y demostraréis que habéis comprendido a su Verbo. No resolváis ser como aquellos que dentro de su corazón criticáis porque sus acciones no están de acuerdo con sus palabras. Haced, más bien, que todas vuestras buenas acciones sean la coronación de todas vuestras buenas palabras. Y entonces verdaderamente el Eterno os mirará y escuchará benévolamente.

Oíd esta parábola para que comprendáis cuáles son las cosas que tienen valor ante los ojos de Dios. La parábola os enseñará a corregir en vosotros un pensamiento no bueno que hay en muchos corazones. La mayoría de los hombres se juzgan por sí mismos, y, dado que sólo uno de cada mil es verdaderamente humilde, sucede que el hombre se juzga perfecto, sólo él perfecto, mientras que en el prójimo nota multitud de pecados.

Un día dos hombres que habían ido a Jerusalén para unos asuntos subieron al Templo, como es conforme a todo buen israelita cada vez que pone pie en la Ciudad Santa. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El primero había venido para cobrar el arriendo de algunos almacenes y para hacer las cuentas con sus administradores, que vivían en las cercanías de la ciudad. El otro, para imponer los impuestos recaudados y para invocar piedad en nombre de una viuda que no podía pagar lo que había sido tasado por la barca y las redes, porque la pesca -pescaba el hijo mayor- le era apenas suficiente para dar de comer a sus muchos otros hijos.

El fariseo, antes de subir al Templo, había ido a ver a los arrendatarios de los almacenes. Habiendo dado una ojeada a éstos y habiendo visto que estaban llenos de productos y de compradores, se había complacido en sí mismo y luego había llamado a uno de los arrendatarios de un lugar y le había dicho:

-Veo que tus compraventas van bien.

-Sí, por gracia de Dios. Estoy contento de mi trabajo. He podido aumentar las mercancías y espero aumentarlas aún más. He mejorado el lugar, y el año que viene no tendré los gastos de mostradores y estanterías y por tanto, ganaré más".

-¡Bien! ¡Bien! ¡Me alegro! ¿Cuánto pagas tú por este lugar?

-Cien didracmas al mes. Es caro, pero la ubicación es buena...

-Tú lo has dicho. La ubicación es buena. Por tanto, te doblo el arriendo.

-¡Pero señor! - exclamó el comerciante - ¡De esta manera me quitas todas las ganancias!

-Es justo. ¿Acaso tengo que enriquecerte a ti? ¿Con lo mío? Enseguida. O me das dos mil cuatrocientos didracmas, inmediatamente, o te echo y me quedo con la mercancía. El lugar es mío y hago de él lo que quiero.

Esto hizo con el primero, y lo mismo con el segundo y el tercero de sus arrendatarios, doblando a cada uno de ellos el precio, sordo a todas las súplicas. Y porque el tercero, cargado de hijos, quiso oponer resistencia, llamó a la guardia, hizo poner los sigilos de incautación y echó afuera al desdichado.

Luego, en su palacio, examinó los registros de los administradores y encontró el modo de castigarlos por negligentes y se incautó de la parte con la que, con derecho, se habían quedado.

Uno tenía un hijo moribundo y por la gran cantidad de gastos había vendido una parte de su aceite para pagar las medicinas. No tenía, pues, qué dar al detestable amo.

-Ten piedad de mí, señor. Mi pobre hijo está para morir. Luego haré trabajos extraordinarios para resarcirte de lo que te parece justo. Pero ahora, tú mismo puedes comprenderlo, no puedo.

-¿Que no puedes? Te voy a mostrar si puedes o no puedes.

-Y, yendo con el pobre administrador a la almazara, lo privó incluso del resto de aceite que el hombre se había reservado para la mísera comida y para alimentar la lámpara que le permitía velar a su hijo durante la noche.

El publicano, por su parte, habiendo ido a su superior y habiendo entregado los impuestos recaudados, recibió esta respuesta:

-¡Pero aquí faltan trescientos setenta ases! ¿Cómo es eso?

-Bien, ahora te lo explico. En la ciudad hay una viuda con siete hijos. Sólo el primero está en edad de trabajar. Pero no puede alejarse de la orilla con la barca, porque sus brazos son débiles todavía para el remo y la vela, y no puede pagar a un mozo

de barca. Estando cerca de la orilla, pesca poco, y el pescado apenas es suficiente para matar el hambre de aquellas ocho infelices personas. No he tenido corazón para exigir el impuesto.

-Comprendo. Pero la ley es ley. ¡Ay si se viniera a saber que la ley es compasiva! Todos encontrarían razones para no pagar. Que el jovencito cambie de oficio y venda la barca, si no pueden pagar.

-Es su pan futuro... y es el recuerdo del padre.

-Comprendo. Pero no se puede transigir.

-De acuerdo, pero no puedo pensar en ocho infelices privados de su único bien. Pago yo los trescientos setenta ases.

Hechas estas cosas, los dos subieron al Templo. Pasando junto al gazofilacio, el fariseo, ostentosamente, sacó de su pecho una voluminosa bolsa y la sacudió en el Tesoro, hasta la última moneda. En esa bolsa estaban las monedas tomadas de más a los comerciantes y lo que había sacado del aceite arrebatado al administrador y vendido inmediatamente a un mercader. El publicano, por el contrario, separó lo que necesitaba para regresar a su lugar y echó un puñadito de monedas. El uno y el otro dieron, por tanto, cuanto tenían. Es más, aparentemente, el más generoso fue el fariseo, porque dio hasta la última moneda que llevaba consigo. Pero hay que pensar que en su palacio tenía otras monedas y créditos abiertos con ricos cambistas.

Luego fueron ante el Señor. El fariseo, delante del todo, junto al límite del atrio de los hebreos, hacia el Santo; el publicano se quedó en el fondo, casi debajo de la bóveda que llevaba al patio de las Mujeres, y tenía agachada la cabeza, aplastado por el pensamiento de su miseria respecto a la Perfección divina. Y oraban los dos.

El fariseo, bien erguido, casi insolente, como si fuera el amo del lugar y fuera él el que se dignara agasajar a un visitante, decía:

-Ve que he venido a venerarte en esta Casa que es nuestra gloria. He venido a pesar de sentir que estás en mí, porque soy justo. Sé que lo soy. De todas formas, y aun sabiendo que lo soy sólo por mérito mío, te doy las gracias, como está estipulado por la ley, por lo que soy. Yo no soy codicioso, injusto, adúltero, pecador como ese publicano que ha echado al mismo tiempo que yo un puñadito de monedas en el Tesoro. Yo, Tú lo has visto, te he dado todo lo que llevaba conmigo. Ese avaro, sin embargo, ha hecho dos partes y a ti te ha dado la menor. La otra, seguro, la guardará para juergas y mujeres. Pero yo soy puro. Yo no me contamina. Yo soy puro y justo, ayuno dos veces a la semana, pago los diezmos de cuanto poseo. Sí, soy un hombre puro, justo y bendito, porque soy santo. Recuerda esto, Señor.

El publicano, desde su lejano rincón, sin atreverse a levantar la mirada hacia las preciosas puertas del hecol y, dándose golpes de pecho, oraba así:

-Señor, no soy digno de estar en este lugar. Pero Tú eres justo y santo, y me lo concedes una vez más porque sabes que el hombre es pecador y que si no se acerca a ti se transforma en un demonio. ¡Oh, mi Señor! Yo quisiera honrarte noche y día y tengo que ser esclavo de mi trabajo durante muchas horas, un trabajo rudo que me deprime, porque produce dolor a mi prójimo, que es más infeliz que yo. Pero tengo que obedecer a mis superiores, porque es mi pan. Haz, Dios mío, que sepa dulcificar el deber hacia mis superiores con la caridad hacia mis pobres hermanos, para que en mi trabajo no encuentre mi condena. Todos los trabajos son santos, si se ejercen con caridad. Ten tu caridad siempre presente en mi corazón para que yo, miserable como soy, sepa compadecerme de los que están sujetos a mí, como Tú te compadesces de mí, gran pecador. Habría querido honrarte más, Señor. Tú lo sabes. Pero he pensado que apartar el dinero destinado al Templo para aliviar ocho corazones infelices fuera mejor que echarlo en el gazofilacio y luego hacer verter lágrimas de desolación a ocho inocentes infelices. Pero, si me he equivocado, házmelo comprender, oh Señor, y yo te daré hasta la última moneda, y volveré al pueblo a pie mendigando un pan. Hazme comprender tu justicia. Ten piedad de mí, Señor, porque soy un gran pecador.

Ésta es la parábola. En verdad, en verdad os digo que mientras que el fariseo salió del Templo con un nuevo pecado, añadido a los que había cometido antes de subir al Moria, el publicano salió de allí justificado, y la bendición de Dios lo acompañó a su casa y en ella permaneció. Porque él había sido humilde y misericordioso, y sus acciones habían sido aún más santas que sus palabras. Por el contrario, el fariseo sólo de palabra y externamente era bueno, mientras que en su interior era como un diablo y hacía obras de diablo por soberbia y dureza de corazón, y Dios, por eso, lo aborrecía.

Quien se ensalza será, siempre, antes o después, humillado; si no aquí, en la otra vida. Y quien se humilla será ensalzado, especialmente arriba, en el Cielo, donde se ven las acciones de los hombres en su verdadera verdad.

Ven, Zaqueo. Venid los que estáis con él. Y vosotros, apóstoles y discípulos míos. Os seguiré hablando en privado.

Y, envolviéndose en su manto, vuelve a la casa de Zaqueo.

524

En Jericó. En casa de Zaqueo con los pecadores convertidos.

Están todos recogidos en una habitación grande y desnuda, en otros tiempos, sin duda, hermosa. Ahora es sólo un local grande. Han tomado sillas y lechos de las otras habitaciones de comer o de dormir y las han traído. Se han sentado alrededor del Maestro, al que le han ofrecido para que se siente una especie de sillón todo de madera labrada cubierto con un paramento de lizo alto: es el mueble más lujoso de la casa.

Zaqueo está hablando de una propiedad adquirida con el dinero de una colecta hecha entre ellos:

-¡Algo teníamos que hacer, ¿no?! El ocio no es buena medicina para no pecar. Es un lugar poco fértil todavía porque estaba desatendido, como nosotros, y como nosotros, lleno de tréboles, piedras, sequío y hierbas nocivas. Nique nos ha prestado a los campesinos que están a su servicio para que nos enseñen cómo hay que hacer para abrir los pozos abandonados, para limpiar las tierras, podar los pocos árboles que había y plantar otros nuevos. Nosotros sabíamos hacer muchas cosas... aunque no eran las santas obras del hombre. Pero en este trabajo tan nuevo para nosotros encontramos una vida verdaderamente

nueva. Nada de lo que nos rodea recuerda el pasado. Sólo la conciencia lo recuerda, pero eso está bien... Somos pecadores... ¿Vas a ir a ver esa propiedad?

-Saldremos juntos de aquí para dirigirnos hacia el Jordán, y me detendré en ese lugar. Me dices que está al lado del camino que va al río...

-Sí, Maestro. Pero es un lugar feo. La casa está que se cae. No tiene muebles, está vacía. No teníamos dinero para todo... después de haber compensado -siempre que ha sido posible hacerlo- a nuestro prójimo por nuestros delitos. Éstos, para dormir, se arreglan encima de heno; menos Demetes, Valente y Leví, que son demasiado ancianos para ciertas privaciones y que duermen aquí, Señor.

-Muchas veces Yo no tengo ni eso. Dormiré en el heno Yo también, Zaqueo, que es donde dormí mis primeros sueños, sueños dulces porque los velaba el amor. Puedo dormir también éste; y no será un sueño atormentado, porque lo conciliaré entre hombres en los que ha resucitado la buena voluntad.

Y mira, con una mirada que es una caricia, a estas primicias de redimidos de todo territorio.

Y ellos lo miran... No son hombres que lloren fácilmente. Al contrario, ¡quién sabe cuánto llanto habrán hecho derramar! Cada cara de estos hombres es un libro en que está escrito su calamitoso pasado, y, si ahora la nueva vida vela la brutalidad de las palabras, éstas son todavía descifrables lo suficiente como para permitir intuir desde qué simas se alzan de nuevo hacia la Luz. Bueno, pues, a pesar de todo, su rostro se hace claro, se ilumina; su mirada toma nuevo vigor, resplandeciendo en ella una luz de esperanza sobrenatural, de satisfacción moral, al oír que el Maestro los considera resucitados a la buena voluntad.

Zaqueo dice:

-¿Entonces apruebas todo esto que he hecho? Fíjate, Maestro, yo aquel día había dicho "te seguiré", y quería seguirte... bueno, materialmente. Pero esa misma noche vino a mi casa Demetes, para una de esas... para uno de esos infames manejos... y necesitaba dinero. Venía de Jerusalén... porque se la llama santa, pero en ella hay toda clase de vergüenzas, y los primeros que las promueven son los que luego arremeten furiosamente contra nosotros como si fuéramos leprosos... Pero debo hablar de nuestros pecados, no de los de ellos. Yo ya no tenía dinero. Te lo había dado. Todo. Incluso el dinero que estaba todavía en casa ya era como si hubiera sido dado, porque había hecho ya las partes que debía devolver a aquellos a quienes se lo había arrebatado con usura. Le dije: "No tengo dinero. Pero tengo algo que vale más que todos los tesoros". Y le narré mi conversión, tus palabras, la paz que había en mí... Hablé tanto, que, mientras todavía hablaba, la luz del nuevo día entró a blanquecer las caras y a hacer inútiles las lámparas. No sé con exactitud lo que dije. Sé que él dio un fuerte puñetazo en la mesa junto a la cual estábamos sentados y exclamó: "¡Mercurio ha perdido un seguidor y los sátiros un compañero! Toma incluso estas monedas, insuficientes para el delito pero útiles para un pan para el mendigo, y tómate contigo. Quiero conocer un perfume después de tantos olores". Y se ha quedado. Fuimos juntos a Jerusalén: yo, para vender objetos; él, para deshacerse de todos los... compromisos. Y, regresando, me dijo -había orado en el Templo, después de tanto tiempo, con el corazón puro y pacificado de un niño-, me dijo a mí mismo: "¿No es esto también seguir al Maestro, y quizás seguirle mejor, quedándome en Jericó, donde mis desdichados amigos -publicanos como yo, gariteros, lenones, usureros, después de haber sido vigilantes de galeotes y forzados, de esclavos, torturadores de todo desdichado, soldados sin ley ni piedad, jueguistas para ahogar los remordimientos en las borracheras- vienen a verme para emplear su dinero maldito, o proponerme negocios, o invitarme a convites y a otras bajezas infames? La ciudad me desprecia. Los hebreos me tendrán siempre por pecador. Pero ellos no. Ellos son como yo. Son basura, pero pueden tener algo, dentro de sí, algo que los impulsa hacia el bien, y no encuentran a nadie que les eche una mano. Yo los he ayudado en el mal. Quizás pecaron también por mis consejos, por las cosas que alguna vez les he pedido. Tengo el deber de ayudarlos para ir al bien. De la misma forma que he hecho acto de devolución a aquellos a quienes había perjudicado, de la misma forma que he indemnizado a mis convecinos, también tengo que tratar de hacer reparación con ellos". Y me he quedado aquí. Una vez uno, otra vez otro, han venido, de una u otra ciudad, y he hablado. No todos fueron como Demetes. Algunos, tras burlarse de mí, huyeron. Otros han dado largas. Otros se han detenido, pero, pasado un tiempo, han vuelto a su infierno. Éstos han permanecido. Y... bueno pues ahora siento que debo seguirte así, que debemos seguirte así, luchando con nosotros mismos, soportando los desprecios del mundo que no nos sabe perdonar. No faltan las lágrimas del corazón cuando vemos que el mundo no perdona, cuando los recuerdos vuelven... y son muchos y penosos... En algunos son...

-La Némesis horrenda que nos echa en cara nuestros delitos y que nos promete la venganza en el ultramundo - dice uno.

-Son los quejidos de los que estaban agotados y yo les pegaba para hacerles trabajar.

-Son las maldiciones de los que hice esclavos tras haber tomado con usura todo lo que poseían.

-Son las súplicas de viudas y huérfanos que no podían pagar y yo les confiscaba en nombre de la ley sus últimos bienes.

-Son las atrocidades llevadas a cabo en los países conquistados, con personas inermes aterrorizadas por la derrota.

-Son las lágrimas de mi madre, de mi mujer, de mi hija, muertas de penalidades mientras yo derrochaba todo en los festines.

-Son... ¡Oh, mi delito no tiene nombre! Señor, yo no tengo sangre en mis manos, no he robado dinero, no he impuesto tributos insoportables ni intereses asfixiantes, no he maltratado a los vencidos, pero he sacado partido de todos los desdichados, y he sacado dinero de niñas inocentes, niñas de vencidos, de huérfanas, de niñas vendidas como mercancía por un pan. He dado la vuelta al mundo aprovechando estas ocasiones, detrás de los ejércitos, yendo a los lugares donde había una carestía, o a donde un río desbordado había dejado completamente sin alimentos, o a donde una epidemia había dejado jóvenes vidas sin protección, y de ahí he hecho mercancía, una mercancía inocente pero infame: infame para mí, que obtenía dinero de ella, inocente ella porque aún no conocía el horror. Señor, en mis manos están las virginidades de jovencitas deshonoradas y el honor de jóvenes esposas arrebatadas en ciudades de conquista. Mis bazares... y mis prostíbulos eran célebres, Señor... ¡No me maldigas, ahora que lo sabes! ...

Los apóstoles, involuntariamente, se han apartado del último que ha hablado. Jesús se levanta y se acerca a él. Le pone la mano en el hombro y dice:

-¡Es verdad! Tu delito es *grande*. Tienes que reparar mucho. Pero Yo, la Misericordia, te digo que aunque fueras el mismo demonio y sobre ti pesaran todos los delitos de la Tierra, si *quieres*, puedes expiar todo y ser perdonado por Dios, perdonado por el verdadero, grande, paterno Dios. Si tú quieres. Une tu voluntad a la mía. También Yo quiero que seas perdonado. Únete a mí. Dame tu pobre espíritu cubierto de infamia, quebrantado, tu espíritu que, después de que has dejado el pecado, está lleno de cicatrices y humillación. Yo lo pondré en mi corazón, en el lugar donde pongo a los mayores pecadores, y lo llevaré conmigo al sacrificio redentor. La Sangre más santa, la de mi corazón, la última Sangre del Inmolado por los hombres, se esparcirá sobre los espíritus más quebrantados y los regenerará. Por ahora, ten esperanza. Una esperanza mayor que tu inmenso delito en la misericordia de Dios, porque es una misericordia sin límites, hombre, para quien sabe confiar en ella.

El hombre casi querría coger y besar esa mano que está puesta en su hombro, esa mano tan pálida y delgada sobre su túnica oscura y su hombro fuerte. Pero no se atreve. Jesús comprende esto y le ofrece la mano mientras dice:

-Hombre, besa su palma. Encontraré ese beso como medicamento para una tortura. Mano besada, mano herida: besada por amor, herida por el amor. ¡Oh, si todos supieran besar a la gran Víctima, y Ella muriera vestida de llagas sabiendo en cada una los besos y amores de todos los hombres redimidos! - y tiene su palma apretada contra los labios rasos de este hombre que, por todo el conjunto, yo diría que es romano. Y la tiene ahí hasta que el hombre, como saciado, se separa de ella, después de haber apagado la quemazón de sus remordimientos bebiendo la misericordia del Señor en el cuenco de la mano divina.

Jesús vuelve a su sitio, y, al pasar, pone la mano en la cabeza crespa de uno muy joven. Yo diría que no tiene más de veinte años, si es que los tiene. Uno que no ha hablado en todo este tiempo, uno que es, sin duda, de raza hebrea. Jesús le hace esta pregunta:

-¿Y tú, hijo mío, no dices nada a tu Salvador?

El joven alza la cabeza y lo mira... En esa mirada hay toda una narración: una historia de dolor, odio, arrepentimiento, amor.

Jesús, un poco agachado hacia él, fijos los ojos en los ojos, lee alguna de estas historias mudas y dice:

-Por este motivo te llamo "hijo". Ya no estás solo. Perdona a todos, a los de tu misma sangre y a los extraños, de la misma forma que Dios te perdona. Y ama al Amor que te ha salvado. Ven un momento conmigo. Quiero decirte unas palabras aparte.

El joven se alza y lo sigue. Cuando están solos, Jesús dice:

-Quiero decirte esto, hijo. El Señor te ha amado mucho, aunque no lo parezca a la luz de un juicio superficial. La vida te ha probado mucho; los hombres te han causado mucho daño: aquélla y éstos hubieran podido hacer de ti una ruina irreparable. Detrás de ellos estaba Satanás, envidioso de tu alma. Pero sobre ti estaba la mirada de Dios. Y esa mirada bendita ha detenido a tus enemigos. Su amor ha enviado a Zaqueo por tu sendero. Y, con Zaqueo, al que te habla, a mí. Ahora, Yo, que te hablo, te digo que debes hallar en este amor todo aquello que no has tenido; que debes olvidar todo aquello que te ha agriado, y perdonar, perdonar a tu madre, perdonar al amo infame, perdonarte a ti mismo. No te odies de mala manera, hijo. Odia tu tiempo de pecado, pero no odies tu espíritu, que ha sabido dejar este pecado. Que tu mente sea buena amiga de tu espíritu, y que juntos alcancen la perfección.

-¿Perfecto yo?

-¿Has oído lo que le he dicho a aquel hombre? ¡Y él ha estado en el fondo del abismo!... ¡Y gracias, hijo!

-¿Por qué cosa, mi Señor? Soy yo el que debe decirte gracias...

-Por no haber querido ir donde quien compra a hombres para traicionarme.

-¡Oh, Señor! ¿Hubiera podido hacerlo sabiendo que no nos desprecias ni siquiera a nosotros siendo bandidos? Yo estaba entre aquellos que te llevaron el cordero al Carit, y uno de nosotros, que ahora ha sido apresado por los romanos -al menos eso se dice, y lo cierto es que desde antes de los Tabernáculos no se le ha vuelto a ver por los refugios de los bandidos- me refirió las palabras que dijiste en un valle de cerca de Modín... Porque yo no estaba todavía con los bandidos. Fui con ellos al final del último Adar y los he dejado al principio de Etanim. Pero no he hecho nada que merezca tu "gracias". Tú eres bueno. Quise ser bueno y advertir a un amigo tuyo... ¿Puedo llamarlo así a Zaqueo?

-Sí, puedes llamarlo así. Todos los que me aman son mis amigos. Tú también lo eres.

-¡Bueno!... quise advertir para que estuvieras en guardia. Pero advertir no merece las gracias...

-Te repito que te doy las gracias por no haberte vendido contra mí. Esto tiene valor.

-¿Y el aviso no?

-Hijo mío, nada podrá impedirle al Odio arremeter contra mí. ¿Has visto alguna vez desbordarse un torrente?

-Sí. Estaba en Yabés Galaad y vi la destrucción causada por el río, salido de su cauce antes del Jordán.

-¿Y pudo alguna cosa detener las aguas?

-No. Todo lo cubrieron y lo destruyeron. Incluso se llevaron casas.

-Así es el Odio. Pero no me arrastrará. Quedaré sumergido, pero no destruido. Y, en la hora amarguísima, el amor de quien no quiso odiar al Inocente será mi confortación, mi luz en las tinieblas de esa hora de Tinieblas, mi dulzura en el cáliz del vino con hiel y mirra.

-¿Tú?... Hablas de ti como si... Ese cáliz es para los ladrones, para quien va a la muerte de cruz. ¡Pero Tú no eres un ladrón! ¡Tú no eres culpable! Tú eres...

-El Redentor. Dame un beso, hijo.

Le toma la cabeza entre las manos y le besa en la frente y luego se inclina para recibir el beso del joven, un beso tímido, que apenas roza la mejilla enjuta... Y luego el joven se deja caer, llorando, en el pecho de Jesús.

-¡No llores, hijo mío! Yo soy sacrificado por el amor. Y es siempre un dulce sacrificio, aunque sea atormentador para la naturaleza humana.

Lo tiene entre sus brazos hasta que el llanto cesa, y luego -llevándolo cogido de la mano, junto a sí- regresa al lugar donde antes estaba Pedro.

Habla de nuevo:

-Mientras tomábamos el alimento, uno de vosotros, no de Israel, ha dicho que quería que le explicara algo. Que lo pregunte ahora, porque pronto tendremos que volver donde la gente y después dejarnos.

-Soy yo el que ha dicho eso. Pero muchos desean saberlo. Zaqueo no lo sabe explicar bien, y tampoco otros de los nuestros que son de tu religión. Hemos preguntado a tus discípulos cuando han pasado por aquí, pero no nos han hablado con claridad.

-¿Y qué es lo que quieres saber?

-Nosotros, respecto al alma, ni siquiera sabíamos que la teníamos. O sea... al menos nosotros habríamos debido saberlo, porque nuestros antiguos... Pero no leíamos a los antiguos. Éramos animales... Y ya no sabíamos qué es esta alma. Ni siquiera ahora lo sabemos. ¿Qué es el alma? ¿Acaso nuestra razón? No creemos que lo sea, porque en tal caso nosotros no la habríamos tenido, y hemos oído decir que sin alma no hay vida. ¿Qué es, entonces, el alma -que nos dicen que es incorpórea, inmortal-, si no es la razón? El pensamiento es incorpóreo, pero no es inmortal porque cesa con nuestra vida. Ni el más sabio piensa después de la muerte.

-El alma, hombre, no es el pensamiento. El alma es el espíritu, es el principio inmaterial de la vida, el principio impalpable, pero verdadero, que anima todo el hombre y perdura después del hombre. Por eso se le llama inmortal. Es algo tan sublime, que hasta el más poderoso pensamiento es nada respecto a ella. El pensamiento termina; el alma, por el contrario, tiene, ciertamente, un principio, pero no un fin. Bienaventurada o réproba, continúa siendo. ¡Dichosos aquellos que saben conservarla pura, o hacerla de nuevo pura después de haberla hecho impura, para devolverla a su Creador como Él se la dio al hombre para animar su humanidad!

-Pero ¿está en nosotros o por encima de nosotros, como el ojo de Dios?

-En nosotros.

-¿Entonces, prisionera en nosotros hasta la muerte? ¿Esclava?

-No. Reina. En el pensamiento eterno, el alma, el espíritu, es la cosa que reina en el hombre, en el animal creado llamado hombre. Ella, viniendo del Rey y Padre de todos los reyes y padres, siendo parte e imagen de Él, don y derecho de Él, teniendo como misión hacer de la criatura llamada hombre un dios después de la vida, un "habitante" de la Morada del sublimísimo, único Dios, es creada reina, y con autoridad y destino de reina. Siervas suyas, todas las virtudes y las facultades del hombre; ministra suya, la buena voluntad del hombre. Siervo suyo, el pensamiento: siervo y alumno, el pensamiento del hombre. Desde el espíritu el pensamiento adquiere potencia y verdad, justicia y sabiduría, y puede elevarse a perfección regia. Un pensamiento privado de la luz del espíritu tendrá siempre lagunas y tinieblas, no podrá nunca darse razón de verdades que son más incomprensibles que misterios para quien, habiendo perdido la regalidad del alma, está separado de Dios. El pensamiento del hombre estará ciego, sufrirá idiotez, si carece del punto base, de la palanca indispensable para comprender, para -dejando la Tierra y lanzándose hacia arriba- alzarse al encuentro de la Inteligencia, de la Potencia, de... en una palabra, de la Divinidad. "Te hablo así a ti, Demetes, porque no has sido siempre simplemente un cambista, y puedes comprender y dar explicación a los demás.

-Eres verdaderamente un vidente, Maestro. No, no he sido solamente un cambista... Es más, éste ha sido el último peldaño de mi descenso... Dime, Maestro, pero, si el alma es reina, ¿por qué no reina entonces y no domeña al mal pensamiento y a la mala carne del hombre?

-Domeñar no sería ni libertad ni mérito, sería opresión.

-Pero también el pensamiento y la carne dominan al alma -hablo de mí, de nosotros- y la hacen esclava demasiadas veces. Por esto decía que si estaba en nosotros en forma de esclava. ¿Cómo puede permitir Dios que algo tan sublime -la has definido "parte de Dios e imagen de Él"- sea humillada por aquello que es inferior?

-Lo que había en el Pensamiento divino era que el alma no conociera la esclavitud. Pero ¿olvidas al enemigo de Dios y del hombre? Los espíritus infernales a vosotros también os son conocidos.

-Sí, y todos con deseos crueles. Y puedo decir que, recordando al niño que era yo, sólo a estos espíritus infernales puedo atribuir el hombre que vine a ser y que he sido hasta el umbral de la vejez. Ahora encuentro otra vez a aquel niño pequeño perdido de entonces. Pero ¿podré hacerme tan niño como para volver a la pureza de entonces? ¡Es que se nos concede el camino hacia atrás en el tiempo?

-No hace falta andar hacia atrás. No podrías hacerlo. El tiempo pasado no regresa, no se puede hacer que vuelva ni se puede volver a él. Pero no es necesario.

Algunos de vosotros son de lugares donde es conocida la teoría de la escuela pitagórica. Teoría de error. Las almas, superada la espera de la Tierra, no vuelven ya jamás a la Tierra en ningún cuerpo. Ni de animal, pues no es conveniente que algo tan sobrenatural viva dentro de un animal; ni de hombre, porque ¿cómo se daría premio al cuerpo reunido con el alma en el último Juicio, si esa alma hubiera tenido como vestido muchos cuerpos? Dicen los que creen en la teoría mencionada que es el último cuerpo el que goza, porque, a través de sucesivas purificaciones, en sucesivas vidas, el alma sólo en la última reencarnación alcanza la perfección digna de premio. ¡Error y ofensa! Error y ofensa a Dios: pensando que Él no ha podido crear sino un número limitado de almas; error y ofensa al hombre: juzgándolo tan corrompido como que merezca difícilmente premio. El premio no se producirá inmediatamente; el noventa y nueve por ciento de las veces deberá sufrir una purificación después de esta vida. Pero purificación es preparación al gozo. Por tanto, quien se purifica es uno que ya se ha salvado. Y, una vez salvado,

gozará, pasado el último Día, con su cuerpo. No podrá tener más que un cuerpo para su alma, ni más de una vida aquí, y, con el cuerpo que le hicieron sus procreadores y el alma que le creó el Creador para vivificar a la carne, gozará el premio.

No se hace posible ni la reencarnación ni la retrocesión en el tiempo. Pero sí se hace posible recrearse con movimiento de libre voluntad, y Dios bendice a estas voluntades y las ayuda. Todos vosotros las habéis tenido. Vese entonces, bajo el lavacro del arrepentimiento, al hombre pecador, vicioso, sucio, delincuente, ladrón, corrompido, corruptor, homicida, sacrílego, adúltero, renacer espiritualmente, destruir la carne corrompida del hombre viejo, deshacer el yo mental aún más corrompido - como si la voluntad de redimirse fuera un ácido, un ácido que ataca y destruye la envoltura malsana tras la cual se esconde un tesoro- y, sacado al desnudo el propio espíritu, habiéndolo purificado, habiéndolo curado, revestirlo con un nuevo pensamiento, con un nuevo vestido de pureza, de bondad, de niñez. ¡Oh, un vestido que puede acercarse a Dios, que puede cubrir dignamente al alma recreada, y custodiarla y ayudarla hasta su supercreación, que es la santidad cabal que mañana -un mañana quizás lejano, si se considera con mente y medida humanas de tiempo; cercanísimo, si es contemplado con pensamiento de eternidad- será gloriosa en el Reino de Dios. Y todos pueden, si quieren, recrear en sí al niño puro de los días infantiles, al niño amoroso, humilde, franco, bueno, al que la madre apretaba contra su pecho, al que el padre miraba gloriándose de él, amado por el ángel de Dios y mirado por Dios con amor. ¡Vuestras madres! Quizás eran mujeres de gran virtud... Dios no dejará sin premio su virtud. Procuraos, pues, una igual, para reuniros con ellas cuando habrá para todos los virtuosos una sola cosa: el Reino de Dios para los buenos. Quizás no eran buenas y contribuyeron a vuestro hundimiento. Pero, si ellas no os han amado, si no conocéis el amor, si esta carencia os ha hecho malos, ahora, que un Amor divino os ha recogido, sed santos para poder en una exultancia celeste gozar del Amor que a todo amor supera. ¿Tenéis algo más que preguntar?

-No, Señor. Todo lo tenemos que aprender. Pero, por el momento, no encontramos nada más...

-Os dejaré a Juan y a Andrés durante unos días. Luego mandaré aquí a discípulos buenos y sabios. Quiero que los potros salvajes conozcan los caminos del Señor y sus pastos, como los de Israel, porque he venido para todos y para todos tengo un mismo modo de amar. Levantaos y vámonos.

Y es el primero en salir al mudado jardín, seguido muy de cerca por los suyos, que se quejan dulcemente:

-Maestro, has hablado a estos como pocas veces hablas a los tuyos...

-¿Y eso os contraría? ¿No sabéis que así se hace también en el mundo cuando se quiere conquistar a una persona amada? Sin embargo, con aquellos que sabemos que nos aman con todo su ser, y ya forman parte de nuestra familia, no hay necesidad de arte de conquista; basta que nos veamos, para estar los unos en los otros con gozo y paz - dice Jesús con una sonrisa divina (tanto comunica la alegría, que hay que decirla efectivamente divina).

Y los apóstoles ya no se quejan; es más, gozosos, lo miran, y se quedan arrobados en la exultación del recíproco amor.

525

El juicio sobre Sabea de Betlequí.

Bien pobre es la hacienda que alimenta al grupo heterogéneo de los amigos de Zaqueo. No alegra el corazón, especialmente ahora que es invierno. Pero, no obstante, ellos le tienen afecto. Así que muestran con orgullo a Jesús esa propiedad: tres campos arados, pardos, para trigo; árboles frutales (pocos de ellos productivos y los otros demasiado jóvenes como para esperar que lo sean); alguna hilera de vides esmirriadas; la huerta; un pequeño establo con una vaquita y un burro para la noria; un recinto con pocas gallinas y cinco parejas de palomas; seis ovejas; una choza con una cocina y tres cuartos; un cobertizo que hace de leñera, trastero y henil; un pozo con el brocal descantillado y una cisterna de agua limosa. Nada más.

«Sí nos ayuda la estación...», «Sí los animales crían...», «Si los arbolitos arraigan...».

Todo es en condicional... Esperanzas muy precarias...

Pero uno se acuerda de lo que oyó decir años antes -de la prodigiosa recolección que tuvo Doras por una bendición que dio el Maestro para que Doras fuera humano con sus siervos labradores- y dice:

-Y si bendijeras este lugar... También Doras era pecador...

-Tienes razón. Lo que hice sabiendo que ello no cambiaría aquel corazón lo haré para vosotros que tenéis cambiado el corazón.

Y abre los brazos para bendecir, y dice:

-Lo hago inmediatamente, porque quiero persuadiros de que os quiero.

Luego prosiguen el camino hacia el río, bordeando campos arados de rica tierra oscura, y árboles frutales desnudados por la temporada.

En una curva se ve venir a algunos fariseos.

-La paz a ti, Maestro. Te hemos esperado aquí para... venerarte.

-No. Para estar seguros de que no urdía engaño. Habéis hecho: bien. Convinceos de que no he tenido la posibilidad de ver a la mujer ni a ninguno de los que están con ella. Vosotros, tú y tú, estabais de guardia en la casa de Zaqueo y habéis visto que ninguno de nosotros ha salido. Vosotros me habéis precedido por el camino y habéis visto que ninguno de nosotros se ha adelantado. En vuestro corazón deseáis imponerme una serie de cláusulas respecto al encuentro con esa mujer, y Yo os digo que las acepto antes incluso de que las formuléis.

-Pero... si no las sabes...

-¿No es, acaso, verdad, que me las queréis formular?

-Es verdad.

-De la misma forma que conozco esta intención vuestra, manifiesta sólo a vosotros, también sé lo que me vais a decir. Y os digo que acepto lo que queréis proponerme porque servirá para dar gloria a la Verdad. Hablad.

-¿Sabes como están las cosas?

-Sé que consideráis endemoniada a la mujer; y que, no obstante, ningún exorcista ha podido expulsar de ella al demonio; y que, no obstante, no pronuncia palabras de demonio (esto dicen los que la han oído hablar).

-¿Puedes jurar que no la has visto nunca?

-El justo no jura nunca, porque sabe que tiene derecho a ser creído por su palabra. Yo os digo que no la he visto nunca y que nunca he pasado por su pueblo, y todo el pueblo puede confirmarlo.

-Pues, a pesar de todo, sostiene que conoce tu cara y tu voz.

-Su alma, efectivamente, me conoce por voluntad de Dios.

-Tú dices que por voluntad de Dios. Pero ¿cómo puedes afirmarlo?

-Me han referido que pronuncia palabras inspiradas.

-También el demonio habla de Dios.

-Pero con errores mezclados arteramente, para desviar a los hombres a pensamientos de error.

-Bueno, pues... quisiéramos que nos dejaras probar a la mujer.

-¿En qué modo?

-¿No la conoces en absoluto?

-Os estoy diciendo que no.

-Bueno, pues entonces vamos a mandar a alguno adelante gritando: "¡Aquí está el Señor!" y vamos a ver si ella saluda al que va a ir con él como si fueras Tú.

-¡Una prueba pobre! Pero acepto. Elegid entre los que me acompañan a los que vais a mandar adelante. Yo os seguiré con los otros. Pero, si la mujer habla, debéis dejarla hablar, para que Yo juzgue sus palabras.

-Es justo. Pacto cerrado, y lo mantendremos lealmente.

-Que así sea y que sirva para tocaros el corazón.

-Maestro, no todos somos adversarios. Algunos de entre nosotros están en actitud de espera... y con la voluntad sincera de ver la verdad para seguirte - dice un escriba.

-Es verdad. Y a éstos aún los amaré Dios.

Los escribas examinan a los apóstoles y se extrañan de la ausencia de muchos, especialmente de Judas Iscariote. Luego eligen a Judas Tadeo y a Juan; y a otro más: al joven ladrón convertido, que está pálido y delgado y cuyos cabellos tienden al color rojizo. En definitiva, eligen a aquellos que en edad o fisonomía tienen puntos en común con el Maestro.

-Vamos a adelantarnos con éstos. Tú quédate aquí con nuestros compañeros y los tuyos, y síguenos dentro de un rato.

Así se hace.

Ya ven los bosques que orillan el río. El sol poniente de invierno tiñe de oro las cimas de los árboles y esparce una luz amarilla y clara sobre las personas que están recogidas entre los árboles.

-¡Aquí está el Mesías! ¡Está aquí! ¡Poneos en pie! ¡Salid a su encuentro! - gritan los escribas que se han adelantado, y tuercen hacia un sendero que termina en un roble colosal, de poderosas raíces semidescubiertas para asiento de quien se refugia al lado de su tronco.

El grupo de personas recogido alrededor se vuelve; se pone en pie, se abre y se disgrega, para salir al encuentro de los que llegan. Junto al tronco se quedan solamente tres escribas, Juan de Éfeso y dos ancianos (un hombre y una mujer); más otra mujer que está sentada en una raíz que asoma sobre la tierra, con la espalda apoyada en el tronco, la cabeza agachada y reclinada sobre las rodillas, que tiene a su vez estrechadas entre los brazos anudados; toda cubierta por un velo de un morado tan cargado que parece negro. Parece ajena a todo. No reacciona con el griterío.

Un escriba la toca en el hombro:

-Está aquí el Maestro, Sabea. Levántate y salúdalo.

La mujer ni responde ni se mueve.

Los tres escribas se miran y sonríen irónicos, haciendo un gesto de conchabanza a los otros que se están acercando. Y, dado que los que esperaban, al no ver a Jesús, se habían callado, ellos gritan más fuerte que nunca -ellos y sus cómplices- para que la mujer no se dé cuenta del engaño.

-Mujer - dice un escriba a la anciana madre que está con su hija - al menos tú saluda al Maestro y di a tu hija que lo haga también.

La mujer se postra, junto con su marido, ante Judas Tadeo y Juan y el ladrón arrepentido; luego, levantándose, dice a su hija:

-Sabea, tu Señor está aquí. Venéralo.

La joven no se mueve.

La sonrisa irónica de los escribas se acentúa, y uno, delgado y narigudo, dice con voz nasal y alargando las palabras:

-¿No te esperabas esta prueba, no es verdad? Y tu corazón se estremece. Sientes que tu fama de profetisa está en peligro y no pruebas suerte... Me parece que esto es suficiente para definirte como embustera...

La mujer levanta la cabeza de golpe. Echa hacia atrás el velo y mira con ojos bien abiertos mientras dice:

-No miento, escriba. Y no tengo miedo, porque estoy en la verdad. ¿Dónde está el Señor?

-¿Cómo es eso? ¿Dices que lo conoces y no lo ves? Lo tienes delante de ti.

-Ninguno de éstos es el Señor. Por eso no me movía. Ninguno de estos.

-¿Ninguno de éstos? ¿Y ese galileo rubio no es el Señor? Yo no lo conozco, pero sé que es rubio y con ojos de cielo.

-No es el Señor.

-Entonces este alto y de aspecto grave. Mira qué trazos de rey. Sin duda es Él.

-No es el Señor. No es ninguno de éstos el Señor - y la mujer baja de nuevo la cabeza y la mete entre las rodillas (como estaba antes).

Pasa un rato. Luego... ya se ve venir a Jesús. Los escribas han impuesto silencio a la poca gente. Por tanto, su llegada no resulta advertida por ninguna aclamación. Jesús viene delante, entre Pedro y su primo Santiago. Anda lentamente... silenciosamente... La hierba tupida ahoga todo rumor de pasos. Y Jesús -mientras la vieja se enjuga las lágrimas con su velo, mientras un escriba dice estas palabras hirientes: «Vuestra hija está desquiciada y miente», mientras el padre suspira e incluso reprende a su hija- llega al linde del sendero y se para.

La joven, que no ha podido oír nada, que no ha podido ver nada, se pone en pie bruscamente, arroja el velo, descubre así toda la cabeza, echa hacia delante los brazos emitiendo un grito poderoso:

-¡Ahí está y viene a mí mi Señor! ¡Éste es el Mesías, oh hombres que queréis engañarme y envilecerme! ¡Veo sobre Él la luz de Dios señalándomelo, y yo lo venero! - y se arroja al suelo, pero quedándose donde estaba, a unos dos metros de Jesús. Rostro en tierra, entre la hierba, grita:

-¡Yo te saludo, Rey de los pueblos, Admirable, Príncipe de paz, Padre del siglo sin fin, Caudillo del pueblo nuevo de Dios! - y permanece postrada bajo su amplio manto oscuro, de un morado casi negro, como el velo.

Pero, en el momento en que se ha levantado, pegada al tronco negro y, arrojado el velo, se ha quedado con los brazos tendidos hacia delante, como una estatua- he podido observar que bajo el manto está vestida con una túnica de gruesa lana de un blanco marfileño, ceñida simplemente con un cordón en el cuello y en la cintura. Y, sobre todo, he podido admirar su belleza de mujer madura. Tendrá treinta años. Y treinta años en Palestina equivalen, al menos, a cuarenta de los nuestros generalmente: porque, si para María Santísima esta regla tiene una excepción, para las otras mujeres la madurez llega pronto, y especialmente para las de cabellos y tez morenos y bien modeladas como ésta. Ella es el tipo clásico de la mujer hebrea. Creo que así habrán sido Raquel, Rut y Judit, celebres por su belleza. Alta, llena y bien conformada, pero esbelta, lisa su piel de morenita palidez, pequeña la boca de labios un poco abultados, vivamente rojos, nariz recta, larga, delgada, dos ojos profundos, oscuros, de suavidad de terciopelo entre arcos de pestañas largas y apretadas, frente alta, lisa, regia, algo alargado el óvalo de su cara, espléndidos cabellos de ébano como una corona de ónix. No lleva ninguna joya, pero tiene un cuerpo estatuario y una majestuosidad de reina.

Y ahora se alza, apoyándose en sus manos largas, morenitas, bellísimas, unidas a los brazos por una muñeca delgada. Ya está en pie de nuevo, contra el tronco oscuro. Mira en silencio ahora al Maestro, y menea la cabeza porque algunos escribas le dicen: -Te equivocas, Sabea. No es Él el Mesías, sino el que antes has visto y no has reconocido.

Ella menea la cabeza, firme, severa, y no aparta los ojos del Señor. Luego su rostro se transfigura y adquiere una expresión que no sabría decir si es de alegría ferviente o de somnolencia extática; participa de ambas cosas, porque parece palidecer como quien está próximo al desvanecimiento, mientras que toda la vida se concentra en sus ojos, que se iluminan con una luz de alegría, de triunfo, de amor... No sé. ¿Ríen esos ojos? No, no ríen, como tampoco lo hace la severa boca; y, sin embargo, hay en ellos una luz de alegría, y cada vez adquieren mayor potencia de intensidad, de una intensidad que impresiona.

Jesús la mira con su mirada mansa, un poco triste.

-¿Ves como es una demente? - le susurra un escriba.

Jesús no replica. Mira y calla, con la mano izquierda suelta y sujetándose con la derecha el manto a la altura del pecho.

Y la mujer abre la boca y extiende los brazos como antes. Parece una enorme mariposa de alas moradas y cuerpo de marfil viejo. Un nuevo grito sale de sus labios: -¡Oh Adonai, eres grande! ¡Sólo Tú eres grande, Adonai! Grande eres en el Cielo y en la Tierra, en el tiempo y en los siglos de los siglos, y más allá del tiempo, desde siempre y para siempre. ¡Oh Señor, Hijo del Señor! Bajo tus pies están tus enemigos, sujeto está tu trono por el amor de los que te aman.

La voz se hace cada vez más segura y fuerte, al mismo tiempo que los ojos se separan del rostro de Jesús y miran a un punto lejano, un poco por encima de las cabezas, atentas, que tiene a su alrededor y que ella domina sin esfuerzo, pues está erguida y pegada al tronco de este roble crecido en una prominencia del terreno, como encima de un pequeño ribazo.

Después de una pausa, sigue hablando:

-El trono de mi Señor está adornado con las doce piedras de las doce tribus de los justos. En la gran perla que es el trono (el blanco, precioso trono esplendoroso del santísimo Cordero), están engarzados topacios con amatistas, esmeraldas con zafiros, rubíes con sardónices, y ágatas y crisolitos y berilos, ónices, diaspros, ópalos. Los que creen, los que esperan, los que aman, los que se arrepienten, los que viven y mueren en la justicia, los que sufren, los que dejan el error por la Verdad, los que eran duros de corazón y se hicieron mansos en su Nombre, los inocentes, los arrepentidos, los que se despojan de todas las cosas para ser ágiles en el seguimiento del Señor, los vírgenes, cuyo espíritu resplandece con una luz semejante a un alba del Cielo de Dios... ¡Gloria al Señor! ¡Gloria a Adonai! ¡Gloria al Rey sentado en su trono!

La voz es un tañido. Un estremecimiento recorre a la gente congregada. La mujer parece realmente ver aquello de que habla, como si la nube dorada que navega en el cielo sereno y que ella parece seguir con su mirar arrobado le hiciera de lente para ver las glorias celestes.

Ahora descansa, como si estuviera cansada, aunque sin cambiar de actitud. La única diferencia es que su cara se transfigura aún más, en la palidez de la epidermis y en el fulgor de los ojos. Luego, bajando la mirada hacia Jesús, que la está escuchando atento, rodeado por un círculo de escribas que, escépticos y sarcásticos, menean la cabeza, y de apóstoles y seguidores pálidos de sagrada emoción, prosigue, prosigue con voz distinta y menos alta:

-¡Veo! Veo en el Hombre lo que se cela en el Hombre. Santo es el Hombre, pero mi rodilla se dobla ante el Santo de los Santos que está dentro del Hombre.

La voz vuelve a ser ahora fuerte, imperiosa como una orden:

-¡Mira a tu Rey, pueblo de Dios! ¡Conoce su Rostro! La Belleza de Dios está delante de ti. La Sabiduría de Dios ha tomado una boca para instruirte. Ya no son los profetas, pueblo de Israel, los que te hablan del Innombrable. Es Él mismo. Él, que conoce el Misterio que es Dios, es el que te habla de Dios. Él, que conoce el Pensamiento de Dios, es el que te arrima a su pecho, oh pueblo que todavía eres párvulo después de tantos siglos, y te nutre con la leche de la Sabiduría de Dios para hacerte adulto en Dios. Para hacer esto se ha encarnado en un seno, en un seno de mujer de Israel, que ante Dios y ante los hombres es mayor que cualquier otra mujer. Ella cautivó el corazón de Dios con uno solo de sus latidos de paloma. La belleza de su espíritu hechizó al Altísimo y Él ha hecho de Ella su trono. María de Aarón pecó porque en ella estaba el pecado. Débora juzgó lo que había de hacerse, pero no obró con sus manos. Yael fue fuerte, pero se manchó de sangre. Judit era justa y temía al Señor, y Dios estuvo en sus palabras y le permitió aquel acto para que fuera salvado Israel, pero por amor a la patria usó astucia homicida. Pero la Mujer que lo ha generado supera a estas mujeres, porque es la Sierva perfecta de Dios y le sirve sin pecar. Toda pura, inocente y hermosa, es el hermoso Astro de Dios, desde su alba hasta su ocaso. Toda hermosa, esplendorosa y pura por ser Estrella y Luna, Luz de los hombres para encontrar al Señor. Ni precede ni sigue al Arca santa, como María de Aarón, porque Arca es Ella misma. Sobre la tenebrosa onda de 1a Tierra cubierta por el diluvio de los pecados, Ella camina y salva, porque quien entra en Ella encuentra al Señor. Paloma sin mancha, sale y vuelve con el olivo, el olivo de paz para los hombres, porque Ella es la Oliva especiosa. Calla, y en su silencio habla y obra más que Débora, Yael y Judit, y no aconseja la batalla, no incita a las matanzas, no derrama más sangre que la suya más selecta, la sangre con la que formó a su Hijo. ¡Pobre Madre! ¡Madre sublime!... Temía Judit al Señor, pero de un hombre había sido su flor. Ésta ha dado al Altísimo su flor intacta, y el Fuego de Dios ha descendido al cáliz de la suave azucena, y un seno de mujer ha contenido y llevado la Potencia, la Sabiduría y el Amor de Dios. ¡Gloria a la Mujer! ¡Cantad, mujeres de Israel, sus alabanzas!

La mujer se calla, como si su voz estuviera sin fuerzas. Efectivamente, no sé cómo logra mantener ese timbre tan fuerte. Los escribas dicen:

-¡Está loca! ¡Está loca! Dile que se calle. Loca o poseída. Impón al espíritu que la tiene poseída que se vaya.

-No puedo. No hay más que espíritu de Dios, y Dios no se expulsa a sí mismo.

-No lo haces porque os alaba a ti y a tu Madre y ello estimula tu orgullo.

-Escriba, reflexiona en lo que sabes de mí y verás que Yo no conozco el orgullo.

-Pues, a pesar de todo, sólo un demonio puede hablar en ella para celebrar así a una mujer... ¡La mujer! ¿Y qué es en Israel y para Israel la mujer? ¿Y qué es, sino pecado, ante los ojos de Dios? ¡La seducida y seductora! Si no hubiera fe, difícilmente se podría pensar que en la mujer hubiera un alma. Le está prohibido acercarse al Santo por su impureza.

-¡Y ésta dice que Dios descendió a Ella!... – dice otro escriba, escandalizado, y sus compinches le hacen coro.

Jesús, sin mirar a nadie a la cara -parece que hable consigo mismo - dice:

-La Mujer aplastará la cabeza de la Serpiente... La Virgen concebirá y dará a luz a un Hijo que será llamado Emmanuel...

Un vástago saldrá de la raíz de Jesé, una flor brotará de esta raíz y en Ella descansará el Espíritu del Señor". Esta Mujer. Mi Madre. Escriba, por el honor de tu saber, recuerda y comprende las palabras del Libro. (*Génesis 3, 15; Isaías 7, 14; 11, 1-2*)

Los escribas no saben qué responder. Esas palabras las han leído mil veces y mil veces las han considerado verdaderas. ¿Pueden negarlo ahora? Callan.

Uno ordena que se enciendan hogueras, porque ya se siente el frío junto a las orillas por donde pasa el viento vespertino. Obedecen, cual corona en torno al grupo compacto, llamean candeladas de ramajes.

La luz bailarina del fuego parece hacer reaccionar a la mujer, que se había callado y que estaba con los ojos cerrados como recogida en sí misma Abre de nuevo los ojos, reacciona. Mira otra vez a Jesús y grita de nuevo:

-¡Adonai! ¡Adonai, Tú eres grande! ¡Cantemos a1 Divino un cántico nuevo! ¡Shalem! ¡Shalem! ¡Malquih!!... (lo escribo así, pero la "h" es aspirada como casi una "c" pronunciada por toscanos). ¡Paz! ¡Paz! ¡Oh Rey, al que nada se resiste!...

La mujer se calla de golpe. Pasa su mirada -la primera vez desde que empezó a hablar- por los que están alrededor de Jesús, y fija sus ojos en los escribas como si los viera por primera vez, y, sin motivo aparente, algunas lágrimas se forman en sus grandes ojos y la cara se le pone triste y mate.

Habla lentamente ahora, y con voz profunda como quien expresa cosas dolorosas:

-No. ¡Hay quien te resiste! ¡Pueblo, escucha! Desde después de mi dolor, pueblo de Betlequi, me has oído hablar. Después de años de silencio y dolor, he sentido y he dicho lo que sentía. Ahora ya no estoy -virgen viuda que encuentra en el Señor su única paz- en los verdes bosques de Betlequi; no tengo alrededor sólo a mis vecinos para decirles: "Temamos al Señor porque ha llegado la hora de estar preparados para su llamada. Embellezcamos el vestido del corazón para no ser indignos en su presencia. Cifémonos de fortaleza, porque la hora del Cristo es hora de prueba. Purifiquémonos como hostias para el altar, para que podamos ser acogidos por Aquel que lo envía. El que sea bueno que crezca en bondad. El que sea soberbio que se haga humilde. El que sufre de lujuria que se desprenda de su carne para poder seguir al Cordero. El avaro hágase benefactor, porque Dios es benefactor nuestro con su Mesías. Y todos practiquen la justicia para poder pertenecer al Pueblo del Bendito que viene". Ahora hablo ante Él y ante quien cree en Él, y también ante quien no cree y ultraja al Santo y a los que creen en El y hablan en su Nombre. Pero no tengo miedo. Decís que estoy loca, decís que a través de mí habla un demonio. Sé que podríais hacer que me lapidaran como blasfema. Sé que lo que os voy a decir os va a parecer insulto y blasfemia, y que me odiaréis. Pero no tengo miedo. Última, quizás, de las voces que hablan de Él antes de su Manifestación, me espera, quizás, la suerte que otras voces sufrieron; pero no tengo miedo. Demasiado largo es el exilio en el frío y en la soledad de la Tierra para el que piensa en el seno de Abraham, en el Reino de Dios que el Cristo nos abre, más santo que el santo seno de Abraham. Sabea de Carmel de la estirpe de Aarón no le teme a la muerte. Pero al Señor sí. Y habla cuando Él la mueve a hablar, para no desobedecer a su voluntad. Y dice la verdad porque habla de Dios con las palabras que Dios le da. No tengo miedo a la muerte. Aunque me llaméis demonio y me lapidéis como blasfema, aunque mi padre y mi madre y mis hermanos, por este deshonor, mueran, no temblaré de miedo ni de aflicción. Sé que el demonio no está en mí, porque en mí calla todo estímulo maléfico, y toda Betlequi lo sabe. Sé

que las piedras podrán sólo introducir en mi canto una pausa más breve que un respiro, y que después mi canto recibirá más amplio respiro en la libertad de más allá de la Tierra. Sé que Dios consolará el dolor de los de mi sangre, y que será breve; mientras que será eterno, después, su gozo de ser parientes mártires de una mártir. No temo vuestra muerte, sino la que me vendría de Dios si no le obedeciera. Y hablo. Y digo lo que se me dice. ¡Oh, pueblo, escucha, y escuchad vosotros, escribas de Israel!

Alza de nuevo su acongojada voz y dice:

-Una voz, una voz viene de lo alto y grita en mi corazón. Y dice: "El antiguo Pueblo de Dios no puede cantar el nuevo cántico porque no ama a su Salvador. Cantarán el cántico nuevo los salvados de todas las naciones, los del Pueblo nuevo del Cristo Señor, no los que odian a mi Verbo"... ¡Horror! (da verdaderamente un grito que estremece). ¡La voz da luz, la luz da vista! ¡Horror! ¡Yo veo!

El grito es casi un aullido. Se retuerce, como si la tuvieran sujeta ante un espectáculo tremendo que le torturara el corazón, y tratara de poner fin a él huyendo. Se le cae de los hombros el manto, de forma que se queda sólo con su túnica blanca contra el gran tronco negro. Con la luz, que se va reduciendo lentamente en el reflejo verde del bosque y rojizo y bailarín de las llamas, su cara adquiere un aspecto profundamente trágico. Se forman unas sombras bajo los ojos, bajo la nariz, bajo el labio. La cara parece socavada por el dolor. Se retuerce las manos mientras repite, más bajo:

-¡Veo! ¡Veo! - y bebe sus lágrimas mientras continúa:

-Veo los delitos de este pueblo mío. Y soy impotente para detenerlos. Veo el corazón de mis compatriotas: no puedo cambiarlo. ¡Horror! ¡Horror! Satán ha salido de sus lugares y ha venido a hacer morada en el corazón de éstos.

-¡Mándala callar! - ordenan los escribas a Jesús.

-Habéis prometido dejarla hablar... - responde Jesús.

La mujer prosigue:

-¡Rostro en tierra, en el barro, Israel que todavía sabes amar al Señor! ¡Cúbrete de ceniza, vístete de cilicio! ¡Por ti! ¡Por ellos! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén, sálvate! Veo una ciudad agitada pidiendo un delito. Oigo, oigo el grito de los que, con odio, invocan que caiga sobre ellos una sangre. Veo levantar a la Víctima en la Pascua da Sangre y veo fluir esa Sangre, y oigo gritar esa Sangre más que la de Abel, al mismo tiempo que se abren los cielos y la tierra tiembla y el sol se oscurece. ¡Y esa Sangre no grita venganza, sino que suplica piedad para su Pueblo asesino, piedad para nosotros! ¡¡Jerusalén!!! ¡Conviértete! ¡Esa Sangre! ¡Esa Sangre! ¡Un río! Un río que lava al mundo sanando todo mal, borrando toda culpa... Pero para nosotros, para nosotros de Israel, esa Sangre es fuego, para nosotros es cincel que escribe en los hijos de Jacob el nombre de deícidas y la maldición de Dios. ¡Jerusalén! ¡Ten piedad de ti misma y de nosotros!...

-¡Pero haz que se calle! ¡Te lo ordenamos! - gritan los escribas mientras la mujer solloza cubriéndose la cara.

-No puedo imponer a la Verdad que se calle.

-¡Verdad! ¡Verdad! ¡Es una demente que está delirando! ¿Qué Maestro eres, si tomas como verdad las palabras de una que delira?

-¿Y qué Mesías eres, si no sabes hacer que se calle una mujer?

-¿Y qué Profeta eres, si no sabes poner en fuga al demonio? ¡Sin embargo, otras veces lo has hecho!

-Lo ha hecho, sí. Pero ahora no le conviene. ¡Todo es un juego bien montado para atemorizar a las turbas!

-¿Y habría elegido esta hora, este lugar y este puñado de hombres para hacerlo, cuando habría podido hacerlo en Jericó, cuando ha tenido cinco y más de cinco mil personas que me han seguido y circundado en varias ocasiones, cuando el recinto del Templo ha sido escaso para recibir a todos los que querían oírme? ¿Y puede, acaso, el demonio pronunciar palabras de sabiduría? ¿Quién de vosotros, en conciencia, puede decir que un solo error ha salido de esos labios? ¿No resuenan en sus labios, con voz de mujer, las terribles palabras de los profetas? ¿No oís el grito desgarrador de Jeremías, el llanto de Isaías y de los otros profetas? ¿No oís la voz de Dios a través de la criatura, la Voz que trata de ser acogida por vuestro bien? A mí no me escucháis. Podéis pensar que hablo en mi favor. Pero ésta, desconocida para mí, ¿qué favor espera de estas palabras? ¿Qué le acarrearán, sino vuestro desprecio, vuestras amenazas y quizás vuestra venganza? ¡No, ciertamente no le impongo silencio! Es más, para que estos pocos la oigan, y también vosotros oigáis y podáis enmendaros, le ordeno: "¡Habla! ¡Habla, te digo, en nombre del Señor!"

Ahora es Jesús el que aparece majestuoso, es el Cristo poderoso de las horas de milagro, de grandes ojos magnéticos con un esplendor de estrella azul que la llama de una hoguera, encendida entre la mujer y Él, aviva aún más. La mujer, por el contrario, oprimida por el dolor, aparece menos regia, y tiene agachada la cabeza, cubierta la cara con las manos y con sus cabellos negros, que se han soltado y le caen por detrás y por delante, como un velo de luto sobre la túnica blanca.

-Habla, te digo. No carecen de fruto tus dolorosas palabras. ¡Sabea, de la estirpe de Aarón, habla!

La mujer obedece. Pero habla bajo, tanto que todos se arriman para oírla mejor. Parece como si se hablara a sí misma, mirando hacia el río, que corre con su frufrú por su derecha formando un último cabrilleo de aguas con las últimas luces del día. Y parece hablarle al río:

-Jordán, sagrado río de nuestros padres, que tienes ondas cerúleas y crespas cual precioso lino cendalí, y en ellas reflejas las estrellas puras y la cándida Luna, y acaricias a los sauces de tus orillas, y eres río de paz, y... a pesar de todo, conoces mucho dolor. Jordán, que en las horas de tormenta, en las ondas hinchadas y agitadas transportas las arenas de mil torrentes y lo que ellos han arrebatado con violencia, y algunas veces tronchas un tierno arbusto en que hay un nido y lo transportas vortiginoso hacia el abismo mortal del mar Salado, y no tienes piedad de la pareja de pájaros que siguen a su nido, volando, chillando de dolor, a su nido destruido por tu violencia. Así verás, sagrado Jordán, acometido por la ira divina, arrancado de sus casas y del altar, ir a la destrucción y perecer en la muerte más grande, verás ir al pueblo que no recibió al Mesías. ¡Pueblo mío, sálvate! ¡Cree en tu Señor! ¡Sigue a tu Mesías! Reconócelo en lo que es. No rey de pueblos y ejércitos. Rey es de las almas, de tus almas, de todas las almas. Ha descendido para recoger a las almas justas, y subirá de nuevo para conducir las almas al Reino eterno.

¡Vosotros que todavía podéis amar, abrazaos al Santo! ¡Vosotros a quienes os preocupan los destinos de la Patria, uníos al Salvador! ¡Que no muera toda la progenie de Abraham! Apartaos de los falsos profetas de bocas -mentirosas y corazones adictos al pillaje que quieren alejaros de la Salvación. Salid de las tinieblas que alzan en torno a vosotros. ¡Escuchad la voz de Dios! Los grandes a los que hoy teméis son ya polvo en el decreto de Dios. Uno sólo es el Viviente. Los lugares en que reinan y desde los cuales subyugan son ya ruinas. Sólo uno perdura. ¡Jerusalén! ¿Dónde están los briosos hijos de Sión de que te glorías? ¿Dónde, los rabíes y los sacerdotes con que te adornas y en que te admiras a ti misma? ¡Míralos! Subyugados, encadenados, van hacia el destierro; entre los escombros de tus edificios, entre el hedor de los muertos por espada y hambre. Te alcanza el furor de Dios, Jerusalén que rechazas a tu Mesías y lo hieres en el rostro y el corazón. Toda belleza en ti está destruida, toda esperanza está para ti muerta, profanados están el Templo y el altar...

-¡Haz que se calle! ¡Está blasfemando! Decimos que hagas que se calle.

--- Rasgado el efod. Ya no es necesario...

-¡Eres culpable si no le impones que se calle!

--- Porque ya no reina. Hay otro, eterno Pontífice, y es santo, y constituido por Dios: Rey y Sacerdote para siempre, por Aquel que hace tuyas las ofensas infligidas al Cristo, y las vengas. Otro Pontífice. El Verdadero, el Santo, Ungido por Dios y con su Sacrificio, que sustituye a aquellos sobre cuya frente es un desdoro la tiara, porque cubre pensamientos de horror...

-¡Calla, maldita! ¡Calla o descargamos nuestra mano sobre ti! - y los escribas la ultrajan. Pero ella parece no sentir.

La gente se agita:

-¡Dejadla hablar, vosotros que habláis tanto! Está diciendo la verdad. Es así. Ya no hay santidad entre vosotros. Uno sólo es el Santo y vosotros lo vejáis.

Los escribas consideran prudente callar, y la mujer continúa con su voz cansada y doliente:

-Había venido a traerte la paz y le has presentado guerra... salvación, y lo has escarnecido... amor, y lo has odiado... milagros, y le has llamado demonio... Sus manos han curado a tus enfermos y tú las has atravesado. Te traía la Luz, y has cubierto de esputos y porquerías su cara. Te traía la Vida, y tú le has dado la muerte. Israel, llora tu error y no impreques contra el Señor mientras vas hacia este destierro tuyo, que no tendrá término como los del pasado. Recorrerás toda la Tierra, Israel, pero como pueblo vencido y maldito, seguido por la voz de Dios con las mismas palabras dirigidas a Caín. Y aquí no podrás volver a reconstruir un sólido nido sino cuando reconozcas con los otros pueblos que éste es Jesús, el Cristo, el Señor Hijo del Señor...

La mujer tiene ahora voz blanca, de dolor y fatiga, cansada como la voz de un moribundo. Pero no calla todavía; antes al contrario, se reanima para un último imperativo:

-A1 suelo, pueblo que sabes todavía amar. Cúbrete de ceniza, vístete de cilicio. El furor de Dios se cierne sobre nosotros como una nube cargada de granizo y rayos sobre un campo maldito.

La mujer cae al suelo, de rodillas, con los brazos extendidos hacia Jesús, y grita: -¡Paz, paz, oh Rey de justicia y de paz! ¡Paz, oh Adonai grande y poderoso, a quien ni siquiera el Padre niega nada! ¡Impetra paz para nosotros, por tu Nombre, oh Jesús, Salvador y Mesías, Redentor y Rey, y Dios, tres veces santo! - y se derrumba, convulsa a causa de los sollozos, con la cara contra la hierba.

Los escribas rodean a Jesús y lo llevan aparte, y alejan a todos los demás con miradas y palabras amenazadoras, y uno de ellos dice:

-Lo menos que puedes hacer es curarla. Porque, aunque quieras afirmar taxativamente que está libre de demonio, lo que no puedes negar es que sea una enferma. ¡Mujeres!... Y mujeres sacrificadas por el destino... Su vitalidad bien que se debe manifestar por alguna parte... y divagan... y ven cosas irreales... y, sobre todo, te ven a ti que eres joven y apuesto... y...

-¡Cállate, boca de serpiente! Ni tú mismo crees en lo que dices - reacciona Jesús, con una actitud de mando que interrumpe las palabras en los labios del escriba delgado y narigudo que al principio del hecho había escarnecido a la mujer como falsa profetisa.

-No ofendamos al Maestro. Lo hemos elegido como juez de un caso que nosotros no logramos juzgar... - dice otro escriba (el que había ido con los otros al encuentro de Jesús por el camino y le había dicho que no todos los escribas estaban contra Él, sino que algunos le observaban para emitir un juicio, con la sincera voluntad de seguirle si lo consideraban Dios).

-¡Cállate, Joel el Alamot, hijo de Abías! Sólo un mal nacido como tú puede decir esas palabras - arremeten contra él los otros.

El escriba, oído este insulto, se congestiona, pero se domina y responde con dignidad:

-Si la naturaleza me ha sido adversa en el cuerpo, ello no me ha hecho deficiente el intelecto. Al contrario, vedándome muchos placeres, ha hecho de mí el hombre de la cordura. Y, si fuerais santos, no humillaríais al hombre; antes bien, respetaríais al -cuerdo.

-¡Bien, bueno! Vamos a hablar de lo que nos urge. Tú tienes el deber de curarla, Maestro, porque con ese delirio suyo asusta a la gente y ofende al sacerdocio, a los fariseos y a nosotros.

-¿Si os hubiera alabado me diríais que la curara? - pregunta Jesús dulcemente.

-No. Porque serviría para hacer a la gente respetuosa de nosotros, a este pueblo cabruno que nos odia en su corazón y no pierde ocasión de escarnecernos - responde un escriba, sin darse cuenta de que cae en una trampa.

-¿Pero no seguiría siendo una enferma? ¿No tendría el deber de curarla? - pregunta, otra vez con dulzura, Jesús (parece un escolar que estuviera preguntando al maestro lo que debe hacer).

Y los escribas, cegados por la soberbia, no comprenden que se están confesando a sí mismos...

-En ese caso, no. ¡Es más: dejarla, dejarla con su delirio! Hacer lo posible para que la gente crea que es profetisa. ¡Honrarla! Señalarla...

-¿Pero si fueran cosas no verdaderas?...

-¡Maestro, aparte del punto en el que dice cosas contra nosotros, el resto serviría mucho para elevar el orgullo de Israel contra los romanos y para tener bajo el orgullo del pueblo hacia nosotros!

-Pero no se le podría decir: "Habla así, pero no digas eso" - dice firmemente Jesús.

-¿Y por qué?

-Porque quien delira habla sin saber lo que dice.

-¡Con monedas y alguna amenaza... se obtendría todo! Hasta a los profetas se los regulaba...

-En verdad, me resulta gratuita esa afirmación...

-¡Ya! Porque no sabes leer entre líneas y porque no todo se ha dejado escrito.

-Pero el espíritu profético no conoce imposiciones, escriba. Viene de Dios, y a Dios ni se le compra ni se le amedrenta - dice Jesús, cambiando de tono. Es el principio de su contraataque.

-Pero ésta no es profetisa. Ya no es tiempo de profetas.

-¿Ya no es tiempo de profetas? ¿Y por qué?

-Porque no nos los merecemos. Estamos demasiado corrompidos.

-¿Verdaderamente? ¿Y lo dices tú? ¿Tú, que poco antes la juzgabas digna de castigo porque decía esa misma cosa?

El escriba se queda desorientado.

Le ayuda otro:

-El tiempo de los profetas ha cesado con Juan. Ya no hacen falta.

-¿Y cómo es eso?

-Porque estás Tú, que expresas la Ley y hablas de Dios.

-También en tiempos de los profetas estaba la Ley, y la Sabiduría hablaba de Dios. Y, a pesar de todo, estaban ellos.

-¿Pero qué profetizaban? Tu venida. Ya has venido. Ya no hacen falta.

-En multitud de ocasiones, he oído vuestra pregunta, y la de los sacerdotes y fariseos, de si era o no era el Cristo. Y dado que lo afirmaba fui tachado de blasfemo y de loco, y se cogieron piedras para lanzarlas sobre mí. ¿No eres tú Sadoq, llamado el escriba de oro? - dice Jesús señalando al escriba narigudo que ha ultrajado a la mujer después de haberla tentado al error.

-Lo soy. ¿Y...?

-Pues que tú, justamente tú, has sido siempre el primero, tanto en Yscaia como en el Templo, que ha empezado la violencia contra mí. Pero Yo te perdono. Sólo te recuerdo que lo hacías diciendo que no podía ser el Cristo, mientras que ahora lo sostienes. Y te recuerdo también el reto que te propuse en Quedes. Dentro de poco verás cumplirse una parte de él. Cuando la Luna vuelva a la fase con que ahora resplandece en el cielo, te daré esa prueba. Ésta es la primera. La otra la tendrás cuando el trigo, que ahora duerme en la tierra, cimbree sus espigas aún verdes con el leve viento de Nisán. Y a los que dicen que son inútiles los profetas les respondo: "¿Quién podrá poner límites al Señor Altísimo?". En verdad, en verdad os digo que mientras haya hombres habrá siempre profetas. Son las antorchas en medio de las tinieblas del mundo; el fuego en medio del hielo del mundo; los toques de trompeta que despertarán a los que duermen; las voces que recuerdan a Dios y a sus verdades, caídas, con el tiempo, en el olvido y la desatención, y traen al hombre la voz directa de Dios y suscitan vibrantes emociones en los desmemoriados, en los apáticos hijos del hombre. Tendrán otros nombres, pero igual misión e igual suerte de humano dolor y de sobrehumano gozo. ¡Ay, si no existieran estos espíritus que serán odiados por el mundo y amados especialmente por Dios! ¡Ay si no existieran estos espíritus, para padecer y perdonar, amar y actuar en obediencia al Señor! El mundo perecería entre las tinieblas, entre el hielo, en un sopor de muerte, en un estado de deficiencia mental, de ignorancia salvaje y embrutecedora. Por eso, Dios los suscitará, y siempre los habrá. ¿Y quién podrá imponer a Dios que no lo haga? ¿Tú, Sadoq?, ¿o tú?, ¿o tú? En verdad os digo que ni los espíritus de Abraham, Jacob y Moisés, de Elías y Eliseo, podrían imponer a Dios esta limitación, y sólo Dios sabe cuán santos eran y qué eternas luces son.

-¿Entonces no quieres ni curar a la mujer ni condenarla?

-No.

-¿Y la juzgas profetisa?

-Inspirada, sí.

-Eres un demonio como ella. Vamos. No nos interesa perder más tiempo con demonios - dice Sadoq, y da un empujón propio de un... mozo de cuerda a Jesús, para apartarlo.

Muchos le siguen. Algunos se quedan. Entre éstos, el hombre al que han llamado Joel Alamot.

-¿Y vosotros no los seguís? - pregunta Jesús, señalando a los que se están marchando.

-No, Maestro. Nos vamos a marchar porque es de noche. Pero queremos decirte que creemos en tu juicio. Dios lo puede todo, es verdad. Y para nosotros que caemos en muchas culpas puede suscitar espíritus que nos corrijan en orden a la justicia - dice uno muy anciano.

-Así es, como dices. Y esta humildad tuya es más grande a los ojos de Dios que tu saber.

-Entonces acuérdate de mí cuando estés en tu Reino.

-Sí, Jacob.

-¿Cómo sabes mi nombre?

Jesús sonríe, pero no responde.

-Maestro, también de nosotros acuérdate - dicen los otros tres.

Y el último que habla, Joel Alamot, dice también:

-Y bendigamos al Señor, que nos ha regalado esta hora.

-¡Bendigamos al Señor! - responde Jesús.

Se saludan. Se separan.

Jesús se reúne con sus apóstoles y va con ellos donde la mujer, que está de nuevo en la postura que tenía al principio: acurrucada sobre la raíz prominente.

La madre y el padre, jadeantes, preguntan al Maestro:

-¿Es, entonces, un demonio nuestra hija? Antes de marcharse lo han dicho.

-No lo es. Quedaos en paz. Y amadla, porque su destino es muy doloroso. Como todo destino semejante al suyo.

-Pero ellos han dicho que así has juzgado...

-Han mentido. Yo no miento. Quedaos en paz.

Juan de Éfeso se acerca con Salomón y los otros discípulos:

-Maestro, Sadoq ha amenazado a éstos. Yo te lo digo.

-¿A ellos o a ella?

-A ellos y a ella. ¿No es verdad, vosotros dos?

-Sí. Nos han dicho, a mí y a su madre, que si no sabemos hacer callar a nuestra hija, pobres de nosotros. Y a Sabea le han dicho: "Si de ahora en adelante hablas, te denunciaremos al Sanedrín". Prevemos días malos para nosotros... Pero el corazón está en paz por lo que has dicho... y lo demás lo soportaremos. Pero respecto a ella... ¿Qué debemos hacer? Aconséjanos, Señor.

Jesús piensa y responde:

-¿No tenéis parientes lejos de Betlequi?

-No, Maestro.

...Jesús piensa. Luego levanta la cara y mira a José, a Juan de Éfeso y a Felipe de Arbela. Ordena:

-Os pondréis en viaje con ellos y luego, desde Betlequi, con ella y sus cosas, iréis a Aera. Diréis a la madre de Timoneo que la custodie en mi nombre. Ella sabe lo que es tener un hijo perseguido.

-Así lo haremos, Señor. Bien decidido. Aera está lejos y apartada - dicen los tres.

El padre y la madre de Sabea besan las manos al Maestro, le dan las gracias y lo bendicen.

Jesús se inclina hacia la mujer, la toca en la cabeza velada y la llama con dulzura:

-¡Sabea, escúchame!

La mujer alza la cabeza y lo mira; luego se postra.

Jesús mantiene la mano en la cabeza de ella:

-Escucha, Sabea. Irás a donde te envío. A casa de una madre. Hubiera querido que fuera la mía. Pero no me es factible. Y sigue sirviendo al Señor en justicia y obediencia. Yo te bendigo, mujer. Ve en paz.

-Sí, mi Señor y Dios. Pero, cuando tenga que hablar, ¿voy a poder hacerlo?...

-El Espíritu que te ama te guiará según el momento. No dudes de su amor. Sé humilde, casta, sencilla y sincera, y Él no te abandonará. ¡Ve en paz!

Se reúne de nuevo con los apóstoles y con Zaqueo y los suyos, que se habían detenido a algunos pasos de distancia, reteniendo también a otros curiosos.

-Vamos. Ya es de noche. No sé cómo os las vais a arreglar para ir a Jericó vosotros que tenéis que ir allá.

-Digamos, más bien, la mujer y sus padres. Pero, si lo juzgas bueno, nosotros estaremos fuera de casa, y Tú y ellos podréis dormir en casa hasta mañana por la mañana» propone uno de los amigos de Zaqueo.

-Buena propuesta. Id a decir a Sabea que venga con los suyos y con los discípulos. Ellos dormirán. Yo estaré con vosotros. No es una noche ventosa. Encenderemos unos fuegos y esperaremos así al alba, Yo instruyéndoos y vosotros escuchándome.

Y lentamente se pone en camino con el primer claror de la Luna...

526

Curaciones cerca del vado de Betabara y discurso en recuerdo de Juan el Bautista.

-¡Paz a ti, Maestro! - saludan los discípulos pastores, que se habían adelantado unos días antes y que ahora esperaban, pasado el vado, junto con los enfermos que han recogido y con otros que desean oír al Maestro.

-Paz a vosotros. ¿Hace mucho que me esperáis?

-Hace tres días.

-Me han entretenido por el camino. Vamos donde los enfermos.

-Hemos dicho que se montaran unas tiendas para resguardarlos sin tener que ir a los pueblos cercanos y luego volver. Nos han dado leche para ellos algunos amigos nuestros pastores que ahora están allá con el rebaño esperando tu llegada - dicen los discípulos mientras guían a Jesús a una espesura que por sí misma haría de techo a quien se refugiara en ella.

Allí hay un grupo de pequeñas tiendas -unas veinte- montadas sobre estucas, o de un tronco a otro. Debajo de ellas está el triste, pequeño pueblo de enfermos que esperan y que, en cuanto comprenden quién es el que viene, lanzan el grito habitual: -¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!

Jesús no quiere tenerlos esperando mucho, de forma que se asoma -es más: se va agachando de una tienda a otra, porque su estatura no le permite entrar en ellas erguido- e introduce en cada una de ellas su rostro y su sonrisa, que es ya una gracia. El sol, a sus espaldas, proyecta su sombra sobre las yacijas y los rostros macilentos o sobre los miembros inertes. Dice solamente una breve frase: «Paz a vosotros que creéis», y luego pasa a la tienda adyacente. Y le sigue un grito, un grito repetido

como se repite su frase, un grito que se repite en la última tienda dejada como si fuera el eco del que sale de la tienda que estaba antes:

-Estoy curado. ¡Hosanna al Hijo de Da-vid!

Y el pequeño pueblo de enfermos, antes extendido bajo las oscuras tiendas, sale y se reconstituye siguiendo los pasos del Maestro, un pequeño pueblo todo festivo que arroja los bastones y las muletas, que se envuelve en las mantas de la parihuela abandonada, que se quita las vendas, ya inútiles, y que, sobre todo, exulta alborozadamente con la alegría de la curación.

Ya están todos curados. Y Jesús se vuelve con su más dulce sonrisa, para decir: -El Señor ha premiado vuestra fe. Bendigamos juntos su bondad - y entona el salmo: «Cantad a Dios con júbilo, toda la Tierra; servid al Señor con alegría. Venid a su presencia exultando. Reconoced que el Señor es Dios. Él nos ha hecho... *(Salmo 100)*

La gente le sigue como puede. Algunos, que quizás no son de Israel, siguen el canto mascullando palabras entre sus labios. Pero su corazón canta, y la luz de las caras lo dice. Dios, sin duda, recibirá ese pobre murmullo balbuciente mejor que el canto perfecto y árido de algún fariseo.

Matías dice a Jesús:

-¡Oh, Señor!, hablando a los que esperan tu palabra, recuerda a nuestro Juan.

-Pensaba hacerlo, porque este lugar trae a mi corazón aún más vivamente la figura de Juan el Bautista - y sube a un pequeño montículo cubierto de hierba menuda. Rodeado de gente, empieza a hablar.

-¿Qué habéis venido a buscar a este lugar? La salud del cuerpo, oh enfermos... y os ha sido dada. La palabra que evangeliza... y la habéis encontrado. Pero la salud del cuerpo debe ser la preparación a la búsqueda de la salud del espíritu, de la misma forma que la palabra que evangeliza debe ser preparación a vuestra voluntad de justicia. ¡Ay, si la salud del cuerpo se limitara a la felicidad de la carne y de la sangre, quedándose inactiva respecto al espíritu! Yo os he movido a alabar al Señor, que os ha beneficiado con la salud. Pero, pasado el momento de júbilo, no debe cesar vuestra gratitud hacia el Señor, que se manifiesta en la buena voluntad de amarlo. Todo don de Dios es nulo, a pesar de que esté cargado de fuerzas activas, si falta en el hombre la voluntad de corresponder a él entregando el don del propio espíritu a Dios.

Este lugar ha oído la predicación de Juan. Muchos de vosotros, sin duda, la habéis oído. Muchos de Israel la han oído, pero no en todos ha producido los mismos resultados, a pesar de que Juan dijera a todos las mismas palabras. ¿Cómo, pues, tanta diferencia? ¿A qué atribuirlo? A la voluntad distinta de los hombres que recibieron esas palabras. Para algunos, fueron real preparación para mí, y, consiguientemente, para su santidad. Para otros, por el contrario, fueron preparación contra mí, y, consiguientemente, para su injusticia. Como grito de centinela resonaron, y el ejército de los espíritus se dividió, a pesar de que el grito era único. Parte de ellos se prepararon para seguir a su Caudillo; parte se armó y estudió planes para combatirme a mí y a mis seguidores. Y por esto Israel será vencido, porque un reino dividido en sí mismo no puede ser fuerte, y los extranjeros se aprovechan para subyugarlo.

Y lo mismo sucede en cada uno de los espíritus. En todo hombre hay fuerzas buenas y no buenas. La Sabiduría habla a todo el hombre, pero son pocos los hombres que saben querer hacer reinar una sola parte: la buena. Para este querer elegir una parte sola, y hacerla reina, son más capaces los hijos del siglo. Ellos saben ser completamente malos cuando quieren serlo, y se desprenden, como de vestidos inútiles, de las partes buenas que podrían oponer resistencia dentro de ellos. Sin embargo, los hombres que no son de su siglo, y que tienen un impulso hacia la Luz, sólo difícilmente saben imitar a los hijos del siglo y desprenderse, como de vestidos rechazados, de las partes malas que tratan de resistir en ellos.

Tengo dicho que si un ojo escandaliza sea arrancado, y que si una mano escandaliza sea cortada, porque es mejor entrar en la Luz eterna mutilados que en las Tinieblas eternas con los dos ojos o con ambas manos.

Juan el Bautista era un hombre de nuestro tiempo. Muchos de vosotros lo habéis conocido. Imitad su ejemplo heroico. Él, por amor del Señor y de su alma, se desprendió mucho más que de un ojo y una mano, se desprendió de la vida misma, por ser fiel a la Justicia. Muchos de vosotros habrán sido, quizás, discípulos suyos y todavía dirán que lo aman. Pero recordad que el amor a Dios, y el amor a los maestros que conducen a Dios, se demuestra haciendo aquello que ellos enseñaron, imitando sus obras de justicia y amando a Dios con todo el propio ser, hasta el heroísmo. Bueno, pues, haciéndolo así, los dones de salud y sabiduría que Dios ha concedido no permanecen inactivos ni se transforman en condena, sino que son escalera para subir a la morada del Padre mío y vuestro, que a todos espera en su Reino.

Haced -para bien vuestro-, haced que el sacrificio de Juan - toda una vida de sacrificio concluida con el martirio- y el sacrificio mío -toda una vida de sacrificio que concluye en un martirio muchísimo más grande que el de mi Precursor- no queden inactivos para vosotros. Sed justos, tened fe, prestad obediencia a la palabra del Cielo, renovaos en la Ley nueva. Que la Buena Nueva sea para vosotros verdaderamente buena, haciéndoos buenos y merecedores de gozar de la Bondad, o sea, del Señor altísimo en un Día eterno. Sabed distinguir los verdaderos de los falsos pastores, y seguid a los que os den palabras de Vida aprendidas de mí.

Está ya cercana la fiesta de las Luces, la celebración de la Dedicación del Templo. Recordad que nada son las luces de muchas lámparas en honor de la fiesta y del Señor, si permanece sin luz vuestro corazón. La caridad es luz; candelero, la voluntad de amar al Señor con las obras buenas. Recordar la Dedicación del Templo es cosa buena, pero cosa mucho más grande y buena y mejor recibida por el Señor es dedicar a Dios el propio espíritu y reconsagrarlo con el amor. Espíritus justos en cuerpos justos, porque el cuerpo es semejante a los muros que rodean el altar, y el espíritu es el altar adonde desciende la gloria del Señor. Dios no puede descender a altares profanados por pecados propios o por contactos con carnes mordidas por la lujuria y por pensamientos malvados.

Sed buenos. El esfuerzo de serlo en las continuas pruebas de la vida es compensado con creces por el futuro premio y, ya desde ahora, por la paz que consuela los corazones de los justos al final de cada una de sus jornadas, cuando se echan a descansar y encuentran su almohada exenta de remordimientos, que son la pesadilla de aquellos que quieren gozar ilícitamente

y sólo consiguen proporcionarse un frenesí carente de paz. No envidiéis a los ricos. No odiéis a nadie. No deseéis lo que veis a otros. Contentaos con vuestra situación, pensando que la clave que abre las puertas de la Jerusalén eterna está en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas.

Os dejo. Muchos de vosotros ya no me verán, porque pronto iré a preparar los lugares de mis discípulos... Bendigo especialmente a vuestros niños, a vuestras mujeres que ya no veré. Y luego a vosotros, hombres... Sí, quiero bendeciros... Mi bendición servirá para no permitir que caigan los más fuertes y para hacer que resurjan los más débiles. Sólo para aquellos que me traicionen, odiándome, mi bendición no tendrá valor.

Los bendice en masa y luego bendice a las mujeres y besa a los niños, y lentamente regresa hacia el vado con los cinco apóstoles que están todavía con Él y con los discípulos ex pastores.

527

Desconocimiento y tentaciones en la naturaleza humana de Cristo.

Están ya en las laderas del Monte de los Olivos. Las tres parejas de apóstoles -dejadas en Jericó, Tecua y Betania- de nuevo se han reunido con el Maestro. Pero Judas de Keriot sigue ausente, y en tono bajo los apóstoles lo comentan...

Jesús está infinitamente triste. Los apóstoles, que lo observan, dicen entre sí: --Por supuesto que es por Lázaro. Es un hombre ya completamente terminado... Y sus hermanas dan mucha pena... El Maestro, con tanto odio como le persigue, ni siquiera puede detenerse en aquella casa. Habría sido un consuelo para el enfermo y sus hermanas, y también para Él.

-¡No soy capaz de entender por qué no lo cura! - exclama Tomás.

-Sería una cosa razonable. Un amigo... Tanta ayuda como proporciona... un hombre justo... - susurra Bartolomé.

-¡Ah, justo sí, verdaderamente es un justo! En estos días creo que te habrás convencido de ello... - dice el Zelote a Bartolomé.

-Sí, es verdad. Y es verdad también lo que implícitamente mencionas. No estaba muy persuadido de su justicia... Con esa naturalidad que tenían con los gentiles, con la educación recibida del padre, que era muy, muy... yo diría condescendiente con nuevas formas de vida no conformes con las nuestras...

-La madre era un ángel - dice sin ambages Simón Zelote.

-Quizás por eso son justos... No tengamos en cuenta el pasado de María. Ahora ya está redimida... - dice Felipe.

-Sí. Pero todo esto me creaba sospechas. Ahora estoy completamente persuadido, y me extraña que el Maestro...

-Mi hermano sabe sopesar los valores de las personas. Nosotros también hemos sufrido durante mucho tiempo celos naturales, humanos, al ver que hacía más caso a los extraños que a nosotros de la familia. Pero ahora hemos comprendido que en nuestro pensamiento había error y en el suyo justicia. Juzgábamos su manera de actuar como indiferencia, e incluso como desestimación, incomprensión de nuestra valía. Ahora hemos comprendido. Él prefiere atraer hacia sí a los deformes y a los informes. Él... seduce con sus medios infinitos a las almas más mezquinas, más lejanas, más en peligro. ¿Os acordáis de la parábola de la oveja perdida? La verdad, la clave de su manera de actuar está en esa parábola. Cuando ve a sus ovejas fieles que le siguen o que están donde y como Él quiere, su espíritu descansa. Pero se sirve de su descanso para correr detrás de las extraviadas. Sabe que nosotros lo queremos, que Lázaro y sus hermanas lo quieren, que las discípulas y los pastores lo quieren, y por tanto no pierde su tiempo con nosotros en especiales pruebas de amor. A nosotros nos quiere siempre. Nos lleva siempre en su corazón. Nosotros mismos somos los que entramos en su corazón y no queremos salir. ¡Pero los otros... los pecadores, los extraviados!... Ha de correr tras de ellos, debe atraerlos con el amor y el milagro, con su poder. Y lo hace. Lázaro, María y Marta seguirán amándolo, incluso sin milagro... - dice Santiago de Alfeo.

-Eso es verdad. De todas formas... ¿Qué habrá querido decir con su último saludo? Ya lo habéis oído: "El amor del Señor para vosotros se manifestará en proporción a vuestro amor. Y recordad que el amor tiene dos alas para ser perfecto, dos alas que, cuanto más perfecto es, más desmesuradas son: la fe y la esperanza" - dice Andrés.

-¡Eso! ¿Qué habrá querido decir? - preguntan varios.

Un rato de silencio. Luego Tomás, emitiendo un gran suspiro, concluye un pensamiento interno suyo:

-... Pero no siempre su paciencia buena obtiene redenciones. Yo también he sufrido alguna vez por la predilección que muestra hacia Judas de Keriot...

-¿Predilección? No me lo parece. Lo corrige como a cualquiera de nosotros... - dice Andrés.

-Por justicia, sí. Pero considera cuánto más rigor merecería ese hombre...

-Eso es verdad.

-Bueno, pues yo he sufrido por eso algunas veces. Pero ahora comprendo que, sin duda, lo hace porque... es el más informe de entre nosotros.

-¡El más ruin, debes decir, Tomás! El más ruin. Vosotros creéis que esa tristeza -y señala a Jesús, que va delante, solo, absorto en su aflicción- está producida por la enfermedad de Lázaro y por las lágrimas de las hermanas de él. Yo digo que proviene de la ausencia de Judas. Esperaba que Judas lo alcanzara por el camino mientras iba a Betabara. Esperaba, al menos, encontrarlo en Jericó, en Tecua, o en Betania al regreso. Ahora ya no tiene esta esperanza. Tiene la certeza del obrar no recto de Judas. Yo lo he observado siempre...; he visto que su cara ha tomado ese aspecto de absoluto desamparo cuando tú, Bartolmái, has dicho: "Judas no ha venido" - dice Judas Tadeo.

-¡Pero si Él sabe las cosas antes de que sucedan, estoy seguro! - exclama Juan.

-Muchas. No todas. Yo creo que el Padre suyo, por piedad, le mantiene ocultas algunas - dice el Zelote.

Los once se dividen en dos partidos: quién acepta una versión, quién otra; y cada uno aporta sus razones para sostener la propia. Juan exclama:

-¡Oh, no quiero escuchar ni a uno ni a otro, ni siquiera a mí mismo! Somos todos unos pobres hombres, y no podemos ver con exactitud. Voy donde Jesús y se lo pregunto.

-No. Podría pensar en otras cosas y con esta pregunta recordar a Judas y sufrir más - dice Andrés.

-¡No, hombre! Por supuesto que no le voy a decir que hablábamos de Judas. Hablaré... así, sin referencias concretas.

-¡Ve, ve! Le servirá para distraerse. ¿No veis lo afligido que está? - dice Pedro impeliendo a Juan.

-Voy. ¿Quién viene conmigo?

-Ve, ve tú solo. Contigo habla sin reserva. Luego nos lo dices.

Juan se marcha.

-¡Maestro!

-¡Juan! ¿Qué quieres? - y Jesús, con una luz de sonrisa en su rostro, abraza con un brazo a su predilecto y lo tiene cerca de sí mientras camina.

-Hablabamos entre nosotros y dudabamos sobre una cuestión. Esta: si Tú conoces todo el futuro o si en parte te está celado. Unos decían una cosa, otros otra.

-¿Y tú qué decías?

-Decía que lo mejor de todo era preguntártelo a ti.

-Y entonces has venido. Has hecho bien. A1 menos esto nos sirve a mí y a ti para gozar de un momento de amor... ¡Es tan raro ya el poder tener un poco de paz!...

-¡Es verdad! ¡Qué bonitos eran los primeros tiempos!...

-Sí. Para el hombre que somos, eran más bonitos. Pero para el espíritu que hay en nosotros son mejores éstos. Porque ahora es más conocida la Palabra de Dios y porque sufrimos más. *Cuanto más se sufre más se redime*, Juan... Por este motivo, aunque recordemos los tiempos serenos, debemos amar más estos que nos producen dolor, y que con el dolor nos dan almas. Pero voy a responder a tu pregunta. Escucha. Yo no ignoro, como Dios. Y no ignoro, como Hombre. Conozco el futuro de los acontecimientos, porque estoy con el Padre desde antes del tiempo y veo más allá del tiempo. Como Hombre que está exento de imperfecciones y limitaciones unidas a la Culpa y a las culpas, tengo el don de la introspección de los corazones. Este don no está limitado al Cristo, sino que lo poseen en distinta medida todos aquellos que, habiendo alcanzado la santidad, están tan unidos a Dios que puede decirse que no operan por sí mismos sino que operan con la Perfección que reside en ellos. Por tanto, puedo responderte que no ignoro como Dios el futuro de los siglos y que no ignoro como Hombre justo el estado de los corazones.

Juan calla y reflexiona.

Jesús lo deja así unos momentos. Luego dice:

-Por ejemplo, ahora Yo veo en ti este pensamiento: "¡Pero entonces mi Maestro conoce exactamente el estado de Judas de Keriot!"

-¡Oh, Maestro!

-Sí. Lo conozco. Lo conozco y sigo siendo su Maestro, y quisiera que vosotros siguierais siendo sus hermanos.

-¡Maestro santo!... ¿Pero siempre siempre conoces todo? Mira, algunas veces nosotros nos decimos que no es así, porque vas a lugares donde encuentras enemigos. ¿Antes de ir a esos lugares ya sabes que los vas a encontrar, y vas para combatirlos con tu amor, para someterlos al amor, o... por el contrario no lo sabes y ves a los enemigos sólo cuando los tienes enfrente de ti y lees sus corazones? Una vez me dijiste -estabas muy triste también entonces, y por la misma causa- que te sentías como uno que no ve...

-He experimentado también este martirio del hombre: el tener que seguir adelante sin ver, poniéndome totalmente en manos de la Providencia. Tengo que conocer todo del hombre. Menos la culpa consumada. Y esto no por una barrera que haya puesto el Padre mío a la carne, al mundo y al demonio, sino por mi voluntad de hombre. Yo soy como vosotros. Pero sé querer más que vosotros. Por eso, sufro las tentaciones pero no cedo a ellas. Y en esto está, como para vosotros, mi mérito.

-¡Tentaciones Tú!... Me parece casi imposible...

-Porque tú sufres pocas. Eres puro y piensas que, siéndolo Yo más que tú, no deberé conocer la tentación. Efectivamente, la carnal es tan débil respecto a mi castidad, que el yo jamás la siente. Es como si un pétalo golpeará un trozo de granito sin fisuras. Pasa... Hasta el diablo se ha cansado de lanzar contra mí este dardo. Pero, Juan, ¿no piensas cuantas otras tentaciones hay alrededor de mí?

-¿De ti? No tienes avidez de riquezas ni de honores... ¿Y cuáles son?...

-¿No piensas que tengo una vida, unos afectos, también unos deberes, hacia mi Madre, y que estas cosas me tientan a evitar el peligro? Ella, la Serpiente, lo llama "peligro". Pero su verdadero nombre es "Sacrificio". ¿Y no piensas que tengo sentimientos Yo también? El yo moral no está ausente de mí, y sufre por las ofensas, por los escarnios, por las dobleces. ¡Oh, Juan mío! ¿No te preguntas qué asco producirá en mí la mentira y el mentiroso? ¿Sabes cuántas veces el demonio me tienta a reaccionar contra estas cosas, que me causan dolor, a reaccionar dejando la mansedumbre y poniéndome duro, intransigente? Y, en fin, ¿no piensas cuántas veces lanza su abrasador hálito de soberbia, y dice: "Gloríate de esto o de aquello. Eres grande. El mundo te admira. ¡Los elementos te sirven!"? ¡La tentación de complacerse en ser santo! ¡La más sutil! ¡Cuántos, por esta soberbia, pierden la santidad que habían conquistado! ¡Con qué corrompió Satanás a Adán? Con la tentación del sentido, del pensamiento y del espíritu. ¿Y no soy Yo el Hombre que debe crear otra vez al hombre? De mí, la nueva Humanidad. Entonces, Satanás busca los mismos caminos para destruir, y para siempre, a la raza de los hijos de Dios. Ahora ve donde tus compañeros y repite mis palabras. Y no pienses si sé o si no sé lo que hace Judas. Piensa que te amo: ¿No es suficiente este pensamiento para ocupar a un corazón?

Lo besa y lo deja marchar. Y, otra vez solo, alza los ojos al cielo que se ve entre las frondas de los olivos y gime:

-¡Padre mío! Haz que al menos, hasta la última hora, pueda tener oculto el Delito. Para impedir que estos amados míos se manchen de sangre. ¡Piedad de ellos, Padre mío! ¡Son demasiado débiles como para no reaccionar ante la ofensa! ¡Que ellos no tengan odio en su corazón en la hora de la Caridad perfecta! - y se enjuga unas lágrimas que sólo Dios ve...

528

En Nob. Consuelo materno de Elisa y regreso inquietante de Judas Iscariote.

-¡Sí, Maestro! Judas de Keriot está aquí desde hace muchos días. Vino al atardecer de un sábado. Parecía cansado, jadeante. Decía que te había perdido por las calles de Jerusalén, que te había buscado presuroso en todas las casas adonde normalmente vas. Aquí venía todos los atardeceres. Dentro de poco vendrá. Por la mañana se marcha, y dice que va a los alrededores a predicarte.

-De acuerdo, Elisa... ¿Y tú lo has creído?

-Maestro, Tú sabes que no me gusta ese hombre. Si hubieran sido así mis hijos, habría rogado al Altísimo que me los hubiera llevado. No he creído en sus palabras, no. Pero por amor a ti he guardado en mí mi juicio... Y he sido materna con él. Al menos así he conseguido que volviera aquí todas las noches.

-Has hecho bien.

Jesús la mira muy fijamente y, al improviso, pregunta:

-¿Dónde está Anastática?

Elisa se cubre de un rubor violáceo, propio de una persona anciana, pero responde con franqueza:

-En Betsur.

-Has hecho bien también en esto. Y, te lo ruego, compadécete de ese hombre.

-Es por esta compasión por lo que he querido apagar el incendio antes de que se extendiera con escándalo, o, cuanto menos, asustando a la hija.

-Que Dios te bendiga, mujer justa...

-¿Sufres mucho, Maestro?

-Sufro. Es verdad. A una madre se lo puedo decir.

-A una madre se lo puedes decir... Si no fueras Jesús, el Señor, querría recibir tu cabeza cansada en mi hombro y apretar tu corazón afligido contra mi corazón. Pero Tú eres tan santo que no puede una mujer, que no sea tu Madre, tocarte...

-Elisa, buena amiga de mi Madre y madre buena, tu Señor pronto será tocado por manos mucho menos santas que las tuyas, y besado... ¡oh!... Y después, otras manos... Elisa, si te fuera permitido tocar el Santo de los Santos, ¿con qué espíritu lo harías? ¿Te abstendrías, acaso, si la voz de Dios, entre la nube de los inciensos, te pidiera amor para recibir por fin una caricia de amor después de tantos que se acercan a Él sin amor?

-¡Mi Señor! Si Dios me lo pidiera, de rodillas iría a cubrir de besos el lugar santo. ¡Y ojalá quisiera Dios sentirse satisfecho, consolado con mi amor!

-Entonces, Elisa, buena amiga de mi Madre y fiel y buena discípula de tu Salvador afligido, déjame apoyar la cabeza en tu corazón, porque mi corazón está afligido hasta el punto de experimentar penas de muerte.

Y Jesús, estando sentado donde está, ante Elisa, que está de pie cerca de Él, apoya realmente la frente contra el pecho de la anciana discípula, y lágrimas silenciosas se deslizan por la túnica oscura de la mujer, que no puede contenerse de apoyar la mano en la cabeza que está reclinada en su corazón, y luego, al sentir que caen lágrimas en sus pies, calzados con sandalias pero desnudos, se inclina para rozar con un beso los cabellos de Jesús, y, a su vez, llora silenciosamente, y alza los ojos al cielo con muda oración. Parece una muy anciana Madre Dolorosa. No pretende otros gestos o palabras; pero con este acto suyo es tan "madre", que más no podría serlo.

Jesús levanta la cara y la mira. Sonríe levemente y dice:

-Que Dios te bendiga por tu piedad. ¡Bien necesaria es una madre cuando el dolor desborda las fuerzas del hombre!

Se pone en pie. Mira otra vez a la discípula y dice:

-Este momento queda entre tú y Yo, en todos sus elementos. Para esto me he adelantado solo.

-Sí, Maestro. Pero no puedes seguir solo. Dispón que venga tu Madre.

-Dentro de dos lunas estará conmigo... - y está para decir alguna otra cosa, cuando abajo, en la cocina, resuena la voz fuerte, siempre un poco achulada e irónica, de Judas de Keriot:

-¡Todavía con tu trabajo de talla, viejo? ¡Hace frío! Y aquí no hay fuego. Tengo hambre. Y no hay nada preparado. ¿Es que está dormida Elisa? Ha querido ella sola. Pero los viejos son lentos y su memoria es débil. ¡Eh! ¿No hablas? ¿Esta tarde estás completamente sordo?

-No. Pero te dejo hablar, porque tú eres apóstol y no me está indicado reprenderte - responde el anciano.

-¿Reprender? ¿Por qué?

-Busca en ti mismo y lo hallarás.

-Mi conciencia no tiene voz...

-Señal de que es deforme, o que la has malogrado.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Debe ser que Judas sale de la cocina, porque se oye primero un portazo y luego pisadas en la escalera.

-Bajo a preparar las cosas, Maestro.

-Ve, Elisa.

Elisa sale de la habitación de arriba y pronto encuentra a Judas, que está para poner pie en la terraza.

-Tengo frío y hambre.

-¿Y nada más? Entonces, hombre, tienes muy poco todavía.

-¿Y qué más debería tener?

-¡Pues... muchas cosas!...

La voz de Elisa se aleja.

-Todos unos viejos necios. ¡Uf!...

Empuja la puerta y se encuentra de frente a Jesús. Del estupor, retrocede un paso. Se recupera para decir:

-¡¡Maestro!! ¡La paz a ti!

-La paz a ti, Judas.

Jesús recibe el beso del apóstol, pero no lo devuelve.

-Maestro. ¿Tienes...? ¿No me besas?

Jesús lo mira y calla.

-Es verdad. He errado. Y no besarme es lo mínimo que me puedes hacer. Pero no me juzgues demasiado severamente.

Aquel día me vi rodeado por algunos que... no te amaban y disputé con ellos hasta quedarme ronco. Después... dije: "¿Quién sabe a dónde habrá ido?!", y volví aquí para esperarte. ¿No es ya, de hecho, tu casa ésta?

-Sí, mientras me lo conceden.

-No querrás guardarme rencor por esto...

-No. Solamente quiero que consideres el mal ejemplo que has dado a los otros.

-¡Ya! Ya oigo sus palabras. Pero tengo justificaciones ante ellos. Ante ti ni siquiera me justifico porque sé que ya me has perdonado.

-Te he perdonado ya, es verdad.

Sería lógico esperar de Judas un acto de humildad, de amor, por tanta bondad; sin embargo, manifiesta uno totalmente opuesto, un acto de enojo mientras exclama: -¿Entonces no hay forma de verte airado?! ¿Qué hombre eres?

Jesús calla. Judas lo mira -él, en pie; Jesús, sentado y cabizbajo- y menea la cabeza con una sonrisa maligna en sus labios. Y el episodio queda superado para él. Se pone a hablar de esto o aquello, como si fuera el que, de todos, estuviera más en orden.

Se hace de noche. Cesan los ruidos de la calle.

-Vamos a bajar - ordena Jesús.

Entran en la cocina, donde resplandece el fuego en el hogar y arde una lámpara de tres boquillas. Jesús, cansado, se sienta cerca del hogar y parece adormilarse con el calorcito...

Llaman a la puerta. El anciano abre. Son los apóstoles. Pedro, que es el primero en entrar, ve a Judas y arremete contra él:

-¿Se puede saber dónde has estado?

-Aquí. Simplemente, aquí. Era estúpido correr de acá para allá siguiendo a seres desaparecidos. Vine aquí, adonde estaba seguro que volveríais.

-¡Bonito modo de actuar!

-El Maestro no me ha reprendido por ello. Y, por lo demás, has de saber que no he perdido mi tiempo. He evangelizado todos los días, y he hecho milagros también; y eso es bueno.

-¿Y quién te había autorizado a ello? - dice Bartolomé en tono severo.

-Nadie. Tú, no. Nadie. Pero ya basta de ser unos... personas... En definitiva, que la gente se asombra y murmura y se ríe de nosotros, apóstoles que no hacemos nada. Y yo, que sé esto, he obrado por todos. Y he hecho más todavía. He ido a ver a Elquías y le he demostrado que no se obra mal cuando uno es santo. Había muchos. Los he convencido. Ya veréis como aquí no nos van a molestar. Y ahora estoy contento.

Los apóstoles se miran. Miran a Jesús: su rostro es impenetrable; parece velado por un gran cansancio físico, que es lo único que se ve.

-De todas formas, hubieras podido hacer esto con licencia del Maestro - observa Santiago de Alfeo.

-Hemos estado siempre preocupados por causa tuya.

-¡Bueno, bien! Pues ahora se os calman todas las angustias. Él no me habría dado permiso. Nos... tutela demasiado. Hasta el punto de que la gente murmura que está celoso de nosotros, que teme que hagamos más que Él, y también que Él nos castiga. La gente tiene lengua mordaz. La verdad, por el contrario, es que Él nos quiere más que a la niña de sus ojos... ¿No es verdad, Maestro?... Y teme que incurramos en peligros o que... quedemos mal. Y también nosotros, por dentro, pensábamos que estábamos como castigados, y que Él tenía celos...

-¡Eso sí que no! ¡Yo nunca he pensado eso! - interrumpe Tomás. Y los otros hacen coro.

Menos Judas Tadeo, que planta sus ojos francos y bellísimos en los ojos también bellísimos, pero huidizos, de Judas, y dice:

-¿Y cómo has podido hacer milagros tú? ¿En nombre de quién?

-¿Que cómo? ¿Que en nombre de quién? ¿Pero no recuerdas que nos dio este poder? ¿Acaso nos lo ha quitado? No, que yo sepa. Así que...

-Así que yo no me permitiría nunca hacer nada sin su consentimiento y mandato.

-Bueno, pues yo lo he querido hacer. Temía no saber hacerlo ya. Lo he hecho. ¡Estoy contento! - y corta la discusión saliendo al huerto oscuro.

Los apóstoles se miran otra vez. Están asombrados de tanta audacia. Pero ninguno se siente con fuerzas de decir algo que pudiera entristecer más todavía a su Maestro, cuyo rostro refleja incluso sufrimiento.

Se desembarazan de los fardes (Juan, Andrés y Tomás los llevan arriba). Y Bartolomé, agachándose para recoger una rama seca que se ha caído de un haz, le susurra a Pedro:

-¡No quiera Dios que le haya ayudado el demonio!

Pedro hace un gesto con las manos, como diciendo: « ¡Misericordia!», pero no responde ni una sola palabra. Va donde Jesús, le pone una mano en el hombro y le pregunta:

-¿Estás muy cansado?

-Mucho, Simón.

Está ya preparado, Maestro. Ven a la mesa. O... no, quédate ahí, cerca de la lumbre. Te llevo la leche y el pan - dice Elisa. Y, efectivamente, habiendo puesto en una bandeja un tazón grande de leche humeante, y pan cubierto de miel, se lo lleva a Jesús y espera a que Él ore en pie ofreciendo el alimento. Luego se acurruca en el suelo, buena, anciana, materna, llena de deseos de consolarlo, y le sonríe mientras le anima a que coma, y -puesto que Jesús le ha regañado dulcemente por la miel extendida en el pan- le responde:

-¡Te daría mi sangre para darte fuerzas, Maestro mío! Esto no es más que la pobre miel de mi huerto de Betsur, y sólo puede darte alivio al cuerpo. Pero mi corazón...

Los otros comen alrededor de la mesa, con el fuerte apetito de quien ha andado mucho. Y Judas, tranquilo, casi con chulería, come con ellos, y es el único que habla...

Sigue hablando, cuando Jesús ordena:

-Que cada uno de vosotros vaya a las casas que os dan hospedaje. Id. La paz sea con vosotros.

Se quedan con Él Judas, Bartolomé, Pedro y Andrés. Y Jesús ordena inmediatamente el descanso. Está mortalmente cansado. Tanto que no puede ya sostener la fatiga de hablar y de oír hablar, y -esto lo pienso yo- la de soportar el esfuerzo de dominarse respecto a Judas de Keriot...

529

Enseñanzas a los apóstoles mientras realizan trabajos manuales en casa de Juan de Nob.

Son fríos y serenos días de invierno. En la cima del montecito donde está construida Nob el viento no falta casi nunca, aunque templado por el sol, que desde la aurora al ocaso acaricia con sus rayos las casas y los huertos, que verdecen con verduras invernales. Pequeños huertos al amparo de las casas, con pequeños bancales: verdes por las hortalizas, y con otros del color de la tierra cuando está bien nutrida, desnudos bancales ya preparados para la siembra de las legumbres. Los ojos, mirando alrededor, donde no ven tono gris de olivos, o serpentino y esquelético fluir de vides desnudas, ven pequeños campos arados, ciertamente sembrados ya con cereales, que pronto germinarán con el primer calor de la precoz primavera palestina, llena de templanzas de sol. Yo casi diría que en los días serenos, como es el que contemplo, hay ya templanza de primavera, germinadora, tanto que en los almendros rayanos a las casas las yemas se hinchan en las ramas que sólo pocos días antes aparecían completamente infecundas; yemas que apenas destacan en las ramas oscuras, oscuras también ellas, pero que ya testifican que la vida llega, que próximo a despertar está el robusto tronco.

En el pequeño huerto de Juan, en la parte de atrás de la casa, hay una franjita de terreno cultivado, mientras que el terreno que orilla la casa está custodiado por el nogal. En esa franjita se alza un grueso almendro -quizás más viejo que el amo-, tan pegado a la casa, que por un buen trecho de tronco ha tenido que echar ramas sólo por tres partes, porque en la cuarta la pared de la casita lo impedía. Pero, más arriba, el árbol se suelta formando una maraña de ramas que, cuando florezcan, deberán parecer una nube ligera por encima de la pobre terraza, un precioso dosel, más hermoso que un baldaquino regio.

Y para no estar ociosos, Jesús y los apóstoles trabajan bajo el solecito que alegra y calienta. Ceñida la túnica a la cintura, los que saben de carpintería y de cierres arreglan o hacen nuevos utensilios y jambajes. Otros excavan el terreno con la azada, o recalzan en las verduras trasplantadas, refuerzan un seto de cañas secas y de espino albar verde que cierra por dos partes el huertecillo, o podan el almendro y el nogal, y atan sarmientos que el viento del invierno ha desatado. He notado que donde está Jesús nunca se oía. Él es el primero en enseñar la belleza de la laboriosidad manual, cuando otras operaciones evangélicas están suspendidas. También hoy Jesús, junto con sus primos, está arreglando una puerta que en la parte baja estaba podrida y que tenía el cerrojo medio arrancado. Por su parte, Felipe y Bartolomé trabajan con tijeras de podar y hocino en viejos árboles frutales, mientras los pescadores están atareados con unas sogas y unas mantas viejas: quién componiéndolas con unos puntos... muy masculinos, quién poniendo arandelas y carrillos (quizás con la intención de crear en la terraza un toldo útil en el verano).

-Vas a estar muy bien aquí, Elisa - dice Pedro asomándose por el antepecho de la terraza para hablar con la anciana discípula, que está hilando lana, sentada contra la soleada pared.

-Sí. Cuando la vid esté templada y el almendro arreglado, este lugar, en verano, será verdaderamente bueno - dice Felipe entre dientes, porque tiene en la boca unos juncos con los que está atando los sarmientos a los soportes.

Jesús levanta la cabeza para mirar, mientras Elisa la alza para mirar al Maestro y dice:

-¿Quién sabe si estaremos aquí en el verano?...

-¿Por qué no íbamos a estar, mujer? - pregunta Andrés.

-Pues... no sé... Yo no hago ya cálculos sobre el futuro desde que... desde que he visto que todos mis pronósticos terminaban con un sepulcro.

-¡Oye, pero tendría que morir el Maestro para no estar ya nosotros aquí! Ya el Maestro ha elegido este lugar como morada suya. ¿No es verdad, Maestro? - pregunta Tomás.

-Es verdad. Pero también es verdad lo que dice Elisa... - responde Jesús mientras trabaja con el cepillo en el lado de la puerta que está arreglando.

-Pero eres joven. ¡Y, sobre todo, estás sano!

-No se muere sólo de enfermedad - dice Jesús.

-¿Quién habla de muerte? ¿Tú, Maestro? ¿Para ti?... La verdad es que desde hace un tiempo parece calmado el odio. Mira, ya no nos molesta nadie. Saben que estamos aquí. Incluso ayer se encontraron con nosotros mientras volvíamos de la ciudad con las compras y no nos molestaron - dice Bartolomé.

-Sí. Lo mismo nosotros, mientras íbamos a los pueblos cercanos a avisar que estabas aquí. Nunca ninguna molestia. Y fíjate que se han visto Elquías y Simón, y luego Sadoq y Samuel, y también Nahum con... Doras. Es más, nos han saludado. ¿Verdad, Santiago? - dice Juan dirigiéndose a su hermano.

-Sí. Debemos convenir en que el trabajo de Judas de Keriot ha sido verdaderamente bueno, mientras que nosotros en nuestro corazón lo criticábamos. ¡Hemos vuelto aquí, y ninguna molestia! Los hechos han confirmado sus palabras. Parece como si hubiéramos vuelto a los bonitos tiempos de Agua Especiosa. A los primeros de esos tiempos... ¡Oh, ojalá fuera verdad! - dice Santiago de Zebedeo.

-¡Ojalá fuera verdaderamente así! - suspira Pedro.

-No siempre el tiempo está sereno cuando no brama el rayo - sentencia Elisa haciendo girar su huso.

-¿Qué quieres decir con eso? - pregunta Pedro.

-Digo que a veces una gran paz en lugar donde hay tormentas es preparación a una tempestad más peligrosa que nunca. Tú, que eres pescador, deberías saberlo.

-¡Claro que lo sé, mujer! El lago, a veces, es una enorme tina llena de aceite azul; pero, casi siempre, cuando pende la vela y el agua está detenida de esa forma, pronto hay una tempestad, y de las peores. Viento de bonanza, viento de sepulcro para los navegantes.

-¡Mmm! ¡Ya! Por eso, si estuviera en vuestro lugar, desconfiaría de tanta paz. ¡Demasiada paz!

-¡Pero entonces! Si cuando hay guerra se sufre porque hay guerra y cuando hay paz se sufre porque puede venir la guerra aún más cruel, ¿cuándo puede uno sentirse feliz? - pregunta Tomás.

-En la otra vida. Aquí el dolor está siempre pronto.

-¡Uf, qué lúgubre estás, mujer! ¡Entonces está muy lejano el tiempo de felicidad! ¡Soy uno de los más jóvenes! ¡Alégrate, Bartolomé, que eres el que más cerca está de gozarlo. Tú y el Zelote - dice de broma Santiago de Zebedeo.

-¡Lúgubre y sagaz, mujer! ¡Claro, las mujeres ancianas! Pero alguna vez aciertan. También mi madre, cuando dice a uno de nosotros: "¡Ten cuidado, que vas por el camino de cometer una estupidez por esto o por aquello otro!", adivina siempre - dice Tomás, que está agachado escarbando en la tierra.

-Las mujeres son malignas o más astutas que los zorros. Nosotros no valemos nada respecto a ellas, para entender ciertas cosas que se querría que no entendieran - sentencia Pedro.

-Tú cállate, que a ti te ha tocado una mujer que creería incluso le dijeras que el Líbano se ha hecho de mantequilla. Lo que tú dice es ley para ella. Escucha, cree y calla - dice su hermano Andrés.

-Sí... pero su madre vale por ella y por otras cien mujeres. ¡Qué serpiente!

Todos se ríen, incluidos Elisa y el anciano que ayuda a los jóvenes a cavar.

Regresan el Zelote, Mateo y Judas de Keriot.

-Todo hecho, Maestro. ¡Venimos cansados! ¡Qué vuelta más grande! Pero mañana voy a descansar. Mañana os toca a vosotros - dice Judas Iscariote hablando a los que cavan la tierra. Y va donde ellos y coge una azada para trabajar.

-¿Pero si estás cansado por qué trabajas? - le pregunta Tomás.

-Porque tengo que plantar arbolitos. Este lugar está pelado como el cráneo de un viejo, y es una pena - sentencia, e hincó la azada en el suelo con enérgicos golpes con el pie.

-¡En los buenos tiempos no estaba así! Pero luego... Demasiadas cosas murieron, y a mí no me valía la pena trabajar en rehacer esto. Soy viejo y más que viejo, estaba desolado - responde el anciano.

-¿Pero qué agujeros estás haciendo? Para árboles, no para pequeños tallos, como dices - observa Felipe, que baja después de haber atado las vides.

-Cuando un árbol es joven es siempre un pequeño tallo. Los míos son eso. El tiempo es bueno. Me lo ha asegurado el que me los ha dado. ¿Sabes quién, Maestro? Pues ese pariente de Elquías que es cultivador. Y cultiva bien. ¡Un huerto! ¡Y unos olivos! Estaba renovando una parte del olivar. Le dije: "Dame de estos árboles". "¿Para quién?" preguntó. "Para un viejecito de Nob que nos alberga en su casa. Servirán para que me perdone todos los escándalos que le he dado".

-No, hijo. Eso puede suceder con una buena conducta, no con los árboles. Y con Dios. Yo... yo miro, oro y perdono. Pero mi perdón... De todas formas, te quedo agradecido por los arbolitos... Aunque... ¿Tú crees que podré comer sus frutos?

-¿Por qué no? Siempre hay que tener esperanza. Es más, siempre hay que querer triunfar... Y entonces se triunfa.

-¡No hay triunfo sobre la vejez! Y tampoco lo deseo.

-Sobre otras muchas cosas no hay triunfo. ¡Si bastara querer para tener! Yo tendría a mis hijos - suspira Elisa.

Maestro, lo que dice Elisa me hace recordar una pregunta que nos han hecho hoy algunos por el camino. Decían - porque había sucedido un hecho en un pueblo- que si es verdad que el milagro es siempre prueba de santidad. Yo decía que sí. Pero ellos decían que no, porque en ese pueblo, que está en la frontera con Samaria, el que había realizado cosas extraordinarias, sin duda, no era un justo. Yo les he hecho callarse diciendo que el hombre juzga siempre mal y que aquel al que llamaban no justo quizás lo era más que ellos. ¿Tú que dices? - pregunta Mateo.

-Digo que teníais razón todos. Cada uno por su parte. Tú, diciendo que el milagro es siempre prueba de santidad. En términos generales es así. Y también diciendo que no se debe juzgar para no errar Pero también tenían razón ellos al sospechar otras fuentes de lo extraordinario del hombre.

-¿Qué fuentes? - pregunta Judas Iscariote.

-Las tenebrosas. Hay criaturas -adoradoras ya de Satanás, porque tienen el culto de la soberbia- que con tal de imponerse a los demás se venden al Tenebroso para tenerlo como amigo - le responde Jesús.

-¿Pero eso es posible? ¿No es una leyenda de países paganos el que el hombre pueda hacer contratos con el demonio y con los espíritus infernales? - pregunta, estupefacto, Juan.

-Es posible. No como se narra en las leyendas paganas, no con monedas y contratos materiales, sino con la elección, con la donación de sí al Mal con tal de gozar de una hora cualquiera de triunfo. En verdad os digo que los que, con tal de tener éxito en un propio fin, se venden al Maldito son más numerosos de lo que se cree.

-¿Y tienen ese éxito? ¿Obtienen exactamente aquello que piden? - pregunta Andrés.

-No siempre y no todo. Pero algo sí.

-¿Y cómo es posible? ¿Tan poderoso es el demonio como para poder remedar a Dios?

-Tanto... *y nada, si el hombre fuera santo*. Pero es que muchas veces el hombre es de por sí un demonio. Nosotros combatimos las posesiones evidentes, ruidosas, vistosas. De esas todos se dan cuenta... Son... poco cómodas para los familiares y convecinos, y, sobre todo, se manifiestan con formas materiales. El hombre percibe siempre lo material, lo que choca con sus sentidos. Lo inmaterial, lo que es perceptible solamente con lo inmaterial -razón y espíritu- no lo percibe, y, aunque lo perciba, no se ocupará de ello, especialmente si no le perjudica. ¡Estas posesiones ocultas, pues, escapan a nuestro poder de exorcistas! Y son las más dañinas, porque trabajan en la parte más selecta, con la parte más selecta y hacia otras partes selectas: de razón a razón, de espíritu a espíritu. Son como miasmas corruptores, impalpables, inadvertibles hasta que la fiebre de la enfermedad advierte a quien la ha adquirido que la ha adquirido.

-¿Y Satanás ayuda? ¿Verdaderamente? ¿Por qué? ¿Y por qué Dios lo deja actuar? ¿Y lo va a dejar actuar siempre? ¿Incluso cuando Tú ya reines?

Todos preguntan.

-Satanás ayuda para acabar de subyugar. Dios lo deja actuar porque de esta lucha entre lo Alto y lo Bajo, el Bien y el Mal, surge el valor de la criatura. El valor y la voluntad. Siempre lo dejará actuar. Aun después de que Yo haya sido elevado al Cielo. Pero entonces Satanás tendrá contra él a un enemigo bien grande y el hombre tendrá a una amiga bien poderosa.

-¿Quién? ¿Quién?

-La Gracia.

-¡Ah, bien! Entonces para los de nuestro tiempo, sin gracia, será más fácil ser subyugados, pero será también menos grave la caída - dice Judas Iscariote, que no para de cavar.

-No, Judas. El juicio será igual.

-Injusto entonces, porque si somos ayudados menos, como consecuencia, deberíamos ser condenados menos.

-No te falta algo de razón - dice Tomás.

-No, Tomás, estás equivocado. Porque los israelitas tenemos ya mucho de fe, esperanza, caridad, y muchas luces de Sabiduría, de forma que no podemos tener la excusa de la ignorancia. Y vosotros... vosotros que tenéis a la Gracia como Maestra vuestra desde casi tres años, *seréis ya juzgados como los del tiempo nuevo* - dice Jesús marcando mucho las palabras y mirando a Judas, que ha levantado la cabeza y está pensativo mirando fijamente hacia el vacío.

Luego Judas de Keriot meneaba la cabeza, como concluyendo un razonamiento interno suyo, y, hundiendo nuevamente la azada en la tierra, pregunta:

-¿Y el que se da así al demonio, qué es luego?

-Un demonio.

-¿Un demonio! De esa forma, si yo, por ejemplo, con tal de afirmar que el contacto contigo da un poder sobrenatural, hiciera cosas... que Tú censuras, ¿sería un demonio?...

-Tú lo has dicho.

-¡Espero que no las hagas, ¿no?!... - dice Andrés casi asustado.

-¿Yo? ¡Ja! ¡Ja! Yo planto los arbolitos a nuestro viejo - y corre al otro lado del huerto y vuelve con cinco plantas, pesadas, sin duda, por el terrón que envuelve sus raíces.

-¿Pero has venido desde Beterón con esa carga al hombro? - pregunta Pedro.

-¡Di, más bien, desde más allá de Gabaón! Allí es donde hay una parte de los huertos de Daniel. ¡Qué tierra más magnífica! ¡Mirad!... - y desmenuza entre sus dedos la tierra que envuelve las raíces. Luego desata el nudo que mantiene unidos los cinco tallitos (ya tan gruesos como un brazo). Sólo dos de ellos tienen ya en el extremo unas pocas hojas. Y son hojas de olivo.

-Mirad. Éste por Jesús y éste por María, que son la paz del mundo. Son los primeros que planto porque yo soy un hombre de paz. Aquí... y aquí - y los coloca en los dos extremos de la franjita de tierra - Y aquí un manzano, joven y bueno como el del Edén, para recordarte, Juan, que tú también vienes de Adán y no te debes asombrar de que... yo pueda ser pecador Cuidado, tú, con la Serpiente... Y aquí... No, aquí no está bien. Allí - delante, junto a la pared, esta higuera joven. ¿Cómo es posible no tener una higuera en el huerto, si aquí nacen como la grama? Y en el agujero del centro vamos a meter este joven almendro. Aprenderá del centenario la virtud de producir. ¡Ya está! Tu huertecito será bonito en un futuro... y, mirándolo, te acordarás de mí.

-Te recordaría de todas formas, porque has estado aquí con el Maestro. "Todo me hablará de este tiempo. Y, mirando las cosas, diré: "¡Como un hijo, Él quiso reparar mi casa!". No obstante, si pudiera tener un deseo distinto del que quizás ya está

escrito en el Cielo, quisiera no tener la ocasión de recordar este tiempo tan hermoso para mí, más hermoso que cuando estos árboles, ahora viejos, eran jóvenes, y jóvenes éramos yo y mi esposa, y aquí jugaba mi hijita... y... cuidar el manzano y el granado, la higuera y la vid, daba satisfacción, porque las manitas de mi hija eran ávidas y era hermoso ver a mi esposa tejiendo o hilando sentada a la sombra verde de los árboles... Después... una vez que se marchó mi hija -¡y tan desmemoriada!-... enferma y luego muerta mi esposa... ¿para qué cuidar y para quién lo que en el pasado fue hermoso? Y todo ha muerto, menos los dos viejotes que recuerdan mi infancia... Quisiera morir antes de tener la ocasión de recordar, y estando aquí una mujer justa, como era Lía. Te agradezco estos árboles, el trabajo, todo. A todos os doy las gracias. Pero le ruego a mi Señor que desarraigue mi viejo árbol de este terreno antes de que concluya esta hora de paz para el viejo Juan...

Jesús se acerca a él y le pone una mano en el hombro, dulce y grave al mismo tiempo:

-Muchas cosas has sabido hacer en tu larga vida. Te falta todavía una: la de aceptar de Dios la hora de la muerte sin pedir que sea ni anticipada ni retrasada un minuto. A muchas cosas te has resignado. Por eso, Dios te ama. Pues que sepas resignarte a la cosa más difícil: vivir cuando lo único que se desearía es morir. Y ahora vamos a entrar en la casa. El sol descende tras los montes y el frío aumenta enseguida. Empieza el sábado. Después del sábado terminaremos los trabajos... - y, recogiendo sierra, cepillo y martillo, entra de nuevo en casa, mientras los otros terminan de unir en haces las ramas podadas, terminan de regar los árboles plantados y de poner en sus goznes la puerta rehecha.

530

Otra noche de pecado de Judas Iscariote.

Toda Nob duerme todavía. Es el primer claror del día. El alba, con las luces difuminadas del invierno, tiene delicadeza de colores irreales. No es la luz verdeplata de las alboradas veraniegas, que tan rápidamente se afirma y se transforma en oro pálido y después en un rosa cada vez más encendido; es un verde jade, difuminado en un gris azul tenuísimo, la que la señala en el Oriente en un pequeño semicírculo, bajo, en el extremo del horizonte. Un punto de una luminosidad velada y casi cansada, como de pálida llama de azufres encendidos tras cortinas de humo blanquecino. Y a duras penas se ensancha en el cielo, que todavía aparece ceniciento, aunque sea un cielo sereno todavía con estrellas que titilan sobre el mundo. A duras penas rechaza el color grisáceo para abrir paso a su precioso color de pálido jade y al puro cobalto del cielo palestino. Parece, tímida y friolera, detenerse en el salto de Oriente. Se demora allí todavía, levisísimamente dilatada en su semicírculo de luminosidad sulfúrea, y levisísimamente diluido su color del verde muy claro al blanco mezclado con un atisbo de amarillo... Cuando, he aquí que queda anulada por un subitáneo rosa que libera el cielo del último velo nocturno y lo pone terso y primoroso como un baldaquino de raso zafireo; y un fuego se enciende en el extremo horizonte: como si se hubiera caído una pared y hubiera quedado al descubierto un horno ardiente. ¿Pero es fuego o es un rubí encendido por un fuego escondido? No. Es el Sol que surge. Ahí está. En cuanto despunta por detrás de las curvas del horizonte, ya ha encontrado un mechón de nube para pintarlo de coral rosa, y a las gotas de rocío sobre las copas de los árboles de hoja perenne para cambiarlas en diamantes. Un alto roble, en el extremo del pueblo, tiene un velo de diamantes en las bronceínas hojas vueltas hacia Oriente. Cada una parece una estrellita titilante entre las ramas de este gigante que se sumerge con su cima en el azul.

Quizás durante la noche algunas estrellas han descendido demasiado hacia el pueblo para susurrar secretos celestes a los habitantes de Nob, o quizás para consolar con su luz pura al Hombre que, insomne, camina silenciosamente allá arriba, por la terraza de Juan. Sí, porque Jesús está despierto -el único en toda Nob, durmiente-, y va y viene lentamente por la terraza de la casita con los brazos cruzados debajo del amplio manto que lo cubre entero bien ceñido, para defensa contra el frío, y que se ajusta como capucha también en la cabeza. Jesús, cada vez que llega a un extremo de la terraza, mira afuera y se asoma para ver la calle que pasa por el centro del pueblo.

Calle todavía semioscura, vacía, silenciosa. Y luego reanuda sus pasos hacia allá y hacia acá, yendo y viniendo lentamente, silenciosamente, generalmente con la cabeza agachada, meditabundo, alguna vez observando el cielo, que se hace cada vez más luminoso, y las encantadoras tonalidades del alba y de la aurora, o siguiendo con la mirada el vuelo vibrante del primer gorrión despertado por la luz, que deja la teja plana hospitalaria de un tejado cercano para bajar a picotear a los pies del viejo manzano de Juan. Y luego, habiendo visto a Jesús, alza el vuelo de nuevo, con un *chip-chip* medroso que despierta a otros pajaritos anidados acá o allá.

De un aprisco viene un balido de oveja y se pierde tremulento en el aire; de la calle, rumor de pisaduras presurosas. Jesús se asoma para mirar. Luego baja rápidamente por la escalerita, entra en la cocina oscura, deja cerrada la puerta tras sí. Los pasos se acercan, ya suenan en la franja de huerto de un lado de la casa. Se detienen delante de la puerta de la cocina. Una mano tienta la cerradura y siente que no está la llave; entonces mueve el pestillo -se puede accionar tanto desde fuera como desde dentro-, mientras una voz dice:

-¿Será que se haya levantado ya alguno?

Y una mano abre cautamente la puerta evitando que chirríe. La cabeza de Judas de Keriot se introduce por la abertura... Mira... Oscuridad completa. Frío. Silencio.

-Se han olvidado abierta la puerta... Pues... me había parecido cerrada... ¡Bueno, no tiene importancia!... A los pobres no les roban los ladrones. ¡Y más miserables que nosotros!... ¡Pero... esperemos que... no siga mucho así! ¿Dónde está ese maldito eslabón?... No lo encuentro... Si logro encender el fuego... porque me he demorado; sí, verdaderamente me he demorado mucho... ¿Pero dónde estará? Demasiadas manos lo tocan. ¿Sobre el hogar? No... ¿Encima de la mesa? No... ¿En los bancos? No... ¿En la repisa?... Tampoco... Esa puerta carcomida chirría cuando se la abre... Madera carcomida... goznes

oxidados... Todo viejo, enmohecido, horrible, aquí. ¡Ah, pobre Judas! Y no está... No voy a tener más remedio que entrar por donde el viejo...

Sin parar de hablar y palpando acá y allá, invisible en la sombra, va apartando, cautamente como un ladrón o una ave nocturna, los obstáculos que podrían hacer ruido... Y choca contra un cuerpo... emite un grito, ahogado, de terror.

-No temas. Soy Yo. Y el eslabón está en mi mano. Aquí está. Enciende- dice Jesús con tono sereno.

-¿Tú, Maestro? ¿Qué hacías aquí solo, en la oscuridad, con el frío...? Hoy habrá muchos enfermos, después de un sábado y dos días de tiempo lluvioso, pero no estarán aquí tan temprano. Se pondrán en marcha desde las ciudades cercanas ahora, no antes, porque sólo ahora se comprende que hoy no va a llover. El viento de la noche ha secado ya los caminos.

-Lo sé. Pero enciende una luz. No es de personas honestas hablar así, en las tinieblas; es de ladrones, de personas que urden engaños, de lujuriosos, de asesinos. Los cómplices en las malas acciones buscan las tinieblas. Yo no soy cómplice de nadie.

-Yo tampoco, Maestro. Quería preparar un buen fuego. Y por eso he sido el primero en levantarme... ¿Qué dices, Maestro? Has susurrado algo entre dientes y no he comprendido.

-¡Venga, enciende!

-¡Ah!... Así, he visto que el día está sereno. Pero hace frío. A todos les gustará encontrar un buen fuego... ¿Te has levantado al oírme moverme aquí o por el viejo que...? ¿Tiene todavía dolores?... ¡Por fin! Parecían húmedos la yesca y el eslabón, porque se resistían mucho a hacer chispa... Se han mojado...

Una llamita se alza del pabilo de una lamparita. Una sola llamita, pequeña, trémula... pero suficiente para ver las dos caras: el pálido rostro de Cristo, el moreno e impertérito de Judas.

-Ahora enciendo el fuego... Estás pálido como un muerto. ¡No has dormido! ¡Y por ese viejo! Eres demasiado bueno.

-Es verdad, soy *demasiado bueno*. Con todos. Incluso con los que no lo merecen. Pero el anciano lo merece. Es un hombre honrado, un hombre de corazón fiel. A pesar de todo, no he estado en vela por él, sino por otro. Es verdad, la yesca y el eslabón estaban húmedos, pero no por causa de una taza volcada, o de otro líquido derramado, sino por mi llanto que ha goteado encima. Es verdad, el día está sereno, pero hace frío y el viento ha secado las calles, aunque hacia el alba ha caído el aguazo. Toca mi manto. Está húmedo... Y luego ha venido el alba para mostrar el tiempo sereno, ha venido la luz para mostrar un sitio vacío, ha venido el sol de la aurora para hacer brillar las gotas de rocío en las hojas y las lágrimas en las pestañas. Es verdad. Hoy habrá muchos enfermos, pero Yo no los esperaba a ellos. *Te esperaba a ti*. Porque es por ti por quien he estado en vela toda la noche. Por ti, y, no pudiendo estar cerrado aquí a esperarte, he subido a la terraza, a echar al viento mi llamada, a mostrarles a las estrellas mi dolor y a la aurora mi llanto. No el anciano enfermo, sino el joven licenciado, el discípulo que evita al Maestro, el apóstol de Dios que prefiere la cloaca antes que el Cielo y la mentira antes que la Verdad, me ha tenido en pie toda la noche. Esperándote. Y, cuando he oído tus pasos, he bajado aquí... a lo mismo, a esperarte, no ya físicamente -ya te tenía cerca, vagando con movimientos propios de un ladrón por la cocina oscura-, sino con tu sentimiento... He esperado una palabra... Y no la has sabido decir cuando -Yo erguido- te has topado conmigo. ¿Entonces aquel al que estás vendiendo tu espíritu no te advirtió de que Yo sabía las cosas? ¡No, claro! No podía advertirte, ni podía sugerirte la única palabra que podías, que *debías* decir, si fueras un justo. Y te ha sugerido las falsedades no solicitadas, inútiles, más ofensivas aún que tu fuga nocturna. Te las ha sugerido con risa burlona, contento de haber conseguido que bajaras otro peldaño y de haberme causado otro dolor a mí. Es verdad, vendrán muchos enfermos; pero *el mayor enfermo* no vendrá a su Médico. Y el propio Médico está enfermo de dolor por este enfermo que no quiere curarse. Es verdad, todo es verdad. También es verdad que he susurrado una palabra que no has comprendido. ¿Después de todo lo que te he dicho, la adivinas?

Jesús ha hablado con voz baja, pero tan incisiva y dolorosa y, al mismo tiempo, tan severa, que Judas, que al oír las primeras palabras estaba sonriente, erguido, arrogante, muy cerca de Jesús, poco a poco se ha ido retrayendo y contrayendo como si cada palabra hubiera sido un azote; mientras que Jesús se ha erguido cada vez más - (verdaderamente juez y verdaderamente trágico con esta efigie suya dolorida).

Judas, arrinconado ya entre una masera y un rincón de la pared, susurra:

-Pues... no sabría...

-¿No? Bueno, pues Yo te la digo, porque no temo decir lo que es verdad. *¡Embustero!* Esto es lo que te he dicho. Y, si aun se puede soportar al niño mentiroso, porque desconoce el valor de una mentira, y se le enseña a no volverla a decir, en un hombre eso no se soporta, y en un apóstol, discípulo de la Verdad misma, da asco. Absolutamente, da asco. Ya ves por qué te he esperado toda la noche y he llorado y he mojado la mesa, allí, donde estaba el eslabón, y luego he llorado velando y llamándote con toda el alma a la luz de las estrellas; ya ves por qué estoy mojado de rocío como el amador de los Cantares (5, 2-6). Pero inútilmente mi cabeza está llena de rocío y mis rizos de las gotas de la noche, inútilmente llamo a la puerta de tu alma y le digo: "Ábreme, porque te amo a pesar de que no seas inmaculada". Es más, precisamente porque está manchada es por lo que quiero entrar en ella y limpiarla; precisamente porque está enferma es por lo que quiero entrar a curarla. ¡Ten cuidado, Judas! Ten cuidado, no sea que el Esposo se aleje, y para siempre, y que no puedas volverlo a encontrar... Judas, ¿no hablas?...

-¡Ya es tarde para hablar! Tú lo has dicho: te doy asco. Arrójame de tu presencia...

-No. También los leprosos me causan asco. Pero siento compasión de ellos. Y, si me llaman, acudo y los limpio. ¿No quieres ser limpiado?

-Es tarde... y es inútil. No sé ser santo. Arrójame de tu presencia te digo.

-No soy uno de tus amigos fariseos, que llaman "impuro" a infinitas cosas y las evitan y las arrojan de su presencia con dureza, cuando podrían purificarlas con caridad. Yo soy el Salvador y no rechazo a ninguno...

Un largo silencio. Judas está en su rincón, Jesús está apoyado con la espalda en la mesa (parece sujetarse en ella, cansado y afligido)... Judas levanta la cabeza. Lo mira titubeante y susurra:

-Y, si yo te dejara, ¿qué harías?

-Nada. Respetaría tu voluntad. Orando por ti. Pero Yo también te digo que, aunque me dejaras, *ya es demasiado tarde*.

-¿Para qué, Maestro?

-¿Para qué? Lo sabes como Yo... Ahora enciende el fuego. Por arriba alguien anda. Extingamos el escándalo aquí, entre nosotros. Para todos, hemos tenido un sueño breve... y el deseo de calor nos ha reunido aquí... ¡Padre mío!...

Y, mientras Judas acerca la llama a los haces que están ya en el hogar, y sopla para que la llama prenda en virutas ligeras, Jesús levanta las manos a su cabeza y luego las aprieta contra los ojos...

531

En Nob, enfermos y peregrinos venidos de todas partes. Valeria y el divorcio. Curación del pequeño Leví.

Jesús se encuentra entre enfermos y peregrinos venidos a Él de muchas partes de Palestina.

Hay incluso un navegante de Tiro al que una desgracia en el mar lo dejó paralítico y que, ahora, cuenta esta vicisitud suya: la caída de un embalaje por el balanceo del barco (las mercancías pesadas lo alcanzaron y le golpearon en la columna). No murió. Pero es más que un muerto, porque, todo acabado como está, obliga a sus familiares a no trabajar, para cuidarlo. Dice que ha ido con ellos a Cafarnaúm y luego a Nazaret, y que ha sabido por María que estaba en Judea, concretamente en Jerusalén.

-Me dio los nombres de los amigos que podían alojarte. Y un galileo de Seforí me dijo que estabas aquí. Y he venido. Sé que no desprecias a nadie, ni siquiera a los samaritanos. Espero que escuches mi súplica. Tengo mucha fe.

Su mujer no habla. Pero, acurrucada al lado del jergoncillo en que han puesto al enfermo, mira a Jesús con *ojos* que suplican más que toda palabra.

-¿Dónde recibiste el golpe?

-Debajo del cuello. Justo ahí sufrí el choque más fuerte y sentí un ruido en la cabeza -como cuando se golpea el bronce-, que luego se transformó en un continuo mugido de mar tempestuoso; y luces, luces de todos los colores empezaron a danzar delante de mí.. Luego ya no sentí nada durante muchos días. Navegábamos en la aguas de Cintium y me vi en casa sin saber cómo. Y de nuevo oía el ruido en la cabeza y veía las luces en los *ojos*, esto durante muchos días. Luego se pasó... pero los brazos se han quedado muertos, y lo mismo las piernas. Un hombre acabado a los cuarenta años. Y tengo siete hijos, Señor.

-Mujer, incorpora a tu marido y destapa el sitio que recibió el golpe.

La mujer, sin decir nada, obedece. Con movimientos diestros; maternos, ayudada por el que ha venido con ella (no sé si es un hermano o un cuñado), introduce un brazo por debajo de los hombros de su consorte, mientras con la otra mano sujeta la cabeza, y, con la delicadeza con que daría la vuelta a un recién nacido, separa de la yacija el pesado cuerpo. Una cicatriz, todavía colorada, señala el punto de la herida mayor.

Jesús se inclina. Todos alargan el cuello para mirar. Jesús apoya la punta de los dedos en la cicatriz y dice:

¡Quiero!

El hombre reacciona como si le hubiera tocado una corriente eléctrica, y lanza un grito:

-¡Qué fuego!

Jesús separa los dedos de las vértebras lesionadas y dice:

-¡Alzate!

El hombre no se lo deja decir dos veces. Apoyar en la yacija los brazos desde hace meses inertes, moverse para liberarse de quienes lo tienen sujeto, bajar de la baja camilla las piernas y ponerse en pie queda hecho en mucho menos tiempo del que yo he empleado para describir las fases del milagro.

La mujer grita, el familiar grita, el hombre curado levanta los brazos al cielo, enmudecido de alegría. Un instante de alegría asombrada, luego gira en torno a sí mismo, seguro como el hombre más ágil, y se encuentra, cara contra cara, con Jesús. Entonces recobra la voz y grita:

-¡Bendito seas Tú y quien te ha enviado! Yo creo en el Dios de Israel y en ti, su Mesías - y se arroja al suelo a besar los pies de Jesús entre los gritos de la gente.

Después los otros milagros; la mayor parte a niños, a mujeres, a ancianos. Luego Jesús habla.

-Habéis visto el milagro de huesos fracturados que se saldan de nuevo y de miembros muertos que vuelven a vivir. Ver esto os lo ha concedido el Señor para confirmar la fe en los que creen y suscitarla en los que no la tienen. Y los milagros han sido concedidos a personas de todos los lugares que han venido aquí en busca de salud, impulsadas por la fe en mi virtud curativa.

Hay aquí judíos y galileos, libaneses y sirofenicios, habitantes de la lejana Batanea y de las costas marinas. Y todos han venido sin preocuparse de la estación del año ni de la largura del recorrido, y los familiares los han acompañado sin murmurar, sin dolerse por los trabajos dejados suspendidos o por los negocios abandonados. Porque todo sacrificio era nada en relación a lo que salían a obtener. Y, de la misma manera que han caído los egoísmos y las incertidumbres del hombre, igualmente han caído las ideas políticas o religiosas que antes constituían como una pared para considerar a todos hermanos, a todos iguales en la vida y en el sufrimiento, en el deseo y la esperanza de la salud y del consuelo. Y Yo, porque es justo que sea así, he concedido salud y consuelo a todos aquellos que han sabido unificarse en una esperanza que es ya fe.

Yo soy el Pastor universal y debo acoger a todas las ovejas que quieren entrar en mi rebaño. No hago distinción entre ovejas sanas y enfermas, entre ovejas débiles y fuertes, entre ovejas que me conocen porque ya pertenecían al rebaño de Dios y ovejas que hasta ahora no me conocían y no conocían ni siquiera al verdadero Dios. Porque Yo soy el Pastor de la Humanidad, y tomo a mis ovejas allá donde se hallen y vengán en dirección a mí. ¿Son ovejas flacas, sucias, descorazonadas, ignorantes; ovejas que han sufrido los golpes de pastores que no las han amado, y que las han rechazado considerándolas inmundas? No hay

inmundicia que no pueda ser lavada. Y no hay oveja impura que, queriéndose limpiar y pidiendo ayuda para ello, pueda ser rechazada alegando que es impura.

Dios es quien suscita los buenos deseos. Si los suscita, señal es de que desea que pasen a ser realidad. Es el mismo Espíritu de Dios el que pide con súplicas inefables esta absorción de todos los hombres por parte del Amor, porque el Espíritu de Dios desea extenderse y enriquecerse. Extenderse amando a un número ilimitado de seres apenas suficientes para reconfortar su infinitud de Amor; y enriquecerse con el amor de un número ilimitado de seres atraídos hacia Él por la dulzura de su fragancia.

No le es, pues, lícito a ninguno despreciar y rechazar a quien quiere entrar en el rebaño santo. Esto es para aquellos de entre vosotros que puedan cultivar en su corazón las ideas de buena parte de Israel, ideas de juicios y distinciones que Dios no estima, al ser contrarios a su plan de hacer de todos los pueblos un único Pueblo que lleve el Nombre del Mesías por Él enviado.

Pero ahora hablo también a los que han venido de fuera, a las ovejas que hasta ahora eran agrestes y que sienten el deseo de entrar en el rebaño único del único Pastor. Y digo: nada les haga perder la confianza, nada las descorazone. No hay paganismo, no hay idolatría, no hay vida no conforme a la que Yo enseño que no puedan ser abominadas y rechazadas, permitiendo al espíritu regenerarse, libre de toda mala planta, de forma que resulte apto para recibir las nuevas simientes y revestirse con los nuevos distintivos. Y esto debería impulsar a los pueblos hacia mí, más que la salud para los cuerpos.

De la misma manera -y que esto sirva tanto para hebreos de Palestina, como para hebreos y prosélitos de la Diáspora, como para gentiles-, de la misma manera que sabéis venir a mí para que vuestras carnes enfermas queden libres del yugo de las enfermedades, sabed venir para que vuestro espíritu quede libre del yugo del pecado y del paganismo. La primera cosa que deberíais pedirme todos, y desearlo con todas vuestras fuerzas, es el ser liberados de aquello que hace a vuestro espíritu esclavo de fuerzas malas que le dominan. La primera cosa que deberíais querer es esta liberación, querer, como primer milagro, el Reino de Dios en vosotros. Porque, teniendo este Reino en vosotros, todas las otras cosas serán dadas (y dadas de forma que el don no pese como un castigo en la otra vida). No os habéis parado a pensar en las inclemencias del tiempo, ni en fatigas ni en pérdidas de dinero, con tal de obtener la salud de los cuerpos, los cuales, aunque hoy estén curados, un próximo mañana perecerán por muerte física. Con el mismo corazón deberíais saber afrontar todas las cosas, con tal de obtener salud para el espíritu, y Vida eterna y posesión del Reino de Dios.

Burlas y amenazas de parientes o de convecinos o autoridades, ¿qué son respecto a aquello que tendréis todos, de cualquier lugar que vengáis, si sabéis acercaros a la Verdad y la Vida? ¿Quién, por detenerse un día en una fiesta que terminase con el ocaso, dejaría de ir a un lugar donde supiera que le espera una vida feliz? Bueno, pues, a pesar de todo, muchos actúan así. Y, por saciarse durante una fracción de tiempo con los insípidos e inútiles gozos del mundo, dejan de acudir al lugar donde hallarían para siempre -y sin miedo a ver que el odio enemigo se lo arrebate- verdadero alimento, verdadera salud, verdadero gozo.

En el Reino de Dios no hay odio ni guerra ni abusos; quien sabe entrar en Él no conoce ya dolor ni angustia ni atropellos, sino que posee la paz gozosa que emana del Padre mío.

Me despido de vosotros. Podéis marcharos. Volved a vuestros lugares. En estos momentos, ya mis discípulos son numerosos y están esparcidos por todas las regiones de Palestina. Escuchadlos, si queréis conocer mi Doctrina y estar preparados para el día de la decisión de que dependerá la vida eterna de muchos. Os doy mi paz para que os acompañe.

Y Jesús, bendiciendo primero a la gente, entra de nuevo en casa... Los apóstoles se quedan fuera todavía un tiempo, luego entran para comer, porque el sol, alto en el cielo, dice que es mediodía. Sentados a la rústica mesa, después de la bendición de los alimentos compuestos por pequeños quesos y achicoria hervida y condimentada con aceite), hablan de los acontecimientos de la mañana, y se felicitan porque el número de los discípulos evangelizadores ya permite aliviar al Maestro de la fatiga de hablar continuamente en las condiciones de cansancio en que se encuentra. Efectivamente, Jesús ha adelgazado aún más en estos últimos tiempos, y su color -por naturaleza, de un tono blanco marfil denso, con un leve matiz de color sonrosado debajo de la tez levemente morenita de los pómulos- ahora aparece blanco del todo, semejante a un pétalo de magnolia ya no fresco.

A mí, que, habiendo vivido mucho tiempo en Milán, conozco el delicado color del mármol de Candoglia con que ha sido construido el magnífico Duomo, el rostro del Señor, en estos últimos, dolorosos meses de vida terrena, me parece justo del color de ese mármol, que no es blanco, no es rosa, no es amarillo, pero recuerda, y con los más delicados matices, a estos tres colores. Los ojos están más hundidos y, por tanto, parecen más oscuros, quizás también porque una sombra de cansancio vela los párpados y las cuencas: ojos de quien poco duerme y mucho llora y sufre. Y la mano parece más larga porque ha enflaquecido y palidecido. Dulce mano de mi Señor que ya muestra el relieve de los tendones y las venas; que tiene concavidades de delgadez y que deja entrever, por tanto, la estructura ósea de debajo: santa, mártir mano ya preparada para el clavo que la traspasará. Les será fácil a los verdugos encontrar el punto en que meter el clavo, porque no hay velo de adiposidad en la ascética mano de mi Señor.

Ahora está desmayada, como cansada, sobre la madera oscura de la mesa, mientras Él meneaba la cabeza sonriendo cansadamente a sus apóstoles, que se dan cuenta del infinito cansancio de sus miembros, de su voz, y, sobre todo, de su corazón, demasiado afligido, demasiado fatigado por el esfuerzo de deber tener unidos tantos corazones distintos, de tener que soportar y mantener celado el deshonor del discípulo incorregible...

Pedro sentencia:

-Tú, indiscutiblemente, hasta la fiesta de la Dedicación tienes que descansar. Nosotros nos ocuparemos de estos que vienen. Tú vas... ¡Ya está!... A casa de Tomás. Estarás cerca y en paz.

Tomás apoya la propuesta de Pedro. Pero Jesús meneaba la cabeza. No. No quiere ir.

-Bueno, pues, no hablas en estos días. Podemos hacerlo nosotros. No serán palabras excelsas, pero nos atenderemos a lo que sabemos. Y Tú solamente curas a los enfermos.

-Podemos hacer nosotros también eso - dice Judas Iscariote.

-¡Mmm! Yo, por lo que a mí respecta, me retiro - dice Pedro.

-Y, sin embargo, ya lo hiciste.

-¡Claro!, cuando el Maestro no estaba con nosotros y, debíamos representarlo y despertar el amor por Él. Pero ahora está Él y el milagro lo hace Él. Sólo Él es digno de ello. ¡Milagro nosotros! Pero si necesitamos nosotros recibir el de nuestra renovación, porque por nosotros solos, me doy cuenta bien, no haremos nunca nada bueno. Somos unos míseros, pecadores e ignorantes.

-Te ruego que hables por ti. ¡Yo, de ninguna manera, me siento un mísero! - replica Judas de Keriot.

-El Maestro está cansado. Su cansancio es más moral que corporal. Si es verdad que lo queremos, vamos a evitar disputas. Son las cosas que más lo agotan - dice severo el Zelote.

Jesús levanta los ojos para mirar al anciano apóstol, siempre tan sabio, y le extiende una mano por encima de la mesa para acariciarlo. El Zelote toma entre sus manos oscuras esa mano blanca y la besa.

-Tienes razón. Pero yo también la tengo cuando digo que inevitablemente tiene que descansar. ¡Parece enfermo!... - insiste Pedro. Todos asienten, incluido el anciano Juan y Elisa, que dice:

-Hace mucho que lo vengo diciendo. Por eso, yo querría...

Un golpe en la puerta. Andrés, que es el que más cerca está, va a abrir; y sale y cierra tras sí.

Vuelve. Dice:

-Maestro, hay una mujer. Insiste en verte. Trae una niñita consigo. Debe ser de elevada condición, a pesar de vestir modestamente. No está enferma, yo diría que ni ella ni la niña. Pero no sé por qué trae un velo tupido. La niña trae en sus brazos unas flores espléndidas.

-Dile que se vaya. ¡Estamos diciendo que tiene que descansar y tú no lo dejas ni siquiera terminar de comer! - refunfuña Pedro.

-Se lo he dicho. Pero ha contestado que no va a cansar al Maestro, y que a Él seguro que le dará alegría verla.

-Dile que vuelva mañana, a la hora de todos. Ahora el Maestro va a descansar.

-Andrés, acompáñala a la habitación de arriba. Voy enseguida - dice Jesús.

-¡Vaya, lo sabía! ¡Así se cuida! ¡Justo como estábamos diciendo!

Pedro está inquieto.

Jesús se levanta y antes de salir, pasa por detrás de Pedro, le pone las manos en los hombros, se agacha un poco a besarlo en el pelo y dice:

-¡Tranquilo, Simón! E1 que me ama alivia mi cansancio, más que el descanso en una cama.

-¿Y qué sabes si ésta es una que te quiere?

-¡Simón! ¡La intranquilidad te hace decir palabras de las que ya estás arrepentido, porque las sientes necias! ¡Tranquilo! ¡Tranquilo! Una mujer que viene con una criatura inocente, que me trae a su criatura inocente con los bracitos cargados de flores, no puede sino ser una que me quiere y que intuye mi necesidad de encontrar un poco de amor y pureza entre tanto odio e inmundicia.

Y sale, y sube la escalera de la terraza, mientras Andrés, cumplida su misión, regresa a la cocina.

La mujer está en la puerta de la habitación de arriba. Alta, esbelta, cubierta con un tupido manto pardo, velada la cara con una tela de lino cendalí marfileño que le baja desde la ceñida capucha hasta la cara. La niña, infante todavía, porque tendrá como mucho tres años, lleva un vestidito blanco y un manto acampanado con capuchita blanca también. Pero la pequeña capucha se ha deslizado mucho hacia atrás sobre los ricitos de delicado color rubio castaño. Y es que la pequeñuela, alzando la carita que sobresale de entre las flores que tiene apretadas entre sus bracitos, está mirando a la mujer. La flores son espléndidas, como sólo en estos países pueden encontrarse en el frío diciembre: rosas rosas mezcladas con delicadas flores blancas que no sé qué son; no soy muy fuerte en floricultura.

Jesús, en cuanto pone pie en la terraza, recibe el saludo de la voccita de la pequeñuela que, impulsada por la mujer, corre hacia Él, diciendo:

-¡Ave, Domine Jesu!

Jesús agacha su alto cuerpo hacia su minúscula devota y, poniéndole una mano en su pelito, le dice: «La paz sea contigo», y luego se endereza otra vez y sigue a la hijita, que con un gorjeo de risa vuelve a donde la mujer, la cual ha hecho una profunda reverencia y se ha apartado al lado de la puerta para dejar pasar al Maestro.

Jesús la saluda con un movimiento de la cabeza y entra en la habitación para ir a sentarse en el primer asiento que encuentra. Guarda silencio, como en actitud de espera. Muy rey. Su austera dignidad es tanta, que, sentado en su pobre asiento de madera sin respaldo, parece sentado en un trono. Sin manto, sólo con la túnica de lana azul oscurísima, sin adornos ni franjas, un poco descolorida en los hombros, donde el agua de lluvia, el sol, el polvo y el sudor han mordido el color -una túnica limpia pero pobre-, parece vestido de púrpura, pues mucha es la majestad de su porte. Muy rígido y, con el grave ademán de la cabeza sobre el cuello y de las manos apoyadas sobre las rodillas con la palma abierta, casi hierático. Los pies desnudos, apoyados en el desnudo suelo hecho de baldosas viejas. Como fondo, la pared desnuda y apenas blanqueada con cal. Suspendido detrás de su cabeza, no un paño precioso o un baldaquino, sino una criba para la harina y una soga de la que penden manojos de ajos y cebollas. Pero aparece más majestuoso que si tuviera un suelo precioso bajo sus pies, una pared áurea a sus espaldas y un velo de púrpura adornado con gemas encima de su cabeza.

Espera. Su majestuosidad paraliza a la mujer en un momento de estupor lleno de veneración. También la niña se queda callada, inmóvil al lado de la mujer, un poco atemorizada, quizás. Pero Jesús sonríe y dice:

-Estoy aquí por vosotras. No tengáis miedo.

Entonces todo temor cesa.

La mujer susurra algo a la niña. La niña se mueve, seguida de la mujer, va contra las rodillas de Jesús, le pone en el regazo todas las flores y dice:

-Las rosas de Faustina a su Salvador.

Lo dice lentamente, como uno que sabe poco de una lengua que no es la propia. Entretanto, la mujer se ha arrodillado detrás de la niña y ha echado hacia atrás el velo. Es Valeria, la madre de la pequeñuela, y saluda a Jesús con su romano: «¡Salve, Maestro!».

-Que Dios venga a ti, mujer. ¿Por qué estás aquí, y tan sola? - dice Jesús mientras acaricia a la pequeñuela, que ya no tiene miedo y que, no contenta con haber puesto las flores en el regazo de Jesús, busca con las manitas en el manojito perfumado para elegir las que, según ella, son más hermosas. Luego dice:

-¡Toma! ¡Toma! ¡Que son tuyas! - y alza ora una rosa, ora una de las anchas umbelas blancas con estrellitas olorosas, hasta cerca de la cara de Jesús, que acepta y va depositando de nuevo las flores en el montón perfumado.

Entretanto, Valeria habla.

-Estaba en Tiberíades porque mi hija se encontraba ligeramente enferma y nuestro médico lo había aconsejado...

Una pausa larga de Valeria, que cambia de color y luego dice apresuradamente: -Y yo tenía mi corazón muy afligido y deseaba verte; porque para mi sufrimiento sólo un médico podía encontrar curación: Tú, Maestro, que tienes palabras de justicia en todas las cosas... Por eso habría venido igualmente. Por el egoísmo de ser consolada, y también para saber lo que debo hacer para... sí, para tener por mi parte gestos de gratitud hacia ti y tu Dios, que me habéis concedido seguir teniendo a esta criatura mía... Pero... nosotros sabemos muchas cosas, Maestro. Los informes de los hechos de la Colonia, hasta de los más mínimos, se depositan todos los días en la mesa de trabajo de Poncio Pilatos, que toma visión de los hechos. Pero, para tomar las decisiones que se requieran, oye mucho el parecer de Claudia... Muchos informes hablaban de ti y de los hebreos que mantienen en agitación al país, haciendo de ti al mismo tiempo un estandarte de desquite nacional y una causa de odio civil. Claudia juzga bien al decirle a su marido que de uno sólo en toda Palestina no debe temer que sea causa de una desgracia: de ti. Y Pilatos, un día y otro, le presta atención... Hasta ahora, la más fuerte ha sido Claudia. Pero si mañana otra fuerza dominara a Pilatos... He tenido, pues, conocimiento, y he sentido que mi inocente te consolaría...

-Has tenido un corazón compasivo e iluminado, mujer. Que Dios te ilumine del todo y vele por esta criatura tuya, ahora y siempre.

-Gracias, Señor. Tengo necesidad de Dios...

Algunas lágrimas caen de los ojos de Valeria.

-Sí, lo necesitas. En Dios encontrarás todo consuelo y sabrás hallar la guía para ser justa al juzgar, y para perdonar y seguir amando y, sobre todo, para educar a ésta, para que tenga la vida feliz de los que son hijos del Dios verdadero.

Ya ves que este Dios que tú no conocías, este Dios al que quizás habías despreciado -a Él y a su Ley-, tan distinto de vuestros dioses y de vuestras leyes y religiones, este Dios al que ciertamente habías ofendido con un modo de vivir en que la virtud no era respetada en muchas cosas, leves todavía, si quieres, pero camino para más graves heridas contra la virtud y más graves ofensas a la Divinidad, que te ha creado a ti también... Ya ves que este Dios te ha amado tanto, que, a través de un dolor que sentías con tu humanidad de madre, de madre que no tiene conocimiento de una vida futura ni, por tanto, de una temporal separación de esa carne de su carne, te ha traído a mí. Te ha amado tanto, que me condujo a Cesárea cuando casi agonizabas sobre el pequeño cuerpo de tu criatura, que ya se enfriaba en medio de su agonía. Te ha amado tanto, que te la ha devuelto para que tuvieras siempre presente la bondad y el poder del Dios verdadero y tuvieras un freno ante toda licencia pagana, y un consuelo en todos los dolores de mujer casada. Te ha amado tanto, que, a través de otro dolor, ha reforzado en ti la voluntad de acercarte al Camino, a la Verdad, a la Vida, y de asentarte ahí con tu criatura para que al menos ella, ya desde su primera infancia, posea aquello que es consuelo y paz, salud y luz en los tristes días de la Tierra - y posea estas cosas como preservación de todo lo que a ti te hace sufrir, en tu parte mejor y en la afectiva: la primera, instintivamente buena y que no soporta el fango oscuro en que está obligada a vivir la segunda, desordenada en su bondad.

Porque en tus afectos, mujer, eres pagana. No es culpa tuya. Es culpa del mundo en que vives, y del gentilismo en que has crecido. Sólo quien está en la verdadera Religión sabe dar a los afectos el valor, la medida y las manifestaciones justas. Tú, madre que no sabías de vida eterna, amabas sin orden a tu hija, y, viéndola morir, enajenada a causa de la muerte inminente que la amenazaba, desesperadamente te rebelabas contra esa pérdida. Como quien viera aferrado por un loco al ser más querido, y lo viera tenerlo suspendido en un abismo de cuyo fondo no podría resurgir, y que si cayera ya no podría ni siquiera ser sacado como frío cadáver para el beso de su amor, así veías a tu Fausta ya suspendida en el abismo de la nada... ¡Pobre mamá, que no habría recuperado jamás a su hija! Jamás, ni con la carne ni con el espíritu. La nada. Esa cosa finita, inexorablemente Finita, que es la muerte para aquellos que no creen en la Vida espiritual.

Tú, esposa pagana, amante, fiel, has amado en tu esposo a tu dios terreno de amor carnal, tu hermoso dios que se proponía a tu adoración rebajando tu dignidad de igual a un servilismo de esclava. ¿Que la mujer viva sumisa a su marido, humilde, fiel, casta? Sí. Él, el hombre, es la cabeza de la familia. Pero cabeza no quiere decir déspota. Cabeza no quiere decir caprichoso patrón al que le es lícito todo capricho no sólo respecto a la carne, sino también a la parte mejor de su esposa. "Donde tú, Cayo, allí yo, Caya", decís. Pobres mujeres de un lugar donde el libertinaje está hasta en las fábulas de vuestros dioses. Las de vosotras que no sois ni impúdicas ni licenciosas, ¿cómo podéis estar donde están vuestros maridos? Es inevitable que la que no es una licenciosa ni una degenerada se canse con desazón y experimente un dolor verdaderamente atroz, como de fibras que se desgarran, una gran turbación, un venirse abajo todo el culto hacia el marido contemplado siempre como un dios, cuando descubre que aquel al que adoraba como a un dios es un mísero ser dominado por la animalidad brutal, licencioso, adúltero, atolondrado, indiferente, burlador de los sentimientos y de la dignidad de su esposa.

No llores. Yo también sé todo, y sin necesidad de los informes de los centuriones. No llores, mujer; aprende, más bien, a amar, *en el orden*, a tu marido.

-Ya no puedo amarlo. Ya no lo merece. Lo desprecio. No me rebajaré a mí misma imitándolo, pero ya no lo puedo amar. Todo ha acabado entre nosotros. Lo he dejado marcharse sin tratar de retenerlo... En el fondo he sentido agradecimiento a él por última vez, por el hecho de marcharse... No lo buscaré. Por lo demás, ¿acaso fue alguna vez compañero mío? Caída la venda de mi adoración, ahora recuerdo y juzgo sus acciones. ¿Estaba acaso al lado de mi corazón, cuando yo lloraba al deber seguirlo aquí, dejando a mi madre enferma y a la patria, recién casada y próxima a dar a luz? Él, frívolo, se reía con sus amigos, se reía de mis lágrimas y náuseas, avisándome sólo de que no le manchara la túnica. ¿Estaba, acaso, a mi lado en mis nostalgias por estar en patria ajena? No. Fuera, con los amigos, en los festines a los que mi estado no me consentía ir... ¿Estaba, acaso, inclinado conmigo hacia la cuna de la recién nacida? Se echó a reír cuando le mostraron a la recién nacida y dijo: "Yo casi diría que la pusieran en el suelo. No para tener niñas he tomado el yugo matrimonial". No estuvo presente en la purificación diciéndome que era una "inútil pantomima". Y, dado que la pequeñuela lloraba, dijo al salir: "Ponedle por nombre Libitina y que esté consagrada a la diosa". ¿Y, cuando Fausta agonizaba, acaso compartió conmigo la angustia? ¿Dónde estaba la noche que precedió a tu venida? En casa de Valeriano en un banquete. Pero lo amaba; era -es como has dicho- mi dios. Todo en él me parecía bueno, acertado. Me concedía amarlo... y yo era, de sus deseos, la esclava más esclava. ¿Sabes por qué me ha alejado de sí?

-Lo sé. Porque en tu carne se había despertado el alma y ya no eras hembra sino mujer.

-Eso. He querido hacer de mi casa una casa virtuosa... y él ha encontrado la manera de ser trasladado a Antioquía, al lado del Cónsul, imponiéndome no seguirle, y consigo se ha llevado a las esclavas favoritas. ¡Oh, no lo seguiré! Tengo a mi hija. Tengo todo.

-No. No tienes todo. Tienes una parte, una pequeña parte del Todo, lo necesario para ser virtuosa. El Todo es Dios. Tu hija no debe ser para ti razón de injusticia respecto al Todo; antes bien, de justicia. Por ella y con ella, tienes el deber de ser virtuosa.

-He venido para consolarte y para que me consueles. Pero también he venido para preguntarte cómo educar a esta niña para hacerla digna de su Salvador. Había pensado hacerme prosélita vuestra y hacerla prosélita también a ella...

-¿Y tu marido?

-¡Oh, con él todo ha terminado!

-No. Todo empieza. Sigues siendo su mujer. El deber de la mujer buena es hacer bueno a su consorte.

-Él dice que quiere divorciarse. Y, ciertamente, lo hará. Así que...

-Y lo hará. Pero todavía no lo ha hecho. Y, mientras no lo haga eres, incluso según vuestra ley, su esposa. Y, como tal, tienes el deber de permanecer en tu lugar como esposa. Tu lugar es el de ser segunda respecto a tu marido en la casa, al lado de tu hija, ante *los ojos de* los criados y del mundo. Tú piensas que el ha dado el mal ejemplo. Es verdad. Pero esto no te exime a ti de dar tu ejemplo de virtud. El se ha marchado. Es verdad. Tú, junto a tu hija y a los criados, toma su lugar.

No todo es censurable en vuestras costumbres. Cuando Roma estaba menos degenerada, sus mujeres eran castas, trabajadoras, y servían a la divinidad con una vida de virtud y fe. Aunque su mísera condición de paganas les hiciera servir a falsos dioses, la idea era buena. Ofrendaban su virtud a la Idea de la religión, a la necesidad de un respeto a una religión, a una Divinidad cuyo verdadero nombre desconocían, pero cuya existencia sentían, como sentían que era mayor que el licencioso Olimpo y que las degradantes deidades que, según las leyendas mitológicas, lo poblaban. Inexistente vuestro Olimpo, inexistentes vuestros dioses. Pero vuestras antiguas virtudes eran fruto de la convicción sincera de tener que ser virtuosos para ser mirados por los dioses con amor; eran fruto de ese deber que sentíais que debíais tener hacia las divinidades a las que adorabais. Ante los ojos del mundo, especialmente de nuestro mundo judío, parecíais necios por este acto vuestro de honrar a algo que no existía. Pero a los ojos de la Justicia eterna y verdadera, a los ojos del Dios Altísimo, único y omnipotente Creador de todas las criaturas y casas, esas virtudes, ese respeto, ese deber, no eran vanos. El bien es siempre bien, la fe siempre tiene valor de fe, la religión tiene siempre valor de religión, si el que los sigue y practica y posee está convencido de estar en la verdad.

Te exhorto a imitar a vuestras antiguas mujeres, castas, trabajadoras y fieles, permaneciendo en tu lugar, columna y luz de tu casa. No creas que vaya a desaparecer el respeto de los criados hacia ti por haberte quedado sola. Hasta ahora te han servido por miedo, y alguna vez con un celado sentido de odio y rebelión. De ahora en adelante, te servirán con amor. Los infelices aman a los infelices. Tus esclavos conocen el dolor. Tu alegría era para ellos un amargo aguijón. Tus penas, despojándote de la fría luz de ama -en el sentido más odioso de esta palabra- te revestirán de una cálida luz de conmiseración. Serás amada, Valeria. Amada por Dios, amada por tu hija, amada por tus criados. Y, aun en el caso de que ya no fueras la esposa, sino la divorciada, recuerda -Jesús se pone en pie- que la separación legal no destruye el deber de la mujer de ser fiel a su juramento de esposa.

Tú quisieras entrar en nuestra religión. Uno de sus divinos preceptos es que la mujer es carne de la carne de su marido y que ninguna cosa o persona puede separar lo que Dios ha hecho una sola carne. También nosotros tenemos el divorcio. Ha venido como mal fruto de la lujuria humana, del pecado original, de la corrupción de los hombres. Pero no ha venido espontáneamente de Dios. Dios no cambia su palabra. Y Dios había dicho, inspirando a Adán, todavía inocente (y, por tanto, que hablaba con una inteligencia no empañada por la culpa), las palabras: que los esposos, una vez unidos, debían ser una carne sola. La carne no se separa de la carne sino por adverso episodio de muerte o de enfermedad. El divorcio mosaico, concedido para evitar pecados atroces, concede a la mujer solamente una libertad muy mísera. La divorciada es siempre una disminuida en el concepto de los hombres, bien permanezca divorciada, bien pase a segundas nupcias. Pero ante el juicio de Dios es una infeliz, si pasa a estar divorciada por malevolencia del marido y se queda como divorciada; mas, si está divorciada por torpes culpas propias y se casa de nuevo, es sólo una pecadora, una adúltera. Pero tú quieres entrar en nuestra religión por seguirme a mí. Y entonces Yo, Verbo de Dios, habiendo llegado el tiempo de la perfecta religión, te digo lo que digo a muchos: no le es lícito al hombre separar lo que Dios ha unido, y es siempre adúltero aquel, o aquella, que, teniendo en vida a su cónyuge, pasa a nuevas nupcias.

El divorcio es prostitución legal, y pone al hombre y a la mujer en condiciones de cometer pecados de lujuria. La mujer divorciada difícilmente vive como viuda -y viuda fiel- de un vivo. El hombre divorciado nunca permanece fiel al primer vínculo. Tanto el uno como la otra, pasando a otras uniones, descienden del nivel de los hombres al de los animales, a los cuales les está permitido cambiar de hembra a cada moción de su apetito. La fornicación legal, peligrosa para la familia y para la patria, es delictiva respecto a los inocentes. Los hijos de los divorciados deben juzgar a sus padres. ¡Severo juicio el de los hijos! Al menos uno de los padres es condenado por los hijos. Y los hijos quedan -por el egoísmo de sus padres- condenados a una vida afectiva mutilada. Y si, además, a las consecuencias familiares del divorcio, que priva del padre o de la madre a los hijos inocentes, se une el hecho del nuevo matrimonio del cónyuge al que han sido confiados los hijos, a la condena de una vida afectiva mutilada por la carencia de un miembro se une la otra mutilación: la de la pérdida, más o menos total, del afecto del otro miembro, dividido o totalmente absorbido, por el nuevo amor y por los hijos de la nueva unión.

Hablar de nupcias, de matrimonio, en el caso de una nueva unión, de un divorciado o de una divorciada, es profanar el significado y la cosa que es el matrimonio. Sólo la muerte de uno de los cónyuges y la subsiguiente viudez del otro puede justificar las segundas nupcias. Lo que no quita que Yo juzgue que sería mejor inclinar la cabeza ante el veredicto, siempre justo, de quien regula los destinos de los hombres, y cerrarse en castidad cuando la muerte haya puesto fin al estado matrimonial, dedicándose toda a los hijos y amando al cónyuge pasado a la otra vida en sus hijos: un amor despojado de toda materialidad, santo y veraz. ¡Pobres hijos! ¡Experimentar, después de la muerte o del hundimiento del hogar, la dureza de un segundo padre o de una segunda madre, y la angustia de ver compartidas las caricias con otros hijos que no son hermanos! *(Aquí, en nuevas nupcias en el caso de viudedad, Jesús expone un consejo evangélico no un mandato, como asimismo se observa en lo que dice San Pablo en (I Corintios 39 – 40) y el mismo Jesús ha mencionado antes “Sólo la muerte de uno de los cónyuges y la subsiguiente viudez del otro puede justificar las segundas nupcias”)*

No, en mi religión no existirá el divorcio. Y aquel que estipule divorcio civil para contraer nueva unión será adúltero y pecador. La ley humana no modificará mi decreto. El matrimonio en mi religión ya no será un contrato civil, una promesa moral hecha y sancionada en presencia de testigos designados para tal fin. Será, antes bien, un indisoluble vínculo corroborado, soldado y santificado por el poder santificador que Yo le daré, convertido en Sacramento. Para que comprendas: rito sagrado. Poder que ayudará a practicar santamente todos los deberes matrimoniales, pero que será también sentencia de indisolubilidad del vínculo. Hasta ahora, el matrimonio es un mutuo contrato natural y moral entre dos de distinto sexo. Desde el amanecer de mi ley, el matrimonio se extenderá al alma de los cónyuges. Vendrá a ser, pues, también contrato espiritual, sancionado por Dios a través de sus ministros. Ahora bien, tú sabes que nada es superior a Dios. Por tanto, lo que Él haya unido, nunca autoridad alguna, ley o capricho humanos, podrán desunir. El "donde tú, Cayo, yo, Caya", de vuestro rito se perpetúa en el más allá en el nuestro, en mi rito, porque la muerte no es final, sino separación temporal del esposo de su esposa, y el deber de amar persiste después de la muerte.

Por esto digo que quisiera castidad en los viudos. Pero el hombre no sabe ser casto. Y también por eso digo que los cónyuges tienen el deber recíproco de mejorarse el uno al otro. No menees la cabeza. Así es este deber, y hay que cumplir con el deber, si hay verdadera voluntad de seguirme.

-¡Te muestras duro hoy, Maestro.

-No. Es que soy Maestro, y tengo frente a mí a una criatura que puede crecer en la vida de la Gracia. Si no fueras cual eres, te impondría menos. Pero tú tienes buen temple, y el sufrimiento depura y temple cada vez más tu metal. Un día me recordarás y me bendecirás por haber sido como soy.

-Mi marido no volverá sobre sus pasos...

-Tú irás, adelante. Llevando de la mano a la inocente, caminarás por el camino de la Justicia. Sin odio, sin venganza; pero también sin esperas inútiles ni añoranzas por lo que se ha perdido.

-¡Entonces sabes que lo he perdido!

-Lo sé. Pero no tú: es él el que te ha perdido a ti. No te merecía. . Ahora escucha... Es duro. Sí. Me has traído rosas y sonrisas inocentes para consolarme... Yo... no puedo hacer otra cosa sino prepararte a llevar la corona de espinas de las esposas abandonadas... Pero reflexiona. Si pudiera retroceder el tiempo y llevarte nuevamente a aquella mañana en que Fausta agonizaba, y tu corazón fuera puesto en la condición de elegir entre tu hija y tu marido, debiendo perder con seguridad a uno de los dos, ¿qué elegirías?...

La mujer reflexiona, pálida pero sufriendo con fortaleza, después de las pocas lágrimas derramadas al principio del diálogo... Luego se inclina sobre la pequeñuela, que se ha sentado en el suelo y se divierte poniendo florecillas blancas todo alrededor de los pies de Jesús, la recoge, la abraza y grita:

-¡La elegiría a ella, porque a ella puedo darle mi propio corazón, y criarla como he aprendido que se debe vivir! ¡Mi hija! Y estar unidas incluso en el más allá. ¡Siempre su madre yo, siempre mi hija ella! - y la cubre de besos, mientras la pequeñuela se abraza a su cuello, toda amor y sonrisas.

-Dime, oh dime, Maestro que enseñas a vivir como héroes, ¿qué... cómo criarla para estar las dos en tu Reino? ¿Qué palabras, que hechos enseñarle?...

-No se necesitan palabras ni hechos especiales. Sé perfecta para que ella refleje tu perfección. Ama a Dios y al prójimo para que ella aprenda a amar. Vive en la Tierra con tus afectos en Dios. Ella te imitará. Por ahora, así. Más tarde, el Padre mío, que os ha amado de manera especial, pondrá los medios para satisfacer vuestras necesidades espirituales, y os haréis sabias en la fe que llevará mi Nombre. Esto es todo lo que hay que hacer. En el amor a Dios encontrarás todo freno contra el Mal. En el amor al prójimo tendrás ayuda contra el abatimiento de la soledad. Y enseña a *perdonar*. A ti misma... y a tu hija. ¿Comprendes lo que quiero decir?

-Comprendo... Es cabal... Maestro, te dejo. Bendice a una pobre mujer... que es más pobre que una mendiga cuyo compañero le sea fiel...

-¿Dónde estás ahora? ¿En Jerusalén?

-No. En Béter. Juana, que es muy buena, me ha mandado a su castillo... Arriba sufría demasiado... Estaré allí hasta que vaya Juana a Jerusalén, o sea, hasta dentro de poco. Va a bajar a Judea con tu Madre y las otras discípulas, con las primeras benignidades de 1ª primavera. Después estaré con ella una temporada. Luego vendrán las otras y yo iré con ellas. Pero el tiempo habrá medicado ya la herida.

-El tiempo y, sobre todo, Dios y la sonrisa de tu niña. Adiós, Valeria. Que el Dios verdadero, que tú buscas con espíritu bueno, te conforte y proteja.

Jesús pone la mano encima de la cabeza de la pequeñuela, bendiciendo. Luego se acerca a la puerta cerrada y pregunta:

-¿Has venido sola?

-No. Con una liberta. El carro me espera en el bosque de antes del pueblo. ¿Todavía nos vamos a ver, Maestro?

-Para la Dedicación estaré en Jerusalén, en el Templo.

-Allí estaré, Maestro. Tengo necesidad de tus palabras para la nueva vida...

-Ve tranquila. Dios no deja sin ayuda a quien lo busca.

-Creo... ¡Oh, verdaderamente es triste nuestro mundo pagano!

-La tristeza se halla dondequiera que no haya verdadera vida en Dios. También en Israel se llora... Es porque ya no se vive en la Ley de Dios. Adiós. La paz sea contigo.

La mujer hace una profunda reverencia e insinúa algo a la niña. Y la pequeñuela levanta la cara, alarga sus bracitos y repite:

-¡Ave. Domine Jesu!

Jesús se agacha y coge a flor de labios el beso inocente que ya se forma en la boquita, y la bendice una vez más... Luego entra otra vez en la habitación y, pensativo, se sienta junto a las flores que están desparramadas en el suelo.

Pasa un rato así. Luego alguien llama a la puerta.

-Ven.

La puerta se entreabre y se introduce por la abertura la cara honesta de Pedro.

-¿Eres tú? Ven...

-No. Deberías venir Tú donde nosotros. Aquí hace frío. ¡Qué flores más bonitas! ¡Muy valiosas! - Pedro, mientras habla, observa a su Maestro.

-Sí, muy valiosas. Pero el gesto y el modo en que ha sido llevado a cabo valen más que las flores. Me las ha traído la hija de Valeria, la romana amiga de Claudia.

-¡Ya, ya sé! ¿Y por qué?

-Para consolarme. Saben lo que sufro, y Valeria ha tenido esta idea. Ha pensado que las flores de una niña inocente podrían consolarme...

-¡Una romana!... Y los de Israel te damos sólo dolor... La intuición de Judas era exacta. Decía que había visto un carro parado y que, sin duda, la mujer era una romana... y... y se ha intranquilizado, Maestro...

Pedro es, todo él, una pura pregunta.

Pero Jesús dice solamente:

-¿Dónde está Judas?

-Afuera. Quiero decir: en el camino, al principio del bosque. Quiere ver quién es el que ha venido a verte...

-Vamos a bajar.

Judas está ya en la cocina. Se vuelve y ve entrar a Jesús, y dice:

-¡Aunque quisieras, no podrías negar que esa mujer ha venido para... quejarse de algo! ¿Tienen, todavía, más cosas que decir? No tienen en qué ocuparse, si no es en espiar e informar y...

-No tengo obligación de responderte. Pero lo hago por todos. Y Simón Pedro ya sabe quién es, y a todos os digo la causa de su venida. También las criaturas que aparentemente son las más felices pueden tener necesidad de consuelo y consejo... Andrés, sube a recoger las flores que ha traído la niña y llévaselas al pequeño Leví.

-¿Por qué?

-Porque está muriéndose.

-¿Está muriéndose? ¡Pero si a la hora tercera lo he visto yo y estaba sano! - dice asombrado Bartolomé.

-Estaba sano. Antes del anochecer habrá muerto.

-Si está tan mal, no podrá gozar de las flores...

-No. Pero en esa casa abrumada las flores que envía el Salvador dirán una palabra luminosa.

Jesús se sienta mientras todos hablan de la labilidad de la vida. Entre tanto, Elisa se ha puesto el manto y ahora dice:

-Voy yo también con Andrés... ¡Esa pobre madre!...

Vese alejar a Andrés y a Elisa con las flores entre las manos... Jesús guarda silencio. También Judas, titubeante. Jesús está silencioso, pero no severo... Judas se mueve alrededor de Él, estimulado por el ansia de saber, por el ansia atormentada de quien no tiene en paz la conciencia. Pero, al final, lo que hace es apartar a Pedro y preguntarle. Se sosiega después de hablar con Pedro, y va a pinchar a Mateo, que está escribiendo tranquilamente en un ángulo de la mesa.

Vuelve Andrés corriendo. Habla con congoja:

-¡Maestro, el niño está realmente agonizando... A1 imprevisto... Parecían locos... Pero cuando Elisa ha dicho: "Las manda el Señor" y yo... creía que hubieran comprendido: "para el lecho fúnebre", la madre y el padre... juntos, han dicho: "¡Oh! ¡Es verdad! Corre a llamarlo. Él lo curará".

-La palabra de la fe. Vamos -y Jesús sale casi corriendo. Naturalmente, todos lo siguen, incluso el viejo Juan, renqueando, al final de todos.

La casa está al final del pueblo. Pero Jesús llega pronto, y se abre paso entre la gente, que obstaculiza la puerta abierta. Va derecho a una habitación que está en el fondo del zaguán, porque es una casa grande, con muchos moradores, quizás hermanos unos de otros. En la habitación, inclinados sobre el improvisado lecho, el padre, la madre y Elisa... No ven a Jesús sino cuando dice: «La paz a esta casa». Entonces dejan el lecho los infelices padres, y se arrojan a los pies de Jesús. Sólo Elisa se queda donde estaba, ocupada en frotar los miembros, que ya van helándose, con sustancias aromáticas.

El pequeño está realmente en las últimas. Su cuerpo tiene ya la pesantez y el relajamiento de la muerte. Su carita está cérica; los orificios de la nariz, denegridos; los labios, violáceos. El pequeño respira con fatiga, espasmódico el pequeño pecho, y cada respiro, de tan separado como está del precedente, parece siempre el último.

La madre llora, apoyado el rostro en los pies de Jesús. El padre, también postrado hasta el suelo, dice: «¡Ten piedad! ¡Ten piedad!». No sabe decir nada más.

Jesús dice:

-Leví, ven aquí conmigo - y alarga los brazos.

El pequeño, un niño de unos cinco años, sufre como una sacudida, como si alguien, mientras durmiera, le hubiera llamado fuerte. Se sienta sin fatiga, se restriega con los pequeños puños los ojitos, mira a su alrededor como asombrado, y, al ver a Jesús, abandona sonriente el lecho y, vestido con su blusón, va seguro hacia el Salvador.

Los padres, estando, como están, inclinados, no ven nada. Pero las exclamaciones de Elisa, que grita: « ¡Bondad eterna!», y de los apóstoles y curiosos, que desde el zaguán elevan un: « ¡Oh!» de estupor, les advierten de lo que está sucediendo, y levantan la cara del suelo y ven a su hijito allí, sano como si jamás hubiera agonizado... La alegría hace reír, llorar, gritar o callar, según las reacciones del individuo; aquí produce un estupor mudo, casi desconcertado...

Es demasiada la diferencia entre la condición precedente y la actual, los dos pobres padres, que ya estaban aturdidos por el dolor, hallan dificultad en acoger la alegría.

Pero al fin lo consiguen, mientras Jesús toma en brazos al niño. Entonces, al mutismo sigue un diluvio de palabras mezcladas con exclamaciones de alegría y bendición. Y es difícil seguir este diluvio de palabras que se superponen desordenadamente. Reconstruyo por ellas que hacia la hora sexta el niño, que estaba jugando en el huerto, había entrado en la casa quejándose de dolores abdominales. Su abuela lo había tomado en brazos y lo había tenido cerca del fuego, y parecía mejorar. Pero luego, cercana ya la hora nona, había sufrido un vómito de materias intestinales y enseguida había entrado en la agonía. La clásica peritonitis fulminante. Su padre, ante las primeras manifestaciones del mal, había corrido a Jerusalén y había vuelto con un médico, el cual, visto al niño -a quien, entretanto, le había venido el vómito-, había dicho: «No puede vivir» y se había marchado... En efecto, cada minuto que pasaba, el pequeño empeoraba, y ya se ponía frío, y ellos, en medio de la angustia de la imprevista desgracia, no eran capaces de pensar en la salvación cercana. Solamente cuando Andrés y Elisa entraron con las flores diciendo: «Las manda Jesús a Leví», tuvieron como una luz interior y dijeron: «Jesús lo salvará».

-¡Y lo has salvado, bendito por toda la eternidad! ¡Tus flores! ¡La esperanza! ¡La fe! ¡Oh, sí, la fe en tu amor por nosotros! ¡Ordena como a esclavos! ¡Todo te debemos!...

Jesús los escucha, mientras sigue teniendo en brazos al niño. Los deja hablar hasta que se cansan, hasta que sus nervios, sometidos a tanta tensión, con el desahogo, se relajan. Luego dice dulcemente:

-Amo a los niños y a los corazones fieles. Todos vosotros, los de Nob, sois muy buenos conmigo. Si soy bueno con quien me odia, ¿qué no daré a quien me ama? Yo sabía... y sabía también que el dolor os hacía olvidar a la Fuente de la Vida. He querido señalaros el camino...

-¿Pero por qué no has venido Tú mismo, Señor? ¿Temías, acaso, que no te acogiéramos?

-No. Sabía que me recibiríais con amor. Pero entre estos que están alrededor de nosotros había alguno que necesitaba convencerse de que Yo no ignoro nada acerca de los hombres y del estado de los corazones. Y he querido también que otros comprendieran que Dios responde a quien lo invoca con fe. Ahora estad en paz. Y creed cada vez más en la fe en la misericordia de Dios. La paz sea con todos vosotros. Adiós, Leví. Ve con tu mamá ahora. Adiós, mujer. Consagra al Señor también el fruto que llevas en tu seno, en recuerdo de la bondad que ha tenido el Señor para contigo. Adiós, hombre. Conserva tu espíritu en la justicia.

Se vuelve para marcharse, y pasa con dificultad entre los parientes que se apiñan en el zaguán (abuelos, tíos, primos del que ha recibido el milagro) y que quieren, todos, hablarle a Jesús, bendecirlo, ser bendecidos, besarle las vestiduras, las manos... Y luego, después de la numerosa parentela, está la gente del pueblo, que quiere hacer lo mismo. Pero éstos -dejando a los de la casa bendecida por el milagro a gozar de su alegría- se echan a la calle en pos de Jesús. Y en las calles, ya oscuras, con el habitual ruido de las horas de fiesta, toda Nob conduce de nuevo a Jesús a la casita de Juan. Y se hace necesaria toda la autoridad de los apóstoles para convencer a los del pueblo de que regresen a sus casas y dejen tranquilo al Maestro; y para conseguirlo, a la autoridad deben unir medios más enérgicos como la amenaza de que, si no lo dejan descansar, al día siguiente se marcharán todos de allí.

Por fin, el Cansado puede descansar...

Preparativos para las Encenias. Una prostituta enviada a tentar a Jesús, que deja Nob.

Los pueblos tomados como masa, los hombres tomados individualmente, son siempre un poco niños y un poco salvajes, o al menos primitivos; sensibilísimos, por tanto, a todo aquello que tenga sabor de novedad, de cosa extraordinaria, y produzca sonido de fiesta. El hecho de acercarse las solemnidades tiene siempre el poder de exaltar a los hombres: casi como si la

festividad anulara lo que los entristece y fatiga. En comenzando a acercarse una fiesta, algo, de carácter vigoroso, levemente exaltado, afecta a todos: casi como si este hecho de acercarse la fiesta asemejara al tam-tam de los salvajes en sus conmemoraciones idolátricas o en sus empresas belicosas.

Y también los apóstoles, en la proximidad de las Encenias, se hallan en este estado de euforia. Locuaces, alegres, dan en hacer proyectos, recuerdan fiestas pasadas; alguna añoranza empaña de melancolía sus palabras, pero luego el aire de fiesta se adueña de ellos otra vez y los incita a preparar las cosas, para que todo esté bonito durante la festividad.

¿Que las lámparas en casa de Juan son pocas? ¡Oh, llena de ellas está la casa de Tomás en Rama! Y Tomás marcha a Rama por las lámparas. ¿Que el aceite no es abundante? ¡Oh, Elisa tiene mucho aceite en Betsur y lo ofrece! Y Andrés y Juan van a Betsur por el aceite. ¿Que para cocer las tortas es necesario suave fuego de hornija? Pues los dos Santiagos van por ella por los montes. ¿Que parecen escasos la harina y la cebada y la miel para los platos de rito? ¿Y qué hace entonces en Jerusalén Nique - que casi se ha sentido herida porque nunca le piden nada-, sino poder ofrecer su blondísima miel y la harina y la cebada de su linda propiedad? Y Pedro y Simón Zelote van donde Nique, mientras Judas de Alfeo ayuda a Elisa a poner bonita la casa. Hasta el viejo Bartolomé se une a la común alegría y, junto con Felipe, da una buena mano de cal a la cocina renegrida para que esté más alegre. Judas Iscariote se reserva la parte decorativa, y vuelve una y otra vez cargado de ramas vivaces, olorosas y adornadas de bayas, y las coloca garbosamente en repisas o alrededor de la campana de la chimenea.

Y en la vigilia de las Encenias la casita parece preparada para recibir a una recién casada, por lo cambiada que está: cacharros de cobre resplandecientes, lámparas que ahora están brillantes como soles, ramajes alegres en las paredes blancas; mientras una fragancia de pan y tortas se esparce por el aire, ya oloroso por las ramas cortadas.

Jesús deja estas iniciativas. ¡Parece tan alejado de todos!... Está muy pensativo, incluso triste. Responde a los que le preguntan (solicitando, con la pregunta que hacen, encomio por lo que han hecho). Y son estas preguntas las que me ofrecen la manera de reconstruir los trabajos que los discípulos han hecho, los cuales con su: « ¿No he tenido una buena idea yendo a casa por las lámparas?»; o: ¿Hemos hecho bien yo y Felipe blanqueando todo? Ahora está claro y alegre. Parece más grande»; o también: « ¿Ves, Maestro? Elisa está contenta. Le parece estar en su propia casa y en la época de sus hijos. Hoy cantaba mientras ponía su aceite en las lámparas y luego amasando su miel con la harina y disolviéndola en la leche para la cebada»; y también: «Que diga lo que quiera Elquías. Pero un poco de verde está bien. En el fondo... si el Creador ha hecho las frondas es para que las usemos, ¿no es verdad?» permiten reconstruir el trabajo que cada uno ha hecho. Pero, aun respondiendo a estas preguntas que celan un deseo de alabanza, su pensamiento está ausente. Y se nota.

Anochece. Después de los últimos saludos de los vecinos del lugar -que antes de recogerse en sus casas introducen su cabeza en la cocina para saludar al Maestro-, el silencio se establece en Nob. Es la hora de las cenas. Es ya la hora del descanso para los niños y los viejos, para todos aquellos a los que la enfermedad o la edad hacen delicados.

Debe existir la costumbre de hacer regalos para las Encenias porque veo que en cuanto se retira el anciano Juan a su cuartito de al lado de la cocina, Elisa y los apóstoles se ponen a terminar, ella una túnica, ellos, objetos útiles tallados en madera y una cortina de red con cuerdecitas teñidas de rojo, verde, amarillo y añil, fatiga que toca especialmente a los pescadores. Tomás, Mateo, Bartolomé y el Zelote los miran.

-Bien. He terminado - dice Elisa, y se levanta y sacude los hilachos que pudiera haber.

-¡Pobre anciano, estará calentito! ¡Ah, nosotros los hombres, sin las mujeres, somos verdaderamente unos infelices! No sé, sin ti, en qué condiciones estaríamos ya, después de meses de ausencia de casa. Yo puedo hacer esto. ¡Pero si me tengo que coser una hebilla! - dice Pedro palpando la tela.

-Y lo has hecho rápido. Pareces mi mujer - dice Bartolomé.

-Yo también he terminado. Era buena esta madera. Blanda para hendirla y, al mismo tiempo, resistente - dice Judas Tadeo, dejando en la oscura mesa un cubilete, que puede servir para la sal o alguna especia.

-El mío, sin embargo, todavía se demora. Hay aquí una veta dura que no quiere dejarse trabajar. A lo mejor no me sale este trabajo. Lo siento. Lo bonito estaba en estas vetas oscuras en la madera clara. Mira, Jesús. ¿No parecen crestas de montes pintadas en la madera? - dice Santiago de Alfeo mostrando una especie de jarrón, que no sé a qué uso pueda destinarse, verdaderamente hermoso por la forma, cubierto con una tapadera en forma de cúpula, y graciosamente veteado, tanto en la panza como en la tapadera. Pero es precisamente en la tapadera, junto al bolillo para agarrar, donde la madera resiste tenaz.

-Insiste, insiste; verás como lo consigues. Calienta la herramienta hasta el rojo. Incidirás la fibra y lo conseguirás. Una vez roto el primer estrato... - responde Jesús, que ha observado.

-¿Pero no se estropea con el fuego? - pregunta Mateo.

-No, si se usa con pericia. Y además, o este medio o tirarlo.

Santiago pone al rojo el punzón cortante, luego acerca la punta roja al punto resistente. Olor a madera quemada...

-¡Basta! Ahora trabaja y lo conseguirás - dice Jesús. Y ayuda a su primo manteniendo prieta la tapa como en una mordaza.

Dos veces el filo resbala y pasa cerquísima de los dedos de Jesús.

-Quita la mano, hermano. No quisiera herirte... - dice Santiago de Alfeo. Pero Jesús sigue sujetando el jarrón. La tercera vez el cortante punzón hace sangrar el pulgar de Jesús.

-¿Lo ves? ¡Te has hecho daño! ¡Déjame que lo vea!

-No es nada. Dos gotas de sangre... - responde Jesús, sacudiendo su dedo para que caiga la sangre que gotea del corte.

-Más bien, seca la tapa. Se ha quedado manchada - añade.

-No. ¡Dejadlo! Es precioso así. Seca aquí tu dedo, Maestro. Aquí, en mi velo. Sangre tuya, sangre bendita - dice Elisa, envolviendo la mano en el lino de su velo.

La tapa causa de tanto apuro está vencida. La incisión ha quedado hecha.

-Pero antes quería hacer daño - observa el Zelote.

-Sí. Y después ha cedido. ¡Obstinada madera! - dice Tomás.

-Con el hierro, el fuego y el dolor. Parece una de esas frases estimadas por los romanos - observa Simón Zelote.

-A mí, no sé por qué, me trae a la memoria a los profetas en ciertos puntos. También nosotros somos madera tenaz... ¿Hará falta hierro, fuego y dolor, para hacernos buenos? - pregunta Bartolomé.

-En verdad, será necesario. Y no bastará. Yo trabajo con el fuego y con mi dolor, pero no todos los corazones saben imitar a esa madera... ¡Silencio! Afuera hay alguien... Hay rumor de pasos...

Escuchan. No se oye nada.

-Quizás el viento, Maestro. Hay hojas secas en el huerto...

-No. Eran pasos...

-Algún animal nocturno. No oigo nada.

-Tampoco yo, tampoco yo...

Jesús escucha. Parece que escucha. Luego alza la cara y clava su mirada en Judas de Keriot, el cual también está a la escucha (muy a la escucha, más que los otros). Lo mira tan fijamente, que Judas pregunta:

-¿Por qué me miras de esa manera, Maestro?

Pero no hay respuesta, porque una mano llama a la puerta. De los catorce rostros que la lámpara esclarece, el único que continúa igual es el de Jesús; los otros cambian de color.

-¡Abrid! ¡Abre, Judas de Keriot!

-¡Yo no! ¡No abro, no! Podría ser mala gente que viniera a propósito durante la noche. ¡No he de perjudicarte yo!

-Abre tú, Simón de Jonás.

-¡Menos todavía! ¡Yo, más bien, meto la mesa contra la puerta! - dice Pedro, y hace ademán de llevarlo a cabo.

-Abre, Juan, y no temas.

-¡Oh! Si estás decidido a dejar que entren, yo me marchó allí donde el viejo. No quiero ver nada - dice Judas Iscariote, y recorre con cuatro largos pasos el trecho que lo separa de la puerta de la habitación del anciano, y en ésta desaparece.

Juan, derecho junto a la puerta, la mano ya en la llave, mira asustado a Jesús y susurra:

-¡Señor!...

-Abre y no temas.

-Pues sí. A1 fin y al cabo, somos trece hombres fuertes. ¡Seguro que no será un ejército! Con cuatro puñetazos y muchos gritos -tú grita, Elisa, si hay que hacerlo- los ponemos en fuga. ¡Que no estamos en un desierto!» dice Santiago de Zebedeo, y se quita el vestido y se recoge las mangas de la túnica (bueno, o del vestido de debajo de la túnica), preparado para la defensa. Pedro hace lo mismo.

Juan, todavía titubeante, abre la puerta, mira por la tronera. No ve nada. Grita:

-¿Quién viene a incomodar?

Una voz femenina responde, dócil, como angustiada:

-Una mujer. Quisiera ver al Maestro.

-Ésta no es hora de venir a las casas. Si estás enferma, ¿por qué vas por la calle a estas horas? Si estás leprosa, ¿cómo te aventuras a venir a un pueblo? Si algo te aflige, vuelve mañana. Vete, vete a tus cosas - dice Pedro, que se había puesto detrás de Juan.

-¡Por piedad! Estoy sola en medio de la calle. Tengo frío. Tengo hambre. Y soy una desdichada. Llamadme al Maestro. El tiene compasión...

Los apóstoles, vacilantes, miran a Jesús, que tiene un aspecto muy severo y calla. Cierran de nuevo la puerta.

-¿Qué hacemos, Maestro? - pregunta Felipe - ¿Darle, al menos, un poco de pan? Sitio no hay. Ir a las casas con una desconocida...

-Espera, voy yo a ver - dice Bartolomé, y agarra la lámpara para darse luz.

-No hace falta que vayas. Esa mujer no tiene frío ni hambre, y sabe muy bien a dónde ir. No tiene miedo de la noche. Pero es una desdichada, aunque no esté ni enferma ni leprosa. Es una prostituta. Y viene a tentarme. Os lo digo porque sepáis que sé las cosas, para que os convenzáis de que las sé. Y os digo más: no viene por propio capricho, sino que viene porque está pagada por venir. Jesús habla alto, en un tono que puede ser oído en la habitación de al lado, donde está Judas.

-¿Y quién crees que puede haber hecho esto? ¿Con qué finalidad? - dice el mismo Judas Iscariote presentándose de nuevo en la cocina -Los fariseos está claro que no, los escribas tampoco, y tampoco los sacerdotes, si es una prostituta. Y no creo que los herodianos sean tan... rencorosos como para tomarse ciertas molestias para... Es que no sé tampoco yo para qué.

-El "para qué" te lo voy a decir Yo; y tú sabes, como Yo, que es así. Para poder llegar a decir que soy un pecador, uno que tiene tratos con las pecadoras públicas. Y te digo también que no maldigo, ni a ella ni a quien la ha mandado. Sigo siendo, siempre soy, la Misericordia. Y voy a ir donde ella. Si crees oportuno venir conmigo, ven. Voy donde ella porque es realmente una desdichada. Dice que lo es creyendo no decir verdad, porque es joven, hermosa y está bien pagada, está sana y vive contenta de su infame vida. Pero es una desdichada. Es la única verdad que dice entre tantas mentiras. Precédeme y asiste al diálogo.

-¡Yo no! ¡Que no asisto! ¿Por qué debería hacerlo?

-Para testificar a quien te pregunte.

-¿Y quién crees que me va a preguntar? Entre nosotros, no hay necesidad de hacer preguntas, y los otros... Yo no veo a nadie.

-Obedece. Ve delante.

-No. No quiero obedecer en esto, y no me puedes obligar a acercarme a una meretriz.

-¡Hala! ¿Qué eres? ¿El Sumo Sacerdote? Voy yo, Maestro, y sin miedo a que se me pegue nada - dice Pedro.

-No. Voy solo. Abre.

Jesús sale al huerto. En el negror absoluto de la noche, aún sin Luna, no se ve nada.

La puerta de la cocina vuelve a abrirse. Pedro sale con una lámpara.

-Toma al menos esto, Maestro, si es que decididamente no quieres que esté yo - dice en voz alta. Y luego, en voz baja:

-Pero ten presente que estamos detrás de la puerta. Si tienes necesidad, llama...

-Sí. Ve. Y no discutáis entre vosotros.

Jesús toma la lámpara y la alza para ver. Detrás del grueso tronco del nogal hay una forma humana. Jesús da dos pasos hacia ella y ordena:

-Sígueme.

Y va a sentarse en el banco de piedra que está contra la casa en el lado de oriente.

La mujer sale, velada toda y corvada. Jesús pone la lámpara sobre la piedra, cerca de sí.

-Habla.

Ordena, tan austero, rígido, tan Dios, que la mujer, en vez de avanzar y de hablar, retrocede y se encorva más todavía y calla.

-Habla, te digo. Preguntabas por mí. He venido. Habla - dice con un cierto matiz de dulzura en la voz.

Silencio.

-Entonces hablo Yo. Te pregunto: ¿Por qué me odias hasta el punto de servir a quien quiere mi perdición, y la sueña en todos los modos, y busca todo lo que pueda causarla? Responde. ¿Qué mal te he hecho Yo, desdichada? ¿Qué mal te ha hecho el Hombre que ni siquiera en su corazón te ha vilipendiado por la vida infame que llevas? ¿Es que te ha pervertido el Hombre, que ni en su corazón te ha deseado, para que tengas que odiarlo más que a los que te han prostituido y que te vejan cada vez que van a ti? ¡Responde! ¿Qué te ha hecho Jesús de Nazaret, el Hijo del hombre, al que apenas conoces de vista por haberlo encontrado por las calles de alguna ciudad; Jesús, que ignora tu rostro y que de tus gracias no hace caso, porque sólo de tu alma busca la ensuciada, la dañada efigie, para conocerla y curarla? ¡Habla, pues!

¿No sabes quién soy? Sí, en parte lo sabes. Es más, por dos partes lo sabes. Sabes que soy un hombre joven y que mi físico te gusta esto te lo ha dicho tu animalidad desatada; y tu lengua de ebria se lo ha dicho a quien ha recogido la confesión de tu sensualidad y con ello se ha hecho un arma para perjudicarme. Sabes que soy Jesús de Nazaret, el Cristo: esto te lo han dicho aquellos que, aprovechándose de tu deseo carnal, te han pagado para que vinieras aquí a tentarme. Te han dicho: "Él se dice el Cristo. Las muchedumbres lo llaman el Santo, el Mesías. Es sólo un impostor. Necesitamos tener las pruebas de su miseria de hombre. Dánoslas y te cubriremos de oro". Y dado que tú, con un resto de justicia, la última brizna del tesoro de justicia que Dios había puesto en tu carne con el alma y que tú has roto y desbaratado, no querías causarme un daño -porque, a tu manera, me amabas- ellos te dijeron: "No le vamos a hacer ningún daño. ¡A1 contrario! Te lo dejamos a ti a ese hombre, dándote medios para que pueda vivir como un rey a tu lado. Nos basta poder decirnos a nosotros mismos, para dar paz a nuestra conciencia, que Él es un simple hombre. Una prueba de que estamos en la verdad no creyendo que sea el Mesías". Esto te han dicho. Y tú has venido. Pero si Yo me dejara engatusar por ti, vendría sobre mí el infierno. Ellos están preparados para cubrirme de fango y capturarme. Y tú eres el instrumento para hacer esto.

Como ves, no te pregunto. Hablo porque sé sin necesidad de preguntar. Pero, si sabes estas dos cosas, la tercera no la sabes. Tú no sabes quién soy, además de hombre y de Jesús. Tú ves al hombre. Los otros te dicen: "Es el Nazareno". Pero Yo te digo quién soy. Soy el Redentor. Para redimir debo estar sin pecado. Mira cómo he pisoteado mi posible sensualidad de hombre. Así, como lo hago con esta repelente larva que en las tinieblas se encaminaba de un fango a otro fango para sus lascivos amores. Así la he pisoteado siempre. Así la pisoteo también ahora. Y, de la misma manera, estoy dispuesto a arrancar de ti tu enfermedad y a pisotearla y librarte de ella, para sanarte y hacerte santa. Porque soy el Redentor. Sólo esto. He tomado cuerpo de hombre para salvaros, para destruir el pecado, no para pecar. Lo he tomado para borrar vuestros pecados, no para pecar con vosotros. Lo he tomado para amaros, pero con un amor que da su vida, su sangre, su palabra, todo, para llevaros al Cielo, a la Justicia, no para amaros como un animal; y ni siquiera como un hombre, porque Yo soy más que hombre.

¿Sabes con precisión quién soy? No lo sabes. No conocías siquiera la entidad de lo que venías a cumplir. Esto te lo perdono sin que lo solicites. No sabías. ¡Pero tu prostitución! ¿Cómo has podido vivir en ella? No eras así. Eras buena. ¡Oh, desdichada! ¿No recuerdas tu infancia? ¿No recuerdas los besos de tu madre, ni sus palabras? ¿Y las horas de la oración? Las palabras de la Sabiduría, cuya explicación oías al anochecer por boca de tu padre y los sábados por boca del arquisinagogo... ¿Quién te ha hecho obtusa de mente y ebria? ¿No recuerdas? ¿No añoras? ¡Dime! ¿Eres verdaderamente feliz? ¿No respondes? Hablo Yo por ti. Digo: no, no eres feliz. Cuando te despiertas, encuentras en tu almohada tu vergüenza, para darte la primera, cotidiana vuelta de tortura. Y la voz de la conciencia te grita su censura mientras te atavías y perfumas para gustar. Y sientes infame olor en las esencias más finas. Y sabor de náusea en los más caprichosos alimentos. Y tus joyas te pesan como una cadena. Lo son. Y, mientras ríes y seduces, dentro de ti hay algo que gime. Y buscas la embriaguez para vencer el aburrimiento y la náusea de tu vida. Y odias a aquellos que dices que amas para obtener una ganancia. Y te maldices a ti misma. Y tu sueño es cargante por las pesadillas. Y la idea de tu madre es para ti una espada en el corazón; la maldición de tu padre no te deja sosiego. Y además, las ofensas de los que se cruzan contigo, la crueldad de quienes te usan, sin piedad, nunca. Eres una mercancía. Te has vendido. Una mercancía comprada se usa como se quiere. Se rompe, se consume, se pisotea, se escupe. Derecho del comprador. Tú no puedes rebelarte... ¿Te hace feliz esta situación? No. Estás desesperada. Estás encadenada. Vives torturada. En la Tierra eres un trapajo sucio que puede ser pisoteado por cualquiera. Si tratas, en alguna hora de dolor, de encontrar consuelo alzando el espíritu hacia Dios, sientes la ira de Dios sobre ti, prostituta, y el Cielo más cerrado que para Adán. Si te encuentras mal, sientes el terror de morir porque conoces tu suerte. El Abismo es para ti.

¡Oh, desdichada! ¿Y no era suficiente? ¿Es que quieres unir a la cadena de tus culpas la de ser la perdición del Hijo del hombre, de Aquel que te ama? ¡El único que te ama! Porque también por tu alma se ha vestido de carne. Yo podría salvarte, si tú quisieras. Sobre el abismo de tu abyección se curva el Abismo de la misericordiosa Santidad, y espera un deseo tuyo de

salvación para sacarte del abismo de tu inmundicia. En tu corazón piensas que es imposible que Dios te perdone. Sacas los principios de este pensamiento tuyo por comparación con el mundo, que no te perdona el ser la prostituta. Pero Dios no es el mundo. Dios es Bondad. Dios es Perdón. Dios es Amor.

Has venido a mí, pagada para perjudicarme. En verdad te digo que el Creador, con tal de salvar a una criatura suya, puede transformar en bien incluso lo malo. Y, si tú lo quieres, en bien se transformará tu venida a mí. No te avergüences de tu Salvador. No te avergüences de mostrarle desnudo tu corazón. Aunque quieras velarlo, Él lo ve y llora por él; llora, ama. No te avergüences de arrepentirte. Sé audaz en el arrepentimiento como lo fuiste en la culpa. No eres la primera prostituta que llora a mis pies y conduzco de nuevo a la justicia... Jamás he alejado de mí a una criatura, por muy culpable que fuera. Al contrario, he tratado de atraerla hacia mí; salvarla. Es mi misión. No me causa horror el estado de un corazón. Conozco a Satanás y sus obras. Conozco a los hombres y sus debilidades. Conozco la condición de la mujer que expía, como es justicia, más duramente que el hombre las consecuencias de la culpa de Eva. Sé, por tanto, juzgar y sé compadecerme. Y te digo que, más que para con las mujeres caídas, soy severo para con aquellos que las inducen a la caída. Respecto a ti, infeliz, soy más severo con los que te han mandado que contigo que has venido, no sabiendo con precisión a qué te prestabas. Hubiera preferido que hubieras venido impulsada por un deseo de redención, como otras hermanas tuyas. Pero, si secundas el deseo de Dios, y de una mala acción haces la piedra angular de tu nueva vida, Yo te diré la palabra de paz...

Jesús -que al principio estaba muy severo y cada vez ha ido adquiriendo un tono más dulce, aunque permaneciendo tan... Dios como para excluir cualquier debilidad de la carne y también cualquier error de valoración respecto a su bondad- ahora calla, y mira a la mujer, que ha estado todo este tiempo en pie pero encorvada, cada vez más encorvada, a unos dos metros de Él, y que a mitad de sus palabras se ha llevado las manos a la cara, apretando contra el velo, dos hermosas manos que sobresalen del manto oscuro, adornadas enteramente con anillos. Lleva pulseras en las muñecas, desnudos los brazos hasta el codo.

No podría decir si la mujer llora o no. Si lo hace, es calladamente, porque no se perciben ni sollozos ni convulsiones. Vestida de oscuro, está tan inmóvil que parece una estatua. Luego, de repente, cae de rodillas y se arrebujá en el suelo; entonces sí llora verdaderamente, sin miedo a que se vea. Y luego, permaneciendo así, como un trapajo tirado por el suelo, habla:

-¡Es verdad! Eres verdaderamente un profeta... Todo es verdad... Me han pagado por esto... Pero me habían dicho que era por una apuesta... La idea era descubrirte en mi casa... Pero también a tu lado...

-Mujer, Yo no escucho sino la narración de tus culpas... - la interrumpe Jesús.

-Es verdad. No tengo derecho a acusar a nadie, porque soy un estercolero de inmundicia. Es verdad todo. No soy feliz... No gozo de las riquezas, de los festines, de los amores... Me ruborizo al pensar en mi madre... Tengo miedo de Dios y de la muerte... Odio a los hombres que me pagan. Todo lo que has dicho es verdad. Pero no me arrojes de tu presencia, Señor. Nadie, nunca, después de mi madre, me ha hablado como Tú. Tú, incluso, me has hablado más dulcemente que mi madre, que en los últimos tiempos era dura conmigo por mi conducta... Para no seguir oyéndola, huí a Jerusalén... Pero Tú... Y es como si tu dulzura fuera nieve sobre el fuego que me devora. Mi fuego se atenúa; es más, es un fuego distinto. Era fuego ardiente, pero no daba ni luz ni calor: yo estaba como el hielo y en las tinieblas. ¡Oh, cuánto he querido sufrir! ¡Cuánto dolor inútil y maldito me he producido! Señor, te he dicho, a través de la puerta entreabierta, que era una desdichada y que tuvieras compasión. Eran las palabras de falsedad que me habían enseñado para decírtelas para llevarte a la trampa. Me dijeron que después mi belleza haría el resto... "¡Mi belleza! ¡Mis vestidos!...

La mujer se pone en pie. Ahora que está erguida veo que es alta. Se desprende bruscamente de su velo y de su manto, y aparece en su verdadera belleza de moreno castaño y carne blanquísima. Los ojos, agrandados por el rimel, aparecen ensanchados y muy hermosos, tienen una mirada de inocencia azarada que es extraño encontrar en una mujer de éstas. Quizás los ha lavado ya el llanto. La mujer desgarrá y pisotea la tela del manto, rompe el velo, arranca las fíbulas preciosas del uno y del otro y las arroja al suelo, se saca anillos y pulseras, lanza lejos los adornos de la cabeza, se agarra los rizos llenos de horquillas brillantes y se los arranca y despeina, para borrar el artificio, en medio de una furia de sacrificio que llega a producir miedo. El collar que tiene en el cuello, estirado con violencia, se desgrana y cae al suelo, y el pie calzado con sandalias adornadas pisotea las gemas y las tritura; el precioso cinturón sigue la misma suerte, y lo mismo un broche que sujetaba con arte la tela del vestido en el pecho. Y todo esto repitiendo en voz baja, jadeante:

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! Cosas malditas. ¡Fuera! Vosotros y quienes me las han dado. ¡Fuera mi belleza! ¡Fuera mis cabellos! ¡Fuera mi carne de jazmín!

Rápida, agarra una piedra angulosa que ve en el suelo y se golpea y se hace sangre en la cara, en la boca; se araña con las uñas pintadas. La sangre gotea de las heridas, los rasgos faciales aparecen abultados a causa de los golpes... hasta que su furia se aplaca y, jadeante, exhausta, desfigurada, despeinada, lacerada, sus vestidos, manchados de sangre y tierra, se arroja al suelo a los pies de Jesús Y, gimiendo, dice: -Y ahora me puedes perdonar, si ves mi corazón, porque de mi pasado ya no hay nada, nada de... Has vencido Tú, Señor, contra tus enemigos y mi carne... Perdóname mi pecar...

-Te lo había perdonado ya, desde que he salido a tu encuentro. Levántate y no vuelvas a pecar nunca.

-Dime qué tengo que hacer, para ello.

-Aléjate de los lugares de tu pecado, de las personas que saben quién eres. Tu madre...

-¡Oh, mi Señor! Ella ya no me recibirá. Me odia a causa de mi padre, que murió por mí maldiciéndome.

-Si te acoge Dios que es Dios, y te acoge porque es Padre, ¿podrá no acogerte la madre que te ha engendrado y que es mujer como tú? Ve humildemente donde ella. Llorá a sus pies como lloras a los míos. Confiésate a ella como has hecho conmigo. Manifiéstale tu sufrimiento. Invoca su piedad. Tu madre espera este momento desde hace años. Lo espera para morir en paz. Soporta sus palabras de amorosa reprensión como has soportado las mías. Yo, para ti, era un extraño, y a pesar de todo me has escuchado. Ella es tu madre. Tienes el doble deber, por tanto, de escucharla con respeto.

-Tú eres el Mesías. Eres más que mi madre.

-Esto lo dices ahora. Pero cuando has venido para tentarme no sabías que era el Mesías, y, no obstante, has escuchado mis palabras.

-Eras tan distinto de los hombres... tan... ¡Eres santo, Jesús de Nazaret!

-Tu madre es santa como madre y como criatura. Por sus oraciones has hallado misericordia ante Dios. ¡La madre siempre es santa! Y Dios quiere que se honre a la madre.

Yo la he mancillado. Todo el pueblo lo sabe.

-Razón de más para ir a ella y decirle: "Madre, perdón". Y para consagrarle la vida para compensarla por las penas que por ti ha sufrido.

-Lo haré... Pero... Señor, no me mandes ahora a Jerusalén. Ellos me esperan... y no sé si sabré resistir las amenazas... Déjame aquí hasta el alba, y después...

-Espera un momento.

Jesús se levanta, va a la puerta de la cocina, llama, dice que le abran y añade: -Elisa, sal.

Elisa obedece. Jesús la conduce hacia la mujer, la cual, al ver venir a otra mujer, y anciana, tiene una reacción de vergüenza y trata de taparse la cara y el vestido procaz con los restos del manto y del velo desgarrados.

-Escucha, Elisa. Yo dejo inmediatamente esta casa. Dirás a mis apóstoles que me verán a la aurora en la puerta de Herodes. Todos menos Judas de Keriot, que *debe* venir conmigo. Llevarás a esta mujer a dormir contigo. Puedes ocupar mi cama, porque Yo no volveré a Nob durante mucho tiempo. Mañana, cuando se despierte Juan, tú y él acompañaréis a esta mujer a donde ella diga. Le darás una túnica común y un manto de los tuyos. Y la ayudaréis *en todo*.

-De acuerdo, Señor. Se hará como Tú quieres. Lo siento por Juan...

-Yo también. Quería complacerlo, pero el odio de los hombres impide al Hijo del hombre dar una hora de fiesta a un justo...

-¿Y después, Señor?

-¿Después? Puedes volver a Betsur, y esperar... Adiós, Elisa. Mi bendición y mi paz queden contigo. Adiós, mujer. Te dejo en manos de una madre y un justo. Pero, si crees que debes volver para recoger tus bienes...

-No. Ya no quiero tener nada del pasado.

-¡Pero mujer! ¡No podrás dejar todo abandonado! ¿No tienes siervos ni parientes? - dice Elisa.

-Tengo sólo una sierva... y...

-Tendrás que despedirla, tendrás que...

-Te ruego que lo hagas tú, cuando vuelvas. Ayúdame a sanar del todo, mujer. Hay una verdadera angustia en la mujer.

-¡Sí, hija mía! Sí. No te acongojes. Mañana pensaremos en todas estas cosas. Ahora ven conmigo arriba - y Elisa la toma de la mano y la guía por la escalera a uno de los dos cuartos superiores.

Luego, rápidamente, baja:

-He pensado que convenía que todos te vieran sin ella, Señor. Y que no supieran dónde está. Estas joyas... Se agacha a recoger anillos y pulseras, fíbulas y horquillas y cinturón, y todas las cuentas que puede del collar roto:

-¿Qué vamos a hacer, Señor, con esto?

-Ven conmigo. Tienes razón. Conviene que me vean.

Entran en la cocina. Todos miran a Jesús con gesto interrogativo. Se ha levantado también el anciano, quizás despertado por una polémica.

-Elisa, da a Tomás las cosas preciosas. Y Tú, Tomás, mañana las venderás a algún orfebre. Servirán para los pobres. Sí. Son joyas de mujer, de esa mujer. Ésta es la respuesta para quien piensa que una carne pueda tentar al Hijo del hombre y desviarlo de su misión. Y también es el consejo, para todos los que me odian, de que es inútil cualquier embrollo para encontrar materia de acusación. Juan, Elisa te dirá lo que debes hacer. Yo te bendigo...

-¿Me dejas, Señor?

El viejecito está afligido.

-Debo hacerlo. Adiós. La paz sea contigo.

Se vuelve hacia los apóstoles:

-Id a descansar. Todos menos Judas de Keriot, que viene conmigo.

-¿Pero a dónde? Es de noche - objeta Judas.

-A orar. No te va a perjudicar. ¿O es que temes el aire nocturno si lo respiras conmigo?

Judas agacha la cabeza y, de mal talante, coge su manto, mientras Jesús coge el suyo.

-Mañana a la aurora en la puerta de Herodes. Iremos al Templo y...

-¡No!

El "no" es unánime; el de Judas, el más fuerte.

-Iremos al Templo. ¿No has dicho, acaso, que los has convencido de que me dejen en paz?

-Es verdad.

-Pues entonces iremos al Templo. Ven - y está para salir.

-Pues ya se acabó la fiesta que habíamos preparado... - suspira Pedro.

-Terminada antes de empezar, deberías decir - le responde Santiago de Zebedeo.

Jesús está ya en el umbral de la puerta. Se vuelve y bendice. Luego desaparece en la noche.

En la cocina, todos se han quedado mudos. Hasta que Mateo pregunta a Elisa:

pasado?

-¿Pero y qué es lo que ha

-No lo sé. Había una mujer que lloraba. Y Él ha dicho lo que os ha dicho luego a vosotros. No sé ni quién es, ni de dónde ni por qué ha venido...

-Bien. Vamos...

Y, menos Mateo y Bartolomé, que duermen en la casa, se marchan todos.

533

Hacia Jerusalén con Judas Iscariote.

El alba esclarece el horizonte. El bosque de olivos que cubre el monte se ilumina poco a poco y va saliendo de la sombra; los troncos, todavía en penumbra, parecen ausentes; no así las copas plateadas, ya visibles. Parece que la niebla se extiende sobre el monte, pero es sólo el tono gris de las frondas en la luz incierta matutina.

Jesús está solo bajo los olivos. No es el Getsemaní, porque el Getsemaní está situado paralelo -así lo diré- al Moria, mientras que aquí el Moria cae enfrente. Por tanto, estamos al norte de Jerusalén, más allá de las tumbas de los reyes. Jesús sigue orando, y no deja de hacerlo siquiera cuando los primeros trinos de los pájaros le dicen que ha venido el día. Sólo cuando el primer rayo de sol -ya ha salido el astro- enciende un punto de oro en el oro hasta ahora velado de las cúpulas del Templo, se pone en pie, se quita el manto y lo sacude -hay vestigios de tierra y alguna hojita seca pegada al grueso tejido-, se alisa con la mano la barba y el pelo, y luego se coloca la túnica y el cinturón, se observa las correas de las sandalias, se pone de nuevo el manto y se encamina cuesta abajo por un senderito apenas trazado entre los troncos. Quizás se dirige a aquella casita que está a mitad de la ladera y de cuyo techo se eleva un poco de humo. Pero no. Tuerce hacia una vereda más ancha, que baja hacia el camino de primer orden que conduce a la ciudad.

Detrás de Él se precipita cuesta abajo Judas Iscariote. Digo: *se precipita*, porque corre como un loco para alcanzar al Maestro. Y, llegado a la distancia de poder usar la voz, lo llama. Jesús se para. Judas se llega a Él jadeando:

-¡Maestro... menos mal que he pensado venir a buscarte! ¿Te marchabas así, sin mí? Ziforá me dijiste que te esperase en la casa, porque irías sin falta. Pero...

-¿No dije a todos que os esperaba en la puerta de Herodes al amanecer? Amanece. Voy a la puerta de Herodes.

-Sí, pero... era para los otros. Nosotros dos estábamos juntos.

-¿Juntos?

Jesús está muy serio.

-Pues claro, Maestro. Hemos salido juntos. Ha sido tu deseo. Luego has preferido ir a orar solo. Pero yo estaba dispuesto a ir contigo.

-En Nob has mostrado claramente que no te agradaba pasar la noche en oración con tu Maestro. Y te he evitado que tuvieras que hacer forzado un acto de virtud. No habría servido para nada. El bien hay que saber hacerlo espontáneamente para que tenga fragancia y sea fructífero. En caso contrario, no es más que una... pantomima, y a veces peor que una pantomima.

-Pero yo... ¿Por qué de un tiempo a esta parte estás tan severo conmigo? ¿Ya no me quieres?

-Con mayor razón que tú, podría preguntarte Yo: ¿ya no me quieres? Pero no te lo pregunto. Porque incluso esta pregunta sería una cosa inútil, y Yo no hago nunca cosas inútiles.

-¡Ya, claro! Porque bien sabes que te quiero.

-Quisiera saberlo, Judas de Keriot. Y quisiera poder decirte: sé que me amas. Pero, de la misma manera que no hago nunca cosas inútiles, no digo nunca palabras falsas. Por eso no te digo que sé que me amas.

-¿Cómo es eso, Maestro? ¿Yo no te amo? ¿No trabajo para ti? ¿Puedes, acaso, dudarlo? Esto me apena. ¡Yo que en cuanto comprendo que una cosa te apena ya no la hago y velo por que no se haga! Mira: comprendí que te desagradaba que... saliera de noche, y no he vuelto a salir; comprendí que te cansaban sobremanera las disputas de tus adversarios, y fui -y no se abstuvieron de ofenderme- a decirles que ya bastaba, y ya ves que no te han vuelto a importunar. Y espero que no te importunen ni siquiera en el Templo. ¡No eres justo. Maestro, con el pobre Judas!

-Eres el primero, de entre mis seguidores, que me acusa de injusticia...

-¡Oh, perdón! Pero tus palabras, tu severidad, me apenan tanto, que ya no sé reflexionar. Me enajenan, créelo. ¡Venga, paz mía, hagamos la paz entre nosotros! Yo quiero estar contigo como si fuera una unidad contigo. Juntos siempre...

-Hace un tiempo lo estábamos. Pero ahora, dime, Judas: ¿alguna vez lo estamos?

-¿Todavía por aquella noche?, ¿o porque no fui contigo a Betabara? Tú sabes por qué no fui. Por tu bien... Y aquella noche... ¡Soy un hombre joven, Señor! Pero, aparte de esos momentos en que, lo confieso, puedo haber errado, es más: seguro que he errado, estoy siempre contigo.

-No hablo de la cercanía corporal, sino de la espiritual, de la de pensamiento y corazón. Estás lejos, Judas, de tu Salvador, y te alejas cada vez más.

-¡Lo ves! ¡A mí todos los reproches! Y, sin embargo, ya ves con qué humildad los tomo. Te dije que me alejaras de ti. Me has retenido... ¿Y entonces qué quieres de mí?».

-¡Que qué quiero! Quisiera no haber tomado inútilmente una Carne por ti. ¡Esto es lo que quisiera! Pero tú ya eres de otro padre, de otro país, hablas otra lengua... ¡Oh, qué hacer, Padre mío, para purificar el templo profanado de este hijo tuyo y hermano mío?

Jesús vierte lágrimas, palidísimo, hablando al Padre suyo.

Judas también se pone térreo y se separa mucho, guardando silencio. Jesús lo pasa unos metros y, agachada la cabeza, desciende recogido en su dolor. Y entonces Judas hace un gesto de burla, de amenaza, yo diría: de cruel juramento, a espaldas del Inocente. Su cara, hasta ese momento enmascarada tras una hipócrita pátina de dulzura y humildad, pasa a ser angulosa, dura, fea, cruel. Verdaderamente demoníaca. Todo el odio, pero un odio no humano, está presente en el fuego de esas negras pupilas, y ese fuego de odio se concentra en el alto cuerpo de Jesús. Luego, encogiéndose de hombros y dando un airado golpe con el pie, Judas pone fin a su razonamiento interno. Y reanuda el camino, recuperada la compostura, como uno que hubiera decidido ya irrevocablemente.

La ciudad está ya próxima con sus murallas. Gente que se aglomera en las puertas. Forasteros, hortelanos, habitantes de los pueblos cercanos. Entre los que están al pie de las murallas, también los once apóstoles, los cuales, al ver al Maestro, van a su encuentro.

-Maestro, mientras esperábamos aquí, ha venido un hombre buscándote. Ha dicho que Valeria te ruega que vayas sin falta a la sinagoga de los libertos romanos. Que ella estará allí.

-De acuerdo. Iremos. Antes vamos donde José de Seforí, porque mi túnica no está limpia.

-¿Dónde has dormido, Señor? - pregunta Pedro.

-En ningún lugar, Simón. He orado en el monte. Y la tierra estaba húmeda, incluso fangosa. Ya ves.

-¿Por qué orar así, a la intemperie, Señor? Te podría hacer daño...

-Los elementos no hacen daño al Hijo del hombre. Las cosas de Dios son buenas. Son los hombres los que odian al Hombre.

Pedro suspira... Se alejan en dirección a la casa del galileo, seguidos de los demás...

534

Enseñanzas y curaciones en la sinagoga de los libertos romanos. Un encargo para los gentiles.

La sinagoga de los romanos está justo enfrente del Templo, cerca del Hípico. Un grupo de gente espera a Jesús, y, cuando lo señalan a la entrada de la calle, unas mujeres son las primeras que van a su encuentro. Jesús está con Pedro y Judas Tadeo.

-¡Hola, Maestro! Te agradezco que hayas aceptado mi petición. ¿Entras ahora en la ciudad?

-No. Estoy ya desde la hora primera. He estado en el Templo.

-¿En el Templo? ¿No te han injuriado?

-No. La hora era temprana e ignoraban mi venida.

-Te había llamado por este motivo... y también porque aquí hay gentiles que querrían oírte. Desde hace días van al Templo a esperarte. Pero se han burlado de ellos e incluso los han amenazado. Ayer estaba yo también y comprendí que se te espera para injuriarte. He mandado hombres a todas las puertas. Con el oro todo se obtiene...

-Te lo agradezco. Pero Yo, Rabí de Israel, no puedo no subir al Templo. ¿Estas mujeres quiénes son?

-Mi liberta Tusnilde. Dos veces bárbara, Señor. De los bosques de Teotuburgo. Botín de esas imprudentes avanzadas que tanta sangre han costado. Mi padre se la regaló a mi madre, y ella a mí, para mi boda. De sus dioses a los nuestros. De los nuestros a ti, porque ella hace lo que yo hago. Es muy buena. Las otras son las mujeres de los gentiles que te esperan. De todas las regiones. La mayor parte enfermas. Han venido con las naves de sus maridos.

-Vamos a entrar en la sinagoga...

El arquisinagogo, erguido en el umbral de la puerta, se inclina y se presenta: -Matatías Sículo, Maestro. Alabado y bendito seas.

-Paz a ti.

-Entra. Cierro la puerta para estar tranquilos. Es tanto el odio, que los ladrillos son ojos y las piedras oídos para observarte y denunciarte, Maestro. Quizás son mejores estos que, con tal de que no se toquen sus intereses, no se meten con nosotros - dice el anciano arquisinagogo, mientras va andando al lado de Jesús para llevarlo, pasado un pequeño patio, a una amplia estancia, que es la sinagoga.

-Curemos primero a los enfermos, Matatías. Su fe merece premio - dice Jesús. Y pasa de una a otra mujer imponiendo las manos. Algunas están sanas, pero el enfermo es el hijito que tienen en brazos, y Jesús lo cura.

Una es una niña paralizada completamente; una vez curada, grita:

-¡Sitaré te besa las manos, Señor!

Jesús, que ya había pasado adelante, se vuelve sonriendo y pregunta:

-¿Eres sira?

La madre explica:

-Fenicia, Señor. De allende Sidón. Estamos en las orillas del Tamiri. Y tengo otros diez hijos y otras dos hijas, una de nombre Sira y la otra Tamira. Y Sira es viuda, a pesar de ser poco más que una niña. Así que, siendo ya libre, se ha establecido en casa de su hermano, aquí en la ciudad, y es seguidora tuya. Ella nos dijo que Tú lo podías todo».

-¿No está aquí contigo?

-Sí, Señor. Está ahí, detrás de esas mujeres.

-Acércate - manda Jesús.

La mujer, temerosa, avanza entre el grupo de mujeres.

-No tienes que tener miedo de mí si me amas - la conforta Jesús.

-Te amo. Por eso he dejado Alejandrocenas. Porque pensaba que te podría oír otras veces y... que aprendería a aceptar mi dolor...

Llora.

-¿Cuándo te has quedado viuda?

-Al final de vuestro Adar... Si hubieras estado, Zeno no habría muerto. Él lo decía... porque te había oído hablar y creía en ti.

-Entonces no está muerto, mujer. Porque quien cree en mí vive. La verdadera vida no es este día en que vive la carne. La vida es aquella que se obtiene creyendo y yendo en pos de quien es Camino, Verdad y Vida, y obrando según su palabra. Aunque este creer y seguir fuera durante poco tiempo, y obrar por poco tiempo, un tiempo pronto truncado por la muerte del cuerpo, aunque fuera un solo día, una sola hora, en verdad te digo que esa criatura no conocerá ya la muerte. Porque el Padre mío y de todos los hombres no calculará el tiempo transcurrido en mi Ley y Fe, sino la voluntad del hombre de vivir hasta la muerte en esa Ley y Fe. Yo prometo la Vida eterna y quien cree en mí y obra según lo que digo, amando al Salvador, propagando este amor, practicando mis enseñanzas durante el tiempo que se le conceda. Los obreros de mi viña son todos aquellos que vienen y dicen: "Señor, recíbenos entre tus obreros", y en esa voluntad permanecen hasta que el Padre mío juzga terminada su jornada. En verdad, en verdad os digo que habrá obreros que habrán trabajado una sola hora, su *última hora*, y que tendrán más inmediato el premio que aquellos que hayan trabajado desde la primera hora pero siempre con tibieza, movidos al trabajo únicamente por la idea de no merecer el infierno, o sea, movidos por el miedo al castigo. No es éste el modo de trabajar que mi Padre premia con una gloria inmediata. Es más, a estos calculadores egoístas -que sienten el apremio de hacer el bien, el bien estrictamente necesario, por no atraerse una pena eterna- el Juez eterno les dará una larga expiación. Deberán aprender, a expensas de sí mismos, con una larga expiación, a darse un espíritu solícito en amor, y *en amor verdadero*, orientado todo a la gloria de Dios. *(Recordamos aquí que el dolor de atrición, o sea, cumplir los Mandamientos por temor a no condenarse, es válido para salvarse, aunque el dolor de contrición, o sea, aquel que nos mueve a cumplir los Mandamientos por amor a Dios, que, como Suma bondad, no se merece que lo ofendamos, es mucho más perfecto)*. Y os digo también que en el futuro muchos serán, especialmente entre los gentiles, los que estarán entre los obreros de una hora, e incluso de menos de una hora, y que serán gloriosos en mi Reino, porque en esa única hora de respuesta a la Gracia, que los habrá invitado a entrar en la viña de Dios, habrán alcanzado la perfección heroica de la caridad. Ten, pues, buen ánimo, mujer. Tu marido no está muerto sino que vive. No lo has perdido; solamente está separado de ti un tiempo. Ahora tú, como esposa que no hubiera entrado todavía en casa del esposo, debes prepararte para las verdaderas nupcias inmortales con aquel que lloras. ¡Oh, dichosas nupcias de dos espíritus que se han santificado y que se unen de nuevo, para siempre, en donde no existe ya la separación ni el temor del desamor ni las penas, en donde los espíritus exultarán en el amor de Dios y en el amor recíproco! La muerte para los justos es verdadera vida, porque ya nada podrá amenazar la vitalidad del espíritu, o sea, su permanencia en la Justicia. Lo caduco ni lo llores ni lo añores, Sira. Alza tu espíritu y ve las cosas con justicia y verdad. Dios te ha amado salvando a tu consorte del peligro de que las obras del mundo destruyeran su fe en mí.

-Me has consolado, Señor. Viviré como dices. Bendito seas Tú, y contigo el Padre tuyo, eternamente.

Jesús hace ademán de seguir adelante y el arquisinagogo dice:

-¿Puedo ponerte un reparo, sin que te parezca ofensa?

-Habla. Aquí soy Maestro para dar sabiduría a quien me pregunte.

-Has dicho que algunos serán gloriosos enseguida en el Cielo. ¿No está cerrado el Cielo? ¿No están los justos en el Limbo en espera de entrar en el Cielo?

-Así es. El Cielo está cerrado. Y sólo lo abrirá el Redentor. Pero su hora ha llegado. En verdad te digo que el día de la Redención ya clarece en Oriente y pronto estará en su cenit. En verdad te digo que no vendrá otra fiesta después de ésta, antes de ese día. En verdad te digo que estando ya en la cima del monte de mi sacrificio fuerzo ya las puertas... Mi sacrificio ya empuja en las puertas del Cielo, porque está ya en acción. Cuando esté cumplido -¡recuérdalo, oh hombre!-, se abrirán las sagradas cortinas y las celestes puertas. Porque Yeohveh ya no estará presente con su gloria en el Debir (*Santo de los santos*), e inútil será poner un velo entre el Incognoscible y los mortales, y la Humanidad que nos ha precedido y que fue justa volverá al lugar a donde había sido destinada, con el Primogénito a la cabeza, ya completo en carne y espíritu, y sus hermanos vestidos con la vestidura de luz que tendrán hasta que también sus carnes sean llamadas al júbilo.

Jesús pasa al tono de canto, propio de cuando un arquisinagogo o un rabí repite palabras bíblicas o salmos (*Ezequiel 37, 4-6.12-14*), y dice:

-Y Él me dijo: "Profetiza a estos huesos y diles: "Huesos secos, escuchad la palabra del Señor... Ved que infundiré en vosotros el espíritu y viviréis. Pondré alrededor de vosotros los nervios, haré crecer a vuestro alrededor las carnes, extenderé la piel, os daré el espíritu y viviréis y sabréis que soy el Señor... Ved que abriré vuestras tumbas... os sacaré de los sepulcros... Cuando infunda en vosotros mi espíritu tendréis vida y haré que descanséis en vuestra tierra".

Toma de nuevo su modo habitual de hablar, baja los brazos -los había extendido hacia adelante-, y dice:

-Son dos estas resurrecciones de lo seco, de lo muerto, a la vida. Dos resurrecciones que están celadas en las palabras del profeta. La primera es la resurrección a la Vida y en la Vida, o sea, en la Gracia que es Vida, de todos aquellos que acogen a la Palabra del Señor, al Espíritu engendrado por el Padre, que es Dios como el Padre del que es Hijo, y que se llama Verbo, el Verbo que es Vida y da la Vida. La Vida de la que todos tienen necesidad y de la que está privado Israel tanto como los gentiles. Porque, si para Israel hasta ahora era suficiente para tener la eterna Vida tener esperanza en la Vida (la Vida que viene del Cielo) y esperarla; de ahora en adelante, para tener vida, Israel deberá acoger a la Vida. En verdad os digo que aquellos de mi pueblo que no me acogen a Mí-Vida no tendrán Vida, y mi venida será para ellos razón de muerte, porque habrán rechazado a la Vida que venía a ellos para comunicarse. Ha llegado la hora en que Israel quedará dividido en los vivos y los muertos. Es la hora de elegir, y de vivir o morir. La Palabra ha hablado, ha mostrado su Origen y Poder, ha curado, ha enseñado, resucitado, y pronto

habrá cumplido su misión. Ya no hay disculpa para los que no vienen a la Vida. El Señor pasa. Una vez que haya pasado, no vuelve. No volvió a Egipto para dar vida nueva a los hijos primogénitos de aquellos que lo habían escarnecido y avasallado en sus hijos. No regresará tampoco esta vez, cuando la inmolación del Cordero haya decidido los destinos. Los que no me acogen antes de mi Paso, y me odian y odiarán, no tendrán sobre su espíritu mi Sangre para santificarlos, y no vivirán, y no tendrán a su Dios con ellos para el resto del peregrinaje sobre la Tierra. Sin el divino Maná, sin la nube protectora y luminosa, sin el Agua que viene del Cielo, privados de Dios, irán vagando por el vasto desierto que es la Tierra, toda la Tierra, toda ella un desierto si para quien la recorre falta la unión con el Cielo, la cercanía del Padre y Amigo: Dios. Y hay una segunda resurrección, la universal, en que los huesos, blancos y dispersados a causa de los siglos, volverán a estar frescos y cubiertos de nervios, carne y piel. Y se llevará a cabo el Juicio. Y la carne y la sangre de los justos exultarán con el espíritu en el eterno Reino; y la carne y la sangre de los réprobos sufrirán con el espíritu en el eterno castigo. ¡Yo te amo, Israel; Yo te amo Gentilismo; Yo te amo, Humanidad! Y por este amor os invito a 1a Vida y a la Resurrección bienaventurada.

Los que llenan la amplia estancia están como hechizados. No hay distinción entre el estupor de los hebreos y el de los otros, de otros lugares y religiones; es más, yo diría que los más reverentemente asombrados son los extranjeros.

Uno, un hombre entrado en años y de grave porte, está susurrando algo.

Jesús se vuelve y pregunta:

-¿Qué has dicho, oh hombre?

-He dicho que... Me estaba repitiendo a mí mismo las palabras oídas a mi pedagogo en mi juventud. "Le está concedido al hombre subir con la virtud a divina perfección. En la criatura está el resplandor del Creador, que, cuanto más el hombre se ennoblece a sí mismo en la virtud, casi como consumiendo la materia en el fuego de la virtud, más se revela. Y le está concedido al hombre conocer al Ente que, al menos una vez en la vida de un hombre, o con severo o con paterno aspecto, se muestra a él para que pueda decir: "Debo ser bueno: ¡Miserable de mí si no lo soy! Porque un Poder inmenso ha refulgido ante mí para hacerme comprender que la virtud es deber y signo de la noble naturaleza del hombre". Hallaréis este resplandor de la Divinidad, unas veces, en la hermosura de la naturaleza, otras, en la palabra de un moribundo, o en la mirada de un desdichado que os mira y juzga, o en el silencio de la persona amada, que, callando censura una acción vuestra deshonorosa; lo hallaréis en el terror de un niño ante un acto vuestro de violencia, o en el silencio de las noches mientras estéis solos con vosotros mismos y en la habitación más cerrada y solitaria advertís un otro Yo, mucho más poderoso que el vuestro y que os habla con un sonido sin sonido. Y ése será el Dios, este Dios que debe ser, este Dios al que la Creación adora, aun quizás sin saber que lo está haciendo, este Dios que, único, verdaderamente satisface el sentimiento de los hombres virtuosos, que no se sienten ni saciados ni consolados por nuestras ceremonias y nuestras doctrinas, ni ante las aras vacías, bien vacías aunque una estatua las presida". Sé bien estas palabras, porque desde hace muchos lustros las repito como mi código y mi esperanza. He visto, he trabajado, y también he sufrido y llorado. Pero lo he soportado todo, y mantengo la esperanza con virtud, esperando encontrar antes de la muerte a este Dios que Hermógenes me había prometido que conocería. Ahora yo me decía que verdaderamente lo he visto. Y no como un fulgor, y no como un sonido sin sonido he oído su palabra; sino que en una serena y bellísima forma de hombre se me ha aparecido el Divino, y yo lo he sentido y estoy lleno de un sagrado estupor. El alma, esta cosa que los verdaderos hombres admiten, el alma mía te acoge, oh Perfección, y te dice: "Enséñame tu Camino y tu Vida y tu Verdad, para que un día yo, hombre solitario, me una de nuevo contigo, suprema Belleza".

-Nos uniremos. Y te digo también que, más tarde, te unirás con Hermógenes.

-¡Pero si murió sin conocerte!

-No es el conocimiento material el único necesario para poseerme. El hombre que por su virtud llega a sentir al Dios desconocido y a vivir virtuosamente en homenaje a este Dios, bien se puede decir que ha conocido a Dios, porque Dios se ha revelado a él como premio de su vivir virtuoso. ¡Ay si fuera necesario conocerme personalmente! Pronto ya alguno no dispondría de un modo de reunirse conmigo. Porque, os lo digo, pronto el Viviente dejará el reino de los muertos para volver al Reino de la Vida, y ya los hombres no tendrán otra manera de conocerme sino por la fe y el espíritu. Pero, en vez de detenerse, el conocimiento de mí se propagará, y será perfecto porque estará libre de todo lo que significa el lastre de la carne. Dios hablará, Dios actuará, Dios vivirá, Dios se revelará a las almas de sus fieles con su incognoscible y perfecta Naturaleza. Y los hombres amarán al Dios-Hombre. Y el Dios-Hombre amará a los hombres con los medios nuevos, con los inefables medios que su infinito amor dejará en la Tierra antes de volver al Padre tras haber cumplido todo.

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Dinos cómo podremos encontrarte y saber que eres Tú el que nos habla, y saber dónde estás, una vez que te hayas marchado! - exclaman bastantes. Y algunos prosiguen:

-Somos gentiles y no conocemos tu código. No tenemos tiempo de quedarnos aquí y seguirte. ¿Cómo nos las vamos a arreglar para tener esa virtud que hace merecedores de conocer a Dios?

Jesús sonrío, luminosamente hermoso con la felicidad de estas conquistas tuyas en la gentilidad, y dulcemente explica:

-No os preocupéis de saber muchas leyes. Irán éstos (y pone las manos en los hombros de Pedro y Judas Tadeo) a llevar mi Ley al mundo. Pero, hasta que vayan, tened como norma de ley las siguientes pocas frases en que está compendiada mi Ley de salud. Amad a Dios con todo vuestro corazón. Amad a las autoridades, a los parientes, a los amigos, a los siervos, al pueblo, y también a los enemigos, como os amáis a vosotros mismos. Y para estar seguros de no pecar, antes de cumplir cualquier acción, sea que os haya sido ordenada, sea que sea espontánea, preguntaos: "¿Me gustaría que lo que voy a hacerle a éste se me hiciera a mí?". Y, si sentís que no os gustaría, no lo hagáis. Con estas sencillas líneas podéis trazar en vosotros el camino por el que irá Dios a vosotros y vosotros iréis a Dios. Porque a ninguno le gustaría que un hijo fuera con él un ingrato, o que uno lo matara, que otro le robara o le quitara a su mujer o deshonorase a su hermana o a su hija o le usurpara la casa, los campos o los servidores fieles. Con esta regla seréis buenos hijos y buenos padres, buenos maridos, hermanos, comerciantes, amigos. Por tanto, seréis virtuosos, y Dios irá a vosotros.

Tengo alrededor de mí no sólo a hebreos y prosélitos en que no hay malicia; quiero decir que han venido a mí no para pillarme en renuncio, como hacen los que os han arrojado del Templo para que no vinierais a la Vida. Tengo también a gentiles de todas las partes del mundo. Veo a cretenses y fenicios mezclados con habitantes del Ponto y de la Frigia, y hay uno de las playas donde se abre el mar desconocido, vía para tierras desconocidas donde también será amado. Y veo a griegos con sículos y cirenaicos con asiáticos. Pues bien, os digo: ¡Id! Decid en vuestros países que la Luz está en el mundo y que vengan a la Luz. Decid que la Sabiduría ha dejado los Cielos para hacerse pan para los hombres, agua para los hombres que languidecen. Decid que la Vida ha venido a sanar lo que está enfermo y a resucitar lo que está muerto. Y decid... decid que el tiempo pasa veloz como un relámpago de verano. Quien tenga deseos de Dios que venga. Su espíritu conocerá a Dios. Quien tenga deseos de curación que venga. Mi mano, mientras esté libre, otorgará curación a los que la invoquen con fe.

Decid... ¡Sí! Id, id diligentes, y decid que el Salvador espera a aquellos que esperan y desean una ayuda celestial, para la Pascua, en la Ciudad santa. Decídselo a los que tienen necesidad y a los que son simplemente curiosos. Del movimiento impuro de la curiosidad puede brotar para ellos la chispa de la fe en mí, de la Fe que salva. ¡Id! Jesús de Nazaret, el Rey de Israel, el Rey del mundo, convoca a los legados del mundo para darles los tesoros de sus gracias y tenerlos como testigos de su ascensión, que lo consagrará triunfador, por los siglos de los siglos, Rey de reyes y Señor de señores. ¡Id! ¡Id!

En el alba de mi vida terrena, desde lugares distintos, vinieron los legados del pueblo mío a adorar al Infante en que el Inmenso se celaba. La voluntad de un hombre, que se creía poderoso y era un siervo de la voluntad de Dios, había ordenado un empadronamiento en el Imperio. Obedeciendo a una desconocida y perentoria orden del Altísimo, aquel hombre pagano había de ser heraldo respecto a Dios, que quería a todos los hombres de Israel, esparcidos por todos los lugares de la Tierra, en la tierra de este pueblo, cerca de Belén Efratá, para que se maravillaran con las señales venidas del Cielo con el primer vagido de un Niño. Y no bastando aún, otras señales hablaron a los gentiles, y sus legados vinieron a adorar al Rey de los reyes, pequeño, pobre, lejano de su coronación terrena, pero que ya era, ¡oh!, ya era Rey ante los ángeles.

Ha llegado la hora en que seré Rey ante los pueblos; Rey, antes de regresar al lugar de donde vengo. En el ocaso de mi día terreno, en mi atardecer de hombre, justo es que aquí haya hombres de todos los pueblos para ver a Aquel al que le corresponde ser adorado y en quien se ceba toda la Misericordia. Y que gocen los buenos de las primicias de esta nueva mies, de esta Misericordia que se va a abrir como nube de Nisán para hinchar las corrientes de aguas saludables que pueden hacer fructíferas a los árboles plantados en sus orillas, como se lee en Ezequiel (17, 5-8; 19, 10 -11)

Y Jesús, de nuevo, sana a enfermos y enfermas, y recoge sus nombres, porque ahora todos quieren decirlo: «Yo, Zila... Yo, Zabdí... Yo, Gaíl... Yo, Andrés... Yo, Teófanés... Yo, Selima... Yo, Olinto... Yo, Felipe. Yo, Elisa... Yo, Berenice... Mi hija Gaya... Yo, Argenides... Yo... Yo... Yo...

Ha acabado. Quisiera marcharse. ¡Pero cuánto le ruegan que se quede más, que hable más!

Y uno, quizás tuerto porque tiene un ojo tapado con una venda, dice, para retenerlo más tiempo:

-Señor, fui agredido por uno que envidiaba mis buenos negocios. Me salvé la vida a duras penas. Pero un ojo se perdió, reventado por el golpe. Ahora mi rival es un pobre y una persona mal considerada, y ha huido a un pueblo cercano a Corinto. Yo soy de Corinto. ¿Qué debería hacer por este que por poco me mata? No hacer a los demás lo que a mí no me gustaría recibir, está bien. Pero yo de éste ya he recibido... y un mal... mucho mal... - y tan expresivo es su rostro, que se lee en él el pensamiento que no ha dicho: «y, por tanto, debería darle el talión...

Pero Jesús lo mira con luz de sonrisa en sus ojos zafíreos pero con dignidad de Maestro en la totalidad del rostro y dice:

-¿Y tú, de Grecia, me lo preguntas? ¿No dijeron, acaso, vuestros grandes que los mortales vienen a ser parecidos a Dios cuando responden a los dos dones que Dios les concede para hacerlos parecidos a Él, y que son: poder estar en la verdad y hacer el bien al prójimo?

-¡Ah, sí, Pitágoras!

-¿Y no dijeron que el hombre se acerca a Dios no con la ciencia y el poder u otra cosa, sino haciendo el bien.

-¡Ah, sí, Demóstenes! Pero, perdona si te lo pregunto, Maestro. Tú no eres sino un hebreo, y los hebreos no estiman a nuestros filósofos... ¿Cómo es que sabes estas cosas?

-Mira, porque Yo era Sabiduría inspiradora en las inteligencias que pensaron esas palabras. Donde el Bien está en acto, allí estoy Yo. Tú, griego, escucha de los sabios los consejos, en los que todavía hablo Yo. Haz el bien a quien te ha hecho el mal, y Dios te llamará santo. Y ahora dejadme marcharme. Tengo otros que me esperan. Adiós, Valeria. Y no temas por mí. No es todavía mi hora. Cuando llegue la hora, ni todos los ejércitos de César podrán poner freno a mis adversarios.

-Adiós, Maestro. Y ora por mí.

-Para que la paz te posea. Adiós. La paz a ti, arquisinagogo. La paz a los creyentes y a los que tienden a ella.

Y haciendo un gesto que es saludo y bendición, sale de la sala, atraviesa el patio y sale a la calle...

Judas Iscariote llamado a informar a casa de Caifás.

No veo a Jesús ni a Pedro ni a Judas de Alfeo ni a Tomás; pero veo a los otros nueve, en dirección al barrio de Ofel.

La gente que hay por las calles no es el gentío de las fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos; es, más o menos, la gente de la ciudad. Se conoce que las Encenias no eran muy importantes y no requerían la presencia de los hebreos en Jerusalén. Solamente los que coincidían en la ciudad, o los venidos de los pueblos cercanos, estaban en Jerusalén y subían al

Templo. Los demás, bien por la época del año, bien por el carácter propio de la fiesta, se quedaban en sus ciudades y en sus casas.

Pero muchos discípulos, los que por amor al Señor han dejado casa y padres, intereses y trabajos, están en Jerusalén y se han unido al grupo de los apóstoles. De todas formas, no veo a Isaac ni a Abel ni a Felipe, ni tampoco a Nicolái, que había ido a acompañar a Sabea a Aera. Hablan unos con otros afablemente, contando y oyendo contar, acerca de todos los hechos ocurridos en el tiempo en que han estado separados. Pero parece que ya han visto al Maestro, quizás en el Templo, porque no se extrañan de su ausencia. Andan despacio y de vez en cuando se paran como para esperar, mirando adelante y atrás, mirando a las calles que de Sión bajan a esta que lleva hacia las puertas meridionales de la ciudad.

En dos ocasiones algunos judíos que siguen al grupo, aunque sin mezclarse con él, no sé con qué intenciones o con qué encargos, llaman por el nombre a Judas Iscariote, que va casi al final de todos y está perorando para un grupito de discípulos llenos de buena voluntad pero no de ciencia. En dos ocasiones Judas se encoge de hombros sin volverse siquiera; pero, a la tercera, no tiene más remedio que hacerlo, porque un judío deja su grupo, hiende avasallador el de los discípulos, toma a Judas por una manga y le obliga a pararse, y le dice:

-Sal aquí un momento, que tenemos que decirte algo.

-Ni tengo tiempo ni puedo - responde tajante Judas Iscariote.

-Ve, ve. Te esperamos. En realidad, hasta que no veamos a Tomás no podemos salir de la ciudad - le dice Andrés, que es el más cercano a él.

-De acuerdo. Seguid adelante, que iré pronto - dice Judas sin ninguna aparente buena voluntad de hacer lo que debe hacer.

Ya solo, dice a su importunador:

-¿Y entonces? ¿Qué quieres? ¿Qué queréis? ¿No habéis terminado todavía de darme la lata?

-¡Oh! ¡Oh! ¡Qué aires que te das! ¡Pero cuando te llamábamos para darte dinero no te parecía que te diéramos la lata! ¡Eres soberbio! Pero alguien puede hacerte humilde... Recuérdalo.

-Soy un hombre libre y...

-No. No eres libre. Libre es aquel al que en manera alguna podemos hacer esclavo. Y tú conoces su nombre. ¡Tú!... Tú eres esclavo de todo y de todos, y en primer lugar de tu orgullo. Brevemente: ¡Ay de ti, si no vienes antes de sexta a casa de Caifás! ¡Considéralo!

Un "¡ay de ti!" verdaderamente amenazador.

-¡Bueno, bien! Iré. Pero mejor para vosotros sería dejarme tranquilo, si queréis...

-¿Qué? ¿Qué? ¡Vendedor de promesas! ¡Inútil...!

Judas, con un empujón, se libra del que lo tiene sujeto, y se marcha corriendo y diciendo:

-Hablaré allí.

Se llega a donde los otros de su grupo. Está pensativo y con aspecto un poco torvo. Andrés, solícito, le pregunta:

-¡Malas noticias? No, ¿no? Quizás tu madre...

Judas, que al principio lo había mirado mal, dispuesto ya a dar una agria respuesta, se pone más humano y dice:

-Claro. Noticias poco buenas... Ya sabes... la época del año... Ahora... porque me ha venido a la mente ahora una indicación del Maestro. Si ese hombre no me hubiera parado, me habría olvidado también de esto... Pero me ha mencionado el lugar donde vive y, oyendo ese nombre, me he acordado del encargo que tenía. Bueno, pues ahora, cuando vaya para esto, iré también donde ese hombre y me informaré mejor...

Andrés, tan sencillo y honesto como es, está muy lejos de sospechar que su compañero pueda mentir. Y dice solícito:

-Pues ve, ve enseguida. Yo se lo digo a los demás. ¡Ve, ve! Así te quitas esa desazón...

-No, no. Tengo que esperar a Tomás, por el dinero. Un momento más o menos...

Los otros, que se habían parado a esperar, los miran mientras van llegando.

-Le han dado tristes noticias a Judas - dice, solícito, Andrés.

-Sí... resumidamente. Pero luego sabré más, cuando vaya a hacer una cosa que tengo que hacer...

-¿El qué? - pregunta Bartolomé.

-Ahí está Tomás, viene corriendo - dice al mismo tiempo Juan, y eso le sirve a Judas para no contestar.

-¿Os he hecho esperar? ¿Mucho? Es que quería hacer bien las cosas... Y las he hecho bien. Mirad qué bonita bolsa.

Buena para los pobres. Estará contento el Maestro.

-Hacía falta: no teníamos ni una perra para los mendigos - dice Santiago de Alfeo.

-Dámela - dice Judas Iscariote, alargando la mano hacia la pesada bolsa que Tomás hace botar en sus manos.

-Es que, en realidad... Jesús me ha dado a mí el encargo de la venta, y debo poner en sus manos lo que he sacado.

-Le dices la cifra. Ahora dámelo, que tengo prisa por marcharme.

-¡Que no te la doy, hombre! Jesús, cuando íbamos por el Sixto, me dijo: "Luego me das la suma". Y yo lo hago.

-¿De qué tienes miedo? ¿De que la aligere o te quite el mérito de la venta? Yo también vendí en Jericó. Y bien. Desde hace años soy yo el que se encarga del dinero. Es mi derecho.

-¡Oye, mira, si quieres montar una discusión por esto, ten! He hecho mi encargo y no me preocupa lo demás. Ten, ten. ¡Hay muchas cosas más bonitas que esto!... - y Tomás pasa la bolsa a Judas.

-La verdad es que si el Maestro ha dicho... - dice Felipe.

-¡No entres en sutilezas, hombre! Más bien, ahora que estamos todos juntos, vámonos. El Maestro ha dicho que estuviéramos en Betania antes de la hora sexta. Ya casi no hay tiempo - dice Santiago de Zebedeo.

-Entonces yo os dejo. Vosotros id hacia adelante, que yo voy y vuelvo.

-¡Eso no! Ha dicho bien claro: "Estad todos juntos" - dice Mateo.

-Todos juntos, vosotros. Pero yo tengo que irme. ¡Y ahora más, que sé lo de mi madre!...

-La cosa se puede interpretar también así. Si ha recibido indicaciones que desconocemos...- concilia Juan.

Los otros, menos Andrés y Tomás, parecen poco inclinados a dejar que se marche. Pero al final dicen:

-Bueno pues vete. Pero haz rápidamente las cosas y sé prudente...

Y Judas, mientras los otros reanudan su marcha, desaparece por una callejuela que sube a la colina de Sión.

-Pero no es así, no hemos hecho bien; el Maestro había dicho: "Estad siempre juntos y en paz". Hemos desobedecido al Maestro, y eso me atormenta - dice, pasado un rato, Simón Zelote.

-También lo pensaba yo... - le responde Mateo.

Todos los apóstoles están en grupo desde que han tenido que decidir sobre estas cosas suyas. He notado que los discípulos, cuando los apóstoles se reúnen para debatir una cuestión, siempre se separan con respeto.

Bartolomé dice:

-Hagamos esto. Despedimos a estos que nos siguen. Desde ahora. Sin esperar a estar en el camino de Betania. Y luego nos dividimos en dos grupos y esperamos a Judas, una parte en el camino bajo, otra parte en el camino alto; los más rápidos en el camino bajo, los otros en el alto. Aunque el Maestro nos precediera, nos vería llegar juntos, porque fuera de Betania un grupo espera al otro.

La cosa es aceptada. Despiden a los discípulos. Luego van juntos hasta el lugar en que se puede torcer hacia el Getsemaní y tomar el camino alto del Monte de los Olivos, y el bajo, que, orillando el Cedrón, va también a Betania y Jericó...

Judas, entretanto, se aleja corriendo como un perseguido. Sigue durante un rato subiendo la callejuela estrecha que lleva hacia la cima del Sión en dirección a poniente, luego tuerce por una callejuela aún más pequeña, casi un callejón, que, en vez de subir, baja hacia mediodía. Desconfía. Corre y, cada cierto tiempo, se vuelve como asustado: visiblemente desconfía de que lo estén siguiendo.

La callejuela, tortuosa entre los salientes de las casas construidas sin norma de edificación, se abre ya a una zona dilatada de campos. Fuera de las murallas, al otro lado del valle, hay una colina. Es una colina baja cubierta de olivos, al otro lado del árido pedregal del valle de Hinnon. Judas corre hacia abajo ligero, pasando entre los setos que sirven de límite a los pequeños huertos de las últimas casas rayanas a las murallas, las pobres casas de los pobres de Jerusalén, y no toma, para salir de la ciudad, la puerta de Sión -la tiene cerca-, sino que corre hacia arriba, hacia otra puerta un poco occidental. Está ya fuera de la ciudad. Trota como un potro para no demorarse. Pasa como el viento junto a un acueducto; luego, sordo a los lamentos, junto a las tristes grutas de los leprosos de Hinnon. Está claro que busca los lugares que los demás evitan.

Va recto hacia la colina cubierta de olivos, solitaria al sur de la ciudad. Respira hondo en señal de alivio cuando se ve en sus laderas, y aminora el paso, se coloca la prenda que cubre su cabeza, el cinturón, la túnica -se la había recogido-, mira hacia Oriente, haciendo de la mano visera, porque le da el sol en los ojos, mira hacia el camino bajo que va a Betania y Jericó, pero no ve nada que lo intranquilece. Es más, un saliente de la colina hace de telón entre él y ese camino. Sonríe. Empieza a subir la colina lentamente, para que se le pase el jadeo. Entretanto, piensa. Y, cuanto más piensa, más tenebroso se pone. Claramente, monologa, pero en silencio. En un momento determinado, se para, saca del pecho la bolsa, la observa, luego la devuelve al pecho, no sin antes haber dividido su contenido poniendo una parte en su bolsa, quizás para que se perciba menos el volumen que ha ocultado en el pecho.

Hay una casa entre los olivos. Una casa hermosa. La más hermosa de la colina, porque otras casitas que están esparcidas por las laderas, no sé si dependientes de la casa hermosa o autónomas, son bien humildes. Llega a ella por una especie de paseo de arena entre olivos plantados con orden. Llama a la puerta. Se identifica. Entra. Va, seguro, atravesando el atrio, a un patio cuadrado en torno al cual hay muchas puertas. Empuja una de ellas.

Entra en una vasta estancia donde hay un cierto número de personas, de las cuales reconozco la cara disimulada y, al mismo tiempo, rencorosa de Caifás, la ultrafarisaica de Elquías, la de guarduña del Anciano Félix junto a la de víbora de Simón. Más allá está Doras hijo de Doras, que cada vez se parece más en las facciones a su padre, y con él Cornelio y Tolmái. Y están los otros escribas Sadoq y Cananías, viejo de años, apergaminado, pero joven en maldad, y Calasebona el Anciano, y Natanael ben Faba, y luego un cierto Doro, un Simón, un José, un Joaquín, que no conozco. Caifás dice los nombres -yo los escribo- y termina: «...reunidos aquí para juzgarte».

Judas tiene una cara extraña: de miedo, de rabia, de violencia, al mismo tiempo. Pero guarda silencio. No exhibe su altivez. Los otros lo rodean, sarcásticos, y cada uno suelta lo que piensa.

-¿Y entonces? ¿Qué has hecho de nuestro dinero? ¿Qué nos dices, hombre sabio, hombre que hace todo, y pronto y bien? ¿Dónde está tu trabajo? Eres un embustero, un charlatán incapaz para todo. ¿Dónde está la mujer? ¿Ni siquiera a ella la tienes? ¿Así que, en vez de servirnos a nosotros, le sirves a Él, no? ¿Es así como nos ayudas?

Un asalto malévolo, con gritos, voces descompuestas; un asalto amenazador, del cual muchas palabras no logro entender.

Judas se deja gritar a placer. Cuando ya están cansados y jadeantes, habla él: -He hecho lo que he podido. ¿Qué culpa tengo yo si es un hombre al que ninguno puede hacer pecar? Dijisteis que queráis probar su virtud. Os he dado la prueba de que no peca. Por tanto, os he servido en aquello que queráis. ¿Habéis logrado todos vosotros, acaso, ponerlo en situación de acusado? No. De todos vuestros intentos de hacerle aparecer como pecador, de hacerle caer en una trampa, Él ha salido más grande que antes. ¿Y entonces, si no lo habéis logrado vosotros con vuestro rencor, acaso debía lograrlo yo, que no lo odio, que únicamente estoy desilusionado de haber seguido a un pobre inocente, demasiado santo para poder ser un rey, y además un rey que aplaste a sus enemigos? ¿Qué mal me ha hecho para que yo se lo haga a Él? Hablo así porque pienso que vosotros lo odiáis hasta el punto de querer su muerte. No puedo creer ya que queréis sólo convencer al pueblo de que es un demente, y convencernos a nosotros, a mí, por nuestro bien, y a Él mismo por compasión por Él. Sois demasiado generosos conmigo, y estáis demasiado furiosos por verlo al margen del mal, como para que pueda creerlo. Me preguntáis que qué he hecho de

vuestro dinero. Le he dado el uso que ya sabéis. Para convencer a la mujer he tenido que gastar y gastar... Y no he logrado hacerlo con la primera y...

-¡Calla, calla! Nada de eso es verdad. Ella estaba loca por Él y, sin duda, ha ido enseguida. Además, lo habías garantizado, porque decías que ella te lo había confesado. Eres un ladrón. ¿Quién sabe para qué te habrá servido nuestro dinero?

-¡Para perderme el alma, asesinos de un alma! Para hacer de mí un hombre desleal, uno que ya no tiene paz, uno que siente que suscita la sospecha en Él y en los compañeros. Porque, habéis de saberlo, Él me ha descubierto... ¡Oh, si me hubiera expulsado! Pero no me expulsa. No. No me expulsa. ¡Me defiende, me protege, me ama!... ¡Vuestro dinero! ¿Pero por qué acepté la primera moneda?

-Porque eres un infame. De momento has disfrutado nuestro dinero. Y ahora te quejas de haberlo disfrutado. ¡Falso! La realidad es que no hemos concluido nada, y las multitudes que están en torno a Él crecen en número y cada vez están más cautivadas. Nuestro fin se aproxima, ¡y por tu culpa!

-¿Mía? ¿Y por qué, entonces, no os atrevisteis a prenderlo y a acusarlo de haber querido hacerse rey? Me dijisteis, incluso, que habíais querido tentarlo, a pesar de que yo os hubiera dicho que ello era inútil, que Él no tenía hambre de poder. ¿Por qué no le habéis inducido a pecar contra su misión, si sois tan hábiles?

-Porque se nos ha escapado de las manos. Es un demonio que cuando quiere, se desvanece como el humo. Es como una serpiente hechiza, no se puede hacer nada si mira.

-Si mira a los enemigos: a vosotros. Porque yo veo que, si mira a los que no lo odian con todo su ser, como hacéis vosotros, entonces su mirada le hace a uno moverse, hace actuar. ¡Oh, su mirada! ¿Por qué me mira así y me hace bueno, a mí que para mí mismo soy un monstruo, y para vosotros también, que me hacéis diez veces monstruo?

-¡Cuántas palabras! Tú nos habías asegurado que, por el bien de Israel, nos ayudarías. ¿Pero no comprendes, infame, que este hombre es nuestro fin?

-¿Nuestro? ¿De quién?

-¡Pues de todo el pueblo! Los romanos...

-No. Es sólo vuestro fin. Vosotros teméis por vosotros. Sabéis que Roma no se cebará en nosotros por causa de Él. Vosotros sabéis esto como lo sé yo y como lo sabe el pueblo. Pero vosotros os estremecéis porque sabéis que os puede arrojar del Templo, teméis que os arroje del Templo, del Reino de Israel. Y haría bien. ¡Haría bien en limpiar su era de vosotros, hienas inmundas, basura, áspides!...

Está furioso.

Ellos también se han puesto furiosos. Lo agarran, lo zarandean, casi lo tiran al suelo... Caifás le grita en la cara:

-¡De acuerdo! ¡Es así! Pero, si es así, tenemos derecho a defender lo nuestro. Y, dado que las pequeñas cosas ya no bastan para convencerlo a marcharse, a dejar libre el campo, pues ahora vamos a actuar nosotros solos, dejándote a ti atrás, siervo inútil, charlatán. Y después de a Él, te serviremos también a ti, no lo dudes, y...

Elquías tapa la boca a Caifás, y dice con su flema glacial de serpiente venenosa: -No. Así no. Exageras, Caifás. Judas ha hecho lo que ha podido. No debes amenazarle. En el fondo ¿no tiene él nuestros mismos intereses?

-¿Pero eres estúpido, Elquías? ¿Yo los intereses de éste? ¡Yo lo que quiero es que El sea, aplastado! Y Judas lo que quiere es que triunfe para triunfar con Él. Y dices... - grita Simón.

-¡Calma, calma! Decís siempre que soy severo. Pero hoy... soy el único bueno. Tenemos que comprender a Judas y ser indulgentes con él, que nos ayuda como puede. Es buen amigo nuestro, pero, naturalmente, también lo es del Maestro. Su corazón está acongojado... Quisiera salvar al Maestro y a sí mismo y a Israel... ¿Cómo conciliar ciertas cosas tan opuestas? Dejémosle hablar.

La gritería se calma. Judas puede, por fin, hablar. Y dice:

-Elquías tiene razón. Yo. ¿Qué queréis de mí? Todavía no lo sé con precisión. He hecho lo que he podido. No puedo hacer más. Él es demasiado más grande que yo. Lee mi corazón... y no me trata nunca como merezco. Soy un pecador, y Él lo sabe y me absuelve. Si fuera menos vil debería... debería matarme, para ponerme en la imposibilidad de perjudicarlo.

Judas se sienta, descorazonado. La cara entre las manos, los ojos desorbitados y fijos en el vacío, sufre visiblemente por la lucha entre sus opuestos instintos.

-¡Fantasías! ¿Pero qué crees que va a saber? ¡Eso que haces es porque estás arrepentido de haber tomado una serie de iniciativas! - exclama el que se llama Cornelio.

-¿Y si así fuera? ¡Ah, si así fuera! ¡Si estuviera realmente arrepentido y fuera capaz de permanecer en este arrepentimiento!...

-¿No lo veis? ¿No lo oís? ¡Pobre dinero nuestro! - grazna Cananías.

-Tratamos con uno que no sabe lo que quiere. ¡Hemos elegido a uno peor que un deficiente mental! - incrementa Félix.

-¿Deficiente mental? ¡Deberías decir: un títere! Le tira con un hilo el Galileo, va donde el Galileo. Le tiramos nosotros y viene donde nosotros - grita Sadoq.

-Bueno, pues, si hacéis las cosas mucho mejor que yo, actuad vosotros solos. Yo desde hoy me desentiendo. No os volváis a esperar ni un aviso ni una palabra. Ya no podría dároslo, porque ya Él sospecha de mí y me vigila...

-¡Pero si has dicho que te absuelve!

-Sí, me absuelve; precisamente porque sabe todo. ¡Todo lo sabe! ¡Todo lo sabe! ¡Oh! - Judas presiona las manos contra la cara.

-¡Pues lárgate, entonces, hembra con apariencia de hombre, mal nacido, deforme! ¡Lárgate de aquí! Nos arreglaremos nosotros solos. Y guárdate, guárdate de hablarle de esto a Él, porque, si lo haces, te las haremos pagar.

-¡Me marchó! ¡Me marchó! ¡Ojalá no hubiera venido nunca! De todas formas, recordad lo que ya os dije. Él ha estado con tu padre, Simón, y con tu cuñado, Elquías. No creo que Daniel haya hablado. Yo estaba presente y no los vi nunca hablar aparte. Pero tu padre... por lo que dicen mis compañeros, no ha hablado, y tampoco ha revelado tu nombre; se ha limitado a decir que su hijo lo ha echado de casa porque amaba al Maestro y no aprobaba su conducta... Pero ya ha dicho que nosotros nos vemos, que yo voy a tu casa... Y podría decir también lo demás. Tecua no está en los confines del mundo... No digáis luego que he hablado yo, cuando en realidad ya demasiados saben vuestros propósitos.

-Mi padre jamás hablará. Ha muerto - dice lentamente Simón.

-¿Muerto? ¿Lo has matado? ¡Qué horror! ¿Por qué te habré dicho dónde estaba?...

-Yo no he matado a nadie. No me he movido de Jerusalén. Hay muchas maneras de morir. ¿Te extraña que maten a un viejo, a un viejo que va a exigir monedas? Además... culpa suya. Si se hubiera estado tranquilo, si no hubiera tenido ni *ojos* para ver ni oídos parí oír ni lengua para censurar, todavía sería honrado y servido en casa de su hijo... - dice con una lentitud exasperante Simón.

-En definitiva... que lo has mandado matar, ¿no? ¡Parricida!

-Estás loco. Le han pegado al viejo, ha caído al suelo, ha golpeado la cabeza, ha muerto. Una desgracia. Una simple desgracia. Su desventura fue que le tocó exigir el pago del puesto a un bandolero...

-Te conozco, Simón. Y no puedo creerlo... Eres un asesino... - Judas está sobrecogido.

El otro se echa a reír delante de su cara mientras repite:

-Y tú estás delirando. Ves un delito donde no hay más que una desgracia. Yo lo he sabido anteaer, no antes, y ya he tomado las medidas oportunas, para hacer venganza y para rendir honor. Pero si rendir honor al cadáver he podido hacerlo, atrapar al asesino, no. Sin duda, algún bandolero que descendió del Adomín para despachar en los mercados lo que era su botín... ¿Y quién le echa el guante ya?

-No lo creo... No lo creo... ¡Me marchó! ¡Me marchó! ¡Dejadme marcharme!... Sois, peores que los chacales... ¡Me marchó! ¡Me marchó! - y recoge el manto que se le había caído y hace ademán de salir

Pero Cananías lo agarra con su mano rapaz:

-¿Y la mujer? ¿Dónde está la mujer? ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha hecho? ¿Lo sabes?

-No sé nada... Déjame marcharme...

-¡Mientes! ¡Eres un embustero! - grita Cananías.

-No lo sé. Lo juro. Vino. Esto es cierto. Pero ninguno la vio. Ni yo, que tuve que salir enseguida con el Rabí, ni mis compañeros. Hábilmente, les he preguntado... Vi las joyas rotas que Elisa llevó a la cocina... y más no sé. ¡Lo juro por el Altar y el Tabernáculo!

-¿Y quién puede creerte? Eres vil. De la misma forma que traicionas al Maestro, puedes traicionarnos a nosotros. Pero, ¡ojo con lo que haces! ¡Estás avisado!

-No traiciono. ¡Lo juro por el Templo de Dios!

-Eres un perjurio. Tu cara lo dice. Le sirves a Él, no a nosotros...

-No. Lo juro por el Nombre de Dios.

-¡Dilo, si te atreves, como confirmación de tu juramento!

-¡Lo juro por Yeohveh! - y se pone térreo al pronunciar así el Nombre de Dios. Tiembla, balbucea, no sabe siquiera decirlo como normalmente es pronunciado. Parece como si dijera una Y, una hache, una uve muy alargada, yo diría que terminada en aspiración. Lo reconstruiría así: *Yeocveh*. En fin, de forma extraña.

El silencio -yo diría: cargado de miedo- se ha hecho en la habitación. Hasta incluso se han separado de Judas... Pero luego Doras y otro dicen: «Repite el mismo juramento como confirmación de que sólo a nosotros nos servirás...»

-¡Ah, no! ¡Malditos! ¡Eso no! Os juro que no os he traicionado y que no os delataré ante el Maestro. Y ya cometo un pecado. Pero no vinculo mi futuro a vosotros, a vosotros que mañana en nombre del juramento podríais imponerme..., cualquier cosa, incluso un delito. ¡No! Denunciadme como sacrílego ante el Sanedrín, denunciadme como asesino ante los romanos. No me defenderé. Me dejaré matar... Y será una buena cosa para mí. Pero yo ya no juro... nunca más juro... - y, con esfuerzos violentos, se libera de quien lo tiene sujeto, y sale corriendo y gritando:

-¡Pero sabed que Roma os vigila y que estima al Maestro!...

Un fuerte portazo, que hace retumbar la casa, señala que Judas ha salido de esa guarida de lobos.

Se miran unos a otros... La rabia, y quizás el miedo, los ha puesto lívidos... Y, no pudiendo desahogar su ira y miedo en alguno, se enzarzan entre ellos. Todos tratan de cargarle al otro la responsabilidad de los pasos dados y de las consecuencias que pueden tener. Unos reprochan en un sentido, otros en otro; unos por el pasado, otros por el futuro. Hay quien grita: « ¡Has sido tú el que ha querido seducir a Judas!»; o: « ¡Habéis hecho mal tratándole mal! ¡Os habéis descubierto!»; y hay quien propone: «Vamos a seguirlo, con dinero, disculpándonos...»

-¡Eso sí que no! - grita Elquías, que es el más recriminado - Dejad esto de mi cuenta y deberéis reconocer mi atino. Judas, sin más dinero, se va a amansar. ¡Manso como un cordero! - y ríe serpentino.

-Se mantendrá en su postura hoy, mañana, quizás un mes... Pero luego... Es demasiado vicioso como para poder vivir en la pobreza que le da el Rabí... y vendrá a nosotros... ¡Ja! ¡Ja! ¡Dejad esto de mi cuenta! ¡Dejadlo de mi cuenta! Yo sé cómo...

-Sí. Pero mientras... ¿Has oído? ¡Los romanos nos espían! ¡Los romanos lo estiman! Y es verdad. Esta mañana también, y ayer, y anteaer, le estaban esperando en el Atrio de los Paganos. Siempre se las ve a las mujeres de la Antonia... Vienen hasta de Cesárea para escucharlo...

-¡Caprichos de mujeres! Eso no me preocupa. El hombre es guapo y habla bien. Ellas enloquecen por los charlatanes demagogos y filósofos. Para ellas el Galileo es uno de éstos, nada más. Y sirve para distraerse en sus momentos de ocio. ¡Hace

falta paciencia para lograr esto! Paciencia y astucia. Y valentía también. Pero vosotros no la tenéis. Queréis hacer sin aparecer. Yo ya os he dicho lo que haría Pero no queréis...

-Yo temo al pueblo. Lo ama demasiado. Amor aquí, amor allá. ¿Quién le puede tocar? Si lo expulsamos, nos expulsan a nosotros. Es necesario... - dice Caifás.

-Es necesario no dejar pasar más ocasiones. ¡Cuántas hemos perdido! A la primera que se presente, hay que presionar en los titubeantes de entre nosotros, y luego actuar también con los romanos...

-¡Fácil de decir! Pero ¿cuándo, dónde hemos tenido ocasión de hacerlo? No peca, no tiende al poder, no...

-Si no hay ocasión, se crea... Y ahora vámonos. Entretanto, mañana lo vigilaremos... El Templo es nuestro. Fuera manda Roma. Afuera está el pueblo para defenderlo. Pero dentro del Templo...

536

Curación de siete leprosos y llegada a Betania con los apóstoles ya reunidos. Marta y María preparadas por Jesús a la muerte de Lázaro.

Jesús, con Pedro y Judas Tadeo, anda deprimido por un lugar triste, pedregoso, situado en un costado de la ciudad. Estoy casi segura de que está afuera y en el lado oeste de la ciudad porque no veo el verde olivar, sino el collado, es más, los collados, poco o nada verdeantes, del occidente de Jerusalén (entre los cuales, el triste Gólgota). -Podremos dar algo con lo que hemos podido comprar. Debe ser terrible vivir en los sepulcros en invierno - dice Judas Tadeo, cargado de fardos (como también lo está Pedro).

-Me alegro de haber ido donde los libertos porque me han dado este dinero para los leprosos. ¡Pobres infelices! En estos días de fiesta ninguno piensa en ellos. Todos disfrutan... Ellos recordarán la casa perdida... ¡En fin! ¡Si al menos creyeran en ti! ¿Lo harán, Maestro? - dice Pedro, siempre tan sencillo, tan apegado a su Jesús.

-Sea esa nuestra esperanza, Simón, sea esa nuestra esperanza. Entretanto, vamos a orar...

Y prosiguen orando.

El triste valle de Hinnón se muestra con sus sepulcros de vivos.

-Adelantaos y dad - dice Jesús.

Los dos caminan, y se ponen a hablar fuerte. Caras de leprosos se asoman a las aperturas de las grutas o abrigos.

-Somos los discípulos del Rabí Jesús - dice Pedro - Está viniendo y nos manda a socorremos. ¿Cuántos sois?

-Aquí siete. Tres en la otra parte, pasado En Rogel - dice uno por todos.

Pedro abre su fardo; Judas Tadeo, el suyo. Hacen diez partes. Pan, queso, mantequilla, aceitunas. ¿El aceite? ¿Dónde poner el aceite, que está en una orza?

-Uno de vosotros que lleve, allá, a la roca, un recipiente. Os dividís el aceite como hermanos que sois y en nombre del Maestro que predica el amor recíproco - dice Pedro.

Y un leproso, cojeando, baja hacia ellos, los cuales, entretanto, han ido a una ancha roca. Pone en ella una jarrita desportillada. Los mira mientras vierten el aceite y asombrado, pregunta:

-¿No tenéis miedo de estar tan cerca de mí?

En efecto, entre los dos apóstoles y el leproso media sólo la roca.

-Nosotros sólo tenemos miedo a lesionar el amor. Él nos ha mandado diciendo que os socorriéramos, porque el que es de Cristo debe amar como Cristo ama. Que este aceite pueda abriros el corazón, darle luz como si ya estuviera encendido en la lámpara de vuestro corazón. El tiempo de la Gracia ha venido para los que esperan en el Señor Jesús. Tened fe en Él. Él es el Mesías y sana los cuerpos y las almas. Todo lo puede, porque es el Emmanuel - dice Judas Tadeo con esa dignidad suya que siempre se impone.

El leproso está con su jarrita en las manos y lo mira como hechizado. Luego dice:

-Sé que Israel tiene a su Mesías, porque hablan de Él los peregrinos que vienen a la ciudad a buscarlo, y nosotros escuchamos lo que dicen. Pero nunca lo he visto, porque he venido aquí hace poco. ¿Y decís que me curaría? Entre nosotros, hay quienes lo blasfeman y quienes lo bendicen, y yo no sé a quién creer.

-¿Los que lo maldicen son buenos?

-No. Son crueles, y nos pegan. Quieren los lugares mejores y la parte más abundante. Y ni sabemos si vamos a poder seguir aquí, por este motivo.

-Como puedes ver, sólo el que aloja en sí al infierno odia al Mesías. Porque el infierno, se siente ya vencido por Él y por eso lo odia. Pero yo te digo que a Él se le debe amar, y con fe, si se quiere obtener del Altísimo gracia, aquí y más allá de esta Tierra - dice el mismo Judas Tadeo.

-¡Vaya que si quisiera obtener gracia! Estoy casado desde hace dos años y tengo un hijito que no me conoce. Estoy leproso desde hace pocos meses. Ya lo veis.

En efecto, tiene pocas señales.

-Entonces recurre al Maestro con fe. ¡Mira! Está viniendo a tus compañeros y vuelve aquí. Pasará y te sanará.

El hombre sube renqueando por la ladera y llama:

-¡Urías! ¡Yoa-Adiná! Y también vosotros, que no creéis. Viene el Señor a salvarnos.

Una, dos, tres. Tres desventuras, cada vez mayores, se aproximan. Pero la mujer apenas se asoma. Es un horror viviente... Quizás, llora y quizás habla, pero no es posible comprender nada, porque su voz es un gáñido que sale de lo que fue boca y que ahora no es más que dos mandíbulas semidesdentadas, descubiertas, horribles...

-Sí, te digo que me han dicho que venga a llamaros. Que viene a curarnos.

-¡Yo no! No lo he creído las otras veces... y ya no me escuchará y además ya no puedo andar - dice - ¡quién sabe con qué esfuerzo! - más claramente la mujer; se ayuda incluso con los dedos para sujetar los restos de los labios, para que la comprendan.

-Te llevamos nosotros, Adiná... - dicen los dos hombres y el de la jarrita.

-No... No... Yo he pecado demasiado... - y, en el mismo lugar en que está, se derrumba.

Otros tres corren, como pueden, avasalladores, y dicen:

-Mientras tanto, dadnos el aceite, y luego marcharos con Belcebú si queréis.

-¡El aceite es para todos! - dice el de la jarrita tratando de defender su tesoro. Pero los tres violentos, crueles, prevalecen sobre él y le arrancan la jarrita.

-¡Y siempre es así!... ¡Un poco de aceite después de tanto!... Pero... el Maestro viene, vamos donde Él. ¿Seguro que no vienes, Adiná?

-No me atrevo...

Los tres bajan hacia la roca. Se paran a esperar a Jesús, a cuyo encuentro han ido los dos apóstoles. Y, una vez que llega al lugar, gritan:

-¡Piedad de nosotros, Jesús de Israel! ¡Esperamos en ti, Señor!

Jesús alza la cara, los mira con su mirada inimitable. Pregunta

-¿Por qué queréis la salud?

-Por nuestras familias, por nosotros... Es horrible vivir aquí...

-No sois sólo carne, hijos. Tenéis también un alma. Y vale más que la carne. De ella debéis preocuparos. No pidáis, pues, solamente curación por vosotros, por vuestras familias, sino para tener tiempo de conocer la Palabra de Dios y de vivir mereciendo su Reino. ¿Sois justos? Hacedos más justos. ¿Sois pecadores? Pedid vida para tener tiempo de hacer reparación por el mal hecho... ¿Dónde está la mujer? ¿Por qué no viene? ¿No tiene valor de comparecer ante el rostro del Hijo del hombre, cuando no temía tener que comparecer ante el rostro de Dios cuando pecaba? Id y decidle que mucho le ha sido perdonado por su arrepentimiento y resignación y que el Eterno me ha enviado a absolver todo pecado de los que están arrepentidos de su pasado.

-Maestro, Adiná ya no puede andar...

-Id y ayudadla a bajar aquí. Y traed otro recipiente. Os vamos a dar más aceite...

-Señor, apenas llega para los otros - advierte Pedro en voz baja mientras los leprosos van por la mujer.

-Habrá para todos. Ten fe. Porque es más fácil para ti tener fe en esto que para esos indigentes tener fe en que su cuerpo vuelva a ser lo que era.

Mientras tanto, arriba, en las grutas, se ha encendido una riña entre los tres leprosos malos, por causa del reparto de la comida... En brazos de los otros, baja la mujer... y gime, como puede:

-¡Perdón! ¡Por el pasado! ¡Por no haber pedido perdón las otras veces!... ¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!

La dejan al pie de la roca. Y en la roca ponen una especie de cazuela toda descantillada.

Jesús pregunta:

-¿Qué decís vosotros, que es más fácil hacer aumentar el aceite en un recipiente o hacer crecer la carne donde la lepra ha hecho estragos?

Un momento de silencio... Luego es precisamente la mujer la que dice:

-El aceite. Pero también la carne, porque Tú lo puedes todo, y puedes darme también el alma de mis primeros años. Yo creo, Señor.

¡Oh, la sonrisa divina! Es como una luz que se expande delicada, festiva, suave. Y está en los ojos, en los labios, en la voz, cuando dice:

-Por tu fe, queda curada y perdonada. Igual vosotros. Y tened este aceite y esta comida para reponer fuerzas. Id mañana a que os vea el sacerdote, como está prescrito. Al alba volveré aquí con vestidos, y podréis, salvando la decencia, ir. ¡Ánimo! ¡Alabad al Señor! ¡Ya no estáis leprosos!

Es entonces cuando los cuatro, que hasta ese momento habían tenido los ojos fijos en el Señor, se miran y gritan su estupor.

La mujer quisiera erguirse, pero está demasiado desnuda para hacerlo. Su vestido se cae a jirones, y en ella es más lo desnudo que lo cubierto. Permaneciendo semiculta tras la roca, por un pudor que, no es sólo por Jesús, sino también por sus compañeros, las facciones de su cara ya recompuestas -solamente aparecen afiladas a causa de las penalidades- llora, y dice sin cesar:

-¡Bendito! ¡Bendito! ¡Bendito! - y sus bendiciones se mezclan con las horribles blasfemias de los tres leprosos malvados, que se han puesto furiosos al ver curados a los otros. Vuelan inmundicias y piedras.

-Aquí no podéis estar. Venid conmigo. No os sucederá nada malo. Mirad. El camino está desierto. La hora sexta reúne a los habitantes en las casas. Iréis con los otros leprosos hasta mañana. No temáis. Seguidme. Ten, mujer - y le da el manto para que se tape.

Los cuatro, un poco cohibidos, un poco aturdidos, le siguen como cuatro corderos. Recorren lo que queda del valle de Hinnón. Cruzan el camino, van hacia Siloán, otro triste lugar de leprosos.

Jesús se para al pie de los riscos y ordena:

-Subid y decidles que mañana a la hora primera estaré aquí. Id y haced fiesta con ellos, y predicad al Maestro de la Buena Nueva.

Indica que se les dé toda la comida que tienen todavía y los bendice antes de despedirlos...

-Ahora vámonos. Ya es más de la sexta - dice Jesús, y se vuelve para regresar al camino bajo que va a Betania.

Pero pronto llama su atención un grito:

-¡Jesús, Hijo de David, ten piedad también de nosotros!

-No han esperado al alba éstos... - observa Pedro.

-Vamos a acercarnos. ¡Son tan pocas las horas en que puedo beneficiar a alguien, sin que los que me odian turben la paz de los favorecidos! - responde Jesús, y vuelve sobre sus pasos, teniendo levantada la cabeza en dirección a los tres leprosos de Siloán que se han asomado al rellano del pequeño collado, y que repiten su grito, ayudados por los ya sanos, que están detrás de ellos.

Jesús se limita a extender las manos y decir:

-Hágase en vosotros según lo que pedís. Id y vivid en los caminos del Señor.

Los bendice mientras la lepra se borra de sus cuerpos como un ligero estrato de nieve se funde al sol. Y Jesús se marcha, ligero, seguido de las bendiciones de los curados, que, desde su risco, extendiendo los brazos, ofrecen un abrazo más verdadero que si fuera dado.

Vuelven al camino que va a Betania, camino que sigue el curso del Cedrón, que forma un recodo en ángulo agudo después de algunos centenares de pasos desde Siloán. Pero, superado el ángulo, cuando ya aparece la otra parte de camino que prosigue hacia Betania, puede verse a Judas de Keriot, solo, caminando ligero.

-¡Pero si es Judas! - exclama Judas Tadeo, que es el primero que lo ve.

-¿Por qué por aquí? ¿Solo? ¡Eh! ¡Judas! - grita Pedro.

Judas se vuelve de repente. Está pálido, incluso hasta verdoso. Pedro se lo dice: -¿Has visto al demonio, que estás del color de las lechugas?

-¿Qué haces aquí, Judas? ¿Por qué has dejado a tus compañeros? - pregunta Jesús contemporáneamente.

Judas ya ha tomado las riendas de sí. Dice:

-Estaba con ellos. He encontrado a uno que tenía noticias de mi madre. Mira... - hurga en el cinturón, se golpea la frente con la mano y dice: « ¡La he dejado donde aquel hombre! Quería enseñarte la carta para que la leyeras... O la he perdido por el camino... No se encuentra muy bien. Es más, ha estado mal... ¡Ah, ahí están los compañeros!... Se han parado. Te han visto... Maestro, estoy profundamente turbado...

-Ya lo veo.

-Maestro... aquí están las bolsas. He hecho dos para... para no llamar la atención... Estaba solo...

Los apóstoles Bartolomé, Felipe, Mateo, Simón y Santiago de Zebedeo están un poco azorados. Se acercan a Jesús con amor, pero como quien tiene conciencia de hablar faltado.

Jesús los mira y dice:

-No volváis a hacerlo. Nunca es bueno para vosotros dividirlos. Si os dije que no lo hicierais es porque sé que tenéis necesidad de sosteneros recíprocamente. No sois lo suficientemente fuertes como para poder actuar por separado. Unidos, el uno trena o sostiene al otro. Divididos...

-He sido yo, Maestro, el que ha dado el mal consejo, porque nos hemos acordado de que habías dicho que no nos separásemos, que fuéramos todos juntos a Betania, y Judas se había ido por un justo motivo y no pensamos ir con él. Perdóname, Señor - dice, humilde y franco, Bartolomé.

-Sí que os perdono. Pero os repito: no volváis a hacerlo. Pensad que obedecer salva siempre, al menos, de un pecado: el de suponer que uno es capaz de actuar por sí solo. No sabéis cuánto da vueltas el demonio en torno a vosotros para aprovechar todos los motivos para haceros pecar y para que causéis perjuicios a vuestro Maestro, ya de por sí tan perseguido. Los tiempos se presentan cada vez más difíciles para mí y para el organismo que he venido a formar. De manera que se requiere mucho cuidado para que este organismo no sea, no digo herido y muerto -porque no lo será jamás hasta el final de los siglos- sino enfangado. Sus adversarios os miran atentamente, nunca os pierden de vista, de la misma forma que sopesan todos mis actos y palabras. Y ello para disponer de materia de menoscabo. Si vosotros permitís que os vean en polémicas, o divididos, o de alguna manera imperfectos, aunque sea por cosas de poca importancia, ellos recogen y manipulan lo que habéis hecho, y lo lanzan, como fango y acusación, contra mí y contra mi Iglesia que se está formando. ¡Ya lo veis! No os regaño, os aconsejo. Por vuestro bien. ¡Oh! ¿no sabéis amigos míos, que hasta las cosas mejores serán por ellos manipuladas y presentadas para poderme acusar con apariencia de justicia? Bueno, pues ánimo; en lo sucesivo, sed más obedientes y prudentes.

Los apóstoles están profundamente conmovidos por la dulzura de Jesús.

Judas de Keriot, continuamente cambia de color. Está lánguido, un poco retrasado respecto al grupo. Hasta que Pedro le dice:

-¿Que haces ahí? No tienes más culpa que los otros. Así que ven adelante con todos - y no tiene más remedio que obedecer.

Andan deprisa porque, a pesar del sol, hay una brisa ligera que invita a andar para entrar en calor. Y han andado ya un trecho, cuando Natanael, que tiene frío y lo expresa arrebujándose más que nunca en el manto, advierte que Jesús lleva sólo la túnica:

-¡Maestro! ¿Qué has hecho de tu manto?

-Se lo he dado a una leprosa. Hemos curado y consolado a siete leprosos.

-¡Pero tendrás frío! Toma el mío - dice el Zelote, y añade: -Me acostumbré en los gélidos sepulcros al viento del invierno.

-No, Simón. Mira, allí está Betania. Pronto estaremos en la casa. Y no tengo nada de frío. Hoy he tenido mucho júbilo espiritual, que es más confortador que un manto abrigado.

-Hermano, nos das méritos que no tenemos. Tú, no nosotros, has curado y consolado... - dice Judas Tadeo.

-Vosotros habéis preparado a los corazones para la fe en el milagro. Por tanto, conmigo y como Yo, habéis ayudado a sanar y a consolar. ¡Si supierais cómo gozo en asociaros a mí en todas las obras! ¿No recordáis las palabras de Juan de Zacarías, mi primo: "Es necesario que Él crezca y que yo merme"? Con razón lo decía, porque todo hombre, por muy grande que sea, aun Moisés o Elías, queda celado, como estrella herida por los rayos del Sol, cuando aparece Aquel que viene de los Cielos y es más que cualquier hombre, porque es Aquel que viene del Padre Stmo. Pero Yo también -Fundador de un Organismo que durará cuanto los siglos y que será santo como su Fundador y Cabeza; de un Organismo que continuará representándome y será una cosa conmigo, de la misma manera que los miembros y el cuerpo del hombre son una cosa con la cabeza, que está en posición dominante respecto a aquéllos- debo decir: "Ese cuerpo debe iluminarse y Yo celarme". Vosotros deberéis continuarme. Yo, pronto, ya no estaré aquí entre vosotros, aquí en la Tierra, aquí materialmente, para dirigir a mis apóstoles, discípulos y seguidores. Pero estaré espiritualmente con vosotros, siempre, y vuestros espíritus sentirán mi Espíritu, recibirán mi Luz. Pero vosotros tendréis que aparecer en primera línea, cuando regrese al lugar de donde he venido. Por eso, voy preparándoos gradualmente a este hecho de aparecer los primeros. En alguna ocasión me hacéis la observación de que en los primeros tiempos os enviaba más. Es que era necesario que os conocieran. Ahora que sois conocidos, ahora que para este pequeño lugar de la Tierra sois ya "los Apóstoles", Yo os tengo siempre junto a mí, participando en todas mis acciones, de forma que el mundo diga: "Los asocia a las obras que cumple, porque ellos se quedarán aquí después de Él para continuarle". Sí, amigos míos, debéis, cada vez más, pasar adelante, poneros a la vista de todos, continuarme, ser Yo, mientras Yo, como una madre que lentamente deja de sujetar a su hijito que ha aprendido a andar, me retiro... No debe ser violento el paso de mí a vosotros. Los pequeños del rebaño, los humildes fieles, sufrirían desorientamiento. Yo los paso dulcemente de mí a vosotros, para que no se sientan solos ni un solo momento. Y vosotros amadlos, mucho, como Yo los amo. Amadlos en memoria mía como Yo los he amado...

Jesús se calla perdiéndose en un pensamiento íntimo suyo. Y no sale de ese estado sino cuando, poco fuera de Betania, ve a los otros apóstoles que han venido por el otro camino. Prosiguen unidos hacia la casa de Lázaro. Y Juan dice que ya los esperan porque los criados los han visto. Y dice que Lázaro está muy mal.

-Lo sé. Por eso os he dicho que estaremos en la casa de Simón. Pero no he querido alejarme sin saludarlo otra vez.

-¿Pero por qué no le curas? Sería justo. A todos tus siervos mejores los dejas morir. No comprendo... - dice Judas Iscariote, siempre atrevido, incluso en los mejores momentos.

-No hace falta que comprendas con anticipación.

-Sí. No hace falta. Pero ¿sabes lo que dicen tus enemigos? Que curas cuando puedes, no cuando quieres, que proteges cuando puedes... ¿No sabes que aquel viejo de Tecua ha muerto, y muerto asesinado?

-¿Muerto? ¿Quién? ¿Elí-Ana? ¿Cómo? - preguntan todos, agitados. Sólo Pedro pregunta: « ¿Y tú cómo lo sabes? ».

-Lo he sabido por casualidad, hace poco, en la casa donde he estado, y Dios sabe si miento. Parece que ha sido un bandolero que bajó con apariencia de mercader y que, en vez de pagar el puesto mató...

-¡Pobre anciano! ¡Qué vida más infeliz! ¡Qué triste muerte! ¿No hablas, Maestro? - dicen muchos.

-No tengo nada que decir, aparte de que el anciano ha servido al Cristo hasta la muerte. ¡Ojalá se pudiera decir esto de todos!

-Dime tú, hijo de Alfeo, ¿no será como decías, no? - pregunta Pedro a Judas Tadeo.

-Puede ser. Un hijo que por odio arroja de casa a su padre, y además por un odio de esta naturaleza, puede ser capaz de todo. Hermano mío, son bien verdaderas tus palabras: "Y el hermano estará contra su hermano y el padre contra sus hijos".

-Sí. Y lo verán como servicio a Dios los que obren así. Ojos cegados, corazones endurecidos, espíritus sin luz. Bueno, pues a pesar de todo los deberéis amar - dice Jesús.

-¿Y cómo vamos a poder amar a los que nos traten así? Ya será mucho si no reaccionamos y soportamos con resignación sus acciones... - exclama Felipe.

-Yo os daré un ejemplo que os enseñará. A su debido tiempo. Si me amáis haréis lo que Yo haga.

-Ahí están Maximino y Sara. Debe estar muy mal Lázaro para que las hermanas no salgan a recibirte - observa el Zelote.

Los dos se acercan presurosos. Se postran. En sus caras, en sus vestidos, puede verse ese aspecto lánguido que imprime el dolor y la fatiga a los componentes de las familias donde se lucha con la muerte. No dicen sino:

-Maestro, ven... - pero es una frase tan acongojada, que vale más que un largo discurso. Y llevan en seguida a Jesús a la puerta del pequeño compartimiento de Lázaro, mientras otros miembros de la servidumbre se encargan de los apóstoles.

A1 leve toque en la puerta, Marta acude, y la entreabre; luego introduce por la abertura su cara enflaquecida y pálida:

-¡Maestro! ¡Bendito! Ven.

Jesús entra, cruza la habitación que precede a la del enfermo, entra en ésta. Lázaro duerme. ¿Lázaro?: un esqueleto, una momia amarillenta que respira... Es ya una calavera su rostro, y en el sueño es aún más visible su destrucción. Una destrucción que hace de aquél una cabeza consumida por la muerte. La piel cérea y estirada brilla en los ángulos afilados de los pómulos, de las mandíbulas; en la frente, en las órbitas, tan ahondadas que parecen no tener ojos; en la nariz afilada, que parece haber crecido desmesuradamente, de tan borradas como están las adyacentes mejillas. Los labios están pálidos hasta el punto de desaparecer, y da la impresión de que no pueden cerrarse sobre las dos filas de dientes semidescubiertos, entreabiertos... Una cara ya de muerto.

Jesús se inclina para mirar. De nuevo se yergue. Mira también a las dos hermanas, las cuales a su vez lo miran con toda el alma concentrada en los ojos, un alma dolorosa y esperanzada. Les hace una señal y, sin ruido, vuelve afuera, al pequeño patio que precede a las dos habitaciones. María y Marta lo siguen. Cierran la puerta tras sí. Una vez solos ellos tres entre los

cuatro muros, en el silencio, con el cielo azul encima de sus cabezas, se miran. Las hermanas ya no son capaces ni siquiera de pedir o preguntar, ya ni siquiera pueden hablar. Pero habla Jesús.

-Vosotras sabéis quién soy. Yo sé quiénes sois vosotras. Vosotras sabéis que os amo. Yo sé que me amáis. Vosotras conocéis mi poder. Yo conozco vuestra fe en mí. También sabéis, tú especialmente, María, que cuanto más se ama más se obtiene. Es amar saber esperar y creer más allá de cualquier medida y de cualquier realidad que hable desacreditando a ese creer y a ese esperar. Pues bien, por todo esto, os digo que *sepáis esperar y creer contra toda realidad contraria*. ¿Me entendéis? Digo: sabed esperar y creer contra toda realidad contraria. Yo no puedo detenerme más de unas pocas horas. Como Hombre, el Altísimo sabe cuánto quisiera detenerme aquí con vosotras, para asistirlo y consolarlo, para asistirlos y confortarlos. Pero, como Hijo de Dios, sé que es necesario que me marche, que me aleje... que no esté aquí cuando... me añoréis más que el aire que respiráis. Un día, pronto, comprenderéis estas razones que ahora os podrán parecer crueles. Son razones divinas. Dolorosas para mí, Hombre, como para vosotras. Dolorosas *ahora*. Ahora porque vosotras no podéis abrazar y contemplar su belleza y sabiduría. Y Yo no os lo puedo revelar. Cuando todo esté cumplido, comprenderéis y exultaréis... Escuchad. Cuando Lázaro... muera. ¡No lloréis así! Enviadme aviso enseguida. Y, entretanto, programad los funerales solicitando amplia participación, como corresponde a Lázaro y a vuestra casa. Él es un gran hebreo. Pocos lo aprecian por lo que es. Pero supera a muchos ante los ojos de Dios... Yo me encargaré de que sepáis dónde estoy para que en todo momento me podáis localizar.

-¿Pero por qué no vas a estar aquí, al menos en ese momento? Nosotras nos resignamos, sí, a la muerte... Pero Tú... Pero Tú... Pero Tú...

Marta tiene accesos de llanto y no puede decir nada más, y sofoca su lloro en sus vestidos... María, sin embargo, mira a Jesús muy fijamente, como hipnotizada... y no llora.

-Sabed obedecer, sabed creer, esperar... sabed decir siempre sí a Dios... Lázaro os llama... Id. Yo voy ahora. Si no tengo posibilidad de hablarlos aparte, recordad lo que os he dicho.

Y mientras ellas vuelven rápidamente a la habitación, Jesús sé sienta en un banco de piedra y ora.

537

En el Templo en la fiesta de la Dedicación, Jesús se manifiesta a los judíos, que intentan apedrearle.

No es posible estar parados en esta mañana fría y ventosa. En la cima del Moria el viento que sopla en dirección nordeste arremete punzante, de forma que hace ondear los vestidos y pone rojos los ojos y las caras. No obstante, hay gente que ha subido al Templo para las oraciones. Pero faltan completamente los rabíes con sus respectivos grupos de alumnos. Así que el pórtico parece más grande y, sobre todo, más digno, no estando esa concurrencia vociferante y pomposa, que de ordinario lo ocupa.

Debe ser cosa muy extraña verlo vacío así, porque todos se asombran como de una cosa nueva. Y Pedro se escama. Pero Tomás, que arropado como está en un amplio y grueso manto, parece aún más robusto, dice:

-Se habrán encerrado en alguna estancia por miedo a perder la voz. ¿Los añoras? - y se ríe.

-¡Yo no! ¡Ojalá no los viera nunca! Pero mi miedo es que... - y mira a Judas Iscariote, que no habla pero que aferra la mirada de Pedro y dice:

-Verdaderamente han prometido no crear más dificultades, excepto en el caso de que el Maestro los... escandalizara. Está claro que vigilan, pero no están porque aquí ni se peca ni se daña.

-Mejor así. Y que Dios te bendiga, muchacho, si has conseguido hacerles razonar.

Es pronto todavía. En el Templo hay poca gente. Digo "poca", y es lo que parece, dadas las dimensiones del Templo, que para parecer lleno necesita masas de gente. Dos o trescientas personas ni se ven en ese complejo de patios, pórticos, atrios, corredores...

Jesús, único Maestro en el vasto Pórtico de los Paganos, camina arriba y abajo hablando con los suyos y con los discípulos que ha encontrado ya en el recinto del Templo. Responde a sus objeciones o preguntas, aclara puntos que ellos no han sabido aclararlos ni a sí mismos ni a otros.

Vienen dos gentiles, lo miran, se marchan sin decir nada. Pasan algunos que tienen algún cometido en el Templo, lo miran; tampoco dicen nada. Algún fiel se acerca, saluda, escucha. Pero son pocos todavía.

-¿Vamos a seguir aquí? - pregunta Bartolomé.

-Hace frío y no hay nadie. Pero es agradable estar aquí con tanta paz. Maestro, hoy estás justamente en la Casa de tu Padre. Y como amo - dice sonriendo Santiago de Alfeo. Y añade:

-Así debía ser el Templo en tiempos de Nehemías y de los reyes sabios y píos.

-Yo sugeriría marcharnos. Allá nos espían... - dice Pedro.

-¿Quién? ¿Fariseos?

-No. Los que han pasado antes y otros. Vámonos, Maestro...

-Espero a enfermos. Me han visto entrar en la ciudad; la voz se ha esparcido, sin duda. Con las horas más calientes vendrán. Quedémonos, al menos, hasta un tercio de sexta - responde Jesús, y reanuda su marcha adelante y atrás para no quedarse parado con ese aire crudo.

En efecto, pasado un rato, cuando el sol trata de mitigar los efectos de la tramontana, viene una mujer con una niña enferma y pide la curación. Jesús la complace. La mujer deposita su óbolo a los pies de Jesús y dice:

-Esto para otros niños que sufren.

Judas Iscariote recoge las monedas.

Más tarde, en unas angarillas, traen a un hombre anciano, enfermo de las piernas. Y Jesús lo cura.

Los terceros en venir son un grupo de personas que ruegan a Jesús que salga fuera de los muros del Templo para expulsar a un demonio de una jovencita cuyos desgarradores gritos se oyen incluso allí. Y Jesús se encamina detrás de ellos y sale a la calle que lleva a la ciudad.

Una serie de personas, entre quienes hay unos extranjeros, están apiñados alrededor de los que sujetan a la jovencita, que babea y forcejea y tuerce horriblemente los ojos. Palabrotas de todo tipo salen de sus labios, y aumentan a medida que Jesús se acerca a ella, como también crece su esfuerzo por librarse de los cuatro hombres jóvenes y fuertes que, no sin mucha dificultad, la tienen sujeta. Y, con los improperios, estallan gritos de reconocimiento del Cristo y angustiosas súplicas del espíritu que la tiene poseída para no ser expulsado, y también verdades, repetidas con monotonía: -¡Vete! ¡Que no vea yo a este maldito! ¡Márchate! ¡Fuera! Causa de nuestra ruina. Sé quién eres. Tú eres... Tú eres el Cristo. Tú eres... Sólo te ha ungido el óleo de arriba, no otro. La potencia del Cielo está sobre ti y te defiende. ¡Te odio! ¡Maldito! No me expulses. ¿Por qué nos expulsas a nosotros y no nos aceptas, mientras que tienes cerca de ti una legión de demonios en uno solo? ¿No sabes que todo el infierno está en uno? Sí lo sabes... Déjame aquí al menos hasta la hora de...

La palabra se corta a veces, como ahogada; otras veces cambia; o primero se para y luego se prolonga en medio de gritos inhumanos, como cuando grita: « ¡Déjame entrar al menos en él! ¡No me mandes allá al Abismo! ¿Por qué nos odias, oh Jesús, Hijo de Dios? ¿No te basta con lo que eres? ¿Por qué quieres mandar también sobre nosotros? ¡No queremos que nos manden! ¿Por qué has venido a perseguirnos, si nosotros te hemos renegado? ¡Márchate! ¡No arrojes sobre nosotros los fuegos del Cielo! ¡Tus ojos! Cuando se cierren reiremos ¡Ah! ¡No! ¡Ni siquiera entonces!... ¡Tú nos vences! ¡Nos vences! ¡Maditos seáis Tú y el Padre que te ha enviado y el que de vosotros proviene y es vosotros...! ¡Aaaah!

El último grito ya hay que decir que es espantoso, de criatura degollada en que lentamente entrase el hierro homicida, y ha sido originado por el hecho de que Jesús, después de haber truncado muchas veces por imperativo mental las palabras de la poseída, pone fin a ellas tocando con un dedo la frente de la jovencita. Y el grito termina en una convulsión horrenda, hasta que, con un fragor que es parte carcajada y parte grito de un animal de pesadilla, el demonio la deja, gritando:

-¡Pero no me voy lejos!... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - seguido inmediatamente por un estallido seco como de rayo, a pesar de que el cielo esté tersísimo.

Muchos huyen aterrorizados. Otros se apiñan aún más para observar a la jovencita, que se ha calmado de golpe, desfalleciendo entre los brazos de los que la sujetaban. Está así unos pocos instantes y luego abre los ojos, sonríe. Se ve sin velo que cubra su cara ni su cabeza, rodeada de gente, y entonces alza un brazo y reclina la cara sobre él para esconderla.

Los que están con ella quisieran que diera las gracias al Maestro Pero Él dice: -Dejadla con su pudor. Su alma ya me está dando las gracias. Llevadla a casa, con su madre. Es su lugar como jovencita que es... - y vuelve las espaldas a la gente para entrar en el Templo... al lugar de antes.

-¿Has visto, Señor, que muchos judíos habían venido a espaldas nuestras? He reconocido a algunos de ellos... ¡Ahí están! Son los que nos espiaban antes. Mira cómo disputan entre sí... - dice Pedro.

-Estarán estableciendo en quién de ellos ha entrado el diablo Está también Nahúm, el apoderado de Anás. Reúne las condiciones... - dice Tomás.

-Sí. Y tú no has visto, porque estabas vuelto de espaldas, pero el fuego se ha abierto justo encima de su cabeza - dice Andrés, y casi le castañean los dientes.

-Yo estaba cerca de él. ¡He tenido un miedo!...

-Realmente estaban todos juntos ellos. Pero yo he visto el fuego abrirse encima de nosotros y me he sentido morir... Es más, he temido por el Maestro. Parecía justamente suspendido sobre su cabeza - dice Mateo.

-¡No, hombre! Yo lo que he visto ha sido que salía de la niña y estallaba sobre la muralla del Templo - rebate Leví, el pastor discípulo.

-No discutáis entre vosotros. El fuego no ha indicado ni una cosa ni la otra. Ha sido sólo la señal de que el demonio había huido - dice Jesús.

-¡Pero ha dicho que no se marchaba lejos!... - objeta Andrés.

-Palabras de demonio... Na hay que escucharlas. Más bien, alabemos al Altísimo por estos tres hijos de Abraham curados en el cuerpo y en el alma.

Entretanto, muchos judíos, surgidos de una u otra parte -no había entre ellos fariseos o escribas o sacerdotes, ni siquiera uno— se acercan a Jesús y se ponen en torno a Él. Uno toma la iniciativa y dice:

-¡Grandes cosas has hecho en este día! Obras verdaderamente de profeta, de gran profeta. Y los espíritus de los abismos han dicho de ti cosas grandes. Pero sus palabras no pueden ser aceptadas, si no las confirma tu palabra. Esas palabras nos estremecen, pero también tememos un gran engaño, porque es sabido que Belcebú es espíritu de falsedad. No quisiéramos equivocarnos ni ser engañados. Dinos, pues, quién eres, con tu boca de verdad y justicia.

-¿Y no os he dicho muchas veces quién soy? Hace casi tres años que os lo llevo diciendo, y antes de mí os lo dijo Juan en el Jordán y la Voz de Dios desde los Cielos.

-Es verdad. Pero nosotros no estábamos las otras veces. Nosotros... Tú, que eres justo, debes comprender nuestra congoja. Quisiéramos creer en ti como Mesías. Pero ya demasiadas veces el pueblo de Dios ha sido engañado por falsos Cristos. Consuela con una palabra segura nuestro corazón, que tiene esperanza y que espera, y te adoraremos.

Jesús los mira severamente. Sus ojos parecen perforar las carnes y poner al desnudo los corazones. Luego dice:

-En verdad, muchas veces los hombres saben decir mentiras mejor que Satanás. No. Vosotros no me adoraréis. Nunca. Os dijera lo que os dijera. Y, aunque llegarais a hacerlo, ¿a quién adoraríais?

-¿A quién? ¡Pues a nuestro Mesías!

-¿Seríais capaces? ¿Quién es para vosotros el Mesías? Responded, para que sepa cuánto valéis.

-¿El Mesías? Pues el Mesías es aquel que por mandato de Dios reunirá al esparcido Israel y lo convertirá en un pueblo triunfal, bajo cuyo poder estará el mundo. ¿Qué, es que Tú no sabes lo que es el Mesías?

-Lo sé como vosotros no lo sabéis. ¿Para vosotros, pues, es un hombre que, superando a David y a Salomón y a Judas Macabeo, hará de Israel la Nación reina del mundo?

-Así es. Dios lo ha prometido. Toda venganza, toda gloria, toda reivindicación, vendrán del Mesías prometido.

-Está escrito: "No adorarás sino al Señor Dios tuyo". ¿Por qué, entonces, me adoraríais, si en mí sólo podríais ver al Hombre-Mesías?

¿Y qué otra cosa tenemos que ver en ti?

- ¿Que qué? ¿Y con estos sentimientos venís a hacerme preguntas? ¡Raza de víboras taimadas y venenosas! Y sacrílegas también. Porque si en mí no pudierais ver más que el Mesías humano, y me adoraseis, seríais idólatras. Sólo Dios ha de ser adorado. Y en verdad os digo, una vez más, que el que os habla es más que el Mesías que vosotros os inventáis, con la misión, las tareas, los poderes que vosotros -desprovistos de espíritu y de sabiduría- os imagináis. El Mesías no viene a dar a su pueblo un reino como el que creéis, no viene a ejercer venganza sobre otros poderosos. Su Reino no es de este mundo y su poder supera a todos los poderes limitados del mundo.

- Nos humillas, Maestro. Si eres Maestro y nosotros somos ignorantes, ¿por qué no quieres instruirnos?

-Hace tres años que lo vengo haciendo, y vosotros estáis cada vez más en las tinieblas porque rechazáis la Luz.

-Es verdad. Quizás es verdad. Pero lo que ha sido en el pasado puede dejar de serlo en el futuro. ¿Es que Tú, que tienes compasión de los publicanos y las meretrices y que absuelves a los pecadores quieres no tener piedad de nosotros, sólo porque somos de dura cerviz y nos cuesta comprender quién eres?

-No es que os cueste. *Es que no queréis comprender*. Padecer idiotez no sería una culpa. Dios tiene tantas luces, que podría iluminar al intelecto más obtuso, obtuso pero lleno de buena voluntad. Ésta falta en vosotros. Es más, tenéis voluntad opuesta. Por eso no comprendéis quién soy Yo.

-Será como dices. Ya ves que somos humildes. Pero te rogamos en nombre de Dios, responde a nuestras preguntas, no nos tengas más tiempo a la expectativa. ¿Hasta cuándo nuestro corazón debe estar en la incertidumbre? Si eres el Cristo, dínoslo abiertamente.

-Os lo he dicho. Os lo he dicho en las casas, en las plazas, por los caminos, en los pueblos, en los montes, en las orillas de los ríos, frente al mar o a los desiertos, en el Templo, en las sinagogas, en los mercados, y no creéis. No hay un lugar de Israel que no haya oído mi voz. Hasta los lugares que abusivamente llevan el nombre de Israel desde hace siglos, pero que están separados del Templo; hasta los lugares que han dado el nombre a esta tierra nuestra, pero que de dominadores se transformaron en dominados, y que nunca se liberaron completamente de sus errores para venir a la Verdad; hasta en Siro-Fenicia, evitada por los rabíes como tierra de pecado, han oído mi voz y conocido mi ser. Os lo he dicho y no creéis en mis palabras. He hecho obras y a mis obras no habéis dirigido vuestra mente con espíritu bueno. Si lo hubierais hecho, con una intención recta de cercioraros acerca de mí, habríais llegado a la fe, porque las obras que hago en el nombre del Padre mío dan testimonio de mí. Los de buena voluntad, que me han seguido porque me han reconocido como Pastor, han creído en mis palabras y en el testimonio que dan mis obras. ¿Qué? ¿Acaso creéis que lo que Yo hago no tiene un fin útil para vosotros, útil para todas las criaturas? Desencantaos. No penséis que lo útil está en la salud que una persona recupera por mi poder, o en la liberación de uno u otro de la posesión o del pecado. Esta es una utilidad circunscrita al individuo. Demasiado poco para ser la única utilidad respecto a la potencia que se desprende, y respecto a la fuente de donde se desprende, que es sobrenatural, más que sobre-natural: *divina*. Hay una utilidad colectiva de las obras que realizo. La utilidad de eliminar toda duda de los que titubean, de convencer a los contrarios, además de reforzar cada vez más la fe de los creyentes. Para esta utilidad colectiva, en favor de todos los hombres, presentes y futuros (porque mis obras me darán testimonio ante los que vendrán, y los convencerán respecto a mí), el Padre mío me da poder de hacer lo que hago. En las obras de Dios nada se hace sin un fin bueno. Recordadlo siempre. Meditad sobre esta verdad.

Jesús se detiene un momento. Fija su mirada en un judío que está cabizbajo, y dice:

-Tú, que estás pensando así, tú que llevas túnica de color de oliva madura, te estás preguntando si también Satanás tiene un fin bueno. No seas necio poniéndote en contra de mí y buscando el error en mis palabras. Te respondo que Satanás no es obra de Dios, sino de la libre voluntad del ángel rebelde. Dios lo había hecho ministro suyo glorioso, y, por tanto, lo había creado con buen fin. Mira, ahora tú, hablando con tu yo, dices: "Entonces Dios es insipiente, porque había donado la gloria a un futuro rebelde y confiado sus deseos a un desobediente". Te respondo: "Dios no es insipiente, sino perfecto en sus acciones y pensamientos. Es el Perfectísimo. Las criaturas, incluso las más perfectas, son imperfectas. Siempre en ellas hay un punto de inferioridad respecto a Dios. Pero Dios, que las ama, ha concedido a las criaturas la libertad de arbitrio, para que a través de ella la criatura se complete en las virtudes y se haga, por tanto, más semejante a su Dios y Padre". Y te digo más, a ti, escarnekedor y astuto buscador del pecado en mis palabras: que del Mal, que se forma voluntariamente, Dios todavía saca un fin bueno: el de servir para hacer a los hombres poseedores de una gloria merecida. Las victorias sobre el Mal son la corona de los elegidos. Si el Mal no pudiera suscitar una consecuencia buena para los que quieren con buena voluntad, Dios lo habría destruido. Porque nada de lo que hay en 1a Creación debe estar totalmente privado de incentivo o consecuencia buenos.

¿No contestas? ¿Te resulta duro deber proclamar que he leído tu corazón y que he vencido las deducciones injustificadas de tu pensamiento tortuoso? No voy a forzarte a hacerlo. Te dejo en tu soberbia en presencia de muchos. No reclamo que me proclames victorioso. Pero cuando estés solo con estos que te asemejan, y con los que os han enviado, entonces confiesa que Jesús de Nazaret leyó los pensamientos de tu mente y te estranguló las objeciones en la garganta sin más arma que su palabra de verdad.

Pero vamos a dejar esta interrupción personal y a volver a los muchos que me escuchan. Si siquiera, de tantos, uno, por mis palabras, convirtiera su espíritu a la Luz, resultaría recompensada mi fatiga por hablar a piedras, es más, a sepulcros llenos de víboras.

Estaba diciendo que los que me aman me han reconocido como Pastor por mis palabras y mis obras. Pero vosotros no creéis, no podéis creer, porque no sois de mis ovejas.

¿Qué sois vosotros? Os lo pregunto. Preguntáoslo en lo íntimo del corazón. No sois estúpidos. Podéis conocerlos conforme a lo que sois. Basta con que escuchéis la voz de vuestra alma, que no se siente tranquila de seguir ofendiendo al Hijo de Aquel que la ha creado. Vosotros, aun conociendo lo que sois, no lo diréis. No sois ni humildes ni sinceros. Pues Yo os voy a decir lo que sois. Sois en parte lobos, en parte chivos salvajes. Pero ninguno de vosotros, a pesar de la piel de cordero que lleváis para aparentar que lo sois, es verdadero cordero. Bajo la lana blanda y blanca tenéis todos colores chillones, cuernos puntiagudos, colmillos de cabro o garras de fiera, y queréis seguir siendo eso porque os complace serlo, y soñáis con la crueldad y la rebelión. Por eso no me podéis amar y no podéis seguirme ni comprenderme.

Si entráis en el rebaño, es para producir daños, para causar dolor o introducir el desorden. Mis ovejas tienen miedo de vosotros. Si fueran como vosotros, os deberían odiar. Pero ellos no saben odiar. Son los corderos del Príncipe de paz, del Maestro de amor, del Pastor misericordioso. Y no saben odiar. No os odiarán nunca, como Yo no os odiaré nunca. Os dejo a vosotros el odio, que es el mal fruto de la ternaria concupiscencia con el yo desenfrenado en el animal hombre, que vive olvidado de que es también espíritu, además de carne. Yo me quedo con lo que es mío: el amor. Y es esto lo que comunico a mis corderos y os ofrezco también a vosotros para haceros buenos. Si os hicierais buenos, me comprenderíais y entraríais a formar parte de mi rebaño, siendo semejantes a los otros que ya están en él. Nos amaríamos. Yo y mis ovejas nos amamos. Me escuchan, reconocen mi voz.

Vosotros no comprendéis lo que es en verdad conocer mi voz. Es no abrigar dudas sobre su Origen y distinguirla entre mil otras voces de falsos profetas como verdadera voz venida del Cielo. Ahora y siempre, incluso entre los que se creen, y en parte lo son, seguidores de la Sabiduría, habrá muchos que no sabrán distinguir mi voz de otras voces que hablarán de Dios, más o menos con justicia, pero que serán, todas, inferiores a la mía...

Dices siempre que pronto te vas a ir, ¿y ahora pretendes decir que siempre hablarás? Si te marchas, ya no hablarás -objeta un judío con el tono despreciativo con que hablaría a un deficiente mental.

Jesús responde con su tono paciente y afligido, que ha manifestado un acento severo solamente cuando ha hablado al principio a los judíos, y después cuando ha respondido a las objeciones interiores del judío aquél:

-Hablaré siempre para que el mundo no se haga todo él idólatra. Y hablaré a los míos, elegidos para que os repitan mis palabras. El Espíritu de Dios hablará, y comprenderán aquello que ni siquiera los sabios sabrán comprender. Porque los estudiosos estudiarán la palabra, la frase, el modo, el lugar, el cómo, el instrumento a través de los cuales la Palabra habla, mientras que mis elegidos no se abstraerán en estos estudios inútiles; antes bien, me escucharán embargados en el amor y comprenderán, porque será el Amor el que hable. Distinguirán las adornadas páginas de los doctos o las engañosas de los falsos profetas, de los rabíes de hipocresía, que enseñan doctrinas inficionadas, o enseñan lo que ellos no practican, de las palabras sencillas, verdaderas, profundas que de mí vendrán. Pero el mundo los odiará por esto, porque el mundo me odia a Mí-Luz y odia a los hijos de la Luz, el tenebroso mundo que desea las tinieblas propicias para pecar.

Mis ovejas me conocen y me conocerán y me seguirán siempre incluso por los caminos de sangre y dolor que Yo recorreré a la cabeza y ellas recorrerán después de mí. Los caminos que llevan las almas a la Sabiduría. Los caminos hechos luminosos por la sangre y el llanto de los perseguidos por enseñar la justicia, caminos hechos luminosos para que resalten en la calígene de los humos del mundo y de Satanás, y sean como estelas de estrellas para guiar a quienes buscan el Camino, la Verdad, la Vida, y no hallan a nadie que hacia ellos los guíe. Porque de esto tienen necesidad las almas: de alguien que las conduzca a la Vida, a la Verdad, al Camino bueno.

Dios es compasivo para con las almas que buscan y no encuentran, no por culpa propia sino por desidia de los pastores ídolos. Dios es compasivo para con aquellas almas que, abandonadas a sí mismas, se extravían y son acogidas por ministros de Lucifer, que están preparados para acoger a los extraviados y hacer de ellos prosélitos de sus doctrinas. Dios es compasivo para con aquellos que caen en el engaño por el simple hecho de que los rabíes de Dios, los llamados rabíes de Dios, se han desinteresado de ellos. Dios se muestra compasivo con todos estos que caminan hacia el desaliento, las brumas, la muerte, por culpa de los falsos maestros, que de maestros no tienen más que las vestiduras y el orgullo de que así los llamen. Y para estas pobres almas, de la misma forma que envié a los profetas para su pueblo, de la misma forma que me ha enviado a mí para el mundo entero, pues, después de mí, enviaré a los servidores de la Palabra, de la Verdad y del Amor, para repetir mis palabras. Porque son mis palabras las que dan la Vida. De manera que mis ovejas de ahora y del futuro tendrán la Vida que Yo les doy a través de mi Palabra, que es Vida eterna para quien la acoge, y no perecerán nunca y ninguno podrá arrancarlas de mis manos.

-Nosotros no hemos rechazado nunca las palabras de los verdaderos profetas. Hemos respetado siempre a Juan, que ha sido el último profeta - responde con ira un judío, y sus compañeros le hacen coro.

-Murió a tiempo para no despertar vuestro odio y ser perseguido también por vosotros. Si estuviera todavía entre los vivos, el "no es lícito", dicho por un incesto carnal, os lo diría también a vosotros, que cometéis adulterio espiritual fornicando con Satanás contra Dios. Y lo mataríais, de la misma manera que abrigáis la intención de matarme a mí.

Los judíos se agitan furiosos, dispuestos ya a agredir, cansados de tener que fingirse mansos. Pero Jesús no se preocupa. Alza la voz para dominar el tumulto y grita:

¿Y me habéis preguntado que quién soy Yo, hipócritas? ¿Decíais que queríais saber para estar seguros? ¡Y ahora decís que Juan fue el último profeta? Dos veces os condenáis por pecado de embuste: una, porque decís que no habéis rechazado nunca las palabras de los *verdaderos profetas*; la otra, porque, diciendo que Juan es el último profeta y que creéis en los verdaderos profetas, excluís que Yo sea también profeta, al menos profeta, y profeta *verdadero*. ¡Bocas embusteras! ¡Corazones de engaño!

Sí, en verdad, en verdad Yo aquí en la casa de mi Padre proclamo que soy más que Profeta. Yo tengo lo que mi Padre me ha dado. Lo que mi Padre me ha dado es más precioso que todo y que todos, porque es algo en que ni la voluntad ni el poder de los hombres pueden meter las manos rapaces. Yo tengo lo que Dios me ha dado y que, aun estando en mí, está siempre en Dios, y nadie puede arrebatárselo de las manos del Padre mío, ni a mí, porque es la Naturaleza Divina igual. Yo y el Padre somos Uno.

-¡Ah! ¡Horror! ¡Blasfemia! ¡Anatema!

El griterío de los judíos retumba en el Templo, y una vez más las piedras usadas por los cambistas y por los vendedores de ganado para mantener estables sus recintos son el abastecimiento de los que buscan armas adecuadas para agredir.

Pero Jesús se yergue con los brazos recogidos sobre el pecho. Se ha subido encima de un asiento de piedra para ser más alto de lo que ya es y para ser visto bien, y desde allí los domina con los rayos de sus ojos de zafiro. Domina y flecha. Se muestra tan majestuoso que los paraliza. En vez de lanzar las piedras, las dejan caer o las tienen en las manos, pero ya sin la audacia de lanzarlas contra Él. Los gritos también mueren en un estado de turbación extraño. Es verdaderamente Dios el que refulge en Cristo. Y, cuando Dios refulge así, hasta el hombre más arrogante se empequeñece y amedrenta. Y pienso en qué misterio se cela en que los judíos hayan podido manifestarse tan fieros el día de Viernes Santo; qué misterio, en la ausencia de este poder de dominación en Cristo en aquel día. Verdaderamente era la hora de las Tinieblas, la hora de Satanás, y sólo ellos reinaban... La Divinidad, la Paternidad de Dios había abandonado a su Cristo, y Él no era nada más que la Víctima...

Jesús está así unos minutos. Luego sigue hablando a esta turba vendida y vil que ha perdido toda prepotencia con sólo haber visto un destello divino:

-¿Y entonces? ¿Qué queréis hacer? Me habéis preguntado que quién era. Os lo he dicho. Os habéis puesto furiosos. Os he recordado las cosas que he hecho, he puesto ante vuestros ojos y vuestra memoria muchas obras buenas provenientes del Padre mío y cumplida; con el poder que me viene de mi Padre. ¿Por cuál de estas obras me lapidáis? ¿Por haber enseñado la justicia? ¿Por haber traído a los hombres la Buena Nueva? ¿Por haber venido a invitaros al Reino de Dios? ¿Por haber curado a vuestros enfermos, devuelto la vista a vuestros ciegos, dado movimiento a los paralíticos, palabra a los mudos; por haber liberado a los poseídos, resucitado a los muertos, favorecido a los pobres, perdonado a los pecadores; por haber amado a todos, incluso a los que me odian, a vosotros y a los que os envían? ¿Por cuál de estas obras, entonces, me queréis lapidar?

-No te lapidamos por las obras buenas que has hecho, sino por t' u blasfemia; porque Tú, siendo hombre, te haces Dios.

-¿No está escrito en vuestra Ley (*Salmo 82, 6. Y MV, en una copia mecanografiada, observa: Santo Tomás define al hombre "un infinito en potencia", precisamente porque está ordenado a hacerse lo más que pueda 'parecido a Dios y a Dios semejante'*): "Dije: vosotros sois dioses e hijos del Altísimo"? Ahora bien, si Dios a aquellos a quienes habló llamó "dioses", dando un mandato: el de vivir de manera que la semejanza y la imagen respecto a Dios, que están en el hombre, aparezcan en modo manifiesto y que el hombre no sea ni demonio ni bruto; si la Escritura llama "dioses" a los hombres, la Escritura, que ha sido enteramente inspirada por Dios (y, por tanto no puede ser modificada ni anulada según el gusto y el interés del hombre); entonces ¿por qué me decís que blasfemo, Yo, por el Padre consagrado y enviado al mundo, porque digo: "Soy Hijo de Dios"? Si no hiciera las obras del Padre mío, razón tendríais en no creer en mí. Pero las hago. Y vosotros no queréis creer en mí. Creed, entonces, al menos en estas obras, para que sepáis y reconozcáis que el Padre está en mí y que Yo estoy en el Padre.

La tormenta de gritos y violencias empieza de nuevo, y más fuerte que antes. Desde una de las terrazas del Templo, en la que ciertamente estaban escuchando y escondidos sacerdotes, escribas y fariseos, graznan muchas voces:

-¡Pero prended a ese blasfemo! ¡Ya es pública su culpa! ¡Todos lo hemos oído! ¡Muerte al blasfemo que se proclama Dios! ¡Dadle el mismo castigo que al hijo de Selomit de Di-brí! (*Levítico 24, 10-23*) ¡Que sea sacado de la ciudad y lapidado! ¡Es derecho nuestro: Está escrito: "El blasfemo sea muerto"!

Las incitaciones de los jefes agudizan la ira de los judíos. Y éstos tratan de apoderarse de Jesús y de ponerlo, atado, en manos de los magistrados del Templo, que, a su vez, están viniendo, acompañados por la guardia del Templo.

Pero más rápidos que ellos son una vez más los legionarios, que, vigilando desde la Antonia, han seguido el tumulto y salen del cuartel y vienen hacia el lugar donde se grita. Y no guardan respeto a ninguno. Las astas de las lanzas maniobran debidamente en cabezas y espaldas. Y se incitan unos a otros a aplicarse contra los judíos, diciendo agudezas o profiriendo insultos:

-¡A la caseta, perros! ¡Dejad paso! ¡Pégale fuerte a aquel tiñoso, Licinio! ¡Fuera! ¡El miedo os hace oler peor que nunca! ¿Pero qué coméis, cuervajos, para apestar así? Tienes razón, Baso. Se purifican pero apestan. ¡Mira aquel narigudo! ¡A la pared! ¡A la pared, que tomamos los nombres! Y vosotros, avestruces, bajad de allá arriba. Total... os conocemos. Buen informe va a tener que escribir el Centurión para el Gobernador. ¡No! A ése déjalo. Es un apóstol del Rabí. ¿No ves que tiene aspecto de hombre y no de chacal? ¡Mira! ¡Mira cómo huyen por aquella parte! ¡Déjalos que se vayan! ¡Para tenerlos convencidos habría que clavarlos a todos en las astas! ¡Sólo así los tendríamos doblegados! ¡Ojalá fuera mañana! ¡Ah, pero tú estás atrapado y no te escapas! ¡Te he visto, eh! La primera piedra ha sido la tuya. Responderás de haber dado a un soldado de Roma. También de esto. Nos ha maldecido imprecando contra las enseñanzas. ¿Ah, sí? ¿Verdaderamente? Ven, que vamos a enamorarte de ellas en nuestras mazmorras...

Y así, cargando y escarneciendo, prendiendo a algunos, poniendo en fuga a otros, los legionarios despejan el vasto patio. Pero sólo cuando los judíos ven arrestar realmente a dos de ellos se revelan como lo que son: viles, viles, viles. O huyen chillando como una bandada de pollos que ve colarse al gavilán, o se arrojan a los pies de los soldados para suplicar piedad con un servilismo y una adulación nauseabundos.

Un suboficial, a cuyas pantorrillas se agarra un viejo lleno de arrugas, uno de los más apasionados contra Jesús, y que lo llama "magnánimo y justo", se libera de éste con un vigoroso envite que manda al judío a rodar tres pasos más atrás, y grita:

-¡Vete, viejo zorro tiñoso!

Y, hablando con un compañero, enseñando la pantorrilla, dice:

-Tienen uñas de zorro y baba de serpiente. ¡Mira esto! ¡Por Júpiter Máximo! ¡Voy inmediatamente a las Termas para quitarme las señales de ese viejo baboso! - y realmente se marcha, irritado, con su pantorrilla arañada.

He perdido completamente de vista a Jesús. No podría decir a dónde ha ido, por qué puerta ha salido. He visto sólo, durante un rato, aparecer y desaparecer en el alboroto las caras de los dos hijos de Alfeo y de Tomás, luchando por abrirse camino, y las de algunos discípulos pastores tratando de hacer lo mismo. Después también ellos han desaparecido de mi vista, y sólo ha quedado el último correteo de los pérfidos judíos, que tratan de alejarse en una u otra dirección para substraerse a la captura y al reconocimiento por parte de los legionarios, para quienes tengo la impresión de que fuera una fiesta poder cargar fuerte sobre los hebreos, para resarcirse de todo el odio con que saben que son... remunerados.

538

Jesús, orante en la gruta de la Natividad, contemplado por los discípulos ex pastores.

Jesús está detrás del Templo, cerca de la puerta del Rebaño, fuera de la ciudad. Lo acompañan, desolados aunque también encorajinados, los apóstoles y los discípulos pastores (menos Leví). No veo a ningún otro de los discípulos que estaban antes en el Templo con Él.

Tienen una controversia. Es más, podría decir que no sólo están en desacuerdo entre sí, sino que lo están también con Jesús, y de manera especial con Judas de Keriot. A éste le echan en cara las iras de los judíos, y lo hacen con mucha mordacidad. Judas les deja hablar y repite:

-Yo hablé con fariseos, escribas y sacerdotes, y ni uno de ellos estaba entre la gente.

A Jesús le reprochan el no haber cortado la discusión después de haberla hecho cesar una primera vez. Y Jesús responde:

-Debía completar mi manifestación.

Y también están en desacuerdo respecto a dónde ir, ahora que el sábado está próximo y que son días de fiesta. Simón Pedro propone donde José de Arimatea, puesto que Betania no es lugar para ir a crear incomodidades, especialmente después de que Jesús ha declarado que ya no se debe ir allí.

Tomás responde:

-No está José, y tampoco Nicodemo. Están fuera. Por la fiesta. Los saludé ayer cuando esperábamos a Judas y me lo dijeron.

-A casa de Nique, entonces - propone Mateo.

-Está en Jericó por la fiesta - responde Felipe.

-A casa de José de Seforí - dice Santiago de Alfeo.

-¡Mmm! José... No le haríamos ningún regalo. Ha tenido una serie de problemas y... ¡sí, hombre, lo digo!... y... venera al Maestro, pero desea la propia paz. Parece una barca pillada entre dos corrientes opuestas... y, para mantenerse a flote... tiene en cuenta todos los lastres. Incluso por lo que se refiere al pequeño Marcial... tanto es así, que se ha quedado muy a gusto pasándoselo a José de Arimatea - dice Pedro.

-¡Ah, por eso ayer estaba con él! - exclama Andrés.

-Ya, claro. Por eso es mejor dejarle recuperar la calma en un puercecito seguro... ¡Claro, la gente no es muy valiente, y el Sanedrín da miedo a todos! - añade Pedro.

-Te ruego que hables por ti. Yo no tengo miedo a nadie - dice Judas Iscariote.

-Y yo tampoco. Por defender al Maestro desafiaría a todas las legiones. Pero nosotros somos nosotros... Los demás... Bueno, pues tienen negocios, casas, mujeres, hijas... Y entonces consideran estas cosas.

-Nosotros también las tenemos, entonces - observa Bartolomé.

-Pero nosotros somos los apóstoles y...

-Y sois iguales que los demás. No critiquéis a nadie porque la prueba no ha venido todavía - dice Jesús.

-¿No ha venido? ¿Y qué otras cosas quieres, más de las que hemos pasado ya? ¡Y habrás visto cómo te he defendido hoy! Todos te hemos defendido. ¡Pero yo más que ninguno! ¡He abierto paso con unos empujones que habrían botado una barca!... ¡Una idea! Vamos a Nob. ¡El anciano se sentirá contento!

-Sí, sí, a Nob - aprueban todos.

-Juan no está. Haríais el camino en balde. A Nob podéis ir, pero no a casa de Juan.

-¿Podéis? ¿Y Tú no puedes?

-No quiero, Simón de Jonás. Yo tengo ya dónde ir para estas noches de Encenias. Pero, fuera de la escena Yo, vosotros podéis estar tranquilos en cualquier lugar. Por eso os digo: id a donde queráis. Yo os bendigo. Os recuerdo que estéis unidos, física y espiritualmente, sujetos a Pedro, vuestra cabeza; pero no como a un amo, sino como a un hermano mayor. En cuanto Leví regrese con mi bolsa, nos separaremos.

-¡Eso no, mi Señor! ¡Nunca sucederá que te deje ir solo! - exclama Pedro.

-Siempre sucederá, si Yo lo quiero, Simón de Jonás. Pero no temas. No estaré en la ciudad. Ninguno que no sea ángel o demonio descubrirá mi refugio.

-Y es bueno. Porque hay demasiados demonios que te odian. ¡Te digo que no irás solo!

-También hay ángeles, Simón; e iré.

-¿Pero a dónde? ¿Pero a qué casa, si has rechazado las mejores, o por voluntad tuya o por las circunstancias? ¿Porque no querrás estar en esta estación del año en alguna gruta en los montes?

-¿Y si así fuera? Siempre serían menos gélidas que los corazones de los hombres que no me aman - dice, casi a sí mismo, Jesús, inclinando la cabeza para esconder visos de llanto en los ojos.

-Ahí está Leví. Viene corriendo - dice Andrés, que mira desde el borde del camino.

-Entonces démonos la paz y vamos a separarnos. Si queréis ir a Nob, tenéis el tiempo justo antes de la puesta del sol.

Leví llega jadeante:

-Te buscan por todas partes, Maestro... Me lo han dicho los que te quieren... Han estado en muchas casas, especialmente de gente modesta...

-¿Te han visto? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Claro. Incluso me han parado. Pero yo, que ya estaba al corriente, he dicho: "Voy a Gabaón" y he salido por la puerta de Damasco y he corrido por detrás de las murallas... No he mentado, Señor, porque yo y éstos vamos a Gabaón después del sábado. Esta noche estaremos en los campos de la ciudad de David... Son días de recuerdos para nosotros... - y mira a Jesús con sonrisa de ángel en su rostro viril y barbado, una sonrisa que le pone de nuevo las facciones de niño de la noche lejana.

-De acuerdo. Vosotros podéis marcharos. Y también vosotros. Yo también me marchó. Cada uno por su camino. Me precederéis en el pueblo de Salomón, donde estaré dentro de pocos días. Y antes de dejaros os repito las palabras que os dije antes de enviaros de dos en dos por las ciudades: "Id, predicad, anunciad que el Reino de los Cielos está muy cercano. Curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, resucitad a los muertos del espíritu y de la carne imponiendo en mi Nombre la resurrección del espíritu, la búsqueda de mí que es vida, o la resurrección de la muerte. Y no os ensoberbeczáis de lo que hacéis. Evitad las controversias entre vosotros y con quien no nos ama. No exijáis nada por lo que hagáis. Preferid ir a las ovejas perdidas de la casa de Israel antes que a gentiles y samaritanos; esto no por repulsa, sino porque no estáis todavía al nivel de poder convertirlos. Dad lo que tenéis sin preocuparos del mañana. Haced todo lo que me habéis visto hacer a mí, y con el mismo espíritu mío. Mirad, os doy el poder de hacer lo que Yo hago y que quiero que hagáis para que Dios sea glorificado".

Espira su aliento sobre ellos y luego, uno a uno, los besa y los despide.

Todos se marchan sin ganas, volviéndose varias veces. Él los saluda con la mano hasta que ve que todos se han ido, luego desciende hacia el lecho del Cedrón, entre matas, y se sienta en una piedra en la orilla del agua que corre borbollando. Bebe esta agua clara y, sin duda, gélida. Se lava la cara, las manos, los pies. Luego, vestido completamente de nuevo, vuelve a sentarse. Piensa... Y no se da cuenta de lo que sucede a su alrededor, concretamente que el apóstol Juan, que estaba ya lejos con los compañeros, ha regresado solo y como Él, se oculta ahora tras una mata tupida...

Jesús está allí un rato. Luego se levanta, se pone la bolsa en bandolera y, orillando el Cedrón, entre las matas, llega al pozo de En Ro-gel, para cortar luego hacia el sudoeste hasta tomar el camino que lleva a Belén. Y Juan, a unos cien pasos más atrás, lo sigue todo arrebujado en su manto para no ser reconocido.

Van y van y van por los caminos desnudos a causa del invierno: Jesús, con su paso largo, devora el camino; Juan lo sigue con dificultad, incluso porque debe tener cautela para no ser descubierto. Dos veces Jesús se para y se vuelve. La primera, al pasar junto al pequeño collado a donde Judas fue a hablar con Caifás y compañeros. La segunda, junto a un pozo, y allí se sienta y da unos bocados a un poco de pan y luego bebe del ánfora de un hombre. Reanuda su camino mientras el sol baja, baja, baja... Y llega el crepúsculo. Llega al sepulcro de Raquel cuando la última rojura del ocaso se apaga en una pincelada de color violado. El cielo, a Occidente, parece todo él una pérgola de glicina en flor, mientras que al Este presenta ya el puro cobalto de un frío firmamento invernal de Oriente y ya las primeras luces sidéreas se asoman al extremo límite del cielo.

Jesús acelera el paso, para hallarse como es debido antes de que la noche sea completa. Pero, llegado a un punto alto desde el que se ve enteramente la pequeña ciudad de Belén, se para, mira, suspira... Luego baja rápido. No entra en la ciudad. La rodea por las últimas casas. Va derecho a las ruinas de la casa o torre de David, al lugar en donde nació. Pasa el regato que corre junto a la gruta, pone pie en el pequeño espacio libre que hay, y que está cubierto de hojas secas... Da una ojeada dentro de las ruinas. El lugar está vacío. Entra...

Y Juan se queda a una cierta distancia, cauto para no ser ni oído ni visto. Rebusca, mira. Encuentra, más tanteando que con la vista, otro de los establos semiderruidos. Entra también él y enciende una lumbre en un rincón. Hay un poco de paja, un poco de pajuzo sucio, algunas ramas secas, heno en el pesebre.

Juan está contento. Monologa:

-A1 menos... oiré... y... o morimos juntos o lo salvo.

Luego suspira y dice:

-¡Y nació así! Y viene aquí a llorar su dolor... Y... ¡Ah, eterno Dios, salva a tu Cristo! Me tiembla el corazón, oh Dios Altísimo, porque Él se retira siempre antes de obras grandes... ¿Y qué obra grande puede hacer, sino manifestarse como Rey Mesías? ¡Oh, todas sus palabras están dentro de mí... Yo soy un niño ignorante y comprendo poco. ¡Todos comprendemos poco, oh eterno Padre nuestro! Pero tengo miedo. ¡Tengo miedo! Porque Él habla de muerte, de muerte dolorosa, de traición y de cosas horribles... ¡Tengo miedo! ¡Miedo, mi Dios! Fortalece mi corazón. Señor eterno. Fortalece mi corazón de pobre niño como, ciertamente fortaleces el de tu Hijo para las futuras vicisitudes... ¡Oh, que yo lo percibo! Ha venido aquí para esto, para sentirte más que nunca y fortalecerse en tu amor. ¡Yo hago lo mismo, oh Padre Santísimo! Ámame y haz que te ame para tener la fuerza de padecer todo sin vileza, para consuelo del Hijo tuyo.

Juan hace una larga oración, en pie, erguido, con los brazos alzados, a la luz temblorosa de dos ramas que ha encendido en el elemental hogar. Ora hasta que ve que el fuego está para apagarse. Luego se sube al ancho pesebre y se acurruca en el heno. Envuelto en el manto oscuro, envuelta la gruta en las tinieblas, Juan es, todo él, una sombra uniformada con la sombra. Hasta que un primer claror de luna se introduce por la apertura orientada a Oriente, para decir que es plena noche. Pero Juan, cansado, duerme; su respiración y el leve frufrú del regatillo son los únicos ruidos en esta noche de Diciembre.

Arriba, el cielo, con nubes ligeras heridas por la Luna, parece todo recorrido por multitud de ángeles... Pero no hay canto de ángeles. A intervalos, se responden entre las ruinas los quejumbrosos «¡cu-cú!, ¡cucú!, ¡cucú! - de los pájaros

nocturnos, y de vez en cuando, acaban con esa especie de carcajada de bruja que es propia de las lechuzas, y, de lejos, viene un lamento semejante a un aullido: ¡algún perro encerrado en algún redil y que aúlla a la Luna; o algún lobo al que el viento lleva olor de presa y se golpea los ijares con la cola y aúlla de deseo, no atreviéndose a acercarse a los apriscos bien custodiados? No lo sé.

Mas luego se oye rumor de voces y pisadas y se ve una luz rojiza y trémula entre las ruinas; y aparecen, uno detrás de otro, los discípulos pastores: Matías, Juan, Leví, José, Daniel, Benjamín, Elías. Simeón. Matías mantiene alzada una rama encendida para ver el camino. Pero el que se adelanta ligero es Leví, y es el primero en introducir la cabeza en la gruta de Jesús. Enseguida se vuelve y hace un gesto para que los otros se detengan y callen, y mira otra vez... y luego, exhibiendo hacia atrás la mano derecha, señala a los otros que vayan, y se aparta mientras tiene un dedo en los labios con gesto de silencio, para dejarles sitio, y ellos, uno tras otro, miran y, conmovidos como Leví, se retiran.

-¿Qué hacemos? - susurra Elías.

-Nos quedamos aquí contemplándolo - dice José.

-No. A nadie le es lícito violar los secretos espirituales de las almas. Vamos a retirarnos más allá - dice Matías.

-Tienes razón. Vamos a entrar en el establo contiguo. Estaremos todavía aquí, y cerca de Él - dice Leví.

-Vamos - dicen.

Pero, antes de apartarse, miran fugazmente otra vez dentro de la gruta de la Natividad y luego se retiran, conmovidos, tratando de no hacer ruido.

Pero, ya en el umbral del establo contiguo, oyen roncar a Juan.

-Hay alguno - dice Matías deteniéndose.

-¿Qué hace? Entramos nosotros también. Si se ha refugiado aquí algún mendigo, porque está claro que es un mendigo, podemos refugiarnos también nosotros - replica Benjamín.

Entran teniendo alzada la rama encendida. Juan, hecho un ovillo en su improvisada e incómoda cama, medio tapada la cara por el pelo y el manto, sigue durmiendo. Se apartan despacio con intención de sentarse en la paja esparcida cerca del pesebre. Pero, al hacerlo, Daniel mira con más atención al durmiente y lo reconoce. Dice:

-Es el apóstol del Señor. Juan de Zebedeo. Se han refugiado aquí en oración... y el sueño ha vencido al apóstol... Retirémonos. Podría sentirse humillado por verse sorprendido durmiendo en vez de orando...

Con pocas ganas vuelven afuera, y entran en la otra pieza que está después de ésta. Es más, Simeón se queja:

-¿Por qué no estar en la entrada de su gruta y verlo de vez en cuando? Hemos estado muchos años al raso y a la luz de las estrellas para custodiar los corderos, ¿y por el Cordero de Dios no lo hacemos? ¡Bien tenemos este derecho, nosotros que lo adoramos en su primer sueño!

-Tienes razón como hombre y como adorador del Hombre-Dios. Pero ¿qué has visto mirando ahí dentro? ¿Acaso, al Hombre? No. Nosotros, sin querer, hemos apartado el triple velo extendido para guardar el misterio, hemos franqueado el umbral infranqueable, y hemos visto lo que ni siquiera el Sumo Sacerdote ve entrando en el Santo de los Santos. Hemos visto los inefables amores de Dios con Dios. No nos es lícito espíarlos. El poder de Dios podría castigar nuestras pupilas audaces que han visto el éxtasis del Hijo de Dios. ¡Quedémonos contentos con lo que hemos recibido! Queríamos venir aquí para pasar la noche en oración antes de alejarnos para nuestra misión. Orar y recordar la lejana noche... Y, sin embargo, ¡hemos contemplado el amor de Dios! ¡Verdaderamente nos ha amado mucho el Eterno dándonos la alegría de la contemplación del Niño y la de sufrir por Él, y la de anunciarlo al mundo como discípulos del Niño Dios y del Hombre-Dios! Ahora nos ha concedido también este misterio... ¡Bendigamos al Altísimo y no queramos más! - dice Matías, que tengo la impresión de que es el que goza de más autoridad por sabiduría y justicia, entre los pastores.

-Tienes razón. Dios nos ha amado mucho. No debemos exigir más. Samuel, José y Jonatán no han tenido sino la alegría de adorar al Niño y sufrir por Él. Jonás murió sin poder seguirlo. El mismo Isaac no está aquí para ver lo que nosotros hemos visto. Y, si hay uno que lo merece, ése es Isaac, que se consume anunciándolo - dice Juan.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Qué feliz se habría sentido Isaac de ver esto! Pero se lo contaremos - dice Daniel.

-Sí. Tenemos que recordar todo en nuestro corazón para decírselo a él - dice Elías.

-¡Y a los otros discípulos y fieles! - exclama Benjamín.

-No. No a los otros. No por egoísmo, sino por prudencia y por respeto al misterio. Si es voluntad de Dios, llegará la hora en que lo podremos decir. Por ahora debemos saber callar - dice Matías. Y hablando a Simeón:

-Tú fuiste conmigo discípulo de Juan. Recuerda cómo nos instruía sobre la prudencia sobre las cosas santas: "Si Dios un día, como ya os ha favorecido, os sigue favoreciendo con dones extraordinarios, que ello no os haga ser como ebrios charlatanes. Recordad que Dios se manifiesta a los espíritus, que están cerrados en la carne porque son gemas celestes que no deben estar expuestas a las inmundicias del mundo. Sed santos en vuestros miembros y en los sentidos para saber frenar todo instinto carnal. Tanto en los ojos como en los oídos, tanto en la lengua como en las manos. Y santos en el pensamiento, sabiendo frenar ese orgullo que tenéis de hacer saber. Porque los sentidos y los órganos y el intelecto deben servir y no reinar; servir al espíritu, no reinar sobre el espíritu; deben tutelar, no turbar el espíritu. Por tanto, sobre los misterios de Dios en vosotros, salvo una explícita orden suya, poned el sigilo de vuestra prudencia, de la misma manera que el espíritu tiene el de la transitoria cárcel en la carne. Serían cosas completamente inútiles, malas y peligrosas, la carne y el intelecto, si no sirvieran para aportar mérito con la aflicción que les damos a ellos como respuesta a sus fómites, si no sirvieran como templo del altar sobre el que aletea la gloria de Dios: nuestro espíritu". ¿Lo recordáis? ¿Tú, Juan, y tú, Simeón? Espero que sí, porque si no recordarais las palabras de nuestro primer maestro, verdaderamente él estaría muerto para vosotros. Un maestro vive mientras su doctrina vive en sus discípulos. Y aunque luego fuera reemplazado por un maestro mayor y, para los discípulos de Jesús, reemplazado por el Maestro de los maestros-, no es nunca lícito olvidar las palabras del primero, que nos prepararon a comprender y amar con sabiduría al Cordero de Dios.

-Es verdad. Hablas con sabiduría. Te obedeceremos.

-¡Pero qué penoso es, fatigoso, resistir sin mirarlo otra vez estando tan cerca de Él! ¿Estará todavía como antes? - pregunta Simeón.

-¡A saber! ¡Cómo resplandecía su cara!

-¡Más que la Luna en una noche serena!

-Su boca tenía sonrisa divina...

-Y sus pupilas manaban divino llanto...

-No decía palabras. Pero en Él todo era oración.

-¿Qué será lo que ha visto?

-A su eterno Padre. ¿Lo dudas? Sólo esa visión puede dar ese aspecto. Bueno... ¿qué digo?... ¡Más que verlo, estaba con Él, en Él! ¡El Verbo con el Pensamiento!... ¡Amándose!... ¡Ah!... - dice Leví, que parece a su vez en éxtasis.

-Pues por eso he dicho que no nos es lícito quedarnos allí. Tened en cuenta que no ha querido tener consigo ni siquiera a su apóstol...

-¡Claro! ¡Es verdad! ¡Maestro santo! ¡Necesita, más que de agua la tierra agostada, ser inundado por el amor de Dios! ¡Tanto odio en torno a Él...!

-Pero también mucho amor. Yo quisiera... ¡Sí, lo hago! El Altísimo está presente. Yo me ofrezco y digo: "Señor Dios Altísimo, Dios y Padre de tu pueblo, que aceptas y consagras los corazones y los altares e inmolas las víctimas que te son gratas, descienda como un fuego tu deseo y me consuma víctima con Cristo, como Cristo y por Cristo, tu Hijo y tu Mesías, mi Dios y Maestro. En tus manos me pongo. Escucha mi oración".

Y Matías, que ha orado poniéndose en pie y con los brazos alzados, se sienta de nuevo en el montón de haces de leña que los acoge.

La Luna deja de iluminar la gruta porque ya cae hacia Occidente. Su candor ahora está sobre la campiña, no ya ahí dentro; y caras y cosas se difuminan en una sola sombra. También las palabras se hacen más escasas y los tonos de voz más bajos. Hasta que la somnolencia vence sobre la buena voluntad y se oyen sólo palabras separadas, a veces sin respuesta... El frío, que se hace punzante al ir acercándose el alba, estimula contra el sueño. Se alzan de nuevo, encienden unos ramajes, calientan sus miembros ateridos...

-¡Y Él, que está claro que no piensa en el fuego, cómo se apañará? - dice Leví (casi le castañean los dientes).

-¿Tendrá, al menos, comida? - pregunta Elías, y añade:

-Ahora sólo tenemos nuestro amor y poca y pobre comida... y hoy es sábado...

-¿Sabes qué? Ponemos toda nuestra comida en la entrada de la gruta y luego nos vamos. Nosotros siempre podremos encontrar un pan antes del anochecer, donde Raquel o donde Elichá. Y seremos la providencia de la Providencia, del Hijo de Aquel que ejerce su providencia con todos nosotros - propone José.

-Sí, sí. Hacemos un buen fuego para ver bien y calentarnos bien y luego llevamos todo allí y nos marchamos antes de que, con el alba Él o el apóstol salgan y nos vean.

A la luz del fuego vivo abren sus bolsas y sacan pan, quesos secos, alguna manzana. Luego se cargan los haces de leña y salen cautamente, mientras Matías alumbraba todavía con una rama sacada del fuego. Ponen todo justo a la entrada de la gruta: los haces en el suelo; encima, el pan y los otros alimentos. Luego se retiran, cruzan el regatillo en el sentido contrario, uno detrás de otro, y se marchan ya con un primer, silencioso crepúsculo matutino rasgado al improviso por un canto de gallo.

Juan de Zebedeo se acusa de culpas inexistentes.

Es una serena pero cruda mañana de invierno. La escarcha ha blanqueado con sus cristales harinosos el suelo y las hierbas, y de alguna ramita seca que yace en el suelo ha hecho una preciosa joya aljofarada de perlitas.

Juan sale de su gruta. Está muy pálido con su túnica color avellana oscuro. Debe tener también mucho frío, o está enfermo. No lo sé. Sé que tiene una palidez casi lívida y que su paso es vacilante, como una persona que no se siente bien. Va hacia el arroyo y titubea respecto a hundir en él, o no, sus manos. Se decide y, formando el cuenco de las dos manos, bebe un sorbo de esa agua cristalina pero ciertamente muy fría. Sacude las manos y termina de secárselas con el extremo de la túnica. Luego permanece un momento inseguro... Mira hacia las ruinas donde está Jesús, mira hacia las suyas... y a éstas regresa lentamente. Pero, en llegando a la abertura por donde se entra, siente como un vahído y se tambalea. Se hubiera caído si no se hubiera agarrado a la pared semiderruida. Permanece un momento con la cabeza sobre el brazo doblado, agarrándose a la pared; luego alza la cabeza y mira a su alrededor... Ya no entra en su cuchitril. Rasando la pared, sujetándose en los salientes angulosos de las piedras ya carentes de revoque, da los pocos pasos que lo separan del establo donde está Jesús, y, habiendo llegado casi a la entrada, se arroja de rodillas y gime:

-¡Jesús, mi Señor, piedad de mí!

Jesús pronto aparece:

-¿Juan? ¿Qué haces? ¿Qué te pasa?

-¡Oh, mi Señor! ¡Tengo hambre! Hace casi dos días que no como nada. Tengo hambre y frío... - está palidísimo y le castañean los dientes.

-¡Ven! ¡Pasa adentro! - dice Jesús ayudándole a ponerse en pie.

Juan, sujetado por el brazo de Jesús, llora con la cabeza reclinada en el hombro de Él, y suspira:

-No me castigues, Señor, si te he desobedecido...

Jesús responde sonriendo:

-Ya has recibido el castigo. Pareces un moribundo... Siéntate aquí, en esta piedra. Hago fuego y te doy comida... - y Jesús enciende con la yesca unas ramillas y hace un buen fuego en el rústico hogar que hay cerca de la puerta.

Olor de ramas quemadas y viveza de llamas se esparcen por la mísera gruta, y Jesús, pinchados en un palito dos pedazos de pan, los presenta a la llama; cuando los siente calientes, los cubre con el corazón graso de los quesos dejados por los pastores, y el queso se ablanda y se derrite en el pan que ahora Jesús mantiene suspendido sobre la llama como si fuera un plato.

-Come ahora y no llores - dice sonriendo aún y pasando el pan a Juan, que llora en silencio como un niño extenuado, y no deja de verter lágrimas ni siquiera mientras come ese alimento reconfortante.

Jesús va hacia el pesebre y vuelve con unas manzanas; las coloca entre las cenizas que se han calentado bajo el calor de la leña que arde sostenida por dos piedras que hacen de morillos.

-¿Va mejor ahora? - pregunta mientras se sienta al lado de su apóstol, que expresa que sí con la cabeza, llorando aún.

Jesús le pasa un brazo por los hombros y lo acerca a sí, cosa que aumenta el llanto de Juan, que está todavía demasiado agotado y demasiado turbado por el miedo -quizás- a una reprensión, por la emoción de verse acogido así... demasiado como para saber hacer otra cosa que no sea llorar.

Jesús lo tiene arrimado a sí sin hablar, mientras Juan come. Luego dice:

-Por ahora basta. Las manzanas podrás comerlas más tarde. Quisiera darte un poco de vino, pero no lo tengo. He encontrado anteayer, al alba, haces de leña y comida fuera del establo. Pero no había vino. Por eso, no te lo puedo dar. Si fuera más tarde, podría pedir leche a unos pastores que he visto que pacían el rebaño en la otra parte del arroyo. Pero mientras no se disuelva la escarcha no salen los hatos...

-Estoy ya mejor, Señor... No te aflijas por mí.

-¿Y entonces tu aflicción por qué es?, porque pareces... eso, un árbol cuya escarcha bajo el sol se estuviera derritiendo - dice Jesús sonriendo aún más vivamente, y besa a Juan en lo alto de la frente.

-Porque estoy lleno de remordimientos, Señor... y... ¡Sí! ¡Suéltame! ¡Tengo que hablarte de rodillas, pedirte perdón...

-¡Pobre Juan! Verdaderamente este esfuerzo superior a tu capacidad te ha debilitado también el intelecto. ¿Y tú crees que necesito tus palabras para juzgarte y absolvarte?

-Sí, sí, sé que sabes todo. Pero no tendré paz hasta que no te haya dicho mi pecado; es más, mis pecados. Suéltame. Déjame acusarme de mis culpas.

-Bueno, habla, si eso te va a dar paz.

Juan cae de rodillas y, alzando la cara llorosa, dice:

-He pecado de desobediencia, de presunción y de... no sé si es correcto llamarla humanidad. Pero la verdad es que ésta es mi culpa más reciente, más grave, la que me produce el mayor dolor y la que me dice qué siervo inútil soy, más aún: qué egoísta y bajo.

Las lágrimas verdaderamente le lavan el rostro, mientras a Jesús la sonrisa le pone la cara cada vez más luminosa. Jesús está un poco inclinado hacia este apóstol suyo que llora, y la divina sonrisa es una profunda caricia para el dolor de Juan. Pero Juan está tan afligido, que ni siquiera lo consuela esa sonrisa, y continúa:

-Te he desobedecido. Habías dicho que no debíamos separarnos, y yo me separé inmediatamente de los compañeros, y los he escandalizado. Respondí mal a Judas de Keriot, que me observaba que estaba pecando. Dije: "Tú lo hiciste ayer, yo lo hago hoy; tú lo hiciste para tener noticias de tu madre, yo lo hago para estar con el Maestro y velar por Él, defenderlo"... Un acto mío de presunción el querer hacer esto... ¡Yo, pobre inútil, defenderte a ti! Y luego, otro acto de presunción, porque he querido emularte. He dicho: "Sin duda ora y ayuna. Yo voy a hacer lo que Él hace y por su misma intención". Y, sin embargo...

El llanto se hace sollozos mientras la confesión de la miseria del hombre, de la materia que ha sobrepujado la voluntad del espíritu sale de los labios de Juan:

-Y, sin embargo... me dormí. ¡Me dormí enseguida! Y no me desperté sino ya del todo de día, y te vi ir al río, lavarte, volver aquí; y comprendí que habrían podido incluso capturarte sin estar yo preparado para defenderte. Y luego quería hacer penitencia y ayuno, pero no he sido capaz de hacerlo. Con pequeños bocados, casi para no comer, el primer día terminé de comer mi poco pan. Tú sabes que no tenía más. Y aún no me sentía saciado habiendo terminado todo. Y al día siguiente he tenido todavía más hambre, y esta noche... ¡Oh!, ayer por la noche he dormido poco por hambre y frío, y esta noche no he dormido nada... y esta mañana ya no he sabido resistir... y he venido porque he tenido miedo de morir de inanición... Y es esto lo que más me punza: no haber sabido estar despierto para orar y velar por ti y haberlo sabido hacer por las dentelladas del hambre... Soy un siervo estúpido y vil. ¡Castígame, Jesús!

-¡Pobre niño! ¡Ya quisiera Yo que todo el mundo hubiera de gritar estas culpas tuyas! Pero, escucha, levántate y escúchame, y tu corazón volverá a estar en paz. ¿Has desobedecido también a Simón de Jonás?».

-No, Maestro. Nunca lo habría hecho, porque has dicho que debíamos estar sujetos a él como a un hermano mayor. Pero él, cuando le dije: "Mi corazón no está tranquilo viéndolo marcharse solo", respondió: "Tienes razón. Pero yo no puedo ir porque tengo la obediencia de guiarnos a todos vosotros. Ve tú, y que Dios te acompañe". Los otros alzaron la voz y Judas más que nadie. Recordaron la obediencia, e incluso censuraron a Simón Pedro.

-¿Censuraron? Sé sincero, Juan.

-Es verdad, Maestro. Fue Judas el que censuró a Simón y me trató mal a mí. Los otros solamente dijeron: "El Maestro ha ordenado permanecer juntos". Y me lo decían a mí, no a nuestro jefe. Pero Simón respondió: "Dios ve la finalidad del acto, y

perdonará. Y el Maestro perdonará, porque esto es amor" y me bendijo y me besó y me mandó tras ti, como aquel día que fuiste con Cusa al otro lado del lago.

-Entonces Yo de esta culpa no debo absolverte...

-¿Porque es demasiado grave?

-No. Porque no existe. Vuelve aquí, Juan, al lado de tu Maestro, y escucha la lección. Hay que saber aplicar las órdenes con justicia y discernimiento, sabiendo comprender el espíritu de la orden, no solamente las letras que la componen. Yo dije: "No os separéis". Te has separado y por tanto, tendrías pecado. Pero antes había dicho: "Estad unidos, física y espiritualmente, sujetos a Pedro". Con esas palabras lo elegí a él como mi legítimo representante entre vosotros, con facultad plena de juzgar y mandar en relación a vosotros. Por tanto, todo lo que Pedro ha hecho o hará en mi ausencia, bien hecho estará. Porque, habiéndolo investido Yo del poder de guiaros, el Espíritu del Señor, que está en mí, estará también con él y lo guiará cuando dé esas órdenes que las circunstancias imponen y que la Sabiduría, para el bien de todos, sugerirá al Apóstol cabeza. Si Pedro te hubiera dicho: "No vayas" y hubieras venido igualmente, ni siquiera el móvil bueno de tu acto -querer seguirme por un amor que quiere defender y estar conmigo en los peligros- hubiera sido suficiente para anular tu culpa. Habría sido necesario realmente mi perdón. Pero Pedro, tu Cabeza, te dijo: "Ve". La obediencia a él te justifica completamente. ¿Estás convencido de esto?

-Sí, Maestro.

-¿Debo absolverte de la culpa de presunción? Dime, sin pensar en si Yo veo tu corazón. ¿Has confiado presuntuosamente con soberbia en quererme imitar para poder decir: "Con mi voluntad he abolido las necesidades de la carne, porque yo puedo aquello que quiero? Reflexiona bien...

Juan reflexiona. Luego dice:

-No, Señor. Examinándome bien, no, no lo he hecho por eso. Esperaba poderlo hacer porque he comprendido que la penitencia es sufrimiento de la carne pero luz del espíritu. He comprendido que es un medio para fortalecer nuestra debilidad y obtener mucho de Dios. Tú lo haces por esto. Yo por eso quería hacerlo. Y creo no equivocarme diciendo que, si lo haces Tú, que eres fuerte, Tú, que eres poderoso, Tú que eres santo, yo, nosotros, deberíamos hacerlo siempre, si siempre fuera posible hacerlo, para ser menos débiles y materiales. Pero no he podido hacerlo. Yo siempre tengo hambre y mucho sueño...y el llanto empieza de nuevo a gotear, lento, humilde (verdadera confesión de la limitación de las capacidades humanas).

-¿Y crees que incluso esta pequeña miseria de la carne ha sido inútil? ¡Oh, cómo la recordarás en el futuro, cuando seas tentado a ser severo y exigente con tus discípulos y fieles! Se asomará a tu mente diciéndote: "Acuérdate de que tú también cediste al cansancio, al hambre. No pretendas que los otros sean más fuertes que tú. Sé padre de tus fieles, como tu Maestro fue un padre para ti aquella mañana". Tú muy bien habrías podido velar y no sentir luego esta fuerte hambre. Pero el Señor ha permitido que te vieras doblegado por estas necesidades de la carne para hacerte humilde, cada vez más humilde y cada vez más compasivo en relación a tus semejantes. Muchos no saben distinguir entre tentación y culpa consumada. La primera es una prueba que da mérito y no quita gracia. La segunda es caída que quita mérito y gracia. Otros no saben distinguir entre hechos naturales y culpas, y se crean escrúpulos de haber pecado, mientras que -y éste es tu caso- no han hecho más que obedecer a leyes naturales *buenas*. Diciendo "buenas", distingo las leyes naturales de los instintos sin freno. Porque no todo lo que ahora se llama "ley natural" realmente lo es y es buena. Buenas eran todas las leyes ligadas a la naturaleza humana y que Dios había dado a Adán y Eva: la necesidad del alimento, del descanso, de la bebida. Después, con el pecado, han entrado en escena -y se han mezclado con las leyes naturales, contaminando con la intemperancia aquello que era bueno- los instintos animales, los desarreglos, todo tipo de sensualidad. Y Satanás, tentando, ha mantenido vivo el fuego, el fomes de los vicios. Así que puedes ver que, si no es pecado ceder a la necesidad de descanso y de alimento, sí lo son la crápula, la embriaguez, el ocio prolongado. Tampoco es pecado la necesidad de cohabitar y procrear; es más, Dios mandó hacerlo para poblar la Tierra de hombres. Pero ya no es bueno ese acto sólo para la satisfacción de la carne. ¿Estás convencido también de esto? (*Según Doctrina de la Iglesia, los casados, habiendo sido generosos en hijos, pueden usar del sexo sin tener hijos, siempre que usen medios no conceptivos naturales, nunca medios anticonceptivos artificiales: píldora, etc. ; no entran en este caso los no casados que libremente practican el sexo: éstos cometen pecado mortal*)

-Sí, Maestro. Pero, entonces, dime una cosa: ¿los que no quieren procrear pecan contra un mandato de Dios? Tú dijiste una vez que el estado de virgen es bueno.

-Es el más perfecto. Como también lo es el estado de quien, no satisfecho con hacer buen uso de las riquezas, se despoja completamente de ellas. Son las perfecciones a que puede llegar una criatura. Y tendrán un gran premio. Tres son las cosas más perfectas: la pobreza voluntaria, la castidad perpetua, la obediencia absoluta en todo aquello que no es pecado. Estas tres cosas hacen al hombre semejante a los ángeles. Y una es perfectísima: dar la propia vida por amor a Dios y a los hermanos. Esta cosa hace a la criatura semejante a mí, porque la lleva al absoluto amor. Y quien ama perfectamente es semejante a Dios, está absorbido en Dios y fundido con Dios. Está, pues, en paz, querido mío. No hay culpa en ti. Yo te lo digo. ¿Por qué, entonces, aumentas tu llanto?

-Porque, en todo caso, una culpa sí que hay: la de haber sabido venir a ti por necesidad y haber sabido velar por hambre, y no por amor. Nunca me lo perdonaré. No me volverá a suceder. No me volveré a dormir mientras Tú sufres. No te olvidaré, durmiendo, mientras Tú lloras.

-No vincules el futuro, Juan. Tu voluntad está dispuesta, pero todavía se podría ver sobrepujada por la carne. Y sentirías una profunda e inútil postración si te acordaras de esta promesa hecha a ti mismo y no mantenida después por la fragilidad de la carne. Mira. Te digo lo que debes decir para estar en paz, te suceda lo que te suceda. Di conmigo: "Yo, con la ayuda de Dios, me propongo, en todo lo que me sea posible, no volver a ceder ante los lastres de la carne". Y tente firme en esta voluntad. Si luego un día, aun no queriéndolo, la carne cansada y afligida vence tu voluntad, entonces, como hoy, dirás: "Reconozco que soy un pobre hombre como todos mis hermanos; y que esto me sirva para tener truncado mi orgullo". ¡Oh! ¡Juan! ¡Juan! ¡No es tu

sueño inocente lo que puede causarme dolor! Ten. Estas te reanimarán del todo. Vamos a compartirlas bendiciendo a quien me las ha ofrecido - y toma las manzanas, que están ya asadas y quemando, y da tres a Juan y se tiene para sí otras tres.

-¿Quién te las ha dado, Señor? ¿Quién ha venido a verte? ¿Quién sabía que estabas aquí? Yo no he oído ni voces ni pasos. Y además, después de la primera noche, he estado en vela...

-Salí con la primera luz del día. Había unos haces de leña delante de la entrada, y encima pan, quesos y manzanas. No vi a nadie. Pero sólo algunos han podido sentir el deseo de repetir un peregrinaje y un gesto de amor... - dice lentamente Jesús.

-¡Es verdad! ¡Los pastores! Lo habían dicho: "Iremos a la tierra de David... Son días de recuerdos...". ¿Pero por qué no se han quedado?

-¿Por qué? Han adorado y...

-Y han sido compasivos. Te han adorado a ti y han sido compasivos conmigo... Son mejores que nosotros esos hombres.

-Sí. Han conservado buena, cada vez mejor, su voluntad. Para ellos no ha sido un daño el don que Dios les ha dado...

Jesús ya no sonríe. Piensa y se entristece.

Luego reacciona. Mira a Juan, que lo mira, y dice:

-¡Bien! ¿Nos vamos? ¿Ya no te sientes agotado?

-No, Maestro. No voy a tener mucha resistencia, creo, porque tengo los miembros doloridos. Pero creo que puedo andar.

-Pues entonces vamos. Ve por tu bolsa mientras Yo recojo las sobras en la mía, y vámonos. Tomaremos el camino que va hacia el Jordán para evitar Jerusalén.

Y cuando Juan vuelve se ponen en marcha. Recorren el mismo camino por el que han ido allí, y se van alejando por la campiña, que se calienta con el suave sol de Diciembre.

540

La Madre confiada a Juan. Encuentro con Manahén y lección sobre el amor a los animales. Conclusión del tercer año.

Están ya en las tierras que acusan la cercanía del Mar Muerto. Apartados de los caminos de caravanas, yendo directamente hacia el nordeste, la marcha -salvo la aspereza del terreno, que está lleno de piedras cortantes y lastras de sal y salpicado de matas bajas y espinosas- es buena y, sobre todo, tranquila, porque no hay alma viviente hasta donde alcanza la vista y la temperatura es suave y el terreno está seco.

Van conversando. Deben haber encontrado en los días anteriores a algunos pastores en cuya compañía han debido hacer un alto, porque hablan de ellos. Hablan también de un niño curado. Dulcemente, queriéndose. Aun cuando callan, se hablan con sus corazones, mirándose con la mirada de quien se siente feliz de estar con un amigo íntimo. Se sientan para descansar y comer algo, reanudan la marcha, siempre con ese aspecto de paz que da paz a mi corazón sólo con verlo.

-Allí está Galgala - dice Jesús señalando hacia delante, a un grupo de casas que albea bajo el sol en un montecito situado hacia el nordeste - Ya estamos cerca del río.

-¿Y vamos a entrar en Galgala para la noche?

-No, Juan. He evitado todas las ciudades a propósito, y ésta también. Si encontramos a algún otro pastor, iremos con él. Si vemos en el camino al que llegaremos pronto caravanas que estén preparándose para detenerse durante la noche, pediremos que nos acojan bajo sus tiendas. Los nómadas del desierto son siempre hospitalarios. Y en esta época es fácil encontrarlos. Si nadie nos recibe, dormiremos bajo las estrellas, uno al lado del otro bajo nuestros mantos, y nos velarán los ángeles.

-¡Oh, sí! ¡Cualquier cosa será mejor que la noche de tristeza, que la última noche que he pasado allá, en Belén!

-¿Pero por qué no viniste conmigo inmediatamente?

-Porque me sentía culpable. Y además decía: Jesús es tan bueno, que no me va a reprender, es más, me va a consolar, como hiciste. Y, entonces, ¿dónde habría acabado la penitencia que quería hacer?

-La habríamos hecho juntos, Juan. Yo también de hecho estuve sin comida ni fuego, a pesar de los alimentos y la leña que encontré por la mañana.

-Sí. Pero, estando contigo, nada es nada. Yo, cuando estoy contigo, no padezco nada. Te miro, te escucho, y me siento feliz.

-Ya lo sé. Y sé también que en ninguno mi pensamiento se imprime como en mi Juan. Y sé también que sabes comprender y callar cuando hay que callar. Tú me comprendes, sí. Porque me quieres. Juan, escúchame. Dentro de no mucho...

-¿Qué, Señor? - pregunta inmediatamente, interrumpiéndole, Juan; y le agarra un brazo y lo para para mirarle a la cara, con ojos de preocupación escrutadora, quebrado el rostro.

-Dentro de no mucho, hará tres años que evangelizo. Todo lo que había que decir a las gentes lo he dicho. Quienes quieren amarme y seguirme tienen ya los elementos para hacerlo, con seguridad. Los demás... Alguno se convencerá con los hechos. La mayor parte permanecerán sordos también a los hechos. Pero a éstos he de decirles unas pocas cosas. Y las diré. Porque también la justicia, además de la misericordia, debe ser satisfecha. Hasta ahora la misericordia ha callado muchas veces y en muchas cosas. Pero, antes de callar para siempre, hablará el Maestro incluso con severidad de juez. Pero no quería hablarte de esto. Quería decirte que dentro de poco, habiendo dicho al rebaño todo aquello que había que decir para hacerlo mío, me recogeré mucho orando y preparándome. Y, cuando no esté orando, me dedicaré a vosotros. Como hice al principio, haré al final. Vendrán las discípulas. Vendrá mi Madre. Nos prepararemos todos para la Pascua. Juan, desde ahora te pido que te dediques mucho a las discípulas. A mi Madre en especial...

-¡Mi Señor! ¿Pero qué le puedo dar yo a tu Madre que Ella no posea sobreabundantemente; con tanta sobreabundancia, que tiene para darnos a todos nosotros?»

-Tu amor. Ponte en el caso de que eres como un segundo hijo para Ella. Ella te ama y tú la amas. Tenéis un único amor que os une: el amor por mí. Yo, su Hijo de carne y corazón, cada vez estaré más... ausente, absorto en mis... ocupaciones. Y Ella sufrirá, porque sabe... sabe lo que pronto va a venir. Tú debes consolarla incluso por mí, hacerte tan amigo de Ella, que pueda llorar en tu corazón y sentirse consolada. Ya estás familiarizado con mi Madre, has vivido ya con Ella; pero, una cosa es hacerlo como un discípulo que ama reverencialmente a la Madre de su Maestro, y otra cosa es hacerlo como hijo. Quiero que lo hagas como hijo, para que Ella sufra un poco menos cuando ya no me tenga.

-Señor, ¿vas a morir? ¡Hablas como uno que esté para morir! Me apenas...

-Os he dicho varias veces que *debo* morir. Es como si hablara a niños distraídos o a personas con pocas luces. Sí. Voy a morir. Se lo diré también a los otros. Pero más tarde. A ti te lo digo ahora. Recuérdalo, Juan.

-Yo me esfuerzo en recordar tus palabras, siempre... Pero éstas son tan dolorosas...

-Que haces de todo para olvidarlas. ¿Quieres decir eso? ¡Pobre muchacho! No eres tú el que olvida, ni eres tú el que recuerda. Tú con tu voluntad. Es tu misma humanidad la que no puede recordar esta cosa que supera con mucho su capacidad de resistencia, *esa cosa demasiado grande* -y no sabes siquiera cabalmente cuán grande, monstruosa, será-; esa cosa tan grande, que te atonta como un peso caído de lo alto encima de tu cabeza. Y, a pesar de todo, es así. Ya pronto iré a la muerte. Y mi Madre se quedará sola. Moriré con una gota de dulzura en mi océano de dolor si te veo "hijo" para con mi Madre...

-¡Oh, mi Señor! Si voy a ser capaz... si no me sucede como en Belén, sí, lo haré. Velaré con corazón de hijo. ¿Pero qué podré darle que la consuele si te pierde a ti? ¿Qué le voy a poder dar, si yo también estaré como uno que ha perdido todo, entontecido por el dolor? ¿Cómo lograré hacer esto, yo que no he sabido velar y padecer ahora, en la calma, durante una noche y por un poco de hambre? ¿Cómo voy a lograr hacer eso?

-No te intranquilices. Ora mucho en este tiempo. Te tendré mucho conmigo y con mi Madre. Juan, tú eres nuestra paz. Y lo seguirás siendo cuando llegue el momento. No temas, Juan. Tu amor hará todo.

-¡Oh, sí, Señor! Tenme mucho contigo. A mí, ya lo sabes, no me seduce el hacerme patente, el hacer milagros; yo sólo quiero y sólo sé amar...

Jesús lo besa una vez más en la frente, hacia la sien, como en la gruta.

Tienen ya a la vista el camino que va hacia el río. Ahí hay algún peregrino que aguija a las cabalgaduras o acelera el paso para estar antes de que sea de noche en los lugares de parada. Pero todos van arrebujados en el manto, porque, habiéndose ocultado el sol, el aire se hace crudo, y ninguno advierte la presencia de los dos viandantes que caminan ligeros hacia el río.

Un caballero al trote cochinerero, casi al galope, llega a ellos y los supera, pero se para después de unos metros, debido a una acumulación de asnos en un pequeño puente horcado, tendido sobre un ancho río que quiere aparentar ser torrente y va espumando hacia el Jordán o el Mar Muerto. Mientras espera su turno de paso, el caballero se vuelve. Se ve que se sorprende. Baja de la silla y, sujetando de las riendas al caballo, vuelve hacia atrás, hacia Jesús y Juan, que no lo han visto.

-¡Maestro! ¿Cómo por aquí, y sólo con Juan? - pregunta el caballero echando hacia atrás las alas de la prenda que cubre su cabeza y que había extendido sobre la cara como capucha y, podría decir, como máscara- para protegerse del viento y del polvo. Aparece el rostro moreno y viril de Manahén.

-La paz a ti, Manahén. Voy hacia el río para cruzarlo. Pero dudo que pueda hacerlo antes de que sea de noche. ¿Y tú a dónde ibas?

-A Maqueronte. A la sucia guarida. ¿No tienes dónde dormir? Ven conmigo. Yo iba con prisa a una posada que hay en el camino de las caravanas. O, si lo prefieres, monto la tienda debajo de los árboles del río. Tengo todo en la silla.

-Eso prefiero. Pero tú, sin duda, prefieres la posada.

-Yo te prefiero a ti, mi Señor. Haberte encontrado lo considero una gracia. Vamos, entonces. Conozco las orillas como si fueran los pasillos de mi casa. A1 pie del collado de Galgala hay un bosque resguardado del viento, rico en hierba para el animal, y en leña para los fuegos de los hombres. Allí estaremos bien.

Van a buen paso, torciendo netamente hacia Oriente, dejando el camino que va hacia el vado o hacia Jericó. Llegan pronto a los lindes de un tupido bosque que desciende de las pendientes del collado y se extiende en la llanura hacia las orillas del río.

-Voy a aquella casa. Me conocen. Voy a pedir leche y paja para dos - dice Manahén, y se marcha con su caballo. Pronto regresa, seguido por dos hombres que traen fajos de paja en los hombros y un pequeño cubo de cobre colmado de leche.

Entran bajo el bosque sin decir nada. Manahén indica que echen al suelo la paja y despide a los dos hombres. De los bolsillos de la silla saca yesca y eslabón y hace fuego con las muchas ramas que hay en el suelo. El fuego alegre y da calor. El caldero, colocado encima de dos piedras que ha traído Juan, se calienta, mientras Manahén, que ya ha quitado la silla al caballo, extiende la tienda de suave lana de camello atándola a unas estacas clavadas en el suelo y arrimándola al robusto tronco de un árbol secular. Abre sobre la hierba una piel de oveja, que también estaba atada a la silla, y pone ésta encima luego dice:

-Maestro, ven. Un refugio de caballeros del desierto. Pero defiende del rocío y la humedad del suelo. Para nosotros será suficiente la paja. Te aseguro, Maestro, que las alfombras preciosas y los baldaquinos, los asientos del palacio, me parecerán menos, mucho menos hermosos que este trono tuyo y que esta tienda y esta paja, y las viandas succulentas que en distintas ocasiones he saboreado no habrán tenido nunca el sabor del pan y la leche que vamos a tomar aquí debajo juntos. ¡Me siento feliz, Maestro!

-Yo también, Manahén; y, sin duda, también Juan. La Providencia nos ha reunido esta noche para nuestra recíproca alegría.

-Esta noche y mañana, Maestro, y también pasado mañana, hasta que no te vea en seguro entre tus apóstoles. Pienso que vas a reunirte con ellos...

-Sí. Voy donde ellos. Me esperan en la casa de Salomón.

Manahén lo observa. Luego dice:

-He pasado por Jerusalén... Y he sabido lo ocurrido. Por Betania. Y he comprendido por qué no te has detenido allí. Haces bien en retirarte. Jerusalén es un cuerpo lleno de veneno y de podredumbre. Más que el pobre Lázaro...

-¿Lo has visto?

-Sí. Afligido por los tormentos del cuerpo y del corazón, por ti. Muere muy afligido Lázaro... Pero quisiera morir yo también, antes que ver el pecado de nuestros compatriotas.

-¿Estaba revuelta la ciudad? - pregunta Juan mientras cuida el fuego.

-Mucho. Dividida en dos partidos. Y, cosa extraña, los romanos han sido clementes con algunos que habían sido detenidos por sedición el día antes. Se dice en secreto que eso es para no aumentar la agitación. Se dice también que pronto el Procónsul irá a Jerusalén. Antes de lo normal. Si ello va a ser un bien o no, no lo sé. Lo que sí sé es que Herodes hará lo mismo, lo cual, ciertamente, será un bien para mí, porque podré estar cerca de ti. Con un buen caballo -las caballerizas de Antipas tienen árabes veloces- ir de la ciudad al río será cosa rápida. Si vas a detenerte allí...

-Sí. Voy a estar allí. Por ahora al menos...

Juan lleva la leche caliente, donde todos introducen su pan después del ofrecimiento y bendición llevados a cabo por Jesús. Manahén pasa unos dátiles blondos como la miel.

-¿Pero dónde tenías tantas cosas? - pregunta Juan maravillado.

-La silla de un caballero es un pequeño mercado, Juan; en ella hay de todo para el hombre y el animal - responde Manahén con una sonrisa leal en su cara morena.

Piensa un momento y luego pregunta:

-Maestro, ¿es lícito amar a los animales que nos sirven y que muchas veces lo hacen con más fidelidad que el hombre?

-¿Por qué esta pregunta?

-Porque recientemente se han burlado de mí y me han criticado algunos que me vieron cubrir con la manta que ahora nos hace de tienda a mi caballo sudado por la carrera que había hecho.

-¿Y no te dijeron nada más?

Manahén mira desorientado a Jesús... y calla.

-Habla con sinceridad. No es murmurar ni ofenderme el decir lo que ellos te han dicho para lanzar un nuevo puñado de fango contra mí.

-Maestro, Tú lo sabes todo. Verdaderamente, Tú lo sabes todo y es inútil querer celarte nuestros pensamientos o los de otros. Sí. Me dijeron: "Se ve que eres discípulo de ese samaritano. Eres un pagano como Él, que viola los sábados por hacerse impuro tocando animales impuros".

-¡Ah, esto seguro que ha sido Ismael! - exclama Juan.

-Sí. Él y otros con él. Yo me opuse diciendo: "Os comprendería si me llamarais impuro por vivir en la Corte de Antipas; no por mirar por un animal que ha sido creado por Dios". Y, como en el grupo había también herodianos -lo cual, de un tiempo a esta parte fácilmente se ve, y también es sorprendente, porque hasta ahora la disidencia entre ellos era fuerte-, me respondieron: "Nosotros no juzgamos los actos de Antipas, sino los tuyos. También Juan el Bautista estaba en Maqueronte y tenía contactos con el rey. Pero fue siempre un justo. Tú, por el contrario, eres un idólatra...". Se concentraban personas y me frené para no alterar a la gente de la ciudad. Desde hace un tiempo, la gente es mantenida en agitación por algunos de tus falsos seguidores, que la incitan a rebelión contra los que te hostigan, o por otros, que cometen abusos presentándose como discípulos enviados por ti...

-¡Esto es demasiado! Maestro, ¿a dónde van a llegar? - pregunta inquieto Juan.

-No más allá del límite que podrán alcanzar. Tras ese límite, Yo sólo continuaré adelante y resplandecerá la Luz y ya nadie podrá dudar que Yo era el Hijo de Dios. Pero venid aquí a mi lado y escuchad Primero alimentad el fuego.

Los dos, bien contentos, se echan sobre la compacta piel de oveja que está extendida en el suelo bajo los pies de Jesús. Él está sentado en la silla escarlata, contra la tienda, que está pegada al tronco del árbol. Manahén está casi echado: el codo hincado en el suelo, la cabeza apoyada en la mano, los *ojos* en los *ojos* de Jesús. Juan se sienta sobre los calcañares y, en su postura habitual, apoya la cabeza en el pecho de Jesús y lo ciñe con un brazo.

-Cuando el Creador hizo la Creación y le dio como rey al hombre creado a su imagen y semejanza, mostró al hombre todas las criaturas creadas y quiso que el hombre les diera un nombre para distinguir a unas de otras. Y se lee en el Génesis "que todo nombre que Adán dio a los animales era bueno, era el verdadero nombre". Y también se lee en el Génesis que Dios, habiendo creado al hombre y a la mujer, dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los animales y toda la Tierra y sobre los reptiles que serpean en ella". Y, cuando hubo creado la compañera a Adán, la mujer, como él hecha a imagen y semejanza de Dios, no siendo conveniente que la Tentación, que estaba al acecho, tentase y corrompiera aún más ruinmente al varón creado a imagen de Dios, dijo Dios al hombre y a la mujer: Creced, multiplicaos, y poblad la Tierra y dominadla, y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven en la Tierra", y dijo también: "Ved que os he dado todas las hierbas de semilla que existen en la Tierra, y todos los árboles que llevan en sí semilla de la propia especie, para que os sirvan de alimento a vosotros y también a todos los animales de la Tierra y a las aves del cielo y a cuanto se mueve sobre la Tierra y lleva en sí alma viviente, para que tengan vida".

Los animales y las plantas y todo lo que el Creador ha creado para beneficio del hombre representan, pues, un don de amor y un patrimonio entregado por el Padre a los hijos para su custodia, para que lo usen con beneficio y con gratitud hacia el Dador de todo favor. Por eso, deben ser amados y tratados con justo cuidado. ¿Qué diríais vosotros de un hijo al que el padre le diera vestidos, muebles, dinero, campos, casas, diciendo: "Te los doy para ti y tus sucesores, para que tengáis con qué ser felices. Usad todo esto con amor en memoria del amor mío que os lo da", y que luego su hijo o los hijos de éste dejaran que se

estropear todo o dilapidaran todos los bienes? Diríais que no han hecho honor a su padre, que no han amado ni a su padre ni el don recibido. Igualmente, el hombre debe cuidar de todo lo que Dios con cuidado providencial ha puesto a su disposición. Cuidado no quiere decir idolatría, ni inmoderado apego hacia los animales o las plantas, o cualquier otra cosa. Cuidado quiere decir sentido de afecto de gratitud hacia las cosas menores que nos son útiles y que tienen su vida, o sea, su sensibilidad.

E1 alma viviente de las criaturas menores de que habla el Génesis no es el alma como la tiene el hombre. Es la vida, simplemente la vida, o sea, el ser sensible a las cosas actuales, tanto materiales como afectivas. Cuando un animal está muerto es insensible, porque con la muerte, para él, ha llegado el verdadero final. No hay futuro para él. Pero, mientras vive, sufre hambre, frío, cansancio; está sujeto a herirse y sufrir, a gozar, a amar, a odiar, a enfermarse y morir. Y e1 hombre, en recuerdo de Dios, que le ha dado ese medio para hacerle menos desahogado el exilio en la Tierra, debe ser humano para con sus siervos menores que son los animales. ¿En el Libro mosaico (*Deuteronomio 22, 1-4.6-7*) no está, acaso, prescrito tener sentimientos de humanidad también hacia los animales, sean aves o cuadrúpedos?

En verdad os digo que hay que saber ver con justicia las obras del Creador. Si se miran con justicia, se ve que son "buenas". Y lo bueno ha de ser amado siempre. Se ve que son cosas dadas con un fin bueno y por un impulso de amor, y, como tales, podemos, debemos amarlas, viendo, más allá del ser finito, al Ser infinito que las ha creado para nosotros. Se ve que son útiles, y como tales han de ser amadas. Nada -recordad esto bien- ha sido hecho sin finalidad en el Universo. Dios no desperdicia su perfecta potencia en cosas inútiles. Este tallito de hierba no es menos útil que el poderoso tronco en que se apoya nuestro pasajero refugio. La gota de rocío, la pequeña perla, escarcha, no son menos útiles que el inmenso mar. El mosquito no menos útil que el elefante; ni el gusano que está en el fango de una zanja es menos útil que la ballena. Nada hay inútil en la creación. Dios ha hecho todo con fin bueno, con amor hacia el hombre. El hombre debe usar todo con recto fin y amor a Dios, que le ha dado todo lo que hay sobre la Tierra, para que ello sea súbdito del rey de la creación.

Tú has dicho, Manahén, que el animal, a menudo, sirve a los hombres mejor que los hombres. Yo digo que los animales, las plantas, los minerales, los elementos, superan, todos, al hombre en obediencia a la finalidad para la que han sido creados: siguiendo pasivamente las leyes creativas, o siguiendo activamente el instinto inculcado por el Creador, o rindiéndose a la domesticación. El hombre que debería ser la perla en la creación, demasiadas veces es la fealdad de la creación. Debería ser la nota más acorde con el coro de los habitantes del Cielo en la alabanza a Dios, y demasiadas veces es la nota discordante que impreca o blasfema o se rebela o dedica su canto a alabar a las criaturas en vez de al Creador. Por tanto, la idolatría; por tanto, la ofensa; por tanto, la inmundicia. Y esto es pecado.

Quédate, pues, en paz, Manahén. Esta piedad tuya hacia un caballo, que está sudado por haberte servido, no es pecado. Pecado son las lágrimas que se hacen derramar a los semejantes y los desenfrenados amores que son ofensa a Dios, digno de todo el amor del hombre.

-¿Pero yo, estando cerca de Antipas, peco?

-¿Con qué finalidad estás? ¿Para gozar?

-No, Maestro. Para velar por ti. Tú lo sabes. También ahora iba por esto. Porque sé que han mandado mensajeros a Herodes para incitarlo contra ti.

-Entonces no hay pecado. ¿No te gustaría más estar conmigo, en mi pobreza de vida?

-¿Y me lo preguntas? Lo he dicho al principio. Esta noche bajo la tienda, el pobre alimento que hemos comido, no tienen comparación para mí. ¡Si no fuera porque para oír los silbos de las serpientes hay que estar junto a su madriguera, yo estaría contigo! He comprendido la verdad de tu misión. Un día erré. Pero me sirvió para comprender y ya no volveré a salir de la justicia.

-¡Ya lo ves! Nada hay inútil. Incluso el error, para quien tiende al Bien, es medio para el Bien. El error cae como camisa de crisálida, y sale la mariposa, que no es deforme, que no huele mal, que no reptas, sino que vuela en busca de cálices de flores y rayos de luz. Las almas buenas también son así. Pueden dejarse envolver un momento por miserias y mortificantes angustias. Pero luego se liberan de ello y vuelan de flor en flor, de virtud en virtud, hacia la Luz, hacia la Perfección. Alabemos al Señor por sus obras de continua misericordia, que actúan incluso sin que el hombre lo sepa, en el corazón del hombre y alrededor del hombre.

Y Jesús ora, poniéndose de rodillas, porque la tienda, baja y limitada, no permite otra postura. Luego, alimentado el fuego delante de la tienda, trabado el caballo, se preparan para descansar, proponiéndose sustituirse en vigilar por turno el fuego y el animal, sobre el cual Manahén ha echado la zalea gruesa como capa para protección del frescor nocturno.

Jesús y Manahén se echan encima de los fajos de paja y se envuelven en el manto para dormir. Juan, por miedo a quedarse dormido, va y viene, fuera de la tienda, alimenta el fuego, observa al caballo, que, a su vez, lo mira con sus inteligentes ojos negros y golpea rítmicamente la pezuña y meneas la cabeza, haciendo tintinear las cadenas de plata de los jaeces y rompiendo aromáticos tallitos de hinojos agrestes nacidos al pie del árbol al que está atado. Y, como Juan le ofrece otros mejores, crecidos poco lejos, relincha de placer y trata de rozar los blandos y rosados ollares contra el cuello del apóstol. De más lejos, en el gran silencio de la noche, se oye venir el tranquilo frufrú del río.

Dice Jesús:

-Y termina también el tercer año de vida pública. Viene ahora el período preparatorio de la Pasión. Ese período en que, a primera vista, todo parece limitarse a pocas acciones y a pocas personas. Como si disminuyera mi figura y mi misión. En realidad, Aquel que parecía vencido y excluido era el héroe que se preparaba para la apoteosis, y, en torno a Él, las pasiones -no las personas, sino las pasiones de las personas- se condensaban, llevadas a los máximos límites.

Todo lo anterior -y quizás algunos episodios, a los lectores con mala disposición de ánimo o superficiales, les haya parecido cosa sin finalidad- aquí se ilumina con su luz resplandeciente o tétrica. Y especialmente las figuras más importantes, esas cuyo conocimiento muchos no quieren reconocer útil, precisamente porque en ella se ve la lección para los actuales maestros, que deben ser instruidos más que nunca para hacerse verdaderos maestros de espíritu. Como he dicho a Juan y

Manahén, nada de lo que hace Dios es inútil, ni siquiera el grácil tallito de hierba. De la misma manera, nada es superfluo en este trabajo: no lo son las figuras espléndidas, no lo son las débiles y tenebrosas; es más, para los, maestros de espíritu, más útiles son las figuras débiles y tenebrosas que no las formadas y heroicas.

Como desde lo alto de un monte, en la cima, puede abarcarse toda la configuración del monte y la razón de ser de los bosques, de los torrentes, de los prados y declives, que hay para llegar desde la llanura hasta la cima, y se ve toda la belleza del panorama, y más fuerte viene la persuasión de que todas las obras de Dios son útiles y estupendas, y de que una sirve y completa a la otra y todas están presentes para formar la belleza de la Creación; así -naturalmente para quien tiene espíritu recto-, todas las distintas figuras, o lecciones o episodios de estos tres años de vida evangélica, contemplado-como desde lo alto de la cima del monte de mi obra de Maestro, sirven para dar la visión exacta de aquel complejo político, religioso, social, colectivo, espiritual, egoísta hasta el delito o altruista hasta la oblación, en que Yo fui Maestro y en el que me constituí en Redentor. La grandiosidad del drama no se ve en una escena, sino en todas las partes de él. La figura del protagonista sobresale con las distintas luces con que lo iluminan las partes secundarias.

Llegando ya a la cima, y la cima era el Sacrificio para que me había encarnado, develados todos los recónditos pliegues de los corazones y todos los manejos de las sectas, sólo queda por hacer lo que hace el viandante que llega a la cima: mirar. Mirarlo todo y mirar a todos. Conocer el mundo hebreo. Conocer lo que Yo era: el Hombre que estaba por encima de la sensualidad, del egoísmo, del rencor; el Hombre que debió ser tentado por todo un mundo, tentado a la venganza, al poder, a las alegrías, incluso las honestas de las nupcias y de la casa; el Hombre que debió soportarlo todo viviendo en contacto con el mundo y sufrir por ello -porque infinita era la distancia entre la imperfección y el pecado del mundo y mi Perfección-; y que a todas las voces, a todas las seducciones, a todas las reacciones del mundo, de Satanás y del yo, supo responder "no" y permanecer puro, manso, fiel, misericordioso, humilde, obediente, hasta la muerte de Cruz.

¿Comprenderá todo esto la sociedad de ahora, a la cual brindo este conocimiento de mí para fortalecerla contra los asaltos, cada vez más fuertes, de Satanás y del mundo?

Hoy también, como hace veinte siglos, habrá contradicción entre aquellos para quienes me revelo. Yo soy signo de contradicción una vez más. Pero no Yo, por mí mismo, sino Yo respecto a lo que en ellos suscito. Los buenos, los de buena voluntad, tendrán las reacciones buenas de los pastores y de los humildes. Los otros tendrán reacciones malas, como los escribas, fariseos, saduceos y sacerdotes de aquel tiempo. Cada uno da lo que tiene. El bueno que entra en contacto con los malos desencadena en éstos una efervescencia de mayor maldad. Y ciertamente habrá un juicio sobre los hombres, como lo hubo el Viernes de Parascève, según hayan juzgado, aceptado y seguido al Maestro que, con un nuevo intento de infinita misericordia, se ha dado a conocer una vez más.

¿A cuántos se les abrirán los ojos y me reconocerán y dirán: "Es Él. Por eso nuestro corazón ardía en nuestro pecho mientras nos hablaba y nos explicaba las Escrituras"?

Mi paz a éstos y a ti, pequeño, fiel, amoroso Juan (nombre que Jesús daba a María Valtorta)

Contents

Tercer año de la vida pública de Jesús	1
313	1
Preparativos para salir de Nazaret, después de la visita de Simón de Alfeo con su familia. Durante el tercer año, Jesús será el Justo.	1
314	4
La cena en la casa de Nazaret. La dolorosa partida	4
315	6
El viaje hacia Yiftael y las reflexiones de Juan de Endor	7
316	8
Jesús se despide de Juan de Endor y de Síntica	9
317	10
La oración de Jesús por la salvación de Judas Iscariote	10
318	12
En barca de Tolemaida a Tiro.....	12
319	15
Partida de Tiro en la nave del cretense Nicomedes.....	15
320	17
Prodigios en la nave en medio de una tempestad.....	17
321	20
Arribo a Seleucia. Se despiden de Nicomedes	20
322	21
Partida de Seleucia en un carro y llegada a Antioquía.....	21
323	24
La visita a Antigonio	24
324	27
Las pláticas de los ocho apóstoles antes de dejar Antioquía. El adiós a Juan de Endor y a Síntica	27
325	31
Los ocho apóstoles se reúnen con Jesús cerca de Akcib.....	31
326	34
Un alto en Akcib.....	34
327	35
En los confines de Fenicia. Palabras de Jesús sobre la igualdad de los pueblos. Parábola de la levadura	35
328	37
En Alejandrocena donde los hermanos de Hermiona	37
329	39
En el mercado de Alejandrocena. La parábola de los obreros de la viña.	39
330	44
Santiago y Juan "hijos del trueno". Hacia Akcib con el pastor Anás.	44
La fe de la mujer cananea y otras conquistas. Llegada a Akcib.	47
332	52
La sufrida separación de Bartolomé, que con Felipe vuelve a unirse al Maestro.....	52
333	53
Con los diez apóstoles hacia Sicaminón.....	53
334	55

También Tomas y Judas Iscariote se unen de nuevo al grupo apostólico	55
335	58
La falsa amistad de Ismael ben Fabí, y el hidrópico curado en sábado.	58
336	63
En Nazaret con cuatro apóstoles. El amor de Tomás por María Santísima.	63
337	65
El sábado en Corazín. Parábola sobre los corazones imposibles de labrar. Curación de una mujer encorvada.	65
339	69
La noche pecaminosa de Judas Iscariote	69
340	71
El enmendamiento de Judas Iscariote y el choque con los rabíes junto al sepulcro de Hil.lél.	71
341	74
La mano herida de Jesús. Curación de un sordomudo en los confines sirofenicios.	74
342	76
En Quedes. Los fariseos piden un signo. La profecía de Habacuc.....	76
343	80
La levadura de los fariseos. El Hijo del hombre. El primado a Simón Pedro.	80
344	82
Encuentro con los discípulos en Cesárea de Filipo y explicación de la sedal de Jonás.	82
345	85
Milagro en el castillo de Cesárea Paneas	85
346	87
Primer anuncio de la Pasión y reprensión a Simón Pedro.	87
347	91
En Betsaida. Profecía sobre el martirio de los Apóstoles y curación de un ciego.	91
348	92
Manahén da algunas noticias acerca de Herodes Antipas, y desde Cafarnaúm va con Jesús a Nazaret. Revelación de las transfiguraciones de la Virgen.	92
349	97
La Transfiguración en el monte Tabor y el epiléptico curado al pie del monte. Un comentario para los predilectos.	97
350	101
Lección a los discípulos sobre el poder de vencer a los demonios.	101
351	102
El tributo al Templo pagado con la moneda hallada en la boca del pez.	102
352	104
Un convertido de María de Magdala. Parábola para el pequeño Benjamín y lección sobre quién es grande en el reino de los Cielos.....	104
353	109
La segunda multiplicación de los panes y el milagro de la multiplicación de la Palabra.	109
354	111
Jesús habla sobre el Pan del Cielo en la sinagoga de Cafarnaúm.	111
355	116
El nuevo discípulo Nicolái de Antioquía y el segundo anuncio de la Pasión.	116
356	119
Hacia Gadara. Las herejías de Judas Iscariote y las renunciaciones de Juan, que quiere sólo amar.	119

357	122
Juan y las culpas de Judas Iscariote. Los fariseos y la cuestión del divorcio.	122
358	126
En Pel.la. El jovencito Yaia y la madre de Marcos de Josías	126
359	129
En la cabaña de Matías cerca de Yabés Galaad.	129
360	133
El malhumor de los apóstoles y el descanso en una gruta. El encuentro con Rosa de Jericó.	133
361	138
Los dos injertos que transformarán a los apóstoles. María de Magdala advierte a Jesús de un peligro. Milagro ante la riada del Jordán.	138
362	142
La misión de las "voces" en la Iglesia futura. El encuentro con la Madre y las discípulas.	142
363	145
En Rama, en casa de la hermana de Tomás. Jesús habla sobre la salvación. Apóstrofe a Jerusalén.	145
364	148
En el Templo. Oración universal y parábola del hijo verdadero y los hijos bastardos.....	148
365	152
Judas Iscariote insidia la inocencia de Margziam. Un nuevo discípulo, hermano de leche de Jesús. En Betania, en la casa de Lázaro, enfermo.	152
366	157
Anastática entre las discípulas. Las cartas de Antioquía.....	157
367	162
El jueves prepascual. Preparativos en el Getsemaní.	162
368	163
El jueves prepascual. En Jerusalén y en el Templo.	163
369	167
El jueves prepascual. Parábola de la lepra de las casas.	167
370	169
El jueves prepascual. En el convite de los pobres en el palacio de Cusa.	169
371	176
El jueves prepascual. Por la noche en el palacio de Lázaro.	176
372	180
El día de la Parasceve. Despertar en el palacio de Lázaro.	180
373	182
El día de la Parasceve. En el Templo.	182
374	184
El día de la Parasceve. Por las calles de Jerusalén y en el barrio de Ofel.....	184
375	187
La cena ritual en casa de Lázaro y el banquete sacrílego en la casa de Samuel.	187
376	191
Lección sobre la obra salvífica de los santos, y condena al Templo corrompido.	191
377	195
Parábola del agua y del junco para María de Magdala, que ha elegido la mejor parte.	195
378	197

La parábola de los pájaros, criticada por unos judíos enemigos que tienden una trampa.	197
379	201
Una premonición del apóstol Juan.	201
380	202
El amor de los apóstoles, de la contemplación a la acción.	202
381	203
La parábola del administrador infiel y sagaz. Hipocresía de los fariseos y conversión de un esenio.	203
382	208
Un alto en casa de Nique.	208
383	211
Discurso sobre la muerte junto al vado del Jordán.	211
384	214
El anciano Ananías, guardián de la casita de Salomón.	214
385	216
Parábola de la encrucijada y milagros cerca del pueblo de Salomón.	216
386	219
Hacia la orilla occidental del Jordán.	219
387	220
En Guilgal. El mendigo Ogla y los escribas tentadores. Los apóstoles comparados con las doce piedras del prodigio de Josué... ..	220
388	223
Exhortación a Judas Iscariote, que irá a Betania con Simón Zelote.	223
389	225
Llegada a Engadí con diez apóstoles.	225
390	227
La fe de Abraham de Engadí y la parábola de la semilla de palma.	227
391	230
Curación del leproso Eliseo de Engadí	230
392	232
La hostilidad de Masada, ciudad-fortaleza.	232
393	234
394	236
Parábola de las dos voluntades y despedida de los habitantes de Keriot.	236
395	237
Las dos madres infelices de Keriot. Adiós a la madre de Judas.	238
396	240
En Yuttá, con los niños. La mano de Jesús obradora de curaciones.	240
397	243
Despedida de los fieles de Yuttá.	243
398	245
Palabras de despedida en Hebrón. Los delirios de Judas Iscariote.	245
399	247
Palabras de despedida en Betsur. El amor materno de Elisa.	247
400	249
En Béter, en casa de Juana de Cusa, la cual habla del daño provocado por Judas Iscariote ante Claudia.	249
401	251

Pedro y Bartolomé en Béter por un grave motivo. Éxtasis de la escritora.	251
402	253
Judas Iscariote se siente descubierto durante el discurso de despedida en Béter.	253
403	256
Una lucha y victoria espiritual de Simón de Jonás.	256
404	257
En camino hacia Emaús de la llanura.	257
405	259
Descanso en un henil y discurso a la entrada de Emaús de la llanura. El pequeño Miguel.	259
406	264
407	269
En los campos de Nicodemo. La parábola de los dos hijos.	269
408	271
Multiplicación del trigo en los campos de José de Arimatea.	271
409	274
El drama familiar del Anciano Juan.	274
410	277
Provocaciones de Judas Iscariote en el grupo apostólico.	277
411	279
Una lección extraída de la naturaleza y espiguel milagroso para una viejecita. Cómo ayudar a quien se enmienda.	279
412	282
Elogio del lirio de los valles, símbolo de María. Pedro se sacrifica por el bien de Judas.	282
413	284
Llegada a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés y disputa con los doctores del Templo.	284
414	287
Invectiva contra fariseos y doctores en el convite en casa del Anciano Elquías.	287
415	291
Un alto en el camino en Betania.	291
416	293
Un mendigo samaritano en el camino de Jericó.	294
417	296
Historia de Zacarías el leproso y conversión de Zaqueo el publicano.	296
418	299
Curación del discípulo José, herido en la cabeza y recogido en la casita de Salomón.	299
419	301
Curaciones en un pueblecito de la Decápolis. Parábola del escultor y de las estatuas.	301
420	304
Curación de un endemoniado completo. La vocación de la mujer al amor.	304
421	308
El endemoniado curado, los fariseos y la blasfemia contra el Espíritu Santo.	308
422	311
El Iscariote, con sus malos humores, ocasiona la lección sobre los deberes y los siervos inútiles.	311
423	313
Partida del Iscariote, que ocasiona la lección sobre el amor y el perdón.	313
424	316

Pensamientos de gloria y martirio ante la vista de la costa mediterránea.....	316
425	317
En Cesárea Marítima. Romanos mundanos y parábola de los hijos con destinos distintos.	317
426	321
Con las romanas en Cesárea Marítima. Profecía en Virgilio. La joven esclava salvada.	321
427	326
Bartolomé instruye a Áurea Gala.....	326
428	330
Parábola de la viña y del viñador, figuras del alma y del libre albedrío.....	330
429	333
Con Judas Iscariote en la llanura de Esdrelón.....	333
430	334
El nido caído y el escriba cruel. La letra y el espíritu de la Ley.	334
431	335
Tomás prepara el encuentro de Jesús con los campesinos de Jocanán.	336
432	336
Con los campesinos de Jocanán, cerca de Sefori.	336
433	340
Llegada a Nazaret. Alabanzas a la Virgen. Curación de Áurea.	340
434	342
Trabajos manuales en Nazaret y parábola de la madera barnizada.	342
435	345
Comienzo del tercer sábado en Nazaret y llegada de Pedro con otros apóstoles.....	345
436	347
En el huerto de Nazaret, revelado a apóstoles y discípulas el precio de la Redención.	347
437	349
Coloquio de Jesús con su Madre.....	349
438	350
María Santísima con María de Alfeo en Tiberíades, donde Valeria. Encuentro con Judas Iscariote.	350
439	353
María Santísima enseña a Áurea a hacer la voluntad de Dios.	353
440	355
Otro sábado en Nazaret. Obstinación de José de Alfeo.....	355
441	357
Partida de Nazaret. Un incendio de brezos durante el viaje viene a ser el tema de una parábola.	357
442	361
Judas Iscariote en Nazaret en casa de María.	361
443	363
La muerte del abuelo de Margziam.	364
444	365
Las dotes de Margziam. Lección sobre la caridad, sobre la salvación, sobre los méritos del Salvador.	365
445	368
Dos parábolas durante una tormenta en Tiberíades. Llegada de Maria Stma. e impenitencia de Judas Iscariote	368
446	373
Llegada a Cafarnaúm en medio de un cálido recibimiento.	373

447	374
En Cafarnaúm unas palabras de Jesús sobre la misericordia y el perdón no encuentran eco.	374
448	377
Encuentro de barcas en el lago y parábola sugerida por Simón Pedro.	377
449	381
El pequeño Alfeo desamado de su madre.	381
450	383
Milagros en el arrabal cercano a Ippo y curación del leproso Juan.	383
451	387
Discurso en el arrabal cercano a Ippo sobre los deberes de los cónyuges y de los hijos.	387
452	389
El ex leproso Juan se hace discípulo. Parábola de los diez monumentos.	389
453	393
454	396
455	398
La Iglesia es confiada a la maternidad de María. Discurso, al pie de Gamala, en pro de unos forzados.	398
456	403
Despedida de Gamala y llegada a Afeq. Advertencia a la viuda Sara y milagro en su casa.	404
457	407
Discurso en Afeq, tras una disputa entre creyentes y no creyentes. Sara se hace discípula.	407
458	408
Una curación espiritual en Guerguesa y lección sobre los dones de Dios.	408
459	411
El perdón a Samuel de Nazaret y lección sobre las malas amistades.	411
460	413
Fariseos en Cafarnaúm con José y Simón de Alfeo. Jesús y su Madre preparados para el Sacrificio.	413
461	416
Confabulación en casa de Cusa para elegir a Jesús rey. El griego Zenón y la carta de Síntica con la noticia de la muerte de Juan de Endor.	416
462	425
Discurso y curaciones en las fuentes termales de Emaús de Tiberíades.	425
463	427
En Tariquea. Cusa, a pesar del discurso sobre la naturaleza del reino mesiánico, invita a Jesús a su casa. Conversión de una pecadora.	427
464	431
En la casa de campo de Cusa, intento de elegir rey a Jesús. El testimonio del Predilecto.	431
465	439
En Betsaida para un encargo secreto a Porfiria. Apresurada partida de Cafarnaún.	439
466	443
Un alto en la casa de los ancianos cónyuges Judas y Ana.	443
467	445
Parábola de la distribución de las aguas. Perdón condicionado para el campesino Jacob. Advertencias a los apóstoles camino de Corazín.	445
468	449
Un episodio de enmendamiento de Judas Iscariote, y otros que ilustran su figura.	449

469	451
Despidiéndose de los pocos fieles de Corazín.	451
470	452
Lección a una suegra sobre los deberes del matrimonio.....	452
471	455
Encuentro con el levita José, llamado Bernabé, y lección sobre Dios-Amor.	455
472	458
Solicitud insidiosa de un juicio acerca de un hecho ocurrido en Yiscala.	458
473	461
Curación de un niño ciego de Sidón y una lección para las familias.	461
474	464
Una visión que se pierde en un arrobo de amor.	464
475	466
Abel de Belén de Galilea pide el perdón para sus enemigos.	466
476	468
Lección sobre el cuidado de las almas y perdón a los dos pecadores castigados con la lepra.	468
477	472
Coloquio de Jesús con su Madre en el bosque de Matatías. Los sufrimientos morales de Jesús y María.	472
478	476
Coloquio de Jesús con José y Simón de Alfeo, que van a la fiesta de los Tabernáculos.	476
479	479
Con Juan al pie de la torre de Yizreel en espera de los campesinos de Jocaná.	479
480	481
Parten de Yizreel tras la visita nocturna de los campesinos de Jocaná.	481
481	482
Llegada a Enganním. Maquinaciones de Judas Iscariote para impedir una trama de los fariseos.	482
482	484
En camino con un pastor samaritano que ve premiada su fe.....	484
483	487
Polémica de los apóstoles sobre el odio de los judíos. Los diez leprosos curados en Samaria.	487
484	491
Alto obligado en las cercanías de Efraím y parábola de la granada.....	491
485	493
Jesús llega con los apóstoles a Betania, donde ya están algunos discípulos con Margziam.	493
486	495
En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Reino.....	495
487	499
En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Cristo.	499
488	503
En el Templo para 1a fiesta de los Tabernáculos. Partida secreta hacia Nob después de la oración.....	503
489	505
En Nob. Parábola del rey no comprendido por sus súbditos. Jesús calma el viento.	505
490	508
491	511
En el Templo el último día de la fiesta de los Tabernáculos. Sermón sobre el Agua viva.....	511

492	514
En Betania se evoca la memoria de Juan de Endor.	514
493	515
Jesús habla cabe la fuente de En Royel, lugar en que hicieron un alto los tres Sabios.	515
494	517
La mujer adúltera y la hipocresía de sus acusadores.	517
495	519
Jesús instruye acerca del perdón de los pecadores, y se despide de sus discípulos en el camino de Betania.	519
496	521
Un alto en la casita de Salomón. Improvisa turbación de Judas Iscariote.	521
497	523
Simón Pedro atraviesa una hora de abatimiento.	523
498	525
Exhortación a Judas Tadeo y a Santiago de Zebedeo después de una discusión con Judas Iscariote.	525
499	527
Fuga de Esebón y encuentro con un mercader de Petra.	527
500	528
Reflexiones de Bartolomé y Juan después de un retiro en el monte Nebo.	528
501	530
502	533
503	535
Los apóstoles indagan acerca del Traidor. Un saduceo y la infeliz mujer de un nigromante. Saber distinguir lo sobrenatural de lo oculto.	535
504	540
Margziam preparado para la separación. Regreso a la aldea de Salomón y muerte de Ananías.	540
505	543
En el Templo, una gracia obtenida con la oración incesante y la parábola del juez y la viuda.	543
506.	545
En el Templo, oposición al discurso que revela que Jesús es la Luz del mundo.	545
507	547
508	552
Juan será la luz de Cristo hasta el final de los tiempos. El pequeño Marcial-Manasés acogido por José de Seforí.	552
509	555
El anciano sacerdote Matán acogido con los apóstoles y discípulos que han huido del Templo.	555
510	558
La curación de un ciego de nacimiento.	558
511	564
En la casa de Juan de Nob, otra alabanza a la Corredentora. Embustes de Judas Iscariote.	564
512	567
Profecía ante un pueblo destruido.	567
513	568
En Emaús Montana, una parábola sobre la verdadera sabiduría y una advertencia a Israel.	568
514	571
Consejos sobre la santidad a un joven indeciso. Reprensión a los habitantes de Bet-Jorón después de la curación de un romano y una judía.	571

515	576
Las razones del dolor salvífico de Jesús. Elogio de la obediencia y lección sobre la humildad.	576
516	578
En Gabaón, milagro del mudito y elogio de la sabiduría como amor a Dios.	578
517	580
Hacia Nob. Judas Iscariote, tras un momento polémico, reconoce su error.	580
518	582
En Jerusalén, encuentro con el ciego curado y palabras que revelan a Jesús como buen Pastor.	582
519	586
Inexplicable ausencia de Judas Iscariote y alto en Betania, en casa de Lázaro.	586
520	588
Conversaciones en torno a Judas Iscariote, ausente. Llegada a Tecua con el anciano Elí-Ana.	588
521	592
En Tecua, Jesús se despide de los habitantes del lugar y del anciano Elí-Ana.	592
522	594
Llegada a Jericó. El amor terreno de la muchedumbre y el amor sobrenatural del convertido Zaqueo.	594
523	597
En Jericó. La petición a Jesús de que juzgue a una mujer. La parábola del fariseo y el publicano tras una comparación entre pecadores y enfermos.	597
524	600
En Jericó. En casa de Zaqueo con los pecadores convertidos.	600
525	604
El juicio sobre Sabea de Betlequí.	604
526	611
Curaciones cerca del vado de Betabara y discurso en recuerdo de Juan el Bautista.	611
527	613
Desconocimiento y tentaciones en la naturaleza humana de Cristo.	613
528	615
En Nob. Consuelo materno de Elisa y regreso inquietante de Judas Iscariote.	615
529	617
Enseñanzas a los apóstoles mientras realizan trabajos manuales en casa de Juan de Nob.	617
530	620
Otra noche de pecado de Judas Iscariote.	620
531	622
En Nob, enfermos y peregrinos venidos de todas partes. Valeria y el divorcio. Curación del pequeño Leví.	622
532	629
Preparativos para las Encenias. Una prostituta enviada a tentar a Jesús, que deja Nob.	629
533	635
Hacia Jerusalén con Judas Iscariote.	635
534	636
Enseñanzas y curaciones en la sinagoga de los libertos romanos. Un encargo para los gentiles.	636
535	639
Judas Iscariote llamado a informar a casa de Caifás.	639
536	644

Curación de siete leprosos y llegada a Betania con los apóstoles ya reunidos. Marta y María preparadas por Jesús a la muerte de Lázaro.....	644
537	648
En el Templo en la fiesta de la Dedicación, Jesús se manifiesta a los judíos, que intentan apedrearle.	648
538	653
Jesús, orante en la gruta de la Natividad, contemplado por los discípulos ex pastores.....	653
539	656
Juan de Zebedeo se acusa de culpas inexistentes.	656
540	659
La Madre confiada a Juan. Encuentro con Manahén y lección sobre el amor a los animales. Conclusión del tercer año.	659